

TESIS DOCTORAL

# La obra de María Rosa Alonso: Artículos (1930-1953). Descripción y corpus

Doctorado en Artes y Humanidades

Facultad de Humanidades

Sección de Filología

JUANA GONZÁLEZ GONZÁLEZ

DIRECTOR DE TESIS:

CARLOS BRITO DÍAZ

La Laguna, 2024



VISTO BUENO DEL DIRECTOR CARLOS BRITO DÍAZ  
DE LA TESIS DOCTORAL DE JUANA GONZÁLEZ GONZÁLEZ

APROBANDO SU DEFENSA

El Dr. Carlos Brito Díaz, director de la tesis doctoral de Juana González González titulada *La obra de María Rosa Alonso: Artículos (1930-1952). Descripción y corpus*, realizada en el Programa de Doctorado en Arte y Humanidades (Universidad de La Laguna), aprueba la defensa de dicha tesis al considerar que cumple con las exigencias científicas y formales necesarias para su presentación con vistas a la obtención del título de Doctora.

En San Cristóbal de La Laguna, a 19 de marzo de 2024

## **Agradecimientos**

A Carlos Brito, mi director, por ser una excelente guía para este trabajo.

A mi catedrático de griego, Marcos Martínez, por darme a conocer tan importante figura para las letras canarias.

A Luis Miguel Pino Campos, por su apoyo y colaboración en los comienzos de este camino investigador.

A la familia de María Rosa Alonso, principalmente a Nieves y a Magda, por su diligencia a la hora de facilitarme tan valioso material para esta tesis.

Al personal de la Biblioteca General y de Humanidades, especialmente al equipo de la Sala de Canarias: Beatriz, Juan, Pepe y Daniel.

A mis amigas, por estar siempre ahí.

A mi familia: a los que no están, que tanto me ayudaron y a los que permanecen, que tanto me han animado y colaborado para llevar adelante este trabajo.





*El alma de mi tierra se trenzó en las cuerdas del timple embrujado de Jeremías y aquellas rejas prendieron, en los nerviosos barrotes, una enredadera sutil que trenzaban los dedos nerviosos del tocador. ¿Qué me sobrecogió aquella noche encantada de septiembre, frontera a una mar sosegada? [...] Lo que Jeremías cantaba tenía un melancólico borbotamiento de mar y desierto, de agua salada y tierra llana, de una inmensa e infinita superficie sin horizonte. Era un canto que jamás he olvidado porque su melancolía no era recortada sino extensa. Un canto de tierras que ven nacer el sol; y en aquella voz metálica de Jeremías que apenas levantaba un susurro, aprendí a oír la letanía de esta mitad oriental del Archipiélago.*

(María Rosa Alonso: «Evocación y nostalgia del timple», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 25 de septiembre de 1947).

# ÍNDICE

## BLOQUE I

<b>1. Introducción.....</b>	<b>9</b>
1.1 Justificación.....	9
1.2 Objetivos y metodología.....	11
<b>2. Vida y obra de María Rosa Alonso.....</b>	<b>16</b>
2.1 Niñez y juventud.....	16
2.2 La guerra civil.....	21
2.3 Profesora en la Universidad de La Laguna.....	25
2.4 Venezuela.....	48
2.5 Madrid.....	60
2.6 Vuelta a su isla.....	70
<b>3. Análisis de sus artículos por orden cronológico.....</b>	<b>77</b>
<b>4. Anexos.....</b>	<b>467</b>
4.1 Anexo 1. Clasificación temática.....	468
4.2 Anexo 2. Clasificación de las publicaciones periódicas.....	483
4.3 Anexo 3. Publicaciones por año.....	484
4.4 Anexo 4. Subclasificación de los ensayos por temas.....	484
4.5 Anexo 5. Clasificación por temas.....	485
4.6 Anexo 6. Subclasificación de los artículos por géneros.....	485
<b>5. Conclusiones.....</b>	<b>486</b>
<b>6. Bibliografía.....</b>	<b>513</b>
6.1 De la autora.....	514
6.1.1 Obras publicadas.....	514
6.1.2 Ediciones.....	515
6.1.3 Trabajos en revistas.....	516
6.1.4 Artículos en periódicos.....	518
6.1.5 Entrevistas a María Rosa Alonso.....	518
6.1.6 Artículos objeto de esta Tesis.....	519

6.2 De otros autores.....	539
6.2.1 Obras.....	539
6.2.2 Artículos de periódicos.....	563
6.2.3 Artículos de revistas.....	566
6.3 Webgrafía.....	575

## **BLOQUE II**

<b>Transcripción de los textos .....</b>	<b>580</b>
--	------------



**BLOQUE I**  
**MARÍA ROSA ALONSO**

# 1. INTRODUCCIÓN

## 1.1 Justificación

Mi acercamiento a María Rosa Alonso y a su obra comienza en el verano de 2001, cuando realizo en la Universidad de Verano de Adeje el curso *El imaginario macaronésico: los archipiélagos atlánticos (Azores, Madeira, Canarias) en el Mito, la Historia, la Literatura y el Arte*, dirigido por los investigadores Isabel García Gálvez y Marcos Martínez Hernández; este último presentó en la clausura a María Rosa Alonso, diciendo de ella, entre otras muchas cosas, que no había nadie que estuviera investigando su obra. En esa época estaba realizando los cursos de doctorado y las palabras del profesor Martínez me dieron pie a reflexionar sobre las premisas que me había impuesto para comenzar con mi trabajo de investigación inédita: literatura, mujer y Canarias. La propia María Rosa Alonso proporcionó un apartado de correos por si alguien quería contactar con ella, con el objeto de colaborar a través de su experiencia con los jóvenes universitarios que comenzaban sus estudios filológicos; le escribí y aunque al principio fue remisa a que yo me dedicara a investigar sobre su obra, acabo aceptándolo y facilitándome toda su colaboración, a través de su sobrina Nieves.

Más adelante, entre los días 27 al 31 de enero de 2003, con motivo de la celebración del «I Congreso Internacional Género, Arte y Literatura. La mujer como objeto y sujeto de la cultura», presenté la comunicación titulada «María Rosa Alonso, mujer escritora». El congreso fue organizado por la *Escuela Canaria de Artes Creativas «Eduardo Westerdahl»*, dirigida por José Luis Rivero y tuvo lugar en el Instituto de Estudios Canarios de San Cristóbal de La Laguna. Fue determinante para mí ofrecer mi primera ponencia sobre María Rosa Alonso en la Institución que ella había fundado con la colaboración de otras personalidades.

En julio de 2006, leí mi trabajo de investigación inédito sobre «María Rosa Alonso, escritora de fronteras», dirigido por el doctor de la Universidad de La Laguna Ernesto J. Gil López, con la calificación de Sobresaliente. El tribunal calificador me hizo una sugerencia que he asumido: realizar mi tesis doctoral sobre la obra de nuestra escritora, sin detenerme en comprobar teorías filosóficas, puesto que su ingente corpus proporcionaba material más que suficiente para alumbrar una tesis doctoral. Obtuve el

*Diploma de Estudios Avanzados* y me aprobaron el Proyecto de Tesis; sin embargo, debido a ocupaciones profesionales y familiares, no pude realizar mi tesis en el período estipulado para el anterior Programa de Doctorado.

En 2010, tuvo lugar una celebración muy importante para María Rosa Alonso: el Gobierno de Canarias le dedicó el Día de las Letras Canarias. Con tal motivo, durante un año nuestra escritora fue objeto de muchos y diversos actos de homenaje por su gran labor literaria. Por primera vez la figura de María Rosa Alonso salía de los circuitos universitarios y periodísticos para darse a conocerse a nivel popular y, sobre todo, en el mundo de la Enseñanza Secundaria, puesto que el Gobierno de Canarias fomentó diversas actividades de estudio, exposición y homenaje en su honor. Debido a mis trabajos de estudio e investigación sobre la vida y obra de María Rosa Alonso, se pidió mi colaboración con el fin de que participara en un libro-homenaje<sup>1</sup>, en el que colaboré con el trabajo: «Ensayo de una biobibliografía de María Rosa Alonso» (pág. 379-409). Además, fue el inicio de mi labor divulgativa de la vida y obra de María Rosa Alonso, pues impartí diversas charlas sobre su vida y obra en IES, CEPAs, bibliotecas públicas, centros culturales, etc., actividad que no he dejado de realizar a lo largo de estos años.

En los cursos 2018/9 y 2019/20 formé parte de «*Constelación de escritoras canarias*», un proyecto educativo impulsado por la Dirección General de Innovación de la Consejería de Educación, Universidades, Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, en el que se fomentaba el conocimiento y la difusión de escritoras canarias. Mi aportación se concretó en el estudio de la vida y obra de María Rosa Alonso, así como en la realización de Situaciones de Aprendizajes de las escritoras canarias: María Viera, Cesarina Bento, María Padrón, Inocencia Páez, Olga Rivero, Balbina Rivero y María Rosa Alonso.

En 2021 en el número 23 de la *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna* publiqué el artículo «*María Luisa Villalba y La Tarde*», en el que analicé los inicios como periodista de María Rosa Alonso y la importancia de su colaboración con el vespertino tinerfeño.

En 2022, el Comité experto del área de Cultura del Gobierno de Canarias, dedicado a la recuperación de la Biblioteca Básica Canaria, seleccionó a la escritora

---

<sup>1</sup> VV. AA. (2010): *Entre las dos orillas: María Rosa Alonso y los estudios canarios*. Instituto de Estudios Canarios-Parlamento de Canarias-Dirección General del Libro-Archivos y Bibliotecas del Gobierno de Canarias-Ayuntamiento de San Cristóbal de La Laguna, Santa Cruz de Tenerife.

María Rosa Alonso para la edición de autoras y propuso mi nombre como la experta, recomendada también por la familia, para realizar el estudio previo de su obra *Papeles tinerfeños*<sup>2</sup>.

## 1.2 Objetivos y metodología

Entre los objetivos que nos trazamos en el curso de nuestra investigación figuran los siguientes:

- a) Demostrar la gran valía intelectual de una mujer única, que con su trabajo en situaciones muchas veces adversas, consiguió ocupar un lugar muy importante dentro de las letras canarias.
- b) Destacar su tenacidad a la hora de luchar en una sociedad en la que el acceso a la cultura era privilegio de una minoría.
- c) Reconocer la calidad de su obra, sobre todo periodística, pues fue una de las principales vías de difusión, a través de la cual llegó a la sociedad de su época.
- d) Dar a conocer su infatigable labor de lo que ella llamaba «periodismo cultural», pues sus artículos no sólo cumplían la labor de informar, sino también la de formar, sobre todo a la juventud, que carecía de conocimientos para prepararse para un mejor futuro.
- e) Difundir desde el ámbito investigador todo un caudal de material periodístico, literario, histórico, artístico, etc. que muchas veces constituyen verdaderos ensayos.
- f) Visibilizar la labor de una mujer, pionera en muchas de sus actividades como periodista, profesora, animadora cultural, luchadora por la justicia social, etc.

Para hacer esta tesis hemos empleado el modelo de investigación expositivo cronológico, puesto que tratamos de comunicar el desarrollo de hechos y acontecimientos en relación con la enumeración y explicación de las partes que lo conforman vinculado al tiempo en el que ocurre. Para ello hemos seguido el criterio

---

<sup>2</sup> ALONSO, María Rosa (1922): *Papeles tinerfeños*, prólogo de Juana González González. Viceconsejería de Cultura y Patrimonio Cultural del Gobierno de Canarias, Santa Cruz de Tenerife.

práctico de incluir todas aquellas actividades del proceso investigador, que facilita la verificación de los resultados alcanzados con la investigación.

Hemos comenzado con la vida y obra de María Rosa Alonso, haciendo un resumen de cada una de sus aportaciones como creadora, cuando queda fuera de los artículos de la tesis, ya sea en forma de libros, ediciones, separatas o artículos para revistas y periódicos. A continuación, hacemos el análisis y clasificación por temas y géneros de sus artículos periodísticos publicados entre 1930, año que ve la luz el primero y 1953, año en el que exilia a Venezuela. La propia escritora nos proporcionó un listado de sus artículos publicados<sup>3</sup> —además de diverso material informatizado y en papel— ordenados cronológicamente desde 1930 a 1972, pero al ser un número tan elevado de artículos, creímos necesario para la calidad de nuestro trabajo, trabajar en los realizados hasta la fecha en que parte hacia su periplo americano.

Una vez comenzamos a leer los artículos caemos en la cuenta de que algunos de estos escritos, tanto por su forma como por su contenido, distan mucho de considerarse simples artículos periodísticos, por ejemplo, los artículos de ensayo o el pregón de las fiestas del Cristo de 1953, que es un escrito muy particular. Por otro lado, hemos realizado la transcripción de todos los artículos que conforman nuestro trabajo, en los que, además de dar su referencia bibliográfica original, aportamos otras ediciones en las que se han publicado dichos artículos, ya fuera otro periódico o revista de la misma época, o si forman parte de algunas de las obras recopilatorias de su abundante labor como periodista, ensayista e historiadora.

A la hora de realizar la clasificación temática por orden cronológico, nos encontramos con una característica en la escritura de María Rosa Alonso, y es lo que ella misma denomina «periodismo cultural»: en un mismo artículo nos podemos encontrar con más de un ámbito, por ejemplo, crítica literaria y política. Al mismo tiempo que íbamos analizando los artículos, cuando era la primera vez que publicaba en un periódico o revista, hemos aportado información sobre dicho medio, situándolo en su contexto histórico e ideológico. Hemos creído muy necesario llevar el orden cronológico en el análisis de su obra, puesto que es fundamental el momento histórico y

---

<sup>3</sup> De dicho listado hay veinte que no hemos logrado encontrar, pertenecientes a su primera etapa, pese a nuestro gran esfuerzo y la utilidad del préstamo interbibliotecario de la Universidad de La Laguna.

vital de nuestra autora para comprender el porqué de determinadas posturas críticas o emocionales en su evolución ideológica y literaria; no en vano ella misma en el Prefacio a la edición de *Todos los que están fueron* (2008: 14) nos dice:

Aunque para mí lo importante en una persona valiosa es su obra, que es lo primario en un autor, no puedo olvidar lo segundo, o sea, detalles de su biografía, cercanos al chisme, que a la mayoría mucho atrae, cosa que nos advirtió el gran Lope de Vega [1562-1635].

Aunque en sentido estricto la idea de periodismo nos lleve a las publicaciones que aparecen de forma regular en unos lapsos de tiempo fijos, se utiliza la palabra «revista» para las que aparecen semanal, mensual, bimensual o anualmente y pueden estar especializadas en unos temas concretos: literatura, política, deportes, etc., mientras que la palabra «periódico» ha quedado especializada en la denominación de la publicación diaria y la información aparece en diferentes maneras y formatos: comunicados, crónicas, noticias, reportajes, etc. El periodismo es un importantísimo difusor de cultura; ya desde la época de Larra y Clarín empezaron a darse a conocer muchos ensayistas, cuyos trabajos aparecían en las columnas de los periódicos: «La influencia social del periódico es extraordinaria. Su difusión, infinitamente mayor que la de otras publicaciones, alcanza a todas las esferas sociales, por lo que es arma propagandística de excepcional eficacia»<sup>4</sup> (1975: 193-194).

¿Por qué nuestra escritora escoge el artículo periodístico como forma de comunicación con sus lectores? Podríamos remitirnos a los inicios, a la época en que Larra hace del artículo periodístico la manifestación de sus ideas y forma de ver la sociedad de su época; para José Luis Varela<sup>5</sup> Larra fue el creador del periodismo moderno, a través de la prodigiosa serie de sus artículos, toda vez que su originalidad consistió en pasar todo por la aduana de su temperamento personal, en su romántico autobiografismo. Igualmente, Carlos Seco Serrano<sup>6</sup> considera que los escritos de Larra como crítico literario tienden a un fin moral osado: «Porque literatura y política presentan un solo frente en esta apasionante autobiografía que despliegan a nuestros ojos sus artículos» (1969: 51). Estas palabras las podemos aplicar también al ejercicio periodístico de nuestra escritora, puesto que a lo largo de los 360 artículos objeto de

---

<sup>4</sup> LAPESA, Rafael (1975): *Introducción a los estudios literarios*, Cátedra, Madrid:

<sup>5</sup> VARELA, José Luis: «La palabra y la llama», *ABC*, Madrid, 13 de febrero de 1962.

<sup>6</sup> LARRA, Mariano José de (1969): *Artículos*. Edición, introducción y notas de Carlos Seco Serrano, Editorial Planeta, Barcelona.

nuestro estudio, observaremos el devenir biográfico que va conformando su universo intelectual y humano.

El artículo de opinión es el vehículo periodístico predilecto de nuestra escritora para dar su visión sobre temas muy variados. Ella siempre deja muy clara su posición ante cualquier hecho o manifestación, da su opinión sin ambages sobre todo en los artículos políticos; no en vano tenemos que tener en cuenta que la principal característica de este género periodístico es la de opinar sobre una cuestión de actualidad, y para ello el periódico se vale de personas con una autoridad reconocida, aunque a veces se escondan tras un seudónimo, como es nuestro caso en el que nuestra escritora firma sus artículos como *María Luisa Villalba*. Siguiendo las características del artículo de opinión, muchas veces no es la noticia en sí lo que importa, sino la valoración que aporta el articulista, es decir, el lector se acerca al artículo para que el periodista le ayude a formarse una opinión, ya sea política, literaria, cultural, etc. Muchas veces la noticia ha sucedido hace ya mucho tiempo, por ejemplo, el aniversario de la muerte de un escritor; de esta manera la articulista orienta e influye en el lector desde una óptica muy personal, lo que hace que utilice un lenguaje emotivo para llegar a los más recónditos sentimientos de aquel que se acerque a sus líneas escritas.

El estilo, como un atributo más de la calidad de sus artículos, es muy importante en la producción periodística de María Rosa Alonso. Si entendemos por estilo la parte esencial de la literatura, teniendo en cuenta las palabras de dos teóricos de la época en que escribía nuestra autora: para Dámaso Alonso<sup>7</sup> el estilo era el único objeto de la investigación científica de lo literario, y para él, el estilo es todo lo que individualiza a un ente literario. Para Helmut Hatzfeld<sup>8</sup> la estilística es la nueva filología con sentido artístico y nos da una acertada definición de estilo:

... en toda obra literaria el autor expresa una actitud con un lenguaje personal dentro de un lenguaje general, procedimiento que, instintivamente, todos llaman estilo...este lenguaje, que incluye, en su más amplio sentido, la estructura toda de la obra, es el estilo literario (1949: 65).

El estilo de María Rosa Alonso no será el mismo desde sus inicios, pues no podemos olvidarnos que la experiencia es fundamental para ir adquiriendo un estilo propio, y no nos encontramos la misma calidad estilística en los artículos de 1930 en los que nuestra escritora se iniciaba en el mundo de la prensa escrita, que los de años más

---

<sup>7</sup> ALONSO, Dámaso (1957<sup>3</sup>): *Poesía española. Ensayo de métodos y límites estilísticos*, Editorial Gredos, Madrid: 482.

<sup>8</sup> HELMUT HATZFELD (1949): «Stylistic Criticism as Art-Minded Philology», *Yale French Studies*, 3.

tarde cuando ya es una estudiante de la Universidad Complutense de Madrid, rodeada de algunos compañeros con una preparación cultural y académica más cosmopolita; además, están esos admirados profesores de los que ella se esfuerza tanto por aprender. Pero la canaria no se siente acomplejada en ese ambiente académico tan elevado; ella se integra totalmente en el mundo académico llegando a ser la secretaria de la revista de la Facultad.

Hay que tener muy presente su preparación como filóloga, pues fue su verdadera vocación y esto es fundamental para que ella cuide cada uno de los detalles de sus escritos, y lo podemos comprobar en los diferentes registros que emplea en sus artículos: por ejemplo, no emplea el mismo vocabulario y sintaxis en un artículo de crítica literaria que en un artículo político, que lo que busca es mover emociones a nivel ideológico. Además, también dependerá mucho del tema que esté abordando: nos podemos encontrar con un estilo muy poético cuando habla de su tierra, o un estilo científico cuando trata temas lingüístico-literarios, oscilando hacia un estilo sencillo cuando busca llegar a los obreros a los que dedica algunos de sus artículos políticos.



## 2. VIDA Y OBRA DE MARÍA ROSA ALONSO

### 2.1 Niñez y juventud

María Rosa Alonso Rodríguez nació en Tacoronte en el año 1909, un 28 de diciembre<sup>9</sup>, en el seno de una modesta familia<sup>10</sup>. Su padre era un campesino natural de este municipio norteño, muy simpático y cantaba divinamente; fue representante de los manuales *Soler* y de la revista *La Ilustración artística*, de Barcelona, en la que escribían Emilia Pardo Bazán y Emilio Castelar; dichas publicaciones fueron las primeras letras impresas que nuestra autora leyó. Su madre era la que se ocupaba de los tres hijos: Nieves, Elfidio y María Rosa, labor materna que compaginaba con su trabajo como maestra en Guamasa, que fue el lugar en el que vivieron hasta 1919, año en que se trasladan a vivir a La Laguna, donde ya estudiaban sus hermanos mayores (Nieves sería maestra y Elfidio periodista y político<sup>11</sup>).

En la ciudad de los Adelantados vivían de alquiler, primeramente, en el 103 de la calle Herradores y posteriormente, ya ella estudiando en Madrid, se trasladaron a la calle Viana; de ahí a la calle Carrera donde vivieron hasta 1936, y por último, a la calle San Agustín, donde cuidó a su madre enferma hasta el fallecimiento de su progenitora. En dicha calle se encuentra el Instituto de Canarias; allí con once años inicia sus estudios de Bachillerato, desde 1921 a 1927. En los dos últimos cursos obtuvo matrícula de honor en todas las asignaturas, que suponía la exención del pago de matrícula; además, encuadernaba sus libros y los vendía más baratos para comprar los nuevos:

---

<sup>9</sup> En «Un hombre del siglo XVIII. El segundo centenario del polígrafo tinerfeño José de Viera y Clavijo», *San Borondón signo de Tenerife*, pág. 21, nos dice: «Un inocente requirió el 28 de diciembre sobre las aguas bautismales. Muy endeble el infante, amenazaba pronta subida al cielo; mas como naciera en Inocentes, engañó a los familiares con una vida de ochenta años». Como vemos, estos dos grandes representantes de las letras canarias compartieron día de nacimiento —Viera y Clavijo había nacido en 1731—, aunque no sabemos el estado de salud de María Rosa Alonso al nacer, sí que podemos afirmar que tuvo una vida aún más longeva que el Arcediano, pues cuando ella falleció tenía 101 años.

<sup>10</sup> GABINO CAMPOS, María Auxiliadora (2002): *Vida y obra periodística de Elfidio Alonso Rodríguez. Su labor en España*, Tesis doctoral, Universidad de La Laguna. Elfidio Alonso Rodríguez es un personaje que forma parte de la historia canaria como uno de los representantes políticos más relevantes durante la II República, y como uno de los primeros periodistas canarios del siglo XX más conocidos internacionalmente.

todo esto suponía una alegría para su madre, pues ayudaba a la modesta economía familiar. Todo lo anterior refleja que desde pequeñita María Rosa Alonso tenía conciencia del esfuerzo que realizaban sus padres para que ella saliera adelante.

La primera vez que vio su nombre impreso en un periódico fue en «La comarca de Icod», debido a que, por sus buenas calificaciones, un grupo de alumnos del Instituto Cabrera Pinto fueron llevados gratis a la ciudad del Drago. En la citada publicación aparecía el listado de los alumnos visitantes; también en ese viaje desayunaron en un hotel de Tacoronte, cuyo dueño llegaría a ser el suegro de Domingo Pérez Minik. Había diez chicas en clase y los profesores las trataban de *usted* y de *señorita*, las aulas tenían gradas y las chicas tenían que sentarse abajo porque llevaban faldas; los chicos trataban también de *usted* a las chicas, a no ser que se conocieran anteriormente. Cuando Agustín Cabrera explicaba en Fisiología los órganos sexuales, las chicas no iban a clase, pues para ellas «los niños venían de París». María Rosa Alonso se sintió siempre muy respetada, nunca tuvo problemas con el otro sexo.

Cuando terminó el Bachillerato se puso a estudiar unas oposiciones a Obras Públicas, pero las suspendieron. Por aquel entonces en la Universidad de La Laguna solo se podía cursar Derecho y Ciencias Químicas<sup>12</sup>, no había Filosofía y Letras que era realmente lo que quería estudiar. Pero en el curso Preparatorio de Derecho había tres asignaturas que eran comunes con Filosofía y Letras y en septiembre de 1927 se examina libre y las aprueba. Durante el curso 1927-1928 asiste de oyente, en la Facultad de Derecho, a las clases de Literatura Española del catedrático Ángel Valbuena Prat: pasó de leer a *Bufalo Bill*, *Dick Turpi*, Emilio Salgari y cosas propias de jovencitas, a leer literatura del 98: Azorín, Ramón del Valle-Inclán, a todo Pío Baroja y, según sus propias palabras, nunca llegó a leer una novela rosa y eso la salvó. María Rosa Alonso siempre ha tenido palabras elogiosas para su profesor de literatura Valbuena Prat, que fue el primer catedrático de La Laguna por oposición y el primero que pensó en serio sobre la literatura de las Islas<sup>13</sup>. Según su opinión, toda la gente del 27, la de *La Rosa de los Vientos* y *Gaceta de Arte* tienen en cierto modo una deuda con él, pues, aunque no fuera oficialmente muchos de los «vanguardistas» canarios iban a sus clases. Para nuestra autora, en aquella época La Laguna era una ciudad levítica, tremenda, y Las

---

<sup>12</sup> Ver la entrevista realizada por Cándida Carballo, que fue publicada en el *Diario de Avisos*, el 19 de octubre de 2004.

<sup>13</sup> «María Rosa Alonso dixit», entrevista realizada por Emilio González Déniz y Tato Gonçalves en 1996 para el Blog de *Canarias7*. <https://blogs.canarias7.es/bardinia/2011/05/entrevista-con-maria-rosa-alon/> (consultado el 02/06/2021)

Palmas y Santa Cruz por el estilo; aunque ya empezaba la gente a sacudirse un poco, Valbuena hizo una buena labor ya que dio el punto de partida. Después, como en la familia no había medios para que fuera Madrid a estudiar Lengua y Literatura que era su verdadera vocación, permaneció en casa dedicada a leer y ayudar en las tareas del hogar, leía y estudiaba por su cuenta todo lo que podía.

En enero de 1930 escribió su primer artículo; además de su juventud, fue la primera mujer periodista en Canarias, por lo que tuvo que esconder su verdadera identidad bajo el seudónimo de *María Luisa Villalba*: «Era una chiquilla con veinte años y firmé con seudónimo, porque me daba vergüenza. Era para que no se enteraran en casa»<sup>14</sup>. Su quehacer periodístico comenzó para el periódico *La Tarde* y después en *La Prensa* y *Hoy*, en los que, además de temas políticos, hace

breves ensayos sobre temas de literatura y arte abordados desde la óptica insular definida por Valbuena, Agustín Espinosa, Juan Manuel Trujillo y los otros jóvenes redactores de la revista *La Rosa de los Vientos*; esto es, desde una actitud universalista pero al mismo tiempo empeñada en señalar la existencia de una tradición cultural en Canarias<sup>15</sup>.

Una de las principales características de su quehacer periodístico fue el elevar el nivel cultural de sus lectores, la propia periodista se ha referido en más de una ocasión a su labor como «periodismo cultural». Tengamos en cuenta que al no poder ir a estudiar a Madrid la carrera por la que sentía verdadera vocación, «la joven bachiller, había cubierto sus inquietudes intelectuales con la lectura y el cultivo del periodismo» (2010: 357)<sup>16</sup>.

En el certamen convocado por *El Museo Canario*<sup>17</sup> de Las Palmas de Gran Canaria para conmemorar el segundo centenario del nacimiento del polígrafo José Viera y Clavijo, en 1931, obtuvo el primer premio. Y también había obtenido el mismo

---

<sup>14</sup> Entrevista realizada por R. Gorroño para *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 6 de julio de 2003.

<sup>15</sup> VV. AA. (2007), *Imagen de María Rosa Alonso* [Catálogo de la Exposición bibliográfica y documental Día del Libro 2007]. Biblioteca General de Humanidades de la Universidad de La Laguna-Gobierno de Canarias-Cabildo Insular de Tenerife-Ayuntamiento de San Cristóbal de La Laguna, Santa Cruz de Tenerife: 10.

<sup>16</sup> YANES MESA, Julio Antonio en AA: VV. (2010): «Leoncio Rodríguez y María Rosa Alonso»: 357.

<sup>17</sup> Fruto de la iniciativa de un grupo de intelectuales encabezados por el Dr. Gregorio Chil y Naranjo, surge El Museo Canario en 1879 como acicate para el desarrollo científico y cultural de Las Palmas de Gran Canaria. Desde su creación fue concebido como una sociedad de promoción de las ciencias, las letras y las artes en general, otorgando especial protagonismo a todo lo relacionado con nuestro archipiélago. Así, desde su primera instalación, inaugurada el 24 de mayo de 1880, se exhibieron, además de vestigios prehistóricos, colecciones geológicas, zoológicas y artísticas, y paralelamente se estaba formando ya, con las generosas aportaciones de los socios, la primera biblioteca de la sociedad, que acabaría siendo la más completa colección documental especializada en temas canarios. En 1934 María Rosa Alonso le dedicó un artículo al nacimiento de la revista de esta entidad: «La revista *El Museo Canario*», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 4 de febrero de 1934.

galardón en los certámenes de la Cosmológica de La Palma, el Cabildo Insular de Tenerife, el Ayuntamiento del Realejo Alto (Tenerife) y en el Gabinete Literario de Las Palmas de Gran Canaria.

Se trataba de cuatro trabajos juveniles sobre la obra de Viera y Clavijo, premiados según oficio de la entidad de Las Palmas con fecha 4 de febrero de 1932.

En septiembre de 1932 supera en un examen libre las asignaturas de Latín y Psicología, que habían sido añadidas al plan de estudios del curso preparatorio común. En octubre funda el Instituto de Estudios Canarios, que tuvo su punto de partida en un artículo: «El sentido del tinerfeñismo», de Salvador Quintero, publicado en *La Tarde*, el 20 de marzo de 1930. El profesor defendía la necesidad de crear un Centro de Estudios Tinerfeños, en el que se enseñaría a los jóvenes historia, literatura, folklore, etc. Inmediatamente María Rosa Alonso se adhirió a esta idea, pero ampliándola a todo el Archipiélago, según sus propias palabras: «lo que me apasionaba no era ser concejal, diputada o ministra, sino fundar el Instituto de Estudios Canarios, anejo a la Universidad». Encontró otra persona, tan entusiasta como ella en el proyecto, el sacerdote e historiador José Rodríguez Moure, pues «él también entendía que en cinco siglos de cultura española en Canarias se habían dado en las Islas los valores propios y determinados para precisar una atención por parte de los estudiosos»<sup>18</sup>. Una de las consecuencias de la gran batalla que dio para poder crear el Instituto es que salió a la luz quien era *María Luisa Villalba*. Fue el propio periódico *Hoy* el que se encargó de revelarlo en su edición del 22 de diciembre de 1932, ya que fue en este medio donde ella había publicado cuatro artículos titulados «Contribución a un proyecto de Universidad», que fueron fundamentales para la creación del Instituto.

La inauguración oficial del Instituto de Estudios Canarios fue el 3 de enero de 1933 en el Ateneo de La Laguna. A partir de este momento se plantea ir a Madrid a estudiar la licenciatura de Filosofía y Letras; el principal problema era el económico, pero con sus buenas notas consiguió que el Cabildo le diera una beca de tres mil quinientas pesetas anuales y, además, su madre ahorraba todo lo que podía para ayudarla. En febrero convalida —con los estudios que tenía en La Laguna— el primer examen de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, y estudia allí los tres cursos de que constaba la carrera, hasta junio de 1936.

---

<sup>18</sup> ALONSO, María Rosa en VV. AA. (2010): «María Rosa Alonso y el Instituto de Estudios Canarios (Crónica autobiográfica de una relación)»: 15-44.

En la Facultad madrileña tuvo grandes maestros: Ortega y Gasset, a cuyas clases asistía como libre oyente, pues ella tenía muy claro que alguien interesado en la literatura tenía que saber algo de filosofía. También le debe mucho a otros docentes como Américo Castro, Dámaso Alonso, Tomás Navarro Tomás, José Fernández Montesinos y Agustín Millares Carlo, a los que siempre les agradeció todo lo que aprendió de ellos. Tuvo grandes compañeros, entre los que destacan la pareja formada por Julián Marías y Lolita Franco; ella recuerda esta época así:

Allí trabé amistad con Julián y Lolita, que junto con otros miembros de nuestra generación inauguramos aquel maravilloso edificio de la ciudad universitaria. Siendo un hombre muy religioso y creyente, cosa que yo nunca he sido, Julián contribuyó al impulso cultural de España en un momento de plenitud de la República, ese primer instante en el que defendíamos la culturalización del país, tal como pidió Ortega, gran maestro de todos y, también, de Marías<sup>19</sup>.

Pero en estos años no sólo se dedicó a estudiar, sino que, debido a su afición literaria, participó en la excelente revista literaria *Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras*, aunque solo pudieron sacar cuatro números, ya que irrumpió la guerra. Ella era la secretaria y también redactora, aunque no tenían máquina de escribir en el local que les cedió el rector, Manuel García Morente; la correspondencia tenía que hacerla a mano con su estilográfica de tinta verde, y recuerda con gran cariño como Pedro Salinas también firmaba con tinta del mismo color. Su labor en la revista duró de octubre-noviembre de 1935 a abril-mayo de 1936, y en ella, además de notas de libros y revistas, publicó «El tema de la mujer hasta Quevedo» y «Gustavo Adolfo Bécquer»<sup>20</sup>.

Del ensayo sobre Bécquer se hizo separata y el Diccionario de Literatura de la *Revista de Occidente* lo tuvo en cuenta, luego de haber aceptado su clasificación de las leyendas becquerianas. Consta de 28 páginas, que se organizan en tres apartados: el primero lo titula «Un hombre negro» y habla de la vida del escritor, donde destacamos la reflexión que hace María Rosa Alonso sobre lo que significa el recuerdo para un hombre romántico como Bécquer: «En ese volver a pasar por la memoria está la esencia de lo romántico en gran parte, la tragedia del revivir, que es contrasentido» (1936: 8). El segundo apartado, dedicado a «Leyendas, costumbrismo, obra periodística», destaca dos etapas: la de las *Rimas*, leyendas y cartas, pues tenía «“la necesidad de dar a luz lo que ha creado en sus entrañas”»; pero después, “víctima de la prosa de la existencia”» (1936: 8) al tener que trabajar como periodista en *El Museo Universal*. La tercera parte está

---

<sup>19</sup> Entrevista concedida a J. A. Dulce en *El Día* del 23 de abril de 2006.

<sup>20</sup> ALONSO, María Rosa (1936): «Gustavo Adolfo Bécquer», separata de *Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras*, Madrid, 28 páginas.

dedicada a «Las *Rimas*», en las que Bécquer «va pulsando un arpa que no tiene cuerdas del postromanticismo oficial español que correspondió a su presente» (1936:16). Nuestra autora destaca el papel de la mujer en su poesía, cree que en este poeta del amor la mujer es su objeto, pero algunas veces «son deseos, ansias de infinitud y de gloria la fuente de su inspiración»; aquí no importa la realidad histórica, sino la realidad que él construye a través de sus versos, no importa para quién es su poesía sino por qué y cómo la hace. Para la estudiante universitaria Bécquer representa: «el mundo nuevo en que va a alojarse los que pulsarán un arpa no olvidada desde entonces que el poeta les da, que Rubén les viste con galas de viñetas retóricas». María Rosa Alonso nos ofrece un buen ejemplo de su excelente preparación filológica en las Notas (minuciosa clasificación de la obra del poeta), Bibliografía (clasificada en Obras de Bécquer, Libros y folletos y Artículos de revista) y la Cronología desde el nacimiento del poeta hasta su muerte, y lo hace en tres apartados: Histórica (hechos políticos muy notables), Becqueriana (la vida y obra del poeta) y Literaria (todas las publicaciones que surgieron en ese momento en España).

## 2.2 La guerra civil

El sábado 18 julio, mientras disfrutaba en su isla natal de las vacaciones veraniegas, se produce el alzamiento militar contra la República. En un primer momento, los jóvenes creyeron que se avecinaba una dictadura como la de Primo de Rivera, pero nadie podía suponer que aquel extenso paréntesis bélico duraría hasta 1939. Ella no puede regresar a Madrid para seguir estudiando porque estaba en el bando de los perdedores:

Los vencedores no separaron a los políticos extremistas de izquierda, de los que solo éramos demócratas y las «podridas democracias» éramos también «los rojos». Y también lo aceptamos. [...] No he sido militante de partido nunca. Ya lo he dicho, pero ideas demócratas, de libertad y respeto para el adversario, si este me respeta a mí, siempre las he profesado (2010: 33).

Sus actividades académicas quedaron interrumpidas, pero no sus actividades literarias: a finales del 1937 termina de escribir *Un rincón tinerfeño. La Punta del Hidalgo*<sup>21</sup>. La obra está dividida en dos partes: en la primera hay experiencias vividas por la propia autora en ese lugar del noroeste de Tenerife. En la segunda parte, hay un

---

<sup>21</sup> ALONSO, María Rosa (1944): *Un rincón tinerfeño. La Punta del Hidalgo*, Real Sociedad Económica del País de Tenerife, 2ª edición (2000), Ayuntamiento de La Laguna, La Laguna (3ª edición [2009] en la colección MRA, Sociedad Estatal de Conmemoraciones culturales y el Gobierno de Canarias, Madrid).

diálogo imaginario entre dos personajes históricos del siglo XIX, en el que hablan del corsario Amaro Pargo, que está muy ligado a esta comarca de la isla.

En 1939 *El Museo Canario* de Las Palmas de Gran Canaria, dependiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, la nombra corresponsal de su revista, con título fechado en Las Palmas, a 28 de agosto de 1939.

En 1940 se publican sus dos primeras obras: *San Borondón, signo de Tenerife. (Artículos, notas, crónicas), 1932-1936*<sup>22</sup>: es una recopilación de artículos en los que aparece su preocupación por la historia y cultura de las islas, distribuidos en siete apartados: el primero es el artículo que da nombre al libro; el segundo está dedicado al centenario de Viera y Clavijo y se compone de tres secciones; el tercero celebra el centenario del creador alemán Goethe; le sigue el apartado sobre el centenario de Lope de Vega; continúa con «Divagaciones sobre el balcón canario»; en el siguiente aborda a los Estévanéz y, por último, bajo el nombre genérico de «Crónicas» escribe cuatro artículos dedicados a La Laguna, al vino de Tenerife, a «El libro que no se ha escrito» y termina con una elegía dedicada a la muerte de José Rodríguez Moure. Es de destacar que, en el comentario del libro de Ceferino de Palencia, *España vista por los españoles*<sup>23</sup>, al hablar de Canarias, lo hace a través de textos de Agustín Millares, Miguel de Unamuno, Alonso Quesada, Tomás Morales y María Rosa Alonso. De ella dice que representa ese algo que expresa la singularidad de un lugar, que ha sido sutilmente «percibido y analizado por un juicio femenino en extremos sagaz y delicado; el de María Rosa Alonso, mujer muy docta y a la par muy artista» (1947: 966). Para describir lo que diferencia este lugar de la Península pone como ejemplo los balcones canarios y transcribe en su totalidad los artículos «Divagaciones sobre el balcón canario» y «Chozas, flora, geografía»; este último lo emplea para hablar de los campos canarios.

El segundo libro publicado de María Rosa Alonso fue en 1940, *En Tenerife, una poetisa. Victorina Bridoux. 1835-1862*<sup>24</sup>, dedicado a una poetisa con influencia del

---

<sup>22</sup> ALONSO, María Rosa (1940): *San Borondón, signo de Tenerife. (Artículos, notas, crónicas), 1932-1936*, Editorial Leoncio Rodríguez, Santa Cruz de Tenerife. Reeditada en 2001, en la Colección Biblioteca Canaria, de la misma Editorial.

<sup>23</sup> PALENCIA, Ceferino (1947): *España vista por los españoles*, Almendros y Vilá, Editores, México: 966-68 y 970-71.

<sup>24</sup> ALONSO, María Rosa (1940): *En Tenerife, una poetisa. Victorina Bridoux. 1835-1862*, Librería Hespérides, Santa Cruz de Tenerife (posee una segunda edición del Excmo. Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife, 1988 y una tercera en 2001 realizada por el mismo Ayuntamiento [Biblioteca Capitalina I]

Romanticismo que murió muy joven, víctima de la fiebre amarilla. También conocemos el álbum de Victorina Bridoux, cuya familia se lo regaló a María Rosa Alonso y ésta, a su vez, lo donó al Ayuntamiento de Santa Cruz, que lo publicó junto con una lujosa tercera edición de la obra.

También en 1940 realizó el prólogo a una selección de poemas de Rafael M. Fernández Neda, *Auroras*<sup>25</sup>, obra ya editada en 1865 y prologada por Benito Pérez Galdós. En esta segunda edición María Rosa Alonso nos proporciona la biografía del poeta, intercalando algunas descripciones propias del movimiento romántico en el que se enmarca a Fernández Neda: «Sus ojos fueron desde la niñez encadenados cautivos del paisaje orotavense, donde por primera vez vieron la luz clara de los días templados y la diafanidad de nuestro limpio azul» (1940: 25). El poeta pertenece a la generación posromántica, destaca en su poesía la melancolía, la tristeza y el tedio; también abunda la sátira, que recuerda a Campoamor. Neda es cultivador del romance lírico, subjetivo; solo tiene algún poema narrativo como, por ejemplo, «El hijo del guardabosques». Su gran amor fue Carmen González del Castillo, inspiradora de muchos de sus poemas; pasado el tiempo se casarán y ella publicará en la *Revista de Canarias* dos bellas composiciones. María Rosa Alonso destaca los sonetos «que por cuestión y azares de amor» se escribieron. También Neda le dedicó una poesía a la poetisa Victoria Ventoso, que recuerda a Zorrilla; en la poesía del orotavense hay una gran influencia germánica y nórdica: Heine, Goethe, Uhland, Klopstock, Geibel, etc. Nuestra prologuista se imagina un Neda

que desde una mesa del «Suizo» oyera discutir en la tertulia de Bécquer a los amigos del poeta y que observara la taciturna figura de Gustavo, si acaso alguna vez no fuera su contertulio, al que probablemente conocería por el amigo común de ellos, Teobaldo Power; bien que este fuera más joven que los dos (1940: 34).

Creemos que, por estas mismas fechas, ya que no aparece ningún dato en el libro que nos la confirme, y en la misma colección que la poesía de Fernández Neda, María Rosa Alonso realiza la introducción a un pequeño libro dedicado a Joaquín Estrada Pérez<sup>26</sup>. Tal y como nos dice la introductora, esta es una selección de crónicas del malogrado escritor, que falleció a los veinte años; su producción literaria data de los

---

junto con el *Álbum de Victorina Bridoux y Mazzini de Domínguez*: edición facsímil, con nota preliminar de María Rosa Alonso y retrato de la autora por Carlos Gaviño de Franchy).

<sup>25</sup> FERNÁNDEZ NEDA, Rafael M. (1940): *Auroras (Selección de poemas)*, Prólogo de María Rosa Alonso, Librería Hespérides, Santa Cruz de Tenerife.

<sup>26</sup> ESTRADA PÉREZ, Joaquín (1940): *Biografía y crónicas del malogrado escritor*, Librería Hespérides, Santa Cruz de Tenerife.



últimos cinco años de su vida. Muchas de esas crónicas tienen Madrid como escenario, pues allí residió Estrada sus últimos años, trabajando como redactor de *El Liberal*; María Rosa Alonso afirma que su obra está dispersa en los periódicos de la época y en algunos rincones, donde muchas cuartillas están llenas de su letra angulosa y viril. En 1916 Ildelfonso Maffiote, amigo y compañero de Estrada, proyectó reunir todos los trabajos del ya finado en un volumen, pero parece ser que dificultades económicas y de otra índole le impidieron llevar a cabo su proyecto entonces y aún se mantiene la deuda.

Acabada la guerra, y perdida su beca por sus discrepancias con el Régimen, María Rosa Alonso tuvo que sufrir «que la gente no me saludara, porque mi familia era “roja”. Mi madre y mi hermana eran maestras, las castigaron bajándole el sueldo. Mi padre había muerto, menos mal que éramos tranquilas y no nos metieron en la cárcel»:

Maestra no podía ser porque no me daban un certificado, así que tuve que esperar a 1941 para ir a terminar la carrera a Madrid. Tuve que hacer un gran esfuerzo, trabajé, di clases particulares en el colegio de los Quintero; trabajaba de sol a sol... La vergüenza fue que tuve que hacer un certificado de adhesión para que me dieran el título. No le perdono a Franco la humillación; humilló a todo el mundo porque Tierno Galván tuvo que hacerlo y todos los catedráticos de Universidad se callan pero tuvieron que hacerlo también. No tengo ni Seguridad Social ni nada; no quiero nada de Franco<sup>27</sup> (2003: 33-34).

Según palabras de su sobrino Elfidio<sup>28</sup>, también fue gracias a una ayuda económica que le prestó su compañero de Instituto y abogado lagunero, Manuel González de Aledo. Años más tarde conseguiría devolverle «hasta el último céntimo», decía con legítimo orgullo y encendido agradecimiento.

En 1941 logra ir a Madrid para hacer el examen final de carrera, con el que obtiene la Licenciatura en Filosofía y Letras. Tuvo que volver a La Laguna porque tenía a su madre enferma y se dedicó a cuidarla hasta su fallecimiento. En este año comienza a ejercer como profesora en la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de La Laguna: según sus propias palabras «... entré “a dedo”, porque entonces no había nadie a quien recurrir, si bien a mí el “a dedo” me ha repugnado siempre y me esforcé en ser útil y escribir muchas notas y trabajos en *Revista de Historia*» (*La ciudad y sus habitantes*, 2009<sup>2</sup>: 273).

---

<sup>27</sup> GARCÍA PÉREZ, Ana María, (2003): «Entrevista a nuestra más antigua alumna: María Alonso Rodríguez», *Pasillos*, I.E.S. Canarias. Cabrera Pinto. San Cristóbal de La Laguna.

<sup>28</sup> ALONSO Quintero, Elfidio (2017<sup>3</sup>): *Residente en Venezuela*, prólogo a la obra de María Rosa Alonso, Universidad de La Laguna e Instituto de Estudios Canarios, La Laguna.

En 1942, la revista *Cuadernos de Literatura Contemporánea* le publica un artículo<sup>29</sup>, el primero tras el enfrentamiento armado; María Rosa Alonso se dedica a hacer una reseña del libro de su amigo Andrés de Lorenzo Cáceres<sup>30</sup>. Ella empieza hablando de lo que ha significado «regionalismo» en los últimos años, y considera al autor del libro que va a reseñar como uno de los mejores escritores canarios del momento, si no el más excelente. En cuanto a su libro, Andrés de L. Cáceres hace una historia del malvasía canario, a través de escritores como Shakespeare, Walter Scott, el caballero Casanova, entre otros famosos, y José de Viera y Clavijo, que habla del malvasía como «—mi néctar de Canarias, estimado— desde el polo glacial hasta la China» (2008: 350). Todo lo anterior está escrito en una prosa lírica llena de referencias mitológicas, en la que la escritora alaba al «autor de tan cuidado y feliz trabajo» y destaca las documentadas notas finales, la calidad de la impresión y del papel.

### 2.3 Profesora en la Universidad de La Laguna

La escritora tinerfeña termina el doctorado e ingresa en el cuerpo profesoral de la Universidad de La Laguna, en la recién creada Facultad de Filosofía y Letras: en la Isla sólo había dos licenciadas y la contratan a ella para dar clases de Gramática Histórica y de Latín, de literatura no, porque podía contaminar con sus ideas. El rector, que era franquista, no quería que entrase, pero contaba con el apoyo del decano, Elías Serra Rafols, una persona muy valiosa e influyente en aquel momento. En esta etapa, también desempeña el cargo de secretaria de la *Revista de Historia*, que era un órgano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad. Tuvo a su cargo la sección de notas literarias, desde 1942 a 1952, y realizó un total de unas ciento cincuenta fichas sobre libros, aparte de coordinar la sección de bibliografía de encarte de autores canarios; en los *Índices de Revista de Historia*, debidos a María F. Núñez Muñoz<sup>31</sup>, puede leerse relación detallada de sus trabajos (1986: 164-171).

---

<sup>29</sup> ALONSO, María Rosa (1942): «*Malvasía y Falstaff. Los vinos de Canarias*. Andrés de Lorenzo Cáceres». *Cuadernos de Literatura Contemporánea*, N.º 1, Madrid. Reproducido en: ALONSO, María Rosa (2008): *Todos los que está fueron: Artículos bibliográficos 1930-2002*. Gobierno de Canarias-Ayuntamiento de San Cristóbal de la Laguna, 2 vols. Páginas: 349-351.

<sup>30</sup> LORENZO-CÁCERES, Andrés de (1941): *Malvasía y Falstaff. Los vinos de Canarias*, Instituto de Estudios Canarios, La Laguna de Tenerife. En la primera edición de esta obra se hace homenaje al recién desaparecido Agustín de Espinosa: «Queremos que el nombre entrañable de Agustín Espinosa, prematuramente perdido para la poesía y el saber canarios, honre en la primera página este pequeño libro devotamente dedicado a su espiritual tragedia» (1941: 5).

<sup>31</sup> NÚÑEZ MUÑOZ, María Fe (1986): *Índices de Revista de Historia Canaria*, Tomo I, La Laguna.

A partir de 1943, reanuda sus tareas periodísticas con la publicación de un artículo en el periódico *Falange* de Las Palmas. También en este año publica en *Cuadernos de Literatura Contemporánea*<sup>32</sup> un artículo sobre Azorín<sup>33</sup>. Comienza diciendo que, en este creador, tanto a nivel físico como en su obra literaria, se notan los cinco años que han pasado después de terminar la guerra civil española; ella observa cómo «En el último Azorín hay una soterrada vena dolorida, que inunda de melancolía el paisaje literario» (1943: 215). Dice que este literato cultivó cuatro grandes temas: España, los clásicos, la muerte y el tiempo; María Rosa Alonso se detiene a analizar el tiempo en Azorín, sobre todo el tiempo gramatical. Después de hablar de lo que opinan sobre esta cuestión del tiempo, especialmente del pretérito, prestigiosos gramáticos como Salvá, Bello, Cuervo, y Seco, nuestra autora arguye que la Gramática es técnica del lenguaje y que opera sobre el hecho vivo, pensante, cambiante. En la última obra de Azorín, *Sintiendo España*, su autor continúa sintiendo la angustia del tiempo: el tiempo presente no existe, en cuanto que está siendo ya es pretérito. Contrapone los hombres de España de ayer y de hoy, seres reales o entes de ficción, y todo se convierte en el tiempo problemático que da relieve a esa suma de los pretéritos que es la Historia.

Mientras tanto, prepara su tesis doctoral, dirigida primero por Dámaso Alonso, y luego por Joaquín de Entrambasaguas. El Consejo Superior de Investigaciones Científicas edita la *Comedia de Nuestra Señora de Candelaria*<sup>34</sup>, obra atribuida a Lope de Vega, de la que María Rosa Alonso hace un excelente estudio y cuidada edición. José Pérez Vidal, autor que, para Carmen Díaz Alayón<sup>35</sup>, hace unas recensiones «que se revelan particularmente ricas y aprovechables constituyendo, como no podía ser de otra manera, un retrato de la personalidad de nuestro investigador, de su pensamiento y de sus puntos de vista en relación con el trabajo científico» (2005: 43) le dedica el

---

<sup>32</sup> *Cuadernos de Literatura Contemporánea* surge en 1942, dependiente del Consejo Superior de Investigaciones científicas e inspirada por Joaquín Entrambasaguas y, además, coincidiendo con la disminución de la influencia del grupo *Escorial*. No será hasta 1946, con el nombre de *Cuadernos de Literatura*, cuando la publicación abandona su autarquía cultural y se abre hacia otro tipo de corrientes.

<sup>33</sup> ALONSO, María Rosa (1943): «Al margen de las últimas obras de Azorín», *Cuadernos de Literatura Contemporánea*, N.º 8, Madrid: 211-216.

<sup>34</sup> *Comedia de nuestra Señora de la Candelaria*, edición, prólogo y notas de María Rosa Alonso, Instituto Nicolás Antonio, Revista de Bibliografía Nacional, Anexo II, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1944.

<sup>35</sup> DÍAZ ALAYÓN, Carmen (2005): «Inventario bibliográfico de José Pérez Vidal», *Revista de Estudios Generales de la Isla de La Palma*, n.º 1: 43-87.

siguiente párrafo a María Rosa Alonso, con motivo de la edición de la comedia sobre la Virgen de Candelaria<sup>36</sup>:

María Rosa Alonso, la concienzuda profesora y elegante publicista, no se ha contentado, por el contrario, con una ojeada superficial y rápida. Ha hincado su atención, inteligente y decidida, en el manuscrito, que guarda la Biblioteca Nacional, y de su detenido examen recogemos ahora el espléndido fruto: un interesantísimo prólogo, en que se conjugan en perfecta hermandad la belleza de estilo y la erudición, y las acertadas notas que aclaran y precisan la fuente de muchos pasajes de la comedia (1945: 90).

De la misma manera Ventura Doreste<sup>37</sup> hace la reseña de esta obra en la revista del *Museo Canario*, en la que deja constancia de lo que cree más interesante de la aportación de María Rosa Alonso a esta comedia:

No se inclina María Rosa a sospechar que el autor sea Lope de Vega, pues «carece la versificación de pocos matices estrictamente líricos, y es a veces floja, ripiosa, sin esa ligereza elegante y fina que imprime el Fénix a sus producciones». Por otro lado, el autor—dice la prologuista— no es de Canarias ni estuvo en ellas (1946: 109).

Otro trabajo a tener en cuenta sobre la edición de esta comedia es el llevado a cabo por el profesor de la Universidad Carlos III, Guillermo Fernández Escalona<sup>38</sup>: se trata de un estudio reciente, si lo comparamos con la época de publicación de la comedia. Dicho trabajo nos demuestra la huella tan importante que ha dejado María Rosa Alonso en los estudios sobre literatura española, y en el caso que nos ocupa, sobre el ámbito de la historia de Canarias.

En el mismo año de 1943, le fue concedido a nuestra escritora el Premio a una monografía de lugares tinerfeños, convocado por la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife, por su obra *Un rincón tinerfeño. La Punta del Hidalgo*. El jurado que se reunió en La Laguna, el 12 de octubre de 1943, estaba compuesto por Tomás Tabares de Nava, Elías Serra Rafols y Juan Álvarez Delgado, presidente, vocal ponente y secretario, respectivamente.

---

<sup>36</sup> PÉREZ VIDAL, José (1945): «Recensión de la *Comedia de Nuestra Señora de Candelaria* (Edición, prólogo y notas de María Rosa Alonso, *Revista de Bibliografía Nacional*, anejo III, 1944), *Revista de Historia de la Universidad de La Laguna*, XI, N.º 69, pp. 90-92.

<sup>37</sup> DORESTE, Ventura (1946): «*Comedia de Nuestra Señora de Candelaria*». Edición, prólogo y notas de María Rosa Alonso. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Nicolás Antonio. Madrid, 1946. Imprenta Sánchez de Ocaña, Madrid, 165 páginas, *Revista del Museo Canario*, N.º 20, Las Palmas de Gran Canaria.

<sup>38</sup> FERNÁNDEZ ESCALONA, Guillermo (2003): «Una comedia temprana de Lope de Vega: *Nuestra Señora de la Candelaria*», *Espéculo. Revista de estudios literarios* [Universidad Complutense de Madrid], 24 (julio-octubre), disponible en: <http://www.ucm.es/info/especulo/numero24/candelar.html>.

Serra Ráfols<sup>39</sup> hizo una reseña sobre dicho libro: empieza citando textualmente las palabras que emitió el jurado al concederle el premio por esta obra a María Rosa Alonso. Después pasa a nombrar las figuras históricas de la Punta del Hidalgo: Zebensui y Amaro Pargo, dos personajes tan diferentes, pero con similitudes, el primero «prehistórico» y el segundo «colonial»; ambos eligieron ese «pequeño rincón, cuando apenas ligado a la isla, fue un lugar de elección para fuertes temperamentos aventureros, en las más diversas culturas». De la misma manera, a Zebensui se le ha descrito como «pirata» de tierra y a Pargo como el corsario en el mar, aunque la tradición isleña lo ha considerado pirata de tierra también. Y finaliza el doctor Ráfols diciendo: «En fin, aunque la autora lamenta no haber podido sacar una edición ilustrada con viñetas, una graciosa cubierta marinera avalora este ameno librito» (1941:307).

También desde el periódico *Falange*, Néstor Álamo<sup>40</sup> se hizo eco de este libro. En un artículo dirigido a nuestra escritora habla de un bello libro alegre y claro, dice que en Canarias hay pocas publicaciones parecidas a esta de La Punta del Hidalgo. Insiste en que el libro «rebosa ágil frescura, gracia en el aderezo y donaire en ese aliar de la historia con el costumbrismo y la visión personal del tema, sin caer en el cromo para turistas. En esto, en huir del color tan grato a viejas inglesas locas, es usted formidable». Dice que quiere volverlo a leer, sobre todo para estallar de risa cuando llegue a la página 23, para encontrarse con el epitafio que don Eugenio de Saint Marie le dedica al espiritado can del señor de Ossuna y Van den Heed. Termina el artículo con una pregunta acerca de dicho epitafio: «¿No le parece a usted que es esta la loa más real y sincera de su libro? Por mi parte, amiga mía, creo que sí».

En este año de 1943, tan prolífico para nuestra autora, también realiza «una extensa nota»<sup>41</sup> al libro de Julián Marías sobre Miguel de Unamuno. En esta «nota» María Rosa Alonso empieza recordando una visita a Salamanca, en la que don Miguel al ver a los estudiantes les preguntó si iban a verlo como monumento nacional, estas

---

<sup>39</sup> SERRA RÁFOLS, Elías (1941): «Alonso, María Rosa— *Un rincón tinerfeño. La Punta del Hidalgo*. La Laguna. Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife, 1944. 82», *Revista de Historia*, La Laguna, N.º 67 de julio-septiembre de 1941, pp. 306-307.

<sup>40</sup> ÁLAMO, Néstor (1944): «Carta abierta a María Rosa Alonso», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 13 de octubre.

<sup>41</sup> ALONSO, María Rosa (1943): «El Unamuno de Julián Marías», *Arte y Letras*, N.º 11, Madrid. La revista *Arte y Letras* fue una publicación que le dio gran cobertura a las ilustraciones, tanto dibujos como reproducciones de obras pictóricas o de esculturas y de fotografías; dedicada, por un lado, a difundir contenidos culturales de todo género: literatura, teatro, música, pintura, etc., tanto desde un punto de vista informativo y divulgativo como crítico, y, por otro, a dar cuenta del desarrollo urbanístico o industrial y en, definitiva, económico y social, y sobre todo cultural de ciudades españolas.

palabras encierran una ironía bajo la cual nos encontramos con ese Unamuno que tenía la duda sobre su propio yo: si él es el aparente, el monumento nacional o el que en sus libros vivía la trágica agonía de su intimidad; nuestra autora, empleando un arcaico canarismo, refleja el drama unamuniano, ya que decía que a ella le agoniaba su agonía que era también, por obra suya, su agonía. A ella le parecía que la obra de Unamuno era un hondo monólogo, un drama del que él era el autor y el actor. En cuanto al libro de Julián Marías, la escritora considera que es la interpretación más seria y completa que se ha hecho de la obra de Unamuno, en cuanto a riguroso problema de filosofía. Marías, con técnica orteguiana, estrecha a veces al pensador Unamuno en el cerco de preguntas sin respuestas posibles. Nuestra autora echa de menos que se fijara con mayor precisión la personalidad de Unamuno en el marco histórico, el de las «circunstancias»; ella cree que, en el libro de Marías, al ser un ensayo filosófico, donde se logra mejor interpretación es al analizar la novela, que era para Unamuno una necesidad metódica de la que se puede servir la ontología como un estado previo. El tema de la muerte fue una de las mayores preocupaciones unamunianas, pues para él el problema del ser es el de su muerte y el de la supervivencia. En conclusión, que Marías tuvo la virtud de unificar y poner claridad en un pensamiento tan desconcertante como el de Unamuno, y nos dice que ese Dios, que según Unamuno no existía, era el que garantizaba el hambre de eternidad, que es el drama agónico de Unamuno<sup>42</sup>.

En 1944 el Museo Canario de las Palmas publica su trabajo sobre el «Folklore infantil»<sup>43</sup>. Comienza hablando del inicio del movimiento folklórico español, promovido por Antonio Machado en 1881. Cuatro años más tarde el médico natural de Arona, Juan Bethencourt Afonso, publicaba en el *Boletín folklórico español* de Sevilla un proyecto de cuestionario sobre el folklore canario. Este cuestionario fue detenidamente examinado por el erudito investigador palmero, José Pérez Vidal, que informó y dio una copia del mismo a María Rosa Alonso. En 1935 durante el Segundo curso de extensión universitaria, Serra Ráfols dio una conferencia en la que incitaba a los estudiosos del folklore canario a que recogieran todo el material folklórico. El Instituto de Estudios Canarios pasó una circular a todos los maestros nacionales instándoles a lo mismo. María Rosa Alonso no sabe si fue esta llamada la que animó a

---

<sup>42</sup> Es muy importante la influencia de Unamuno en la trayectoria intelectual de María Rosa Alonso; no en vano en los artículos objeto de análisis de esta tesis, hay veintiséis referencias a este gran autor español.

<sup>43</sup> ALONSO, María Rosa (1944): «Folklore Infantil», *El Museo Canario*, N.º 12, (octubre-diciembre), Las Palmas: 15-36.

Luis Diego Cuscoy a hacer su valiosa aportación a este tema con el libro *Folklore infantil*<sup>44</sup>. Nuestra autora sospecha que él hizo su recopilación en El Sauzal, por lo tanto, ella lo va a hacer en un pueblo cercano, Tacoronte, su lugar de nacimiento: allí le cantaron las canciones de cuna, así como participó de las canciones y juegos infantiles que expone en su trabajo. También aparecen algunas manifestaciones folklóricas de la Punta del Hidalgo, donde ella disfrutaba de sus veranos, lugar que le dedicó una de sus primeras obras de creación.

También en 1944 la *Revista de Historia*<sup>45</sup> publica dos trabajos de nuestra autora: «Índice cronológico de pintores canarios I»<sup>46</sup>, que justifica como una aclaración y mejora al trabajo titulado «Índice» publicado por ella misma en el n.º 67 de la misma *Revista de Historia*. Dice que lo que pretende es rectificar algunas cosas y así no sembrar confusión, además, tiene nuevos datos que considera de mucha utilidad para los estudiosos del tema. Deja bien claro que ella carece de preparación en materia pictórica, pero lo que ha hecho con el «Índice» y va a realizar con este trabajo es darle unidad a trabajos dispersos, además de aportar alguna opinión personal. Reconoce que ha sido un gran acicate para llevar a cabo su labor el que importantes críticos de arte como Padrón Acosta y Tarquis citaran su trabajo, también la ha animado el que los alumnos de la Facultad, que trabajaban en un *Catálogo* dirigido por Láinez Alcalá, se le acercaran pidiéndole referencias bibliográficas. A través de las siguientes páginas consigue su propósito con creces, pues hace una impecable relación de los pintores canarios —con algunas referencias biográficas, más amplias en los más destacados—, desde Cristóbal Quintana o José Rodríguez de la Oliva del siglo XVIII, hasta Juana Dorta Acosta o César Manrique Cabrera del siglo XX, pasando por grandes pintores como Luis de la Cruz, Valentín Sanz, Manuel de León Falcón, Fernando Estévez (profesor), Alejandro de Osuna y Saviñón, Gumersindo Robayna, etc. Y también recuerda la primera

---

<sup>44</sup> DIEGO CUSCOY, Luis (1944): *Folklore infantil (Tradiciones populares II)*, Instituto de Estudios Canarios, La Laguna.

<sup>45</sup> GONZÁLEZ ZALACAÍN, Roberto (2010): «María Rosa Alonso y la *Revista de Historia*», en AA. VV.: 323-337. *La Revista de Historia* fue fundada en 1924 en el germen de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Laguna, pues como tal fue creada en 1940, y es un elemento fundamental a la hora de abordar y comprender la historiografía canaria desde principios del siglo XX. La relación de María Rosa Alonso con esta revista es muy profunda, desde los primeros pasos académicos de nuestra autora hasta su traslado a Venezuela en el año 1953. Para este historiador, fue muy importante el hecho de que María Rosa Alonso fuera la primera mujer en publicar en dicha revista, —precisamente este artículo que estamos resumiendo— y años más tarde, siendo ya profesora de la Universidad, también fue la primera mujer en ocupar un cargo en la revista, el de secretaria, desde 1942 a 1953.

<sup>46</sup> ALONSO, María Rosa (1944): «Índice cronológico de pintores canarios I», *Revista de Historia*, N.º 67, La Laguna: 362-368.

exposición de la Academia de Bellas Artes que celebró en 1847, enumerando cada uno de sus participantes con la cantidad de cuadro y esculturas que expusieron.

El segundo trabajo publicado por la *Revista de Historia* en este año fue «Vejamen y réquiem al librito intitolado La Punta del Hidalgo»<sup>47</sup>. En siete páginas, con un comienzo y un final muy líricos, se nos presenta un diálogo entre dos caballeros de mediana edad en Punta del Hidalgo, que tiene como eje central el libro de María Rosa Alonso *Un rincón tinerfeño. La Punta del Hidalgo*. Da la impresión de que, a través de uno de los personajes, el más crítico, la autora pretende aportar datos, que cuando escribió el *librito* —como ella misma lo llama— no sabía o no los tuvo en cuenta. El diálogo transcurre entre la «sabiduría» de un interlocutor y la amabilidad del otro, todo ello aderezado con un fino matiz irónico.

En 1945 la *Revista de Historia* publica una segunda parte del «Índice», esta vez con el subtítulo de «Rectificaciones y adiciones»<sup>48</sup>. La autora insiste en los motivos que le llevaron a realizar el anterior trabajo sobre los pintores canarios y, además, habla de que, aunque haya más estudiosos trabajando sobre el tema

nadie, pues, estorba a nadie; cada uno tiene su misión y su quehacer. Todos tienen su sitio y para cada cual hay un sitio; no se trata de una carrera de campeonatos, sino de algo tan serio e importante como ir dándole un perfil a la cultura regional. Lo demás es aldeanismo de políticos de campanarios. Y como todos cabemos —hasta yo— voy a dar lo que he encontrado últimamente.

A la ensayista canaria le siguen concediendo premios, en esta ocasión el «Canarias en su alma y expresión literaria», del Ayuntamiento de Las Palmas, convocado en 1944, según consta en el Oficio del alcalde de Las Palmas, a 4 de febrero de 1946 (inédito).

También en 1945 aparece su trabajo «Las canciones populares canarias»<sup>49</sup> publicado como separata en la revista *El Museo Canario*: se trata de una excelente crítica a propósito de un trabajo de Álvarez Delgado. Empieza hablando de las diferencias entre ella y Joaquín Artilles acerca del poema sobre Guillén Peraza: para Artilles era un romance, en tanto que para María Rosa Alonso eran endechas; esto lo demuestra a través de rigurosos datos obtenidos de fuentes como Menéndez Pelayo, Henríquez Ureña, Dámaso Alonso, Torriani o Abreu Galindo. Ella tiene muy claro que

---

<sup>47</sup> ALONSO, María Rosa (1944): «Vejamen y réquiem al librito intitolado La Punta del Hidalgo», *Revista de Historia*, N.º 68, La Laguna: 362-368.

<sup>48</sup> \_\_\_\_\_ (1944): «Índice cronológico de pintores canarios II (Rectificaciones y adiciones)», *Revista de Historia*, N.º 72, La Laguna: 446-461.

<sup>49</sup> \_\_\_\_\_ (1945): «Las canciones populares canarias», *El Museo Canario*, N.º 16 (octubre-diciembre), Las Palmas: 55-66.



«no hace falta la diferencia de metro para que una composición se llame “endecha” y endechas son las de Guillén Peraza» (1945: 58). Y centrándose en el libro del doctor Álvarez Delgado comenta su teoría sobre la relación entre la métrica de las *folías* y de las endechas canarias, que es el trístfo monorrímo; dice que, al estar dedicadas al canto, las folías son estrofas populares, su métrica es muy irregular pues cree que es la música la que le da la norma a la variedad de estrofas. También habla del significado de la palabra «folías», que prácticamente aparece con Power y Crosita. Finalmente, trata los versos del «sirinoque» que no son otra cosa que «endechas», es decir, son estrofas de cuatro versos hexasílabos en la que asonantan los pares. María Rosa Alonso termina este riguroso trabajo diciendo:

Unas palabras de alabanza o de vituperio sin avalar con un trabajo crítico, de nada le servirían al autor. Como el Dr. Álvarez es una persona noblemente cordial y yo también, pienso que él con mayor suficiencia y prestigio, y yo con mínimo valor y nombre, hemos trabajado un poco en este intrincado problema, para mí no resuelto del todo aún, de nuestros cantos populares. Y que los músicos le pongan «música», que de letra ya está bien (1945: 65-66).

En este mismo año de en 1945, aparece publicada su obra *Con la voz del silencio*<sup>50</sup>; se trata de una singular creación donde se recogen tres breves prosas poéticas, escritas durante la contienda civil. Para Miguel Martínón, (en AA. VV. 2007: 17-19) la colección en la que se publicó esta obra «a pesar de sus limitadas tiradas y su escasa difusión, representó, sin duda, una de las primeras y más cohesionadoras iniciativas de recuperación de la generación republicana». Martínón dice que nos volvemos a encontrar a la María Rosa Alonso de La Punta del Hidalgo y de Victorina Bridoux, es decir, con una escritora de fina sensibilidad y hondo sentir. Muestra de la importancia que tuvo esta obra de María Rosa Alonso en el momento de su edición fueron dos reseñas y una Nota, que comentamos a continuación: la primera reseña fue realizada por José Pérez Vidal<sup>51</sup> y empieza alabando el intenso trabajo que desarrolla la profesora durante el curso, para contrarrestarlo con la lírica descripción de sus vacaciones en el campo: «Universitaria, erudita, esclava de mil técnicas en la ciudad, deja, en el campo, brotar más libre su poderoso fondo poético y nos brinda obras de más pura creación» (1946: 343). Nombra las vacaciones veraniegas en Punta del Hidalgo que dieron lugar a otro de sus libros, del que dice que es «una descripción animada del paisaje y de la vida actual de La Punta y una recreación suelta y movida de la vida

---

<sup>50</sup> ALONSO, María Rosa (1945): *Con la voz del silencio*, Colección de Bibliófilos, N.º 20, Las Palmas de Gran Canaria. Reeditada en 2007 por la Biblioteca Julio Castro de Autores Canarios, Madrid.

<sup>51</sup> PÉREZ VIDAL, José (1946): «María Rosa Alonso. *Con la voz del silencio*. Colección para 30 bibliófilos, N.º 20. Las Palmas de Gran Canaria, 1945», *Revista de Historia*, N.º 75, julio-septiembre.

pasada» (1946: 344). Otra estancia en Tacoronte en 1938 dio lugar al libro de la reseña, que tras una bella descripción lírica a semejanza de la obra que está comentando, concluye diciendo que «es una de esas pocas obras que —breves sobre Bellas— se podrán calificar con norma gracianesca, no como buenas, sino como mejores» (1946: 345). La segunda de las reseñas la realizó Ventura Doreste<sup>52</sup> en la revista del *Museo Canario* y ahí destaca la sensibilidad de nuestra autora, que ya se advertía en el rigor erudito de sus numerosos trabajos de historia; el lirismo en esta obra se percibe a través del «silencio, la intimidad, la exquisitez de la voz, la misteriosa exclusividad del amor» (1946: 111). Ventura Doreste también pone de manifiesto la influencia de Ortega en María Rosa Alonso, de la que a través de los años no se ha desprendido<sup>53</sup>.

La revista *Espadaña*<sup>54</sup> publicó la siguiente Nota referente a la obra comentada:

La autora de este cuadernillo, primorosamente editado, siente el silencio o, por mejor decir, siente apretadamente en silencio. Y de esta su acendrada atención a las sugerencias de su soledad poblada, brota una poemática visión del paisaje interior, estremecido y jugoso. — María Rosa Alonso es una atenedora perspicaz a la voz de la Poesía, de la que, sabiamente, consigue destacar sus más brillantes perfiles. Su labor crítica, en este aspecto, por infrecuente en una mujer, es doblemente digna de atención (1946: 520).

Igualmente, en 1945, la revista *Cuadernos de Literatura Contemporánea* publica su trabajo sobre el poeta grancanario Alonso Quesada<sup>55</sup>. Pone de manifiesto lo que ella opinaba de la poesía del autor, al que Unamuno prologó su primer libro de versos, *El lino de los sueños*. Una de las principales características del poeta es su «aislamiento», pero ella matiza este concepto, utilizando la afirmación de Ortega de que el hombre es auténtica y radical soledad. Nuestra autora cree que ningún hombre ha sido tan esencialmente soledad como Alonso Quesada y piensa que le ha marcado mucho la geografía de su isla: «son tierras sin colores, secas. El mar se siente allí como un dogal que aprieta el duro cuello de la isla» (1945: 417- 418). María Rosa Alonso cree que son tres elementos los que nutren la poesía de Quesada: la geografía isleña, el tardío reflejo del 98 y la poesía de Antonio Machado. Pero el tema de la muerte, unido a la salud

---

<sup>52</sup> DORESTE, Ventura (1946): «Alonso, María Rosa: *Con la voz del silencio*. Colección para 30 bibliófilos, editada por J. M. Trujillo- 20. Las Palmas de G. C. (Imprenta Minerva). 1945. XVI páginas», *Revista del Museo Canario*, N.º 20, Las Palmas de Gran Canaria. Pág. 111.

<sup>53</sup> Muestra de esta influencia está en el presente trabajo puesto que en los artículos comentados en esta tesis encontramos cincuenta y una referencias al gran pensador español.

<sup>54</sup> «Nota» (1946), *Espadaña*, N.º 23, León. La revista *Espadaña* fue una revista leonesa de poesía editada entre 1944 y 1951, fundada por Antonio González de Lama, Eugenio García de Nora y Victoriano Crémer, que publicó la obra de poetas opuestos al régimen franquista y mantuvo una línea editorial de compromiso político y social.

<sup>55</sup> ALONSO, María Rosa (1945): «Alonso Quesada, poeta canario», *Cuadernos de Literatura Contemporánea*, N.º 16-17, Madrid: 413-423.

perdida, la soledad, el mar, su corazón, la mujer y la eternidad, son constantes en la poesía del poeta. Fue consciente de que la soledad que sufría en su isla le acompañaba también en Madrid y de que al volver la trajo consigo; por lo tanto, no es cuestión del lugar sino de él mismo, pues «rebota sobre nuestra alma ese oleaje de pasión contenida que agrieta el corazón de *Alonso*» (1945: 421).

En 1946 realiza la edición de *Floresta de poesía canaria: Viera y Clavijo (1731-1813)*<sup>56</sup>, encarte en la *Revista de Historia*, con 28 páginas, en la que hace una cuidada selección de poemas del principal autor de la Ilustración en Canarias. La intención de nuestra autora era la de reunir en un volumen las poesías completas de Viera, tal y como ella lo dice en la «Nota Preliminar», pero no lo llevó a cabo.

En la revista del Círculo de Bellas Artes, *Mensaje*, (julio, agosto y septiembre de 1946) en su sección de literatura, publica «Romance canario de la isla de San Borondón» de Eloy Benito Ruano, dedicado a María Rosa Alonso. No olvidemos que ya nuestra autora había publicado su primer libro dedicado también a este mito: *San Borondón, signo de Tenerife. (Artículos, notas, crónicas), 1932-1936* (Madrid, por Valentín Sanz, 1940).

También en este mismo año y para la *Revista de Historia* realiza otro encarte, esta vez sobre Fray Marcos de Alayón<sup>57</sup>. A este propósito citamos el estudio que hace el poeta, crítico, traductor y catedrático de la Universidad de La Laguna, Andrés Sánchez Robayna, sobre la obra de Fray Marcos de Alayón<sup>58</sup>. En las páginas 43-44, al hablar de la vida y la obra del poeta agustino, afirma que queda poco de nuestro autor a excepción de los textos copiados por Antonio Pereira Pacheco y los dados a conocer por María Rosa Alonso en 1946.

En 1947, por concurso-oposición, ganó la plaza de profesora adjunta de Literatura de la Facultad de Filosofía y Letras de La Laguna:

En la Facultad legalicé mi [sic] para mí molesto nombramiento «digital» al opositar a la Adjuntía en 1947 y a la que renuncié al irme a América. Los cargos, las cátedras, hay que ganarlas con el esfuerzo propio y no por ajeno designio; es una recomendación que hago a los jóvenes, porque la «dedocracia» es repugnante (*La ciudad y sus habitantes*, 2009<sup>2</sup>: 273).

---

<sup>56</sup> ALONSO, María Rosa (1946): *Floresta de poesía canaria: Viera y Clavijo (1731-1813)*. Encarte en *Revista de Historia*, La Laguna.

<sup>57</sup> \_\_\_\_\_ (1946): *Floresta de poesía canaria: Fray Marcos de Alayón (siglo XVIII)*. Loa para la noche de Navidad. Juguete de la Adoración de los pastores. Encarte en *Revista de Historia*, La Laguna.

<sup>58</sup> SÁNCHEZ ROBAYNA, Andrés (1993): «*La quema de Garachico* de Fray Marcos de Alayón», *Anuario de Estudios Atlánticos*, Vol. 1, N.º 39, Las Palmas: 41-64.

En este mismo año, realiza un trabajo sobre la poetisa cubana Dulce María Loynaz: «La poetisa cubana Dulce María Loynaz»<sup>59</sup>. María Rosa Alonso analiza la poesía de la cubana en la que observa epígonos del Modernismo, así como una atmósfera becqueriana que cristaliza en una decantada melancolía. Habla de la poesía de Loynaz, en las que aparecen influencias de Manuel Machado; compara su lírica con la de otras mujeres hispanoamericanas: no encuentra los tiernos acentos maternos de una Gabriela Mistral, ni la sublimada sensualidad de Alfonsina Storni, ni el condensado acento hogareño de Juana de Ibarbourou, ni siquiera esa sorprendente descarga lírica de Delmira Agustini. También hace referencia a los temas que aparecen en la poesía de Loynaz: el amor que llega tarde e indeciso, el tiempo ido que se ha perdido, la soledad, la lejanía. Destaca la metáfora nunca recargada, que acentúa el esteticismo de esta poesía del alma, en la que hay «un extraño y personal deseo de sumirse en un no ser, en un panteísmo que llega al más rotundo nihilismo que hayamos visto en poetisa alguna» (1947: 270). Nuestra crítica literaria dedica numerosas líneas a analizar la poesía «La oración de la rosa», y compara el tratamiento dado a esta flor en la obra de Francisco de Rojas, Góngora, Ronsard, Calderón, Espronceda y Enrique Gil; pero Dulce María Loynaz logra, no sólo humanizar a la rosa, sino meterse dentro de ella, es decir, «rosificarse». María Rosa Alonso nos dice que quizá el verdadero encanto de la rosa está en su caducidad, como todas las cosas bellas de la vida que tienen una existencia efímera; sorprende cómo la poetisa pide «el perdón para la maldad de los hombres que abrevian todavía esa caducidad, [...] como una tentación de la que piden las rosas a su Dios que las libre de caer en ellos» (1947: 276).

Pero este año de 1947 también fue para ella uno de los más tristes de su vida, puesto que en junio falleció su madre; un ejemplo del gran aprecio que se le tenía a nuestra escritora fue la nota necrológica aparecida en el diario *Falange* de Las Palmas, con el que ella colaboraba habitualmente<sup>60</sup>. Esta luctuosa noticia nos da idea de sus escritos sobre las mujeres, pues al ser ella la soltera tuvo que ocuparse del cuidado de su

---

<sup>59</sup> ALONSO, María Rosa (1947): «La poetisa cubana Dulce María Loynaz», *Cuadernos de Literatura*, Madrid.

<sup>60</sup> «Ha fallecido recientemente en La Laguna la señora doña Rosalía Rodríguez Núñez, viuda de Alonso, después de larga dolencia en la que estuvo siempre rodeada de los más solícitos cuidados. Al consignar tan triste noticia expresamos nuestra más sentida condolencia a toda su familia y muy especialmente a su hija la profesora de la Universidad de San Fernando e ilustre escritora, señorita María Rosa Alonso, a quien tanto se estima en esta casa» (*Falange*, «Vida y Sociedad», Las Palmas de Gran Canaria, 19 de junio de 1947).

madre; solo después de su fallecimiento es cuando pudo volver a Madrid a terminar sus estudios doctorales.

En mayo de 1948, obtiene el grado de Doctora en Filología Románica por la Universidad Central de Madrid con la calificación de Sobresaliente. Su tesis, *El Poema de Viana, Estudio histórico-literario de un poema épico del siglo XVII*<sup>61</sup>, está basada en la obra del poeta tinerfeño Antonio de Viana. En 1952, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas publicará esta obra de tanta importancia para su autora, en particular, y para el pueblo canario, en general. En esta tesis es fundamental el aparato crítico, además, es encomiable el rigor con el que la escritora tinerfeña estudia y contrasta cada uno de los datos históricos del poema. Lo que no puede demostrar empíricamente lo deja reflejado, es decir, deja constancia de lo que es demostrable y de lo que está en la leyenda o, sencillamente, lo que hay de poesía en este cantar de gesta del pueblo canario. La teoría de Valbuena Prat es que el *Poema* de Viana es para los canarios y, especialmente para los tinerfeños, lo que es para los portugueses, *Os Lusíadas*, el poema de Camoens. Viana sigue los cánones de la épica clásica no sólo en la forma sino en el contenido: aplica sus conocimientos del mundo clásico a esta obra de encargo, precisamente por esto, muchas veces se calla acontecimientos históricos. Lo anterior lo demuestra nuestra estudiosa, por ejemplo, cuando dice:

Como era de esperar, Viana, en su propósito apoteósico de los conquistadores, silencia la afirmación de Espinosa sobre la infame venta que de los guanches de Güímar hizo aquel gran pillastre que se llamó Alonso Fernández de Lugo (2009<sup>3</sup>: 137).

Y es que lo que interesaba a Viana no era la historia sino la poesía, él no iba buscando la verdad de los hechos, sino la belleza lírica que aportaban unos acontecimientos, reales o no. A lo anterior se une el idealismo juvenil y la necesidad material de un encargo que cumplir, por lo que tenemos como resultado una obra épica. Y sobre esto María Rosa Alonso nos dice: «Viana actúa con la irresponsabilidad de un poeta y no con el complejo social de su tiempo, que justificamos por su mocedad»

---

<sup>61</sup> ALONSO, María Rosa (1952): *El Poema de Viana, Estudio histórico-literario de un poema épico del siglo XVII*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid. En 1989 se publica una segunda edición en la Biblioteca Básica Canaria, Gobierno de Canarias, 1989. En 1996 hace el prólogo de una edición facsímil con una tirada limitada de 1000 ejemplares de *Antigüedades de las Islas Afortunadas* de Antonio de Viana, que con motivo del quinto centenario de la fundación de la ciudad, promovió el Ayuntamiento de San Cristóbal de La Laguna, con la colaboración de la Universidad de La Laguna, del Cabildo Insular de Tenerife y del Gobierno de Canarias; a diferencia de las otras tres ediciones, en este facsímil sólo tenemos un prólogo de María Rosa Alonso, muy lejos del aparato crítico que tanta información nos aporta en las demás. En 2009, se edita una tercera edición en la Colección MRA, Sociedad Estatal de Conmemoraciones culturales y el Gobierno de Canarias, Madrid.

(2009<sup>3</sup>: 139). Está claro que el criterio de Viana queda supeditado a Juan Guerra, un miembro del bando vencedor que, además, es el que le paga para que con su Poema haga propaganda partidista de la gesta española. María Rosa Alonso emplea unas palabras muy precisas para definir la obra objeto de su tesis doctoral: «Poesía y realidad, historia y leyenda literaria hermanadas, entrecruzadas, van a ser los soportes de la historia de la isla y no comenzarán a separarse hasta muy tarde» (2009<sup>3</sup>: 179).

También en 1948, *El Museo Canario* le publica «Las danzas y canciones populares canarias»<sup>62</sup>. Una idea, que destaca más de una vez María Rosa Alonso en este trabajo, es que nuestro folklore tiene origen peninsular, que es un acervo hecho a los aborígenes a través de la conquista. Habla de la teoría de Menéndez Pelayo de que el romancero canario es un arcaísmo de los romances peninsulares y la isla del Hierro es un excelente ejemplo para confirmar esta teoría, puesto que allí perviven unos bailes ejecutados por la aristocracia en el siglo XVI, por ejemplo, el baile del Conde de Cabra. Nuestra autora se detiene en otros bailes como el tango herreño, habla de su origen, que algunos historiadores han visto indígena —Espinosa y Abreu Galindo afirman que derivan de un baile llamado el *canario*, danza citada por los escritores españoles del siglo XVI, entre ellos Lope de Vega y Cervantes—. También existió una danza denominada *canaria*, antigua danza francesa que estuvo de moda por esa misma época, y fue llamada así porque los danzarines iban vestidos de «salvajes de Canarias». Para Béthencourt Alfonso, el *canario* pervivía en su época en el *tanganillo* y en las *saltonas*; también afirma que el baile más generalizado entre los guanches fue la *guaracha*, nombre que se le daban a los bailarines públicos de los guanches, pero que en su evolución por el mundo perdió su nombre y pasó a ser el *canario*. De las *saltonas*, *tajaraste*, *bailes del vivo*, de *La Virgen* y del *Flaire*, se pregunta María Rosa Alonso si serán reminiscencias de los antiguos bailes de los guanches, y recoge las palabras de Abreu:

la población indígena estaba ya tan identificada con la conquistadora que, aun cuando su intención sea destacar las costumbres aborígenes, no sabemos hasta qué punto estas costumbres pertenecían a la población mixta o a la primitiva (1948: 90).

Y ella deja muy claro su posición: que los guanches tuvieron sus cantos y sus bailes sería lo más natural, pero cuando estos se mezclaron con los de los conquistadores, lo que refleja es un arcaísmo regional. Recomienda prudencia ante la

---

<sup>62</sup> ALONSO, María Rosa (1948): «Las danzas y canciones populares canarias», *El Museo Canario*, N.º 25-26 (enero-junio), Las Palmas: 83-98.

escasez de datos por parte de los historiadores y la confusión de los investigadores, que la precedieron en el siglo anterior, de esos románticos tan dados a hipótesis gratuitas.

Del anterior trabajo tenemos un comentario de Sebastián Padrón Acosta<sup>63</sup>, en el que da su opinión de «Este estudio monográfico, breve, pero jugoso» (1951: 156). Después de hacer un resumen del trabajo, que termina así: «Aspectos diversos de nuestro folklore están a favor de estas conclusiones de la escritura laboriosa, a quien tanto debe la literatura isleña» (1951: 157). Padrón Acosta hace sus propias aportaciones: cita la obra de Vicente García de Diego *Manual de Dialectología española*, en donde dice que la lengua fundamental de Canarias es el castellano arcaico y vulgar, en su léxico y en su morfología. También habla de Luis Diego Cuscoy y de la influencia galaico-portuguesa en el folklore canario. Recuerda un epistolario que posee de Nicolás Estévanez, en el que se habla del origen galaico-portugués del adverbio *rente*. Padrón está de acuerdo con el origen peninsular de nuestra copla y aprovecha la ocasión para hablar de una obra que está elaborando: *Cancionero popular de Canarias*, que es una recopilación y estudio de nuestro folklore. Y termina el comentario alabando el quehacer de nuestra autora:

es el trabajo más interesante que he leído sobre tal tema, no sólo por lo que en él se demuestra, sino también por la serie de interrogantes que abre a la investigación acerca de nuestras danzas canciones; interrogantes que merecen la paciente, amorosa y prolongada dedicación de nuestros investigadores y de nuestros técnicos de la música (1951: 158).

Llega 1950 y el 25 de julio María Rosa Alonso escribe el Prólogo de *Alma canaria* de Elvira Machado<sup>64</sup>; comienza de una forma muy lírica confesando que no tiene el libro a prologar delante, pues está en Madrid y se ha dejado en Tenerife «las coplas, el mar, la guitarra y los timplés» (1975: 5). Habla de los padres de la autora de las coplas y de estas composiciones para folías, en gran parte, para isas y malagueñas; en ellas canta al amor a sus Islas y a otros amores más íntimos. Es una copla inspiradora que sale como una saeta de su «creadora para anidar en el alma de quien la canta hecha alegría, tormento, promesa, renunciación o melancolía» (1975: 9). Por último, la prologuista expresa su deseo de que estas coplas de Elvira Machado tengan «la virtud de crecer como rosas líricas en la voz y en el alma de todos los canarios» (1975: 9).

---

<sup>63</sup> PADRÓN ACOSTA, Sebastián (1951): «Reseña de “Las danzas y canciones populares de Canarias» de María Rosa Alonso», *Revista de Historia*, N.º 93-94, (enero-junio), La Laguna: 156-158.

<sup>64</sup> MACHADO, Elvira (1975<sup>3</sup>): *Alma Canaria*, Prólogo de María Rosa Alonso, Ideas Ella, Santa Cruz de Tenerife.

En 1951 edita la obra de José Manuel Guimerá<sup>65</sup>; se trata de un trabajo de recolección y análisis de toda su obra, pues ya el autor había fallecido. Una gran parte de ella había sido publicada en periódicos y revistas de las Islas y fue casi completada con la parte inédita que su viuda había conservado de una forma fervorosa. María Rosa Alonso la distribuyó en siete apartados: meditaciones, ensayos de literatura, ensayos de arte, intimidades, vidas, motivos y creación poética. Nuestra autora define a José Manuel Guimerá como un puro hombre de letras, «un hombre sencillo, de ademán y gestos contenidos, de gran sobriedad en la conducta y delicada elegancia en el vivir» (2008: 213-219. 2º tomo).

También en 1951, la *Revista de Historia* publica su primer trabajo sobre Antonio de Viana<sup>66</sup>, que está formado por 11 apartados y una cronología. A través de ellos se nos va dando a conocer:

1. Los antecedentes familiares de nuestro poeta.
2. Su vida en La Laguna: desde su bautismo en la iglesia de la Concepción —se incluyen copias del acta bautismal y matrimonial— hasta 1599 en que se fue a estudiar medicina a Sevilla.
3. La amistad con don Juan de la Guerra Ayala quien le insta a escribir el Poema y sufraga los gastos de edición. Se incluyen dos fotografías con sendos autógrafos de Antonio de Viana.
4. La obra de Viana como resultado de los resentimientos de Juan de la Guerra hacia el P. Espinosa. Se incluye el poema donde se defiende la honorabilidad de los Guerra y las ansias del propio Viana por salir de la isla.
5. La cultura: profesional, humanística, literaria y religiosa, además de la enorme sensibilidad del poeta. Se incluyen dos poemas: uno de admiración hacia Cairasco de Figueroa y otro dedicado a la procesión de peces de la Virgen de Candelaria.
6. Trata las diversas ediciones del Poema, incluyendo la parte lírica compuesta por veinte versos, dedicada al linaje de los Guerra.

---

<sup>65</sup> ALONSO, María Rosa (1951): *Obra de José Manuel Guimerá*, en dos volúmenes: I: *Ensayos*, II: *Poesía*, edición del Círculo de Bellas Artes de Santa Cruz de Tenerife. Segunda edición: Biblioteca Capitalina III, Santa Cruz de Tenerife, 2003. También forma parte de la última obra publicada de María Rosa, *Todos los que están fueron* (2008), 2º tomo, pp. 213-219.

<sup>66</sup> \_\_\_\_\_ (1951): «Antonio de Viana», *Revista de Historia*, N.º 95, 96, La Laguna: 260-296.



7. El españolismo de la obra de Viana.
8. Los estudios de Medicina en Sevilla, donde escribió el tratado de medicina, *Espejo de Chirurgía*, aunque hay algunas dudas al respecto.
9. Médico en Tenerife: se añade una fotografía del autógrafo del Doctor Antonio de Viana y otra con una página de la edición príncipe en su tamaño original.
10. Viana, médico en Gran Canaria, donde solo estuvo un año.
11. Sucesos acontecidos a Viana después de salir de Gran Canaria: no hay certeza de lo que hizo Viana a partir de ese momento, parece ser que se fue a Sevilla con la intención de partir más adelante hacia América. Hay dos fotografías: la primera es una lámina inserta en el Poema, en la que Viana entrega a Don Juan su obra y aparece representado el árbol genealógico del mecenas; en la segunda, autógrafo de una información médica, hecha por Viana en Sevilla el 7 de junio de 1650.
12. Por último, aparece el cuadro cronológico de la época de Viana desde su bautismo en 1578 hasta 1650 que vive en Sevilla como médico. María Rosa Alonso divide dicho cuadro en cinco apartados: Viana como centro, entre la historia y la literatura: nacional y regional.

Seguimos en 1951, pues en este año se edita la única novela de María Rosa Alonso, *Otra vez...*<sup>67</sup>. Esta obra de creación sigue el canon costumbrista, sobre todo en lo que se refiere a la descripción de paisajes y de situaciones; a través de sus líneas podemos conocer tanto La Laguna como el Madrid de las primeras décadas del siglo XX. Según palabras de Gerardo Diego<sup>68</sup>: «Su atención a la vida contemporánea y al juego de las pasiones y de las almas se pone a la vez de manifiesto en una reciente novela suya, que nos ofrece una primorosa estampa de la vida universitaria en su isla y en la capital de España».

---

<sup>67</sup> ALONSO, María Rosa (1951): *Otra vez...*, Goya Ediciones, Santa Cruz de Tenerife. Se hizo una segunda edición por el CCPC en 2004 y en 2009 en la Colección MRA, Sociedad Estatal de Conmemoraciones culturales y el Gobierno de Canarias, Madrid.

<sup>68</sup> DIEGO, Gerardo (1952): «*El Poema de Viana* de María Rosa Alonso», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 6 de noviembre.

La escritora no se ha vuelto a aventurar en el mundo de este género literario, a pesar de ser bien acogida en su momento, según los comentarios críticos llegados a nuestras manos:

- Luis Doreste Silva<sup>69</sup>, periodista grancanario, da la bienvenida a la nueva experiencia creadora de su compañera en el periódico *Falange*. Comienza haciendo símiles entre la vendimia, el vino y «esta personalidad femenina fecundamente inquietada por la fuerza interior que le lleva a un permanente brindis mental y de belleza desde las acotaciones de su estudiar, investigar...». Saluda a una creadora de «ambiente» y no «provinciana», dice que la novela es sobria, viva, realista de color, destaca los escenarios de La Laguna y de Madrid y de un protagonista que es «un alma viajera que sabe encontrar las alas para el verdadero mensaje». Doreste percibe que en el escenario matritense y del ambiente periodístico «la narración se aviva y se enriquece en una afortunada pintura de ambiente y de interesantes personajes». Y el reseñista termina haciendo una invitación al lector a que realice «el crucero interesante y deleitoso sobre sus ciento cincuenta páginas rápidas», en tanto envía un saludo a María Rosa Alonso que aporta un «aura de fertilidad al yermo campo de la novela isleña».
- Sebastián Padrón Acosta<sup>70</sup> compara la forma de María Rosa Alonso de presentar su novela en el Prefacio con las de Pío Baroja, puesto que utiliza el mismo artilugio para decir que ella no es la autora de la novela sino *Alfil*. Sigue alabando el «dialogo desembarazado, chispeante en matices» (1951: 376), la soltura con que se mueven los personajes, el tino y la gracia como se desenvuelven las escenas. Padrón resume a grandes rasgos los paisajes, personajes, situaciones, etc., de La Laguna. También hace observaciones sobre el contraste con Madrid, subrayando las ideas expuestas «sobre el mar y sobre el hombre de mar y el de tierra adentro» (1951: 377). Y hace una síntesis en la que compara esta afortunada incursión en el mundo de la novela de María Rosa Alonso, con la menos venturosa de Don Quijote por los campos de Montiel. Se

---

<sup>69</sup> DORESTE SILVA, Luis (1951): «Saludo a María Rosa Alonso, novelista», *Falange*, Las Palmas, 13 de diciembre.

<sup>70</sup> PADRÓN ACOSTA, Sebastián (1951): Reseña de «Otra vez... de María Rosa Alonso», *Revista de Historia*, N.º 95-96, julio-diciembre, La Laguna: 376-377.

congratula por ser un «lector incansable de cuanto María Rosa escribe y a quien tanto debe la literatura canaria» (1951: 377).

- Domingo Pérez Minik<sup>71</sup> empieza haciendo una reflexión sobre lo poco que se cultiva en las islas la novela, dice que se pasan lustros sin que aparezca ningún ejemplar de este género literario. Pasa a preguntarse si para María Rosa Alonso esta novela es un «paréntesis tradicional o si, por el contrario, es solo la inicial piedra de un nuevo edificio». Habla de la importancia que tiene La Laguna en la primera parte de la novela, que en la segunda se sustituye por Madrid. Son lugares donde su protagonista, Federico Fuentes, va de un lado a otro como buen canario que debe poner mar por medio. Se ha intentado describir al isleño con su carga espiritual, que interesa al crítico literario por lo que supone su intento de posible realidad. Dice que la novela está escrita de manera muy viva, con una prosa cálida y rápida; cuenta con un buen tono crítico que recuerda a Pío Baroja. Pérez Minik dice que la novela no es corta ni larga que se queda en un justo medio, demuestra atemporalidad pues parece que fue escrita hace tiempo. Insiste en que es motivo de regocijo que nuestros jóvenes escritores dejen el pasado con su arqueología, historia y resurrecciones de toda índole, para aventurarse a describir héroes actuales. Por todo lo dicho, hay que concienciarse de animar nuestro presente, con nuestra existencia tensa porque si no se convertirá en «un motivo de cáscaras de nueces».
- Luis Diego Cuscoy<sup>72</sup> destaca, al igual que Pérez Minik, que por esta vez la escritora ha desertado de la crónica, la crítica literaria y el ensayo; pero dice que sigue siendo ella y que su voz no resulta extraña al fiel lector. Recalca la importancia de La Laguna en la novela, porque, aunque lleve parte de su acción a Madrid, es la ciudad de los Adelantados la que «se vive y se piensa es la que lleva a todos sitios, porque actitud del canario ha sido la de no desarraigarse nunca de su tierra». El permanente afán de servicio a su tierra aflora sin titubeos en esta novela, es la continuación de lo que ha hecho hasta el momento y un eslabón de enlace con lo que hizo después de haberla escrito. La autora sigue

---

<sup>71</sup> PÉREZ MINIK, Domingo (1952): «Otra vez... Primera novela de María Rosa Alonso», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 25 de enero.

<sup>72</sup> DIEGO CUSCOY, Luis (1952): «Otra vez, novela de María Rosa Alonso», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 25 de enero.

con la vigilante temática de su tierra con esa dignidad literaria que le ha llevado a tener tantos fieles lectores. Por último, Cuscoy agradece a Ediciones Goya la oportunidad de disfrutar de una obra tan singular, llena de pensamiento y vida.

- Luis Gálvez<sup>73</sup> nos adentra en el personaje del *Alfil*, el supuesto autor, para llevarnos a través de las líneas de su crítica al mundo novelístico de la escritora tinerfeña. Dice que cuando algo nos parece irreal decimos «parece cosa de novela», y por la misma razón, cuando la narración parece verídica, eso nos lleva a afirmar que la novela es muy buena. Según sus propias palabras: «La obra nos hace suyos. Nos somete de tal forma a su influencia, que llegamos incluso, a enfrentarnos con los personajes...». Gálvez se adentra en la psicología del personaje principal, y se atreve a decir que la trama no está hecha para entenderla «un lector medio». Él mismo no sabe si esto es una censura o un elogio, pero creemos que es un elogio porque termina diciendo: «Es la consecuencia inevitable de las creaciones tan acertadas — ¿tan certeras o tan ciertas? — como la que ha hecho María Rosa Alonso en su magnífica novela *Otra vez...*».
- Emeterio Gutiérrez Albelo<sup>74</sup> comienza su artículo recordando a la jovencita que irrumpió en los diarios insulares con el nombre de *María Luisa Villalba*, que sorprendió con su «mirada atenta, vigilante, una mente lúcida impregnaba la substancia de aquellos trabajos». También rememora la conferencia del Ateneo en la que demostró su «apretada formación humanística» y el excelente ensayo sobre Bécquer cuando ya estudiaba en Madrid. Enumera las distintas publicaciones en las que ha colaborado nuestra escritora, destacando la *Revista de Historia*. También nombra las producciones propias que han visto la luz, pero he aquí que faltaba la nota creacional, que ya está circulando, la novela *Otra vez...* Según nuestro crítico, en los primeros capítulos la atracción fue escasa, pero a medida que avanzaba iba tirando del lector de manera tal que la leyó de un tirón. La compara con Baroja, pero su punto de vista femenino hace que un «tierno, soterrado temblor» vaya avanzando en las páginas a través de «la fe junto a la esperanza, iluminando con tenues chispazos el hondo cañamazo de

---

<sup>73</sup> GÁLVEZ, Luis (1952): «En torno a *Otra vez* de María Rosa Alonso», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 5 de febrero.

<sup>74</sup> GUTIÉRREZ ALBELO, Emeterio (1952): «Una escritora: María Rosa Alonso», *Falange*, Las Palmas, 28 de marzo.

esta “vida sombría”». Lo que no le ha gustado a Gutiérrez Albelo es la fea portada, que le parece un pésimo anuncio de productos de belleza, pues aprovinciana de una forma chabacana la digna obra de María Rosa Alonso.

- Ramón Garcíasol<sup>75</sup> comienza diciendo que la novela es mejor de lo que ella dice en el prólogo, por ejemplo, que quizá es un lastre su formación universitaria, a lo que el autor responde diciendo que hay grandes ejemplos como Cervantes o Unamuno, pues Garcíasol cree que donde no hay ideas y sentimientos, no hay humanidad. Ve el principal mérito en la atmósfera de la novela que, en la primera parte, la vida provinciana isleña está muy bien descrita. En tanto que, en la segunda, cuando ya el protagonista está en Madrid, la novela pierde su calidad de crónica provincial y nos adentra en un mundo cosmopolita. Parece que el fallo de la escritora está en el manejo del *tempo* que exige el asunto, esto es fundamental también en el teatro y hay que suprimir lo divagatorio y secundario; él cree que lo que la novelista pretende es obviar el contexto que la rodea para sumergirse de lleno en el acto puramente creativo.

En la revista *El Museo Canario* de Las Palmas del año 1951<sup>76</sup>, María Rosa Alonso publica un extenso trabajo, en el que expone sus investigaciones acerca de las fuentes que aparecen en el Canto II del Poema de Viana —recordemos que su tesis doctoral se había presentado en mayo de 1948—; aquí realiza un examen crítico de las fuentes de la historia de la conquista de Gran Canaria y se centra en un manuscrito, el *Matritense*, encontrado por Millares Carlo en Madrid, fuente del que la autora denominará *Lacunense*. Resume el contenido del *Matritense* y hace una valoración del estilo y de los propósitos de su autor, que marcará el futuro de las investigaciones sobre la conquista de la isla, ya que se muestra rejonista y antipedroverista, en alusión a los conquistadores de Gran Canaria Juan Rejón y Pedro de Vera. Tenemos otro cronista llamado Sedeño, soldado que vino con Rejón en la conquista de Gran Canaria y que murió en la de Tenerife; este se muestra defensor de la raza indígena y sigue bastante al manuscrito *Matritense*. Hay un problema con Sedeño porque se encuentran tres versiones de su crónica, nuestra autora las estudia y llega a la conclusión de que las tres

---

<sup>75</sup> GARCÍASOL, Ramón (1952): «María Rosa Alonso: *Otra vez...* (novela), Ediciones Goya, Santa Cruz de Tenerife, 1951», *Ínsula*, n.º 76, Madrid.

<sup>76</sup> ALONSO, María Rosa (1951): «La conquista bethencouriana y la de la isla de Gran Canaria y sus relaciones con el Poema de Viana», *El Museo Canario*, N.º 37-40, Las Palmas: 1-54.

parten de una sola y las otras dos hicieron interpolaciones. También interviene otro autor llamado Pedro Gómez Escudero, al que se le adjudica una copia, aunque los editores del *Lacunense* ponen en duda la existencia de este autor; según Serra Ráfols, Escudero sigue al anónimo de La Laguna. La investigadora tinerfeña compara las anteriores versiones con la del Padre Espinosa, al que Viana sigue cuando se trata de Tenerife y de Alonso de Lugo, por ejemplo, el final de Canto II del Poema, que está fielmente transcrito de la obra del padre dominico.

En 1952, la revista *Arbor* publica su trabajo «El tema del mar en la lírica española»<sup>77</sup>: su autora estudia en una treintena de páginas un tema que ha sido tratado desde los clásicos greco-latinos, que entendían el mar como simple medio o camino, hasta la generación del 27 donde destaca al primer Alberti con su alegre obra poética. A lo largo del trabajo nos va hablando del mar en los poetas de la Edad de Oro, en los que se personifica en el Océano y es un tema más de su ornamentación mitológica clásica. En el Romanticismo destaca la alegoría de la nave. Le siguen las marinas poéticas de los realistas Núñez de Arce, José Velarde, Salvador Rueda y un tardío Zorrilla. Llega el movimiento modernista y con él los grandes poetas que mejor hicieron marinas literarias: Rubén Darío, Joan Maragall, Antonio y Manuel Machado, y hasta un Valle-Inclán con su *Marina norteña*. Pero a quien destaca es al poeta grancanario Tomás Morales del que dice: «Morales deja ver un gran amor, una actitud sentimental y emocionada respecto al mar que no se había manifestado en ningún poeta anterior, con la hondura que en él» (1952: 56). Por el contrario, en su paisano Alonso Quesada destaca el aislamiento y la interpretación negativa del mar. El tercer canario que poetiza a la mar, Saulo Torón, aborda una visión semejante a la de Morales, pero con unos tonos de melancolía. La ensayista nos dice que en Juan Ramón Jiménez el tema del mar sufre la misma transmutación de su obra, es decir, pasa de sus *Marinas de ensueño* a aislarlo «puramente, lo ha confundido con su corazón y después lo ha hecho objeto de sus metáforas» (1952: 65). En su recorrido por la lírica del mar, habla de los cancioneros gallego-portugueses, en los que suele haber un sentimiento de saudade y depreciación del mar. A continuación, habla de Unamuno, de su destierro en Fuerteventura, donde el mar constituyó su agonía del aislamiento; aunque algunas veces siente un gran amor por él y lo ve como un objeto estético que metaforiza. En fin, según las palabras de nuestra autora, raro es el libro de poesía que no trate el tema del mar, ya

---

<sup>77</sup> ALONSO, María Rosa (1952): «El tema del mar en la lírica española», *Arbor*, N.º 81-82, Madrid: 40-72.

sea «como objeto directo poetizable, ya como pretexto simbólico o metafórico» (1952: 72).

La *Revista de Historia* publica en 1952 un trabajo de nuestra autora, del que se hizo separata, sobre Cairasco de Figueroa<sup>78</sup>. En cincuenta y cinco páginas hace una descripción pormenorizada de la biografía del autor y de su obra<sup>79</sup>. Pone de relieve su obra capital el *Templo militante, triunfo de virtudes, festividades y vidas de santos*, aparecida en cuatro partes: 1602, 1603, 1609 y 1614, con varias ediciones de cada una. Pero Cairasco también escribió la *Esdrújulea*, obra poética en tres partes, precedida por nueve composiciones en alabanza al poeta a modo de corona fúnebre: la primera parte consta de ocho composiciones en esdrújulos, la segunda de diecisiete canciones a la Virgen de Candelaria y la tercera es una composición a la cueva de San Blas, en Tenerife, donde apareció la Virgen morenita. Cairasco escribió también otras siete obras diversas: cartas en verso, doce canciones sobre la vida de Cristo, alabanza a Don Luis Pacheco de Narváez, un conjunto de esdrújulos que comienzan por: *Ha sido vuestra física* y una *Epístola en esdrújulos al licenciado Mateo de Barrio en La Palma*. En el género teatral creó un entremés y cuatro comedias; aquí María Rosa Alonso habla del hallazgo de Alejandro Cioranescu, que encontró un manuscrito en la Biblioteca madrileña de Palacio que contiene cuatro piezas teatrales y un buen número de poesías sueltas, que nuestra autora ha leído. Asimismo, Cairasco tradujo la *Jerusalén libertada* de Torcuato Tasso, bajo el título de *Goffredo famoso*. Nuestra crítica literaria hace un exhaustivo repaso por toda la obra del poeta, relacionándola con sus contemporáneos y con la posteridad; todo ilustrado con poemas y textos, que ella cree necesarios para su correcta comprensión. También es de destacar la importancia de las citas textuales y de la bibliografía, que nos aporta mucha luz sobre el autor grancanario.

En 1953, La Universidad de La Laguna edita su obra *Pulso del tiempo*<sup>80</sup>, donde se recogen numerosos artículos publicados en periódicos y revistas; nos podemos

---

<sup>78</sup> ALONSO, María Rosa (1952): «La obra literaria de Bartolomé Cairasco de Figueroa», *Revista de Historia*, n.º 100, octubre-diciembre, La Laguna: 334-389.

<sup>79</sup> Carlos Brito Díaz en su artículo «Vianismo y vianerías: *El poema de Viana* según María Rosa Alonso», nos dice: «debemos también a María Rosa Alonso (1952) el primer trabajo de conjunto sobre la trayectoria de Cairasco de Figueroa, con el precedente de breves notas que Andrés de Lorenzo-Cáceres deslizó en su breve trabajo sobre *La poesía canaria en el Siglo de Oro* (1942)» (en AA. VV. [2007]: *Imagen de María Rosa Alonso*: 37).

<sup>80</sup> ALONSO, María Rosa (1953): *Pulso del tiempo*, Universidad de La Laguna. Reeditada en 2006 por Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife y en 2009 en la colección MRA, Sociedad Estatal de Conmemoraciones culturales y el Gobierno de Canarias, Madrid.

encontrar con muchos y variados temas, que ponen de manifiesto la gran cultura de su autora. Nos parece muy esclarecedor para conocer un poco más a esta escritora canaria el «Prefacio» que hace a esta obra y que nos aporta algo de luz sobre qué significa para ella ser canaria:

Reconozco que la condición de canaria es en mí un modo de ser casi sustantivo y que me es difícil no deja ver en mis quehaceres literarios esa mi calidad primaria; no obstante ello, este libro tiene una intención general y pudo haber sido escrito por un español o española cualquiera, si salvamos esos rasgos de mi naturaleza atlántica. Por lo demás, mis afanes más desvelados han sido siempre para mis islas natales, las que han condicionado y hasta han aguantado la mayor parte de mi obra. Para un libro futuro dejo aquellos ensayos, notas y apuntes que afecten específicamente a Canarias... (1953: 9).

Melchor Fernández Almagro<sup>81</sup> le dedicó un comentario a este libro en el que destaca su reflexión sobre el tema de las generaciones: dice que éstas se definen por lo que crean o añaden a lo creado, pero también por lo que reciben y aceptan; él cree que la generación que nació a la plenitud de su conciencia con ocasión de la guerra civil se distingue por su amorosa vinculación con la España eterna. Esta generación es de la que habla María Rosa Alonso, la de sus compañeros de clase, según palabras de Almagro: «...al pulsar la autora el tiempo que le ha tocado vivir, nos transmite el pulso de sus coetáneos. Por encima o al margen de toda reacción individual, hay que fijar o definir las generales o colectivas». También el comentarista dedica palabras muy elogiosas a la autora del libro, de la que destaca la espontaneidad y ligereza con la que tocas temas contemporáneos que, al proceder de una mujer muy culta, de formación universitaria, dedicada a la investigación histórica, habla del paso del tiempo que arrastra ideas y sentimientos, y eso es lo que da color y viveza a esta miscelánea de María Rosa Alonso.

Con ocasión de la publicación de *Pulso del tiempo*, Alonso Zamora Vicente<sup>82</sup> escribe una carta a su amiga, y a pesar de que a ella no le convenzan estas misivas, se ha decidido a escribirla y publicarla para expresarle la grata sorpresa que ha tenido al leer su libro. Nos encontramos con recuerdos de las vivencias compartidas en los años de estudiantes en la Península, él dice: «Qué sorpresa buena este reconocer tu aliento en las páginas, tus afanes, tu múltiple curiosidad aguzada, tu envidiable buen sentido. Y tu humor». La carta sigue en esta línea, sobre todo cuando le da las gracias por los capítulos del libro dedicados a ellos —“De una generación”—, aparece una nota de

---

<sup>81</sup> FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor: «Los temas de una Generación», *La Vanguardia española*, Barcelona, 11 de agosto de 1956.

<sup>82</sup> ZAMORA VICENTE, Alonso (1954): «Carta a María Rosa Alonso en su Isla», *Ínsula*, Madrid, N.º 102, junio: 8.



humor al preguntarle que si cuando dice «hacia la madurez» es porque ellos van madurando de verdad o «si es la poltrona expresiva que nos ata quien te obliga a decirlo». Quiere dejar bien claro a su amiga que lo que está haciendo no es una reseña ni una cortés noticia profesional, sino que las páginas de su libro:

han avivado muchas horas al leerte y cómo se desvela hoy el recuerdo de los que no podrán figurar ya nunca en tu catálogo maduro [...], ellos, los que no volvieron, ya dentro y fuera de eso que tu llamas “nuestra generación”, y para siempre su más abrasada ribera.

Pero este año de 1953 será clave en su vida, pues representa una afrenta a su labor intelectual: no se le concede la cátedra de Filología en sustitución de su tutor, Luis Valbuena Prat. Los motivos políticos y personales tuvieron más peso que sus valores profesionales, pues estos estaban fuera de toda duda; se le niega la cátedra por el hecho de ser mujer y «roja». Veamos sus propias palabras en la entrevista concedida al periódico del *Cabrera Pinto*:

A la muerte de mi madre yo me preparo para hacer Cátedra de Universidad, «no hay mal que por bien no venga». Entonces me dicen de Madrid: «A María Rosa Alonso, roja, la aguantamos aquí, pero catedrática no». Una amiga y mi hermano Elfidio, que están en Venezuela, me dicen que vaya, que algo habrá para mí. Ya estaban mis alumnos terminando el curso y me dije: «Ya están terminando y para ser, el día de mañana, catedráticos ellos y yo auxiliar de mis alumnos, lo que faltaba». Me fui en octubre de 1953; terminó aquí el curso y renuncié al sueldo y a todo y me fui a la aventura de América, a trabajar como una loca (2003: 34)<sup>83</sup>.

Pero antes de irse, la ciudad de La Laguna le concede el gran honor de ser la pregonera de las Fiestas del Cristo; dicho pregón fue publicado en el periódico *La Tarde* del 6 de septiembre de 1953. María Rosa Alonso se va a Venezuela, como tantos otros españoles de esa época, con la gran diferencia de que ella llevaba consigo un equipaje cultural y académico muy valioso, mientras que la mayoría de los emigrantes canarios viajaban solo con la ilusión de encontrar el trabajo del que carecían en las islas.

## 2.4 Venezuela

En 1955, el Instituto de Estudios Canarios edita su monografía, *Manuel Verdugo y su obra poética*<sup>84</sup>, premiado por el Ateneo de La Laguna en 1949. Para Marcos Martínez es el estudio más completo e inteligente dedicado al gran poeta

---

<sup>83</sup> GARCÍA PÉREZ, Ana María (2003): «Entrevista a nuestra más antigua alumna: María Alonso Rodríguez», *Pasillos*, I.E.S. Canarias. Cabrera Pinto. San Cristóbal de La Laguna.

<sup>84</sup> ALONSO, María Rosa (1955): *Manuel Verdugo y su obra poética*, Instituto de Estudios Canarios, La Laguna. Reeditada en 2009 en la colección MRA, Sociedad Estatal de Conmemoraciones culturales y el Gobierno de Canarias, Madrid.

parnasiano que se ha hecho hasta el momento. Se trata de un estudio sistemático de la vida y de la poesía de un autor autodidacta de finales del XIX que, aunque fue un poeta básicamente romántico, «se movió dentro de los cánones del parnasianismo, el modernismo y la Generación del 98» (en AA. VV. 2010: 167).

En 1956 el Anuario de Estudios Atlánticos<sup>85</sup> publica su trabajo sobre las endechas a la muerte de Guillén Peraza<sup>86</sup>: es este su primer ensayo sobre los famosos trístros monorrimos de la literatura canaria. María Rosa Alonso empieza contando como en 1948 Menéndez Pelayo fue el primero en dar a conocer al gran público de habla hispana estos delicados versos; a él le siguieron Pedro Henríquez Ureña y Dámaso Alonso. Pero quien primero escribió sobre las endechas y de la historia que se cuenta en ellas fue el franciscano fray Juan Abreu Galindo, que entre 1593 y 1604 visitó las islas y escribió *Historia de la Conquista de las siete islas de Gran Canaria*: en esta obra cuenta que en Lanzarote se cantaban unas endechas a la muerte del joven Peraza, las escribe en versos pentasílabos con rima asonantada, pero Menéndez Pelayo las escribe en cuatro tercetos o trístros asonantados en rima a-a, excepto el tercero que lo hace en a-e. María Rosa Alonso sigue hablando de los malogrados jóvenes muertos trágicamente que aparecen en la literatura española y del estilo que se emplea en estas elegías, para terminar tratando el problema métrico de las endechas. A modo de conclusión, queremos destacar la afirmación que hace la tinerfeña sobre lo estudiado en este ensayo: «Lo admirable de esta composición es que al puro primor de su maravilla expresiva unen el milagro de la concisión poética» (1956: 462).

Tras unos comienzos muy difíciles en Caracas dando clases en colegios privados, en 1958<sup>87</sup> pasa a desempeñar la labor de Profesora de Filología Española en la

---

<sup>85</sup> El origen de los *Anuarios* está estrechamente ligado a la figura del historiador Antonio Rumeu de Armas y a la historia de la grancanaria Casa de Colón. Estos anuarios han supuesto durante décadas uno de los más importantes foros para la publicación de artículos científicos en el Archipiélago. Ligado al CSIC (Instituto Jerónimo Zurita), se editaban conjuntamente e imprimían en Madrid hasta 1960, en que se pasan a editar en formato electrónico, adaptándose a las nuevas tendencias editoriales exigidas para las publicaciones científicas. De periodicidad anual, cada número abarca diversas materias que se estructuran alrededor de tres temáticas principales: el Océano Atlántico como entidad histórica, la proyección exterior de las Islas y el Archipiélago Canario en sí mismo. Incluye también una extensa bibliografía de libros y artículos sobre Canarias, Macaronesia y América. Con más de un millar de artículos publicados, ha logrado difundir los trabajos de más de 400 autores, imprescindibles en la investigación de Canarias y su marco atlántico, es quizás la publicación periódica de carácter científico más importante de Canarias.

<sup>86</sup> ALONSO, María Rosa (1956): «Las *Endechas* a la muerte de Guillén Peraza», *Anuario de Estudios Atlánticos*, N.º 2, Madrid-Las Palmas: 457-471.

<sup>87</sup> En este año la *Revista Nacional de Cultura*, N.º 128, mayo-junio, Caracas: 92-113 (no se hizo separata) publica su ensayo «¿Es el método de las generaciones un método comprobado?». En 1990, este excelente ensayo se recogerá con otros cuatro de no menor calidad, en la mejor obra de crítica literaria (según nuestra modesta opinión) de María Rosa Alonso: *Las Generaciones y cuatro estudios* (1990),

Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes, en Mérida de Venezuela. Empezó en calidad de profesora agregada, ascendió a profesora asociada y desde el 4 de diciembre de 1966 al máximo de profesora titular, conforme a las normas de trabajos docentes y tiempo de servicio exigidos por el centro, cargo que desempeñó hasta finalizar el curso de 1967.

En 1960 se publica su trabajo «Colón en Canarias y el rigor histórico»<sup>88</sup>, en el que parte de dos libros: el del canarista rumano doctor Alejandro Cioranescu *Colón y Canarias* (Tenerife, 1959) y *El Almirante de la Mar Océana* (Gran Canaria, 1956) de Néstor Álamo. Lo primero que quiere dejar muy claro es que no le gusta nada «el viejo pleito feroz entre las dos Islas mayores sobre el *más eres tú*, que ha llegado a extremos francamente ridículos en otras ocasiones, continúa, gracias al tema Colón, dentro de los predios de la erudición» (1960: 31). Podríamos dividir el trabajo en tres partes: en la primera trata de los cuatro viajes que realizó el almirante a las Canarias y su estancia en Las Palmas y en La Gomera, de los que no hay pruebas documentales. En la segunda parte, la protagonista es Beatriz de Bobadilla con la consiguiente confusión entre la verdad, de lo que no hay documentación, y las opiniones o fantasías de los que se hicieron eco de las posibles relaciones entre el almirante y la esposa de Hernán Peraza, en este punto María Rosa Alonso alude a su tesis doctoral en la que dice que la belleza de la famosa dama «interesó al descubridor del Nuevo Mundo» pero que el rigor histórico no la lleva a afirmar nada más. En la tercera parte del trabajo habla de los lugares en los que estuvo Colón en Las Palmas; la autora coincide con Cioranescu en no aceptar el valor histórico de dichos lugares, demostrándolo con los anacronismos entre los datos históricos y lo que se ha escrito sobre las distintas visitas a Las Palmas de Colón. En último lugar, María Rosa Alonso critica la parcialidad del doctor Cioranescu cuando en su conferencia *El mito del buen guanche* —tema tratado ampliamente por ella en su tesis— «alude a que el sentimiento de adhesión por parte de los isleños al vencido indígena impide a los historiadores reivindicar a un Hernán Peraza o levantar un monumento al adelantado Lugo» (1960: 42). La contestación de la tinerfeña a lo anterior está muy en su línea de defensora de los hechos históricos, por eso habla de Fernández de Lugo en los siguientes términos:

---

Viceconsejería de Educación y Deportes del Gobierno de Canarias. Reeditada en 2009 en la colección MRA por el Gobierno de España y el de Canarias.

<sup>88</sup> María Rosa Alonso (1960): «Colón en Canarias y el rigor histórico», *El Museo Canario*, N.º 73-74, Las Palmas: 32-42.

Don Alonso, por ejemplo, tiene su hoja de actividades llena de deudas, engaños, falsos juramentos, malos tratos a los guanches, «de paces», etc., de tal manera que lo llevaron de «residencia» en «residencia» hasta que se murió; [...] Era hombre empeñoso, eso sí, tesorero como nadie en defender el personal negocio de su conquista, afanado en poblar y repoblar lo que sudó a pulso y poco dado a la aventura en grande de América; pero de ahí a poner los ojos en blanco para llenar al Conquistador de excelencias es a lo que no estamos dispuestos aquellos que preferimos callar antes que suscribir farsas históricas o de cualquier índole. Eso es todo (1960: 42).

Durante su profesorado en la Universidad de Los Andes, tuvo a su cargo la organización y redacción de la revista de la Facultad *Humanidades*, que realizó en seis tomos, distribuidos en cinco volúmenes de más de quinientas páginas cada uno, desde el año de 1959 al de 1964. Obra suya es la mayoría de las notas de libros y las secciones íntegras de *Revista de Historia*, *Revista de Revistas*, *Noticario* e *Índices*.

En calidad de profesora de la Facultad de Humanidades de la Universidad de los Andes de Mérida, asistió, por invitación de los organizadores, al Primer Congreso Internacional de Hispanistas, celebrado en Oxford, Inglaterra (1962). Ahí leyó una comunicación sobre el tema de «El español que se escribe en Venezuela», en la Taylor Institution, el 10 de septiembre de 1962, publicada en las Actas del Congreso, Oxford, 1964; pp. 179-189 (hay separata). También fue invitada a asistir al II Congreso Internacional de Estudios Verdianos, celebrado en Verona, Parma y Busseto (Italia). Leyó un trabajo, el 30 de julio de 1969, en el palacio de Castelveccchio de Verona, sobre «El tema de Don Carlos en la literatura: sus orígenes y desarrollo», publicado en el *Atti del II Congresso Internazionale di studi verdiani*, Parma, 1971, pp. 16-58 (hay separata).

Durante su etapa venezolana siguió colaborando con el *Diario de Las Palmas* (de 1953 a 1962) y con *El Día*. En Caracas colaboró, de 1955-1958, con la Comisión Editora de la Obra Completa de Don Andrés Bello (Ministerio de Educación Nacional) y tuvo a su cuidado la revisión de textos y elaboración de índices de los tomos VII, VIII, IX, XIX y XX. En los años 1955 y 1956 publicó con asiduidad y en secciones fijas en «El Papel Literario» de *El Nacional*, de Caracas. El 20 de agosto de 1956 le es concedido el *Premio Intercambio para escritoras extranjeras* por su trabajo sobre «Aspectos de la vida venezolana», publicado por el diario *El Universal*, de Caracas. De 1956 a 1958 redactó numerosas notas bibliográficas para la *Revista Nacional de Cultura* del Ministerio de Educación Nacional. De 1955 a 1964 colaboró en el «Índice literario» de *El Universal*, también de Caracas. Publicó diversos trabajos en las revistas *Cultura Universitaria*, *Revista Shell* y *El Farol*, de Caracas, en las revistas *Ciencia y Cultura*, *Boletín de la Biblioteca General* y *Revista Baraltiana* de Maracaibo, así como en la

*Inter-American Review of Bibliography* de Washington. El 15 de enero de 1968 le es concedida la Medalla de bronce de la «Orden 27 de junio» por el Ministerio de Educación de Venezuela, en razón a méritos en la docencia. El 29 de marzo de 1969 la Universidad de Los Andes (Venezuela) le concede el Diploma de Honor y Medalla de Plata, en reconocimiento a los servicios prestados.

En esta etapa venezolana le publican cuatro libros. Entre ellos, *Residente en Venezuela* (1960<sup>89</sup>). Esta es la obra de María Rosa Alonso que más repercusión tuvo en el momento de su publicación a juzgar por los comentarios que aparecieron en su día en diversos periódicos y revistas, tanto en Canarias como en la Península y en América:

- Zamora Vicente escribe «María Rosa Alonso en su Mérida andina»<sup>90</sup>, un lírico comentario en el que su autor destaca la labor de una mujer con los pies sobre la tierra y que, a pesar de su condición de canaria, hace que ese latido regional se transmute en valiosa aportación universal de lo hispánico. Prueba de ello, es su referencia a la vitalidad de la tradición española, unida a su propia experiencia humana y profesional en tierras venezolanas.
- También tenemos una buena crítica hecha por el escritor venezolano Pascual Pla y Beltrán<sup>91</sup>; él destaca que María Rosa Alonso advierte que quien no va a trabajar a Venezuela con honradez en lo que sabe hacer está expuesto a muchos disgustos, a menos que el santo de los pillos se incline a su favor, que también hay ejemplos de eso. Habla de la sinceridad de la autora, que emplea un lenguaje sin retórica, encarando con honestidad vertientes de un mismo tema: la emigración. Pla y Beltrán insiste en que las tres partes del libro forman parte de una misma meditación; estas se diferencian en que la primera es hija de una experiencia directa, en tanto que la segunda y tercera parte son producto de la pasión que siente por la investigación nuestra la profesora tinerfeña.

---

<sup>89</sup> ALONSO, María Rosa (1960): *Residente en Venezuela*, Publicaciones de la Facultad de Humanidades y Educación, Mérida, Universidad de Los Andes, Venezuela. Segunda edición, en 2017, coeditada por la Universidad de La Laguna y el Instituto de Estudios Canarios. Para ver un exhaustivo comentario de esta obra, consultar nuestro Trabajo de Investigación (antigua Memoria de Licenciatura) «María Rosa Alonso, escritora de fronteras», Universidad de La Laguna, 2006: 60-132.

<sup>90</sup> ZAMORA VICENTE, Alonso (1960): «María Rosa Alonso en su Mérida andina», *Ínsula*, Madrid, N.º 164-65, julio-agosto.

<sup>91</sup> PLA Y BELTRÁN, Pascual (1960): «*Residente en Venezuela*», *El Mundo*, Caracas, 21 de abril.

- Otro comentario muy acertado, desde nuestro punto de vista, es el realizado por el escritor chileno Benjamín Rojas Piña<sup>92</sup> que incide en el origen de la escritora, diciendo que para ella no fue ningún obstáculo el proceder de Tenerife, en las Islas Canarias. Continúa afirmando que, consciente de su raíz ibérica común a otros emigrantes que buscaban mejorar en Cuba o en Venezuela, María Rosa Alonso supo adaptarse y encariñarse con esas nuevas tierras y así «encontró paisanaje en sus nuevas labores de sencilla profesora de enseñanza media, sin ostentar pergamino alguno» (1962: 201).
- El periódico madrileño *Arriba*<sup>93</sup> hace una reseña en la que se destaca la particular visión de una tinerfeña. Se dice que es muy interesante el análisis objetivo sobre Venezuela, desde un punto de vista histórico, actual y proyectado hacia el futuro. Alaba la sensibilidad de la autora para llevar al papel temas de toda índole relacionados con el país andino, sobre todo teniendo en cuenta la vocación universalista de la doctora Alonso.
- En un prestigioso periódico de Caracas, José Antonio Rial<sup>94</sup> hace una crítica a la Universidad española, acusándola de albergar misterio, prohibición, peligro y hasta de conspiración medieval. Destaca la labor de María Rosa Alonso en sus Islas más como docente que como escritora, considera que su condición de mujer con una severa formación intelectual unida a la idiosincrasia del canario —cauto y prevenido— hace que al llegar a Venezuela se mantenga lejos de los periódicos y de colaboraciones intelectuales. Solo después de superado el primer deslumbramiento ante aquella sociedad nueva para ella, viendo y pensando lo que estaba viviendo, logró asimilar y escribir sobre ese mundo nuevo. En cuanto a la obra objeto del comentario, observa que la primera y tercera parte son producto de la serena captación de la autora en Venezuela, de ahí que por esto haga hincapié en el título del libro. Y para finalizar el artículo señala: «La pulcritud del lenguaje de este libro, la gracia de su zumbón humor canario, que es fina ironía de sutil trazo [...] un deleite amén de lo que revela este buen, sano volumen, de la generosa catedrática María Rosa Alonso».

---

<sup>92</sup> ROJAS PEÑA, Benjamín (1962): «*Residente en Venezuela* de María Rosa Alonso», *Atenea*, revista de La Concepción, Chile, N.º 391, enero-marzo, pp. 261-207.

<sup>93</sup> «La otra Venezuela en su cultura», (Nota), *Arriba*, Madrid, 15 de enero de 1961.

<sup>94</sup> RIAL, José Antonio, «*Residente en Venezuela*», *Índice literario de El Universal*, Caracas, 28 de abril de 1960.

- El *Diario de Las Palmas*<sup>95</sup> también se hizo eco de la publicación que estamos comentando. En una brillante crítica periodística se destaca la primera parte de la obra, hablando de ella como la más interesante para los canarios. También se dice de este libro: «... quizás sea el mejor de cuantos hasta este instante nos ha dado su pluma nerviosa, repleta de inteligente independencia; agilísima». El comentario termina con unas alabanzas dignas de tener en cuenta, sobre todo por el estilo tan peculiar con que están escritas, firmado por N. A.:

El libro es algo más que simpático; y acaso sin tal definido propósito se convierte en una apasionada exaltación de los valores hispanos en aquella república. Escrito además con talento, con precisa concepción subyugadora [...] nuestra gratitud por lo que en esta obra suya ha querido prender, y ha prendido, en acrisolamiento y realce del prestigio en tierras venezolanas de las de un tanto subestimadas gentes del archipiélago.

- El periodista tinerfeño Gilberto Alemán<sup>96</sup> le escribe una carta de agradecimiento a la autora por haberle enviado el libro, donde le comunica que ya la crítica la hará el director del periódico, que él solo quiere hacerle llegar lo útil que ya había sido *Residente en Venezuela* para un amigo suyo que se iba a dicho país. Además, insiste en la grata impresión que ha causado el libro y cómo anda de mano en mano entre sus amistades.
- El poeta y periodista burgalés Victoriano Crémer<sup>97</sup> hace una crítica muy positiva de esta obra de la escritora tinerfeña, en la que destaca la acertada descripción de los emigrantes y la descarnada ternura con que está escrito. Por otro lado, hace una semblanza de nuestra escritora reconociendo su gran labor como profesora y escritora: «de finísima sensibilidad, de prosa jugosa, que sirve para dominar y para alentar un pensamiento claro y un saber perfectamente dominado». Habla del penoso silencio que se produjo a raíz de su marcha a América:

La culta, la fina y sensible profesora de la Universidad de La Laguna había renunciado voluntariamente a su cátedra insular. Y un buen día nos sorprende con un recuerdo, en forma de libro, desde la alta y serena y limpia Mérida venezolana.

- Otra crítica muy interesante es la que hizo Domingo Pérez Minik<sup>98</sup> en la que afirma que en el libro se percibe un gran interés por descubrir elementos

---

<sup>95</sup> *El Diario de Las Palmas*, (Nota), «*Residente en Venezuela*. Obra nueva de María Rosa Alonso», 18 de julio de 1960.

<sup>96</sup> ALEMÁN, Gilberto (1960): «Carta a María Rosa Alonso», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 30 de agosto.

<sup>97</sup> CRÉMER, Victoriano (1960): «Espacio y por la calle», *Diario de León*, León, 14 de mayo.

<sup>98</sup> PÉREZ MINIK, Domingo (1960): «*Residente en Venezuela*», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 10 de noviembre.

naturales de una cultura que tiene mucho que ofrecer, desde la poesía y la pintura, hasta la lengua española hablada en Venezuela. De los ensayos que aparecen en esta obra, aunque se ciñan al testimonio venezolano, presentan el aire universal que tan bien sabe impregnar María Rosa Alonso a sus excelentes trabajos. El comentario empieza reflejando la admiración que siente el crítico por la autora del libro, a su juicio de un valor indiscutible: bien pensada, bien escrita y bien cargada de intenciones: no puede extrañarnos por venir de quien viene. Pérez Minik elogia a María Rosa Alonso diciendo de ella que refleja el papel del escritor emigrado que asume el triple papel de testigo, acusador y notario de la emigración a Venezuela; insiste en que su condición de española isleña hace que sea

un exponente muy hermoso de la calidad intelectual y moral de nuestra emigración que es al fin de cuentas uno de los hechos más notables de nuestras islas de los últimos veinticinco años. Queramos o no es una realidad que no podemos rechazar o esquivar. Aquí está *Residente en Venezuela* para atestiguarlo.

- El historiador grancanario Sebastián Jiménez Sánchez<sup>99</sup> resalta la segunda parte de *Residente en Venezuela*, destacando la erudición reflejada en el ensayo «El mito del hombre natural»: es un estudio sobre el mito renacentista en el que la autora comenta este tema en algunos autores clásicos como Alonso de Ercilla, Andrés Bernaldez, Francisco de Vitoria, P. Las Casas, y aún al isleño canario Bartolomé Cairasco de Figueroa. Jiménez Sánchez dice que María Rosa Alonso da una visión venezolana poco común y muy interesante de la realidad venezolana. Incide en el hecho de que al llegar a Venezuela ya la tinerfeña tenía un brillante currículum, la define como una mujer superdotada y sencilla, de espíritu sutil y penetrante, así como poseedora de una producción intensa, solvente y de primerísima calidad. Para él este libro está muy bien planeado, escrito con un espíritu objetivo, cara al Caribe, pero sin olvidar un momento las Islas Canarias. Termina el comentario con un elogio a la obra que él cree debería estar en un lugar preferente en toda biblioteca de canarios y venezolanos.

---

<sup>99</sup> JIMÉNEZ SÁNCHEZ, Sebastián (1960): «*Residente en Venezuela*, obra de la doctora María Rosa Alonso», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 6 de julio.



- Emeterio Gutiérrez Albelo<sup>100</sup> destaca el ensayo «Poesía Épica, la muerta. Un aspecto de las *Lanzas coloradas* de Uslar Pietri» como uno de los más mejores en cuanto a su proyección universalista, que viene dada por la labor de María Rosa Alonso, escritora cada vez más fecunda y valiosa. También resalta el poeta tinerfeño otros aspectos como, por ejemplo, los tres índices: analítico, onomástico y de obras y publicaciones y la «Fe de erratas» que aparecen al final del libro. También alaba «...la pulcra y bella presentación del mismo, que nos habla del notable cambio experimentado en Venezuela».
- El poeta y periodista grancañario Luis Doreste Silva habla del libro en general y del capítulo «Poesía para el niño Jesús» en particular<sup>101</sup>. En este comentario dice: «Sobre cada título, pudiéramos decir con metáfora bien sentida, hay un vuelo pleno de las palomas más puras de la gracia. ¿Vale decir que se impronta los cielos del libro de la “Poesía para el Niño Jesús”?». También es de destacar en este comentario el encendido elogio que hace de María Rosa Alonso, definiéndola como
 

nuestra primera mujer de letras en el Archipiélago, primerísima entre los escritores, por corte literario y amplio, seguro saber; todo ello en pura transparencia de un espíritu elegantemente austero, límpidamente fecundo y siempre comunicativamente emocionado de «mujer intelectual» de España.
- El ensayista, escritor, investigador y docente, Alfonso Armas Ayala<sup>102</sup> destaca el ensayo «El español en Venezuela», del que dice que es casi un comentario a la obra de Rosenblat, considera necesario este capítulo para un estudio lingüístico del español hablado en Canarias, sobre todo en lo que se refiere a los diminutivos. Armas Ayala, partiendo de una valoración hecha por Amado Alonso que dijo que el diminutivo es un rasgo del habla rural, se plantea la pregunta de que sí será una característica del habla regional, recuerda a María Rosa Alonso el valor semántico de la palabra «correílo», que no tiene sentido de pequeñez, sino de que lleva consigo una gran carga de emotividad. Este autor opina que *Residente en Venezuela* «...es la exégesis más atrevida y más completa que ha tenido el mundo isleño de Venezuela». Hay un momento de

---

<sup>100</sup> GUTIÉRREZ ALBELO, Emeterio (1960): Reseña de «*Residente en Venezuela*. Universidad de los Andes. Venezuela. María Rosa Alonso», *Gánigo*, Santa Cruz de Tenerife, N.º 37.

<sup>101</sup> DORESTE SILVA, Luis (1960): «Una gran proyección venezolana de María Rosa Alonso», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 16 de agosto.

<sup>102</sup> ARMAS AYALA, Alfonso (1960): «Carta a María Rosa Alonso», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 30 de junio.

esta carta muy entrañable, donde él recuerda un curso monográfico que la doctora Alonso había dado en una casona destartalada y fría de La Laguna, en el que supo descubrir a sus alumnos «ese camino inédito, para quienes, como yo, sentían ya la tentación de estudios literarios».

- Antonio Aparicio<sup>103</sup>, escritor sevillano afincado en Caracas, comenta la clasificación que hace María Rosa Alonso sobre la clasificación de la crítica literaria. Este autor hace una crítica «anatómica» haciendo un repaso de la estructura del libro, exponiendo sus partes y de qué forma están divididas cada una de ellas. El último párrafo del comentario está dedicado a la crítica «fisiológica», haciendo un escueto resumen y una apreciación sobre el porqué de la forma y el contenido de la obra objeto de la crítica. Concluye con una apreciación muy positiva sobre el libro y su autora.
- El escritor fetasiano Isaac de Vega<sup>104</sup> se centra en el ensayo «El problema de la Educación en Venezuela» y opina que el punto flaco de la educación es el de la disciplina y la censura; se hace eco de la anécdota, contada por la autora del libro, en la que una alumna le discutía un fallo ortográfico y el argumento que aducía es que estábamos en democracia y que por ello cada uno escribía como lo creía más conveniente. En otro orden de cosas, Isaac de Vega destaca un rasgo de la personalidad de María Rosa Alonso, la humildad, que él dice que es propia del que se encuentra súbitamente desenraizado de su ambiente. Igualmente, destaca la apreciación de la escritora tinerfeña cuando habla de que hay tantas Venezuelas como personas dispuestas a vivirla y observarla.
- Helena Sassone<sup>105</sup>, madrileña de nacimiento y caraqueña de adopción, también opina en lo referente a las ideas de Ortega y Gasset. Ella no está muy de acuerdo con la defensa que hace María Rosa Alonso de las teorías orteguianas, por el contrario, piensa que, aunque vivamos en una sociedad dominada por las ciencias exactas donde el ser humano se ha creado necesidades derivadas de esos avances científicos, los jóvenes tendrán que encauzar sus estudios hacia un porvenir muy distinto al de hace unos treinta años:

---

<sup>103</sup> APARICIO, Antonio (1961): «Residente en Venezuela», *El Nacional*, Caracas, 17 de junio.

<sup>104</sup> VEGA, Isaac de (1960): «Residente en Venezuela de M.<sup>a</sup> Rosa Alonso», *Gaceta de las Artes*, N.º 290 (*La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 30 de junio).

<sup>105</sup> SASSONE, Helena (1960): «Residente en Venezuela», *El Nacional*, Caracas, 31 de marzo.

...toda ciencia que el hombre descubre es evidentemente ciencia del hombre, y el que la estudia, aunque esta ciencia sea la matemática o la física, no se deshumaniza si la formación básica espiritual es firme.

En lo concerniente al resto del libro, Sassone dice que la obra origina en el lector una gran curiosidad, porque es el resultado de una labor fruto de seis años de experiencia de la escritora tinerfeña en tierras venezolanas. Se siente solidaria con la profesora tinerfeña, puesto que ella misma está en idéntica circunstancia, es decir, reside en una «tierra hermosa adolescente llena de complejidades».

- El crítico venezolano Rafael Pineda<sup>106</sup> nombra a Cecilio Acosta cuando habla de la realidad «casi prehistórica» que se da, no sólo en Venezuela, sino también en Canarias. Pineda, al igual que don Cecilio Acosta, cree que esto es consecuencia del retraso que también se da en muchos lugares de la España peninsular.
- El poeta uruguayo Gastón Figueiras<sup>107</sup> incide en su comentario de *Residente en Venezuela* sobre el papel de las mujeres en la literatura, habla de la escasez que hay de mujeres escritoras, y, sobre todo, en el campo del ensayo. De esta manera, centra su atención en «La crítica literaria o la dificultad», aunque no está de acuerdo con María Rosa Alonso en lo que dice sobre Jesús Semprum —perteneciente a la promoción modernista, que fue posiblemente el último crítico venezolano—, sí que coincide con ella en lo que se refiere a la crítica estilística, ya que cree que es lógico «...que el crítico escriba acerca de aquello que se solidariza con su visión estética, de aquello que realmente ama. No es limitación, es especialización».
- Ramón de Garcíasol<sup>108</sup>, seudónimo de Miguel Alonso Calvo, poeta, ensayista, biógrafo y narrador español, miembro de la generación del 36, también nos da su opinión acerca de la obra de la autora canaria. Se centra en el último ensayo del libro: «Poesía de Andrés Eloy Blanco», acerca de la poesía del escritor venezolano. Destaca el apartado que titula la ensayista «Un tema clásico en la poesía de Andrés Eloy Blanco»: Garcíasol hace una encendida alabanza a la forma de exponer el tema por parte de nuestra autora. Hace un llamamiento a

---

<sup>106</sup> PINEDA, Rafael (1961): «Los isleños», *El Nacional*, Caracas, 18 de noviembre.

<sup>107</sup> FIGUEIRA, Gastón (1964): «*Residente en Venezuela*», *La Mañana*, Montevideo, 28 de junio.

<sup>108</sup> GARCÍASOL, Ramón de (1961): Reseña de *Residente en Venezuela*, *Cuadernos Hispanoamericanos*, N.º 137, mayo, Madrid: 191-198.

las mujeres que no tiene desperdicio, expone en un párrafo su opinión de cómo deben ser las mujeres, dirigiéndose a

...las mujeres inteligentes y sensitivas, no a las locas fisiológicas, a las que quieren brillar y no ser, a las ambiciosas que no piensan y no tienen raíces maternas, que nos hablen desde la feminidad, de esas cuestiones tan delicadas.

- Y para terminar con el comentario de este libro podemos poner las palabras, muy acertadas a nuestro juicio, con las que José Luis Cano<sup>109</sup> finaliza su crítica sobre esta obra: «*Residente en Venezuela* es, pues, a un tiempo un férvido homenaje al país que la autora ha escogido como su segunda patria, y una muestra expresiva del talento de escritora de María Rosa Alonso».

Los otros tres libros de María Rosa Alonso publicados en su etapa venezolana no tuvieron tanta repercusión:

1. *Apuntes sobre la Ortografía Española con explicaciones de léxico. Para uso de principiantes*, Universidad de los Andes (Mérida, Venezuela), 1966.
2. *Apuntes sobre la conjugación española (Para principiantes)*, Universidad de los Andes (Mérida, Venezuela), 1966.
3. *Sobre el español que se escribe en Venezuela*. Universidad de los Andes (Mérida, Venezuela), 1967.

Consideramos oportuno hablar de la interesante «Introducción» de esta última obra: en los prolegómenos a este tratado de filología española basado en el lenguaje periodístico de Venezuela, la investigadora ofrece una especie de justificación de lo que la impulsa a escribirlo. Nos habla de Teresa de la Parra<sup>110</sup>, gran escritora venezolana que veía la lengua escrita como un «cadáver» ya que los matices vivos, expresivos de las personas quedan sin recoger en el frío texto lapidario, y es la lengua hablada la que recoge todas las manifestaciones del lenguaje. Esto lleva a la escritora lagunera a recurrir al lenguaje escrito en la prensa diaria, puesto que es el que más se acerca al lenguaje cotidiano; aunque algunas veces tome también las fuentes cultas como punto de referencia. Arguye que cuando determinados fenómenos lingüísticos encuentran condiciones sociales, políticas e históricas, se dan todos los elementos necesarios para el surgimiento de nuevas lenguas. Advierte en el lenguaje escrito en la Venezuela de aquellos momentos, actitudes semejantes a las que se dieron en el latín vulgar con

---

<sup>109</sup> CANO, José Luis (1960): «Residente en Venezuela», *Ínsula*, N.º 168, noviembre, Madrid: 12.

<sup>110</sup> PARRA, Teresa de la (1982): *Obra: narrativa, ensayos, cartas*, Biblioteca Ayacucho, Caracas.

respecto al clásico, lo que la hace pensar que estaríamos en una época de evolución lingüística del castellano hablado en América.

## 2.5 Madrid

Cuando a finales de 1967, María Rosa Alonso disfrutaba de un año sabático como profesora, a la vez que preparaba en Madrid su memoria docente para optar a una cátedra en Mérida, un accidente doméstico le daña la vista y se ve obligada a suspender sus actividades. Tras una corta convalecencia en la capital del Estado decidió fijar su residencia allí<sup>111</sup>. A pesar de su justificada ausencia por enfermedad, que hizo imposible que continuara su labor profesional en Venezuela, obtuvo su pensión de jubilación que percibió hasta la fecha de su fallecimiento.

A partir de este momento colabora con las siguientes publicaciones:

- *Diario de las Palmas*, en 1968 y 1969.
- *La Provincia*, de Las Palmas, años de 1970, 1971 y 1972.
- *El Noticiero Universal*, de Barcelona, desde marzo de 1967 a julio de 1971.
- *El Día*, de Santa Cruz de Tenerife, desde 1947 hasta que pudo escribir.
- *Ínsula*, de Madrid en 1970.
- *El País*, en 1981, 1984 y 1987.
- *Revista de Occidente*, 1983.
- *Gaceta de Canarias*, 1982.

El 18 de enero de 1973 imparte la conferencia *El tema de Don Carlos en la Literatura; sus orígenes y desarrollo*, en el congreso sobre «Historia de las civilizaciones en el siglo XVII: Filosofía. Literatura. Música. Ciencia. Medicina»<sup>112</sup>. Desde las primeras líneas advierte que puede ser una lección pesada, libresca, bastante erudita, pero que a ella le preocupa mucho y que todavía no la ha terminado. Como ya es usual en ella, nombra a Ortega y Gasset cuando en un ensayo se preguntaba *Quién manda en el mundo*, en relación con el siglo XVI en España: en la primera mitad el Emperador y en la segunda, Felipe II; es en el reinado de este último en el que ella se va

---

<sup>111</sup> El *Eco de Canarias*, 18 de octubre de 1968, Las Palmas de Gran Canaria: «En el Teatro Pérez Galdós, de Las Palmas de Gran Canaria, “Los Sabandeños” ofrecerán hoy, en homenaje a la escritora María Rosa Alonso, de vuelta a las Islas Canarias, tras largos años de residencia en Venezuela, un recital folklórico, en el que recogerán canciones sudamericanas y canarias, así como tres obras de Néstor Álamo. Entre éstas, destaca la melodía “Maspalomas y tú”».

<sup>112</sup> ALONSO, María Rosa (2020): «El tema de Don Carlos en la literatura», *Politeia: 50 años de cultura*, Volumen II: *De la época del Barroco al mundo Contemporáneo*, Ed. Galaxia Gutenberg, Barcelona: 139-147.

a centrar para hablar de las difíciles relaciones entre el monarca y su hijo don Carlos. En las dos primeras páginas hace un repaso por los protagonistas de las grandes obras literarias españolas que han pasado a ser nombres comunes: Celestina, Lazarillo, don Quijote, don Juan; pero la figura de don Carlos no se nombra porque forma parte de una literatura de segundo orden y a las obras dramáticas de segundo y tercer orden son a las que ella va a recurrir. Va a tratar un personaje, que ha sido más estudiado fuera que dentro de España: por ejemplo, el austríaco Otto Rank, discípulo de Freud, llama «el complejo de Don Carlos» al padre que odia a su hijo. A partir de este momento María Rosa Alonso se adentra en la historia para hablar de las vicisitudes de un joven heredero, que no llegó a reinar pues murió a los veintitrés años.

Una vez terminada su etapa venezolana, en 1972, María Rosa Alonso publica *Papeles tinerfeños*<sup>113</sup>, esta obra está dividida en seis partes temáticas, con un total de setenta artículos, que fueron escritos desde 1932 a 1970. Su hilo conductor es Tenerife y su cultura, por lo que, al margen de su calidad periodística y literaria, las emociones están latentes en cada una de sus páginas. Nos parecen muy acertadas las palabras que le dedica a esta obra Miguel Martín (2007: 29-30):

En este volumen se recopilan textos sobre la cultura y la vida insular, desde los tempranos artículos de 1932 con la propuesta de creación del Instituto de Estudios Canarios hasta otros ya de 1970, desde unos ensayos más objetivos de análisis de aspectos culturales y sociales hasta otros más subjetivos de evocación poética: todos con el estilo personal de una escritora que logra fundir conocimiento, sensibilidad y emoción.

Es nombrada Socia de Honor de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife, con título expedido el 24 de octubre de 1975. Se tiene en cuenta su sobresaliente currículum académico y su dilatada trayectoria literaria, destacando la importante contribución de su obra a la defensa de «los valores espirituales y materiales de Tenerife». Asimismo, se subraya su presencia en el movimiento fundacional del Instituto de Estudios Canarios en 1933, otro aspecto muy importante es que «con ella se iniciaba la presencia de féminas en la nómina de la vetusta entidad» (en VV. AA. 2010: 339-352).

A partir de este momento recibe reconocimientos, que durante tantos años no se le habían tenido en cuenta; era evidente que el régimen totalitario estaba llegando a su fin y ya no había miedo a reconocer la valiosa aportación de nuestra escritora a la

---

<sup>113</sup>ALONSO, María Rosa (1972): *Papeles tinerfeños*, Ediciones Nuestro Arte, Santa Cruz de Tenerife. Reeditada en 2009 en la colección MRA, Sociedad Estatal de Conmemoraciones culturales y el Gobierno de Canarias, Madrid. En 2022 se hace una tercera edición dentro de la Colección Biblioteca Básica Canaria, cuyo prólogo es realizado por Juana González.

cultura canaria. En 1974 recibe el Premio de periodismo «Leoncio Rodríguez». Un colegio Nacional de Educación General Básica, de Tacoronte, su ciudad natal, lleva el nombre de «María Rosa Alonso» según acuerdo del pleno del ayuntamiento, conforme comunicación del alcalde, fecha 11 de octubre de 1975. Igualmente lleva el nombre de «Profesora María Rosa Alonso» una calle del pueblo de Ingenio, en Gran Canaria, según comunicación del alcalde del pueblo a la interesada, fecha 2 de abril de 1976.

En 1975 se publica su trabajo «En el cuarto centenario de un poeta. Estudios sobre Antonio de Viana»<sup>114</sup>: se trata de una recopilación de artículos aparecidos en diferentes fechas y periódicos, excepto el último que era inédito. Empieza con «Dácil y Castillo», *El Día*: 27, 28 y 29 de marzo de 1951; le sigue «La Isla a través de Antonio de Viana», publicados en el mismo año y periódico los días 18, 19 y 20 de septiembre; a continuación «Otra vez Antonio de Viana», *La Tarde*, 1 de septiembre de 1964; «Siempre Antonio de Viana», *El Día*, 29, 30 de abril y 1 de mayo y, por último, «El profesor Cioranescu y sus estudios sobre Viana», sin publicar. En este último trabajo, María Rosa Alonso comienza citando los cinco trabajos que el profesor rumano ha publicado sobre Viana, y en el último: «Introducción, notas e índices a *La conquista de Tenerife*, de Antonio de Viana», incluía los cuatro anteriores y más documentación sobre el poeta. Nuestra autora manifiesta su desacuerdo con algunos datos aportados por Cioranescu, tengamos en cuenta la gran calidad histórica y literaria de sus tesis sobre Viana; ella dice que ha ordenado cronológicamente la documentación aportada por el profesor, puesto que leerlo es una empresa difícil. Hay una afirmación de Cioranescu que molestó mucho a la especialista en Viana:

Es mérito de María Rosa Alonso el haber indicado, aunque con dudas, la posibilidad de que se trate, en ambos casos, de nuestro Antonio de Viana, tinerfeño y médico a la vez. En realidad no cabe duda de que el autor del tratado de los apostemas es el mismo poeta (1978: 519-520).

En contrapartida ella cita textualmente lo que había escrito: «La identificación del autor del tratado de Cirugía con nuestro Antonio de Viana parece tan probable que no dudamos estimada cierta, a menos que alguna prueba documental nos obligue a rectificar». Por lo tanto, queda patente la diferente forma que tienen de trabajar ambos investigadores y a modo de conclusión nos dice la tinerfeña:

Cioranescu dedica desde la página 46 a la 103 su atención al estudio propiamente dicho, en cuanto obra literaria, del Poema de Viana, pero el terreno que parece atraer su diligencia es el de los archivos, las genealogías y las ediciones, por ello no es de extrañar que su análisis del

---

<sup>114</sup>ALONSO, María Rosa (1978): «En el cuarto centenario de un poeta. Estudios sobre Antonio de Viana», *Anuario de Estudios Atlánticos*, N.º 24, Madrid-Las Palmas: 475-523.

poema épico de nuestro bachiller carezca de grandes novedades respecto a lo ya escrito con anterioridad a su tan citada «Introducción» (1978: 520).

En 1977 la escritora tinerfeña participa en la elaboración de la *Historia General de las Islas Canarias* de Agustín Millares Torres, concretamente en los tomos IV y V<sup>115</sup>, en los que trata la Literatura canaria desde sus inicios hasta finales del siglo XIX. En el tomo IV empieza hablando de que a finales del siglo XV ya el Archipiélago estaba incorporado a la Corona de Castilla, comentando la literatura oral. En el Renacimiento habla de los cronistas, de Cairasco de Figueroa, de Antonio de Viana, además de otros autores. Del Barroco señala a los escritores palmeros como los de mayor importancia, para después hablar de los historiadores. En el siglo XVIII trata la transición, el Neoclasicismo, la tertulia de Nava y el polígrafo Viera y Clavijo. Aborda la transición al Romanticismo y los temas insulares y, por último, la historia y los autores de Memorias y Diarios. Además de las conclusiones generales, añade poemas representativos de la época y la extensa bibliografía empleada. El tomo V abarca el siglo XIX: comienza con los periódicos y las ediciones de esa época para pasar a la formación de una conciencia regional, a los primeros románticos distinguiendo entre los de Tenerife y los de Las Palmas; destaca entre estos últimos a Millares Torres. Pasa a hablar de una segunda generación romántica en la que tuvo gran importancia la Universidad de San Fernando de la Laguna; de esta época son: Rafael Martín Neda, Fernando Siliuto, José B. Lentini, Víctorina Bridoux, etc. También habla de los románticos de La Palma y, ya en el posromanticismo, destaca algunos poetas en los que tiene un fuerte arraigo el nuevo sentimiento de la patria, centrándose en la figura de Nicolás Estévanez. A continuación, describe a la Generación de 1880 y el Realismo que se forma en torno a la *Revista de Canarias*, con un marcado interés cultural, pues no solo se ocupa de las humanidades, sino que abarca cualquier rama del saber, destacando mucho la científica. En lo que respecta a la literatura nos aporta una amplia nómina de escritores que cultivaron la poesía, el teatro, la narrativa y el periodismo.

Conforme a oficio de la entidad, fecha 6 de septiembre de 1979, es nombrada Miembro de Honor del Ateneo de La Laguna. En sesión del 23 de diciembre de 1979 le es concedida por el Cabildo Insular la Medalla de Oro de la Isla de Tenerife.

---

<sup>115</sup> ALONSO, María Rosa (1977): «La literatura en Canarias desde los orígenes hasta 1880», en la *Historia General de las Islas Canarias*, de Agustín Millares Torres, Ediciones Edirca, Las Palmas, tomo IV: 282-295; tomo V: 112-131.



Igualmente, conforme oficio de la entidad del 9 de septiembre de 1982, es nombrada Miembro de Honor de la Asociación de la Prensa de Santa Cruz de Tenerife.

En mayo de 1983 la *Revista de Occidente* publica un número extraordinario, *Ortega vivo*<sup>116</sup>, para conmemorar el Centenario del nacimiento del fundador de su revista, José Ortega y Gasset. María Rosa Alonso con el título de «Ortega, en el recuerdo» le hace su homenaje: cuenta la historia de su llegada a Madrid en 1933, encuentro con el mundo estudiantil de la Facultad de Filosofía y Letras, donde para sus compañeros era «una chica canaria que leía *El Sol*» (1984: 10). Durante tres años asistió como libre oyente a las clases de Ortega, además de ir también a las excursiones que este organizaba, por ejemplo, la del 6 de mayo de 1934 a tierras de Castilla la Nueva. A lo largo de doce páginas nos lleva, a través de sus recuerdos, a conocer un filósofo que para ella fue un modelo a seguir, según sus palabras:

Debo a Ortega mi adhesión a la verdad, mi rigor en el trabajo y esa etimológica actitud de la circunspección intelectual, o sea el mirar alrededor; un entusiasmo por leer lo que entonces había que leer y una gran inclinación por una España civilizada, tolerante y culta, donde el diálogo entre las personas acabe con la dialéctica de las pistolas (1984: 21).

En 1984 participa en un homenaje a Julián Marías con el ensayo «Largo tema para una vida breve»<sup>117</sup>, que formará parte de los cinco de su obra *Las generaciones y cuatro estudios* (1990: 117-155), pero con distinto título: «Las rosas, metáfora». Trata el conocido tema de la lírica universal del «*carpe diem*» y de la efímera belleza de la rosa, aplicado a la mujer objeto del amor, o interés erótico, por parte del poeta que habla con las musas. Ella empieza a analizar el tema desde el año 29 a. C. con los amores entre Leuconoe y el poeta Horacio, que se refleja en la Oda XI; habla de Catulo y su matiz moral al tema, ya que a la brevedad y hermosura de la flor le añade una cualidad moral: la virtud. María Rosa Alonso va recorriendo los caminos de «las rosas» en la lírica del Renacimiento y del Barroco, incluyendo en este a la décima musa, Sor Juana Inés de la Cruz, en la que vemos por primera vez el punto de vista de la mujer: la desgracia de su envejecimiento, ya que ella «piensa que es mejor morir joven, como la rosa, que marchitarse y envejecer; prefiere malograrse a ser vieja». Y no se olvida del poeta barroco tinerfeño Cristóbal del Hoyo, que al terminar una carta dirigida a una señora se despide en estos términos: «Nuestro señor guarde a V. S. en su hermosura muchos años

---

<sup>116</sup> ALONSO, María Rosa (1984): «Ortega en el recuerdo», *Revista de Occidente*, N.º 24-25 mayo, Madrid: 10-21.

<sup>117</sup> \_\_\_\_\_ (1984): «Largo tema para una vida breve», en *Homenaje a Julián Marías*, Espasa- Calpe, Madrid: 41-47.

sin que el tiempo marchite sus colores». Sigue la cronología y habla del XVIII: Alberto Lista, y en el XIX de Espronceda, Maragall, Rainer María Rilke; aquí aparece otro paisano, Manuel Verdugo, elegante poeta parnasiano con concesiones modernistas, que «canta con fina melancolía a esas cosas inútiles —pero bellas— destinadas a morir y al colocar la rosa en un vaso, el poeta tendrá el remordimiento de «quien asesina lentamente a un amor». También habla del poeta venezolano Andrés Eloy Blanco, de los canarios Pedro Perdomo Acedo y Emeterio Gutiérrez Albelo, de la poetisa cubana Dulce María Loynaz que hace una especie de Padre nuestro para rogar por los hombres «que nos cortan, nos venden...». También han cantado a la rosa pura algunos poetas del siglo XX: Salinas, Guillén, García Lorca, Miguel Hernández y el argentino Julio Cortázar, entre otros. Terminamos con unas palabras de nuestra ensayista: «La rosa, tema de posibilidades ricas en imágenes: juventud femenina, pureza soberbia, etc., es abanico tardío de variadas metáforas...» (1990: 154).

Nuestra escritora sigue recibiendo el reconocimiento de su gente: se le concede la «Espiral 1986» por el Centro de la Cultura Popular Canaria, en diciembre del mismo año. Es un galardón con el que se distingue las más destacadas labores en pro de la cultura canaria, atendiendo al principio de que la cultura es representación de aquellas actividades que han surgido de la propia realidad del pueblo, expresan sus intereses y se enmarcan en el proceso de construcción de su futuro.

Se le concede el Premio Canarias de Literatura 1987 (*ex aequo* con el también ensayista tinerfeño Juan Marichal), con Oficio de la Presidencia del Gobierno de Canarias, de 14 de abril de 1987; este premio es otorgado a aquellas personas o entidades cuya labor creadora, utilizando como instrumento el lenguaje, represente una contribución relevante al enriquecimiento de la cultura canaria.

En 1988 lee el Pregón de las Fiestas de Mayo con el trabajo *Santa Cruz, vocación de futuro*<sup>118</sup>: dividido en catorce apartados. En ellos trata las siguientes secciones: «En un principio fue el mar. San Borondón y Hércules («Porque la prehistoria es guanche, pero la historia es europea»); La preconquista y la esclavitud, negocio comercial; La llegada de Don Alonso no fue sorpresa para el guanche; A Santa Cruz no le gustan historias: el barranco, arquitecto; El nudo primitivo del lugar y puerto; Los historiadores de Santa Cruz; Santa Cruz, vocación de futuro; El lento esfuerzo a

---

<sup>118</sup> ALONSO, María Rosa (1989): *Santa Cruz, vocación de futuro*, Excmo. Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife.

través de los años y la mistura de la población; La venerable orden del pescado azul; La ciudad surge con señales de patriotismo y cultura; La generación de 1880 en la Revista de Canarias y el Gabinete Instructivo; Los jóvenes de fin de siglo y de la Ley de Cabildos, herederos del espíritu del Gabinete; El Círculo de Bellas Artes: Gaceta de arte, Mensaje y Gánigo; La pregonera desea lo mejor para la Ciudad e invita a las Fiestas».

En 1989 el Cabildo Insular de Tenerife publica su obra *La ciudad y sus habitantes*<sup>119</sup>; según Rafael Fernández<sup>120</sup> un «paseo por ciudades que asombran los ojos expectantes de María Rosa Alonso, cuya pasión por las tierras y sus habitantes corre parejo con aquel período cultural que vivió junto a sus maestros en las décadas de 1920 y 1930». La obra está dividida en cinco bloques temáticos: La ciudad; Los habitantes; El y ella; Apuntes sobre pintura y Don Carlos en El Escorial; y Grupos, generaciones y centenario de Ortega.

En este mismo año se le pone el nombre de «María Rosa Alonso» a una calle de La Cuesta en la Urbanización Vistamar de la Higuera, conforme al acto celebrado el 22 de abril de 1989 según comunicación del presidente de la Asociación de vecinos. De la misma manera, el alcalde de Santa Cruz de Tenerife en oficio del 15 de diciembre de 1989, comunica a la interesada que la Corporación municipal ha acordado dar su nombre a una calle de la ciudad de Santa Cruz de Tenerife.

También en 1989 realiza la edición de la obra *El árbol del bien y del mal*, de J. J. Armas Marcelo<sup>121</sup>. María Rosa Alonso dice que este autor «representa al canario a quien la isla no se lo devora»; en cuanto a la obra que edita ve en ella una gran novedad con respecto a las demás novelas de su autor: «un fino sentido humorístico envuelve la vida de los personajes y con él se amortigua un tanto la dura e implacable crítica de la isla, aunque no desaparezca del todo». Hay un proceso de creación donde «la acción se quebranta, fragmentada en planos asentados en lugares distintos de la obra, y el tiempo, también». También es importante en esta novela el tema del indiano y del aislamiento, tan expresivos en la creación canaria. El autor también hace crítica literaria en esta obra, pero la escritora no está de acuerdo con él en la manera de afrontar la filosofía de

---

<sup>119</sup> ALONSO, María Rosa (1989): *La ciudad y sus habitantes*, Aula de cultura del Cabildo Insular de Tenerife. Reeditada en 2009 en la colección MRA, Sociedad Estatal de Conmemoraciones culturales y el Gobierno de Canarias, Madrid.

<sup>120</sup> FERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, Rafael (2010): *María Rosa Alonso, isla en el mundo*, Gobierno de Canarias: 63.

<sup>121</sup> ARMAS MARCELO, J. J. (1989): *El árbol del bien y del mal*, Biblioteca Básica Canaria, N.º 48.

Ortega y Gasset, sobre todo en lo relacionado con el famoso «yo soy yo y mis circunstancias»; ella explica su postura concluyendo que «La cosa es algo más seria que un aforismo popular» (1989: 29). Por último, destaca el lenguaje y dice que «la sintaxis corre sin demasiados préstamos adventicios»; en cuanto al léxico, ella valora el manejo que hace Armas Marcelo de la voz dialectal canaria: portuguesismos, arcaísmos, americanismos —alternando entre el castellano y el canario, por ejemplo, altramuces y cacahuetes/*chochos* y *manises*—. Todo lo anterior «da una riqueza expresiva a la prosa de nuestro gran fabulador, una de las mentes más fértiles y valiosas del presente literario insular» (1989: 29).

En 1990 publica *Las Generaciones y cuatro Estudios*<sup>122</sup>, obra compuesta por cinco ensayos, aunque ella los denomina trabajos, aparecidos en diferentes publicaciones y tiempos: van desde el año 1952 con el «Tema del mar», publicado en Madrid en la revista *Arbor*; 1956 «Las Endechas a la muerte de Guillén Peraza» en *Anuario de Estudios Atlánticos*; 1958 «Las Generaciones», *Revista Nacional de cultura* de Caracas, Venezuela; 1984 «Las rosas, metáforas», en un volumen dedicado a Julián Marías, Madrid, Espasa-Calpe y, del 15 de agosto de 1987 «El Misterio de Elche y el culto mariano», publicado en el diario madrileño *El País*.

En 1991 es nombrada Miembro de Honor del Instituto de Estudios Canarios, conforme a oficio de la entidad a la interesada, fecha del 8 de marzo de 1991. También en este año hace la edición, introducción y notas a la obra de Viana, *Antigüedades de las Islas Afortunadas*<sup>123</sup>, de la Biblioteca Básica Canaria. En la misma colección realiza la edición de *Poesía de la segunda mitad del siglo XIX*<sup>124</sup>, con el título de «De la orilla romántica a las riberas del Modernismo»; María Rosa Alonso nos presenta a los autores que, por razones obvias, surgieron más tarde que los del romanticismo español. Hace un recorrido desde los que aparecieron, primero en Tenerife encabezados por el francés José Desiré Dugour (1813-1875), y trece más. Todos nacidos antes de los años cuarenta del siglo XIX, en los que se advierte en ellos una constante literaria: el sentimiento

---

<sup>122</sup> ALONSO, María Rosa (1990): *Las Generaciones y cuatro Estudios*, Colección Clavijo y Fajardo, Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias. Reeditada en 2009 en la colección MRA, Sociedad Estatal de Conmemoraciones culturales y el Gobierno de Canarias, Madrid.

<sup>123</sup> \_\_\_\_\_ (1991): *Antigüedades de las Islas Afortunadas*, de Antonio de Viana. Edición, Introducción y notas, N.º 5 (en dos volúmenes). Biblioteca Básica Canaria. Viceconsejería de Educación y Deportes del Gobierno de Canarias.

<sup>124</sup> \_\_\_\_\_ (1991): *Poesía de la segunda mitad del siglo XIX*, selección, introducción y estudio, N.º 20 de la Biblioteca Básica Canaria. Viceconsejería de Educación y Deportes del Gobierno de Canarias.

evocador del pasado indígena. A modo de ejemplo hace una selección de nueve poetas, acentuando en ellos «lo que de canarios tengan al poetizar»: Rafael Martín Neda (1833-1908), Nicolás Estévez Murphy (1838-1914), Diego Estévez Murphy (1842-1866), José Tabares Bartlett (1850-1921), Antonio Zerolo Herrera (1854-1923), Patricio Perera Álvarez (1856-1899), Guillermo Perera Álvarez (1865-1926), Domingo Juan Manrique (1869-1934) y Diego Crosa y Costa, «Crosita» (1869-1942).

En 1993 realiza los textos a la edición de *Los Menceyes guanches de Candelaria*<sup>125</sup> del escultor José Abad. A lo largo de siete páginas nos desgana la historia de los nueve guanches según fuentes históricas de: Juan Álvarez Delgado, Antonio Perera Cabrera, Fray Alonso de Espinosa, Leonardo Torriani, A. Cioranescu, Abreu Galindo, Manuela Marrero, Núñez de la Peña, y cómo no podía ser menos, los dos grandes poetas que hicieron su particular historia guanche plagada de poesía: nos referimos a Antonio de Viana y a Viera y Clavijo. Pero María Rosa Alonso tiene muy claro que el arcediano era un «excelente prosista en una época donde todavía la historia es un género literario y no científico» y se atrevió a prosificar bellamente la poesía de Viana, de tal manera que generaciones posteriores la han tomado como verdadera historia real. También la escritora nos dice que el autor de las *Antigüedades*, sobre todo debido a su juventud tiene una singular ternura por la vencida raza aborígen y construye una realidad histórica muy alejada de la cruel conducta de Alonso Fernández de Lugo. Por último, afirma:

Nuestro gran escultor José Abad, lagunero como Viana, rinde también al arte, al igual que el poeta, lo mejor de su esfuerzo creador y nos ha esculpido en bronce la noble bravura y señorío de una raza perdida en las veredas idílicas de un tiempo ya ido, que si se hunde en la incógnita de una imprecisa historia, se alza, en cambio, en la claridad ensoñadora de la poesía y del arte.[...] Al lado de sus señales de realeza y belicosidad, Abad ha esculpido esos nueve bronce con la dignidad que nos imaginamos tuvieron aquellos bravos hombres en 1494 a punto de comenzar su calvario. Fueron los auténticos isleños, amasados en una soledad de siglos y el escultor nos los presenta cuando sobre ellos ha caído el cumplimiento de un destino (1993: 10-11).

En 1993 se publica su ensayo «Características de la poesía en Canarias»<sup>126</sup>. Según palabras de Miguel Martín, «venía a representar un notable esfuerzo de reflexión sobre el campo de estudio al que había dedicado más intensa y sostenida

---

<sup>125</sup> ALONSO, María Rosa (1993): «Textos a la edición de *Los Menceyes guanches de Candelaria* del escultor José Abad», Litografía A. Romero, Santa Cruz de Tenerife.

<sup>126</sup> \_\_\_\_\_ (1993): «Características de la poesía en Canarias», *Anuario de Estudios Atlánticos*, N.º 39, Madrid-Las Palmas: 17-39.

atención desde su juventud»<sup>127</sup>. Comienza hablando de Valbuena Prat y de él dice que fue el primero en hacer un estudio serio de literatura canaria, sobre todo del siglo XX, y de la importancia de estudiarla como una incorporación a la literatura española; según nuestra autora, gracias a Valbuena «los poetas canarios ampliaron su ámbito regional al ser incluidos entre los demás poetas españoles y formar parte integrante de ellos» (1933: 3). Y a lo largo de veintidós páginas nos lleva a través de los temas de la poesía isleña: el aislamiento, el mar —positivo y negativo— y cosmopolitismo e intimidad; y después pasa a la llamada *escuela regionalista*: «el buen salvaje» y la pareja Tenesoya-Maciot, para seguir con el indigenismo: vianismo y antivianismo. A continuación, trata la versión original del paisaje en Nicolás Estévez, así como la visión del paisaje realista, común a la peninsular. Habla de lugares de encuentro entre poetas como La Económica y el Ateneo de La Laguna. Y, por último, los *Temas geográficos en la poesía de las Islas*: La Laguna, la selva, el Teide y *El tema histórico del 25 de julio en poesía*.

En 1994 la Universidad de La Laguna la nombra Doctora *honoris causa*, la única mujer que había obtenido tal distinción por parte del centro académico hasta aquel momento (en 2021 recayó por segunda vez en una mujer, la psicóloga Teresa Angueras). El 28 de febrero tiene lugar el solemne acto de investidura, en el que María Rosa Alonso disertó sobre «Características de la poesía en Canarias», basado en el ensayo del mismo nombre que el año anterior había publicado en el *Anuario de Estudios Atlánticos*.

En 1996 hace el prólogo de una edición facsímil con una tirada limitada de 1000 ejemplares de *Antigüedades de las Islas Afortunadas* de Antonio de Viana, que, con motivo del quinto centenario de la fundación de la ciudad, promovió el Ayuntamiento de San Cristóbal de La Laguna, con la colaboración de la Universidad de La Laguna, del Cabildo Insular de Tenerife y del Gobierno de Canarias.

En 1998 se publica *La luz llega del Este*<sup>128</sup>, obra en la que, a través de treinta capítulos, se abordan temas y mitos de la prehistoria de las islas Canarias. Ella pone en entredicho algunos aspectos relacionados con la supuesta africanidad de Canarias y con las costumbres de los aborígenes. Nuestra autora trata con singular ternura lo relacionado con el mencey llevado como regalo a la señoría de Venecia, en algunos

---

<sup>127</sup> MARTINÓN CEJAS, Miguel, (2010): «Biografía de María Rosa Alonso», en la revista *María Rosa Alonso. Memoria literaria*, publicada con motivo de la celebración de Día de las Letras Canarias 2010, Gobierno de Canarias: pág. 10.

<sup>128</sup> ALONSO, María Rosa (1998): *La luz llega del Este*, Ayuntamiento de La Laguna.

textos se habla del rey de Tenerife, pero no se ha descubierto todavía cuál de los nueve menceyes corrió esta suerte.

## 2.6 Vuelta a su isla

En 1999, como consecuencia de sufrir una grave dolencia cardíaca, sus sobrinos la convencen para que vuelva a vivir en Tenerife. Se instala en La Laguna, en la casa de su sobrino Elfidio, y también tiene la compañía y el cuidado de su sobrina Nieves.

En 2001 se le pone su nombre a la Biblioteca del Centro del Profesorado de La Laguna. En este mismo año, el Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife publica la tercera edición de *En Tenerife, una poetisa. Victorina Bridoux (1835-1862)*, a esta reedición le acompaña «un facsímil del álbum de Victorina Bridoux, localizado y recuperado gracias a la mediación de María Rosa Alonso» (Miguel Martín 2007: 35). El cronista portuense Juan del Castillo se hace eco de lo anterior en un comentario<sup>129</sup> donde califica de «primoroso» el álbum y dice que ambas publicaciones han estado «al cuidado del incansable Carlos Gaviño y que pueden calificarse, sin caer en hipérbole, de auténtica maravilla». Hace un resumen de la biografía que María Rosa Alonso había realizado de Victorina Bridoux; a continuación, compara a las poetisas portuenses Fernanda Siliuto y Victoria Ventosa. Él confiesa que ha querido «resucitar a estas curiosas mujeres de la centuria decimonónica. Coburgas de la isla redonda y poetisas de la isla picuda».

En julio de 2002 lee el Pregón de las Fiestas Patronales del Puerto de la Cruz, en honor al Gran Poder y a la Virgen del Carmen; según Juan del Castillo<sup>130</sup> «como la definió Juan Cruz, se nos presentó, en aquella tarde-noche, como “una mujer a la intemperie”. Es decir, lo pronunció sin papeles, de viva voz, acudiendo sólo con “chuletas”»:

Con un pregón memorable en el que confesó los vínculos sentimentales que les unen con la ciudad turística, [...] durante una hora desgranó su visión del pasado portuense, impregnada de metáforas y alusiones, y con una referencia especial a la biografía de los hermanos Iriarte. Viera y Clavijo fue otra de las personalidades abordada por la pregonera, que terminó recordando a Telésforo Bravo y Juan Cruz, dos ilustres portuenses que han dado las más brillantes aportaciones científicas y culturales de la historia de la localidad<sup>131</sup>.

---

<sup>129</sup> CASTILLO, Juan del: «Nuestras damas del siglo XIX», *Diario de Avisos*, 28 de julio de 2002.

<sup>130</sup> \_\_\_\_\_: «María Rosa, entre el flan y la ñamera», *Diario de Avisos*, 25 de agosto de 2002.

<sup>131</sup> *Diario de Avisos*: «La escritora María Rosa Alonso llenó el salón noble del Consistorio», Puerto de la Cruz, 7 de julio de 2002.

También en este año sale a la luz *José Tabares Bartlett (1850-1921)*<sup>132</sup>: se trata de cuatro capítulos que habían aparecido en la prensa en el año 1951 y que formaban parte de una Historia de la poesía en Canarias que nunca se publicó. El 11 de diciembre se le concede el Teide de Oro, galardón entregado por Radio Club Tenerife, por toda una vida dedicada a investigar temas relacionados con Canarias. Ella, con su habitual humildad dijo: «Mi único mérito es trabajar. Toda una vida, eso sí»<sup>133</sup>.

En 2003 se le concede el Premio del Instituto Canario de la Mujer porque ella cumple la mayoría de las premisas que se necesitan para merecer tal honor, puesto que en su amplia trayectoria profesional se le reconocen trabajos informativos, publicitarios, divulgativos y de investigación que contribuyen a reconocer las aportaciones de las mujeres a la sociedad, a eliminar los estereotipos de género y las diversas situaciones de discriminación de las mujeres en la sociedad. También en este mismo año se le concede la Distinción de Amables del Turismo y Convivencia Ciudadana, edición XXIV, del Centro de Iniciativas y Turismo (CIT), de Santa Cruz de Tenerife.

Igualmente, en este año de 2003, bajo la coordinación de Nicolás Lemus, se celebra una exposición que tiene como protagonista al Teide; de dicho evento se publicó un catálogo exposición en el que participó María Rosa Alonso con «A propósito de la exposición El Teide, representación e identidad»<sup>134</sup>. Ella comienza con unas palabras de Karl Vossler en las que cobran especial protagonismo el Mar y El Volcán; dice que desde su juventud y, sobre todo, en su libro de 1952 sobre *El Poema de Viana* fueron dos asuntos que ha tratado ampliamente, sobre todo en su estudio «Características de la poesía canaria», donde el Teide ocupa dos páginas que ella reproduce en esta ocasión. También nos ofrece un «trabajito» de sus comienzos, «El hombre ante la Naturaleza. Viera y el paisaje en el siglo XVIII», que dedica al profesor universitario Fernando Castro Borrego, pues este se preguntaba por el diverso tratamiento al Teide, que incluso «hasta el siglo XX la imagen despierta la imaginación de los poetas, pero no la de los pintores».

María Rosa Alonso fue nombrada Socia de Honor de la Sociedad Canaria de Antonio de Nebrija de Profesores de Lengua Española y Literatura el 17 abril de 2004.

---

<sup>132</sup> ALONSO, María Rosa (2002): *José Tabares Bartlett (1850-1921)*, Colección «Libros de Fortuna», Ed. Gráficas Sabater, Santa Cruz de Tenerife.

<sup>133</sup> *El Día*, «Radio Club entregó sus Teide de oro», 12 de diciembre de 2002.

<sup>134</sup> ALONSO, María Rosa (2003): «A propósito de la exposición El Teide, representación e identidad», en *El Teide: representación e identidad: catálogo exposición*, coordinado por Nicolás González Lemus, Cabildo Insular de Tenerife: 13-26.



En agosto de este mismo año recibe el «Gánigo de honor», otorgado por la Casa de Canarias en Madrid, galardón concedido anualmente a personas o instituciones que se han distinguido por su defensa de la identidad del Archipiélago Canario. En septiembre, el CCPC realiza la segunda edición de su novela, *Otra vez...*, dentro de la colección «Escritoras con luz propia», a cuya presentación asiste la autora.

En el 2005 La Real Sociedad Económica de Amigos del País publica un boletín extraordinario dedicado a Leoncio Rodríguez, en el que participa nuestra escritora con un artículo, que había publicado en *El Día*<sup>135</sup> años antes. Con la incorporación de este artículo María Rosa Alonso quiso poner su «granito de arena» al homenaje de una de las personas que más influyeron en sus inicios como periodista. En este artículo hace un repaso de su gran trabajo con *La Prensa*, pero también nos informa de otras actividades llevadas a cabo por Leoncio Rodríguez, por ejemplo: «Desde 1925 intentó publicar colecciones que no pasaron de inicios en unos folletos como *Las lágrimas de Camella*, de Pérez Armas y las dos partes de *El loco de la playa* de don Leocadio Machado». Después de contarnos la trayectoria como editor de don Leoncio, nos habla del escritor: realizó «en *El Día* hermosas páginas que darían material para libros futuros»; también cultivó la escritura teatral; en 1930 estrenó *¡Ajijí!*, que giraba en torno a «la falta de voluntad del protagonista o antihéroe, para dar paso a la hombría paterna y a la abnegación de la esposa». En 1933 estrena *Plataneras* en el Guimerá; se trata de «una comedia en tres actos que destaca el despotismo del hombre de dinero y la revancha que toman los buenos, ofendidos». Basándose en la novela de Rodríguez Moure sobre el vizconde de Buen Paso, Leoncio Rodríguez escribió una novela escénica, que no se llegó a representar, pero que se publicó en un tomo de su Biblioteca Canaria. María Rosa Alonso cree que la prosa más brillante de don Leoncio fue la del libro *Estampas tinerfeñas* aparecido en 1940, recogido en dos folletos en la citada Biblioteca Canaria. De 1948 es *La Laguna, ciudad de recuerdos*, con portada de Crosa y prólogo de José Manuel Guimerá; del mismo año es *Epistolario íntimo*. En 1970 es publicado por sus herederos un libro póstumo titulado *Perfiles*, consta de 384 páginas, prologadas por Ernesto Salcedo; se trata de las 34 semblanzas publicadas en *El Día* en los años cincuenta, que más que biografías, son bosquejos de personajes de su tiempo.

---

<sup>135</sup> ALONSO, María Rosa: «Leoncio Rodríguez. El editor y el escritor», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 27 de enero de 1985.

En 2006, se hace una nueva edición de *Pulso del tiempo*, (editado en 1953 por el Servicio de Publicaciones de La Universidad de La Laguna). En este año el periodista Aurelio González<sup>136</sup> le hace una entrevista en la que María Rosa Alonso contesta a las preguntas de una forma directa, como siempre; en ella expresa su parecer acerca de muchas cuestiones. Pero las que llamaron más nuestra atención son las referidas a la edad, a su longevidad y a temas relacionados con su larga experiencia de vida, por ejemplo, al preguntarle el periodista sobre si le teme a la muerte, su respuesta es: «No, para qué, si póngame como me ponga me voy a morir. Da igual que le tenga miedo o no. Yo soy una persona un poquito razonable y sé que tengo que morirme. De todas formas, lo difícil no es morir, sino vivir». También en julio de este año, bajo la dirección del doctor Ernesto Gil López, leemos nuestra Memoria de licenciatura *María Rosa Alonso, escritora de Fronteras*, en la que tras hacer una bibliografía (en AA. VV. 2010: 379-409) y analizar en profundidad dos de sus obras, *Papeles tinerfeños*, y *Residente en Venezuela*, llegamos a la conclusión que puede ser considerada como una escritora de fronteras, por haber residido en distintos lugares —nació en Tacoronte, vivió en La Laguna, en Madrid y en Venezuela—, por su forma de enfocar la historia de las Islas.

En 2007, la Biblioteca de la Universidad de La Laguna, con motivo del Día del Libro, organiza una exposición bibliográfica y documental sobre María Rosa Alonso. La escritora descubre la placa que, con motivo del Día de las Letras Canarias, está dedicada a Antonio de Viana en La Laguna y también se publica un libro-homenaje a nuestra escritora, *Imagen de María Rosa Alonso*, en el que el profesor Miguel Martín, comisario de la exposición, presenta «los aspectos esenciales de su vida y su obra»; el profesor Carlos Brito Díaz aporta un artículo sobre María Rosa Alonso y sus estudios sobre Viana; se añaden tres artículos de la homenajeadora, así como una bibliografía selecta de su quehacer literario y una documentación, que recoge cartas que le enviaron Antonio Lara y Zárate, José Ortega y Gasset, Américo Castro, Ramón Menéndez Pidal y Dámaso Alonso.

---

<sup>136</sup> GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Aurelio (2006): *Canarios al desnudo*, nota preliminar de Andrés Chávez y prólogo de Juan Manuel García Ramos, Burgado, Santa Cruz de Tenerife: 105-111.

En 2008, se editó *Todos los que están fueron*<sup>137</sup>, se trata de la última publicación de María Rosa Alonso, en la que hace una recopilación de artículos publicados en diferentes periódicos y revistas sobre insignes personajes canarios. Desde Guillén Peraza hasta Félix Francisco Casanova de Ayala, a lo largo de 448 páginas en dos tomos, nos aporta una excelente información de canarios que forman parte de nuestra historia cultural. Tenemos 52 personajes: históricos, escritores, pintores, etc., sobre los que aporta un número diferente de artículos, desde uno sobre muchos de ellos, dos, tres..., hasta los 55 artículos que hay sobre Antonio de Viana.

En 2009, se reeditan nueve de sus obras bajo el nombre de «Colección MRA» con motivo del centenario de su nacimiento, bajo el cuidado de Olga Álvarez de Armas y con el patrocinio del Ministerio de Cultura, de la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y del Gobierno de Canarias.

La imagen de María Rosa Alonso se constituyó como el eje central de los actos programados con motivo de la celebración del Día de Las Letras Canarias de la edición 2010. Fue un homenaje a su intensa labor como investigadora, escritora, ensayista y crítica literaria.

El 28 de mayo de 2011 fallece a los 101 años; fue incinerada en la intimidad y sus restos esparcidos en Punta del Hidalgo, municipio de La Laguna. Los medios de comunicación se hicieron eco de tan triste óbito y fueron muchos los artículos dedicados a recordar a esta gran mujer y escritora canaria, entre ellos, y a modo de ejemplo, destacamos el de Juan Cruz<sup>138</sup>, que comienza diciéndonos: «Esta mujer centenaria que nos acaba de abandonar era mucha María Rosa»; a lo largo del artículo el periodista portuense destaca su inteligencia y los maestros tan ilustres que tuvo, también su faceta como hija, que cuidó a su madre hasta el último momento. Como mujer

Se defendió de los tópicos y de otras dominaciones de la ignorancia, y fue una de las intelectuales canarias y españolas que de manera más terminante se opuso al malentendido de que la condición femenina era pretexto para obligar a las mujeres a decir sí.

Por eso se pasó toda su vida diciendo no a muchas cosas en las que no creía y que no tenía ningún reparo en dar sus opiniones abiertamente. Resalta su faceta como investigadora a la que se entregaba en silencio:

---

<sup>137</sup> ALONSO, María Rosa (2008): *Todos los que están fueron: Artículos bibliográficos 1930-2002*. Gobierno de Canarias-Ayuntamiento de San Cristóbal de la Laguna, 2 vols.

<sup>138</sup> CRUZ RUIZ, Juan (2011): «María Rosa Alonso diciendo no y riendo a carcajadas», *La Opinión de Tenerife*, 29 de mayo.

...como una orfebre que usara la inteligencia para abrillantar los textos de los otros, rescató lo mejor, lo más invisible casi, del Poema de Viana y lo dejó como una de sus mejores contribuciones a la historia del ensayo canario.

Su imaginación la llevó a escribir una novela y al artículo periodístico la llevó a su curiosidad intelectual. El regreso a su tierra con su familia fue feliz, una tierra que dejó «cuando decidió ser una universitaria progresista e inconforme en tiempos en que parecía que la luz republicana, en la que siguió creyendo a pesar de las sombras de la dictadura, iba a ayudarle a cumplir algunas de sus ilusiones civiles». Termina el artículo diciendo:

No ha muerto tan solo una intelectual, una estudiosa; era un ser humano encantador incluso cuando, huraña, se refugiaba en ese mal humor que en verdad escondía detrás la carcajada pícaro de una tinerfeña inolvidable.

El 21 de junio el Paraninfo de la Universidad de La Laguna rindió homenaje a María Rosa Alonso; su rector, Eduardo Doménech, la definió como una de las más dignas plumas de la literatura y del ensayismo de Canarias, y también como polifacética escritora. Destacó su labor docente en la Universidad lagunera

entre 1942 y 1953, en una época en la que la presencia femenina en la academia era casi anecdótica, sus méritos científicos le permitieron superar ese escollo social y formar parte del profesorado de la entonces recién creada Facultad de Filosofía y Letras. Hasta que diversos avatares personales y, por qué no decirlo, el adverso panorama político para una mujer progresista como era ella, la impulsan a iniciar una nueva etapa vital en Venezuela.

En septiembre de 2011 le fue concedida a título póstumo la Medalla de Oro del Mérito al trabajo, que fue entregada por parte de la delegada del Gobierno en Canarias, Dominica Fernández, a la familia de María Rosa Alonso. Esta condecoración, otorgada por el Ministerio de Trabajo e Inmigración, se concede en mérito de una conducta socialmente útil y ejemplar en el desempeño de los deberes que impone el ejercicio de cualquier trabajo, profesión o servicio. Según palabras de la delegada del Gobierno, María Rosa buscaba romper barreras con su mentalidad progresista e incluso la cronológica; fue una «Auténtica Denominación de Origen Canario», y «una persona que quiso siempre ser más que estar».

También en 2011 se publica *Pulso de una generación*<sup>139</sup>: se trata de la recopilación de artículos publicados en el periódico *Falange* de Las Palmas, que con el título genérico de «De una Generación...» y a través de seis artículos, nos llevaba a través de sus recuerdos a sus años en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad

---

<sup>139</sup> ALONSO, María Rosa (2011): *Pulso de una generación*, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y el Gobierno de Canarias, Madrid.

Central de Madrid. En los dos primeros artículos habla de sus compañeros y profesores, a continuación, le dedica uno a Julián Marías, y los tres últimos a su admirado profesor, el filósofo Ortega y Gasset. Todos estos artículos aparecen recogidos en el último bloque de su libro *Pulso del tiempo*, pero la comisión encargada de la colección MRA coeditada entre la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y el Gobierno de Canarias (Ediciones Tauro) consideró oportuno publicar como un libro aparte estos capítulos dedicados a aquéllos que formaron parte de su vida estudiantil en Madrid.

En 2012 Marta Ouviaña<sup>140</sup>, tras hacer una semblanza de la vida y obra de María Rosa Alonso, incide en la necesidad de preservar el legado de la escritora que está en la casa-museo de Los Sabandeños de la calle Capitán Brotons en La Laguna. Dice que dicho legado no ha tenido ningún tipo de tratamiento documental, aunque cree que pronto se comience con dicho trabajo; ese fondo bibliográfico consta de más de ocho mil volúmenes, en el que se destaca un fondo canario, muchos libros dedicados por sus autores, separatas... Otra parte muy significativa y valiosa de su legado es el archivo, en el que hay producción inédita o dispersa en la prensa venezolana; junto a esto hay también gran cantidad de manuscritos: artículos a máquina, muchas fichas de lectura, recortes de prensa, cartas, postales, etc. Marta Ouviaña termina su artículo con una llamada para que haya un apoyo (creemos que institucional) que pueda llevar a cabo una labor en la que personal formado, además de becarios, realicen la tarea necesaria para que el legado de María Rosa Alonso esté disponible y así la ciudad de La Laguna lo ofrezca a los que deseen consultarlo.

En 2022 el profesor Benigno León Felipe y la doctora en Ciencias de la Comunicación María A. Gabino Campos publican una *Antología de María Rosa Alonso*, en la que se recogen una selección cronológica de textos, según el año de publicación, aunque «en el caso de artículos incluidos en libros recopilatorios no siempre coincide esa fecha con la de elaboración y publicación previa en la prensa o revistas»<sup>141</sup>.

---

<sup>140</sup> OUVIÑA NAVARRO, Marta (2012): «María Rosa Alonso y su legado», *Canarii*-Historia de la cultura, N.º 23, La Laguna, marzo.

<sup>141</sup> ALONSO, María Rosa (2022): *Antología*, edición de Benigno León Felipe y María A. Gabino Campos, Academia Canaria de la Lengua: 35.

### 3. ANÁLISIS DE SUS ARTÍCULOS POR ORDEN CRONOLÓGICO

#### Análisis de sus artículos desde 1930 a 1953

El año 1930 comienza con la dimisión de Primo de Rivera el 28 de enero, ya desde el año anterior el dictador había reconocido su total equivocación con la política de intervención llevada a cabo y esta circunstancia unida a la creciente impopularidad del gobierno le lleva a la dimisión «por razones de salud»<sup>142</sup>; este cambio de régimen coincidió con una delicada situación internacional a raíz de las consecuencias del «crack» del 29. En Canarias, al igual que en todo el territorio nacional, este cambio político supuso una incertidumbre social y política con distintas reacciones: los conservadores no acababan de aceptar el fracaso de la dictadura, mientras que los progresistas y republicanos recibieron este cambio con gran entusiasmo y fe en el futuro. Pero la realidad era que la situación política de las islas seguía con «claros síntomas de atonía y continuidad en las prácticas institucionales»<sup>143</sup>, valga como ejemplo la opinión de Domingo Cabrera que en el diario madrileño *El Sol* hace «una dura crítica al caciquismo y el entreguismo al poder central»<sup>144</sup>. En cuanto al periodismo, una vez superada en el Archipiélago la crisis producida por la guerra europea, sufrió un avance en su vertiente instrumental e informativa a raíz del crecimiento económico de los años veinte, pero la dictadura frenó el avance en cuanto a las ideologías y la prensa escrita se limitó simplemente a dar información. Pero el proceso de renovación siguió avanzando y continuó con la información foránea, que se incrementaría con la llegada del teléfono; hubo una diversificación de contenidos y, sobre todo, el desarrollo de la publicidad que poco a poco fue generando unos ingresos más suculentos que la venta de periódicos, Julio Antonio Yanes Mesa destaca «La aparición de *La Tarde* en 1927 emulando el tono informativo y sensacionalista de *La Prensa*, para lo cual dejó en segundo plano el latente republicanismo de su director, Víctor Zurita»<sup>145</sup>.

---

<sup>142</sup> PAREDES, Javier (2004): *Historia contemporánea de España [S. XIX-XX]*, Ariel, Barcelona: 638-639.

<sup>143</sup> BRITO, Oswaldo (1989): *Historia contemporánea: Canarias 1931-1966*, CCPC, Santa Cruz de Tenerife: 11.

<sup>144</sup> CABRERA, Domingo (1930): «Sigue la Dictadura», *El Sol*, Madrid, 26 de julio.

<sup>145</sup> YANES MESA, Julio Antonio (1996): «El periodismo republicano en Tenerife (1868-1936): alborada, plenitud y ocaso de una prensa política», en *Tebeto: Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura*, N.º 9, pp. 25-50.

En el anterior contexto histórico nos encontramos con la publicación en el periódico tinerfeño *La Tarde*<sup>146</sup> del primer artículo de una joven que firma su trabajo bajo el seudónimo de «María Luisa Villalba»<sup>147</sup>; aparece en la sección «Pareceres», que será en la que estarán la mayoría de sus escritos en este periódico vespertino. María Rosa Alonso tenía solo veinte años, recién cumplidos, cuando aparece «En torno a los libros de la guerra»<sup>148</sup>, y con este el inicio de una labor periodística que llegará hasta casi el final de los días de la vida de esta prolífica escritora. A medida que vamos leyendo el artículo comprendemos por qué el periódico apostó por esta novel periodista, ya que es un artículo de crítica literaria, pero en el que hay abundantes referencias a distintas obras, autores, hechos históricos, etc., en los que se apoya la autora para defender su idea principal: la juventud es sincera y busca la verdad. En este primer artículo aparecen una serie de temas que van a estar presentes a lo largo de toda su producción periodística. Una de las constantes en su escritura va a ser lo que ella llamaba «periodismo cultural» y por eso nos podemos encontrar varios temas que se amalgaman en un solo artículo. Cuando empieza a escribir lo hace con un propósito determinado, con una idea muy clara de lo que va grabar en el papel, y para hacerse comprender recurre a hechos o teorías que complementa esa visión global que busca con su periodismo: la cultura, bien sea enfocada desde el prisma político, el académico, el de la crítica literaria, etc. La razón de ser, su «cruzada» es la de culturizar a sus lectores, a la vez que persuadirlos para llevarlos por el camino que ella cree el correcto.

Comienza el artículo haciendo referencia a la novela fantástica de Nicolás Tassin<sup>149</sup>, *La Catástrofe*, en la que se habla de clasificaciones en Zoología y aparece una palabra en francés, «parvenu», para hablar de un intruso, advenedizo, arribista; nos da la impresión que la joven quiere que aflore su gran preparación académica. Y sigue con las

---

<sup>146</sup> *La Tarde* salió a la calle en Santa Cruz de Tenerife el 1 de octubre de 1927, momento crítico de la historia del Archipiélago pues acababa de dividirse en dos la provincia única de Canarias que tenía, hasta entonces, por capital a Santa Cruz de Tenerife. Fueron sus fundadores don Víctor Zurita Soler, don Matías Real González y don Francisco González Viera y el diario se caracterizará desde sus comienzos por una defensa de los ideales e intereses tinerfeños. En *La Tarde*, en la sección *Pareceres* y dentro de la época en que estamos estudiando 1930-1953, María Rosa Alonso publicó 49 artículos.

<sup>147</sup> GONZÁLEZ, Juana (2021): «María Luisa Villalba y *La Tarde*», *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna*, 43: 153-170: <https://doi.org/10.25145/j.refiull.2021.43.08> (consultado el 02/11/2022).

<sup>148</sup> ALONSO, María Rosa: «En torno a los libros de la guerra», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 29 de enero de 1930.

<sup>149</sup> Nicolás Tassin (1873-1941) es el seudónimo del escritor ruso Tasín, Naum Ákovlevic. Residió en París antes de la revolución rusa, en 1918 fue expulsado a España y más tarde regresa a Francia. Fue traductor del francés-ruso y ruso-español: <https://catalogue.bnf.fr/ark:/12148/cb102565638> (consultado el 30/10/2022).

clasificaciones: esta vez habla de Spengler<sup>150</sup> que hace uso de un concepto naturalista para definir las edades de la Historia; ella se pregunta sí después de la Revolución francesa vamos a estar eternamente incluidos en la Edad Contemporánea; la joven escritora cree que estamos ante una nueva Edad, una nueva cultura, se pregunta sí estamos terminando o empezando. Vuelve a hablar de los libros de la guerra, que han ayudado a los jóvenes a reflexionar, pero pide que no se hagan clasificaciones rígidas como las de Linneo, ya que son libros muy sinceros y pone como ejemplo el de Ernesto Glaeser, *Los que teníamos doce años*, para ella el mejor ensayo pedagógico de su tiempo. En el siguiente párrafo habla del periódico *El Sol*<sup>151</sup>, del que era una fiel seguidora: «Entonces llegaba *El Sol*, el gran diario madrileño, a la agencia de don José González Rivero, el empresario del Teatro Leal, y me suscribí al periódico fundado por don Nicolás M. de Urgoiti. *El Sol* fue mi diario hasta 1936»<sup>152</sup>. Nombra a dos jóvenes artistas de esa época, Dalí y Alberti<sup>153</sup>, que con sus cuadros y sus conferencias respectivamente, molestan a la burguesía; ella quiere dejar muy claramente su posición de sinceridad frente a la masa burguesa. Sigue hablando de la verdad y se basa en Barbusse<sup>154</sup> para decir que sólo es admisible la guerra cuando se lucha por un ideal;

---

<sup>150</sup> Spengler fue un filósofo alemán (1880-1936) que en su obra *Panoramas de historia universal* (1922) defiende la «teoría organicista de las civilizaciones, con sus paralelismos que abarcan desde el nacimiento hasta la senectud y la disolución, y presenta al final las conocidas profecías sobre la desaparición de la cultura occidental, decadente y amenazada por una nueva “civilización de color”, asiático mongólica». Luchó «contra la revolución de 1918; pero se opuso también a la república de Weimar, al sistema parlamentario, a la democracia y a la época de las masas». (VV. AA. [1973<sup>2</sup>]: *Diccionario de autores de todos los tiempos y todos los países*, Montaner y Simón, Barcelona: T.III, 638-639).

<sup>151</sup> El 1 de diciembre de 1917 nació el diario *El Sol*, que se publicó entre este año y 1939. De corte liberal y reformista, fue considerado uno de los mejores de Europa y el mejor de España durante muchos años. El diario abordaba, a lo largo de doce páginas de gran formato, la información política y social de España. La ausencia de sucesos y de información taurina le valió la fama de elitista e intelectual, de hecho, costaba el doble que los demás periódicos para compensar el precio del papel y la falta de subvenciones. Entre sus colaboradores destacó la figura de José Ortega y Gasset, que marca fuertemente la línea editorial del periódico y adelanta en los artículos que publica el contenido de sus libros, como *La rebelión de las masas*, que se publicó primero en forma de artículos en el diario.

<sup>152</sup> ALONSO, María Rosa: «Ángel Valbuena Prat», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 26 febrero de 1977.

<sup>153</sup> Ambos formaban parte del grupo de la Residencia de Estudiantes, y Alberti también pintaba, aunque su dedicación primordial fue la poesía, no en vano fue uno de los principales componentes de la llamada Generación del 27.

<sup>154</sup> Barbusse, Henri (Francia 1873-Rusia 1935), empezó en la actividad literaria como poeta. Su novela *El Infierno* (1908), fue «una implacable sátira social, y, al mismo tiempo, la representación morbosa de la obsesión sexual y el terror de la muerte». Pero su nombre saltó a la fama con la guerra a través de su obra *El fuego*, «redactado con una brutalidad desconcertante, opuesto a la retórica propia de la literatura bélica y fundado en la escandalosa paradoja de la guerra soportada por quienes no la desean y nada ganan con ella» (GONZÁLEZ PORTO, José [1973<sup>2</sup>]: *Diccionario de autores de todos los tiempos* (Tomo II), Montaner y Simón D.L., Barcelona: 206-207).



también se basa en Ortega<sup>155</sup> —desde su primer artículo aparece el nombre del maestro— para decir que hay que luchar por la sinceridad frente a la fraseología de la masa burguesa. Recuerda las amenazas: el latente socialismo alemán, los Kremmelbein<sup>156</sup> y el Hambre, que preparaban la revolución y la constitución de Weimar<sup>157</sup> en 1919. Y termina el artículo haciendo una exhortación a danzar abrazados, luchar por la sinceridad y contra la guerra, la tradición burguesa, nacionalista... En cuanto a su estilo, que es muy correcto, llama la atención la forma del discurso donde aparecen las interrogaciones, unas retóricas, pero otras son preguntas que se hace ante un porvenir incierto; creemos que lo hace con la intención de atraer al lector a su terreno, sobre todo a esa juventud de la que está tan preocupada por su porvenir y a la que intenta concienciar para que estén atentos, a esos jóvenes son a los que apela alabándolos con una de las características fundamentales de su edad: la sinceridad.

A la semana siguiente el mismo periódico publica el segundo artículo de nuestra periodista; esto ya nos da una idea del éxito que había tenido su primer trabajo pues parece que va a haber una continuidad en su colaboración con esta prensa escrita. El artículo en cuestión se titula «Mirando al siglo XIX, I»<sup>158</sup> —con cuatro días de diferencia se publica la segunda parte— sigue en la misma tónica del primero, ya que continúa exhortando a la juventud a cultivar la paz frente al belicismo imperante, a luchar por sus ideales y a laborar para construir una nueva sociedad. También recurre a distintas figuras relevantes para apoyar sus opiniones: cuando habla de tempestad y calma lo relaciona con la clasificación de los tipos de Jung<sup>159</sup> en introvertido y

---

<sup>155</sup> Ortega y Gasset (1883-1955) es considerado como el intelectual más influyente y famoso de España hasta la Guerra Civil española. Desde la publicación de *La rebelión de las masas* (1930) su fama se extendió al mundo cultural extranjero. «Y los primeros éxitos que cosecha son como profesor, lo que explica el gran número de discípulos notables que pasarán por su aula y que se encargarán más tarde de difundir, más o menos fielmente, su obra» (SAÑA, Heleno [2007]: *Historia de la Filosofía española. Su influencia en el pensamiento universal*, Almuzara, Córdoba-España: 227).

<sup>156</sup> Personaje de otra obra de Glaeser, que fue traducida al español como *Los que teníamos doce años*, pero fue publicada por primera vez en alemán en 1928 como *Jahrgang 1902*.

<sup>157</sup> La constitución de Weimar, promulgada el 11 de agosto de 1919, mantuvo logros sociales que se habían consolidado tras la revolución de 1919: seguros sociales, jornada laboral de ocho horas y elección de consejos de empresas con participación directa de los obreros... Esta constitución fue suspendida con la llegada de Hitler al poder. (*Diccionario de historia y política del mundo contemporáneo*, Editorial Tecnos, Madrid, 2006: 834-835).

<sup>158</sup> ALONSO, María Rosa: «Mirando al siglo XIX, I», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 6 de febrero de 1930.

<sup>159</sup> «Se han dado, a lo largo de la historia, muchos intentos de clasificar a los seres humanos según sus diferencias de temperamento, y Jung rinde amplio homenaje a sus predecesores en su masivo tratado sobre el tema, “Tipos psicológicos”. Sin embargo, fue Jung quien hizo de “introvertir” y “extrovertir” palabras caseras. Y aunque su subdivisión posterior de estas dos actitudes básicas frente a la vida no ha sido aceptada generalmente, los conceptos de introversión y extraversion son considerados útiles y

extravertido. Siguiendo con las clasificaciones, recurre a la comparación en el arte entre clásico y barroco, concretamente establece el antagonismo entre la serenidad sonriente de Leonardo<sup>160</sup> y la tempestad hercúlea de Rubens<sup>161</sup>, o en el arte del momento entre un jinete de Kandinsky<sup>162</sup> y la pesada quietud de la última fase de Picasso<sup>163</sup>. Ella desea que la juventud española se integre en la corriente internacional pacifista, cree que otra cosa es luchar por los ideales como hace Unamuno<sup>164</sup> —al que nuestra autora admira profundamente y que aparecerá con frecuencia en sus artículos—, vuelve a hacer

---

usados, por ejemplo, por Eysenck, como “dimensiones de la personalidad” básicas, en su clasificación basada experimentalmente» (STORR, Anthony [1974]: *Jung*, Ediciones Grijalbo, Barcelona: 78).

<sup>160</sup> «Quizás fue el único hombre en que la ciencia y el arte se hayan confundido a través de sus medios para expresar el pensamiento, como tienden a confundirse por su necesidad común de establecer la continuidad de las leyes naturales en el campo del espíritu. [...] Comprendió la fuente común y el círculo eterno de las cosas. Descendió hasta lo más profundo de la naturaleza, sin otro intermediario más que sus sentidos entre el universo exterior, que recogía sin prisa, y el universo interior, que gobernó su emoción. [...] Tuvo la dulzura de la serenidad adquirida mientras que la vida impulsiva se desencadenó» (FAURE, Elie [1991]: *Historia del Arte. El arte del Renacimiento*, Alianza Editorial, Madrid: 100-104).

<sup>161</sup> Rubens «...no empleó las formas ideales de la belleza clásica, que le resultaban demasiado remotas y abstractas. Los hombres y mujeres que pintó son seres vivos, tal como los vio y escogió; la esbeltez no estaba de moda en el Flandes de su tiempo y, por eso muchos dicen que las mujeres de sus cuadros son “gordas” [...] la complacencia en la exuberancia y en la agitación de la vida en todas sus manifestaciones libró a Rubens de convertirse en un mero virtuoso de su arte, haciendo que sus obras pasaran de las simples decoraciones barrocas de los grandes salones a obras maestras que siguen conservando su vitalidad incluso dentro de la atmósfera helada de los museos» (GOMBRICH, E. H. [2009<sup>16</sup>]: *La historia del arte*, Phaidon, Traducción de Rafael Santos Torroella, Cillero & de Motta, Zaragoza: 403-405).

<sup>162</sup> El mundo de lo abstracto en Kandinsky es muy importante puesto que en sus cuadros nos podemos encontrar con algunas formas reconocibles, pero que han quedado simplificadas y subordinadas a la composición. Cuando estamos ante su obra pictórica «... no tenemos conciencia de la identidad de los objetos, sino de una serie de planos formados por líneas diagonales. Estos planos contienen una diversidad de formas y colores que van desde las líneas negras marcadas fuertemente, hasta las pinceladas confusas de los colores más blandos, más suaves. Pero hay que tener muy presente que para su autor no se trata sólo de reflejar la naturaleza, sino que lo realmente importante es que su pintura se ha liberado de su dependencia con respecto al mundo exterior» (AZNAR ALMAZÁN, Yayo y LÓPEZ DÍAZ, Jesús [2014], *Introducción a la Historia del Arte*, Editorial Universitaria Ramón Areces, Madrid: 247).

<sup>163</sup> Picasso (1881-1973) es considerado «... como la encarnación suprema de la manera de crear en nuestra época. Ya en vida Picasso fue sinónimo de “arte moderno”. Hoy, y desde hace tiempo, Picasso es un mito, una leyenda en la era de los grandes medios de comunicación...» En cuanto a la época en que María Rosa Alonso escribe su artículo, Picasso estaba inmerso en un período creativo en el que «... se dedicó intensamente a la composición plástica, y todas las formas de expresión bidimensionales y tridimensionales fueron empleadas simultánea y sucesivamente, con una plenitud realmente explosiva. Ese incesante cambio de medios de expresión correspondía al intercambio de las formas» (WALTHER, Ingo F. [2007]: *Picasso I*, Ediciones Taschen, traducción de Pedro Guillermet, Colonia: 9, 308-311).

<sup>164</sup> Unamuno es uno de los intelectuales más influyentes en el panorama del pensamiento español de las primeras décadas del siglo XX. Veamos una semblanza de las vivencias sufridas en estos años por nuestro autor: «En 1923, la instauración del Directorio de Primo de Rivera despierta enconadas manifestaciones de Unamuno que finalmente es suspendido de empleo y sueldo y condenado a la pena de destierro en febrero de 1924. Confinado en la isla de Fuerteventura, no acepta la amnistía general decretada el 4 de julio, que lo incluye, y se traslada como exiliado a París, donde permanecerá hasta 1925, cuando, para estar más cerca de España, se instala en Hendaya. Las vicisitudes de estos años se reflejan especialmente en dos libros poéticos: *De Fuerteventura a París* (1925) y *Romancero del destierro* (1928), título este último que, por su combatividad y dureza crítica, prefigura buena parte de toda la poesía política y de protesta surgida en los años siguientes» (RÓDENAS, Domingo. Coordinador [2008]: *100 escritores del siglo XX. Ámbito hispánico*, Editorial Ariel, Barcelona: 2).

referencia a *El Sol*, concretamente a la juventud que opina en dicho periódico. En este punto hemos de anotar, después de las dificultades para encontrar información de algunos autores y nombres que ella cita en estos primeros artículos, que toda esta cultura no venía directamente de libros leídos por ella misma, si tenemos en cuenta que su isla carecía de buenas bibliotecas y de la misma manera la Universidad no contaba con grandes recursos, tal y como la propia María Rosa Alonso nos transmite en los artículos analizados, por lo tanto, creemos que casi toda la información la obtenía a través del periódico madrileño *El Sol*. En este artículo aparece por primera vez su inquietud regionalista: «Se ha intentado construir —audaz aventura— una isla nueva. Háyase conseguido o no, no hace al caso. El hecho es que el intento existe», la realidad es que el periódico en el que escribe es el abanderado del insularismo tinerfeño.

En el segundo de los artículos «Mirando al siglo XIX, II»<sup>165</sup> nuestra escritora sigue en la misma tónica del artículo anterior, no en vano ambos llevan el mismo título, aunque este es más amplio y también más lírico, por ejemplo: «algunos, a descolgarlos de la vitrina del tiempo, a intentar suavizar anatemas, de los que ha sido blanco el injuriado siglos». Pero todo en un contexto histórico-político, pues tengamos en cuenta que ella centraba su quehacer periodístico en la política, concretamente en el republicanismo de izquierdas, es esta una etapa de su vida en la que la lucha política es fundamental, tal y como se puede deducir de los numerosos artículos que le dedicó a este tema. Comienza hablando de la muerte de don Eduardo Gómez de Baquero<sup>166</sup>, pues este decía que no basta situarse ante un problema sino defenderlo. María Rosa Alonso define al siglo XIX como: «Siglo retórico, fraseológico, del que hemos heredado el imperio de masas...», dice que este imperio se originó desde el 5 de mayo de 1789, pero que «el siglo XIX no fue más que un triunfal paseo de la primera unidad: libertad, porque igualdad y fraternidad no son ni serán jamás cosas de humanos». Con este

---

<sup>165</sup> ALONSO, María Rosa: «Mirando al siglo XIX, II», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 10 de febrero de 1930.

<sup>166</sup> Eduardo Gómez de Baquero (Madrid 1866-1929), fue periodista y crítico literario, aunque estudió la carrera de Derecho, se inclinó hacia el periodismo bajo el seudónimo de «Andrenio». Fue un cronista de estilo muy correcto, en *El Imparcial* sucedió a Clarín, en el que también ejerció la crítica literaria con gran acierto. «Más tarde colaboró en *El Sol*, en el que durante la Dictadura defendió con tesón el credo democrático. Fue académico de la Española. Poco antes de su muerte aparecieron sus *Obras completas*. (VV. AA. [1973<sup>2</sup>]: *Diccionario de autores de todos los tiempos* (tomo II), Editorial Montaner y Simón, Barcelona: 118-119).

pesimismo aparece el nombre de Mussolini<sup>167</sup> que dijo que no había prensa más libre que la fascista, aunque para nuestra autora el Duce lo dice porque no tolera ni comprende la no fascista. Como podemos observar, a pesar de que hemos clasificados estos dos artículos en el bloque de los de crítica literaria, lo hemos hecho porque en este segundo se habla de una gran obra teatral, y creímos oportuno no separar las dos partes del artículo porque tienen el mismo título, pero el primero es más bien filosófico y en el segundo deja muy clara sus ideas para demostrar que hace lo mismo que Unamuno, es decir, luchar por los ideales. A la pregunta retórica: «¿Dónde un programa que permite mayoría y minoría, Gobierno y oposición?» contesta con una frase del Zar Alejandro II<sup>168</sup> que decía que no temía a los liberales porque sabía que podía comprarlos a todos, si no con dinero con honores. Para ella el liberalismo es un valor puro y positivo del siglo XIX, en el arte se abusó de la igualdad y al confundirla con la libertad «se volcó en la masa todas las ideas, todos los sentimientos, política y arte». Llegaba a su plenitud el triunfo de la masa —concepto muy orteguiano, tengamos en cuenta la gran influencia del filósofo en nuestra joven periodista—, entonces aparece *Hernani*<sup>169</sup>, obra teatral perteneciente a un movimiento artístico que reparó la humillación de la masa en el siglo XVIII. «Este melodrama es conocido por apartarse de las tragedias clásicas convencionales (en particular, las reglas de unidad: lugar, tiempo y acción) y, por lo

---

<sup>167</sup> Mussolini (1883-1945), en este comienzo de la década uno de los principales problemas con los que se encontraba el Duce era la ausencia de intelectuales: «El régimen se había construido sobre la base de la negación política: el culto al Duce, la retórica patriótica, los desfiles y uniformes, las películas, el fútbol y las excursiones al mar no eran sino una pobre compensación frente a la falta de ideas serias y un debate político real». Vista esta situación no nos puede extrañar que Mussolini procurara justificar la falta de intelectuales con una defensa de la libertad de prensa, de una prensa fascista que atendía sólo a sus intereses (Duggan, Christopher [1996]: *Historia de Italia*, Cambridge University Press: 324).

<sup>168</sup> El Zar Alejandro II abolió la esclavitud, había comprendido que Rusia quedaría anulada como potencia europea si no introducía profundos cambios en su estructura social y económica. Los rusos habían probado el sabor de la libertad, y esto no hizo más que aguzar su apetito: los antiguos siervos pedían que les concediesen más tierras, los nobles exigían una constitución y algunos estudiantes pensaron en la revolución violenta; la anterior situación tuvo como resultado varios atentados contra el Zar, que culminaron con su asesinato el 13 de marzo de 1881. La crudeza de este hecho causó tal impresión entre los rusos, que no hizo más que acentuar su fidelidad hacia la corona, pues Alejandro había dejado un país muy distinto al que había recibido de sus predecesores: «En el país trabajaban eminentes hombres de ciencia, se tendieron dieciséis mil kilómetros de vías férreas que facilitaban la difusión de la industria, que a su vez procuraba empleo a los antiguos siervos. Algunos de éstos, en efecto, se convirtieron en obreros industriales, lo que contribuyó a mejorar su suerte. Sin embargo, Rusia aún estaba muy retrasada con respecto a Occidente» (MOSCOW, Henry [1964]: *Rusia bajo los Zares*, traducción de Antonio Ribera, Medellín (Colombia): 121-124).

<sup>169</sup> *Hernani* es producto del más negro Romanticismo. Corresponde a la inspiración española y a los recuerdos de juventud de Víctor Hugo, la obra tiene un sombrío final, que «no hace olvidar el lirismo juvenil que inspira su obra de principio a fin; unos sentimientos sencillos, generosos, caballerescos, una meditación sobre el poder absoluto, el tema del proscrito, fuera de la ley, pero cargado de razón...» (VERJAT, Alain [2002]: *Víctor Hugo*, Editorial Síntesis, Madrid: 85).

general, se interpreta como un ataque contra el orden establecido»<sup>170</sup>. Además, nuestra escritora pone como ejemplo unos versos de *El diablo mundo*, de Espronceda<sup>171</sup>, sigue hablando de un siglo en que el arte fue tiranizado por la masa, pero que ya a esta se le acabó ese disfrute y lo que hay en las primeras décadas del presente siglo es un arte aristocrático. Es muy humorística la referencia que hace al siglo XX y a Dalí: «Que cualquier Dalí, o un tralenguas en torno a una cabra ética, le hará sentirse tal cual es». Está claro que aquella joven periodista no sentía mucho apego por las vanguardias, como también podremos observar en sus posteriores artículos. A manera de conclusión nos dice que del siglo XIX se salvan dos valores positivos: el amor y el liberalismo puro.

Sólo han pasado tres días y el periódico *La Tarde* publica otro artículo de María Rosa Alonso, «Interrogantes acerca de la política»<sup>172</sup>, estamos ante el primer escrito en el que la joven tinerfeña habla abiertamente de política y lo hace tratando el tema desde una perspectiva periodística, ya que comenta una encuesta de hacía unos años (no muchos, según sus propias palabras) de sólo tres preguntas, que hizo el quincenario madrileño *La Gaceta Literaria*<sup>173</sup> a una «minoría ancha —decía— de nuestra juventud». El artículo, siguiendo en la misma tónica que los anteriores, nos aporta una gran profusión de nombres propios: en total nos da una nómina de 21, por motivos obvios sólo vamos a dar información a pie de página del dictador Primo de Rivera<sup>174</sup>, del que cita textualmente unas palabras pronunciadas cuando se vio obligado

---

<sup>170</sup> HUGO, Víctor: <https://www.wdl.org/es/item/14428/> (consultado el 3/11/2022).

<sup>171</sup> Se trata un poema inconcluso compuesto por siete cantos, «desigual en estructura, y cuyos elementos son líricos, novelescos y dramáticos». Comparándolo con otra de las grandes obras de Espronceda, *El Estudiante de Salamanca*: «Es otra cosa, más vasta, de más osadía, más romántica, menos arquitectónica por consiguiente, y más emisora del sentimiento directo individual. En España no tenía precedente» (Espronceda [1969<sup>2</sup>]: *El diablo mundo* [edición, prólogo y notas de José Moreno Villa], Espasa-Calpe, Madrid: 7).

<sup>172</sup> ALONSO, María Rosa: «Interrogantes acerca de la política», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 13 de febrero de 1930.

<sup>173</sup> Destacada publicación que forma parte del núcleo de las que se publicaron en torno a la fecunda generación del 27 (integrada por los escritores y artistas nacidos en torno a 1891 y 1905), y que quedará marcada por la orientación intelectual, ideológica y política a la que le condujo al final de su existencia su principal fundador y director, el escritor surrealista que se convertiría en uno de los primeros intelectuales que abrazaron el fascismo: Ernesto Giménez Caballero (1899-1988). Aparece el uno de enero de 1927, en plena dictadura primoriverista, aglutinando en torno a ella a los mejores escritores de las distintas tendencias ideológicas y convocando importantes colaboraciones europeas, especialmente portuguesas, así como de América latina. Para saber más: <https://hemerotecadigital.bne.es/hd/card?oid=0003882694> (consultado el 4/11/2022).

<sup>174</sup> El general Primo de Rivera se había visto obligado a dejar el poder a principios de año. El 15 de septiembre de 1923 llegó a Madrid y juró el cargo de jefe de Gobierno, nombró un Directorio militar, proclamó el estado de guerra en todo el territorio nacional... Una semana después restableció la Subsecretaría de Gobernación poniendo al frente de ella al general Martínez Anido. (TUÑÓN DE LARA, M.

a dejar el poder: «No temáis que vuelva lo otro». El texto, dividido en cuatro partes, nos lleva desde el estilo directo a la interrogación retórica, pasando por un diálogo y, por último, a las opiniones de nuestra autora acerca de sí la juventud —protagonista presente en todos los artículos analizados hasta el momento— es apolítica o no. Hay una afirmación un tanto curiosa del Martínez Anido cuando dice que el gobierno de Primo de Rivera es apolítico, creemos que se referirá a que no está formado por representantes de los partidos políticos. Volviendo a las preguntas realizadas por *La Gaceta Literaria*: ¿Debe intervenir la política en literatura?, ¿Siente usted la política? y ¿Qué ideas considera fundamentales para el porvenir del Estado español? María Rosa Alonso vuelve a la actualidad y dice que en el presente el señor Giménez Caballero — parece el protagonista del artículo, pues se le nombra cinco veces— que en el momento de la encuesta era el Director-Fundador de la *Gaceta*, ha dicho en *El Sol* (la periodista nombra «su» periódico cinco veces en el artículo) que después de un largo viaje haya cambiado tanto la opinión sobre la política que tienen, no sólo los jóvenes sino núcleos más amplios de la población: los que hace año y medio les repugnaba hablar de política, en la actualidad la «paladean y degluten desenfrenadamente». Ella cree que esto se debe a que en la primera encuesta, ésta fue hecha a personas y esta vez a colectividades, es más, en la primera nadie habló de la repugnancia; lo que tendría que tener en cuenta el señor Giménez Caballero es que la primera consulta se hizo durante la dictadura y la de *El Sol*, no. *María Luisa Villalba* tiene su opinión muy clara: «Por hombres, mejor, por ciudadanos, a todos tienen que interesar la política. Política, privativa de ciudadanos». Empleando una estructura circular, el último párrafo comienza con una pregunta sobre lo «otro» que había apuntado Primo de Rivera al principio, después nos encontramos con un diálogo entre dos campesinos canarios en el que está patente la visión de la política entre la población de las islas, vuelven los interrogantes y el anuncio de que hablará de las ideas de Ortega y Gasset expuestas en «La gran reforma» y finaliza con dos preguntas: la primera sobre política y la segunda muy poética: «¿Volverán... las oscuras golondrinas?». En conclusión: vemos como María Rosa Alonso, al escribir sus artículos, sigue teniendo como punto de referencia a la juventud y a la política; además, relacionando la actividad intelectual con su diario *El Sol* y con su guía Ortega y Gasset.

---

[1974<sup>3</sup>]: *La España del siglo XX. La quiebra de una forma de Estado* [1898/1931], Editorial Laia, Barcelona: 151-152).

Y nuestra joven escritora nos brinda en el siguiente artículo un tema adecuado a sus veinte añitos: el amor, tema que apenas tratará a lo largo de su labor periodística. Publicado en el mismo periódico con once días de diferencia, «De la decadencia del amor»<sup>175</sup> nos da un paseo por el mundo de los sentimientos a través del tiempo y de creadores literarios. Comienza con una frase muy sugestiva: «Estoy como el faquir, bailando una danza sobre cuchillos en punta y ardiendo; al menor descuido, voy a sentir vértigo, caer...» porque va a hablar de amor. La periodista empieza con un lenguaje poético que simboliza el peligro del tema que va a tratar, ella siente vértigo por lo delicado del asunto, sobre todo pensando en su condición femenina y en su edad. No está de más recordar que en el primer tercio del siglo XX no es normal que una joven decente escriba sobre el amor, aunque recordemos que ya Gregorio Marañón había publicado varios libros dedicados a la sexualidad, por ejemplo, *Tres ensayos sobre la vida sexual*<sup>176</sup>. Hay dos momentos en los que nombra esta faceta de las relaciones humanas: la primera cuando alude al «problema sexual» integrado en los aspectos que aborda la juventud: «el amor actual es más natural, más sincero que el de antaño; se aborda con más o menos valentía el problema sexual, etc.». Separa la parte anterior de una forma muy tajante y lo mismo hace entre la segunda y tercera parte del texto; en la segunda comienza con una afirmación sobre que el amor ha pasado de moda y da paso a una pregunta con sus correspondiente respuesta, para luego hacer tres preguntas a las que intentará responder a lo largo del desarrollo de la tercera parte del artículo. Nos encontramos con numerosos párrafos relativamente cortos en su mayor parte, y en ellos abundarán las interrogaciones, la mayoría de las veces retóricas: hace un recorrido cronológico empezando por el siglo XIX, del que destaca el «Canto a Teresa»<sup>177</sup> como manifestación de la lírica amorosa, pero vuelve atrás en el tiempo para enunciar las diferencias entre Manon Lescaut<sup>178</sup> (XVIII) y Margarita Gautier<sup>179</sup> (XIX); nos habla de

---

<sup>175</sup> ALONSO, María Rosa (1930): «De la decadencia del amor», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 24 de febrero.

<sup>176</sup> MARAÑÓN, Gregorio (1927): *Tres ensayos sobre la vida sexual*, Biblioteca Nueva, Madrid.

<sup>177</sup> En palabras de Caballero Bonald, este poema es como una isla en medio de *El Diablo Mundo* «... y en él comparecen los más delicados y sutiles de la obra de Espronceda [...] Era el romanticismo en su más genuina caracterización. La elegía deriva del sarcasmo. El denuesto final ha prevalecido precisamente por el rotundo contraste entre ciertos precedentes lirismos y ese exabrupto cínico de los dos últimos versos: “Truéquese en risa mi dolor profundo.../ ¡Que haya un cadáver más que importa al mundo!”». (CABALLERO BONALD, J. M. [2002]: *José de Espronceda*, Ediciones Ortega, Barcelona: 120-121).

<sup>178</sup> Según Javier del Prado nos podemos encontrar con varios tipos de lecturas en la obra del Abate Prevost publicada en 1733: la realista en la que el texto no se puede limitar a la presencia del dinero y del sexo en la novela, sino que hay que leer el texto en función de los conflictos que se generan. Una lectura feminista nos llevaría a la libertad de subversión, es decir, un adolescente en el que hay una inclinación al

Wagner<sup>180</sup> que con una sinfonía orquestal pone de manifiesto sus amores —la música estará muy presente a lo largo de toda la producción periodística de María Rosa Alonso—, se detiene en ese maravilloso movimiento que enalteció los más grandes sentimientos: el Romanticismo, donde «Amor fue por entonces, el balón de las multitudes». Hablar de un poeta o músico era hablar de sus amores, pero en el siglo XX se separa la obra del artista, por ejemplo, ella cree que a nadie le preocupa los amores de Juan Ramón Jiménez<sup>181</sup> debido a que el arte se objetiva, se desintima y se sitúa en su propia esfera, que no lo es lo mismo que deshumanizarse pues, por ejemplo, nadie ve deshumanizado una miniatura de Spies<sup>182</sup> o a los veristas alemanes Gross<sup>183</sup> y Dix<sup>184</sup>. Y

---

placer (el mantenido) y una mujer (que lo mantiene), lejos de llegar la amante a convertirse en una gran dama (como otras famosas del siglo XVIII) ella muere y sólo queda un sueño fallido de libertad y de placer. Por último, tenemos una lectura simbólica en la que «La prostitución es la trampa social mediante la cual el poder moral establecido ha permitido el salto que lleva al adolescente de la ensoñación del cuerpo apto para el amor a la realización del sexo absoluto, en la prohibición, pero también en la tolerancia» (PREVOST, Abate [1984]: *Manon Lescaut*, edición de Javier del Pardo y traducción de Susana Cantero, Cátedra, Madrid: 56- 58).

<sup>179</sup> Para Javier del Prado, la dinámica de ruptura que impone Manon le parece mucho «...más moderna en su sobriedad político-social que la visión “romántica” y sentimental precursora de Margarita Gautier...». Él analiza el contexto socioeconómico de la burguesía industrial y llega a la conclusión de que la burguesía creó dos grandes mitos: el adulterio y el matrimonio por interés, que vemos reflejados en *La dama de las camelias* de Alejandro Dumas hijo, obra teatral que fue el mayor éxito teatral del siglo. Se crearon obras «morales» que hablaban «...de los sueños y las pesadillas de una sociedad en la que el dinero hace soñar y a la vez impide dormir...», se recrean personajes que se determinan en relación al dinero, en el caso de Dumas hijo, «... no tienen ninguna existencia dramática, son simples portavoces de la moral del dinero de los “razonadores” que pretenden hacer oír la voz del sentido común y únicamente son capaces de recitar una tesis» (PRADO, Javier del [1994]: *Historia de la Literatura Francesa*, Cátedra, Madrid: 600, 770, 1023-1024).

<sup>180</sup> Hay dos dúos de amor maravillosos en la obra de Wagner: el de los welsungos de la *Walkiria* (acto I) y el de *Tristán e Isolda* (acto II). Son dos amores que tienen en común su condena por la moral burguesa: incesto y adulterio; la diferencia está en que el amor en los welsungos es optimista, mientras que, en *Tristán e Isolda*, ésta muere de amor, la obra de Richard Wagner adquiere un dramatismo musical sin parangón en la historia de la ópera. Para Marcel Schneider, es en *Tannhäuser* es donde encontramos el amor divino, el amor carnal: «El amor-sacrificio y el amor-piedad de Senta se subliman hasta alcanzar la radiante pureza de la caridad cristiana. Wagner, descreído, hereje, pero nada indiferente ni ateo, siempre se sintió atraído por la sensualidad mística y el sentimiento sagrado del catolicismo...» (SCHNEIDER, Marcel [1980]: Wagner, traducción de Josep Elías, Antoni Bosch, Editor; Barcelona: 26).

<sup>181</sup> Juan Ramón Jiménez (1881-1958): a pesar que ya en el siglo XX no preocupen los amores de los artistas, nuestro poeta andaluz le dedicó al amor muchas horas de su intensa labor poética: la mayoría de las veces se trata de un amor idealista, soñado, pero también nos encontramos con amores reales, sobre todo en su obra, *Libros de amor*, hay poemas en los que «... afloran de manera explícita momentos de amor carnal vividos años atrás intensamente por el poeta». Por lo tanto, nos encontramos con un libro escrito entre 1911 y 1912, que aunque preparado para publicar no llegó a ver la luz porque el poeta conoció al amor de su vida, Zenobia Camprubí y no quería provocar un «... conflicto estético y ético no sólo con Zenobia, sino también con la rigidez moral de su madre, doña Isabel Aymar que no veía con buenos ojos al poeta como pretendiente de su hija» (JIMÉNEZ, Juan Ramón [2007]: *Libros de amor*, edición crítica, introducción y notas de José Antonio Expósito Hernández, Ediciones Linteo, Madrid: 13, 18).

<sup>182</sup> Walter Spies (15 de septiembre de 1895-19 de enero de 1942) fue un pintor, compositor, musicólogo y curador primitivista alemán nacido en Rusia. En 1923 se trasladó a Java, Indonesia. Vivió en Yogyakarta y luego en Ubud, Bali a partir de 1927. A menudo se le atribuye haber atraído la atención de figuras culturales occidentales hacia la cultura y el arte balineses en la década de 1930 e influyó en la dirección



aparecen las palabras del Ortega sobre el tema, pero esta vez María Rosa Alonso no está de acuerdo con una apreciación del filósofo sobre los «ismos» de la segunda decena del siglo, pues él los cataloga como «arte nuevo» y para nuestra autora es una expresión inexacta. Ella considera que uno de los mejores aciertos del siglo XX es considerar el amor como intimidad, lejos de que haya pasado de moda, porque «en el arte sí, en la vida nunca».

Casi dos meses lleva nuestra joven periodista ejerciendo como tal en el vespertino *La Tarde* de Santa Cruz de Tenerife; hacía un mes exactamente de la publicación de su último artículo y en este espacio de tiempo ha trabajado lo suficiente como para darnos a conocer sus ideas sobre la política de aquellos tiempos en España. «Del problema español: gobernantes y gobernados, I»<sup>185</sup>, en los siete artículos que componen el bloque, *María Luisa Villalba* se centra en las consecuencias de las decisiones y actuaciones que realizan los gobernantes y que es donde estriba el verdadero problema de los gobernados; este problema fue apuntado por Gaziél<sup>186</sup>: la aparición de este seudónimo del periodista Agustín Calvet, nos demuestra que María Rosa Alonso no sólo era asidua lectora de *El Sol*, sino que también leía *La Vanguardia*.

---

del arte y el drama balinés. Para más información: [https://hmong.es/wiki/Walter Spies](https://hmong.es/wiki/Walter_Spies) (consultado el 09/11/2022).

<sup>183</sup> George Grosz (1893-1959): pintor e ilustrador expresionista alemán, cursó estudios de arte en la Academia de Dresde, en la Escuela de Artes y Oficios de Berlín y en la Academia Colarossi de París. En 1920, con Wieland Herzfelde y John Heartfield, organizó la primera Exposición Dadaísta de Berlín. Sus series de dibujos relacionados con las condiciones de vida en la Alemania posterior a la I Guerra Mundial aparecieron en las revistas *Ecce homo* (1923) y *Das Gesicht der herrschenden Klasse* (1921). Opositor del Nacionalsocialismo, fue uno de los primeros artistas en atacar a Adolf Hitler. En 1932 emigró a Estados Unidos y en 1938 obtuvo la nacionalidad estadounidense. Hacia 1936 comenzó a pintar al óleo y realizó numerosos desnudos, naturalezas muertas y escenas callejeras: <https://www.buscabiografias.com/biografia/verDetalle/3974/George%20Grosz> (consultado el 09/11/2022).

<sup>184</sup> Otto Dix (1891-1969): pintor alemán que se formó en la Escuela de Artes Decorativas de Dresde desde 1910 a 1914, recibió la influencia del grupo *Die Brücke* y el futurismo. Muy marcado por la guerra y más tarde por la República de Weimar, presenta sus *collages* en la gran exposición del club Dadá en Berlín en 1920. Fue portavoz de la Nueva Objetividad y profesor de la Academia de Dresde de 1927 a 1933. En 1938 se retira a Hemmenhofen, a orillas del lago Constanza. Está representado sobre todo en los museos alemanes, así como en Nueva York (M.O.M.A) (CABANNE, Pierre [1983]: *El arte del siglo veinte*, traducción de Beatriz Casanova Drevet y Ramón Ibero, Ediciones Polígrafa, Barcelona: 307).

<sup>185</sup> ALONSO, María Rosa (1930): «Del problema español: gobernantes y gobernados I», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 24 de marzo.

<sup>186</sup> *Gaziél* es el seudónimo de Agustín Calvet (1887-1964), escritor y periodista catalán que escribió tanto en español como en catalán. En 1920 sucedió como director de *La Vanguardia* a Miguel de los Santos Oliver, que había fallecido. Calvet «... había comenzado su carrera periodística en el París de 1914. En *La Vanguardia* publicó sus crónicas “Diario de un estudiante en París” que, bajo el seudónimo de *Gaziél*, adquirieron gran popularidad. Bajo su dirección (1920-1936), se alcanzó el apogeo, convirtiéndose en uno de los grandes diarios del país. En 1920 la tirada se alzaba a 100.000 y en 1927 llegó a 140.000» (SÁNCHEZ ARANDA, J. J. y BARRERA DEL BARRIO, C. [1992]: *Historia del periodismo español. Desde sus orígenes hasta 1975*, Ediciones de la Universidad de Navarra, Pamplona: 274).

Habla de lo dicho por Cambó<sup>187</sup> acerca de la gran disciplina democrática que tienen los norteamericanos, y de la afirmación de Américo Castro<sup>188</sup> sobre como el latín es despreciado como una antigualla eclesiástica en Méjico y Brasil y que, sin embargo, «es objeto de amoroso cuidado por parte de los estadounidenses». La autora plantea varias preguntas retóricas acerca del porqué Norteamérica es el país del siglo XX y llega a la conclusión de que tanto en Estados Unidos como en Inglaterra los gobernados saben de política y pone en el lado opuesto a un «rural», que es la palabra con la que denomina a lo largo de sus artículos periodísticos a los campesinos de Canarias, aunque creemos que la mayoría de las personas de las ciudades también era analfabeta. Cuando se refiere a la política europea dice que esta es de «ideas», es decir, de opiniones teóricas de cómo debía ser jurídicamente el Estado, estas ideas «nacionales» absorbían a las «locales»; he aquí unos conceptos a los que la articulista va a dedicar bastante tinta, es decir, como percibe ella el Estado centralista frente a las provincias, regiones... Siguiendo con sus preguntas retóricas sobre la grandes diferencias entre Norteamérica y España, nos dice que cuando en nuestro país se le pregunta a los ciudadanos por partidos políticos, un noventa y nueve por ciento de los encuestados no tiene ni idea de lo que se le está hablando, por lo tanto, hay una gran diferencia entre los gobernados de los distintos países y dentro de España entre las distintas regiones, entre los ciudades y los pueblos... Ella cree que si los gobernantes tuvieran una constitución que cumplieran fielmente, no existiría entre los gobernados tan gran problema. Nombra la Constitución del 76 y hace una encendida defensa de ella, habla de unos artículos publicados por Ortega y Gasset en el año 27, centrándose en el número 11, que llevaba por título «La Constitución y la nación», y del que María Rosa Alonso destaca una idea principal, que se podría resumir en la siguientes palabras: «No era mala la Constitución porque algunos abusaban de ella —esta es la tontería— sino que se abusaba de ella en forma tan grave porque era mala».

---

<sup>187</sup> Francisco Cambó (1876- 1947) fue un político catalán del movimiento regionalista catalán para Vicente Cacho Viu: «Estadista conservador en busca de un Estado que es, siempre e inequívocamente, el Estado español, Cambó pretenderá en vano remodelar la estructura constitucional vigente de forma que se inserte en ella, sin violencia alguna, la autonomía de Cataluña» (CAMBÓ, Francisco [1987]: *Memorias (1876-1936)*, prólogo de Vicente Cacho Viu, Alianza Editorial, Madrid: 8).

<sup>188</sup> Javier Varela habla de Américo Castro y lo compara con Ortega y Gasset, ya que ambos son dos grandes intelectuales en aquella época y los dos fueron profesores de María Rosa Alonso. Para Varela: «Castro nunca fue un positivista, sino un filólogo e historiador de formación vitalista que, conforme pasaba el tiempo, fue dando en posiciones de abierto irracionalismo. En este orden de problemas, la figura de Ortega y Gasset resultó crucial, mucho más de lo que Castro reconoció nunca» (VARELA, Javier [1995]: *Américo Castro: Autobiografía de un liberal*, Instituto Universitario Ortega y Gasset, Madrid: 22).

En el segundo artículo del bloque<sup>189</sup>, María Rosa Alonso habla del tercer artículo de Ortega y destaca su teoría sobre «las clases abstractas» formadas por los burócratas y los financieros industriales estas clases son la minoría, que dominan en Madrid, pero el resto de la sociedad está formada por una mayoría, formada por campesinos; por lo tanto, hay un gran abismo al hablar de Constitución en un país como la dulce Francia, que no puede servir para la realidad de una áspera España. En cuanto al cuarto artículo de Ortega, sigue hablando de la «idea» de Constitución y de la gran diferencia que hay entre Madrid y las provincias; para ello se basa en el famoso liberalismo español, en el que se pretendía que por el sufragio universal las elecciones fueran sinceras, pero resultó ser un fraude ya que el cacique es el que elige puesto que la amplia mayoría de la población está manipulada por el amo, desde el momento que este dejó de apoyar al Estado, cae la Constitución.

Siguiendo con el tercer artículo<sup>190</sup> de nuestra autora, se habla de «pseudoelecciones» pues lo que se elegía no era el poder legislativo sino el ejecutivo, Ortega decía que existía Parlamento inglés, francés, etc., puesto que se pasó de los distritos «cuneros» (sin organizar) en los que bastaba una orden del gobernador para que se nombrara diputado a un determinado señor, luego esto se transformó en «organizados» en los que se exigían favores. En la segunda parte del artículo la periodista habla de las provincias, puesto que ellas forman la realidad española y entonces se pasaría de una España local a una España nacional, Ortega pedía que se organizaran nueve o diez grandes comarcas, pero nuestra joven periodista cree que la solución estaría en el Regionalismo, pues la realidad de cada una de las regiones que componen el mosaico español es muy diferente.

La cuarta entrega<sup>191</sup> comienza con las palabras de don Ángel Ossorio y Gallardo<sup>192</sup>, pronunciadas en el Ateneo lagunero, en las que decía que después de la

---

<sup>189</sup> ALONSO, María Rosa: «Del problema español: gobernantes y gobernados II», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 27 de marzo de 1930.

<sup>190</sup> \_\_\_\_\_: «Del problema español: gobernantes y gobernados III», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 31 de marzo 1930.

<sup>191</sup> \_\_\_\_\_: «Del problema español: gobernantes y gobernados IV», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 7 de abril de 1930.

<sup>192</sup> Ángel Ossorio y Gallardo (Madrid 1873-Buenos Aires 1946) fue un abogado y político español, de inclinaciones democristianas. Formado en el liberalismo organicista católico, fue ministro de Fomento en el cuarto gobierno de Antonio Maura durante la Restauración borbónica. A raíz de la dimisión de Primo de Rivera envía una nota a la Capitanía General que concluye así: «Unas elecciones sinceras, rabiosamente sinceras, sin estorbos en las alturas no espasmos anárquicos en el llano, pueden restituir a

dictadura había que hacer «una elección verdad», haciéndose eco del consejo que Prim dio a Isabel II. Alrededor de esta expresión gira todo el artículo, puesto que, para *María Luisa Villalba*, siguiendo a Ortega que exigía solamente el «estar» y «conocer» la cuestión objeto del voto, ella va más allá y habla de voluntad del pueblo/voluntad nacional, esta última es la que la desea una minoría de políticos y la primera, según Álvaro de Albornoz<sup>193</sup> fue la que en 1870 hizo que se saliese a buscar un rey de Corte en Corte, y se trajo a Amadeo de Saboya: la voluntad nacional fue la voluntad de Prim. Concluye la periodista diciendo: «¡Qué voluntad dichosa! Si la voluntad nacional no ha imperado es porque el pueblo no ha tenido ninguna».

En la quinta parte<sup>194</sup> de este bloque, nuestra autora vuelve al tema de sus primeros artículos: la sinceridad de la juventud. En este artículo hemos encontrado una depuración de su estilo: ya no hay tantas interrogaciones retóricas, ni oraciones simples, ni párrafos tan cortos. No aparece el nombre de Ortega, aunque sí están presentes sus teorías; en cambio, pone como ejemplo de integridad a Unamuno, el segundo intelectual en importancia para ella, pues la honradez de don Miguel quedó de manifiesto al renunciar a su cátedra por defender sus posiciones políticas. Se centra en la idea orteguiana de masa, que no es pueblo; este está constituido por ciudadanos que votan en las urnas para elegir a sus gobernantes, aunque al final estos son elegidos por una minoría política desaprensiva. Pone como ejemplo de lo anterior a la elección de un alcalde en Santa Cruz, comparándolo con la elección de otro en Madrid donde es elegido por los propios madrileños; esto es extrapolable a la política nacional donde se eligen los políticos que gobiernan en Madrid por gentes de todo el Estado, es como si el alcalde de Santa Cruz fuera elegido por las gentes de Buenavista o de Guía, y he aquí

---

España el mando de sí misma y acabar con los poderes subrepticios [...] Si los hombres civiles no sabemos unirnos para defender la paz, el derecho y la libertad, merecemos el rubor que nos deprime en estos momentos» (OSSORIO, Ángel [1946]: *Mis memorias*, Editorial Losada, Buenos Aires: 153-154).

<sup>193</sup> Álvaro de Albornoz (1879-1954) fue un político, abogado y escritor español. Presidente del Consejo de Ministros de la República, período en el que experimentó un proceso de radicalización que le hizo adoptar posiciones de extrema izquierda. Después de la guerra civil se exilió en México donde residió hasta su fallecimiento. En su libro, *El gobierno de los caudillos militares*, nos ofrece una buena semblanza del general Prim, concretamente habla de su palabra ágil, nerviosa, acerada..., describe a un Prim orador que subía «... a la tribuna con todos sus arreos militares, sin haberse sacudido siquiera el polvo del campamento [...] Prim orador, es un combatiente: reta, desafía, acomete, hiere, se defiende, se bate en retirada». Triunfador de la revolución de septiembre de 1868, los revolucionarios se sintieron traicionados con su adhesión a la casa de Saboya, por lo que el atentado que sufrió no le hizo un mártir, sino que fue una traición a sí mismo, un suicidio que arrastró consigo a la revolución (ALBORNOZ, Álvaro de [1930]: *El gobierno de los caudillos militares*, Editorial Historia Nueva, Madrid: 154, 186).

<sup>194</sup> ALONSO, María Rosa: «Del problema español: gobernantes y gobernados V», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 10 de abril de 1930.

que nos ofrece un símil con el arte, pues dice: «A mayor concreción y claridad, mayor entendimiento. Rafael<sup>195</sup> se comprende más fácilmente que Rembrandt»<sup>196</sup>. Siguiendo con el ejemplo de Santa Cruz, dice que ha sido elegido un alcalde, que ella cree que favorece a los intereses de la burguesía, a pesar de que ha sido todo el pueblo el que ha votado, y por eso llega a la siguiente conclusión: «Que no se piense que lo elegido por el pueblo sea lo justo, siempre». Y como si se tratara de un folletín nos anuncia que en el próximo artículo nos hablará de las escuelas.

En este artículo aparece de fondo la política, pero no de una forma tan clara como en los anteriores, y como bien nos dice el refrán: «Lo prometido es deuda», la periodista tinerfeña nos lleva en el sexto artículo<sup>197</sup> de esta serie —justamente un año antes de la llegada de la II República— al mundo académico, pero antes establece una diferencia entre el siglo XIX y el XX: en el primero se «romantizó a la “bestia fiera” de Alarcón<sup>198</sup>», es decir, se abusó de la idea de que todos los españoles eran buenos; mientras que en el siglo XX el arte pretende ser de «minorías»; la dictadura niega capacidad ciudadana, ambos son enemigos del pueblo, por lo tanto son las «minorías» las que tienen la obligación de hacer el cambio, de transformar al pueblo de incapacitado a capacitado y nombra a Jiménez de Asúa<sup>199</sup> que recelaba de la sinceridad de los intelectuales socialistas. En cuanto a las escuelas habla de la capacidad que tienen

---

<sup>195</sup> Raffaello Sanzio (Urbino 1483-Roma 1520). Pintor renacentista: «Una de las máximas contribuciones de Rafael a la pintura fue perfeccionar la comunión de la técnica clásica con los principios del naturalismo [...] Rafael concebía su estilo como el producto del estudio de la naturaleza, el proceso de selección y la comprensión teórica del ideal (su “cierta idea”)» (TALVACCHIA, Bette [2007]: *Rafael*, traducción de Gemma Deza, Phaidon, Barcelona: 12).

<sup>196</sup> Rembrandt Harmenszoon van Rijn (Leiden 1606-Amsterdam 1669). Pintor del Barroco: «Para poder entender claramente los valores expresivos en un cuadro de Rembrandt debe quedar claro en primer lugar hasta dónde puede llegar lo concebible, [...] Sólo la profundización exacta de los detalles concretos y la percepción de los rasgos característicos nos permite darnos cuenta de las cualidades visuales de un cuadro, no de alguna manera en general, sino en su efecto absolutamente individual» (BOCKEMÜHL, Michael [2005]: *Rembrandt*, traducción de Liliانا Pontón, Taschen, Madrid: 11).

<sup>197</sup> ALONSO, María Rosa: «Del problema español: gobernantes y gobernados VI», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 14 de abril de 1930.

<sup>198</sup> ALARCÓN, Juan Ruiz de: «El mexicano Juan Ruiz de Alarcón llega a Madrid, en su segundo viaje a España, en 1613 o 1614. Allí permanecerá hasta el final de sus días, en 1639. Viene con la intención de sacar provecho de los estudios de letrado seguidos en su México natal y en Salamanca. Sus inicios, sin embargo, fueron muy duros y los oficios que solicitaba no se le concedían. Ha de buscar otra manera de salir adelante y la encuentra en el teatro, que, acaso había cultivado ya en México y, sin duda, durante sus estancias en Salamanca». [https://cvc.cervantes.es/el\\_rinconete/anteriores/agosto\\_02/12082002\\_02.htm](https://cvc.cervantes.es/el_rinconete/anteriores/agosto_02/12082002_02.htm) (consultado el 16/11/2022).

<sup>199</sup> JIMÉNEZ DE ASÚA, Luis: «(Madrid, 1889-Buenos Aires, 1970) Jurista y político español. Profesor de derecho penal en la Universidad de Madrid desde 1918, desarrolló luego su labor docente en diversas universidades hispanoamericanas durante la dictadura de Primo de Rivera, quien en 1926 había forzado su exilio a las islas Chafarinas»: [https://www.biografiasyvidas.com/biografia/j/jimenez\\_de\\_asua.htm](https://www.biografiasyvidas.com/biografia/j/jimenez_de_asua.htm) (consultado el 17/11/2022).

estos centros académicos para cambiar al pueblo, recuerda a Santamaría de Paredes<sup>200</sup> que en su Derecho político decía que, para ser elector, saber leer y escribir era poco y una carrera mucho. La solución estaría en el carácter gratuito y obligatorio de las escuelas primarias, en exigir al elector un certificado de que ha cursado dicha enseñanza; aunque desde los catorce, que acaba la primaria, hasta los veinticinco en que se puede votar, el elector se puede olvidar de lo aprendido. Pero si hay una buena escuela de adultos nocturna, conferencias..., lo anterior se puede salvar. Creemos que la juventud de María Rosa Alonso le hacía vislumbrar unas soluciones muy lejos de la realidad, porque si hoy en día, que en teoría todos los ciudadanos han estado escolarizados hasta los dieciséis años y pueden votar a los dieciocho, deja mucho que desear una madurez política para decidir libremente su voto; no creo que en aquellos años anteriores a la República, que fue una gran impulsora de las escuelas, fuera posible llevar a cabo sus ideas, todo lo que nos dice nuestra autora parece muy utópico. María Rosa Alonso cree que las escuelas pueden formar una España nueva, que hace falta crear escuela y formar nuevos maestros y que hay que dejar de lado el anecdotismo: el número de elefantes que llevó Aníbal a su conquista de Roma<sup>201</sup>, no dar tanta importancia al tío de Eloísa en sus amores con Abelardo<sup>202</sup>, ni al nombre que le puso Muza a la viuda de Rodrigo<sup>203</sup>, ni a la locura de Góngora por hacer las *Soledades*<sup>204</sup>, ni

---

<sup>200</sup> SANTAMARÍA de Paredes (Madrid 1853-1924): «Jurista, estudioso de los problemas sociales, y político liberal. [...] El nombre de Santamaría de Paredes está unido a la Ley sobre ejercicio de la Jurisdicción Contencioso-Administrativa de 13 de septiembre de 1888, una ley de larga vigencia, ya que estuvo en vigor hasta 1956. Santamaría de Paredes formó parte de la Comisión del Congreso de los Diputados que dictaminó el proyecto presentado por el gobierno Sagasta, y fue considerado el verdadero inspirador de la misma»: <https://dbe.rah.es/biografias/7517/vicente-santamaria-de-paredes> (consultado el 16/11/2022).

<sup>201</sup> Werner Huss nos habla del momento histórico en que Aníbal inicia su viaje desde España hacia la conquista de Roma: «Aníbal dejó al oficial Hannón como gobernador de la zona entre el Ebro y los Pirineos y puso bajo su mando 10.000 infantes y 1.000 jinetes. En los Pirineos le abandonaron 3.000 carpesios. No trató de manera alguna de retenerlos por la fuerza, sino que se desentendió aún de otros 7.000 españoles de los que tenía la impresión de que no eran de fiar» (HUSS, Werner [1993]: *Los cartagineses*, traducción de José M.ª Díaz Regañón, Gredos, Madrid: 200).

<sup>202</sup> Eloísa y Abelardo son personajes históricos que en la Francia del siglo XII dieron rienda suelta a su amor. «Gracias a las cartas que ambos se enviaron a lo largo de su vida, y que son un referente literario medieval, sabemos que comenzaron su romántica historia de forma muy apasionada y excitante. Aunque todo cambió cuando se hizo público su amor. Fue entonces cuando su relación cogió los tintes dramáticos necesarios para que se convirtiese en una hermosa y desdichada historia de amor» (MANJÓN TORTOLERO, Gemma: <https://khronoshistoria.com/go/historia-medieval/medievo-europeo/abelardo-y-eloiisa/> consultado el 18/11/2022).

<sup>203</sup> Muza ibn Nusair, gobernador del norte de África en el siglo VIII a.C., como máximo representante del Califa fue el responsable de autorizar la conquista del reino visigodo. De origen árabe, sagaz y precavido es probable que se sintiera tentado por la oferta de botín a cambio de apoyo. Muza, después de someter Hispania, partió rumbo a Damasco dejando como responsable de los territorios sometidos a su hijo Abd al Aziz. Éste, tras pacificar Hispania, la impone el «yugo del censo» y se casa con Egilona, la viuda de Rodrigo. En el 715 es asesinado acusado de querer instaurar un reino independiente del poder omeya.

que la física es más exacta que las matemáticas, y que pongan un poco de duda al astigmatismo del Greco<sup>205</sup>. Ella, siguiendo a Ortega<sup>206</sup>, dice que mientras que en España no se imparta un poco de Filosofía en las Escuelas Normales, no habrá pedagogos; aboga por que estas escuelas no se conviertan en sucursales de congregaciones religiosas, ya que la finalidad de estas es la de dirigir la atención de los futuros maestros hacia otras cosas, que no les dirán mucho de lo que a su profesión les interesa.

En el séptimo y último artículo de este bloque<sup>207</sup> dedicado a la visión de la política de *María Luisa Villalba*, continúa hablando de la enseñanza y de la ingrata labor del maestro de escuela —no olvidemos que su madre era maestra y, por lo tanto, conocía de primera mano la problemática de los docentes—, además, como alumna también conoce las deficiencias del sistema educativo de ese momento. Reclama una reforma de las Escuelas Normales, de las Escuelas y de los maestros, de los Institutos y de las Universidades, dedica un apartado muy bien delimitado en el que pone con letras mayúsculas la palabra clave: reforma. Pide que en Canarias se abandone esa pretendida «abulia» y se pase a buscar soluciones, llama a luchar por esa reforma a la Asociación

---

(MORALES, César: <https://cesarmoralesescritor.com/2016/09/27/tariq-muza-y-el-rey-rodrigo/> (consultado el 16/11/2022).

<sup>204</sup> Sánchez Robayna nos da alguna idea de lo que nuestra autora denomina como *locura* de Góngora: «Tal vez el orden de problemas —empezando por el problema fundamental— que quisiera comentar aquí pertenezca a esa zona o ámbito del espíritu creador, esa zona en la que nacen los impulsos de la creación lírica y en cuyo seno brotan las elecciones o determinaciones muchas veces no racionales (quiero decir no premeditadas ni lógicas) de un poeta como Góngora. Zona secreta, diríamos; zona que sólo podemos intuir y admirar. No es ella, pues, la que puede hacernos comprender ciertos hechos; debemos recurrir a la historia y a la tradición literarias» (SÁNCHEZ ROBAYNA, Andrés [2018]: *Nuevas cuestiones gongorinas (Góngora y el gongorismo)*, Biblioteca Nueva, Madrid: 30).

<sup>205</sup> Doménikos Theotokópoulos, El Greco, nacido en Candía, Creta, en 1541 y muerto en Toledo en 1614, representa el caso más extraordinario de fusión de culturas artísticas que se haya producido en la historia del arte. Tras formarse en Creta como pintor, una larga estancia en Italia le permitió asimilar las maneras del Renacimiento italiano. Viene a España para intentar alcanzar el favor de la aristocracia, que él pensaba que era indispensable para lograr su consagración como artista. Tras largos años con sensación de fracaso, viviendo en Toledo, se encontró consigo mismo y lejos de los dictados de las corrientes pictóricas de su tiempo, consiguió realizar unas de las obras más intensas y llenas de la espiritualidad de la cultura europea (ÁLVAREZ LOPERA, José [1993]: *El Greco. La obra esencial*, Sílex, Madrid).

<sup>206</sup> Ortega y Gasset: «Conviene decir de una manera clara que la pedagogía de Herbart y, tras ella, todas las pedagogías posteriores, se convierten en una pura logomaquia, desde el punto de vista que los pedagogos se hallan exentos de una seria preparación filosófica. Por faltar esta suelen los maestros padecer una fatal propensión a suplantar las cosas con palabras, a vivir en un penoso dogmatismo intelectual. Nada es tan necesario al maestro como la independencia del espíritu. Y esto es la filosofía: antes que un sistema de doctrinas cristalizadas, una disciplina de liberación íntima que enseña a sacar triunfante el pensar propio y vivo de todas las ligaduras dogmáticas. No habrá, pues, en España pedagogos mientras no haya en las Escuelas Normales un poco de filosofía» (ORTEGA Y GASSET, José [1989<sup>2</sup>]: *Obras completas*. Tomo 6, Alianza Editorial, Madrid: 266).

<sup>207</sup> ALONSO, María Rosa: «Del problema español: gobernantes y gobernados VII», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 17 de abril de 1930.

de Estudiantes. Pide un «adelante» al Círculo de Bellas Artes, que para ella tiene un valor positivo en Tenerife y termina pidiendo a las «minorías», que trabajen por España, en la que «quizás románticos, esperamos y creemos».

Al terminar de leer los siete artículos anteriores, donde trata el problema de España y lo analiza desde la diferente visión de gobernantes y gobernados, queda patente que, a pesar de sus veinte años, tenía una gran preparación cultural y académica, que la lleva a tener las ideas muy claras de lo que desea y de lo que no quiere para España en general y para Canarias en particular. Está imbuida de las ideas de intelectuales de la talla de Ortega y Gasset, o de Miguel de Unamuno, pero eso no es obstáculo para que aflore su rotunda personalidad, ese carácter tan fuerte que la lleva a asumir proyectos para los que se siente preparada y sin ningún tipo de complejos por estar fuera del foco de irradiación de la cultura; pero que ella compensaba con la lectura diaria, sobre todo de su periódico de cabecera que era *El Sol*, que transmitía la ideología de esa «minoría» a la que tanto alude y en la que pone sus esperanzas de cambio para bien de los gobernados.

En medio de la publicación del bloque de los siete artículos sobre política, María Rosa Alonso nos sorprende con el primer artículo que publicó nuestra joven crítica en otro periódico diferente al que tenía habituados a sus lectores, *La Prensa*<sup>208</sup>, que, bajo la dirección de Leoncio Rodríguez, era el diario de más prestigio en Tenerife. Nos habíamos acostumbrado al artículo político y este sobre crítica de arte nos sorprendió, puesto que emplea un tono y una forma muy diferente a los anteriores. Nos encontramos con un discurso plagado de recursos literarios, en los que llaman la atención las metáforas referidas a la música, por lo que su autora nos brinda tres tipos de arte, reflejados de una u otra manera: literatura, pintura y música. En cuanto a la forma, abundan los signos de puntuación, sobre todo el punto y seguido: tenemos oraciones o sintagmas muy cortos, que nos lleva a constantes cortes y nos recuerda «la segmentación azoriniana en que el lector tiene la impresión de tartamudear o de que

---

<sup>208</sup> *La Prensa*: este periódico fue fundado por Leoncio Rodríguez y su primer número apareció el 15 de octubre de 1910. Salía diariamente, se alineó con el bando aliado durante la Primera Guerra Mundial, como hizo de forma mayoritaria la prensa canaria. Tuvo su auge durante la década de 1920 y la Segunda República, pero entró en decadencia tras la toma del archipiélago canario por parte del bando sublevado durante la guerra civil, aunque aguantaría hasta el 14 de febrero de 1939 cuando cesó dando paso, al fusionarse con *Amanecer*, al periódico *El Día*. María Rosa Alonso publicó en este periódico 20 artículos.



alguien le va tirando de la chaqueta»<sup>209</sup>. María Rosa Alonso parece que no deja la estructura del folletín, porque, aunque no lo anunció, sí que comienza por el último lugar que nombró en el artículo anterior. En «Una exposición en el círculo de Bellas Artes: Juanita Dorta»<sup>210</sup>, la joven periodista nos sigue demostrando su cultura, pues nos habla de Altamira<sup>211</sup>, Giotto<sup>212</sup> y Massacio<sup>213</sup>, hace un juego de palabras con «primitivo» para referirse al arte de todos los tiempos. Lo que verdaderamente importa aquí es la alegría de pintar, que es lo que hace Juanita Dorta con sus lienzos: «pinta con alegría. Ingenua. Con castidad de sol helénico, de sol canario, que Canarias al fin y al cabo son islas en la geografía de Grecia». Creemos que, con un lenguaje tan poético, se está refiriendo a la influencia cultural del mundo grecorromano tan decisiva en estas islas geográficamente africanas. Destaca la influencia de la luz en los cuadros de la joven pintora, que reflejan la naturaleza en sus frutas, pero que está tan influenciada por Tacoronte «todo campiña, todo luz y cielo azul» —no olvidemos que nuestra joven periodista es oriunda de Tacoronte—, hace un símil entre los cuadros de Juanita y los de los holandeses del XVII Kalf, Heda o Pieter Claez<sup>214</sup>, en cuanto al tratamiento de la

---

<sup>209</sup> POLO, José (1974): *Ortografía y ciencia del lenguaje*, Paraninfo, Madrid: 293.

<sup>210</sup> ALONSO, María Rosa: «Una exposición en el círculo de Bellas Artes: Juanita Dorta», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 5 de abril de 1930.

<sup>211</sup> García Guinea: «Altamira puede considerarse como uno de los grandes focos turísticos del mundo, ya que representa uno de los tesoros más impresionantes del más viejo pasado cultural de la humanidad, cuando esta iniciaba sus primeras andaduras hacia la historia. La enorme antigüedad de su arte, unos quince mil años, realizado con muchos milenios de anticipación sobre las grandes culturas orientales y mediterráneas, explica el interés del hombre actual por acercarse al misterio de los principios de la inteligencia y de la creación artística» (GARCÍA GUINEA, M. A. [1975]: Altamira. *El arte prehistórico de las cuevas de Santander*, Patronato de las Cuevas Prehistóricas de Santander: 9-10).

<sup>212</sup> Giotto (1267- 1337) «Según los contemporáneos Giotto cambió la lengua del arte “del griego al latín”. Y, sin embargo, su aprendizaje se desenvuelve en una cultura figurativa todavía influenciada por el arte bizantino. [...] Giotto, a partir de las primeras obras conocidas, está animado por un deseo diferente y realiza uno de los más decisivos cambios que se han producido en el arte occidental. [...] En el transcurso de pocas décadas surgirán numerosas escuelas de “giottescos”, pero será, sobre todo, Florencia la que acoja de modo duradero la lección de su ilustre hijo. Hasta el punto de que la cultura figurativa del Renacimiento siempre ha reconocido en Giotto una sólida e incommovible raíz» (ZUFFI, Stefano [1996]: Giotto, traducción de Emilio Álvarez, Editorial Electa, Madrid: 5).

<sup>213</sup> Massacio (1401-1428), pintor italiano cuyo nombre era Tommaso di Ser Giovanni Mone Cassai, desarrolló su labor artística en Florencia. El 7 de enero de 1422 ingresó en el gremio de pintores florentinos, donde se relacionó con pintores como Donatello, del que tomó su conocimiento del arte clásico; también estuvo influido por Brunelleschi, del que adquirió el conocimiento de la proporción matemática, se relacionó con Masolino que fue puente para conseguir sus primeros encargos. Considerado como uno de los padres del renacimiento italiano por sus innovaciones en el empleo de la perspectiva científica, tenía una gran habilidad para crear escenas donde el espacio era real; su obra tuvo tal importancia que fue de gran influencia en pintores como Miguel Ángel o Botticelli. Su temprana muerte impidió el desarrollo de más obras espectaculares (MONTROYA, Leydy: <https://historia-biografia.com/masaccio/> [consultado el 21/11/2022]).

<sup>214</sup> Willen Kalf (1619-1693): pintor holandés, autor de escenas cotidianas en ambientes de interior y también de bodegones fastuosos de gran aparato. Su oficio es muy firme y brillante de color, pudiendo señalarse en él la influencia de Vermeer. Willem Claesz Heda (1594-1682): este pintor holandés es muy

luz. Dice que sobre un dibujo un tanto desaliñado, que denota ausencia de Academia, destaca el color de las frutas, de las flores, de la loza canaria..., aunque aquí María Rosa Alonso emplea palabras muy del diccionario español para designar elementos para los que en la zona norte empleamos canarismos, por ejemplo, «piñas de maíz» por piñas de millo, o «chumberas con chumbos» por pencas con higos picos. Para la periodista, la joven pintora ha conseguido, sin ni siquiera ella mismo saberlo, el más positivo regionalismo expuesto en esa exposición del Círculo, donde se nota que ha pintado cosas sencillas con un extraordinario arte colorista. Nuestra autora termina el artículo comparado a Juanita Dorta con Pascal, ya que ambos han pintado con ingenuidad: Juanita lo ha hecho con un pimiento o un tomate, en tanto que «Pascal<sup>215</sup>, siendo niño, llamaba a la línea “raya” y al círculo “rond”».

Será al mes siguiente, el 8 de mayo, en el periódico habitual y tratando un tema político, cuando *María Luisa Villalba* nos ofrezca un nuevo artículo, «Otro voto que se pierde. A Don Salvador Quintero»<sup>216</sup>, en el que hace una reflexión sobre el centralismo y, entre otras cosas, dice que Madrid no tiene cultura propia y que no se ha acercado a las provincias. Lo curioso es, que nosotros sepamos, que a sus veinte años María Rosa Alonso no había ido a Madrid, por eso nos extraña como hace estas manifestaciones tan categóricas de algo que no había vivido; sospechamos que serían fruto de las conversaciones con sus amistades, de las tertulias, puesto que ella era una persona que se movía en los ambientes intelectuales y académicos de la época: no olvidemos que su

---

limitado en cuanto al tema de sus cuadros, que siempre son bodegones de tonos grises sobre fondos neutros y de sencilla composición, en la que nunca faltan los vidrios y los estaños. Pero su ejecución es esmerada y perfecta, con exacto dominio de las calidades. Pieter Claesz (1597-1661): Bodegonista holandés, establecido en Harlem a partir de 1617. Consigue magníficos efectos de calidades tácticas, valiéndose de un color sobrio y contenido, en composiciones de admirable sencillez (MONREAL, Luis [1982]: *Grandes Museos*, Editorial Planeta, Barcelona: Tomo 4, pág. 320; Tomo 5, pp. 318-319).

<sup>215</sup> Pascal (1623-1662) Francia. Según Jaime Andrés Williams, Pascal nació en un siglo en el que «La razón se exige como autoridad inapelable que presta oído únicamente al testimonio irrefutable de la experiencia y a la nitidez de sus propios juicios». Pero Pascal, educado personalmente por su padre, desde una edad muy temprana da muestras de una inteligencia y de una edad mental sorprendente: desde los doce años estudia latín, griego, español e italiano; de su institutriz aprende la piedad, el respeto absoluto a la verdad y de qué modo la fe está por encima sin llegar a ser por eso contraria a ella. Por todo lo anterior, a Pascal se estudia desde «la reivindicación de la fe y del corazón frente a una razón cartesiana que despoja de valor cognoscitivo a todo saber que no se funde únicamente en ella misma [...] la apuesta pascalina sólo puede ser entendida desde una perspectiva en la que fe y razón se dirigen hacia una misma verdad: no sólo no se contraponen, sino que el Dios al que tienden una y otra es el mismo» (WILLIAMS, Jaime Andrés [2002]: *El argumento de la apuesta de Blaise Pascal*, Ediciones Universidad de Navarra: 16, 18-19).

<sup>216</sup> ALONSO, María Rosa: «Otro voto que se pierde. A Don Salvador Quintero», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 8 de abril de 1930.

vida se desenvuelve en La Laguna con la Universidad, el Ateneo..., y que la ciudad de los Adelantados era el foco cultural que irradiaba la cultura y el espíritu de superación de los jóvenes y, también de los de más edad desde Tenerife a todas las islas. Habla de Salvador Quintero<sup>217</sup> y del voto que este señor había introducido en una urna transparente de un cotidiano tinerfeñismo; esta metáfora hace alusión al deseo de que se creara un Centro de Estudios Tinerfeños, que no tuviera en cuenta las ideologías políticas sino los intereses económicos y culturales de la isla<sup>218</sup>. María Rosa Alonso aboga por lo mismo, pero con un tono pesimista dice que a la urna le han abierto el fondo, así que no tiene esperanza alguna en ese centro que una los «culturales deseos provinciales». Y a pesar del pesimismo que se desprende de la metáfora de la urna, donde ella cree que solo va a haber dos votos, esa urna va a ser el recipiente donde empiece a germinar, por supuesto gracias al gran esfuerzo de nuestra impulsiva joven, un Centro donde «profesasen las mentalidades más selectas del país»; aquí tenemos el

---

<sup>217</sup> Salvador Quintero Delgado (Garachico 1903-1949). Hijo de uno de los mayores productores y exportadores de plátanos de Tenerife en el primer cuarto del siglo XX, Salvador realizó estudios superiores en la Universidad de Deusto que completó en Madrid, donde se especializó en Geografía e Historia. El curso 1927/1928 fue asignado a Vigo tras superar las oposiciones a nivel estatal, ocupó la cátedra de Geografía e Historia, llegaba a Vigo desde Madrid, donde hasta mediados de 1927 había figurado como socio del Ateneo madrileño. En Quintero encontramos una preocupación por el paisaje que va más allá de la mera disciplina escolar y trasciende hasta convertirse en un elemento simbólico que puede caracterizar a un pueblo. En 1930 Salvador Quintero contrajo matrimonio con la lucense Aurora Saavedra y la pareja se trasladó a la capital madrileña, donde gracias a sus amigos canarios asentados allí como el poeta ultraísta Ramón Fera, entra en las tertulias artísticas y literarias que organizaba el agregado cultural de Chile, Carlos Vicuña Morla Lynch. Por aquella tertulia pasaron miembros de la Generación del 27 como Jorge Guillén, Rafael Alberti, Eugenio Montes, García Lorca y otros. Los primeros años de la República fueron para Quintero y su esposa un torrente de aprendizaje y experiencias personales e intelectuales. En 1933 Salvador Quintero participó en los cursillos de catedráticos organizados por el Ministerio para formar a las nuevas promociones de profesores de Geografía e Historia, compartiendo clases con autoridades académicas en ciernes como Jaime Vicens Vives, Antonio Domingo Ortiz y otros. En ese año fue nombrado director del Colegio Subvencionado de Reinos, formando parte del esfuerzo de la República en potenciar la enseñanza media en España. En marzo de 1935 Salvador Quintero obtuvo una plaza en la cátedra de Geografía e Historia de Ceuta, el 12 de marzo de 1936 Quintero asume el cargo de Comisario-Director del Instituto Hispano-Marroquí de Ceuta. Meses después estallaba la guerra civil y Quintero, de vacaciones en A Coruña, no se incorporó al instituto. Denunciado por la vicedirectora del centro, fue suspendido de su puesto y se inició un proceso de investigación sobre su figura que determinó que era «afiliado a Izquierda Republicana y muy amigo personal del Diputado Pedroso, que tuvo con él gran confianza. Pertenece a una familia derechista y católica de Tenerife. Residió mucho tiempo en Madrid, formándose en la Tertulia del Ateneo y en la Institución Libre de Enseñanza. Tenía gran amistad con Azaña, Casares Quiroga y otros». Con estos informes se iniciaba su proceso de depuración, que acabaría con la publicación en el BOE del 28 de junio de 1937 de la separación definitiva del puesto de catedrático del Instituto de Ceuta de Salvador Quintero Delgado. Tras su suspensión de la enseñanza pública Quintero regresó a Tenerife y, gracias a su posición familiar en la isla, comenzó a dar clases en colegios privados y religiosos hasta su fallecimiento en julio de 1949 (MATEO, José Luis [2017]: «Salvador Quintero Delgado. Catedrático de Instituto, escritor, poeta y divulgador canario en Vigo», Boletín IEV, N.º 22, Vigo: 373-392).

<sup>218</sup> QUINTERO, Salvador: «El sentido del tinerfeñismo», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 20 de marzo de 1930.

origen del Instituto de Estudios Canarios, pues esta idea de don Salvador Quintero de un Centro de Estudios la recoge María Rosa Alonso, pero ampliándola a todo el archipiélago. Ya hemos visto como nuestra periodista era partidaria del regionalismo, no le gustaban los «isloteñismos» —palabra empleada por Unamuno—, su visión era «universalista» dentro del marco de las Islas Canarias. Así que tenemos a nuestra joven paisana recogiendo la semilla y plantándola en todo el Archipiélago en forma del Instituto de Estudios Canarios.

Pasa un mes medio sin que tengamos artículo alguno de nuestra periodista, pero reaparece con dos de crítica literaria, separados por un intervalo de una semana; parecía que, salvo el de crítica de arte dedicado a la exposición de Juanita Dorta, a María Rosa Alonso solo le interesaba publicar sus ideas políticas, pero no. Debemos de tener en cuenta que su ilusión era estudiar lengua y literatura en Madrid, por lo tanto, no es de extrañar que empiece a publicar artículos de crítica literaria, puesto que con el tiempo su principal dedicación va a estar relacionada con el apasionante mundo de las Letras. Así que pone manos a la obra y nos brinda esa gran calidad como crítica literaria que estará presente a lo largo de toda su vida. El primero de los artículos, «Un libro de Gutiérrez Albelo»<sup>219</sup>, tal como su título nos indica habla del poeta tinerfeño<sup>220</sup> y de su libro, pero también hace referencia a la revista *Cartones*<sup>221</sup>, a la que dedicará el siguiente artículo y que en este no sale muy bien parada, ya que ella ni siquiera ha podido leerla porque no

---

<sup>219</sup> ALONSO, María Rosa: «Un libro de Gutiérrez Albelo», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 23 de junio de 1930.

<sup>220</sup> Emeterio Gutiérrez Albelo (1905-1969), nacido en Icod de los Vinos pasó ahí su infancia y juventud, una vez casado vivirá en La Cuesta, entre Santa Cruz y La Laguna. Para el gran crítico Domingo Pérez Minik: «Su obra es muy extensa y alcanza a todas las formas y variantes, cultivando las estrofas y metros más clásicos y también los más libres de la poesía contemporánea [...] A lo largo de toda esta producción literaria no es difícil encontrar una unidad. Efectivamente, el poeta no ha hecho otra cosa sino trasmutar en poesía vivencias y accidentes temporales, de la mayor importancia para su personal fluir y necesario permanecer. Este diálogo crítico y erosivo entre el hombre y el poeta, entre su devenir y su ser, siempre será materia digna para cualquier voluntad de forma seria» (PÉREZ MINIK, Domingo [2004<sup>2</sup>]: *Antología de la poesía canaria*. I, Caja Canarias, Santa Cruz de Tenerife: 339-340).

<sup>221</sup> Fernando Castro Borrego habla de la revista *Cartones* y nos dice que la fundación de esta revista se llevó a cabo por la llamada «Generación de 1930», a la que se debe la reinvención del paisaje insular a la luz de la poesía. «García Cabrera quiso aglutinar a una serie de artistas que se había formado en la Escuela Luján [...] La refundición del Regionalismo canario, tarea que acometieron los redactores de la revista *Cartones*, obedecía a esta necesidad de reformular una promesa sobre el destino colectivo de un pueblo, el canario, que hasta entonces había vivido en el exilio interior al que la ignorancia de su identidad le había condenado. Las efímeras, pero prometedoras manifestaciones de la “generación de 1930”, fueron la aparición de la citada revista, dirigida por el poeta Pedro García Cabrera, y la exposición de los alumnos de la Escuela Luján Pérez en Tenerife» (ALLEN HERNÁNDEZ, Jonathan y CASTRO BORREGO, Fernando [2008]: *La Modernidad y las Vanguardias en Canarias 1900-1939*, Tomo VII de *Historia cultural del arte en Canarias*, Gobierno de Canarias, Viceconsejería de Cultura y Deportes: 211).

la encuentra en las librerías; su opinión es que está hecha por una selecta minoría desde una visión aristocrática del arte: «Índice de un grupo de nombres universitarios, cultos y un nombre literariamente conocido, el nombre del mejor poeta marino de Tenerife», naturalmente se refiere a Pedro García Cabrera<sup>222</sup>, del que transcribe unos versos. Después habla del libro de Gutiérrez Albelo del que dice que no es poeta canario sino poeta de Canarias, lo define como poeta de cualquier geografía ya que no es objetivo, sino que hace deliberadamente una poesía de sentimiento. La relación entre Gutiérrez Albelo y María Rosa Alonso fue muy interesante<sup>223</sup>, no en vano al año siguiente él le dedicó una poesía, «La savia oscura», a María Luisa Villalba, que incluyó en su libro *Romanticismo y cuenta nueva* (1933).

«En torno a la revista *Cartones*»<sup>224</sup>, lo primero que hace es pedir perdón a sus lectores porque en el artículo anterior hizo una «traducción», recordando la versión que hizo Dámaso Alonso de *Las Soledades* de Góngora<sup>225</sup>, de una revista a la que ahora aplaude. Una de las características de la escritora es su modestia: aunque nos demuestre en todo momento su gran cultura y preparación académica, no nos hemos encontrado en ninguno de los artículos publicados, palabras que vislumbren un atisbo de pedantería,

---

<sup>222</sup> Pedro García Cabrera (La Gomera 1905-Santa Cruz de Tenerife 1981), poeta incluido en la Generación del 27, que para algunos críticos en Canarias tendría que ser llamada *La Rosa de los Vientos*, aunque ellos preferían llamarse jóvenes «intelectuales» debido a la influencia de Ortega y Gasset. Desde 1922 comienza a publicar artículos, que hasta la caída de la Segunda República serán un medio centenar, a través de los cuales se pueden indagar claves para su primera fase poética, por ejemplo, «Una carta sobre política gomera» publicada en *La Tarde* el 24 de julio de 1930, en la que hay una clara preocupación social que atisba las posiciones socialistas que defendería más adelante. Sus primeros poemas aparecen en el diario *Gaceta de Tenerife* en 1925, su autor sólo tenía veinte años; en los años siguientes sigue cultivando la poesía que aparece en otras publicaciones como, por ejemplo, en 1926 en la recién creada revista *Hespérides*, en la que publicará artículos y poemas hasta 1929; será la misma editorial *Hespérides* quien publique su primer libro de poemas, *Líquenes*. En 1927 se publican poemas suyos en el periódico republicano *El Progreso*, en *Las Noticias* y en *La Tarde*, serán un medio centenar en los que se revelan «los primeros pasos de un joven inquieto que publicaba con regularidad» (PALENZUELA, Nilo [1991]: *El primer Pedro García Cabrera*, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria: 11, 51-52, 83-84).

<sup>223</sup> Para entender mejor la relación entre la periodista y el poeta es muy interesante el artículo de Rafael Fernández Hernández «María Rosa Alonso, vista por Emeterio Gutiérrez Albelo y Domingo Pérez Minik», en AA. VV. (2010): 213-230.

<sup>224</sup> ALONSO, María Rosa: «En torno a la revista *Cartones*», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 30 de junio de 1930.

<sup>225</sup> Dámaso Alonso nos habla de la dificultad en la lectura de la obra gongorina en los siguientes términos: «Así resultaron estas *Soledades* suntuosas y recargadas como ninguna obra del cordobés; difíciles de lectura, sobre todo desde un punto de vista sintáctico, como ninguna obra de la literatura castellana; puramente poéticas, estrictamente aristocráticas como muy pocas de las obras artísticas de los hombres. [...] Lo que doy aquí es una llave que puede facilitar la entrada a la obra, pero no la obra misma. Las *Soledades* admiten la traducción de su sentido lógico, pero no de su significación poética. Y esta imposibilidad de versión o sustitución total es la mejor prueba de la virtualidad poética de las *Soledades*» (GÓNGORA, Luis de [1936<sup>2</sup>]: *Las Soledades*, nuevamente publicadas por Dámaso Alonso, Ediciones del Árbol, Madrid: 12, 55).

un sentirse por encima de los demás; y precisamente es esto lo que ella criticaba en su anterior artículo de la escasa minoría de escritores que habían alumbrado *Cartones*. Una vez leída la revista ella sigue creyendo que el arte no sólo debe ser para las «minorías» sino que las obras artísticas también deben llegar a la masa o mayoría, ya que esta «tiene derecho a pedir, a protestar a suprimir; a veces hasta a atacar; pero también deber de trabajar, de molestar, de aprender». En esta parte se nota su dedicación a los artículos políticos, porque vemos que a pesar del paréntesis de los de crítica, está muy presente su preocupación por la mejora en la educación de sus conciudadanos. Una vez dejada clara su posición en cuanto el acceso al arte, habla de la composición de la revista que ha llegado a sus manos, describiendo cada una de las secciones de la revista, pero sólo vamos a destacar dos nombres, el poeta del mar Pedro García Cabrera<sup>226</sup> y el de la montaña Carmen Jiménez; incide en referirse a esta mujer en masculino porque «aunque sea nombre de mujer yo digo de ella como Azorín de Rosalía de Castro: el poeta»; no deja de resultarnos un tanto extraña esta apreciación máxime teniendo en cuenta la discriminación que está sufriendo ella por su condición femenina, que hasta tiene que utilizar un seudónimo para firmar sus artículos. Dedicamos un largo párrafo a hablar de la poesía de Carmen Jiménez de la que cree que sus montañas se van a la mar, que estas suponen la creación del quinto elemento después de la tierra, el mar, el aire y el fuego.

A pesar que en los dos últimos artículos dedicados a la política en el bloque de «Del problema español: gobernantes y gobernados» hablaba de Educación, es el próximo artículo el que dedica por completo a este tema tan importante; no podemos olvidar que la actividad docente ocupó la mayor parte de su vida laboral en activo. En «De la reforma del Bachillerato»<sup>227</sup> nuestra periodista nos dice que con la nueva reforma se ha faltado al artículo 12 de la Constitución del 76 y lo argumenta de una forma muy vehemente; más adelante habla del artículo 53, de Luis de Zulueta<sup>228</sup>, y de

---

<sup>226</sup> Años más tarde el poeta le dedicaría a María Rosa Alonso un poema, «Testimonio», en uno de sus libros: GARCÍA CABRERA, Pedro (1968): *Entre cuatro paredes (1949-1963)*, Ediciones Gaceta Semanal de las Artes, Santa Cruz de Tenerife: 115-116.

<sup>227</sup> ALONSO, María Rosa: «De la reforma del Bachillerato», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 24 de julio de 1930.

<sup>228</sup> Luis de Zulueta (Barcelona 1878-Nueva York 1964), fue escritor, pedagogo y político. Militó en el Partido Reformista por el que fue diputado en tres ocasiones. Entre 1931-1933 fue ministro de Estado, más tarde embajador de España: primero en Berlín y en una segunda ocasión ante el Vaticano. En lo que se refiere al artículo que estamos analizando, hemos encontrado una relación entre Zulueta y el Papa León XIII al que se refiere también la periodista tinerfeña, se trata de un artículo de María del Carmen Crespo Pérez del que entresacamos el siguiente fragmento: «En 1903, en julio, el día 26 aparece en *La Publicidad*

León XIII para llegar a la conclusión de que la nueva reforma no hace sino ahondar en las diferencias sociales para el acceso a la educación, ya que lo que se está haciendo es fortalecer al capitalismo; pero no hay sólo una separación entre ricos y pobres, sino entre los sexos ya que se quieren imponer institutos femeninos para crear barreras entre jóvenes que el día de mañana serán parejas. Ella cree que desde niños se fomenta el odio hacia el diferente, se crea una muralla fomentada por aquellos a los que se refería Miguel de Unamuno cuando en su destierro decía: «Pero que no nos roben vuestra alma, el porvenir, la juventud de España, hijos míos».

En el mes siguiente María Rosa Alonso vuelve a retomar la política como motivo de su escritura y nos ofrece en dos artículos un mismo tema que vuelve a tener como eje central la juventud, pero esta vez enfocado hacia el mundo de la agricultura. Tenemos que tener en cuenta que ella nació en un pueblo que se dedicaba prácticamente al trabajo del campo y, aunque se trasladó a los once años con su familia a vivir a La Laguna, sus orígenes están en Tacoronte. En este tercer decenio del siglo XX, la población tinerfeña era eminentemente rural, con una agricultura de subsistencia como, por ejemplo, los cereales, tan imprescindibles para el gofio que desde tiempos prehistóricos ha sido fundamental en nuestra alimentación, y la papa que se trajo directamente de América; esta junto con el plátano y el tomate fueron fundamentales para la exportación, que había sufrido una profunda crisis debido a las restricciones impuestas por los países europeos, a raíz del crack del 29. Por otro lado, las exportaciones agrícolas cambiaron paulatinamente de destino: disminuyeron los envíos al mercado inglés y aumentaron al francés, al norteafricano y al español peninsular; no obstante, se mantiene la tradicional dependencia del exterior de la economía canaria. Es en este contexto histórico, que hemos resumido brevemente, en el que escribe nuestra periodista «La juventud y la agricultura, I»<sup>229</sup>; en este artículo comienza hablando de los jóvenes de 1927 militantes del «único terreno que no les fue vedado: el literario y el

---

un artículo firmado por Luis de Zulueta. El artículo lleva como título «La prudencia de León XIII». Hacía pocos días que el Papa había muerto y Luis de Zulueta, en su afán de estar en contacto con la realidad de cada día rememora la figura del Papa, si bien en términos no muy elogiosos. Este artículo tuvo la virtud de llamar la atención de Unamuno, Rector de la Universidad de Salamanca, y ser el inicio de una larga y profunda amistad que puede apreciarse a través de una dilatada correspondencia entre Unamuno y Zulueta que ha sido recopilada por su hija Carmen, profesora de Literatura y Español en la ciudad de Nueva York” (CRESPO PÉREZ, María del Carmen [1996]: «Luis de Zulueta, político y pedagogo», *Revista Complutense de Educación*, vol. 7, N.º 1, Madrid: 132).

<sup>229</sup> ALONSO, María Rosa: «La juventud y la agricultura, I», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 11 de agosto de 1930.

artístico», pero en ese momento también lo estaban haciendo en el político. Pero hay otro terreno en el que los jóvenes apenas tienen conocimiento: el agrícola, *María Luisa Villalba* cree que el conocimiento que tienen nuestros jóvenes campesinos sobre agricultura es casi nulo. Piensa que los jóvenes deben interesarse por el campo, como en años anteriores lo habían hecho en otros campos de las Humanidades: «Que teniendo propiedades, a veces que cultivar y pudiendo ser buenos agrónomos, sean medianos abogados».

Parece que, aunque hable de la primera Guerra mundial, María Rosa Alonso está haciendo de Casandra, puesto que nos dice unas palabras que tienen un matiz de premonición: «Desde que “juventud” ha tomado carta de naturaleza, finalidad en sí, no deja pasar en balde el minuterero que señala horas capitales en el reloj del presente». Da escalofríos pensar en toda la desgracia que le cayó a la juventud y a toda España, piénsese en los jóvenes del 27, sobre todo en García Lorca, seis años más tarde. Y la periodista nos emplaza a para el próximo artículo, en el que seguirá con el mismo tema.

En «Don Antonio Lugo y Massieu, II»<sup>230</sup>, al día siguiente, podemos leer lo que ya nos anunció nuestra articulista: algunas consideraciones sobre la arboricultura. Dice que hay en los campesinos un odio feroz hacia el árbol frutal, pero cree que es la ignorancia lo que hace que sientan así; todo árbol frutal lo sustituyen por una mata de papa, aunque evita el canarismo y pone «patata». Nombra al protagonista de su artículo, don Antonio Lugo y Massieu<sup>231</sup>, que dirige y reparte gratuitamente el periódico *El Campo*; ella había leído que otro caballero había pedido una cruz o un premio para el primero, pero nadie le hizo caso, así como tampoco a otras personas de gran valía a las que no se les reconocen sus méritos. Termina el artículo en tono de humor: nombra la

---

<sup>230</sup> ALONSO, María Rosa: «Don Antonio Lugo y Massieu, II», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 12 de agosto de 1930.

<sup>231</sup> Nada mejor para conocer a una persona que sus propias palabras: «No me importa que de mí se diga que fui más que un romántico, un visionario al tratar de los temas canarios, de mi querida tierra isleña, de toda la tierra canaria, porque si de mí dependiera, y pudiera hacerlo, a todas las islas las estrecharía con el cinturón amoroso de mis brazos. ¿Por qué no soñar con que a este Archipiélago Afortunado la esperan, en un porvenir no muy lejano días magníficos de sólido esplendor?» (ASOCIACIÓN CULTURAL DE ARTE Y PATRIMONIO DE LA VILLA DE LA OROTAVA [2005]: *Rincones del Atlántico*, N.º 2, La Orotava-Tenerife: 34). Estas emocionadas y bellas palabras fueron escritas por don Antonio de Lugo y Massieu (San Andrés y Sauces, La Palma 1880-La Orotava, Tenerife 1965), fundador del periódico «*El Campo. Periódico propagandista del arbolado y del progreso del país*. De periodicidad mensual, aunque sufrió algunos altibajos en sus primeros años. Fue editado en La Orotava entre 1915 y 1931 por Antonio Lugo y Massieu, quien lo sufragaba y distribuía de forma gratuita a centros, sociedades y personas particulares con el afán de difundir el amor a la tierra y en particular al árbol y su propagación» (MARTÍN DE LUGO, M.ª Carmen [2003/4], «Don Antonio Lugo y Massieu: Pasión por la Naturaleza», *Rincones del Atlántico*, N.º 1, La Orotava-Tenerife: 24).



distinción de una Gran Cruz que se le hizo a un secretario de Estado por anunciar el embarazo de la reina, pero ella piensa que no es justo que el nombre de dicho señor aparezca al lado del de don Antonio, aunque se lamenta de que este último lleve una gran cruz, la de la incompreensión isleña. Hay que hacer notar que los últimos artículos de nuestra autora son más cortos y mejor estructurados, va dejando atrás la profusión de interrogaciones directas y otras que lo eran menos. Creemos que María Rosa Alonso está alcanzando un estilo que ya no dejará a lo largo de su dilatada carrera periodística: la claridad, tanto en el fondo como en la forma.

Ha pasado exactamente un mes y nuestra joven periodista nos vuelve a deleitar con un artículo de crítica literaria<sup>232</sup>. Con extrañeza observamos que hay una dedicatoria al comienzo, algo no habitual en este género periodístico: «A la distinguida señorita María Josefa de La Roche, amiga de las cosas de arte y poesía». El artículo trata de la celebración del centenario de la batalla de *Hernani*<sup>233</sup>, que supuso: el terminar con las tres unidades clásicas, con la poética de Boileau<sup>234</sup>, las pelucas blancas y los perfumes caros. Ella nos describe la batalla que tuvo lugar en ese estreno, al mando del capitán Teófilo Gautier<sup>235</sup> con chaleco rojo de ese ejército, deseoso de libertad, que dio paso al Romanticismo, que al fin y al cabo no fue sino el *liberalismo* en literatura. Fue una

---

<sup>232</sup> ALONSO, María Rosa: «Motivos de un centenario: 1830», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 12 de septiembre de 1930.

<sup>233</sup> *Hernani o el honor castellano* (*Hernani ou l'honneur castillan*) es un drama de Víctor Hugo (1830), en cinco actos y en verso. «Su estreno dio lugar a una verdadera batalla entre los defensores del teatro clásico y los románticos» (Nueva Enciclopedia Larousse [1982], tomo X, Editorial Planeta, Barcelona: 4825).

<sup>234</sup> Nicolás Boileau (1637-1711) fue un poeta y crítico francés. Su *Arte poética* (1674) consta de un poema breve en cuatro cantos; en ella el autor enlaza de una manera clara con el *Arte poética* de Horacio, mientras trata de recoger las ideas críticas repartidas en las *Sátiras* y *epístolas* movido también por la tendencia de su tiempo, a establecer la regla y la disciplina en todos los campos. Según Alicia Yllera en «Panorama histórico y sociocultural del siglo XVII», la poética de Boileau «tuvo una enorme repercusión en su país y fuera de sus fronteras. Durante siglos su tratado fue presentado como la gran poética clásica francesa y, en los últimos años de su vida, elaboró él mismo la leyenda que lo convertía en el gran forjador del clasicismo francés» (PRADO, Javier del [1994]: *Historia de la literatura francesa*, Cátedra, Madrid: 374).

<sup>235</sup> Para Teófilo Gautier (1811-1872) su primera vocación artística fue la de pintor, pero rápidamente su inclinación por el arte se dirigió al mundo de las palabras, concretamente a la poesía para pasar después a escribir novelas y libros de viajes, por ejemplo, *Viaje por España*. Todas sus manifestaciones artísticas «... son obra de pintor, de orfebre, enamorado de la forma precisa, objetiva, evocadora. Sus poemas son como cuadros, estatuas, joyas. Sus *Viajes* parecen el álbum de un artista, en donde una mano firme y segura ha ido trazando los bocetos de este rincón, de aquel paisaje, de aquella iglesia ruinosa, del claustro silencioso, cubierto de hierba y de hiedra» (GAUTIER, Teófilo [1920]: *Viaje por España*. Tomo I, traducción de Enrique de Mesa, Calpe, Madrid: 7).

protesta a los fríos versos de Voltaire<sup>236</sup> y, según Chateaubriand<sup>237</sup>, estamos ante «la cima indeterminada de los bosques». También nos habla de la pintura del romanticismo ejemplificada en Antonio Wiertz, continuador de la línea barroca del XVII y que más adelante nos llevan a «los poemas de color, dinámicos de Eugenio Delacroix<sup>238</sup>». Regresa a España y hace un repaso por los románticos españoles: del *Don Álvaro* de Rivas<sup>239</sup>, al que compara con *Hernani*, y también con Zorrilla<sup>240</sup>, al que considera una

---

<sup>236</sup> Voltaire: su verdadero nombre era François-Marie Arouet (1694-1778), fue un escritor francés que destacó en el campo de la historia y de la filosofía, aunque también cultivó otras disciplinas como novela, teatro, epistolario, etc.; junto con Rousseau y Montesquieu conforman el pensamiento de la Ilustración francesa. Para algunos autores Voltaire fue el primer escritor totalmente libre, el primero que consiguió vivir de su trabajo, el primer profesional de la escritura. Sus obras más importantes son: *Cándido*, *El ingenuo*, *Tratado sobre la Tolerancia* y *Cartas filosóficas*. Sobre la religión Voltaire deploraba contra «el coste que representó para la civilización europea el enclaustramiento en los monasterios de un número espectacular de hombres y mujeres no aprovechados. Considera también lamentable que Europa haya tenido que vivir en un estado de guerra tan continuado, muchas veces por razones insignificantes». Esta última frase parece escrita en la actualidad, la voz de este enciclopedista está vigente en nuestros días pues es la voz de la razón; él creía que sí los hombres atendieran a su capacidad de raciocinio vivirían en armonía unos con otros. Voltaire tenía en buena estima su pensamiento, no fue un reformador político, pero la aristocracia y la iglesia se sintieron amenazadas por sus ideas, «... fue un adalid incansable de la libertad de expresión, pero la forma de esa libertad que él se arrogaba primordialmente a sí mismo era la libertad de poner en evidencia, ridiculizar y denunciar los abusos pasados y presentes de la religión organizada» (AYER, A. J. [1988], *Voltaire*, traducción de Miguel Candel, Editorial Crítica, Barcelona: 113, 174-75).

<sup>237</sup> Chateaubriand (1768-1848). Político, diplomático y escritor, ha sido considerado como el fundador del Romanticismo en Francia. Entre sus obras destacan: *El genio del cristianismo* que suministró al neocatolicismo uno de sus temas principales, la relación entre cristianismo y libertad, idea basada en la desaparición de la esclavitud como consecuencia de la creencia cristiana de la igualdad de las almas. En sus *Memorias*, que fue una especie de testamento espiritual, reafirma la misión directora del cristianismo, que para él encierra en sí las tres del universo: la divina, la moral y la política, o lo que es lo mismo, la libertad, la igualdad y la fraternidad, por lo tanto, estamos ante los tres principios en los que se basa la Revolución Francesa (BÉNICHOU, Paul [1984<sup>2</sup>]: *El tiempo de los profetas. Doctrinas de la época romántica*, traducción de Aurelio Garzón del Camino, Fondo de Cultura Económica, México: 99, 102, 109).

<sup>238</sup> Delacroix (1798-1863). Para Baudelaire, este pintor tradujo mejor que nadie para gloria de su siglo una cosa misteriosa: «Es lo indivisible, lo impalpable; el sueño, los nervios, el alma; y lo ha hecho sin otros medios que el contorno y el color; lo ha hecho mejor que nadie, con la perfección de un pintor consumado, el rigor de un literato sutil y la elocuencia de un músico apasionado» (BAUDELAIRE, Charles [2011]: *Vida y obra de Eugène Delacroix*, [Artículo necrológico publicado en tres entregas en *L'Opinion nationale*, París, 2 de septiembre, 14 de noviembre y 22 de noviembre de 1863], traducido por Pablo Palant, Casimiro Libros, Madrid: 12).

<sup>239</sup> Para Azorín «El Don Álvaro, a pesar de sus elementos pasionales y pintorescos, nos da una impresión de cosa inestable, deleznable, frágil. Este drama es como una cinta cinematográfica en la que, de cuando en cuando, percibimos resquebrajaduras, opacidades, manchas. El teatro romántico castellano corresponde —exactamente— al teatro clásico. [...] En general, el drama del duque de Rivas es una lógica, natural continuación del drama de Calderón y de Lope. Son los mismos procedimientos, la misma falta de observación, la misma incoherencia, la misma superficialidad ¿Cómo en 1835 no se vio esto? ¿Cómo los que gritaban revolución y escándalo no vieron que el Don Álvaro estaba en todo y por todo dentro de la tradición española? Les desorientó la mezcla de verso y prosa y la intercalación de cuadros breves de costumbres (la posada, el aguadujo, etc.) en la corriente lírica del drama. No había revolución ninguna sin embargo; todo era igual, todo lo mismo...» (AZORÍN, Antonio, [1916]: *Rivas y Larra*, Renacimiento, Madrid: 25, 59).

<sup>240</sup> Andreu Miralles considera que «la voluntad de nacionalizar y patrimonializar el acervo cultural propio podía llevar a los autores españoles a acusar a sus colegas extranjeros de “robar” a España temas artísticos

figura muy interesante. A lo largo del artículo sigue ensalzando el triunfo de la libertad, que se produjo hacía un siglo y que el triunfo social del pueblo queda: «Hacia un lado del horizonte, está inclinado el vértice rojo de nuestros corazones».

Ha pasado un mes y María Rosa Alonso publica un nuevo artículo, el primero de una serie de cuatro dedicados a la política, y cada uno aparece en periódicos de diferentes ciudades. El primero de ellos, «Elementos de orden y elementos disolventes»<sup>241</sup>, lo publica un periódico socialista del Puerto de la Cruz, *Decimos*<sup>242</sup>: en la misma línea que el anterior artículo comentado, lleva una dedicatoria, en esta ocasión a doña Inocencia Sosa<sup>243</sup>. Como es de esperar en cualquier publicación socialista,

---

o literarios. Escritores y artistas españoles se sintieron impelidos a reescribir y recuperar para el pueblo español unos temas y modelos literarios que consideraban privativos. Lo hizo Zorrilla respecto a sus populares leyendas y tradiciones, de las que destacó siempre su carácter puramente español [...] Asimismo, el mito de la conversión cristiana permitía reivindicar como propio, españolizándolo, lo mejor que había dado de sí la civilización árabe en la península ibérica y responder a las dudas suscitadas por la herencia de al-Andalus en sus modernos habitantes. Estas dudas y esta voluntad neutralizadora se observan especialmente en un poeta nacional que se reconoció a la vez como oriental y cristiano, José Zorrilla. [...] la figura del Don Juan podía vincularse también con la fuerza viril que se había sido imprescindible movilizar para socavar los cimientos del Antiguo Régimen. La figura rebelde y satánica del materialista Don Juan, que transgrede todas las convenciones y declara su absoluta libertad, podía ser leída también políticamente. El liberalismo romántico había proclamado la necesidad de romper con el pasado mediante el desafío simbólico de la autoridad paterna» (ANDREU MIRALLES, Xavier [2016]: *El descubrimiento de España. Mito romántico e identidad nacional*, Taurus, Madrid: 120, 169, 218).

<sup>241</sup> ALONSO, María Rosa: «Elementos de orden y elementos disolventes», *Decimos...*, Puerto de la Cruz, 14 de septiembre de 1930.

<sup>242</sup> «*Decimos* aparece en los primeros años de la década de los 30, bajo la dirección de Lucio Illada. Ese título sirvió también como cabecera de una publicación de la agrupación local del Partido Socialista Obrero Español (PSOE). Hay una última etapa de la misma, con muy pocos números, ya en la década de los ochenta»: Esto aparece en «Prensa del Puerto de la Cruz», artículo historiográfico de Salvador García Llanos, APT (Asociación de la Prensa de Santa Cruz de Tenerife), 9 de diciembre de 2019: <https://www.puertodelacruz.com/prensa-del-puerto-de-la-cruz/> (consultado el 01/12/2022).

<sup>243</sup> Pedro Medina Sanabria escribe en su blog «Memoria e Historia de Canarias» sobre este orotavense. Haremos un escueto resumen de la valiosa información que nos aporta: Inocencio Sosa Hernández nació en 1895 en La Orotava, donde vivió hasta que se traslada al Puerto de la Cruz en 1924; su profesión era la de contable y daba clases, pero sin tener ningún título oficial. En 1921 es Secretario del Centro Instructivo Obrero de La Orotava. El 1º de mayo de 1922 interviene en un mitin, organizado por el Centro Instructivo Obrero celebrado en La Orotava. En 1931 contrae matrimonio con Juana Galloway Ruiz, el 14 de abril es proclamada la Segunda República Española, en diciembre en el Hotel Santa Catalina de la ciudad de Las Palmas, en Gran Canaria, se celebra el Congreso Regional Obrero, entre los asistentes de Tenerife se encuentra Inocencio Sosa. En 1932 se constituye la Federación Insular Socialista, formando parte de la dirección, entre otros, Inocencio Sosa por el Puerto de la Cruz y Pedro García Cabrera por Santa Cruz. En 1935 el matrimonio Sosa-Galloway tienen una hija a la que le ponen el nombre de Carmen. El 18 de julio comienza la guerra fratricida, Inocencio Sosa tiene 41 años y es ingresado en la Prisión Militar Flotante de Tenerife, en agosto de 1936 es trasladado al Sahara, donde es acusado de los delitos de *Excitación a la rebelión* y *Reunión Ilegal*, es condenado a 11 años, 8 meses y un día, Estuvo en el penal de Gando, después de finalizada la guerra. Enfermo de tuberculosis, es puesto en libertad provisional el 11 de octubre de 1941, fue a la Orotava y quiso recuperar a su hija única, pero no se lo concedieron ya que su esposa convivía con otro hombre y su hija estaba muy bien cuidada. Inocencio Sosa falleció en La Orotava el 21 de marzo de 1949: <https://pedromedinasanabria.wordpress.com/2013/10/14/inocencio-sosa-herandez/> (consultado el 02/12/2022).

nuestra autora habla de lucha de clases, en esta ocasión reflejada en las huelgas. Y con esa fina ironía de la que hace alarde de vez en cuando, dice que las huelgas no las hacen los señores, ya sean aristócratas o no y nombra al señor conde de Romanones<sup>244</sup>, a Cambó y al señor Alba<sup>245</sup>, que también les sirven de ejemplo como «Elementos de orden» o lo que es lo mismo, los «señoritos», que para Ortega y Gasset son una plaga; y en el lado opuesto están los huelguistas, los «Elementos disolventes», en este lado están los trabajadores y destaca al «medianero», ese trabajador del campo canario, que vive de la mitad de la producción de la tierra, ya que la otra mitad es del amo. La joven periodista nos adentra en el lenguaje sindical, con una prosa muy diferente a los artículos políticos que escribe para *La Tarde*. Podríamos decir que las frases cortas, los signos de interrogación y el lenguaje nada rebuscado, hace que lo entiendan mejor los lectores a quienes va dirigido, porque, aunque en aquel momento había en la clase trabajadora mucho analfabetismo, siempre se encontraba alguien que les leyera este tipo de artículos para animarlos. Son de destacar frases muy conocidas en el mundo sindical del campo, por ejemplo, «no siendo la tierra de quien la trabaja». También encontramos un lenguaje metafórico cuando compara el terraplén del explotador y la tortuosa escalera del explotado. En el vocabulario hay algunas palabras muy propias de la gente

---

<sup>244</sup> Álvaro de Figueroa y Torres, conde de Romanones (1863-1950): Político y hombre de negocios, comenzó su carrera política a los veinticinco años, en las filas del Partido Liberal Fusionista. Siempre respaldado por sus influencias familiares, ejerció relevantes cargos políticos. Durante la dictadura de Primo de Rivera ejerció como adalid del sistema liberal desaparecido, llegando a implicarse en conspiraciones contra el dictador, a la caída de éste intentó resucitar las escasas fuerzas liberales y las viejas prácticas caciquiles: <https://dbe.rah.es/biografias/14549/alvaro-de-figueroa-y-torres> (consultado el 05/12/2022).

<sup>245</sup> Santiago Alba y Bonifaz (1872-1949) nacido en Valladolid en el seno de una familia liberal, una vez finalizada la carrera de Derecho con otros socios compra un periódico, lo rebautizan con el nombre de *El Norte de Castilla*, que pasará a ser el más vendido de la región. En 1897 fue elegido concejal del Ayuntamiento de Valladolid, más tarde fue elegido como secretario de la Cámara de Comercio de la misma ciudad. Siguió acumulando cargos de responsabilidad en el mundo de las cámaras agrícolas y del comercio, en 1901 fue elegido diputado por Valladolid, aquí comienza su llegada a la política estatal: en 1903 fue subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros, en 1906 durante un corto espacio de tiempo fue ministro de Marina, en 1912 obtuvo la cartera de Instrucción Pública, en 1913 fue nombrado por Romanones ministro de la Gobernación, en 1906 pasó a ser ministro de Hacienda hasta 1917, a principios de 1918 fundó la Izquierda Liberal Monárquica con el que fue diputado y después formó parte del gobierno presidido por Antonio Maura del que eran ministros, entre otros, Romanones, Cambó y Santiago Alba. En 1918 volvió a ser ministro de Hacienda, pero sólo un mes. En 1922 volverá a ser ministro de Estado con García Prieto, se enfrenta a los militares por la guerra de Marruecos y al llegar la dictadura se exilia en Bruselas y en París. Vuelve a España con la llegada de la República y sale elegido diputado por Zamora, en 1935 acepta la presidencia de las Cortes con el gobierno de Lerroux, con la caída de éste y el asesinato de Calvo Sotelo, Alba se vuelve a exiliar a Francia, al ser ésta ocupada por los nazis, se instaló en Lisboa. Retornó a Francia tras la liberación y alternó sus días entre Biarritz y París. Enfermo de Parkinson, Alba quiso regresar a España. Murió en San Sebastián el 7 de abril de 1949: <https://dbe.rah.es/biografias/5945/santiago-alba-y-bonifaz> (consultado el 05/12/2022).

del campo, que podrían ser canarismos por su forma de emplearlo, por ejemplo, amo o medianero.

El 20 de septiembre de 1930 *María Luisa Villalba* publica un artículo en un periódico gomero, *Altavoz*<sup>246</sup>, «Viejo y nuevo pleito»<sup>247</sup>, que trata el tema del pleito insular. De esta manera percibimos ya desde sus primeros artículos la gran preocupación que tenía nuestra autora por el tema de la insularidad, íntimamente relacionado con el regionalismo canario, pero en esta ocasión ella aporta una novedad al pleito insular: la discriminación hacia las islas menores; no olvidemos que está escribiendo para un periódico de una isla menor. Dice que las menores son hijas de las dos principales, pero, en realidad, son hermanas las siete, emplea un lenguaje muy poético para referirse al aislamiento entre ellas: compara a los brazos de mar que las separan con calles, en las que las dos mayores discuten llevando de la mano a sus hermanas menores. Y mientras las mayores discuten, parecen olvidarse completamente de las pequeñas; pero ellas también tienen graves problemas, por ejemplo, Fuerteventura jadeante podría rogarles que le dieran un poco de agua. De acuerdo a la excelente filóloga que llegaría a ser, deja bien claro el concepto que ella tiene de región pues dice que «Archipiélago no es región. Lo que la Geografía ha separado no lo pueden unir lazos líricos o rimbombantes piezas oratorias». Y aparecen por vez primera en sus artículos periodísticos tres nombres fundamentales para la literatura canaria: el crítico Valbuena Prat<sup>248</sup>, que hace notar esta rivalidad entre las islas mayores a través de

---

<sup>246</sup> *Altavoz*, dirigido por Pedro García Cabrera en 1930, fue el decenario de la juventud gomera, en el que colaboran María Rosa Alonso y Domingo López Torres, además del grupo central de la publicación (Elfidio Alonso, Ulises Herrera, Abel de la Cruz y Guillermo Ascanio). Recuerda Esteban Amado que en su «Apertura», el periódico anuncia un programa sustentado en los siguientes pilares: «defender los intereses de La Gomera, contribuir a formar una conciencia regional e incorporarnos a lo más noble y puro del movimiento español». (Rafael Fernández Hernández: «María Rosa Alonso, vista por Emeterio Gutiérrez Albelo», en AA. VV. [2010]: 216). María Rosa Alonso publicó dos artículos en este periódico: el que estamos comentando y «Para los amigos provincianos y otros señores» del 30 de octubre del mismo año.

<sup>247</sup> ALONSO, María Rosa: «Viejo y nuevo pleito», *Altavoz*, La Gomera, 20 de septiembre de 1930.

<sup>248</sup> Ángel Valbuena Prat (Barcelona 1900 - Madrid 1977). Permaneció de catedrático en la Universidad de La Laguna desde 1926 hasta 1930; según David González Ramírez, «No existe otro período en la vida académica de Valbuena en el que se produjese una aleación química tan sólida entre geografía e historia literaria, entre la región que habitaba y el estudio de su patrimonio literario [...] el compromiso que adquirió con la lírica canaria no es parangonable con esporádicos trabajos en otra etapa de su vida». Desde la incorporación a su cátedra a sus veinticinco años, lograda por oposición, el joven se integró de forma plena en el grupo de jóvenes creadores de la isla, esto le llevó al estudio de la poesía canaria contemporánea. Valbuena trató de incorporarse a la vida cultural de las Islas: participó activamente en la revista vanguardista *La Rosa de los Vientos*, colaboró con los diarios *La Prensa* y *La Tarde*, intervino en conferencias en el Círculo de Bellas Artes y, «cuando publicó su libro *La poesía española contemporánea*, en 1930, dio relieve a un olvidado número de escritores canarios en las historias y

las obras de los dos primeros poetas canarios<sup>249</sup>: Cairasco de Figueroa y Antonio de Viana.

El tercer artículo de este bloque dedicado a la política es «Momentos históricos»<sup>250</sup>, a su vez, es el primero de María Rosa Alonso publicado en un periódico de la Península y de la misma ideología que el del Puerto de la Cruz, hablamos del periódico socialista *¡Adelante!*<sup>251</sup> de Teruel. El artículo está encabezado por una nota a modo de presentación: «En este número, comienza a colaborar la ilustre escritora María Luisa Villalba, que goza de gran prestigio entre las izquierdas de Canarias. *¡Adelante!* la acoge en sus columnas con entusiasmo»; estas palabras nos demuestran el eco que estaba consiguiendo nuestra joven periodista fuera de nuestras Islas. A continuación, *María Luisa Villalba* le dedica el artículo a don Juan Sapiña y Camaró<sup>252</sup>, con metáforas referidas al mundo teatral critica la facilidad con que algunos señores se han adaptado a la nueva situación política tras la caída del dictador. Dice que, a través del tiempo, los hombres se han impuesto por la revolución y la fuerza y hace un juego de palabras:

---

antologías de la poesía española del siglo XX» (GONZÁLEZ RAMÍREZ, David [2008]: *Historia y vanguardia. La aventura crítica de Ángel Valbuena Prat en Canarias*, Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife: 7, 9-10).

<sup>249</sup> VALBUENA PRAT, Ángel (1937): *Historia de la Poesía canaria*. Tomo I, Universidad de Barcelona, Facultad de Filosofía y Letras y Pedagogía: 13-14. El capítulo I de esta obra está dedicado a Viana y a Cairasco, de los que dice que son «... diversos como sus islas, temperamentos esencialmente opuestos, llevan dentro de sí raíz de raza, de localismo. [...] Uno y otro, en un momento en que apenas había diferencias locales (como no fuera en la escuela lírica sevillana) son esencialmente canarios, antes que todo, y por encima de todo; y ya presentan la rivalidad entre las dos islas, de un modo más acusado en Cairasco que en Viana».

<sup>250</sup> ALONSO, María Rosa: «Momentos históricos», *¡Adelante!*, Teruel, 27 de septiembre de 1930.

<sup>251</sup> *¡Adelante!*: (1930-1934) Periódico socialista turolense. El 22-II-1930 apareció en la ciudad de Teruel este primer semanario de la provincia que se define como socialista. Constaba de cuatro páginas y desde septiembre de ese mismo año se constituye oficialmente en el órgano de la Unión General de trabajadores y del Partido Socialista. Su confección venía a suponer gastos por valor de unas 75 ptas. por número. Su director fue Juan Sapiña. Durante 1930, año de transformación política, *Adelante* va a ser lugar de encuentro en la actuación conjunta de socialistas y republicanos turolenses. En sus páginas fue habitual la firma de Pedro Díez Pérez, catedrático de la Escuela Normal y dirigente socialista turolense (CASTILLO, S./ BARRÓN, I./ FORCADELL C./ GERMÁN L.G. [1979]: *Historia del Socialismo en Aragón. PSOE-UGT (1879-1936)*, Facultad de Ciencias Económicas y empresariales, Zaragoza). María Rosa Alonso publicó tres artículos en este periódico: el que estamos comentando, «Recordando» y «Lo que no puede olvidarse».

<sup>252</sup> Juan Sapiña Camaró (Valencia 1905 – México 1974). «Sapiña era catedrático de latín en un Instituto de Tarragona y tradujo al castellano la obra *De Monarchia* de Dante. También fue catedrático en el Instituto de Teruel. Allí se implicó en la fundación de la UGT y de la Agrupación Socialista de la ciudad. En 1930 fundó el periódico *¡Adelante!* Gracias a las elecciones municipales de 1931 consiguió ser elegido segundo teniente de alcalde del Ayuntamiento de Teruel. En las elecciones a Cortes Constituyentes de 1931 salió elegido diputado por Castellón. También, obtuvo acta de diputado en las elecciones de febrero de 1936. En la guerra fue nombrado director general de Minas y Combustibles (1937). Al terminar la guerra se exilió en Francia, aunque en 1941 pasó a México. En aquel país se dedicó a enseñar y traducir, llegando a ser subdirector de la editorial UTEHA. Murió en 1974» (MONTAGUT, Eduardo: <http://historiaideologias.blogspot.com/2011/08/juan-sapina-camaro.html> consultado el 09/12/2022).

«Unas veces por la razón de la fuerza y otras, por la fuerza de la razón». Hace un recorrido histórico desde la Edad Media, en la que dominaba la clase guerrera, ejemplificándolo en El Cid<sup>253</sup>, personaje que no se entiende sin Babieca y sin la Tizona, es decir, sin caballo ni espada. La Edad Media termina al implantarse el poder absoluto de los reyes y crearse los cargos palatinos y de gobierno, el Rey y la nobleza son el estado, esto permanece hasta 1789, en que hace su aparición la burguesía: «Que con la modalidad de capitalismo ha de constituir la clase explotadora que hoy oprime al pueblo». Como vemos María Rosa Alonso da una clase de historia a los lectores socialista, nombra a Araquistaín<sup>254</sup> que hablaba de «proletariocracia», que según el devenir de la historia le tocará gobernar. Termina con un mensaje muy claro: hay que acabar con los turnos, con la división de clases, pues el pueblo aún no ha hecho la revolución. Nuestra periodista se mueve en un tema que le apasiona, el político, ella define las clases para posicionarse al lado de los explotados.

El cuarto y último artículo de este bloque dedicado a la política, «Explotadores y explotados»<sup>255</sup>, está publicado en el periódico con el que ella colaboraba habitualmente, es decir, con el vespertino tinerfeño *La Tarde*. En esta ocasión nuestra periodista se centra en describir la penosa situación en la que se encuentran los

---

<sup>253</sup> Quizás nuestra joven periodista estaba influenciada por las ideas de Ortega, ya que éste partía de un concepto de sociedad nacional como «masa humana organizada, estructurada por una minoría de individuos selectos» y el problema de la época del Cid era que «las masas no quieren ser masas, cada miembro de ellas se cree personalidad directora». Pero Menéndez Pidal distingue los papeles de élite y masas, pues «no se trata de que el pueblo siga al hombre superior, sino de que éste se entregue al proyecto del pueblo», y así ve un ejemplo en Rodrigo Díaz de Vivar: «como en toda la vida del Cid, el egoísmo vanidoso del dirigente, la repulsión mutua de los preclaros hace flaquear la acción española más que la torpeza del vulgo». Es evidente que un personaje literario-histórico como el Cid ha sido estudiado y debatido desde muy diferentes ámbitos e ideologías (GALVÁN, Luis [2001]: *El Poema del Cid en España, 1779-1936: Recepción, mediación, historia de la filología*, Ediciones Universidad de Navarra: 206).

<sup>254</sup> Luis Araquistaín (1886-1959), periodista, ideólogo y político socialista español. En 1910 ingresó en el Partido Socialista Obrero Español (PSOE). En 1918 defendió el ingreso del partido en la Internacional Comunista, finalmente rechazado por el sector más moderado. En 1922, Araquistaín abandonó la militancia pública y se centró en la actividad intelectual. En 1930 se reincorporó a la actividad política: de nuevo en el PSOE, fue elegido diputado por Bilbao a las Cortes Constituyentes en 1931 y reelegido por Madrid en las elecciones parlamentarias de 1933 y 1936. En 1939 se exilió a México, donde continuó ocupando un puesto relevante en la ejecutiva del PSOE. Publicó varias obras, de la primera de ellas destacamos su idea sobre el proletariado y la guerra: «La clase obrera organizada ha llegado ya al convencimiento de que una guerra de agresión no sólo es injusta y condenable, sino que ella, como clase, nada sale ganando, como no sean cruces y lacitos por su generoso derramamiento de sangre. [...] ¿cómo se explica que la clase obrera alemana secundara con terrible unanimidad una guerra agresiva? No hay explicación más sencilla: es que la clase obrera alemana creyó y sigue creyendo que la suya no es una guerra agresiva sino defensiva. Los obreros alemanes tomaron las armas convencidos de que se les llamaba para defender a su país contra Rusia» (ARAQUISTAÍN, Luis [1915]: *Polémica de la guerra*, Editorial Renacimiento, Madrid: 295, 297).

<sup>255</sup> ALONSO, María Rosa: «Explotadores y explotados», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 3 de octubre de 1930.

trabajadores que están haciendo una carretera insular y la contraponen a la forma de vida del señorito, es decir, vemos muy bien reflejada la lucha de clases entre el explotador y los explotados. Vuelve al tema del artículo anterior, a la interpretación belicista de la historia; cita al escritor danés Valdemar Vedel<sup>256</sup> que ve la guerra como un factor predominante en la historia: en la Edad Media la clase predominante es la guerrera, que después adquirirá propiedades y tierras, así la nobleza de las armas es sustituida por la nobleza del dinero, por la burguesía. María Rosa Alonso cita fragmentos de un diálogo de Gaziél, para poner de manifiesto que el pueblo no se mueve solamente por dinero, sino que, además, le importa mucho la forma de gobierno y la libertad de expresión. Termina el artículo con una comparación entre la frase de un explotador que le dice al explotado que si no le conviene el trabajo que se marche, con la de María Antonieta<sup>257</sup> de que si el pueblo no tenía pan que comiera tortas, «Mas lo cierto fue, que las “tortas” se las tuvo que comer ella». He aquí, uno de los rasgos estilísticos de María Rosa Alonso: la ironía.

El 18 de octubre de 1930, *María Luisa Villalba* publica en su periódico habitual un artículo en el que deja reflejada la gran preocupación que siente por la cultura de su isla, ya que habla de un lugar emblemático para almacenar y difundir el saber de las personas. En «Las bibliotecas populares»<sup>258</sup> la periodista tinerfeña compara la Biblioteca Circulante del Ateneo de Gijón con la inexistente en Tenerife, a pesar del interés mostrado por parte de señores como Benítez Toledo<sup>259</sup>, Sosa Acevedo<sup>260</sup>,

---

<sup>256</sup> Valdemar Vedel (1865-1942) fue un investigador literario, que en 1888 ganó una medalla de oro por su tesis de Filosofía sobre la relación entre el derecho y la moral, siguiendo el idealismo ético de Kant. En 1895 fue nombrado profesor de historia de la literatura. Con una perspectiva europeísta comentó escritos sobre la Edad Media, el Humanismo, el Renacimiento, el Barroco y los clásicos franceses. Recopiló ensayos personales y críticos en *Humanity* (1920) y en *Leaders of the Eighties* (1923). Refleja una gran simpatía por un poeta y dramaturgo danés al que le dedica su obra *Holger Drachmann* (1909). La obra de vejez de Vedel, *Liv og Kunst* (1949), fue un tributo al arte como sustituto de la vida y como impulso de ésta: [https://denstordanske.lex.dk/Valdemar\\_Vedel](https://denstordanske.lex.dk/Valdemar_Vedel) (consultado el 12/12/2022).

<sup>257</sup> María Rosa Alonso adopta aquí el segundo de los juicios que, según Benedetta Craveri, durante el siglo XIX «estuvieron fuertemente condicionados por dos estereotipos contrarios: el creado por la Restauración, que la idealizó como una reina mártir, ocultando tras un velo de pudor y respeto todo cuanto pudiera resultar contradictorio con este icono sacro; y el de la soberana indigna, a la que se imputaron responsabilidades gravísimas, construido por la historiografía republicana y antimonárquica» (CRAVERI, Benedetta [2006]: *Amantes y reinas. El poder de las mujeres*, traducción de María Condor, Editorial Siruela, Madrid: 339-340).

<sup>258</sup> ALONSO, María Rosa: «Las bibliotecas populares», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 18 de octubre de 1930.

<sup>259</sup> «José María Benítez Toledo nace en Garachico (Tenerife) en octubre de 1896. Periodista, crítico literario y escritor prolífico se presenta como figura señera, injustamente olvidada, de la intelectualidad canaria de su época. Destaca igualmente como agente dinamizador de la vida social y cultural de su pueblo natal, en el que viviría hasta mediados de 1932; fijando a partir de entonces su residencia en la capital tinerfeña, donde pasaría a dirigir el periódico *Hoy*, fundado en julio de ese mismo año. Militante y



Rodríguez Moure<sup>261</sup> y Salvador Quintero por centros que difundan la cultura. Y para ilustrar todo lo dicho, María Rosa Alonso nos aporta la opinión de Rodríguez Moure que, en 1905 en su prólogo al libro de Viana, nos dice: «el cerebro isleño, atrofiado por los cálculos del mercantilismo y pervertido por el desmoralizado caciquismo político, solo siente entusiasmos por las letras de cambio y las letras de asiento». Cuando María Rosa Alonso escribe este artículo han pasado treinta años, pero ella siente que el cerebro isleño ha acentuado aún más esa mentalidad mercantilista y termina con un deseo revolucionario: «Precisa, para que el milagro se haga, alguien que rompa la ley. Unos cuantos fervorosos... Ahora bien, ¿existen?».

Después de este breve paréntesis en la que nuestra periodista nos brindó un artículo de cultura, vuelve al tema que en su primera época —teniendo en cuenta el

---

dirigente del Partido Republicano Tinerfeño, del que también fue, sin éxito, candidato a diputado nacional, se convertiría, en abril de 1931, en el primer alcalde de Garachico de la Segunda República española. Los acontecimientos de julio de 1936 le sorprenderían en la Península y los derroteros de la Guerra Civil le obligarían finalmente a exiliarse a Francia, saliendo, según el testimonio de su amigo y correligionario Elfidio Alonso Rodríguez, de Barcelona, ocupada por los franquistas a finales de enero de 1939, hacia París. No se supo nunca más de él y oficialmente se le dio por fallecido en 1948» (resumen del artículo de VELÁZQUEZ RAMOS, Cirilo: «Periodismo y política en el Tenerife del primer tercio del siglo XX. Memoria sin retorno: José María Benítez Toledo», en *El Periodismo y la Cohesión Territorial del Archipiélago*, actas Del I Congreso de Historia del Periodismo Canario, Celebrado en La Ciudad de San Cristóbal de La Laguna entre los días 20 de octubre y 5 de noviembre de 2010. San Cristóbal De La Laguna: Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife, 2010: 392-430).

<sup>260</sup> Florencio Sosa Acevedo (Puerto de la Cruz 1901 – Sevilla 1975) fue «una de las cabezas visibles del movimiento obrero tinerfeño», según nos cuenta Carlos S. Martín Hernández en el prólogo de la obra de Sosa Acevedo, *Destierro en el Hierro*. También «se le puede considerar como un destacado exponente de la llamada “generación de 1930”, y uno de los animadores del semanario *Decimos...*, publicación en la que colaboraron muchos de los que serían principales líderes del movimiento obrero durante el período republicano [...] Florencio Sosa que era maestro (abrió una escuela y una biblioteca en el barrio de Las Dehesas) destacó en esta revista con sus artículos dedicados a denunciar el estado deplorable de la enseñanza en la zona». En nota a pie de página nos aclara Martín Hernández: «La denuncia de la situación de la enseñanza en la zona y la reivindicación de un mayor número de escuelas, de la creación de bibliotecas circulantes y de la ampliación del tiempo de apertura de las escuelas por la noche para la enseñanza de adultos están en una serie de artículos titulada “Por las escuelas del Valle”» (SOSA ACEVEDO, Florencio [2006]: *Destierro en el Hierro*, Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife: 9-10).

<sup>261</sup> José Rodríguez Moure (1855-1936) nació y murió en La Laguna. Tras cursar sus primeras letras en la escuela primaria, continuó sus estudios en el Instituto de la ciudad de los Adelantados, obteniendo el grado de bachiller. Empezó sus estudios de Derecho en su ciudad, pero al cerrarse el centro donde los realizaba, va a Sevilla y allí obtiene la licenciatura en Derecho Civil y Cánónigo. Fue Presbítero, Beneficiado de la Catedral de La Laguna, insigne historiador y Cronista oficial de La Laguna, socio honorario de la Sociedad Económica de Amigos del País y presidente de Honor del Instituto de Estudios Canarios. Sebastián Padrón Acosta nos dice que Moure estudió y noveló a una de las figuras más interesantes de la historia canaria, al Vizconde de Buen Paso, que, además, es la mejor de sus trece obras literarias. Siguiendo al mismo autor, nos dice que el amor del Presbítero a La Laguna «era una fiebre lírica que le abrasaba. En La Laguna, Rodríguez Moure tuvo la categoría de una Institución. Para La Laguna fueron sus más íntimas finezas. Moure era el historiador, el cronista de la prócer ciudad. La Laguna que se desprende de los libros de Moure, diríase que es La Laguna típica que tantos poetas y escritores cantaron...» (Sebastián Padrón Acosta «La alegoría de Rodríguez Moure» (en AA. VV. [2015<sup>2</sup>]: *Póstumo homenaje al presbítero D. José Rodríguez Moure*, Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife, pág. 83- 98).

espacio de tiempo entre su primer artículo y el comienzo de sus estudios en Madrid— predominó en su quehacer periodístico: la política. Los dos siguientes artículos los ocupan sus inquietudes socio-políticas, muy propia de una joven inquieta a la que le preocupa mucho la situación que se vive sobre todo en sus islas, pero que también es consciente de que el devenir político en su Archipiélago es el reflejo de lo que acontece en el estado español y a nivel internacional.

El primer artículo de este bloque temático es el segundo que publica en el periódico gomero *Altavoz*; lleva por título «Para los amigos provincianos y otros señores»<sup>262</sup> en el que *María Luisa Villalba* expone, con un lenguaje un tanto poético, las quejas que en forma de cartas le llegan de las islas y de otras provincias españolas, porque «Toda nuestra política ha sido de ansias, de espera, de misericordia al dios de Madrid, mientras el dios de Madrid nos daba palmaditas a la espalda después de haberle nosotros, firmado el *cheque*». Afirma que la culpa de esto está en las mismas personas que se quejan ya que, salvo los jóvenes que no han podido intervenir en política, el resto de la población qué ha hecho hasta ese momento; ella se plantea muchas preguntas acerca de la actividad que han desarrollado los ciudadanos para seguir teniendo los caciques de siempre. Pide que se definan: «Que sepamos los que están y los que no. Que sepamos calidad y cantidad, y gritar» y refrenda las palabras que en 1926 pronunció Ortega en las que pedía que las provincias se pusieran en pie porque en manos de ellas estaba el renacer del estado. En este artículo nos encontramos con el mismo estilo de los primeros: muchas interrogaciones no siempre retóricas, oraciones y párrafos muy cortos... Es evidente que estamos ante un discurso escrito para mover conciencias porque todo en él tiende a la exhortación, cosa que no es de extrañar porque estamos ante un artículo muy político; nuestra joven periodista cree en lo que está escribiendo y anima a las provincias a luchar por las injusticias y la indiferencia que sufren por parte del poder central de Madrid.

En «Las dos oraciones»<sup>263</sup> *María Rosa Alonso* vuelve a publicar en su periódico habitual, *La Tarde*, aunque este mismo artículo había aparecido una semana antes en el periódico madrileño *Nosotros*<sup>264</sup>. Por primera vez en su periódico habitual, *María Rosa Alonso* no publica su artículo en la sesión de siempre —PARECERES— sino

---

<sup>262</sup> ALONSO, *María Rosa*: «Para los amigos provincianos y otros señores», *Altavoz*, La Gomera, 18 de octubre de 1930.

<sup>263</sup> ALONSO, *María Rosa*: «Las dos oraciones», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 31 de octubre de 1930.

<sup>264</sup> *Nosotros*: periódico satírico, político y literario; publicado en Madrid, desde el 1 de febrero de 1838 hasta abril de 1839. *María Rosa Alonso* publicó solamente este artículo en dicho periódico.

que lo hace en otra: PAISAJE DE TENERIFE, no sabemos a qué se debe este cambio de sesión. Pone de manifiesto el antagonismo entre un seglar y un eclesiástico: el primero es un caballero que canta a la libertad e incita al pueblo a luchar por sus ideas, mientras que el segundo aprovecha el púlpito para en sus sermones predicar «la magnificencia» de la Roma del Papa. La joven periodista habla de Ortega y sus palabras: «Porque de las provincias renacerá el Estado o no renacerá». Vuelve a referirse al «buen caballero», que les hizo un repaso por la historia de los monarcas: «desde los católicos centralistas hasta la alcoba de Isabel II»<sup>265</sup>. Niceto Alcalá Zamora<sup>266</sup>, que es el caballero aludido, demostró el contraste entre él y otros más jóvenes, que hablaron, pero no dijeron nada. Con las palabras de Antonio Machado<sup>267</sup>, «una monotonía de lluvia en los cristales», ella refleja la monotonía que se vive en su isla después de la visita del caballero, aunque a algunos jóvenes y sectores dignos se les vea deseos de avanzar. Nombra a Unamuno

---

<sup>265</sup> El catedrático de Historia Contemporánea, José Luis Comellas, nos ofrece una interesante biografía de Isabel II; él hace un análisis histórico tanto de la reina como de la sociedad de su época. En cuanto a los secretos a voces de su alcoba, que tantos ríos de tinta han hecho correr a través de la historia, nos llamó la atención un informe del nuncio Simeoni al secretario de Estado que después de ver las virtudes morales que poseía la reina, al exponer la parte negativa dice que radica exclusivamente en «su desmedido afán de buscarse intimidades masculinas». También Galdós, antiisabelino, comprendió a Isabel mejor que muchos de sus partidarios, haciendo uno de sus más perfectos retratos, por ejemplo, habló de la monarca en estos términos: «entre el pueblo y ella había algo más que respeto de abajo y amor de arriba». Fue la primera reina constitucional, que reinó y no gobernó, pues las decisiones eran tomadas por sus parlamentos y sus ministros (COMELLAS, José Luis [1999]: *Isabel II. Una reina y un reinado*, Editorial Ariel, Barcelona: 247, 253, 364-365).

<sup>266</sup> Niceto Alcalá-Zamora (1877-1949) fue el presidente de la Segunda República durante una de la crisis más grave y trágicas de la historia española, que produjo, entre otros episodios, la destitución el 7 de abril de 1936 del propio Alcalá-Zamora como presidente de la segunda República, que «entre 1931 y 1936 representó la más esperanzadora posibilidad de transformación democrática que España había conocido hasta entonces». La figura de Alcalá-Zamora para la caída de la dictadura y el establecimiento de la democracia fue fundamental, por ejemplo: «El paso que dio el 13 de abril de 1930 cuando, una vez caída en enero la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930) y reanudada plenamente la actividad política nacional, anunció en Valencia su adhesión al republicanismo, fue, según Miguel Maura, un paso decisivo en el camino del cambio de régimen [...] Acrecentó en progresión geométrica el entusiasmo popular por la República». En 1930 la vuelta a la situación anterior a la dictadura primorriverista parecía ya imposible, pero la caída de la dictadura trajo consigo la caída de la monarquía en 1931. (ALCALÁ-ZAMORA, Niceto [2011]: *Asalto a la República. Enero-Abril de 1936. Los diarios robados del Presidente de la segunda República*, prólogo de Juan Pablo Fusi, Editorial La Esfera de los Libros, Madrid: 9-11. MAURA, Miguel [2007]: *Así cayó Alfonso XIII. De una dictadura a otra*, edición y estudio preliminar de Joaquín Romero Maura, Marcial Pons, Madrid: 115).

<sup>267</sup> Estos dos versos —la primera palabra es fruto de un encabalgamiento— de Antonio Machado forma parte del poema titulado «Recuerdo infantil», concretamente es el número V de *Soledades*, que constaba de 42 poemas y fue publicado en 1903. Antonio Machado (1875-1939) fue el más joven representante de la Generación del 98, poeta, dramaturgo y narrador. «Siendo Machado en gran medida poeta del tiempo —no se apartó nunca del concepto de la poesía temporal—, muchos de sus poemas se elaboran sobre recuerdos, por el mecanismo de la memoria [...] Sencillos, claros, hondos —como él: “soñando caminos de la tarde”—, sus poemas nos concilian con las cosas tan divinamente, que es como si nos sintiésemos todos poetas al leerlos. Rara virtud de la poesía mejor, capaz de despertar en cuantos la leen una sensibilidad afín, subyacente y propicia» (LUIS, Leopoldo de [1975]: *Antonio Machado. Ejemplo y Lección*, Sociedad General Española de Librería, Madrid: 14, 246).

para decir que los estudiantes no deben esperar otro año para examinarse, ella aboga para que la juventud de Tenerife y otros que se sientan jóvenes, sigan luchando por sus ideales. En resumen, que, partiendo de las diferencias tan grande entre las dos oraciones, nuestra autora vuelve a su gran preocupación, la que nos comunica desde su primer artículo: la fe en esa juventud «que sabe lo que quiere y a donde va» —igual que una canción de nuestra época juvenil— para que esos caciques antiguos y otros, de los que solo pone iniciales, que tuvieron mucha culpa de lo que ha sucedido, no aparezcan nunca más.

En este artículo nos encontramos con una forma diferente, pues hasta el momento nuestra autora no había empleado párrafos tan largos; ha cambiado de registro, pues ya no se trata de exhortación a la lucha por algún ideal, sino que en esta ocasión plantea un tema filosófico, porque, a pesar de que la política esté presente, va más hacia la reflexión: hay una mezcla de historia, filosofía, política, arte... que da como resultado un artículo brillante, desde nuestro punto de vista. Es el segundo artículo que nuestra autora dedica al mundo de la cultura, en el que hay muchas referencias a teorías y autores para demostrarnos el porqué de la elección de su título. Aparece publicado en el mismo periódico con el que había colaborado habitualmente, salvo excepciones, a lo largo de este su primer año como periodista. En «Juliano y el presente»<sup>268</sup> nuestra escritora habla de épocas de transición y compara la del ocaso de la civilización antigua con la presente, salvando las distancias en cuanto a la magnitud entre una y otra. Hace una comparación entre el estado agónico del momento y los momentos históricos vividos por Juliano el Apóstata<sup>269</sup>; para él el recuerdo tenía más poder en su alma que la esperanza. En el siglo XIX nos encontramos con un intelectual que es «un griego a desatiempo», Óscar Wilde<sup>270</sup>, que se refugia en la decadencia

---

<sup>268</sup> ALONSO, María Rosa: «Juliano y el presente», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 5 de noviembre de 1930.

<sup>269</sup> Flavio Claudio Juliano, (Constantinopla, 331 - Mesopotamia, 363), fue un emperador romano, sobrino de Constantino I el Grande y uno de los pocos miembros de su familia que escaparon a la matanza que el emperador Constantino ordenó en el 337 para eliminar rivales a sus descendientes directos. Para Paul Veyne, Juliano el Apóstata fue «un alma piadosa del paganismo místico, teólogo pagano, tan supersticioso al menos como los cristianos de su tiempo, gran intelectual, buen prosista y filósofo menos bueno, fue también un general valeroso» (JERPHAGNON, Lucien [2010]: *Juliano el Apóstata*, traducción de Ana Herrera, Editorial Edhasa, Barcelona: 14).

<sup>270</sup> Son muy esclarecedoras las palabras de Ramón Gómez de la Serna sobre este interesante autor decimonónico que, nacido en Dublín en 1856, «visitaba la vida como una exposición. Para él todo estaba pintado de algún modo. No quería ver la realidad, y si en un mundo ya de por sí fantasmagórico se ve todo más fantasmagóricamente aún, la conducta pierde su más elemental ley de gravedad. ¿Dónde va este hombre? Lo que más se le puede desear es que no le salgan tropezones al paso, que se le aparten, porque él no sabe desviarse. Es el hombre perfectamente libre, pero no corre terribles peligros en una vida que

griega, en su originaria cultura alegre y sonriente, clara y tectónica; extraña a las sombras y nocturnos grises. Juliano se detiene escéptico ante el grupo de Laoconte<sup>271</sup>, en vez de contemplar la quieta y profunda sonrisa del Hermes praxitélico<sup>272</sup>. En la encrucijada de lo viejo está la Mitología y en lo nuevo alborea la cruz de Constantino<sup>273</sup>: las doctrinas del Nuevo Testamento. Añora lo viejo porque le acerca a Grecia, pero una época no vuelve porque lo quiera un hombre, por muy emperador que sea; ya lo dijo Hegel<sup>274</sup>: si una época ha realizado la misión del Espíritu para no volver no vuelve

---

para él no lo es. Que goce de su libertad mucho tiempo, y ya que su teoría —verdadera teoría refrescante— es que “lo mejor para salvarse de una tentación es caer en ella”, que las tentaciones en las que se caiga sean de las que la ley no castiga» (GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón [1968]: *Óscar Wilde*, Juárez Editor, Buenos Aires: 13-14).

<sup>271</sup> Nos ha resultado inevitable recordar aquí cómo este grupo escultórico, cuyos autores fueron Agesandro, Atenodoro y Polidoro de Rodas, según Plinio constituye la base de la filosofía de Lessing, puesto que en dicha obra escultórica «prima la poesía sobre la pintura —entendiendo aquí por poesía la épica y la dramática, sobre todo. [...] lo que no es exacto es la explicación que aquel autor da de los distintos modos como el Laocoonte del grupo escultórico y el virgiliano exteriorizan su dolor, el suspiro contenido de aquél y el *clamor horridus* de éste. No se trata de una mayor o menor capacidad de contener la expresión del dolor, sino de algo mucho más llano, de la distinta condición y de las distintas leyes de las artes en la que se representa la escena del sacerdote troyano atacado por un monstruo marino...» (LESSING, Gotthold Ephraim [1989]: *Laocoonte*, introducción y traducción de Eustaquio Barjau, Editorial Tecnos, Madrid: 23, 27).

<sup>272</sup> Esta escultura se fecha aproximadamente en el 330 a.C. Hermes lleva al niño Dionisos a que sea cuidado por las ninfas y hace un alto en el camino para darle un racimo de uvas y saciar su sed, momento que representa la escultura. «Pero Praxiteles ha relegado a un segundo plano el detalle anecdótico y tratado con manifiesta indiferencia la figura del niño. En realidad, lo que atrae y retiene la atención, es Hermes, el joven y hermoso dios, convertido por un momento en protector, prestándose a desempeñar el papel con una especie de altiva condescendencia. [...] Lo que es esencialmente de Praxiteles, es el buscado contraste sobre el libérrimo trabajo de la cabellera con la cuidadísima factura de las encarnaciones [...] Con este sutil modelado, todo matices, el rostro de *Hermes* no es el de un atleta en el que domina siempre la expresión de la energía física; es el de un hermoso efebo griego, que resume en sí la más refinada cultura, tanto del cuerpo como del espíritu» (COLLIGNON, Maximo [1948]: *Scopas y Praxiteles*, traducción de Miguel Solá, Editorial El Ateneo, Buenos Aires: 89, 90).

<sup>273</sup> Con el Edicto de Milán en 313, Constantino fue el primer emperador en detener la persecución de los cristianos y dar libertad de culto al cristianismo, junto con todas las demás religiones en el Imperio romano. Según la leyenda, una Cruz se le apareció a Constantino en el cielo, pidiéndole que sustituyera las águilas imperiales de las insignias de los soldados por la Cruz cristiana, de manera que con ese signo vencería. «La fundación de Constantinopla por Constantino en el 330 que fue concebido como Nueva Roma y futura capital de un Imperio Oriental, es la mejor prueba de que en la mente de los políticos más clarividentes estaba comenzando una nueva época. Oriente no sólo estaba separado de Occidente por la lengua, sino por la cultura, por las estructuras económicas y, en general, por un pasado histórico claramente diferenciado» (ACERBI, Silvia [2000]: *El Papado en la Antigüedad*, Ediciones del Orto, Madrid: 37).

<sup>274</sup> Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831) fue un filósofo del Idealismo alemán, llamado la «conciencia de la modernidad» y considerado como el más sistemático de los filósofos poskantianos. Relacionado con esta teoría de los cambios de época, nos dice Theodor W. Adorno que «se ha verificado en las fases históricas más recientes en una medida que constituye un dictamen sobre la tentativa de ajustarse a las circunstancias prescindiendo de la supuesta arbitrariedad de tal construcción [especulativa]: Hitler de acuerdo con su propia ideología y como alguacil tolerado de otros intereses más fuertes, salió dispuesto a exterminar el bolchevismo, mientras que su guerra ha proyectado sobre Europa la gigantesca sombra del mundo eslavo, mundo del que Hegel ya decía, lleno de presentimientos, que no había entrado aún en la historia; pero lo que le facultó a Hegel para ello no fue ninguna mirada histórica profética, sino esa energía constructiva que penetra en lo que haya sin por eso renunciar a sí misma en cuanto razón,

jamás. Pero cuando un anciano se da cuenta de que el Olimpo es un monte como los demás, y dice que los dioses no existen, pero existirán, es que se siente ya Dios en su locura y la Historia pone en su boca la frase claudicatoria de «Venciste, Galileo<sup>275</sup>». Y el mensaje que aprendemos de todo lo expuesto es que, en el momento en el que escribe nuestra joven periodista este artículo, después de la caída de la dictadura, «se intentaba inyectar a regímenes de gobierno sueros vitales y precisamente por galenos decrépitos, pensamos en la ausencia de sentido histórico de todos los Julianos que piden angustiados el milagro». En fin, que María Rosa Alonso no cree en esos cambios que se están dando, según los gobernantes, por mucho que personas como ella pidan un milagro para que se dé ese cambio real.

Cinco son los artículos de política que vamos a tratar: en estos meses antecesores a la llegada de la II República, nuestra autora no deja de publicar artículos en diferentes periódicos en los que va desgranando sus ideas acerca de cómo debería ser un Estado democrático, además de defender a ultranza la unión del proletariado a través de los sindicatos. Apenas han pasado dos semanas del primer artículo publicado en el periódico socialista portuense *Decimos...* y María Rosa Alonso publica otro en el mismo medio de comunicación, que lleva por título «Razón y fuerza»<sup>276</sup>, donde hace referencia a un incidente que tuvo lugar entre el director del periódico, don Lucio Illada<sup>277</sup>, y un representante local que lo abofeteó. La preocupación de nuestra joven

---

crítica y conciencia de la posibilidad» (ADORNO, Theodor W. [1969], *Tres estudios sobre Hegel*, Taurus, Madrid: 25-26).

<sup>275</sup> Galileo Galilei (1564-1642), a pesar de algunos tópicos sobre los filósofos, no fue un hombre apartado del mundo, encerrado en sus propios pensamientos, al contrario, su vida fue la de un luchador intelectual, un hombre que intentó desechar prejuicios milenarios. Su principal problema fue el de oponerse a las doctrinas aristotélicas, al saber dogmático de la tradición escolástica. Su visión ante la ciencia era la de tener un espíritu abierto para reconocer que son infinitas las cosas de la naturaleza, que permanecen desconocidas para el entendimiento humano. Su condena, según John Milton, fue debida a que se atrevió a pensar en astronomía de una manera distinta a como lo hacían los censores franciscanos y dominicos (GALILEI, Galileo [1987], *Carta a Cristina de Lorena*, traducción, introducción y notas de Moisés González, Alianza Editorial, Madrid: 11-15).

<sup>276</sup> ALONSO, María Rosa: «Razón y fuerza», *Decimos...*, Puerto de la Cruz, 12 de noviembre de 1930.

<sup>277</sup> Lucio Illada Quintero (1904-1940) fue natural de La Orotava; ya desde 1916 tenemos noticias de sus actividades públicas pues forma parte de la directiva de la Sociedad Instructiva Círculo Cervantes, dedicada al fomento de la cultura. En 1917 participa en la fundación de la Sociedad de Luchas Izaña Orotava, al mismo tiempo crea, también en La Orotava, el Centro Instructivo Obrero, el 12 de octubre de 1918. En 1921 es reclamado por el ejército español para su incorporación a filas y destinado al Norte de África, de donde deserta y se refugia en su casa para después partir hacia Cuba, de ahí regresa hacia 1927 y se reincorpora voluntariamente al ejército con destino en Tetuán, al regresar participa muy activamente en la reorganización de las clases populares del Valle. A partir de 1930 se dedica a la militancia política y sindical, siendo la figura central del socialismo en La Orotava. El 10 de agosto de 1930 sale a la luz el primer número del semanario *Decimos...*, impulsado y dirigido por Lucio Illada, que contribuyó al triunfo de las candidaturas republicanas y socialistas en los Ayuntamientos, que concurrieron a las elecciones de

articulista es ver reflejado en este acto lo que se lleva desde las altas esferas nacionales, es decir, utilizar una ley totalmente subjetiva que usa la violencia física contra los que defienden sus posturas a través de la razón. Ella recuerda unos versos de Jorge Manrique<sup>278</sup> para expresar su propio asombro sobre estos hechos y por la utilización de los puños que «son el recurso agónico del acorralado».

Sólo han pasado tres días y María Rosa Alonso publica su segundo artículo en el otro periódico socialista con el que colabora, el turolense *¡Adelante!* Con el título de «Recordando»<sup>279</sup>, la periodista rememora la labor del censor en la reciente dictadura, con una pregunta muy irónica y a través de metáforas nos invita a compartir una sonrisa de complicidad con sus apreciaciones. Siguiendo con los recuerdos, cita textualmente dos frases de Pío Baroja escritas en *El mundo es así*, en las que el autor vasco habla de lo que dicen algunos filósofos sobre el cierre de la sutura frontal del cráneo y de lo pronto que se le cerró a Lavarof<sup>280</sup>, a otros generales rusos y de otros países. También

---

1931 en coalición. Después de una intensa militancia política y sindical, incluso estuvo encarcelado en dos ocasiones, se incorpora a las filas del PCE. El 19 de julio de 1936 es detenido y encarcelado en una prisión flotante, de ahí lo llevan a Gran Canaria, más tarde a Villa Cisneros de donde se fuga hacia Senegal, ahí negocia con las autoridades francesas su salida hacia Marsella. De vuelta a España se instala en Valencia y después en Barcelona. Al finalizar la guerra vuelve a Valencia, allí es detenido y encarcelado, posteriormente lo trasladan a Tenerife donde se le somete a un consejo de guerra en el que se le condenó a pena de muerte y fue fusilado el 13 de enero de 1940 (HERNÁNDEZ, José Manuel [2012]: «Lucio Illada y las luchas obreras en el Valle de La Orotava», en LEÓN ÁLVAREZ, Aarón [coord.] [2012]: *La Segunda República en Canarias*, Le Canarien Ediciones, La Orotava, Tenerife: 347-384).

<sup>278</sup> Los versos manriqueños hacen referencia al *Ubi sunt?*, es decir, María Rosa Alonso al igual que el poeta medieval se preguntan sobre algo que ha desaparecido: en el caso de la tinerfeña por la «La ley objetiva, la constitucional hace tiempo que se perdió». Manrique habla de la caducidad de las cosas mundanas, desglosadas en: el paso del tiempo, la fortuna y la propia naturaleza efímera de lo terreno, el poeta se extiende a lo largo de personajes históricos, que al igual que nuestra autora se pregunta «por los Infantes de Aragón: “¿Qué se hicieron?”» Para María Morrás: «Manrique emplea de modo magistral este recurso, al que infunde valor renovado al renunciar al desfile interminable de personajes lejanos, conocidos solo a través de la fría erudición, que reemplaza por los poderosos que compartieron vida y afanes con el maestro y que muchos contemporáneos de Jorge Manrique y él mismo debían aún tener presentes» (MANRIQUE, Jorge [2003]: *Poesía*, edición, introducción y notas de María Morrás, Editorial Castalia, Madrid: 55-56).

<sup>279</sup> ALONSO, María Rosa: «Recordando...», *¡Adelante!*, Teruel, 15 de noviembre de 1930.

<sup>280</sup> Es muy esclarecedora la descripción que hace Baroja en el tercer párrafo de la primera parte de la novela citada, y que parece evidente que es la opinión que tiene María Rosa Alonso sobre los dictadores: «Todo el mundo tenía a Savarof como un muchacho de excelente carácter; pero cuando avanzó en su carrera y comenzó a mandar, experimentó una transformación bastante frecuente entre los hombres un poco calaveras: al llegar a la mitad de la vida y al verse revestido de autoridad se hizo despótico, brutal y puntilloso. Como no era inteligente, creyó que debía ser duro. Realmente esto de poder mandar era una cosa inmoral. De jefe se vio que Savarof, no sólo brillaba por su inteligencia o por su cultura, sino que se hacía cada vez más cerrado, más torpe, más militar» (Baroja, Pío [1973<sup>5</sup>]: *El mundo es así*, Espasa-Calpe, Madrid: 21). Además, queremos hablar de Sacha Savarof, que es la hija del general descrito anteriormente: Eva Orts Agulló nos dice que «podría considerarse como el equivalente femenino de Andrés Hurtado, dado que en su construcción cobra gran importancia la influencia espiritual de Schopenhauer [...] Durante la novela se plantean cuestiones de género propias de la época como el papel de la mujer en relación al matrimonio y la maternidad, el divorcio o las que atañen a su educación». Eva Orts en este artículo pretende demostrar a través de dos personajes femeninos, ambos protagonistas de

utiliza varias preguntas retóricas para hablar del reciente dictador y su censura férrea contra la «intelectualidad»; igualmente utiliza el mismo recurso retórico para hablar del «asalto» al Parlamento debido a la fragilidad de dicha institución; destaca la fecha del 13 de septiembre como en la que un general volvió a escribir con el sable los capítulos interrumpidos de la historia del siglo XIX en España. Este artículo es muy esclarecedor en cuanto a una época oscura de la Historia de España, que ella define como la salida de los galones del cuartel. Lo triste es que, en aquel momento, ella ni se podía imaginar que seis años más tarde volverían a salir los militares desobedientes, volvieron a sacar los espadones, con los que sembraron el terror durante más de cuarenta años, y parece que su sombra no se ha difuminado del todo.

Podemos comprobar la intensa actividad creadora de nuestra escritora a través de la publicación de sus artículos, pues al día siguiente del anterior aparecido en Teruel, ve la luz uno nuevo, «Líneas de una revolución»<sup>281</sup>, publicado en otro periódico de la Península; esta vez se trata de *Rebeldías*<sup>282</sup> de Utiel (Valencia). Dicho artículo comienza con una Nota de la Redacción, en la que con un lírico lenguaje se le da la bienvenida a la joven escritora tinerfeña «por sus crónicas de vigorosa idealidad». Atendiendo al título del artículo y al nombre de la publicación, es lógico que la autora comience hablando de las huelgas, de una obra de Máximo Gorki<sup>283</sup>, de Rosseau y de Voltaire. Tras transcribir un diálogo de la obra de Gorki, habla de la disconformidad de la clase estudiantil y del proletariado, y de lo que algunos llaman «mano de hierro» para cercenar todo afán de libertad; tengamos en cuenta la gran importancia del llamado teatro proletario en España y que una de sus consecuencias fue la adaptación de la

---

novelas barojianas, que Pío Baroja no es «un hombre misógino y un escritor que no se ha detenido en los personajes femeninos» tal y como la crítica lo ha considerado (ORTS AGULLÓ, Eva [2018]: «María Aracil y Sacha Savarof: dos protagonistas barojianas», *Esferas Literarias 1* Universidad de Córdoba, pp. 189-200).

<sup>281</sup> ALONSO, María Rosa: «Líneas de una revolución», *¡Rebeldías!*, Utiel (Valencia), 16 de noviembre de 1930.

<sup>282</sup> *Rebeldías*, periódico quincenal republicano librepensador, publicado clandestinamente en Utiel (Valencia) entre 1928 y 1931. Aquí publicó María Rosa Alonso sólo el artículo que estamos comentando.

<sup>283</sup> Máximo Gorki (1868-1936). Es mucho lo que se ha escrito sobre este escritor ruso, fundador del movimiento literario del realismo socialista, nominado cinco veces para el Premio Nobel de Literatura; pero nos ha parecido muy curiosa la descripción de Cristóbal de Castro: «Periodista, cuentista, novelista, dramaturgo, conspirador, viva y enardecida expresión de los afanes de su tiempo, es el hombre de las aldeas, el hombre de las *izbas*, el hombre de las ciudades, el hombre de los sotabancos, el hombre del tren, el hombre del cuartel, el hombre del hospital. Inquieta, otea, escucha, siente avanzar por todas partes el Dolor, como la res siente avanzar la jauría. Y como Asverush, bajo la mirada de Jehová, él, bajo la mirada del dolor, camina, camina...» (GORKI, Máximo [1921]: *Mi vida en la niñez*, prólogo de Cristóbal de Castro, editorial Caro Raggio, Madrid: 7-8).



novela *La madre* de Gorki<sup>284</sup>, autor muy conocido en España por las traducciones y por las adaptaciones llevadas al cine. El teatro era el espacio idóneo para representar este tipo de literatura que se centraba en la lucha de clase obrera, así los escritores republicanos se esforzaron por llevar a la escena un tipo de obra teatral proletaria. Piénsese en iniciativas similares llevadas a cabo por el Teatro del Pueblo o el teatro universitario de grupos como la Barraca o el Búho; generalmente se representaba en barrios obreros y en fábricas pues se dirigía específicamente a la clase del proletariado. No podemos olvidarnos de los viajes realizados a la Unión Soviética por intelectuales republicanos españoles, que conocieron personalmente en Rusia estas experiencias teatrales: Ramón J. Sender, Alberti o María Teresa de León, en esta mujer tenemos un buen ejemplo de la influencia del teatro proletario ruso con su obra teatral *Huelga en el puerto*. Y siguiendo el hilo del artículo, habla de Zulueta, que considera que la mano dura les interesa más a los poderosos que a los trabajadores y a los estudiantes, que protestan por las situaciones del momento. Más adelante describe la situación del lujo frente al hambre y la miseria, que daría lugar a la guerra: las cadenas se rompieron pues el continente era menor que el contenido; al romperse el orden establecido hace su aparición algo nuevo en la historia del Mundo, según Silva Hergoz<sup>285</sup>, pues Rusia era uno de los países que tenía menos posibilidades de dar este gran salto. También nuestra periodista cita textualmente algunas frases de Marx<sup>286</sup> sobre cómo llegar al socialismo,

---

<sup>284</sup> AZCUE, Verónica (2018): «En busca de un teatro proletario: *La Madre* de Gorki y el teatro español republicano», *Cultura de la República. Revista de Análisis Crítico*: 22-34.

<sup>285</sup> Jesús Silva Herzog (1893-1985): Economista, sociólogo, historiador y maestro universitario. Fue uno de los principales teóricos del desarrollo económico, prestigiado catedrático e investigador de la UNAM. Jesús Silva Herzog colaboró en la elaboración del primer plan de estudios de la licenciatura de economía en la UNAM; originario de San Luis Potosí. Fungió como Subsecretario de Hacienda y Crédito Público, actuó como consejero universitario y más tarde constituyó la Junta de Gobierno de la UNAM. Fue ministro de México en la antigua Unión Soviética y miembro de la Academia Mexicana de la Lengua y El Colegio Nacional. Es considerado el más importante historiador de la Revolución Mexicana. Obtuvo la Medalla Belisario Domínguez, además de alcanzar el rango de profesor emérito de la Máxima Casa de Estudios. Falleció en la Ciudad de México 14 de marzo de 1985; sus restos fueron inhumados en la Rotonda de los Hombres Ilustres el 14 de noviembre de 1988: <https://www.gob.mx/epn/es/articulos/jesus-silva-herzog-1893>.

<sup>286</sup> Karl Marx (1818-1883). Alemán de origen judío, junto a Friedrich Engels, es el padre del socialismo científico, comunismo moderno, marxismo y materialismo histórico. Sus obras más conocidas son el *Manifiesto del Partido Comunista* (en coautoría con Engels) y *El capital* (publicados los tomos II y III póstumamente). Para Rubel, «el problema de la “necesidad histórica” del socialismo es uno de los más controvertidos que hayan mantenido y alimentado la discordia en las filas de los ideólogos marxistas [...] Es lo que hizo Bernstein cuando formuló su concepción del socialismo reformista: como el capitalismo no está fatalmente condenado a la desaparición y como la situación económica del proletariado mejora, la lucha revolucionaria —que Marx vincula con la toma de conciencia de una misión histórica— se transforma necesariamente en una campaña en favor de reformas políticas y económicas, las que son consideradas capaces de transformar de manera gradual la sociedad capitalista en socialista» (RUBEL,

igualmente se refiere a los «Stalin<sup>287</sup>» por las heridas causadas en Siberia y terminan afirmando con rotundidad que hay «algo nuevo en la historia del mundo».

«Ayer, hoy y el cacique»<sup>288</sup> es el sugerente título con el que *María Luisa Villalba* nos ofrece la cuarta entrega de estos escritos políticos, esta vez en su periódico habitual y al mes de publicado el anterior. Más que un artículo nos parece estar leyendo una novela en la que se nos describe el espacio, pues aparecen una serie de elementos que nos reflejan las características del dueño de la estancia: *La Gaceta de Madrid*<sup>289</sup>, varios libros, uno de ellos lleva el nombre de su autor, Antonio Cánovas del Castillo<sup>290</sup> —aparece una anotación irónica en cuanto a la posible obra de Cánovas, pues ella deduce que no será *La campana de Huesca*<sup>291</sup>—, el «Diario de Sesiones» y el «Boletín

---

Maximilien [1974]: *Páginas escogidas de Marx para una ética socialista*, traducción de Marta Rojzman, Amorrortu editores, Buenos Aires: 27-28).

<sup>287</sup> Stalin (1878-1953). Político, revolucionario y dictador soviético, secretario general del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética desde 1922. Gobernó férreamente la URSS desde 1929 (año en que se erigió como sucesor de Lenin tras el exilio de Trotsky) hasta su fallecimiento en 1953. Stalin logró convertir la Rusia semifeudal en una potencia económica y militar capaz de contribuir decisivamente a la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). Lo anterior lo consiguió a través de una represión sanguinaria y de inmensos sacrificios impuestos a la población. Es muy interesante la opinión que sobre Stalin tiene el filósofo Colletti: «Stalin es, pues, “grande” en tanto que constructor de la emancipación del hombre, sino a la historia un gran estado (aquel estado que Lenin quería que se “extinguiera” rápidamente), constructor de una gran potencia. Grande como lo fue en su tiempo Pedro el Grande. Pero su grandeza no es tanto parte de la historia del movimiento obrero internacional como de la “prehistoria” de este que se está prolongando más allá de toda previsión; su grandeza no pertenece a la historia de las grandes potencias que se reparten el mundo, de la razón de estado, de las razas que se enfrentan entre ellas por encima de las divisiones de clase, a la historia dominada por la geopolítica» (COLLETTI, Lucio [1977], *La cuestión de Stalin y otros escritos sobre política y filosofía*, traducción de Francisco Fernández Buey y Angels Martínez Castells, Editorial Anagrama, Barcelona: 40).

<sup>288</sup> ALONSO, María Rosa: «Ayer, hoy y el cacique», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 20 de diciembre de 1930.

<sup>289</sup> *La Gaceta de Madrid* fue una publicación periódica oficial editada en la capital del Estado desde 1697 hasta 1936. Sería sustituida en la práctica por el denominado Boletín Oficial del Estado.

<sup>290</sup> Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897). Fue un político e historiador español, artífice de la Restauración y figura capital de la segunda mitad del siglo XIX. Para Javier Tusell: «Pocas figuras hay en la historia contemporánea española que tengan una biografía tan excepcional como la de Antonio Cánovas. Presente en los avatares nacionales desde las postrimerías del reinado de Isabel II hasta su asesinato en el verano de 1897, fue siempre figura de prestigio y, desde la restauración de la casa de Borbón cuya causa representaba, el dirigente político por excelencia. La Constitución de 1876 y el sistema político que imperó desde esas fechas al golpe de Estado del general Primo de Rivera están indisolublemente vinculados a su persona, medio siglo trascendental en el proceso de modernización de la sociedad, la economía y el estado español» (TUSELL, Javier y PORTERO, Florentino [1998]: *Antonio Cánovas y el sistema político de la Restauración*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid: 11).

<sup>291</sup> *La Campana de Huesca* es una novela histórica escrita por Antonio Cánovas del Castillo, cuando sólo tenía 24 años. Dos años después, el novelista se transforma en uno de los políticos más importantes del momento. Cánovas no volvería a dedicarse a la novela y la mayoría de la crítica ha hecho una valoración negativa de esta obra: El motivo central de la novela es una leyenda tradicional: la campana que el Rey Ramiro el Monje hizo con las cabezas de los nobles hostiles a él, una vez decapitados. Cánovas combina esta historia con la ascensión al trono de Aragón de Ramón Berenguer, Conde de Barcelona:

Oficial de la provincia». Además de la descripción, en la que ya se nos aportan suficientes datos para conocer el pensamiento y la actitud del «cacique»<sup>292</sup>, tenemos un diálogo que igualmente nos puede situar en el escenario de una obra teatral: a través de la conversación entre jefe y subordinado podemos comprobar la crítica que hace nuestra autora ante el tema que está tratando, es decir, la negación del patrón a que un obrero ejercite su derecho a la huelga. En este atípico artículo, en cuanto a la forma, nos encontramos la lucha de la clase obrera ante las mezquindades empresariales, pero no sólo se nos describe la posición del «cacique» ante el derecho a la huelga de los trabajadores, sino que, además, el relato de la actitud de dicho personaje deja patente la crueldad de este tipo de individuos, pues al no poder ejercerla contra el trabajador, se ensaña contra el pobre gato. En fin, es patente la crítica social que hay en este relato, ya que en su forma de enfocarlo tomamos partido inmediatamente por la clase obrera, o lo que es lo mismo, por un joven que se siente comprometido con la lucha sindical, que se siente parte de la clase proletaria. Su antagonista queda reflejado desde el primer párrafo, con la descripción que hace de los libros y papeles que están en su despacho ya nos está reflejando sus ideales políticos. Pero es que además de describirlo, a través del diálogo nos lo retrata como un explotador; al final se refleja su cruel personalidad al matar al gato, cuando en realidad lo que hubiese querido era apalearlo al joven trabajador.

Nos encontramos con el quinto y último artículo del bloque cuyo tema es la política, también es el tercero y último que publica nuestra autora en el periódico socialista portuense *Decimos...*, con el que estaba colaborando. A su vez, es el primero que publica en un año tan decisivo para la política española: empieza el año 1931 y con él una serie de acontecimientos históricos que marcarán una etapa crucial en el devenir político de nuestra autora, en particular, y de los españoles, en general. «Reaccionarios»<sup>293</sup> es el título con el que la periodista nos transmite su idea de lo que es un reaccionario, lo relaciona con alguien viejo, aunque también dice que hay jóvenes reaccionarios. Partiendo de una anécdota religiosa, relacionada con el quinto

---

[https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/una-novela-politica-la-campana-de-huesca-de-antonio-cnovas-del-castillo-0/html/01d7f566-82b2-11df-acc7-002185ce6064\\_2.html](https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/una-novela-politica-la-campana-de-huesca-de-antonio-cnovas-del-castillo-0/html/01d7f566-82b2-11df-acc7-002185ce6064_2.html) (consultado el 13/01/2023).

<sup>292</sup> Se denomina «canovismo» a la corriente política que tiene por fondo la implantación de un sistema representativo liberal tradicional y no revolucionario, similar al modelo británico de la época sostenido por la monarquía como elemento moderador. Cánovas del Castillo creía en el bipartidismo y en la alternancia en el poder, aunque ambos se asentaban sobre el caciquismo y la manipulación electoral: <https://datos.bne.es/persona/XX874937.html> (consultado el 13/01/2023).

<sup>293</sup> ALONSO, María Rosa: «Reaccionarios», *Decimos...*, Puerto de la Cruz, 4 de enero de 1931.

mandamiento, afirma que «Todo reaccionario de hoy fue ayer un progresista»; tal y como nos tiene acostumbrados aparecen personajes históricos como referentes para refutar lo que está escribiendo, concretamente en este artículo habla de Cicerón<sup>294</sup>, que pretendía la vuelta de César para salvar la República, el Senado y los Comicios. Vuelve al tiempo del relato y nos presenta una pregunta de Blanco Fombona<sup>295</sup> en la que él planteaba qué hubiera dicho el reaccionario Salavarría<sup>296</sup> sobre Bolívar<sup>297</sup>, si viviera en la actualidad, pues había realizado una apología del Libertador venezolano. Más

---

<sup>294</sup> Cicerón (106-43 a.C.) es una de las principales figuras del pensamiento occidental; con él la prosa latina alcanza su madurez y su lengua se convierte en un modelo de clasicismo. Escribió numerosas obras: discursos, tratados retóricos y filosóficos, cartas, poesía, traducciones... Pero, por encima de todo destaca su faceta de orador y político; María Rosa Alonso hace alusión a la época en la que Cicerón escribió los denominados «discursos cesarianos» (46-45 a.C.): en ellos el orador elogiaba vehementemente a César; en el texto 5 «no renuncia (sobre todo, en el *Pro Marcello*) a darle consejos sobre cómo administrar la paz, en su convencimiento de que todavía era posible restaurar la República» (BAÑOS, José Miguel [2000]: *Cicerón*, Ediciones Clásicas, Madrid: 17, 26).

<sup>295</sup> Rufino Blanco Fombona (Caracas, 1874 - Buenos Aires, 1944). Escritor y diplomático venezolano, una de las figuras más destacadas del modernismo en su país. Formado en Estados Unidos, marcado por las principales corrientes de pensamiento de su época (naturalismo, realismo, positivismo), elaboró una obra en la que alternan poemas y prosas, novelas y ensayos que se caracterizan por una firme voluntad de transformar su país e Hispanoamérica mediante el cultivo de la inteligencia y el conocimiento. Reivindica la dimensión literaria y política de la obra de Simón Bolívar, de quien editó las *Cartas* (1913, 1921, 1922) y los *Discursos y proclamas* (1913), así como una recopilación de ensayos sobre el Libertador en la que aparecían reunidos por primera vez textos de Juan Montalvo, José Martí y José Enrique Rodó, entre otros (1914). Es muy interesante la visión que tenía Blanco Fombona sobre la Historia: «La historia de la Revolución hispano-americana, de que me ocupo, no puede explicarse, exclusivamente, por motivos económicos, aunque éstos fueran uno de los factores. A los que tienen un concepto exclusivamente utilitarista de la historia, les digo que tienen razón; pero no toda la razón. El hombre es un compuesto de carne y de espíritu; tiene necesidades materiales y necesidades de orden espiritual. Luego no podemos prescindir en el hombre de la inteligencia; ni en la interpretación de la historia, de la psicología. A los que piensen que los pueblos son todo y las personalidades nada, les respondo: los pueblos son montes, pero los grandes árboles les crecen encima» (BLANCO FOMBONA, Rufino [1933]: *Camino de imperfección: diario de mi vida (1906-1914)*, Editorial América, Madrid: 280).

<sup>296</sup> Acerca del libro de Salavarría sobre El Libertador Bolívar, Eloy G. González nos dice que dicho libro es magnífico para exaltar los sentimientos irreductibles de una España conservadora. Pero que, para la justicia impasible, para la verdad serena, para la Historia positiva, requiere algunos reparos de cuenta, a manera de ejemplo, veamos lo siguiente: «De paso advertiré que cada vez que el autor de “Bolívar” tiene que mentar al General Arismendi, escribe invariablemente: el “mulato” Arismendi. ¿por qué, y dónde se ha documentado para escribirlo así? El “mulato” según la clasificación de castas que hace el mismo Salaverría a los comienzos de su libro, es el hijo de blanco y negro; y el General Arismendi procedía, por el linaje paterno, del mismo linaje de Salaverría, de ícor vasco en cepa criolla; en todo caso, el General vendría a ser un “mestizo”, jamás un “mulato”» (GONZÁLEZ, Eloy Guillermo [1976]: *Historias bolivarianas*, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas: 253, 257).

<sup>297</sup> Simón Bolívar (1783-1830): «Fue un revolucionario que liberó a seis países, un intelectual que debatió los principios de la liberación nacional, un general que libró una cruel guerra colonial [...] Su memoria se convirtió en inspiración para generaciones posteriores pero, al mismo tiempo, también en un campo de batalla. Para los historiadores liberales fue un luchador que combatió la tiranía. Los conservadores crearon a su alrededor un culto. Los marxistas lo rechazaron por considerarlo el líder de una revolución burguesa». El historiador John Lynch considera que: «Ha llegado la hora de integrar a Bolívar de forma más estrecha en estos nuevos estudios, de incorporar al Libertador a la vida social, económica, intelectual y política de la sociedad de su época y de analizar sus políticas relacionadas con las élites criollas, los mestizos, los negros, los indígenas y los esclavos» (LYNCH, John [2010<sup>2</sup>]: *Simón Bolívar*, Crítica, Barcelona: 7, 9-10).

adelante habla de «un tal señor Serra», que había escrito en el periódico *La Prensa*, ella compara a dicho señor con la mentalidad del Castillo de San Cristóbal y se pregunta: «¿En qué amigos se va a escudar un reaccionario, sino en el orden de un lápiz escarlata? Tan poco sentido histórico tiene este anciano como vosotros». Sigue hablando de *La Prensa* y dice que sólo defiende al capital privado y recuerda como apenas le dedicaron unas líneas al proceso contra Inocencio Sosa, que había firmado varias veces artículos en el citado periódico y como conclusión dice: «He ahí las aberraciones de la reacción». Estamos ante una María Rosa Alonso en el apogeo de su pluma política, en esta ocasión en un periódico del Puerto de la Cruz donde nuestra autora nos da una nueva lección de cultura y firmeza en sus ideas. Todo lo anterior ofrece una visión de total respeto a los demás, pues, a pesar de que no comulgue con ideas tan extremistas como las de la mujer que ofrecía a sus hijos a la muerte por los ejércitos pontificios, ella siempre respetaba las creencias religiosas, puesto que lo que hacía era respetar las tradiciones, y la religión formaba parte del acervo cultural de los pueblos.

«Dos siglos»<sup>298</sup> es el título del artículo aparecido en las páginas de una publicación peninsular, *Libertad*<sup>299</sup>. Después de dos meses de silencio en su actividad como periodista, *María Luisa Villalba* reaparece con un artículo de crítica literaria. Estamos ante un escrito denso, en cuanto a la cantidad de información y opinión que nos aporta, trabajado de una forma académica, es decir, nos aporta datos históricos junto con pinceladas de su parecer. Estamos muy lejos del artículo puramente político, lleno de interrogaciones retóricas y otros artificios literarios, para insuflar en sus lectores sus ideas en las que ella creía firmemente que iban a hacer de Canarias una región más culta y justa. Una vez más tenemos el genuino periodismo cultural de María Rosa Alonso, pues nos encontramos con muchos datos históricos y literarios. Comienza hablando de como un siglo no está formado exactamente por los cien años que nos indican sus cifras y pone como ejemplo el «Siglo de Oro» español, que abarcó no todo el siglo XVII y si el primer tercio del XVIII, pues una vez muerto Calderón<sup>300</sup> su influencia perdurará

---

<sup>298</sup> ALONSO, María Rosa: «Dos siglos», *Libertad*, Castellón, 17 de marzo de 1931.

<sup>299</sup> *Libertad* fue un diario republicano publicado en Castellón dese el 10 de octubre de 1930 hasta el 16 de julio de 1931. En esta publicación vieron la luz siete artículos de María Rosa Alonso.

<sup>300</sup> Teniendo en cuenta la admiración que sentía María Rosa Alonso por Ortega y Gasset, nos ha resultado muy interesante la relación que establece Luis Miguel Pino Campos en su artículo «Mito, pensamiento y fe en la obra de Calderón: la pervivencia de lo clásico», donde nos habla de las referencias que hace Ortega de Calderón en varias de sus obras. Vamos a destacar un fragmento relacionado con la temática que trata nuestra autora en este artículo: «La idea trascendente de los autos sacramentales de Calderón es aplicada en su obra *En torno a Galileo* (1933) cuando habla de lo que no se puede entender rigurosamente

hasta el primer tercio del siguiente siglo. Pero a ella le interesa hablar del siglo actual, de cómo en 1930 el siglo XX comienza a afianzarse, pues hay signos de una nueva conciencia en el país. Hay una frase que nos hace pensar en el cariz que van tomando las cosas: «Ser republicano solamente, se ha dicho con razón, es no ser nada», continúa hablando de la historia, partiendo de la Revolución francesa y de los diferentes vaivenes políticos en España, hasta la caída de la dictadura de Primo de Rivera. Es ahí donde comienza a hablar de las revistas llamadas de vanguardia; dice que no fueron tales, ya que eran de «minorías» y ella cree que no representaban lo nuevo, sino más bien representaban «un papel de sedimentos agitados». Fueron revistas, cuyo nombre representaban muchas veces un exponente de región, por ejemplo, la *Rosa de los Vientos*<sup>301</sup> de Santa Cruz de Tenerife. Después de la dictadura se han cambiado de literarias a revistas de política, siguiendo la llamada de Ortega y Gasset cuando en el tomo VI del *Espectador* les recomienda que tienen que ser menos provincianas. Ya dichas revistas, en el siglo XX, llevan nombres más dinámicos, emplea una bella metáfora para describir el cambio: «Al árbol seco, mástil liso del triste 98; incrédulo, angustiado, le nacen ahora verdes ramitas que anuncian fragante y bella flor». Enumera los nombres de esas revistas, que «con perihelio de nuevo atmósfera, ese egregio *El Sol* desde 1917 haciendo acto de una presencia de siglo XX y europea». Y termina el artículo preguntándose cómo reacciona la otra España, ante la certeza de que el siglo XIX ha terminado.

Después de este paréntesis temático, nuestra escritora vuelve a su periódico habitual, tras cuatro meses de «vacaciones», no sabemos si forzosas o no. Por segunda vez cambia de sección, después de dos artículos en la de siempre; ahora lo hace en *ÁLBUM ISLEÑO*, sin que sepamos los motivos que obedecen estos cambios de sección. Y

---

una época si no se entienden todas las demás, porque la historia es *sistema*, un sistema lineal tendido en el tiempo». Siguiendo las palabras de Ortega «el drama del hombre, que es, en rigor, un auto sacramental, un misterio —en el sentido de Calderón— es decir, un acontecimiento trascendente. Porque en la vida humana va incluida toda otra realidad, es ella *la* realidad radical, y cuando una realidad es *la* realidad, la única que propiamente hay, es, claro está, trascendente» (en AA. VV. (2001): *Calderón de la Barca desde la Modernidad*, Fundación Fernando Rielo, Madrid: 71-72).

<sup>301</sup> *La Rosa de los Vientos* fue revista literaria mensual que apareció el 1 de abril de 1927 por iniciativa de Juan Manuel Trujillo, con la colaboración de Agustín Espinosa García y Carlos Fernández del Castillo. Fue una revista notable en el panorama insular y español, una de las surgidas al calor de *Revista de Occidente* de Ortega y Gasset. Consiguió editar cinco números: los tres primeros en la tipografía Bethencourt Padilla; el cuarto en La Orotava, demorando su salida hasta diciembre de 1927; y el último en la imprenta Álvarez de Santa Cruz, en enero de 1928. Entre sus colaboradores figuraron Ángel Valbuena Prat, Elías Serra Ráfols, Leopoldo de la Rosa, José Pérez Vidal, Juan Rodríguez Doreste, Luis Benítez Inglott, Emeterio Gutiérrez Albelo, Pedro Perdomo Acedo, Ernesto y Carlos Pestana Nóbrega, etc.: <https://jable.ulpgc.es/larosadelosvientos> (consultado el 16/03/2023).

volvemos a encontrarnos con una serie de cinco artículos dedicados a la política, que comienza con «Autonomía»<sup>302</sup>, donde vuelve a hablarnos de representantes de la religión católica: concretamente recuerda una estampa costumbrista del Viernes Santo en la que el protagonista es un orador, se trata de Don Santiago, párroco de Valle de Guerra que, además de sus obligaciones como sacerdote, escribe en la revista *Gente Nueva*<sup>303</sup> en la sección «Chocheces de un párroco»; tal es su popularidad que incluso ha llegado al mismísimo parlamento español. María Rosa Alonso nos sigue contando las peripecias y el sermón, de Don Santiago, pero de repente cambia el registro y evoca a Ortega y Gasset, al citarnos las palabras del sacerdote pidiendo «que nos traten como a hermanos y no como a parias». Recuerda las palabras de don Nicolás Estévez<sup>304</sup> cuando dijo: «autonomía aislamiento celular dentro del organismo de la Nación», y la autora termina preguntándose cómo se estructuraría Canarias, autónomicamente dentro de un estado federal, y dice que la pregunta la va a dejar para después de las elecciones municipales «A ver si a modo de flor, se prende en el ojal». Al terminar de leer el artículo, nos quedamos con la duda de que si lo que dice del sacerdote así como el sermón es una hipérbole de María Rosa Alonso para llegar a lo que ella realmente

---

<sup>302</sup> ALONSO, María Rosa: «Autonomía», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 19 de marzo de 1931.

<sup>303</sup> *Gente Nueva*: Este semanario surgió en Santa Cruz de Tenerife el 9 de octubre de 1899. Tuvo como directores a José Palazón, su propietario, Adolfo Febles Mora y Manuel Delgado Barreto. Fue órgano de expresión de una nueva generación de escritores, entre otros: Ramón Gil Roldán, Antonio de Lara, Eloy Sansón, Nicolás Cáceres, Pedro Romeu, Ángel Antequera, Luis Rodríguez Figueroa, Miguel Sarmiento, José Cabrera Díaz, Ángel Guerra y Benito Pérez Armas. Contó con litografías de Ángel Romero y dibujos y caricaturas de Diego Crosa: <https://jable.ulpgc.es/gente-nueva> (consultado el 18/01/2023).

<sup>304</sup> Nicolás Estévez (1838, Gran Canaria – 1914, París): su padre era un militar progresista de origen malagueño y su madre de Tenerife de una familia de origen irlandés; aunque nació en Las Palmas, en su niñez y adolescencia pasó a residir en Santa Cruz de Tenerife. Poeta, traductor, periodista, historiador y político, en esta última faceta destaca por su lucha por la democracia y la justicia social. Ejerció una importante labor como diputado y ocupó los cargos de gobernador civil de Madrid y ministro de la guerra en cortos períodos de la república de 1873; fue un firme defensor del federalismo republicano pues creía firmemente que: «La autoridad y la libertad tienen que ser absolutas, sin lo cual no son ni autoridad ni libertad. Por eso las monarquías constitucionales son ineficaces y ridículas; por eso las repúblicas son inconsistentes. La idea de Libertad en el republicanismo gira en torno a la No-Dominación, la fraternidad y la virtud cívica. Es una libertad como contrapuesto a la servidumbre, una concepción política de la libertad. La no-dominación supone un desarrollo de las capacidades individuales, la fraternidad se demuestra en el discurso emancipatorio (que se concreta en el sufragio universal, soberanía popular, derechos como el de asociación, etc.), la virtud política o cívica se representa en la necesidad de participación en el foro público, el poder local recobra una importancia superior y donde el poder está controlado por los ciudadanos» (REYES GONZÁLEZ, Nicolás [2017]: *La República Federal y Nicolás Estévez Murphy: orígenes, desarrollo histórico y su vigencia actual. XXII Coloquio de Historia Canario-Americana* (2016), XXII- 165. (actualizado el 11/04/2023). <http://coloquioscanariasamerica.casadecolon.com/index.php/aea/article/view/10101>

pretende: defender la unión entre las islas, así como la autonomía del archipiélago y hacer valorar el lugar que ocuparían en un estado federal.

Teniendo en cuenta la temática del siguiente artículo, vamos a ver cómo estaba la situación del movimiento obrero en estos comienzos del siglo XX: es a partir de 1919 cuando hay un repunte de las organizaciones sindicales, la tendencia ideológica mayoritaria en Tenerife fue la anarquista, pues cinco sindicatos participaron en el Congreso de la CNT del año citado, mientras que en Gran Canaria predominarán los de ideología socialista; así se irá configurando el sindicalismo en Canarias que, junto al resto del Estado, desplazarán a las organizaciones de ideología republicana. Todo lo anterior se ve reflejado en la prensa, que va adoptando posturas más abiertas dando noticias y acogiendo opiniones acerca de los conflictos laborales: los periódicos «partidarios de la izquierda como *El Tribuna*, *El Socialista*, *la Voz Obrera* o *En Marcha*<sup>305</sup> juegan un importante papel de aliento de las posiciones obreras»<sup>306</sup>. Nos encontramos con un artículo político-sindicalista, dentro del más puro estilo que nos ha acostumbrado María Rosa Alonso cuando habla de política; pero si, además, esta aparece enmarcada dentro de la lucha de la clase obrera, reaparece la joven de espíritu combativo de sus comienzos periodísticos. El artículo que vamos a comentar está dedicado al último periódico nombrado en la cita anterior, «Para *En Marcha*»<sup>307</sup>; se trata de un periódico obrero quincenal, que ella ha enviado a sus amigos de la Península cada vez que ha llegado a sus manos, sus propias «manos de obrera»<sup>308</sup>, que como la de los

---

<sup>305</sup> «*En Marcha* fue el abanderado de la nueva, y última, oleada de publicaciones republicanas, semanario promovido por la Federación Obrera de Santa Cruz, en una fecha tan significativa como el 1 de mayo de 1930, esto es, cuando aún estaba la dictadura» (YANES MESA, Julio Antonio [1996]: «El periodismo republicano en Tenerife (1868-1936): alborada, plenitud y ocaso de una prensa política», en *Tebeto*: Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura, N.º 9, pág. 45).

<sup>306</sup> VV. AA. (2011): *Historia Contemporánea de Canarias*, Obra Social de la Caja de Canarias, Las Palmas de Gran Canaria: 257-258.

<sup>307</sup> ALONSO, María Rosa: «Para *En Marcha*», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 27 de marzo de 1931.

<sup>308</sup> Esta expresión nos ha traído al recuerdo un hermoso poema de Gabriela Mistral, «Manos de obrero», que forma parte del último libro publicado en vida de la poetisa chilena y, además, de su única obra editada antes en Chile que, en el extranjero, *Lagar*. En dicho poema podemos encontrarnos con el tema que trata María Rosa Alonso en el artículo que estamos comentando: la lucha de la clase obrera. Según palabras de Dorde Cuvardic: «la poeta chilena no sólo realiza un panegírico marxista del trabajo del obrero, a partir del desempeño laboral de las manos, en la más clásica iconografía de esta sinécdoque, símbolo de una clase social. Además, el poema de Mistral también destaca por la descripción de la dimensión material de las manos, por las marcas que produce el trabajo en su piel, en su superficie. La mano es huella o lugar de inscripción de las relaciones de explotación laboral. Por último, la mano cumple una función ética, solidaria, al satisfacer, con el producto de su esfuerzo, necesidades cotidianas de los sujetos sociales, como la protección y la ternura». También el autor del artículo nos ofrece la relación de las tres modalidades de la representación de la mano: «(la iconográfica, la estrictamente corporal o material y la ética) en el marco del discurso obrero occidental y de la representación del cuerpo



obreros y, siguiendo a Azorín<sup>309</sup>, eran manos de hacedor de obra. Alaba la lucha de la clase obrera pero no le gusta que los obreros beban tanto, hace varias preguntas que cree que deben ser contestadas por la Federación Obrera en la ciudad y en los pueblos del interior por compañeros más entusiastas y organizadores. Habla de que la prensa tinerfeña no nombra para nada a los periódicos de los obreros, a continuación cita a las mujeres porque cree que al hablar de las féminas lo está haciendo de ella misma; alaba a una obrera que escribe en el periódico sindicalista, Peregrina Armas, que invita a las demás mujeres a afiliarse al sindicato, pero sobre todo, admira la frase que Peregrina escribe de Marx, porque aunque la obrera sólo se sepa dicha frase del ideólogo, ésta le basta para saber que, si no lucha por sí misma, no se salvará. La periodista anima a los obreros a seguir luchando y escribiendo para los de su misma clase, pues no les hace falta que los lean los «snob», que son los que no tienen nobleza. Al final, siempre es la Historia la que fiscalizará las cuentas que ellos le tendrán que dar.

Los otros tres artículos de los cinco dedicados a la política, a los que nos habíamos referidos anteriormente, llevan el mismo título y están publicados en el mismo periódico peninsular, *Libertad*, durante tres días consecutivos: «La otra España I»<sup>310</sup>; aquí emplea la perspectiva de una mujer republicana que no comulga con esa España llena de tópicos y que desde un punto de vista político han sido tan fomentados. Hace un repaso por la historia de España, desde sus comienzos, es decir, desde las comunidades de Castilla y las germanías de Valencia hasta el desastre del 98, pasando por episodios y personajes históricos como la Edad Media, que según se ha dicho (y aquí emplea María Rosa Alonso su fina ironía) es donde estuvo en el origen de la libertad y no en la Revolución francesa y nada mejor para demostrar dicha libertad que observar los castillos que en la Edad Moderna se derrumban y son de los nobles y entre ellos el Rey. Habla de la realeza española: los grisáceos Austrias, los empolvados Borbones, hasta la Guerra de la Independencia que ella se pregunta ¿de quién?; después de hablar de todo lo relacionado con el 2 de mayo aparece un nombre propio,

---

en la poesía de Gabriela Mistral» (CUVARDIC GARCÍA [2013]: «Las manos como símbolo, huella física del trabajo y proyecto ético en “Manos de obrero” de Gabriela Mistral», *Filología y Lingüística*, 39 [1]: 93-103: <https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/filyling/article/view/13854/13156> (consultado el 23/01/2023).

<sup>309</sup> José Martínez Ruiz, (1873-1967), más conocido por el seudónimo de *Azorín*, componente de la generación del 98 y, según palabras de Camilo José Cela: «El maestro Azorín, artífice de lo menudo y de lo cotidiano, supo hacer primores de lo vulgar; [...] Ahora ya no se dan estos escritores, quizás porque nadie se atreve a asumir su papel de artista y discernidor de voluntades y actitudes montando al aire y haciendo equilibrios en la cuerda floja de la literatura» (AZORÍN [1983], *Castilla*, prólogo de Camilo José Cela, Editorial Incafo, Madrid: 7).

<sup>310</sup> ALONSO, María Rosa: «La otra España, I», *Libertad*, Castellón de la Plana, 31 de marzo de 1931.

Napoleón<sup>311</sup>, al que muchos vieron como representante del triunfo de la burguesía, que era la extrema izquierda, los que iban a ser gobernadores con una Constitución, pero que al final serían gobernados por un «deseado» Fernando VII<sup>312</sup>. Para Ortega y Gasset todo lo anterior fue nuestra suprema españolada. Habla de Juan Prim<sup>313</sup> que «retardó una hora que estuvo a punto de sonar»: este señor y Ramiro de Maeztu<sup>314</sup> le habían dicho a nuestro paisano Nicolás Estévanez que, si estaba loco por su empeño en sacar adelante una República con su correspondiente Constitución, la de 1873. De esta forma la Restauración se convirtió en una gran farsa, de modo que, aunque el país se hundía, había que conservar la tradición y se autoriza a Cánovas, como buen español del Ideario

---

<sup>311</sup> Napoleón Bonaparte (1769-1821) es uno de los grandes nombres en la historia de la humanidad y nada mejor que sus propias palabras para entender un poco su visión sobre la política y la historia: «Yo tapé la sima anárquica y puse en orden el caos. Limpié la Revolución, ennoblecí a los pueblos y reafirmé a los reyes. Excité todas las emulaciones, recompensé todos los méritos, ¡e hice retroceder los límites de la gloria! ¡Todo esto ya es algo! Y además, ¿sobre qué se me podría atacar que un historiador no pueda defenderme? [...] En fin, ¿será mi ambición ¡Ah! Sin duda, encontrará en mi la ambición, y mucha; ¡pero de la más grande y la más alta que quizá existió jamás! ¡La de establecer, de consagrar por fin el imperio de la razón y el pleno ejercicio, el goce entero de todas las facultades humanas! Y aquí, el historiador quizá se encuentre reducido a tener que lamentar que tal ambición no haya sido realizada, satisfecha» (SÁNCHEZ RON, José Manuel [2010]: *Ciencia, política y poder: Napoleón, Hitler, Stalin y Eisenhower*, Fundación BBVA, Madrid: 44).

<sup>312</sup> Fernando VII (1784-1833): llamado «el Deseado» y «el Rey Felón» conspiró contra sus padres, derogó la Constitución de 1812, reinstauró el absolutismo y tras su muerte estallaron las guerras carlistas. Se aferró al programa despótico, que le obliga a renegar de las ideas y valores ilustrados, de los que sí se habían servido sus antecesores, por ejemplo, Godoy, al encontrarse ya éstos agregados a la causa burguesa; esto queda demostrado en el retroceso que se experimenta en el vocablo ‘patria’ como puede verse en la conocida invocación fernandina: «vivan las cadenas, viva la opresión, viva el rey Fernando, muera la nación». Fernando VII restauró los privilegios eclesiásticos y nobiliarios o del Tribunal de la Inquisición; esto vuelve a repetirse cuando la Santa Alianza reponga al absolutista en el trono (ARTIME OMIL, Manuel [2016]: *España. En busca de un relato*, Editorial Dykinson, Madrid: 56-57, 69-70).

<sup>313</sup> Juan Prim (1814-1870): junto con Espartero fueron los dos generales españoles más populares del siglo XIX, además, se cree que fue el primer político español que supo comprender el valor de la imagen pública, y la aprovechó con acierto para apoyar su carrera política. Su mito pervivió en toda España después de su muerte, valga como ejemplo las palabras de Benito Pérez Galdós en *La desheredada*: «¡Ser Prim! ¡Ilusión de los hijos del pueblo en los primeros albores de su ambición, cuando los instintos de gloria comienzan a despuntar en el alma, entre el torpe balbucir de la lengua y el retoñar casi insensible de las pasiones!» (ANGUERA, Pere [2003]: *El general Prim: biografía de un conspirador*, Edhasa, Barcelona: 7-8).

<sup>314</sup> Ramiro de Maeztu (1874-1936): perteneciente a la Generación del 98, fue ensayista, novelista, poeta, crítico literario y teórico político. Considerado como el ideólogo más importante de la derecha española del siglo XX, su proyecto más ambicioso fue el de configurar una burguesía económicamente activa, que quedó adjetivado por el catolicismo clásico. Debido a su postura ideológica, pues buscaba una forma de separar a la burguesía del liberalismo económico, desde 1927 fue ultimando su combate contra los viejos amigos de *El Sol* y disputaba a Ortega la hegemonía filosófica y cultural de la España que se avecinaba. En 1931 empezó a dirigir la revista *Acción Española*, órgano del partido derechista del mismo nombre. En 1935 fue nombrado miembro de la Real Academia Española. Fue fusilado al comienzo de la Guerra Civil (VILLACAÑAS BERLANGA, José Luis [2000]: *Ramiro de Maeztu y el ideal de la burguesía en España*, Espasa Calpe, Madrid: 13, 411).

de Ganivet<sup>315</sup>, a «hacer lo que le dé la gana». España se hundió, y nuestra autora seguirá hablándonos de su historia al día siguiente.

Y cumpliendo lo prometido, el 1 de abril es publicada la segunda parte de «La otra España, II»<sup>316</sup>; en este extenso artículo nuestra periodista sigue con la historia de España, concretamente se centra en la época de Cánovas y de Castelar<sup>317</sup> para llegar al desastre del 98, no sin antes hablar del analfabetismo imperante en España, de la falta de opinión puesto que no había política verdadera. Aparece el nombre de MacKinley<sup>318</sup> y de doña Emilia Pardo Bazán<sup>319</sup>, a la que le preguntaron si creía en la guerra, en la que

---

<sup>315</sup> Ángel Ganivet (1865-1898): granadino y miembro de la Generación del 98, del que Cristóbal de Castro nos da la siguiente descripción: «Burgués, intelectual, hombre de su tiempo, no siente al pueblo como político, sino como artista. Por ejemplo, el sufragio universal, le subleva, como a un duque inglés o como un obispo español. En cambio, los cantos populares le embriagan, como a un gitano o a un “flamenco”». En cuanto a lo que hace referencia María Rosa Alonso en su artículo, en el Ideario nos encontramos con la primera definición de los españoles: «Soy de los que opinan que el hombre no apareció sobre la tierra hasta el período cuaternario; pero por excepción admito en España y particularmente en Granada, algunos hombres terciarios o sietemesinos prehistóricos. En España son precoces todas las manifestaciones de la vida y nuestras mujeres nos ofrecen todavía frecuentes ejemplos de generación precoz» (GANIVET, Ángel [1936], *Ideario español*, prólogo de Cristóbal de Castro y recopilación de José García Mercadal, Biblioteca Nueva, Madrid: 8, 17).

<sup>316</sup> ALONSO, María Rosa: «La otra España, II», *Libertad*, Castellón, 1 de abril de 1931.

<sup>317</sup> Emilio Castelar (1832-1899): político español, presidente de la I República (1873). Fue catedrático de Historia en la Universidad Complutense de Madrid, además fue reconocido como escritor, periodista, orador y académico; filosóficamente hablando era un Krausista exigente. Nos resultó muy pintoresco el retrato que le hace el periódico *ABC* en 1912: «Es el gesto elocuente de la raza. Simboliza nuestros romanticismos, nuestros ideales, todo nuestro lirismo secular, hechos verso. Habló para los siglos. Su voz apuesta, soberana, llena de brío, de majestad y belleza, fue como un clarín que llevó a todos los ámbitos del mundo el pregón de España. Sin Castelar, España hubiera escrito, pintado, hecho filosofía y ciencia, hubiera tenido una fuerte, intensísima vida interior, surgiendo de ella nuestro renacimiento; pero no hubiera hablado. Castelar es el grito heroico de un gran pueblo» (CASTELAR, Emilio [1964]: *Discursos y ensayos*, prólogo de J. García Mercadal, Editorial Aguilar, Madrid: 10).

<sup>318</sup> William McKinley (1843-1901): vigésimo quinto presidente de los Estados Unidos de América. Abogado de Ohio, ligado al Partido Republicano, fue elegido para la Cámara de Representantes en 1876. Ante la Guerra de Independencia de Cuba (1895-1898), mantuvo una postura de no intervención hasta que la explosión en La Habana del navío norteamericano *Maine* le decidió a apoyar la causa de los rebeldes contra la metrópoli española, como venían pidiendo mediante campañas de prensa importantes sectores de la opinión pública norteamericana. La consiguiente Guerra Hispano-Norteamericana (1898) puso fin a la presencia colonial española en Cuba, Puerto Rico y Filipinas y proporcionó a Estados Unidos la anexión de Puerto Rico, Filipinas y Guam, así como una influencia decisiva en Cuba: FERNÁNDEZ, Tomás y TAMARO, Elena. «Biografía de William McKinley». En *Biografías y Vidas. La enciclopedia biográfica en línea* [Internet]. Barcelona, España, 2004. Disponible en <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/m/mckinley.htm> (consultado el 9 de marzo de 2024).

<sup>319</sup> Emilia Pardo Bazán (1851-1921). Esta intelectual gallega fue novelista, periodista, ensayista, crítica literaria, poetisa, dramaturga, traductora, editora, catedrática, conferenciante e introductora del naturalismo en España. Fue una precursora en sus ideas acerca de los derechos de las mujeres y el feminismo, reivindicó la instrucción de las mujeres como algo fundamental y dedicó una parte importante de su actuación pública a defenderlo. En cuanto al tema del artículo que estamos analizando, vamos a resumir lo que dice José Manuel González Herrán en un artículo sobre la postura que la autora expone en una conferencia que impartió en París el 18 de abril de 1899: «La España de ayer y de hoy (La muerte de una leyenda)», en la que calificaba de «asfixiante la política vigente, con sus engranajes ministeriales y su caciquismo: de ahí la indiferencia popular, que ha aceptado resignada la reciente sangría de la guerra colonial y tiene como última salida la emigración». Tras ese lúcido panorama de los

nadie creía. Incluso se habla de León XIII<sup>320</sup> y su sobrino Pecci, dice que «un pueblo que no entendió a Wagner un años después, que no resistió a Shakespeare<sup>321</sup> en más de una función», se alegraba de ver al Papa intervenir en la contienda. Más adelante habla de Colón<sup>322</sup> y de Lepanto<sup>323</sup>, de *La Intrusa* de Mauricio de Maeterlinck<sup>324</sup>, de la voz de

---

males de la patria, concluye proclamando el sentido de su lección: «Para resumir: España, desde esta deshecha borrasca en que lo ha perdido todo, también ha perdido su leyenda [...] ¿qué va a ser de una España tan diversa de la que fantaseábamos? [...] Una exigua minoría, llena de celo, arrojando la general indiferencia, aspira a despertar las energías españolas, exponiendo sin temor la extensión del daño, y de reemplazar el ideal legendista por el ideal de la renovación, del trabajo y del esfuerzo [...] por medio de esta conferencia me asocio a su tarea patriótica (88-89)». Véase: GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel (1998): «Emilia Pardo Bazán ante el 98. [1896-1905]». En VV. AA: *El camino hacia el 98 (los escritores de la Restauración y la crisis del fin de siglo)*, pp. 139-153. Visor libros: Madrid.

<sup>320</sup> León XIII (1810-1903): El Papa León XIII fue cabeza de la Iglesia Católica desde el 20 de febrero de 1878 hasta su muerte, siendo el Papa de mayor edad en el cargo y el segundo más longevo en la historia después de Benedicto XVI como Papa emérito. León XIII se propuso recristianizar la sociedad y el mundo contemporáneo, para conseguirlo, decidió entablar relaciones con los diferentes gobiernos. Estaba persuadido de que la libertad de la Iglesia y su posible influjo dependían no tanto de la política sino de la vitalidad de las asociaciones y obras católicas. «Desde 1881 publicó cinco encíclicas que por su contenido dieron lugar años más tarde a otra: la *Rerum Novarum* (15 de mayo de 1891), centrada en la cuestión social, y origen del sobrenombre que se le dio después: “Papa de los obreros”. En ella rechazaba la lucha de clases como medio de solucionar la pobreza y la opresión. Resaltaba la dignidad y libertad de la persona, cuyo trabajo debía ser correspondido por un salario justo no sujeto exclusivamente a las leyes del mercado. El Estado, aunque no debía ser intervencionista, tenía que garantizar el uso adecuado de los bienes; dado que estos tenían en parte carácter social, debía haber procedimientos redistributivos adecuados que auxiliasen a los necesitados. El fruto de esto sería la paz social. El pensamiento de León XIII respecto a las asociaciones obreras era similar: protección estatal pero sin manipulación. Esta encíclica fue la base de la doctrina social cristiana, retomada por sus sucesores» (FERNÁNDEZ, Tomás y TAMARO, Elena [2004]: «Biografía de León XIII». En *Biografías y Vidas. La enciclopedia biográfica en línea*, Barcelona, España. Disponible en: [https://www.biografiasyvidas.com/biografia/l/leon\\_xiii.htm](https://www.biografiasyvidas.com/biografia/l/leon_xiii.htm) (consultado el 26/01/2023).

<sup>321</sup> Son muy interesantes las teorías del Rafael Ballester sobre Shakespeare y su conexión con el público, él cree que el dramaturgo inglés no fue un fabricante de «dramas de época» como los fueron los románticos, el siglo XIX apreció a Shakespeare en lo sentimental, pero sus dramas históricos no fueron muy celebrados por sus errores de detalle, sus famosos anacronismos y otras inexactitudes que constituyen a veces un enigma de interpretación. El crítico literario nos dice que el contacto de Shakespeare con el gran público produce a veces un estallido de discordancia. Un autor francés, Georges Pellisier, llegó a afirmar que Shakespeare era un mal escritor de remiendos teatrales, a base de una polvorienta preceptiva que no armonizaba con sus opiniones innovadoras y, según sus propias palabras: «El teatro shakespeariano aparece como un enorme farrago en el que brillan, dispersas aquí y allá, algunas escenas de primer orden». Volviendo a Ballester, nos dice que para la opinión vulgar Shakespeare tendría sólo la fama de un puñado de obras románticas y, en todo caso, de dramones sangrientos; pero él cree que todo lo anterior se debería a que los dramas históricos fueron poco leídos y las comedias casi ignoradas por ser intraducibles. Pensamos que, en general, toda esa crítica al teatro de Shakespeare se debe a la ignorancia de ese gran público que a fines del siglo XIX y con un conflicto bélico en su entorno, no quería o no podía valorar en su justa medida en gran teatro shakespeariano (BALLESTER ESCALAS, Rafael [1959]: *El historiador William XIX. (Ensayo sobre el espíritu del siglo XVI)*, Editorial Mateu, Barcelona: 9-11).

<sup>322</sup> Cristóbal Colón (1451 Génova – 1506 Valladolid): zarpó del pequeño puerto de Palos, frente a Huelva rumbo a Japón, China y las Indias, el 3 de agosto de 1492. En las Canarias, igual que en el Caribe, vivían pueblos que, hasta que conocieron a los europeos, desconocían el hierro, no poseían libros... Colón era un ferviente lector de literatura de viajes y un navegante hábil y riguroso; combinaba el conocimiento teórico y el práctico. Cuando encontró las islas Canarias, al ver el Teide escupiendo fuego recaló en La Gomera donde le proporcionaron agua, carne, madera y siguió rumbo hacia el descubrimiento de otra isla, esta vez en el Caribe, a las Bahamas, el 12 de octubre de 1492, aunque el almirante creyó que había llegado a

doña María Cristina<sup>325</sup>... En fin, que nuestra autora cuenta con mucha vehemencia aquellos días previos a la guerra colonial española para intentar salvar sus últimas posesiones de ultramar y de que la prensa no estuvo a la altura una vez terminada la contienda militar. Tal como nos tiene acostumbrados, aparece Ortega y Gasset, en esta ocasión recordando las melancólicas palabras que dijo en 1914 sobre el desastre del 98. Castelar y Sagasta siguieron con sus dimes y diretes, se comportaban como santos e incluso amenazaron al comodoro Dewey<sup>326</sup>. Como la ironía no suele faltar en los

---

Asia. Después Colón recorrió otras islas de las Bahamas hacia el sur hasta llegar a la isla de Cuba, y posteriormente a la Española (actual República Dominicana), volvió a España y, posteriormente realizó otros tres viajes al continente americano. Pero será el nombre del navegante Américo Vesputio el que recibirá el nuevo continente, gracias a su obra *Mundus Novus* publicada en 1503, concretamente, el cartógrafo Martín Waldseemüller en su mapa *Universalis Cosmographia* de 1507 acuñó el nombre de «América» en su honor como designación para el Nuevo Mundo (ABUFALIA, David [2021]: *El descubrimiento de la Humanidad. Encuentros atlánticos en la era de Colón*, Editorial Crítica, Barcelona: 37-39, 143).

<sup>323</sup> Después del desastre de Yerba en 1560, se emprendieron preparativos para la famosa campaña de Lepanto, se trataba de proteger las vulnerables costas españolas, sobre todo del Mediterráneo, así como para proteger la ruta marítima de los Países Bajos. También había que encontrar algún tipo de protección para las embarcaciones que se dirigían al Nuevo Mundo. Para proteger las costas españolas, el rey Felipe II invirtió en un ambicioso programa de construcción naval, que dio como resultado la flota más poderosa del Mediterráneo occidental. Todo lo anterior dio a España mucho peso para formar la «liga santa», cuyo resultado fue la victoria de Lepanto: «Fue un acontecimiento tan importante que hay que hacer hincapié en esto: Lepanto no solo fue la primera gran batalla naval en la que España participó, sino la última acción naval significativa de España en el Mediterráneo» (KAMEN, Henry [2022]: *Defendiendo España. Verdades y leyendas de nuestra historia*, Espasa, Barcelona: 179).

<sup>324</sup> Sobre esta obra nos dice Raimon Casellas: «Relatar el argumento es imposible, pues el drama del poeta belga no lo tiene; pero se pueden, en cambio, resumir, aunque sea pálidamente, las series de terribles emociones que, como letanías de torturas y suplicios, van pasando por el alma de aquella humanidad quimérica y angustiada, que con paso vacilante, tembloroso, transcurre por los poemas escénicos de Mauricio Maeterlinck». Fragmento del artículo: «*La Intrusa*. Drama de Mauricio Maeterlinck», publicado en *La Vanguardia* el 08/09/1893: <https://parles.upf.edu/llocs/liteca/biblioteca-la-intrusa-drama-de-mauricio-maeterlinck> (consultado el 27/01/2023).

<sup>325</sup> María Cristina de Habsburgo-Lorena o de Austria (1858–1929) fue la segunda esposa del rey Alfonso XII y madre de Alfonso XIII. Por vía materna guardaba parentesco con las familias reales española y austriaca, puesto que era tataranieta de Carlos III de España y bisnieta de Leopoldo II del Sacro Imperio Romano Germánico. Fallecido Alfonso XII, ejerció la regencia durante la minoría de edad de su hijo, el rey Alfonso XIII desde 1885 hasta 1902. Durante su regencia se produjo la Guerra Hispano-Estadounidense, en la que España perdió las últimas posesiones de su imperio en América y Asia. Veámos la descripción del conde De Romanones sobre este histórico personaje: «la vida de Doña María Cristina no ofrece curvas, ni claroscuro, ni altibajos, ni accidentes pasionales, ni episodios, ni anécdotas; su vida, y con esto adelanto su mayor elogio, es una línea recta, todo claridad, diáfana y sencilla. El camino derecho, limpio de dobleces y recovecos, constituye una virtud, pero no ofrece materia para suscitar el interés del lector, ¡que los dibujos trazados sólo con líneas rectas resultan pobres e infantiles!» (ROMANONES, Álvaro de Figueroa y Torres Conde de [1934<sup>2</sup>]: *Doña María Cristina de Habsburgo y Lorena. La discreta regente de España*, Espasa Calpe, Madrid: 7-8).

<sup>326</sup> George Dewey (1837-1917: almirante estadounidense, célebre por comandar la flota norteamericana que derrotó a la española en la bahía de Manila. Comenzó sus estudios militares en la Escuela de Norwich (New Hampshire), y en 1854 ingresó en la Academia Naval de Annapolis, donde se graduó en 1858. Tras servir en la fragata a vapor USS Wabash con destino en la flota del Mediterráneo, en 1861 regresó a la Academia Naval para obtener la graduación de teniente. Al estallar la guerra con España (abril de 1898) recibió la orden de capturar o destruir la escuadra enemiga; con tal objetivo se dirigió a Manila, donde el 1 de mayo se enfrentó y derrotó por completo a los buques españoles del almirante Patricio Montojo sin

artículos de María Rosa Alonso, cuenta como Don Emilio se había convertido en obispo bendiciendo a los héroes que lucharon en las colonias perdidas y que, aunque le cueste continuar por lo doloroso de los hechos a los que la España oficial tilda de «brillantes páginas» de nuestra historia, lo hará en la siguiente entrega del folletín.

Y continúa nuestra escritora con el relato del desastre del 98 en su tercer y última entrega: «La otra España y III»<sup>327</sup>. Empieza contando lo sucedido al almirante Cervera<sup>328</sup> pues nadie sabe dónde está después que partió del puerto de Cádiz; a continuación, habla de la jura de la Constitución cubana por parte del general Blanco<sup>329</sup>,

---

apenas sufrir bajas. Esta acción le valió el ascenso a almirante de la Armada, graduación creada por una Ley del Congreso, y el nombramiento como presidente del recién creado Consejo General de la Armada, cargo desde el que promovió la potenciación de las fuerzas navales. Su popularidad le llevó presentarse como candidato a la presidencia del gobierno, aunque finalmente abandonó. En 1903 fue elegido presidente del Consejo Conjunto del Ejército y la Armada, puesto que ejerció hasta su muerte: FERNÁNDEZ, Tomás y TAMARO, Elena. «Biografía de George Dewey». En *Biografías y Vidas. La enciclopedia biográfica en línea* [Internet]. Barcelona, España, 2004. Disponible en [https://www.biografiasyvidas.com/biografia/d/dewey\\_george.htm](https://www.biografiasyvidas.com/biografia/d/dewey_george.htm) (consultado el 9 de marzo de 2024).

<sup>327</sup> ALONSO, María Rosa: «La otra España y III», *Libertad*, Castellón, 2 de abril de 1931.

<sup>328</sup> Pascual Cervera y Topete (1839-1909) Almirante español. Tras completar su formación en la escuela naval, participó en numerosas acciones militares, tanto en el exterior como en el interior. En el año 1892, el gobierno progresista de Mateo Práxedes Sagasta lo nombró ministro de Marina, cargo en el que estuvo tan sólo unos meses. El 8 de abril del año 1898, con el cargo de contraalmirante, salió de Cádiz al mando de la Escuadra del Atlántico, rumbo a Cuba, con la misión de sofocar los brotes independentistas de la colonia. Cervera tenía una proposición más realista: consistía en reforzar y defender las Islas Canarias y la propia península en previsión de posibles ataques de la armada yanqui, pero su propuesta fue totalmente desoída por la Junta de Almirantes y por una gran mayoría del gobierno, imbuidos de un anacrónico patriotismo. Fue a Cuba, luchó, pero se perdió la batalla y con ella la última colonia española, junto con las Islas Filipinas, que ya habían caído el 1 de mayo del mismo año en poder de los norteamericanos. Una vez repatriado, en septiembre del mismo año, Pascual Cervera tuvo que sufrir un juicio militar por sus presuntas responsabilidades en el desastre colonial. Finalmente fue absuelto y publicó un libro de justificación sobre los acontecimientos coloniales, en el año 1899, titulado *Colección de documentos*. Desde el año 1901, desempeñó la jefatura del Estado Mayor Central de la Armada, para pasar a hacerse cargo de la Capitanía General de El Ferrol, desde el año 1905. En el año 1903 fue nombrado senador vitalicio por el gobierno presidido por Raimundo Fernández Villaverde. Ocupó dicho cargo hasta su muerte, acaecida en el año 1909. (FERNÁNDEZ, Tomás y TAMARO, Elena. «Biografía de Pascual Cervera y Topete». En *Biografías y Vidas. La enciclopedia biográfica en línea*. [Internet]. Barcelona, España, 2004. Disponible en [https://www.biografiasyvidas.com/biografia/c/cervera\\_y\\_topete.htm](https://www.biografiasyvidas.com/biografia/c/cervera_y_topete.htm) (consultado el 9 de marzo de 2024).

<sup>329</sup> Ramón Blanco y Erenas, marqués de Peñaplata, había tomado el mando supremo de Filipinas el 4 de mayo de 1893, anteriormente había estado en Filipinas en 1866 como gobernador de Mindanao, en donde había realizado una efectiva campaña para reducir a los moros de la laguna de Lanao por la que fue recompensado con el ascenso a capitán general del Ejército. Una vez comenzada la insurrección, las primeras peticiones al gobierno para que relevara a Blanco, fue por parte de la colonia española en Filipinas, sobre todo por la Iglesia, encabezada por el arzobispo de Manila. Nozaleda. También la prensa española, sobre todo los periódicos *El Imparcial* y *El Heraldo de Madrid* de tendencia independiente y demócrata, a los que Blanco había censurado, pedían el relevo del general. El gobierno nombra como segundo cabo de la Capitanía General de Filipinas a Polavieja, cosa que desagradó a Blanco puesto que ni siquiera fue consultado. «La tensión creada por el repentino nombramiento, junto con las diferencias existentes entre ambos en temas político-militares, hicieron la situación insostenible, hasta el extremo de que Polavieja presenta al gobierno la dimisión y vuelta inmediata a la Península. Pero el gobierno no lo

al ser establecido el gobierno autónomo en Cuba. Doña Emilia Pardo Bazán sigue siendo la voz de la España no «oficial»; compara la situación del momento con un drama de Echegaray<sup>330</sup> en el que todos están informados de la situación, menos el interesado, en este caso el Gobierno. Habla de los acontecimientos de Filipinas, nombra al general Agustín<sup>331</sup>, que por telegrama había informado de la delicada situación debido a la traición del indígena Aguinaldo<sup>332</sup> que se había aliado con Dewey. Castelar llega a hablar del caso «Maine»<sup>333</sup> y dice que todo el mundo sabía lo mal dirigidas que

---

acepta y le ofrece el mando absoluto. El día 9 de diciembre la *Gaceta de Manila* publicó el siguiente telegrama: “La reina al general Blanco: Acabo de nombrarle jefe de mi Cuarto Militar. -María Cristian”» (CASTELLANOS ESCUDIER, Alicia [1998]: *Filipinas: de la insurrección a la intervención de EE. UU. 1896-1898*, Silex, Madrid: 143, 175-77).

<sup>330</sup> Don José de Echegaray (1832-1916) fue el primer español galardonado con el Premio Nobel de Literatura de 1904, y según declaración de su secretario perpetuo, C. D. af Wirsén, para dicha concesión se tuvo en cuenta «una de las tradiciones dramáticas más fecundas de la literatura europea y la rara coincidencia de imaginación poética y erudición científica que se da en el eminente matemático, hacendista, ingeniero, dramaturgo y hombre de Estado español». Según Amando Lázaro Ros: «Echegaray, al escribir sus dramas, no se dejaba llevar sólo del instinto. Ya hemos visto que tenía sus propias teorías estéticas. Pero el gran secreto de su éxito estriba en haber comprendido que lo eterno en el teatro es su carácter de espectáculo, de acción, que los actores van desarrollando según el guion que les da el autor con su obra, para producir al espectador —si es un guion dramático— la emoción, la belleza dinámica emocional que ha ido a buscar al teatro» (ECHEGARAY, José [1964<sup>5</sup>]: *Teatro escogido*, prólogo de Amando Lázaro Ros, Aguilar, Madrid: 11, 41).

<sup>331</sup> Agustín Luque y Coca, (1850-1937) fue el ministro malagueño que aprobó la ley del servicio militar obligatorio, el militar ocupó la cartera de la Guerra en ocho ocasiones y fue dos veces director de la Guardia Civil. En 1893 ascendió a general de brigada y ese mismo año recibió el nombramiento de gobernador militar de Albacete; un año después lo fue de la región de Santa Clara (Cuba), desde marzo de 1895 operó eficazmente contra partidas de insurrectos levantados en armas en las zonas de Cienfuegos, Remedios y Sancti-Spiritus. Durante tres años luchó contra los insurrectos, por una acción de guerra fue promovido al cargo de general de división. Tras la pérdida de Cuba regresó a España y alcanzó el grado de teniente general, siendo nombrado capitán general de Andalucía: <https://www.diariosur.es/malaga-capital/201610/06/agustin-luque-coca-ministro-20161006193305.html> (consultado el 1/02/2023).

<sup>332</sup> Los precedentes de todo el desarrollo histórico de la Independencia Filipina y el estallido de la Guerra contra España (1898) remontan a los procesos de insurrección generados desde los años 90, entre ellos destacó la presencia de Aguinaldo, capitán municipal del Cavite Viejo, Katipunero, y con un importante número de seguidores, es el que inicia la auténtica campaña militar con actuaciones «de estado de guerra» en Manila, Bulacán, Pampanga, Tarlac, Nueva Écija, La Laguna, Cavite y Batangas. Gracias a él se expedirán los decretos al «pueblo filipino» anunciando la creación de un Comité Revolucionario que ejercerá el gobierno y la administración de justicia. Esta nueva organización se completará con una Asamblea de carácter consultivo que compondrán los delegados de cada comité municipal, junto a aquellos miembros del Comité Central. Además se constituirá una organización militar con Aguinaldo como General en Jefe del Ejército Revolucionario compuesto por más de 30.000 hombres en su mayoría guerrilleros armados precariamente (CAVA MESA, Begoña: «Vida cotidiana y sucesos históricos en Manila durante la Guerra Hispano-Norteamericana»: <https://hdl.handle.net/20.500.12285/coloquios/1062> [consultado el 31/01/2023]).

<sup>333</sup> El caso del «Maine»: desde 1895 se libraba en Cuba una sangrienta guerra entre las autoridades españolas y el movimiento independentista cubano, y a nadie se le escapaba que Estados Unidos estaba al borde de intervenir militarmente en favor de los insurgentes. El 15 de febrero, a las 21:40 horas, el Maine volaba por los aires. La Marina estadounidense creó una comisión para investigar las causas del hundimiento del Maine, los expertos enviados a Cuba, después de interrogar a los testigos y realizar sus propias pesquisas, elevaron un informe en el que observaban que «sólo la explosión de una mina situada debajo del buque» podía haber provocado tal destrucción. Aunque otros especialistas insistieron en la gran probabilidad de un accidente, la teoría de la mina se impuso como versión oficial estadounidense. El

estaban las escuadras yanquis. Lo positivo de todo esto fue la aparición de la generación del 98, ellos mismos se sentían acreedores de la Restauración, formaban parte de una clase media, pero querían estar al lado del obrero. Pero nuestra autora vuelve al desastre de ultramar y termina con palabras de Machado y una encendida defensa de ese «gran filósofo», empleando la ironía de un caballero que confundía «la filosofía moderna con el intrincado armazón del silogismo medieval», que fue Ortega y Gasset.

En estos tres últimos artículos comentados, María Rosa Alonso ejercita su periodismo cultural, pues nos ha dado una auténtica clase de historia de España; ahí está presente la gran comunicadora que fue a lo largo de su longeva vida, pues ya fuera impartiendo sus clases o escribiendo, sabía aportarnos todos sus conocimientos científicos y culturales. Con estos tres artículos, da la impresión de que nos está preparando para el gran acontecimiento que está al llegar y que será el puente que, a través de las turbulentas aguas que nos ha descrito, nos llevará al otro gran desastre a esa otra guerra mucho más cruenta que las coloniales, puesto que la lucha será de hermanos contra hermanos.

Y para descansar un poco de las guerras y de la política, el siguiente artículo que publica nuestra periodista es referente a la educación y a sus principales protagonistas, «Los maestros»<sup>334</sup>, publicado en el mismo periódico peninsular a dos semanas de su última entrega, aunque creemos que este artículo fue escrito con unos cuantos días de antelación, puesto que no hace referencia alguna a lo acontecido el 14 de abril. Tenemos que tener en cuenta que su madre era maestra, por lo tanto, nuestra periodista conocía perfectamente todos los entresijos de la profesión, a pesar de que se trate también el tema desde un punto de vista político, creemos conveniente situarlo entre los dedicados a los de enseñanza, puesto que dedica mucho más esfuerzo y espacio a hablar de la profesión docente que lo que habla de política. Tampoco podemos olvidarnos de su concepto de «periodismo cultural» pues estamos ante un claro ejemplo de ello. Empieza nombrando al semanario madrileño *Nosotros* en el que Carmen Conde<sup>335</sup> había hecho «unas certeras y atinadas observaciones» sobre los jóvenes que

---

informe llegó al Congreso de Estados Unidos el 29 de marzo y se convirtió en el pretexto directo para declararle la guerra a España el 25 de abril. Al grito de «¡Recordad el Maine y al infierno con España!», Estados Unidos liquidó en tres meses y medio la centenaria presencia española en América y Asia: [https://historia.nationalgeographic.com.es/a/explosion-acorazado-maine-atentado-o-accidente\\_12386](https://historia.nationalgeographic.com.es/a/explosion-acorazado-maine-atentado-o-accidente_12386) (consultado el 01/02/2023).

<sup>334</sup> ALONSO, María Rosa: «Los maestros», *Libertad*, Castellón, 18 de abril de 1931.

<sup>335</sup> Carmen Conde (1907-1996). También es muy interesante la apreciación acerca de la enseñanza, que nos da la maestra-poetisa en el periódico *República*, centrándola en la Universidad Popular que había sido



dedican su vida a enseñar. Al hablar de las escuelas Normales españolas hace referencia a Froebel<sup>336</sup> en una pregunta retórica y en tono irónico. En su reflexión habla de los maestros que se dedican solamente a repetir lo aprendido, sin que amplíe sus horizontes con el estudio y el aprendizaje autónomo. Alaba a esas viejas maestras de aldeas de su isla que tan buena labor han hecho con muchachas «que andan airoas, diligentes; que saben leer y escribir y algo más» y las compara con esos muchachos «torpes y zafios» que han tenido Maestro, pero que en realidad no han tenido ninguno: nos encontramos con una crítica de género, pues es evidente que ella defiende la labor de las maestras, pero no la que hacen los maestros. Siguiendo con su visión de los maestros, que no han sido lo suficiente bien preparados por el Estado para su función docente, describe la situación de pobreza en la que ejercen su trabajo y lo compara con la situación laboral de los médicos y Secretarios del Ayuntamiento, los que miran por encima del hombro al que pasa miserias para sobrevivir ejerciendo su magisterio de la forma más digna posible, y al que compara con «el jarro de la taza amarilla en el bazar», según nos cuenta Azorín en *Pueblo*<sup>337</sup>. Termina el artículo haciendo una pregunta que invita a la lucha: «Maestros españoles: ¿Cuándo os vais, también vosotros, a poner de pie?».

---

creada en 1931: «La Universidad Popular cartagenera será el medio de enlace entre la escuela del niño y el hogar. Hecha con el propósito de instruir a los adultos de la clase proletaria, ¿qué mejor ayuda que la suya podrá encontrar la escuela? Junto al hijo en pleno trabajo escolar, el padre no será un analfabeto, una barrera, sino que, aprendiendo a su vez, rompiendo su corteza exterior e interior, se convertirá en el mejor sostén espiritual del hijo. Educar a los adultos bellamente, casi sin esfuerzo por su parte, será tarea encomendada a las personas más indicadas. [...] Nada hay más humano que la perseverancia en alcanzar lo que mejor nos sirve para el progreso individual y colectivo [...] Todo esfuerzo merece atención. Cuando el esfuerzo es, además, desinteresado, ¿qué atención más grata no se le puede prestar que ayudarle a ser un acierto de concordia y de luz?» (LUIS, Leopoldo de [1982]: *Carmen Conde*, Ministerio de Cultura, Madrid: 10-11).

<sup>336</sup> Friedrich Froebel (1782-1852) fue un pedagogo alemán, discípulo de Rousseau y de Pestalozzi, estudió sobre todo la educación preescolar. Partiendo del principio de que la naturaleza puede manifestarse sin trabas, fomentó el desarrollo de los niños a través de ejercicios, juegos y cantos al aire libre. En 1837 creó el primer jardín de infancia. Es autor de *La educación del hombre* (1826). Se atribuye a Froebel «el mérito de participar en la renovación del dibujo clásico actuando no sólo en la escuela, sino también dejando sentir su influencia a través de su protagonismo indirecto en el mercado del juguete. Y aunque muchos puristas defensores del sistema de Froebel critiquen estas derivaciones como fuera del espíritu y la austeridad froebelianos, no por eso dejaron de producir nuevos efectos beneficiosos y muy generales» (BORDES, Juan [2007]: *La infancia de las vanguardias: sus profesores desde Rousseau a la Bauhaus*, Cátedra, Madrid: 23).

<sup>337</sup> AZORÍN (1930): *Pueblo. Novela de los que trabajan y sufren*, Biblioteca Nueva, Madrid: 49-54. A lo largo del capítulo VII, «Taza», describe este objeto, del que como conclusión dice: «De pronto, el rayo de sol que se concentra en la tacita amarillenta y la hace brillar con un resplandor maravillosos; el resplandor divino que tiene la caridad». Sobre este libro de Azorín nos encontramos con una reseña de la época, en la que May Gardner de la Universidad de Kansas destaca, entre otras interesantes aportaciones, lo siguiente: «Una novela de autor llama a esta incursión en campos socialistas, pero el lector buscará en vano un carácter o incidente específico. Ningún hilo narrativo une los distintos capítulos, cada uno de los cuales presenta a través de símbolos, imágenes o contrastes descriptivos las sensaciones del autor al observar los

Y llegó una fecha muy importante para los españoles, el 14 de abril de 1931, sobre todo para aquéllos que habían deseado para su país una República; por segunda vez se instaura este tipo de gobierno en España. En cuanto a nuestra joven periodista, ya sabemos de su ideología política a través de sus artículos; además, tampoco podemos olvidar que en enero de ese mismo año su hermano Elfidio<sup>338</sup> había sido elegido presidente de la Juventud Republicana, por lo tanto, en su hogar se vivía la euforia del advenimiento de la II República, que queda reflejado en el siguiente artículo: «Ha terminado el siglo XIX»<sup>339</sup>, en el que, después de un breve paréntesis temático, vuelve a hablar de política, así como en los dos siguientes artículos. Antonio Machado es el poeta en el que se inspira nuestra periodista para decirnos que el alba ha entrado por el fondo de los sueños de los hombres del 98, pero no sólo la primera luz del día, sino también la primavera ha llegado, o lo que es lo mismo, la República. Siguiendo su costumbre de nombrar a personajes involucrados con el relato que nos brinda, aparecen hombres que han hecho posible este importante acontecimiento, que representan el trabajo, la inteligencia y la decencia nacional: Fernando de los Ríos<sup>340</sup>, Marcelino Domingo<sup>341</sup>, Albornoz, Prieto<sup>342</sup> y Largo Caballero<sup>343</sup>. Habla del fin de siglo, cuando se

---

diferentes aspectos del mundo de trabajadores sin nombre que son sus protagonistas» (GARDNER, May [1931]: *Book Abroad*, vol. 5, N.º 4: 381).

<sup>338</sup> Para el historiador canario, Miguel Ángel Cabrera Acosta, la Juventud Republicana se convirtió en la sección más activa del republicanismo en Tenerife, pues fue el nexo entre éste, la clase obrera y la *Generación de 1930*: «A partir de enero de 1931 su nuevo presidente es Elfidio Alonso y a la organización juvenil corresponde trazar buena parte del camino que el partido recorre hasta el 14 de abril, fijando las premisas programáticas que lo guían y elaborando lo esencial de su política de atracción del movimiento obrero, de la mano del cual proclamará la II República en la capital tinerfeña» (CABRERA ACOSTA, Miguel Ángel [1991]: *La II República en las Canarias Occidentales*, Cabildo Insular, El Hierro: 57).

<sup>339</sup> ALONSO, María Rosa: «Ha terminado el siglo XIX», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 22 de abril de 1931.

<sup>340</sup> Fernando de los Ríos (1879-1949), figura destacada del pensamiento socialista español, catedrático de Derecho en la Universidad de Granada, —donde fue profesor de Federico García Lorca, además de gran amigo y protector, las familias de ambos estarían siempre ligadas por lazos de amistad y de parentesco—. «Como político logró poner en práctica aspectos importantes de sus ideales: por ejemplo, como ministro de Justicia destacó, entre otras cosas, por nombrar por primera vez a una mujer, Victoria Kent, en la Dirección General de Prisiones en 1931; dio a la mujer acceso a los Registros y al Notariado y su Ministerio estableció la libertad de cultos, el divorcio y el matrimonio civil. Más tarde, como ministro de Instrucción, su actividad reformadora sería de suma importancia, en los años republicanos en que mayor esfuerzo se hizo por la escolarización y por erradicar el analfabetismo» (VIÑAS, Ángel [2010]: *Al servicio de la República*, Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación: Marcial Pons, Madrid: 157).

<sup>341</sup> Marcelino Domingo (1884-1939), maestro, periodista y político español fue varias veces ministro durante los gobiernos de la Segunda República. Podemos deducir lo que para él representaba este tipo de gobierno cuando, refiriéndose a Francia, cita las palabras de Herriot en las que decía que la República parlamentaria defiende el derecho al voto, a la reunión, a pensar y a expresarse; igualmente defiende el derecho a la educación, a elevar la condición intelectual de la mujer; concede toda clase de beneficios al campo, ofrece a los trabajadores el medio de defender y extender legalmente sus derechos, procura ir a la destrucción de la guerra por el arbitraje y a la justicia social por el impuesto sobre la renta. Marcelino

perdió Cuba y Filipinas, lo compara con *La Intrusa* fúnebre de Maeterlinck; dice que España sobrevivió gracias a Ortega y Gasset y a la generación del 98, pero con la llegada de la República y según la teoría que nos dio en otro de sus artículos<sup>344</sup>, el siglo XX comienza en 1931. Sigue hablando de los estragos de la dictadura, pero ahora «España ha entrado en la mejor categoría de naciones europeas» y en la misma línea del discurso dice que la vieja España ha muerto y que cuando se consolide la República veremos incluso sus defectos. El último párrafo del artículo es amargo ya que, aunque haya un nuevo Estado, ella por su condición de mujer tendrá que seguir sufriendo discriminaciones: «Mi lugar es el de una muchacha que no puede salir de casa sin licencia de su padre, y que en el caso peregrino de tener caudal para adquirir un palacio no lo podrá comprar tampoco, sin la licencia de su padre».

A la semana siguiente aparece el segundo artículo, de los tres que habíamos anunciado, dedicado a la política: «Lo que no puede olvidarse»<sup>345</sup> es el tercer y último artículo publicado por *María Luisa Villalba* en el periódico turolense, *¡Adelante!* Tenemos en este artículo a una María Rosa Alonso en estado puro dedicada a la política en su actividad periodística. Tengamos en cuenta que está escribiendo para la celebración del 1 de mayo y en las páginas de un periódico que representa al colectivo sindicalista del socialismo turolense, tanto en su vertiente sindicalista (UGT) como en la política (PSOE). Es un artículo más corto de los que nos tiene acostumbrados, pero no

---

Domingo también cita las palabras de Pi y Margall en las que decía que entre los beneficios de la República consideraba fundamental que, en la evolución de las sociedades creaba «autoridades temporales, permitía la renovación de la institución sin necesidad de destruirla por chocar la permanencia de la persona que la representaba con las exigencias de la sociedad» (DOMINGO, Marcelino [1928<sup>2</sup>]: *Libertad y autoridad*, Editorial Morata, Madrid: 404-406).

<sup>342</sup> Indalecio Prieto (1883-1962), político socialista, ministro de Hacienda, Obras Públicas, Marina y Aire, y Defensa Nacional durante la Segunda República. Fue un líder centrista «profundamente españolista y compartía afanes regeneracionistas con la clase política posterior a la crisis del 98. Se había definido como “socialista, a fuer de liberal” y tenía una enorme capacidad de trabajo y de iniciativa política. Era un pragmático dentro de un radicalismo democrático con el que se identificaba la izquierda nacionalista, liberal u obrera» (MATEOS, Abdón [2005]: *De la guerra civil al exilio, Los republicanos españoles y México*, Biblioteca Nueva, Madrid: 111).

<sup>343</sup> Largo Caballero (1869-1946) fue un sindicalista y político marxista español, histórico dirigente del Partido Socialista Obrero Español y la Unión General de Trabajadores. Desempeñó la presidencia del Consejo de Ministros de la Segunda República entre septiembre de 1936 y mayo de 1937. «Representó un tipo de liderazgo sindical y político que la evolución posterior del proletariado haría ya imposible. Vivió la última época de la evolución global del proletariado español anterior a la *sociedad industrial* [...] Largo Caballero fue un líder obrero de ejecutoria ciertamente excepcional en su propio mundo histórico y con más razón sería inconcebible en el mundo político y sindical posterior. Y lo más relevante en ello es si duda la inextricable dualidad de su liderazgo *sindical y político* a un tiempo» (ARÓSTEGUI, Julio [1990]: *Francisco Largo Caballero en el exilio. La última etapa de un líder obrero*, Editorial Fundación Largo Caballero, Madrid: 15-16).

<sup>344</sup> Véase el artículo «Notas de una Revolución», nota 283.

<sup>345</sup> ALONSO, María Rosa: «Lo que no puede olvidarse», *¡Adelante!*, Teruel, 30 de abril de 1931.

por ello menos intenso, pues defiende con pasión los ideales en los que cree firmemente. Con un lenguaje dentro del registro sindicalista y partiendo de una anécdota que tiene como protagonista al secretario del Sindicato Nacional Ferroviario, Trifón Gómez<sup>346</sup>, y a un trabajador que pronuncia una palabra clave: *Miedo*, la joven periodista habla sobre el temor que sienten muchos trabajadores a la hora de decidir asociarse, puesto que temen perder sus puestos de trabajo y a las posibles represalias por parte de la patronal, al enterarse de que están afiliados a un sindicato. Para ella son claves las palabras de Ortega y Gasset: «para que no se altere el orden público en España se renuncia a atacar ninguno de los problemas vitales de ella». Nos llamó poderosamente la atención la expresión latina con la que termina el artículo: «Delenda es Morarchiam», además también nombra a los «cartagineses»: a pesar de que por el contexto se entiende el significado de la frase, investigamos el contexto histórico de tan interesante expresión, encontrándonos con la sorpresa de que en los actuales acontecimientos políticos se sigue empleando la frase latina<sup>347</sup>.

Y para completar la triplete de artículos de temas políticos, al que hicimos alusión, tenemos «La cigarrera»<sup>348</sup>: esta vez su escrito aparece en una publicación tinerfeña, *En Marcha*, es el único artículo de nuestra escritora en este periódico obrero.

---

<sup>346</sup> Trifón Gómez (1889-1955) fue diputado y dirigente socialista. Desde los 14 años comenzó a trabajar como aprendiz de tornero en los talleres de ferrocarriles, a la vez que completaba sus estudios obteniendo el título de perito mecánico. En 1909 se afilió a la UGT y a la Agrupación socialista de Valladolid. A partir de 1915 ocupó el cargo de secretario del Sindicato Ferroviario del Norte, desde el que organizó la huelga general de agosto de 1917, motivo por el que hubo de exiliarse en París, allí permaneció hasta septiembre de 1918, año en que regresó a España, instalándose en Madrid y dándose de alta en la Agrupación Socialista Madrileña. Inmediatamente fue nombrado secretario general del Sindicato Nacional Ferroviario, puesto en el que permaneció hasta 1934. Desde 1921 y hasta su muerte perteneció al Comité Ejecutivo de la Federación Internacional Obrera del Transporte. En las elecciones de abril de 1931 fue elegido concejal del Ayuntamiento de Madrid. En él presidió la Comisión de Hacienda y fue nombrado teniente de alcalde del distrito de la Inclusa. En las elecciones generales de ese mismo año, así como en las siguientes de 1933, fue elegido diputado por Madrid capital. Al estallar la Guerra Civil se encargó de la Concejalía de Abastos del Ayuntamiento madrileño hasta que en 1937 fue nombrado director general de Abastecimientos. Ese mismo año ocupó la presidencia del Instituto Nacional de Previsión y formaría parte también de los consejos del Banco Hispano-Americano y del Banco de Crédito: <https://dbe.rah.es/biografias/16320/trifon-gomez-san-jose> (consultado el 07/02/2023).

<sup>347</sup> En el Senado romano Catón el viejo terminaba sus discursos con esta frase. Ortega y Gasset la retomó en el célebre artículo «El error de Berenguer», que concluye con «Delenda est monarchia», (*El Sol*, 15 de noviembre de 1930). Seis meses después, unas elecciones locales provocaron el exilio del rey Alfonso XIII, abuelo del monarca Juan Carlos I, que abdicó en junio de 2014. La calle ha vuelto a reclamar la validez de la consigna orteguiana: «La Monarquía ha de ser destruida». (Carme Riera: «Delenda est monarchia», *La Vanguardia*, 21 de junio de 2014: <https://www.lavanguardia.com/opinion/articulos/20140622/54410277208/delenda-est-monarchia-carme-riera-opi.html>) (consultado el 10 de marzo de 2024).

<sup>348</sup> ALONSO, María Rosa: «La cigarrera», *En Marcha*, Santa Cruz de Tenerife, 1 de mayo de 1931.

Y nada mejor para celebrar el Día Internacional del Trabajo<sup>349</sup> que un artículo que habla de mujeres trabajadoras y que se publica el 1º de mayo. María Rosa Alonso dice que ha escrito esta exaltación a las obreras que hacen cigarros<sup>350</sup> a petición de los compañeros de la Federación Obrera; después alaba el trabajo de estas mujeres, que lo hacen por necesidad y no para comprarse «perifollos»<sup>351</sup>, respondiendo al raciocinio de alguna mentalidad inglesa de la época, pero ella cree que ese menosprecio se debe a la competencia en el mundo laboral. Echando mano de su habitual ironía dice: «¡Tú debes comprarte muchos «perifollos» e ir al Quisisana<sup>352</sup> a tomar el té». Unas líneas más

---

<sup>349</sup> Para situar el origen del Día de los Trabajadores toca remontarse a finales del siglo XIX, cuando los movimientos sindicales empezaban a tomar fuerza en Estados Unidos. Estos pedían poner fin a las jornadas de 12 y de hasta 18 horas a las que los trabajadores de las fábricas eran sometidos. En ese contexto, el mayor sindicato del país, la Federación Americana del Trabajo, decidió que a partir del 1 de mayo de 1886 la jornada laboral máxima sería de ocho horas y planteó una serie de huelgas y protestas en caso de que los empresarios no cumplieran con la *Ley Ingersoll*, promulgada 16 años antes por el presidente Andrew Johnson y que muchos estados habían logrado sortear. La amenaza sindical hizo que muchas empresas accedieran a implantar la jornada de ocho horas, pero otras tantas mantuvieron sus horarios intactos. Llegó el 1 de mayo de 1886 y los paros se iniciaron allá donde no se cumplía con lo que dictaba la ley. En Chicago, entonces la segunda ciudad más poblada de Estados Unidos, las protestas enfrentaron a huelguistas y policía durante tres días. Ya el 4 de mayo y con un saldo de media docena de obreros muertos, una concentración en la plaza de Haymarket acabó con la detonación de un artefacto explosivo que mató a seis policías y dejó a decenas de agentes heridos. La policía respondió abriendo fuego contra los manifestantes, causando 38 víctimas. Los líderes sindicales anarquistas y decenas de afiliados fueron detenidos a consecuencia del suceso de la plaza Haymarket, si bien finalmente sólo ocho de ellos acabaron siendo juzgados. Son los conocidos como Los mártires de Chicago o los mártires de Haymarket. Bajo una campaña de acoso y derribo por parte de la prensa conservadora y tras un polémico juicio celebrado en 1887, cinco sindicalistas fueron condenados a pena de muerte, dos a cadena perpetua y otro a 15 años de trabajos forzados. Años más tarde se pudo demostrar la falsedad del proceso judicial. Dos años después de las ejecuciones, en 1889, el Congreso Obrero Socialista de la Segunda Internacional declaró el 1 de mayo como el Día Internacional de los Trabajadores en memoria de los mártires de Haymarket y con la idea de promover la implantación de la jornada de ocho horas en el resto de países. Una vez se fue consiguiendo esa exigencia, a partir de la segunda década del siglo XX, nuevas reivindicaciones laborales y sociales fueron surgiendo cada Primero de Mayo: <https://www.elmundo.es/como/2022/05/01/626c199321efa0a6628b457c.html> (consultado el 9 de marzo de 2024).

<sup>350</sup> Tengamos en cuenta que en la industria tabaquera el porcentaje de mano de obra femenina estaba compuesta por un 89%. «Las mujeres suministraron, pues, la inmensa mayoría del personal tabaquero en las naves industriales y hasta algunos empresarios únicamente dispusieron de asalariadas. Y a todo ello tendría que unirse la manufacturación domiciliaria a destajo, ante todo o casi exclusivamente de competencia femenina. Es indudable que la expansión de esta industria fue posible merced a las contrataciones de mujeres por ser mano de obra más barata» (MILLARES CANTERO, Agustín [2014]: *Incógnitas. Mujeres de izquierdas en Gran Canaria*, LeCanarién ediciones, La Orotava, Tenerife: 237).

<sup>351</sup> Es una palabra que se usa ya muy poco y que responde a la segunda acepción de la RAE: ‘Adornos de mujer en el traje y peinado, y especialmente los que son excesivos o de mal gusto’.

<sup>352</sup> El Gran Hotel Quisisana era el mejor centro hotelero de la capital tinerfeña hasta la apertura del Hotel Mencey en 1950. Enrique Wolfson, un inglés de origen ruso y pionero en Tenerife del cultivo del plátano, mandó a construir una gran residencia en la que vivir, quería una edificación semejante a un castillo británico y el arquitecto Mariano Estanga la hizo realidad: en él vivió con su familia, hasta que la inesperada muerte de su esposa hizo que trasladara su residencia a la calle Castillo, convirtiendo su residencia en un hotel. El Hotel Quisisana fue inaugurado el 5 de diciembre de 1904, se convirtió en un

adelante habla de ella misma, cosa que no suele hacer en sus artículos, dice: «no soy una niña que escribe por (sport) o porque esté de moda. Ni que quiero hacer un bonito artículo para que me aplaudan. Yo en esta faena del periodismo no he recibido acaso más que “silbos”. Pero dejemos esto». Sigue haciendo la exaltación hacia estas muchachas cigarreras y les deja un mensaje muy claro: que aprendan, si tienen tiempo, que desconfíen de los «señoritos», que no se salgan de su clase social, que cumpla pero que también exijan sin descanso pues «allá en la lontananza ondea lejana, pero ondea la bandera de la Libertad». Al leer este artículo nos ha llamado poderosamente la atención el uso de los pronombres personales y de los verbos en la 2ª persona del plural, según la norma de gramática castellana: «hacéis, haceros, os, tened, vosotras...». María Rosa Alonso hasta el momento no ha empleado esta profusión de pronombres en castellano, es decir, ha escrito en la forma que lo usamos los canarios. Nos chirría esa forma de dirigirse a las cigarreras, unas mujeres con un bajo nivel cultural la mayoría analfabetas, por lo tanto, cuando ellas leyeron, o les leyeron este artículo, no creemos que les gustara mucho este registro tan normativo de la lengua castellana.

Nos encontramos con el tercer artículo de tema cultural de *María Luisa Villalba*: al igual que en el primer artículo dedicado a la cultura lo publica en *La Prensa*. El escrito aparece firmado por Antonio de Viana, no sabemos si será como homenaje al poeta que cantó las antigüedades de nuestras islas, o si que como la lucha canaria en esos años pertenecía al mundo de los hombres, María Rosa Alonso no firma ni siquiera con su seudónimo, puesto que era nombre de mujer. Si ya en el terreno del periodismo estaba vetada la pluma femenina, mucho más estaría mal visto que una mujer escribiera sobre un deporte autóctono tan enraizado en el mundo de los varones. El llamado deporte vernáculo por antonomasia, la Lucha Canaria, forma parte de la idiosincrasia del pueblo canario. El presente artículo, «La lucha de la Media Montaña»<sup>353</sup>, es el anuncio de una gran luchada que se va a celebrar en fechas próximas, pero que nuestra autora aprovecha para dar sus teorías sobre este deporte tan arraigado entre los canarios.

---

gran hotel de alto *standing* donde se alojaban, sobre todo, ingleses y belgas que hacían escala en Santa Cruz de Tenerife antes de continuar el viaje rumbo a sus colonias en el continente africano. Debido a las dos Guerras Mundiales y a la Guerra Civil Española, el descenso del turismo en Canarias fue casi total, por lo que muchos hoteles, cerraron sus puertas y, en especial, el Hotel Quisisana. En 1941 la Orden Escolapia pudo adquirir el antiguo hotel y lo convirtió en uno de los centros educativos más emblemáticos de la capital tinerfeña: <http://memoriadesantacruz.blogspot.com/2014/12/el-gran-hotel-quisisana.html> (consultado el 08/02/2023).

<sup>353</sup> ALONSO, María Rosa: «La lucha de la media montaña», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 6 de mayo de 1931.

Comienza hablando de los altibajos en la práctica de este deporte y después sobre las teorías sobre sí la lucha canaria es o no de origen guanche y nombra a los tres grandes escritores que nos han informado o versificado sobre las costumbres de los aborígenes canarios: Viana, Viera y Clavijo y Núñez de la Peña<sup>354</sup>. Para ella, la prestigiosa opinión de don Emilio Rivero, —que en ese momento preparaba un libro sobre la materia<sup>355</sup>— era la de que la lucha canaria era de origen leonés. Después pasar a describir aspectos de la lucha canaria y a invitar a los lectores a un encuentro de lucha canaria, que tendrá lugar el día 10 de mayo en la Plaza de Toros de Santa Cruz de Tenerife, se trata de conmemorar el aniversario y de contarnos lo que fue la lucha de la «Media montaña» allá por el 19 de octubre de 1847: allí se enfrentaron el Norte y el Sur y ganó este último, pues «la rusticidad que ha sido amiga del vigor físico, había de jugar a los del Norte una mala pasada».

En este mismo mes de mayo escribe por primera vez en el periódico *Proa*<sup>356</sup> y lo hace con un ensayo histórico-literario —será el primero de los 24 ensayos literarios que abordaremos en esta tesis—; con éste hace un homenaje en el primer centenario de su asesinato a «Mariana Pineda»<sup>357</sup>, una heroína del siglo XIX que luchó por defender la bandera morada de la Libertad. Federico García Lorca había dado a conocer a su

---

<sup>354</sup> Juan Núñez de la Peña (1641-1721), historiador tinerfeño, su fama le viene de ser el autor de *Conquista y Antigüedades de las islas de la Gran Canaria y su descripción, con muchas advertencias de sus privilegios, conquistadores, pobladores y otras particularidades en la muy poderosa isla de Tenerife, dirigido a la milagrosa imagen de Nuestra Señora de Candelaria*. «Viera y Clavijo opina que publicó este libro cuando su información no estaba aún madura. Poco después vio el manuscrito del fraile e historiador Juan Abreu Galindo, escrito en 1590 y 1600, y otras obras que le hicieron ver errores que había cometido [...] Según Viera cuando Núñez de la Peña leyó este manuscrito, enmendó los errores de 1679. Dedicó gran parte de su vida a la investigación de documentos municipales, notariales y eclesiásticos» (ARENCEBIA DE TORRES, Juan [2003]: *Pinceladas canarias*, Gráficas Tenerife, Cabildo Insular de Tenerife: 28).

<sup>355</sup> Del libro del que nos habla nuestra joven periodista no hay rastro, pero si se publicó en 2007 uno en el que se hace una recopilación de los artículos de don Emilio Rivero, por ejemplo, habla también de «La luchada de la *Media Montaña*», refiriéndose a la que tuvo lugar en Candelaria los días 24, 25 y 26 de junio de 1834 y María Rosa Alonso lo hace de la que tuvo lugar el 1847; aunque en ambos artículos queda patente la gran afición que había por la lucha canaria en los respectivos años, valga como ejemplo el final del artículo del teguestero: «Así terminó la luchada de la “Media Montaña”, cuando el sol del día 26 de junio de 1834, se ocultaba detrás de la cumbre del Teide; y nos cuenta la tradición que desde esa memorable fecha, se viene cantando por todos los campos de Tenerife la siguiente copla: “Cartaya bajó de Güímar/ a luchar a Candelaria,/ se escarranchó en el terrero/ y no hubo quien lo tumbara”» (RIVERO, Emilio [2007]: *Crónicas de la lucha canaria. Historias del tiempo viejo*, Centro de la Cultura Popular Canaria, Parlamento de Canarias, Tenerife: 27-32).

<sup>356</sup> Según el profesor Julio Antonio Yanes Mesa, *Proa* nació tras las elecciones de abril de 1931, «obra de Elfidio Alonso, Domingo Molina Albertos, Ernesto Pestaña Nóbrega y Antonio Guillermo Cruz en el seno de la Juventud Republicana, adoptando un inequívoco posicionamiento de izquierdas que, en materia regional, le llevó a propugnar un consenso, lo que le valió fuertes censuras del periódico tinerfeño por antonomasia de entonces, *La Tarde*, e incluso de su afín, inmerso en un mayor sosiego, *El Progreso*». (1996: 45).

<sup>357</sup> ALONSO, María Rosa: «Mariana Pineda», *Proa*, Santa Cruz de Tenerife, 23 de mayo de 1931.

paisana en forma de obra teatral, estrenada en 1929, aunque según palabras de Luis Martínez Cuitiño: «Lorca utiliza elementos, situaciones y personajes de la realidad, pero sin interesarle que se ajusten a la verdad histórica, sino que lo que le importa es la relevancia que poseen dentro del texto dramático»<sup>358</sup>. Ahora bien, creemos que fue Lorca el que rescató este personaje para la literatura y que, debido al éxito de su obra teatral, fue un acicate muy importante para que María Rosa Alonso escribiera este ensayo para reivindicar esta mártir defensora de la Libertad y la República, que se había instaurado recientemente en España. Tal y como nos tiene acostumbrados en sus artículos, *María Luisa Villalba* nos aporta valiosa información histórica y en este caso aparecen personajes como: Riego<sup>359</sup>, Simeón Alfaro, Villalba Hervás<sup>360</sup>, Carlos IV<sup>361</sup>,

---

<sup>358</sup> También son muy interesantes las palabras de Martínez Cuitiño cuando nos dice: «*Mariana Pineda*, como la tragedia clásica, recrea una historia que ya es conocida para el espectador. El dramaturgo puede innovar en el desenvolvimiento de la acción dramática sólo dentro de determinados márgenes, ya que el desenlace es conocido por todos. Como en los mitos clásicos, Mariana es una criatura que se opone a su destino pero sin lograr vencerlo» (GARCÍA LORCA, Federico [1991]: *Mariana Pineda*, edición de Luis Martínez Cuitiño, Cátedra, Madrid: 34, 42).

<sup>359</sup> Rafael del Riego (1784-1823), desde su pronunciamiento en 1820 en Cabezas de San Juan (Sevilla), y según palabras de Juan Francisco Fuentes en «“Yo nada valgo”. Rafael del Riego y la revolución liberal española», Riego pasó de ser «un oscuro teniente coronel, de treinta y cinco años, al mando de un destacamento a punto de embarcarse para América, a convertirse en símbolo viviente de la revolución liberal española [...] El mismo año en que tras su levantamiento en Cabezas de San Juan se restableció la Constitución de Cádiz, el general Riego figuraba ya entre otros personajes históricos, como don Pelayo, Hernán Cortés y Cervantes, en un espectáculo teatral escrito por un autor extranjero y representado en Madrid. [...] desde el liberalismo progresista del siglo XIX hasta el anarcosindicalismo y el comunismo en el siglo XX, pasando, claro está, por el republicanismo, el general Riego ha nutrido un abigarrado universo de símbolos y sentimientos de la izquierda republicana y obrera y de la democracia española en general. Así se pudo apreciar ya el 14 de abril de 1931, cuando el *Himno de Riego* fue coreado por las multitudes junto a *La Marsellesa* y *La Internacional*» (en PÉREZ LEDESMA, Manuel y BURDIEL, Isabel [2008]: *Liberales eminentes*, Editorial Marcial Pons, Madrid:13-15).

<sup>360</sup> Miguel Villalba Hervás (1837-1899), político, abogado, periodista, historiador y masón canario y una de las figuras más destacadas del republicanismo tinerfeño. Para Manuel de Paz: «el ilustre tinerfeño se nos presenta como un destacado defensor del racionalismo, de la libertad, concebida bajo una óptica burguesa, y, como no, de la democracia [...] Su “fanatismo anticatólico” es fruto de esa época, es el resultado de la dialéctica entre liberales y conservadores. Se trata de sustituir un dogmatismo en decadencia, el de la religión, por otro dogmatismo que, poco a poco, fue tomando cuerpo en las Islas, el de la confianza desmedida en el progreso y en la ciencia, el del racionamiento a veces sofista, el de la búsqueda de soluciones alternativas en una sociedad, la del sexenio, que no supo o no pudo aprovechar el momento político para dar pie a una serie de auténticas reformas, tanto a escala local como nacional» (PAZ SÁNCHEZ, Manuel [1983]: *Intelectuales, poetas e ideólogos en la francmasonería canaria del siglo XIX*, Ecotocopia, Santa Cruz de Tenerife: 28).

<sup>361</sup> Carlos IV (1748-1819), hijo y sucesor de Carlos III fue rey de España desde el 14 de diciembre de 1788 hasta el 19 de marzo de 1808. Accedió al trono poco antes del estallido de la Revolución francesa, y su falta de carácter solía hacer que delegase el gobierno en manos de su valido, Manuel Godoy. El historiador Molas Ribalta, afirma que Godoy hizo innegables esfuerzos reformistas, que son denominados como una neo-ilustración: «No se trata de atribuir al ministro todo el progreso intelectual y cultural registrado en la época, como hizo Godoy en sus memorias», pero destaca «la creación de instituciones destinadas a impulsar el desarrollo económico, el “fomento”, para utilizar la terminología de la época. [...] Es frecuente oír entre los historiadores e intérpretes del sentido de la Ilustración española que los postulados y los proyectos de los pensadores del siglo XVIII no triunfaron hasta el advenimiento del régimen liberal, es decir que el liberalismo fue el verdadero heredero de la Ilustración. Nos hallaríamos



Manuel Peralta Valte<sup>362</sup>, Fernando VII, José Nakens<sup>363</sup>, Alcalá Galiano<sup>364</sup>, Silvela<sup>365</sup>, el padre Carrillo, don Tadeo Calomarde<sup>366</sup>, Pedro de la Serrana, Fernando Álvarez de Sotomayor, Torrijos<sup>367</sup>, Mina<sup>368</sup>, Ramón Pedrosa<sup>369</sup>, Úrsula de la Presa, José de Mesa, J.

---

entonces ante un proceso de continuidad, no exento de sobresaltos, dentro del cual el reinado de Carlos IV constituye una etapa fundamental» (MOLAS RIBALTA, Pere [1991]: *La España de Carlos IV*, Editorial Tabapress, Madrid: 17-18).

<sup>362</sup> Manuel Peralta Valte fue el marido de Mariana Pineda, su novio desde que ella tenía catorce años, él tenía 25, era militar y de Huéscar. Se casaron, el 9 de octubre de 1819 en la iglesia de Santa Ana. El matrimonio duró tres años, en los que nacieron dos hijos. Durante este periodo, además, la ciudad vivió un gran movimiento liberal en el que estaba involucrado el marido de Mariana Pineda y en el que también se vio imbuida la heroína granadina, que lo sustituyó a todos los efectos tras quedar viuda por la muerte de su esposo. ÁLVAREZ, Camilo: <https://www.ideal.es/granada/mariana-pineda/personajes-clave-vida-20220524105456-nt.html?ref=https%3A%2F%2Fwww.google.es%2F> (consultado el 16/02/2023).

<sup>363</sup> José Nakens Pérez (1841-1926) fue un periodista y dramaturgo republicano. Nació en el seno de una humilde familia sevillana, falto de recursos para estudiar, el joven Nakens fue un autodidacta ávido de lecturas con que saciar su curiosidad y dotado de facilidad para la versificación. Con el seudónimo de *Un soldado*, Nakens inició su carrera literaria publicando poesías político-festivas en el *Jeremías* en 1869. Convertido en un ferviente republicano, pasó ese mismo año a colaborar en el diario *La República Ibérica*. Proclamada la República, fundó en 1873 el semanario humorístico *Fierabrás*, de breve vida. Demostradas sus dotes de escritor polemista, Nakens aceptó un puesto en la redacción de *El Globo*, que inspiraba Castelar, en 1876. Más tarde fundó el semanario político-satírico *El Motín* en abril de 1881, en el nuevo periódico volcó sus convicciones republicanas y su furibundo anticlericalismo. La labor de Nakens como publicista fue muy extensa, además de sus innumerables artículos, recogidos parcialmente en varios volúmenes, publicó muchos libros y folletos: <https://dbe.rah.es/biografias/27135/jose-nakens-perez> (consultado el 10/02/2023).

<sup>364</sup> Antonio Alcalá Galiano (1789-1865) fue escritor y político español: elegido diputado en 1822 por Cádiz, repitiendo en diez legislaturas por Cádiz, Pontevedra, Barcelona y Madrid hasta su fallecimiento. También fue ministro de Marina en 1836 y de Fomento en abril de 1865. Según Julián Marías: «Alcalá Galiano es uno de los personajes más bulliciosos, activos y variados del siglo XIX. Fue, sobre todo, un orador vehemente, ágil y apasionado, que provocó el entusiasmo de sus oyentes, desde el café de la Fontana de Oro hasta las Cortes, y el de dos hombres tan distintos como Larra y Castelar» (ALCALÁ GALIANO, Antonio [1951]: *Recuerdos de un anciano*, selección y prólogo de Julián Marías, Espasa-Calpe, Buenos Aires: 10-11).

<sup>365</sup> Francisco Silvela (1845-1905) fue un político y académico español, presidente del Consejo de Ministros durante la regencia de María Cristina de Habsburgo y ministro de Gobernación, de Gracia y Justicia, de Estado y de Marina durante el reinado de Alfonso XIII. Según Fidel Gómez Ochoa: «Silvela sería el fundador y primer gran exponente de un conservadurismo crítico con el canovismo, de carácter regeneracionista y de vocación reformista y modernizadora, que eclosionó en torno a la crisis del 98»: (GÓMEZ OCHOA, Fidel [2009]: «Francisco Silvela en la historiografía contemporánea. El impacto del centenario de su muerte y el “estudio introductorio” de Luis Arranz a los escritos y discursos políticos». En *Historia y Política* (núm. 22), pp. 261-278. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3095194> [consultado el 15/02/2023]).

<sup>366</sup> Francisco Tadeo Calomarde (1773-1842) fue un político español, ennoblecido como duque de Santa Isabel en Dos Sicilias. Ocupó el ministerio de Gracia y Justicia (1824-1832) durante la restauración absolutista de Fernando VII, y promulgó un célebre Plan General de Estudios: <https://www.mcncbiografias.com/app-bio/do/show?key=calomarde-francisco-tadeo> (consultado el 15/02/2023).

<sup>367</sup> José María Torrijos y Uriarte (1791-1831), también conocido como general Torrijos, fue un militar liberal español fusilado en Málaga el 11 de diciembre de 1831 por su lucha contra el absolutismo de Fernando VII. Pero nos es conocido por el romance de García Lorca y por soneto el de Espronceda, sobre este último nos dice Joaquín Casaldueiro: «La primera generación romántica se movía impulsada por el amor a la Patria y a la Independencia. La generación de Espronceda obedece al grito de Patria y Libertad. Torrijos y sus hombres son honra del libre. El circunloquio decoroso y poético del XVIII se viene abajo ante el prestigio de la localización exacta: las costas de Málaga. Y, sobre todo, el odio moral hacia el mal

Lozano... De algunos de ellos no hemos encontrado información, pero sí de la mayoría, pues tuvieron la importancia necesaria para formar parte de la historia de nuestra heroína. Dichos nombres propios tuvieron influencia, ya fuera de una forma directa, por ejemplo, su familia, o que jugaron algún papel vital en el devenir socio-político, que dio como resultado que surgiera una mujer tan valiente como Mariana Pineda, luchadora por sus convicciones políticas hasta su muerte.

Después de un mes sin publicar en el periódico que la vio nacer como periodista, *La Tarde*, —su último artículo lo había dedicado a celebrar la llegada de la II República—, hemos podido comprobar cómo colaboró en cuatro publicaciones diferentes, una de la Península y el resto de Tenerife. Con el siguiente artículo, «Un alto en la marcha y ¡Adelante!»<sup>370</sup>, María Rosa Alonso vuelve al tema político, es el primero de varios artículos dedicados a la desilusión que le está causando la República. En el primero hay un tono muy pesimista, pues ella cree que el gobierno de la República no está cumpliendo las expectativas de todos aquellos que gritaron «¡Viva la Libertad!»; a modo de ejemplo habla de los encuentros entre el presidente de la República con Mello Barreto, embajador de Portugal, el amigo de Martínez Anido<sup>371</sup>. Ella quiere que vuelva

---

y la injusticia en general se transforma en un odio particular y preciso» (CASALDUERO, Joaquín [1967<sup>2</sup>]: *Espronceda*, Gredos, Madrid: 111).

<sup>368</sup> Francisco Espoz y Mina (1781-1836), fue un famoso guerrillero y militar navarro. Nombrado jefe de las partidas de Navarra en la guerra de la Independencia, consiguió unir bajo su mando a todos los grupos guerrilleros; obtuvo sonadas victorias sobre los franceses y conquistó Tafalla (1813). Terminada la guerra y a la vuelta de Fernando VII, encabezó una conspiración liberal en Pamplona (1814) que fracasó, lo que le llevó a refugiarse en Francia. Volvió al triunfar el alzamiento liberal de Rafael del Riego (1820); fue capitán general de Galicia (1821), y en 1822 se le envió a Cataluña. Allí llevó a cabo una campaña magistral que le permitió limpiar el país de partidas absolutistas en el espacio de seis meses. Se opuso con las armas a la expedición de los Cien Mil Hijos de San Luis (abril 1823), resistiendo en Barcelona la invasión francesa absolutista, pero capituló en noviembre de 1823 y huyó a Gran Bretaña. En 1830 intentó una penetración por el País Vasco contra el régimen de Fernando VII, pero tuvo que escapar rápidamente hacia Francia. Amnistiado por María Cristina de Borbón, fue virrey de Navarra (1834-1835) y capitán general de Cataluña (1835-1836). Destacó en la lucha contra los carlistas porque mandó ejecutar a la madre de Ramón Cabrera, hecho que despertó la repulsa general. Fue el único capaz de enfrentarse al general carlista Tomás de Zumalacárregui. (FERNÁNDEZ, Tomás y TAMARO, Elena [2004]: «Biografía de Francisco Espoz y Mina». En *Biografías y Vidas. La enciclopedia biográfica en línea*. Barcelona, España <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/e/espoz.htm> [consultado el 16/02/2023]).

<sup>369</sup> Ramón Pedrosa y Andrade (1786- ¿1849?), «famoso por sentenciar a muerte a Mariana Pineda, pero que, además, en sus seis años en Granada firmó un centenar de ejecuciones, tan solo por el atrevimiento de expresar ideas liberales, cuestionar a la monarquía o practicar la masonería. Esta es la historia de un hombre ultraconservador y religioso al extremo, que forma parte del pasado triste de esta tierra» (POZO FELGUERA, Gabriel: <https://www.elindependientedegranada.es/ciudadania/castigo-divino-juez-verdugo-mariana-pineda> [consultado el 16/02/2023]).

<sup>370</sup> ALONSO, María Rosa: «Un alto en la marcha y ¡Adelante!», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 25 de mayo de 1931.

<sup>371</sup> Severiano Martínez Anido (1862-1938): teniente general español, que participó en las campañas de Filipinas y de África. Fue ayudante honorario de Alfonso XIII, gobernador civil de Barcelona, donde reprimió con extrema dureza los movimientos anarcosindicalistas aplicando la denominada «ley de

la Revolución y que «el solar se fabrique con nuevos obreros y, sobre todo, con nuevos cimientos».

«La cruzada contra el caciquismo»<sup>372</sup> es el segundo artículo de política en el que podemos ver desde su título, que sigue la línea combativa a la que nos tiene acostumbrados. En esta ocasión su descontento por los derroteros a los que se dirige la República aparece a nivel nacional, puesto que lo publica en el periódico madrileño *Crisol*<sup>373</sup>, es la única vez que aparece un escrito suyo en esta publicación. Partiendo del grito de Ortega y Gasset a las provincias, María Rosa Alonso presenta un duro contraste entre lo que se esperaba del nuevo gobierno y la realidad del momento en España, sobre todo en las zonas rurales de su isla; emplea el siguiente lenguaje para referirse a «Los caciques rurales de Tenerife, los amparadores de criminales, verdugos del obrero, coaccionadores, enemigos de la Escuela...». Ella siente cómo la derecha republicana con sus caciques en los campos seguirán cometiendo las mismas fechorías.

En este tercer artículo sigue expresando en lo que ella cree que se ha convertido esa tan anhelada II República: «La constitución de un nuevo partido político»<sup>374</sup>, publicado en su vespertino periódico tinerfeño. Estamos ante uno de los artículos más «incendiarios» de los escritos por María Rosa Alonso en su época de

---

fugas»; también fue ministro de Gobernación durante la dictadura de Primo de Rivera. Al proclamarse la República fue expulsado del Ejército sin ningún derecho. Con el triunfo de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) recuperó la percepción de sus derechos pasivos a pesar de que no reingresó en el Ejército. Al estallar la Guerra Civil española prestó sus servicios en el bando sublevado y fue designado presidente del Patronato Nacional Antituberculoso. En octubre de 1937 fue nombrado jefe de los Servicios de Seguridad Interior, Orden Público y Fronteras, dependientes de la jefatura del Estado y en 1938 fue nombrado ministro de Orden Público, cargo que desempeñó hasta su muerte (ARENAS DORADO, Sagrario <https://www.mcncbiografias.com/app-bio/do/show?key=martinez-anido-severiano> [consultado el 17/02/2023]).

<sup>372</sup> ALONSO, María Rosa: «La cruzada contra el caciquismo», *Crisol*, Madrid, 28 de mayo de 1931.

<sup>373</sup> *Crisol* fue fundado por Nicolás María Urgoiti (1869-1951), tras dejar la presidencia de *La Papelera*, la sociedad editora de los diarios *El Sol* (1917) y *La Voz* (1920), y caer ésta en manos de un grupo monárquico. Urgoiti funda esta nueva publicación como una revista de política y cultura con aspecto periódico, que empieza saliendo diez días antes de proclamarse la II República Española. A esta nueva aventura periodística se suman los integrantes de la redacción y el director de *El Sol*, Félix Lorenzo, formando un grupo a cuya cabeza se pondrá el propio José Ortega y Gasset. *Crisol* sale para mantener los mismos ideales liberales y republicanos que este grupo había inspirado a los diarios citados y tanto Urgoiti como Lorenzo, que dirigirá esta nueva publicación, se afilian a la Agrupación al Servicio de la República, anunciando en sus páginas la transformación radical que se avecinaba para el Estado. *Crisol* será un periódico netamente republicano y anticlerical que criticará la deriva en este periodo de *El Sol*, y que a partir del 27 de junio de 1931 se convertirá en vespertino con el subtítulo de «Diario de la República». Además de artículos de fondo, publicará noticias principalmente de carácter político, así como de deportes y espectáculos, incluyendo anuncios publicitarios. Será continuado por un nuevo título a partir del 7 de enero de 1932: *Luz*. <https://hemerotecadigital.bne.es/hd/issn/2171-2948> (consultado el 17/02/2023).

<sup>374</sup> ALONSO, María Rosa: «La constitución de un nuevo partido político», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 30 de mayo de 1931.

periodismo político. No es de extrañar que ni siquiera se firmara con su seudónimo habitual, pues en este caso utiliza uno nuevo porque sabía que el artículo la iba a poner en «el ojo del huracán». No olvidemos que está hablando de su pueblo porque, aunque se fue a vivir a La Laguna con once años, seguía relacionándose con la gente de su terruño. Y siguiendo en la misma línea temática y en las ideas que ha ido desgranando en los dos anteriores, habla de cómo los políticos de derechas cambiaron rápidamente de «chaqueta» y se han hecho republicanos. Y nada mejor para ejemplificarlo que su pueblo natal, Tacoronte, ahí es verdaderamente escandaloso cómo los caciques se han unido para fundar un nuevo partido republicano. Se dirige a su amigo Domingo Pérez Trujillo<sup>375</sup> para comentarle su asombro ante este nuevo partido, inédito en España, creado después de las elecciones para dar cabida a todos los caciques; aporta los nombres y apellidos de las personas que forman su Comité, para ella muy dignas pero muy sospechosas. Ese nuevo partido se denomina «Republicano social» y María Rosa Alonso se hace varias preguntas retóricas: si son republicanos por qué no se han afiliado al partido ya existente en Tacoronte y si son socialistas por qué no se han integrado al partido con esa ideología de izquierdas de dicho pueblo; cómo pueden ser republicanos los que votaron en contra de la República el día 14 de abril de ese mismo año y cómo pueden ser socialistas los que han explotado siempre a los obreros y ni siquiera han implantado la jornada de ocho horas. Su opinión es que esos señores: «No defienden más que el asqueroso caciquismo de siempre. Son los “frigios”. Esa plaga de langosta caciquil que nos asfixia. Y al propio tiempo que defienden su mando, amparan y

---

<sup>375</sup> Domingo Pérez Trujillo (1890-1954) trabajó como telegrafista y como contable, hasta que finalmente se dedicó a la importación y exportación de frutas y salazones de pescado. Entregado a esta actividad residió en Japón y posteriormente en Cuba, donde permaneció desde 1926 hasta finales de 1930. Ingresó en el PSOE en 1917 y en la Federación Obrera del Valle de la Orotava (UGT) en 1922. Director de *La Voz del Pueblo*, en 1923 fue condenado a dos años y cuatro meses de prisión por un artículo publicado en sus páginas. Ingresó en la masonería en 1922 con el nombre simbólico de «Miranda». Al regresar de Cuba en 1930 ingresó en el Sindicato de Empleados de Comercio (UGT). Elegido diputado del PSOE por Santa Cruz de Tenerife en las elecciones generales de 1931, formó parte de las Comisiones de Peticiones y de la de Agricultura. Concluido su mandato permaneció en Madrid dedicándose a la importación y venta de plátanos y tomates. Durante la guerra civil participó en la organización del Batallón Canarias y fue administrador de la Fábrica de Armamento de Barcelona. Exiliado en México, falleció en dicha ciudad el 7 de octubre de 1954. Juan Marichal destaca su gran valor humano, del que destaca su desprendimiento para con las personas menos afortunadas que él y los suyos: «Domingo Pérez Trujillo actuaba como persona *desprendida* de su clase social. La burguesía comercial insular. Un gran novelista alemán, Thomas Mann, señaló que la burguesía había sido la única clase social europea que había querido trascender a sí misma; aludía así Thomas Mann a algunas de las grandes figuras del socialismo europeo procedente del más alta burguesía continental. Esa motivación actuó también en un corto número de burgueses españoles, pero quizás, en ninguno de su generación, cobró la intensidad visible en la conducta y en el espíritu de Domingo Pérez Trujillo: el ser socialista fue, en él, la forma más efectiva de su desprendimiento» (MARICHAL, Juan [2011]: *Testimonio de un isleño*, edición, biografía y cronología de Julia Cela, prólogo de Juan Cruz Ruiz, Gobierno de Canarias: 167).

protegen el acta de un señor que está detrás del telón y con antifaz». Con estas palabras no nos puede extrañar que no firmara su artículo con su seudónimo habitual, sino que optara por otro muy curioso: *Delfruto*.

En «Carta abierta a un amigo»<sup>376</sup>, publicado en *Libertad*, como su título nos indica, María Rosa Alonso escribe en forma epistolar a un amigo y sigue hablando de la decepción que siente por la evolución del nuevo régimen político que gobierna en España. Piensa que un Estado que estaba en descomposición desde el 98 se ha convertido, siguiendo la percepción de Hamlet con respecto a Dinamarca, en un Estado putrefacto con «un olor a podrido mezclado con un poco de incienso». Destaca la forma dialogada de la misiva, pues nuestra periodista consigue dar un aire coloquial con el supuesto lector-amigo y eso lo consigue a través de interrogaciones retóricas, vocativos..., por ejemplo: «Pero es que —me interrumpe usted— vamos a erigir el nuevo Estado ¿y cómo se va a erigir con elementos del viejo?». Critica a las derechas, sobre todo a Alcalá Zamora y a Maura<sup>377</sup>, de los que dice que si los dejan solos «son capaces de cumplir el programa del anarquista de Tarrasa: (Supongo que recordarán el chiste de Cambó)». Ella cree que España necesita una reforma profunda, sobre todo, necesita la creación de una Universidad como rectora de la cultura nacional. Aparece su habitual ironía cuando dice que en España da gusto ser revolucionario, pues con ponerse un lacito tricolor, oír Misa todos los domingos y comer con algún amigo de Martínez Anido, ya tenemos un revolucionario, un republicano.

Al día siguiente, en el mismo periódico y en la misma línea temática, nos encontramos con el primer artículo-ensayo sobre política de *María Luisa Villalba*: «El ideal comunista»<sup>378</sup>, se trata de una larga reflexión sobre el papel de la ideología comunista en España. En el primer párrafo aparecen figuras poéticas, lo que nos da una idea de la pasión que empleaba nuestra joven periodista para defender la pluralidad de las ideas en plena república, por ejemplo: «Credos políticos, hijos del tiempo, que se

---

<sup>376</sup> ALONSO, María Rosa: «Carta abierta a un amigo», *Libertad*, Castellón, 2 de junio de 1931.

<sup>377</sup> Miguel Maura Gamazo (1887-1971) fue un político español, hijo del político monárquico Antonio Maura. Fue elegido diputado en 1916, partidario primero y luego detractor de la dictadura de Primo de Rivera evolucionó desde posiciones monárquicas hacia un republicanismo siempre moderado. Perteneció, junto a Niceto Alcalá-Zamora, a la Derecha Liberal Republicana, uno de los partidos republicanos firmantes del Pacto de San Sebastián, que más adelante se transformaría en Partido Republicano Conservador. Fue uno de los más distinguidos políticos de los inicios de la II República Española, en la que llegó a ser Ministro de la Gobernación durante el Gobierno Provisional (abril-octubre 1931), produciéndose durante su mandato los episodios de «la quema de los conventos». Al formarse en octubre de 1931 el nuevo gobierno, presidido por Manuel Azaña, Maura ya no figuró en él. <https://www.fideus.com/biografiesF%20-%20maura%20-%20miguel.htm> (consultado el 07/03/2023).

<sup>378</sup> ALONSO, María Rosa: «El ideal comunista», *Libertad*, Castellón, 3 de junio de 1931.

nutren en ansias de mejoramiento, no se estrangulan con fuerte dogal; lejos de ello, se avivan». Describe al dictador Primo de Rivera como un espadachín que, acompañado en su comparsa del Borbón, empleó la «más analfabeta de censura» para acallar todo aquello a lo que el censor le ponía el lápiz rojo; pero lo anterior se podía burlar con la metáfora, por ejemplo, un soneto dedicado al dictador cuyo acróstico llegó a sorprender «la ingenuidad del señor Delgado Barreto<sup>379</sup>, claro varón de Canarias». Dice que el ideal comunista existe en España, aunque sea en una pequeña fracción, a pesar de que desde las derechas nos asuste con el «coco timo» comunista; cita unas palabras de Marcelino Domingo<sup>380</sup>: «el bolchevismo no tiene en España, caudillos, ni masas, ni ambiente». Habla de las discretas palabras de Miguel Maura cuando anunció que trataría a los comunistas, no como fieras, sino como hombres; también hace alusión a las declaraciones de Lerroux<sup>381</sup> respecto a Trotski<sup>382</sup>, que despertó protestas muy airadas en

---

<sup>379</sup> Manuel Delgado Barreto (1878-1936): fue un periodista canario, de los más influyentes en el panorama nacional en el primer tercio del siglo XX. Nacido en La Laguna, este tinerfeño ligó su actividad profesional a sus convicciones políticas, que fueron variando a lo largo del tiempo desde el liberalismo regeneracionista hasta el tradicionalismo monárquico autoritario. Como político desempeñó puestos relevantes, entre ellos los de diputado por Tenerife en 1914 y en 1919. A consecuencia de sus actuaciones políticas, durante la guerra civil fue encarcelado por considerarlo desleal a la República y sospechoso de apoyar el golpe militar, fue fusilado el 7 de noviembre de 1936 en Paracuellos del Jarama. Según Jorge Sánchez Morales: «La vida de Delgado Barreto, a través de su actividad periodística y política, nos permite acercarnos a uno de los períodos clave de la historia contemporánea de España. Él vivió de primera mano las luchas políticas y sociales que llevaron a España desde el final del imperio colonial y la Restauración a la Segunda República y la guerra civil. Por lo tanto, sus decisiones y sus acciones no son sólo reflejo de una personalidad, sino que son el resultado de la articulación de una época y un contexto específicos que le proporcionaron sus razones de ser y de actuar» (SÁNCHEZ MORALES, Jorge [1978]: *Manuel Delgado Barreto 1878-1936*, Parlamento de Canarias: Fundación Canaria Víctor Zurita, Santa Cruz de Tenerife: 9).

<sup>380</sup> Marcelino Domingo (1884-1939): tras estudiar magisterio en Barcelona ejerció la enseñanza y el periodismo en diarios de Barcelona y de su localidad natal, difundiendo el republicanismo laico y radical. Fue elegido concejal del Ayuntamiento de Tortosa en 1909 y miembro del Congreso de los Diputados cinco años más tarde. Acusado de promover la huelga revolucionaria de agosto de 1917 pasó dos meses en prisión. En 1918 fue otra vez elegido diputado por Barcelona. Fundador del Partido Radical-Socialista (1929), conspiró contra la dictadura de Primo de Rivera y fue uno de los firmantes del Pacto de San Sebastián (1930). Formó parte del gobierno provisional de la II República, ocupando la cartera de Instrucción Pública. En el primer gobierno republicano fue designado ministro de Agricultura. Con el gobierno del Frente Popular (1936) estuvo nuevamente a la cabeza del ministerio de Instrucción Pública y se le designó ministro en el gobierno de Diego Martínez Barrio aunque no llegó a tomar posesión. Marcelino Domingo falleció exiliado en Toulouse (Francia). FERNÁNDEZ, Tomás y TAMARO, Elena (2004): «Biografía de Marcelino Domingo». En *Biografías y Vidas. La enciclopedia biográfica en línea*, Barcelona, España: [https://www.biografiasyvidas.com/biografia/d/domingo\\_marcelino.htm](https://www.biografiasyvidas.com/biografia/d/domingo_marcelino.htm) (consultado el 09/03/2023).

<sup>381</sup> Alejandro Lerroux (1864-1949) fue un político español de ideología republicana. Ejerció la presidencia del Consejo de Ministros en varias ocasiones durante la Segunda República. Fundador y a la vez líder del Partido Republicano Radical. Con un discurso obrerista, anticlerical y diametralmente opuesto al incipiente nacionalismo catalán, durante su primera etapa política se convirtió en un destacado líder político en Barcelona. Con posterioridad adoptaría posiciones más templadas, teniendo un papel destacado en la proclamación de la Segunda República. Enfrentado a los gobiernos de Azaña durante el llamado bienio «reformista», a partir de septiembre de 1933 asumiría la presidencia del Consejo de

la línea de que cuantas más concesiones se le dieran a los comunistas, mayores serían sus exigencias. En cuanto a Rusia, el profesor Silva Herzog dijo que lo que ocurría allí era algo nuevo en el mundo, nombra a Kerensky<sup>383</sup>, sucesor del Zar, a Lenin<sup>384</sup>; ella cree que lo que no se puede permitir es lo que ha pasado en México, donde sólo por hacer

---

ministros. Su giro a la derecha llevó a su partido a sufrir varias escisiones; su imagen también quedó muy dañada entre el público por una sucesión de escándalos de corrupción que se hicieron públicos a finales de 1935. Tras el hundimiento del Partido Radical en las elecciones de 1936, desapareció del escenario político. Es muy curiosa la opinión que tiene de este político un escritor de su época, César González Ruano: «Un ambiente de respeto le rodea; sus declaraciones, comentando los actos de los demás, de los que gobernaban sin saber gobernar, son recogidas por los periódicos de los diversos matices, y atraviesan las fronteras y pasan los mares. Lerroux es la verdadera esperanza política. Algunos monárquicos lo quieren captar; resiste una vez más estas sugerencias; tiene un camino que seguir, y la meta ya la ve próxima. La dinastía agoniza; en el hemofílico príncipe no hay sucesor. La dinastía agoniza, y la República está cerca» (GONZÁLEZ RUANO, César [193?]: *Lerroux*, Prensa Moderna, Madrid: 31). Lerroux estuvo relacionado con Canarias, no en vano fue elegido Mantenedor de las fiestas de Mayo de 1915, con el título de «Lerroux y la cuestión canaria» se destaca el papel que tuvo este político apoyando la capitalidad de Tenerife; se cita textualmente las palabras del político español cuando tres años antes de solucionarse el problema, le envía una carta a Leoncio Rodríguez en la que mostraba su apoyo a «una Ley especial para el Archipiélago, organizándolo sobre la base de la autonomía municipal e insular» (*La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 26 de mayo de 1915).

<sup>382</sup> Lev Davidovich Bronstein, más conocido por León Trotsky (1879-1949): su activismo político contra el zarismo le llevó a Siberia, posteriormente se traslada a Londres donde conoce a Lenin. En 1905 regresa a Rusia para participar en la creación del primer Soviet de San Petersburgo y en la revolución de ese año, por lo que fue desterrado a Siberia nuevamente, en esos años escribe sus primeras obras. La insurrección de febrero de 1917 lo encuentra en Nueva York, colaborando con periódicos para la comunidad rusa. Al regresar a su país, asume la jefatura del Comité Militar Revolucionario. Tras la revolución de Octubre, y siendo comisario de Guerra, crea el Ejército Rojo para hacer frente a la guerra civil de 1918-1920. En 1922 Lenin se retira de la vida política, aunque Trotsky era su heredero natural, no pudo impedir que Stalin se hicieran con el poder. En 1925 fue destituido de su cargo y al año siguiente expulsado del Politburó, posteriormente se le destierra a Kazajistán y, en 1929, se le expulsa de la URSS. Entonces comienza un periplo por Turquía, Francia y Noruega, hasta que finalmente recalca en México en 1937, donde será asesinado en 1940 por orden de Stalin, fue ejecutado por un agente soviético, el español Ramón Mercader. Para Álvarez del Vayo, Trotsky representaba la suprema energía hecha hombre, era el líder más popular entre las masas, entre sus grandes aciertos destaca: «Su obra, el Ejército rojo, es una de las grandes empresas de nuestro siglo e indiscutiblemente su mayor timbre de gloria. Sólo su genio puede explicar el que un desterrado, semita por añadidura, un literato, ponga cima en medio de las mayores dificultades de todo orden a la magna labor de crear un ejército disciplinado de entre los restos de una soldadesca desmoralizada» (ÁLVAREZ DEL VAYO, Julio [1926]: *La Nueva Rusia*, Espasa-Calpe, Madrid: 103-104).

<sup>383</sup> El revolucionario y político ruso Alexander Kerensky (1881-1970) fue la figura central en torno a la cual giró el destino del gobierno representativo y el socialismo en Rusia, durante la revolución de 1917. Desempeñó un papel central en la caída del zar, pero titubeó ante los bolcheviques; sus meses como parte del gobierno provisional fueron los más democráticos de Rusia, de su fracaso liberal nació el siglo XX. En los ocho meses entre febrero y octubre de 1917, Kerensky fue el líder nacional más importante de Rusia, sirviendo como ministro de justicia, ministro de guerra y primer ministro en el Gobierno provisional. La Revolución de octubre desplazó a Kerensky del poder y vivió el resto de su vida en el exilio: <https://es.alphahistory.com/russianrevolution/alexander-kerensky/> (consultado el 13/03/2023).

<sup>384</sup> Vladimir Ilich Ulianov, conocido como Lenin (1870-1924): se dedicó exclusivamente a la política revolucionaria desde 1894 a 1923, él tuvo «una preocupación central, una verdadera pasión: elevar la consciencia de la clase más oprimida de aquella sociedad y organizarla [...] Lenin ha sido uno de los revolucionarios marxistas que más en serio se tomó la tantas veces repetida afirmación marxiana de que los obreros no tienen patria». Fernández Buey nos dice que para comprender a Lenin y lo que de universal hay en su obra, hay que «añadir a la autocrítica del último Lenin, parcialmente distanciado del ejercicio del poder, la autocrítica del leninismo» (FERNÁNDEZ BUEY, Francisco [1978<sup>2</sup>]: *Conocer Lenin y su obra*, Editorial Dopesa, Barcelona: 9-10).

una manifestación y publicar proclamas contra el imperialismo, Ortiz Rubio<sup>385</sup> ordenó apresar a la gente. Después de hablar de un pueblo de Zaragoza, donde el gobernador convence al médico de un pueblo para deponer su actitud como cabecilla de una revuelta que había proclamado la República comunista, cita las palabras de Guillermo Ferrero<sup>386</sup> en las que se pregunta por qué la necesidad de acelerar una regeneración universal de la que ni Rusia ni el mundo entero siente necesidad, pero María Rosa Alonso dice que lo que ella se preguntaría es que sí la crisis del capitalismo no es un hecho. Concluye tan interesante ensayo con las palabras de Azorín, que fue apologista de Juan de la Cierva<sup>387</sup>, en las que pregunta qué se irá a hacer con los comunistas en las próximas elecciones, con los partidarios de ese noble ideal.

Después de cinco artículos dedicados a la política, nos llega un soplo de aire fresco con la crítica literaria a un excelente libro que hace nuestra escritora a su admirado profesor, «Un libro de Valbuena Prat»<sup>388</sup>: aparece publicado en su periódico habitual, después de los dos artículos aparecidos en «su» periódico peninsular. En la transcripción de este artículo hemos añadido una primera parte, que no está en el

---

<sup>385</sup> Pascual Ortiz Rubio (1877-1963) fue presidente de México de 1930 a 1932. Durante su gobierno se promovió la segunda industrialización del país, se publicó un nuevo código penal y se expidió una ley de créditos agrícolas para ejidatarios y pequeños agricultores. En el ámbito económico redujo los ingresos fiscales en un 34% y el Producto Interno Bruto (PIB) un 21%. En 1931, México se adhirió a la Liga de las Naciones Unidas. Tras su renuncia como presidente de México, Ortiz Rubio se fue a Estados Unidos, regresó a México porque el presidente en turno, Lázaro Cárdenas, lo nombró gerente de la compañía Petromex: <https://sites.google.com/site/historiademexicoems/3-3-los-gobiernos-pos-revolucionarios/3-3-4-el-gobierno-de-pascual-ortiz-rubio> (consultado el 13/03/2023).

<sup>386</sup> Guillermo Ferrero (1871-1942): historiador italiano. Discípulo de Cesare Lombroso, continuó su positivismo. Desde su primera obra importante, *Grandeza y decadencia de Roma*, publicada de 1901 a 1907, demostró una acusada tendencia a la sociología y a la filosofía de la historia. Llegado el fascismo, Ferrero se alineó entre sus adversarios más intransigentes y hubo de desterrarse. Acogido en Suiza, prosiguió la lucha contra el citado régimen político y obtuvo en 1930 la cátedra de Historia de la Revolución Francesa en la Universidad de Ginebra. Los cursos sobre la Revolución Francesa dieron lugar a dos obras, escritas en francés: *Aventura, Bonaparte en Italia (1796-1797)* y *Reconstrucción, Talleyrand en Viena (1814-1815)*. En ellas pretendió señalar a los políticos contemporáneos los caminos para una paz estable. Al mismo tiempo, enseñó historia en el Institut Universitaire des Hautes Études Internationales y escribió *Poder*, publicado en inglés en América (1942). Fernández, Tomás y Tamaro, Elena. «Biografía de Guglielmo Ferrero». En *Biografías y Vidas. La enciclopedia biográfica en línea* [Internet]. Barcelona, España, 2004. Disponible en <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/f/ferrero.htm> (consultado el 9 de marzo de 2024).

<sup>387</sup> Juan de la Cierva y Peñafiel (1864-1938) fue un abogado y político español, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, de Gobernación, de Guerra, de Hacienda y de Fomento durante el periodo constitucional del reinado de Alfonso XIII y, nuevamente ministro de Fomento en el último gobierno de la monarquía alfoncina. Azorín lo describe así: «Este hombre, rudamente combatido, a quien la aspereza de la lucha ha hecho replegarse sobre sí mismo, tiene un corazón bondadoso, efusivo. Hombre de partido, inspirador de una inmensa masa política, conserva de par en par su puerta para todos y tiene para todos un consejo, una indicación cariñosa, una advertencia, un recuerdo, una norma de vida. ¡Qué difícil es saber escuchar!» (AZORÍN [1914]: *Un discurso de la Cierva*, Editorial Renacimiento, Madrid: 11-12).

<sup>388</sup> ALONSO, María Rosa: «Un libro de Valbuena Prat», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 5 de junio de 1931.



artículo de *La Tarde* pero sí en el publicado en *Libertad* de Castellón y en éste no está la primera parte que sí tenemos en el vespertino tinerfeño. Además, según el periódico publicado tiene distinto encabezamiento, el de *La Tarde* es más amplio, pensamos que porque Valbuena Prat, que en el momento de la publicación de su libro es catedrático de la Universidad de Barcelona, anteriormente fue catedrático de La Laguna y era conocido por una mayor cantidad de gente que en Castellón. No podemos olvidar que María Rosa Alonso había sido alumna suya en el curso 27–28, cuando asistió a sus clases de Literatura, a pesar de que ya tenía la asignatura aprobada, por lo que le pidió permiso para escuchar al prestigioso profesor; ella siempre lo elogió y decía que fue el primero en tratar el estudio de la literatura canaria de una forma seria. *María Luisa Villalba* empieza pidiendo disculpas por haberse dedicado a las líneas políticas y no atender a este libro, habla con orgullo del catedrático de la Universidad de Barcelona, que antes lo fue de nuestro primer centro docente y que había publicado en la editorial Labor un manual en dos volúmenes sobre *Literatura dramática española*. Destaca la importante labor de don Ángel Valbuena en el rescate y difusión de la poesía canaria, que además de su encomiable labor académica, fue un «hombre culto, nuevo y comprensivo, frente al obtuso y pedante catedrático». Se queja de la poca profesionalidad de los librerías de Tenerife, que no habían puesto a la venta la última obra del catedrático sobre la poesía nueva. En el resto del artículo nuestra autora nos da un esquema de la obra de Valbuena: empezando por el teatro medieval con el *Auto de los Reyes Magos*, después la obra dramática de Gómez Manrique, Juan del Encina, Lucas Fernández, Fernando de Rojas, Naharro, Gil Vicente; le dedica dos capítulos a los prelopidistas Timoneda, Lope de Rueda, Juan de la Cueva y Cervantes del que dice que es el primer entremesista de España. Valbuena le dedica un capítulo a Lope de Vega, centrándose en el aspecto psicológico del «Fénix», puesto que representa el «tipo raza»: popular, mujeriego, religioso; Valbuena cree que el psicoanálisis podría hacer un estudio muy interesante sobre el genial dramaturgo. Siguiendo con el orden cronológico llegamos a Tirso de Molina, que para Valbuena sólo tiene un gran valor por el *Don Juan*, pues su teatro no es mejor que el de Alarcón o Rojas. Divide en dos apartados el «Ciclo de Lope»: por un lado, Vélez de Guevara y Amescua y por el otro Alarcón, al que describe como «un tipo de Young». Habla de la generación del 27 que ha tratado el Barroco en torno al dualismo claro-oscuro: Churriguera, Bernini, Góngora, Calderón, etc.; es en este último donde se percibe la gran predilección de Valbuena, reflejada en estas palabras: «El punto vulnerable de Calderón está en su ególatra apartamiento del

medio político, su adulación a los monarcas, sus concesiones a una ética convencional, separándose de la simpática rebeldía de la juventud», y le dedica varias páginas a analizar a Segismundo y sus afinidades y diferencias con Hamlet. El autor del Manual sigue con el ciclo de Calderón: Rojas, Moreto, Cubillo, etc. Para él los siglos XVIII y XIX son de «descomposición» en el teatro español, no hay decadencia sino separación. María Rosa Alonso destaca la edición cuidadosa y las ilustraciones hábilmente seleccionadas, cosa que añade un triunfo más a la brillante carrera de don Ángel Valbuena Prat.

Nos encontramos con la cuarta publicación de las cinco aparecidas en este mes de junio dentro y fuera de nuestras islas, lo que demuestra el vertiginoso ritmo de trabajo de nuestra autora. «De nuestro presente y porvenir»<sup>389</sup> es un artículo-ensayo, que nos lleva a seguir conociendo las aspiraciones de María Rosa Alonso sobre la política de las islas: empieza hablando de periodismo, de Ortega y Gasset y su labor en el periódico madrileño *El Sol*, comenta la gran importancia de su estudio «Misión de la Universidad». Continúa tratando el tema de la prensa en general, para después centrarse en su periódico, *La Tarde*, cuyo nombre aparece por tres veces en letras mayúsculas. Para ella dicho periódico «ha representado siempre una negación al término de “aplatanamiento”, sinónimo local de abulia y apatía». El vespertino tinerfeño, desde sus comienzos, ha tratado de agitar conciencias, atacando al viejo caciquismo y luchando por la unidad de Canarias; ella ve muy loable que las páginas de este periódico hayan sido una esperanza para ir fraguando una conciencia de país que se sobrepone al negocio mercantil. Pasa a hablar del tema de la Universidad como un nexo de unión entre Hispanoamérica y la Península, recuerda cuándo escribió sobre la carencia de grandes figuras isleñas en la generación del noventa y ocho, cosa que se sigue echando en falta en la actualidad, siguiendo la confesión de Luis Rodríguez Figueroa<sup>390</sup> sobre

---

<sup>389</sup> ALONSO, María Rosa: «De nuestro presente y porvenir», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 16 de junio de 1931.

<sup>390</sup> Luis Rodríguez de la Sierra y Figueroa (1875-1936) fue un escritor y político canario, nacido en el Puerto de la Cruz. Estudió la carrera de Derecho en Granada, donde continuó cultivando su faceta literaria y política; además, debido a su carácter inquieto, viajó por distintas ciudades del continente europeo. Vivió en su ciudad natal, más tarde se trasladó a Santa Cruz y finalmente fijó su residencia en La Laguna. Después de una ajetreada vida amorosa, se casa con Loreto Melo, con la que tiene diez hijos, falleciendo su esposa al dar a luz a su último hijo. Fue presidente de la Juventud Republicana y diputado a Cortes por Izquierda Republicana, integrada en el Frente Popular en 1936, por tal motivo es detenido y ejecutado el 21 de agosto de 1936. Muy relacionadas con las ideas del artículo que estamos comentando, son las palabras de Milagros Luis Brito: «que Canarias sepa, en fin, que en Luis Rodríguez Figueroa tuvo un firme bastión de la unida interinsular, del regionalismo, y reivindicación autonómica, en una coyuntura

este aspecto. Esa ausencia de regionalismo la hace recordar a la revista *Cartones*, que para ella fue el «fin de fiesta regional» y a *La Rosa de los Vientos*<sup>391</sup>, que Juan Manuel Trujillo<sup>392</sup> quería que fuera más internacional o universal que regional. ¡Pero le queda Pedro García Cabrera «único obrero de un aspecto inédito casi —Qué paradoja en una isla! — y fundamental: el tema del mar». Compara a otras regiones españolas, que ya elaboran sus estatutos, con Canarias en las que, debido al pleito insular y a la abulia de personas intransigentes con localismos primitivos, no existe esta conciencia regionalista. Hace una llamada a los hombres, que ya saldaron su deuda con la historia al crear los Cabildos en el 1912, les pide que atiendan a las generaciones jóvenes puesto que no han podido aplaudir nada, ni siquiera la llegada de la República, pues la isla está muerta. La joven periodista se pregunta «¿Qué somos? ¿Qué se va a hacer con nosotros?» Ella tiene muy claro que los viejos procedimientos han muerto y que la juventud espera, que está alerta y lo más grave sería las cuentas que pudiera pedir algún día.

En el mismo día que aparecía el anterior artículo comentado en la prensa isleña, María Rosa Alonso publica un artículo en el periódico peninsular *Libertad*, sería el último en su fructífera colaboración con esta publicación castellonense: «Un librito para uso de las escuelas»<sup>393</sup>. Este es el tercer artículo dedicado al tema de la educación por nuestra autora; hay también otros dos en los que trata el mismo tema, pero

---

histórica postrestauracionista nada favorable» (LUIS BRITO, Milagros [1984]: *Luis Rodríguez Figueroa: un portuense en la vida canaria (1875-1936)*, Aula de Publicaciones del Ayuntamiento, Puerto de la Cruz: 12).

<sup>391</sup> Sebastián de la Nuez Caballero nos dice de esta revista: «Al hojear, hoy, las páginas de *La Rosa de los Vientos* parece desprenderse un olor a pétalos marchitos y ya caducos, que acaso sea debido a su culterano lenguaje y a su intrascendente jugueteo con el arte y la vida. Mas su perenne lección queda en pie; su afán de perfección y su ensueño de pura belleza. Esas “rosas” representan, además, históricamente, la separación de todo epigonismo modernista, del pesimismo grandilocuente de políticos, oradores y poetastros. Ellas nos dan, todavía, su sonriente humorismo, su canto a la vida y a la belleza, que acaso está ya deseando nuestra época, saturada de tremendismo, de trascendentalismo y de existencialismo infrarrealista» (NUEZ, Sebastián de la [1965]: *Una revista de vanguardia en Canarias: La Rosa de los Vientos (1927-1928)*, Patronato de «Casa Museo Colón», Anuario de Estudios Atlánticos, Madrid-Las Palmas: 194).

<sup>392</sup> Juan Manuel Pérez Trujillo (1907-1976) fue un ensayista, editor e impresor canario, impulsor excepcional de la cultura canaria entre la etapa de las vanguardias históricas y el periodo de posguerra. Sebastián de la Nuez nos dice de él: «las tendencias estéticas y literarias que animan la obra de Juan Manuel Trujillo no representan una posición estática sino dinámica, no una actitud comprometida con unas corrientes determinadas, sino una asimilación creciente de conocimientos literarios y artísticos, que van desde el novecentismo vanguardista (ramonismo, cosmopolitismo, futurismo) y el cubismo hasta el regionalismo universalista y neotradicionalismo cultural, pasando por el surrealismo de estilo transitorio, superado por el ensayismo-d’orsiano racional-vitalista» (TRUJILLO, Juan Manuel [1986]: *Prosa reunida*, edición y estudio preliminar de Sebastián de la Nuez, Aula de Cultura de Tenerife: Cabildo Insular de Tenerife, Santa Cruz de Tenerife: 21-22).

<sup>393</sup> ALONSO, María Rosa: «Un librito para uso de las escuelas», *Libertad*, Castellón, 16 de junio de 1931.

compartiendo temática con la política. Hay una fuerte crítica por parte de la escritora canaria a la historia que se da en las escuelas. Es increíble cómo se repiten los hechos, pues, leyendo este artículo de 1931, es como si se hubiese escrito en plena dictadura franquista, y en cuanto a lo que se dice de la Monarquía, yo diría que es una opinión muy válida para los tiempos actuales. Ella habla de que la historia que se da a los niños en la escuela responde a una realidad deformada, y se centra en el libro editado por la Real Academia de Historia y que se ha obligado a adquirir a los maestros, como ejemplo pone la forma en que se explica la prehistoria de España, donde se tacha a los hombres primitivos de ignorantes porque no sabían emplear como armas sino palos y piedras; esta disparatada forma de explicación hace que María Rosa Alonso diga que «Ignorar es no conocer lo que existe» y por entonces no existía otra clase de utensilios o armas. La orientación que se ha seguido en las Escuelas Nacionales ha sido la de enseñar que «la unidad nacional era la más interesante y favorable empresa de los católicos». Esto es lo que se les decía a los chicos hasta hace ahora muy poco, ahora se les enseñará que el ideal es la Federación. Otra curiosidad de esos libritos de Historia es la forma de tratar las batallas, en la que lo que importa es quién ganó o quién perdió, dando lugar a una generación belicista, nacionalista, intransigente. Pone como ejemplo a Alemania para analizar el fruto de esta educación belicista, donde los jóvenes eran educados en valores de superioridad: se les insufló el espíritu del guerrero victorioso, por ello tenían derecho a crear todas las guerras que fueran necesarias para demostrar esa supremacía, donde la victoria era segura; para Trotski el ejemplo resultó amargo y era una certera acusación al socialismo alemán. Sigue describiendo cómo se cuenta la Historia de España de una forma totalmente idílica, donde la realidad histórica está muy disfrazada. Y para terminar este logrado artículo crítico sobre la forma de educar a una juventud desde la escuela, vamos a citar textualmente el último párrafo: «El libro lleva una corona en su portada. Y la Academia, título de “real” ¿No se podría quitar esa basura de la circulación?».

Con «Socialistas en La Laguna»<sup>394</sup> —casi ha pasado un mes desde la publicación de su último artículo— nos encontramos con que nuestra joven periodista vuelve al tema que más ha trabajado y en el periódico de siempre. Ahora bien, este escrito tiene una singularidad: es el último que ella publica en *La Tarde* con el

---

<sup>394</sup> ALONSO, María Rosa: «Socialistas en La Laguna», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 11 de julio de 1931.

seudónimo utilizado hasta el momento, *María Luisa Villalba*: volverá a colaborar con el vespertino tinerfeño el 14 de junio de 1946 y ya firmando con su verdadero nombre. Los verdaderos motivos que la llevaron a romper esta colaboración creemos que está en la aparición de un nuevo periódico de izquierdas, *Proa*, y por la deriva que había tomado el vespertino en cuanto al pleito insular. En lo que concierne a su contenido, la periodista habla del Partido socialista de La Laguna, pero sobre todo se centra en exhortar a los trabajadores a que estén unidos en cualquiera de las tres corrientes proletarias que existen: socialista, sindicalista y comunista. Hace énfasis en que los trabajadores tienen que estar unidos porque se avecinan tiempos muy difíciles y que sólo el tener conciencia de la lucha de clases les salvará: «Porque más hermano es un obrero lagunero de un santacrucero que no un burgués lagunero».

«El problema canario»<sup>395</sup> es el tercer ensayo político que escribe nuestra autora, se publica el mismo día que el anteriormente comentado, pero en esta ocasión en las páginas de *Proa*, y es el segundo escrito de nuestra autora en este periódico tinerfeño. Este artículo supone un antes y un después en el quehacer periodístico de María Rosa Alonso; como ya apuntamos, el anterior artículo fue el último publicado en *La Tarde* bajo el seudónimo de *María Luisa Villalba* y ambos artículos se publicaron el mismo día. Ahora comienza a publicar en *Proa* y la causa de esta «ruptura» parece deducirse del matiz regionalista que tiene este artículo y la crítica que hay hacia *La Prensa* y *La Tarde*, ambos con fuertes raíces insularistas. A través de una prosa muy bien cuidada nos presenta su opinión sobre la situación política en Canarias, centrándose en el regionalismo. Comienza aludiendo a su impulsividad debido a que es propio de la juventud ceder «al cromatismo de la pasión» y apartarse «de la razón fría, quieta, meditada...». Hace un poco de historia, partiendo del septiembre de 1930 cuando en el periódico gomero *Altavoz* escribió por vez primera sobre este tema, después habla del periódico *La Tarde*, al que hacía dos o tres meses había enviado su opinión sobre el pleito isleño y que el vespertino no publicó —he aquí uno de los motivos que llevó a María Rosa Alonso a dejar su colaboración con dicho periódico—, continúa narrando las consecuencias de las posturas del periódico tinerfeño y otro de Las Palmas, pero ella no quiso «entrar al saco» para no perjudicar a *Proa*, que era el medio con el que empezó a colaborar hacía unos meses. Dejando este espinoso tema de lado, comenta la convocatoria de Asamblea para tratar de la realización del Estatuto

---

<sup>395</sup> \_\_\_\_\_: «El problema canario», *Proa*, Santa Cruz de Tenerife, 11 de julio de 1931.

canario, donde es muy interesante su percepción de que «Archipiélago no es Región», el mar separa lo que no se puede unir, pero «Canarias que es una región con dos cabezas, le falta cabeza para serlo»; aun en los temas más serios no deja de aparecer su característica ironía. Pasa a diferenciar el pleito insular, el típico entre las dos islas capitalinas y la situación de las Islas menores, ya que «su minoría de edad se prolonga demasiado». Ella aboga por una autonomía encaminada hacia una realidad económica, todo lo demás sería «sentimentalismo localista, pequeñeces de vanidades ciudadanas»; nombra al historiador canario Dacio Darías Padrón<sup>396</sup>, que había tratado este tema; también su amigo Pedro García Cabrera había presentado un proyecto, que fue tratado despectivamente por cierto sector de la prensa, pero *La Prensa* parece ser que está actuando con cordura y esto hace que la joven periodista se planteé que esa «forma tan ecuánime nos hace pensar en algún Voronoff<sup>397</sup> injertador; de todas formas, nos sorprende muy gratamente». *La Tarde* se refiere a las ideas sobre el proyecto de regionalismo en los siguientes términos, «en ese programa mediocre y ridículamente materialista», pero María Rosa Alonso no se amilana ante las anteriores opiniones, ella cree que esa Asamblea debe celebrarse pues ella tiene fe en «una juventud que no tiene prejuicios, que mira alto y “piensa en grande”. Sin localismos, sin rutinas, sin latiguillos...».

Y después de tres largos meses sin que sus seguidores pudieran disfrutar de las opiniones y el buen quehacer como escritora de la joven tinerfeña, aparecen dos artículos, separados por un intervalo de una semana y publicados por el órgano de

---

<sup>396</sup> Dacio Darías Padrón (1880-1960) es uno de los referentes del historicismo regionalista que tuvo su arranque en Canarias en las primeras décadas del siglo XX. Junto a otros intelectuales de su generación, caso de Sebastián Padrón Acosta, Buenaventura Bonnet Reverón y José Peraza de Ayala, entre otros, se distinguió por una perseverante faceta divulgadora al acercar el conocimiento del pasado isleño a los lectores de la prensa diaria. Darías Padrón, dentro de la esfera de su preocupación y desvelos por la investigación del pasado de las Islas, aparece no solo en el grupo de estudiosos que dieron inicio a la edición de la primigenia *Revista de Historia*, en 1926, sino que, casi a renglón seguido, formó parte asimismo en la creación del Instituto de Estudios Canarios. Nos dice José Ayala Zamora: «Simultaneó su trabajo de investigación, con su vida militar y luego en los períodos de retiro del Servicio Activo, intensificó su actividad, realizando su quehacer con más intensidad: buscando y encontrando y clasificando el material, que fuera la base de su inigualable trabajo, plasmado en el conjunto de sus obras» (AYALA ZAMORA, José [1999]: *Datos biográficos de D. Dacio Victoriano Darías y Padrón (1880-1960): herreño, militar, maestro, historiador*, Cabildo Insular, El Hierro: 27).

<sup>397</sup> Voronoff (1866-1951), fue un cirujano francés de raíces rusas que ganó fama por su técnica de trasplantar tejido de testículo de mono y colocarlo en los testículos de hombres con finalidades supuestamente terapéuticas. Desarrolló sus actividades en Francia en las décadas de 1920 y 1930. «Gracias a su campaña publicitaria, la operación de “rejuvenecimiento” se hace tan popular que hacia 1930 son miles los caballeros de todo el mundo que se pasean con los testículos de un primate entre las piernas. La demanda de gónadas es tal, que Serge Voronoff planea construir un gran parque con chimpancés y babuinos para mantener el suministro»: <http://www.fogonazos.es/2006/08/el-mtodo-voronoff.html> (consultado el 20/03/2023).

difusión del partido socialista de Tenerife<sup>398</sup>. En los dos artículos *María Luisa Villalba* hace un exhaustivo análisis de lo que significa el socialismo y el comunismo dentro de la sociedad capitalista española. En el primero de ellos, «Capitalismo y socialismo, I»<sup>399</sup> nuestra escritora lo dedica al capitalismo y al socialismo, pero tampoco puede dejar de hablar del comunismo: de Marx con sus teorías sobre las clases sociales, del afán de lucha del proletariado por mejorar sus condiciones laborales y no seguir siendo los modernos esclavos de la clase dominante: la burguesía. Hace una descripción de las teorías de Oswald Spengler sobre la decadencia de occidente y el papel que juegan el comunismo y el socialismo frente al capitalismo, que para Ortega y Gasset supone «el fenecimiento de una civilización»; como contraposición cita dos versos de Gabriel y Galán<sup>400</sup>, en los que cantaba el poeta «al trabajo de sabor proletario». Habla también de la crisis de la Iglesia, de la que Renán<sup>401</sup> decía que se tambaleaba y que había que empujarla y dejarla caer. Para otros teóricos, hay que llamar al capitalismo porque en él está la salvación del obrero, o bien empujarle al vacío y caer con él en el abismo.

---

<sup>398</sup> *El Socialista*, (1917-1932). «La Agrupación Socialista de Tenerife, comenzó a publicar su órgano de opinión en Santa Cruz de Tenerife, con periodicidad semanal, e imprenta propia sita en la calle Santa Rosalía. Las colecciones encontradas son muy incompletas y se hallan en muy mal estado. Lo que hace imposible un estudio a fondo y detallado de esta publicación» (GALÁN GAMERO, Javier [1997]: *Historia del periodismo tinerfeño (1900-1931)*, Aula de Cultura del Cabildo de Tenerife: 358). También nos dice Julio Yanes que este periódico había reaparecido el 28 de julio de 1931. «Editado en la imprenta Toledo en formato pequeño con 8 páginas a 4 columnas, el decano de los órganos de izquierda isleños, puesto que data de los años de la guerra europea, al menos consiguió editar 29 números hasta finales de febrero de 1932 captando colaboraciones, entre otros, de Lucio Illada Quintero, Domingo López Torres, María Rosa Alonso Rodríguez, Óscar Pestana, Domingo Pérez y José Padrón Machín» (YANES MESA, Julio A. [2003]: *Historia del periodismo tinerfeño (1758-1936)*, Centro de la Cultura Popular Canaria, Tenerife: 526).

<sup>399</sup> ALONSO, María Rosa: «Capitalismo y socialismo I», *El Socialista*, Santa Cruz de Tenerife, 12 de octubre de 1931.

<sup>400</sup> José María Gabriel y Galán (1870-1905). Al igual que María Rosa Alonso, nos dice Carmen Fernández Daza: «Gabriel y Galán ya supo en vida que sus versos pertenecían al pueblo, porque de él nacían, que eran del pueblo, porque a su lado se escribían y que a él volvían para siempre y que a él volvían siempre, recorrido circular de una poesía, romancero en los albores del siglo XX [...] Gabriel y Galán es directo y sencillo; es patrimonio del pueblo, que nunca ha entendido la poesía ceñida a cuestiones de crítica literaria y evoluciones poéticas» (GABRIEL Y GALÁN, José María [2001], *Antología poética*, edición de Carmen Fernández Daza, Clásicos Castalia, Madrid: 11-13).

<sup>401</sup> Ernest Renan (1823-1892), fue un escritor francés que dedicó su obra a la filología, la filosofía, la arqueología y a la historia. Fueron muy controvertidas sus teorías sobre Jesús de Nazareth y el cristianismo primitivo, también suscitaban mucha polémica su visión sobre los pueblos semitas y el islam, los tipos de razas y el concepto «espiritual» de nación. Para Gabriel Albiac: «De ese fatal envilecimiento en lo religioso a que propende la conciencia popular, Renan ha extraído dos conclusiones esenciales para su obra: su fidelidad perenne a la fe laica primero; luego, y prolongándola, su exquisita tolerancia para quienes no han podido disponer de los medios necesarios para cuestionar siquiera su inmersión en esa imbecilidad religiosa, una de cuyas características más esenciales es buscar la aniquilación a cualquier precio de todo defensor del saber, la crítica o, sin más, la inteligencia. Es lógico que así sea, se plantea, Renan. No puede suceder de otro modo» (en RENAN, Ernest [1992]: *Averroes y el averroísmo* (Ensayo Histórico), traducción de Héctor Pacheco Pringles y prólogo de Gabriel Albiac, Ediciones Hiperión, Madrid: 10).

En la segunda parte: «Capitalismo y socialismo, II»<sup>402</sup> comienza de una forma un tanto lírica con algunas metáforas sobre los nuevos tiempos e insiste en las diferencias entre socialismo y comunismo; cita textualmente a Alfredo L. Palacios<sup>403</sup>, que defiende una nueva vida cargada de solidaridad y así acabar con «la era del individualismo». Es muy evidente que ella defiende el socialismo frente al comunismo puesto que dice: «El comunismo pretende implantar por la violencia, lo que el socialismo por el convencimiento». Habla de Ortega y Gasset y su llamada «al capitalismo para una construcción nacional y mundial de la vida», alude a MacDonald<sup>404</sup> y su traición a la clase obrera al colaborar con el capitalismo inglés. Sigue hablando del capitalismo italiano, centrándose en Modigliani, que habló del fascismo y veía que el peligro estaba entre la dictadura del proletariado o la de una sola persona. Para María Rosa Alonso a medida que el capitalismo se debilita se hacen más difíciles las dictaduras individuales, ella creía que lo importante es esperar la gran oportunidad «el preciso instante en que la fruta esté madura».

Será en este año de 1931 cuando empieza a recibir los frutos de su trabajo como filóloga, puesto que en el certamen convocado por *El Museo Canario* de Las Palmas de

---

<sup>402</sup> ALONSO, María Rosa: «Capitalismo y socialismo II», *El Socialista*, Santa Cruz de Tenerife, 19 de octubre de 1931.

<sup>403</sup> Alfredo L. Palacios (1880-1965), según Alejandro Witker, fue «pionero del socialismo argentino, legislador de los derechos laborales, defensor de la soberanía nacional y de las libertades públicas, ciudadano de la Patria Grande latinoamericana, escritor fecundo, maestro de la juventud que tras sucesivas generaciones vio en su estatura moral una representación auténtica de los grandes ideales del humanismo de nuestro tiempo» (WITKER, Alejandro [1986]: «Alfredo L. Palacios: Maestro de nuestra América», *Revista ABRA*, 4 (3-4), 63-76).

Obtenido de: <https://www.revistas.una.ac.cr/index.php/abra/article/view/4710> (consultado el 11/04/2023).

<sup>404</sup> James Ramsay MacDonald (1866-1937) fue un político británico dos veces primer ministro del Reino Unido. De orígenes humildes, entró en el Parlamento en las elecciones de 1906 y se convirtió en líder del Partido Laborista en la Cámara de los Comunes en 1914. Su oposición a la I Guerra Mundial le hizo impopular, perdió su escaño en las elecciones de 1918 y regresó al Parlamento en 1922, cuando los laboristas superaron a los liberales como el partido más grande del ala izquierda del espectro político en el Reino Unido. Su primer Gobierno formado con el apoyo de los liberales en 1924 duró nueve meses. En 1929 los laboristas regresaron al poder, pero fueron arrastrados por la Gran Depresión, durante la cual el gobierno laborista se escindió por las demandas de realizar recortes en el gasto público para mantener el patrón oro. Así, en 1931, se formó un Gabinete de unidad en el que sólo había dos ministros laboristas, dando esto como resultado la expulsión de J. R. MacDonald del partido bajo la acusación de «traidor», permaneció como primer ministro del Gobierno de Unidad de 1931 a 1935, año en que perdió su escaño en la elección general, pero regresó por otra circunscripción y permaneció como Lord Presidente del Consejo, hasta que se retiró en 1937. Nos encontramos con unas palabras de J. R. MacDonald en las que expresa con mucha claridad el verdadero significado del socialismo dentro del laborismo: «Para nosotros el socialismo es la concepción de una comunidad organizada y orgánica que tiene en sus manos la potencia económica y material de la sociedad, de modo que el individuo puede ser librado de la opresión y gozar de la libertad de desenvolverse... No sólo representa una creencia económica, ha sido un movimiento humano, como resultado de un conjunto de experiencias» (ATTLEE, C. R. [1946]: *Pasado, presente y futuro del Laborismo*, Academia de Herederos S. y R., Barcelona: 23).



Gran Canaria para conmemorar el segundo centenario del nacimiento del polígrafo José Viera y Clavijo, obtuvo el primer premio. Además, también recibió el mismo galardón en los certámenes de las siguientes entidades: la Cosmológica de La Palma, el Cabildo Insular de Tenerife, el Ayuntamiento del Realejo Alto (Tenerife) y el Gabinete Literario de Las Palmas de Gran Canaria. Se trata de cuatro trabajos juveniles sobre la obra de Viera y Clavijo, premiados, según oficio de la entidad de Las Palmas con fecha de 4 de febrero de 1932. En nuestra tesis analizaremos los tres artículos dedicados a Viera y Clavijo, que fueron publicados entre 1931-1932 y que, además, formaron parte del primer libro de María Rosa Alonso, *San Borondón, signo de Tenerife*, aparecido en 1940 en la colección «Biblioteca Canaria» de *La Prensa* de Leoncio Rodríguez. La *Revista de Historia*<sup>405</sup> de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Laguna publica el primer ensayo de literatura realizado por nuestra autora y que es uno de los trabajos premiados en la efeméride celebrada en honor de Viera y Clavijo<sup>406</sup>. Además, este escrito fue denominado como «ensayo periodístico» en el libro publicado por Leoncio Rodríguez y creemos que cumple una de las funciones primordiales en la intención comunicadora de nuestra escritora, es decir, la de hacer periodismo cultural. Nada mejor que hacer difusión de la cultura canaria que escribir sobre el gran polígrafo que representa lo mejor del siglo de la Ilustración en Canarias. Es muy interesante la visión de Victoria Galván y Rafael Padrón sobre este tema de Viera y Clavijo: «María Rosa Alonso “bajo el signo de Viera”<sup>407</sup>». Nuestra ensayista comienza refiriéndose a la visión moderna del paisaje y pone como ejemplo a Azorín y a su descripción de la Naturaleza de España<sup>408</sup>; también Berceo había tratado el paisaje desde un punto de vista muy idealizado, igualmente los pintores italianos del Renacimiento. Nos dice Azorín: «Fray Luis de León tiene rápidos y gratos paisajes en *Los nombres de Cristo*;

---

<sup>405</sup>En los artículos objeto de nuestra tesis sólo hay dos publicados en la *Revista de Historia*: el que estamos comentando y otro que también se publicó en un periódico: «En torno al libro de versos “*Rincón de provincia*», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 14 de junio de 1946.

<sup>406</sup> ALONSO, María Rosa: «El hombre ante la naturaleza. Viera y Clavijo y el paisaje en el siglo XVIII», *Revista de Historia*, La Laguna, N.º 32, octubre-diciembre de 1931.

<sup>407</sup> GALVÁN GONZÁLEZ, Victoria y PADRÓN FERNÁNDEZ, Rafael, en VV. AA. (2010): 133-153.

<sup>408</sup> L. A. Núñez Marrero nos aporta una interesante visión sobre este tema: «Para Azorín la descripción del paisaje es un movimiento universal que agita nuestro suelo patrio y que partiendo de Castilla, germen de las grandes empresas, se ha ido extendiendo al resto de la patria, y a todos los artistas de la literatura o del Arte; para luego de común acuerdo, cantar la belleza de una tierra, que si no fuera hermosa por su historia, por la raza que la puebla, o su riqueza, tendría suficiente con la hermosura de paisaje y con la belleza que de ella cantan sus artistas, para traspasar las puertas de la Gloria, y para que sus hijos nos sintamos favorecidos de haber nacido en ella» (NÚÑEZ MARRERO, Laureana Argelia [1957]: «El paisaje en Azorín», tesina de la Universidad de La Laguna: 16.) Disponible en <http://riull.uil.es/xmlui/handle/915/23846> (consultado el 12/04/2023).

pero como en los cuadros de Velázquez —fondos del Guadarrama— la naturaleza es lo accesorio»<sup>409</sup>. María Rosa Alonso sigue comentando lo que dice Azorín sobre el paisaje literario del siglo XVII: Cervantes, Lope, el Arcipreste y las «serranillas» de Santillana, la «Arcadia» de Sannazaro, Ribeiro, Montemayor, Gil Polo, etc. Y sigue en el mismo siglo, pero en cuanto al arte pictórico se pinta el paisaje por el paisaje mismo: Rembrandt, los grandes paisajistas holandeses... Hasta el siglo XIX la Naturaleza se aprecia sólo por su belleza, será este siglo el que se complazca en la realidad y aceptará el paisaje en todas sus consecuencias, por ejemplo, la soledad lluviosa del invierno. Son muchas las líneas que nuestra autora dedica a la descripción del paisaje a través de los siglos, destacamos la concepción de Menéndez Pelayo en sus *Ideas estéticas*<sup>410</sup>, donde nos habla de finales del siglo XVIII se produce una reacción en contra de la vida de la ciudad y se busca la «Naturaleza simple y ruda»; es en este contexto donde aparecen el «hombre de la naturaleza» de Rousseau y su *Emilio*<sup>411</sup>, al que quiere educar en la soledad del campo. Es en el marco de esta naturaleza donde María Rosa Alonso sitúa la concepción de la Naturaleza de Viera y Clavijo, que lo lleva a hacer traducciones de «Los Jardines» y «El hombre en los campos o Geórgicas» del Abate Delille<sup>412</sup>; también

---

<sup>409</sup> AZORÍN (1917): *El paisaje de España visto por los españoles*, Renacimiento, Madrid: 7.

<sup>410</sup> Menéndez Pelayo en sus *Ideas estéticas* destaca que «el arte constituye el resultado del concepto que del mismo tiene cada etapa de la historia de modo que cualquier estimación de una obra artística exige de quien la juzga o valora un conocimiento de la teoría estética que se esconde tras ella [...] Para Menéndez Pelayo resulta obvio que todo artista crea a partir de una reflexión, de un concepto, que puede no responder a una conciencia intelectual del arte, pero sí constituye un acto creativo ideado que ha de ser conocido por el crítico y desvelado a sus lectores» (RODRÍGUEZ SÁNCHEZ DE LEÓN, María José [2014]: «La Historia de las ideas estéticas en España: concepto, principios y método», *Menéndez Pelayo y la literatura: Estudios y Antología*, Editorial Verbum, Madrid: 54-55).

<sup>411</sup> Jean-Jacques Rousseau (1712-1778). Escribió el *Emilio* en 1762, Toni Vicens destaca en esta obra: «Lo interesante es ver como a través de la progresión que sigue Emilio, sin salir de sí mismo, va encontrando su necesidad. Está en sí mismo aquello que le hará resultar un individuo social natural. Estará en la sociedad como estaría en el estado de naturaleza: solo». Pero cuando entra en el mundo, en la sociedad, se comprobará si su educación fue la adecuada «si subsiste a pesar de todo lo que en la sociedad es contrario al curso de la naturaleza»; en esta etapa es fundamental su encuentro con la mujer, con el amor: «Parece que todo lo adquirido en su formación desaparece y él, que era tan fuerte, empieza a ser gobernado por una mujer. La didáctica debe continuar [...] La virtud es fuerza, y la libertad es el dominio de sí. Para probarlo, y para conocer el orden civil antes de convertirse en ciudadano al tiempo que esposo, Emilio deja por un tiempo a Sofía y viaja [...] Emilio descubre también la política y su pertenencia a una sociedad en la que es soberano como ciudadano y sujeto como sometido a esa misma soberanía» (VICENS, Toni [1978]: *Conocer a Rousseau y su obra*, Editorial Dopesa, Barcelona: 52, 58-60).

<sup>412</sup> El poeta francés Jacques Delille (1738-1813) fue conocido de Viera y Clavijo y ambos murieron el mismo año, aunque el canario era siete años mayor. «Durante un tiempo ostentó el título de abad, ya que era propietario de la abadía de San Severino, Pero abandonó la carrera eclesiástica y obtuvo autorización para contraer matrimonio [...] El éxito le sobrevino a raíz de su traducción de las *Geórgicas* de Virgilio, que dio a la estampa en 1770. Voltaire alabó la obra». Delille, al estallar la Revolución, se exilió en Suiza, Alemania e Inglaterra, cuando residía en Suiza compuso *El Hombre en los campos*; retornó a Francia en 1802, año en el que Viera tradujo dicha obra (VIERA Y CLAVIJO, José [2011]: *El hombre en los campos o*

traduce del latín el libro primero de las *Geórgicas* y «El Labrador» de Virgilio. El *Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias* será «la consecuencia científica de esta faceta observadora de nuestro polígrafo». Si bien su observación no le detiene sólo en el paisaje, sino que hace «una rápida pero certera visión de la Naturaleza isleña». Nuestra joven ensayista llega a comparar a Viera, en cuanto a su condena de la guerra, con generaciones muy posteriores como la de Remarque<sup>413</sup>. En cuanto a un elemento del paisaje tan importante para las islas como es el mar; primeramente, utiliza expresiones rebuscadas como, por ejemplo, en *Los Vasconautas* donde habla de «ondas cerúleas» al igual que cualquier continental, pero se delata su isleñismo en expresiones como: «Ya el agua junto al muelle mansa arrulla». Y María Rosa Alonso termina su ensayo comparando al Abate Viera con poetas que cantaron a nuestro mar como Tomás Morales y Pedro García Cabrera.

Llega el año 1932 y con él el cuarto y último ensayo dedicado a la política por parte de *María Luisa Villalba*, es su tercera colaboración con el diario republicano *Proa*. Tengamos en cuenta algunos hechos muy destacables que sucedieron en este año y que formarán parte del devenir histórico de una época: Freud polemiza con Wilhelm Reich sobre su teoría de la libido<sup>414</sup>; Landshut y Mayer publican los *Manuscritos de 1884* de Marx, igualmente Sholohob publica *El Don apacible*. Salazar es nombrado presidente del Consejo en Portugal, mientras que en EE.UU. es elegido como presidente Roosevelt. En España se expulsa a los jesuitas. En este clima socio-histórico aparece «Caudillaje y democracia»<sup>415</sup>, en el que María Rosa Alonso se manifiesta como una

---

*'Las Geórgicas' de Jacob Delille*, documentación, edición y notas de Manuel de Paz Sánchez y Carlota Alfonso Da Costa, Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife: 11-13).

<sup>413</sup> Erich Paul Remark (1898-1970), fue un autor alemán de posguerra que contó los horrores de la Primera Guerra Mundial. «La experiencia de la guerra se ha sedimentado y al mismo tiempo se ha vuelto imperiosa, así que en 1928 Erich María Remarque —que para entonces ya había adoptado el apellido paterno en su forma original francesa y le había sumado el nombre de la madre— comienza a escribir la obra que lo hará famoso. *Sin novedad en el frente* se publica un año después y poco después de publicada se podía leer ya traducida a 28 idiomas»: <https://alemaniaparati.diplo.de/mxdz-es/aktuelles/sinnovedadenelfreaniv/1083094> (consultado el 12/04/2023).

<sup>414</sup> Sigmund Freud (1856-1939), fue un médico neurólogo austriaco de origen judío, padre del psicoanálisis y una de las mayores figuras intelectuales del siglo XX. Wilhelm Reich (1897-1957), fue un psiquiatra suizo, considerado uno de los discípulos más prometedores de Sigmund Freud. Reich quería demostrar la existencia de una energía sexual física tangible, él seguía firme en su convicción de considerar la libido como el centro de la teoría freudiana y para ello se basó en numerosas pruebas clínicas. Pero Reich fue incapaz de proporcionar la misma tranquilidad de conciencia que el mundo pedía y obtuvo de Freud (teorías de la sublimación, instinto de muerte y teorías culturales) y que le hizo famoso; en cambio, Reich murió en 1ª cárcel (REICH, Wilhelm [1970]: *Reich habla de Freud. Wilhelm Reich comenta su obra y su relación con Sigmund Freud*, prólogo de Mary Boyd Higgins, Anagrama, Barcelona: 9-15).

<sup>415</sup> ALONSO, María Rosa: «Caudillaje y democracia», *Proa*, Santa Cruz de Tenerife, 2 de enero de 1932.

magnífica observadora de la realidad, además de poseer un gran conocimiento de la historia y una profunda admiración por Ortega y Gasset y por políticos socialistas que para ella dan la talla como auténticos defensores de la Democracia. Comienza dándonos la definición de «caudillo», que así llamaba la masa en el siglo XIX a los jefes políticos, —parece que hay una premonición de ese dictador que muy pronto gobernaría España—, el liberalismo decimonónico jugó a la democracia con un pueblo analfabeto y defiende la postura de Juan Prim de no haber proclamado una república, puesto que «vio que el pueblo no era republicano y que, por consiguiente, hacía falta intentar un Rey». La República del 73 fracasó porque los únicos republicanos que existían en España eran los del reducido partido republicano y, a modo de ejemplo, cita las palabras de Ortega y Gasset, que en 1914 dijo que ni él ni sus amigos eran republicanos porque España tampoco lo era. Sólo cuando el Rey comienza a ser perjuro, el pueblo lo echa; aquí emplea nuestra ensayista un juego de palabras muy ingenioso: «Parece así afirmarse, que el pueblo condiciona lo que hay que hacer. Si por pueblo se entiende Nación, sí; pero si por pueblo se entiende una clase, no». Habla de las masas socialistas y de sus dirigentes: Prieto, Besteiro, Largo Caballero, De los Ríos, Asúa, Araquistáin, pero vuelve a poner de manifiesto las palabras de Ortega y Gasset cuando decía que democracia sí, pero la democracia disciplinada, que supliera al caudillo hombre por el caudillo idea, y lanza una pregunta retórica: «qué otra cosa que un caudillo, un superior, fue Pablo Iglesias<sup>416</sup>?». Y debido a lo anterior llegó la República del 14 de abril, que está demostrando que hubo disciplina, no caudillos porque lo admirable de un pueblo se lo debe a la organización: «Pueblo organizado es pueblo. Pero la masa amorfa, es sólo chusma». Y este pueblo es consciente de que necesita una mente rectora que a través de la inteligencia lleve a la masa hacia lo que ella quiere y necesita.

---

<sup>416</sup> Pablo Iglesias (1850-1925), fundador y líder del PSOE y de la UGT, sus biógrafos coinciden en una característica que lo diferencia del resto de líderes socialistas como Jules Guesde, August Bebel, Karl Kautsky o el propio Lenin: su origen humilde. Ya desde su niñez vivió el desarraigo, puesto que su madre, lavandera del Manzanares, tuvo que ingresar a Pablo y a su hermano pequeño en un orfanato para poder sobrevivir. Se le ha denominado educador de masas, puesto que él concebía «buena parte de su acción política como pedagogía, consciente de que la educación era el estadio previo, imprescindible para que la acción política de masas desbordara el control de la élite, de los caciques políticos, económicos e ideológicos y proporcionara un nuevo contenido social a la ocupación del poder». Nos dice también José Luis Martín Ramos: «será conocido primero por el Rubio antes que por el Abuelo, que hacen bueno el tópico de que la realidad supera frecuentemente a la fantasía. Pablo Iglesias no fue un personaje literario de Pérez Galdós, pero podría haberlo sido» (SERRALLONGA, Joan [2007]: *Pablo Iglesias. Socialista, obrero y español*, prólogo de José Luis Martín Ramos, Edhasa, Barcelona: 9, 15).

A la semana siguiente *Proa* vuelve a publicar un artículo de política de nuestra joven periodista: «Cultura y región»<sup>417</sup> en el que se pone de manifiesta la relación tan inseparable de lo que significan estos conceptos dentro de la realidad canaria. Estamos ante un buen artículo de María Rosa Alonso en su vertiente política, que nos aporta una interesante reflexión sobre aspectos que, aunque no sean novedosos, no por eso son menos interesantes. Esta vez carga las tintas en la cultura, es decir, lo que tendrían que hacer los políticos para conseguir que España sea un país donde el voto del elector no sea manipulable, pues sólo teniendo cultura se tiene la suficiente capacidad para saber qué conviene para cada uno y para la colectividad. Ella cree que la solución estaría en crear muchas escuelas, le da la razón al anarquismo del siglo XIX en tanto en cuanto le repugnaba la política, ya que ésta se convierte en un «charco cenagoso» cuando no responde a los intereses de todos los ciudadanos. Pero no basa sólo la intención de crear escuelas, sino que para que la tarea del Gobierno sea efectiva, éste tendría que estar descentralizado, ya que se organiza mucho mejor la cultura desde las regiones y recurre a la idea de Ortega y Gasset de una organización comarcal. Canarias, concretamente Tenerife, necesita un grupo de hombres, que lidere esta concepción de la educación como germen para hacer política de la buena, de la que beneficie a todos los ciudadanos, sería un grupo de hombres a semejanza de los que constituyeron en 1880 el «Gabinete Instructivo».

Y, precisamente, es a ese grupo de hombres a los que se refería al terminar el anterior artículo, a los que en el mismo mes dedica su siguiente artículo: «Como los hombres del Gabinete Instructivo»<sup>418</sup>, publicado también en *Proa*. En el antetítulo de este artículo añade «La hora universitaria», puesto que ahora suma este importante centro educativo a la importancia que han tenido la enseñanza superior en los últimos siglos de la historia de Canarias; en dicha enseñanza, ya fuera en forma de tertulias, sociedades o de gabinetes se han agrupado hombres preocupados por hacer de su tierra un lugar más culto, donde hubiera más justicia social que creemos que es donde radica la verdadera finalidad de la cultura. Podríamos hacer una división, en cuanto a su contenido, ya que ella centra su atención en los dos grandes grupos de hombres preocupados por el bienestar de su isla en los siglos XVIII y XIX: en el primero nos

---

<sup>417</sup> ALONSO, María Rosa: «Cultura y región», *Proa*, Santa Cruz de Tenerife, 9 de enero de 1932.

<sup>418</sup> \_\_\_\_\_: «Como los hombres del Gabinete Instructivo», *Proa*, Santa Cruz de Tenerife, 23 de enero de 1932.

encontramos con la famosa Tertulia liderada por el marqués de Villanueva del Prado<sup>419</sup> en la primera mitad del siglo, que «miró civilmente a los desvalidos tanto como a las cuestiones espirituales del país, y la mala administración de la época, la fiscalizaba y criticaba en su periódico El Síndico Personero». Mientras que los hombres del «Gabinete Instructivo»<sup>420</sup> en el siglo siguiente, «aparte de su significación política, ciudadana, isleña demuestra su existencia vital» con hechos muy palpables como su gran preocupación por el asunto de la cochinilla o del cultivo tabaquero, además de su afán por fomentar la literatura, el arte y las ciencias; todo lo anterior quedaba reflejado en dos publicaciones *La Ilustración* y la *Revista de Canarias*, es de destacar que por motivaciones políticas el Gabinete fue suspendido durante cuatro años, hasta que un «ochentacientista» como don Eduardo Domínguez Alfonso<sup>421</sup> logra levantar dicha suspensión con una importante interpelación. María Rosa Alonso insiste mucho en el papel que juega en el tercer decenio del siglo XX la Universidad, porque este centro no

---

<sup>419</sup> «La Tertulia de Nava fue la expresión más señera de tales cambios operado en el seno de las élites canarias. Erigida en los últimos años de los cincuenta, su nombre deriva de agrupar a una serie de miembros de las clases dirigentes insulares, en su mayoría hacendados, pero también varios comerciantes y clérigos en la residencia de uno de los más poderosos e influyentes oligarcas, Tomás de Nava Grimón, marqués de Villanueva del Prado [...] Nació como un foco de opinión y crítica frente a lo que estimaban la pervivencia de la superstición y el fanatismo. [...] Su período más relevante acaeció entre 1763 y 1767. Durante esos años su seña de identidad más significativa era la crítica mordaz a través de una especie de periódico manuscrito *La gaceta de Daute* y otros varios opúsculos de tono irónico y festivo que levantaron fuertes ampollas entre los sectores refractarios a sus críticas» (HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Manuel: «La Ilustración en Canarias y su proyección en La Palma», en *Cinco mitos para cinco siglos: 525 aniversario de la fundación de Santa Cruz de La Palma*, coordinado por Manuel Poggio Capote, Víctor J. Hernández Correa y Antonio Lorenzo Tena, Volumen 2. Tomo II, 2020, pág. 47-68).

<sup>420</sup> En 1869 se crea en Santa Cruz de Tenerife un *Gabinete Instructivo* para, según sus fundadores, «la comunicación mutua de ideas expuestas por medio de discursos escritos u orales, que contribuyan al desarrollo de las facultades intelectuales de sus miembros». Esta institución sigue, según palabras de Coriolano Guimerá López: «el hilo conductor de una historia cultural del Archipiélago, tres veces centenaria, que, nacida al específico aire insular de Bartolomé Cairasco y Antonio de Viana, tuvo continuidad en la Ilustración dieciochesca, se prolongó en la generación posromántica de la centuria siguiente, y alcanzó sus postreros objetivos en las primeras décadas de nuestro siglo con el movimiento vanguardista y la Fundación del Instituto de Estudios Canarios en la Universidad de La Laguna». (COLA BENÍTEZ, Luis [2001]: *El Gabinete Instructivo de Santa Cruz de Tenerife (1869-1901)*, prólogo de Coriolano Guimerá López, Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife: 13, 30).

<sup>421</sup> Eduardo Domínguez Alfonso (1840-1923), según nos cuenta su paisana, Carmen Rosa Pérez Barrios: «nació en Arona, en un momento en el que el liberalismo se imponía sobre el absolutismo, pero donde el ejercicio de la política vendrá determinado por los sucesivos pronunciamientos militares. De regreso a la Isla, tras haber terminado los estudios de medicina, vivió y participó en los acontecimientos derivados de la Revolución Gloriosa, siendo vicepresidente del Círculo Liberal». Durante algún tiempo se aleja de la política para ejercer su profesión como médico, en cuyo ejercicio obtuvo gran reconocimiento científico y social; como ciudadano participó en la vida de la capital, donde impulsa y dirige a lo largo de su vida el Instituto de Segunda Enseñanza, de donde es profesor de física y química. Y termina el repaso por la vida de Domínguez Alfonso por parte de su biógrafa con estas palabras: «le cupo el honor de presidir el primer Cabildo Insular de Tenerife, pero a la vista de su trayectoria vital, creemos que también fue un privilegio para la institución el contar con un personaje de su talla». (PÉREZ BARRIOS, Carmen Rosa [2013]: *Eduardo Domínguez Alfonso. Un médico aronero en la vida insular (1840-1923)*, Llanoazur, Tenerife: 145-147).

sólo se tiene que convertir en una «oficina donde se obtiene tal o cual título, sino en el centro rector de la isla que recoja y sea el índice de nuestra vitalidad». Ella cree que la Universidad tendría que ser en esos momentos el motor que impulse toda la cultura tinerfeña y por ende de Canarias, para ella nuestra Universidad cumpliría el mismo papel que la Tertulia de Nava en el XVIII y el Gabinete Instructivo en el XIX.

Tendremos que esperar casi dos meses para leer un nuevo artículo de *María Luisa Villalba*, pero esta vez publicado en un novel periódico estudiantil: *Brújula*<sup>422</sup>. Este artículo es un buen ejemplo de cómo nuestra periodista estaba al día de todo lo que acontecía en el mundo cultural de las islas, así como a su vez, a ella la tenían en cuenta en los ambientes académicos y periodísticos de la ciudad de los Adelantados. «Periodismo escolar»<sup>423</sup>, comienza con una alusión al típico estudiante «muerto de hambre», que hace malabarismo para subsistir; es un personaje-tipo que abunda en la literatura, María Rosa Alonso cita el «El Auto del Repelón» de Juan del Encina<sup>424</sup>, a Viera y Clavijo y a las cartas en las que hace referencia a estos estudiantes hambrientos, no puede olvidarse de Quevedo y su picaresca y de cómo los dibujó Gustavo Doré. Desde hacía algunos años los estudiantes de la Universidad de San Fernando habían querido hacer un periódico: en 1825 anunciaron el primer intento, *El Tinerfiano*, pero la censura se lo prohibió; al mes siguiente publicaron clandestinamente *El Zurriago*, que era manuscrito; el 4 de marzo de 1837 apareció *El Pigmeo*, era bisemanal y satirizaba a

---

<sup>422</sup> *Brújula*: Semanario promovido por el estudiantado de la Universidad de La Laguna, la Escuela de Magisterio y el Instituto de Bachillerato, así como de la Escuela de Comercio en Santa Cruz de Tenerife. Bajo la dirección de Antonio Martín, la colaboración de los alumnos alternaba con la de profesores como María Rosa Alonso, Rafael de Pina y Fulgencio Egea. Citada por diversos estudiosos de la historia de la prensa canaria, esta publicación republicana era conocida por fuentes indirectas y no había constancia de su existencia en las hemerotecas. (Información extraída del Catálogo de la Biblioteca de la ULL).

<sup>423</sup> ALONSO, María Rosa: «Periodismo escolar», *Brújula*, N.º 1, La Laguna, Tenerife, 19 de marzo de 1932.

<sup>424</sup> A lo largo del siglo XV el teatro conoce un creciente desarrollo, que culminará al final de la etapa con una obra dramática tan madura como la de Juan del Encina (1468-1529): considerado como el patriarca del teatro español renacentista, desde los 14 años escribía versos, pero se hará famoso en 1496 al publicar su *Cancionero*, que constaba de ocho églogas dramáticas de carácter religioso o cortesano, protagonizada por pastores. «El auto del repelón» ocupa un lugar un tanto marginal en la producción de Encina ya que presenta un argumento y un tipo de lengua distanciado de sus demás piezas; estaría encuadrado en la tradición de los juegos de escarnio estudiantiles y universitarios. «Pone en escena entre quejas y baladronadas, un diálogo rústico entre dos villanos, Johanparamás y Piernicurto, quienes narran las burlas y el repelón de que han sido objeto por parte de un grupo de estudiantes en la plaza de la ciudad, cuando llevaban sus productos al mercado. Con la llegada de uno de los estudiantes, que perseguía a Piernicurto y que en un descuido culminará su repelón, pero que a cambio resulta aporreado por los rústicos, concluye esta obra, esencialmente cómica y risible [...] Tanto por la situación dramática que escenifica, concisa y repentina, sin apenas desarrollo argumental, como por la condición de los tipos, parientes lejanos del “bobo” del teatro posterior, y por el carácter aparatoso y bufo de la escena final, el *Auto del repelón* se nos revela ciertamente como un “entremés en profecía”» (ENCINA, Juan del [1991]: *Teatro completo*, edición de Miguel Ángel Pérez Priego, Cátedra, Madrid: 35, 63-64).

los demás periódicos, nuestra autora cita textualmente uno de esos versos satíricos. Nos cuenta que ella misma había hecho notar a los estudiantes a través de la prensa, «la necesidad de redactar una hoja o revista escolar» y en el último párrafo la primera palabra está en mayúscula: el nombre del periódico que empieza a editarse, seguido de unas hermosas palabras cargadas de buenos deseos para las letras de la esperanza que surcarán el Atlántico con deseos de expansión de nuestra cultura.

A la semana siguiente de publicarse el primer número del periódico estudiantil, nos encontramos con tres artículos publicados en *Proa* y que componen un ensayo sobre el literato alemán Goethe. El presente artículo, «En el centenario de Goethe: *Clavijo*, drama de Goethe»<sup>425</sup>, junto a los dos siguientes, forman parte del homenaje —al igual que ya lo había hecho con Viera y Clavijo— que hizo nuestra autora a Goethe en el centenario de su muerte (1749-1832). Ella toma como punto de partida dicha efemérides, pero el hecho de celebrar nuestra escritora este aniversario no se debe tanto a la condición de escritor universal del escritor alemán como digno representante del Romanticismo, sino que lo que realmente importa es que dicho autor escribió una obra teatral basándose en un importante personaje dieciochesco de Canarias<sup>426</sup>. María Rosa Alonso comienza el artículo hablando de Agustín de Espinosa, que había realizado su tesis doctoral sobre Clavijo y Fajardo, a continuación, va desgranando los pormenores de su biografía, en donde destaca que es primo de Viera y Clavijo y que a los veinte años se va a vivir a Madrid, donde sirve de secretario a Vázquez de Priego, más tarde ocupa la secretaría del Departamento de la guerra; junto con Moratín, consigue la prohibición de los «Autos sacramentales» (1765). Para nuestra autora, «Las islas aportan con él uno de sus valores del siglo XVIII», fue director de los teatros madrileños, también del *Mercurio*, que publicaba la Secretaría de Estado y de *El Pensador*; además fue autor de varias obras de teatro y traductor del francés. Pero la popularidad a nivel europeo del «Don Juan del setecientos», según Agustín Espinosa<sup>427</sup>,

---

<sup>425</sup> ALONSO, María Rosa: «En el centenario de Goethe: *Clavijo*, drama de Goethe», *Proa*, Santa Cruz de Tenerife, 26 de marzo de 1932.

<sup>426</sup> Ernesto Gil López hizo una interesante aportación al tema que estamos tratando, tanto por la biografía y el entorno histórico de Clavijo y Fajardo, como por los referentes literarios de la época (GIL LÓPEZ, Ernesto, «María Rosa Alonso y José Clavijo y Fajardo», en AA. VV. 2010: 115-131).

<sup>427</sup> Agustín Espinosa (1897-1939), a pesar de su corta vida, generó una muy productiva creación literaria. Nos cuenta María Isabel Heredia que Espinosa nació en el Puerto de la Cruz y que allí «tuvo una infancia soñadora [...] Estudió bachillerato en La Laguna; Filosofía y Letras en Granada y Madrid. A su regreso a las Islas fue ayudante de cátedra en la Universidad de La Laguna y después comenzó su peregrinar como catedrático por distintos institutos de segunda enseñanza [...] De su cercanía con el paisaje lanzaroteño nace su libro *Lancelot*, 28º-7º. En su viaje a París, en 1930, cuando va a ampliar sus estudios sobre



fue debida a su aventura con una hermana de Beaumarchais<sup>428</sup>, que se sintió muy ofendido y cargó contra nuestro paisano, llegando incluso hasta el Rey, con lo que el francés consigue que lo depongan y lo desacrediten. Pero el «Clavijo» de Goethe nada tiene que ver con el real, y *María Luisa Villalba* explica los pormenores de los diferentes actos, señalando las incongruencias entre la realidad y la ficción, para ella es una de las obras más floja del autor alemán y éste se disculpó diciendo que «fue originada a causa de un juego de prendas, cuya pérdida dio lugar a que prometiese a una dama escribir en ocho días una obra tomada de la cuarta memoria de Beaumarchais».

El siguiente artículo continúa teniendo al escritor alemán como protagonista, aunque esta vez se dedica íntegramente al homenajeado, pues parece ser que la autora ya dejó bien patente la relación de Goethe con Canarias. «Juan Wolfgang Goethe (1749-1832). Notas biográficas I»<sup>429</sup> es la primera parte de la biografía dedicada a este autor romántico donde María Rosa Alonso nos hace una demostración de su gran preparación cultural, a pesar de su juventud, destacamos las referencias a hechos y personajes históricos, que influyeron de una forma decisiva en los cambios políticos que dieron como resultado la Revolución francesa. Empieza con dos preguntas que su admirado Ortega y Gasset había hecho hacía poco tiempo y que ambas tenían la misma respuesta: Francia, este país europeo era el que había mandado en el mundo desde el siglo XVIII. En este artículo, su autora hace un repaso por la historia de Francia y Alemania, será el país galo el que imponga sus ideas: comienza hablando de la influencia de la religión, es

---

Clavijo y Fajardo y se sumerge en el surrealismo francés, comienza a gestarse su obra *Crimen*. Espinosa fue un investigador minucioso, un erudito irónico, un profesor apasionado y vital, orgulloso de ser, como él mismo se calificaba, “biclinio de educador y escritor”. Y fue no sólo escritor político sino impulsor de la cultura en las Islas: escribió artículos y conferencias para promocionar a los artistas jóvenes, y desarrolló una valiosa labor como presidente del Ateneo de Santa Cruz, donde se celebró la Exposición Surrealista de 1935 con la presencia de André Breton y Benjamín Péret» (HEREDIA, María Isabel [1992]: «La obra de Agustín Espinosa» en *Canarias. Las vanguardias históricas* [seminario celebrado en el Centro Atlántico de Arte Moderno, Las Palmas, abril-noviembre 1991]. Centro Atlántico de Arte Moderno y Gobierno de Canarias. Edición de Andrés Sánchez Robayna, Tegueste).

<sup>428</sup> Beaumarchais (1732-1799): este autor es, después de Marivaux, el escritor francés más representado en el siglo XVIII. Su permanencia en los escenarios actuales se debe a las óperas que Rossini y Mozart realizaron de *El barbero de Sevilla* y *Las bodas de Fígaro*, que forman parte del repertorio mundial. Siempre se ha dicho que la vida de este autor francés es paralela a su obra; él no pertenece al grupo de escritores de gabinete, sino al de los aventureros que viven su vida antes de escribir su obra. También es de destacar que Beaumarchais nunca se dedicó únicamente a una actividad en perjuicio de otras, por eso, mientras se labraba su lugar entre los mejores autores europeos, conocía el mundo de las finanzas, la situación de los teatros europeos y las relaciones entre los autores extranjeros y ciertos teatros; es por lo anterior por lo que, al encontrar abusiva la supeditación del autor teatral francés a las compañías, decide reunir a los principales autores teatrales con los que llega a un acuerdo, que plasman en un texto firmado por todos, es así como nace la primera Sociedad de Autores Dramáticos (LEAL, Juli [2006]: El teatro francés de Corneille a Beaumarchais, Editorial Síntesis, Madrid: 303-304, 309-310).

<sup>429</sup> ALONSO, María Rosa: «Juan Wolfgang Goethe (1749-1832). Notas biográficas I», *Proa*, Santa Cruz de Tenerife, 26 de marzo de 1932.

decir, del catolicismo de la Contrarreforma, del protestantismo y de la reforma, que después de implantada «fuerza los dogmas y pretende detentar la razón de la humanidad, del mundo occidental, hecho ya hombre». Al llegar Voltaire de su destierro inglés, elogia a Shakespeare, Montesquieu<sup>430</sup> aporta «El espíritu de las leyes», Diderot<sup>431</sup> representa lo oscuro, Rembrandt llena de sombra y luz la «Enciclopedia» y Rosseau<sup>432</sup>, quiere erigir el futuro de espaldas al hombre griego. En Alemania la enciclopedia se llama la «Aufklärung», Lessing traduce a Voltaire y a Diderot, se fomenta el gusto por Shakespeare y, a través de Rosseau se deja sentir el gusto por la Naturaleza que es el grito de «Sturm und Drang», aunque sea criticado por Lessing<sup>433</sup> y

---

<sup>430</sup> Montesquieu (1689-1755), fue uno de los pensadores europeos más influyentes del siglo XVIII y el fundador de la ciencia política, en este ámbito es de destacar su famosa teoría sobre la separación de los tres poderes (ejecutivo, legislativo y judicial) y la teoría de las tres clases de gobierno: república, monarquía y despotismo. Para Louis Althusser la vida de Montesquieu fue «la de un pensador a quien la pasión por las materias del derecho y de la política mantuvo en tensión hasta el final, que se dejó los ojos en los libros, esforzándose por ganar la única carrera que había empeñado contra la muerte: la de su obra acabada» (ALTHUSSER, Louis [1974<sup>2</sup>]: *Montesquieu: la Política y la Historia*, Ariel, Barcelona: 7).

<sup>431</sup> Diderot (1713-1784), destacó como escritor, filósofo, e enciclopedista (junto con D'Alembert) de la Ilustración francesa. La aristocracia francesa se sintió amenazada por el pensamiento de Diderot, por la promoción de conceptos como: la tolerancia religiosa, la libertad de pensamiento y el valor de la ciencia y la industria, y la afirmación de que el bienestar de la gente común debería ser el objetivo principal de un gobierno. Surgió la creencia de que la *Encyclopédie* era obra de una banda organizada de conspiradores contra la sociedad, cuyas peligrosas ideas ahora se publicaban abiertamente. En 1759, la *Encyclopédie* fue formalmente reprimida por el gobierno, y se hizo necesario continuar el trabajo clandestinamente. Para Peter Burke la clasificación del conocimiento, «que Diderot explicó de forma esquemática mantiene el equilibrio entre tradición e innovación. Visto retrospectivamente desde la época actual parece tradicional, en particular la idea del árbol del conocimiento y sus ramas, la distinción entre artes liberales y artes mecánicas y el debate del *trivium* formado por la gramática, la lógica y la retórica». Mientras editaba la *Encyclopédie*, entre 1745 y 1772, Diderot escribió la mayoría de sus propias obras importantes: *Pensamientos filosóficos*, *Las joyas indiscretas*, *Carta sobre los ciegos*, *La religiosa*, *Jaques el fatalista* (BURKE, Peter [2002<sup>2</sup>]: *Historia social del conocimiento. De Gutenberg a Diderot*, traducción de Isidro Arias, Editorial Paidós, Barcelona: 151).

<sup>432</sup> Rosseau (1712-1778): este filósofo francés es uno de los pensadores políticos más interesantes de la historia moderna, sobre todo por su visión sobre la separación entre lo religioso y lo políticos. Valga como ejemplo de su forma de concebir la evolución del hombre natural al hombre político, lo que nos dice Bertrand de Jouvenel: «Rousseau abomina de las formas burguesas que le rodean. No encuentra en ellas traza de lo que debió ser el hombre natural, un ser sabio, humilde libre y bueno. La cultura lo ha destruido, lo ha hecho degenerar hasta el estado de postración y esclavitud en que se halla ahora. Los hombres valoran a sus semejantes por criterios espurios basados en el prestigio con el objeto de ser aceptados por la sociedad, luchan y se engañan» (JOUVENEL, Bertrand de [2013]: *Ensayo sobre la política de Rosseau*, prólogo de Jesús Esteban Falero, traducción de éste y de Armando Zerolo Durán, Ediciones Encuentro, Madrid: 14-15).

<sup>433</sup> Lessing (1729-1781), fue un escritor alemán y crítico de arte de la Ilustración alemana. Max Kommerell los describe como: «un poeta dramático de primera magnitud, es el más excepcionalmente dotado, y no sólo literariamente. El escenario lo atrajo desde su más tierna juventud, sus obras están pensadas a partir de él y para él y como piezas teatrales, tan perfectas como pocos dramas alemanes. Pero su capacidad personal no aclara por sí sola por qué luchó por una teoría de lo trágico casi tanto tiempo como trabajó en su única tragedia real, una década entera» (KOMMERELL, Max [1990]: *Lessing y Aristóteles. Investigación acerca de la teoría de la tragedia*, traducción de Francesco L. Lisi, Visor, Madrid: 45).

por Mendelsohn<sup>434</sup>. «Alemania sufría depresiones materiales y morales y guerras exteriores e interiores, espirituales. Las luces de Francia eran el foco, París, la capital del mundo». Es en este contexto histórico, donde aparece la «Mesíada» de Klopstock<sup>435</sup> en defensa de la religión y estamos ante el poeta que introduce el hexámetro, una nueva forma rítmica que va a usar Goethe. «Se encamina hacia una poesía», y así, de una forma abrupta, sin ni siquiera un punto aparece un paréntesis «(continuará)».

Y continuó con la biografía de Goethe a la semana siguiente: «Juan Wolfgang Goethe (1749-1832). Notas biográficas II»<sup>436</sup>, termina la frase que había dejado inconclusa en el artículo anterior, pues sólo faltaba una palabra «nacional». Ya sabemos lo que este adjetivo significó en Alemania en particular y en el resto de Europa en general. «Se encamina hacia una poesía nacional», esa lírica iba dirigida más al sentimiento que a la razón, aunque en Goethe todavía no estaba madura esta idea y fracasa. María Rosa Alonso sigue por la senda histórica, llevándonos por el camino de los pensadores que más influencia tenían en esta época: empieza por Lessing, que defiende la acentuación de un teatro nacional y de un arte. Winckelman<sup>437</sup> crea la

---

<sup>434</sup> Mendelsohn (1809-1847) fue un compositor, pianista y director de orquesta alemán, según Schumann, fue el músico más claro, el primero que supo ver y conciliar las contradicciones de toda una época. Su música era de una gran perfección técnica y formal, una espléndida síntesis de elementos clásicos y románticos: fue un romántico que cultivaba un estilo clásico o clásico que reflejaba una expresividad romántica. De todas formas, Mendelsohn fue uno de los músicos más influyentes y destacados del Romanticismo (FERNÁNDEZ, Tomás y TAMARO, Elena [2004]: «Biografía de Felix Mendelssohn». En *Biografías y Vidas. La enciclopedia biográfica en línea*, Barcelona, España. <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/m/mendelssohn.htm> (consultado el 24/05/2023).

<sup>435</sup> Klopstock (1724-1803), autor alemán poco conocido y leído en español por la inexistencia de traducciones de sus obras más importantes: sus extensas odas y la *Mesíada* de 1748. De él llegó a decir el mismísimo Goethe que lo veneraba y que lo consideraba un antepasado, incluso sus personajes «Werther y Lotte tenían a Klopstock por un auténtico guía, casi como una revelación de lo maravilloso, hasta el punto de que, en un momento de la inmortal obra de Goethe, cuando los protagonistas juntan sus manos, gritan al unísono: “¡Klopstock!”» (GONZÁLEZ SERRANO, Carlos Javier [2017]: «La inédita genialidad de Klopstock» en <https://elvuelodelalechuza.com/2017/01/28/la-inedita-genialidad-de-klopstock/> consultado el 23/05/2023).

<sup>436</sup> ALONSO, María Rosa: «Juan Wolfgang Goethe (1749-1832). Notas biográficas II», *Proa*, Santa Cruz de Tenerife, 2 de abril de 1932.

<sup>437</sup> Winckelman (1717-1768): arqueólogo e historiador de arte alemán. Considerado el pionero de la arqueología moderna y del gusto neoclásico, su cargo como bibliotecario y conservador de las colecciones de antigüedades griegas y romanas del Vaticano, así como sus numerosos viajes a Pompeya, Herculano y Nápoles, le permitieron profundizar en el conocimiento del arte grecorromano. Los principales estudios de Johann Joachim Winckelmann están compendiados en su importante *Historia del arte en la Antigüedad* (1764), obra en que teorizó sobre los fundamentos estéticos del arte grecolatino y que ejercería una notable influencia en Lessing y Goethe. (FERNÁNDEZ, Tomás y TAMARO, Elena. «Biografía de Johann Joachim Winckelmann». En *Biografías y Vidas. La enciclopedia biográfica en línea* [Internet]. Barcelona, España, 2004: <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/w/winckelmann.htm> (consultado el 10/03/2024).

Historia del Arte y Goethe lleva un volumen de su obra a Italia, mientras que Wieland<sup>438</sup> cambia su ritmo enciclopédico, incitado por Goethe, y se acerca a Neymar<sup>439</sup>. Pero Herder<sup>440</sup> y los del grupo de Goethingen se entusiasman con Clopetock, llegando a quemar públicamente la foto y los libros de Wieland, al que denominaban «el gálico corruptor». Todos escriben cantos populares y siguen a Casian, al que Goethe traduce en Estrasburgo, se está viviendo la agitación del «Sturm und Drang». Hasta aquí parece que se describe la situación que vive la Alemania de Goethe, pero se interrumpe el texto. Al parecer, con lo dicho en éste y en el anterior artículo, María Rosa Alonso da respuesta a la pregunta realizada por Ortega y Gasset sobre quién mandaba en el mundo desde el siglo XVIII hasta aquel momento. Es curioso como nuestra autora, según creemos, adapta algunos nombres del alemán al español, por ejemplo, Neymar por Niethammer; esto nos lleva a pensar que los nombres de *Clopetock* y de *Casian*, son también adaptaciones muy libres, puesto que, a pesar de realizar una intensa búsqueda en medio digitales, no hemos encontrado ningún registro de las personas a las que se refieren dichos nombres.

---

<sup>438</sup> Wieland fue un poeta, escritor, traductor y editor alemán. Sobre la relación entre este autor y Goethe, nos dice Lioba Simon Schuhmacher: «Pese a la diferencia de edad, de generación y de concepción literaria, Wieland y Goethe llegarían a mantener una cierta relación amistosa, a pesar incluso del incidente que había supuesto la farsa de Goethe *Dioses, héroes y Wieland* de 1773, escrita con la intención de atacar la vieja generación de literatos en la persona de Wieland. Weimar albergó en aquellos años a las más grandes figuras de la literatura alemana, por ejemplo, en 1775 llegó Goethe, al año siguiente Herder, y en 1787 Schiller» (SCHUHMACHER, Lioba Simon [1989]: *Universalismo e Ilustración* C. M. Wieland (1733-1813), Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo: 35).

<sup>439</sup> Neymar, probablemente se refiera a Friedrich Philipp Immanuel Niethammer (1766–1848), posteriormente llamado Ritter von Niethammer al ser nombrado caballero, fue un teólogo, filósofo y reformador de la educación luterano alemán. En 1808 publicó *La disputa entre el filantropismo y el humanismo en la teoría de la educación de nuestro tiempo*, un concepto que desarrolló durante la «Era de las Luces». El filantropismo valoraba la educación física y práctica, rechazando en gran medida el aprendizaje de memoria de los clásicos. Niethammer estaba de acuerdo con los filántropos en que cierta medida de autonomía era importante en la educación, pero encontraba su filosofía de enseñanza demasiado extrema. Creía que un sentido de civismo era vital en la educación de un niño, y se esforzó por combinar lo mejor del «filantropismo» con lo mejor del «humanismo»: [https://hmong.es/wiki/Friedrich\\_Immanuel\\_Niethammer](https://hmong.es/wiki/Friedrich_Immanuel_Niethammer) (consultado el 25/05/2023).

<sup>440</sup> Johann Gottfried von Herder (1744-1803): se considera como uno de los promotores del movimiento *sturm und drang*, movimiento predominantemente literario que inauguró el romanticismo alemán y que surge como rechazo al exacerbado racionalismo de la Ilustración. Su aportación al pensamiento alemán ayudó a despertar en la mentalidad colectiva una conciencia histórica propia y a la renovación de su cultura. La obra de Herder, al igual que la de mayoría de los intelectuales de su época, no se circunscribe a una sola disciplina. Escribió libros de teología, literatura, filosofía, historia y filología. Es difícil separar cuándo trata sobre una materia u otra, pues suelen estar entremezcladas. Es más, en su intento por comprender la desnuda realidad del pasado (desde sí mismo y no a través de las referencias del presente), se acerca más a una concepción filosófica de la historia. Busca desentrañar los principios en que ha de fundarse toda genuina comprensión de los hombres, de los pueblos y de las épocas. Llega a colocar a la historia por encima de la razón y la preserva de esquemas y de generalizaciones. Véase: «Herder. La filosofía de la Historia» En: <https://metahistoria.com/herder/> (consultado el 10/03/2024).

En el mismo día y periódico que el artículo anterior, se publica «Revista de Historia»<sup>441</sup>, en el que nuestra autora comienza con una cita de Nietzsche<sup>442</sup> y con una alusión a Ortega y Gasset, puesto que ambos hablan de que los españoles quieren hacer más de lo que realmente pueden. También nombra a Blas Infante<sup>443</sup>, «sembrador de flores comunistas libertarias» pues él también llegó a decir que los españoles no llegarían a ser nunca europeos. Y finalmente recalca en Canarias, para hablar de un grupo de «fervorosos de la cultura» liderados por don José Peraza de Ayala<sup>444</sup>, que hacen la *Revista de Historia* y que el último número de 1931<sup>445</sup> se lo han dedicado a José de Viera y Clavijo, ella destaca la oración que reza Peraza de Ayala a su antepasado don Fernando de Molina y Quesada, componente de la Tertulia de Villanueva del Prado. Sorprende la afirmación de María Rosa Alonso de que, aunque Peraza de Ayala cuando quiere ser canario, está dando lección del más patente anticanarismo, pero alaba el esfuerzo que durante ocho años ha dedicado a la empresa de mantener viva la *Revista de*

---

<sup>441</sup> ALONSO, María Rosa: «Revista de Historia», *Proa*, Santa Cruz de Tenerife, 2 de abril de 1932.

<sup>442</sup> Nietzsche (1844-1900), fue un filósofo, poeta, músico y filólogo alemán, cuya obra ha ejercido una profunda influencia en el pensamiento mundial contemporáneo y en la cultura occidental. Después de cincuenta años, según Crane Brinton, podemos encontrarnos con tres propósitos diferentes a la hora de acudir a Nietzsche: «en busca de una experiencia estética al mismo tiempo tónica y sedativa, exaltadora y consoladora. Otros acuden a él por sus contribuciones a un estudio “realista” de la conducta de los hombres en sociedad, por sus tanteos para bosquejar una “historia natural de las costumbres”. Otros más acuden a él en busca de apoyo para lo que parece ahora una nueva fe religiosa, la fe de los nazis y los fascistas» (BRINTON, Crane [2003]: *Nietzsche*, traducción de Luis Echávarri, Ediciones Vitae, Barcelona: 256).

<sup>443</sup> Blas Infante (1885-1936), fue un ensayista, notario, abogado y político español, conocido por su condición de ideólogo del andalucismo, en sus vertientes regionalista, federalista y nacionalista. Fue fusilado por los militares golpistas en los inicios de la guerra civil española. Podemos encontrarnos una síntesis de su pensamiento en el artículo de Francisco Acosta Ramírez y de Salvador Cruz Artacho: «Su planteamiento estrictamente político de la nación, distanciado de modo resuelto y frontal de concepciones etnicistas, esencialistas y particularistas. En este sentido Infante entroncaría con la tradición cívica, liberal democrática, no esencialista, del nacionalismo decimonónico, aunque creemos que Infante no la conoce [...] De haber sido un mejor conocedor del debate sobre el nacionalismo en el pensamiento político social de la época, Infante hubiera podido vincular explícitamente sus planteamientos con esta corriente» (ACOSTA RAMÍREZ, Francisco y CRUZ ARTACHO, Salvador: «Del regionalismo al nacionalismo por “la fuerza bruta de las guerras”. El impacto de la Primera Guerra Mundial en el pensamiento de Blas Infante», *Historia y Política*, núm. 33, Madrid, enero-junio (2015), págs. 75-98).

<sup>444</sup> José Peraza de Ayala (1903-1987), fue abogado, historiador y profesor de la Universidad de La Laguna. Según Domingo de Laguna: «Por ser desde 1927 académico correspondiente de la Real de la Historia en Canarias, puede ser considerado como decano de los historiadores del archipiélago canario; y por su labor al frente de *Revista de Historia* y del Instituto de Estudios Canarios, resulta ser indiscutible promotor de la cultura y personalidad de las Islas Canarias» (LAGUNA, Domingo de [1987]: *Personas en la vida de Canarias*, Tomo I, Gráficas Tenerife, Santa Cruz de Tenerife: 355).

<sup>445</sup> Se refiere concretamente a los siguientes artículos: «Viera y Clavijo y don Fernando de Molina»: José Peraza de Ayala; «Viera y Clavijo y las fuentes de la primera conquista de Canarias»: Elías Serra Rafols; «El hombre ante la Naturaleza»: María Luisa Villalba; «Antología poética de don José de Viera y Clavijo»; «Deslumbre de Dandys»: Edmundo Trujillo; «Un clere universal y cándido»: Francisco Aguilar y «Política y filosofía de los jardines»: Andrés de Lorenzo-Cáceres. (*Revista de Historia*, Tomo IV, año VIII, octubre-diciembre de 1931, La Laguna de Tenerife).

*Historia*. Parece ser que Peraza de Ayala concebía la revista como una empresa, puesto que él era el propietario de dicha revista, tal y como reza en dicha publicación: «Director-Propietario: Dr. José Peraza de Ayala R. Vallabriga».

Al mes siguiente sigue con el ensayo-homenaje a Viera y Clavijo; esta vez deja el tema de la Naturaleza a la que le había dedicado el anterior artículo y se centra en una perspectiva cronológica, puesto que sitúa al arcediano en el siglo de la Ilustración: «El hombre ante la Naturaleza. Viera y Clavijo y el paisaje en el siglo XVIII»<sup>446</sup>; este escrito también forma parte de los premios obtenidos por nuestra ensayista con motivo del segundo centenario del nacimiento del polígrafo. Publicado por la revista madrileña *La Gaceta Literaria*<sup>447</sup>, tenemos la evidencia de que ya no son sólo las publicaciones peninsulares dedicadas prácticamente a los temas políticos las que publican sus artículos, sino que también es una prestigiosa publicación literaria la que difunde el artículo donde una canaria homenajea a otro canario, que fue una figura fundamental en el contexto cultural del «Siglo de las luces». María Rosa Alonso sólo publicó este ensayo en la citada revista: comienza ironizando sobre la fecha del nacimiento del polígrafo —que es la misma que la de ella— y para ello utiliza su fina ironía, al retratarlo como una criatura que, al nacer el Día de los Inocentes, le jugó a su familia una broma, pues nació muy endeble, pero duró ochenta años. Continúa hablando de los homenajes que se está realizando en las islas al realejero, por ejemplo, cita a Agustín Millares Carlo<sup>448</sup> que pronuncia en Las Palmas una «docta conferencia como fin de

---

<sup>446</sup> ALONSO, María Rosa: «El hombre ante la Naturaleza. Viera y Clavijo y el paisaje en el siglo XVIII», *La Gaceta literaria*, N.º 123, Madrid, 1 de mayo de 1932.

<sup>447</sup> *La Gaceta Literaria*, fue un gran periódico quincenal que se publica en Madrid entre 1927-1932 y es una referencia imprescindible en la historia ideológica de la España del siglo XX. Su impulsor y director, Ernesto Giménez Caballero, lo identifica con la llamada Generación del 27 y asegura que: «*La Gaceta* fue la precursora del Vanguardismo en la Literatura, Arte y Política. Una política que por dos años resultó unitiva y espiritual y desde 1930 divergente, pues la juventud se fue politizando. Y de *La Gaceta* saldrían los inspiradores del comunismo y del fascismo en España» (GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto [1981<sup>2</sup>] *Memorias de un dictador*, Planeta, Barcelona: 66).

<sup>448</sup> Agustín Millares Carlo (1893-1980), nacido en La Palmas de Gran Canarias, fue un paleógrafo, bibliógrafo y académico español. Fue Premio Fastenrath en 1932 por su *Tratado de paleografía española*. Nada mejor para conocer un poco de los que significó su figura en la cultura española y canaria que la siguiente descripción de Esperanza Martínez Montalvo: «Inmerso en un ambiente familiar liberal y krausista, D. Agustín, desde muy pequeño, ya había iniciado su vocación por las grandes artes la cultura, la poesía, el teatro, la literatura y la música. La estrecha relación que mantuvo con su padre, D. Agustín Millares Cubas (notario de profesión y encargado de la custodia del Archivo de Protocolos de Las Palmas) le permitió entrar en contacto con las antiguas escrituras de los escribanos de su ciudad natal, hecho que, quizás, motivó y encauzó su carrera profesional hasta alcanzar la obra de mayor envergadura de la historia de la paleografía hispana. Pero D. Agustín no sólo cultivó la Paleografía sino que se pronunció como un polígrafo de gran altura y como un ilustre erudito que dejó a la sociedad una producción de tal calidad y abundancia que no hemos dudado nunca en situarle entre los números uno de las letras españolas de todos los tiempos» (MARTÍNEZ MONTALVO, Esperanza [1993]: «D. Agustín

fiesta». En Tenerife el Círculo de Bellas Artes organiza un cursillo que clausura Agustín Espinosa con una conferencia «Sobre el signo de Viera»; además, los diarios *La Prensa* y *La Tarde*, el primero con mayor intensidad, también se ocuparon de esta efeméride; el semanario *Proa* le dedico varias páginas y la *Revista de Historia* prepara su volumen trimestral dedicándolo a Viera. A continuación, María Rosa Alonso habla de Viera y Clavijo y de su ingente labor como ilustrado y lo define como un isleño, que, con hambre de tierra, amplía su horizonte insular en la Península. «El delgado fraile de Orense, Benito Jerónimo Feijoo<sup>449</sup> había iluminado a nuestro clérigo, a quien una negra escolástica le tenía privado de los fulgores del siglo de las luces». Pero sus amigos de la Tertulia lagunera querían acercarse a Europa, con el tiempo viajó a la capital de Francia y allí «se sumerge con la escafandra irónica de su gracia en el París de la Enciclopedia» y también viaja a Roma, a Viena... *María Luisa Villalba* nos dice que: «Canarias aportó a la Península su pléyade más interesante de hombres de generación. El XVIII canario vertióse en el XVIII español. Nos deja uno de esos momentos líricos, que tan bien expresa al hablar de sus islas: “En la hora clásica de las islas, serenas sonrisas de las olas marinas apresaron paisanaje en el tamiz insular”. Termina con el objetivo que le llevó a este ensayo: Gran Canaria y Tenerife han echado las campanas al vuelo al celebrar recuerdo del natalicio feliz en 1731».

Tendrían que pasar casi cuatro meses para encontrar una colaboración de nuestra autora en la prensa de su isla, creemos que era porque se estaba preparando los exámenes para las pruebas libres de Latín y de Psicología, que tendrían lugar en septiembre. Por eso no es de extrañar que, si estaba concentrada en sus estudios, haga

---

Millares Carlo y su constante preocupación por la transmisión del conocimiento», CDM, volumen II, pág. 45-55). <https://revistas.ucm.es/index.php/CDMU/article/view/59341/4564456546725> (consultado el 18/05/2023).

<sup>449</sup> Benito Jerónimo Feijoo (1676-1764) fue un religioso benedictino, ensayista y polígrafo, es una de las figuras más destacadas de la primera Ilustración española; autor del discurso «Defensa de mujeres» considerado el primer tratado del feminismo español. Según Ángel-Raimundo Fernández González, Feijoo «contribuyó de un modo decisivo a la renovación cultural y sobre todo a la divulgación [...] Fue pensador menos original que otros, presenta perfiles discutibles, los contenidos de sus obras ya no son todos válidos hoy, pero su postura como repensador y como debelador de errores fue importante en el devenir cultural posterior español». En cuanto a su obra «destacan los ensayos y las cartas dedicadas a desterrar supersticiones y errores sociales de su época. Pero son muchos más los temas. Tras ellos bulle el pensamiento de Feijoo, más o menos explícito y no sistemático en la superficie, pero siempre alentado por el mismo espíritu y las mismas metas. Es lo que podríamos llamar el sustrato que da unidad a la variedad de temas: el anhelo de renovar la cultura, desterrar los errores, purificar las costumbres, depurar la religión, mejorar la vida social, es decir, servir a España» (FEIJOO, Benito Jerónimo [1980]: *Teatro crítico universal*, edición de Ángel-Raimundo Fernández González, Cátedra, Madrid: 11, 25).

una editorial para un nuevo periódico, *Hoy*<sup>450</sup>, «La República y la enseñanza»<sup>451</sup>, en donde comienza hablando de que los que están en contra de la República deberían fijarse bien en los resultados al final de curso, gracias al movimiento pedagógico surgido sobre todo en la enseñanza Primaria. Nombra al actual presidente del gobierno francés E. Herriot<sup>452</sup>, que ha hecho una buena apreciación sobre la enseñanza popular en la República española, pues durante poco más de un año ha avanzado más de lo que no lo hizo la Monarquía en tantos años. La periodista habla de la situación en Tenerife, en donde se han creado muchas escuelas, tal y como habían prometido los republicanos en su propaganda antes del 14 de abril. Igualmente destaca las Exposiciones Escolares de fin de curso, en las que los ciudadanos pueden observar el trabajo realizado por el alumnado; igualmente ve un éxito las excursiones escolares de las escuelas rurales a la capital, puesto que así se ponen en contacto con los centros administrativos, fábricas, talleres, etc., este avance pedagógico fue iniciado por la culta maestra de La Guancha, doña Ángeles Machado. Y la editorial termina con una visión muy positiva hacia el porvenir, pues la enseñanza está en manos de personas responsables que impulsan unos nuevos métodos de enseñanza, que hace que la cultura tinerfeña esté de enhorabuena.

A los cuatro días aparece su segunda colaboración con el mismo periódico que el anterior artículo, puesto que *Hoy* será la publicación que dé a la luz sus escritos hasta abril de 1935. Esta vez se trata de un ensayo, el primero de tema cultural, en el que nos sumerge en las brumas de un mito muy arraigado en nuestras islas: «San Borondón,

---

<sup>450</sup> *Hoy* es un periódico que sale a la luz el 23 de julio de 1932, tras ser anunciada su aparición durante meses por su homólogo el semanario *Proa*. Según Julio Antonio Yanes Mesa: «se trataba de un periódico gestado en el seno de un partido que, es espectacular expansión de la proclamación de la República, ejercía una hegemonía apabullante en la vida pública, no sólo de Santa Cruz, sino de las islas occidentales del Archipiélago. Dado que el republicanismo en los años de anteguerras, cuando estaba escindido y confinado en Santa Cruz, había sostenido varios diarios que se codeaban con los principales periódicos del momento, los mentores del periódico debieron pensar que en las condiciones de entonces había más razones para ejercer tal hegemonía en la prensa tinerfeña» (YANES MESA, Julio Antonio [1996]: «El periodismo republicano en Tenerife (1868-1936): alborada, plenitud y ocaso de una prensa política», en *Tebeto. Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura*, N.º 9, pág.47).

<sup>451</sup> ALONSO, María Rosa: «La República y la enseñanza», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 24 de julio de 1932.

<sup>452</sup> Édouard Herriot (1872-1957), político y escritor francés, fue senador, diputado y ocupó varias carteras ministeriales y la presidencia del Consejo de Ministros militando siempre en las filas del Partido Radical. Como responsable de Asuntos Exteriores sus principales acciones fueron la evacuación del Ruhr y el reconocimiento diplomático de la URSS. Como Ministro de Instrucción Pública luchó para que la enseñanza secundaria fuera gratuita. Internado en un campo de concentración en Alemania fue liberado por los aliados en 1945. Figuran entre sus obras: *Philon le Juif* (1897), premiada por la Academia Francesa; *Mme. de Recamier et ses amis* (1904); *Précis d'histoire des lettres françaises* (1905); *Lyón pendant la guerre* (1925); *Impressions d'Amérique* (1925); *Dans le forêt normande* (1926); *Les Etats-Unis de l'Europe*, y otras. Melómano reconocido, Herriot es asimismo autor de una *Vie de Beethoven* que mereció el elogio de maestros del género biográfico como Chesterton, Maurois o Strachey (HERRIOT, Edouard [1988]: *Vida de Beethoven*, traducción revisada de Francisco Almela Vives, Aguilar, Madrid).



signo de Tenerife»<sup>453</sup> lleva el mismo título que su primer libro publicado en 1940; según cuenta nuestra escritora en el Prefacio de su segunda edición los escritos que lo componen fueron hechos cuando ella tenía entre 21 y 26 años y que, precisamente por tener tan pocos añitos, a su prosa no le falta ese matiz de inevitable pedantería que casi toda obra juvenil ofrece, pero que con el paso del tiempo se va limando. María Rosa Alonso emplea un lenguaje muy lírico acorde con el material temático que está tratando de darnos a conocer más en profundidad, pues nos lleva al conocimiento de nombres propios relacionados con la cultura escocesa —recordemos la influencia de esta región de Inglaterra con la que incluso compartimos nuestra bandera insular— haciendo uso de ese recurso literario que no todos saben utilizarlo adecuadamente, la ironía; la ensayista canaria demuestra, una vez más, su agudeza, desplegando ante el lector unas imágenes marcadas por la sonrisa cómplice. Con palabras muy líricas, nombra a Cristóbal Colón y su descubrimiento de otras islas a las que fue bautizando, en cambio, la nuestra no tiene héroe que le diera nombre, sólo un franciscano, San Brandano de Escocia, la vio perdida junto a La Gomera<sup>454</sup>; esa isla se ha llevado la burla de personajes como el General Mur, «la mueca volteriana de Viera» y, en general, la afrenta de la gente del mar. Habla de la maldición de la encubierta, esa maldición que nos ha llevado a las «agonías de pleitos, en angostos seños de isloteñismos», y a las desgracias de monocultivos agotados: el vino de malvasía, cochinilla, plátano... Se hace muchas preguntas, entre las que destaca la de «¿Quiénes serán —estudiantes del Congreso de abril— los mecenas de ese borondonesco “Instituto de Estudios Canario”? ¿Serán los mecenas de la hora del plátano que han hecho la Universidad?» He aquí la gran preocupación que la tenía en pie de guerra para conseguir su sueño de un lugar en el que confluyera todas las ansias de saber de los canarios, ella está entregada en cuerpo y alma a la lucha por conseguir la fundación de la tan ansiada Institución. Pide a sus lectores que se haga una quinta expedición para buscar la isla o hacer romances de desagravio a San Borondón, pero

---

<sup>453</sup> ALONSO, María Rosa: «San Borondón, signo de Tenerife», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 28 de julio de 1932.

<sup>454</sup> Es muy importante la visión que nos da el catedrático Marcos Martínez Hernández sobre esta isla de leyenda, de la que destaca tres aspectos: a) el tema de una isla que aparece y desaparece, que va por alta mar a la deriva y que, por tanto, nunca se puede arribar a ella, tiene una larga tradición en la literatura occidental. b) el relato de una isla visitada por San Brandán, poblada de árboles, de cuya leña hace fuego para la comida, siendo en realidad la supuesta isla una ballena, que al sentir el calor se sumerge y los monjes se ven obligados a precipitarse al mar, es un tema mítico cuyos antecedentes más remotos se encuentran en las literaturas orientales. c) en el fondo lo que subyace en esta historia es la cuestión de islas fantasmales que de siempre se han pretendido divisar en alguna parte (MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, Marcos [1992]: *Canarias en la mitología. Historia Mítica del Archipiélago*, Centro de la Cultura Popular Canaria, La Laguna: 97-100).

parece que nadie quiere ser el adalid de aventura tan incierta. Eso de emplear la imaginación y el ansia de buscar a través de los mitos un objeto para luchar con la pluma no constituye suficiente atractivo para los intelectuales de la época<sup>455</sup>.

Al día siguiente de publicarse el ensayo sobre San Borondón, nuestra escritora nos brinda un artículo de crítica literaria: «Alamares»<sup>456</sup>; hacía más un año que nuestra escritora no dedicaba uno de sus artículos a comentar un libro —el último fue el dedicado a su profesor Valbuena Prat—; en esta ocasión está dedicado al de un joven poeta tinerfeño, Luis Álvarez Cruz<sup>457</sup>, él mismo se lo ha enviado a la joven periodista. Ésta hace un excelente artículo de crítica literaria en el que demuestra su calidad como escritora, pero esta vez haciendo un gran ejercicio de cultura literaria para hablar de *Alamares*. Habla de dos posibles tipos de lectores: uno «desinfectado y aséptico» para el que el joven escritor ha tenido el valor de zafarse de las tendencias vanguardistas; en tanto que el otro tipo de lector le achacaría la falta de experiencia vital. Pero ella lo que hace es nombrar a algunos de los últimos poetas españoles: Jorge Guillén, Salinas, Alberti, García Lorca y también el músico Manuel de Falla; de todo ellos nos aporta alguna característica de su quehacer, y dice que Luis Álvarez Cruz ha bebido de las fuentes de esa poesía y también de la rima, no tan pegada a la que habían deformado los románticos y Rubén Darío, salva de todos esos poetas a Juan Ramón Jiménez. Ella defiende a Luis Álvarez Cruz que es «joven e inteligente y sabe que toda perfección es comenzar la decadencia y que en la juventud se ha vivido poco para anhelar

---

<sup>455</sup> A pesar de los malos augurios de María Rosa Alonso, se ha seguido escribiendo mucho sobre la isla de San Borondón, a manera de ejemplo tenemos una obra de la profesora Emelina Martín Acosta, *Hacia la conquista de San Borondón*, en cuya Presentación nos dice: «La leyenda de la isla de San Borondón tiene para los canarios un interés muy especial, porque casi todos, por no decir todos en general, hemos visto la añorada isla, bien desde nuestras playas, a bordo de barquitos de pesca o desde la ventanilla del avión. ¿Estaba allí el paraíso terrenal con sus frutos y aves maravillosas? ¿Emigraron a esa isla milagrosa los primitivos pobladores o se quedaron los familiares migrantes durante la guerra civil? Y no llegaron a Venezuela, porque no se supo más de ellos» (MARTÍN ACOSTA, Emelina [2019]: *Hacia la conquista de San Borondón*, Canariasebook, Las Palmas de Gran Canaria: 19).

<sup>456</sup> ALONSO, María Rosa: «Alamares», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 29 de julio de 1932.

<sup>457</sup> Luis Álvarez Cruz (1905-1971), nacido en La Laguna, fue: poeta, periodista, presidente del Ateneo y del Orfeón de su ciudad, también fue corresponsal del ABC. Como poeta publicó: *Senderos* (1927), *Mi vaso pequeño* (1930), *Alamares* (1932) y una obrita en prosa, *Crisálidas*, de pensamientos al modo de Gómez de la Serna, en 1930. Según Manuela Álvarez de Armas: «A lo largo de su vida profesional serán varios los artículos que escriba con esas ráfagas, mezcla de ironía, sarcasmo y buen sentido, a modo de filosofía popular, nacida de la experiencia, al modo de los refranes». Álvarez Cruz militaba en el partido Izquierda Republicana por lo que fue denunciado y detenido, desde la comisaría pasó al cuartel de Caballería, de ahí a las prisiones flotantes (barcos) y finalmente a Fyffes; todas estas «amargas experiencias le dejarán una honda huella, de las que no podrá librarse nunca. Su confianza en un hombre nuevo; su confianza en un humanismo lleno de respeto por el otro; su aparente escepticismo, pose de un joven que a un mismo tiempo lucha por un mundo mejor, se convierte en auténtico escepticismo sobre la bondad humana» (ÁLVAREZ DE ARMAS, Manuela [1997]: *Luis Álvarez Cruz y el periódico "Aguere"*, Tauro, Santa Cruz de Tenerife: 21-22).

perfecciones». En fin, que María Luisa Villalba alaba la labor de este joven poeta, no sólo por este libro, sino también por otros anteriores en los que demuestra que su sinceridad le lleva a crear una poesía muy subjetiva, con un punto de escepticismo que lo lleva a componer unos versos salidos del corazón y todo eso lo lleva a demostrar su gran personalidad.

Ha pasado casi un mes sin publicar nada y María Rosa Alonso escribe dos artículos sobre política, el primero de ellos: «Revolución y juridicidad»<sup>458</sup>, en el que la periodista es muy crítica con aquellos que está en contra de las expropiaciones llevadas a cabo por el gobierno de Manuel Azaña<sup>459</sup>; esta medida revolucionaria le trae a la memoria la adaptada por Pericles<sup>460</sup>, que «edificó la Acrópolis y hermoseó la blanca Atenas incautándose de un tesoro público que la Liga de ciudades tenía depositada en Delfos», en ese entonces se habló de juridicidad. Todo lo anterior lleva a nuestra periodista a hablar de juridicidad en el momento actual, es decir, aquellos ascendientes de los que nunca quisieron dar nada a España la invocan, son los que soportaron, sirvieron y adularon a la más negra de las dictaduras, ahora llaman «airadamente dictadura a un Gobierno asistido por las Cortes, que son el pueblo». Dice la escritora que estamos en la época de las paradojas y nombras cinco que se podrían resumir en la última: es una paradoja que gentes, que sin haber trabajado una hora en su vida, «llaman latrocinio a un gesto que en período revolucionario, indignado, se justifica. Son los descendientes de aquellos a los que llamaba raza de víboras, en arranque supremo, el

---

<sup>458</sup> ALONSO, María Rosa: «Revolución y juridicidad», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 23 de agosto de 1932.

<sup>459</sup> Manuel Azaña (1880-1940) fue un político, escritor y periodista español, presidente del Consejo de Ministros y de la Segunda República. Destacó por las reformas que implementó durante su gobierno, el llamado bienio social-azañista, y por su papel como jefe del bando republicano durante la guerra civil española. En la misma línea ideológica que María Rosa Alonso emplea en el artículo comentado, podemos encontrarnos a Antonio Machado en el prólogo del libro sobre cuatro discursos de Manuel Azaña: «Por una vez, el presidente de una República en el occidente europeo no es un mero remate decorativo, una máscara inocua encubierta sobre los trajines de la política activa, mucho menos un dictador encubierto, o el emboscado maquinador de una política de partido» (AZAÑA, Manuel [2014]: *Escritos sobre la guerra en España*, prólogo de Antonio Machado, Crítica, Barcelona: 9).

<sup>460</sup> Pericles nació en Atenas pero no se sabe la fecha de su nacimiento, pero sí la de su muerte en la capital griega en el 429 a. C. Fue un importante jurista, magistrado, general, político y orador ateniense en los momentos de la edad de oro de la ciudad. Para Indro Montanelli, Pericles era un hombre honesto y la prueba está en que salió de la política, después de cuarenta años, con el mismo patrimonio con el que había entrado. Era un demócrata auténtico que no cometió abuso alguno, «Para él el régimen mejor era un liberalismo ilustrado y de progresivo reformismo que garantizase las conquistas populares dentro del orden y excluyese la vulgaridad y la demagogia. Es el sueño que acarician todos los hombres de Estado sensatos. Pero la suerte de Pericles consistió precisamente en el hecho de que Atenas, después de Pisístrato, Clístenes y Efiltes, estaba en condiciones de poderlo realizar y contaba con una clase dirigente adecuada para hacerlo» (MONTANELLI, Indro [2009]: *Historia de los griegos*, traducción de Domingo Pruna, Planeta, Barcelona: 139).

pobrecito Cristo de Nazareth». Todo lo anterior nos muestra como *María Luisa Villalba* sigue defendiendo sus ideas revolucionarias, esta vez llevadas a cabo por los gobernantes de esa República tan deseada.

Llegamos a septiembre y al segundo artículo de tema político al que habíamos hecho alusión; en este mes, además de escribir sus artículos periodísticos, nuestra estudiante supera un examen libre de Latín y Psicología pues dichas materias habían sido añadidas al plan de estudios del curso preparatorio común para acceder a la Universidad. Sigue publicando sus artículos en *Hoy*, «Un caballero español»<sup>461</sup>, inaugura una serie de seis artículos políticos en la sección «La flecha en el blanco»<sup>462</sup>, donde María Rosa Alonso emplea un seudónimo, *Sagitario*, nada nuevo en su trayectoria periodística pues desde sus comienzos emplea el de *María Luisa Villalba*. Comentamos estos artículos porque están en el listado que nos proporcionó María Rosa Alonso, aunque Eliseo Izquierdo<sup>463</sup> afirma que los artículos de *Proa* en la sección fija «A toda vela» firmados como *Popa* eran realizados por ella y también habla de otros seudónimos, pero como María Rosa Alonso no los incluye en el listado ya aludido, no haremos comentario alguno sobre ellos. El caballero en cuestión al que le dedica el artículo nuestra *Sagitario* es don Ángel Ossorio y Gallardo<sup>464</sup>, que desde el principio lo define como un personaje «incongruente y paradójico». Una de sus mayores incongruencias, según nuestra periodista, fue la de votar en contra de la abolición de la pena de muerte, siendo un buen cristiano según él mismo. En un tono irónico, María

---

<sup>461</sup> ALONSO, María Rosa: «Un caballero español», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 9 de septiembre de 1932.

<sup>462</sup> El nombre de la sección nos recuerda a otra de la revista *Ínsula* denominada «La flecha en el tiempo», aunque esta última es posterior, sería interesante investigar la casi coincidencia en el nombre de la sección: «En el número 47 (noviembre de 1949) aparece por vez primera la sección titulada “La Flecha en el Tiempo”, que, como es habitual en Cano, no lleva firma. En la misma se da noticia de congresos, premios literarios, centenarios, debates, ediciones curiosas, revistas nuevas o desaparecidas, noticias literarias internacionales, etc., en fin, una gran cantidad de información que venía a ayudar al hispanista a conocer asuntos que, de otra manera, hubieran pasado desapercibidos» (ÁLVAREZ-ÚDE, Carlos y CANO, José Luis: «El mar que guardaba la isla», *Ínsula*, Número 628, Madrid, abril 1999: 3-5).

<sup>463</sup> Izquierdo Pérez, Eliseo: «María Luisa Villalba y otros seudónimos», en VV. AA. VV. (2010): 369-376.

<sup>464</sup> Ángel Ossorio y Gallardo (1873-1946), abogado y político español, de inclinaciones democristianas, fue concejal del Ayuntamiento de Madrid, diputado a Cortes, gobernador civil de Barcelona y ministro de Fomento en el cuarto gobierno de Antonio Maura durante la Restauración borbónica. Según la editorial de su biografía: «Fue una persona molesta y sospechosa tanto para derechas como para las izquierdas de la época. Con una dilatada presencia pública, se le escuchaba con interés en los foros políticos, culturales o jurídicos más selectos. Nunca dejó indiferente a nadie, lo que le granjeó serios enfrentamientos incluso con sus compañeros naturales de ideario. Su figura, tan controvertida, ha caído en un olvido...». Nos dice Antonio M. López García que: «hizo la política individualista y subjetiva del “sígame quien pueda”, que tanto nos recuerda aquella descripción de Maura realizada por Ortega, exigiendo a los adeptos una fidelidad férrea, parecida a la que él mismo rindió a don Antonio» (LÓPEZ GARCÍA, Antonio M. [2017]: *Ángel Ossorio y Gallardo: biografía política de un conservador heterodoxo*, prólogo de Pedro Carlos González Cuevas, Editorial Reus, Madrid: 411).

Rosa Alonso, haciendo un poco de historia, habla de la aversión que le tenían los cristianos a la sangre, de ahí la decisión del catolicismo de quemar a los herejes. Ahora, Ossorio pide la pena de muerte por razón de Estado y, siguiendo con la irónica crítica, dice que don Ángel se dedicará a escribir cartas conmovedoras y desgarradoras pidiendo indultos de la misma manera que había pedido el de Sanjurjo<sup>465</sup>, el de Galái y García Hernández.

A los cuatro días del anterior artículo y en el mismo periódico y sección habitual, nuestra periodista publica su escrito, esta vez de temática cultural, «La lección de Cataluña»<sup>466</sup>, que como ya podemos comprobar desde su título tiene una función didáctica, pues la autora trata de enseñarnos la «verdadera» historia de Cataluña, no la oficial. Tengamos en cuenta que en aquellos momentos en que la República intentó llevar a cabo muchas reformas, una de ellas fue la de las autonomías, ya fueran las históricas, por ejemplo, la catalana; o las que se estaban planteando esta nueva forma de administración territorial en España. La misma María Rosa Alonso, ya había tratado este tema de la posible autonomía del archipiélago canario en artículos comentados anteriormente. Ahora bien, hemos clasificado este artículo como cultural porque aquí no está defendiendo el estado de las Autonomías, sino que lo que hace es darnos una lección de historia de Cataluña, tal y como lo expresa en el título. Además, la lección no sólo está en el contenido sino también en la forma ya que emplea un estilo muy de alumnos de bachillerato: hay muchos párrafos, los signos de puntuación a modo de pausa en el lenguaje hablado es constante... Sobre todo, nos llamó la atención el primer párrafo, pues después de varias líneas asindéticas, sólo aparece un punto al final de dicho párrafo. Critica la forma en que los catedráticos de Instituto han enseñado la Historia de España, pues se han dedicado a exponer la historia de Castilla, dejando la de

---

<sup>465</sup> José Sanjurjo Sacanell (1872-1936): nacido en Pamplona, Sanjurjo inició su larga y controvertida trayectoria en la guerra de Cuba, durante la que fue ascendido a capitán. Su amplia y valerosa participación en la guerra del Rif le valió el generalato y la concesión del marquesado por parte de Alfonso XIII. Siempre en los aledaños del poder, ocupó puestos importantes tanto en la monarquía alfonsina como en la dictadura de Primo de Rivera y los primeros momentos de la Segunda República, aunque enseguida se distanció de ésta y protagonizó un fallido golpe de Estado en agosto de 1932, conocido popularmente como la Sanjurjada. Detenido, juzgado y condenado fue excarcelado gracias a su hoja de servicios y se exilió en Portugal. Y allí vivió y conspiró sin tregua hasta que el 20 de julio de 1936 vino a recogerlo una fatídica avioneta. (OTERO, Nacho: «Sanjurjo, un vuelo breve y mortal»: <https://www.muyminteresante.com/historia/34817.html> [consultado el 10/03/2023]).

<sup>466</sup> ALONSO, María Rosa: «La lección de Cataluña», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife 13 de septiembre de 1932.

Cataluña silenciada y ella hace un resumen de la historia de Cataluña desde el siglo III —incluso nos dice la etimología de Cataluña > Gotalunia ‘tierra de godos’—, hasta llegar a la actualidad en la que nuestra escritora sigue defendiendo una Cataluña en la que Castilla la vea siempre junto a España.

Y volviendo a la línea política, nos encontramos con tres artículos sobre este tema y en el mismo mes de septiembre; el primero de ellos es «Comentario»<sup>467</sup>: se trata de un excelente artículo, tanto a la forma como al contenido, puesto que nuestra autora se esmera al máximo en emplear un tipo de lenguaje acorde con el tema que la ocupa. Ella quiere rendir un sincero homenaje a un político que merece todo su respeto, y para ello emplea esa capacidad de comunicación que sabe llegar al lector y provocar las emociones que ella misma siente. Comienza explicando el término «bizantinismo» creado por Hipólito Taine<sup>468</sup> en arte, pero que se extrapola a la política y define a «la retórica grandilocuente que hacía del orador un artista más. Pero sólo un artista», así se empleó para definir «a la política de la fraseología, a la política falsaria que ha informado casi todo el parlamentarismo español monárquico». Pero con la República todo ha cambiado y nos cuenta un acto que tuvo lugar el domingo anterior en el teatro Guimerá y en el que los señores diputados: Orozco, Pérez Díaz y don Antonio Lara y Zárate<sup>469</sup>. Había acabado el caciquismo y al pueblo se les presentan las cuentas claras, pero sobre todo alaba al señor Lara para el que tiene palabras de elogio ante su labor, propia de un tinerfeño culto; para ella ese ejercicio de transparencia demuestra que Tenerife ha dejado el provincianismo para pasar a ocupar un lugar digno en la reconstrucción española.

---

<sup>467</sup> ALONSO, María Rosa: «Comentario», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife 20 de septiembre de 1932.

<sup>468</sup> Hipólito Taine (1828-1893), fue un filósofo, crítico e historiador francés; es considerado uno de los principales teóricos del naturalismo y una de las figuras más influyentes de la vida intelectual de su época. Para Pablo Bourget, Taine «Representa con singular intensidad la religión de la ciencia, propia de la segunda mitad del siglo XIX francés. Todo lo ha sacrificado a esta religión, desde los más sublimes deseos del alma, hasta los más legítimos deseos de popularidad» (BOURGET, Pablo [s.a.]: *H. Taine. Estudio crítico*, La España Moderna, Madrid: 71).

<sup>469</sup> Antonio Lara Zárate (1881-1956), nacido en Santa Cruz de Tenerife, fue un abogado y político español. Durante el periodo de la Segunda República fue varias veces ministro. Nos cuenta José María López-Molina Adell en la biografía de Lara que: «Su contribución a la vida política insular arranca de la primera década del siglo XX, pero es durante el breve periodo de la II República cuando Antonio Lara Zárate se convierte en una figura de relevancia que, junto a los también ministros Rafael Guerra del Río, Franchy y Roca, Andrés Orozco Batista y Juan Negrín López, sitúan a Canarias en los centros de decisión de la política nacional. Exceptuando a Nicolás Estévez en 1873, que lo fue además por poco tiempo, nunca había tenido Canarias tanta presencia en los gobiernos del Estado como tiene durante estos breves, pero intensos, años de régimen republicano» (LÓPEZ-MOLINA ADELL, José María [2004]: *Antonio Lara Zárate (1881-1956)*, Parlamento de Canarias: Fundación Canaria Víctor Zurita, Santa Cruz de Tenerife: 9).

Ha pasado una semana y María Rosa Alonso publica un artículo, «Respondiendo a la llamada del señor Orozco»<sup>470</sup>, en el que nos habla de otro acto, esta vez en el Teatro Leal de La Laguna. Mientras que en el artículo anterior ponía el énfasis en la figura de don Antonio Lara, ahora nos dice que va a contestar a las palabras del señor Orozco<sup>471</sup> sobre la autonomía, porque sus opiniones coinciden con las de ella. Se arriesga a opinar de un tema muy espinoso en aquellos momentos, pero es evidente que los jóvenes de *Proa* tenían su propio criterio que chocaba con las opiniones de la prensa, que ella denomina «pontífice». Creemos que está hablando de su primer periódico, *La Tarde*, ya que hace alusión a los problemas que tuvo debido a las ideas insularistas del vespertino tinerfeño, para ver más en profundidad este tema nos remitimos a un artículo nuestro<sup>472</sup>. Ella tuvo que ir al Ateneo lagunero a hablar a otros jóvenes sobre el tema porque su periódico había hecho una encuesta sobre autonomía y casi nadie contestó, cree que su opinión, así como la de un periódico o la de una personalidad no tiene que ser fundamental, lo importante es que la mayoría conozca bien el tema y que opine la comunidad. Pide que no sigan las maniobras para desprestigiarla sólo por haber dado su opinión, alude a otro tema muy importante como es el de la Universidad, pero promete a sus lectores que lo tratará próximamente. Se despide dirigiéndose al señor Orozco para decirle que eso era todo lo que tenía que contestar «una persona joven a su incitante requerimiento».

Y en el mismo día y periódico, pero bajo la firma de *Sagitario*, tenemos el tercer artículo dedicado a la política, «Mi reino no es de este mundo»<sup>473</sup>, es un título que inmediatamente nos trae evocaciones religiosas. Ella no había ocultado nunca sus creencias religiosas, aunque siempre se mostrará muy respetuosa con las devociones

---

<sup>470</sup> ALONSO, María Rosa: «Respondiendo a la llamada del señor Orozco», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 27 de septiembre de 1932.

<sup>471</sup> Andrés Orozco y Batista (1888-1961), nacido en Santa Cruz de Tenerife, estudió en Madrid la carrera de Derecho, terminados sus estudios en 1913 vuelve a su isla natal y es nombrado concejal hasta 1929 que ocupó la alcaldía hasta el Golpe de Estado de Primo de Rivera. Con el advenimiento de la II República es nombrado nuevamente alcalde de Santa Cruz y diputado en las Cortes. En 1934 es nombrado ministro de Industria y Comercio, y miembro del Tribunal de la Haya. Para Domingo de Laguna fue «un auténtico defensor de los problemas de Tenerife, de toda Canarias. Luchó con tesón y era un perfecto conocedor de los asuntos de su tierra. Fue muy elogiado aquel trabajo que hizo y editó sobre «Los alumbramientos de aguas en Canarias»: ver LAGUNA, Domingo de (1987): 349-350.

<sup>472</sup> GONZÁLEZ, Juana (2021): «María Luisa Villalba y La Tarde», *Revista de Filología*, 43; septiembre 2021, pp. 153-170; ISSN: e-2530: <https://doi.org/10.25145/j.refiull.2021.43.08> (consultado el 10/03/2024).

<sup>473</sup> ALONSO, María Rosa: «Mi reino no es de este mundo» *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 27 de septiembre de 1932.

populares, por ejemplo, la adoración que sienten muchos isleños por la Virgen de Candelaria y por el Cristo de La Laguna, y es precisamente en la celebración de las fiestas de este último cuando el Obispo desde el púlpito dijo algunas palabras a las que la periodista quiere hacer una precisión. Tras hacerse eco de las alabanzas de las personas que estaban presentes en el sermón del Señor Obispo de La Laguna, María Rosa Alonso se erige en representante de la República para aclarar algunas palabras pronunciadas por su Ilustrísima: la frase de «Cristo-Rey» de que su reino no era de este mundo había sometido y ganado para su causa a unos trescientos millones de personas, pero hay que tener muy presente que ese reinado no es material, por lo tanto, la República no pretende destronar a este rey espiritual que ostenta un poder omnímodo, sino que lo que pretende es destronar a reyezuelos de menor cuantía. Y termina el artículo con un vocativo, dirigido a su Ilustrísima el señor obispo, para decirle que a la República no le importa que Cristo sea rey, pero que sí le importa y mucho que sea un personaje como por ejemplo él.

Y llegamos al mes de octubre que cobrará una gran importancia en el futuro de María Rosa Alonso y de la cultura canaria, pues publica cuatro artículos en la sección «Apuntes» de *Hoy*, para defender la creación de un Instituto de Estudios Canarios. La publicación de estos artículos también le trajo como consecuencia el perder su «anonimato» puesto que salió a la luz la verdadera identidad de *María Luisa Villalba*. No debemos olvidar aquel artículo escrito por nuestra autora ya comentado, «Otro voto que se pierde», dedicado a Salvador Quintero y del que fue la idea original de la creación de un Instituto de Estudios, aunque hablaba de uno tinerfeño, pero María Rosa Alonso prefería fomentar el regionalismo, pues como ya hemos podido comprobar para ella las islas constituyen una región, no las concibe separadas —sobre todo políticamente—, pues somos una unidad geográfica y cultural, al margen de sus diferencias y similitudes. Veamos los artículos que dieron lugar a la fundación del Instituto de Estudios Canarios:

«Contribución a un proyecto de Universidad, I»<sup>474</sup>: tras justificar el porqué de escribir estos artículos en la prensa, nuestra autora habla de las circunstancias histórico-políticas de Cataluña para contrastarlas con la realidad canaria. Llega a la conclusión de que en la cultura de las islas existe un falso regionalismo, puesto que han estado

---

<sup>474</sup> ALONSO, María Rosa: «Contribución a un proyecto de Universidad, I», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 2 de octubre de 1932.



perdidas en isloteñismos, ignorantes unas de las otras sin ninguna identidad regional; sólo ha habido intervalos en los que la verdadera cultura ha hecho acto de presencia, y, aunque no nombra a las Tertulias del siglo XVIII, sentimos que están presentes, y sí recuerda a los señores del Gabinete Instructivo de 1880 como un último atisbo de formar un verdadero regionalismo. Pero tras estos dos paréntesis culturales, Canarias sólo ha tenido un pintoresquismo basado en «sombreros de palma, enaguas de cordón, dragos...», pero ya es hora de empezar a amar la cultura de la tierra y representarla de manera que las generaciones futuras tengan una base para conocerla en profundidad y así aprender a amarla y a identificarse con un verdadero regionalismo.

En la segunda entrega publicada a los dos días, «Contribución a un proyecto de Universidad, II»<sup>475</sup>, María Rosa Alonso continúa con el repaso histórico iniciado en el anterior artículo, empieza con las Tertulias de la que aporta muchos nombres propios, en algunas líneas mezcla Tertulia y Gabinete, pues para ella sus componentes cumplieron la misma misión, es decir, luchar por el bienestar económico-social y aumentar la cultura de los isleños. Pero nuestra joven escritora a mucho más que los anteriores, ella busca ampliar el nivel cultural de los canarios, pero no desde una élite de intelectuales como los que la han precedido, ella aspira a crear un ente cultural mucho más amplio y eso es lo que ha promulgado en el Congreso de Estudiantes y en el Ateneo lagunero; con la oportunidad que tiene en el periódico de llegar a muchas más personas, insiste en que ese movimiento cultural que se merecen los canarios sea: «Universal y, por tal muy isleño, en el que cupieran los hombres de talento y del trabajo. Ese movimiento sólo podría representarlo la Universidad». A pesar de no haber completado sus estudios universitarios, ella concibe la Universidad como Universalidad, un lugar común desde donde se lucha para elevar la cultura de los canarios.

Y vamos a por el tercer artículo de esta conjunto de escritos que busca concienciar a sus lectores a posicionarse del lado de las personas que quiere mejorar el nivel cultural de la región canaria: «Contribución a un proyecto de Universidad, III»<sup>476</sup>, es evidente que no podía faltar la voz del gran maestro Ortega y Gasset desde su «Misión de la Universidad»<sup>477</sup>, que María Rosa Alonso había reseñado en el Congreso

---

<sup>475</sup> \_\_\_\_\_: «Contribución a un proyecto de Universidad, II», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 4 de octubre de 1932.

<sup>476</sup> ALONSO, María Rosa: «Contribución a un proyecto de Universidad, III», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 5 de octubre de 1932.

<sup>477</sup> «Misión de la Universidad» es el resultado de una conferencia impartida por Ortega y Gasset el 9 de octubre de 1930 a invitación de la Federación Universitaria Escolar, en la que el orador disertó sobre

General de Estudiantes y de la que nos da algunas pinceladas: la Universidad tiene que transmitir cultura para después convertir a los jóvenes en profesionales y más tarde en científicos. También la Universidad tendría que cumplir una función espiritual como, por ejemplo, la de la prensa; aquí ya empieza nuestra escritora a hablar de los principales problemas que aqueja a la Universidad lagunera: la falta de un edificio propio, la falta de profesorado y su canarización. Resulta muy curioso para nuestra visión del siglo XXI cómo en el Congreso de Estudiantes se pedían cosas como «un Instituto para cada Isla. Un campo de aviación para cada Isla. ¡Qué puñalada al aislamiento! ¡Qué bonito sueño de autonomía insular!». Este problema estaría resuelto con la creación de un Instituto o Centro de Estudios regionales que podría poner en marcha la cultura isleña e incorporarla a la Universidad. Nuestra joven periodista está prácticamente sola luchando por la creación de un Centro que ella considera de vital importancia para la transmisión cultural de los temas canarios en Canarias.

Estamos ante la cuarta y última entrega de «Contribución a un proyecto de Universidad, IV»<sup>478</sup>: empieza con la idea de que el Instituto a crear, serviría de irradiación a la Normal de Maestras, pues los textos escolares necesitan actualizarse, sobre todo de Geografía e Historia de Canarias. Recuerda que algo semejante habían hecho los señores don Ángel Valbuena Prat en Literatura española y el señor Serra<sup>479</sup> en

---

«asuntos de reforma universitaria». Poco después inició la publicación en siete entregas de la serie en el periódico *El Sol*, en las que sistematizó y amplió las notas de la conferencia impartida. Antes de finalizar el año las reunió y las publicó en la *Revista de Occidente* con el título de «Misión de la Universidad» (ORTEGA Y GASSET, José [2007], *Misión de la Universidad*, edición de Jacobo Muñoz, Biblioteca Nueva, Madrid: 13).

<sup>478</sup> ALONSO, María Rosa: «Contribución a un proyecto de Universidad, IV», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 6 de octubre de 1932.

<sup>479</sup> Elías Serra Rafols (1898-1972) nació en Baleares, obtuvo su licenciatura en Barcelona y el doctorado en Madrid. Llegó a Tenerife en 1926 como catedrático de Historia de España, desempeñando en la ciudad de los Adelantados su labor docente e investigadora hasta su jubilación en 1968. Nos dice Jesús Hernández Perera que «don Elías Serra Ráfols ha sido piedra angular, columna robusta y aliento insobornable de nuestra Universidad, de la Universidad de La Laguna [...] Índice elocuente de su quehacer intelectual es la *Revista de Historia*, ahora *Revista de Historia Canaria*, dirigida hasta el presente por el Dr. Serra como órgano de la Facultad de Filosofía y Letras desde los días de su fundación, con objeto de encauzar los estudios y dar a conocer las investigaciones sobre el Archipiélago, del que, a través de sus densos cuarenta volúmenes, ha venido a ser copiosos e insustituible testimonio cultural y científico [...] Su nombre queda unido asimismo a esa meritisima recopilación documental por él prestigiada con el título de *Fontes Rerum Canariarum*, la serie de volúmenes más importante publicada por el Instituto de Estudios Canarios, del Consejo Superior de Investigaciones científicas, institución de la que ha sido muchos años Director y en la actualidad du Presidente de Honor, y en la que, como forjador de investigadores, también ha dejado impronta indeleble» (HERNÁNDEZ PERERA, Jesús [1970]: «Ofrenda» en *Homenaje a Elías Serra Ráfols I*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de La Laguna: 11-13).

Historia de la cultura; también nombra a su amigo Manuel G. Aledo<sup>480</sup> que el ya citado Congreso de Estudiantes había apuntado a un Derecho foral autóctono de la insularidad. Igualmente, María Rosa Alonso había defendido una Cátedra de Literatura e Historia, que el Cabildo podría crear y dotar. Lo que ella sí que tiene muy claro es que existe una cultura, pero no existe una generación capaz de continuarla, sigue insistiendo en que hacer cultura es hacer isla, construir Tenerife: «No esa aparente que nos podría dar una dádiva cualquiera obtenida del Poder central» y termina insistiendo en que escribe sobre todas estas cosas para ver si algunos hombres toman como base todas las ideas que ha ido desgranando a lo largo de estos cuatro artículos, y quieren iniciar campañas en favor de la cultura isleña y de la «zozobrante» Universidad canaria.

A los dos días de publicados sus artículos defendiendo la creación del Instituto de Estudios Canarios, *Sagitario* vuelve al tema puramente político, en «Antología»<sup>481</sup>, donde nos habla de la posición de los diputados canarios ante el Estatuto de Cataluña, que según ella había leído en el diario *El Sol*; la Comisión de Estatutos estaba presidida por el señor Lara. A pesar del tiempo transcurrido hay un hecho que hoy en día sigue produciéndose: la confusión por parte de los Medios de Comunicación en el nombre de los dos archipiélagos españoles Baleares/Canarias. Cita unas palabras de Unamuno sobre el voto del señor Lara, que parece ser estaba condicionado por unos catedráticos diputados socialistas, pues, aunque el canario estaba a favor del Estatuto, su voto negativo obedecía a una postura para no parecer que era radical y opositor a la acción del Gobierno. A nuestra joven periodista le parece que su postura no fue la adecuada, ya que refleja «paletismo» y lo bueno sería hacer cosas de gente seria, inteligente; pero percibimos un matiz de amargura cuando al final del artículo dice que, aunque haya llegado la República, todavía sigue habiendo clases sociales.

Para reforzar aún más la posible adhesión de los lectores del periódico *Hoy* hacia la creación del ansiado Instituto de Estudios Canarios, a los siete días de publicar el bloque de los cuatro artículos ya comentados sobre este tema, aparece un artículo de

---

<sup>480</sup>Manuel González de Aledo (1911-1983) nació en la ciudad de San Cristóbal de La Laguna. Concluido el bachillerato, se matriculó en la Facultad de Derecho de la Universidad de Canarias en La Laguna, y terminó sus estudios a los 20 años de edad y con matrícula de honor. Se doctoró en Leyes en la Universidad Central de Madrid y, vuelto a Tenerife, se dedicó al ejercicio de la Abogacía, al tiempo que hacía los estudios correspondientes a la obtención del título de Profesor Mercantil. En todos sus trabajos desarrolló su profundo saber y la más decidida actuación pública en favor de la cultura. Fue uno de los fundadores del Instituto de Estudios Canarios, cuya acta de creación firmó, con otros universitarios, el 11 de octubre de 1932 (Extracto de la nota necrológica escrita por ROMEU PALAZUELOS, Enrique [1987], *Anuario del Instituto de Estudios Canarios*, N.º 28-29, Universidad de La Laguna, Tenerife: 158-159).

<sup>481</sup> ALONSO, María Rosa: «Antología», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 8 de octubre de 1932.

fondo, sin firma, «El Instituto de Estudios Canarios»<sup>482</sup>. Creemos que a los seguidores del periódico no les quedó duda alguna de su autoría —la propia María Rosa Alonso nos la confirma en el listado de sus artículos—, ya que su redacción refleja la pulcritud estilística y la vehemencia de unas convicciones que sólo una joven como ella sabía transmitir. Lo escribe en tercera persona para dar más sensación de imparcialidad y lo que hace es una especie de comentario del cuarteto de los artículos proinstituto, habla de sí misma cuando dice: «como señalaba nuestra colaboradora (a la que, por ser de la casa suprimimos todo elogio), ahonden en el surco [...] No se improvisa —así lo reconoce María Luisa Villalba— de pronto una organización [...] Ese Instituto de Estudios Canarios que nuestra compañera indicaba [...] Los señores que se han reunido en el rectorado, requeridos por el celoso y digno rector, Sr. Hernández Orondo, que ha sido sensible al llamamiento de María Luisa Villalba...». En fin, que esta luchadora mujer ponía todo de su parte y más para conseguir crear una institución que unida a la Universidad, teniendo como ejemplo a la Tertulia y al Gabinete respectivamente en los dos siglos anteriores, colocara al Archipiélago en el lugar cultural al que realmente pertenecía por la calidad de la idiosincrasia canaria.

Nuestra incansable escritora publica al día siguiente un artículo de crítica literaria, «El libro de Canarias. Una obra del profesor Millares»<sup>483</sup>. El primer párrafo está compuesto por una bella metáfora que representa a un barquero que conduce a través del «río de las cosas doctas» una nave en la que todos aquellos canarios amantes de nuestra historia tendremos que embarcarnos. Dicha embarcación lleva el nombre de *Ensayo de una bibliografía de escritores naturales de las islas Canarias*, su capitán es el catedrático de Paleografía y Diplomática Españolas en la Universidad Central y archivero-bibliotecario del Ayuntamiento de Madrid, el ilustre grancanario Agustín Millares Carló<sup>484</sup>, gran obra premiada por la Biblioteca Nacional. Este trabajo pasa a

---

<sup>482</sup> ALONSO, María Rosa: «El Instituto de Estudios Canarios», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 13 de octubre de 1932.

<sup>483</sup> \_\_\_\_\_: «El libro de Canarias. Una obra del profesor Millares», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 14 de octubre de 1932.

<sup>484</sup> Agustín Millares Carló (1893-1980) nació y murió en Las Palmas de Gran Canaria, fue un escritor, historiador y paleógrafo de reconocido prestigio, que se dedicó al completo a la docencia y a la investigación. Fue miembro de número de la Real Academia de la Historia. Profeta en su tierra, cuenta con el distintivo de Hijo Predilecto de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria. En marzo de 1980, con motivo del fallecimiento de don Agustín, María Rosa Alonso le dedicó un trabajo «En el recuerdo de un Epistolario», que publicó dividido en dos partes. En este emotivo homenaje en el que comienza hablando del artículo que estamos comentando, nos cuenta la correspondencia que mantuvo con don Agustín: la primera cuando ella no había salido aún de Tenerife y no lo conocía personalmente y la última del 22 de marzo de 1967. En los dos artículos la escritora pone de manifiesto la gran admiración que sentía por su

llenar un vacío, que no habían satisfecho otras obras a lo largo del tiempo de autores como Viera y Clavijo, Pereira Pacheco, A. de Ara, Millares Torres, Luis Maffiote y Juan B. Lorenzo Rodríguez. Este reciente «Ensayo» está compuesto por setecientas dieciséis páginas con sus correspondientes índices alfabéticos, bibliografía, etc.; esta erudita obra de consulta viene a cumplir la función cultural tan ansiada por las personas amantes de la cultura canaria, será la barca que «nos pasará por el río de las cosas doctas».

Y volvemos al tan deseado Instituto de Estudios Canarios, otra vez con un artículo de fondo, sin firma: «El Instituto de Estudios Canarios y la Universidad»<sup>485</sup>. Continuando con lo que el periódico había prometido en la editorial del día 13 de octubre: «estamos dispuestos a darle a estas cosas de la cultura la máxima categoría y ofrecemos nuestra tribuna para toda divulgación de este estilo, máxime si se trata de cultura canaria», y como dice nuestro refranero que «lo prometido es deuda», nos encontramos con una editorial en la que se tratan dos temas fundamentales para la cultura canaria: el Instituto de estudios Canarios y la Universidad. En primer lugar, María Rosa Alonso dice que en otro lugar del periódico está insertada el acta de fundación del Instituto de Estudios Canarios, así que ella celebra que el nombre del periódico *Hoy* figure en dicho documento. Dice que el recién creado centro funcionará anexo a la Universidad, entre sus fines destaca la conservación de Archivos y material artístico e histórico de la Isla; considera imprescindible la colaboración con la Corporación municipal de Santa Cruz, puesto que cree que es fundamental la buena conservación de la Biblioteca y Museo Municipal. Otro asunto que le preocupa sobremanera es el edificio de la Universidad, pues ni siquiera han empezado las obras; considera un peligro esta demora porque puede dar lugar a la desaparición de la Universidad, es por esto por lo que urge a los señores Hernández Orondo, Rector de la Universidad y al Presidente del Cabildo, señor Acea, a que ponga «cartas en el asunto» para la rápida construcción de tan noble edificio.

---

maestro y el final es muy de María Rosa Alonso, ya que además de definir la principal virtud de Millares, crítica la manera de no aprovechar a tan excelente profesional: «Trabajar y trabajar bien fue su gran pasión. No supieron aprovecharlo en su isla, donde pudo haber realizado una gran labor los diez o doce últimos años de su vida y en su isla se nos murió» (ALONSO, María Rosa: «En el recuerdo de un Epistolario I y II», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 26 y 27 de marzo de 1980).

<sup>485</sup> ALONSO, María Rosa: «El Instituto de Estudios Canarios y la Universidad», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 16 de octubre de 1932.

Cambiamos de temática y nuestra escritora nos brinda dos artículos de cultura, el primero de ellos: «Se preparan dos ediciones de la Historia de Viera y Clavijo»<sup>486</sup>. Con el antetítulo de «La personalidad cultural de Canarias», y siguiendo la misma línea de los artículos anteriores, María Rosa Alonso continúa su particular lucha por la difusión de la cultura canaria, en esta ocasión para comentar la gran noticia de que se van a hacer dos ediciones de la *Historia* de Viera y Clavijo. Habla de sí misma como de una colaboradora del periódico, que ha tratado el problema cultural de las islas y de la creación del Instituto de Estudios Canarios. Se hace eco de una manifestación que ha sido expresada en la prensa y en otros ambientes culturales: la necesidad de que llegue al sentir popular la formación del sentido histórico de Tenerife y cree que con la reunión mantenida el día anterior en el Cabildo con su presidente y los señores don José Rodríguez Moure, don Agustín Cabrera y don Buenaventura Bonnet<sup>487</sup>, en la que se llegó al acuerdo de solicitar colaboración al Instituto de Estudios Canarios para preparar una edición de la Historia de Viera y Clavijo, la cultura va llegando poco a poco al pueblo y se va formando una cultura canaria con verdadera identidad de región. Y, a pesar de lo dicho al comienzo del comentario, nuestra infatigable trabajadora de la cultura no pierde ocasión para hablar de «su» Instituto de Estudios Canarios.

El segundo artículo sobre cultura que escribe nuestra periodista al siguiente día del anteriormente comentado es el último de un mes muy fructífero —escribió un total de diez artículos en este mes de octubre— y se lo dedica a un clérigo amable: «Don José Rodríguez Moure»<sup>488</sup>. Es muy curioso el vocativo con el que comienza nuestra periodista su artículo: «lectores enemigos». Tras esta aparente paradoja, dice que fue el director del periódico quien ha querido que ella escribiese un artículo dedicado a un señor «que representa la tónica humanística», no en vano la gente que trabaja por la cultura lo tiene como alguien que «está por encima de toda edad, de toda política, de

---

<sup>486</sup> ALONSO, María Rosa: «Se preparan dos ediciones de la Historia de Viera y Clavijo», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 29 de octubre de 1932.

<sup>487</sup> Buenaventura Bonnet Reverón (1883-1591), fue «académico correspondiente de la Real de la Historia, Doctor en Filosofía y Letras, Maestro Nacional, Secretario del Instituto de Enseñanza Media de Santa Cruz de Tenerife y profesor de la Universidad de La Laguna [...] sus investigaciones abarcaron campos tan diversos como la etnografía, la paleografía y el arte. Dio a conocer hallazgos de romances sobre Nuestra Señora de Candelaria y estudió y filió muchas obras pictóricas y escultóricas existentes en Tenerife [...] Dirigió *Revista de Canarias*, en la que publicó muchas de sus investigaciones [...] Tanto el Instituto de Estudios Canarios como la Real Sociedad Económica de Amigos del País y el Museo Canario supieron de la tenacidad de sus investigaciones y conservan huellas indelebles de su fecunda labor» (ARENCEBIA DE TORRES, Juan J. [2003], *Pinceladas canarias*, Gráficas Tenerife: Cabildo Insular de Tenerife: 203-204).

<sup>488</sup> ALONSO, María Rosa: «Don José Rodríguez Moure», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 30 de octubre de 1932.

toda estultez y mezquindad»; es por esto que es estimado por viejos y jóvenes, de izquierdas y reaccionarios. Un grupo de personas, encabezado por la propia periodista, le ha ofrecido la presidencia honoraria de un centro de cultura que han creado (no dice el nombre del Instituto de Estudios Canarios); dice que la iniciativa de rendirle público homenaje a don José Rodríguez Moure ha sido de don Eduardo Trujillo. Termina el artículo de una forma muy poética, describiendo el paso de don José por los rincones de La Laguna y evoca el eco de sus pasos bajo la llovizna gris y persistente, ella compara el olor que va dejando con el que exhalan los libros muy viejos, que tiene al principio de cada capítulo una letra muy grande.

El quehacer periodístico de nuestra autora en el mes de noviembre comienza con un artículo en forma de carta dirigida al máximo dirigente de nuestra principal institución insular: «Carta a Don Maximino Acea, presidente del Cabildo Insular»<sup>489</sup>. El primer párrafo está dedicado a comentar la noticia del diario madrileño *El Sol* sobre la visita del Sr. Alcalá Zamora a Mallorca, este hecho es tomado por nuestra autora como un ejemplo de la forma que tienen los dirigentes del otro archipiélago español para fomentar el turismo. La remitente de la carta insta al señor Acea<sup>490</sup> a que, ya que está colaborando activamente con la cultura, haga lo mismo por el avance económico de la provincia fomentando la industria del turismo en Tenerife; ella le propone que se fije en el Jardín Botánico de La Orotava, que podría ser un auxiliar de la facultad de Ciencias Naturales a la vez que un reclamo turístico y le recuerda cuando los que hacían *Proa* abogaban por la reconstrucción del Hotel Taoro. En este artículo tenemos un claro ejemplo de la diversidad de intereses que movían a María Rosa Alonso, pues a pesar de su gran batalla por la creación del Instituto de Estudios Canarios, no deja de preocuparse por otros temas que ella consideraba fundamentales para que el nivel económico de su isla fuera elevándose.

Tras un paréntesis de tres artículos, María Rosa Alonso vuelve a escribir sobre su recién creado Instituto de Estudios Canarios, «Epílogo y prólogo. La Universidad y el Instituto de Estudios Canarios»<sup>491</sup>: extenso, pero no por ello menos apasionado artículo de nuestra joven tinerfeña, que sigue luchando denodadamente para que, tanto

---

<sup>489</sup> \_\_\_\_: «Carta a Don Maximino Acea, presidente del Cabildo Insular», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 1 de noviembre de 1932.

<sup>490</sup> Maximino Acea Perdomo (1893-1984), natural de Santa Cruz de Tenerife, fue empresario, profesor mercantil y presidente del Cabildo Insular de Tenerife.

<sup>491</sup> ALONSO, María Rosa: «Epílogo y prólogo. La Universidad y el Instituto de Estudios Canarios», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 5 de noviembre de 1932.

la Universidad como El Instituto de Estudios Canarios, se conviertan en la guía cultural-espiritual que necesitan las islas. Hace alusión a las objeciones que algunas personas oponen a dicha entidad cultural, por ejemplo, el Ministro de Instrucción Pública que argüía carencia de ambiente universitario y cultural, pero ella opina que si no hay, se crea. Está muy ilusionada con la postura del rector de la Universidad, del que sí ha tenido apoyo en todo momento y enumera algunos proyectos del Instituto: la edición de la *Historia* de Viera y Clavijo, una Cátedra de Estudios Canarios con carácter movable, porque tanto el Centro como la Universidad no deben ser un coto cerrado, sino que necesita salir a la calle y crear ambiente de cultura. Insiste en la idea de que el Instituto necesita de la Universidad, tanto como aquel de ésta. No has llamado la atención las primeras palabras del título del artículo: «epílogo y prologo», según la RAE, prólogo es «texto preliminar de un libro, escrito por el autor o por otra persona, que sirve de introducción a su lectura» y epílogo es «la recapitulación de lo dicho en un discurso», pero no creo que este sea el caso del artículo puesto que ya teníamos conocimientos de lo que se iba a hablar y, además, no encontramos señales de que esté recapitulando ya sobre el tema, lo que expresa es la ilusión de que lo expuesto se cumpla algún día. En fin, creemos que las dos palabras cumplen la función de atraer la atención del posible lector del artículo periodístico.

A los pocos días vuelve a escribir sobre el mismo tema: «Del Instituto de Estudios Canarios. Respuesta obligada»<sup>492</sup>, es la contestación que va dirigida a un señor, que no es el único que le puso «chinitas en el zapato», al proyecto que con tanta ilusión defendía María Rosa Alonso. Don Teófilo Gaspar y Arnal<sup>493</sup>, catedrático de la Universidad lagunera, que, según él, ha publicado su obra en revistas españolas y extranjeras, aunque los periódicos locales no se hayan hecho eco de ello. Para la periodista este señor es de los que cumplen una sola función en la Universidad: la de simples funcionarios, puesto que una persona que vea la creación de un Instituto que

---

<sup>492</sup> \_\_\_\_: «Del Instituto de Estudios Canarios. Respuesta obligada», *Hoy*, Sant Santa Cruz de Tenerife, 9 de noviembre de 1932.

<sup>493</sup> Teófilo Gaspar y Arnal (1892-1962) nació y estudió en Zaragoza hasta el año 1920 en que continúa su labor docente e investigadora en Madrid. En diciembre de 1928 es nombrado Catedrático de Química Inorgánica de la Facultad de Ciencias de la Universidad de La Laguna, hasta su traslado a la Universidad de Granada en 1934. Durante los años que estuvo en La Laguna, también fue químico de la Junta de Obras del Puerto de Santa Cruz de Tenerife, donde «realizó una importante labor investigadora, siendo de destacar sus estudios sobre la composición química de las puzolanas de origen volcánico de la isla de Tenerife y su posible uso en la fabricación de cementos» (MEDEROS, Alfredo y GILI, Pedro [2010]: «José Cerezo Jiménez, Química Orgánica y Teófilo Gaspar Arnal, Química Inorgánica, los primeros catedráticos de la Facultad de Ciencias de la Universidad de La Laguna», *Revista de la Academia Canaria de Ciencias*, volumen XXI, núms. 3-4, La Laguna, Tenerife: 133-139).



fomente la cultura canaria, como falta de oportunidad en cuanto a su anexo a la Universidad, no merece ningún respeto por parte de la que escribe el artículo. Incide en la idea de que la Universidad que es universalidad, no se debe conformar sólo con fabricar profesionales, sino que tiene que salir de sus cuatro paredes, no quedar al margen de las islas, sino todo lo contrario: colaborar para «verla identificada con las cosas del país y siendo su expresión cultural más amplia». En este artículo vemos otra batalla en la lucha que *María Luisa Villalba* ha entablado para ganar la guerra a los que no quieren de Canarias sea una región próspera en todos los sentidos, ella quiere vencer a, por ejemplo, a esos catedráticos que vienen de la Península sólo con la finalidad de hacer méritos para volver a España, porque para ellos la cultura canaria no tiene cabida en su mentalidad de funcionario español.

A la semana siguiente nuestra autora publica un artículo de tema cultural, centrándose en la historia lagunera: «Sol en el palacio de Nava»<sup>494</sup>. Se trata del tercer trabajo de los premiados a María Rosa Alonso en 1931 con motivo de la celebración del segundo centenario del nacimiento del polígrafo José Viera y Clavijo. Este artículo forma parte del primer libro de la escritora tinerfeña, *San Borondón, signo de Tenerife*, en cuya segunda edición de 2001 nos cuenta ella misma en el Prólogo: «En mis paseos diarios por La Laguna evocaba, frente al palacio de Nava, cómo sería la vida intelectual de aquella gente de la tertulia, cuya plenitud vivió entre los años 1760 y 1770...». Esto nos da una idea del contenido de este escrito: en un tono poético empieza hablando de un posible cronista que paseara por La Laguna e intentara describir ese palacio de la calle Nava y Grimón, pero no podría pues sólo le saldría un falso espejismo pues no se puede hacer al palacio de Nava una estampa romántica. María Rosa Alonso hace una descripción de la fachada del palacio y evoca las Tertulias<sup>495</sup> en su interior: la Biblioteca, donde estaba la redacción de los primeros periódicos de la Isla, el *Personero* y el *Papel Hebdomadario*. Y como si de un reportaje se tratara, describe la escalera, los

---

<sup>494</sup> ALONSO, María Rosa: «Sol en el palacio de Nava», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 15 de noviembre de 1932.

<sup>495</sup> «La famosísima Tertulia de Nava debe su nombre no sólo al Palacio donde tenía lugar, sino muy principalmente al dueño de la Casa, nuestro don Tomás de Nava-Grimón y Porlier, V Marqués de Villanueva del Prado. Debió iniciarse con don Fernando de la Guerra y del Hoyo-Solórzano (1734- 1799) —coetáneo riguroso de don Tomás y vecino suyo de la calle del Agua— sobre 1752, aumentándose con la llegada al siguiente año del no menos famoso don Cristóbal del Hoyo-Solórzano y Sotomayor, Vizconde del Buen-Paso y Marqués de la Villa de San Andrés. Puede considerársele consolidada sobre 1760» (GUIMERA PERAZA, Marcos [1994]: «El ilustrado don Tomás de Nava-Grimón y Porlier, V marqués de Villanueva del Prado (1734-1779)», *Anuario de Estudios Atlánticos*, N.º 40, Universidad de La Laguna: 261).

ventanales..., habla de don Tomás de Nava y Grimón; vuelve a la fachada, a los ventanales, la escalera otra vez en la que le parece oír los pasos de aquellos ilustrados: a Don Cristóbal del Hoyo Solórzano vizconde de Buen Paso, Don Agustín de Bethencourt, Don José de Viera y Clavijo, Don Juan A. de Franchy y a Don Lope Antonio de la Guerra y del Hoyo.

Nuestra joven periodística publica a los cuatro días un nuevo artículo, esta vez como *Sagitario*, vuelve al tema de la política. Con «La F.U.E. neurótica»<sup>496</sup> nos encontramos con un nuevo matiz que contrasta enormemente con sus primeros artículos, es decir, cuando se los dedicaba a la juventud y creía en que por el hecho de que los jóvenes debían rechazar la guerra, tenía esperanza en que la juventud era la que podía hacer cambiar la mentalidad de los canarios, tan dominada por la clase caciquil. Pero ahora esta juventud, que es universitaria, no lucha por el cambio, por la mejora de la población de las islas. Ella dice que en la Península los universitarios se han unido y luchan por la República, mientras que aquí los estudiantes le dedican lápidas a Delgado Barreto. Con varias preguntas retóricas —como en sus primeros artículos— se plantea si los jóvenes que militan en la F.U.E. han sido abducidos por los cavernícolas, haciendo un juego de palabras entre las siglas de la organización estudiantil y el pasado del verbo ser «fue». Ahora dichos jóvenes se jactan de que el Presidente de los Católicos les aplaudiera y de que no se hiciera lo mismo con un catedrático republicano, mientras que los jóvenes republicanos elogian sin ser de su partido a Fernando de los Ríos. Concluye criticando duramente a esos jóvenes que por el mero hecho de serlo se suben a una tribuna a hacer «analfabeta demagogia jesuita», ella les recomienda que se informen primero para no hacen hablar jocosamente a la gente de estudiantes cavernícolas.

Seguimos con la política y con *Sagitario*, pues pasados a los cinco días nos brinda otro artículo, «Paradojas»<sup>497</sup>, en el que María Rosa Alonso, tras hacer un juego de palabras sobre la sección del periódico en la que publica sus artículos y su seudónimo, muestra su asombro por la falta de «civismo» de los estudiantes. Ella, siguiendo con la actitud de los estudiantes, va a enumerar varias paradojas en las que éstos incurren: empieza por asombrarse de que en la Universidad de Murcia y con las mismas reivindicaciones, los estudiantes hayan terminado la huelga y los canarios no.

---

<sup>496</sup> ALONSO, María Rosa: «La F.U.E. neurótica», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 19 de noviembre de 1932.

<sup>497</sup> ALONSO, María Rosa: «Paradojas», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 24 de noviembre de 1932.

Después habla de la incomprensible mala educación de los estudiantes y expone el ejemplo de una asamblea en la que fue un obrero el que tuvo que poner orden porque los estudiantes ni siquiera respetaban el turno de palabra. La escritora tinerfeña nos muestra una vez más como, a pesar de su juventud, tenía una madurez que le impedía caer en paradojas como las que acaba de citar, todo lo contrario, nos está demostrando que la edad no está reñida con la madurez intelectual de una persona.

Al día siguiente se publica un artículo en el que nuestra autora deja la política y pasa a un tema académico, «La Universidad»<sup>498</sup>, en un contexto en el que sigue defendiendo la indisoluble concepción educación-cultura. Parece ser que hay personas a las que no les interesa que los canarios tengan el acceso a los estudios superiores y a la cultura que se merecen, es muy curiosa la expresión de que «¡hasta las señoras!» se interesen por el tema. Aunque hoy en día nos parezca algo totalmente superado, en la tercera década del siglo XX, todavía era un reto el que las mujeres y las clases bajas llegaran a la Universidad, pero es que incluso peligraba la existencia del primer centro educativo de Canarias. María Rosa Alonso nos expone sus miedos ante esta catastrófica posibilidad: la discusión sobre la idoneidad del solar de la Universidad, que era propiedad del Cabildo, pero más grave aún era que todavía no había empezado a construirse el edificio y eso podría llevar a que algún ministro le pusiera término al proyecto. Ella intuye que desde las esferas eclesiásticas también hay boicot, así como desde algunos profesores reaccionarios y estudiantes, y vuelven las preguntas retóricas, sobre el por qué no se pueden celebrar las reuniones para este tema tan importante en La Laguna, la ciudad docente por antonomasia. Finalmente se dirige a sus amigos: los estudiantes de la verdadera F.U.E., los del Congreso de Estudiantes Canarios, los de la Escuela Normal, etc., para que éstos juntos con los ciudadanos y con La Laguna logren que no se sigan cometiendo locuras que pongan en peligro el tan ansiado edificio para la Universidad.

Al día siguiente, publica el último artículo bajo el seudónimo de *Sagitario*: «Los apaistas laguneros»<sup>499</sup>. Con la fina ironía de la que hace gala muchas veces y tras un preámbulo sobre la utilización y aprovechamiento que los periodistas hacen de la parte posterior de los manifiestos grandes e impresos en buen papel, habla de una organización agraria A.P.A., haciendo un juego de palabras dice que algunos ya dicen

---

<sup>498</sup> \_\_\_\_\_: «La Universidad», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 25 de noviembre de 1932.

<sup>499</sup> ALONSO, María Rosa: «Los apaistas laguneros», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 26 de noviembre de 1932.

«A.P.A. ga y vámonos», ella llama a sus componentes «apaistas». Dicha organización se dirigió a sus lectores con preguntas acerca de temas como la religión, la patria, la familia..., ella las compara con los anuncios para aprender idiomas. Es curioso como después de tantos años y en pleno siglo XXI sigamos escuchando las mismas palabras por parte de los reaccionarios, y respondiendo a esa gente como lo hace nuestra periodista, por ejemplo, «¿Defiende usted el orden? Seriamente, excepto el barullo y la mojigatería».

Al mes siguiente realiza una página literaria completa en su periódico habitual, bajo el título genérico de «Hombres y libros»<sup>500</sup>, nos ofrece cuatro apartados: en el primero de ellos hace sendas reseñas a los libros, *Las manchas del destino* de José Clavijo Torres<sup>501</sup> e *Isla de promisión*<sup>502</sup> de Andrés de Lorenzo Cáceres. El segundo apartado, al que denomina «Temas de insularidad» lo dedica a «Divagaciones sobre el Balcón», que más tarde incluirá en su primer libro *San Borondón, signo de Tenerife*. En tercer lugar, habla de «Lo que preparan nuestros escritores», donde aporta una breve reseña de las obras que está preparando los siguientes escritores: Manuel Verdugo, José Peraza de Ayala, Luis Álvarez Cruz, José A. Wangüemert, Andrés de Lorenzo Cáceres, Domingo López Torres, E. Gutiérrez Albelo, Agustín Espinosa, Xavier Casais, Pedro García Cabrera, Edmundo Trujillo y Manuel G. de Aledo. Y, por último, en el apartado «Antología poética» lo que hace es transcribir el poema «Cifra» de Gerardo Diego. Con

---

<sup>500</sup> \_\_\_\_\_: «Hombres y libros. Página literaria: Publicaciones isleñas: *Las manchas del destino*, de José Clavijo Torres; *Isla de promisión*, de Andrés de Lorenzo Cáceres. Temas de insularidad: *Divagaciones sobre el balcón*. Lo que preparan nuestros escritores. Antología poética». *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 10 de diciembre de 1932.

<sup>501</sup> Tras hacer una comparación entre el autor de *Las manchas del destino* y Clavijo y Fajardo, su prologuista, José Pérez Andreu, establece varios paralelismos entre ellos, concluyendo que tanto el del norte como el del sur, el mayor y el menor logran al fin encontrarse después de dos siglos de distancia en las costas de Las Afortunadas donde Agustín de Espinosa acaba de eternizar los primores y desventuras de Luisa de Beaumarchais (*Clavijo* de Goethe). En *Las manchas del destino*, sigue el prologuista, su autor pretende ser mejor que el protagonista, Clavijo Torres quiere ser «progenitor legítimo de los múltiples seres que al volver la presente página se materializarán de repente ante los ojos atónitos del lector y bajo los cobaltos de un cielo andaluz, orlado en sus confines por limoneros en flor y metáforas del trópico...» (CLAVIJO TORRES, José [1932]: *Las manchas del destino*, prólogo de José Pérez Andreu, Tipografía Iriarte, Santa Cruz de Tenerife: 5-7).

<sup>502</sup> Andrés de Lorenzo Cáceres (1912-1930) fue un reconocido historiador y poeta. Licenciado en Derecho, comandante del Cuerpo Jurídico Militar y abogado Fiscal, director y miembro de honor del Instituto de Estudios Canarios, presidente de la Delegación en Canarias del CSIC y alcalde de La Laguna. Según Miguel Martínón «fue el más joven entre aquellos jóvenes escritores y artistas que protagonizaron en las Islas el brillante ciclo de la Vanguardia [...] Este texto traspasado de lucidez, finura, contenida pasión y referencias cultas, esta “conversación sobre motivos regionales”, fue leída ante sus jóvenes compañeros por un estudiante universitario de dieciocho años, en “aquella hora inolvidable entre las cinco y la seis de la tarde de aquel 5 de diciembre, brumoso y frío”» (LORENZO CÁCERES, A. de [1990<sup>3</sup>]: *Islas de Promisión*, edición, introducción y notas de Miguel Martínón, Instituto de Estudios Canarios, La Laguna: 9,18).

esta página María Rosa Alonso nos demuestra su gran preparación cultural y filológica, puesto que en ella queda reflejada cómo está al día de las novedades editoriales isleñas, además de emplear una excelente prosa con la expone esos contenidos literarios, que hacen que lleguen a los lectores de una forma que ya desearían algunos de los afamados críticos literarios de esa época.

Y volvemos a la política insular como bien nos indica el título del último artículo de *María Luisa Villalba* del año 1932, «Política de Tenerife»<sup>503</sup>, que tiene el subtítulo de «Política isleña. Partido de Tenerife». Comienza hablando de las diferencias entre el habitante de la Península y el de las islas, describiendo al último de una forma negativa; continúa hablando de socialismo, radicalismo y del radical-socialismo, pero ella cree que el isleño ve esas posturas sólo como ideologías que no lo representan, siente que no abordan los temas que en realidad le interesa a él, que son: supresión de la Universidad, injusticia para con los funcionarios canarios en cuanto a reconocerles la residencia, monopolios de petróleos que lesionan regímenes de puertos francos, etc. Aporta unas ideas sobre cómo deben defender los políticos los intereses isleños, que nos recuerda cuando en la actualidad hablamos de los políticos de los ayuntamientos, es decir, se vota a la persona, no a la ideología del partido político al que representa. Es curioso como defiende un partido insularista para Tenerife, ella que hasta el momento tanto nos ha hablado de región; al leer este artículo recordamos un famoso partido de Tenerife fundado con el advenimiento de la democracia, aunque luego se regionalizara, pero su esencia insularista sigue estando presente pues sus representantes en las Cortes españolas siguen empleando un discurso similar al que nos da María Rosa Alonso en este artículo, como si los años no hubieran pasado, ni las guerras fratricidas, ni siquiera tantos adelantos tecnológicos.

Y llega 1933, año en el que la escritora tinerfeña recogerá algunos frutos de todo lo sembrado hasta el momento, por ejemplo, el 3 de enero tiene lugar en el Ateneo de La Laguna la inauguración oficial del Instituto de Estudios Canarios. También este año se verán realizados algunos de sus sueños, por ejemplo, trasladarse a Madrid a estudiar la carrera por la que sentía verdadera vocación. Pero hay que seguir escribiendo para subsistir y ella sigue en el afán subir el nivel cultural de su gente y nada mejor que dos artículos de temática cultural: el primero de ellos trata un tema costumbrista con gran carga poética en el que se puede apreciar las diferencias de nuestra idiosincrasia con

---

<sup>503</sup> ALONSO, María Rosa: «Política de Tenerife», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 14 de diciembre de 1932.

respecto a la de la Península, es decir, con las del continente: «Chozas, flora, geografía»<sup>504</sup> es la segunda parte de «Temas de insularidad», pues la primera estaba dedicada al balcón canario, publicada en este mismo periódico del 23 de diciembre en la página «Hombres y Libros». Igualmente, este artículo formará parte de su primer libro *San Borondón, signo de Tenerife*. Nos encontramos con una especie de descripción paisajística, que va pasando ante nuestra mirada tal cual si fuéramos en una visita panorámica; va de la ciudad al campo, ahí está la choza o pajero, no es la vivienda del campesino sino donde guarda los aperos y los productos que ha cultivado y están pendientes para su venta o para la subsistencia de la familia. Pasa a hablar de la flora isleña enumerando la gran variedad existente: el pino *canariensis*, el drago, el «cactus» africano, la pitera, etc. Y llega al Teide «que invita a la contemplación, pero no a la subida» y nuestro gran pico es una choza más, aunque enorme, gigantesca. Y nombra la geografía a la que se refiere diciendo que el pintoresquismo es el resultante de ella, se pregunta si la geografía influye en el espíritu isleño, habla de los estudios de García Cabrera sobre la influencia del paisaje en el hombre<sup>505</sup> y dedica lo que queda del escrito a plantear esta cuestión, que la podríamos resumir en «¿Hay en el canario un hermetismo del Teide, de círculo y ariete al propio tiempo, que le hace irrumpir (Ganivet) agresivo, dominador (como Bonaparte, que es la muestra más representativa) en el continente?». Es muy interesante esta idea sobre cómo influye el paisaje en el carácter isleño, que le hace adoptar una determinada postura hacia el continente.

A las dos semanas nos encontramos con un artículo de fondo, sin firma: se trata del segundo escrito de tema cultural al que hicimos alusión; lleva un subtítulo, «Motivos de cultura regional», y su título nos incita a una interesante lectura puesto que nos informa sobre la historia de Canarias y nada menos que de la mano de un afamado estudioso alemán: «El Doctor Wölfel la historia y la prehistoria de Canarias»<sup>506</sup>. Tráenos a conocer la importante labor científica del miembro del Museo Etnológico de

---

<sup>504</sup> ALONSO, María Rosa: «Chozas, flora, geografía», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 3 de enero de 1933.

<sup>505</sup> Sobre este estudio nos dice Nilo Palenzuela: «No sólo el paisaje puede ser contado e imaginado, sino que, en el ideario del poeta, es el paisaje quien “imprime al hombre un símbolo primario, un determinado modo de ser. Símbolo primo que irá arrastrando a lo largo de su vida”». Citando palabras textuales del ensayo «El hombre en función del paisaje» de Pedro García Cabrera. Para Palenzuela con este ensayo se introduce en la tradición lírica canaria el sentido del hombre en función del paisaje y un arte en función de este hombre, además, lo geográfico y su interpretación constituyen una auténtica obsesión del poeta y un rasgo fundamental de sus reflexiones literarias (PALENZUELA, Nilo [1991]: *El primer Pedro García Cabrera*, Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas: 58-59, 67-68).

<sup>506</sup> ALONSO, María Rosa: «El Doctor Wölfel, la historia y la prehistoria de Canarias», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 18 de enero de 1933.

Viena<sup>507</sup>, pasa a informar de la no menos excelente labor que ha desarrollado en cuanto a episodios de la conquista de Canarias. Hace alusión a los estudios de Torres Campos<sup>508</sup> sobre la gran cantidad de aborígenes de las islas descendientes de la raza Cromagnon, que pervivían después de la conquista, teoría que también defendió Menéndez y Pelayo en su obra *Historia de los heterodoxos españoles* y que después Millares inserta en su *Historia*<sup>509</sup>. También cita al antropólogo Antonio María Manrique<sup>510</sup> al que acusa de «controversias imaginarias» y dice que su historia de

---

<sup>507</sup> Dominik Josef Wölfel (1888-1963) fue profesor de etnología en la Universidad de Viena y un importante estudioso de las culturas norteafricanas y la historia de las Islas Canarias. Para Carmen Díaz Alayón y Francisco Javier Castillo, «lo mejor de Wölfel está en las páginas de *Monumenta*, en los 50.000 documentos que revisó en Simancas con notable daño de su vista, en la emoción que le embarga cuando encuentra en Coimbra el manuscrito de Torriani o cuando contempla en Santa Cruz de La Palma una versión autógrafa de la *Topografía* de Sosa. Sin duda, lo mejor de Wölfel, su gran acierto, para fortuna nuestra, fue aceptar a las Canarias como su principal preocupación científica y dejarnos un generoso legado de hallazgos, propuestas y contribuciones» (DÍAZ ALAYÓN, Carmen y CASTILLO, Francisco Javier [2008]: *Los estudios históricos y lingüísticos de Dominik Josef Wölfel*, Idea, Las Palmas de Gran Canaria: 19).

<sup>508</sup> Rafael Torres Campos (1853-1904) fue un geógrafo español. Su labor toma especial relevancia por cuanto significó la introducción de las modernas corrientes geográficas europeas y americanas en España y en especial de la moderna geografía francesa. Así mismo, su dilatada dedicación a la enseñanza de esta disciplina conllevará la creación de un cuerpo de ideas y métodos que han servido de influencia e inspiración a posteriores geógrafos. Al consultar un libro sobre su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, aparece en las últimas páginas la contestación dada por el académico Excmo. Sr. D. Cesáreo Fernández Duro, del que destaremos unas palabras sobre el rechazo del pueblo tinerfeño al espectáculo de la corridas de toros: «El pueblo canario habituado a la lucha, ejercicio varonil con el que desarrolla su vigor muscular y celebra las festividades, no se dejó deslumbrar por los *trajes de luces*, vulgo lentejuelas, ni tampoco se apasionó del valor o de la estética de diestros que, bien en el ministerio profesional, bien fuera de él con otras ropas, en los lugares públicos, veía ocupados, al parecer, su exhibir turgente el ábside personal» (TORRES CAMPOS, Rafael [2009]: *Carácter de la conquista y colonización de las Islas Canarias*, Extramuros, Sevilla: 16).

<sup>509</sup> Nos dice Millares Torres sobre este tema: «la opinión que más acertada me parece es aquella que, hace derivar las la verdadera colonización de estas islas de las exploraciones egipcias, dos mil años próximamente antes de la era vulgar, aun concediendo, como concedemos, que en ellas se encontrara ya establecida la raza miserable de la Edad de piedra o Cro-Magnon [...] El tipo rubio que dominaba en las Canarias al emprenderse la Conquista, era el mismo que había invadido el Egipto en la época remota que antes hemos señalado, pasando primeramente por Sicilia y las numerosas islas del archipiélago de la Grecia, para venir a fundirse con los Bereberes, y constituir una dinastía poderosa, que levantó las pirámides y llevó su avanzada civilización hasta los confines del gran desierto» (MILLARES TORRES, Agustín [1881]: *Historia general de las Islas Canarias*, Imprenta de la Verdad de I. Miranda, Las Palmas de Gran Canaria: 249, 251).

<sup>510</sup> A pesar de la crítica negativa que hace María Rosa Alonso a Antonio María Manrique como historiador, nos ha llamado mucho la atención una faceta de Manrique, destacada por Nicolás Reyes, Francisco Guerrero y Carmen Sánchez Jiménez: su feminismo bajo el seudónimo de Olimpia de Montemar. «Manrique feminista, dentro de la burguesía canaria a la que pertenece, constituye inequívocamente una excepción que tal vez confirma la idea de que el sistema de “valores burgueses” no contribuirá de forma operativa al movimiento de liberación de la mujer, y con toda seguridad de muchos hombres tampoco; porque de lo que se trata no es de sustituir la dominación androcéntrica históricamente comprobada y en la actualidad en crisis por un ginecocentrismo, sino que las personas, mujeres y hombres, han de plantear un debate acerca de la insuficiencias para avanzar hacia una forma de vida social más igualitaria» (REYES GONZÁLEZ, Nicolás; GUERRERO ROMERO, Francisco y SÁNCHEZ JIMÉNEZ, Carmen [1989]: «Don Antonio María Manrique y Saavedra: prototipo de la burguesía canaria (1837-

Fuerteventura es mejor no recordarla. Habla de notables investigadores como, por ejemplo, Vernau<sup>511</sup>, que han incluido esta raza junto con la semítica y otra de tipo desconocido a la que el señor Bonnet identifica como Forseoz. También el doctor Fischer<sup>512</sup>, compañero del doctor Wölfel, confirma la persistencia de la raza Cromagnon en canarios de la actualidad. Destaca el hallazgo del Dr. Wölfel en los Archivos de Simancas, Sevilla, Madrid y Coimbra en los que encontró puntos oscuros de nuestra historia, también indicados por el portugués Dr. Tamagnini, que indicó que la «leyenda negra» sobre los abusos cometidos por los conquistadores no fueron órdenes de los Reyes Católicos, sino extralimitaciones de particulares, como también lo había indicado Torres Campos. De la misma manera, el Dr. Wölfel aportó interesantes aportaciones sobre la conquista de La Palma y de Gran Canaria, todas las investigaciones del científico alemán nos llevan a una nueva interpretación sobre hechos de los que no teníamos conocimientos. Y tras conocer todos estos datos sobre descubrimientos científicos llevados a cabo por no menos importantes investigadores, María Rosa Alonso nos demuestra una vez más la gran inteligencia que tiene para escuchar, leer, comparar..., es decir, que no sólo es una gran periodista, sino una excelente filóloga puesto que analiza e interpreta los textos de una forma muy rigurosa, para así informar a sus lectores de todo lo relacionado con la historia como elemento importantísimo de la cultura de sus Islas.

---

1907)», en *III Jornadas de Estudios sobre Fuerteventura y Lanzarote*, Servicio de Publicaciones del Cabildo Insular de Fuerteventura y del de Lanzarote: Tomo I, págs.113-154).

<sup>511</sup> René Verneau, (1852-1938) fue un antropólogo francés, cuya vida está marcada por una pasión inquebrantable hacia las Islas Canarias, con quien mantuvo estrechos vínculos, habiéndolas visitado en seis ocasiones a lo largo de su vida. Destacan sus estudios acerca de los guanches, de los que habla en estos términos: «El pueblo que jugó el papel más importante en Canarias es, sin duda, la raza guanche. Esta raza estaba establecida en todas las islas, y en Tenerife había conservado sus rasgos esenciales hasta la época de la conquista. En el resto del archipiélago todavía tenía un buen número de representantes, que habían sabido escapar del mestizaje, pero la mayoría de la población había visto alterar su tipo primitivo a causa de los cruces con los invasores» (VERNAU, René [1981]: *Cinco años de estancia en las Islas Canarias*, traducción de José A. Delgado Luis, notas históricas y mapas de Manuel J. Lorenzo Perera, Gráficas La Torre, La Orotava: 26).

<sup>512</sup> Eugen Fischer (1874-1967) fue profesor de Anatomía y Antropología en la Universidad de Baden en Friburgo. En su obra nos habla sobre el origen de los guanches, él considera probado que eran del tipo Cro-Magnon, pues dice que es propio de esta raza ser altos y cuando se conquistó las Canarias, una de las principales características que se le atribuía a los guanches era su elevada estatura, que «se remonta sin duda hasta una población prehistórica, no pudiendo ser negra, ya que no se manifiestan sus caracteres ni en el cabello, ni en la forma de la nariz, ni en los labios». Y sigue aportando una serie de características de la población tinerfeña de aquel momento, realizados por él mismo a los soldados de un regimiento de Santa Cruz de Tenerife, que le sirven para demostrar sus teorías sobre el origen cromañón de los guanches (FISCHER, Eugen [1926]: *Estudios antropológicos sobre Tenerife*, Tip. Emporium, Barcelona: 229).



Llega febrero y María Rosa Alonso realiza un examen en Madrid para convalidar los estudios que tenía de La Laguna, será en la Facultad de Filosofía y Letras. Comienza su andadura en la capital del Estado, pero no dejará de escribir en su periódico habitual *Hoy*, con el que desde julio de 1932 había iniciado una fructífera colaboración. Es en este mismo mes de febrero cuando vuelven a aparecer dos artículos dedicados a su Instituto de Estudios Canarios, el primero de ellos, «El Instituto de Estudios Canarios, tema de categoría orientadora»<sup>513</sup>, con el antetítulo de “Cultura Regional”, es un artículo de fondo, sin firma.

Desde el 9 de noviembre del año anterior, *María Luisa Villalba* no había dedicado ningún artículo en este periódico a «su» Instituto, sí había hablado de él, sobre todo relacionándolo con la Universidad. Pero el motivo que le lleva a realizar este escrito, fueron las palabras del doctor Wölfel, pronunciadas en su última estancia en Tenerife, en las que decía que las únicas entidades que existían en Canarias dignas de suficiente rango cultural eran el «Museo Canario» de Las Palmas y la «Cosmológica» de La Palma. Su planteamiento es que, siendo Tenerife «La isla que se precia ser la primera», carezca de un centro cultural a la altura de dicha categoría, lo achaca a la falta de una generación bien preparada y cree que el recién creado Instituto de Estudios Canarios debería de cumplir esa función cultural, es decir, el de ser «Un controlador y representante de la cultura canaria en la isla». Piensa que en torno a dicho centro se podrían agrupar colecciones como las de don Anselmo Benítez<sup>514</sup>, la de don Anatael Cabrera Díaz<sup>515</sup> y la de don Domingo Bello Rodríguez; a las anteriores y otras muchas

---

<sup>513</sup> ALONSO, María Rosa: «El Instituto de Estudios Canarios, tema de categoría orientadora», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 4 de febrero de 1933.

<sup>514</sup> Anselmo J. Benítez (1859-1937), nacido en Santa Cruz de Tenerife, fue un impresor destacado y anticuario. Fundador en 1874 del Museo «Villa Benítez», creado con el fin de exhibir unas colecciones de muestras minerales, grabados, objetos artísticos y arqueológicos. Valga como ejemplo de su gran quehacer como tipógrafo las siguientes palabras de Juan Martí Dehesa: «El industrial que como D. Anselmo J. Benítez consigue a fuerza de constancia y laboriosidad, sustituir en sus talleres los medios rutinarios por los que el progreso proporciona, bien merece el cariño, estimación y apoyo de sus conciudadanos» (*A. J. Benítez, tipógrafo*, folleto de propaganda de la Imprenta de A. J. Benítez, Biblioteca de la Universidad de La Laguna).

<sup>515</sup> Anatael Cabrera Díaz (1869-1943), nacido en La Laguna, fue médico, naturalista, además de un prestigioso entomólogo y ornitólogo. Ildefonso Maffiotte lo admiraba profundamente y entresacamos un fragmento de la descripción que nos hace de su amigo: «Como médico, sus fórmulas novísimas y absolutamente personales, son asombro y pesadilla para muchos compañeros de profesión; su colección de himenópteros, de muy cerca de 20.000 especies, enriquecida con no pocas descubiertas y clasificadas por él, es sin duda una de las mejores y más valiosas que hoy existen; sus obras de ciencia, el *Catálogo de las Aves del Archipiélago Canario*, *Una excursión a los yacimientos prehistóricos de Carmona*, *Observaciones sobre el viaje de M. Alluaud a las islas*, y sus trabajos múltiples y merítísimos prodigados en casi todas las publicaciones técnicas de Europa y América, le acreditan de autoridad sapiéntísima, de

de la isla les podrá suceder lo mismo que a la del célebre Museo de don Sebastián Casilda de Tacoronte, que fue vendida a extranjeros, a pesar de que su dueño la había dejado al pueblo. María Rosa Alonso con esta llamada de atención pretende que los Ayuntamientos tengan muy presente la defensa de los patrimonios culturales de sus habitantes, y nada mejor que el Instituto de Estudios Canarios para cumplir tan importante labor de preservación cultural. Está claro que ella aprovecha la mínima oportunidad para «arrimar el ascua a su sardina».

Al día siguiente nuestra periodista publica el segundo de los artículos dedicados al Centro por el que tanto había luchado: «El Instituto de Estudios Canarios está en marcha. Adiós a la secretaría»<sup>516</sup>; se trata de un artículo más corto de lo que nos tiene acostumbrados, es patente su despedida no sólo de la secretaría de su Centro, sino de la isla de Tenerife puesto que se va a estudiar a Madrid, porque con la ayuda de su madre y el dinero que había conseguido ahorrar —había publicado 119 artículos, aunque creemos que por muchos de ellos no llegó a cobrar nada, por ejemplo, los políticos escritos en periódicos que más bien parecían panfletos—; el Cabildo también le había concedido una beca para poder ir a estudiar a la capital del Estado español. Estamos ante el último artículo de María Rosa Alonso escrito con el seudónimo bajo el cual se refugiaba debido a su condición de mujer-periodista, pues debido a la ingente labor de poner en marcha el Instituto de Estudios Canarios, le fue imposible seguir en el «anonimato». En el presente artículo habla de la poca creencia de algunos de que se llegase a fundar el Instituto, pero gracias a la ayuda del Estado, a la de particulares y con las «promesas» de las Corporaciones (parece que no se fía mucho de dichas promesas), el Instituto está saliendo adelante. Recuerda cuándo unos pocos jóvenes se dirigieron a gente de prestigio culto del país para comenzar con la creación de dicha obra, fueron curiosamente los viejos los que más entusiasmo aportaron: hace un divertido juego de palabras con la gente «joven» que se ha comportado como «vieja» y los mayores que han reaccionado entusiasmados como si fueran mozos: don Ramón de Ascanio, don Diego Guigou y Costa<sup>517</sup>, don Anselmo J. Benítez y don José Rodríguez

---

escritor extraordinario, medular e intenso» (MAFFIOTTE, Ildefonso [19--]: *Siluetas*, Librería Hespérides, Santa Cruz de Tenerife: 47-52).

<sup>516</sup> ALONSO, María Rosa: «El Instituto de Estudios Canarios está en marcha. Adiós a la secretaría», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 5 de febrero de 1933.

<sup>517</sup> Diego Guigou y Costa (1861-1936) nació en el Puerto de La Cruz, ya desde que estudió su bachillerato destacó con sobresaliente en los dos ejercicios y a lo largo de toda su carrera obtuvo la misma nota en todas las asignaturas, se doctoró el 2 de octubre de 1917. Como médico y filántropo destacó por ser el fundador y primer director del «Hospitalito» de Santa Cruz de Tenerife. Perteneció al Gabinete

Moure. Y se despide de una forma a la que ya nos tiene acostumbrados *María Luisa Villalba*, empleando una característica muy propia de su estilo literario, la ironía, la que no podía dejar de emplear en su triple despedida: deja la secretaría del Instituto de Estudios Canarios, se va a Madrid y abandona el seudónimo bajo el cual ha realizado una labor periodística excelente, tanto en el fondo como en la forma pues ha sabido aunar entusiasmo juvenil junto a un estilo periodístico difícilmente alcanzable para una escritora novel.

Por fin está estudiando en Madrid nuestra escritora, allí conoce a su admirado don José Ortega y Gasset a cuyas clases asiste como libre oyente, también tiene como profesores en sus clases de filología a Dámaso Alonso, Américo Castro, Agustín Millares, etc.; como compañeros a Julián Marías y Lolita Franco y otros muchos con los que compartirá amistad y saberes; no en vano los años de Universidad son inolvidables y, además, nuestra joven periodista va a participar activamente en actos culturales, relacionados con su vocación literaria y con sus islas. A pesar de todo lo anterior, ella sigue colaborando con su periódico, *Hoy*, aunque por motivos obvios su siguiente artículo se publique a tres meses del anterior: «Al margen del libro *El Poeta y San Marcos*»<sup>518</sup>, escrito desde Madrid, es el primer artículo que tenemos firmado con su verdadero nombre. En este escrito podemos observar en el título que es de temática literaria, cosa natural puesto que ya está inmersa en los estudios de Lengua y Literatura, en concreto, lo que hace nuestra escritora es comentar un libro de Andrés de Lorenzo Cáceres, un joven poeta y amigo tinerfeño<sup>519</sup>. Muy en consonancia con la naturaleza del

---

Instructivo en el que pronunció numerosos discursos, uno de los que obtuvo mayor resonancia fue en el que defendió la creación de un barrio obrero; fue presidente del Ateneo santacrucero, ahí destacó en su defensa sobre la creación de un Parque en Santa Cruz; también fue miembro del Instituto de Estudios Canarios y de la Asociación Española de Escritores Médicos, pues además de escribir numerosos artículos literarios y científicos, también algunos libros de poemas y de historia, veamos lo que nos dice Domingo Cabrera en el prólogo a una de sus obras: «Diego Guigou, por sus trabajos profesionales, cuando investiga es sereno y acaso, frío. Surge en él el historiador de disciplina académica y dice cosas que abren cauce a amplias reflexiones [...] En el movimiento literario de estos tiempos, Diego Guigou es un exponente cuya personalidad se afirma en la entraña de Tenerife. Hay una claridad que sale de su espíritu y señala un sendero recto a los que trabajan y sueñan» (GUIGOU, Diego M. [1952]: *Gavilla*, Litografía A. Romero, Tenerife: 11-17).

<sup>518</sup> ALONSO, María Rosa: «Al margen del libro *El Poeta y San Marcos*», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 4 de mayo de 1933.

<sup>519</sup> También sobre el mismo libro escribió el crítico Domingo Pérez Minik, aunque él lo enfoca desde una vertiente más estética, puesto que nos dice que «el volumen lo componen unas anotaciones a la vida cotidiana y unos poemas burlados y una casa sobre poemas [...] así las pardenas, la maleta de Sterne, la casa del fotógrafo, el pozo de agua dulce y la tumba del jardinero municipal. Todas estas ínfimas cosas, las destaca el poeta, las limita y las colorea tímidamente. Son descubrimientos minuciosos, alejados de toda elocuencia épica» (PÉREZ MINIK, Domingo [1933]: «*El poeta y San Marcos*: Andrés de Lorenzo Cáceres», *Gaceta de Arte*, N.º 14, abril de 1933, Santa Cruz de Tenerife: 4).

artículo, comienza con referencias a Larra y a Azorín, pero también habla de los franceses Lamartine y Sterne, que aparecen en los recuerdos del poeta tinerfeño. Ella se pregunta sobre las influencias de «este joven escritor católico, apostólico y romano», puesto que su poesía tiene aspectos satíricos, amablemente risueños, juguetones y tras hacerse muchas preguntas sobre otros tantos aspectos que a ella le extrañan mucho, acaba contestando que le vienen de Viera y Clavijo, al que Padrón Acosta<sup>520</sup> se refería como «aquel gran frívolo del XVIII» y, de la misma manera otro religioso, Rodríguez Moure, mostró su disgusto por las heterodoxias del Arcediano. María Rosa Alonso termina su comentario expresando su satisfacción porque sea otro sacerdote el que siga marcando la buena senda de la poesía canaria.

Ha pasado más de un mes sin que sus lectores tinerfeños disfrutaran de la pluma de su escritora y por fin publica un artículo que lleva como antetítulo «Ciudades tinerfeñas» por lo que se puede deducir que tiene la intención de escribir sobre otras ciudades de su isla. No es de extrañar que empiece por la ciudad que la acogió cuando tenía 10 años: «La Laguna. Falsa y auténtica vida»<sup>521</sup>, que también forma parte de su primer libro *San Borondón, signo de Tenerife*. En este segundo artículo escrito desde Madrid, nuestra autora muestra una actitud un tanto crítica con la ciudad que la había visto crecer, tanto física como intelectualmente; lejos de hacernos un lírico artículo sobre La Laguna, diríamos que emplea una prosa realista para decir lo que ella piensa en ese momento sobre la ciudad de los Adelantados. Creemos que el tiempo que lleva en la metrópolis le hace ver los contrastes tan grandes que existen entre la capital del Estado y la de los Adelantados. Al comienzo destaca la palabra evocaciones, que repite; evoca las palabras de Unamuno sobre La Laguna, ella cree que esta ciudad será para cada uno el resultado de las vivencias en otras ciudades. A ella le cuesta definirla y propone varios aspectos y se queda con la esencia: ¿qué es La Laguna? Ella está muy lejos para definirla con precisión y con una actitud muy negativa dice que la ciudad está viviendo de sus recuerdos, que las generaciones la habitan pero no la interioriza; después de las

---

<sup>520</sup> Sebastián Padrón Acosta (1900-1953): «Sebastián Padrón Acosta es un significativo intelectual tinerfeño de la primera mitad del siglo XX. Pieza clave en los estudios canarios durante este periodo, su importancia se fundamenta principalmente en dos vertientes dentro del ámbito literario: ser representante de la prosa modernista durante sus comienzos como escritor, y ser figura pionera en la historización y la crítica literarias canarias, especialmente con sus concienzudos trabajos teóricos a partir de 1936». PERERA, José Miguel: «Sebastián Padrón Acosta»: <https://portal.academiacanarialengua.org/archipiologo-letras/sebastian-padron-acosta/> (consultado el 23/11/2023).

<sup>521</sup> ALONSO, María Rosa: «La Laguna. Falsa y auténtica vida», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 20 de junio de 1933.

Tertulias y del 86 «todos toman La Laguna abonando el recibo: luego, evocación, recuerdo». El último párrafo es una ratificación de lo negativo que ha venido desgranando a lo largo del discurso: La Laguna es sólo apariencia, y como si fuera una bella durmiente, está esperando que una nueva generación la rescate del olvido para que tal agua del estanque, fluya clara, cristalina. En este artículo está patente la comparación entre una ciudad que le está ofreciendo todo por lo que ella tanto había luchado, y la que deja entre las nubes de las evocaciones y la decepción de que sus habitantes no hagan de ella una ciudad más acorde con los nuevos tiempos.

A los dos días nuestra escritora nos brinda un artículo sobre crítica de arte, el segundo que publica sobre esta temática: «La Exposición de Juan Ismael<sup>522</sup> en el Ateneo de Madrid»<sup>523</sup>, es evidente que la joven estudiante está aprovechando muy bien el tiempo en la capital del Estado, y a pesar del halo de tristeza y reproche del artículo anterior hacia su Laguna, ahora le dedica este artículo a un paisano suyo. Comienza con una cita, algo novedoso en su formato periodístico, en la que hay un diálogo de G. M. Chesterton<sup>524</sup> que trata sobre la complicación de las cosas modernas. Esto le da pie para nombrar a Ortega —llevaba ya muchos artículos sin mentarlo—, que el mes anterior había hablado sobre la sencillez del cristianismo y la complicación del Renacimiento. Pero Juan Ismael ha optado por las cosas sencillas: una paleta de cuatro colores que reflejan los elementos simples de la Naturaleza: el aire, el agua, la tierra reflejada en la montaña y el fuego simbolizado por el sol. En los cuadros expuestos, María Rosa Alonso encuentra el mar de la juventud de Tomás Morales, nuestro sol, la claridad de nuestro cielo y la montaña, que ya la había representado en otro sentido Valentín

---

<sup>522</sup> Juan Ismael (1907-1982) fue un pintor y poeta, el principal representante, junto con Óscar Domínguez, del surrealismo canario. Según Pilar Carreño Corbella, a finales de mayo de 1933 se inauguró en el Ateneo de Madrid una exposición de Juan Ismael que representaba un conjunto de paisajes, en total fueron 18 óleos y 4 dibujos: «El día de su presentación al público, dictó una conferencia el escritor y periodista Antonio Dorta, titulada “El paisaje de Tenerife y su interpretación por Juan Ismael”. La prensa madrileña cubrió ampliamente esta exposición, en especial con escritos firmados por los intelectuales canarios residentes en Madrid, aunque también aparecieron otros textos, como los de Eugenio d’Ors, de los que se hicieron eco los diarios de Tenerife» (CARREÑO CORBELLA, Pilar [2014]: «Juan Ismael en tiempos de Vanguardia», *Anuario del Instituto de Estudios Canarios*, La Laguna: 136-137).

<sup>523</sup> ALONSO, María Rosa: «La Exposición de Juan Ismael en el Ateneo de Madrid», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 22 de junio de 1933.

<sup>524</sup> G. K. Chesterton (1874-1936) fue un escritor, filósofo y periodista británico católico de inicios del siglo XX. Cultivó, entre otros géneros, el ensayo, la narración, la biografía, la lírica, el periodismo y el libro de viajes. Es conocido sobre todo por las historias de misterio del padre Brown, así como las biografías de Charles Dickens y de San Francisco de Asís. Su conversión al catolicismo acabó de situarlo en el papel de personaje excéntrico y contestario (CHESTERTON, G. K. [2003]: *Autobiografía*, traducción de Olivia de Miguel, Acantilado, Barcelona).

Sanz<sup>525</sup>. A través de sus cuadros Juan Ismael nos dice que es un isleño de Canarias, que ha llevado a la Península una obra «pura, sencilla, decantada, trae armonías atlánticas, brisas de acantilados, luz del Sur». Parece no estar de acuerdo con Antonio Dorta en cuanto al papel ístmico que le ha dado a los cuadros de Juan Ismael.

Ha pasado casi un mes desde su última publicación y María Rosa Alonso está de vacaciones en su isla natal, por lo que lo que tiene más tiempo para ponerse al día sobre los actos culturales acontecidos en su ausencia; por lo tanto, nos brinda un artículo que, aunque tenga un trasfondo de arte, su tema fundamental es de crítica literaria: «Sobre un cuaderno de Agustín Espinosa»<sup>526</sup>, este curioso artículo trata sobre una conferencia leída por Agustín Espinosa en el «Círculo Mercantil» de Las Palmas, el día 20 de abril de 1933; dicho discurso estaba dedicado a alabar la obra pictórica de José Jorge Oramas<sup>527</sup>, pero su verdadera finalidad era conseguir que se vendieran sus cuadros, para que el joven pudiera dedicarse a pintar y así conseguir que pudiera desarrollar de una forma plena su faceta artística. Ahora bien, este atípico artículo de María Rosa Alonso creemos que hace honor al movimiento vanguardista del conferenciante y del que nuestra autora no era muy entusiasta. Con la división en tres partes de su crítica, lo que está haciendo es parodiar el excentricismo de un movimiento literario que era muy difícil de entender por los que no eran expertos seguidores de

---

<sup>525</sup> Valentín Sanz nació en Santa Cruz de Tenerife, según Manuel Ángel Alloza y Manuel Rodríguez, fue el máximo representante del paisaje realista del siglo XIX en Canarias y Cuba. Podemos dividir su obra en tres períodos: su etapa tinerfeña, que duró unos quince años, en los que se va configurando su personalidad, primero por cauces románticos y después realista. En 1875 marcha a Madrid, se conforma una segunda etapa en la que se confirma la tendencia realista, en la capital permanecerá hasta 1882, cuando comienza en Cuba su etapa final: «Época en la que se convierte en un auténtico pintor cubano, ejemplo de la simbiosis natural que en aquellos tiempos se producía espontáneamente entre los habitantes de las dos lejanas islas atlánticas, unidas a través de profundos lazos familiares que todavía perviven» (ALLOZA MORENO, Manuel Ángel y RODRÍGUEZ MESA, Manuel [1986]: *El pintor Valentín Sanz Carta (1849-1898)*, Editorial Confederación de Cajas de Ahorro, Santa Cruz de Tenerife: 81).

<sup>526</sup> ALONSO, María Rosa: «Sobre un cuaderno de Agustín Espinosa», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 19 de julio de 1933.

<sup>527</sup> José Jorge Oramas (1911-1935) nació, vivió y murió en Las Palmas de Gran Canaria. Es uno de los artistas más relevantes que la pintura canaria ha dado a las vanguardias españolas de los años veinte y treinta del siglo XX. En 1929 ingresó en la Escuela de Luján Pérez y allí trabajó amistad con Domingo Doreste y los artistas canarios Plácido Fleitas, Felo Monzón y Juan Ismael, entre otros, estos contactos le hicieron tomar parte del movimiento indigenista, con temas de los tipos y paisajes de Canarias, con una técnica de colores puros y luminosos y una construcción esquemática heredada de Cézanne. Para Andrés Sánchez Robayna, desde que Jorge Oramas ingresa en la escuela de Luján Pérez hasta que muere sin cumplir aún los 24 años de edad, apenas hay un lustro de trabajo que constituye el marco temporal con el que contó su obra «para materializar su sueño creador. No hay fechas en estos cuadros, como si todos ellos no fueran, en realidad, sino fragmentos de una gran pintura única [...] la única transformación importante que se produce en el conjunto de la pintura de Oramas es la que representa la superación de cierto impresionismo» (SÁNCHEZ ROBAYNA, Andrés [2018]: *Jorge Oramas o El tiempo suspendido*, Galaxia Gutenberg, Barcelona: 15-16).

dichas vanguardias. Así que lo que hace la joven crítica tinerfeña es aportar tres versiones diferentes del mensaje de Agustín de Espinosa: desde dos puntos de vista externos y desde el de la propia autora, todo bajo una parodia que está tanto en el fondo como en la forma, por ejemplo, en la interpretación del «amigo que escribe en *revista de jóvenes*», ahí ella emplea el lenguaje propio de las vanguardias. En las otras dos hace una crítica más prosaica, acorde con el supuesto informante de la conferencia, es decir, el de un socio del Círculo y el de la propia escritora. Todo lo anterior en una atmósfera vanguardista, con un lenguaje estético propio del conferenciante y que a los lectores de la estudiante tinerfeña le extrañaría sobremanera, pues estaban acostumbrados a una prosa diáfana, impecable, en la que ella trataba de comunicarse de la mejor manera posible.

Apenas han transcurrido cuatro días y aparece publicado en su periódico habitual otro artículo, que con el antetítulo de «Función de cultura» está dedicado a la temática educativa: «La escuela de la República»<sup>528</sup>. Llevaba ya un tiempo María Rosa Alonso sin ofrecernos artículos relativos a la Educación, aunque fuera relacionados con la política; últimamente la parte cultural y académica de su pluma se la había llevado por entero el Instituto de Estudios Canarios y la Universidad, es decir, su gran creación y su aspiración como estudiante. Pero su sueño de estudiar lo que realmente le gustaba se ha cumplido, y ahora tenemos ante nosotros una articulista en estado puro, que nos deleita con unas líneas de una gran pureza que nos lleva a un tema, donde se mezcla lo educativo, social y cultural —no olvidemos su «periodismo cultural»—, como es la escuela Pública, llamada Nacional en aquella época, porque como muy bien nos dice lo de pública tenía un cierto matiz peyorativo. Salvando las distancias, parece que hay temas que no han variado mucho en el tiempo, pues hoy en día se sigue con la oposición de escuela pública/privada, a pesar de que muy poco tiene que ver aquella escuela pública que defendía nuestra articulista con la de hoy en día. Ella se quejaba de que en la clase media española se le daba mala fama a las Escuela Nacionales, tachándose a sus maestros como incompetentes, pero cree que con la República esto ha cambiado bastante, pone como ejemplo, las recientes exposiciones escolares. También defiende que se tengan más en cuenta, a la hora de seleccionar a los nuevos maestros y maestras, la experiencia que han adquirido como interinos, otorgándoles un justificante que les

---

<sup>528</sup> ALONSO, María Rosa: «La escuela de la República», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 23 de julio de 1933.

eximiera de la parte práctica de los cursillos, ¿es que acaso no se sigue pidiendo en la actualidad que a la hora de opositar se tenga muy en cuenta la experiencia docente? Habla de su poca vocación como maestra de escuela y cuenta la anécdota de que no la aprobaron en Historia de la Pedagogía por no saber los líos amorosos de Eloísa y Abelardo, nada mejor para terminar un artículo que dibujar una sonrisa en sus lectores.

Se nota que María Rosa Alonso aprovechaba muy bien sus vacaciones en Tenerife, ya que a los dos días de publicarse el anterior artículo, su periódico le brinda algo más de una página para celebrar la Gesta del 25 de julio; nuestra ensayista hace un excelente trabajo sobre dos grandes personajes en la historia de Tenerife: los hermanos Estévez Murphy; además, también don Nicolás tuvo un papel muy importante en el devenir histórico de la nación española, puesto que ocupó importantes cargos políticos. El largo título de la siguiente publicación es la que nos aportó María Rosa Alonso en el listado al que nos hemos referido en más de una ocasión: «Dos figuras representativas de la vida de Tenerife: Lectura, y antología de las Memorias de Don Nicolás. Últimas líneas sobre el famoso almendro. La casa de los Estévez. Bibliografía de Don Nicolás Estévez. Don Patricio Estévez. Anverso y reverso»<sup>529</sup>. El contenido de lo anterior ocupa una página completa del periódico y un apartado de la siguiente, concretamente el que lleva por título «Lectura y antología de las Memorias de don Nicolás». A lo largo de estas dos páginas, nuestra autora nos da a conocer la vida y obra de los Hermanos Estévez Murphy. Entre toda la información aportada, destacaríamos la polémica suscitada por Miguel de Unamuno sobre el famoso almendro de don Nicolás<sup>530</sup>: éste escribió unos versos muy líricos sobre el sentimiento a su patria canaria, representándola como: «una peña, una roca, una choza, una fuente, la sombra fresca y dulce del almendro», pero estos íntimos sentimientos fueron tratados despectivamente

---

<sup>529</sup> ALONSO, María Rosa: ««Dos figuras representativas de la vida de Tenerife: Lectura, y antología de las Memorias de Don Nicolás. Últimas líneas sobre el famoso almendro. La casa de los Estévez. Bibliografía de Don Nicolás Estévez. Don Patricio Estévez. Anverso y reverso», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 23 de julio de 1933.

<sup>530</sup> Resulta muy interesante la apreciación que hace Juan Manuel García Ramos sobre esta polémica: «don Nicolás Estévez es una figura de nuestra historia que representa, por su trayectoria política y literaria, la síntesis de lo local y de lo universal, dos conceptos tan significativos en el debate intelectual de las Islas Canarias [...] El Nicolás Estévez de “Canarias” no es, por tanto, el poeta local, parroquiano, que cree encontrar Unamuno en su primera visita a la isla de Tenerife [...] La falta de generosidad del Miguel de Unamuno comentarista de Estévez es sólo comparable al desconocimiento unamuniano por todo lo que significó la teoría federal del siglo de su nacimiento ya en parte reseñada. El ciudadano del mundo era Estévez y no el Unamuno supuestamente cosmopolita y travestido en castellano viejo a pesar de su origen vasco. Estévez lo que defendía era la única manera de ser universal: la de serlo desde una experiencia propia no reñida jamás con el debate exterior» (GARCÍA RAMOS, Juan Manuel [2007]: «El 98 y Canarias», *Revista de Filología*, N.º 25, Universidad de La Laguna: 227, 230).



por don Miguel de Unamuno en su obra *Por tierras de Portugal y España* y también en un artículo aparecido en *El Sol* en septiembre de 1931. Para María Rosa Alonso, don Miguel lo que hace es reflejar la amargura de su destierro en Fuerteventura: «no era a la postre sino su hambre de tierra grande; él que estaba en una Isla desértica, angustiado por la soledad y por un atormentamiento que inyectó sobre todo en los poetas de Las Palmas». Nuestra escritora dice que los que denostaban los versos sobre el almendro de don Nicolás tendrían que haberse fijado en otra manifestación lírica, que comienza así: «Yo que por familia tengo/ a toda la humanidad/ y el universo por patria/ y por religión amar...» Pero tanto Miguel de Unamuno como los jóvenes universalistas de *La Rosa de los vientos*, seguramente, no la conocían porque, a pesar de su deficiencia a nivel puramente formal, su contenido les habría podido ayudar a no ser tan negativos ante la íntima manifestación de los sentimientos de un autor canario en plena efervescencia romántica.

A mitad del siguiente mes, en pleno verano María Rosa Alonso publica un artículo muy acorde con la época estival, al que pone como antetítulo «La aviación en Tenerife» que ya nos da una idea de lo que puede tratar, «Turismo, deporte y comercio»<sup>531</sup>. Este artículo es relativamente corto con respecto a los que nos tenía habituados nuestra periodista, además de extrañarnos ante un contenido un tanto futurista más propio de las vanguardias. Pero como la escritora nos ha demostrado sobradamente que lo que realmente le importar es el avance cultural y económico de su tierra, ella ve el futuro de la aviación como una gran oportunidad para el desarrollo turístico del Archipiélago. Es por eso por lo que alaba la iniciativa de su inteligente paisano, Adolfo Fera, que ha tenido la feliz idea de fundar un Club Deportivo del Aire, el joven está batallando para conseguirlo y ella a través de una pregunta retórica invita a la juventud a apoyarlo. Dicho Club fomentaría el turismo, el transporte comercial y la unión entre las islas, además de la unión que significa para los muchachos y muchachas un club. Y no puede olvidar el dato histórico-cultural, en este caso con el nombre de Viera y Clavijo, que fue el primero que en Madrid hizo volar un pequeño aeróstato con lo que queda demostrado que era un hombre moderno que creía en el progreso; es tal su adhesión al proyecto que se despide con la certeza de inscribirse en dicho club: «Y que los vea cumplidos quien se inscribe inicialmente en el futuro Club».

---

<sup>531</sup> ALONSO, María Rosa: «Turismo, deporte y comercio», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 18 de agosto de 1933.

Al mes siguiente vuelve a publicar un artículo, que como muy bien dice su antetítulo es «Variaciones sobre un mismo tema» ya que sigue con la temática cultural, con una gran preocupación sobre el estancamiento cultural de su isla: «Los problemas de la cultura en Tenerife»<sup>532</sup>. Estamos ante una escritora combativa que en cada línea de su quehacer periodístico deja la impronta de una persona que lucha denodadamente por la cultura de su isla, quizá su estancia en Madrid le haya servido como acicate comparativo para dejar al descubierto los grandes desastres que se está produciendo en materia cultural en su entorno, en cuanto al cuidado del patrimonio cultural. Vamos a hacer una enumeración de los «desastres» que ella percibe como un «abandono desolador»: el destrozo de una necrópolis guanche en San Miguel y en Bajamar, de lo mal organizado que está el Museo Municipal, la Biblioteca situada en un sótano donde los periódicos y los libros están tirados en el suelo, lo mismo sucede con el Archivo de Protocolo de La Laguna a pesar de que la República había ordenado que se hiciera un Archivo Central en Sant Cruz, el archivo de La Orotava está en un piso de tierra, y finalmente, la arquitectura de La Laguna está deteriorándose a pasos agigantados debido porque han dejado a los «nuevos ricos» hacer de las suyas. Tras este deplorable panorama, María Rosa Alonso propone la solución de que el Instituto de Estudios Canarios se haga cargo de ir encauzando estos problemas, aunque el problema de dicho centro es aún mayor pues no tienen dinero para pagar un trabajo renumerado a las personas necesarias para llevar a cabo tan ingente labor. Así que al final el desastre cultural se concentra totalmente en «poderoso caballero es don dinero».

Han transcurrido más de dos meses sin saber nada de nuestra escritora, pero la publicación del presente artículo nos hace pensar que está disfrutando —dentro de su capacidad pecuniaria como estudiante— del ambiente cultural y artístico de Madrid. Después de dos artículos de índole cultural, estamos ante uno de crítica literaria, concretamente sería de crítica teatral, debido a la naturaleza del espectáculo que comenta la escritora canaria, pues desde el antetítulo ya sabemos en qué lugar se está representando la obra teatral *Don Juan Tenorio*<sup>533</sup>. Comienza el comentario con referencias literarias sobre Unamuno, Cervantes y *El Quijote*, porque parece ser que el primero dijo no haber entendido la obra sobre el ingenioso Hidalgo, ella cree que importa más lo que no han dicho que lo que han dicho los componentes de diferentes

---

<sup>532</sup> ALONSO, María Rosa: «Los problemas de la cultura en Tenerife», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 10 de septiembre de 1933.

<sup>533</sup> ALONSO, María Rosa: «Don Juan Tenorio», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 18 de noviembre de 1933.

generaciones y pone como ejemplo al Don Juan de Zorrilla que, aunque su propio autor renegaba de su obra, fue la que más éxito le dio. Este drama romántico está siendo representado en el Español por la Xirgu<sup>534</sup> y Borrás<sup>535</sup>, a los que nuestra estudiosa les alaba por su excelente interpretación. Comenta la infinidad de interpretaciones que se le han dado al personaje de Zorrilla, por ejemplo, Marañón y Salaverría lo encuentran afeminado, pero para ella Don Juan representa lo vital de la raza española, representa al hombre medio y religioso, al que le basta con arrepentirse para quedar bien con Dios. María Rosa Alonso parece estar de acuerdo con las palabras de Nietzsche sobre el mito de Don Juan: «¡Oh, los españoles, esos hombres que han querido ser demasiado!».

Al día siguiente María Rosa Alonso deleita a sus lectores con un comentario-reseña a un nuevo libro de Gutiérrez Albelo, pero es que, además, lo hace en forma de

---

<sup>534</sup> Margarita Xirgu (1888-1936): actriz nacida en Barcelona, trabajó en numerosas compañías de teatro de aficionados antes de iniciar su trabajo como profesional en el teatro Romea de Barcelona, donde enseguida destacó por su extraordinario talento. En 1914 se trasladó a Madrid, el éxito en la escena castellana le llegó de la mano de Benito Pérez Galdós, del que estrenó *Marianela*. Su instinto dramático y su gusto por el riesgo la llevaron a apostar por los nuevos autores, entre ellos destaca Federico García Lorca, del que puso en escena *Mariana Pineda* (1927), *Yerma* (1935) y *Doña Rosita la soltera* (1935); ya muerto Lorca, Margarita Xirgu estrenaría *La casa de Bernarda Alba* (1936) en Buenos Aires, en 1945. La guerra civil española la sorprendió de gira por América. Exiliada voluntariamente en América del Sur, Margarita Xirgu residió en Argentina y Uruguay, donde siguió representando la obra de autores españoles como García Lorca o Rafael Alberti y contribuyó a la formación de nuevas generaciones de actores iberoamericanos desde su puesto de directora de la Escuela Dramática Municipal de Montevideo. Nos encontramos con unas opiniones muy interesantes de la condesa de Pardo Bazán en el mismo año en que la Xirgu llegó a Madrid: «Resumiendo mis impresiones acerca de la Xirgu, creo que se le puede vaticinar, sin ser un gran profeta, el más lisonjero porvenir. ¡Su edad florida, sus aptitudes tan variadas, su sentido de lo trágico y de lo dramático, y más que nada su reserva, su exquisito gusto al no abusar de recursos fáciles, encierran, al lado de la ya obtenida realidad, tantas promesas! Hay un accesorio en la figura de la Xirgu que me ha interesado infinitamente, y son sus manos, de una hechura que no suele verse, [...] Pues esa mano que habla, por decirlo así, es la de la Xirgu, que encuentra en ella poderoso auxiliar para los efectos de la voz y del semblante. Son largas y flexibles, ágiles y vivas, dramáticas y solemnes las manos de la Xirgu, y en ellas, la copa que se alza, la antorcha que se agita, adquieren un sentido profundo. Cuando las pasa por la negra cabellera de la testa cortada de Yokanán, yacente en el plato de plata, son unas manos de cera, que tienen fiebre, y aterran más las manos, que la cabeza misma del profeta, lívida y sangrante. Con todos los elementos que a la ligera he reseñado, tiene la Xirgu más de lo que necesita para una carrera gloriosa» (PARDO BAZÁN, Emilia [1914]: «La vida contemporánea», *La ilustración artística*, N.º 462, 1 de junio de 1914, Madrid: 366: [https://www.europeana.eu/item/2022711/urn\\_repos\\_ist\\_utl\\_pt\\_HEM\\_390371](https://www.europeana.eu/item/2022711/urn_repos_ist_utl_pt_HEM_390371)) (consultado el 17/07/2023).

<sup>535</sup> Enrique Borrás (1863-1957) nació en Badalona y está considerado como uno de los más prestigiosos actores españoles de su época, tanto en lengua catalana como castellana. Desde muy joven empezó a actuar en compañías de aficionados, su debut profesional tuvo lugar en el año 1886, no tarda mucho en entrar a formar parte de una de las compañías más importantes de Barcelona. En el año 1904 marcha a Madrid y empieza a hacer giras por toda la geografía española, en 1909 se incorpora a la compañía del Teatro Español de Madrid. Para su biografía, P. Vila San-Juan «la historia de Enrique Borrás, es la historia de una época magnífica del teatro español, que supo atravesar, con su poderío artístico, todos los valladares del mundo. Es la misma existencia suya, con sus evoluciones y sus moderados avances, desde el drama antañón de Echegaray a la moderna, pero sensata modalidad de Alejandro Casona; o sea, de *El Galeoto* a *La sirena varada*, y de las arrogancias del *Don Juan* a las sutilezas de *Ni el amor ni al mar*, del genial don Jacinto Benavente» (VILA SAN-JUAN, P. [1956]: *Memorias de Enrique Borrás*, Editorial AHR, Barcelona: 11).

misiva puesto que lo escribe desde Madrid; también encontramos novedoso el utilizar el título del libro a reseñar, en forma de antetítulo: «Carta particular a un poeta»<sup>536</sup>. No es la primera vez que nuestra escritora se hace eco de la publicación de un libro de Gutiérrez Albelo, ya lo había hecho el 23 de junio de 1930 cuando comentaba *Campanario de la primavera*. En el presente escrito elaborado en un tono muy lírico, a la vez que como buena amiga le aconseja que no haga caso de las críticas sobre la influencia de otros poetas en su obra porque él es un «poeta a desatiempo», sigue dándole otros consejos y nos llama la atención el que se refiere a que le hagan escribir en minúsculas siguiendo un procedimiento empleado ya hacía cincuenta años por Stefan Georg<sup>537</sup>. Continúa empleando un tono lírico, a la vez que protector hacia ese amigo al que tanto admira. Y se despide tal y como se espera en el género epistolar: dándole las gracias por el envío de su libro y con saludos muy afectuosos.

Nuestra joven estudiante continúa disfrutando de visitas a exposiciones en Madrid, de haber permanecido en su isla difícilmente hubiese tenido la oportunidad de contemplar manifestaciones artísticas de tal calibre, por eso los dos siguientes artículos están dedicados al arte, en el primero de ellos, «En el Salón de Otoño»<sup>538</sup>, hace una reflexión sobre el tema y llega a una conclusión muy categórica: no hay arte, lo que hay son artistas e intenta demostrar lo anterior enumerando los artistas que exponen en el XIII Salón de Otoño. Nos dice que hay cuatro salas, la primera de ellas la de Romero de Torres, del que destaca que al principio escandalizó con sus temas atrevidos, pero que es un pintor que empleó siempre «el mismo problema resuelto de la misma manera», es decir, siempre es la misma mujer, aunque sea el alma de una raza. Después habla de la sala de Marcelino Santamaría, que representa a la tierra de Castilla. Le sigue la de los artistas catalanes, donde hay dos cuadros de Solana, uno de Ángel Santos, otro de Alberto Herrera; en cuanto a los canarios hay un motivo de Gran Canaria, «Alfareras de

---

<sup>536</sup> ALONSO, María Rosa: «Carta particular a un poeta», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 19 de noviembre de 1933.

<sup>537</sup>Stefan Georg (1868-1933): poeta germano que «se mantuvo al margen de todos los acontecimientos temporales de su época, fue renuente al choque con su presente, y jamás le pareció que el deber y la función del poeta fueran comentar y representar la realidad. Se opuso al naturalismo y creía en la trascendencia del mundo que crea el hombre con ayuda del genio y del espíritu; creía, que los límites del mundo material y de la lógica no son barreras infranqueables, sino apenas fronteras que traspasar. Para él, el poeta puede proporcionar al hombre medios de perfección, no mediante un saber mayor, sino mediante el incremento del poder de asimilación de los elementos eternos de la creación y el culto a la belleza como elevación del alma» (GONZÁLEZ, Juan Manuel: «Stefan Georg, poemas escogidos», *Nueva Revista*, 27 de febrero de 1998: <https://www.nuevarevista.net/stefan-george-poemas-escogidos/> [consultado el 18/07/2023]).

<sup>538</sup> ALONSO, María Rosa: «En el Salón de Otoño», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 23 de noviembre de 1933.

la Atalaya» de Cirilo Suárez Moreno<sup>539</sup> y «Playa de San Marcos» de Juan Ismael. Por último, la sala de los «constructivistas», que ya no escandalizan y le han puesto epílogo a un largo proceso. En fin, que María Rosa Alonso cumple con su misión de informar sobre el arte expuesto en uno de los salones con mayor prestigio de la capital de España, a la vez que nos aporta pequeñas pinceladas de opinión sobre las pinturas allí que está colocadas para el disfrute de la vista o para la crítica de los posibles entendidos en la materia.

En el segundo de sus artículos sobre arte le da como antetítulo el lugar donde se produce la visita de nuestra escritora, El Escorial, «Al margen de la Guía»<sup>540</sup>. Aunque hayamos incluido este escrito en la temática sobre crítica de arte, no se trata el tema artístico en profundidad, sino que es más bien una reflexión sobre la impresión que le transmite la religiosidad del lugar. Se plantea desde la entrada al templo que la primera traición a la religión está en la misma arquitectura y en lo que significa el templo, según ella, el grecorromano es un estilo sereno, clásico, ordenado como la época de Felipe II, en tanto que el gótico representa la razón; los occamistas decían que racionalizar a Dios es humanizarlo por lo que «La base de la Filosofía es la Razón, pero la base de las religiones la Fe» y María Rosa Alonso afirma que El Escorial no es un templo religioso, es una Iglesia maravillosa. El artículo tiene tres partes separadas por asteriscos (hemos resumido la primera); en la segunda se habla de la historia en la que se define a Felipe II como un rey cruel, pero esto parece desdeñarlo la emocionada ternura con la que el rey se refiere a sus dos hijas de las que hay sendos retratos en una de las cámaras. Y en la tercera parte del artículo, nuestra autora termina la reflexión-recorrido por el lugar

---

<sup>539</sup> Cirilo Suárez Moreno (1903-1990): nacido en Las Palmas de Gran Canaria, fue un dibujante e ilustrador gráfico. Hijo del pintor Francisco Suárez León, aprendió con su padre los rudimentos del arte, principalmente el del dibujo. Estudió durante tres años en la escuela Luján Pérez de su ciudad natal y en 1929 el Cabildo lo beca para estudiar en Madrid en la Escuela de Bellas Artes. En 1930 dibuja un ex libris para la edición de Frutos tardíos de José Rial. En 1932 obtiene una segunda medalla en el Salón de Otoño de Madrid y al año siguiente gana la medalla de oro del mismo certamen con el cuadro «Alfareras de La Atalaya», galardón que contribuyó a que fuera nombrado miembro de honor de la Asociación de Pintores y Escultores de Madrid. Regresa a Las Palmas en 1934 con la promesa por parte del Cabildo de que se le concedería una beca para ir a estudiar en París y Florencia, pero nunca se le concedió. En julio de 1939 nos encontramos en la revista *Canarias* de Buenos Aires una crítica del escritor palmero Andrés de las Casas Casaseca que, entre otras muchas cosas nos dice: «Lo mismo en sus aguafuertes, que en sus retratos al óleo, igual que en sus dibujos a pluma y en sus admirables *Rincones de Vegueta*, que con tanto acierto ha tratado, el artista se nos muestra como un formidable dibujante, captador de la línea y del hechizo del colorido»: <http://lopedeclavijo.blogspot.com/2015/05/cirilo-suarez-moreno-1903-1990dibujante.html> (consultado el 19/07/2023).

<sup>540</sup> ALONSO, María Rosa: «Al margen de la Guía», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 24 de noviembre de 1933.

haciendo una comparación entre los Austrias y los Borbones, sobre todo en lo que respecta a la modestia de los primeros frente a la suntuosidad de los que hicieron gala los segundos. En el artículo destaca la crítica a los Borbones y a la religión, pero nos encontramos con artículo un tanto caótico, pues hay mucho contenido en poco espacio y, a pesar de la estructuración en tres partes, tenemos la impresión de que se ha nombrado mucho sin profundizar en nada; no tenemos a la periodista que nos habla de temas concretos con diáfanas ideas y perfectamente organizadas. Creemos que responde a su propia situación vital: está involucrada de lleno en sus estudios, pero a la vez sacando provecho de una situación que le está aportando muchos conocimientos; pensamos que está intentando organizarse en un mundo lleno de situaciones novedosas, pues el salir de una isla tan pequeña para llegar a una urbe tan cosmopolita, necesita de toda una firmeza de carácter y de organización, que poco a poco la vaya haciendo adaptarse a una sociedad tan diferente a la que ha conocido hasta el momento.

El siguiente artículo que publica en el siguiente mes de diciembre está dedicado a la política. Hacía ya un año, desde el 14 de diciembre de 1932, que María Rosa Alonso no nos hablaba de política; creemos que desde su periódico le pidieron la descripción del panorama político nacional, visto desde la capital de Estado como una observadora habitante de Madrid, tal y como lo dice en la penúltima línea del texto; desde su óptica de persona responsable lo hace de una forma rotunda, haciendo un análisis de la política nacional que no deja lugar a dudas de que sus inquietudes políticas siguen presente, a pesar de la intensa actividad de sus estudios y de su vida socio-cultural en Madrid. Con el antetítulo de *Comentario*, «Política»<sup>541</sup>, parece que el protagonista es don Francisco Largo Caballero, puesto que lo nombra cuatro veces en el primer párrafo, que se había declarado indirectamente comunista. La idea del artículo es la de reflejar el enfrentamiento entre las izquierdas y las derechas, pues la periodista dice que se ha entrado en la fase de desesperación ciudadana, las derechas quieren que se fusilen a los revoltosos y las izquierdas dice que no porque si no la propia derecha los trataría de verdugos. En fin, que lo que hace la escritora es reflejar el clima de crispación producido por unas derechas que se creían que todo iba a seguir igual, y como han visto el trabajo de la izquierda para cambiar las cosas no les gusta; la derecha ha ganado, pero no quiere gobernar y propone un Gobierno Lerroux. María Rosa

---

<sup>541</sup> ALONSO, María Rosa: «Política», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 19 de diciembre de 1933.

Alonso critica ambas corrientes ideológicas y lo único que tiene claro es que no quiere que vuelvan los viejos políticos, ni los negociantes arribistas, ella habla como un habitante de Madrid y en la oración final del texto dice que las Cortes han elegido presidente a don Santiago Alba y Bonifaz. Teniendo en cuenta nuestra visión histórica de los hechos, no nos resulta novedosa esta narración sobre la situación en diciembre del 33 entre las izquierdas y las derechas, pues como tristemente sabemos, al final acabaron enfrentándose en una guerra fratricida.

Tras este paréntesis temático nuestra estudiante vuelve a las páginas del periódico tinerfeño, empleando la materia prima en la que está especializándose en la universidad madrileña, es decir, con la lengua y la literatura, que son la base de los artículos de crítica literaria con los que termina el viejo año y comienza con el nuevo, ambos escritos tienen como antetítulo «Publicaciones». El primero de ellos, «Dos ediciones de José Pérez Vidal»<sup>542</sup>, está dividido en dos partes puesto que la autora nos da a conocer en la primera la vida del protagonista de la edición a reseñar en la segunda parte. Francisco Díaz Pimienta fue un hombre de mar del siglo XVII, que vivió entre Tazacorte, su lugar de nacimiento y Garachico. Con un lenguaje un tanto lírico, María Rosa Alonso nos lleva a través de las hazañas del marinero canario que llegó a ser nombrado por Felipe IV como Capitán General de la Real Armada del mar Océano. José Pérez Vidal<sup>543</sup> ha sacado a la luz dos ediciones sobre este insigne palmero, uno en Madrid y el otro en Las Palmas; para la periodista la Historia es la gran ciencia de hoy y en la isla hay mucho que hacer en este aspecto, por eso dice que «José Pérez Vidal ha enriquecido la biblioteca de Canarias con dos folletos interesantes cuidados, históricos». Una vez más nuestra escritora defiende el respeto a nuestra cultura, sobre todo con atender a la historia, para ella es fundamental que la población canaria conozca sus

---

<sup>542</sup> ALONSO, María Rosa: «Dos ediciones de José Pérez Vidal», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 30 de diciembre de 1933.

<sup>543</sup> José Pérez Vidal (1907-1990) nació y murió en Santa Cruz de La Palma. Licenciado en Derecho y doctor en Filosofía y Letras, fue profesor de instituto en Cataluña y posteriormente en su ciudad natal desde 1940 a 1948, después de su paso efímero por la política al ser nombrado delegado del Gobierno en La Palma en 1933. Desde 1956 hasta su jubilación, compaginó sus colaboraciones con el Centro Superior de Investigaciones Científicas con las de conservador y secretario del Museo del Pueblo Español de Madrid. Carmen Díaz Alayón destaca su especial interés por la obra de Benito Pérez Galdós: «En 1943 tiene a su cargo la lección de apertura de curso en el Instituto de Estudios Canarios, en La Laguna, y elige para la ocasión a Pérez Galdós, porque se cumplía el centenario de su nacimiento. Algunos años más tarde comienza a publicar toda una serie de artículos sobre el novelista, en los que toca la lengua y los aspectos literarios de su producción, así como las relaciones de Galdós con la sociedad de su tiempo» (DÍAZ ALAYÓN, [2005]: «Inventario bibliográfico de José Pérez Vidal», *Revista de Estudios Generales de la Isla de La Palma*, Núm. 1, pág. 49).

ancestros para así valorar y cuidar el patrimonio natural y artístico que tenemos los canarios.

Comienza 1934 y nuestra escritora está inmersa en sus estudios, puesto que no será hasta febrero cuando vuelva a colaborar desde Madrid con su periódico tinerfeño habitual, en esta ocasión publica, como ya apuntamos más arriba, un segundo artículo de crítica literaria: «La revista *El Museo Canario*»<sup>544</sup>. Celebra la reaparición en su tercera etapa de la revista del Museo, además de que esté dirigida por Agustín Millares, miembro de una familia de Gran Canaria que tienen mucho que ver con el arte en general y en particular con la investigación. Enumera los excelentes trabajos y colaboraciones publicados en la revista sobre la cultura del Archipiélago por el doctor Wölfel, don José Francisco Ramos, don Juan Bosch Millares, Jorge Hernández Millares, Néstor Álamo<sup>545</sup> y Millares Carló. Termina hablando de que para ella la gran revista de las Islas es ésta del Museo Canario y reitera los lazos de amistad y admiración que la unen a su director don Agustín Millares. Nos imaginamos la alegría de recibir una revista de tanta calidad sobre sus Islas cuando ella se encuentra en Madrid estudiando, sería algo así como un cordón umbilical que no la separa del devenir cultural con su Archipiélago y si, además, viene de mano de un amigo como don Agustín, la alegría se vuelve alborozo ante tan feliz acontecimiento sentimental y cultural al mismo tiempo.

A finales de marzo María Rosa Alonso comienza con un bloque de cinco artículos a los que ella denomina Notas, puesto que son algo más pequeños que a los que nos tenía acostumbrados, además, el primero tiene como antetítulo «Crónica de Madrid» mientras que los otros cuatro llevan el de «Carta de Madrid», los tres primeros se publican en días consecutivos. Es muy evidente la claridad con la que ella se dirige siempre a sus lectores y la deja patente en estos antetítulos en los que comunica el lugar donde se encuentra, bien porque se sienta orgullosa de estar realizando sus estudios filológicos por los que tanto había luchado o, simplemente, porque ella quiera que sus

---

<sup>544</sup> ALONSO, María Rosa: «La revista *El Museo Canario*», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 4 de febrero de 1934.

<sup>545</sup> Néstor Álamo (1906-1994) nació y murió en Gran Canaria, fue un compositor, periodista, historiador, literato y uno de los grandes exponentes de la música y cultura popular canaria. El historiador Rumeu de Armas nos dice: «El señor Álamo, historiador de vocación pero al mismo tiempo literato (recuérdense sus bellas y sugestivas *Tradiciones*) sigue un método particular que podrá denominarse histórico-dramático, consiste este método en adaptarse rigurosamente a la historia en sus últimos avances e investigaciones al mismo tiempo que se procura realizar con emoción y viveza lo que hay en ella de trepidante y trágico. Como en un guion de cine, la imagen del pasado se descompone en primeros y segundos planos, aquéllos desorbitados, éstos disminuidos. La historia así enfocada cobra pasión, interés, se dramatiza, pero acaba por ser un reflejo discontinuo del ayer» (ÁLAMO, Néstor [1956]: *El almirante de la mar oceánica en Gran Canaria*, prólogo de don Antonio Rumeu de Armas, Sevilla: 12).



lectores sepan desde donde escribe sus artículos. En cuanto a su temática los hemos agrupados como culturales, ya que en ellos sigue destacando el afán de la joven tinerfeña de aumentar el nivel cultural de sus paisanos a través de sus artículos periodísticos. El primero lleva por título, «Notas de viaje»<sup>546</sup>, y también inaugura un bloque sobre los artículos de viajes que nuestra autora escribió. En esta nota sobre un viaje realizado a pueblos de Castilla, nos habla de un personaje, que le recuerda a Don Quijote porque ambos son tipos solitarios, solterones y maniáticos. Pero el nuevo personaje es un boticario que se ha obsesionado con las teorías de Carlos Darwin<sup>547</sup> (así, en castellano es como lo escribe ella), al que incluso le tiene dedicado una parcela en su jardín y nuestra autora nos describe el pintoresco espacio que ha creado este Quijote del positivismo. Resulta increíble la imaginación que despliega nuestra autora para hacernos coincidir dos personajes que difieren tanto en cuanto a realidad/ficción, siglo XVI/XX, caballero/boticario..., María Rosa Alonso nos demuestra cómo la mente a través de cualquier estímulo externo nos trae a la memoria personajes, situaciones, lugares que, sobre todo una buena comunicadora como ella, sabe hacernos creer en esas comparaciones un tanto surrealistas.

La segunda Nota, que ya no es crónica sino Carta, es la primera de las seis a las que ella les pone como antetítulo «Cartas de Madrid». A los dos días de la crónica publica la primera de las tres cartas-notas: «Notas de un curso, I»<sup>548</sup>, desde su primera línea juega con el lenguaje, puesto que aparece la palabra *nota* con otro significado: «Hace bastantes días que la nota del día es la inquietud, el no saber a qué atenerse uno, frente a las circunstancias». Si en el artículo anterior aparecía Darwin, en éste es Einstein<sup>549</sup> el que le sugiere la respuesta a las preguntas retóricas que se plantea acerca

---

<sup>546</sup> ALONSO, María Rosa: «Notas de viaje», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 28 de marzo de 1934.

<sup>547</sup> Charles Darwin (1809-1882) fue un naturalista inglés, reconocido por ser el científico más influyente de los que plantearon la idea de la evolución biológica a través de la selección natural. Robert Jastrow dice que, después de Galileo, Darwin ha sido el científico más ensalzado y humillado porque: demostró la realidad de la evolución, descubrió la ley que gobierna la evolución y descubrió la *herencia*, es decir, que es propiedad de todo ser vivo que su prole tiende a heredar los rasgos de sus progenitores. Darwin, al hablar del poder creador que genera nuevas formas de vida, llamó a este proceso *selección natural*. A modo de conclusión nos dice Jastrow que «el agnosticismo final de Darwin es la única reacción adecuada que pueda tener un científico ante estas cuestiones teleológicas relacionadas con la ciencia [...] La evolución está regida por las fuerzas del entorno físico. Si estas fuerzas, a su vez, son o no tributarias de fuerza mayor, si todo lo que vemos a nuestro alrededor es o no el desarrollo de un plan más amplio, son preguntas que la ciencia no puede contestar» (DARWIN, Charles [1993]: *Textos fundamentales*, traducción de Rubén Maser, prefacio de Robert Jastrow, Altaya, Barcelona: 13-19).

<sup>548</sup> ALONSO, María Rosa: «Notas de un curso, I», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 29 de marzo de 1934.

<sup>549</sup> Albert Einstein (1879-1955): de niño tuvo problemas para aprender a hablar, no consiguió terminar sus estudios de secundaria, se matriculó en la famosa escuela técnica de Zurich, donde destacó por su insólita aptitud para las matemáticas y la física; cuando se licenció no obtuvo puesto alguno como profesor, sino

de la inquietud con la que se viven los acontecimientos políticos ante la incertidumbre, que se ha implantado a nivel mundial a raíz del Crack del 29, cuando antes de esa fecha se creía que la gran potencia americana había resuelto de una vez por todas el bienestar de los hombres. Ante esta situación recuerda que Einstein había puesto en cuestión el fundamento de la ciencia que era el tiempo y el espacio y de esa reflexión surgió la nueva física en la que parecía que el problema estaba resuelto. Pero nuestra joven estudiante parece que está imbuida por los interrogantes que plantean sus maestros de filosofía —Ortega y Gasset, José Gaos, García Morente y Zubiri— a los que acude a sus clases de la Universidad Central como libre oyente. La conclusión a la que llega es que nadie puede vivir tranquilamente sin tener en cuenta la historia, puesto que es ella la que nos enseña que nada es permanente, que estamos expuestos a los vaivenes de acontecimientos, que, aunque creamos muy lejanos en el tiempo y en el espacio, está influyendo en nuestra vida.

Al día siguiente aparece publicada la segunda entrega: «Notas de un curso, II<sup>550</sup>»; en esta tercera entrega de las Notas creemos tener más datos para confirmar nuestras sospechas: se perciben las ideas del admirado filósofo de nuestra estudiante, Ortega y Gasset, ya que ella acude como libre oyente a sus clases, y aunque no lo nombre, como hacía asiduamente en sus primeros artículos, sí que está omnipresente en las teorías que impregnan la escritura de María Rosa Alonso. En la presente Nota habla del recelo que provoca en el hombre medio el intelectual, ella cree que el Hombre-Razón ha agotado su pensamiento; el hombre europeo está adaptando como nueva filosofía la de la «razón vital» en la que también es fundamental la historia. En fin, que esta última nota es una lección de filosofía que nuestra escritora ha asimilado, nos imaginamos que, también aportando parte de su propio pensamiento sobre el tema, en

---

que consiguió un puesto de administrativo en las oficinas de patentes de Berna, no era realmente lo que él quería, pero le dejaba tiempo para estudiar y pensar. Einstein es quizá el científico mundialmente más conocido por el desarrollo de la Teoría de la Relatividad que revolucionó la ciencia conocida hasta el siglo XX. En 1921 obtuvo el Nobel de Física por sus explicaciones sobre el efecto fotoeléctrico e importante también fue el descubrimiento del movimiento browniano, auspiciado por Robert Brown en 1820 pero que había quedado sin explicación hasta entonces. En palabras de Asimov: «Einstein fue el Newton de esa revolución científica que había comenzado con Roentgen y Becquerel. Sus teorías permitieron a los científicos predecir descubrimientos e investigarlos. Así ocurrió, por ejemplo, con la fisión del uranio: en cuanto fue descubierta, se vio que las teorías de Einstein ofrecían la posibilidad de la bomba y de la energía atómica» (ASIMOV, Isaac [1981]: *Momentos estelares de la ciencia*, traducción de Miguel Paredes Larrucea, Alianza Editorial, Madrid: 128).

<sup>550</sup> ALONSO, María Rosa: «Notas de un curso, II», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 30 de marzo de 1934.

su asistencia a las clases que imparte este gran intelectual del siglo XX español que fue Ortega y Gasset.

Y llegamos a la tercera Nota de este particular curso de Filosofía: «Notas de un curso, y III»<sup>551</sup>, parece que nuestra aplicada alumna ha terminado ya el curso con el que nos hacía reflexionar sobre temas filosóficos, que nos llevaban a pensar en cuestiones tan humanas, y a la vez tan académicos-culturales como la razón o la historia. Y la última clase sale a borbotones: las ideas fluyen de una manera impulsiva, da la impresión que ha escrito el artículo de un tirón, para no dejar en el tintero ni una sola de las ideas y los conceptos que tan bien se ha aprendido en la clase. Bien sea por la influencia del maestro, o porque ella está descubriendo un mundo académico que, además de sus clases de lengua y literatura, le da la ocasión de escuchar de viva voz al intelectual por antonomasia de la época, su pluma corre ligera y diáfana para seguir sumergiéndonos en el mundo de la capital del Estado y de las élites, en cuanto al mundo del pensamiento. Acorde con la convulsión política que se está viviendo en España en ese momento<sup>552</sup>, parece que las últimas líneas del escrito nos están transmitiendo ese momento de incertidumbre, no sólo de pensamiento sino también de acción, pues los acontecimientos políticos se están sucediendo de una forma vertiginosa. Habla de que se vaticina que vendrá el Gobierno de los mejores, pero ella se pregunta por quiénes serán los mejores.

Pasados tres días de la anterior publicación, tenemos la quinta y última de las Notas, en esta ocasión coloca en el título el año en que las escribe, «Notas de 1934»<sup>553</sup>, es un año en el que ella se está embebiendo de cultura, está adquiriendo conocimientos, vivencias, es decir, todo lo que conforma la cultura; y lo está haciendo tanto a nivel académico como a través de la vivencias al estar en la universidad madrileña estudiando lo que tanto había deseado. En los anteriores artículos veíamos la sombra omnipresente de Ortega, aunque María Rosa Alonso no lo nombraba, pero en este artículo sí, pues en siguiente reflexión vale la pena llevar como guía al admirado maestro. Habla de una

---

<sup>551</sup> ALONSO, María Rosa: «Notas de un curso, y III», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 1 de abril de 1934.

<sup>552</sup> Recordemos que ya en 1933 se había fundado la Falange por «el hijo del dictador, y las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS) en febrero de 1934. La influencia de Mussolini sobre el fundador de la Falange es grande: condena los partidos y los sindicatos, el capitalismo y el marxismo, y propone la unidad nacional. Los monárquicos y carlistas consultan a Mussolini y, el 31 de marzo de 1934, firman con él un acuerdo secreto para terminar con la República» (ANGOUSTURES, Aline [1995]: *Historia de España en el siglo XX*, Ariel, Barcelona: 113).

<sup>553</sup> ALONSO, María Rosa: «Notas de 1934», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 4 de abril de 1934.

conferencia del profesor Zaragüeta<sup>554</sup>, que para ella glosa las ideas de Ortega y Gasset, además de que también las había divulgado don Manuel García Morente<sup>555</sup> en la Residencia de Estudiantes —esto nos demuestra que la canaria no se perdía una conferencia sobre Filosofía—, las ideas de las que hablan son las que tienen que ver con la cultura general y el especialismo, es decir, la manera de compaginar ambos conceptos. Lo que está claro es que todo lo que ha dado a la Humanidad la ciencia hasta el momento presente, es imposible darse el saber enciclopedista de un Leibnitz<sup>556</sup> o un

---

<sup>554</sup> Zaragüeta (1883-1974) fue un filósofo, psicólogo, sacerdote católico y pedagogo vasco. «Encontrado en la generación de 1914, la generación de Ortega y Gasset, se ha dicho que Zaragüeta representó una “reconciliación filosófica nacional” dentro del marco católico, superadora de la pugna del siglo XIX entre el pensamiento tradicional y el krausismo [...] En 1934 Zaragüeta añadió a su enseñanza de la Metodología de Ciencias Sociales y Económicas otro curso, de una hora semanal de duración, de Filosofía de la Educación, que impartiría hasta el cierre de la Facultad en 1936, convirtiéndose así en el primer profesor de esta disciplina en las universidades españolas. El curso de Filosofía de la Educación de 1934-35 lo dedicó a “Los ideales pedagógicos”. [...] Resulta por ello difícil saber la razón por la que los cursos de Zaragüeta de los años treinta se presentaron bajo el título de Filosofía de la Educación ¿Se trató de una elección circunstancial motivada porque en los estudios ofertados ya existía un curso de Pedagogía, impartido primero por María de Maeztu y, después, por Luis de Zulueta? [...] En este plan, que identifica el contenido de los cursos de los años treinta con la “pedagogía propiamente dicha” o “pedagogía general”, no hay un lugar específico para la Filosofía de la Educación. Ahora bien, no lo hay porque ésta lo abarca prácticamente todo. Debe tenerse en cuenta que en esa época y contexto la filosofía comprende un amplio campo de conocimiento, que incluye la ética, así como la psicología y la propia pedagogía» (JOVER OLMEDA, Gonzalo; LAUDO CASTILLO, Xavier y VILANOU TORRANO, Conrad [2014]: «Juan Zaragüeta y los orígenes de la Filosofía de la Educación en España: un pedagogo entre dos mundos», *Revista Española de Pedagogía*, año LXXII, N.º 258, mayo-agosto, 327, 329-331).

<sup>555</sup> Manuel García Morente (1886-1942) fue un sacerdote, filósofo, teólogo y traductor español. Morente nos da una posible definición de cultura muy interesante: «Una cultura es para Spengler un organismo vivo de superior porte y tamaño, un conjunto que nace, crece, se desarrolla, llega a su plenitud, para decaer luego poco a poco, envejecer y al fin morir.[...] En el tropel humano que puebla la faz de la tierra, cuaja de pronto, en determinado punto del planeta, una cierta visión del mundo que es común a un cierto grupo de hombres. Es que acaba de nacer una cultura. Ese grupo destaca del rebaño humano y constituye una unidad vital. Todos sus pensamientos, sus costumbres, sus ideales, su idioma, su arte, su religión, su ciencia, su matemática, su física, su indumentaria, su política, su derecho, su administración, en suma, todas sus manifestaciones vitales tendrán en adelante un mismo estilo: el estilo típico de esa cultura. Una vez nacida, la cultura empieza a desarrollarse, a dar de sí todas las posibilidades que tiene implícitas en sus formas germinativas; y llega a su perfección cuando ha logrado dar salida a ese torrente interior de creaciones de estilo propio. Al fin, agotada la semilla, tras años y siglos de actividad productoras, las formas creadas pierden elasticidad, dejan de vivir, eso es, de transformarse, se anquilosan, se petrifican, y si siguen existiendo, es ya sin vida intensa, sin renovación, secas, muertas, inánimes, dispuestas a dejar paso a otra cultura más joven y robusta que quiera sustituirlas» (CASADO, Ángel y SÁNCHEZ-GEY, Juana [2007]: *Filósofos españoles en la Revista de Pedagogía (1922-1936)*, prólogo de José Luis Abellán, Ediciones Idea, Las Palmas de Gran Canaria, Santa Cruz de Tenerife: 128-130).

<sup>556</sup> Gottfried Leibnitz (1646-1716): matemático, estadista, teólogo y filósofo. Este alemán fue un genio universal, fundador de la ciencia moderna y observado como uno de los intelectos supremos del siglo XVII. Las doctrinas de Leibnitz «contiene cuatro ideas fundamentales. Las dos primeras, íntimamente relacionadas entre sí, son las de fuerza y pluralidad. La tercera es la de la ley de continuidad. Todos los cambios tienen que ser graduales; por consiguiente, tiene que existir la continuidad en el espacio y en el tiempo. Y como la Naturaleza no da saltos, la diferencia que puede producirse entre dos cosas cualesquiera muy parecidas entre sí, ha de ser, según Leibnitz, gradual. Su última gran idea es la de la conciliación de las dos grandes ideas de fin (causa final, como la llaman los filósofos) y de causalidad

Viera y Clavijo; Kant<sup>557</sup> es el último representante de este tipo de hombre con sabiduría enciclopedista. Para ella si la cultura no es general no es cultura, porque según los filósofos los especialistas no son tan cultos, como deberían ser; María Rosa Alonso nos aporta sus ideas sobre la cultura general: «Para vivir no es menester ciencia, pero sí cultura. Un hombre culto es un auténtico de su tiempo», es evidente que para ella la humanidad va pareja a la cultura, un hombre que no tiene cultura carece de los conocimientos elementales para ser consciente de su propio valor como ser humano.

A los nueve días de la anterior Carta desde Madrid publica la siguiente «epístola» y en esta ocasión el tema que ha elegido es el de Educación: «La vocación, la verdad»<sup>558</sup>. María Rosa Alonso ha cambiado el discurso al que en los últimos artículos nos tenía acostumbrados, tenía que ser alguien al que ella admirara profundamente para dedicarle un artículo en su periódico isleño, la alabanza de la que es merecedor la lleva a una reflexión muy interesante sobre la vocación de los maestros. Nos da a conocer a don Mariano Fernández Gómez, un maestro rural de Santa Cruz del Valle de Ávila, que ha expuesto en el Ateneo el resultado de su labor docente, reflejada en los trabajos manuales escolares durante catorce años. A ella esos trabajos le recuerdan las «lontananzas muertas» de Gabriel y Galán<sup>559</sup>, pero también esta exposición la lleva a

---

(causa eficiente)» (BAKER, A. E. [1942<sup>7</sup>]: *Iniciación a la Filosofía: desde Sócrates a Bergson*, traducción y prefacio de Francisco Susanna, Editorial Apolo, Barcelona: 131).

<sup>557</sup> Immanuel Kant (1724-1804) fue un filósofo prusiano de la Ilustración, el primero y más importante representante del criticismo y precursor del idealismo alemán. Es considerado como uno de los pensadores más influyentes de la Europa moderna y de la filosofía universal. Es muy famosa la teoría del conocimiento de Kant en la que intenta erigir los fundamentos de las ciencias, que para su conciencia están establecidas y libres de dudas, es decir, los fundamentos de las ciencias matemáticas y naturales; pero, por otra parte, es también una teoría del conocimiento en el sentido de que intenta restringir la posibilidad del conocimiento de aquellos conceptos absolutos, que se podrían considerar los más importantes, por ejemplo, no se polemiza contra estos conceptos en el sentido de un juicio negativo, como podría ser la de negar la existencia de Dios. Para Groethuysen, Dios y el diablo se retiraron del mundo en el curso del desarrollo espiritual de finales del siglo XVII y comienzos del XVIII, por lo tanto, estos conceptos metafísicos abandonaron en general el horizonte de lo que puede ser decidido racionalmente. Kant estableció de forma definitiva la ruptura entre el saber y aquellas categorías metafísicas (ADORNO Theodor W. [2015]: *La Crítica de la razón pura de Kant*, traducción de Frances J. Hernández y Benno Herzog, Las cuarenta, Ciudad Autónoma de Buenos Aires: 38-40).

<sup>558</sup> ALONSO, María Rosa: «La vocación, la verdad», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 13 de abril de 1934.

<sup>559</sup> Carmen Fernández Daza nos habla de la relación entre los campos de Castilla y la poesía de Gabriel y Galán: «La interiorización de la llanura castellana en sus primeros poemas, que fue simbiosis de un concreto estado de ánimo y del perenne sentimiento de soledad, cede paso, con gran fuerza, a la descripción, a las tan alabadas cualidades de un Gabriel y Galán paisajista». En concreto, María Rosa Alonso toma las últimas palabras de la estrofa octava del poema «Ama»: «Cantaba el equilibrio/ de aquel alma serena/ como los anchos cielos,/ como los campos de mi amada tierra;/ y cantaba también aquellos campos,/ los de las pardas, onduladas cuevas,/ los de los mares de enceradas mieses,/ los de las mudas perspectivas serias,/ los de las castas soledades hondas,/ los de las grises lontananzas muertas...» (GABRIEL Y GALÁN, José María [2001], *Antología poética*, edición de Carmen Fernández Daza, Clásicos Castalia, Madrid: 48, 71).

una reflexión sobre la vocación docente, porque cree que hay jóvenes que hacen esta carrera porque es corta y tiene el trabajo asegurado. Habla de los maestros de verdad y cita textualmente las palabras de Jorge Simmel<sup>560</sup> sobre que la actividad pedagógica requiere un talento tan específico como la de cualquier otra actividad científica o artística. No es la primera vez que María Rosa Alonso aborda el tema de la vocación en la enseñanza, no en vano en su propio hogar tenía a su madre y su hermana que se dedicaban a la docencia en los niveles de Primaria; pero como todos sabemos para ser un buen enseñante se necesita altas dosis de vocación y de humanidad, pues la persona que no tiene capacidad para empatizar con sus semejantes difícilmente podrá comunicar conocimientos y valores a su alumnado.

Al día siguiente, en el tercer aniversario de la instauración de la II República española, María Rosa Alonso publica la última de la serie de «Cartas desde Madrid» y lo hace con un título, «Quijotismo»<sup>561</sup>. Utiliza como título un sustantivo que hace referencia al personaje más universal de la literatura española, pero no va a tratar un tema literario sino cultural que es un aspecto que preocupa mucho a nuestra periodista, como ya vimos en el anterior artículo y en otros muchos más en sus cortos pero intensos años de labor periodística. Comienza el artículo con esta frase: «Nietzsche decía de los españoles que eran hombres que había querido demasiado», similar a otra con la que terminaba el artículo sobre don Juan Tenorio, aunque hay un ligero matiz que no sabemos si es un lapsus, porque en la frase del Tenorio decía: «¡Oh, los españoles —decía Nietzsche— esos hombres que han querido ser demasiado!»; creemos que se trata de la misma frase, por lo que hemos investigado, y que en el artículo que estamos comentando hay una ligera variación que nos lleva a otro significado: ¿Nietzsche había querido demasiado a los españoles?; el filósofo alemán parecía referirse a que los españoles querían ser más de lo que realmente eran, en lenguaje coloquial diríamos que eran unos «fanfarrones». La escritora hace una reflexión sobre este personaje literario

---

<sup>560</sup> Georg Simmel (1858-1918) fue un filósofo y sociólogo alemán, representante del neokantismo relativista. Para comprender mejor la relación entre cultura y educación en Simmel es muy interesante el artículo de Marina Alejandra Goldman, en el que nos aporta una reflexión sobre las teorías del filósofo: habla de lo que se denomina «tragedia de la cultura» dentro de la concepción moderna entre cultura y vida. Indaga el potencial de la pedagogía escolar, desde la perspectiva de Simmel, para establecer un vínculo entre educación y cultura, también reflexiona sobre las deseables consecuencias que el establecimiento de este vínculo podría acarrear para el aplacamiento de la tragedia moderna descrita por Simmel (GOLDMAN, Marina Alejandra [2013]: «La educación como puente: Simmel, la tragedia de la cultura, y el desarrollo significativo del ser», *Enfoques*, vol. 25, N.º 1: <https://publicaciones.uap.edu.ar/index.php/revistaenfoques/article/view/112> (consultado el 27/07/2023)

<sup>561</sup> ALONSO, María Rosa: «Quijotismo», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 14 de abril de 1934.

que cuando se enfrenta a la realidad tiene que morir, esto le da pie para hablar de la Constitución que se hizo para una España que no existe, con la idea de que llegará a ser algún día, por ejemplo, se pensó que no debía ser católica y nada más lejos de la realidad. Crítica a los políticos que actuaron quijotesicamente en cuanto a la religión católica; sin embargo, no se preocuparon por conceder el voto a las mujeres, ni siquiera atendieron a la educación e ilustración de éstas, con las que se casaban por la iglesia católica; siguiendo a Costa<sup>562</sup> pensaron que en la ilustración del pueblo estaba su reivindicación. En el último párrafo habla de un semanario recién salido a la calle, *Don Quijote*, pese a la difusión que se dio a su salida, a ella le huele a siglo XIX y termina con una visión muy pesimista de mil novecientos treinta y cuatro. A manera de conclusión, diremos que nos ha parecido un buen artículo, que nos recuerda la primera época de nuestra periodista, en la que empleaba una crítica muy constructiva, aunque ahora la esté empleando para todo el país, no sólo para Canarias.

Al mes siguiente María Rosa Alonso publica dos artículos de política, tema que en los últimos tiempos ha tenido un tanto «olvidados», pues desde diciembre del año anterior no había escrito nada sobre esta temática. Los dos artículos también llevan el mismo antetítulo «De colaboración», aunque la tinerfeña sigue escribiendo desde Madrid porque sabemos que continúa con sus estudios en la Universidad Central. «Al margen de una teoría»<sup>563</sup> nos remite a las ideas de una inteligente mujer, que a su experiencia periodística une los saberes que está aprendiendo, sobre todo de las clases de filosofía en las que tiene tan grandes maestros. Comienza el artículo con una referencia a Jorge Manrique y su *Ubi sunt?*, recurso que ya había utilizado en un artículo de noviembre de 1930, pero en esta ocasión las interrogaciones manriqueñas se dirigen hacia la política europea. Habla del socialismo, del nacionalismo, del marxismo..., incluso ironizando con la figura romántica de Margarita Gautier, puesto

---

<sup>562</sup> Joaquín Costa (1846-1911): este aragonés de origen humilde fue político, jurista e historiador. Representativo del movimiento regeneracionista, su dedicación a la docencia se vio truncada por la estrecha política universitaria del momento, que le decantó hacia otras actividades como la de notario, letrado de Hacienda y profesor de la Institución Libre de Enseñanza. Para Josep Fontana, Costa fue «un hombre que buscó la renovación de su país a través de una política avanzada: por una vía revolucionaria, si fuese preciso [...] Le vemos como un hombre a quien importa sobre todo obrar, y obrar para los demás, con una honda vocación política, aunque su política no fuera la que se hacía habitualmente en su tiempo [...] Para él las palabras no eran ni cortinas de humo ni reclamos para cazar una clientela política de incautos, sino normas de conducta que se siguen hasta sus últimas consecuencias [...] Costa no se limitó a exteriorizar en voz bien alta su protesta, sino que actuó hasta el límite de sus fuerzas, de esas inmensas fuerzas morales que contrastaban con su debilidad física. Fue siempre fiel a sí mismo, e hizo cuanto podía hacerse» (CHEYNE, G.J.G. [1971]: Joaquín Costa, el gran desconocido: esbozo biográfico, prólogo de Josep Fontana, Ediciones Ariel, Barcelona: 7-10).

<sup>563</sup> ALONSO, María Rosa: «Al margen de una teoría», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 18 de mayo de 1934.

que el intento de aplicar las teorías de esos movimientos políticos han quedado como una estela romántica y lo que está dominando en Europa es el gran capitalismo. A la concepción materialista de la historia se ha opuesto la concepción bélica; habla del nacimiento del liberalismo utilitarista de Bentham<sup>564</sup>, que se enfrentó al poder aristócrata que epilogó la Revolución francesa. Dice que los anarquistas son el resultado de la exageración del liberalismo, ellos partían del optimismo de Rousseau que decía que el hombre se hacía malo en virtud del medio, por lo que para María Rosa Alonso los anarquistas fundaron «la más pura y por tanto ingenua doctrina social». Habla de Kant y del debate del hombre entre lo que debe ser y lo que hacer ante unas determinadas circunstancias y también cita a Hegel, fundador del socialismo, que decía que el ideal del hombre es buscar la libertad por medio del Estado, Marx lo que hace es cambiar la palabra «libertad» por «justicia social». En el último párrafo nuestra periodista emplea un lenguaje metafórico para exponer su creencia de que en el socialismo actual muy poco queda del primitivo marxismo, por lo que el hombre está angustiado ante el presente panorama y sólo le queda examinar la historia para «averiguar cómo han salido los otros de su selva». En fin, que como ya apuntábamos al comienzo del comentario, María Rosa Alonso nos da una lección magistral de política, desde el punto de vista de la historia de las ideas.

El otro artículo, también dedicado a la política, se publica al día siguiente, «Destinos diferentes»<sup>565</sup>, último artículo que escribió María Rosa Alonso para *Hoy*. Había empezado a colaborar con este periódico tinerfeño en julio de 1932, en sus páginas vieron la luz 57 artículos firmados con tres nombres diferentes: *María Luisa Villalba*, María Rosa Alonso y *Sagitario*. No sabemos los motivos que la llevaron a interrumpir su colaboración con el diario republicano<sup>566</sup>, puesto que éste siguió

---

<sup>564</sup> Jeremy Bentham (1748-1832) fue un filósofo, jurista, economista, escritor y reformador social inglés considerado como el padre del utilitarismo moderno. Nos dice Josep M. Colomer que en la obra de Bentham nos podemos encontrar «un alto valor teórico en el doble aspecto analítico y normativo», por un lado, «una primera fundamentación de los análisis que suponen una elección racional de los individuos según un cálculo coste-beneficio, que han tendido a dominar el desarrollo de las ciencias humanas en los tiempos recientes» y por otro lado «su doctrina utilitaria ha cobrado creciente interés por su adaptabilidad al relativismo o no-cognotivismo que ha ido prevaleciendo en la filosofía moral contemporánea» (BENTHAM, Jeremy [1991]: *Antología*, edición de Josep M. Colomer, traducciones de Gonzalo Hernández Ortega y Montserrat Vancells, Ediciones Península, Barcelona: 5).

<sup>565</sup> ALONSO, María Rosa: «Destinos diferentes», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 19 de mayo de 1934.

<sup>566</sup> Según Julio Antonio Yanes Mesa: «la desaparición de “Hoy” obedeció a circunstancias específicas, esto es, propiamente periodísticas, al margen de la crisis de su promotor, el Partido Republicano Tinerfeño [...] A comienzos de 1934, el empobrecimiento de fuentes y volumen en la información extraisleña del periódico había tocado fondo. En tal situación, cada vez alteraba con más frecuencia su estructura espacial de contenidos, trastocando el paginado, más por descuido, pensamos, que por



publicándose hasta el 8 de noviembre de 1935; también nos parece sospechoso el título del artículo: ¿quizás sabía ya ella algo de la ruptura con el periódico con el que llevaba colaborando casi dos años y por eso ya su destino irá por otro lado diferente al de su habitual periódico? Ateniéndonos a lo que escribe, empieza hablando de su visita al pueblo del cardenal Cisneros<sup>567</sup>, Torrelaguna, que era de dominio izquierdista. Aparece la palabra «sabotage», expresión que, según la autora, empleaban sus habitantes para hablar de ciertos hechos que había realizado el cardenal. Pero parece que el izquierdismo torrelagunense realizó un «sabotage» derribando con una explosión la cruz de piedra que se hallaba en el lugar que ocupaba la casa del regente, compara estos hechos con la del joven bárbaro que se enfadaba porque Goya<sup>568</sup> sucumbió a los

---

necesidades de la información. [...] A su vez, la ausencia de las firmas de los jefes del Partido Republicano Tinerfeño, que prácticamente habían desaparecido de las páginas del periódico acentuando su despolitización, también ahondaron su decadencia informativa, pues su vacío no fue reemplazado por otras colaboraciones [...] Pero con la escisión de su promotor, el Partido Republicano Tinerfeño, perdió el consistente apoyo material que, hasta el momento, había sufragado su aventura. Desamparado, ensayó una huida hacia adelante que, con las estrecheces económicas, pronto tuvo que reconsiderar. En su tramo final, prolongó su agonía hasta que su situación se hizo insostenible para los accionistas. En definitiva, la suya fue la crónica de una muerte anunciada por un anacronismo fundacional que, obviando la modernización del periodismo tinerfeño, remedaba tiempos pasados en los que el periodismo estaba supeditado a la política» (YANES MESA, Julio Antonio [1992]: «El diario político *Hoy*: un anacronismo informativo en Tenerife durante la II República», en *Anuario de Estudios Atlánticos*, N.º 38, Madrid-Las Palmas, pp. 603, 629, 632 y 639).

<sup>567</sup> El cardenal Cisneros (1436-1517), perteneciente a la Orden Franciscana, fue cardenal, arzobispo de Toledo, primado de España y tercer inquisidor general de Castilla. Además, en dos ocasiones presidió el Consejo de Regencia que asumió el gobierno de la Corona de Castilla por incapacidad de la reina Juana. Nos han parecido muy reveladoras las palabras que acerca de este personaje histórico nos aporta José García Oro: «Tenemos a la vista el itinerario político de Francisco Jiménez de Cisneros, el Cardenal de España, centrado en los años 1495-1517. Serán dos decenios de aventuras más que de un calculado rumbo político. Con una facilidad extrema eleva a dogmas realidades circunstanciales; convierte en cruzadas simples campañas militares de arreglos de frontera; sueña en iglesias carismáticas y misioneras que traerían en las nuevas tierras de las islas atlánticas de las remotas Indias “cielos nuevos y tierras nuevas” de sabor apocalíptico; y dispara su ingenio y sus cálculos hacia la nueva Iglesia que preconizan los humanistas: la que lee las Escrituras en sus lenguas originales y estudia las ciencias de la Antigüedad en sus corpus griegos y latinos» (GARCÍA ORO, José [2002]: *Cisneros*, Editorial Ariel, Barcelona: 364).

<sup>568</sup> Francisco de Goya (1746-1828) fue uno de los más grandes artistas españoles de la historia. Siempre innovador, consiguió adelantarse a todos y cada uno de los movimientos pictóricos que aparecieron en Europa, es considerado el Padre del Arte Contemporáneo. Roberto Alcalá Flecha opina que el tratamiento y la iconografía en el arte de Goya «deben poco a la tradición pictórica; por el contrario, muestran una deuda importante con determinadas fuentes literarias, sobre todo con las producidas en el círculo de escritores ilustrados donde Goya se movió hasta finales del siglo XVIII; ello resulta particularmente evidente en la serie de los *Caprichos*. Por lo que respecta al primer cuarto de la centuria siguiente, la obra goyesca muestra el reflejo propio de los temas del liberalismo en ascenso [...] serán las incitaciones ideológicas procedente del liberalismo combatiente las que a partir de ese momento inspiren a nuestro pintor en la mayoría de los casos [...] por lo que se refiere a la pugna política entre los defensores de la España antigua y los partidarios de las reformas [...] las obras de Goya muestran la imagen de un artista profundamente influido por los escritos y las ideas de su tiempo, influencias ambas que determinaron en gran medida la naturaleza y evolución de su arte» (ALCALÁ FLECHA, Roberto [1988]: *Literatura e ideología en el arte de Goya*, Diputación General de Aragón, Zaragoza: 476-477).

encantos de la burguesía. Todo lo anterior la lleva a hacer una reflexión sobre la masa, que no sabe interpretar el sentido de la historia y se deja llevar por la violencia; habla de Gregorio Marañón<sup>569</sup> y de su optimismo al valorar como al leer más, se conoce mejor la historia, pero ella sigue percibe como siguen existiendo dos tipos de hombres que siguen destinos diferentes, que hablan lenguajes distintos y a los que es casi imposible ponerlos a dialogar. Se percibe un gran pesimismo a lo largo del artículo, parece que, a pesar de la fe que tiene en la cultura y en la educación de los pueblos, no ve la forma de poner en contacto a aquellos que tienen más posibilidades para adquirirla y a los que le es prácticamente imposible conocer el sentido de la historia, y por eso recurren a la violencia como forma de plasmar toda esa injusticia que perciben de las élites, incluyendo en ellas a la iglesia católica y sus símbolos.

Después de un año y cuatro largos meses sin publicar nada, creemos que, debido a su total dedicación a los estudios filológicos, María Rosa Alonso nos sorprende con su tercer artículo en *La Prensa*, periódico con el que había colaborado en 1930 sobre una exposición de arte y en 1931 sobre Lucha Canaria; este tercer artículo también está directamente relacionado con la cultura, como sabemos tema fundamental para nuestra autora. Con el antetítulo de «Colaboración de *La Prensa*» se reinicia una fructífera relación entre el periódico de Leoncio Rodríguez y la escritora, a partir del presente artículo tendrá una colaboración continuada en el tiempo, que será interrumpida con la llegada del alzamiento militar, serán dieciocho artículos más los que escribirá en esta publicación. «El problema cultural de Canarias»<sup>570</sup> expone una conversación que mantuvo con Américo Castro y en la que éste le habla del abandono

---

<sup>569</sup> Gregorio Marañón (1887-1960) fue un médico internista, científico, historiador, político, escritor y pensador español; sus obras en los ámbitos científico e histórico tuvieron relevancia internacional. Perteneciente a la generación de 1914, podemos comprobar como desde su juventud, a través de su padre, tuvo trato con personas como: «En Santander tenía un grupo de amigos: Galdós, Menéndez y Pelayo, y Pereda. Solían reunirse en casa de don Benito. Allí aprendí a ser liberal. Don José María de Pereda era carlista; mi padre también. Don Marcelino fue al principio carlista, luego dejó de serlo. Era un hombre católico, muy respetuoso con todas las creencias, que es a lo que yo llamo liberal. Allí me formé yo, en aquellos años de la infancia [...] Fui médico y no tenía ningún antecedente médico en la familia; pero, eso sí, tuve la suerte de tener en mi carrera un gran maestro, por mediación de Galdós, que llamó a don Alejandro Martín. Cajal decía que era el hombre de más talento que había habido en San Carlos [...] Iba, sobre todo con don Benito Pérez Galdós. Precisamente era la época del gran auge teatral de Galdós, que viví de una manera íntima. Por don Benito conocí a María Guerrero [...] Entonces, toda la vida escénica la llevaban entre Echegaray y don Benito. Recuerdo que había obras de las que representaba María Guerrero que yo me las sabía de memoria. María Guerrero tenía admiración por Echegaray y una buena amistad; pero, en el fondo, la gran admiración suya fue don Benito» (GÓMEZ-SANTOS, Marino [1958]: *Dr. Gregorio Marañón*, Cliper, Barcelona: 26, 28, 40).

<sup>570</sup> ALONSO, María Rosa: «El problema cultural de Canarias», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 13 de agosto de 1934.

cultural de la Península con respecto a Canarias, algunas de estas ideas las expuso al día siguiente en el periódico *El Sol*. Pero ella opina que tampoco las Islas han hecho mucho para conseguir lo que les pertenece y pone como ejemplo a los gallegos con el camino de Santiago. Habla del encargo que le hicieron los señores del Ateneo de Santa Cruz para que trajera personajes ilustres a Tenerife para celebrar la inauguración de dicha entidad, ella está desilusionada porque cree que la labor de este Ateneo es la de organizar cursos y conferencias, con esos personajes ilustres a los que pretenden traer a la Isla. Pasa a hablar de la Universidad y de la dejadez de dicha institución a nivel cultural, parece que lo único que se le exige oficialmente es expedir títulos, pero hay que tener muy en cuenta una función primordial de la Universidad que es la de ser guía de una corriente espiritual que encauce la cultura canaria. Estamos ante un artículo en el que María Rosa Alonso vuelve a plantear el tema de la cultura en Canarias; cree que, al margen de las sociedades culturales de las islas, que hacen lo que pueden, tiene que ser el Estado a través de la Universidad el que prepare a los jóvenes para que sean los futuros transmisores de la cultura. La Universidad no sólo debe preparar a su alumnado para obtener un título sino también para algo mucho más espiritual: aumentar la cultura, sobre todo la cultura canaria, la que tiene que ver con su historia, literatura, flora, fauna, etc. Es la cultura con letras mayúsculas la que tanto se echa en falta en la población canaria, dejada de «la mano de Dios» por parte del Estado español.

María Rosa Alonso está aprovechando unas muy bien merecidas vacaciones estivales en su isla, pero como ya sabemos de sus inquietudes intelectuales, no descansa en cuanto a su dedicación a las letras españolas, además de ir poniendo en práctica los importantes conocimientos adquiridos en materia filológica; fruto de todo lo anterior es el gran trabajo realizado para su nuevo periódico, *La Prensa*, se trata de un ensayo sobre el Fénix de los Ingenios con motivo del tricentenario de su fallecimiento. Con una esmerada presentación, consta de dos páginas casi completas en las que aparecen tres fotos: dos en la primera página, una de un retrato de Lope de Vega y otra de su casa de Madrid en la calle Cervantes; en la página siguiente un retrato de Antonio de Viana, autor del que Lope se inspiró para una de sus comedias. Con el antetítulo de «Efemérides Nacionales», María Rosa Alonso nos brinda su ensayo «El tricentenario de la muerte de Lope de Vega»<sup>571</sup>, la misma autora nos aportó en su listado todas las partes

---

<sup>571</sup> ALONSO, María Rosa: «El tricentenario de la muerte de Lope de Vega». *Canarias ante el homenaje de España al glorioso «Fénix de los Ingenios»*. Contiene: «Justificación y envío. Notas biográficas de Lope

de las que consta las citadas páginas. Es de destacar la dedicatoria de este trabajo a sus compañeros y profesores de Madrid, especialmente a Castro Quesada y Montesinos. Nos aporta la biografía de Lope con lo que ella denomina como «Notas biográficas», pero que constituyen una excelente galería de acontecimientos acaecidos a lo largo de toda esa interesante vida que tuvo nuestro gran escritor. Nos ha parecido de una calidad extraordinaria la crítica literaria en la parte que titula «La lección de Lope», donde defiende el analizar la obra del autor y no detenerse tanto en las anécdotas de su azarosa vida, aunque José F. Montesinos<sup>572</sup> dice que la obra lírica de Lope «es una dolorida, afanosa justificación de sí mismo»; pero para la escritora tinerfeña la verdadera lección de Lope está en que las pasiones fuerte nacen de su gran vitalidad, pues opuestamente al típico don Juan, él poeta y dramaturgo no eludía su responsabilidad debido a su capacidad de amar: ahí reside la exacta valoración de su hispanidad. En «Lope y los guanches de Tenerife»<sup>573</sup>, (este artículo forma parte del primer libro de María Rosa Alonso, *San Borondón, signo de Tenerife*, 2001: 49-57), nuestra autora destaca la capacidad de Lope de hacer comedias de todo lo aprovechable; después de disentir sobre las teorías de Menéndez Pelayo acerca del poema de Viana, hace una síntesis de la comedia sobre la conquista de Tenerife, destacando que el acto tercero es el más flojo y donde más aparece la invención de Lope y ella quiere dejar patente que el poema de Viana y la comedia de Lope nada tienen que ver, salvo que la conquista fue tomada como fuente, pero «ni en propósito, ni en esencia poética, ni en significación histórica, nada tenían que ver, Lope de Vega y Antonio de Viana». Para terminar, hace varias

---

de Vega. La lección de Lope. Lope y Los guanches de Tenerife. Antología poética», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 27 de agosto de 1935.

<sup>572</sup> José F. Montesinos (1897-1972): crítico literario español perteneciente a la llamada Generación del 27. Es muy interesante las interrelaciones que encontramos entre el crítico literario y sus estudios sobre el Fénix en su generación, especialmente con García Lorca; no en vano en la carta-prólogo dirigida a Don Fernando Lázaro, Montesinos cuenta algunas anécdotas relacionadas con el poeta y con sus estudios sobre Lope, por ejemplo, cuando una alumna suya observó el parecido entre unos versos del *Peribáñez* y otros del escritor de Granada, cosa que ya el mismo Montesinos había percibido. También nos cuenta la influencia de Lope en García Lorca: «Tenía la sensibilidad que tuvo Lope para todo lo que fuera entrañablemente español. Pero al tratar de justificar este libro siento que es de rigor ponerme en la línea de estos hombres a los que tuve la fortuna de preceder en poquísimos tiempo, mostrándoles horizontes que ya adivinaban» (MONTESINOS, José F. [1969<sup>2</sup>], *Estudios sobre Lope*, Ediciones Anaya, Salamanca: 9-15).

<sup>573</sup> Carlos Brito Díaz trata ampliamente las relaciones entre Lope y Viana, concretándolas en la obra del Fénix de los ingenios sobre la aparición de la Virgen de Candelaria a los guanches y concluye su artículo diciendo que hay una fusión entre las obras de los dos escritores pues: «El joven poeta *sobrevive* en el gran dramaturgo a pesar de que las licencias de la escena traicionen el espíritu del engolado mecenas que buscaba la excusa de la epopeya para blanquear su prosapia. Y esta es la verdadera proeza del relato épico y de la comedia: desandar los caminos de la verdad prosaica para transformarla en una incitante aventura» (BRITO DÍAZ, CARLOS, «Viana y Lope: de la epopeya guanche a la *comedia nueva*», en AA. VV. [2010]: 112).

transcripciones de poemas de Lope de Vega bajo el título de «Antología poética»: tres sonetos, dos espinelas, una letrilla y un romance. Creemos que con la primera página hubiera sido suficiente para el merecido homenaje al Fénix de los ingenios, puesto que en la segunda lo que hace es terminar la síntesis —demasiado extensa para el género periodístico— de la comedia sobre los guanches de Tenerife y transcribe los poemas ya citados.

María Rosa Alonso y *La Prensa* siguen con sus homenajes a Lope de Vega, así al día siguiente publican un brillante artículo-ensayo: «Lope, poeta popular»<sup>574</sup>, (también publicado en su libro *Pulso del tiempo*, 1953: 123-127). En este trabajo nuestra crítica literaria nos demuestra cómo tras dos cursos en la Universidad madrileña se ha ido embebiendo de las ideas y conocimientos que le están transmitiendo sus maestros, así como la cultura que le aportan su relación con los compañeros de clase, exposiciones... Empieza destacando la palabra «democracia» puesto que parece que está muy de moda achacar este concepto a Lope de Vega por la forma de tratar a sus personajes; ella percibe ese talante democrático de Lope como un mito que le han adjudicado algunos escritores, pero que nada más lejos de la realidad y nos lo justifica: Lope nada tiene que ver con la masa orteguiana, ni con la plebe, ni con lo vulgar, pues para él no hay más valor que el del noble y todo lo demás forma parte del villano. A través de sus obras más famosas, María Rosa Alonso, intenta demostrar su teoría contraria a que Lope de Vega sea un poeta del pueblo, popular. A través de concepto del honor y la honra, la autora nos muestra que Lope los ve propios de la nobleza, pero nunca del pueblo; para el Fénix de los ingenios sólo el noble es capaz de sentir noble amor y personifica todas las virtudes en el Rey. Para ella lo popular en Lope es puro anacronismo, no podemos analizar con los ojos del siglo XX a unos personajes del XVI; en cuanto a que escribiera poesía popular los estudiosos creen que es sólo un resto de la poesía culta y como colofón a las teorías que defiende transcribe unos versos del *Arte nuevo de hacer comedias*, en los que deja muy mal parado al vulgo y a las mujeres, echando por tierra toda esa supuesta democratización de Lope de Vega. Al comenzar este comentario hablamos de un trabajo brillante y es porque creemos que ha defendido sus teorías sobre la democratización lopesca basándose en las propias obras del autor, es decir, de una forma muy bien documentada y ha expuesto sus ideas de una forma

---

<sup>574</sup> ALONSO, María Rosa: «Lope, poeta popular», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 28 de agosto de 1935.

impecable, al redactarla con tal claridad que no deja ningún lugar a dudas sobre su calidad como crítica literaria.

Al mes siguiente María Rosa Alonso publica un artículo, que con el antetítulo de «Pequeñas crónicas» nos hace un recorrido por la historia de los vinos de Tenerife, este trabajo también forma parte de su primer libro: *San Borondón, signo de Tenerife*. 2001: 84-86. Es gratificante leer «Otra vez el vino de Tenerife»<sup>575</sup>, dedicado al vino, después de tanta celebración lopesca —por mucho que nos guste el autor español—, aunque volvamos a tiempos pretéritos como es el siglo XVIII. Empieza hablando de un libro de Miguel Herrero García<sup>576</sup>, *La vida española del siglo XVII*. Tomo I: «Las bebidas», en el que este autor señala que la bebida marca el nivel de refinamiento y sensualidad de los hombres. En el siglo XVIII, las mesas europeas servían a los más fino paladares el «malvasía» de Tenerife, llevado a Londres por primera vez por don Cristóbal Cayetano de Ponte<sup>577</sup> y allí los disfrutaron los caballeros citados por Walter Scott, Kuprin, Stevenson y Goldoni. También Viera y Clavijo escribió sobre estos excelentes vinos tinerfeños; por ejemplo, decía que estos vinos procedían de Icod de los Vinos y eran embarcados por el Puerto de la Cruz, pero al igual que San Borondón el vino tinerfeño se perdió «en pos de una nube errabunda». He aquí que nuestra autora ha

---

<sup>575</sup> ALONSO, María Rosa: «Otra vez el vino de Tenerife», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 18 de septiembre de 1935.

<sup>576</sup> Miguel Herrero García (1895-1961) fue un periodista, cervantista y crítico español. En una Nota necrológica de *ABC* se le describe como uno de nuestros primeros bibliófilos e investigadores del siglo XVII: «La gran pasión de Herrero García era nuestro Siglo de Oro, y a su estudio dedicó su talento y su curiosidad y paciencia de investigador [...] El siglo XVII no tuvo secretos para Herrero García: sabía responder a las preguntas más difíciles, lo mismo se refiriese a la preparación de una receta de botica que al uso de un encaje o a la manera que invertía su jornada un ingenio de la época [...] como historiador fue un escritor meticuloso, erudito y ponderado. Vivía alejado del mundanal ruido, enamorado de sus ficheros y de sus libros»: [Biblioteca Virtual de la Provincia de Málaga > Miguel Herrero García \(malaga.es\)](http://BibliotecaVirtualdeMálaga.com) (consultado el 04/08/2023).

<sup>577</sup> Don Cristóbal Cayetano de Ponte: sobre este ilustre personaje nos dice Viera y Clavijo que «era hijo de Don Gaspar Rafael y de Doña Isabel de Ponte, hermana y heredera del conde del Palmar. Su hija Doña Isabel de Ponte casó con el coronel Don Juan Domingo de Franchy, pariente mayor de la casa Franchy en Tenerife. Lleva hoy ambas casas y mayorazgos el capitán don Gaspar de Franchy, marqués del Sauzal, su nieto». En cuanto al tema del que se está hablando, nos cuenta Viera que, una vez firmada la paz de Utrech, Tenerife pidió licencia a Felipe V para restablecer con Londres el comercio de vinos «nombrose para esta comisión (en cabido general de 25 de mayo de 1716 á que asistió el general Landaeta) al teniente coronel don Cristóbal Cayetano de Ponte, del orden de Calatrava. Ofreciéronle los pueblos largos subsidios: señalole el ayuntamiento un cuantioso honorario: formáronse las instrucciones para la empresa: entregáronsele diez pipas de malvasía superior para regalos: embarcóse por el puerto de la Orotava en enero de 1717: en marzo yá daba cuenta de su arribo á aquel reino, y primeros pasos, de acuerdo con el marqués de Monte-león, Embajador de España. Pero don Cristóbal de Cayetano perdió la vida: la isla de Tenerife seis mil pesos; el comercio fijo con las Barbadas y la compañía de vinos, todas las apariencias» (VIERA Y CLAVIJO, José [1982]: *Noticias de la historia general de las Islas Canarias*, introducción y notas de Alejandro Cioranescu; índice onomástico de materias por Marcos G. Martínez, Goya Ediciones, Santa Cruz de Tenerife: 316).

vuelto a disfrutar ese néctar de los dioses en casa de su amigo Víctor Núñez<sup>578</sup>, al que incluso le han dado un premio en La Laguna por la elaboración de estos caldos recuperados para el fino paladar isleño. Destaca la casualidad de que sean en los siglos pares cuando se dé esta coincidencia, que es algo típico en los clásicos hispánicos. Las cepas han sido traídas desde «El Guincho», que está entre Garachico e Icod, a «Los Baldíos»; María Rosa Alonso dice que Víctor Núñez volverá a exportar a Londres nuestro vino, allí «llevará otra vez la fortuna de las Afortunadas». Pero el deseo nuestra escritora no se pudo llevar a cabo porque ya se estaba fraguando la Guerra civil española, a la que siguió la segunda Gran Guerra; por desgracia, en los salones de Londres no se tuvo la suerte de libar los deliciosos vinos de «malvasía» llevados desde Tenerife.

En el mes de noviembre de 1935 comienza su participación en la revista literaria de su Facultad, desde el primer número fue secretaria y redactora de *Cuadernos de la Facultad de Filosofías y Letras*, aunque sólo se publicaron cuatro números; en esta revista, además de notas de libros y revistas, María Rosa Alonso publicó dos excelentes

---

<sup>578</sup> Víctor Núñez Izquierdo (1918-1984) fue un teórico del arte y pintor español, miembro fundador del grupo de vanguardia Nuestro Arte en la década de 1960. Veamos lo que nos cuenta Eliseo Izquierdo sobre este buen amigo de María Rosa Alonso: «Era proverbial el énfasis de Víctor Núñez en la defensa del arte contemporáneo, en tiempos en que la disidencia estética, cualquier intento de romper preceptos y zafarse del academicismo por aquí rampante se condenaba sin paliativos o era motivo de mofas o de desprecio. [...] Víctor Núñez compartía estos afanes con la pintura a tiempo parcial, porque su dedicación prioritaria, hasta el final de su existencia, hubo de centrarse en la sombrerería familiar, una de las dos de postín que había en la ciudad, fundada en 1865, y, junto con su padre y su hermano Antonio, en la viticultura. Su progenitor, don Víctor Núñez Fuentes, además de sombrerero de pro, era un viticultor muy experimentado. Poseía el más acreditado viñedo de la extensa comarca de Agüere. La suya fue la última gran bodega clásica de San Cristóbal de La Laguna, que las precariedades del país tras la guerra civil se llevaron por delante. Los Núñez la mantuvieron, junto con la finca —300.000 metros cuadrados de parrales en Las Tahonillas de San Miguel de Geneto— hasta el final, no como negocio, que terminó siendo ruinoso, sino como una gran pasión. Y aun tuvo tiempo Víctor para desempeñar con eficacia el cargo de concejal de su ciudad natal. [...] El lugar decisivo, fundamental, de Víctor Núñez está a mi ver en su compromiso en la defensa temprana, incluso desde las columnas de los periódicos, de las corrientes artísticas de la Europa del siglo XX, que había quienes se oponían hasta con ferocidad a que entraran y se expandieran en las Islas; su papel de inquieto transmisor de nuevas concepciones artísticas, su mirada anticipadora» (IZQUIERDO, Eliseo: «El heterodoxo Víctor Núñez», *El Día*, 16 de junio de 2019).

ensayos literarios: «El tema de la mujer hasta Quevedo» y «Gustavo Adolfo Bécquer»: en el primero de ellos es innegable su implicación como mujer, pues nadie mejor que ella sabía lo que era la discriminación por su condición femenina, aunque debido a la fuerte personalidad que la caracterizaba, se enfrentó con gran determinación al reto de sobresalir en un campo de la cultura destinada, hasta el momento, a los hombres, por ejemplo, fue la primera mujer periodista en Canarias.

Y cuando parecía que se había apagado el eco de las celebraciones al tercer centenario de la muerte de Lope, nuestra escritora nos brinda un comentario sobre el homenaje que le hace el escritor tinerfeño Andrés de Lorenzo Cáceres al Fénix de los Ingenios. Tras casi dos meses sin publicar en su periódico tinerfeño, lo hace en este mes de noviembre con un artículo, se trata de la segunda «Colaboración de *La Prensa*» y lo hace hablando de un gran escritor y mejor amigo: «Andrés de Lorenzo Cáceres: *Las Canarias de Lope*»<sup>579</sup>; en este trabajo nos recuerda cómo ya en otras dos ocasiones se ha referido a libros de este mismo autor: en el año 1932 *Isla de promisión* y en 1933 *El poeta y San Marcos*. Aquí no se trata de comentarios de libros, sino de una conferencia que Andrés de Lorenzo Cáceres había leído el 22 de junio de ese mismo año de 1935, en la Asociación de Escritores y Artistas de Madrid con motivo de las celebraciones dedicadas al Fénix de los Ingenios; dicha conferencia fue publicada en una cuidada edición realizada en los talleres Curbelo de la capital tinerfeña<sup>580</sup>. A través de citas textuales la escritora nos comenta la conferencia de Lorenzo Cáceres, de cómo siguiendo los pasos de Azorín va consiguiendo una prosa más independiente y personal que sólo una fina sensibilidad como la del escritor canario, que le lleva a intuir un Lope poético y la exacta valoración de su obra, muy bien expuesta en la citada conferencia. También Lorenzo Cáceres realizó un excelente trabajo sobre Lope de Vega para la revista del *Museo Canario* (n.º 6), pero éste de índole más erudita, menos lírica. Para la

---

<sup>579</sup> ALONSO, María Rosa: «Andrés de Lorenzo Cáceres: *Las Canarias de Lope*», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 8 de noviembre de 1935.

<sup>580</sup> Como dato histórico, la primera edición de esta obra también constituyó la primera sección de Literatura, Artes plásticas y Música, dentro de las publicaciones del Instituto de Estudios Canarios, tal y como consta en la *Advertencia*: «Con la edición de *Las Canarias de Lope*, de don Andrés de Lorenzo-Cáceres, su primer Presidente, comienza la Sección de Literatura, Artes plásticas y Música, sus publicaciones dentro del cuadro general de las del Instituto. El texto que hoy ofrecemos a nuestros lectores fue leído por el señor De Lorenzo-Cáceres en la solemne sesión conmemorativa del III Centenario celebrada por la Asociación de Escritores y Artistas, de Madrid, la tarde del 22 de Junio pasado» (LORENZO-CÁCERES, Andrés de [1935]: *Las Canarias de Lope*, Instituto de Estudios Canarios, La Laguna de Tenerife).



escritora canaria los trabajos de su amigo son los mejores que se han hecho en los homenajes a Lope de Vega.

Nuestra periodista sigue con la «Colaboración de *La Prensa*» y a los pocos días publica un artículo sobre un tema, del que desde febrero de 1933 no abordaba: «La obra del Instituto de Estudios Canarios»<sup>581</sup>: este trabajo también forma parte de su libro *Papeles tinerfeños*, 1972: 37-39. Comienza hablando del gran esfuerzo que hay que hacer para que en Tenerife se haga algo de índole espiritual: desde publicar un libro, impartir una conferencia o crear un Instituto como el que ella puso tanto empeño en que viera la luz. Esta reflexión se produce porque el periódico tinerfeño con el que ella colabora, al celebrar los acontecimientos sobresalientes acaecidos en los veinticinco años desde su fundación, se olvidó de nombrar que en 1932 se había inaugurado el Instituto de Estudios Canarios. Hace una crítica a esa sociedad que sólo piensa en cosas banales como dar bailes, promocionar salas de billar o póker, utilizando su fina ironía dice que la labor «callada, trabajosa, sin alborotos» del Instituto no tiene cabida en una sociedad tan materialista, que lo que tendría que hacer para promocionarse es dar los espectáculos nombrados, para que así sea dada a conocer por la «fuerzas vivas», que no se dan cuenta de que un país sin cultura es un país sin alma, que la espiritualidad de un pueblo no se crea de un momento a otro sino que es un proceso que requiere mucha paciencia y dedicación; dice que al hombre no sólo le es necesario comer sino pensar, tener ideas... Habla de la irrisoria cantidad que el Estado le aporta al Instituto, mientras que éste en deplorables condiciones pues no tiene ni local propio, ha realizado numerosas publicaciones, enumerándolas todas. Ella es consciente de que, aunque sea una propaganda bibliográfica de su centro, es necesario para que los lectores vean la ingente labor que están realizando contra viento y marea; termina con una referencia a los griegos para pedir que los hados le sean propicios ante un trabajo tan ilusionante, pero que necesitan mucha ayuda para realizar todos los proyectos en marcha. La lección que nos queda al terminar el comentario es que, a pesar de la lejanía y de sus múltiples obligaciones académicas, culturales, etc., María Rosa Alonso tiene muy presente la necesidad tan grande de cultura que hay en su isla, por eso ve con preocupación la falta de iniciativas culturales que hay en Tenerife y le molesta muchísimo que personas que podrían hacer algo, se dediquen a cosas, que para ella no son tan importantes; pero

---

<sup>581</sup> ALONSO, María Rosa: «La obra del Instituto de Estudios Canarios», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 12 de noviembre de 1935.

vemos un halo de esperanza en ese Instituto, que aún sin ayuda oficial sigue realizando una gran labor para que no decaiga esa espiritualidad que tanto defiende ella en los seres humanos porque «no sólo de pan vive el hombre».

A finales del mismo mes de noviembre publica el siguiente artículo en forma de homenaje, tal y como dice el antetítulo «En los veinticinco años de cátedra» del maestro: «Don José Ortega y Gasset y la juventud»<sup>582</sup>. A pesar de que, sobre todo en sus primeros artículos, Ortega estaba omnipresente en el pensamiento y la escritura de *María Luisa Villalba*, hasta el momento no le había dedicado un artículo a su maestro. Tengamos en cuenta que nuestra joven periodista era una fiel seguidora del diario *El Sol* y que entre los colaboradores de este periódico destacaba la figura de José Ortega y Gasset, que marcó fuertemente su línea editorial y adelantó en los artículos que publicó el contenido de sus libros, como *La rebelión de las masas*, que se publicó primero en forma de artículos en el diario. María Rosa Alonso se centra en la influencia de Ortega en la juventud de la época, ella misma es un gran ejemplo de cómo las ideas del maestro fueron cruciales para formar un pensamiento determinado en la juventud de la época, hasta tal punto influyó en nuestra joven canaria, que le escribió una carta desde su isla natal a la que recibió contestación para gran regocijo de su joven admiradora. Transcribe unas líneas de dicha misiva y después habla de cómo esta joven de provincias llega a Madrid y pudo verlo y oírlo, lo admiró aún más y asistió a varias de sus cursos; emplea una bella metáfora para referirse a la oratoria de su maestro «desarrollaba su doctrina en pensamientos elegantemente vestidos con el frac de atinadas y sugestivas metáforas». Habla de la influencia de una juventud que tuvo la suerte de tener este referente en su formación espiritual, sobre todo en «la precisión y claridad que ha impreso en nuestras cabezas y todavía algo más; esa honesta exigencia de claridad y de rigor que es en nosotros lo primero». ¿Qué más se puede decir ante estas palabras tan sinceras, que salen desde el profundo agradecimiento de una juventud que sabe reconocer a un líder tan carismático como fue el gran filósofo español?

Siguiendo con su «Colaboración de La Prensa», a los cuatro días vuelve al tema estrella de este año de 1935: la celebración del tricentenario de la muerte de Lope de Vega, en esta ocasión sigue comentando la obra referente a Tenerife del autor

---

<sup>582</sup> ALONSO, María Rosa: «Don José Ortega y Gasset y la juventud», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 29 de noviembre de 1935.

español: «Lope de Vega y los *Guanches de Tenerife*»<sup>583</sup>, obra a la que se había referido en otros artículos. Este artículo también forma parte de su primer libro *San Borondón, signo de Tenerife*, 2001:58-60. En primer lugar, se refiere a las dos comedias que sobre los guanches de Tenerife aparecen en la nómina de obras teatrales de Lope, que aporta el Diccionario Espasa. Se trata de dos manuscritos: uno que se halla en la Biblioteca de Parma (Italia) y el otro en la Biblioteca Nacional de Madrid; el primero de ellos es una copia del siglo XVIII y es el que se representó en el Teatro Leal de La Laguna; mientras que el segundo, después de darnos muchos datos sobre origen, copias, etc., dice que es sobre la que va a preparar una edición —que se publicará en 1944—, aclara que va a preparar la edición sobre esta comedia, porque, a pesar de lo floja que es, tiene interés para los canarios, pues se nota en ella que hubo una lectura de Viana o de alguna otra fuente que hizo Lope del libro de nuestro bachiller. Ahora bien, María Rosa Alonso afirma con rotundidad que la obra que va a editar no fue escrita por Lope de Vega; pero vamos a añadir algo más: este artículo nos demuestra la rigurosidad científica con que la estudiosa tinerfeña llevaba a cabo todo lo que hacía, ya fuera un artículo, un comentario o una tesis.

Sólo han transcurrido tres días desde el último artículo y nuestra estudiante nos brinda «Desde Madrid» un artículo para celebrar el centenario de una Institución muy importante para la cultura de la capital del país: «El centenario del Ateneo»<sup>584</sup>. Destaca el halo de romanticismo que tiene el Ateneo y por eso don Jenaro Artiles<sup>585</sup> quiere celebrar a ese movimiento decimonónico, que dio impulso a la creación de lo que a nuestra joven escritora le parece una antigualla. En esta institución destaca la figura de

---

<sup>583</sup> ALONSO, María Rosa: «Lope de Vega y los Guanches de Tenerife», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 3 de diciembre de 1935.

<sup>584</sup> \_\_\_\_\_: «El centenario del Ateneo», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 6 de diciembre de 1935.

<sup>585</sup> Jenaro Artiles Rodríguez (1897-1976): nacido en Gran Canaria, fue un político, profesor, historiador, paleógrafo, archivero y bibliotecario. Creció profesionalmente de la mano de Agustín Millares Carlo, pero brilló con luz propia allí donde vivió y trabajó. Fue Millares Carlo quien lo animó a estudiar Historia en Madrid «porque no le veía ni fe ni futuro en el seminario». En un mes aprobó los cuatro cursos la carrera y al poco tiempo sacó las oposiciones a bibliotecario en el Ayuntamiento de Madrid y en el Ateneo. En 1939, tras pasar por París, se exilió en Cuba y allí hizo lo que mejor sabía: enseñar e investigar en antiguos legajos, leyéndolos y difundiendo. «Durante sus ocho años de exilio cubano (1939-1947), Jenaro Artiles se vinculó a importantes fundaciones culturales, entre ellas la Institución Hispano Cubana de Cultura, la Escuela Libre de La Habana y la Universidad de La Habana, pero quizás su labor de mayor trascendencia intelectual fue la que desplegó como paleógrafo e investigador de la Oficina del Historiador de la Ciudad, donde se convirtió además en cercano colaborador y amigo de su fundador, el Dr. Emilio Roig de Leuchsenring» (ALFONSO LÓPEZ, F. J. [2020]: «Los trabajos y los días de Jenaro Artiles en la oficina del historiador de La Habana (1940-1947)». *XXIII Coloquio de Historia Canario-Americana*, Las Palmas de Gran Canaria: 2: <http://coloquioscanariasamerica.casadelocolon.com/index.php/CHCA/article/view/10401> [consultado el 10/08/2023]).

don Miguel de Unamuno animador de una tertulia pasajera, puesto que se celebra cuando él visita Madrid. Para ella lo único destacable de este Ateneo es su magnífica Biblioteca, en la que te puedes encontrar «junto a los simples estudiantes y opositores, al conocido investigador, al profesor ilustre, al gran novelista X, o al gran periodista Z». Se percibe un deje irónico al hablar de que a veces van al Ateneo peñas provincianas de las casas de huéspedes de calles con nombres de escritores como Moratín, Echegaray o Miguel Moya<sup>586</sup>; continúa describiendo el ambiente de dicho Ateneo, que salvo los estudiantes que suben y bajan corriendo las escaleras para no tropezarse con ese ambiente de «mala y fea zona de un pasado, que está enterrado para siempre», no hay nada más positivo allí. Es increíble como en un artículo tan corto nos describe María Rosa Alonso un lugar que destila una tradición de la que ella misma reniega y es de los pocos sitios de Madrid de los que la tinerfeña habla con una carga de negatividad tan fuerte.

Nuestra periodista está publicando a muy buen ritmo, puesto que a los dos días y también con el antetítulo de «Desde Madrid» aparece un artículo, esta vez dedicado el mundo de la Educación superior: «La Facultad de Filosofía y Letras»<sup>587</sup>. Este artículo dedicado a don Manuel G. Morente, pone de manifiesto de qué forma se había integrado nuestra joven estudiante en la Facultad. Encontramos algunas anécdotas muy interesantes, que chocan un poco con la concepción que tenemos hoy en día de una Facultad, por ejemplo, el que después de comer se ponga música y se hagan bailes; porque lo del bar-comedor y que se comparta entre profesorado y alumnado sí que sigue vigente. Ahora bien, nos llama mucho la atención la forma en que habla de las «sufragistas», sobre todo por el tono despectivo en que lo hace, ella era partidaria de la

---

<sup>586</sup> Miguel Moya Ojanguren (1856-1920): fue el primer presidente de la Asociación de la Prensa de Madrid, elegido por unanimidad en la primera junta que la recién constituida entidad celebró en mayo de 1895. En aquel momento, Moya, que tenía 39 años, era director del prestigioso e influyente diario madrileño *El Liberal*, matutino republicano moderado. Miguel Moya Ojanguren se había iniciado en el periodismo nada más licenciarse como abogado, a los 18 años, en el diario *El Comercio Español*, del que fue nombrado director al poco tiempo. Dirigió después la revista *La Ilustración Hispano-Portuguesa*, y en 1890 fue nombrado director de *El Liberal*, periódico que él y otros redactores y colaboradores de *El Imparcial* habían fundado once años antes. Moya dirigió *El Liberal* hasta 1906, año en que fue designado presidente de la empresa periodística española más importante de comienzos del siglo XX, la Sociedad Editorial de España —primer *Trust* de la prensa nacional, como fue conocida en su día—, que integraba a los tres diarios más importantes de Madrid, los matutinos *El Imparcial* y *El Liberal* y el vespertino *Heraldo de Madrid*: <https://www.apmadrid.es/personas/miguel-moya-madrid-1856-1920/> (consultado el 10/08/2023).

<sup>587</sup> ALONSO, María Rosa: «La Facultad de Filosofía y Letras», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 8 de diciembre de 1935.

incorporación de la mujer a la universidad pero de un modo discreto, sin llamar mucho la atención sobre las flagrantes desigualdades que el género femenino sufría, sólo por el hecho de serlo; creemos que estaba viviendo un momento tan ilusionante porque estaba consiguiendo sus metas, que lo de la desigualdad con respecto a los hombres estaba superado. Y unificando los hechos vistos hasta el momento, hace una reflexión sobre lo que está sucediendo en la Universidad y llega a la conclusión de que, a pesar de todos esos avances, se debe tener mucho cuidado pues nunca se debe ir a un centro superior como si fuéramos a cualquier lugar de encuentro, como, por ejemplo, un bar. Finalmente, hace publicidad de la revista «Cuadernos» de la Facultad, de la que ella forma parte muy activamente (secretaria y redactora), podemos observar como la política no tiene un lugar tan importante para ella: «ni hablamos de revolución, sentido social, surrealismo, etc., etc.»; en estos momentos lo que le interesa es formar parte de una juventud seria, que hace algo de provecho y se forma debidamente.

Parece ser que la prioridad de la joven tinerfeña es la educación, ya que el siguiente artículo que publica es sobre el mismo tema, pero esta vez lo hace por primera vez en las páginas de un periódico que fue su «luz y guía»: *El Sol*<sup>588</sup>, el diario madrileño del que fue siempre una lectora habitual. En «Los universitarios y sus comentadores»<sup>589</sup>, María Rosa Alonso comenta un artículo de D. Rafael García de Castro, «¿Una escuela de heterodoxia?» en el que criticaba que en la Universidad hay una escuela de intelectuales fundada por Giner de los Ríos<sup>590</sup>, lo que para él es una escuela de

---

<sup>588</sup> El 1 de diciembre de 1917 nació el diario *El Sol*, que se publicó entre este año y 1939. De corte liberal y reformista, fue considerado uno de los mejores de Europa y el mejor de España durante muchos años. El diario abordaba, a lo largo de doce páginas de gran formato, la información política y social de España. La ausencia de sucesos y de información taurina le valió la fama de elitista e intelectual, de hecho, costaba el doble que los demás periódicos para compensar el precio del papel y la falta de subvenciones. Entre sus colaboradores destacó la figura de José Ortega y Gasset, que marca fuertemente la línea editorial del periódico y adelanta en los artículos que publica el contenido de sus libros, como *La rebelión de las masas*, que se publicó primero en forma de artículos en el diario. María Rosa Alonso publicó en este diario en dos ocasiones.

<sup>589</sup> ALONSO, María Rosa: «Los universitarios y sus comentadores», *El Sol*, Madrid, 13 de diciembre de 1935.

<sup>590</sup> Francisco Giner de los Ríos (1839-1915) fue un pedagogo, filósofo y ensayista español. «Fundador de la Institución Libre de Enseñanza y uno de los grandes maestros de la España moderna, en cuya evolución influyó decisivamente más que con sus escritos, con su acción personal, administrando lo que él llamaba “el santo sacramento de la palabra” [...] don Francisco Giner fue un “sentidor”, aunque modere la expresión de sus emociones y deteste convertirlas en retórica y declamación. Del mero sentimentalismo habla con desdén, porque no es varonil. El hombre debe tener energía para traducir sus afectos en voluntad, en acción más que en palabras». En sus escritos «puede advertirse la ternura que sentía por los niños, por los animales y hasta por seres inanimados, como San Francisco de Asís [...] aparece la emoción que a don Francisco le producía el paisaje. No sólo era emoción estética, sino también

heterodoxia. Además, dice que los alumnos están influenciados por la *Revista de Occidente*<sup>591</sup> y que «como supremo ideal de la Ciencia devoran algún ensayo de Ortega y Gasset». Nuestra autora sigue comentando el citado artículo de García de Castro y le molesta sobremanera la afirmación del autor de que estos universitarios heterodoxos no leen a los clásicos españoles; sigue rebatiendo cada una de las afirmaciones del autor del artículo y en lo único que le da la razón es en que en la Universidad debería de existir una cátedra de Teología y e Historia de las religiones, pero ella se pregunta el por qué no se creó cuando las riendas del Poder eran afecta a la Iglesia. Tras criticar la forma de caricaturizar una conversación de dos jóvenes sobre Ortega y Gasset, nuestra periodista pide al señor García de Castro un poco más de cuidado y formalidad y que «Dios le perdone la travesura». En fin, que lo que tenemos con este artículo es la enfadada respuesta de una joven estudiante a la que le critican los ideales que la guían en un mundo que, para ella, es el adecuado para educar a una clase dirigente que lleve por el mejor camino posible a un país donde haya más cultura y justicia social.

Comienza 1936, año aciago para los españoles pues marca el inicio de unos acontecimientos, que estarán siempre muy fijados en la memoria colectiva de los hombres, que sufrieron las terribles consecuencias de un enfrentamiento fratricida. María Rosa Alonso comienza este año, literariamente hablando, con la publicación de un artículo en cuyo título encontramos una de las señas de identidad más representativas de la capital en la que ella cursa sus estudios universitarios: «El Manzanares»<sup>592</sup>. Con un antetítulo que de ser «Pequeñas crónicas» en su artículo del 18 de septiembre, ahora han crecido y ya son «Crónicas de *La Prensa*», es la primera de las cinco que recogerá el diario tinerfeño en sus páginas. En esta ocasión, la escritora tinerfeña con un lírico lenguaje, nos acerca a un elemento del paisaje tan natural como es un río, pero que no es cualquier río, sino uno al que le han dedicado muchas líneas los poetas y ella misma pone su granito de arena para describir las sensaciones, que le produce ese recorrido constante de agua en plena ciudad, incluyendo también a sus puentes. No puede evitar

---

religiosa». (GINER DE LOS RÍOS, Francisco [1965]: *Ensayos y cartas*, nota preliminar de Rubén Landa, Tezontle, México: 11, 12).

<sup>591</sup> *Revista de Occidente*: fundada en 1923 por José Ortega y Gasset, la *Revista de Occidente* constituyó, desde sus primeros números, una publicación atenta a las corrientes más innovadoras dentro del pensamiento y de la creación artística y literaria. Por ello, ejerció en todo el mundo hispánico un papel fundamental en la difusión de la cultura española y europea. Reaparecida en 1963, la Revista inició su cuarta y actual etapa bajo la dirección de la hija del filósofo, doña Soledad Ortega Spottorno, en 1980: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/revista?info=descripcion&codigo=1203> (consultado el 11/08/2023)

<sup>592</sup> ALONSO, María Rosa: «El Manzanares», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 5 de enero de 1936.

compararlo con el Tajo, éste muy mayor, el otro joven. Aparecen las citas de los hombres del siglo XVII que se burlaron del Manzanares: Quevedo y Lope, que tendrían que retirar sus palabras ante el aprovechamiento actual del río. Cuenta el suceso de la noche anterior, en la que un hombre murió por intentar cruzar el río a nado, seguramente el hombre había bebido más de la cuenta y el Manzanares tal cual mar tirano se lo tragó. Transcribe una jocosa copla sobre el río, pero cree que hay que tomárselo muy en serio. Y termina el artículo con unas líricas descripciones, que nos demuestran cómo la escritora canaria ama la Naturaleza, ya sea la de la capital del país o la de sus amadas islas.

A los diez días publica su segunda crónica, cuyo título nos recuerda elementos vanguardistas, «Automático y sesión continua»<sup>593</sup>; en el primer párrafo de este artículo destaca la palabra «vivir»: bien, mal, mejor, con prisa, a duras penas, con dificultades, mal vivir o vivir satisfecho; en fin, de lo que se trata es de sobrevivir en una sociedad que ha cambiado mucho en los últimos cincuenta años, por lo que no encontramos con las típicas diferencias generacionales. A manera de ejemplo habla de sustitución de las tranquilas tertulias o «café» por el cine de sesión continua y el bar automático, que es el «anticafé». Para demostrar todo lo anterior, hace una descripción costumbrista de Madrid «porque a pesar de que se quiere imponer moldes viejos a estilos y caracteres nuevos, no será un caudillo, ni un programa, ni cosa parecida» lo que haga que estas nuevas corrientes salgan adelante, sino que lo que hay que echar abajo son: «los tópicos, la técnica política tradicional, la técnica socialera, artística, etc.; que, como se han vaciado de contenido, se apagarán soplando débilmente». Nos parece que este artículo es un tanto profético, María Rosa Alonso está viviendo en el corazón del Estado los acontecimientos socio-políticos que están convulsionando la sociedad española; ella es consciente de que las cosas están cambiando, pero lo que nos da a entender es que no quiere que se vuelva al caudillaje, es decir, a la dictadura de la que hacía pocos años que se había prescindido; la joven periodista desea que lo que esté por venir dé paso a una sociedad diferente, más democrática sin fantasmones del pasado. Tengamos en cuenta que en este mes de enero se había creado el Frente Popular: una coalición electoral española creada por los principales partidos de izquierda.

---

<sup>593</sup> \_\_\_\_\_: «Automático y sesión continua», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 25 de enero de 1936.

A finales de mes escribe a sus lectores de *La Prensa* tinerfeña la tercera crónica de este año desde Madrid, «Jorge V o *The King*»<sup>594</sup>: nos encontramos ante un atípico artículo de María Rosa Alonso porque no se espera que una republicana como ella se deshaga en tantos elogios ante un rey, aunque ya éste haya fallecido. Creemos que por muy bueno que fuera —al menos ella intenta demostrarlo— sigue siendo un gobernante no votado por el pueblo, su mérito es debido a la herencia de sangre. Habla de los sobrenombres que se le ponen a los reyes que han destacado a lo largo de la historia, pero al rey inglés que acaba de fallecer se le debe conocer como el Rey; según ella Jorge V fue un verdadero rey, puesto que desde que en 1910 asumió el trono, cumplió con todas las funciones que debe cumplir un monarca: en sucesos tan cruciales como la guerra europea, cuando Irlanda quiso ser un Estado libre y cuando los ingleses votaron a los socialistas para gobernarles, el Rey aceptó la Constitución, cumpliendo las nuevas demandas democráticas. Pone como ejemplo el hecho de que cuando su país tenía dificultades económicas, él fue el primero en poner dinero de su propio bolsillo para ayudar a salir al país adelante; es por eso por lo que una republicana como ella comprende el dolor del pueblo inglés. También hay que tener en cuenta que cuando un rey inglés no ha estado a la altura de su pueblo, éste no ha dudado en cortarles la cabeza.

Y vamos a por la cuarta crónica, que se publica a los dos días de la anterior y es la última del mes de enero: «El nuevo estilo»<sup>595</sup>; esta vez va de política, pero decididamente no entendemos a esta María Rosa Alonso, da la impresión que está muy lejana de aquella apasionada periodista que defendía de una forma muy vehemente sus ideas de izquierda, hasta podríamos decir que de una izquierda radical. Nos sorprende su lenguaje un tanto confuso, que apenas nos hace entrever su posición política, no sabemos si es que se metió muy de lleno en sus estudios y todos sus esfuerzos los dedicaba a vivir y profundizar en: la filología, la literatura, el arte, la ciudad en la que estaba viviendo sus nuevas experiencias, etc.; pero lo que nos queda claro es que ella no se compromete abiertamente con nada, quizás también tiene que ver la influencia de las ideas de dos personas que, por lo que sabemos, no eran tan de izquierda como lo era ella cuando vivía y escribía en Tenerife, estamos hablando de Ortega y Gasset y de Unamuno. En el primer párrafo entrevemos una justificación a su actitud, pues dice que

---

<sup>594</sup> ALONSO, María Rosa: «Jorge V o *The King*», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 29 de enero de 1936.

<sup>595</sup> \_\_\_\_\_: «El nuevo estilo», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 31 de enero de 1936.



somos prisioneros del ambiente y cuenta una anécdota de un futbolista, de cómo todo el mundo opina lo mismo, llevados por el ambiente. Dice que tampoco entiende de política —lenguaje irónico, muy usual en ella— porque ésta se ha complicado mucho en España, nombra a Izaguirre por segunda vez, porque dice que en nuestro país no se habla sino de fútbol y de política. Nombra al «energúmeno», que representa al proletario en las caricaturas, siempre en frente del burgués con su correspondiente puro, ambos reflejan la lucha de clases: son los demagogos exaltados frente a los señores de orden. Cita textualmente las palabras de un señor sevillano llamado don Diego, que también confunde a sus oyentes, pues es un energúmeno fervoroso lector de Séneca, por lo tanto, no entra dentro del típico proletario. Para ella tanto lo que ha contado, como los pasquines verdes, rojos y amarillos, sólo llevan a la confusión; además, La Confederación Española de Derechas Autónomas es la única organización que ya está haciendo propaganda de sus ideas, pero ella no copia ningún pasquín, porque «Decididamente, no entendemos de política».

Como ya vimos en la anterior crónica estamos viviendo un confuso clima electoral, no en vano las elecciones serán el 16 de febrero, las últimas de la Segunda República antes del golpe de Estado que desencadenaría la guerra civil. Al formar parte ella del bando de los perdedores, éste es el último artículo que María Rosa Alonso escribe sobre política y la quinta y última de las «Crónicas de *La Prensa*». «Primero yo»<sup>596</sup>: al escribir este artículo ella ni se imaginaba lo que estaba por venir, a pesar de que emplea un tono un tanto pesimista, no creemos que ni siquiera vislumbrara lo que los acontecimientos venideros iban a representar para todo un país en general, y en particular, para una mujer como ella de una familia republicana y una trayectoria periodística en la que quedaba en evidencia sus ideales políticos. El artículo en cuestión trata el tema de las costumbres a través del tiempo y de la falta de educación a la hora de hablar de la juventud, seguimos pensando que María Rosa Alonso quiere alejarse del encasillamiento político, puesto que percibe el caos en el que está entrando la sociedad española, debido a las tramas que se están viviendo en el gobierno de la nación, es decir, la polarización política entre todos los partidos, ya que se identifica la manera de hacer política a la izquierda (Frente Popular) o a la derecha (La Confederación Española de Derechas Autónomas). Partiendo de la famosa frase de Cicerón «¡O tempora, o mores!», y pasando al recuerdo de Manrique con el concepto de cualquier tiempo

---

<sup>596</sup> ALONSO, María Rosa: «Primero yo», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 11 de febrero de 1936.

pasado fue mejor, nuestra joven periodista reflexiona sobre la falta de educación, sobre todo en la juventud. En este artículo advertimos algunas contradicciones, pues si por un lado dice que es normal que las costumbres cambien con los tiempos, por otro lado, muestra una gran preocupación por la relajación de la moral, echando la culpa a un Gobierno que sólo se ha dedicado a resolver el paro o a garantizar el orden. Para ella es muy importante en estos tiempos la misión del educador, ya que se abandona a la masa a su propio ritmo y la labor de los dirigentes es la de recobrar una conciencia y una ética, que permita que la sociedad viva con un contenido moral positivo, para que vayan desapareciendo los que sólo piensan en sí mismos: «Primero yo; después yo y siempre yo».

María Rosa Alonso vuelve a publicar, esta vez en forma de epístola, concretamente al mes y catorce días de su anterior artículo, «Carta abierta a Agustín Espinosa»<sup>597</sup>, es el agradecimiento de la estudiosa de Viana al crítico que le ha enviado su libro *Sobre el signo de Viera*, aunque ella escribió un artículo para este mismo diario, se perdió y se quedó con la duda si en realidad se perdió o no interesó su publicación. Ahora bien, recuerda perfectamente cuando Agustín de Espinosa había impartido una conferencia —la que imprime para su libro— sobre este mismo tema en el Círculo de Bellas Artes en 1931, con motivo de la celebración del centenario de Viera y Clavijo. La escritora alaba la afirmación de Espinosa sobre Viana, en cuanto al mito de Dácil se refiere, al decir que el bachiller se comportó como tenía que comportarse, es decir, como un poeta que tenía su corazón en Canarias y su intelecto en lo universal. La escritora tinerfeña hace una crítica muy positiva de Espinosa, al decir que era «una de las pocas personas que, por su formación universitaria y responsable, puede hacer de nuestras letras grandes cosas y con sentido». Critica a las personas que se han dedicado a opinar de lo que no saben, alaba al que con preparación y responsabilidad echará por tierra los entuertos cometidos contra nuestra literatura regional y termina con una apelación metafórica: «A ver si quiere usted ser, amigo Espinosa, el Quijote de esta gran aventura».

Apenas han pasado nueve días desde la carta a Espinosa, cuando María Rosa Alonso publica otro artículo, esta vez de tema cultural, pero muy relacionado con lo

---

<sup>597</sup> ALONSO, María Rosa: «Carta abierta a Agustín Espinosa», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 25 de marzo de 1936.

literario: «En la muerte de Don José Rodríguez Moure»<sup>598</sup>, este artículo también aparece en su primer libro, *San Borondón, signo de Tenerife*, 2001: 91-94. Estamos ante un entrañable artículo que nuestra joven estudiante, desde Madrid, dedica a la muerte de un gran amigo, en este momento de tristeza le afloran los recuerdos de su amistad en La Laguna con Rodríguez Moure. Para ilustrarnos transcribe el poema-epitafio de Viera y Clavijo a la muerte del Vizconde de Buen Paso. Ella iba diariamente a la casa de Moure a copiar actas de la Económica por encargo de don Agustín Millares, allí el sacerdote le contaba muchas historias, además de compartir interesantes diálogos; en estas palabras ella deja traslucir una fina ironía, tanto de la que está escribiendo como con el que mantenía interesantes conversaciones. Y, a pesar de la pena que siente por su desaparición, ella siente que el provecho obtenido con la historia de cuatro siglos contada por el venerable anciano digno representante del liberalismo del siglo XIX, compensa el fallecimiento del respetado amigo.

Tras mes y medio sin publicar nada, lo hace en el diario madrileño *El Sol*, este será el segundo y último artículo publicado por María Rosa Alonso en dicho periódico. En la sección de «Biografías» hace la reseña de un libro publicado por Isaac Peyra, sobre Gabriel y Galán, «Iscar Peyra, Fernando, *Gabriel y Galán*»<sup>599</sup>: comienza dando todos los detalles bibliográficos de la obra de Peyra, para pasar a hablar de un poeta que, a pesar que fue coetáneo de los escritores de la Generación del 98, fue de por libre puesto que se dedicó a los Juegos florales y no a escribir sobre las angustias finiseculares del «problema español», ni abrazó los postulados del Modernismo; fue el precursor de los castellanistas, de los poetas que hicieron de Castilla el centro de sus preocupaciones literarias. Cansinos Assens<sup>600</sup> dice que se puso de moda ensalzar a este

---

<sup>598</sup> ALONSO, María Rosa: «En la muerte de Don José Rodríguez Moure», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 3 de abril de 1936.

<sup>599</sup> \_\_\_\_\_: «Iscar Peyra, Fernando, *Gabriel y Galán*», *El Sol*, Madrid, 17 de junio de 1936.

<sup>600</sup> Rafael Cansinos Assens (1882-1958) fue un escritor, poeta, novelista, ensayista, crítico literario, hebraísta y traductor español, perteneciente al movimiento ultraísta. Cansinos hablaba varios idiomas y tuvo un gran reconocimiento tanto como traductor como por sus ensayos y novelas. Nos dice Juan Manuel Bonet que Cansinos-Assens se definía a sí mismo, por boca del Poeta de los Mil Años: «Heterodoxo, perverso, algo herético a juicio de la Academia, y demasiado pasadista para que su bella letra arcaica pudiera ser cómplice duradera de los ismos, no es éste un escrito cómodo». Además, Bonet dice que quien sólo le conozca a través del retrato que hizo de él Valle-Inclán «le confundirá a buen seguro con algún bohemio de los muchos que, extravagantes y mediocres, abundaban en el Madrid de comienzos de siglo [...] Cansinos no conoció otras ciudades que Sevilla y Madrid. Convertida Sevilla en un recuerdo de infancia y juventud, será Madrid —sin salir más allá de Pozuelo de Alarcón o Boadilla del Monte— el escenario único de su existencia, Prueba de que al viajero inmóvil, habitado por el deseo de escribir antes que habitante de un lugar, no le faltan los recuerdos» (CANSINO-ASSENS, Rafael [1998]: *El movimiento V. P.*, prólogo de Juan Manuel Bonet, Viamonte, Madrid: 10-11).

tipo de vate campesino, moderno por su sinceridad. A Miguel de Unamuno le gustó mucho «Cristu benditu», en la que el autor continuaba la tradición regionalista del siglo XIX, esta composición más tarde formaría parte de *Extremeñas*, prologadas por Juan Maragall<sup>601</sup>. De la misma manera el prólogo de *Castellana* fue realizado por Francisco Villegas<sup>602</sup> y el de *Nuevas castellanas* por Emilia Pardo Bazán. Además, se nos aporta una larga nómina de escritores, que, o bien fueron su fuente de inspiración, por ejemplo, Fray Luis de León, o que celebraron a este poeta rústico: José María de Pereda, Echegaray, etc. María Rosa Alonso destaca la «castiza prosa, informada de soltura y desenfado» con la que Iscar ha realizado la biografía de Gabriel y Galán, este «antiguo maestrillo de escuela», que aparte de ser considerado el poeta católico por antonomasia, también hay que destacar el aspecto social de su poesía. Pero nuestra escritora no puede evitar esa fina ironía, que tanto la caracteriza, cuando casi al final del artículo habla de cómo Fernando Iscar tuvo que poetizar mucho para hacer una buena biografía de Gabriel y Galán.

Estamos ante el último artículo escrito por María Rosa Alonso antes de la guerra civil, ya estaba disfrutando de las vacaciones en su isla, pero ella seguía trabajando tal y como nos demuestra con este artículo en el que pone de manifiesto su preocupación para que no quede en el olvido personajes de las islas que realizaron

---

<sup>601</sup> Joan Maragall (1860-1911) fue un poeta considerado uno de los padres de la poesía catalana modernista. Para María Parés: «En Joan Maragall vemos siempre a un hombre entrañablemente próximo y contradictorio: apasionado y lúcido, fáustico y horaciano, vitalista y cristiano. En el fondo de su serenidad percibimos siempre algo voluntariosa y tenazmente conseguido, más por el instinto que por la razón; como un equilibrio siempre inestable y milagroso, inefable, como lo es en el fondo el don de la poesía, “honda emoción de la vida floreciendo en verso”, según intentaba definirla el mismo poeta» (MARAGALL, Joan [1985]: *Antología poética* (Edición bilingüe), introducción y selección de María Parés, Alianza Editorial, Madrid: 15).

<sup>602</sup> Francisco Fernández Villegas (1856-1916): conocido también por su pseudónimo *Zeda*, fue un periodista, crítico teatral y escritor español. Es muy interesante la relación entre este periodista y doña Emilia Pardo Bazán, nos dice Dolores Thion Soriano-Mollá: «Tanto Emilia Pardo Bazán como Francisco Fernández Villegas fueron críticos eclécticos y abiertos a las nuevas estéticas. [...] A ambos también les interesó el naturalismo espiritual, el simbolismo y el teatro de ideas, sin por ello dejar de reivindicar la riqueza de la tradición española. Para Emilia Pardo Bazán, *Zeda* representaba el crítico ecuánime incluso cuando sus opiniones diferían, y de él declaraba “siempre amiga y deseosa de saber su opinión en letras de molde”. La escritora le solicitaba para que atendiese sus obras de creación, por el talante y la calidad de sus críticas y por el reconocimiento del que gozaban sus columnas entre el público, potencial lector y comprador. Por ende, seguramente no ignoraba que la prensa de provincias se solía hacer eco de las colaboraciones y dictámenes del crítico. Desde su incorporación a la redacción de *La Época*, *Zeda* atendió la obra de la escritora, tanto en sus balances anuales, como al hilo de la aparición de sus creaciones. De Emilia Pardo Bazán solía destacar la calidad de sus críticas –“sinceras y justas”–, así como su prolijidad y polivalencia creadora» (THION SORIANO-MOLLÁ, Dolores [2022]: «Emilia Pardo Bazán y Francisco Fernández Villegas, Alias *Zeda*: Cartas inéditas», en las actas *Mundos del hispanismo: una cartografía para el siglo XXI: AIH Jerusalén 2019*, ed. R. Fine et al. Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 2022: [https://doi.org/10.31819/9783968693002\\_034](https://doi.org/10.31819/9783968693002_034) [consultado el 20/10/2023]).

verdaderas hazañas allende los mares. «El libro que no se ha escrito»<sup>603</sup> también forma parte de su primer libro *San Borondón signo de Tenerife*, 2001: 87-90. En este artículo ella muestra su deseo de escribir un libro en el que se haga un inventario ordenado y completo de los canarios, que hayan destacado en América «marcando una señal peculiar, isleña, en el continente occidental», para hacer esto habría que tener muy en cuenta a Viera y Clavijo. Empezando en el XVI con el Padre Anchieta, Severio de Vera y Agustín de Betencour; en el XVII a la familia de Abreu, al palmero Francisco Díaz Pimienta y al gomero Francisco Dávila Orejón, capitán general de Cuba; en el XVIII, al que ella llama el Siglo de Oro de Canarias, coloca en primer lugar al palmero José Fernández Romero, que gracias a él. Cincuenta familias canarias pueblan Montevideo, le sigue una larga nómina de la que nos llama la atención el lagunero «Antonio Porlier, Marqués de Bajamar, el perito de Justicia por excelencia, en América, primero, y en Madrid, después». A medida que avanzan los siglos se complica más la nómina de canarios destacados en América, por lo que habla de Cuba, sobre todo de las influencias lingüísticas de ida y vuelta; se pregunta por el porqué de que los canarios y los gallegos se aclimataron mejor a esa isla que a ningún otro lugar americano. Deja en el aire muchas preguntas y las respuestas estarían en mano de los investigadores para que realicen ese libro que, primero apunto Viera y Clavijo y ahora nuestra inquieta intelectual tinerfeña.

Y llegó la catástrofe y con ella un angustioso silencio, que perduraría a través de los años, ya que nunca ha vuelto a ser igual, a pesar de que con la muerte del dictador y la llegada de la democracia se ha intentado resarcir a tantas víctimas de la cruenta guerra civil. En lo que respecta a María Rosa Alonso hay un antes y un después muy abrupto en cuanto a sus artículos periodísticos: desde el golpe de Estado a la publicación de su siguiente artículo, transcurrieron siete años —menos diez días—, aunque como es normal conociendo su trayectoria como la hemos conocido a través de estas páginas, nuestra escritora siguió trabajando en otras cosas como: en 1937 termina de escribir su libro *Un rincón tinerfeño. La Punta del Hidalgo*, en 1939 el *Museo Canario* de Las Palmas de Gran Canaria la nombra corresponsal de su revista, en 1940 se publican sus dos primeros libros: *San Borondón signo de Tenerife* y *En Tenerife una poetisa. Victorina Bridoux. 1835-1862*; además, hace el prólogo a una selección de

---

<sup>603</sup> ALONSO, María Rosa: «El libro que no se ha escrito», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 28 de junio de 1936.

poemas de Rafael M. Martínez Neda Aurora, y también la introducción a un pequeño libro dedicado a Joaquín Estrada, escribió su obra *Con la voz del silencio*. En 1941 va a Madrid para hacer el examen final de carrera y vuelve a Tenerife. En 1942 publica una reseña en *Cuadernos de Literatura Contemporánea*, sobre un libro de Andrés de Lorenzo-Cáceres *Malvasía y Falstaff. Los vinos de Canarias*; en este mismo año termina el doctorado y comienza a ejercer como profesora en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Laguna, impartiendo clases de Gramática histórica y de Latín, y escribiendo muchas notas y trabajos en *Revista de Historia*. En 1943 publica un artículo sobre Azorín en *Cuadernos de Literatura Contemporánea* y, finalmente, en este mismo año vuelve a retomar su actividad periodística.

«Cronología y bibliografía de Benito Pérez Galdós»<sup>604</sup>: es paradójico cómo una persona que tanto luchó por unos ideales de izquierda se viera abocada a prestar sus servicios a un periódico tan representativo del bando de los ganadores: *Falange*<sup>605</sup>, pero creemos que en aquellos momentos no le quedó otra opción, pues era la única manera de seguir publicando sus trabajos periodísticos, aunque cuidando mucho lo que escribía. Por eso no nos puede extrañar que los responsables del periódico acudieran a ella para festejar un aniversario tan importante para el mundo cultural español, en general, y el canario, en particular. Los responsables de la publicación eran conscientes de que en Canarias no había una crítica literaria de la calidad de María Rosa Alonso, que el año anterior había ingresado como profesora en la recién creada Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Laguna. Lo primero que hace al escribir el artículo es decir que se ha visto comprometida por el Director del periódico y quiere pedir disculpas de antemano porque en la isla no tiene el material suficiente para hacer el trabajo que se merece tanto Galdós como los lectores del periódico: dice que en cuanto

---

<sup>604</sup> ALONSO, María Rosa: «Cronología y bibliografía de Benito Pérez Galdós», *Falange*, 10 de mayo de 1943.

<sup>605</sup> *Falange*, órgano de Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S., fue un diario que surgió tras el golpe de estado militar del 18 de julio de 1936 como vocero del régimen franquista, en un contexto de legislación de prensa restrictiva y totalitaria, que no permitió la coexistencia de ningún otro diario durante un largo periodo. Se benefició del cierre forzoso del *Diario de Las Palmas* y de una falta de competencia que se refleja en los pocos cambios en forma y contenido hasta los años sesenta. En 1962 desaparece el subtítulo que indica su condición de portavoz ideológico, y en 1963 cambia su cabecera por la de *El Eco de Canarias*, más aséptica y regional. Su primer director fue Francisco Fiol, al que le siguió Najul; pero fue Ignacio Quintana Marrero quien estuvo al frente del mismo durante 20 años, hasta el cambio de denominación. En este periódico María Rosa Alonso publicó 130 artículos, desde el 10 de mayo de 1943 al 22 de mayo de 1953.

a la cronología no puede aportar datos sobre las dos veces que Galdós, una vez ya consagrado como el gran escritor que era, estuvo en Las Palmas, según lo afirmado por Miguel Sarmiento y don Patricio Estévez. De todas formas, aporta, a pesar de decirnos que no va a ser un trabajo exhaustivo, un excelente material sobre la cronología y la bibliografía de Galdós dividido en las siguientes partes: cronología, otras obras, y bibliografía referente a Galdós. Creemos que teniendo en cuenta la época en que fue elaborado el trabajo, éste constituyó una gran aportación para los lectores del periódico, pues a pesar de los años transcurridos sigue siendo un material muy valioso tanto para los investigadores del novelista como para los canarios que estaban ansiosos por conocer más y mejor a este escritor universal.

Tendrá que transcurrir casi dos años para ver otra publicación, siempre según el listado que nuestra autora nos dio personalmente, aunque sí ha realizado otras actividades como la impartición de clases en la Universidad, la realización de diversas labores en la *Revista de Historia*, la edición por el CSIC de la *Comedia de Nuestra Señora de Candelaria*, la realización de una extensa «Nota» al libro de Julián Marías sobre Miguel de Unamuno, la publicación por parte del Museo Canario de Las Palmas de su trabajo sobre el «Folklore infantil»; la *Revista de Historia* publica dos trabajos suyos: «Índice cronológico de escritores canarios I» (que justifica como una aclaración y mejora al trabajo titulado «Índice» publicado por ella misma en el n.º 67 de la revista) y «Vejamen y réquiem al librito intitulado La Punta del Hidalgo»; en 1945 la *Revista de Historia* publica la segunda parte del «Índice» como separata de «Las canciones populares canarias» por el Museo Canario de Las Palmas y la revista *Cuadernos de Literatura Contemporánea* publica su trabajo «Alonso Quesada, poeta canario».

Seguimos en el año de 1945, año en que la revista *Isla*<sup>606</sup> publica un trabajo suyo: «El paisaje de Gran Canaria»<sup>607</sup>; este trabajo marca el inicio de una etapa en la que nos encontramos con muchos artículos dedicados a describir, y a veces ensalzar, los pueblos, sobre todo de Tenerife. Tengamos en cuenta que se acabaron los artículos políticos y este vacío tenía que llenarlo un tipo de artículo que no provocara al lápiz rojo del censor (en los periódicos son los directores los que cumplen dicha función) y que

---

<sup>606</sup> *Isla* fue una revista de información del Centro de Iniciativas y Turismo de Gran Canaria, que se comenzó a publicar en 1945, en la imprenta «El Siglo». Mantuvo una línea de colaboraciones y artículos acerca de aspectos relacionados con el tipismo, la arquitectura, el folclore, la cultura, la arqueología, el paisaje, la flora ... Con irregular periodicidad, sobrevivió durante casi 25 años hasta 1970. María Rosa Alonso sólo publicó este artículo en *Isla*.

<sup>607</sup> ALONSO, María Rosa (1945): «El paisaje de Gran Canaria», *Isla*, N.º 2, Las Palmas de Gran Canaria.

fomentara el amor a las tradiciones —no olvidemos que esta era la función de la Sección Femenina—; pues bien, María Rosa Alonso de aquí en adelante escribirá muchos artículos sobre los pueblos, describiendo tanto su Naturaleza como sus costumbres, aunque ella procura no caer en un rancio folklorismo. Quizás es en el contacto con la naturaleza donde nos encontramos con una mujer más cercana, creemos que su amor a la tierra hace que aflore en ella unos sentimientos, que están muy lejos de manifestarse, por ejemplo, en los de crítica literaria, en los que nos encontramos con la parte más científica de su prosa, en contraste con los del bloque temático que vamos a iniciar —al que denominaremos «Paisajes y pueblos»— en los que aparece una prosa lírica, que sale de lo más hondo de sus emociones. «El paisaje de Gran Canaria» es en realidad una carta que, según el propio Director al que va dirigido la carta: «La inteligente profesora [...] la infatigable investigadora de nuestras letras, ha trazado una bella y exacta semblanza de las dos islas capitales...». Este trabajo consta de tres páginas: en la primera de ellas hay dos fotografías y una en cada una de las dos siguientes. El comienzo es muy lírico, hace comparaciones entre las dos capitales, por ejemplo: mientras que Santa Cruz tiene las montañas en segundo término, Gran Canaria tiene sus montañas dispersas: Santa Cruz es latitud y Las Palmas longitud; esas diferencias también existen a nivel cultural: Tenerife tuvo su apogeo en el XIX con el «Gabinete Instructivo», Las Palmas tuvo el aristocrático barrio de Vegueta, cuyo arquitectura ha estado siempre tan bien cuidada; nombra personajes ilustre que estuvieron en Las Palmas como el Obispo Verdugo o el Abate Viera. Recuerda el «pleito insular» y lo que se implicó en él para que no existiera. Después de la digresión cultural y política vuelve al paisaje y su influencia sobre el hombre y a la inversa, también habla de la Gomera, de la que le han dicho que es una Gran Canaria pequeña, pero con agua. Termina diciendo que todo lo escrito se lo ha suscitado una fría tarde lagunera a su vuelta de la Facultad al leer la revista *Isla* a cuyos creadores felicita y les da las gracias por habérsela enviado, reiterando el amor que siente a la isla de enfrente. María Rosa Alonso no pierde la costumbre de hacer su periodismo cultural, puesto que, a pesar de que se trataba del hablar del paisaje, ella no pierde ocasión para hablar de hechos y personas que forman parte de la idiosincrasia de nuestras Islas.



Ya a finales de septiembre de este mismo año de 1945, en una revista peninsular, *El Español*<sup>608</sup>, publica un ensayo sobre un autor grancanario: «Alonso Quesada, provincianismo canario en Rafael Romero»<sup>609</sup>. Amplio trabajo el realizado por María Rosa Alonso en esta «reseña» del libro de poemas del escritor grancanario «Alonso Quesada», *Los caminos dispersos*. A pesar de que la autora lo incluye en su listado de artículos, creemos que es un ensayo literario, debido a su amplitud y a la profundidad con que trata el tema de la poesía de Rafael Romero. El libro a reseñar se lo han enviado desde El Gabinete Literario de Las Palmas<sup>610</sup> y nuestra escritora hace un profundo repaso por la obra de este autor fallecido en 1925, empezando por su primer libro, *El lino de los sueños*, que llevaba el famoso prólogo de D. Miguel de Unamuno y que «suele citarse siempre que se habla de la generación poética de Las Palmas, que es acaso la de 1917, la que le dio a la isla una consistencia que jamás se había alcanzado por estas latitudes». Dicho libro también llevaba una carta poética de Tomás Morales. Mas adelante la autora nombra a Valbuena Prat, al que considera de obligada cita para hablar de moderna poesía en Canarias, él señalaba cuatro notas decisivas en dicha poesía: aislamiento, cosmopolitismo, intimidad y sentimiento del mar. Nombra el estudio que Juan Ruiz Peña ha hecho sobre *El lino de los sueños*, en el que destaca el provincianismo del autor, esto llevar a María Rosa Alonso a reflexionar sobre este concepto y dice que no se puede hablar del mismo provincianismo en un peninsular que en un isleño y recuerda las palabras de Alberti a Claudio de la Torre<sup>611</sup>: «Yo sé,

---

<sup>608</sup> *El Español* fue una revista de ideología falangista que se publicó durante la dictadura franquista. Fue fundada por Juan Aparicio en 1942 y dependía de la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda. Buena parte de la intelectualidad falangista —como Ernesto Giménez Caballero— colaboró o escribió en la revista durante la década de 1940. Durante estos años los editoriales publicados por la revista solían ser consignas publicadas por todos los diarios de España.

<sup>609</sup> ALONSO, María Rosa: «Alonso Quesada, provincianismo canario en Rafael Romero», *El Español*, N.º 153, Madrid, 29 de septiembre de 1945.

<sup>610</sup> El Gabinete Literario de Las Palmas de Gran Canaria se fundó el 1 de Marzo de 1844, en pleno reinado de Isabel II, con el nombre de Gabinete Literario de Fomento y de Recreo de Las Palmas, sin embargo, la filosofía que impulsa al Gabinete Literario le hizo ir más allá de una institución meramente recreativa y desde su fundación oficial hasta la actualidad, la Sociedad Gabinete Literario de Las Palmas de Gran Canaria ha jugado un papel de primer orden en el desarrollo literario, cultural y científico no sólo de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, sino de Canarias en su conjunto, por ejemplo, en 1910 se patrocinan los Juegos Florales, el primero de los cuales contará con la presencia de Miguel de Unamuno. Pese a las alteraciones políticas que se producían entre 1870 y 1920, la Sociedad cedió sus locales en diversas ocasiones para la celebración de actos políticos de toda índole. Sus actividades culturales tienen larga tradición en la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, está considerado uno de los principales bienes patrimoniales de Canarias, tanto por su edificación como por sus contenidos.

<sup>611</sup> Claudio de la Torre (1895-1973), nacido en Las Palmas de Gran Canaria fue un novelista, poeta, dramaturgo y director de cine y teatro español. Nieto del historiador, novelista y músico Agustín Millares Torres y hermano de la actriz Josefina de la Torre, se casó con la también

Claudio, que un día tus islas naturales navegarán con rumbo hacia la playa mía», es decir, que tendemos a la no diferenciación entre provincianos de las islas y del continente. Nuestra ensayista habla de las gentes de las islas, tanto las que son muy conocidas, como las que sólo conocen unos pocos; transcribe una poesía de Tomás Morales, cosa que nos extraña mucho puesto que el ensayo es sobre «Quesada». Habla también de las diferencias del paisaje de la isla de Tenerife: «El paisaje de Tenerife es bifronte. El del norte de la isla es un paisaje culto, porque lo ha hecho el hombre: el del sur es divino exclusivamente, porque el hombre en nada apenas ha modificado allí el Creador». Vuelve a «Alonso Quesada» para recordar que este poeta decía que las tierras de Gran Canaria eran unas tierras sin colores y que el mar se siente como un dogal que aprieta el cuello de la isla. Es imposible comentar aquí los amplios conocimientos que demuestra poseer María Rosa Alonso sobre poesía, tanto de Canarias como de la Península y que tan bien explica bajo el hilo conductor de la poesía de «Quesada», pero que se convierte en una exposición sobre Canarias, tanto de su cultura como de sus poetas. A lo largo del ensayo destacan la influencia de los elementos básicos que definen la poesía de Canarias y del autor objeto de este comentario: «El mar y el sol, el ardiente sol de Gran Canaria, soporta el paisaje vital y estético de “Alonso Quesada” [...] Pero el sol, el mar y el alma del poeta le dan calor, pálpito apasionado». Termina el ensayo con algún pequeño comentario intercalado entre la transcripción de versos del poeta isleño del que Unamuno percibió «La tragedia honda del mozo del islote soñando con el mar infinito».

Llega el año 1946, en el que publicará dos encartes en la *Revista de Historia*, sobre destacados escritores canarios: el primero sobre Viera y Clavijo, en el que hace una cuidada selección de su poesía y el segundo sobre Fray Marcos de Alayón. Sigue con su actividad como crítica, esta vez de arte, nada más empezar el año publica por

---

escritora Mercedes Ballesteros Gaibrois. Según palabras de Sebastián de la Nuez: «La personalidad de Claudio de la Torre, a juzgar por las conclusiones que se desprenden de su vida y del juicio de sus coetáneos, fue la de un hombre “pulcro, de postura airosa tanto en sus maneras como en su aliño indumentario; tímido o retraído, de reservado talante y habla pausada; elegante sobriedad y decantada ironía”. De ideas liberales, mantuvo siempre un espíritu de tolerancia que lo apartó de intrigas y partidismos sectarios. Claudio sólo “odió dos cosas: la pedantería y la falta de sinceridad”. [...] En relación con su obra, fue Claudio de la Torre un paradigma del escritor. Preocupado constantemente por revisar su estilo e incorporar nuevas técnicas literarias, fue uno de los más finos y sensibles entre los autores españoles de su tiempo, entregado al servicio de una literatura sin reservas, sin subordinación a las modas superficiales o a la oportunidad. No escribió nunca para ser eficaz, sino para ser fiel a sí mismo» (REVERÓN ALFONSO, Juan Manuel [1991]: *Estudio de la obra literaria de Claudio de la Torre*, prólogo de Sebastián de la Nuez, Excmo. Cabildo Insular de Tenerife: 17).

segunda vez en el periódico grancanario *Falange*: «Exposición León y Falcón en el Gabinete Literario de Las Palmas»<sup>612</sup>, con este artículo iniciará una sección en el periódico de Las Palmas, «Cada día con su tema» que durará hasta junio de 1948. En esta ocasión firma como M. R. Solano —es el tercer seudónimo que emplea nuestra escritora en los artículos que llevamos analizados— y antes de comenzar la crítica propiamente dicha, el periódico hace una nota para aclararnos que este nombre «es el velo que medio oculta una de las personalidades más vibrante y de formación cultural más acusada, en el instante del mundillo intelectual canario», también dice que el escrito que viene a continuación había aparecido como una nota en la *Revista de Historia*. En el texto transcrito de María Rosa Alonso, con un lenguaje que raya en el lirismo, hay una especie de juego entre la parte técnica, que corresponde a una exposición de pintura, y la parte humana en lo que concierne a sus protagonistas. La autora nos habla ampliamente de don Manuel de León y Falcón: de su primera exposición en Las Palmas, de su vida y obra, de su familia, etc.; al final de la nota se destaca una de las características más sobresalientes del pintor: pintaba tanto a personajes aristocráticos como a un mendigo, siguiendo el costumbrismo español; cultivó tanto el cuadro religioso como el bodegón. La escritora tinerfeña nos cuenta una conmovedora historia acerca de un cuadro dedicado a un amor «imposible» del pintor, Rosita de Casabuena y Bravo de Laguna: en dicho cuadro aparece la silueta del pintor, aunque «no sabemos si el pintor dejó allí su silueta o su propio corazón».

Al mes siguiente publica su segunda colaboración con *El Español*, también con un artículo-ensayo literario sobre Canarias, aún más extenso que el anterior: «Una estilística del tema Atlántico, excelencias de una teoría y deficiencias de una información»<sup>613</sup>, en el que se dedica a comentar un libro, esta vez el de Manuel Criado de Val, *Atlántico*. Comienza haciendo una reflexión sobre la crítica y sus cultivadores a los que no deja en muy buen lugar, pues sobre todo en provincias, escriben muy influenciados por el entorno, es decir, si no conocen al escritor del libro lo despachan en cuatro líneas, pero si es un amigo le dedican un largo artículo en el que nombran desde clásicos hasta «los peces de colores» y al final aparece el nombre del libro y de su autor. Pasa a hablar del libro objeto de su comentario, escrito por Manuel Criado de Val, que

---

<sup>612</sup> ALONSO, María Rosa: «Exposición de León y Falcón en el Gabinete Literario de Las Palmas», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 9 de enero de 1946.

<sup>613</sup> ALONSO, María Rosa: «Una estilística del tema Atlántico, excelencias de una teoría y deficiencias de una información», *El Español*, N.º 171, Madrid, 2 de febrero de 1946.

había sido catedrático de Literatura del Instituto de Enseñanza Media de Santa Cruz de Tenerife, tras la presentación del autor, nos habla del libro en sí y de la formación filológica de su autor, haciendo un repaso de las influencias de sus maestros y de grandes intelectuales que les antecedieron, en las teorías que plasma en su libro. Pero María Rosa Alonso crítica su falta de investigación en el campo de la cultura canaria: «Cada vez que Criado de Val hace, de paso, una afirmación noticiosa sobre algo concreto dice una inexactitud», esto lo demuestra con ejemplos del propio libro, incluso refutando sus opiniones con transcripciones de autores canarios. El artículo es una demostración de la gran preparación filológica de la estudiosa canaria, puesto que cada cosa que crítica en el autor del libro objeto del comentario, lo argumenta con datos que no dejan lugar a dudas de sus afirmaciones. En fin, que, ante un trabajo de estas características, sólo podemos sentirnos orgullosos de tener una mujer con tan alto nivel de preparación cultural y académica, capaz de contradecir a los grandes intelectuales del momento. Este artículo tuvo una gran repercusión en las islas y muestra de ello es la Nota del periódico grancanario *Falange* en la que plasman su orgullo ante la contestación de nuestra autora; partiendo de la afirmación de Vossler de que no sabía que en Canarias dormía un problema de Filosofía del Arte, y en la misma tónica que María Rosa Alonso, muestran su protesta, de forma irónica, ante esas ideas del relajamiento idílico de los canarios «que dormidos en las aceras, esperando la clásica voz de “levántate y anda”. Pero a veces ni a puntapié se levantan». Por eso se congratulan tanto de que haya sido una canaria la que pusiera en su sitio a esos señores, que se creen que vivimos todavía en el mítico jardín de las Hespérides.

Después de un largo período de tiempo sin publicar en el periódico *La Tarde*, que la vio nacer como periodista —su último artículo fue del 11 de julio de 1931— María Rosa Alonso nos brinda un artículo suyo en el periódico vespertino de la prensa tinerfeña, aunque originalmente no fue escrito para este diario, sino que es una transcripción del comentario-reseña publicado en la *Revista de Historia*, «En torno al libro de versos *Rincón de provincia*»<sup>614</sup>; hay una nota del periódico para decir que el artículo había aparecido en la revista de la Facultad y que, al ser dedicado al compañero, han transcrito este «erudito estudio». La periodista comienza haciendo un repaso por todas las obras publicadas de Luis Álvarez Cruz, incluso recuerda cuando le dedicó en

---

<sup>614</sup> ALONSO, María Rosa: «En torno al libro de versos *Rincón de provincia*», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 14 de junio de 1946.

1932 —*Hoy* 29 de julio— un artículo a su libro *Alamares*, del que transcribe un párrafo. En el comentario destaca la influencia del poeta parnasiano Manuel Verdugo en Álvarez Cruz: la melancolía soterrada del primero es «consustancial melancolía inserta en el alma triste taciturna y altiva» en el segundo. La Laguna ha sido fundamental en todos los poetas que nuestra autora llama de «interiores», concretamente, en la poesía del autor de libro comentado la ciudad de los Adelantados es esa ciudad gris y lluviosa «con su clima húmedo y sus ráfagas de ventolera». Destaca la influencia del Modernismo y la indiferencia hacia los poetas coetáneos; asimismo alaba «la honradez personal del hombre que sólo es capaz de cribar poéticamente lo que ha sentido». Finaliza el comentario elogiando la pulcritud de la litografía Romero al publicar tan bello cuaderno, realizado con un soneto del maestro Verdugo y un delicado prólogo de Rafael Láynez Alcalá. Creemos que los lectores de *La Tarde* supieron valorar el interés de la profesora por el poeta tinerfeño y como, después de tanto tiempo sin leer sus artículos, la periodista había logrado superarse a sí misma demostrando su gran interés por la cultura y por la difusión de la obra de los poetas canarios.

A principios de agosto tiene lugar la tercera publicación de nuestra autora en el periódico madrileño *El Español*: «Carta tinerfeña a Mr. Starkie»<sup>615</sup>, al igual que el artículo anterior también lo publicó unos veinte días después el periódico tinerfeño *La Tarde*. En forma de epístola María Rosa Alonso se dirige en un tono, muchas veces lírico, a Mr. Starkie, traductor, cervantista, hispanista, viajero y violinista irlandés, afincado en España. Nuestra escritora define lo canario de una forma verdaderamente hermosa a través de metáforas musicales, describe nuestro verdadero folklore (que no tipismo) que, a su vez también, refleja el carácter del isleño. Deja muy clara su postura hacia cierta clase de gente que, por desgracia, algunos son de nuestra propia tierra, unos pocos desaprensivos a los que sólo le interesa el negocio. La escritora tinerfeña hace referencia a ese tipo de turismo extranjero, que, con sus guías en la mano, pasan mirando, pero sin ver lo que en realidad hay en las Islas, sin valorar nuestra cultura. Igualmente, se hace alusión a esos «godos» que con aires virreinales vienen a hacernos un gran honor con su visita. Es muy interesante cuando compara la situación de Irlanda (de donde es oriundo Mr. Starkie) e Inglaterra con el pleito insular existente entre las dos islas capitalinas canarias, aunque también saca cosas positivas de dicho

---

<sup>615</sup> \_\_\_\_\_: «Carta tinerfeña a Mr. Starkie», *El Español*, N.º 197, Madrid, 3 de agosto de 1946.

enfrentamiento, por ejemplo, «el crecimiento y emulación de las dos poblaciones más importantes del archipiélago y la competencia en otros órdenes». Pone de manifiesto la dependencia histórica existente entre Inglaterra y Canarias, pues a principios de siglo la madre patria apenas nos hacía caso; sin embargo, el comercio de la fruta y el turismo era potenciado por los ingleses, que «fundaban oficinas y empleaban en ellas a gentes de tan fino espíritu como Rafael Romero, el pobre “Alonso Quesada”». Desde nuestro modesto punto de vista, este ensayo histórico-cultural refleja de una manera muy clara lo acontecido con la influencia inglesa en nuestras islas; es un claro ejemplo de la prosa de María Rosa Alonso en la que aúna historia y actualidad, para destacar la influencia cultural de nuestras islas, tan expuestas a los vaivenes políticos de las naciones que nos han dominado a lo largo de nuestra historia regional, ya sea por la economía o políticamente. Aparece ese guiño irónico que tan bien suele emplear nuestra periodista, al recordar las dos garrafas de vino de malvasía tinerfeño que envió el general Gutiérrez a Nelson y el barril de cerveza con el que éste último dio las gracias a Gutiérrez; muy lejos estaban de imaginarse ambos militares que precisamente fue en Tenerife donde se batieron como grandes, resultando perdedor (incluso de su brazo) el general inglés.

A los dos meses largos del anterior nos encontramos con un nuevo artículo, que es el tercero que la tinerfeña publica en el periódico de Las Palmas, *Falange*, el segundo dentro de la sesión «Cada día con su tema»: «Exámenes, recomendaciones y claveles»<sup>616</sup>. Muestra de la aceptación que habían tenido los dos anteriores artículos de María Rosa Alonso es que en el periódico del domingo anterior aparece la siguiente nota: «*Exámenes, recomendaciones y claveles*, por María Rosa Alonso. Lea este artículo en nuestra edición del martes». En el título aparecen unos claveles que están en la habitación de un hotel donde se encuentra una «pobrecita profesora auxiliar de Universidad de provincia», desde el primer momento podemos observar el tono jocosos con el que está escrito el artículo, aunque revelé la cruda realidad. Expone que cada junio y septiembre es víctima del acoso de los estudiantes que se reúnen en grupos de tres para atacar al indefenso profesor. Ella sólo pretende ser justa, pero parece ser que tanto padres como alumnos irresponsables recurren a diferentes artimañas para conseguir lo que no pueden ya que no se han dedicado a estudiar. Nos parece un corto pero delicioso ejercicio de imaginación el que ha empleado nuestra joven profesora para

---

<sup>616</sup> ALONSO, María Rosa: «Exámenes, recomendaciones y claveles», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 1 de octubre de 1946.

describir la situación que los que nos hemos dedicado a la enseñanza sabemos que sigue existiendo este tipo de hecho sibilinos por parte tanto de los alumnos como de sus padres, pues no sabemos cuál de los dos es más irresponsable, si el progenitor por no estar pendiente de la educación de su hijo o de estos tríos que forman una fauna y se unen para vigilar las entradas y salidas de la guarida del profesor, además de que «a veces de manera conminatoria o bien por medio de cartas, telegramas y telefonazos que ponen a prueba sus nervios y capacidad de resistencia física».

En este mismo mes nos encontramos con el cuarto y último artículo-ensayo que escribe María Rosa Alonso en el periódico madrileño *El Español*, «Nuevo descubrimiento de Canarias»<sup>617</sup>, aquí nos cuenta la historia relacionada con Canarias del señor Federico García Sanchiz<sup>618</sup>, que vino a Tenerife como secretario particular del gobernador de la provincia D. Rafael Comenge. Para el joven la llegada a la isla supuso una gran decepción porque él se esperaba otra cosa y escribió un libro publicado en 1910, *Nuevo descubrimiento de las islas Canarias*, en el que descargaba toda su frustración, ahí agrandaba los defectos de nuestra tierra y callaba sus virtudes. Pero han pasado los años y el señor Sanchiz ha vuelto a las islas ya convertido en un razonable orador, que ha impartido cuatro charlas en las que ha contado su viaje alrededor del mundo. Nuestra autora dice que no le interesa el resentimiento, ni le mueve el rencor, cree que la indiferencia cultural hacia las Islas que en 1910 alimentó la parcial actitud del joven, en la actualidad está ampliamente superada y nos enumera la gran cantidad de personas y entidades que han logrado elevar el interés cultural en las Islas: la Universidad, el Círculo de Bellas Artes de Santa Cruz, el gabinete Literario de Las Palmas... Y termina el artículo con un hermoso deseo: «Creemos en los lazos de la cultura, de la comprensión y del respeto. En el amor, que une, y no en el odio, que

---

<sup>617</sup> ALONSO, María Rosa: «Nuevo descubrimiento de Canarias», *El Español*, N.º 208, 19 de octubre de 1946.

<sup>618</sup> Federico García Sanchiz (1886-1964) fue un escritor, novelista, ensayista, prologuista, periodista y viajero español, miembro de la Real Academia Española, conferenciante muy solicitado, aunque él mismo se denominaba charlista. El profesor tinerfeño Pablo Quintana, al igual que María Rosa Alonso, también tiene una opinión negativa sobre el escritor español: «Federico García Sanchiz fue un godillo enterado, secretario del gobierno civil y contertulio de Unamuno en esta colonia penal, que escribió y publicó, en 1910, este *Nuevo descubrimiento de Canarias*, donde nos cuenta cuándo y cómo España, la primera y la última de las potencias africanistas de Europa, descubre la importancia geopolítica del archipiélago oesteafriano de Canarias. Algunas informaciones preciosas que nos ofrece este libro sobre las imágenes y la oralidad común de los canarios en la Época de Secundino Delgado no las encontraremos en ninguna de las páginas literarias o periodísticas de los muchos escritores de esa Época, llamada también del Modernismo canario» (GARCÍA SANCHIZ, Federico [1986]: *Nuevo descubrimiento de Canarias*, edición de Pablo Quintana, Editorial Benchoimo, La Laguna: 1).

separa, como nos dijo un ilustre hispanista». De la misma manera que en el artículo de *El Español* del 2 de febrero sobre el tema del Atlántico, el periódico de Las Palmas *Falange* con el que colaboraba nuestra autora se había hecho eco, en esta ocasión también lo comenta en la misma sección de «Casos y cosas» compartiendo con nuestra autora el orgullo de los avances científicos, literarios y culturales de las Islas, y transcribe íntegramente la última parte del artículo: desde «Hay que hay que reconocer...» hasta el final.

Llega 1947 año en que realiza un trabajo sobre la poetisa cubana Dulce María Loynaz, «Modernismo y nueva poesía en *Versos 1920-1938*». En este mismo año por concurso-oposición ganó la plaza de profesora adjunta de Literatura de la Facultad de Filosofía y Letras de La Laguna; pero también sufrió una gran pérdida con el fallecimiento de su madre. Por los motivos anteriores es por lo que se pasó casi un año sin publicar nada en la prensa de las Islas, pero a partir de agosto nos encontramos con una fructífera colaboración con el periódico *El Día*<sup>619</sup> en el que publica cinco artículos correlativos. El primero de ellos es «Tenerife suma de pueblos. La capital y el interior I»<sup>620</sup>, este es el segundo —ya había escrito el año anterior en *Isla*, n.º 2: «El paisaje de Gran Canaria», comentado en líneas anteriores — en el que habla de lugares de las Islas; en el citado artículo había comparado las dos islas capitalinas y en esta ocasión vuelve a hacerlo. Una cosa que llamó su atención, cuando estuvo varias semanas en Las Palmas, fue como sus habitantes se referían a la capital y al resto de pueblos: el interior, para ellos, aunque se trate de núcleos urbanos tan poblados como Telde o Arucas se refieren a ellos como que son el campo, todo lo que no esté dentro de la ciudad es campo, interior. Ella piensa que es debido a que Las Palmas fue, desde que se conquistó la isla, la capital dividida por el puente del obispo Manuel Verdugo, o lo que es lo

---

<sup>619</sup> *El Día*, periódico de Santa Cruz de Tenerife, publicado por primera vez el 15 de febrero de 1939, es sucesor de *La Prensa*, fundada por Leoncio Rodríguez. Debido a la situación política al acabar la guerra civil, los dos diarios informativos de la isla, *La Tarde* por voluntad propia y *La Prensa* a instancias de los ganadores, quedaron relegados a meros órganos políticos y sin rivales con los que disentir. Quedó un solo diario matutino por provincia, la propia María Rosa Alonso nos habla en uno de sus artículos de la desaparición de *La Prensa* y la aparición de «aquel primer escuálido y dirigido *El Día*, con papel escaso y notas oficiosas». Nos cuenta como desde 1936 hasta 1955, Leoncio Rodríguez no fue dueño de la orientación de su periódico, y al igual que ella, tuvieron «que tragarse todo aquel aire público que nos disgustaba, con mejor o peor aguante». Y dice como el 6 de agosto de 1947 se incorporó con su colaboración interrumpida en 1936 a ese diario de Leoncio que ya era *El Día* («Recuerdo de don Leoncio Rodríguez», *El Día*, 15 de octubre de 1985). En esta tesis analizaremos los 53 artículos publicados en este diario entre 1947 y 1953.

<sup>620</sup> ALONSO, María Rosa: «Tenerife suma de pueblos. La capital y el interior I», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 6 de agosto de 1947.



mismo, el ayer y el hoy de la capital representados por Vegueta y Triana. Pero con Tenerife la historia es diferente, la primera capital fue La Laguna, sin mar, por lo tanto, un lagunero nunca dirá cuando se dirige a La Orotava, El Puerto o cualquier otro lugar de la isla que va al «interior». Nuestra escritora sigue repasando la historia de su isla y dice que La Laguna sigue siendo la capital eclesiástica y docente, mientras que Santa Cruz es la capital comercial y administrativa debido a su puerto. Recuerda como en siglos anteriores La Orotava tuvo gran importancia, pero sobre todo el Puerto de la Cruz al que dedica la última parte del artículo. María Rosa Alonso vuelve a ejercitar lo que constituirá una línea temática en su escritura: la descripción de los pueblos de su isla, que ocupará una gran parte de su quehacer literario, como ya iremos comprobando.

Al día siguiente el mismo periódico publica: «Tenerife suma de pueblos. La capital y el interior II»<sup>621</sup>, en el que comienza hablando de lugares del norte tinerfeño a los que ya se había referido en el artículo anterior, aunque confiesa que prefiere «las tierras del Sur, peladas, simples —el paisaje de Dios—, frente al florido vergel del Norte —el paisaje del hombre—», debido al hartazgo de las promociones turísticas. Como podemos observar esto ha cambiado ligeramente con el paso del tiempo. Describe el valle de La Orotava y los pueblos de su entorno: los Realejos, Icod y el Puerto de la Cruz, del que habla de sus fiestas y de las exposiciones de Marcos Baeza<sup>622</sup> que junto con Alejandro Saviñón<sup>623</sup> representan una muestra del romanticismo pictórico

---

<sup>621</sup> ALONSO, María Rosa: «Tenerife suma de pueblos. La capital y el interior II», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 7 de agosto de 1947.

<sup>622</sup> Baeza Carrillo, Marcos (1858-1915): fue un pintor formado en la Academia de Bellas Artes de San Fernando en Madrid y más tarde fotógrafo local en el Valle de La Orotava, trabajó la fotografía principalmente de carácter natural (vegetación, paisajes) y urbano (arquitectura), enmarcadas en el ámbito del norte de Tenerife (Valle de la Orotava, Puerto de la Cruz, Cañadas del Teide) a caballo entre los siglos XIX y XX. Las copias conservadas anteriores a 1888 (paisajes), están positivadas en papel a la Albúmina. También retratista de numerosas personalidades populares que pasaron por su estudio, Baeza se consolidó como una de las referencias fotográficas del momento, llegando a publicar sus imágenes en libros y álbumes nacionales o extranjeros. Autor de numerosas tarjetas postales que se distribuyeron internacionalmente, ilustradas con paisajes. El estudio fotográfico de Marcos Baeza prosiguió principalmente de la mano de su nieto Imeldo M. Bello Baeza, hasta mediados del siglo XX. Información extraída de: [https://bvpb.mcu.es/es/consulta\\_aut/registro.do?control=BVPB20150560469](https://bvpb.mcu.es/es/consulta_aut/registro.do?control=BVPB20150560469) (consultado el 8/09/2023).

<sup>623</sup> Alejandro de Ossuna y Saviñón (1811-1887): natural de La Laguna, este capitán de las milicias provinciales participó activamente en la vida municipal de su ciudad natal y cultivó la música y la pintura. En su amplia producción se encuentran retratos, pero es el paisaje el que ocupó un lugar destacado, dentro de cierto romanticismo bucólico, trasladando al lienzo rincones típicos de la isla y elementos de la geografía insular con un dibujo preciso y minucioso, junto a escenas costumbristas de gran valor etnográfico. Según Consuelo Conde: «Sus numerosas visitas a la vega lagunera denotan la complacencia de Ossuna en recoger los humildes rincones de su entorno natal. Casi ningún pintor, a excepción de Valentín Sanz ha captado con mayor acierto la atmósfera de Agüere. Una suave entonación gris y melancólica unifica sus composiciones [...] La pintura de paisaje, lejos de atender únicamente a la objetividad científica y experimentable, no se desprendió de sus consideraciones sentimentales y poéticas.

de la isla. La otra exposición portuense es la dedicada a la contribución de los artistas extranjeros al Puerto de la Cruz, ella se atreve «a afirmar que el Puerto es la única población que puede presumir de semejante ofrenda». Vuelve a insistir en que, atendiendo al devenir histórico, Tenerife no es sólo la capital, sino la unidad de sus pueblos tanto los del Sur como los del Norte. Aunque al final, creemos que, para no quedar mal ante el periódico santacrucero y una gran cantidad de sus lectores, se refiere a «nuestra querida capital, tan noble activa y acogedora...».

La siguiente publicación aparece a los diez días en el mismo mes y periódico, «Muy en serio sobre Las Cañadas»<sup>624</sup>, lleva el antetítulo de «Unos artículos y una carta del Ilmo. Sr. Comisario General de Excavaciones arqueológicas». En este artículo destacan dos nombres propios: Luis Diego Cuscoy<sup>625</sup>, «el apasionado y lírico esposo de Las Cañadas», y Svensson Svntenius<sup>626</sup>. «colaborador del jardín de aclimatación de La

---

La Naturaleza de este modo, sirvió más de expresión a una idea o sentimiento que de fin en sí misma» (CONDE MARTEL, Consuelo [1994]: «Alejandro de Ossuna y Saviñón pintor tinerfeño del siglo XIX», Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, separata del X Coloquio de Historia Canario-Americana, Vol. 2, págs. 1233-1246).

<sup>624</sup> ALONSO, María Rosa: «Muy en serio sobre Las Cañadas», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 17 de agosto de 1947.

<sup>625</sup> Luis Diego Cuscoy (1907-1987) fue uno de los investigadores más importantes en el campo de la arqueología canaria, destacando también como antropólogo y escritor. El núcleo central de sus investigaciones se centró en el campo de la arqueología, especialmente en Tenerife, donde realizó importantes excavaciones. Fue miembro del Instituto de Estudios Canarios y creador del Museo de Arqueología de Tenerife. Su obra como arqueólogo lo sitúa como nexo de unión entre los estudios sobre la arqueología y cultura tradicional canaria y la actual antropología social y cultural. Sus numerosos trabajos han sido publicados en las revistas más importantes de historia y de arqueología del Archipiélago Canario (*Revista de Historia, Anuario de Estudios Atlánticos, Museo Canario, etc.*) Y siguiendo la estela poética que nos marca María Rosa Alonso con su definición como «el apasionado y lírico esposo de Las Cañadas», veamos ese entusiasmo que él tenía por la historia reflejado en la prosa lírica del siguiente párrafo del Pregón de las Fiestas de Mayo Santa Cruz el 29 de abril de 1983: «Debemos aprovechar el símbolo, respetar el rito, alimentarnos de mitos —que todo es lícito—, pero sin dejar de reflexionar, sin olvidar que la tierra que pisamos pasó por momentos felices y sufrió penurias y quebrantos tanto por culpa de los olvidos como por la engañosa alegría de los que se creen de vuelta de un paseo campestre para servir de espectáculo al *menudo pueblo* y acabar la jornada con el naipe en la mano» (DIEGO CUSCOY, Luis [1984]: ... *que permitan el retorno de la libélulas*, prólogo de Antonio Tejera Gaspar, Excmo. Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife: 21).

<sup>626</sup> Eric Ragnor Svensson Sventenius, (1910-1973): fue un botánico sueco de nacimiento y español de adopción. Nos cuenta Oriol de Bolos, con el que Svensson había trabado amistad en Barcelona, que en 1943 el botánico sueco «pasa a ser Colaborador Científico del Jardín de Aclimatación de la Orotava, en Tenerife, y desde entonces ya no dejó más las islas Canarias, donde ha realizado prácticamente toda su obra científica. Sventenius encontró en Canarias la oportunidad de descubrir y describir un gran número de taxones nuevos para la ciencia. Cuando él llega, el nivel de conocimientos que existía sobre la flora de aquellas islas era en realidad bastante deficiente. En sus viajes Sventenius pasaba a veces por Barcelona y nos lo contaba. Nos decía que, si es verdad que las islas Canarias han sido visitadas por muchos botánicos, la mayoría de ellos se limitaron a seguir los caminos trillados, y que, como una gran parte de la región es abrupta y de mal transitar, había todavía muchos rincones inexplorados en el aspecto botánico, en los que podían ser descubiertos a veces taxones, endemias de área restringida. Por eso él, poseedor de una buena técnica alpinista, encontraba tantas novedades. Entre 1946 y 1972 Sventenius publica más de

Orotava», del que nuestra autora había hecho una reseña en la *Revista de Historia*. En los artículos a los que se refiere el antetítulo Cuscoy hace referencia a dicha reseña, María Rosa Alonso, además de agradecerse, hace un pequeño resumen de aquella en la que destacaba la gran preocupación del botánico, Svensson Svntenius, por la inminente desaparición de dos especies endémicas de la flora de Las Cañadas: la *Serratula canariense* y la retama del Teide. Dicha reseña llegó a Madrid a la mesa del señor don Julio Martínez Santa-Olaya, Comisario General de Excavaciones Arqueológicas y catedrático de la Universidad Central, que envía una carta a la profesora —transcrita en el presente artículo— en la que la anima a involucrarse junto con organismos públicos y suscripciones privadas para la salvación de los citados endemismos, además, nombra también a la violeta del Teide, al tajinaste rojo y a la sabina. Queda claro que este señor, a pesar de que en aquel momento había una centralización absoluta del Estado, está delegando su responsabilidad en las gentes de la isla, ya fueran entidades públicas o privadas. En el último párrafo la escritora apela a los dirigentes del Cabildo, de la Universidad y del Jardín de Aclimatación para que busquen remedición a la extinción de la flora autóctona; al final cita literalmente las palabras de Luis Diego Cuscoy en las que propone una solución: bloquear los pocos y conocidos accesos a Las Cañadas. Podemos imaginarnos lo que suponía en aquel momento esta solución, que todavía hoy en día, aunque con alternativas diferente sigue despertando tanta controversia.

El cuarto artículo de nuestra autora publicado en *El Día* es de crítica literaria, «En Tenerife, una poetisa: Dulce María Loynaz»<sup>627</sup>, cuyo título —ilustrado con una fotografía de la escritora cubana<sup>628</sup>— nos lleva al recuerdo de la segunda obra publicada

---

una veintena de trabajos, la lista de los que ha aparecido en «Cuadernos de Botánica Canaria» XVIII-XIX: 3-4. [...] En 1971 fue nombrado Director del Jardín Canario de Las Palmas. La última vez que vino al Instituto Botánico de Barcelona, pocos meses antes de su muerte, Sventenius, que se había convertido en un señor grave y repuesto, se lamentaba con tristeza de las pérdidas gravísimas que sufre el patrimonio natural de las islas Canarias. Le había afectado sobre todo la alteración absurda de los residuos que quedan del bosque laurifolio, el tesoro más valioso de las islas». (BOLÓS, Oriol de [1976]: «Eric R. Svensson Sventenius (1910-1973)», *Collectanea Botanica*, CSIC, Universidad de Barcelona, pp.: 373-375; <http://hdl.handle.net/2445/31742> [consultado el 10/03/2024]).

<sup>627</sup> ALONSO, María Rosa: «En Tenerife, una poetisa: Dulce María Loynaz», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 26 de agosto de 1947.

<sup>628</sup> Dulce María Loynaz Muñoz (1902-1997) fue una escritora cubana, considerada una de las principales figuras de la literatura cubana y universal. Obtuvo el Premio Miguel de Cervantes en 1992. Publicó sus primeros poemas en *La Nación*, en 1920, año en que también visitó los Estados Unidos. Nos dice Manuel Díaz Martínez que: «La conducta y la poesía de Dulce María Loynaz están dominadas por una vocación de insularidad, en la que el enclaustramiento es concentración, búsqueda del centro [...] Nacida en una isla, de una familia comprometida con la independencia de su isla, y crecida en un ámbito familiar cerrado —isla a su vez dentro de la isla—, Dulce María Loynaz hará de lo íntimo, de lo claustral, el

de María Rosa Alonso, *En Tenerife una poetisa, Victorina Bridoux (1835-1862)*, debido a la coincidencia en la primera parte del título y a que habla de poetisas foráneas relacionadas con la isla; la triada está compuesta por las dos anteriores y por Mercedes Letona de Corral<sup>629</sup>, de la que la escritora canaria prepara un libro. A lo largo del artículo y con un lenguaje muy poético la escritora tinerfeña describe la intensa relación de la isla «pródiga fortuna en su papel femenino de la encantada Calipso» con los viajeros que arriban a sus costas y los ha seducido hasta el punto de dejarlo viviendo para siempre prendado de sus encantos. Pero también han estado mujeres que han sido cautivadas por esta tierra como las dos anteriormente citadas y Dulce María Loynaz que «es alondra mensajera, pero ha plantado en el pecho de sus oyentes el grano de su voz», para aquellos que todavía no conocen sus versos. María Rosa Alonso transcribe unos poemas en prosa inéditos de la poetisa que posee «El fino pudor de una ética que desea administrar siempre los adjetivos con medida», es evidente la gran admiración que sentía la periodista tinerfeña por la poetisa de una isla tan unida a los canarios, tanto por lazos de sangre como por compartir una historia común, fruto del afán conquistador de un imperio que sólo aspiraba a engrandecer sus fronteras, no importaba el precio que tuvieran que pagar los habitantes de esas tierras que había que incorporar y cristianizar.

En el quinto artículo consecutivo publicado en *El Día* al mes siguiente, «Acto de contrición»<sup>630</sup>, aparece la vena más festiva de nuestra autora al justificar su postura ante dos de sus artículos escritos recientemente: el dedicado a los pueblos y el de la defensa de Las Cañadas. En cuanto al primero, recibió quejas por parte de Salvador Luján y de Salvador Quintero porque se olvidó de Garachico, también recibió quejas

---

espacio de sus ensoñaciones, y, de las pequeñas cosas marginadas, el alimento y el aliento de su palabra. Desde su isla, incluso desde jardines tapiados, en comunión con el humilde guijarro, con la rosa que se deshace en el olvido, con el canto recoleto de la fuente que mana en la penumbra, esta mujer nos ha dado una poesía de inquietantes vislumbres, huidiza, que pasa bajo nuestros ojos con sospechosa serenidad, dejándonos la impresión de una mancha de luz sobre aguas oscuras» (LOYNAZ, Dulce María [1992]: *Un verano en Tenerife*, prólogo de Manuel Díaz Martínez, Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias: 3-4).

<sup>629</sup> Mercedes Letona de Corral (1803-1831) nació en Montevideo y en 1803 se traslada con su familia a Tenerife, donde murió. Su corta vida «hacen tambalear el juicio sobre lo tardío de la recepción del romanticismo en Canarias [...] Pese a la escasa instrucción que le deparaba como mujer su tiempo, su autodidactismo le llevó a superar los conocimientos neoclásicos y a adentrarse en las bifurcaciones de un romanticismo emergente». Su poesía se basa en la historia antigua y en la mitología clásica, que no sabemos cómo esta poetisa llegó a tan vastos conocimientos «en un momento en que la instrucción femenina adolecía precisamente de los rayos que quería proyectar, aunque ya menguante, el siglo de las luces» (SANTANA HENRÍQUEZ, Germán [2008]: *La tradición clásica en la literatura española e hispanoamericana (siglos XVIII-XX)*, Ediciones Clásicas, Madrid: 43, 57).

<sup>630</sup> ALONSO, María Rosa: «Acto de contrición», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 10 de septiembre de 1947.

porque no nombró a Taganana, en su defensa dice que no se olvidó de nadie, simplemente lo que pretendía era nombrar a pueblos representativos en la isla en cuanto a su tradición y presente. En cuanto al artículo sobre la preocupación del señor Svensson por la desaparición de algunas especies endémicas, tras hacer un resumen del tema con algunas aportaciones más, se disculpa por no saber el nombre científico de las plantitas y por atreverse a escribir sobre temas que parece que le están vedados debido a que no opina lo mismo que algunas fuentes oficiales. Termina el artículo muy al estilo del creador del periodismo en España cuando decía que escribir en Madrid era llorar; ella lo extrapola al momento que está viviendo en su isla y dice que le dan ganas de romper la pluma para siempre y echarse a llorar en un rincón a esperar que la libre la infinita misericordia de Dios. Nos parece un delicioso artículo pues lejos de ofrecer una sincera disculpa por su atrevimiento a la hora de plantear los dos temas, le da la vuelta y lo que hace es un ejercicio de humor que lejos de quedar ella malparada, lo que hace es hacer una especie de parodia de aquellos que no entienden o no quieren entender la naturaleza de sus mensajes escritos.

En el mismo mes escribe un artículo, que consideramos de los más poéticos de su amplio repertorio, se trata de un artículo en que el que desnuda su alma para mostrar los hondos sentimientos que experimenta ante una de las manifestaciones más puras, musicalmente hablando, que define a sus islas. Aparecen las diferencias culturales entre las dos partes que separan, pero que a la vez unen a los habitantes de las Canarias fragmentadas físicamente, pero a la vez, tan unidas en señas de identidad como es la tradición del timple y la música popular. Llevaba casi un año sin publicar artículo alguno en el periódico *Falange*, pero creemos que sus lectores dieron por válida la espera al encontrarse con un escrito que refleja lo mejor y más hondo de nuestra escritora y que, seguramente, eran sentimientos compartidos por las personas que se acercaban a las líneas escritas por una canaria de gran sensibilidad. «Evocación y nostalgia del timple»<sup>631</sup>, también fue reproducido por *Pronósticos*<sup>632</sup>, periódico en el

---

<sup>631</sup> ALONSO, María Rosa: «Evocación y nostalgia del timple», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 25 de septiembre de 1947.

<sup>632</sup> *Pronósticos* fue un semanario deportivo, literario y artístico, que desde su fundación en enero de 1946 hasta noviembre del mismo año fue impreso en la Tipografía Minerva (Arrecife), y posteriormente en la Imprenta Espino (Las Palmas de Gran Canaria) hasta su último número en marzo de 1948. Según Gómez Aguilera: «Cuando Leandro Perdomo dijo en una peña de amigos que quería hacer un periódico le dijeron: “Leandro, tú no estás bien de la cabeza”». Perdomo sacó el periódico con mucho esfuerzo y llegó a ejercer como editor, director y hasta repartidor. También destaca Gómez Aguilera el carácter literario más que informativo de la publicación y la calidad de los colaboradores: en Gran Canaria se incorporaron plumas

que María Rosa Alonso publicó solamente este artículo en el n.º 91 del 10 de octubre de 1947. En este escrito observamos cómo su autora hace uso de la cotidianidad para construir historia, ya que todas estas anécdotas recogidas de una forma tan lírica forman parte de una historia que va desgranando bajo la pluma de sus recuerdos reflejados en forma de artículos, que al aparecer en periódicos locales y nacionales, forman parte de un legado cultural, en el que podemos encontrar numerosos datos históricos, filológicos, periodísticos, musicales<sup>633</sup>, que constituyen parte de nuestro acervo cultural. Pero, sobre todo, el lector aficionado a conocer cosas de su tierra, además de aprender, disfrutará con ese lirismo tan íntimo, con el que sólo es capaz de emocionar una mujer tan sensible con la cultura de su tierra como María Rosa Alonso. Por otro lado, preferimos recordar aquellos momentos en que fuimos felices y esto es lo que lleva a la periodista, después de transcurrido un año, a recordar aquella noche en un cafetín del Puerto de la Luz amenizada por el timple de Jeremías Umpiérrez<sup>634</sup>, que no se había casado para vivir libre como un pájaro según sus propias palabras —igual que nuestra escritora—;

---

como Ventura Doreste, Millares y otros poetas. Además, colaboraron plumas locales, muchos de ellos con seudónimo, como, por ejemplo, Fidel Roca o Eugenio de Olmo. Por otro lado, Mario Ferrer colocó a *Pronósticos* en su época, señalando que era una «rareza» ya que publicaba cierta crítica social en un momento en que lo publicado no se parecía a la realidad, durante el régimen de Franco. Resaltó la escasez de recursos económicos, por ejemplo, *Pronósticos* llegó a imprimirse en papel de envolver: [https://www.lavozdelanzarote.com/actualidad/politica/el-cabildo-digitaliza-el-periodico-pronosticos-que-edito-leandro-perdomo-en-los-anos-cuarenta\\_53422\\_102.html](https://www.lavozdelanzarote.com/actualidad/politica/el-cabildo-digitaliza-el-periodico-pronosticos-que-edito-leandro-perdomo-en-los-anos-cuarenta_53422_102.html) (consultado el 16/09/2023).

<sup>633</sup> En cuanto a la afición de María Rosa Alonso por la música de su tierra, el folclorista Elfidio Alonso nos da un listado de artículos, tomados de la selección de Pérez Vidal (1982), que María Rosa Alonso dedicó al folclore de sus islas. Destaca como la erudición no está reñida con la cultura popular, señalando como nuestra autora sigue la estela de Menéndez Pidal y de otros pensadores que no pusieron fronteras entre lo culto y lo popular. También habla de la tradición familiar en cuanto a la creación de versos populares y pone el ejemplo de una cuarteta en ritmo de folías, que han popularizado Los Sabanderos, escrita por María Rosa Alonso: «No digo que es un jardín / ni que es la isla más bella: / digo que muerdo por ella / y que en su tierra nací» (ALONSO QUINTERO, ELFIDIO, «Las aficiones folclóricas de María Rosa Alonso», en AA. VV. [2010]: 45-53).

<sup>634</sup> La mayor información aportada de Jeremías Umpiérrez es la facilitada por José M. Duque Chirino que habla de la vida de un «joven inquieto y con ganas de mejorar, que un buen día decidió abandonar el ambiente rural y deprimido de la posguerra de su Tinajo natal y emigrar a Gran Canaria con la única compañía de lo puesto, pero con la ilusión que lleva cualquier emigrante que huye del hambre y de la necesidad. No podemos afirmar, con los datos obtenidos, que Jeremías ya saliera de Lanzarote hacia su nuevo destino capitalino con la idea de triunfar con su peculiar rasgueo del timple, aprendido en el bregar de las parrandas familiares y de amigos. Hasta donde podemos confirmar se dedicó a la venta ambulante de telas. [...] La llegada de Jeremías al ambiente musical de Las Palmas, que consideraba al timple sólo como parte integrante de las rondallas y grupos, y su apuesta novedosa en la forma de interpretar a dúo de timple y guitarra solamente, se ve reflejado por el propio Néstor Álamo en sendos artículos de opinión publicados en el mismo periódico antes citado. [...] Pero Jeremías no sólo encandiló a la sociedad Gran Canaria, también lo hizo con la filóloga, ensayista y escritora tinerfeña María Rosa Alonso, que escribió de él estas hermosas palabras [...] El timplista conejero, que fue precursor de muchas cosas en el mundo del timple, falleció en 1991» (DUQUE CHIRINO, José M.: «Jeremías Umpiérrez, abriendo senderos»: *Canarias Cultura*, 1 de noviembre de 2015: <https://canariascultura.com/2015/11/01/jeremias-umpierrez-abriendo-senderos/> [consultado el 17/09/2023]).

también les acompañaba Plácido Fleitas<sup>635</sup> y Néstor Álamo. En un momento dado hace una interrogación retórica a Lola de la Torre<sup>636</sup> acerca de la escasez en nuestra tierra de estudiosos del folklore musical de las islas<sup>637</sup>. En el último párrafo hace una reflexión sobre el modo de expresarse musicalmente los habitantes de las dos provincias del archipiélago, aunque por encima de las diferencias hay «Un credo lírico y sentimental a las excelencias de nuestras amadas islas Afortunadas».

Después de casi un año y medio sin colaborar con el periódico que la vio nacer como periodista, publica en *La Tarde*: «Perfume y aires regionales»<sup>638</sup>. Este escrito es una respuesta doble a dos artículos publicados anteriormente, en la misma línea del aparecido el 10 de septiembre como un acto de contrición en el que se disculpaba y explicaba el porqué de no nombrar algunos pueblos de su isla en sendos artículos

---

<sup>635</sup> Plácido Fleitas (1915-1972) fue un escultor canario, que recuperó aspectos esenciales del arte prehispánico y sus cabezas de mujeres del sur representan la esencia del arte indigenista canario. Josefina Alix nos dice que junto a Tony Gallardo y César Manrique, Plácido Fleitas dejó uno de los más importantes legados escultóricos en Canarias, en particular y en el arte español, en general. Plácido Fleitas tuvo la valentía de escoger el camino más difícil en el mundo de la escultura: «el de abandonar el tan trillado academicismo dominante y adoptar una técnica extremadamente dura y penosa como fue la de la tal directa en piedra o madera [...] El poso que pudo dejar en él la entrada de Canarias en la modernidad de la mano del surrealismo todavía tardaría algún tiempo en fermentar; sin embargo, sí podemos ir apreciando sustanciales transformaciones a partir de aquella *Cabeza de mujer* de 1936 [...] su bella escultura *Talayera*, realizada en piedra de Tindaya, donde retoma el tema del trabajo campesino, unido al estudio del tipo perfecto de mujer canaria y en la que podemos encontrar ya un escultor casi plenamente formado, seguro de sí mismo y con un estilo consolidado [...] La constante inquietud y necesidad de avanzar por nuevas sendas, que había sido fundamental a lo largo de su trayectoria, lo lleva a interesarse por el trabajo y los avances constructivos». Su última experimentación fue con la geometría, de la que solamente pudo realizar una obra, pues le llegó la muerte en pleno proceso de transformación. «Es posible que de haber podido avanzar en este sentido, nos hubiera sorprendido con grandes creaciones. Es algo que nunca podremos saber y serían tan sólo especulaciones. Lo cierto es que ese móvil que llegó a realizar perdía toda la calidad y el ingenio que lo habían llevado a ser uno de los mejores y más importantes artistas en el ámbito de la vinculación a la naturaleza» (ALIX TRUEBA, Josefina [2022]: *P. Fleitas*, Viceconsejería de Cultura y Deportes, Gobierno de Canarias: 13, 33, 37, 78, 80).

<sup>636</sup> Dolores de la Torre Champsaur, conocida como Lola de la Torre (1902-1998), fue pionera de la musicología en Canarias y profesora de canto y música. Nos dice Lothar Siemens Hernández: «La personalidad de Lola de la Torre se manifestó de forma muy dinámica a lo largo de su fructífera vida, y ello en sus tres vertientes principales: la artística, la docente y la científica. Como artista del bel canto fue Lola la principal depositaria de las singulares maneras de su padre, el gran barítono de carrera internacional Néstor de la Torre Cominges. También su madre, Dolores Champsaur Millares, cultivaba el canto e intervenía en conciertos en Las Palmas a finales del siglo XIX por lo que Lola creció con sus hermanos en un ambiente propicio para el arte que desarrolló a lo largo de su vida» (SIEMENS HERNÁNDEZ, Lothar: «Lola de la Torre. Aproximación a su vida y a su obra musicológica», *El Museo Canario*, N.º 54, 1, 1999 (*Homenaje póstumo a Lola de la Torre Champsaur*), Las Palmas de Gran Canaria: 9-22).

<sup>637</sup> Tengamos en cuenta que ya María Rosa Alonso había publicado por estas fechas sendos ensayos sobre el folklore canario: en 1944 «Folklore Infantil», *El Museo Canario*, N.º 12, (octubre-diciembre), Las Palmas: 15-36; en 1945 «Las canciones populares canarias», *El Museo Canario*, N.º 16 (octubre-diciembre), Las Palmas: 55-66 y, ya posterior a este artículo, en 1948 «Las danzas y canciones populares canarias», *El Museo Canario*, N.º 25, 26 (enero-junio), Las Palmas: 83-98

<sup>638</sup> ALONSO, María Rosa: «Perfume y aires regionales», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 10 de noviembre de 1947.

dedicados a la suma de pueblos de Tenerife y por la polémica desatada ante el delicado tema de la desaparición de especies de fauna endémica en la zona del Teide. De la misma manera, en el presente artículo vuelve a hablar de la controversia suscitada por su defensa de la flora isleña, que incluso llegó a las instituciones estatales en Madrid, pero que también ha recibido reconocimientos por parte de personas que aman la naturaleza, por ejemplo, la que desde el extranjero le ha enviado el doctor Max Steffen<sup>639</sup> y las muchas misivas de personas de su isla: el Padre Flores, Germán Reimers, el Dr. González Padrón, Luis Diego Cuscoy, el ingeniero agrónomo Jorge Menéndez, un señor del Realejo Alto y, otra vez, del Director General de Excavaciones Arqueológicas, señor Martínez Santa Olaya, al que espera tranquilizar con el presente artículo. Ha recibido la visita de don Rafael Machado Llarena, que le ha comunicado «los desvelos de la Junta del Patrimonio Forestal en la provincia y tiene la gentileza de obsequiarme con la Nota sobre flora canariense que han publicado los señores Ceballos y Ortuño»; ella observa que una de las Notas es de su antiguo profesor don Agustín Cabrera y esto le sirve para reivindicar más presencia de estudiosos sobre la rica botánica canaria y nos dice que cuando se creó el Instituto de Estudios Canarios abogaron por una Facultad de Ciencias Naturales. El otro artículo sobre el que va a responder es por el último, el dedicado al timple de Jeremías Umpiérrez, pues ha habido muchas personas que han valorado esos sentimientos que la llevó a hablar de las diferencias musicales en el folklore de las dos provincias. Se siente muy afortunada de que los dos «coros de flora y timple isleños [...] Las retamas dan fragancia y color a nuestros sentidos y las cuerdas del timple bullanguero animan nuestros oídos y regocijan nuestra alma». Este artículo demuestra que cuando se hacen las cosas con verdadera convicción, surgen efectos positivos tanto para nuestra escritora como para el

---

<sup>639</sup> Max Steffen nace el 15 de noviembre de 1905 en Dörenroth (Suiza), estudia Filología Moderna en Berna (Suiza), Nancy (Francia) y Florencia (Italia). En 1934 llega a La Laguna contratado por el director de *Paedagogium Tenerife*, colegio fundado para acoger a los alumnos procedente del colegio alemán que no quisieron permanecer en él tras la subida de Hitler al poder. Permanece en dicho colegio hasta su desaparición por fallecimiento del director, y, desde entonces, se dedica a la enseñanza privada que alternará con la docencia en las facultades de: Filosofía y Letras y Ciencias (sección de Química) e Institutos de Idiomas de la Universidad de La Laguna hasta su jubilación. Como profesor de latín y sin temor a equivocarnos, inicia un nuevo tipo de enseñanza que se aparta de la clásica y con la que obtiene grandes éxitos. Durante su estancia entre nosotros publica e investiga, siempre con gran rigor científico. Como fruto de sus continuas excursiones por nuestros campos, surge una serie de artículos sobre botánica, dialectología canaria, etc. Podríamos decir que Max Steffen inculcó en sus alumnos dos notas importantes: puntualidad y disciplina en el estudio. En la tarde del 28 de noviembre de 1978 Max Steffen nos deja para siempre: Necrológica de Max Steffen en la revista del Instituto de Estudios Canarios, N.º 21-23 (1975-1978) pág. 67: <http://iecanvieravirtual.org/index.php/catalogo/item/estudios-canarios-anuario-del-iecan-no-21-23.html>. (consultado el 18/09/2023).



bien de la naturaleza y el arte de las islas, por ejemplo, nos dice María Rosa Alonso que Néstor Álamo se estaba animando a crear la auténtica canción canaria, hasta el momento inexistente.

A finales de este mismo mes de noviembre escribe un artículo, que junto a los dos que le siguen, son publicados por el periódico tinerfeño *El Día*, con el que no colaboraba desde septiembre; además, los tres tienen como eje temático la cultura, aunque tratada desde diferente perspectiva. El primero de la triada es «El paisaje y la ciudad en otoño»<sup>640</sup> y tiene como protagonista a La Laguna, la ciudad en la que María Rosa Alonso vivió su adolescencia y gran parte de su vida. Con un lenguaje muy lírico empieza recordando a Antonio de Viana y a los dos adjetivos con los que describió el hermoso valle que se extiende entre la Mesa Mota, San Roque y Las Mercedes, que dan lugar a la espaciosa y honda vega lagunera. En su paseo en la tarde lagunera, ella se siente extasiada ante los cañaverales, resto del agua de aquella laguna que ocupaba el hermoso valle de Aguere; admira el túnel de cedros al comenzar el valle de Las Mercedes y el cauce de un barranco seco, que nos hace recordar los famosos versos de Manrique cuando dice: «como esas almas sin humedad que nunca llevan agua a la ancha mar del morir», aunque ese lugar donde mueren las aguas estén muy cerca, al tratarse de una isla. En este amplio artículo sigue describiendo a la ciudad de los Adelantados: recuerda a Viera y Clavijo ante la duda de si unos árboles son encinas o álamos negros. Sigue su paseo y su descripción que unido a la emoción que despierta en ella tanta belleza natural, hace que sus lectores también sintamos esa mágica visión poética del monte de la Esperanza, de la silueta de la Catedral y por encima de todo, vislumbra el «mórbido contorno y amado y familiar del Teide», y termina con una declaración de amor a esta ciudad que «Quien no te ha visto de lejos, ciudad de La Laguna, en un atardecer dorado de otoño surgir entre la calina...». Sobran las palabras ante una descripción tan hermosa que, a pesar de los años transcurridos y los estragos de la mano del hombre, sigue despertando entre los que la amamos los sentimientos más cálidos ante la conjunción de naturaleza e historia acumulada en esa bella vega, que ante de la conquista era sólo una laguna, a la que los primeros pobladores le dieron ese bello nombre de Aguere.

---

<sup>640</sup> ALONSO, María Rosa: «El paisaje y la ciudad en otoño», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 27 de noviembre de 1947.

Llegamos al año de 1948 que será un año muy fructífero para María Rosa Alonso porque, aparte de las veintisiete artículos que comentaremos (la mayoría de ellos publicados en *Falange*), por un lado, la revista de *El Museo Canario* de Las Palmas saca a la luz el ensayo de nuestra autora: «Las danzas y canciones populares canarias», y, por otro lado, en mayo obtiene el grado de Doctora en Filología Románica por la Universidad Central de Madrid con la calificación de Sobresaliente, al presentar su tesis: *El Poema de Viana. Estudio histórico-literario de un poema épico del siglo XVII*, publicado posteriormente, en 1952, por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Siguiendo con el curso de nuestros comentarios, nos encontramos con el segundo artículo de los publicados en el periódico *El Día*, el 4 de enero, que es el primero de los dos dedicados a la celebración del nacimiento del gran músico canario, «Teobaldo Power (1848–1884). Apuntes biográficos. La familia. I»<sup>641</sup>: en este escrito la palabra básica sería ‘genealogía’, puesto que nuestra autora, además de hacernos notar la gran significación de este concepto para de la rama de la Historia, nos lleva a descubrir las raíces de los Power. Destaca el trabajo como genealogista de don Francisco Fernández de Béthencourt<sup>642</sup> que fue fundamental para encontrar los datos del siglo anterior acerca de la familia de Teobaldo Power. También Álvarez Rixo<sup>643</sup> aporta

---

<sup>641</sup> ALONSO, María Rosa: «Teobaldo Power (1848–1884). Apuntes biográficos. La familia. I», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 4 de enero de 1948.

<sup>642</sup> Francisco Fernández de Béthencourt (1850-1916) nació en Lanzarote, de joven se traslada a estudiar a Las Palmas de Gran Canaria y después a la Universidad de La Laguna donde realiza estudios de Derecho. En Tenerife realiza una intensa actividad periodística, que simultanea con la creación de obras poéticas; también colaboró con influyentes publicaciones como la *Revista de Canarias* y en la *Sociedad Instructiva de La Laguna*. Fue secretario general de la *Real Sociedad Económica tinerfeña*, diputado a Cortes y senador del Reino por Canarias. «Su mayor gloria fue, empero, la de haber sido el primer hijo de Canarias que formó parte de dos reales Academias: la de la Historia, a la que accedió el 26 de junio de 1900, leyendo su discurso de ingreso sobre «La Genealogía y la Heráldica en la Historia»; y la de la Lengua, en la que ingresó el 10 de mayo de 1914, versando su discurso de ingreso en torno a «Las Letras y los Grandes» (GUIMERA LÓPEZ, Coriolano [2001]: «Francisco Fernández de Béthencourt, un esclarecido genealogista nobiliario (1850-1916)», *Hidalguía*. Núm. 285. Madrid: 283-287).

<sup>643</sup> José Agustín Álvarez Rixo (1796-1883) fue un destacado cronista y polígrafo canario y alcalde del Puerto de la Cruz en Tenerife. M.<sup>a</sup> Teresa Noreña nos acerca a este hombre y dice que «era una persona meticulosa, interesada por todos los aspectos que configuran la ciudad que le vio nacer, el Puerto de la Cruz [...] Luchó durante toda su vida para que se guardasen bien los documentos, para que no se los llevasen del Puerto y para que no se perdiesen, su labor fue de rastreo y de archivo aunque en muchas ocasiones no pudo llenar los huecos existentes, a pesar de su extrema dedicación [...] La obra de Álvarez Rixo es heredera de la Ilustración y una de las ideas que recorre toda su obra es la idea de PROGRESO. El conocimiento humano avanza y es preciso conocer los logros y aplicarlos. Las innovaciones no están reñidas con la tradición ni con los principios de una sociedad cristiana, la humanidad no puede vivir aislada de los estudios, de las investigaciones de las aplicaciones técnicas, así como tampoco es posible vivir impasible vivir en una sociedad en la que la tasa de analfabetos es elevada» (ÁLVAREZ RIXO, José Agustín [1994]: *Anales del Puerto de la Cruz de La Orotava (1701-1872)*, introducción de M.<sup>a</sup> Teresa Noreña Salto, Cabildo Insular de Tenerife, Ayuntamiento del Puerto de la Cruz: 11-14).

datos muy interesante sobre el tío de Teobaldo Power, don Roberto Power, que vivió muchos años en el Puerto de la Cruz, del que nos cuenta que le tocó leer la Constitución de 1812, ya que era el síndico personero del Ayuntamiento del Puerto de la Cruz; también destaca la anécdota que le ocurrió de joven en la que conoció, por equivocación, a Jorge Washington con el que trabó amistad y que desde el primer momento se interesó mucho por las costumbres, el clima y los habitantes de Canarias. Termina el artículo enumerando a los parientes más cercanos del músico y destacando su parentesco con los Murphy y con los Estévez; en conclusión, Teobaldo Power nació en una tradición liberal católico-irlandesa y musical. María Rosa Alonso nos aporta notas a pie de página, cosa poco usual en sus escritos.

A los dos días se publica la segunda parte del recorrido por la vida del insigne músico canario, «Teobaldo Power (1848–1884). Apuntes biográficos. El músico. II»<sup>644</sup>, en el que nuestra autora nos narra la vida del músico desde su nacimiento en 1848, aunque hay dudas sobre el día y el mes, pero al no tener ella tiempo para investigar este dato le pide a su amigo Amaro Lefranc<sup>645</sup> o al diligente Padrón Acosta que lo averigüen. Teobaldo Power fue un niño-prodigio que con sólo diez años «publica una Polonesa Mazurka en el n.º 7 de la revista santacruzera *El Instructor y Recreo de las Damas*, del 20 de enero de 1858». Fue sólo el comienzo de un músico que viajará a Barcelona, donde estudiará a la vez que da conciertos; en 1862 la Diputación barcelonesa le concede una beca para estudiar en París, en donde reside y obtiene premios hasta volver a su isla en 1864 en donde da un concierto y vuelve a París a terminar sus estudios. Después va a La Habana, vuelve a París y dirige una compañía de ópera; debido a la guerra franco-prusiana, vuelve a España en 1869 y en Madrid y Barcelona

---

<sup>644</sup> ALONSO, María Rosa: «Teobaldo Power (1848–1884). Apuntes biográficos. El músico. II», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 6 de enero de 1948.

<sup>645</sup> Amaro Lefranc es el seudónimo de Rafael Hardisson Pizarroso (1894-1966), natural de La Laguna, fue un destacado musicólogo, compositor y empresario, impulsor y organizador de la vida musical en Tenerife a partir de 1929, en que fundó la Academia de Música del Círculo de Bellas Artes, que se convertiría en el primer Conservatorio de Música del archipiélago canario. Aquí dedicó su etapa profesional en el campo de la pedagogía musical como profesor de Historia y Estética de la Música, fue cofundador de la Orquesta de Cámara de Canarias (1935), hay que destacar las numerosas composiciones para grupo orquestal o para coro sobre los aires populares de las Islas, «En ritmo de folías», «Lo Divino», «Arrorró», «Seguidillas» entre otras. Realizó estudios sobre la danza primitiva «El canario», en los que intentó demostrar la supervivencia en el folklore actual de la esencia de la música aborigen. Como empresario fue director de la naviera «Hardisson Hermanos» y presidente de la Asociación de Consignatarios y de la Unión Mutua Patronal de Santa Cruz de Tenerife. Ejerció de cónsul de Portugal y de varios países de América latina y África (Información extraída de la RSEAPT «Retrato de Rafael Hardisson Pizarroso»: <http://www.rseapt.es/es/ver-historico-de-piezas-del-mes/498-pieza-del-mes-marzo-retrato-de-rafael-hardisson-pizarroso> [consultado el 21/09/2023]).

vive de su profesión de pianista, acompañado del ilustre maestro Bretón con el violín, y en la vida bohemia de Gustavo Adolfo Bécquer. Cosecha grandes éxitos en la capital tanto por su faceta como pianista como por la de compositor. Pero su salud no era buena y por consejo de su médico vuelve a Tenerife en 1878, al año siguiente contrajo matrimonio con su pariente Julia González Lugo Viña, poco después marcha a La Madera y a Lisboa, donde el rey Luis le nombra pianista de Cámara, de ahí a Málaga, pero su salud empeora y vuelve a Tenerife, en concreto a Las Mercedes donde permanece tres años, en los que sigue trabajando; el 5 de agosto de 1880 estrena los famosos «Cantos canarios», María Rosa Alonso dice que son de discutible valor musical, «pero que poseen una gran emotividad para el alma isleña no podemos negarlo». En 1882 vuelve a la Península, dando conciertos en Málaga, Granada y Córdoba, llega a Madrid donde se presenta a una oposición para segundo organista de la Capilla Real, ganó la plaza, casi al mismo tiempo oposita a la cátedra de piano del conservatorio de Madrid y obtiene por unanimidad la cátedra. Pero su salud empeora y el 16 de mayo de 1884, con 36 años de edad, fallece Teobaldo Power en Madrid de tuberculosis, como su amigo Bécquer. Nuestra autora transcribe en su artículo lo que el crítico musical José M. Esperanza y Sola escribió acerca de Power; ella se disculpa por los agobios con los que ha escrito los artículos dedicados al centenario de Teobaldo Power y para compensar mínimamente la falta de profundidad con que hubiera querido honrar al gran músico canario, nos aporta una imprescindible bibliografía.

Han pasado casi dos meses desde su última publicación y será el periódico grancanario *Falange* el que difunda su siguiente artículo, el quinto en este medio y el primero de los diez que de forma consecutiva publicará en las páginas de dicho periódico. «La lección de Miguel de Cervantes»<sup>646</sup> es un trabajo que por la amplitud y profundidad del tema a tratar se puede considerar un ensayo. Con la sinceridad que caracteriza a nuestra autora, dice que *El Quijote* no ha sido muy leído por los españoles, comparándolo con la lectura hecha por los italianos a Dante. Nos cuenta que, debido a la gran bibliografía existente sobre la obra cervantina, es casi imposible aportar nada nuevo al tema, pero va a intentar poner un «granito de arena» y hacer alguna aportación a la relación entre la vida y la obra de Cervantes. A lo largo del trabajo la profesora nos hace una semblanza del «manco de Lepanto», pues es precisamente en ese lugar donde

---

<sup>646</sup> ALONSO, María Rosa: «La lección de Miguel de Cervantes», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 11 de marzo de 1948.

comienza «La fase luminosa de sus años de soldado», y donde se demuestra una de las principales características del escritor que será el eje de su teoría en este ensayo: su simpatía, su alma sensible abierta a toda sugerencia estética y a cualquier tipo de problema ya fuera de creación literaria o personal, como ejemplo de lo anterior nos expone como los cuatro intentos de fuga realizados en Argel no pudieron con su optimismo de lograr su libertad. Otro ejemplo de su vitalidad es como, a pesar de su frustración al no tener la capacidad creativa teatral de Lope, no se hundió, sino que buscó en otras actividades creativas esa ansia de perfección y así surge su *Galatea*. Con 50 años está en la cárcel de Sevilla y la ensayista cree que pudo haber conocido allí a Mateo Alemán y compara estos dos grandes escritores y sus «héroes» y llega a la misma conclusión que nos muestra el carácter de Cervantes: «la cárcel es para Miguel lugar “donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación”». Vuelve a prisión y en 1605 comienza a escribir su obra cumbre, ya son los años serenos de la vejez, siguiendo con el análisis del carácter cervantino, nos cita María Rosa Alonso una frase que podría resumir su posición ante la vida: «Llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir...»; la lección de vida positiva que nos da Cervantes es la de transmitirnos que «Al mal tiempo de su circunstancia opone la buena cara de su deseo de vivir...», creemos que estas palabras reflejan el mensaje que nuestra crítica literaria ha querido aportarnos de este escritor único: la ilusión que alimentó siempre su vitalidad, las ganas de vivir por encima de cualquier circunstancia adversa, la esperanza en el porvenir y, sobre todo, «llevar la vida sobre el deseo que se tiene de vivir».

A las dos semanas del anterior artículo, el periódico *Falange* publica el primer trabajo de María Rosa Alonso, que dentro de la clasificación temática no encontraba lugar alguno y lo hemos agrupado en una nueva clasificación, personal, debido a su carácter intimista. «Especie y nombre»<sup>647</sup> hace referencia a sí misma, a ese sentimiento que siente de encasillamiento, de ser etiquetada como una especie en su tarjeta de visita. Ella siente el peso de su propia historia, de cómo los demás la perciben en el mundo académico, periodístico, cultural..., pero echa de menos que se fijen más en su persona, en esa mujer con sentimientos, aficiones, vivencias muy particulares, etc. Empieza el escrito comparando a las mujeres con las ciudades, que se distinguen por su perfume, ya que el poder evocador de los aromas despierta sensaciones muy fuertes en la memoria.

---

<sup>647</sup> ALONSO, María Rosa: «Especie y nombre», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 27 de marzo de 1948.

De ahí pasa a evocar el Madrid de sus años de estudiante, reflexiona sobre aquellos tiempos tan alegres cercenados por el enfrentamiento bélico, pero lo que más la desilusiona es el encasillamiento al que se exponen las personas una vez superada cierta edad y a manera de ejemplo habla de sí misma, de cómo ya es considerada la profesora, la periodista..., ha dejado de ser persona para ser una especie más dentro de una jerarquía social o profesional. Pero le queda un consuelo: que sus antiguos alumnos y alumnas la sigan tratando como a una persona con la que se puede hablar libremente, incluso le cuentan sus amores y amoríos; en esta situación es en la que en su tarjeta de visita está impreso su nombre y apellidos, sin más clasificación personal. Quizás echamos de menos en este artículo la palabra fama, es decir, ese nombre de especie con el que la conoce la mayoría de su entorno, que se ha ido creando a partir de unos hechos realizados por ella, su fama la precede y con el paso de los años, para bien o para mal, ahí están las vivencias personales trasladadas a una sociedad que nos etiqueta, sobre todo a una persona como ella que desde los veinte años estuvo expuesta a la opinión pública debido a sus actividades periodísticas, políticas, sociales, etc.

A mediados del siguiente mes de abril aparece una nueva publicación de nuestra autora, esta vez la temática va de viajes, concretamente habla de una provincia española con grandes connotaciones literarias, «Salamanca»<sup>648</sup>. Este artículo fue escrito cuando María Rosa Alonso se encontraba en Madrid inmersa en los preparativos de la presentación de su tesis doctoral, que fue leída al mes siguiente, por lo tanto, no nos puede extrañar que escriba acerca de su experiencia viajera en la Península, como podremos observar en lugares cercanos a Madrid. Creemos que también le servía para evadirse un poco de la fuerte presión por la inminente lectura de su tesis doctoral y ninguna ciudad mejor que la ciudad castellana, que la lleva a recordar otro viaje estudiantil realizado hacía doce años, cuando además de los bellos monumentos históricos de la ciudad, se encontraron con «otro monumento nacional humano que se llamó D. Miguel de Unamuno», del que todavía guarda las fotografías realizadas con sus alumnos; pero ahora va acompañada de dos amigos, que han aprovechado las vacaciones de Semana Santa para recorrer de nuevo la ciudad, ya de una forma más sosegada. Hace una bella descripción de Salamanca y al ver unas sillas, nos imaginamos que, en la visita a la Universidad, aparece un tema recurrente en muchos de sus artículos: relacionar lugares y situaciones con sus paisanos, en esta ocasión habla de:

---

<sup>648</sup> \_\_\_\_\_: «Salamanca», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 15 de abril de 1948.

don Amaro González de Mesa, don Juan Tabares de Róo y don Tomás Marín y Cubas<sup>649</sup>, que, según ella, «pasarían sus fatigas predoctorales» allí, para ella resulta inevitable tener presente la situación en la que se halla inmersa. Más adelante habla del grupo universitario salmantino compuesto por antiguos compañeros y amigos: los catedráticos Antonio Tovar<sup>650</sup>, Alonso Zamora o García Blanco: a este último anima a seguir con su edición de *Los Guanches de Tenerife* de Lope. Termina el artículo comparando la agitada vida en las grandes ciudades como Madrid con la vida sedentaria y sosegada de las provincias. Este escrito forma parte del estilo tan didáctico, pero a la vez tan emotivo de una periodista que no deja de tener presente los objetivos que se impuso desde sus comienzos en 1930: su periodismo cultural, una forma de conjugar al

---

<sup>649</sup> Tomás Marín y Cubas, creemos que se refiere —ella misma dice que los está citando de memoria— a don Tomás Arias Marín y Cubas (1643-1704): fue un médico e historiador canario, que según López Alonso «es uno de los autores más singulares y sorprendentes de entre todos los que han investigado la historia antigua de las Islas Canarias [...] Destacados especialistas han resaltado la originalidad que destila una parte significativa de los datos históricos y etnográficos que aporta el médico grancañario, sobre todo en la que es su única obra dotada de carácter definitivo y, sin duda, la más conocida. [...] *Historia de las siete Yslas de Canaria*, cuya copia más antigua data del siglo XVIII por cuenta de un anónimo amanuense que hizo remontar la composición del desaparecido original al año 1694, según consta en la portada del volumen, si bien no es éste el único mérito literario que le cabe a nuestro autor, pues gracias a la inquieta pluma de don Tomás podemos disfrutar de dos contribuciones adicionales sumamente interesantes para la historiografía canaria: los trasuntos más antiguos conocidos de las llamadas “relaciones” sobre la conquista de Gran Canaria atribuidas respectivamente a Pedro Gómez Escudero —del que Marín Cubas es primer difusor— y Antonio Sedeño o Cedeño, enigmáticos personajes de los que poco se sabe más allá de su presunta y discutida asistencia a la época y hechos que narran» (MARÍN DE CUBAS, Tomás (2021): *Conquista de las siete Yslas de Canaria (1687)*, edición crítica de Antonio M. López Alonso, Le Canarien, La Orotava, Santa Cruz de Tenerife: 24-25).

<sup>650</sup> Antonio Tovar Llorente (1911-1985) fue un filólogo, lingüista e historiador español. Sobre su labor en la Universidad de Salamanca, nos cuenta Martín S. Rui Pérez: «La Salamanca de 1942 había vuelto a su condición de ciudad provinciana después de los agitados años de la guerra civil, cuando su posición geográfica hizo de ella un centro de comunicaciones entre la España del norte y la del sur y también con el frente de Madrid y, antes de Burgos, un centro político de la España de Franco [...] La Universidad a la que llegó Tovar en 1942 era poco más que el recuerdo censurado de un pasado glorioso de canonistas y teólogos, ignorantes y, si acaso, adversarios de Galileo y de Newton. Ya no vivía Unamuno, fallecido el último día de 1936, tras el sonado incidente del Paraninfo del 12 de octubre, cuando uno de los generales sublevados lanzó aquel terrible “Muera la inteligencia”. [...] A sus treinta años Tovar presentaba ya un *currículum* académico perfectamente respetable, a pesar de la interrupción que supuso la guerra civil. [...] No me cabe duda de que la manera de ser y de actuar de Tovar tenían para él un sentido misional, adquirido en sus tiempos madrileños en el Centro de Estudios Históricos, hijo al fin y al cabo de la Institución Libre de Enseñanza, fundada en los años 80 del siglo XIX por don Francisco Giner de los Ríos. Los males de España se resolverían con una buena política educativa. Él se entregó plenamente a la tarea que, dentro del programa general, le correspondía en una cátedra universitaria, sin profesión externa, claro es, de esos ideales, mal vistos e incluso perseguidos por la política educativa en vigor. A la Salamanca que en el pasado había sabido acoger a tantos maestros de fuera —pensemos en el mismo Fray Luis de León y en el propio Unamuno— Tovar traía un nuevo estilo de entender el estudio, el magisterio y la convivencia social. [...] Tantos campos abarcó y tal fue su curiosidad científica y portentosa actividad que, como colofón de esta mi intervención, quiero repetir la frase que tantas veces le oí y que explícita el sentido misional y pionero que él mismo daba a su vida. “En nuestra España, lo que yo he hecho ha sido sobre todo explorar y roturar nuevos campos científicos, que otros se han encargado de labrar» (SÁNCHEZ RUIPÉREZ, Martín [2011]: «Antonio Tovar y la Universidad de Salamanca»): <https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc6h534> (consultado el 25/09/2023).

modo horaciano lo *dulce et utile*, es decir, disfrutar a la vez que aprender; es lo que nos sigue aportando tras casi doscientos artículos escritos: experiencias, vivencias que nos aportan información con una gran carga emocional y cultural.

A los cinco días se publica el siguiente artículo de María Rosa Alonso, será un martes: el primero de la sección será «Cada día con su tema» y continuará hasta junio, es decir, serán siete artículos consecutivos publicándose el mismo día de la semana y en la misma sección del periódico *Falange*. En esta ocasión vuelve a tratar una temática más personal, «Gente y personas»<sup>651</sup>, en donde comienza con un tema muy delicado, que apenas aparece en sus escritos: la guerra civil. Hace una confesión sobre su integridad moral y dice que la juventud de su época «estuviera donde estuviera cada uno en la contienda civil», sufrió una gran conmoción en su espíritu; sólo así se explica que jóvenes escritores como Carmen Laforet y Camilo José Cela «hayan escrito unas novelas que son una mueca, agria, más que a lo Quevedo, a lo “enfant terrible” y hayan creado ese estilo “tremendista”, que en menudos epígonos del verso y la novela es, desde luego, pura y lastimosa falsedad». A continuación, habla de clasificaciones: canarios que cantan/canarios que ladran, gente/personas o lo que es lo mismo jóvenes sin ningún tipo de valores/jóvenes que se reúnen en torno a una «afinidad intelectual, bien por conexión sentimental, bien por simples proximidades personales». Insiste en que a este último grupo le es muy difícil sobrevivir en una sociedad donde le arrastra el «oleaje humano», ahora bien, si vive en provincias puede vivir con mayor holgura y apreciar esa medicina del alma que es el silencio. Vemos cómo en los dos últimos artículos termina con el *Beatus ille*; si en el anterior diferenciaba entre vivir agitadamente en una ciudad como Madrid o disfrutar de la tranquilidad de las provincias, de la misma manera vuelve a reivindicar la vida sosegada de la provincia frente a una vida de prisas y agobios en la gran urbe.

Y volvemos a los viajes, pero esta vez en clave negativa ya que nos trata de hacer ver lo que hay que sufrir en el camino para llegar a buen destino. Con una diferencia de una semana nos lleva a su ««*Vía crucis* turístico»<sup>652</sup>, el que sufrió cuando se dirigió desde Madrid a Valladolid y su vuelta a la capital. Empieza recordando las

---

<sup>651</sup> ALONSO, María Rosa: «Gente y personas», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 20 de abril de 1948.

<sup>652</sup> ALONSO, María Rosa: «*Vía crucis* turístico» *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 27 de abril de 1948.



palabras de don Francisco de Cossío<sup>653</sup> que en ese mismo año había hablado en un periódico sobre las dificultades de dicho trayecto. Nuestra viajera cuenta las vicisitudes sufridas en el tren de ida, después el desastre de hotel en el que se quedaron y por último la odisea sufrida en el tren de vuelta, que la llevaron a guardar cama durante un día y medio presa de fuertes dolores. Tal fue el desastre del viaje que no nos hace descripción alguna de los monumentos visitados en Valladolid: nombra el Museo de San Gregorio y la emoción que le causa Berruguete, Juni o Gregorio Fernández, el encanto románico de Ntra. Señora de la Antigua y la casa de Cervantes. Nos resulta sorprendente las líneas de este artículo, que más parece un relato terrorífico que cultural como son los escritos de María Rosa Alonso pues, por lo general, se fija en las experiencias positivas y rara vez aflora en ella el ánimo de transmitirnos unos hechos tan desastrosos para su salud, pero que creemos que, a pesar de lo poco que nos aporta sobre el arte vallisoletano, tuvo que disfrutar y aprender mucho de esa capital castellana. A la semana siguiente sí que nos habla de la ciudad vallisoletana de la que apenas nos había contado nada, «Valladolid en Castilla»<sup>654</sup>: es un artículo más largo de lo que María Rosa Alonso no tiene acostumbrados, esto es un fiel reflejo de cuánto y tan bueno pudo ella ver en Valladolid. Emplea un lenguaje muy poético para describir esta ciudad, refleja en sus palabras la sensación que tiene el isleño ante la meseta castellana, y lo hace a través de una metáfora: «Un ancho mar de tierra perdido en las lejanías grises que comienza el alto cielo. Jamás sentido tan alto como aquí». Le sigue una descripción muy lírica del paisaje, por ejemplo, cuando habla de los ríos de la ciudad: «El Duero es casi azul, festoneado de verdes márgenes, tierno y grato. El Pisuerga es verde, ancho, y

---

<sup>653</sup> Francisco de Cossío Martínez-Fortún, la mejor semblanza de este periodista la encontramos en las palabras de Juan Sampelayo: «Nació en Sepúlveda (Segovia) el 12 de mayo de 1887. Pronto se afincó en Valladolid, siendo durante mucho tiempo Director del Museo Nacional de Escultura. De esta convivencia con el arte brotó el discurso sobre Berruguete en su entrada en la Real Academia de Bellas Artes en 1962. Fue Director de El Norte de Castilla, Subdirector de ABC y colaborador del diario Madrid. Su vida periodística quedó premiada con el título de periodista de honor y con el premio Mariano de Cavia y su vida literaria con el premio Fastenrath de la Academia Española por su novela *Manolo*. De su producción literaria cabe espigar obras como *Las experiencias del doctor Hanson*, *El Caballero Castilnova*, *La rueda*, *Taxímetro*, *Clara*, *Elvira Coloma*, *El hombre del suburbio*. Y en un aparte sus *Confesiones*, memorias de un hombre entregado, por vocación, a lo efímero, que ha sabido contemplar los hechos y las personas de su tiempo. Francisco de Cossío, tras el largo recorrido de su vida, podría repetirnos aquella frase pronunciada por él: “Cuando uno se muere, sus cosas quedan como dormidas”. Pero quedan porque son un amplio jalón de la vida española» (SAMPELAYO, Juan, en la Necrológica: «Recordando a Don Francisco de Cossío y Martínez- Fortun», *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de san Fernando*, 40 [1975]: 34-35): [file:///C:/Users/Usuario/Downloads/recordando-a-don-francisco-de-cossio-y-martinez-fortun%20\(2\).pdf](file:///C:/Users/Usuario/Downloads/recordando-a-don-francisco-de-cossio-y-martinez-fortun%20(2).pdf) (consultado el 25/09/2023).

<sup>654</sup> ALONSO, María Rosa: «Valladolid en Castilla», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 4 de mayo de 1948.

limpio junto a Valladolid», compara esta ciudad con Salamanca, pero llega a la conclusión de que todas estas ciudades españolas están cargadas de pasado, aunque no lo dice, creemos que las compara con las jóvenes capitales isleñas. Nos habla de su paisano, el poeta Fernando González<sup>655</sup> y su esposa que les hacen de «ciceroni», sigue comparándola con la ciudad salmantina; nombra la calle de Santiago, es decir, la «main Street» de la capital de provincia. Allí están los muros del hospital de la Resurrección, en donde tuvo lugar el coloquio de los perros cervantinos, esto le da pie para hablar de Cervantes; más adelante se refiere al claustro de la iglesia románica de Ntra. Sra. De la Antigua, al que Azorín había aludido unos días antes en *ABC*. Visita la huella del Renacimiento que es el palacio de Santa Cruz, convertido en dependencias universitarias. La bella fachada de la Universidad de Salamanca, el Museo de San Gregorio, que encierra el mejor tesoro de la imaginería española, donde se encuentran obras de Juni, de Gregorio Fernández, de Becerra, de Pedro de Mena. Como ella misma dice: «el artículo es demasiado largo ya», pero para los que disfrutamos de su enorme capacidad de descripción poética, que despiertan nuestra curiosidad y nos crea la necesidad de ver esas obras de arte «in situ», se nos ha hecho muy corto.

A los siete días se publica su siguiente artículo, en esta ocasión nos habla del tema educativo, «El plomo en el ala»<sup>656</sup>, expresión orteguiana para referirse a las malas experiencias vividas en la adolescencia y en la juventud, sobre todo en lo que se refiere al encuentro ante un superior, ya sea jefe de trabajo o un profesor, a esas edades tan tempranas el ser tratado con displicencia, es un peso que permanece de por vida: «la palabra desdeñosa, el gesto duro se clavarán, como perdigones de cazador, en el alma juvenil». Por todo lo dicho es por lo que los maestros deben de tener mucho cuidado en

---

<sup>655</sup> Fernando González Rodríguez (1901- 1972) fue un escritor y poeta canario, nos dice Antonio M.<sup>a</sup> Martín Rodríguez «Poeta precoz, se desplazó a Madrid en 1922 para ampliar sus estudios, periodo en el que entró en contacto con lo mejor de la intelectualidad española del momento, publicó algunos de sus libros y se ocupó, además, de agilizar las ediciones de otros poetas isleños. En 1930 obtuvo una Cátedra de Instituto de Historia de la Literatura, profesión que le permitió conocer buena parte de la geografía española como consecuencia de los incesantes traslados. Represaliado después de la guerra, se vio apartado durante unos años del ejercicio de su cátedra, en la que fue repuesto a finales de los 50. Coetáneo de los poetas del 27, que fueron sus amigos, pese a su diferente poética, es autor de seis libros de poemas: *Canciones del alba* (Las Palmas, 1918), *Manantiales en la ruta* (Madrid, 1923), *Hogueras en la montaña* (Madrid, 1924), *El reloj sin horas* (Madrid, 1929), *Piedras blancas* (Madrid, 1934) y *Ofrendas a la nada* (Valladolid, 1949)» (MARTÍN RODRÍGUEZ, Antonio M.<sup>a</sup>: «Ecos clásicos en la poesía de Fernando González», *Fortnatae*, 12; 2000-2001, pp. 125-143: <file:///C:/Users/Usuario/OneDrive/Comunicaci%C3%B3n%20de%20mayo/Documentos/Fernando%20Gonz%C3%A1lez,%20poeta.pdf> [consultado el 29/09/2023]).

<sup>656</sup> ALONSO, María Rosa: «El plomo en el ala», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 11 de mayo de 1948.

la forma de expresarse a la hora de dirigirse a sus jóvenes alumnos, pues no se trata solamente de transmitir conocimientos sino que el docente debe tener esmero para relacionarse con los jóvenes, aunque algunas veces por problemas personales nos encontremos mal de ánimo, esto hay que dejarlo en casa puesto que estamos ante unos seres humanos con una edad en la que sus almas delicadas pueden caer en profundos abismos que le dejarán huellas para siempre. Es muy clarificadora la situación que nuestra profesora nos cuenta en el último párrafo, nos habla de un problema en un oído del que su médico le dice que probablemente se produjo desde la época de la lactancia, de la misma manera el que aspira a ser maestro debe evitar palabras dichas de un modo brusco o un gesto de indiferencia, pues esto puede agrandar cicatrices espirituales en sus jóvenes pupilos. ¡Cuánta razón hay en las palabras de esta profesora! Todos hemos vivido u observado situaciones que nos demuestran que hay docentes que no cultivan el factor humano, es decir, para ellos los alumnos son números que están en un listado entregado a comienzos de un curso y de los que cuando acaba se les pone una calificación, sin apenas tratarlos como personas; no tienen en cuenta que están iniciándose en el mundo de los adultos, que quieren aprender y nada mejor que el ejemplo que les aportan sus maestros para seguir su camino de la vida. La verdadera educación está en la transmisión de valores humanos, porque los enciclopédicos se pueden adquirir sin necesidad de tratar con especímenes que no deberían de tener como profesión la de maestro, porque ese magisterio les queda demasiado grande.

Los tres siguientes artículos son los últimos del bloque de diez al que hicimos alusión al comentar el primero de ellos dedicado a Cervantes, esta última triada está dedicada a un mismo tema: el arte. El primero escrito a la semana siguiente del último comentado es «Paisaje castellano y un pintor canario en Madrid»<sup>657</sup>, en el que hace un comienzo muy poético comparando las curvas del paisaje isleño frente a las llanuras del castellano. A continuación, habla de la visita al Museo de Arte Moderno a una exposición del pintor vallisoletano don Manuel Mucientes, en la que el autor plasma un viaje hecho a las tierras salmantinas y vallisoletanas; destacaremos las palabras de nuestra autora: «Y al isleño atlántico da una lección de línea desnuda horizontal o vertical —la de Fray Luis, la de los místicos— pero infinita, que vemos salir del marco siempre». Después habla de la visita a una sala de bodegones de Gabriel González, que

---

<sup>657</sup> ALONSO, María Rosa: «Paisaje castellano y un pintor canario en Madrid», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 18 de mayo de 1948.

la pone de mal humor puesto que no soporta «esos cuadrillos de comedor para casa de verano donde se pasan quince días». Pero le vuelve el buen ánimo al visitar en el Círculo Cultural Medina la exposición del su paisano Alfredo Reyes Darías<sup>658</sup>, becado por el Cabildo tinerfeño y que es poeta y pintor; como acuarelista ha llevado cinco de sus obras, no olvidándose del esquema geométrico de un Teide con sus retamales, en los que percibe la tradición docente que va de Goya a Solana. Pero como María Rosa Alonso nos tiene acostumbrados a su gran sinceridad, en esta ocasión no iba a ser menos al decir que les parecen menos estimables y entonados las dotes de dibujante y de ilustrador de Reyes Darías.

El segundo artículo dedicado a la misma temática lo publica, como viene siendo habitual, el martes de la semana siguiente, «La crítica y el arte en Madrid. I»<sup>659</sup>, que podríamos dividir en dos partes: en la primera trata de lo que escribía Ledesma Miranda sobre el ejercicio de la crítica de arte, que según él tendría que ser realizada por «críticos de arte solventes», ella está de acuerdo con lo anterior sólo en el caso de capitales como Madrid, porque lo que es en provincias no se encuentran tantos especialistas en las distintas artes; el ejemplo más evidente es el de nuestra autora que nos está dando cuenta de sus visitas a distintos museos de la capital del Estado. En la segunda parte del artículo María Rosa Alonso nos habla de su visita al Museo de Arte Moderno en donde visitó la sala en la que Francisco Portela de la Liera exponía 32 marinas, a nuestra paisana no le ha gustado mucho como pinta el mar este señor de Cartagena y las compara con las de Marcos Baeza del Puerto de la Cruz y con las de don Alejandro Saviñón. En su recorrido por el Museo dice que prefiere no escribir sobre los bodegones de Maruja Sáenz Bauso, así que conociéndola como la conocemos: estamos seguros que prefirió a callar antes que decir cosas negativas sobre los bodegones, que ya vimos en el anterior artículo lo que decía de ellos. Nombra los paisajes impresionistas de Rafael Benet en el salón Biosca, que no resultan de gran

---

<sup>658</sup> Alfredo Reyes Darías (1922-2005) fue miembro fundador de los Pintores Independientes (PIC) y con su trabajo abarcó diferentes modalidades y campos de las Bellas Artes. Fundador del Aula de Cultura del Cabildo (1967) y director de su Museo, también fue el primer director del Instituto Colombino de la Gomera y conservador del Palacio de Capitanía de Tenerife. Escritor de varios libros de poesía y fundador de una publicación poética, Reyes se consideró más pintor que poeta. También adaptó autos sacramentales al teatro y dirigió coreografías sobre obras de Tamayo. Luis Ortega y Alberto Omar nos dicen: «Su poesía, neopopular y colorista da paso en el último título a las esencias de un humanismo cristiano, frente a la poesía social que en el tiempo de la edición —1959— estaba en plenitud» (ORTEGA ABRAHAM, Luis y OMAR WALLS, Alberto [1983]: *Poetas tinerfeños de ahora*, CCPC, La Laguna: 127).

<sup>659</sup> ALONSO, María Rosa: «La crítica y el arte en Madrid. I», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 25 de mayo de 1948.

novedad. De quien sí habla con gran admiración es del escultor canario Eduardo Gregorio<sup>660</sup>, director de la escuela «Luján Pérez», para ella sus obras son de gran dignidad artística, a pesar de que los críticos hablen de «racismo» con lo que no está de acuerdo. Al final del artículo nos emplaza a seguir con las visitas a las salas de arte.

Llegamos al tercero de los artículos dedicados a la crítica de arte y al último del bloque formado por estos diez artículos aparecidos en *Falange* de forma consecutiva, «La crítica y el arte en Madrid. II»<sup>661</sup>: es la segunda parte de este comentario del arte expuesto en la capital, que aparece en un día de la semana y en una sección del periódico diferente al de los nueve anteriores; «Plumas de las Islas» es el nombre de esta sección en la que seguirá participando a partir de este artículo. Estamos ante un largo artículo en el que nuestra autora comienza criticando a aquellos artistas que con fines comerciales se dan prisa en realizar exposiciones, nombra al pintor Ruiz Ferrandis, que ha expuesto setenta y cinco obras en el Salón Dardo. Pasa a hablar de las miniaturas (cuarenta y tres) hechas en marfil por Juan Mirasierras en los salones Kebos, y este arte le da pie para recordar que en los siglos XVIII y XIX estuvieron de moda, nombra algunos artistas que cultivaron este arte de la miniatura, entre los que destaca al tinerfeño, que llamaban «canario», don Luis de la Cruz y que llenaron las casas españolas. María Rosa Alonso nos aporta algunas anécdotas relacionadas con este arte y con personajes canarios de dicha época: Teresita del Hoyo, el vizconde de Buen Paso, don Juan Primo de la Guerra, Fernando de la Guerra, Alonso de Nava... En el salón Cano exhibe sus veinticuatro óleos de paisaje realista Manuel Abelenda, nuestra crítica de arte dice que este autor conoce su oficio y sabe pintar. Sigue nombrando salones de exposiciones, estilos y autores, incluso Camilo José Cela expone un óleo: «Padre con sus hijos», del que dice que a las figuras jóvenes les gusta construir su biografía.

---

<sup>660</sup> Eduardo Gregorio López Martín (1903-1974) fue un escultor y ceramista que está considerado como uno de los iniciadores del indigenismo en Canarias. Sus campesinas canarias, de rasgos distintivos exagerados, sería seguido por muchos artistas de la Escuela Luján Pérez. Es una de las figuras claves de la modernidad en Canarias en el siglo XX. Comenzó su andadura artística como alumno de la Escuela Luján Pérez el mismo año de su apertura, en 1918, y asumió la dirección del centro tras el fallecimiento, en 1927, de quien había desempeñado esta tarea hasta entonces, Juan Carló. Entre 1945 y 1955 se concentra su gran etapa creadora y una viajera trayectoria vital, en este sentido, en 1947, se traslada durante dos años a Tossa de Mar, Gerona, y entra en contacto con el pintor y crítico de arte Rafael Benet, quien lo introduce en los círculos intelectuales y artísticos de Barcelona y Madrid, junto a Benet expone, con gran éxito, en la galería Biosca, en Madrid, en 1948 (LÓPEZ MARTÍN, Eduardo Gregorio [2017]: «Eduardo Gregorio: visibilidad de un escultor invisible», extraído de la Biografía aportada por la Fundación Cristino de Vera en <https://fundacioncristinodevera.org/microsites/eduardo-gregorio/inicio.php?accion=biografia> [consultado el 30/09/2023]).

<sup>661</sup> ALONSO, María Rosa: «La crítica y el arte en Madrid. II», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 4 de junio de 1948.

Finalmente, y atendiendo a ese carácter tan suyo de ir a contracorriente, nos dice que visitó una exposición de la que los diarios no habían dicho nada y que ni siquiera se nombraba en los catálogos: «unos cuatro óleos y una veintena de tintas aguadas, firmadas por Bufrau sorprenden y encanta al espectador». A ella le da la impresión de que se puede dormir a la intemperie «bajo las noches negras con estrellas blancas, brillantes, puntiagudas, poéticas, que Bufrau pinta».

Nos sorprende nuestra periodista con la publicación de un artículo, «Canarias y su tradición botánica. Ante la jubilación del profesor Cabrera Díaz»<sup>662</sup>, en el periódico tinerfeño *La Tarde*, cuya última colaboración había sido en noviembre del año anterior. Pero es que, además, era una reproducción del publicado el 3 de junio en *El Alcázar*<sup>663</sup> de Madrid. En este artículo-homenaje al doctor Cabrera Díaz<sup>664</sup>, después de hablar del premio otorgado por parte del Gobierno de la Nación al profesor canario por su gran carrera profesional, nuestra autora sigue insistiendo en la necesidad de crear una Facultad de Ciencias Naturales en la Universidad de La Laguna. Recuerda la tradición botánica en nuestras Islas: Viera y Clavijo, el marqués de Villanueva del Prado, don Domingo Bello y Espinosa, el doctor Víctor Pérez... Por último, hace una petición al Cabildo para que compre un terreno en el Puerto de la Cruz porque la flora canaria no cabe en el Jardín Botánico de La Orotava. Seguimos comprobando que, aunque se encuentre en Madrid, nuestra autora está pendiente de todo lo que acontece en su tierra

---

<sup>662</sup> ALONSO, María Rosa: «Canarias y su tradición botánica. Ante la jubilación del profesor Cabrera Díaz», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 11 de junio de 1948.

<sup>663</sup> *El Alcázar* se empezó a publicar a raíz del asedio del Alcázar de Toledo y una vez terminada la guerra civil, pasó a editarse en Madrid. Se enmarcó en la llamada prensa «independiente» y durante los años sesenta fue uno de los principales diarios de Madrid. Tras la muerte de Franco, se convirtió en uno de los principales medios de la extrema derecha. El periódico cerró en 1987 debido a la falta de lectores y a la discriminación institucional en materia de publicidad. María Rosa Alonso publicó en este medio solamente el artículo objeto de este comentario.

<sup>664</sup> Agustín Cabrera Díaz (1878-1961) nació en Santa Cruz de Tenerife, Doctor en Ciencias Naturales. Director del Instituto General y Técnico de Canarias, catedrático de la Universidad y una de las personas más destacadas de la vida cultural lagunera. Comenzó su andadura como docente desempeñando la labor de Auxiliar en la Universidad de Barcelona en 1908, pero al no poder «vincularse definitivamente a la enseñanza universitaria de la Península, pues ésta no existía entonces en Canarias. Acaso esta circunstancia determinó que don Agustín opositase a cátedra de enseñanza media pero adscrita al Instituto único de Canarias en La Laguna, que ganó brillantemente, al primer intento, en 1909, y se recluyese aquí para el resto de su larga vida. Sin duda esto era entonces poco favorable a su vocación inicial, aunque no la abandonó sino lentamente, a lo largo de los años; en realidad la sustituyó por otra no menos noble dedicación: la consagración a una eficaz enseñanza del amplio campo de las ciencias de la naturaleza a las infinitas generaciones de adolescentes que pasaron por su cátedra, y si a muchos de éstos los orientó hacia profesiones con ellas relacionadas, a todos dio una formación inolvidable en este campo» («Agustín Cabrera Díaz [1878-1961]»: Nota necrológica publicada en el *Anuario del Estudios de Estudios Canarios* VI, 1960-1961, La Laguna: 58-59: <file:///C:/Users/Usuario/OneDrive/Comunicaci%C3%B3n%20de%20mayo/Documentos/Agust%C3%ADn%20Cabrera%20D%C3%ADaz.pdf> (consultado el 03/10/2023).

y que se desvive para que los organismos oficiales tomen carta en asuntos tan importantes como el que trata en este artículo y que ya hemos visto expresados en otros: la preservación de la flora del Archipiélago, sobre todo en la de su isla y en su Teide.

Y volvemos al periódico en el que publicaba habitualmente en los últimos tiempos: en el mismo día que se publicaba en el periódico vespertino tinerfeño el artículo anteriormente comentado aparecen en *Falange* tres artículos consecutivos: los dos primeros de temática personal y el tercero cultural. Tenemos el segundo artículo que aparece en la sección «Plumas de las Islas» y que es la primera parte de los dos que comparten el mismo título: «La madre en el umbral. I»<sup>665</sup>: es un emotivo artículo donde María Rosa Alonso hace una profunda reflexión sobre lo vivido en la infancia ya sea fuera o dentro del hogar; pero, sobre todo, lo que puede hacer una madre en el desarrollo de la personalidad de un ser humano. Creemos que lo que dio pie a tratar este tema a nuestra autora fue lo que narra en la segunda parte del artículo: lo contado en el diario *Pueblo* por el viejo escritor don Luis Ruiz Contreras<sup>666</sup>, que describe con amargura algunas vivencias de su niñez, cuando, en vez de tener una madre amorosa que le ayudara a emprender el difícil camino de la vida, fue todo lo contrario; la señora le decía que no iba a ser nada en la vida y todavía en su vejez echa de menos una madre que lo hubiera abrazado ayudándole a solventar esos conflictos infantiles, pero al escritor en el ocaso de su vida siente la añoranza de que «la adusta sombra de la madre hubiera sido un recuerdo imborrable cargado de perfume, de nostalgia dolorosa. Y entonces...».

A los cuatro días se publica la segunda parte de esta íntima reflexión sobre el papel tan importante de la persona que nos ha dado la vida, «La madre en el umbral.

---

<sup>665</sup> ALONSO, María Rosa: «La madre en el umbral. I», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 11 de junio de 1948.

<sup>666</sup> Luis Ruiz Contreras (1863-1953): Escritor, traductor y periodista español de la Generación del 98. Fundó la efímera *Revista Nueva* (1899) y fue una de las figuras secundarias más importantes de la llamada Generación del 98. Narrador y autor teatral mediano, destacó como gran traductor, ensayista y crítico; en estas últimas facetas escribió obras como *Dramaturgia castellana* (1891), *Palabras y plumas* (1894) etc. También son excelentes sus libros de recuerdos *Memorias de un desmemoriado* (1916, 1928 y 1946), *La tierra natal* (1931) y *Día tras día* (1950). *Mis jesuitas* (1903) es una novela en cierto modo autobiográfica y anticlerical, inspirada en el ingreso de su hermano en la Compañía de Jesús. Entre sus traducciones del francés destacan las de las *Obras completas* de Anatole France y Guy de Maupassant. Dijo a Alfonso Reyes que «el traducir es una tarea humilde y dócil como el servir, y a la vez un peligroso viaje sobre dos carriles». Gastrónomo aficionado, escribió y publicó un libro de cocina con pseudónimo femenino («Luis Ruiz Contreras (España)»: <https://tercerafundacion.net/biblioteca/ver/persona/21125?info=biografia> [consultado el 04/10/2023]).

II»<sup>667</sup>: en esta ocasión el tono del artículo es más positivo pues habla del inmenso amor que una madre siente por su hijo y fruto de ello es el esmero que pone en su educación, en hacer que la vida no sea tan dura, acompañarlo en ese camino tan difícil, pero que con una guía tan especial como una madre los tropiezos encontrados son más llevaderos. Pero llega el momento en que la madre se va, no del todo, porque queda en el umbral del recuerdo, su huella permanece en sus hijos, tanto en forma negativa —como vimos en el artículo anterior— como cuando deja un recuerdo imborrable lleno de ternura y amor.

Unas líneas más arriba dijimos que el tercer artículo que conforma el bloque de *Falange* —aunque también se reprodujo en *El Día* a comienzos del siguiente mes—, es de tema cultural, «El mar desde Castilla»<sup>668</sup>, es fruto de la nostalgia de una isleña en la capital del Estado. Poesía es lo que encontramos en este escrito, es de los que María Rosa Alonso deja salir de su alma para convertir sus añoranzas en palabras bellamente combinadas, plagadas de amor hacia su terruño. Desde la primera línea nos compara dos llanuras, la de la meseta castellana y la de La Laguna, pero que tienen algo en común: la ausencia de mar, con la gran diferencia de que cuando estamos en La Laguna a poco que nos movamos nos tropezamos con el azul de océano Atlántico, cosa que no sucede con la meseta castellana. El tema del mar aparece en muchos poetas y también en los castellanos, aunque no vean esas grandes extensiones de agua salada, por ejemplo, fray de León, Fernando de Herrera o Cervantes; para ella es inevitable nombrar a Viera y Clavijo, que también vivió esa nostalgia del mar en tierra adentro. De la misma manera nombra a los poetas isleños Cairasco de Figueroa y Antonio de Viana y su íntima relación con el mar: el primero lo concibe como «el mar que aísla y es nudo corredizo de la isla», mientras que para Viana es «el mar que une y es gargantilla y promesa».

Vuelve a publicar dos artículos en el periódico de la propia provincia en *El Día* en la sección «Correo de Madrid»; este primero será el único artículo que ve la luz en julio y nada mejor que en este mes estival para hablar de diversión: «El Puerto de la Cruz y sus fiestas»<sup>669</sup>. El recuerdo de su profesor don Adolfo Cabrera Pinto<sup>670</sup> es el

---

<sup>667</sup> ALONSO, María Rosa: «La madre en el umbral. II», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 15 de junio de 1948.

<sup>668</sup> \_\_\_\_\_: «El mar desde Castilla», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 23 de junio de 1948.

<sup>669</sup> ALONSO, María Rosa: «El Puerto de la Cruz y sus fiestas», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 17 de julio de 1948.

<sup>670</sup> Adolfo Cabrera-Pinto y Pérez (1855-1926) nació en Santa Cruz de La Palma, una vez superado el bachillerato con brillantez, se licenció en Filosofía y Letras por la Universidad de Sevilla. Fue profesor en Ávila y catedrático auxiliar de instituto en Granada y Ciudad Real hasta que regresó a Canarias. En la



punto de arranque para hablar de las fiestas portuenses, el citado profesor palmero decía a su alumnado que en un almuerzo al que había asistido en su isla, casi todo allí había sido cultivado y elaborado en La Palma: mesa, manteles, manjares, vino... Al recibir en Madrid el programa de las fiestas de julio del Puerto de la Cruz de parte de don Antonio Ruiz Álvarez<sup>671</sup>, María Rosa Alonso no puede evitar la comparación con lo narrado por su antiguo profesor, puesto que en dicho programa está realizado íntegramente por hijos de la ciudad que está en fiestas, empezando por la portada, obra de la pintora local doña Lía Tavío, siguiendo con los trabajos literarios de don Sebastián Padrón Acosta, don Cándido Chávez y don Antonio Ruiz Álvarez; la fotografía de Baeza, la confección material en la imprenta Rodríguez, sita en el Puerto de la Cruz, y todo con la vigilancia de don Isidoro Luz, que es el alcalde y médico del lugar. Tras nombrar a todos los artífices del programa, nuestra autora se dedica a hablar de la historia de la ciudad, que tan bien refleja la pluma de Álvarez Rixo, glosado por Antonio Ruiz. Estamos ante un

---

ciudad de La Laguna, en Tenerife, fue nombrado director del Instituto General y Técnico de la provincia de Santa Cruz de Tenerife realizando una enorme labor docente durante más de veinte años. En la misma ciudad trabajó de manera incansable y tenaz por el restablecimiento de la Universidad de San Fernando y por la implantación de la Escuela de Magisterio. Pero, sobre todo, consiguió que se incluyese a la Universidad de La Laguna en el proyecto de organización administrativa del Archipiélago por Real Decreto de 11 de abril de 1913. Además de profesor, fue un gran y destacado periodista, redactor de *El Popular* y colaborador de otros muchos periódicos. El Excmo. Cabildo Insular de La Palma le nombró Hijo Predilecto en reconocimiento a sus numerosos méritos en pro de la enseñanza. Igualmente, el Excmo. Ayuntamiento de Santa Cruz de La Palma le rindió homenaje al rotular una de sus calles como A. Cabrera Pinto, precisamente en la que había nacido (LORENZO ARROCHA, Manuel: «Cabrera- Pinto: un palmero con una destacada labor docente y periodística», *lapalmaahora*, 8 de octubre de 2020: [https://www.eldiario.es/canariasahora/lapalmaahora/lapalmaopina/cabrera-pinto-palmero-destacada-labor-docente-periodistica\\_129\\_6277415.html](https://www.eldiario.es/canariasahora/lapalmaahora/lapalmaopina/cabrera-pinto-palmero-destacada-labor-docente-periodistica_129_6277415.html) [consultado el 05/10/2023]).

<sup>671</sup> Antonio Ruiz Álvarez (1917-1973): nacido en el Puerto de la Cruz, fue bibliófilo, escritor e investigador histórico de reconocida valía. En su ciudad natal realizó los estudios de Bachillerato elemental, para terminar el Superior en La Laguna, el 31 de enero de 1940 y comenzar en su Universidad los de Licenciatura en Filosofía y Letras, que no concluyó. Fue uno de los fundadores y primer Secretario del Instituto de Estudios Hispánicos de Canarias, establecido en el Puerto de la Cruz; Miembro del Instituto Colombino de La Gomera, en 1943 y Comendador de la Orden del Corpus Christi. En 1963 el Instituto de Cultura Hispánica, de Madrid, le distingue, reconociendo sus méritos y la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife, a la que también pertenecía, lo designó en 1954, su Socio-Corresponsal en París. Publicó, tanto en la prensa, como en revistas especializadas, trabajos monográficos sobre personajes, familias y monumentos del Puerto. Varios de ellos vieron la luz en el diario *La Tarde*, de Santa Cruz de Tenerife, en el que colaboró por más de veinte años y los difundió a través de las antenas de Radio Club Tenerife. Tanto la revista de *Historia Canaria*, de la Universidad de La Laguna, como la de *Estudios Atlánticos* publicaron varios de sus valiosos estudios. Residió en París durante dieciséis años, su trabajo de librero, no le impidió que dedicara en Francia de cuánto tiempo podía disponer, para continuar investigando en temas históricos, relacionados con Canarias, como más tarde, al pasar a vivir a la República Federal Alemana. En ambos países, en conferencias y con proyecciones, se dedicó, igualmente, a dar a conocer la historia, la leyenda y la literatura de las Islas. Este investigador, tan amante de las Islas y particularmente de su ciudad natal, terminó sus días en Berlín, el 2 de enero de 1973. («Don Antonio Ruiz Álvarez» Nota necrológica publicada en el *Anuario del Estudios de Estudios Canarios*, XVI-XVII-XVIII-XIX-XX [1978], La Laguna: 181-182: [file:///C:/Users/Usuario/Downloads/13.Estudios%20Canarios,%2016-20%20\(1970-1975\)%20\(1\).pdf](file:///C:/Users/Usuario/Downloads/13.Estudios%20Canarios,%2016-20%20(1970-1975)%20(1).pdf) [consultado el 05/10/2023]).

retrato costumbrista de un programa de las fiestas que se llevan a cabo en todos los barrios y pueblos de las islas, aunque en esta ocasión los artífices de tal programa sean oriundos del pueblo que va a disfrutar de esos festejos veraniegos.

El segundo artículo publicado en el mismo periódico tinerfeño y en la misma sección, pero al mes siguiente, tiene un título extraño, no sólo por las interrogaciones, sino por ese sustantivo tan poco común en el vocabulario de nuestra escritora, «¿Amor a la tierra, desdén por la tierra?»<sup>672</sup>. Se trata de un amplio artículo en el que nuestra escritora responde a las «acusaciones» de Leoncio Rodríguez que decía que las actuales generaciones «intelectuales» no tienen apego a su tierra, creemos que ella se siente aludida ya que en ese momento está en Madrid, además de que dejó su isla años atrás para ir a estudiar a la capital del Estado, pues era donde único podía estudiar su verdadera vocación: la Lengua y la Literatura española. A pesar de que comienza el artículo en un tono suave, hablando de la propuesta que le hizo a su amigo, el joven escritor tinerfeño Leocadio Rodríguez Machado, para rendir un merecido homenaje a Leoncio Rodríguez, también se lo comunicó a Domingo Cabrera<sup>673</sup>, pero no han podido llevar a cabo tal proyecto, después habla de la gran labor realizada por Leoncio Rodríguez al frente de *La Prensa*, para ella el mejor diario de las islas. Pero sube de tono al hablar de un artículo del periodista, enviado por sus familiares a Madrid, en el que el periodista dice que «la actual generación literaria y artística de la isla es densa y bien preparada, al paso que la suya era poco numerosa», y que la primera está haciendo muy poco por sus Islas, como vemos se enzarza en la típica diatriba entre los antiguos y

---

<sup>672</sup> ALONSO, María Rosa: «¿Amor a la tierra, desdén por la tierra?», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 5 de agosto de 1948.

<sup>673</sup> Domingo Cabrera Cruz (1886-1979) fue un renombrado literato y dramaturgo tinerfeño, representante de la Eléctrica y Consejero del Cabildo Insular en 1917, también fue socio de honor de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife. Lo mejor para conocer algo sus ideales es leer sus Memorias en las que nos encontramos fragmentos como: «Acompañado de lo más prestigioso de la intelectualidad tinerfeña infiltramos en la entraña del pueblo, que repugnaba el cesarismo imperante, sentimientos de libertad y justicia, creando con nuestra palabra y nuestra pluma, un clima insular propicio a la renovación dinástica del dominio español. Durante los siete años de la Dictadura de Primo de Rivera puse en peligro mi seguridad y mis modestos intereses. Luché —no he de ocultarlo— por la República. [...] En los días de la proclamación de la República ejercía yo, sin buscarlo, un cierto dominio sobre el pueblo y masa obrera de La Laguna, que se habían compenetrado con nuestras campañas políticas. [...] La Laguna no presenció resplandor de las llamas ni los desvaríos de la revolución. Fue ésta la única ciudad en España donde las personas, la propiedad y las creencias fueron respetadas [...] De espaldas al Poder conquistamos nuestra más limpia ejecutoria electoral. De espaldas al Poder afirmamos nuestra independencia política, demostrando que la fuerza estaba en nosotros y que éramos libres para escoger nuestros hombres. Volvamos, pues, por lo nuestro. Rechacemos todo brote de caciquismo y pensemos que la redención de Tenerife saldrá de aquí, de nosotros mismos. Pensar que de Madrid han de venirnos el caudillo y el programa es dar por muertos nuestra carne y nuestro espíritu» (CABRERA, Domingo [1973]: *Huellas del tiempo*, Editorial Arte, Caracas: 110, 121, 128, 180-181).

los modernos. Ella habla de las circunstancias en las distintas generaciones y hace un pequeño recorrido histórico entre aquella y ésta, arguye ejemplos como la creación del Instituto de Estudios Canarios, «dar savia extensa e intensa a una publicación universitaria, vigilar por la suerte de unas retamas...» El último párrafo se convierte en una declaración de amor hacia sus Islas «Tan en carne viva llevo el amor por mis Islas y tan atlántica me siento...», a la vez que le dice a don Leoncio que el hecho de que él no sepa verlo, no quiere decir que la actual generación «intelectual» no sienta un gran amor por su tierra, tanto o más que la antigua generación «sentimental» de la que él forma parte.

A los diez días Alonso publica un artículo en la revista madrileña *Ínsula*<sup>674</sup>, el primero de los cuatro con los que colaborará nuestra autora con esta revista literaria, se trata de un comentario a un libro recién publicado sobre la bibliografía de Miguel de Cervantes: «*Catálogo de la Biblioteca Cervantina de don José María de Asensio y Toledo*, por Miguel Santiago Rodríguez»<sup>675</sup>. Estamos ante uno de los escritos en el que María Rosa Alonso nos demuestra su gran preparación intelectual, ya desde el principio nos habla de Menéndez Pelayo, parafraseado por Ángel González Plasencia en el prólogo del libro al que está haciendo la reseña, dichas palabras hacen alusión a que la cultura intelectual no se puede crear de la noche a la mañana, todo fenómeno cultural necesita de un bagaje cultural que poco a poco se va conformando. De la misma manera, nos encontramos con una gran biblioteca sobre Cervantes, que poco a poco ha ido elaborando el erudito don José María Asensio; de dicha biblioteca ha hecho un excelente catálogo el archivero del Ministerio de Asuntos Exteriores, don Miguel

---

<sup>674</sup> *Ínsula*: según palabras de su director, José Luis Cano, «comenzó a publicarse, en enero de 1946. Fue fundada por Enrique Canito, que era catedrático de francés expedientado por motivos políticos. Canito fundó una librería, y al poco tiempo me llamó para ayudarlo a hacer un boletín literario complementario de la librería. Ésta fue cerrada en 1983, pero la revista ahí sigue, pese a todas las dificultades que este tipo de publicaciones independientes encuentra siempre en España [...] El nombre de *Ínsula* fue escogido por una razón simbólica, que en aquellos años de la vida española indicaba la idea de una isla de cultura en un desierto de ella. Las intervenciones de la censura fueron constantes, hasta el punto de que era raro el número que no sufría mutilaciones. Tuvimos varios secuestros y un año entero de su pensión en 1956, a raíz del número que dedicamos a Ortega y Gasset en su muerte, número que fue expresamente prohibido por las autoridades franquistas y que no obstante publicamos. Juan Aparicio, por entonces director general de Información, lo consideró una provocación y nos cerró. [...] en los primeros años fue una revista que consiguió el apoyo de todos nuestros escritores liberales, que colaboraron generosamente en ella y dieron a cada página la calidad que estimábamos necesaria. Fue importante su relación con los hombres del exilio Todos los grandes nombres del éxodo republicano colaboraron en *Ínsula* y ésta se convirtió en un puente entre la España interior y la del exilio» (*El País*, 9 de marzo de 1985): [https://elpais.com/diario/1985/03/09/cultura/479170806\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1985/03/09/cultura/479170806_850215.html) (25/04/2022)

<sup>675</sup> ALONSO, María Rosa: «*Catálogo de la Biblioteca Cervantina de don José María de Asensio y Toledo*, por Miguel Santiago Rodríguez», *Ínsula*, N.º 32, Madrid, 15 de agosto de 1948.

Santiago. El profesor Lafuente ha hecho una cuidadosa biografía de Asensio en la que destaca su rechazo a «ligerezas de interpretación de las obras y del espíritu de Cervantes». María Rosa Alonso enumera las distintas partes en que se clasifica tan magna biblioteca en el libro de Miguel Santiago Rodríguez, y también alaba las viñetas reproducidas de la edición de 1780 de Cervantes con las que se completan artísticamente este gran Catálogo.

Después de un mes y medio de «descanso», nuestra autora vuelve a su habitual colaboración con *Falange*, y nos encontramos con treinta y tres artículos publicados ininterrumpidamente en este periódico de Las Palmas de Gran Canaria, desde octubre de 1948 hasta agosto de 1949; solamente en este medio —y en la misma sección iniciada en el mes junio «Plumas de las Islas»— se podrán leer los siempre interesantes artículos que tan bien sabe escribir nuestra flamante doctora en Filología por la Universidad Central de Madrid. Desde el 2 de octubre al 23 de diciembre tenemos ocho artículos dedicados íntegramente a un viaje a Francia: el primero de ellos, «En tierras de Francia»<sup>676</sup>, está dominado por el verde, ya que es este color el que predomina en todo el camino desde Castilla, la tierra vasca y todo el paisaje que va dejando atrás para adentrarse en Las Landas francesas, hasta llegar a París. A lo largo del artículo y con un lenguaje lírico va desgranando sus impresiones sobre el paisaje hispano-francés, pero aparece un rasgo muy característico de la escritora tinerfeña: comparar los sitios que va conociendo con su amada tierra, en esta ocasión en un párrafo describe una pincelada de su memoria: «Uno entonces evoca la mágica hondonada del Valle de Ucanca en Las Cañadas...». Para ella Francia es húmeda y verde, agrícola y vegetal y por eso impresiona tanto a los procedentes de otras tierras que son secas, es en ese preciso momento cuando nuestra autora comprende la grandeza de vivir bajo el cielo intenso que cubre la amada tierra española.

El siguiente artículo nos recuerda a una popular película española de principios de los años setenta, pues el título es casi igual sólo que el de la película es en plural y en esta ocasión es sólo una española la que está en París: «Una española en París»<sup>677</sup>; cuando leemos este artículo nos queda la impresión de que estamos ante una mujer muy valiente, pues es increíble que siendo oriunda de un archipiélago periférico se atreva a salir de su país ella sola sin ni siquiera saber el idioma del país al que se dirigía, además

---

<sup>676</sup> \_\_\_\_\_: «En tierras de Francia», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 2 de octubre de 1948.

<sup>677</sup> ALONSO, María Rosa: «Una española en París», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 27 de octubre de 1948.

que en los años cuarenta del siglo pasado no era usual que una mujer viajara sola; pero sabemos que ella fue pinera en muchas cosas y esta es una de las que se atrevió a hacer sin tener en cuenta su condición femenina, siempre tuvo por delante esa arrolladora personalidad que no le impedía hacer cualquier cosa que se propusiera sin tener en cuenta prejuicios de ningún tipo. En este artículo nos narra el viaje desde que salió de Madrid a Hendaya en un tren, cuyo trayecto duró catorce horas; era la primera vez que salía de su país, habla de sus compañeros de viaje, en especial de M. Courbin, un francés que no sabía español y tampoco ella sabía mucho francés, por lo que se entendieron en latín, y no podía dejar de aparecer el referente de Canarias, cuando recuerda que tampoco el capitán Castillo y la princesa Dácil conocían la misma lengua, y sin embargo se entendieron muy bien. Una vez llegó a la estación de París se despidió de su compañero de viaje, del que nunca más supo nada. Ya en la capital del Sena, se dedicó a buscar su hotel, al que tardó hora y media en llegar, a pesar de haber sido ayudada por un joven obrero y por una amable señora. Hasta aquí la particular odisea de la joven canaria que por primera vez salió de su país para ir a la capital gala, en el que quería empaparse *in situ* de su cultura, que ya conocía por los libros esta infatigable lectora.

Será a finales de noviembre, prácticamente con un mes de diferencia, cuando aparece la tercera entrega de su particular «periplo» alrededor de las «Islas del Sena»<sup>678</sup>, es justo al hablar de islas cuando a nuestra canaria se le acentúa la vena lírica en la descripción de las islas que están en el anchísimo y verde Sena, cual Océano Atlántico que tiene a sus Islas Canarias. Ahí mismo en la capital de París se encuentra la «cité» que es una bella nave anclada en el Sena, unidas por cinco puentes cual «remos alzados del bello batel que encierra el Palacio de Justicia y Notre Dame». En el último párrafo habla de cómo el francés feminiza al Sena, «La Seine», así como el marinero feminiza la mar, y ella como una isleña de las islas atlánticas, que son islas de verdad, se siente tentada a enviar un mensaje de isla a isla, es decir, desde las orillas del Sena ese mensaje podría llevarse desde el «Havre y de allí al ancho mar océano, rumbo a las Afortunadas, que están más allá de la morada de la noche, según escribía Homero».

---

<sup>678</sup> \_\_\_\_\_: «Islas del Sena», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 28 de noviembre de 1948.

El primer día de diciembre se publica el siguiente episodio del viaje a la capital parisina, «El Sena y su villa»<sup>679</sup>, comienza de la necesidad vital que tiene el hombre del agua, es por eso por lo que los núcleos poblacionales estén cerca de los ríos; aquí la canaria recuerda a los barrancos de Santos o de Guinguada, que sólo se mojan cuando sus habitantes se mojan mucho; también nombra al Manzanares, que una «venilla acuática y eterno blanco de la burla de los clásicos». El «maravilloso, verde y bello Sena» tiene más de treinta puentes y traza dos arcos en la villa de París, el nombre de la ciudad era Lutecia de origen celta y significa ‘entre las aguas’ pues era el núcleo original de la actual París. Habla de la plaza de la Concordia, las islas de San Luis, la «cité», el Louvre, Las Tullerías, Los Campos Eliseos y la Plaza de la Estrella. En todo lo anterior predomina la línea recta, la horizontalidad —los edificios no tienen más de siete pisos—todo esto unido a la simetría, a la forma cerrada y tectónica demuestra el racionalismo arquitectónico, es decir, lo clásico. María Rosa Alonso hace un pequeño recorrido histórico por la arquitectura de esta ciudad para concluir afirmando que la perspectiva de la que disfruta el turista no es sino la muestra de la rigurosa simetría ordenada a través del tiempo y que demuestra la finura, la armonía y elegancia de París.

Sus lectores sólo tendrán que esperar cuatro días para seguir disfrutando de la capital de Francia, a través de la bella prosa de su paisana que sigue experimentando uno de los mayores placeres que las personas ávidas de cultura y belleza pueden sentir: la de viajar. En esta ocasión nos habla de «París y lo clásico»<sup>680</sup>; empieza tratando de lo que se concibe como clásico en arquitectura mediterránea, es decir, todo azul y luminoso, pero en París los edificios son oscuros y terminan en unas buhardillas al estilo nórdico; por lo tanto, París no sería una ciudad clásica, pero si atendemos al «espíritu clásico de lo lineal, de lo simétrico, de la superficie, de la forma cerrada, de la armonía y la medida, de la razón intelectual en feliz conjunción con la gracia». París es una ciudad clásica. Para demostrar lo anterior va nombrando monumentos, avenidas, barrios, por ejemplo, el Latino que está en los alrededores de la Sorbona y cuyas librerías visitó acompañada de su amiga Olga Pjevalinsky buscando la *Lingüística* de Bourcliez. También habla de la evolución arquitectónica de la ciudad desde el Medievo a su evolución hacia renacimiento italiano, los compara con el renacimiento y el neoclasicismo español, que resultan fríos frente al francés que es armonía y gracia, por

---

<sup>679</sup> ALONSO, María Rosa: «El Sena y su villa», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 1 diciembre de 1948.

<sup>680</sup> \_\_\_\_\_: «París y lo clásico», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 5 de diciembre de 1948.

ejemplo, la Iglesia de la Sorbona, el Panteón de los Inválidos; finalmente ella percibe este espíritu clásico francés incluso en el romántico Delacroix y su *Medea* o en la *Olimpia* de Manet.

A los cinco días conocemos la ciudad francesa ubicada en los suburbios de París y que fue la capital del reino desde finales del siglo XVII y durante casi todo el siglo XVIII. «Versalles, geometría»<sup>681</sup>, en donde María Rosa Alonso, muy poco usual en sus artículos, coloca una cita de Rubén Darío: «Es el otoño y vengo de un Versalles doliente», también nombra al poeta español Martínez de la Rosa<sup>682</sup> al que las márgenes del Sena le resultaban tristes, pero ella no está de acuerdo con ninguno de ellos; tras esta reflexión sobre el Sena, que ocupa el primer párrafo, pasa a hablar de Versalles, en concreto de su fabuloso palacio el que visitó bajo «un bello sol de otoño y un día claro de cielo azul lechoso, limpísimo». Tuvo que sufrir en el piso alto una guía explicándoles lo relacionado con Luis XIV, María Antonieta..., pero lo que más le gustó del palacio fue la despejada campiña y los jardines, que desde él se pueden observar, donde predomina —igual que en París— «la misma línea simétrica, armónica y grácil de la constante clásica francesa». Lo anterior la lleva a hablar del tema del tratamiento de la naturaleza en Rousseau, haciendo una curiosa extrapolación: «Desde 1860 Luis XIV hace el menosprecio del Louvre y la alabanza de Versalles»; desde su punto de vista, «Versalles está hecho para esa maravillosa dimensión de la vida humana que se llama lo superfluo» y se va del famoso palacio con la sensación de dejar «el estuche vacío de un cuerpo muerto cuyo perfume aún se advierte en un mármol o en una fuente». Hasta en

---

<sup>681</sup> ALONSO, María Rosa: «Versalles, geometría», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 10 diciembre de 1948.

<sup>682</sup> Francisco Martínez de la Rosa (1787-1862) fue un poeta, dramaturgo, político y diplomático español. Encabezó el gobierno del país durante el trienio liberal y, más adelante, fue nombrado presidente del Consejo de Ministros en 1834. Según Carlos Seco Serrano, Martínez de la Rosa fue «un escritor extremadamente sensible a todas las sugerencias estéticas de su tiempo, continuamente embarcado en la aventura de las nuevas tendencias, de los nuevos modos y estilos [...] la trayectoria de su producción teatral, iniciada con un frío retablo histórico construido sobre los moldes de Alfieri, proseguida con una serie de piezas de corte moratiniano, y culminante en el primer gran drama romántico de nuestro teatro, no exento, sin embargo, de ciertos resabios de la tragedia clásica, adquiridos con la lectura y nueva versión de *Edipo: La conjuración de Venecia* [...] Idéntica evolución de la poesía, atildado reflejo de Meléndez Valdés o de Quintana en sus primeras manifestaciones, para alcanzar luego un claroscuro, un ardor apasionado próximos a Espronceda o a Arolas». Pero lo que más sorprende en Martínez de la Rosa es su labor como ensayista, pues más de la mitad de su quehacer literario lo dedicó a «los estudios en que se refleja la constante pasión política que preside todo su recorrido vital, Pocos estadistas habrá conocido España tan concienzudamente preparados para su labor, tan profundamente concedores de los problemas de la Europa de su tiempo como el autor de *El espíritu del siglo* [...] cuyo título de por sí ya es un acierto: con él apunta su autor a definir una de las raíces del progreso histórico, *el espíritu de cada época*. Equivalente a los niveles *generacionales* de Ortega» (MARTÍNEZ DE LA ROSA, Francisco [1962]: *Obras I*, edición y estudio preliminar de Carlos Seco Serrano, Atlas, Madrid: 104-105).

la descripción de un monumento tan famoso como es el palacio de Versalles, no nos deja de asombrar nuestra incansable viajera, pues sus puntos de vista son muy originales.

Hacemos un alto en el camino de los comentarios sobre los artículos de María Rosa Alonso para hablar de una nota aparecida en *Falange*<sup>683</sup> y que muestra la importancia de nuestra escritora en las islas, particularmente en la de Gran Canaria. En el citado periódico, concretamente en «Vida de sociedad» y en el apartado «Viajeros» se informa en primer lugar de la vuelta a Tenerife, después de un viaje a la Península, del coronel jefe de E. M. de la Capitanía General de Canarias, don Luis Durango Pardini, acompañado de su hija. A continuación «También ha regresado a la vecina isla de su viaje a Madrid y Extranjero la doctora en Filosofía y Letras y distinguida colaboradora de *Falange*, señorita María Rosa Alonso». Acto seguido de la vuelta de la Península de un importante representante militar del régimen franquista. Es llamativo como este periódico destaca la noticia de su vuelta del extranjero, creemos que se trata del viaje a Francia, que ha ido contando a lo largo de estos tres últimos meses, y que aparezca en el mismo nivel de importancia que dos representantes de la Dictadura. Esto nos demuestra que, a pesar de estar tan relacionada con los partidos de izquierda de antes de la guerra, el director del periódico —que también era el censor— sólo tuviera en cuenta la gran validez intelectual de esta mujer que tan buena profesional era como profesora, periodista, ensayista, etc.

A los ocho días de conocer Versalles María Rosa Alonso nos brinda la siguiente entrega de este viaje a París, en esta ocasión nos va a hablar de «Nuestra Señora de París»<sup>684</sup>; a pesar de que hable de un solo monumento son tantas las impresiones que ha vivido en el lugar que nos comunica todas y cada una de sus opiniones y emociones de este templo, que representa la percepción tan distinta que tiene el pueblo francés con respecto al trato de sus lugares de culto y que difiere mucho de «el pulcro celo por los objetos que sirven a la liturgia» con que se realizan los actos religiosos en los templos españoles. La primera impresión que recibe de Notre Dame es que es un templo que está de mudanza, debido a la poca cantidad de imágenes y cuadros que hay, en el templo en semipenumbra destacan la bella Virgen de mármol en el altar mayor y Saint Denis, dice que este templo es el gótico más puro que ella nunca ha visto.

---

<sup>683</sup> *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 15 diciembre de 1948.

<sup>684</sup> ALONSO, María Rosa: «Nuestra Señora de París», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 18 de diciembre de 1948.



Le resulta curioso como las mujeres entran al templo «destocadas» y con pantalones largos o cortos, según plazca a su dueña. También destaca las dos rosas del crucero de un azul inolvidable, observa cómo, a pesar de caber nueve mil personas en el templo, su ordenación interior es tan rítmica y armoniosa que no parece tener tanta amplitud. Describe la nave majestuosa de Notre Dame, que es la joya arquitectónica más valiosa de París. Llamó mucho su atención a la salida del templo la presencia de religiosas católicas aguardando una limosna, pero en silencio, no piden nada, pero son tan delicados sus modales que es raro el visitante al templo que no les deje el necesitado socorro.

Llegamos al final del viaje, así como al último artículo escrito en este año. María Rosa Alonso no podía olvidarse de sus paisanos, como ya hemos podido comprobar en muchos de sus artículos allá donde vaya tiende a comparar personas, situaciones, lugares, etc., con sus Islas, así que no nos puede extrañar que la última entrega de su viaje se la dedique a «Canarios en París»<sup>685</sup>. Al primero que le dedica este recuerdo en forma de artículo es a Viera y Clavijo, que estuvo en París en la época prerrevolucionaria y del que cuenta la anécdota de cuando el malvasía de Tenerife a través del Havre llegó a la mesa de nuestro embajador, el conde de Aranda, y de cómo saboreó con placer el delicioso caldo canario. Habla del Vizconde de Buen Paso<sup>686</sup> y de cómo en su juventud algunas jovencitas parisinas se prenderían de él, cosa que seguramente contaría a nuestro historiador en la Tertulia de Nava. Rafael Martín Neda, amigo de Galdós y del Marqués de Florida publicó en la *Revista de Canarias* artículos sobre «Las estrellas de París», en 1879 y 1880. También don Nicolás y don Patricio Estévez: del primero dice que pisó muchas veces las losas de la casa Garnier. Dice que, así como hay un libro de *Canarios en América* y que se ha quedado corto, también

---

<sup>685</sup> ALONSO, María Rosa: «Canarios en París», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 23 de diciembre de 1948.

<sup>686</sup> Cristóbal del Hoyo Solórzano y Sotomayor (1677-1762) fue un escritor canario cuya obra se desarrolla en el contexto de la Ilustración. Nació en La Palma, vivió en: Tenerife, Madrid y Lisboa; realizó muchos viajes al extranjero. Fue considerado un libertino por su escepticismo, sus ataques a la iglesia, sus muchas y variadas lecturas y su afición al bello sexo, «No obstante, si atendemos a las versiones que nos da el mismo Marqués de los hechos, todo tiene una explicación lógica y diferente (véase la actitud noble y ejemplar en su fuga, con las cartas que deja escritas y en el propio testamento). Una vez en Madrid, aunque no perdió nunca su genio, no se le puede juzgar de libertino, en el sentido menos favorable del término. El Vizconde pudo haber sido un prototipo humano del siglo XVIII. Poseía todas las cualidades que se consideraban necesarias para ser calificado “hombre de bien”: posición social, esmerada educación, cosmopolita, curiosidad intelectual. Pero no pudo gozar de tanto privilegio por los azares de su vida. Le faltó la tranquilidad interior y a pesar de su riqueza, le faltó, a veces, el sustento» (HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Miguel Ángel [1989]: *Biografía del Vizconde del Buen Paso*, Excmo. Cabildo Insular de Tenerife: 90-91).

se podría escribir uno sobre nuestros paisanos en París y que ahí no debería de faltar la gran figura del Marqués de Muni al frente de la embajada española, ni don Luis Doreste Silva «gran leonino y cosmopolita de la isla redonda».

Comienza el año 1949 y con él continua la gran actividad periodística de nuestra profesora, sigue colaborando con *Falange* exclusivamente hasta que en el verano aparece un artículo suyo en una revista tinerfeña, pero son 26 artículos los publicados ininterrumpidamente en el periódico grancanario. El primero de un bloque de cuatro dedicados a temática personal, tiene un título muy apropiado para el año que comienza: «En Enero, felicitaciones»<sup>687</sup>, en el que comienza hablando de su amigo Enrique Azcoaga<sup>688</sup>, del que desde hace cinco años comenzó a recibir felicitaciones muy ingeniosas, aunque hubo un lapsus en 1946 y en este año que comienza tampoco ha recibido felicitación alguna. Pero a sus manos ha llegado la felicitación de un amigo poeta del que no está autorizada para decir su nombre, se trata de un ingenioso cuarteto sobre La Laguna, que nuestra periodista transcribe. También comenta la felicitación que le ha enviado su amigo, el gran poeta José García Nieto<sup>689</sup>: se trata de una pajarita de papel en la que en el ala izquierda está impreso las cuatro cifras del año que comienza y en el vientre de la pajarita hay un poema, que también transcribe María Rosa Alonso, cuyo título es «Brindis para el Año Nuevo». En el último párrafo hay una reflexión sobre el uso comercial de estas fechas, por eso es tan importante la sinceridad de sentimientos que se desprende de lo escrito por los poetas para felicitarla, así como ella también aprovecha este primer artículo del año para desear mucha suerte a sus lectores.

---

<sup>687</sup> ALONSO, María Rosa: «En Enero, felicitaciones», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 16 de enero de 1949.

<sup>688</sup> Enrique Azcoaga Ibas (1912-1985) fue un escritor, poeta y crítico de arte español, adscrito al movimiento conocido como Generación del 36. Pilar García Rodrigo nos dice: «Enrique Azcoaga comenzó escribiendo poesía en verso libre, y a raíz de la guerra, su poesía fue perfilándose y adquiriendo cada vez más perfección y belleza. Aunque es un poeta profundamente humano y preocupado por los problemas sociales, en su poesía no descuida las formas; sin embargo, se preocupa más por el hombre y su humanidad que por el propio lenguaje de sus poemas, que es un lenguaje íntimo, familiar, fácil de comprender y perfectamente asimilable» (AZCOAGA, Enrique [1985]: *Reflexiones sobre mi poesía*, presentación de Pilar García Rodrigo, Universidad Autónoma, Escuela Universitaria del Profesorado de E.G.B. Santa María, Madrid: 8-9).

<sup>689</sup> José García Nieto (1914-2001) fue un poeta y escritor español, ganador del Premio Cervantes y miembro, junto a Gabriel Celaya, Blas de Otero y José Hierro, de la generación poética de la posguerra española. Para Camilo José Cela, en su discurso de respuesta a García Nieto al ingresar éste en la RAE, el poeta es «una de las voces líricas más claras de nuestro tiempo y de nuestra lengua [...] acaba de cantar el supremo don de la palabra, usamos sus idénticas sílabas ceñidas, con el fulgor de cada letra, con el sonido de cada letra, con el sonido de cada cuenta desgranada, para rendirse y rendirnos de emoción y de pasmo ante esa misma palabra, su palabra y la nuestra...» (GARCÍA NIETO, José [1984]: *Nuevo elogio de la lengua española. Piedra y cielo de Roma*, introducción por Camilo José Cela, Espasa-Calpe: Madrid: 11, 13-14).

Nuestra profesora comienza pisando fuerte, porque nos sigue demostrando que cualquier acontecimiento es factible para realizar un buen ejercicio literario, ella sabe literaturizar muy bien los temas comunes que, en mayor o menor medida, afectan a todos y cada uno de los seguidores de su excelente labor periodística.

Pasadas prácticamente dos semanas María Rosa Alonso publica su siguiente artículo, que en apariencia sigue la misma línea temática que el anterior, «Literatura de Año Nuevo»<sup>690</sup>, pero es sólo en la primera parte donde habla de la felicitación que hace Gabriel Celaya<sup>691</sup> a sus lectores desde la editorial del periódico *Norte* de San Sebastián. Después dice que ya le llegó la felicitación de Enrique Azcoaga, en la que escribe unas poéticas líneas, que para la periodista son una evolución de los ríos que van a dar a la mar de Jorge Manrique; a partir de esta evocación aparece el tema de la segunda parte: la fugacidad de la vida para la mujer. Este tema ya lo hemos visto esbozado por nuestra autora, en esta ocasión parte del francés François Villon<sup>692</sup> que en su personaje de la bella Heaulmiere ya vieja y desdentada, cual Celestina, «ponía un epitafio de melancolía a la tumba de su belleza». De la misma manera, Cristóbal del Hoyo se dirigió a doña Mencía de Véndala en estos términos: «Nuestro Señor guarde a V. S. en su hermosura muchos años sin que el tiempo marchite sus colores». El párrafo final no tiene desperdicio, pues en pocas palabras nuestra ensayista define esa sensación que toda

---

<sup>690</sup> ALONSO, María Rosa: «Literatura de Año Nuevo», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 29 de enero de 1949.

<sup>691</sup> Gabriel Celaya es el nombre por el que es conocido Rafael Gabriel Juan Música Celaya Leceta (1911-1991): fue un poeta español de la generación literaria de la posguerra, uno de los más destacados representantes de la que se denominó «poesía comprometida» o poesía social. Siguiendo la edición de Antonio Chicharro, tras haber publicado Celaya dos libros de poemas, «En 1946, después de un largo silencio, publica su gran obra *Tentativas*, en la que se combina de un modo original el ensayo, el poema en prosa y la narración. A partir de esta fecha despliega una gran actividad. Funda la colección de poesías “Norte”». Además de seguir colaborando con la prensa diaria y con revistas, publicó un libro con la traducción de cincuenta poemas de Rilke, una novela y siete libros de poesía. (CELAYA, Gabriel [2009]: *Ensayos literarios*, edición y estudio previo de Antonio Chicharro, Visor Libros, Madrid: 15-16).

<sup>692</sup> François Villon responde al tópico de poeta y forajido que intenta transmitir en su obra; siguiendo la introducción de su *Testamento*, escrito a finales de 1461, en donde dice que tiene treinta años, si responde a la verdad, se puede deducir que nació en 1431. Parece ser que en su vida como estudiante no tuvo una conducta muy ejemplar «como tantos clérigos de su época, frecuente las tabernas, se rodea de mujeres y provoca alboroto en las calles [...] por eso no debe extrañar la continua alternancia entre el academicismo y el vitalismo; es éste uno de los rasgos más destacados del estilo de Villon: siguiendo las pautas retóricas, compone baladas para sus amigos muertos en la horca o lleva a cabo un debate —de corte medieval— entre el alma y el cuerpo, o mezcla máximas cultas con proverbios vulgares, o alterna sublimes expresiones trovadorescas con términos groseros, alejados de toda idealización; consigue así obras extrañas y vigorosas [...] Incluso hoy día, Villon es casi más conocido por las versiones musicales de algunos de sus poemas llevados a cabo por Georges Brassens y por Léo Ferré, que por la lectura de su obra. Y, sin embargo, en Villon hay algo más que una poesía de circunstancias o que la sátira a ciertos parisinos del siglo XV; en Villon encontramos el grito desesperado de un poeta que quiere vivir y que cada vez que asoma a la vida se hunde en las tinieblas por los reveses de la Fortuna» (VILLON, François [1980]: *Poesía*, prólogo y notas de Carlos Alvar, Alianza Editorial, Madrid: 7-8, 10, 16).

mujer siente con el paso de los años —a finales del año que comenzaba cumplía ella los cuarenta—, sus afirmaciones, siempre muy categóricas, dejan patente un pensamiento perfectamente amueblado: «Uno entra y sale de los años, que cierran y abren sus puertas en este vagón desvencijado de la vida. Y cualquier día descendemos a la estación, a ese mar del morir manriqueño, con las mejillas marchitas o en plena lozanía...».

En el mes de febrero publica su siguiente artículo, esta vez con nombre propio en su título, «A D. Luis Doreste Silva, bajo el cielo de Las Palmas»<sup>693</sup>. Recordemos que, en el artículo del 23 de diciembre, dedicados a los canarios en París, María Rosa Alonso nombra a «don Luis Doreste Silva»<sup>694</sup>, gran leonino y cosmopolita de la isla redonda», pues parece ser que este señor le envió una carta de agradecimiento por este detalle y nuestra escritora le contesta en este artículo diciendo que se siente muy afortunada por haber provocado en él un artículo sobre un bello itinerario de París: «Bajo los auspicios de Lutecia». Ella hace un resumen del artículo citado, también hace una reflexión sobre cómo han cambiado las cosas en cuanto al tratamiento entre las personas: «En este imperio de la S. E. la Ordinariez, los ministros de la chabacanería — que en algunos sitios como en esta ínsula mía llaman “humorismo”— y la grosería». Echa de menos las cartas y la conversación. Sigue en la misma línea refiriéndose sobre todo a los que se creen sabios, pero a los que le falta alma: «una cultura sin un alma que le sirva de sustancia, de la que ella es mero y pobre accidente, resulta un cascarón vacío». Dice que está harta de «intelectuales puros» y de futbolistas; pero que a personas como a ellos que lo que les apasiona es la vida y el valor humano, son las que realmente valoran una buena conversación con una copa de malvasía o una carta tan agradable y cortés como la que le ha enviado don Luis Doreste.

En el mes de marzo publica el último artículo sobre el bloque de temática personal, en esta ocasión emplea un título muy ocurrente en el que hace un juego de

---

<sup>693</sup> ALONSO, María Rosa: «A D. Luis Doreste Silva, bajo el cielo de Las Palmas», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 9 de febrero de 1949.

<sup>694</sup> Luis Doreste Silva (1882-1971) fue escritor, médico y secretario del Embajador de España en París, Fernando León y Castillo, estuvo estrechamente vinculado a los poetas modernistas. Rafael Santana Rodríguez habla de que Doreste «sigue la escuela lírica de Tomás Morales y Alonso Quesada, en su poesía parecen coincidir con Heine y con más frecuencia con Bécquer, con ese estilismo lírico en que construye el verso, pero, atrayente, y emotivo que nos hace participar de su vibración sentimental [...] Estamos, pues, ante la figura de un hombre que poseyó la capacidad de pensar, de comunicarse, y que creó en su entorno un estado de afectividad, social y cultural, cuyo valor más importante es su amor hacia los demás» (SANTANA RODRÍGUEZ, Rafael [1994]: *Luis Doreste Silva y la poesía de su tiempo*, Editorial Sanro, Las Palmas de Gran Canaria: 24, 31).

palabras sobre la diatriba que despertó su último artículo, «Coletilla a una cola»<sup>695</sup>. María Rosa Alonso se dirige a un supuesto amigo que había hecho una interpretación muy particular sobre el último artículo de la periodista tinerfeña en el periódico grancanario<sup>696</sup>. Desde el comienzo del escrito nos encontramos con la ironía —recurso que tan bien sabe utilizar nuestra periodista— pues el tono en el que se dirige a su interlocutor nos hace sospechar que no es tan amigo, ni tan inteligente, ni tan bondadoso. Transcribe un fragmento de la carta en la que su «amigo» le recuerda sus trabajos: dos de sus libros publicados, su gran labor en *Revista de Historia*, su tesis doctoral; todo para hacerle una pregunta retórica sobre si no es erudición lo que ella hace. Ella se defiende diciendo que no es una «intelectual pura», pues no representa lo que Ortega y Gasset en *La rebelión de las masas* denomina «barbarie del especialismo», es decir, una persona que vive desde su inteligencia, sumida en un mundo que es exclusivamente el suyo y que carece de valor humano y es esto justamente a lo que se refería cuando hablaba de «muchos espíritus vulgares y varios especialistas, pero pocas personas con alma». Dice que cuando comienza el curso le recomienda a sus alumnos que «la sabiduría, el mundo intelectual y el aprender es para ellos muy fundamental, pero que si todo ese ingrediente no va soportado por un valor humano y un alma noble esencialmente moral, de poco les servirá lo primero». Le dice a su interlocutor que si no ha acertado a aclararle sus dudas es que ella no tiene «luces» para más; pero al final le dedica palabras como, por ejemplo: «Hoy tenemos a este “hombre masa” metido a periodista, a futbolista [...] se lleva siempre las de perder si uno comete la necedad de intentar dialogar». En fin, que hay personas que no perdonan a una mujer que tenga tantos estudios y tanto coraje como para no amilanarse ante personajes con tantos prejuicios, además de sentimientos tan negativos hacia «compañeros» de profesión, aunque escriban en periódicos de distintas islas. Sin ni siquiera tener en cuenta que nuestra escritora era oriunda de la isla en la que un periódico —su periódico durante los dos primeros años de su andadura periodística— arremetiera tan duramente contra ella, pero parece ser que Víctor Zurita, bajo el pseudónimo de *Roberto Riley*, era de las

---

<sup>695</sup> ALONSO, María Rosa: «Coletilla a una cola», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 16 de marzo de 1949.

<sup>696</sup> Para entender mejor este choque entre la periodista y el «supuesto amigo», —que no quedó aquí— resulta muy esclarecedor el artículo: YANES MESA, Julio Antonio: «Las polémicas periodísticas de la profesora republicana de izquierdas María Rosa Alonso (1909-2011) en la prensa de las Islas Canarias en el primer franquismo», *Arenal. Revista de Historia de las mujeres*, Universidad de Granada, enero-junio 2023, 67-94: <https://revistaseug.ugr.es/index.php/arenal/article/view/24508>. (consultado el 15/10/2023).

personas que se creían sabias pero que les faltaba alma, parafraseando las palabras de nuestra admirada periodista.

En abril María Rosa Alonso publica en su periódico y sección habitual cuatro artículos: dos alternos de crítica de arte y los otros de cultura y de tema personal respectivamente. Desde junio del año anterior nuestra polígrafa no nos hablaba de arte, pero en esta ocasión se ha decidido a hacerlo porque ha conocido la obra del escultor sueco Ted Dyrssen. «Otra vez Bencomo»<sup>697</sup>, aunque nos hable de este señor y su obra casi al final del artículo. Empieza recordando a Gustav Guide, Stil Akervall y a otros pintores extranjeros, cuyas obras formaban parte de la exposición que organizó Juan Felipe Machado en 1947 sobre pintores extranjeros que durante el siglo XX habían residido en el Puerto de la Cruz. Nuestra autora habla de un trabajo suyo, inédito, que aborda la tercera vuelta a la Naturaleza por parte del Romanticismo, la primera fue en el Renacimiento y la segunda durante el siglo XVIII. En Canarias el tópico del buen salvaje fue abanderado por los poetas: en primer lugar, por Graciliano Afonso<sup>698</sup> y después por Ignacio de Negrín, Victoria de Ventoso<sup>699</sup>, Nicolás Estévanez y por el prosista Manuel de Ossuna Saviñón. Hace un extenso recorrido por las manifestaciones románticas sobre el primitivo guanche, que desde la imprenta la «Isleña» se encargó en difundir obras referentes al tema de nuestros aborígenes, además de dos periódicos: *El Mencey* y *El Guanche*. Los extranjeros que visitaban nuestras Islas también se dejaron llevar por ese entusiasmo, por ejemplo, Berthelot y la pintora y escritora Isabel Murray, esposa del cónsul inglés en Tenerife. Finalmente habla de Ted Dyrssen y de su tratamiento «un tanto mongoloide» del héroe de Taoro, que más que un Bencomo que se prepara para el ataque, lo que hace es presentar el drama de la pesadumbre de un

---

<sup>697</sup> ALONSO, María Rosa: «Otra vez Bencomo», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 2 de abril de 1949.

<sup>698</sup> Graciliano Afonso Naranjo (1775-1861) fue un canario poeta, traductor y teórico de la literatura. Su figura está vinculada al romanticismo en Hispanoamérica y en las Islas Canarias. Para Alfonso Armas Ayala su «Oda al Teide» la mejor después del Vizconde de Buen Paso, aunque «Más interesante que la misma poesía es su prólogo. Posiblemente es uno de los intentos más formales de Historia Literaria de nuestra poesía; las más destacadas figuras de nuestro Parnasio van siendo mencionadas por la pluma doctoralesca, no sin cierta acrimonia alguna de ellas» (ARMAS AYALA, Alfonso [1945]: «El Neoclasicismo en Canarias: José Viera y Clavijo, Graciliano Afonso Naranjo», separata de la revista del *Museo Canario*, Las Palmas de Gran Canaria: 54).

<sup>699</sup> Victoria Ventoso y Cullen (1827-1910) nació y dejó de ver la luz en el Puerto de la Cruz. Según Sebastián Padrón Acosta: «Estudió el arte métrica en un libro que le había donado don Domingo Verdugo, y que tenía por título *Arte poética*. Era lectora asidua de los versos de Bermúdez de Castro. Escribió un libro con el título de *Ensayos poéticos*, obra que aún permanece inédita y que conservan sus descendientes. Consta el libro de Victoria de unas treinta composiciones, henchidas de llaneza y sentimiento. Sus temas favoritos son el mar y el campo» (PADRÓN ACOSTA, Sebastián [2001]: *Poetas canarios*, Editorial Leoncio Rodríguez, Santa Cruz de Tenerife: 41).

destino. Este artículo es de los que la crítica de arte mezcla las diferentes artes: escultura, pintura y literatura; en esta ocasión para darnos una nómina de autores que cultivaron el mito del buen salvaje, representado en nuestra isla de Tenerife por el primitivo guanche.

A los ocho días publica un artículo de temática cultural, aunque aplicando el lenguaje de hoy en día, estaríamos ante un artículo ecologista; además también fue publicado en el periódico tinerfeño *La Tarde* a los cuatro días. «¿Pero es que no hay árboles?»<sup>700</sup>; desde el primer párrafo notamos cierta ironía acerca del tema, recordemos que ella ya había mostrado su preocupación por temas relacionados con la preservación de la naturaleza en artículos ya comentados, aunque relacionados con la flora de Las Cañadas del Teide. Parece ser que ahora se trata de concienciar a la población de la falta que hace plantar árboles en unas islas tan secas como las nuestras, según el artículo de Luis Benítez Inglott<sup>701</sup>. María Rosa Alonso hace un repaso por los artículos en los que ha reivindicado su lucha por la naturaleza, especialmente por el campo, cuando en un artículo de 1830 ensalzaba la labor de don Antonio Lugo y Massieu y su periódico *El Campo*. También hace referencia a una campaña realizada en 1947 en la que ella misma participó y en la que se leyeron unos extensos artículos sobre el tema, pero es en el momento actual cuando Alfredo Fuentes, atendiendo a la llamada de don Alfonso Ascanio, recuerda el desconcierto sembrado en la población porque en la campaña del 47 en los artículos que se leyeron decían que la lluvia no tenía nada que ver con el arbolado, teoría muy opuesta a la tradicional defendida por Joaquín Costa. Ella se disculpa diciendo que su profesión, al igual que las de muchos otros de dicha campaña, no es la de botánica y forestal; se justifica diciendo que al estar dentro del bosque no puede ver los árboles y termina con dos preguntas retóricas, altamente irónicas. La verdad es que el artículo es un tanto confuso, pues no nos queda muy clara su postura, porque hay momentos en los que parece estar dando teorías cargadas de razón, pero un

---

<sup>700</sup> ALONSO, María Rosa: «¿Pero es que no hay árboles?», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 10 de abril de 1949.

<sup>701</sup> Luis Benítez Inglott (1896-1966): nacido en Las Palmas de Gran Canaria, fue periodista y poeta formado en el Modernismo. En palabras de Ventura Doreste: «Como articulista, Luis Benítez descollaba por sus observaciones, por sus conocimientos literarios y por la fluidez y agilidad de su prosa. En estos trabajos, la actitud intelectual solía subordinarse a un sentimiento equilibrado, a una pasión mesurada». En cuanto a su cultivo de la poesía: «hay paisajes interiores, confesiones líricas, expresión de sentimientos fugaces. Si repasamos su único libro, notaremos que las más estimables piezas son aquellas que responden al título: *Poemas del mundo interior*. Las composiciones objetivas, las que se refieren a asuntos externos, las que no constituyen una catarsis del universo íntimo, no se encuentran a la misma altura que las otras» (DORESTE, Ventura [1967]: «Poesía canaria: Luis Benítez Inglott», *Isla*, N.º 36, II Época, Las Palmas de Gran Canaria: 20-23).

poco más adelante ironiza sobre ellas. En fin, que creemos que entre los árboles sigue la polémica con Víctor Zurita y María Rosa Alonso que, como buena escritora que es, sabe emplear muchos recursos para enviar mensajes subliminales a los señores del periódico vespertino tinerfeño.

A la semana siguiente aparece de nuevo la crítica de arte, esta vez dedicada a un prestigioso pintor tinerfeño: «El tiempo y Don Francisco Bonnin»<sup>702</sup>, define la pintura de los primeros tiempos del acuarelista como costumbrista, junto a Crosita, ilustraron «un Tenerife local, luminoso, claro, colorista», Bonnin pintó el paisaje del norte tinerfeño, que ya era un paisaje modificado por la mano del hombre: el valle de La Orotava, la campiña de Tacoronte, la húmeda Guamasa, los nebulosos Portezuelo y el Ortigal, la vega lagunera. Pero después un joven pintor, Antonio González Suárez, que supo reflejar «la visión del paisaje húmedo, de los grises y sombras célticas, de los humildes charcos, de los juegos del agua estancada». Más adelante fue el sur el que se incorporó a los gustos estéticos de los nuevos pintores, ya la mitad de la isla tenía su pintor: Manuel Martín González, que «valorizó las piedras, los riscos, la bravía costa y el aire», pintó el Teide desde dentro del mismo volcán, el laberinto de Las Cañadas; de la misma manera supo pintar los riscos de Tejeda y el gran paisaje de Gran Canaria. Pero mientras ¿qué pasó con la pintura de Bonnin? Nos dice Eduardo Westerdahl<sup>703</sup> que «los patios y las buganvillas de su prehistoria artística se vieron acompañados por retamales y piedras y Teide» y mientras que Martín González se mantuvo fiel a su limitada parcela, Bonnin supo plasmar en sus acuarelas el paisaje íntegro de Tenerife. Su fama lo acompañó al ámbito peninsular, pero dejó una buena escuela de acuarelistas en sus islas: Castillo Olivares, Ángeles Cerviá, Gonzalo Suárez, Toral, Baudet... En el último párrafo la crítica de arte nos hace una especie de retrato de acuarelista, por

---

<sup>702</sup> ALONSO, María Rosa: «El tiempo y Don Francisco Bonnin», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 19 de abril de 1949.

<sup>703</sup> Eduardo Westerdahl y Oramas (1902-1983) fue un pintor, crítico de arte y escritor canario. En la época en que escribe María Rosa Alonso este artículo y para tener una idea de cómo se movía el mundo de la cultura, concretamente en las vanguardias, de Tenerife en esos momentos, nos cuenta Pilar Carreño Corbella, «Westerdahl se muestra desbordado de entusiasmo en sus cartas, meses antes de la “Primera Semana de Arte”, que se celebró en septiembre de 1949, presidida por el arquitecto italiano Alberto Sartoris —una de las últimas conexiones de *Gaceta de arte*, establecida a través del también arquitecto y pintor constructivista Vordemberge-Gildewart— a quien conoce personalmente, amistad que se traduce en numerosas visitas a las islas Canarias y en un intenso diálogo epistolar. Se ponen en marcha una serie de proyectos, como la creación de una colección de monografías, para la que se nombra a Westerdahl director contando con su anterior experiencia» (CARREÑO CORBELLA, Pilar [2002]: *Eduardo Westerdahl: suma de la existencia*, Instituto Óscar Domínguez de Arte y Cultura Contemporánea, Santa Cruz de Tenerife: 127-128).



ejemplo, «Y hasta su delgada y nerviosa figura es otro estallido de color y dinamismo...». Una vez más María Rosa Alonso nos demuestra la gran cultura que tiene y lo bien que sabe plasmarla en palabras escritas, éstas son su pintura, pues al igual que el pintor al que le dedica su artículo, también ella nos aporta innumerables acuarelas descritas a través de palabras, frases, párrafos, que forman un cuadro perfecto de los paisajes de su amada isla.

El último artículo publicado en abril —también se publicó en *El Día* el 17 de marzo de 1953— pertenece al ámbito personal de los recuerdos, ya desde el título sabemos con la tristeza que nos vamos a encontrar en su interior: «Elegía de un ave»<sup>704</sup>. En un tono muy lírico María Rosa Alonso recuerda los años de su niñez-adolescencia-juventud como bachiller en el hoy denominado Instituto de Canarias; uno de sus recuerdos más llamativos era el de la cacatúa a la que describe, así como su vivienda, sus acrobacias y su graznar que llenaba las galerías del centro lagunero; sobre todo recuerda la palabra que gritaba «¡Herrera!», nombre del ordenanza al que llamaba don Adolfo Cabrera Pinto, director del instituto, cada vez que le daban fuertes golpes de tos y también cuando lo requería para cualquier cosa que el viejo profesor creía urgente. Pero la cacatúa ha muerto, pero no sólo ella sino también don Adolfo y también Herrera y nuestra lagunera de adopción siente una enorme tristeza porque al pasar por fuera del instituto no ha oído los graznidos del ave y le han dicho que ha muerto; para la antigua estudiante del centro no sólo ha muerto aquélla que «al pasar por el claustro con su blanca elegancia de siempre (porque no se le notaban las arrugas de la vejez), la cresta naranja y el grito inefable “¡Herrera!”, en el pico...», con ella se había cortado para siempre su nexo con la niñez porque la cacatúa significaba la encarnación de la eternidad. Pero la vida sigue y aunque algunos lectores le parezcan estos recuerdos una ridiculez, para quien los desgrana con tanta emoción significan que con la muerte de la centinela habitante del blanco palacete del claustro, también desaparece «la última atadura que me unía a un pasado tan muerto como ella». Estamos ante una de las manifestaciones más íntimas de nuestra escritora, la de los recuerdos de su niñez, que al compartirlos con sus lectores quiere buscar un consuelo ante esa pena que constituye la pérdida de esa época de nuestra vida que va conformando con su experiencia la persona que seremos en la madurez, por lo tanto, al sentir como todo lo relacionado con la niñez

---

<sup>704</sup> ALONSO, María Rosa: «Elegía de un ave», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 28 de abril de 1949.

ha muerto, es como si muriera también esa parte que fueron los inicios de nuestra andadura por la vida.

Llega mayo y en plena primavera parece que también se ha alterado el pulso de nuestra escritora pues nos tiene una sorpresa en su habitual modo de escribir: cuenta una fábula para responder a los ataques de Víctor Zurita<sup>705</sup>, cuya primera defensa ella había iniciado en el único artículo que escribió en febrero. En «Fábula del tuerto, el ciego y la mujer»<sup>706</sup>, siguiendo la estructura fabulística, nos encontramos con una clara respuesta a los ataques recibidos por parte del periodista Víctor Zurita, bajo el pseudónimo de *Roberto Riley*. Siempre en clave de fábula ella cuenta como un personaje cruel se aprovecha de las desgracias de los demás para hacer chistes, que sólo él encuentra graciosos, utiliza a un ciego del que ya se había reído para hacer lo mismo con una mujer que advierte al ciego de las burlas de su amigo, pero el invidente no le hace caso y los dos se dedicaron a intentar llevar a la mujer a su terreno, pero no lo consiguieron y ella lo único que hizo fue dejarlos hablar y que siguieran con sus maledicencias. En fin, que María Rosa Alonso se vale de un género clásico para responder a los ataques de Víctor Zurita, que seguía su particular su cruzada en contra de ella, y remarca lo pernicioso que es hablar mucho y sin sentido, pero la providencia se encarga de castigar las oscuras intenciones de los perversos, en favor de los que hablan poco y con tino.

Pero todo tiene un límite y nuestra autora se ha hartado de la actitud del señor que se ha empeñado en atacarla y le escribe una carta para zanjar el asunto de una vez por todas, «Carta abierta (a D. Víctor Zurita, director de *La Tarde*)»<sup>707</sup>, no publicada en el periódico en la sección habitual —«Plumas de las Islas»—, sino que aparece en la página de los deportes. En primer lugar, nos encontramos con el agradecimiento de nuestra autora al director de Falange por publicarle esta carta, pues se la había enviado

---

<sup>705</sup> Víctor Zurita Soler (1891-1974): nacido en San Cristóbal de La Laguna, según José Luis Zurita: «tomará de su padre la vocación por el telégrafo, y de su abuelo materno, la inclinación hacia el periodismo». No en vano, ingresó como telegrafista cuando tenía diecisiete años y, tras superar las oposiciones, fue su profesión hasta que se jubiló, permaneciendo en el puesto de Santa Cruz de Tenerife durante cincuenta y dos años. Como periodista empezó en *El Progreso*, colaborando también en revistas y diarios locales y nacionales, por ejemplo, en *El Campo* de don Antonio Lugo y Massieu. Pero su gran obra fue la creación, junto a don Matías Real González y a don Francisco González Viera del periódico vespertino de Tenerife, *La Tarde*, el 1 de octubre de 1927, el diario se caracterizará desde sus comienzos por una defensa de los ideales e intereses tinerfeños (ZURITA ANDIÓN, José Luis [2018]: *La Tarde. 55 años de periodismo tinerfeño (1927-1982). El ocaso de la prensa vespertina en España*, Archivo histórico provincial de Santa Cruz de Tenerife: 55, 57).

<sup>706</sup> ALONSO, María Rosa: «Fábula del tuerto, el ciego y la mujer», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 10 de mayo de 1949.

<sup>707</sup> ALONSO, María Rosa: «Carta abierta (a D. Víctor Zurita, director de *La Tarde*)», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 27 de mayo de 1949.

al periódico tinerfeño *El Día* y se negaron a hacerlo; como bien dice el refrán: «Es de bien nacidos ser agradecidos». A continuación, está la carta escrita a don Víctor Zurita, en la que María Rosa Alonso le recrimina que se esconda tras un seudónimo para atacar a las personas que no tienen un periódico para defenderse, sino que tienen que responder con su verdadero nombre y apellidos. Después hace un repaso por los artículos en los que la atacaba, que fueron cuatro, en tanto ella respondió con tres; ella quiere dejar bien claro que no quiere entablar diálogo alguno, sino que lo que pretende es poner fin a tanto dislate, porque ella no puede luchar contra un poderoso señor que es el director de un periódico, en caso de ser una persona particular con el silencio hubiese bastado. Pero ya se hartó de que el destinatario de la carta traiga y lleve su nombre a su puro capricho interpretativo. «Creo, don Víctor Zurita, que... ya está bien. ¿Estamos?». Así finaliza la carta, con la que María Rosa Alonso nos demuestra una vez más su carácter y entereza ante los ataques gratuitos de personas que por complejo o prejuicios la atacaron; no es la primera vez: cuando publicó en 1940 *Un rincón tinerfeño. La Punta del Hidalgo*, algunos señores se alarmaron ante lo que una jovencita como ella se atrevía a escribir. Pero el mayor ataque estaba por venir: sólo quedaban cuatro años para consumarse la mayor de las infamias hacia su persona y su calidad profesional.

Pero todavía nos quedan dos artículos en los que sin decirlo abiertamente María Rosa Alonso lanzaba indirectas a Víctor Zurita y a sus seguidores; el primero de ellos se publica al día siguiente de la carta, «Cortesía, cursilería»<sup>708</sup>, comienza con un párrafo muy enigmático en el que se plantea que cuando uno conoce cosas que pasan tan obvias, puede tomar dos posturas: comentarlas o aguantarse, pero que en nuestras manos no está la manera de evitarlas; es evidente a todo lo que se está refiriendo y para ilustrarla de lo que está hablando nombra al periodista Ortega Lissón, que en abril en su periódico madrileño *Pueblo* hablaba de que la grosería estaba haciendo desaparecer a la cortesía. Igualmente Torcuato Luca de Tena el año anterior el 26 de mayo en *ABC* dijo unas palabras muy clarificadoras sobre el tema que estamos tratando: «El respeto a las opiniones ajenas no significa hacerlas nuestras, sino reconocer el derecho del prójimo a pensar de modo distinto al nuestro sin considerarnos ofendidos por ello»; para María Rosa Alonso estas son palabras que le vienen «como anillo al dedo» y realiza una reflexión sobre la necesidad de detener la ola de ordinariez que se está dando en la

---

<sup>708</sup> ALONSO, María Rosa: «Cortesía, cursilería», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 28 de mayo de 1949.

sociedad, ella cree que existe la falsa idea entre la «gente bien» que tener modales corteses resulta ridículo. Ella critica esa concepción de que ser atento y educado es cursilería: «bajo el pretexto de “modernidad” o de sencillez se esconde la grosería más molesta y desenfadada». En fin, que a nuestra autora no le gusta nada el lenguaje que para la juventud es el adecuado, pero no el de toda la juventud sino el de los de clase alta que se creen que ser educados es anticuado y cursi, ellos prefieren ser ordinarios en detrimento de la cortesía.

Aunque cambiamos de mes, no sucede lo mismo con el trasfondo del artículo de María Rosa Alonso, pues todavía sigue latente los ataques de los señores del periódico de su isla. «¿Sociedad, suciedad?»<sup>709</sup>, sigue empleando sólo dos palabras para el título, que —al igual que en el anterior artículo— le sirve para contraponer dos conceptos, además, con una carga de negatividad más que evidente, la que se desprende de ese juego fonético que hay en las dos palabras: aunque entre interrogantes, ella desde el principio deja clara su posición en contra de una sociedad que bajo la apariencia de educación lo que hay es hipocresía. También comienza el artículo haciendo referencia a los artículos comentados de Lissón y Luca de Tena. También nombra a Ortega y Gasset al decir que le parecía haberle oído hablar —en privado— de que el bárbaro es el hombre para el que los demás no existen, y habla de una rebarbarización porque si para el bárbaro los demás no existen, para los demás tampoco existe el bárbaro, y de este modo la sociedad se barbariza. Tras este juego de palabras está esa tremenda crítica hacia la «civilización», de la que sólo escapan «muchas personas tranquilas y de buen gusto y gran parte de la población campesina». Recurre al *beatus ille* horaciano, pues se dedica a alabar la vida en el campo donde sigue habiendo respeto hacia el prójimo; habla de los bailes de magos de las fiestas de mayo, que al principio eran una «sana exaltación a la gracia taimada pero bonachona de nuestros campesinos» pero que se han convertido en una burla hacia la gente del campo, es decir, hasta en las fiestas populares de la ciudad ha llegado la suciedad de esa sociedad barbarizada de la capital.

A los diez días continúa con temas relacionados con la educación de las personas, aunque esta vez se centre en un aspecto gramatical de la lengua relacionado con lo que ella considera el respeto hacia los demás. «Nostalgia del usted»<sup>710</sup> empieza

---

<sup>709</sup> ALONSO, María Rosa: «¿Sociedad, suciedad?», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 8 de junio de 1949.

<sup>710</sup> ALONSO, María Rosa: «Nostalgia del usted», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 18 de junio de 1949.

hablando de que Canarias es una región arcaizante, por ejemplo, en el plano fonético se conserva la antigua *s* sonora; en el plano sintáctico, el loísmo y leísmo como manifestación del uso etimológico de dichas formas. Otro arcaísmo sería el uso del usted en el trato social, que para ella es una manifestación más de la buena educación de la gente, sobre todo de la del campo que es donde más se conserva este uso. Hace una descripción histórica sobre el porqué del cambio del usted de respeto al tú y lo achaca a la guerra civil con la vida de campaña y ciertos partidos políticos —creemos que los de izquierda— que impusieron el uso del tú, incluso para dirigirse a sus superiores, en Canarias, a pesar de su arcaísmo, este «uso del tú hace estragos, sobre todo entre la gente joven». Después comenta un artículo de Dámaso Alonso sobre el uso del usted en el pueblo inglés, que ha perdido el tú (*thou*) y trata a todo el mundo de usted (*you*); ella cree que no queda otra que resignarse ante el avance del tú en detrimento del usted, aunque en las Afortunadas perviva debido a su arcaísmo. Termina el artículo con su habitual ironía ante un fenómeno que gusta mucho a las masas porque ésta no sabe de sutilezas. Estamos ante una lección de lengua de esta excelente filóloga, se trata del primer artículo en el que nos da una clase de gramática y demuestra esa gran preparación académica y cultural de la que es acreedora. Este artículo tuvo contestación por parte de un compañero de periódico, Luis Doreste Silva<sup>711</sup>, que después de un comienzo muy lírico, pero también muy irónico, hace hincapié en la condición de mujer de la articulista y hace una parodia de las ideas que defiende María Rosa Alonso sobre el uso de *usted/tú*.

Termina el mes de junio con un artículo de crítica literaria, temática que no había abordado desde la reseña que hizo en agosto del año anterior en la revista *Ínsula*. En esta ocasión también comenta dos libros de versos. «Josefina Maynadé y sus poemas»<sup>712</sup> es el artículo en el que habla de los libros de versos que la misma autora le había enviado desde Las Palmas. María Rosa Alonso no conocía personalmente a la poetisa, pero con un lenguaje lírico nos da su impresión sobre esta mujer atendiendo a sus poesías. La señora Maynadé<sup>713</sup> también es escultora y la tinerfeña había visto sus

---

<sup>711</sup> DORESTE SILVA, Luis: «A Usted y en nostalgia del “tú”», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 28 de junio de 1949.

<sup>712</sup> ALONSO, María Rosa: «Josefina Maynadé y sus poemas», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 23 de junio de 1949.

<sup>713</sup> Josefina Maynadé (1908-1978) «fue una escritora española que dedicó su vida a la difusión de la conciencia espiritual basada en la Fraternidad Humana y en los valores teosóficos en los cuales creía completa y naturalmente. Esta mujer de gran sensibilidad y aguda intuición escribió múltiples biografías, artículos y libros de carácter espiritual. Sentía una gran pasión por los clásicos, especialmente los que

obras expuestas en el Círculo de Bellas Artes de Santa Cruz de Tenerife; compara sus estatuillas de bronce con sus poemas «sin el arrullo de la métrica y con algún neologismo que desazona un poco». Lo que sí destaca de la poetisa es su erudición, sus poemas demuestran una preparación clásica muy vasta; comenta el poema «Cenéfora», que trata el tema de la maternidad frustrada, compara sus esculturas de bronce que representan cuerpecitos de niños con la delicadeza de sus versos; para la periodista el verso «el espíritu del hijo que no me nació nunca» representa una feminidad tan honda, que sólo por esto merece su admiración. Sigue hablando de la obra escultórica de Maynadé, que le da pie para hacer una reflexión sobre feminidad y dice que sólo el «punto de vista» es lo que especifica el ser femenino, a ella le cuesta hablar de estos temas sobre la mujer porque «el pudor aconseja la medida» y dice que no se debe definir a una mujer por lo que hace u omite, que es mejor atender a cómo lo hace u omite y desde qué «punto de vista». Termina con una referencia un tanto enigmática a la *Odisea*, para ella a una mujer no se le podía escapar la emotiva anécdota del perro Argos, pues sigue diciéndonos: «Los dedos y el corazón de una mujer, si bien con medida y sobriedad, han entibiado la fría anécdota del clasicismo». No son muchas las veces que María Rosa Alonso trata el tema de la mujer en sus escritos, en esta ocasión nos brinda una nueva perspectiva acerca de su opinión sobre el papel activo de las mujeres dentro de la creación artística —Maynadé cultiva dos disciplinas—, pero aquí nos aporta una nueva concepción sobre la labor creativa de la mujer fuera de su ámbito tradicional y llega a la conclusión de que la mujer se diferencia del hombre en cuanto al «punto de vista», en cómo hace u omite su trabajo de creación. La verdad es que esto abarca un campo muy amplio dentro de la intervención de la mujer como elemento activo en ese mundo de hombres que es el de la creación literaria y se necesitan muchas más líneas para que nuestra autora explique claramente lo que quiere decir con estos conceptos de «punto de vista» y la manera de hacer u omitir.

Tras el inciso del artículo sobre crítica literaria, empieza el mes de julio con la vuelta a la temática que venía desarrollando, tímidamente en el año anterior, pero de una

---

evocaban a Grecia, aunque escribió sobre todo tipo de tradiciones y filosofías, siguiendo el espíritu abierto que siempre la acompañó. Esta sensibilidad también se podía apreciar en sus trabajos artísticos, siendo pintora, ilustradora, escultora, etc., y en su interés por la pedagogía y la educación, todo lo relacionado con el mejoramiento del ser humano y su mejor cooperación en pos de la Fraternidad Humana» (LÓPEZ MUÑOZ, Isabel María: «Josefina Maynadé. Pinceladas de Vida y Obra»: <https://www.editorialdagon.es/index.php/autores/josefina-maynade/> [consultado el 21/10/2023]).

forma casi exclusiva a lo largo del presente año, es decir, los artículos que tratan temas personales, pues su contenido no tenía cabida en la clasificación temática elaborada hasta que escribió el primero de ellos en marzo: «Especie y nombre». Además, reanuda la teoría que desde «Cortesía, cursilería» viene desarrollando; estaríamos ante el cuarto artículo dedicado a la evolución en las formas de hablar el idioma español, sobre todo entre la juventud. Pero no podemos olvidar tampoco que en el trasfondo de estos temas está la polémica que había mantenido con Víctor Zurita. «Lenguaje de moda»<sup>714</sup> empieza de una forma sorprendente, a la que no nos tiene acostumbrados muestra autora ya que habla de religión y cita las palabras de un apóstol, pero parece que a ella le interesaba en este momento nombrar el Evangelio de San Juan para tener una cita de autoridad que corroborase las ideas que quería defender. Según San Juan el principio era el Verbo y por eso la palabra es lo que hace que un hombre sea realmente un ser humano, pero he aquí que llega el hombre masa orteguiano y se dedica a crear nuevas palabras, éstas tienen sus mejores seguidores en los jóvenes y nuestra periodista nos da ejemplos de algunos neologismos que hicieron «furor» entre la juventud en épocas recientes. María Rosa Alonso continúa en su defensa de la sencillez en el hablar «sin afectación, sin tópicos lingüísticos que la juventud elegante cree de buen tono». Termina con una anécdota del Presidente Truman, que al proferir un insulto en público, se montó tal revuelo que incluso una maestra le envió una carta con una pastilla de jabón para que se lavara la boca, castigándolo de la misma manera que lo hacía ella con sus alumnos si se atrevían a decir palabras ofensivas. Parece que nuestra autora sigue con su cruzada particular sobre el decoro de la juventud a la hora de hablar, a la vez que ataca a las clases altas y a las personas-masa de las ciudades, que no respetan las normas lingüísticas, frente a la gente del campo que sí que hablan de una forma adecuada para mantener la pureza de la lengua castellana.

El 12 de julio el periódico *Falange* hacía un anuncio sobre una serie de artículos que al día siguiente empezaría a publicar María Rosa Alonso bajo el título: «De una generación», de su propia generación. El periódico adelanta que se trata de seis artículos, los tres últimos forman un bloque dedicado a Ortega y Gasset, aportando el sumario con los títulos de cada uno de los artículos. Es muy interesante la reflexión que

---

<sup>714</sup> ALONSO, María Rosa: «Lenguaje de moda», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 2 de julio de 1949.

hace Melchor Fernández Almagro sobre el concepto de generación, en un artículo<sup>715</sup> dedicado a la publicación del libro de María Rosa Alonso, *Pulso del tiempo*, cuyo último bloque se encuentran los artículos que vamos a comentar:

Una generación se define, en tesis general, por lo que crea o añade a lo ya creado, pero también por lo que recibe y acepta. La generación a que estamos aludiendo, la que nació de la plenitud de su conciencia con ocasión de nuestra guerra, ¿cómo no se va a distinguir por su amorosa vinculación a la España eterna...?

El primero lleva por título: «I. En la etapa formativa»<sup>716</sup>, en este primer artículo dedicado a su generación, aparece en *Falange* una fotografía —hasta el momento no había sido ilustrado ninguno de sus artículos con fotografía alguna— de Lolita Franco, María Rosa Alonso, Tina Franco, Margarita Sánchez y María Luisa Oliveros en 1941. Creemos que esta foto refleja muy bien las amistades que tuvo casi desde el primer momento de su incursión en la universidad madrileña. Es muy difícil hacer un comentario de este amplio artículo, que por su extensión podría ser un ensayo, sobre esta etapa tan importante para nuestra escritora; si tenemos en cuenta los sacrificios que ella tuvo que hacer para conseguir ir a estudiar a Madrid, es normal que nos intente hacer partícipe de esa época, de los compañeros y profesores con los que compartió experiencias tanto académicas como personales. Corría el año de 1933 cuando llegó a la capital del Estado, ya poseía un gran bagaje cultural en sus islas, pero no fue nada fácil adaptarse a un ambiente tan diferente del suyo; si tenemos en cuenta los resultados obtenidos, en poco tiempo y gracias a esa inteligencia tan natural que poseía y a su empeño por aprender, poco a poco fue salvando los obstáculos que impedían su plena integración en el ambiente universitario. El primer nombre propio que aparece es el de Ortega y Gasset, su admirado filósofo, con el que asistía a sus clases como libre oyente, al igual que a las de: Manuel García Morente, Xavier Zubiri y José Gaos. Ya en su especialidad de Letras tenía a Américo Castro, Tomás Navarro Tomás, Luis Morales Oliver, José Montesinos, Pedro Salinas; en otras secciones, por ejemplo, a Agustín Millares Carlo en Latín y Paleografía. Cuenta vivencias de esa época sobre profesores, nos aporta una valiosa nómina de docentes de diversas secciones de su Facultad. Habla de profesores extranjeros que venían como invitados, destaca la labor de don Ramón

---

<sup>715</sup> FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor: «Los temas de una generación», *La Vanguardia española*, Barcelona, 11 de agosto de 1954.

<sup>716</sup> ALONSO, María Rosa: «I. En la etapa formativa», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 13 de julio de 1949.



Menéndez Pidal con su Centro de Estudios históricos. Habla de una visita que ha realizado hacía poco tiempo a la universidad madrileña y como ha añorado aquellos años en los que, por ejemplo, podía desayunar en su espacioso bar comedor por cincuenta céntimos, comer por dos pesetas veinte céntimos y comerse un bocadillo por veinticinco céntimos. Ella dice que no quiere caer en el tópico manriqueño de que cualquier tiempo pasado fue mejor, pero es que si fueron buenos es inevitable sentir nostalgia porque, además, a ella le tocó vivir los últimos tiempos de paz y progreso en España y en Europa. Más adelante habla de compañeros, que al igual que la familia, son los impuestos y de amigos que son los que se escogen; vuelve a hablar de la filosofía y dice que «las mujeres, en general, no tenemos buenas dotes para los estudios filosóficos», pero creemos que el hecho de que ella no tuviera demasiada inclinación por dichos estudios, no quiere decir que las féminas no estén igual de capacitadas que los hombres para profundizar en dichos estudios. Vuelve a hablar de Ortega y Gasset, de su labor en *El Sol* y ella cree que como siempre leía todos sus artículos, por eso cuando llegó a la Facultad quiso seguir sus teorías de viva voz, a pesar de que sus estudios estaban enfocados hacia la lengua y la literatura. Nombra a algunos alumnos de Ortega y del proyecto que realizaron en un crucero por el Mediterráneo en el verano de 1934, entre ellos Julián Marías, Carlos Alonso del Real y Manuel Granell. Sigue nombrando a muchos profesores y sus trabajos y a sus compañeros. También habla de su labor como secretaria de la revista *Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras* de la que sólo se publicaron cuatro números debido a la llegada de la guerra civil, nombra a todos y cada uno de sus ayudantes indicando la sección en que participaban, por ejemplo, Julián Marías en la de Filosofía, en la de letras modernas, Luis Rosales... Después cita textualmente parte de lo escrito por don Manuel Cardenal, profesor ayudante de Filosofía en la época de la que habla nuestra periodista, en el n.º 29 de la revista *Ínsula*, el entonces ayudante recuerda la misma época de la que viene hablando María Rosa Alonso. Al terminar la cita, hace varias preguntas retóricas pensando como si al final del curso 35-36 se las hubieran hecho aquellos estudiantes, que tuvieron la mala suerte de no poder realizar las ilusiones y proyectos a los que aspiraban debido a la cruel guerra fratricida. Pero no sólo fueron los estudiantes y profesores recordados por nuestra ensayista los que vieron interrumpidos sus sueños de futuro, también fue toda la población de un país que se vio abocada a la persecución política, la miseria y todas las crueldades que trae consigo un conflicto armado entre hermanos.

Al siguiente día el periódico publica la segunda entrega de los recuerdos, también ilustrada con una fotografía de 1941 en esta ocasión con Julián Marías flanqueado por Tina Franco, María Rosa Alonso, Lolita Franco y María Luisa Oliveros. «II. Hacia la madurez»<sup>717</sup> empieza con dos advertencias: cuando habla de su generación no es de toda una generación y al hablar de madurez es de una madurez orgánica no intelectual. Es inevitable hablar de la guerra, ya que ésta dispersó a toda su generación: unos se fueron de España y los que se quedaron sufrieron la ruptura de amistades, o fortalecieron lazos indisolubles en otros casos. Cuando en 1941 volvió a la Facultad a terminar la carrera, ya el alumnado y el profesorado era otro, de los antiguos sólo encontró a Dámaso Alonso como maestro y como compañero a López Estrada, que después sería catedrático de La Laguna. A continuación, nos va relatando lo que hicieron Alonso del Real, Manuel Granell, Darío Fernández Flórez, Luis Rosales, Germán Bleiberg, Álvaro D'Ors, Antonio Tovar, Leopoldo Panero, Alonso Zamora, Leopoldo Eulogio Palacios, Lolita Franco, María Josefa Canellada, Ezequiel Benavent, María Luisa Oliveros, Consuelo Moreno, Margarita Sánchez, Matika Goulard, Anselmo Romero, Arturo del Hoyo y Julio Castro. Para el final deja los datos más curiosos, nos cuenta que su amiga Lolita Franco tenía un amigo que era alto, rubio y feo, no era universitario; muchas conversaciones entablaron los tres, él hacía versos que le leía a las dos jovencitas y no lograba publicarlos: «Ese joven, de verdosa mirada celta, se llamaba Camilo José Cela», el más tarde prestigioso escritor. Y para el final nos dejó el dato romántico: «Lolita Franco se casó con Julián Marías<sup>718</sup> y María Josefa Canellada con

---

<sup>717</sup> ALONSO, María Rosa: «II. Hacia la madurez», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 14 de julio de 1949.

<sup>718</sup> Fruto de este matrimonio nacieron cinco hijos, el tercero de ellos fue Javier Marías (1951-2022) escritor, traductor y editor. Miembro de número de la Real Academia Española desde 2008 hasta su fallecimiento en 2022, donde ocupó el sillón «R». Este prestigioso novelista (publicó 16 novelas de gran éxito), vivió la amistad de sus padres con la compañera canaria de la Facultad y como fruto de ese cariño nos podemos encontrar dos artículos en los que habla de María Rosa Alonso en los siguientes términos:

1. Siguiendo a Faulkner que dijo: «Algunas de las mejores personas son mujeres y creo que todo joven debería tener trato con una vieja sólo para escucharla. Hablan con más sentido», estas palabras le dan pie a Javier Marías para hablar de las antiguas amigas de juventud de su madre, entre ellas la canaria María Rosa Alonso y se refiere a ella en estos términos: «María Rosa Alonso, por ejemplo, se me disculpa siempre por su tardanza en leer los libros que suelo enviarle, pero “es que tengo tanto que hacer”, me dice a sus noventa cumplidos, y yo sé que es pura verdad, porque al poco veo un nuevo artículo suyo en la prensa canaria o su firma en algún estudio» («Algunas de las mejores personas», *EPS*, 06/07/2003).

2. Justamente el día en que nuestra escritora cumplía cien años, Javier Marías le dedicó su artículo dominical, destacando como ella representaba «Una mujer de las que desmienten que con la edad se pierdan la curiosidad y la vehemencia». Se trata de un escrito hecho desde el cariño y el respeto a una amiga de sus padres y de él mismo, cuenta cómo era ella, por ejemplo, «Era una mujer enormemente alegre, o aún sería más adecuado decir jovial, que entraba en la casa lanzando risotadas y tomando un poco el pelo, suave y cariñosamente, a todo el mundo, lo mismo a los adultos que a los niños». También

Alonso Zamora. [...] algunos están a punto de casarse y otros no hemos encontrado quien nos aguante». Y termina el artículo dejándonos con una sonrisa ante esta ocurrente afirmación.

El tercer artículo sobre su generación está dedicado a una sola persona, a su compañero de las clases de filosofía y amigo: «III. Julián Marías»<sup>719</sup>. El texto de *Falange* aparece ilustrado con dos fotografías, una de Julián Marías y en la otra aparece en 1936 caminando con María Rosa Alonso y Lolita Franco. Comienza el artículo con una descripción de Julián Marías cuando ella lo conoció en la Facultad, que al principio le fue poco simpático, pero resultó ser el alumno más valioso de Ortega y Gasset. Se licenció en 1936 en Filosofía con Premio Extraordinario, a partir de ahí nuestra autora va contando toda la actividad intelectual realizada por el joven filósofo, por ejemplo, en 1941 publicó *Historia de la Filosofía*, texto oficial en alguna Universidad americana e indispensable para todos los universitarios españoles. De 1948 es *La filosofía del Padre Gratry*, dedicada a un filósofo francés del XIX al que dedicó su tesis, que fue suspendida por motivos políticos. En 1943 aparece su libro sobre *Miguel de Unamuno*, premiado en 1947 con el Premio Fastenrath de la Real Academia Española. Nuestra autora sigue citando la gran cantidad de trabajosa lo largo de una incansable trayectoria profesional, no siempre reconocida, pues a raíz de la guerra civil fue duramente silenciado por la dictadura, pero no por eso dejó de dedicarse a su labor como profesor e investigador, tanto dentro como fuera de nuestras fronteras, por ejemplo, parte de su obra ha sido traducida al portugués y él también tradujo del francés y del alemán. Es de destacar su *Diccionario literario* publicado por la editorial *Revista de Occidente*, con un grupo de compañeros y amigos fundó en 1941 en centro privado «Aula Nueva», en la que se preparaba el Examen de Estado (Reválida) como se impartían cursos universitarios. Tengamos en cuenta que María Rosa Alonso escribió este artículo en

---

relata como ella en una ocasión, la única vez que se vieron a solas fuera del contexto familiar, en un almuerzo en Roma, le contó su vida: «Descubrí a una María Rosa con más sufrimiento a sus espaldas del que le suponía, que había atravesado numerosas dificultades sola, antes, durante y después de la Guerra Civil (con una larga emigración a Venezuela); también más política —en el mejor sentido de la palabra, más radical en su antifranquismo —aún vivía el dictador—, alguien de gran franqueza y que no estaba para majaderías». Javier Marías hace una definición muy acertada, desde nuestro punto de vista, de esta gran mujer canaria («Los cien años de una amiga», *El País Semanal*, 28 de diciembre de 2009). También María Rosa Alonso nos contó de viva voz una anécdota acerca del nacimiento del escritor y es que cuando fueron a bautizarlo sus padres la invitaron a que fuera la madrina del niño, a lo que ella se negó porque nos dijo que no quería hacer teatro en la iglesia puesto que ella no era creyente, que ella siempre estaría dispuesta a ayudar al niño en lo que necesitara, pero sin sacramento; esto nos demuestra su firmeza de carácter.

<sup>719</sup> ALONSO, María Rosa: «III. Julián Marías», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 15 de julio de 1949.

1949 y que Julián Marías falleció en 2005, por lo que a lo largo de su vida siguió trabajando en su labor filosófica, además de que con la llegada de la democracia se vencieron muchos prejuicios que le habían afectado gravemente en la difusión de su obra y de su labor docente, por ejemplo, fue nombrado senador por designación real entre 1977 y 1979. También fueron muchos los merecidos galardones y premios concedidos a lo largo de los años, entre ellos, en 1996 se le concedió el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades, compartido con Indro Montanelli.

Los tres últimos artículos de este bloque dedicado a su generación están dedicados a su admirado profesor Ortega y Gasset. Siguiendo la línea gráfica de los anteriores artículos, en esta ocasión y como es natural por estar dedicado al maestro de maestros, aparece una fotografía suya. «IV. Ortega a) Su labor cultural y editorial»<sup>720</sup>, publicó su primer artículo a los diecinueve años en la *Revista Nueva*, a los veinte años ya era catedrático; cuando empezó a publicar en la *Revista de Occidente* tenía cuarenta años y muchas obras publicadas. Para María Rosa Alonso el servicio que ha prestado a la cultura española Ortega y Gasset fue reconocido posteriormente, enumera las firmas más prestigiosas del pensamiento europeo que han colaborado con la *Revista de Occidente*, incluyendo a paisanos canarios como Pedro Perdomo Acedo<sup>721</sup> en una ocasión y Agustín Miranda<sup>722</sup> varias veces. Sigue nombrando los trabajos realizados por

---

<sup>720</sup> ALONSO, María Rosa: «IV. Ortega a) Su labor cultural y editorial», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 17 de julio de 1949.

<sup>721</sup> Pedro Perdomo Acedo (1897-1977), periodista y poeta canario, formado en el periodo de las vanguardias históricas su producción literaria se da a conocer parcialmente después de la Guerra Civil española. Manuel Alvar estudia su poesía enfocándose en los principales temas que cultivó Perdomo Acea: la muerte sobre la que hace consideraciones metafísicas y de valor universal; el amor culminado en el matrimonio, donde «las pasiones se amortecen y las ilusiones se hacen perdurables. En la mujer el poeta ha encontrado su propia purificación y el camino que lleva a su plenitud»; la soledad, sobre todo estudiada en su vejez, destacando su *Oda a Lanzarote* «Perdomo se ha identificado con una naturaleza descarnada y ha descubierto su propio hombre interior; entonces ha transferido la realidad íntima al mundo que lo cerca y ha hecho de Lanzarote el confidente de la intimidad más honda» y por último, el tema del mar, en el que éste es «la infinita soledad que reclama los más altos pensamientos y el viejo capitán se siente atraído por la voz de la inmensidad» (PERDOMO ACEDO, Pedro [1990]: *Antología poética*, edición e introducción de Manuel Alvar, Viceconsejería de Cultura y Deportes, Canarias: 21, 23, 32-33 y 38).

<sup>722</sup> Agustín Miranda Junco (1910-1992) nació en Las Palmas de Gran Canaria, estudió Derecho en la Universidad de La Laguna y se doctoró en la Central de Madrid. Según Rafael Fernández: «El itinerario de Miranda Junco es buena prueba de los afanes vanguardistas que toda la cultura española experimentó entre 1920 y 1936 en torno a la agitación renovadora de personalidades como Ortega y Gasset y Ramón Gómez de la Serna». En Miranda Junco podemos encontrar «dos trayectorias muy claras: una primera correspondiente, pese a la juventud del escritor, a los momentos de aclimatación y asentamiento de la vanguardia insular: de 1927 a 1930. La segunda se desarrollará íntegramente en la Península; muy en especial, desde las páginas de la *Revista de Occidente*» (MIRANDA JUNCO, Agustín [1994]: *Poemas y ensayos*, selección e introducción de Rafael Fernández Hernández, Instituto de Estudios Canarios, La Laguna: 7).

el inminente filósofo, a manera de ejemplo, los catorce volúmenes de la *Biblioteca de ideas del siglo XX*, la ensayista habla de las dificultades que ha tenido la *Revista de Occidente* para seguir adelante, incluso creando la nueva colección de «Textos anotados» dirigida por Julián Marías. Tras nombrar algunos autores con sus correspondientes trabajos en esta segunda época, nos dice que Ortega siempre atento a la captura de valores ha ido incorporando a la revista las firmas más representativas del prestigio actual, cosa que demuestra como la revista de Ortega sigue siendo el referente cultural del momento.

En la segunda parte del bloque dedicado a Ortega, en este artículo también aparece una fotografía del pensador: «IV. Ortega b) «Su influencia en la vida española y su magisterio»<sup>723</sup>, María Rosa Alonso comienza diciendo que duda de que en la vida española vuelva a existir una persona con tanta influencia entre la juventud como la que tuvo Ortega, cuando escribe estas líneas el profesor está en Nueva York invitado en calidad de estar entre los seis primeros humanistas del mundo. Después sigue con los elogios a su gran maestro, nombra su «poder social» que tanto influía en la política, pero no militó en ningún partido; alaba su adhesión a la verdad y recuerda su voz impartiendo clases «Imprimía en sus modulaciones de voz acentos tan apropiado y expresivos, metáforas tan vivas e ilustradoras, que a veces me parecía que dramatizaba, representaba, la gran pieza doctrinal de su metafísica en tres actos», con esta metáfora es innegable la pasión que pone nuestra ensayista al hablar de ese gran pensador, que según ella, también era un magnífico orador. En cuanto a su producción, empieza con su labor en el diario *El Sol* hasta 1936 y más tarde en *Crisol* y *Luz*, ella echa de menos el que no se hayan publicado los artículos periodísticos, que está impregnados de su gran pensamiento filósofo. En 1914 comienza a perfilar su idea metafísica en su publicación *Meditaciones del Quijote*, nuestra periodista hace un largo comentario a esta obra implicando a las ideas de Julián Marías y de García Morente. En el último párrafo vuelve a incidir en la gran influencia que ha tenido en ella, así como en toda la juventud de su época, la asistencia a las clases de Ortega, ya que, siguiendo su habitual modestia, nos dice que sus dotes y su falta de preparación para la Filosofía eran nulas, pero que el tener tan gran maestro, además de Morente y de Gaos, hizo que en ella aflorara una forma de escribir y de percibir el mundo que su amigo Ventura Doreste hizo notar al

---

<sup>723</sup> ALONSO, María Rosa: «IV. Ortega b) influencia en la vida española y su magisterio», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 19 de julio de 1949.

comentar su cuadernillo, según ella mismo dice de esa pequeña joya bibliográfica, *Con la voz del silencio*: «Escritos hace algunos años, estos poemas en prosa descubren la influencia de Ortega; influjo del que, con el tiempo, María Rosa Alonso no se ha desprendido». Estamos muy de acuerdo con las apreciaciones de Ventura Doreste porque el pensamiento de nuestra ensayista es un reflejo del amor a la verdad, el método de presentar sus ideas, etc. que le transmitió el insigne filósofo español. Aunque, según ella, a pensar la enseñó Ortega y a escribir Azorín, cosa que la honra demasiado, ya que «esa “circunstancia” o esa “certidumbre radical” se nos enreda en la pluma o en las letras de la máquina de escribir en párrafos menudos, a base de oraciones yuxtapuestas».

Nos encontramos con la tercera y última parte del bloque dedicado a Ortega y Gasset, siendo también el último artículo de los que tratan la generación de nuestra autora, al igual que en los anteriores, también está ilustrado con una fotografía de Ortega y Gasset, en esta ocasión acompañado por Núñez y Durán, tomada en una excursión que hicieron por tierras de Castilla en 1934. «IV. Ortega c) «Ortega y la idea de la razón vital»<sup>724</sup> coincide en el título con el del libro de Julián Marías y que ha suscitado en ella emociones ante el recuerdo inolvidable que supone para ella las teorías de Ortega. Cuenta la anécdota de una amiga que asistió a una conferencia del maestro y se quedó realmente maravillada ante las palabras de Ortega, tanto de su voz como de sus ideas. Esto le lleva a la remembranza de su primera clase con el filósofo y dice que el libro de Julián Marías llena «el hueco ausente de la voz de Ortega que parece henchir los vientres y nodos de su fonética en la solitaria habitación en que escribo, al releer párrafos oídos hace tantos años y que revivo y “reoigo” en el recuerdo». Tras este emotivo recuerdo, nuestra autora nos lleva a las clases de Ortega y nos va explicando: «certidumbre radical», «realidad radical/idealismo», «yo soy yo y mis circunstancias»; «razón vital» que supera el concepto de «razón pura» kantiana. También nos aporta ideas de Morente sobre la historicidad de la razón vital, siguiendo las explicaciones que va dando dice que se llega al tema de las generaciones y las crisis históricas. Concluye diciendo que, así como Platón, Aristóteles y otros pensadores tienen su *Política*, Ortega tiene la suya, aunque todavía no esté recogida en un solo «*corpus* doctrinal, unitario y

---

<sup>724</sup> ALONSO, María Rosa: «IV. Ortega c) «Ortega y la idea de la razón vital», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 20 de julio de 1949.

sistemático de su metafísica, que el mismo Ortega no ha terminado de redondear y concluir, porque por fortuna, está en entera plenitud creadora todavía».

Así termina María Rosa Alonso su particular homenaje al gran maestro, al pensador que admiró desde su juventud en Tenerife cuando leía las páginas de *El Sol* y que después ya en Madrid en la Universidad Central tuvo la gran suerte de conocer en el aula, de escuchar de viva voz al gran pensador que después de más de dos décadas sigue siendo su referente filosófico, la persona que con sus teorías supo guiar intelectualmente a toda una juventud, que de no haber sido por la guerra, hubiese superado a las generaciones precedentes.

Después de brindarnos ensayos tan interesantes como los que hemos terminado de comentar, publica dos artículos que suponen poner los pies sobre la tierra, sobre su tierra puesto que, con un tono costumbrista, nos va a hablar de dos pueblos tinerfeños a los que ya se había referido en otros escritos, sobre todo al Puerto de la Cruz, al que ya había dedicado un artículo a sus fiestas. En esta ocasión parece que está ahí mismo en el lugar puesto que su título es: «En el Puerto de la Cruz»<sup>725</sup> también se publicó en el periódico *El Día* al siguiente mes, concretamente el 26 de agosto. Estamos ante un ejercicio de creación lírica porque, aunque esté escrito en prosa, todo en él nos transporta a una bucólica poesía, digna de los espíritus más sensibles. Comienza la descripción lírica desde el castillo de San Felipe en donde «habla el mar alto y bronco», bella personificación del mar atlántico en las costas portuenses, pero al pasar por Santo Domingo ya la voz de ese mar es grave y llegando a Martiánez es un susurro. Cambia de registro y pasa a hablar de tipos de poemas, pues ve identificando cada lugar con una forma de agrupamiento de versos: Oda en San Felipe, Soneto en el Peñón, Madrigal en Martiánez; y cambia a referentes musicales: «Sinfonía wagneriana en el encrespado entrante derecho del castillo...». Después pasa a los nombres propios de pintores, luego a lugares concretos del Puerto de la Cruz: metáforas, interrogaciones retóricas, incluso historias misteriosas que ha habido personas que se han atrevido a decir que ella se las había inventado.

El segundo artículo sobre un lugar tinerfeño, al que habíamos hecho alusión, se publicó a principios de agosto y con un título que tiene idéntica estructura sintáctica, nos habla de una villa colindante al Puerto de la Cruz y que comparten el mismo valle a

---

<sup>725</sup> ALONSO, María Rosa: «En el Puerto de la Cruz», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 29 de julio de 1949.

los pies del Teide: «En La Orotava»<sup>726</sup>, también publicado en *El Día* el 28 del mismo mes. En esta ocasión, después de hacer una reflexión sobre la percepción que sus lectores podrían tener sobre su carácter por el talante bronco en algunos de sus artículos, también hace algunas consideraciones sobre la villa y la peculiar ubicación en la que se halla: «empinada adustez» del lugar y de sus habitantes, sigue con un juego de palabras en el que subyace su habitual ironía para «quitar hierro al asunto». Le sigue un párrafo en el que su autora se esfuerza en enumerar las cosas buenas del lugar y que a ella tanto le agradan. A continuación, la periodista nos narra la visita que realizó a la villa de La Orotava con tres estudiantes forasteros, a los que le gustó mucho la villa, pero cuando quiso enseñarles la iglesia de la Concepción se encontró con que estaba cerrada y un niño de diez años al que le preguntó por el Arcipreste, le dijo que estaba para la Zamora; ella se quedó asombrada porque no sabía que allí había un barrio con el nombre de la provincia castellana. Transcribe el diálogo entre ella y el niño, que pensó que era el «monigote», canarismo empleado para referirse al monaguillo; no se olvida de su vocación filológica, que también queda reflejada en la explicación que da a la peculiar forma de hablar del niño; éste le dice que, como se están preparando «pa» el Corpus, todo está «manga por hombro»: tan encantada quedó con el chiquillo que le dieron ganas de quedarse hablando con él allí y dejar en el coche a los tres estudiantes con los que había venido. Una vez más, María Rosa Alonso nos demuestra cómo le gusta la gente natural, aquellas personas que no intentan aparentar lo que no son, igual que ella, y que no es falsa modestia sino una condición natural de las personas auténticas.

Seguimos en el mes de agosto y en este mes estival nuestra escritora nos obsequia con dos artículos de crítica literaria: se trata de un ensayo de María Rosa Alonso dedicado al primer poema de la literatura canaria, que el periódico grancanario *Falange* lo publica dividido en cuatro partes, las dos primeras en agosto y las restantes en septiembre del mismo año. En «Llorad las damas. I. Los malogrados»<sup>727</sup> la parte que concierne a Canarias sólo está presente en la primera parte del título que coincide con el primer verso de las famosas endechas, a las que sólo se hace alusión, sin ni siquiera nombrarlas, al final del artículo. Lo que si demuestra nuestra crítica literaria es el gran conocimiento que tiene de literatura universal y española, ya que a lo largo del artículo hace un buen repaso por toda aquella literatura en donde queda reflejado el llanto por

---

<sup>726</sup> ALONSO, María Rosa: «En La Orotava», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 4 de agosto de 1949.

<sup>727</sup> ALONSO, María Rosa: «Llorad las damas. I. Los malogrados», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 23 de agosto de 1949.



una persona amada. Empieza por la *Ilíada* y el famoso llanto de Andrómaca, la mujer de Héctor, en el canto XXII, el copioso llanto de las viudas toledanas en la *Crónica de Alfonso VII* (escrito en latín) por la muerte del caudillo Munio en el siglo XII, las lágrimas de Flor de Lis por el guerrero Brandimarte según Ariosto en XLII del *Orlando*, Guajara ante la cabeza del héroe Tinguaro según Antonio de Viana, la madre del mozo Lorenzo de Dávalos en 1411 en las luchas entre don Álvaro de Luna y los Infantes de Aragón, el llanto de la madre de Euríalo en el Libro XI de la *Eneida*, etc. Pero el llanto que nos concierne a los canarios porque con su maldición por la muerte de un joven nacen los primeros versos de la literatura canaria es, en palabras de María Rosa Alonso, «el llanto más cuajado a fuerza de ser diáfano; el más puro llanto de nuestro siglo XV, el llanto más llanto de todo el llorar lo condena la elegía al mozo sevillano». Estas líricas líneas, llenas de aliteraciones, epítetos, hipérbole, anáforas llevan a nuestra autora a decir que «Para llorar en dos docenas justas de versos pentasilábicos tomaré aliento, como decían los poetas épicos, y lloraré mañana».

Pero el llanto llegó a los tres días, en la segunda parte de este interesante artículo, que nos adentra en la crítica literaria surgida a partir de estas famosas lágrimas, lamentos y maldiciones que contra los palmeros profirió un poeta en nombre de los perjudicados por una muerte violenta, aunque fuera justificada por los abusos del joven conquistador. Toda esta historia en forma de poema ha sido transmitida por estudiosos, en esta ocasión estudiosa, de nuestra literatura, ya sea española o canaria. «Llorad las damas. II. Imprecación a La Palma»<sup>728</sup> también fue publicado en *La Tarde* del 7 de septiembre del mismo año. A lo largo del artículo, su autora nos adentra en la historia y literatura desde 1436, citando a autores como Abreu Galindo y Viera y Clavijo que trataron el tema de los Peraza, centrándose en el joven Guillén Peraza y su paso por Lanzarote, Fuerteventura, La Gomera y de allí a La Palma, de donde ya no salió con vida y al que se le dedicó «un bello sepulcro de mármol literario con los cuatro pilares elegíacos de las endechas a su muerte». María Rosa Alonso nos va haciendo un pormenorizado análisis de los elementos de esta elegía, que desde la *Eneida* no ha habido una descripción de la muerte de un joven, tan impresionante como en nuestras endechas. Es impresionante cómo se ataca a la isla de La Palma, describiéndola como una desdicha mala, el autor del poema se ensaña en contra de la isla y la maldice con

---

<sup>728</sup> \_\_\_\_\_: «Llorad las damas. II. Imprecación a La Palma», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 26 de agosto de 1949.

exagerada virulencia<sup>729</sup>, atacándola con los elementos naturales que mejor definen a la isla: los volcanes: «*Tus campos rompan/ tristes volcanes...*». Este artículo escrito en 1949 nos presenta el sufrimiento de una isla que parece estar bajo la maldición del poeta.

El 30 del mismo mes de agosto publica un artículo que poco tiene que ver con los dos últimos de crítica literaria, en el que retoma el tema del paisaje y pueblos que había comenzado a finales del mes anterior y a principios del presente, es decir, los dedicados al Puerto de la Cruz y a La Orotava, pero no se aleja demasiado puesto que se dirige, perfectamente se puede hacer, desde la carretera de la villa a las faldas del Teide. Además, este artículo es el último de los treinta y tres que ha publicado ininterrumpidamente en el diario de Gran Canaria. «El Valle de Ucanca»<sup>730</sup> también fue publicado en *El Día* el 12 de mayo de 1950. En este corto pero lírico escrito, nuestra autora desgrana una serie de sentimientos que sus lectores compartimos: este valle no tiene pinos, ni flores, ella lo define como «hueco de ausencias», da una definición de lo que podría ser un fondo de mar, y a partir de ahí hace un juego de palabras encadenadas unas a otras. Continúa con adjetivos para una posible definición de los componentes de ese lugar y también habla de una fuente, que con su agua empieza el segundo párrafo y se lo dedica en su totalidad, terminando con estas bellas palabras: «Tú floreces en el chorro menudo de tu fuente y con ella regué la retama blanca de mi corazón». Es increíble cómo la naturaleza actúa en el intelecto de la escritora, haciendo que experimente las más hondas emociones y que éstas se traduzcan en tan bello lenguaje lírico.

Desde abril María Rosa Alonso no nos hablaba de arte y ahora lo hace con un artículo-ensayo, en el que no sólo habla también de paisaje y de historia. El artículo en cuestión lo publica la revista tinerfeña, *Tenerife Gráfico*<sup>731</sup> y en enero del siguiente año

---

<sup>729</sup> Sobre este aspecto de la maldición, nos dice Domingo Luis Hernández: «la faz que debe descubrirse bajo la costra de las maldiciones y las imprecaciones, y que el poeta anónimo sabe que es la cierta, porque una cosa es maldecir e imprecar y otra que la maldición y la imprecación sustituyan la esencia del otro por el deseo de mal que enuncia su contrario» (HERNÁNDEZ ÁLVAREZ, DOMINGO LUIS, «Endechas a la muerte de Guillén Peraza: trama insular, instancia poscolonial», en AA. VV. 2010: 65).

<sup>730</sup> ALONSO, María Rosa: «El Valle de Ucanca», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 30 de agosto de 1949.

<sup>731</sup> *Tenerife Gráfico* fue una revista que se publicó desde marzo de 1944 hasta septiembre de 1952, tenía una tirada bimensual. A sus editores, Ángel Acosta y Juan González Ramírez, les interesaba sobre todo «subrayar que *Tenerife Gráfico* no ha querido ser en ningún momento reducto cerrado ni ciudadela despectiva para nadie. Es la Revista para todos, la publicación que debe considerar como suya la totalidad de nuestros lectores y el conjunto de los que aún no lo sean. Quiere vibrar al unísono del sentir general, y sus páginas se hallan abiertas de par en par a todos quienes, por afición o profesión, saben cuáles son las

el diario *Falange*. «El tríptico de la parroquia de Taganana»<sup>732</sup>, haciendo honor al nombre de la revista el artículo aparece ilustrado con dos fotografías en las que se recogen las tres tablas que conforman el tríptico, también llama nuestra atención que haya dos notas a pie de página para dar la referencia bibliográfica de donde se tomó la nota citada, cosa no muy usual en este tipo de revista. En primer lugar, la autora habla de lo dificultoso que es el trayecto para llegar a Taganana y esa es una de las primeras cuestiones que se plantean los estudiosos: «Cómo llegaron a este perdido rincón tinerfeño las tres tablas». Habla del mal estado en que se encuentran las tablas y de que en 1946 el obispo de Tenerife escribió un folleto en el que decía que el autor de las tablas era Memling<sup>733</sup>, pero nuestra autora dice que, si comparamos «La Adoración de los Reyes Magos» de Memling que se encuentra en el Museo del Prado, las tablas de Taganana son de un pintor posterior, dándonos los detalles del porqué de esta afirmación. Después se hace una pregunta sobre si son las tablas son puramente flamencas, y tras un razonamiento muy bien explicado, llega a la conclusión de que las tablas tienen un espíritu más italiano que flamenco. Pero sigue con las preguntas y en esta ocasión se plantea si las tablas son de un pintor español o flamenco, debido a que a comienzos del siglo XVI las influencias flamencas e italianas eran conjuntas y que «en Castilla y en Andalucía a fines del siglo XV se introdujeron muchas obras flamencas e italianas; que vinieron a la Península varios maestros de aquellas nacionalidades y que, a su vez, varios pintores españoles visitaron Flandes e Italia». Para terminar, María Rosa Alonso cree que lo mejor es hacer lo sugerido por Serra Ráfols: llevar las tablas a Madrid para su limpieza y restauración, y que los técnicos hagan su dictamen. Tenemos un ejemplo más de la gran cultura que poseía nuestra escritora, pues a pesar de que era doctora en Letras, no por ello deja de opinar sobre otras especialidades artísticas, sobre

---

condiciones mínimas que exigen la tarea literaria o comentarista. Entiéndase bien: para todos. Otra postura es ajena a nuestras íntimas convicciones» («Suma de editoriales», *Tenerife Gráfico*, N.º 11 febrero-marzo de 1947, pág. 23). María Rosa Alonso sólo publicó esta vez en la revista.

<sup>732</sup> ALONSO, María Rosa: «El tríptico de la parroquia de Taganana», *Tenerife Gráfico*, N.º 16, Santa Cruz de Tenerife, julio-agosto 1949.

<sup>733</sup> Hans Memling (1430-1494) fue un pintor alemán perteneciente a la escuela pictórica flamenca. Nos dice María Corti que: «En la pintura de Memling, como en el mundo estático de las beatas, el papel protagonista corresponde al grupo de la Virgen con el Niño. Para el interminable encuentro con los dos, armónicamente rodeados de ángeles y santos, Memling creó en el transcurso de muchos años abundante y límpida gracia, con absoluta fidelidad a un modelo ideal; hasta el punto que los cuadros sobre este tema parecen innumerables variaciones de una única nota invariable» (MEMLING, Hans [1973<sup>2</sup>]: *La obra pictórica completa de Memling*, prólogo de María Corti, Editorial Noguer, Barcelona: 5).

todo si están relacionadas con su isla como es el caso de las famosas Tablas de Taganana.

Llega septiembre y con este mes un cambio de periódico; es ahora el diario tinerfeño *El Día* el que publicará dos artículos consecutivos de nuestra periodista, en primer lugar, nos ofrece una opinión muy personal sobre el género epistolar, que en aquellos años se usaba frecuentemente sobre todo para temas familiares e íntimos: «Papeles son papeles, cartas son cartas»<sup>734</sup>. Curioso artículo en el que María Rosa Alonso hace una defensa a ultranza de no escribir cartas, opina lo contrario de las palabras que «se las lleva el viento», aunque también se hable de «no es un hombre de palabra», afirma que en esos tiempos «las palabras eternizan poco y casi nunca son garantías de autenticidad». Ahora bien, cuando hay papeles de por medio todo cambia ya que «El papel eterniza lo que volatiza la palabra», pero las cartas son un género de papeles especiales, las hay de muchas clases: de negocios privados, públicos que pueden conllevar una amenaza implícita de papel oficial que puede ir en nuestra contra. A lo largo de todo el artículo subyace una decepción, una amargura de alguna carta que se escribió y que tuvo consecuencias desilusionantes para quien la envió: «almas heroicas que al escribir una carta hipotecan su porvenir». Nos quedamos con la intriga de a quién se escribió la carta y qué consecuencias fueron las que produjeron tanta decepción para que nuestra autora escribiera un artículo de esta índole. La periodista nos aporta una larga cita textual sobre el género epistolar escrita por Marañón, en la que se hace hincapié sobre la intimidad de la carta, y acaba el escrito reafirmando sobre la necesidad de no escribir cartas y, cosa no usual en ella, se dirige a sus lectores, pero sobre todo a sus lectoras; así que nos reafirmamos en la sospecha de que hubo una carta escrita por ella de la que su respuesta fue muy negativa para ella.

El siguiente artículo publicado a los once días en el diario tinerfeño tiene nombre propio, ya que nuestra periodista se lo dedica a una persona que ella tenía en gran estima: «Gracias, a Don José María de Cossío»<sup>735</sup>, que empieza destacando las palabras de Manuel González de Aledo en el teatro Leal donde dijo que sólo una ciudad como La Laguna es capaz de homenajear a un poeta en un lugar con tanta afluencia de público, esto le da pie a María Rosa Alonso para afirmar que la ciudad de los

---

<sup>734</sup> ALONSO, María Rosa: «Papeles son papeles, cartas son cartas», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 4 de septiembre de 1949.

<sup>735</sup> ALONSO, María Rosa: «Gracias, a Don José María de Cossío», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 15 de septiembre de 1949.

Adelantados surte a todos los pueblos de la isla con poetas para animar sus fiestas como oradores. Después habla del complejo de lo provinciano que hay a lo largo de la historia española y que ha provocado resentimiento hacia lo que viene de fuera, quien ha luchado más fuerte contra ese centralismo ha sido don José María de Cossío<sup>736</sup>, que en un magistral discurso en el festival del Ateneo tuvo el valor de decir que no se puede estudiar la literatura española sin tener en cuenta la canaria. La escritora nos habla de una modesta biblioteca particular que con sus diez modestísimos folletos—creemos que se trata de la Biblioteca Canaria, que en los años treinta publicó la Librería Hespérides en Santa Cruz de Tenerife— permitieron la comprensión de las palabras del señor Cossío al hablar de los poetas canarios: Fernández Neda, Diego Estévanez, Tabares Bartlett, Antonio Zerolo, Guillermo Perera, Hernández Amador y Manuel Verdugo. Nuestra autora sigue insistiendo en como don José María Cossío nos siente como habitante de la tierra española y a nuestra literatura dentro de la literatura española: «aquí llega a través del mar y respunta en el aire la idiosincrasia de nuestra tierra de armonías». Termina el artículo dando las gracias al señor Cossío y al Ateneo de La Laguna por haberles proporcionado tan buen regalo. Una vez más asistimos a la demostración de que nuestra autora tiene un gran conocimiento de todo lo relacionado con la literatura de las Islas, en esta ocasión desde la teoría tan básica que es demostrar que sí hay una literatura canaria con características propias dadas por la historia y las características geográficas de las Islas Canarias, que se diferencia de la literatura española peninsular.

Y tras el paréntesis de los artículos publicados en *El Día*, vuelve con el diario grancanario *Falange* y con la crítica literaria para continuar con el ensayo de «Llorad las damas», del que ya había publicado dos entregas, la última el 26 de agosto. En esta ocasión varía la segunda parte del título: «Llorad las damas. Diálogo con don Simón Benítez. I»<sup>737</sup>, puesto que María Rosa Alonso se dirige hacia don Simón para decirle que ya es la tercera vez que tiene que entablar diálogo, anteriormente con don Joaquín

---

<sup>736</sup> Para este tema es muy importante el prólogo que hace don José María de Cossío a la antología realizada por José Quintana, en el que, entre muchas cosas muy interesantes, nos dice: «Pocas provincias españolas, por razones de todo orden, empezando por las geográficas, tendrían derecho a lo que pudiéramos llamar ensimismamiento de los poetas. En estos de Canarias que figuran en esta antología se sobrepone lo universal del sentido y el sentimiento poéticos a lo particular del carácter. Naturalmente que alusiones geográficas o costumbristas no pueden faltar, pero ellas, en realidad, no son el objetivo principal del poeta, sino el medio de asomarse a lo universal, profundizando en el carácter propio» (QUINTANA, José [1970]: *96 poetas de las Islas Canarias*, prólogo de José María de Cossío, Bilbao: 3).

<sup>737</sup> ALONSO, María Rosa: «Llorad las damas. Diálogo con don Simón Benítez. I», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 23 de septiembre de 1949.

Artiles y con don Juan Álvarez, para aclarar la cuestión de los volcanes palmeros a los que ella se refirió al hablar de las endechas. Se da la paradoja de que Simón Benítez<sup>738</sup> es de Gran Canaria y escribe en un periódico de Tenerife, justamente lo contrario a ella, que con gran sentido del humor dice que así hay un acercamiento a la confraternización regional. Ella resume los artículos que él publicó en el diario tinerfeños sobre el tema, ironiza sobre el gusto de las mujeres por polemizar, además de que siguen las razones del corazón que la razón no entiende. Nuestra autora sigue intentando razonar sus argumentos, aunque al final del artículo decide ironizar sobre las teorías que había defendido acerca del autor; dice que va a llorar como las damas de las endechas, pero advierte de que en el próximo artículo va a emplear la «erudición», así que preparémonos para asistir a la explicaciones que la tinerfeña nos va a dar sobre el tema, pues si ella amenaza con sabiduría, esto será lo que tendremos en la próxima entrega.

A los cinco días llega la artillería de palabras de María Rosa Alonso para clarificar todo el embrollo de la autoría de las endechas, tal y como prometió al terminar el anterior artículo, hace un gran ejercicio de erudición, pero no sólo en calidad sino en cantidad, puesto que se extiende el doble del artículo anterior: «Llorad las damas. Diálogo con don Simón Benítez. II»<sup>739</sup>: en el primer párrafo le deja bien claro al señor Benítez que estando en la plazuela que es el periodismo, según palabras de Ortega y Gasset, no va a soportar todas las zarandajas que se ha aguantado en un medio tan acotado como es la *Revista de Historia*, pues los críticos la han vituperado. Empieza poniendo en duda las teorías de Abreu Galindo con numerosos datos, que llegan a su máximo auge cuando le demuestra que era imposible que el citado historiador por rasgos estilísticos muy concretos y le reta a que le encuentre un documento que la «obligue a hincar el pico, amigo mío, yo no puedo admitir por sólo una conjetura suya que las endechas fueron escritas en el XVII por Abreu». En cuanto a los volcanes es el propio Abreu el que le suministra los datos para poder demostrar que hubo un volcán bastante cercano a las endechas, que se llamó Tacande y no es de extrañar, después de demostrar toda su erudición, que termine con una amplia metáfora alimenticia acerca de

---

<sup>738</sup> Simón Benítez Padilla (1890-1976) fue «geólogo, erudito de arte, historia y literatura con sus numerosos trabajos al frente del Museo Canario de Las Palmas» (NUEZ CABALLERO, Sebastián de la [1960]: «La generación de los intelectuales canarios», *El Museo Canario*, Las Palmas de Gran Canaria: 107).

<sup>739</sup> ALONSO, María Rosa: «Llorad las damas. Diálogo con don Simón Benítez. II», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 28 de septiembre de 1949.

la harina que podría vender para ganarse la vida, puesto que vivir del pan nada más es insuficiente, ella piensa que también hay que alimentarse de «otras cosas tan delicadas y etéreas como la poesía de las endechas de Guillén Peraza». Y aquí zanja ella la polémica sobre las endechas con un señor que, desde nuestro punto de vista, siendo un geólogo y un erudito de todo un poco, se enfrentó a una filóloga que conocía muy bien su terreno y que tenía un más que sobrado camino de experiencia académica y periodística, tanto en el campo de la historia como en el de la literatura de Canarias y de la España peninsular.

Ha pasado más de una semana y María Rosa Alonso, después de terminar con las entregas de las endechas, vuelve a publicar en *Falange* un artículo relacionado con la literatura, aunque esta vez se trate de hablar sobre un autor nacido en Tenerife; este artículo también se publicó en *El Día* el 3 de noviembre del mismo año. «D. Ángel Guimerá y la investigación»<sup>740</sup>; parece ser que hubo «amigos» que se alegraron del palo que se llevó nuestra escritora por parte de un periodista de *Solidaridad Nacional*<sup>741</sup>, y afirma que gracias a su amigo el poeta Gutiérrez Albelo pudo conseguir el periódico. Efectivamente el 15 de junio un periodista que se firmaba Héctor arremetió contra ella y de paso contra don Sebastián Padrón Acosta de quien había tomado los datos sobre la fecha de nacimiento de Guimerá; a pesar de su enfado, hace un guiño al humor cuando dice: «Este Héctor es todavía más bravo que el de Troya. ¿Qué genio de hombre!». Nuestra escritora habla cómo últimamente se ha puesto de moda investigar detalles en la vida de los escritores que para ella no son tan importantes y pone como ejemplo: una profesora de la Universidad de Madrid ha investigado la niñez de Núñez de Arce<sup>742</sup>, que

---

<sup>740</sup> ALONSO, María Rosa: «D. Ángel Guimerá y la investigación», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 7 de octubre de 1949.

<sup>741</sup> *Solidaridad Nacional* fue un periódico barcelonés fundado por Falange Española a partir de la incautación de los locales e imprenta del periódico anarquista *Solidaridad Obrera* en febrero de 1939. Integrado dentro de la Prensa del Movimiento, y posteriormente en el organismo de Medios de Comunicación Social del Estado (MCSE). Se estuvo publicando hasta 1979. Entre sus colaboradores se encontraban Carlos Pérez de Rozas o Manuel Vázquez Montalbán: <https://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/autoridad/155160> (consultado el 31/10/2023).

<sup>742</sup> Gaspar Núñez de Arce (1832-1903) fue un poeta y político español que evolucionó del Romanticismo hacia el realismo literario. Fue gobernador civil de Barcelona, diputado por Valladolid en 1865 y ministro de Ultramar, Interior y Educación con el Partido Liberal de Sagasta. Fue nombrado académico de la RAE en 1874. Creemos que la profesora de la que hablan María Rosa Alonso en este artículo es de Josefina Romo Arregui, que había elaborado su tesis sobre la vida y obra de Núñez de Arce bajo la dirección del mismo catedrático que guio también la tesis de María Rosa Alonso, Joaquín Entrambasaguas. Desde la primera página, Josefina Romo deja clara su intención: «Más adelante, en el análisis de su poesía, intentaré desentrañar las posibles causas de este desvío. Ahora previamente, trataré de componer, por los acusados trazos de su vida, los caracteres de su personalidad, única manera de poder llegar al fondo de una obra de arte, ya que el artista no puede darnos más que su propia manera de ser, sentir y obrar, bien

al parecer podrían haber influido en su labor literaria. Ella, siguiendo un artículo que apuntaba la necesidad de celebrar el centenario de Guimerá y como conocía la obra de Padrón Acosta, le pareció conveniente aclarar la fecha de nacimiento del dramaturgo. Pero a Héctor la fecha que proponía el historiador canario no le convenció y de esta forma arremetió contra la periodista y el historiador, porque parece ser que el padre de Guimerá apuntó a sus hijos en la fecha en la que se casó, porque los niños habían nacido unos años antes. Por lo tanto, el error de Padrón Acosta fue respetar la fecha del matrimonio de los padres para respetar la buena intención del padre de las criaturas. En fin, que a María Rosa Alonso le tocó recoger los platos rotos de la buena intención de Padrón Acosta frente al enfado de Héctor porque nuestra periodista había osado desautorizar «a los biógrafos de Guimerá a la “Espasa” y al propio Guimerá que, sin duda fue quien dio la fecha». La periodista termina con un tono irónico diciendo que ella no podía quitar los cuatro años de una partida oficial, una vez más la tinerfeña nos demuestra que ante cualquier vicisitud que se le presente, no hay nada como el humor para pedir disculpas y seguir adelante.

Pasados cuatro días la escritora vuelve a cambiar de periódico y tenemos dos artículos seguidos en el diario de Tenerife en el que también había publicado otros dos en el mes de septiembre. El primero de ellos coincide en el apellido con el protagonista del último artículo que había publicado en *Falange*, no sabemos si eran familia, pero el tema de ahora es mucho más triste que la confusión de fechas del anterior: «Adiós a José Manuel Guimerá»<sup>743</sup>. Estamos ante una elegía en prosa dedicada al amigo que se fue sin apenas avisar porque, aunque se sabía de su enfermedad, nadie esperaba que se fuera tan pronto. Después de describir su dolor, compartido con sus familiares y amigos, nos comparte que es tal su decaimiento que hasta le falta inspiración para hablar de su amigo, pero se sobrepone a su dolor y nos cuenta cómo era José Manuel trabajando «con la exquisita finura de su pluma», que destacaba en las letras canarias. Destaca la suavidad del carácter del amigo, su comprensión hacia los demás, incluso hacía ella misma pues «para el trepidar literario de estos nervios míos estaba siempre la festiva sonrisa de tu inteligencia». En el último párrafo nos ubica en La Laguna, que tantas

---

sublimada por lo que llamamos inspiración, convirtiendo en genérico lo personal, bien disfrazada por el artificio de la belleza externa de la obra» (ROMO ARREGUI, Josefina [1946]: *Vida, poesía y estilo de D. Gaspar Núñez de Arce*, Consejo Superior de Investigaciones, Madrid: 9-10).

<sup>743</sup> ALONSO, María Rosa: «Adiós a José Manuel Guimerá», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 11 de octubre de 1949.



veces había sido elogiada por el finado, pero él se fue en silencio y nuestra escritora se siente muy apesadumbrada ante la triste realidad de que también uno a uno todos acabaremos dando el portazo definitivo. Nos ha impresionado un poco cómo la periodista tan celosa de su intimidad ha desnudado su alma ante el dolor de perder a tan gran amigo.

Seguimos en el mismo periódico tinerfeño y en el mismo mes después de pasar nueve días, pero en esta ocasión la periodista trata un tema relacionado con la Educación y que también supone el comienzo de otra polémica<sup>744</sup> en el devenir periodístico de María Rosa Alonso. «A propósito de la apertura del curso académico»<sup>745</sup>, con el antetítulo de «Reconvención a los periodistas»<sup>746</sup>, nos lleva a una «bien intencionada reconvención» por parte de nuestra autora a su admirado Leoncio Rodríguez, que decía que era muy combativa pero ella aclara que sus combates pocas veces son hostiles, pero de todas formas va a combatir un poco: «Un reproche a los periodistas locales es impolítico», además de exponerse a las iras del mentado, silenciada en los actos públicos y emplea una ocurrente hipérbole: «Nos pueden borrar del mundo de los vivos, desplegar contra nosotros esa pintoresca y socorrida conjunción del silencio, que es su terrible arma», pero ella va a correr el riesgo y decir lo que cree conveniente: todo empezó con la reseña que hizo la prensa local sobre el acto de apertura de curso de La Laguna, hecha por un periodista que parecía que tenía prisa; ella está de acuerdo en que el periodista, lo mismo que le pasó a ella no entendiera el discurso académico del Dr. González, pero de ahí a decir que a no hacer bien su trabajo hay un abismo, pues, además de errata en el nombre de alguna autoridad, en el orden de los oradores y en el uso impropio de «charla» que usó *La Tarde* y que *El Día* llamó conferencia, que es en lo único en que diferían los dos diarios. Para ella lo más evidente fue que por primera vez se hacía ciencia en la Universidad de La Laguna gracias a la perseverancia del Dr. González y que esto no tuviera el tratamiento que realmente se merecía por los diarios isleños es lo que realmente hizo que ella «pusiera el grito en el cielo». Después de hacernos un resumen de la disertación del científico, nuestra

---

<sup>744</sup> Esta polémica también es comentada por el investigador Julio Antonio Yanes Mesa en el artículo ya citado (2023), 67-94.

<sup>745</sup> ALONSO, María Rosa: «A propósito de la apertura del curso académico», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 20 de octubre de 1949.

<sup>746</sup> En el periódico que está encuadrado en la Biblioteca Central de la Universidad de La Laguna (Sala Canarias), hay unas palabras escritas por la misma María Rosa Alonso en la que dice textualmente: «Esto no lo puse yo, sino la mala intención...» [escrito en verde, después de haber rodeado el antetítulo].

escritora vuelve a pedir a sus colegas periodista que no se enfaden, que ya bastante tiene ella con defenderse de tanto mal genio público y privado, que según ella es el peor. En este artículo tenemos la muestra de que nuestra ensayista no se amilana ante las críticas que cree injustas hacia su persona, máxime cuando lo que quiere ella es que se tenga la consideración que se merece una persona tan valiosa como el Dr. Antonio González que está llevando a la Universidad lagunera a unos niveles de prestigio, que hasta el momento no se había alcanzado.

Como era de esperar el anterior artículo tuvo una respuesta por parte del aludido<sup>747</sup>, aunque ella no había escrito su nombre, por lo tanto María Rosa Alonso contesta al periodista el siguiente mes de noviembre y en el periódico grancanario *Falange* —después de dos artículos publicados en *El Día*—, que es lo normal porque los ofendidos eran de los diarios de Tenerife: en la «Respuesta a Luis Álvarez Cruz»<sup>748</sup>, la periodista tinerfeña dice que en el anterior artículo había omitido el nombre del periodista por respeto, además de hacerle una «reconvención amistosa, correcta y bien intencionada», pero he aquí que el señor Álvarez ataca a la persona no a la periodista, por lo tanto, no contesta atendiendo a la cuestión que generó la polémica, sino que lo que hace es hacer un bosquejo de la escritora que la hace parecer «una señora bastante fea, sabihonda y cargante, que está metida en la isla de su casa rodeada de ficheros y libros por todas partes como el Dr. Fausto lo estaba de matraces y retortas...»: es evidente que ni en los peores momentos nuestra periodista pierde el sentido del humor. A lo largo de todo el artículo va argumentado por qué le molestó tanto la simpleza de los periodistas que hicieron la reseña de la disertación científica del Dr. González, pero cree que como no tienen disculpa alguna ante un trabajo mal hecho es por lo que no le queda otra cosa que atacarla como persona; encima la atacan por sus méritos académicos y no es la primera vez que esto sucede pues ya en otras ocasiones le echan en cara su «doctorado en Filosofía y Letras» como si esto fuera una vergüenza para ella, lejos de ser un orgullo el haberlo conseguido con tan gran esfuerzo. No hay lugar a dudas de que lo que le molestaba a estos señores es que una mujer hubiera llegado tan lejos a nivel intelectual, teniendo en cuenta que estábamos en plena dictadura donde la mujer tenía que ser un objeto de adorno o un ser que desde el momento de nacer estaba

---

<sup>747</sup> ÁLVAREZ CRUZ, Luis: «El periodismo sobre el tapete. Epístola a María Rosa Alonso», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 22 de octubre de 1949.

<sup>748</sup> ALONSO, María Rosa: «Respuesta a Luis Álvarez Cruz», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 10 de noviembre de 1949.

predestinado a ser esposa y madre. Además, le echa en cara al periodista que, con las prisas, al igual que en la reseña que ella había criticado, en otras ocasiones ha cometido errores como escribir «Chartres» por Sartre, «cuadriga» refiriéndose a cuatro unidades de versos de Verdugo y una frase de Pascal se la atribuyó a Montaigne. Lo anterior es para demostrarle que es así como se critica, separando lo personal de lo profesional. Excelente contestación de una mujer que está harta de que como no la pueden atacar por sus méritos profesionales, la ataquen por su condición de persona, sobre todo por su naturaleza femenina.

A los siete días nos encontramos ante un segundo artículo publicado por María Rosa Alonso en *Falange*, aunque el siguiente volverá a ser publicado en el diario tinerfeño con el que viene colaborando últimamente. En esta ocasión vuelve a hablarnos de su desaparecido amigo, al que había dedicado un elegíaco artículo, pero ahora ya no hay lágrimas sino recuerdos ante una labor investigadora muy bien hecha. «José Manuel Guimerá, ensayista»<sup>749</sup>; creemos que la nostalgia del desaparecido amigo la hace ponerse muy lírica, pues describe de una forma poética la casa y los alrededores en los que vivía en Santa Cruz, concretamente en la Plaza del Príncipe, todo en un estilo sereno y elegante. Habla de un «exquisito ensayo» que José Manuel Guimerà escribió sobre Galdós, también de otro inédito dedicado a «Las campanas» escrito en una delicada prosa en el Hotel Taoro y pudo haber dejado otros, por ejemplo, dedicado a los relojes borbónicos del Palacio Real de Madrid, pues a él le gustaban las cosas sencillas, lo menudo, lo imperceptible; leía una y otra vez su obra y más de una vez departía con su amiga hasta el más mínimo detalle. Y a pesar de que ya la autora le había dedicado un artículo a su ida de este mundo, en éste que aparentemente estaba dedicado a sus ensayos, vuelve a aparecer la pena por el amigo ausente, la nostalgia por la amena conversación del que no vendrá más y la congoja por sentir la brillante luz que se ha ido para siempre. En fin, que en este caso a María Rosa Alonso le puede más la pena por el amigo perdido que su labor como ensayista a la hora de informarnos de los pormenores de los ensayos de José Manuel Guimerà.

Llega diciembre y preparando las alegres fiestas navideñas, nada mejor que hablar de música, interpretada por un excelente músico canario; como ya comentamos en el apartado anterior, el presente escrito se publica en el diario tinerfeño *El Día*, con el

---

<sup>749</sup> ALONSO, María Rosa: «José Manuel Guimerá, ensayista», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 17 de noviembre de 1949.

que la ensayista no volverá a colaborar hasta finales de febrero del siguiente año. «Carmelo Cabral, guitarrista»<sup>750</sup> tiene como antetítulo «Nuestra música popular» y el contenido está más en consonancia con este último, puesto que del afamado guitarrista sólo habla en los tres últimos párrafos. Empieza hablando de una conferencia impartida por Mr. Starkie en la que se refería al extraordinario poder que tiene la música en las almas sensibles, María Rosa Alonso nos dice que: «La música, como el perfume, nos alcanza a menudo situaciones pasadas, que añoramos con ese aire único que el alma cobra ante lo definitivo». Sigue hablando de la música con un lenguaje muy lírico, como cada vez que sus emociones están a flor de piel, nombra a fray Luis de León como referencia culta, pero es la música popular la que realmente la conmueve: una isa, unas folías, los «Cantos canarios» de Power, que, aunque no muy perfectos técnicamente, su «Arrorró» despierta grandes emociones, como por ejemplo en Manuel Verdugo que le dedicó una sentidos versos, que ella transcribe. Habla de sus ensayos sobre la música popular, también del bello artículo que dedicó al timple de Jeremías Umpiérrez, y, finalmente pasa a hablar del guitarrista que hay en Tenerife del que dice «oyéndole tocar la guitarra todos los adjetivos se marchan para que los sustantivos hablen». Confiesa que sólo ha hablado una vez con Carmelo Cabral<sup>751</sup> y que con él «la música popular se hace rezo y espíritu», si bien la periodista sigue reflexionando sobre la música popular y termina diciendo que lo que ha pretendido con el artículo es hacer un homenaje a la música popular de sus Islas y que Carmelo Cabral ha hecho de su trabajo con la guitarra una honda virtud popular, una aristocracia y que «Alguna vez ha de quebrarnos la voz los semitonos de unas folías compuestas ahora en homenaje de quien las pulsa con tantas excelencias». Con este artículo tenemos la poesía que la ensayista escribe cada vez que trata cualquier manifestación cultural de su tierra, de su pluma salen en forma de figuras retóricas las emociones que la embargan ante las señas de identidad canarias.

---

<sup>750</sup> ALONSO, María Rosa: «Carmelo Cabral, guitarrista», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 2 de diciembre de 1949.

<sup>751</sup> Carmelo Cabral (1881-1956) fue el primer guitarrista canario que consiguió un alto nivel de popularidad en su tierra. Nacido en Gran Canaria y afinado en Tenerife, consiguió que el público lo reconociera «como guitarrista, destacándose sobre todo como gran intérprete de temas basados en el folklore canario. Asimismo se relaciona con los principales artistas e intelectuales de las islas, además de con algunos políticos. Con frecuencia estos artistas le dedican poemas o escritos y famosos fueron los versos de Manuel Verdugo: *Bebe, Carmelo, que la vida es corta/ y mirada a través de una botella/ aún por fortuna nos parece bella*. Estos versos acentúan el barniz que rodeaba a Cabral por esas fechas. Su condición de conversador ingenioso y su indudable carisma a la hora de tomar el instrumento favorecían esta unánime acogida» (PÉREZ DÍAZ, Pompeyo [1996]: *La guitarra y los guitarristas-compositores en Canarias*, El Museo Canario, Las Palmas de Gran Canaria: 58).

Qué mejor colofón para despedir el año que dedicar un artículo a uno de los mejores escritores de la literatura canaria, al real lejero Viera y Clavijo; este escrito se publica en el periódico *Falange* y es el primero de los quince artículos que María Rosa Alonso publicará consecutivamente en dicho diario gran canario. «Otra vez Viera»<sup>752</sup> es un artículo sobre nuestro Arcediano dieciochesco, el tercero después de los comentados: el primero en 1931 sobre la relación entre «El hombre ante la Naturaleza. Viera y Clavijo y el paisaje en el siglo XVIII» y el segundo de 1932 sobre «Un hombre del siglo XVIII. El segundo centenario del polígrafo tinerfeño José de Viera y Clavijo» y que podrían conformar un ensayo sobre el gran polígrafo canario. Trata el tema de las distintas ediciones que se han hecho de las Noticias de Viera y Clavijo y comienza nombrando la Tertulia de Nava, que se reunían en La Laguna a mitad del Siglo de las Luces y donde se hizo una revisión completa de los valores culturales en el país y, además, se preparó la gran obra las *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*, que fue impresa en Madrid a fines de 1770, gracias al apoyo económico de don Tomás de Nava y Grimón; para el Dr. Wölfel esta obra era insuperable debido a la perfección con que trató la colección y crítica de documentos y fuentes. En 1858 la Imprenta Isleña comienza a publicar la segunda edición de la obra en cuatro volúmenes, el cuarto y último apareció en 1863; en esta edición no se tuvo en cuenta la corrección de Viera sobre la Batalla de Acentejo, cosa que demuestra que ni ésta ni las dos que le siguieron se hicieron con rigurosidad, ya que se han primado los propósitos divulgadores y comerciales. Pero la que se propone hacer la casa «Goya», que sería la quinta edición, es «con pulcritud y utilidad para todos» puesto que la va a hacer un grupo de investigadores canarios bajo la dirección del Dr. Serra Ráfols y también con la intervención del Dr. Cioranescu<sup>753</sup>. En este escrito la doctora canaria demuestra su preocupación por las cosas bien hechas, sobre todo si se trata de preservar el importante legado cultural de nuestro mejor representante del siglo XVIII, don José de Viera y Clavijo.

---

<sup>752</sup> ALONSO, María Rosa: «Otra vez Viera», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 21 de diciembre de 1949.

<sup>753</sup> Son muy enriquecedoras las valoraciones, que hacen sobre este artículo recién comentado, los doctores Victoria Galván González y Rafael Padrón Fernández en «María Rosa Alonso *bajo el signo de Viera*» en AA. VV. (2010): 136.

Llega 1950, pero hasta febrero nuestra escritora no publica artículo alguno; el primero de ellos es «Continentes en miniatura»<sup>754</sup> y aquí nos justifica su silencio: nos dice que está en Madrid y que ha recibido cartas reexpedidas desde La Laguna en las que sus lectores le preguntan por su opinión acerca de la vida tinerfeña. Ella les agradece su preocupación y le viene a la memoria aquella época de principios de siglo en que salían fotos en la prensa de unas damas que estaban descansando en La Cuesta junto a los caballos que llevaban el coche del trayecto hacia La Laguna, pero con la llegada del tranvía esto dejó de ser noticia, de la misma manera que el que ella tome un avión y se vaya a Madrid tampoco lo es. A continuación, recuerda a don José María de Cossío que le hacía gracia cuando sus amigos diferenciaban entre ser de Santa Cruz, La Laguna o Tacoronte en una tierra tan pequeña, pero ella le contestaba que era como ser de Madrid o de Toledo porque los continentes en miniatura que hay en cada isla dan mucho de sí. Continúa reflexionando sobre lo que significa la distancia en diferentes épocas, pues no es lo mismo los veleros que tardaban muchos días hasta Cádiz que un avión que en cinco horas y media nos pone en el continente, también recuerda las viejas historias de los viajes a África contadas por el «viejo y muerto Rodríguez Moure». Habla de lo necesario que son los cambios de aire para el espíritu, lo conveniente que es poner tierra de por medio para olvidar un poco las beligerancias existenciales y volver después a los continentes en miniatura, pero más saludables como si nos tomáramos una cura de aguas en Cestona o Panticosa, aunque nosotros tenemos las de Teror o Sabinosa. Pero los continentes en miniatura siguen estando en nuestro corazón por muy lejos que viajemos, aunque en nuestra opinión, ella se fue a Madrid a olvidarse un poco de esos «beligerantismos» sufridos en la misma prensa, no olvidemos que en el recién terminado año había tenido dos fuertes polémicas, que tuvieron como protagonista a su propia persona y enfrente a Víctor Zurita y a Luis Álvarez Cruz.

Parece que nuestra periodista va a retomar su ritmo normal de publicaciones en los periódicos, porque el siguiente artículo aparece a los tres días: «Aleixandre en la Academia»<sup>755</sup>, donde podemos comprobar cómo María Rosa Alonso aprovecha muy bien su tiempo en Madrid, porque no sólo es un cambio de aires sino también una oportunidad para vivir actos académicos muy especiales, como es el de la toma de

---

<sup>754</sup> ALONSO, María Rosa: «Continentes en miniatura», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 11 de febrero de 1950.

<sup>755</sup> ALONSO, María Rosa: «Aleixandre en la Academia», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 14 de febrero de 1950.

posesión de su sillón de un nuevo académico de la Real Academia Española de la Lengua, que en esta ocasión lo asumía Vicente Aleixandre<sup>756</sup>. Con una descripción, un tanto irónica, de salón de la RAE a las siete de la tarde del domingo 22 de enero, la periodista comienza su crónica académica; va enumerando a los personajes que conoce, que son muchos. Después nos ofrece un detallado retrato del nuevo académico y de su discurso de ingreso, al igual que del de Dámaso Alonso y de su sonoro discurso de contestación, compuesto de 17 páginas, en el que «destacó el valor de cada una de las obras de Aleixandre, su influencia en la juventud española y americana, pareja a la que ejerció Juan Ramón Jiménez en la de ellos, y la fama del poeta de *Sombra del Paraíso*». Y como la cronista siempre tiene que relacionar todo con su gente, al terminar su artículo recuerda a uno de nuestros grandes poetas: «Una carta, una voz, un aliento del poeta o del maestro máximos para esas arrinconadas almas de la provincia, que se mueren de soledad haciendo números, como el pobre Alonso Quesada». Y como todo buen acto público que se precie, terminó con una fuerte ovación por parte del enfervorizado público y que obligó al nuevo académico a levantarse y saludar emocionado unas cuatro veces.

A finales del mes de febrero nos brinda un artículo también con un nombre propio, esta vez se trata de un pintor, ya hacía un tiempo que no escribía sobre arte concretamente desde el varano anterior cuando nos habló del tríptico de la iglesia de Taganana. En «Francisco Gutiérrez Cossío en el Museo de Arte Moderno»<sup>757</sup> es evidente que nuestra ensayista sigue en Madrid y que ahora se nos ha ido de Museo. Comienza hablando del Mediterráneo y hace unas preguntas retóricas acerca de su existencia y de nuestro desconocimiento de sus orillas, parece que nos esté incitando a conocer y disfrutar el *Mare Nostrum*. Pero lo que ella ha descubierto ha sido la pintura de Cossío<sup>758</sup>, al que compara con otros pintores españoles como Picasso, Gris, Dalí y

---

<sup>756</sup> Vicente Aleixandre y Merlo (1898-1984) fue un poeta español de la llamada generación del 27, académico de la Real Academia Española desde 1950, ocupando el sillón de la letra O. Según José Luis Cano, Vicente Aleixandre «no fue nunca un poeta precoz. Tardó bastante en gustar de la poesía, en penetrar en su mundo, pero una vez entrado en él no quiso ni pudo salirse de su reino, y a él se entregó apasionadamente. Lo cual no quiere decir que no viviese también con intensidad, pues a su pasión extremada por la vida, y especialmente por el amor, debe Aleixandre el ser el poeta que es y no otro» (ALEIXANDRE, Vicente [1989]: *Espadas como labios*, edición, introducción y notas de José Luis Cano, Castalia, Madrid: 16).

<sup>757</sup> ALONSO, María Rosa: «Francisco Gutiérrez Cossío en el Museo de Arte Moderno», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 28 de febrero de 1950.

<sup>758</sup> Francisco María Gutiérrez Cossío (1894-1970): conocido como Pancho Cossío, nació en Cuba de padres españoles y en 1898 se vinieron definitivamente a vivir a España. Está considerado como uno de los pintores más trascendentales del siglo XX, era un pintor que no se parecía a ningún otro, para Juan

Miró; compara su desconocimiento de la pintura de Cossío con el del Mediterráneo. Habla de la crítica que se le ha hecho, concretamente Eduardo Lloset que destaca lo español que hay en Cossío: «los grises perlas únicos» que tienen su filiación en los grises de Velázquez, de Goya y su «Guadarrama y su mar Cantábrico», pero María Rosa Alonso no está de acuerdo con esto, sobre todo con lo de los grises perlas; pero dice que los galos también ven afrancesamiento en Cossío, la escritora ve la Naturaleza romántica: la lluvia, la tempestad, el naufragio, etc., es decir, la Naturaleza en movimiento. En fin, que María Rosa Alonso ha descubierto su particular Mediterráneo en la pintura de Francisco de Cossío, es curioso observar como ella disfruta con el arte bien hecho, ya sea literatura, música o pintura; todo lo que sea un deleite para los sentidos es vivido con mucha emoción por la polígrafa tinerfeña.

Esta vez toca el séptimo arte, no sabemos si la escritora sigue en Madrid o si ha vuelto a su terruño, pero han pasado casi un mes desde el último artículo publicado y María Rosa Alonso dedica el presente escrito al mundo infantil, primero desde una perspectiva poética y después teniendo de fondo el mundo de la cinematografía: «La niñez, todavía»<sup>759</sup>. Un amiguito de seis años con el que tiene una relación muy especial, la ha motivado a escribir sobre la primera etapa de la vida, a ella la asombra la capacidad que tienen los niños para improvisar, para unificar el mundo real y el de la fantasía e inevitablemente lo relaciona con la poesía y con Rabindranath Tagore<sup>760</sup>, que supo conjugar perfectamente la ilusión y el escape de la realidad. Nuestra autora dice que a todos nos queda algo del niño que fuimos, que pobre de aquel que haya perdido

---

Antonio Gaya Nuño: «Pancho era algo así como un navegante solitario, actuando según sus normas posiblemente raras, totalmente espontaneas, de mínimos débitos a contemporáneos o a colegas inmediatamente anteriores. La pintura de Pancho, difícil y rebelde a compartimentaciones de terminología con alguna pretensión de exactitud, comenzó en él y terminó en él» (GAYA NUÑO, Juan Antonio [1973]: *Francisco Gutiérrez Cossío: vida y obra*, Ibérico Europea de Ediciones, Madrid: 15, 39-41, 213).

<sup>759</sup> ALONSO, María Rosa: «La niñez, todavía», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 21 de marzo de 1950.

<sup>760</sup> Rabindranath Tagore (1861-1941): fue un poeta bengalí, que nació y murió en Calcuta. También cultivó la filosofía y perteneció al movimiento Brahma Samaj; fue un artista, dramaturgo, músico, novelista y autor de canciones que fue premiado con el Premio Nobel de Literatura en 1913, convirtiéndose así en el primer laureado no europeo en obtener este reconocimiento. Según Carlos Elío Mendizábal: «Tagore representa muy bien una tradición cultural que es la suya, pero al mismo tiempo enriquecida con la aceptación de otras culturas. Si por algo se caracteriza Tagore es por su talante conciliador, tolerante, nada dogmático, abierto a la modernidad pero sabiendo muy bien cuáles son sus raíces» (MENDIZÁBAL, Carlos Elío [2018]: «El universo Tagore», *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, N.º 73 (enero-abril), pág. 95-105: <http://dx.doi.org/10.6018/daimon/249551> [consultado el 06/11/2023]).



totalmente su «primitivo ser infantil»; esto la lleva a Walt Disney<sup>761</sup> porque sus creaciones gradúan el infantilismo anímico, para ella Disney es el Tagore del cinema y dibuja para niños de veinte años para arriba. La periodista comenta el significado de algunos personajes del americano, por ejemplo, dice que el pato Donald subraya la sátira «con tanta inteligencia que la acritud que toda sátira conlleva se diluye en humor inofensivo y sano». Pero, sobre todo, el arte de Disney es lograr la calma en el alma de las personas mayores, que tiene muchas cicatrices, y con sus dibujos aparece en ella la tierna y asombrada sonrisa del niño que fue un día. Gran artículo de nuestra ensayista porque nos hace transportarnos al lejano mundo de la niñez, pero desde un punto de ilusión que hace que veamos de forma positiva la labor de catarsis que tiene el mundo de la poesía, representada en Tagore, y de los dibujos infantiles de Disney.

Nos encontramos con un bloque de cuatro artículos en los que la flamante doctora en Filosofía y Letras nos demuestra que se merece sobradamente dicho título académico. Nos vamos al eterno enfrentamiento entre los que quieren cambios y los que se empeñan en conservar todo inamovible. Han transcurrido casi veinte días desde el último artículo comentado, así que ya se hacía esperar la nueva publicación de los siempre interesantes escritos de María Rosa Alonso. «Otra vez los antiguos y los modernos. I»<sup>762</sup> comienza con un nombre de autoridad en la materia de la que va a hablar: Pedro Laín Entralgo<sup>763</sup> y de la crítica filológica que un trabajo suyo había inspirado a don Eustaquio Echauri<sup>764</sup>; este último le censuraba a Laín del uso de

---

<sup>761</sup> Walter Elias Disney (1901-1966) fue un empresario, animador, guionista, actor de voz y productor de cine estadounidense. Aunque se diga que fue el pionero, nos dicen Fonte y Mataix: «no fue él quien inventó los dibujos animados, ni el sonido, ni el color, ni siquiera las películas de larga duración, pero consiguió reunir todos estos elementos con un alto grado de perfección y levantar un imperio personal sobre los descubrimientos y el trabajo anónimo de muchos otros» (FONTE, Jorge y MATAIX, Olga [2001]: *El hombre, el mito*, T&C Editores, Madrid: 17).

<sup>762</sup> ALONSO, María Rosa: «Otra vez los antiguos y los modernos. I», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 8 de abril de 1950.

<sup>763</sup> Pedro Laín Entralgo (1908-2001) fue un médico, historiador, ensayista y filósofo español de ideología falangista en sus comienzos, que abandonó luego para evolucionar hacia convicciones democráticas y liberales. Cultivó, fundamentalmente, la historia y la antropología médica. Agustín Albarracín nos da un esbozo de retrato de Laín Entralgo: «turolense de 1908, itinerante peregrino de la monarquía de Alfonso XIII, de la Dictadura del general Primo de Rivera, de la II República, de la guerra civil y, desde entonces, español universal afincado en Madrid toda la etapa franquista y allí instalado después, a lo largo de la democracia renacida y de la monarquía del rey Juan Carlos». En el mismo libro en que aparece la cita anterior, hay una frase de Luis S. Granjel que nos parece muy interesante: «Laín representa, en el mundo cultural español de posguerra, lo que en una etapa anterior representaron Ortega y Marañón» (ALBARRACÍN, Agustín [1988]: *Retrato de Pedro Laín Entralgo*, Círculo de Lectores, Barcelona: 29, 101).

<sup>764</sup> Eustaquio Echauri Martínez (1873-1953) fue un periodista, políglota, filólogo clásico y profesor español. Nos dice Luis Sanz de Almarza que «Sus famosas “Editoriales” en que fijaba sus puntos de vista sociológicos y religiosos le acarrearón serios disgustos e incluso el destierro en la primera década de este

neologismos, también habla de galicismos y latinismos. Para nuestra filóloga lo más normal es que «siempre nuevas situaciones científicas o de vida exigen que el escritor introduzca nuevas voces», y pone como ejemplo el siglo XVIII cuando Iriarte hacía burla en sus fábulas tanto de los puristas como de los galicistas; también otros escritores como el Padre Isla en el capítulo VIII de su *Fray Gerundio* y Cadalso en una de sus *Cartas Marruecas* atacaban duramente a los galicistas. A ella estos escritores le recuerdan a Echauri, que considera la Real Academia como la policía del lenguaje, pero la lengua no es un organismo estático con leyes inamovibles, es un ente en constante evolución, que va cambiando como lo hace la historia. Nuestra filóloga emplea palabras muy adecuadas para expresar su opinión acerca de la introducción en la lengua de neologismos, puesto que son necesarios para la correcta comprensión de los nuevos inventos «como un país la radio, la máquina de escribir o la penicilina». Ella sigue con la defensa de la evolución del lenguaje, empleando esa firmeza en las ideas que tan bien sabe transmitirnos, máxime cuando se trata de su propio campo de trabajo: el de la lingüística y de la evolución histórica de la lengua española. En esta ocasión sus ideas salen bordadas, puesto que va expresando con verdadera sabiduría unos conceptos, en los cuales se basa su especialidad como doctora en la materia, demostrando así sus conocimientos y preparación académica en el campo de la lengua y la literatura.

A los tres días aparece la segunda parte de la discusión entre los puristas y los innovadores de la lengua española; ya vimos en la primera parte como María Rosa Alonso tomaba parte por los que creen que la lengua tiene que adecuarse a los nuevos tiempos y ser capaz de asumir las nuevas realidades de la sociedad. «Otra vez los antiguos y los modernos. II»<sup>765</sup> nombra a Ortega y su explicación sobre la vida de algunas palabras: nacimiento de un uso lingüístico, ruina y arrinconamiento y lo ejemplificaba en la palabra *mandamás* durante la guerra civil. Dice la filóloga que el papel de la Real Academia en este asunto debería ser el de recomendar, nunca el de imponer porque el uso es una cuestión social; ahora bien, hay un derecho al veto que sería el de no incluir la nueva palabra en el diccionario, pues para llegar a aceptar un

---

siglo. En ellas campean sus vigorosos razonamientos dialécticos, su indomable independencia y la pureza de su estilo que se manifestaban desde los asuntos más graves y elevados hasta los más satíricos y vulgares» (SANZ DE ALMARZA, Luis [1992]: *Eustaquio Echauri Martínez su vida y «Notas Filológicas» (Sobre voces y frases incorrectas)*, Pevisa, Logroño: 7).

<sup>765</sup> ALONSO, María Rosa: «Otra vez los antiguos y los modernos. II», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 11 de abril de 1950.

neologismo «mira, pesa y mide, consulta y se asesora antes de resolverse a aceptar una voz como española». Habla del siglo XVIII donde se introdujeron en nuestra lengua tantos galicismos innecesarios, pero fue el tiempo quien dictaminó los que eran necesarios y los que no, por ejemplo, se eliminó *remarcable* que tanto gustaba a Viera y Clavijo; sin embargo, ha permanecido hasta la actualidad *bufete*. Habla de una palabra que está de actualidad debido al momento histórico que se está viviendo, *estraperlo*, es difícil determinar si la economía permitirá que se adquieran los alimentos a precios adecuados o si, por el contrario, la academia debería de ir ya asumiendo este neologismo. Es clave la palabra «precaución» a la hora de hablar de introducir neologismo y nuestra autora nos habla del fenómeno contrario que se da en Canarias: se siguen manteniendo las formas de los futuros de subjuntivo que ya no usa casi nadie y se han sustituido por los pretéritos imperfecto y pluscuamperfecto, por lo tanto, habría que sustituir los arcaísmos por las formas que se usan. En el último párrafo nuestra ensayista se pone un tanto trascendental ya que habla del tiempo como un «potro de nuestro tormento y ese sí que, inexorable, si nos impone, gústenos o no. Contra él no valen “resistencias pasivas”, ni siquiera el uso de nuestra libertad». Lo que puede ser positivo por la innovación en el lenguaje, parece que pasa a negativo al darse cuenta la autora que es el tiempo el que maneja nuestras vidas, incluyendo las teorías lingüísticas sobre la eterna polémica entre innovadores y puristas.

El día 25 de abril María Rosa Alonso firma el prólogo que realizó para el libro *Alma Canaria* de su amiga Elvira Machado<sup>766</sup>. También en el mismo día *Falange* publica el tercer artículo del bloque sobre la lengua española, en el anterior había expuesto la realidad de un fenómeno arcaico en el sistema verbal del habla canaria y lo que hace ahora es continuar en las Islas, esta vez tratando el uso de los pronombres personales en su función sintáctica: «*La dije, le vi y los canarios*»<sup>767</sup>. Empieza contando la anécdota sucedida entre «el distinguido gramático tinerfeño Irineo González<sup>768</sup> y un

---

<sup>766</sup> *Ibidem*, pág. 32.

<sup>767</sup> ALONSO, María Rosa: «*La dije, le vi y los canarios*», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 25 de abril de 1950.

<sup>768</sup> Irineo González y Hernández (1842-1918) fue un presbítero, bibliófilo y bibliotecario del Instituto de Segunda Enseñanza de Santa Cruz de Tenerife. Javier Medina nos dice que es «una figura desconocida en la historia de la gramática española [...] Se trata de un maestro que desarrolló una gran actividad en el terreno pedagógico y escolar en la segunda mitad del siglo XIX y primeros años del siglo XX. Es el autor de dos obras gramaticales importantes por ser las únicas publicadas en las Islas Canarias en dicha centuria con un claro afán didáctico y destinadas a los alumnos de segunda enseñanza: *Nociones de gramática castellana conforme a los principios filosóficos* (1882) y *Compendio de gramática castellana* (1895)» (MEDINA LÓPEZ, Javier [2012]: «El maestro Ireneo González y Hernández y su doctrina gramatical en el

tipógrafo, que discutieron porque el último le corrigió varias veces la palabra «docente» porque, según él, no era una palabra castellana puesto que no estaba recogida en el repertorio lexicográfico del cajista; nos explica nuestra filóloga que no estaba recogida porque era un cultismo. Nombra sus recientes artículos sobre la dificultad de algunas palabras para formar parte de Diccionario y nos dice que va a hablar de un caso en el que se viene luchando entre arcaizantes e innovadores: el famoso empleo de los pronombres personales de tercera persona y nos da la explicación etimológica de los usos en latín y en castellano, pero como en Canarias somos arcaizantes, lo empleamos de otra manera. Da numerosos ejemplos de laísmo y leísmo, censurados por la Academia y recomienda a sus amigos y alumnos canarios que continúen usando el uso etimológico, que es el correcto, aunque sea arcaizante; insiste en que no dejen pasar ni un «la dije» ni de contrabando. Y vemos cómo termina con su habitual humor, con esa sutil ironía que, a pesar de la seriedad del tema, ella quiere que hagamos las cosas de un modo relajado, atendiendo a la realidad del devenir de la vida, porque los fenómenos lingüísticos son iguales, puesto que es el pueblo quien los usa y las personas están expuestas a cambios sociales, que repercuten directamente en el habla, que al fin y al cabo es el elemento de comunicación más importante entre los seres humanos.

Y llegamos al último artículo del bloque dedicado a temas que, aunque escritos para el periódico, tienen un matiz academicista; es evidente que la lengua como medio de comunicación la usamos todos por lo que no viene nada mal una reflexión sobre el propio lenguaje, puesto que aumenta nuestra capacidad comunicativa y nuestro acervo cultural. Creemos que el lector medio al que van dirigidos los artículos está capacitado para comprender estas explicaciones gramaticales, y es este afán de transmitir cultura el que la lleva a tratar estos asuntos sobre la lengua de una forma tan clara y amena. Comienza «Misión de la Gramática»<sup>769</sup> con ironía, esta vez haciendo uso de la hipérbole al hablar de las posturas tan extremas de algunos señores para con la pureza de la lengua española, que los hay en todas las épocas y en todos los lugares: en los siglos XIX y XX, en la Península y en Canarias. Nos dice: «Lanzaban un ataque contra los infractores

---

contexto escolar de las Islas Canarias (s. XIX)», *Revista argentina de historiografía lingüística*, n.º 2, v. 4, pág. 131-154: [file:///C:/Users/Usuario/Downloads/Dialnet-ElMaestroIreneoGonzalezYHernandezYSuDoctrinaGramat-4471038%20\(2\).pdf](file:///C:/Users/Usuario/Downloads/Dialnet-ElMaestroIreneoGonzalezYHernandezYSuDoctrinaGramat-4471038%20(2).pdf) (consultado el 06/10/2023).

<sup>769</sup> ALONSO, María Rosa: «Misión de la Gramática», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 9 de mayo de 1950.

de las leyes gramaticales y apostrofaban un escrito con antemas como “¡Galicismo!”, “¡Galicismo!” que sentían como si dijese “¡Asesino!” “¡Criminal!”». Hace una especie de resumen de lo que ha defendido en los tres artículos anteriores, se plantea una serie de preguntas retóricas cargadas de ironía para decir que el hecho de que ella haya defendido la evolución en las lenguas, no quiere decir que le da igual que se cometa toda clase de infracciones en contra del buen uso de la lengua española. Y para demostrar lo anterior, dedica tres párrafos a exponer el problema del mal uso del gerundio con carácter de simultaneidad, incluso Galdós comete ese error. Por eso termina con una especie de llamamiento al buen uso de la gramática, ya que no se puede pasar de la intransigencia total a la extrema liberalidad y termina con una frase muy en su línea: «Y sabido es que no hay mayor inconveniencia que despreciar lo que ignoramos. Pero basta ya de gramatiquerías» Tendríamos que subrayar la última oración, puesto que a partir de este momento no vuelve a tocar el tema de la gramática, pues la mayoría de los artículos van a ser de literatura, de pueblos y de viajes.

Cuatro meses llevaba María Rosa Alonso sin publicar ningún artículo en *Falange* ni en ningún otro periódico, nos imaginamos que su actividad intelectual después de estas vacaciones la centró en un ensayo sobre Antonio Machado y el amor, que empieza publicando en septiembre. Como dijimos al terminar de comentar el último artículo, uno de los temas a los que nuestra autora dedicará sus artículos será a los de literatura, y para empezar nos encontramos con un bloque de siete artículos dedicados al poeta sevillano y el amor: seis en septiembre y uno en octubre, por lo que tenemos dos meses íntegramente dedicados al mismo autor; noviembre y diciembre estarán dedicados completamente al paisano Tomás de Iriarte. Cuando hablamos del amor en Machado, inmediatamente pensamos en Leonor. Al ir investigando sobre nuestro gran poeta se ha ido descubriendo otro gran amor, que es sobre el cual ha escrito María Rosa Alonso la primera entrega de este bloque temático: «Antonio Machado y su secreto amor»<sup>770</sup>, también ha habido cambio de sección, pues de ser «Plumas de las Islas» ahora está en «El domingo literario». Empieza hablando del último libro<sup>771</sup> de Concha Espina, en el que publica «un epistolario incompleto y sin fechas que Machado escribió entre 1927 y 1935», en el que las cartas están dirigidas a una mujer cuyo nombre se omite, pero que, por aludir a ella en los últimos poemas de Machado *Canciones a Guiomar*,

---

<sup>770</sup> ALONSO, María Rosa: «Antonio Machado y su secreto amor», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 10 de septiembre de 1950.

<sup>771</sup> ESPINA, Concha (1950): *De Antonio Machado a su grande y secreto amor*, Lifesa, Madrid.

Concha Espina<sup>772</sup> la llama así. Nuestra crítica literaria nombra a varios autores que afirmaron que en la vida de Antonio Machado no hubo otro amor que el de Leonor, la esposa fallecida prematuramente: Manuel Cardenal, José Luis L. Aranguren, Luis Rosales, Ricardo Gullón y Fermín Estrella Gutiérrez, todo ellos creen que Guiomar es una fantasía de Machado, basándose en Miguel Pérez Ferrero, biógrafo de los hermanos Machado. A continuación, la escritora empieza a hacernos una semblanza de la vida del poeta sevillano, que interrumpe en 1907 con la publicación de *Soledades, Galerías y otros poemas*.

La segunda entrega, publicada dos días más tarde, lleva por título el nombre de la mujer que hasta el momento se creía el único amor de Machado: en «Leonor»<sup>773</sup> se nos cuenta la historia de amor de Antonio y Leonor desde el momento en que se conocieron en 1908 hasta la muerte de la amada en 1912, fueron cuatro años en los que el poeta conoció las mieles del amor hasta la gran amargura de la pérdida. Fue durante el segundo año de profesor de francés en Soria cuando Machado conoce a la hija de la dueña de la pensión donde él vivía, la joven era «rubia, de ojos azules y tenía quince años». Cuando él iba a cumplir treinta y cuatro y ella había cumplido los dieciséis se casan en una ceremonia en la que él se sintió muy molesto, se fueron de viaje de luna de miel por varias provincias españolas. En 1911 le conceden una beca a Antonio y se van a vivir a París, allí asiste «a los cursos de lingüística de Bedier y de Filosofía de Bergson». En julio de ese mismo año tiene Leonor el primer síntoma de su enfermedad, vuelven a Madrid y de allí a Soria, dentro de la desesperación por perder a su amada él hace todo lo posible por contagiarse, pero la Naturaleza sigue su curso y Leonor fallece el 1 de agosto de 1912. María Rosa Alonso transcribe aquellos versos en los que Machado se refiere a Leonor: tres en vida de ella, otros tres en «A un olmo seco»,

---

<sup>772</sup> Concepción Rodríguez-Espina y García-Tagle, más conocida como Concha Espina (1869-1955) fue una escritora española, autora de novelas y cultivó también la poesía, el teatro, el cuento y la crítica literaria. Nos dice Carmen Díaz Castañón: «Hay testimonios de que en los años de postguerra Concha Espina gozaba de no pequeña estima en algunos medios literarios como prueba el número uno de la revista *Cuadernos de Literatura Contemporánea* del Consejo Superior de Investigaciones científicas que aparece en 1942 dedicado a su vida y su obra, o la muy favorable acogida que obtuvo en 1944 la edición de *Obras completas* de una escritora que, como recuerda el crítico José María Martínez Cachero, fue durante “tantos años mujer-novelistista en solitario”. Al ser reeditadas en 1955, el poeta José Hierro recuerda en la *Revista de Literatura* cómo “una innumerable serie de experiencias han ido vertiéndose en moldes impecables”, [...] Torrente Ballester en su *Panorama de la literatura española contemporánea* (1965) piensa que “penetración y acierto en los personajes femeninos, sensibilidad para el paisaje y preocupación por los aspectos sociales de la vida popular” son las características comunes a toda su obra novelesca» (ESPINA, Concha [1989]: *La esfinge maragata*, edición, introducción y notas de Carmen Díaz Castañón, Editorial Castalia, Madrid: 30-31).

<sup>773</sup> ALONSO, María Rosa: «Leonor», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 12 de septiembre de 1950.

cuando se despidió de Soria en «Recuerdos», en tierras de Baeza dos versos cargados de tristeza y, por último, la queja a Dios que todos conocemos: «Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería...». En fin, que la periodista tinerfeña nos hace un resumen de lo que fue una de las historias de amor que más conocemos de los poetas españoles, ilustrada con versos que hacen que nos conmueva aún más esa triste historia de amor, de la que todos nos hemos emocionado al estudiar al poeta sevillano que tanto admiramos.

Al día siguiente *Falange* publica la correspondiente entrega de este repaso por la vida amorosa de Antonio Machado, «Leonor, recuerdo y sueño»<sup>774</sup>, donde la ensayista sigue en la misma dinámica, es decir, la de ir transcribiendo versos para ilustrar lo que va comentando sobre la nostalgia de Machado por su amada desaparecida, comienza por la duda sobre la inmortalidad que se le plantea a Machado por tan triste pérdida, evoca los lugares en los que estuvo con Leonor y en contraste se ve caminando solo por los campos andaluces; revive instantes disfrutados con ella, en romance cuenta la visita de la muerte en «Una noche de verano», versos que demuestran su «honda contención varonil»; María Rosa Alonso destaca «una composición que es una verdadera epístola, digna de figurar en la serie de epístolas poéticas para antologías», es la dedicada a José María Palacios, su amigo de Soria, nuestra escritora destaca el final de esta epístola en la que el poeta le describe la tumba de su amada, que está en el cementerio de Soria llamado el Espino, ubicado en un alto lugar extramuros de la ciudad. También rememora el viaje en tren, así como los que no hizo con Leonor, la soledad de que se hace eterna en las frías horas de Baeza, en alguna ocasión la tierra de ceniza de Soria «logra borrarle los verdes limonares andaluces», también hay un soneto en el que Machado alude a Leonor, es el segundo de *Los sueños dialogados* y termina el artículo diciendo su autora que hay otras composiciones que plantean dudas, puesto que antes de publicado el epistolario de Concha Espina, Machado «tuvo amores de poca hondura» por lo que los críticos se muevan en conjeturas. En el título del artículo tenemos la evidencia de que muchas de las opiniones vertidas en él son interpretaciones, puesto que el poeta sería el único que podría decir si corresponde a la realidad de sus recuerdos y sueños, y no sería la primera vez que los propios poetas dejan vía libre a la imaginación de cada lector que se acerca a esas palabras escritas.

---

<sup>774</sup> ALONSO, María Rosa: «Leonor, recuerdo y sueño», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 13 de septiembre de 1950.

Y sigue María Rosa Alonso investigando en los poemas de Machado esos posibles amores y amoríos del poeta y a los dos días publica: «Un corazón solitario»<sup>775</sup>. Nuestra autora cree que, en una de las breves canciones, la LVIII, de su libro *Nuevas canciones* se podría percibir un apunte de inquietud amorosa por parte del poeta, pero es más definitoria del alma apasionada del poeta la composición que titula «Los ojos» dedicada a Miguel de Unamuno, en el que parece demostrar que «Leonor es ya un sueño, aunque nunca la olvide». La escritora dice que es posible que los tres sonetos «Glosando a Ronsard y otras rimas» encierren alguna historia de amor, ni siquiera el que titula «El amor y la tierra» los críticos tienen claro que se refiere a Leonor. El último verso dedicado a su amada es el que cierra un soneto: «¡el muro blanco y el ciprés erguido!», aunque también puede ser el que empieza: «¿Empañé tu memoria?». Parece que Machado «quiere separar lo que en el río de su vida es ciego y turbias heces, de la clara linfa que viene del puro manantial, en el que suena eternamente el nombre de la amada». Pero si no hubiese aparecido el epistolario de Machado publicado por Concha Espina, no habíamos podido saber que tras Guiomar había una musa auténtica. Ninguno de sus estudiosos sospechó la existencia de una mujer, a la que conoció por 1926 o 1927, «que le iba a proporcionar las más altas horas de plenitud que puede vivir un ser humano de hondas cualidades espirituales». Hasta aquí hemos hecho un repaso por la ya conocida historia de amor de Antonio Machado, la oficial que él mismo a través de sus versos nos dio a conocer; a partir del próximo artículo nos adentraremos en otra historia de amor, pero que conoceremos a través de unas cartas, será una historia en la que encontraremos más incertidumbres que certezas, porque a pesar de que en la actualidad conozcamos quien fue Guiomar: Pilar Valderrama<sup>776</sup>, cuando María Rosa Alonso escribió estos artículos sólo había unas cartas para poder deducir la segunda historia de amor de nuestro gran poeta.

<sup>775</sup> ALONSO, María Rosa: «Un corazón solitario», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 15 de septiembre de 1950.

<sup>776</sup> Pilar de Valderrama Alday (1889-1979) fue una poetisa y dramaturga española encuadrada en el postmodernismo, conocida como Guiomar, gracias a su relación epistolar con Antonio Machado entre 1928 y 1936. Según Jean-Marc Lagnier, Pilar de Valderrama venía de una familia de clase media alta de Montilla, en la provincia de Córdoba. Tras un matrimonio de conveniencia en 1911, participó como socia fundadora en la creación del Lyceum Club Femenino, asociación madrileña creada en 1926, donde se codeó con otras importantes figuras del progresismo en la época: Clara Campoamor, Carmen Baroja, Concha Espina, Zenobia Camprubí, María Teresa León, María de Maeztu, Isabel Oyarzábal y Victoria Kent. Si bien no podemos ignorar la relación entre Antonio Machado y Pilar Valderrama, es lamentable que la imagen de ella esté enteramente subordinada a la de la musa de Machado, hasta el punto de eclipsar por completo la naturaleza de su obra literaria (LAGNIER, Jean-Marc [2021]: «Pilar de Valderrama (1889-1979)»: <https://publications-prairial.fr/voix-contemporaines/index.php?id=370> [consultado el 10/11/2023]).



Al día siguiente se publica la quinta entrega de los amores de Machado y en esta ocasión el título se corresponde con el nombre de la enigmática musa: «Guiomar»<sup>777</sup>; la escritora empieza el artículo hablando de que fue «un viejo y culto personaje llamado “Don César”» el portador de las cartas que le fueron entregadas a Concha Espina, dichas cartas no llevan fecha. Después describe físicamente a Guiomar, según palabras del poeta, que se quejaba de lo pronto que él había perdido la vista; sigue refiriéndose a las incógnitas que rodean la existencia de Guiomar: a qué se dedicaba ella, dónde se veían; Concha Espina conocía el verdadero nombre de Guiomar, pero no lo dice para no perjudicarla puesto que es una mujer casada. También la ensayista habla del posible platonismo de esas relaciones, si bien lo que sí se demuestra en las cartas es «el entusiasmo y la más pura ilusión que alrededor de los cincuenta años puso un hombre exquisito por una mujer a la que el poeta llama reiteradas veces su diosa». Cuando va a Segovia le escribe una carta en la que el poeta siente que en la lejanía la siente aún más cerca, en determinadas almas selectas la lejanía prudencial es un acicate para idealizar aún más a la amada, Machado le escribe a Guiomar para contarle sobre el carácter sagrado de su amor, llegando a decirle que para él, el único amor verdadero es el que siente por ella, que los demás han sido sólo sueños: «Solamente el recuerdo de mi mujer queda en mí, porque la muerte y la piedad lo ha consagrado». María Rosa Alonso sigue comentando las apasionadas cartas y dice que Guiomar inspiró el personaje de *La Lola se va a los puertos*, de los hermanos Machado, la pieza teatral que consiguió más éxito de los dramaturgos sevillanos. También habla de cómo la amada logró hacer del poeta un hombre más limpio y cuidadoso de su indumentaria, ya que él decía que prefería gastarse el dinero en libros antes que en ropa. Termina nuestra ensayista con una simpática frase muy propia de su habitual ironía: «¡La musa eterna de Provenza enseñaba una vez más al guerrero a cortarse las uñas y lavarse!».

A los tres días *Falange* publica la última entrega de este ensayo sobre Machado, aunque María Rosa Alonso seguirá escribiendo sobre el amor en Machado en una revista madrileña. «Se canta lo que se pierde»<sup>778</sup> compara la profundidad del amor expresado por Machado hacia Guiomar en sus cartas con literatos como Stendhal, y afirma que sólo un alma de tan bellísimas cualidades como la de Machado es capaz de escribir con la emoción que lo hace él y, además, expresándolo de una forma tan

---

<sup>777</sup> ALONSO, María Rosa: «Guiomar», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 16 de septiembre de 1950.

<sup>778</sup> ALONSO, María Rosa: «Se canta lo que se pierde», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 19 de septiembre de 1950.

sublime, a la vez que sencilla, como Horacio o Azorín. A él no le queda otro remedio que aceptar las limitaciones de la vida para vivir su amor, aunque se queje alguna que otra vez: «Con todo has de perdonarme que ya más de una vez haya pensado en la muerte para curarme de esta sed de imposible». En cuanto al matiz filosófico que se desprende de las cartas la tendríamos en la teoría platónica de la reminiscencia, no olvidemos que Machado desde que conoció a Bergson en París en 1910, tuvo muy claro que quería estudiar filosofía y consiguió terminar la carrera, aunque tenía que ir desde Baeza a examinarse en Madrid; nuestra autora dice que su preparación filosófica está presente en sus escritos, versos y cartas, aunque él lo hacía sin pedantería ni presunción. Pero volviendo a la cruda realidad de la vida, las entrevistas entre el poeta y su amada eran cada vez más espaciadas no se sabe por qué; parece que a finales de 1935 Guiomar con los suyos se ausentan de Madrid: la última carta del epistolario hace referencia a este viaje. Casi al final de *Otras canciones a Guiomar* aparece el dolor y la queja del enamorado, al no saber nada de ella pensó que lo había olvidado, incluso que él mismo se había inventado todo ese gran amor. La ensayista nos cuenta los últimos días de Machado y de cómo tiró a la cuneta, camino de Francia, su equipaje con sus ropas y sus papeles íntimos. Murió un miércoles de ceniza en el pueblecito francés de Colliure.

Al mes siguiente la doctora Alonso publica en la revista madrileña, *Índice de las Artes y las Letras*<sup>779</sup>, un artículo-ensayo sobre el mismo autor y tema: «El amor de Antonio Machado»<sup>780</sup>, en el que no se nos aporta mucha más información de la ya dada en el bloque de artículos de *Falange* sobre el poeta sevillano y su último amor: prácticamente es un resumen del primero y los dos últimos, aunque hace una mayor aportación crítica al tema. Lo que nuestra autora ha puesto de manifiesto en lo que escrito sobre el tema y lo que va a escribir es que no está del todo convencida de que Guiomar sea una mujer «de carne y hueso» y no una musa fruto de la imaginación del poeta sevillano, baste como ejemplo las siguientes palabras: «Un modesto erudito de los

---

<sup>779</sup> RUBIO, Fanny (1976): *Las revistas poéticas españolas (1939-1935)*, Turner, Madrid. La revista *Índice* hizo su aparición en 1951, su editor y director Juan Fernández Figueroa (alférez provisional durante la guerra civil y redactor en los años cuarenta de *El Español* y de *La Estafeta Literaria* y posteriormente redactor-jefe del Tercer Programa de Radio Nacional) hizo una singular revista llena de contradicciones y paradojas. En los veinticinco años que la dirigió acabó convirtiéndola en «una insólita revista de cultura» (81). Fernández Figueroa perseguía el objetivo de «la paz civil» y para ello intentó que *Índice* fuera una publicación de altísima utilidad literaria e intentó abanderar la idea de que la revista representa «la reconciliación entre los españoles serenos y progresivos y exalta la figura de nuestros compatriotas sobresalientes sin atender a su filiación». María Rosa Alonso publicó dos artículos en esta revista.

<sup>780</sup> ALONSO, María Rosa: «El amor de Antonio Machado», *Índice de las Artes y las Letras*, N.º 33, octubre de 1950.

ironizados por doña Concha hubiera sido más útil que la ilustre novelista, porque todavía el oficio tiene su utilidad, si sabe mantenerse a raya...». La escritora tinerfeña cree que el error de muchos de los comentaristas de Machado fue el aceptar los versos del poeta sobre Leonor como valederos para toda la vida del apasionado poeta; hay que tener muy en cuenta que la esposa muerta era una niña que lo adoraba y a la que el poeta veneraba, pero que ese amor no iba a nutrir al poeta a lo largo de toda su vida: «Una poesía “enamorada”, como ve con acierto Julián Marías, no se podía nutrir de tan débiles y lejanas raíces». Guiomar<sup>781</sup> es una mujer inteligente, que entiende de literatura y teatro, que aconseja siempre con inteligencia y gusto al poeta, opina con él de poesía de vanguardia y de política nacional; no olvidemos que también influyó en el aspecto físico del poeta, que consiguió que Machado estuviera mejor vestido y más limpio para agradarla a ella. María Rosa Alonso vuelve a nombrar a Julián Marías a la hora de hablar de la realidad poética y la realidad vital, pues el filósofo opina que «la poesía de Machado representa un máximo de autenticidad específicamente machadiana». Nuestra autora siente que se ha destruido una leyenda, porque tanto para ella como para muchos de los que trataban de asimilar este descubrimiento, Machado sólo tuvo el amor que está enterrado en el Espino, en torno a él surgió el mito del hombre fiel al recuerdo de su esposa; pero parece que los críticos no tenían en cuenta que el poeta era un alma sensible y que era capaz de sentir nuevas emociones, máxime si se encontró ante una mujer que tenía las cualidades que le faltaban a la ausente, y sobre todo para cumplir los requisitos de la amada platónica, era una mujer casada, un amor imposible característica primordial del amor exaltado de los grandes poetas, seguidores de los parámetros de los grandes clásicos de la literatura española y universal.

---

<sup>781</sup> Pilar Valderrama falleció el 15 de octubre de 1975 y a los seis años se publica el libro de sus memorias: *Sí, soy Guiomar: memorias de mi vida*, que consta de un prólogo de Jorge Guillén; las «Memorias de mi vida» incluyen 36 cartas que pudo conservar de su relación durante los ocho años que duró su relación con Machado y unos poemas a él dedicados por ella. Destacaremos el último párrafo del prólogo: «Releamos la clara, serena, firme y con un dejo de melancólica resignación la despedida, una especie de corta despedida. El poeta refiere con gran anticipación a su muerte. Y sabe que la amada llorará. Y resurge el término “olvido”, de tantas implicaciones en el pensamiento de don Antonio. Pero el olvido, a su modo una limpieza, permite acceder al recuerdo, desembarazados los ojos frente a la sucesión temporal. Insiste: más allá de lágrimas y olvido, en el recuerdo se contempla por un camino claro, camino hacia su manera de inmortalidad, a la vez que el enamorado se despide con un adiós “enjuto y serio”, seriedad sin arrogancia. Admirable Antonio Machado: Sé que habrás de llorarme cuando muera/ para olvidarme y, luego,/ poderme recordar, limpios los ojos/ que miran en el tiempo./ Más allá de tus lágrimas y de/ tu olvido, en tu recuerdo,/ me siento ir por una senda clara,/ por un “Adiós Guiomar” enjuto y serio» (VALDERRAMA, Pilar [1981]: *Sí, soy Guiomar: memorias de mi vida*, prólogo de Jorge Guillén, Plaza & Janés, Barcelona: 18-19).

Pasamos al mes de noviembre y en otra revista madrileña, *Ínsula*, publica el primero de los tres artículos con los que colaboró con esta revista literaria. Nuestra escritora dedica un artículo sobre Tomás de Iriarte, que es el primero de los seis dedicados al ilustrado tinerfeño con motivo del bicentenario de su nacimiento. Este artículo es una especie de introducción, puesto que en las sucesivas publicaciones desarrollará los errores indicados en este primer artículo: «Errores sobre Tomás de Iriarte»<sup>782</sup> es el relacionado con su lugar de nacimiento, el Puerto de la Cruz, «el pueblo más hermoso de la isla de Tenerife y de Canarias quizás» según las palabras de María Rosa Alonso, pero en su tiempo se llamaba Puerto de la Orotava, pues el Puerto de Santa Cruz era de menor interés, por este motivo en cuatro sitios diferentes se ubica erróneamente el lugar de nacimiento del fabulista tinerfeño: en el prólogo que escribió Quintana para el *Tesoro del Parnaso Español* dice que Iriarte «nació en el puerto de Santa Cruz, de la villa de Orotava, en la isla de Tenerife»; en los manuales de Literatura española de los señores Hurtado y González Plasencia y en Valbuena Prat, así como en *Historia de la poesía lírica española* de Guillermo Díaz Plaja y en *Diccionario de Literatura Española* de la Revista de Occidente Juan Antonio Tamayo también ubican el lugar de nacimiento de don Tomás de Iriarte en La Orotava. Otro error está en el retrato de don Tomás de Iriarte, que le han adjudicado el de su tío don Juan de Iriarte y en otra ocasión el de Bernardo de Iriarte que fue pintado por Goya. Y el error que más ha dolido a nuestra autora es el de Valbuena Prat que, al definir el carácter de Tomás de Iriarte, diga que «Los isleños de Tenerife, de paisaje recio y duro, suelen coincidir con estas modalidades, a diferencia de la nota musical y marina que predomina en Gran Canaria»; ella aduce que el carácter serio de Iriarte no tiene que ver con lo anterior puesto que él salió de su isla a los 13 años para no volver jamás a ella. La escritora tinerfeña defiende con verdadera pasión el que el carácter de Iriarte no era resentido ni avinagrado, que seco y duro podrá ser Forner, pues en su obra Iriarte demuestra que no llega a los excesos de otros autores, que llegan al insulto personal, cosa de la que se lamenta el propio Iriarte en el prólogo de sus *Poesías*. Nuestra autora termina pidiendo que se corrijan los errores que ella acaba de exponer: el lugar de nacimiento, el nombre del retrato y el carácter de los tinerfeños, según Valbuena Prat.

---

<sup>782</sup> ALONSO, María Rosa: «Errores sobre Tomás de Iriarte», *Ínsula*, n. ° 59, Madrid, 15 de noviembre de 1950.

Después del inciso en las dos últimas publicaciones en sendas revistas madrileñas, nuestra periodista vuelve a su habitual periódico grancanario *Falange* y, además, a la sección habitual «Plumas de las Islas», que había interrumpido a raíz de los artículos sobre Machado; van a ser cuatro artículos consecutivos en el mismo formato y hablando de Iriarte. «Acerca del lugar de nacimiento de don Tomás de Iriarte»<sup>783</sup> coincide con parte del anterior, sobre todo a partir del cuarto párrafo, que es donde se habla de los errores en cuanto al lugar de nacimiento de don Tomás de Iriarte. En el artículo María Rosa Alonso comienza hablando del señor Luis Araujo Costa, que desde el diario *ABC* propone que el siguiente curso se debe consagrar a estudiar las figuras de los Iriarte, es decir, don Tomás y don Juan. Pero en Tenerife, excepto los actos que se hicieron en el Puerto de la Cruz, no se ha hecho nada y recuerda que Iriarte, así como Galdós y Guimerá, son hijos de la región y que debe reconocerse cuando éstos llegan a su plenitud y se convierten en valores nacionales. En cuanto al lugar de nacimiento de Iriarte da las mismas explicaciones que en el artículo anterior de la revista *Ínsula*. Lo único de destacar es la anécdota que pone en el penúltimo párrafo en la que cuenta como estando en Madrid y al intentar poner a través del teléfono un telegrama para La Laguna, el funcionario le preguntó: «¿Eso está en Murcia?»; también a un joven soldado cuando terminó su servicio militar le dieron la licencia en la que decía que se iba «a Santa Cruz de Tenerife (Baleares)»; al advertirle el error le replicó: «¡Ah!, ¿pero no está en Baleares?». Estos ejemplos demostraban la gran ignorancia que había en la Península con respecto a nuestras islas, por eso es por lo que ha aportado la explicación sobre las islas, al hablar del error sobre el lugar de nacimiento de Tomás de Iriarte. Y a pesar de lo avanzado en la Educación y en los medios de comunicación, sobre todo en las llamadas «redes sociales», nos seguimos encontrando con anécdotas como las referidas por la autora del artículo.

A la semana siguiente y continuando con el homenaje al bicentenario del fabulista tinerfeño, publica «Iriarte y sus retratos»<sup>784</sup>, contenido que también había ya aparecido en la revista *Ínsula*. La poca rigurosidad con la que se han tratado los retratos de Tomás de Iriarte ha dado pie a María Rosa Alonso a escribir este artículo para dejar claro cuáles son los retratos verdaderos del fabulista canario. Parte del manual de

---

<sup>783</sup> ALONSO, María Rosa: «Acerca del lugar de nacimiento de don Tomás de Iriarte», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 17 de noviembre de 1950.

<sup>784</sup> ALONSO, María Rosa: «Iriarte y sus retratos», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 22 de noviembre de 1950

literatura de don Narciso Cortés, en el que ella misma y su generación estudiaron en el Bachillerato: ahí está el retrato de don Juan de Iriarte (1702-1771) tío y protector del fabulista; lo más grave son las fechas que aparecen en el mismo cuadro, lo que demuestra que don Narciso ni se fijó a la hora de endosarle la identidad del retrato a don Tomás. También en la *Historia de la poesía lírica española* de Díaz Plaja se inserta un retrato de don Bernardo de Iriarte, hermano mayor de don Tomás, cuyo nombre figura al pie, además también se puede leer que este retrato fue pintado por Goya en 1787, seis años después de la muerte del fabulista. A continuación la ensayista habla de dos retratos de don Tomás de Iriarte: el primero debido a Goya, que está en la colección Lázaro de Madrid y del que parece que hay alguna copia o grabado en Tenerife; y un segundo retrato que está en el Museo del Prado, realizado por Joaquín Inza, del que se hizo un grabado que Iriarte insertó en el tomo primero de sus Obras completas, de dicho retrato se valió el notable tinerfeño Pereyra Pacheco<sup>785</sup> para reproducirlo a la aguada en el *Can Mayor De Viera y Clavijo*, que está en la antigua Biblioteca Provincial de La Laguna.

Tal y como ha hecho en los dos anteriores artículos de este mismo periódico, a la siguiente semana nuestra escritora vuelve a reproducir parte del artículo de *Ínsula*, esta vez en lo concerniente a la influencia del paisaje tinerfeño en el carácter del fabulista canario. En «El carácter de Iriarte y el paisaje tinerfeño»<sup>786</sup> —ya hemos comentado lo mal que le sentó a María Rosa Alonso el comentario de Valbuena Prat

---

<sup>785</sup> Antonio Pereyra Pacheco y Ruiz (1790-1858) nació en La Laguna e inició su formación en la escuela de dibujo de José Osavarry en Las Palmas de Gran Canaria, bajo la protección de don Luis de la Encina y Perla, futuro obispo de Arequipa, a quien acompañó en su traslado a esa ciudad peruana, donde fue consagrado presbítero en 1814, retornando a Canarias en 1818, fue nombrado racionero de la Catedral de La Laguna. Nos cuenta Manuel Ángel Alloza Moreno que «había adquirido justa fama como orador sagrado, y cuando en 1832 trasladan los restos del deán Bencomo a la catedral, será el encargado de pronunciar la oración fúnebre. En años sucesivos su economía se ve quebrantada por las circunstancias políticas del momento, y entonces decide abandonar La Laguna, obteniendo el cargo de párroco de Tegueste, localidad en la que tenía posesiones rústicas. En 1842 se incorpora a su nuevo destino. Por esta época se relaciona con Manuel de Ossuna, y sobre todo con José Agustín Álvarez Rixo. En la Junta que celebró la Real Sociedad de Amigos del País, el día 3 de noviembre de 1842, fue acordada la admisión de Pereyra como socio. Durante su estancia en Tegueste como párroco, desarrolló una gran actividad en todos los sentidos. No abandonó sus aficiones culturales y se preocupó de lograr mejoras, no sólo en la parroquia, sino también en el pueblo. [...] El 28 de abril de 1858 fallece en Tegueste, celebrándose su entierro con gran solemnidad. Fecundísimo escritor, trató muy diversos temas en las obras que realizó, destacándose en él una gran calidad como calígrafo y dibujante. Muchas de sus obras las ilustró con dibujos o acuarelas, los cuales resultan fríos e inexpressivos, sin que esto desdiga de la facilidad que tenía para realizarlos. Son interesantes las aguadas que ilustra el *Can Mayor de Viera y Clavijo*, salidas de su mano» (ALLOZA MORENO, Manuel Ángel [1981]: *La pintura en Canarias en el siglo XIX*, Aula de Cultura de Tenerife: 232-233).

<sup>786</sup> ALONSO, María Rosa: «El carácter de Iriarte y el paisaje tinerfeño», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 28 de noviembre de 1950.

sobre la forma de ser de los tinerfeños, comparándolos con la de los habitantes de Gran Canaria—, además de no estar de acuerdo con la afirmación de Valbuena, nuestra ensayista aduce que Iriarte salió de su isla para no volver más a la edad de 13 años, por lo tanto, en él estaría presente el bello paisaje del valle de La Orotava que nada tiene de recio y duro, todo lo contrario, él desarrolló su niñez en un paisaje paradisíaco: en un espléndido, verde y maravilloso valle. Más adelante habla de cómo los grandes escritores nacidos en Canarias apenas nombran a las Islas en sus escritos: un día encontró en la Biblioteca provincial de La Laguna unas composiciones breves de Tomás de Iriarte, una dedicada a América y otra a Canarias, esta última no la ha encontrado reproducida por ninguna parte y nos la transcribe: en ella hace una especie de parodia sobre la forma de ser del canario, según el poema somos unos vagos, y de cómo la corona de Inglaterra y la de España se aprovechan de la fertilidad de nuestra tierra.

Ahora sí que nos encontramos con un artículo inédito de María Rosa Alonso, en comparación con los dos anteriores que eran prácticamente una copia del publicado en *Ínsula*. El presente trabajo está publicado ya en diciembre, es el cuarto del bloque sobre Iriarte aparecido en *Falange*; la periodista canaria seguirá hablando del fabulista tinerfeño, pero será otra vez en *Ínsula*, por lo que se cierra el círculo de artículos publicados por la escritora tinerfeña con motivo del bicentenario del nacimiento de su ilustre paisano. En «Iriarte, compositor»<sup>787</sup> hay una nota dedicatoria *A Rafael Hardisson o si lo prefiere, a su doble Amaro Lefranc*. En cuanto al título del artículo a comentar, estamos hablando del compositor musical, lejos de lo que se podría esperar pues como compositor de fábulas es el campo en el que adquirió su fama. Empieza hablando de una obra que se acaba de publicar sobre el Iriarte musicólogo y la que comentaremos en el siguiente artículo. Nos explica que el melólogo es una «pieza teatral, dramática, en general corta, un monólogo la mayoría de las veces, pero que en alguna ocasión tenía más de un personaje y más de un acto, acompañada la pieza de un fondo musical...», invención de Rousseau con su *Pigmalión*, escrito en 1773 y en su mayor parte la música fue compuesta por el propio ilustrado. Nuestra autora nos habla de cómo desde pequeño Iriarte tuvo una gran capacidad para el arte musical, puesto que cuando llegó a Madrid con trece años ya sabía tocar tres instrumentos. Iriarte fue un notable compositor y un gran bailarín. El señor Subirá ha encontrado un melólogo que escribió

---

<sup>787</sup> \_\_\_\_\_: «Iriarte, compositor», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 6 de diciembre de 1950.

Iriarte, *Guzmán el Bueno*, y nuestra escritora propone a Rafael Hardisson que nada mejor para celebrar el bicentenario que representar esta obra en el Puerto de la Cruz. Ahora nos damos cuenta del porqué de la dedicatoria al principio, la ensayista estaba preparando el terreno para la propuesta final; ella sigue demostrándonos el interés que tiene por sus Islas, por fomentar la cultura en ellas, tanto la popular como la culta, puesto que esta propuesta está dirigida a un público que tiene que tener una mínima preparación cultural para valorar el verdadero alcance de este tipo de subgénero musical, que tanto nos recuerda a los musicales teatrales de la actualidad.

Termina el año y llega 1951, al margen de los artículos periodísticos que vamos comentando, María Rosa Alonso edita la obra de José Manuel Guimerá, ve la luz su primera y única novela, *Otra vez...*, y publica dos trabajos relacionados con Antonio de Viana. Recordemos que en el año anterior nuestra periodista había colaborado en dos ocasiones con la publicación de artículos suyos en sendas revistas madrileñas, pero en el año que comienza, 1951, nos vamos a encontrar como más colaboraciones, sobre todo destacan sus ocho artículos publicados en el diario *El Día* de la capital tinerfeña, cuya dirección corría a cargo de su amigo Leoncio Rodríguez, y también una colaboración con cada una de la revista madrileñas para las que había escrito el año anterior. Pero por ahora vamos a ocuparnos del tema ya iniciado a finales de año: el de la relación de Tomás de Iriarte con la música, que será el broche de oro al tema que ha ocupado a María Rosa Alonso en estos últimos meses: nos referimos al homenaje particular que ha hecho al fabulista tinerfeño Tomás de Iriarte en el segundo centenario de su nacimiento, y para terminar este ciclo lo hace en la misma revista en la que lo empezó, *Ínsula*, es aquí donde publica: «José Subirá: *El compositor Iriarte (1750–1791) y el cultivo español del melólogo (melodrama)*»<sup>788</sup>; han pasado justo dos meses de la última publicación en esta revista, que era el primero de los artículos dedicados al fabulista tinerfeño, en esta ocasión la ensayista nos va a hablar de la obra que aparece como título de este artículo. Tras una breve introducción histórica sobre el melólogo, nuestra escritora nos habla de José Subirá<sup>789</sup> y del análisis que hizo de los melólogos españoles

---

<sup>788</sup> ALONSO, María Rosa: «José Subirá: *El compositor Iriarte (1750–1791) y el cultivo español del melólogo (melodrama)*», *Ínsula*, n. ° 61, Madrid, 15 de enero de 1951.

<sup>789</sup> José Subirá (1882-1980) fue un musicólogo y crítico musical español. Teresa Cascudo nos da una idea de lo que significó don José Subirá en el panorama musical español y de la información aportada por ella, hemos hecho el siguiente resumen: Subirá era un socialista protegido por miembros de la aristocracia y de la Iglesia. Destacan sus servicios como funcionario público durante las primeras décadas del siglo XX, que le trajo consecuencias de la Guerra Civil española y sus secuelas para la recepción de su producción. Catalán convencido, la especialización académica de Subirá fue *castizo* («tradicionalmente auténtico»),



del fondo de la Biblioteca municipal y con los de la Nacional; entre ellos destaca el *Guzmán el Bueno* de Iriarte, incluyendo su partitura instrumentada para piano por el propio señor Subirá, que también analiza los extremos relativos al poema didáctico de Iriarte *La Música*. El fabulista tinerfeño fue un innovador musical que, frente al italianismo imperante, vio en la música alemana su gran valor sinfónico. La contribución de Subirá al bicentenario fue fundamental y por eso su paisana opina que lo que a Iriarte se le iba en el chirriante ritmo de su poesía prosaica, lo afinaba y purificaba en armonías sinfónicas.

Nos encontramos con un bloque de tres artículos publicados en *Falange*, el primero en enero y los otros dos en febrero, mientras que los dos primeros son de crítica literaria, el tema del tercero es la cultura. «Manuel Verdugo»<sup>790</sup> no aparece en la misma sección en la que aparecen sus artículos habitualmente: «Plumas de las Islas», se trata de un elegía dedicada al poeta lagunero, al que María Rosa Alonso le había dedicado una monografía a su vida y obra, que fue premiada por el Ateneo de la ciudad de los Adelantados y publicada por el Instituto de Estudios Canarios en 1955<sup>791</sup>. Esta elegía

---

centrándose sobre todo en la *tonadilla*, que identificó como el ejemplo de la cultura popular local. Políticamente, simpatizaba con los aliados de la Segunda Guerra Mundial y defendía la música *Al alcance de todos*, criticando la deriva elitista y a veces autoritaria de las instituciones musicales de la Segunda República Española bajo la influencia de figuras como el crítico Adolfo Salazar. Sin embargo, la reverencia de Subirá por las contribuciones alemanas al repertorio y los métodos de la musicología histórica lo llevó a escribir el primer ensayo en España sobre Arnold Schönberg. Subirá introdujo los estudios musicales en el campo de la investigación histórica, defendió la confianza y el análisis de las fuentes primarias, así como la aplicación de la hermenéutica a los materiales de origen. Durante la dictadura franquista, Subirá se dedicó a la catalogación y edición de fuentes musicales, trabajando y siendo asesorado por el sacerdote Higinio Anglès, que servía a un nacionalismo reaccionario. Una base institucional más sólida podría haber permitido a Subirá desarrollar una trayectoria profesional más clara y producir resultados académicos más tangibles. Incluso podría haber cultivado lo que comúnmente se llama una «escuela». Sin embargo, la propia ausencia de ese bagaje patriarcal nos permite valorar las aportaciones de Subirá en sus términos. Por ejemplo, su historia de la música española, *La música en España* (1953), se convirtió en lectura básica, y en 1957 fue traducida al alemán. (CASCUDO, Teresa [2020]: «El hombre del rincón: José Subirá y la historia cultural e intelectual de la musicología en España. Por María Cáceres-Piñuel», *Music & Letters*, 00274224, 1 de mayo. Fascículo 2, Oxford University Press).

<sup>790</sup> ALONSO, María Rosa: «Manuel Verdugo», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 21 de enero de 1951.

<sup>791</sup> En este libro llamó nuestra atención el tratamiento que hace María Rosa Alonso de un personaje femenino; concretamente en la biografía de Manuel Verdugo, al hablar de sus familiares, nombra a don Domingo Verdugo que estuvo casado con la poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda, mujer de vida sentimental agitada: había sido madre soltera, tuvo algunos amantes, estuvo casada y enviudó... Pero todo esto «ni los cinco años de edad que le llevaba, ni su celebridad literaria arredraron a don Domingo Verdugo ni le impidieron su boda con tan apasionada magnolia tropical [...] incluso murió a consecuencia de una defensa hecha a su esposa». Y así, a lo largo de tres páginas, la doctora Alonso nos habla de esta mujer, espécimen raro en su época. En el párrafo final se alude al genealogista Béthencourt, que, olvidando el pasado amoroso de esta poetisa, recuerda sólo sus méritos literarios y registra a esta mujer en la casa de los Verdugo. Y con esa fina ironía que la caracteriza, María Rosa Alonso nos dice: «Es de las pocas veces que, por virtud de las letras, esclarece una mujer un blasón genealógico» (1955: 14, 16).

sirve de marco a la autora para hacer una nómina de poetas laguneros, en la que incluye a todos aquellos habitantes de la ciudad de los Adelantados, que realizan sus oficios con amor y que tienen su lugar de encuentro en el orfeón *La Paz* de La Laguna. A su modo de ver, se trata de intelectuales que entienden de música y discuten acerca de los poetas. Pero consideraba que los verdaderos poetas se fueron ya, con Manuel Verdugo, último eslabón de esa pléyade que representaba una época muy fructífera en el campo de las letras. Pero, además, señala que don Manuel fue el poeta europeo que vivió el París y el Madrid de fin de siglo. Y termina la ensayista diciendo: «... sentía ya la vida como un páramo y quiera Dios que haya siempre un alma a quien su pasar le suene siempre como la presencia imborrable de una huella». Esta cita nos demuestra el lenguaje poético que ella emplea ante un tema tan íntimo.

A mitad del mes siguiente nuestra periodista vuelve a publicar su artículo en su sección habitual «Plumas de las Islas» del diario grancanario. y, además, sigue con el tema de la literatura. «Un canario que canta»<sup>792</sup> juega con la polisemia de la palabra ‘canario’ al hacer un doble juego de palabras, pues se está refiriendo a un joven canario que, aparte de a la creación literaria, también se dedicaba a la música. Empieza hablando del premio «Calderón de la Barca», que el Ministerio de Educación Nacional ha instituido para dar a conocer nuevos valores en el campo de la creación dramática; ella leyó la concesión del premio concedido a finales del año anterior en la revista *Destino* de Barcelona, puesto que se lo habían concedido a su colaborador y compañero Ángel Zúñiga. Ahora bien, Leocadio Rodríguez Machado no tiene amigos en su isla, ningún periódico ha destacado su éxito y eso que se le ha concedido un premio del mismo nivel que el de Ángel Zúñiga, el canario obtuvo el premio por su obra *Santa Ana, Estación*; así como otros tres autores noveles más y la revista *Destino* cuenta cómo los cinco jóvenes ganadores se llaman a sí mismos «los calderones», entre ellos el joven canario es el que cuenta los mejores chistes y tiene «un espléndido aspecto de nihilista franco de servicio». A lo largo del artículo la escritora va narrando la relación que la unió a este joven que para ella era «rapidez, borbotillo, trepidar a veces desatinado», fue alumno suyo de latín durante el bachillerato, pero no lo terminó y María Rosa Alonso sigue hablando de este joven, que sin becas ni prensa que lo festejara, era un joven «con bemoles». Y hace un juego de palabras en torno al premio obtenido por el joven: «Yo

---

<sup>792</sup> ALONSO, María Rosa: «Un canario que canta», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 14 de febrero de 1951.

querría que nuestro “calderón” llegara a “sostenido”. Y que yo lo vea». Estas últimas palabras reflejan el gran interés que ella tenía en ayudar a los jóvenes que destacaban en cualquier campo de la cultura, quizás el que coincidiera con él en Madrid también reforzó la amistad con un joven, que bien se merecía su ayuda para salvar algún que otro obstáculo que se le cruzaba en el camino.

A los seis días publica el tercer artículo en *Falange* en la sección habitual y que completa el trío al que hicimos alusión anteriormente, puesto que el siguiente artículo no será publicado en el diario grancanario. «El jardín canario»<sup>793</sup> trata de un tema cultural, en el que destacan dos nombres propios: Svensson Sventenius y Domingo Bello Espinosa. Del primero tuvimos noticia en los artículos de nuestra periodista en el año 1947 de agosto y septiembre, con el que ella se solidarizaba en su defensa de preservar la flora de las Cañadas del Teide, además el botánico deseaba que el Cabildo tinerfeño comprara un trozo de terreno en la ladera de Martiánez para recuperar la flora en vías de extinción que él iba rescatando; pues bien, lo consiguió y ya en el mes de enero de este mismo año el Cabildo tinerfeño ha adquirido el terreno, y, aunque de manera simbólica, se había inaugurado el Jardín durante la celebración del centenario irartiano. En cuanto a Domingo Bello Espinosa<sup>794</sup>, nos cuenta que en 1879 comenzó a publicar su obra «Un jardín canario» en la *Revista de Canarias*, en la cual habla de una fantasía en la que un amante de la flora canaria lleva a Berlín —creemos que aquí hay un error por parte de la periodista— traslada allí un jardín canario. De todo lo

---

<sup>793</sup> ALONSO, María Rosa: «El jardín canario», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 20 de febrero de 1951.

<sup>794</sup> Domingo Bello y Espinosa (1817-1833) fue abogado, miembro de la Sociedad de Historia de Madrid y honorario del Gabinete Científico de Santa Cruz de Tenerife. Secretario del Colegio de Abogados de Santa Cruz de Tenerife y alcalde de La Laguna, en dos ocasiones. Residió más de treinta años en Puerto Rico, donde ejerció como profesor y abogado. Pero su fama se debe a su faceta como botánico: «La importancia de Bello es reconocida por la comunidad internacional, y resalta el hecho de que es el único canario que figura en la guía botánica *Taxonomic Literature II*, obra que recopila las biografías y trabajos de los botánicos más importantes del mundo. Domingo Bello es el primer naturalista canario que describió nuevas especies y géneros de plantas. Curiosamente, ninguna de sus obras científicas se centra en la rica flora de nuestro archipiélago, si bien sabemos por otros trabajos que siempre tuvo un gran interés por las plantas de Canarias. Por ejemplo, facilitó la publicación de un catálogo inédito de plantas canarias que Viera y Clavijo (1731–1813) presentó en la Real Sociedad de Amigos de Canarias en 1808. Esta obra apareció publicada en tres partes en la *Revista de Canarias* del año 1882. Pero su admiración por nuestra flora se refleja sobre todo en su novela *Un Jardín Canario*, publicada en diez partes entre 1879 y 1880, también en la citada revista. Se trata de un recorrido por un jardín imaginario localizado en la ciudad china de Shanghái. Finalmente, también sabemos que en 1878 preparó un manuscrito que no llegó a publicar, titulado *Apuntes botánicos de las Islas Canarias*, y que aparece firmado en Tegueste» (SANTIAGO VALENTÍN, Eugenio; SÁNCHEZ PINTO, Lázaro y FRANCISCO ORTEGA, Javier [2013]: «Domingo Bello y Espinosa: desde Canarias a Las Antillas», *Makaronesia: Boletín de la Asociación de Amigos del Museo de Ciencias Naturales de Tenerife*, N.º 15, 2013, pp. 162-175: <file:///C:/Users/Usuario/Downloads/Dialnet-DomingoBelloYEspinosa-4860618.pdf> [consultado el 16/11/2023]).

anteriormente dicho, María Rosa Alonso dice que algunas veces los sueños se hacen realidad, pues la perseverancia de Sventenius y el sueño de Domingo de Bello de que en su propia tierra haya un jardín canario, lo demuestran. Y también poniendo su granito de arena a través de la información y difusión de las ideas de los dos botánicos, hace que nuestra insigne tinerfeña forme parte de este gran proyecto que se acaba de inaugurar. No olvidemos que cuando ella se propone algo no cesa en su empeño de sacarlo adelante hasta que lo consigue, pues cuando cree en algo que es bueno para sus Islas hace todo lo posible para que salga adelante y para ello tiene esa arma tan poderosa como es la pluma.

A los seis días nuestra periodista publica el siguiente artículo en el diario tinerfeño *El Día*, con el que no colaboraba desde diciembre de 1949. En esta ocasión nos aporta un tema relacionado con el mundo de la Educación: «Un curso extraordinario en la Universidad»<sup>795</sup> empieza agradeciendo la organización del curso a don Alberto Navarro González, catedrático de Literatura de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad lagunera, por el gran acierto de organizar estas jornadas en las que el primer centro educativo sale a la calle y así está más cerca de las personas interesadas por la cultura de su isla. Pero lo que más nos ha llamado la atención del artículo es el bosquejo del alma del isleño, que hace la profesora tinerfeña, basándose en las apreciaciones del escritor español Ganivet, para el que nuestra isla es cordial con todo aquel que llega con interés de aprender de ella y de sus gentes y también decía que una de las dimensiones agónicas del alma isleña es su manquedad, su hambre de tierra; esto lo relaciona con el símbolo vianesco de Dácil y Castillo, ella es la que espera porque no se basta sí misma, es la ventura, mientras que él es la aventura; ella la isla que espera y él el continente que llega y se completa: éste es el símbolo y no el mito de Antonio de Viana. Y siguiendo con la alegoría del mito de Dácil, han pasado varios siglos desde la conquista, y la Dácil=isla ya no espera al capitán Castillo=Continente, ahora es ella la que va a la búsqueda de su capitán, de ese mundo con el que sueña y que está allende los mares, como lo demuestra la trayectoria de la escritora tinerfeña. Pero toda esta poesía tiene una realidad no tan mítica y es la que la autora nos da en las últimas líneas del artículo: al hablarnos de que el hecho de que ella estuviera desde el siguiente año de su fundación a la Facultad de Letras como docente y que no figure en el escalafón de

---

<sup>795</sup> ALONSO, María Rosa: «Un curso extraordinario en la Universidad», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 26 de febrero de 1951.

Catedráticos universitarios, le brinda una libertad de movimientos y poder hacer una crítica positiva al curso objeto de este comentario; como vemos ella valora mucho la libertad, esa libertad de expresión que no hubiese tenido en el caso de desempeñar un cargo académico tan importante, y aún más en una época en la que las libertades estaban tan recortadas en España. Ahora bien, desde esa perspectiva de ciudadana de a pie pudo analizar y valorar de una forma más libre toda la cultura que la rodeó, esa cultura universal a la que tanto ayudó su experiencia vital y cultural en Madrid, hizo que su formación cultural y humana se enriqueciera mucho más que si se hubiese quedado en el terruño.

En este mismo mes de febrero, publica un artículo en la revista madrileña *Índice*, que será el segundo y último en el que colaborará, puesto que ya había publicado un artículo en octubre del año anterior: recordemos que era sobre el tema del amor en Machado y en esta ocasión vuelve a tratar un tema relacionado con la literatura: «Tres poetas brasileños: Bandeira, Drummond, Schmidt»<sup>796</sup>; en el primer párrafo se nos dan varios nombres propios, por un lado los de los hermanos Leónidas y Vicente Porto, que junto a la poetisa gallega Pilar Vázquez, han tenido el acierto, según palabras de nuestra crítica literaria, de traducir, prologar y editar una antología de sesenta poemas de los tres autores más representativos de la poesía brasileña, ellos son: Manuel Bandeira, Drummond de Andrade y Federico Schmidt. A continuación, nos habla de Bandeira, que nacido en 1896, pertenece a la segunda generación de los poetas modernistas, entre ellos: León Felipe, Tomás Morales, Alonso Quesada, Villalón Juan Ramón Jiménez y Bastera, entre otros. Bandeira encaja mejor en la literatura de vanguardia, su *Poética* está en contra del lirismo y de los puristas, pero no por eso ha dejado de ser premiado con el Gran premio Nacional de Literatura de 1946 y sea catedrático de Literatura hispanoamericana en la Universidad de Brasil. Por otro lado, tenemos a la siguiente generación en la que van incluidos Drummond y Schmidt: el primero se adhiere a la exaltación poética de Brasil y desdén por Europa, canta a su infancia en tonos intimistas y luego desemboca en una poesía relacionada con el ultraísmo. Finalmente, Schmidt, que representa a un poeta subjetivo del amor, llevándonos a una poesía estremecida por una honda ternura, que «nos ata más a los hombres que cualquier poema desvitalizado de tipo social». En este artículo se nos da cumplida información de la poesía brasileña y

---

<sup>796</sup> ALONSO, María Rosa: «Tres poetas brasileños: Bandeira, Drummond, Schmidt», *Índice*, N.º 37, Madrid, febrero de 1951.

de sus autores más representativos, algo que para nosotros es muy novedoso ya que no teníamos conocimiento alguno sobre la literatura de Brasil.

Y sin dejar el mes de febrero, volvemos al diario habitual de nuestra periodista, a *Falange* y su sección «Plumas de las Islas», que volverán a ser el medio a través del cual sus lectores disfrutarán de un espléndido ensayo literario, que tiene como eje central a los personajes-símbolos por antonomasia de nuestra literatura. Este artículo fue reproducido en *El Día* del 27 de marzo de 1951. El trabajo está dividido en tres partes, la primera: «Dácil y Castillo. La razón histórica. I»<sup>797</sup>, este es el primero de los tres artículos dedicados a la pareja de protagonistas del *Poema* de Antonio de Viana, la gran obra épica canaria que ha sido objeto de tantos estudios literarios<sup>798</sup>. En esta entrega comienza hablando del investigador Leopoldo de la Rosa Olivera<sup>799</sup>, que en un trabajo publicado por la *Revista de Historia* ha precisado la verdad sobre el conquistador Gonzalo del Castillo, pero los poetas Luis Álvarez Cruz y Luis Diego Cuscoy no están de acuerdo con sus teorías y ella, como «una de las albaceas testamentarias del siglo

---

<sup>797</sup> ALONSO, María Rosa: «Dácil y Castillo. La razón histórica. I», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 27 de febrero de 1951.

<sup>798</sup> Carlos Brito Díaz trata el tema del «Liber Mundi» y nos aporta un punto de vista novedoso, pues tras un estudio pormenorizado llega a la conclusión de que en el *Poema* dicho tópico está presente, pero queda relegado a un motivo secundario. Tenemos el Mundo de la conquista de Tenerife en un Libro, pero en este libro no se dan todos los requisitos para poder decir que representa el tópico de que «El Mundo es un libro», por ejemplo, sí hay un signo cultural y literario común con el resto de la producción poética de su época en Canarias, pero «las condiciones especiales de estilo personal y de la obra, de forma que tiende a aparecer en los niveles de abstracción y simbología» no están presentes en el *Poema* de Viana (BRITO DÍAZ, Carlos [2000]: «*El Libro del Mundo*» en *la poesía de los Siglos de Oro en Canarias*, Instituto de Estudios Canarios, La Laguna: 95-110).

<sup>799</sup> Leopoldo de la Rosa Olivera (1911-1983) nació y murió en San Cristóbal de la Laguna, historiador, y doctor en derecho, realizó diversas investigaciones sobre la historia de Canarias. Profesor de derecho administrativo en la universidad de La Laguna. Miembro de la Real Academia de la Historia, y de la Jurisprudencia y Legislación y Medalla de oro de la isla de Tenerife. Ingresó en el cuerpo de secretarios de corporaciones locales, de primera categoría, en 1930, siendo secretario del Cabildo de Tenerife y de la Mancomunidad de Cabildos hasta 1975. También fue director en varias ocasiones del Instituto de Estudios Canarios y de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife, así como cronista oficial de La Laguna. Como historiador, sus principales escritos aparecen publicados en dos volúmenes de 1978, *Estudios históricos de las Canarias Orientales* y *El siglo de la conquista*, tras la aparición de ambos libros continuó publicando numerosos artículos y estudios como *La conquista de Canarias*, *El mundo indígena*, *Personajes isleños en América* y *Cuestiones genealógicas*. Colaboró en las principales revistas históricas del archipiélago, publicadas por la Universidad de La Laguna y el Museo Canario, especialmente en el Anuario de Estudios Atlánticos. Para entender un poco mejor su personalidad, son muy esclarecedoras las siguientes palabras de Alejandro Cioranescu: «...le imponía discreción, cuando no silencio, su propio temperamento. Historiador por vocación, su modestia no le permitía escribir sus memorias, para transformarse en historiador de sí mismo. Hombre de archivos y aficionado a los papeles antiguos, conservaba cuidadosamente correspondencias ajenas, de siglos pasados, pero no había ningún caso del archivo propio. Sumamente meticuloso y ordenado en la más insignificante de sus gestiones, nunca ha puesto en orden sus papeles o sus recuerdos...» (CIORANESCU, Alejandro [1986], *Homenaje a Leopoldo Álvarez de la Rosa Olivera. Su vida y su obra*, Aula de Cultura de Tenerife: 10-11).

XX» y digna representante de los derechos de Antonio de Viana<sup>800</sup>, se pone de parte de Leopoldo de la Rosa porque ha hecho su trabajo como tenía que hacerse: con preparación, amor y perseverancia. Leopoldo de la Rosa ha sabido unir la gran labor del Seminario de Historia de la Universidad, dirigido por el Dr. Serra Ráfols y los ricos archivos de Tenerife, pues, a pesar del desastre de los historiadores del siglo XIX, algunas líneas generales dejaron bosquejadas con sorprendente agudeza, como demuestran las averiguaciones de Arribas. Ella le pide a los poetas que no se preocupen porque de la materia prima, en cuanto al mundo poético, les hablará en la siguiente entrega.

Al día siguiente se publica la segunda entrega de este interesante trabajo sobre el Poema de Viana, tal y como lo anunció su autora y también fue reproducido en *El Día* del 28 de marzo de 1951. «Dácil y Castillo. La razón poética. II»<sup>801</sup> empieza hablando de la herencia legada por Viana, de su Poema y nos hace un recorrido cronológico a través del cual sabemos que en el siglo XVII fue don Juan Núñez de la Peña, en el siglo XVIII fue Viera y Clavijo quien tomó el testigo, en el siglo XIX fueron albaceas poéticos e históricos los que se ocuparon de su legado, entre los que destacan Graciliano Afonso y Manuel Verdugo; y en el siglo XX es Andrés de Lorenzo-Cáceres y nuestra ensayista los que se ocupan de preservar tan importante legado para la literatura y la historia de Canarias. Lorenzo-Cáceres ha estudiado la personal figura de Viana, la cuestión de las ediciones del Poema y ha seguido a Agustín de Espinosa en su teoría de concebir a Dácil como mito. Finalmente, María Rosa Alonso habla de su tesis en la que ha hecho un estudio del Poema como fuente histórica, pero, sobre todo, como fuente literaria. Recuerda las vicisitudes que tuvo que vivir para poder realizar tan amplio trabajo; son muy ocurrentes sus palabras al dar las gracias en nombre de Viana a los poetas que se han levantado a defender la irrealidad sobre la que montó Viana su Poema<sup>802</sup>: la historia de amor entre Dácil y Castillo, a la que Menéndez Pelayo llamó

---

<sup>800</sup> Brito Díaz habla del tratamiento histórico del *Poema* que hace María Rosa Alonso: «Así la investigadora tinerfeña escrudina la *calidad* histórica del *Poema* con un estimable examen de la visión indígena al abrigo de la historiografía, tanto de la crónica de la conquista francesa cuanto castellana, y su vinculación con la *res gestae* de Viana» (BRITO DÍAZ, Carlos: «Vianismo y Vianerías: El Poema de Viana según María Rosa Alonso», en AA. VV. [2007]: 41).

<sup>801</sup> ALONSO, María Rosa: «Dácil y Castillo. La razón poética. II», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 28 de febrero de 1951.

<sup>802</sup> En un artículo, que previamente se había publicado en *El Correo literario* el 1 de octubre de este mismo año, Gerardo Diego aporta una opinión que coincide con algunas apreciaciones de María Rosa Alonso sobre el valor de nuestro Poema por antonomasia: «No es Antonio de Viana un gran poeta, pero quizá merece un juicio más benévolo del que habitualmente le han tasado los pocos historiadores no

«égloga» de sus amores y que luego recogió Valbuena Prat. Nuestra ensayista pasa a hacer una especie de recreación del lugar en el que se produjo el encuentro entre los protagonistas y para ilustrarnos transcribe versos del Poema. Finalmente, les pide tranquilidad a los poetas que defienden la razón poética del Poema, pues ellos también tienen Leopoldo de la Rosa lo que hizo fue defender la verdad histórica y les pone como ejemplo algo similar sucedido con El Cid. Termina diciendo que la Dácil de Viana es mucho más fuerte que la realidad histórica, pues está en «el alma de todos los canarios que saben cantar». Realmente exquisito es el trato que hace María Rosa Alonso sobre la parte del Poema que nos lleva a fomentar la imaginación de los amores de la princesa de Nivaria con el capitán que viene a conquistar la isla, es evidente la gran involucración emotiva de nuestra paisana ante una leyenda tan interiorizada por los tinerfeños; la profesora lagunera sabía mucho de historia, pero también es filóloga y a través de las palabras del bachiller supo encontrar el verdadero significado de la princesa-isla.

La tercera y última entrega sobre nuestra idílica pareja es publicada en *Falange* al día siguiente —en *El Día* del 29 de marzo de 1951—; estamos seguros que sus lectores esperarían con verdadera ansiedad la parte final de estas figuras histórico-literarias tan enraizadas en la cultura de la Islas. En «Dácil y Castillo. Mito, no. Símbolo, y III»<sup>803</sup> la ensayista comienza hablando de la introducción que hizo para la publicación de la *Comedia de Nuestra Señora de la Candelaria* editada en 1944 por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en dicha introducción dedicó un apartado a la pareja de Dácil y Castillo y aludió a la defensa de Agustín de Espinosa sobre la razón poética del Poema. Ella difiere con respecto a Espinosa sobre que Dácil sea un mito y, para que se entienda bien, explica que la palabra «mito» significa fábula y ficción; Dácil y Castillo no son mitos puesto que vivieron en el siglo XV y Viana tenía noticias reales sobre ellos: Núñez de la Peña sabe que los personajes existieron; sin embargo, Viera y Clavijo, a pesar de su racionalismo, sí cree en el mito, a partir de aquí cobra fuerza la leyenda. Cuando María Rosa Alonso conoció la obra de Goethe, *Viaje a Italia*, y ahí estaba la figura de Nausicaa, el delicado personaje homérico de la

---

canarios que afirman haberle leído. Hay cierto desmaño en su tratamiento del endecasílabo libre, pero sus desmayos prosaicos están compensados con el candor auténticamente poético, que tan bien sienta al tema paradisíaco del poema, y con la gracia delicada de muchos episodios, sin contar el interés costumbrista e histórico de otros pasajes» (DIEGO, Gerardo, «El Poema de Viana de María Rosa Alonso», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 6 de noviembre de 1952).

<sup>803</sup> ALONSO, María Rosa: «Dácil y Castillo. Mito, no. Símbolo, y III», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 1 de marzo de 1951.



*Odisea* que se compara con una grácil palmera de Delos, ahí descubrió nuestra escritora que esa imagen representaba a la isla: Nausicaa era la isla, el reposo, el albergue, en tanto que Ulises es el movimiento y el camino. «Lo maravilloso y específico de Dácil es que ella es encarnación de una isla con fortuna y no malograda, como la de Nausicaa», y la tinerfeña dedica dos párrafos para explicar esta relación entre isla y continente o, lo que es lo mismo, entre Dácil y Castillo. Termina con la defensa sobre el símbolo y no el mito de Dácil, «somos la íntima fusión de isla y continente, nosotros los hijos de Dácil y Castillo, del nativo indígena y del peninsular conquistador [...] Porque Antonio de Viana, que de real pasó a mítico, ha llegado, también, a ser un símbolo». Estas últimas palabras textuales no ayudan a ver en qué tono se ha desarrollado todo el artículo, pues el lenguaje figurativo se difumina con el real, así como cuando se habla de mitos y símbolos, de isla y continente, etc. María Rosa Alonso ha empleado lo mejor de su repertorio expresivo para adentrarnos en el mundo del mito, de la leyenda que rodea el nacimiento del pueblo canario como tal, las señas de identidad de una población formada por la isla que espera al continente para formar esa gran familia que somos los canarios.

Parece que nuestra periodista sigue con buen ritmo para transmitirnos esa avalancha cultural que es para ella las palabras en el papel, pues al día siguiente publica otro artículo de literatura, pero esta vez primero en *El Día* y a la siguiente semana, concretamente el día 9 en *Falange*. «Brindis y explicación al Dr. Rohlf»<sup>804</sup> nos cuenta que este enseñante les ha impartido un excelente curso a los universitarios de las Islas, a pesar del intenso frío que ha tenido que sufrir y que le ha hecho decir que ha pasado más frío que en Alemania y llama a la ciudad de los Adelantados Pluviópolis. A partir del siguiente párrafo nuestra escritora nos habla de otras islas: Ea, donde Circe convierte a los hombres en cerdos, la también homérica isla de Calipso y las Islas Afortunadas del canto XV de la *Jerusalén libertada* de Torcuato Tasso, obra que tradujo al castellano Bartolomé Cairasco de Figueroa y al llegar a dicho canto hace «un elogio rendido a las maravillas de las Afortunadas, en especial de su natal isla de Gran Canaria». María Rosa Alonso sigue hablando de paisajes idílicos a través de las páginas de la literatura universal, también habla de San Brandano, nuestro San Borondón, y según la imaginación de nuestra ensayista, de ahí viene el frío lagunero: «Esas brumas que

---

<sup>804</sup> ALONSO, María Rosa: «Brindis y explicación al Dr. Rohlf», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 2 de marzo de 1951.

enseñorean las torres de la Catedral, que ocultan el Pico del Inglés o la cabeza cana de la gran pirámide geológica son las barbas de San Borondón, que se pone en contra de los viajeros, de los turistas...». Habla de cómo en el siglo XVIII Viera y Clavijo escribió *Vejamen a la intemperie de la ciudad de La Laguna*, y ella expresa su deseo de que el Dr. Rohlf s no hubiese tenido que vivir esa intemperie lagunera, sino que hubiese disfrutado «de los encantos de las rosas y de los capirotos, del sol maravilloso de las Afortunadas, aunque a usted esto de maravilloso le parezca una hipérbole». Pero el severo patrono medieval, San Brandano de Escocia, se impuso al sol y a las rosas. Y deja para la última línea una ironía relacionada con el contenido del texto: «Pluviópolis. Pridie Kalem das Martius, MCMLI». Además de este sorprendente final, nos ha parecido muy interesante este texto cuajado de referencias literarias clásicas, porque esto demuestra la gran cultura de nuestra autora, además de su empeño en hacer de sus lectores personas con un mejor nivel cultural, cosa que va consiguiendo día a día a través de una prosa culta pero fácilmente entendible para el lector ávido de conocimientos.

El diario tinerfeño con el colabora nuestra periodista publica la semana siguiente un segundo artículo, en esta ocasión con una temática totalmente diferente, puesto que se trata de ilusionar a los lectores con un proyecto que nuestra escritora tiene en mente desde hace tiempo. «En torno a un homenaje»<sup>805</sup> lleva como subtítulo «Una carta y una iniciativa de María Rosa Alonso», se transcribe literalmente la carta al director de *El Día* en la que se dice que teniendo conocimiento de que el presidente de Radio Club ha propuesto un homenaje al ilustre escritor y periodista Leoncio Rodríguez, ella ya lo había pensado y propone que el homenaje sea en forma de un premio anual de periodismo que llevara el nombre del maestro del periodismo tinerfeño y que fuera otorgado en la festividad de la fiesta del patrón de los periodistas, que se celebra en enero, se podría dotar con decoro y participarían todos los artículos publicados durante el año. Cuenta como hace unos años con Leocadio Rodríguez Machado estuvo hablando de la conveniencia de hacerle un homenaje a Leoncio Rodríguez, después ella se fue una larga temporada a Madrid y se enteró de que dicho homenaje se realizó por parte de la «peña» del Ateneo lagunero en la finca de Víctor Núñez de Los Baldíos. Una vez transcrita la carta, hay una contestación por parte del periódico en la que se adhiere a la

---

<sup>805</sup> ALONSO, María Rosa: «En torno a un homenaje», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 6 de marzo de 1951.

propuesta expresada en la carta y están seguros de que el resto de los compañeros participarán en la exaltación del nombre del ilustre maestro de periodista de Tenerife. Desde el primer momento de su labor periodística María Rosa Alonso ha tenido a Leoncio Rodríguez como amigo y maestro al que seguir como ejemplo vivo de los valores profesionales y humanos.

Y volvemos a *Falange* donde nuestra periodista publicará cinco artículos ininterrumpidamente, los tres primeros en abril y los otros dos en mayo, todos de literatura. El mes de abril se lo dedica al director de su tesis doctoral, Joaquín Entrambasaguas<sup>806</sup>: son tres artículos que forman un ensayo en el que nos da a conocer la obra poética del filólogo. El primero de ellos aparece en la sección «El domingo literario», recordemos que lo mismo sucedió con el ensayo de Antonio Machado: el primero apareció en la sección del domingo, mientras que las demás entregas, no; es evidente que ese día de la semana, al ser en el que más se leía el diario, se utilizaba como «gancho» para que compraran las siguientes publicaciones donde se continuaba con las demás entregas. «Glosas a la antología poética de Joaquín de Entrambasaguas. I»<sup>807</sup> nos plantea una pregunta: ¿Dónde está Entrambasaguas? Porque desde el principio del trabajo estamos esperando que se nos hable del autor que aparece en el título, pero no, lo que hay es un repaso por los movimientos y conceptos literarios. Comienza hablando de la diferencia entre poesía culta y popular, es decir, la intencionalidad del poeta para que su obra llegue solamente a una a la inmensa minoría, según Juan Ramón Jiménez, o la mayoría. Más adelante habla de mitología griega, después de los simbolistas, para nombrar a Guillermo de Torre y su útil volumen *Literaturas europeas de vanguardia*<sup>808</sup>. El resto del artículo está dedicado a hablar del surrealismo,

---

<sup>806</sup> Joaquín Entrambasaguas (1904-1995) fue un filólogo, crítico literario y poeta español. Como profesor y como escritor ha sido una de las personalidades más sobresalientes en el ámbito de la docencia y en las letras españolas del siglo XX. Según Rafael González Cañal: «Fue autor de más de cuatrocientas publicaciones diversas, entre las que destacan las dedicadas a Lope de Vega, autor al que consagró buena parte de sus investigaciones, convirtiéndose en uno de los máximos especialistas de su época. Sus *Estudios sobre Lope de Vega* (1946-1948) son una fuente de información importantísima sobre dicho autor. No obstante, también le atrajeron otros escritores y otros temas bien diferentes, como, por ejemplo, la historia del arte, el cine, la gastronomía o la historia de Madrid. Su rica biblioteca, compuesta por cerca de veinticinco mil libros y folletos, fue adquirida en 1991 por la Universidad de Castilla-La Mancha, que le nombró doctor honoris causa en 1993»: GONZÁLEZ CAÑAL, Rafael: «Joaquín de Entrambasaguas Peña»: <https://dbe.rah.es/biografias/6717/joaquin-de-entrambasaguas-pena> (consultado el 10/11/2023).

<sup>807</sup> ALONSO, María Rosa: «Glosas a la antología poética de Joaquín de Entrambasaguas. I», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 8 de abril de 1951.

<sup>808</sup> La Editorial Renacimiento nos ofrece esta obra como un «obra temprana de Guillermo de Torre, se convirtió, en su momento, en una perfecta guía para recorrer y comprender las distintas estéticas de comienzos del siglo XX. Verdadero norte para los críticos y escritores de la época y excelente canon para establecer divisiones y subdivisiones en los diversos ismos europeos. Este manual —ampliado en una

centrándose en las teorías freudianas a las que ella les encuentra de positivo el iluminar «una sombría e inédita zona del hombre que estaba por descubrir», este movimiento investigó en el mundo de lo no racional: los sueños, el subconsciente..., en fin, intentó descubrir qué hay entre el mundo exterior del hombre, el que ya está iluminado, y el interior, en el que todavía hay muchas sombras por descubrir.

La segunda entrega se publica a los cinco días en la sección habitual, es decir, en «Plumas de las Islas», ahora sí que habla del autor que aparece en el título del artículo: «Glosas a la antología poética de Joaquín de Entrambasaguas. II»<sup>809</sup>, la autora comienza con una especie de justificación a la teoría aportada en el anterior artículo, sobre todo en lo referente al surrealismo. Hace una incipiente biografía de Entrambasaguas, dice que nació en 1904 de la misma generación que Gerardo Diego, Dámaso Alonso y Vicente Aleixandre y que es catedrático y poeta como Pedro Salinas, Jorge Guillén, Gerardo Diego, Dámaso Alonso o Ángel Valbuena. La aparición de sus poemas es más bien tardía: en 1946 aparece su primer libro, *Voz de este mundo*; este poemario «sonó como un desgarró fuerte y duro» parecido a la voz de Quevedo o Goya dentro de la honda tradición española. Siguiendo a Jean Paul Sartre, al decir que «la atracción corporal, la censura del hombre semejante y el deseo sexual son las amenazas que coaccionan la libertad del hombre», la vía imaginaria de la poesía se convierte en una tabla de salvación para expresar la angustia existencial del hombre; es en este contexto en el que aparece el segundo libro de Entrambasaguas, *Elegía a la sangre*, ahí aparece el mundo sentimental del poeta voluntariamente revuelto, transformado, subvertido. Esa actitud es parecida a la del Romanticismo en cuanto a la nostalgia del tiempo y al sentimiento del hastío y ella encuentra una actitud intencional entre el poema de Entrambasaguas «Madrigal apasionado para un organillo» y el mismo uso del instrumento musical en *Paradox*, Rey de Pío Baroja del que nos muestra una transcripción de ambos autores al referirse a esos simpáticos o modernos acordeones. Entrambasaguas trata los eternos temas de Dios y de la Muerte desde una actitud agónica muy propia del surrealismo,

---

segunda edición de 1965, con diferente título y con revisión de contenidos— supone un resumen y cierre de un período de avanzada creatividad y resulta decisivo, a la vez, para abordar y continuar otros estudios y análisis posteriores. Las lecturas decisivas de Ortega y Gasset y Jean Epstein —entre otras— constituyeron la base ideológica en este primer ensayo del autor canario, para desarrollar sus ideas literarias. La aportación de datos y el análisis ofrecido han sido determinantes para estudiar con rigor las primeras vanguardias»: <https://www.editorialrenacimiento.com/catalogo/2957-literaturas-europeas-de-vanguardia.html> (consultado el 20/11/2023)

<sup>809</sup> ALONSO, María Rosa: «Glosas a la antología poética de Joaquín de Entrambasaguas. II», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 13 de abril de 1951.

aunque él adopta una técnica muy personal. El último párrafo lo dedica al surrealismo, hablando de poetas como Gerardo Diego que imaginó al Teide como un gran «seno único» y André Bretón<sup>810</sup> hecho «de un solo diamante que tiembla»: este verso forma parte de un poema «Castillo estrellado» y la escritora tinerfeña dice que nadie ha logrado crear una figura lírica tan acertada como la del surrealista francés. Resulta un tanto sorprendente este último párrafo, porque aparte de que los dos poetas que nombra coinciden con el mismo movimiento literario que Entrambasaguas, parece que están fuera de lugar estas observaciones poéticas sobre el Teide, salvo que nuestra ensayista no esté contenta y busque alguna similitud entre lo que está trabajando y referencias poéticas de su tierra.

La tercera y última entrega dedicada a su mentor se hace desear, pues tarda en aparecer nueve días: «Glosas a la antología poética de Joaquín de Entrambasaguas, y III»<sup>811</sup>; empieza hablando de que, así como el Romanticismo tiene un lenguaje generacional, el Surrealismo también y como ejemplo extrae algunos términos de la *Antología* de Entrambasaguas: «manzana podrida», «hedor de ratones encamados», «pústula horrenda», etc. Dice que el poeta hace un surrealismo cerebral, que depende de su ortodoxia religiosa y artística que le llevan a cantar poemas a Dios en el Sacramento de la Eucaristía, al Greco o a Tchaikovski, y pone como ejemplo de lo anterior sus *Poemas burlescos*. Su segundo libro publicado en 1947 es *Madrigales sin ternura*, en el que apenas aparece la huella surrealista, destaca un lirismo finamente amoroso, donde la imagen adquiere profundidad emocional y no intelectual. En 1949 vuelven los *Poemas*

---

<sup>810</sup> André Breton (1896-1966) fue un escritor, poeta, ensayista y teórico francés del surrealismo, reconocido como el fundador y principal exponente de este movimiento. Para Antonio Álvarez de la Rosa «la isla de Tenerife nunca fue igual tras la visita de André Breton al frente de una miniembajada cultural, allá por mayo de 1935 [...] La presencia en Tenerife de los poetas André Breton, Benjamín Péret y Jacqueline Lamba, esposa del primero, produjo un temblor de tierra cultural y político. No sólo por su talla literaria y su condición de parisinos de la vanguardia. Esas credenciales hubieran sido insuficientes para dejar una huella indeleble, de no haberse encontrado con unos anfitriones, admiradores, pero no papanatas, cálidos en su acogida, pero no vasallos ni sólo guías de turistas culturales. Basta con citar a algunos componentes de ese comité de recepción para darse cuenta de su importancia: Agustín Espinosa, Emeterio Gutiérrez Albelo, Domingo López Torres, Pedro García Cabrera, Eduardo Westerdhal, surrealistas o no. [...] Breton se siente deslumbrado ante el espectáculo paisajístico, tanto que engendra “El castillo estrellado”, nuestro manifiesto surrealista, una especie de síntesis poética de lo que debió ser la isla de Tenerife antes de su desarrollo mal desarrollado. “Tenerife es la isla surrealista”, proclamó el poeta mediante un artículo determinado que es determinante, porque no lanzó ese grito de guerra poético-sentimental por otras geografías insulares» (BRETON, André [2003]: *El viaje a Tenerife*, prólogo de Antonio Álvarez de la Rosa, Fundación Canaria, Canarias 20: Idea, Las Palmas de Gran Canaria: 8, 10).

<sup>811</sup> ALONSO, María Rosa: «Glosas a la antología poética de Joaquín de Entrambasaguas. y III», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 24 de abril de 1951.

de la ciudad que son más surrealistas. Al año siguiente publica *Corazón lejano* también del mismo estilo, nombra el poema «Oda ortográfica al aburrimiento», que para ella es «de lo más ingenioso y salado que se ha hecho en este tipo de poesía». Su quinto libro *Oda a Federico García Lorca* también es de 1950. El sexto libro, que está en preparación, *El canto del hombre*, del que Entrambasaguas le ha adelantado seis poemas, con un estilo más cercano a las generaciones posteriores a él, sigue presentando una agonía existencial, pero hay un léxico distinto, que nos lleva a la tradición quevedesca. Finalmente alaba la exquisita edición de esta *Antología* impresa por Cultura Hispánica, con los dibujos de Ginés Liébana, que «ciñen su línea al torso bravío, hondo y lírico del texto». Y hasta aquí la presentación de la obra poética de un autor casi desconocido para la mayoría, pero que quizás esa minoría, que sí lo conoce, lo considere un artista de la palabra digno de la admiración de espíritus sensibles, que son capaces de compartir emociones tan «surrealistas» ante un poema que incita a una imaginación especial.

En el mes de mayo nos encontramos con dos publicaciones de nuestra autora en *Falange*, ambas sobre literatura: la primera aparece casi a las dos semanas del último artículo de María Rosa Alonso, está en la sección «El domingo literario» y trata sobre crítica literaria: «Carmen Conde en El Escorial»<sup>812</sup>; empieza hablando de la relación entre el ensayo y la mujer, pues ella cree que este género literario no es el adecuado para la fémina porque «está demasiado inmersa la mujer en su alma como para permitir en un quehacer que sea sólo la inteligencia quien lleva su peso», afirmación que es un ejemplo más de ese recurso literario que no todos las personas saben utilizar: la ironía, pues se necesita mucha inteligencia, como en el ensayo, para cultivar esta figura retórica que tiende a la fina crítica y que provoca en el lector una sonrisa cómplice. Nadie mejor que otra ensayista para hablar de ensayo en Carmen Conde<sup>813</sup>, pues el último libro

---

<sup>812</sup> ALONSO, María Rosa: «Carmen Conde en El Escorial», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 6 de mayo de 1951.

<sup>813</sup> Carmen Conde Abellán (1907-1966), nacida en Cartagena, Murcia, fue una poeta, prosista, dramaturga, ensayista y maestra española, considerada una de las voces más significativas de la generación poética del 27. Para Francisco Javier Díez de Revenga: «Su vida, su obra, y, desde luego, su personalidad intelectual y literaria se han caracterizado y visto condicionadas, al mismo tiempo, por la multiplicidad de actividades desempeñadas a lo largo de su trayectoria, así como las distintas etapas de su historia intelectual y personal, en las que, por diferentes circunstancias, le tocó vivir diversas experiencias de gran interés sociológico, por otra parte: niñez y adolescencia en emigración, juventud creadora abriéndose camino junto a los máximos escritores de la España de la época, actividades educativas populares en tiempos de la República, trabajo y activismo en defensa de la mujer y de la infancia durante la Guerra de España, persecución durante la Posguerra, desarrollo de su actividad literaria oculta y de supervivencia en el Madrid de los años cuarenta, actividades literarias y culturales en el Medio Siglo,

publicado de dicha escritora es un ensayo dedicado al Escorial; aunque la canaria dice que el ensayo se torna lentamente en poema y termina siendo un poema en prosa, sucede algo parecido a nuestra crítica literaria pues hay momentos en este comentario que está muy presente el lenguaje lírico y la verdad es que nos quedamos con la duda de quién es más lírica en su forma de escribir: si es la primera al hacer el ensayo o la segunda a la hora de hacer la apreciación de aquél. Más adelante se habla de una novela de Carmen Conde, *En manos del silencio*, en donde se trata el tema de las mujeres como rivales; además estas rivales son madre e hija, pero lo que ve María Rosa Alonso aquí es, más que una trama puramente novelesca, una reflexión sobre el destino donde se vislumbra una amenaza sartriana de la carne y el instinto; en resumen, Carmen Conde no hace una vieja novela de tesis, sino una novela existencial en la que a sus personajes los hunde su sino, pero los salva su libertad. La periodista destaca aciertos en el libro de Carmen Conde como el sino, el libre albedrío y la gracia de la escritora; al final habla de la nostalgia de mar «¡Qué lejos estás, Mar mío, Mediterráneo mío del Escorial!»: esta honda queja sirve como ejemplo para afirmar que esa evocación al mar y en otros momentos de su lenguaje lírico al paisaje levantino, demuestran el drama vital de la escritora de mayor hondura de la España de aquel momento, según palabras de la ensayista canaria.

Casi a final de mayo, nuestra periodista publica el segundo y último de los dos artículos de este mes que, a su vez, es el cuarto que de forma consecutiva aparece en *Falange*, esta vez en su sección habitual de «Plumas de las Islas»; se trata del primero de un bloque de cuatro que conforman un ensayo sobre la vida y obra del poeta lagunero con motivo del primer centenario de su nacimiento: «José Tabares Bartlett (1850–1921). Las primeras composiciones»<sup>814</sup>. María Rosa Alonso comienza el artículo explicando los motivos que la llevaron a elaborar este trabajo: primero porque lo había prometido en una entrevista de la radio, después nombra un proyecto suyo, del cual no tenemos noticias que se terminara, se trata de una «Historia de la Poesía en Canarias» y ahí ya tenía una páginas elaboradas sobre Tabares Bartlett, por último, nombra a don

---

etapa de plenitud, y un final muy activo, con público reconocimiento, a partir de su nombramiento de Académica de la Real Academia Española, con la consiguiente repercusión mediática y popular al ser la primera mujer que obtuvo esta distinción» (DÍEZ DE REVENGA, Francisco Javier [2020]: *Carmen Conde, desde su Edén*, Real Academia Alfonso X el Sabio, Murcia: 8).

<sup>814</sup> ALONSO, María Rosa: «José Tabares Bartlett (1850–1921). Las primeras composiciones», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 29 de mayo de 1951.

Sebastián Acosta<sup>815</sup> porque éste le comunicó que iba a dedicar un trabajo a Tabares Bartlett en la revista del *Museo Canario* de Las Palmas, por lo que ella detuvo su trabajo; pero en vista de que en la prensa de Tenerife no se hacía mención alguna al centenario del poeta lagunero, se ha decidido a escribir el presente trabajo al mejor poeta realista canario, ya que ella misma ha centrado la generación realista en torno a 1880 y en esa fecha Tabares Bartlett tenía 30 años. Aunque nació en Santa Cruz de Tenerife, Tabares Bartlett vivió en La Laguna, donde presidió una tertulia literaria compuesta por los mejores intelectuales del momento. Colaboró con la *Revista de Canarias* y nuestra autora enumera y transcribe alguno de los poemas de esa época. Su primer libro fue *Bosquejo poético sobre la conquista de Canarias y un romance*, en Santa Cruz de Tenerife en 1881, escrito en décimas e inspirado en Viana. Al desaparecer la *Revista de Canarias* pues su director don Elías Zerolo<sup>816</sup> marchó a París, continuó su labor desde el primer número con la revista *La Ilustración de Canarias*, que había creado don Patricio Estévez, recién llegado del extranjero; esta revista duró desde julio de 1882 a septiembre de 1884, en esta revista publica dos trabajos dedicados a don Diego Estévez y a don Alonso de Nava, además de composiciones poéticas. En 1896 publica su segundo libro *Poesías*, que recoge muchas de las composiciones publicadas previamente en las dos revistas nombradas. Ahí están las tópicas literarias comunes de su generación, por ejemplo, «A Tenerife».

Y hacemos un inciso en el camino del ensayo sobre Tabares Bartlett, porque nuestra periodista se va de fiesta. Desde que el 30 de agosto de 1949 en *Falange* publicara «El Valle de Ucanca» no había publicado artículo alguno sobre el paisaje o pueblos isleños. Ahora, pasados nueve días del primer artículo dedicado a Tabares

---

<sup>815</sup> Este autor ya había realizado una buena aportación al conocimiento de la vida y obra de Tabares Bartlett en: PADRÓN ACOSTA, Sebastián, (1950): «La poesía de don José Tabares Bartlett», *Revista de Historia*, N.º 92, octubre-diciembre, pp. 287-323.

<sup>816</sup> Elías Zerolo y Herrera (1848-1900): nacido en Arrecife de Lanzarote, de niño su familia se trasladó a Tenerife, donde siguió sus estudios y empezó muy temprano su actividad laboral como periodista. En 1869 fue uno de los cuarenta fundadores del Gabinete Instructivo, donde mostrará sus ideas republicanas próximas al socialismo utópico. Entre el 1871 y 1876 Zerolo emigra a América del Sur con su familia, experiencia que dejó una huella profunda en su formación. A su regreso funda la *Revista de Canarias* en 1878, que muy pronto se convirtió en un importante foro para el mundo intelectual nacional y extranjero. En 1882 empezará la etapa francesa de su vida con el exilio a París de donde nunca más regresará a España. Para Javier Medina: «La talla intelectual de don Elías Zerolo y Herrera rebasa los límites estrictamente locales e, incluso, nacionales. Hombre de una gran cultura, curiosidad e inconformismo, tocó varios géneros durante toda su vida. Zerolo da una importancia extrema —como así ocurría en su época— a la lengua escrita como medio para lograr el estatuto de hombre culto y respetado. La lengua literaria se muestra como un complemento ideal para la formación humanística» (MEDINA LÓPEZ, Javier [2007]: «Elías Zerolo (1848-1900) y la labor de la Real Academia Española», *Revista de Filología Española*, LXXXVII, 2.º, págs. 351-371).



Bartlett, cambia de tema, de periódico y, por lo tanto, de isla: «La Orotava en fiestas»<sup>817</sup>; empieza hablando de que un paisaje expresa un estado del alma y nada mejor para expresar la espiritualidad que el Corpus, en concreto un atardecer del Corpus de La Orotava, además, si quien lo vive posee la virtud de expresar con líricas palabras las emociones que le producen el virtuosismo de los artistas, que realizan el primor estético de las flores y los minerales del Teide. Es curioso cómo la Villa de tan rancio abolengo rinda homenaje a lo efímero, a través de las espléndidas alfombras: «La lección estética de la floral belleza, tendido en el suelo humildísimo de todos, es la lección, tan decisiva en estas broncas horas del mundo...». La exquisitez del Corpus está complementada con el valor popular de la romería de San Isidro, de la que nuestra periodista hace una lírica descripción intentando reflejar el «vistoso río de entrañable sabor vernáculo, jocundo, jaspeado de color y ritmo, y con inexpresable unción de rito llenaba el domingo las calles y plazas de la Villa». Allí estaban un guapo tejnero que le hizo arrancar un rotundo pláceme cuando pasaba, una tejnera que cantaba que «no había quien pudiera con Tejina», también sus viejos amigos cantadores de la Punta del Hidalgo, Sebastián Ramos y Juan; pero, sobre todo, los niños vestidos con los trajes típicos, los animales, las caballerías adornadas con flores y adornos, que le recordaban su niñez tacorontera, las vacas que le despertaban gran ternura y le recordaban a Julianín Marías, que se murió en Madrid, cuando aún no tenía cuatro añitos y que adoraba a estos nobles animales: ¡lo que hubiera disfrutado «al ver pasar tantas hermosas vacas con sus flores en los cuernos y adornadas testuces, que daba encantado gusto admirar!»». Ella junto a su amigo Néstor Álamo disfrutaron de aquella hermosa tarde cuando «la flor deslumbradora de ese gran cactus que es La Orotava plegaba ya sus pétalos». Así disfrutamos también sus lectores con unas líneas tan bellas que nos hacen recordar las romerías de nuestros pueblos, con todo el colorido, la alegría, los niños, los animales y toda esa explosión de alegría que inunda las plazas y sus calles aledañas, olvidándonos por un día de la prosaica realidad cotidiana.

Y a los dos días, María Rosa Alonso ya ha vuelto de la fiesta tinerfeña y está en Las Palmas en las páginas de *Falange* y pone de nuevo manos a la obra para seguir con el homenaje al centenario del nacimiento del poeta realista: «José Tabares Bartlett

---

<sup>817</sup> ALONSO, María Rosa: «La Orotava en fiestas», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 7 de junio de 1951.

(1850–1921). El paisaje realista»<sup>818</sup>. En 1900 publica su libro *Estrofas*, en el que está insertada su composición «Al Teide», uno de los tópicos comunes de la poesía isleña y que al que volverá más tarde. Valbuena Prat ve elementos comunes entre la poesía de Núñez de Arce y la de Tabares Bartlett en los tres libros siguientes: *La Caza*, *Trompos y cometas* y *Tenerife*. En 1908 con prólogo de Ángel Guimerá se publica *La Caza*, en la que predomina el paisaje agreste como, por ejemplo, un hermoso paisaje volcánico, como el que andando el tiempo pintará Martín González, y nuestra ensayista transcribe dicho poema; también evoca la nobleza de la raza guanche en un sentido eglógico, aunque no de una forma tan extrema como la de los románticos. En 1911 publica *Trompos y cometas* en el que se percibe la influencia de Núñez de Arce; según Menéndez Pelayo «En el estilo y en el metro, recuerda a Núñez de Arce sin que haya el menor rastro de imitación servil. El fondo es completamente original, con vigoroso sentimiento del paisaje canario, que sabe usted interpretar con sobrios y valientes rasgos»; esto aparece en una carta enviada por Menéndez Pelayo a Tabares Bartlett al recibir la obra de este último. El poeta canario cultiva tres grandes temas: el histórico, el descripcionista o del paisaje y el filosófico, aunque el poeta canario cultiva una poesía serena, sin hondos problemas de escepticismo, por ejemplo, resuelve la duda apoyándose en una realidad superior, como sucede en el soneto «Al cañón Tigre», en el que se pregunta si el cañón fue el verdadero causante de la mutilación de Nelson o «fantasma popular, burda patraña», pero a él, por encima de todo, lo que le interesa es la realidad poética del mito.

La tercera entrega del homenaje al poeta lagunero se publica a la semana siguiente, «José Tabares Bartlett (1850–1921). Los últimos poemas»<sup>819</sup>; empieza hablando del famoso poema «Tenerife» escrito para las Fiestas de las Hespérides, que el Ateneo lagunero celebró en septiembre de 1914 y que el Cabildo de Tenerife lo publicó en 1915<sup>820</sup>. El poeta toma como inspiración a Dácil personificándola en Tenerife, se

---

<sup>818</sup> ALONSO, María Rosa: «José Tabares Bartlett (1850–1921). El paisaje realista», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 9 de junio de 1951.

<sup>819</sup> \_\_\_\_\_: «José Tabares Bartlett (1850–1921). Los últimos poemas», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 14 de junio de 1951.

<sup>820</sup> El Centro de Documentación Canarias y América Museos de Tenerife (CEDOCAM) dependiente del Cabildo Insular de Tenerife editó este poema al cumplirse los cien años desde su publicación, además se reproducen las palabras de la introducción escritas por Antonio Lara y Zárate, diputado a Cortes por Santa Cruz de Tenerife en 1931, de las que citamos una parte de ellas: «No es el Cabildo, por su índole, la entidad llamada a señalar las bellezas literarias de aquella composición; pero puede afirmar, y para ello sí está capacitado, que refleja y expresa maravillosamente el sentimiento regional, la fuerza más grande, más fecunda y más constructiva de la vida insular y cuyo olvido, es causa tal vez, de los obstáculos

evoca otra vez la raza guanche y Tabares Bartlett hace, de paso, una condenación a la guerra de 1914. Este poema recién comentado forma parte del libro *Ritmos*, publicado en 1918 y en el que aparece una referencia a los «Versos íntimos» dedicados al poeta «Alonso Quesada», cuando hace referencia al «El salto del Negro» y surge el paisaje agreste logrado en «La Caza», del que María Rosa Alonso transcribe esos versos al igual que cuando evoca a sus compañeros ya desaparecidos. Ella relaciona el paisaje agreste con la melancolía de recordar a los compañeros de la niñez y ahí aparece el *ubi sunt?* de Manrique estudiado por Salinas y la crítica literaria vuelve a transcribir los versos como ejemplo de lo dicho. En 1919 crea el poema sobre la leyenda de «Zebenzui», el hidalgo pobre de La Punta: dicha composición fue escrita para la fiesta que el Ateneo de La Laguna celebró ese mismo año en septiembre dedicada de los Menceyes; se basó en el Canto X del Poema de Viana, pero creó un personaje femenino para compañera de Zebenzui; además, en el Poema éste moría en la batalla de Acentejo, en tanto que a Tabares le pareció mejor que muriera en un oscuro rincón, entristecido por la pérdida de su amada. En 1920, un año antes de su muerte, el Ateneo dedicó la fiesta de septiembre al Atlante, es decir, a la exaltación poética del Teide; tuvo su broche de diamante en el gran poema sinfónico, «Himno al Volcán», leído aquella noche por su autor Tomás Morales. Tabares, ya casi al final de su vida, compone un flojo poema en quintetos, en el que celebra la superioridad del ser humano por encima de la inmensa mole geológica, en forma de antítesis. Creemos que el poeta se consuela de alguna manera ante ese final de la vida, puesto que él como ser humano siente y piensa sobre un estado, que, si era creyente, sólo es transitorio para otra vida mejor, en tanto que la mole gigante es sólo material, que no siente ni padece; al poeta se le acaba el lirismo, ya no hay personificación capaz de hacer vivir al mito al que tanto versos le había dedicado a lo largo de su fructífera vida como poeta.

Y como en este análisis llevamos un orden cronológico, volvemos a tener un paréntesis en el homenaje a Tabares Bartlett y también, como la vez anterior, hay cambio de periódico; se trata de una publicación con la que nuestra autora no había

---

verdaderamente insuperables, que, con harta frecuencia, se tropieza, para impulsarla, estimularla y hacerla renacer. En este sentido, el Cabildo estima la composición poética del Sr. Tabares, no como un sobresaliente trabajo meramente literario, que seguramente servirá de delectación al lector, sino como una expresión acabada y oportúnísima del amor a nuestra tierra, a sus inolvidables tradiciones, y a todo lo que constituye el alma regional» (TABARES BARTLETT, José, [2015<sup>2</sup>] *Tenerife. Poema*, CEDOCAM, Santa Cruz de Tenerife).

colaborado hasta el momento: *Hoja Oficial del Lunes*<sup>821</sup>. Aunque sí hay coincidencia en el tema, es decir, se va a cantar a un lugar, pero esta vez nuestra autora no se dedica a hablar de una fiesta, sino que está dedicado a una fiesta, como dice en la nota añadida en el artículo: «Esta página ha sido escrita expresamente para el programa de las tradicionales fiestas de julio que se celebran en el Puerto de la Cruz». Este texto se publica a los once días del anterior, es decir, después de la tercera entrega del ensayo dedicado a Tabares Bartlett: «La ñamera de la Plaza del Charco»<sup>822</sup>. Estamos ante un artículo muy corto —sólo tiene veintinueve líneas— en el que María Rosa Alonso nos lleva a través de elementos tan naturales y tan típicos del entorno del norte isleño como son la palmera con su esbelta delgadez, el drago con su milenaria tradición de catedral vegetal y la ñamera, que es «Ancha, redonda, verde y satisfecha es envidiable su felicidad jugosa de mujer feliz, su renuncia a lo alto, y su baja sonrisa, humilde, casi a flor de tierra». Tenemos la impresión de que aquí hay una descripción crítica del papel que tradicionalmente se le ha dado a la mujer, la de llevar una «vida simple, uniforme, sin pretensiones», ya que, para ser feliz, según los cánones establecidos, había que renunciar a lo alto. Para una mujer estar satisfecha tenía que ser humilde, estar casi a flor de tierra, puesto que la mujer es como la tierra que está para ser fertilizada y criar; y así con los años y los hijos se va haciendo ancha, redonda y por eso tiene una felicidad jugosa. Creo que María Rosa Alonso se identifica con la palmera, «pero si no quieres o no puedes renunciar a las estrellas, sólo te dará envidia y agonía ... mientras te quemas en la paramera de tus verticales inalcanzables...».

Con el siguiente empieza un bloque de cinco artículos publicados de forma consecutiva en *Falange*. Terminamos con este tercer artículo publicado en el mes de junio el homenaje dedicado a Tabares Bartlett, después de los dos paréntesis que hemos

---

<sup>821</sup> Esta publicación surge en España como uno de los mayores logros alcanzados por los trabajadores de prensa: el descanso dominical. En 1919, en efecto, se produjo una huelga de periodistas que reclamaban, entre otras, esta medida de descanso que finalmente quedaría instituido en 1925. Para garantizarlo, las empresas periodísticas dejaron de publicar sus ediciones los lunes. Fruto de esta conquista laboral y social, aparecen las *Hojas del Lunes* con el fin de tener una referencia periodística en esa fecha y de proporcionar recursos económicos a las asociaciones de la prensa provinciales que existían entonces. Según Ricardo Acirón: «La Hoja del Lunes de Santa Cruz de Tenerife lanzó su primer número el 6 de julio de 1950 y el último el 31 de mayo de 1982. Salvo los últimos meses, que se editó en los talleres del *Diario de Avisos*, interesado en salir los lunes, los años precedentes los hizo en las instalaciones de La Tarde, anticuadas» (ACIRÓN ROYO, Ricardo [1986]: *La prensa en Canarias: apuntes para su historia*, prólogo de Oswaldo Brito y estudio preliminar de Ángel Benito, Confederación de Cajas de Ahorros, Santa Cruz de Tenerife: 106). María Rosa Alonso sólo publicó este artículo en el citado periódico.

<sup>822</sup> ALONSO, María Rosa: «La ñamera de la Plaza del Charco», *Hoja Oficial del Lunes*, Santa Cruz de Tenerife, 25 de junio de 1951.

tenido en medio de las distintas entregas. Éste se trata del cuarto y último artículo y se publicó a los tres días del de la ñamera, pero a los catorce días de la tercera entrega del ensayo: «José Tabares Bartlett (1850–1921). El sonetista»<sup>823</sup>. Empieza con la misma queja hecha en la primera entrega: el casi olvido por parte de la sociedad tinerfeña del primer centenario del nacimiento del poeta. Entra en materia nombrando a Valbuena Prat y su opinión sobre los sonetos de Tabares Bartlett: dichas composiciones no son las formas más logradas de fondo, pero sí en cuanto a la técnica, Valbuena sigue empeñado en comparar al poeta tinerfeño con Núñez de Arce y también con Adelardo López de Ayala<sup>824</sup>, pero nuestra periodista apenas si ve algo, por ejemplo, transcribe los sonetos «A unos pies» de Ayala y «A Josefina Ascanio» de Tabares Bartlett y llega a la conclusión de que lo único que hay en común entre los dos es el apasionamiento sensual: centrado en los pies en Ayala y en el cuerpo entero en Tabares Bartlett. La afirmación, que sí considera acertada nuestra ensayista por parte de Valbuena Prat, es en el soneto «Puesta de sol un hermoso cuadro de color casi impresionista», que lo ve en la línea de alguna composición de Manuel Verdugo. Después comenta el soneto dedicado a «La lechera» — transcritos por nuestra autora—y lo compara con otro dedicado a Josefina Ascanio, y la principal diferencia que ve en ellos es que en tanto «el retrato de la lechera es el retrato popular, con aire de agitada primavera», frente al estilismo del de Josefina Ascanio está el dinamismo de la lechera y compara este soneto con una escultura, destacando la nota impresionista «en la visión de un rayo de sol que reverbera en el cántaro de lata». Termina con el soneto «Remembranza» en el que, tras una lírica descripción, nuestra autora nos dice que «El poeta, ya viejo, con los amigos idos, canta así su emocionante réquiem». Es innegable cómo se entrega María Rosa Alonso a celebrar el centenario de este poeta, pues en cada uno de sus artículos pone lo mejor de sí, procurando imitar al poeta comentado con un lenguaje lírico que esté a la altura del

---

<sup>823</sup> ALONSO, María Rosa: «José Tabares Bartlett (1850–1921). El sonetista», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 28 de junio de 1951.

<sup>824</sup> Adelardo López de Ayala y Herrera (1828-1879) fue un dramaturgo, académico y político español, adscrito al realismo literario. Miembro numerario de la Real Academia Española, ejerció varias veces como ministro de Ultramar, durante el Sexenio Democrático y la Restauración. José María Castro Calvo habla de él así: «No le olvidemos presente en la política, en la poesía y en el arte de su época, metido en todo ello como el que más. El poeta nos parecerá hoy tan sólo de álbum y abanico; a lo más, el amigo de Arrieta, a quien dedica una *Epístola* que no vacila Menéndez Pelayo en incluir en *Las cien mejores poesías líricas de la lengua castellana*» (LÓPEZ DE AYALA, Adelardo [1965]: *Obras completas de Adelardo López de Ayala, I*, edición y estudio preliminar de José María Castro Calvo, Ediciones Atlas, Madrid: 10).

homenajeados y que al poner tanta pasión en ello surgen palabras dignas de la mejor prosa poética.

A mediados del mes de julio María Rosa Alonso publica en *Falange* una carta, que será el único texto escrito que publicará durante este estival mes, con una temática ecológica pero insertada en el mundo universitario por lo que la hemos agrupado con la temática de Educación. Con el antetítulo de «Una carta de María Rosa Alonso», *Falange* se suma a la idea de su colaboradora para salvar un árbol, que ilustra el escrito con una fotografía de dicho vegetal gigante: «En defensa de un árbol bonito»<sup>825</sup>; el encabezamiento de la carta es: «Nuestra colaboradora María Rosa Alonso, profesora de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Laguna, nos remite la siguiente carta». A continuación, se reproduce la carta que va dirigida al Sr. don Ignacio Quintana<sup>826</sup>, tratado como «Mi buen amigo», pero sabemos que, además, era el director del periódico. La profesora tuvo la feliz idea de sumarse a la salvación del árbol, que ya el diario había publicado más de una vez la foto, lo que hizo fue colocar la fotografía del árbol bonito «a modo de pasquín, mis alumnos universitarios y yo lo clavamos en nuestro Seminario de Filología». Ella les habló de la importancia de salvar el árbol y como resultado, entre los alumnos de tercer y cuarto y ella reunieron cincuenta pesetas y se despide con el deseo de que ese «granito de arena» con el que han colaborado ayude a la salvación del árbol y así siga dando «dulce y fresca sombra» como el almendro de Nicolás Estévez, que precisamente nació en Las Palmas y en la casa en la que estuvo la Inquisición: ¡ironías del destino!

---

<sup>825</sup> ALONSO, María Rosa: «En defensa de un árbol bonito», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 14 de julio de 1951.

<sup>826</sup> Ignacio Santana Marrero (1909-1983): natural de Teror en Gran Canaria, cursó estudios de Humanidades, Filosofía y Teología en el Seminario Pontificio de Canarias y se formó como periodista en Madrid, titulación que le llevó a convertirse en el director de los periódicos locales *Falange* y *El eco de Canarias*. Su faceta de poeta se plasmó en la edición de cuatro libros de poesía: *Breviario lírico* (1949), *Alma serena* (1965), *Nacido resplandor* (1975) y *Arpa de las islas* (1979). En 1945 impulsó la sección semanal «Letras Canarias» que se convirtió en el órgano de expresión literario más activo de entonces, además de la sección crítica «Plumas de las islas», publicada a lo largo de la década de 1940, en la que dejaron su huella críticos y estudiosos de la literatura insular como Joaquín Artilles, M.<sup>a</sup> Rosa Alonso o los hermanos Antonio y Sebastián de la Nuez, entre otros. Con Joaquín Artilles publicó el libro *Historia de la Literatura Canaria* (1978). Para Michel Jorge Millares: «Quintana Marrero era un enciclopedista que recomendaba practicar a diario la lectura, bien de grandes autores o de una simple enciclopedia para aprender el significado y el contenido de las palabras o de las cosas. De ahí que valorara cualquier aportación literaria sobre nuestras islas, como el caso de la relación entre Canarias y Shakespeare, de quien señala la gran labor promocional que ha supuesto para el Archipiélago las citas sobre las islas en las obras *Trabajos de amor perdido*, *A buen fin no hay mal principio*, *Enrique IV*, *Las alegres comadres de Windsor* y *Noche de Epifanía o lo que queráis*» (YÁNEZ RODRÍGUEZ, José Luis [2014]: *Ignacio Santana Marrero*, prólogo de Michel Jorge Millares, Anroart Ediciones, Madrid: 22-23).

Y después de la epístola dedicada a una finalidad tan loable como es la preservación de la Naturaleza ejemplificada en un árbol bonito, volvemos la sección habitual del periódico grancanario «Plumas de las Islas». Estamos ya en agosto y en este mes, aparentemente vacacional, nuestra autora no descansa y publica un artículo: «El Padre Flores y la poesía lírica azteca»<sup>827</sup>, también publicado *El Día* el 16 de agosto. El primer párrafo está dedicado a la isla, ya sea refugio como Penélope o despedida como Oigia, vivimos en una isla y para los viajeros puede tener una de las dos alternativas: en esta ocasión María Rosa Alonso va a hablar de un viajero que hizo un alto en el camino en nuestra isla, se trata de un religioso mexicano y escritor que se ha quedado prendado de Nivaria. Monseñor Flores escribió en 1948 un encendido elogio fúnebre dedicado a los Arzobispos de México y que al año siguiente fue publicado en el Puerto de la Cruz; después creó *La poesía lírica azteca*, publicada en Roma. La ensayista sigue enumerando las obras literarias del religioso mexicano, a la vez que va reflexionando sobre las diferencias culturales entre Europa y América: por ejemplo, para Victoria Ocampo<sup>828</sup> el indio «no conoce el alma sino la sangre», frente a la espiritual e intelectual Europa. Siguiendo al Padre Flores, se habla de cuatro géneros en la poesía azteca: cantos de guerra, cantos de flores, cantos elegíacos y cantos atávicos. Finalmente, el P. Flores advierte de una nota común en esta poesía: la oscuridad y la monotonía. El mensaje que nos ha quedado claro en este artículo es la gran capacidad que tiene nuestra escritora para investigar cualquier variante dentro de la literatura española, porque aunque haya recibido una preparación académica inmejorable, es ella la que con su trabajo e inteligencia sabe indagar en cualquier manifestación literaria

---

<sup>827</sup> ALONSO, María Rosa: «El Padre Flores y la poesía lírica azteca», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 9 de agosto de 1951.

<sup>828</sup> Victoria Ocampo (1890-1979) fue una escritora, editora y mecenas, una de las protagonistas de la cultura del siglo XX. Nació en una familia argentina tradicional, sin embargo, muy pronto comenzaría a luchar contra las fronteras que se habían construido ante las mujeres de su época; por ello, no tardaría en erigirse como referente del movimiento feminista. Además, su pasión y entrega por las obras literarias la llevó a fundar *Sur*, una revista que dirigió a lo largo de cuatro décadas. En sus artículos y ensayos se pueden ver plasmadas historias sobre sus encuentros con figuras relevantes de la literatura, viajes, experiencias y testimonios que la hicieron crecer como una visionaria de su tiempo. Su labor como escritora es descrita por Francisco Ayala así: «Pues aunque no haya sido lo que se dice una escritora de profesión, su relación con el arte literario fue primordial; más diría: fue una relación vital, entrañable: la literatura estuvo siempre integrada en lo más profundo de su vivir. Muchas fueron sus lecturas, aunque muy selectivas; las citas que de ellas hacía en sus propios escritos, abundantísimas, frecuentísimas: a cada paso menciona a sus autores predilectos y reproduce sus versos, sus frases. Y no obstante esto, jamás podría imputársele un punto de pedantería: nada menos libresco que su prosa. Sus incesantes referencias a escritores, libros y piezas teatrales responde, no a una intención didáctica o a un prurito de erudición, sino al deseo vehemente de hacernos compartir sus admiraciones, sus entusiasmos, sus deslumbramientos, su gozo» (OCAMPO, Victoria [1991]: *Autobiografía*, selección, prólogo y notas de Francisco Ayala, Alianza Editorial, Madrid: 11).

para conocer y comprender al ser humana, sea cual sea su origen; aunque en este caso recordemos que estamos ante la manifestación literaria de un pueblo conquistado y colonizado por la misma nación y en la misma época que nuestras Islas, así que hay muchas similitudes entre las manifestaciones literarias de pueblos con cinco siglos de historia cultural con respecto a esa «espiritual e intelectual» Europa, como la define Ocampo. Por eso no es de extrañar que el P. Flores se quedara en la isla de Tenerife.

En el mes de septiembre tenemos un bloque de cinco artículos publicados consecutivamente en *El Día*, todos está dedicados a la literatura y no nos extraña que estén publicados en el diario tinerfeño puesto que sus contenidos están más relacionados con Nivaria. El primero de ellos es «Conversación en dos tiempos con Dulce María Loynaz»<sup>829</sup>, que empieza con un corto diálogo entre la poetisa cubana y la ensayista tinerfeña; esta última nos cuenta cómo, a pesar de su «tenue vigor físico», la poetisa junto con su esposo y otros amigos, incluida María Rosa Alonso, hicieron una excursión al Teide, donde pernoctaron en el refugio de «Emicandel» para ver amanecer: «Todavía no sé qué voces se llevó Dulce María Loynaz del contacto íntimo con un recién nacido día a los pies del Teide». Después hay otro diálogo entre las dos en el que hablan de que se había agotado la edición hecha en Tenerife de sus *Versos*, pero que en Madrid ya le iban a hacer la tercera. Sigue diciendo que después de su segundo libro *Juegos de agua*, también de 1947 y editado en Madrid, no había publicado más libros de versos; la poetisa le sigue contando a la tinerfeña sobre su próxima obra, *Poemas sin nombre*, de los que ya nuestra ensayista había leído algunos poemas y su prosa poética la compara con lo mejor de Tagore. Sigue el diálogo y hablan de una novela, *Jardín*, que va a ser publicada próximamente en Madrid y sobre la que entablan un rico diálogo, hasta que el esposo de Dulce María Loynaz va a buscarla. Nuestra escritora cuenta admirada la dinamicidad del tinerfeño y la gran devoción que siente por su esposa, aunque ella «se repliega sobre sí misma en el paisaje intacto de su silencioso jardín interior». Estamos ante un artículo un tanto extraño dentro del estilo periodístico de nuestra escritora, aunque en sus artículos políticos sí que había algún que otro diálogo, pero hacía tiempo que no empleaba esta forma conversacional en sus escritos. Esta forma dialogada ha servido para informarnos sobre la actividad creadora de la poetisa cubana, además de

---

<sup>829</sup> ALONSO, María Rosa: «Conversación en dos tiempos con Dulce María Loynaz», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 2 de septiembre de 1951.



relatarnos una excursión tan típica como es observar «las indecisas tintas del alba para captar el primer aliento de luz sobre el Teide en Las Cañadas».

A las dos semanas tenemos la segunda publicación de nuestra periodista en el diario tinerfeño, en esta ocasión nos presenta un texto similar al único aparecido en *Falange* en el mes de julio, es decir, no tenemos un artículo de opinión, sino un texto en el que se pide colaboración para llevar a cabo un proyecto benéfico-cultural y por eso lo hemos clasificado en el apartado de cultura: «Homenaje a dos poetas»<sup>830</sup>, se trata de una suscripción iniciada en La Laguna<sup>831</sup> para erigir dos bustos en bronce de los poetas Guillermo Perera y Domingo Juan Manrique. Se aporta la cifra recaudada hasta el momento y a continuación un listado nominal con la aportación económica que ha hecho cada persona, todas de reconocido prestigio, por ejemplo, Dulce María Loynaz y su esposo, que aportan 500 pesetas. Le sigue una carta de María Rosa Alonso dirigida a don Leoncio Rodríguez en la que le expresa su agradecimiento por tan acertada iniciativa para la consecución de este homenaje a los poetas laguneros. Ella expresa su deseo de que en La Laguna hay todavía «muchas frondas, muchas plazas y jardines que aguardan la planta firme de un monumento a un poeta para lucirlo entre sus rosas». Se despide diciendo que ella va a colaborar con sus diez últimos duros, esperando que

---

<sup>830</sup> ALONSO, María Rosa: «Homenaje a dos poetas», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 16 de septiembre de 1951.

<sup>831</sup> Sobre estos dos poetas nos habla María Rosa Alonso en su obra *Poesía de la segunda mitad del siglo XIX*, (1991), trataremos de resumir en lo posible quiénes fueron estos dos poetas: Guillermo Perera Álvarez (1865-1926) nació en La Laguna y fue poeta y periodista, también fue funcionario de la secretaría del Instituto de La Laguna hasta su muerte; como político idealista fue republicano. En 1899 dirigió en La Laguna el trisemanario *La Región Canaria*, cuando cerró esta publicación en 1904 fue director del diario lagunero *El Noticiero Canario* y publicó en el folletón de este último, *Antigüedades de las Islas Canarias*, de Antonio de Viana, cuyas planchas sirvieron a Rodríguez Moure para su edición del *Poema* en 1905. Los versos de Perera, aparte de un par de leyendas editadas en folletos, aparecen en diversas publicaciones de la época: la revista *Castalia* en 1917 publica los poemas *Ayer y hoy*, *La lira mía*, *Tedio*, *El recuerdo* y *No más poetas*; de los anteriores *Tedio* y *El recuerdo* son reproducidos por Leoncio Rodríguez en el folleto dedicado al poeta en su Biblioteca Básica. Domingo Juan Manrique (1869-1934): poeta nacido en Fuerteventura, estudió el Bachillerato en La Laguna en el Instituto General de Canarias; en 1900 dirigió el semanario de ciencias, literatura y artes *Siglo XX*, acompañándoles en la redacción Leoncio Rodríguez y Guillermo Perera, con cuya hermana, Constanza, Domingo J. Manrique se casa. Desde 1902 fue profesor de Caligrafía del Instituto lagunero y adquirió la plaza en propiedad mediante oposiciones, verificadas en Madrid en 1904, la cátedra la ejerció en el Instituto y en la Escuela Normal. Con el objeto de dar estudio a sus hijos en Madrid, se traslada allí donde morirá. Entre todos los poetas de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, Manrique es el más que se acerca al modernismo literario: la adjetivación, metáforas, ritmo del verso, que maneja airosamente, le sitúan entre los cultivadores de la escuela, sin abandonar la nota romántica; aunque su modernismo no alcanza la brillantez de los poetas de Las Palmas, por ejemplo, un Tomás Morales, pero sí que se mueve con gran cultura creadora (1991: 197-257).

Dios, que es bueno, mañana le proveerá. Al final hay una nota en la que se indica los lugares donde se puede hacer los donativos para este homenaje a los dos poetas laguneros. Como hemos podido comprobar en este y en otros artículos, nuestra periodista está siempre preocupada por toda iniciativa económica que esté dirigida a fomentar la cultura, porque promover homenajes de este tipo es implicarse en la difusión de personas que han hecho de la isla un lugar más abierto a la cultura, al pensamiento universal al que tienden todas aquellas personas que se preocupan porque su tierra esté más abierta al mundo, y una de las mejores maneras de hacerlo es fomentar las artes, como en ese caso el colocar bustos en lugares en donde las personas que los ven aprenden quiénes fueron y lo que hicieron por la cultura los poetas homenajeados.

A los dos días publica en el mismo periódico tinerfeño el primer artículo de los tres que componen un ensayo sobre Antonio de Viana. Son una terna en la que María Rosa Alonso va a hacer un análisis de la vida y obra de Antonio de Viana, centrándose en el Poema épico que narra la conquista de Tenerife. «La isla a través del poeta Antonio de Viana. I»<sup>832</sup>; al principio aparece una nota del periódico: «Iniciamos hoy la publicación del documentado e interesante trabajo, de nuestra distinguida colaboradora María Rosa Alonso, Premiado en el certamen del Ateneo de La Laguna». Con un comienzo muy lírico, la autora nos sitúa en el siglo XVI cuando Antonio de Viana tenía veinte años y sentía «especial devoción» por don Juan de la Guerra, a la vez que éste admiraba la «precoz habilidad» del joven Antonio, ya casado y con problemas económicos. Por otro lado, don Juan de la Guerra había tenido diferencias con fray Alonso de Espinosa<sup>833</sup>, pues éste había dejado una mancha negra en su linaje, que le impedía ser nombrado caballero de Santiago; y nada más idóneo para limpiar la estela de su linaje que contratar al joven Viana para que escribiera un Poema en el que

---

<sup>832</sup> ALONSO, María Rosa: «La isla a través del poeta Antonio de Viana. I», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 18 de septiembre de 1951.

<sup>833</sup> Fray Alonso de Espinosa (1543-1600) fue un sacerdote e historiador español del siglo XVI conocido por ser el primer cronista de la isla de Tenerife y una de las fuentes principales sobre las costumbres de sus primeros pobladores, los guanches. En cuanto a lo que nos cuenta María Rosa Alonso sobre sus diferencias con los Guerra, encontramos esta referencia en su obra: «López Fernández de la Guerra, hombre de mucho peso y ser, y no menos valiente que liberal, el cual socorrió al gobernador en tiempo de mayor necesidad con su hacienda y persona para la conquista, y así se lo dio en repartimiento el valle que dicen de Guerra, que por haberlo dejado vinculado al tiempo que murió lo poseen los descendientes de un entenado suyo, hijo de su mujer y de otro marido, porque un sobrino suyo, a quien él quería dejar el mayorazgo, se puso a jugar las cañas estando el tío en lo último, y por eso lo desheredó a petición de su mujer» (ALONSO DE ESPINOSA, Fray [2000]: *La primitiva historia de Tenerife*. Libro Tercero, prólogo y adaptación de José Miguel Rodríguez Yanes, Editorial Leoncio Rodríguez, Santa Cruz de Tenerife: 49-50).

rebatiera las teorías de Espinosa. Antonio quería ser médico y con las deudas que tenía le era imposible ir a estudiar a Sevilla, así que con el dinero que le pagó Juan de la Guerra con la publicación del Poema pudo ser bachiller, licenciado y doctor en Medicina. Nuestra autora nos habla de que, si alguna vez desapareciera nuestra isla del mapa de África, podría ser reconstruida con el Poema de Viana, pues la descripción del paisaje, de las mujeres con sus características físicas y morales basadas en las de las infantas y hasta el ritmo del tiempo, nos da un excelente retrato de la isla. Es muy importante la influencia renacentista en el Poema, al igual que los cronistas líricos de América, puesto que era el canon: ellos siguiendo el modelo de Garcilaso describen paisajes idealizados para sus obras literarias, por ejemplo, Alonso de Ercilla y Pedro de Oña en Chile. Por último, la doctora en Filología añade las notas sobre la bibliografía que ha ido señalando a lo largo del texto, cosa poco usual en los artículos publicados en los periódicos, lo que nos da idea de la seriedad que le quiere dar a un trabajo cuyo contenido está tan relacionado con su tesis doctoral.

La segunda parte del ensayo se publica al día siguiente: «La isla a través del poeta Antonio de Viana. II»<sup>834</sup>; vimos en el comentario anterior la importancia de la influencia garcilasista en el Poema, pero junto a ésta Viana supo añadir la especificidad de nuestra flora en la que también aparece alguna influencia de Cairasco de Figueroa, pero tampoco olvida la fauna, por ejemplo: «Camello y pájaro; tierra y aire; silencio y voz, lentitud y destreza dan el ritmo diverso a la isla». Por encima de todas las islas aparece «el relicario maravilloso de Tenerife», versifica, muchas veces con un verso prosaico cansino, el pasado isleño, el presente, la Historia la Geografía y hasta la Metafísica; pero quien se lleva los mejores versos es el Teide, pues no se puede olvidar, está siempre presente. También es de sumo interés para nuestro bachiller el sol y la luna de la isla, o lo que es lo mismo, el Cristo de La Laguna y la Virgen de Candelaria, ahí aparece la influencia del Padre Espinosa, a pesar de los recelos en otros aspectos de su obra, como ya vimos. María Rosa Alonso no está de acuerdo con Valbuena Prat en que «el tinerfeño canta hacia dentro de la isla; el de Las Palmas hacia fuera» y el mejor ejemplo es que Cairasco de Figueroa canta al corazón de la isla, a la selva de Doramas; además, en contra de las teorías de Valbuena, el mar al que cantó Figueroa no es el que

---

<sup>834</sup> ALONSO, María Rosa: «La isla a través del poeta Antonio de Viana, II», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 19 de septiembre de 1951.

envuelve a las islas, sino un mar renacentista, retórico, «que desemboca su inmenso desfile de nereidas, amadriades, delfines y tritones por la angostura de las columnas de Hércules y lo espació por el ancho océano». El mar tiene un doble sentido para los isleños, ya sean de una isla u otra: el positivo es el de un camino a la esperanza y el negativo es un dogal que aprieta y le impide avanzar, pero quedémonos con Dácil para la que el mar es mensajero de nuevas buenas, de sorpresa, de ventura, de lo bueno que vendrá. Pero, sobre los hombros del joven Viana pesaba un siglo de influencia del padre Espinosa, que no sólo había disgustado a los Guerra, sino que había afeado las costumbres de los aborígenes isleños. A lo largo del trabajo, la escritora intercala la transcripción de partes del poema para ejemplificar lo que está tratando, por ejemplo, los últimos versos que añade son los referente al sentido del mar en Dácil: «¡Cuándo, cuándo/ te veré, afable mar, y en tu bonanza,/ seguro y quieto el bien de mi esperanza!».

Y al siguiente día publica la última entrega de este laureado trabajo, que también es el quinto y último de los artículos publicados de forma consecutiva en el diario tinerfeño: «La isla a través del poeta Antonio de Viana, III y último»<sup>835</sup> comienza hablando de cómo el hombre renacentista, civilizado, ante el descubrimiento del Nuevo Mundo se encontró con el hombre natural, o a la inversa, como le sucedió a Sigoñe cuando en el canto cuarto del Poema de Viana presencié el desembarco de los españoles. A diferencia de los narradores que crearon la leyenda negra americana, los naturales de Viana son excelentes criaturas a las que sólo les falta el bautismo para ser perfectas, aunque también describe a los conquistadores como unos «maravillosos y cumplidos caballeros, y que el noble Lugo o el ilustre Guerra casi resultan seres semiángelicos» —no puede faltar la fina ironía de nuestra ensayista—, que da como resultado un poema de amor y armonía. A lo largo del Poema hay idílicas descripciones tanto de las mujeres como de los hombres aborígenes y, además, alabanza de costumbres como, por ejemplo, la lucha canaria o la religiosidad representada en la Virgen de Candelaria; es de destacar la larga lista de 998 hombres a los que daba patente conquistadora. También el Poema tiene un final feliz cual comedia lopesca, aunque ese final represente toda una simbología: se trata de una realidad histórica que simboliza a Dácil como a la isla misma, lo sedente, lo esperanzado; frente al capitán Castillo que representa al continente, el airón movible «la realización del ensueño

---

<sup>835</sup> ALONSO, María Rosa: «La isla a través del poeta Antonio de Viana, III y último», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 20 de septiembre de 1951.

femenino que complementa la varonil promesa cumplida». El último párrafo se lo dedica al joven bachiller que, pasado el tiempo, se convirtió en un gran médico y que ejercerá primero en La Laguna, donde sufrirá amarguras y enemistades, que le obligarán a irse primero a La Palmas y después a la Península en donde murió con más de 72 años; pero lo más importante es que «Viana nos legó el gran templo poético en el que cada corazón tinerfeño puede levantar hasta la eternidad la hornacina para un rito encendido y entrañable por su isla única». Nuestra escritora termina con una nota en la que nos aporta información de la *Revista de Historia* sobre el tema. Viendo en conjunto este, para nosotros, ensayo, no nos puede extrañar que fuese premiado en su momento, puesto que en él se unen la excelencia investigadora de María Rosa Alonso a la emoción de una tinerfeña que vive todos y cada uno de los sentimientos expresados por un alma noble como fue Antonio de Viana, porque no podemos olvidar que, a pesar de que trabajaba por dinero, él era tinerfeño y como tal puso lo mejor de sí para escribir este cantar de gesta de su pueblo.

A los cinco días nuestra periodista vuelve a publicar en el diario grancanario y en la misma sección habitual; en esta ocasión sigue hablando de literatura, pero de un poeta grancanario; es curioso cómo en el periódico tinerfeño hablaba de un oriundo de la misma isla, y ahora cambia de periódico y de isla, para hablar también de un poeta nacido en la isla de Gran Canaria. «Planas de poesía y “Alonso Quesada”»<sup>836</sup> trata casi la mitad de su extensión hablando de esa anarquista que lleva dentro, de cómo le molesta que le hagan encuestas, que le recomienden niños para que los aprueben en el examen de reválida; ella prefiere hacer las cosas cuando le «salen de dentro». Pero he aquí que le han hecho una encuesta para saber si a ella le gusta que la revista *Planas de Poesía*<sup>837</sup> vaya a publicar *Las Crónicas de la Ciudad y de la Noche* de «Alonso Quesada»; a ella le molesta mucho que le hagan esta encuesta, pero piensa que como ella «publica también sus libritos y le gusta que le hagan sus notitas» va a dejar su

---

<sup>836</sup> ALONSO, María Rosa: «Planas de poesía y “Alonso Quesada”», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 25 de septiembre de 1951.

<sup>837</sup> «*Planas de Poesía* pertenece al grupo de las excelentes revistas literarias españolas de la primera mitad del siglo XX. En Canarias abre el camino *Castalia*, en 1916, seguida de *Hespérides* (Tenerife, 1926), *La Rosa de los Vientos* (1927), *Cartones* (1930), o *Gaceta de Arte* (1932-1936). *Planas de poesía* inició su publicación en 1949; en los años duros del franquismo, pues, y con inspiración intelectual muy diferente a la de sus precedentes tinerfeñas. Abonó sus raíces la intención social y el compromiso político; pero alentó sus pasos un compromiso sustancial con el arte en general, y especialmente con la poesía. Fue una iniciativa afortunada de los hermanos José María, Agustín y Manolo Millares Sall. Logrará difundir la poesía de compromiso en el ámbito hispánico» (ARENCIBIA, Yolanda, «*Planas de Poesía*»): <https://portal.academiacanarialengua.org/archipelago-letras/plantas-de-poesia-antologia/> (consultado el 28/11/2023).

anarquismo íntimo y va a contestar a las preguntas. Dice que le parece muy buena la labor que está haciendo *Planas de Poesía*, pues ella sabe muy bien, porque tiene los dedos cansados de corregir pruebas de imprenta de ella y de alguna otra obra ajena, lo que cuesta pasar de tres números una revista, y ya *Planas* va por dieciséis, «en nuestro ambiente cultural de “haigas”, de nylon, de fútbol, etc.». Piensa que «Alonso Quesada» se merece que, después de treinta y dos años de publicada la anterior edición, se publiquen ahora *Las Crónicas de la Ciudad y de la Noche*, que están en la línea del mejor humorismo del mejor Fernández Flórez y que «preludian en ocasiones la decantada y espumosa gracia de *La Codorniz*»<sup>838</sup>. Es cierto que a lo largo de treinta y dos años han cambiado algunas cosas en la ciudad, por ejemplo, la tartana, el paseo de la Alameda, los entierros nocturnos, etc., pero a pesar de lo anterior, ella alaba la iniciativa de la reedición de dicho libro para tener ella también su ejemplar y también desearía que se publicara otra vez *El lino de los sueños* porque así podrá tener un ejemplar, ya buscado en vano sin poderlo encontrar. Así es como María Rosa Alonso, a pesar de su íntima anarquía, se decide a contestar a la encuesta de *Planas de Poesía* porque se ponen en lugar del otro, es decir, hace un ejercicio de empatía porque a ella también le gusta que hablen de sus «libritos».

En el mes de octubre nos encontramos con dos publicaciones de María Rosa Alonso, que hacen la misma reseña de Emeterio Gutiérrez Albelo: la primera de ellas es en la revista *Ínsula* en la que nuestra escritora no publicaba desde enero del presente año, y el que vamos a comentar será su tercer y último artículo en esta revista madrileña: «Poesía. E. Gutiérrez Albelo: *Los blancos pies en tierra*»<sup>839</sup>. En la revista madrileña nos encontramos con la sección de «Reseñas de libros españoles» y en primer lugar aparece el titular de la siguiente referencia bibliográfica: «E. Gutiérrez Albelo: *Los blancos pies en tierra*. Poema. Isla de Tenerife, 1951. Viñetas de Reyes Darias.

---

<sup>838</sup> *La Codorniz* fue la publicación humorística española más longeva del siglo XX, publicada por primera vez el 8 de junio de 1941, fueron sus directores Miguel Mihura (1941-1944), Álvaro de Laiglesia (1944-1977), Manuel Summers (1977-1978) y Cándido (1978), año en el que produjo su último número. «Por su carácter de *rara avis*, por la lucidez de su (imposible) discurso y por la homogeneidad de sus colaboraciones, *La Codorniz* consigue un notable éxito en el panorama de la prensa española de posguerra. Desde su primer número, la revista se centra en la burla de los convencionalismos. La deformación humorística se produce, sobre todo, por el retorcimiento del lenguaje, la revelación de la inanidad de sus fórmulas esclerotizadas, la descontextualización para evidenciar su sinsentido. Y por una mirada puesta en un tiempo ya pasado, el tránsito de los siglos XIX al XX, en el que la mayoría de sus responsables habían vivido una niñez que sin duda añoraban» (AGUILAR, Santiago y CABRERIZO, Felipe [2019]: *La Codorniz: de la revista a la pantalla (y viceversa)*, Ediciones Cátedra, Filmoteca Española, Madrid: 9-10).

<sup>839</sup> ALONSO, María Rosa: «Poesía. E. Gutiérrez Albelo: *Los blancos pies en tierra*», *Ínsula*, Madrid, 15 de octubre de 1951.

Retrato de José Vicente de Buergo». La crítica literaria tinerfeña destaca la influencia garcilasista en los cuarenta sonetos que componen el libro *Los blancos pies en tierra*, aunque dice que el libro rinde homenaje a todos los movimientos poéticos vigentes en su tiempo, aunque se percibe la vuelta a la forma classicista cuyos precedentes están en el *Abril* de Rosales y en la poesía de Ridruejo. Ella tiene dudas sobre «si la perfección formal de los sonetos de Gutiérrez Albelo le restan autenticidad poética y hondura vital algunas veces». Pero por suerte el verdadero valor de los poemas está en el mensaje de calidad que transmiten estos sonetos. Y en el siguiente artículo de nuestra escritora seguiremos hablando de este libro.

A los quince días, es decir, el último día de octubre, después de este paréntesis con la revista madrileña, vuelve a la colaboración con el diario grancanario *Falange* en la misma sección habitual «Plumas de las Islas» en el que publicará seis artículos de forma consecutiva, el último de ellos ya en el siguiente año; también en el nuevo año publicará en el periódico tinerfeño *El Día* el 22 de enero, el mismo artículo que vamos a comentar a continuación: «Gutiérrez Albelo y su libro de sonetos»<sup>840</sup>. Este artículo coincide con la reseña publicada en *Ínsula* por nuestra autora, sólo ha añadido algunas notas y la transcripción de los poemas referidos a dichas anotaciones. Gutiérrez Albelo habla del ansia de ascensión hacia la amada que cobra cimas de futuro en el soneto V y María Rosa Alonso transcribe versos de dicho soneto. Después dice: «Pero siempre se divisa Apolo-Dafne, y la plenitud sólo es mero deseo», también transcribe los versos referidos a lo afirmado. Más tarde nos dice que la amada poética de Gutiérrez Albelo no se canta ni invita ni *in mortem*, sino que es reflejo del amor imposible, de ese amor tan renacentista basado en el platonismo, aunque parece ser que la clave se da en el soneto XXX, cuando habla de «Sirena de cartón» o de «Musa en mis sueños...». Al terminar el escrito, la autora dice que hay viñetas de Reyes Darías y un retrato del autor hecho por José Vicente del Buergo, «que ilustran la delicada edición de *Los blancos pies en tierra*».

En la segunda semana de noviembre se publica el último de los siete artículos que de forma consecutiva ha publicado María Rosa Alonso dedicados a hablar de literatura: los tres primeros sobre Antonio de Viana y su relación con la isla y los cuatro siguientes haciendo reseñas-comentarios sobre libros de «Alonso Quesada», Emeterio

---

<sup>840</sup> \_\_\_\_\_: «Gutiérrez Albelo y su libro de sonetos», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 31 de octubre de 1951.

Gutiérrez Albelo y de Pedro García Cabrera, de este último es del que vamos a hablar a continuación: «García Cabrera, cazador de alondras»<sup>841</sup>, comienza diciendo que este libro era para haberse publicado hace veinte años, pues este poeta canario de la generación del grupo de la *Gaceta de Arte*<sup>842</sup>, presenta un libro en la línea del neopopulismo lorquiano. Compara el libro recién editado con *Líquenes* de 1928, aunque el último tiene mayor dominio de las metáforas. *Día de alondras* se ha creado bajo el dominio del siete: «siete veces siete alondras: en el jardín, en la tarde, en la orilla del mar, en la alcoba, en el campo, en la azotea y en la ciudad»; nuestra escritora nos hace una crítica muy positiva sobre este libro de poemas de García Cabrera, pues ella analiza meticulosamente cada uno de los versos para transmitirnos su entusiasmo por el poeta gomero, por su actuación sobre el paisaje, los animales y la Naturaleza brillante con metáforas de color y de luz. Dice que este libro es mucho mejor que *Transparencias fugadas* de 1934, en el que García Cabrera se centraba mucho en la poesía pura. Nos transcribe uno de los bellos poemas que componen este *Día de alondras* y termina con el deseo de que el poeta siga publicando esos dos o tres libros inéditos que el autor tiene dormidos.

A finales del mes de noviembre nuestra autora vuelve a un tipo de artículos que hacía un tiempo no cultivaba, al que hemos clasificado bajo el epígrafe de «Paisajes y lugares», concretamente desde el 25 de junio en el que nos habló de la ñamera de la Plaza del Charco del Puerto de la Cruz. Además de en la misma sección y periódico con el que viene colaborando en los dos últimos artículos, también éste se publicó en el diario tinerfeño *El Día* del 2 de diciembre del año que está terminando. En esta ocasión a través de su pluma nos brinda la ocasión de visitar el pueblo más alto de España, «Vilaflor»<sup>843</sup>, y para un lugar tan especial a nuestra periodista no le queda otro remedio

---

<sup>841</sup> ALONSO, María Rosa: «García Cabrera, cazador de alondras», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 9 de noviembre de 1951.

<sup>842</sup> *Gaceta de Arte* era una revista mensual de arte dirigida por Eduardo Westerdahl entre 1932 y 1936, distribuida en Tenerife de la que se editaron 38 números. La revista se proyectó como un sismógrafo que anota las diferentes variantes del arte contemporáneo, entre sus páginas podemos ver desde el surrealismo de Dalí a los dibujos artísticos de Grosz; junto con textos de Eduardo Westerdahl, Pedro García Cabrera, Domingo López Torres, Emeterio Gutiérrez Albelo, Agustín Espinosa, Domingo Pérez Minik, etc. Para Ángel Sánchez: «La generación de *Gaceta de Arte* —pues como tal debe considerarse a quiénes llamamos “grupo”, “componentes” o “animadores”— estaba ansiosa de novedades con las que llenar el secular vacío de objetos mentales que en esta latitud sufre la clase pensante. A ellos le cabe el alto ejemplo de atreverse a romper el cascarón para verificar que nuestro supuesto nido de águilas imperiales aisladas puede serlo igualmente de pardelas comunicativas o de gaviotas cosmopolitas sin ninguna merma de contemporaneidad» (SÁNCHEZ RIVERO, Ángel [1993]: *Gaceta de Arte*, edición al cuidado de Carlos Gaviño de Franchy, Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias: 133).

<sup>843</sup> ALONSO, María Rosa: «Vilaflor», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 27 de noviembre de 1951.



que emplear muchas más palabras que en cualquiera de sus otros artículos similares, ya que este pueblo necesita para su descripción muchos más adjetivo, epítetos, sustantivos, etc. Empieza contándonos cómo subió a Las Cañadas del Teide con Luis Diego Cuscoy, su esposa, un arqueólogo y un ingeniero, estos dos últimos peninsulares; sigue con una lírica descripción de Las Cañadas, Ucanca, Tauce y Chasna. Interrumpe el recorrido para hablar de Ortuño y de la reforestación que está llevando a cabo desde el monte de La Esperanza, pinos recién plantados que compara con la esperanza de la primavera para contraponerlos a los melancólicos otoñales de Vilaflor. Intenso lirismo la inunda al ver la silueta de La Gomera entre las nubes y su camino hacia la plaza del pueblo de Vilaflor, allí nos habla de la confusión que ha habido con la etimología de su nombre, pues no es la que se creía popularmente: «vi la flor», sino que es «Villa-flor». Habla de la iglesia de San Pedro, de su historia y de los valores artísticos que se encierran en ella; en un cuartucho al lado están abandonadas las famosas momias que pueden ser identificadas, junto a objetos que utilizan para las fiestas del pueblo. A continuación, cuenta cómo esos mil quinientos metros de altura proporcionaron al lugar un clima idóneo para las personas enfermas de tuberculosis en el siglo XIX y todavía hay ciertas supersticiones sobre que el bacilo anda acechando tras algunas de las viejas casas. Y termina este extraordinario artículo hablando del clima y haciendo referencia a la cantiga CIII del rey Sabio, que versaba «sobre el frailecito que se encantó trecientos años con el trinar de un pájaro»: así se conserva todo en Vilaflor, y otro tanto tiempo nos quedaríamos sus lectores embelesados deleitándonos con la lecturas de María Rosa Alonso, que sabe transportarnos en el espacio y en el tiempo a lugares tan mágicos de nuestra isla.

A mitad de diciembre nuestra autora vuelve a la publicación de artículos de crítica literaria, seguimos en el mismo periódico y en la misma sección, pero como ha sucedido últimamente hasta en dos ocasiones, el artículo es reproducido más tarde por el diario tinerfeño *El Día*, esta vez el 28 de diciembre del mismo mes. «Otra vez el mito de Orfeo»<sup>844</sup> comienza directamente hablando del doctor Pablo Cabañas<sup>845</sup>, profesor de la

---

<sup>844</sup> ALONSO, María Rosa: «Otra vez el mito de Orfeo», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 15 de diciembre de 1951.

<sup>845</sup> Pablo Cabañas (1923-1981) fue un poeta, ensayista, filólogo y profesor universitario español; se doctoró en Filosofía y letras en la Universidad Central de Madrid con una espléndida tesis sobre *El mito de Orfeo en la literatura española*, dirigida por Joaquín Entrambasaguas —al igual que María Rosa Alonso—, dicha obra aún es de obligada consulta en las facultades de Filología Hispánica. Además, le fue concedida en 1947 el prestigioso Premio «Menéndez Pelayo», que otorga el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. En las conclusiones de su tesis podemos encontrarnos con la siguiente

Universidad madrileña, que ha realizado sus tesis doctoral sobre *El Mito de Orfeo en la Literatura Española*, y, además, ha publicado el *Orfeo* de Pérez de Montalbán y el de Jáuregui, ambos del siglo XVII. En el siguiente párrafo nos cuenta que la señora Maynadé escribió una tragedia lírica, *Eurídice en los Infiernos*, que también como Cabañas trata el tema clásico; María Rosa Alonso, al igual que en un anterior artículo dedicado a esta autora residente en Gran Canaria y en el que hablaba de sus poemas (*Falange*, 23/061949), incide en la doble faceta artística de Maynadé: escritora y escultora, en ambas es patente una buena preparación clásica. El mito de Orfeo lo trata en su momento cumbre, es decir, cuando el músico llega al infierno suplicando y conmueve a Plutón y a Perséfone al contarle su tierno amor por Eurídice, y la autora tinerfeña transcribe esos versos. Así como a la mujer de Lot la perdió la curiosidad, la sed amorosa de impaciencia es lo que perdió a Orfeo. Hasta aquí trata Maynadé el mito y nos dice la comentarista que «La prueba de amor que Eurídice ha pedido a Orfeo es justamente aniquilar ese amor mismo y ver la luz. Y a la luz no hay quien la haya visto sin cegar o morir; es decir, sin perderla».

A los cinco días seguimos con la literatura, esta vez también tenemos a una mujer como creadora, por lo que terminamos el año de 1951 con dos artículos dedicados a dos mujeres escritoras, la primera afincada en la isla de Gran Canaria y la segunda natural de la isla de Cuba. En «De la Habana, poesía»<sup>846</sup> cuenta cómo llegó a las manos de nuestra ensayista el libro, enviado por la misma escritora cubana, María Sánchez de Fuentes. Publicado en 1950 llevaba ya tiempo en poder de la tinerfeña, pero como tiene tanto que leer, ha guardado cola y le ha tocado su turno: *Polvo de luz* es el título de esta obra, cuyo prólogo está hecho por el hijo de la autora, Eugenio Florit, en el que cuenta cómo su madre recién casada viajó a Madrid y allí tuvo a sus cuatro hijos, aunque el mayor que había nacido en Cuba se quedó a vivir en Madrid. La poetisa se formó leyendo a los románticos españoles y a los premodernistas americanos; según Florit, su madre cantaba muy bien y recuerda oír la cantando la canción de Eduardo, el hermano

---

afirmación: «El Mito de Orfeo es una herencia, un legado glorioso que nuestras letras deben a la Literatura Latina [...] Ahora bien, nuestras letras no se han limitado a seguir este legado; a devolverlo en español en una prosa más o menos cincelada, o poetizarlo en octosílabos o endecasílabos de mayor o menor perfección anatómica; el Mito ha sido reconstruido totalmente. Para ello se duplicó el cauce, se ensancharon las orillas, la fantasía de los poetas inventó nuevos personajes, comparsa de las inmortales figuras mitológicas» (CABAÑAS, Pablo [1948]: *El mito de Orfeo en la literatura española*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid: 215-216).

<sup>846</sup> ALONSO, María Rosa: «De la Habana, poesía», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 20 de diciembre de 1951.

de la poetisa, *Tú*; nos cuenta María Rosa Alonso que en su niñez en la casa de Guamasa también oía cantar «con su hermosa voz de barítono» —nos imaginamos que sería su padre— la misma canción. La ensayista tinerfeña define la poesía de la señora Sánchez como de tono menor, sutilmente femenina, de corte y verso breves; no tiene ni un solo soneto, ni una décima; hay abundancia de la poesía de corte neopopularista de hace veinte años, pero que para la poetisa cubana es una incorporación. Transcribe algunos de sus versos, a la vez que los comenta para llegar a la conclusión de que su poesía no tiene «grandes exigencias de ritmo, sin ahondar los misterios inefables de la poesía, discurre y fluye sencilla, serena y melancólica la sobria musa de la poetisa cubana». Juan Ramón Jiménez la había incluido en su colección de *La poesía cubana en 1936*. El último poema de su libro está dedicado a la soledad, un buen final —a juicio de Alonso— para un libro de amable poesía.

Llegamos a 1952 y a lo largo de este año, además de las publicaciones que comentaremos siguiendo el listado que la misma escritora nos facilitó, publicó dos excelentes ensayos: «El tema del mar en la lírica española» en la revista *Arbor* y «La obra literaria de Bartolomé Cairasco de Figueroa» en la *Revista de Historia*. Es precisamente el nombre esta última revista citada el que aparece incluido en el título del primer artículo que publica al comenzar este año, concretamente el día de Reyes; también es el último del bloque de seis consecutivos publicados en el diario grancanario *Falange*, aunque no aparece en la sección habitual sino que está en «El domingo literario», así que en ese año coincidió la fiesta más ilusionante para los pequeños de la casa con el domingo: «Críticas de Revista de Historia»<sup>847</sup>; es evidente que *Falange* publica estas notas de la revista de la universidad lagunera porque están dedicadas al director del diario grancanario con el que colabora María Rosa Alonso. La primera es una reseña al libro de Ignacio Quintana Marrero: *Breviario Lírico (Libro de horas) 1932-1945*, Las Palmas de Gran Canaria, 1949. La crítica literaria se pregunta si los versos de su libro «son el violín de Ingres del periodista o si en el periodismo de Quintana el poeta vierte su esencial ser poético». Ella opina que la poesía de Quintana no es la de su generación, exceptuando el primer Juan Ramón Jiménez y alguna etapa de Alberti y Lorca; del modernismo ha escogido Quintana su expresión poética, en la que aparecen algunos clásicos latinos. De sus composiciones poéticas, ella prefiere las de

---

<sup>847</sup> ALONSO, María Rosa: «Críticas de Revista de Historia», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 6 de enero de 1952.

versos cortos, y transcribe dos ejemplos de éstas. También es muy importante en su poesía el paisaje de Teror del que la ensayista hace una descripción muy lírica y también añade las transcripciones de dos estrofas de dos sendos sonetos dedicados el primero a Teror y el segundo a Margarita, su pequeña hija muerta con un año escaso. También alaba el prólogo de Joaquín Artilles<sup>848</sup>, la portada y guardas de Plácido Fleitas y las viñetas de Antonio de la Nuez, todo bajo «la pulcra impresión de la imprenta Alzola». La segunda Nota está también dedicada al mismo autor, en esta ocasión es un Pregón de la *Semana Santa de Las Palmas*, marzo de 1949, Talleres Minerva, 96 pág. en cuarto. Este pregón se emitió por Radio Las Palmas el Viernes de Dolores de 1948, al año siguiente se imprimió. La periodista narra los distintos actos llevados a cabo a lo largo de la Santa Semana y en qué lugares se van celebrando los cultos religiosos y a quiénes van dedicados, por ejemplo, hay cuatro parroquias principales en la ciudad: Santo Domingo, San Agustín, San Francisco y San Bernardo y el «Domingo de Ramos —función de palmitos, alegría de los niños—, derrama sobre la ciudad el Señor de la burra, que sale de San Bernardo, o sea San Telmo y por la tarde, el señor Predicador de Luján Pérez parte de Santo Domingo». A ella le da un poco de envidia esta edición porque en su isla no se ha hecho nunca un pregón tan bien editado con esas láminas tan hermosas que acompañan a los textos, y sólo echa de menos los textos correspondientes a los pies de cada grabado y no como índice al final. Seguro que el director de Falange se sentiría muy orgulloso por estas Notas de la revista universitaria y, además, por tener de colaboradora a una mujer con tal grado de inteligencia que igual hace estas notas a

---

<sup>848</sup> Joaquín Artilles (1903-1992) nació en Agüimes, Gran Canaria. Fue profesor, crítico literario y destacado medievalista. Realiza estudios en el Seminario Universidad Pontificia de Canarias y cuando los finaliza se incorpora al Centro como profesor de Historia de la Literatura entre los años 1914 y 1927. Obtiene la licenciatura en Filosofía y Letras en la Universidad Literaria de Valencia en 1935. En 1943 gana por oposición la Cátedra de Lengua y Literatura Española y se incorpora al Instituto de Enseñanza Media Pérez Galdós de Las Palmas. Abandona las clases en 1955 al ganar, también por oposición, la plaza de Inspector de Enseñanza Media del Distrito Universitario de Canarias. Se doctora en Filología Románica por la Universidad de La Laguna en 1963. De sus obras ensayísticas más destacadas podemos reseñar: *Paisaje y poesía en la Edad Media*, 1960. *Los recursos literarios de Berceo*, 1964. *El Libro de Apolonio, poema español del siglo XIII*, 1966. *Tres lecciones de literatura canaria*, 1942. *Más sobre Tomás Morales*, 1959. *Poesías elegidas*, de Fernando González, 1966. «Antes, con y después de Rubén Darío», 1968, publicado en un volumen conjunto titulado *Rubén Darío*, con las conferencias de Luis Doreste Silva y Pedro Perdomo Acedo: [http://www.guiadegrancanaria.net/memoriainsular/2001/personajes/joaquin\\_artiles\\_santana/joaquin\\_artiles.html](http://www.guiadegrancanaria.net/memoriainsular/2001/personajes/joaquin_artiles_santana/joaquin_artiles.html) (consultado el 30/11/2023).

libros religiosos como describe líricamente un paisaje isleño o realiza una excelente crítica literaria en periódicos y revistas.

Han pasado más dos semanas hasta que nuestra periodista publica su siguiente artículo, esta vez vuelve a cambiar de periódico y se queda en su isla, es decir, en *El Día*. Serán tres los artículos que publicará en este diario tinerfeño y con temática cultural; el primero de ellos, «La cultura regional y el turismo»<sup>849</sup> mantiene una actitud muy crítica, empieza estableciendo una antítesis entre las instituciones culturales, los escritores y los artistas y la masa gregaria, que la distingue de pueblo; según ella, esta masa desprecia al poeta en aras del futbolista y del galán o actriz de cine, dice que los órganos oficiales están más dispuestos a dar dinero para un campo de fútbol antes que para la Universidad. Pero si pensamos en nuestra economía, sobre todo en el turismo, el turista viene buscando obras de arte: iglesias, museos, bibliotecas, etc., no campos de fútbol; porque hasta aquí se creía que con llevar a los viajeros a ver el Drago de Icod y el Valle de La Orotava era suficiente, pero hay que cambiar de idea y no ofrecerle al turismo sólo naturaleza, sino también arte. Por eso las islas tienen que organizar la arqueología, el folklore, la literatura, la flora y la fauna, en suma, la cultura regional. Pero, si pensamos en Tenerife cuando el turista viene a buscar vestigios de la cultura guanche, por ejemplo, parte del Archivo de Adeje lo encontrará en Londres; en ese aspecto ella admira París porque tiene conciencia de preservar sus edificios históricos y no deja levantar más de siete pisos, lo contrario de Madrid que está amenazada por el mal gusto al intentar imitar los feos rascacielos norteamericanos, no teniendo problemas de espacios pues puede extender su superficie urbana sin problema. Hacía tiempo que no nos encontrábamos con una María Rosa Alonso tan combativa, con tantas ganas de luchar y defender sus ideas acerca de lo que debe ser la cultura de su región, esta vez relacionándola con el turismo.

A principios de febrero vuelve a publicar en el diario tinerfeño otro artículo sobre cultura, aunque esta vez deja el ámbito regional y se centra en la capital tinerfeña: «Breve itinerario de un Santa Cruz con estilo»<sup>850</sup> nos cuenta dónde trabaja su amigo, Carlos Rizo, sito en la calle de la Marina y en el edificio Hamilton, al que describe. También habla del carácter de su amigo a través de las palabras de José Manuel

---

<sup>849</sup> ALONSO, María Rosa: «La cultura regional y el turismo», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 23 de enero de 1952.

<sup>850</sup> ALONSO, María Rosa: «Breve itinerario de un Santa Cruz con estilo», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 3 de febrero de 1952.

Guimerá, que decía que Rizo hacía posible la creencia en la bondad humana. Sigue haciendo un recorrido por Santa Cruz, esta vez habla y describe el antiguo Gobierno Civil, después nombra a Domingo Cabrera que opinaba que en el llamado Palacio de Carta podría alojarse el Círculo de Bellas Artes, otras personas también soñaron con hacer un buen uso de dicho edificio, pero al final lo convirtieron en un Banco, vuelve a nombrar a Madrid porque dice que allí donde cierran un café, colocan un Banco. Este recorrido por Santa Cruz lo está haciendo de memoria, puesto que está escribiendo desde Madrid. El itinerario continúa por plaza de San Francisco, la del Príncipe, según ella, una de las más bonitas de España; este recorrido la lleva a pensar en «un turista inteligente acompañado de un guía discreto y enterado. O de una guía escrita con gracia». Volvemos al tema del artículo anterior, la calidad en el turismo y pone como ejemplos a Madrid y Barcelona, donde ha habido mecenas que han donado espacios para actividades culturales. Pero en Tenerife no se ha dado esto, aunque habla de la actitud de don Imeldo Serís que no es nada desdeñable, pero no nos dice por qué; nombra al doctor Chil en Las Palmas que donó su casa, museo, biblioteca y finca para hacer posible el Museo Canario. Y termina con una reflexión del dinero, del que dice que casi nunca lo tienen los mejores porque si no lo perderían enseguida. «Dinero y calidad espiritual en rara coyunda, producen una rara ave de casi todas las latitudes. Se llama mirlo blanco». Un ocurrencia final para un artículo en el que, además de llevarnos de la mano por algunas calles muy conocidas de la capital, sigue en su empeño de concienciar a sus lectores del cuidado de preservar los edificios históricos, porque es una buena inversión económica para la ciudad, sobre todo pensando en el turismo.

Y tenemos el último artículo de la tríada que forma esta particular cruzada en aras de fomentar la cultura de su tierra que se propuso nuestra escritora que, a pesar de encontrarse en Madrid, tiene presente las necesidades de su isla. Y el presente escrito publicado a la semana siguiente, lo dedica íntegramente a hablar de los museos: «Un museo arqueológico en Santa Cruz de Tenerife»<sup>851</sup> constata que en los últimos años los estudios arqueológicos han tenido un gran impulso, que comparados los estudios de los guanches con los de los primitivos habitantes de Gran Canaria, nos habíamos quedado muy atrás. Hace una especie de repaso histórico por las cuevas de los guanches que se han ido descubriendo: después de las citas de Viera se hicieron algunos intentos por

---

<sup>851</sup> ALONSO, María Rosa: «Un museo arqueológico en Santa Cruz de Tenerife», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 9 de febrero de 1952.

parte de algunos extranjeros, en el siglo anterior se habló de que el poeta Martín Neda encontró un rico yacimiento en los altos de Icod, más tarde la generación del «Gabinete instructivo» quiso darle un impulso a estos estudios arqueológicos y del esfuerzo de ellos y del señor Anselmo Benítez; tenemos algunas muestras en el museo de éste último y en el Museo Municipal de Santa Cruz de Tenerife. La organización de la arqueología tinerfeña ha avanzado mucho, pero si el Cabildo Insular no aporta un edificio donde se expongan los importantes descubrimientos que se han hecho, además de las piezas del Museo de Villa Benítez y las del Museo Municipal. Ese nuevo Museo, aparte de preservar nuestra riqueza arqueológica, con una corta y buena guía sería un acicate para el turismo y para el interés patriótico. Hace una llamada a Luis Diego Cuscoy para que con ayuda de unos cuantos becarios pueda organizar ese museo, aunque también habría que darle una remuneración económica porque él y su familia necesitan vivir. En fin, que nuestra entusiasta profesora hace hasta lo imposible para concienciar a los responsables del Cabildo de que emprendan el proyecto para la adquisición del edificio adecuado, y así Luis Diego Cuscoy podría organizar el Museo arqueológico que la isla tanto necesita.

En el mismo día que el anterior, se publica en el periódico grancanario *Falange* un artículo, se trata del primero de cuatro consecutivos con los que la periodista tinerfeña sigue colaborando en la misma sección, «Plumas de las Islas», en la que, generalmente, publica sus artículos en el diario de la isla oriental: «Cartas de amor»<sup>852</sup> sorprende porque nuestra autora no se suele prodigar en temas tan personales, pero ya veremos que lo va a hacer de una forma generalizada, pues realiza una reflexión acerca del empleo de esta forma de comunicarse los enamorados. Empieza haciendo el planteamiento de lo rápido que se suceden unas generaciones a otras y de cómo la técnica ha influido en que las costumbres cambien, todo esto se lo ha planteado porque ha caído en sus manos unas declaraciones de amor escritas entre los años 1922 y 1923 dirigidas a una damita del Levante español. En dichas cartas se le pide a la joven una entrevista y que ella ponga el lugar y la hora, todas las cartas son de similar contenido: ellos pedían la entrevista para hacer su declaración de amor en ese encuentro, aunque cuando no se le concede la entrevista, el joven hace su declaración por escrito en otra carta posterior. Es evidente que todas las generaciones hacen lo mismo: comen, ríen, lloran, se divierten, se enamoran, etc., la diferencia estriba en que antes las chicas

---

<sup>852</sup> \_\_\_\_\_: «Cartas de amor», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 9 de febrero de 1952.

estaban vigiladas por su madre o hermanas, mientras que ahora la chica está cerca sale sola y posee una gran libertad por la que los chicos pueden dirigirse a ellas y hablarles directamente, incluso sin haber sido presentado. En el último párrafo nuestra escritora se pregunta retóricamente si es mejor lo de ahora que lo de antes, a lo que contesta que cada generación encontrará a las anteriores desdeñables y las del presente excelentes, pero la realidad es que «el amor se sigue haciendo siempre». A lo largo de todo el escrito subyace el eterno lema manriqueño de que cualquier tiempo pasado fue mejor, pero la tinerfeña tiene las cosas muy claras en este aspecto: por mucho que diga la literatura siempre la generación actual encontrará a la anterior muy anticuada; lo que decía Manrique en sus coplas del siglo XV lo rebate María Rosa Alonso en pleno siglo XX.

El segundo artículo de los publicados en *Falange* aparece con cuatro días de diferencia y versa también sobre un tema de índole personal, aunque se puede generalizar. En «Peluquería de señoras»<sup>853</sup> se asombra, desde Madrid, de la facilidad con que las señoras hablan de su vida privada con la peluquera sin ni siquiera fijarse que hay otras personas escuchando; además, también hablan de cualquier tema con el resto de señoras que esperan su turno. Nuestra periodista cuenta historias personales que oyó mientras estaba allí, contadas sin ningún pudor por la protagonista, o bien, ésta criticaba cosas de otras personas; todo lo anterior la lleva a decir que la peluquería es «Casino donde se charla de cine, de modas y de novelas Pueyo. Confesionario donde se vierten las infidelidades ante personas desconocidas». También nos cuenta cómo en el verano debido al calor se quedan en combinación, cuando no hay peluquero, sin importarle hacerlo ante desconocidas y ella critica que «La combinación, como la conversación, suele estar adornada de buenos encajes, y la señora tiene un secreto y malsano interés en lucir tanto los encajes de su prenda interior como las florituras de sus cuitas de amor». En este artículo, podríamos llamarlo costumbrista, su autora nos describe la realidad de un establecimiento donde sin ser iglesia, hay confesiones y, sin ser un gabinete psicológico, hay terapias de grupo; pues cualquier ambiente es bueno para las personas que no tienen ocasión, como por ejemplo las amas de casa en la época en que fue escrito esto, de contar sus sentimientos, esperanzas, decepciones, etc.

---

<sup>853</sup> ALONSO, María Rosa: «Peluquería de señoras», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 13 de febrero de 1952.



A continuación, nos encontramos con dos artículos cuyo tema central es la educación: el primero de ellos se publicó a los tres días del anterior y nos recuerda el año 32 cuando por el mes de septiembre María Rosa Alonso estaba dedicada de lleno a luchar para conseguir la fundación del Instituto de Estudios Canarios. Este artículo también fue publicado en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, con el título «Una cátedra de estudios canarios», el 2 de marzo de 1952. Y después de estar sin publicar en el diario vespertino tinerfeño desde el 11 de junio de 1948, publicó este artículo en *La Tarde*, el 12 de agosto de 1952. «Los estudios canarios en nuestra Universidad»<sup>854</sup> recuerda que la Universidad de La Laguna es la de Canarias, puesto que sólo hay una en la región y por ello ha procurado salir de sus muros y ofrecer en otros lugares cursillos de extensión universitaria o, como se hizo el año anterior, con un curso de superior impartido por profesores de otras universidades españolas, gracias a la iniciativa del Dr. Navarro González<sup>855</sup>, actual rector de la Universidad. A continuación, da una visión histórica de los estudios referentes a Canarias desde las generaciones positivistas del último cuarto de siglo pasado, pasando por Elías Zerolo y Luis Maffiote, la *Revista de Canarias* en Tenerife y la del *Museo Canario* en Las Palmas, que unieron su esfuerzo a las promociones románticas o a Viera y Clavijo. En esos momentos las dos provincias cuentan con buenos investigadores sobre los temas de Canarias, así como canarios que están en el exterior y extranjeros que se han implicado en el estudio de los temas canarios, por ejemplo, el doctor Wölfel. Presenta una larga nómina de investigadores en el campo de la Historia, de la lingüística aborígen, de la dialectología canaria, en los estudios literarios, en los artísticos y en los arqueológicos. Con tantos investigadores

---

<sup>854</sup> ALONSO, María Rosa: «Los estudios canarios en nuestra Universidad», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 16 de febrero de 1952.

<sup>855</sup> Alberto Navarro González (1917-1990) fue un cervantista e historiador de la literatura español. Se educó en un colegio salesiano y en un seminario. Como tal fue arrestado durante los primeros meses de la Guerra Civil en zona republicana, pero pudo refugiarse en la embajada de Guatemala y, al concluir la contienda, estudió Filología Hispánica en Salamanca; se graduó en 1943 y se doctoró en 1945 con una tesis sobre Baltasar Gracián. Desde 1949 trabajó intensamente como profesor de lengua española y literatura en la Universidad de La Laguna, en la que llegó a ser rector (1953-1964). Volvió a la Universidad de Salamanca en 1964 como catedrático de su departamento de literatura española y también fue nombrado rector del Colegio mayor hispanoamericano Hernán Cortés. Se especializó en literatura del Siglo de Oro, sobre todo en el *Don Quijote*, pero también en Pedro Calderón de la Barca y Vicente Espinel; asimismo hizo incursiones al siglo XVIII y XIX. En el XVIII centró sus investigaciones en la obra de Diego de Torres Villarroel y en la de Tomás de Iriarte, cuyas *Fábulas literarias* editó para la colección Clásicos Castellanos de Espasa-Calpe. En cuanto al siglo XIX, estudió y editó especialmente la narrativa de Pedro Antonio de Alarcón y Fernán Caballero. Tras jubilarse en 1985 fue profesor emérito en la Universidad de Salamanca, ciudad de la que ya había sido alcalde entre 1966 y 1968. Es Gran Cruz de la Orden de Alfonso X el Sabio: <https://es-academic.com/dic.nsf/eswiki/1264016#sel=11:1,11:2> (consultado el 30/11/2023).

dedicados a lo canario, ella considera que se hace necesaria en la Universidad de La laguna una Cátedra de Estudios Canarios, con la ayuda económica de todos los Cabildos insulares; sería una cátedra sin titular y que un trimestre lo podría explicar un especialista en Historia, por ejemplo, y al siguiente uno de arqueología y así sucesivamente. Ella le ofrece la idea al joven rector, doctor Navarro<sup>856</sup>, pues en la Universidad madrileña ya se está iniciando un proyecto de este tipo, es decir, se va a incorporar una cátedra de estudios madrileños, pero para María Rosa Alonso la de aquí sería aún más necesaria debido a la fragmentación regional. Dice que desde la creación del Instituto de Estudios Canarios viene sustentando esta idea, por eso quería que el Instituto funcionara anejo a la Universidad, pero dice que en ese momento dicho Instituto es casi una entidad fantasma y por eso ha hecho la presente propuesta: «Una cátedra de Estudios regionales acabaría de dar a la cultura de Canarias una consagración oficial y permanente a que tiene derecho a la altura de nuestros tiempos». ¿Tendrían estos tipos de iniciativas alguna relación con lo que sucedió al año siguiente con nuestra inquieta profesora?

Y el segundo artículo dedicado al tema de la educación y último de este bloque de los cuatro de *Falange*, fue publicado a la semana siguiente: «Una residencia canaria en Madrid»<sup>857</sup> nos cuenta uno que le expuso su paisano Francisco Aguilar y Paz<sup>858</sup>, director de la Escuela Social de Madrid: se trataba de hacer una Residencia canaria en Madrid para acoger y vigilar a los becarios de todos los cabildos insulares, donde se pudiera hacer exposiciones de artistas canarios en Madrid y conferencias de interés regional; también podrían alojarse las representaciones de Cabildos y de casas exportadoras canarias, que instalaría sus oficinas allí donde también expondrían, para su

---

<sup>856</sup> No se imaginaba ella el daño tan grande que le iba a hacer al año siguiente cuando se negó a concederle la cátedra, que dejó vacante Valbuena Prat, por ser «mujer y roja».

<sup>857</sup> ALONSO, María Rosa: «Una residencia canaria en Madrid», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 23 de febrero de 1952.

<sup>858</sup> Francisco Aguilar y Paz (1905-1997): nacido en Santa Cruz de Tenerife, fue un reconocido literato y Doctor en Derecho e Inspector de Universidades Laborales. Según José María Lizunda: «Fue un jurista y funcionario por oposición con el número uno, pero en *Gaceta de Arte* era el filósofo, como dejó escrito Eduardo Westerdahl. Es sin duda, el de más vasta cultura del grupo. Fue también jefe provincial de Falange de Santa Cruz de Tenerife y diputado (procurador entonces) a Cortes, por tanto un acerbo defensor de una nación española totalmente unitaria; sin embargo, otra vez está al otro lado, ya que es uno de los fundadores del Instituto de Estudios Canarios; hizo importantes aportaciones a la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife y se encuentra, entre los directivos del Círculo de Bellas Artes. Por su biografía hemos de deducir que fue nacionalista español, que sin embargo está volcado en su tierra. Incluso en Madrid, donde funda y preside el Hogar Canario. Sin duda, su patria chica no lo es tanto» (LIZUNDA, José María [2017]: *Francisco Aguilar y Paz: el disidente de la Vanguardia Canaria*, Editorial Alhulia, Granada: 13-14).

venta, calados, tabacos y otras producciones de las islas. María Rosa Alonso trata el tema de las becas, pues cree que los becarios malviven con la cantidad de dinero que reciben; ella piensa que es preferible que haya menos becarios, pero con mejores aportaciones económicas y con más vocación porque «es preciso ser trabajador, inteligente y tener deseos de hacer cosas en la profesión que se elija». Dice que hay demasiados abogados en cada esquina, pero que no se encuentran ni un fontanero que arregle un grifo, por lo tanto, insiste que la solución estaría en becar a los jóvenes que tienen verdadera vocación, inteligentes y responsables. El proyecto de Aguilar ayudaría mucho a lo anterior, pero ponerlo en práctica no es nada fácil porque se necesitaría que los Cabildos y los exportadores se pusieran de acuerdo para aportar el dinero necesario y que hubiera personas capaces de lograr llevar a buen final tan gran proyecto. Pues, a pesar de las dificultades expuestas por nuestra periodista, don Francisco Aguilar fundó el Hogar Canario y fue su primer presidente, por lo tanto, creemos que si funcionó tal y como se tenía previsto, tuvo que ser un gran aliciente para todos aquellos canarios residentes en Madrid que gozaron las ventajas de una institución que les ayudaba a sacar adelante sus estudios, exponer sus obras de arte, vender la artesanía canaria, así como realizar el comercio del tabaco y el plátano llevado del Archipiélago canario.

Al día siguiente María Rosa Alonso publica un artículo en el periódico tinerfeño con el que colabora en los últimos tiempos; es el primero de los tres artículos con los que los lectores asiduos de *El Día* podrán conocer la opinión de su paisana acerca de arte y de cultura. «Artistas canarios para el museo municipal»<sup>859</sup> expone una crítica recia, pero muy necesaria a nuestro entender, en la que la escritora muestra su decepción ante el estado en el que se encuentra el Museo Municipal de Santa Cruz. Comienza narrando un encuentro con un amigo y un escritor madrileño que, además era catedrático, erudito y sabía mucho de arte; ante una persona como esta ella y su amigo sintieron vergüenza de llevarlo al Museo Municipal y no se atrevieron a llevarlo. A pesar de los esfuerzos de los señores Tarquis<sup>860</sup> y Robayna<sup>861</sup>, el Museo es un desastre:

---

<sup>859</sup> ALONSO, María Rosa: «Artistas canarios para el museo municipal», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 24 de febrero de 1952.

<sup>860</sup> Pedro Tarquis de Soria (1849-1940): nacido en Madrid, allí fue discípulo del pintor Fernando Ferrant y Llausas, ingresando más tarde en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando, en donde recibe lecciones del gran paisajista Carlos Haes, adquiriendo una formación técnica muy completa. En 1870 fija su residencia en Santa Cruz de Tenerife, su llegada generó un impacto positivo entre los pintores locales, ya que traía un nuevo concepto en la captación del paisaje aprendido con Haes, quien había abandonado la tradición de pintar encerrado en el estudio y salía a pintar del natural. En 1873 volvió Tarquis a pasar un año en Madrid, de donde regresa ya definitivamente a Tenerife, contrayendo matrimonio en Santa

las salas de arqueología prácticamente inútiles, las salas de escultura y de pintura están algo mejor, a pesar de algunas obras mediocres enviadas por el Estado y lo que se debería hacer es separarlas de las realizadas por artistas canarios o avecindados muchos años en las islas y colocar las de los artistas exclusivamente regionales en unas galerías propias, en la que estaría desde un Óscar Domínguez hasta un Quintana. Las enviadas por el Estado se podrían ceder a edificios oficiales como, por ejemplo, a los Ayuntamientos. Ella propone que se haga «una guía bien hecha con introducción general del arte plástico en Canarias y explicación de cada cuadro bien numerado, colocado y clasificado, y unas correctas horas de visita, servirían al visitante de mucho». Ella no es muy optimista en cuanto al caso que le puedan hacer sus recomendaciones a los dirigentes políticos encargados de la organización del Museo, pero, por lo menos, lo intenta y quién sabe si en algún momento pueden recoger sus valiosas ideas por el bien de la cultura y el turismo en la isla.

A los dos días vuelve a publicar un artículo relacionado con la crítica de arte, pero esta vez el arte está en Madrid: «Don Luis de la Cruz detrás de un piano de cola»<sup>862</sup> comienza haciendo una reflexión sobre los canarios que salen de sus islas, bien para conocer otros lugares o trabajar, éstos últimos son los emigrantes que se han ido, sobre todo a Cuba o a Venezuela. También tenemos a canarios que se hicieron famosos, cuyas familias tenían suficiente dinero para enviarles a la capital del Estado a ampliar su formación, por ejemplo, los Iriarte; está el que se fue con su familia siendo un niño, como es el caso de Ángel Guimerá, que se adscribió totalmente a la cultura catalana y es

---

Cruz. Pedro Tarquis se involucró decididamente en la política local y en la sociedad santacruzera. Fue varias veces concejal del Ayuntamiento y llegó incluso a ser alcalde. Con Teodomiro Robayna promovió en 1900 la idea de crear un Museo de Bellas Artes, cosa que culminó con éxito al encontrar respuesta y colaboración entre la mayoría de los artistas canarios, que donaron obras para el mismo. Desarrolló labores pedagógicas continuamente, especialmente como profesor de la Escuela Municipal de Dibujo y de la Escuela de Artes y Oficios creada en 1913, de la que fue director, retirándose de estas responsabilidades, por su avanzada edad, en mayo de 1933 (ALLOZA MORENO, Manuel Ángel [1981]: *La pintura en Canarias en el siglo XIX*, Aula de Cultura de Tenerife: 295-296).

<sup>861</sup> Teodomiro Robayna Marrero (1864 – 1925): nacido en Santa Cruz de Tenerife, inició su formación con su padre, Gumersindo Robayna Lazo, en la Escuela Municipal de Dibujo, ampliando posteriormente sus conocimientos en Madrid. Con buen dominio del dibujo, cultivó el retrato y el paisaje de temática romántica, dejando también algunos ejemplos de pintura religiosa. Desarrolló una importante labor docente tanto en el centro donde se formó, ocupando en 1898 el puesto que tuvo su padre en dicha escuela municipal, como en la Escuela de Artes y Oficios Artísticos a partir de 1913 y fue uno de los fundadores del Museo Municipal de Bellas Artes de Santa Cruz en 1901, del que fue director hasta su muerte. Fue además uno de los socios fundadores del Círculo de Bellas Artes de Santa Cruz de Tenerife. Su obra se conserva en la Parroquia de la Concepción de Santa Cruz de Tenerife y en colecciones privadas (FRAGA GONZÁLEZ, María del Carmen [1993]: *Robayna: Gumersindo y Teodomiro Robayna*, Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias).

<sup>862</sup> ALONSO, María Rosa: «Don Luis de la Cruz detrás de un piano de cola», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 24 de febrero de 1952.

catalán y no otra cosa; caso muy parecido el de Galdós, que salió de las Palmas en su primera juventud y a sus islas no le dedicó ni una página y, por último, Agustín de Béthencourt y Molina<sup>863</sup>, el gran ingeniero educado en Francia y residente en Rusia, que fue más de lo mismo, es decir, personas que adquirieron fama fuera y allí se quedaron, olvidándose de donde nacieron. Cuenta todo esto porque visitó el Museo Romántico y cuando iba admirando sus obras de arte, se tropezó con un hermoso piano de cola y «en el testero de ese fondo un gran cuadro que representa a Fernando VII» y, después de observarlo atentamente, se fijó en la firma del pintor: don Luis de la Cruz y Ríos<sup>864</sup>, nada más y nada menos que un paisano del Puerto de la Cruz que llegó a ser pintor de Cámara de Fernando VII y al que llamaban «el canario». Ella cuenta como el Puerto de la Cruz ha dado tantas figuras ilustres, cuya fama ha trascendido más allá de nuestras fronteras, como los Iriarte, pero no sólo más allá de nuestras Islas, sino también de las fronteras nacionales, como fue el caso de Agustín de Béthencourt. Una vez más, nuestra periodista se empeña en que sus lectores conozcan a todos esos canarios que nos han hecho sentirnos orgullosos de que hubieran nacido en nuestra tierra, pues su afán de

---

<sup>863</sup> Agustín de Betancourt y Molina (1758-1824): nacido en el Puerto de la Cruz, fue un ingeniero civil y militar, arquitecto, ensayista, precursor de la radio, telegrafía y la termodinámica, afrancesado que trabajó para el Reino de España y el Imperio ruso. Nos dice Caro Baroja: «He aquí a un ingeniero español, canario, de la época de la Ilustración, al servicio de dos despotismos, más o menos ilustrados, y en pugna con lo que se da en todo régimen despótico: una floración de las “almas muertas”. Sí, porque en el Madrid de Carlos IV y Fernando VII abundan, como en el Moscú o el San Petersburgo de Alejandro. Burócratas, militares, funcionarios que no funcionan, “fuerzas vivas” ... El viejo Gogol sabía mucho de esto. También Larra» (BOGOLIÚBOV, Alekséi [1973]: *Un héroe español del progreso: Agustín de Béthencourt*, prólogo de Julio Caro Baroja, Seminarios y ediciones, Madrid: 9-10).

<sup>864</sup> Luis de la Cruz y Ríos (1776-1853): nacido en el Puerto de la Cruz, su aprendizaje artístico lo inició en su tierra de la mano de su padre, el pintor, tallista y estofador Manuel Antonio de la Vera Cruz, y luego con Juan de Miranda. Activo en su juventud en Tenerife, a los 22 años parte para Gran Canaria, trabajando allí en la catedral de Las Palmas. Fue alcalde real en 1808 de su ciudad natal y profesor de dibujo del Consulado del Mar de San Cristóbal de La Laguna. En 1815 es nombrado por Fernando VII pintor de Cámara del Rey, año en que se traslada a la Península. Sus últimos años transcurren en Andalucía, donde fue profesor del paisajista Carlos de Haes. Fue nombrado en 1825, caballero de la Orden de San Miguel, por el rey Carlos X de Francia. Para el Marqués de Lozoya: «Luis de la Cruz merece un lugar distinguido entre los mejores retratistas españoles del siglo XIX. Los retratos de su primera época, antes de abandonar el archipiélago, aun no revelan las cualidades que el estímulo de la Corte y la contemplación de las maravillas pictóricas acumuladas en los palacios Reales habían despertado. El pintor solía, acaso como resabio de su actividad como miniaturista, dibujar con gran cuidado las cabezas de los personajes retratados; en el resto del retrato acusa una mayor desmaña. En el colorido, sabe hacer contrastar los tonos calientes de las encarnaciones con los finos grises de los fondos, en una armonía que a veces recuerda a Goya. Uno de los mejores retratos de Luis de la Cruz es el del Obispo Verdugo que está en la sacristía de la Catedral de Las Palmas. En alguno de los últimos óleos del pintor canario, como el retrato varonil que poseen en Madrid los Marqueses de Villafuerte, se acusa una influencia de los retratistas ingleses que difícilmente pudo ser directa, sino más bien recibida a trazos de grabados» (LOZOYA, Marqués de [1945]: «Luis de la Cruz y Ríos, pintor de Cámara de Fernando VII», (separata), *EL Museo Canario*, n.º 16, Octubre-Diciembre, Las Palmas: 11).

hacer periodismo cultural no ha cejado desde el año de 1930 en que escribió su primer artículo con esa ilusión.

El último día de febrero de este año bisiesto, es decir, a los tres días del anterior publica el tercer y último de los artículos de esta triada, que ha escrito para el diario tinerfeño; en esta ocasión nos trae un tema cultural muy interesante y fundamental para sentar las bases de la cultura insular: «Bibliotecas insulares»<sup>865</sup> nos cuenta cuándo por el año de 1937 bajaba a la Biblioteca Municipal de Santa Cruz, de cómo tenía que entretener el tiempo entre las cinco y las siete de la tarde en que la biblioteca estaba cerrada. Nos relata las grandes deficiencias de la biblioteca, aunque estaba clara, limpia y con fondo musical de ensayos cercanos; la anécdota de la extranjera de Letonia que no sabía español y el ordenanza acudió a ella para que le ayudara le hizo ver la necesidad que tenía la institución de un Catálogo de libros canarios y referentes a Canarias; la señora le preguntó por el Instituto de Estudios Canarios, cosa que la alegró pero que al mismo tiempo la entristeció porque su gran obra ni siquiera tenía un espacio propio. Se ha enterado que las cosas han mejorado en la Biblioteca Municipal, pero que todavía la sección hemerográfica está muy mal porque parece que no se dan cuenta de que la prensa es fundamental porque muchas veces son los únicos documentos para comprobar fechas y hechos sucedidos a lo largo del tiempo; igualmente los investigadores, entre los que destaca como ejemplo de probidad a don Luis Maffiotte<sup>866</sup> y a don Elías Zerolo, hacen muy buen uso de los periódicos. Era increíble cómo en la biblioteca algunas veces los investigadores se escondían unos a otros los periódicos y

---

<sup>865</sup> ALONSO, María Rosa: «Bibliotecas insulares», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 29 de febrero de 1952.

<sup>866</sup> Luis Maffiotte y La Roche (1862-1937): nacido en Las Palmas, quedó huérfano de padre a los ocho años y a los trece entró de escribiente en una oficina e inició el bachillerato en el Instituto de Canarias en San Cristóbal de La Laguna. Sus primeros trabajos periodísticos aparecen en *La Ilustración de Canarias*, revista dirigida por don Patricio Estévez, en la que utiliza el seudónimo de «Ortiguilla», ese mismo periódico recogería el discurso que pronunciara en el Gabinete Instructivo. Se traslada a Madrid en 1886, tras conseguir destino como funcionario del Ministerio de Hacienda. En 1893 es Tenedor de Libros. Desde ese momento se dedica a la investigación bibliográfica sobre Canarias, y en 1895 proyecta la creación de una Biblioteca de Canarias. En el *Diario de Tenerife* publicó sus *Cartas bibliográficas* (1897), también escribió en *Las Novedades*, en *El Museo de Canarias* y en la revista *Gente Nueva*. Entre sus obras están: *Escritores Canarios*, *Poetas desconocidos*, *Los periódicos de las Islas Canarias 1905-1907*. *Apuntes para un catálogo*, obra en tres tomos; *Historia minúscula o Las crónicas de Bethencourt*. Suyo es también el prólogo a *Musa Canaria* (1900), de Nicolás Estévez. Fue Miembro de la Real Academia de la Historia (ESTÉVEZ, Patricio [1976]: *Cartas a Luis Maffiotte*, edición estudio y notas de Marcos Guimerà Peraza, Aula de Cultura de Tenerife: 18-19).

los libros. Vuelve al tema del turismo y a la necesidad de cuidar nuestro patrimonio cultural para cuidar a ese tipo de turismo que, además de buen clima y exótica naturaleza, también busca las manifestaciones culturales y artísticas de la isla. También habla de que la Biblioteca, que está en el viejo convento agustino de La Laguna, también es la Biblioteca universitaria hasta que no se termine de construir el edificio de la Universidad, por eso ella cree que sería adecuado crear una buena Biblioteca de Canarias en Santa Cruz, otra en La Laguna y dos Hemerotecas decentes en ambas ciudades; esto que se pide «sería una labor menos vistosa y útil que un estadium, claro, pero atestiguaríamos la dignidad de nuestra personalidad cultural», que nos daría carácter y una fisionomía. Creemos que ella tendría muy claro que «Contra el vicio de pedir está la virtud de no dar», pero que por lo menos ponía voz a las personas preocupadas por tener unas señas de identidad de la isla, que fueran algo más que fútbol y verbenas. Este artículo es sumamente importante porque en él se demuestra la preocupación de nuestra periodista por el futuro de una joven población, que tenía derecho a tener unas instituciones académicas y culturales acordes a los nuevos tiempos, que traían consigo innovaciones de todo tipo y sólo la cultura o, lo que es lo mismo, la preparación académica podría hacer que la isla avanzara de una forma equilibrada, tanto en su economía como en su cultura.

Empieza el mes de marzo y tendremos la publicación de cinco artículos, que se van a alternar entre los periódicos de las dos islas; el primero se publica en el diario grancanario, en la misma sección de «Plumas de las Islas» y volvemos a la crítica de arte: en «Artistas canarios en la Bienal»<sup>867</sup> nuestra escritora sigue en Madrid y allí ha visitado la primera exposición bienal de arte hispanoamericano, a ella le ha parecido una excelente idea el que unan un tipo de pintura oficial a la que, hasta ahora, no lo era; se han vinculado las obras de los pintores académicos con las del arte abstracto y remata que «cuando el académico y el abstracto son artistas mediocres, sus cuadros lo son también». Se habilitaron tres locales para la exposición: en el edificio de la Biblioteca Nacional se colocaron los de los «grandes de España» (pintura, escultura y arquitectura), en el de Exposiciones, pintura de españoles con tendencia a «las provincias» y en el Palacio de Cristal el resto de la pintura y además, acuarela, dibujo y grabado. Ella cree que, si se hubiese hecho una exposición previa entre las provincias,

---

<sup>867</sup> ALONSO, María Rosa: «Artistas canarios en la Bienal», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 11 de marzo de 1952.

habría dado una exposición más rigurosa y, además, los artistas de los países americanos no estaban representados por los más señeros es por eso que destacaban los españoles. En cuanto a los artistas canarios, que es lo que realmente a ella le interesaba para informar a sus lectores, estaban perdidos entre el resto de expositores de otras provincias y de los pintores madrileños que no cupieron o no se pudieron colocar entre los grandes. Entre los grandes, los que estaban en la Nacional, se encontraban Juan Guillermo, Gregorio de Toledo, Plácido Fleitas y José Aguiar. Los canarios, que estaban en los edificios del Retiro, eran catorce en total; incluyó a Mariano de Cossío, no porque fuera canario que no lo es, sino porque lleva un tiempo residiendo en Canarias. Después nombra a los catorce que expusieron en el Palacio de Cristal. Igualmente nombra a los tres que participaron: Francisco Bonnin, González Suárez y Pedro del Castillo Olivares y sólo un dibujante, Alonso Reyes Barroso, que presentó un cuadro de Padrón Acosta. Finalmente, nombra los ausentes y dice que esa exposición tan dispersa no cree que haya servido de mucho. Resumiendo, mucha cantidad, pero mala preparación, sobre todo a nuestra crítica de arte no le gustó que sus paisanos no expusieran unidos para así demostrar la calidad que en las artes plásticas hay en las islas.

A los cinco días, esta vez en el diario tinerfeño *El Día*, nuestra periodista publica un artículo cultural, muy relacionado con el mundo de la literatura ya que se habla de homenajes en la ciudad de los Adelantados a escritores, en concreto a poetas tinerfeños: «Un poeta para la Plaza de la Antigua»<sup>868</sup> comienza una nueva sección en el diario tinerfeño: «Colaboración», en la que publicará nueve artículos. La escritora tinerfeña nos habla de la iniciativa que tuvo Leoncio Rodríguez de colocar sendos bustos de poetas en la Plaza del Adelantado, esto da pie a nuestra autora para hacer un recorrido a través de la memoria por su amada ciudad lagunera, diciéndonos: «Recordar es abrir una puerta; la puerta de un aposento, donde, con perfume de flores secas, puede salir el pasado». Con estas bellas palabras nos adentra María Rosa Alonso en el túnel de sus recuerdos, aplaude la idea de honrar la memoria de dos poetas como Domingo Juan Manrique y Guillermo Perera y recuerda que éste había sido su profesor en Bachillerato, evocando sus años de Instituto junto con los lugares laguneros que tuvieron un especial significado para ella: en ese recorrido por el pasado, destaca la casa de la abuela de

---

<sup>868</sup> ALONSO, María Rosa: «Un poeta para la Plaza de la Antigua», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 16 de marzo de 1952.



Antonio de Viana, donde el poeta pasó su niñez y adolescencia; también recuerda al Vizconde don Cristóbal del Hoyo Solorzano que estuvo escondido en una de esas antiguas casas laguneras. Pero, por encima de todo, la autora siente «gran admiración por la plaza del Adelantado, pero me lleva una ternura viva a la sencilla plaza de la Antigua, donde discurrió mi niñez a partir de los nueve años [...] allí iban mis pasos niños junto a otros mayores». Y vuelven los recuerdos, estas líneas escritas en Madrid hacen que reviva todos esos años vividos en la ciudad de los Adelantados, porque no sólo fueron años de niñez, sino de juventud y el principio de su madurez. Y en la actualidad, La Laguna ha dejado de ser un recuerdo para María Rosa Alonso, para ser una realidad, pues lleva viviendo aquí desde hace unos seis años; continúa con sus recuerdos, y hace un repaso de los lugares y los moradores que los habitaban, diciendo de ellos: «Todos han muerto ya; todos han entrado en el panteón del pasado. Ahora son nada más que recuerdos, olor de rosas, de telas dobladas, de abalorios guardados, cuyo perfume se expande por la entreabierta puerta». Bellas y delicadas líneas para evocar y añorar personas que formaron parte de su vida. De todas formas, sigue insistiendo en la necesidad de que la plaza de la Antigua no puede quedarse sin el Poeta por antonomasia de la literatura canaria, aquél que cantó los orígenes del pueblo guanche, a pesar de que no haya ninguna foto del rapsoda lagunero, «creo que, mirando la idea con cariño, un monumento que recordara al cantor de Tenerife y de La Laguna podría levantarse en la inolvidable plaza de la Villa de Arriba». Aunque todavía no se le haya dedicado una plaza al creador del Cantar de gesta del pueblo canario, sí que el Ayuntamiento lagunero hizo una edición de su obra, bajo la supervisión de su insigne investigadora.

A los dos días vuelve a publicar en el diario grancanario, en la misma sección y también vuelve a la crítica de arte, en el que será el último artículo de nuestro trabajo dedicado a este tipo de crítica y nadie mejor que el gran artista catalán para poner el broche de oro a nuestros artículos dedicados a las artes plásticas: «Dalí en España»<sup>869</sup>, también reproducido en *El Día* el 23 del mismo mes. Se han presentado en la Biblioteca Nacional de Madrid, concretamente en el local de Amigos del Arte, treinta y dos obras de Dalí<sup>870</sup>, que junto con Picasso, Miró, Cossío, o el muerto Juan Gris, ha pasado a la

---

<sup>869</sup> ALONSO, María Rosa: «Dalí en España», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 23 de marzo de 1952.

<sup>870</sup> Salvador Dalí (1904-1989) fue un pintor, escultor, grabador, escenógrafo y escritor español del siglo XX. Se le considera uno de los máximos representantes del surrealismo. Salvador Dalí es conocido por sus impactantes y oníricas imágenes surrealistas, pero para el mundo de la literatura es conocido porque, por su relación con Lorca, también formó parte de aquel grupo de jóvenes, que trajeron consigo la segunda época dorada de la literatura española. La amistad entre el pintor y el poeta de Granada, ha dado

categoría de internacional. La exposición ha tenido mucho éxito de público por lo que costaba mucho examinar con placer las obras, además de escuchar comentarios para todos los gustos sobre los cuadros expuestos. María Rosa Alonso nos describe algunos cuadros, centrándose en los motivos religiosos, que son muy novedoso con respecto a la iconografía tradicional, llegando a compararla con los autos sacramentales de Calderón y a la pintura del Bosco, en el que se ha inspirado varias veces el pintor de Figueres, y dice que los espectadores que conozcan el arte, tanto del dramaturgo como del artista plástico, comprenderán sin problemas el arte religioso de Dalí. Éste ha sabido aunar las formas y los temas clásicos, cristianos y paganos, con el concepto actual de la pintura y así ha logrado crear un espectáculo impresionante de los más vivos en la reciente cultura española. Ella lo considera como un genial nacional, que como tal se comporta de una forma extravagante, que allá donde vaya no deja de sorprender, aunque se haga desear porque sus apariciones son escasas.

Al día siguiente, tal y como llevamos la alternancia en los periódicos isleños, esta vez le toca a *El Día*, en la misma sección, «Colaboración», que inició con el último artículo publicado en el diario tinerfeño. «Ernesto Castro Fariñas, de Tacoronte»<sup>871</sup> comienza diciendo que ni ella ni Antonio Dorta<sup>872</sup>, ambos tacoronteros, no habían

---

mucho de sí a nivel literario, no en vano el mejor biógrafo de García Lorca nos dice: «el encuentro de Lorca y Dalí fue enormemente fructífero para la creatividad de uno y de otro, dando lugar a un complejo tejido de influencias, complicidades, sugerencias, trasvases y reacciones. De que así fue no puede haber duda alguna después de las meticulosas monografías llevadas a cabo, a lo largo de muchos años por [...] Cabe pensar que, si no estalla la guerra civil y muere asesinado el poeta, los dos amigos habrían conseguido verse con más frecuencia, como ambos querían, y colaborado en algún proyecto común [...] Las obras dalinianas de la “época lorquiana”, y luego las ejecutadas después del asesinato, demuestran que para el pintor el recuerdo más persistente del granadino estaba indisolublemente vinculado a las estancias de éste en Cadaqués, escenario de la “Oda a Salvador Dalí”. Tal vez la máxima tragedia de Dalí, aunque él no la formulara así, fue no haber podido corresponderle al poeta, allá por los felices tiempos de 1927, cuando todavía había tiempo» (GIBSON, Ian [1999]: *Lorca-Dalí: el amor que no pudo ser*, Plaza & Janés, Barcelona: 12, 307).

<sup>871</sup> ALONSO, María Rosa: «Ernesto Castro Fariñas, de Tacoronte», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 19 de marzo de 1952.

<sup>872</sup> Antonio Dorta Martín (1903-1983) fue periodista, crítico y traductor. Nació en Tacoronte, estudió Bachillerato en el Instituto de Canarias de La Laguna y en 1929 obtiene su licenciatura en Derecho por la Universidad de La Laguna. A través de su amistad con Juan Manuel Trujillo, se vincula a la actividad de los escritores de la vanguardia insular que hicieron *La Rosa de los Vientos*. En 1930 se traslada a Madrid, pero regresa a la isla al año siguiente. En 1931 es concejal y alcalde republicano de Tacoronte, a finales de ese mismo año, viaja de nuevo a Madrid y desempeña allí diversos cargos en la oficina del Cabildo tinerfeño de la capital; también asistía a la tertulia del Café Pombo. Desde 1932 envía sus crónicas culturales y políticas al diario *La Tarde*. En 1933, José Rial publica dos escritos con ánimo polémico, en que habla de la petulancia y pedantería del joven Antonio Dorta, por su pretensión de construir una moderna cultura para Canarias; no hay noticia de que hubiera respuesta pública por parte de Dorta. Entre 1937 y 1938, será redactor-jefe del *ABC* republicano, dirigido a la sazón por Elfidio Alonso Rodríguez; entre 1938 y 1939 redactor de cultura de la revista *Blanco y Negro*. Tras la guerra civil, de la mano de Ortega y Gasset, trabajará como traductor para las editoriales Pegaso y, sobre todo,

escrito nada sobre su pueblo natal. A continuación, cuenta la historia de Tacoronte, siguiendo a Antonio de Viana: fue cabeza de reino guanche, su rey se llamó Acaymo, sobrino de Beneharo de Anaga y padre de Tejina, la esposa de Tegueste. Alonso de Espinosa dice que Acaymo era el mencey de Güímar, aunque Rodríguez Moure le da la razón a Viana, pues, según María Rosa Alonso, el bachiller tenía hechizado al sacerdote pues «Su labia poética ha sido tanta que ha embrujado a un hombre tan listo, pero tan bueno, como el venerable Rodríguez Moure». También el poeta Guillermo Perera dio la razón a Viana y dice que Acaymo tuvo amores con la bella Cirma: «el poético lugar que enmarcó sus requiebros fue “La fuente de la selva”». Viana hace morir a Acaymo en manos de Lope Hernández de la Guerra en la batalla de la Victoria; se pregunta la tacorontera si Acaymo habitaría en la llamada «cueva del Rey» que está entre Guayonje y el Risco de los loros. Nuestra escritora sigue hablando de éste y otros personajes de la historia. Por fin, habla del nombre propio que aparece en el título del poema: Ernesto Castro Fariña, un joven doctor en Medicina que trabaja en Madrid como cirujano vascular; habla de una conferencia impartida por el joven doctor sobre imputaciones en el Colegio de Médicos. El tacorontero estudió en Barcelona, después en Londres y, por último, en Madrid, ahí se suele reunir la tarde de los domingos con un grupo de canarios, que viven en la capital del Estado, «que leemos nuestras cosas: una comedia, una página sobre Galdós, una prosa lírica de Lope de Vega y Agustín Espinosa, un capítulo sobre Viana y su tiempo renacentista». Termina el artículo con una evocación a la niñez del médico en su Tacoronte natal, cuando sus paisanos viéndolo corretear por la estación del tranvía, no se llegaban a imaginar que aquel niño sería «un cirujano espléndido, con su cara de hombre sencillo y bueno, encaminado ya, por la senda que

---

Espasa-Calpe, de Argentina, su labor sería muy reconocida. Entre 1950 y 1951 colabora en el revista *Índice de Artes y Letras*, en ese último año, gana por oposición plaza de funcionario y traductor de la FAO, en su sede de Roma, ciudad en la cual residirá hasta su definitivo regreso a Madrid, poco antes de su fallecimiento. Traduce obras de Carlyle y De Quincey, de Emerson y Ruskin, de Diderot y Saint-Beuve, de Walter Scott, Stendhal o Renard. *Cartas a Dácil y otros ensayos* (1993) reúne textos publicados, en el diario *La Tarde*, entre 1929 y 1935. En conclusión: «Toda esta trayectoria biográfica nos muestra un Antonio Dorta poliédrico: periodista y traductor, crítico de política y de arte, fino observador de la realidad en todas sus perspectivas, y, en todo caso, siempre incansable, siempre mordaz, siempre atento. Un periodista amigo del diálogo y de las encuestas y no ajeno a la polémica, preocupado por la cultura desde un planteamiento totalizador que incluye el arte tanto como la política, la sociología o la economía, amigo de la generación de *La Rosa de los Vientos* y compañero de su aventura colectiva en busca de una Canarias universal y moderna» (DORTA, Antonio [1993]: *Cartas a Dácil y otros ensayos*, selección, introducción y notas de Isabel Castells, Instituto de Estudios Canarios, La Laguna: 9-10).

lleva a los hombres a ser eminentes». No se equivocaba María Rosa Alonso en esta apreciación, pues como muestra tenemos un artículo del periodista portuense Juan Cruz Ruiz<sup>873</sup>, en el que comenta la noticia del fallecimiento del eminente cardiólogo y deja patente el nivel de prestigio que llegó a alcanzar este ilustre médico tacorontero.

A los seis días volvemos al periódico de Gran Canaria *Falange* para leer el último artículo del mes de marzo; además, es el primero de los dos dedicados a la crítica de la misma obra teatral, que se publican en el mismo diario y en la misma sección: «*La muerte de un viajante* en la Comedia»<sup>874</sup> es la segunda vez que María Rosa Alonso nos presenta un artículo de crítica teatral —la primera fue el 18 de noviembre de 1933—. La compañía Lope de Vega lleva más de un centenar de representaciones de una obra de Arthur Miller<sup>875</sup> en el teatro de la Comedia madrileño; esto nos una idea del éxito que ha tenido la obra del escritor americano, incluso ha habido desórdenes públicos a la entrada de un coloquio sobre dicha obra, que será el contenido del siguiente artículo. Nos cuenta la trama de este drama de Miller, que pertenece al neorrealismo norteamericano, que también se cultiva en la novela de dicho país: se cuenta la historia de un viajante, que ama a su mujer y que tiene días felices, otros tristes; días esperanzados, otros decepcionantes, etc. dependiendo de las circunstancias de la vida familiar y laboral. El matrimonio tiene varios hijos, pero es sobre el mayor donde recae la fuerza dramática en esta obra que, según la crítica teatral tinerfeña, tiene préstamos del cine: yuxtaposición del recuerdo a la actualidad, supresión del tiempo al soldar pasado con presente sin solución de continuidad y ruptura del espacio para lo que se ayuda del decorado. Resulta escalofriante el momento de angustia máxima cuando, a raíz de los errores del hijo mayor, que es un desdichado delincuente, el padre adopte la decisión de suicidarse para que la familia cobre el seguro de vida y así salir del atolladero en el que se encuentran; ese gesto tiene un valor dramático, de pura técnica

---

<sup>873</sup> CRUZ RUIZ, Juan: «Ernesto Castro Fariña, médico cardiólogo», *El País*, Madrid, 8 de agosto de 2006. [https://elpais.com/diario/2006/08/08/agenda/1154988002\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2006/08/08/agenda/1154988002_850215.html) (consultado el 04/12/2023).

<sup>874</sup> ALONSO, María Rosa: «*La muerte de un viajante* en la Comedia», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 25 de marzo de 1952.

<sup>875</sup> Arthur Miller (1915-2005) fue un dramaturgo y guionista estadounidense y una figura controvertida en el teatro estadounidense del siglo XX. Entre sus obras más populares, están *Todos eran mis hijos*, *Muerte de un viajante*, *Las brujas de Salem* y *Panorama desde el puente*. Para Josep A. Vidal: «*La muerte de un viajante* es una obra madura, construida con una sólida inteligencia teatral, sin duda uno de los hitos del teatro del siglo XX, que hoy, al cabo de los años, continúa produciendo en los ánimos del espectador —y en el del lector— una honda impresión, porque si en su momento la trágica peripecia de sus personajes por escapar de la absurdidad pudo mostrar las enormes fisuras y los abismos del sueño americano y anticipar su crisis, es aún hoy capaz de mostrar sin concesiones, la mirada asustada y desconcertada del hombre actual» (MILLER, Arthur [1998]: *La muerte de un viajante*, prólogo de Josep A. Vidal, traducción de Miguel de Hernani, Losada, Buenos Aires: 16-17).

de efectos, pues de lo que se trata es de reflejar como «El cúmulo de resortes anímicos de una vida mediocre hace crisis en un gesto humano con categoría de drama». Pero en el próximo artículo ella se seguirá refiriendo a los problemas que esta obra plantea tanto ante la crítica, como ante el espectador.

Comienza el mes de abril publicando la segunda parte de la crítica de la obra teatral de Miller, concretamente a la semana siguiente en la misma sección del periódico grancañario, asistiremos al coloquio que tanta expectación suscitó en su momento: «Coloquio sobre *La muerte de un viajante*»<sup>876</sup>. Nuestra periodista comienza hablando de que Gonzalo Torrente Ballester<sup>877</sup> y un joven escritor dialogaron en el diario *Arriba* sobre los valores implicados en la obra de Miller, para Torrente los valores eran negativos. El traductor de la obra, José López Rubio, la defendió, mientras que la periodista Josefina Carabias<sup>878</sup> puso la nota graciosa y desenfadada cuando hizo una caricatura de la obra y del público que iba a verla; con el mismo desenfado que hizo la reseña cómica nos aseguró que había escrito de sus excelencias. El Director de Prensa, Juan Aparicio, presidió el acto y presentó a Torrente Ballester al que no le gustó la obra porque, según dijo, «faltaba al rigor clásico en el sentido de yuxtaponer y no de

---

<sup>876</sup> ALONSO, María Rosa: «Coloquio sobre *La muerte de un viajante*», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 3 de abril de 1952.

<sup>877</sup> Gonzalo Torrente Ballester (1910-1999) fue un profesor y literato español, uno de los más aclamados de su generación. Fue galardonado con el Premio Cervantes, el Premio Príncipe de Asturias de las Letras y el Premio Nacional de Narrativa. Nos han parecido muy acertadas las palabras de Víctor García de la Concha sobre la capacidad de Torrente para crear novelas y hacer crítica: «La novela se hace en torno a la palabra. Las palabras lo crean todo, página a página, sin ir más que ir enlazándose una a otra, perfilando en la niebla su propio contorno y el mundo que de ellas brota. Y así también la teorización y la crítica brotan de Torrente, que funciona como la campana de Compostela: La *saga/fuga* compendia todo un rosario de teorías sobre la novela que él irá desarrollando en otras novelas —pienso, por ejemplo, en *Fragmentos de Apocalipsis*— o en sus ensayos críticos. Dos características me parecen sobresalientes: el énfasis puesto en la dimensión poética de la novela y el empeño en potenciar técnicas de ambigüación. Una y otra conducen a través de galerías misteriosas hacia el agujero de las palabras» (GARCÍA DE LA CONCHA, Víctor y otros [2001]: *Gonzalo Torrente Ballester*, Editorial Complutense, Madrid: 4).

<sup>878</sup> Josefina Carabias (1908-1980) fue una abogada, escritora y periodista, corresponsal y locutora española. Ejerció el periodismo durante la Segunda República, la época franquista y la Transición. Según cuenta una de sus hijas, Mercedes Rico: «Su carrera se interrumpió, como la de todo el mundo, con la guerra civil. Pero a partir de 1950 inició una segunda carrera en la prensa, con toda su censura y todas sus limitaciones, pero que fue más brillante e innovadora aún que la primera y donde seguía sin haber mujeres de relieve. Tuvo dos hijas, que mandó a estudiar, claro está, al Colegio Estudio. En 1951 obtuvo el Premio Luca de Tena, por un artículo sin firma, «El Congreso se divierte», lo que supuso el reconocimiento de toda la profesión, la alegría fue doble el Mariano de Cavia de ese mismo año, que otorgaba la misma casa (el *ABC*), por artículo firmado fue para su maestro, Julio Camba. En 1954, tras una serie de reportajes sobre la reconstrucción de Alemania, se unen tres periódicos (*Informaciones*, *La Gaceta del Norte* y *El Noticiero Universal*) para enviarla de corresponsal a Washington, donde cubrió toda la era Eisenhower...» (ALCALÁ CORTIJO, Paloma y otras [2009]: *Ni tontas ni locas*, FECYT, Madrid: 246).

organizar funcionalmente el tiempo y el espacio». También habló Alfredo Malquerie, que comparó la obra de Miller con *Historia de una escalera* de Buero Vallejo porque hay voluntad de renovación en el teatro. Finalmente, hay unos jovencitos que hacen muchas preguntas, hasta que «la rotunda voz de Aparicio no hubiera dado a los asistentes al ritual ¡Buenas noches!», pero las gentes siguieron con sus diálogos en la calle, prueba del gran interés que ha despertado la obra de Miller. María Rosa Alonso ha hecho un buen ejercicio informativo, puesto que nos ha relatado las personas que actuaron como dinamizadoras del acto y sus opiniones, así como el ambiente distendido con que se celebró el coloquio, aunque destacaríamos la singular participación de Josefina Carabias porque nos ha parecido una mujer sumamente interesante, sobre todo, porque para hacer reír al público se necesita, no sólo desparpajo, sino también inteligencia.

Han transcurrido dos meses —quizás en este tiempo estaría en Madrid ocupada con la publicación de su tesis doctoral— desde que la periodista publicó su último artículo, ahora vuelve a cambiar de periódico y toca la alternancia al diario tinerfeño *El Día*, que lo hace en la misma sección «Colaboración». Nos habla de un tema al que hacía mucho tiempo que no le dedicaba un titular —concretamente desde el 12 de noviembre de 1935—; nos referimos a la Institución que con tanto trabajo fundó y puso en marcha: «El Instituto de Estudios Canarios. La plaza del Dr. Olivera»<sup>879</sup> tiene dos partes muy bien diferenciadas, que se corresponden con los dos sintagmas del título; en la primera de ellas recuerda algunos de sus artículos en los que hablaba de las Bibliotecas y de otras entidades insulares, que necesitaban de una buena remodelación para el bien de la cultura y también del turismo. Una ilustre persona por privado le ha comunicado que, en vez de la antigua Biblioteca provincial de La Laguna para crear allí una Biblioteca y una hemeroteca, dicho local está totalmente deteriorado hasta el punto de decirle que sólo sirve para sala de duchas, por la enorme cantidad de agua que se ha colado con las lluvias, además de que la idea de formar una Biblioteca exclusivamente canaria es imposible porque los libros están totalmente desordenados y estropeados. La idea que ella propone es que cuando la Universidad tenga su propio edificio, le ceda al Instituto de Estudios Canarios el edificio de la calle de San Agustín que ocupa actualmente y, una vez instalados ahí, habría que contratar a más de una persona para

---

<sup>879</sup> ALONSO, María Rosa: «El Instituto de Estudios Canarios. La plaza del Dr. Olivera», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 5 de junio de 1952.

que se hiciera cargo del cuidado y clasificación de todo el material referente a Canarias. Insiste en que el edificio sería lo primero y después vendrían la biblioteca, la hemeroteca, los cursos, la revista... La segunda parte del artículo es una respuesta a «un lagunero», que se ha interesado mucho por lo que ella escribió en el artículo titulado «Un poeta para la plaza de la Antigua» en el que proponía poner un busto de Viana; pero resulta que dicho «lagunero» teme que desaparezca el nombre del doctor Olivera<sup>880</sup> de la plaza, ella le argumenta que así como la plaza del Adelantado no ha perdido su nombre por colocar los bustos de los poetas Perera y de Manrique, tampoco por poner un busto de Viana va a desaparecer el nombre actual. Ella sospecha que el lagunero es un hijo del benemérito doctor y debido a ese amor filial, se ha excedido en suspicacia, porque lo que ella ignoraba es que hubo un proyecto para colocar un busto del doctor Olivera, que fracasó; pero ella está dispuesta a encabezar una lista y poner diez duros para que se vuelva a intentar y al poeta Viana ya se le buscará otra ubicación o ninguna, pues ella misma acaba de dedicarle un gran homenaje en forma de librote de setecientas páginas, y ya el hombre con eso tiene que estar bien servido. Y termina dejándonos una sonrisa pues su fina ironía aparece cuando menos lo esperamos, y es muy ocurrente la forma en la que habla de su tesis doctoral, *El Poema de Viana, Estudio histórico-literario de un poema épico del siglo XVII*, que justo acababa de publicar el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.

Seguimos en el mes de junio, han pasado dos días de la última publicación de nuestra periodista; vuelve a cambiar de periódico, vuelve a Las Palmas a su diario y sección habitual, van a ser tres artículos consecutivos publicados en Falange: dos de crítica literaria y uno de cultura. El primero que vamos a comentar es: «Camilo José

---

<sup>880</sup> Manuel Olivera (1844-1918) nació y murió en La Laguna, estudió en el Instituto General y Técnico de Canarias; al terminar el Bachillerato continuó sus estudios en Madrid, donde se licenció en Medicina y Cirugía en 1868. Posteriormente, se trasladó a París, donde trabajó en varios hospitales y preparó su tesis doctoral, de la que se graduó en Madrid como Doctor en Medicina. Volvió a La Laguna, donde continuó su pasión por la sanidad y trabajó como director del Hospital de Dolores. Durante la pandemia de gripe de 1918 que afectó a La Laguna y al resto del mundo, y después de tratar a varios vecinos, se contagió asistiendo a un enfermo de Las Gavias, falleciendo a los pocos días, a punto de cumplir los 74 años. Tan solo una semana después, el pleno de La Laguna aprobaba dos reconocimientos para él: dar su nombre a la hasta entonces llamada Plaza de la Antigua, que se llevó a cabo de inmediato, y colocar una placa con su nombre en la casa donde nació y falleció, algo que nunca se llegó a hacer y por lo que los propios familiares crearon una comisión para reactivar este acuerdo y lograr su cumplimiento en el centenario de su fallecimiento. En el centenario de su fallecimiento, se colocó la placa con la asistencia de sus familiares, los representantes del Ayuntamiento lagunero y el cronista oficial de la ciudad de La Laguna, Eliseo Izquierdo (RODRÍGUEZ, Yaiza: «Una vida que acabó por la gripe en La Laguna (Tenerife)», Real Asociación Española de Cronistas Oficiales: <https://www.cronistasoficiales.com/?p=103161> [consultado el 05/12/2023]).

Cela y *La colmena*»<sup>881</sup>, también publicado el mismo día en el diario tinerfeño *El Día*, con el título de «Una buena novela de Cela». En el presente artículo su autora compara la novela de Camilo José Cela<sup>882</sup> con el mundo novelístico de la picaresca, que no refleje la verdadera realidad sino lo que tiene de negativo y de sórdido. Cela ha retratado a ciento sesenta personajes de la vida madrileña media de 1962, el protagonista es toda la gente; sólo hay un personaje singular, Martín, es escritor pobre y adquiere mayor relieve que el resto y que quizás con la trama que comienza a urdirse al terminar la obra, Cela pueda dejar planteada la continuación de una serie, como las de las trilogías barojianas. María Rosa Alonso alaba el «estilo expresivo vivísimo, popular, intencional y cortante». En la novela no hay paisajes ni descripciones, todo está definido con las personas; el tiempo y el espacio apenas están aludidos, excepto «el marco de un café, de una tienducha, de una casa de citas, o de aquel desmonte de las afueras». Dejando a un lado la novela, la escritora habla de que se había encontrado con Camilo José Cela y éste le recriminó algo negativo que ella había escrito sobre él, pero la periodista no logra recordar a qué se refiere, pues sólo tiene claro que había dicho que el llamado «tremendismo» del *Pascual Duarte*, en manos de sus seguidores e imitadores fue una pura falsedad, lo mismo que pasó con la picaresca. Dice que con su última novela el escritor afianza su personalidad de novelista, el de más interés de su generación; nuestra ensayista hace una reflexión sobre la novela del XVII en el que crearon unos mundos, que «con sus ojos avizores en los que la inteligencia y la grandeza de alma borraron el resentimiento que a veces asomó —y con razón— a ellos. El mundo de Miguel de Cervantes». Como es usual en ella, aparece su vena irónica al decir que todo lo anterior puede sonar a Cela como «cataplasma retórica», aunque bien sabe que a él no le

---

<sup>881</sup> ALONSO, María Rosa: «Camilo José Cela y *La colmena*», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 7 de junio de 1952.

<sup>882</sup> Camilo José Cela (1916-2022) fue un escritor español, representante de la literatura de posguerra, ejerció como novelista, periodista, ensayista, editor de revistas literarias y conferenciante. Recibió, entre otros, los siguientes premios: Premio Nobel de Literatura, Premio Miguel de Cervantes y Premio Princesa de Asturias de las Letras. Zamora Vicente nos describe parte del éxito de la novela comentada por María Rosa Alonso, *La colmena*: «Cela nos da sus personajes cubiertos de profunda ironía y protegidos por una limpia ternura. Todos pueblan la incómoda vecindad impuestas por las consecuencias de la guerra: el meollo de una paz que no ofrece consuelo, sino, al revés, se dibuja como agobiante pesadumbre. La ceguera social, el egoísmo, la falta de solidaridad, el aislamiento conformista, la ausencia de juicios equitativos, sustituidos por obsesiones y miedos [...] una procesión de acaceres que nos muestra, en carne viva, el nacimiento de muchos de los males que en años posteriores han saturado la sociedad entera, hasta que el aumento gradual del bienestar colectivo los fue sustituyendo por el actual culto al dinero» (CELA, Camilo José [1999]: *La colmena*, prólogo de Alonso Zamora Vicente, El Mundo, Unidad Editorial, Madrid: 3).



preocupa demasiado porque «ya está hecho a todo». Nos ha parecido excelente este comentario de la crítica tinerfeña, que una vez más nos demuestra su gran preparación académica, además de una inteligencia natural para hablar de cualquier tema que crea conveniente.

A la semana siguiente y siguiendo en la misma línea que el anterior artículo: mismo periódico, sección, temática y, además, reproducido también en *El Día* con el título: «*La isla y los demonios* de Carmen Laforet», el mismo día que en el diario de Las Palmas. «Carmen Laforet, novelista»<sup>883</sup> trata de esta novela muy esperada, aunque con la idea de que no podía superar a *Nada*, la novela que hizo famosa a su autora; María Rosa Alonso dice que la recién publicada es menos impresionante que la primera. *La isla y los demonios* tiene como protagonista a Marta Camino, «una criatura introvertida, soñadora, que vive en un ambiente familiar triste, poco grato, con un hermanastro autoritario, una cuñada vulgar, histérica y mal educada...». Laforet nos muestra cómo vivía Marta en Las Palmas y así intenta injertar las fuerzas mágicas de los primitivos indígenas canarios, mal llamados guanches, puesto que éstos sólo los habitantes de la isla de Tenerife. Los demonios de la isla a los que Carmen Laforet<sup>884</sup> dedica su novela, podrían ser de cualquier lugar, no hay nada que los diferencie, salvo que ella los ubica en la isla de Gran Canaria. Dice la ensayista que el éxito de la novela estriba en «la creación de unos seres en un ambiente representativos ambos de la isla, incluso de la isla de Gran Canaria». Nuestra autora va definiendo a los distintos personajes de la obra, entre los que destaca Vicenta la de Fuerteventura, vieja sirvienta majorera que se

---

<sup>883</sup> ALONSO, María Rosa: «Carmen Laforet, novelista», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 15 de junio de 1952.

<sup>884</sup> Carmen Laforet (1921-2004) nació en Barcelona, a los dos años se trasladó con su familia a Canarias, viviendo en Las Palmas, allí permaneció hasta los dieciocho años en que vuelve Barcelona donde estudia, durante tres años, en la Facultad de Filosofía y Letras. En 1944 obtiene con *Nada* el Premio Nadal y se convierte en la revelación de la narrativa española de posguerra, abriendo nuevos horizontes a nuestra literatura. De la misma autora son *La isla y los demonios*, *La llamada*, *La mujer nueva* (Premio Mallorca) y *La insolación*. Tras su fallecimiento en 2004, la editorial Destino publicó una novela inédita, *Al volver la esquina*, continuación de *La insolación*. Nos dice Francisco J. Quevedo García que la historia de sus dieciocho años de vida en Canarias, «son los que afectan a su infancia y a su juventud, etapas conformadoras de cualquier carácter, por lo que la experiencia de su larga estancia en las islas es de una gran importancia para calibrar su sustrato personal que se desgranará en su escritura [...] El estilo de Carmen Laforet se caracteriza por una prosa cuidada, expuesta con la sencillez que es fruto de una reputada labor de limpieza formal; [...] No hay ningún freno visible en *La isla y los demonios* a la hora de trazar lo que supuso de violenta expresión de barbarie la Guerra Civil española. Los fragmentos son explícitos al respecto, y abunda en ellos la presencia de los rasgos tremendistas, vinculados a una expresión naturalista, muy descriptiva, muy sensual; los sentidos adquieren un gran protagonismo, lo cual hace traspasar de modo más palpable si cabe la barrera entre la escritura y el lector» (QUEVEDO GARCÍA, Francisco J. y otros [2009]: *Ínsulas forasteras: Canarias desde miradas ajenas*, Editorial Verbum, Madrid: 188, 192, 194).

comporta como un perro fiel: es un tipo típicamente isleño, el de mayor rigor de la novela que aporta unas de las mejores páginas a la obra. Dice que esta novela y *Nada* terminan de forma similar: la huida de la protagonista de la isla. Tal y como decía en el anterior artículo sobre la novela de Camilo José Cela, aquí vuelve a decir que los personajes de la novela actual ya no son héroes, ni siquiera seres interesantes, son seres mediocres que viven una realidad llena de angustias, que les asfixia, son personajes auténticos y termina con una excelente crítica a *La isla y los demonios* llegando a decir que es la novela que le hubiese gustado escribir ella misma. Segundo artículo de crítica literaria que nos deja la certeza de estar recibiendo consejos de una experta especialista en literatura, que, además, conoce la idiosincrasia de sus lectores —no en vano su crítica se publica en los dos periódicos más representativos de cada una de las dos provincias de la región— y sabe perfectamente que están deseando recibir consejos de una experta en literatura española y canaria. El conocer la cultura de su pueblo le da una gran ventaja para saber las preferencias lectoras, sobre todo la de una juventud, que se vea reflejada en situaciones concretas de la novela de Laforet.

A los diez días se publica el tercer y último de los artículos del bloque de *Falange* en la sección habitual y, al igual que los anteriores, también en la misma fecha en el periódico tinerfeño *El Día*. En esta ocasión nuestra autora trata un tema ecológico-cultural, aunque su título nos puede traer reminiscencias de la literatura española de siglo XIII, concretamente del *Cantar de Mio Cid*. Pero no, estamos en la mitad del siglo XX: en «A la busca del robledal de Corpes»<sup>885</sup> la escritora tinerfeña ha oído que el Robledal de Corpes ha desaparecido y se pregunta ¿cuándo se quedaron sin sombra los viajeros que iban de Aragón a Castilla? Y ¿qué ha podido ocurrir para que un abate español, deslumbrado por su visita a Francia, en la mitad del siglo XVIII dijera que Castilla es pobre, mísera, seca y sin árboles? Ese mismo abate al llegar a sus Islas Canarias se lamenta por la pérdida de la selva de Doramas, que en un tiempo fue el corazón vegetal de la isla de Gran Canaria; la ensayista transcribe los versos con la anterior queja por parte de Viera y Clavijo y sigue haciendo un recorrido histórico hablando de que a partir del siglo XVIII las minorías cultas, al abrigo de los estudios científicos, se empezaron a preocupar por la desaparición de los árboles, aportándonos toda una nómina de referencias míticas sobre el árbol, por ejemplo, el árbol del bien y

---

<sup>885</sup> ALONSO, María Rosa: «A la busca del robledal de Corpes», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 25 de junio de 1952.

del mal. También habla de Napoleón que se empeñó en hacer una Francia verde plantando árboles, pero en España se han movido hasta ahora Fiestas del árbol y glosas como lo de que en la vida hay que plantar un árbol, escribir un libro y tener un hijo, pero un árbol plantado nada más si no se le riega es como abandonar a la intemperie a un recién nacido. A lo largo del artículo nuestra escritora sigue dando razones para procurar salvar los árboles y plantar más y anima a la población tanto de ciudad como de campo a cuidar mucho la verde naturaleza para que no nos pase como al robledal de Corpes que sólo está en el Cantar. No es la primera vez que nuestra infatigable tinerfeña intenta concienciar a la población del cuidado de los árboles y por extensión de la Naturaleza, ella siempre está presente en cualquier tipo de reivindicación que sea para mejorar el nivel de vida de los canarios, y el cuidado de los montes y de los árboles de las ciudades es fundamental para conseguir mejoras en la salud, pues tiene que ver con la abundancia de agua y la calidad del aire que respiramos.

Termina el mes de junio con un cambio brusco en cuanto a las publicaciones que editan sus trabajos, pues nos encontramos con dos artículos que publica *La Tarde*, con la que hacía ya años que no colaboraba, concretamente desde el 11 de junio de 1948 y precisamente con el mismo tema que acaba de tratar, el de Canarias y su tradición botánica. Pero es que, además, comparte la publicación de los dos artículos con la revista nacional *Arbor*<sup>886</sup>. El primero de ellos es: «Carta de las regiones. Canarias»<sup>887</sup>, publicación atípica con respecto a las que nos tiene acostumbrados María Rosa Alonso; en primer lugar, le da el nombre de carta a un texto expositivo, no entendemos lo de carta porque no se dirige a un receptor concreto, a no ser que sean los lectores. En el título dice «de las regiones», creemos que será de unas regiones para otras dentro del Estado español, y en este caso en particular es desde la región canaria. Ahora bien,

---

<sup>886</sup> *Arbor* es una revista general del Consejo Superior de Investigaciones Científicas sobre ciencia, pensamiento y cultura, toma su nombre del árbol de la ciencia o *Arbor Scientiae* que utilizó Ramón Llull para representar las diferentes ramas del saber. Es una revista transdisciplinar, que publica trabajos originales de investigación (artículos, ensayos o documentos) y reseñas sobre aspectos del conocimiento que ayuden a pensar y comprender el mundo en su complejidad y en diálogo con el presente. Pensamiento, ciencia y cultura, concebidos en *Arbor* como ámbitos híbridos e interconectados, son los tres grandes dominios que definen sus contenidos. Fundada en 1944, comienza a estar disponible *online* en 2007, en formato PDF, manteniendo su edición impresa hasta 2013, año en el que pasa a ser revista electrónica publicando en formato PDF, HTML y XML-JATS. Los contenidos anteriores están igualmente disponibles en formato PDF: <https://arbor.revistas.csic.es/index.php/arbor> (consultado el 06/12/2023).

<sup>887</sup> ALONSO, María Rosa: «Carta de las regiones. Canarias», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 27 de junio de 1952.

puesto que no sólo se publica en el vespertino insular, sino que tiene tirada nacional a través de la revista del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, ignoramos si esta revista publicó cartas similares de las otras regiones españolas o si sólo se limitó a Canarias, por la lejanía y la particular historia del Archipiélago como colonia incorporada a la corona de Castilla en las mismas fechas que el descubrimiento de América. Este trabajo lo divide en cuatro apartados: 1. «Canarias, geografía» hace una descripción de las siete islas, cada una de las cuales tiene distintos tipos de vegetación, dependiendo mucho si son las orientales, más próximas al continente africano u occidentales. Habla también de las formas de conquista: de realengo o conquistadas para los Reyes Católicos y de señorío el resto, conquistadas por los señores normandos Juan de Béthencourt y Gadifer de La Salle. 2. «La economía de las islas y el cultivo del agua»: cuando llegaron los conquistadores a las islas se encontraron sin ninguna riqueza natural, ni siquiera había agricultura, pobre ganadería y sin minas; por lo que la única riqueza que encontraron fue la venta de esclavos. Un grave problema sigue siendo la falta de agua por lo que se ha recurrido a las galerías para extraer el agua del subsuelo. Desde la conquista las islas siempre han dependido de un monocultivo: caña de azúcar en los siglos XVI y XVII, la vid en el siglo XVIII, la cochinilla en el XIX y en el XX primero el tabaco, más tarde el tomate y, sobre todo, el plátano. El problema está en que cuando se produce la ruina del monocultivo se deja en precario a la economía. 3. «Vicisitudes y desenvolvimiento de las islas principales»: en un primer momento en Las Palmas de Gran Canaria se estableció la base para la conquista de Tenerife y de La Palma, por lo que la isla redonda tuvo la Audiencia y el Obispado en primer lugar. En cambio, Tenerife es una suma de pueblo, puesto que primero La Laguna fue fundada por Fernández de Lugo y fue la primera capital de la isla, pero con el tiempo esto cambió y al final la capitalidad pasó a Santa Cruz por la necesidad de tener un puerto, después de la ruina del de Garachico, que era el principal puerto por el que se exportaban los famosos vinos del Valle de La Orotava. 4. «Los centros de cultura regional» destaca en Las Palmas de Gran Canaria el *Gabinete Literario* y el *Museo Canario*, ambas entidades tienen edificio propio y realizan una gran labor cultural basada en conferencias, cursos, exposiciones, etc. Por otro lado, en la provincia de Santa Cruz de Tenerife destaca el *Ateneo de La Laguna*, fundado por la generación modernista y destaca las fiestas de arte de septiembre; también es fundamental para la cultura de la isla el *Círculo de Bellas Artes* de la capital tinerfeña, que ha destacado en materia estética, aunque colaboró con las revistas *La Gaceta de Arte* y más tarde con *Mensaje*.

También en Santa Cruz la gran afición por la música en la que desde el siglo anterior se han formado agrupaciones musicales de gran prestigio, destacando el Conservatorio de Música y Declamación y «una notable orquesta de cámara dirigida por el maestro Sabina, quien se preocupa por traer a Tenerife músicos de fama nacional e internacional en combinación a veces con la Filarmónica de Las Palmas». Como dijimos al principio del comentario de este artículo, estamos ante un texto expositivo donde no hay opinión alguna por parte de su autora, así que difícilmente podemos hacer ningún juicio de valor ante esta demostración de cultura general.

Al día siguiente y también publicado en la revista *Arbor*, tenemos la segunda parte, a la que ella llama conclusión del retrato que hace de nuestra región: «Carta de las regiones. Canarias. (Conclusión)»<sup>888</sup>, también se divide en cuatro apartados: 1. «La Universidad y sus problemas»: son dos los problemas principales, la falta de un Edificio, que aglutine en un solo espacio las dispersas facultades de Derecho, Ciencias Químicas y Filosofía y Letras, con Sección de Filología Románica; si el Cabildo aportara una parte del dinero y la otra el Estado podría solucionarse este problema para el espacio académico; y el otro problema es la falta de profesorado universitario, pues debido a la lejanía con la Península es un destino poco apetecible para los docentes, ya que los que vienen lo hacen sólo pensando en que es solamente un escalafón para conseguir plaza en España, sólo hay dos catedráticos isleños. 2. «La investigación canaria. Una cátedra de Estudios Canarios», muy relacionado con el punto anterior nos encontramos con la necesidad de crear una Cátedra para ocuparse de todas las disciplinas relacionadas con las Islas; tenemos antecedentes por el tema en *La revista de Canarias, la Ilustración de Canarias*, la sociedad *El Gabinete Instructivo* en Tenerife y en Las Palmas el *Museo Canario* y su revista; todas las anteriores sentaron precedente en los siglos pasados para realizar las bases científicas en los estudios referentes a las Islas; en la actualidad *La Revista de Historia* en la Universidad, el grupo de *Bibliófilos* de Las Palmas y en Tenerife, el *Instituto de Estudios Canarios* y la *Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife* continúan la labor de conseguir una cátedra sin titular que hiciera cursillos de Historia, Arqueología, Literatura o temas científicos de la región. Las esperanzas están puestas en el nuevo rector que el año anterior organizó un curso extraordinario en la Universidad y en este año el primer curso de

---

<sup>888</sup> ALONSO, María Rosa: «Carta de las regiones. Canarias. Conclusión», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 28 de junio de 1952.

extranjeros, que tuvo lugar durante el mes de marzo, en el Puerto de la Cruz. 3. «Las revistas y publicaciones literarias»: históricamente las Islas han tenido generaciones que se han preocupado por la cultura de su tierra, desde los románticos con *La Aurora* y *El Porvenir de Canarias*, de Tenerife y Las Palmas respectivamente. La *Revista de Canarias* e *Ilustración de Canarias*, de Tenerife y el *Museo Canario* de Las Palmas, citadas; *Gente Nueva*, de Tenerife; *La Rosa de los vientos* y *Gaceta de Arte*, de Tenerife, que han reunido buena parte de las generaciones románticas, positivistas, modernistas y de vanguardia en Canarias. Pero una vez desaparecida la última revista literaria, *Mensaje*, la escritora piensa que *Círculo de Bellas Artes*, la única entidad cultural que funciona en Tenerife de una forma eficaz, podría liderar la creación de una revista, puesto que en Las Palmas hacen una excelente labor al respecto Ventura Doreste y Pedro Lezcano, con sus cuadernos literarios *Arca*, y los hermanos Millares y Rafael Roca, con sus *Planas de Poesía*, que incorporan el quehacer poético y literario español a colecciones editadas en las islas. 4. «Los archivos y museos insulares. Las bibliotecas»: los lectores tinerfeños saben muy bien la importante labor que a través de sus artículos en los periódicos ha hecho María Rosa Alonso por este tema, alaba la iniciativa que en Las Palmas ha tenido el Cabildo Insular para instalar en la histórica Casa de Colón el Museo de Bellas Artes y el Archivo Histórico. En Tenerife se corre el riesgo de que se destruya el amontonado y maltratado archivo que existe en los sótanos de un edificio de Santa Cruz y el Museo de Bellas Artes en Santa Cruz presta escaso servicio y eficacia en su organización, se necesita un Museo donde podrían exponerse en él desde obras del pintor Quintana del XVII hasta las del surrealista Domínguez, vecindado hoy en París. También Tenerife carece de un Museo de Arqueología, pues las excavaciones y estudios hechos en estos últimos años requieren una atención viva y una organización inmediata. En cuanto a las Bibliotecas, en Tenerife la provincial que está en el Instituto de Canarias, compartida con la Universidad, y cuando se termine el edificio de ésta se podría aprovechar para organizar una Biblioteca de asuntos canarios y una Hemeroteca provincial: nuestra escritora cree que si se hiciera un buen acuerdo entre el Cabildo y la Universidad se podría llevar a cabo un programa eficaz y modesto pero eficaz.

El mes de julio está dedicado totalmente al periódico grancanario *Falange*, la periodista publicará cinco artículos en su sección habitual de «Plumas de las Islas»,

salvo el primero que trata un tema de crítica literario, el resto de las semanas su pluma viajará fuera de la Islas. «Un ensayista canario»<sup>889</sup>, también reproducido en *La Tarde* el 1 de agosto del mismo año; estamos ante un trabajo dedicado al ensayista Eliseo Jerez<sup>890</sup>, que ha publicado un libro, *De la vida*, en el que demuestra que sabe tratar una gran amplitud de temas. En un libro publicado en Argentina de Lidia N. G. de Amarilla, *El ensayo literario contemporáneo*, la autora nos dice que el rasgo fundamental y distintivo del ensayo «es la extraordinaria libertad de su desarrollo y de su tono», pues es esto justamente lo que María Rosa Alonso encuentra en los ensayos de Eliseo Jerez «una voluntad de ser conciso y de disparar sobre el lector una actitud de captación varia o intensa»; además, esa voluntad de estilo le lleva a hacer juegos con la sintaxis, por ejemplo, poniendo el verbo al final de la frase, cual hipérbaton literario, aunque no creemos que lo haga con esta finalidad estética, sino más bien porque su forma de expresarse lo lleva a ese estilo tan personal. Eliseo Jerez hace ensayos literarios, por ejemplo, sobre Cervantes; pero donde más destaca es en los históricos sobre Carlos I y Enrique VII de Inglaterra, Leovigildo y Hermenegildo o Felipe II y el príncipe don Carlos. También es un excelente especialista en cuestiones penales, pues es su ocupación profesional y trata las cuestiones penitenciarias «con suma pericia y con una justicia que esconde, a veces, humana y noble piedad». El libro de Eliseo Jerez apenas toca la crítica periodística, según nuestra periodista, la obra es muy rica en «sugestiones vivas, vigentes, actualísimas». Nos ha llamado mucho la atención este artículo, puesto que nuestra escritora habla de un ensayista que, lejos de algunos ensayos literarios e históricos, apenas tiene nada que ver con la materia a la que nuestra ensayista nos tiene

---

<sup>889</sup> ALONSO, María Rosa: «Un ensayista canario», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 5 de julio de 1952.

<sup>890</sup> Eliseo Jerez Veguero (1898-1976): natural de La Gomera, cursó estudios de Derecho en La Laguna, que amplió en Barcelona y Madrid, donde estudió criminología. Durante años fue articulista de varios periódicos canarios como *El Progreso* o *La Tarde*. Entró en el cuerpo de funcionario de prisiones, y en julio de 1924 se hizo cargo de la dirección de la Prisión Provincial de Tenerife, de forma accidental en varias etapas, y siendo subdirector de la misma en otros periodos. En 1927 publicó su primer libro *De la vida penal y de la vida Social*. Ejerció la abogacía, tanto en Tenerife, como en Gran Canaria, y publicó varios libros: *De la vida* (1951), donde recopilaba muchos de sus artículos en la prensa isleña, y *Del pensar y del sentir ajeno* (1958). Fue premio «Leoncio Rodríguez». En cuanto a la influencia que encontramos en su obra ensayística: «Su referencia retórica más obvia es la de José Ortega y Gasset, que curiosamente no aparece citado en su libro, y es que citar a Ortega a principios de los años cincuenta era un gesto políticamente delicado». Lo mismo sucede con sus amistades y aficiones literarias: «Sirva como ejemplo las páginas dedicadas a su paisano gomero Pedro García Cabrera, que hacia 1950 era todavía una figura intelectual clandestinizada por la dictadura y envuelto por la desconfianza de su militancia en el PSOE, por la que sufrió encarcelamiento. Jerez Veguero comenta admirativamente el poemario *Día de alondras*, publicado entonces por García Cabrera, y no tiene empacho en declararse su amigo» (JEREZ VEGUERO, Eliseo [2004<sup>2</sup>]: *De la vida: literaria, histórica, científica, jurídica (penal y penitenciaria)*, Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife: 9-10).

acostumbrados, estamos casi seguros que este trabajo es fruto de algún compromiso amistoso bien con el autor o con alguien de su entorno.

A la semana siguiente la escritora tinerfeña nos brinda un artículo con una temática que hacía tiempo no cultivaba, la escritura sobre sus viajes, ya hemos visitado con ella lugares como Madrid, la meseta castellana, Salamanca y Valladolid; pero ahora nos lleva a la ciudad condal: «Barcelona: Edad Media»<sup>891</sup> también había sido publicado en *El Día* el 6 de julio. María Rosa Alonso comienza hablando del Quijote y su relación con Barcelona, sobre todo en la percepción del mar, puesto que su condición de isleña la hace añorar también el mar cuando se encuentra, por ejemplo, en Madrid; prácticamente dedica medio artículo a la gran obra de Cervantes y su relación con los catalanes. Dice que la Barcelona que tiene tradición es la medieval, la del barrio gótico y habla de su oscura pero bella catedral, del Palacio Real con su hermosa Plaza; en ésta destaca el capital solitario de la columna de Hércules; para ella uno de los más bellos rincones de Barcelona es la Plaza del Rey «rezumando Edad Media y gótico florido, con la elegante escalera y el techo de fino artesanado del actual Archivo de la corona aragonesa». Después un domingo a mediodía se encuentra con el ritual de la sardana en la Plaza de la Generalitat, con dos estupendos edificios del gótico florido catalán: la Diputación y el Ayuntamiento. En el último párrafo nos describe el baile típico de la sardana, y lo hace tan bien que nos parece oír la música y ver los danzantes moverse al ritmo de ésta, como fruto del buen quehacer literario de nuestra escritora.

A los cinco días seguimos en Barcelona, pues son los días que los lectores canarios tuvieron que esperar para seguir conociendo de mano de nuestra particular guía la bella ciudad condal: «Barcelona: un genio de alma gótica»<sup>892</sup>, publicado también en *El Día* el 19 de julio. Este artículo tiene nombre propio, que es el genio del título, Antonio Gaudí<sup>893</sup> porque, aunque nuestra periodista le haya costado dejar el perímetro

---

<sup>891</sup> ALONSO, María Rosa: «Barcelona: Edad Media», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 10 de julio de 1952.

<sup>892</sup> ALONSO, María Rosa: «Barcelona: un genio de alma gótica», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 15 de julio de 1952.

<sup>893</sup> Antonio Gaudí i Cornet (1852-1926) fue un arquitecto catalán que ha sido reconocido internacionalmente como uno de los expertos más prodigiosos de su disciplina, además de uno de los máximos exponentes del modernismo. Su genialidad excepcionalmente rompedora fue artífice de un lenguaje arquitectónico único, personal e incomparable difícil de etiquetar, la siguiente frase puede reflejar algo de su concepción del arte: «La originalidad consiste en volver al origen». Gaudí nació en Reus y se trasladó a Barcelona en 1869 para estudiar la carrera de arquitecto, permaneció en esta ciudad hasta su muerte. «Su vocación fue la arquitectura entendida como arte integral; no hizo otra cosa en su vida. Pudo estudiar a fondo la naturaleza debido a su carácter observador y a una enfermedad reumática que de niño lo alejó de los habituales juegos de sus compañeros. Tuvo la gran habilidad de saber ver a su



gótico y aún romántico para adentrarse en la parte moderna de la ciudad, sólo conocer el resultado del arte del genial arquitecto es un aliciente para pasar a la otra parte de la ciudad: a las Ramblas o a la Plaza de Cataluña. Además, el mar la atrae, su puerto le recuerda el de Santa Cruz de Tenerife, aunque «las viejas, serenas y civilizadas aguas mediterráneas distan mucho de la altisonante bravura de las olas atlánticas». En la ciudad moderna se encuentra con la columna de Colón, el promontorio de Montjuic, etc., y no puede evitar comparar la elegante y juvenil Madrid con la seria e industrial Barcelona. Después describe la extraña casa Nilá i Camps que se parece a toda la obra de Gaudí, precursor del expresionismo, cuya obra cumbre es el Templo de la Sagrada Familia a la que dedica dos párrafos y el último al atardecer cayendo sobre esa *Divina Comedia* en piedra de la que todavía queda por escribir muchos capítulos, pues no se sabe cuándo se terminará de construir.

El viaje continúa y a los siete días el diario grancanario nos lleva a través del tren de las letras a otro país europeo; nuestra viajera deja la Península Ibérica y se adentra en la verde Francia: «Niza. La sombra de Cairasco»<sup>894</sup>, publicado también en *El Día* con el título: «Niza, victoria» el 5 de agosto. Comienza hablando de las preferencias que últimamente el hombre tiene por los paisajes abruptos y salvajes, por ejemplo, el sur de Tenerife; aunque puede suceder que una persona que viva en un paisaje de este tipo, por ejemplo, un viajero o viajera que haya tenido como horizonte permanente un paisaje desértico, prefiera un paisaje como el de Niza: una extensa playa, en el «Paseo de los ingleses», justamente en frente del «Palais de la Méditerranée», pues es un paisaje que contrasta con el que tiene habitualmente. María Rosa Alonso nos describe la situación geográfica de Niza, la lengua de sus habitantes, así como su historia y aquí incluye a Cairasco de Figueroa pues dice que ya Cervantes y Lope lo conocían; a pesar de que vivía «en otra gran playa lejana, en una ciudad casi recién nacida», los escritores españoles sabían del «abusador del verso esdrújulo en España; tan abusador que se creían que él lo había inventado». La familia de Cairasco era ítalo-nizarda, él mismo hace mención a este origen en su obra *El templo militante*; dicen sus biógrafos que en su

---

alrededor toda la maravilla de la creación. Entendió como nadie el valor de la luz, del color y del brillo. Amó los sonidos, percibió los olores y, en fin, dejó en perpetua receptividad sus cinco sentidos para mejor conocer y amar, con un sentimiento claramente franciscano, las maravillas de la creación» (BASSEGODA NONELL, Juan [2001]: *Gaudí: la arquitectura del espíritu*, Salvat, Barcelona: 11).

<sup>894</sup> ALONSO, María Rosa: «Niza. La sombra de Cairasco», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 22 de julio de 1952.

juventud Cairasco viajó a Niza para ver a sus parientes<sup>895</sup>. Después se pierde por la avenida de la Victoria, cuyas calles limpias con árboles les recuerdan el Barrio de los Hoteles de Santa Cruz y el Casino también le recuerda al de Tenerife, vuelve a aparecer una de sus constantes: el comparar lugares que conoce con los de su isla parece que no tenía suficiente con hablar de la ascendencia de Cairasco para cubrir las dosis de nostalgia, no, todavía podía encontrar más puntos de comparación para mentar su terruño. Sigue describiendo el ambiente de lujo, tanto de las calles, edificios y tiendas como el de las muchachas, aunque no las encuentra muy guapas. Termina hablando del barrio marineró con su puerto mediterráneo, que la lleva a plantearse varias preguntas retóricas sobre Cairasco de Figueroa, que difícilmente tendrían respuesta: «¿desembarcaría por este puerto el joven Cairasco de Figueroa? ¿Alguna de estas casas lo albergaría? ¿Tendría el monte Boron la misma exuberante vegetación de ahora? ¿Es que saber el horóscopo me va a quitar la tristeza de hoy?». Como se puede observar la probabilidad de respuestas va de más a menos, pues la última es absurda y creemos que lo que busca es dejar a sus lectores con una sonrisa al terminar de leer el artículo.

Llegamos al último día de julio y también finalizan los artículos de este bloque publicados en *Falange*; parece que nuestra viajera no quiere dejar Niza, a pesar de que el próximo título lleva el nombre de otro lugar: «Cannes, Cañas»<sup>896</sup>, publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 10 de agosto de 1952. Nuestra filóloga comienza hablándonos de la coincidencia en el nombre de «Casino Municipal» que se escribe igual en español que en italiano, puesto que Niza está en la frontera y durante cinco siglos pertenecieron al mismo Estado. Detrás del Casino está la parada de autobuses —así lo escribe la articulista canaria— y de ahí salen para los distintos pueblos de la Costa Azul y nos da el itinerario que va a seguir: hoy a la derecha de la «Bahía de los Ángeles», mañana a la izquierda, el miércoles a Cannes y el jueves a Montecarlo. Habla de la evolución de la palabra «canna», que en España es «caña» y en francés «canne», aunque el primer pueblo que se encuentran está escrito así: «Cagnes», es decir, que ya

---

<sup>895</sup> De este aspecto nos habla el profesor Jesús Díaz Armas en su artículo «Cairasco a la luz de la Emblemática: la *Comedia del recibimiento al obispo Fernando Rueda*», cuando nos dice: «Aún no sabía la investigadora, aunque se lo preguntaba, que Cairasco, de ascendencia italo-nizarda, tenía entre sus ascendientes a una aborígen palmera —y a un judaizante—, lo cual hubiera reforzado su impresión de que el poeta, al referirse a los aborígenes, los consideraba “los suyos”, aunque esto, como veremos, ha de ser matizado y formulado, más bien, en un “nosotros”, siempre con la conciencia y orgullo, también, de sus orígenes italianos» (DÍAZ ARMAS, Jesús, en AA. VV. [2010]: 73).

<sup>896</sup> ALONSO, María Rosa: «Cannes, Cañas», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 31 de julio de 1952.

tenemos cuatro formas de la misma palabra; dice que en la vegetación hay muchos cañaverales y de ahí puede venir el nombre. Sigue el viaje y con él la descripción de los lugares por los que va pasando: Azurville, Sogis le Loup pues hay un pequeño río llamado Loup; y llega a Cagnes sur Mer y más adelante a Cannes, su destino: va describiendo el lugar y llama la atención un nombre, Juan les Pins, después Golfe Juan y se pregunta si será un viejo recuerdo del paso español por el sur de la Provenza. La bahía de Cannes es más cerrada que la de Niza, después está el puerto, tras él el monte Chevalier; el litoral de Cannes está más humanizado que el de Niza, porque ésta aparta el puerto de su playa; no se atrevieron ni a mojarse los pies en el mar y se adentraron en la ciudad. Sigue comparándola con Niza y dice que ésta es mayor que Cannes, pero la descripción que nos hace es muy parecida, así como la evocación al ver el trajín de la vida marinera: «marineros argelinos, galeras catalanas, y alguna barba rubia que, desde los mares del Norte, se aventuró a ser tragada por las fauces del estrecho de Gibraltar y arribó a esta embrujada sirena de Cannes para tenderse al sol, junto a la palmera del Sur». Termina el artículo en la plaza de Merimée donde les espera el autobús y finaliza de una forma muy lírica porque dice que el cuerpo se emborracha con el encanto de la riviéra francesa y por una tarde han logrado caminar sin tristes músicas de fondo, yendo un poco a tientas, mientras canta «el pájaro ciego del olvido».

Es normal que al llegar agosto muchas personas se tomen unas vacaciones para aliviar un poco los calores del verano, así que nuestra periodista se ha tomado quince días hasta la publicación de su siguiente artículo, que aparece en la misma sección, «Colaboración», del diario tinerfeño con el que colabora habitualmente: «El canario y su simpatía I»<sup>897</sup>, publicado también en *La Provincia*<sup>898</sup>, periódico de Las Palmas de Gran Canaria, el 30 de septiembre; es la primera vez que colabora con este diario. Curioso tema es el que trata nuestra autora en este trabajo dividido en dos partes: en la primera de ellas nuestra autora habla de homenajes y dice que a veces, más que los propios méritos profesionales, políticos o artísticos, lo que prima para conceder un

---

<sup>897</sup> ALONSO, María Rosa: «El canario y su simpatía I», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 15 de agosto de 1952.

<sup>898</sup> *La Provincia*: La actual cabecera refleja la fusión de dos históricos medios de comunicación de la provincia de Las Palmas y el Archipiélago canario: el *Diario de Las Palmas*, fundado en 1893 por Fernando de León y Castillo, y *La Provincia*, fundada en 1911 con el objetivo de crear la provincia de Las Palmas. En diciembre de 2006, *La Provincia* cumplió cuarenta años de su segunda etapa. Tras la Guerra Civil subsiste hasta el 30 de abril de 1955 en que cesa. Apareció de nuevo el 18 de diciembre de 1966 al amparo de la Ley de Prensa de Imprenta. El vespertino Diario de Las Palmas dejó de editarse en enero de 2000, fusionándose con *La Provincia*: <https://jable.ulpgc.es/laprovincia> (consultado el 07/12/2023).

galardón es que a quien se le concede caiga o no bien, es decir, que sea simpático para el jurado o grupo de personas que lo proponen para un determinado homenaje. Hay un diálogo en el que la escritora discute con un amigo, ambos en la Península, sobre esto y, mientras que su interlocutor defiende que para dar un premio tiene que haber demostraciones objetivas de que la persona a quien se le otorga lo merece, ella se pone a pensar y se da cuenta de que muchas veces se conceden homenajes por anécdotas, porque el premiado en cuestión es simpático y cae bien a todo el mundo. Parece un tema baladí, pero nuestra escritora lo trata de una perspectiva tan seria y, a la vez, tan humana, que nos queda otro remedio que darle la razón: «Se lo merece porque es una persona muy agradable y está siempre preparado para ayudar a todo el mundo», o lo contrario: «Se lo merece, pero que mal me cae». Así somos los seres humanos, muchas veces nos dejamos llevar más por las emociones que por la objetividad de un frío currículo.

Al día siguiente en el mismo diario tinerfeño y en la misma sección, publica la segunda parte de este curioso tema: «El canario y su simpatía II»<sup>899</sup> es un artículo mucho más amplio que el anterior y en él se pueden distinguir dos partes: la primera más genérica y la segunda centrada en Antonio de Viana. Sigue empleando la perspectiva del canario que vive en la Península, concretamente en Madrid, que ve lo que sucede en su tierra con otros ojos, se refiere a él como al canario insular, que ve las cosas desde una perspectiva diferente al que vive en su isla, por ejemplo: el de fuera critica que estamos muy apegados al poder, y que cuando el que ostenta el poder lo deja, se le olvida; para ella se trata de un problema de necesidad pues estar a «tres mil y pico de pesetas a distancia» supone una serie de dificultades con el poder central, que no las tiene el que vive en Madrid. A manera de anécdota cuenta el homenaje que se le tributó al periodista Juan Bautista Acevedo<sup>900</sup>, que no tiene más poder que el ser una persona

---

<sup>899</sup> ALONSO, María Rosa: «El canario y su simpatía II», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 16 de agosto de 1952.

<sup>900</sup> Juan Bautista Acevedo y Rodríguez (1893-1964): nació en Santa Cruz de Tenerife, de donde fue nombrado Hijo Predilecto. Redactor jefe del diario *ABC* y director administrador del BOE; socio agregado de la Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife en Madrid y Presidente del Hogar Canario de Madrid. Felipe Lorenzo nos dice que fue «uno de nuestros más caracterizados periodistas en la primera mitad de este siglo, quien, desde su juventud, dio rienda suelta a sus ímpetus vocacionales en periódicos y revistas. Después pasa a dirigir el diario conservador *La Región*. Más tarde abandona la isla donde naciera para ir a probar fortuna a la Península [...] Con tantas tareas, aún le sobraba tiempo para atender a cuantos canarios se acercaran a él en busca de su intervención en el despacho de algún asunto. Cuando murió, Luis Álvarez Cruz dijo que seguramente dejó en los bolsillos las anotaciones de los encargos, que no serían pocos. Y es que Juan B. Acevedo se autodenominaba cónsul honorario de

muy amable, dispuesto a ayudar a quien lo necesite, precisamente las virtudes que le llevaron a recibir un premio; incluso recuerda las amables palabras que les dirigió a ella y a un paisano palmero, que la acompañó a tan entrañable acto. Dicho periodista es fiel reflejo de todo lo que expuso en el anterior artículo, pero creemos que el colofón de toda esta teoría de la simpatía del canario la emplea como justificación a su insistencia para que homenajeen a Antonio de Viana. Ella se basa en la calidad humana del poeta, sobre todo atendiendo a su labor como médico y como lagunero que fue muy mal tratado por los suyos, atendiendo a los sucesos acontecidos en torno al ensañamiento de que fue objeto cuando lo atacaron a él y a su hijo, quedando éste malherido. María Rosa Alonso no sabe si el poeta era simpático o no, pero lo que sí es demostrable es que fue el creador de nuestros símbolos y, aunque ya tiene una calle en La Laguna con su nombre —tira de su ironía para decir que «el pino» que hubo en ella no se molestaría por eso—, dice que en Santa Cruz van a ponerle su nombre a una calle, pero que no es suficiente para homenajear al poeta obligado a abandonar su tierra. Cree que sería de justicia colocar un sobrio y sencillo monumento a la entrada de La Laguna, en un sitio donde no moleste a nadie, pero que recuerde al creador de nuestros símbolos poéticos, al gran médico tinerfeño y reparar así que, en su propia tierra, en su misma ciudad natal, quisieran matarlo un mal día del siglo diecisiete. Es increíble la devoción que nuestra ensayista siente por el poeta, que llevó nuestro símbolo al nivel del Parnaso poético, al lado de las gestas grecorromanas y de los pueblos recién descubiertos en el Nuevo Mundo. Tenerife tiene su Poema gracias a Antonio de Viana y se merece, no sólo el homenaje del pueblo lagunero, sino el de toda la isla a la que dedicó tan bello cantar de gesta para conmemorar el nacimiento de su historia a la civilización occidental.

A la semana siguiente y después de la escala debida a la simpatía del canario, nuestra periodista vuelve al viaje del que nos iba contando una especie de crónica y lo hace donde mismo lo había dejado: en el periódico grancanario y en la misma sección. Será el primero de un bloque compuesto por cuatro artículos que nos irá llevando desde Montecarlo a la península itálica. «Puertos y Fortuna. Montecarlo»<sup>901</sup> fue publicado también en *El Día* el 23 de agosto de 1952. Más de la mitad del artículo se la pasa describiendo, muchas veces en un estilo muy lírico, la salida desde Niza y todo el

---

Canarias en Madrid» (LORENZO, Felipe [1977]: *Cómo los conocí*, Imprenta Afra, Santa Cruz de Tenerife: 191-192).

<sup>901</sup> ALONSO, María Rosa: «Puertos y Fortuna. Montecarlo», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 21 de agosto de 1952.

trayecto hasta Mónaco. Nos va enumerando los lugares por los que va pasando: el primero es el puerto Olimpia, al pasar ve el nombre de un colegio «Blanca de Castilla», la madre de San Luis, después monte Boron, Villafranca y a su izquierda Beaulien, que le evoca lugares y leyendas: «¿Quién puede en serio desmentir que sobre el cabo Ferrat no se oiga en las noches de luna la voz encantada de una ondina que atracó allí su conjuro de nácar?». Sigue con evocaciones de la mitología clásica, Ítaca, Virgilio, Tasso y las Islas Afortunadas, cuya referencia no podía faltar y expresa el deseo de que algún día «un confiado escritor defenderá que fue el litoral de la isla Graciosa el descrito por su melancólico Tasso borracho de literatura clásica y abstemio de viajes atlánticos». Por fin, emerge Montecarlo y su Casino que para ella es producto de una Europa feliz y archiculta; esa tarde oía los violines del gran Casino, que formaban parte de una orquesta europea con aire antiguo de vals vienés. Cree que ya no se arruina mucha gente en el Casino, o por lo menos no se sabe, quizás para no arruinar el turismo, pero sí se sabe que ha habido suicidios escandalosos en sus hermosos jardines. Considera que hay derroche de tiempo en Montecarlo y en toda la Costa Azul «donde se juega eternamente en la ruleta del mar y de sus frondas las horas contadas de nuestra vida». En este artículo nuestra autora se ha movido en torno a la belleza del paisaje, que le evoca retazos literarios de mitología clásica y esa ciudad como lugar de referencia al que hace una velada crítica, pues no es momento para atacar a esa frívola burguesía que se permite el lujo de tirar el dinero y, además, suicidarse, no por amor o por causas nobles.

A la semana siguiente no podía faltar el relato de su viaje por la costa mediterránea, que la llevará a Italia y más concretamente a la ciudad de Florencia, a la que le dedicará tres artículos; continuamos en el mismo periódico grancanario y en la misma sección, aunque este trabajo también fue publicado también en el diario tinerfeño *El Día* el 29 de agosto. «Florencia, despertar»<sup>902</sup> comienza con la explicación del nombre del lugar en el que se quedaron en Florencia: Lungarno, que significa «lugar junto al río Arno». A lo largo de todo el artículo está muy presente el lenguaje lírico, porque es innegable que es una ciudad que, a través de su arte, nos transporta a lugares que sólo hemos vivido a través de las páginas de los libros leídos. Vuelve la filóloga a decirnos que Florencia es «la ciudad de las flores», para ella es la flor de las ciudades italianas. Pero nos aporta algo de historia de esta ciudad, que fue la primera que en 1207

---

<sup>902</sup> ALONSO, María Rosa: «Florencia, despertar», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 26 de agosto de 1952.

elige popularmente a su alcalde, digna heredera de la polis o ciudad griega que no cesó de su sentido democrático, ni siquiera con la presión longobarda, ni con el mundo cristiano. En Florencia no hay ruinas del mundo clásico, destaca su catedral con un gótico que no tiene mucho que ver con Toledo, Burgos o Notre Dame; allí tras el mármol blanco, verde y rojo de la maravillosa sinfonía cromática de la catedral florentina y del campanile, está «el triunfo, de lo claro, de la miniatura y del detalle, del encaje y la rosa a que pone remate el señorío del círculo, de la bóveda, de lo cerrado y clásico por la mano italiana de Brunelleschi». Pero tampoco podemos olvidarnos de que este pueblo que fue capaz de llevar su belleza a la arquitectura, escultura y pintura a lo máximo, también fue capaz de expulsar a Dante, echar a los Médicis o quemar a Savonarola. Pero allí mismo está una de las plazas más bellas del mundo dedicada al viejo Cosme de Médicis, enfrente está la Loggia de los Lanzi con sus vestales griegas o la barroca columna humana del *Rapto de las Sabinas* de Juan de Bolonia. En el museo del Podestá o del Bargello, allí mismo baja los ojos con pudores de alborada el primer desnudo renacentista, que Miguel Ángel llamó el «David» en 1430. Para ella Florencia es «florecer, misterio de alborada, que no ha madurado de otoños sino de alegres primaveras, su símbolo pudiera ser más que el león y la flor de lis, la gracia impagable y menuda del “puttino” del patio de la Señoría, el soplo detenido de bronce del Mercurio alígero de Juan de Bolonia».

Al día siguiente *Falange* publica el que será el último artículo de este mes de agosto, como si fuera en tiempo real ya que nos dejó el día anterior en la ciudad florentina; nuestra viajera nos lleva a la casa de los que con su dinero y amor por el arte hicieron de Florencia una ciudad única: «Los Médicis, Florencia»<sup>903</sup>, publicado también en *El Día* el 13 de septiembre. El primer párrafo lo dedica a hablar de la casa principalmente de si tiene escalera interior: comodidad y fasto, o exterior: escala. El palacio es dominio del Renacimiento y crea intimidad, mientras que la casa medieval se proyecta en la ciudad: el palacio aísla, la casa une. En Florencia se encuentran los dos tipos de vivienda: la medieval que dejaron los poderosos gremios con su poderío en las calles y la renacentista, que son testigos del individualismo de la época. Todo lo anterior desemboca en el palacio de los Médicis, renacentista, santuario de la magnificencia. María Rosa Alonso describe el palacio Pitti, donde vivieron con la fastuosidad de

---

<sup>903</sup> ALONSO, María Rosa: «Los Médicis, Florencia», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 27 de agosto de 1952.

grandes monarcas, al que sólo se pueden comparar con los ostentosos Borbones o con los lujos de Versalles. Compara el tratamiento de la muerte con gran brillantez y boato en la capilla del palacio de los Médicis con la del Escorial: «aquí los monarcas españoles rezan y pregonan el triunfo de la muerte al enseñar las tumbas reales; los Médicis mandan y piensan y sepultan sus muertos bajo mármoles, además entonan las excelencias del triunfo de la vida y del pensamiento. Apenas si se evoca a la muerte en la capilla fúnebre de los Médicis, destaca la genialidad de Miguel Ángel, su tributo a la excelsitud humana, apenas si se nota la muerte en el fondo de los pilares grises, de las blancas paredes y de los mármoles». Nuestra escritora ha hecho una excelente descripción del palacio, sobre todo de la capilla, pues en ella se refleja la pasión por el arte y las ganas de vivir, y para contrarrestar esta vitalidad, la opone a la fúnebre concepción de la vida, que sólo lleva a la muerte en la catolicidad de los Austrias españoles; Felipe II hizo el Escorial pensando en el más allá, por eso destaca tanto la capilla con sus tumbas reales, todo lo contrario de la vitalidad y del disfrute de los placeres, centrados en el arte por parte de la familia que hizo de Florencia la ciudad más espectacular del Renacimiento.

En el mismo día continuamos el recorrido por la bella ciudad florentina, siguiendo la misma pauta que en los siete últimos publicados en *Falange*, todos dedicados a los viajes de nuestra autora; también lo publica el diario tinerfeño *El Día* el 10 de octubre; éste será el último artículo en publicar simultáneamente en los dos diarios canarios. «Blancura y luz florentinas»<sup>904</sup> prolonga su mirada de culta viajera, nos cuenta que el blanco domina la mayoría de los templos de Florencia, empezando por su catedral o «duomo»: blanca y clarísima, fría y solemne, con gran profusión de adornos arquitectónicos; lo que no hay en dicha catedral es vestiduras, paños o manteles, como en las iglesias españolas porque, al igual que en las iglesias de París, apenas aparecen en sus altares. La catedral tiene diez capillas dividida en dos cruceros, a la derecha del altar mayor está la gran obra que Miguel Ángel dejó inacabada, una Piedad que él quería que colocaran en su tumba, pero sigue ahí. También destaca la blancura del interior de Santa Croce, que es donde están las tumbas de Galileo, Miguel Ángel, Maquiavelo, Hugo Fóscojo, entre los más famosos que nuestra autora recuerda, pues hay algunos más. Pero al dominio del blanco, se filtra la luz a través de bellísimas vidrieras en la Catedral, en

---

<sup>904</sup> ALONSO, María Rosa: «Blancura y luz florentinas», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 27 de agosto de 1952.



Santa Croce, en la Iglesia de Orsanmichele en cuyo exterior Ghiberti, Verrocchio, Juan de Bolonia o Donatello lucen sus excelencias creadoras para la ciudad. Al presenciar las aguas del Arno, nuestra escritora evoca a Beatriz y a Dante pues el río presenciaría su encuentro «bajo el numen sibilino del número nueve, que recarga de Teología la frescura poética del gran lírico»; ella siente que las aguas son las mismas, a pesar de lo que dijera Heráclito, pues apenas se mueven bajo los puentes y en ellas aparece la sombra de las viejas torres de la orilla. El puente Vecchio deja ver a un lado y a otro el milagro de la transformación de los artesanos en artistas y por todos lados se muestra el temperamento privilegiado del florentino porque, además, su lengua es de una armonía tal que la compara con el castellano de Burgos. En fin, que el paseo de la ciudad, a pesar de describir sus bellezas, nos demuestra la gran cultura que posee nuestra paisana, porque igual habla de la arquitectura del «duomo» que de la escultura de Miguel Ángel, o de la literatura de Dante, además de fijarse, como buena filóloga, en la pureza del lenguaje de los florentinos.

Llega el siguiente mes y hasta mediados de septiembre no hay ningún artículo publicado de nuestra periodista; es el diario tinerfeño *El Día* en su habitual sección de «Colaboración» el que premia a sus lectores con la pluma de nuestra excelente escritora, publicando dos artículos dedicados a la toponimia isleña. El primero de ellos es «La Laguna, armonías»<sup>905</sup>: el artículo comienza con una nota en la que su autora se lo dedica a sus amigos del Orfeón «en compensación a una justificada negativa». A lo largo de todo el escrito se suceden numerosos nombres propios de canarios ilustres, además de acontecimientos importantes para la ciudad de los Adelantados, la isla y también la región: el primer canario ilustre al que nombra es José de Viera y Clavijo que con su lírica prosa en el prólogo de su *Diccionario de Historia Natural* destacó las excelencias naturales de las Islas, dirigido a la «Europa culta». En el segundo párrafo aparece el nombre del poeta lagunero Manuel Verdugo, del que ella piensa que, si cambió su lugar de residencia en Italia o en París, es porque lo atrapó «la suavidad de esta sensual adormidera» que es La Laguna. A lo largo de todo el artículo María Rosa emplea un lenguaje muy lírico, sobre todo cuando habla de la ciudad en la que «atraído por la sencilla embriaguez quedó en ella prendido en las sombras de una fuente lagunera el capitán español, que sirvió de simbólico eslabón para el lejano ensueño de la infantina

---

<sup>905</sup> ALONSO, María Rosa: «La Laguna, armonías», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 14 de septiembre de 1952.

Dácil». Desde esos días La Laguna ha sido alborada del mundo hispánico, a la vez que altura, serenidad y armonía; así lo vio el ingeniero Torriani<sup>906</sup>, que en el siglo XVII por orden de Felipe II nos dejó su plano, casi idéntico al que tiene en la actualidad y a la que Cairasco de Figueroa le cantó en rima «al mezzo». Después fue el siglo XVIII con sus ilustrados, tanto los de la Tertulia de Nava como los foráneos: Humboldt, Bompland, Beaudin, Le Dru y Bory de Saint Vicent. Fue en este siglo cuando nació la tradición musical que pervive en La Laguna: Bartolomé Benítez de Ponte fundó en su casa una academia musical, en el XIX fue Eugenio Domínguez Guillén, que había sido alumno del conservatorio de Nápoles; más tarde Juan Pozuelo, Antonio Castro, que creó la banda «La Fe» y, en la actualidad, el lagunero don Fernando Rodríguez, primer director del orfeón «La Paz», que consigue el milagro de que los artesanos se conviertan en artistas: «La voz musical de La Laguna es, en su mayoría, la voz del que trabaja con el noble sentido del que la palabra tiene, la voz del artesano que ha devenido de artista...». Y es el orfeón «La Paz» el que ha recogido y mantiene viva toda la tradición musical,

---

<sup>906</sup> Leonardo Torriani (1560-1628) fue un ingeniero, arquitecto e historiador, además de geógrafo y cartógrafo militar italiano. Tras servir al emperador Rodolfo II, Torriani fue invitado a la corte del rey Felipe II en calidad de ingeniero militar. En marzo de 1584 una real cédula lo nombró ingeniero del Rey en la isla de La Palma siendo enviado a esta isla con instrucciones de construir un muelle y un torreón, pagándosele un escudo por día. Al volver a la corte tres años más tarde recibió un encargo más ambicioso: visitar todas las fortificaciones del archipiélago canario e informar sobre la mejor forma de completar su sistema defensivo. Durante más de un lustro, Torriani visitó todas las islas, elaborando proyectos que en su gran mayoría no se realizaron y remitiendo periódicamente sus informes a la corte. Durante su estancia en las islas Torriani escribió *Descripción e historia del reino de las Islas Canarias* en el año 1588. En esta obra Torriani describe a las islas, a sus principales poblaciones y su historia, además de aportar datos y planos para sus fortificaciones. Al finalizar esta misión es trasladado a Orán, Cartagena, Berbería y más tarde a Portugal donde ostentó el cargo de ingeniero mayor durante tres décadas. Torriani guardó una copia manuscrita de todos sus informes, que tras su muerte y la de su hijo, quedaron en posición del convento de São Bento de Coímbra, pasando más tarde a la biblioteca de la Universidad de Coímbra donde se encuentran en la actualidad. En cuanto a la personalidad de Torriani, nos dice Alejandro Cioranescu, que Torriani fue una persona culta, debido a su preparación humanística, que le llevó a tener conocimientos muy amplios para aquella época, dichos conocimientos son «resultado de sus estudios anteriores, sitúan a nuestro autor como historiador, aunque no sea todo historia. Por otra parte, Torriani era seguramente muy propenso a la literatura, y más particularmente a la poesía». También destaca Cioranescu lo que pudo influir en él Abreu Galindo, con quien colaboró y esto se refleja en algunos detalles históricos de algunas partes de su obra y también trabó amistad con Cairasco de Figueroa, que era poeta e italianizante por lo que no es de extrañar que los dos aprecien a Horacio, a Ariosto y a Torcuato Tasso, este último «había introducido en la gran literatura la imagen fantástica y los encantos de las Afortunadas. Torriani, su admirador, puede ser quien introdujo en Canarias el conocimiento de Jerusalén liberada, el más hermoso, el más lírico y el más melódico poema épico, sensual y cristiano a la vez, que encantó a Cairasco de Figueroa. Si el poema de Tasso entró en Canarias de mano de Torriani, no le debemos a éste tan sólo la descripción y la historia de las Islas» (TORRIANI, Leonardo [1999]: *Descripción e historia del reino de las Islas Canarias: antes Afortunadas, con el parecer de sus fortificaciones*, traducción del italiano, con introducción y notas por Alejandro Cioranescu, Cabildo de Tenerife, Santa Cruz de Tenerife: 39-40).

que mantiene llena de vida la voz de La Laguna. Creemos que este trabajo compensaría con creces esa «justificada negativa» que aparecía al comienzo, pues, además de ser publicado en una efeméride tan importante para los laguneros como es el Día del Cristo, con una lírica prosa hace un homenaje a algunos de los personajes que han contribuido a hacer de La Laguna la gran ciudad que es, sobre todo esos artesanos-artistas que forman el orfeón «La Paz».

El segundo de los artículos que publica *El Día* en este mes de septiembre aparece a los cuatro días y en la misma sección del diario tinerfeño. En esta ocasión el título del artículo también tiene el nombre de un lugar tinerfeño, pero esta vez se encuentra al otro lado de la isla: «Adeje bajo la luna»<sup>907</sup>, poético título para un artículo no menos lírico en el que María Rosa Alonso nos lleva a través de la bella naturaleza de este enclave del sur tinerfeño y de su historia. El primer párrafo es pura prosa poética, en la que nos describe un anochecer en el sur en el que se vislumbra La Gomera al fondo. Nos va haciendo un recorrido por el pueblo por el casco histórico, concretamente entre la Plaza principal y la Casa-fuerte. A continuación, cuenta la historia de Adeje desde antes de la conquista castellana, cuando Adeje era la capital de los nueve menceyatos en que se encontraba dividida la isla con los guanches. Cuando llega Alonso de Lugo, el conquistador, se producen fricciones entre él y los menceyes de Adeje y de Güímar; el español se comportaba como un señor feudal, muy lejos de la modernidad de los Reyes Católicos, que más de una vez tuvieron que acudir tanto ellos como sus descendientes «a salvaguardar y defender los intereses y la libertad del viejo pueblo guanche». Sigue con la historia de Adeje y cita al genovés Cristóbal de Ponte casado con una hermana de Pedro de Vergara, padres del fundador del mayorazgo, Pedro de Ponte Vergara. Viera y Clavijo nos cuenta cómo dicho señor pretendió que el Rey le vendiera la jurisdicción de todo aquel distrito para ser él el sucesor del gran Tinerfe, pero este anacronismo fue rechazado por los señores de la comarca. También es nombrado el chasnero Pedro Soler, de la familia fundadora de Vilaflor, que, junto al gobernador Hernando de Cañizares, muerto en 1559, hicieron «una oposición a una especie de despotismo privado». De tanto intentarlo al final, debido a lo necesitado que estaba de dinero siempre Felipe IV, logró que le otorgaran el señorío y villazgo de Adeje, en 1655; dicho señor también consiguió el marquesado de Adeje y fundó el

---

<sup>907</sup> ALONSO, María Rosa: «Adeje bajo la luna», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 18 de septiembre de 1952.

convento de los franciscanos, que se usó como empaquetado de frutos y con la desamortización pasó a ser un edificio civil, convirtiéndose en el Ayuntamiento de Adeje. De la Casa-fuerte no queda nada, una parte de su archivo la compró el *Museo Canario* de Las Palmas; algunos legajos estaban en Londres y se hablaba en la *BBC* de su venta»; Sabino Berthelot contaba en su *Historia Natural de las Islas Canarias* cómo era la Casa-fuerte en 1820 y los cuatro armarios de archivos que tenía; también poseía una galería de retratos que se perdieron, excepto las imágenes del último conde y marqués directo, don Domingo, que las dejó y pasaron a la parroquia de Adeje. Gran lección de historia que nos ha aportado en esta última parte la ensayista, si en la primera destacaba su lirismo, en la segunda sobresale la rigurosidad histórica y en las dos destaca la perseverancia que tiene nuestra autora en seguir transmitiendo sus conocimientos a los lectores para ir consiguiendo lo que se propuso desde su primer artículo, escrito en 1930, hacer periodismo cultural.

Ahora vamos a dar un doble salto: a la otra isla y a Italia. Después de los dos artículos aparecidos en la prensa tinerfeña, María Rosa Alonso publica el siguiente en el diario grancanario *Falange*; y el segundo salto nos lleva a Florencia, esta vez desde una perspectiva más elevada, desde donde tenemos una mejor vista panorámica: «Florencia desde las alturas. San Miniato y Fiesole»<sup>908</sup> sigue con su prosa lírica para describir la subida desde el Palacio a la Plaza de Miguel Ángel, en cuyo centro hay una reproducción del David y de algunas esculturas de la tumba de los Médicis. La subida es difícil, pero vale la pena para ver a San Miniato del Monte, impresionante fachada florentina que parece hecha de fichas de dominó; una vez descrito lo más llamativo vuelve a embelesarse con el paisaje de Florencia, después visita el cementerio, que refleja el tránsito fugaz de la vida, aunque lleno de belleza y serenidad. Más alto todavía está el pueblecito de Fiesole con su camino bordeado de cipreses, que en España se ha relegado a un árbol para los muertos; allí está revalorizado, desde allí se vislumbra el «Duomo» y Santa Croce; este camino le recuerda en su belleza a Aguamansa. Igualmente, al llegar a Fiesole se ve Florencia como cuando subimos a la Mesa Mota y vemos La Laguna, creemos que nuestra viajera está echando de menos a su tierra pues allí por donde va está viendo puntos de coincidencia con lugares de su isla. Al llegar se encuentran con el convento franciscano de Fra Angélico, los frailes tienen allí un museo

---

<sup>908</sup> ALONSO, María Rosa: «Florencia desde las alturas. San Miniato y Fiesole», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 25 de septiembre de 1952.

de misiones con testimonios de culturas occidentales; sigue con la descripción del convento: el patio con su surtidor al centro, las celdas del piso alto, una de ellas es la que habitó Fra Angélico y la primera a la derecha es la de San Bernardino de Siena, al que le molestaba la excesiva creencia en las reliquias; de este santo hay una escultura de Lorenzo de Pietro de mediados del siglo XV y en España hay una pintura en la casa del Greco de este mismo santo. Nuestra escritora termina hablando de las míseras y pobres celdas de San Bernardino y de sus compañeros, que contrasta con el rico y maravilloso paisaje de Florencia. Hemos visitado con nuestra viajera un lugar que invita a recogimiento y a la reflexión, parece que esta subida a Fiesole es una parada necesaria para el espíritu, pues hasta el momento los sentidos se han embriagado con el arte y el paisaje florentino, y convenía hacer una pausa para poder seguir valorando lo que ofreciendo esa sorprendente ciudad italiana.

A los dos días vuelve a haber cambio de periódico y, por tanto, de isla; volvemos al diario tinerfeño y a la misma sección, para seguir conociendo mejor la historia del pueblo sureño del que ya nos ha dado algunas pinceladas nuestra inquieta periodista. Este artículo es el último publicado en septiembre y el primero de los dos que aparecerán consecutivamente en el periódico de su isla: «Condes y marqueses en el señorío de Adeje»<sup>909</sup> vuelve a hablar de la genealogía de los señores de Adeje: la hija del primer marqués, doña Mariana de Ponte, se casó con don Diego de Ayala y Rojas, conde de La Gomera y nuestra escritora pasa a contarnos la historia de la casa condal gomera, que parten del matrimonio entre Hernán Peraza y Beatriz de Bobadilla, mujer de leyenda que se dice que fue amante de Fernando el Católico y de Cristóbal Colón cuando pasó por la isla rumbo al Nuevo Mundo; su último marido fue el viejo conquistador Alonso de Lugo. Guillén Peraza, el hijo de Hernán y Beatriz, tuvo dos hijos: Luis que vivió en Sevilla y murió soltero y Diego, que defendió a La Gomera de ataques corsarios; éste y su hermano don Melchor se casaron con damas palmeras de los Monteverde, que fueron las que aportaron el dinero para sus negocios. Don Antonio, hijo de don Melchor, estuvo en la *Invencible*, le sucedió su primo don Gaspar, era la época de los ataques berberiscos y de la invasión de Van der Doez, en 1599; su esposa era también palmera, no sabía firmar y se llamaba María Vandala. A partir de este momento los condes de la Gomera no miran para La Palma, sino para Tenerife hacia

---

<sup>909</sup> ALONSO, María Rosa: «Condes y marqueses en el señorío de Adeje», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 27 de septiembre de 1952.

donde los días claros se ve el rincón noroeste de la isla, cuya capital será Garachico; de ahí será la esposa elegida por don Gaspar de Ayala, hijo de don Diego, que se casó con Isabel de Ponte, la «condesa de Taco», que al quedar viuda se casó nuevamente; a partir de aquí María Rosa Alonso enlaza con el relato del artículo anterior y sigue aportándonos nuevos nombres y matrimonios, pero lo que destacamos es su sentido del humor al hablarnos de que los títulos de conde de La Gomera y marqués de Adeje pasan a la Península por línea femenina: «Y la línea femenina es cosa baladí que la Genealogía desprecia, no obstante ser la más segura de comprobar». A continuación, cuenta las huellas que dejó esta noble familia en Adeje: el templo, al que describe con todo lo que tiene dentro; aparte del templo y de la fundación del convento franciscano, no conserva nada que mantenga la memoria de dicha familia. Vuelve a hablar de la Casa-fuerte, cuyos señores sólo atendieron a su ingenio de azúcar y a enriquecer su hacienda; nuestra cronista cree que ese antiguo ingenio azucarero es el que hizo que en Adeje haya una tradición repostera y de dulces. El último párrafo es muy poético, muy propio de la despedida tras estos dos largos artículos, en los que nos ha enseñado el pueblo y el árbol genealógico de las nobles familias que fundaron este lugar, después de la conquista. Deja este «costado tinerfeño, que mira a La Gomera, y que se prende al cuerpo de la isla como una magnolia blanca bajo la luna».

Llegamos a octubre con el segundo y último artículo de los dos consecutivos publicados en el diario tinerfeño y también un paréntesis en la sección «Colaboración» a la que volverá en enero del siguiente año. Sigue con la misma temática de descubrirnos pueblos de su isla: «Icod, santuario geográfico»<sup>910</sup> está dedicado «A don Julio Arencibia, gran señor de Icod». Comienza haciendo tres bellas preguntas retóricas sobre Icod, empieza con la historia pues ya en el siglo XVI se cita este pueblo como obligada referencia: la concisa prosa de Espinosa, la rima de Cairasco, el elogio de Viana, la pluma de Núñez de la Peña, la prosa de Viera, que acaricia a la novia del Teide con sus palabras. Icod surge con las manos constructoras de Alonso de Lugo; a partir de aquí nuestra escritora va derramando una lírica prosa para describirnos las riquezas artísticas y naturales de este pueblo norteño. No podía dejar de nombrar la cepa que le da nombre, pues Icod tiene una segunda parte en su nombre, Icod de los Vinos, esos néctares famosos por Shakespeare, Carlos Goldoni o el rey Luis Felipe. Hace un repaso por los

---

<sup>910</sup> ALONSO, María Rosa: «Icod, santuario geográfico», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 5 de octubre de 1952.

hijos ilustres de Icod: fray Andrés de Abreu, Cristóbal Pérez del Cristo, Key Muñoz, Andrés de Lorenzo Cáceres, Francisco de León Huerta, José Cecilio Montes, etc. Y ha dejado para los últimos párrafos el emblema de este lugar, el Drago, que para ella es casi una persona porque tiene sangre e historia; el Drago es «el santuario botánico de Icod, gran templo de un rito bucólico y geográfico de un país con sólo Edad moderna; templo que cambia mármoles por montañas y techumbre por estrellado firmamento». Dice que, si los griegos hubiesen conocido el drago, él sería y no la encina el árbol de Júpiter; Icod existe porque tiene el Drago único en años, ella ruega a sus ramas un florecer de plenitudes para que sea total la cosecha íntegra de hijos de Tenerife; siente que sobre la copa milenaria del Drago otea el horizonte el ángel de Icod. No hay más palabras para definir con que amor describe nuestra escritora a los pueblos de la isla, la vena lírica fluye en su pluma cada vez que se dedica a hablar de uno de los pueblos tinerfeños, sobre todo los que tienen historia guanche y si, además, tiene un Drago emblemático y la tradición de los famosos vinos del Norte de la isla, tenemos los elementos necesarios para escribir uno de sus líricos artículos sobre la toponimia isleña.

A los cuatro días María Rosa Alonso publica su siguiente artículo en *Falange*, el único por esta vez porque en el siguiente vuelve a escribir para un periódico tinerfeño y hasta diciembre tendremos esta alternancia de una publicación en Las Palmas y otra en Tenerife. No sabemos si es pura casualidad o que, inspirada por el lugar del que había hablado, se decide a escribir sobre el mismo santo, pues curiosamente el patrón de Icod de los Vinos es san Marcos Evangelista y también su playa recibe el nombre de San Marcos; a pesar de encontrarse en lugares tan alejados geográficamente para el espíritu de la cristiandad están muy cerca como describe en «San Marcos de Florencia. Variaciones sobre la Anunciación»<sup>911</sup>. Nuestra viajera está en la espaciosa plaza de San Marcos, cuya iglesia tiene una fachada del siglo XVIII y al lado está el convento de Fra Angelico que encierra sus obras, por lo tanto, el museo de San Marcos está en el antiguo convento, va describiendo las obras que va encontrando a medida que avanza en su visita a este religioso lugar, en el que sus celdas sí que están restauradas y no desconchadas como las de Fiesole. En el piso alto se sorprende ante un fresco de la Anunciación, que se le parece muchísimo al que está en el Museo del Prado; describe el

---

<sup>911</sup> ALONSO, María Rosa: «San Marcos de Florencia. Variaciones sobre la Anunciación», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 9 de octubre de 1952.

fresco y dice que le recuerda a la Gran Canaria del siglo XVIII o principios del XIX y a Cairasco de Figueroa, pues el poeta describe la escena de la Anunciación en sus versos, que ella transcribe. Lo que a ella no le gusta tanto es de la forma en que habla Cairasco de la condición femenina, pues describe a las mujeres como si estuvieran siempre asomadas a la ventana criticando las vidas ajenas. Nuestra escritora habla de Savonarola, prior del convento de San Marcos, y de su celda en la que estudiaba y en la que todavía se guardan su traje y sus manuscritos; a la salida se representa la quema del frailes y de sus hermanos de orden debido a que anatematizaba la relajación de los Borgia. En la paz de ese convento solía descansar Cosme de Médicis, el viejo, y les enseñaron sus celdas, que dan pie a pensar en que la soledad es una excelente medicina para mitigar la adulación cortesana, algo tan humano como pernicioso para los gobernantes. Es increíble cómo de una simple visita a un convento nuestra ensayista puede extraer tanta materia para reflexionar como pueden ser los inicios de nuestra literatura en los versos de Cairasco de Figueroa o las banalidades de la vida cortesana y de cómo un Médicis sabía la cura para evitar caer en tantos elogios como estaba expuesto debido a su cargo.

A la semana siguiente toca publicar en Tenerife, aunque en un periódico con el que hacía tiempo que no colaboraba, en el vespertino *La Tarde*, donde había publicado por última vez a finales de junio. Trata un tema muy personal, del que no se ocupaba hacía un tiempo; hay expresados una profundidad de sentimientos en este artículo que sólo la habíamos visto en los dos publicados en junio de 1948 titulados «La madre en el umbral. I y II». También ahora habla del mundo infantil, aunque en esta ocasión se refiere a «Cuando los niños sufren»<sup>912</sup>; nos dice cómo es el Hermano Manuel a través de las emociones que despierta en ella, habla de Santa Teresa<sup>913</sup> y de su «sequedad del

---

<sup>912</sup> ALONSO, María Rosa: «Cuando los niños sufren», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 14 de octubre de 1952.

<sup>913</sup> Santa Teresa de Jesús (1515-1582) fue una monja, fundadora de la Orden de Carmelitas Descalzos, mística y escritora española. Cuando María Rosa Alonso habla de «sequedad del alma», creemos que hace alusión a la experiencia de la ausencia, de la ausencia de Dios. Pero el aspecto que nos resulta más interesante de la escritora mística es el papel que jugó con respecto al de la mujer en aquella época. Ella heredaría el legado del erasmismo y participaría activamente en el tipo de religión de esta época, que literariamente hablando está en la picaresca; como sabemos Teresa de Jesús no se muestra respetuosa con las costumbres y el mejor ejemplo es todo lo referente a los límites impuestos a lo femenino: ella delimita su lucha a la liberación de la mujer mediante la virtud cristiana, aplicado a las monjas de su convento, pues considera necesario que no permanezcan en la ignorancia. «Deben saber dónde reside el provecho del alma, en general, todo aquello que libere su espíritu de las ataduras que sujeten a quienes no han cultivado la inteligencia. Debe cultivar el espíritu porque estas cosas e ignorancias no las tendrán los letrados, aunque ya he topado con alguno en ellas; mas para nosotras las mujeres, de todas estas



alma», es decir, el estado del corazón ante lo inefable, ante el proceso místico; dice que al escritor tiene a veces esa sequedad porque no fluye la inspiración. Admira a las personas que pueden escribir de encargo, pero ella no tiene esa facilidad cuando está ante el papel, pues muchas veces no le salen las palabras para comunicar lo que siente. Toda esta reflexión es porque el Hermano Manuel de la Orden de San Juan de Dios le ha pedido que escriba algo para ayudar a concienciar sobre la ayuda a tanta gente necesitada, sobre todo a los niños enfermos: «Hay en todo ser mutilado de cuerpo el natural resentimiento que hizo pensar a los clásicos en una deformidad del alma». Pero el Cristianismo vio desde los primeros tiempos que esto se podía superar con ayuda, y es esa la misión del Hermano Manuel y de sus compañeros: la de ayudar a los enfermos, la de curar la deformidad física, sobre todo de los niños. Lo anterior le trae el recuerdo de una niña coja de un poema de Juan Ramón Jiménez y lo transcribe, y es a niñas como esas a las que puede ayudar la misión del Hermano Manuel con el soporte de todas las personas que se conmuevan ante las desgracias de estas pequeñas criaturas. Ella no está segura si es un artículo como el que acaba de escribir lo que quería el Hermano Manuel, pero lo ha hecho con la mejor intención de poner su granito de arena para colaborar con el religioso y su empresa altruista.

A la semana siguiente nos vamos a Las Palmas con la lectura del último artículo de la escritora en las páginas del diario grancanario; ella seguirá contándonos su viaje por la bota itálica, nos habíamos quedado en Florencia, así que de ahí partiremos: «De Florencia a Roma»<sup>914</sup> describe lo penoso que es despedirse de un lugar tan especial desde una estación de cristal y mármol, pero hay que continuar el viaje y dirigirse al siguiente destino; a manera de anécdota cuenta que los trenes en Italia están electrificados y así ella llega limpia a Roma. En el trayecto hacia la capital del país anota que «El paisaje es suave, de verdes colinas al fondo»; piensa en el contraste que hay entre este tipo de paisaje y el de su isla, que es «agreste de altas montañas secas y cortadas a pico»; también hay paisajes «de viñas altas, casi erguidas como arbusto» que la llevan a recordar los viñedos de Toro en Salamanca, que fueron los primeros que comparó con las «parras isleñas, largas y pegadas a la tierra, con sus varas sarmentosas, que alza la horquetilla coronada de pámpanos»; llega a la conclusión de que en las islas

---

ignorancias nos conviene ser avisadas» (FERNÁNDEZ, José María y otros [1984]: *Cinco ensayos sobre Santa Teresa de Jesús*, Editora Nacional, Madrid: 128-130).

<sup>914</sup> ALONSO, María Rosa: «De Florencia a Roma», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 21 de octubre de 1952.

se cultivan así por la tiranía del viento, que hace inclinar los árboles y arrastrar a la viña «y llevarse en sus flecos de primavera un próximo verano de frutales». Nombra una limitación del isleño que nunca ha salido de su tierra y es la de no haber visto nunca un río, y otra limitación, compartida con el resto de los españoles, es la de no haber visto un lago; para ella «el lago es la isla al revés, es un oasis de mar en el continente, un océano en miniatura para que los barquitos vivan la ilusión de ser trasatlánticos». Era casi de noche cuando pasaron el lago Trasimeno y recuerda importantes sucesos que han acontecido en sus orillas, por ejemplo, una de las batallas que Aníbal ganó a los romanos; pero es que, además, el lago Trasimeno se permite el lujo de tener su propia isla, algo novedoso para ella. Llega la noche y ellos a Roma, cree que su estación es de las mejores del mundo, similar en su estilo a la florentina pero mayor, y se encuentra con la capital italiana llena de luz que ilumina la primera fuente con que se topan. Y como no estamos ante un folletín, nos contará en el próximo capítulo su emocionante estancia en Roma, tendremos que esperar a que se publique otro artículo en Tenerife y después volveremos a leer a Las Palmas y a soñar con el viaje de nuestra paisana a Roma.

Llega noviembre y con este nuevo mes también nuestra escritora nos brinda el primero de tres artículos dedicados a pueblos de su isla, aunque son sólo dos lugares, puesto que los dos últimos están dedicados al mismo pueblo. Dichos escritos son publicados en el periódico de la capital tinerfeña con el que últimamente colabora, *El Día*. Seguimos recorriendo la isla de Tenerife para conocer sus hermosos pueblos, en esta ocasión también vamos hacia el Norte, en el lugar que tiene el nombre del real sitio donde Alonso de Lugo coronó su victoria sobre los guanches. «Pueblos tinerfeños. Los Realejos»<sup>915</sup> está dedicado «Al Dr. González, Decano de Ciencias, valioso hijo del Realejo»; de este pueblo han hablado muchos los historiadores, desde el siglo XVI Alonso de Espinosa, en el XVII Núñez de la Peña; ya en el XVIII nuestra autora habla de que se usaba un galicismo, «arruadas», para referirse a cómo estaban las casas en las calles. Es curioso en este lugar cómo separan el de Arriba del de Abajo; según Núñez se les denomina así porque cuando la isla se conquistó en el Realejo de Arriba estaba el real español y en el de Abajo el real de los guanches, y a ambos los separa el barranco. Describe el Realejo Alto o de Arriba deteniéndose en la iglesia, que fue la primera que

---

<sup>915</sup> ALONSO, María Rosa: «Pueblos tinerfeños. Los Realejos», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 9 de noviembre de 1952.

se construyó, aunque Rodríguez Moure se empeñó en que la primera fue la de La Laguna. En la plaza de dicha iglesia hay una escultura de Viera y Clavijo realizada por el escultor tinerfeño Jesús María Perdigón<sup>916</sup>, justamente donde el Adelantado Fernández de Lugo sentó el real durante seis meses, el Realejo de Abajo tiene más población, también tienen su iglesia, que data de 1533, había allí también un convento de los agustinos que fue desamortizado. Viera y Clavijo escribió muy poco sobre su pueblo en las *Noticias*: «Temperie sana, cielo puro, aguas abundantes y buenas, grandes viñas, haciendas, sitios y pagos deliciosos». En Los Realejos estuvo asentado el reino de Taoro, que fue cabeza y centro de dominio de los guanches, y dice nuestra ensayista que todavía se respira por allí un aire de mando y de seguridad. El artículo es muy extenso y nos hemos limitado a resumir algunos detalles de los muchos que nos aporta la escritora sobre uno de los pueblos más emblemáticos del Norte de nuestra isla.

A los tres días toca volver a publicar en Gran Canaria y seguir a nuestra viajera a la capital italiana: «Roma, Historia»<sup>917</sup>; su impresión al llegar es que Roma es confusión y laberinto, hay que olvidarse de lo que Roma significó para el mundo para entenderla en su callejeo; comparada con París o Madrid no respeta simetría alguna, quizás el famoso Corso romano podría significar la aorta de la ciudad. Se dedica a

---

<sup>916</sup> Jesús María Perdigón (1888-1970): desde muy joven se sintió atraído por la plástica, el 16 de mayo de 1906 viajó a Madrid en calidad de integrante de la comisión formada para ejecutar una alfombra de flores cuyo motivo central lo constituían los escudos de las familias Borbón y Battenberg en la plaza de Toros, el día de la corrida regia que, con motivo del matrimonio del rey, había de celebrarse el día dos de junio. Don Alfonso XII había admirado algunos meses antes, durante su visita a las Islas, la que se había confeccionado en su honor en la plaza del Ayuntamiento de La Orotava. A su regreso fue nombrado bibliotecario del Liceo de Taoro y, al año siguiente, confeccionó la alfombra de «Las cuatro esquinas». Por esta época alternó las aficiones escultóricas con la labor de pintor, especialmente como retratista. En 1908 el Ayuntamiento le concede una beca para ir a estudiar a Madrid en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. En 1911 obtuvo en la capital cuatro premios por otros tantos proyectos presentados. En 1912 modeló el busto de un canario ilustre residente en Madrid, el escritor don Luis Maffiotte La Roche; ya desde esas fechas trabaja Perdigón en un proyecto de monumento a Viera y Clavijo, que en 1927 fue aprobado por el pleno del Ayuntamiento del Realejo Alto: se trataba de un busto en bronce, que sería colocado sobre un pedestal de piedra del país y se colocaría en la plaza principal. El domingo día 28 de agosto de ese mismo año tuvo lugar la solemne inauguración del monumento, en el acto intervinieron, entre otros, el catedrático de Ciencias Naturales del Instituto de La Laguna, don Agustín Cabrera Díaz, el poeta Manuel Verdugo que leyó un soneto: «De Viera y Clavijo a Jesús M. Perdigón», el también poeta Diego Crosa que leyó un romance dedicado a Viera y Clavijo. La obra más popularmente conocida de Perdigón es el busto de Mariano José de Larra, *Figaro*, que por iniciativa del Círculo de Bellas Artes de Madrid se levanta en la actualidad en los jardines de la calle de Bailén, frente a la catedral de La Almudena y la explanada de la Armería del Palacio de Oriente (GAVIÑO DE FRANCHY, Carlos [2015]: «Jesús María Perdigón (1888-1970): algunas consideraciones acerca de su trayectoria artística»: <https://lopedeclavijo.blogspot.com/2015/03/jesus-maria-perdigon-1888-1970-algunas.html> [consultado el 14/12/1923]).

<sup>917</sup> ALONSO, María Rosa: «Roma, Historia», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 12 de noviembre de 1952.

describirnos las vías y plazas, la función del Tíber, por ejemplo, el *Trastevere* «las tierras más allá del Tíber», donde están la ciudad del Vaticano y el *Gianicolo* y en estos lugares evoca a Tasso y Chateaubriand. Sigue nombrando lugares emblemáticos de la ciudad, por ejemplo, las villas: al norte Villa Ada, más al centro Villa Umberto. Dice que otra tarde vieron esconderse la última luz del día tras la cúpula de San Pedro; más al sur está el parque de Trajano, cerca de éste la iglesia de San Pedro *in Vincoli*, que muestra a ras del suelo «el rotundo mármol impresionante del Moisés de Miguel Ángel». Aún más al sur están las ruinas de Caracalla, seguidamente aparece un edificio muy moderno, la sede de la F.A.O., vecino al Arco de Constantino. Ella cree que el sentido de eternidad de Roma es la perfecta simbiosis entre las ruinas y lo novísimo, no es de extrañar que se sucedan vías con nombre como «de las Milicias, de Julio César, de los Escipiones, los Gracos y Cola di Rienzo», con las vías de «Lucrecio, Cicerón, Tácito, Horacio, Virgilio, Ovidio o Terencio», es decir, políticos de ideas contrapuestas al lado de los poetas y escritores más clásicos. Asombra encontrar vestigios de Mussolini, no sólo su Foro sino libros expuestos en los escaparates, al lado de obras de sus enemigos; nuestra escritora termina con una frase contundente: «Roma es, más que el país de la Historia, la Historia misma». Esta nuestra guía tan culta nos deja un receso para descansar de esta caótica y a la vez fascinante ciudad histórica pletórica en obras de arte, para llevarnos a las bellezas tan opuestas y tan naturales como son la de nuestros pueblos tinerfeños.

A los tres días toca publicar en el diario de su isla y hablar de pueblos de Tenerife; a sus fieles lectores les será familiar el nombre de este pueblo tinerfeño de Anaga, puesto que le dedicó un artículo de crítica de arte en el que hablaba de sus famosas tablas: «Pueblos tinerfeños. Taganana»<sup>918</sup>. Nos encontramos ante un extenso artículo, ilustrado con una fotografía de la playa de Almáciga en Taganana, en el que encontramos datos históricos, además de alguna que otra descripción de ese pueblo de la cordillera de Anaga que comparte con la Punta del Hidalgo, y no sólo algo de esta cadena montañosa, sino también la característica de que si quieres conocerlos tienes que ir directamente hacia ellos, pues no queda de paso de ningún otro lugar de la toponimia isleña. Como ya es costumbre en nuestra periodista cuando habla de algún lugar de su isla le aflora la vena lírica y con Taganana no podía ser menos: «Por las altas cumbres

---

<sup>918</sup> ALONSO, María Rosa: «Pueblos tinerfeños. Taganana», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 15 de noviembre de 1952.

de las estribaciones de Anaga, en un mar de brumas, serpentea la carretera»; dice que este es el paisaje que nos interpretó Constantino Aznar<sup>919</sup>. Sigue el difícil camino con su bosque inmenso, que destila agua, alude al importante trabajo del Dr. Serra y nombra a uno de sus colaboradores, Cristóbal Rodríguez de León, que puso como condición para hacer este camino el que descubrieran y cortaran el monte «para que no llueva de los árboles»: estas personas todavía no tenían consciencia de que hablaban de la «lluvia horizontal». Empieza a hablar de los historiadores, que, según nuestra periodista, han tenido la costumbre de hablar mal unos de otros: empezó Alonso de Espinosa, después Núñez de la Peña en el XVII, Agustín del Castillo y Viera y Clavijo en el siglo XVIII. De Taganana sólo habló Espinosa del que dijo que era un pueblo fundado sobre los peñascos de Naga de gente que tira por el arado y la azada. Núñez se refiere a su áspero camino, a sus sesenta vueltas, a su parroquia, ermitas y lugares. Viera se burla de Núñez de la Peña y de sus caminos y pagos; María Rosa Alonso cree que Núñez sí estuvo en Taganana, pero lo duda de Viera. A lo largo de todo el artículo nuestra escritora nos habla de sus aborígenes, de los que ya tenían nombres y apellidos, dueños de las tierras y peñascos del lugar; al hablar de la fecha de la fundación del pueblo, nombra a Rodríguez Moure y su *Historia de la Concepción* en la que habla de que fue fundada por el conquistador Francisco Garcés del Álamo. Parece ser en 1506 se fundó un ingenio de azúcar por el portugués Diego de Sardinha, que fue nuestro primer monocultivo. En el último párrafo hace una valoración negativa del futuro de Taganana por lo apartado que está, aunque tiene una iglesia que es la cuarta de Tenerife.

---

<sup>919</sup> Constantino Aznar (1905-1981): canario de adopción, nació en Madrid y cursó sus estudios de enseñanza media y superior en Bélgica. En 1928 regresa a España, en 1932 es nombrado catedrático interino de francés en Santa Cruz de La Palma, hasta el estallido de la Guerra Civil: al ser militante de FETE-UGT sufre las consecuencias de haber luchado por sus ideales y es duramente represaliado. Exiliado en Bélgica, Londres y Roma, en 1969 regresa a España y trabaja en Madrid para la *Revista de Occidente*; en 1970 vuelve a Tenerife donde colabora asiduamente con el periódico *El Día*. Aznar escribe también unos *Poemas de cárcel y ausencia* basados en sus vivencias en los campos de concentración entre 1939 y 1942, así como en 1960 un drama titulado *Qué día triste en Granada*. Además, es autor de diversas traducciones de historia, ensayos, o referidas a Canarias, como la de *Le Canarien* del P. Boutier, el famoso libro sobre la conquista de Canarias, o la del manuscrito del padre Juan de Tovar sobre la *Venida de los Indios Mexicanos y Tratados de los Ritos*, que hace el año 1970 del español al francés y por encargo de la UNESCO. Cuando Constantino Aznar volvió a nuestra isla, Domingo Pérez Minik dijo: «Está aquí, convive con nosotros y entre todos nos aguantamos repartiendo muy bien el pan y la sal de la amistad. Después de tan larga ausencia, una larga vida, él pudo haber escogido cualquier sitio de la tierra para seguir trabajando como hasta ahora, desde Madrid, su lugar de nacimiento, hasta Bruselas, su lugar de educación, Londres, el lugar de las horas felices del exilio, hasta Roma, la última ciudad habitada, rodeado de muy importantes personajes de la historia de la España contemporánea. Pues no. No escogió ninguno de estos recintos tan incitantes, sino que ha vuelto a Tenerife, esa isla donde quizá pasó las peores horas de su existencia, acosado, discutido, malparado. Cuando intentamos contestar cada una de estas preguntas que ahora mismo nos estamos haciendo, no sabemos que responder» (PÉREZ MINIK, Domingo [1988]: *Isla y literatura*, Caja General de Ahorros de Canarias: 271).

A la semana siguiente nos desplazamos a Las Palmas y a su periódico, *Falange*, para continuar con la publicación del siguiente reportaje sobre la capital romana; si en el anterior artículo la viajera nos habló de su historia, ahora toca hablar de sus ruinas, pero creemos que está hablando de lo mismo, porque precisamente son las ruinas las que mejor nos aportan datos sobre la historia de la ciudad eterna. «En Roma, las ruinas»<sup>920</sup> no está en la misma sección de siempre, es decir, en «Plumas de las Islas», sino que aparece en «Domingo literario», sección en la que es la quinta vez que colabora. Empieza comparando la principal característica que para ella tiene cada uno de las siguientes capitales: Madrid es alegre, moderna y describe algunos de sus principales atractivos; París es elegante y Roma es una ciudad melancólica, que le viene dada de sus ruinas y en esto tiene mucho que ver, además de otros elementos que analiza, con los poetas: Petrarca, Castiglione al que tradujo el francés Du Bellay y de la versión de éste parten la inglesa de Spencer y la española de Quevedo («Buscas en Roma a Roma, oh peregrino»). María Rosa Alonso dice que es difícil «explicarse la sensación que una detenida visita a los foros republicanos primero, e imperiales después, porque los misterios de la emoción arqueológica y estética dependen del haber que figure en la cultura y en el alma de la criatura», es decir, que dependerá de la capacidad que tenga esa criatura para captar lo estético y así emocionarse ante lo que tiene en frente. Sigue nombrado los lugares que visita y que definen tanto a esa ciudad, aunque si te llevas sólo por la guía del país, sólo podrás hacer que «el alma vuele al conjuro de su muerta letra de estadística»; según estas palabras se debe haber conocido Roma a través de la lectura, del estudio del latín, de la historia romana, de la literatura desde los inicios de esta ciudad, con palabras de la famosa obra de Tito Livio *Ab urbe condita*. En el último párrafo nos cuenta cómo debido a la sed de primeras horas de la tarde, bebe agua de una fuentecita tomándola con la cuenca de sus manos y se sienta en una de las losas que bordean la puerta de salida, la puerta de Tito, remanso final del paseo por la vía Sacra y desde allí contempla el paisaje de la colina de los pastores, que llaman el Palatino y a éste le dedicará el próximo artículo.

A los cuatro días publica el último artículo del mes de noviembre y debido a la costumbre que ha adquirido últimamente de publicar alternativamente en las dos capitales canarias, le toca el turno a Tenerife. En el diario habitual con el que colabora

---

<sup>920</sup> ALONSO, María Rosa: «En Roma, las ruinas», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 23 de noviembre de 1952.

en su isla, sigue en el mismo pueblo del anterior artículo publicado en este medio: «Pueblos tinerfeños. Aún Taganana»<sup>921</sup> está ilustrado con una fotografía, cuyo pie nos dice: «He aquí un viejo y típico pescador de Taganana, fotografiado con su barca en la playa de El Roque de las Bodegas, lugar de entrada y salida de la gente de mar de los contornos, que preside el Roque de las Ánimas, erguido como firme centinela sobre el mar Atlántico». En cuanto al texto, lo comienza haciendo una descripción del lugar: picachos de Amogoge, Roque del Medio y el de las Ánimas, y nos dice: «Y la mirada, de no dirigirse al cielo alto, baña la dura piedra de espirituales tactos que emergen del alma, apretada aquí, comprimida allá, de secas resonancias». Y sigue por el barrio de Portugal, un vestigio más de la importancia del paso de los lusos por el lugar, continuando su camino por Chanca. Y, a continuación, la parroquia de Taganana, la de Santa María de las Nieves, que data de 1505, allí es donde se encuentra la verdadera reliquia cultural de este lugar: el tríptico al que ya le ha dedicado un artículo en 1949, y ahora se sigue preguntando: «¿Quién os trajo a vosotras tres? ¿Quién puso entre bravura tan adusta, vuestra fina delicia, tablas de la parroquia de Taganana?». Más adelante, y siempre dentro del intenso lirismo que hay en todo el escrito, ella se dirige a las tablas preguntándoles si no se sienten presas de la isla. Hay una personificación en la que la autora parece infundir a aquellas criaturas estetizadas el sentimiento isla=prisión, tan presente en toda la literatura canaria. Continúa en un tono metafísico, hablando de los lugareños, por los cuales pasa la vida sin darse apenas cuenta, y dice: «Y así un día y otro hasta que llegan años y el sol da de frente primero, pero después resbala por los costados los rayos del otoño, y en la negra noche, ella, la muerte...». Y sigue recorriendo el lugar: Roque de las Ánimas, playas de Tachero y del Roque, la finca de las Palmas, y por encima de todo los Roques de Anaga, donde se hace estas preguntas y reflexiones: «¿Está aquí estremecida de prisiones, la paloma del alma? ¿Nada más que escapar es lo que quiere? No. ¿Quién hace el milagro? ¿Quién le da la paz y el sosiego?». También habla de la costumbre de los pueblos, donde se saluda a todas las personas, sin tener en cuenta si son conocidas o no; sólo basta sentir la presencia de otro ser humano para brindar esa afabilidad, que, por desgracia, se ha ido perdiendo en las ciudades y en algunos pueblos. Y acaba declarando el amor a su tierra, ese sentimiento tan profundo que por muy lejos que se encuentre, sigue tan presente en su recuerdo y en

---

<sup>921</sup>ALONSO, María Rosa: «Pueblos tinerfeños. Aún Taganana», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 27 de noviembre de 1952.

su corazón. Creemos que a escritores como María Rosa Alonso, que han tenido que residir lejos de su lugar de origen, es la escritura lo que los salva y sentir el pulso de la tierra como «una isa, rezos todos del alma popular de las buenas y nobles gentes de mi tierra, a la que estoy unida por un hondo amor».

Llega diciembre y en su primera semana toca publicar en Gran Canaria, en el diario *Falange*, aunque en esta ocasión serán dos artículos seguidos en el mismo periódico, los únicos en este mes de diciembre y así termina el más fructífero año en de su actividad periodística: cuarenta y nueve artículos en total. Y volvemos a Roma, a seguir conociendo esta capital europea a través de las palabras escritas de una inquieta y culta viajera: «En el Palatino»<sup>922</sup> comienza ubicando el lugar del Foro, situado entre dos colinas romanas desecadas, hacia el sur lo domina el Palatino, lugar privilegiado y motivo por el que los emperadores levantaron allí su Roma aristocrática. María Rosa Alonso subió un atardecer a este lugar, describe la subida y después hace una crítica a las guías turísticas a las que no deja muy bien paradas. Una vez hecha la visita a lo alto del Palatino, va describiendo la bajada, al llegar habla de los vendedores de postales, que rápidamente caen en la cuenta de que son españoles y los tratan como si fueran primos y hasta que no les compra la postal, no la sueltan. Después, la Basílica de Majencio, el Coliseo, ese enorme anfiteatro Flavio, con sus tres órdenes arquitectónicos por fuera y su cavea o gradería por dentro. Habla de la obra de Curzio Malaparte, *La Piel*, poema doliente a una ruina, en el que se narra la entrada del ejército americano a Roma por la *Via Apia* antigua y cómo el general Cork se creyó que el deterioro del Coliseo era producto del bombardeo americano: «Don't worry, Malaparte; It's war! ¡Es la guerra!». Muy cerca el arco de Constantino, que representa el triunfo cristiano sobre el paganismo, al contrario del de Tito, más pequeño y que representa el triunfo romano sobre los judíos. En el último párrafo, no sólo termina el artículo sino también a la tarde ella se sienta a esperar a su anfitrión Antonio Dorta en una piedra del arco de Constantino. Ahora cuenta algo con ese matiz irónico que tan bien sabe emplear en sus escritos: dice que ha entrado y salido a placer por las tres puertas del arco de Constantino para resarcirse de lo que le sucedió una vez en Madrid cuando iba despistada y pisó una plazoletilla central con su conato de cenefa de brezos en la plaza de Quevedo, y por poco no la mata el guardia; llega a la conclusión de que los romanos

---

<sup>922</sup> ALONSO, María Rosa: «En el Palatino», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 6 de diciembre de 1952.



teniendo unas ruinas de tanta antigüedad, no tienen ese excesivo cuidado como los madrileños que a la puerta de Alcalá le han puesto «una ancha tortilla vegetal de bezos y tulipanes y no lo dejan acercar a uno, como si llevara fuego a un depósito de gasolina. Y todo por una puerta hecha en el siglo XVIII, los pobres...». Hasta en los temas más serios, nuestra escritora sabe poner ese matiz irónico, que nos hace sonreír por lo ocurrente de sus apreciaciones, en este caso por el desdén con el que habla de los madrileños y el excesivo cuidado que tienen con sus monumentos, que para ella son casi de hace unos días.

A las dos semanas publica en el diario grancanario el segundo de los artículos de este mes, que es también el último del año; aunque seguimos con su viaje a Roma y la narración de sus visitas a lugares llenos de historia, a los que describe de tal forma que nos parece estarlos viendo. «Foros y grandeza»<sup>923</sup> comienza comparando la madrileña de la Puerta del Sol con la plaza de Venecia de Roma; de la primera dice que tiene significación de ágora al igual que la segunda, que es «Espaciosa, ancha, clara y abierta», es el corazón de la ciudad. Lo anterior hace que «en los modernos tiempos de la gasolina» haya que tener mucho cuidado con los coches y cuenta las peripecias que tiene que hacer para andar por esa ciudad. Empieza a narrar su salida desde la plaza de Venecia hacia la «Vía de los Foros Imperiales»: junto a dos iglesias se encuentra el Foro de Trajano con su Basílica Ulpia y la famosa columna del primer emperador romano nacido en España, en donde aparecen esculpidas los últimos grandes triunfos del Imperio: el resto de las columnas europeas levantadas después de estas la copian. Cruzando la calle con mucho cuidado se va a los «Mercados de Trajano», después va al Foro de Augusto con sus restos del «Templo de Marte», a continuación, visita la iglesia de San Cosme y Damián, patronos de los médicos; en el último de los Foros está la Basílica que empezó Majencio y terminó Constantino y al fondo de esta gran vía imperial el Coliseo, que ya visitó. Sigue hacia el teatro Marcelo, muy cerca la «Isla Tiberina», que tanto le recuerda a la «Cité» e «Isla de San Luis» en el Sena; por las cercanías están el «Templo de la Fortuna Viril» y «Templo de Vesta», un poco más adelante el Panteón circular de Agripa, donde está enterrado Rafael junto a su amada, y cuenta cómo alguna guía dijo que por la abertura circular del Panteón no entraba el agua

---

<sup>923</sup> ALONSO, María Rosa: «Foros y grandeza», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 20 de diciembre de 1952.

cuando llovía; sin embargo, cuando ella lo visitó estaba lloviendo y sí que entró el agua. En el último párrafo nombra a Mussolini que, «ambicioso de plenitudes clásicas», hizo construir su foro al norte de la Ciudad, destaca las frases esculpidas por voluntad del dictador: *Multi nemici, molto onore*, frase que tiene un sentido parecido al de *Oderint dum metuant* de Suetonio, pero nos dice la periodista que casi siempre los enemigos acababan con los «dux», si éste no sabe leer el presagio de los Idus de marzo. Típico final irónico para nuestra escritora, que siempre busca la paradoja que nos lleva a la sonrisa, aunque esta vez sea un tanto amarga al pensar en las ansias de poder de estos dirigentes políticos, que ni siquiera atendiendo a la historia son capaces de controlar sus deseos de poder, que irremediablemente le llevan a ser castigados por sus enemigos de una forma tan cruel como lo fue este «dux».

Aunque termine el año, no acaba el relato de su viaje a Roma, que nuestra viajera nos seguirá contando después de la siguiente publicación en su isla tinerfeña. Pero ha llegado un año nuevo que marcará un antes y un después en la trayectoria personal y profesional de María Rosa Alonso. En este nuevo año de 1953 la Universidad de La Laguna edita su obra *Pulso del tiempo*: se trata de una recopilación de artículos publicados entre los años cuarenta y principio de los cincuenta, en los que aborda variedad de temas y que ya hemos comentado en este trabajo; esta obra tuvo una excelente acogida, valgan como ejemplo los comentarios expuestos en la parte de la biografía de nuestra autora, de personalidades como Melchor Fernández Almagro y Alonso Zamora Vicente. Con fecha del primer día del nuevo año sale a la calle el primer número de una nueva revista tinerfeña, *Drago*<sup>924</sup>, y en ella publica un extenso trabajo nuestra ensayista: «Panorama de la producción literaria durante 1952»<sup>925</sup>; en este panorama general, según palabras de la propia autora, de lo que se trata es de informar, no de hacer crítica, de los libros aparecidos a lo largo del año que acaba de terminar. Nos dice que se pasó algo más que el primer semestre del año en Madrid y el resto en su isla, por lo que de esa segunda parte del año no tiene información tan precisa. Por motivos obvios sólo vamos a nombrar los epígrafes del trabajo: en novela destaca tres

---

<sup>924</sup> La revista *Drago* surgió como una necesidad de poner al servicio de Canarias la cultura, a la vez que defender las aspiraciones de la región. Para ello se proponía partir del concepto humanista de que la cultura era «enseñar cosas que convengan al culto del espíritu»; para los promotores de esta publicación, la verdadera finalidad de la revista era cultivar el intelecto del hombre y ayudarlo a adquirir los llamados bienes culturales, que son un patrimonio de todos los canarios. María Rosa Alonso publicó en esta revista sendos artículos en los dos primeros números de los siete números que se editaron.

<sup>925</sup> ALONSO, María Rosa: «Panorama de la producción literaria durante 1952», *Drago*, n.º 1. La Laguna, Tenerife, 1 de enero de 1953.

buenos ejemplos y del primero de ellos ya comentamos un artículo sobre este ejemplo: *La isla y los demonios*, de Carmen Laforet; también aporta las novedades en cuentos y prosa narrativa. En el segundo apartado tenemos ensayos, estudios literarios y biografías, y en el último dos libros editados en la ciudad de los Adelantados: *Epílogo al Fedro* de Francisco Ruiloba Palazuelos de la Universidad de La Laguna y *La leyenda y la historia en la biografía de Ángel Guimerá*, editada por el Instituto de Estudios Canarios. «Poesía» está dividido en tres apartados: Colecciones poéticas, en este apartado destacamos «*Alisio*, en la isla de Gran Canaria, [en el que] la poetisa Pino Ojeda orienta las entregas poéticas, por el estilo de “Mensaje de poesía”, en cuanto que son pliegos sueltos». El segundo apartado es «Libros de poesía»: en Canarias se ha publicado *De hombre a hombre* de Manuel Pinillos: premio Ciudad de Barcelona 1951, editada en Las Palmas por «Alisios», imprenta del poeta Pedro Lezcano: poesía tremenda y angustiosa, muy existencialista; la edición y los dibujos de Juan Ismael, encantadores. El tercer y último apartado es Antologías.

Hay prisa para que los canarios, sobre todo los de la provincia de Las Palmas, sigan conociendo Roma, por eso Falange nos trae la siguiente entrega de este recorrido turístico de calidad: «Cuatro son las basílicas»<sup>926</sup> tiene un curioso comienzo, pues cuenta una fábula de Tagore que tiene como protagonista a una hormiga «que, sobre un cristal de aumento, se creyó elefante, cargó con una lenteja y se marchó eufórico a su guarida con la ilusión de que llevaba un bloque de piedra»: la moraleja es el delirio de grandeza de la hormiguita soberbia. Hormiga se sintió María Rosa Alonso cuando llegó a la plaza de San Pedro, aunque hormiga sin humo de elefante, pues su 1,50 de estatura se achicó aún más allí. Va describiendo la fabulosa basílica y aflora su vena de filóloga al explicarnos que «basílica era el lugar donde se administraba la justicia del rey o Basileo. Las basílicas fueron habilitadas como templos cristianos cuando Roma reconoció la religión de Cristo». Al entrar a la basílica de San Pedro volvió a sentirse hormiga, allí destaca la Pietá de Miguel Ángel y la tumba de San Pedro, donde «Un rayo de emoción respetuosa afloja la cargazón anímica de tanta rica grandiosidad condensada», pero esta emoción son las 89 lámparas de aceite con su luz vacilante, el parpadeo de la llama que consumen eternamente aceite en la tumba de San Pedro; en este contexto recuerda a Viera y Clavijo cuando ve la estatua orante de Pío VI, con

---

<sup>926</sup> ALONSO, María Rosa: «Cuatro son las basílicas», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 3 de enero de 1953.

quien habló nuestro Arcediano y le fueron concedidas indulgencias, pero lo que llamó la atención del canario es «que se echaba polvos», según moda subrayada por nuestro *Abate*. Las otras tres basílicas son Santa María la Mayor con fachada del siglo XVIII y torre del XV, ve «un piso cosmatesco que pudo muy bien haber sido diseñado por encajeras de Canarias»; la segunda basílica es San Juan de Letrán, fundada por Constantino con fachada también del siglo XVIII; como en las demás tiene tapiada la última puerta de la derecha, que es la Santa. En último lugar tenemos la basílica de San Pablo Extramuros, la iglesia mayor de Roma después de la de San Pedro; también como la de San Juan fundada por Constantino; según Stendhal los cristianos sin saberlo copiaron el templo de Júpiter para hacer esta basílica de San Pablo, y nuestra escritora hace una detallada descripción de este lugar sagrado, en el que destaca su claustro; para ella los claustros son el pulmón de la arquitectura, y le sale la vena lírica para terminar describiendo ese lugar tan especial: «bajo una fina arquería románica, donde los ojos se recuestan en la verdosa alfombra del césped central, en los arbustitos que pueblan un suelo cubierto de cielo. Casi nunca falta allí la finísima cuerda que sale de una fuente».

Cambiamos de tema, isla, periódico y sección, pues desde principios de octubre no publicaba en la sección «Colaboración» del diario tinerfeño *El Día*; en cuanto al tema desde el 5 de junio del año anterior no escribía sobre el Instituto que fundó. «El Instituto de Estudios Canarios, vivo»<sup>927</sup> comienza una tercera etapa, ha dejado de ser exclusivamente una editora a intervalos para pasar a conectar con el público a través de la organización de un curso de enseñanzas canarias: la Historia está a cargo del doctor Serra Ráfols, la Geografía estará impartida por don Leoncio Afonso<sup>928</sup>, director del Instituto de Enseñanzas Medias de La Laguna; el Arte estará al cuidado del joven Miguel Tarquis; la Arqueología, a cargo de su creador en la isla Luis Diego Cuscoy. Sumado a lo anterior habrá una exposición sobre el comercio de Canarias con las Indias

---

<sup>927</sup> ALONSO, María Rosa: «El Instituto de Estudios Canarios, vivo», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 14 de enero de 1953.

<sup>928</sup> Leoncio Afonso Pérez (1916-2017) fue un intelectual y profesor nacido en La Palma. Fundador de los estudios de geografía en la región, fue profesor de Enseñanzas Medias y de geografía en la Universidad de La Laguna, en la que fue distinguido con el título de doctor honoris causa, en la *Laudatio* del acto de investidura, dijo el profesor José-León García Rodríguez: «Pero de los conocimientos del profesor Afonso sobre el Archipiélago no se beneficiaron sólo los alumnos universitarios, sino también numerosos viajeros que llegaron a las islas en diferentes momentos, con la intención de conocer la Geografía, la Geología, la Botánica o el Vulcanismo de Canarias, a los que transmitió sin reservas sus conocimientos y reflexiones, los cuales en muchos casos aparecieron posteriormente en publicaciones y trabajos realizados por éstos, sin la más mínima mención de agradecimiento o una nota indicativa de la “fuente” de información utilizada» (UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA [1998]: *Acto de investidura como doctores honoris causa de los profesores Leoncio Afonso Pérez y Emilio Lledó Íñigo*: 7 de marzo de 1997. Universidad de La Laguna: Servicio de Publicaciones: 16).

que ha preparado el doctor Peraza de Ayala y, finalmente, lecciones de Historia interna y de régimen administrativo de las Islas explicadas por Leopoldo de La Rosa. Habla de la intensa labor que conlleva la preparación y organización de un curso de tan alto nivel, dice que ella está acostumbrada a asistir a cursos como éste y por eso valora el esfuerzo de todos los profesores que imparten el curso, pero también hay que tener muy en cuenta el público asistente para lograr el interés que tiene un curso de esta categoría: hay que evitar el aburrimiento del público y lograr atraer la atención de «esa mirada atenta, esos ojos de pozo hondo con que una criatura joven está pendiente de las palabras», esos ojos hacen olvidar los jovencitos estúpidos que está compartiendo con sus compañeros tonterías de deportes. A continuación, vuelve a retomar las necesidades que sigue teniendo el Instituto y de sus posibles soluciones, prácticamente hace la misma exposición de que en su artículo del año anterior: son necesarios «un edificio, una Biblioteca y una Hemeroteca con buenos ficheros, debidamente atendidos», así se podrían organizar con continuidad en el tiempo cursillos, seminarios y también seguir cumpliendo las funciones editoras. Para seguir hablando de su Instituto, nos emplaza para el siguiente artículo.

Tal y como los prometió, al día siguiente publica un nuevo artículo en el mismo diario tinerfeño y en la misma sección para continuar el tema inacabado: «El Instituto de Estudios Canarios y su misión»<sup>929</sup> comienza haciendo una reflexión sobre la dificultad de trabajar en conjunto que tienen las personas muy individualistas; pero lo que está percibiendo en la actualidad en el Instituto de Estudios Canarios es que se está aplicando la labor de conjunto en el curso del que nos habló en el artículo anterior. Percibe un peligro en los estudios regionales y es que a veces se especializan prematuramente las personas que no están bien preparadas; por eso cuando se inició la andadura del Instituto ella se interesó para que estuviera anejo a la Universidad porque así los estudios canarios tendrían un nivel universitario, y no el de cronistas de pueblo, que como personas pueden ser de lo mejor pero no tienen la adecuada preparación y método, que es la Universidad quien lo aporta. Cree que el Cabildo podría sufragar becas para que los jóvenes universitarios postgraduados puedan irse especializando en las distintas materias de estudios regionales. En cuanto a los aficionados que se lanzan a la investigación especial sin la adecuada preparación académica, pone varios ejemplos

---

<sup>929</sup> ALONSO, María Rosa: «El Instituto de Estudios Canarios y su misión», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 15 de enero de 1953.

de los errores que han cometido y pueden cometer, destaca entre dichos ejemplos el de Rodríguez Moure, que al no tener la preparación universitaria requerida para los estudios históricos, cometió errores del siguiente tipo: «no habría escrito en la página 152 de la *Guía de La Laguna* que le parecía bien fijar la época en que el Santísimo Cristo fue hecho en los siglos XII o XIII». María Rosa Alonso quiere dejar bien claro que no la mueve el afán de la crítica sin sentido constructivo, pues lo único que persigue es que la labor del Instituto de Estudios Canarios sea de la máxima categoría y eso sólo se consigue preparando a investigadores desde la Universidad que harían realidad las vocaciones de los jóvenes estudiantes, así como crear un ambiente propicio para seguir con la gran calidad en sus estudios, como los del curso que se ha ofertado desde la comunidad educativa superior junto con el Instituto de Estudios Canarios. Con este artículo se percibe claramente como aquella ilusión que en el año de 1932 la hizo luchar para fundar el Instituto sigue vigente, que a pesar de los años y de las desilusiones, ella mantiene vivo el afán de que en su Isla haya un Instituto con la suficiente categoría para llevar a lo más alto el estudio de las disciplinas que forman las características peculiares de la región canaria.

Llega el mes de febrero y el segundo número de la revista *Drago*: este es el único trabajo que en este mes publica mujer-crítica literaria. Lejos de ser un artículo más, es un ensayo literario sobre dos grandes escritores nacidos en Canarias. En «Galdós y Guimerá. Dos valores literarios nacidos en Canarias»<sup>930</sup> para nuestra ensayista el nacer en un lugar determinado no es condicionante para el escritor en ningún sentido, sólo es una mera anécdota y esto queda demostrado en los escritores que va a estudiar. Uno de los motivos que la han llevado a realizar este trabajo es que en el años anterior se publicaron sendas biografías de Galdós y de Guimerá, destacando en primer lugar el de José Miracle sobre el tinerfeño, que fue editado por el Instituto de Estudios Canarios, titulado *La leyenda y la historia en la biografía de Ángel Guimerá*; ella ha leído este libro casi como una novela porque destaca la historia de amor de los padres del escritor y, aunque la vida privada de los padres de un autor no tiene por qué aparecer en su biografía, este caso se justifica por la confusión de fechas sobre el nacimiento de Guimerá, precisamente ocasionado por la situación legal de sus progenitores. Ya María Rosa Alonso había tratado este asunto en un artículo publicado

---

<sup>930</sup> ALONSO, María Rosa: «Galdós y Guimerá. Dos valores literarios nacidos en Canarias», *Drago*, n.º 2. La Laguna, Tenerife, 1 de febrero de 1953.

el 7 de octubre de 1949 y ahora vuelve a incidir en el tema de la falta de rigor por parte de algunos escritores a la hora de verificar sus fuentes de información, como es el caso del biógrafo Capdevila que, a la hora de hablar de la familia materna de Guimerà, escribió que las islas Canarias se habían anexionado a la corona de España con Carlos III: una persona que comete este error es capaz de escribir cualquier cosa sin ser cierta. En cuanto a Galdós, nos habla de la excelente obra de Pérez Vidal editado por el *Museo Canario* de Las Palmas, la ensayista compara a los dos escritores en cuanto al tiempo que vivieron en Canarias: mientras que Guimerà sólo permaneció los primeros ocho años de su vida en Tenerife, Galdós estuvo hasta los 19 y alguna visita más que hizo a Gran Canaria; pero a ambos «la patria grande los cogió para siempre». Pérez Vidal recopila todo lo que puede sobre la niñez de Galdós, en el que ya se acusaba su espíritu burlón hacia la sociedad a la que pertenecía. Vuelve a Guimerà y dice que su obra no sólo se enquistó en la tierra peninsular, sino que sostuvo la gloria poética de Cataluña expresándola en la lengua vernácula, y de su lejana tierra natal sólo le quedó el miedo al mar. En cuanto a Galdós su genio creador estaba dedicado al acontecer humano, vivió la época de la novela regionalista y la cultivó centrándose en el Madrid popular, le gustaba mucho viajar y cuando fue a Nápoles no se movió para ir a la isla de Capri, que estaba a una hora escasa en un vaporcito, porque para él todas las islas eran iguales y ya, quizás en esto, esté la explicación de por qué nunca escribió nada sobre Canarias.

Desde el primer día de marzo empieza a publicar un bloque de cinco artículos en el que va a dar cumplida información de la literatura que se mueve en su isla: será en el diario tinerfeño con el que colabora habitualmente y en la misma sección. A semejanza del trabajo publicado en el primer número de *Drago*, ahora se va a centrar sólo en la isla de Tenerife y lo hace dividiendo la materia a tratar en cinco partes, publicándola otros tantos días. «Vida literaria tinerfeña. La producción en 1952. Poesía, novela, ensayo»<sup>931</sup>, donde a modo de introducción nos advierte de que no pretende referirse a todos los libros que se hayan publicado el año anterior en la isla o fuera de ella, pero que la afecten. Si omite alguno es porque ha estado fuera de la isla y también dice que de muchos de ellos se ocupa en la *Revista de Historia*, lo que se propone es una ordenación de conjunto. Con su habitual ironía hace una especie de juego de palabras para referirse a los que la tachan de «técnica» y de «erudita», pues lo que ella pretende es solamente

---

<sup>931</sup> ALONSO, María Rosa: «Vida literaria tinerfeña. La producción en 1952. Poesía, novela, ensayo», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 1 de marzo de 1953.

exponer su modesta opinión de lectura. En poesía sólo se ha publicado el tercer libro de Manuel Castañeda<sup>932</sup> *La oscura fuerza entrañada*, del que dice la ensayista: «Decoro, dignidad poética y virtuosismo no faltan a este grato breviario, que debe su nombre a Pedro Salinas». En novela ha habido dos producciones, la primera: *La casa de Ardola*, de don Alfonso de Ascanio, editada en Madrid y que llega a las 381 páginas; en un estilo sencillo, el autor ha querido brindarnos el panorama familiar del viejo tronco del abuelo, que se resquebraja en el hijo y se rompe al fin en los nietos. La segunda, *Don mundos y un volcán*, de don Luis Gálvez, canario de adopción, con sus 443 páginas, si bien de formato menor que la anterior, es una novela de ambiente regional, que su autor con manifiesta intención turística ha escrito para, «mostrar el paisaje y las gentes del sur, por un lado, y el paisaje y las gentes del norte, por otro. El volcán va en el medio, aunque el Teide sale poco en la novela». Finalmente, en el ensayo dice que no se ha cultivado mucho en Tenerife, aunque hay excelentes ensayistas en Canarias como Eliseo Jerez con su obra *De la vida* al que le había dedicado un artículo el 5 de julio del año anterior en *Falange*. Destaca también el libro de ensayos *Gavilla* de Diego M. Guigou, que tiene un emocionante prólogo de Domingo Cabrera. La obra se distribuye en dos apartados: temas sobre Tenerife, donde inserta glosas tan interesantes como la del complejo de timidez en los canarios, y en el apartado segundo destacan el referente a la expedición del médico Balmis a América y el viaje mundial de circunvalación para llevar la vacuna a diversos pueblos, a comienzos del XIX, y el *Breve ensayo sobre biografía*. Nos anuncia que el martes hablará de Historia.

---

<sup>932</sup> Manuel Castañeda González (1921-2001) fue un poeta que nació y murió en Santa Cruz de La Palma. Desde 1934, residía en Santa Cruz de Tenerife, ciudad en la que desarrolló toda su labor literaria. Poemas suyos se han publicado en diversos suplementos literarios y revistas de las Islas y en algunas revistas peninsulares. Para Sebastián de la Nuez, en los primeros sonetos de Castañeda están la influencia de Miguel Hernández de donde por ejemplo se extrae «la imagen del toro, símbolo de la vida impetuosa, que derrama su virilidad incontenible en la pasión amorosa [...] Se inicia lo que en la poesía de Castañeda podría llamarse la mitologización erótica de la realidad. Buena prueba de ello es la utilización del agua como símbolo amoroso, de origen onírico [...] una de las tendencias de la poesía de Castañeda: su afán de mitologizar o de identificar, a través de la imagen y la metáfora, el archipiélago canario, del que se siente solidario en su totalidad [...] Son tres los grandes temas que aquí se exponen con mayor dominio sobre los otros: el mar, la libertad y la madre, que tienen una estrecha vinculación entre sí, psicológica, creativa y poética, en la mente y en el corazón de nuestro poeta [...] métrica y contenido se estructuran perfectamente desde la partida del emigrante hasta su regreso final. Se trata de una especie de epopeya lírica del emigrante canario, pero vivida o revivida por el poeta transterrado de su propia isla, pero también desde su propio ser, del poeta que es Castañeda, errante de su isla y viajero de muchos mares, imaginados y reales, y exiliado en este mundo de angustia en busca del retorno platónico al cielo sin mácula de la belleza ideal. El desconcierto existencial del poeta desarraigado que es Castañeda, que es a la vez objeto y sujeto...» (CASTAÑEDA, Manuel [1979]: *Ventura poética: (1951-1977)*, selección y prólogo de Sebastián de la Nuez, Aula de Cultura del Cabildo Insular de Tenerife: 14, 21, 22, 24).



Cumple con lo prometido al final del artículo anterior, y tenemos el siguiente título: «Vida literaria tinerfeña. La producción en 1952. Historia»<sup>933</sup> es un extenso ensayo donde parece ser que en el campo de la historiografía canaria hay bastante actividad a la hora de publicar los importantes trabajos que sobre esta materia se llevan a cabo en la isla. Nos ha llamado mucho la atención la siguiente afirmación sobre los lectores de obras históricas: «Estudios de gente especializada éstos, requieren un tipo de lector aficionado que pertenece a un área menos extensa que el de obras de creación, como ocurre siempre en semejantes casos». Nos resulta paradójico que si el área de este tipo de lector es menos extensa, se publiquen más obras históricas que de cualquier otro tipo. Se han publicado cuatro obras históricas a lo largo del año anterior: dos de historia religiosa, una de económica y otra de documental. Las religiosas están dedicadas a los que Antonio de Viana denominaba «el sol y la luna de Nivaria», es decir, el Cristo de La Laguna y la Virgen de Candelaria; la del Cristo fue escrita por el recientemente fallecido Buenaventura Bonnet, *El Santísimo Cristo de La Laguna y su culto*. La obra dedicada a la Virgen de Candelaria es una reimpression de la hasta ahora primera historia conocida de la conquista de Tenerife, que aparte de ser la presente edición de la editorial Goya cabal y completa, viene además avalada por un inteligente y sustancioso prólogo del doctor Serra Ráfols, unos estudios del doctor Bonnet sobre la edición príncipe y la tradición de la aparición de la Virgen y su variante, que aparecen aquí reunidos; por último, Néstor Álamo cuenta el milagro de 1555 por el que la Virgen volvió de La Laguna al Convento de su pueblo. La obra de historia económica se debe a don José Peraza de Ayala y se trata de un volumen de 194 páginas sobre *El régimen comercial de Canarias con las Indias en los siglos XVI, XVII y XVIII*, que el autor distribuye en cinco ordenados capítulos. Nuestra ensayista le dedica a esta obra más de la mitad del artículo, creemos que lo hace porque dice que «Ha creado el autor una materia casi inexplorada: la del comercio de las Islas con Indias, que sólo había sido abordada de una manera accidental y esporádica hasta ahora». Fue tal el entusiasmo que despertó en ella la obra a la que dedica del artículo, que no comenta para nada la publicación documental a la que hizo referencia al principio. Al igual que en el artículo anterior, nos emplaza en esta ocasión, para mañana.

---

<sup>933</sup> ALONSO, María Rosa: «Vida literaria tinerfeña. La producción en 1952. Historia», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 3 de marzo de 1953.

Ya mañana es hoy y tenemos la siguiente entrega de este bloque sobre las publicaciones en la isla del Teide: «Vida literaria tinerfeña. La producción en 1952. Documentos, biografías, genealogía, investigación literaria»<sup>934</sup>; nos imaginamos que los Documentos que aparecen en primer lugar, son los que no pudo incluir en el día anterior, al extenderse tanto sobre la obra de Peraza de Ayala. Creemos que los famosos documentos son con los que comienza el artículo diciendo que: «El Instituto de Estudios Canarios, como homenaje al Centenario de los Reyes Católicos, ha editado el valioso volumen II de los *Acuerdos del Cabildo de Tenerife*, que comprende los años de 1508 a 1513». Alaba la labor de los doctores Serra Ráfols y Leopoldo de la Rosa por el trabajo citado y nos da un resumen de los comienzos de la colonia, que comienza con el empeño del Adelantado de convertir la isla en un gran ingenio azucarero; esto dio pie a la llegada de los «cristianos nuevos» o judíos que tenían más libertad para entrar aquí que para ir a las Indias; también habla de la forma en que trataban al infeliz natural que «fue casi siempre vejado y vendido como mercancía en muchos casos, si bien hubo ejemplos de protesta indígena, como los de Leonor de Morales o Andrés de Güímar, en quienes los Reyes ordenaron hacer justicia reparadora». En cuanto a las biografías, nos habla de dos excelentes estudios biográficos: el del señor Padrón Acosta sobre Luis de la Cruz, anotado por ella en *Revista de Historia* y el del señor Miracle sobre Ángel Guimerá, del que ya nos ha hablado en dos ocasiones. La biografía sobre el pintor portuense don Luis de la Cruz la distribuye Padrón Acosta en tres capítulos: el que se refiere al pintor en la isla, a don Luis en la corte y al examen de la obra artística. El apartado dedicado a la genealogía se concentra en un libro, que es el primer tomo del *Nobiliario de Canarias* realizado por un grupo de especialistas en la materia y el prólogo es del doctor Serra y un extenso trabajo sobre la nobleza del doctor Peraza de Ayala; ella cree que esta obra va a despertar controversias, pero prefiere esperar a que se publiquen los dos tomos que faltan. En cuanto a la investigación literaria, destaca el trabajo del doctor Pérez Vidal sobre las endechas de Canarias, *Endechas populares en trístrofos monorrimos*: para dilucidar el problema de la métrica en las endechas, las comparó con vascas y las corsas encontrando una semejanza métrica entre las tres: el trístrofo monorrimo también observado para las del Hierro, que Torriani insertó en su *Descrittione*; además esta forma métrica se usa en la poesía portuguesa, provenzal y en

---

<sup>934</sup> ALONSO, María Rosa: «Vida literaria tinerfeña. La producción en 1952. Documentos, biografías, genealogía, investigación literaria», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 4 de marzo de 1953.

la latina. Ella cree que ya le ha dedicado muchas líneas a este tema de la métrica de la endecha y que no va a prestarle más atención. Cual folletín decimonónico, nos emplaza para el día siguiente, anunciándonos que hablará de las Antologías.

Seguimos con la entrega anunciada el día anterior: «Vida literaria tinerfeña. La producción en 1952. Antologías»<sup>935</sup>; en esta ocasión sólo va a hablar de un libro, concretamente del primer volumen de la *Antología de la poesía Canaria*, dedicado a la poesía tinerfeña, cuya selección, prólogo y notas son debidos al escritor Domingo Pérez Minik<sup>936</sup>. En el primer párrafo muestra escritora enumera los componentes de la Escuela regionalista de La Laguna y los de Santa Cruz, siguiendo la clasificación de Pérez Minik, pero ella no está de acuerdo con esto, empezando porque el lector no experto en la materia se va a creer que antes de Nicolás Estévez no hubo poetas regionales en Canarias; tampoco ve acertada esa tajante división entre los poetas regionalistas de La

---

<sup>935</sup> ALONSO, María Rosa: «Vida literaria tinerfeña. La producción en 1952. Antologías», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 5 de marzo de 1953.

<sup>936</sup> Domingo Pérez Minik (1903-1989): Crítico literario y de arte, nació en Santa Cruz de Tenerife. Su verdadero nombre y apellidos eran Domingo Juan Pérez Hernández, él mismo se inventó el seudónimo de «Minik» extraído de su primer nombre, que acabó usando como segundo apellido hasta que incluso lo legalizó como tal. Inició su actividad periodística en 1926 en las revistas *Gaceta de Tenerife* y *Hespérides*, donde usó por vez primera su seudónimo «Minik» en su calidad de redactor deportivo. Perteneció al grupo de fundadores y redactores de la gran revista canaria *Gaceta de arte* (1932-1936), que abogaba por una renovación profunda de los valores tradicionales de la cultura. Fue uno de los firmantes del Manifiesto Surrealista de Tenerife (1935) con motivo de la visita a la isla de André Breton y Benjamín Peret. Republicano declarado y miembro del Partido Socialista, al llegar la Guerra Civil fue hecho prisionero y encarcelado en la prisión de Fyffes de la capital tinerfeña, viéndose obligado al recobrar la libertad a mantener un forzado, largo y prudente silencio, comenzando a desarrollar una amplia actividad como actor de teatro, primero del grupo «Pajaritas de papel», pero sobre todo en el Círculo de Bellas Artes de Tenerife. Participó en la creación y mantenimiento, con Eduardo Westerdahl y Pedro García Cabrera, del suplemento «Gaceta Semanal de las Artes» (1958-1965) en el periódico *La Tarde*, al mismo tiempo en que escribió en revistas nacionales e internacionales como, por ejemplo, *Revista de Occidente*, *La Nación* de Buenos Aires o *Ibérica* de Nueva York. Igualmente fue habitual colaborador de los periódicos tinerfeños *La Prensa*, *La Tarde* y *El Día*, usando también el seudónimo de «Arona» y «E.A». Presidió durante muchos años, hasta su fallecimiento, el Premio Nacional de la Crítica. Según Sánchez Robayna, fue una «Relevante figura en el panorama de la crítica literaria española de los últimos cincuenta años, intelectual de indomitable presencia en el contexto cultural de Canarias, Domingo Pérez Minik ha sido sin duda una personalidad de muy notable significación en un largo periodo de la vida cultural de nuestro país [...] En 1952 ve la luz, en efecto, *Antología de la poesía Canaria, I. Tenerife*, que abarca desde Nicolás Estévez (1838-1914) hasta los poetas de la generación del mismo antólogo; las ilustraciones —retratos de los autores— corrieron a cargo de Juan Ismael. El proyecto, que deseaba antologizar la totalidad de la poesía de las Islas —y que tuvo algunos problemas con la censura—, no pudo, por desgracia, completarse [...] Considerado como “el decano de la crítica literaria española” (según se dijo en la noticia de su fallecimiento por la prensa de Madrid), Domingo Pérez Minik murió a los ochenta y seis años en Santa Cruz de Tenerife el 24 de agosto de 1989» (SÁNCHEZ ROBAYNA, Andrés [1990]: «Domingo Pérez Minik (1903-1989)», separata de *España Contemporánea*, Revista de Literatura y Cultura, Tomo III, núm. 2, Otoño, pág. 49, 54, y 60).

Laguna y la escuela literaria de Santa Cruz; ya ella no estaba de acuerdo con esa separación tan tajante entre dos volúmenes diferentes, uno para Las Palmas y otro para Tenerife; pero si encima separa las dos ciudades tinerfeñas, tenemos «isloteñismo unamuniano» dentro de una misma isla. La escuela regionalista tiene su base en Cairasco de Figueroa, Antonio de Viana o Manuel Verdugo, pues ellos vivieron la misma actitud del hombre canario frente a su posible antepasado guanche; en cuanto a La Laguna «en sí fue motivo de inspiración concreta de un Graciliano Afonso o de un Telésforo Santana, acaso de poetas anteriores a éstos». Debido a todo lo anterior, ella ha preferido estudiar la poesía de Canarias como una lírica española adscrita a la escuela a que cada generación pertenezca y señalar lo que de específico tenga de isleño cada uno. Dice que Pérez Minik cree mucho en las palabras de Antonio Domínguez, que se apoyó en Mújica, y comenta que las palabras de Francisco María Pinto son más precisas y achaca casi todo a que los jóvenes suelen ser casi siempre irresponsables y creen que es solo bueno lo que hay en su tiempo. Habla de la época del XVIII en que mandaba La Laguna con la Tertulia de Nava, después la hegemonía pasó a Santa Cruz con el Gabinete Instructivo y en el primer tercio del siglo XX vuelve a dominar culturalmente La Laguna con el Ateneo. Sigue insistiendo en que no hay nada que pueda unir a ese grupo como tal, puesto que cada uno tiene estilos diferentes, pero es evidente que para rellenar más de 300 páginas hay que antologizar mucho. Ahora bien, le parece notable el esfuerzo realizado por Pérez Minik para llevar a cabo esta obra en la que «cada poeta en particular está bien centrado y la información, en general, muy buena». Después le cita pequeños errores, ella los llama «lunares» en los que ha incurrido el crítico literario, aunque termina diciendo que la obra es estimable y el autor un espíritu fino y alaba su inteligencia. En este artículo es donde mejor hemos visto moverse a nuestra autora, no cabe duda que es su especialidad y donde ella tiene todos los recursos para hacer una crítica basada en el conocimiento de lo que se está juzgando; en el resto de los artículos de este bloque su labor ha sido más informativa, ya que se ha movido en campos menos especializados, aunque en historia de Canarias también tiene una gran preparación. Nos cita para el día siguiente hablarnos de Crónicas, el problema del agua y las revistas.

Llega la quinta y última entrega de este bloque, que nos ha informado muy bien del acontecer productivo en la vida literaria de Tenerife. «Vida literaria tinerfeña.

La producción en 1952. Crónicas, Todavía Iriarte, Las revistas»<sup>937</sup>; en el título falta el apartado que había anunciado en el día anterior: «El problema del agua»; sin embargo, añade una parte que no había mencionado: «Todavía Iriarte». En las crónicas recoge dos títulos, el primero *Homenaje al Prelado de Tenerife*, en el que se recogen las virtudes de don Domingo Pérez Cáceres; además de la introducción, hay poemas de Verdugo, Gutiérrez Albelo y Armando Fumero, prosa de Domingo Cabrera, Padrón Acosta y Vicente Borges, y un discurso de don Manuel R. Escalona. El segundo libro de crónicas es el escrito por el sacerdote don José Trujillo Cabrera que, aunque ella no lo ha encontrado en las librerías, sabe que va de una peregrinación tinerfeña en mayo y junio de 1952 al Congreso eucarístico de Barcelona. En cuanto al problema del agua, habla de don Ramón de Ascanio y su libro *Tenerife y sus aguas subterráneas*, y, a pesar de los treinta años transcurridos, siguen vigentes sus recomendaciones de plantar árboles y de abrir galerías para extraer el agua; en la actualidad don Telésforo Bravo<sup>938</sup> ha publicado los textos de sus conferencias sobre el tema, impartidas en el Círculo Mercantil, en las que insistía sobre el cuidado de los montes para la regularización del agua de las lluvias. La ensayista aprovecha el tema para criticar la escasa visión a largo plazo de los canarios ante temas tan importantes como hacer universidades en cuyos locales no caben sus alumnos, bibliotecas donde no caben libros, hoteles que resultan pequeños, etc. En «Todavía Iriarte» habla del trabajo del actual rector de la Universidad de La

---

<sup>937</sup> ALONSO, María Rosa: «Vida literaria tinerfeña. La producción en 1952. Crónicas, Todavía Iriarte, Las revistas», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 6 de marzo de 1953.

<sup>938</sup> Telésforo Bravo Expósito (1913-2002) fue un naturalista y geólogo canario, nacido y fallecido en el Puerto de La Cruz, Tenerife. Inauguró los estudios modernos sobre la geología de Canarias, incluyendo los de la Caldera de Taburiente, la geología de La Gomera, los tubos volcánicos y la geología y la hidrogeología de los subsuelos de Canarias. En 1962 logra explicar el origen de las cañadas del Teide por «avalancha» hoy conocida como deslizamiento, que jamás se había utilizado en la literatura geológica mundial y confirmada treinta y tres años después. Adquiere fama a nivel nacional e internacional como hidrogeólogo. Descubrió la rata fósil gigante *Canaryomis bravoii* bautizada con su nombre y los restos fósiles del lagarto gigante *Lacerta maxima*. Enamorado de la docencia como catedrático de Geología de la Universidad de La Laguna y como divulgador científico y formador de profesores, también fue Premio Canarias de Investigación. Son muy esclarecedoras las palabras del doctor de la Universidad Central de Madrid, don Francisco Hernández-Pacheco, que cuando habla del Archipiélago Canario nos dice: «su diversidad es inmensa, ya que tal conjunto de islas es un verdadero mundo por su complejidad. Con él hay que estar compenetrado, en él hay que haber vivido mucho tiempo y pensar seguir viviendo, para así poderlo conocer y sentir; un apasionado de las Ciencias Naturales para gozar al recorrer cantiles colgados y playas solitarias, al escalar picachos y descender bajo tierra y seguir los singulares “tubos”, formados en las coladas volcánicas, para adentrarse en las soledades grandiosas de Las Cañadas o recorrer los ubérrimos y poblados campos de platanares y de tabaco. Tal labor tenía que hacerla un canario que fuera naturalista; un hombre, en fin, enamorado de su tierra y de su profesión, circunstancias que felizmente concurren en Telésforo Bravo» (BRAVO, Telésforo [1954]: *Geografía General de las Islas Canarias*, prólogo de Francisco Hernández-Pacheco, Goya Ediciones, Santa Cruz de Tenerife: 9-10).

Laguna, Alberto Navarro, en el que trata temas como el del amor, el de la fama, que Iriarte desestima y el sentido del quehacer poético: según nuestra escritora se trata de un importante trabajo sobre el fabulista tinerfeño que hay que tener en cuenta en adelante. Por último, habla de las revistas: aparecieron en el primer semestre del año dos números de *Piscis*, lujosa revista universitaria que desapareció pronto, y *Tenerife Gráfico*, que sigue con sus animados y populares números. Don Antonio Martí sigue publicando *Anaga*, revista animada y popular y la *Revista de Historia* que ya conocemos gracias a la gran labor como secretaria, además de otras colaboraciones, de María Rosa Alonso, que nos dice que los números de 1952 están todavía en prensa.

Una vez terminado este interesante bloque de artículos que nos ha informado sobre lo publicado en Tenerife en producciones literarias, nuestra periodista sigue en el diario tinerfeño *El Día*, no en la sección habitual, sino en una página que está dedicada por completo al género lírico con motivo de: «Hoy Fiesta de la Poesía». Es el último que publica en el mes de marzo: «Gánigo»<sup>939</sup>, teniendo en cuenta la celebración del día, no nos puede extrañar que la periodista dedique a sus lectores tan hermoso artículo, en el que nos habla del gánigo con un lenguaje que va desde la parte más física del mensaje, la fonética, hasta la más subjetiva como es el lenguaje poético. Fonéticamente la palabra *gánigo* es «pastosa. Con esa espesa consonante gutural repetida, la voz gánigo se traba en las paredes de la garganta; no fluye por el río de labios y dientes como esas otras voces cargada de eses, que rozan el aire con la suavidad de un sedoso rumor de abejas». Y añade: «La voz gánigo se abre en curva y vuelve a cerrarse junto a la pared inicial de su primera sílaba como la redonda oquedad del cacharro aborígen al que da nombre».

Continúa diciendo que entre los guanches era «un recipiente esférico, de barro cocido, con sus asas a veces para asir, o vertederas para beber». Pasa a hablar de un poeta arqueólogo, que ha rescatado muchos gánigos de la isla, unos enteros y otros en fragmentos, que después ha recompuesto. En los gánigos nuestros aborígenes guardaban manteca o guisaban sus viandas —ella escribe *cocían*, no sé por qué ya que sus lectores eran canarios—, o recogían el agua con ellos, aunque si el gánigo era grande hacía de frutero de los mocanes: «la negra fruta madura, menuda, la “yoya” del gran árbol mocanera, del que apenas si quedan hoy ejemplares». Cual si su imaginación viajara a

---

<sup>939</sup> ALONSO, María Rosa: «Gánigo», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 21 de marzo de 1953.

aquella época, habla de la espaciosa vivienda del rey Bencomo con su correspondiente gánigo lleno de mocanes, los que Dácil ofreció al simpático capitán español Castillo, según los versos de Antonio de Viana. Para la ensayista el gánigo es «recinto de curvas, gobierno de lo esférico, de oquedad y de lo cerrado; el gánigo es símbolo de lo conservador, de la previsión que guarda hoy para la ofrenda dadivosa de mañana». Ella cree que en el escudo de Dácil pudo estar un gánigo, porque él es símbolo de lo femenino también. Sigue expresándose como si siguiera a Viana en torno a la historia de la infantina enamorada y habla de heráldica, de cómo tendría que ser el escudo de la isla y compara la falta de hechicería y lúbricos encantos de la infantina con los de las hechiceras de la mitología griega, Circe y Calipso, con la medieval Armida, y nos da una descripción muy poética de la heroína: «envolvían sus encantos juveniles mantos invisibles de miradas castas, fugaces arreboles en su rostro blanco, un cielo afortunado que respuntaban las graciosas estrellas de unas pecas». Toda la prosa lírica anterior tenía la finalidad de informarnos de que un grupo de poetas escritores del Círculo de Bellas Artes tinerfeño quiere centrar la voz lírica y creadora en una revista, que llevará el nombre guanche «Gánigo»: en el número uno de esta revista se publicará este artículo objeto de nuestro comentario. Dice que hay un tópico, que es una realidad, de que existe un nudo entre el continente europeo y el americano que es Canarias. Más adelante nombra muchos lugares en los que hay simiente isleña, por ejemplo, en Montevideo hay vestigios de los Melianes teguesteros. Las dos últimas estrofas siguen la misma dinámica de todo el texto, poniendo como eje central el gánigo, donde desgrana una prosa poética digna de las mejores plumas literarias. Es curioso cómo en agosto de 2004 nuestra periodista recibió el «Gánigo de honor», otorgado por la Casa de Canarias en Madrid, galardón concedido anualmente a personas o instituciones que se han distinguido por su defensa de la identidad del Archipiélago Canario.

Estamos ante el primero de los cuatro artículos, que publicará nuestra autora en el mes de abril. Vuelve a la sección de «Colaboración» del diario tinerfeño *El Día* para seguir deleitando a sus lectores con líneas que hablan de poesía, en esta ocasión centrada en un creador tinerfeño: «Un poema de Luis Diego Cuscoy»<sup>940</sup>. El Instituto de Estudios Canarios ha publicado un libro de Luis Diego Cuscoy<sup>941</sup>, que

---

<sup>940</sup> ALONSO, María Rosa: «Un poema de Luis Diego Cuscoy», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 8 de abril de 1953.

<sup>941</sup> Para Alfonso González Jerez, al margen de su importante labor como arqueólogo, etnógrafo y folklorista, la primera forma de explorar y entender la realidad que apasionó a Luis Diego Cuscoy fue la

partiendo de Enrique Ibsen en su *Peer Gynt* al que puso música Grieg, crea *Solveig, latitud de mi isla*, que confirma las sospechas de la sagaz periodista: que estamos ante un poeta de hondo valor lírico. Cuscoy pone al día el tema de la palmera del sur y el pino del norte, es decir, el maravilloso símbolo isleño de Dácil y Castillo; pero le ha dado la vuelta y ahora Dácil es la errabunda y Castillo, firme y rocoso, es el poeta que espera. En la misma línea que el artículo anterior, María Rosa Alonso emplea una bella prosa poética: «a esta delicada deidad la envuelven las tiernas suavidades del soplo cálido, del aire, del ave y de la espuma, que se entretejen en las manos, los párpados, la voz, la figura de la amada». Todo para decirnos que Cuscoy ha hecho una simbiosis poética con el marco puro de la metafísica isleña, ha sabido deshacerse de toda referencia local para ir a lo universal y conseguir «una canción inédita, limpísima y universal a base de elevar el valor concreto de la isla a desnuda categoría lírica». Todo lo anterior lo ejemplifica en los versos transcritos del poema, centrándose en la flora y en la fauna tinerfeña; y para terminar tan lírico comentario, el último párrafo es pura poesía, su autora emplea tan bellas figuras retóricas, que dudamos si el valor lírico del poema está en lo que él escribió o en el comentario que hace de él María Rosa Alonso: «Por el mar viene la ilusión y el ensueño y, por el mar, la ilusión y el ensueño han vuelto a irse. La isla y el poeta enclavados, anclados, en tanto la canción y el ave se remontan y se pierden en la soledad de la isla y del poeta».

A los cuatro días tenemos una nueva publicación que debido a la profundidad y al excelente tratamiento del tema, es más un ensayo que un artículo. Seguimos en la misma sección del mismo periódico tinerfeño: «Huellas matriarcales en la cultura aborígen»<sup>942</sup>, empieza exponiendo las teorías del doctor Wölfel sobre determinados aspectos de la cultura matriarcal en los que había coincidencias entre el tema literario de Orestes y en la *Odisea* de Homero, pues es en Penélope y no en los hombres de la familia, el padre y el hijo de Ulises, en quien recae las funciones de mando. Después de citar importantes trabajos relacionados con el tema, entre los que destaca el de

---

literatura, centrada en la palabra poética. «Para don Luis la literatura —la poesía— no fue una etapa inicial y prontamente olvidada de su desarrollo intelectual, una curiosidad juvenil más o menos insatisfecha, superada posteriormente en la voluntariosa labor de convertirse en el arqueólogo de un país mísero, periférico y universitariamente desasistido, sino un equipaje cultural que le acompañaría durante toda su vida, una impronta formativa y simbólica que tiene un impacto perceptible en su teorización profesional» (DIEGO CUSCOY, Luis [2019]: *Luis Diego Cuscoy: obra literaria*, estudio introductorio de Alfonso González Jerez, Juan Francisco Navarro Mederos y Miguel Ángel Clavijo Redondo, Instituto de Estudios Canarios, La Laguna: 13-14).

<sup>942</sup> ALONSO, María Rosa: «Huellas matriarcales en la cultura aborígen», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 12 de abril de 1953.



Bachofen<sup>943</sup> y su *Das Mutterrecht*, la ensayista destaca la relación existente entre el matriarcado de los pueblos antiguos, citados por Wölfel, y la importancia de la mujer del antiguo pueblo guanche, según lo resaltado por el padre Espinosa: un claro ejemplo de lo anterior estaría en la poliandría, observada en Lanzarote por los capellanes Boutier y Le Verrier, en la que «las mujeres indígenas de Lanzarote tenían tres esposos, lo que no alteraba su natural honestidad, pues era la organización del matriarcado así». De la misma manera, Pedro de Luján en sus *Diálogos matrimoniales* dice que una indígena de Gran Canaria podía tener cinco maridos. Otro aspecto derivado del matriarcado es cuando la sucesión no era de padres a hijos, sino que heredaba el hermano mayor y muerto éste, los restantes, en Egipto, cuyas costumbres eran matriarcales, el faraón para garantizar la legitimidad de la descendencia podía casarse con su hermana; Espinosa afirma lo mismo para el rey guanche, que para no ensuciar su linaje, podía casarse con su hermana. Esta costumbre sirvió de tabla de salvación al dramaturgo del siglo XVII, que escribió la comedia en tres actos *Nuestra Señora de la Candelaria* para plantear el nudo teatral, haciendo que Dácil sea hermana de Bencomo y de los ocho reyes guanches, Bencomo y Acaymo; los hermanos mayores solicitan el amor de su hermana Rosamaría, que los rechaza para casarse, al final, con el gallardo Castillo. También está la tradición del zorrocloco, o el respeto romano a la mujer encontrada en la calle, que sería un vestigio del matriarcado y que sustenta el respeto de los pastores cuando se encontraron con la Virgen de Candelaria. La ensayista concluye diciendo que el papel conservador de las islas en su prehistoria, así como en los primeros años de la conquista, adquiere unos caracteres muy singulares.

A los diez días publica el siguiente artículo, que será el último de este bloque de los nueve publicados consecutivamente en el diario tinerfeño. «*Nosotros*, periódico

---

<sup>943</sup> Johann Jakob Bachofen (1815-1887) fue un jurista, antropólogo, sociólogo y filólogo suizo; teórico del matriarcado, ha sido uno de los principales representantes de la antropología, sobre todo en el estudio del símbolo, específicamente en el mito ya que los mitos «no sólo sirven para expresar los principios de la Civilización que los crea, sino que también pueden conservar en su seno ideologías de civilizaciones anteriores, características de las más primitivas fases del desarrollo de las Civilizaciones [...] La mujer se asemeja a la tierra, en tanto que madre, mientras el hombre se asocia al cielo en tanto que padre. El mundo femenino es el mundo de la generalidad, del sentimiento y de la religiosidad, mientras que el mundo masculino es el del dominio de la individualidad, de la Racionalidad, y, en definitiva, del Espíritu, del Derecho civil y de la Cultura. [...] el Patriarcado, basado en los valores masculinos, y que permitiría el desarrollo del Derecho civil, frente al Derecho natural matriarcal, de la Racionalidad, y de los aspectos superiores de la Cultura» es el que se impuso en un principio en Grecia y acabó consolidándose en Roma «gracias al establecimiento del derecho y de la idea del Estado, cumbre de todas las creaciones de la sociedad y del Espíritu humano» (BACHOFEN, J. J. [1987]: *El Matriarcado*, edición de María del Mar Llinares García, Akal, Madrid: 10-12).

universitario»<sup>944</sup>; los estudiantes universitarios que publican este periódico le han enviado dos números a nuestra periodista; ella no tiene muy claro si es para saber su opinión o para que hable de un periódico que es el «intento más serio, honrado y simpático que los estudiantes de todos los tiempos han emprendido en nuestra tierra». A continuación, hace un repaso histórico por las distintas publicaciones estudiantiles en La Laguna: en 1825, los estudiantes anunciaron la publicación de un periódico *El Tinerfeño* que lo prohibieron en noviembre antes de ver la luz; pero en diciembre de 2023 salió un papel clandestino, *El Zurriago*. El 4 de marzo de 1837 salió *El Pigmeo*<sup>945</sup>, lo editó la imprenta de la Universidad de San Fernando, era bisemanal, vieron la luz quince números «era cáustico, docto y chistoso y se burlaba de los disparates que los periódicos locales de entonces (*El Atlante* y *El Tribuno*) decían». En 1932 apareció *Brújula*, redactado por un grupo de universitarios y publicó varios números; en este periódico publicó María Rosa Alonso un artículo el 19 junio de ese mismo año, que comentamos en su momento. De hace no muchos años es *¡Arriba España!* Pasa a hablar de *Nosotros*, les dice que a ella no le gusta dar consejos, sino ejemplos y les cuenta que lleva escritos unos quinientos artículos, sólo quiere que tengan en cuenta que la persona madura, aparte de los años, tiene que aportar es una obra bien hecha y responsabilidad. Los estudiantes de *Nosotros* se ocupan de cosas de la Universidad, y una muy importante es la formación humana, reflejada en la educación con la que se tienen que comportar tanto estudiantes como profesores; esto lo dice por un artículo que escribió un estudiante sobre otros que no supieron comportarse en una obra teatral; la periodista cree que es muy importante que este reclamo salga de un estudiante y no de un profesor más o menos gruñón. Se despide dándole la enhorabuena a los estudiantes universitarios por sus esfuerzos y sus actos.

Estamos ante el último artículo del mes de abril, publicado en *Falange* donde no colaboraba desde principios de enero, pero da la impresión de no haber pasado

---

<sup>944</sup> ALONSO, María Rosa: «*Nosotros*, periódico universitario», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 22 de abril de 1953.

<sup>945</sup> Hemos encontrado este primer número y destacaremos de este «Prospecto» el porqué del nombre del periódico: «Hemos prohiado el título de Pigmeo, y se lo damos a nuestro periódico, por la sencillísima razón de considerarlo inferior a los demás periódicos que se publican en la capital de las Afortunadas. Preciso es confesar que recordamos con este nombre los Pigmeos de la antigua Libia, que habiéndose atrevido a acometer a Hércules, fueron envueltos en su piel de león. Esta lección la tendrá presente nuestro Pigmeo para no intentar medir sus fuerzas con el hijo de Júpiter y de Climene, que sostiene el Cielo con sus hombros; empero si este gigante aborrece también a los Canarios y no les permite entrar en su morada, el Pigmeo le mostrará entonces su cabeza de Medusa, y no descansará, hasta que sea convertido en un ser inanimado» (*El Pigmeo: periódico crepuscular*, La Laguna: [s.n.], 1837. En la imprenta de la Universidad de San Fernando por las hijas de Juan Díaz Machado).

prácticamente cuatro meses porque seguimos en Roma, donde nuestra viajera nos sigue contando todo aquello que le parece interesante de esta ciudad clásica. «Roma y la muerte»<sup>946</sup> también fue publicado con el título de «*La muerte y su sentido*», en *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, el 29 de abril de 1953. Empieza con la afirmación de que en España no se concibe una manifestación sobre la muerte semejante a la que está en los Capuchinos de Roma, en cuya pequeña iglesia tienen un sótano con cuatro capillas funerarias donde están enterrados los muertos de la comunidad. Hace una descripción de este lugar donde las calaveras, como si fueran piedras, componen una puerta de arco romano, las tibias cruzadas son lámparas que penden del techo y las vértebras y huesecitos integran grandes rosetones adosados a paredes y bóvedas del macabro lugar, en cuyo suelo de tierra se pudren los últimos cuerpos llegados, que habrán de convertirse más tarde en ornamento del recinto. Sigue con la macabra descripción para volver a nombrar a España y su diferente tratamiento de la muerte donde, por ejemplo, se tiene miedo a los esqueletos; habla de una visita al Museo de Valladolid en donde una escultura de Juni o Becerra representaba a la Muerte: «un esqueleto con alguna piel de la que salen larvas; me parece haber oído decir que sacan a esta Muerte en procesión, pero no estoy segura». Se trata de una Muerte cercana a la vida; sin embargo, en el Louvre vio una muerte procedente del cementerio de los inocentes, pero está más lejana de la vida que la de Valladolid. Sigue hablando de la Muerte en la literatura, y cita el *Quijote*, capítulo XXXIV, donde nos encontramos con la siguiente definición: «No parecía sino una Muerta hecha de la armazón de huesos que suelen poner en los cementerios que están en las entradas de los hospitales». A finales de la Edad Media nos encontramos con las *Danzas de la muerte* que fueron pretextos para agudas sátiras, que continuó en España a través de la exaltación religiosa a la Muerte. Ya en el siglo XX tenemos a Unamuno, gran meditador de la Muerte, según Julián Marías; nuestra escritora cree que este culto a la Muerte es el que ha hecho de la Semana Santa española «el sentido del “paso”, de la adhesión a celebrar el drama de la Pasión, el drama de la muerte, en sus calles y plazas». A ella le extraña mucho la ausencia de celebración en Roma de la Semana Santa, ni siquiera en la ciudad del Vaticano; lo que sí celebran el Viernes Santos es la resurrección de Cristo con huevos de chocolate y otras confituras; es decir, que ellos celebran la vida y no la muerte, a

---

<sup>946</sup> ALONSO, María Rosa: «Roma y la muerte», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 25 de abril de 1953.

pesar de la costumbre de los capuchinos de hacer rosetas con sus huesos. Como es tan normal en ella el uso de la ironía, en esta ocasión lo emplea al final cuando habla de un hermano viejecito que estaba callado, ensimismado en su mundo interior, quizás esperaba tranquilamente el turno para que su osamenta se convirtiera en un arco de una puerta o en una lámpara.

Llega el mes de mayo y con el cambio de mes también hay un cambio de periódico, pero en la misma isla; es la primera de la dos veces que nuestra autora colabora con *El Diario de Las Palmas*<sup>947</sup> y lo hace con un ensayo dedicado a la selva de Doramas, que está dividido en dos entregas, coincidiendo con el primero y el último de los artículos de este primaveral mes. «Excelencias en la selva de Doramas»<sup>948</sup>, incluido en la sección «Cronistas del Diario», empieza recordando una visita a Moya, a los Tilos, que, parafraseando a Quevedo, «era ya “un vocablo y una figura” de la famosa montaña de Doramas». Se cree que Doramas tuvo por aquellos contornos su residencia, Viera dijo que Doramas era más conocido por la selva que por sus cualidades heroicas, que también las tuvo. Pero nuestra autora hace una reflexión sobre lo que significa un bosque de las características que tuvo Doramas y de su posterior pérdida, pues la ruina de un bosque es para las islas es una desgracia aún mayor que la desaparición de cualquier monumento nacional y con la desaparición de la selva de Doramas, Gran Canaria perdió su pulmón vegetal. Esta pena fue llevada por Cairasco de Figueroa a sus famosos versos, siguiendo el modelo de la *Jerusalén* del Tasso; la ensayista transcribe los dos primeros versos porque, a partir de éstos, Cairasco va enumerando otros famosos bosques mitológicos; aunque pudiera parecer que su definición de la belleza de la selva a la que dedicaba su poema era exagerada, también el ingeniero Torriani hace un encendido elogio a la selva, pero quiere dejar bien claro que la montaña de Doramas

---

<sup>947</sup> El *Diario de Las Palmas* fue hasta 1999, fecha de su cierre, el decano de la prensa diaria de la provincia de Las Palmas de la vespertina del Archipiélago canario. Incluyó dos etapas: de 1893 a 1939, caracterizada por su oposición a la política de la isla de Tenerife y su ideología liberal, como portavoz de la facción leonina de Juan de León y Castillo. La segunda comenzó desde el 29 de abril de 1953 hasta su cierre, con un carácter puramente informativo, para Juan José Laforet: «El *Diario de Las Palmas* en sus primeros años de vida configuró una personalidad, un carácter y una imagen que a pesar de los numerosos cambios que tuvo que soportar, de un cierre de varios años, de su vinculación a una nueva empresa editorial, de las transformaciones profundas que ha vivido la sociedad canaria a lo largo de las últimas décadas, mantiene en cierta medida, acrisolada en el espíritu de servicio y de amor a la isla en que nació hace ahora cien años» (LAFORÉ, Juan José [1993]: *Los primeros años de Diario de Las Palmas*, Real Sociedad Económica de Amigos del País, Las Palmas de Gran Canaria: 55). María Rosa Alonso sólo publicó en esta revista dos artículos.

<sup>948</sup> ALONSO, María Rosa: «Excelencias en la selva de Doramas», *Diario de Las Palmas*, Las Palmas de Gran Canaria, 9 de mayo de 1953.

es tan celebrada por «la suave musa del afortunado Cairasco, noble planta provenzal cultivada en los terrenos eliseos de Canaria». La escritora va comentando algunos versos, que va transcribiendo, en los que deja patente la brillante versificación de Cairasco al describir las bellezas naturales de la selva, por ejemplo, comparándola con una catedral botánica: esta visión poética fue apoyada por Viera. A la escritora le parece exagerada la apreciación de Cairasco sobre las fuentes, pero también Torriani habla de la gran abundancia de agua y Viera y Clavijo en las *Noticias* hace una descripción de esos caudalosos arroyos, existentes en la zona. De manera que, aunque a nuestra autora le resulte hiperbólica la descripción de la selva de Doramas por parte de Cairasco, tenemos a los otros dos grandes testigos de la abundancia vegetal y la belleza de la selva en diferentes momentos de la historia: Torriani, coetáneo de Cairasco, pero no de Viera, conoció el famoso lugar versificado por el poeta del verso esdrújulo, en pleno siglo XVIII.

A la semana siguiente vuelve a publicar en su isla, en el mismo periódico y sección en el que han visto la luz sus trabajos desde hace ya un tiempo, concretamente desde el 6 de agosto de 1947. «La lección de Santiago Sabina»<sup>949</sup> está dedicado al que durante dieciocho años fuera director de la orquesta de Santa Cruz. Santiago Sabina<sup>950</sup> fue un ejemplo de entrega total, estaba dedicado a cohesionar a los músicos de esta orquesta provincial, además de hacer gestiones para traer músicos de prestigio a

---

<sup>949</sup> ALONSO, María Rosa: «La lección de Santiago Sabina», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 16 de mayo de 1953.

<sup>950</sup> Santiago Sabina Corona (1893-1966): reconocido como uno de los pilares básicos del desarrollo musical de Santa Cruz de Tenerife durante el segundo tercio del siglo XX. Nació y pasó su niñez en el barrio de El Toscal, con diez años dio un concierto en Santa Cecilia, realizó estudios de solfeo, piano y armonía en Santa Cruz para continuarlos, más tarde, en Madrid. Melómano innato, tenía diecisiete años recién cumplidos cuando debutó como director, tomando la batuta, por primera vez, al dirigir la orquesta del teatro de la Princesa en Valencia. Entre 1910 y 1913 trabajó en casi toda España, llevando la dirección de diferentes compañías de opereta y zarzuela. También por estos años su tierra natal se vio honrada con su presencia en el hoy desaparecido Parque Recreativo al frente de la Compañía de Gamero. El maestro tinerfeño contó con una doble faceta a lo largo de su vida artística: la de director y compositor, siendo sus originales tan apreciados que los músicos de renombre incluían en los repertorios sus creaciones, y así, en junio de 1919, el director de orquesta italiano Toscanini puso en escena en Padua una de sus primeras composiciones, la denominada «Danza Exótica». A. María Díaz Pérez nos cuenta como era la vida del genial músico en los años en que María Rosa Alonso le dedicó el artículo objeto de nuestro comentario: «A comienzos de la década de los cincuenta quien quisiera ver al profesor podía encontrarlo en el café El Águila, de la calle del Norte (la actual Valentín Sanz), ataviado con una gabardina y junto a su amigo D. Rafael Marrero jugando al dominó, rodeado de periodistas y artistas, pues su presencia en esta “peña” era siempre muy grata. La sencillez, la serenidad, la puntualidad, el orden, un lenguaje conciso, un admirable humor, una amplia cultura en todos los aspectos eran las características que lo definían. Persona amena, daba a conocer a todos los que tenía a su alrededor las vivencias de todas sus andanzas por los caminos europeos, americanos y de Oriente Medio» (DÍAZ PÉREZ, A. María [1984]: «Un músico canario en América: Santiago Sabina Corona», *Actas del VI Coloquio de Historia Canario-Americana*, Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria, pp. 423-445).

Tenerife. Debido a su gran calidad como músico, perfectamente pudo haberse ido a la península o al extranjero, pero él prefirió entregarse a elevar el nivel musical de sus conciudadanos. Aparte de hacer hermosas metáforas sobre la música, María Rosa Alonso habla de la conveniencia de que los isleños salgan de sus Islas para ampliar sus horizontes culturales y profesionales: «La isla pequeña tiene siempre el peligro de su limitación, de achatar su espíritu y cerrarse a los aires del mundo; de ahí la necesidad de que, o sus hijos salgan de ella cuando les sea posible». Y cuando esto no pueda ser, que vengan los de afuera para que haya un beneficioso contacto para ambas partes. La autora deja bien sentada la máxima aristotélica de que lo que hace ser más humano al hombre es su contacto con los demás seres de su especie, así ve el intercambio cultural como una faceta de gran validez humanística. Si aparte de encerrarse en sí mismo, el artista no se relaciona con otras culturas, no conoce otros puntos de vista, su visión de la realidad o del arte será más restringida. Si tenemos en cuenta que la escritora tinerfeña ha tendido siempre hacia la universalidad del saber, y que ella concibe la cultura como un patrimonio de la humanidad, no nos puede extrañar ese afán suyo de conocer y asimilar todo lo que la rodea. Además, desea que otras personas vengan a las Islas y que la cultura canaria sea más universal, sin perder su propia identidad. De esta manera, se comprueba que tiene muy claro que el pueblo canario es fruto de un mestizaje muy amplio, con una identidad que le es dada por la encrucijada geográfica y cultural en la que se halla inmerso. Nuestra cultura es propia de un pueblo sin fronteras, puesto que las fronteras lingüísticas son las que determinan la idiosincrasia de un pueblo. Las Islas Canarias, en vez de marcar fronteras políticas o geográficas, unen los Estados, los países y los continentes a través de una lengua común. Nuestra autora es un fiel ejemplo de este «mestizaje» cultural, pues ella ha residido en Canarias, Madrid y Venezuela, así que no nos puede extrañar ese bagaje cultural tan grande que posee.

A la semana siguiente publica su siguiente artículo, pero cambia de isla y de periódico. Con un bello recorrido por las fuentes romanas, nuestra autora termina con su viaje a la capital italiana, pero también nos encontramos ante el último trabajo que publica en el periódico grancanario *Falange*, colaboración muy fructífera pues desde que empezó un 10 de mayo de 1943 hasta este 22 de mayo de 1953 han sido diez años en los que vieron la luz en el diario de Las Palmas un total de 130 artículos firmados por

María Rosa Alonso. En «Muchas, las fuentes»<sup>951</sup> continúa relatándonos su viaje por Roma, pero se va a centrar en el agua, en ese preciado líquido que tanto nos ha preocupado a los canarios y que ella observa cómo en Roma fluye mucho y de muy diversas maneras. En el primer párrafo hace una especie de disertación sobre las formas en que podemos encontrarnos el agua, sobre todo guiada por la mano del hombre y le aflora la vena lírica para decir: «Y la columna tendida se levanta, se fragmenta en finísimas flores de cristal para componer ese ramo de retamas líquidas que, en los altos o en los lados del surtidor, esparce en el aire su húmeda fragancia». La mayoría de fuentes romanas se deben a Bernini, al que ella denomina como el Góngora de los mármoles italianos; después nombra a Rutelli que creó la fuente de las Náyades en 1901, a la que describe como un gran pastel acuático al centro de un enorme plato de cristal. También despierta su admiración la fuente del Tritone, cuya autoría es de Bernini, que creó en la misma plaza otra fuente más pequeña, la de las abejas, «delicada miniatura del género en la que también el agua se abrevia». Sigue por la vía Sixtina y va a la Plaza de España, donde también el genio de Bernini regaló a los viajeros esa pequeña nave donde «el agua lame las cabezas de rana que le sirven de proa y popa». Pero ha ido dejando para el final las dos grandes obras de Bernini: la Fontana de Trevi y la fuente de la plaza de Navona. Cuenta la tradición de la moneda de la de Trevi y, después de describirla, habla de su característico ruido, que no se olvida nunca y que procede de «oír la risa y el susurro de aquella agua partida en más de una docena de amplias cascadas, que salen por los muchas bocas de unas rocas que tienen el artificio de lo natural» porque al igual que los hombres al escuchar el canto de las sirenas se entontecían, de la misma manera uno se queda clavado allí largo tiempo. También Bernini se esmeró con la fuente de los cuatro ríos, que se adueña de la plaza Navona, pues el agua sale por «las caracolas dobles de los tritones, por las anchas fauces de unas quimeras; ellas y las figuras del Nilo, del Plata, del Ganges y del Danubio hacen del agua anécdota». Concluye diciendo que las fuentes romanas son el auténtico adorno de la ciudad con su prodigioso esteticismo, así como Florencia regala al viajero la visión de unas puertas de oro, Roma le ofrece la hermosura de sus fuentes. Ante la bella descripción de tanta belleza, nos quedamos sin palabras para reflejar nuestra admiración

---

<sup>951</sup> ALONSO, María Rosa: «Muchas, las fuentes», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 22 de mayo de 1953.

por la artística escritura de la ensayista canaria, que nos hace ver y oír la ciudad eterna con la compañía de su pluma como guía.

El último artículo del mes de mayo es el segundo y último también de los dos dedicados a la selva de Doramas: con el primero había abierto el mes y con éste lo cierra, formando con ambos un ensayo sobre el tema: «Ruina y destrucción de Doramas»<sup>952</sup>, en la sección de «Colaboraciones insulares»; el *Diario de Las Palmas* publica esta segunda entrega en la que su autora nos empieza hablando de Ventura Aguilar<sup>953</sup>, que a mitad del siglo XIX escribió un largo poema en silvas: «La montaña de Doramas», de corte garcilasista donde intervienen dos pastores, Meliteo y Elisio, que recuerda la primera «Égloga» de Garcilaso de la Vega; la escritora transcribe y comenta algunas estrofas del poema de Aguilar en los que la selva de Doramas es la protagonista, alude a Cairasco y a Viera, que le precedieron en el tema. En los años en que se escribió el poema de Aguilar, ya la selva no era ni su sombra de lo que había sido; María Rosa Alonso recuerda a Viera y Clavijo, incluyendo la transcripción de partes del poema en el que el Arcediano poetiza su conocimiento de la selva y su destrucción: «Viera, pues, fue testigo de la hermosura y del nacimiento de la ruina de Doramas. Moría, de nuevo, con la selva, el gran caudillo de Gran Canaria». También el poeta Rafael Bento<sup>954</sup> escribió unos angustiados endecasílabos y heptasílabos, «Oda a la destrucción de

---

<sup>952</sup> ALONSO, María Rosa: «Ruina y destrucción de Doramas», *Diario de Las Palmas*, Las Palmas de Gran Canaria, 29 de mayo de 1953.

<sup>953</sup> Ventura Aguilar (1818–1857) fue un poeta nacido en Gran Canaria, que comenzó en 1831 sus estudios en el Seminario, después inició sus estudios de Derecho en la Universidad de La Laguna en 1836, pero no los finalizó. Se trasladó a vivir a Buenos Aires donde se matriculó en su universidad en 1840 y terminó los estudios comenzados en Tenerife. En 1841 regresó a Gran Canaria, donde no le convalidaron los estudios finalizados en Argentina y estuvo ejerciendo como Secretario del Ayuntamiento de Teror desde finales de 1844 hasta principios de 1848. En 1852 comienzan a salir una serie de poemas suyos en la prensa local de la época, la mayoría de esos poemas y otros no publicados fueron compilados en un libro bajo el título de *Cantos de un canario*, publicado en 1854 y con una segunda edición en 1855, ambas en Madrid. Más tarde se traslada a vivir a México y de allí llega a Cuba donde reside hasta su muerte en La Habana en 1857 (MORALES UMPIÉRREZ, José Carlos [2015]: *Vida y obra del poeta Ventura Aguilar*, tesis doctoral de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria: <http://hdl.handle.net/10553/16954> [consultado el 27/12/2023]).

<sup>954</sup> Rafael Bento (1782-1831): nacido Santa María de Guía, Gran Canaria, fue poeta y dramaturgo. De talante liberal, está vinculado con el prerromanticismo y neoclasicismo canario. Para José Évora Molina Bento «es ante todo un poeta ilustrado. Su educación en un Seminario dado a las novedades del siglo, su porte liberal, sus lecturas vanguardistas, la persecución inquisitorial a que fue sometido, su preferencia por determinados autores, su contacto con hombres de letras peninsulares y canarios, y, sobre todo, su obra, denotadora de las ideas más avanzadas, son motivos más que suficientes para adscribirlo al amplio movimiento de la Ilustración. Nuestro poeta encaja, sin duda alguna, en el módulo de esa Ilustración tardía que, penetrando en el siglo XIX, llega a los albores del Romanticismo» (ÉVORA MOLINA, José [1987]: *El poeta Rafael Bento y Travieso (1782-1831)*, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas: 10-11).



Doramas», ante tan luctuoso suceso para la isla de Gran Canaria; el mismo año en que murió Berto le dedicó un soneto «A Doramas en 1831» en la que aparece «el tirano», es decir, el general Morales, un hijo de la misma isla que, para abonar su sueldo al Gobierno de España por haberlo nombrado Comandante General de Canarias en 1827, causó la gran desgracia de destruir la gran obra de la naturaleza. Y termina el artículo haciendo uso de una palabra, que ya utilizó al comienzo del primer artículo dedicado a la selva de Doramas y que llamó mucho nuestra atención; se trata de «liquidación»: ella concibe en aquel momento la selva de Doramas como «una liquidación de aquella pretérita grandeza». Dice que la propia isla destruyó su hermosura y su riqueza con los golpes del hacha que hundió certeramente aquel leñador llamado Pedro de Vera, cuando la conquistó para la corona de Castilla. Estamos ante dos funestos personajes: el general Morales en el siglo XIX y Pedro de Vera en el XV, que causaron la destrucción de la hermosura y la riqueza de la isla de Gran Canaria, ambos «con los golpes del hacha y al caer de los tilos» hicieron desaparecer la gran obra de la Naturaleza.

Ha transcurrido casi un mes desde la última publicación en un periódico de Las Palmas, ahora vuelve al diario tinerfeño con el que lleva colaborando hace ya unos años; será el primero de este mes de abril, en el que sólo publicará dos artículos y, a su vez, también es el primero de un bloque de cuatro artículos publicados en este periódico; lo hace en una nueva sección «*El Día*, en la provincia». El artículo está ilustrado con la fotografía de una especie de paseo de personas ataviadas con trajes típicos, que bien podría ser de una romería: en «La Romería y el pueblo»<sup>955</sup> María Rosa Alonso contrasta las romerías de San Isidro en La Orotava y de San Benito en La Laguna, y de este último santo dice que «casi ha hecho espiga de su báculo que enseño a las auténticas espigas que adornan su delicado trono». Y sigue hablando de los santos: «Sólo quien tiene tradición puede entregar y sólo cuando la aristocracia se ha sentido pueblo ha llegado a alcanzar su plenitud y su sentido»: esta segunda observación la hace hablando de la romería de San Isidro en La Orotava. Pero, sorprendentemente, cambia de tema para hablar del fútbol, y acerca de este deporte afirma: «El fútbol es un espectáculo de masas y yo sólo soy pueblo»; describe un partido de fútbol entre Tenerife y Las Palmas, en Gran Canaria, y lo compara con la romería llegando a la conclusión de que el fútbol es un deporte que enajena a la gente, que les hace chillar,

---

<sup>955</sup> ALONSO, María Rosa: «La Romería y el pueblo», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 25 de junio de 1953.

dar aullidos de guerra como las tribus del desierto; además, llegan al insulto y se enemistan, todo lo anterior les hace desplegar las banderas del instinto bélico, es un espectáculo pasivo pues el público, salvo jalear y gritar, no actúa. Sucede lo contrario con la romería, en donde las personas en vez de chillar, cantan; donde se cultiva el instinto fraterno no el belicoso, «no es la fobia, sino la filia lo que está en fino juego. La gente se divierte y sin pelear ni azuzar a nadie y no es mera espectadora sino actora de su propia diversión». Además, en las romerías se exalta lo regional, pues a ellas acuden gentes de todas las islas, y la periodista termina el artículo dando una serie de recomendaciones a los organizadores de la romería de San Benito, puesto que en ese año había observado una serie de cosas que no le hacían ningún bien, pues ella cree que «toda vigilancia en la pureza y *alegre seriedad* de la romería es poca siempre». Dice lo anterior porque vio en dos carretas que en una no se trataba con verdadero respeto a unos ancianos, que divertían al público con «sus chacotas y el mucho vino que llevaban»; en la segunda carreta llevaban a un niño de cuna al que vio peligrar su vida y no le pasó nada «porque Dios no desampara al que cría». Todo lo anterior y también una carreta con adornos de mala carroza es lo que le hace pedir a la organización que cuide mucho todos los detalles de la Romería para seguir ganando en calidad y diversión. Ya veremos cómo esta crítica constructiva va a tener contestación.

A los dos días y en el mismo periódico publica un artículo de crítica literaria<sup>956</sup>, el segundo y último de este mes de junio: «Isla, novia»<sup>957</sup> comienza hablando de la literatura de álbum, o lo que es lo mismo, la literatura de circunstancias; según palabras de Gerardo Diego, un poeta es un hombre rodeado por álbumes por todas partes. Habla de dos personas, según ella inteligentes, que en sus álbumes hacen preguntas del tipo: «¿Cómo ve la ciudad desde aquí? o ¿qué es una isla?». La primera la hace Javier Casais desde su casa de lo más alto de «Las Mimosas», y compara la visión de Santa Cruz desde ahí con Miniato o Fiesole desde donde se divisa Florencia, o desde el Janicolo desde donde se vislumbra Roma. Ella responde a la primera pregunta puesto que nos hace una bella descripción de Santa Cruz desde un lugar tan privilegiado. En cuanto a la segunda pregunta, la hace Ernesto Guimerá en el álbum de su hija: también responde la periodista diciendo que hay «Demasiada agua por sus costados y tierra escasa plantean al isleño un disparo doble, según sea la tensión de su alma. La escasa

---

<sup>956</sup> Este artículo es también el prólogo de la obra de la obra del escritor palmero: LORENZO, Felipe (1953): *Isla, novia: versos*, Goya, Santa Cruz de Tenerife: 13-16.

<sup>957</sup> ALONSO, María Rosa: «Isla, novia», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 27 de junio de 1953.

tierra le trae ventiscas y ansias continentales, comezón evasiva, apreturas, de la que el mar es camino y liberación». Desde esta visión recuerda a los grandes poetas de nuestra tierra y su relación con la naturaleza isleña, Cairasco de Figueroa y «Alonso Quesada», y con una bella prosa lírica nos habla de ese sentimiento antagónico en los poetas citados que experimenta el isleño, ya que la isla puede ser prisión o remanso de paz donde se disfruta de la naturaleza, empleando referencias mitológicas para seguir describiendo esa dualidad: nuestras islas no han hechizado con malas artes a sus visitantes como Circe, pero sí que puede embriagarlo con su ternura como Oigia, o verse tal cual Ulises, prendido en la red encantada como esposo por Penélope en su Ítaca, o como amante tal cual fue seducido por Calipso: «La isla, como un escudo heráldico, va prendida en el costado creador de nuestros poetas con una permanencia de constante poética». Prueba de lo anterior es la obra de un cantor de La Palma, Felipe Lorenzo<sup>958</sup> que, viajero por otras partes del mundo, canta ahora a su isla, a la que un día arribó allá por el siglo XV la flor marchita del joven conquistador español, si bien este poeta del siglo XX la siente como novia. Este trabajo publicado como un artículo más de nuestra autora en el periódico *El Día* fue también el prólogo del libro al que se refiere nuestra escritora y que acabamos de comentar de Felipe Lorenzo.

Comenzamos un nuevo mes, seguimos en el mismo periódico y por segunda vez en la sección «*El Día*, en la provincia», ya que se trata de responder a una crítica recibida por el artículo que había escrito a finales de junio en esta misma sección. En «Contestación de María Rosa Alonso a don Esteban Coello»<sup>959</sup> la articulista se lamenta de que, encima de la inquietud que sufrió con el niño zarandeado en la carreta de la romería de San Benito, ahora tiene que aguantarse el que digan que la anécdota estaba muy en su punto y que ella estaba completamente equivocada con su crítica. El propio comunicante dice que hubo «inciertos comentarios» en torno a estos hechos, y aunque hubo personas que censuraron la gran «magada», a ella le pareció que lo que querían

---

<sup>958</sup> Felipe Lorenzo Pérez (1906-1978) fue un periodista y escritor palmero, que en 1924 emigró a México regresando a Tazacorte-La Palma en 1931, al año siguiente fue nombrado presidente de la Federación de Trabajadores de La Palma. Al triunfar el golpe de Estado del 18 de julio de 1936 estuvo escondido hasta que fue detenido el 8 de noviembre de ese mismo año y encarcelado en la prisión de Fyffes en Tenerife, fue liberado en 1939. «Aunque residente en Santa Cruz de Tenerife, fue nombrado Cronista Oficial de Tazacorte. En sus memorias destaca la disciplina de la Izquierda durante la Semana Roja, donde las personas de derechas fueron respetadas, en contraste con la dura represión que se desató después contra los miembros del Frente Popular» (MEDEROS, Alfredo [2005]: *República y represión franquista en La Palma*, Centro de la Cultura Popular Canaria, La Laguna: 96).

<sup>959</sup> ALONSO, María Rosa: «Contestación de María Rosa Alonso a don Esteban Coello», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 2 de julio de 1953.

eran algo así como en los pueblos que se ríen siempre y azuzan al pobre tonto del lugar. La romería se hace para exaltar las tradiciones del campo, nunca para fomentar la «ordinariez chocarrera». Insiste en que la vejez se merece un respeto, no servir para espectáculo. Se dirige a don Esteban Ceballos como «señor mío de Igueste», quizá hubiese quedado mejor la escena de una mujer joven y una casa limpia, que habría exaltado la más pura misión femenina; con esta ironía pretende hacer ver que lo que hicieron fue representar una caricatura de las personas mayores y eso es inadmisibles en cualquier contexto. En ningún momento ella ha querido ofender a los ancianos de Igueste; todo lo contrario, lo que pretende es la defensa de no exponer a estas personas a la chacota de los demás. Ante todo, defiende la calidad de la romería lagunera y lo que nunca va a hacer es estarse callada por no molestar a nadie y poder llevarse bien con todos, pues para ella la verdad es lo primero que hay que defender, le guste o no a quien la lee. En este artículo-contestación tenemos a una María Rosa Alonso en estado puro, defendiendo lo que cree injusto y no callándose ante escenas que ella creen que ponen en peligro la vida de un niño, la consideración hacia las personas mayores y la pureza de una manifestación cultural tan importante como es la romería, que fomenta la alegría y el respeto a las tradiciones campesinas.

Al día siguiente se publica el cuarto y último artículo de este bloque en el diario tinerfeño, también va a ser el último que compone el bloque dentro de la clasificación temática en el apartado que hemos catalogado como «Personal», pues la elegía que viene a continuación forma parte de uno de los más íntimos sentimientos del ser humano: el llanto por la pérdida de una persona a la que se tiene mucho cariño. En «Carlos Rizo»<sup>960</sup> le viene al recuerdo el inicio de su amistad con Carlos Rizo cuando se lo presentó José Manuel Guimerá, que eran grandes amigos; éste mismo le habló de la cruel enfermedad que se llevaría al amigo común. Fue escritor, pero se escondía en el anonimato, se dedicó con mucho entusiasmo a las empresas públicas porque le entusiasmaba y amaba a su ciudad. Pero lo que más va a echar de menos en Carlos Rizo será «la hora de la confidencia, del aflojar el alma de su pesadumbre, del consejo anhelado, de la generosa mano amiga: para estos menesteres de la amistad no sirven todos». En esta elegía, la amiga habla de una sobremesa con el desaparecido escritor y con la escritora cubana Dulce María Loynaz, la cual les leyó un poema suyo, dedicado a una niña muerta. Fueron tan reales aquellos versos dramáticos que arrancaron «el llanto

---

<sup>960</sup> ALONSO, María Rosa: «Carlos Rizo», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 3 de julio de 1953.

de un hombre auténtico», y es curioso cómo a María Rosa Alonso le quedó plasmada en su recuerdo aquella imagen, porque una mujer jamás olvida el llanto de un hombre auténtico, al que la sensibilidad creadora y escenificadora de la poetisa cubana hicieron aflorar ese llanto tan humano.

A los pocos días publica un artículo-ensayo con el que reinicia su colaboración con el vespertino tinerfeño *La Tarde*, concretamente desde el 14 de octubre del año anterior; será el primero de un bloque compuesto por cuatro trabajos, que publicará consecutivamente en dicho periódico: dos en julio y dos en agosto. Lo más destacable de «Sebastián Padrón Acosta»<sup>961</sup> es la alusión al epistolario que el finado había tenido con nuestra autora. Fue un hombre que se encerró en su casa durante los últimos años de su vida para morir. Puede decirse que su existencia había sido un drama lírico: sus doce últimos años los empleó en trabajar para revistas y periódicos y, sobre todo, en este medio hizo una gran labor de investigación histórica y literaria. También escribió varias piezas de creación literaria: dos cuadernos de poesía y una novela corta; para una mejor visión de toda la obra de Padrón la distribuye en trabajos de investigación artística, de investigación histórica y de investigación literaria, antologías y obras de creación literaria. Nos hace un resumen de todo lo anterior, incluso transcribiendo algunos versos, pero recuerda que se fue demasiado pronto y le quedó mucho por hacer porque su obra le salía cada día mejor, sobre todo en los trabajos de investigación en los que aplicaba nuevos métodos de investigación. Hay un aspecto contrapuesto entre Padrón Acosta y la ensayista: él no salió de su isla, y eso hacía que su visión cultural no fuera tan completa como la del intelectual que ha vivido otras culturas; respecto a esto nos dice la incansable viajera: «Dura y desgraciada faena es la de escribir obra de investigación, pero en una isla, en una tierra tan pequeña, la dureza todavía es mayor. Un escribir que es un llorar, como en el Madrid romántico de Larra». Creemos que la estudiosa tinerfeña deja bien patente en estas palabras las circunstancias que a ella misma le hicieron irse a Madrid.

A la semana siguiente publica un artículo de crítica literaria, el segundo del bloque al que nos referimos en el comentario anterior, en las páginas del vespertino tinerfeño: «La poesía de Julián Herraiz»<sup>962</sup> comienza hablando del poeta que murió a los veintitrés años y de sus sonetos de «La mentira del agua» publicados por Reyes Darías

---

<sup>961</sup> ALONSO, María Rosa, «Sebastián Padrón Acosta», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 8 de julio de 1953.

<sup>962</sup> \_\_\_\_\_: «La poesía de Julián Herraiz», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 17 de julio de 1953.

en los cuadernillos poéticos «Mástil», allá por 1947 y 1948; en aquel entonces nuestra autora habló del joven poeta y seleccionó su poema dedicado al Teide para su «Antología» del volcán. Después pasa a hablar de una publicación de carácter regional con la que ha colaborado durante doce años, quejándose de que «Ha sido y es una ingrata labor en la que sólo en la que sólo he recogido penas y escasa o ninguna gloria. Trance peliagudo es hermanar la verdad, la sinceridad, con la susceptibilidad y el resentimiento». Volviendo al malogrado poeta, ella le había censurado su exceso de participios en «ado» de sus sonetos, pero ahora la prestigiosa colección «Adonais» en Madrid le ha publicado el libro *Alfabeto celoso*, prologado por Gerardo Diego y ella ha encontrado en sus versos «el sortilegio de Juan Ramón, la grácil poesía popularista, de albertiana frescura inicial, y el aleteo de la *Alondra de verdad*, de Gerardo. Leyó bien, asimiló y creo una poesía limpia, delicada y de estremecimiento». En sus dos últimos sonetos no se nombra la muerte, pero sí que aparecen esos elementos tan isleños, que nos llevan a la orilla de Manrique: mar, orilla, agua; nuestra escritora transcribe algunos versos en los que está presente la sustancia isleña, que revelan la misión dramática de su poesía. En el último párrafo nos dice que Julián Herraiz<sup>963</sup> (1925-1948) formaba parte de la misma generación de jóvenes poetas como Castañeda González, Tovar Baute, Rodríguez Machado, Reyes Darias, Arozarena y otros, que andan rondando los treinta años; y si la muerte no se hubiera dado tanta prisa por quebrar una voz, que comenzaba a alzarse, limpia y vibrante, en el concierto de la poesía tinerfeña, tal vez hubiera sido el más lírico de todo ese grupo, según Padrón Acosta, que más de una vez lamentó tan irreparable pérdida. Nos ha parecido muy interesante este artículo de crítica literaria, en el que nuestra ensayista ha plasmado la poesía de una época concreta de nuestra literatura; aparte de darnos a conocer el joven poeta muerto prematuramente, también ha hablado de sus actividad como crítica en su región, de alguna publicación de la época y de intelectuales comprometidos de alguna manera con el mundillo literario: nos

---

<sup>963</sup> Julián Herraiz nació en 1925 en Santa Cruz de Tenerife y muere por una enfermedad renal en 1948. Sólo contaba con veintitrés años, un trabajo de empleado en la banca, una fecha de bodas y una sensibilidad excepcional para la poesía. Dejó una prometedora aportación a las letras hispanas en general y a las canarias en particular. Para los autores de la edición de su obra completa: «Es un poeta que compone bajo la influencia de la juventud con un tono ilusionado y que da prioridad en su proceso poético a la búsqueda de la belleza y la pureza en sí misma. Por ello evita el uso del verso oscuro y los requiebros poéticos en pro de una verdad que ante sus ojos se desvela de forma natural en el paisaje isleño y lo cotidiano» (HERRAIZ, Julián [2012]: *La mentira del agua y Alfabeto celoso: obra completa*, «Estudio crítico» y edición de textos: Luisa Chico Pérez, Fermín Domínguez Santana y Javier Rivero Grandoso, Ediciones La Palma, Madrid: 11).

referimos al pintor-poeta Reyes Darías y al investigador Sebastián Padrón Acosta, al que había dedicado su anterior artículo-ensayo.

Estamos en pleno verano y nuestra autora se ha pasado prácticamente un mes sin publicar nada y lo hace ahora para seguir con la crítica literaria en el mismo periódico que los dos últimos artículos. Por la calidad y profundidad del tema podríamos calificar este trabajo como ensayo: en «Escritores y críticos»<sup>964</sup> nos encontramos con un artículo verdaderamente crítico en todo el sentido de la palabra, no sólo porque se hable de crítica literaria, sino porque lo hace una mujer que se dedica a este tipo de actividad literaria y, además, emplea un tono bastante mordaz; y aunque parezca un juego de palabras María Rosa Alonso nos da su opinión de cómo debe ser la verdadera crítica literaria. Empieza hablando de que los escritores se quejan del poco caso que le hacen la prensa diaria a sus publicaciones, algunas veces ellos mismo han tenido que hacer una breve nota para dar a conocer sus trabajos. Dice que ella misma ha leído casi todo lo que sus paisanos publican, sin esperar a que le dediquen el libro; ha procurado «leer siempre de buena fe, con generosidad, y he señalado, cuando ha sido menester, las objeciones que la lectura me ofrecía, fundadas siempre en el dato concreto y en el aval serio». Después hace una cita textual de la página de libros del *ABC* del mes anterior en la que habla del tema y la comenta pues se hace alusión a que los escritores se creen con el derecho de que los críticos tienen que «echarles flores» siempre, pero eso iría en contra del lector que busca una buena guía para sus lecturas. Ella se ha movido en los dos ámbitos: en el de creadora y en el de crítica y cuando como creadora no se le ha hecho una crítica muy favorable lo que ha hecho es tenerla en cuenta para mejorar sus trabajos. Sigue con tan interesante reflexión sobre el tema: «Jamás he sentido más vergüenza e indignación que cuando alguien se ha atrevido a llamarme “ilustre”. Ilustre es Menéndez Pidal, Gregorio Marañón, Ortega y unos cuantos más». Cuando se abusa de los adjetivos, se deforman, se vacían de significado. Habla de su experiencia desde 1942 en una revista universitaria y dice que podría contar muchas anécdotas sobre este asunto, por ejemplo, cuando un autor se sintió perjudicado por una nota suya, votó en su contra en cuanto tuvo ocasión, o cuando un aprendiz de periodista resentido la indispuso contra un antiguo amigo «por no haber yo encontrado sus pinitos raquíuticos árboles frondosos...». En el último párrafo y a modo de conclusión habla de

---

<sup>964</sup> ALONSO, María Rosa: «Escritores y críticos», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 14 de agosto de 1953.

las diferentes posturas que se pueden adoptar como crítica literaria ante una determinada obra de creación y termina con una tajante afirmación: «Pero la verdad es una y, pese al fraude, la conducta decente es defender la verdad». Esta frase refleja su firmeza de carácter, que no se puede comprar con adulaciones, pues para ella lo que prima es la honradez, la sinceridad en su trabajo como profesional cuyo criterio es esperado y respetado por sus lectores.

A la semana siguiente, publica la última entrega de este bloque de los cuatro artículos consecutivos, que vieron la luz en el vespertino tinerfeño y del que habíamos hablado más arriba. También este artículo-ensayo constituye la última colaboración con *La Tarde* del período comprendido en el trabajo que estamos realizando sobre la polígrafa tinerfeña. «Tradiciones canarias»<sup>965</sup> presenta el mismo título de un libro de su buen amigo Pedro Tarquis que se dedica a la crítica del arte antiguo y al cultivo de las tradiciones. Padrón Acosta dijo que el título del libro de Tarquis podría haber surgido de la lectura de *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma; ya en 1944 don Carlos Navarro<sup>966</sup>, anciano cronista de Las Palmas, había publicado un libro con el mismo título, pero sólo trataba las tradiciones de su isla. La periodista explica la diferencia entre tradición y leyenda: la primera es una actuación de la literatura sobre la materia histórica, en tanto que la leyenda interviene la fantasía: «En la leyenda lo histórico es un mero pretexto que se puede alterar, poetizar; en la tradición, la materia histórica, no obstante su animación literaria, exige el respeto a la verdad esencial». Continúa hablando de la leyenda y de la gran importancia que tuvo para el movimiento romántico, que tuvo como referente la Edad Media para evocar, falsear y poetizar; pero en Canarias, al igual que en América no existía tal referente medieval, sólo estaba el

---

<sup>965</sup> ALONSO, María Rosa: «Tradiciones canarias», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 22 de agosto de 1953.

<sup>966</sup> Navarro Ruiz, Carlos (1860-1943) fue un periodista nacido en Telde, realizó el Bachillerato en el Colegio de San Agustín de Las Palmas hasta 1875. Pasa a Madrid para estudiar Medicina, ya doctor, regresa a Gran Canaria en 1885. Médico en Telde, hasta 1890, junto a Luis Millares Cubas, será entonces médico del Hospital de San Martín en Las Palmas de Gran Canaria. Entre 1914 y 1920 es protagonista en la vida política grancanaria. Como consejero insular de Fomento, impulsaría la creación del Puerto de la Luz. También contribuyó al desarrollo del turismo en la isla. Además, fue: miembro del Partido Local Canario, opuesto al Partido Liberal; Diputado a Cortes; Presidente del Gabinete Literario; Cronista Oficial de Gran Canaria y Director de *La Defensa*. Destacamos la última parte de la justificación que hace del libro, del que nos informa María Rosa Alonso: «Al dar a conocer en la Prensa algunas de esas leyendas he tenido la satisfacción de oír de mis lectores en crecido número el deseo de que las reúna para su mejor conservación, y he aquí también la causa que me ha determinada a ampliarlas formando este cuaderno, que tengo el honor de ofrecer al público. Las Palmas, julio de 1943. Carlos Navarro Ruiz» (NAVARRO RUIZ, Carlos [1944]: *Tradiciones canarias*, [s. n.], Tip. Diario).



aborigen el *homo naturalis* del Renacimiento y el hombre romántico: «nunca como en estos tiempos se falseó la verdad histórica con mayor irresponsabilidad». La ensayista hace un interesante repaso por las leyendas de las islas: Ico y la reina Faina en Lanzarote, en Gran Canaria Doramas, en Tenerife Guacimara y Arafo tomado de Antonio de Viana. Habla de un librote que escribió —su tesis— en el que habla de la influencia de Viana en los poetas tinerfeños, pero también los prosistas han empleado mucho su fantasía a la literatura. Por motivos obvios no vamos a resumir o comentar el interesante repaso que hace de las leyendas en la literatura romántica canaria, vista como tradición en el libro del señor Pedro Tarquis que, aunando el dato histórico con la leyenda, ha escrito este libro sobre las tradiciones canarias, que empezado en 1920 lo ha terminado y presentado dejando constancia del gran cariño y respeto que le merece el pasado canario.

En un artículo publicado el 21 de marzo de este mismo año en *El Día*, cuyo título coincidía con el nombre del utensilio guanche, nuestra ensayista se había hecho eco de la creación de una nueva revista, *Gánigo*<sup>967</sup>, en el Círculo de Bellas Artes tinerfeño por parte de un grupo de poetas que querían «centrar la voz lírica y creadora en una revista, que llevará el nombre guanche». Pues bien, ahora nuestra ensayista publica en las páginas de dicha revista «San Borondón a la vista»<sup>968</sup>, publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 23 de agosto de 1953. Con una ilustración de la isla de San Borondón según Leonardo Torriani, la ensayista trata uno de los mitos más arraigados en el Archipiélago y para ello emplea un lenguaje plagado de referencias mitológicas grecolatinas, celtas y árabes. También hace alusión a la historia medieval y de la conquista de Canarias, así como a intelectuales dieciochescos como el padre Feijóo, a personajes como don Juan de Mur y Aguirre<sup>969</sup> que en 1721 ordenó una

---

<sup>967</sup>*Gánigo*, revista de «poesía y arte» publicada en Santa Cruz de Tenerife entre 1953 y 1959 por el Círculo de Bellas Artes, y bajo la dirección de E. Gutiérrez Albelo. Centrada en la poesía, colaboraron autores locales como P. García Cabrera, F. Aguilar, E. Westerdahl, D. Pérez Minik, L. Doreste Silva, Lázaro Santana, Luis Fera, etc., así como otros peninsulares e hispanoamericanos. Firmaron las viñetas de la portada, entre otros, Guezala, Millares, Juan Ismael y Jean Cocteau (<https://jable.ulpgc.es/ganigo> consultado el 25/06/2022). María Rosa Alonso publicó en esta revista dos artículos dentro del espacio temporal correspondiente al presente trabajo.

<sup>968</sup> ALONSO, María Rosa: «San Borondón a la vista», *Gánigo*, N.º 4, julio-agosto de 1953, Santa Cruz de Tenerife.

<sup>969</sup> «Juan Mur Aguirre, Juan, s. XVII–1722. Capitán general de Canarias y consejero de Guerra. Comenzó a servir en 1684 como soldado aventajado en la campaña de Cataluña. En 1688 estuvo en el socorro de Orán sirviendo como voluntario a su costa. Volvió a Cataluña en 1690 y desde el principado pasó a Milán en uno de los tercios provinciales destinados al refuerzo de aquel territorio. En 1696 era ya sargento mayor cuando regresó a España. Promovido poco tiempo después a maestro de campo, fue luego gobernador del puerto y ciudad de San Marcos de Arica, en el Perú. Igualmente en las postrimerías de

expedición para ir al encuentro de la isla esquiva y don Juan Franco de Medina<sup>970</sup>, que «intentó ser el Jasón de un posible vellocino encantado». Y, todo ello inmerso en una atmósfera de lirismo y misterio muy apropiado para el tratamiento de un mito, que como bien dice nuestra autora: «se ha metido en algunas almas y las ha hecho borondonescas, escurridizas, un poco fantasmagóricas». Aquí se percibe cómo el pueblo canario ha asimilado este mito celta, la estudiosa canaria lo vive como una isleña más, su preparación científica nada tiene que ver al lado de las cosas que ha llevado dentro desde la cuna.

Al día siguiente de haber publicado el artículo sobre las tradiciones canarias, vuelve a colaborar con el periódico tinerfeño *El Día* con el que no lo hacía desde el 3 de julio y será el primero de los dos escritos con los que concluiremos este trabajo. «Libros nuevos. *La oscura fuerza entrañada*»<sup>971</sup> fue también reproducido de *Revista de Historia*. En este corto artículo su autora nos habla del tercer libro de poemas de Manuel Castañeda, compuesto por una décima, doce sonetos y una composición en endecasílabos, reunidos «en forma de cancionero petrarquista y garcilasiano para cantar esa “oscura fuerza entrañada” de la que habla Salinas para precisar como vivía el amor en él». Estos poemas, casi todos, habían sido publicados en *La Tarde* y posteriormente algunos retocados por su autor, de dicho periódico los había coleccionado la reseñista, que considera que el poeta marcha seguro con un estilo actual, con un léxico poético muy vigente. Cree que hay que tener cuidado con la corriente neo-garcilacista ya superada porque se puede caer en un nuevo preciosismo poético, tras comentar algunos

---

aquella centuria debió de conseguir una merced de hábito de caballero de la Orden de Santiago. En Febrero de 1712, aprovechando una operación venal abierta en la corte, compró por 300.000 reales la futura de la Capitanía General de Canarias —para cuando terminara el período de su mandato también Ventura Landaeta, comprador de la misma Capitanía— y un puesto de consejero de Guerra. Por aquellos primeros años del siglo XVIII, la Capitanía General de Canarias tenía una consideración por parte de la Monarquía asimilada a la de los territorios americanos, pues fue la única Capitanía General que se pudo ejercer mediante la compra del cargo. Juan Mur Aguirre tuvo que esperar a que terminara el mandato del anterior comprador, Fernando Chacón, y que transcurriesen los cinco años del período de mandato de Ventura Landaeta. En enero de 1717 pudo desempeñar de forma efectiva el puesto que había comprado en 1712. En el Consejo de Guerra cesó como consejero en 1714, como consecuencia de la reforma de esta institución. Falleció en el año 1722»: <https://dbe.rah.es/biografias/43601/juan-mur-aguirre> (consultado el 11/01/2024).

<sup>970</sup> «Franco de Medina, Juan (1649-1698). Natural de La Laguna de Tenerife. Militar y político. Caballero de las tres órdenes militares. Capitán de los Tercios de Flandes. Sargento Mayor en Tenerife. Visitador general de las Armas y Fortificaciones de Canarias. Teniente de Capitán General de Canarias. Gobernador y Capitán General de Puerto Rico (1692), a donde condujo a su costa veinticinco familias Tinerfeñas. Nombrado Gobernador y Capitán General de Yucatán (México, 1698) no desempeñó dicho cargo por haberlo sorprendido la muerte en San Juan de Puerto Rico» (FERNÁNDEZ, David W. [1989]: *Diccionario biográfico canario-americano*, Centro de la Cultura Popular Canaria, La Laguna: 100).

<sup>971</sup> ALONSO, María Rosa: «Libros nuevos. *La oscura fuerza entrañada*», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 23 de agosto de 1953.

versos, termina alabando al poeta que ha escrito unos versos tan apasionados, fruto de un alma enamorada en este finísimo cantor del amor. Creemos que esta reseña ayudó mucho a sus lectores a tener una referencia crítica de calidad para adentrarse en el mundo lírico de Castañeda.

Pregón es, según la RAE, «un acto de promulgación en voz alta de un asunto de interés para el público y, particularmente, el acto con el que se inicia una celebración». Llega septiembre y con él una celebración que no sólo disfrutaban los laguneros sino también el resto de habitantes de la isla, se trata de honrar a su Cristo, que, junto con la Virgen de Candelaria, constituyen lo que Antonio de Viana denominaba como «el sol y la luna de Nivaria». Con este trabajo llegamos al final de nuestros comentarios: es un broche de oro para terminar con el repaso de los 362 escritos de nuestra prolífica escritora. El pregón de las Fiestas del Cristo del año de 1953 cierra un ciclo muy importante tanto a nivel personal como profesional de nuestra autora, marca un antes y un después en su extensa biografía; por eso es por lo que tras esta demostración de júbilo hay mucha amargura por parte de su pregonera. Este largo escrito también es una despedida antes de ir al exilio al que se vio abocada María Rosa Alonso, que estuvo provocado por la afrenta que supuso para ella el que no se le concediera la cátedra a la que tenía tanto derecho por su amplia y dilatada trayectoria académica, en la que había demostrada de sobra que era digna de ocupar la silla que dejaba desocupada su maestro, Ángel Valbuena. El pregón está publicado en la misma sección del periódico tinerfeño en la que por tercera vez incluye un trabajo: «*El Día*, en la provincia», y con el antetítulo de «Signo y perfil de La Laguna en el mes de sus fiestas y de su Cristo» la pregonera nos invita a las Fiestas laguneras con: «Pregón de las fiestas»<sup>972</sup>. Como es propio de los pregones se une el lirismo en la forma y la historia en el contenido; esto queda reflejado en la bella prosa de nuestra ensayista unida a sus grandes conocimientos sobre el devenir histórico de esa «ciudad, que nació del sortilegio del agua, quebró su flexible adolescencia al final de la calle Real, hoy la calle de San Agustín, haciendo una pirueta de femenino capricho...». Después de situarnos en la llanura lagunera, nos habla de su historia: aunque diga que no hay posibilidad de pronunciar ni una sola palabra nueva sobre la ciudad de La Laguna, ella sabe muy bien dónde encontrarlas porque nos hace un buen repaso desde la llegada de los castellanos

---

<sup>972</sup> ALONSO, María Rosa: «Pregón de las fiestas», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 6 de septiembre de 1953.

hasta el momento y según sus propias palabras: «Yo he preferido desempolvar los nombres de unas criaturas que tuvieron vida, porque del pasado me interesa entresacar la enseñanza para el presente». También recuerda las otras grandes celebraciones laguneras, la Romería de San Benito Abad y la festividad del Corpus; pero en estas fiestas del Cristo en donde más énfasis ponen los laguneros para celebrar la nota popular y colorista de la cabalgata, la culta y solemne fiesta del Ateneo, pero, sobre todo, la tradicional entrada del Cristo con «el ensordecedor crepitar de los fuegos pone en temerosa lucha vista y oído, la noche del 14 de Septiembre». Ahora bien, desde nuestro punto de vista, el último párrafo refleja su estado de ánimo, pues no es normal que en un pregón de fiestas aparezcan expresiones con una carga semántica tan negativa como «La Laguna de mi soledad [...] Vivir es convivir, es juntar amor y sufrimiento, alegría y llanto; cordialidad y ceño adusto [...] La Laguna: fragancia, color, sutiliza, ensueño; lluvia pertinaz, silbido del viento, nubes bajas. Silencio. Agonía. Soledad». Esta es la palabra clave que define lo que significa La Laguna para ella en aquel momento, pues, si es importante para su condición de mujer el ser la primera en leer el Pregón de la amada ciudad, no lo es menos que entonces ella estaba viviendo las intrigas que la hicieron emigrar. A pesar de la consideración que tuvieron los que la eligieron para ser la pregonera de la gran celebración del Cristo, ahí en la misma ciudad había otro sector que no tuvo en cuenta la valía intelectual y humana de esta mujer, que sólo se dejaron llevar por las mezquindades políticas y las envidias profesionales. Y ella, la mujer objeto de tanta injusticia, tuvo que salir de su isla, como esos agricultores a los que su tierra les negaba el fruto para alimentarse ellos y sus hijos. También encontró María Rosa Alonso un entorno intelectual hostil que no la dejaba recoger los frutos culturales que con tanto amor había sembrado; se le cerraban las puertas y solo quedaba una Laguna que sólo era, como bien termina su pregón, «Silencio. Agonía. Soledad». Y se va a Venezuela como tantos otros paisanos, con la gran diferencia de que ella llevaba consigo un equipaje cultural y académico muy valioso, mientras que la mayoría de los emigrantes isleños, viajaban con la ilusión de encontrar el trabajo del que carecían en las islas.

## 4. ANEXOS

### 4.1 Anexo 1. Clasificación temática.

María Luisa Villalba

N.º	Título	Publicación	Fecha	Lugar	Tema
1.	“En torno a los libros de la guerra”	<i>La Tarde</i>	29/01/30	S/C de Tenerife	Crítica literaria
2.	“Mirando al siglo XIX (I)”	<i>La Tarde</i>	06/02/30	S/C de Tenerife	Crítica literaria
3.	“Mirando al siglo XIX (II)”	<i>La Tarde</i>	10/02/30	S/C de Tenerife	Crítica literaria
4.	“Interrogantes acerca de la política”	<i>La Tarde</i>	13/02/30	S/C de Tenerife	Política
5.	“De la decadencia del Amor”	<i>La Tarde</i>	24/02/30	S/C de Tenerife	Crítica literaria
6.	“Del problema español: gobernantes gobernados (I)”	<i>La Tarde</i>	24/03/30	S/C de Tenerife	Política
7.	“Del problema español: gobernantes gobernados (II)”	<i>La Tarde</i>	27/03/30	S/C de Tenerife	Política
8.	“Del problema español: gobernantes gobernados (III)”	<i>La Tarde</i>	31/03/30	S/C de Tenerife	Política
9.	“Del problema español: gobernantes gobernados (IV)”	<i>La Tarde</i>	07/04/30	S/C de Tenerife	Política
10.	“Del problema español: gobernantes	<i>La Tarde</i>	11/04/30	S/C de Tenerife	Política

	governados (V)”				
<b>11.</b>	“Del problema español: gobernantes gobernados (VI)”	<i>La Tarde</i>	14/04/30	S/C de Tenerife	Política
<b>12.</b>	“Del problema español: gobernantes gobernados (VII)”	<i>La Tarde</i>	17/04/30	S/C de Tenerife	Política
<b>13.</b>	“Una exposición en el círculo de Bellas Artes: Juanita Dorta”	<i>La Prensa</i>	05/04/30	S/C de Tenerife	Crítica de Arte
<b>14.</b>	“Otro voto que se pierde. A Don Salvador Quintero”	<i>La Tarde</i>	08/05/30	S/C de Tenerife	Política
<b>15.</b>	“Un libro de Gutiérrez Albelo”	<i>La Tarde</i>	23/06/30	S/C de Tenerife	Crítica literaria
<b>16.</b>	“En torno a la revista Cartones”	<i>La Tarde</i>	30/06/30	S/C de Tenerife	Crítica literaria
<b>17.</b>	“De la reforma del Bachillerato”	<i>La Tarde</i>	24/07/30	S/C de Tenerife	Educación
<b>18.</b>	“La juventud y la agricultura, I”	<i>La Tarde</i>	11/08/30	S/C de Tenerife	Política
<b>19.</b>	“Don Antonio Lugo y Massieu, II”	<i>La Tarde</i>	12/08/30	S/C de Tenerife	Política
<b>20.</b>	“Motivos de un centenario”	<i>La Tarde</i>	12/09/30	S/C de Tenerife	Crítica literaria
<b>21.</b>	“Elementos de orden y elementos disolventes”	<i>Decimos...</i>	14/09/30	Puerto de la Cruz	Política-Sindical
<b>22.</b>	“Viejo y nuevo pleito”	<i>Altavoz</i>	20/09/30	La Gomera	Política
<b>23.</b>	“Momentos	<i>¡Adelante!</i>	27/09/30	Teruel	Política-Sindical

	históricos”				
24.	“Explotadores y explotados”	<i>La Tarde</i>	03/10/30	S/C de Tenerife	Política-Sindical
25.	“Las bibliotecas populares”	<i>La Tarde</i>	18/10/30	S/C de Tenerife	Cultura
26.	“Para los amigos provincianos y otros señores”	<i>Altavoz</i>	30/10/30	La Gomera	Política
27.	“Las dos oraciones”	<i>La Tarde</i>	31/10/30	S/C de Tenerife	Política
28.	“Juliano y el presente”	<i>La Tarde</i>	05/11/30	S/C de Tenerife	Cultura
29.	“Razón y fuerza”	<i>Decimos...</i>	12/11/30	Puerto de la Cruz	Política
30.	“Recordando”	<i>¡Adelante!</i>	15/11/30	Teruel	Política
31.	“Líneas de una revolución”	<i>Rebeldías</i>	16/11/30	Utiel Valencia	Política-Sindical
32.	“Ayer, hoy y el cacique”	<i>La Tarde</i>	20/12/30	S/C de Tenerife	Política-Sindical
33.	“Reaccionarios”	<i>Decimos...</i>	04/01/31	Puerto de la Cruz	Política
34.	“Dos siglos”	<i>Libertad</i>	17/03/31	Castellón	Crítica literaria
35.	“Autonomía”	<i>La Tarde</i>	19/03/31	S/C de Tenerife	Política
36.	“Para <i>En Marcha</i> ”	<i>La Tarde</i>	27/03/31	S/C de Tenerife	Política-Sindical
37.	“La otra España I”	<i>Libertad</i>	31/03/31	Castellón	Política
38.	“La otra España III”	<i>Libertad</i>	01/04/31	Castellón	Política
39.	“La otra España II”	<i>Libertad</i>	02/04/31	Castellón	Política
40.	“Los maestros”	<i>Libertad</i>	18/04/31	Castellón	Educación
41.	“Ha terminado el siglo XIX”	<i>La Tarde</i>	22/04/31	S/C de Tenerife	Política
42.	“Lo que no puede olvidarse”	<i>¡Adelante!</i>	30/04/31	Teruel	Política-Sindical
43.	“La cigarrera”	<i>En Marcha</i>	01/05/31	S/C de Tenerife	Política-Sindical
44.	“La lucha de la	<i>La Prensa</i>	06/05/31	S/C de Tenerife	Cultura

	Media Montaña”				
45.	“Mariana Pineda”	<i>Proa</i>	23/05/31	S/C de Tenerife	Artículo de ensayo. Literatura
46.	“Un alto en la marcha y ¡Adelante!”	<i>La Tarde</i>	25/05/31	S/C de Tenerife	Política
47.	“La cruzada contra el caciquismo”	<i>Crisol</i>	28/05/31	Madrid	Política
48.	“La constitución de un nuevo partido político”	<i>La Tarde</i>	30/05/31	S/C de Tenerife	Política
49.	“Carta abierta a un amigo”	<i>Libertad</i>	02/06/31	Castellón	Política
50.	“El ideal comunista”	<i>Libertad</i>	03/06/31	Castellón	Artículo de ensayo. Política
51.	“Un libro de Valbuena Prat”	<i>La Tarde</i>	05/06/31	S/C de Tenerife	Crítica literaria
52.	“De nuestro presente y porvenir”	<i>La Tarde</i>	16/06/31	S/C de Tenerife	Artículo de ensayo. Política
53.	“Un librito para uso de las escuelas”	<i>Libertad</i>	16/06/31	Castellón	Educación
54.	“Socialistas en La Laguna”	<i>La Tarde</i>	11/07/31	S/C de Tenerife	Política
55.	“El problema canario”	<i>Proa</i>	11/07/31	S/C de Tenerife	Artículo de ensayo. Política
56.	“Capitalismo y socialismo, I”	<i>El Socialista</i>	12/10/31	S/C de Tenerife	Política
57.	“Capitalismo y socialismo, II”	<i>El Socialista</i>	19/10/31	S/C de Tenerife	Política
58.	“El hombre ante la	<i>Revista</i>	Oct.-Dic.	La Laguna	Artículo de ensayo.



	Naturaleza. Viera y Clavijo y el paisaje en el siglo XVIII”	<i>Historia</i>	1931		Literatura
<b>59.</b>	“Caudillaje y democracia”	<i>Proa</i>	02/01/32	S/C de Tenerife	Artículo de ensayo. Política
<b>60.</b>	“Cultura y región”	<i>Proa</i>	09/01/32	S/C de Tenerife	Política
<b>61.</b>	“Como los hombres del Gabinete Instructivo”	<i>Proa</i>	23/01/32	S/C de Tenerife	Cultura
<b>62.</b>	“Periodismo escolar”	<i>Brújula</i>	19/03/32	La Laguna	Educación
<b>63.</b>	“En el centenario de Goethe: <i>Clavijo</i> , drama de Goethe”	<i>Proa</i>	26/03/32	S/C de Tenerife	Artículo de ensayo. Literatura
<b>64.</b>	“Juan Wolfgang Goethe (1749-1832). Notas biográficas I”	<i>Proa</i>	26/03/32	S/C de Tenerife	Artículo de ensayo. Literatura
<b>65.</b>	“Juan Wolfgang Goethe (1749-1832). Notas biográficas II”	<i>Proa</i>	02/04/32	S/C de Tenerife	Artículo de ensayo. Literatura
<b>66.</b>	“Revista de Historia”	<i>Proa</i>	02/04/32	S/C de Tenerife	Cultura
<b>67.</b>	“Un hombre del siglo XVIII y Clavijo”	<i>La Gaceta Literaria</i>	01/05/32	Madrid	Artículo de ensayo. Literatura
<b>68.</b>	“La República y la enseñanza”	<i>Hoy</i>	24/07/32	S/C de Tenerife	Educación
<b>69.</b>	“San Borondón, signo de Tenerife”	<i>Hoy</i>	28/07/32	S/C de Tenerife	Artículo de ensayo. Cultura

<b>70.</b>	“Alamares”	<i>Hoy</i>	29/07/32	S/C de Tenerife	Crítica literaria
<b>71.</b>	“Revolución y juridicidad”	<i>Hoy</i>	23/08/32	S/C de Tenerife	Política
<b>72.</b>	“Un caballero español”	<i>Hoy</i>	09/09/32	S/C de Tenerife	Política
<b>73.</b>	“La lección de Cataluña”	<i>Hoy</i>	13/09/32	S/C de Tenerife	Cultura
<b>74.</b>	“Comentario”	<i>Hoy</i>	20/09/32	S/C de Tenerife	Política
<b>75.</b>	“Mi reino no es de este mundo”	<i>Hoy</i>	27/09/32	S/C de Tenerife	Política
<b>76.</b>	“Respondiendo... del señor Orozco”	<i>Hoy</i>	27/09/32	S/C de Tenerife	Política
<b>77.</b>	“Contribución a un proyecto de Universidad, I”	<i>Hoy</i>	02/10/32	S/C de Tenerife	El Instituto de Estudios Canarios
<b>78.</b>	“Contribución a un proyecto de Universidad, II”	<i>Hoy</i>	04/10/32	S/C de Tenerife	El Instituto de Estudios Canarios
<b>79.</b>	“Contribución a un proyecto de Universidad, III”	<i>Hoy</i>	05/10/32	S/C de Tenerife	El Instituto de Estudios Canarios
<b>80.</b>	“Contribución a un proyecto de Universidad, IV”	<i>Hoy</i>	06/10/32	S/C de Tenerife	El Instituto de Estudios Canarios
<b>81.</b>	“Antología”	<i>Hoy</i>	08/10/32	S/C de Tenerife	Política
<b>82.</b>	“El Instituto de Estudios Canarios”	<i>Hoy</i>	13/10/32	S/C de Tenerife	El Instituto de Estudios Canarios
<b>83.</b>	“El libro de Canarias. el profesor Millares”	<i>Hoy</i>	14/10/32	S/C de Tenerife	Crítica literaria
<b>84.</b>	“El Instituto de Estudios Canarios y la Universidad”	<i>Hoy</i>	16/10/32	S/C de Tenerife	El Instituto de Estudios Canarios

<b>85.</b>	“Se preparan dos ediciones de la Historia de Viera y Clavijo”	<i>Hoy</i>	29/10/32	S/C de Tenerife	Cultura
<b>86.</b>	“Don José Rodríguez Moure”	<i>Hoy</i>	30/10/32	S/C de Tenerife	Cultura
<b>87.</b>	“Carta a Don Maximino Acea, presidente del Cabildo Insular”	<i>Hoy</i>	01/11/32	S/C de Tenerife	Política
<b>88.</b>	“Epílogo y prólogo. La Universidad y el Instituto de Estudios Canarios”	<i>Hoy</i>	05/11/32	S/C de Tenerife	El Instituto de Estudios Canarios
<b>89.</b>	“Del Instituto de Estudios Canarios. Respuesta obligada”	<i>Hoy</i>	09/11/32	S/C de Tenerife	El Instituto de Estudios Canarios
<b>90.</b>	“Sol en el palacio de Nava”	<i>Hoy</i>	15/11/32	S/C de Tenerife	Cultura
<b>91.</b>	“La F.U.E. neurótica”	<i>Hoy</i>	19/11/32	S/C de Tenerife	Política
<b>92.</b>	“Paradojas”	<i>Hoy</i>	24/11/32	S/C de Tenerife	Política
<b>93.</b>	“La Universidad”	<i>Hoy</i>	25/11/32	S/C de Tenerife	Educación
<b>94.</b>	“Los apaistas laguneros”	<i>Hoy</i>	26/11/32	S/C de Tenerife	Política
<b>95.</b>	“Hombres y libros”	<i>Hoy</i>	10/12/32	S/C de Tenerife	Crítica literaria
<b>96.</b>	“Política de Tenerife”	<i>Hoy</i>	14/12/32	S/C de Tenerife	Política
<b>97.</b>	“Chozas, flora, geografía”	<i>Hoy</i>	03/01/33	S/C de Tenerife	Cultura
<b>98.</b>	“El doctor Wöfel,	<i>Hoy</i>	18/01/33	S/C de Tenerife	Cultura

	la historia y la prehistoria de Canarias”				
<b>99.</b>	“El Instituto de Estudios Canarios, tema...”	<i>Hoy</i>	04/02/33	S/C de Tenerife	El Instituto de Estudios Canarios
<b>100.</b>	“El Instituto de Estudios Canarios, está en marcha”	<i>Hoy</i>	05/02/33	S/C de Tenerife	El Instituto de Estudios Canarios
<b>MARÍA ROSA ALONSO</b>					
<b>101.</b>	“Al margen del libro <i>El poeta y San Marcos</i> ”	<i>Hoy</i>	04/05/33	S/C de Tenerife	Crítica literaria
<b>102.</b>	“La Laguna. Falsa y auténtica vida”	<i>Hoy</i>	20/06/33	S/C de Tenerife	Cultura
<b>103.</b>	“La exposición de Juan Ismael en el Ateneo de Madrid”	<i>Hoy</i>	22/06/33	S/C de Tenerife	Crítica de arte
<b>104.</b>	“Sobre un cuaderno de Agustín Espinosa”	<i>Hoy</i>	19/07/33	S/C de Tenerife	Crítica literaria
<b>105.</b>	“La escuela de la República”	<i>Hoy</i>	23/07/33	S/C de Tenerife	Educación
<b>106.</b>	“Dos figuras representativas de la vida de Tenerife”	<i>Hoy</i>	25/07/33	S/C de Tenerife	Artículo de ensayo. Literatura
<b>107.</b>	“Turismo, deporte y comercio”	<i>Hoy</i>	18/08/33	S/C de Tenerife	Cultura
<b>108.</b>	“Los problemas de la cultura en	<i>Hoy</i>	10/09/33	S/C de Tenerife	Cultura

	Tenerife”				
109.	“Don Juan Tenorio”	<i>Hoy</i>	18/11/33	S/C de Tenerife	Crítica literaria
110.	“Carta particular a un poeta”	<i>Hoy</i>	19/11/33	S/C de Tenerife	Crítica literaria
111.	“En el Salón de Otoño”	<i>Hoy</i>	23/11/33	S/C de Tenerife	Crítica de arte
112.	“Al margen de la Guía”	<i>Hoy</i>	24/11/33	S/C de Tenerife	Crítica de arte
113.	“Política”	<i>Hoy</i>	19/12/33	S/C de Tenerife	Política
114.	“Dos ediciones de José Pérez Vidal”	<i>Hoy</i>	30/12/33	S/C de Tenerife	Crítica literaria
115.	“La revista del Museo Canario”	<i>Hoy</i>	04/02/34	S/C de Tenerife	Crítica literaria
116.	“Notas de viaje”	<i>Hoy</i>	28/03/34	S/C de Tenerife	Cultura
117.	“Notas de un curso I”	<i>Hoy</i>	29/03/34	S/C de Tenerife	Cultura
118.	“Notas de un curso II”	<i>Hoy</i>	30/03/34	S/C de Tenerife	Cultura
119.	“Notas de un curso y III”	<i>Hoy</i>	01/04/34	S/C de Tenerife	Cultura
120.	“Notas de 1934”	<i>Hoy</i>	04/04/34	S/C de Tenerife	Cultura
121.	“La vocación, la verdad”	<i>Hoy</i>	13/04/34	S/C de Tenerife	Educación
122.	“Quijotismo”	<i>Hoy</i>	14/04/34	S/C de Tenerife	Cultura
123.	“Al margen de una teoría”	<i>Hoy</i>	18/04/34	S/C de Tenerife	Política
124.	“Destinos diferentes”	<i>Hoy</i>	19/04/34	S/C de Tenerife	Política
125.	“El problema cultural de Canarias”	<i>La Prensa</i>	13/08/35	S/C de Tenerife	Cultura
126.	“El tricentenario	<i>La Prensa</i>	27/08/35	S/C de Tenerife	Artículo de ensayo.

	de la muerte de Lope”				Literatura
127.	“Lope, poeta popular”	<i>La Prensa</i>	28/08/35	S/C de Tenerife	Artículo de ensayo. Literatura
128.	“Otra vez el vino de Tenerife”	<i>La Prensa</i>	18/09/35	S/C de Tenerife	Cultura
129.	“Andrés de Lorenzo Cáceres: <i>Las Canarias de Lope</i> ”	<i>La Prensa</i>	08/11/35	S/C de Tenerife	Artículo de ensayo. Literatura
130.	“La obra del Instituto de Estudios Canario”	<i>La Prensa</i>	12/11/35	S/C de Tenerife	El Instituto de Estudios Canarios
131.	“Don José Ortega y Gasset y la juventud”	<i>La Prensa</i>	29/11/35	S/C de Tenerife	Cultura
132.	“Lope de Vega y los Guanches de Tenerife”	<i>La Prensa</i>	03/12/35	S/C de Tenerife	Artículo de ensayo. Literatura
133.	“El centenario del Ateneo”	<i>La Prensa</i>	06/12/35	S/C de Tenerife	Cultura
134.	“La Facultad de Filosofía y Letras”	<i>La Prensa</i>	08/12/35	S/C de Tenerife	Educación
135.	“Los universitarios y sus comentadores”	<i>El Sol</i>	13/12/35	Madrid	Educación
136.	“El manzanares”	<i>La Prensa</i>	05/01/36	S/C de Tenerife	Cultura
137.	“Automático y sesión continua”	<i>La Prensa</i>	25/01/36	S/C de Tenerife	Cultura
138.	"Jorge V o “The King”	<i>La Prensa</i>	29/01/36	S/C de Tenerife	Cultura
139.	“El nuevo estilo”	<i>La Prensa</i>	31/01/36	S/C de Tenerife	Política
140.	“Primero Yo”	<i>La Prensa</i>	11/02/36	S/C de Tenerife	Política

<b>141.</b>	“Carta abierta Agustín Espinosa”	<i>La Prensa</i>	25/03/36	S/C de Tenerife	Crítica literaria
<b>142.</b>	“En la muerte don José Rodríguez Moure”	<i>La Prensa</i>	03/03/36	S/C de Tenerife	Cultura
<b>143.</b>	“Biografías. Isaac Peyra: Gabriel y Galán”	<i>El Sol</i>	17/06/36	Madrid	Crítica literaria
<b>144.</b>	“El libro que no se ha escrito”	<i>La Prensa</i>	28/06/36	S/C de Tenerife	Crítica literaria
<b>145.</b>	“Cronología y bibliografía de Benito Pérez Galdós”	<i>Falange</i>	10/05/43	Las Palmas de Gran Canaria	Artículo de ensayo. Literatura
<b>146.</b>	“El paisaje de Gran Canaria”	<i>Isla</i>	01/01/45	Las Palmas de Gran Canaria	Paisajes y puebl.
<b>147.</b>	“Alonso Quesada, provincianismo canario en Rafael Romero”	<i>El Español</i>	29/09/45	Madrid	Artículo de ensayo. Literatura
<b>148.</b>	“Exposición de León y Falcón en el Ga...”	<i>Falange</i>	09/01/46	Las Palmas de Gran Canaria	Crítica de arte
<b>149.</b>	“Una estilística del tema Atlántico...”	<i>El Español</i>	02/02/46	Madrid	Artículo de ensayo. Literatura
<b>150.</b>	"En torno al libro de versos <i>Rincón de Provincia</i> "	<i>La Tarde</i>	14/06/46	S/C de Tenerife	Crítica literaria
<b>151.</b>	“Carta tinerfeña a Mr. Starkie”	<i>El Español</i>	3/08/46	S/C de Tenerife	Artículo de ensayo. Cultura
<b>152.</b>	“Exámenes, recomendaciones y claveles”	<i>Falange</i>	1/10/46	Las Palmas de Gran Canaria	Educación

<b>153.</b>	“Nuevo descubrimiento de Canarias”	<i>El Español</i>	19/10/46	Madrid	Artículo de ensayo. Literatura
<b>154.</b>	“Tenerife suma de pueblos. La capital y el interior I”	<i>El Día</i>	06/08/47	S/C de Tenerife	Paisajes y pueblos
<b>155.</b>	“Tenerife suma de pueblo. La capital y el interior II”	<i>El Día</i>	07/08/47	S/C de Tenerife	Paisajes y pueblos
<b>156.</b>	“Muy en serio sobre Las Cañadas Un artículo y una carta de Ilmo. Sr. Comisario General de Excavaciones Arqueológicas”	<i>El Día</i>	17/08/47	S/C de Tenerife	Cultura
<b>157.</b>	“En Tenerife una poetisa: Dulce María Loynaz”	<i>El Día</i>	26/08/47	S/C de Tenerife	Crítica literaria
<b>158.</b>	“Acto de contrición”	<i>El Día</i>	10/09/47	S/C de Tenerife	Cultura
<b>159.</b>	“Evocación y nostalgia del timple”	<i>Falange</i>	25/09/47	Las Palmas de Gran Canaria	Cultura
<b>160.</b>	“Perfume y aires regionales”	<i>La Tarde</i>	10/11/47	S/C de Tenerife	Cultura
<b>161.</b>	“El paisaje y la ciudad en otoño”	<i>El Día</i>	27/11/47	S/C de Tenerife	Paisajes y pueblos
<b>162.</b>	“Teobaldo Power (1848-1884) familia. I.”	<i>El Día</i>	04/01/48	S/C de Tenerife	Cultura
<b>163.</b>	“Teobaldo Power (1848-1884).”	<i>El Día</i>	06/01/48	S/C de Tenerife	Cultura



	músico. II.”				
164.	“La lección de Miguel de Cervantes”	<i>Falange</i>	11/03/48	Las Palmas de Gran Canaria	Artículo de ensayo. Literatura
165.	“Especie y nombre”	<i>Falange</i>	27/03/48	Las Palmas de Gran Canaria	Personal
166.	“Salamanca”	<i>Falange</i>	15/04/48	Las Palmas de Gran Canaria	Viajes
167.	“Gente y personas”	<i>Falange</i>	20/04/48	Las Palmas de Gran Canaria	Personal
168.	“Vía crucis turístico”	<i>Falange</i>	27/04/48	Las Palmas de Gran Canaria	Viajes
169.	“Valladolid en Castilla”	<i>Falange</i>	04/05/48	Las Palmas de Gran Canaria	Viajes
170.	“El plomo en el ala”	<i>Falange</i>	11/05/48	Las Palmas de Gran Canaria	Educación
171.	“Paisaje castellano y un pintor canario en Madrid”	<i>Falange</i>	18/05/48	Las Palmas de Gran Canaria	Crítica de arte
172.	“La crítica y el arte en Madrid I”	<i>Falange</i>	25/05/48	Las Palmas de Gran Canaria	Crítica de arte
173.	“La crítica y el arte en Madrid II”	<i>Falange</i>	04/06/48	Las Palmas de Gran Canaria	Crítica de arte
174.	“Canarias y su tradición botánica. Ante la jubilación del profesor Cabrera Díaz”	<i>La Tarde</i>	11/06/48	S/C de Tenerife	Educación
175.	“La madre en el umbral I”	<i>Falange</i>	11/06/48	Las Palmas de Gran Canaria	Personal
176.	“La madre en el umbral II”	<i>Falange</i>	15/06/48	Las Palmas de Gran Canaria	Personal
177.	“El mar desde Castilla”	<i>Falange</i>	23/06/48	Las Palmas de Gran Canaria	Paisajes y pueblos

<b>178.</b>	“El Puerto de la Cruz y sus fiestas”	<i>El Día</i>	17/07/48	S/C de Tenerife	Paisajes y pueblos
<b>179.</b>	“¿Amor a la tierra, desdén por la tierra?”	<i>El Día</i>	05/08/48	S/C de Tenerife	Cultura
<b>180.</b>	“ <i>Catálogo de la Biblioteca Cervantina de don José María de Asensio y Toledo</i> , por Miguel Santiago Rodríguez”	<i>Ínsula</i>	15/08/48	Madrid	Crítica literaria
<b>181.</b>	“En tierras de Francia”	<i>Falange</i>	02/10/48	Las Palmas de Gran Canaria	Viajes
<b>182.</b>	“Una española en París”	<i>Falange</i>	27/10/48	Las Palmas de Gran Canaria	Viajes
<b>183.</b>	“Islas del Sena”	<i>Falange</i>	28/11/48	Las Palmas de Gran Canaria	Viajes
<b>184.</b>	“El Sena y su villa”	<i>Falange</i>	01/12/48	Las Palmas de Gran Canaria	Viajes
<b>185.</b>	“París y lo clásico”	<i>Falange</i>	05/12/48	Las Palmas de Gran Canaria	Viajes
<b>186.</b>	“Versalles, geometría”	<i>Falange</i>	10/12/48	Las Palmas de Gran Canaria	Viajes
<b>187.</b>	“Nuestra Señora de París”	<i>Falange</i>	18/12/48	Las Palmas de Gran Canaria	Viajes
<b>188.</b>	“Canarios en París”	<i>Falange</i>	23/12/48	Las Palmas de Gran Canaria	Viajes
<b>189.</b>	“En Enero, felicitaciones”	<i>Falange</i>	16/01/49	Las Palmas de Gran Canaria	Personal
<b>190.</b>	“Literatura de Año Nuevo”	<i>Falange</i>	29/01/49	Las Palmas de Gran Canaria	Personal
<b>191.</b>	“A D. Luis Doreste Silva, bajo el cielo”	<i>Falange</i>	09/02/49	Las Palmas de Gran Canaria	Personal

	de Las Palmas”				
<b>192.</b>	“Coletilla a una cola”	<i>Falange</i>	16/03/49	Las Palmas de Gran Canaria	Personal
<b>193.</b>	“Otra vez Bencomo”	<i>Falange</i>	02/04/49	Las Palmas de Gran Canaria	Crítica de arte
<b>194.</b>	“¿Pero es que no hay árboles?”	<i>Falange</i>	10/04/49	Las Palmas de Gran Canaria	Cultura
<b>195.</b>	“El tiempo y Don Francisco Bonnin”	<i>Falange</i>	19/04/49	Las Palmas de Gran Canaria	Crítica de arte
<b>196.</b>	“Elegía de un ave”	<i>Falange</i>	28/04/49	Las Palmas de Gran Canaria	Personal
<b>197.</b>	“Fábula del tuerto, el ciego y la mujer”	<i>Falange</i>	10/05/49	Las Palmas de Gran Canaria	Personal
<b>198.</b>	«Carta abierta». (A D. Víctor Zurita, director de <i>La Tarde</i> )	<i>Falange</i>	27/05/49	Las Palmas de Gran Canaria	Personal
<b>199.</b>	“Cortesía, cursilería”	<i>Falange</i>	28/05/49	Las Palmas de Gran Canaria	Personal
<b>200.</b>	“¿Sociedad, suciedad?”	<i>Falange</i>	08/06/49	Las Palmas de Gran Canaria	Personal
<b>201.</b>	“Nostalgia del usted”	<i>Falange</i>	18/06/49	Las Palmas de Gran Canaria	Personal
<b>202.</b>	“Josefina Maynadé y sus poemas”	<i>Falange</i>	23/06/49	Las Palmas de Gran Canaria	Crítica literaria
<b>203.</b>	“Lenguaje de moda”	<i>Falange</i>	02/07/49	Las Palmas de Gran Canaria	Personal
<b>204.</b>	“De una generación. I. En la etapa formativa”	<i>Falange</i>	13/07/49	Las Palmas de Gran Canaria	Personal
<b>205.</b>	“De una generación. II.”	<i>Falange</i>	14/07/49	Las Palmas de Gran Canaria	Personal

	Hacia la madurez”				
<b>206.</b>	“De una generación. III. Julián Marías”	<i>Falange</i>	15/07/49	Las Palmas de Gran Canaria	Personal
<b>207.</b>	“De una generación. IV. Ortega (a)”	<i>Falange</i>	17/07/49	Las Palmas de Gran Canaria	Personal
<b>208.</b>	“De una generación. IV. Ortega (b)”	<i>Falange</i>	19/07/49	Las Palmas de Gran Canaria	Personal
<b>209.</b>	“De una generación. IV. Ortega y la idea de la razón vital. (y c)”	<i>Falange</i>	20/07/49	Las Palmas de Gran Canaria	Personal
<b>210.</b>	“En el Puerto de la Cruz”	<i>Falange</i>	29/07/49	Las Palmas de Gran Canaria	Paisajes y pueblos
<b>211.</b>	“En La Orotava”	<i>Falange</i>	04/08/49	Las Palmas de Gran Canaria	Paisajes y pueblos
<b>212.</b>	“Llorad las damas. I. Los malogrados”	<i>Falange</i>	23/08/49	Las Palmas de Gran Canaria	Artículo de ensayo. Literatura
<b>213.</b>	“Llorad las damas. II. Imprecación a La Palma”	<i>Falange</i>	26/08/49	Las Palmas de Gran Canaria	Artículo de ensayo. Literatura
<b>214.</b>	“El valle de Ucanca”	<i>Falange</i>	30/08/49	Las Palmas de Gran Canaria	Paisajes y pueblos
<b>215.</b>	“El tríptico de la parroquia Taganana”	<i>Tenerife Gráfico</i>	julio-agosto 1949	S/C de Tenerife	Artículo de ensayo. Arte
<b>216.</b>	“Papeles son papeles, cartas son cartas”	<i>El Día</i>	04/09/49	S/C de Tenerife	Personal
<b>217.</b>	“Gracias, a Don José María Cossío”	<i>El Día</i>	15/09/49	S/C de Tenerife	Crítica literaria

<b>218.</b>	“Llorad las damas. Diálogo con don Simón Benítez. I”	<i>Falange</i>	23/09/49	Las Palmas de Gran Canaria	Artículo de ensayo. Literatura
<b>219.</b>	“Llorad las damas. Diálogo con don Simón Benítez. y II”	<i>Falange</i>	28/09/49	Las Palmas de Gran Canaria	Artículo de ensayo. Literatura
<b>220.</b>	“D. Ángel Guimerá y la investigación”	<i>Falange</i>	07/10/49	Las Palmas de Gran Canaria	Crítica literaria
<b>221.</b>	“Adiós a José Manuel Guimerá”	<i>El Día</i>	11/10/49	S/C de Tenerife	Personal
<b>222.</b>	“A propósito de la apertura del curso académico  ”	<i>El Día</i>	20/10/49	S/C de Tenerife	Educación
<b>223.</b>	“Respuesta a Luis Álvarez Cruz”	<i>Falange</i>	10/11/49	Las Palmas de Gran Canaria	Educación
<b>224.</b>	“José Manuel Guimerá, ensayista”	<i>Falange</i>	17/11/49	Las Palmas de Gran Canaria	Personal
<b>225.</b>	“Carmelo Cabral, guitarrista”	<i>El Día</i>	02/12/49	S/C de Tenerife	Cultura
<b>226.</b>	“Otra vez Viera”	<i>Falange</i>	21/12/49	Las Palmas de Gran Canaria	Artículo de ensayo. Literatura
<b>227.</b>	“Continentes en miniatura”	<i>Falange</i>	11/02/50	Las Palmas de Gran Canaria	Personal
<b>228.</b>	“Aleixandre en la Academia”	<i>Falange</i>	14/02/50	Las Palmas de Gran Canaria	Educación
<b>229.</b>	“Francisco Gutiérrez Cossío en el Museo de Arte Moderno”	<i>Falange</i>	28/02/50	Las Palmas de Gran Canaria	Crítica de arte

230.	“La niñez, todavía”	<i>Falange</i>	21/03/50	Las Palmas de Gran Canaria	Cultura
231.	“Otra vez los antiguos y los modernos. I.”	<i>Falange</i>	08/04/50	Las Palmas de Gran Canaria	Educación
232.	“Otra vez los antiguos y los modernos. II.”	<i>Falange</i>	11/04/50	Las Palmas de Gran Canaria	Educación
233.	“La dije, le vi y los canarios”	<i>Falange</i>	25/05/50	Las Palmas de Gran Canaria	Educación
234.	“Misión de la Gramática”	<i>Falange</i>	09/05/50	Las Palmas de Gran Canaria	Educación
235.	“Antonio Machado y su secreto amor”	<i>Falange</i>	10/09/50	Las Palmas de Gran Canaria	Artículo de ensayo. Literatura
236.	“Leonor”	<i>Falange</i>	12/09/50	Las Palmas de Gran Canaria	Artículo de ensayo. Literatura
237.	“Leonor, recuerdo y sueño”	<i>Falange</i>	13/09/50	Las Palmas de Gran Canaria	Artículo de ensayo. Literatura
238.	“Un corazón solitario”	<i>Falange</i>	15/09/50	Las Palmas de Gran Canaria	Artículo de ensayo. Literatura
239.	“Guiomar”	<i>Falange</i>	16/09/50	Las Palmas de Gran Canaria	Artículo de ensayo. Literatura
240.	“Se canta lo que se pierde”	<i>Falange</i>	19/09/50	Las Palmas de Gran Canaria	Artículo de ensayo. Literatura
241.	“El amor de Antonio Machado”	<i>Índice</i>	Octu 50	Madrid	Artículo de ensayo. Literatura
242.	“Errores sobre Tomás de Iriarte”	<i>Ínsula</i>	15/11/50	Madrid	Artículo de ensayo. Literatura
243.	“Acerca del lugar de nacimiento Iriarte”	<i>Falange</i>	17/11/50	Las Palmas de Gran Canaria	Artículo de ensayo. Literatura
244.	“Iriarte y sus	<i>Falange</i>	22/11/50	Las Palmas de	Artículo de ensayo.

	retratos”			Gran Canaria	Literatura
245.	“El carácter de Iriarte y el paisaje tinerfeño”	<i>Falange</i>	28/11/50	Las Palmas de Gran Canaria	Artículo de ensayo. Literatura
246.	“Iriarte, compositor”	<i>Falange</i>	06/12/50	Las Palmas de Gran Canaria	Artículo de ensayo. Literatura
247.	“JOSÉ SUBIRÁ: El compositor Iriarte”	<i>Ínsula</i>	15/01/51	Madrid	Artículo de ensayo. Literatura
248.	“Manuel Verdugo”	<i>Falange</i>	21/01/51	Las Palmas de Gran Canaria	Crítica literaria
249.	“Un canario que canta”	<i>Falange</i>	14/02/51	Las Palmas de Gran Canaria	Crítica literaria
250.	“El jardín canario”	<i>Falange</i>	20/02/51	Las Palmas de Gran Canaria	Cultura
251.	“Un curso extraordinario la Universidad”	<i>El Día</i>	26/02/51	S/C de Tenerife	Educación
252.	“Tres poetas brasileños: Bandeira, Drummond, Schmidt”	<i>Índice</i>	Febrero 1951	Madrid	Crítica literaria
253.	“Dácil y Castillo. La razón histórica. I.”	<i>Falange</i>	27/02/51	Las Palmas de Gran Canaria	Artículo de ensayo. Literatura
254.	“Dácil y Castillo. La razón poética. II.”	<i>Falange</i>	28/02/51	Las Palmas de Gran Canaria	Artículo de ensayo. Literatura
255.	“Dácil y Castillo. Mito, no. Símbolo III.”	<i>Falange</i>	01/03/51	Las Palmas de Gran Canaria	Artículo de ensayo. Literatura
256.	“Brindis y explicación al Dr. Rohlf’s”	<i>El Día</i>	02/03/51	S/C Tenerife	Crítica literaria
257.	“En torno a un	<i>El Día</i>	06/03/51	S/C Tenerife	Cultura

	homenaje”				
<b>258.</b>	“Glosas a la antología poética de Joaquín de Entrambasaguas. I”	<i>Falange</i>	08/04/51	Las Palmas de Gran Canaria	Artículo de ensayo. Literatura
<b>259.</b>	“Glosas a la antología poética de Joaquín de Entrambasaguas. II”	<i>Falange</i>	13/04/51	Las Palmas de Gran Canaria	Artículo de ensayo. Literatura
<b>260.</b>	“Glosas a la antología poética de Joaquín de Entrambasaguas. III”	<i>Falange</i>	24/04/51	Las Palmas de Gran Canaria	Artículo de ensayo. Literatura
<b>261.</b>	“Carmen Conde en El Escorial”	<i>Falange</i>	06/05/51	Las Palmas de Gran Canaria	Crítica literaria
<b>262.</b>	“José Tabares Bartlett (1850-1921). Las primeras composiciones”	<i>Falange</i>	29/05/51	Las Palmas de Gran Canaria	Artículo de ensayo. Literatura
<b>263.</b>	“La Orotava en fiestas”	<i>El Día</i>	07/06/51	S/C de Tenerife	Paisajes y pueblos
<b>264.</b>	“José Tabares Bartlett (1850-1921). El paisaje realista”	<i>Falange</i>	09/06/51	Las Palmas de Gran Canaria	Artículo de ensayo. Literatura
<b>265.</b>	“José Tabares Bartlett (1850-1921). Los últimos poemas”	<i>Falange</i>	14/06/51	Las Palmas de Gran Canaria	Artículo de ensayo. Literatura
<b>266.</b>	“La ñamera de la Plaza del Charco”	<i>Hoja Oficial del Lunes</i>	25/06/51	S/C de Tenerife	Paisajes y pueblos
<b>267.</b>	“José Tabares Bartlett (1850-1921). El sonetista”	<i>Falange</i>	28/06/51	Las Palmas de Gran Canaria	Artículo de ensayo. Literatura
<b>268.</b>	“En defensa de un árbol bonito”	<i>Falange</i>	14/07/51	Las Palmas de Gran Canaria	Educación.
<b>269.</b>	“El Padre Flores y la poesía lírica azteca”	<i>Falange</i>	09/08/51	Las Palmas de Gran Canaria	Artículo de ensayo. Literatura
<b>270.</b>	“Conversación en dos tiempos con Dulce María	<i>El Día</i>	02/09/51	S/C de Tenerife	Crítica literaria



	Loynaz”				
271.	“Homenaje a dos poetas”	<i>El Día</i>	16/09/51	S/C de Tenerife	Cultura
272.	“La isla través poeta Antonio de Viana. I”	<i>El Día</i>	18/09/51	S/C de Tenerife	Artículo de ensayo. Literatura
273.	“La isla través poeta Antonio de Viana. II”	<i>El Día</i>	19/09/51	S/C de Tenerife	Artículo de ensayo. Literatura
274.	“La isla a través de Antonio de Viana. III y último”	<i>El Día</i>	20/09/51	S/C de Tenerife	Artículo de ensayo. Literatura
275.	“Planas de poesía y Alonso Quesada”	<i>Falange</i>	25/09/51	Las Palmas de Gran Canaria	Crítica literaria
276.	“Poesía. E. GUTIÉRREZ ALBELO: <i>Los blancos pies en tierra</i> ”	<i>Ínsula</i>	15/10/51	Madrid	Crítica literaria
277.	“Gutiérrez Albelo y su libro de sonetos”	<i>Falange</i>	31/10/51	Las Palmas de Gran Canaria	Crítica literaria
278.	“García Cabrera, cazador de alondras”	<i>Falange</i>	09/11/51	Las Palmas de Gran Canaria	Crítica literaria
279.	“Vilaflor”	<i>Falange</i>	27/11/51	Las Palmas de Gran Canaria	Paisajes y pueblos
280.	“Otra vez el mito de Orfeo”	<i>Falange</i>	15/12/51	Las Palmas de Gran Canaria	Crítica literaria
281.	“De La Habana, poesía”	<i>Falange</i>	20/12/51	Las Palmas de Gran Canaria	Crítica literaria
282.	“Críticas de <i>Revista de Historia</i> ”	<i>Falange</i>	06/01/52	Las Palmas de Gran Canaria	Crítica literaria
283.	“La cultura regional	<i>El Día</i>	23/01/52	S/C de Tenerife	Cultura

	y el turismo”				
<b>284.</b>	“Breve itinerario de un Santa Cruz con estilo”	<i>El Día</i>	03/02/52	S/C de Tenerife	Cultura
<b>285.</b>	“Un museo arqueológico en Santa Cruz de Tenerife”	<i>El Día</i>	09/02/52	S/C de Tenerife	Cultura
<b>286.</b>	“Cartas de amor”	<i>Falange</i>	09/02/52	Las Palmas de Gran Canaria	Personal
<b>287.</b>	“Peluquería de señoras”	<i>Falange</i>	13/02/52	Las Palmas de Gran Canaria	Personal
<b>288.</b>	“Los estudios canarios en nuestra Universidad”	<i>Falange</i>	16/02/52	Las Palmas de Gran Canaria	Educación
<b>289.</b>	“Una residencia canaria en Madrid”	<i>Falange</i>	23/02/52	Las Palmas de Gran Canaria	Educación
<b>290.</b>	“Artistas canarios para el museo municipal”	<i>El Día</i>	24/02/52	S/C de Tenerife	Crítica de arte
<b>291.</b>	“Don Luis de la Cruz detrás de un piano de cola”	<i>El Día</i>	26/02/52	S/C de Tenerife	Crítica de arte
<b>292.</b>	“Bibliotecas insulares”	<i>El Día</i>	29/02/52	S/C de Tenerife	Cultura
<b>293.</b>	“Artistas canarios en la Bienal”	<i>Falange</i>	11/03/52	Las Palmas de Gran Canaria	Crítica de arte
<b>294.</b>	“Un poeta para la Plaza de la Antigua”	<i>El Día</i>	16/03/52	S/C de Tenerife	Cultura
<b>295.</b>	“Dalí en España”	<i>Falange</i>	18/03/52	Las Palmas de Gran Canaria	Crítica de arte
<b>296.</b>	“Ernesto Castro	<i>El Día</i>	19/03/52	S/C de Tenerife	Cultura

	Fariñas, de Tacoronte”				
<b>297.</b>	“ <i>La muerte de un viajante</i> en la Comedia”	<i>Falange</i>	25/03/52	Las Palmas de Gran Canaria	Crítica literaria
<b>298.</b>	“Coloquio sobre <i>La muerte de un viajante</i> ”	<i>Falange</i>	03/04/52	Las Palmas de Gran Canaria	Crítica literaria
<b>299.</b>	“El Instituto de Estudios Canarios. Canarios. La plaza del Dr. Olivera”	<i>El Día</i>	05/06/52	S/C de Tenerife	El Instituto de Estudios Canarios
<b>300.</b>	“Camilo José Cela y <i>La colmena</i> ”	<i>Falange</i>	07/06/52	Las Palmas de Gran Canaria	Crítica literaria
<b>301.</b>	“Carmen Laforet, novelista”	<i>Falange</i>	15/06/52	Las Palmas de Gran Canaria	Crítica literaria
<b>302.</b>	“A la búsqueda del robledal de Corpes”	<i>Falange</i>	25/06/52	Las Palmas de Gran Canaria	Cultura
<b>303.</b>	“Cartas de las regiones. Canaria”	<i>La Tarde</i>	27/06/52	S/C de Tenerife	Cultura
<b>304.</b>	“Cartas de las regiones. Canarias. (Conclusión)”	<i>La Tarde</i>	28/06/52	S/C de Tenerife	Cultura
<b>305.</b>	“Un ensayista canario”	<i>Falange</i>	05/07/52	Las Palmas de Gran Canaria	Crítica literaria
<b>306.</b>	“Barcelona: Edad Media”	<i>Falange</i>	10/07/52	Las Palmas de Gran Canaria	Viajes
<b>307.</b>	“Barcelona: un genio de alma gótica”	<i>Falange</i>	15/07/52	Las Palmas de Gran Canaria	Viajes
<b>308.</b>	“Niza. La sombra de Cairasco”	<i>Falange</i>	22/07/52	S/C de Tenerife	Viajes
<b>309.</b>	“Cannes, Cañas”	<i>Falange</i>	31/07/52	Las Palmas de	Viajes

				Gran Canaria	
<b>310.</b>	“El canario y su simpatía I.”	<i>El Día</i>	15/08/52	S/C de Tenerife	Cultura
<b>311.</b>	“El canario y su simpatía II.”	<i>El Día</i>	16/08/52	S/C de Tenerife	Cultura
<b>312.</b>	“Puertos y Fortuna. Montecarlo”	<i>Falange</i>	23/08/52	Las Palmas de Gran Canaria	Viajes
<b>313.</b>	“Florenxia, despertar”	<i>Falange</i>	26/08/52	Las Palmas de Gran Canaria	Viajes
<b>314.</b>	“Los Médicis, Florenxia”	<i>Falange</i>	27/08/52	Las Palmas de Gran Canaria	Viajes
<b>315.</b>	“Blancura y luz florentinas”	<i>Falange</i>	27/08/52	Las Palmas de Gran Canaria	Viajes
<b>316.</b>	“La Laguna, armonías”	<i>El Día</i>	14/09/52	S/C de Tenerife	Cultura
<b>317.</b>	“Adeje bajo la luna”	<i>El Día</i>	18/09/52	S/C de Tenerife	Paisajes y pueblos
<b>318.</b>	“Florenxia desde las alturas. San Miniato y Fiesole”	<i>Falange</i>	25/09/52	Las Palmas de Gran Canaria	Viajes
<b>319.</b>	“Condes y marqueses en el señorío de Adeje”	<i>El Día</i>	27/09/52	S/C de Tenerife	Paisajes y pueblos
<b>320.</b>	“Icod, santuario geográfico”	<i>El Día</i>	05/10/52	S/C de Tenerife	Paisajes y pueblos
<b>321.</b>	“San Marcos de Florenxia. Variaciones sobre la Anunciación”	<i>Falange</i>	09/10/52	Las Palmas de Gran Canaria	Viajes
<b>322.</b>	“Cuando los niños sufren...”	<i>La Tarde</i>	14/10/52	S/C de Tenerife	Personal
<b>323.</b>	“De Florenxia a Roma”	<i>Falange</i>	21/10/52	Las Palmas de Gran Canaria	Viajes

<b>324.</b>	“Pueblos tinerfeños. Los Realejos”	<i>El Día</i>	09/11/52	S/C de Tenerife	Paisajes y pueblos
<b>325.</b>	“Roma, Historia”	<i>Falange</i>	12/11/52	Las Palmas de Gran Canaria	Viajes
<b>326.</b>	“Pueblos tinerfeños. Taganana”	<i>El Día</i>	15/11/52	S/C de Tenerife	Cultura
<b>327.</b>	“En Roma, las ruinas”	<i>Falange</i>	23/11/52	Las Palmas de Gran Canaria	Viajes
<b>328.</b>	“Pueblos tinerfeños. Aún Taganana”	<i>El Día</i>	27/11/52	S/C de Tenerife	Cultura
<b>329.</b>	“En el Palatino”	<i>Falange</i>	06/12/52	Las Palmas de Gran Canaria	Viajes
<b>330.</b>	“Foros y grandeza”	<i>Falange</i>	20/12/52	Las Palmas de Gran Canaria	Viajes
<b>331.</b>	“Panorama de la producción literaria 1952”	<i>Drago</i>	01/01/53	La Laguna	Crítica literaria
<b>332.</b>	“Cuatro son las basílicas”	<i>Falange</i>	03/01/53	Las Palmas de Gran Canaria	Viajes
<b>333.</b>	“El Instituto de Estudios Canarios, vivo”	<i>El Día</i>	14/01/53	S/C de Tenerife	El Instituto de Estudios Canarios
<b>334.</b>	“El Instituto de Estudios Canarios misión”	<i>El Día</i>	15/01/53	S/C de Tenerife	El Instituto de Estudios Canarios
<b>335.</b>	“Galdós y Guimerá. Dos valores literarios”	<i>Drago</i>	01/02/53	La Laguna	Artículo de ensayo. Literatura
<b>336.</b>	“Vida literaria tinerfeña. La	<i>El Día</i>	01/03/53	S/C de Tenerife	Crítica literaria

	producción en 1952. Poesía, novela, ensayo”				
<b>337.</b>	“Vida literaria tinerfeña. La producción en 1952. Historia”	<i>El Día</i>	03/03/53	S/C de Tenerife	Crítica literaria
<b>338.</b>	“Vida literaria tinerfeña. La producción en 1952. Documentos, biografías, genealogía, investigación literaria”	<i>El Día</i>	04/03/53	S/C de Tenerife	Crítica literaria
<b>339.</b>	“Vida literaria tinerfeña. La producción en 1952. Antologías”	<i>El Día</i>	05/03/53	S/C de Tenerife	Crítica literaria
<b>340.</b>	“Vida literaria tinerfeña. La producción en 952. Crónicas, Todavía Iriarte, Las revistas”	<i>El Día</i>	06/03/53	S/C de Tenerife	Crítica literaria
<b>341.</b>	“Gánigo”	<i>El Día</i>	21/03/53	S/C de Tenerife	Cultura
<b>342.</b>	“Un poema de Luis Diego Cuscoy”	<i>El Día</i>	08/04/53	S/C de Tenerife	Crítica literaria
<b>343.</b>	“Huellas matriarcales en la cultura aborigen”	<i>El Día</i>	12/04/53	S/C de Tenerife	Artículo de ensayo. Cultura
<b>344.</b>	“ <i>Nosotros</i> , periódico universitario”	<i>El Día</i>	22/04/53	S/C de Tenerife	Educación
<b>345.</b>	“Roma y la muerte”	<i>Falange</i>	25/04/53	Las Palmas de Gran Canaria	Viajes
<b>346.</b>	“Excelencias en la selva Doramas”	<i>Diario Palmas</i>	09/05/53	Las Palmas de Gran Canaria	Artículo de ensayo. Literatura

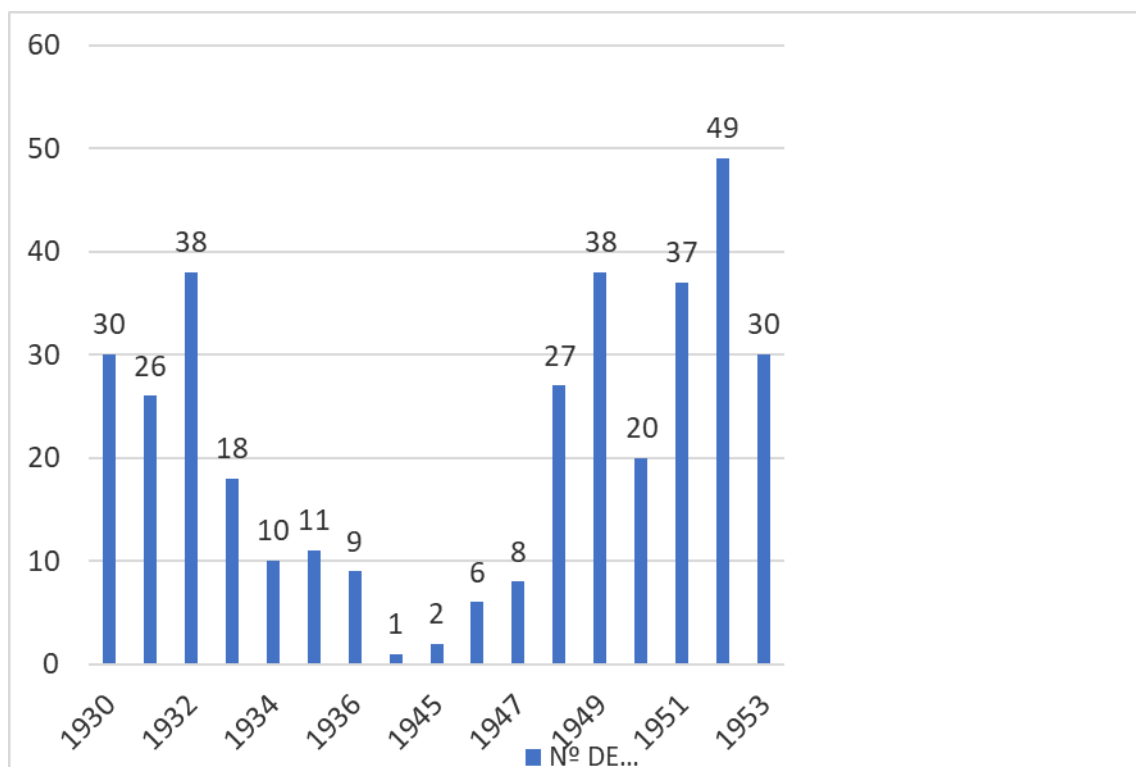
347.	“La lección de Santiago Sabina”	<i>El Día</i>	16/05/53	S/C de Tenerife	Cultura
348.	“Muchas, las fuentes”	<i>Falange</i>	22/05/53	Las Palmas de Gran Canaria	Viajes
349.	“Ruina y destrucción Doramas”	<i>Diario Palmas</i>	29/05/53	Las Palmas de Gran Canaria	Artículo de ensayo. Literatura
350.	“La Romería y el pueblo”	<i>El Día</i>	25/06/53	S/C de Tenerife	Cultura
351.	“Isla, novia”	<i>El Día</i>	27/06/53	S/C de Tenerife	Crítica literaria
352.	“Contestación Alonso don Esteban Coello”	<i>El Día</i>	02/07/53	S/C de Tenerife	Cultura
353.	“Carlos Rizo”	<i>El Día</i>	03/07/53	S/C de Tenerife	Personal
354.	“Sebastián Padrón Acosta”	<i>La Tarde</i>	08/07/53	S/C de Tenerife	Crítica literaria
355.	“La poesía de Julián Herráis”	<i>La Tarde</i>	17/07/53	S/C de Tenerife	Crítica literaria
356.	“Escritores y críticos”	<i>La Tarde</i>	14/08/53	S/C de Tenerife	Artículo de ensayo. Literatura
357.	“Tradiciones canarias”	<i>La Tarde</i>	22/08/53	S/C de Tenerife	Artículo de ensayo. Literatura
358.	“San Borondón a la vista”	<i>Gánigo</i>	Julio-ago.53	S/C de Tenerife	Artículo de ensayo. Cultura
359.	“Libros nuevos. <i>La oscura fuerza entrañada</i> ”	<i>El Día</i>	23/08/53	S/C de Tenerife	Crítica literaria
360.	“Pregón de las fiestas”	<i>El Día</i>	06/09/53	S/C de Tenerife	Artículo circunstancial

#### 4.2 Anexo 2. Clasificación de las publicaciones periódicas.

PUBLICACIÓN	LUGAR	FECHAS	CANTIDAD
<i>La Tarde</i>	S/C de Tenerife	29/01/30 - 22/08/53	42
<i>La Prensa</i>	S/C de Tenerife	05/04/30 - 28/06/36	20
<i>Decimos...</i>	Puerto de Cruz	14/09/30 - 01/04/31	3

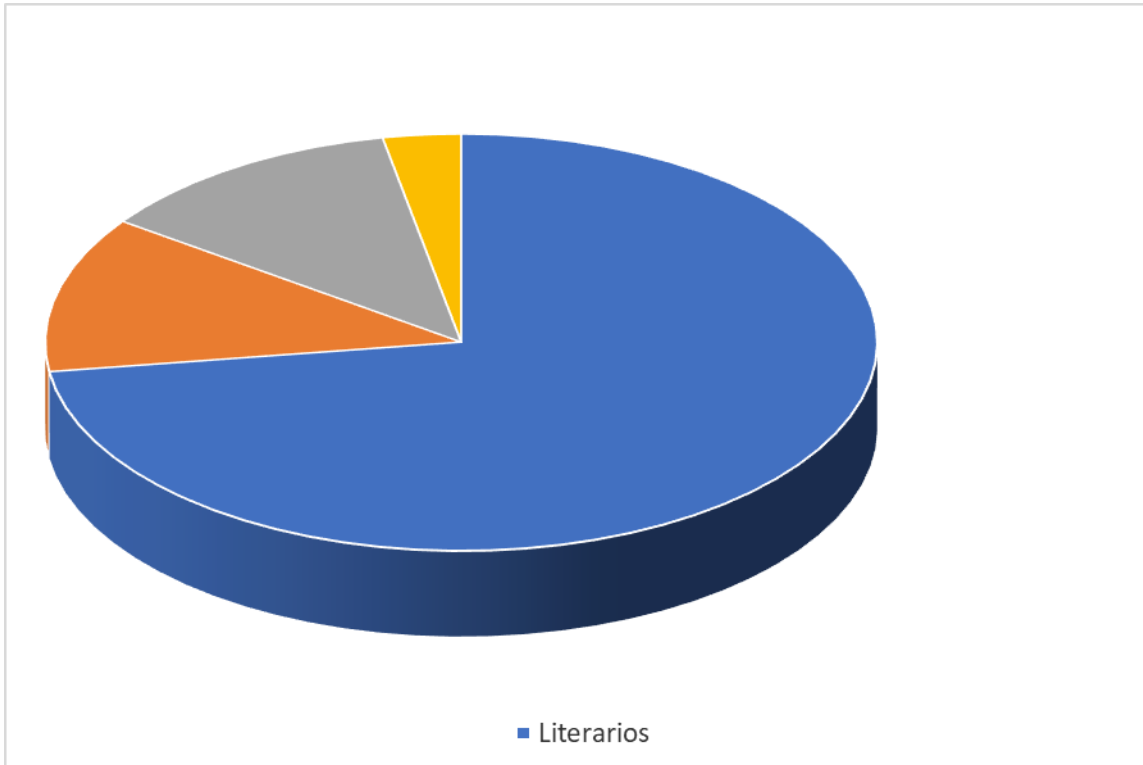
<i>Altavoz</i>	La Gomera	20/09/30 - 30/10/30	2
<i>¡Adelante!</i>	Teruel	27/09/30 - 30/04/31	3
<i>Rebeldías</i>	Utiel - Valencia	16/11/30	1
<i>Libertad</i>	Castellón	17/03/31 - 16/06/31	8
<i>En Marcha</i>	S/C Tenerife	01/05/31	1
<i>Proa</i>	S/C Tenerife	23/05/31 - 02/04/32	9
<i>Crisol</i>	Madrid	28/05/31	1
<i>El Socialista</i>	S/C Tenerife	12/10/31 - 19/10/31	2
<i>Revista Historia</i>	La Laguna	Octub.-Dicie. 1931	1
<i>Brújula</i>	La Laguna	19/03/32	1
<i>La Gaceta Literaria</i>	Madrid	01/05/32	1
<i>Hoy</i>	S/C Tenerife	24/07/32 - 19/04/34	57
<i>El Sol</i>	Madrid	13/12/35 - 17/06/36	2
<i>Falange</i>	Las Palmas G. Canaria	10/05/43 - 22/05/53	128
<i>Isla</i>	Las Palmas G. Canaria	01/01/45	1
<i>El Español</i>	Madrid	29/09/45-19/10/46	4
<i>El Día</i>	S/C Tenerife	06/08/47 - 06/09/53	60
<i>Ínsula</i>	Madrid	15/08/48 - 15/10/ 51	4
<i>Tenerife Gráfico</i>	S/C Tenerife	julio-agosto 49	1
<i>Índice</i>	Madrid	Octubr. 50 – Febr. 51	2
<i>Hoja Oficial del Lunes</i>	S/C Tenerife	25/06/51	1
<i>Drago</i>	La Laguna	01/01/53 - 01/02/53	2
<i>Diario de Las Palmas</i>	Las Palmas G. Canaria	09/05/53 - 29/05/53	2
<i>Gánigo</i>	S/C Tenerife	Julio-Agosto53	1

#### 4.3 Anexo 3. Publicaciones por año.

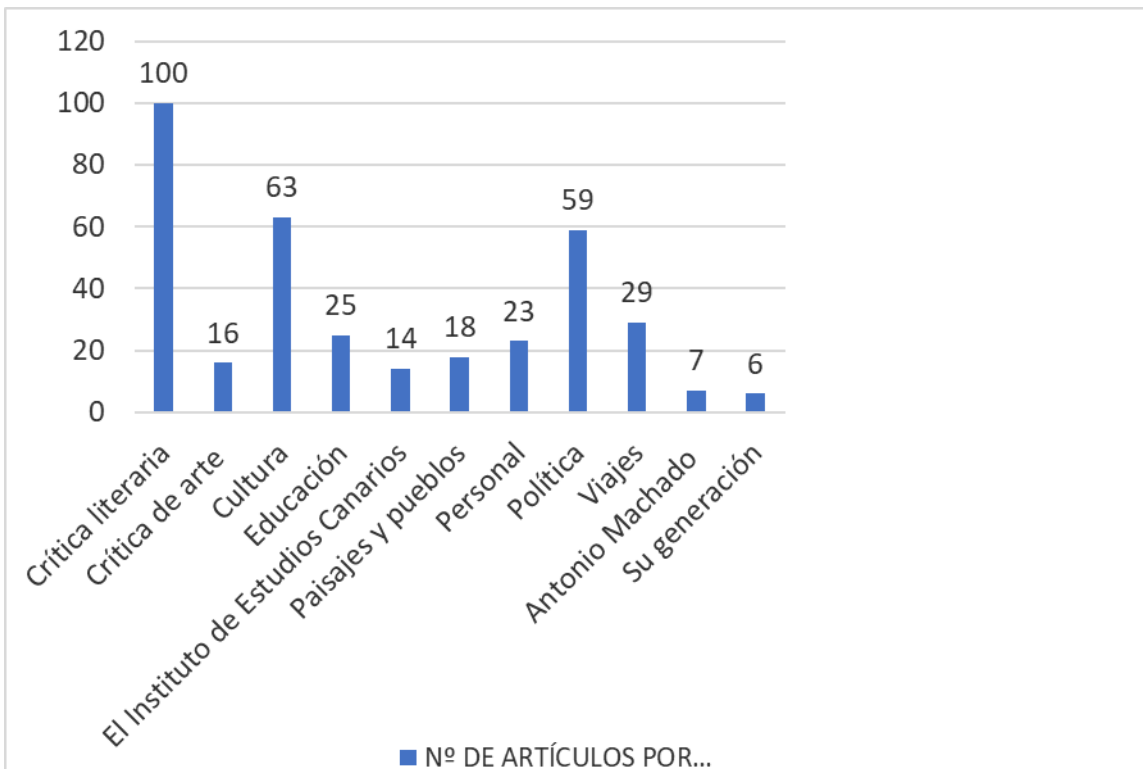


#### 4.4 Anexo 4. Subclasificación de los ensayos por temas.

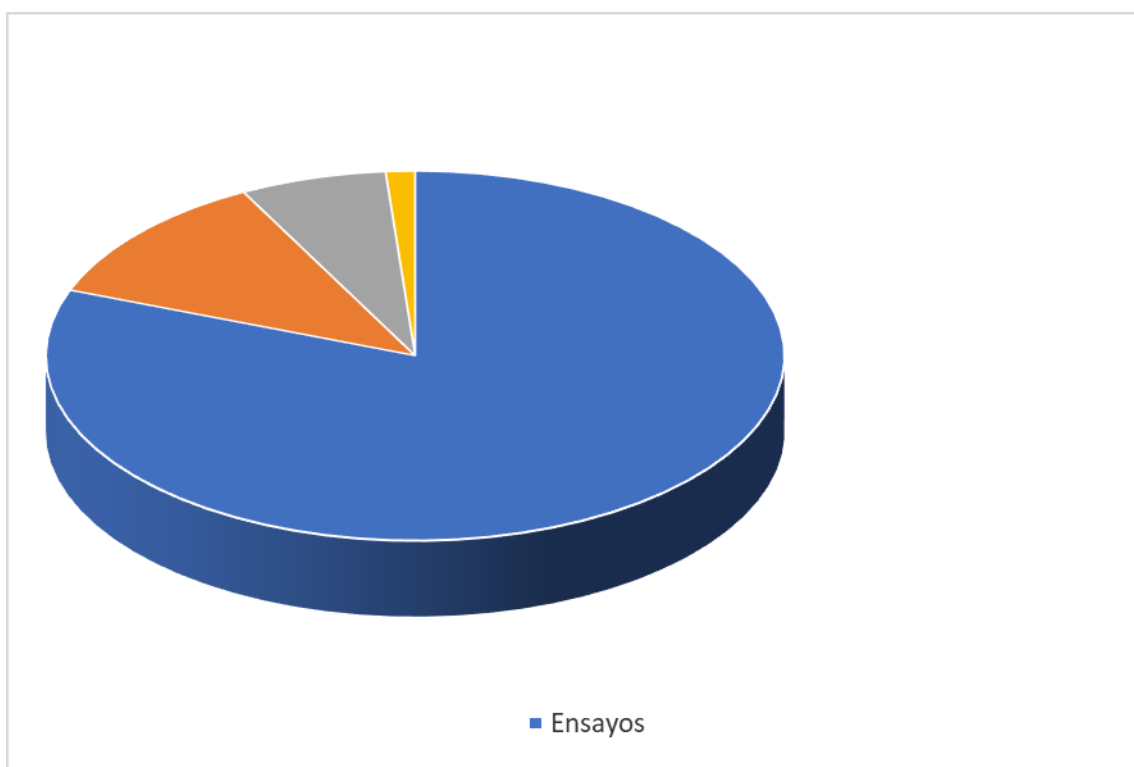




**4.5 Anexo 5. Clasificación por temas.**



#### 4.6 Anexo 6. Subclasificación de los artículos por géneros.



## 5. Conclusiones

Teniendo en cuenta los objetivos que nos propusimos al comienzo de esta tesis, podemos afirmar que María Rosa Alonso fue una mujer única, cuya valía intelectual y firmeza de carácter la llevó a ocupar un lugar muy importante dentro de las letras canarias, en particular, y de la sociedad, en general. Cuando se proponía algo luchaba denodadamente para conseguirlo; prueba de ello es la creación del Instituto de Estudios Canarios, que tuvo como base sus artículos periodísticos, pues fue el medio por el que llegó a la sociedad de su época. Su «periodismo cultural» no sólo lo empleaba para informar sino también para formar a sus lectores, sobre todo a la juventud, pues ella estaba incluida en este grupo de personas que se formaban para la vida adulta. Creemos que hemos hecho un trabajo de investigación que puede contribuir a dar a conocer su gran labor desde un punto de vista interdisciplinar, pues, por ejemplo, el campo de la historia es fundamental en su producción periodística. Finalmente, a través de sus artículos podemos vislumbrar su posición como mujer pionera, por ejemplo, en el periodismo; vivió una época en que la sociedad no estaba habituada a encontrarse con

personas como ella que, cuando luchaba desde cualquier faceta humana, no se dejaba acomplejar por el hecho de ser mujer.

Para ilustrar lo anterior era necesario abordarlo en su propio contexto, y para ello haremos una subdivisión del período temporal que abarca nuestro trabajo. El devenir histórico y las circunstancias personales del momento en el que escribe María Rosa Alonso van a determinar el tipo de artículo y la temática que abordará. A lo largo de los veintitrés años que describimos de su actividad como escritora, nos podemos encontrar con etapas muy bien definidas: la primera abarcaría desde su primer artículo hasta la creación del Instituto de Estudios Canarios, la segunda o etapa de transición desde el primer artículo con su verdadero nombre hasta la Guerra Civil y la tercera desde 1943 hasta su partida a Venezuela. Las conclusiones tendrán en cuenta la clasificación temática, aunque combinándola también con el factor temporal.

La primera etapa, en la que empleó el seudónimo de *María Luisa Villalba*, abarca desde la publicación de su primer artículo hasta la creación del Instituto de Estudios Canarios, ya que hay un antes y un después en su producción periodística, pues el hecho de que se diera a conocer su verdadera identidad la lleva a adoptar una actitud que, desde nuestro punto de vista, le restó libertad de expresión sobre todo a sus escritos políticos. Por lo tanto, analizando este espacio temporal que comprende desde el 29 de enero de 1930 hasta el 5 de febrero de 1933 fecha en la que por última vez firma con el seudónimo de *María Luisa Villalba*, tenemos 100 los artículos publicados en estos tres años: a razón de unos 33 artículos anuales, que atendiendo a la clasificación temática son: Política 52, Crítica literaria 19, Crítica de arte 1, Cultura 12, Instituto de Estudios Canarios 10, Educación 6.

Desde que empezó a publicar sus artículos hasta la guerra civil, la política fue una constante en su labor periodística, apoyada por la historia tan necesaria para sustentar el devenir político. El título de su primer artículo dedicado a la política es muy elocuente: «Interrogantes acerca de la política»; ya en sus anteriores artículos de crítica literaria no ha parado de interrogarse acerca de muchos aspectos, por ejemplo, en su primer artículo el tercer párrafo está compuesto de una sola pregunta: «¿Vamos a estar incluidos eternamente a partir de la Revolución francesa, en la famosa edad Contemporánea?». Nos centraremos en estos artículos políticos en los que vamos observando una clara evolución, sobre todo en la forma, aunque en el contenido también

hay una línea ascendente en cuanto a aligerar un poco los datos sobre personas y acontecimientos, que ella creía muy importante para explicar e ilustrar las ideas que quería hacer llegar, sobre todo, a la juventud. Pero haremos una subdivisión en estos artículos políticos, pues en su primera etapa, la más revolucionaria, está muy marcada por la lucha de clases, por lo tanto, contemplaremos como un bloque los ocho artículos «sindicalistas»; por otro lado, al final de esta etapa nos encontramos con un bloque de seis artículos cortos con un seudónimo diferente y que aparecen en una sección fija, bien diferenciada de su colaboración habitual con el periódico en el que los publica.

Pero primero vamos a contextualizar la época de sus primeros artículos: el año 1930 comienza con la dimisión de Primo de Rivera el 28 de enero y María Rosa Alonso publica su primer artículo al día siguiente; da la impresión de que estaba esperando de que el dictador cayera. Sus primeros veinte artículos fueron publicados en el vespertino tinerfeño *La Tarde*, de los que 11 son de política, 7 de crítica literaria, 1 de crítica de arte y 1 sobre educación. Esto nos puede dar una idea de las preferencias de la joven veinteañera a la hora de escoger el tema para adentrarse en un mundo de hombres, ya que ella es la primera mujer periodista que tenemos en Canarias.

Sus primeros escritos tienen características comunes: están dirigidos, especialmente, a la juventud, a la que exhorta a luchar por la paz, a la vez que pretende aumentar el nivel cultural de los jóvenes y de los que no lo son tanto; para conseguir lo anterior elabora unos densos artículos plagados de nombres propios encuadrados en acontecimientos históricos; por ejemplo, en su primer artículo de política hay una nómina de 21 nombres propios. Pese a su juventud, es enorme la cantidad de datos que aporta para apoyar las ideas que defiende, lo que demuestra su amplia experiencia lectora, no sólo de libros sino también de su periódico de cabecera *El Sol*, por lo que no es de extrañar que nombres como los de Ortega y Gasset o Unamuno estén muy presente en sus artículos periodísticos. Hay momentos en que percibimos esa vocación de filóloga, que está en un compás de espera para poder realizar sus estudios en Madrid; en un artículo titulado «Reaccionarios», nos explica el significado del término reaccionario como alguien viejo, pero un joven también puede ser reaccionario. Una constante a lo largo de su trayectoria es relacionar con Canarias o con los canarios cualquier aspecto que le evoque a su tierra, por ejemplo, al hablar de la historia de

España cuando trata el siglo XIX sale a relucir el nombre del paisano, Nicolás Estévanez, que en 1873 fue ministro de la I República.

En cuanto a la forma es muy elaborada destacando el estilo directo en forma de diálogo, el párrafo corto, la oración simple y la compuesta coordinada, el empleo de muchas interrogaciones, unas retóricas y otras que buscan dejar preguntas en el aire para que el lector reflexione e investigue, e incitarlo a participar de sus inquietudes culturales o políticas, no en vano su primer artículo sobre política lleva por título «Interrogantes acerca de la política». Un rasgo de estilo muy utilizado por María Rosa Alonso es la ironía, de la que hace uso frecuente de una forma magistral. En algunas ocasiones hace uso del lenguaje poético como un recurso para atraer al lector a su mundo y a través de las emociones hacerlo solidarizarse con sus ideas políticas.

Hay ocasiones en que un solo artículo no le basta para desarrollar las ideas que se ha propuesto, por lo que nos encontramos con 23 bloques de contenido, que van desde dos artículos, por ejemplo, los dos de crítica literaria: «Mirando al siglo XIX», hasta bloques de siete como el dedicado a la política, «Del problema español: gobernantes y gobernados». Hay veces que dichos bloques de contenido forman verdaderos ensayos. Como ya apuntamos, los artículos políticos son los que más cultiva nuestra periodista en esta primera época; en ellos los temas que más atraen su atención son la relación entre los gobernantes y los gobernados, la escasa preparación política que existe en Canarias debido a un índice muy alto de analfabetismo lo que lleva aparejada un fuerte caciquismo, la relación entre el Estado central y el archipiélago canario, la autonomía, el pleito insular, la Constitución como base del gobierno republicano frente a las dictaduras, el sufragio universal, la lucha de clases —burguesía y el concepto orteguiano de masa frente a pueblo—, la defensa de la enseñanza pública, la relación entre religión y estado, la agricultura en las islas, etc.

Hay que hacer notar cómo en septiembre de este año de 1930 empieza a colaborar con otras publicaciones tanto canarias, el periódico gomero, *Altavoz*, dirigido por Pedro García Cabrera, *Decimos...* del Puerto de la Cruz y *En Marcha* de Santa Cruz de Tenerife, como otros peninsulares: *¡Adelante!* de Teruel, *Rebeldías* de Utiel-Valencia y *Libertad* de Castellón. Todas estas publicaciones están relacionadas con la izquierda: republicanos, socialistas y de la lucha obrera. Esto nos da pie a especificar que entre los artículos que hemos clasificados como políticos hay algunos que podemos denominar

político-sindicalistas ya que están dirigidos a los trabajadores: se habla de la lucha de clases, de las huelgas, etc., con un lenguaje muy específico, nada rebuscado, para que sea más comprensible por los receptores, por eso hay un fuerte uso de la función apelativa, pues se incita a la lucha, a sindicarse para todos unidos defender sus derechos, con muchas frases hechas y también otras con sentido metafórico y un vocabulario propio de las zonas rurales, pues ahí está concentrada la mayor parte de la mano de obra: los tomates, los plátanos, las grandes fincas en las que nos encontramos con el léxico que define en aquella época la relación laboral entre explotador y explotado, o lo que es lo mismo, entre el amo y el medianero.

Y llegamos al gran día para nuestra joven republicana, el 14 de abril de 1931, que ella celebra con el artículo publicado en *La Tarde*, su periódico habitual, «Ha terminado el siglo XIX»; para ella el siglo XX comienza en 1931, que es cuando verdaderamente España ha empezado a estar a la altura de las naciones europeas. Pero muy pronto va a decepcionarse de la República y lo manifiesta en algunos de sus artículos: el 25 de mayo en *La Tarde* opina que el gobierno no está cumpliendo las expectativas y quiere volver a la revolución con otros obreros que fabriquen nuevos cimientos. La segunda queja periodística que realiza nuestra joven revolucionaria es a los tres días en el diario madrileño *Crisol* —el único que publicó en este periódico— con un título muy acorde con sus ideas en aquel momento: «La cruzada contra el caciquismo».

Uno de los artículos más «incendiarios» de los escritos por María Rosa Alonso en su época de periodismo político fue «La constitución de un nuevo partido político», por eso no es de extrañar que ni siquiera lo firmara con su seudónimo habitual; en este caso utiliza uno nuevo porque sabía que el artículo la iba a poner en «el ojo del huracán». No olvidemos que está hablando de su pueblo, porque aunque se fue a vivir a La Laguna con once años, seguía relacionándose con la gente de su terruño. María Rosa Alonso se hace varias preguntas retóricas: si son republicanos por qué no se han afiliado al partido ya existente en Tacoronte y si son socialistas por qué no se han integrado al partido con esa ideología de izquierdas de dicho pueblo; cómo pueden ser republicanos los que votaron en contra de la República el día 14 de abril de ese mismo año y cómo pueden ser socialistas los que han explotado siempre a los obreros y ni siquiera han implantado la jornada de ocho horas.

Al día siguiente y en el mismo periódico, nos encontramos con lo que Demetrio Estévez Calderón denomina «artículo de ensayo», estamos ante el primero de los cuatro artículos sobre política que responden a tal denominación: «El ideal comunista», «De nuestro presente y porvenir», «El problema canario» y «Caudillaje y democracia». En la etapa que estamos exponiendo, nuestra autora escribirá 11 artículos más sobre política, entre los que destacaremos seis de ellos, publicados en *Hoy* con el seudónimo de «Sagitario», entre septiembre y noviembre de 1932. Aparecen en la sección «La flecha en el blanco»: se trata de artículos muy cortos, situados de forma estratégica en la primera página en la parte superior derecha, y así desde esta ventajosa posición *Sagitario* lanza sus flechas de una forma muy certera para dar en la diana.

Los artículos de crítica literaria de esta primera etapa de *María Luisa Villalba* fueron 18: de todos estos hay 7 que tienen las mismas características formales que los de política, es decir, aunque prevalezca el tema literario, está envuelto en una serie de datos históricos y culturales. Los que realmente tienen algún interés específico desde el punto de vista literario son «Un libro de Gutiérrez Albelo» y «En torno a la revista *Cartones*». También destacamos los centenarios, pues son efemérides muy propicias para que los periódicos publiquen trabajos literarios; en esta época nos encontramos con los dedicados a «Mariana Pineda» en el primer centenario de su asesinato, a José de Viera y Clavijo por el segundo centenario de su nacimiento y a Juan Wolfgang Goethe por el primer centenario de su fallecimiento. También son de destacar los artículos dedicados a la publicación de libros de Valbuena Prat, Luis Álvarez Cruz, del profesor Millares» y «Hombres y libros» que ocupa una página completa del diario *Hoy* del último mes del año y habla de escritores como José Clavijo Torres, Andrés de Lorenzo Cáceres y de Gerardo Diego. En esta época sólo escribió un artículo de crítica de arte: «Una exposición en el círculo de Bellas Artes: Juanita Dorta», en el que subyace un compromiso con la amiga que acaba de hacer su primera exposición pictórica.

A pesar de que la cultura esté presente en prácticamente todos sus artículos, debido a lo que ella llamaba «periodismo cultural», hay algunos de ellos en la que destaca sobremanera; en esta primera etapa destacamos «Las bibliotecas populares» por la defensa comprometida que hace de los lugares donde se concentra la cultura, y «Juliano y el presente» en el que nos encontramos una evolución en la forma de su estilo: hay párrafos más largos, que implican una variación en la estructura oracional pues necesita echar mano de la oración compuesta, ya sea subordinada o coordinada. Hay también un cambio de registro en cuanto a la función del lenguaje, pues va dejando

un tanto difuminada la función apelativa, con la que tanto se prodigaba en los artículos políticos y aparece más la función representativa, es decir, la que informa, la que nos lleva a la reflexión y nos da cuenta de acontecimientos históricos y de personajes que en ese momento ella rescata de la memoria ya que vivieron momentos con mucha incertidumbre, similares a los que se dan en España en el momento en el que ella escribe.

Hay otros artículos sobre cultura destacables como «La lucha de la Media Montaña», que es una especie de homenaje al deporte vernáculo; tenemos un solo artículo de ensayo cultural de esta época, «San Borondón, signo de Tenerife». En «La lección de Cataluña» no sólo nos cuenta la historia de esta región, sino que emplea un estilo didáctico: hay muchos párrafos y los signos de puntuación a modo de pausa que en el lenguaje hablado son constantes. Un artículo en el que queda patente que María Rosa Alonso no sólo es una gran periodista, sino una excelente filóloga puesto que analiza e interpreta los textos de una forma muy rigurosa, para informar a sus lectores de todo lo relacionado con la historia como elemento importantísimo de la cultura de sus Islas, es «El Doctor Wölfel la historia y la prehistoria de Canarias».

En esta primera etapa de su labor de su labor periodística, nos encontramos con seis artículos en los que destaca el tema de la educación. Recordemos que ya había realizado el bachillerato y tres asignaturas de Derecho, que eran comunes con Filosofía y Letras; además había asistido como oyente, en la Facultad de Derecho, a las clases de Literatura Española del catedrático Ángel Valbuena Prat; también su madre y su hermana Nieves eran maestras por lo que en su casa se respiraba docencia. Nos habla «De la reforma del Bachillerato», en plena resaca por la vuelta de la República, y publica en el periódico *Libertad* de Castellón «Los maestros». A los dos meses, en el mismo periódico peninsular publica «Un librito para uso de las escuelas», en el que hace una fuerte crítica a la historia que se imparte en la formación primaria. Publicado en un novel periódico estudiantil, *Brújula*, en «Periodismo escolar» María Rosa Alonso nos habla de teatro y de estudiantes «muertos de hambre», que tienen que subsistir de cualquier manera. A los cuatro meses publica en *Hoy* en forma de editorial su primera colaboración con este periódico republicano: «La República y la enseñanza». El último artículo de educación del período que estamos analizando lleva el título de «La Universidad» y fue publicado en *Hoy* el 25 de noviembre de 1932: allí expresa su temor por la marcha del proyecto de construcción del edificio del primer centro docente, pues no se fía del que el ministro le ponga término, pero, además, intuye que desde las



esferas eclesiásticas también hay boicot, así como desde algunos profesores reaccionarios y estudiantes. Termina haciendo una llamada a sus amigos estudiantes para que junto con los ciudadanos y con La Laguna logren que no se sigan cometiendo locuras que pongan en peligro el tan ansiado edificio para la Universidad.

Y para terminar con esta interesante primera etapa como periodista de nuestra joven tinerfeña, nos encontramos con un bloque de artículos dedicados a una de sus grandes gestas, la creación del Instituto de Estudios Canarios, cuya primera idea aparece en un artículo «Otro voto que se pierde, de Salvador Quintero», que María Rosa Alonso publicó en *La Tarde* el 8 de mayo de 1930. Pero en 1932 publica los días 2, 4, 5 y 6 de octubre de 1932 un bloque de artículos bajo el título de «Contribución a un proyecto de Universidad» en los que ella, con un lenguaje muy cuidadoso y un estilo bastante depurado que apenas tiene que ver con sus primeros artículos, intenta llevar a su terreno a los lectores, sobre todo a los que tenían en sus manos el poder para poner en marcha una obra de tal calibre. A la semana siguiente sigue con su particular cruzada y publica un artículo de fondo, sin firma, con el nombre de la institución a crear, «El Instituto de Estudios Canarios», pero debido a que su redacción refleja la pulcritud estilística y la vehemencia de unas convicciones que sólo una joven como ella sabía transmitir, a nadie le quedaría duda de su verdadera autoría. Lo escribe en tercera persona para dar más sensación de imparcialidad y lo que hace es una especie de reseña del cuarteto de los artículos pro-Instituto. A los tres días publica otro escrito sobre el mismo tema con el mismo formato, «El Instituto de Estudios Canarios y la Universidad», en el que comunica que en otro lugar del periódico está insertada el acta de fundación del Instituto de Estudios Canarios. En los primeros días de noviembre se publican dos artículos consecutivos, con cuatro días de diferencia, sobre el recién inaugurado Instituto de Estudios Canarios: «Epílogo y prólogo. La Universidad y el Instituto de Estudios Canarios» y «Del Instituto de Estudios Canarios. Respuesta obligada», que son respuesta a un catedrático de la Universidad lagunera que, a su juicio, es de los que cumplen una sola función en la Universidad: la de simples funcionarios, puesto que una persona que vea la creación de un Instituto que fomente la cultura canaria como falta de oportunidad en cuanto a su anexo a la Universidad, no merece ningún respeto por parte de la que escribe el artículo.

El 4 y el 5 de febrero de 1933 nos encontramos con los dos últimos artículos en esta etapa sobre el Instituto de Estudios Canarios: «El Instituto de Estudios Canarios, tema de categoría orientadora» y «El Instituto de Estudios Canarios está en marcha.

Adiós a la secretaría»: este último es más corto de lo que nos tiene acostumbrados, porque después de mostrar su satisfacción porque el Instituto vaya saliendo adelante, se despide por partida triple: deja la secretaría del Instituto de Estudios Canarios, se va a Madrid y abandona el seudónimo bajo el cual ha realizado una labor periodística excelente, tanto en el fondo como en la forma, pues ha sabido aunar entusiasmo juvenil junto a un estilo periodístico difícilmente alcanzable para una escritora novel.

En septiembre de 1932 había superado en un examen libre las asignaturas de Latín y Psicología, que habían sido añadidas al plan de estudios del curso preparatorio común. Si le añadimos que uno de los motivos por los que escribió tantos artículos era el económico, pues necesitaba dinero para poder ir a la capital del Estado a estudiar, y si a este esfuerzo se le unió la beca que le concedió el Cabildo por las excelentes calificaciones de bachillerato y los premios literarios que había obtenido, ya están dadas las condiciones para que nuestra entusiasta joven haga las maletas y se vaya a estudiar lo que era su verdadera vocación: la Filología.

María Rosa Alonso comienza la segunda etapa de su actividad periodística, que podríamos denominarla como etapa de transición, puesto que supone el cambio de la etapa inicial, cargada de ideología política y de ansias de crear una institución académico-cultural para que su región salga adelante, unida a la Universidad. Todo lo anterior da paso a firmar sus artículos con su verdadero nombre, y a trasladarse a Madrid a continuar con sus estudios, pero realizando los que realmente le gustaba. Durante algo más de dos años, publica un total de 44 artículos, a razón de 22 artículos por año que responden a la siguiente clasificación temática: Cultura 17, Crítica literaria 14, Política 5, Educación 4, Crítica de arte 3, Instituto de Estudios Canarios 1.

Si hacemos una comparación con la anterior etapa, teníamos una media de 33 artículos por año y ahora serían 22. En cuanto a la temática la política es la más que se diferencia, puesto que pasa de escribir 52 artículos a solamente 5, debido a una evolución personal, pues no es lo mismo vivir y estudiar en una pequeña isla, que hacerlo en la capital de la nación. En Cultura fueron 10 en la primera época y ahora, con un año menos, 12: sólo dos artículos de diferencia. En cuanto a la crítica literaria de 19 pasamos a 14, lo que supone, en proporción temporal, que ha habido un ligero aumento en esta actividad, así como en la de arte, pues de uno en tres años pasa a tres en dos años. En cuanto a los de educación, de 6 en la anterior etapa pasamos a 4, lo que significa que ha escrito la misma cantidad anualmente. En cuanto al Instituto de

Estudios Canarios, es natural que, una vez terminada la batalla para crearlo, sólo haya un artículo escrito en estos años como estudiante en Madrid.

En cuanto a la evolución en su estilo, es innegable su mejoría porque de realizar unos largos escritos con abundancia de párrafos y oraciones simples o compuestas coordinadas, pasa a emplear párrafos más amplios en los que hace un uso bien proporcionado de la oración compuesta subordinada; de la misma manera, de emplear una larga nómina de personajes y acontecimientos históricos, su prosa se fue depurando y ya en los últimos escritos, por ejemplo, sólo aparecen los nombres propios indispensables para el conocimiento del tema que está tratando.

A continuación, haremos un comentario muy somero de los artículos, también teniendo en cuenta la clasificación temática. Puesto que en esta nueva etapa la cultura es el eje temático que más emplea, comenzaremos por este tipo de artículos: no nos puede extrañar que en esta nueva etapa le dedique su primer artículo a la cultura de la ciudad que la acogió cuando tenía 11 años, «La Laguna. Falsa y auténtica vida»: el tono del escrito es un tanto crítico, lejos del lirismo que podríamos esperar; emplea una prosa sobria, realista para decir lo que ella piensa en ese momento sobre la ciudad de los Adelantados. En esta época tenemos dos artículos, cuyo título y temática es un tanto futurista más propio de las vanguardias: «Turismo, deporte y comercio» y «Automático y sesión continua». Hay un bloque de cinco artículos a los que ella denomina Notas, en las que destaca la claridad con la que ella se dirige siempre a sus lectores: en cuanto a su temática los hemos agrupados como culturales, ya que en ellos sigue destacando el afán de la joven tinerfeña de aumentar el nivel cultural de sus paisanos a través de sus artículos periodísticos. El 14 de abril, fecha de aniversario, publica «Quijotismo», un buen artículo que nos recuerda la primera época de nuestra periodista, en la que empleaba una crítica muy constructiva, aunque ahora la esté empleando para todo el país, no sólo para Canarias. «El problema cultural de Canarias», con casi dos años de diferencia, posee un título muy similar al de otro publicado el 10 de septiembre de 1933, aunque aquél se centraba en Tenerife y ahora se hace extensivo a toda Canarias. «Otra vez el vino de Tenerife» hace un recorrido por la historia de los vinos de Tenerife. «Don José Ortega y Gasset y la juventud» es un artículo-homenaje al maestro en sus veinticinco años de cátedra, y también celebra otro aniversario en «El centenario del Ateneo»: se trata del de Madrid, que para ella lo único destacable es su magnífica biblioteca. «El Manzanares» emplea un lenguaje lírico para referirse a un río tan emblemático para la ciudad madrileña, y el lenguaje poético pone de manifiesto cómo la

escritora canaria ama la Naturaleza, ya sea la de la capital del país o la de sus islas. «Jorge V o *The King*» es un atípico artículo de María Rosa Alonso, porque no se espera que una republicana como ella se deshaga en tantos elogios ante un rey, aunque ya éste haya fallecido. El último artículo cultural de esta etapa de transición, «En la muerte de Don José Rodríguez Moure», tiene mucho de literario puesto que nos habla de un escritor, pero creemos que el interés despertado por su fallecimiento rebasa lo puramente artístico para adentrarse en la cultura del pueblo lagunero, donde este religioso era muy respetado.

En cuanto a la crítica literaria escribe «Al margen del libro *El Poeta y San Marcos*», primer trabajo realizado en Madrid y también el primer artículo que tenemos firmado con su verdadero nombre, donde comenta un libro de Andrés de Lorenzo Cáceres, un joven poeta y amigo tinerfeño. Nos encontramos con dos artículos dedicados a Agustín de Espinosa: el primero de ellos «Sobre un cuaderno de Agustín Espinosa», escrito el 19 de julio de 1933 en su isla natal, nos brinda un trasfondo de arte, aunque su tema fundamental es de crítica literaria, y aborda la conferencia leída por Agustín Espinosa en el «Círculo Mercantil» de Las Palmas, el día 20 de abril de 1933, que estaba dedicada a alabar la obra pictórica de José Jorge Oramas, para conseguir que se vendieran sus cuadros y así el joven pudiera dedicarse a pintar. «Carta abierta a Agustín Espinosa» es el agradecimiento de la estudiosa de Viana al crítico que le ha enviado su libro *Sobre el signo de Viera*, en el que ella alaba la afirmación de Espinosa sobre Viana en relación con el mito de Dácil, al afirmar que el bachiller se comportó como tenía que comportarse, es decir, como un poeta que tenía su corazón en Canarias y su intelecto en lo universal. En el género epistolar dirige a Gutiérrez Albelo «Carta particular a un poeta», comentario-reseña a su nuevo libro.

Y nos encontramos con otra celebración de centenarios; el primero fue escrito durante sus primeras vacaciones en Tenerife y publicado el 25 de julio de 1933: «Dos figuras representativas de la vida de Tenerife: Lectura, y antología de las Memorias de Don Nicolás. Últimas líneas sobre el famoso almendro. La casa de los Estévez. Bibliografía de Don Nicolás Estévez. Don Patricio Estévez. Anverso y reverso». Este largo título lleva el no menos extenso y excelente contenido que nos aporta nuestra ensayista sobre estos dos grandes personajes en la historia de Tenerife.

A los dos años de publicarse el anterior homenaje, también María Rosa Alonso aprovecha sus vacaciones estivales para hacer un excelente ensayo al Fénix de los ingenios: son cuatro los artículos, que en conjunto forman un merecido homenaje a

Lope de Vega, publicados en su nuevo periódico, *La Prensa*. De «El tricentenario de la muerte de Lope de Vega» destacaremos el apartado «La lección de Lope», donde defiende el analizar la obra del autor y no detenerse tanto en las anécdotas de su azarosa vida. Al día siguiente publica «Lope, poeta popular», donde da prioridad a la palabra «democracia» puesto que parece que está muy de moda achacar este concepto a Lope de Vega por la forma de tratar a sus personajes; ella percibe ese talante democrático de Lope como un mito que le han adjudicado algunos escritores, pero nada más lejos de la realidad y nos lo justifica arguyendo que Lope nada tiene que ver con la masa orteguiana, ni con la plebe, ni con lo vulgar, pues para él no hay más valor que el del noble y todo lo demás forma parte del villano. El 8 de noviembre y siguiendo con el tricentenario de Lope, nuestra autora publica «Andrés de Lorenzo Cáceres: *Las Canarias de Lope*», donde comenta una conferencia que el escritor tinerfeño había leído el 22 de junio de ese mismo año de 1935, en la Asociación de Escritores y Artistas de Madrid con motivo de las celebraciones dedicadas al Fénix de los Ingenios. Y el cuarto y último de los trabajos sobre Lope lo publica el 3 de diciembre, «Lope de Vega y los Guanches de Tenerife», donde trata las dos comedias que sobre los guanches de Tenerife aparecen en la nómina de obras teatrales de Lope que aporta el Diccionario Espasa y llega a la conclusión de una de las obras, que va a editar la propia escritora, no fue escrita por Lope de Vega. Este artículo es un claro ejemplo de la rigurosidad científica con que la estudiosa tinerfeña llevaba a cabo todo lo que hacía, ya fuera un artículo, un comentario o una tesis.

Y después de los centenarios, volvemos al orden cronológico y nos encontramos con un artículo que nos habla de un mito muy español: «Don Juan Tenorio». En «Dos ediciones de José Pérez Vidal» el protagonista de este artículo es Francisco Díaz Pimienta, que fue un hombre de mar del siglo XVII y vivió entre Tazacorte, su lugar de nacimiento y Garachico. «La revista *El Museo Canario*» celebra la reaparición en su tercera etapa de la revista del Museo, además dirigida por Agustín Millares. En junio de 1936 tendremos dos artículos de crítica literaria: el primero de ellos aparece en el diario madrileño *El Sol*, y es el segundo y último de los publicados por la periodista en dicho periódico; es un comentario-reseña: «Iscar Peyra, Fernando, *Gabriel y Galán*». El último artículo escrito por María Rosa Alonso antes de la guerra civil es «El libro que no se ha escrito», donde ella muestra su deseo de escribir un libro en el que se haga un inventario ordenado y completo de los canarios que hayan destacado en América.

En la segunda etapa de las publicaciones periodísticas de María Rosa Alonso, que estamos comentando, nos encontramos con cinco artículos sobre política, que son los últimos que sobre este tema escribe nuestra periodista. Creemos que, desde su empeño en crear el Instituto de Estudios Canarios, sus escritos políticos pasaron a un segundo lugar y, ya con su traslado a Madrid, sus intereses pasaron a ser de naturaleza académica, cultural y literaria, es decir, todo lo relacionado con el nuevo mundo que se le presentaba en su vida como estudiante de Filología en Madrid. El primero sobre el tema lleva su mismo nombre, «Política», donde nos da una descripción del panorama político nacional. «Al margen de una teoría» nos remite de una forma brillante a reflexiones sobre política europea. Al día siguiente publica «Destinos diferentes», último artículo que escribió María Rosa Alonso para *Hoy*, donde reflexiona sobre la masa, que no sabe interpretar el sentido de la historia y se deja llevar por la violencia; también habla de Gregorio Marañón y de su optimismo al valorar como al leer más se conoce mejor la historia. En 1931 nos encontremos con los dos últimos artículos de política, que fueron publicados en *La Prensa*. En «El nuevo estilo» observamos una justificación a su actitud, es decir, a ese alejamiento de la opinión política que tantas líneas periodísticas ocuparon en su primera época, pues dice que somos prisioneros del ambiente y que no entiende la política porque ésta se ha complicado mucho en España. «Primero yo» se publica el 11 de febrero y ahí trata el tema de las costumbres a través del tiempo. Partiendo de la famosa cita de Cicerón «¡O tempora, o mores!», y pasando al recuerdo de Manrique con el concepto de «cualquiera tiempo pasado fue mejor», nuestra joven periodista reflexiona sobre la falta de educación, sobre todo en la juventud.

Enlazando con el último artículo, podemos comprobar lo importante que era para ella la educación, en esta etapa escribió la misma cantidad de artículos al año que en la etapa anterior. En «La escuela de la República» se queja de que en la clase media española se le daba mala fama a las Escuela Nacionales y de que no se tenga más en cuenta, a la hora de seleccionar a los nuevos maestros y maestras, la experiencia que han adquirido como interinos. «La vocación, la verdad» habla de la aptitud de los maestros ejemplificándola en uno de ellos, que ha expuesto los trabajos realizados en clase por sus alumnos en el Ateneo madrileño. Será en diciembre de 1935 cuando nuestra estudiante universitaria publique sus dos últimos artículos de tema educativo antes de la guerra: el día 8 aparece «La Facultad de Filosofía y Letras», dedicado a la educación superior, concretamente a su propia facultad, de la que nos cuenta algunas

curiosidades, como los bailes en el bar-comedor. Y el último artículo lo publica a los cinco días en el diario madrileño *El Sol*: en «Los universitarios y sus comentadores» hace un comentario de un artículo de Rafael García de Castro, del que le molesta sobremanera la afirmación de que los universitarios no leen a los clásicos españoles; ella rebate cada una de las afirmaciones de dicho señor y en lo único que le da la razón es en que en la Universidad debería de existir una cátedra de Teología e Historia de las religiones, pero ella se pregunta el por qué no se creó cuando la estructura del poder era afecta a la Iglesia.

En esta etapa nos encontramos con tres artículos de crítica de arte y los tres están escritos en el año en que María Rosa Alonso llegó a Madrid, lo que indica que estaba disfrutando de las actividades artísticas que le ofrecía la capital del Estado. Los tres están publicados en *Hoy*; el primero de ellos es del 22 de junio, «La Exposición de Juan Ismael en el Ateneo de Madrid», dedicado a un paisano suyo, que a través de sus cuadros nos dice que es un isleño de Canarias, que ha llevado a la Península una obra «pura, sencilla, decantada, trae armonías atlánticas, brisas de acantilados, luz del Sur». El segundo y tercer artículo son del 23 y 24 de noviembre respectivamente; en «En el Salón de Otoño», después de hacer una reflexión sobre el arte, llega a la conclusión de que no hay arte, lo que hay son artistas e intenta demostrar lo anterior enumerando los que han expuesto en el XIII Salón de Otoño; de los artistas canarios sólo nombra a dos: a Cirilo Suárez Moreno de Gran Canaria con «Alfareras de la Atalaya» y de Tenerife a Juan Ismael con «Playa de San Marcos». El tercer y último artículo sobre arte, «Al margen de la Guía», tiene como base una visita realizada al Escorial y hace una reflexión sobre la impresión que le transmite la religiosidad del lugar, del que afirma que no es un templo religioso sino una iglesia maravillosa. En el artículo destaca la crítica a los Borbones y a la religión, pero nos encontramos con un trabajo un tanto caótico, pues hay mucho contenido en poco espacio. Creemos que responde a su propia situación vital: está involucrada de lleno en sus estudios, pero a la vez sacando provecho de una situación que le está aportando muchos conocimientos.

Y el único de los artículos de esta época que escribió sobre el Instituto de Estudios Canarios fue el publicado el 12 de noviembre de 1935 en *La Prensa*, «La obra del Instituto de Estudios Canarios»: partiendo de una queja porque el periódico en el que publica al celebrar los veinticinco años desde su fundación, se olvidó de nombrar que en 1932 se había inaugurado el Instituto de Estudios Canarios, hace una reflexión sobre el gran esfuerzo que hay que realizar para que en Tenerife se haga algo de índole

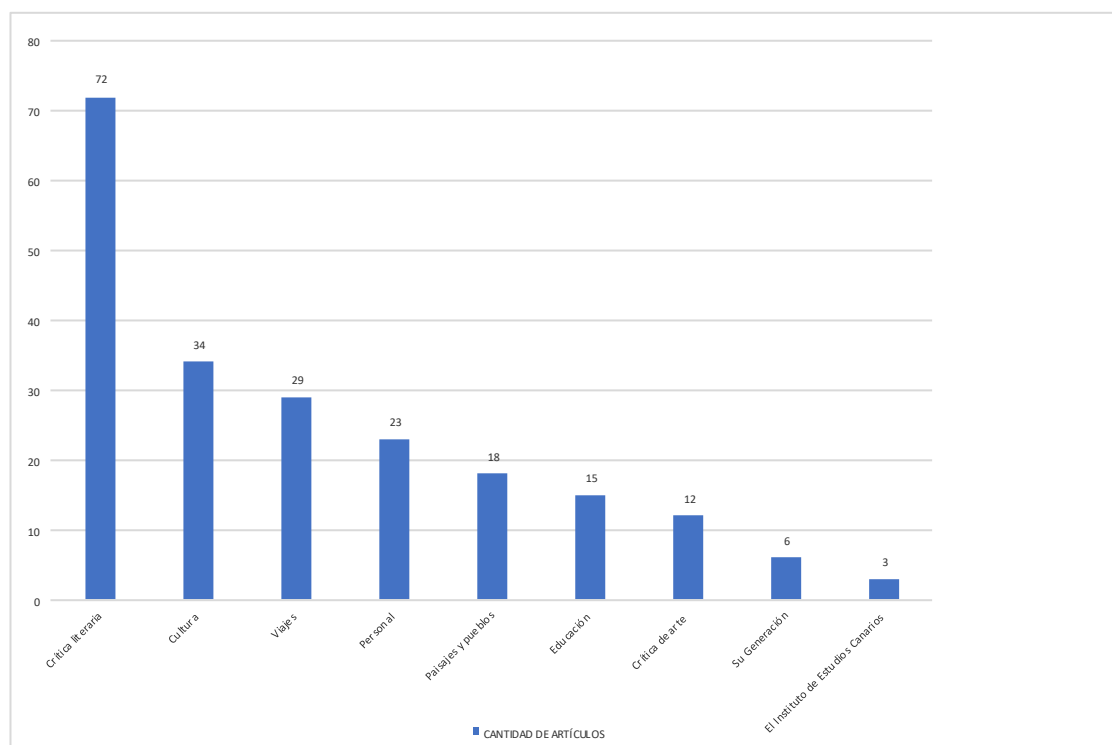
espiritual, desde publicar un libro, impartir una conferencia o crear un Instituto como el que ella puso tanto empeño en que viera la luz.

Pero llega la guerra civil y con ella se terminan casi todos los proyectos de nuestra estudiante, porque no sólo tiene que abandonar sus estudios, sino que, una vez terminada la contienda fratricida al estar relacionada con el bando de los perdedores, le es retirada su beca del Cabildo y no puede volver a Madrid hasta pasado un buen tiempo. Aunque no deja de escribir, no puede publicar en periódicos hasta el 10 de mayo de 1943 en que el diario de Gran Canaria, *Falange*, bajo la dirección de Ignacio Quintana Marrero, le ofrece la oportunidad de publicar un artículo de ensayo, «Cronología y bibliografía de Benito Pérez Galdós», que sería el inicio de una muy fructífera colaboración ya que durante diez años María Rosa Alonso publicó un total de 128 artículos en dicho periódico.

Tras la guerra comienza una etapa en la que en su labor como periodista hay muy poca variación. Después de ver la evolución en sus artículos a lo largo de seis años, podemos decir que posee un estilo consolidado, una prosa precisa, impecable y ferviente, tanto en el orden estilístico como el ideológico; con un lenguaje sencillo, pero a su vez, muy expresivo, nos lleva a cualquier campo del conocimiento. Consideramos la tercera etapa desde su primer artículo en 1943 hasta el último analizado en este trabajo, es decir «Pregón de las fiestas» de 1953, que suman 212 artículos. En estos diez últimos años a reseñar tenemos algunas variaciones en cuanto a los temas, quizás el más evidente por la situación en el nuevo régimen totalitario es que ya no hay más artículos de política. Los nuevos bloques de temas en esta etapa son los que hemos denominado: «Personal», «Paisajes y pueblos», «Viajes» y «Su Generación».



## Clasificación temática en la tercera época



Vamos a ir comentándolos de mayor a menor cantidad en cada uno de los apartados: el primero será el de crítica literaria con 72 artículos. Teniendo en cuenta que sus estudios son de Filología, que termina en 1941 y en ese mismo año empieza como profesora en la Universidad de La Laguna, es evidente que cuando retoma la publicación de sus artículos ya su preparación académica la faculta para realizar una crítica literaria de alta calidad, a pesar de que ya venía ejerciéndola de una forma muy brillante. Son artículos que constituyen un material idóneo para informarnos sobre determinados aspectos y autores de la literatura universal y española, pero sobre todo de la literatura canaria; no sólo se trata de hacer una nómina de autores, pues los artículos profundizan en interesantes aspectos de la literatura escrita por autores conocidos y otros que no lo son tanto. El caudal de conocimientos que van fluyendo no es sólo literario, sino también histórico puesto que, según la misma autora, es su vocación auxiliar; además, sabemos que son dos disciplinas que se complementan perfectamente, valga como ejemplo, el Poema objeto de la tesis doctoral de María Rosa Alonso, en el que el bachiller Antonio de Viana toma como base el contenido histórico de la conquista de Tenerife, pero empleando la poesía como forma de adentrarnos en el mundo idílico de los amores de la princesa Dácil y del capitán Castillo. En los artículos

periodísticos sobre literatura de esta etapa hay que destacar los que hemos denominado artículos de ensayo, concretamente son 16, de los que la mitad se condensan en un solo artículo, mientras que otros los resuelve en dos, llegando a ocupar hasta siete días de entregas como es el caso del dedicado a los amores de Antonio Machado, en momentos rayano en el folletín decimonónico.

En cuanto a los 34 artículos que hemos clasificado como culturales es donde mejor se refleja ese «periodismo cultural», ese afán de María Rosa Alonso de aumentar el nivel cultural en sus islas; hay tres artículos que hemos considerado de ensayo; curiosamente el primero y el último de los ensayos culturales desde que la periodista empezó a ejercer como tal están dedicados al mito de San Borondón, tan arraigado en nuestras islas. Pero es que, al margen de los mitos y las leyendas, a ella le preocupaban mucho otros temas como reforzar la identidad canaria frente al sentimiento de inferioridad con respecto a los peninsulares; también emplea la perspectiva del canario que vive en la Península, concretamente en Madrid, que ve lo que sucede en su tierra con otros ojos.

También tenía entre sus grandes retos culturales luchar por la preservación de la flora autóctona y de la Naturaleza, sobre todo de los árboles, fomentar la unión de las islas a través de manifestaciones culturales como, por ejemplo, la música, rendir homenaje a personas que fomentaban la cultura ya fueran poetas, periodistas, músicos o cualesquiera otros cultivadores del espíritu humano, luchar por lugares comunes de fomento de la cultura como bibliotecas, museos, etc., escribir sobre canarios que a lo largo de la historia hubiesen destacado en algún ámbito (médicos, pintores...), o defender espectáculos que ensalzaran nuestra idiosincrasia, como la lucha canaria o las romerías, frente a espectáculos como el fútbol que fomenta la violencia en las masas.

Desde que se fue a Madrid por primera vez a estudiar hasta que los problemas de salud se lo impidieron, siendo ya nonagenaria, María Rosa Alonso fue una incansable viajera y prueba de ello es que nos dejó como testigos numerosos artículos de viajes, en los que deja buena constancia de la forma que estudiaba y cómo disfrutaba de la cultura autóctona de cada pueblo, villa, ciudad... Una de las constantes de estos artículos es que comparaba frecuentemente con sus islas cualquier elemento del paisaje o monumentos que visitaba, cualquier cosa le servía como disculpa para hablar de su tierra, por ejemplo el último de los artículos de los dedicados a su viaje a Francia, «Canarios en París». Fueron 29 los artículos que escribió sobre viajes: uno a la llanura castellana, otro a Salamanca y dos a Valladolid y ocho de su primer viaje a Francia en

octubre de 1948, periplo que realizó sola sin saber francés, y cómo se entendió con un compañero de viaje que no sabía español y se comunicaron en latín. Cuando en julio de 1952 viaja a Italia, nos deja en dos artículos el testimonio de su paso por Barcelona y en tres nos cuenta su paso por Niza, Cannes y Montecarlo; como ya dijimos, allá donde va recuerda a su gente y al llegar a Francia le dedica el primer artículo a Cairasco: «Niza. La sombra de Cairasco». Llega a Italia y a resultas de su viaje tenemos 13 artículos que nos recuerdan a su primera época en cuanto a su densidad, aunque con un estilo mucho más depurado, no en vano han transcurrido más de veinte años y nuestra escritora ha adquirido muchos conocimientos, no sólo académicos, sino también los aportados por la experiencia que le fueron otorgando los años e hicieron su prosa mucho más cuidadosa y brillante.

Siguiendo con el orden decreciente en cuanto a la cantidad de artículos escritos, tenemos 23 artículos a los que hemos clasificado con el nombre de personal, integrando a todos aquellos que suponen una reflexión muy personal, algunas veces con matices muy filosóficos, de nuestra autora. Tiene planteamientos como cuándo una persona deja de ser un nombre para convertirse en una especie, es decir, ya no es María Rosa, sino la profesora, la periodista, la escritora...; muy relacionado con lo anterior, plantea el concepto de gente y personas y lo relaciona con la vida de una gran ciudad como Madrid en donde eres gente frente a la vida sosegada de provincias donde eres persona. En otra ocasión hace una profunda reflexión sobre lo vivido en la infancia ya sea fuera o dentro del hogar, pero, sobre todo, lo que puede hacer una madre en el desarrollo de la personalidad de un ser humano; habla del mundo infantil, de la tristeza que supone ver niños enfermos y cuenta cómo una orden religiosa dedicada a cuidar de estos niños le pide ayuda debido a su popularidad como periodista. También habla de temas más alegres como, por ejemplo, cuando llega el año nuevo y recibe las felicitaciones de las personas que la aprecian, algunas muy ocurrentes y originales.

Nos encontramos, asimismo, con una teoría sobre la no conveniencia de escribir cartas, oponiéndola a las palabras porque a éstas se las lleva el viento, pero en las epístolas hay una amenaza implícita en el papel que puede ir en nuestra contra; pero más adelante reflexiona sobre las cartas de amor, que utiliza como excusa para hablar del tema manriqueño de que cualquier tiempo pasado fue mejor, a pesar de que en la literatura siempre la generación actual encontrará a la anterior muy anticuada; María Rosa Alonso dice que lo que no ha cambiado nunca ni cambiará mientras exista el ser humano es el amor, sean cuales sean las costumbres de cada generación. En otra ocasión

reflexiona sobre lo que significa la distancia en diferentes épocas, de lo necesario que son los cambios de aire para el espíritu, lo conveniente que es poner tierra de por medio para olvidar un poco las beligerancias existenciales y volver después a los continentes en miniatura, porque éstos siguen estando en nuestro corazón por muy lejos que viajemos. Es muy curioso el artículo donde critica la actitud de las señoras en la peluquería: a aquellas amas de casa, de nivel medio-alto, les sobraba tiempo para aburrirse y les faltaba con quien comunicarse.

Dentro de este apartado merecen una mención especial las elegías que dedica a tres fallecimientos y la tristeza que aflora con una gran emoción en una bella prosa lírica: la primera es a un ave, concretamente la cacatúa del hoy denominado Instituto de Canarias, allí vivió su niñez-adolescencia-juventud como bachiller y al pasar por fuera del instituto no ha oído los graznidos del ave y le han dicho que ha muerto; para la antigua estudiante del centro no sólo ha muerto el ave; con ella se había cortado para siempre su nexo con la niñez porque la cacatúa significaba la encarnación de la eternidad. La segunda elegía está dedicada a su amigo José Manuel Guimerá, que se fue sin apenas avisar, y destaca la suavidad del carácter del amigo, su comprensión hacia los demás, incluso hacia ella misma pues cuando estaba nerviosa ante tanto trabajo, siempre le ofrecía la festiva sonrisa de su inteligencia. Y la tercera y última elegía es la dedicada a Carlos Rizo, que fue escritor pero se escondía en el anonimato; ella lo va a echar mucho de menos porque él estaba siempre a «la hora de la confidencia, del aflojar el alma de su pesadumbre, del consejo anhelado, de la generosa mano amiga: para estos menesteres de la amistad no sirven todos».

De todos es conocido el fuerte carácter de nuestra periodista, de la firmeza de sus ideas y de con qué vehemencia las defendía, esto la llevó a varias polémicas en la prensa, de las que destacamos en 1949 las siguientes: en el artículo «Coletilla a una cola», en el que predomina la ironía, María Rosa Alonso se dirige a un supuesto amigo, Luis Doreste Silva, que había hecho una interpretación muy particular sobre su último artículo, pero lo curioso es que ella tiene que defenderse de la acusación de que es una erudita debido a sus dos libros publicados, su gran labor en *Revista de Historia* o su tesis doctoral. Ella se defiende diciendo que no es una «intelectual pura», pues no representa lo que Ortega y Gasset en *La rebelión de las masas* denomina la «barbarie del especialismo», es decir, una persona que vive desde su inteligencia, sumida en un mundo que es exclusivamente el suyo y que carece de valor humano. A raíz de la anterior polémica y por las mismas fechas, Víctor Zurita, director de *La Tarde*, bajo un

seudónimo se dedica a criticar muy negativamente a nuestra mujer periodista, y ella le contesta y como consecuencia se producen un cruce de artículos entre ellos, cinco por parte de nuestra escritora, que van de mayor a menor grado de airada respuesta al otro.

A finales de septiembre dirige unas no muy agradables palabras a don Simón Benítez, a quien le dedica sendos artículos para rebatirle lo que había dicho acerca de las endechas. Y lo hace de una manera tan rotunda que no nos explicamos cómo un señor, que siendo geólogo y erudito de todo un poco, se enfrentó a una filóloga que conocía muy bien su terreno y que tenía un más que sobrado camino de experiencia académica y periodística, tanto en el campo de la historia como en el de la literatura de Canarias y de la España peninsular.

A principios de octubre nos habla de unas palabras que sobre la fecha del nacimiento de Ángel Guimerà le había dedicado un periodista que se firmaba Héctor y ella hace alusión a unos «amigos» que se alegraron del palo que se llevó. El periodista arremetió contra ella y de paso contra don Sebastián Padrón Acosta de quien había tomado los datos sobre la fecha de nacimiento de Guimerá; parece ser que el padre de Guimerá apuntó a sus hijos en la fecha en la que se casó, porque los niños habían nacido unos años antes. Por lo tanto, el error de Padrón Acosta fue respetar la fecha documental del matrimonio para terminar con un tono irónico diciendo que ella no podía quitar los cuatro años de una partida oficial.

Con Luis Álvarez Cruz tuvo un encontronazo a raíz de la reseña que hizo sobre el acto de apertura del curso de La Laguna: comenta que parecía que el periodista tenía prisa y le recrimina que, aunque no entendiera el discurso académico del Dr. González, lo mismo le pasó a ella, pero hay un abismo de ahí a no hacer bien su trabajo. María Rosa Alonso le enumera varias erratas cometidas por el periodista, por lo que es evidente que el aludido le contestó atacándola personalmente en razón de sus méritos académicos, paradójicamente.

Por último, en julio de 1953 responde a don Esteban Coello, pues a este señor de Igueste le parecieron muy mal las críticas realizadas por María Rosa Alonso hacia dos aspectos de la romería de San Benito: un niño zarandeado en una carreta con el correspondiente peligro de que se cayera y a unos ancianos siendo el hazmerreír del público. Ella dice que en ningún momento ha querido ofender a los ancianos de Igueste, todo lo contrario, lo que pretende es la defensa de no exponer a estas personas a la chacota de los demás; la romería se hace para exaltar las tradiciones del campo y ante todo defiende la calidad de la romería lagunera.

Son 18 los artículos escritos en esta etapa en el nuevo apartado de la clasificación temática a la que hemos denominado Paisajes y pueblos. Se trata de unos artículos de estilo costumbrista que tienen como denominador común la emoción en forma de lenguaje lírico que nuestra autora les aporta, además de que también aparece muy presente la historia y el arte de estos lugares de la geografía canaria. El primero está dedicado a la isla de Gran Canaria, mientras que el segundo y el tercero describen la isla de Tenerife como una suma de pueblos, en latitud, en tanto que la isla redonda es longitud, pues partiendo de su capital se expande hacia los pueblos; esas diferencias también existen en la evolución histórico-cultural de las dos provincias. El siguiente está dedicado a La Laguna y a su paisaje, le sigue «El mar desde Castilla», que es fruto de la nostalgia por su tierra durante el tiempo que estuvo en Madrid para la defensa de su tesis doctoral. Al Puerto de la Cruz le dedicó tres artículos en diferentes fechas: a sus fiestas, a la lírica descripción de sus lugares emblemáticos y a la ñamera de la plaza del Charco. Igualmente a su vecino valle orotavense le dedica dos sendos artículos, que hablan de sus calles y plazas, y de la Romería y las alfombras del Corpus. Y subiendo por la Orotava llegamos hasta el valle de Ucanca, al que le dedica un corto pero muy lírico escrito. Pero no podemos dejar atrás dos pueblos del Norte: «Icod, santuario geográfico» con sus vinos y su drago y Los Realejos, cuna de ilustres personajes como Viera y Clavijo y Antonio González. Y de ahí nos vamos al pueblo más alto de España: Vilaflor, siguiendo hacia el sur llegamos a Adeje, al que nuestra escritora le dedica dos artículos, en los que aúna la prosa lírica con los datos históricos. Finalmente, Taganana, al que también le brinda dos sendos artículos, y nos da un detalle muy curioso de este lugar: ese pueblo de la cordillera de Anaga comparte con la Punta del Hidalgo, no sólo algo de esta cadena montañosa, sino también la característica de que si quieres conocerlos tienes que ir directamente hacia ellos, pues no queda de paso hacia ningún otro destino.

La profesión de María Rosa Alonso fue la de profesora, por lo que la educación fue su principal ocupación, aunque debido a su vitalidad tuvo otras dedicaciones como la de periodista, escritora, ensayista, etc.; si se denomina polígrafo a Viera y Clavijo, también la podríamos catalogar a ella así: ha quedado constancia en este trabajo de la variedad de tipos de textos y diferentes temas que cultivó. Pero volviendo a su actividad docente, es lógico que dedicara exclusivamente a este tema en esta última etapa 15 de sus artículos. El primero de ellos podríamos decir que está en el campo de la picaresca, pues habla del alumnado que no estudia pero que después emplea diferentes formas de

coacción al profesorado para aprobar los exámenes. Pero en el siguiente artículo enfoca la enseñanza desde otra perspectiva, desde la del alumnado que ha sufrido malas experiencias en la vida y que pueden ser un lastre para su éxito en los estudios; hay docentes que tratan a los alumnos sin ninguna consideración, no los atienden con humanidad, sino que son sólo un número de su lista. El tercer artículo está dedicado al profesor Cabrera Díaz que se jubila; la dedicación del homenajeado a la botánica lleva a nuestra escritora a seguir insistiendo en la creación de la Facultad de Ciencias Naturales en la Universidad de La Laguna. Con el título de «Aleixandre en la Academia» la periodista nos lleva al solemne acto en el que tomó posesión como académico el escritor, pero que lejos de constituir un brillante acto académico se convierte en un acto social un tanto rancio.

Un apartado aparte merecen cuatro artículos que, aunque englobados en el apartado de educación, reflejan su especialidad filológica, puesto que muestran su preocupación por elementos muy específicos del estudio de la lengua castellana: los dos primeros los dedica a los antiguos y a los modernos, o lo que es lo mismo, los innovadores que quieren que la lengua evolucione de acuerdo a como lo hace la sociedad, frente a los puristas que pretenden que sea un organismo estático con leyes inamovibles; ella se posiciona con los que defienden que la evolución del lenguaje tiene que ser muy tenida en cuenta por la Real Academia de la Lengua. Con la misma prosa brillante y científica nos aporta unas valiosas explicaciones sobre particularidades del español hablado en Canarias, como son los arcaísmos gramaticales en el sistema verbal y el uso de los pronombres personales en su función sintáctica. Y para demostrar que no sólo en Canarias se producen diferencias con respecto a la gramática, expone el fenómeno del mal uso del gerundio con carácter de simultaneidad, que emplean incluso escritores castellanos de gran renombre.

Finalmente hemos incluido en el tema de la educación artículos relacionados con el mundo universitario como el éxito de la Universidad lagunera al organizar unas jornadas en las que salió a la calle y así estuvo más cerca de las personas interesadas por la cultura de su isla. También nos encontramos con una temática ecológica insertada en el mundo universitario, pues involucró a su alumnado de la facultad en una colecta para salvar un árbol de Las Palmas, como también lo hacía el periódico *Falange* con el que colaboraba asiduamente; su deseo es que ese árbol siga dando «dulce y fresca sombra» como el almendro de Nicolás Estévez, que precisamente nació en Las Palmas. Sigue en la lucha académico-cultural y pide una cátedra de Estudios regionales, para dar a la

cultura de Canarias una consagración oficial y permanente a la que tiene derecho. Y el último artículo relacionado con la educación es en el que pide una Residencia canaria en Madrid para los estudiantes becados de todos los cabildos insulares, donde se pudieran hacer exposiciones de artistas canarios y conferencias de interés regional, además, también podrían alojarse las representaciones de Cabildos y de casas exportadoras canarias.

En cuanto a los 12 artículos de crítica de arte que escribió en esta etapa, es evidente que forman parte de ese afán de informar y culturizar a sus lectores, pues, a pesar de que evolucionó en muchos aspectos, como por ejemplo, en la calidad de su prosa, no varió su idea original de hacer «periodismo cultural», o lo que es lo mismo de escribir artículos para formar intelectualmente a sus lectores, a que poco a poco adquirieran conocimientos que los llevaran a tener una cultura más amplia, que redundara en bien de la región canaria. Pues un elemento cultural muy importante es el arte, de esta manera nos encontramos en el primero de sus artículos una característica de su crítica de arte: al no ser ella una experta lo que hace es una especie de juego entre la parte técnica a la que dedica muy poco espacio, y la parte humana concerniente a la vida del artista, de su entorno, etc. ocupa el resto del artículo; por ejemplo, de Manuel de León y Falcón afirma que pintaba tanto a personajes aristocráticos como a un mendigo, siguiendo el costumbrismo español y que cultivó tanto el cuadro religioso como el bodegón. También es usual que en sus estancias en Madrid las aproveche para disfrutar de manifestaciones artísticas, entre ellas exposiciones de pintura, como las que dieron lugar a que escribiera tres artículos consecutivos en una de sus estancias en la capital del Estado: el primero dedicado a un pintor canario en Madrid, Alfredo Reyes Darias, y los dos siguientes tienen el mismo título y los dedica a «La crítica y el arte en Madrid» en los que hace una reflexión sobre el tema, habla de las exposiciones visitadas y también del aspecto puramente comercial de dichos eventos. En otro artículo habla de los pintores extranjeros residentes en Tenerife, que cultivaron el mito del buen salvaje, representado en nuestra isla de Tenerife por el primitivo guanche. Dedicó un artículo a don Francisco Bonnín, el artista que empezó pintando el norte tinerfeño, pero que acabó pintando la naturaleza de toda la isla; el siguiente artículo de arte también está dedicado a otro pintor, Francisco Gutiérrez Cossío, artista nacido en Cuba del que María Rosa Alonso admira su naturaleza romántica en movimiento. Después de dos años sin escribir sobre arte nos encontramos con un artículo muy crítico dedicado a la falta de espacios apropiados para que los artistas canarios puedan exponer sus obras; también dedica otro



artículo a sus paisanos, pero esta vez para comentar su presencia en la Bienal de Madrid. Y nos quedan dos nombres propios a los que están dedicados sendos artículos: a Luis de la Cruz, tinerfeño que fue pintor de Cámara de Fernando VII, y a otro pintor muy lejano en el tiempo y en el estilo pictórico al anterior, Salvador Dalí, del que dice que ha sabido aunar las formas y los temas clásicos, cristianos y paganos, con el concepto actual de la pintura y así ha logrado crear un espectáculo impresionante de los más vivos en la reciente cultura española. Y hemos dejado para el final el único artículo de ensayo que escribió María Rosa Alonso sobre arte, y que como dijimos, no sólo habla de arte sino también de paisaje y de historia: «El tríptico de la parroquia de Taganana», que partiendo de la pregunta de cómo llegaron a este perdido rincón tinerfeño las tres tablas flamencas, pasa a hablar de la posible autoría de Memling, y a partir de ese momento nos da un lección de cómo se hace investigación artístico-histórica.

Hay un bloque de seis artículos, que publicados entre el 13 y el 20 de julio de 1949, bajo el título «De una generación», donde nuestra autora nos habla de su propia generación: en el primero, «I. En la etapa formativa», cita a los compañeros y profesores de sus años de estudiante en Madrid hasta la guerra civil. En la segunda entrega «II. Hacia la madurez», cuenta lo que hicieron sus compañeros y profesores después de terminada la contienda civil. El tercero está dedicado a Julián Marías, compañero de las clases de filosofía y amigo. Los tres últimos forman un bloque dedicado a Ortega y Gasset: a su labor cultural y editorial, a su influencia en la vida española y su magisterio y el último dedicado a «Ortega y la idea de la razón vital». Es evidente que se trata de artículos de ensayo y que, a pesar de su extensión y densidad de datos, nos es de mucha ayuda para conocer la vida universitaria de María Rosa Alonso y a sus compañeros y profesores, que en mayor o menor medida formaron una brillante generación, a pesar de la disgregación y de la distinta suerte que sufrieron.

Por último tenemos tres artículos dedicados al Instituto de Estudios Canarios, en los que percibimos claramente los derroteros por los que discurrió la institución por la que ella tanto luchó en su primera época: en el primero propone que cuando la Universidad tenga su propio edificio, le ceda al Instituto de Estudios Canarios el edificio de la calle de San Agustín que ocupa actualmente y, además, habla del temor de un lagunero a su propuesta de poner un busto de Viana porque él cree que va a desaparecer el nombre actual, pero ella le responde con el ejemplo de la Plaza del Adelantado, que no ha perdido su nombre por tener en ella los bustos de los poetas

Perera y Manrique. El segundo de los artículos es muy positivo porque su Instituto comienza una tercera etapa: ha dejado de ser exclusivamente una editora a intervalos, para pasar a conectar con el público a través de la organización de un curso de enseñanzas canarias. El último está publicado al día siguiente y su tono es más pesimista porque ella percibe que hay personas que se especializan prematuramente y que no están bien preparadas para que la labor del Instituto de Estudios Canarios sea de la máxima categoría, por lo que hay que conseguir que los investigadores se preparen en la Universidad.

Finalmente nos encontramos un tema transversal que es el de la mujer. A pesar de las discriminaciones que sufrió por su condición femenina, no olvidemos que fue la primer mujer periodista en Canarias, además de sufrir represiones durante la dictadura pues por ser «mujer y roja» tuvo que exiliarse a Venezuela: todo lo anterior la hacía renegar de los *ismos*, por eso creemos que no le gustaba que le hablaran de feminismo. Pero a lo largo del estudio realizado sí podemos apreciar cómo le preocupaba el tema de la mujer, pero muy pocas veces lo trató como eje central en sus escritos, sino como parte un tanto anecdótica: podemos comprobar cómo se adhiere a las palabras de Azorín sobre Rosalía de Castro de la que hablaba como el poeta; lo mismo hace ella al hablar de la poetisa Carmen Jiménez, a la que define como el poeta de la montaña; creemos que, al ser de sus primeros artículos, lo que hace es imitar a los grandes intelectuales de la época, porque no deja de resultarnos un tanto extraña esta apreciación máxime teniendo en cuenta la discriminación que está sufriendo ella por su condición femenina, que hasta tiene que utilizar un seudónimo para firmar sus artículos. Más adelante habla de mujeres obreras, entre las que destaca a Peregrina Armas, alaba a esta obrera que escribe en un periódico sindicalista y que invita a las demás mujeres a afiliarse al sindicato, pero sobre todo, admira la frase que Peregrina escribe de Marx, porque aunque la obrera sólo se sepa dicha frase del ideólogo, ésta le basta para saber que si no lucha por sí misma, no se salvará; en este mismo artículo declara que no le gusta hablar de las mujeres porque cree que citando a las féminas lo está haciendo de ella misma; esto nos demuestra lo celosa que fue siempre de su intimidad, pues lejos de reivindicar el papel de la mujer lo que hace es intentar pasar desapercibida en un mundo de hombres; también habla de obreras en otro artículo, concretamente de las cigarreras: María Rosa Alonso dice que ha escrito esta exaltación a las obreras que hacen cigarros y que trabajan por necesidad y se compara con estas mujeres cuando dice que no es una niña que escribe porque esté de moda, ni que quiere hacer un bonito artículo para que la

aplaudan, porque en el periodismo no ha recibido acaso más que «silbos»; también le aconseja a las cigarreras que aprendan y que no hagan caso de los señoritos, que no se salgan de su clase social, pero que luchen para exigir sus derechos que, aunque lejana, les espera la bandera de la libertad.

Al llegar la II República le dedica un artículo para celebrarlo, pero el último párrafo es una queja por su condición femenina, dice que a pesar de ese nuevo Estado ella por ser mujer seguirá sufriendo las mismas discriminaciones porque su caso es el de una muchacha que no puede salir de casa sin licencia de su padre, y que en el caso peregrino de tener caudal para adquirir un palacio no lo podrá comprar tampoco sin su autorización. Hay un artículo en el que, partiendo de la metáfora manriqueña de los ríos que van a dar a la mar que es el morir, habla de la fugacidad de la vida para la mujer, nombra personajes literarios como la bella Heaulmiere del francés François Villon, que ya vieja y desdentada, como Celestina, ponía un epitafio de melancolía a la tumba de su belleza. De la misma manera, Cristóbal del Hoyo se dirigió a doña Mencía de Véndala deseándole que Dios guardara su hermosura muchos años sin que el tiempo marchitara sus colores. El párrafo final no tiene desperdicio, pues en pocas palabras nuestra ensayista define esa sensación que toda mujer siente con el paso de los años —a finales del año que comenzaba cumplía ella los cuarenta—. Sus afirmaciones, siempre muy categóricas, dejan patente un pensamiento perfectamente estructurado, en el que a través de un lenguaje metafórico dice que vamos cumpliendo años como si fueran puertas que cierran y abren sus puertas y que cualquier día llegamos a ese mar del morir manriqueño, con las mejillas marchitas o en plena lozanía.

Hay textos de la escritora canaria que tienen nombre de mujer como el artículo de ensayo que tiene como protagonista a «Mariana Pineda», la heroína del siglo XIX que luchó por defender la bandera morada de la libertad. También tenemos dos artículos dedicados a la poetisa cubana Dulce María Loynaz: en el primero nos habla de poetisas foráneas relacionadas con la isla; la triada está compuesta por Victorina Bridoux, Dulce María Loynaz y Mercedes Letona de Corral; con un lenguaje muy poético la escritora tinerfeña describe la intensa relación de su isla, que en su papel femenino la compara con Calipso, pues ha seducido a los viajeros que arriban a sus costas hasta el punto de dejarlos viviendo para siempre en Nivaria, prendado de sus encantos. Pero también han estado mujeres que han sido cautivadas por esta tierra como son las tres anteriormente citadas y califica a Dulce María Loynaz de alondra mensajera, que sin embargo ha sembrado en el pecho de sus oyentes el grano de su voz para aquellos que todavía no

conocen sus versos. A la poetisa Josefina Maynadé le dedica un artículo para hablar de sus poemas y de su obra escultórica, y hace una reflexión sobre feminidad y sobre el «punto de vista», lo específico del ser femenino, como vimos en otra ocasión, y vuelve a decir que a ella le cuesta hablar de estos temas sobre la mujer porque siente pudor y éste aconseja la medida: cree que no se debe definir a una mujer por lo que hace u omite, que es mejor atender a cómo lo hace u omite y desde qué «punto de vista».

Sobre Carmen Conde nos habla de su libro de ensayos sobre El Escorial, pero lo más curioso es la apreciación que en el primer párrafo hace del género femenino y el ensayo, pues, según María Rosa Alonso, no es el ensayo ni la meditación un género que cultive mucho la mujer, pues está demasiado inmersa en su alma. A ella la ha sorprendido este libro de ensayo de Carmen Conde por ser de meditación, pero continúa diciendo que el alma de la autora, nuestra femineidad presencial, ha irrumpido al correr de las páginas, pues la poesía surge al punto y el ensayo se torna lentamente en poema y termina en poema en prosa. Parece ser que la periodista canaria no concibe que la mujer utilice sólo la inteligencia para escribir el ensayo, pues la mujer es puro sentimiento y por eso tiene que aparecer la poesía; aquí la ensayista canaria está haciendo uso de ese estilo tan difícil de emplear, pero que ella lo hace de una forma genial que es la ironía.

Nos encontramos con otra poetisa cubana, María Sánchez de Fuentes, que ha publicado un libro, *Polvo de luz*, pero lo mejor del artículo está en las anécdotas que hay a su alrededor: el prólogo está hecho por el hijo de la autora, Eugenio Florit, en el que cuenta, entre otras curiosidades, que su madre cantaba muy bien y recuerda oír la cantando la canción de Eduardo, el hermano de la poetisa, *Tú*; nos cuenta María Rosa Alonso que en su niñez en la casa de Guamasa también oía cantar «con su hermosa voz de barítono» —nos imaginamos que sería su padre— la misma canción. Después la ensayista tinerfeña define la poesía de la señora Sánchez como de tono menor, sutilmente femenina, de corte y verso breves; no tiene ni un solo soneto, ni una décima; hay abundancia de la poesía de corte neopopularista de hace veinte años, pero que para la poetisa cubana es una incorporación. El nombre de una mujer periodista, Josefina Carabias, aparece en un artículo dedicado a un coloquio que tuvo lugar sobre *La muerte de un viajante*, debido a que la compañía Lope de Vega llevaba más de un centenar de representaciones de la obra de Arthur Miller en el teatro de la Comedia madrileña; en dicho coloquio fue la periodista madrileña la que puso la nota graciosa y desenfadada cuando hizo una caricatura de la obra y del público que iba a verla; con el mismo desenfado que hizo la reseña cómica nos aseguró que había escrito de sus excelencias en

el periódico. También tenemos otro título de los artículos periodísticos de la periodista tinerfeña con nombre de mujer: «Carmen Laforet, novelista», en donde habla de la expectación con la que fue esperada la segunda novela de la autora de *Nada*: María Rosa Alonso dice que la recién publicada, *La isla y los demonios*, es menos impresionante que la primera. Los personajes podrían ser de cualquier lugar, no hay nada que los diferencie, salvo que ella los ubica en la isla de Gran Canaria. Dice la ensayista que el éxito de la novela estriba en «la creación de unos seres en un ambiente representativos ambos de la isla, esta novela y *Nada* terminan de forma similar: la huida de la protagonista de la isla».

En los siete artículos de ensayos que conforman un bloque en el que se habla de «Antonio Machado y su secreto amor» nos encontramos con tres mujeres muy diferentes entre sí: en primer lugar está Leonor la jovencita casada con el maduro profesor y que representa el tópico femenino de la dulzura, la candidez, la ingenuidad, etc., una joven que no había salido de su tierra y que se deslumbró ante el sabio profesor. En segundo lugar está la escritora, que al publicar las cartas de amor de Machado, rompió el hechizo de la poética historia del eterno amor del sevillano, pues Concha Espina se atreve a publicar a los cuatro vientos las cartas de amor entre Machado y su secreto amor y, por último, está Guiomar, una inteligente mujer con la que el poeta conoció el amor a una igual, pues la musa a la que le dio el nombre de Guiomar era una mujer con una preparación cultural lo suficientemente elevada para tener profundas conversaciones sobre cualquier tema. Por lo tanto tenemos la que se dedica en cuerpo y alma al esposo, la mujer independiente que tiene un nombre por sí misma y el último amor platónico del poeta, que con el tiempo se sabría que también era una mujer real, aunque con un gran impedimento para oficializar su relación con Machado.

No podemos dejar de nombrar el excelente artículo de ensayo que sobre nuestras mujeres prehistóricas escribió el doctor Wölfel y que María Rosa Alonso nos expone en «Huellas matriarcales en la cultura aborigen»: empieza hablando de las teorías sobre determinados aspectos de la cultura matriarcal en los que había coincidencias entre el tema literario de Orestes y en la *Odisea* de Homero, pues es en Penélope y no en los hombres de la familia, el padre y el hijo de Ulises, en quien recae las funciones de mando. Destaca la relación existente entre el matriarcado de los pueblos antiguos, citados por Wölfel, y la importancia de la mujer del antiguo pueblo guanche, según lo resaltado por el padre Espinosa: un claro ejemplo de lo anterior

estaría en la poliandria, observada en Lanzarote por los capellanes Boutier y Le Verrier, en la que las mujeres indígenas de Lanzarote tenían tres esposos, lo que no alteraba su natural honestidad, pues era la organización del matriarcado así. De la misma manera, Pedro de Luján en sus *Diálogos matrimoniales* dice que una indígena de Gran Canaria podía tener cinco maridos. Otro aspecto derivado del matriarcado es cuando la sucesión no era de padres a hijos sino que heredaba el hermano mayor y muerto éste los restantes, en Egipto, cuyas costumbres eran matriarcales, el faraón para garantizar la legitimidad de la descendencia podía casarse con su hermana; Espinosa afirma lo mismo para el rey guanche, que para no ensuciar su linaje podía casarse con su hermana. Esta costumbre sirvió de tabla de salvación al dramaturgo del siglo XVII, que escribió la comedia en tres actos *Nuestra Señora de la Candelaria* para plantear el nudo teatral, haciendo que Dácil sea hermana de Bencomo y de los ocho reyes guanches; Bencomo y Acaymo, los hermanos mayores, solicitan el amor de su hermana Rosamaría, que los rechaza para casarse, al final, con el gallardo Castillo. También está la tradición del zorrococo, o el respeto romano a la mujer encontrada en la calle, que sería un vestigio del matriarcado y que sustenta el respeto de los pastores cuando se encontraron con la Virgen de Candelaria. La ensayista concluye diciendo que el papel conservador de las islas en su prehistoria, así como en los primeros años de la conquista, adquiere unos caracteres muy singulares.

Y con este escueto repaso por las manifestaciones sobre la mujer que hace María Rosa Alonso en sus artículos escritos desde 1930 a 1953, podemos concluir diciendo que, a pesar de las vicisitudes que tuvo que sufrir por su condición femenina, ella quería ser neutral en cuanto al aspecto que hoy en día llamamos de género, quería ser una persona preparada con un gran afán para superarse y procuró soslayar dentro de sus posibilidades el hecho de ser mujer: donde mejor podemos ver expuesto esta capacidad de pasar desapercibida por su condición femenina es, cuando al hablar de su vida como estudiante en la universidad madrileña, cita a las «sufragistas» en un tono despectivo, pues ella era partidaria de la incorporación de las féminas a la universidad pero de un modo discreto, sin llamar mucho la atención sobre las flagrantes desigualdades que las mujeres sufrían sólo por el hecho de serlo.

## 6. BIBLIOGRAFÍA

### 6.1 De la autora

#### 6.1.1 Obras publicadas

(1932): *San Borondón, signo de Tenerife. (Artículos, notas, crónicas). 1931-1936*, Editorial Leoncio Rodríguez. Santa Cruz de Tenerife. Reeditada en 2001, en la Colección Biblioteca Canaria, de la misma Editorial.

(1940): *En Tenerife, una poetisa. Victorina Bridoux y Mazzini. 1835-1862*. Librería Hespérides, Santa Cruz de Tenerife. Reeditada en 1988 y en el 2001 por Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife.

(1944): *Un rincón tinerfeño. La Punta del Hidalgo*, Real Sociedad Económica de Amigos del País, La Laguna. 2ª edición (2000), Ayuntamiento de La Laguna. 3ª edición (2009) en la colección MRA, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y el Gobierno de Canarias, Madrid.

(1945): *Con la voz del silencio*, Colección de Bibliófilos, n.º 20, Las Palmas de Gran Canaria. Reeditada en 2007.

(1951): *Otra vez...*, Goya, Santa Cruz de Tenerife. Reeditada en 2004 por el Centro de la Cultura Popular Canaria, Santa Cruz de Tenerife y en 2009 en la colección MRA, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y el Gobierno de Canarias, Madrid.

(1952): *El Poema de Viana, Estudio histórico-literario de un poema épico del siglo XVII*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid. Reeditada en 2009 en la colección MRA, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y el Gobierno de Canarias, Madrid.

(1953): *Pulso del tiempo*, Universidad de La Laguna. Reeditada en 2006 por Ediciones Ideas, Santa Cruz de Tenerife y en 2009 en la colección MRA, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y el Gobierno de Canarias, Madrid.

(1955): *Manuel Verdugo y su obra poética*, Instituto de Estudios Canarios, La Laguna. Reeditada en 2009 en la colección MRA, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y el Gobierno de Canarias, Madrid.

(1960): *Residente en Venezuela*, Universidad de Los Andes, Mérida, (Venezuela). Un segunda edición coeditada por la Universidad de La Laguna y el Instituto de Estudios Canarios, La Laguna, 2017.

(1966): *Apuntes sobre la Ortografía Española con explicaciones de léxico. Para uso de principiantes*, Universidad de los Andes, Mérida, (Venezuela).

(1966): *Apuntes sobre la conjugación española (Para principiantes)*, Universidad de los Andes, Mérida, (Venezuela).

(1967): *Sobre el español que se escribe en Venezuela*, Universidad de los Andes, Mérida, (Venezuela).

(1972): *Papeles tinerfeños*, Ediciones Nuestro Arte, Santa Cruz de Tenerife. Reeditada en 2009 en la colección MRA, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y el Gobierno de Canarias, Madrid. La última edición fue la realizada en el 2022 por el área de Cultura del Gobierno de Canarias, con motivo de la recuperación de la Biblioteca Básica Canaria, prólogo de Juana González González.

(1989): *Santa Cruz, vocación de futuro*, (Pregón de las Fiestas de Mayo de 1988), Edición del Excmo. Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife.

(1989): *La ciudad y sus habitantes*, Aula de cultura del Cabildo Insular de Tenerife, Santa Cruz de Tenerife. Reeditada en 2009 en la colección MRA, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y el Gobierno de Canarias, Madrid.

(1990): *Las Generaciones y cuatro Estudios*, Colección Clavijo y Fajardo, Viceconsejería de Educación y Deportes del Gobierno de Canarias. Reeditada en 2009 en la colección MRA, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y el Gobierno de Canarias, Madrid.

(1998): *La luz llega del Este*, Ayuntamiento de La Laguna.

(2002): *José Tabares Bartlett (1850-1921)*, Colección “Libros de Fortuna”, Gráficas Sabater, Santa Cruz de Tenerife.

(2008): *Todos los que están fueron: Artículos bibliográficos 1930-2002*. Gobierno de Canarias-Ayuntamiento de San Cristóbal de la Laguna, 2 vols.

(2011): *Pulso de una generación*, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y el Gobierno de Canarias, Madrid.

(2022): *Antología de María Rosa Alonso*, Edición de Benigno León Felipe, y María A. Gabino Campos, Academia Canaria de la Lengua: 35.

### **6.1.2 Ediciones**

(1940): *Auroras (Selección de poemas)* de Rafael Fernández Neda, Librería Hespérides, Santa Cruz de Tenerife.



(1940): *Biografía y crónicas del malogrado escritor Joaquín Estrada Pérez*, Librería Hespérides, Santa Cruz de Tenerife.

(1944): *Comedia de nuestra Señora de la Candelaria*, Instituto Nicolás Antonio, Revista de Bibliografía Nacional. Anejo II, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.

(1946): *Floresta de poesía canaria: Viera y Clavijo (1731-1813)*. Encarte en *Revista de Historia*, Universidad de La Laguna.

(1946): *Floresta de poesía canaria: Fray Marcos de Alayón (siglo XVIII). Loa para la noche de Navidad. Juguete de la Adoración de los pastores*. Encarte en *Revista de Historia*, Universidad de La Laguna.

(1951): *Obra de José Manuel Guimerá*, en dos volúmenes: I: *Ensayos*, II: *Poesía*, edición del Círculo de Bellas Artes de Santa Cruz de Tenerife, 1951. Segunda edición: Biblioteca Capitalina III, Santa Cruz de Tenerife.

(1977): «La literatura en Canarias desde los orígenes hasta 1880», en la *Historia General de las Islas Canarias*, de Agustín Millares Torres, Ediciones Edirca, Las Palmas: Tomo IV 282-295; Tomo V 112-131.

(1991): *Antigüedades de las Islas Afortunadas*, de Antonio de Viana. Edición, Introducción y notas, n.º 5 (en dos volúmenes). Biblioteca Básica Canaria. Viceconsejería de Educación y Deportes del Gobierno de Canarias.

(1991), *Poesía de la segunda mitad del siglo XIX*, selección, introducción y estudio, n.º 20 de la Biblioteca Básica Canaria. Viceconsejería de Educación y Deportes del Gobierno de Canarias.

(1993): «Textos a la edición de *Los Menceyes guanches de Candelaria* del escultor José Abad», Litografía A. Romero, Santa Cruz de Tenerife.

(1996): Prefacio a la edición facsímil de *Las Antigüedades de las Islas Afortunadas*, de Antonio de Viana, La Laguna.

### **6.1.3 Trabajos en Revistas**

(1936): «Gustavo Adolfo Bécquer», *Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras*, Madrid: 28 páginas [separata].

(1943): «Al margen de las últimas obras de Azorín», *Cuadernos de Literatura Contemporánea*, n.º 8, Madrid: 211-216.

(1943): «El Unamuno de Julián Marías», *Arte y Letras*, n.º 11, Madrid.

- (1944): «Folklore Infantil», *El Museo Canario*, n.º 12, (octubre-diciembre), Las Palmas: 15-36.
- (1944): «Índice cronológico de pintores canarios I», *Revista de Historia*, n.º 67, La Laguna: 362-368.
- (1944): «Vejamen y réquiem al librito intitolado *La Punta del Hidalgo*», *Revista de Historia*, n.º 68, La Laguna: 362-368.
- (1945): «Las canciones populares canarias», *El Museo Canario*, n.º 16 (octubre-diciembre), Las Palmas: 55-66.
- (1945): «Alonso Quesada, poeta canario», *Cuadernos de Literatura Contemporánea*, n.º 16-17, Madrid: 413-423.
- (1945): «Índice cronológico de pintores canarios II (Rectificaciones y adiciones)», *Revista de Historia*, n.º 72, La Laguna: 446-461.
- (1948): «Las danzas y canciones populares canarias», *El Museo Canario*, n.º 25, 26 (enero-junio), Las Palmas: 83-98.
- (1951): «La conquista bethencouriana y la de la isla de Gran Canaria y sus relaciones con el Poema de Viana», *El Museo Canario*, n.º 37-40, Las Palmas: 1-54.
- (1951): «Antonio de Viana», *Revista de Historia*, n.º 95-96, La Laguna: 260-296.
- (1952): «El tema del mar en la lírica española», *Arbor*, n.º 81-82, Madrid: 40-72.
- (1952): «La obra literaria de Bartolomé Cairasco de Figueroa», *Revista de Historia*, n.º 100, La Laguna, octubre-diciembre: 334-389.
- (1956): «Las *Endechas* a la muerte de Guillén Peraza», *Anuario de Estudios Atlánticos*, n.º 2, Madrid-Las Palmas: 457-471.
- (1958): «¿Es el método de las generaciones un método comprobado?», *Revista Nacional de Cultura*, n.º 128, mayo-junio, Caracas: 92-113.
- (1960): «Colón en Canarias y el rigor histórico», *El Museo Canario*, n.º 73-74, Las Palmas de Gran Canarias: 32-42.
- (1975): «En el cuarto centenario de un poeta. Estudios sobre Antonio de Viana», *Anuario de Estudios Atlánticos*, n.º 24, Madrid-Las Palmas: 475-523.
- (1984): «Ortega en el recuerdo», *Revista de Occidente*, n.º 24-25, Madrid: 10-21.
- (1984): «Largo tema para una vida breve», en *Homenaje a Julián Marías*, Espasa-Calpe, Madrid: 41-47.
- (1993): «Características de la poesía en Canarias», *Anuario de Estudios Atlánticos*, n.º 39, Madrid-Las Palmas: 17-39.

(2003): «A propósito de la exposición El Teide, representación e identidad», en *El Teide: representación e identidad: catálogo exposición*, coordinado por Nicolás González Lemus, Cabildo Insular de Tenerife: 13-26.

(2020): «El tema de Don Carlos en la literatura», *Politeia: 50 años de cultura*, Volumen II: *De la época del Barroco al mundo Contemporáneo*, Ed. Galaxia Gutenberg, Barcelona: 139-147.

#### 6.1.4 Artículos en periódicos

- «Ángel Valbuena Prat», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 26 febrero de 1977.
- «En el recuerdo de un Epistolario I y II», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 26 y 27 de marzo de 1980.
- «Leoncio Rodríguez. El editor y el escritor», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 27 de enero de 1985.
- «Recuerdo de don Leoncio Rodríguez», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 15 de octubre de 1985.

#### 6.1.5 Entrevistas a María Rosa Alonso

- CARBALLO, Cándida: *Diario de Avisos*, Santa Cruz de Tenerife, 19 de Octubre de 2004.
- DULCE, J. A.: *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 23 de abril de 2006.
- DUQUE, Daniel: *La Opinión de Tenerife*, el 29 de mayo de 2011.
- GARCÍA PÉREZ, Ana María: *Pasillos*, Instituto de Canarias-Cabrera Pinto, San Cristóbal de La Laguna, Junio de 2003.
- GONZÁLEZ DÉNIZ, Emilio Y GONÇALVES, Tato (1996): «María Rosa Alonso dixit», *Canarias* 7, 30 de mayo de 2011: <https://blogs.canarias7.es/bardinia/2011/05/entrevista-con-maria-rosa-alon/> (consultado el 02/06/2021)
- GORROÑO, R.: *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 6 de julio de 2003.

### 6.1.6 Artículos objeto de esta Tesis

Con el seudónimo de *María Luisa Villalba*

1. «En torno a los libros de la guerra», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 29 de enero de 1930.  
Reproducido en *Páginas*, n.º 2, Santa Cruz de Tenerife, marzo de 1930.
2. «Mirando al siglo XIX, I», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 6 de febrero de 1930.
3. «Mirando al siglo XIX, II», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 10 de febrero de 1930.
4. «Interrogantes acerca de política», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 13 de febrero de 1930.
5. «De la decadencia del amor», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 24 de febrero de 1930.
6. «Del problema español: gobernantes y gobernados, I», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 24 de marzo de 1930.
7. «Del problema español: gobernantes y gobernados, II», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 27 de marzo de 1930.
8. «Del problema español: gobernantes y gobernados, III», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 31 de marzo de 1930.
9. «Del problema español: gobernantes y gobernados, IV», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 7 de abril de 1930.
10. «Del problema español: gobernantes y gobernados, V», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 10 de abril de 1930.
11. «Del problema español: gobernantes y gobernados, VI», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 14 de abril de 1930.
12. «Del problema español: gobernantes y gobernados, y VII», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 17 de abril de 1930.
13. «Una exposición en el círculo de Bellas Artes: Juanita Dorta», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 5 de abril de 1930.
14. «Otro voto que se pierde. A Don Salvador Quintero», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 8 de mayo de 1930.
15. «Un libro de Gutiérrez Albelo», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 23 de junio de 1930.

16. «En torno a la revista *Cartones*», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 30 de junio de 1930.
17. «De la reforma del Bachillerato», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 24 de julio de 1930.
18. «La juventud y la agricultura, I», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 11 de agosto de 1930.
19. «Don Antonio Lugo y Massieu, II», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 12 de agosto de 1930.
20. «Motivos de un centenario: 1830», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 12 de septiembre de 1930.
21. «Elementos de orden y elementos disolventes», *Decimos...*, Puerto de La Cruz, 14 de septiembre de 1930.
22. «Viejo y nuevo pleito», *Altavoz*, La Gomera–Santa Cruz de Tenerife, del 20 de septiembre de 1930.
23. «Momentos históricos», *¡Adelante!*, Teruel, 27 de septiembre de 1930.
24. «Explotadores y explotados», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 3 de octubre de 1930.
25. «Las bibliotecas populares», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 18 de octubre de 1930.
26. «Las dos oraciones», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 31 de octubre de 1930.  
Reproducido en *Nosotros*, Madrid, 23 de octubre de 1930.
27. «Para los amigos provincianos y otros señores», *Altavoz*, La Gomera–Santa Cruz de Tenerife, 30 de octubre de 1930.
28. «Juliano y el presente», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 5 de noviembre de 1930.
29. «Razón y fuerza», *Decimos...* Puerto de la Cruz, 12 de noviembre de 1930.
30. «Recordando», *¡Adelante!*, Teruel, 15 de noviembre de 1930.
31. «Líneas de una revolución», *Rebeldías*, Utiel (Valencia), 16 de noviembre de 1930.
32. «Ayer, hoy y el cacique», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 20 de diciembre de 1930.
33. «Reaccionarios», *Decimos...*, Puerto de La Cruz, 4 de enero de 1931.
34. «Dos siglos», *Libertad*, Castellón, 17 de marzo de 1931.  
Reproducido en *Proa*, Santa Cruz de Tenerife, 11 de abril de 1931.
35. «Autonomía», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 19 de marzo de 1931.
36. «Para *En Marcha*», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 27 de marzo de 1931.

- Reproducido en *En Marcha*, Santa Cruz de Tenerife, el 1 de abril de 1931.
37. «La otra España, I», *Libertad*, Castellón de La Plana, 31 de marzo de 1931.  
Reproducido en *Proa*, Santa Cruz de Tenerife, 18 de abril de 1931 y en *Adelante*, La Coruña, 6 de mayo de 1931.
38. «La otra España, II», *Libertad*, Castellón, 1 de abril de 1931.  
Reproducido en *Proa*, Santa Cruz de Tenerife, 25 de abril de 1931.
39. «La otra España y III», *Libertad*, Castellón, 2 de abril de 1931.  
Reproducido en *Proa*, Santa Cruz de Tenerife, 2 de mayo de 1931.
40. «Los maestros», *Libertad*, Castellón, 18 de abril de 1931.
41. «Ha terminado el siglo XIX», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 22 de abril de 1931.
42. «Lo que no puede olvidarse», *Adelante*, Teruel, 30 de abril de 1931.
43. «La cigarrera», *En Marcha*, Santa Cruz de Tenerife, 1 de mayo de 1931.
44. «La lucha de la media montaña», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 6 de mayo de 1931.
45. «Mariana Pineda», *Proa*, Santa Cruz de Tenerife, 23 de mayo de 1931.  
Publicado también en *Rebeldías*, de Utiel (Valencia), del 13 de junio de 1931.
46. «Un alto en la marcha y ¡adelante!», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 25 de mayo de 1931.
47. «La cruzada contra el caciquismo», *Crisol*, Madrid, 28 de mayo de 1931.
48. «La constitución de un nuevo partido político», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 30 de mayo de 1931.
49. «Carta abierta a un amigo», *Libertad*, Castellón, 2 de junio de 1931.
50. «El ideal comunista», *Libertad*, Castellón, 3 de junio de 1931.  
Reproducido en *Proa*, Santa Cruz de Tenerife, del 20 de junio de 1931.
51. «Un libro de Valbuena Prat», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, del 5 de junio de 1931.  
Publicado también en *Libertad*, Castellón, 12 de junio de 1931.
52. «De nuestro presente y porvenir», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 16 de junio de 1931.
53. «Un librito para uso de las escuelas», *Libertad*, Castellón, 16 de junio de 1931.
54. «Socialistas en La Laguna» *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 11 de julio de 1931.
55. «El Problema Canario», *Proa*, Santa Cruz de Tenerife, 11 de julio de 1931.

56. «Capitalismo y socialismo, I», *El Socialista*, Santa Cruz de Tenerife, del 12 de octubre de 1931.
57. «Capitalismo y socialismo, II», *El Socialista*. Santa Cruz de Tenerife, 19 de octubre de 1931.
58. «El hombre ante la Naturaleza. Viera y Clavijo y el paisaje en el siglo XVIII», *Revista de Historia*, La Laguna, Núm. 32 (octubre–diciembre de 1931): 111-115.
59. «Caudillaje y democracia», *Proa*, Santa Cruz de Tenerife, 2 de enero de 1932.
60. «Cultura y región», *Proa*, Santa Cruz de Tenerife, 9 de enero de 1932.
61. «Como los hombres del Gabinete Instructivo», *Proa*, Santa Cruz de Tenerife, 23 de enero de 1932.
62. «Periodismo escolar», *Brújula*, n.º 1, La Laguna, Tenerife, 19 de marzo de 1932.
63. «En el centenario de Goethe: *Clavijo*, drama de Goethe», *Proa*, Santa Cruz de Tenerife, 26 de marzo de 1932.
64. «Juan Wolfgang Goethe (1749-1832). Notas biográficas I», *Proa*, Santa Cruz de Tenerife, 26 de marzo de 1932.
65. «Juan Wolfgang Goethe (1749-1832). Notas biográficas II», *Proa*, Santa Cruz de Tenerife, 2 de abril de 1932.
66. «Revista de Historia», *Proa*, Santa Cruz de Tenerife, 2 de abril de 1932.
67. «Un hombre del siglo XVIII. El segundo centenario del polígrafo tinerfeño José de Viera y Clavijo», *La Gaceta Literaria*, n.º 123, Madrid, 1 de mayo de 1932.
68. «La República y la enseñanza», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 24 de julio de 1932 (sin firma, como editorial).
69. «San Borondón, signo de Tenerife», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 28 de julio de 1932.
70. «*Alamares*», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 29 de julio de 1932.
71. «Revolución y juridicidad», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 23 de agosto de 1932.
72. «Un caballero español», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 9 de septiembre de 1932. (Firma como *Sagitario*).
73. «La lección de Cataluña», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 13 de septiembre de 1932.
74. «Comentario», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 20 de septiembre de 1932 (Editorial, sin firma).
75. «Respondiendo a la llamada del señor Orozco», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 27 de septiembre de 1932.

76. «Mi reino no es de este mundo», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 27 de septiembre de 1932. (Firma como *Sagitario*).
77. «Contribución a un proyecto de Universidad, I», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 2 de octubre de 1932.
78. «Contribución a un proyecto de Universidad, II», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 4 de octubre de 1932.
79. «Contribución a un proyecto de Universidad, III», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 5 de octubre de 1932.
80. «Contribución a un proyecto de Universidad, IV», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 6 de octubre de 1932.
81. «Antología», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 8 de octubre de 1932. [Firma como *Sagitario*].
82. «El Instituto de Estudios Canarios», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 3 de octubre de 1932. [Artículo de fondo, sin firma].
83. «El libro de Canarias. Una obra del profesor Millares», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 14 de octubre de 1932.
84. «El Instituto de Estudios Canarios y la Universidad», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 16 de octubre de 1932. (Artículo de fondo, sin firma).
85. «Se preparan dos ediciones de la Historia de Viera y Clavijo», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 29 de octubre de 1932. (Artículo de fondo, sin firma).
86. «Don José Rodríguez Moure», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 30 de octubre de 1932.
87. «Carta a Don Maximino Acea, presidente del Cabildo Insular», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 1 de noviembre de 1932.
88. «Epílogo y prólogo. La Universidad y el Instituto de Estudios Canarios», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 5 de noviembre de 1932.
89. «Del Instituto de Estudios Canarios. Respuesta obligada», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 9 de noviembre de 1932.
90. «Sol en el palacio de Nava», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 15 de noviembre de 1932.
91. «La F.U.E. neurótica», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 19 de noviembre de 1932. (Firma como *Sagitario*).
92. «Paradojas», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 24 de noviembre de 1932. [Firma como *Sagitario*].
93. «La Universidad», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 25 de noviembre de 1932.



94. «Los apaistas laguneros», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 26 de noviembre de 1932. [Firma como *Sagitario*].
95. «Hombres y libros. Página literaria: Publicaciones isleñas: *Las manchas del destino*, de José Clavijo Torres; *Isla de promisión*, de Andrés de Lorenzo Cáceres. Temas de insularidad: *Divagaciones sobre el balcón*. Lo que perderán nuestros escritores. Antología poética», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 10 de diciembre de 1932.
96. «Política de Tenerife», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 14 de diciembre de 1932.
97. «Chozas, flora, geografía», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 3 de enero de 1933.
98. «El Doctor Wölfel, la historia y la prehistoria de Canarias», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 18 de enero de 1933. (Artículo de fondo, sin firma).
99. «El Instituto de Estudios Canarios, tema de categoría orientadora», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 4 de febrero de 1933. (Artículo de fondo, sin firma).
100. «El Instituto de Estudios Canarios está en marcha», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 5 de febrero de 1933.

De aquí en adelante firma con su propio nombre: María Rosa Alonso

101. «Al margen del libro *El Poeta y San Marcos*», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 4 de mayo de 1933. (Escrito desde Madrid).
102. «La Laguna. Falsa y auténtica vida», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 20 de junio de 1933. (Escrito desde Madrid).
103. «La Exposición de Juan Ismael en el Ateneo de Madrid», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 22 de junio de 1933.
104. «Sobre un cuaderno de Agustín Espinosa», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 19 de julio de 1933.
105. «La escuela de la República», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 23 de julio de 1933.
106. «Dos figuras representativas de la vida de Tenerife. Lectura, y antología de las *Memorias de Don Nicolás*. Últimas líneas sobre el famoso almendro. La casa de los Estévanez. Bibliografía de Don Nicolás Estévanez. Don Patricio Estévanez. Anverso y reverso», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 25 de julio de 1933.
107. «La aviación en Tenerife. Turismo, deporte y comercio», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 18 de agosto de 1933.

108. «Los problemas de la cultura en Tenerife», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 10 de septiembre de 1933.
109. «Don Juan Tenorio», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 18 de noviembre de 1933. [Escrito desde Madrid].
110. «Carta particular a un poeta», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 19 de noviembre de 1933. [Escrito desde Madrid].
111. «En el Salón de Otoño», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 23 de noviembre de 1933. [Escrito desde Madrid].
112. «Al margen de la Guía», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 24 de octubre de 1933. [Escrito desde Madrid].
113. «Política», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 19 de diciembre de 1933. [Escrito desde Madrid].
114. «Dos ediciones de José Pérez Vidal», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 30 de diciembre de 1933.
115. «La revista El Museo Canario», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 4 de febrero de 1934.
116. «Notas de viaje», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 28 de marzo de 1934.
117. «Notas de un curso, I», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 30 de marzo de 1934.
118. «Notas de un curso, II», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 30 de marzo de 1934.
119. «Notas de un curso, y III», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 1 de abril de 1934.
120. «Notas de 1934», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 4 de abril de 1934.
121. «La vocación, la verdad», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 13 de abril de 1934.
122. «Quijotismo», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 14 de abril de 1934.
123. «Al margen de una teoría», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 19 de mayo de 1934.
124. «Destinos diferentes», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 19 de mayo de 1934.
125. «El problema cultural de Canarias», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 13 de agosto de 1935.
126. «El tricentenario de la muerte de Lope de Vega». Contiene: «Justificación y envío. Notas biográficas de Lope de Vega. La lección de Lope. Lope y Los guanches de Tenerife. Antología poética», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 27 de agosto de 1935.
127. «Lope, poeta popular», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 28 de agosto de 1935.
128. «Otra vez el vino de Tenerife», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 18 de septiembre de 1935.

129. «Andrés de Lorenzo Cáceres: *Las Canarias de Lope*», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 8 de noviembre de 1935. (Escrito desde Madrid).
130. «La obra del Instituto de Estudios Canarios», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 12 de noviembre de 1935. (Escrito desde Madrid).
131. «Don José Ortega y Gasset y la juventud», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 29 de noviembre de 1935. (Escrito desde Madrid).
132. «Lope de Vega y los *Guanches de Tenerife*», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 3 de diciembre de 1935. (Escrito desde Madrid).
133. «El centenario del Ateneo», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 6 de diciembre de 1935. (Escrito desde Madrid).
134. «La Facultad de Filosofía y Letras», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 8 de diciembre de 1935. (Escrito desde Madrid).
135. «Los universitarios y sus comentadores», *El Sol*, Madrid, 13 de diciembre de 1935.
136. «El Manzanares», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 5 de enero de 1936.
137. «Automático y sesión continua», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 25 de enero de 1936.
138. «Jorge V o *The King*», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 29 de enero de 1936.
139. «El nuevo estilo», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 31 de enero de 1936.
140. «Primero yo», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 11 de febrero de 1936.
141. «Carta abierta a Agustín Espinosa», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 25 de marzo de 1936.
142. «En la muerte de Don José Rodríguez Moure», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 3 de abril de 1936.
143. «Biografías. Iscar Peyra: Gabriel y Galán», *El Sol*, Madrid, 17 de junio de 1936.
144. «El libro que no se ha escrito», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 28 de junio de 1936. (Escrito en Tenerife).
145. «Cronología y bibliografía de Benito Pérez Galdós», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 10 de mayo de 1943.
146. «El paisaje de Gran Canaria», *Isla*, N.º 2. Las Palmas de Gran Canaria.
147. «Alonso Quesada, provincianismo canario en Rafael Romero», *El Español*, N.º 153, Madrid, 29 de septiembre de 1945.
148. «Exposición León y Falcón en el Gabinete Literario de Las Palmas», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 9 de enero de 1946. [Firmado como M. R. Solano].

149. «Una estilística del tema Atlántico, excelencias de una teoría y deficiencias de una información», *El Español*, N.º 171, Madrid, 2 de febrero de 1946.
150. «En torno al libro de versos *Rincón de provincia*», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 14 de junio de 1946.  
Reproducido en *Revista de Historia*, nº73, tomo XII (año XIX), págs. 109-11.
151. «Carta tinerfeña a Mr. Starkie», *El Español*, N.º 197, Madrid, 3 de agosto de 1946.  
Reproducido en *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 21 de agosto de 1946.
152. «Exámenes, recomendaciones y claveles», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 1 de octubre de 1946.
153. «Nuevo descubrimiento de Canarias», *El Español*, N.º 208, Madrid, 19 de octubre de 1946.
154. «Tenerife suma de pueblos. La capital y el interior I», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 6 de agosto de 1947.
155. «Tenerife suma de pueblos. La capital y el interior II», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 7 de agosto de 1947.
156. «Muy en serio sobre Las Cañadas. Un artículo y una carta de Ilmo. Sr. Comisario General de Excavaciones Arqueológicas», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 17 de agosto de 1947.
157. «En Tenerife, una poetisa: Dulce María Loynaz», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 26 de agosto de 1947.
158. «Acto de contrición», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 10 de septiembre de 1947.
159. «Evocación y nostalgia del timple». *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 25 de septiembre de 1947. Reproducido en *Pronósticos*, n.º 91. Lanzarote, 10 de octubre de 1947.
160. «Perfume y aires regionales», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 10 de noviembre de 1947.
161. «El paisaje y la ciudad en otoño», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 27 de noviembre de 1947.
162. «Teobaldo Power (1848–1884). Apuntes biográficos. La familia. I», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 4 de enero de 1948.
163. «Teobaldo Power (1848–1884). Apuntes biográficos. El músico. II», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 6 de enero de 1948.
164. «La lección de Miguel de Cervantes», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 11 de marzo de 1948.

165. «Especie y nombre», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 27 de marzo de 1948.
166. «Salamanca», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 15 de abril de 1948.
167. «Gente y personas», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 20 de abril de 1948.
168. «*Vía crucis* turístico», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 27 de abril de 1948.
169. «Valladolid en Castilla», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 4 de mayo de 1948.
170. «El plomo en el ala», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 11 de mayo de 1948.
171. «Paisaje castellano y un pintor canario en Madrid», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 18 de mayo de 1948.
172. «La crítica y el arte en Madrid. I», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 25 de mayo de 1948.
173. «La crítica y el arte en Madrid. II», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 4 de junio de 1948.
174. «Canarias y su tradición botánica. Ante la jubilación del profesor Cabrera Díaz», *El Alcázar*, Madrid, 3 de junio de 1948.  
Reproducido en *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 11 de junio de 1948.
175. «La madre en el umbral. I», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 11 de junio de 1948.
176. «La madre en el umbral. II», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 15 de junio de 1948.
177. «El mar desde Castilla», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 23 de junio de 1948.  
Reproducido en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 4 de julio de 1948.
178. «El Puerto de la Cruz y sus fiestas», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 17 de julio de 1948.
179. «¿Amor a la tierra, desdén por la tierra?» *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 5 de agosto de 1948.
180. «*Catálogo de la Biblioteca Cervantina de don José María de Asensio y Toledo*, por Miguel Santiago Rodríguez», *Ínsula*, n.º 32, Madrid, 15 de agosto de 1948.
181. «En tierras de Francia», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 2 de octubre de 1948.
182. «Una española en París», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 27 de octubre de 1948.
183. «Islas del Sena», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 28 de noviembre de 1948.

184. «El Sena y su villa», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 1 diciembre de 1948.
185. «París y lo clásico», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 5 de diciembre de 1948.
186. «Versalles, geometría», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 10 de diciembre de 1948.
187. «Nuestra Señora de París», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 18 de diciembre de 1948.
188. «Canarios en París», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 23 de diciembre de 1948.
189. «En Enero, felicitaciones», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 16 de enero de 1949.
190. «Literatura de Año Nuevo», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 29 de enero de 1949.
191. «A D. Luis Doreste Silva, bajo el cielo de Las Palmas», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 9 de febrero de 1949.
192. «Coletilla a una cola», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 16 de marzo de 1949.
193. «Otra vez Bencomo», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 2 de abril de 1949.
194. «¿Pero es que no hay árboles?», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 10 de abril de 1949.
- Reproducido en *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 14 de abril de 1949.
195. «El tiempo y Don Francisco Bonnin», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 19 de abril de 1949.
196. «Elegía de un ave», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 28 de abril de 1949.
197. «Fábula del tuerto, el ciego y la mujer», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 10 de mayo de 1949.
198. «Carta abierta (A D. Víctor Zurita, director de *La Tarde*)», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 27 de mayo de 1949.
199. «Cortesía, cursilería», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 28 de mayo de 1949.
200. «¿Sociedad, suciedad?», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 8 de junio de 1949.
201. «Nostalgia del usted», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 18 de junio de 1949.
202. «Josefina Maynadé y sus poemas», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 23 de junio de 1949.

203. «Lenguaje de moda», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 2 de julio de 1949.
204. «De una generación. I. En la etapa formativa», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 13 de julio de 1949.
205. «De una generación. II. Hacia la madurez», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 14 de julio de 1949.
206. «De una generación. III. Julián Marías», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 15 de julio de 1949.
207. «De una generación. IV. Ortega (a)», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 17 de julio de 1949.
208. «De una generación. IV. Ortega (b)», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 19 de julio de 1949.
209. «De una generación. IV. Ortega y la idea de la razón vital (y c)», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 20 de julio de 1949.
210. «En el Puerto de la Cruz», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 29 de julio de 1949.
- Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 26 de agosto de 1949.
211. «En La Orotava», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 4 de agosto de 1949.  
Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 23 de agosto de 1949.
212. «Llorad las damas. I. Los malogrados», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 23 de agosto de 1949.
213. «Llorad las damas. II. Imprecación a La Palma», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 26 de agosto de 1949. • Reproducido en *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 7 de septiembre de 1949.
214. «El Valle de Ucanca», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 30 de agosto de 1949.
- Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 12 de mayo de 1950.
215. «El tríptico de la parroquia de Taganana», *Tenerife Gráfico*, N.º 16, Santa Cruz de Tenerife, julio–agosto de 1949.
216. «Papeles son papeles, cartas son cartas», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 4 de septiembre de 1949.
217. «Gracias, a Don José María de Cossío», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 15 de septiembre de 1949.
218. «Llorad las damas. Diálogo con don Simón Benítez. I», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 23 de septiembre de 1949.

219. «Llorad las damas. Diálogo con don Simón Benítez, y II», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 28 de septiembre de 1949.
220. «D. Ángel Guimerá y la investigación», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 7 de octubre de 1949.
- Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 3 de noviembre de 1949.
221. «Adiós a José Manuel Guimerá», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 11 de octubre de 1949.
222. «A propósito de la apertura del curso académico». *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 20 de octubre de 1949.
223. «Respuesta a Luis Álvarez Cruz», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 10 de noviembre de 1949.
224. «José Manuel Guimerá, ensayista», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 17 de noviembre de 1949.
225. «Carmelo Cabral, guitarrista», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 2 de diciembre de 1949.
226. «Otra vez Viera», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 21 de diciembre de 1949.
227. «Continentes en miniatura», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 11 de febrero de 1950.
228. «Aleixandre en la Academia», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 14 de febrero de 1950.
229. «Francisco Gutiérrez Cossío en el Museo de Arte Moderno», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 28 de febrero de 1950.
230. «La niñez, todavía», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 21 de marzo de 1950.
231. «Otra vez los antiguos y los modernos. I», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 8 de abril de 1950.
232. «Otra vez los antiguos y los modernos. y II», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 11 de abril de 1950.
233. «*La dije, le vi* y los canarios», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 25 de abril de 1950.
234. «Misión de la Gramática», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 9 de mayo de 1950.
235. «Antonio Machado y su secreto amor», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 10 de septiembre de 1950.



236. «Leonor», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 12 de septiembre de 1950.
237. «Leonor, recuerdo y sueño», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 13 de septiembre de 1950.
238. «Un corazón solitario», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 15 de septiembre de 1950.
239. «Guiomar», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 16 de septiembre de 1950.
240. «Se canta lo que se pierde», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 19 de septiembre de 1950.
241. «El amor de Antonio Machado», *Índice de las Artes y las Letras*, N.º 33, Madrid, octubre de 1950.
242. «Errores sobre Tomás de Iriarte», *Ínsula*, N.º 59, Madrid, 15 de noviembre de 1950.
243. «Acerca del lugar de nacimiento de don Tomás de Iriarte», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 17 de noviembre de 1950.
244. «Iriarte y sus retratos», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 22 de noviembre de 1950.
245. «El carácter de Iriarte y el paisaje tinerfeño», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 28 de noviembre de 1950.
246. «Iriarte, compositor», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 6 de diciembre de 1950.
247. «José Subirá: *El compositor Iriarte (1750–1791) y el cultivo español del melólogo (melodrama)*», *Ínsula*, N.º 61, Madrid, 15 de enero de 1951.
248. «Manuel Verdugo», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 21 de enero de 1951.
249. «Un canario que canta», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 14 de febrero de 1951.
250. «El jardín canario», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 20 de febrero de 1951.
251. «Un curso extraordinario en la Universidad», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 26 de febrero de 1951.
252. «Tres poetas brasileños: Bandeira, Drummond, Schmidt», *Índice*, N.º 37, Madrid, febrero de 1951.
253. «Dácil y Castillo. La razón histórica. I», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 27 de febrero de 1951.
- Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 27 de marzo de 1951.

**254.** «Dácil y Castillo. La razón poética. II», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 28 de febrero de 1951.

Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 28 de marzo de 1951.

**255.** «Dácil y Castillo. Mito, no. Símbolo. y III», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 1 de marzo de 1951.

Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 29 de marzo de 1951.

**256.** «Brindis y explicación al Dr. Rohlf», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 9 de marzo de 1951.

Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 2 de marzo de 1951.

**257.** «En torno a un homenaje», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 6 de marzo de 1951.

**258.** «Glosas a la antología poética de Joaquín de Entrambasaguas. I», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 8 de abril de 1951.

**259.** «Glosas a la antología poética de Joaquín de Entrambasaguas. II», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 13 de abril de 1951.

**260.** «Glosas a la antología poética de Joaquín de Entrambasaguas. y III», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 24 de abril de 1951.

**261.** «Carmen Conde en El Escorial», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 6 de mayo de 1951.

**262.** «José Tabares Bartlett (1850–1921). Las primeras composiciones», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 29 de mayo de 1951.

**263.** «La Orotava en fiestas», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 7 de junio de 1951.

**264.** «José Tabares Bartlett (1850–1921). El paisaje realista», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 9 de junio de 1951.

**265.** «José Tabares Bartlett (1850–1921). Los últimos poemas», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 14 de junio de 1951.

**266.** «La ñamera de la Plaza del Charco», *Hoja Oficial del Lunes*, Santa Cruz de Tenerife, 25 de junio de 1951.

**267.** «José Tabares Bartlett (1850–1921). El sonetista», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 28 de junio de 1951.

**268.** «En defensa de un árbol bonito», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 14 de julio de 1951.

**269.** «El Padre Flores y la poesía lírica azteca», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 9 de agosto de 1951.

Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 16 de agosto de 1951.

- 270.** «Conversación en dos tiempos con Dulce María Loynaz», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 2 de septiembre de 1951.
- 271.** «Homenaje a dos poetas», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 16 de septiembre de 1951.
- 272.** «La isla a través del poeta Antonio de Viana. I», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 18 de septiembre de 1951.
- 273.** «La isla a través del poeta Antonio de Viana. II», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 19 de septiembre de 1951.
- 274.** «La isla a través del poeta Antonio de Viana. III y último», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 20 de septiembre de 1951.
- 275.** «Planas de poesía y *Alonso Quesada*», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 25 de septiembre de 1951.
- 276.** «Poesía. E. Gutiérrez Albelo: *Los blancos pies en tierra*», *Ínsula*, Madrid, 15 de octubre de 1951.
- 277.** «Gutiérrez Albelo y su libro de sonetos», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 31 de octubre de 1951.  
Reproducido en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 22 de enero de 1952.
- 278.** «García Cabrera, cazador de alondras», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 9 de noviembre de 1951.
- 279.** «Vilafior», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 27 de noviembre de 1951.  
Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 2 de diciembre de 1951.
- 280.** «Otra vez el mito de Orfeo», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 15 de diciembre de 1951.  
Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 28 de diciembre de 1951.
- 281.** «De la Habana, poesía», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 20 de diciembre de 1951.
- 282.** «Críticas de Revista de Historia», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 5 de enero de 1952.
- 283.** «La cultura regional y el turismo», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 23 de enero de 1952.
- 284.** «Breve itinerario de un Santa Cruz con estilo», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 3 de febrero de 1952.
- 285.** «Un museo arqueológico en Santa Cruz de Tenerife», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 9 de febrero de 1952.

- 286.** «Cartas de amor», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 9 de febrero de 1952.
- 287.** «Peluquería de señoras», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 13 de febrero de 1952.
- 288.** «Los estudios canarios en nuestra Universidad», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 16 de febrero de 1952.  
Publicado en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, con el título: «Una cátedra de estudios canarios», 2 de marzo de 1952. También publicado en *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 12 de agosto de 1952.
- 289.** «Una residencia canaria en Madrid», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 23 de febrero de 1952.
- 290.** «Artistas canarios para el museo municipal», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 24 de febrero de 1952.
- 291.** «Don Luis de la Cruz detrás de un piano de cola», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 26 de febrero de 1952.
- 292.** «Bibliotecas insulares», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 29 de febrero de 1952.
- 293.** «Artistas canarios en la Bienal», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 11 de marzo de 1952.
- 294.** «Un poeta para la Plaza de la Antigua», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 16 de marzo de 1952.
- 295.** «Dalí en España», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 18 de marzo de 1952.  
Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 23 de marzo de 1952.
- 296.** «Ernesto Castro Fariñas, de Tacoronte», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 19 de marzo de 1952.
- 297.** «*La muerte de un viajante* en la Comedia», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 25 de marzo de 1952.
- 298.** «Coloquio sobre *La muerte de un viajante*», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 3 de abril de 1952.
- 299.** «El Instituto de Estudios Canarios. La plaza del Dr. Olivera», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 5 de junio de 1952.
- 300.** «Camilo José Cela y *La colmena*», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 7 de junio de 1952.  
Publicado en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, con el título: «Una buena novela de Cela», 7 de junio de 1952.

**301.** «Carmen Laforet, novelista», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 15 de junio de 1952.

Publicado en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, con el título: «La isla y los demonios de Carmen Laforet», 15 de junio de 1952.

**302.** «A la busca del robledal de Corpes», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 25 de junio de 1952.

Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 3 de julio de 1952.

**303.** «Carta de las regiones. Canarias», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 27 de junio de 1952.

Publicado también en la revista nacional *Arbor*.

**304.** «Carta de las regiones. Canarias. (Conclusión)», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 28 de junio de 1952. Publicado también en la revista nacional *Arbor*.

**305.** «Un ensayista canario», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 5 de julio de 1952. Reproducido en *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 1 de agosto de 1952.

**306.** «Barcelona: Edad Media», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 10 de julio de 1952.

Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 6 de julio de 1952.

**307.** «Barcelona: un genio de alma gótica», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 15 de julio de 1952.

Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 19 de julio de 1952.

**308.** «Niza. La sombra de Cairasco», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 22 de julio de 1952. Publicado en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, con el título: «Niza, victoria», 5 de agosto de 1952.

**309.** «Cannes, Cañas », *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 31 de julio de 1952. Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 10 de agosto de 1952.

**310.** «El canario y su simpatía I», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 15 de agosto de 1952. Publicado también en *La Provincia*, Las Palmas de Gran Canaria, 30 de septiembre de 1952.

**311.** «El canario y su simpatía II», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 16 de agosto de 1952.

**312.** «Puertos y Fortuna. Montecarlo», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 21 de agosto de 1952.

Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 23 de agosto de 1952.

**313.** «Florenxia, despertar», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 26 de agosto de 1952.

Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 29 de agosto de 1952.

**314.** «Los Médicis, Florenxia», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 27 de agosto de 1952.

Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 13 de septiembre de 1952.

**315.** «Blancura y luz florentinas», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 19 de agosto de 1952.

Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 10 de octubre de 1952.

**316.** «La Laguna, armonías», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 14 de septiembre de 1952.

**317.** «Adeje bajo la luna», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 18 de septiembre de 1952.

**318.** «Florenxia desde las alturas. San Miniato y Fiesole», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 25 de septiembre de 1952.

**319.** «Condes y marqueses en el señorío de Adeje», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 27 de septiembre de 1952.

**320.** «Icod, santuario geográfico», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 5 de octubre de 1952.

**321.** «San Marcos de Florenxia. Variaciones sobre la Anunciación», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 9 de octubre de 1952.

**322.** «Cuando los niños sufren», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 14 de octubre de 1952.

**323.** «De Florenxia a Roma», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 21 de octubre de 1952.

**324.** «Pueblos tinerfeños. Los Realejos», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 9 de noviembre de 1952.

**325.** «Roma, Historia», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 12 de noviembre de 1952.

**326.** «Pueblos tinerfeños. Taganana», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 15 de noviembre de 1952.

**327.** «En Roma, las ruinas», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 23 de noviembre de 1952.

**328.** «Pueblos tinerfeños. Aún Taganana», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 27 de noviembre de 1952.

**329.** «En el Palatino», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 6 de diciembre de 1952.

330. «Foros y grandeza», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 20 de diciembre de 1952.
331. «Panorama de la producción literaria durante 1952», *Drago*, N° 1. La Laguna, Tenerife, 1 de enero de 1953.
332. «Cuatro son las basílicas», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 3 de enero de 1953.
333. «El Instituto de Estudios Canarios, vivo», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 14 de enero de 1953.
334. «El Instituto de Estudios Canarios y su misión», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 15 de enero de 1953.
335. «Galdós y Guimerá. Dos valores literarios nacidos en Canarias», *Drago*, N.º 2. La Laguna, Tenerife, 1 de febrero de 1953.
336. «Vida literaria tinerfeña. La producción en 1952. Poesía, novela, ensayo», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 1 de marzo de 1953.
337. «Vida literaria tinerfeña. La producción en 1952. Historia», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 3 de marzo de 1953.
338. «Vida literaria tinerfeña. La producción en 1952. Documentos, biografías, genealogía, investigación literaria», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 4 de marzo de 1953.
339. «Vida literaria tinerfeña. La producción en 1952. Antologías», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 5 de marzo de 1953.
340. «Vida literaria tinerfeña. La producción en 1952. Crónicas, Todavía Iriarte, Las revistas», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 6 de marzo de 1953.
341. «Gánigo», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 21 de marzo de 1953.
342. «Un poema de Luis Diego Cuscoy», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 5 de abril de 1953.
343. «Huellas matriarcales en la cultura aborigen», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 12 de abril de 1953.
344. «Nosotros, periódico universitario», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 22 de abril de 1953.
345. «Roma y la muerte», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 25 de abril de 1953. Publicado también en *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, con el título: «La muerte y su sentido», el 29 de abril de 1953.

346. «Excelencias en la selva de Doramas», *Diario de Las Palmas*, Las Palmas de Gran Canaria, 9 de mayo de 1953.
347. «La lección de Santiago Sabina», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 16 de mayo de 1953.
348. «Muchas, las fuentes», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 22 de mayo de 1953.
349. «Ruina y destrucción de Doramas», *Diario de Las Palmas*, Las Palmas de Gran Canaria, 29 de mayo de 1953.
350. «La Romería y el pueblo», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 25 de junio de 1953.
351. «Isla, novia», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 27 de junio de 1953.
352. «Contestación de María Rosa Alonso a don Esteban Coello», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 2 de julio de 1953.
353. «Carlos Rizo», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 3 de julio de 1953.
354. «Sebastián Padrón Acosta», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 8 de julio de 1953.
355. «La poesía de Julián Herráiz», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 17 de julio de 1953.
356. «Escritores y críticos», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 14 de agosto de 1953.
357. «Tradiciones canarias», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 23 de agosto de 1953.
358. «San Borondón a la vista», *Gánigo*, N.º4. (Tenerife), julio–agosto de 1953. Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 23 de agosto de 1953.
359. «Libros nuevos. *La oscura fuerza entrañada*», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 23 de agosto de 1953. Reproducido de *Revista de Historia*.
360. «Pregón de las fiestas», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 6 de septiembre de 1953.

## 6.2 De otros autores

### 6.2.1 Obras

- ABUFALIA, David (2021): *El descubrimiento de la Humanidad. Encuentros atlánticos en la era de Colón*, Editorial Crítica, Barcelona.
- ACERBI, Silvia (2000): *El Papado en la Antigüedad*, Ediciones del Orto, Madrid.



- ACIRÓN ROYO, Ricardo (1986): *La prensa en Canarias: apuntes para su historia*, prólogo de Oswaldo Brito y estudio preliminar de Ángel Benito, Confederación de Cajas de Ahorros, Santa Cruz de Tenerife.
- ADORNO, Theodor W. (1969), *Tres estudios sobre Hegel*, Taurus, Madrid.
- AGUILAR, Santiago y CABRERIZO, Felipe (2019): *La Codorniz: de la revista a la pantalla (y viceversa)*, Ediciones Cátedra, Filmoteca Española, Madrid.
- ÁLAMO, Néstor (1956): *El almirante de la mar oceánica en Gran Canaria*, prólogo de Antonio Rumeu de Armas, Sevilla.
- ÁLAMO, Néstor: «Carta abierta a María Rosa Alonso», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 13 de octubre de 1944.
- ALBARRACÍN, Agustín (1988): *Retrato de Pedro Laín Entralgo*, Círculo de Lectores, Barcelona.
- ALBORNOZ, Álvaro de (1930), *El gobierno de los caudillos militares*, Editorial Historia Nueva, Madrid.
- ALCALÁ CORTIJO, Paloma y otras (2009): *Ni tontas ni locas*, FECYT, Madrid.
- ALCALÁ FLECHA, Roberto (1988): *Literatura e ideología en el arte de Goya*, Diputación General de Aragón, Zaragoza.
- ALCALÁ GALIANO, Antonio (1951): *Recuerdos de un anciano*, selección y prólogo de Julián Marías, Espasa-Calpe, Buenos Aires.
- ALCALÁ-ZAMORA, Niceto (2011): *Asalto a la República. Enero-Abril de 1936. Los diarios robados del Presidente de la segunda República*, prólogo de Juan Pablo Fusi, Editorial La Esfera de los Libros, Madrid.
- ALEIXANDRE, Vicente (1989): *Espadas como labios*; Edición, introducción y notas de José Luis Cano, Castalia, Madrid.
- ALEMÁN, Gilberto: «Carta a María Rosa Alonso», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 30 de agosto de 1960.

- ALIX TRUEBA, Josefina (2022): *P. Fleitas*, Viceconsejería de Cultura y Deportes, Gobierno de Canarias.
- ALLEN HERNÁNDEZ, Jonathan y CASTRO BORREGO, Fernando (2008): *La Modernidad y las Vanguardias en Canarias 1900-1939*, Tomo VII de *Historia cultural del arte en Canarias*, Gobierno de Canarias, Viceconsejería de Cultura y Deportes.
- ALLOZA MORENO, Manuel Ángel (1981): *La pintura en Canarias en el siglo XIX*, Aula de Cultura de Tenerife.
- ALONSO DE ESPINOSA, Fray (2000): *La primitiva historia de Tenerife*. Libro Tercero, prólogo y adaptación de José Miguel Rodríguez Yanes, Editorial Leoncio Rodríguez, Santa Cruz de Tenerife.
- ALONSO, Dámaso (1957<sup>3</sup>): *Poesía española. Ensayo de métodos y límites estilísticos*, Editorial Gredos, Madrid.
- ALTHUSSER, Louis (1974<sup>2</sup>): *Montesquieu: la Política y la Historia*, Ariel, Barcelona.
- ÁLVAREZ DE ARMAS, Manuela (1997): *Luis Álvarez Cruz y el periódico "Aguere"*, Tauro, Santa Cruz de Tenerife.
- ÁLVAREZ DEL VAYO, Julio (1926): *La Nueva Rusia*, Espasa-Calpe, Madrid.
- ÁLVAREZ LOPERA, José (1993): *El Greco. La obra esencial*, Sílex, Madrid.
- ÁLVAREZ RIXO, José Agustín (1994): *Anales del Puerto de la Cruz de La Orotava (1701-1872)*, introducción de M.<sup>a</sup> Teresa Noreña Salto, Cabildo Insular de Tenerife, Ayuntamiento del Puerto de la Cruz.
- ANDREU MIRALLES, Xavier (2016): *El descubrimiento de España. Mito romántico e identidad nacional*, Taurus, Madrid.
- ANGOUSTURES, Aline (1995): *Historia de España en el siglo XX*, Ariel, Barcelona.

- ANGUERA, Pere (2003): *El general Prim: biografía de un conspirador*, Edhasa, Barcelona.
- APARICIO, Antonio: «Residente en Venezuela», *El Nacional*, Caracas, 17 de junio de 1961.
- ARAQUISTAÍN, Luis (1915): *Polémica de la guerra*, Editorial Renacimiento, Madrid.
- ARENCIBIA DE TORRES, Juan (2003): *Pinceladas canarias*, Gráficas Tenerife, Cabildo Insular de Tenerife.
- ARMAS MARCELO, J. J. (1989): *El árbol del bien y del mal*, Biblioteca Básica Canaria, Islas Canarias, n.º 48.
- ARÓSTEGUI, Julio (1990): *Francisco Largo Caballero en el exilio. La última etapa de un líder obrero*, Editorial Fundación Largo Caballero, Madrid.
- ARTIME OMIL, Manuel (2016): *España. En busca de un relato*, Editorial Dykinson, Madrid: 56-57, 69-70.
- ASIMOV, Isaac (1981): *Momentos estelares de la ciencia*, traducción de Miguel Paredes Larrucea, Alianza Editorial, Madrid: 128.
- ATTLEE, C. R. (1946): *Pasado, presente y futuro del Laborismo*, Academia de Herederos S. y R., Barcelona: 23.
- AYALA ZAMORA, José (1999): *Datos biográficos de D. Dacio Victoriano Darias y Padrón (1880-1960): herreño, militar, maestro, historiador*, Cabildo Insular, El Hierro: 27.
- AYER, A. J. (1988), *Voltaire*, traducción de Miguel Candel, Editorial Crítica, Barcelona: 113, 174-75.
- AZAÑA, Manuel (2014): *Escritos sobre la guerra en España*, prólogo de Antonio Machado, Crítica, Barcelona: 9.

- AZCOAGA, Enrique (1985): *Reflexiones sobre mi poesía*, presentación de Pilar García Rodrigo, Universidad Autónoma, Escuela Universitaria del Profesorado de E.G.B. Santa María, Madrid: 8-9.
- AZNAR ALMAZÁN, Yayo y LÓPEZ DÍAZ, Jesús (2014), *Introducción a la Historia del Arte*, Editorial Universitaria Ramón Areces, Madrid: 247.
- AZORÍN, Antonio (1914): *Un discurso de la Cierva*, Editorial Renacimiento, Madrid: 11-12.
- \_\_\_\_\_ (1916): *Rivas y Larra*, Renacimiento, Madrid: 25, 59.
- \_\_\_\_\_ (1917): *El paisaje de España visto por los españoles*, Renacimiento, Madrid: 7.
- \_\_\_\_\_ (1930): *Pueblo. Novela de los que trabajan y sufren*, Biblioteca Nueva, Madrid: 49-54.
- \_\_\_\_\_ (1983), *Castilla*, prólogo de Camilo José Cela, Editorial Incafo, Madrid: 7.
- BACHOFEN, J. J. (1987): *El Matriarcado*, edición de María del Mar Llinares García, Akal, Madrid: 10-12.
- BAKER, A. E. (1942<sup>7</sup>): *Iniciación a la Filosofía: desde Sócrates a Bergson*, traducción y prefacio de Francisco Susanna, Editorial Apolo, Barcelona: 131.
- BALLESTER ESCALAS, Rafael (1959): *El historiador William XIX. (Ensayo sobre el espíritu del siglo XVI)*, Editorial Mateu, Barcelona: 9-11).
- BAÑOS, José Miguel (2000): *Cicerón*, Ediciones Clásicas, Madrid: 17, 26.
- BAROJA, Pío (1973<sup>5</sup>): *El mundo es así*, Espasa-Calpe, Madrid: 2.
- BASSEGODA NONELL, Juan (2001): *Gaudí: la arquitectura del espíritu*, Salvat, Barcelona: 11.
- BAUDELAIRE, Charles (2011): *Vida y obra de Eugène Delacroix*. [Artículo necrológico publicado en tres entregas en *L'Opinion nationale*, París, 2 de

septiembre, 14 de noviembre y 22 de noviembre de 1863]. Traducido por Pablo Palant, Casimiro libros, Madrid: 12.)

- BECERRA BOLAÑOS, Antonio y MARTINÓN CEJAS, Miguel (2010): *En unas líneas... María Rosa Alonso*, Gobierno de Canarias, 2010.
- BÉNICHOU, Paul (1984<sup>2</sup>), *El tiempo de los profetas. Doctrinas de la época romántica*, traducción de Aurelio Garzón del Camino, Fondo de Cultura Económica, México: 99, 102, 109.
- BENTHAM, Jeremy (1991): *Antología*, edición de Josep M. Colomer, traducciones de Gonzalo Hernández Ortega y Montserrat Vancells, Ediciones Península, Barcelona: 5.
- BLANCO FOMBONA, Rufino (1933): *Camino de imperfección: diario de mi vida (1906-1914)*, Editorial América, Madrid: 280.
- BOCKEMÜHL, Michael (2005): *Rembrandt*, traducción de Liliana Pontón, Taschen, Madrid: 11.
- BOGOLIÚBOV, Alekséi (1973): *Un héroe español del progreso: Agustín de Béthencourt*, prólogo de Julio Caro Baroja, Seminarios y ediciones, Madrid: 9-10.
- BOISOT, M. H. (1971), *Disciplinas, interdisciplinariedad, programa interdisciplinar*, Revue française de pédagogie, n.º 17, París.
- BORDES, Juan (2007): *La infancia de las vanguardias: sus profesores desde Rousseau a la Bauhaus*, Cátedra, Madrid: 23.
- BOURGET, Pablo: *H. Taine. Estudio crítico*, La España Moderna, Madrid: 71. [En el *librito* no aparece la fecha de su publicación].
- BRAVO, Telésforo (1954): *Geografía General de las Islas Canarias*, prólogo de Francisco Hernández-Pacheco, Goya Ediciones, Santa Cruz de Tenerife: 9-10.
- BRETON, André (2003): *El viaje a Tenerife*, prólogo de Antonio Álvarez de la Rosa, Fundación Canaria, Canarias 20: Idea, Las Palmas de Gran Canaria: 8, 10.

- BRINTON, Crane (2003): *Nietzsche*, traducción de Luis Echávarri, Ediciones Vitae, Barcelona: 256.
- BRITO, Oswaldo (1989) *Historia contemporánea: Canarias 1931-1966*, CCPC, Santa Cruz de Tenerife: 11.
- BRITO DÍAZ, Carlos (2000): *El «Libro del Mundo» en la poesía de los Siglos de Oro en Canarias*, Instituto de Estudios Canarios, La Laguna: 95-110).
- BURKE, Peter (2002<sup>2</sup>): *Historia social del conocimiento. De Gutenberg a Diderot*, traducción de Isidro Arias, Editorial Paidós, Barcelona: 151.
- CABALLERO BONALD, J. M. (2002): José de Espronceda, Ediciones Ortega, Barcelona: 120-121.
- CABANNE, Pierre (1983): *El arte del siglo veinte*, traducción de Beatriz Casanova Drevet y Ramón Ibero, Ediciones Polígrafa, Barcelona: 307.
- CABAÑAS, Pablo (1948): *El mito de Orfeo en la literatura española*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid: 215-216.
- CABRERA, Domingo (1973): *Huellas del tiempo*, Editorial Arte, Caracas: 110, 121, 128, 180-181.
- CABRERA ACOSTA, Miguel Ángel (1991): *La II República en las Canarias Occidentales*, Cabildo Insular, El Hierro: 57.
- CAMBÓ, Francisco (1987): *Memorias (1876-1936)*, prólogo de Vicente Cacho Viu, Alianza Editorial, Madrid: 8.
- CANSINO-ASSENS, Rafael (1998): *El movimiento V. P.*, prólogo de Juan Manuel Bonet, Viamonte, Madrid: 10-11.
- CARREÑO CORBELLA, Pilar (2002): *Eduardo Westerdahl: suma de la existencia*, Instituto Óscar Domínguez de Arte y Cultura Contemporánea, Santa Cruz de Tenerife: 127-128.
- CASADO, Ángel y SÁNCHEZ-GEY, Juana (2007): *Filósofos españoles en la Revista de Pedagogía (1922-1936)*, prólogo de José Luis Abellán, Ediciones Idea, Las Palmas de Gran Canaria, Santa Cruz de Tenerife: 128-130.

- CASALDUERO, Joaquín (1967<sup>2</sup>): *Espronceda*, Gredos, Madrid: 111.
- CASTAÑEDA, Manuel (1979): *Ventura poética: (1951-1977)*, selección y prólogo de Sebastián de la Nuez, Aula de Cultura del Cabildo Insular de Tenerife: 14, 21, 22, 24.
- CASTELAR, Emilio (1964): *Discursos y ensayos*, prólogo de J. García Mercadal, Editorial Aguilar, Madrid: 10.
- CASTELLANOS ESCUDIER, Alicia (1998): *Filipinas: de la insurrección a la intervención de EE. UU. 1896-1898*, Silex, Madrid: 143, 175-77.
- CASTILLO, S./ BARRÓN, I./ FORCADELL C./ GERMÁN L.G. (1979): *Historia del Socialismo en Aragón. PSOE-UGT (1879-1936)*, Facultad de Ciencias Económicas y empresariales, Zaragoza.
- CELA, Camilo José (1999): *La colmena*, prólogo de Alonso Zamora Vicente, El Mundo, Unidad Editorial, Madrid: 3.
- CELAYA, Gabriel (2009): edición y estudio previo de Antonio Chicharro, Visor Libros, Madrid: 15-16.
- CHESTERTON, G. K. (2003): *Autobiografía*, traducción de Olivia de Miguel, Acantilado, Barcelona.
- CHEYNE, G.J.G. (1971): Joaquín Costa, el gran desconocido: esbozo biográfico, prólogo de Josep Fontana, Ediciones Ariel, Barcelona: 7-10.
- CIORANESCU, Alejandro (1986), *Homenaje a Leopoldo Álvarez de la Rosa Olivera. Su vida y su obra*, Aula de Cultura de Tenerife: 10-11.
- CLAVIJO TORRES, José (1932): *Las manchas del destino*, prólogo de José Pérez Andreu, Tipografía Iriarte, Santa Cruz de Tenerife: 5-7.
- COLLETTI, Lucio (1977), *La cuestión de Stalin y otros escritos sobre política y filosofía*, traducción de Francisco Fernández Buey y Angels Martínez Castells, Editorial Anagrama, Barcelona: 40.

- COLA BENÍTEZ, Luis (2001): *El Gabinete Instructivo de Santa Cruz de Tenerife (1869-1901)*, prólogo de Coriolano Guimerá López, Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife: 13, 30.
- COLLIGNON, Maximo (1948): *Scopas y Praxíteles*, traducción de Miguel Solá, Editorial El Ateneo, Buenos Aires: 89, 90.
- COMELLAS, José Luis (1999): *Isabel II. Una reina y un reinado*, Editorial Ariel, Barcelona: 247, 253, 364-365.
- CRAVERI, Benedetta (2006): *Amantes y reinas. El poder de las mujeres*, traducción de María Condor, Editorial Siruela, Madrid: 339-340.
- DARWIN, Charles (1993): *Textos fundamentales*, traducción de Rubén Masera, prefacio de Robert Jastrow, Altaya, Barcelona: 13-19.
- DIEGO CUSCOY, Luis (2019): *Luis Diego Cuscoy: obra literaria*, estudio introductorio de Alfonso González Jerez, Juan Francisco Navarro Mederos y Miguel Ángel Clavijo Redondo, Instituto de Estudios Canarios, La Laguna: 13-14.
- \_\_\_\_\_, (1984): *... que permitan el retorno de la libélulas*, prólogo de Antonio Tejera Gaspar, Excmo. Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife: 21.
- DÍAZ ALAYÓN, Carmen y CASTILLO, Francisco Javier (2008): *Los estudios históricos y lingüísticos de Dominik Josef Wölfel*, Idea, Las Palmas de Gran Canaria: 19.
- DÍEZ DE REVENGA, Francisco Javier (2020): *Carmen Conde, desde su Edén*, Real Academia Alfonso X el Sabio, Murcia: 8.
- DOMINGO, Marcelino (1928): *Libertad y autoridad*, Editorial Morata, Madrid: 404-406).
- DORTA, Antonio (1993): *Cartas a Dácil y otros ensayos*, selección, introducción y notas de Isabel Castells, Instituto de Estudios Canarios, La Laguna: 9-10.
- DUGGAN, Christopher (1996): *Historia de Italia*, Cambridge University Press: 324.



- ECHEGARAY, José (1964<sup>5</sup>): *Teatro escogido*, prólogo de Amando Lázaro Ros, Aguilar, Madrid: 11, 41).
- *El Pigmeo: periódico crepuscular*, La Laguna: [s.n.], 1837. En la imprenta de la Universidad de San Fernando por la hijas de Juan Díaz Machado.
- ENCINA, Juan del (1991): *Teatro completo*, edición de Miguel Ángel Pérez Priego, Cátedra, Madrid: 35, 63-64.
- ESPINA, Concha (1950): *De Antonio Machado a su grande y secreto amor*, Lifesa, Madrid.
- ESPINA, Concha (1989): *La esfinge maragata*, edición, introducción y notas de Carmen Diaz Castañón, Editorial Castalia, Madrid: 30-31.
- ESPINOSA, Agustín (1980): «El contratito de Dácil» y «La infantina de Nivaria», en *Agustín Espinosa. Textos*. Edición de José Miguel Pérez Corrales y Alfonso Armas Ayala. Aula de Cultura del Cabildo Insular de Tenerife, pp.104-105 y 166-173.
- ESTÉBANEZ CALDERÓN, Demetrio (1996): *Diccionario de términos literarios*, Alianza Editorial, Madrid: 138-142, 345-346.
- ESTÉVANEZ, Patricio (1976): *Cartas a Luis Maffiotte*, edición estudio y notas de Marcos Guimerà Peraza, Aula de Cultura de Tenerife: 18-19.
- ÉVORA MOLINA, José (1987): *El poeta Rafael Bento y Travieso (1782-1831)*, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas: 10-11.
- FAURE, Elie (1991): *Historia del Arte. El arte del Renacimiento*, Alianza Editorial, Madrid: 97-108.
- FEIJOO, Benito Jerónimo (1980): *Teatro crítico universal*, edición de Ángel-Raimundo Fernández González, Cátedra, Madrid: 11, 25.
- FERNÁNDEZ, David W. (1989): *Diccionario biográfico canario-americano*, Centro de la Cultura Popular Canaria, La Laguna: 100.
- FERNÁNDEZ BUEY, Francisco (1978<sup>2</sup>): *Conocer Lenin y su obra*, Editorial Dopesa, Barcelona: 9-10.

- FERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, Rafael (2010): *María Rosa Alonso, isla en el mundo*, Gobierno de Canarias: 63.
- FISCHER, Eugen (1926): *Estudios antropológicos sobre Tenerife*, Tip. Emporium, Barcelona: 229).
- FONTE, Jorge y MATAIX, Olga (2001): *El hombre, el mito*, T&C Editores, Madrid: 17.
- FRAGA GONZÁLEZ, María del Carmen (1993): *Robayna: Gumersindo y Teodomiro Robayna*, Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias.
- GABINO CAMPOS, María Auxiliadora(2002):*Vida y obra periodística de Elfidio Alonso Rodríguez. Su labor en España*, Tesis doctoral, Universidad de La Laguna.
- GABRIEL Y GALÁN, José María (2001), *Antología poética*, edición de Carmen Fernández Daza, Clásicos Castalia, Madrid.
- GALÁN GAMERO, Javier (1997): *Historia del periodismo tinerfeño (1900-1931)*, Aula de Cultura del Cabildo de Tenerife: 358.
- GALILEI, Galileo (1987), *Carta a Cristina de Lorena*, traducción, introducción y notas de Moisés González, Alianza Editorial, Madrid: 11-15.
- GALVÁN, Luis (2001): *El Poema del Cid en España, 1779-1936: Recepción, mediación, historia de la filología*, Ediciones Universidad de Navarra: 206.
- GALÁN GAMERO, Javier (1997): *Historia del periodismo tinerfeño (1900-1931)*, Aula de Cultura del Cabildo de Tenerife: 358)
- GANIVET, Ángel (1936), *Ideario español*, prólogo de Cristóbal de Castro y recopilación de José García Mercadal, Biblioteca Nueva, Madrid: 8, 17.
- GARCÍA CABRERA, Pedro (1968): *Entre cuatro paredes (1949-1963)*, Ediciones Gaceta Semanal de las Artes, Santa Cruz de Tenerife: 113-116.

- GARCÍA DE LA CONCHA, Víctor y otros (2001): *Gonzalo Torrente Ballester*, Editorial Complutense, Madrid: 4.
- GARCÍA GUINEA, M.A. (1975): Altamira. *El arte prehistórico de las cuevas de Santander*, Patronato de las Cuevas Prehistóricas de Santander: 9-10.
- GARCÍA LORCA, Federico (1991): *Mariana Pineda*, edición de Luis Martínez Cuitiño, Cátedra, Madrid: 34, 42.
- GARCÍA NIETO, José (1984): *Nuevo elogio de la lengua española. Piedra y cielo de Roma*, introducción por Camilo José Cela, Espasa-Calpe: Madrid: 11, 13-14.
- GARCÍA ORO, José (2002): *Cisneros*, Editorial Ariel, Barcelona: 364.
- GARCÍA SANCHIZ, Federico (1986): *Nuevo descubrimiento de Canarias*, edición de Pablo Quintana, Editorial Benchomo, La Laguna:1.
- GARCÍA YEDRA, Valentín (1988<sup>2</sup>): *Poética de Aristóteles*, Gredos, Madrid: 369.
- GAUTIER, Teófilo (1920): *Viaje por España*. Tomo I, traducción de Enrique de Mesa, Calpe, Madrid: 7.
- GAYA NUÑO, Juan Antonio (1973): *Francisco Gutiérrez Cossío: vida y obra*, Ibérico Europea de Ediciones, Madrid: 15, 39-41, 213.
- GIBSON, Ian (1999): *Lorca-Dalí: el amor que no pudo ser*, Plaza & Janés, Barcelona: 12, 307.
- GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto (1981<sup>2</sup>): *Memorias de un dictador*, Planeta, Barcelona.
- GINER DE LOS RÍOS, Francisco (1965): *Ensayos y cartas*, nota preliminar de Rubén Landa, Tezontle, México: 11, 12.
- GOMBRICH, E. H. (2009<sup>16</sup>): *La historia del arte*, Phaidon, Traducción de Rafael Santos Torroella, Cillero & de Motta, Zaragoza: 403-405.
- GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón (1968): *Óscar Wilde*, Juárez Editor, Buenos Aires: 13-14.

- GÓMEZ-SANTOS, Marino (1958): *Dr. Gregorio Marañón*, Cliper, Barcelona: 26, 28, 40.
- GÓNGORA, Luis de (1936<sup>2</sup>): *Las Soledades*, nuevamente publicadas por Dámaso Alonso, Ediciones del árbol, Madrid: 12, 55.
- GONZÁLEZ, Eloy Guillermo (1976): *Historias bolivarianas*, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas: 253, 257.
- GONZÁLEZ RAMÍREZ, David (2008): *Historia y vanguardia. La aventura crítica de Ángel Valbuena Prat en Canarias*, Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife: 7, 9-10.
- GONZÁLEZ RUANO, César (193?): *Lerroux*, Prensa Moderna, Madrid: 31.
- GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Aurelio (2006), *Canarios al desnudo*, nota preliminar de Andrés Chávez y prólogo de Juan Manuel García Ramos, Burgado, Santa Cruz de Tenerife: 105-111.
- GORKI, Máximo (1921): *Mi vida en la niñez*, prólogo de Cristóbal de Castro, editorial Caro Raggio, Madrid: 7-8.
- GUIGOU, Diego M. (1952): *Gavilla*, Litografía A. Romero, Tenerife: 11-17.
- HATZFELD, Helmut (1949): *Stylistic Criticism as Art-Minded Philology*, Yale.
- HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Miguel Ángel (1989): *Biografía del Vizconde del Buen Paso*, Excmo. Cabildo Insular de Tenerife: 90-91.
- HERRAIZ, Julián (2012): *La mentira del agua y Alfabeto celoso: obra completa*, «Estudio crítico» y edición de textos: Luisa Chico Pérez, Fermín Domínguez Santana y Javier Rivero Grandoso, Ediciones La Palma, Madrid: 11.
- HERRIOT, Edouard (1988): *Vida de Beethoven*, traducción revisada de Francisco Almela Vives, Aguilar, Madrid.
- HUSS, Werner (1993): *Los cartagineses*, traducción de José M.<sup>a</sup> Díaz Regañón, Gredos, Madrid: 200.

- JERPHAGNON, Lucien (2010): *Juliano el Apóstata*, traducción de Ana Herrera, Editorial Edhasa, Barcelona: 14.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (2007): *Libros de amor*, edición crítica, introducción y notas de José Antonio Expósito Hernández, Ediciones Linteo, Madrid: 13, 18.
- JOUVENEL, Bertrand de (2013): *Ensayo sobre la política de Rosseau*, prólogo de Jesús Esteban Falero, traducción de éste y de Armando Zero lo Durán, Ediciones Encuentro, Madrid: 14-15.
- KAMEN, Henry (2022): *Defendiendo España. Verdades y leyendas de nuestra historia*, Espasa, Barcelona: 179.
- KOMMERELL, Max (1990): *Lessing y Aristóteles. Investigación acerca de la teoría de la tragedia*, traducción de Francesco L. Lisi, Visor, Madrid: 45.
- LAFORET, Juan José (1993): *Los primeros años de Diario de Las Palmas*, Real Sociedad Económica de Amigos del País, Las Palmas de Gran Canaria: 55.
- LAGUNA, Domingo de (1987): *Personas en la vida de Canarias*, Tomo I, Gráficas Tenerife, Santa Cruz de Tenerife: 355.
- LAPESA, Rafael (1975): *Introducción a los estudios literarios*, Cátedra, Madrid.
- LAROUSSE, Nueva Enciclopedia (1982<sup>2</sup>) tomo X, Editorial Planeta, Barcelona: 4825.
- LARRA, Mariano José de (1969): *Artículos*. Edición, introducción y notas de Carlos Seco Serrano, Editorial Planeta, Barcelona.
- LEAL, Juli (2006): *El teatro francés de Corneille a Beaumarchais*, Editorial Síntesis, Madrid: 303-304, 309-310.
- LEGRAND, L. (1978), *La interdisciplinariedad en pedagogía: intentos de clarificación, Vers l'interdisciplinarité*, INRP, París.
- LEÓN ÁLVAREZ, Aarón [coord.] (2012): *La Segunda República en Canarias*, Le Canarien ediciones, La Orotava, Tenerife.

- LESSING, Gotthold Ephraim (1989): *Laocoonte*, introducción y traducción de Eustaquio Barjau, Editorial Tecnos, Madrid: 23, 27.
- LIZUNDA, José María (2017): *Francisco Aguilar y Paz: el disidente de la Vanguardia Canaria*, Editorial Alhulia, Granada: 13-14.
- LÓPEZ DE AYALA, Adelardo (1965): *Obras completas de Adelardo López de Ayala, I*, edición y estudio preliminar de José María Castro Calvo, Ediciones Atlas, Madrid: 10.
- LÓPEZ GARCÍA, Antonio M. (2017): *Ángel Ossorio y Gallardo: biografía política de un conservador heterodoxo*, prólogo de Pedro Carlos González Cuevas, Editorial Reus, Madrid: 411.
- LÓPEZ-MOLINA ADELL, José María (2004): *Antonio Lara Zárate (1881-1956)*, Parlamento de Canarias: Fundación Canaria Víctor Zurita, Santa Cruz de Tenerife: 9).
- LORENZO, Felipe (1953): *Isla, novia: versos*, Goya, Santa Cruz de Tenerife: 13-16.
- \_\_\_\_\_, (1977): *Cómo los conocí*, Imprenta Afra, Santa Cruz de Tenerife: 191-192.
- LORENZO CÁCERES, A. de (1935): *Las Canarias de Lope de Vega*, Instituto de Estudios Canarios, La Laguna.
- \_\_\_\_\_ (1941): *Malvasía y Falstaff. Los vinos de Canarias*, Instituto de Estudios Canarios, La Laguna.
- \_\_\_\_\_ (1990<sup>3</sup>): *Islas de Promisión*, edición, introducción y notas de Miguel Martín, Instituto de Estudios Canarios, La Laguna: 9, 18.
- LUIS, Leopoldo de (1975): *Antonio Machado. Ejemplo y Lección*, Sociedad General Española de Librería, Madrid: 14, 246.
- \_\_\_\_\_ (1982): *Carmen Conde*, Ministerio de Cultura, Madrid: 10-11.
- LUIS BRITO, Milagros (1984): *Luis Rodríguez Figueroa: un portuense en la vida canaria (1875-1936)*, Aula de Publicaciones del Ayuntamiento, Puerto de la Cruz: 12.
- LYNCH, John (2010<sup>2</sup>): *Simón Bolívar*, Crítica, Barcelona: 7, 9-10).

- MACHADO, Elvira (1975<sup>3</sup>): *Alma Canaria*, Ideas Ella, Santa Cruz de Tenerife.
- MAFFIOTTE, Ildelfonso (19--): *Siluetas*, Librería Hespérides, Santa Cruz de Tenerife: 47-52.
- MARAGALL, Joan (1985): *Antología poética* (Edición bilingüe), introducción y selección de María Parés, Alianza Editorial, Madrid: 15.
- MANRIQUE, Jorge (2003): *Poesía*; edición, introducción y notas de María Morrás, Editorial Castalia, Madrid: 55-56.
- MARAÑÓN, Gregorio (1927): *Tres ensayos sobre la vida sexual*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- MARICHAL, Juan (1984): *Teoría e historia del ensayismo hispánico*, Alianza Universidad, Madrid.
- \_\_\_\_\_ (2011): *Testimonio de un isleño*, edición, biografía y cronología de Julia Cela, prólogo de Juan Cruz Ruiz, Gobierno de Canarias: 167.
- MARÍN DE CUBAS, Tomás (2021): *Conquista de las siete Yslas de Canaria (1687)*, edición crítica de Antonio M. López Alonso, Le Canarien, La Orotava , Santa Cruz de Tenerife: 24-25.
- MARTÍN ACOSTA, Emelina (2019): *Hacia la conquista de San Borondón*, Canariasebook, Las Palmas de Gran Canaria: 19.
- MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, Marcos (1992): *Canarias en la mitología. Historia Mítica del Archipiélago*, Centro de la Cultura Popular Canaria, La Laguna: 97-100.
- MARTÍNEZ DE LA ROSA, Francisco (1962): *Obras I*, edición y estudio preliminar de Carlos Seco Serrano, Atlas, Madrid: 104-105.
- MARTÍNEZ VIERA, Francisco (1991<sup>2</sup>): *Anales del teatro en Tenerife*, prólogo de Domingo Pérez Minik, prólogo a la 2ª edición, Rafael Fernández Hernández, Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife: 10.
- MAURA, Miguel (2007): *Así cayó Alfonso XIII. De una dictadura a otra*, edición y estudio preliminar de Joaquín Romero Maura, Marcial Pons, Madrid: 115.

- MATEOS, Abdón, (2005): *De la guerra civil al exilio, Los republicanos españoles y México*, Biblioteca Nueva, Madrid: 111.
- MEDEROS, Alfredo (2005): *República y represión franquista en La Palma*, Centro de la Cultura Popular Canaria, La Laguna: 96.
- MELIÁN ACOSTA, Miguel (2000): *Sebastián Padrón Acosta: ensayo de comprensión*, Ayuntamientos de Santa Cruz de Tenerife y del Puerto de la Cruz.
- MEMLING, Hans (1973<sup>2</sup>): *La obra pictórica completa de Memling*, prólogo de María Corti, Editorial Noguer, Barcelona: 5.
- MICHAUD, G. (1975): «Conclusiones generales» en OCDE-CERI: Interdisciplinarietà. Asociación Nacional de Universidades e Institutos de Enseñanza Superior, México: 373.
- MILLARES CANTERO, Agustín (2014): *Incógnitas. Mujeres de izquierdas en Gran Canaria*, LeCanarien ediciones, La Orotava, Tenerife: 237.
- MILLARES TORRES, Agustín (1881): *Historia general de las Islas Canarias*, Imprenta de la Verdad de I. Miranda, Las Palmas de Gran Canaria: 249, 251.
- MILLER, Arthur (1998): *La muerte de un viajante*, prólogo de Josep A. Vidal, traducción de Miguel de Hernani, Losada, Buenos Aires: 16-17.
- MIRANDA JUNCO, Agustín (1994): *Poemas y ensayos*, selección e introducción de Rafael Fernández Hernández, Instituto de Estudios Canarios, La Laguna: 7.
- MOLAS RIBALTA, Pere (1991): *La España de Carlos IV*, Editorial Tabapress, Madrid: 17-18.
- MONREAL, Luis (1982): *Grandes Museos*, Planeta, Barcelona: Tomo 4, pág. 320; Tomo 5, pp. 318-319.
- MONTANELLI, Indro (2009): *Historia de los griegos*, traducción de Domingo Pruna, Planeta, Barcelona: 139.
- MONTESINOS, José F. (1969<sup>2</sup>), *Estudios sobre Lope*, Ediciones Anaya, Salamanca: 9-15.



- MORALES UMPIÉRREZ, José Carlos (2015): *Vida y obra del poeta Ventura Aguilar*, tesis doctoral de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria: <http://hdl.handle.net/10553/16954> (consultado el 27/12/2023).
- MOSCOW, Henry (1964): *Rusia bajo los Zares*, traducción de Antonio Ribera, Medellín (Colombia): 121-124.
- NAVARRO RUIZ, Carlos (1944): *Tradiciones canarias*, [s. n.] (Tip. Diario).
- NUEZ, Sebastián de la (1965): *Una revista de vanguardia en Canarias: La Rosa de los Vientos (1927-1928)*, Patronato de «Casa Museo Colón», Anuario de Estudios Atlánticos, Madrid-Las Palmas: 194).
- NÚÑEZ DE LA PEÑA, J.(1994): *Conquista y Antigüedades de las Islas de la Gran Canaria, [1676]*. Ed. al cuidado de Iván Núñez de la Peña. Servicio de Publicaciones de la ULPGC.
- NÚÑEZ MARRERO, Laureana Argelia (1957): «El paisaje en Azorín», tesina de la Universidad de La Laguna:16; <http://riull.ull.es/xmlui/handle/915/23846>
- NÚÑEZ MUÑOZ, María Fe (1986): *Índices de Revista de Historia Canaria*, Tomo I, La Laguna.
- OCAMPO, Victoria (1991): *Autobiografía*, selección, prólogo y notas de Francisco Ayala, Alianza Editorial, Madrid: 11.
- ORTEGA ABRAHAM, Luis y OMAR WALLS, Alberto (1983): *Poetas tinerfeños de ahora*, CCPC, La Laguna: 127.
- ORTEGA Y GASSET, José (1989<sup>2</sup>), *Obras completas*. Tomo 6, Alianza Editorial, Madrid: 266.
- \_\_\_\_\_ (2007), *Misión de la Universidad*, edición de Jacobo Muñoz, Biblioteca Nueva, Madrid: 13.
- OSSORIO, Ángel (1946), *Mis memorias*, Editorial Losada, Buenos Aires: 153-154.
- PADRÓN ACOSTA, Sebastián (2001): *Poetas canarios*, Editorial Leoncio Rodríguez, Santa Cruz de Tenerife: 41.

- PALENCIA, Ceferino (1947): *España vista por los españoles*, Almendros y Vilá, Editores, México.
- PALENZUELA, Nilo (1991): *El primer Pedro García Cabrera*, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria.
- PALMADE, Guy (1979): *Interdisciplinarietà e ideologías*, Narcea S. A. de Ediciones, Madrid.
- PAREDES, Javier (2004) *Historia contemporánea de España (S. XIX-XX)*, Ariel, Barcelona: 638-639.
- PARRA, Teresa de la (1982): *Obra: narrativa, ensayos, cartas*, Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- PAZ SÁNCHEZ, Manuel (1983): *Intelectuales, poetas e ideólogos en la francmasonería canaria del siglo XIX*, Ecotocopia, Santa Cruz de Tenerife: 28.
- PERDOMO ACEDO, Pedro (1990): *Antología poética*, edición e introducción de Manuel Alvar, Viceconsejería de Cultura y Deportes, Canarias: 21, 23, 32-33 y 38).
- PERERA SANTANA, José Miguel (2015): *Vida y obra primeras de Sebastián Padrón Acosta (1900-1936)*, Tesis doctoral de ULPGC.
- PÉREZ BARRIOS, Carmen Rosa (2013): *Eduardo Domínguez Alfonso. Un médico aronero en la vida insular (1840-1923)*, Llanoazur, Tenerife: 145-147.
- PÉREZ DÍAZ, Pompeyo (1996): *La guitarra y los guitarristas-compositore en Canarias*, El Museo Canario, Las Palmas de Gran Canaria: 58.
- PÉREZ LEDESMA, Manuel y BURDIEL, Isabel (2008): *Liberales eminentes*, Editorial Marcial Pons, Madrid:13-15).
- PÉREZ MINIK, Domingo (1988): *Isla y literatura*, Caja General de Ahorros de Canarias: 271.
- \_\_\_\_\_ (2004<sup>2</sup>): *Antología de la poesía canaria. I*, Caja Canarias, Santa Cruz de Tenerife: 339-340.

- POLO, José (1974): *Ortografía y ciencia del lenguaje*, Paraninfo, Madrid: 293.
- PRADO, Javier del (1994): *Historia de la literatura francesa*, Cátedra, Madrid: 374. (Alicia Yllera en «Panorama histórico y sociocultural del siglo XVII»)
- \_\_\_\_\_, (1994): *Historia de la Literatura Francesa*, Cátedra, Madrid: 600, 770, 1023-1024.
- PREVOST, Abate (1984): *Manon Lescaut*, edición de Javier del Pardo y traducción de Susana Cantero, Cátedra, Madrid: 56- 58.
- QUEVEDO GARCÍA, Francisco J. y otros (2009): *Ínsulas forasteras: Canarias desde miradas ajenas*, Editorial Verbum, Madrid: 188, 192, 194.
- QUINTANA, José (1970): *96 poetas de las Islas Canarias*, prólogo de José María de Cossío, Bilbao: 3.
- REICH, Wilhelm (1970): *Reich habla de Freud. Wilhelm Reich comenta su obra y su relación con Sigmund Freud*, prólogo de Mary Boyd Higgins, Anagrama, Barcelona: 9-15).
- RENAN, Ernest (1992): *Averroes y el averroísmo* (Ensayo Histórico), traducción de Héctor Pacheco Pringles y prólogo de Gabriel Albiac, Ediciones Hiperión, Madrid: 10.
- REVERÓN ALFONSO, Juan Manuel (1991): *Estudio de la obra literaria de Claudio de la Torre*, prólogo de Sebastián de la Nuez, Excmo. Cabildo Insular de Tenerife: 17.
- RIVERO, Emilio (2007): *Crónicas de la lucha canaria. Historias del tiempo viejo*, Centro de la Cultura Popular Canaria, Parlamento de Canarias, Tenerife:27-32.
- ROBERTSON, J. M. (1889): *Essays towards a Critical Method*, Londres.
- RÓDENAS, Domingo. Coordinador (2008): *100 escritores del siglo XX. Ámbito hispánico*, Editorial Ariel, Barcelona: 2.

- RODRÍGUEZ MOURE, J. (1913): *Juicio crítico del historiador de Canarias, José de Viera y Clavijo, arcediano de Fuerteventura*, Imprenta de A. J. Benítez, Santa Cruz de Tenerife.
- RODRÍGUEZ SÁNCHEZ DE LEÓN, María José (2014): *Menéndez Pelayo y la literatura: Estudios y Antología*, «La Historia de las ideas estéticas en España: concepto, principios y método», Editorial Verbum, Madrid: 54-55.
- ROMANONES, Álvaro de Figueroa y Torres Conde de (1934<sup>2</sup>): *Doña María Cristina de Habsburgo y Lorena. La discreta regente de España*, Espasa Calpe, Madrid: 7-8.
- ROMO ARREGUI, Josefina (1946): *Vida, poesía y estilo de D. Gaspar Núñez de Arce*, Consejo Superior de Investigaciones, Madrid: 9-10.
- RUBEL, Maximilien (1974): *Páginas escogidas de Marx para una ética socialista*, traducción de Marta Rojzman, Amorrortu editores, Buenos Aires: 27-28.
- RUBIO, Fanny (1976): *Las revistas poéticas españolas (1939-1935)*, Turner, Madrid.
- SÁNCHEZ ARANDA, J. J. y BARRERA DEL BARRIO, C. (1992): *Historia del periodismo español. Desde sus orígenes hasta 1975*, Ediciones de la Universidad de Navarra, Pamplona: 274.
- SÁNCHEZ MORALES, Jorge (1978): *Manuel Delgado Barreto 1878-1936*, Parlamento de Canarias: Fundación Canaria Víctor Zurita, Santa Cruz de Tenerife: 9.
- SÁNCHEZ RIVERO, Ángel (1993): *Gaceta de Arte*, edición al cuidado de Carlos Gaviño de Franchy, Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias: 133.
- SÁNCHEZ ROBAYNA, Andrés (2018): *Nuevas cuestiones gongorinas (Góngora y el gongorismo)*, Biblioteca Nueva, Madrid: 30.
- \_\_\_\_\_, Andrés (2018): *Jorge Oramas o El tiempo suspendido*, Galaxia Gutenberg, Barcelona: 15-16.

- SÁNCHEZ RON, José Manuel (2010): *Ciencia, política y poder: Napoleón, Hitler, Stalin y Eisenhower*, Fundación BBVA, Madrid: 44.
- SANTANA HENRÍQUEZ, Germán (2008): *La tradición clásica en la literatura española e hispanoamericana (siglos XVIII-XX)*, Ediciones Clásicas, Madrid: 43, 57.
- SANTANA RODRÍGUEZ, Rafael (1994): *Luis Doreste Silva y la poesía de su tiempo*, Editorial Sanro, Las Palmas de Gran Canaria: 24, 31.
- SANZ DE ALMARZA, Luis (1992): *Eustaquio Echauri Martínez su vida y «Notas Filológicas» (Sobre voces y frases incorrectas)*, Pevisa, Logroño: 7.
- SAÑA, Heleno (2007): *Historia de la Filosofía española. Su influencia en el pensamiento universal*, Almuzara, Córdoba-España: 227.
- SCHNEIDER, Marcel (1980): *Wagner*, traducción de Josep Elias, Antoni Bosch, Editor; Barcelona: 26.
- SCHUHMACHER, Lioba Simon (1989): *Universalismo e Ilustración C. M. Wieland (1733-1813)*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo: 35.
- SERRALLONGA, Joan (2007/): *Pablo Iglesias. Socialista, obrero y español*, prólogo de José Luis Martín Ramos, Edhasa, Barcelona: 9, 15.
- SHIPLEY, Joseph (1943): *Dictionary of World Literature*, Philosophical Library, New York.
- SHUMAKER, Wayne(1974): *Elementos de teoría crítica*, Cátedra, Madrid.
- SIMÓN, Pedro (1991): *Modernismo y nueva poesía en Versos (1920-1938). Dulce María Loynaz: valoración múltiple*. Casa de las Américas, La Habana: 263-276.
- SOSA ACEVEDO, Florencio (2006): *Destierro en el Hierro*, Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife: 9-10.
- SPANG, Kurt (1993): *Géneros literarios*, Editorial Síntesis, Madrid: 40-41.
- STORR, Anthony (1974): *Jung*, Ediciones Grijalbo, Barcelona: 78.

- TABARES BARTLETT, José (2015<sup>2</sup>): *TENERIFE Poema*, MCDOCAM, Santa Cruz de Tenerife.
- TALVACCHIA, Bette (2007): *Rafael*, traducción de Gemma Deza, Phaidon, Barcelona: 12.
- TODOROV, Tzvetan (1987): «El origen de los géneros», texto recogido por Miguel A. Garrido Gallardo en *Teoría de los géneros literarios*, Arco/Libros, Madrid, 1988: 38.
- TORRIANI, Leonardo (1999): *Descripción e historia del reino de las Islas Canarias: antes Afortunadas, con el parecer de sus fortificaciones*, traducción del italiano, con Introducción y Notas por Alejandro Cioranescu, Cabildo de Tenerife: 39-40.
- TRUJILLO, Juan Manuel (1986): *Prosa reunida*, edición y estudio preliminar de Sebastián de la Nuez, Aula de Cultura de Tenerife: Cabildo Insular de Tenerife, Santa Cruz de Tenerife: 21-22.
- TUÑÓN DE LARA, M. (19743): *La España del siglo XX. La quiebra de una forma de Estado (1898/1931)*, Editorial Laia, Barcelona: 151-152.
- TUSELL, Javier y PORTERO, Florentino (1998): *Antonio Cánovas y el sistema político de la Restauración*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid: 11.
- UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA: *Acto de investidura como doctores honoris causa de los profesores Leoncio Afonso Pérez y Emilio Lledó Íñigo: 7 de marzo de 1997*. Universidad de La Laguna: Servicio de Publicaciones: 16.
- VALBUENA PRAT, Ángel (1937): *Historia de la Poesía canaria*. Tomo I, Universidad de Barcelona, Facultad de Filosofía y Letras y Pedagogía: 13-14.
- VALDERRAMA, Pilar (1981): *Sí, soy Guimar: memorias de mi vida*, prólogo de Jorge Guillén, Plaza & Janés, Barcelona: 18-19.
- VARELA, Javier (1995): *Américo Castro: Autobiografía de un liberal*, Instituto Universitario Ortega y Gasset, Madrid: 22.

- VV. AA. (1973<sup>2</sup>): *Diccionario de autores de todos los tiempos y todos los países*, Montaner y Simón, Barcelona: tomo III, 638-639.
- VV. AA. (1973<sup>2</sup>): *Diccionario de autores de todos los tiempos*, Montaner y Simón, Barcelona: t. II, 118-119.
- VV. AA. (2001): *Calderón de la Barca desde la Modernidad*, Fundación Fernando Rielo, Madrid: 71-72.
- VV. AA, (2007): *Imagen de María Rosa Alonso* [Catálogo de la Exposición bibliográfica y documental Día del Libro 2007]. Biblioteca General de Humanidades de la Universidad de La Laguna-Gobierno de Canarias-Cabildo Insular de Tenerife-Ayuntamiento de San Cristóbal de La Laguna, Santa Cruz de Tenerife.
- VV. AA (2010): *Entre las dos orillas: María Rosa Alonso y los Estudios Canarios*, Instituto de Estudios Canarios-Parlamento de Canarias-Dirección General del Libro-Archivos y Bibliotecas del Gobierno de Canarias-Ayuntamiento de San Cristóbal de La Laguna, Santa Cruz de Tenerife.
- VV. AA. (2011), *Historia Contemporánea de Canarias*, Obra Social de la Caja de Canarias, Las Palmas de Gran Canaria: 257-258.
- VV. AA. (2015<sup>2</sup>): *Póstumo homenaje al presbítero D. José Rodríguez Moure*, Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife: (Sebastián Padrón Acosta «La alegoría de Rodríguez Moure» pág. 83- 98).
- VELÁZQUEZ RAMOS, Cirilo: «Periodismo y política en el Tenerife del primer tercio del siglo XX. Memoria sin retorno: José María Benítez Toledo», en *El Periodismo y la Cohesión Territorial del Archipiélago*, actas Del I Congreso de Historia del Periodismo Canario, celebrado en la ciudad de San Cristóbal de La Laguna entre los días 20 de Octubre y 5 de Noviembre de 2010. San Cristóbal De La Laguna: Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife, 2010, pág. 392-430.
- VERJAT, Alain (2002): *Víctor Hugo*, Editorial Síntesis, Madrid: 85.

- VERNAU, René (1981): *Cinco años de estancia en las Islas Canarias*, traducción de José A. Delgado Luis, notas históricas y mapas de Manuel J. Lorenzo Perera, Gráficas La Torre, La Orotava: 26.
- VICENS, Toni (1978): *Conocer a Rousseau y su obra*, Editorial Dopesa, Barcelona: 52, 58-60.
- VIERA Y CLAVIJO, José (1982): *Noticias de la historia general de las Islas Canarias*, introducción y notas de Alejandro Cioranescu; índice onomástico de materias por Marcos G. Martínez, Goya Ediciones, Santa Cruz de Tenerife: 316.
- \_\_\_\_\_, (2011): *El hombre en los campos o 'Las Geórgicas' de Jacob Delille*, documentación, edición y notas de Manuel de Paz Sánchez y Carlota Alfonso Da Costa, Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife: 11-13.
- VILA SAN-JUAN, P. (1956): *Memorias de Enrique Borrás*, Editorial A H R, Barcelona: 11.
- VILLACAÑAS BERLANGA, José Luis (2000): *Ramiro de Maeztu y el ideal de la burguesía en España*, Espasa Calpe, Madrid: 13, 411.
- VILLON, François (1980): *Poesía*, prólogo y notas de Carlos Alvar, Alianza Editorial, Madrid: 7-8, 10, 16.
- VIÑAS, Ángel (2010<sup>2</sup>): *Al servicio de la República*, Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación: Marcial Pons, Madrid: 157).
- WALTHER, Ingo F. (2007): *Picasso I*, Ediciones Taschen, traducción de Pedro Guillermet, Colonia: 9, 308-311.
- WILLIAMS, Jaime Andrés (2002): *El argumento de la apuesta de Blaise Pascal*, Ediciones Universidad de Navarra: 16, 18-19.
- YANES MESA, Julio A. (2003): *Historia del periodismo tinerfeño (1758-1936)*, Centro de la Cultura Popular Canaria, Tenerife: 526).
- YÁNEZ RODRÍGUEZ, José Luis (2014): *Ignacio Santana Marrero*, prólogo de Michel Jorge Millares, Anroart Ediciones, Madrid: 22-23.



- ZUFFI, Stefano (1996): *Giotto*, traducción de Emilio Álvarez, Editorial Electa, Madrid: 5.
- ZURITA ANDIÓN, José Luis (2018): *La Tarde. 55 años de periodismo tinerfeño (1927-1982). El ocaso de la prensa vespertina en España*, Archivo histórico provincial de Santa Cruz de Tenerife: 55, 57.

### 6.2.2. Artículos de periódicos

- «Residente en Venezuela. Obra nueva de María Rosa Alonso», (Nota), *El Diario de Las Palmas*, 18 de julio de 1960.
- «La otra Venezuela en su cultura», (Nota), *Arriba*, Madrid, 15 de enero de 1961.
- «Los Sabandeños estrenan hoy la canción “Maspalomas y tú”. En homenaje a María Rosa Alonso», *El Eco de Canarias*, Las Palmas de Gran Canaria, 18 de octubre de 1968.
- ÁLAMO, Néstor: «Carta abierta a María Rosa Alonso», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 13 de octubre de 1944.
- ALEMÁN, Gilberto: «Carta a María Rosa Alonso», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 30 de agosto de 1960.
- APARICIO, Antonio: «Residente en Venezuela», *El Nacional*, Caracas, 17 de junio de 1961.
- ARMAS AYALA, Alfonso: «Carta a María Rosa Alonso», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 30 de junio de 1960.
- CANO, José Luis, «*Ínsula* fue un puente entre la España interior y la del exilio.», *El País*, Madrid, 3 de marzo de 1985:  
[https://elpais.com/diario/1985/03/09/cultura/479170806\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1985/03/09/cultura/479170806_850215.html)
- CASTILLO, Juan del: «Nuestras damas del siglo XIX», *Diario de Avisos*, 28 de julio de 2002.
- \_\_\_\_\_: «María Rosa, entre el flan y la ñamera», *Diario de Avisos*, 25 de agosto de 2002.

- CRÉMER, Victoriano: «Despacio y por la calle», *Diario de León*, León, 14 de mayo de 1960.
- CRUZ RUIZ, Juan: «Ernesto Castro Fariña, médico cardiólogo», *El País*, Madrid, 8 de agosto de 2006.  
[https://elpais.com/diario/2006/08/08/agenda/1154988002\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2006/08/08/agenda/1154988002_850215.html)  
(consultado el 04/12/2023).
- \_\_\_\_\_: «María Rosa Alonso diciendo no y riendo a carcajadas», *La Opinión de Tenerife*, 29 de mayo de 2011.
- DIEGO CUSCOY, Luis: «Otra vez, novela de María Rosa Alonso», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 25 de enero de 1952.
- DIEGO, Gerardo: «El Poema de Viana de María Rosa Alonso», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 6 de noviembre de 1952.
- *Diario de Avisos*: «La escritora María Rosa Alonso llenó el salón noble del Consistorio», (Puerto de la Cruz), 7 de julio de 2002.
- *Diccionario de historia y política del mundo contemporáneo*, Editorial Tecnos, Madrid, 2006: 834-835.
- DORESTE SILVA, Luis: «A Usted y en nostalgia del “tú”», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 28 de junio de 1949.
- \_\_\_\_\_: «Saludo a María Rosa Alonso, novelista», *Falange*, Las Palmas, 13 de diciembre de 1951.
- \_\_\_\_\_: «Una gran proyección venezolana de María Rosa Alonso», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 16 de agosto de 1960.
- *El Día*: «Radio Club entregó sus Teide de oro», Santa Cruz de Tenerife, 12 de diciembre de 2002.
- *Falange*, «Vida y Sociedad», Las Palmas de Gran Canaria, 19 de junio de 1947.
- \_\_\_\_\_, «Vida y Sociedad», Las Palmas de Gran Canaria, 15 diciembre de 1948.
- FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor: «Los temas de una generación», *La Vanguardia española*, Barcelona, 11 de agosto de 1954.

- FIGUEIRA, Gastón: «*Residente en Venezuela*», *La Mañana*, Montevideo, 28 de junio de 1964.
- GÁLVEZ, Luis: «En torno a *Otra vez* de María Rosa Alonso», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 5 de febrero de 1952.
- GARCÍA LLANOS, Salvador: «Prensa del Puerto de la Cruz», *Asociación de la Prensa de Santa Cruz de Tenerife*, 9 de diciembre de 2019.
- GUTIÉRREZ ALBELO, Emeterio: «Una escritora: María Rosa Alonso», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 28 de marzo de 1952.
- \_\_\_\_\_: «María Rosa Alonso. *Manuel Verdugo y su obra poética*», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 1 de enero de 1956.
- IZQUIERDO, Eliseo: «El heterodoxo Víctor Núñez», *El Día*, 16 de junio de 2019.
- JIMÉNEZ SÁNCHEZ, Sebastián: «*Residente en Venezuela*, obra de la doctora María Rosa Alonso», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 6 de julio de 1960.
- *La Prensa*: «Lerroux y la cuestión canaria», Santa Cruz de Tenerife, 26 de mayo de 1915.
- ORTEGA Y GASSET, José: «El error de Berenguer», *El Sol*, Madrid, 15 de noviembre de 1930.
- PÉREZ MINIK, Domingo («Arona»):«*Otra vez...* Primera novela de María Rosa Alonso», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 25 de enero de 1952.
- \_\_\_\_\_: «*Residente en Venezuela*», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 10 de noviembre de 1960.
- PINEDA, Rafael: «Los isleños», *El Nacional*, Caracas, 18 de noviembre de 1961.
- PLA Y BELTRÁN: «*Residente en Venezuela*», *El Mundo*, Caracas, 21 de abril de 1960.
- RIAL, José Antonio: «*Residente en Venezuela*», *Índice literario de El Universal*, Caracas, 28 de abril de 1960.
- QUINTERO, Salvador: «El sentido del tinerfeñismo», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 20 de marzo de 1930.

- SASSONE, Helena: «*Residente en Venezuela*», *El Nacional*, Caracas, 31 de marzo de 1960.
- VARELA, José Luis: «La palabra y la llama», *ABC*, Madrid, 13 de febrero de 1962. Phaidon, Barcelona.

### 6.2.3 Artículos de revistas

- ACOSTA RAMÍREZ, Francisco y CRUZ ARTACHO, Salvador: «Del regionalismo al nacionalismo por “la fuerza bruta de las guerras”. El impacto de la Primera Guerra Mundial en el pensamiento de Blas Infante», *Historia y Política*, núm. 33, Madrid, enero-junio (2015), págs. 75-98.
- ALFONSO LÓPEZ, F. J. (2020): «Los trabajos y los días de Jenaro Artiles en la oficina del historiador de La Habana (1940-1947)», en Elena Acosta Guerrero, coord., *XXIII Coloquio de Historia Canario-Americana*, Las Palmas de Gran Canaria: <http://coloquioscanariasamerica.casadecolon.com/index.php/CHCA/article/view/10401> (consultado el 10/08/2023).
- ALONSO QUINTERO, ELFIDIO (2010): «Las aficiones folclóricas de María Rosa Alonso», en VV. AA. *Entre las dos orillas: María Rosa Alonso y los Estudios Canarios*, Instituto de Estudios Canarios-Parlamento de Canarias-Dirección General del Libro-Archivos y Bibliotecas del Gobierno de Canarias-Ayuntamiento de San Cristóbal de La Laguna, Santa Cruz de Tenerife: 45-53.
- ÁLVAREZ CRUZ, Luis: «El periodismo sobre el tapete. Epístola a María Rosa Alonso», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 22 de octubre de 1949.
- ÁLVAREZ-UDE, Carlos y CANO, José Luis: «El mar que guardaba la isla», *Ínsula*, n.º 628, Madrid, abril 1999: 3-5.
- ARACIL, María y Sacha SAVAROF (2018): «Dos protagonistas barojianas», *Esferas Literarias*, 1, Universidad de Córdoba: 189-200.
- ARMAS AYALA, Alfonso (1945): «El Neoclasicismo en Canarias: José Viera y Clavijo, Graciliano Afonso Naranjo», separata de la revista del *Museo Canario*, Las Palmas de Gran Canaria.

- ASOCIACIÓN CULTURAL DE ARTE Y PATRIMONIO DE LA VILLA DE LA OROTAVA (2005): *Rincones del Atlántico*, n.º 2, La Orotava-Tenerife: 34.
- AZCUE, Verónica (2018): «En busca de un teatro proletario: La Madre de Gorki y el teatro español republicano». *Cultura de la República. Revista de Análisis Crítico*: 22-34. <https://doi.org/10.15366/crrac2018.2>
- BARRAJÓN MUÑOZ, Jesús María (2019): «La revista *Ínsula* y su recepción del cambio poético entre los años 1966 y 1983», *Revista de Literatura*, vol. LXXXI, n.º 162, pp. 505-532.
- BENÍTEZ, Anselmo J. (1900): *A. J. Benítez, tipógrafo*, folleto de propaganda de la Imprenta de A. J. Benítez, Biblioteca de la Universidad de La Laguna.
- BÉTHENCOURT, Antonio (2011): «María Rosa Alonso y Antonio Rumeu de Armas a través de su correspondencia», *Anuario de Estudios Atlánticos*, Las Palmas de Gran Canaria, n.º 57: 691-736.
- BOLÓS, Oriol de (1976): «Eric R. Svensson Sventenius (1910-1973)», *Collectanea Botanica*, CSIC, Universidad de Barcelona, pp.: 373-375; <http://hdl.handle.net/2445/31742> (consultado el 10/03/2024).
- BRITO DÍAZ, Carlos (2007): «Vianismo y vianerías: El *Poema* de Viana según María Rosa Alonso», en AA. VV., *Imagen de María Rosa Alonso*, catálogo de la exposición bibliográfica y documental del Día del Libro, Biblioteca General y de Humanidades, Universidad de La Laguna: 37-43.
- \_\_\_\_\_ (2010): «Viana y Lope: de la epopeya guanche a la *comedia nueva*», en AA. VV. *Entre las dos orillas: María Rosa Alonso y los Estudios Canarios*, Instituto de Estudios Canarios-Parlamento de Canarias-Dirección General del Libro-Archivos y Bibliotecas del Gobierno de Canarias-Ayuntamiento de San Cristóbal de La Laguna, Santa Cruz de Tenerife: 103-114.
- CABRERA DÍAZ, Agustín: «Agustín Cabrera Díaz (1878-1961)», Nota necrológica publicada en el *Anuario del Estudios de Estudios Canarios*, VI, 1960-1961, La Laguna: 58-59: <file:///C:/Users/Usuario/OneDrive/Comunicaci%C3%B3n%20de%20mayo/Docume>

[ntos/Agust%C3%ADn%20Cabrera%20D%C3%ADaz.pdf](#) (consultado el 03/10/2023).

- CANO, José Luis (1960): «*Residente en Venezuela*», *Ínsula*, n.º 168, noviembre, Madrid.
- CARREÑO CORBELLA, Pilar (2014): «Juan Ismael en tiempos de vanguardia», *Anuario del Instituto de Estudios Canarios*, La Laguna: 131-154.
- CASELLAS, Raimon: «*La Intrusa*. Drama de Mauricio Maeterlinck», *La Vanguardia*, 8 de septiembre de 1893: <https://parles.upf.edu/llocs/liteca/biblioteca-la-intrusa-drama-de-mauricio-maeterlinck> (consultado el 27/01/2023).
- CONDE MARTEL, Consuelo (1994): «Alejandro de Ossuna y Saviñón pintor tinerfeño del siglo XIX», Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, separata del X *Coloquio de Historia Canario-Americana*, vol. 2: 1233-1246.
- CRESPO PÉREZ, María del Carmen (1996): «Luis de Zulueta, político y pedagogo», *Revista Complutense de Educación*, vol. 7, n.º 01, Madrid: 132.
- Día del trabajo: <https://www.elmundo.es/como/2022/05/01/626c199321efa0a6628b457c.html> (consultado el 9 de marzo de 2024).
- DÍAZ ALAYÓN, C. (2005): «Inventario bibliográfico de José Pérez Vidal», *Revista de Estudios Generales de la Isla de La Palma*, n.º 1, pág. 49.
- DÍAZ ARMAS, Jesús (2010): «Cairasco a la luz de la Emblemática: la *Comedia del recibimiento al obispo Fernando Rueda*», en AA. VV., *Entre las dos orillas: María Rosa Alonso y los Estudios Canarios*, Instituto de Estudios Canarios-Parlamento de Canarias-Dirección General del Libro-Archivos y Bibliotecas del Gobierno de Canarias-Ayuntamiento de San Cristóbal de La Laguna, Santa Cruz de Tenerife: 71-102.
- DÍAZ PÉREZ, A. María (1984): «Un músico canario en América: Santiago Sabina Corona», *Actas del VI Coloquio de Historia Canario-Americana*, Cabildo Insular de Gran Canaria: 423-445.
- DIEGO CUSCOY, Luis (1944): «Folklore infantil (Tradiciones populares II)», Instituto de Estudios Canarios, La Laguna.

- DORESTE, Ventura (1946): «*Comedia de Nuestra Señora de Candelaria*. Edición, prólogo y notas de María Rosa Alonso. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Nicolás Antonio. Madrid, 1946», *Revista del Museo Canario*, n.º 20: 109.
- \_\_\_\_\_ (1946): «Alonso, María Rosa: *Con la voz del silencio*. Colección para 30 bibliófilos, editada por J. M. Trujillo.-20. Las Palmas de G. C. (Imprenta Minerva). 1945. XVI páginas», *Revista del Museo Canario*, n.º 20: 111.
- \_\_\_\_\_ (1967): «Poesía canaria: Luis Benítez Inglott», *Isla*, n.º 36, II Época, Las Palmas de Gran Canaria: 20-23.
- *Espadaña*, «Nota», sobre *La voz del silencio*, (1946), n.º 23, León.
- FERNÁNDEZ ESCALONA, Guillermo (2003): «Una comedia temprana de Lope de Vega: Nuestra Señora de la Candelaria», *Especulo. Revista de estudios literarios* (Universidad Complutense de Madrid), 24 (julio-octubre), disponible en: <http://www.ucm.es/info/especulo/numero24/candelar.html>.
- FERNÁNDEZ, Tomás y TAMARO, Elena. «Biografía de William McKinley». En *Biografías y Vidas. La enciclopedia biográfica en línea* [Internet]. Barcelona, España, 2004. Disponible en <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/m/mckinley.htm> (consultado el 9 de marzo de 2024).
- FERRERO, Guillermo: <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/f/ferrero.htm>
- GALVÁN GONZÁLEZ, Victoria y PADRÓN FERNÁNDEZ, Rafael: «María Rosa Alonso “bajo el signo de Viera”» en AA. VV. (2010): 133-163.
- GARCÍA PÉREZ, Ana María, (2003): «Entrevista a nuestra más antigua alumna: María Alonso Rodríguez», *Pasillos*, I.E.S. Canarias. Cabrera Pinto. San Cristóbal de La Laguna.
- GONZÁLEZ, Juana (2021): «María Luisa Villalba y *La Tarde*», *Revista de Filología*, 43; septiembre 2021, pp. 153-170; ISSN: e-2530: <https://doi.org/10.25145/j.refiull.2021.43.08> (consultado el 02/11/2022).
- GUIMERÁ LÓPEZ, Coriolano (2001): «Francisco Fernández de Béthencourt, un esclarecido genealogista nobiliario (1850-1916)», *Hidalguía*. Núm. 285. Madrid, pág. 283-287:

<file:///C:/Users/Usuario/OneDrive/Comunicaci%C3%B3n%20de%20mayo/Documentos/FranciscoFernandezDeBethencourt%20Genealogista.pdf> (consultado el 20/09/2023).

- GUIMERÁ PERAZA, Marcos (1994): «El ilustrado don Tomás de Nava-Grimón y Porlier, V marqués de Villanueva del Prado (1734-1779)», *Anuario de Estudios Atlánticos*, n.º 40, Universidad de La Laguna: 247-327.
- GUTIÉRREZ ALBELO, Emeterio (1960): «*Residente en Venezuela*. Universidad de los Andes. Venezuela. María Rosa Alonso», *Gánigo*, n.º 37, Santa Cruz de Tenerife: 19.
- HEREDIA, María Isabel (1992): «La obra de Agustín Espinosa» en *Canarias. Las vanguardias históricas* [seminario celebrado en el Centro Atlántico de Arte Moderno, Las Palmas, abril-noviembre 1991]. Edición de Andrés Sánchez Robayna, Centro Atlántico de Arte Moderno y Gobierno de Canarias: 99-114.
- HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Manuel: «La Ilustración en Canarias y su proyección en La Palma», en *Cinco mitos para cinco siglos: 525 aniversario de la fundación de Santa Cruz de La Palma*, coordinado por Manuel Poggio Capote, Víctor J. Hernández Correa y Antonio Lorenzo Tena, Volumen 2. Tomo II, 2020: 47-68.
- HERNÁNDEZ PERERA, Jesús (1970): «Ofrenda» en *Homenaje a Elías Serra Ráfols I*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de La Laguna: 11-13.
- IZQUIERDO, Eliseo (2010): «María Luisa Villalba y otros seudónimos», en VV. AA. VV., *Entre las dos orillas: María Rosa Alonso y los Estudios Canarios*, Instituto de Estudios Canarios-Parlamento de Canarias-Dirección General del Libro-Archivos y Bibliotecas del Gobierno de Canarias-Ayuntamiento de San Cristóbal de La Laguna, Santa Cruz de Tenerife: 369-376.
- JOVER OLMEDA, Gonzalo; LAUDO CASTILLO, Xavier y VILANOU TORRANO, Conrad (2014): «Juan Zaragüeta y los orígenes de la Filosofía de la Educación en España: un pedagogo entre dos mundos», *Revista Española de Pedagogía*, año LXXII, n.º 258, mayo-agosto: 327-344.
- LORENZO CÁCERES, A. de, (1935): «Las Canarias en el teatro de Lope de Vega», *El Museo Canario*, Las Palmas de Gran Canaria, 6: 17-32.
- \_\_\_\_\_ (1936): «Las Canarias de Lope de Vega. Una página inédita de don José de Viera y Clavijo sobre los *Guanches de Tenerife*», *El Museo Canario*, Las Palmas de Gran Canaria, 8: 38-40.



- LOZOYA, Marqués de (1945): «Luis de la Cruz y Ríos, Pintor de Cámara de Fernando VII», (separata), *El Museo Canario*, n.º 16, octubre-diciembre, Las Palmas.
- MARÍAS, Javier: «Algunas de las mejores personas», *El País Semanal*, 6 de julio de 2003.
- \_\_\_\_\_: «Los cien años de una amiga», *El País Semanal*, 28 de diciembre de 2009.
- MARTÍN DE LUGO, M.<sup>a</sup> Carmen (2003/4), «Don Antonio Lugo y Massieu: Pasión por la Naturaleza», *Rincones del Atlántico*, n.º 1, La Orotava-Tenerife: 24.
- MARTÍN RODRÍGUEZ, Antonio M.<sup>a</sup> (2000-2001): «Ecos clásicos en la poesía de Fernando González», *Fortvnatae*, 12: 125-143:  
<file:///C:/Users/Usuario/OneDrive/Comunicaci%C3%B3n%20de%20mayo/Documentos/Fernando%20Gonz%C3%A1lez,%20poeta.pdf> (consultado el 29/09/2023)
- MARTÍNEZ MONTALVO, Esperanza (1993): «D. Agustín Millares Carlo y su constante preocupación por la transmisión del conocimiento», CDM, volumen II, pág. 45- 55:  
<https://revistas.ucm.es/index.php/CDMU/article/view/59341/4564456546725>  
(consultado el 18/05/2023).
- MARTINÓN CEJAS, Miguel (2010): «Biografía de María Rosa Alonso», en la revista *María Rosa Alonso. Memoria literaria*, publicada con motivo de la celebración de Día de las Letras Canarias 2010, Gobierno de Canarias.
- MATEO, José Luis (2017): «Salvador Quintero Delgado. Catedrático de Instituto, escritor poeta y divulgador canario en Vigo», *Boletín IEV*, n.º 22, Vigo: 373-392.
- MEDEROS, Alfredo y GILI, Pedro (2010): «José Cerezo Jiménez, Química Orgánica y Teófilo Gaspar Arnal, Química Inorgánica, los primeros catedráticos de la Facultad de Ciencias de la Universidad de La Laguna», *Revista de la Academia Canaria de Ciencias*, volumen XXI, Núms. 3-4, La Laguna, Tenerife: 133-182.
- MEDINA LÓPEZ, Javier (2007): «Elías Zerolo (1848-1900) y la labor de la Real Academia Española», *Revista de Filología Española*, LXXXVII, 2.º, págs. 351-371:  
<file:///C:/Users/Usuario/Downloads/37->

[Texto%20del%20art%C3%ADculo%20\(necesario\)-36-1-10-20080110.pdf](#)

(consultado el 01/12/2023).

- \_\_\_\_\_ (2012): «El maestro Ireneo González y Hernández y su doctrina gramatical en el contexto escolar de las Islas Canarias (s. XIX)», *Revista argentina de historiografía lingüística*, n.º 2, v. 4, pág. 131-154: [file:///C:/Users/Usuario/Downloads/Dialnet-ElMaestroIreneoGonzalezYHernandezYSuDoctrinaGramat-4471038%20\(2\).pdf](file:///C:/Users/Usuario/Downloads/Dialnet-ElMaestroIreneoGonzalezYHernandezYSuDoctrinaGramat-4471038%20(2).pdf) (consultado el 06/10/2023).
- MENDIZÁBAL, Carlos Elío (2018): «El universo Tagore», *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, n.º 73 (enero-abril), pág. 95-105: <http://dx.doi.org/10.6018/daimon/249551> (consultado el 06/11/2023).
- NUEZ CABALLERO, Sebastián de la (1960): *La generación de los intelectuales canarios, El Museo Canario*, Las Palmas de Gran Canaria.
- NUEZ CABALLERO, Sebastián (1978): «Ángel Valbuena Prat iniciador de la crítica y la historiografía modernas en la poesía canaria», *Revista de Historia Canaria*, n.º 171, La Laguna: 203-218.
- OTERO, Nacho: «Sanjurjo, un vuelo breve y mortal»: <https://www.muymuyinteresante.com/historia/34817.html> (consultado el 10/03/2023).
- OUVIÑA NAVARRO, Marta, «María Rosa Alonso y su legado», *Canarii-Historia de la cultura*, n.º 23, La Laguna, marzo 2012.
- PADRÓN ACOSTA, Sebastián, (1950): «La poesía de don José Tabares Bartlett», *Revista de Historia*, n.º 92, La Laguna, octubre-diciembre: 287-323.
- \_\_\_\_\_ (1951): Reseña de «Las danzas y canciones populares de Canarias» de María Rosa Alonso, *Revista de Historia*, n.º 93-94, (enero-junio), La Laguna: 156-158.
- \_\_\_\_\_ (1951): Reseña de *Otra vez...* de María Rosa Alonso, *Revista de Historia*, n.º 95-96, La Laguna: 376-377.
- PARDO BAZÁN, Emilia (1914): «La vida contemporánea», *La ilustración artística*, n.º 462, 1 de junio de 1914, Madrid:

[https://www.europeana.eu/item/2022711/urn\\_repox\\_ist\\_utl\\_pt\\_HEM\\_390371](https://www.europeana.eu/item/2022711/urn_repox_ist_utl_pt_HEM_390371))

(consultado el 17/07/2023).

- PÉREZ MINIK, Domingo (1933): «*El poeta y San Marcos: Andrés de Lorenzo Cáceres*», *Gaceta de Arte*, n.º 14, abril de 1933, Santa Cruz de Tenerife: 4.
- PÉREZ VIDAL, J. (1945): Recensión de *Comedia de Nuestra Señora de Candelaria* (Edición, prólogo y notas de María Rosa Alonso, *Revista de Bibliografía Nacional*, anejo III, 1944), *RH*, XI, núm. 69, pp. 90-92.
- \_\_\_\_\_ (1946): Reseña de *Con la voz del silencio* de María Rosa Alonso. Colección para 30 bibliófilos, núm. 20. Las Palmas de Gran Canaria, 1945, *Revista de Historia*, 75: 343-345.
- REYES GONZÁLEZ, Nicolás; GUERRERO ROMERO, Francisco y SÁNCHEZ JIMÉNEZ, Carmen (1989): «Don Antonio María Manrique y Saavedra: prototipo de la burguesía canaria (1837-1907)», en *III Jornadas de Estudios sobre Fuerteventura y Lanzarote*, Servicio de Publicaciones del Cabildo Insular de Fuerteventura y del de Lanzarote, tomo I: 113-154.
- REYES GONZÁLEZ, Nicolás (2017): «La República Federal y Nicolás Estévanez Murphy: orígenes, desarrollo histórico y su vigencia actual», *XXII Coloquio de Historia Canario-Americana*, Las Palmas de Gran Canaria. España, XXII-165, pp. 1-10:  
<http://coloquioscanariasamerica.casadecolon.com/index.php/aea/article/view/10101>  
(actualizado el 11/04/2023).
- RIERA, Carme: «Delenda est monarchia», *La Vanguardia*, 21 de junio de 2014:  
<https://www.lavanguardia.com/opinion/articulos/20140622/54410277208/delenda-est-monarchia-carme-riera-opi.html> (consultado el 10 de marzo de 2024).
- ROJAS PIÑA, Benjamín (1962): Reseña de «*Residente en Venezuela* de María Rosa Alonso. Mérida, Venezuela, Talleres Gráfico Universitarios, 1960, 291 págs. (publicaciones de la Fac. de Humanidades de la Univ. De los Andes)», *Atenea*, *Revista de La Concepción*, Chile, n.º 391, enero-marzo.
- ROMEU PALAZUELOS, Enrique (1987), *Anuario del Instituto de Estudios Canarios*, n.º 28-29, Universidad de La Laguna, Tenerife: 158-159.

- RUIZ ÁLVAREZ, Antonio: «Don Antonio Ruiz Álvarez» Nota necrológica publicada en el Anuario del Estudios de Estudios Canarios XVI-XVII-XVIII-XIX-XX.1978, La Laguna: 181-182: [file:///C:/Users/Usuario/Downloads/13.Estudios%20Canarios,%2016-20%20\(1970-1975\)%20\(1\).pdf](file:///C:/Users/Usuario/Downloads/13.Estudios%20Canarios,%2016-20%20(1970-1975)%20(1).pdf) (consultado el 05/10/2023).
- SÁNCHEZ ROBAYNA, Andrés (1990): «Domingo Pérez Minik (1903-1989)», separata de *España Contemporánea*, Revista de Literatura y Cultura, Tomo III, núm. 2, otoño: 49-60.
- \_\_\_\_\_ (1993): «La quema de Garachico de Fray Marcos de Alayón», *Anuario de Estudios Atlánticos*, Vol. 1, n.º 39, pp. 41-64.
- SERRA RAFOLS, Elías (1941): Reseña de «Alonso, María Rosa: *Un rincón tinerfeño. La Punta del Hidalgo*, La Laguna, Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife, 1944. 82», *Revista de Historia*, La Laguna, n.º 67 de julio-septiembre: 306-307.
- SILVA HERGOZ, Jesús: <https://www.gob.mx/ejn/es/articulos/jesus-silva-herzog-1893>.
- THION SORIANO-MOLLÁ, Dolores (2022): «Emilia Pardo Bazán y Francisco Fernández Villegas, Alias Zeda: Cartas inéditas», en la revista *Mundos del hispanismo una cartografía para el siglo XXI: AIH Jerusalén 2019*, [https://doi.org/10.31819/9783968693002\\_034](https://doi.org/10.31819/9783968693002_034) (consultado el 20/10/2023).
- VEGA, Isaac de (1960): «Residente en Venezuela de M.<sup>a</sup> Rosa Alonso», *Gaceta de las Artes*, n.º 290. (*La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 30 de junio de 1960).
- WITKER, Alejandro (1986): «Alfredo L. Palacios: Maestro de nuestra América», *Revista ABRA*, 4 (3-4), 63-76. Obtenido de: <https://www.revistas.una.ac.cr/index.php/abra/article/view/4710> (consultado el 11/04/2023).
- YANES MESA, Julio Antonio (1992): «El diario político *Hoy*: un anacronismo informativo en Tenerife durante la II República», en *Anuario de Estudios Atlánticos*, n.º 38, Madrid-Las Palmas: 603-640.

- \_\_\_\_\_ (1996): «El periodismo republicano en Tenerife (1868-1936): alborada, plenitud y ocaso de una prensa política», en *Tebeto: Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura*, n.º 9: 25-50.
- \_\_\_\_\_ (2010): «Leoncio Rodríguez y María Rosa Alonso» en AA. VV., *Entre las dos orillas: María Rosa Alonso y los Estudios Canarios*, Instituto de Estudios Canarios-Parlamento de Canarias-Dirección General del Libro-Archivos y Bibliotecas del Gobierno de Canarias-Ayuntamiento de San Cristóbal de La Laguna, Santa Cruz de Tenerife: 355-368.
- \_\_\_\_\_ (2023): «Las polémicas periodísticas de la profesora republicana de izquierdas María Rosa Alonso (1909-2011) en la prensa de las Islas Canarias en el primer franquismo», *Arenal. Revista de Historia de las mujeres*, Universidad de Granada, enero-junio 2023, 67-94: <https://revistaseug.ugr.es/index.php/arenal/article/view/24508>. (consultado el 15/10/2023).
- ZAMORA VICENTE, Alonso (1954): «Carta a María Rosa Alonso en su Isla», *Ínsula*, Madrid, n.º 102, junio: 8.
- \_\_\_\_\_ (1960): «María Rosa Alonso en su Mérida andina», *Ínsula*, Madrid, n.º 164-65, julio-agosto.
- HERDER. LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA (s.f.). En *Metahistoria*: <https://metahistoria.com/herder/>.

#### 6.2.4 Webgrafía

<file:///C:/Users/Usuario/Downloads/Dialnet-DomingoBelloYEspinosa-4860618.pdf>  
[file:///C:/Users/Usuario/Downloads/recordando-a-don-francisco-de-cossio-y-martinez-fortun%20\(2\).pdf](file:///C:/Users/Usuario/Downloads/recordando-a-don-francisco-de-cossio-y-martinez-fortun%20(2).pdf)  
[file:///C:/Users/Usuario/Downloads/Dialnet-ElMaestroIreneoGonzalezYHernandezYSuDoctrinaGramat-4471038%20\(2\).pdf](file:///C:/Users/Usuario/Downloads/Dialnet-ElMaestroIreneoGonzalezYHernandezYSuDoctrinaGramat-4471038%20(2).pdf)  
[file:///C:/Users/Usuario/Downloads/13.Estudios%20Canarios,%2016-20%20\(1970-1975\)%20\(1\).pdf](file:///C:/Users/Usuario/Downloads/13.Estudios%20Canarios,%2016-20%20(1970-1975)%20(1).pdf)  
<https://alemaniparati.diplo.de/mxdz-es>

<https://arbor.revistas.csic.es>  
<https://bibliotecavirtual.malaga.es>  
<https://blogs.canarias7.es>  
<https://bvpb.mcu.es>  
<https://canariascultura.com>  
<https://catalogue.bnf.fr>  
<https://cesarmoralesescritor.com>  
<http://coloquioscanariasamerica.casadecolon.com>  
<https://cvc.cervantes.es>  
<https://datos.bne.es>  
<https://dbe.rah.es/biografias>  
<https://denstoredanske.lex.dk>  
<https://dialnet.unirioja.es>  
<https://doi.org/10.25145/j.refiull.2021.43.08>  
<http://dx.doi.org>  
<https://elpais.com>  
<https://es-academic.com>  
<https://es.alphahistory.com>  
<https://fundacioncristinodevera.org>  
<http://hdl.handle.net>  
<http://historiaideologias.blogspot.com>  
<https://hemerotecadigital.bne.es>  
<https://historia.nationalgeographic.com.es>  
<https://historia-biografia.com>  
<https://hmong.es>  
<http://iecanvieravirtual.org>  
<https://jable.ulpgc.es>  
<https://khronoshistoria.com>  
<http://lopedeclavijo.blogspot.com>  
<https://mdc.ulpgc.es>  
<http://memoriadesantacruz.blogspot.com>  
<https://metahistoria.com/herder>  
<https://pares.mcu.es>

<https://parles.upf.edu/llocs/liteca/biblioteca>  
<https://pedromedinasanabria.wordpress.com>  
<https://portal.academiacanarialengua.org>  
<https://publicaciones.uap.edu.ar>  
<https://publications-prairial.fr>  
<https://revistaseug.ugr.es>  
<https://revistas.ucr.ac.cr>  
<http://riull.ull.es>  
<https://sites.google.com>  
<https://tercerafundacion.net>  
<https://www.apmadrid.es>  
<https://arbor.revistas.csic.es>  
<https://www.biografiasyvidas.com>  
<https://www.buscabiografias.com>  
<https://www.cervantesvirtual.com>  
<https://www.cronistasoficiales.com>  
<https://www.diariosur.es>  
<https://www.editorialdagon.es>  
<https://www.editorialrenacimiento.com>  
<https://www.eldiario.es/canariasahora>  
<https://www.elindependientedegranada.es>  
<https://www.elmundo.es>  
<https://www.europeana.eu>  
<https://www.fideus.com>  
<http://www.fogonazos.es>  
<https://www.gob.mx>  
<http://www.guiadegrancanaria.net/memoriainsular>  
<https://www.ideal.es/granada>  
<https://www.ideal.es/granada>  
<https://www.lavanguardia.com>  
<https://www.lavozdelanzarote.com>  
<https://www.mcnbiografias.com>  
<https://www.muyinteresante.com>

<https://www.nuevarevista.net>

<https://www.puertodelacruz.com>

<https://www.revistas.una.ac.cr>

<https://revistas.ucm.es>

<http://www.rseapt.es>

<http://www.ucm.es>

<https://www.wdl.org/es>

<https://www.wdl.org/es>



## BLOQUE II

# TRANSCRIPCIONES DE LOS TEXTOS

## 1. Transcripción de los textos

María Luisa Villalba

1. PARECERES. «En torno a los libros de la guerra», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 29 de enero de 1930. Reproducido en *Páginas*, n.º 2, Santa Cruz de Tenerife, marzo de 1930.

Nicolás Tassín, en una novela fantástica, *La Catástrofe*, al imaginar la Tierra invadida por unos monstruos alados, pone en boca de un profesor la indignación que le causa el no poder clasificar a la extraña especie en una de las casillas de la «Zoología». La Ciencia —dice el iracundo profesor— no puede someterse a un intruso, a un «parvenu».

Esta ironía de Tassín, recogida al correr de las páginas, me recuerda aquella acusación del certero hondero que es Spengler, cuando señaló el estrecho criterio de los historiadores al hacer la clasificación, una clasificación naturalista de las edades de la Historia.

¿Vamos a estar incluidos eternamente a partir de la Revolución francesa, en la famosa edad Contemporánea?

Sin duda que nuestro tiempo va a presentar para los académicos de la Historia todas las características de un «parvenu».

Después de la guerra europea, según el común sentir de la juventud, se nota un fenómeno: un fenómeno de interrogaciones... Nos sentimos en los comienzos de una nueva Edad (para dar que hacer a los historiadores en busca del hombre), de una nueva cultura. ¿Estamos terminando? ¿Empezando?...

No quiero, ni es este el tema general de lo que voy a ocuparme; tampoco quiero satelizar sistemas de algún astro elegante; solamente señalar en el mapa de nuestra juventud, junto a los ríos que se pierden, las montañas que se estabilizan.

Nuestra juventud auténtica va llenando un vacío, un vacío que iba haciéndose profundo a fuerza de retórica y de carnaval; el vacío de la sinceridad, de la verdad.

Un hecho: los libros de la guerra han marcado, más que la novedad literaria, una impresión profunda. Ante ellos todos hemos desnudado nuestras almas, nuestra intimidad a quien tan sinceramente nos habla. El verdaderamente joven que no busque en ello lo que se ha dado en llamar «literatura», no pretenda encasillarles en patrones que, por rígidos y dogmáticos, van pareciendo clasificaciones de Linneo.

Porque son antes que nada libros sinceros.

Para estos pedantes, son sin duda libros «parvenu». Hay uno que ha conmovido fuertemente nuestra intimidad, el mejor ensayo pedagógico de nuestro tiempo; me refiero a Ernesto Glaeser, *Los que teníamos doce años*.

En la juventud que ha expresado su pensar en *El Sol*, todo opinante que lo cita ve en el libro el espejo de su adolescencia llena de zarzales... por eso, sobre el anatema de la guerra, hemos de ver en él algo más: la sinceridad como característica de una juventud que manifiesta una opinión elaborada paulatinamente y que acude presurosa a contestar con un «presente» al primer toque de ese clarín que es *El Sol*.

De aquí la extrañeza que causa esa juventud valiente, cuando no el escándalo.

Un poema con minúscula, un cuadro de Dalí o una conferencia de Alberti pueden producir en nuestra burguesía dos cosas: un insulto para el autor o el ritual mohín de hombros: «Mientras no sea más que en “literaturas”». Pero estas confesiones, estas trayectorias sinceras, no dichas en «jersey» ni humorísticamente embetunados de negro, producen en la burguesía indignación. «No se puede tolerar —dice—; es acabar con los principios, con nuestra tradición y moralidad!»

Esta posición de la sinceridad frente a la masa burguesa es lo que he querido señalar.

La verdad en nuestra vida antes que nada. Solo por un ideal —dice Barbusse— es admisible la lucha; guerra, pues, por nuestras ideas, frente a ese trogloditismo, esa hipocresía, esa falsedad, que es nuestra burguesa familia.

Esa sinceridad y por ella, frente a la fraseología, —pudiéramos decir con Ortega— de la masa burguesa, es la que debemos imponer y por la que debemos luchar.

Por eso es la obra de Glaeser la mejor cruzada a una tradicional educación, una condenación a todo un sistema, a una guerra y una sociedad que obliga a entonar cantos bélicos.

«Ce sont nos parents». Si, los mayores, la incultura al fin, el nacionalismo absurdo.

Y mientras tanto el latente socialismo alemán... los Kremmelbein y el Hambre preparaban la revolución y en 1919 la constitución de Weimar.

Dancemos, abracémonos como los niños de Glaeser, a pesar de «nos parents»; hagamos la liga de amigos de la sinceridad contra la guerra, contra una tradición burguesa, nacionalista... Acaso entre todos, sean ellos nuestros primeros enemigos.

## **2. PARECERES. «Mirando al siglo XIX, I», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 6 de febrero de 1930.**

La expresión proverbial de que tras la tempestad viene la calma, ha venido a ser la metáfora explicativa de las épocas. Tempestad y calma, sinónimas aquí de dinámica y estática han sido siempre características de todos los tiempos.

Esta polaridad de los conceptos invade las componentes parcelas: arte, literatura, etc., del territorio de una época, más claramente, de una cultura; y, tan profundo es su señorío que hondea hasta la intimidad. La clasificación que ha hecho Joung de los tipos, en introvertido y extravertido, no viene a ser en último término, otra cosa.

En arte, por ejemplo, clásico y barroco corresponden exactamente a los conceptos apuntados; la contraposición —que no hay tal, ya que a un concepto sigue necesariamente el otro— es el fenómeno de épocas sucesivas; tras la serenidad sonriente de Leonardo, la tempestad hercúlea de un crucificado de Rubens. Después de un jinete de Kandinsky, la pesada quietud de un óleo en la hasta hoy, última fase de Picasso.

Y tan avasallador es el imperio de esta dualidad, que al parecer una nueva unidad en el ramillete de los «ismos» es el afán destructor —la tempestad— quien da el último golpe, el supremo empuje en el ocaso del reinante, para seguir, ya sedimentado el torbellino, por los rieles de la serenidad y la calma, y son las «jeunessedorée» de los tiempos las que derraman el aceite en las agitadas aguas que todo lo destruyen.

El fenómeno campea también en nuestro tiempo: hoy, las nuevas revistas se presentan justificando —desde luego— agitaciones, pero el lema fundamental de sus manifiestos es: crear, construir.

Sorprender leer la extrañeza que a alguno le causa el afán de paz en nuestra juventud, paz que se comprende en otras juventudes de postguerra, pero no en la nuestra, porque España es país sereno, sensato, burgués, apacible —por ello creo que «nadie» tenga para que enorgullecerse, ya que esa serenidad ha sido hija obligada de las circunstancias—; pero es que el «nacionalismo» va cediendo, nuestra juventud hace suyo el deseo de sus hermanos internacionales; paz será siempre preferible a un estado de cosas que, no sólo trae el destrozo de las tierras y de la familia, sino la destrucción y la muerte en «todos» los sentidos. Esa guerra en la que no se sabe para o por qué se lucha es la que no quiere la juventud. Guerra civil, interna, verdad en guerra ante que

mentira en paz —nosotros pensamos diariamente en Unamuno— es otra cosa, es luchar por nuestros ideales. Pero eso es encauzar el agua por otras canales, ya que no es esa guerra a la que ciertamente se refiere la juventud. Especialmente la juventud que opina en *El Sol*.

Al referirme especialmente al arte, y ha sido la actualidad la que me ha llevado por otros senderos, decía que la nueva opinión es de laborar, hacer obra orgánica. ¿Por qué limitarse a destruir? Destruir se destruye pronto, máxime cuando es poco sólido el monumento; pero ya se ha cumplido la obra destructora. Ahora, construir, hacer obra; primavera, pero obra; porque si bien por jóvenes no es posible definirse, sino que es por viejos definamos nuestra juventud.

Laborar, construir, es la ya común aspiración y es cosa de sobra pensada.

Entre otras, por ejemplo, me refiero a la juventud regional, convencida de nuestra «atradición».

Se ha intentado construir —audaz aventura— una isla nueva. Háysese conseguido o no, no hace al caso. El hecho es que el intento existe.

En estos momentos de activa labor, de mirada serena, detengámonos por un instante al escaparate de un centenario; nosotros que solicitamos comprensión, vamos a intentar comprender. En la balanza pongamos las prendas, todas las prendas, apartemos alguna. Aprisionemos en la red del próximo artículo al retórico, al «imbécil» siglo XIX.

### **3. PARECERES. «Mirando al siglo XIX, II», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 10 de febrero de 1930.**

Recuerdo haber leído, con motivo a la muerte de don Eduardo Gómez de Baquero, que no basta sólo situarse ante un problema, sino que es preciso comprenderlo.

Yo pienso —dicho sea de paso—, con respecto al autor de esta expresión, una casi perogrullada: si quiere que Baquero comprenda a la juventud ¿por qué es él tan intransigente, y no trata de comprender a Baquero?

Terminé el artículo anterior, publicado en estas columnas de *La Tarde* el jueves, diciendo que, ya que en época constructiva y serena estamos, íbamos a entresacar en la liquidación de los valores del XIX, algunos, a descolgarlos de la vitrina del tiempo, a intentar suavizar anatemas, de los que ha sido blanco el injuriado siglos.

Siglo retórico, fraseológico, del que hemos heredado el imperio de las masas...

Pero el imperio de las masas se originó desde el 5 de mayo de 1789, cuando los representantes del tercer estado, trajeados de oscuro, de oscuro los semblantes, ocupaban sus sitios en un apartado rincón de la «Salle des menus». De aquella oscuridad de traje y semblantes había de salir la claridad nimbada del tríptico de la Revolución. El siglo XIX no fue más que un triunfal paseo de la primera unidad: libertad, porque igualdad y fraternidad no son ni serán jamás cosas de humanos.

Sin duda que el suicida culpa a la Asamblea constituyente porque originó la convención. El principio puro del siglo del liberalismo siempre será un valor, un positivo valor; el parlamentarismo —insinceridad— vino más tarde.

¿Qué otro credo político, más justo que el liberal? No hay prensa más libre —ha dicho Mussolini— que la fascista; indudablemente, pero el Duce sienta como premisa que sea fascista, porque la no fascista no la tolera ni comprende.

¿Dónde un programa que permite mayoría y minoría, Gobierno y oposición? La flecha certera —para ser justa— no será para el liberal siglo XIX, sino a un siglo que enarbolando el credo político más justo que ha existido, no lo supo mantener con pureza, porque a los liberales, decía el Zar Alejandro II no les temo, porque sé que puedo compararles a todos, sino con dinero, con honores.

Lejos de mantenerse puros, de sacar del barro, de libertar del barro a los demás desde un terreno sólido, bajaron al lodazal y se hundieron todos en él. He ahí la verdadera acusación.

El liberalismo es un valor puro y positivo del siglo XIX. En el arte del siglo pasado, de lo que se abusó —no abusó sino usó, porque el uso de la igualdad, como inexacta que es, es malo— fue de la igualdad. Y al confundir ésta con libertad se volcó en la masa todas las ideas, todos los sentimientos, política y arte. Llegaba a su plenitud el triunfo de la masa... Entonces, aparece *Hernani*.

La obra de la Revolución al entrar en su hegemonía, comenzaba desde aquí a canear. El romanticismo fue el amante de las multitudes, la plebe en anfiteatro —¡oh igualdad!— entendía la obra igual que el señor del palco. El señor del palco no se conforma; hay obras privativas de él, y si aquella pateaba a *Hernani*, porque lo entendía, no le gustaba. Pero de esto ha escrito alguien de más autoridad que yo hace cinco años.

La masa que estaba harta de reyes absolutos, se cansó igualmente de tragedia clásica; el poco respeto a los patrones y a las reglas se patentiza en el brusco cambio de metro y rima de cualquiera poesía romántica.

A eso condujo la declaración de «Les droits de l'homme». El romanticismo no fue sino una reparación a la humillación que había sufrido la masa durante el tectónico siglo XVIII. La máxima ofrenda a la colectividad fue hacer humano al arte, y no se tuvo pudor con la intimidad; se llegó hasta «fraternidad», en hablar de amor — subjetividad— a las muchedumbres. Por fraternos fueron los poetas del romanticismo altamente subjetivos:

«¿Quién calmará mi dolor?

¿Quién enjugará mi llanto?» dice Espronceda.

Todo se juntaba; poeta o músico lloraban junto al lector u oyente; la tiranía de la masa fue avasalladora. No acusemos al siglo, que el nuestro es ya hombre serio de treinta años; tratemos de comprender que la masa estaba dolida, dejémosle en paz el recuerdo del derecho que disfrutó hace cien años, que ya con la aristocracia de nuestro arte le hemos obligado a inclinar —como en el XVIII— nuevamente, la cabeza.

Qué cualquier Dalí, o un trabalenguas en torno a una cabra ética le hará sentirse tal cual es.

Pero que entre todos los excesos —todos los siglos los han tenido— del siglo XIX, podemos sacar a flote dos valores positivos: el amor (ya lo ha dicho también, alguien antes que yo) y el liberalismo puro. La minoría selecta que quiere justamente ser respetada tiene un puesto en él, los obreros de la cultura que enarbolan como los economistas decimononos el «laissez, faire»... No podrán menos que ver en el liberalismo la meta de sus aspiraciones.

#### **4. PARECERES. «Interrogantes acerca de política», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 13 de febrero de 1930.**

Poco antes de abandonar el Poder el señor Primo de Rivera, dijo refiriéndose a la política que había encontrado el 13 de septiembre de 1923: «No temáis que vuelva lo otro».

Momentos de interrogación son los minutos actuales. El presente Gobierno — ha dicho el señor Martínez Anido— es apolítico; el Gobierno será un paso-puente, que nos llevará a la normalidad.

¿A qué normalidad? A la normalidad de antes, de 1923. ¿Pero es que aquello —«lo otro»— era normalidad? Regirnos por la Constitución de 1876 en 1930, ¿es normalidad? ¿Es lo que se llama en teoría una cosa normal?

\*\*\*

Hace unos años —no muchos— dirigió un quincenario de Madrid, *La Gaceta Literaria*, a «una minoría ancha —decía— de nuestra juventud», tres preguntas: ¿Debe intervenir la política en la literatura?; ¿Siente usted la política?; ¿Qué ideas considera fundamentales para el porvenir del Estado español?

La «minoría ancha» contestó, vertió su pensar, encajó el entrante de sus respuestas en el saliente de las preguntas.

Hoy, el señor Giménez Caballero —entonces Director-fundador de *La Gaceta*— apunta en *El Sol* que, «regresando de un largo viaje, se encuentra en España un espectáculo animador: discusiones y pasiones —iniciadas antes de su partida por mínimo grupo de jóvenes— ensanchada ahora hacia núcleos más amplios y discutidores: hacia muchachos que año y medio les repugnaban pronunciar la palabra “política” (recuérdese la encuesta de *La Gaceta Literaria*) y hoy paladean y degluten desenfrenadamente».

«Esta “exploración” de *El Sol* sobre jóvenes capaces de redactar opiniones —continúa el señor Giménez Caballero— es uno de los mejores ejemplos de tal fenómeno».

Vamos a puntualizar las cosas, para así entendernos bien. En primer lugar, la juventud preguntada por *La Gaceta* es distinta —en personalidad— a la que ha contestado a la encuesta famosa de *El Sol*. Aquella era encuesta a la minoría, era preguntas a Gómez de la Serna, Espina, Jarnés, Garrigues, a los catalanes Estelrich, Carbonell, Carles Riba, etc.; a Arconada, Ayala, Salazar Chapela, F. Almagro, Chabás, etc...Y estas de *El Sol*, aunque dirigida a la juventud en general, han sido contestadas por estudiantes, maestros, abogados, farmacéuticos, empleados, etc. Aquellas eran preguntas a personas, estas son contestadas por la colectividad.

¿Por qué, pues, dice el señor Giménez Caballero que se paladea y deglute la palabra «política», por muchachos que año y medio les repugnaban pronunciarla?

Aquellas eran aportaciones personales, éstas colectivas; la diferencia es marcadamente patente. Estas son respuestas que, individualmente consideradas, son la opinión de un estudiante, maestro o abogado, pero juntas dan por factor común una orientación hacia la izquierda, valiente, no totalmente definida, que las respuestas son respuestas juveniles —No hay tal «gerontocracia», señor Giménez Caballero—.

Cualquiera pensará que mi intento en delimitar la juventud minoritaria (personal) opinante en *La Gaceta*, de la juventud opinante en *El Sol* (colectiva) es por la diferencia de las respuestas; pensará en un abismo entre ambas juventudes, y tal cosa se desprende del artículo del señor Giménez Caballero, pero no hay tal. A «toda» la minoría que contestó a la encuesta de «La Gaceta» no le «repugnó» la palabra «política».

A la segunda pregunta («¿Siente usted la política?») contesta Antonio Espina. «Si, si. La siento mucho»; E. Salazar y Chapela: «Si»; Ximénez Sandoval contesta también afirmativamente; lo mismo, Juan Chabás. La respuesta de los catalanes es una gama espléndida, cromática de adverbios en «mente»: «Vivamente», «Profundamente», «Vivísimamente», «Profundísimamente», «Apasionadamente», contestan uno tras otro. J. Estelrich, Carbonell, Carles Riba, Esclasans, y Rafael Benet. ¿Dónde la repugnancia a la palabra «política», Sr. Giménez Caballero?

Y aún los que no contestan que no lo sienten, no la desdeñan ni les repugna. 1927-28 era época de plena Dictadura; no se podía opinar libremente un programa político; se podía aplicar por entonces el final del cuento de la zorra: «Están verdes». Era la mejor salida para justificar una obligada impotencia. El catedrático de la Central, señor Garrigues manifiesta que no le interesa la política; pero añade al contestar la pregunta tercera: «En tiempos de dictadura, ¿quién es capaz de expresar sinceramente

su pensamiento en forma intachable?» Fernández Almagro dice que a veces siente la política; a veces no, y lo explica muy justamente. Como idea fundamental para el porvenir español aboga por el federalismo. Don Adolfo Sánchez Rivero, aunque no siente la política, dice que juzga indispensable la meditación sostenida sobre los últimos acontecimientos de la historia europea: el comunismo y el fascismo, y partiendo de ellos, poner a prueba la política liberal durante el siglo XIX. Y añade textualmente: «Todo menos creer, como algunos corazones ligeros, que aquí no ha pasado nada». César M. Arconada se expresa certero y preciso, siendo el arte cosa pura, deshumanizada (en un amplio sentido) no debe intervenir en la política, cosa humana, útil; pero el escritor puro debe sentir la política como hombre, no como artista; por eso dice: «Siento la política; pero no la vivo». Francisco Ayala siente la política como espectáculo y sobre todo como actuación. Espina, Chapela, Almagro, etc. tienen preferencias por el ideal político de don José Ortega y Gasset, ideal que está en el subconsciente: «La unidad política es la gran comarca: organicemos España en nueve o diez comarcas...»

Pocas, las menos, son las respuestas que me quedan por analizar y sintetizar, pero por negativas que sean, no constituirán seguramente la mayoría...

¿Esto es lo que usted, señor Giménez Caballero, llama repugnancia a la palabra «política»?

\*\*\*

He hecho este recuento en el inventario de la juventud, para patentizar que ni la personal opinión en *La Gaceta Literaria* por parte de nuestra juventud literaria militante, ni la colectiva de *El Sol*, le tiene sin cuidado la política, como pudiera pensar cualquier señor del «antiguo régimen».

Algunos jóvenes han dicho en el citado diario que la política les interesa; los políticos, las personas no. He ahí una prueba de la desprestigiación de los políticos del año 23.

Por hombres, mejor, por ciudadanos, a todos tienen que interesar la política. Política, privativa de ciudadanos.

Y dicho esto, vamos a continuar escribiendo donde dejamos los interrogantes, esperando con su avidez de «alcayata»...

\*\*\*

¿Volverá lo «otro»?

A nuestros temores —que son los de muchos— contesta «La Voz», con sus dos clarines que, se ven por Madrid jefes de las escuadrillas que simulaban partidos políticos y que, conociendo sus intenciones, han esquivado su saludo.

¿Volverá la voluntad de don Fulano y de don Mengano a campear en las provincias? ¿Oiremos en la nuestra, de nuevo, los pintorescos diálogos?:

—Usted, «cho» Felipe, ¿Por quién vota?

—¿Por quién «quiés» tú que vote, «Celestrino»?; «Pos» «pol» amo!» (El «amo» es el dueño de la finca que trabaja «Cho» Felipe «de medias». El amo es un «rural» amigo del «cacique», que en una cierta ocasión le arregló un asuntillo de aguas que se presentaba algo feo, por cierto!).

¿Volverán a amenazar con suspender de sueldo a los maestros que no voten por el diputado que apoye el cacique?

Todavía se está organizando el nuevo gobierno. El tiempo lo dirá.

Ahora es cuando se presentan mágicas, sugestivas, las ideas políticas de don José Ortega y Gasset: «La gran reforma». Sobre esto insistiré cualquier otro día.

¿Volverán a ser destituidos los gobernadores que no cedan a la voluntad del cacique?...

¿Volverán... las oscuras golondrinas?...

**5. PARECERES. «De la decadencia del amor», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 24 de febrero de 1930.**

Estoy como el faquir, bailando una danza sobre cuchillos en punta y ardiendo; al menor descuido, voy a sentir vértigo, caer...

Porque hoy, voy a escribir de amor.

\*\*\*

Se afirma que el amor ha pasado de moda y que la juventud actual le interesa mucho menos que a sus abuelos románticos.

¿Es esto cierto? —se ha preguntado a la juventud—; y la juventud ha contestado, está contestando.

Unos responden que se le dedica menos tiempo, porque hay más que hacer; otros, que el amor actual es más natural, más sincero que el de antaño; se aborda con más o menos valentía el problema sexual, etc.

El fenómeno de la nueva vida —del siglo XX— ¿Es la desprestigiación del amor?, ¿Ha pasado de modo?, ¿Ha muerto, por tanto?

\*\*\*

A la frialdad de un verso volteriano, y entre nosotros, la rigidez acartonada de Moratín, a la trinidad de las famosas unidades clásicas, al aspecto de camisa planchada que presenta el siglo XVIII (téngase en cuenta que el clasicismo no se logró en España), a una época —diremos con Ortega— de «espíritu», sigue otra de «alma». «No más trinos de amor», es la frase compendiadora del XVIII. El canto a Teresa es el caudillo que capitanea la Revolución artística de 1830 se esconde en una empolvada peluca; en 1830 asoma por los ojos, por las manos llenas de bacilos de Koch de cualquier ecuadoriano galán: Alfredo o Alberto; dueños de negros y ondulados cabellos; dos finas guías sedosas le bordean el labio superior...

Entre Manon Lescaut y Margarita Gautier está plásticamente expresada la diferencia erótica del XVIII y XIX siglos: Manon es toda una deliciosa y frívola volubilidad; coqueteo y gasas que se escapan entre las manos del caballero Des Grieux. Margarita es una ardiente y delicada enferma. Morbosamente apasionada; cuando se enamora de veras, lleva en el relicario de su corazón a Armando Duval. Para siempre. Ella misma —cuenta Duval— decía de Manon: «La mujer que de veras ama, no puede hacer lo que Manon hacía».

Para los hombres y mujeres —mujer, que es toda sentimiento, intimidad, nunca ha estado tan a gusto como en esta época de «alma»— del Romanticismo, amor era arte, política, vida, todo. Una ola de amor invadió al XIX por el año 30; el poeta habla de su amor a las muchedumbres; Wagner con una sinfonía orquestal nos habla —y tenemos que oírle, para ser humanos— de sus amores. Amor, es la expresión maravillosa de este poeta— músico del sentimiento.

¿Qué otra cosa, sino amor, es el famoso credo político, el liberalismo de este siglo? Amor a todos, amor al pueblo; ya dije en otra ocasión, que el liberalismo es un valor puro del XIX. Pero nada más que «puro». Un credo para perfectos, pero no para



hombres. Especialmente para hombres españoles; de aquí el error de la Constitución — por citar la última— de 1876.

Amor fue por entonces, el balón de las multitudes.

Hablar de un poeta o músico era hablar de sus amores. La colectividad intervenía en la vida íntima de sus ídolos sin reserva. Fue el fruto que dio el mimo a las masas.

Se hablaba de amor —intimidad— al público sin reparo alguno. Nunca ha estado el alma —casta y pudorosa doncella— tan desnuda. No se tenía vergüenza; no se tenía pudor.

Y de tanto amor al pueblo, se le brindó con el vaso —fuente que lo produce y encierra: El alma. Amor, privativo de esta señora.

Ahora bien, por el famoso y obligado fenómeno de las reacciones, se cambian los papeles en el siglo XX.

En el siglo XIX, dijo hace tiempo Ortega, «Se esperaba de la poesía o de la música poco menos que la salvación de la especie humana». En este siglo, arte fue la suprema expresión del hombre; en el nuestro, arte y hombre son cosas diferentes.

La vida íntima de un hombre actual es distinta de su vida artística. Como hombre (ciudadano) puede sentir la política; pero con el arte o literatura, puede muy bien no mezclarla.

En el XIX al hablar de Espronceda, Wagner, etc. salían a flote sus vidas íntimas: Teresa, Wesendonky, etc. Hoy, creo que nadie se preocupe de los amores de Juan Ramón Jiménez o de Picasso.

Al objetivarse el arte, desintimarse y situarse en su propia esfera (cuidado con lo de «deshumanización»; esto encajaba en el expresionismo, por 1925; hoy no creo que se encuentre deshumanizado un óleo postexpresionista de Picasso, una primorosa «miniatura» de Spies, o los veristas alemanes: Gross y Dix, por ejemplo. Por eso, catalogar de «arte nuevo» —al que Ortega se refiere— a todos los «ismos» de la segunda decena del XX, es una expresión inexacta) se desinfecta la intimidad. El alma se encierra desde entonces. Vuelve de nuevo a su santuario de virgen.

Amor, sentimiento, cosa nuestra, ¿lo vamos a volcar en las calles, libros, cuadros? ¿O lo vamos a hacer danzar entre las cinco cuerdas de la guitarra sin «sexta», que es el pentagrama?

No, dice el siglo XX; encerrémosle como cosa íntima que es. Como tal sentimiento.

Por eso no figura en el siglo de las dos X, como en el anterior; por eso dicen que ha pasado de moda; en el arte sí, en la vida no, nunca.

¿Pero es que mientras haya hombres y mujeres, puede acabar, finar, el amor?...

¿Sólo atracción sexual?... ¿Por qué, pues, preferimos entre todos, y prefieren entre todas, una? Tal atracción se da entre sexos distintos dentro de la especie; pero es el

caso que no sólo animalidad hay en el hombre; el sentimiento —alma— no es cosa que se quita como una corbata o un par de guantes.

Y aunque según las épocas, domina unas sobre otras; vida sexual! Sentimental y espiritual existen naturalmente juntas. El siglo veinte ha considerado amor como intimidad. Es quizás este, entre todos, el mejor de sus aciertos.

**6. PARECERES. “Del problema español: gobernantes y gobernados, I”, *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 24 de marzo de 1930.**

El problema de España, ha dicho o ha querido decir no hace mucho tiempo Gaziol, es, más que de gobernantes, de gobernados.

Un poco más de atención, pues, para los gobernados.

Parece de pronto esta idea, una de las tantas lanzadas hacia la pista donde juega la atención —la suma de atenciones—, sin que esta decida hacerla suya; una pequeña bola de las tantas que juntas, forman un aparatito en el que los niños aprenden a contar.

La pinza de la atención ha cogido esta idea por lo difundida, mostrenca; y va a entretenerse ahora en darle vueltas.

\*\*\*

A España —se acostumbra decir— lo que le hace falta son buenos gobernantes; con ello, todo iría bien. Se hace caso omiso de los gobernados, o se supone que estos son buenos, o por lo menos que su calidad no tiene importancia en el presente español.

Ya veremos que resulta de esta afirmación; por de pronto, vamos a apuntar algunos datos.

«Recuérdese —ha dicho el señor Cambó— que a raíz de las últimas elecciones presidenciales, Europa se quedó vacía de turistas norteamericanos: todos abandonaron los lugares de reposo o de placer para acudir a dar el voto a su partido».

«Ese latín —ha escrito recientemente Américo Castro— que en Méjico y en el Brasil se desprecia como antigualla eclesiástica, es objeto de amoroso cuidado por parte de los estadounidenses».

¿Pero es que Norteamérica no es, por excelencia, el país del siglo XX?

¿Qué política y qué latín son estos, que vienen a enturbiar las sólidas y burguesas ideas de cualquier señor que lee *El Noticiero*?

¿No es aquel el país de la máquina, del cine, del dinero y de las inmorales costumbres?...

«Preguntad —dice el citado Cambó— a un inglés, de la más modesta cultura, por su filiación política, y os dirá claramente porqué sus simpatías y su voto van hacia los liberales, o hacia los conservadores, o hacia los laboristas, y observaréis que ese hombre está unido por una adhesión de doctrina o de temperamento».

Los párrafos apuntados han sido suficientes para que la pinza se haya pasado de mostrenca a nuestra propiedad; por lo demás, comprendemos que los gobernados de Estados Unidos o de Inglaterra son distintos a los gobernados españoles.

Y al efecto pensamos: si hacemos una excursión campestre —por ejemplo, por nuestra isla— y preguntamos a cualquier «rural»: —¿A qué partido político pertenece usted, o ha pertenecido?...

Tengo la seguridad que el noventa y nueve por ciento de los preguntados, harán saltar la palabra entre sus labios, como el gato al ratón entre sus patas... «Partido político»...; después mirará al interlocutor como a un animal raro y terminará por invitarle a «una copa».

Nos convencemos, pues, que la diferencia entre unos y otros gobernados es profunda.

Pero sea; vamos a dejar por ahora a los gobernados; demos a España buenos gobernantes, que cumplan fielmente la Constitución. Vamos a suponer que los hubo en cierto tiempo y que cumplieron la Constitución del 76.

Hagamos la salvedad importante de que para el tipo medio español, el buen gobierno es el que disminuye impuestos, aumenta sueldos y construye carreteras. De derechos del ciudadano se habla siempre; de deberes, nunca.

Ya tenemos el buen Gobierno; recordemos sucintamente artículos de don José Ortega y Gasset escritos por el año 27.

No era mala la Constitución porque algunos abusaban de ella —esta es la tontería— sino que se abusaba de ella en forma tan grave porque era mala.

La política de Europa por aquella época (téngase en cuenta que resumo los referidos artículos) era política de ideas (se refiere a 1876); la Constitución, lo era también de «ideas», opiniones teóricas de cómo debía ser jurídicamente el Estado. Estas ideas «nacionales» absorbían a las «locales», a los temas materiales de la existencia nacional; estos vendrían luego.

Si esta intención de organizar políticamente el país en torno a unas cuantas «ideas» puras se hubiese logrado, España hubiera sido país desatento a lo material, donquijotesco, pero políticamente hubiera sido un país sano, La Constitución en tal hipótesis no era un error.

«El toque estaba, pues, en las condiciones que aquel régimen presumiese en el cuerpo electoral. No cabe pensar un Parlamento sin prever un cierto tipo de diputados elegidos y, en consecuencia, un cierto tipo de electores».

Para ser elegido (buen diputado), no era preciso ser «técnico», sino conocer, enterarse, «estar» en la cuestión; lo mínimo para ser buen elector es que las cuestiones sobre las que han de debatir y decidir los diputados, existan para él. Es menester que los problemas, en general, hayan rozado su alma.

«Si él es tosco, esta actitud será tosca. No importa. En cuanto a elector será bueno».

Ahora bien, el Parlamento se ocupaba de temas «nacionales», de ideas... ¿Qué clase de españoles podían sentir estas cuestiones? Por varias cosas, y entre ellas la proximidad, solo los de Madrid. «Y, en efecto, las elecciones han solido ser en Madrid bastante normales y auténticas».

Con unas líneas más termina el señor Ortega su artículo 11, sobre «La Constitución y la Nación».

Quede para el próximo, la síntesis de los siguientes.

## **7. PARECERES. «Del problema español: gobernantes y gobernados, II», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 27 de marzo de 1930.**

El que a las ideas «nacionales» las haya calificado de abstractas, decía el señor Ortega, en su tercer artículo (véase el mío, en *La Tarde* del 24) no quiere decir que no sean reales e importantes. De una fórmula algebraica —nada más abstracta— salen ferrocarriles, puentes, etc. Las ideas «nacionales» requieren (aunque reales, pero por generales, abstractas) cierta predisposición espiritual para ser atendidas y entendidas. «Las clases sociales predominantes en el vecindario madrileño son las que poseen esa disposición espiritual».

Ortega llama a estas clases, «clases abstractas», y son: los burócratas, que se interesan por las cuestiones de Estado porque es sencillamente su obligación; los

intelectuales, porque es su devoción y aptitud interesarse en lo abstracto; y, los financieros industriales, porque es su interés.

Ahora bien. Estas clases son una minoría, la mayoría son las demás. En Madrid dominan estas clases; en provincias, no.

Aparte Madrid y las minorías provinciales más o menos amplias, la mayoría estaba constituida por los Cuerpos electorales formados de campesinos. El «rural» es hombre concreto; hace hoy una cosa, porque sencillamente la hizo ayer: Las cuestiones de Estado le tienen tan sin cuidado, como a nosotros la vida de Marte.

«El señor» campesino —escribe Ortega—, sabe algo más, conoce un tanto las cuestiones, «pero no las “siente”, ni sabe orientarse en ellas con soltura».

«Madrid no ha poseído jamás una cultura creadora». Esta cultura adquirida le viene muy bien para sus necesidades de urbe; «a seis kilómetros de Madrid, su influencia cultural termina, y empieza ya el “labriego absoluto».

Entre la idea de la Constitución o Estado y la «realidad» de la Nación, hay un gran abismo. «La Constitución de la dulce Francia, no podía servir para la áspera España».

A partir de aquí, entramos ya en el cuarto artículo.

La «idea» de la Constitución, no encajaba, pues, en la realidad española. Veamos los resultados que eso dio.

Pues resultó, naturalmente, la «realidad»; los «ideales madrileñistas» pensaron en una política «nacional», y, como España era pura provincia, resultó «una política provinciana».

El Parlamento se constituía a base de lo siguiente: «Necesitamos cuatrocientos diputados *nacionales*». «Trescientos cincuenta tenemos que sacarlos de distritos rurales». (Los otros cincuenta que faltaban eran los diputados verdad —la minoría— dentro de la Constitución).

Y Ortega cuenta lo que sucede: Se envía al distrito dos candidatos, uno liberal y otro demócrata o conservador, cada uno lleva su programa (distintas ideas sobre Derecho político, finanzas, Instrucción pública, etc.), y se les dice: —Aquí tenéis un candidato liberal y otro conservador o demócrata; elegid libremente.

Y los electores —los gobernados— terminan como dije en el artículo anterior, por «echar una copa».

Se miran y se abstienen de votar.

Pero los trescientos cincuenta diputados hay que elegirlos, hay que cumplir el precepto constitucional; las elecciones entonces, son hechas por el Poder ejecutivo (no las suplanta, ya que no había ningunas). Esta es la realidad que nace de la Constitución.

El diputado es elegido, se va a Madrid, y entonces, el pueblo se encuentra con que un señor le representa en la Corte y que el Ministro le consulta acerca del nombramiento del alcalde, jueces, alguaciles, etc.

Una o varias personas —la más avispadas, activas, y enérgicas del distrito— piensan: Creíamos que esto de las elecciones era nombrar a un representante para que hablase en el Parlamento de cosas que no nos interesan; pero resulta que este representante, lo es del «Poder ejecutivo», y esto es «cosa seria», porque si yo le prometo a un señor organizar su elección, a cambio de que él ponga en mis manos el Poder ejecutivo (nombramiento, etc.) soy el (amo).

Esta ha sido la realidad española durante las elecciones. Las personas «listas y avispadas» se llamaban no importa cómo.

«Esto —continúa Ortega— es lo que se ha llamado *caciquismo* se entendió que era un abuso de la Constitución, cuando no fue sino un uso. La *idea* puesta en práctica,

tuvo que dar la *realidad*». La Constitución olvidaba la «realidad» nacional; por eso tuvo que derrumbarse.

Digámoslo de una vez: pretendía que por el sufragio universal, la elección sería sincera. Dio a todos los españoles libertad electoral, sin pensar que no todos sabían usar de ella; que los que la usaban eran los menos... Los más, como no sabían qué hacer con ella, la tuvieron que vender.

He ahí el uso del famoso liberalismo español.

Pero continuemos nuestra exposición orteguiana.

El elector, por tanto, no existe. Gracias al «cacique», vivió el Estado. Y cuando «el cacique» deja de prestarle su apoyo, es cuando la Constitución comienza a tambalearse.

Ahora viene la gran verdad; quede ésta para abrir la marcha en el artículo siguiente.

#### **8. PARECERES. «Del problema español: gobernantes y gobernados, III», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 31 de marzo de 1930.**

«Las seudoelecciones que se hacían en los distritos rurales —prácticamente, pues, en toda España— no se hacían con vistas al parlamento, por el cual los pueblos no se han interesado nunca, sino con vistas al Poder ejecutivo, localizándolo, deteniéndolo, ruralinzándolo».

Esta es la gran verdad a la que me refería al terminar el artículo anterior.

Los electores —por su incapacidad— no existen; la «organización» hace la elección a cambio de que el diputado ponga en sus manos el Poder ejecutivo; las «seudoelecciones» iban, pues, con miras a este Poder; en el legislativo —Parlamento— no se pensó ni interesó nunca. Con esto la «inmensa mayoría de los diputados —parlamentarios— tenía que ser gente basta, aventurera e indocta». No había, por tanto, tales abusos; eso era nuestra «realidad» y fue sólo el uso de la Constitución quien dio tales resultados.

Eran trescientos cincuenta diputados y cincuenta elegidos auténticamente, los que representaban el Parlamento español, «a gentes cuya elección dependía del nombramiento de un peatón».

En vez de sostener el Parlamento al Poder ejecutivo, era éste quien sostenía a aquél. Quien quiera censurar al Parlamento, —expresa Ortega— que censure al Parlamento inglés, francés, etc.; pero no al español, que no ha existido nunca.

Meditando un poco lo apuntado, fácil es ver que la elección, por tanto, no era Parlamentaria. Porque «aunque votasen sin el menor estorbo todos los electores de un distrito rural no votaban un representante en el poder legislativo. Estado un instrumento para la detentación localista del Poder público nacional».

La diferencia entre distritos «cuneros» (sin organizar) y los «organizados», era que en estos se gastaba mucho. En los «cuneros» bastaba una orden del gobernador para que tal o cual señor saliese diputado, pero en los «organizados», la «organización» exigía constantes favores: nombramientos injustos, carreteras indebidas, contribuciones injustas, etc.

A medida que entramos en el actual siglo, aumenta «la organización» y disminuye el distrito «cunero», el gratuito, para aumentar el pagado; la repartición del Poder público en beneficio del peor localismo. La «organización» que había sido creada por el Poder central, se come a éste.

Y así las cosas; cuando el diputado va a solicitar el acta acostumbrada se le contesta: «No señor, el Estado soy yo», dice la «organización», «antes, usted me pagaba

el Poder público; ahora, el Poder público soy yo; solo podemos venderle a usted el acta, ¿Cuánto da por ella?»

Y de la venta del voto se pasó a la venta del acta y a la venta del censo.

Hasta aquí Ortega. Termina señalando que el hecho básico de la vida española desde 1900, era que al debilitarse el Poder central y firmar el ministro las fechorías incubadas por el «cacique», Madrid era el culpable; de 1900 acá, el pueblo y la «organización» coinciden en una cosa: «la subversión contra Madrid».

Madrid que, partiendo de una Constitución «ideal», no pensó en la «realidad» nacional, en las provincias, se vio invadido y ahogado por éstas.

Tal fue lo que ocurrió; era ni más ni menos el cumplimiento de la Constitución de 1876.

\*\*\*

En España, pues, no ha habido Parlamento, ni lo habrá mientras los electores no se interesen por las cuestiones públicas.

Si el parlamento depende de los electores, el problema no está por tanto, en el Parlamento, sino en ellos, en su capacidad.

Ahora bien, para ser buen elector, lo mínimo exigido hemos visto que es sentir e interesarse por la vida pública. ¿Poseen esta mínima condición todos los electores españoles? La realidad nos dice que no.

Al siglo XIX, enamorado de la libertad, y aún más de la igualdad, no se le podía decir que la realidad era ésta: a la mayoría de los gobernados no les hace falta el «sufragio universal», el voto; no necesitan la libertad, porque sencillamente no saben qué hacer con ella.

Decir tal cosa era profesar viles ideas aristocráticas, ser enemigo del pueblo. Decir tal cosa, aun hoy, a un republicano que tiene al pueblo hasta en la sopa, es cosa peregrino...

Se habla siempre del pueblo pero se hace muy poco por él. No se ganan siempre los derechos cortando cabezas; el pueblo para tener derechos, tiene que contar con los deberes, con sus deberes. De los deberes del hombre, del ciudadano nunca se habla.

Hay que hacer por el pueblo; tiene él que merecer los derechos, hay que capacitarle y no suponerle capacitado como hicieron los hombres del 76.

Puesto que la realidad española son las provincias, partiendo de ellas, de una España local, hagamos una España nacional. Conseguir que el tipo medio español se interese por la política, por la vida pública, sea responsable y exija; se trata de encontrar el cuerpo de vida colectiva que, siendo por su contenido local, provoque automáticamente corrientes de vida pública, para así movilizar el tipo medio español: se trata de encontrar la «unidad política»; esta no es el Municipio, ni la Provincia; es la gran comarca. Organicemos a nueve o diez grandes comarcas... Al lado de este párrafo, recuerdo haber escrito no hace tiempo: «Algún día insistiré sobre la cuestión». He aquí, cumplida mi promesa.

Tal era, y digo, el ideal político de Ortega y Gasset. Pero por causa ajena a su voluntad no pudo continuar por entonces escribiendo, y tras los puntos suspensivos de su artículo puso el final de su silencio.

Demos vueltas, pues, a la idea, la «gran Comarca»... Regionalismo...

España, mas que un mosaico de provincias, es un cuerpo cuya vida depende de los órganos.

Cuan distintos son los tejidos del cuerpo humano, cuan diferentes el hígado del estómago y este de los pulmones. No obstante, la vida depende de todos.

Esta tosca y vulgar imagen nos explica la realidad española. Cuán distinta sentimos Vasconia de Andalucía, Galicia de Cataluña, Canarias del resto de las regiones; nuestros problemas, idiosincrasia, arte, y aun cantos populares... Hay una gran red que separa a unas regiones de otras, se nota, se ve; es la realidad. Esa red básica es la primera letra de algo así como el Estatuto, no Municipal ni Provincial, sino regional.

Mas ya es tiempo de puntualizar, para seguir de nuevo, en el artículo siguiente.

**9. PARECERES. «Del problema español: gobernantes y gobernados, IV», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 7 de abril de 1930.**

Recuerdo haber oído decir a don Ángel Ossorio y Gallardo en su discurso del Ateneo lagunero que lo primero que había que hacer después de la Dictadura era «una elección verdad». Citó a propósito el consejo de Prim a Isabel II: «Una elección verdad y salga lo que saliere». «Isabel II —añadió don Ángel— no hizo caso, pero vamos a tratar de otra cosa...»

Recuerdo asimismo que el final de este párrafo fue coronado por grandes aplausos del público...

Pero vamos nosotros también, a tratar de otra cosa.

«Una elección verdad». Si las cosas no cambian y no se emprende una valiente y radical reforma, lo que saldrá será lo de siempre: trescientos cincuenta diputados falsos y cincuenta verdaderos.

De la farsa de la Constitución salió que el Parlamento era una farsa; los diputados por tanto, una farsa; los electores una farsa y la vida española durante cincuenta años, una farsa y, como nos empeñemos en hacer elecciones como se hacían antes, la farsa continuará.

«Una elección verdad»... Si por tal se entiende cuatrocientos diputados elegidos por «todos» los ciudadanos españoles, continuaremos sin haber salido de la cuestión, ya que la mayoría de los ciudadanos son «rurales» y por tanto gentes que no han entendido en su vida que cosa es Parlamento. Dejándoles en plena libertad de elegir, se abstendrán de hacerlo por su cuenta; de su desconocimiento de la política nació la famosa «organización».

Y aún eligiendo a don Fulano o Mengano, lo hará con vistas al Poder ejecutivo; esto es, «votando por don Fulano obtendré determinado favor o empleo». Así obran los que, no siendo tales «rurales» consideran la política como cosa para su exclusivo uso personal.

Quien quiera ver otra cosa, desconoce sin duda la realidad nacional.

No quiero yo militar en afirmaciones gratuitas, pero si me parece que, mientras no se emprenda una gran reforma con miras a una autonomía regional, España no tendrá nunca un verdadero Parlamento.

Porque pretender que un «rural», de Canarias, por ejemplo, elija tal o cual diputado para que en Madrid discuta acerca de un principio de Derecho político o de una ley de Instrucción pública; para que «represente» sus ideales políticos, es cosa ciertamente imposible, tal y como es la realidad nacional. No; el «rural» elige a quien elige su «amo», y el que no lo es, elige al diputado con miras a un determinado obsequio.

Por que para elegir dentro de la Constitución, con miras al Poder legislativo, hay que contar: primero, con sentido político; segundo, sinceridad y honradez; y hasta me atrevería a formular una tercera condición: en caso de fuerte «organización» local, para elegir libremente hay que contar con valentía e independencia económica; si no, peligra la «despensa».

No hay que asustarse, que esto ha ocurrido frecuentemente. Muchas condiciones son estas para un elector. Ortega exige solamente «estar», «conocer» la cuestión objeto del voto; yo expreso estas condiciones del elector teórico, porque se puede «estar en la cuestión» y ser un sinvergüenza, y se «puede estar en la cuestión» y tener el estómago dependiente del sueldo que da la influencia de don Mengano. Claro que esto es ya más cuestión de derecho, ética; que el elector sienta la cuestión es ya bastante.

«Soberanía nacional»... En estos días se barajan las dos palabras; la voluntad del pueblo —se oye frecuentemente— es lo que debe imperar.

Vergüenza da oír la salir de determinados labios.

¿Se ha hecho, por ventura, lo que la voluntad nacional ha querido?

La voluntad nacional ha sido lo que una minoría de políticos ha deseado; la voluntad del pueblo fue —apunta Álvaro de Albornoz— que en 1870 se saliese a buscar un rey de Corte en Corte, y sentar a Amadeo de Saboya en el trono español...

¡La voluntad nacional, fue la voluntad de Prim!

La voluntad del pueblo, no se ha hecho efectiva. Por la voluntad del pueblo gobernó la Dictadura durante seis años y meses; gobernaba, decían las notas oficinas, porque tenía la confianza del pueblo... La voluntad y la confianza del pueblo sabemos todos cuales eran.

¡Pobre voluntad nacional!

Y en último término, la voluntad nacional no ha existido nunca, porque al invocarla se invocaba a un fantasma, a un ente romántico que nos legó el siglo XIX.

¡Que voluntad dichosa! Si la voluntad nacional no ha imperado es porque el pueblo no ha tenido ninguna...

#### **10. PARECERES. «Del problema español: gobernantes y gobernados, V», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 10 de abril de 1930.**

Hace ya algún tiempo que dije en unos de mis artículos que la sinceridad es una de las características de la juventud; la juventud decimonona no se atrevió a decir que la voluntad nacional de España era un mito, que un pueblo que tal cantidad de analfabetos arrojaba y que tan pintorescamente opinaba del desastre de Cuba (y no todos opinaron, porque hubo quien se enteró mucho tiempo después), muy poca voluntad podía tener y con muy poco sentido político podía contar.

Pero ya han pasado muchos años y nuestra juventud es muy otra. Nosotros sabemos que el pueblo no son solamente esos cinco o seis catedráticos que valientemente renunciaron a sus cátedras, ese honrado entre los honrados, don Miguel de Unamuno, esos también valientes estudiantes que han dado una nota de hombría en el territorio español. Hay otros que fueron propuestos para un posible premio durante la dictadura por su conducta abstencionista, premio que, a menos que yo sepa, no fue dado. Y otros que discursaron y aplaudieron con motivo de la colocación de lápidas que nunca debieron ponerse en casas natales...

Ahora, en los momentos de alegría, se cruzan telegramas y adhesiones; entonces, en las jornadas de protesta y lucha fue el más indigno y cobarde de los silencios el que acompañó a los valientes. Nosotros sabemos que el pueblo no son solamente esos cientos de obreros conscientes de su deber; no. Sabemos que esos son una minoría por mucho que se ensanche, frente a la enorme masa «rural» de las provincias, que esta masa y estas provincias, sin entidad política y analfabeta son el pueblo español, «la voluntad nacional»!

¿Qué hacemos con ellas? ¿No tienen derecho a votar? Quizás no. Pero tienen que votar...



Si el pueblo no vota (me refiero a lo que comúnmente se llama pueblo, no a la masa orteguiana, porque un escritor, médico, aristócrata, etc.; puede ser según él, hombre-masa; pueblo es la masa anónima, generalmente «rural», analfabeta y, o desprovista de sentido político; «pueblo» no es sistemáticamente el obrero, que entre estos los hay, por sus ideas, muy aristócratas) los electores serían elegidos por una minoría consciente; tendríamos la anulación del sufragio universal y una aristocracia de capacitados, que es la única de las aristocracias.

¿No es esto una profanación de los célebres derechos del ciudadano? Quizás ahondando mucho, de los derechos del hombre sí, del ciudadano, porque el que verdaderamente lo es, no tiene que temer que le quiten su ciudadanía.

Mas tal cosa es utopía; las elecciones serán harán a base del sufragio universal (esto de universal hay que tomarlo con ciertas reservas).

Si. Se hará la voluntad nacional. Con unas elecciones de minorías no se verificarán los derechos del pueblo, pero votando el pueblo tampoco se verificará sino que, en vez de prevalecer la voluntad de una capacitada minoría, lo que imperaría sería la voluntad de una minoría política desaprensiva.

En fin, lo de siempre. Eso es lo que van ganando los amigos de la voluntad nacional.

La minoría consciente no necesita de la masa; la minoría política organizadora, la necesita para mandar, y el pobre pueblo es el que resulta pelota entre estos dos jugadores. Gobierna ésta o aquélla, en último término la voluntad del pueblo es un mito.

He de referirme, para terminar este artículo, y solo por vía de ejemplo, a un caso concreto entre nosotros, que no solo aporta claridad con respecto a la manera de comportarse el pueblo que «desconoce», sino que además demuestra como éste reacciona o reaccionaría en el caso de previa autonomía regional.

En momentos difíciles para el porvenir español, Santa Cruz se pierde en el más inexplicable de los localismos: cartas y disputas en torno al alcalde, digno de alabanzas, dicen los unos, por su gesto joven frente a un castillo ridículo de acuarela, frente a una plaza no menos ridícula y frente a una burguesía resistente.

Merecedor de reproches, ya que (como el anterior Ministro de Fomento) no ha tenido en cuenta la realidad económica local, dicen los otros.

La opinión democrática soluciona: la voluntad del pueblo es la guía, que el pueblo elija su alcalde.

Un alcalde es cosa tan concreta, y las reformas que ha llevado o quiere llevar a cabo son tan concretas, que en caso de libre elección casi nadie se abstendría de votar. Todo Santa Cruz elegiría de verdad. Como todo Madrid elige también de «verdad» sus representantes parlamentarios. Mas, un vecino de Buenavista o Guía no elegiría Alcalde para la capital con tanto conocimiento de la cuestión como un santacrucero. Este pequeño ejemplo aporta mucha luz a nuestros deseos autonómicos, cuanto más cerca un asunto, más claro se ve. A mayor concreción y claridad, mayor entendimiento. Rafael se comprende más fácilmente que Rembrandt.

Nos aseguramos, pues, de que en Santa Cruz, todos sabrían elegir alcalde. Ahora bien... ¿La voluntad popular acertaría?

Hagamos un pequeño análisis.

¿Quién sale individualmente perjudicado con la reforma de Santa Cruz? ¿El propietario, o el que no lo es? Indudablemente, el propietario, lo que se ha dado en llamar en general, la burguesía. Frecuentemente he oído decir a los que, como yo no tienen de exclusiva propiedad sino el aire que respiran, que la reforma les beneficia porque le han puesto piso de mosaico a la planta baja de su casa y que aunque el

propietario les cobre a ellos la reforma (lo que demuestra que no siempre salen aquellos perjudicados) lo prefieren, con todo.

No confiar en la voluntad popular, municipal; si ésta ve calles y casas arregladas, proyecto de escuelas, etc., no es fácil que rechace al alcalde, porque la voluntad local no ve la propiedad atropellada, los proyectos equivocados, los derechos violentados, etc.

Que no se piense que lo elegido por el pueblo sea lo justo, siempre.

Y me interesa hacer constar que a mí no se me encasille ni entre los partidarios, ni entre los adversos al señor alcalde; no conozco profundamente su labor y no puedo opinar acerca de ella por el desconocimiento que de la misma tengo.

\*\*\*

¿Qué vamos a hacer con esta «masa» que tenemos en las manos?

—No diga usted eso, que es ella la que nos ahoga, la que por su mayoría impera. Nosotros somos los menos...

Pero el hombre sabe que el león es el fuerte, mas también que un tiro lo mata.

Como en el folletín diré: continuaremos. Vaya para terminar, una pregunta: ¿Y las escuelas?

**11. PARECERES. «Del problema español: gobernantes y gobernados, VI», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 14 de abril de 1930.**

Con el pueblo han sido injustos dos siglos, mejor dicho, un siglo y una de las características del otro, porque el perfil de estos treinta años no va a definir al siglo XX.

Uno lo ha sido por exceso, otro por defecto.

El siglo XIX le elevó a una altura insostenible; romantizó a la «bestia fiera» de Alarcón. Modelo de ingenuidad y de a-realidad fue la Constitución que proclamara: Todos los españoles serán buenos.

Ya he dicho en otra ocasión que políticos y poetas se rindieron al pueblo; teóricamente aquéllos, o como fuera, pero se rindieron.

El arte que se ha llamado «impopular» y las dictaduras, fenómeno político de algunos Estados de hoy día (el que hubiese dictaduras en otras situaciones históricas, no hace al caso), son marcadamente enemigos del pueblo. El arte pretende ser de «minorías»; niega realidad a la masa (la empleo aquí sinónimo de pueblo). La dictadura niega capacidad ciudadana; anula al pueblo, por tanto.

El pueblo es capacitado, «bueno», según el XIX; incapacitado, «malo», para la dictadura; es la posición que parece sustentarse.

Naturalmente no vamos a adoptar una posición ecléctica; el eclecticismo me parece una teoría pancista, «vividora». El pueblo no está capacitado, en efecto; no todos los españoles son «buenos». ¿Quiere esto decir que nos refugiamos en cualquier «ismo» (el «hacismo» por ejemplo), nos hagamos dos veces tonto y proclamemos el famoso «neocatolicismo» por bandera? Si el siglo XIX cometió una tontería, nosotros, que no restamos ocasión para echársela en cara, caemos en lo que retractamos; elevamos la tontería al cuadrado. Nuestra posición en este caso es una tontería supina.

El pueblo no es como pensaron los hombres del XIX. Es como pensaron las referidas «minorías». Pero no por eso le vamos a arrojar la puerta en las narices; que son las «minorías» las que tienen el deber de transformarlo de incapacitado en capacitado. Con razón ha recelado Jiménez de Asúa sinceridad en los intelectuales que se proclaman socialistas.

De todas formas, este es el camino, el único camino.

¿Y las escuelas?, pregunté al final del artículo anterior... Por ahí, por ahí puede que le encontremos.

Ninguna novedad significa que sean las escuelas las que transformen el pueblo, las que le capaciten en todos los sentidos... ¿En todos los sentidos?... ¿En el político también?

Recuerdo que el viejo Santamaría de Paredes, en su no menos viejo Derecho político, formulaba como condición para ser elector lo siguiente: saber leer y escribir es poco; una carrera, mucho; la solución sería, dado el carácter gratuito y obligatorio de la escuela primaria, exigir un certificado al elector que previamente ha cursado todos los grados escolares, acreditativo de tal cosa.

Para votar, pues, necesitaría el elector haber pasado antes por la escuela primaria. No nos dice el citado autor, ni era ésta su misión, si con una cultura general sale el futuro ciudadano con las condiciones precisas para ser un buen elector; es de suponer que quizás; también es de suponer que desde los catorce años en que sale de la escuela, hasta los veinticinco en que elige, no se acuerde mucho, no solo de las nociones de Derecho que adquirió, sino de la tabla de multiplicar.

Si suponemos que hay buenas escuelas de adultos nocturnos y permanentes, conferencias divulgadoras dominicales, bibliotecas ambulantes, sana y libre propaganda política incluso, los inconvenientes apuntados se salvan.

Las escuelas pueden sacar a las provincias de su «ruralismo», pero, entiéndase bien, previa la premisa-axioma de una autonomía regional, de borrar las líneas provinciales y encerrarlas en el marco de la región.

Las escuelas pueden formar la España nueva. A ellas hay que acudir, pero pronto, y ya que la mayoría presente es analfabeta e incapacitada, evitemos que lo sea la futura.

«Hay que ir al alma del niño». Esta es la premisa en la que se asienta la Rusia nueva.

La Escuela Nacional actual está muy lejos de esto.

Hacen falta muchos maestros, (sobre el asunto hay varias opiniones, porque según los jueces de las últimas oposiciones no hacen falta tantos), muchas escuelas; pero hace falta más: hace falta una nueva orientación en ellos y en ellas.

Hace falta, por tanto, reformar las escuelas Normales. Y procurar que en nuestra enseñanza dejemos a un lado el anecdotismo, que los profesores no se preocupen tanto por el número de elefantes que llevó Aníbal en sus campañas de Italia, que no digan que los árabes, por el hecho de ser infieles, no aportaron a la cultura española más que su salvajismo; que no den tanta importancia al tío de Eloísa, opuesto a sus amores con Abelardo... Ni al nombre que le puso Muza a la viuda de Rodrigo, ni digan que Góngora estaba loco cuando hizo las *Soledades*, ni que la física es más exacta que las matemáticas, y que pongan un poco en duda el pretendido astigmatismo del Greco.

Más práctica en las Escuelas, más «Escuelas activas», menos anecdotismos; fuera el lema del «Magister dixit» que, aunque parezca que no, aún se usa. Bibliotecas, conferencias y asociaciones escolares, periódicos infantiles... ¿Puede emprenderse esto? ¿La escuela y el maestro actual pueden hacer tal cosa?

El maestro, que estudia cuatro años en una Normal en la que tiene toda clase de profesores, esto es, buenos y malos; poca orientación pedagógica la mayoría de las veces (mientras no haya en las Escuelas Normales un poco de filosofía, no habrá en España pedagogos, apunta Ortega en el prólogo de la *Pedagogía* de Herbart); deficientes prácticas escolares, cuando no inútiles, ya que estas no se hacen casi nunca en presencia del profesor de Pedagogía.

¿Qué orientación se va a esperar de alumnos que no llegan a estudiar nunca la Didáctica, porque sencillamente los textos no se terminan nunca? Al maestro que parece enseñar física no se le exige que sea físico, ni para enseñar matemáticas que sea matemático, se le exige que posea una ciencia, que sea Pedagogo; no se le exige mas que esto y es precisamente lo que la mayoría de las veces no sabe.

¿Qué «Escuela activa» se va a esperar de alumnos cuya situación ante los modernos procedimientos y orientaciones pedagógicas es completamente virgen?

Hay que evitar que la Escuela Normal sea una sucursal de congregaciones religiosas exclusivamente, muy respetables, pero que en este caso distraen la atención del alumno, ya que en lugar de dirigirse a una revista pedagógica las dirigen hacia otras que ciertamente no le dirán gran cosa de lo que por su profesión les interesa.

Y cuéntese siempre con las honrosas excepciones, que no hacen sino confirmar la regla.

No quiero hacer interminables mis artículos, mas precisa el siguiente y último para puntualizar algunas cosas.

## 12. PARECERES. “Del problema español: gobernantes y gobernados, y VII”, *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 17 de abril de 1930.

No es difícil comprender que las regiones españolas dotadas de buenas Escuelas Normales y por tanto de buenos maestros, harían transformar, cambiar el traje de la realidad presente. Hecha verdad por un momento la idea... entonces si que sería fácil encontrar españoles que nos contestasen a la pregunta; nos dirían como cualquier inglés, el partido político de sus preferencias, por razón de «doctrina o de temperamento».

Mas, pretender que de la situación actual de la enseñanza salgan gobernados, pueblo enterado y consiente, en un error.

Habría que reformar la Escuela Normal; habría que pagar más sueldo a los maestros. Porque a un maestro que gana tres mil pesetas no se le puede exigir lo que debiera exigírsele previa una orientación nueva.

Tienen, si, cuatro años de estudios; mas tienen unas no muy sencillas oposiciones... Cuarenta y tantos duros al mes, y familia que mantener... ¡Pobres maestros!

Con el interviene: las personas oficiales, las locales, y todo el mundo; Inspector, Junta local, padres de familia, etc. Una maestra me contó que en una ocasión se presentó un campesino a su escuela, con objeto de imponerle «leyes», por el hecho de que él era —le dijo— el encargado de la «estrución» (quería decir instrucción). De casos como este están plagadas las localidades.

Para el vulgo, ha venido a ser su profesión sinónima de no «hacer nada», cuando no se le considera como a algo mezquino, bajo, «un maestrillo»...

Aquí, en Canarias, cobran de entrada, contando la residencia, una cincuenta duros mensuales; tienen familia y la vida es cara; véase este ejemplo de la «consideración» de que gozan:

Oí hace algún tiempo una conversación entre personas, por su carrera, afectas al Magisterio, en los términos siguientes:

—¿Qué hay de residencia?— Veremos... —Claro, son tantos... Hasta los maestros la piden!...

Naturalmente. ¡No la han de pedir! Ellos que son tal vez los que más la necesitan! Este señor parece que les considera como el más bajo escalón de la sociedad... «Hasta los maestros».

Tales palabras, y precisamente en boca de quien menos debieran ser pronunciadas, me produjeron tristeza y me enseñaron mucho.

Pues en ellos, sí, en los maestros, es donde está el porvenir español...

¿Qué el Estado no puede subir sueldos por la gran cantidad que son?... Bueno. Pero que el Estado se conforme con los analfabetos que tiene.

Entiéndase bien: en la reforma de las Escuelas Normales, de las Escuelas y de los maestros, de los Institutos y aun de las Universidades, está el porvenir español: en la Enseñanza, en el Ministerio de Instrucción Pública, en ese que debe llevar la mayor parte del Presupuesto. ¿Qué no se entiende así? Pues suframos las consecuencias, y sigamos haciendo elecciones a costa de los «rurales» y con beneficio de los «vivos».

\*\*\*

Gobernantes y gobernados... Los unos vienen dados por los otros... La primera piedra-solución, es la gran reforma.

REFORMA. Que ella con sus grandes letras se encargue de todo.

\*\*\*

Mientras tanto, en las regiones, más aun en las localidades, no nos limitemos a «esperar». Hagamos en la medida de nuestra fuerza, de nuestras posibilidades. Y que aquí, en Canarias, se abandone esa pretendida «abulia», que no es más que un cómodo mito, explicativo a veces de incapacidad.

Y que tampoco se diga el acostumbrado: «Aquí no se puede hacer nada». Hay que intentarlo con amor y con fe y sobre todo con una gran constancia.

Que esa Asociación de Estudiantes siga con sus cursos de conferencias en las que debían intervenir los estudiantes más a menudo; que aproveche el plantel de cultos y capacitados catedráticos con que actualmente cuenta; que no pierda el tiempo en cosas triviales. Y a ver si puede hacer algo más: una revista, por ejemplo. Que en este sentido la sigan las Escuelas Normales y aun si es posible el Instituto.

Un «adelante» al Círculo de Bellas Artes. El único, en este sentido cultural, que tiene un positivo valor en Tenerife.

Que las «minorías» trabajen; de ellas lo esperamos todo; que si al menos el espectáculo de ese «pueblo» es desconsolador, remuevan ellas, den la voz de marcha, voz militar en las filas de la nueva España. De esta España, en la que nosotros, quizás románticos, esperamos y creemos.

### 13. NOTAS DE ARTE. «Una exposición en el círculo de Bellas Artes: Juanita Dorta», *La Prensa, Santa Cruz de Tenerife, 5 de abril de 1930.*

El artista de Altamira es un primitivo con relación a nuestro tiempo; en el suyo era la más alta expresión del sentido de la edad. En tal concepto no es un primitivo. Como tampoco lo son Giotto y Massacio. Es primitivo pintar hoy en el sentido de ayer, sin preocupación del tiempo, pintar, solo pintar. Pintar con alegría.

Esta joven artista tinerfeña que el Círculo de Bellas Artes nos ha presentado, pinta con alegría. Ingenua. Con castidad de sol helénico, de sol canario, que Canarias al fin y al cabo son islas en la geografía de Grecia.

Juanita Dorta tiene una gran pasión por la luz. Sus cuadros son Naturalezas muertas; son fruta, son cosas. Pero frutas y cosas iluminadas; chorros de luz que el fuerte temperamento de la artista ha arrancado, allá en Tacoronte. Tacoronte, todo

campiña, todo luz y cielo azul, se adivina en estos cuadros. No ha podido este pueblo, claro y soleado plastificar mejor que en esta su mejor intérprete: Juanita Dorta.

Cuadros a pleno sol son los suyos. A Canarias le hacía falta este clarín nuevo que hoy preludia la mejor sinfonía de nuestro paisaje: la luz.

Los holandeses del XVII, Kalff, Heda o Pieter Claez, pintan sus naturalezas muertas en un país del norte; tonalidades de escala cromática, luz lateral también en escala; claro y penumbra. Sus composiciones son la manifestación de su paisaje, de su sol, de su luz. Las frutas de Kalff son frutas suaves, iluminadas por un sol dorado; tienen irisaciones de joyas antiguas: Son frutas que tienen una elegante melancolía; las de Juanita Dorta tienen alegría ingenua y sonriente.

Sobre un dibujo un tanto desaliñado —ausencia de Academia, de escuela, que en estos casos no hace sino despersonalizar— salta el color en cascabeleo de campanas en fiesta; el rojo de los tomates, y el oscuro y logrado verde de las chumberas con chumbos; bandejas azules antiguas; tosca loza canaria; plátanos; piñas de maíz con los granos contados uno a uno, en exactitud matemática; exactitud con la que también cuentan los pétalos de los crisantemos. Cuidado ingenuo, primitivo, por el detalle.

Acaso esta joven artista ha conseguido —sin quizá saberlo y quererlo— manifestar el más exacto, el más positivo regionalismo.

Quien haya visitado esta Exposición del Círculo de Bellas Artes, conservará, por vago que sea el recuerdo, una impresión como de «fosfono»; los que la hemos mirado con entusiasmo, conservamos un recuerdo orquestal de claridades; de la pasión de la artista, que inconscientemente acaso, la ha llevado a pintar las cosas, cosas sencillas, donde mejor podía manifestarse su extraordinario arte de colorista.

Juanita Dorta pinta un pimiento, un tomate o una cebolla, con la ingenuidad que Pascal, siendo niño, llamaba a la línea «raya» y al círculo «rond».

#### 14. PARECERES. «Otro voto que se pierde. A Don Salvador Quintero», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 8 de mayo de 1930.

Escribía yo, no hace mucho tiempo, a un amigo residente en Madrid, sobre el fenómeno «centralista» frente a «la provincia».

«El *centralismo* —escribía— nos mata».

Mas, mi amigo contesta que ese *centralismo*, «lejos de perjudicarles, hace favor a las provincias, porque al regreso de la capital —añade— llevamos un espíritu distinto que lucha con lo viejo que otros importaron».

Tendré que repetir ahora la frase de una ilustre personalidad: «Madrid no ha poseído jamás una cultura creadora». Cuando se viene de Madrid no se aplica aquí lo aprendido allá. Cuando se viene de Madrid se recuerda con nostalgia el tiempo en él vivido. «Provinciano», es para Madrid, sinónimo de pobre joven. La capital nos inyecta un suero de indiferentismo y cuando venimos de ella se leen artículos, se contemplan fiestas de Arte provincianas, si no con manifiesta, si con íntima conmiseración y profunda ironía. Lo corriente es no intervenir en nada. Lo habitual es una indiferencia y un desdén por todo lo que nos rodea. Jamás importamos cosa meritoria. Los pocos que

han desertado de las filas indiferentitas no han hecho más que continuar los antiguos modelos, el patrón «clásico» y autóctono. No se ha importado, pues, nada. Da profundo dolor ver expresarse a vidas de veinte o treinta años en todos los sentidos igual que vidas de sesenta o setenta. Si ha habido algo de positivo valor, no ha sido precisamente movimiento de importación. No se ha traído, se ha exportado. Y por elementos naturales. No ha sido un acercarse Madrid a las provincias; han sido las provincias quienes se han querido acercar a Madrid. Pero estos valores aislados o en pequeños grupos constituyen la excepción justificativa de la regla.

Mas un fenómeno de renovación se nota en el ambiente. La afirmación de mi amigo comienza a cumplirse: «Llevamos un espíritu distinto que lucha con lo viejo que otros importaron».

«Que lucha». Es verdad. Porque acaso no se admite otra generación capitana que la que sigue los antiguos moldes. Los que no siguieron ningunos son nuestros facultativos locales, los que juegan la tarde del domingo en el casino la acostumbrada partida de dominó. Son los eternos «Antonio Azorín», cuyo «tipo» ha encarnado la mayoría de los que, siendo universitarios, han venido tiempo ha de Madrid. Esa es la cultura que hasta aquí nos han importado.

Mas, repito que el panorama se presenta muy otro. Pero como caso curioso y aun reconociendo la inactividad de nuestra representación —oficial o no— en Madrid, alguna organizada opinión no admite ninguna orientación nueva, que por tal no puede silenciar ninguna clase de hechos, sean estos los que sean. Porque siempre he creído que mas que responsables por lo que digamos, lo somos por lo que dejemos de decir. Aunque el decirlo ruborice indirectamente. Esa nueva generación —me está ya molestando el término «juventud»— no puede edificar; precisa no solo arrancar los cimientos sino destruir el «solar». De lo contrario, el edificio no será nuevo, sino remendado.

Esa generación no puede enarbolar el clásico «borrón y cuenta nueva».

En otros sectores, se ha conseguido terminar y dar el abismal empuje a viejos moldes. Ahora, cumplida la obra destructiva precisa construir; mas en el sector ciudadano no se ha terminado con «lo otro», que, por lo visto, costará mucho.

No. Silenciar es acatar; acatar es continuar es pactar. Y cuando la generación nueva pacte, es cuando asistiremos a su entierro. Tiene, por eso, en sí, una responsabilidad grande. Esperamos que cumpla como ofrece.

Esa generación tiene que hacer urgentemente que hacer algo más serio que un muestrario de sombreros de palma. Las acuarelas vendrán luego. Encargarles, principalmente, tal misión, es tomarla por infanta o crearla infanta.

Y es que se acostumbran a decir cosas arbitrarias. Se desea que la nueva orientación se encauce por sendas culturales; en cambio, hace tiempo —no mucho— que en estas mismas columnas un culto paisano, don Salvador Quintero, depositaba su voto en «la urna transparente de un cotidiano tinerfeñismo», diré con expresión suya. Indicaba el señor Quintero la creación de un Centro de Estudios tinerfeños; un lugar en el que teniendo en cuenta nuestra realidad comercial (esto es, agrícola primeramente), «profesasen las mentalidades más selectas del país».

Don Salvador Quintero, con una justeza de criterio, tenía en cuenta nuestro comercio, excluía toda edad, toda común ideología. El voto, la idea, era de lo más sensato y digno de cariñoso acogimiento. ¿Quién lo ha recogido? ¿Quién, por ventura, ha hablado sobre él? Hasta ahora, creo que nadie, a menos que yo sepa.

Esta es una personalidad que ha exportado la cultura «aprehendida en Madrid»; ha depositado en la urna, no una papeleta electoral de diputado, sino electora de algo más interesante y serio que un acta.

Nuestra inconsciencia es así. Señor Quintero: vaya, pues, mi voto con el suyo a perderse en esa urna a la que los «culturales deseos provinciales», le han abierto el fondo.

**15. PARECERES. «Un libro de Gutiérrez Albelo», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 23 de junio de 1930. (*Todos los que están fueron*, Tomo II. 2008: 289-290).**

Dos novedades de este mes de junio. Dos piedrecitas en el agua; en el agua de nuestro quieto estanque: una revista y un libro de versos. La revista es *Cartones*; el libro *Campanario de la primavera*, de Gutiérrez Albelo.

La revista no he conseguido leerla, no se vende en las librerías; la he pedido, pero en vano. En la aristocracia de «un corto número de amigos» reside. Castillo de plata del círculo yoista de una minoría. En este caso, una «selecta minoría». Ya nos lo dice el sumario. Índice de un grupo de nombres universitarios, cultos y un nombre literariamente conocido, el nombre del mejor poeta marino de Tenerife, el único que aquí ha interpretado en un sentido regionalista de isla, ese supremo elemento de nuestro paisaje: la mar.

El que ha sentido íntimamente, la ha comulgado:

*Lo menos me tiene el mar,*

*Un cuatrillón de miradas...*

*Lo menos veinte mil olas*

*Le tengo al mar en el alma*

Me refiero al poeta Pedro García Cabrera.

Sin haber leído, pues, *Cartones*, sin pertenecer al «círculo de amigos» —ni a ningún círculo—, amiga «honoraria» me considero. Y este honor no viene naturalmente de mí, sino de ella.

Amiga también en este sentido del libro de Gutiérrez Albelo, sin tampoco pertenecer a los «pocos amigos» del poeta.

Gutiérrez Albelo merece algo más que unas notas marginales; cuando un poeta lanza un libro a la pista, este poeta es joven y sobre joven, poeta; el sentido de la responsabilidad nos hace ver en el libro otra cosa que pecados veniales.



Podemos decir que el libro nos gusta o no; pero actuar en este caso de confesor, de árbitro, es una posición francamente inducta.

Nada sorprende en este libro, nada desconcierta; carece de extremismos de escuela; sólo un desconocimiento de la creacionista de De Diego, por ejemplo, o la actual dirección surrealista puede manifestar que este libro de versos, íntimo, del sentimiento (aunque acaso el poeta quiera huir de éste) desconcierta en parte.

Gutiérrez Albelo, en posición discreta, ha sedimentado quizás anhelos de incorporación, ha dejado pasar caminos, ha decantado una poesía íntima, joven, alegre. ¿Alegre? Nada más que serena.

Gutiérrez Albelo no es poeta canario; es poeta de Canarias, poeta del interior, de lo íntimo, pero no del aislamiento autóctono, sino de lo interior e íntimo de cualquiera geografía: «Se oye la radio del casino», «los ensayos de la Banda» el dulce corro infantil... El poeta canta a «Ana Isabel», «la mujer primera», a la forastera, y en general a una mujer se refiere en casi todas las composiciones, en un dulce y delicado provincianamiento. No es poeta, preferentemente de lo objetivo, ha seguido con deliberación una poesía de sentimiento. Culmina esto que digo en la Elegía a Joaquín Espinosa.

En las composiciones menores manifiesta sus magníficas dotes de fabricante de imágenes. Véase una muestra de verdadera lindeza:

#### VALS

*La mar estrenó esta noche*

*un traje de lentejuelas.*

*Y ahora baila que te baila*

*bajo las altas linternas.*

*Yo quiero danzar contigo*

*—¡Oh, mi novia marinera! —*

*(En tus senos de cristal*

*voy a doblar mi cabeza).*

Libro personal, sereno, sin extremismos ni pecados veniales. Campanario de la primavera. De una primavera que anuncia un espléndido estío. Primavera, «chorro de agua fresca». Campanario... En el corazón del poeta (corazón, sentimiento), desnudo, «clavado en los picos de la estrella más alta»...

#### 16. PARECERES. «En torno a la revista *Cartones*», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 30 de junio de 1930.

Que los lectores me perdonen este aparte en mis líneas habituales. Pensaba — recordando la versión que hizo de «Las Soledades» de Góngora, Dámaso Alonso—

hacer una «traducción» de una revista a la que ahora aplaudo su posición de escasa minoría; más vistos y leídos los cartones de *Cartones*, vista, asimismo, la imposibilidad de tal empresa y no queriendo silenciar un acontecimiento interesante en la isla, vaya este modestísimo artículo, desde mi a *Cartones* y, parodiando a la revista y al poeta: a los «pocos amigos que me lean».

Siempre he pensado, ausente y desdeñosa de toda aristocracia, que el arte y la literatura no son recinto cerrado, que se puede aplicar a éstos, adaptando la frase, lo que dice en uno de sus lemas un semanario político: «Todo hombre, por humilde que sea, tiene derecho a ser jefe de Estado».

La consigna del credo dictatorial, por lo demás explicativo y justificativo de una época: «el arte es cuanto es de la mayoría debe desdeñarse», sobre ser a-presente, es antisocial, contrarreformista. Y muchas cosas más.

Está en la minoría, El arte, por la pureza del arte, pero el sino de la masa es alcanzarlo, educarse, trabajar, anhelar y, sobre todo —un término desagradable a temperamentos del sur— molestarse.

Y no se me replique que el fenómeno de comunidad es divergencia en la desigual —obligada— bifurcación; eso valdrá ahora, en el presente, pero nuestros deseos —utopías hoy— son ansias de renovación, de reforma. Acaso la nueva cultura que alborea.

«Ricos y pobres», en arte, es la adaptación de la tradicional máxima burguesa conservadora: la gran propiedad (el dueño) y el trabajador (el esclavo).

No soy partidaria de que se escriba folletín a lo Fernández y González y versos para las niñas de provincias —y sin ser de provincias— por el solo hecho de que es lo que la mayoría entiende. ¡A buena altura estarían entonces muchas cosas! No. La masa, o mayoría, tiene derecho a pedir, a protestar, a suprimir; a veces hasta a atacar; pero también deber de trabajar, de molestarse, de aprender.

Era lo que quería decir; creo que está bien claro.

\*\*\*

Y vamos con *Cartones*.

Comienza con poemas de García Cabrera y Domingo López. Significativo el de García Cabrera. En el cartón dos: Neorama de Rodríguez Doreste, señalando situaciones tectónicas, artísticas. Una pequeña burbujita, un opinar, sin pretensiones ni intenciones de nada me sugiere este docto y fino trabajo: Doreste especifica la obra escultórica —la cita— en función de las masas arquitectónicas. La escultura con esto pierde finalidad en sí, cuando precisamente, la tendencia del arte (o ciencia) es buscar en sí y por sí su verdadero destino. La física, abandonando el campo de la matemática —el ajeno— nunca ha sido tan física como ahora con Einstein.

Respecto a la unidad, en lo clásico no hay estrictamente; los doce apóstoles del «Cenáculo», por ejemplo, tienen por sí y separadamente —la pluralidad de Wölfflin— un valor aislado. La ciudad griega —polis— es recinto cerrado; más allá del horizonte no se comprende nada. Ciudad, para el griego es nación. Finalidad en sí. Lo clásico ama el detalle. Alberto Durero, cuenta, por ejemplo, la barba hilo a hilo en sus autorretratos.

Si el escultor moderno no siente placer por lo accesorio, es porque acaso la vuelta no es naturalmente exacta, ya que como ha escrito D'Ors, de Giorgio de Chirico, resucita «más que la categoría de lo clásico, la muerta anécdota del clasicismo».

Que lo dicho para la escultura sea para las demás artes, si hemos de seguir a Gebhardt (citado en el cartón cuarto en un notable ensayo de Francisco Aguilar), no obstante D'Ors y Franz Roh.

En este mismo cartón un ensayo de Pestana Ramos: paisaje canario —piterra y tunera— dos símbolos: dinamismo, autóctono; estatismo, importado.

Recuerdo ahora una frase de Luis De Zulueta en la Escuela Normal de maestros: «El defecto que encuentro a la juventud: que lee poco».

Si realmente consciente y culta, letrada, ha sido la juventud (que hay mimetismos, desde luego) es ahora precisamente. Esta juventud de *Cartones* (ya lo presentía en mi anterior artículo) lo demuestra. Juventud universitaria, pero universitaria en el sentido estricto, no en el de Universidad oficial, oficina de títulos, intercambio de timbres móviles.

Andrés de Lorenzo Cáceres, lee, a pesar de su relatividad valorativo, a Núñez de la Peña. Historiador sencillo, bueno, ingenuo. Y construye su teatro mágico.

Del ensayo de Francisco Aguilar, «Estoicismo y barroquismo» solo puedo remitir a él; más previa la cédula de una lectura a la filosofía griega, a Kant, *La Revista de Occidente*, etc. De Spengler no; entonces no hubiéramos leído: «Grecia: alma de Europa, madre de la cultura». La cultura antigua (con Roma por civilización) es un factor; la cultura occidental, otro. Un sabor tan culto, tan letrado, como el del ensayo de Aguilar no acostumbramos a paladear entre nosotros.

Y llegamos al último cartón: El poema de Guillermo Cruz es magnífico, para mí: no obstante la delicada ligereza del segundo y la intimidad del tercero, es el que preferentemente más me agrada.

El romance —filiación de moderna escuela— y la canción de José María Sadí, son sencillamente encantadores.

Las ilustraciones de Juan Ismael y R. Monzón, demuestran que no hay por qué escribir sus nombres con minúscula. La presentación muy original: pluralidad en unidad. En el diedro de la portada, los planos semihaces de arista común: un auténtico regionalismo. Todo lo demás es diversidad. Personalidad. Un parecer: acaso un poco de amaneramiento, que bien pudiera traducirse por un exquisito cuidado en la presentación.

Y nada más. ¿Nada más? No. Hay un nombre inicial, primero. Que de intento he dejado en último término. Porque es para mí de lo más definitivo que en poesía regional se ha hecho (poesía regional: marca registrada). Nuestros elementos del paisaje: la mar y la montaña, tienen ya intérpretes valiosos: la mar en García Cabrera; la montaña en un poeta (aunque sea nombre de mujer yo digo de ella como Azorín de Rosalía de Castro: el poeta), Carmen Jiménez.

Carmen Jiménez ha seleccionado las montañas; las verdaderas de las que tienen un aire de «a mí que se me importa». Deseo de cargárselas a cuesta, ante la incomprensión del cielo y del campo. Montañas que se van a la mar, pero que ella las retiene, «dentro de sus ojos, presas». Y si acaso se van, que se las lleven: «¡Que sobre el mundo arrojen los vientos y las olas —a un corcel imponente y a una amazona loca!» Por último, la liberación, el bautismo. La creación de la montaña; por sí sola; quinto elemento. La tierra, el mar, el aire, el fuego ¡la montaña!

#### 17. PARECERES. «De la reforma del Bachillerato», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 24 de julio de 1930.

Una vez más sufre la desdichada y vilipendiada Constitución del 76 un nuevo zarpazo. Las picas que empuñan los elementos «de orden» representativos de la clásica y Old Spain, han desgarrado ahora el artículo 12 del viejo Código que, en su párrafo tercero dice: «Al Estado corresponde expedir los títulos profesionales». En su lugar, estos mismos elementos han pegado con lacerante goma y negra tinta el más degradante de los rótulos: «Los alumnos de enseñanza colegiada, al terminar el sexto año... obtendrán de sus profesores de último año el título de Bachiller, si mereciesen la

aprobación en un examen escrito que, con la asistencia de un catedrático delegado del Instituto, diesen sobre las principales materias del curso.»

Ese viejo espíritu, el espíritu de mordaza y de asfixia, causante del malestar y de la lucha presente, asoma con intermitencia de cuentagotas a través de las persianas del edificio social. Ahora, no podía estar ausente, y con motivo de la reforma del Bachillerato asoma su hosca faz, escudada en armas puntiagudas y maderos cruzados, para hundir de un fuerte manotazo aquellos Informes de los Claustros del Instituto, que en abril del pasado año surgieron como mensajeros de libertad.

El espíritu del tristemente recordado artículo 53, por el que se sentaba, según expresión de Luis de Zulueta «un catedrático entre dos padres del Escorial o de Deusto», se infiltra de nuevo en una entidad, más que joven, adolescente y niña, parece como si el Estado se suicidase. Parten desde él los tiros sobre sí mismo. El estado, único, señor y soberano, delega una función tan capital como la educación de la juventud a factores a el extraños. Este espíritu, este negro espíritu, sobre agraviar al mencionado artículo constitucional, olvida frases que allá por el mes de difuntos del año 95 dijera en una Encíclica una de las más claras mentalidades del Papado: León XIII. «No se puede creer —decía el Pontífice— sino queriendo.» «Y cuando esta condición no se da, no precisa coaccionar a ningún padre de familia».

Con estas ventajas de los elementos al Estado ajenos, se fortalece el capitalismo y a otros determinados sectores sociales; con estas ventajas se desprecia e invita a despreciar, entre almas jóvenes también, cuyo único pecado es no tener padres suficientemente ricos o llenos de aquella condición que formulara León XIII.

Y los «elegidos» o hijos de los «elegidos» están separados una vez más de los que no lo son: En la Escuela, en el Instituto, en la Universidad y más tarde, en la vida. Separados siempre, odiándose siempre. En una separación, que nos quieren también imponer con los Institutos femeninos. Separar a los que mañana por ley de la vida marcharán juntos. Fomentar hipocresías, crear barreras entre nuestros hermanos, los muchachos de hoy, que serán mañana nuestros maridos. Mutilar esa afectuosa inclinación de camaradas. Ese cariño. Esa comprensión.

Alejados todos, «elegidos» o no. Sin que suya sea la culpa. La llamita del odio y la llamita del desprecio que se cruza entre ojos infantiles, llamas causadas acaso por un pequeño objeto, un juguete, una pelota azul, es siempre la que prende el fuego, el odio, entre los hombres del porvenir. El divorcio, la muralla. Fomentada. Fabricada por aquellos a quienes se refería el maestro en su destierro cuando escribía palabras hoy presentes, nostálgicas: «Pero que no nos roben vuestra alma, el porvenir, la juventud de España, hijos míos».

**18. PARECERES. «La juventud y la agricultura, I», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 11 de agosto de 1930.**

En estos tiempos de juventud, —y el término ha venido ya a ser un tópico— opiniones juveniles se lanzan por doquier. Interviniendo en todas las manifestaciones sociales, en todos los terrenos y los campos. Más que un estado, es en sí la juventud una meta. Con finalidad y sentido propios. No son los muchachos quienes se dejan la barba son los caballeros los que se la quitan. Si algún bigotillo romántico asoma es por reminiscencias de época, acaso con ésta un poco coincidente.

Aquellos jóvenes que en 1927 militaron en la escuela minoritaria tan en boga por entonces, y, naturalmente, tan poco comprendidos, escuela que unos y otros recordarán: los unos, quizás con nostalgia, los otros, con indignación tal vez, tuvieron su válvula de escape en el único terreno que no le fue vedado: el literario y el artístico. Y

mientras España era traída a la ruina, ellos se refugiaron en su religión. En adorar a San Luis de Góngora y embriagarse con la espumosa copa de una metáfora.

Ha dicho un conocido escritor con motivo de una encuesta, que esta escuela solo actúa ya en el terreno político. Es posible. Mas como la actividad de sus militantes se manifiesta en el momento siempre más preciso, más capital, son estos tiempos de la guerra acá, mejor que la escuela determinada, de juventud. De juventud que interviene presurosa.

Creo que decir juventud vanguardista es ahora una redundancia. La juventud es por naturaleza vanguardista. Palabra que aprendimos de la guerra; por eso, toda vanguardia es batalladora.

Un campo vacante —el único— fue hace años el literario, el artístico. La juventud intervino. Ahora lo es el político. La juventud interviene. Desde que «juventud» ha tomado carta de naturaleza, finalidad en sí, no deja pasar en balde el minutero que señala horas capitales en el reloj del presente.

Una pluma joven ha indicado recientemente (y en otra ocasión, según escribe) la necesidad de una intervención en un problema interesante, el más interesante (y perdonen los caballeros que preparan las elecciones) en nuestra isla. Me refiero al que, siéndolo, se ha dejado en las manos, digo mal el que no habiéndose debido dejar más que en las manos se ha dejado al entero señorío de quien más lee desconoce: el agrícola.

Quien menos le conoce y entiende de Agricultura es el campesino. «La ignorancia de nuestros labradores —ha escrito la pluma a quien me refería, don Antonio G. Beltrán— es casi completa».

No voy a señalar concretamente el abandono en que se ha tenido a la agricultura; el desconocimiento de la misma; medio de evitar los males —uno de los principales es la especialización de la escuela rural, como acertadamente ha indicado el señor Beltrán—, etc. Son estas cuestiones, de alguien más especializado que yo. Lo que sí precisa decir y la Politécnica viene a nuestra ayuda que hace falta en el campo [...] cuando no ha habido sino solamente manos— jóvenes que se interesen por el. Juventud capacitada, consciente. Que vaya al campo como antes fue al arte y la literatura, y como hoy intenta ir a la política. De una manera distinta, juvenil. Jóvenes que se detengan un poco ante las carreras de «Humanidades» y los cincuenta duros de la oficina. Que teniendo propiedades, a veces que cultivar y pudiendo ser buenos agrónomos, sean medianos abogados.

En el próximo artículo me ocuparé de una parte de la ciencia agrícola, descuidada en Tenerife de una manera insensata: algunas consideraciones sobre arboricultura van a ocupar algunas columnas de este diario.

#### **19. PARECERES. «Don Antonio Lugo y Massieu, II», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 12 de agosto de 1930.**

No soy yo quien para tratar del tan removido tema acerca de nuestros montes; quede éstos para los técnicos —aun cuando los técnicos han quedado un tanto mal parados— después de la Dictadura. Por lo demás, tratar de un problema poco menos que «tabú», es aventurado en Tenerife. Aquí donde el «caciqueo» ha estado tan mezclado con los árboles. Aquí donde de no sé si será mejor que apresar a pobres leñadoras, multar a dueños de tomateros que en «latas» se sostienen.

Pero vamos a dejar este escabroso tema; a dejar que se talen montes a voluntad por el solo hecho de que son particulares y tienen dueños. Inútiles serían valentía y sinceridad si la labor del lápiz rojo las iba a hacer estériles. En este país de demasiados dueños.

Y vamos a tratar de otra cosa.

Anida en nuestro campesino un odio feroz —mi contacto directo con el campo me faculta para hacer estas afirmaciones— hacia el árbol frutal. La gran ignorancia de que están provistos le hace proceder de tal forma. Y no es extraño ver un «ciruelo» o peral sustituido por una mata de patata. Los pocos árboles frutales con que cuenta el campesino, de no ser sustituidos, son abandonados; no se les limpia, poda o abona. Exponerle el rendimiento de esta clase de árboles es trabajo inútil. Aparte las excepciones obligadas, lo general es un descuido progresivo.

Una mirada al campo. Una atención por parte de nuestra juventud hacia nuestro problema agrícola, ¿no evitaría estas y otras cosas? ¿No se «obligaría» a la tierra a producir un resultado triple que el actual?

Y ya que de arbolado se trata, no quiero silenciar la labor de un caballero, cuyo nombre es obligado citar al hablar de los árboles. Un caballero del que no conozco sino su profundo amor a estas cuestiones, a través del periódico que dirige y reparte gratuitamente desde hace quince años. *El Campo*, se llama el periódico y el caballero que lo dirige don Antonio Lugo y Massieu.

Y es solo un deber de justicia el que me mueve a citarle a él como en ocasiones citara a otros. Mi juventud me faculta para decirlo, en ausencia de lo que nuestra sociedad llama favores que obtener y «protecciones» que pagar. Mi camino será yo quien lo abra y no precisamente con carteles que haga a nadie, mediante sueldo.

Y digo esto para hacer bajar algún índice que pudiera hacia mi levantarse.

Y vamos con don Antonio.

Leí hace algún tiempo un artículo de otro caballero al que tampoco conozco: don Amado Zurita, en el que si mal no recuerdo pedía algo así como una cruz o premio para el director de *El Campo*. Naturalmente que nadie hizo caso. Como no se lo hizo a don Antonio G. Beltrán cuando escribió sobre campos agrícolas, y como me temo que no se le haga a los recientes artículos publicados en el diario *La Prensa* por este inteligente maestro nacional que honra ciertamente el magisterio isleño. Como no se le hizo a don Salvador Quintero cuando escribió de un asunto que no citaré porque ya nadie lo recuerda. Como no se le hecho al mismo señor Zurita tan entusiasta en las cuestiones agrícolas, según creo. Y digo, «según creo», porque no sé si este caballero ha obtenido algo a favor de estos asuntos en su larga vida periodística. Él tiene la palabra, que yo desconozco sobre el particular; y se me disculpará el desconocimiento porque aún no había nacido cuando —sigo en el «según creo»— ya su juventud batallaba en la vanguardia.

Para don Antonio Lugo y Massieu todos los premios. Sin duda todas las cruces. Aunque yo, en las cruces «oficiales» no creo mucho. Véase una muestra, por ejemplo, de una de las causas por las que se otorgaban en 1817:

«En atención de los méritos de mi secretario de Estado y del despacho de Estado y Gracia y Justicia, don Juan Lozano de las Torres, y en premio de haber publicado el embarazo de la Reina, mi esposa, he venido en concederle la Gran Cruz de la Real y distinguida Orden española de Carlos III, contando la antigüedad desde el día de publicación de dicho fausto suceso».

Que el nombre de don Juan Lozano de las Torres esté junto al de don Antonio Lugo y Massieu en cuanto a condecoraciones, no me parece justo. Don Antonio Lugo y Massieu tiene una gran cruz que llevar: la de la incompreensión isleña, donde todo se condecora con la indiferencia y el olvido.

**20. PARECERES. «Motivos de un centenario: 1830», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 12 de septiembre de 1930.**

A la distinguida señorita María Josefa La Roche, amiga de las cosas de arte y poesía.

En la línea espiral que recorre el tiempo, al paso que avanzan en lejanía, las épocas se superponen; más se acercan a modo de perihelio, las que marcan el hoy con las que marcaron el anteayer. A la amistad de padre e hijo sucede una manifiesta simpatía entre abuelo y nieto.

Los cambios históricos los originan muy otra cosa que un acontecimiento, —se ha dicho ha ya tiempo— una guerra o un invento; basta para el cambio «que el corazón del hombre incline su sensitivo vértice hacia un lado o hacia otro del horizonte». Son las condiciones de época las que motivan el ansia en los hombres. Ansias distintas. Generalmente, opuestas.

Aquella famosa batalla de *Hernani*, era la plastificación de unos deseos: terminar con las tres unidades clásicas, con la poética de Boileau, las pelucas blancas y los perfumes caros. La burguesía quería dar el supremo golpe de gracia iniciado en 1789 desde que sus representantes —el tercer estado— acusaron presencia. Quería continuar su brillante estela de fin del XVIII.

Y la batalla de *Hernani* fue la suprema, la más escandalosa oposición al ideal académico de la centena anterior y parte de la suya. Era la posición de Teófilo Gautier, el gran «Teo», capitán de escuadrilla, abanderado de chaleco rojo, desmelenado, pebetero que esparce de penetrante olor a cebolla por todo el recinto del Teatro Francés.

Después del triunfo, la nueva escuela sigue su camino. «El romanticismo —decía Hugo— no es en el fondo sino el *liberalismo* en literatura». La exaltación del gótico, el amor a la leyenda medieval era su propia exaltación porque fue en la Edad Media cuando brotó la libertad romántica, y el precedente del movimiento individual libertario de 1830 fueron los caballeros del «trescientos» que, como don Ruy de Silva, elevaban el puente de su castillo —isla en la llanura— a los ejércitos del Rey.

El amor a lo ilógico, el triunfo del sentimiento sobre la razón, se ha dicho. La protesta a los fríos versos de Voltaire, por lo que todos, junto a uno romántico, nos parecen hielo; la fiebre, la tristeza —supremo mal del siglo— «la cima indeterminada de los bosques», que dijera el rubio vizconde de Chateaubriand.

El romanticismo, al proclamarse heraldo del sentimiento, apuntaba ya con este carácter de época su decadencia. Continuator de la línea barroca del XVII —significativo es que el pintor romántico Antonio Wiertz mostrara tanta afición por el barroco Rubens— sigue por aquella senda con las agitaciones orquestales de un Wagner y los poemas de color, dinámicos, de un Eugenio Delacroix.

Detrás los Pirineos nos traen a España la buena nueva; nuestras principales figuras románticas viajaron, trajeron aires europeos, y el *Don Álvaro* de Rivas, fue el equivalente a *Hernani*. Si angostamos la línea de exigencias, los superiores poetas del movimiento fueron: Espronceda y Zorrilla; de las figuras más interesantes: la sugestiva y wertheriana de Mariano José de Larra. Los políticos —poetas nos trajeron— importada de la «dulce Francia» la Constitución del 12 y sucesivas.

El tercer estado triunfaba en todos los ámbitos vitales. El pueblo, en el sentido propio y estricto no. Queda aún como clase presionada; hasta que, escribiendo la Historia, alcance el suyo, su triunfo y el de todos, continuando la espiral...

Aún en *Hernani* triunfaba la nobleza, aunque fuera luego vencida por la fatalidad, por el lema de «nobleza obliga», escrito por el decálogo de todo caballero medioeval. Que monsieur Hugo era un militante de la naciente burguesía dominadora, lo vemos en estos versos:

«Doña Sol: — ¡Qué bueno eres, Hernani!

Hernani: — ¡No!... Ese nombre ¿Por qué otra vez tu labio ha pronunciado?

Deja que olvide que existió ese hombre, da el viento las cenizas del pasado».

Y más adelante: «¡Soy don Juan de Aragón, y tu mi esposa!» Hernani pues, no quiere recordar el pasado; quiere ser el noble maestre de Aviz, marqués de Monreal, conde de Herétor...

1830. 1930... Un recuerdo sentido a una época ya ida. Del sentimiento que las caracterizaba, pasó a la sensiblería de la exaltación del ideal medievalesco, a fabricar romance... Y, cuando no hizo más que evocar, comenzaba ya a morir.

¿Evocar, nosotros? No. Fabricar un Museo. Solamente un Museo. El triunfo social que queda: el del pueblo propiamente dicho, no tiene precedentes muy remotos, ni catedrales que cantar; tiene frente a sí unos sillones... Hacia un lado del horizonte, está inclinado el vértice rojo de nuestro corazón.

**21. PLUMAZOS. «Elementos de orden y elementos disolventes», *Decimos...*, Puerto de La Cruz, 14 de septiembre de 1930.**

*A D. Inocencio Sosa, afectuosamente.*

El telégrafo nos trae día por día, la noticia; la novedad cotidiana, que por cotidiana no es ya nueva: huelgas. Huelgas en distintos puntos de la Península, huelgas por doquier. Malestar, entonces. Protestas. ¿Quién protesta?, ¿Quiénes son los huelguistas?, ¿Qué quieren?...

Los huelguistas no son, ni el señor conde de Romanones, ni el señor Cambó. Ni los señores llamados aristócratas, ni siquiera el seños Alba.

Los huelguistas son unos hombres llamados obreros. Lo que piden es mejorar un poco.

Y así todos, hasta la tierra comprende su pequeña revolución: terremotos en Murcia y otros puntos de España. A la peseta, no hay manera de hacerla «elementos de orden».

Y este profundo malestar lo llena todo. No se tiene confianza en nada. Las elecciones se anuncian. Los trabajadores que apenas leen y escriben se quedarán en gran parte sin hacer la instancia de inclusión. Ni les interesa a última hora, ni saben ciertamente para que eligen... No se les habla, no se les enseña, no leen... Ni les conviene a los «elementos de orden» tal cosa. Posiblemente que a los más toscos y desdichados «incondicionales» se les habrá incluido. Posiblemente que se habrán ausentado a los que no lo son. Por estos no hay cuidado, ¡ya se encargarán de estar presentes!

Y es natural; no siendo la tierra del que la trabaja, ni participando el obrero de los beneficios de la industria, está a la merced del «amo» el picaporte que abre la puerta.

Yo he visto temblar a un viejo «medianero» porque las tierras, las tierras de sus años mozos, donde jugaron los chiquillos suyos cambiaba ahora, a los cuarenta años, de dueño de «amos»...

«— ¿Me echarán, usted cree que me echarán?»

Así las cosas. Por un lado, los «elementos de orden» paseando en cómodos Hispano Suizos; el «señorito» —esa plaga de que habla Ortega— haciendo de las suyas —lo único que hace—, «el nuevo rico» ganando en la exportación 50.000 pesetas en un sector del «negocio», con ayuda (¿) de seis obreros que ganan cuatro pesetas. Los burgueses despreciantes, viviendo de las rentas... y los comerciantes ampliando... Con el ciento por ciento que ganaron a raíz de la guerra comprando y vendiendo, piezas de tela blanca, por ejemplo. De este modo hay muchas fortunas. Tenerife sabe mucho de esto. Y Santa Cruz de Tenerife, más.



Por el otro lado no hay más que envidiosos, gente analfabeta, «elementos disolvente», jóvenes ilusos... ¿Qué son esta insignificancia frente a la juventud católica? Una bicoca.

En el cómodo terraplén están ellos, los amos, los explotadores; por la escalera tortuosa sube el explotado penosamente, sudoroso, despacio, encorvado por la gran carga a cuestas; arriba leen sus ojos: liberación.

Y sube lento o aprisa a veces, según el ritmo del momento, pero sube. ¿No piensan «los elementos de orden» que algún día estará frente a ellos con los ojos abiertos?... Y estará.

Estará... Pero mientras tanto, yo pienso en el buen viejo «medianero», apresado de temores, angustiado. Recordando su juventud entre la «viña» cuando cogía el primer racimo para su chiquillo mayor. Un mozo que está hoy en el cuartel «destacado» y que hace unos años atendía por Juanillo o Rafael.

## 22. PERFILES. «Viejo y nuevo pleito», *Altavoz*, La Gomera–Santa Cruz de Tenerife, del 20 de septiembre de 1930.

No sé si se ha mirado con atención el mapa —retrato geográfico de nuestro archipiélago. Con esto del «regionalismo» canario ocurre algo parecido a la lesión mal cicatrizada: en cuanto se mueve el vendaje, la herida sangra.

Los «elementos de orden» pensarán que un discreto silencio debiera losar a este asunto; más, cuando a pueblos e individuos les repugna ver señalados sus actos señalables, la conducta a seguir sería procurar la ausencia del motivo que hace levantar índices extraños.

La verdad es esto: la rivalidad entre nuestra capital y las Palmas está siempre presente; más o menos dormida pero presente al fin. En cuanto se suscita cualquier motivo la fiera de la tirantez adelanta el zarpazo agresivo.

Que las causas sean la incomprensión, la incultura de ciertos lectores, etc., no hace al caso, el hecho existe, y hacia el hecho van nuestras miradas.

El asunto va siendo ya desagradable, molesto. Creo que, regionalismo que se discute no es regionalismo. No existe. Comunidad y amor discutidos no son ni comunidad ni amor.

Nadie pretenderá que la unión espiritual de Canarias es igual a la de cualquiera otra región española. Valencia o Galicia, por ejemplo —y no cito a Cataluña—. Archipiélago no es región. Lo que la Geografía ha separado no lo pueden unir lazos líricos o rimbombantes piezas oratorias. En cuanto a las folías, me parecen, para la empresa, poca cosa.

Las islas son hermanas, el sentimiento fraternal debe exaltarse; lo conseguiremos a fuerza de trabajo, acaso de cultura, lo que sí es injusto y pretencioso es intentar sentimientos de filialidad que tanta disputa han causado; es intentar cualquiera de ellas erigirse en madre y capitana, ya sea alegando la fuerza de un poder ilegal, ya la fuerza decadente de una tradición.

La división de la provincia, cierto que ha sido legal —¿quién sabe hoy lo que es legalidad!— pero ha roto el viejo pleito entre Tenerife y las Palmas. Ahora bien, ¿y las otras?, ¿las menores?

¿Estas islas eternamente menores, hijas de las otras, según ellas hermanas las siete, según nosotros, han resuelto su problema?

Tenerife se queja de Las Palmas (es significativo que se diga «Tenerife y las Palmas»). Las Palmas de Tenerife; las islas menores acusan a Tenerife haber sido víctima de su politiqueo; Tenerife presenta actitudes de madre incomprendida...

Pleitos, disputas, quejas... ¿Se piensa aún en la región?

Y este pleito es muy viejo; acaso tanto como las islas mismas. Desde Viana y Carrasco de Figueroa se apunta ya la rivalidad entre las islas, de un modo más acusado en Carrasco que en Viana, según hace notar Valbuena Prat.

Escribe Viana: «famosa Tenerife, que en ser fértil/ más bien poblada y de mayor riqueza,/ a esotras seis con gran ventaja excede»;/ Y Carrasco: «la principal se llama Gran Canaria/ que da nombre a las otras, y es primera.»

El viejo pleito parece que no acaba... ¿no se ve en todo la imposibilidad de unión, de capitalidad única? ¿Por qué y para qué, obligar a quien no la desea?

Vosotras, islas menores, no corréis este largo diálogo. Hay que procurar vuestra autonomía. La mar, nuestra mar, así lo ha querido. Hermanas, las siete, siempre; hijas, unas de otras, nunca.

En la calle del mar, las dos islas grandes, frente a frente, parecen enemigas que riñen y disputan, llevando cada una de la mano, su corro de hermanas pequeñas...

Y mientras las «grandes» discuten una imposible supremacía, una de las «menores», Fuerteventura, por ejemplo, se adelanta, jadeante, y dice:

—¿Un poco de agua, me hace el favor?...

### 23. FACETAS. «Momentos históricos», ¡Adelante!, Teruel, 27 de septiembre de 1930.

En este número, comienza a colaborar la ilustre escritora María Luisa Villalba, que goza de gran prestigio entre las izquierdas de Canarias. ¡Adelante! la acoge en sus columnas con entusiasmo.

*A mi distinguido amigo Don Juan Sapiña y Camaró.*

Al terminar la brillante etapa de la primera dictadura, los pechos que ansiaban «definirse» aprisionados por el émbolo férreo de la porra militar dejaron oír su voz. Y, cumpliendo una ley física, los pulmones de nuestros antiguos hombres públicos se expansionaron. Quien no hizo su representación en la zarzuela la hizo en la comedia.

La tempestad definitiva ha pasado. El telón ha bajado, y entre las bambalinas, nos parece estar viendo al cómico que pronuncia el final en el tablado de la farsa: «Señores, esto es todo: la función ha terminado».

No comprendimos la expectación que se tenía a raíz de las definiciones. «¿Qué dirá?», se oía por doquier. Los que siempre hemos sabido lo que dijeron antes, sabíamos ya lo que han dicho, de antemano. Nunca esperamos que diera quien, cuando pudo nunca dio.

El problema de España... ¿De España? Si miramos despacio, el problema se amplía. El problema es mundial. Se ha planteado claro, contundente. No hay más problema que el que existe entre los explotadores y los explotados. «*That is de question*», según reza la frase inglesa. Esta es la cuestión.

En la espiral histórica que recorren los acontecimientos en el tiempo, las clases —que así, en *clases*, han estado siempre divididos los hombres— se han impuesto por la revolución y la fuerza. Unas veces por la razón de la fuerza y otras, por la fuerza de la razón.

Refiriéndonos a la cultura de Occidente, fue durante la Edad Media la clase guerrera la capitana y dominante. Las armas y la vida heroica les dieron la hegemonía. El Cid no se comprende sin Babieca y la Tizona. El caballero, sin caballo ni espada.

Por la guerra adquiere el caballero, el noble, tierras y propiedades. Los caballeros medioevales tienen todos frente al Rey, su gesto de Santa Gadea. Y cuando el Monarca se une a los gremios y ciudadanos, —enemigo de la guerra porque era

ejercicio privativo de nobles— da el Poder absoluto su golpe de gracia. Sujeta las riendas; termina con las individualidades y destruye con su autocracia, pica las almenas de los castillos y las cadenas de aquellos puentes que nunca jamás se elevarían ya. La llamada Edad Media había terminado.

Al enseñorearse el poder absoluto y crearse los cargos palatinos y de gobierno, el Rey y la nobleza son el estado. Este fenómeno se produce hasta 1789.

Había gobernado ya la nobleza. Tocaba ahora su turno a la burguesía.

En 1789, la representación del tercer estado de oscura faz y grises trajes anunciaban la batalla. El sino de la Historia tenía que cumplirse. Y la revolución salió triunfante. Clara y radiante aparece dominadora la imperante burguesía. Que con la modalidad de *capitalismo* ha de constituir la clase explotadora que hoy oprime al pueblo.

Ya está la cuestión sobre el tapete, la «proletariocracia» de que hablaba Araquistáin. Que por razón de Historia vendrá a turnar, como le corresponde.

Y con su triunfo a acabar con los turnos, con la división de clases. Y cementar acaso los sillares de la nueva cultura sobre el edificio tambaleante de la presente.

Porque el pueblo, el pueblo propiamente dicho, no ha hecho aún su revolución.

#### **24. PARECERES. «Explotadores y explotados», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 3 de octubre de 1930.**

La nota que los obreros, los trabajadores de la carretera del Tanque a Erjos han dirigido a la opinión pública es desgarradora: diez horas y media de trabajo. Cuatro pesetas de jornal.

Al señorito que pasea su estupidez en el flamante coche que «papá» le ha comprado, le es difícil hacerse cargo de estas cosas. En cuanto a «papá», lo de las libras y las pesetas, o bien el que el arrendatario se tarde en hacer estas efectivas, ocupan por completo su mentalidad.

Nosotros no vemos en esta notita sino lo de siempre: la lucha entre el explotador y el explotado. Una interpretación marxista de la época; que si bien creemos con un pensador español que esta interpretación no es valedera para todos los tiempos, si que lo es para la centuria anterior y los treinta años que llevamos de la presente.

La interpretación bélica de la Historia, pues, tiene razón de existir y es efectiva hasta el XVIII —no contamos matemáticamente— «El factor histórico que figura en lugar predominante, es la guerra», escribe el profesor Valdemar Vedel, en sus consideraciones sobre el medioevo.

La clase predominante es por este tiempo la guerrera, y si más tarde adquiere propiedades y tierras, es en premio a su belicosidad. Siendo así la más noble, es también la más rica.

Pero los «mejores» a partir aproximadamente de los comienzos del siglo anterior no son ya los guerreros. La nobleza de las armas es sustituida por la nobleza del dinero. He aquí la interpretación económica. He aquí la organización capitalista de la sociedad.

«¿Qué quiere decir pueblo?, se preguntan los candorosos» «Dinero», contesta Gaziél. Dinero. Bienestar... Sin duda. Pero Gaziél es el gran pesimista, «al pueblo —dice— no le importan las formas de gobierno». No. Al pueblo si le importan. Si no le hubiera importado, gobernarían los socialistas en España con la Monarquía; no habría comunistas, ni jamás anarquistas, esos caballeros del ideal que sueñan con trasladar el cielo a la tierra.

Dinero, si, Gaziél. Usted quiere dinero, y yo —lectora de usted— también, y todos. Pero yo —acaso también usted—, ¡Cuántas veces daríamos el dinero a cambio

de decir lo que nos viniera en gana, a cambio de expresar nuestro sentir, nuestro pensar. A cambio, al fin, de no soportar tutelas analfabetas, decadentes; grilletes y mordazas. Injurias e hipocresías!

Explotadores y explotados. Estas son las clases sociales existentes. De notas como la que lanzaron los obreros citados están llenas nuestras conciencias; de notas que, cierto es, se comentan solas.

La contestación del encargado: «Al que no le convenga que se marche» se parece a la que dio la reina María Antonieta al pueblo hambriento de pan: (que sea una anécdota no hace al caso) «¡Si no tiene pan, que coma tortas!» Mas lo cierto fue, que las «tortas» las tuvo que comer ella.

**25. PARECERES. «Las bibliotecas populares», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 18 de octubre de 1930.** También editado en VV. AA, (2007): *Imagen de María Rosa Alonso* [Catálogo de la Exposición bibliográfica y documental Día del Libro 2007].

Qué desconsuelo y qué admiración me causan los catálogos de la Biblioteca Circulante del Ateneo de Gijón que mi buen amigo don Segundo Alonso me ha enviado.

Cuenta la citada Biblioteca —el Ateneo tiene además una fija— con cuatro secciones: la general, la extranjera, la regional o asturiana y por último, la sección infantil.

Establecida conforme a las condiciones más exigibles (desinfección de libros, prontitud en las demandas, presencia de la última obra publicada, etc.) Contaba, en 1927 con un total de 7.027 volúmenes; teniendo en cuenta que los boletines mensuales de adquisición arrojan unas ciento cincuenta obras, el conjunto de ellas alcanzará actualmente unas diez u once mil.

Si apartamos los ojos de estos catálogos y pensamos en Tenerife... ¡Qué desconsuelo! Si tornamos la vista, ¡Qué admiración!

En Tenerife, ha dicho recientemente el señor Benítez Toledo, «Va fructificando la idea de crear bibliotecas populares y circundantes». La «idea»... Que lejanía a estos «hechos» que el Ateneo Obrero de Gijón nos presenta. Por eso, digno de alabanza es la labor del señor Sosa Acevedo, dinámico viajero y espectador de Escuelas. Creador ahora de un centro estático, generador, no obstante, del más fecundo movimiento.

«Las Bibliotecas que funcionen en Tenerife —sigue el citado señor Benítez Toledo— es indispensable que dediquen una atención muy cuidadosa a cuanto se relacione con la historia y con las modalidades todas de la vida isleña».

«La vida isleña» no se ha caracterizado precisamente por los estudios de «humanidades». El vaivén de la mar ha impedido, sin duda, estos estudios serenos y tranquilos. Islas sin otra tradición histórica sería que la geográfica —Teide, mar, drago». Región en consonancia con la época, dirige sus actividades a las que son comunes del tiempo: comercio, agricultura, etc. El especialista no es planta de nuestras latitudes. Ni el investigador. Casos tan admirables como el del señor Rodríguez Moure y algún otro, no son frecuentes.

Cuando Salvador Quintero lanzó aquella idea del «Centro de Estudios» —que a esto es, en último término, a lo que el señor Benítez Toledo tiende—, me pareció magnífica, pero el ambiente isleño no está orientado —desdichadamente— hacia ello. No siente necesidad de nada que al interesante proyecto se refiera. No le interesa.

Porque los alimentos vienen cuando se tiene hambre, la Revolución, cuando se desea cambiar el orden existente y todo fenómeno al fin, se produce por una serie de causas preparantes que lo ansían. Si en Tenerife no se siente la necesidad de una organización de estudios isleños, tres o cuatro voces que se alcen quedarán sin respuesta. Todo lo demás sería hablar a sordos.

En 1905, escribe el ya nombrado señor Rodríguez Moure en su prólogo al libro de Viana: «el cerebro isleño, atrofiado por los cálculos del mercantilismo y pervertido por el desmoralizado caciquismo político, solo siente entusiasmos por las letras de cambio y los libros de asiento». Esto en mil novecientos cinco. En mil novecientos treinta, el cerebro isleño ha acentuado aún más —en conformidad con la época— esas actividades.

Precisa, para que el milagro se haga, alguien que rompa la ley. Unos cuantos fervorosos... Ahora bien, ¿existen?

## **26. PERFILES. «Para los amigos provincianos y otros señores», *Altavoz*, La Gomera–Santa Cruz de Tenerife, 30 de octubre de 1930.**

Voces lejanas, voces amigas que han saltado la montaña y la mar, hasta mí llegan. Cartas llenas de melancolía y «saudade». Agonía en los amigos de sentirse perdidos en la llanura, adentro en la provincia, solitarios en su soledad. Vencidos por el medio ambiente, aniquilados.

¿Qué quieren las provincias? ¿Por qué lloran, en vez de gritar? Suspiran por el «fetiche» de la Capital del centralismo, de Madrid; como suspiran los cobardes por el caudillo, por el Dictador!

«¡Qué lejos estamos!». ¿Lejos de qué? Porque si ansiáis cercanía, será para obtener algo del centro. Y en el «centro» no se obtiene más que lo que vosotras, las provincias, dais. Los retazos que queréis arrancar al poder central, los ha arrancado este a vosotras de antemano. Y los «caciques» esta palabra la aprendió la madre de las hijas centrales, al sustentarse en los provinciales, se envilecieron todos. Estos en aquellos, aquellos en estos, eran el tinglado de la farsa vieja.

Tales eran los momentos en que Madrid y provincias estaban cerca.

Hemos salido a buscar lo que en casa teníamos. Toda nuestra política ha sido de ansias, de espera, de misericordia al dios de Madrid, mientras el dios de Madrid nos daba palmaditas a la espalda después de haberle nosotros, firmado el «cheque».

Amigos de provincias, amigos «provincianos» ¡alerta! Y no quejarse. No hay salvador, sino varios, muchos. Esos salvadores sois vosotros mismos. No pidáis nada de Madrid. Que si no dais, el arca está vacía. Ahora, ya veis que se intenta levantar el telón. Y armar el retablo. ¿Qué vais a hacer vosotros?

Aquí, en Tenerife, se nos habla de caciques aptos. Para caciques, todos lo son. No. «Caciques», ningunos, amos. Ya sea este un literato, ya sea un labrador.

Se nos habla de «civilidad», dignidad ciudadana y otros conceptos varios que el último término no viene a decir nada. Sólo la gente joven, la gente pura, que no ha podido por su edad, intervenir en las meriendas de antaño sabe lo que quiere, lo que no quiere y a donde va.

Los demás nos siguen hablando de civilidad y de ineptitudes. Bueno y ¿qué? Ustedes, señores, ¿dónde están? ¿qué programa fundamental sustentan? Porque estar con un señor no es sino ser individuo de «peña» o de corrillo. Ya requieren los tiempos que no se esté al lado de «un señor» sino de «una señora»: la idea.

Cuando se discuten, si, se ventilan cuestiones de gobierno, cuestiones trascendentales. Ustedes ¿qué dicen? ¿quiénes son? ¿dónde están? ¿qué puntos de programa aportan? A no ser que para ustedes, cuatro vaciedades sean un programa. En sus tiempos —no hace mucho— puede que sí, hoy no. Las provincias necesitan algo más, algo fundamental y no accesorio.

¿Por qué hablan de caciquismo, si ustedes militaron más o menos emboscadamente en él? ¿O es que creen que padecemos amnesia progresiva?

Señores, volvamos al tópico, a la «muletilla»: hay que «definirse». Que sepamos los que están y los que no. Que sepamos calidad y cantidad, y gritar; repetir las palabras que en 1926 nos dirigiera un pensador español:

«¡Eh vosotras, las provincias! He aquí llegada la hora en que tenéis que afrontar vuestros impulsos intactos. El estado renacerá de vosotras, o no renacerá. En, las provincias, de pie».

«¡*De pie*; y en guardia!»

**27. PAISAJE DE TENERIFE. «Las dos oraciones», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 31 de octubre de 1930.** Reproducido en *Nosotros*, Madrid, 23 de octubre de 1930.

Todavía resuenan en mis oídos los ruidos distintos —acordes de charlestón— que se dejaron oír aquí en la isla, en esta isla de Tenerife, perdida como sus hermanas en la inmensa llanura del mar.

Eran motivados estos ruidos por las voces diferentes que hablaron por entonces. Aquí en provincias, donde es factible hacer un parangón entre un seglar —un buen caballero— que canta a la libertad y grita al pueblo español: «Levántate y anda», y un eclesiástico que pinta desde la copa del púlpito la magnificencia de la Roma del Papa. Imaginación de altos vuelos, nos deslumbra aquella mañana con la descripción de la capilla Sixtina y las apolíneas vestiduras del pontífice. Allí, en aquella multitud, entre capitanes de gala y capitanes de iglesia... Mientras el pueblo, maravillado el más ingenuo, indignados acaso los menos, oía.

Nos trataba aquel fraile blanco y negro de explicar la consustancialidad de una forma de gobierno con España. Y perfumaba con el incienso cálido de su voz a aquel que dijera en Roma que él y sus súbditos se pondrían enteramente a las órdenes de una nueva cruzada en pro de la guerra santa... Cuando terminó esta frase sentí que un rubor y una vergüenza me salían, impetuosos, a las mejillas.

Y aun cuando parezca que no, en esta quietud, pereza, de la provincia, ajeno de voces nuevas y valientes, aquellas palabras restaron número y soldados a la España futura que todos ansiamos. Porque de las provincias —ha dicho Ortega— renacerá el Estado o no renacerá.

El «buen caballero» nos habló muchas cosas; nos recordó la historia de los monarcas, desde los católicos centralistas hasta la alcoba de Isabel II. Valiente y burgués, brillaban sus canas como hilos de plata. Don Niceto Alcalá Zamora aquella noche, viejo y audaz, definitivo, marcaba un perfecto contraste entre él y otros elementos más jóvenes que allí estaban. Que hablaron, pero que nada nos dijeron.

Después... Pasaron los días. Con ellos, el ruido de aquellas voces. Y todo ha quedado igual. Todo sigue su curso.

Cae en Tenerife «una monotonía de lluvia en los cristales», que dijera Antonio Machado.

Vosotros, caballeros del ideal, tenéis que acordaros que en los campos, en la lejanía de las provincias, no todos son sentimientos de libertad y ciudadanía. Porque a veces, ni sentimientos hay. Tenemos si, quien nos libre de la vergüenza. Y ese alguien es la juventud. La juventud consciente que sabe lo que quiere y a donde va. Los demás son letristas. De la M. o de la U. P., o viejos republicanos burgueses.

Este es el cuadro objetivo. Mas a la juventud que grita y a algunos sectores dignos se le deben esos deseos de civilidad, de regionalismo, de mirar al campo y dar la tierra a los que la surcan y la aman, de romper las ligaduras y las mordazas que anidan ya en muchos corazones...

Puede que a la desvergüenza de los caciques —aptos e ineptos— de antaño, y a los de la U. y de la P., se les deba también mucho de estas cosas.

Y que los estudiantes no todos —que pusieron lápida en la casa natal de aquel que, según «nosotros», no tenía hace años zapatos en Madrid», recuerden que se está cayendo de pálida. Y dicho sea de paso, que nos esperen otro año a examinarse para actuar en ciertos casos, como el de Unamuno, por ejemplo. Hay cosas que una nota discreta solamente no las arregla.

Yo querría que la juventud de Tenerife —y todo aquel que joven se sienta, ya que los años no hacen naturalmente al caso— sigan adelante en la cruzada que han emprendido. Que sean el altar de todos nuestros deseos y nuestros rezos.

## **28. PARECERES. «Juliano y el presente», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 5 de noviembre de 1930.**

Estos momentos de transición —sentados entre los brazos de la Y— traen a nuestro recuerdo una época pasada y semejante. Y aunque la grandeza de aquel eslabón histórico no puede compararse, por su magnitud, al caso concreto nacional al que me refiero, si podríamos establecer un símil, un modesto símil, ya que lo que realmente podría enfrentarse sería el estado agónico de la civilización antigua con el estado agónico de la presente. Cosa que sin recurrir a algún filósofo alemán se deja entrever en las conmociones del estado actual; conmociones que son provocadas por las mentes distintas que han de regir el mañana, ahora oprimidas por los Mecenas del hoy.

Amo —decía Juliano el Apóstata— las cosas viejas, más al anochecer que a la mañana, el otoño más que a la primavera... Todo lo que va... Hasta el perfume de las flores marchitas... Todo lo que ha existido es más bello que lo que existe. El recuerdo tiene más poder sobre mi alma que la esperanza...

Esta es la tragedia de Juliano.

El Apóstata es un escéptico; buscaba siempre, eternamente —que no otra cosa que buscar, ha dicho Unamuno, es el escepticismo—, se prenda de los dioses ya idos, de una civilización convertida en cenizas; y en el siglo cuarto era como Óscar Wilde en el XIX «un griego a desatiempo». Al pedir a su maestro el «milagro» que le hiciera creer en lo que adoraba, se comporta como lo que era: un hombre de transición, y aquel gesto decía que en los años de su adolescencia, cuando los mancebos apolíneos desnudaron sus cuerpos, «nadie temía las tentaciones. Los puros contemplaban a los puros; que ahora nos hemos trocado en vergonzosos y deformes», le dice a su amigo; él se cubriría con vestiduras largas de monje cruzado de galileo. Acostumbrado a los «milagros» de éste, no comprende el gran romántico «Apóstata» que a gracia no se le podían pedir «milagros», y se refugia precisamente en lo que constituyó la decadencia griega: en el «misterio» que fue importado de fuera por ella. Su originaria cultura alegre y sonriente, clara y tectónica era extraña a las sombras y nocturnos grises que aportó el «misterio». Juliano se detiene escéptico ante el grupo de Laocoonte, lejos de contemplar tranquilo, la quieta y profunda sonrisa del Hermes praxitélico [ilegible] En la encrucijada de lo viejo que muere de las doctrinas de la Mitología y lo nuevo que alborea en el horizonte como la cruz de Constantino: las doctrinas del Nuevo Testamento; se niega. Ante el dilema, siéntese enloquecer. Añora lo viejo porque te acerca a Grecia, pero un griego — ¡oh, Juliano!— no adora más el atardecer que el mediodía esplendoroso, ni el otoño más que la alegre brisa de la primavera. Una época no vuelve porque lo quiera un hombre, aunque este hombre sea el emperador. Una época, realmente, no vuelve jamás. Si ha realizado la misión del Espíritu —apunta Hegel— pasa para ya no volver.

Y cuando un anciano le dice que el Olimpo es un monte como los demás, reniega —próxima la campaña de Persia— de ellos y de todo. Los dioses —dice— no existen; no existen aún pero existirán. Se siente ya Dios en su locura, y si bien es cierto que la Historia pone en su boca la frase claudicatoria de «Venciste, Galileo», nosotros sabemos que añadió: «Alegraos ¡... La muerte... es el Sol; ¡Oh, Helios, acógeme!... Soy como tú!».

Este paréntesis en la brillante historia de la civilización cristiana, nos demuestra el profundo drama de la transición. Juliano no tuvo el sentido histórico necesario para abrazar la época triunfante que irrumpía. Y fue la suya la desesperación del que intenta reavivar lo que son ya cenizas, lo que se derrumba y muere porque está su sino terminado, porque el devenir está en lo distinto y nuevo.

Cuando leemos que se intenta inyectar a regímenes de gobierno sueros vitales y precisamente por galenos decrépitos, pensamos en la ausencia de sentido histórico de todos los Julianos que piden angustiados el «milagro».

## **29. PLUMAZOS. “Razón y fuerza”, *Decimos...* Puerto de la Cruz, 12 de noviembre de 1930.**

La anécdota ocurrida a mi amigo don Lucio Illada no es más que uno de los tantos episodios pintorescos que ilustran las páginas de la Historia Contemporánea española: La fuerza y la razón se han enfrentado; esto es, el hombre animal y el hombre racional ocupan posiciones paralelas acusadas, irreconciliables.

La fuerza juega ya su última carta; acostumbrada a enseñorear en la España tradicional, se encuentra desconcertada porque esta España comienza a desentonar con la norma acostumbrada. No es la «patria» sumisa y obediente de costumbre. La siempre dócil siéntese ahora sujeto de clásico refrán: «Tanto va el cántaro a la fuente...».

La partida de naipes que hace tiempo libran estos dos lectores de «razón» y «fuerza» está y se presenta cada día más reñida. El tiempo nos dirá el vencedor.

El ejemplo práctico de que ha sido objeto el director de *DECIMOS...* Es una aplicación del de otros que se practican en las altas esferas de la vida nacional. El Gobierno es arma contra pacíficos espectadores de mítines determinados. Defiende con ellos una ley subjetiva, la «suya». La ley objetiva, la constitucional hace tiempo que se perdió. Podemos preguntar por ella como Jorge Manrique por los Infantes de Aragón: «¿Qué se hicieron?»...

Este poder municipal, elegido arbitrariamente, que procede en forma tan mezquina y sibiñanista contra las personas no merecen más que un desprecio asqueante... ¿Qué leyes son las que cumple? ¿Qué precepto le faculta para obrar de esta manera? ¿Está el pensar de los ciudadanos legislado? La fuerza es quien puede contestar a todo esto.

Penoso es ver que quien debiera mantenerse alto y digno en el cumplimiento de su deber, recurra a medios denigrantes. ¿Qué se proponía este representante local abofeteando, matando incluso al Sr. Illada? Decir como el carretero: yo no lo puedo demostrar con razones legales que no estoy equivocado y que no procedo indebidamente pero le pegó o le pegamos. ¡Qué bello razonar! ¡Qué argumento de cultura más poderoso!



Nosotros y la isla entera pensamos —lo único que ha logrado el tal representante— que muy pocas razones ha debido tener ese municipio cuando a tan bajo recurre. Y si antes sospechábamos, ha conseguido con su actitud, que creamos ahora. Ninguna razón tiene quien pudiendo recurrir a ella, recurre a los puños. Los puños son el recurso agónico del acorralado. El hombre en cuanto a bestia hace su aparición.

Y esos tiempos, señores, se han ido afortunadamente. La fuerza para los boxeadores y domadores de circo. La «funesta manía de pensar» parece que es lo que impera en estos tiempos. Y es triste ver que quien debiera ser el mejor paladín de la razón se convierta, obcecado, en su más encarnizado enemigo.

### **30. FACETAS. «Recordando...», ¡Adelante!, Teruel, 15 de noviembre de 1930.**

Cercanos están aún los tiempos del censor —¿qué hará ahora este caballero?— : los tiempos de la «inserción obligatoria» y todas aquellas cosas tan peregrinas. Los periódicos aparecían como enfermos vendados de Hospital; a veces, semejaba que una lluvia de hormigas (el caso de ¡Adelante!) había caído sobre sus páginas. La espada militar se convirtió en pluma o «lápiz rojo» y, naturalmente, todo cuanto la espada hería, sangraba...

Nosotros, recordando las brillantes botas charoladas del Dictador, no podemos menos que traer involuntariamente hasta aquí unas frases que escribe Baroja en *El mundo es así*: «Hay algunos filósofos que suponen que mientras la sutura frontal del cráneo no se cierre definitivamente, el cerebro puede seguir desarrollándose y creciendo».

«Sin duda a Lavarof esta sutura se le cerró pronto, cosa bastante frecuente entre los generales rusos y de los demás países».

Naturalmente que estos instantes del presente son de suma expectación y que la prensa discreta desconfió con razón de esta llamada libertad suya. La recogida de periódicos y las querellas judiciales han sido en cantidad respetable. Pero ante aquellas iniquidades de la primera dictadura nos parece despertar de un sueño. Se hacía alarde de mano férrea con la «intelectualidad», término que vino a ser para el dictador y secuaces sinónimo de injuriosa burla. No había más ley que la fuerza y más razón que la multa y la cárcel. ¿No comprendió jamás aquel poder arbitrario e ilegítimo su error? ¿No se avergonzó nunca de mandar con censura, —que más vergüenza fue para el que para nosotros— con presos políticos y sin más simpatía que la de sus lacayos? La plaga que España soportó fue la del analfabetismo y la incultura de sus gobernantes. El mayor castigo.

Aquel poder desgubernamental aprovechó en el 23 la poca fe que se tenía en la institución parlamentaria: el pueblo soñoliento sabía que si no soportaba «esto», tenía que soportar «lo otro». Mas en aquellos días fue cuando el Parlamento empezó a sentir sus funciones de tal. Las responsabilidades de Marruecos iban a ser exigidas... Ahora bien... ¿Qué hubiera ocurrido en el Parlamento?, ¿se hubieran hecho aquellas totalmente efectivas? Entonces aparece quien había de repetir la más denigrante historia de los «espadaños»; del «pronunciamento»; de la desobediencia militar que siempre ha azotado a España. Los galones salen del Cuartel —su casa, de la que nunca han debido salir— impetuosos rebeldes...

El 13 de septiembre. Mala fecha. Mes significativo en la Historia de España... Un general sigue escribiendo con el sable nuestros interrumpidos capítulos del siglo XIX.

**31. MIRADOR. «Líneas de una revolución», *Rebeldías*, Utiel (Valencia), 16 de noviembre de 1930.**

N. de la R.

Con el presente artículo inicia su colaboración en *Rebeldías* la joven escritora tinerfeña María Luisa Villalba. Esperamos ver avaladas nuestras columnas con su firma, sucesivamente, por sus crónicas de vigorosa idealidad que traen el perfume evocador de aquella olvidada isla donde diariamente suspiran en halo esperanzador evocando nuestro acercamiento.

Saludamos con el cordial abrazo de compañerismo a nuestra colaboradora.

Estas huelgas y malestar general que actualmente se respiran me recuerdan el diálogo que sostienen el joven estudiante preso y su carcelero en una de las obras de Máximo Gorki. Uno de los autores que han defendido las clases proletarias, a las clases oprimidas: contribuyente al fomento de la Revolución rusa como siglo y medio atrás lo fueron los Rosseau y los Voltaire a aquella otra de «Les droit de l’homme», en 1789.

Escribe «el amargo»:

«—Sabe usted por qué los han detenido

.....

— Cada uno quiere vivir a su manera... y esto produce conflictos...

Después de callar un momento, añadió en un tono misterioso:

—No están de acuerdo.

— ¿Con quién?

— ¿En general, no están de acuerdo con... nada!»

Aquella disconformidad de las clases obreras y estudiantiles —obreros también— se traducía en un malestar desacorde con todo. Aquí también existe el desacuerdo general, que es aprovechado por los conformistas cruzados del «orden» para decir que «nadie sabe lo que quiere»; que todo es «disolución» y caos. Se impone, pues, según ellos, la «mano de hierro».

Pero el que la «mano de hierro» no se imponga les interesa más a ellos — apunta acertadamente Zulueta— a ellos, dueños que perder tienen, y no a los demás. No. Los «desacordes» saben, mejor que lo que quieren, lo que no quieren.

Los disconformes de Gorki, eran espectadores tras los ventanales...

De unos salones repletos de luz; de pisos encerados sobre los que el fino tacón de una dama y la bota charolada del galán, marcaban el rubio compás de una polonesa.

A sus oídos llegaban la armonía espumosa de las orquestas y a sus olfatos mortecinos el tibio perfume de un coronel esenciado o los ricos manjares que el cocinero francés condimentara.

Mientras la miseria y el hambre iban enseñoreándose en sus cuerpos miserables... luego: la hora inevitable. La guerra. El «padrecito» Zar que quería apagar el ruido de las espuelas, el trotar de la caballería y el rugir de la muchedumbre; aquel «charlestón» ensordecedor, con leves suspiros de violín y coquetones valeses de Ricardo Strauss.

Mas tarde... aquellas cadenas se rompieron. Era el continente menor que el contenido: menos fuerte. Y se resquebrajaron con los cimientos, se rompió aquel orden estatuido en la tiranía, en la injusticia y en la desmoralización. Después... pero el después es ya el actual presente. Y nuestra posición ante este presente es puramente contemplativo, expectante. «Lo que ocurre allá —ha dicho Silva Herzog, en México— es algo nuevo en la historia del Mundo.»

Ellos, los otros, «el orden», lo habían querido: se habían ya soltado las ligaduras. ¿Quién contenía la avalancha? «En 1914 —dice el citado profesor— Rusia era uno de los países menos aptos para transformar su estructura económica, necesitaba dar un salto mortal en la historia».

Sabidas son las fases que Marx señalara para llegar al Socialismo. ¿Rusia, país el menos apto acaso, estaba en condiciones de llegar naturalmente al Socialismo? «La respuesta aflora desde luego: ¡No!» ¿Aquel pueblo tan individualista, tan de «alma», podía socializarse en una fecha no lejana? Nunca.

¿Que al individualismo personal suceda el individualismo —fanatismo— de la masa? Veremos qué resulta de todo ello. Ahora que las espaldas de los hoy «Stalin», heridas antaño en Siberia, se cicatrizan.

Estamos en presencia de «algo nuevo en la historia del mundo».

### **32. PARECERES. «Ayer, hoy y el cacique», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 20 de Diciembre de 1930.**

Perezosamente reclinados están los libros en el valetudinario estante. Los títulos que sobre sus lomos leemos nos dicen mucho de su dueño: en el andamio superior están de uniformada encuadernación varios años de «La Gaceta de Madrid». Desde el año 1893 al 1915. Luego, otros volúmenes con los títulos medio borrosos. En uno de ellos logramos leer un nombre: Antonio Cánovas del Castillo. Sospechamos que la obra no será ciertamente «La campana de Huesca».

Dispersos en la mesa varios ejemplares del «Diario de Sesiones» y del «Boletín Oficial» de la provincia.

En la habitación y frente a la ventana está un viejo que acaricia con su diestra un gato blanco y negro runruneador, viscosamente ondulante y serpentino.

El viejo pasea lentamente mirando sin ver hacia fuera las campanillas azules de la enredadera. Adentro y solo con sus pensamientos.

Manuel, el «carrero» ha llegado de la «suerte larga». Don Paco ordena que entre, y cabizbajo, en la mano el raído sombrero, se adelanta al mozo, pausadamente.

— ¿Has terminado?... ¡Muy pronto has dado tú hoy con los viajes!...

— No señor, no he terminado.

El viejo se para. Mira de abajo a arriba, muy abiertos los ojos, al carretero.

— ¿No has terminado?... ¿Cómo estás, entonces, aquí?

Titubea el joven trabajador. Gira una y otra vez el sombrero en sus manos. Mira al amo y dice atropelladamente:

— La huelga... No me dejaron pasar... Cuando llegué a la barranquera... Eran unos veinte...

— ¿Y qué tengo yo que ver, pedazo de hambriento, con la huelga?... ¡Con esa huelga de pobretones, desgraciados y pretenciosos que se ponen, como yo, los muy «tales», leontina en el reloj, ¿No te pago yo tres pesetas, a ti, que principiastes con dos reales? ¡Si te viera tu padre, que nunca pasó de dos fiscas!... ¿Te pago? ¡Qué tienes tú que ver, pues, con esos bandidos? ¡Son ellos los que te pagan, di?... Ahora mismo enganchas el carro y das los viajes que te faltan... Y diles a esos estúpidos que es tu amo, don Paco, el que te manda.

— Es que... don Paco... No puedo enganchar el carro porque lo dejé allá... ¿No le dije que no me acabaron de dejar cargar?... Como no se trabaja...

— ¿Qué no se trabaja? ¿es día de algún santo, acaso?

— No, señor, pero el «comité» de la Federación así lo acordó ayer.

— ¡Qué «comité», ni qué demonios! Además, ¿qué sabes tú, desgraciado, de ese «comité»? ¿Dónde has aprendido esas palabras? ¿Es en esos papeles que llaman «prensa obrera»?... ¡bandidos!... Os pierden las cuatro letras que sabéis... ¡Ya lo creo! ¡y quieren los muy señoritos escuelas... ¡qué lástima!, ¡para que aprendáis a ser ladrones! Cuando aprendéis, os compráis leontina y habláis de «comité»; en cuanto a ellas, apenas saben juntar la «a» y la «b», ya están con los noviazgos... «¡Raza de víboras!», como os dice el cura!...

— Por el carro, en seguida, animal, antes de que te parta la cabeza!

Alza el mozo los ojos brillantes, hacia el furioso viejo, pliega sus curtidos labios, adelanta unos pasos y quédase erguido, retador; saltando, impetuosa, la indignación por toda su arrogante, bella y viril persona.

— Yo, entiende usted, yo no trabajo hoy, ni «meneo una paja del suelo».

Y calándose el sombrero, dio un portazo y salió.

Se abalanza tras él don Paco. En una mano lleva el bastón haciendo oficio de lanza. Abre la puerta, pero el mozo desapareció ya. La cierra de nuevo. Suelta «el bastón» y alza los puños fuertemente cerrados. Se queda pensativo, quieto, un segundo. De pronto, blandiendo el «bastón» de nuevo, iracundo lo deja caer sobre el gato que mimosamente se le acerca. Las cuatro patas del felino hacia el techo son los cirios que acompañan el inesperado fin de sus siete vidas.

Mientras allá por la venta del Frasco, unos cohetes son luminosa tiza con la que unos agrietados dedos escriben «Liberación» en la negra y lejana pizarra de los cielos.

### **33. PLUMAZOS. «Reaccionarios», *Decimos...*, Puerto de La Cruz, 4 de enero de 1931.**

Recuerdo, y va para dos años, haber oído a un ilustre sacerdote valenciano: capa roja, larga, sobre los hombros, desde la blancura de la sagrada cátedra, una anécdota iluminada con su cálida palabra, que traía el perfume delicioso de la magnífica huerta de Valencia, de naranjas y claveles mezclados con el incienso del templo. El blanco marmóreo del vaso palpita con el contraste revolucionario [ilegible]; los árboles grises desnudos y otoñales de las altas columnas del templo nos distraía, mas la anécdota tan claramente evocada nos hizo atender.

Eran los tiempos de las guerras pontificias. Una mujer, —decía el sacerdote— una noble y heroica dama, había perdido en los ejércitos «leales» cuatro hijos, cuatro hijos en la flor de una juventud vigorosa y cristiana. Tenía la dama en sus brazos un niño, su quinto y ya único hijo, y cubriendo —continúa el sacerdote— con besos dulcísimos de madre los rizos, los piececitos desnudos del infante, exclamó con un gesto digno de matrona romana: «Pues bien, hijo mío, tú también morirás por los ejércitos del Pontífice».

He aquí la anécdota. La brillante oración fue continuada en una loa al sentimiento cristiano que mata y muere por la grandeza de la fe, que se sobrepone al sentimiento maternal y a la vida misma. ¡Qué belleza esos ejércitos, ese Pontífice perfumado del Renacimiento, esa magnífica corte de cardenales!... ¡Qué bella y sublime esa pobreza y humildad del divino niño de Nazareth! Qué jamás asesinó, que siempre respetó la ley. La ley pétreo del quinto mandamiento: «No matar». ¿Adónde esa sumisión? ¿adónde esa mejilla ofrecida al enemigo? Pero la Iglesia —la política eclesiástica— es un organismo viviente; tiene como tal su proceso y su historia: La historia de la cultura occidental.

He traído aquí la anécdota para tratar libremente el hecho de la «reacción». Todo reaccionario de hoy fue ayer un progresista. Los mayores carcamales ya históricos de la orilla derecha, de la extrema derecha invocan beatíficamente el nombre de unos de los revolucionarios más admirables de la Historia: Jesús, el Galileo.

Defiende lo valedero ayer como aplicable al hoy. Lo de ayer pasó; cumplió y sirvió en un momento; salvó una etapa; continuar en el pretérito es un prehistorismo hegeliano, suicida, formalmente gracioso. Como el gesto de Cicerón al pretender la vuelta —César formulaba ya la salvación— a la República, al Senado y los comicios.

¿Qué hubiera dicho Salaverría, el reaccionario Salaverría, —pregunta Blanco Fombona— si viviera hoy los tiempos de Bolívar, a quien en su libro sobre «el Libertador» hace una rotunda apología?

Quiero dar un ejemplo más cercano e ilustrativo de mis afirmaciones. Sería una tontería intentar contradecir y una falta de lógica el discutir. Si me refiero al caso es solo por vía de ejemplo, de cómo se comporta el reaccionario. Para este sujeto es eterno lo que valió en cierto tiempo. Generalmente el reaccionario es viejo. Es así por razón evolutiva. El reaccionario no es inteligente —con frecuencia—, es sencillamente un organismo vital. El viejo es un nostálgico de lo que conquistó en su juventud. No tiene la ecuanimidad de nuestro tiempo para con los fenómenos. Incapaz de comprender nada nuevo cree tal y permanente a los suyos. Esta es la manera actuativa del reaccionario general, de un viejo que se ha desarrollado o evolucionado orgánicamente. Tenemos además, jóvenes «reaccionarios» —su caso merece distinta atención —y viejos que no lo son. Cuando el viejo se sitúa compresivo frente a un hecho actual (político, artístico, etc.) deja de serlo en el sentido indicado. Es el eterno espíritu joven (joven, sinónimo de esplendor y no de edad).

Me decían hace unos días varios amigos la indignación que les había producido un articulito de un tal señor Serra en el diario *La Prensa*, escudándose en un estado presente que impide contestar —dijeron— «en la debida forma».

Yo dije y digo a mis amigos que el señor Serra es un valetudinario organismo vital que no puede reaccionar frente al momento actual sino con mentalidad de Castillo de San Cristóbal; defiende su punto de vista con perfecto derecho. ¿En qué amigos se va escudar un reaccionario, sino en el orden de un lápiz escarlata? Tan poco sentido histórico tiene este anciano como vosotros.

El diario *La Prensa* es otro modo de comportamiento; la plastificación de nuestro tipo canario medio: abstencionista y socarrón. Ni «da la cara» por la derecha, ni por la izquierda; defiende una cosa muy justa: un capital privado. Claro es que esta defensa individual raya a veces en descortesía: cuando se procesó a Florencio Sosa Acevedo (el conocidísimo viajero por escuelas, que ha hecha tan laudatoria labor en *La Prensa*, que ha firmado el «fondo» de la misma, varias veces), el diario mañanero, conforme a su pregunta se abstuvo de intervenir en el hecho como le correspondía. Sólo una notita de cinco o seis líneas «lamentando el percance» y a título informativo. He ahí las aberraciones de la reacción.

#### **34. DEL ATLÁNTICO AL MEDITERRÁNEO. «Dos siglos», *Libertad*, Castellón, 17 de marzo de 1931.** Reproducido en *Proa*, Santa Cruz de Tenerife, 11 de abril de 1931.

Es de sobra sabido que las modalidades características de un siglo no convienen de una manera exacta a los cien años que constituyen ese período de tiempo. Buen ejemplo de ello es nuestro llamado «Siglo de Oro», el cual, no ya solamente no alcanza una centuria, sino que de oro no es todo el XVII, aún cuando sus signaturas dominen hasta el primer tercio del siglo XVIII, cuya hegemonía había de alcanzar Francia. Muerto Calderón en 1681 se lleva a la tumba el brillo áureo de nuestra gran

época; su escuela, si bien prolonga al XVII hasta los primeros treinta años del siguiente siglo no es ya más que un ramillete de hojas secas, testigo de una pasada lozanía; crepúsculo melancólico de un sol dorado y esplendoroso que fue.

Podemos afirmar de una manera genérica que, aproximadamente, los treinta años de un siglo pertenecen al que le anteceden. Al XVII corresponde, hemos dicho, la primera treintena del XVIII. Al XVIII la primera treintena del XIX: Quintana, Solís, Marchena, etc. continúan la tendencia clásica y sólo cuando por 1830 irrumpe el romanticismo con la bandera roja de la Revolución [ilegible], próximamente la muerte del «Rey felón» no alumbra el «siglo de las luces». El XVIII que fue una centuria de Constitución y cuya característica política es Constitución, nace y muere sin ella. Si no cabalmente, al terminar la guerra europea —refiriéndonos a España que como cola de Europa va siempre a la deriva— con este 1930 que pasó, podemos asegurar que el siglo XX comienza a afianzar sus trayectorias y a presentarlas de una manera clara y patente. Y, en contraposición al individualismo decimonono del cual es quintaesencia con ansias de Paraíso el anarquismo; del hombre como centro, y de todo en función suya aparece ahora como signos de nuestros días el hombre en función de lo social y el socialismo como nueva era.

Múltiples indicios aparecen atestiguando una nueva conciencia en nuestro país. Ser republicano solamente, se ha dicho con razón, es no ser nada. El porvenir de una Nación no está pendiente de la suerte de una persona, finita y humana. Ni acaso en tener como meta la alternancia de una institución. Mirar como a un espejo al año 1873 no es mirar sino con viejos ojos. Y España lo que precisamente sufre es una crisis de antigüedad. Si romántico fue el liberalismo que aspiraba a un Estado de Arcadia al llevar como etiqueta el tríptico de la Revolución francesa y al creer que, dada «sinceridad electoral», tendríamos «felicidad nacional»; si figurara —¡Oh, románticos!— que si se faltaba a la Constitución era porque «previamente estaba confeccionada» para ello y que en último término se encontraría que, dando libertad al ochenta por ciento del electores no sabrían que hacer con ello; que asimismo un romanticismo del noble ensayo del 73 que no contó con una o unas voluntades férreas ni con un nivel medio de capacidad popular aceptable. El pecado de aquellos hombres fue haber sido demasiados caballeros.

Pero los tiempos no son de ejemplos sino de hechos y de hechos está lleno nuestro presente. La prensa es uno, y muy palpable.

Al caer el desgobierno de Primo de Rivera las revistas españolas eran en su mayoría literarias —el dictador no dejaba libre otra faena—; aquellas revistas de «minorías» que, según opiniones, representaban el estertor y la agonía del siglo XIX. Ha sido sin duda ésta la mayor ofensa inferida a la llamada «vanguardia» que, afirmándose representante de lo nuevo, se le residencia un papel de sedimentos agitados. Mas, el no ir acorde su gesto despectivo a lo social, con el signo de nuestro tiempo, contribuyó en mucho a ello. Dejar, solo, ciego en las tinieblas del no saber y decapitado a un pueblo, en instantes de suma gravedad histórica, más que una «deshumanización» es una antihumanización. Ser antihumano es no ser hombre, ni [ilegible], ni debe ir nada.

Aquellas revistas cuyo nombre, a veces, eran un exponente de región: «Meseta», «Papel de Aleluyas», «Litoral», «Gallo», «Carmen» y «Lola», «Hélix», nuestra «Rosa de los vientos» de Santa Cruz de Tenerife; tan finas, tan sutiles, tan castillo-argentinas, se han cambiado después de la Dictadura por revistas políticas o político-literarias a lo sumo, cuyo nombre atestiguan una nueva conciencia, a un ansia de nuevo Estado, un corazón que late en provincias que oyeron el grito de Ortega y Gasset; se ponen de pie, antes de su conferencia segoviana cuando en el tomo VI del

«Espectador» le dice además que es preciso ser «menos provincianas». Los nombres de ahora son dinámicos, de siglo XX; la España a espaldas de la oficial, burocrática y decimonona. Pletórica de fe. Al árbol seco, mástil liso del triste 98; incrédulo, angustiado, le nacen ahora verdes ramitas que anuncian fragante y bella flor. La columna desnuda del siglo XVIII ha de florecer en el XX; se ha de asomar a la vida. Plateresco, palpitante, renacentista. Renacer. Las revistas se llaman: *Nueva España*, *Juventud*, *LIBERTAD*, *Adelante*, *Rebeldías*, *Despertar*, *Nueva Luz*, *Claridad*, con perihelio de nueva atmósfera, ese egregio *El Sol* desde 1917 haciendo acto de una presencia de siglo XX y europea.

La España oficial pretende ir a la fuga, a la evasión; olvida que el XIX ha terminado. ¿Cómo reacciona la otra España?

### **35. ÁLBUM ISLEÑO. «Autonomía», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 19 de marzo de 1931.**

¿Quién no recuerda la estival palabra del orador? Prendida del traje negro de una dama; en los oídos de los caballeros de mil novecientos; en los blancos manteles del templo; en el Santísimo y argentino Sagrario y en todas las campanas del campanario alto, la frase sacramental del sermón. En la tarde del Viernes Santo, salida de su boca, como si entre los dedos, sacada de una concha marina, estuviera: «Jerusalem, Jerusalem: perla de Oriente».

Don Santiago es lo que se llama una «actualidad». Un artista del discurso, castelarino. Cuando sube a la pila del púlpito, su figura es el flamígero pabulo que se agiganta. Unas veces, brilla intensamente: La suave palabra del sacerdote ha conmovido el corazón de la señorita de Monteverde, oprime el pecho de la marquesa de Navas y aun el señor de Salazar ha sentido un doble cuello en su garganta.

Don Santiago escribe en «Gente Nueva». Es, pues, un hombre del día. En la revista que dirige Manuel Delgado publica «Chocheos de un párroco». Allí ensalza las virtudes de sus amados fieles del Valle de Guerra, que viven en «descansada vida», como Fray Luis. El sacerdote elogia la castidad y entereza de una moza vallera que se ha negado a bailar «agarrada» y a la «moda nueva» con un «señorito del pueblo».

Mas, antes de alabar a esta moza ha pronunciado una gran oración. Una oración que ha ido cabalgando sobre las olas, que ha llegado a la bahía de Cádiz, donde ya las gaditanas «no se hacen rizos con el plomo que tiran los fanfarrones». Las señoritas de Ford y Rockefeller son las que lleven ahora rizado el pelo. Desde 1898, sus nietas usarán ya la ondulación Marcel.

La palabra de don Santiago ha llegado a Madrid. Se ha paseado por los escaños del parlamento, ha deslumbrado la chistera de algunos señores diputados.

Se bendice en la capital de Canarias la bandera de la «Cruz Roja». La señora que representa a la dama egregia, «digna representante de las Blancas e Isabeles»... (al hablar de Isabelas, don Santiago ha tenido mucho cuidado en decir: «de Castilla»), está casada con un general nacido en la isla redonda —¿No ha tenido Tenerife gesto de bota invertida frente a ese balón? ¿No ha sido Gran Canaria piedra viva hacia ese pie doliente? — El orador dice que no: «el mismo aire se respira bajo los poéticos tilos de Doramas que entre las copudas camelias, mirtos y clemátides de nuestro sin rival valle rotavense».

El orador, nuevo Sansón, hace temblar el templo con su ira en columnas. Encarga a esta señora que está presente, ostentando la regia dignidad, que diga a la madre de Alfonso de Borbón unas frases cargadas de adjetivos brillantes, que son el condimento del enérgico párroco: «Que no crea esa infame calumnia, negro estigma que

por bastardos fines se pretende manchar el límpido escudo de nuestra nunca desmentida fidelidad a la patria grande»...

Luego, unas palabras condolidas, tristes, que pronuncia el sacerdote-caballero, español, saturadas de melancolía nostálgica, aludiendo a nuestros desastres coloniales, indirectamente: «A nuestra patria grande, a quien amamos cada vez más, cuando la vemos más empobrecida y conculcada»...

Ahora, el párrafo terrible. He aquí, don José Ortega, un provinciano que se puso de pie: «Nosotros, a lo que aspiramos es a que se respeten nuestra historia y nuestra nativa idiosincrasia, y (¡oh, ironía del destino, don Santiago! ...) que no nos manden aves de rapiña que desgarran nuestro pecho y beban con fruición nuestra sangre» (¿Es esto un presentimiento del sacerdote?)... «que nos traten como a hermanos y no como a parias». Esto es lo que pide don Santiago. Los canarios no son separatistas. Es esto una infamia que ha llegado hasta el trono de San Fernando. Así lo dice a todos, así a su ya única madre: la Virgen Inmaculada. La suya la perdió ha unos seis meses. Que la bandera bendecida, no sea «amparo de ningún traidor».

La filoxera del arribista asfixia a los indígenas; las aves de rapiña isleña, querrán alternar con las de allá. Se engorda, se enriquece, se vive... ¿Y el pueblo, don Santiago? Autonomía. Idiosincrasia. Don Nicolás Estévez lo dijo: autonomía aislamiento celular dentro del organismo de la Nación.

Hasta nosotros ha llegado la pregunta formulada en estos días: ¿Cómo se estructuraría Canarias, autónomicamente, dentro de un nuevo estado federal? Vaya la pregunta para después de las elecciones municipales o para después de aquellas las que os dé por ir para «cuando ya estén tranquilos». A ver si a modo de flor, se prende en algún ojal.

### **36. PARECERES. «Para *En Marcha*», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 27 de marzo de 1931.** Reproducido *En Marcha*, Santa Cruz de Tenerife, el 1 de abril de 1931.

Hace algún tiempo que cuenta Santa Cruz de Tenerife con un periódico netamente obrero. Yo he mandado a mis amigos de la Península—todos ellos periodistas— junto a la prensa de otros matices que en la isla se publica, algunos números de este quincenario, cuando ha caído en mis manos. Un obrero se encarga a veces de ponerlo en ellas; y, desde las suyas agrietadas pasan a las mías, pequeñas manos de obrera; pues, antes de que Azorín lo dijera con suprema elegancia de hombre certero, había visto que mis manos y las del trabajador manual eran juntamente manos de obrero: de hacedor de obra.

El quincenario tiene nombre vibrante, bélico. Se relaciona con sus lectores en sentido de tropa. A una voz de la Dirección, un ansia suya de mover al hombre somnoliento, inerte en la ignorancia. *En marcha*, se llama el periódico.

Y los he visto marchar. Protestar iracundos; corear indignados el suelto donde está escrita la injusticia y la ofensa inferida. Y... beber, beber... Con el vino ya dentro, amenazar, mirarse los unos a los otros y terminar airados: «Con el sudor del *probe*: ¡no hay derecho!».

Es verdad, obreros, «¡no hay derecho!»; mas, yo quisiera aconsejaros: (no para que me hagáis caso, ya sé que no me lo haréis): No me parece mal que digáis «probre»... Pero, ¿por qué bebéis tanto?

¿Qué los «señoritos» beben? Natural. ¡Peor para ellos! Y a vosotros, ¿qué os importan los «señoritos»? ¿Le vais a tener en cuenta ahora, cuando siempre y con razón, les habéis despreciado?

¿Qué no tenéis donde ir, excepto a la taberna? ¿Qué sabéis apenas leer? Eso es verdad. Pero también tiene la pregunta su respuesta; no soy quién, para contestaros. La



Federación Obrera os contestará. En los pueblos del interior, los que entre vosotros seáis más inteligentes, entusiastas y organizadores, os contestarán asimismo.

Pues bien, si se exceptúa alguna alusión débil a algún tema por *En Marcha* suscitado, jamás he visto en la prensa tinerfeña comentar en editorial, según merece y con atención, al periódico de los obreros. Y no crea la prensa que este su colega por humilde, no «pesa» ¡Vaya si pesa! ¡y mucho! Es nada menos que la voz de los obreros federados. ¿Federados? ¡Qué mal suena esta palabra entre los contratistas, autoridades, caciques, señoras «gruesas»! etc. Se te dice —*En Marcha*— que tu «tendencia». Pero tu tendencia son tus ideas y, con tus ideas allá tú.

Siempre he querido eludir el hablar de mujeres en mis artículos, porque, sencillamente, al hablar de ellas, hablo o escribo de mí; más tengo ahora que hacer una salvedad. En el número 17 del citado periódico, me han llamado la atención unas líneas contundentes, escritas por una obrera: Peregrina Armas es el nombre que invita de manera clara a la sindicación de las mujeres trabajadoras y su imperiosa necesidad. Termina la obrera con una frase de Marx: «La manifestación del obrero, debe ser obra del mismo». Todas mis simpatías por esta obrera que lee a Marx o que sabe solamente de Marx esta frase. Ella le basta para no olvidar y saber que se salvará sola o no se salvará.

Un ¡adelante! Para este *En Marcha*. Y, advertencia parecida a la que hizo Ortega al público, en Segovia: No me deis las gracias por estos «Pareceres» que os dedico, porque, ni me debéis nada, ni nada os voy a pedir. Y no olvidéis que nunca pido nada al que mucho estimo, aun cuando mucho dar pueda.

Estas líneas han sido para expresaros mi simpatía infinita y para señalar la actitud tan significativa de esa obrera. A esa obrera a la que nuestro admirado «Dr. Acético» no ha dado aun las «Buenas tardes». Que este artículo es solo para vosotros y no para la gran masa de los «snob»; de los sin nobleza, que la vuestra es muy grande. Los «snob» no os leen ni falta que os hace. Con que vuestro periódico sea leído por todos los obreros es suficiente y lo interesante. Que la marcha, sobre ligera, sea numerosa y fuerte.

Yo solo os deseo que, manteniéndoos siempre dignos sepáis exigir, si, vuestro derecho; más cumplir también vuestro deber y rendir fiel y limpia cuenta al fiscal del tiempo, que es la Historia.

**37. DEL ATLÁNTICO AL MEDITERRÁNEO. «La otra España, I», *Libertad*, Castellón de La Plana, 31 de marzo de 1931.** Reproducido en *Proa*, Santa Cruz de Tenerife, 18 de abril de 1931 y en *Adelante*, La Coruña, 6 de mayo de 1931.

El contraste entre la España «oficial» y la existente —aunque podemos llamarla vital—: entre la fuerza y la dignidad heridas, podemos verlo en ese tortuoso río que es la Historia de España. Y, hojeando cualquier manual, en el que se verá consignados hechos de una y otra índole, el lector reaccionará según su ideario frente a ellos. Por más que, los manuales de Historia de España, sin contar las excepciones, como orientados por la España «oficial» hacia un ideario ridículo de ochenta años de atraso. Muy pocos le patentizarán estos contrastes.

Las comunidades de Castilla y las germanías de Valencia son ejemplos expresos de protesta contra el poder erigido; magna e imperiosamente erigido en este caso. Mas estos son hechos esporádicos. El origen de la libertad, se ha dicho, no está en el tríptico revolucionario francés; hay que remontarse a la Edad Media. Hay que caminar por tierras de España y pararse frente a esos edificios de libertad que son los castillos, la dignidad «ferida» del castellano que eleva el puente a los ejércitos del Rey; la frase [ilegible] aragonesa: [ilegible] tanto como vos, y todos juntos más que vos. Más

tarde en la edad que llaman Moderna, cuando los castillos de hecho se derrumban es de los nobles, uno, el que manda y vale. Este noble es el Rey.

Pero este fenómeno medieval es la personalidad de un noble ante el Rey que aún no ha consolidado su prestigio. Junto a quien ha luchado y en cuya dignidad tiene un pariente; el gesto del noble frente al monarca es todo lo más el gesto de una clase, la colectividad «nobleza» que se sintetiza orgullosa frente al rey.

En plena Edad Moderna, a través de los grisáceos Austrias y de los primeros empolvados Borbones, el individuo rey es el Estado; la conciencia popular no habría de vibrar de una manera clara y potente hasta fines del siglo XIX.

Y llegamos a este siglo llamado el «imbécil». 1898. Guerra llamada de la Independencia ¿Independencia? ¿De quién?

Se conmemora nuestro 2 de mayo; se convoca a las manolas y chisperos, a nuestro casticismo... Estampas de Goya y sainetes de don Ramón de la Cruz... Pero a esto que no se le llama «conciencia popular», porque conciencia no la tenía un pueblo analfabeto que, si salió a la calle fue cuando al enterarse de la salida del infantito Francisco de Paula estalló en indignación. El pueblo no se daba cuenta de las maquinaciones de su rey «deseado» y le dio y le dio por ir contra los franceses y hacer chistes a costas suyas. No se puede llamar independencia de Napoleón, de los franceses, cuando estábamos dependiendo de un francés absoluto, actor de las escenas más repugnantes que se han representado en la Historia. Dependiendo, si, de franceses, porque ya mucho antes anunciara Luis XIV a su nieto que, «no había Pirineos». Nuestro siglo XVIII, aunque no logrado desde luego, fue un remedo francés, un clasicismo de cartón piedra el nuestro. Que Rey, Arte, Literatura y trajes se traían o imitaban de Francia. ¿Independencia? ¿De qué? Cuando las pocas conciencias que comenzaban a ver claro eran señaladas como diabólicas... Ansias... ¿Qué?; cuando se cerraban las Universidades y se erigía el Tribunal de la Inquisición. Aquel pueblo era el mismo que en Roma pedía al César «pan y espectáculos».

Y los que veían en Napoleón el triunfo de la burguesía —que era la extrema izquierda—, aquellos que supieron iban a ser gobernadores con una Constitución —que no tenían los manolos— por un rey europeo y digno, eran llamados despectivamente «afrancesados». La minoría, la España culta que, saltando los Pirineos sabía que el chistosamente bautizado «Botella» no era el «Deseado» Fernando VII.

El 2 de mayo fue un casticismo madrileño; acaso, nuestra suprema españolada. En el alcalde de Móstoles tiene Ortega y Gasset su tipo de español esforzado; un Quijote que acuchilla el aire. Un hombrecito que quiere desfacer en gran entuerto nacional. Este liliputiense, frente al gigante corso, es una vez más la fiera de Alonso Quijano caballero por los caminos de la árida Castilla.

Lo que ocurrió después puede leerse en el Manual de Historia.

Y llegamos a 1898, pasamos por el inocente ensayo de 1873, donde no vibró el pueblo sino una minoría. Aquella minoría no contaba con la opinión. Posiblemente no había opinión. El hombre funesto que se llamó Juan Prim retardó una hora que estuvo a punto de sonar. Con respecto a ello dice mi paisano Nicolás Estévez, ministro de la República —figura a la que, en colaboración dedicaré un libro— «¿Estaré loco? Dos personas me lo han dicho. Me lo dijo en Londres don Juan Prim y me lo dijo en Madrid don Ramiro de Maeztu. El primero por haberle insinuado yo una cosa tan razonable y discreta como la conveniencia de que él proclamara la República; el segundo, nunca he sabido por qué. Seguramente eran ellos los que estaban locos.»

La gran masa, la opinión seguía sin opinar. Se trama la enorme farsa de la Restauración. Se siente la tristeza —diremos con Zulueta—, el vacío de las horas que nunca sonaron y toda España es un reloj sin campana.

Liberales y conservadores; derecha e izquierda. Farsa toda la Restauración castiza. El hecho era la frase de Cánovas: «Estar con la monarquía sin condiciones, de todas maneras, bien o mal como la monarquía se conduzca de toda suerte apegados a ella.» La monarquía es Dios y Cánovas su profeta. «Bien o Mal», aunque el país se hunda, aunque el país se arruine; la cuestión es gobernar, conservar la tradición y autorizar a don Antonio, como buen español del Ideario del Ganivet a «hacer lo que le de la gana».

España, en efecto, se hundió. Naufragó en Cavite y Santiago de Cuba la marina. ¿La Marina? ¡Ay la marina! En 1898... Pero dejemos esto para un próximo artículo.

**38. DEL ATLÁNTICO AL MEDITERRÁNEO. «La otra España, II», *Libertad*, Castellón, 1 de abril de 1931.** Reproducido en *Proa*, Santa Cruz de Tenerife, 25 de abril de 1931.

Así, sin opinión ni conciencia nacional, con la «monarquía bien o mal, como ella se produzca», según la frase de Cánovas, llegamos a la fecha más triste y melancólica de nuestros anales, que diría Castelar. La frase de Cánovas, todos los Cánovas y demás números de nuestro Carnaval decimonono, los había de purgar la nación que se revolvía en el círculo vicioso: no había opinión porque no había política pura (honrada) y España era un erial de analfabetos. No había políticos dignos y conscientes porque no había opinión. Así estábamos. Enriqueciéndose en Filipinas y Cuba los generales y mangoneando la España «oficial», mientras la nación agonizaba, sin ella saberlo, que es acaso la peor de las agonías.

En los corrillos de café nadie creía en la guerra. De ninguna manera. MacKinley era algo de España. «Pero usted—le dijeron burlescamente a Emilia Pardo Bazán—¿cree en la guerra?»

Nadie, en efecto, creía en ella. Y si alguna ligera zozobra había, la intervención de León XIII era el «non plus ultra». El pueblo —un pueblo que no entendió a Wagner un año después, que no resistió a Shakespeare en más de una función— se regocijaba viendo intervenir al papa en la contienda. A un Papa que le interesaba sobre manera el arreglo. Su sobrino Pecci estaba casado con una habanera de influyente familia, por un lado. Por otro, razones de universal catolicismo y ganancia de adeptos. Aquel Papa — escribe don Emilio Castelar en un angustiado artículo— «no da por completo la razón a España.» Pero el [ilegible] del Papa se aclaró. Norteamérica no reconoce su intervención; España, entonces la rechaza. Don Emilio opina que la rechaza. Y Castelar, aquel presidente de la inocente República española, dice un año antes de morir con ingenua [ilegible]: «No podemos consentir que se trate a Cuba como si ella fuera Creta, ni que se compare a España, como si España fuera Turquía occidental. Nosotros en este conflicto, sin nombrar a nadie, queremos salvarnos con las fuerzas propias y con los propios medios y no [ilegible], porque nos han [ilegible] de nuestra tierra heroica y porque no ha muerto el [ilegible] Que nos condujo desde [ilegible] a Las Antillas en nuestras nacionales epopeyas». El [ilegible] El pueblo no creía en la guerra y solo pensaba en la «fuerza de nuestra marina», y las grandes personas como don Emilio terminaba su ya única posible entregas periodísticas como un [ilegible]. Castelar confiaba nuestra salvación a Dios... Señores, porque la frase no tiene comentario!

España no despertaba más que piedad su reina, madre y mujer al fin —¡Oh, caballerosos españoles del 73, del 98 y de [ilegible]! ; conmisericordia irónica de nación. Desde el más alto hasta el más bajo se quejaban de la tiranía yanqui; recordaban a Colón y Lepanto y confiaban en Dios. ¿No es así la agonía de un anciano? Antes de comenzar la guerra, el que no supiera el final lo adivina leyendo aquella tétrica prensa del 1898.

De agonía trágica de «fin de siglo» y convulsiones de muerte que sintetizara en *La Intrusa* Mauricio de Maeterlinck.

Mientras una señora, una señora que espantaba al «Heraldo de Madrid», por la «oscuridad» de sus conferencias; sentido europeo y claridad meridiana se reía del Parlamento, del juego de Cánovas-Sagasta y encontraba doliente y monótona la voz de doña María Cristina en el discurso de apertura. Momiez, decrepitud, frialdad marmórea en aquellos señores graves que eran los diputados en las Cortes del año 1898. Doña Emilia Pardo Bazán veía en aquellas cortes abiertas sobre un abismo, la figura seca, triste, enhiesta de don Alonso Quijano.

Leemos en la prensa: «La nación en masa, sin distinción de clases ni partidos, se ha puesto incondicionalmente al lado del trono y del gobierno para la defensa y el honor de la integridad de la patria, confiando en la justicia de nuestra causa y en el valor y la pericia de nuestros marinos.»

«Incondicionalmente al lado del gobierno». ¡Ay, opinión, a manos de qué gobierno te pusiste incondicionalmente!

La voz de Castelar parece el alarido de un león enfermo. Todos son clamores oratorios; la deuda de América para con España; lo criminal de la conducta yanqui, que —oh, castelario don Emilio— «registrarán los anales de la Historia llenos de inenarrables desgracias.»

Cuando les íbamos —dice— a dar los derechos naturales, se levantan el 68; ahora, que íbamos a darles gobierno pleno de sí mismos se levantan en armas, «locos o suicidas», han caído más debajo de las «especies inferiores», «ni merecen otro concepto que el de los brutos carniceros». Como los justos confía siempre en Dios.

Les íbamos a dar, les íbamos a dar... generales que se enriquecieran y latigazos si se ponían tontos. Don Emilio. Si les íbamos a dar los derechos naturales el 68 era porque sabíamos que se iban a levantar. Y cuando les dimos autonomía fue tarde. La autonomía fue la soga que nos ahorcó. Les dábamos libertad porque los insurrectos se ponían serios; que nadie da porque sí. Otra cuestión es la perfidia yanqui que no fue más que razón de estado y de fuerza. España en su caso, hubiera hecho igual.

Y ya consumado el desastre de Cavite, aquella prensa cuya ceguedad irrita, escribe (*Diario de Barcelona*, ahora) que toda censura al gobierno sería un crimen, que se le debilitaría y habría que darle fuerza, «nuestra sangre, nuestro dinero y nuestra confianza sobre todo.» Nuestra sangre, dinero y confianza a un gobierno de ineptos que compraban barcos viejos a Alemania y contaban con una escuadra valetudinaria y desastrosa.

«El Gobierno que tiene en sus manos todos los elementos que conoce, lo que nosotros ignoramos es el único que puede apreciar la oportunidad de la acción.» «Lo que nosotros ignoramos». ¿Puede la opinión desconocer asuntos, tan trascendentales donde se juega el prestigio del país? ¿Cómo puede ser opinión entonces? Nosotros lo ignorábamos por aquel tiempo todo. Hasta las millas que había de Cádiz al puerto de La Habana. La prensa, como Castelar, confiaba en Dios. Y España en 1898 parecía un inmenso convento de monjas rezando el rosario. La prensa como Castelar, recordaba que «al Guadalete siguió Covadonga, y el 2 de mayo, Bailén.» Por eso dice Ortega en 1914 con melancólicas y egregias palabras: no venimos a recordar hechos gloriosos, «somos una generación que, no habiendo tenido maestros, por culpa ajena, ha tenido que rehacerse las bases mismas de su espíritu, que desde la terrible fecha del 98 no ha presenciado en torno suyo no ya un día de gloria ni de plenitud, pero ni siquiera una hora de suficiencia.»

Se protesta el incumplimiento de las leyes internacionales. Aun después de Cavite piensan en el desquite y amenazan al comodoro Dewey... Sagasta preside y

Castelar débilmente culpa al Gobierno de ciegos. Después del desastre filipino se atreve aún este republicano a hacerlo. Su corazón está atribulado. Sagasta no es nada responsable. Es «inviolable e irresponsable el señor Sagasta.» «Qué Dios bendiga a los héroes», dice don Emilio que se ha convertido en un obispo.

Dolorosa es continuar. Pero aun cuando desdichados, deben estar consignados estos hechos en nuestra mente. Ellos nos ilustran las brillantes páginas de la España «oficial». Vaya, como en el folletín, un «continuaremos».

**39. DEL ATLÁNTICO AL MEDITERRÁNEO. «La otra España y III», *Libertad*, Castellón, 2 de abril de 1931.** Reproducido en *Proa*, Santa Cruz de Tenerife, 2 de mayo de 1931.

A raíz del desastre de Cavite, España se pregunta dónde está el almirante Cervera que ha salido del puerto de Cádiz: «Cervera —contesta un ministro al efecto preguntado— está donde debe estar.»

La España «oficial» toma una tardía determinación: el Gobierno autónomo se establece y el general Blanco jura la Constitución cubana en el Parlamento insular. Cuba entonces apoyada por Mac-Kinley, se siente fuerte y no cejará hasta romper las ligaduras que la unen a España.

Los ánimos se apaciguan un tanto. La lejanía, la deficiencia de comunicaciones, hacen «andalucear» a la gran masa. Cuba no será tan fácil de perder... y, la prensa escribe entonces: «La candidez norteamericana excede a toda ponderación, y más que candidez merece el nombre de tontería.» ¡No se concibe ceguera e ignorancia más espantosas!

Doña Emilia Pardo Bazán representa frente a la «oficial», la otra España, la España de las realidades. El Parlamento dice, debiera ser de real orden; así se evitarían unas elecciones, porque todos conocemos el «sistema». «España —escribe— es un Estado regido por un Gobierno elector... no de Baviera sino de Babia.»

Aquellos diputados «oficiales», destilaban su esencia: «Nuestra actitud pasiva —continúa la señora—, de gente silenciosa, pero dispuesta a todos los sacrificios, se explicaría si tuviésemos «fe» en los que nos dirigen; ¿la tenemos? Responda en conciencia cualquier español.»

Mientras aquí paseábamos por el Limbo, en América se almacenó el trigo posible, porque la guerra se adivinaba hacía tiempo. Lo sabían todos los norteamericanos y aquí creíamos que se iba a arreglar todo en familia. Como en el drama de Echegaray, todos, menos el interesado, lo sabían.

El almirante Cervera telegrafía al Gobierno desde Santiago de Cuba. La fausta nueva corre por España. Tres veces han intentado en vano entrar los yanquis en la bahía. Pues bien, dice la prensa española, «puede asegurarse que si en Santiago de Cuba fuesen las cosas al revés nuestros marinos habrían ya entrado en la bahía de Santiago.»

Un telegrama de Filipinas. El general Agustín da cuenta de la nueva situación. La prensa —el convento de monjas— sigue pidiendo a Dios no sea mayor el mal. En Filipinas, había ocurrido que, el indígena Aguinaldo, según vendió a los suyos vendía, naturalmente, a España; se alía con Dewey sublevase y destruye el ejército español.

La situación de Santiago de Cuba no se resuelve. Un desconocimiento del poderío norteamericano lleva a decir a la prensa que si tanta es la fuerza yanqui, como es el caso que no toman Santiago. Y se piensa que aun cuando se pierde Manila, será posible el rescate de todo. Este desconocimiento hizo asimismo decir a Castelar, cuando escribía sobre la injusticia en torno al caso del «Maine»: «Todo el mundo sabe lo mal dirigidas que están la escuadras yanquis.»

Era creencia en España de que por mar sería posible una supremacía norteamericana, pero por tierra, nunca. Por mar y por tierra; entre dos fuegos,

sorprenden a Cervera, como antes sorprendieron a Montojo por mar y de noche en Cavite. Sale el almirante de la bahía. «Plutón» y «Furor» van delante; dos naves valetudinarias con la paradoja de sus nombres se destrozan. Y no hay más furor que el de las aguas, ni más plutón que el infierno rojo de las balas yanquis.

Después de estar todo perdido, después de no haber sabido defender una prenda y terminar allí los últimos restos del Imperio de todas las Españas, se tiene la estupidez de preguntar aún: «¿Tolerarán las potencias europeas, que la América del Norte se enseñoree de aquellos tan codiciados territorios?»

Y Castelar, don Emilio Castelar, «Emilito», como le llama Azorín, refiriéndose a su niñez, no tiene una palabra acusadora para el Gobierno. Había rumores, rumores... Se suspenden las garantías constitucionales y la bolsa descende. Eran los tiempos del gran liberal don Práxedes Mateo Sagasta, claro espejo de don Álvaro de Figueroa, conde de Romanones, ministro del Estado de don Alfonso de Borbón.

La prensa y la opinión zahieren a Cuba y a Norteamérica, pronostican el actual imperialismo. Corrillos, bares... pero una sierpecilla se agita; hay algo oculto entre las sombras. Unos muchachos, una generación. La generación del 98 que había de irrumpir acusadora, que saltando sobre la primera tristeza y melancolía de Antonio Azorín, y por todas las soledades, «Fue ayer —canta con tristeza Antonio Machado—; éramos casi adolescentes; era/ con tiempo malo, encinta de lúgubres presagios,/ cuando montar quisimos en pelo una quimera/, mientras la mar dormía ahíta de naufragios.» Esa generación se encara frente a la España «oficial» y le dice: «Somos todos acreedores de esos hombres que quieren perpetuar la Restauración y nosotros al fin hemos nacido en capas superiores.» «Que no tendrán derecho a decir el obrero en la vida cruda de su ciudad y el labriego en su campiña desértica y áspera.»

Volvamos al 98. Las noticias de Manila son siempre aterradoras, «confusas», como dice la prensa. La responsabilidad —dice Castelar— no toca ni puede tocar a ningún estadista, ni a ningún gobierno español.» A ningún gobierno, don Emilio. ¡Qué cosas más peregrinas dijo usted un año antes de morir!

Y se perdió Cuba, y se perdió todo y se «alejó un siglo vencido sin gloria». Entonces es cuando don Emilio Castelar ve al fin que si se hubiera dado autonomía a Cuba y desamortización eclesiástica en Filipinas, de otra forma hubiera ocurrido las cosas. Este Castelar que al principio de la guerra dijera: «La nación española no puede perder ni una sola partícula de su diadema, ni un átomo de su tierra.» Y más adelante: «Sobre la independencia de Cuba no cabe discusión de ningún género. Nosotros la defenderemos con el verbo de nuestros ejércitos»...

La España vital ya palpitaba anhelante, «por el fondo de nuestros sueños — escribe Machado— un alba entrar quería; con nuestra turbulencia/ la luz de las divinas ideas batallaba.» Se había de eruir acusadora en la persona de don José Ortega y Gasset. En ese «gran filósofo», como dice irónicamente un caballero, confundiendo la filosofía moderna con el intrincado armazón del silogismo medieval. Un gran filósofo que está en el Limbo. ¿En el Limbo? ¡Quién lo dice! Un caballero que no sabemos dónde estaba en septiembre del año 1923: don Álvaro de Figueroa conde de Romanones, ministro del Estado de don Alfonso de Borbón.

#### **40. DEL ATLÁNTICO AL MEDITERRÁNEO. «Los maestros», *Libertad*, Castellón, 18 de abril de 1931.**

Leí hace algún tiempo en el semanario *Nosotros*, de Madrid, unas certeras y atinadas observaciones que Carmen Conde hacía respecto del joven Maestro en relación con las llamadas Prácticas de enseñanza. El año 30, hice aquí en Tenerife varias afirmaciones con estos asuntos relacionados; en una serie de artículos en los que, partía

del abandono —no cuento excepciones— en que se ha tenido en España la Enseñanza, por parte del Gobierno. De unos Gobiernos que han estado especialmente desde el 98 acá en pugna con el Estado. La colectividad española ha tenido un «modo especial de estar», distinta, más aún, puesta o disconforme con lo que esos Gobiernos han planificado exponencialmente. Don José Ortega y Gasset, filósofo que está en el Limbo al decir del señor conde de Romanones que no sabemos dónde ha estado toda su vida, especialmente en el año 23, señaló en 1914 el hecho de que había en España dos cosas que no se entendían: la España vital y la España oficial. Y ello es precisamente en un sentido más explícito la disparidad entre la conciencia Estado y la eventualidad Gobierno.

Si alguien podía encararse frente a los hombres públicos con la misma tristeza que los hombres del 98; exigir cuenta; presentarse como aquellos acreedores: «no me habéis dado nada, no me habéis enseñado, no he tenido profesores, etc.», es ciertamente el ramo de Enseñanza. Aquellas palabras de los intelectuales y de la gran masa de los humildes han podido ser lanzada a modo de guante por estos otros obreros de la burocracia española: los Maestros. «No me habéis dado Escuela Normal», y otras palabras más graves [ilegible]: «Me estáis matando de hambre».

Porque es esta la verdad; si no se cuenta alguna vieja y poderosa excepción, y en el presente algunas mentes jóvenes de esas de nuestro tiempo que figuran en el profesorado de la Normales, pueden en general afirmarse que esto no responde ni a nuestras realidades, ni al sentido cultural ni político de nuestro tiempo. Presenta la misma incapacidad de adaptación que señala Azorín en los conservadores, como tales que [ilegible], la mayoría de los profesores de Normal española. Y no hablo del caso parecido de los Institutos y Universidades.

Es muy triste, señores, que el alumno inteligente y de conciencia social y culta, tenga que marchar a la deriva de su Maestro o Profesor. Para el cual no el listo sino el «clásico» aplicadito que repite gramofónicamente el texto antiguo y rutinario, trasunto de aquel «Juanito» obediente del libro escolar de antaño.

Para la mayoría de los profesores, el alumno ideal es un joven Juanito, impersonal, verbalista monótono y sin más voluntad que la suya.

Y hasta el aula llega la disparidad entre la España oficial y la vital. El muchacho despierto, siente un desprecio íntimo hacia su profesor, hacia el «carca», como despectivamente y entre amigos le llama. Si maestro y discípulo no marchan acordes con el ritmo del tiempo, ¿para qué esa Enseñanza oficial? Si de hecho están divorciados y a espalda el uno del otro.

Es una angustia presenciar esa lucha sorda entre ambos y ver que es el alumno quien está descontento, quien lanza la voz nueva... Y se explica perfectamente que la mayoría anónima de la clase, que no tendrá más rumbo que el que su Maestro le imprima, salga de ella, o sin visión alguna de las cosas o con una visión de medio siglo de atraso. ¿No es esta colectividad de las Normales españolas a creadora de una vitalidad que se les pudo imprimir y no se hizo? ¿No es un crimen de lesa inteligencia sembrar a voleo esos Maestros y Maestras por las aldeas y pueblos españoles cargados de anécdotas y sabedores de que Isabel empeñó sus joyas o de que Froebel usaba borlitas en el gorro?

¡Cuántos hechos ocurridos no tengo archivados! Objetivamente presenciados los unos; ejecutados, siendo mi persona el sujeto, los otros; en amigos —que pertenecen hoy al ramo de Inspección escolar y profesorado— los demás... ¿Qué pueden orientar estos muchachos así preparados a la colectividad infantil del pueblo o aldea que les corresponda cuando tengan plaza? Pues el Maestro que no estudie y aprenda por su cuenta, yendo a misa los domingos, haga repetir del lunes al sábado a los labios

infantiles —como les he visto— un casto e ingenuo «no fornicar» al enunciar el sexto mandamiento...

Y, ¡virtud fecunda de la Escuela!, podría citar aldeítas en mi isla, donde viejas maestras ya, pero entusiastas y conscientes de su cargo han educado una generación de muchachas que hoy son campesinas desenvueltas; que andan airoosas, diligentes; que saben leer y escribir y algo más, porque en este «algo más» es donde está precisamente el «quid». Y contrasta con los muchachos, torpes y zafios, porque la aldeíta, teniendo Maestro siempre, no ha tenido en realidad ninguno.

¿Puede estar un pueblo confiado en que el Maestro que le toque en suerte sea innatamente consciente o el alumno que su profesor lo sea?

El Estado no ha sido más que una oficina expedidora de un título que se paga en la taquilla de la Secretaría del centro docente.

Tenemos ya al Maestro en la escuela, consciente, vital, «es forma» o con mentalidad de siglo XIX. Lo tenemos en el villorrio, con su familia, viviendo. ¿Viviendo? En un casucho antihigiénico, estrecho, con tres mil pesetas anuales (hay muchos de dos mil) o sea (con descuentos) unos 46 duros para «vivir» un mes. Si alguien se detiene en calcular el precio de las subsistencias observará que con minimum de 15 pesetas diarias no se puede materialmente vegetar. Nadie piense en necesidades espirituales, como libros, revistas, etc. Y siendo el Maestro un ejemplo de decencia y dignidad en un pueblo, se ve a los tres meses en deuda con el tendero y paseando mal trajeado en la placita de la Iglesia, donde el médico y el Secretario del Ayuntamiento le miran por encima del hombro lo mismo que miran el jarro de la taza amarilla en el bazar, según nos cuenta Azorín en *Pueblo*. Este es un Maestro en un pueblecito español.

Miseria, privaciones, impuestos de utilidades por añadidura: sin Profesores, sin dinero, sin casa-habitación decente... Maestros españoles: ¿Cuándo os vais, también vosotros, a poner de pie?

#### **41. PARECERES. «Ha terminado el siglo XIX», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 22 de abril de 1931.**

Por primera vez en la Historia hemos roto en España el ritmo mecánico de las revoluciones. No todo es fatídico ni obedece a la ley del sino. El alba que, al decir de Antonio Machado, entrar quería por el fondo del sueño de los hombres del 98, ha irrumpido esplendorosa en la claridad cenital de los días presentes. La primavera nos trae la más fragante y bella flor: La República.

Pero la República no es más que una palabra. Este día radiante nos ha traído algo más: nos trae a Fernando de los Ríos, a Marcelino Domingo, a Albornoz, a Prieto, a Largo Caballero... Y esto sí que es un hecho. El trabajo y la inteligencia presiden estos nombres. La decencia nacional se ha organizado porque ya las provincias se pusieron un domingo de pie.

Había enseñoreado en el país un escepticismo denigrante; para cierto hombre, ser español significa en la escala zoológica un protozoo. Se perdió Cuba, se derrumbó un imperio y, repitiendo la frase de Costa: no latía el pulso de España. El plantel de hombres de nuestro fin de siglo, tenía un desaliento profundo. España no se podría rehacer nunca. *La Intrusa* fúnebre de Maeterlinck se representaba «a lo real» en el escenario nacional. España había muerto.

Pero España era un infusorio con vida latente. Una cultura no puede morir por un eventual acontecimiento, guerra o derrota; el imperio español se iba; la Nación aunque doliente, sobrevivía aún. Ortega y Gasset, Azorín, Pérez de Ayala, Valle Inclán, Blasco, Baroja, Machado y tantos más, siembran semilla de cultura en el desierto. La Monarquía, la España burocrática, oliendo a incienso y a sucias oficinas, a



Ayuntamientos conventuales y cárceles añejas, secretarios, caciques y Guardia civil, seguía su camino hacia el precipicio. Y la escuadra que perdiera el Imperio con Montojo y Cervera, naufragó su último barco. El barco del almirante Aznar. Las urnas electorales, avergonzadas de servir al ruralismo, volvieron sus ojos a una España nueva que ha tiempo alboreaba; la primera treintena del siglo XX se la llevó el XIX. En esto sí que parece haber un ritmo fatal, porque —ya lo he dicho en otro lugar—, hasta ahora, la regla de que los treinta años primeros de un siglo pertenezcan al anterior se ha cumplido siempre. 1931. Ha terminado el siglo XIX.

Los «intelectuales» y «técnicos» de la Dictadura —quintaesencia del caciquismo—, la podredumbre y el aldeanismo, la desdichada nobleza (eso que han dado en llamar nobleza), la burguesía envanecida del nuevo rico de las posguerra, apologista de los monopolios, irrespetuosos para todo cuanto trabajo e inteligencia significara, se han opuesto por todos los medios a que una nueva España se implantara. Y se atropelló, encarceló, coaccionó arbitrariamente a los que de una u otra forma —cada cual como sabía y podía— enarbolaban una bandera que decía solamente: Libertad. Imprescindible chiste zafío era el condimento con que se nos obsequiaba burlonamente. Mi firma escandalizó más de una vez a más de una señora y un caballero. Pero de pleitos ajenos, ni a nadie le interesa y me parece ridículo escribir.

Por lo que respecta a los señores censores, creo una maldad envanecerse con los desgloriados.

España ha entrado en la mejor categoría de naciones europeas. Nos han oxigenado la atmósfera, antes malsana. Solidificar el régimen nos interesa primero; rechazar enérgicamente cuanto intente y quiera detentarle será la primordial faena. Reprimir fuertemente; la pena del Talión nunca. Justicia y serenidad antes que nada. Frente a esa nobleza que no acompaña a su rey y a un clero que no pide clemencia usando de su ascendiente e influjo sobre unas personas cuando el asesinato de Jaca, querríamos que se devolviese dignidad, por mal; guantes cristianos a rostros fariseos.

Alborozadamente anunciamos que la vieja España ha muerto. La República no será ni una panacea ni el «non plus ultra». Cuando se consolide, veremos incluso sus defectos; no los de ella en sí, que como institución es más racional y justa que la Monarquía, si no los de sus hombres que, como humanos, los tendrán. Por lo pronto, contamos en ella a un grupo de selectos y rodeándola y sosteniéndola a los que restan. Nuestros fervientes votos para que acierten. Y en la mayoría ahora, como antes en las barricadas y fuera de aquella ley que no lo era, en el lugar más mínimo estaremos en nuestro puesto. Que no es el de los nobles, ni de los ricos, ni de los poderosos.

Queremos erigir un nuevo Estado. Mi lugar es el de una muchacha que no puede salir de casa sin licencia de su padre, y que en el caso peregrino de tener caudal para adquirir un palacio no lo podrá comprar tampoco, sin la licencia de su padre.

#### **42. «Lo que no puede olvidarse», *Adelante*, Teruel, 30 de abril de 1931.**

En un discurso pronunciado ha ya tiempo en Teruel por el secretario del Sindicato Nacional Ferroviario, Trifón Gómez, surgió una voz del público que contestaba a una pregunta del activo socialista: «¿Por qué no os asociáis?», dijo el orador, y la voz interrumpió: «¡Por miedo!»

Por miedo... He aquí unas palabras que etiquetan muchas cosas. He aquí unas palabras que el clericalismo explota; y tan poderoso es este factor del miedo, que las derechas han conseguido crear, entre la gente timorata e indocta desde luego, un gran pavor con varios «timos», inventados al efecto, entre ellos el tan recurrido del «comunismo». Y, ¡Poderoso instinto conservador del pueblo español!, personas que

nada tienen que conservar tiemblan ante la «avalancha» soviética. Más de un pobretón he visto asustarse frente al «oro de Moscú».

Nosotros no podemos tachar al pueblo español ciertamente de timorato; pero sí afirmar que en el sentido de valentía y decisión le falta mucho por hacer. Refiriéndonos a una realidad tan desnuda como la suerte de los obreros (no olvidéis, camaradas, que nosotros, los obreros de la pluma, tampoco dormimos «en un lecho de rosas»), que constituye acaso la realidad más grave del país... ¡Cuánto abandono y «ceguedad» en torno a este problema! Sabemos, sí, y luchamos por una alteración de regímenes hoy estatificados; pero mientras se espera lograrlo, en Andalucía hay hambre. Y no es posible vituperar a un hombre que en estas condiciones vende el voto.

No se quiere romper el actual «statu quo»; en esta empeñada lucha que libran la vanguardia de explotadores y explotados, es el culpable de muchas cosas. Saludamos al inmoral negociante, al viejo cacique, vamos a la iglesia, y una injusticia en torno, nos hace cerrar los ojos; por temor de ofrecer el pecho unas veces, avergonzados de nosotros mismos las más. Con solo el silencio, solidarizamos lo que propugnamos. Cuando la conciencia acusa, confiamos en la evolución, mientras a cada paso una injusticia salta a la vista, un abuso, un uso simplemente de la «ley» que han inventado los amos. Seguimos en leyes con los mismos códigos que en el medioevo tenían godos e hispano-romanos: de los pudientes es el derecho; de los miserables, el deber.

Muy bien los discursos; pero una florida metáfora no calma la tos de un pulmón desecho o el dolor de un estómago vacío. Aquellos en cuyas manos está el porvenir de una nación destruida, que no da más que pasos atrás desde el desastre del 98, tienen frente a sí, el panorama... Nuestro problema es previamente institucional, pero nuestro problema es más hondo. Hay que insistir, ahondar y no transigir nunca; «para que no se altere el orden público en España —ha dicho Ortega y Gasset— se renuncia a atacar ninguno de los problema vitales de ella». Enérgicamente y sin vacilar; precisa defender nuestras convicciones. En la hora de la liquidación, presentaremos nuestra cuenta, pero no olvidemos que seremos, también, futuros acreedores. Primero vivir, ha dicho el gran filósofo; pero primero tenemos que fabricarle vida a esta España sin pulso. Que nosotros que sabemos —lo he dicho varias veces— quienes son nuestros «cartagineses» no nos vayan a contestar con un «Delanda es Morarchiam».

#### **43. «La cigarrera», *En Marcha*, Santa Cruz de Tenerife, 1 de mayo de 1931.**

Me han encargado los compañeros de la Federación Obrera una exaltación a vosotras, amigas que hacéis cigarros. Ahora bien, yo no quiero haceros una exaltación.

Una exaltación os la podría hacer un caballero de esos rumbosos y galantes; uno de esos caballeros de los que antaño organizaban homenajes a la mujer por el hecho de ser bella, de ser madre y de ser no sé cuántas cosas más. Porque nosotras, por haber sido siempre muchas cosas, no hemos sido nunca nada.

Homenajes a la mujer que es bella, madre o novia, etc. se acostumbran a hacer... Pero homenajes a la mujer que trabaja no son frecuentes. Y es que madres o novias sólo podemos ser nosotras, las mujeres, pero trabajar, sí que podemos todos. Y he aquí la cuestión; como en el trabajo la competencia es grande nuestro asunto se arregla así: La mujer no trabaja sino para comprarse «perifollos». Este es el raciocinar de alguna mentalidad inglesa con respecto al trabajo femenino. Pero nosotras, nosotras sabemos que la de los «perifollos» es una mala pasada que nos quieren jugar... «Perifollos» tú, muchacha cigarrera que te llamas Carmen, Lola o Rosario, que tienes hermanillos, que no tienes padre, que teniendo hijos, no tienes ahora o no has tenido nunca marido... ¡Tú debes comprarte muchos «perifollos» e ir al Quisisana a tomar el

té! Cuanto podríamos escribir de esto, amigas cigarreras; pero quedamos en que no queriendo, tengo que hacer una exaltación.

¿Por qué no quiero hacer una exaltación? No sé si es porque hacéis cigarrillos y al tabaco le tengo yo odio a muerte o porque entiendo que la época de las exaltaciones ya pasó. De esas exaltaciones de antiguo régimen que os contaré como se hacían.

Se evocaban las Musas; se recitaban versos; discursos... Fulanita y Menganita de Tal lucían galas magníficas; se bailaba al final. La buena sociedad hacía una gran fiesta. Si él o la exaltado era de la buena sociedad todo quedaba en casa: Menganita estaba bellísima o don Fulano habló muy bien. Si él o la exaltado era de clase humilde (que dicen que es humilde) al día siguiente de la fiesta unas señoras se presentaban en un hogar, trayendo en sus manos enjoyadas unos billetes del banco ¡Hasta divirtiéndose hay quien os humille, amigos y amigas que trabajáis y sufrís!

Por eso yo no quería hacer una exaltación alguna. No os hace falta. Por lo que a mí se refiera, tened la seguridad de que no soy una niña que escribe por (sport) o porque esté de moda. Ni que quiero hacer un bonito artículo para que me aplaudan. Yo en esta faena del periodismo no he recibido acaso más que «silbos». Pero dejemos esto.

El trabajo como primera obligación humana entiendo que no se debería exaltar. Pero me detengo junto a vosotras, junto a ti, Carmen, Lola, Rosario, con tabaco en las manos; haciendo cigarrillos, confeccionando «puros», esos caros tabacos que fumarán unos señores gruesos dueños de unos automóviles que no hacen ruido. Haciendo otros cigarrillos más modestos, que fumarán tu padre o tu novio, que fuman todos los obreros vestidos de claro y que viajan en tranvía. Tabaco... embotado tu olfato, aprisionada por la nicotina, con la perspectiva de una enfermedad, del Hospital acaso, de una camita blanca, de una Hermanita que reza mucho y lleva en las manos una taza pequeña. Muchacha cigarrera, Carmen, Lola o Rosario... ¡Qué grande exaltación, que te mereces tú!

Pero una exaltación básica para emprender una batalla; no una exaltación que termine en un baile de la buena sociedad; una batalla que te redima, una batalla que emprendas con la frente alta, con la dignidad del que exige, no una limosna —que denigra a todos— si no un derecho. Una cuenta que a tiempo te adeudan. Muchacha cigarrera: aprende, si es que tienes tiempo; desconfía de los «señoritos» y ponte en guardia. Si la burguesía y la nobleza quieren castas y clases, no te salgas de la tuya; has de ella una falange, la falange del Sindicato o de la Asociación. Cumple, pero exige. Tu derecho, Carmen, Lola o Rosario, sin descansar, muchacha, que allá en lontananza ondea lejana, pero ondea la bandera de la Libertad.

#### **44. DE LUCHAS CANARIAS. «La lucha de la media montaña», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 6 de mayo de 1931.**

Vemos de tarde en tarde, los aficionados a la lucha canaria, cómo este admirado deporte recorre un zigzag a través del tiempo. A veces, el entusiasmo crece, y las escuelas alcanzan considerable lozanía; otras, el deporte tiene apariencias de no existir; el entusiasmo decae y los «virtuosos» apenas sobresalen.

En torno a la lucha canaria, como en torno a nuestro regionalismo, hay una divergencia de opiniones considerable. Para algunos, los valores canarios no son autóctonos, sino importados. Nuestra tradición —se ha dicho— es netamente española. La raza aborígen casi desaparece y, al mezclarse con la invasora, por ser ésta la más fuerte y culta, se apodera en su totalidad de ella; la absorbe por completo, no dejando de la insular más que algunos vestigios.

El parecer de algunos es que es oriunda de las islas; se recuerda que al luchar los guanches se untaban el cuerpo de grasa para conseguir ventaja sobre el adversario.

Más, lo cierto es que ni Viana, Viera y Clavijo y Núñez de la Peña consignan nada concreto ni que nos sirva de fundamento para afirmar tal creencia.

Alguna opinión, tan prestigiosa en materia de luchas como la de don Emilio Rivero (que prepara un libro sobre esta sugestiva materia) sustenta la creencia de que la lucha canaria es de origen leonés.

Sea lo que fuera —ya se pondrán de acuerdo los especializados— nuestra lucha canaria se ha venido llamando, y, originario o no del país, nosotros vemos en sus modalidades rasgos profundos del alma de nuestro pueblo. La lucha canaria, por su nobleza, por la astucia que incluso requiere y más aún por lo calculado y lento a veces de los movimientos, nos hace ver en ella la cazurrería de nuestro campesino; en la inclinación de los cuerpos un isleñismo reconcentrado. Y la expresión de ese típico «garabato» que es nuestro «mago».

La prensa insular nos anuncia próximamente —el 10 del corriente— un encuentro que titula «mago y sensacional»; se trata de conmemorar el aniversario de la lucha llamada de la «Media Montaña», denominada así por haberse verificado en el lugar de este nombre, en el Sur de la Isla, donde un accidente geográfico afecta la indicada forma.

La afición por la lucha era en 1847 enorme. La división entre Norte y Sur era patente. El Norte más civilizado, contendía con el rudo y aislado Sur. Pero la rusticidad que ha sido amiga del vigor físico, había de jugar a los del Norte una mala pasada.

Mañanita del 19 de octubre. El cielo azul de Canarias hacía acto de magnífica presencia. Un azul que se iba intensificando con la salida del sol.

En la «Media Montaña» están destilando humanidad, revolviéndose en el llano, como toros bravos, Pancho Melián, Manuel Llanos y sus compañeros que han venido de Tegueste. De la soleada y marina Punta del Hidalgo ha llegado un luchador. Un luchador que haciendo honor a su pueblo esencialmente costero y marítimo se llama «Pejeverde». De los del Valle de Guerra el más galán es Juan Pablo. El luchador que sobresale en la Esperanza no puede tener un nombre tan sugestivo como «Pejeverde». Se llama el esperancero «El Ovejero».

Han desembarcado los Pérez y los Morrillos. De Güímar están «El Correista», «Cartaya» y los «Cruz» principalmente.

Y comienza, con la salida del sol, el gran encuentro; caen y se levantan los mozos. Cada hora se presenta más reñida la lid. Los del Norte parecen que ganan puestos. «El Correista» y «Pejeverde» luchan como quienes son.

Y algún luchador orgulloso de su barba y de su bigotazo, tiene que hacer a las tijeras su mayor ofrenda y sacrificio. Sin rasurar serían conocidos... Y rasurados vuelven al terrero; allí han de tirar a doce o quince más.

Pero el sol no quiere ya más cuentas con la «Media Montaña». Las sombras de la noche amenazan ocultarlo todo. Los del Norte ven, desesperanzados, ir hacia los adversarios la diosa del juego y la fortuna...

Y erguido, perfilando su arrogante figura en la penumbra, retadores sus ojos, un luchador del Sur cruza los brazos, mira el terrero desierto, después hacia el mar. Lleva puesta la mejor «banda del Sur». Ha sido el vencedor.

¿Su nombre?... Un canario. Pedro o Juan. No hace al caso. Es del Sur y ha vencido. Un canario fuerte, viril. Un representante de isleñismo cuya victoria recordaremos siempre los antiguos aficionados del gran deporte. Que iremos el 10 de mayo a la Plaza de Toros de Santa Cruz de Tenerife a ver frente a frente, como vieron otros antaño, Norte y Sur. Para aplaudir entusiasmados al que se adueñe del terrero, hoy igual que ayer; a un luchador canario que sea el representante del deporte y al mismo tiempo de la más sana y viril de las tradiciones. (Antonio de Viana)

**45. «Mariana Pineda», Proa, Santa Cruz de Tenerife, 23 de mayo de 1931. Publicado también en *Rebeldías*, de Utiel (Valencia), del 13 de junio de 1931.**

«En el centenario de su asesinato 1831-1931». El nueve de octubre del año de gracia 1824, el serenísimo Rey y Señor de España, firma un Real Decreto de cuyo artículo XI son estas palabras que lo integran: «Los que usen de las voces alarmistas y subversivas de ¡Viva Riego!, ¡Viva la Constitución!, ¡Mueran los franceses!, ¡Mueran los frailes!, ¡Mueran los tiranos!, ¡Viva la Libertad!, deben estar sujetos a la pena de muerte».

Por no cumplir este Decreto y gritar «¡Viva la Constitución!», murió a garrote vil en Valencia don Simeón Alfaro, que estaba, al gritar, un poco ebrio. Cerca de seis mil personas —escribe mi ilustre paisano del siglo XIX, Villalba Hervás— perdieron su vida en el cadalso. Veamos ahora quien era una de estas seis mil personas.

---

Marianita había recibido una esmerada educación: don José Pineda se había encargado de ella. El caballero era hermano de su padre, el capitán de navíos Mariano Pineda Ramírez, guatemalteco y descendiente de una noble familia granadina.

La niña queda huérfana a los quince años; el primero de septiembre de 1804, reinando el magnífico Carlos IV, de la ilustre familia de los Borbones, vio la luz de Granada. Poco más de quince años tenía la niña —niña morena, andaluza de un romance de García Lorca— cuando casó con Manuel Peralta Valte, de Huéscar, joven como ella y muy adicto a las funestas ideas liberales. Pero a los tres años de un muy feliz matrimonio, del que nacen dos hijos, queda viuda la señora.

«España —dice el Señor Fernando VII— es una botella de cerveza y yo soy el tapón». El Duque de Angulema, al frente de los «cien mil hijos de San Luis»— hermosa dádiva de la celosa Inglaterra— adviene a España destrozando a su paso el Monasterio de San Juan de los Reyes en Toledo y el Alcázar; en Madrid es recibido con entusiasmo por los realistas. «Aquellas tropas que habían venido a representar los acuerdos absolutistas de la *Santa Alianza* —escribe José Nákens— acabaron por parecer liberales y ponerse al servicio de la libertad, ante los furores de los imbéciles absolutistas». Alcalá Galiano dice que el rey está demente; no puede menos que estar demente el serenísimo Señor; es irresponsable —¿verdad, don Antonio?— como lo fue el señor Silvela del desastre del 98 —¿verdad Castelar?— Nadie puede ser en España responsable de nada; el destino, la Providencia...

El noble Duque inglés, viendo tanto extravío, tiene que marchar avergonzado a su país. Está aquí «la partida de la porra»; él «Ángel Exterminador»; las «Junta de Fe»; el padre Carrillo; el Excelentísimo Señor don Tadeo Calomarde, por cuya sugerencia sufragaron los señores obispos los baños de don Fernando no se pudo costear por deficiencia económica, y menos mal que la Lotería le tocaba siempre al afortunado Monarca... ¿Para qué, pues, los extranjeros, si hay aquí veladores de la integridad del reino del Deseado?

Rige Cataluña el Conde de España; una amnistía que no alcanza a nadie, se publica, y los «castigos ejemplares» comienzan.

Riego ha sido fusilado el 7 de noviembre de 1823.

Doña Mariana Pineda protege a los liberales. La educación que recibió y las ideas del que fue su esposo, se han infiltrado en ella formando parte integrante de su ser. Entre los favorecidos estaban, su tío el presbítero Pedro de la Serrana y su primo don Fernando Álvarez de Sotomayor. Los caballeros son perseguidos y Mariana les da en su casa hospitalidad. Álvarez de Sotomayor se alzó con Riego en 1820, proclamando la

Constitución, y está condenado por ello a muerte. Preso en el calabozo. ¿Está enamorada de él Mariana Pineda?... El poeta del «Romancero Gitano» lo supone así. La ingeniosa señora, con ayuda de la viuda de un ajusticiado político y una cómica, le envía a su primo barbas y disfraz de capuchino. Así entra Sotomayor, evadido, en casa de Mariana. Y puede marcharse de Granada.

Pero la voz ha corrido por la ciudad; ha entrado en los anchos zaguanes, suena en toda Granada: Mariana Pineda está relacionada con Torrijos y los de Gibraltar; su casa es asilo de rebeldes. Casa tenebrosa es la de la señora.

Hasta la intentona de Mina en la frontera vasco-navarra y los planes de Torrijos, Manzanares y los marinos de la isla de León, pudo librarse de aparecer comprometida.

La bandera morada que dice «Ley, Libertad, Igualdad» —horrible bandera subversiva— la confeccionan los dedos primorosos de Mariana con ayuda de otras compañeras.

La presencia de la bandera es también sentida en Granada; su color, trasunto de violeta, está en la retina de los granadinos; y, un paisano que delató a su propio hijo, así lo comunica al digno Alcalde del Crimen y Subdelegado de la Policía, don Ramón Pedrosa, que, por cierto, había querido amores a la señora viuda de Manuel Peralta.

Se registra la casa de Mariana, pero la bandera no está allí; la bandera es encontrada —dicen— en el piso que habita doña Úrsula de la Presa, viuda del tutor de Marianita, José de Mesa.

Y la dama granadina que ha bordado la bandera morada de la Libertad, comienza desde aquel día su calvario, se la recluye en su casa; sufre desventuras sin cuento; enferma gravemente y en tal estado es conducida al Beaterio de Santa María Egipcíaca. De allí es llevada la joven señora a la cárcel. El pintor J. Lozano tiene un cuadro donde plastifica la despedida de Mariana de las monjitas del Beaterio. Un rayo de luz lateral ilumina la bella faz de la dama. Aquel rayo ha de brillar el día de su muerte; ha de brillar, también, el día de gloria que llegará [ilegible].

#### **46. PARECERES. «Un alto en la marcha y ¡adelante!», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 25 de mayo de 1931.**

La inquietud del primer instante ha tomado incremento en nuestro ser. De inquietud ha pasado a duda. De duda pasa ahora a afirmación. Aquí mismo, en estas columnas, anunciamos que a la República le veríamos sus defectos. Aquellos días la saludamos con serenidad y confianza. El día de gloria que llegaba nos hizo proceder así; pero...

Los días de gloria no entienden de matices; cuando oímos gritar a los oprimidos, embriagados de triunfo ante las caras hoscas, un «¡Viva la Libertad!», que sonaba como un clarín, y enarbolar la bandera morada, la bandera que una joven señora granadina bordara y por lo cual fue ajusticiada hace ahora precisamente un siglo, un entusiasmo sereno y una fe en las promesas, nos hizo alborozadamente, pensar que había muerto en definitiva el viejo Estado y que los tiempos se oreaban con brisas nuevas.

Pero los tinglados de la vieja farsa se construyen de nuevo. Los detritus de la antigua gente de orden, los ex amigos (¿ex amigos?) del señor Borbón, los caciques con gorro frigio y los republicanos, en suma, del día 14, integran la derecha del actual régimen. Y el nuevo Estado que se va a erigir en las Constituyentes quedará como un proyecto futuro para cuando un Quijote sablee a todos los «Maese Pedro» que, al fin de cuentas, no son más que los Ginesillos de Pasamonte de antaño.

La República ha venido con orden, se decía en un principio; La república, lo que ha llegado es demasiado tarde. España, que marcha siempre con medio siglo de atraso, hace ahora, en 1931, poco más o menos, una revolución de tipo viejo régimen europeo. Y descoronar la Monarquía no podía costar efusión de mucha sangre (conste que alguna ha costado) porque la Monarquía se había descoronado ya ya tiempo y habían sido los mismos monárquicos quienes ayudaban y ansiaban, incluso, darle el golpe de gracia. Una modesta revolución política (cepillar la Monarquía y ponerle gorro frigio con cambio de Gabinete) no podría costar en su día muchas víctimas, porque a semejanza del molar que se tambalea en la mandíbula, sale sin sangre en el momento de la extracción.

No tenemos inconveniente en signar, por nuestra parte, una desesperanza, acaso una defraudación.

¿Es esta la evolución que España —la «España vital» de José Ortega y Gasset— ansiaba? ¿Son estos hombres del Gobierno, los hombres que lloraron con lágrimas de sangre las derrotas de Cavite y Santiago de Cuba? ¿Es esta la plastificación del ideal de los hombres del 98?... «Y primero —escribe Azorín, angustiado— fue la francachela de los cargos; después el caso inaudito de nepotismo... la obcecación en asistir a comidas infortunadas»...

Al mes apenas del advenimiento de la República, el señor presidente cena o almuerza con Mello Barreto, el amigo de Martínez Anido; pregona a todos los vientos la de sobra sabida escena de su asistencia a misa después de ingresar en la cárcel. ¿Tan extraño le parece a Alcalá Zamora el ir a misa, cuando tan y tanto lo pregona? Que no nos hablen, por Dios, del nuevo Estado, ¡Vamos hombre!...

Satisfacción. Cumplir programas. Llenar ideales... ¿Si? El domingo, día 10 de mayo, el pueblo demostró ser más republicano que la constituida República. Más papistas que el Papa. Y cuando un pueblo da la norma a un Gobierno, que ha traído con él la República, pero que ha ahogado la Revolución, pueden ocurrir dos cosas: O que el Gobierno no escuche al pueblo, en cuyo caso no es ya su mandatario, sino que gobierna exigido en dictadura, sobre la cual se ha dicho y escrito todo, o que deje paso u oiga a una conciencia que irrumpe ansiante y fervorosa; que educada entre incienso y tercerolas, no enarbola románticamente el mito morado de santo y seña; sino que, al gritar triunfadora «¡Viva la Libertad!», el grito se consiga en efecto, y el solar se fabrique con nuevos obreros y, sobre todo, con nuevos cimientos.

#### **47. TAMBIÉN EN TENERIFE. «La cruzada contra el caciquismo», *Crisol*, Madrid, 28 de mayo de 1931.**

Hasta en los más apartados rincones de España sienten los buenos republicanos el temor que tantas veces hemos denunciado en nuestras columnas: la supervivencia del caciquismo y la infiltración de las más torpes [ilegible] del régimen caído.

He aquí parte de unas cuartillas de una distinguida escritora, que más nos [ilegible] vigorosamente el panorama político tinerfeño. Doloroso es el cuadro. Pero aún es más dolorosa la reflexión que nos sugiere: se quiere que toda España sea Tenerife.

\*

El egregio grito de don José Ortega y Gasset a las provincias, desde Segovia, fue oído por mágico altavoz en toda España. En la España vital, que ansiaba ha ya tiempo el nuevo Estado liberador. La República significaba para sus fervorosos, antes del día 12, la oposición al entonces actual estado de cosas. Significaba una ascensional

evasión de la atmósfera putrefacta, maloliente, que despedía el organismo de la monarquía mezclado con un penetrante olor a incienso.

La esperanza de la triste España del 98, iba a florecer en un Gobierno cuajado de promesas. El fin de siglo, saturado de negruras y presidido por la honda melancolía que produjo a la juventud la derrota de Cavite y Santiago de Cuba; por ver marchar, diremos con Antonio Machado, a «un siglo que, vencido, sin gloria se alejaba», echaba al vuelo las alegres campanas: Ha fenecido la España «oficial» de las oficinas burocráticas, de las cárceles de provincias anexas a la Escuelita Nacional. El cacique del villorrio, el secretario, el cura del lugar no daría más mítines políticos. Y el «alba que entrar quería» se trocaba en luz cenital.

Pero la ciudad no ha entendido el problema del campo. Y el Gobierno de la República no se ha detenido mucho en él. Y mientras en las capitales el nuevo Estado ha llegado, el campo espera aún su presencia.

Los caciques rurales del Tenerife, los amparadores de criminales, verdugos del obrero, coaccionadores, enemigos de la Escuela, elementos integrantes del antiguo régimen que compuso la farsa Cánovas-Sagasta autorizada por la Constitución del 76, han formado la derecha republicana y son los amigos incondicionales del señor Alcalá Zamora. Y mientras la España juvenil trabajaba como sabía y podía en la Prensa, soportando una aldeana censura, cuando no un proceso; en la tribuna, en las urnas más tarde, esta España juvenil (que excluye toda edad), que laboraba y sufría con un dolor que era una protesta y una confianza, de que sus esfuerzos han resultado vanos. Los caciques gobiernan el agro. Y el agro es la mayoría de España.

El pueblo no votó en las urnas la salida de España de un señor Borbón, que, al fin de cuentas, no era más que un exponente de un Estado indigno y desdichado. El pueblo votó, en el campo especialmente, la ausencia del cacique que representaba la injusticia y la eterna «old Spain».

Las derechas republicanas acogen en su seno a todos los detritus de la monarquía, del caciquismo y de la desvergüenza nacional. El tinglado de la vieja farsa se organiza. Derechas e izquierdas. Cánovas y Sagasta. La España vieja y «oficial» continúa en su puesto.

Si hubiera pasado siquiera dos años no nos extrañaría que las derechas se organizaran dentro de la República, con su programa conservador o moderante. Pero el grave y pavoroso problema es que cuando se va a erigir un nuevo Estado, y las Constituyentes se aproximan, van a ir a ellas gentes que representan la estultez de antes. Gentes que no votarán más que una monarquía sin corona.

Y el Estado nuevo no se erigirá, ni se hará una Constitución que tiene razón para ser la mejor de Europa. Ni los problemas se afrontarán con valentía.

Mientras, en el campo los caciques de la derecha republicana, que eran monárquicos cuando mandaba la Monarquía, y republicanos ahora que manda la República, seguirán cometiendo las mismas fechorías.

#### **48. DE TACORONTE. «La constitución de un nuevo partido político», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 30 de mayo de 1931.**

Sorprendidos, y al propio tiempo sonriendo de esta nueva modalidad «frigia», hemos leído en estas mismas columnas que en Tacoronte se ha constituido un «nuevo partido político» por «destacados jóvenes de la localidad».

Quien conozca a Tacoronte y haya leído los nombres del Comité organizador no podrá menos que hacer un travieso guiño a lo Romanones. En Tacoronte, antes del día 14, había dos partidos: el tradicional, acaudillado por el señor Domínguez Ramos y el republicano que lo integraban gentes trabajadoras y personas opuestas al caciquismo



añejo del citado veterano político. Los republicanos, además de la República, votaron en Tacoronte la ausencia del funesto caciquismo, amparador de todos los atropellos y desmanes. Antes del día catorce los caciques y muchos de los que integran «el nuevo partido» votaron la monarquía y por añadidura, se reían de los republicanos. Para ser republicano en este pueblo había que tener valentía; los «amos» amenazaban con perjudicar a los que no se les sometieran.

Pero al advenimiento de la República, el tinglado se deshizo. Los caciques vieron que el Ayuntamiento y el mando no les iba a pertenecer. Y he aquí la idea salvadora:

Un señor —amigo Domingo Pérez Trujillo—, un señor «republicano de ayer, pero de un republicanismo personal, egolátrico, que no ha podido hallar encaje aun en ninguno de los matices republicanos históricos», funda un partido de su invención. Un partido original, que no existe en el panorama de la política hispana, sino que no nos dice más que personalismo y ansias de ganar el acta sea como sea, y por los medios que sean; en este partido tiene cabida todo el cacique: El de Tacoronte, el de la Orotava, en fin, todos los que se «apunten».

Y los caciques de Tacoronte, vieron los cielos abiertos. Ellos mismos no formarían el partido —esto significa algo de austeridad política— pero mandarían a los amigos y parientes, a los «muchachos». Y todo seguirá igual. En Tacoronte, antes del día 14 había dos partidos. Ahora no hay tres, sino los mismos: el republicano y ese graciosamente llamado «Republicano Social». Se llama «Republicano», para estar con los caciques; se denomina «Social» para embaucar a los obreros. Y todos tan contentos.

Las personas que integran el Comité son muy dignas, dignísimas como personas, pero como políticos altamente sospechosos. Helas aquí: el señor Sánchez Pérez, monárquico hasta el día 14. Capitán, además de Milicia, por lo que es extraño, que intervenga activamente en política. Don Valeriano Pérez, monárquico hasta el día 14 y conocido cacique. Don Manuel Dorta Acosta, don Lázaro Álvarez y don Pedro Domínguez, jóvenes muy estimables y simpáticos, pero parientes de conocidísimos caciques. Don Gustavo Castro, don Abraham Lara, y don Ángel Pérez, todos muy respetables, pero significados amigos de los señores caciques del pueblo. En cuanto a don Luis Alonso nos aseguran que han consignado su nombre sin previo consentimiento suyo. Nos interesaría confirmar la noticia.

¿Qué racha de pureza política ha entrado a estos señores, que votaron en contra de la República el día 14? Si son «republicanos», ¿por qué no se afilian al Comité Local? Si son socialistas, ¿por qué no se afilian al Partido Socialista constituido? ¿Cómo pueden ser republicanos, los que votaron en contra de la República el día 14? ¿Cómo pueden ser socialistas, los que toda su vida han explotado al obrero y no han implantado en sus campos la jornada de ocho horas?

A nosotros nos parece muy bien, que las derechas se organicen dentro de la República con su programa moderador. Pero es de decencia dejar pasar algún tiempo. Y sobre todo, resulta chistoso, que gentes que han administrado los intereses del pueblo de forma pésima y perjudicial, quieran ir al mes de votar en contra de la República al Municipio en carácter de «Republicanos-sociales» nada menos. Es como para reírse.

No defienden más que el asqueroso caciquismo de siempre. Son los «frigios». Esa plaga de langosta caciquil que nos asfixia. Y al propio tiempo que defienden su mando, amparan y protegen el acta de un señor que está detrás del telón y con antifaz.

(Delfruto)

**49. DEL ATLÁNTICO AL MEDITERRÁNEO. «Carta abierta a un amigo», *Libertad*, Castellón, 2 de junio de 1931.**

Hemos sufrido, amigo un alto en la marcha; nosotros, que queríamos erigir un nuevo Estado. Nos hemos contentado con cepillar un poco el viejo y ponerle gorro frigio... Pero quisiera, amigo, que esta carta no le pareciera a usted una defraudación.

Las heridas de España no se curan con vaselina, amigo mío. Cree usted que un Estado que está en descomposición desde... ¿desde cuándo? Ponga la última fecha en la que terminó el derrumbe, el 98. Desde esta fecha acá el organismo ha estado putrefacto y no se ha percibido en la Nación más que, como en la Dinamarca de Hamlet, un olor a podrido mezclado con un poco de incienso.

Los hombres del gobierno ¿qué hacen los hombres del gobierno?, me pregunta usted, pues los hombres del gobierno están tratando de respetar una ley para cuya anulación nos dijeron que se levantaban en revolución. ¿Revolución? Cambio de ministerio.

Las derechas, los señores del orden, el elegante y parisien señor Alba, los amigos del señor Borbón, irán a las Constituyentes. Natural. No hay razón para que no vayan. Pero es que —me interrumpe usted— vamos a erigir el nuevo Estado ¿y cómo se va a erigir con elementos del viejo?

Van de elementos moderadores. Los amigos del señor Alcalá Zamora y del señor Maura, es posible que organicen un Estado social-comunista. Y bien están los radicalismos, pero si dejan solos al señor Maura y al señor Alcalá son capaces de cumplir el programa del anarquista de Tarrasa. (Supongo que recordará el chiste del señor Cambó).

España necesita una reforma profunda. Necesita una organización de la cultura y la creación de la Universidad. De la Universidad como rectora de la cultura nacional. Una organización administrativa, burocrática, gubernamental, agrícola... Un perfil y un dintorno distintos. El jefe del Gobierno es el señor Alcalá Zamora: un caballero que repite a menudo y para no asustar a las derechas sin duda, la frasecita anecdótica de su asistencia a Misa y que banquetea con diplomáticos de la Dictadura. ¡Vamos, hombre!

Pues este es el gobierno que ha venido a erigir el nuevo Estado... de cosas.

Deje usted esas ansias de renovación para otros tiempos, amigo. Aquí en España da gusto ser revolucionario. Póngase un lacito tricolor; oiga Misa entera todos los domingos y coma con algún amigo de Martínez Anido; ya tiene usted un revolucionario. Un republicano. Da gusto serlo así. Por eso no le extrañe que en España todos los seamos, y que a todos nos purifique el Jordán. Y no acoja con reservas la noticia de que el señor Borbón y sus amigos van a ingresar en la derecha republicana, nuevo y revolucionario partido que acaudilla el revolucionario caballero don Niceto Alcalá Zamora.

**50. DEL ATLÁNTICO AL MEDITERRÁNEO. «El ideal comunista», *Libertad*, Castellón, 3 de junio de 1931. Reproducido en *Proa*, Santa Cruz de Tenerife, del 20 de junio de 1931.**

No puede un gobierno, por mucho que lo intente, ahogar trayectorias políticas opuestas a las que él define. Ni la más férrea oposición, que se traduce para el enemigo en censura de Prensa, cárcel, destierro, fusilamiento, etc., pueden jamás apagar ideales que se recrudecen en adversidades, por muy desdichadas que éstas sean. Credos políticos, hijos del tiempo, que se nutren en ansias de mejoramiento, no se estrangulan con fuerte dogal; lejos de ello, se avivan.

En España, por ejemplo, el desdichado espadachín Miguel Primo de Rivera, quiso ahogar con el más aldeano absolutismo, que su comparsa el señor Borbón le

autorizara; puesta su dura mano sobre la espita, una libertad que suspiraban los ciudadanos. La más analfabeta censura imposibilitó toda pluma de su ejercicio. Y se tenía que burlar al lápiz rojo con la metáfora, en las que el censor no fue muy ducho, y en los trampolines que se tendían cómicamente al poder. Recordemos, por no citar más, aquel anuncio injuriador de Primo, que apareció en algunas ediciones de la ingenua Prensa Gráfica y el famoso acróstico del soneto al dictador, que una «muchacha de quince años» le dedicara, sorprendiendo la ingenuidad del señor Delgado Barreto, claro varón de Canarias.

La libertad y la ciudadanía españolas se iban acrecentando y avivando con estos desplantes dictatoriales: tarde o temprano la dignidad cívica herida, había de contestar con un zarpazo, y la República española irrumpió esplendorosa, porque ya las provincias se pusieron un domingo en pie.

He querido traer el ejemplo hasta aquí, para señalar la táctica que todo gobierno debiera seguir con la oposición. Y esa táctica no es precisamente la fuerza.

El partido o el ideal comunista, existe en algunas conciencias españolas. No lo digamos en voz baja, como se hablaba espantado, en secreto, en la Edad Media, de un poseído de Satán. No. El comunismo existe, es una doctrina, un hecho; en España, cuenta con su fracción, pequeña, pero fracción al fin.

Esto es lo que no ha mirado serenamente —es incapaz de ello— la derecha española; antes de la República, el trogloditismo pretendía asustarnos con el «coco timo» comunista. Nosotros, naturalmente, sabíamos a que atenernos; en el órgano trotskista, «La Batalla», habíamos leído; «la realidad, la triste y brutal realidad, es esta: de hecho, el partido comunista no existe... «Lo que existe no es un partido, sino una secta». En los comentarios del organizador del ejército rojo de la revolución de Jaca: «Por desdicha, las filas comunistas son poco numerosas y están desunidas. No poseen un programa de acción claro y reconocido por todos». Y unas palabras de Marcelino Domingo «el bolchevismo no tiene en España, caudillos, ni masas, ni ambiente». Todo ello nos muestra, pues, que era el fantasma con que las derechas querían atemorizar a los que ansiaban la República. Un fantasma, sí. Un timo.

Ahora bien, nosotros no queremos alegar con esto, que la realidad comunista sea un hecho y que en España el comunismo brille por su ausencia. Los problemas no se resuelven eludiéndolos, sino yendo serenamente y con buena voluntad a su encuentro. El partido comunista, pues, es un partido incipiente, un germen, pero un anhelo, si es que se rehúye llamarle partido.

El fantasma de las derechas huyó de los que conocíamos su disfraz, pero anidó en muchos corazones. Los sencillos saben ya que la República no es el caos, pero piensa, aterrados, que el comunismo lo es.

Cuando se ha oído la discreta palabra de Miguel Maura, anunciando que tratará a los comunistas, no como a fieras, sino como a hombres, y las declaraciones de Lerroux respecto de Trotzki (otra cuestión es la negativa del gobierno a su entrada en España), más de una cerril protesta ha surgido. «Cuantas más concesiones se le hagan —escribe el *Noticiero de Zaragoza*— mayores serán sus exigencias. Como el sistema comunista es absurdo y tirano, lleva en sí el más terrible de los fracasos según ocurre en Rusia». ¡Señores!, creemos que es demasiado aventurado e indocto el escribir así. El fenómeno ruso merece un atento espectador. Nada más que un atento espectador. Dos corrientes nos llegan de allá. Una, positiva, que encumbra el comunismo a categoría de «panacea»; otra, fuertemente negativa, que ha propagado el capitalismo. Tanto es así, que no hace mucho [ilegible].

Frente a Rusia, pues, a fuer de ecuanímenes, hemos de adoptar un justo medio aristotélico. «Lo que ocurre allá —ha dicho el profesor Silva Herzog— es algo nuevo en

la Historia del mundo». Las etapas que señalara Marx para llegar al socialismo, etapas evolutivas, no las podía Rusia atravesar, porque era en 1914, el país menos apropiado para transformar su estructura económica: «necesitaba dar un salto mortal en la Historia».

Tres años de guerra la agotaron; se luchaba sin ideal. La guerra no satisfacía más ansia ideal que un imperialismo germano que los socialistas secundaron. He aquí el reproche de Trotzki. Adviene Kerensky, que sustituye al Zar; mas no firma la paz; entonces aparece un hombre. El apóstol: Lenin.

Un Gobierno no puede reprimir con la fuerza, ideales que sigan una doctrina de tanta trascendencia en la historia mundial como el comunismo. Un Gobierno que se precie de liberal y jurídico, naturalmente, como el nuestro, pongamos por caso. Por el solo hecho de organizar una manifestación, y publicar proclamas contra el imperialismo, se les apresa en México. «Abajo el Gobierno fascista de Ortiz Rubio», dicen, por ello no se les tolera más que en la cárcel.

En cambio, véase el ejemplo ocurrido en el pueblo de Zaragoza. El médico del lugar, al frente de cuarenta hombres, se incauta del Ayuntamiento y proclama la República comunista. El gobernador de la provincia antes de actuar por la fuerza, envía un delegado que convence al médico y entrega al fin, los documentos y la alcaldía. Ni un solo céntimo faltó en la caja municipal.

«¿Por qué esta Revolución rusa —escribe Guillermo Ferrero— se muestra tan ciegamente provocativa en sus esfuerzo de acelerar una regeneración universal de la que ni Rusia, ni el mundo entero sienten la menor necesidad?». No preguntaríamos nosotros tanto, la crisis del capitalismo es un hecho. El ansia de renovación social, acaso lo sea también.

El comunismo internacional se irrita cuando señalamos al «Comunismo» como un fenómeno ruso. Pero quizás responda el hecho un tanto, a la pregunta de Ferrero.

Este ideal existe en España, en minoría, pero existe; nosotros que nos preciamos de justos y liberales, no podemos menos que acoger con sumo agrado las palabras del que fue apologista de don Juan la Cierva, del maestro Azorín: «¿Qué vais a hacer con los comunistas en las próximas elecciones? ¿Cuál va a ser vuestra conducta, hombres del Gobierno, con partidarios de ese ideal, que es un noble ideal?».

#### **51. PARECERES. «Un libro de Valbuena Prat», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, del 5 de junio de 1931.** Publicado también en *Libertad*, Castellón, 12 de junio de 1931.

El catedrático de la Universidad de Barcelona que antes lo fuera de la de Canarias, ha publicado un manual de *Literatura dramática española*, volumen doble de la colección Labor. No quiero dejar pasar más tiempo sin dignar a mis lectores la notación de un libro tan interesante en el que el exquisito orden en la exposición, notas, citas, bibliografía, no hace ver en el autor un erudito selecto con la rara categoría —tan difícil— de lo ameno. (*Libertad*)

---

Me había parecido deshonesto, mientras la nación hervía —hiervo aún— en fiebre política, ocupar las columnas de este diario con líneas que al dinamismo social no se refirieran; pero no quiero dejar pasar más tiempo sin anotar ahora lo que podría perder actualidad en sentido editorial.

Con don Ángel Valbuena Prat, catedrático de nuestra Universidad y hoy la de Barcelona, tenemos aquí una deuda. Sus trabajos sobre la poesía canaria fueron labor en campo incultivado. Ellos han de ser punto de partida para los que le sucedan en la cuestión.

La generación nueva, especialmente, debe al presentador de Calderón mucho en Canarias; fue el animador de un grupo que aireó nuestro infestado campo con esencias distintas y por entonces, actuales. Valbuena representó en nuestra Universidad, además, el hombre culto, nuevo y comprensivo, frente al obtuso y pedante catedrático.

La obra que reseñamos es *Literatura dramática española*, volumen doble de la colección Labor. De paso quería indicar a nuestros librereros que conocen muy poco al libro, que de su otra reciente obra sobre la poesía nueva no hemos podido adquirir ejemplar. Lo económico del coste, junto a lo conocido de su autor, pudo haber tenido entre nosotros éxito de venta. Pero los librereros no saben serlo y si se exceptúa algún caso, (Librería Guimerá), mucho queda por hacer sobre la cuestión.

La historia de nuestro teatro la divide el autor en tres épocas: de iniciación, de apogeo y de descomposición. En la primera estudia (original e insuperable) lo que llama primitivos y prelopidistas; en la segunda, Lope, ciclo de Lope, y Calderón y su ciclo. En la tercera, los siglos XVIII y XIX, con sus ligeros apartados de teatro romántico y realista.

El exquisito orden en la exposición, notas, citas, bibliografía, no hace ver en el autor un erudito selecto con la rara categoría —tan difícil— de lo ameno. (*La Tarde*).

\*\*\*

Se remonta desde las representaciones medievales litúrgicas, «Teatro para ser representado bajo las naves de las catedrales románicas». Designa estas piezas primitivas con el nombre de «misterio». El Auto de los Reyes Mayos es la etapa inicial.

Analiza la obra dramática de Gómez Manrique, la representación del Nacimiento «que tiene todo el encanto del lienzo devoto de un prerrafaelista» y el género profano del autor.

Al detenerse con supremo cariño en la sugestiva figura «patriarca del teatro español», Juan del Encina, por vez primera, acaso, en los manuales de literatura, exponentes de una monotonía catedrática, trasunde papeletas y de listas de asistencia a clase, surge el amoroso cuidado de orfebre; el bisturí del cirujano artista que adentra en la entraña psicológica, vital, del personaje. En Juan del Encina ve Valbuena, al hombre; su vida influencia reflejados en su obra. Preliminar y autóctona modalidad salmantina de renacimiento español. La Roma renacentista de los cardenales rafaelianos que apresan al clérigo español. Y en la fase postrera, el triunfo de la fe (Jerusalén). Porque renacimiento no triunfa en el no en vano español; «la tierra bendita de Cristo nació» enajena a del Encina.

En el Auto de la Pasión de Lucas Fernández, el autor nos hace notar la fuerte impresión religiosa de la pieza dramática con el mismo vigor de una escultura de Hernández o Pedro de Mena, un recuerdo al maestro Unamuno, una cita al poeta Alberti. ¿Cuándo ha expresado la augusta seriedad de la Cátedra un espíritu tan culto y moderno —precisamente en un manual de literatura— como el del señor Valbuena? Hombre de profundos conocimientos artísticos y literarios, baraja toda clase de nombres antiguos y modernos; ilustra el drama primitivo con lienzos, tablas y obras de los pintores, escultores y artistas coetáneos. Con todo ello consigue presentar al lector no sólo el drama sino el arte y la vida de una época. La páginas dedicadas a «La Celestina», más que eruditas, son las páginas breves de un artista pulido a la obra del Bachiller Fernando de Rojas.

Analiza de Naharro situado entre el triunfo o del Renacimiento y la sátira prerreformista según expresión suya; con un estudio detenido del portugués Gil Vicente termina los primitivos.

Dos capítulos en sendos apartados dedica a los prelopidistas o precursores de Lope. Nombres como los de Timoneda y sobre todo Lope de Rueda son tratados — dentro de la índole del Manual— con el cariño que merecen, así como el de Juan de la Cueva. Termina los prelopidistas con la figura de Cervantes «nos encontramos con un drama de gran vitalidad y fuerza, al que ha perjudicado la extraordinaria fama del autor del *Quijote*, primer novelador y primer entremesistas de España.

En el capítulo a Lope, Valbuena trata la figura del «Fénix», no como la trataría un literato exclusivamente sino como psicólogo: ampliamente, como un ensayista. Para él, Lope, como para nosotros, es el índice de la vida española del siglo XVII, más aún es el «tipo raza», popular, mujeriego (tema de don Juan), religioso. La vida vencerá, que rompe las espigas de un ascetismo casticista para ahogarse al fin atormentado, en los labios de un crucifijo. En la vida de Lope, cree Valbuena que podría realizar un estudio el psicoanálisis. Respecto a su obra el autor, dentro siempre de los límites de un Manual, la trata con la extensión necesaria y aciertos originales y puntos de vistas nuevos.

Con el «tirsismo» (Menéndez Pelayo y la señora de los Ríos) Valbuena adopta poner las cosas en su lugar. Los grandes valores del teatro de Tirso, salvo *Don Juan*, no son suficientes para asignarles «un puesto más adecuado que el de Alarcón o Rojas». Al analizar *Don Juan* escribe, «*Don Juan*, para nosotros el símbolo y mito de la fuerza de la masculinidad (aunque hoy no falten opiniones opuestas), no ha encontrado todavía el autor que le defina completamente». Nuestra modesta opinión personal está con las del paréntesis.

En cuanto al problema del «Condenado por desconfiado», no se pronuncia por el mercedario.

En dos apartados divide el «Ciclo de Lope». Del Vélez de Guevara y Amescua, vistos con atención y cariño. En el deforme mejicano Alarcón ve respecto de su amabilidad un tipo de Young.

Valbuena, signador de una vuelta a Calderón, trata con inmensa predilección esta su preferida figura. Hace notar la antítesis vital entre él y Lope. Dinamismo, vértigo en el «Fénix»: reflexión, serenidad en el autor de «La vida es sueño».

Ha sido la nueva generación literaria y artística la que ha valorizado un aspecto integral en el dualismo —claro oscuro— artístico, aspecto que estaba relegado a categoría de decadencia. Los manuales y en general la crítica antes del 27 (más o menos rigurosa la fecha) denominaba «decadente» y oscura a lo que en general llamamos barroco. Al llegar al nombre de Churrigera, el Benini, Góngora, Calderón, etc.; los manuales manifiestan su disgusto y adjuntan el apelativo en sentido de peyoración.

Estaba, pues, reservado a la nueva generación incorporar íntegramente este aspecto aristocrático (llegamos por esta senda al llamado «arte puro»), a los valores artísticos y literarios. Es, sin duda, el mayor haber positivo a su nombre. Otro pudiera ser el situar a los Mata, Fernández Flórez, Insúa, etc., en su verdadero lugar. Don Ángel Valbuena, se lleva íntegro, frente a Menéndez Pelayo, el recibo de su presentación calderoniana.

Nosotros, jóvenes dinámicos, cuya primavera está enrarecida con el factor social y político no podemos menos que agradecer a Valbuena estas palabras: «El punto vulnerable de Calderón está en su ególatra apartamiento del medio político, su adulación a los monarcas, sus concesiones a una ética convencional, separándose de la simpática rebeldía de su juventud.»

¡Por Dios, don Ángel, suponemos que usted (hombre demócrata y liberal de hoy, otra cosa es el siglo XIX) no ha caído en ese desdichado fascismo o «hacismo» de una minoría mimética de insectos!

Las páginas —siempre en el corto espacio disponible— dedicadas a analizar Segismundo, su entrelazamiento con Descartes y dos citas a Hamlet certeras, integran una crítica firme y eminentemente positiva; el corto espacio, sin duda, impide al autor señalar más afinidades y diferencias que nosotros creemos que existen en Hamlet y Segismundo.

En la exposición de los «Autos», no hemos de anotar nada. Estaba este aspecto de Calderón casi virgen. A Valbuena le corresponde el «Gloria in excelsis» que descorre el velo del templo en día de Gloria.

Si Spengler —dice— hubiera conocido suficientemente a Calderón habría encontrado «el gran dramático del Barroco».

En el ciclo de Calderón; Rojas, original y más humano en el concepto del honor. Moreto, lindando con el musical XVIII, Cubillo «resucitado» por el autor, etc.

Época de «descomposición» llama a los períodos del siglo XVIII y XIX, y no quiere significar con ello, dice, decadencia, sino separación.

Quien tan amorosamente estudia el suave encanto primaveral de lo primitivo, trata a la ligera nuestros dos últimos siglos; más que la corta extensión del Manual vemos a la afición tibia del autor por esta trayectoria del pestapogeo nacional. «No es de nuestro gusto», repite a menudo; quiere decir del gusto de un hombre del XX, pero acaso vaya en ello, mucho del gusto personal.

La edición cuidadosa y las ilustraciones hábilmente seleccionadas. Un acierto para la labor y para el erudito, un triunfo más que añadir a su brillante estela.

## **52. PARECERES. «De nuestro presente y porvenir», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 16 de junio de 1931.**

Ha señalado recientemente una personalidad tan egregia como la del señor Ortega y Gasset la deficiencia de la prensa madrileña con respecto de un nivel a la altura de las circunstancias actuales. Más anteriormente, cuando el ilustre pensador colaboraba con asiduidad en *El Sol* de Madrid, hubo de publicar un folletón aclarativo a sus conceptos sobre la «Misión de la Universidad», que sirvió para entablar un diálogo entre él y la Redacción del *El Sol*. Diálogo de discrepancias, pero fino y pedagógico diálogo. Que elevaba al periodismo a una cima de austeridad y democracia muy poco frecuentes en la prensa española. El enquistamiento de este soberbio organismo espiritual, el régimen salvaje (y no bárbaro) de censura, ha hecho adquirir a cierto sector del mismo una práctica muy poco consonante con las costumbres propias de una época de libertad. Y así vemos ejemplos de periodismo muy poco pulcro, que dejándose llevar de una irritación biológica, símbolo de escasa pulidez espiritual, forma en sí un conglomerado con las características de falange que controla toda parcial opinión y pretende nada menos que apresar a los que, libres y sin compromisos de índole alguna, no tienen más papel que el de denunciar lo que creen verdad, ni a quien más cuentas rendir que a su conciencia.

Todo sector de prensa define en su cuerpo de redacción una opinión que en «grosso modo» sirve de programa al ente que en él colabora. Hay exigencias en coincidir en el programa mínimo, pero lo que no se puede pretender es anular personalidad a quien no tiene más lazos de unión que una preferencia marcada por la simpatía de encaje con el «grosso modo».

Por lo que a estar a la altura de las circunstancias respecta, concretándonos a Tenerife, hemos de señalar a un sector que no está muy lejano de alcanzar el nivel. Este nuestro diario *LA TARDE* (al cual puedo dirigirme sin atisbo de autoensalzamiento, ya que siendo amistad de la casa no soy la casa misma) ha representado siempre una negación al término de «aplatanamiento», sinónimo local de abulia y apatía. Ha

pretendido nada menos que crear una opinión, hacer escuela de doctrina propia y contrastar con otros sectores de prensa. De prensa que evolucionando espiritualmente muy poco va hacia el lector y no fabrica lector de prensa juglaresca que halaga a su público con dádivas de guardarropa. Prensa hecha por público y lo público hecho por prensa.

*LA TARDE*, desde su aparición, ha intentado crear una conciencia; ejemplos como el de la oposición al alcalde de la Dictadura, señor Sanabria; su virilidad y tesón en defender el asunto de la unidad de la Provincia de Canarias lo patentizan, así como su voz de alerta última, tratando de agitar la quietud de nuestras personalidades isleñas respecto a los destinos de la isla, y atacando al fenómeno abortivo del viejo caciquismo, exponencial de tiempos antiguos, que aflora al tapiz político vestido elegantemente y con frases evangélicas de portugués.

Que tenga o no razón nuestro diario al atacar o defender cualquiera de estos asuntos es otra cuestión. No analizamos más que el hecho tan esperanzador que significa el que un sector de prensa tenga conciencia de su destino en el país y sobreponga a todo negocio mercantil el supremo y grato negocio de un haber espiritual.

«Falta de fe —ha escrito— en los destinos tinerfeños»: falta de fe... Sin duda.

No se nos escapa a nosotros la tremenda responsabilidad que contraemos al emitir juicio alguno acerca de un asunto, que existe en las conciencias pero que se ha atacado de raíz, yendo derechamente a la entraña de la cuestión: nuestro regionalismo y nuestros destinos. Y existe una coincidencia sobre la que aparecen estar de acuerdo en el país: la de no tratar el asunto y lo más sorprendente: de no dejarlo tratar, que es lo más peregrino.

*LA TARDE* lo sabe bien, y yo tengo que recordárselo, aun cuando con tristeza sea. Pero yo no puedo —también ella lo sabe— ni debo, detenerme sobre esto.

Se llegó sin conciencia de nuestro modesto porvenir a escribir sobre un tema tan serio como el de nuestra Universidad, que sería el lazo de unión entre la Universidad Hispanoamericana y la Peninsular. ¡Qué extraña conciencia universitaria la de los que entusiasmados con un proyecto de edificio, confunden algo tan egregio como la Universidad con un muelle o un depósito de carbón que sirve de escala o aprovisionamiento a los barcos mercantes que van de Cádiz a Buenos Aires o a México!

Tan desafortunado y lamentable opinar nos llena de zozobra y desconfianza.

Ya en otra ocasión hube de escribir en columnas que no eran éstas, que por no haber aportado nuestros hombres del noventa y ocho isleño, teníamos en el presente una carencia grande de primeras figuras, y hube de transcribir estos párrafos de una melancólica y serena confesión de Luis Rodríguez Figueroa en 1917: «Ha unos veinte años... hubimos de sostener más que la posibilidad, la casi existencia de un regionalismo artístico y literario», pero, después, el convencimiento de que «no tenemos fisonomía propia, distintiva, en el único y adecuado sentido que a derechas corresponde a la palabra regionalismo».

No un joven y nuevo bárbaro, sector del exterminio y la negación, afirmaba la ausencia de regionalismo; era una figura prestigiosa del país, era una voz sincera. Nuestro regionalismo sin existencia. Algún grupo quiso señalarle posibilidades; nosotros mismos le alentamos con un aliento esperanzador. Pero cantar al «cactus» fue tan falso y geográfico como cantar al Drago. Me refiero a los queridos amigos del *Cartones*. La esperanza mía en ellos existe viva y patente; anhelante. Tras el ensayo de «La Rosa de los Vientos», más internacional o universal, como querrá Juan Manuel Trujillo, que regional, ensayo positivo en sentido de afianzar una personalidad isleña que contribuyó a signar una presencia nuestra en el mapa ibérico de entonces, y después de un paréntesis, el ensayo de *Cartones* fue el fin de fiesta regional. No puedo dilatar el



tema por ahora. Quede un nombre —junto a otra trayectoria aprovechable— entresacado de mi fichero: García Cabrera, único obrero de un aspecto inédito casi — ¡Qué paradoja en una isla!— y fundamental: el tema del mar.

Sin regionalismo, sin conciencia de región; hoscos y desconfiados frente al destino «Sin fe en nuestros destinos» hemos vivido, si es que a esto se llama vivir. Y de marco, una indolente abulia meridional.

Y así, mientras Valencia, Aragón, Galicia —no hablamos de Cataluña y Vasconia— elaboran sus Estatutos, nosotros no podemos elaborar el nuestro, porque la amargura de nuestros viejos, coléricos pleitos, dificulta toda práctica democrática. Y pudiendo aprovechar una personalidad que da la lejanía y la Geografía, para una labor de mejoramiento, de exigencias al poder central, a lo que tenemos perfecto derecho, no hacemos nada más en este sentido, porque las espinas clavadas son grandes, porque el país no ha llegado a una madurez espiritual apreciable, de la que son ejemplo: abulia de personas, intransigencia cerril y aldeana de prenda, localismos primitivos de gentes de «horda» prehistórica.

Tenemos unos destinos, modestos pero destinos. Una estela que no es la de Tartarín, sino una estela en consonancia con los medios. Bien que no haya fe en lo que no existe, ni en destino de cultura y de Universidad enlazadora; pero tenemos una Isla que es sino todo lo despierta que quisiéramos, no tan dormida como alguien pueda pensar.

Hombres del país; aquel gesto de los Cabildos del año 12 os ha hecho saldar la cuenta a los más antiguos; pero hay otras generaciones posteriores que no son las de los muchachos de veinte años: hay una generación que existe en el Registro Civil. También es un poco triste que nosotros lleguemos a ella sin aplaudirle nada, sin discutirle nada; sin conocerla. Y he de repetir unas palabras escritas antes del día 14 de abril para los jóvenes: «sería, por lo demás muy triste, que una alteración estatal les cogiera, muerta la Isla, gritando un ¡Viva la República!».

Y esa alteración, como temía, así les ha cogido.

«Al país debe hablarse con entera claridad y sinceridad antes de las elecciones para la Asamblea Constituyente», ha escrito este diario.

¿Qué somos? ¿Qué se va a hacer con nosotros?

Creo que estas preguntas afirman que, en definitiva, los viejos procedimientos políticos han fenecido. No olvidéis, hombres políticos de la Isla, que alguien hay en ella que espera, que está alerta y que —he aquí lo más grave— pudiera pedir cuentas algún día...

### **53. DEL ATLÁNTICO AL MEDITERRÁNEO. «Un librito para uso de las escuelas», *Libertad*, Castellón, 16 de junio de 1931.**

Los manualitos de Historia de España, como hechos por señores de la Historia de España, enseñan a los niños esta materia de forma muy peregrina. Para los manuales, los Borbones hicieron grandes memorias. La unidad nacional fue un acontecimiento grandioso. Y la monarquía, la mejor forma de gobierno. ¿No se seguirá en la futura enseñanza de la Historia, de ahora en adelante, un criterio distinto?

Tenemos a nuestra vista un pequeño libro de la Real Academia de la Historia, editada en la C.I.A.P. (recordamos a sus miembros: Goicoechea, Sainz, y Rodríguez. Recordamos también a la dictadura y etc.) En el Manual que se ha obligado a adquirir a los maestros, se dicen cosas tan extraordinarias como esta: «Los hombres que primeramente vivieron en España, hace muchos millares de años eran muy ignorantes e inhábiles. No sabían emplear como armas e instrumentos más que palos y piedras.

Contrasta esta actitud —¿Verdad, señores autores?— con los habitantes, por entonces de Francia, que conocían el Cine y empleaban teteras para tomar el té a las cinco —¿Se puede, por ventura, llamar ignorante a una época de albores? Ignorar es no conocer lo que existe. Entonces no existía otra clase de utensilio ni armas, porque no las había hecho aún el hombre. Confundir el primitivismo con ignorancia es pecar de lo último. Algo semejante, oímos decir a los indoctos, cuando no les gusta, por ejemplo, el Giotto, porque no tiene la movilidad de cualquier setecientista.

La orientación que hasta aquí se ha dado en las Escuelas Nacionales era a tono con esa carcomida y «Oficial» España de la que nos hemos desembarazado un tanto. Esos himnos gazmoños a la Patria, etc.; que nos despiertan sentimientos de ninguna especie en la clase infantil; ese criterio de enseñanza anodino y rutinario ha sido un enorme perjuicio ciudadano. En contra del ideal y de la Geografía se ha enseñado que la unidad nacional era la más interesante y favorable empresa de los católicos. A los Borbones —excepto algún adjetivillo al felón— les trata como buenas personas. Y al ensayo del 73 muy despectivamente y a la ligera. Las consabidas frases del timo «El país, cansado de luchas políticas, quería paz y orden».

¿Han aprendido los muchachos Historia? Ayer se les decía que la unidad nacional era un grande positivo hecho histórico. Hoy se les dirá que el ideal es la Federación.

Otra cosa a la que se le da importancia es a las batallas. Se crea una generación, con ello, nacionalista, bélica, intransigente. Quien ganó y quien perdió es lo que les interesa a los muchachos. Un estúpido ideal guerrero se ha infiltrado en el infante. Así llegaron a ella las juventudes alemanas. Incluso los socialistas. La generación germana educada en un ambiente nacionalista, con la idea profunda de que Alemania era el más bélico y superior pueblo fue a la guerra, enardecida. Segura de victoria. El ejemplo resultó amargo. He ahí la certera acusación de Trotzki al socialismo alemán.

Pero demos fin a nuestro Manual. El reinado de Alfonso XIII, está narrado graciosamente: «En la guerra universal (no fue tampoco universal) que hubo de 1914 a 1918, España no intervino (fue neutral). (Ya verá lo que dice sobre el particular los archivos del rey, acerca de la neutralidad de éste). Contribuyó esto mucho a que la prosperidad del país, que venía aumentando desde comienzos del siglo presente, se afirmara y creciera cada día más, mientras otras naciones de Europa se arruinaban y sufrían infinitos males».

Se necesita tener tranquilidad para afirmar que la desdichada España prosperaba de fin de siglo acá. ¡Claro, después del 98!

El libro lleva una corona en su portada. Y la academia, tituló de «real» ¿No se podría quitar esa basura de la circulación?

#### **54. PARECERES. «Socialistas en La Laguna», La Tarde, Santa Cruz de Tenerife, 11 de julio de 1931.**

Hace algún tiempo que estoy en deuda con un sector socialista lagunero. No había querido saldarla antes, porque el desconcierto político y social de estos días no precisaba de mayor confusión que pudiera sumarle la aportación mía. Además, que en momentos de decisión política, pudiera sospecharse en mi parecer, reclamos para un partido u otro, de los que más rotundamente actúan en Tenerife; tal cosa o intención, está muy lejos de ser por mi orientada.

Yo quisiera solamente indicar a los obreros de La Laguna y en general a todos los obreros, que mientras que no se organicen en partido o Agrupaciones «exclusivamente» proletarios, sus intereses, su mejoramiento, sus aspiraciones no se conseguirán nunca. Porque resulta un espectáculo francamente doloroso, para quienes,

como nosotros, sentimos como propia que es, la causa de los Trabajadores, verles desligados de los partidos netamente obreros o agrupaciones de tal carácter y laborar junto a quienes, por su significación social, ni son obreros, ni pueden sentir por ello, en el fondo del corazón la emancipación trabajadora. Porque mientras el proletariado no se aúne en falange en contra de la clase que no es la suya, la batalla no se libraré nunca y atendiendo a sus gestiones eventuales que les suscitan hombres y partidos ajenos, no consiguen más que divorciarse, ellos mismos y engrosar la fuerza de los que, llamándose sus amigos, son sus mayores enemigos.

En Tenerife se ha organizado el partido Socialista Obrero. Un importante núcleo lagunero engrosa sus filas; ahora bien, obreros, yo os digo a los que me habéis pedido un «parecer»: tres corrientes proletarias existen: la socialista, la sindicalista y la comunista. Las tres tienden al mismo fin: el mejoramiento, la consecución de las aspiraciones obreras sólo en los medios se diferencian. No soy quien, para recomendaros ninguna de las tres; seguid, vosotros mismos las inclinaciones preferidas. Pero, entendedlo bien: hay que organizarse proletariamente, independientemente de todos los partidos burgueses, llámense republicanos radicales, sociales, derechas, etc. Un partido o agrupación obrera. Pero ¡Por Dios! Que la lucha de clases que se avecina no os coja desorganizados, deslumbrados con cargos, concejalías u otras variedades del momento. Organizados, unidos. Porque más hermano es un obrero lagunero de un santacrucero que no un burgués lagunero. Entended que en vosotros mismos está el llenar vuestras necesidades.

Ese partido socialista que se ha organizado en La Laguna, obreros laguneros, es vuestro partido porque es un Partido obrero. Todo lo demás son frases al viento. No a nadie sino a vosotros mismos, os interesa encumbrar. Es muy lamentable que en estos días hayáis estado discutiendo la votación de tal o cual señor, mientras vuestra causa está abandonada, a manos de cualquier charlatán de feria, que aprovechándose de vuestra desunión, de vuestro desconocimiento, se sube sobre vuestros «hombros» y se aprovecha de vuestra ignorancia, de vuestra miseria...

### **55. «El Problema Canario», *Proa*, Santa Cruz de Tenerife, 11 de julio de 1931.**

Se ha dicho —y ello se basa en un fenómeno biológico— que la juventud es impulsiva. Que cediendo por naturaleza al cromatismo de la pasión, se aparta de la razón fría, quieta, meditada...

No se me oculta, no obstante, la responsabilidad que se contrae al opinar sobre una cuestión tan espinosa como ésta del regionalismo entre nosotros; pensando y repensando en él, creemos —pese a nuestra juventud— desprovisto de pasión el criterio que sustentamos.

El mismo deseo de no herir susceptibilidades y algo más importante, no caer en la importunidad, ni entorpecer entidades, no había hecho silenciar un parecer que no por carecer de trascendencia deja de ser por ello sincero.

### **Un poco de HISTORIA**

En septiembre de 1930, en el decenario de la juventud gomera, *Altavoz*, escribí por vez primera sobre nuestro problema regional, con motivo si no recuerdo mal, a una polémica —muy poco a la altura de la verdadera austeridad periodística— sostenida por *La Tarde* de Santa Cruz de Tenerife y un diario de Las Palmas. Y hube poco más o menos de escribir, que el regionalismo no existía ya, que el regionalismo que se discute no lo es, y que la verdad era la enorme rivalidad de dos islas, rivalidad existente de muy antiguo. Ya en Viana y Cairasco de Figueroa se acusa y el pleito tiene todas las trazas de la numeración.

Muchísimo más tarde, hará dos o tres meses, al ponerse de nuevo la cuestión sobre el tapete —siempre, aun cuando con altibajos lo ha estado— contando con el amplio izquierdismo de mi querido diario *La Tarde*, y su dilatado respeto al criterio ajeno —como es de rigor en toda prensa ecuánime— hube de enviar a su Redacción un parecer mío giratorio al regionalismo, mejor dicho, al pleito isleño. En aquel artículo terminaba por propugnar una Asamblea general en la que se discutiera lo divino y lo humano, una Asamblea «rabiosamente sincera», a cuyo dictamen tendríamos que atenernos. Porque —escribí— la opinión de *La Tarde* con ser valiosísima y respetable, y la de cualquier diario de Las Palmas, no es, empero, más que una opinión unilateral y desde luego, parcial. Pero *La Tarde*, no publica «el parecer» de su colaboradora, a la que da una satisfacción personal. Satisfacción que la persona acepta muy de veras, pero que en el orden de la libertad de opinión, no deja de ser un tanto peregrina, ya que nosotros no podemos admitir en modo alguno que una Redacción lea en pleno y discuta un artículo que no ataca a los intereses de la misma, sino que únicamente puede resultar opuesta al pensar de esa Redacción o parte de ella. Y sus procedimientos tienen los periódicos para hacer constar ante sus lectores que no se solidarizan con la colaboración.

Yo no hubiera querido escribir una letra sobre la cuestión que en *La Tarde* no fuera. Se equivoca el aldeanismo ramplón si cree que una polémica deshonesto o un escisión colaboracionista con el diario de mis asiduidades va a ser las delicias de su desocupación. Se acostumbra a pensar entre nosotros que la no conformidad implica, pleito y ataque. En mí se quiebra la regla. «No se puede discutir lo que no se ama».

A raíz del incidente, este semanario entabló un diálogo en apartes acerca del mismo problema canario. La cuestión —lo presenciamos con tristeza— derivó con intromisiones estultas, degeneró en malestar. Terminó. Y yo no quise en modo alguno escribir sobre ella, porque me pareció impropio, porque no quería que saltasen salpicaduras que me alcanzaran, porque no quise comprometer a *PROA*, ya que siendo el público medio poco propicio a distinguir, pudiera parecer que el semanario se solidarizaba conmigo y que al decir yo en él lo que no se quiso que dijera en *La Tarde*, la sospecha de irritación —pasión juvenil— en mí, aparentara un ataque y una revancha efectiva.

Muy poco digno sería traer una mezquina cuestión personal al complejo problema que ocupa al país en estos días. Si he consignado estos hechos es para justificar la pregunta: ¿«Qué hace la juventud, qué piensa»?

### **Otra vez el problema canario**

Con motivo de haberse convocado una Asamblea para tratar de la confección del Estatuto canario, han surgido opiniones en torno suyo. El problema vuelve a estar en pie de nuevo. No precisa esforzarse mucho para comprender que nuestro regionalismo ha sido una falsedad. Archipiélago no es Región. La Geografía —el mar— ha separado lo que naturalmente no se puede unir. Si comparamos nuestro pretendido regionalismo con el gallego o valenciano (no hablo ya del vasco o catalán) son éstos tan fuertes que la cuestión de la capitalidad —he aquí la llaga— apenas si se trata. El sentimiento regional es tan fuerte que no permite discusión sobre tal punto. Pero Canarias que es una región (¿) de dos cabezas, le falta cabeza para serlo. Por exceso, cae en el defecto. Región sin cabeza no lo es. No existe. Por eso la Provincia —la Mancomunidad— es una ficción y la Isla —el Cabildo— la realidad. No ha más que Islas. Islas canarias.

Ahora bien, mientras las Islas menores tienen que estar presenciando el viejo y molesto pleito de la rivalidad entre Tenerife y Gran Canaria, sus intereses zozobran y su minoría de edad se prolongan demasiado. El día que las islas menores se pongan en pie

y griten: «¡Eh, vosotras!, ¿Qué os creéis? Somos ya mayores de edad, ni queremos no necesitamos tutela. Somos tanta provincia como vosotras, id a imponeros a las olas»... Ese día habrá muerto definitivamente el pleito, si es que ahora no surge algo imprevisto.

Porque lo que quieren Tenerife y Gran Canaria es mandar. Mandar la una a la otra —¡Qué gloria!— y a su vez a los demás. Ser nave capitana, guion, pájaro orientador de la bandada en los cielos, en la mar azul...

Por eso el problema no tiene más dificultad que en la dichosa cuestión de la capitalidad. Y nosotros no podemos admitir la capitalidad, porque el asunto no tendría fin y porque hay dos ciudades que la podrían ostentar.

Y ninguna de las dos se pondría de acuerdo para ello. Las Palmas alega capacitación. La tiene. Tenerife alega tradición y situación central-geográfica. Pero ambas razones no son poderosas. Por la tradición reinaría aún don Alfonso de Borbón en España, por la geografía y posición central. Así continuaría con su imperialismo absorbente y el fenómeno de Cataluña y demás regiones no tendría validez. No. Tenerife lo que puede alegar es capacitación. Nosotros lo diremos: de imponerse la capitalidad única pediremos a gritos que sea Santa Cruz, pero en la inteligencia de que la capitalidad única es injusta y que sobre todo, no resuelve nada.

Pero mientras pleiteamos existe un término en nuestro lenguaje común, un término despectivo, que llena en sí el ansia de autonomía, el sabor de la Isla; ese término es el «peninsular». Decir oficialmente «peninsular» es señalar el aventurero arribista, que amparándose en la centralización imperante y en el régimen caciquil chupa de nuestra savia. Y a ese término hay que hacerlo desaparecer. Al sentido del término, ruego, que no se hagan interpretaciones equivocadas ni molestas.

Por eso nuestra autonomía ha de ser y estar encaminada hacia una realidad económica. Todo lo demás es sentimentalismo localista, pequeñeces de vanidades ciudadanas que ¡señores!, hemos soportado bastante.

Creíamos nosotros estar solos con este criterio. Ya asomaba alguien deseoso de afianzar el hecho Isla. Don Dacio Darias Padrón, el historiador canario lo había señalado hace algún tiempo. Mi distinguido y docto amigo Pedro García Cabrera había expuesto un proyecto muy digno de atención y por cierto poco a propósito para ser tratado despectivamente y mucho menos con chistología vieja de café y ahora el diario *La Prensa* se pone en lo justo conviniendo en que «aquello» ya pasó y que la sensatez y la cordura deben ser las rectoras en un mutuo acuerdo entre las Islas. Que *La Prensa*, que siempre se ha distinguido por ser un órgano pasivo, de información y mal orientador de opiniones, piense de forma tan ecuánime nos hace pensar en algún Voronoff injertador; de todas formas, nos sorprende muy gratamente.

Pues sí, «en ese programa mediocre y ridículamente materialista», como escribe nuestro diario *La Tarde* lleno de pasión, desprovisto de serenidad, creemos que está el camino. Todo lo que a esta senda económica y que afecta a la comunidad de las Islas no se refiera, sería irse por el eterno callejón sin salida.

Es, pues, alguien que no es mi persona aislada solamente, quien se inclina a una solución izquierdista, ausente de «petit» nacionalismos hitlerianos, conocedora de las realidades. De unos modestos, pero firmes destinos.

Porque llegamos a pensar en la tristeza de nuestra soledad que en nuestro país la pasión cegaba todo razonar. Que nuestra opinión acarrearía firmes y chabacana censura, era nuestra creencia. Pero había que exponerla aún ganado con ello impopularidad. Con todo, antes nos detentaba ir en contra de un país entero, fuerza respetable. Ahora sabemos que el país no es uno o dos o más sectores, muy respetables, muy queridos algunos, pero que no son el país. Yo no he necesitado espaldarazos

indirectos de nadie para exponer mi personal criterio. Lo expuesto justifica de sobra mi posición y mi actitud.

Esperemos a que esa Asamblea se celebre. Desnudemos nuestro corazón. Yo quisiera que mi pensar fuera el pensar de la juventud. De una juventud que no tiene prejuicios, que mira alto y «piensa en grande». Sin localismos, sin rutinas, sin latiguillos...

## **56. «Capitalismo y socialismo, I», *El Socialista*, Santa Cruz de Tenerife, del 12 de octubre de 1931.**

### **I**

Cuando Oswald Spengler publicó su tan conocido libro sobre la decadencia de occidente, aparte la crítica negativa a su tesis fundamental, los que no vieron en su gesto más que la revancha amarga del imperialismo germano fracasado, tacharon sus ideas de poco originales. Spengler era un índice del sentir que la falange centro-europea había hecho suyo. En esto solamente vamos a detenernos por ahora. La obra del pensador alemán ha sido combatida en todos sus capítulos por diferentes sectores; recuérdese la furia «vanguardista», cuando las peyoraciones spenglerianas al «expresionismo»; las rebatidas de Ortega y Gasset, etc., todo cual demuestra el enorme interés que su obra despertó.

El hecho de que el filósofo germano recogiese y diera fondo y forma a una creencia europea de languidez y extenuación, si no le eleva a la categoría de zahorí, lo sitúa en una interesada posición de sancionador. Europa en efecto, se resquebraja; más he aquí, al puerta, un centinela esclavo que nos da toscamente, sencillito, con una sencillez muda de místico creyente, una dirección: Rusia. El capitalismo ha fracasado; Spengler limitó el sentido; no decadencia sólo de Occidente. Decadencia mundial del capitalismo. Ved vacilar al coloso yanqui. Frente al capitalismo está el comunismo; no hay otro dilema.

Yo no sé el saldo a favor que restaría un análisis de valores en la civilización occidental. Familia, religión, moral... ¿quién no siente gravitar en su cabeza la inconsistencia presente de lo que estas palabras significan? ¿quién no siente inquietud ante el vacío blanco que estos conceptos dejan? Fracaso de la familia actual, divorcio del hombre y la mujer —sobre ello, anónimo comunicante, he de escribir en otra ocasión y he de satisfacer así tu extrañeza por mi inhibición a estos asuntos—, crisis de religión, conmiseración por la moral... Todos los síntomas de una civilización que muere presenta nuestro tiempo. Sólo la fauna snob del comunista, del pollo comunista furiosos, comete la juvenil ligereza de gritar en estas horas inquietas de la transición: «Un salto rápido en la marcha. Impongamos nuestro sueños con el máuser y el comunismo es una realización». ¡Cómo si organizar una nueva época y liquidar la que se vive, fuera faena de cuatro pollos y del anarquista de Tarrasa!...

He aquí que el capitalismo zozobra. He aquí; que la civilización fenece. Para el museo de culturas, pronto hemos de añadir una nueva unidad.

La juventud de Europa y América que ve con alegre biologismo la irradiación luminosa que desprende el halo de la nueva era, ha de gritar en estos tiempos, cogida de las manos, las palabras de Marx: «Uníos, proletarios de todos los países». Cantemos con hosannas triunfales el advenimiento del mesías, más sin querer revivir dioses muertos, ni mirar hacia el caído atrás del imposible, la era de la transición marca espacio de inquietud, «el fenecimiento de una civilización —ha escrito Ortega— es, para el hombre, la escena más saturada de melancolía».

Cantaba la mansedumbre, serena, sosegada de un sencillo poeta de Castilla — Gabriel y Galán—estos versos al trabajo de sabor proletario que contrasta en su lira de apacible monorritmia: «Tiempos aún no venidos/ del imperio triunfal de los caídos.»

Por occidente acaso, una nueva ola de bárbaros, pletóricos de fe y sinceridad, quieren romper la débil fortaleza. Son los hombres que viven los sueños de un día, pero son los hombres que ahorcaron la libertad; que la asesinaron con el martillo y la hoz. A costas de tiempo y sin perder la libertad, otros hombres quieren vivir, mañana, el sueño. «El socialismo», ha dicho Fernando de los Ríos —el Cristo justiciero de la negra barba— no aspira a vencer, sino a convencer.

La Iglesia, escribió Renán, se tambalea; empujémosla y hagámosla caer. Proletario en la etapa final de una civilización que muere, hay dos flores para que tu cuchillo siegue: Llamar al capitalismo, como quiere HerrBreitscheid, porque dice que en él está la salvación del obrero, o empujarle al vacío y caer con él en el abismo. Y en el abismo —final de folletín— el incierto destino nos dirá el vencedor.

## **57. «Capitalismo y socialismo, II», *El Socialista*. Santa Cruz de Tenerife, 19 de octubre de 1931.**

### **y II**

Se presentan ante el hombre de nuestro tiempo, tiempo de sombra y luz de agonía de una civilización y comienzos —más o menos próximo— de una nueva era, dos bifurcaciones en la senda que conduce a ella.

Saltar audazmente el obstáculo capitalista montado en el potro del comunismo, o pasarlo a pie, como quiere el socialismo y «convenciendo» a los demás de la necesidad de saltar.

Pudiéramos decir expresando en grafismo vulgar, que el comunismo llega en aeroplano a donde el socialismo va en tranvía. Para llegar con rapidez precisa violentar conciencias, obligar a los demás que vayan adonde nosotros; de aquí nace la dictadura del proletariado cuyo caso único y típico —conviene detenerse en este último término— es Rusia. El socialismo piensa que para llegar a la desaparición de clases es preciso que la mayoría, esto es, el «demos» lo quiera; por eso su táctica es de apostolado, de convencer y persuadir; de preparar al proletariado para los días de la nueva era.

El socialismo —ha dicho Jiménez de Asúa— no es un partido, sino una civilización. ¿Quién en nuestros días con un conocimiento somero de las cuestiones de la época, no es socialista? No ser hoy socialista, es no ser hombre nuevo. (Otra cosa es pertenecer a tal o cual «partido» socialista, de tal o cual nación. Los partidos en cuanto mecanismos del Gobierno, en sentido político, llevan o no nuestra simpatía llámense como se llamen; yo quería indicar solamente el sentido socialista de nuestro tiempo). «Debemos —ha escrito Alfredo L. Palacios— organizar una vida nueva impregnada de sentido solidario. Ha terminado la era del individualismo. Nadie tiene derecho en la actualidad a vivir para sí exclusivamente, y menos a utilizar en beneficio propio las existencias ajenas».

El comunismo pretende implantar por la violencia, lo que el socialismo por el convencimiento. Entre el biologismo de la violencia y la reflexión, entendemos que o será difícil elegir.

Ortega y Gasset como el congreso socialista de Viena, ha hecho un llamamiento al capitalismo para una reconstrucción nacional y mundial de la vida. En el caso español el capitalismo no ha respondido: y el mundial no se muestra muy propicio a ello tampoco.

¿Es un error del socialismo —del partido— colaborar con la clase dominante en estos instantes en que agoniza la hegemonía de esta clase?

El acaudalado español creyendo perjudicar a la República, ha hecho emigrar su capital al extranjero. A su egoísmo y pretendido «boicot» republicano le contesta el derrumbamiento de la libra. Cuando el capitalismo inglés quiere hacer economías a costa de los obreros y Mac-Donald traiciona en su aberración colaboracionista la causa proletaria, la moneda inglesa obedeciendo a factores morales y financieros, se derrumba e Inglaterra que sostenía el orgullo de una divisa culta, se ha de ver obligada a una estabilización más modesta. En Italia se anuncia algo parecido. Las restantes naciones atraviesan gran crisis económica. ¿A dónde va el mundo? Los hechos demuestran que colaborando o no, el socialismo con la burguesía, ésta intenta siempre sostener sus puntos de vista. Pero todavía demuestran más: demuestran que el capitalismo —la quintaesencia de la civilización occidental— como todo organismo, está cumpliendo su sino histórico. Esto lo ha reconocido en España hasta don Miguel Maura.

Quiera o no el capitalismo, la historia se ha de cumplir; Europa no ofrece garantías a la hacienda y el caudal se ha de ver condenado a la triste suerte del enjaulado a menos que se embarque en la nave, que a todos con más o menos sacrificios, nos ha de llevar a puerto.

De construir una nueva vida debemos si, invitar, convencer alegremente, democráticamente a un arribo feliz. Y la sequedad o amabilidad de la invitación está en razón directa de la mayor o menor posibilidad y cercanía del socialismo. Decía Modigliani el socialista italiano, hablando del fascismo, que este adivinó —porque nosotros, al querer volar demasiado alto y llegar a la instauración integral de nuestras doctrinas se le quebraron las alas.» He aquí el peligro de la violencia en la consecución de un noble ideal: o la dictadura del proletariado o la de un individuo que aprovecha la impericia de una inoportunidad. Pero cuando el golpe fascista, el capitalismo estaba más vigoroso; a medida que aquel se debilita, se hacen más difíciles las dictaduras individuales. El coloso se tambalea; la clarividencia del político socialista, del gran político, será la de esperar la oportunidad, el preciso instante en que la fruta esté madura y acordarse entonces de las palabras de Renán.

**58. «El hombre ante la Naturaleza. Viera y Clavijo y el paisaje en el siglo XVIII», *Revista de Historia, La Laguna*. Núm. 32. Octubre–Diciembre de 1931. (*San Borondón, signo de Tenerife*, 2001: 26-35).**

Lo ha observado el criticismo de nuestro tiempo. Azorín lo recoge en varias de sus obras: el sentido del paisaje, de la Naturaleza, es completamente moderno. El autor de *Pueblo* se detiene sólo en la literatura del país. Algún rasgo descriptivista en Berceo. En cuanto al pintor, alguna azucena, una flor arrancada de la Naturaleza, adornan las estáticas vírgenes del Giotto. Más tarde, en los albores del siglo XV, el paisaje que es un sencillo adorno al motivo capital del cuadro, es convencional, rebuscado. Encantadoras miniaturas donde los planos superpuestos afectan lejanía. En Botticelli el mar tiene ondas exactamente curvadas como dentelladas. El sentido vital del Renacimiento aporta el follaje a la sepultura lisa, «fúnebre», del XIV, y el gótico radiado se torna en riente flamígero. Flores y hojas verdes, símbolos de primavera, anuncian la alegría del renacer, del triunfo de la vida. Un paisaje menos ingenuo sirve a los fondos de Rafael y el follaje del soto en el «Noli me tangere» del Correggio produce una sencilla emoción de encanto. Fray Luis de León —dice Azorín— tiene rápidos y gratos paisajes. Pero estos paisajes —como el Guadarrama en Velázquez— son meros fondos, accesorios del motivo. Garcilaso presenta detalles de paisaje risueño, pero solo de accidente a sus ninfas, a sus personajes de égloga:

*Cerca del Tajo, en soledad amena,*



*de verdes sauces hay una espesura,  
toda de hiedra revestida y llena,  
que por el tronco va hasta la altura...*

Ya en Rubens se nota movimiento en los árboles que apresan nuestra atención; pero siempre el paisaje en función de auxiliar de la obra. Solo cuando el genio del artista se adelanta a su tiempo, produce y mira al paisaje en sí, aislado; y lo que fue privativo del siglo siguiente, lo señala en un rasgo genial el flamenco, en sus segadores de heno del Palacio Pitti.

Al llegar al siglo XVII —sigue Azorín que observa sólo en lo literario— el campo interesa y se tiene el gusto por los jardines. Cervantes, Lope, tienen expresiones afortunadas. Gracián escribe de paisaje para hacer imágenes. Es el momento del barroco. Alguna expresión de paisaje podríamos encontrar en la «novela pastoril». De falsa idealización del bucolismo. Las «cántigas gallegas», el Arcipreste y las «serranillas» de Santillana llevan el germen del género. La «Arcadia» de Sannazaro es el punto de partida para esta modalidad rebuscada y falsa que cultivan Ribeiro, Montemayor, Cervantes; «fuentes bellas, de flores matizadas», vestido «el verde prado» canta en admirable visión Gil Polo, Lope, etc., cultívanle también.

En el XVII, en efecto, adquiere el paisaje categoría en sí. Se pinta el paisaje por el paisaje mismo. Rembrandt, los grandes paisajistas holandeses, Van der Neer, Ruysdael, Van Goyen, Hobbema, se dedican plenamente a la Naturaleza. Los cuadros de Claudio Lorrain son trozos cantantes, musicales del paisaje e incluso el motivo central de los siglos anteriores pasa a segundo término y se cambian los papeles. La sagrada familia en Lorrain apenas se ve entre la maleza porque la riente esplendidez del paisaje cautiva al espectador. Pero el paisaje de los holandeses es un paisaje de ensueño, fantástico preferentemente, aunque el realismo de Hobbema no quintaesencie los motivos.

Ya en el siglo XVIII el paisaje está incorporado definitivamente; aun los no paisajistas, le dan tanta personalidad a él como a los personajes. En Watteau y Fragonard no sabemos qué admirar más; si las bellas damas y caballeros o la fronda gigantesca, cautivante, de la cual surgen aquellos como de una bombonera de terciopelo. Los pintores abandonan el retrato a veces, como el inglés Richard Wilson, para dedicarse al paisaje que ya no es auxiliar como en Velázquez o Teniers sino que completa el dualismo pictórico, y si a él se ha de recurrir, exige ser tratado como merece. En Goya, por ejemplo, los fondos no son rebuscados, sino sencillos, naturales.

Mas, hasta el siglo XIX, la Naturaleza está vista solamente por una sola faz: la de la belleza. Los paisajes del XVII y del XVIII son bellos cuadros bucólicos, el prado, el riachuelo; alguna que otra bandada de aves que cruzan el cielo azul, o los paisajes brumosos, ensoñadores. El paisaje frío, calvo, en todos sus verdaderos matices que llamaríamos como el XVIII con palabras del XIX, hórrido, tétrico, no se conoce aún. Es decir, se conoce, pero como disgusta y se teme, no se trata, no se comprende y ama.

Sólo el XIX que se complació en la fealdad de Quasimodo, en la grandilocuente música wagneriana y en los «enfants» terribles que olían a cebolla y abrochaban horribles chalecos rojos en la representación de *Hernani*, podía gustar y entender el paisaje desnudo y feo. Únicamente en el XIX podía pintarse la soledad lluviosa del invierno belga, en que el paisaje es aceptado en todas sus consecuencias, como puede verse en Jules Montigny en el Museo de Bruselas. Y ya en la última veintena del siglo pasado, se llega a adorar tanto a la Naturaleza, que se pinta «a pleno aire» y se resuelven los problemas más atrevidos de color en Delacroix y los románticos. Los impresionistas con Monet llegan por esta senda hasta la cima. La

dispersión de la luz y todos los matices lumínicos son audazmente tratados por esta escuela.

Pero detengámonos en el siglo XVIII. Y leamos estas palabras de Manuel Kant: «La vista de una montaña cuyas nevadas cimas se alzan sobre las nubes, la descripción de una tempestad furiosa o la pintura del infierno por Milton, producen agrado, pero unido a terror; en cambio, la contemplación de campiñas floridas, valles con arroyos serpenteantes, cubiertos de rebaños pastando; la descripción del Eliseo o la pintura del cinturón de Venus en Homero, proporcionan también una sensación agradable, pero alegre y sonriente».

El siglo XVIII siente, pues, placer ante un paisaje claro y riente; al clásico siglo de las luces, repugnan feo barroquismo de paisajes lóbregos y la faz de lo alegre preside sus aficiones representativas de la naturaleza. «Precisamente —escribe Menéndez Pelayo en sus *Ideas estéticas*— el último tercio del siglo XVIII se caracteriza por una especie de reacción en contra de la vida de ciudad, de corte y de salón, y por un amor generalmente afectado y poco sincero, no ya a los campos de égloga, sino a la Naturaleza simple y ruda en la cual comenzaban a buscarse fuentes de inspiración y secretas armonías con los dolores de nuestra alma. Entonces aparecieron los singulares tipos del «hombre de la naturaleza» y del «hombre sensible», cuya creación pertenece en primer término a Rosseau, el cual, en algunos paisajes alpestres, fue de los primeros en describir y en sentir la naturaleza de propia vista y no por los libros.»

Rousseau y su discípulo B. de Saint-Pierre, son, pues, «hombres de la naturaleza»; la vida superflua y decadente de las grandes cortes europeas hacían volver los ojos de los hombres al lado opuesto. El ginebrino quiere que Emilio se eduque en la soledad, enfrentado con el paisaje, fuera de los hombres y de una sociedad corrompida, convencional, que frustra el destino erótico de la sentimental pareja de Saint-Pierre. En esta concepción de la Naturaleza como marco, hemos de situar algún aspecto de la obra de Viera y Clavijo.

Esta misma afición por el bucolismo imperante, le lleva a traducir el poema de «Los Jardines» (1790, con prólogo) y «El hombre en el campo o Geórgicas» (1802), ambos del Abate Delille. También traduce del latín el libro primero de las *Geórgicas* de Virgilio y «El Labrador», pasaje también de Virgilio (1801). *El Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias* es la consecuencia científica de esta faceta observadora de nuestro polígrafo. Las «Bodas de las Plantas», es asimismo una derivación poético-didáctica. Junto al amor a la Naturaleza en la literatura y en el arte, florecen, entre la ciencia, las Naturales. La Botánica —escribe nuestro Viera en varias cartas— es la «ciencia de moda». Él herboriza en Hortaleza con Palau a su vuelta de Europa y en Viena ha aprendido de gases vegetales que han de constituir el penúltimo canto de los «Aires fijos». Para Viera, el estudio de las ciencias naturales es el «legítimo estudio de la realidad». El historiador se refugia (coincide aquí con Rosseau) en el «estudio casto y delicioso» de la Naturaleza que le hace «llevadera y aún feliz» la vida en el Archipiélago lejos del «espectáculo pomposo, pero frívolo, del que llaman gran mundo». Cuando influido por «Telémaco», escribe el canto tercero de «Las Costumbres», ensalza deleitando la vida bucólica de la Bética, en donde no hay leyes, jueces, etc. Por este camino se llega al anarquismo y el polígrafo coincide en entusiasmo con Bakunin.

Y su observación, si bien no le detiene en el paisaje en sí, sino para pasar vista de cineasta, es una rápida pero certera visión de la Naturaleza isleña: «Allá una cordillera de cumbres nevadas y de escarpadas sierras, a veces frondosas. Acá un cerro eminente, un roque piramidal, un barranco profundo, un valle ameno, una cañada, una ladera, una rambla, una montañeta de lavas de volcán, unas playas todas de arena fina o

de callaos u guijarros redondos.» Un hombre del siglo XIX —Nicolás Estévez— ha de cantar así este mismo paisaje:

*Un barranco profundo y pedregoso,  
una senda torcida entre zarzales,  
un valle pintoresco y silencioso,  
de una playa los secos arenales.*

En los Diarios de viajes, Viera inserta expresiones del sentido del paisaje. En Flandes tiene la impresión kantiana de lo sublime: «El silencio del subterráneo, las tinieblas, los faroles, el susurro del agua, todo inspiraba un horror agradable.» Y en Bayona este sentimiento paisajístico: «En aquella hora se acababa de poner el sol con toda la pompa de colores de que suele ceñir las nubes: la luna se empezaba a elevar sobre el horizonte, clara, serena, cercana a su plenitud; el aire soplaba como un suave favonio, refrescando el calor de la tarde: así se hallaron encantados nuestros sentidos, y parecía forzoso exclamar: ¡Oh, Naturaleza, tú eres hermosa!»

Y a la vista de los Alpes. «A medida que se camina parece que todo va inspirando entusiasmo, y no sé qué agradable horror». En cambio, en el palacio de Doria: «una luz blanquecina muy graciosa; la bahía, las embarcaciones», todo inspiraba satisfacción y gozo. Su clásica elegancia le hace orlar de la palabra «gracioso», muchas páginas. «Los Meses» es la composición que más directamente entronca con el sentido del paisaje.

«Echar en Mayo la vista por la verde extensión de una pradera/ por las mieses alegres de una granja./ Por los pomares de algún valle ameno./ Por los cristales de un estanque de agua.» Todo el poema está lleno de alusiones paisajísticas; falsas cuando hace el Sannazaro, al cual no necesita recurrir, ya que hace muy bien el Rosseau. Elude el paisaje invernal, porque para el XVIII es lo hosco, la negación de la riente primavera y si a él se refiere es para patentizar sus crudezas.

Veamos esta expresión:

*Sitios queridos de las nueve musas  
En cuyos frondosísimos andenes  
Paseó de su numen agitado  
El divino Cairasco tantas veces.  
¡Montaña de Doramas deliciosa!  
¿Quién robó la espesura de tus sienas?  
Tu palo blanco ¿qué gusano aleve  
lo consumió? Yo vi el honor y gloria  
de tus tilos caer sobre tus fuentes...*

De la tierra sabemos lo que opina nuestro polígrafo. La exalta en función del hombre con un sentido agrícola y no bucólico. Condena el que los gobiernos no atiendan esta fuente de riqueza anatematizando la guerra que la devasta, así como a la juventud. Piensa exactamente como la generación de Remarque y es un aspecto interesantísimo de su personalidad por adelantarse a su siglo en un sentido tan audaz. Pero, ¿y del mar? ¿De este supremo elemento del paisaje isleño? ¿Ve, siente, ama, al mar nuestro clérigo o lo ve apenas? No lo siente, ni lo ama porque no podía aún. Su sentido tranquilo de la Naturaleza bella (siglo XVIII) no le permite, por familiar que le sea, querer al mar «enorme, sublime».

Antes de incorporarse (en sí) este elemento al paisaje, se le llama con expresiones librescas, rebuscadas. En *Los Vasconautas*, como cualquier continental, dice de las «ondas cerúleas», aunque este giro familiar delata su isleñismo: «Ya el agua junto al muelle mansa arrulla». Tomás Morales cantará de esa agua: «lamiendo los sillares del malecón dormido». Y esta imagen cazada en *Los Meses*. «Desencrespado el mar es ya un espejo». Véase esta expresión también de isleño en el «Diario a Francia y Flandes»: «y el prado cerca de Saint Albin no es sino un mar verde de yerba atuzadita.» Fray Luis de León, hombre de llanura, a la vista del mar lo referirá a aquella y dirá: «los tendidos mares». Viera, hombre de isla, a la vista de la llanura la ha de referir al mar: «Un mar verde de yerba». Su filiación le hace anotar en Bayona: «En esta jornada alcanzó a ver la señora Marquesa por la primera vez el gran espectáculo del mar.» El mar «espectáculo», fondo del cuadro de la naturaleza, no elemento «en sí», objeto del profundo amor del isleño de los siglos siguientes. Mar Atlántico en la entrañas de Morales, «¡Mar de mi juventud, mar mío!».

Adentrado, casado con el alma de un poeta marino, García Cabrera: «Lo menos me tiene el mar/ un cuatrillón de miradas/ lo menos veinte mil olas/ le tengo al mar en el alma.»

Dos siglos después de morir el clásico y elegante Monsieur Abate Viera, los poetas de las Palmas especialmente han de elevar a nuestro elemento supremo del paisaje, que feminiza en su amor el isleño, a «la mar, dormida hace cien años, amiga de los ensueños» a escribir sus estrofas de magníficos versos.

#### **59. «Caudillaje y democracia», *Proa, Santa Cruz de Tenerife, 2 de enero de 1932.***

Dice una frase, exclusiva por lo sistemática, de France que «Toda una ciudad, toda una nación residen en unas pocas personas que piensan más vigorosa e intensamente que las demás. El resto no entra en cuenta». Parece así, de pronto, una expresión pregonadora de la supremacía de unos menos inteligentes, sobre la masa indeterminada de los más.

Si hemos de ser sinceros, reconozcamos una valoración en cierto grupo de hombres, que, ejerciendo una dirección más o menos intensa en el resto, ocupan una posición, aún cuando condicionada, ciertamente superlativa.

El tipo de «caudillo», como apellidaba el XIX a los jefes políticos especialmente, llevaba tras de sí una masa amorfa, que por fortuita causa se acercaba o alejaba de él. A esa misma fortuna debía el caudillo su caudillaje. Por eso, la inseguridad del apogeo, presidía la fortuna del político y el cambio dañoso, era «el golpe de Estado». El caudillo no representaba más que su estrella.

Ahora bien, se ha anatémizado la política del siglo XIX, el liberalismo, por ingenuo y por farsante; por ingenuo, pecaría, pero ya en la ingenuidad, no queda otro camino que el de la farsa. El hombre del siglo XIX se empeñó en darle al pueblo lo que él llamaba libertad. Y cuando se encontró que el pueblo no la necesitaba, porque no sabía qué hacer con ella, tuvo que organizar la farsa. El pueblo no era idóneo; analfabeto e incapacitado, vendía el voto por un bien material que le aprovechase. Cuando en las altas esferas se vio que la democracia era un mito, que el sufragio era una falsedad y una cuestión de dinero, las elecciones se organizaron a manera de compañías explotadoras donde los dividendos eran traducidos por el mangoneo del Estado que disfrutaban los hombres de Gobierno.

Cuando se ataca a don Juan Prim por no haber proclamado la República, no se cae en la cuenta que Prim no lo hizo, porque vio que el pueblo no era republicano y que por consiguiente, hacía falta intentar un Rey. Los hombres del 73 proclamaron la República en el Congreso, como pudieron decir los del 12 que «todos los españoles

serán buenos», o «trabajadores» como han escrito ahora los de la Constitución de 1931. Los hombres del 73 no contaban con más opinión republicana que con la suya; es decir, con la de su reducido partido. El 73 fue, en cierto modo, un «golpe de Estado». España no era entonces republicana, y por eso, no continuó la República.

Todavía en 1914, escribe y dice Ortega y Gasset en su ansia constante de ser siempre nacional, que él ni sus amigos eran republicanos, porque «ella —España— no lo es». Sólo cuando el monarca empieza a ser perjuro, el pueblo, la nación, inicia un frente organizado, disciplinado, en contra de la monarquía; frente que se va ampliando hasta que ya, en su madurez, el fruto cae. Se va el Rey y la República es la Nación. República y España, son hoy consustanciales. Afirmar lo contrario es tan incoherente, como lo era en el 73 la dualidad España y República.

Parece así afirmarse, que el pueblo condiciona lo que hay que hacer. Si por pueblo se entiende Nación, sí; pero si por el pueblo se entiende una clase, no.

El «caudillo» ha desaparecido, se dice con frecuencia; quien reina ahora es S. M. el Pueblo, la Democracia. Y con el mismo gesto carbonario, chusmático, que se niega al «caudillo», se realza la supremacía popular.

Las masas socialistas, que se llaman en gesto de hermandad, de uniforme igualdad, «camarada» o «compañero» rechazan, en efecto, el viejo concepto del caudillo. La democracia republicana, también. Ahora bien, ¿qué ocurriría, si de momento, desaparecieran un Prieto, Besteiro, Largo, De los Ríos, Asúa, Araquistáin; veinte, treinta figuras socialistas, del Partido Obrero Español? Por eso ha dicho Ortega y Gasset que la democracia sí, pero la democracia disciplinada, organizada. La democracia que supliera el caudillo hombre, por el caudillo idea, que se aunara en una sola voluntad. De ahí la enorme trascendencia del Partido Socialista. La inteligencia y la voluntad han podido disciplinar lo indisciplinable: el obrero y el estudiante. Ejemplo: la F.U.E. y el Partido Socialista. Un caudillo arbitrario, víctima de su caudillaje como el del XIX, no; pero el caudillo inteligencia, el caudillo organizador, sí, ¿qué otra cosa que un caudillo, un superior, fue Pablo Iglesias?

El movimiento del 14 de abril, fue ocasionado por un anhelo común, por una disciplina nacional. No hubo caudillos, excepto el caudillo de la Disciplina. El pueblo amorfo, abandonado a su albedrío, se desata por el plano inclinado de la quema de conventos, etc. Todo lo que de admirable tiene el pueblo, se lo debe a la organización. Pueblo organizado es pueblo. Pero la masa amorfa, es solo chusma. Por encima de toda ingenuidad, la masa tiene que reconocer, una mente rectora que no se extralimite de lo que esta misma masa quiere y necesita; que sea en cierto modo un mandatario suyo, pero que a través del tamiz de su inteligencia, de la forma adecuada y viable, para que estas querencias y necesidades sean un hecho.

#### **60. TEMAS ACTUALES. «Cultura y región», *Proa*, Santa Cruz de Tenerife, 9 de enero de 1932.**

Para que una democracia sea efectiva, para que un sufragio equivalga a una verdad, precisa capacitar las masas. Es algo tan perogrullesco que de las faenas que el Gobierno de la República ha emprendido, ha sido una la intensificación de la Instrucción Pública. Sin embargo, el siglo XIX no vio la tremenda realidad del principio, cuando al tiempo que dio libertad al pueblo, no le dio cultura. Por no estar aparejadas ambas concepciones, el pobre elector de campo vendía su voto por un par de zapatos y unos duros. ¡Y menos mal que para algo le sirvió la libertad a este pobre hombre!

Escuelas, crear muchas escuelas. Capacitar al pueblo, para que los mejores sean que los que lleguen. Razón tenía el anarquismo del siglo XIX en repugnar toda

política. Cuando la política es un charco cenagoso, no merece otra cosa que repulsión, pero no cuando la política es gobierno de la ciudad (polis), de la Nación, por todos los ciudadanos; es decir, por cualquier grupo de ellos que sea capacitado y merecedor de tal puesto. Grupo que esté allí por la voluntad de los demás y por aptitudes propias. El día en que tal cosa se verifique exactamente, la democracia será un hecho. España que lleva hoy camino de ello, se retrasa y vacila, cuando deja que los partidos impongan arbitrariamente al gobernante. Ejemplo: Marcelino Domingo no debió haber abandonado la cartera de Instrucción. Los partidos, la democracia organizada, dará sus hombres, pero habrá que exigirles a los partidos que ofrezcan capacitados en tal o cual determinada esfera. Siendo la política en un régimen digno, sinónimo de ciudadanía, fácil le será a los partidos contar con hombres que ofrecer al Gobierno de la causa pública. Manejos de arbitrarias conveniencias, dan olor a viejos procedimientos que es preciso mueran para siempre.

El Gobierno, la República, pues, quiere capacitar a los españoles, quiere poder preguntar algún día al elector por qué vota, por qué prefiere tal o cual programa. En Inglaterra, por ejemplo, no es difícil encontrar a un hombre por sencillo que sea, que conteste a tal pregunta con claridad. Mientras el porcentaje de analfabetos e incapacitado subsista, la sombra del cacique y del caudillo, enturbiarán las perezas del sufragio.

Pero no basta la intención, la creación de escuelas, el afán del Gobierno, para que tal tarea educativa sea efectiva; si el fervor de una conciencia ciudadana no pone en el corazón lo que el Gobierno en la «Gaceta» o en el edificio público, la formidable empresa de cultura que se quiere organizar no será efectiva.

Desean las regiones más o menos intensamente, una descentralización para organizar mejor su vida y desenvolver más airosamente lo que la complicación centralista no permite. Las que no tienen ese deseo, por ejemplo, Canarias en la actualidad, dígase lo que se quiera apunta Ortega y Gasset, que debería disfrutar de una organización comarcal. En la España que el ilustre pensador «lleva dentro», habría que dejar solas a las comarcas y a la implantación frente a frente, para que se capacitaran las incapaces. Pues bien, ya es hora de que las regiones ayuden en la gran empresa de la cultura, de que los partidos no lo sean «al antiguo estilo» sino Ligas ciudadanas, ligas por la cultura del país que es por lo que se debe luchar una vez obtenida la libertad. Partido que no lleve hoy en su programa como principal finalidad la cultura, el mejoramiento intelectual colectivo, es un partido de farsantes.

Canarias, Tenerife, a quien nos referimos concretamente, está según demuestra hoy día, incapacitada para emprender una organización insular. Como la fruta silvestre, el sabor autóctono y la personalidad más o menos acusada, pero personalidad en fin, de la Isla, se pierde, no se aprovecha para una construcción positiva. Un núcleo de hombres en falange que representarán, con ese cariz un tanto oficial que lleva en sí la promoción, el sentido de Tenerife y que encauzarán una cultura, que llenarían este vacío. Unos hombres ¿cómo diríamos? Por vía de ejemplo, unos hombres como los que en 1880 representaban la Isla en el «Gabinete Instructivo».

#### **61. LA HORA UNIVERSITARIA. «Como los hombres del Gabinete Instructivo», Proa, Santa Cruz de Tenerife, 23 de enero de 1932.**

Dos momentos interesantes en la cultura isleña señalan un conglomerado con la característica nuclear de entidad unitaria. Dos momentos que son exponentes de Tenerife: La tertulia del marqués de Villanueva del Prado, por la primera década de la segunda mitad del XVIII y el «Gabinete Instructivo» por 1880.

Dentro de la oposición que tienen entre sí dos siglos consecutivos, ambos momentos representan un sentido idéntico en Tenerife. La aristocrática reunión, consiguió poner la primera piedra de nuestra cultura y continúa levantando el edificio. La historia, la literatura, flora, fauna y vida social del país, se encauzaron en la reunión con admirable lozanía. En la hora constructiva por un lado y crítica por otro, del XVIII, Tenerife aportó su signo rotundo. La vida entera de la isla, era regida indirecta y directamente a veces, por la docta tertulia lagunera.

Lo que la isla no se encarga de agrupar y aunar, se dispersa y diverge fuera de su recinto. Valores insulares que no han encontrado el marco de un núcleo, tertulia, gabinete, o sociedad, no han sentido su paisaje en la forma de vida. Unidades isleñas, sólo de tales han tenido su carta de naturaleza. Alguien ha escrito que, sin el Gabinete Instructivo «un Estévez, un Pulido, un Villalba Hervás, faltos de ambiente y estímulo, sin llegar a ser lo que fueron, hubieran robado al país sus más legítimos y honrosos timbres de gloria y orgullo». Por eso, sólo cuando esas individualidades se han agrupado en el ideario común de un mejoramiento tinerfeño, la isla ha vibrado y han sonado entonces sus horas mejores. Sería cosa de pensar, que si en una labor constructiva de España las regiones que se pasaron la monarquía pidiendo autonomía, van a continuar mirando a Madrid y las crisis políticas como en los buenos tiempos de la Restauración... y que si, en efecto, un intento de organización se advierte, nuestra isla va a quedar al margen de todo esto.

El caso de nuestra Universidad constituye, dicho sea de paso, una tremenda afirmación de la inhibición o de la incapacidad del país, para una seria organización.

No creo que tenga nadie en el pensamiento la necia objeción de que, en momentos en los que la faceta social de las naciones, venga el primer plano, no es esta la hora de eso que la mentalidad del hombre medio de la posguerra, llama «cuestiones culturales» en un sentido despectivo hacia lo que no se entiende. ¡Cuestiones culturales! Pero en el presente, como en el 80, el «Gabinete» como en el siglo XVIII la tertulia, nuestro momento universitario representa una organización, no ya cultural, sino vital, insular. La Tertulia de Villanueva del Prado, miró civilmente a los desvalidos tanto como a las cuestiones espirituales del país, y la mala administración de la época, la fiscalizaba y criticaba en su periódico *El Síndico Personero*; en cuanto a los ilustres hombres del «Gabinete Instructivo», a los hombres de *La Ilustración* y de la *Revista de Canarias*, aparte de su significación política, ciudadana, isleña, (que motiva una suspensión del «Gabinete» durante cuatro años hasta que un «ochocentista», Domínguez Alfonso, la levanta con su interpelación) demuestra su efectiva existencia vital, cuando dedica un gran número de sesiones al asunto de la cochinita tan capital entonces en la economía del país, y cuando presenta normas para la intensificación del cultivo tabaquero. No digamos nada del fomento literario, artístico y científico que llevó a cabo esta falange admirable de hombres.

Alrededor del influjo dirigente de estos dos núcleos, giró la isla en el XVIII y en el XIX. Personalidad de calidad más o menos alta; significación mejor o peor acusada, pero que dieron a la isla un perfil determinado que ahora no tiene. Ello es todo.

Por eso he escrito más de una vez, que si se quiere construir a Tenerife ha de ser teniendo en cuenta la época y su significado, injertando el espíritu insular en la Universidad. En la Universidad, no casa, oficina donde se obtiene tal o cual título, sino en el centro rector de la isla que recoja y sea el índice de nuestra vitalidad.

Una liga de amigos universitarios, de amigos del país, que no deje tan sola encomendada la tarea a profesores y alumnos, como si la Universidad fuese algo parcial o de clase. Un núcleo de hombres representativos, como los de la tertulia, como los del ochenta. Y mucho de culpa tendrán, si los valores isleños adheridos a sus partidos

políticos, ha «n» partidos políticos, levantando capillas, so pretexto de divergencias ideológicas, se aprestan ante un período constitucional, a seguir poco más o menos la farsa de la Restauración, arrancando trozos, dádivas y gobernadores al poder central en beneficio de su grupo, mientras una posible oportunidad, de existir un núcleo preparado y de una opinión fervorosa, de exigir la Universidad y la Isla, se pierde una vez más.

**62. «Periodismo escolar», *Brújula*, n.º 1, La Laguna, Tenerife, 19 de marzo de 1932.**

En el viejo reloj sonó la hora de Carreño. El famoso estudiante típico señaló el perfil de la clase en su época. El chiste, el enredo, el noviazgo con la modistilla y la batalla callejera con el rústico que ponía en escena siempre el «El Auto del Repelón» de Juan del Encina. Así nuestro estudiante del XIX.

Espada y bolsillos vacíos en los mejores tiempos de florecimiento salmantino. El estudiante hambriento era en la parda Castilla un pobre más de solemnidad, de esos que anota nuestro Viera y Clavijo en sus epístolas.

Quevedo le incorpora a la picaresca. El hombre es su lazarillo. Las conclusiones claustrales le hicieron diestro en el manejo del esquelético silogismo y su armazón le secó el cerebro. Gustavo Doré plastificó su miseria arrinconada y harapienta junto a los viejos muros. El estudiante antiguo era una estampa más en la España que fue.

Los de nuestra Universidad de San Fernando, los de la generación que ha sustituido la capa por el chaleco de la F.U.E.; los que salen a la calle a cumplir su misión corporativa y ciudadana, quieren continuar en horas constructivas la inicial faceta periodística de un viejo tiempo. Cuando la inauguración, en 1825, los estudiantes anunciaron el prospecto de un periódico *El Tinerfiano*. No llegó a salir porque se le prohibió. Esto en noviembre; pero ya en diciembre salía clandestinamente *El Zurriago*, manuscrito, que los castizos no precisan de permisos oficiales.

El 4 de marzo de 1837 aparece *El Pígmico*. Periódico crepuscular. Laguna de Tenerife: Imprenta de la Universidad de San Fernando. Así reza la nota del periódico en la obra de don Luis Maffiotte. («Los periódicos de la Islas Canarias»).

Los estudiantes del *Pígmico* nunca dieron su nombre. Era bisemanal. Entre marzo y abril reparte sus quince números, «con su estilo cáustico, echándola de imparcial, atrevido a veces, quisquilloso». Entre la lucha de *El Atlante* y *El Tributo*, *El Pígmico* pone su gracia quisquillosa y burlona. Satiriza a los demás periódicos, rectificando el versado en letras y ciencias, errores de sus colegas que no saben cabalmente la altura del Teide. Traviesa objeción a Viera. Puñaladas a diestro y siniestro lados y cómicos perfiles doctos con los que ridiculiza a los demás. Y al terminar, como fin de fiesta a su persecución, los obligados versos de sabor popular decimonónico: «Aquí yace sepultado/ Bajo de esta loza fría/ Uno que fue ajusticiado/ por tener bolsa vacía./ Como no tuvo otro vicio,/ Por eso murió sin menguar,/ ¡Ya vendrá el día del juicio/ y tornará a hablar su lengua!».

Durante la monarquía, pasa unos tres años, señalé en la prensa a los estudiantes la necesidad de redactar una hoja o revista escolar. Todavía el vicio de *El Pígmico*, «la bolsa vacía», es una coacción para estas empresas. Veamos el imán de esta brújula.

*BRÚJULA*: que en esta hora en que nada más que unos cuantos, ansiamos reconstruir la cultura de la isla en la senda atlántica, insular, un claro horizonte azul, no deje ver nubes, ni neblinas en tu Norte.

**63. «En el centenario de Goethe: *Clavijo*, drama de Goethe», *Proa*, Santa Cruz de Tenerife, 26 de marzo de 1932. (*San Borondón, signo de Tenerife*, 2001: 41-46).**



Agustín Espinosa en su *Lancelot*, 28.º 7', tiene un capítulo dedicado a Azorín en el que escribe de «Teguisse y Clavijo y Fajardo». La tesis doctoral (no la conocemos) del docto catedrático trata también de este lanzaroteño: «Ensayo de una biografía de José Clavijo y Fajardo».

Nace Clavijo en 1726. En su infancia le educa un tío suyo, el Padre Clavijo, religioso de Las Palmas. Es primo de Don José de Viera y Clavijo y figura como una de las trece estrellas de «El Can mayor o Constelación canaria», del historiador.

En 1745, por los veinte años, marcha a Madrid y sirve de secretario al general Vázquez de Priego. Más tarde se coloca en la Secretaría del Departamento de la Guerra. Recorre España y Francia. Muere en 1806.

Las islas aportan con él uno de sus valores del XVIII. Hombre de la época, afrancesado, religioso de las tres unidades, consigue junto con Moratín la prohibición de los «Autos sacramentales» (1765). Impugnador, pues —era la hora y su sino—, de lo nacional. También del sainete. Se había educado en Francia y a lo francés y era uno de los más caracterizados representantes de aquella nación. Protegido por Aranda y Grimaldi fue director de los teatros madrileños, del *Mercurio* que publicaba la Secretaría de Estado y editaba además *El Pensador* (1762), especie de colección de ensayos (a imitación del «Spectator» de Adisson). Es autor de «El tribunal de las damas», «Pragmática del Zelo», «Los jesuitas reos de lesa majestad divina y humana». «Diccionario de Historia Natural castellano». Traduce la *Historia Natural* de Buffon, «Andrómaca» de Racine, «El Vanaglorioso» de Destouches, a Massillon, Voltaire, Pluquet, etc.

Pero la europea popularidad de este Don Juan del setecientos (A. Espinosa) «se le ha dado, principalmente una aventura». Cada cual la cuenta a su manera. Los españoles, los paisanos y biógrafos de Clavijo con ventaja para él. Unos, eximiéndole de la falta; otros, como Espinosa, haciendo de la falta galante, la aventura viril, burguesa, de su hoja de servicios vitales... Para otros, la aventura no fue de tanta importancia.

La cuestión ocurrió así poco más o menos. Beaumarchais tenía dos hermanas en Madrid. Sofía, casada con un arquitecto, y otra que en París había sido novia de Clavijo. Las relaciones se reanudan. Clavijo da palabra de un casamiento que se dilata mucho y la señorita Luisa Caron se siente burlada. El hermano, Beaumarchais (autor del «Matrimonio de Fígaro» y de «El barbero de Sevilla», gran valor francés del XVIII) viene a España, a Madrid, por varios asuntos, entre ellos a solucionar el caso sentimental de su hermana. Obtiene de Clavijo una declaración que la rehabilita, pero el lanzaroteño le engaña con fingidas promesa de matrimonio y trabaja bajo cuerda en contra suya. Beaumarchais se entera, llega hasta el Rey y con la declaración consigue que depongan y desacrediten a Clavijo. Así lo escribe a su padre. Algunos defensores del isleño, achacan jactancia y calumnia al francés, pero las cartas y documentos familiares demuestran su veracidad. Beaumarchais era joven, influyente y captó amistades y distinciones en la sociedad madrileña. El incidente Clavijo ocupó poco de su estancia en la Corte.

«Pero —escribe Espinosa para honor y gloria de su biografiado— María Luisa Caron muere en Royale (Picardía), soltera, en un convento. Y Clavijo, en Madrid, ya octogenario». Mas en el prólogo a las obras teatrales de Goethe (Biblioteca clásica, 1893) hemos leído que la señorita Luisa Caron se casó en París.

El «caso Clavijo» en España y de Beaumarchais en Francia pasa a la literatura. El mismo Beaumarchais escribe sobre el motivo en el «Viaje a España» y en la comedia «Eugenia» (que traduce Don Ramón de la Cruz). Y es tema —dice Espinosa— de tres tragedias francesas, cuyos autores son: Marsolier, Cubiére-Palezau y Halévy.

El «Clavijo» de Goethe nada tiene que ver con el real. Es un personaje inventado. La reseña del argumento es como sigue: en el acto primero, Clavijo y su amigo Carlos dialogan. La familia Beaumarchais, con el español Buenco (que ama en secreto a María, la novia de Clavijo) esperan al hermano que ha de vengar y hacer cumplir al novio su promesa. Una promesa de matrimonio en unas relaciones en las que la joven no ha perdido más que el corazón. Llega el hermano y termina el primer acto. En el segundo, Clavijo en su casa. Beaumarchais y un amigo entran a visitarle; aquel se presenta como un francés y le habla de sus méritos como director de *El Pensador*. Luego le cuenta, sin referirse concretamente, la historia de su hermana. Clavijo va agitándose por momentos. «Un joven de las Islas Canarias» dice el francés, frío, tranquilo. Al fin, el hermano se descubre y obliga a Clavijo, ante los criados, a firmar su condenación y promesa, éste lo hace y arrepentido de su conducta anterior pide a Beaumarchais que interceda con su hermana para que le perdone. Al cambiar la escena, el amigo Carlos le amonesta por la determinación, pero Clavijo está decidido a casarse con María.

En el acto tercero, se arroja a los pies de su novia, suplica y obtiene el perdón. Buenco no cree en su protesta de amor. Beaumarchais llega y al ver tanta nobleza rompe el documento que le firmara de antemano y se lo entrega. En el acto cuarto, Clavijo y Carlos hablan. Carlos insiste en reprocharle su conducta y en haber estropeado su carrera de Archivero del Rey. Le señala que su novia está enferma, tuberculosa. Le pinta el cuadro de un matrimonio desdichado. Clavijo le contesta que ella está así por su culpa; luego añade que en efecto está muy distinta. Al fin cede. La persuasión ha sido la puntilla azuzadora, perforante y el carácter débil, tornadizo, fatuo y mujeriego, más por presumir de mujer que por la mujer misma, se inclina. Acuerdan la trama aún cuando no quiere hacerle daño a Beaumarchais; éste llega a su casa y dice a las mujeres que Clavijo no está en la suya. Una carta de aquél (dictada por Carlos) le dice que le acusa de suplantación de nombre, de haberle forzado en su declaración, etc. María se desmaya y muere. La escena es de ira y de dolor. En el acto quinto, Clavijo y un criado ven el entierro de María. Se angustia el galán y se arroja sobre el cadáver. Beaumarchais le atraviesa el pecho. Antes de morir le cuenta la muerte de ella, con el nombre suyo en los labios. Pidiendo perdón y encargando a Carlos que no intente salvarle a él y sí a Beaumarchais, muere.

«Clavijo» es la obra más dieciochesca de Goethe y una de las más flojas. La alteración de escenas y el motivo romántico del entierro le apartan del patrón clásico, no obstante. Él dice que fue originada a causa de un juego de prendas, cuya pérdida dio lugar a que prometiese a una dama escribir en ocho días una obra tomada de la cuarta memoria del Beaumarchais. Parece que no se está de acuerdo sobre el origen, pues el juego de prendas referido se verificó dos meses antes de aparecer las «Memorias». Pero ya estaba en 1774 escrita y había que justificar su mediocridad respecto de las anteriores. Los amigos se defraudan. Boos decía que si Goethe no pone su nombre en la portada no se hubiera reconocido como suya. Jug Sillingno la reconoce, tampoco, como tal. Wieland aseguraba que ella demostraba que Goethe no era el genio que se había supuesto. Goethe se disculpaba diciendo que le gustaban las «Memorias» y que partiendo de ellas no se podía hacer otra cosa. El segundo acto es casi una traducción de la conversación entre Clavijo y Beaumarchais, escrita por éste.

El Clavijo de Goethe es un alma versátil, abúlica. Bueno, pero ambicioso por subir y llegar. Como Beaumarchais le rebaja, Goethe, considerando que ambas personas viven, las presenta bien, disculpando a Clavijo y expiando con su muerte la falta. Carlos, es el propio amigo del autor, Merck, que por entonces contribuyó a que el mismo Goethe se alejase de una mujer «de constitución consuntiva, y además cargada

con la obligación de un oficio manual». El genio le hacía volar: la sensibilidad volver la cabeza. Goethe puso en el personaje un estado presente de su alma. El genio alemán va evacuando en la obra los matices de su personalidad y como todas las suyas, «Clavijo» contiene también un fondo autobiográfico.

**64. «Juan Wolfgang Goethe (1749-1832). Notas biográficas I», Proa, Santa Cruz de Tenerife, 26 de marzo de 1932.**

LA CULTURA OCCIDENTAL AL APARECER GOETHE.

¿Quién manda en el mundo?, preguntó no hace mucho entre nosotros don José Ortega y Gasset. ¿Quién mandó en el mundo en el siglo XVIII? La respuesta aflora sin gran esfuerzo: Francia.

El catolicismo de la Contrarreforma, el mismo protestantismo, la reforma, después de implantada, fuerzan los dogmas y pretende detentar la razón de la humanidad, del mundo occidental, hecho ya hombre. En Inglaterra en lucha por la libertad religiosa y filosófica, al llegar Voltaire de su destierro inglés, inicia una atención hacia aquel pueblo y sus «Cartas a los ingleses» contiene los preliminares de una gran rebeldía que pronto ha de organizarse. Voltaire elogia a Shakespeare, se declara partidario de reconocer cierta libertad en el genio; sólo cuando su valetudinaria cobardía ve la enorme afición por el genial dramaturgo, lo llama entonces «bárbaro», «salvaje ebrio» y defiende con gran religiosidad las tres unidades. Montesquieu, el conde que no entiende el gótico, ha aportado su «Espíritu de las Leyes». Diderot, el oscuro, nada clásico, interpreta por tanto, de Rembrandt, prematuro nostálgico del Romanticismo llena de sombra y luz la «Enciclopedia», Juan Jacobo, de espaldas a la ciudad, en contra del hombre griego, quiera erigir un futuro.

En Alemania la Enciclopedia se llama la «Aufklärung», la época de las lunas, Voltaire es traducido por Lessing y el gusto por Shakespeare, entusiásticamente fomentado. Diderot es también traducido por Lessing y la Alemania (escribe Menéndez Pelayo) lo admiró por él y por Goethe. La influencia de Rousseau se deja sentir y la vuelta a la Naturaleza es el grito de combate de «Sturm und Drang» (Max Koch), no obstante criticarlo Lessing y Mendelsohn.

Federico II se hace edificar su versallesco Sans-Souci, y tiene «repugnancia por todo lo alemán». Antes de llamarlo invertido, Voltaire ha sido su huésped.

Alemania sufría depresiones materiales y morales y guerras exteriores e interiores, espirituales. Las luces de Francia eran el foco, París, la capital del mundo.

Pero los partidarios de lo antiguo reaccionaron. Entonces aparece la «Mesíada» de Klopstock en defensa de la religión. Este poeta introduce el hexámetro e introduce una nueva forma rítmica que ha de usar Goethe. Se encamina hacia una poesía (continuará)

**65. «Juan Wolfgang Goethe (1749-1832). Notas biográficas II», Proa, Santa Cruz de Tenerife, 2 de abril de 1932.**

(Se encamina hacia una poesía) nacional que se dirija más al sentimiento que a la razón. No obstante el entusiasmo que el autor de «Werther» siente por esta idea, el fruto no está aún maduro y fracasa.

El clásico nacional fue Lessing. Amigo de Voltaire, librepensador, impugnante del valor profético y de los Evangelios, discutidor con los teólogos y amenazado por ellos oficialmente. Autor del «Laocoonte» y de la «Dramaturgia», dramático él mismo.

No comprende lo feo, es decir, lo retorcido, lo barroco. No siente, es natural, ni la Edad Media, ni lo romántico. A los franceses les echa en cara su espíritu de rutina y el no ser, como ellos creen, clásicos. No tienen —les dice— teatro ni verdadera tragedia. A los alemanes les censura el ser «más franceses que los franceses mismos». Defiende la acentuación de un teatro nacional y de un arte.

Winckelman crea la Historia del Arte. Goethe lleva un volumen de su obra a Italia. Wieland cambia, ante la «Mesíada», su primitivo rumbo enciclopédico, para tornar a él más tarde. Zaherido por Goethe en su yoísmo, se acerca a Neymar cuando, nombrado profesor en Erfurt, le llama el Gran Duque. Y se reconcilia personalmente con el poeta y sus amigos.

Estos son, en «grosso modo», los pilares más acusados de un «Aufklärung». Que aceptan las ideas de la dueña Francia; que tiene sus gustos, pero que, alemanes al fin, se encaminan hacia una autoctonía aún no lograda.

Pero Herder y los del grupo de Goethingen, los estudiantes confederados en el Hain, con su revista, se entusiasman por Clopetock defienden el libre desarrollo del carácter nacional y queman públicamente el retrato y las obras de Wieland, el «gálico corruptor». Todos escriben cantos populares, traen sobre el tapete a Casian (al cual traduce Goethe en Estraburgo). Es el momento de tormentosa agitación del «Sturm und Drang».

[ilegible] la situación cultural alemana al aparecer Goethe[ilegible]

#### **66. BUTACA. «Revista de Historia», Proa, Santa Cruz de Tenerife, 2 de abril de 1932.**

«¡Los españoles! ¡Los españoles! —decía Nietzsche— ¡He ahí hombres que han querido ser demasiado!». Empeñados en empresas con la omisión de su finalidad, han atracado a las riberas de la melancolía. Con estos conceptos construye don José Ortega y Gasset su teoría del esforzado.

No sé si España está ahora dejando de serlo por asomarse a Europa. Nosotros, ha dicho en esforzado individualismo de benamejí, Blas Infante, (sembrador de flores comunistas libertarias) no queremos, no podemos, no llegaremos jamás a ser europeos. Europa ha quebrado. Andalucía que es España, dice Infante, libre de Europa y enfrente de ella. Esforzados, ¡Esforzados! ¡melancolía!

Esforzada también la canaria gente española. Desde hace tiempo, fervores iniciales de empresa agrupa a unos pocos fervorosos de cultura. Los intentos se suceden, la empresa no sigue, no ahonda. Nada «cuaja aquí», dice el lenguaje cotidiano de los lamentadores del muro. Gestos truncados; revistas desfloradas; propósitos hundidos... Naufragio y después, nada.

Ahí está don José Peraza de Ayala desmintiendo. El menos español de los canarios. Y el menos canario. Timoneando siempre, desde su fundación la *Revista de Historia*. Contando con los dedos los airosos ocho años de su publicación. Asido a la rama de un árbol de costado, ensortijado de blasones, incorporando lo viejo a las horas de hoy. Con nobleza impertérrita, frente a viento y marea. Desdeñoso de ironías chismosas.

Ahora ha editado pulcramente el último ejemplar de 1931 dedicado a don José de Viera y Clavijo. Se ha festejado la incorporación a la «Revista». Sus páginas las han escrito esta vez, el mismo Viera, Edmundo Trujillo, María Luisa Villalba, Francisco Aguilar, Andrés de Lorenzo Cáceres, además del profesor Serra Ráfols, conocido de la «Revista» y el propio Peraza de Ayala que reza su oración al antepasado don Fernando de Molina y Quesada, el constante y meticuloso caballero de la Tertulia del Marqués de Villanueva del Prado.

Peraza de Ayala, constante como don Fernando de Molina, aun cuando quiere ser canario, está dando lección del más patente anticamarismo. Ocho años no son un esfuerzo; ocho años son, Peraza de Ayala, una empresa.

**67. «Un hombre del siglo XVIII. El segundo centenario del polígrafo tinerfeño José de Viera y Clavijo», *La Gaceta Literaria*, n.º 123, Madrid, 1 de mayo de 1932. (*San Borondón, signo de Tenerife*, 2001: 41-46).**

Gran Canaria y Tenerife han echado las campanas al vuelo al celebrar recuerdo del natalicio feliz en 1731. Un inocente requirió el 28 de diciembre sobre las aguas bautismales. Muy endeble el infante, amenazaba pronta subida al cielo; mas como naciera en Inocentes, engañó a los familiares con una vida de ochenta años.

En las Palmas, el Museo Canario celebra solemnemente con un certamen en torno a Viera y a su fundación, el acontecimiento. Curso de conferencias y viajes de los socios a Tenerife, al pueblo del Realejo alto, donde el polígrafo nació. El mismo 28 de diciembre los socios del Museo pretenden asistir al nuevo nacimiento de Viera. La isla recibe a los viajeros con entusiasmo. Agustín Millares Carlo pronuncia en Las Palmas su docta conferencia como fin de fiesta.

En Tenerife, el Círculo de Bellas Artes (hasta ahora único vigía alerta) organiza un cursillo que cierra Agustín Espinosa con su conferencia «Sobre el signo de Viera». El diario *La Prensa* dedica unas páginas a la figura del polígrafo. *La Tarde* con menos intensidad, también se ocupa de ella. En el semanario *Proa*, quien esto escribe, dedicó varias hojas al elegante y clásico hijo de Tenerife. Hojas de antología y de homenajes. *Revista de Historia* prepara su volumen trimestral, que dedica a Viera, con la colaboración de Darias, Bonnet, Andrés de Lorenzo, María Luisa Villalba, etc.

VIERA Y CLAVIJO (1731-1813) lleva a la España del siglo XVIII su ficha clásica y su ficha crítica, demoledora y volteriana. Isleño, con hambre de tierra, amplía su horizonte insular en la Península. En la isla cercábanle la clara galanura de la tertulia del marqués de Villanueva del Prado, título de pasaje de fronda, de lienzo de Fragonard. El delgado fraile de Orense, Benito Jerónimo Feijoo había iluminado a nuestro clérigo, a quien una negra escolástica le tenía privado de los fulgores del siglo de las luces. Sus amigos de la tertulia del marqués y él querían «acercarse a la Europa sabia y burlarse de ciertas preocupaciones del país», según su expresión de pleno siglo XVIII.

La impresión de su *Historia de Canarias* le lleva a Madrid. De brillantes títulos de nobleza de su amistad, orla sus cartas y «Memorias». El chocolate a media tarde, tomado en La Laguna, en la casa de Don Tomás de Nava, viendo caer afuera, lenta y monótona la llovizna, o el vinillo «del Rincón», bebido en Daute, en la quinta de Don Juan Antonio Franchy, en los días estivales, azules, oyendo la chabacana gracia del Diego Pun, ha de olvidar en la mesa de la señora duquesa de Miranda. Una mesa que podía estar en la ilustre casa de Don José de Silva, marqués de Santa Cruz, o en la casa de su excelencia el duque de Medina-Sidonia. Una mesa que también estaba en el cuarto del duque de Arcos, capitán de Guardias de Corps.

De ayo del marquesito del Viso, hijo del marqués de Santa Cruz; escribiendo obras e imprimiendo su *Historia de Canarias*, que él llama «Noticias», Viera se satura de noble saber. Premios de la Academia Española; distinciones, amistades para nuestro clérigo. Abate Viera, en París, admirado de la ancianidad de Voltaire, dormida en un sillón de los «cuarenta inútiles miembros» de la Academia Francesa. Aprendiendo cursos de Ciencia y maravillado de los 3.000 faroles de reverbero que tienen París. Paseando por la rue du Saint-Honoré, y en compañía del marquesito, al Circo Real.

Nadando por el mar de la Europa culta, a la que de pensamiento había querido acercarse entre los contertulios del marqués con título de pasaje de fronda. España vive

desde Francia mimetismo, falsa vida. No le venía bien la mueca sabihonda de M. Voltaire o de M. Diderot, a quien se había explayado en las carcajadas de la picaresca. Fue preciso la borbónica excepción de Carlos III, tan Bourbon, para que los pedantes derrotados midieran con el sistema métrico francés los versos españoles en el país de Don Luis de Góngora y Argote.

Clásico en temperamento y época, M. Abate Viera se sumerge con la escafandra irónica de su gracia en el París de la Enciclopedia. El mundo dorado de Roma le subyuga, y besa, no sin cierta emoción, la zapatilla de Pío VI, el papa chistoso y simpático que «se echa polvos». Los clérigos no huelen a escolástica como los de su lejana isla; los clérigos aquí son empolvados abates que no ven a Satán enredado en el tacón de una dama. Princesas, abates, obispos, monseñores en amistosa charla en la opulenta Corte romana, enemiga de Voltaire, pero muelle, dieciochesca y «católica». Perfumadas noches mediterráneas napolitanas; frías noches sobre el Danubio helado en la Corte de Viena. Breve charla con Su Majestad Imperial, José II. Íntima conversación con el simpático paisano Domingo de Iriarte, diplomático y hermano del señor Don Tomás.

Amador de la Botánica, en su rincón de la Isla de Gran Canaria, iluminado de luces. Burlador de milagros y preocupaciones. Para las musas, requiebros. Para él, desdenes de las musas. Conversador, (causer); de largas e interesantes epístolas a los nobles y cultos amigos.

Estela luminosa; clásico vivir. Mohines de desdén e incredulidad para la *Historia de Canarias* pero reverente ante el mito de Dácil. Agustín Espinosa lo ha hecho notar. La infanta Dácil, inicial del mito isleño, que todo lo espera del mar. Con sus burguesas derivaciones de la novia del teniente; pareja consabida de la Plaza de la Constitución. Ante el mito, el historiador se siente canario, isleño, aun cuando en Europa, en la Viena imperial, después de una cena en la mesa del príncipe Kautnitz, entre damas, embajadores, obispos; sus obras, Canarias y Don Lope de la Guerra, de quien era la carta recibida a la sobremesa, le produjeran desprecio e impresión de mezquindad. El peso de la Europa, sabia y elegante, que inunda a «monsieur Le Abée» Viera, peyorante para la chismografía de las islas lejanas, de los «veinte pobre de solemnidad» y las ventanas sin cristales de la pobre y maloliente Castilla. Miseria de la pobre España, vilipendiada por el afrancesado, por el culto, que, impotente para rehacerla, va a la evasión, a vivir desde otro lugar.

Tristeza del Abate Viera a su vuelta a la isla, a la redonda Gran Canaria, fuera del «pomposo espectáculo del llaman gran mundo». Canarias aportó a la Península su pléyade más interesante de hombres de generación. El XVIII canario vertióse en el XVIII español. En la hora clásica de las islas, serenas sonrisas de las olas marinas apresaron paisanaje en el tamiz insular.

Gran Canaria y Tenerife han echado las campanas al vuelo al celebrar recuerdo del natalicio feliz en 1731.

**68. COMENTARIO. «La República y la enseñanza», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 24 de julio de 1932 (sin firma, como editorial).**

Sería muy conveniente, que los que sólo ven en la República un motivo constante de censura y señalan a menudo la defraudación producida por el nuevo régimen hiciera un balance en este fin de curso escolar, del movimiento pedagógico, por lo que a la primera Enseñanza especialmente se refiere.

Conocida es la apreciación de E. Herriot, actual Presidente del Gobierno francés sobre la labor de la República en la Enseñanza popular. Se ha hecho durante poco más de un año, lo que no hizo la Monarquía en tantos. El número de escuelas

aumenta cada día, y cada día, en razón inversa, naturalmente, promete disminuir el analfabetismo y el problema de la instrucción pública.

En Tenerife han sido muchas las Escuelas creadas. Fue este aspecto de la enseñanza el que preferentemente señaló la propaganda antes del 14 de abril. Los republicanos de Tenerife, conscientes de la hora precaria que atravesaba y atravesaría el país. España y en general el Mundo, se abstuvieron de ofrecer «manás» al pueblo. Dentro de las posibilidades nacionales y sabedores de épocas de dificultad económica hicieron hincapié en el estado ignorante en que la Monarquía había sostenido, para su conveniencia, al pueblo. Se prometieron escuelas, y escuelas se han creado y funcionan. Si todas estas cosas se tuvieran en cuenta, servirían para contener un poco el afán criticador que ostentan especialmente los que pudiendo un día hacerlo todo, no hicieron nunca nada.

Otro aspecto de mejoramiento ciudadano y de avance cultural es el ofrecido en las Exposiciones Escolares de fin de curso, que acusan en la Escuela de hoy una evolución favorable, actual, respecto a la Escuela de antaño. Un sentido racional, vital y un conocimiento del niño se puede notar sin dificultad en estos exponentes de final de curso. Lo natural y propio sustituye a la pedantería y falsedad de los antiguos exámenes. La Escuela avanza y el Magisterio canario también. Esa improvisación de excursiones escolares a la capital, ha sido un éxito pedagógico que a primera vista no se apreciará quizás. Se pone al niño del interior en contacto no ya con la capital en su sentido urbanístico, sino con los centros, fábricas, talleres, etc.; que la capital ostenta. Estos viajes; las cosas vistas; dos conocimientos adquiridos un día de «excursión» no se olvidan fácilmente a las mentes infantiles. Hoy nos congratulamos que la semilla que plantó un día la culta maestra de la Guancha, doña Ángeles Machado, haya fructificado tan lozanamente.

En este balance de fin de curso, sólo éxitos y mejoras podemos señalar. Para los que no nos olvidamos de la situación de la Enseñanza en Tenerife hace unos años y ciframos en la cultura del pueblo todas esperanzas, es un motivo de satisfacción y aliento a la par que de confianza en el porvenir.

**69. «San Borondón, signo de Tenerife», *Hoy, Santa Cruz de Tenerife, 28 de julio de 1932.* (*San Borondón, signo de Tenerife.* 2001: 15-18. También publicado en: BECERRA BOLAÑOS, Antonio y MARTINÓN CEJAS, Miguel (2010): *En unas líneas... María Rosa Alonso*, Gobierno de Canarias, 2010. (pp. 76-77)).**

En un barco de mimbres San Brandano de Escocia y San Maclovio arriban a la encantada isla Aprósitus, que llaman Encubierta. Que llaman también Antilia y Non Trubada. Mares surcados de céfiros que hienden a dentelladas el pincel de los primitivos, cruzan navíos godos portadores de un arzobispo y seis obispos. Allí dejan la cruz que en el plano de la isla vagabunda dibuja las manos de los que la vieron.

San Borondón no tiene su héroe, su Hércules romano. Para Cristóforo Colón puede ser una de las piedras que están entre las márgenes de su continente y el otro lado que es las Indias. Y el nombre de la irreal bautiza al nuevo grupo de las concretas: Antillas. Colón, héroe de luces, de renacimiento, no puede ser su redentor. Sin héroe, sin apadrinar, estará aún flotando a la deriva, la sin destino y rumbo con sus obispos, su arzobispo mitrado y su cruz a cuestas. Sin un llanto de sirena ni un suspiro de Poseidón, el dios marino fraterno de Zeus. Irredenta, sin poder anclar, esta ballena herida de muerte por el arpón que la sátira le ha inferido. Llorando el desengaño de tres Fernandos: de Troya, de Álvarez y de Villalobos; de Acosta y de Pinedo y del esforzado Franco de Medina, el de la letra firme y clara que quiso ser su héroe. Pero los ojos de un franciscano vieron a la perdida «junto a la Gomera —con todo claror»; sus manos la

pintaron. Dios y ella saben que a su tierra arribaron tres lusitanos. Y Marco Verde. Y Pedro Vello que bebió en su fuente agua clara, agua de cristal, que vio huellas de grandes pisadas —¿del héroe anónimo?— y al pie de la mar encrespada de olas en arcos, en un tronco de Barbuzano, enhiesta, católica, universal, mirando al Norte y Sur. A Oeste y Este, la cruz. La cruz que lleva a cuestras San Borondón errante, con dos hombres consigo, encantados en la maleza, perdidos a Pedro Vello, con su arzobispo y sus seis obispos, encadenada prometeica de los vientos, portando sobre el lomo el dardo de la sátira. La burla que mofó del General Mur. La mueca volteriana de Viera. La afrenta de la gente de mar; «Frente a la Gomera/ (canta la musa salitrosa, de esta malherida) con todo claror/ el patrón contaba/ cosas que inventó./ porque aquella isla/ jamás la encontró,/ ni viola en su vida/ ni a ella arribó.» Soportando la negra injuria de una explicación científica. De falso testimonio que se ha levantado: la infamia de un espejismo de La Palma. Escarnecida, sin un héroe, sin un poeta (¿por qué no ha habido uno para ella?, ¿por qué en la poética romántica de las islas, no se encuentra un romance de San Borondón?), sin destino, se fue de los mares donde un portulano hospitalario la plantó. Sin destino.

Esta maldición que era su fatalismo, su sino mítico, se la dejó la octava, la encubierta, a sus hermanas. Las siete afortunadas sin fortuna; las unguidas de Iberia. Las que zozobran en agonías. En agonías de pleitos, en angostos seños de isloteñismos. En angustias de no poderse construir perennemente. Y cuando alguna quiere sacudir el vaticinio, apartar la sentencia, marca exacta la isla su hora de libertad. De emancipada del destino.

Marca en Tenerife la Tertulia de Villanueva del Prado, la hora enciclopédica e isleña del setecientos; marca la hora impresionista e insular del ochocientos el «Gabinete Instructivo». Márcanse las horas y suenan las campanadas. Pero la maldición de la Encubierta, de la siniestra, reaparece y torna otra vez la isla sin rumbo cierto a bogar sin destino. Agonías del vino malvasía. Universales vinos; «dulce néctar» del sabor de Viera. De las citas de Dickens, Goldoni, Walter Scott y Kuprin. Tienen los vinos sus Mecenas, sus intelectuales, su hora. Tiene la cochinilla los suyos y las suyas. Época de cultivos intensos. Épocas de cultura. Horas libertas del fatalismo borondonesco. Agonías del vino: agonías de la Tertulia y de la hora del XVIII. Agonías entintadas de la cochinilla; zozobra del «Gabinete» y de sus hombres que se esfuerzan en salvarla. Hora del plátano, ¿dónde tus hombres y tus Mecenas? ¿Dónde el nuevo Nava Grimón, que en jirones de nobleza aporte fortuna, no para hacer una Historia de Canarias, como el de antaño, sino para no olvidar la Historia de Canarias? ¿Quiénes serán —estudiantes del Congreso de abril— los mecenas de ese borondonesco «Instituto de Estudios Canarios»? ¿Serán los mecenas de la hora del plátano que han hecho la Universidad?

San Borondón está de nuevo con nosotros. Vengando sus injurias. Hacedle, poetas, un romance de desagravio a San Borondón. Organicemos en su busca una quinta expedición. De batalla, de lucha. Para morir o vencerla con su maldición dentro. Tal hubiéramos querido hacer unos cuantos. Pero cuando la ira de la Encubierta hierve, nadie quiere embarcarse para ella, ni nadie quiere hacer de general Mur. Sin embargo...

## **70. LIBROS. «Alamares», Hoy, Santa Cruz de Tenerife, 29 de julio de 1932.**

El poeta Luis Álvarez Cruz, con una atenta dedicatoria me ha enviado su último libro de versos *Alamares*. Expresiones de agradecimiento y elogio hubieran llenado mi correspondencia, pero como Luis Álvarez es un hombre sincero, agradecerá, o estimará al menos unas líneas con motivo a su libro y al mismo libro que, por otro lado, quieren precisar algunas cosas.



No quiero ni pensar el concepto que un posible lector —de esos que llaman un lector desinfectado y aséptico— de *Alamares* tendría de ellos siguiendo la guía que el fichero crítico de nuestra prensa local le ha señalado. Para unos, el poeta ha tenido la sensatez, el gran mérito de «sustraerse a las tendencias vanguardistas que arrastrando a la poesía a un terreno absurdo de dislocaciones y deformidades, pretender abrir nuevos horizontes sin lograr, en la mayoría de los casos, otra cosa que hacer perder a la rima toda su belleza y desdibujar los pensamientos en una sucesión de imágenes muchas veces ridículas y estafalarias». Como el párrafo no tiene desperdicio no he podido menos que insertarlo. Él solo se cataloga.

Para otros, Luis Álvarez no tiene práctica de la vida, «tiene la honradez —esto no es saber vivir— de huir de las imágenes atrevidas, quizás para que no piensen los lectores que procura llamar la atención con algo que no sea la rima plácida y la inquietud espiritual hondamente sentida y expresada sin grandes aspavientos. Lo cual no obsta para que el poeta (según este comentarista) piense de su libro: «Me cuesta tanto, vendidos a cuánto puedo sacar...» En qué quedamos ¿sabe o no sabe vivir Luis Álvarez de la Cruz?

La gran virtud del poeta es no haberse enterado, según algunos críticos, de que el mundo ha girado una vuelta completa todos los días desde hace veinte años, según tenía por costumbre y tiene. Afortunadamente, esa virtud será la de estos críticos, la del poeta, no.

No voy a tener la candidez de hacer un inventario de la pasada escuela de poesía pura, llamada por las gentes, vanguardia y por los paletos «futurista». Es harto resabida su modalidad. Conocidos sus cultivadores. Entendidos unos y saboreados otros. Entendidas la delgadez cristalina de un Jorge Guillén, la claridad meridional de un Salinas... saboreada la ágil trepidación de un Alberti y la calada arquitectura que sobre y salvar la guitarra —la música de Falla— teje primorosamente, interpretando el alma del cante de Andalucía, la musa morena de García Lorca. Del encanto de esta musa sabe mucho y le honra, Luis Álvarez Cruz. Estos son los principales nombres —¡oh, ingenuos cronistas locales!— en que ha florecido esa poesía «dislocada», «deforme» y no sé cuántas cosas más. En cuanto a la «rima», que tanto os preocupa no se perdió. Se construyeron magníficos sonetos, tercetos, décimas, romances. Se volvió precisamente a la forma cerrada, clásica del verso, que la escuela del casi siempre magnífico Darío y el Romanticismo habían abierto y deformado. Como abusaron éstas de la palabra, de la palabrería, la última escuela poética controló su uso y la pura imagen desnuda informó el verso. Eso fue todo. Y en esta hora en que la llamada vanguardia se ha liquidado, conviene poner las cosas en su lugar y apartar lo verdadero de lo falso; poner las cosas en su lugar y salvar, como en todo movimiento, los nombres buenos que sembraron en el campo del maestro de Moguer, Juan Ramón Jiménez.

Desde *Senderos a Alamares* (no conozco «Mi vaso pequeño») ¡cuánto tiempo y cuánto ha ganado Luis Álvarez Cruz! Afianzando su personalidad que no pierde ni aún en los romances que integran los «Motivos intrascendentales», el de la «Viudita guapa» y el dedicado a Angelina Hernández Millares —pleno de fluidez—, de contagios «dislocados» y «deformes», «vanguardísticos», el poeta va, lo promete sus versos, camino adelante. Luis Álvarez es joven e inteligente y sabe que toda perfección es comenzar la decadencia y que en la juventud se ha vivido poco para anhelar perfecciones.

Que tenga el poeta la sinceridad suficiente para sostener —y con dignidad— una poesía subjetiva que no es acaso de nuestro tiempo (suponiendo que en nuestro tiempo tenga su poesía ahora), que no es de masas, ni objetiva; que mira hacia dentro, entintada

de honda melancolía y escepticismo, no es una cualidad ni un defecto. Es sencillamente una posición.

Y ese escepticismo, esa tristeza con que se ve marchar lo imposible de sostener le hace decir: «Fui incauto en la postura y me tocó perder». Sin embargo, «Es que desde aquel día me quedé sin dinero — (supongo que me entiendes), para poder jugar— de nuevo... «Es verdad. A los ojos de Bécquer podía tener razón, a los de la época, no. No era 1927 (estadio de la poesía pura) fecha del primer libro *Senderos*, época de rima y de emoción». Pero con todas las razones, Luis Álvarez no entiende otra que la de su corazón.

Sincero, valiente, siempre en su sitio, Luis Álvarez rima, versifica sus inquietudes, sus gustos, sus impresiones. No ignora ya que la luna: «Ahora tiene su novio joven/ y guapo que es aviador». Pero va entre líneas dictando su «infinitas canciones» impertérrito, orgulloso, que no es otra cosa sino plantar los jalones de su carácter y de su personalidad.

### **71. APUNTES. «Revolución y juridicidad», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 23 de agosto de 1932.**

Incapaces de crear otra política que no sea la suya, llaman ciertas gentes «política» a la que ha informado hasta hace poco el vivir español. Desde el balcón viejo del liberalismo ochocentista, llena los ámbitos actuales de «juridicidad». Así, frente a una medida revolucionaria, de hondo bisturí, como la del Manuel Azaña, expropiando tierras a los encartados en el hasta ahora último complot: monárquico, esa palabra — juridicidad— es el justificante de todas las protestas.

Ningún otro castigo más sabio y acaso eficaz ha podido imponer Gobierno alguno. El alto propietario español, en su mayoría, siente más el golpe asestado a su hacienda que a su propia vida. Dueño de todos los resortes, tenían aún con las República la ciega confianza en su intangibilidad. Como buen español del «Ideario» de Gavinet, podía hacer lo que le diera la gana. Sólo al palpar el dardo y sufrirlo en las entrañas, ve por la vez primera que la cárcel no es ya para sindicalistas y profesionales del delito; se han abierto sus puertas para los elegidos de la fortuna, para los que pueblan el reino de la abundancia.

Dicen unas líneas anecdóticas de la historia de Grecia, que Pericles, el maravilloso tirano, edificó la Acrópolis y heroseó la blanca Atenas incautándose de un tesoro público que la Liga de ciudades tenía depositada en Delfos, la isla encantada del dios Apolo. Sus razones tenía Pericles. Y también entonces se habló de juridicidad. Pero el tirano castigó un orgullo y reedificó la más bella ciudad del mundo antiguo. Hoy queda su nombre y los rastros de su siglo y de la cultura griega. Sin su golpe revolucionario, Atenas no se hubiera engrandecido y sólo hubieran sido ricos unos cuantos griegos del siglo V.

Hoy se apela a una «juridicidad», que costó amargura establecer. A una «juridicidad» que no se le quiso dar nunca a España por los ascendientes de los mismos que hoy la invocan para su uso. En manos poco amables está hoy la juridicidad. Quien soportó, sirvió y aduló a la más negra de las dictaduras, llama airadamente dictadura a un Gobierno asistido por las Cortes, que son el pueblo. Quien no tuvo valor ni deferencia para con su monarca y le deja solo en momentos de amargura, llama hoy a todo gesto cobardía...

La expresión del sentir actual representada por Azaña o «el Político» se encuentra como nunca identificada. La expresión española auténtica. La república. La incondicional de siempre.

Se acaba por residenciar a un fantasma español. Ahora se le serena el carácter a un general. De los supervivientes émulos de Narváez. De los supervivientes de los días grises de Marruecos. Y la misma multitud que se lanzó a la calle para gritar, protestar y sacudirse tiranías, se lanza a la calle ahora, celosa de su victoria, a defender lo que con tanto empeño adquirió.

Estamos en la hora de las paradojas. La hora en que hablan mal del régimen servidores que no lo abandonan y no dejan los cargos. Gente que habla de «juridicidad» sin haberse acordado de ella cuando debió haberse acordado. Gentes que, jactándose de la piedad religiosa, se cuelgan el Cristo —nunca ha venido tan a menos Jesús— del cuello como emblema político. Gentes que llamándose aristócratas, no entraron nunca al recinto de los amigos de la casa de Borbón, y fueron mirados por éstos con supremo desdén. Que no han sabido usar, por cretinos y analfabetos, el lema de la casta: «Nobleza obliga». Gentes, al fin, que sin haber trabajado una hora en su vida, y vegetando de las rentas que unas tierras les proporcionan con el sudor de la frente de los humildes, llaman latrocinio a un gesto que en período revolucionario, indignado, se justifica. Son los descendientes de aquellos a los que llamaba raza de víboras, en arranque supremo, el pobrecito Cristo de Nazareth.

**72. LA FLECHA EN EL BLANCO. «Un caballero español», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 9 de septiembre de 1932.** (Firma como Sagitario).

Don Ángel Ossorio y Gallardo, moro amigo de la República, sin chilaba y turbante, es, con todo, el último caballero español. Incongruente y paradójico.

Cuando la acaramelada voz de Luis Jiménez de Asúa terminó la defensa a la reforma del Código penal del 70, pidiendo la supresión de la pena de muerte, don Ángel, orondo, cristiano, según él, y caballero, levanta su humanidad para pedir que tal pena no se suprima.

¿En nombre de qué habla don Ángel? En nombre del cristianismo, le objeta al «enfant terrible» Pérez Madrigal, que se ha sonreído de su cristianismo. Y es verdad que la razón es de Ossorio. Como buen católico se cree cristiano; y como buen católico sabe que una cosa es el quinto mandamiento, «no matar», y otra la razón de Estado, que para un católico está muy por encima de todo cristianismo.

Don Ángel no ha olvidado que los primeros cristianos, en recuerdo de su martirologio, tenían «horror a la sangre», y que prohibían descuartizar. El impío germano Federico II, estando en Sicilia, fue el que se atrevió, en contra de la Iglesia, a ordenar la primera disección a un cadáver en la Universidad de Bolonia.... Hasta tal punto llegaba el «horror a la sangre» en los cristianos. Después hubo que acabar con los herejes. ¿Qué hacer? El catolicismo resolvió: quemarlos. Eso era ya distinto al descuartizamiento, y la intangibilidad del principio estaba salvada.

Ahora don Ángel pide la pena de muerte y se felicita de que no hayan fusilado a Sanjurjo. Pide la pena de muerte por razón de Estado y para asustar a los generales. En la hora en que la sentencia vaya a cumplirse, él, que conoce como nadie el género epistolar; que escribe a las muchachas y a las damas sobre temas de derecho civil, cogerá la pluma y escribirá una carta conmovedora, desgarradora. Como la que escribió a Berenguer pidiendo el indulto de Galái y García Hernández; como la que escribió a Azaña pidiendo el indulto de Sanjurjo. Y será siempre el caballero español de las paradojas. Porque no importa pedir la pena de muerte para los rebeldes mientras don Ángel Ossorio y Gallardo pueda escribir cartas conmovedoras que las damas lean enternecidas y los diarios publiquen en primera plana.

**73. APUNTES. «La lección de Cataluña», Hoy, Santa Cruz de Tenerife 13 de septiembre de 1932.**

Los catedráticos de Instituto, que han enseñado la Historia de España, durante la primera veintena del siglo XX, prendados de las anécdotas que cuenta el rasgo de la reina Isabel, vendedora de sus goyas, y de los viajes de Colón, identificando España con Castilla, olvidando la clara y mediterránea lección de Cataluña. Lección pasada por alto y que ya explicarían a los adolescentes, los jóvenes profesores.

Pasada por alto. Más bien pasada por bajo; por atropello, por desdén. Así pueden escribir los manualistas, ante un rey que escucha las libertades catalanas, de su debilidad y cobardía.

La lección de Cataluña puede resumirse, es tan lección de España como la lección de Castilla; a principios del siglo III, dicen los manuales que Amílcar funda Barcino. Y ya suena el nombre de lo que será Barcelona, cuando aún Castilla no es ni «pequeño rincón». El primer rey goda, en el siglo V asienta su corte en ella. ¿Quién habla de España en la Edad Media?

En la Península, en la vieja provincia romana, con igual rango, con mayor o menor poder existen Asturias, Navarra, el Andaluz —los reinos de la cultura mágica— y el condado de Cataluña dependiente de los francos durante los siglos VIII y casi IX. Cuando han llegado los visigodos a Cataluña (Gotalaunia: tierra de godos), la Galia Narbonense es conquistada; los francos solo les dejan la Septimania y al pedir auxilio a Pipino el Breve (el auxilio que el poder árabe impone) quedan incorporados a los francos.

Estas cosas monótonas que cuentan los manuales no se han desglosados de ellos, ni se les ha dado la unidad que la lección de Cataluña requiere. Sigamos con ella. Al establecer Carlos Magno las marcas o fronteras de su reino, las tierras de Cataluña se llaman (marca Hispánica). De las dos provincias de esta Septimania, Ludovico Pío hace un ducado con capitalidad en Barcelona; Carlos el Calvo, dos condados: Barcelona y Narbona. Ya está Cataluña con su condado. He aquí el «hecho diferencial». En el siglo IX, ocho condes dependientes cuenta Cataluña. A finales del mismo, el conde Wifredo se hace independiente. Desde el siglo IX con idéntico abolengo y acaso más rango que el de Castilla, Cataluña muestra su hecho diferencial. Tres condes en el siglo X; cinco en el XI. Cinco condes que se llaman Ramón o Berenguer. Que se llaman o Ramón Berenguer o Berenguer Ramón. Allí en Cataluña, en la Seo de Urgel está San Armengol, mirando el Segre, construyendo la iglesia con la misma unción que en Castilla, Domingo de Silos construye su cenobio. Allí, en Cataluña está el obispo Atón y la escuela de Vich que educa al que se llama Genberto y será el papa Silvestre II. Allí está Santa María de Ripoll y su puerta románica cuya fotografía las Historias de Arte pondrán junto al pórtico de la Gloria. Al lado de Aragón, Cataluña hará su cruzada espumosa, clásica y mediterránea por Levante. Mientras Castilla mira a Sur y Oeste, Cataluña mira a Sur y a Este. Por encima del «hecho diferencial» y al lado de la hermandad ibérica, irá a las Nava de Tolosa como estará en Gerona con la Independencia española matando franceses. Por tan religiosa como Castilla va a las Navas por tan española como Castilla, se bate en Gerona.

En Cataluña clásica, cantonalista del Estado-Ciudad griego, el rey aragonés convoca sus Cortes. Sus Cortes que tienen tres brazos: real, eclesiástico y militar. Sus leyes se llaman Constituciones. Su código los «Usatges». Cuando vacan las Cortes, el tribunal es la Diputación y en la Ciudad, «Consejo de ciento» es el Senado municipal. Cuando Barcelona es con sus cartografías la gran ciudad marítima los claros miniaturistas ilustran bellamente el libro del «Consulado del Mar». Al «hecho diferencial» le llevan prendido sus blanca naves que anclan en Baleares, en Córcega y

Cerdeña (en uno de cuyos pueblos aún se habla catalán), en Nápoles y Sicilia. El hecho diferencial en sus catedrales góticas con sus contrafuertes interiores. El hecho diferencial de su cultura amasada en poesía provenzal, en flamenquismos pictóricos de Luis Dalmau, en mar azul y gestas aventureras hacia Grecia. Alfonso V el Magnánimo, el amigo de los Médicis, encaja un renacentismo levantino heredado de las colonias griegas de Ampurias.

Y cuando todas las libertades españolas se encierran en las cárceles del absolutismo de los Austrias, los fueros catalanes, como todos los fueros españoles, chocan con los Monarcas. Cataluña que durante la edad media suscribía el ritual aragonés a sus reyes: «Cada uno valemos tanto como vos y todos juntos más que vos», se encierra en un mutismo de siglos. Su gran esplendor mediterráneo palidece. Su escuela de artistas la hereda Valencia. Cuando siente débil el Poder se rebela. Se rebela a Felipe IV; antes, presintiendo la unidad hispánica ha defendido al romántico Príncipe de Viana. Con los Borbones, presintiendo el centralismo francés, lucha al lado de archiduque Carlos. No han sido vanos sus presentimientos. Los fueros de Cataluña se anulan con el primer Borbón.

Ya puede Cataluña, alegre, recomponer su vida, su cultura, la vieja escuela de Dalmau. Y desarregar el ceño de cinco siglos. Por encima de su hecho diferencial, Castilla, la verá siempre junto a España, como la vio en las Navas. Como la vio, en la guerra de la Independencia de los muros de Gerona.

#### **74. «Comentario», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife 20 de septiembre de 1932.** (Editorial, sin firma)

Fue Hipólito Taine, el escritor de arte, el que inventó la expresión «bizantinismo». Después, a la política de la fraseología, a la política falsaria que ha informado casi todo el parlamentarismo español monárquico, se ha llamado por extensión, bizantinismo. Y ni los hombres sinceros del 73 pudieron libertarse en totalidad de uno de sus accidentes: la retórica grandilocuente que hacía del orador un artista más. Pero sólo un artista.

Esto en la Corte. En la provincia, largas veladas en casa del «pontífice máximo», invertidas en distribuir votos y prebendas. Arrancar alguna que otra concesión al poder central. Política «urbanística», de villorrio. Tal ha sido a grandes rasgos, el comportarse provincialmente en política.

El domingo, el público de Tenerife asistió a un acto jamás presenciado. Se le presentaban, en bandeja de plata, por limpias manos, unas cuentas a revisar. Y al aplaudir el público la brillante y dialéctica pieza oratoria del señor Orozco, las vibraciones del señor Pérez Díaz, la magnífica exposición del señor Lara, aplaudía — aplaudiéndose a sí mismo— algo por lo cual nunca había podido hasta ahora juntar las palmas: una política de sinceridad, de claridad tan diáfana que inundó la conciencia de la colectividad heterogénea que llenó en la mañana del domingo, el teatro Guimerá.

No habíamos tenido hasta ahora, fuera de algún caso lo que se llama representación parlamentaria. Nunca se había podido elegir diputados que nos representasen. Se había designado a gentes del gusto de los aldeanos caciques; gentes sin conciencia de nuestros problemas, que obraban por cuenta del pacto hecho por los que todo lo podían; pero que ajenos a toda asistencia pública, nunca se ponían en contacto con ella. En un contacto justificativo de gestión, como corresponde a una verdadera democracia.

Cuando oíamos la austera palabra del ilustre vicepresidente de la Cámara, don Antonio Lara y Zárata, sentimos la emoción que toda serena adustez causa. En la cumbre de su vida, el señor Lara exponía, con un concepto moderno, nuevo, de los

problemas, el acontecer español de nuestra época. Veámos en su noble figura, la presentación cabal del espíritu actual y del espíritu de Tenerife. Su visión de la política local y nacional, su gesto frente a los argumentos de los adversarios, su serena dignidad frente al que nada se le pide en genuflexiones, sino del que todo se recibe como obligación y con sumo cariño. Es el señor Lara y Zárata de ese tipo de hombres eminentemente sinceros que no se sitúan ante el pueblo para adular sus pasiones y sentimientos. Pone antes que nada como valla, el respeto a sí mismo, porque sabe, en experiencia larga, que es el capítulo inicial que conduce al respeto hacia los demás.

Explicaron nuestros diputados —nunca como ahora podemos orlar de orgullo el término «nuestros»— todas sus intervenciones parlamentarias y sus actuaciones por lo que a la provincia afecta. Pero la voz del señor Lara colmó la satisfacción que corresponde a un tinerfeño de nuestros días que se sienta, después de tinerfeño, culto, — si lo es— y español. Cuando el Vicepresidente de la Cámara refirió sencillamente, con serena nostalgia, su exaltación al alto cargo parlamentario y aludió en claro oscuro a lo que él llamaba «la conjuración del silencio» —ese murmullo paradójico que hacía el silencio de un sector ponzoñoso de Tenerife—, vimos los que lejos estamos de un sentir «urbanístico» de la política, que Tenerife dejaba por vez primera de ser provinciano y que colaboraba con tanto rango a la obra de reconstrucción española como cualquier otra región. Con sólo esta receta, con esta alta trayectoria marcada por nosotros en la vida española, con este «grano de arena» que decía el señor Lara, nosotros tenemos bastante motivo de alborozo y podemos echar, alegremente, a vuelo, las campanas.

#### **75. APUNTES. «Respondiendo a la llamada del señor Orozco», Hoy, Santa Cruz de Tenerife, 27 de septiembre de 1932.**

No puede la juventud canaria silenciar, al requerimiento que especialmente le hizo el señor Orozco en su elocuentísimo discurso del domingo en el Teatro Leal, de La Laguna, por lo que respecta a la cuestión de la autonomía. A la tan espinosa cuestión de la autonomía. Yo, como parte de esa juventud —que he querido siempre responder, bien o mal, a ella— no puedo menos que insistir ahora en estas cosas tan nuestras que he tratado siempre que la oportunidad me lo ha permitido.

Sufrimos un grupo de jóvenes —que hemos puesto nuestra juventud en estadística insular —desde hace tiempo, la más extraña de las maniobras, cuyos fines se pierden, por lo turbios, en la negrura. Un grupo de jóvenes que redactábamos un semanario —*Proa*— y que tuvimos la desdichada suerte de no compartir en cuestiones de autonomía, las opiniones de la prensa pontífice. Esta prensa tuvo la virtud de caldear tanto las pasiones que todo razonar se hizo imposible y enroló en ímpetu bélico a nuestro semanario en el triángulo escudo de su hitlerismo, haciéndole decir que nunca había dicho, ni sustentado. Y yo que estaba en la redacción del semanario, que nunca escribí las editoriales en que se trató la cuestión autonómica, cometí el gran pecado de tratar desnudamente el asunto bajo mi responsabilidad. Con un criterio que *Proa* no compartía íntegramente, y que por estar bajo firma era exclusivamente mío. Porque entiendo que la cuestión de régimen es lo sustantivo en estas cosas y que con sólo este punto de contacto, bien puede diferir el criterio individual del de la redacción. Ha sido preciso que apareciera este órgano liberal en que escribo ahora, para que pudiera tratar con libertad algo que había hecho «tabú», diario cuyas columnas llené en cierto tiempo.

Yo dije —señor Orozco— sobre autonomía, a grandes rasgos, lo que fundamentalmente usted dijo en el Leal. Yo escribí en líneas generales, que había que desnudar pasiones y que aunar criterios. Expresé que el criterio de algún diario era un criterio, que el mío era otro, etc. Pero que separadamente eran unilaterales; que había que oír a «todos» íntegramente. Así lo ratifiqué ante mis oyentes, en la tribuna del

Ateneo lagunero; e hicimos más estos jóvenes, formulamos una encuesta sobre autonomía desde nuestro semanario (cuyo proyecto confieso fue mío) que casi nadie contestó a pesar de invitar pública a todos, personalmente a muchos. Es posible que los grandes diarios hubieran tenido por su divulgación, mayor fortuna, pero es verdad que no la formularon sin duda porque no les interesaba más opinión que la suya.

Y tuve que recurrir al Ateneo de La Laguna para decir estas cosas y explicar claramente mi posición, porque no contaba con un órgano periodístico donde exponerlas. La versatilidad (incluso en estas cuestiones autonómicas) debida a la conveniencia personal de algunos diarios y la poca cortesía de otro, me habían impedido hacerlo, ya por mi republicanismo y dignidad ciudadana, ya por mi dignidad personal herida, respecto a unos y otros. Yo sustentaba una actitud que pudo ser rebatida con razones serias pero nunca con diatribas incorrectas y expresiones de mal gusto. Era por lo demás peregrino, que se hiciera «tabú» de algo tan cercano como la autonomía entre gentes que se pregonan demócratas y liberales. ¡Curioso liberalismo!

Mi criterio personal era accidental; lo fundamental en la cuestión está en la opinión de todos. No la de un periódico, no la de una personalidad, no la de un diputado que es sólo mandatario del pueblo y opinante entre muchos. La autonomía es obra de comunidad. De propaganda, de artículos, de mítines, reuniones, conferencias, votaciones. La autonomía es obra seria, de razón, de rumiar pasiones y de adentrarla en la conciencia del pueblo y no de envenenarla como han hecho ciertos «patriotas». Después, habría que decir a los representantes: He aquí lo que queremos. Defendedlo si creéis que se puede. Eso es todo.

Ahora bien, para comenzar a discutir, que no nos pongan argumentos que imposibiliten toda discusión, pretendiendo darnos resuelto lo que se quiere resolver en último término. Que no nos expidan cédulas de patriotismo. Que dejen decir la verdad de cada uno por dura que sea. Y, sobre todo, que no nos envuelvan en maniobras extrañas; que no insulten ni llaguen el alma de quien como yo, he sufrido desconsideraciones por el gran pecado de suscribir una opinión —equivocada o no. Estoy dispuesta a rectificarla ante sólo razones y no pasiones— sólo mía, clara y sincera.

Existe otra cuestión derivada de esta fundamental: la de la Universidad, que me interesa sobremanera tratar aparte. Prometo a mis lectores hacerlo próximamente.

Esto era, señor Orozco, cuanto tenía que contestar por ahora; una persona joven a su incitante requerimiento.

**76. LA FLECHA EN EL BLANCO. «Mi reino no es de este mundo», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 27 de septiembre de 1932. (Firma como Sagitario).**

Muchos y muy meritorios han sido los elogios que me han hecho del sermón predicado por Su Ilustrísima, el señor Obispo de La Laguna, el día del Santísimo Cristo. Señoras piadosas, cuentan y no acaban; caballeros de orden, ensalzan la pieza oratoria; y el auditorio creyente, celebra con entonaciones de acontecimiento el fausto monólogo.

Yo que he de repetir hasta la saciedad, que no soy un sectario, no tengo otro remedio sino recoger aquí el espíritu del mismo, comentarlo favorablemente, darle por lo tanto, la razón a Su Ilustrísima y hacerle, eso sí, una aclaración, para que se comprenda nuestra actitud, que en este caso es la de la República.

Analizaba el predicador la frase de «Cristo-Rey», demostrando, que a quien había sometido y ganado para su causa a más de trescientos millones (creo que es esta la cifra) de hombres, le sobran títulos para llamarse rey. Es esto tan claro, que no hay que ponerle ningún reparo. Evidente, señor obispo, evidente. Un reinado de trescientos millones de hombres, tiene tal fuerza, que da derecho a usar una corona, Pero no hay

quien tenga autoridad suficiente para tergiversar las palabras del Maestro, cuando decía que su reinado no era de este mundo.

Y es que la República, no pretende destronar, ni siquiera: el «Yo reinaré» del Corazón de Jesús, o el poder omnímodo de esa monarquía de trescientos millones de súbditos; lo que pretende la República es destronar otras monarquías y otros reyezuelos de menor cuantía, que quieren coronarse en el país donde son embajadores, a la sombra de las alas del águila majestuosa de ese imperio.

A la República, pues, no le importa que Cristo sea rey, lo que sí le importa, y mucho, es que lo sea por ejemplo Su Ilustrísima, señor obispo.

**77. APUNTES. «Contribución a un proyecto de Universidad, I», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 2 de octubre de 1932. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 18-20)**

A raíz de mis palabras sobre una organización cultural en la isla, dichas en el Ateneo de La Laguna, ampliación de las pronunciadas en el Congreso de Estudiantes Canarios en defensa de una ponencia que motivó campañas periodísticas más relacionadas con temas de enseñanza regional y Universidad, me requirieron los señores Hernández Borondo y Pina para una divulgación periodística de ellas, junto a otras personas. Como por circunstancias especialísimas, no había podido complacerles, intento hacerlo ahora, por si sirven de algo cuando comience a tratarse en serio nuestra Universidad.

\*\*\*

Si quisiéramos, en carencia de otra ocupación, entretenernos en comparar varios estadios de tiempo sucesivo, no se haría difícil el ver, cómo sentimientos y aficiones que los informan, les hacen diferir fuertemente. Un gusto por lo diferencial, por lo peculiar, que sumado en unidades distintas produce la maravilla uniforme de lo heterogéneo, es la característica actual que el hecho de Cataluña acentúa y el ánimo de los hombres representativos de hoy ratifica. Cosa bien distinta al nacionalismo y aún al federalismo que enrola —en mentís de objeciones— a los mismos hombres del socialismo. Un Estado absolutista, uniformador, antinatural y antihumano se ve sustituido por otro racional. Se pretendió ignorar la geografía, la historia, el perfil autóctono de la región, creando una falsa unidad perjudicial en último término a los fines propios de esa misma unidad.

Esas aficiones que hoy todos sienten, llevan y traen a la gente en una laboriosidad nunca sentida como ahora. Los hechos diferenciales salen a relucir trepados en los soportes de una cultura particular.

Cuando una cultura particular existe, vive con ella el núcleo de toda autonomía y la facilidad de su consecución, Cataluña ha podido conseguirla. Posiblemente Vasconia; acaso, Galicia. Se puede con ello ahondar en la conciencia colectiva; poner en pie, bajo la misma bandera a un pueblo. Y a otras regiones que no cuenten con el positivo núcleo de una cultura, o de una dirección cultural siquiera, muy difícil les será (de no contar alguna característica rara: como la geografía en la nuestra, por ejemplo) lograr esa autonomía.

Aún cuando Canarias pudiera intentar lograrla por sus naturales condiciones, nosotros creemos que en el asunto de nuestra cultura (o dirección cultural) juega mucho el alumbramiento, que como en la galería, da el agua que existe, como en la cultura, sepulta. Cubierta en capas de falso regionalismo, semejante a esas otras que se superponen sobre ese elemento de nuestra vida.



Perdidas las islas en isloteñismos, ignorantes las unas de las otras, sin ese nexo fuerte de lo regional, circunscribiéndonos a la nuestra, para podernos entender, la vena de nuestra cultura se oculta y reaparece en intervalos, cuando encuentra o no obreros a su vera. Cuando la última generación de hombres (1880) que tan brillantemente la representó, desaparece, se quiso fundar en su ausencia un regionalismo falso o mejor, a lo no existente se quiso erigirle una existencia. De ahí salió el pintoresquismo que amontonó en su estante sombreros de palma, enaguas de cordón, dragos, y hasta «cactus» y «pitas». Un «pastiche» geográfico. Alguien ha dicho que el tradicionalista es en rigor, el menos tradicionalista. Serlo, equivale a amar las cosas pasadas situadas en su época, evocarlas, pero para gustarlas en su marco; traerlas a lo actual es no estimarlas ni entenderlas. Algo parecido ocurrió con estas incongruencias «regionalistas». ¿Por qué no iniciar un fervor que sirva de primer capítulo a futuras generaciones que se encaminen hacia la representación de nuestra cultura?

**78. APUNTES. «Contribución a un proyecto de Universidad, II», Hoy, Santa Cruz de Tenerife, 4 de octubre de 1932. (Papeles tinerfeños, 1972: 20-23)**

En el siglo XVIII, unos hombres isleños consideran con suficiente rango a las Islas como para ser, ya, historiadas. Los hombres de la Tertulia de Villanueva del Prado, con los dispersos sillares que les precedían, construyen el edificio cultural. Y la unidad «tertulia» representa globalmente toda la vitalidad de la Isla.

Aficiones poéticas en don Fernando de la Guerra, en Viera y en otros contertulios; botánicas, en don Lope de Guerra y Viera; matemáticas, en don Agustín de Bethencourt; costumbristas, Juan Antonio de Urtusástegui, histórica, en el minucioso do Fernando de Molina y tantas otras, cultivadas por varios, y saturadas con el condimento volteriano del célebre marqués de San Andrés, poeta y prosista. En lo cultural esto, aparte la obra capital del embajador de la Tertulia, Viera y Clavijo, que hace la *Historia de Canarias*.

En lo social, estos hombres fustigan abusos del Cabildo; llevan una campaña a favor de los niños expósitos; que los que mucho nombre tienen querían gloriarse con los sin él. En lo político, polémicas y prisiones, a causa de un acendrado insularismo; en cuanto a hombres de su tiempo, «introducen las luces y desacreditan la barbarie». Los fulgores de la Enciclopedia iluminan la faz de estos personajes, ansiosos de «la Europa culta», pero que imprimen, sin saberlo, un sello a la vida de la Isla, marcadamente peculiar.

Algo después, a esta cultura la adereza en entusiasmo el séptimo marqués de Villanueva del Prado. Y a este paréntesis de don Alonso ha de suceder, en categoría de falange similar a la Tertulia, la marcada por los hombres del «Gabinete instructivo».

El contertulio amplía su cerco y es ya socio. Socio del «Gabinete», que, también íntegramente, representa la vida de la Isla. ¿A qué cansarnos, numerando hombres de aficiones culturales? ¡Qué de cosas de cultura nos dicen *La Revista de Canarias* y las páginas mayores, llenas de retratos y biografías, de la *Ilustración*! Ellas son las sucesoras del *Personero general anónimo*, del *Papel hebdomadario* y de la *Gaceta de Daute*. Sus hombres representan, además de la cultura isleña, el fervor político de las horas demócratas, el cuidado económico en las reuniones defensoras de la cochinilla. No por isleños olvidan la hora naturalista del XIX, como aquéllos no olvidaron la volteriana del XVIII. Ni olvidan su filiación nacional española. Junto a la velada a Nelson, la tradicional a Cervantes. Y nadie, por minucioso que hiciera el análisis, podría anotar que estos dos grandes núcleos vitales dejaron de representar íntegramente a la Isla, ni cumplir el destino de hombres de su siglo. Basta ya de la

chabacana actitud de menosprecio, con que los comisionistas de la cultura se sitúan, sin sentido histórico, ante nuestros grupos, perfectamente delimitados y acusados.

¿Por qué no continuar la vena cultural sepultada, ausente, de una brigada de trabajadores, con la que, juntamente al hecho geográfico, podría fundamentarse, con decencia, un deseo autonómico cultural? O al menos, poder ratificarlo y no mostrar desnuda a la Isla, como simple paso o enseñada, en la ruta azul del viajero.

Preguntad a un niño —dije en otra ocasión— sobre el pasado insular, sobre la flora y fauna isleña, sobre geografía, ampliamente. Tened la seguridad de un silencio. Un adolescente y hasta un hombre, en general, pocas noticias podrá dar. Si miramos atrás, alguien nos dice que movimientos culturales han existido en la Isla y también, que desde el 80 no se marcado un movimiento global tan rotundo. Todos los posteriores han representado una faceta; tal la revista *Gente nueva, Artes y Letras*, luego; el mismo gesto de 1912, que, por lo demás, degeneró en fines condenables (sin que neguemos su aspecto positivo). Igual, y más tarde, la revista *Castalia*. Ninguna de estas expresiones representan, como la Tertulia y el Gabinete, la acción conjunta, cultural, social y política. Vital, en suma.

Si se confirma una existencia cultural (dejemos su mayor o menor valor, su máxima o mínima sencillez), si atravesamos etapas de letargo, ¿Por qué no intentar sacudirlo? Yo propugné en el Congreso de Estudiantes un partido fervoroso de hombres nuevos y viejos, de todos los campos, y con sólo el factor común del amor a estas cosas. Ellos son los que harán, si lo quieren, lo que a nosotros no se nos ha dado. Y me refiero a generaciones sucesivas, porque esta nuestra infunde pocas esperanzas.

Hemos llegado unas tras otras, combatiendo lo manido, lo inexistente; buscando con tristeza y afán. Para encontrar valores completos hemos de remontarnos a 1880; tristeza y afán es cuanto le debemos a sus seguidores. Me temo que ni tristeza ni afán nos vayan a deber a nosotros.

Un movimiento cultural de esta índole no lo puede marcar el círculo aristócrata de la sangre, talento y dinero, como el de los contertulios del XVIII. Ni el más extenso del Gabinete decimonónico. Tendría que marcarlo uno muy amplio, muy de nuestro tiempo. Universal y, por tal muy isleño, en el que cupieran los hombres del talento y del trabajo. Ese movimiento sólo podría representarlo la Universidad.

#### **79. APUNTES. «Contribución a un proyecto de Universidad, III», Hoy, Santa Cruz de Tenerife, 5 de octubre de 1932. (Papeles tinerfeños, 1972: 23-26)**

Ante el panorama en crisis de la Universidad española, presentó don José Ortega y Gasset —«Misión de la Universidad»— un programa sobre ella tan sugestivo, que no pudimos menos de reseñar en el Congreso General de Estudiantes.

Para el ilustre maestro, la misión de la Universidad es a grandes rasgos: transmitir la cultura; esto es, hacer primero un hombre culto. Que viva con, y desde nuestro tiempo, que no otra cosa es hoy la cultura. Las disciplinas a aprender serían: Física, Biología, Historia, Sociología y Filosofía.

Frente a la invasión del especialismo, es menester dotar a los hombres de cultura. Cultura en contraposición al que sabe mucha Física pero no sabe situarse ante problemas de Historia o Sociología o, por el contrario, que sabiendo mucha Literatura, no adentra en el enfoque de un asunto científico. No se exige, por consiguiente, saber todo, enciclopedismo, sino situarse ante todo. La técnica es ya cosa del especializado.

Después de cursar en la Facultad de Cultura en la cual aprendería las disciplinas en forma distinta a como va a aprenderlas como profesional, estudiaría cualquiera, en la Facultad de sus preferencias. Pero como un profesional no es un

científico, porque se puede ser buen profesor de Historia y no ser historiador o de Matemáticas y no ser matemático o un buen abogado y no ser jurista, por eso tiene la Universidad una tercera etapa, la de «Investigación científica y educación de nuevos hombres de ciencia».

Sobre estas funciones, la Universidad tendría además otra, la de ser un poder espiritual; como hoy la prensa, por ejemplo. La prensa opina, manda directamente. Aún frente a ella, la Universidad daría a los problemas la tónica de su austeridad.

Aparte el problema general que en cuanto a tal, presenta nuestra Universidad, ofrece especialmente dos: en cuanto a expresión material de edificio y el de su canarización. ¿Cómo un país de hacienda a veces tan floreciente, no ha edificado su Universidad? ¿Para qué prodigar denuestos contra los que, pudiéndolo todo, no han hecho nunca nada? Acaso no haya sido la culpa de los pudientes. Acaso si se hubiera hecho una política hábil, se les hubiera interesado en la empresa. Pudo haberse hecho, sin duda, a la Universidad obra del Archipiélago y conseguir para ella consignaciones más o menos módicas en todos los Cabildos insulares y Ayuntamientos más ricos de las islas. Sólo cuando las empresas se engrandecen con políticas de altas miras es cuando pueden llevarse a feliz término. Pero nuestro isloteñismo nos ha impedido hacer siempre política de altas miras. Existe además el problema del profesorado que junto al del material se ha agravado en ese disparate de la Facultad de Ciencias. Sería un ideal que fuese isleño, que el peninsular permaneciese en ella, bien dotado, el mayor tiempo.

Pero esto pertenece a los ámbitos de la eventualidad. Lo único a seguir sería una política de permanencia obligada en las cátedras y su posesión por titulares. Resuelto el problema general de la Universidad española y este nuestro del edificio, material y profesorado, la aspiración lógica es que nuestra Universidad nos diera lo que hoy no puede: buenos profesionales.

Recuerdo, cuando escribía de estas cosas de Universidad en el semanario *Proa* (al que los estudiantes le reconocieron públicamente su entusiasmo universitario) que don Julián Vidal Torres decía en el mismo semanario, de la necesidad de canarizar la Universidad. Coincidencia que sobre la valoración de quien la aporta, señala una necesidad.

Ha dicho Unamuno que Universidades universalidad. Por tal cosa, la Universidad tiene que recoger como parte del todo, ese aspecto de lo regional. Eminentemente castellano es el Quijote y no por ello menos universal. Si debiera hacer al hombre culto de nuestro tiempo y al profesional e investigador, ¿por qué no incorporarse la cultura peculiar? Tal hace la de Cataluña; tal quiere la Vasca. Con más o menos rango están correspondiendo diversos centros culturales a la Geografía; así se crean ahora Estudios Hispanoamericanos en Sevilla, arábigos en Granada, etc. Con su específico valor de sencillez, nuestra Universidad debiera adicionarse nuestra cultura. Canarizarse. No en cuanto signifique establecer un círculo al servicio de un «petit» nacionalismo—¡qué disparate!; ni aún lo permite nuestro rango— sino añadir al contenido universal de la cultura, un apéndice que aportara matices peculiares.

Tal y como está orientada la Universidad actual en sentido de aprender y enseñar materias, la cultura de Canarias (por sabida, no insistimos en su mayor o menor modestia) no está organizada como para incorporarla a la Universidad. Un grupo de amigos de estas cosas, auxiliados por los que tienen la obligación, podrían poner la obra en intento de marcha. Tratar primero de conseguir asiento en una Sociedad. Si todos quisieran, por ejemplo, que el Ateneo fuera Ateneo en realidad. Llevar a las conciencias aficiones y entusiasmos por estas cosas, en cursillos, conferencias y una revista general de Estudios Canarios.

En el citado Congreso de Estudiantes, junto a temas generales de enseñanza en la región (un Instituto para cada Isla. Un campo de aviación para cada Isla. ¡Qué puñalada al aislamiento! ¡Qué bonito sueño de autonomía insular!) defendí la creación de un Centro de Estudios Canarios, recogiendo la primitiva idea de nuestro paisano don Salvador Quintero y mis campañas periodísticas de *Proa* que, el señor Arozena, con su ponencia, ratificó en su necesidad. Este Instituto o Centro de Estudios regionales podría poner en marcha la cultura isleña e incorporarla a la Universidad. Seguiría fomentando una vez incorporada, y vivir anexionadas a ella que por universal tiene que aceptar todas estas cosas de cultura, bien que con su independencia local. La creación de diversas secciones de investigación histórica, literaria, botánica, mineralógica, geográfica, etc., la publicación de una Revista; creación de una Biblioteca de Autores Canarios anotados y prologados debidamente. De autores antiguos y modernos, etc., serán faenas de este Instituto o Centro. Desgracia grande fue que la entusiasta acogida (sin otro efecto que el entusiasmo) que los estudiantes prestaron a estas cosas de su congreso, no fueran tratadas debidamente por la prensa. La Universidad nunca ha contado con la editorial serena y docta, sino con las divagaciones secundarias o alarmas ante una suspensión general de matrícula: claro está que las cosas de la cultura distan mucho de los temas cotidianos de la frivolidad.

**80. APUNTES. «Contribución a un proyecto de Universidad, IV», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 6 de octubre de 1932. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 26-28)**

Una seria organización del Instituto o Centro de Estudios Canarios sería de efectos incalculables. Él podría irradiar al Instituto (nuestra Normal de Maestras tenía antes, al menos oficialmente, anexionada, acaso como cosa del profesor, Geografía Regional) y a la Escuela primaria sus temas culturales, en la natural gradación. Nuestras escuelas necesitan de textos pedagógicamente adaptados, de Geografía e Historia de Canarias.

En una necesidad de canarizar la Universidad, no pedía la envergadura de una Cátedra para cada disciplina. De esta enormidad dista mucho, el deseo de anexionar a cada una a modo de apéndice, la peculiar. Algo de esto hizo don Ángel Valbuena Prat en su Programa de Literatura española y el señor Serra en el suyo de Historia de la Cultura. Desconozco algún otro ensayo. Mi distinguido amigo Manuel G. de Aledo, en el tan mentado Congreso de Estudiantes, citaba en contribución a mis palabras. El caso de una inexistente —llamémosle gráficamente «conato»— de Derecho foral (la medianería), autóctono de la insularidad, que podría incorporarse a la disciplina general. Yo —decía el señor Aledo—, canario, estudiante de la Universidad de Canarias, desconocía, al preguntárseme en Madrid, esta modalidad, porque en nuestra Universidad no me la habían enseñado.

Y particularmente defendí, además, una Cátedra de Literatura e Historia, conjuntas, de Canarias, por ser disciplinas de densidad suficiente como para abarcar una Cátedra, que podría crear y dotar el Cabildo. Pero esto, como consecuencia de anteriores resultados. Como futuro lejanísimo y meta en estas cosas de ensueño que son, en esta hora de soledad, los temas de la cultura.

Una Universidad que diera primero buenos profesionales. Que incorporase y enseñase la cultura nuestra. Que fuese en último término, un poder espiritual. Como lo fue la Tertulia y el Gabinete. Tan literario y tan económico y vital, ocupándose y orientando sobre la riqueza del país. Un poder orientador, no ejecutivo, podría ser nuestra Universidad. Si antes se habló de cochinita, ahora podría hablarse del plátano. ¿Por qué no? ¿Es que tiene la prensa mayor autoridad? ¿Es que no se pondría una valla austera y seria a la ligereza periodística?

Todo esto es labor de mucho tiempo. De varias generaciones, acaso. Precisa una intensa propaganda y sobre todo, unos cuantos entusiastas de la obra. Las ediciones de nuestros autores son raras. No están publicadas al día, no ya las obras, sino ni la Historia de Viera y Clavijo. Hay trabajos de etnografía que unificar, de obras poéticas, botánicas, mineralógicas, etc., dispersos completamente. Distribuidos en un «maremágnun» que hace imposible toda busca. Y precisa airear todo esto. Ponerlo al día.

Porque existe, sí, una cultura. Lo que no existe es una generación capaz de continuarla. Y por incapaz abusa de la crítica demoledora. Sin autoridad alguna, usa de la chabacanería como arma de suficiencia. No ha podido demostrar su supremacía respecto a las de antaño, en este sentido. No cuenta con ese sabor exacto de positiva juventud que imprime elástica elegancia a los actos. ¿Qué juventud es esta nuestra, que brilla magnífica por su ausencia? ¿Qué es eso de juventud? Carente de toda modalidad, tiene que imitar, en falso mimetismo, a las que son informadas por fines propios. Habría que demostrar si su trayectoria es en sí algo. Si no es nada, hay que inclinar la espalda sobre los papeles nuevos. Y sobre los papeles viejos. Hacer cultura. Hacer Isla. Construir a Tenerife. He aquí un sillar de supremacía isleña. No esa aparente que nos podría dar una dádiva cualquiera obtenida del Poder central. No el ansiado espaldarazo de una curiosa superioridad. Una superioridad indiscutible, enraizada en la entraña misma de la cultura, es lo que nuestra Isla necesita.

Yo escribo hoy estas líneas, como ayer dije palabras sobre cosas de cultura, por si sirven de algo, de sencilla base a temas de ampliación, a trabajos serios con los que algunos hombres, alguna generación, quieran iniciar sus campañas en pro de la cultura isleña y de nuestra zozobranante Universidad.

**81. LA FLECHA EN EL BLANCO. «Antología», Hoy, Santa Cruz de Tenerife, 8 de octubre de 1932.** (Firma como Sagitario).

No cabe duda que nuestros diputados en nada han intervenido, excepto para no votarlo, en el Estatuto de Cataluña. Leímos en la edición de *El Sol*, del 27 de julio: «Para sustituir en la vicepresidencia segunda del Congreso al señor Marraco... la minoría radical! ha acordado proponer al diputado por Baleares (es frecuente la confusión de archipiélagos) que se ha destacado muchísimo en el estudio del Estatuto de Cataluña dentro de la Comisión de Estatutos, Sr. Lara.

El Sr. Unamuno dijo en su discurso sobre la Enseñanza del Estatuto de Cataluña: cuando defendió su voto el señor Lara, de labios de unos diputados socialistas, catedráticos naturalmente, que son los que pueden tener más clara conciencia del problema, no apreciándolo desde el punto de vista más alto, les oyó decir: «Estamos conforme con ese voto pero no vamos a votarlo porque no parezca que nos unimos a los radicales y hacemos una oposición al Gobierno.»

El señor Lara defiende una enmienda que a los catedráticos socialistas les parece muy bien. El señor Lara es destacadísimo hombre en el estudio del Estatuto para la prensa de Madrid, Ahora que el decir de un diputado radical-socialista es otra cosa.

Acatar lo propuesto, sin reparos, sin modificaciones, sin mejoras, puede ser cosa de los incondicionales del «paletismo»; pulir, perfeccionar, hacer cosas gratas, hasta para sectores cultos de la oposición (en este caso, la mayoría) es indudablemente cosa de gente seria, estudiosa, inteligente. Y, natural, aunque la República ha nivelado a las gentes, todavía hay clases...

**82. COMENTARIO. «El Instituto de Estudios Canarios», Hoy, Santa Cruz de Tenerife, 13 de octubre de 1932.** (Artículo de fondo, sin firma).

De los artículos que nuestra distinguida colaboradora y compañera María Luisa Villalba, publicó en estas columnas titulados «Contribución a un proyecto de Universidad», días pasados, nos interesa entresacar un párrafo: «Desgracia fue que la entusiasta acogida (sin otro efecto que el del entusiasmo) que los estudiantes prestaron a su Congreso, no fueran tratadas debidamente por la prensa. La Universidad nunca ha contado con la editorial serena docta, sino con las divagaciones secundarias o alarmas ante una suspensión general de matrícula: claro que las cosas la cultura distan mucho de los temas cotidianos de la frivolidad».

Por lo que a nosotros respecta (cuando se celebró la Semana del Estudiante, *HOY* no veía la luz pública) estamos dispuestos a darle a estas cosas de la cultura la máxima categoría y ofrecemos nuestra tribuna para toda divulgación de este estilo, máxime si se trata de cultura canaria, pero además de labor de prensa, entendemos que falta algo: Un grupo de fervorosos, capacitados, como señalaba nuestra colaboradora (a la que, por ser de la casa suprimimos todo elogio), ahonden en el surco en el que el que un día sembraron la «Tertulia de Villanueva del Prado» y más tarde, los hombres del «Gabinete Instructivo». Es labor honda, labor continuada la que se precisa para que estas cosas tan serias de la cultura den un fruto maduro. No se improvisa —así lo reconoce María Luisa Villalba— de pronto una organización de tan alta envergadura como la Universidad; universalidad y por tal, regionalidad también.

Ese Instituto de Estudios Canarios que nuestra compañera indicaba, obedece a una necesidad. La cultura regional está dispersa, diseminada en los archivos, en las colecciones, etc. Precisa uniformarla e incorporarla algún día a nuestra Universidad. Cualquier región de alguna importancia tiene su centro de cultura propia. Tal ocurre no ya en Cataluña, sino en Galicia, Valencia, Baleares, etc. ¿Por qué Canarias no cuenta con el suyo? ¿Por qué desde desconocen la infancia, la adolescencia y aún los mayores, su pasado, su geografía, biología, etc.? En Canarias, por su apartamiento, por sus condiciones especiales, se necesita indudablemente de una entidad que diese la alta tónica a los problemas, que fuese «un poder espiritual», orientador como la prensa. Tal debería ser en algún tiempo, nuestra Universidad.

Los señores que se han reunido en el rectorado, requeridos por el celoso y digno rector, Sr. Hernández Borondo, que ha sido sensible al llamamiento de María Luisa Villalba, han mostrado pertenecer a esa generación que hace falta. Que necesita la cultura de Canarias para unificarse y ser útil y la Universidad para remozarse y cumplir su destino.

Sobre estas cosas tan nuestras de la cultura, hemos de insistir conforme a nuestra promesa, en diversas ocasiones.

**83. APUNTES. «El libro de Canarias. Una obra del profesor Millares», *Hoy, Santa Cruz de Tenerife, 14 de octubre de 1932.* (Todos los que están fueron. Tomo II, 2008: 185-187).**

Don Agustín Millares Carló ha dado la mano, espléndidamente, a los que quieran, en aficiones cultas, pasar el río de las cosas doctas. Don Agustín Millares Carió, barquero en este viaje al que hemos de ir todos inicialmente, cuando queramos adentrar en nuestros siglos XVI, XVII y XVIII canarios. Don Agustín Millares Carló, el catedrático de Paleografía y Diplomática Españolas en la Universidad Central y archivero-bibliotecario del Ayuntamiento de Madrid. La barca del profesor Millares se llama *Ensayo de una biobibliografía de escritores naturales de las islas Canarias*. La Biblioteca Nacional la ha premiado. Y lleva la fecha editorial de 1932.

De la magnífica obra de este ilustre hijo de Gran Canaria poquísimos han dado señales, entre nosotros, de conocer su vida. Yo quiero hoy anotar en mis «Apuntes» su existencia. Y he de recurrir tantas veces a ella como el buen creyente al Evangelio.

La importancia de la obra de Millares obedece a su necesidad. Había un vacío que llenar antes de su aparición. No cumplían la finalidad por razón de tiempo y alguna otra, las citadas por el mismo Millares, «Biblioteca de los autores canarios». Inserta por Viera en las «Noticias»; los ensayos de Pereira Pacheco y A. de Ara, así como los trabajos de Millares Torres, Luis Maffiotte y Juan B. Lorenzo y Rodríguez, meritísimos todos. Pero la última y moderna expresión, docta, ecuánime, fiel, es el llamado «Ensayo» por el citado catedrático. Setecientas dieciséis páginas invierte Millares en su libro, distribuidas en índice alfabético de autores con las fuentes de investigación, biografía, y bibliografía de cada uno. Acertados apéndices y completos índices.

Obra de consulta, erudita, era la obra que estaba en Canarias por hacer. Tiene el lector que detenerse al hojearla en las páginas referentes a Tomás de Iriarte (unas sesenta y una), Viera y Clavijo (cincuenta y cinco), Ruiz de Padrón, Porlier, Pérez en carta enviada desde Las Palmas al calígrafo y dibujante), Núñez de la Peña, Marín y Cubas, Juan Iriarte, el gramático, Vizconde de Buen - Paso, don Cristóbal del Hoyo (en las fuentes de cuyo autor no encontramos la novela histórica del ilustre Rodríguez Moure, «El Vizconde de Buen-Paso», y acaso sea por su carácter novelesco. No obstante, es fuente del personaje y de su época), Clavijo y Fajardo, Cairasco de Figueroa, los Anchietas, etc.

Don Agustín Millares: al anotar alborozadamente su obra en mi fichero, que será la Constitución de muchos, nosotros, las personas que profesamos cariño a las cuestiones culturales, al tiempo que le felicitamos a usted, nos felicitamos, egoístamente, a nosotros mismos. Por la aparición de esa barca, en la que usted, don Agustín Millares, nos pasará por el río de las cosas doctas.

#### **84. COMENTARIO. «El Instituto de Estudios Canarios y la Universidad», Hoy, Santa Cruz de Tenerife, 16 de octubre de 1932. (Artículo de fondo, sin firma).**

En otro lugar de este número insertamos el acta de fundación que el Instituto de Estudios Canarios nos ha remitido. Celebramos la creación de un Centro que puede llenar con el tiempo un enorme vacío cultural sentido en la Isla, y que el nombre de *HOY* figure en su acta de fundación.

Según tenemos entendido, funcionará anexo a la Universidad, y contará entre sus fines, uno que nosotros queríamos hace tiempo tratar con algún detenimiento:

La conservación de Archivos y material artístico e histórico de la Isla. Nos interesamos sobremanera por la suerte de alojamiento apto, que ha de tener la Biblioteca y Museo Municipal de Santa Cruz; sería necesario encargar de su cuidado y conservación a personas competentes y que las autoridades tomasen con cariño la buena instalación y servicio de los mismos. Si el naciente «Instituto» tiene esta cuestión como uno de sus fines, conveniente sería un acercamiento entre él y la Corporación municipal. Es preciso que estas cosas, estos instrumentos de cultura, sean tratados con más consideración y con el cuidado que su índole requiere.

Y ya que de autoridades escribimos, permítannos las que al asunto correspondan, preguntar respecto al edificio de la Universidad. Quisiéramos saber por qué causa no comienzan las obras del mismo. Porque entendemos que nuestra Universidad si un buen edificio es posible que peligre algún día. Y entendemos aún que será ese mismo edificio quien contribuya a impedir que el Gobierno, dado el caso extremo, intente la supresión. El país, enérgicamente, se opondría a semejante propósito, pero, si las cosas siguen como van, bien es cierto que ha hecho bastante poco

por su Universidad. Y lo que no se cuida y atiende, fácil es que peligre. Si nos quisieran cercenar nuestro más alto centro espiritual, a la pregunta que podría formular al Gobierno, «¿qué has hecho por tu Universidad?», ¿qué podría contestarle el país?

A los entusiastas señores Hernández Borondo, Rector de la Universidad; y Acea, Presidente del Cabildo, interesamos en cuestión tan importante así como a las restantes autoridades y entidades. Interesarnos todos en el asunto e ir de una vez hacia la pronta construcción de la Universidad, que a la fecha de hoy, da un poco de angustia el no tener construido su edificio o, por lo menos, comenzado. Sería lamentable, que en la hora irreparable, se acumulasen las airadas protestas, las manifestaciones, pero también lo es que en esta, tranquila, de ahora, no se garantice y asegure entidad tan importante como nuestro primer centro docente.

**85. LA PERSONALIDAD CULTURAL DE CANARIAS. «Se preparan dos ediciones de la Historia de Viera y Clavijo», Hoy, Santa Cruz de Tenerife, 29 de octubre de 1932.** (Artículo de fondo, sin firma).

Con relación a sus problemas de cultura, vienen planteándose en Tenerife, durante estos últimos meses, cuestiones de la mayor importancia y que merecen la máxima atención. Podría ponerse una gran esperanza en estas manifestaciones iniciales de preocupación por los temas de nuestra cultura, si todas ellas van llegando a realizaciones que representan, indudablemente, etapas definidas para el hallazgo de una personalidad tinerfeña, con proyección regional.

Ha sido debatido últimamente el tema Universidad y en estas mismas columnas, una culta colaboradora de *HOY*, María Luisa Villalba, ha planteado la cuestión con un enfoque claro y certeramente definido. Esta intervención llega ahora a conclusiones de realización práctica que prometen el mejor porvenir para la formación de la personalidad cultural del archipiélago: nos referimos a la creación del instituto de Estudios Canarios.

Una nueva manifestación de esas alentadoras preocupaciones hemos de anotar hoy. Responde a una necesidad muy sentida y que reiteradamente ha sido expuesta en la prensa y en las tribunas de acción cultural; la formación del sentido histórico de Tenerife, llevando elementos para su conocimiento, al sentir popular.

Prácticamente, nuestra isla ha venido viviendo en la máxima negación de todo conocimiento histórico. Y no sólo por lo que a la divulgación de investigaciones se refiere, sino hasta por la imposibilidad de acceso popular a los más fáciles textos de exposición histórica. De tal manera, que no existe siquiera una edición en venta de la «Historia» de Viera y Clavijo. El texto de Viera es hoy tesoro de muy contadas bibliotecas, libro al alcance de escasa minoría, cuando debía tener la misión expresa de popularizar el conocimiento histórico de Tenerife.

Y precisamente con la «Historia» de Viera se relaciona esta nueva manifestación de preocupaciones culturales que anotamos hoy. Ayer, y para dar cumplimiento a un anterior acuerdo de la Corporación, se han reunido en el Cabildo Insular, con el presidente del mismo, los señores don José Rodríguez Moure, don Agustín Cabrera y don Buenaventura Bonnet, que forman la comisión designada para preparar una edición del libro de Viera y Clavijo. En esta reunión se tomó el acuerdo de solicitar la colaboración del Instituto de Estudios Canarios, decidiéndose empezar los trabajos preparatorios para hacer dos ediciones de aquella obra, una a todo lujo (edición bibliófila) y otra, popular.

Interesa ahora a la cultura canaria, con la atención puesta en la formación, no de expresiones aisladas de cultura, sino de una verdadera personalidad cultural de la región, que todas las iniciativas vayan siendo coordinadas en una labor conjunta cuya



dirección —a la que no puede faltar ningún apoyo— debe asumir ya decididamente el Instituto de Estudios Canarios.

**86. «Don José Rodríguez Moure», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 30 de octubre de 1932.**

Vaya la responsabilidad, lectores enemigos, de este *Hoy* de hoy, para mi director, el cual ha querido que fuera yo quien lo escribiese. A él traspasaré las cartas de protesta, porque a medida que pasa el tiempo, más «aristarcos» —amigo señor Hernández Borondo— me siembran de pedruscos el camino.

Ni yo, ni esta sección que quiere recoger la nota actual, la nota del día, podemos silenciar la figura y labor de un hombre, que representa la tónica humanística, el sabor de entronque docto en la vena de nuestra zigzagueante cultura. Este hombre es el continuador en sus trabajos, su abogado en la última centuria del XIX y primer tercio del XX.

Nunca este clérigo amable —amigos «radicales-socialistas»— ha olido a penetrante y gazmoño incienso. Aun creyendo que la juventud se ha vuelto de espaldas a Dios y vive en pecado, no tiene para ella los anatemas de Jehová, el Señor de los ejércitos que manda fuego y desolación a los desertores, en contradicción con su divino Hijo. Don José Rodríguez Moure, con táctica distinta al *Siglo Futuro* o *Gaceta de Tenerife* administra cristianamente el perdón para los descarriados, según la doctrina de su Dios y Maestro, Jesús de Nazareth.

Y ahora que están un poco estancados los cauces políticos, que la gente va acostumbrándose a reintegrarse a sus faenas; ahora cuando es menester que cada cual viva su vida, las cosas de cultura van poniéndose sobre el tapete y adquiriendo su justa valoración. Vuelven los entusiastas a lo suyo. Removemos los entusiastas lo nuestro. Trabajamos por nuestra isla, por su cultura, por informar la vida de Tenerife con principios altos; trabajamos por desplazar el horterismo, las vaciedades... Y siempre nos preside en el recuerdo, la venerable figura de ese sacerdote, estimado y admirado de viejos y jóvenes, de izquierdistas y reaccionarios. Porque él —don José Rodríguez Moure— está por encima de toda edad, de toda política, de toda estultez y mezquindad. En un muy alto sitio le ha colocado su dignidad y prestigio; su discreción, que todos no han sabido tener.

Por eso, un grupo de personas que hemos fundado un centro de cultura canaria, le hemos ofrecido la presidencia honoraria; acogemos, como todas las islas seguramente, y fomentamos la feliz iniciativa particular (de don Eduardo Trujillo) de rendirle público homenaje a don José Rodríguez Moure, que vive en sitios y pasa por rincones de La Laguna, de esos que recuerdan caballeros antiguos, al eco de sus pasos, a llovizna gris y persistente. Y que deja al pasar el evocador perfume de encanto que exhalan esos libros muy viejos que tienen al principio de cada capítulo una letra muy grande.

**87. «Carta a Don Maximino Acea, presidente del Cabildo Insular», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 1 de noviembre de 1932.**

El primero de abril de este año, Sr. Presidente del Cabildo, escribía el enviado especial de *El Sol* de Madrid a Mallorca, cuando la visita oficial del Sr. Alcalá Zamora: «Palma es la mejor población española de turismo. Su vida está organizada para ofrecer sus encantos a los que vienen de fuera. Es como esas mujeres que tienen la sabiduría de administrar la belleza. Al llegar a la capital, en las calles, hemos encontrado seis mil turistas ingleses, no viajeros de paso; es un turismo de permanencia; hoteles, *chalets*, todo lo ocupan los ingleses, y hasta un periódico diario en inglés que se hace en Palma.

No es una colonia, es un pueblo. Mejor dicho, es la admiración por un pueblo. Tan identificados están con Palma esos millares de extranjeros, que hoy confunden sus vítores y sus aplausos con los mallorquines al pasar en cortejo triunfal el primer ciudadano de la República española».

Cuánto no daríamos usted y yo, señor Presidente del Cabildo, porque un «enviado especial» de periódico escribiera esas cosas de Tenerife, de su turismo y de sus visitantes. Los mallorquines, desde luego, no habrán tenido un presidente del Cabildo como el que tuvimos nosotros en una ocasión. Un Presidente que no quiso pagar una página de turismo tinerfeño en un rotativo de Madrid, porque su retrato había salido ya en un diario de Sevilla.

Ahora tenemos, Sr. Presidente del Cabildo, una Corporación que le ha entrado la «rara manía» por las cosas de cultura, por editar las «Noticias» de Viera y Clavijo, y lo más raro, por establecer para ello contacto con una entidad naciente e indicada para tal cosa: el «Instituto de Estudios Canarios». Empezamos a entendernos los jóvenes, la cultura y las Corporaciones. Signos del tiempo e inconvenientes del régimen.

Pero como —lo escribí el otro día— la política sigue cauces normales, los entusiastas nos reintegramos a nuestras empresas; los que amamos a un Tenerife culto, floreciente («ni envidiado ni envidioso»), cumpliendo su destino, nos interesamos por su cultura, más en grado sumo por su turismo. Por la racionalización de un turismo de efectos insospechados. Por una mirada intensa, dicho sea de paso, a ese maravilloso Jardín Botánico de la Orotava auxiliar poderoso de una posible facultad de Ciencias Naturales que atraería cultural y turísticamente a muchos extranjeros. Los «furibundos muchachos» que hacíamos *Proa*, en épocas de lucha gritábamos por la reconstrucción de Hotel Taoro. Publicamos la fotografía de sus ruinas. En ese aspecto está todavía.

Era de estas cosas de turismo, Sr. Presidente del Cabildo, de lo que yo quería escribir a usted. A ver si algún día las vemos todas felizmente contestadas, no en palabras, sino en hechos. En obras.

## **88. APUNTES. «Epílogo y prólogo. La Universidad y el Instituto de Estudios Canarios», *Hoy, Santa Cruz de Tenerife*, 5 de noviembre de 1932.**

Contaba, al día siguiente de haber escrito mis artículos: «Contribución a un proyecto de Universidad», con el factor que algunos amigos objetaron ante mis entusiasmos: carencia de ambiente. Si no hay ambiente —así como nos dice el Ministro de Instrucción Pública— no tenemos ambiente universitario, cultural, vamos a tratar de crearlo. Vamos a ver quién responde a quien no. Cumplamos con nuestro deber y al menos, apuntemos algo en nuestra hoja de servicios: cumplir con un deber, que no todos han sabido y podido cumplir.

Lo que si me sorprendió gratamente, fue encontrar en el rectorado de nuestra hasta ahora acartonada y burocrática Universidad, una persona, al frente de él, con un criterio amplio y moderno de las cosas y con una clara visión de nuestros problemas, realmente confortador. Era alegría de ver a la Universidad moviéndose como un organismo vital, sintiéndose plena universalidad y acogiendo como tal, nuestro desplazado aspecto netamente canario. Sentir la Universidad no como un edificio a donde van unos señores a dar su clase y otros a oírla y a examinarse, después de haber pasado por la Secretaría. Cuando un rector, amistosamente, sin ningún carácter oficial, puesto que el «Instituto de Estudios Canarios», aún no lo tiene, acoge con simpatía extrema, semejante creación, nosotros, alborozadamente, sentimos la satisfacción de ver en la Universidad lo que debe ser: nuestro más alto centro espiritual y rector de la cultura canaria.

Un grupo de entusiastas, queremos llevar a cabo y dejar en marcha el «Instituto de Estudios Canarios». Ese Instituto, por de pronto, va a encargarse de la edición de la «Historia» de Viera y Clavijo, va a editar su Revista. Pero no quiere, ni puede ser un coto cerrado. Este Instituto quiere y debe quedar integrado, constituido, por aquellas personas que por su prestigio y valía, por su entusiasmo aún deban formarlo. Ese Instituto que recaba el apoyo espiritual nada más que el apoyo espiritual, de la Universidad, va a crearle, —señor Ministro de Instrucción Pública— ambiente a la Universidad, y le va a dar algún día —lejano— una Cátedra de Estudios Canarios; va a incorporarle a esta Universidad a modo de sencillo apéndice, nuestra cultura peculiar; va a darle —si quiere cumplir con su deber y no se empoltrona en sillón— un carácter de movilidad y de vida a la misma. Porque no podemos consentir los canarios, el estar al margen de nuestro primer centro docente, verle vivir como una oficina del Estado. Nos tenemos que interesar por su suerte que es la nuestra, y no dejar solamente su fisiología a la «gente de la casa». Porque tenemos nuestro respeto para el Catedrático que explica su asignatura y se va luego a tomar el sol. Es verdad que cumple con su deber. Es un modelo de funcionario. Pero a nuestra zozobranante Universidad no le hacen falta solamente buenos funcionarios. La elevada misión del catedrático es algo más que la de un funcionario. Bien es verdad, que cuando se es un modelo de funcionario y se es ajeno a la tierra que se pisa, es muy natural que se tenga embotado el sentimiento de alteza de miras, de entusiasmos, para todo lo que no sea la nómina, el programa de la asignatura o el concurso del traslado.

Disponiéndose un grupo de entusiastas ahora, todos los valores del país después (cuando el organismo funcione airosamente) a vitalizar la Universidad, a ambientarla, para lo cual le pide mero apoyo espiritual, acción conjunta más bien, surge el dilema de si el «Instituto» debe a la Universidad o la Universidad al «Instituto». Nosotros entendemos, que una colaboración espiritual, de contacto, es lazo suficiente de nivelación. La autonomía de ambas entidades, nadie la discute.

Si nosotros hemos opinado sobre cuestiones de Universidad siendo ajenos a su nómina, es porque también se opina del manjar sin ser de la comida, es porque la Universidad no puede ser, en horas precarias, cercado de unos cuantos; porque es nuestra y la sentimos en el alma; porque, en fin, estamos cansados de verla traída y llevada años tras otros, en voces extrañas, sin que la nuestra se dejase oír como si nuestra Universidad no estuviera en Canarias; con la indiferencia del español que oye chino sin entenderlo, las hemos oído.

La Universidad necesita ir a la calle, a crear ambiente, a brillar por presencia; ya tendrá tiempo de apoltronarse. Por ahora, tiene que luchar y mucho.

Y ese Instituto de Estudios Canarios que soñamos ver en manos prestigiosas, doctas, entusiastas, es una necesidad. Lo va a necesitar la Universidad (aunque alguien crea lo contrario), lo va a necesitar nuestra cultura para vertebrarse, lo van a necesitar las generaciones que sintiendo una sed que no sea la material solamente, sino además una sed espiritual y no puedan huir, despectivas de su Isla, tengan en él el hogar de sus ansias. El hogar controlador y culto de la Isla. La gente, en estos días, reacciona en torno a estas cosas culturales. Se pueden oír, si se lacera en hondo, voces amargas dolientes, de hambre y sequedad. No voces estridentes, insinceras, «futuristas» (como dice el paletismo), no cosas «de jóvenes». No voces que desprecien y no respeten. Sino voces que admirando, valorizando labores pasadas, obras, personas, de todos los tiempos, sientan en las entrañas tristeza de soledad, emoción por nuestras cosas, profundo amor. Voces, en fin, que no pueden articularse en un alma de funcionario público.

Esperemos con entusiasmo, que Tenerife cuente pronto con un centro cultural de insospechado porvenir.

Fue lástima que todo el Claustro Universitario, no acogiese por unanimidad la anexión espiritual (nada más que espiritual) del Instituto de Estudios Canarios de la Universidad de La Laguna.

### **89. «Del Instituto de Estudios Canarios. Respuesta obligada», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 9 de noviembre de 1932.**

No conozco personalmente al señor don Teófilo Gaspar y Arnal, catedrático de nuestra Universidad. Todo mi respeto para su persona y altísimo para su obra que él nos indica distribuida, en parte, en revistas españolas y extranjeras aunque no reclame —son sus palabras— la atención persistente de los periódicos locales.

Si en la Universidad de La Laguna existen catedráticos doctísimos, que cumplen su misión de funcionarios, que laboran por la Universidad en cuanto centro del Estado, nuestra máxima consideración para ellos. Ahora bien, si en la misma Universidad existen catedráticos que se oponen a una atención por parte de la Universidad (por universal, regional) hacia nuestra cultura regional, están desde luego en perfecto derecho a apoyar o no esa atención. Si no la apoyan, comprenderá el señor Gaspar que nuestro agradecimiento y el del país no será mucho; si la apoyan, son para ellos nuestros entusiasmos. Porque existen en la Universidad catedráticos que no siendo canarios acogieron y laboran con fervor por la idea del «Instituto de estudios Canarios»; el señor Gaspar, no. Cuestión de apreciaciones; cuestión de analizar posiciones. Ello es todo. ¿Es esta mi mala información?

El señor Gaspar ve en la creación del Instituto falta de oportunidad, en cuanto a su anexión a la Universidad. Y ya que de oportunidad se trata, no sé hasta dónde lo ha sido, escribir en estos días en que se ha hablado de supresión, sobre detalles de laboratorio, biblioteca, etc., precarios, públicamente.

Cuando un centro está en germen de formación, tiene que salir de esa poltrona que le da un sólido arraigo, para de una manera pública, adentrar en el ánimo de todos. Nuestra Universidad ha empezado a hacer labor de universalidad, cuando, ha sumado a su obra de fabricar profesionales, la labor de divulgación en cursos de extensión universitaria; cuando, en fin, dirige su atención en cosas de cultura en el orden que sea. La misión de la Universidad es algo más alto que la fabricación de profesionales.

El «Instituto de estudios Canarios» no pedía más que apoyo espiritual a la Universidad; no la especial atención de ningún profesor, no ocupar a profesor alguno en peticiones de nada. Nadie molestará al catedrático que no quiera ser más que funcionario. Está en su perfecto derecho. No he hecho la ficha del señor Gaspar. He hecho una ficha genérica que nada tiene de peyorativa, sino de valorización. Si el señor Gaspar se quiere encuadrar con ella, allá cada cual con su conducta. No creo que pretenderá que en estos momentos agradezcamos la suya los canarios. Yo entiendo que un mero apoyo espiritual a un centro naciente que dará algún día una cátedra de Estudios Canarios (de las materias adecuadas) a la Universidad, que ha hecho derivar ahora la atención por ella y por la cultura del archipiélago, no es nada inoportuno. Nosotros, que estamos hartos de ver la Universidad al margen de la isla, de las islas, como mera oficina, quisiéramos verla identificada con las cosas del país y siendo su expresión cultural más amplia. Cultural y espiritual. Acaso por haber estado al margen en todos conceptos (hasta en el de rebeldía en épocas en que pudo haber secundado lo que otras secundaron) del país y de las cosas vitales, ha existido tan precariamente. Mi criterio es el de acción; el del señor Gaspar, de inhibición. Esperar a que la Universidad esté estupendamente dotada y viva magníficamente para prestar apoyo al «Instituto» es

algo que no entiendo, porque el «Instituto» bien puede ayudarla a tal cosa. A no ser que lo que el señor Gaspar quiera, sea perfeccionar la oficina.

**90. ÁLBUM ISLEÑO. «Sol en el palacio de Nava», Hoy, Santa Cruz de Tenerife, 15 de noviembre de 1932.** (*San Borondón, signo de Tenerife*, 2001: 36-38).

El cronista poético, el antiguo cronista romántico, desmelenado, que tienen todas las ciudades históricas, pasará —habrá pasado— por el Palacio de los marqueses, en la calle de Nava Grimón lagunera, con la tristeza de no poder hacerle una estampa tenebrosa, gris, de doncella pálida de amores y galán de melancolía ensortijada. Quizás ha intentado alguna vez terminar la estampa, publicarla; si lo ha intentado y el trabajo ha salido frustrado, es porque el falso espejismo de La Laguna lloviznosa, de la fachada anciana, le ha encerrado en el callejón sin salida del romanticismo. No se puede hacer al palacio de Nava una estampa romántica.

Encierra el marco de la fachada el cuadro mejor de la casa de Villanueva del Prado. Ni el frontón partido y las columnas salomónicas que por lo barrocos podrían entusiasmar al romántico, destruyen la serena adustez del conjunto, la serenidad de las ventanas, la misma simetría de los elementos barrocos, que con ella se atenúan. En los días azules, cuando el Sol sonríe a la vieja casa señorial, la armonía de los sillares cascabelea, rítmica, en arpegios de música mozartiana.

Lo que el cronista evocar puede, pero sin bruma, sin melena, sin pipa y chalina, con serenidad, con travesura y picardía, si quiere, es la estampa clásica que le ofrece la hora mejor del palacio; la hora en que entre una y otra taza de chocolate perfilaban unos caballeros del siglo XVIII las páginas de lo que habría de ser la historia de Canarias; la hora satírica de los sonetos; la amable y jocosa en que una magnífica Biblioteca se transformaba en una redacción: en la inicial redacción de los primeros periódicos de la Isla; el *Personero* y el *Papel Hebdomadario*; la hora, en fin de la crítica a la oratoria: la minúscula de unas zapatillas de terciopelo....

En la bella escalera podrían contarse aún las huellas de unos pasos. En los ventanales, la silueta de un caballero. De don Tomás de Nava y Grimón, dueño de un título que huele a bouquet, a verde fronda, a cuadro de Fragonard: Villanueva del Prado. El Marqués es posible que añorase hacer florecer su marquesado, más que en la Corte de S. M. Católica Carlos III, y en la Castilla de los «cuarenta pobres de solemnidad» que dirá su amigo Viera, en la esplendorosa de la de los «3.000 faroles de reverbero», en la mesa de Aranda, en el París de la Academia francesa; es posible que él hubiera querido lucir su marquesado en los salones de Luis XV, el Rey que por complacer a su filósofo trató de bruto a un Monseñor Obispo.

En la fachada, estereotipadas, la mueca cortante del frontón partido que puede ser la sátira del Vizconde del Buen Paso: las barrenas salomónicas de la ironía del «Oráculo» de la Tertulia; en los ventanales, la minuciosidad de Molina y Quesada, los números de Bethencourt y Castro...

Huellas en la escalera. Emoción al evocar los pasos. Que oiría el señor Marques de Villanueva del Prado y que podrían ser acaso de don Juan Bautista Franchy, de don Fernando de la Guerra o de su hermano don Lope. Podrían ser del señor Conde del Valle Salazar o del caballero de Calatrava, don Agustín Bethencourt o del tío del señor Conde, don Lorenzo, o del Regidor don Fernando de Molina y Quesada. Podrían ser tal vez de don Juan Antonio de Franchy y Ponte. ¡Por qué no serían los pasos de Don Juan Urtusástegui o de don Miguel Pacheco o de don José de Llarena y Mesa! Los pasos que pudo oír el señor Marqués de Villanueva del Prado, podían ser también de don José de Viera y Clavijo.

**91. LA FLECHA EN EL BLANCO. «La F.U.E. neurótica», Hoy, Santa Cruz de Tenerife, 19 de noviembre de 1932.** (Firma como Sagitario).

Uno termina por no saber qué les pasa a los estudiantes. Ve usted por ahí cualquier político infulatorio que ha tomado en serio el libro de Spranger y de repente le da a usted un estacazo y le dice que es de la F.U.E. si se le intenta replicar. Como uno es republicano —a lo mejor los pollitos dicen que no— empieza a analizar qué han hecho estos jovencitos en pro del régimen. Si empezamos a contar, tradición republicana, la verdad, no ha existido mucha en las juventudes universitarias isleñas.

Cuando ya se liaban a golpes y manifiestos los muchachos de las universidades peninsulares, aquí se levantaban lápidas a Delgado Barreto y se seguía la orientación pía del representante universitario en la Asamblea Nacional de Primo de Rivera «de no meterse en nada». Y en nada se metieron los pollos.

Hubo, sí, una F.U.E. que fue sensata. Actuó decentemente, pero poco dura el bienestar.

Ahora, en plena República, se queda uno viendo fantasma. ¿Qué le pasa a la F.U.E.? ¿Es que los cavernícolas la han tomado por asalto, o es que, en efecto, «fue» y ya no tiene razón de existir? Hoy día, los pollos se envalentonan con los republicanos y adoptan un gesto de pontífices que huele a incienso, a luisés y a A.M.D.G. ¡Vaya por Dios, hijos, vaya por Dios! Se jactan de que al Presidente de los Católicos se le aplaudiera; se jactan de que no se le aplaudiera a un catedrático republicano. Sí, jóvenes, republicano del régimen. Que en ninguna actuación se ha mostrado partidista, que elogia sin ser de su partido a don Fernando de los Ríos... Pero estos jóvenes emplazan con un gilrroblismo altisonante al propio don Fernando de los Ríos. Piden unas extrañas «responsabilidades» a ciertos catedráticos. Si las hay, muy bien que se exijan. Pero que vayan por la Secretaría del centro, por las certificaciones, se enteren claramente del asunto, publiquen documentos y nos convenzan a todos. Que no sólo nosotros somos los mal informados.

Es muy cómodo subirse a una tribuna y pararse en una esquina a hacer analfabeta demagogia jesuita por el hecho de ser adolescente. Cuando se recomienda información hay que informarse uno también, y no hacer locuras y sentar plaza de cavernicolismo que viste mal y que da mucho que hablar, jocosamente, entre la gente.

**92. LA FLECHA EN EL BLANCO. «Paradojas», Hoy, Santa Cruz de Tenerife, 24 de noviembre de 1932.** (Firma como Sagitario).

No es que Sagitario esté siempre buscando blanco, señores. Son muchas las ocasiones en que es el blanco quien busca un Sagitario. Y no es justa la gente señalando la intención del arquero si no reconoce que hay cosas a ojos de todo Dios y, en este caso, a los de cualquier Sagitario de la redacción.

Vivimos en el país de las paradojas. Piensa usted que hay discreción y no la hay. Piensa usted que en Murcia estarán en huelga los estudiantes y no lo están porque se les ha prometido como a nosotros, no suspender la consignación a la Universidad; pero piensa usted que suprimida la causa cesa el efecto y piensa mal. Piensa que aquí no puede haber ya huelga y la hay.

Si cree usted que en una Asamblea de estudiantes que son los acaparadores de la cultura y también de la corrección, existen elementos capaces de ser buenos presidentes y no hay tal cosa. Se equivoca si cree que hablando todo el mundo de diez y media a dos, está arreglado todo. Piensa que la F.U.E. es aconfesional y apolítica y la ve directa e indirectamente sometida a maniobras algo rarillas. Y, como es natural, está usted en lo cierto si detrás de este tinglado de inexperiencias ve usted lejanas manos que más allá del mar quisieran tender uñas a cierta presa; ve usted otras manos pías

sembrando cizaña, perfumadas de incienso. Enraizadas con otras, nostálgicas de Asamblea Nacional y democracia desfalleciente...

Pero la más grande paradoja que remata esta sarta de incongruencias es que si usted piensa que los obreros no son discretos y los estudiantes sí, piensa mal a medias, porque no todo el campo es llano. Lo que el lector no podrá creer aun cuando lo haya leído, es que en una asamblea de estudiantes estuvo a punto de ocupar la presidencia un digno obrero quien asombrado ante el desorden, tuvo que decir: «Señores, ni en las reuniones de los obreros que tenemos menos cultura que los estudiantes pasan estas vergüenzas...»

Y fue el público escandalizado quien impidió el insólito hecho de que se verificara la mayor de las incongruencias, cuando ya era abandonada la silla presidencial. Ver para creer. ¡Tendencioso que es uno!

### **93. «La Universidad», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 25 de noviembre de 1932.**

Mis amigos y lectores saben muy bien que no datan de ahora mis entusiasmos y afanes por la Universidad y por la Cultura de Canarias. En mis cuatro años de periodismo han sido muchas las cuartillas que he llenado sobre el asunto y, de una manera intensa, en el semanario *Proa*, en el cual toda la cuestión universitaria corría casi íntegramente a mi cuenta. Entonces escribía en soledad, editoriales encaminados a una política en defensa de la Universidad a la que por cierto ningún diario dedicó, por entonces, ninguna atención ni ha tomado, con el celo debido, continuado, sereno, esta cuestión universitaria.

Ahora, tenemos el placer de ver interesado (¡hasta a las señoras!) a todo el paisanaje por nuestra Universidad, pero existe en torno suyo atmósfera de tal naturaleza que resulta heroico meterse en el lodazal sin que no le salpique una mancha del barro. Como estoy hartado acostumbrado a soportar las naturales consecuencias que una intervención digna y juvenil contrae, quiero hoy escribir unas cuartillas más sobre un asunto ya viejo para mí y que he tratado mucho antes en periódicos, palabras públicas y privadas, aparte actuaciones de idéntica índole, que han originado el considerarme como parte filial, interesada por nuestra Universidad y el máximo cariño por ella. Por todo esto yo no puedo desplazarme por hábil comodidad de este asunto, aun cuando sé de sobra, que en todas estas cosas, personalmente, aún ganándose pierde.

Hace algún tiempo que nos temíamos que con la bizantina discusión del solar para la Universidad aparte el tiempo perdido se acarrearían consecuencias nada gratas. Lo que hoy ocurre lo prueba. Particularmente —sin perjuicio de rectificación ante razones— entiendo que es peligroso bordear el adagio de que «el que mucho atraca...» Acaso el solar que es propiedad del Cabildo Insular, es decir, de la Isla, reúna condiciones más sanas para el edificio universitario que el indicado del «Cercos del Marqués» más húmedo y menos apto para educación física y vivienda de los universitarios, si es que la Universidad ha de ser algo más que una oficina; acaso también dada la corta distancia entre La Laguna y Santa Cruz baste a la Isla un buen Hospital provincial en la capital, donde existe naturalmente mayor ambiente sanitario y una buena Casa de Socorro en La Laguna en donde resultaría superfluo el enorme hospital proyectado, dado el caso que existiendo dos tan cerca, es posible pesen demasiado. Sin embargo esto en un sencillo parecer a vuela pluma que no sienta tesón de firmeza; no quiero insistir en el bizantinismo que me parece condenable, ni censuro que cada pueblo quiera para sí las mayores ventajas.

Pero existe una cuestión grave. Por el motivo de no estar la Universidad en construcción; por estar materialmente en el aire se cierne sobre ella el soplo de vientos

diversos que le traen multitud de intenciones perversas. Una Universidad sin edificio — lo he dicho muchas veces— está expuesta a que un ministro le ponga término. Hay alguien que además de esto sabe que sembrando discordia poniendo la inexperiencia en evidencia, mezclando la política y el incienso salen sus fines mejorados. Y esto es lo que hay que descubrir y evitar. Existen estudiantes enseñoreados de una F.U.E. que le han restado su carácter apolítico y aconfesional; estudiantes que por motivos extraños a hechos figuran al lado de determinados sectores de profesorado reaccionarios, cavernícolas; existen estudiantes que dan el incalificable ejemplo de descubrir su insensatez permitiendo la anécdota lamentable de que sea un modesto obrero quién les llame la atención sobre el espectáculo que dan; al principio existe aún la medida antipolítica de proponer la celebración de una asamblea en Santa Cruz de Tenerife porque en la del Teatro Leal no se ha podido llegar a un acuerdo. ¿Es que no hay en La Laguna un sitio donde celebrarla?; ¿es que no se puede arreglar con serenidad y discreción un asunto universitario en la capital docente del archipiélago?; ¿es que puede consentir un pueblo que indirectamente se afirme eso de él porque en el asunto llevan la voz cantante gente ajena a nuestra isla y gente ajena al régimen político que gozamos? Yo me dirijo a mis amigos, los de la verdadera F.U.E., que saben nunca he mezclado cuestiones extrañas a la Universidad, a mis amigos del Congreso de Estudiantes Canarios, tan ecuanímenes y discretos, a mis amigos de la Escuela Normal, a los «apolíticos» y «aconfesionales» «dentro» de la Universidad, a los verdaderos estudiantes y a todo el que sienta la Universidad como yo, que tomen actitud, no de agresión, que nada resuelve, pero sí de digna firmeza y cordura ante los hechos presentes y la grave significación de la Nota de la «Juventud Republicana» de Santa Cruz que desde su punto de vista lleva razón. Una razón que han dado unos insensatos usurpadores del sentido auténticamente universitario y sereno. Ni estos amigos, ni los ciudadanos, ni La Laguna, pueden consentir que se dé lugar a locuras e inexperiencias semejantes.

**94. LA FLECHA EN EL BLANCO. «Los apaístas laguneros», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 26 de noviembre de 1932. (Firma como Sagitario).**

Si de algo sirven los manifiestos grandes e impresos en buen papel es para que los pobres periodistas a los que tan caro nos cuesta el artículo, escribamos en su plana posterior. Este de los agrarios laguneros es muy bueno; en él escribe un Sagitario su flecha inofensiva que ha de ser galanamente dedicada a los proveedores de un servidor.

La Acción Popular Agraria (suena bien esto de A.P.A. Los chuscos malos ya están diciendo «A.P.A. ga y vámonos») se dirigieron con muy buen tino a la opinión. Defensa de la Religión, de la Patria, etc., hecha al final en forma de preguntas: «¿Defiende usted la Religión?»; «¿Defiende usted la Patria?»; «¿Defiende usted la familia?»; «¿Defiende usted los derechos del trabajo?». Preguntas todas que nos recuerdan los antiguos anuncios de libros para aprender idiomas en tres días; «¿Quiere usted aprender francés?»; «¿Quiere usted aprender inglés?»; «¿Quiere usted aprender alemán?». La APA defiende y quiere que los «apaístas» defiendan la religión, la patria, la familia, los derechos del trabajo, principio de autoridad y el orden. Ha ocurrido a veces que cuando habla Gil Robles no dejan bien parado el orden, pero, en fin...

«Por la misma sinceridad que invocamos al hacer este llamamiento, no acudimos —con lo cómodo que nos resultaría— analizar la obra de los que creyeron salvar a España y que la inmensa mayoría de la opinión española los tiene ya perfectamente catalogados, certera y pintorescamente expresados.»

Ya se les ve el plumero a estos señores apaístas. De modo que «se creyó» salvar a España, pero por lo visto no se ha conseguido... ¿no es esto? Quienes



consiguieron salvarla fueron Alfonso de Borbón y Primo de Rivera. Quien podrá salvarla («¿Defiende usted la Religión?») son los sufragios patrióticos («¿Defiende usted la Patria?») de estos señoritos («¿Defiende usted la Familia?») parados, fieles al buen vivir («¿Defiende usted los derechos del trabajo?») que nada han organizado («¿Defiende usted el orden?») seriamente, excepto el barullo y la mojigatería. «Tal es en líneas generales el credo que sustentamos y con el cual nos dirigimos, con el mayor respeto al pueblo de La Laguna.»

**95. HOMBRES Y LIBROS. Página literaria: Publicaciones isleñas: *Las manchas del destino*, de José Clavijo Torres; *Isla de promisión*, de Andrés de Lorenzo Cáceres. Temas de insularidad: *Divagaciones sobre el balcón*. Lo que preparan nuestros escritores. Antología poética. (*Hoy, Santa Cruz de Tenerife, 10 de diciembre de 1932.*)**

#### PUBLICACIONES ISLEÑAS

*Las Manchas del Destino*, por José Clavijo Torres

Don José Clavijo Torres me envía atentamente un ejemplar de su última obra *Las Manchas del Destino*. Clavijo Torres es además autor de la novela *Humo de viaje y Recuerdos* (Crónicas, interviús, reportajes). Su apellido está cargado de evocaciones, de entronque en la mejor heráldica culta de las islas.

*Las Manchas del Destino* está distribuida en dos partes. En la primera, con prosa fácil, ligera, entrecortada, nos presenta el autor la estampa andaluza de gitanería; la consabida estampa de la Semana Santa sevillana. El periodista ha previsto con acierto las páginas que leerá su público; turísticas, amables. No la página fuerte de sindicalistas y Guardia civil... Con razón las titula «reportaje» en el que el diálogo es airosamente manejado.

Tras de un inciso explicativo, el autor entra en el tema novelesco. Un viejo marqués que cuenta al periodista su historia —de Amor y de Dolor—. Recuerdos tristes de la infancia. Eterna historia de la madre abnegada y del padre señorito y juerguista. Internado en los Escolapios. Veinticuatro años. Una carrera y desconocimiento del mundo. Muerte de los padres e ingreso en los franciscanos por deseos de la madre. Aquí comienza el conflicto. Un ser violentado en su temperamento e inclinaciones. Una mujer que se cruza. Un carácter —el del protagonista— que no resiste la hipocresía de la clausura y que se marcha del convento. Pero el Destino...

A este hombre la fatalidad no deja vivir lo que él hubiera querido que fuera su vida. Los prejuicios familiares, las *Manchas del Destino*... Pasan por él tres mujeres como pájaros ante manos de niño. Y se plantea aquí de nuevo el viejo problema teológico de la predestinación y el libre albedrío, que el señor Clavijo nos expone fluidamente, concisamente y con un desaliño de forma que podrá ser un estilo.

El libro está imprimido en la Editorial Iriarte muy bellamente; lleva una portada de J. Davó y un prólogo de don José Pérez Andreu.

*Isla de Promisión*, por Andrés de Lorenzo Cáceres

La impresión Católica ha editado un lindo folletito que es el Reglamento 1930 del limpio prosista Andrés de Lorenzo Cáceres. Sus treinta páginas encierra el texto de una conferencia leída en la Universidad de La Laguna hace dos años, sobre temas que preocupaban entonces y ahora y que *El Sol* de Madrid reseñó elogiosamente. Andrés de Lorenzo prende de diez colores —diez cuentas de color— los hilos sutiles, bellos que

caen de su pluma en forma de palabras armoniosas, devotamente cuidadas. Diez cuentas de colores, nostálgicas de la vieja lección que versifica Antonio Machado:

*Una tarde parda y fría  
de invierno. Los colegiales  
estudian. Monotonía  
de lluvia tras los cristales.*

.....  
*Y todo un coro infantil  
va cantando la lección:  
mil veces ciento, cien mil;  
mil veces mil, un millón.*

De estos cientos y miles, Andrés de Lorenzo entresaca diez colores: Blanco, violeta, añil, pardo, rojo, verde, azul, negro, naranja, amarillo. Tonos que enmarcan cosas de Canarias, gritos de generación, bellas citas doctas. Permítanos el pulcro autor que reproduzcamos las páginas que titula el color de nuestros armoniosos maestros cantores:

«AMARILLO

*Cuenta de gloria*

*Vino, sangre de Canarias, parra de Europa: He aquí cómo se imaginaria un continental nuestro Archipiélago hace unas centurias. El mosto canta en los toneles su canción de fuego. Canta el mosto y canta todo el Archipiélago borracho de gloria. El vino, zumo de nuestros campos, enciende la luz de Canarias en las copas de Europa, y haciendo escapadas a las buhardillas cerebrales de los continentales afortunados, provoca incendios en la razón. Shakespeare. Walter Scott, Voltaire, Kuprin, Goldoni, Gauthier, Casanova, Mayne Reíd, Feijoo..., cantan la tibieza aromada de este vino, su baile en las venas, su iluminación de los ingenios de sus bebedores. Dolí Teart Sheet, entra borracho en la taberna de Eastcheap, y su hostelera Mistress Quickly, advierte que ha bebido demasiado Canarias: «vino maravilloso y sensitivo que perfuma la sangre». Lo advierte Mistress Quickly, y nos lo cuenta Shakespeare, en su *The second part of King Henry the Fourth* (act. II, esc. III). El gigantesco Shakespeare, es quien más celebra Canarias, y es su más eximio cantor, circunstancias que me incitan a sólo hablar de él y de su obra, en esta última cuenta. En *Twelfth Night; Or, What You Will*, (act. II, esc. III), Sir Toby Belch recomienda al decaído Sir Andrew Aguecheek, una copa de Canarias que le falta. Y, el dueño de la posada Inn, se despide para beber con su honrado caballero Falstaff, Canarias juntos, desde el escenario de *The Merry Wives of Windsor*, (act. III, esc. II). La novísima generación canaria debiera —y estoy seguro que lo conseguirá— abrir ríos de Canarias impresos, capaces por su universalidad de servirse en todas las copas nacionales, y. capaces también, por su originalidad racial, de emborrachar los espíritus que le prueben, dejando en los labios ese sabor suyo, tan canario y tan mundano a la par.»*

## TEMAS DE INSULARIDAD:

«Divagaciones sobre el balcón.»

### I

Queda aún, en las ciudades isleñas, entre la armonía de casas más o menos uniformes, el gesto de esas antiguas, reformadas, ostentando el balcón, exponente de una arquitectura local, que ya no se estila. «Cada época —dice el autor de *España invertebrada*— tiene que tener su estilo congénito y nunca puede ser el suyo el de otra época.» Construir ahora una casa con balcón canario sería un anacronismo, tanto, como ataviarnos con calzón de cordón o negro justillo de terciopelo.

Parece como si el nacionalismo provincial o provincialismo hubiera desaparecido. A medida que «Cronos» pasa, todo localismo se estanca en el museo; se preocupa la provincia de lo que se estila en Madrid, de lo que se estila en París, de lo que en general se estila en el mundo. Las fronteras se han roto: un espíritu universalista preside el signo de los tiempos. Al querer construir casas nuevas, dirigimos la mirada hacia los modelos de casas modernas alemanas, etc. Esperamos dictados en la antesala, por ejemplo, de un Le Corbusier.

Paseando calles de nuestras ciudades, sorprende al caminante, resaltando en la vulgaridad de las casas, el arcaico, singular, balcón «canario». El balcón «canario» (tan canario como nuestra vida colectiva. Cinco siglos de canarismo) fotografiado por la mano del dibujante, ilustrando típico álbum; cartones coloristas.

Pero con el dibujante se ha sido injusto. Al expresar el artista un tipicismo de balcón y de elemento «pintoresco» en general, ha cumplido cabalmente su destino. La isla es un encantador pintoresquismo. La geografía lo preside todo. Es antisleño y aisleño el gesto incomprensivo para el dibujante, para nuestro artista. Tan antisleño es dañar al dibujante como pregonar un defendido racionalismo en núcleos urbanos que nunca —nunca— tendrán las necesidades de un Berlín. Ni el sentido urbano de un Berlín. En núcleos cruzados por pacíficos transeúntes, por modestos autobuses interurbanos.

El balcón canario —la casa asomada a la calle— es tosca presencia que un gusto arbitrario ha hecho fúnebre, lugubrizando su policromía de tradición árabe. Se asoma, pero no invita a entrar en él. El balcón es una celdilla, una caja de madera en los estantes caseros de las calles; sólo fachada, exterioridad. Estos balcones canarios, hoscos, llevan algo de confesionario, de convidado a festín que jamás invita al suyo. Este afán de casta intimidad en el balcón ¿es por qué la encierra en efecto, o no? ¿Es profundidad la suya o simple longitud?

### LO QUE PREPARAN NUESTROS ESCRITORES

MANUEL VERDUGO, el ilustre poeta, prepara una reedición aumentada de su magnífico libro de versos «Estelas».

JOSÉ PERAZA DE AYALA, el joven doctor en Derecho y director de *Revista de Historia*, publicará próximamente: «Los censos enfitéuticos y la legislación actual»; además la «Historia de la Casa de Llarena» en la que el brillante genealogista continúa la obra de Fernández de Bethencourt y «La Casa de Ferrer en la Villa de Pasajes».

LUIS ALVAREZ CRUZ prepara en la Editorial Aguilar, de Madrid, una edición completa de todas sus obras.

JOSÉ A. WANGÜEMERT editará próximamente un libro de versos.

ANDRÉS DE LORENZO CÁCERES nos dará a conocer pronto: «El poeta y San Marcos», ya en prensa en la editorial Wangüemert y «El aprendiz de Literato (Casa de muñecas y el Arca de Noé».

DOMINGO LÓPEZ TORRES, el joven escritor socialista, del grupo de «Gaceta de Arte» prepara un libro de versos.

E. GUTIÉRREZ ALBELO, el poeta de *Campanario de la Primavera*, tiene en prensa su segundo libro: «Romanticismo y cuenta nueva». Prepara además: «Delantera de Paraíso».

AGUSTÍN ESPINOSA, el joven Catedrático de Las Palmas y brillante prosista prepara numerosas obras, de las que sacamos algunos nombres al azar: «Los trabajos de Braulio», «Flor de Romance» (Investigaciones de folklore canario), el «Caballo Blanco), un libro sobre «Clavijo y Fajardo» y otros.

XAVIER CASÁIS el pintor y abogado tiene en preparación un interesantísimo libro sobre la esclavitud en Canarias.

PEDRO GARCÍA CABRERA, el «líder» socialista y poeta de *Líquenes* editará próximamente un trabajo que prepara sobre «Autonomía de las Islas».

EDMUNDO TRUJILLO, el novel escritor, trabaja en un libro que ha de llamarse: «Vanidad y soberbia de don Francisco Peraza».

MANUEL G. DE ALEDO, el joven e inteligente abogado, publicará un notabilísimo trabajo sobre nuestro Derecho Foral autóctono que llevará por título: «El contrato de medianería canaria ante el Código Civil».

#### ANTOLOGÍA POÉTICA

### C I F R A

A DÁMASO ALONSO

*Bendita el ave que vuela  
Íntegramente y sin roce.  
Balanza que pena y goce  
¡Alma mía!, en mi nivela.  
Jamás viola la cancela  
Última del paraíso.  
Ante el límite indeciso,  
Negándose en pliegue y pliegue,  
Rompe el vuelo, Y nadie llegue  
A tentar ave en aviso.*

*Maravíllate, poeta.  
Orillas del lento empeño.  
Noble soñador tu sueño.  
Jaula te erige secreta.  
Introdúcete, interpreta  
Mejor que otro augur sublime  
Esa música que gime  
Nítida y sus giros teje.  
Escucha. Canta. Tú: el eje»  
Zumode Dios en ti exprime.*

GERARDO DIEGO

96. «Política de Tenerife», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 14 de diciembre de 1932.

Quiera o no el isleño, presentará siempre, frente al peninsular, una estirpe distinta. Irritado ante la lejanía, llega la misma distancia a forjarle un alma encerrada, impositiva, ceñuda. En acción conjunta ciudadana, mientras se espera al telégrafo, se piensa turbiamente muchas cosas. Se piensa romper muchas amarras, se piensa en la rebeldía que produce la incompreensión.

Mientras los militantes proclaman las excelencias del socialismo, del radicalismo o del radical-socialismo, el isleño piensa que se discuten ideologías, doctrinas. Pero no encuentra en ellas, en ninguna de ellas, cabalmente representado su interés. El de la isla. Porque en el fondo (y en la forma) partidos, Política, son intereses.

La propia lejanía entabla la necesidad que cualquiera otra región no hace. Mar por el medio complica, diferencia los problemas. Casos que fortuitamente coinciden nos invitan a meditar. Se habla por un lado de supresión de la Universidad; de injusticia para con los funcionarios canarios en cuanto a la gratificación por residencia; de Monopolio de Petróleos que lesionan regímenes de puerto francos... Y es posible que ideológicamente, el Partido Socialista tenga el criterio de suprimir Universidades, o el Radical-Socialista el de extender el Monopolio, o de ahorrar residencia él u otro alguno. El isleño, que primero que nada lo es, siente y irrepresentada su aspiración ante estos formularios de Partido.

Porque es cuestión de política local, insular, es preciso atender menos a la filiación general de sus hombres. No interesa que tal candidato sea socialista o radical; interesa que sea un sujeto de preformación insular, conocedor de sus problemas. Mire cualquier ciudadano las Corporaciones y verá en algunos casos confirmado lo que escribo. Las exigencias de Partidos nos podrán dar gentes impreparada, dañosa a los intereses de la isla. Gentes que serán muy buenos socialistas o radicales, o radicales-socialistas... Que no resolverían lo que podrían resolver lo que bajo el dominador común de partido isleño, de Partido Tinerfeño (menos amarrado a cierta política peninsular; es decir, desligado en cuanto a tal Partido isleño), nutriese sus filas con gentes aún diversas en ideología; que en las cuestiones generales se proclamarán conforma a su credo, pero que en las propias reaccionarán mancomunadamente.

Reaccionarán y accionarán. Acciones que darían hasta un núcleo canario federado en el Parlamento. Podrían así hablar los representantes de autonomía, o de robustecimiento de Cabildos, si es que las circunstancias no permiten otras cosas. Ejemplos frecuentes, cotidianos, nos hacen ver cuánto se ha obrado al descubrimiento sobre el particular. Cuantas faltas no se hubieran sentido. Cuanta indecisión, cuanto desconcierto se pudo haber evitado.

Ha existido, existe, por no citar otro, un problema universitario al que se contempla indiferentemente. Desgana, negligencia que irrita por todos lados. Y es lo que cierto que a nadie puede culparse determinadamente. Es a ese desconectamiento de la vida tinerfeña, a ese plan de vivir incierto, sin programa, sin saber a dónde, al que habrá que recurrir en demanda. Y en la cuestión universitaria, son gentes desglosada de partidos, gentes como ese puñado de admirables normalistas y algún otro, aparte del núcleo «pueblo», al factor «obrero» que lacerados, sintiéndose isleños en lo profundo de la intimidad, vibran fuertemente.

Política isleña, Partido de Tenerife, primero. Política general, doctrinal, después. Palabras desde autonomía o de robustecimiento a los Cabildos son las precisas. Seguir como hasta ahora es ahondar en el surco de lo impremeditado, de lo ocasional

que rige hasta el presente una política que fue grande en el año 1912. La política tinerfeña.

**97. TEMAS DE INSULARIDAD. «Chozas, flora, geografía», *Hoy, Santa Cruz de Tenerife*, 3 de enero de 1933. (*San Borondón, signo de Tenerife*, 2001: 65-67).**

EL TEIDE ES UN CONTORNO QUE INVITA A LA CONTEMPLACIÓN, PERO NO A LA SUBIDA

Saliendo de la ciudad al campo, dejando los balcones o simplemente, dando una vuelta a la hoja del álbum «típico» podemos encontrarnos una «choza». La «choza» pajiza, hecha de tubos reunidos, picuda. No es elemento domiciliario del campesino. Rarísima vez se vive en ella. Sólo es pajero de paja que también llaman «pajal». Continente hecho del contenido. Es, picuda, como los techos de las casas norteñas, simple expresión. Ornamento en el paisaje, en el álbum. No invita más que a resbalar la mirada por los planos inclinados que la forman; no a entrar. Repleta de forraje, maciza. La choza no contiene, ni es en rigor más que eso: paja.

La flora gigantesca de un paisaje holandés o de Wateau encierra algo más que ornamentalidad. Aquí, dice y vale tanto una encina, como la dama o el caballero. La palmeta o el pino «canariensis», toscos, rechonchos, adornan sin pretensiones el paisaje. Sin gestos, como el drago, de lejanía. El «cactus» es africano. La pitera («agave americana») tiene exteriorizaciones al infinito; al crecer nos esperanza con su mástil enhiesto hasta el Cielo; de su aspecto de corona enterrada (o cabeza de piel roja: «made in América») parece surgir lanza guerrera, pero —¡Oh, desilusión!—, del mástil han de brotar unas frívolas florecitas amarillas que arrisueñan la figura que las pitas tienen de cirios, en el entierro de los caminos calvos y pedregosos. Una lanza prometidora de lejanía, de agresividad y empresa, se transforma en un simple candelero gualda.

Y tranquilo, indiferente, canoso en invierno, rojizo en las cálidas tardes estivales, el Teide es un contorno, que invita a la contemplación, pero no a la subida; no a perderse en el encanto de sus árboles, o de sus arroyuelos... Es el «monte pelado». Su atracción, la de cualquier altura. Entusiasmo al viajero el paisaje que desde él —como medio— se contempla. En Tenerife, es el Teide una choza más, enorme y gigantesca.

Las miradas al álbum o al paisaje, nos lleva a fin de cuentas a la geografía. La isla es solo fotografía, comportarse externo, presencia. Ahora bien, ¿tiene la geografía fuerza para una tradición fuertemente vital, cultural? La resultante de la Geografía es el pintoresquismo. No atacemos, no se ha podido exprimir otro zumo de la uva. «Cactus», pita, drago, Teide, choza, balcón.

Ornamento, geografía. Igual círculo geográfico, ornamental, botánico.

Cabe indagar si la geografía influye en el espíritu isleño; sería y magistralmente ha estudiado García Cabrera al hombre en función del paisaje. ¿Hay intimidad en todo esto? Balcón, choza, cactus, etc. ¿la tienen? ¿Hay en el canario un hermetismo de Teide, de círculo y ariete al propio tiempo, que le hace irrumpir (Ganivet) agresivo, dominador (como Bonaparte, que es la muestra más representativa) en el continente? Ello es otra cuestión. Esta es la del comportarse en la isla; esto es un tema de insularidad.

Isla en general es fachada, tempo corto. Odiseo se detiene en ella sin profundizarla, el tiempo que dura el encanto pasajero de un amor. Isla es refugio, casa de cita en la ruta larga y azul del marinero errante.

¿Encierra la expresión isleña un espíritu ufano en velar una intimidad digna en efecto de un velo?

La pregunta es sugestiva. Y merece una meditación.

**98. COMENTARIO. «El Doctor Wölfel, la historia y la prehistoria de Canarias», Hoy, Santa Cruz de Tenerife, 18 de enero de 1933. (Artículo de fondo, sin firma).**

#### MOTIVOS DE CULTURA REGIONAL

Más de diez años hace que nuestro ilustre huésped, Dominik Josef Wölfel se viene dedicando al estudio de los aborígenes canarios. La científica y docta mirada del eminente miembro del Museo Etnológico de Viena ha venido a esclarecer muchos puntos ignorados y aún oscuros respecto a algunos episodios de la Conquista, así como a ratificar de una manera rotunda, científicamente, las afirmaciones hechas desde hace mucho tiempo por hombres que han dedicado gran parte de su actividad al estudio de las razas prehistóricas de Canarias.

Ya a principios del siglo, Torres Campos afirmaba la existencia de gran cantidad de indígenas en las islas después de la conquista y su pertenencia a la raza de Cromagnon, de idéntica cuestión hace Menéndez Pelayo una completa y magistral aseveración en su *Historia de los Heterodoxos españoles*. En el interesante documento que inserta Millares en su Historia, no obstante creer en la desaparición indígena, se lee que unas 1.200 familias canarias eran (1504) indígenas, fuera de otras que se habían mezclado con ellas; pues con los conquistadores vinieron pocas mujeres y éstas casadas, por lo que la mayor parte de ellos casaron con las de esta tierra. El famoso episodio de la infanta Dácil y su matrimonio con el capitán Castillo, es, mito o hecho, cabalmente representativo.

La existencia de la raza de Cromagnon en nuestras islas es cosa convenida entre los antropólogos que han estudiado la prehistoria isleña. No entre los «aficionados» como un Antonio María Manrique, por ejemplo, que se dedica a controversias imaginarias ya que nadie de calidad ha afirmado el arribo de fenicios, cartagineses, etc., a las islas y cuya historia sobre Fuerteventura es mejor no recordar por ser una edición parcial de Viera y Clavijo y algún otro modesto entusiasta, sino que los investigadores notables han incluido a esta raza junto a la semítica y a otra de tipo desconocido de la que habla Verneau y a la que el señor Bonnet identifica con la de Forseoz.

La investigación exacta, las experiencias hechas en las islas por el doctor Fischer compañero del Dr. Wölfel, confirman la persistencia en tipos actuales de los caracteres de la raza glacial. Al observarse que un diez por ciento denotaban la característica de claros ojos y pelo rubio se conjeturó que acaso fueran estos detalles distintivos de la raza del Cromagnon. El hallazgo del manuscrito en acuarelas de Torriani encontrado por Wölfel en Coimbra del que ha proyectado diapositivas en su conferencia de la Mancomunidad y en la del Instituto de Estudios Canarios en el Ateneo de La Laguna esclarece totalmente la cuestión.

Los hallazgos del Dr. Wölfel en los Archivos de Simancas, Sevilla, Madrid y Coimbra son valiosísimos y reveladores de puntos oscuros e ignorados de nuestra historia. En Simancas comprueba que la población de Gran Canaria en 1490 fue en su mayoría indígena. Así ya lo había indicado el antropólogo portugués Dr. Tamagnini. Confirma también el eminente etnólogo que es menester desplazar la «leyenda negra» que caracteriza a los conquistadores españoles, que muchas de las crueldades cometidas no fueron órdenes de los Reyes Católicos, sino naturales extralimitaciones particulares, como en defensa de los españoles lo indica también Rafael Torres Campos.

Es altamente reveladora la conclusión obtenida a la vista de los documentos por el Dr. Wölfel, de que la conquista de la Palma no fue hecha por Alonso Fernández de Lugo para el que tiene expresiones críticas, merecidamente duras. Revelaciones

sobre detalles acerca de la conquista de Gran Canaria, esclarecen ampliamente todo un pasado oscuro y aún adulterado por esos «aficionados» que señala el ilustre profesor y que él con su admirable «trabajo de alemán» ha hecho tan diáfano y preciso. Las investigaciones del doctor Wölfel prometen llevarle a más conclusiones científicas y claras; a nueva interpretación de los hechos distinta a las que hasta ahora se ha dado a nuestra historia.

**99. CULTURA REGIONAL. «El Instituto de Estudios Canarios, tema de categoría orientadora», Hoy, Santa Cruz de Tenerife, 4 de febrero de 1933.** (Artículo de fondo, sin firma).

Oímos decir al doctor Wölfel, con motivo a su reciente estancia en Tenerife, que después del «Museo Canario» en Las Palmas, era la «Cosmológica» de La Palma la segunda y última entidad que referente a la cultura de Canarias existía en el Archipiélago de rango suficiente.

Tenerife no cuenta para nada. La isla que se precia ser la primera, carece de un núcleo controlador de monumentos (manuscritos, ejemplares, etc.) que represente una manera digna la cultura peculiar. Le falta ese factor integral de que carece una isla que en otros aspectos está representada muy airosamente. Y es sin duda, porque falta de una generación articulada, desde el año 1912 acá, ha tenido que atravesar en lo que se refiere a lo cultural, una crisis acentuada que en último término influye fatalmente en toda la vida del país, achabacando, desproveyendo de sentido todas las cuestiones y los actos públicos, desde los más complicados a los más nimios.

Ese *Instituto de Estudios Canarios*, recién creado por unos cuantos entusiastas, debería ser el órgano que algún día representara lo que el *Museo Canario* en Las Palmas y la *Cosmológica* en La Palma. Un controlador y representante de la cultura canaria en la isla.

Existen en Tenerife interesantísimas colecciones de diversa índole cultural que merecerían ser reunidas, agrupadas en un lugar. Nadie mejor que el «Instituto» podía serlo. Posee aquí don Anselmo Benítez un Museo (el célebre *Villa Benítez*), que si las Corporaciones, es decir, el país, no lo remedia irá a parar a manos que no son las nuestras. Así nos lo ha dicho su dueño.

Posee también, en La Laguna, el facultativo don Anatael Cabrera Díaz, una colección de insectos, que es catalogada por los más ilustres entomólogos, como una de las más notables del mundo. Y don Domingo Bello Rodríguez es dueño, asimismo, de una notabilísima colección de aves de considerable interés.

Pues bien, todas estas colecciones, por no citar archivos interesantes y otras cosas de índole semejante, que existen en Tenerife, irán a parar a manos parecidas, es decir, a manos extranjeras, a las que fue aquel célebre Museo de don Sebastián Casilda, en Tacoronte. Un archivo de curiosidades que fueron vendidas, a pesar de que su dueño lo dejara al pueblo, con alevosía y nocturnidad (ya que se trasladaron los objetos de noche con sigilo) porque el caciquismo entonces imperante, jugara en la aventura un no escaso papel.

Nosotros queremos hacer con estas líneas, un llamamiento a las Corporaciones, para que eviten la salida de Tenerife de tesoros tan importantes, y vayan hacia una política cultural tan desdichadamente maltratada en una que pudiendo estar en primera fila, está relegada a un puesto que no merece.

Y nadie como el *Instituto de Estudios Canarios* podría reunir, aunar, ese conglomerado de monumentos interesantes, que, organizados, dieran a la isla, la personalidad cultural que debe, por su importancia, ostentar decorosamente.



**100. «El Instituto de Estudios Canarios está en marcha. Adiós a la secretaría», Hoy, Santa Cruz de Tenerife, 5 de febrero de 1933.**

Hubo lector anónimo y, en este caso, escribiente anónimo, al que llegaron a parecer puro «disparate» unos artículos que aquí publiqué y que dieron lugar a que se creara el *Instituto de Estudios Canarios*. Ya se habrá visto que no había tal disparate o por lo menos, que los disparates suelen dar extraños resultados. Aquí tenemos ya una entidad funcionando con ayuda del Estado, con la más modesta de particulares y con la «promesa» de... las Corporaciones.

Con empresas culturales que ya irán desenvolviéndose, con entusiasmos y gente vieja y nueva en torno suyo. Y es la gente que se ha dado en llamar vieja la que en este caso se ha portado moza. Y acaso sea la moza, la que se haya portado «vieja».

Cuando un puñado de jóvenes nos dirigimos a la gente de prestigio culto en el país, para constituir oficialmente el «Instituto» fueron los más «viejos» los más prestos en acudir. Fueron exactos don Ramón de Ascanio, don Diego Guigou y Costa, don Anselmo J. Benítez. Y el otro día vi bailar en la ilustre ancianidad de don José Rodríguez Moure, risueñas miradas de jovialidad... Para estos viejos jóvenes mi voto de gracia de secretaría ausente.

Y al darnos las manos, generaciones opuestas biológicamente, nos unimos como los extraños. En este especial caso, hemos coincidido en romanticismo. O mejor, en idealismo. Si es que no es quijotismo, tratar de imponer esta lata de *Instituto de Estudios Canarios* entre los precios de las mercancías, los «Austin» de última novedad, las «fotos» de la Greta Garbo, y la crisis gubernamental.

Yo quería de alguna manera, decir adiós a los amigos «quijotes». Homenajear a los «viejos-jóvenes» del Instituto y redactar este última acta de Secretaria que deja su isla por algún tiempo.

María Luisa VILLALBA

**101. RECIBO. «Al margen del libro *El Poeta y San Marcos*», Hoy, Santa Cruz de Tenerife, 4 de mayo de 1933.**

Escribir en Tenerife podríamos decir glosando a Larra es llorar, es buscar voz sin encontrarla. Escribe un poeta inicio tan bello como este: «La isla de Prócida, junto al mar Tirreno, conoció un día lejano los ardores de la juventud de un poeta francés»; escribe un claro cuaderno galanamente apadrinado por la tentadora prosa de Azorín. Libro que es el devocionario de San Marcos y que un amigo ha escrito con mar, pardelas, tardes de agosto. Naturaleza y lecturas: recuerdos de Lamartine y Sterne. Evocaciones e ironía. El linotipista ha agitado y nos sirve un delicado cock-taill: *El poeta y San Marcos*.

Y he aquí a los amigos, que tenemos que ser además críticos y lectores, todo a una —porque en Tenerife escribir es buscar voz sin encontrarla; es ser artista y crítico; es ser conferenciante, acomodador e interventor en todo menester de la conferencia, etc.— acusando uno a uno el recibo de esta limpia labor a Andrés de Lorenzo. Poeta valiente y asesino de tradicional abulia canaria. Aplatanamiento, que otros dicen, trasunto de la «modorra» guanchesca.

¿De dónde le viene al autor esta prosa fluida, musical? De lecturas modernas, de gustos pulcros e influencias honrosas inevitablemente juveniles. ¿De dónde ese interesante aspecto satírico, amablemente risueño, juguetón? A Andrés de Lorenzo, joven escritor católico, apostólico y romano le ha jugado una mala pasada «aquel gran frívolo del siglo XVIII» como airadamente señala el amigo y culto sacerdote Padrón Acosta. Es un encantador poema burlado que dice así: «Te ofrezco esta manzana» insistió Eva. Gracias —replicó Adán— me siento bien en el Paraíso. ¿Cómo?—

exclamó un ángel armado de una espada de fuego— ¿es que no va usted a permitir la Historia? ¿es que se cree usted que le pusieron aquí para la eternidad? ¿Y los patriarcas? ¿Y el Diluvio? ¿Y los judíos? ¿Y la dominación romana? ¿Y Grecia? ¿Y la Edad Media? ¿Y ...? Ah, le arrojarán a usted del paraíso: es usted una valla para el Progreso».

Andrés de Lorenzo que confesará sin duda «el yo pecador» de esta agudeza volteriana, es como todo católico, víctima de tanto sortilegio de impiedad que se ha cernido como crítica, sobre el catolicismo. Y a veces, como tantos, no puede tomarse en serio cosas tan divertidas que incitan a irreverencia. A la misma irreverencia que llevó al volteriano clérigo José de Viera y Clavijo «aquel gran frívolo». Andrés de Lorenzo es un representante de la corriente vieresca, satírica del siglo dieciocho. Del Viera burlón para el milagro de San Juan Evangelista, de Catalina de San Mateo, de San Cristóbal y San Miguel. El venerable Moure señala su disgusto por esta heterodoxia del Arcediano. Hoy, otro sacerdote, marca la buena senda al pulcro poeta de San Marcos, Andrés de Lorenzo Cáceres, joven escritor, católico, apostólico y romano.

María Rosa ALONSO  
Madrid.

**102. CIUDADES DE TENERIFE. «La Laguna. Falsa y auténtica vida», Hoy, Santa Cruz de Tenerife, 20 de junio de 1933. (San Borondón, signo de Tenerife, 2001: 81-83.)**

Ignoro, aunque lo sospecho, si este número que *HOY* dedica a La Laguna estará nutrido de evocaciones. Si será una antología de evocaciones. Y un álbum de fotografías. Es lo que se acostumbra a hacer en estos casos.

Algunos escribirán de la hermosura de sus parques y la fragancia de sus jardines. Otro, de la belleza de sus mujeres. Un docto podrá traer, una vez más, a cuento las palabras maravillosas de don Miguel de Unamuno: «Aquellas calles espaciosas, lentas, aquel aire de rigodón monástico...» Para unos será La Laguna una ciudad castellana —aunque no hayan visto nunca a Castilla—, una ciudad romántica, no sé si por lo brumosa o por qué. Si otro la ve en un día azul; pasea por sus calles anchas, bien trazadas, «espaciosas»; mira palacios renacentistas con sonrisas barrocas y recuerda que en el XVIII vivió La Laguna su hora mejor, para éste será La Laguna una ciudad clásica. Y cada cual, a través de su ecrán, la verá como él sea y se sentará en el cómodo muelle del sillón literario. ¡Es tan grato hacer literatura!

Entre fotografías de palacios, jardines y calles; versos laudatorios, fina prosa de evocación y alabanza, acaso alguien se pregunte: «¿Qué es La Laguna?» Porque su esencia se ha quedado prendida, en un barroto de cualquier palacio, en el alero de las monjas clarisas, en una flor de la plaza de la Junta Suprema o allí mismo, en los mal escogidos versos de Tabares Bartlett. Y en todo eso, detrás de todo esto (fotografías, versos, fina prosa), que es apariencia, existe el ser, el «que es» de La Laguna, que amablemente se desnudará al que lo mire sin ecrán. Al que; nada diga de ella, sino al que oiga lo que ella le diga. Esto es difícil, y yo estoy ahora muy lejos (¡o quién sabe!) de La Laguna.

Ya la ciudad está viviendo demasiado de sus recuerdos que valdrá tanto como decir «no vive»; demasiado de sus jardines, de sus anchas calles... Pasan generaciones y generaciones que la habitan; pasan por el andén docente de La Laguna y chupan lo que ésta, mal o peor, les ha dado. En ella nada dejan, sino el recuerdo de una novia lejana y el cuento de este recuerdo en una tertulia, en un artículo o en una conferencia. Mientras, a La Laguna nadie le da vida, ninguna generación imprime en ella el sello vital preñado de anhelos, de ideas, de sentimientos que una generación tiene. Después de la generación «decisiva» (perdóneseme el apuntar a mi cuenta que fui yo quien señaló el papel de las generaciones de Viera y del 86, antes de oír lo que sobre generaciones ha

dicho Ortega y Gasset), de la generación de mediados del siglo XVIII y algún aspecto posterior, nadie deja, todos toman de La Laguna abonando el recibo: luego, evocación, recuerdo.

Y frente a este éxodo de generaciones, La Laguna queda en ruinas, sin vida auténtica, sin nervios, sin cerebro. Lo otro, las calles, los jardines, el comercio, los paseos, el cine sonoro, las escuelas, no es vida auténtica. Es la fácil vida de cualquier ciudad que, como todas, funciona, «progresas» (¡oh, siglo XIX!), adelanta técnicamente en cuanto a la «moda». Pero eso no es vida, la vida de La Laguna, su vida, que está detrás de todo eso que es apariencia y esperando a una generación que sin versos, recuerdos irónicos —como todos los recuerdos, no importa su índole— ni fotografías, dé vitalidad a esa «bella durmiente» que, como ciertos animalitos infusorios, parece muerta, y revivirá igual que aquéllos en cuanto el medio —el agua del estanque— brote, fluya clara, cristalina...

María Rosa ALONSO  
Madrid.

### **103. «La Exposición de Juan Ismael en el Ateneo de Madrid», Hoy, Santa Cruz de Tenerife, 22 de junio de 1933.**

*«No cree usted —preguntó Murrel— que las cosas modernas son demasiado complicadas para tratarlas de un modo tan simple? —Yo creo —replicó Heme— que las cosas modernas son demasiado complicadas para tratarlas de un modo tan simple» G. K. Chesterton.*

Se volvía a la sencilla vida de los primeros tiempos del cristianismo —nos dijo el mes pasado don José Ortega— cuando los hombres renacentistas estaban inundados, asfixiados, en un mar de complicaciones. De aquí las lecturas al Kempis, la imitación a la vida de Cristo. Sed de sencillez; hambre de simplicidad.

Los especialistas de nuestros días, que son los escolásticos del Renacimiento; la máquina, el científico, el poeta, el artista de «las cosas», de los «temas de ahora»; el socialismo, el universalismo, el subconsciente; todo eso, en zarabanda, todo eso que es acaso el R.I.P. del hombre moderno, también nos está asfixiando de puro barroquismo vital y complicado. No es, pues, mera casualidad que la paleta de Juan Ismael tenga cuatro colores y que sus cuadros lo sean de temas sencillos; simples elementos: El aire, el agua, la «montaña» (la Tierra), el sol (el fuego), ni que nuestros ojos cansados de ver exposiciones surrealistas, impresionistas, etc., que nada dicen, que todo lo deforman porque nada tienen que hacer ya, se alegren y recreen junto a lo nunca visto y se alborocen los oídos con la voz que en el saloncito de exposiciones del Ateneo de Madrid anuncia, quedamente, la «vita nuova».

Nuestro mar —el de la juventud de Morales—, nuestro Sol, la pura diafanidad de nuestro cielo, la montaña (que está ya, en otro sentido, pero que está ya en Valentín Sanz) son interpretados con luminosa sobriedad por el pintor, de cara semita y que se llama Juan Ismael.

Paisajes de Canarias que ha pintado el artista según la fórmula conocida: encerrado y sin ventana abierta y que son, empero, paisajes de Canarias que son los únicos que Juan Ismael puede llevar dentro. Sin ripicismos, claro es, porque ello es pintura de siglo XIX, (ni mejor, ni peor, sino distinta a ésta), Juan Ismael nos dice que es isleño, que sus cuadros son de Canarias. Hablan sus lienzos, simplicidad; un lenguaje por todos entendido. Dudamos que lo saboree un perfil nórdico. Es la diferencia del pensar y el sentir y las inconveniencias de la receta tan manoseada del universalismo.

Lo que podemos asegurar es que, la obra de Juan Ismael, pura, sencilla, decantada, trae armonías atlánticas, brisas de acantilados, luz del Sur, a la Península, a

la que no tienen por qué unirse en el papel ístmico que les has dado —amigo Antonio Dorta— los admirables cuadros de Juan Ismael.

**104. «Sobre un cuaderno de Agustín Espinosa», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 19 de julio de 1933.** (BECERRA BOLAÑOS, Antonio y MARTINÓN CEJAS, Miguel (2010): *En unas líneas... María Rosa Alonso*, Gobierno de Canarias, 2010. (pp. 76-77)

#### TRES INTERPRETACIONES

a) ¿Usted cree, Agustín Espinosa, qué es decente leer una conferencia como la que usted leyó en el «Círculo Mercantil», de Las Palmas, el día 20 de abril de 1933? ¿Con qué derecho lee tanto disparate y todo para decir: señores, José Jorge Oramas es un muchacho artista. Un artista que pinta. A este muchacho hay que pensionarlo, que comprarle sus cuadros y contribuir a que sea un grande hombre? Nada más, Agustín Espinosa, nada más. ¿No comprende que haciendo una prosa que sólo usted y su docena de amigos entienden —pero no los socios del «Círculo Mercantil»—; una extraña prosa que ni los periodistas descifran, no va a salir la conferencia en los diarios y lo que es peor, en el único que sale no logran enterarse que la conferencia es sobre el pintor José Jorge Oramas? Natural. ¿Quién le manda a no hablar en cristiano? ¿Qué necesidad hay de sacar cofres y ángeles, para decir, sencillamente, que el pintor es como Dios manda? ¿Si los periodistas no lo entendieron quién cree usted que lo va a entender?

\*\*\*

b) Agustín Espinosa, en la hora universalista actual; vigía alerta, cazador y hondero juega a los dados, treinta minutos. En su cubilete saltan; de su cubilete salen exactos, la claridad y la sombra que integran el perfil de José Jorge Oramas. Del cofre, desgarrado de todos los rincones de basura; desperdicios que tenían en el desván los hombres modernos hasta el novecientos, los que habían sacado, a partir de Descartes, todas las sedas, encajes de Van Dyck, las dulzuras de Mozart, las ñoñeces de Chopin, y ya, disipado el patrimonio, estos hombres disparan pajizos viejos, cacharros sin asas, sangre antigua y pieles de burro. Ahora, esto tiene un marco: surrealismo. Pero José Jorge Oramas tiene además ángel; claridad celestial, flores blancas e incienso sutil. Infierno y gloria. José Jorge Oramas, rociado con bendición del sacerdote; del padrino: Agustín Espinosa. De la estirpe judía del filósofo holandés, panteísta, universal, eterno.

\*\*\*

y c) Agustín Espinosa, el hombre de nuestra más pulcra prosa, ha hecho media hora de conversación en el «Círculo Mercantil», de Las Palmas, sobre la obra del pintor de eufónico y sugestivo nombre, José Jorge Oramas. Con palabra limpia, exacta, desenfadada, nos pone delante, sin escamoteos, los dados que integran las facetas de José Jorge. Robinsón con su tesoro de cucarachas. Tobías de un sólo ángel.

Iluminado y demoníaco. Agustín Espinosa nos cuenta, jugando, la tragedia del claroscuro; por eso entrevemos los cuadros del pintor, adivinamos lo que son. Y nos cuenta la tragedia además, de estos artistas que pueden serlo todo, que no pueden ser nada; que ha incitado a la pluma y la voz de Agustín Espinosa, generosamente, a escribir y a hablar del «caso desnudo», por el que «había que meter el hombro» y por el que Espinosa ha roto lanzas. En un cuaderno de limpidez sagrada. Higiénica. Actual.

\*\*\*

Las interpretaciones:

- a) La de un socio del «Círculo».
- b) La del amigo que escribe en «revistas de jóvenes».
- y c) La mía.

**105. FUNCIÓN DE CULTURA. «La escuela de la República», Hoy, Santa Cruz de Tenerife, 23 de julio de 1933.**

Existe, en la dase media española (la que se llamó aristocracia, no cuenta, al efecto, por el escaso número de individuos que ya le restaba) el viejo prejuicio, fundamentado hasta hace no mucho tiempo, de que la Escuela Nacional es mala y sus maestros, incompetentes. Se tenía la antigua idea del maestro tecloso y gruñón que corregía a los niños con palmetazos y hacía aprender de memoria las partes de la Gramática o la lista de los reyes godos. Esta creencia, gente que vive al margen de toda preocupación pedagógica nacional y al margen de todo lo que signifique ciudadanía y mejoramiento colectivo, han continuado lanzando a la llamada «escuela pública» los mayores denuestos sin perjuicio de someter a sus hijos bajo la dirección escolar de una persona, religiosa o no, y la cual no se diferencia (respecto a capacidad técnica) del maestro nacional, sino en los elevados honorarios que cobra al padre o tutor. Se habla de la incompetencia de los maestros nacionales; ahora bien, ¿dónde la competencia de gentes que ni siquiera tienen un título profesional? Nosotros conocemos gran cantidad de muchachos y muchachas educados en colegios particulares (religiosos o no) y aparte las obligadas excepciones, son jóvenes de un analfabetismo encantador. Se da el caso de que, muchachas y muchachos ya mayores, han tenido que ponerse profesor especial y dar clase individualmente, porque han salido del colegio sabiendo apenas escribir. Han aprendido, eso sí, a dar los buenos días en francés y en inglés y a levantarse cuando entran en visita las personas mayores.

¿Con qué derecho, de tales resultados, se fustiga a la Escuela Nacional? Ciertamente existen, como en los colegios particulares, profesionales ineptos; gente atrasada en cuestiones pedagógicas mal orientadas, por culpa ajena, por culpa de quien les otorgó lo indebido, pero gente que se va eliminando paulatinamente a medida que las circunstancias lo permiten, y se va sustituyendo por esa falange de nuevos maestros preparados, aptos para capacitar a los hombres futuros.

Las recientes exposiciones escolares nos indican el exponente de la actual Escuela Nacional. Frente a la escuela y al maestro antiguo, éstos de hoy son un mundo nuevo y mejor.

Ahora se aprestan a engrosar las filas del Magisterio muchachas y muchachos que se han de seleccionar y muchos de los cuales, en escuelas interinas han tenido ocasión de mostrar, de antemano, su capacidad y suficiencia. Por cierto, que debía haber un justificante para estos maestros, que teniendo probada su aptitud, les eximiera del ejercicio práctico en los próximos cursillos. Sería paradójico que jóvenes como un Ramón Arocha, como Enrique González Martín, con un precedente tan espléndido como la labor que han desarrollado durante el curso que finalizó, por un azar cualquiera no obtuvieran la puntuación suficiente, por ejemplo, en el ejercicio práctico que han de verificar en las escuelas.

La enseñanza tiene hoy otros rumbos que antaño; ha hecho bien la República en dignificar al maestro profesional y materialmente. Durante la Monarquía eran la cola del cuerpo de funcionarios del Estado (ni aún tenían tal carácter); en otras épocas era proverbial su clásica hambre; cuando le pagaban los ayuntamientos, que no le pagaban nunca, sus honorarios; en los pasados tiempos de las penitencias y de los palmetazos.

Pero hoy han variado las cosas y ser maestro joven tiene matiz actual, matiz republicano. Y aunque yo nunca he tenido gran vocación a tal carrera, siento hasta un poco de lástima por mí. No me dejaron pasar en Historia de la Pedagogía porque no dije prontamente los líos amorosos de Eloísa y Abelardo y la oposición que el tío de aquella, clérigo al parecer incomprensivo, había tenido para tales amores...

**106. «Dos figuras representativas de la vida de Tenerife:** Lectura, y antología de las Memorias de Don Nicolás. Últimas líneas sobre el famoso almendro. La casa de los Estévanes. Bibliografía de Don Nicolás Estévanes. Don Patricio Estévanes. Anverso y reverso», *Hoy, Santa Cruz de Tenerife*, 25 de julio de 1933.

#### LECTURA, Y ANTOLOGÍA DE LAS MEMORIAS DE DON NICOLÁS

(*Todos los que están fueron*, Tomo I, 2008: 405-413)

«Parecía —dice Baroja de don Nicolás Estévanes— un militar francés del Segundo Imperio.» Yo siempre ante los retratos de mozo y de viejo que han recogido la penetrante mirada de don Nicolás, la curiosidad de adentrar en la vida de este hombre. Y cual bajar y pleamar en playa, la figura marcial y bizarra, la negra barba del caballero; de un hombre en la hermosa plenitud de su virilidad, con la mirada perdida, se torraba a veces en la figura y mirada de un anciano venerable y simpático. Así esta superposición de retratos de ayer me habían sugerido ha ya tiempo una afición profunda por una vida que fue. Don Nicolás Estévanes y Murphy, con su doble faz, de tarde en tarde removía la incitación antigua, y con frecuencia estaba quieto ante mí, en un silencio que sólo turbaba su mirada; ya su mirada apacible, ya su mirada errabunda, infinita...

#### SU COSMOPOLITISMO

Por un fatalismo biológico, el sino de todo siglo ha sido hasta aquí combatir al anterior. Desde que Daudet (aunque por otra causa) llamara al siglo pasado, con frase que se ha hecho un tópico, el «imbécil siglo XIX», los denuestos a este siglo se han sucedido sin interrupción; y cuando ya en España se habían liquidado todos, aquí, que siempre hemos tenido un destino de última hora, podíamos presenciar a los jóvenes — por 1928— todavía dando los últimos embates a los canarios del siglo XIX. En estos autos de fe estaba naturalmente, Nicolás Estévanes.

De todo lo que éramos entonces tenía la culpa el siglo XIX. Dudo que haya habido generación más negativa. Y lo fatal es que lo de negativa le venía del siglo XIX; era la ley de la herencia que cumplía en ella, en tal generación, su mayor venganza. Queramos o no, estamos prisioneros de la generación que nos precede.

Y don Nicolás Estévanes en el político del primer manifiesto de «La Rosa de los Vientos» (1.º de febrero de 1928), adquiría, trasunta de Unamuno, la leyenda negra de regionalismo indigesto; se le zarandeó, se le increpó lo del almendro. Aquel manifiesto, pretendiendo ser universal, era un manifiesto cosmopolita que hubiera podido escribir Pierre Loti, de haber vivido entonces; se daba las manos a todos los habitantes del mundo, a los negros, gauchos, indios, etc., sin perjuicio de alzar grito en el cielo cuando otro joven —Eduardo Westerdahl— intérprete del manifiesto, escribía un cuaderno cosmopolita, también de ingleses, novias rubias y gafas de carey. Y paradójicamente, aquí, en esta pretendida universalidad había latente la escondida estirpe de isleñismo. Se hablaba del mar, de ser marineros. Se hacía cosmopolitismo, al fin. Y esto fue, justamente, lo que hizo toda su vida Nicolás Estévanes.

#### LOS AÑOS PRIMEROS

Vivieron los setenta y seis años de don Nicolás las más diversas situaciones, los momentos más dispares del turbulento estadio de tiempo que va desde el Romanticismo al preludio de la Gran Guerra. A los diez años, dice él mismo, yo era un parvulillo republicano; «entonces me daba por lo romántico, y ya estoy en las fronteras de los más extremados radicalismos políticos, sociales y filosóficos». Al «hoy» que don Nicolás se refiere, es al de principios de siglo, cuando escribía sus *Memorias*: a un hoy por el que habían pasado la filosofía de Comte, el naturalismo, las obras de Zola y de Huyssman. Por eso alude a tanto radicalismo; pero el romanticismo que orló su juventud siempre le traiciona, aunque pretenda estar al margen de tal corriente.

Los «Fragmentos de mis memorias» comprenden desde 1838 a 1878. Cuarenta años de vida militar y política. Estos «Fragmentos» son, sin duda alguna las «Memorias» más sinceras que ha escrito un hombre del siglo XIX sinceridad sin jactancia alguna, si acaso existe, es la jactancia de la imparcialidad. Hay en Estévanez un afán por la verdad de los hechos y la pulcritud en las apreciaciones de una rigurosidad laudable, máximo que él es parte, e interesantísima, de los sucesos que describe y cuenta.

Curado de todo sentimentalismo que en mucho entintó a los románticos, él se guarda muy bien de contar algo que afecte a su emotividad; hay un aspecto de encerramiento, de intimidad en toda la obra respecto a su persona, que le denuncia como un ejemplar de la más castiza tradición isleña.

«Y ni aun fragmentos publicaría, de *Mis Memorias* si fueran exclusivamente personales. ¿Qué le importan a nadie los viajes que uno ha hecho, ni las novias que tuvo en la mocedad, ni los cuentos que le contaba su venerable abuela?

Por mi parte, omitiré cuanto sea personalísimo; guardaré para mí solo todo lo concerniente a mi familia, a mi infancia, a mis amores, que profanaría mis más augustos recuerdos haciéndolos pasar por una rotativa. Impresos en el alma, ¿qué impresión más indeleble?»

Con este propósito nos introduce en sus *Memorias*. Propósito que jamás abandona. Ni un detalle de expansión sentimental, por motivos personales. De sus amores nos dice en un capítulo bruscamente, al final: «Un postrer motivo me apartaba el año 67 de los trabajos de conspiración: estaba enamorado.

Y me casé.»

Nada más. Don Nicolás tenía entonces veintinueve años.

«A un hombre que vino al mundo nada menos que en la Inquisición, nadie le tachará de demagogo porque sienta deseos de arrasar hasta la casa paterna», nos dice él mismo con su simpatía singular; ha nacido en Las Palmas el año 1838, en la casa donde estuvo la Inquisición provincial, y el hecho le da motivo para empezar a hacer anécdotas.

Existe, a pesar del desenfado que él procura imprimir en todas sus obras y actos, un sino de lo no logrado en toda su vida, que es a la postre una característica de lo romántico. Casi todas las embarcaciones que abordó, naufragaron en el viaje siguiente. Le naufragó ¡hasta la nave de la República!, y tenía siempre una gran pasión por las nubes. Por todo lo fugitivo y errante. Por lo viajero como él, por lo dinámico, como él.

Y no obstante, siempre procura no dejar entrever ni un solo nimbo de sentimentalidad en sus acciones; parece como si tuviera en ello un particular empeño, y a veces, hasta lo manifiesta. Un particular empeño como de ocultar lo que es y lo que le hace (porque asoma aun de tarde en tarde) una gran traición.

Y nos va contando, sencilla y tranquilamente, lo que era y hacía en sus días niños. En San Diego del Monte, primero; hacía poco tiempo —escribe— que en su casa se habían quitado el luto por uno de los tíos, «cuando mi padre nos hizo vestir de luto

por la muerte de Zurbano..., a quien ni siquiera conocía! Eran así los progresistas de antaño».

Época por la cual se enviaban deportados políticos a Canarias, de los cuales él tuvo ocasión de conocer algunos. Mientras tanto, aprendía a escribir con don Manuel Villavicencio; recibía lecciones de don Juan Canseco y de francés y cosas de náutica con don Miguel Maffiotte. Después, prendado de la carrera militar, marcha en noviembre del 58 a Cádiz. El 2 de enero siguiente sienta plaza en Toledo. Don Nicolás Estévanez tiene dieciséis años y ya se ha puesto los cordones de cadete.

#### MILITAR Y GUERRERO

Vida de cuartel, escapatorias, lecturas a Sué y a Dumas. Preferencias por Volney, Paúl de Kock y Larra. «Los tres influyeron algo en mi modo de ser y de sentir.» A los diecinueve años pasa la primavera de 1857 con su familia, y cuenta de este viaje: «Al despedirme del coronel le dije, cuadrándome respetuosamente:

—Mi coronel, como voy a hacer un viaje largo y he de estar ausente cuatro meses, quisiera que se me adelantaran dos pagas.

—¡Cómo!... ¿Se va usted por enfermo y quiere cobrar por adelantado? ¿Y si se muere usted?

— Le doy a usía mi palabra de honor de no morirme....

—Eso es otra cosa: un oficial de mi regimiento no puede faltar a su palabra. Y dirigiéndose al capitán cajero, allí presente, le dijo: «¡Dele usted sus cuatro pagas!»

Fue la última vez —escribe— que vi a mis padres. Ellos y yo lo presentíamos, y así fue de amarga la despedida cuando llegó la hora de volver al regimiento.»

A su vuelta a la Península, campaña de África. Los moros eran entonces populares —dice—, acaso porque nosotros también somos moros y porque la guerra que se les hacía era injusta.

La guerra le entusiasma, aunque algunas veces, enterrando cadáveres, llegue a odiarla.

«Al llegar al fondo de la cañada aquella, cruzándose ya por encima de nosotros el fuego del enemigo y el de los escalones protectores, mandé hacer alto, alinearse y numerarse; no faltaba nadie ni nadie estaba herido. En aquel momento surgió de entre las jaras un hombre solo, sin caballo ni ayudantes, en quien distinguí confusamente las doradas insignias de teniente general.

— ¿Qué regimiento?—preguntó.

— Esmara—le respondí.

— ¡El mío!... Y siempre el mismo. Respondió con cierto orgullo.

Si él reconoció su antiguo regimiento, yo también en él reconocí, y no lo había visto nunca, al héroe futuro de los Castillejos: era Prim.»

De vuelta en Madrid encuentra caldeado el ambiente; recién llegado se enorgullece de ser el suyo el único uniforme que recibió a Castelar en Zaragoza. Al morir sus padres en el 62, vuelve a Tenerife, y parte de éste y del siguiente lo pasan sus veinticuatro años en la casa de Geneto, haciendo excursiones con sus hermanos, leyendo y cazando codornices. Escribiendo del valle de La Orotava acaba (por la anécdota que cuenta) con el prestigio de Humboldt, en cuanto a sinceridad. Lo de que el valle era lo más hermoso del mundo lo había repetido el barón, arrodillado, en todos los sitios pintorescos que visitaba. «Era una especie de gramófono», dice don Nicolás.

El 63 regresa a incorporarse a su regimiento; pide traslado al de Antequera, destinado a Canarias, y con tal motivo vuelve a Tenerife en el mismo año. Hace entonces una excursión al Teide, y aunque es enemigo de toda descripción, escribe en pocas palabras una de las más sencillas y logradas:



«Las nubes acumuladas bajo nuestros pies se iluminaban sucesivamente con matices varios, según las gradaciones de la luz crepuscular; el sol brillaba ya a nuestra vista, cuando todavía las costas de Tenerife aparecían envueltas en las sombras de la noche; el mar se nos presentaba allá lejos, muy abajo, con toda la magnificencia de la calma nocturna, y al mismo tiempo que ya en el cielo brillaban los resplandores del día; y ocultos por rastreras nubes los cercanos campos de La Orotava, distinguíamos perfectamente en lejanos horizontes los graciosos perfiles de las vecinas islas, bosquejadas apenas en las penumbras del alba.»

De sus recuerdos de Santa Cruz escribe:

«Solíamos reunirnos los días de fiesta en una casa de la calle de la Noria unos cuantos amigos entusiastas: Agustín Guimerá, que nos leía fragmentos dramáticos de Víctor Hugo; Frasco León, erudito narrador de crónicas canarienses; Ramón Roldán, buen lector de sus propias poesías; Gaspar Fernández, elocuente economista y ferviente admirador de Federico Bastiat; por último, el que escribe estos renglones, que nada podía enseñar, pero sugería proyectos.» A él se le ocurre fundar la Sociedad «El Volcán» y que su presidente se llame «cráter».

Por motivos militares vuelve a la Península, y al retornar al poco tiempo, destinan su regimiento a las Antillas.

En el 64 está en Puerto Rico. Luego pasa a Santo Domingo y él por su cuenta a Haití, más una escapada a Nueva York. Vuelve a Puerto Rico, y allí, a causa de un incidente militar, está preso unos meses; se traslada a Cuba y en Cuba no quiere firmar una ofensa que se le quiere hacer a Prim. Lo cual no impide que, andando el tiempo, él vea a los causantes de ella coreando adulonamente al general.

Nicolás Estévanez ve claro el problema de Cuba. Era partidario de su independencia y de abolir la esclavitud. De todos los republicanos fue el que con más exactitud se hizo cargo de las circunstancias, más cargo aún que el propio Castelar.

La muerte de sus familiares le hace pedir licencia y a fines del 66 regresa a Tenerife. A una de sus hermanas la encuentra moribunda; «y aquel comedor en que antes reinara la alegría, el mismo donde antaño nos reuníamos veinte, era una imagen del silencio, de la tristeza y de la soledad».

Desde 1867 —dice— no he vuelto a Tenerife; diez años después lo ve desde el mar, a lo lejos. Aquella despedida, que constituye para don Patricio unas horas amargas y tristísimas, no hace consignar a don Nicolás nada más que eso.

#### CONSPIRADOR Y GUERRILLERO

Este mismo año se casa en Cádiz y va con su esposa a París, a ver la Exposición Universal. Luego, en Madrid, «peñas» de café, reuniones políticas, conspiraciones. Por otro lado, la España de «La Correspondencia Militar», de sor Patrocino y el padre Claret

Una España en podredumbre que le asqueaba; y como al terminarse su licencia pide el traspaso a la Administración civil, se encuentra ya con la libertad suficiente para conspirar abiertamente. Yo quiero la República, contestaba cuando le decían que acaso con ella vinieran los periódicos socialistas; para eso, «para que engendre algo, el socialismo, el comunismo, ¡el caos! Del caos puede salir un mundo nuevo; del estancamiento y de la corrupción no pueden salir más que gusanos».

La emoción más grande de su vida la siente Estévanez a raíz de la Revolución del 68. De la verdadera revolución. Él había ido a Londres, a entrevistarse con Prim, quien le dijo que estaba loco porque Estévanez opinó que el general debía proclamar la República. Don Nicolás, que era en el fondo un romántico, al llegar al máximo

extremismo, siendo hombre del siglo XIX no podía ser comunista; lo que tenía que ser es anarquista. Y eso, sin decirlo, es lo que fue.

«Si la libertad —dice— no consiste en hacer cada uno lo que se le antoja, ni es libertad ni vale un pito. Tiros, coplas, contento universal; todos éramos felices; no había monarca ni ministros, gobernador ni alcalde, alguaciles ni serenos: ¡mi idea!

Y a las horas de alegría suprema suceden más tarde las de profunda desilusión; declaraciones monárquicas del Gobierno.

Y enseguida la activa propaganda federal; el levantamiento de Cádiz y Fermín Salvochea; hojas clandestinas. Prisión en Béjar con sus compañeros. Días de cárcel mientras triunfaba don Juan Prim en toda España. El año 70 se les pone en libertad. Nicolás Estévanez sigue conspirando, conspirando... Eran los tiempos de Paul y Angulo y de la publicación de *El Combate*.

El 71 viene Amadeo de Saboya; expirada su licencia vuelve a Cuba, de donde regresa al poco tiempo, porque el fusilamiento de unos estudiantes le asquea y le confunde de vergüenza. Era un caso de coincidencia, y antes que la Patria está la Humanidad y la Justicia. Pide la absoluta y en el 72 está de nuevo en Madrid.

Al fin, la República. Pero la República la engendró el cadáver de la Revolución del 68. Por eso nació muerta. Zorrilla, Martos, etc.; fueron los culpables, y no Salmerón o Castelar. En las elecciones de abril sale diputado. En una pura elección que a él nada le costó. Entretanto, siguen cayendo los gobiernos y forma parte del Directorio federal. Dentro de él, Estévanez y Contreras eran los únicos partidarios de un alzamiento para traer la República. Y como éste intenta hacerlo, Estévanez, por caballerosidad, a pesar de que no cree en el alzamiento, secunda al general y se lanza de guerrillero por tierras de Andalucía. Los periódicos festejan sus andanzas, la toma del Viso y otras hazañas integran las planas, aunque él en el Viso dice que sólo tomó café.

#### GOBERNANTE

Regresa a Madrid y allí estaba el 11 de febrero. A la primera crisis republicana ocupa el Gobierno civil de Madrid. Dormía con las botas puestas. Obró con imparcialidad y se le respetó, escribe con justeza. Lo vigilaban los propios republicanos, como si fuera enemigo; se respiraba un ambiente de intriga y de envidias. En las elecciones a diputados sale por tres sitios, por Tenerife, incluso a pesar de que el gobernador le era hostil. El triunfo fue debido a la juventud republicana, a los amigos políticos del marqués de la Florida y a los elementos neutros. Pi y Margall tenía el anhelo de perder las elecciones para dar un ejemplo nunca visto.

Del Gobierno civil pasa al Ministerio, y aunque no tuvo tiempo de hacer nada, algo interesante hizo. En junio dimite. Quería proceder debidamente y algunos le tachan de dictador. Es el destino de todos los anarquistas.

El cantonalismo, el hecho de Pavía —todos nos portamos como unos indecentes—, las tardes amargas del destino en Portugal. En el 76, por deseo del Gobierno español, tiene que dejar Portugal y marcha con los suyos a París. En París, emigrados, tertulias, intervenciones en la política francesa... Así terminan las *Memorias*.

#### LOS ÚLTIMOS AÑOS

Estévanez después, en los periódicos en que colaboraba, continuó los «fragmentos», la anunciada segunda parte que nunca reunió en un volumen. Vivía en París de colaboraciones, traducciones y corresponsalías. Hasta en periódicos de moda, como *El Correo de Ultramar*, escribió: así salían vestidas, las pobres, dice por las mujeres que leían sus crónicas de moda. Cuenta sus impresiones políticas y artísticas,

las evoluciones de su pensamiento. Sus viajes a Méjico, a Estados Unidos, Río de la Plata, Brasil y Senegal. Anécdotas y anécdotas que llenarían un libro se cuenta de su vida, que terminó en París en 1914. Leyendo sus *Memorias*, sus libros, se extrae la impresión de una vida en ráfagas, dinámica. Viajes y más viajes; conspiraciones y más conspiraciones. Las suyas son *Memorias* de un hombre de acción. Su figura, la del mejor Aviraneta barojiano. Militar, político, conspirador, guerrillero, viajero, desterrado, periodista, poeta, autor de los libros geográficos y matemáticos, cuentista, causeur... ¡Cuántas cosas fue don Nicolás Estévanez! Isleño la mayoría de las veces, internacional y cosmopolita las demás; rectilíneo en sus juicios, terco, canario. Un hombre del siglo XIX. Un anarquista.

#### DON NICOLÁS, POETA. ÚLTIMAS LÍNEAS SOBRE EL FAMOSO ALMENDRO

Los libros de versos que conocemos de don Nicolás Estévanez son *Romances y cantares*, editados en París por los hermanos Garnier, en 1891; los insertados al final e intercalados en el texto de «Rastros de la vida» (por los mismos editores); las diferentes composiciones aparecidas en diversos periódicos locales de la época, y el volumen *Musa canaria*, editado en 1900 en la imprenta Isleña, donde se recogen, a nuestro juicio, las mejores.

Nicolás Estévanez, podemos escribir sin inconveniente alguno, no fue poeta de grandes vuelos. De verso fácil, simpática ligereza, coplero feliz, tiene no obstante algunas composiciones que le honran. Hombre democrático, liberal, anarquista, encuentra en sus ideales motivos constantes de versificación. La política le ocasiona largas composiciones poéticas; los pasados acontecimientos históricos también; es, al fin, como los medianos poetas del XIX, un equivalente a lo que eran en pintura un Pradilla o Moreno Carbonero, o un novelista del realismo decimonónico.

En las composiciones referentes a Canarias es donde mejor se manifiestan sus dotes poéticas. Y en algunas ligeras, fluidas, como la titulada «Nubes» y otras. El mismo se llama «fabricante de versos». Desde muy joven los hizo, «a las trenzas de una rubia., y a una niña de ojos negros».

Quizá sea de las más logradas la composición titulada «Canarias», que es el exponente de una obligada lectura a Antonio da Viana. Sobre todo en el canto séptimo existe un matiz de lo impalpable y sentido, que denuncia en don Nicolás a un poeta de entronque isleño. Y es precisamente en los ya tópicos, gastados por unos y zaheridos por otros, versos referentes al almendro, en donde reside tal matiz.

El poeta, comienza haciendo una evocación bucólica —paisaje de Longo—, pastoril de las islas: «Un barranco profundo y pedregoso,/ una senda torcida entre zarzales» (paisaje que lleva a la paleta Valentín Sanz), para seguir cantando a la conquista y pasar luego a definir su cédula patriótica.

Para el poeta, la patria es cualquier cosa; algo sutil y vago unas veces, y concreto otras: una peña, una roca, una choza, una fuente, la sombra fresca y dulce de un almendro. No el almendro en sí, como mal ha leído alguien, sino algo tan intangible como «la sombra del almendro». En ningún sitio ha escrito Estévanez que su patria es un almendro. Pero no hubiera tenido nada de particular que lo escribiera. Una choza, una fuente o un almendro, ¡qué más da! Él quería expresar que su patria era algo íntimo, de una intimidad más que isleña, personal.

Estos versos han sido despectivamente flechados por persona tan eminente como don Miguel de Unamuno, cuando escribió en su libro *Por tierras de Portugal y de España*: «Os enseñan la casa nativa de don Nicolás Estévanez y junto a ella el almendro que él, don Nicolás, ha hecho famoso, pues él cantó diciendo: "Mi patria no es el mundo, mi patria no es Europa, mi patria no es España, mi patria es una choza, la

sombra da un almendro, etcétera. ¡Pobre del que no tiene otra patria que la sombra de un almendro! Acabará por ahorcarse en él.»

Don Miguel de Unamuno, como se ve, recuerda arbitraria y malamente los versos de don Nicolás. Su dureza de roca, trasunta de montañas vascas, no se detuvo en la delicadeza de este sentimiento; hombre del continente, acantilado, no leyó despacio la estrofa más sentida del que, siendo niño, vistió de luto por la muerte de Zurbano:

*Mi patria no es el mundo,  
mi patria no es Europa,  
mi patria es de un almendro  
la dulce, fresca. Inolvidable sombra.*

Al almendro lo hicieron célebre las revistas que reproducían esta estrofa, y el propio don Miguel, cuando habla de ese «almendrismo» que él inventa en un artículo que escribió en *El Sol* en septiembre de 1931, en el que, tratando de justificar tal estrofa, ratifica su desconocimiento de la persona y obra de Estévanez, aunque él quiera inventar nada menos que una teoría, como aquella otra famosa, de la intimidad del «isloteñismo», que no era a la postre sino su hambre de tierra grande; él, que estaba en una Isla desértica, angustiado por la soledad y por un atormentamiento que inyectó sobre todo en los poetas de Las Palmas.

Don Nicolás Estévanez no habla del almendro sino en la citada composición «Canarias» y en «Confidencial», y en ésta, porque se lo recuerda el grupo de «Gente Nueva»:

*Nacimos a la vez; creció frondoso  
al pie de mi ventana  
el árbol aromoso,  
el almendro feliz de mis querellas;  
fuimos en la niñez grandes amigos,  
y de nuestra amistad fueron testigos  
la fuente más cercana,  
los pájaros, las brisas, las estrellas.*

En la primera composición continúa escribiendo:

*Mi espíritu es isleño  
como las patrias costas,  
donde la mar se estrella  
en espumas rompiéndose y en notas.*

Asocia don Nicolás, en gesto de auténtico insularismo, la isla y el mar. «Romperse en notas» dice la voluptuosidad del amante del mar que lo ve chocar, rumoroso, entre las peñas. El mar que feminiza como buen amigo y enamorado: «la mar», como aprendió a decir con nosotros el propio don Miguel de Unamuno.

Y es en otro lugar el mismo Estévanez cosmopolita el que escribe estos versos:

*Yo que por familia tengo  
a toda la humanidad,  
y el universo por patria  
y por religión amar,*

*con el pensamiento fijo  
en mi sublime ideal  
todos los ríos adoro  
que acoge en su seno el mar.*

En esta estrofa, por ejemplo, pudieron haberse fijado don Miguel de Unamuno y los jóvenes universalistas de «La Rosa de los Vientos». Aunque no se les hubiera perdido nada, porque es bastante deficiente; seguramente que no la conocían. Está en la composición «Capricho», página 53, de *Musa canaria*, editada en 1900 en la imprenta Isleña, Santa Cruz de Tenerife.

#### LA CASA DE LOS ESTÉVANEZ

Visitar la casa de los Estévanez es evocar al siglo XIX. Y también al pintoresquismo, las acuarelas, los álbumes típicos en un poco de ironía. Visitar la trasera de la casa es mirar al paisaje del Sur, seco, árido, que en nada se parece al de Castilla, sino que es variado y multiforme en su aridez.

Visitar la casa de los Estévanez es mirar, románticamente, el tronco del viejo almendro; los sitios de las correrías de Nicolás, de las meditaciones de Patricio, de las melancolías de Diego... Es revolver papeles antiguos, cartas, fragmentos «que no se podrían publicar»... Es pasar, entre los dedos, viejos retratos de familia siglo XIX. De hombres barbudos y mujeres con muchas telas en el cuerpo. Y ver, descolgado por Francisco Borges, un risueño y mal restaurado cuadro de una dama inglesa, bisabuela o tatarabuela de Nicolás, de Diego, de Patricio, de Paco, que viste traje del siglo XVIII y que prende una rosa entre sus dedos finos, delicados...

Visitar la casa de los Estévanez es pensar cómo verían desde el balcón, aquellas damas también de! siglo XVIII, antepasadas de la familia, la escuadra de Nelson navegando a lo lejos. Es pensar cómo pudo ser la zozobra de aquellas damas que, apresuradamente, enterraron sus joyas en el rincón que nos señalan.

Es recordar la democracia, el liberalismo, las barbas, los bigotes, las sedas, las cartas, los libros amarillentos, que serían blancos. Es ver los balcones y los muros viejos, las puertas antiguas, el empadrado de los patios, las plantas... Y llevar afuera, ante los ojos, la flor que prende en su mano delicada, una dama inglesa del siglo XVIII y que es la bisabuela o la tatarabuela de Nicolás, de Diego, de Patricio, de Paco...

#### BIBLIOGRAFÍA DE DON NICOLÁS ESTÉVANEZ

- *Romances y cantares*. Méjico, 1881, en rústica.
- *La milicia*. Tipos y costumbres militares. Sexta edición. Santa Cruz de Tenerife. Imprenta de José Benítez, 1883.
- *La vuelta al mundo, por un joven norteamericano*. Garnier hermanos. París, 1887. En pasta.
- *El álbum de los niños* (Biblioteca selecta para los niños). 1889. En pasta y 8°.
- *Curiosidades científicas domésticas* (Biblioteca selecta para los niños). Traducidas y arregladas del francés. 1887. En pasta.
- *Romances y cantares* (Biblioteca poética). Prólogo de E. Benot. 1891. Igual edición que la de Méjico, pero corregida. En pasta.
- *Cuentos y leyendas*. (Biblioteca Selecta). Segunda edición. Coleccionados por N. Estévanez. Biblioteca de la Juventud. 1892. Pasta en 4.º 1982.
- *Los goces de la vida* (Biblioteca de la Juventud). 1892. Todas estas ediciones, en la casa Garnier, París. En pasta.
- *La milicia*. Nueva edición. Rústica. Toledo, 1892.

- *Resumen de la historia de América*. Garnier hermanos. París, 1893. En pasta.
- *Entretencimientos matemáticos, físicos, químicos, etc.* Garnier hermanos. París, 1884-1894.
- *Los juegos de la infancia*, por un papá. Garnier hermanos. París, 1897. En pasta.
- *Episodios africanos* (Biblioteca de la Juventud). Garnier hermanos. París, 1897. En pasta.
- *Diccionario militar*. Garnier, París, 1897. En pasta.
- *Nociones de Geografía universal*. Quinta edición. Garnier, París, 1897. En pasta.
- *Las metamorfosis del siglo o el animal humano*. (Biblioteca Juventud). 1899. En pasta.
- *Musa canaria*. Santa Cruz de Tenerife. Imprenta Isleña, 1900.
- *Rastros de la vida* (prosa, y verso). Garnier, París. En pasta y sin año.
- *Calandracas* (Colección Diamante). Antonio López, editor. Barcelona S. a.
  - *Nuevos chascarrillos baturros*, por Caireles y León Fogoso. Madrid, Administración del «Noticiero. Guía de Madrid». En rústica. S. a.

### DON PATRICIO ESTÉVANEZ EL HOMBRE Y EL PERIODISTA

#### UNA TRISTE NIÑEZ

En los escasos fragmentos que de sus *Memorias* dejó don Patricio Estévanéz, podemos apreciar al hombre bueno y sentimental que fue el gran periodista tinerfeño.

Una aureola de tristeza envuelve sus recuerdos infantiles. La muerte de sus padres. Las angustias y penalidades que sufre la familia.

Estuvo en el colegio del señor Celorrio, primero, y en el del sacerdote don Antonio Hernández, después. Su abuela quiere hacerle eclesiástico; «pero como no era mi verdadera vocación, semejantes planes tenían que fracasar y fracasaron».

Y la niñez, tan felizmente pasada en San Diego del Monte, se continúa en la casa de Gracia. El hermano Nicolás ha venido. En el año 62, cuando él tenía doce, se declaró la fiebre amarilla en Santa Cruz, y es cuando se dedica a acompañar a sus hermanos de excursión por toda la isla. A los dos años de irse Nicolás a Puerto Rico mueren Diego, el marino; Paco, empleado de una casa de comercio, y las hermanas Isabel, y Cristina a poco de regresar don Nicolás. La tía Dolores, «única persona útil de alguna edad que me quedaba en la familia, perdió la razón por efecto de tan tremendas desgracias».

Él cuenta con angustia desgarradora la triste despedida de don Nicolás, la última vez que éste estuvo en Tenerife, el año 67. Tenía don Patricio quince, y de tan larga familia, aquí sólo quedaba él. Aquella tarde, anochecido ya, subía la cuesta y veía perderse, por Anaga, el barco que se llevaba a su hermano.

Después, estudios en el Instituto de La Laguna; ejemplar conducta de alumno. Lector de periódicos políticos y aficionado novel a hacer comedias.

#### EL PERIODISTA

Siendo aún alumno del Instituto, don Rafael Calzadilla y don Alfonso Dugour solicitan de él colaboración para *Las Noticias*. Y ya comienza el futuro periodista a trabajar en lo que había de ser labor de toda su vida.

Más tarde, viajó a Madrid. En el 72 era asiduo, con su hermano, de la Redacción de *El Combate*, el famoso periódico de Paúl y Ángulo. Tres años después funda en Lisboa la revista *Miscelánea ilustrada* y *La Floresta de la Juventud*, de corta existencia, pero bien presentadas y vibrantes.

En París escribe crónicas para las *Noticias*, el diario republicano de Santa Cruz; *El Memorándum*, que dirigía Pulido, y la *Revista de Canarias*, de don Elías Zerolo. Escribe también *El buen novelista*, una *Guía de París*, en español, para la Exposición Universal de 1878, así como varias traducciones.

Al regresar a Tenerife en 1880, tras larga ausencia, escribe en los periódicos locales, hasta que, en 1882, funda la famosa, *Ilustración de Canarias*, de gran formato, exquisita presentación y buenos colaboradores. Se publicó en ella la «Galería de canarios Ilustres», retratos de los cuales se recogieron en las diversas casas de abolengo, reuniéndose así lo que pudo haberse perdido.

Su obra periodística más importante y fecunda fue el *Diario de Tenerife*. Lo empezó a publicar el 12 de noviembre de 1886, editado en la imprenta de Bonnet, con cuatro páginas de a cuatro columnas. En diciembre de 1893 le aumentó el tamaño y una columna, tirándose así en la imprenta Isleña.

El *Diario de Tenerife* dejó de publicarse con motivo de haberse trasladado don Patricio a Madrid, para atender a su salud. Fueron cuarenta y cinco años de periodismo diario, justo y ponderado. Don Patricio Estévez y Murphy fue también, como su periodismo, justo, ponderado, bueno...

#### ANVERSO Y REVERSO

Mientras don Nicolás es dinámico, don Patricio es tranquilo; mientras aquél es íntimo, encerrado, éste es sentimental. Los dos son hombres del siglo XIX.

Cuando Nicolás no transige con nada, y es anarquista, Patricio es ponderado y lo justifica todo.

Nicolás, hasta en la ancianidad es revolucionario, pero no ya en literatura. Al modernismo no lo entiende y le dispara sus más graciosos saetazos. Don Patricio es siempre el caballero comprensivo y serio.

Nicolás en sus *Memorias* nunca cuenta un detalle íntimo o llorón; Patricio, la despedida que a Nicolás no le hace escribir sino que fue su última estancia en Tenerife, la narra con temblona pluma y angustiadora tristeza y llanto. Don Patricio nos habla de lágrimas de dolor; don Nicolás, de anécdotas de guerra o de política.

#### **107. LA AVIACIÓN EN TENERIFE. «Turismo, deporte y comercio», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 18 de agosto de 1933.**

Siempre he pensado qué destino adverso ha presidido a la aviación en Canarias. En mis tiempos revolucionarios, cuando la mayoría de los españoles hacíamos revolución, escribimos algo de estas cosas. Algunos muchachos y yo llegamos a publicar, invitados, la esquela mortuoria de un personaje isleño que nada había hecho por nuestra truncada línea aérea. También defendíamos la intercomunicación del archipiélago... Pero todo esto es ya historia.

Ahora, timoneada por un paisano inteligente —Adolfo Fera—, vuelve a estar nuevamente de actualidad el asunto. La idea de fundar un Club Deportivo del Aire va cristalizando. Si hasta aquí no ha fructificado la semilla, a causa de la desdichada política insular que no lo había permitido, ¿por qué los muchachos y las muchachas del siglo XX, del deporte y la técnica, no toman como cosa suya, como empresa de juventud, el proyecto? Las corporaciones están inclinadas a ello. La faena en cuestión de unos cuantos entusiastas, de unos cuantos jóvenes.

El Club Deportivo del Aire tendrá tres aspectos: el turístico, el deportivo y el comercial. Tenerife, cuya economía se debe a la prosperidad de un monocultivo (vino, tabaco, plátano) no puede dejar al margen tan importante factor de insospechado porvenir económico.

Atracción turística, rápida comunicación, transporte comercial y el destino de muchos jóvenes significa este Club. Y algo tan interesante como la unión del archipiélago. La puñalada al «isloteñismo».

Anecdóticamente recordamos que fue Viera y Clavijo el primero que hizo volar un pequeño aeróstato en Madrid, en España, Viera fue un hombre moderno que creía en el progreso. Vaticinaba grandes empresas a la aviación. Veamos si vaticinios parecidos se cumplen en este hombre joven, amigo de proezas difíciles que es Adolfo Feria. Y que los vea cumplidos quien se inscribe inicialmente en el futuro Club.

**108. VARIACIONES SOBRE EL MISMO TEMA. «Los problemas de la cultura en Tenerife», Hoy, Santa Cruz de Tenerife, 10 de septiembre de 1933.**

Ocurre, de tarde en tarde, entre nosotros, el caso de un señor de sensibilidad fina y profundas aficiones, que de pronto se irrita y escribe un airado y retador artículo en contra de los que supone culpables. Tal ocurre sobre cuestiones culturales a las que concretamente voy a referirme.

Del abandono desconsolador en que se tiene a todo lo que signifique cultura en Tenerife, pueden en un caso aislado, tener culpa tales personas o corporaciones, pero es tan considerable la negligencia, tan tradicionalmente antiguo el descuido, que son cosas éstas que, escribir, hablar, ocuparse de ellas es perder, lamentablemente el tiempo. De que un país en general, no tenga sensibilidad, ni aficiones, ni estirpe activa y culta, no tiene, ni él mismo la culpa. Es un fatalismo que le acompaña, como pudiera acompañarle una virtud. Y el convencimiento de que esto es así, va creando en los que nos han entusiasmado y entusiasman estas cosas, una especie de estoicismo que tememos acá al fin, un ardid que inventa el «aplataamiento» para hacemos sucumbir en sus redes y sumirnos en la placidez del suave conformismo isleño. Todo puede ser.

Pero son tantos los ejemplos; tal la cantidad de casos que atestiguan el indicado abandono que a veces es preciso confesar que el medio es más fuerte que una voluntad determinada, y que inexorablemente nos arrastra.

El caso reciente del hallazgo de Ochoa, en San Miguel, donde se destrozó una necrópolis guanche se ve ahora en parecidas circunstancias ratificado en el de Bajamar. Por otro lado, el Museo Municipal carece del espacio necesario para habilitar «en forma» una sala dedicada en serio a nuestros aborígenes. En La Laguna no hay un sitio adecuado.

Y ya que del Museo Municipal se trata, diremos de paso lo que todos sabrán: que sus salas contienen cuadros mal clasificados y hasta colocados; que es insuficiente. De la Biblioteca, nos da tristeza hablar y escribir: está situada en un sótano; los libros en un marmágnum imponente, fueron trasladados al lugar en que están actualmente por obreros que sin miramientos los tiraban a espuertas y que incompletaron colecciones de periódicos porque los necesitaban para su uso particular. Allí estarán los pobres libros aún, sin que nadie pueda leerlos, en un sótano, encerrados como el vino en la bodega. Sin luz, para que la polilla acabe con ellos. Con los periódicos, con los libros, con los manuscritos, sobre todo.

Y ya que en cuestiones de papeles estamos, apuntemos que el interesantísimo Archivo de Protocolos que existe en La Laguna, en un local de la antigua cárcel lleno de telas de araña y tierra, se está pudriendo a pasos agigantados. Con los Archivos de Protocolos se ha ordenado por el Gobierno de la República, que se haga un Archivo Central en la capital de la provincia. Pues bien, cuando esta disposición se cumpla ya estarán podridos todos los protocolos de la Isla. El de la Orotava está en un piso de tierra. Por lo que se refiere a la conservación artística, mejor es dejarlo. A ciudades de cierto sabor tradicional como La Laguna, por ejemplo, le han quitado el carácter



especial de antaño. Casas de un mérito relativo en cuanto a frontis han sido derribadas y reconstruidas con más pésimo gusto. Puertas interesantísimas se han enjalbegado horrorosamente; la armonía de las calles se ha roto en manera desconsiderada. Sin gusto, sin sentido histórico ni artístico. Por gentes «nueva rica», paleta, «parvenu».

¿Qué hacer ante todo esto? ¿Cómo evitarlo? ¿Artículos, manifiestos, campañas? ¿Y, quién hace caso de todo eso? Algo se podría hacer. Existe una entidad —el *Instituto de Estudios Canarios*— que bien pudiera hacer algo en este sentido, me objetará alguien. Si es verdad, pero esta entidad que aún está en formación no tiene dinero, es pobre, ninguna Corporación insular la ha pensionado aunque cuenta en su seno con gente de gran voluntad. Pero no basta ella sola. Sin una hoja de ingresos no puede emprenderse nada. Y los trabajos de esta índole requieren tiempo, dedicación exclusiva, remuneración que compense el abandono del propio menester personal. Se hace lo que se puede y más aún. Con el tiempo hay fe inquebrantable en que mucho se ha de hacer, pero cosas como las que he citado requieren premura. En verdad que el panorama es desolador.

### **109. EN EL ESPAÑOL. «Don Juan Tenorio», Hoy, Santa Cruz de Tenerife, 18 de noviembre de 1933.**

La gente acostumbra a enfadarse con don Miguel de Unamuno porque, a veces, encarándose a Cervantes le haya reprochado no haber entendido a Don Quijote. Quizá no tenga razón don Miguel al enfadarse; pero sin duda la tiene en cierto modo cuando afirma la incompreensión del autor para con el famoso héroe.

La virtud y lo que es menester en los hombres de una generación —ha explicado un ilustre profesor— es entender a los de otras generaciones, no en lo que ellos han dicho, sino justamente en lo que no han dicho. En lo que no han dicho, porque de puro evidente que les era no se lo hicieron problema. Un poco de esto le ha sucedido a Zorrilla con su Don Juan. Sabido es que renegaba de la obra que más éxito le dio. Pues bien; a pesar del verso ramplón (pródigo en la palabra «notorio» a fin de rimarla con «Tenorio»), el *Don Juan Tenorio* es el gran acierto de Zorrilla y Zorrilla, desde luego, no se dio cuenta de ello.

El drama romántico, con las características de su escuela: tema medieval de muertos, de la fatalidad, etc., atrae todos los años al público. Este del «Español» aplaude a la Xirgu y a Borrás, en cuyas bocas los fáciles versos de Zorrilla se ennoblecen, y la cursilería, a la que frecuentemente los lanzan mediocres compañías teatrales, se detiene en los umbrales del mito español con dignidad representado por el notable actor.

Este personaje que es Don Juan ha sido conejillo de Indias de médicos, literatos, críticos, pintores, etc. Unos lo encuentran simpático, otros no; unos muy hombre; otros (Marañón, Salaverría, el pintor) afeminado. El de Zorrilla —en el que alguien ha visto a un frustrado padre de familia— es antes que nada un fanfarrón. Conquista o mata, no por la mujer misma o el rival, sino por presumir de valor, y por tanto de valer. Repleto de vitalidad —y el español en gran parte no ha sido más que eso: vitalidad—, arrepentido por el amor y muerte en el seno de la religión. Esto último le hace héroe del hombre medio y religioso, al que le basta con que se arrepienta para estos, él y don Juan bien con Dios y quien le ríe antes todas sus valentías y atropellos. Un tipo así es el héroe de un público y un pueblo de todo tiempo. Un tipo que encarna lo vital de una raza, es el representativo parcial de una estirpe: Fanfarrón. «¡Oh, los españoles —decía Nietzsche— esos hombres que han querido ser demasiado!» Ahí está el secreto —el ser— de don Juan.

María Rosa ALONSO  
Madrid.

**110. ROMANTICISMO Y CUENTA NUEVA. «Carta particular a un poeta», Hoy, Santa Cruz de Tenerife, 19 de noviembre de 1933.**

Me han dado, amigo Gutiérrez Albelo, el ejemplar que usted, gentilmente me dedica, en tardes perfumadas de Vilaflor, de su último libro de versos *Romanticismo y cuenta nueva*. Aunque hoy acaso no haya poesía de ahora porque este ahora no puede tener poesía quizá, usted —ella podrá ser su tragedia— es un poeta. No haga caso de las críticas que le hagan, los de su gremio o de quien le mente las influencias; el nombre de Juan Ramón, de Salinas o Guillén. No haga caso, aunque esos nombres le estorben. Porque a usted le estorba algo más que eso. Usted es, amigo mío, un «poeta a desatiempo». Tampoco haga caso de los que se hallen en tópico de racionalismo, universalismo u otras cosas por el estilo.

A pesar de que le hagan escribir en minúscula en el procedimiento de Stefan Georg, empleado por él hace cincuenta años. Hoy, en serio, no hay quien crea en lenguaje de elegidos ni en petulancias de snob. Estamos hartos de pedantería. Nos interesa perentoriamente otra cosa: vivir seguros. Y de ello nadie puede presumir en nuestro tiempo. Usted mismo se quema en la «vela, vela—vigilia en eterno» y en sus versos vive un dilema constante. Su libro es un columpio. Y aunque surja «el soplo tan dulce» usted está «a cada cual, más viva», a cada cual más muerta», siempre «entre dos luces». Y al final, la clave es la huida que en una metáfora ingeniosa da usted a sus poemas. Son lápidas que cubren lo que usted no dice. ¿Me entiende?

Lo que usted tiene de poeta, a pesar de esa poesía ya viejo cuño, que nada dice a nuestras preguntas angustiadas, como de surtidor, brota desde cualquier rincón suyo: desde el chaleco, por ejemplo. Váyase quedando solo y «dando vueltas»; no «tope con el filo de las doce»; haga con todos los que no estamos dispuestos a estafarnos, un auténtico y radical acto de libre examen. Aquí. «En el eje de un mundo de sombra y de fracaso».

Con las gracias por su envío y toda su cordialidad le saluda afectuosamente su amiga.

María Rosa ALONSO  
Madrid.

**111. DESDE MADRID. «En el Salón de Otoño», Hoy, Santa Cruz de Tenerife, 23 de noviembre de 1933.**

Al entrar, pensábamos en la crisis del arte como integrante cultural de la época, de nuestro tiempo, también en crisis, naturalmente. Al salir, hemos confirmado todo ello. Hay sí, artistas, no muchos, pero existen: lo que no hay es arte.

Resumiendo en agrupaciones más acusadas, en el XIII Salón de Otoño encontramos: sala de Romero de Torres, sala de Marcelino Santamaría, de artistas catalanes; Solana y los «constructivistas».

Romero de Torres impresionista en su primera manera verdosa, escandalizó por los temas atrevidos de concepto y no de técnica. Escandalizó a los timoratos. Acomodándose luego al «buen vivir» hizo temas gratos a la plutocracia y al gran público. Dibujístico hasta el cansancio, arriba a una técnica que, como auna gran conquista, no abandona ya. Siempre el mismo problema, resuelto de la misma manera. Manos, gestos, posiciones idénticamente resueltas; repetido en un academicismo que aburre. Siempre la misma mujer que, sí, puede ser el alma de una raza. Tras de Romero hay, en verdad, la tradición de grandes maestros y su obra dice de raciales interpretaciones. ¿En el camino de lo dibujístico, qué le quedaba a los pintores por

andar ya? Viendo obras de Romero se justifica todo el desorden posterior; hasta se justifica a los «constructivistas».

Marcelino Santamaría es la tierra de Burgos. Castilla.

En medio de bellos paisajes catalanes, de obras mediocres, de obras malas, de este o aquel cuadro, dos de Solana: «Los disciplinantes» y «Procesión en Pacorbo» denuncian a un artista. A un temperamento. El arte está ya en la España del siglo XVII —acaso en el Greco un poco, otro poco en Valdés Leal, en Goya—. En esta misma sala, la «Niña dormida» tan magnífica de Ángel Santos y un cuadrito muy bello de Alberto Herrera, marcadamente influenciado de Spies.

De lo nuestro, un motivo de Gran Canaria, «Alfareras de la Atalaya», por Cirilo Suárez Moreno, que recuerdan lejanamente a Aguiar en la disposición, y «Playa de San Marcos», donde Juan Ismael traza el perfil sencillo de nuestro paisaje que es también el de nuestro carácter isleño y especialmente del suyo.

Los «constructivistas» ya no escandalizan. No se les hace caso. No se les toma en serio. Ellos parece que antes no lo pretendían y cuando se les formuló que su arte no tenía tal pretensión, que era mero juego, se entusiasmaron; ahora desesperan de soledad. Se están poniendo viejos. ¿Qué dice esta gente? Están cansados de academicismo, de «arte moderno»; están empachados de tradición y de pintura. Ahí está la cuestión: de pintura. Por eso no la quieren ni la hacen. Su pintares no querer pintura. Y en protesta de ello, sacan del último rincón, del sueño, del inconsciente (no cabe mayor rincón) todas las vituallas y la escoria. Para acabar con la pintura. Para ponerle epílogo a un largo proceso.

## **112. EL ESCORIAL. «Al margen de la Guía», Hoy, Santa Cruz de Tenerife, 24 de noviembre de 1933.**

En el atrio de la Iglesia, con la melancolía de asistir en nuestro tiempo a la crisis dramática de una religión tan magnífica (ella misma lo reconoce aún) llegamos a pensar si efectivamente la primera traición está ya en la misma arquitectura y en la propia significación del templo. El grecorromano, que es un estilo sereno, clásico, ordenado, como todo el perfil y la época de Felipe II, introduce en la vida del seiscientos un personaje a quien el gótico (la fe) tenía relegado, presionado, como aliado del diablo, tan sabedor por viejo: la razón. En la simetría de las bóvedas, en la armonía de los órganos con el conjunto, en el orden de los elementos, la razón lo dirige todo. Pero ya han dicho los occamistas que, racionalizar a Dios es humanizarlo. La base de la Filosofía es la Razón, pero la base de la Religión la Fe. Desconfiad de los que quieren explicar razonablemente la Religión. No son auténticamente religiosos. Como no es auténticamente un templo religioso la Iglesia maravillosa del Escorial. Allí está el poder, el orden, la grandeza técnica de un rito: el catolicismo. Se ha llegado en mil seiscientos a la cima. Llegar a lo más alto es ya dejar de subir. Dejar de ser.

\*\*

Cuando los historiadores de la fauna del gremio nos hablan de la crueldad de Felipe II, ignoramos si tendrán razón. En esta cámara hay dos retratos, entre otras muchas cosas. Dos retratos de las hijas de Felipe y un clavicordio. Una es morena, inteligente y se llama Isabel Clara Eugenia. A la otra, que fue madre muchas veces y murió por serlo tantas, la pusieron Catalina Micaela. Los que podían, llamábanla «Catamica». El rey escribe con emocionada ternura que su mayor alegría es enviarlas flores. Y cuando Isabel caza una pieza en el prado, él no partirá de allí hasta que la hermana no cace otra igual. «¡Se enfadaría Catamica, si no!»

\*\*

Viniendo del palacio borbónico a las estancias del Austria, se sale de sonrisa y se entra en seriedad y adustez. Allá repican gracias del siglo XVIII; acá tañen, ceremoniosas, serenidades del XVI.

Para mandar al mundo, el Austria tenía con su sala de «Embajadores», modesta hasta la pobreza; para desgobernar a España, precisaban los Borbones, allá en Madrid, la magnificencia de un suntuoso «Salón del Trono».

Allá en la parte borbónica hay ricos tapices, porcelanas y joyas; aquí sólo hay una cama, una mesa, una silla para sentarse y otra para sostener la pierna enferma; libros, pocas cosas más y un resuelto problema de arquitectura: la cabeza del lecho junto al altar mayor; la vista desde el lecho a todo el que entrase en las habitaciones. Vigilancia, estar alerta, catolicismo, orden. Este es el perfil de Felipe II.

María Rosa ALONSO  
Madrid.

### **113. COMENTARIO. «Política», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 19 de diciembre de 1933.**

Don Francisco Largo Caballero anunció la revolución para el diez de diciembre. Don Francisco Largo Caballero en sus demoleedores discursos preelectorales se declaró indirectamente comunista. Si al comunismo no le separa del socialismo más cuestión que la táctica, y la táctica del comunismo es conseguir por la revolución lo que la socialdemocracia paulatinamente no puede, claro está que don Francisco Largo Caballero y los socialistas que le aplauden, son comunistas. A nosotros, no nos asusta lo que cada cual quiera ser, pero la U.G.T. condena, no antes cuando se presentía por el Gobierno y por todos, sino precisamente después de fracasado el movimiento, la revolución anarcosindicalista previamente anunciada por don Francisco Largo Caballero

Hemos entrado en la fase de desesperación ciudadana. La gente ante las bombas, los trenes volcados, los muertos, la censura, la fuerza pública y el estado de alarma, se desespera; sale fuera de sí. La gente de orden, los ciudadanos de derechas se preguntan: «¿Por qué ese Gobierno no fusila a los revoltosos?» ¡Ah!, dicen los gubernamentales, «¿para que ustedes luego nos llamen verdugos y escriban en sus carteles electorales que se repite lo de Casas Viejas?» Y la gente que quiere paz interior, ese ansiado orden sin beatería, está continuamente en zozobra, porque nadie se siente responsable, ni nadie quiere afrontar el porvenir: ¿Por qué no gobiernan las derechas si tienen mayoría y si el país las prefiere? Si ellas han comprendido que esta no es su hora, ¿a qué han venido al Parlamento con número tan crecido? ¿Para qué pedían los votos?, se pregunta la gente.

A las derechas las votaron extremistas y violentos, gentes de mente estrecha que pensaron ingenuamente que al día siguiente de la apertura de Cortes iba a revisarse la Constitución y quedaría todo como estaba, tan grato para ellas. ¡Qué bien iban a estar! ¡Ya podían las señoras respirar tranquilas sin el coco del divorcio, las niñas casaderas encontrar seguro merceder y satisfacer los demás sus angostos problemas mezquinos! Parejamente, la peseta subiría y la tranquilidad brotaría en España como por encanto! Y así efectivamente ha sido... ¿no? Con criterio tan beato y simplista, posponiendo el alto interés nacional a intereses particulares, unos y otros extremistas han votado su parcialidad, mientras toda España, de acá para allá, traída y llevada en manos de unos y otros, sufre desde ha tiempo un pequeño colapso: Gime en su economía, en su cultura, en su aspecto social. España es, enteramente, un gemido.

«¿Cómo salir de todo esto?», es la pregunta que todos se formulan. Y ante los hechos tan graves, las izquierdas acusan a las derechas de haber provocado tal situación; las derechas anatematizan a unas izquierdas que ahora por lo pronto, AHORA, tienen

que reconocer que lo han hecho, no mal, sino peor; que piden que se haga lo que ellos cuando estaban no pudieron o no quisieron hacer... Las derechas, asustadas ante su propio triunfo, y responsabilidad, no quieren gobernar por lo pronto y se ofrecen a un Gobierno Lerroux. Y en Lerroux, que tiene destinado el triste papel de Mesías, ponen las gentes su esperanza. Era natural. Las derechas vinieron a las Cortes con un programa negativo o lo que es lo mismo, sin programa. Hoy, ya las derechas no son conservadoras, son revolucionarias, extremistas. Los únicos conservadores son los viejos liberales y los demócratas no porque crean en serio en la democracia, sino porque no tienen otro sistema a que aferrarse y los que les ofrece Europa por ahí, ninguno les supera al suyo, que ya no sirve claro es que es falso, pero que está ahí, hecho, y hay que agarrarse a él.

Todos se preguntan unos a otros. Todos encuentran culpables a los demás. Y todos a la postre tienen su razón. En lo que la mayoría está conforme es en que los viejos políticos no pueden volver. Ni los negociantes arribistas. Estas son las impresiones políticas que recoge un habitante de Madrid. Las Cortes han elegido por presidente a don Santiago Alba y Bonifaz.

María Rosa ALONSO  
Madrid.

**114. PUBLICACIONES. «Dos ediciones de José Pérez Vidal», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 30 de diciembre de 1933. (*Todos los que están fueron*, Tomo II, 2008: 327-329).**

La estela de las Islas tenía que proyectar en la nube barroca del XVII, su genuina significación: un hombre de mar. Adolescente de los puertos de Tazacorte —la ciudad madre— y Garachico. Y la mocedad en Sevilla puesta en proa rumbo a América. Toda la vida consagrada a la mar, construyendo naves, dirigiendo expediciones y guerras. Naviero y marino, Francisco Díaz Pimienta, con una profesión que hereda de su estirpe y que continúa en ella, servidor de Felipe IV, exterminio de anarquistas del mar. Almirante y general, llega hasta el fin de su vida con el título de la máxima escala, a pesar de su ilegítima filiación: Capitán General de la Real Armada del mar Océano. Delfín de todas las aguas es también habitante fugaz —como marino de todas las islas. El Atlántico nuevo, inmenso, espumoso y barroco y el viejo mar limitado, sereno y clásico Mediterráneo, que no era propiamente su elemento ni el mar de su vida y de su época. Canarias, las Antillas, —Santa Catalina la por él redimida— las Baleares azules y tranquilas...

Generoso con los vencidos, respetuoso con sus mujeres como escribe graciosamente la «Relación»: «ellas lo agradecieron entre grandes sollozos y lágrimas que pudieran enternecer al más duro de corazón, porque son algunas mujeres hermosas y modestas», seguro de su valer y resentido con su Rey por tardo en concederle justa recompensa —la ansiada y al fin obtenida Capitanía General—, Gracián ve en el héroe picante braveza. Gran constructor de naves, marca en la historia de lo que ha de ser la ingeniería naval, felices e importantes innovaciones y adelantos.

En la isla de la Palma, huella de holandeses y flamencos, vieja nave andada en el Atlántico: ¡Ah, de la proa, marineros —isleños— que la capitanea con gloria de su linaje. Francisco Díaz Pimienta!

\*\*\*

José Pérez Vidal meticuloso y afortunado investigador de la vida y trabajos de don Francisco Díaz Pimienta, ha publicado dos importantes folletos sobre el famoso marino. «El Almirante Díaz Pimienta y la Conquista de la Isla de Santa Catalina» en los «Anales de la Universidad de Madrid», tomo I.1932 y recientemente en la editorial

«Canaria» de Las Palmas (1933) «Díaz Pimienta y la construcción naval española en el siglo XVII». Nuevos documentos, nuevas noticias (como el autor titula) a la primera publicación que aportan detalles y tienden a esclarecer y computar la vida y obras del gran marino palmero del siglo XVII.

Pérez Vidal, en la soledad de su isla, ordena y anota papeles recogidos en los archivos peninsulares y con la sencilla pretensión de que «no se pierdan», los lanzan al público minoritario, a las «pocas personas a quienes pueda interesar», sin otra ilusión y afán. Las nuevas generaciones de las islas —que se preparan para la hecatombe, más que próxima, vigente— intentan volver los ojos hacia atrás, hacia una «interpretación» histórica del Archipiélago, no por deporte en sí, sino en cuánto significa una norma para nuestro «saber a que atenernos» respecto a un futuro incierto y que hay que construir necesariamente. La Historia, si, la Historia, es la gran ciencia de hoy. En las islas tiene mucho que hacer. Aunque en las islas crean ingenuamente, algunos empleados, que la vida comienza desde el manifiesto expresionista de van Gogh y Gauguin.

José Pérez Vidal ha enriquecido la biblioteca de Canarias con dos folletos interesantes, cuidados, históricos.

María Rosa ALONSO  
Madrid.

#### **115. PUBLICACIONES. «La revista *El Museo Canario*», Hoy, Santa Cruz de Tenerife, 4 de febrero de 1934.**

En Gran Canaria, la isla redonda, son muchas las veces que la gloria, se prende a una estirpe familiar. El arte en todas sus manifestaciones, tiene que ver mucho con la familia de la Torre; la literatura y especialmente la investigación afortunada, con los Millares. Nada de extraño es que la entidad regional «El Museo Canario», haya puesto en manos del ilustre catedrático de la Central, don Agustín Millares continuador ascendente en la brillante estela de los suyos, la dirección de la revista del centro, que reaparece ahora en su tercera etapa continuando una vida que remonta al año 1880 para acabar en el 82; reaparece en 1899, finar en 1905 y surgir de nuevo con este volumen del año 1933, cuidado, sobrio, moderno y maravilloso.

La Revista, que nos anuncia ejecutar muchas cosas, si el favor público la acompaña, inserta en este su primer número trabajos inestimables sobre la cultura del Archipiélago. Uno muy notable, como todos los suyos, del ilustre investigador vienés, nuestro amigo el doctor Wölfel, sobre la venta de los gomeros y la muerte de Hernán Peraza, son una parte documental valiosísima; otro de don José Francisco Ramos sobre la fundación del colegio de San Marcial en Las Palmas y la dirección de Viera y Clavijo, muy meritorio.

Nosotros que hemos visto a Viera en la mesa del señor Duque de Medinasidonia, de la Excma. señora Duquesa de Arcos o despreciar la pequeñez de las Islas en la sobremesa de los aristócratas vieneses, después de una lectura a la carta de don Lope de la Guerra y Peña, le veamos ahora ante el señor Obispo preocupado de que los mozos de Colegio, puedan «llevar corona abierta, a imitación de los individuos del Seminario Conciliar...»

El director del Museo, don Juan Bosch Millares, publica un trabajo ilustrado con interesantes fotografías, sobre los Wormianos, su clasificación y la presencia de estos huesos a los cráneos guanches que la misma sociedad posee.

En la sesión de «Miscelánea», Jorge Hernández Millares y Néstor Álamo aportan nuevos datos sobre Marín y Cubas y Rafael Bento respectivamente y en la de «Documentos», Millares Carló publica el proceso del padre Espinosa, el autor de los «Milagros de Nuestra Señora de la Candelaria», el fraile «calvo de cabeza» y

entrometido, con una introducción de Millares. En ella y en el proceso se aclaran puntos oscuros sobre el famoso dominico, tales como su nacimiento, etc.

Las secciones restantes son: «Reseñas», en la que van la de todo lo publicado por el doctor Wölfel sobre Canarias, y otras de obras y trabajos regionales importantes, y por último el «Registro Bibliográfico» en el que la Revista se propone incluir lo más interesante, según su juicio, que se haya publicado desde 1930 por autores regionales y sobre la región, cualquiera que sea la nacionalidad del autor. Más de ciento cincuenta registra el presente número.

*El Museo Canario* es por su calidad y por el prestigio de su dirección, la gran revista de las Islas. La revista que con un moderno sentido de la investigación ha de imponerse entre las publicaciones de su índole y la que el público docto del Archipiélago y los amigos de la cultura del país, ha de recibir con grata acogida. Alborozadamente hemos terminado su lectura. Lazos de amistad y admiración nos unen con su director. Ello nos veda el panegírico a una persona sin la cual quizás, no hubiera aparecido la gran publicación que ha motivado estas notas.

María Rosa ALONSO  
Madrid.

**116. CRÓNICA DE MADRID. «Notas de viaje», *Hoy, Santa Cruz de Tenerife*, 28 de marzo de 1934.**

Hay todavía, en estos pueblos de Castilla que viven miseria hoy y recuerdos de un ayer esplendoroso, junto a la obra de arte que encierran las paredes de un templo o un hospital, el tipo solitario, solterón y maniático del cual es paradigmático Don Quijote. Este boticario de pueblo castellano que me he encontrado, es un fervoroso admirador de Carlos Darwin y del sentido determinista, biológico de fines del siglo pasado. A la intemperie, en medio de la llanura castellana, al soplo de las brisas, ha construido, en una pequeña parcela, un jardín que él llama en homenaje «Jardín Darwin». Allí están, frente al cielo, en soportes de palo, cráneos de animales distintos y otros huesos. Una cabaña que tiene escasas dimensiones y dentro dos plumas de ave, recipientes de barro y un frasco con un letrero que dice así: «Amoniaco». Todo ello pendiendo de cuerdas desde el techo. A derecha e izquierda de la cabaña, otras dos menores; más a la izquierda, una gruta artificial conteniendo objetos semejantes; nuestro hombre ha hendido en la tierra blanca la pica, para hacer más auténtica su locura prehistórica. Alguien me dice en broma que es el verdadero «cavernícola».

En lo alto, unas terrazas sobre otras, y en el «miradero», una veleta. Arriba está la «Estación fitobiológica», en la que apenas cabe un hombre; tiene matraces dentro y otros recipientes. En las paredes, varios retratos del famoso naturalista inglés.

En Castilla un hombre pudo volverse loco leyendo libros de caballería. Un joven fin de siglo, hombre maduro hoy, se ha trastornado con la teoría de la evolución. El tipo y la historia se repite. En la llanura de Castilla, en este inmenso mar de tierra, un hombre destocado nos dice haber implantado el sin sombrero hace ocho años y que no ha tomado mujer para no contar con quien le regañase; este boticario de pueblo, que pasea en las noches su manía a las brisas, es un Quijote. El Quijote del positivismo.

**117. CARTAS DE MADRID. «Notas de un curso, I», *Hoy, Santa Cruz de Tenerife*, 29 de marzo de 1934.**

**I**

Hace bastante tiempo que la nota del día es la inquietud, el no saber a qué atenerse uno, frente a las circunstancias. Vivimos en permanente zozobra y el siglo XIX que acostumbró a las generaciones anteriores a una tranquilidad vital enorme, finó aun

en esto. ¿Quién hubiera creído en 1900, que el vigor económico de Norteamérica se tornarían débil, cuando ella pensó resolver de una vez y para siempre el bienestar material de sus habitantes? Se acostumbró ese tipo de hombre a una vida fácil y usufructuaba algo que encontró hecho y resuelto ya por otros hombres a los que su tipo de vida les costó tanto como nos costará a nosotros el nuestro. Eran los señoritos de una vida, como son, según la expresión proletaria, los hijos de ricos los señoritos de la fortuna.

No es de extrañar que los hombres maduros, alegando un derecho que juzgan natural, porque vieron que otros lo heredaron, reclamen para sí tranquilidad, cómodo vivir. «A mí que me dejen en paz», es la frase del día. ¡Qué le vamos a hacer! Los tiempos no están para paz; a nadie le es dado elegir la época en que va a vivir y el destino nos ha enviado a ésta, la cual, guste o no, tenemos que aceptar (el suicidio es también una forma de aceptación). Los tiempos son de guerra. Es decir, de lucha. De problema. Para explicarse fenómenos que la física tradicional no explicaba, Einstein revisó, puso en cuestión puntales que eran el fundamento de la ciencia: el tiempo, el espacio. De esa revisión salió la nueva física: el problema resuelto.

Parejamente, frente a nuestra vida tan angustiada hoy, tenemos que ponerla asimismo en problema, en ecuación, como aconsejaba el primer filósofo del renacimiento. Hay que revisar nuestra vida. Desinfectarla primero. De cultura adicionada, recargada, de intelectualismo, de especialismo, de ornamento en suma. Desnudarla. Ya se anuncia la sobriedad como una buena nueva. ¡Ah, pero cuidado!, el ser herederos nos es fatal y aleccionador: también tenemos que contar con la historia, guste o no.

Cuando el hombre zafio y torpe cree que le es fácil prescindir de la historia, prescindir de saber, porque a él no le hace falta ni lo uno ni la otra para vivir su vida, tiene que reconocer al menos que hoy no puede vivirla aunque omita todo ello. Vamos a ver, en serio: usted, profesional, comerciante, oficinista, rentista... ¿vive tranquilo?

**118. CARTAS DE MADRID. «Notas de un curso, II», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 30 de marzo de 1934.**

## II

El hombre medio viviendo rodeado de una técnica que ni siquiera sabe a quién debe, se ha irritado y con razón, contra el famoso tipo del intelectual; ha vivido éste desde una sola dimensión de la vida humana. Manco para otra función que no fuera la de ejercitar el intelecto, ha considerado todo lo demás como no humano y sí criminal. La razón ha sido para el tipo moderno (el de la Edad Moderna) lo específico y lo puramente propio del hombre.

En esta situación se encuentra el actual europeo hoy; la inteligencia sola, el Hombre-Razón ha agotado sus posibilidades; por eso, no es extraño que, una ingenuidad infantil —es la hora de la vuelta a lo prehistórico— desesperada, oponga frente a ese tipo de hombre, al de acción. Y si la razón nada tiene que hacer, ensayemos el instinto. El hombre de hoy ignorante supino de la historia, se lanza a la última carta, por ensayos viejos, meros elementos de contraste, pero que no están informados por un esquema-proyecto; que no obedecen a una convicción ni a una necesidad. La vida que es un quehacer por y para algo, un quehacer que tiende hacia el futuro, exige para mejor vivirla conocer, saber con quién se las va a enfrentar. Para mí, se oye decir a ingenuos, cada época en su marco; lo pasado bien pasado está y nada tiene que ver con mi tiempo. ¿Qué es eso de la Historia? Vamos, ¡déjese de historias!

La última y nueva filosofía (Filosofía no es nada de sociedad secreta, ni una palabrita para uso de los pedantes, es por ahora, una interpretación de nuestra vida) que



ha asomado en Europa, la de la «razón vital», la que nos patentiza nuestro vivir como un drama y como un quehacer urgente, sí afirma el carácter de futurismo que tiene y ello lo podemos comprobar minuto a minuto, pero requiere eso: historia. ¿Cómo va usted a saber lo que pasará, si antes no sabe lo que ha pasado?

**119. CARTAS DE MADRID. «Notas de un curso, y III», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 1 de abril de 1934.**

**Y III**

Qué es eso de qué voy a saber lo que, pasará, objeta el hombre medio; ¿voy a ser yo profeta? Imagine el lector todo lo contrario, que hay en torno suyo un puro problema; que el sol que le alumbra hoy, acaso salga o no salga mañana; que una estrella choque con la Tierra, que ésta se hunda o no; es el pavor cósmico del hombre primitivo. El hombre no se inquieta por el presente, que no le ofrece cuestión ninguna, puesto que lo está ahora viviendo; le preocupa cómo ha de vivir mañana. De aquí deriva el malestar por el que atraviesa el hombre actual. En el marco político, por ejemplo, él estaba acostumbrado, en virtud de una normalidad establecida, a profetizar el futuro. Dejando aparte lo que tiene de anécdota picaresca, el hombre de las generaciones pasadas sabía ante los acontecimientos, que en vista de una crisis conservadora, la solución tenía que ser liberal. Que un negocio bien orientado tendía lógicamente a una prosperidad económica segura. Al hombre actual no le ocurre esto, le inquieta el mañana de manera zozobante. ¿Qué pasará? ¿Cuál va a ser nuestro destino, nuestro futuro tipo de vida? Todas o casi todas —excepto la técnica, la ciencia— las dimensiones del panorama vital están en precario. No es que hayan fracasado los valores éticos, estéticos o religiosos hasta hoy vigentes. Han servido para otro tipo de vida distinto al nuestro. Ya no nos sirven, nos vienen estrechos o anchos. Una vez más va el hombre, nómada en el desierto, a buscar la tierra prometida, cuyos perfiles ve dibujados en el horizonte. Hemos de vivir tiempos sobrios, austeros limpios. Y hacer gran acopio de provisiones. Y por tal cosa se vuelve hoy a la Historia que lo es, en tanto que sirve para el futuro. En ese sentido es profeta el historiador. Por eso en política —ha profetizado ya un gran zahorí de nuestro tiempo— vendrá el Gobierno de los mejores. Porque ante problemas tan graves, tan hondos y dramáticos como son los que hoy están planteados al Estado, por ejemplo, es cómico, es inocente, es insostenible, este acontecer actual de pobres gobiernos nutridos de aldeanas ideas de comités de villorrio, de casas del pueblo, y de partidos sin contenido auténtico que viven de retórica, de mentira, de rusticidad.

El Gobierno de los mejores. Interpretar la Historia. ¿Cómo habremos de interpretarla; quiénes serán los mejores?

**120. CARTAS DE MADRID. «Notas de 1934», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 4 de abril de 1934.**

Nos hablaba en su conferencia de hace unas semanas el profesor Zaragüeta, glosando después de todo las ideas de don José Ortega Gasset (cuya posición filosófica divulgó también no ha mucho en la Residencia de Estudiantes don Manuel García Morente; hasta tal punto es considerable el influjo del filósofo español que sus obras se agotan hoy en Alemania), acerca de la llamada cultura general y los problemas que plantea el especialismo y la manera de compaginar ambas direcciones. El especialista es necesario —venía a decir el ilustre profesor— por las exigencias de la vida moderna que requiere una estricta división de las funciones para el mejor cumplimiento de todas ellas. El complicado mecanismo de la vida actual implica efectivamente la existencia del especialista; pero ello —seguía diciendo— crea una dificultad y un problema. Se da

hoy el caso que los profesionales o especialistas son menos cultos cuanto más especialistas o profesionales son. Se trata del tipo de hombre «bárbaro» que sabe mucho de una cosa e ignora todas las demás. A este tipo de hombre y a esta dificultad recordarán mis amigos que aludía yo en el primer Congreso de estudiantes canarios hace ya bastante tiempo.

Bien es cierto que frente al enorme enriquecimiento de la ciencia actual no puede ya darse el tipo del enciclopedista. Un hombre no puede abarcar hoy la totalidad del saber humano. Un Leibnitz, un Viera y Clavijo en su modestia entre nosotros, por ejemplo, no pueden darse hoy. Kant es quizás el último ejemplar representativo de este gran tipo de hombre enciclopédico.

Pero cultura (que, o es general o no es cultura) no quiere decir yuxtaposición de conocimientos y saberes. Cultura no quiere decir que el hombre sepa la Física, la Matemática, la Historia, el proceso de las enfermedades del hígado, o la clasificación de los microbios; todo el cuerpo científico y de saber que está ahí. No. Cultura es el repertorio de ideas que se tienen sobre nuestro tiempo, sin las cuales no es posible ser un tipo de hombre actual.

Es saber las bases y fundamentos en los que se informa nuestra vida. No entrar en detalle de cada ciencia o disciplina cualquiera ni opuestamente adquirir sus nociones en un compendio breve. Es tener exacta conciencia de lo que cada rama del saber actual significa y su fundamentación. De ahí la necesidad de esa Facultad de Cultura que señalaba el autor de *Misión de la Universidad*.

Para vivir no es menester ciencia, pero sí cultura. Un hombre culto es un auténtico de su tiempo; sin ello como sin manos es manco, se falsifica, porque no es quien debiera. Estas cosas no se han querido entender de puro claras. Estas cosas en las que se han ocupado unos cuantos hombres sinceros y geniales. En este desenfreno y zarabanda que bailan hoy en ciertos países como el nuestro la chabacanería, la retórica y la podredumbre, ellas mismas se hunden en su propio fango. Su danza es la danza de la muerte.

Hoy está un sector de la vida pública española desesperanzado y asqueado. Como en el noventa y ocho otra vez, dentro de España ahora, se ha vuelto a perder Cuba.

## **121. CARTAS DE MADRID. «La vocación, la verdad», Hoy, Santa Cruz de Tenerife, 13 de abril de 1934.**

Este maestro rural de Santa Cruz del Valle de Ávila, con sus mil habitantes según nos cuenta él mismo, ha sido, muy admirado por todos los visitantes de su exposición de trabajos en el Ateneo. Presenta don Mariano Fernández Gómez —que así se llama— una labor de catorce años; labor de día tras día en un villorrio, enseñando a andar a los chicos para que luego hicieran esas cosas tan maravillosas semejantes a las cuales solo se hacen en Bélgica, en donde dicen que los maestros son especialistas en trabajos manuales.

Lo más interesante de la Exposición escolar del Ateneo es don Mariano Fernández. Es el tipo justo de maestro aldeano, que recuerda «lontananzas muertas» de Gabriel y Galán; ¿qué tiene este hombre que hace tan sugestiva labor? ¿Qué es este virtuoso del trabajo manual? Es, sencillamente: un maestro.

La necesidad que cada vez se presenta con cariz de urgencia a la juventud, de resolver su situación económica y la existencia de Escuelas Normales en toda capital de provincia, junto a lo fácil de obtener el título, ha incitado a los muchachos y muchachas españolas a hacerse maestros. Tuvieran o no vocación, sirvieran o no sirvieran para el

Magisterio, no hacía al caso. Así se explican muchas cosas que ocurren a los maestros españoles.

Es muy respetable y hay que comprender la intención de un gran sector de la juventud: la «carrerita corta» y la vida asegurada. Pero las exigencias de un Estado y su significación fundamental no le permiten aparecer ante los ciudadanos como una Sociedad de seguro de vida que es casi lo que ha sido siempre en España. País individualista, se nutre de generaciones que aspiran a ser funcionarios meramente y que carecen de iniciativa privada, de gestos personales. La historia enseña que cuando las generaciones carecen de esquemas nuevos informados de ilusión, la vida del país a que pertenecen, fluye mecánicamente repitiéndose desnutrida.

Es aleccionador y merece cuidadosa atención este fenómeno que se observa en el comportarse actual de muchos jóvenes.

Y lo notable de ese hombre que enseña en Santa Cruz del Valle es eso, que es un maestro. Un maestro de verdad. Nada más y nada menos. «En realidad, —escribe Jorge Simmel en su último libro traducido al español— la actividad pedagógica requiere una disposición o talento tan específico como cualquier otra tarea científica o artística.»

Por eso este hombre produce admiración, porque en medio de un cuerpo social —justo es reconocer que se ha elevado mucho hoy día— que sirve por cumplir su deber o trabaja para justificar su nómina, cuando surge un individuo que es auténticamente lo que es, maestro en este caso, la gente se maravilla ante lo que representa sencillamente sinceridad y verdad.

## **122. CARTAS DE MADRID. «Quijotismo», Hoy, Santa Cruz de Tenerife, 14 de abril de 1934.**

Nietzsche decía de los españoles que eran hombres que habían querido demasiado. Don Quijote es el paradigma de este tipo de voluntario; cuando se convence de que ha querido efectivamente demasiado, torna a la realidad de las cosas y muere como un hidalgo cualquiera, como un buen burgués, diríamos hoy. La muerte de este hombre, el retorno a lo que verdaderamente era, es el episodio más cobarde de la historia del español. Volver a la realidad y ahorcar a la ilusión; renunciar a un programa de vida y por tanto, a vivir. Por eso, cuando don Quijote vuelve a la realidad, tiene que morir.

En toda gran hazaña española existe una parte considerable informada de quijotismo. Se quiere lo que creemos que se debe querer; se hace por ejemplo, una Constitución para una España que no es, sino para una España, que un grupo de hombres creyeron que era. Se pensó que España no debía ser católica y no se cayó en la cuenta de que lo era. Se legisló, no mal, sino quijotesca. Había en los primeros tiempos de las Constituyentes intenciones sanas, ideales, quijotescas; había un programa y un gran deseo: construir una España.

Yo nunca he creído en que fue malévolos la actuación de las Constituyentes; tenían al menos, un espíritu, malo o bueno, pero un espíritu del cual carecen las actuales Cortes hasta hoy; lo que ocurrió fue que aquella gente se empeñó en que España, puesto que callaba entonces, existía como ellos pensaron que debía existir. Dentro de unos años parecerá cosa de niños el que unos hombres —por acudir al ejemplo más fácil— después de actuar de la manera más pueril con la religión católica, a la cual, si se hubiera tratado hábilmente hubieran reducido a su mínima expresión, dieran el voto a la mujer. Sólo el referido quijotismo o espejismo, explica que se hiciera contrasentido semejante. Este ejemplo es la gran paradoja española. Unos hombres que en su mayoría se habían casado por la Iglesia o educaban a sus hijos en colegios religiosos y que jamás habían atendido a la educación e ilustración de las mujeres con las que convivían en su

mundo circundante, tras de suprimirles lo que alimentaba su único programa espiritual, les preguntan luego, qué les ha parecido. Esto a nosotros nos parece infantil; a los temperamentos coléricos una estupidez.

La prueba de la buena fe en la actuación de aquellos hombres, está en la labor pedagógica que hicieron. Siguiendo a Costa pensaron —acertadamente— que en la ilustración del pueblo está su reivindicación y en último término la vida mejor de todos. La cultura en el hombre no es adición ornamental; es una necesidad humana y es menester para vivir mejor.

Mientras no se entienda así, como necesidad a la cultura, no se entiende lo que es, o se equivoca su destino como ocurrió con el fanatismo cultural del siglo pasado.

Ahora, empero, notamos ausencia de quijotismo en la presente vida española. Somos eternamente, el arco tenso que se equivoca solo en la puntería. No es un azar que un semanario recién aparecido se llame *Don Quijote* y que se anunciara su salida con grandes pasquines por todo Madrid. Estaba haciendo falta un gran semanario español; ese tipo de semanario que en los momentos difíciles ha dado siempre el tono a la hora. No ha aparecido aún. Este *Don Quijote* huele mucho a retórica, a siglo XIX. No basta sinceridad y buen deseo; hace falta vivir nuestra época y ser de nuestro tiempo. Y ni las Cortes, ni el Gobierno, ni casi nadie en la vida española está hoy a la altura de nuestro tiempo; de mil novecientos treinta y cuatro tan cargado de nubes, de inquietudes, pero que a la postre, son una promesa.

### **123. DE COLABORACIÓN. «Al margen de una teoría», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 18 de mayo de 1934.**

Con tristeza elegíaca de Jorge Manrique preguntaba hace días un diario madrileño por los paladines de la unidad de Europa. ¿Quién habla ya de internacionalismo? ¿No hay por ahí una voz que diga «universalidad», todavía?

Mala hora la actual para estos vocablos nutridos de tan loables intenciones, en el tiempo que se informaban de una fe ardiente. El mismo socialismo ve hoy con melancolía ir de sus manos las atrayentes pelotitas con las que todos en nuestra hora —¿porqué no decirlo?— romántica, hemos jugado con la seriedad que un juego de verdad requiere. Hoy el creyente de tan maravillosa doctrina no ve cumplidas sus profecías. No han aumentado los proletarios a costa de la clase media, sino al contrario; no existe universalismo, sino nacionalismo; no está cumplido el gran mandamiento del formidable Carlos Marx, que en mesiánico imperativo germánico exhortaba a la unión de proletarios de todos los países. No ha servido de nada el estadio de la socialdemocracia como aldabón del proceso final marxista; ni Rusia que era una esperanza cumple la ortodoxia. Hoy establece el gran capitalismo de Estado y deja suspirar a los pechos eslavos junto a la morbosidad romántica de Margarita Gautier y vestir a sus mujeres elegantemente. Pero no se regocije en baba antirrusa el hombre lardo europeo; en Rusia no ha fracasado el marxismo. Lo que pasa es que en realidad, a Rusia no le ha importado nunca el marxismo, y el hecho de que ocurran cosas «raras» para el buen burgués indica la gran capacidad de sus dirigentes. Tan ejemplar y sugestiva doctrina no ve, pues, cumplidos sus vaticinios; los teóricos del socialismo lo reconocen y buscan soluciones armónicas con la hora actual.

Era natural que el destino de la gran teoría fuera —como el de casi todas— ese. Queda siempre la huella aprovechable de su paso por la humanidad; pero se va con las bramas de su sueño, la arquitectura. La concepción materialista de la historia tan vigorosa y valedera para el tiempo en que se formuló, no lo fue asimismo como pretendía, ni válida para tiempos anteriores —existe como réplica la concepción bélica de la historia, para el medievo— ni para los actuales. Cuando nació el liberalismo del

utilitarismo inglés de Benthan, en justa protesta al poder aristócrata que epilogó la Revolución francesa, la gente creyó solucionar la injusticia social imperante. Los que exageraron el liberalismo fueron llamados anarquistas; estos hombres tan extraños y buenos que partían del optimismo de Rousseau para el cual el hombre se hace malo en virtud del medio, fundan la más pura y por tanto ingenua doctrina social.

Pero al crear el liberalismo económico el gran fenómeno burgués del capitalismo, competencia obligada de la libre competencia entre los hombres, un grupo de éstos ve de nuevo injusticia en la sociedad. Manuel Kant ha distinguido en su moral lo que es y lo que debe ser. Pesimista y opuesto al pensar de Rousseau, entiende que una cosa es el ideal moral, lo que debía hacer el hombre, y otra, lo que ante su circunstancia hace. A partir de Kant ambos conceptos marchan sueltos. Educar al hombre para conseguir el ideal moral es el sueño del «progresismo» del siglo pasado. Hegel dirá más tarde que el ideal fundamental del hombre será el advenimiento de la libertad por medio del Estado. Este es el origen del socialismo. A su discípulo Marx le bastará cambiar la palabra «libertad» por «justicia social». Mientras para Benthan el hombre es libre y al Estado incumbe garantizar tan sólo su libertad con el mínimo de leyes (que se reducen a cero en el anarquismo), para Hegel el hombre es una célula que poco a poco se organiza y la libertad una idea que se realizará a lo largo de los siglos. Para Carlos Marx con los siglos lo que se alcanzará será el ideal de la humanidad, según él, o sea la «justicia social».

En grave trance evolutivo, el socialismo actual apenas si se parece al primitivo marxismo. La formidable doctrina entra en precario, en su hora mala, como entraron el liberalismo y el absolutismo. El hombre actual está hoy embarcado en un enorme problema angustioso. Y en la angostura y cercanía de los árboles no podemos aún mirar el bosque. Sólo queda examinar con cautela la lección de la «maestra de la vida», como la llamó con sentido plenario un romano auténtico y poco genial. Perdidos en la nuestra, averiguar cómo han salido los otros de su selva.

María Rosa ALONSO,  
Madrid.

**124. DE COLABORACIÓN. «Destinos diferentes», *Hoy*, Santa Cruz de Tenerife, 19 de mayo de 1934.**

Hace varias semanas un grupo de estudiantes, rumbo a Torrelaguna, salimos una mañana soleada, de Madrid. Ya en el pueblo en que nació Cisneros —en los dominios de lo que hoy llaman izquierdismo— hablaron unos cuantos de ese gran ejemplar castellano de nuestra hora europea; pero un elemento oficial estaba disgustado por no sé qué «sabotage» —según su expresión— había hecho allí mismo el cardenal. El caso es que, a los pocos días, una explosión termina con la cruz de piedra situada en el lugar que ocupó la casa del regente. El «izquierdismo» torrelagunense acabó sencillamente con la historia y de paso se vengó del «sabotage» que Cisneros hizo en su pueblo natal. Esta pobre gente de villorrio, como el joven bárbaro que se enfada con Goya porque sucumbió a los encantos de la «burguesía», son el tipo de masa que, incapaces de otras ideas que las que una ingenua simplicidad les proporciona, pretenden en nombre de concepciones que ya carecen de eficacia, romper bonitamente con todo lo que no sea la gramática de la casa del pueblo: «burguesía», «sabotage», «revolución». Nunca ha estado como ahora más desprovista la masa de ideas. Aparte de que ella jamás ha creado algunas, por causa de un racionalismo moderno de tres siglos de existencia que en el fondo le vuelve la espalda, se encuentra abandonada a sí misma, sólo le es factible reaccionar como únicamente puede comportarse: violentamente.

Sin otro control que el de su andado u osadía, este tipo —ello es lo fatal— vegeta sin enterarse de lo que ha pasado al hombre que en situación pareja a la suya se encontró en otros estadios de tiempo. Este es el sentido de la historia y de no interpretarse así, para nada serviría.

Pues bien, indicaba acertadamente don Gregorio Marañón que el hecho de que se lean hoy biografías —por otro lado una réplica al libro social— y manuales o trabajos históricos, indica que la gente empieza a entender lo que la historia es, y que acaso haya llegado el hombre europeo a razonada madurez. Pero el tipo de hombre ahistórico al margen del exacto sentido de nuestro tiempo, como es natural, desborda su inconsciencia en la torrentera de los tópicos actuales. Así habla tranquilamente de «sabotage», «revolución», «mitos del arte burgués», «expresionismo», etc., barajando en un señoritismo osado términos que no entiende en su hondo significado, y dando una graciosa interpretación simplista a complejos fenómenos culturales. Hoy, como ayer y siempre, existen dos grandes tipos de hombres en el paisaje histórico. Destinos diferentes es su sino fatal respectivo. Hallan lenguajes distintos. Y uno de los grandes problemas de la humanidad es pretender ponerles en coloquio.

María Rosa ALONSO  
Madrid.

**125. COLABORACIÓN DE LA PRENSA. «El problema cultural de Canarias», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 13 de agosto de 1935.**

Hace algún tiempo que, hablando con mi ilustre maestro don Américo Castro, sobre asuntos de Canarias, me expresaba una vez más —decía él— su afirmación de que la Península tenía abandonadas culturalmente a las Islas. De esta conversación salieron algunos trozos del artículo que al día siguiente publicó el diario madrileño *El Sol* y que, urgentes ocupaciones, no me permitieron recoger por entonces.

Yo, que suscribo esta manera de pensar, me permitiría hacer una observación: la Península, en efecto, tiene abandonado culturalmente el Archipiélago, pero nosotros no hemos hecho tampoco un intento serio de incorporarnos a la cultura peninsular y lograr con ello que ésta no tenga más remedio que contar con nosotros. Hay un viejo ejemplo que muestra la cultura gallega, gracias al cual sobrevive en perennidad característica: Galicia estuvo a punto de sumirse en las borrosas líneas de una región sin peculiaridad, arrastrada en la Edad Media por el imperio leonés, si una genialidad de su pueblo no la hubiera salvado; allí, en aquella punta de Europa se iba a congregarse toda la cristiandad de aquel tiempo, atraída por el cuerpo de Santiago en un continuo peregrinar de hormiguero por la vía internacional que fue el camino del Apóstol. Las gentes de Europa medieval se hallaron en la necesidad de tener que contar con la tierra y la cultura gallegas y contra ellas nada pudieron ni León primero, ni «Castilla gentil» después. Y esto explica una vivencia de siglos y la presencia de un hecho diferencial.

Este ejemplo de Galicia pone de manifiesto las dotes creadoras de un país; difícilmente en la Historia se encuentra un caso de mero desinterés en la atención de la Metrópoli o centro hacia la periferia; si nosotros, pues, no nos esforzamos por afianzar la personalidad de la región y hacemos que sea también la Península la que venga a las Islas, penosamente hemos de lograr que se cuente con nosotros.

Cuando este año me encargó el Ateneo de Santa Cruz de Tenerife una gestión acerca de algunas personalidades ilustres con el objeto de que tomasen parte en el acto inaugural de la citada entidad, yo pensaba que la labor de esta Sociedad o de la que se sienta con fuerzas para ello, sería organizar cursos de conferencias a cargo de determinadas personalidades españolas y vencer con un plan serio y predeterminado la resistencia —por lo demás justificada en ciertos casos— de éstas.

Es un poco doloroso que un Centro que en el país está llamado a serlo espiritualmente todo —me refiero a la Universidad— no fuera quien orientase una labor en sentido cultural. La Universidad de Canarias no puede ser una mera oficina expendedora de títulos, no puede estar al margen de una corriente espiritual que existe más o menos acusada entre nosotros. Si Universidad hay en España obligada a cumplir este destino, la nuestra, por la peculiaridad del país, es una.

Naturalmente que la oficialidad no le pide sino que expendan títulos de licenciados en Derecho y Ciencias Químicas, pero si no se exige a sí misma un decoroso ejercicio cultural, superficial y mejor, extraoficial, precisamente por las mencionadas peculiaridades geográficas, zozobrarán más aún en una vida mortecina y anquilosada, arrastrando su existencia y asfixiándose, mordiéndose la cola con esa legión de licenciados que, aunque fueran los mejores de España, son un problema para ella, para el país y especialmente para ellos mismos.

**126. EFEMÉRIDES NACIONALES. «El tricentenario de la muerte de Lope de Vega».** *Canarias ante el homenaje de España al glorioso «Fénix de los Ingenios.* Contiene: Justificación y envío. Notas biográficas de Lope de Vega. La lección de Lope. Lope y Los guanches de Tenerife. Antología poética. **La Prensa, Santa Cruz de Tenerife, 27 de agosto de 1935.**

#### JUSTIFICACIÓN Y ENVÍO

En hermandad con mis compañeros universitarios de Madrid —siempre inolvidables— y a quienes va mi fraternal envío, he gustado las zozobras del trabajo diario, instante tras instante y afán tras afán. De ellos he aprendido la emoción del gesto. De mis maestros —los señores Castro Quesada y Montesinos— la orientación intelectual, el mirar seriamente los problemas literarios, ausente en mí toda jerarquía para ni abordarlos siquiera.

Razones de lugar y tiempo, escasez de medios, no han permitido que hiciera otra cosa mejor en honra y fama de Lope. La índole periodística no permite tampoco adentrar en consideraciones de un tipo que, mi sencillez y limitaciones, no me hubiera permitido hacer. Si consigo ser útil a un lector y logro que otro lea un poco a Lope, entenderé no ya que mi trabajo ha tenido compensación, sino premio.

#### NOTAS BIOGRÁFICAS DE LOPE DE VEGA

El 25 de noviembre de 1562 nació en Madrid Lope de Vega, en la calle Mayor, frente a la ya desaparecida puerta de Guadalajara. Sus padres —Félix de Vega Carpio y Francisca Fernández Flórez— eran de origen humilde y montañés.

Aunque se sabe poco de su niñez, está, empero, matizadas de noticias prodigiosas que dan evangelistas más o menos apócrifos como Montalbán y que nunca falta para la niñez de todo héroe. Según este biógrafo, Lope estudió en el colegio de los Teatinos y a los diez años traducía el latín correctamente. El propio Lope escribe en su *Arte nuevo de hacer comedias* que «las escribí de once y doce años/ de a cuatro actos y de a cuatro pliegos». Dice además que entró al servicio de don Jerónimo Manrique, obispo de Ávila, y que estudió en la Universidad de Alcalá, en unos versos que insertó en *La Filomena*.

#### JUVENTUD

Su apasionado temperamento se mostró bien pronto. Muy joven, a los diecisiete años, se enamoró de la hija de un representante, Elena Osorio, casada ya. Duraron estos amores unos cinco años y terminaron por la intervención de un pretendiente, sobrino del Cardenal Granvela. Lope escribió unas sátiras contra su amada

y la familia, a causa de las que fue procesado y condenado a ocho años de destierro — en febrero de 1588— de la corte y dos del reino, aunque a los siete (1595) el hermano de Elena le perdonó judicialmente.

Estos amores del poeta están reflejados en *La Dorotea*, cuyos personajes han sido identificados así: Dorotea, con la propia Elena, la «Filis» de los versos mozos del poeta; Fernando, el mismo Lope; Teodora, la madre de Elena y don Vela el sobrino del cardenal. El fondo, pues, de la obra es autobiográfica, aunque —dice don Américo Castro— «no quiso el autor que fácilmente se percibiese la realidad en ella.» Don Francisco López de Aguilar, contemporáneo y censor del poeta, dice de esta obra que «el asunto fue historia.»

«Una sospechosa predilección por lo que en la obra de Lope es crónica escandalosa —escribe el señor Montesinos— ha prescindido o relegado a segundo término todo lo que en ese portentoso libro es arte y enseñanza.»

El mismo año de su condena, en mayo de 1588, casó a los veintiséis por poderes con doña Isabel de Urbiana, a la que había raptado después de que salió de la cárcel. A los pocos días se alista en la *Invencible* y salió de Lisboa el 29 del mismo mes de mayo, dejando a su nueva musa, «Belisa», «de pechos sobre una torre... llorando lágrimas tiernas.»

Durante la expedición escribe *La hermosura de Angélica*, largo poema en octavas reales sobre Angélica y Medoro. A su vuelta se instala en Valencia (1589) donde vive tranquilo («Hortelano era Belardo de las huertas de Valencia»), escribiendo para vivir, en compañía de su esposa. Secretario del duque de Alba estuvo con este noble en Toledo (1590) y luego en Alba de Tormes, donde escribió la *Arcadia* y murió su esposa en 1595. Poco después las dos hijas de este matrimonio.

#### MADUREZ

La vida apasionada del poeta continúa. Amores con Antonia Trillo y Micaela Luján (la Camila Lucinda poética). Con esta última vivió Lope en Toledo y Sevilla, y en esta población, probablemente, conoció por 1604 a nuestro poeta Antonio de Viana, a quien dedica el Soneto que en otro lugar publicamos. Con esta Micaela Luján tuvo siete hijos y vivió aún después de su segundo matrimonio. A tales amores hace alusión en algunas composiciones.

A los treinta y seis años (1598) casó con doña Juana Guardo, de poca nobleza, pero si buena fortuna, lo que motivó las sátiras de sus contemporáneos, especialmente de Góngora. Con esta señora vivió en Toledo y ya en 1610 se instala en Madrid definitivamente.

En Madrid, en la calle que es hoy de Cervantes y antes de Francos, pasa días felices con su esposa y su hijo Carlos Félix en su «jardín más breve que cometa». Carlos Félix muere niño y su esposa, en 1613, al nacer Feliciano.

A los cincuenta y cuatro años se ordena de sacerdote. Amores con Jerónima de Burgos, la «Gerarda» de los versos y vida apasionada de siempre entre gentes de escena y bellas mujeres, pese a su estado sacerdotal.

#### LOS ÚLTIMOS AÑOS

En 1616 va a Valencia y allí continúa sus relaciones con sus amigos de teatro. En este mismo año se enamora de Marta de Nevares, casada con Roque Hernández Aguilar. La amó apasionadamente y la cantó —Amarilis— en sus mejores versos de amor. Dos años después murió el marido. Más tarde, Marta de Nevares enloqueció, y aunque recobró la razón, en 1632 murió ciega. De ella tuvo Lope a Antonia Clara.



Gran amigo del duque de Sesa (Lisardo y Lisio en los poemas) gozó de los favores de este noble. Lope, desde 1609, pertenecía al Santo Oficio de la Inquisición y a algunas congregaciones como las del Caballero de Gracia, Olivar, Tercera de San Francisco, etc. El Papa Urbano VIII le concedió por su obra *Corona trágica* el título de Doctor en Teología y el hábito de la orden de San Juan, por lo que se anteponía el dictado de Fray. Formó parte de academias literarias y fue amigo de varios escritores de su época como Cervantes (que le llamaba «Monstruo de la Naturaleza»), Vélez de Guevara, Espinel, y algunos condicionales como Jáuregui, Hurtado de Mendoza, Pérez de Montalbán, su biógrafo, etc. Enemigo irreconciliable suyo fue don Luis de Góngora; Alarcón, que se defendía de las sátiras de Lope; Torres Rámila, que le atacó violentamente, Esteban Manuel de Villegas, Suárez de Figueroa, etc.

Disgustos familiares, especialmente el rapto de su hija Antonia Clara por un galán de la Corte que el señor González Amezcua ha descubierto recientemente que fue don Cristóbal Tenorio, personaje influyente y amigo del Conde Duque de Olivares y la enfermedad de doña Marta, dicen algunos biógrafos, ocasionaron su muerte a los setenta y tres años, el 27 de agosto de 1635 siendo enterrado en la iglesia de San Sebastián de la calle de Atocha, y su entierro costado por el Duque de Sesa.

Gran cantidad de oraciones fúnebres y panegíricos se publicaron a la muerte del gran ídolo de Madrid para quien la palabra «Lope» era el máximo de las excelencias. «El poeta —escriben los señores Rennert y Castro— adquirió en su tiempo las proporciones de un mito.»

#### LA LECCIÓN DE LOPE. (*Pulso del tiempo*, 1953: 119-122)

Todos hemos leído y oído en este año de 1935 cosas peregrinas sobre Lope de Vega. Gentes al margen de toda hondura de hispanidad, que no han podido captar de lo que sea el laberinto lopesco, más que las anécdotas ornamentales de que está plagada su vida intensa de hombre apasionado, nos repiten, día tras día, eso de «Fénix de los Ingenios», «monstruo de la Naturaleza», y la serie de sus amantes como una colección de postales de anecdotario erótico vulgar, en un hartazgo que nos empalaga y aburre. Detrás de todo eso está aún el Lope auténtico, incógnito. Se irá el centenario con sus actos oficiales y sus discursos y nosotros probablemente nos quedaremos sin saber, en serio, qué persona sea Lope.

Por de pronto, el público, o gran parte del público español, ha hecho el gran descubrimiento de la temporada teatral: existe un hombre que, por lo que dicen los periódicos, nació en 1562, autor de *Peribáñez y el Comendador de Ocaña* y de *Fuenteovejuna*, que es un formidable poeta y autor teatral. Hemos descubierto este año a Lope de Vega y después de todo nada importa que estuviera ya ahí colgado en su pedestal de hombre ilustre, de «fénix» y «monstruo»; nada importa que exista el mediterráneo si nosotros no lo descubrimos un buen día. El mediterráneo existe para nosotros desde que lo descubrimos. Nunca antes. Así, Lope de Vega irá existiendo en cada uno a medida que se descubra. ¡Había que ver las caras de las gentes oyendo sus versos tan nuevos, tan frescos y eternos, descubriendo una tierra virgen y espléndida!

Cada cual ha descubierto a Lope por distinta puerta de su enredado laberinto. Los críticos, la gente de erudición, le buscan papeles al ciudadano de la villa y corte de España que nació en la segunda mitad del XVI, llamado Lope de Vega. Gastando un tiempo que no tenían a lo mejor en que bien gastar, han averiguado cosas tan importantes como la verdadera personalidad del raptor de la hija del poeta. Los que hubiéramos querido saber qué sentido tiene este hombre enraizado en lo hispánico y su exacta valoración poética —ese es su interés— sentimos, entre tanto «dime y díre», escapárenos una vez más a Lope de entre las manos y las ansias. Se ha estado haciendo

anatomía lopesca hace muchos años; se habrán sabido las cuentas que dejó de pagar, las amantes y los hijos que tuvo, y, mientras tanto, enredados en lo que no nos importa e importaba al particular cuidado de Lope de Vega, nos hemos quedado sin saber qué sea Lope.

Los ensayistas aguardarán la oportunidad para explicarnos el «fenómeno Lope», con una teoría freudiana o de secreciones internas, según el reactivo que le apliquen. Las gentes de política hablarán del democratismo de Lope, como he leído en artículos de los señores Blanco Fombona y Arconada, por no citar otros que no deben entender —por lo leído— gran cosa de las cosas que dicen sobre tal extremo. Otros — más modestos y francos, pero que no los suponíamos tan incapaces— como don Benjamín Jarnés, confiesan que no les interesa Lope, cuestión que como no es obligatorio lo contrario, se puede afirmar tranquilamente sin dejar por ello de llamarse don Benjamín Jarnés.

Cada cual, pues, tiene o no tiene a su Lope. Hay hombres de la finura perceptiva de un José Bergamín, por ejemplo, o de un José Montesinos —autoridad en estudios lopistas— que han captado en lo hondo el valor exacto del poeta en cuanto poeta, «La vida de Lope —escribe Bergamín— puede parecernos desarrollada en el espacio como una serie de actos o sucesos humanos peligrosamente amorales, si no inmorales. Y así puede juzgarse. Si no fuera por su poesía, así debería juzgarse. Pero su poesía está aquí para decirnos lo contrario, porque gracias a su poesía podemos percibir el engaño de esa escritura del papel, de esa letra muerta de su vida... Detrás de eso, por su poesía percibimos muy otra cosa; percibimos, fluida, melodiosa, lírica, la vida creadora del poeta en el tiempo eterno de su ser, que es nuestro mismo tiempo y que dejaba dramáticamente en el espacio ese trazo, esas líneas torcidas, esos despojos.»

José F. Montesinos, desentrañando la personalidad española, poética, de Lope, escribe: «Nadie ha formulado con igual autenticidad de palabra y gesto la justificación histórica de España, como este poeta, cuya obra lírica es una dolorida, afanosa justificación de sí mismo.»

De los «contenidos de conciencia» española —dice el citado profesor en expresión favorita— Lope conoció que, expresado líricamente, podía obtenerse obras de vigencia perenne. «Ha cuanto había sido dolor o alegría de España... Lope le ha puesto adecuado además dramático. Con su teatro Lope crea al alma española su gesto expresivo.»

«Lope —continúa— sabe que España es una conducta poética, cuyo exponente es la hazaña, y un conocer poético, cuya expresión es el cantar.»

Radicalmente hispánico por convicción profunda, por conocimiento de su pueblo, por reconocida limitación personal, Lope no recoge el acento del arte europeo de su tiempo, porque conoce que España «no vibra ante las formas de arte impracticables en la vida, que no reconoce más formas que las que emanan limpiamente de una honda razón vital, y tuvo el heroísmo de renunciar al primero, el de la belleza indiferente.»

Ahí está la gran lección de hispanidad que nos da Lope. La lección que gente sin recia stirpe ni raigambre, no ha recogido, precisamente en estos días de centenario que invitan a una valorización de lo español en cada conciencia hispánica y a un acto de contrición profunda. Nosotros nada queremos saber de esa tontería beata de lo universal —de un universal mal entendido, que no del exacto— y de lo europeo, y de lo impersonal y de lo falso. Nosotros, de antigua sangre, estamos exentos de todo «esnobismo» de exportación, ¡de «pastiches»!

La vocación de Lope era «ser palabra viva de su pueblo, expresión de la unanimidad española». Según se ha explicado la universalidad de Cervantes por su

autenticidad española, puede decirse —afirma el indicado maestro— que «el españolismo radical de Lope de Vega no puede conseguirse sino por el desnudo con que Lope se avino a ser él mismo, por la valentía inaudita con que se afirma. Sólo ahondando en su propia conciencia llega el poeta a la conciencia multitudinaria, innumerable, de España.»

Lope va purificando su vida poéticamente, versificando los instantes de ella día tras día, en un largo y atormentado «camino de perfección»; para Montesinos, lo que se ha llamado inmoralidad de Lope es su fuerte vitalidad. La moral de su persona era, por lo demás, como la de casi todos los hombres de su época; su moralidad, en cuanto poeta, en lo que respecta al «cumplimiento de su destino», es intachable. De justificación de la vida en la obra. Lope de Vega era, en grande, el gesto continuado de aquel señor —un contemporáneo suyo— que escribía acerca de un hecho real de su vida. «Sobre esto —dice al terminar de referir el hecho— compuse una comedia.»

«Nada tan ajeno a Lope de Vega —sigue el ilustre lopista— como un frívolo donjuanismo». «La del poeta no fue una vida de placer, sino de dolor y alegría.» Sus pasiones fuertes nacen de su gran vitalidad; no elude responsabilidades ni «apenas disimula». Lope, al «revés que don Juan, es la capacidad de amar.»

Ahí, en la exacta valoración de su hispanidad, —manifestada en su mejor decir, en el poético—, está todo nuestro interés de generación española. A un lado quedan y en otra hora, los eruditos, los periodistas, los políticos, los ensayistas, los que les importa y los que no les importa Lope, averiguando cosas del vecino de la villa y corte que vivió a mediados del XVI, o buscándole explicaciones al «caso Lope», fabricándole una democracia a lo siglo XIX, desfigurándolo, inventándolo. Y la gran lección de Lope no la aprovecharemos, ni saldrá quizás la obra verdadera que nos guíe por su laberinto difícil e inmenso.

#### **LOPE Y LOS GUANCHES DE TENERIFE.** (*San Borondón, signo de Tenerife*, 2001:49-57)

Acaso muchos ignoren que Lope de Vega escribió una comedia cuyo asunto es la conquista de Tenerife y aparición de la Virgen de Candelaria. Lope, que aprovechaba todo asunto susceptible de acción teatral, tuvo ocasión de conocer acaso en Sevilla a nuestro gran poeta Antonio de Viana y leer parte del poema de éste: *Antigüedades de las Islas Afortunadas de la Gran Canaria, conquista de Tenerife y aparición de la Santa imagen de Candelaria*. Nada sabemos de la relación entre ambos poetas más que un soneto que Lope dedicara a Viana y que éste inserta en su obra:

*Por más que el viento entre las ondas graves  
montes levante y con las velas rife,  
vuela por alta mar, isleño esquife,  
a competencia de las grandes naves.*

*Canta con versos dulces y suaves  
la historia de Canaria y Tenerife,  
que en ciegos laberintos de Pacife  
da el cielo a la virtud fáciles llaves*

*Si en tiernos años, atrevido al Polo,  
miras del sol los rayos orientales,  
en otra edad serás su Atlante solo:*

*Islas del Océano, de corales*

*ceñid su frente, en tanto que de Apolo  
crece, a las verdes hojas inmortales.*

En el tomo XI de las obras de Lope de Vega publicadas por la Real Academia Española, bajo la dirección de Don Marcelino Menéndez y Pelayo, escribió el insigne polígrafo un prólogo a la comedia en el que don Marcelino muestra una vez más su vastísima erudición.

Después de señalar como fuente de la comedia de Lope al poema de Viana, dice: «Con los materiales del poema labró esta comedia, cuyo primer acto es muy lindo, aunque los dos siguientes decaen mucho.» Y más adelante: «Además del episodio amoroso de Dácil (que es lo mejor del poema y de la comedia), encontró Lope en la obra del bachiller Viana otros materiales poéticos, especialmente la piadosa historia del origen, aparición y milagros de la Santa Imagen de Nuestra Señora de Candelaria... pero en esta parte procedió Lope con excesiva libertad, alterando los pormenores de la leyenda y añadiendo milagros que no se cuentan de aquella sino de otras imágenes.

De la parte puramente historial del libro de Viana —continúa—, es decir, de lo relativo a la conquista de Tenerife y a las batallas de guanches y castellanos, Lope de Vega hizo poco caudal, limitándose a escoger algún nombre, como el de Tinguaro. Tengo por seguro que no leyó por entero el poema, cosa a la verdad bastante difícil aún para los canarios mismos, como no sean muy amantes de las antigüedades de su tierra.»

#### LO QUE NOS INTERESA DE LA COMEDIA

Dejando aparte —por no ser este lugar a propósito—, el juicio del señor Menéndez Pelayo sobre el poema de nuestro Viana, que a mi parecer es inexacto en gran parte, porque Don Marcelino si bien no hiciera como Lope, tampoco leyó con mucha detención a Viana y no vio ni la integridad poética que existe en el poema (aunque es verdad que flaquea muchas veces) ni la intención poética que animaba a su autor; concretándonos ahora la comedia, si podemos suscribir el parecer del señor Menéndez Pelayo. La comedia de Lope es, en efecto, floja, y en parte malísima, pero hemos de tener presentes las palabras del señor Montesinos: «La obra de un poeta no se valora por la muchedumbre o por la frecuencia de las caídas, sino por la calidad de los aciertos.» Es por mera razón de asunto —Canarias— por lo que hemos traído aquí y por agradecimiento —después de todo— al poeta que se ocupó —bien que desaliñadamente— de nuestras «islas del Océano» y del «isleño esquife», que era para él Antonio de Viana; no para decir escuetamente que la obra es mala, la hemos traído aquí.

Lope, efectivamente, toma de Viana lo que le interesa para hacer una de las «mil y quinientas» en su afán de recoger todo asunto aprovechable, en su misión — señor Montesinos— de «poeta de circunstancias».

La obra (*Comedia la famosa de los guanches de Tenerife y conquista de Canarias*), consta de tres actos, intervienen los guanches Bencomo, rey; Dácil, su hija, y Tinguaro; y de los españoles, Alonso de Lugo, Lope Fernández (Lope de Vega no podía olvidar a este gran señor loado por su joven amigo Viana), el capitán Trujillo y el capitán Castillo, personajes todos tomados del Poema; los demás secundarios, los inventa el poeta, les pone nombres más pastoriles —Manil, Firán, etc.— y a su gusto.

#### SÍNTESIS DE LA OBRA

En el primer acto, Alonso de Lugo se propone conquistar la Isla para la religión, pues dice: «Bárbara es esta nación/ y desnuda de riqueza.»

Dácil describe —hablando con su padre— las bellezas de La Laguna y quiere bañarse en ella.

Sileno (el Guañameñe de Viana), anuncia a Bencomo —como en el Poema— que vendrán de España «aquellos negros pájaros —que como ya sabéis, llaman navíos.» Viana pone en boca de su agorero esos versos, más bellos que los de Lope. «Por el cerúleo mar vendrán nadando/ pájaros negros de muy blancas alas.»

Bencomo se inquieta y dialoga con Tinguaro. El rey alega que él no tiene «riquezas» ni «pájaros que allá me lleven»; Tinguaro, que es guerrero, quiere entablar la lucha y proclama la superioridad de su gente sobre la española; ellos —dice— no saben «tirar un arco, derribar un toro/ asido por los cuernos diestramente». Lope, claro es, como no leyó todo el poema ni le interesaba el rigor histórico —que nada tiene que ver con el poético— no cayó en la cuenta de que nuestros guanches ni manejaban arcos, ni poseían toros.

Lope, que no pudo captar la intención poética ni histórica de Viana —el gran poeta de la insularidad— porque lo que probablemente pretendía era hacer una obra más de las del género, pone sin embargo —en boca del agorero— algo maravilloso, repleto de sentido isleño, de marcha, de ansia de huida, de «otros lares» (que cantara Alonso Quesada tres siglos después): «¡Quién supiera como ellos hacer aves/ de madera labrada, lienzo y cuerdas/ con que volar encima de las aguas!»

Ocurre luego el encuentro del capitán Castillo y la infanta Dácil. Castillo va a beber sediento: «¡Qué fuente sonoro y mansa!/ Juega perlas con el viento!/ Beber quiero, que ella misma/ parece que está diciendo:/ “Brindis capitán Castillo,/ en esta copa de hielo”.»

Pero el encuentro está exento de la emoción poética y sentimental que nuestro gran poeta isleño pone en sus versos. La bella infanta Dácil, ideal y amorosamente pintada por Viana, que todo —como la Isla misma— lo espera del mar, amante de la soledad y que en la gama poética del Poema es el puro sueño, se transforma en Lope en una salvaje un tanto boba, un papagayo que repite ante Castillo tontamente: «Lindo español». El capitán, el arrobado galán de Viana, que ante la infanta «mi alma en vos se transfigura», es aquí el fanfarrón, un poco figura de donaire, que al darse cuenta de que Dácil no le entiende, exclama: «Conciértame esos laúdes/ mas ¿para qué gasto tiempo?/ Caminemos por aquí.» las escenas siguientes, tomadas asimismo del Poema, se refieren a la protección de Dácil al capitán, al que quieren atacar los naturales. Viene luego un paragón de la raza guanche con la española; un contraste del salvaje y del civilizado, que Lope ha tratado muchas veces.

#### EL ACTO SEGUNDO

El acto segundo —que efectivamente decae, como dice Menéndez Pelayo— desarrolla un tema tan del gusto de la época y tan de «circunstancia» entonces, como la reacción del salvaje ante el mundo o del primitivo ante el hombre de cultura superior y que también trata Calderón en *La vida es sueño*.

Los españoles han dado su alma a los indígenas que ignoran qué cosa sea el alma y dónde reside; saben sólo que las poseen y dicen: «Ya no te irás aunque quieras;/ que estás sin alma, español.»

Lope muestra la imposibilidad de que se pueda entablar, no ya verbalmente, sino espiritualmente, diálogo entre el salvaje y el civilizado. Viana no, y por eso dice su capitán Castillo estas palabras maravillosas: «No ignoro que extrañáis mi oscura lengua/ pues no me respondéis, mas el concepto/ de la fe de mi amor no queda en mengua,/ pues entendéis del alma lo secreto.»

Cuando los indígenas, protestando de que los españoles den almas a sus mujeres, retan a éstos, replica Don Alonso de Lugo, al emisario guanche: «Dile a Bencomo, tu Rey,/ ese guardador de vacas.../ que dar almas a mujeres,/ son amorosas palabras/ que los bárbaros no entienden.»

Los guanches y los españoles de Viana, en parangón exacto, terminan por entenderse, y el diálogo de castas, que es todo nuestro sentido suave de isla abierta a la Península, de cordialidad franca, está interpretado fielmente por la gran corazonada poética de nuestro Antonio de Viana.

Pero Lope quería hacer otra cosa y no podía hacer tampoco más que otra cosa.

Coro de músicos han cantado el baile canario:

«Españoles bríos/ mirar y matar; / volveréis vencidos:/ tan-talalán.» El poeta tendría noticia, por su joven amigo Viana, del baile regional que versifica a su gusto o que intercala —suponiéndolo en los indígenas— para animar la escena, según era costumbre.

Vencidos en combate los españoles se marchan con intenciones de volver. Escenas cómicas del «gracioso», no muy logradas.

#### EL ACTO TERCERO

En el acto tercero —apresurado y flojísimo, por no decir malo— aparición de la Virgen de Candelaria a los pastores, desprovista de grandeza y de emoción poética.

Castillo, en traje de indígena, da la impresión de que está —bien que enamorado— junto a Dácil, forzadamente. Jura ante una peña ser esposo de la infanta, que se tranquiliza y contenta con ello. El capitán —¡qué mundo le separa del de Viana!— afirma que entre tanta ignorancia no ha visto en la infanta otra mayor que ésta.

Bencomo se rinde por intercesión de San Miguel; Castillo, al encontrarse entre los suyos, vencedores, se resiste a cumplir la promesa de matrimonio y pide a la infanta que concrete dónde y ante quién lo juró. Dácil dice que en la peña, la cual se abre dejando ver la Virgen de Candelaria, que es el tesoro que los españoles deben buscar en la Isla, según les dice el Arcángel San Miguel. Los galanes se casan con las indígenas una vez bautizadas.

Este acto, de la invención exclusiva de Lope, utilizando leyenda parecida a la que empleará Zorrilla en su «A buen juez, mejor testigo» (que ya está en Berceo), en nada —excepto la intervención de San Miguel— sigue a Viana. Castillo, en galán apasionado de Poema: «dichoso yo, mi buena dicha alabo,/ pues llego a ser, señora, vuestro esclavo», es aquí un marido a regañadientes. Desprovistos los personajes de su sentido ejemplar de insularidad, de un contenido poético e histórico intencional, no nos avenimos a ver en ellos unos modestos indígenas de cualquier parte, que no otra cosa significan para Lope. Quien pretenda ver otra cosa y entablar un serio parangón para señalar defectos, perderá el tiempo. El poema de Viana nada tiene que ver con la obra de Lope, *Los guanches de Tenerife*. Que sea fuente de ella, nada importa; ni en propósito, ni en esencia poética, ni en significación histórica, nada tenían que ver, Lope de Vega y Antonio de Viana.

#### ANTOLOGÍA POÉTICA

*Un soneto me manda hacer Violante,  
y en mi vida me he visto en tanto aprieto,  
Catorce versos dicen que es soneto,  
rima burlando van los tres delante.*

*Yo pensé que no hallara consonante,  
y estoy a la mitad de otro cuarteto;  
Mas si me veo en el primer terceto,  
Nada habrá en los cuartetos que me espante.*

*Por el primer terceto voy entrando,  
y aun parece que entré con pie derecho,  
pues fin con este verso le voy dando.*

*Ya estoy en el segundo, y aun sospecho  
que estoy los trece versos acabando.  
Contad si son catorce, y está hecho.*

Catorce poetas de la montaña festejan con sonetos a este soneto, famosísimo, de Lope, en la publicación siguiente: «Sonatina al soneto en el tercer centenario de la muerte de Lope de Vega». Prólogo del gran Fénix de los Ingenios. Intermedio lírico del Padre maestro Jerónimo. Padre de los agonizantes. Epílogo por Diego de Mendoza Barros. Disonancia final por Baltasar de Alcázar. *El Diario Montañés*. Santander. 1935.

Los catorce poetas son: Arturo de la Lama, R. Escajadillo, Concha Espina, Enrique Vázquez («Polibio») Fernando Segura, Francisco Cubría, Gerardo Diego, Ignacio G. Camus, Ignacio Romero, Jesús Cancio Corona, José del Río Sainz («Pick»), José Ranero, Manuel González Hoyo y Tomás Maza Solano.

ESPINELA

«A la fuente de Garcilaso de la Vega»

*Con respeto, se retrata  
en alta fuente la Aurora,  
mientras tu deidad sonora  
dulces números dilata,  
sus ondas de viva plata  
caracteres cristalinos.  
Traslada, ¡oh, peregrinos!,  
y a vuestros dichosos labios,  
en perlas conceptos sabios  
y en cristal versos divinos.*

(De «Rimas humanas y divinas»)

VA LLORANDO LA NIÑA

*Cuando ríen las fuentes  
desta alameda,  
va llorando la niña  
duelos y ausencias.  
Cuando al cielo tiran  
menudas perlas  
cupidos del agua  
que tiran flechas  
y sobre las tazas  
caen risueñas,  
va llorando la niña*

*celos y ausencia.*

## SONETOS

*Versos de almíbar y de miel rosada  
Amor me pide, siempre que me topa,  
y dame acíbar en la dulce copa  
de un partido clavel, gloria penada.*

*Yo cantaré con lira destemplada,  
¡oh Sirena bellísima de Europa!,  
tu enfaldo ilustre, tu jabón, tu ropa,  
del patrio río en su cristal bañada.*

*Quien no me entiende como yo me entiendo  
sepa, dejando lo Aristarco aparte,  
que del profano vulgo me defiende:*

*Bien fuera justo del flamenco Marte  
cantar las iras, pero yo pretendo  
templar tristezas, despreciando el arte.  
(De «Rimas humanas y divinas»)*



*Resuelta en polvo ya, mas siempre hermosa,  
sin dejarme vivir, vive serena  
aquella luz, que fue mi gloria y pena,  
y me hace guerra cuando en paz reposa.*

*Tan vivo está el jazmín, la pura rosa,  
que blandamente ardiendo en azucena  
me abrasa el alma de memorias llena  
ceniza de su fénix amorosa.*

*¡Oh, memoria cruel de mis enojos!  
¿Qué honor te puede dar mi sentimiento,  
en polvo convertidos tus despojos?*

*Permíteme callar sólo un momento,  
pues ya no tienen lágrimas mis ojos,  
ni conceptos de amor mi pensamiento.  
(De «Rimas humanas y divinas»)*

## LETRILLA

*Al son de los arroyuelos  
cantan las aves de flor en flor,  
que no hay más gloria que amor  
ni mayor pena que celos.  
Por estas selvas amenas*



*al son de arroyos sonoros  
cantan las aves a coros  
de celos y amor las penas.  
Suenan del agua las venas,  
instrumento natural  
y como el dulce cristal  
va desatando los yelos,  
Al son, etc.*

*De amor las glorias celebran  
los narcisos y claveles  
las violetas y penseles  
de celos no se requiebran:  
unas en otras se quiebran  
las ondas por las orillas,  
y como las arenillas  
ven por cristalinos velos,  
Al son, etc.*

*Arroyos murmuradores  
de la fe de amor perjura,  
por hilos de plata pura  
ensartan perlas en flores:  
todo es celo, todo amores;  
y mientras que lloro yo  
las penas que amor me dio  
con sus celosos desvelos,  
al son de los arroyuelos  
cantan las aves de flor en flor,  
que no hay más gloria que amor  
ni mayor pena que celos.  
(De «La Dorotea»)*

## ROMANCE

*Labrador de lejas tierras,  
que has venido a nuesa villa,  
convidado del agosto,  
¿quién te dio tanta malicia?  
Ponte tu tosca antipara,  
del hombro el gabán derriba,  
la hoz menuda en el cuello,  
los dediles en la cinta.  
Madruga al salir del alba,  
mira que te llama el día  
ata las manadas secas  
sin maltratar las espigas.  
Cuando salgan las estrellas  
a tu descanso camina,  
y no te metas en cosas  
de que algún mal se te siga.  
El Comendador de Ocaña*

*servirá dama de estima,  
no con sayuelo de grana  
ni con saya de palmilla.  
Copete traerá rizado,  
gorguera de holanda fina,  
no cofia de pinos tosca  
y toca de argentería.  
En coche o silla de seda  
los disantos irá a misa;  
no vendrá en carro de estacas  
de los campos a las viñas.  
Dirále en cartas discretas  
requiebros a maravilla,  
no labradores desdenes,  
envueltos en señorías.  
Olerále a guantes de ámbar,  
a perfumes y pastillas;  
no a tomillo ni cantueso,  
poleo y zarzas floridas.  
Y cuando el Comendador  
me amase como a su vida  
y se diesen virtud y honra  
por amorosas mentiras,  
más quiero yo a Peribáñez  
con su capa la pardilla  
que al Comendador de Ocaña  
con la suya guarnecida.  
Más precio verle venir  
en su yegua la tordilla,  
la barba llena de escarcha  
y de nieve la camisa,  
la ballesta atravesada,  
y del arzón de la silla  
dos perdices o conejos,  
y el podenco de traílla,  
que ver al Comendador  
con gorra de seda rica,  
y cubiertos de diamantes  
los brahones y capilla;  
que más devoción me causa  
la cruz de piedra en la ermita  
que la roja de Santiago  
en su bordada ropilla  
¡Vete, pues, el segador,  
mala fuese la tu dicha;  
que si Peribáñez viene,  
no verás la luz del día!*

(De «Peribáñez y el Comendador de Ocaña»)

**127. «Lope, poeta popular», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 28 de agosto de 1935. (*Pulso del tiempo*, 1953: 123-127).**

El mito de la democracia ha prendido también en Lope de Vega para algunos escritores. Eso de la democracia en Lope lo leemos por doquier. Una falsa inteligencia de lo que es democracia, por un lado, y de lo que es pueblo, masa y vulgaridad, por otro, han dado lugar al tremendo equívoco de nuestra hora. Si el mito se ha explotado con la sana intención de que, a fuer de demócrata, la gente lea al poeta, alabamos la intención, mas no el procedimiento; pero si se afirma en serio, la tontería es mayor.

Por una quebrada línea de continuidad en las esencias hispánicas, roto el contacto de una a otra generación, en faenas de lucha y negativismo, las gentes españolas no han enraizado en una tradición constante con sus fuentes de cultura. Así se explica que a la mayoría ni les interese, ni entiendan a Lope, ni lo leerán a pesar de que los ministros, alcaldes y concejales vayan a ser lopistas este año.

Lope, que es «palabra viva de su pueblo», nada tiene que ver con la masa ni la plebe, ni lo vulgar. El pueblo, la verdad de todos, la esencia de España misma sin distinción de masas o minorías —conceptos, por lo demás, de nuestro tiempo— nada tiene que ver con esa democracia que se atribuye falsamente al poeta. Para Lope no hay más valor que el noble, que el de la sangre noble. Todo lo demás es del villano, del hombre de la villa. Lope conserva en su mente la jerarquía medieval de clases cuyo contraste con la modernidad determina sus grandes conflictos dramáticos.

En obras del tipo de *Peribáñez* o *Fuenteovejuna* —que es donde eso del «democratismo» más ha prendido— la afirmación de la realeza, de lo noble, es lo que en último término —más o menos indirectamente se patentiza. En *Peribáñez*, el Comendador, —un resto de feudalismo— prendado de Casilda, esposa del labrador Peribáñez, intenta conseguirla; su esposo lo sorprende y mata. Aquí ocurren dos cosas: una, que el labrador se ha ennoblecido con su espada de capitán, y, según el concepto de la época —así lo reconoce el Comendador— tiene derecho a herirle; otra, que el Rey sanciona la venganza de Peribáñez, colmándole además de honores. ¿Qué quiere decir esto? Frente a un mundo medieval de señores feudales engrandecidos, que disponen de sus vasallos como si de cosas se tratara, se exige el concepto de la realeza que se apoya en el pueblo para atacar al señor feudal. Este es el sentido del juego que tiene la política en la época del renacimiento y del absolutismo. Esto es lo que se llama modernidad. El rey es la suprema encarnación de la justicia y está ungido por Dios a su pueblo, para hacer la felicidad de éste.

En *Fuenteovejuna* el caso de *Peribáñez* se amplía. Es una colectividad la que toma venganza de que un Comendador que deshonor a las mujeres de la villa y la que —descuartizándole— da el castigo. Y son los reyes los que sancionan indirectamente la heroicidad colectiva, ya que no ha podido saberse quién mató al Comendador de boca de los de Fuenteovejuna, que sólo esta palabra articulan a las preguntas del emisario real. Fuenteovejuna —dicen los habitantes— no servirá nada más que a sus Reyes católicos. Este sentido de la realeza al lado del pueblo —apoyados una en otro— y frente al feudalismo languideciente, lo ven muy bien los rusos cuando suprimen para representar la obra en su teatro Moscú la escena final en la que aparecen los Reyes.

En *La Estrella de Sevilla* (es hoy muy dudoso que esta obra sea de Lope), es el propio Rey el que quiere conseguir a una dama a quien defiende su hermano, guardador de su honor.

Es menester saber qué cosa sea el honor en el siglo XVII, para que se entienda una obra de la época. La honra en este tiempo se siente como algo impuesto por los demás, algo que los otros no reconocen en una determinada persona; la honra, como hoy, no se tiene dentro, no existe con la persona; no es corriente que en el siglo XVII se

tenga el concepto actual del honor inmanente aunque, a veces, leamos en Cervantes la expresión tan de hoy de que «cada uno es hijo de sus obras», o en el teatro de Ruiz de Alarcón (*La verdad sospechosa*), la expresión de que «sólo consiste en obrar/ como caballero el serlo». Cuando los demás no otorgan la honra merecida, la ofensa está hecha y el ofendido —para no perder su honor— tiene que vengarse. Este es el sentido de los dramas de celos de Calderón; sólo *El Alcalde de Zalamea* de éste y *Peribáñez*, de Lope, y algún otro ejemplo, conservan este sentido actual de honra personal, de ofensa sentida en lo más íntimo —deshonra intentada de la esposa y consumida en la hija— que se venga, pero que se venga porque Peribáñez es capitán y Pedro Crespo, alcalde.

Este sentido jerárquico medieval no se rompe, por ejemplo, en la obra de Lope, *El mejor Alcalde, el Rey*. Un señor feudal se prenda de la novia de un labrador, que es su vasallo, e intenta poseerla antes de que aquéllos se casen; él hubiera deseado que ella fuera su igual, pero ha de parecer mal —ante los otros— «juntar brocado y sayal» porque «ya el mundo trazó/ estas leyes, a quien yo/ he de obedecer por fuerza», y, por consiguiente, no puede casarse con la moza. Cuando se apodera de ella, lo lógico —para un hombre actual—, hubiera sido que el vasallo hubiera tomado venganza por su cuenta, pero aquí —como en el Cid del *Poema*— se acude al Rey como suprema encarnación de la justicia. Y es el Rey quien la hace ejemplarmente, y la realeza quien queda glorificada.

En el caso de la *La Estrella de Sevilla*, en el que el Rey está colocado en una situación difícil, en un problema de ser o no ser, Lope, o quien sea, salva la dificultad haciendo que la real persona se arrepienta. El Rey, enamorado de Elvira Tavera, prometida de Sancho Ortiz de las Roelas, sintiendo estorbados sus amores por el hermano de aquélla, ordena a Sancho que dé muerte a quien ha cometido delito de lesa majestad. El conflicto está en el personaje central del drama —Sancho— obligado a dar muerte a su cuñado por un lado y cumplir la palabra al Monarca, por otro. Y este conflicto entre el amor y el deber lo resuelve Sancho a favor de este último. El drama termina salvándose la realeza por arrepentimiento del daño causado a unas vidas desechas. Ante la realeza, Lope se rinde siempre, (si no basta por dudosa esta obra, véase *La corona merecida*), y busca la forma de salvarla.

Para Lope —como para su tiempo— sólo el noble es capaz de sentir noble amor; por eso, el exponente más alto de nobles acciones, es siempre el Rey, cuyo exacto sentido se define en *El villano en su rincón*: «Nunca al poder tengas miedo/ cuando es discreto el poder», dice Lope en esta obra, que es una apología a la vida de Corte, bien que se reconozcan las excelencias de las del campo, de un siglo XVI, de vida en huida, «de siglo pasado», que diría el propio Lope.

Es menester, pues, detenerse con un poco de atención en la lectura de un clásico o de quien sea para no atribuirle falsos mitos anacrónicos como este del «sentido democrático» a Lope de Vega.

Respecto a que Lope escribiera poesía popular, hoy creen los estudiosos de estas cuestiones que el arte popular es una decantación, un resto de la poesía culta y que eso de «frescura», «sencillez», etc.; no dejan de ser más que meras palabras que ni tienen sentido ni nada explican.

Del mismo vulgo, de ese a quien los forjadores del democratismo lopesco, suponen entregado al poeta, dice éste en el *Arte nuevo de hacer comedias*, por su condición de autor teatral:

*Adonde acude el vulgo y las mujeres  
que este triste ejercicio canonizan,  
a aquel hábito bárbaro me vuelvo;*

*y, cuando he de escribir una comedia  
encierro los preceptos con seis llaves,  
saco a Terencio y Plauto de mi estudio;  
para que no me den voces, (que suele  
dar gritos la verdad en libros mudos),  
y escribo por el arte que inventaron  
los que el vulgar aplauso pretendieron  
porque como las paga el vulgo, es justo  
hablarle en necio para darle gusto.*

**128. PEQUEÑAS CRÓNICAS. «Otra vez el vino de Tenerife», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 18 de septiembre de 1935. (San Borondón, *signo de Tenerife*. 2001: 84-86)**

El vino, mejor dicho, los vinos —escribe Miguel Herrero García— en su libro «Las bebidas» de *La vida española del siglo XVIII*— señalan el nivel de refinamiento, de espiritualización en cierto modo, de la sensualidad de los hombres. La bebida es el ápice y coronamiento de una comida de gran estilo.

En el siglo XVIII, las mesas europeas servían a los más finos paladares el vino de «malvasía» de nuestra isla. Un día llevó a Londres el embajador comercial don Cristóbal Cayetano de Ponte, diez pipas del superior caldo de Tenerife, y Londres bebió nuestro vino desde entonces, en las mejores fiestas de sus mejores lores. Lo dirán, en sus citas, Walter Scott. Lo dirán, más tarde, Kuprin, Stevenson, Goldoni... «Es una población cabeza de partido en lo eclesiástico —escribe nuestro Abate Viera y Clavijo, de Icod de los Vinos— plantada en una especie de valle delicioso que sube desde la mar hasta la falda del mismo Teide, que le envía un ambiente fresco y saludable. Casi todo el terreno está plantado de viñas y emparrados de malvasía, su principal fruto».

Las citas de nuestro vino, embarcado por el Puerto de la Cruz, embarcado por la «caleta llamada de San Marcos», llevan el nombre de Tenerife entre los labios europeos, de «la Europa culta», que dice pomposamente Viera, de la gran catadora. Tenerife, surtidor egregio de la sangre de Europa, llevaba en su malvasía la fortuna de las Afortunadas.

Se perdió después en puras torpezas «progresistas» el alma del vino, el alma de la Isla. Se volvió a perder como San Borondón en pos de cualquier nube errabunda. Se olvidó la fórmula del malvasía. El secreto y el alma.

Brindando hoy con el exquisito vino de Víctor Núñez —primer premio extraordinario en el concurso comarcal de La Laguna— pensamos en la azarosa coincidencia de los siglos pares, siempre clásicos en la hora hispánica. En el siglo XX, como en el XVIII, vuelve Tenerife a mostrar el secreto desenterrado ahora, secreto a voces. Un cultivador lagunero trae de «El Guincho» —entre Garachico e Icod— la zona superviviente del malvasía clásico, plantaciones de la vieja vid afortunada y quiere que suene ahora en sus «Baldíos», la hora antigua de nuestros vinos y a sus incomparables caldos quiere añadir, dentro de unos años, la gloria pasada del malvasía. Víctor Núñez volverá a exportar a Londres «vino de Tenerife» y nuestro vino volverá —como en «La Posadera» de Goldoni— a ganar el amor de otra Mirandolina. Y Tenerife, recuperando el alma, el alma del vino, llevará otra vez la fortuna de las Afortunadas. ¡Brindemos por el triunfo de nuestro vino, por nuestra hora mejor.

**129. COLABORACIONES DE LA PRENSA. «Andrés de Lorenzo Cáceres: *Las Canarias de Lope*», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 8 de noviembre de 1935.**

Más que la amistad, con ser tanta, ha sido el placer quien me ha obligado tres veces a escribir sobre publicaciones de Andrés Cáceres, el Cáceres de los días niños del

Bachillerato y hoy el más fino y pulcro prosista de la Isla, afortunada con la fortuna de su joven artista. Fue la primera, en 1932, cuando en una página literaria que redacté íntegra en el diario *Hoy* escribía a propósito de «Isla de Promisión». Después, fue la segunda en 1933, cuando apareció el bellissimo libro titulado *El poeta y San Marcos*. Ahora vuelvo a escribir, porque tienta siempre a serlo la limpidez, la pura diafanidad con que Andrés Cáceres construye sus pasos apadrinado siempre por el honroso recuerdo de Azorín y que cada vez cobran en la pluma de nuestro prosista caracteres más suyos, más independientes y personales.

En una cuidada edición hecha en los talleres de Curbelo, presenta Andrés de Lorenzo Cáceres la conferencia que leyó en Madrid el 22 del pasado junio y en la solemne sesión que ese día celebró la Asociación de Escritores y Artistas, en conmemoración del centenario tercero de Lope de Vega y, con sus dotes poéticas insuperables, Cáceres construye con primores delicados un armazón de blanco y azul, de árboles, pájaros, niños, esmeraldas, entre los que el Lope que nos interesa, el Lope auténtico, se asoma, blanco en azul. Es menester una fina sensibilidad como la suya para intuir un Lope poético como él lo ha intuido y darse cuenta de la exacta valoración que tiene poéticamente el «Fénix».

El resto es prosa purísima y maestra. «Hoy crecen unos y otros —dice de los olivos y manzanos— en Tenerife, y el verde oliva de los árboles, la paz, la paz que fue paz en el pico de la paloma porque antes era paz, serenidad y reposo en el árbol, la paz de las verdes ramas de oliva, armoniza la calma azul marino del océano, la tranquilidad azul celeste del cielo y la noble medida de la tierra que no es veloz ni tardía, sino espiga en agosto y rosa en mayo».

Y del capirote escribe estas maravillosas palabras: «Pero de todos los pájaros, el religioso, el franciscano, el poético capirote que canta al alba y al crepúsculo es tan tierno y solemne, usa de una música tan bien administrada en silencios y puntillos, que su compás, cortesano y litúrgico, invade el paisaje de una armonía tal, de un recogimiento tan hondo, que la Naturaleza se duerme y el silencio brota con esa musicalidad del silencio; cuando se apaga el capirote, ranas y brisas, grillos y frondas, aguas y soledades, cantan la noche estrellada, perfumada y sensitiva. Dios habla a la isla de noche».

Andrés de Lorenzo ha escrito sobre «Las Canarias en el teatro de Lope de Vega» en la revista *El Museo Canario* número VI, también un buen trabajo, pero éste de una índole erudita, minuciosamente erudita, en el que hace interesantes observaciones de carácter crítico. Remito al lector a estas páginas serias y cuidadosas.

Me atrevería a decir, si tuviera autoridad para ello, que los trabajos de Andrés de Lorenzo Cáceres, son lo mejor que se ha hecho en Canarias para conmemorar el tricentenario de la muerte de Lope de Vega.

Madrid-XI-1935

**130. COLABORACIÓN DE LA PRENSA.** «La obra del Instituto de Estudios Canarios», *La Prensa, Santa Cruz de Tenerife, 12 de noviembre de 1935.* (*Papeles tinerfeños*, 1972: 37-39).

Tendremos, amigos, que recordarlo nosotros mismos. Todos sabemos las fatigas que en Tenerife pasa el que tenga que hacer algo de índole espiritual: Si publica un libro, tendrá que llevarlo personalmente a las librerías, ponerle la dirección al paquete de envío, que también hará con sus propias manos. Queda, después, ponerlo en el correo. Si quiere dar una conferencia, tendrá que hacer la nota para el periódico; pasar las invitaciones; traer a los amigos y sentarlos. Como no puede, rotundamente, hacer la reseña él mismo, porque es muy duro escribir la autocrítica, ello es el motivo de que

muchas conferencias, como no sean escritas, queden siempre para un ritual «en nuestro próximo número daremos cuenta de la interesante disertación», que nunca llega, desde luego.

También *LA PRENSA*, tan vigilante siempre, se ha olvidado de nosotros. En su magnífico número extraordinario —ningún obsequio mejor de bodas de plata con el público— del 15 del pasado, resume los acontecimientos o «hechos salientes» de los veinticinco años transcurridos desde su fundación hasta la fecha. Y no indica en el año 1932 la fundación de nuestro Instituto de Estudios Canarios. ¿Por qué se olvida *La Prensa* de nosotros? Yo no creo que tenga la culpa este diario del olvido. La obra del Instituto es labor callada, trabajosa, sin alborotos. El Instituto ha cometido el gran error de no dar un baile en cualquier teatro de Tenerife, no ha organizado unos salones de billar o de póker, como le ocurre a ciertas entidades culturales de la isla. El Instituto no sabe hacer propaganda de su vida. Yo a veces he pensado qué sentido tendrá en Tenerife este olvido sistemático de nuestro Centro. Y pienso también, si la sensibilidad espiritual de la isla no irá a ocasionarnos algún día resultados penosos, efectos tristes. Vivir una sola dimensión de la vida humana es un error y una locura; este defecto de nuestro tiempo lo tenemos nosotros acentuado. El país y sus «fuerzas vivas» se han ocupado del rasante de la carretera, del automóvil, de la técnica, de las «letras de cambio» —como decía mi ilustre y viejo amigo don José Rodríguez Moure en 1905— y eso está muy bien, eso es muy interesante, porque ese es el gran factor material, económico, de un pueblo. Ahora bien, ¿Quién garantiza todo eso? ¿Quién informa esa materia de consistencia espiritual? Un país sin cerebro, sin apetencias puras, es un país sin alma, de cartón. Estos países así, obligados por la necesidad, tendrán que hacer un día como el nuevo rico de la guerra: buscarse una cultura deprisa y corriendo; comprar cuadros viejos, desmontar piedra a piedra castillos centenarios... porque de lo que la gente no quiere darse cuenta es de que al hombre no sólo le es necesario comer, sino también pensar, tener ideas...

Seremos, pues, nosotros quienes proclamemos nuestra obra, ya que el silencio de los demás nos obliga a quebrar la modestia: El Instituto de Estudios Canarios, que cumplió en octubre tres años de vida, sin auxilio alguno de corporaciones insulares, sin local propio, sin un rincón donde meterse, ha hecho, sin embargo, labor. El Estado lo ayuda con la irrisoria cantidad de mil pesetas y temo que la famosa ley de Restricciones nos merme este despilfarro; pues bien, el Instituto ha publicado en tres años las obras siguientes: *Historia de las Universidades Canarias*, de José Rodríguez Moure; dos volúmenes de su colección *Fontes rerum canariarum*, cuyos títulos son: *Conquista de la Isla de Gran Canaria*, crónica anónima del siglo XV, con un estudio de los señores Bonnet y Serra, y que tanto ha dado que hacer entre nuestros investigadores regionales, y el capítulo 37 de la *Crónica de los Reyes Católicos*, de Mosén Diego de Valera, con un estudio de don Emilio Hardisson; el *Breve resumen de la Historia de Canarias*, del señor Darías y Padrón; la monografía con que inauguró su Sección cuarta de Ciencias Naturales: *Testudo Burchardii. El primer fósil descubierto en Canarias*, por el profesor Óscar Burchard; el primer cuaderno de su Sección segunda, que en el grupo «Lecturas y conferencias» acaba de publicar *Las Canarias de Lope*, por Andrés de Lorenzo Cáceres, y el también primer volumen de la Sección tercera: «Ciencias económicas y jurídicas», titulado *Las antiguas Ordenanzas de la Isla de Tenerife*, de don José Peraza de Ayala, que acaba de editarse recientemente. Siete obras en tres años, más un anuario para 1934, compone sus publicaciones. En prensa tenemos la *Guía Histórica de La Laguna*, del señor Rodríguez Moure, y *Bajo el signo de Viera*, de Agustín de Espinosa. Y en próxima publicación: *Los Guanches de Tenerife*, de Lope de Vega, con un estudio sobre el baile «El Canario» con ilustraciones musicales, por los señores don Emilio y don

Rafael Hardisson; otro sobre la evangelización en Canarias, del profesor Serra Ráfols, a quien tanto debe la cultura del país, y la publicación del famoso libro de Marín y Cubas, *Conquista de las siete islas de Canaria*.

Era menester decir todo así y hacer esta propaganda bibliográfica. Esto ha hecho el Instituto, a pesar del viento y marea en contra. De que nadie le haga caso ni le ayude. Veremos si algún día, como los antiguos griegos fortuneados le son propicios los hados en tanto que unos cuantos pocos le empujamos adelante.

Madrid, noviembre de 1935.

**131. EN LOS VEINTICINCO AÑOS DE CÁTEDRA. «Don José Ortega y Gasset y la juventud», *La Prensa, Santa Cruz de Tenerife, 29 de noviembre de 1935.***

Hace algunos años, cuando la adolescencia apretaba el nudo que la mar hace en la garganta de la isla, una persona muy joven entonces, escribió al hombre que mandaba espiritualmente en España —dígase lo que se quiera— una carta llena de emocionadas sospechas y de presagios sobre la política y sobre —como se decía entonces— el «nuevo estado». Aquel hombre escribiría muchas cartas; los jóvenes de provincias y de América llenarían su mesa de trabajo de sobres más o menos repletos y él contestaría, si no a todos, si al menos a alguien, cosas como estas: «Su carta me ha interesado vivamente; por desgracia no puedo contestar a ella con la largueza que me pide el alma, pero quiero que conste a usted el placer que me ha producido su lectura y la seguridad con que a través de ella he visto estremecerse a...»

Esta carta se habrá guardado religiosamente; en la celda de la provincia no encontraría esta persona a quien enseñarla porque los otros, o iban a pensar en su presunción o no sabría qué sentido tendría tal carta. Se pensará entonces en el día lejano en que se pueda ir a Madrid. Y Madrid —«que no ha poseído jamás una cultura creadora»— ejercerá en la mente joven de provincia una atracción de foco y una gran promesa.

Un día —¡por fin!— se puede llegar a Madrid. No es ya un sueño la capital de España. Está ya la persona en Madrid; mirándolo todo, atendiendo a todo con los ojos muy abiertos. Había que ir a la cátedra del maestro, había que oírle. Se le vio y se le oyó. Tuvimos la fortuna de que aquel hombre, en efecto, hablaba tan maravillosamente como escribía y la voz que llenaba el aula, la habíamos presentado, cara al libro, en las horas antiguas de lejanía.

Después, una asidua asistencia de varios cursos en los que el maestro desarrollaba su doctrina en pensamientos elegantemente vestidos con el frac de atinadas y sugestivas metáforas. Más adelante, esa vida «que hay que hacer», con sus exigencias, nos llevó adonde teníamos que ir, a llenar la vocación y a cumplir el destino. Y hoy, al volver a oírle, al leerle de nuevo sus lectores viejos, aquellos sus «lectores míos», de la despedida apretada de hace cuatro años largos, en el mismo periódico, han pasado por él y por nosotros muchas cosas. ¿Somos los mismos? ¡Quién lo sabe!

Él puede tener el orgullo de habernos hecho a casi todos más o menos directamente; dudo que en muchos años haya un hombre con ese poder rector y de tantas positivas dotes de mando espiritual como las tuyas. Él tendrá hoy quizás muchas cosas que decirnos; nosotros, muchas que preguntarle. Las generaciones que nos sucederán tendrán otros maestros, tendrán posiblemente un *führer* o no lo tendrán. Comienzan ya a resolverse un poco y a no querer entender nada.

Al cumplir veinticinco años de bodas con su cátedra, gran parte de la juventud española discípula de don José Ortega y Gasset, discípula de su extenso profesorado nacional, si tiene conciencia de su formación espiritual, ha de sentir que muchos años de los suyos se han informado de estos veinticinco que Ortega ha sido «oficialmente»



maestro. Siempre es íntimo y nada dice el agradecimiento y no se trata de ello, ni siquiera de mayor o menor fervor; se trata de pensar, en serio, en el perfil que esta influencia del maestro ha impreso en gran parte de la juventud de habla española. Se piensa y se habla «en Ortega» todavía y a veces con petulancia esnobista. Aparte esta fama gripal queda, desinfectada, la mejor dádiva del maestro: la precisión y claridad que ha impreso en nuestras cabezas y todavía algo más; esa honesta exigencia de claridad y de rigor que es en nosotros lo primero. Y eso creo que es lo más importante que, entre otras cosas, debemos los jóvenes a don José Ortega y Gasset.

Madrid

**132.** COLABORACIÓN DE *LA PRENSA*. «**Lope de Vega y los Guanches de Tenerife**», *La Prensa, Santa Cruz de Tenerife, 3 de diciembre de 1935*. (*San Borondón, signo de Tenerife*, 2001:58-60).

Si un lector del Diccionario Espasa lee este año, a propósito del centenario, el artículo dedicado a Lope de Vega (volumen 67), encontrará citadas entre las fuentes bibliográficas dos comedias referentes a los guanches de Tenerife. Se trata de dos manuscritos; uno titulado *Los guanches de Tenerife y Conquista de Canaria* que existe en la Biblioteca de Parma (Italia), y otro: *Nuestra Señora de la Candelaria y sus milagros, y Guanches de Tenerife*, en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Del primer manuscrito no tengo otra noticia, y ésta no la puedo afirmar con certeza, sino la de que se trata de una copia del siglo XVIII. Al parecer, esta es la obra que se imprimió en la parte décima de las obras de Lope, en 1618. De una reimpresión de 1627 existe ejemplar en la Biblioteca Nacional, al decir de C. Alberto de la Barrera, y éste serviría acaso al Sr. Menéndez Pelayo para publicar la comedia en el tomo once de las obras de la Academia Española. Esta comedia es la que en gran parte se representó este año en el Teatro Leal de La Laguna.

Del otro manuscrito, existente en la Biblioteca Nacional, dice el señor Paz y Meliá, en su *Catálogo de las piezas de Teatro, que se conservan en el departamento de Manuscritos de la Biblioteca Nacional*. Madrid, 1899: *Nuestra Señora de la Candelaria y sus milagros y Guanches de Tenerife*. Comedia de Lope de Vega. Empieza: «Bencomo: Rey he de ser, si pese a todo el orbe.» Acaba: «Pues lo que de aquí redundaba —en la comedia segunda— se dirá, que ésta aquí acaba.» Después de otros detalles dice que está impresa en la parte décima de las obras de Lope y que Durán añade dos títulos: *La Conquista de Canaria y Conquista de Tenerife*, y por este último, añade, «está registrada como primero en el Catálogo de la Barrera.»

Esto es efectivamente así; ahora bien, a la que Don Cayetano A. de la Barrera se refiere es, sin duda, a la publicada en la parte décima de las obras de Lope; como alguien pudiera pensar ligeramente, no es de la obra que conocemos por *Los Guanches de Tenerife*, ni tampoco un borrador corto de ella. Se trata de una comedia completamente distinta a la conocida, y no estudiada por nadie, que yo sepa. Perdida entre la multitud de Manuscritos de la Nacional y con la existencia de otra obra de parecido título al suyo, *Nuestra Señora de Candelaria*, ha sido tomada como una copia de *Los Guanches* por los eruditos del siglo pasado que no se detuvieron en hojearla siquiera...

Sobre el indicado manuscrito puedo adelantar a mis lectores y a los interesados en estas cuestiones literarias, que preparo su edición, porque la obra, que es, por lo demás, muy floja, tiene un interés regional y demuestra una lectura a Viana o a alguna otra fuente, más detenida que la que hizo Lope al libro de nuestro Bachiller, porque una de las afirmaciones que pueden hacerse —sin perjuicio de una detenida

comprobación— es que esta obra de la Nacional, que hace algún tiempo ocupa mi atención, no fue escrita —en contra de lo que se ha creído— por Lope de Vega.

Madrid, noviembre, 1935.

**133. DESDE MADRID. «El centenario del Ateneo», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 6 de diciembre de 1935.**

El Ateneo de Madrid celebra este año su centenario. Festejándose, Jenaro Artiles pide que a su vez se celebre el centenario del romanticismo en el Ateneo. La «docta casa», pues, lleva aparejada su historia con la hora romántica que le dio impulso y vida. Por eso, el Ateneo tiene perfil político, de casona vieja, de galería, de retratos del siglo XIX, de museo romántico. El Ateneo, en cuanto Ateneo, es una perfecta antigualla.

Hoy, aparte, la pasajera tertulia que hace don Miguel de Unamuno en sus visitas a Madrid, y algún escaso núcleo superviviente de su pasado vital, el Ateneo sólo cuenta efectivamente, por su magnífica Biblioteca en la que no es raro encontrar, junto a los simples estudiantes y opositores, al conocido investigador, al profesor ilustre, al novelista X, o al gran periodista Z. Esa gente no va a hacer Ateneo o sea tertulia de café; esa gente va a la Biblioteca nada más.

Los que van a hacer Ateneo, son, a veces, la peña provinciana de la casa de huéspedes de la calle de Moratín, o de Echegaray, o de Miguel Moya, o de Atocha, etc.; que alguna vez dan tema a las crónicas de *Ahora*, en donde siempre sale a relucir el pobre y famoso gato. Son el residuo de una vieja tradición, hoy en puras cenizas. El residuo del pobre y raquítico vivir del hombre medio del siglo pasado. Por eso, los pasillos, el salón de conferencias y la «cacharrería», tienen ese aspecto anticuado de concierto de Chopin, de chalitas, de café con leche. Y por eso, la gente nueva, la gente de hoy que nada tenemos que ver con todo esto y que desentonamos en todo esto, subimos deprisa la escalera que conduce a la Biblioteca, como si todos los días dejáramos atrás la mala y fea zona de un pasado, que está enterrado para siempre.

**134. DESDE MADRID. «La Facultad de Filosofía y Letras», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 8 de diciembre de 1935.**

*A don Manuel G. Morente, con todo respeto y gratitud*

Yo no sé si todos mis compañeros de trabajo —que ya no son trabajos—, se dan exacta cuenta del sentido que tienen algunas cosas, al parecer, sin otra importancia que la de cumplir un menester sencillo. Que en la Facultad de Letras puedan comer profesores y alumnos en un magnífico bar-comedor, y que pueda hacerse luego un poco de música y bailar como en las «casas acomodadas», significan, sin embargo, muchas cosas. Significan primero, que hay una exacta compenetración y un perfecto sentido de lo que es un profesor y un alumno; después, que en la Facultad no hay ya «sufragistas», o sea, que ha desaparecido aquel tipo que pretendía ser mujer y que a duras penas lo parecía. Ahora hay en la Facultad, sencillamente, mujeres y hombres. Y que se nutra la futura vida española de hombres y mujeres de verdad, normales, va a importar mucho. Ciertamente que el gran porcentaje femenino en la Facultad de Madrid, es fenómeno que ofrece sugerencias y que da mucho que pensar. ¿Qué tónica va a imprimir esta mujer española, lanzada un poco en avalancha, a la vida racial? La vida de la Facultad tiene otro perfil con su presencia, pero, ¿no perderá la calidad científica de la disciplina en manos, en cierto modo, irresponsables? ¿Con qué derecho se escribe eso «irresponsables»?

La gente no caerá en la cuenta de ello, pero ahí, en la Facultad de Filosofía y Letras, esta gran parte de la levadura del futuro torso español y las mujeres van a

desempeñar en él una misión importante. Hay, pues, un ensayo de vida a prueba, en vías de salvarse y salir a flote o en vías de hundirse y fracasar.

El sentido de esos actos sencillos en la Facultad podrá ser: o que la Facultad pretende ser el hogar auténtico del estudiante o que la vida (de la calle) entra en la Facultad; y si «el café» entra en la Facultad, y a la Facultad se va como pudiera irse a «Acuarium» o a «Molinero», tengamos cuidado, gran cuidado todos, con ese posible peligro que malograría tantos afanes.

De cualquier manera, nosotros tenemos gran confianza en el porvenir. Y al tiempo que el comedor se inauguraba repartíamos nuestra revista de la Facultad, *Cuadernos*, que dirigimos unos cuantos y hacemos todos, o por lo menos deberíamos hacer. No hemos querido hacer una revista de «jóvenes». No publicamos versos, ni cuentos, ni hablamos de revolución, sentido social, surrealismo, etc., etc. Creo que se avecina un grupo de gente joven, sí, pero con seriedad, que podría hacer algo de provecho, si se encauza debidamente. El tiempo lo dirá. Mientras tanto, si a alguien le interesa ver qué hace y cómo se prepara la juventud española, que observe lo que pasa en la Facultad de Filosofía y Letras, y seguramente encontrará cosas de interés y caerá en una cuenta en la que muchos no han caído todavía.

### **135. «Los universitarios y sus comentadores», *El Sol*, Madrid, 13 de diciembre de 1935.**

En el número 10 de la *Revista de Estudios Hispánicos* firma D. Rafael García de Castro un artículo titulado «¿Una escuela de heterodoxia?», sobre algunos de cuyos párrafos nos interesa llamar la atención, por referirse a la Universidad, en la que realizamos nuestros estudios.

Sienta el Sr. García de Castro la tesis de que en España hay una escuela de intelectuales fundada por Giner de los Ríos, «rebuscada y almibarada en la frase, elegante y afeminado el ademán», que «propaga un materialismo caduco, disfrazado de untuoso misticismo», y termina por decir que no es escuela de heterodoxia, aunque su ignorancia dogmática, entre otras cosas, la «llevarán al escepticismo elegante o a la contradicción caprichosa».

Nos tiene sin cuidado que la «escuela intelectualista», como dice el Sr. García de Castro, sea o no heterodoxa; lo que sí va resultando intolerable es la posición que ciertas gentes adoptan, que es igual a la de aquel famoso cura de aldea que combatía a los maniqueos desde el pulpito, sin saber qué cosa era el maniqueísmo.

«¡Cuánta lástima nos da —escribe el Sr. García de Castro— de aquellos alumnos universitarios a quienes con halagos de sirena se los ha lanzado por esos derroteros! Debajo del brazo llevan la *Revista de Occidente*, nuevo Alcorán de los «intelectuales» de hogaño, y como supremo ideal de la Ciencia devoran algún ensayo de Ortega y Gasset. Apenas tienen fuerza para digerirlo, y pronto acuden al compañero y lo susurran al oído: «¿Has leído el artículo de Ortega? Es un ensayo precioso, definitivo; es la idealidad tangencial de un barroquismo magníficamente perfilado...»

«¡Ah! Y mientras tanto no resisten un trozo de fray Luis de León, oreado por las brisas del Tormes e iluminado por las estrellas del cielo de Castilla, que bañan tibiamente la frente de Marcelo, ni han abierto un Tratado de Suárez, ni tienen paciencia para leer unas páginas de Quevedo, ni se deleitan con las leyendas de Zorrilla, ni gozan con una comedia de Lope o de Calderón, ni han saludado un capítulo del *Criterio*, ni suenan bien en sus oídos los párrafos rotundos y luminosos de Menéndez y Pelayo.»

Estas cosas son las que los jóvenes universitarios no podemos tolerar. ¿Quién le ha dicho al señor García de Castro que la *Revista de Occidente* es incompatible con la lectura de los clásicos? ¿De dónde saca el Sr. García esa inexactitud? ¿Con qué derecho

hace tales afirmaciones? Es verdad, por otra parte, que en la Universidad debía existir una cátedra de Teología e Historia de las religiones; pero cuando tenían las riendas del Poder personas afectas a la Iglesia, ¿por qué no se creó? ¿Por qué no se han preocupado las clases llamadas a cumplir de dar a España una altura docente que, dígame lo que se quiera, empieza a tener ahora?

No podemos detenernos —y sería ridículo— en glosar los párrafos que se refieren a los maestros Unamuno y Ortega y Gasset. Que ya tendrán sus vidas repletas de anécdotas más o menos pintorescas; lo que sí reclamamos para nuestra seriedad de universitarios que procuramos —como mejor podemos— contribuir a la formación de una nueva casta de españoles —no sabemos si mejor o peor, pero al menos distinta —es un poco de respeto. Hace falta estar despistado, como lo está el Sr. García, para caricaturizar un posible diálogo entre jóvenes lectores del Sr. Ortega y Gasset en estos términos bobos y sin gracia: «¿Has leído el artículo de Ortega? Es un ensayo precioso, definitivo; es la idealidad tangencial de un barroquismo magníficamente perfilado...» ¿En qué método Ollendorf ha aprendido el Sr. García?

Un poco más de cuidado y formalidad sería algo que no vendría mal a quien escribe tan tranquila y alegremente como el señor García de Castro. Y que Dios le perdone la travesura.

### **136. CRÓNICAS DE LA PRENSA. «El Manzanares», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 5 de enero de 1936.**

Da gloria verle. Da gloria sentir su rumor, canal abajo que, al chocar de la presa, no es ya rumor sino ruido impetuoso. Puente de Segovia abajo. De seguir así repleto y desbordado, no serán ya muchos los ojos del puente —«tantos ojos para llorar una sola lágrima»—. Puente presuntuoso de Segovia, porque —¡eso sí!— como puentes serios si tiene el Manzanares, ya no parece mucho puente para unas venillas de agua que en otras épocas hemos pasado con ayuda de tres piedras medianas. El río, de buen caudal ahora en esta primera mañana soleada de domingo madrileño, sobrepasando en muchos sitios el cauce, da la impresión de un «río decente», como dicen los madrileños, regocijados y orgullosos, que van a verle y rendirle homenaje de admiración y cariño.

El Manzanares, con su nuevo ímpetu vital, no va lento y cansino como el padre Tajo, tan viejo de agua y siglos; el Manzanares, como un mozo alegre, como río joven o nuevo rico de caudal, va deprisa, arrollador, mareante. El viento le peina las aguas que intentan revuelo de olas marinas y junto a «la Isla» sus brazos estrechan el navío artificial y le empuja camino del Jarama, y por la puerta del Tajo, rumbo a Lisboa.

Si los hombres del siglo XVII le vieran ahora como va, retirarían sus burlas. Don Francisco de Quevedo se vería apurado para llamarle «aprendiz de río», y quien dijo que «sólo tiene curso en el invierno y vacaciones en verano», vería que el curso de este año está siendo bien aprovechado. Lope, sobre todo, que alguna amable burla tuvo para este río humilde, sí, pero que jamás se ha secado, se alegraría de corazón; y qué no hubiera dicho él, tan madrileño, tan profundamente madrileño, de este bravo Manzanares de ahora, cuando dijo de los edificios de Madrid del XVI que eran «joyas,/ con tal valor y belleza/ que llama a los albañiles/ una mi amiga discreta/ plateros de yeso...» ¡Qué no hubiera dicho, pues, Lope!

La prensa de la mañana da cuenta de haberse ahogado anoche un hombre al quererle pasar a nado, orilla a orilla. El infeliz había bebido algo de más y no sabemos si el río querría castigar su vicio o no querría tolerar bromas a costa suya. También el «Manza» es un tirano y también, como el mar, se traga los hombres. ¡Es mucha agua ésta como para irse así!

Tengo la seguridad que los madrileños, aunque no lo confiesen, están en el fondo contentos con esta desgracia. Le da categoría a su río y le reivindica de aquella copla:

*En el río Manzanares  
se ahogó una chula,  
porque se tragó el hueso  
de una aceituna.*

Por ahora, dejemos las bromas, que el Manzanares va en serio. ¡Cuánto valdría Madrid —me dijo un buen tranviario— si fuera así siempre, como va ahora!

En medio de un paisaje con sabor goyesco todavía, junto a San Antonio de la Florida, puente de Segovia abajo, va marchoso y madrileño, chulo de barrio bajo, el «Manza».

Columnas toscanas del yacimiento de Madrid, custodian su curso con gravedad de ruina antigua. Y hay en todo el ambiente, tan diáfano y puro, un no sé qué lejano recuerdo de tapiz.

Madrid

**137. CRÓNICAS DE LA PRENSA. «Automático y sesión continua», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 25 de enero de 1936.**

La gente tiene mucha prisa. No es tan fácil a los hombres y mujeres de hoy sostener materialmente la vida, como les era a los de ayer. Antes, sí, había gente que vivía a duras penas. Siempre —desgraciadamente— la ha habido, pero ahora vivimos todos con dificultades. Los que viven mal, se afanan y luchan para un mejor vivir; los pocos que bien viven, llevan a pulso la inquietud de un posible vivir peor. Todos —los que ansían y los que temen— viven mal. Y este vivir, si no es un mal vivir, no es tampoco un vivir satisfecho como lo era, por ejemplo, el vivir del hombre no hace mucho; hace cincuenta años escasos.

Pero ahora las cosas han cambiado. No sabemos bien cómo han cambiado. Lo sabrán mejor los que tienen cincuenta o más años, porque ellos han asistido a un espectáculo del que, a su vez, eran los autores; con ellos se ha hecho la historia desde hace medio siglo y ellos nos contarán muchas cosas de entonces. Un hombre de éstos puede decir de Madrid: «En el Madrid de mis tiempos, con un duro se hacían muchas cosas; en los cafés se vivía y a casa sólo íbamos a comer y dormir. Por la noche, al teatro. Por las tardes, al Prado, al Retiro a pasear por pasear. Ahora, los jóvenes pasean por necesidad fisiológica, por esa beatería del culto al cuerpo que les ha entrado; ahora apenas si van al teatro y si van es a «otro» teatro; van poco al café y si van, poco tiempo y para ver a un amigo con quien se ha citado. Una terminología se ha impuesto, y los jóvenes la repiten: «chismografía de café», «política de café», «literatura de café»... Los jóvenes y los que no lo somos —que el tiempo es fatal para todos— ya no podemos hacer nada con un duro.»

Debajo de estas palabras superficiales hay escondido todo un sentido de estilo nuevo. De un vivir distinto al de ayer. En este Madrid, la ciudad de los «cafés», no es un azar de hoy, precisamente hoy, que se encuentren llenos los cines de sesión continua y ese curioso bar automático, «Presto», donde uno mismo se sirve lo que pide.

No es cómodo ir al cine a una determinada hora en la que tenemos que hacer o a la que no podemos estar en un punto; y ese «automático» que es el «anticafé», nos sirve para nuestra prisa.

Nótese bien que estos indicios son nada más que indicios y no costumbre impuesta todavía. Pero obsérvese que ya van constituyendo usos de los jóvenes. Ciego está el que no ata cabos sueltos y ve en estas maneras cosas de la moda sin otro contenido que el puramente superficial, pasajero y de vaivén. Todo tiene un sentido oculto.

Perdidos y apretados entre una multitud uniforme, descuidadamente trajeada, vemos andar a unos y otros deprisa; deprisa y sin sombrero van las muchachas y los muchachos. Los muchachos a veces no llevan corbata; las muchachas andan desenfadadamente. Muchas llevan cartera bajo el brazo: son las que trabajan.

Yo no digo que esto que ocurre hoy sea mejor o peor de lo que ayer ocurría. No lo sé. Quizás no sea lo uno ni lo otro. Quizás será algo distinto. Lo único que digo es que estas maneras nuevas que, queramos o no, se implantarán más tarde o más temprano, exigen nuevos contenidos de conciencia colectiva que se están gestando. Y que estas gentes que se abren a plena vida y que se impondrán a ésta, requieren una técnica distinta a la usada hasta aquí por políticos, gobernantes, moralistas, artistas, maestros, etc. Se quiere imponer moldes viejos a estilos y caracteres nuevos. Y todo en España nos suena a hueco. Algunas veces —no crean los extremistas de una y otra ala, que esto tiene que ver con lo que es un ideal y, por tanto, su locura—, algunas veces, digo, entre esta multitud indiferenciada, sin matices específicos, me he estremecido al pensar de qué cosas podría ser capaz, informada por un motor que la proyecte hacia determinados sentidos. Este motor no será un caudillo, ni un programa, ni cosa parecida. Serán probablemente sus deseos, sus instintos, sus ideas y sentimientos que, frente a un acontecer histórico, estallarán —buena es la tierra si bien se la abona— inexorablemente. Arrastrando quien sabe qué cosas. Quizás nada habrá entonces que echar abajo, sino unos cuantos fantasmones que son los tópicos, la técnica política tradicional, la técnica socialera, artística, etc.; que, como se han vaciado de contenido, se apagarán soplando débilmente.

Madrid

**138. CRÓNICAS DE LA PRENSA. «Jorge V o *The King*», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 29 de enero de 1936.**

Si a los reyes que lo saben ser se les hubiera preguntado cómo hubieran querido morir, la mayoría quizás darían una respuesta que coincidiera con lo que en realidad ha ocurrido. Un rey-tipo, un rey ejemplar, desearía morir con la dignidad que ha muerto Jorge V.

A los monarcas más o menos ilustres se les ha puesto un distintivo sobrenombre, que es el cartel o la ficha con que el tiempo los cataloga en la vitrina de la Historia. Todos recordamos a aquel Francisco I, el último caballero francés, el «rey caballero»; a Luis «el Zorro», a Carlos el «Malo», etc., etc.; a este ejemplar monarca inglés, viajero y marino, no le conviene más sobrenombre que este equivalente: Jorge V o el Rey.

Cuando se haga su biografía, rasgos de impecabilidad informarán una conducta seria, rectilínea, consciente. Jorge V no vino a desempeñar en su país un papel de héroe, un papel desmesurado que no tenía por ni para qué representar. Inglaterra necesitaba en 1910 un Rey, e Inglaterra tuvo en 1910 y durante la guerra europea el Rey que necesitaba. El Rey que cumplió como quien era, cuando Irlanda quiso ser Estado libre y más tarde, cuando los laboristas, los socialistas ingleses, fueron votados por el pueblo inglés para que les gobernara. «La elasticidad de la Constitución —decía el propio monarca— siempre adaptable a todos los cambios, se ha enfrentado en estos veinticinco

años con los peligros y ha conquistado mejoras que no se hubieran previsto en los primeros tiempos. Ha satisfecho además las nuevas demandas democráticas.»

Jorge V fue un Rey en su punto. No sobresalió —exacto rey moderno y constitucional— ni tan siquiera en supremacías positivas.

Cuando surgían economías en su país, fue el primer ciudadano que economizó; cuando precisó dinero, regaló 50 mil libras de su haber; cuando faltaba a los suyos en los negros días de la guerra, les dio de su propia fortuna tres millones de libras. Vigilante, magnánimo. Correcto y sobrio. Lo normal para él era la normalidad. Ni más, pero ni menos tampoco.

Ante un Rey así que se va, nosotros comprendemos el dolor del pueblo inglés que siente irse con él una gran parte de sí mismo.

El marino antiguo, el gran viajero, que fue Rey a los cuarenta y cinco años, había aprendido a serlo cara a la vida. Emperador en Delhi, entendía el problema de la India y la amaba como carne y sostén de su imperio. De un imperio que rezuma puras esencias democráticas y milenarios ecos de stirpes sacra y cesárea. Y ese maravilloso pueblo inglés le llora hoy porque sabe a quien pierde; porque «the King» respondió cuando él lo necesitaba. Que cuando en Inglaterra los reyes no han respondido, este maravilloso pueblo inglés sabe también cortarles la cabeza.

Madrid

### **139. CRÓNICAS DE LA PRENSA. «El nuevo estilo», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 31 de enero de 1936.**

En cierto modo somos prisioneros del ambiente. Nos arrastra en su corriente, queramos ir o no, en ella. Todo el mundo dice que Eizaguirre tuvo una mala tarde. Nosotros no entendemos una palabra de fútbol, pero si alguien nos dice que Austria jugó bien, contestamos con un grave aire entendidos: «Sí, pero es que Eizaguirre tuvo una mala tarde...»

Tampoco entendemos una palabra de política; pero esto no es por desconocimiento de lo que la política sea; es que esta ciencia se ha complicado mucho en España. Pasan cosas extrañas y cuando se complican estas cuestiones, nosotros, que tenemos una cabeza con exigencias de claridad, terminamos por decir que, efectivamente, o «a este Juan me lo han cambiado», o, decididamente, no entendemos de política. A lo mejor es esto último.

Mas nosotros no hubiéramos querido escribir de política; sin embargo, queramos o no, también le tenemos que buscar su Eizaguirre. ¿De qué vamos a escribir, si no se habla y escribe de otra cosa?

No entendemos bien lo que ocurre. Todos recordarán una figura que la gente alegre ha caricaturizado abultando sus trazos: era la figura del «energúmeno». ¿Quién era el «energúmeno»? Era un hombre despeinado y mal vestido que tenía delante siempre a un señor grueso, de media edad, con un puro en la boca y algún solitario de brillantes en los dedos; este señor era el «burgués». Para el energúmeno, todo lo que no fuera él, era este señor.

La estampa grotesca de esta pareja se ha hecho célebre en el mundo y ha sido el primer grabado elemental que ilustra a las mentes rudimentarias una introducción a la teoría de la lucha de clases.

«¡Ah, los intereses del proletariado! ¡La sangre del pobre! ¡El burgués maldito!», repetía el energúmeno. Y acompañando a estas inocentes expresiones, otras un poco más fuertes, el energúmeno ponía nerviosos a los caballeros y atemorizaba a las señoras.

El energúmeno era estridente, demagógico e insensato.

Más tarde, por extensión, se aplicó a toda ideología que hemos convenido en llamar izquierdista la expresión de energúmena. Esta gente tenía que ser demagógica, exaltada. Por eso, los de enfrente, las derechas, eran los llamados partidos de orden.

Así nos hemos entendido todos y así pensábamos que sería las cosas; pero los hechos de estos días nos confunden, nos oscurecen la cabeza. La prosa sevillana de ese buen don Diego aconseja con frases de gran señor de orden a los que le escuchan: «Vamos a despedirnos con nuestras obligaciones y nuestras esperanzas para comenzar a transitar por los diversos caminos de España. Y os doy un consejo: vigilad vuestras relaciones. Se ataca a la República se derraman procacidades, y ello explicaría reacciones de indignación; pero frente a la procacidad de nuestros enemigos, que esté nuestra serenidad; frente a la epilepsia de un estado espiritual que acusa señales de demencia, la tranquilidad de quienes tienen que cumplir una misión histórica dentro de España. Juego limpio. No lo hagáis de otra clase.»

No entendemos una palabra. Creo que nos han estafado. Que no cumple don Diego con su obligación de energúmeno. Nos dicen que don Diego es fervoroso lector de Séneca; este párrafo es efectivamente de un senequista; pero, ¿de un energúmeno?

Miramos en la calle unos grandes pasquines. Los pasquines son verdes, amarillos, rojos, y está por todo Madrid. La Confederación Española de Derechas Autónomas es la única entidad política que ya hace propaganda de sus ideas. Pero no defiende a sus hombres. Este partido de orden señala en sus pasquines lo que son cada una de las personas que no pertenecen a sus filas. Nosotros, por respeto al lector, no copiamos ningún pasquín.

Decididamente, no entendemos de política.

Madrid.

#### **140. CRÓNICAS DE MADRID. «Primero yo», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 11 de febrero de 1936.**

En todas las épocas que avencinan cambios de circunstancias y de vida, surge siempre la casta de los moralistas que ponen el grito en el cielo protestando de lo que ocurre en su presente histórico. El ¡O tempora, o mores! que dijo Cicerón por el anárquico Catilina, ha sido frase que se ha estereotipado desde entonces. Se trae a cuento lo de la relajación de las costumbres, de la irrespetuosidad de las gentes, etc.; etc. ¿Quién no tolera esto? ¿Quiénes son los que se quejan ahora? ¿Tienen o no tienen razón los moralistas?

Los moralistas no tienen razón cuando las costumbres se innovan con un pleno sentido de la época en que se vive y éstas marchan a tono con esa misma época. A esta clase de moralistas pertenecen los viejos, la gente de generaciones anteriores a la que no manda aún y lucha por ello —los jóvenes— y parte de la generación que manda, o sea, los hombres maduros. Son los del «tiempo pasado fue mejor» que en una época también de crisis —el siglo XV— dijo Jorge Manrique con un profundo sentimiento de su tiempo. «¡Estos jóvenes, Señor, estos muchachos deportistas, estas chicas que salen solas y hasta estudian!»

Nada importa que haya viejos jóvenes y jóvenes viejos. Se reacciona aquí, y es lo que nos importa, en cuanto a generación y no en cuanto individuo. Y en este sentido, estas quejas no pasan de ser lo que son: lamentos de siempre.

Son otras las maneras que ofrecen interés y dan que pensar. Se trata de un estilo que se ha impuesto y que es el natural estilo de la masa, de una colectividad desprovista de un contenido formativo integral. No se trata de un concepto simplista, no crean los mentecatos que se trata de menosprecio de clase, ni de otros tópicos de nuestra hora que están haciendo imposible el diálogo. Se trata simplemente de una ola de



ordinariedad que ha invadido a España —no sé de lo que pase fuera— y que es el índice de la época. La ordinariedad no es privativa de una clase; se da en todas. Se da en los señoritos —quizá donde más está agudizada—, en las muchachas, en los señores, en la finesa, en fin. Hoy al hombre selecto y educado se le llama cursi o tonto. Y estas cosas tienen naturalmente su sentido.

Se nota la invasión en los menores detalles; apenas se pisa la acera. Se amontona la gente en los tranvías para tomarlos «por puños» el más fuerte. Se empuja en la calle al que va delante, sin contemplaciones. El más desagradable y bajo egoísmo domina a una masa enteramente desposeída de una cultura cívica y de una cortesía ciudadana.

Es lógico que con estas maneras, cuando se llega al terreno del interés auténtico o a la política, la mezquindad de una colectividad endiosada y mediocre se desborde torrentera abajo en la más desenfrenada orgía de ordinariedad y suciedad de alma.

Nunca como ahora la misión del educador sería tan eficaz. Estamos en manos de Gobiernos que se habrán preocupado, en el mejor de los casos, de resolver el paro o garantizar el orden, cosas en verdad importantísimas, pero de lo que un Gobierno no se ha ocupado en serio, es de dotar a la vida colectiva de un sentido jerarquizado de lo que sea la dignidad y la conducta moral de un pueblo. Altura y una talla ética e inteligente son calidades que no podemos aspirar de ningún Gobierno a no ser que seamos muy pretenciosos.

Abandonada la masa a su propio ritmo, preocupadas las altas esferas de organizar en grande la gran Compañía Anónima, no es extraño que este nuevo estilo acabe un día por hacerles, a las altas esferas sobre todo, la vida imposible.

No argumentamos quejas de duquesa; tiene la vida actual y las gentes de hoy ventajas apreciables. Pero lo triste, y lo que traerá muy pronto su gravedad consigo, es este vivir sin un contenido moral positivo, en una palabra; entendiéndolo por cortesía algo más amplio y sincero que reverencias de salón que para nada nos importan. Es una conciencia y una ética. Es un gesto cordial lo que hace falta. Y no dejar asfixiar a los que vienen, que son todavía puros, en ese cieno de la ordinariedad que, desnudando al instinto no hace más que gritar: «Primero yo; después yo y simplemente yo.»

#### **141. «Carta abierta a Agustín Espinosa», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 25 de marzo de 1936.**

Mi distinguido amigo: A su atento envío del bello cuaderno, *Sobre el signo de Viera*, respondí con unas líneas que formaron un artículo para este diario; pero se extraviaron en la mar o en cualquiera estación olvidada, quizá porque «estaba escrito» o porque fuera conveniente la pérdida.

Asistí en la conferencia que dio usted en el Círculo de Bellas Artes en 1931, cuando la isla celebraba el centenario de Viera y Clavijo como mejor supo y pudo. Ahora imprime usted aquella lectura de una tarde, en la colección de «Lecturas y Conferencias» que edita la sección de Literatura de nuestro Instituto de Estudios Canarios, con todo cuidado y primor.

El mejor globo que voló en Tenerife por entonces, fue este —*Sobre el signo de Viera*— porque traía una novedad que tuve el cuidado de anotar en *La Gaceta Literaria* de Madrid; usted advirtió sagazmente, comentando afirmaciones sentadas con la natural parcialidad de don Marcelino Menéndez y Pelayo, que Viera frente al mito de la infanta Dácil, tenía que comportarse como se comportó: «El corazón de Viera florecía en Canarias y su intelecto en el reino de lo universal. Bien que sonriese el aislado de sus

supersticiones exóticas, mentiras clericales y fabulerías de la ortodoxia oficiante. Pero ¡del mito *dácilo*, del perenne signo canario, de la égloga de nuestra Nausicaa regional!»

Esto es para mí lo fundamental de su trabajo y lo verdaderamente nuevo: el descubrimiento del sentido poético de Viera, a pesar de que concretamente fuera nuestro «polígrafo» un malísimo poeta. Viera, de gran finura espiritual, intuyó lo que de poético hubiera en nuestra gran «égloga regional» con valor de signo. Fue su gran corazonada... poética. Y ha sido el acierto suyo, Agustín Espinosa. Una de las pocas personas que, por su formación universitaria y responsable, puede hacer en nuestras letras grandes cosas y con sentido. Que ahí, como el campo ha estado siempre desocupado, cada uno ha «campeado» como ha querido: éste ha dicho cosas más para reír que para discutir; aquél atiborrado de lecturas sin control ni responsabilidad, ha hablado de «universales» y de la «interpretación económica» de la literatura; el otro, ha sacado docenas de partidas de bautismo y así anda todo, querido amigo, ¡de la mano de Dios!

Hasta que gente de formación y pulcritud sensible no deshaga el tuerto que se ha inferido a nuestra literatura regional, no se callarán los amanenses. A ver si quiere usted ser, amigo Espinosa, el Quijote de esta gran aventura.

Madrid

**142. «En la muerte de Don José Rodríguez Moure», *La Prensa, Santa Cruz de Tenerife, 3 de abril de 1936.* (*San Borondón, signo de Tenerife, 2001: 91-94. Todos los que están fueron, Tomo II, 2008: 49-51*).**

La gracia isleña de don José de Viera y Clavijo escribía en los días de la Tertulia de Villanueva del Prado un epitafio a la muerte del viejo Vizconde del Buen Paso. A él pertenecen estos versos, que a los treinta y un años escribió el historiador, con una suave melancolía estrangulada por el vientecillo frío del XVIII:

*Perdieron las Canarias con perderlo  
su historia de dos siglos. Ya, paisanos,  
no sabrás el carácter ni los hechos  
de cuantos nuestras islas habitaron.  
Ya no sabrás qué general u obispo  
dijo tal cosa o resolvió tal caso.  
Ya no sabrás qué damas fueron lindas  
ni sabrás quién fue tonto y quien fue sabio.*

Hoy, como hace dos siglos, podemos escribir, con una pequeña alteración, estos versos en la tumba de nuestro cronista lagunero. ¡El viejo Moure se nos ha muerto!

Yo lo recuerdo con emoción devota, cuando iba a su casa diariamente a copiar actas de la Económica, por encargo de don Agustín Millares, mi maestro, hace unos dos años. Y como iba, con su humor típicamente canario, contándome cosas del pasado con una viveza de expresión y ambiente, que me hacía pensar si efectivamente no había conocido y tratado a los principales hombres y damas de los siglos XVII y XVIII. Mi memoria —por tratarse de asuntos que entonces estudiaba— reciente y fresca, corregía la suya muy buena, pero cargaba con tantas y tantas cosas:

—Fíjese, don José, que no se trata del quinto marqués, sino del sexto.

—¡Ah, si señora, es verdad. Del sexto marqués! Bueno, por cierto, que de esa gente ya sabe usted lo que decía un anónimo historiador, que la casa en que vivían tenía una esquina de piedra viva y otra de tosca; después fabricaron el palacio que hoy existe y no es tan antiguo como algunos creen... En cuanto al marquesado, también sabrá

usted que lo compraron. A mí me decía don Fernando, el último, que «la peninsular», como la llamaba a su abuela, los mató; por cierto, que era bastante fea...

*¡Ya no sabrás qué damas fueron lindas  
ni sabrás quien fue tonto y quien fue sabio!*

¡Aquella sencillez con que Moure hablaba de su familia, oriunda de Galicia, de un soldado que en tiempo de la guerra de la Independencia vino a Tenerife! Y el orgullo que mostraba al contarme que su abuelo había hecho con sus manos el techo del templo de San Agustín; la nostalgia de sus mocedades en Sevilla, de estudiante de leyes, cuando sin dinero y con su levitilla salía a la calle, a las calles sevillanas que nunca tenían penas, con sus viejas, muy viejas, que llevaban claveles en el pelo y le hacían reír por sólo este detalle, aun cuando fuera triste.

—¡Usted no sabe lo que era viajar entonces en el ¡África!

La ironía suave de su boca —boca de buen pícaro, plegada por saetazo sano, pero agudo— con que decía una anécdota cualquiera, o me contaba un incidente ocurrido en el Cabildo Catedral, o adjetivaba alguna alta personalidad eclesiástica o política actual de Canarias...

Muchas cosas que me contó confió a la memoria. Pensé escribir algunas; no lo hice, y he olvidado detalles que no logro reconstruir. Hice pacientemente un índice bibliográfico de todas sus obras, que con su ayuda completé. Algún día lo he de publicar. Recientemente ha editado mi Instituto de Estudios Canarios la última, la *Guía de La Laguna*, la ciudad que él tanto amó y que es la ciudad propia para hombres como Rodríguez Moure. Con él se extingue en Tenerife una vieja estirpe tradicional de la que sólo quedaba su figura, señera y evocadora.

*Perdieron las Canarias con perderlo  
su historia de dos siglos.*

Su historia de cuatro siglos, contada con gracia y campechanía isleñas, ha perdido Canarias con este viejo Rodríguez Moure, que se nos ha muerto y que se lleva con él Dios sabe dónde, el estilo de una época, la melancolía de un tiempo definitivamente pasado y del que queda un devocionario íntimo de recuerdos en nuestro corazón.

Este Moure liberal y tan siglo XIX, que asistió a nuestro banquete-festejo del año que cumplía en Tenerife un diario republicano; aquel Moure de ayer, cronista y biógrafo, archivador y bueno, se nos ha muerto. Aquel «don José», que en nuestro corazón será el venerable y respetado Moure de siempre.

Madrid.

**143. BIOGRAFÍAS.** Iscar Peyra, Fernando, «Gabriel y Galán», *El Sol*, Madrid, 17 de junio de 1936.

*ISCAR PEYRA, Fernando: «Gabriel y Galán, poeta de Castilla». Madrid. Espasa-Calpe, 1936. «Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX». Vol. 55. Un vol. En 4.º de 240 páginas.*

Cuando se haga con un criterio fino y bueno la historia literaria del siglo XIX, el que emprenda la faena se ha de ver un poco perplejo para clasificar la poesía de José Gabriel y Galán.

Este poeta de Juegos florales de provincia, ni personal ni poéticamente, vive en la España inquietante de fin de siglo. Ni las preocupaciones de la generación del 98, estremecida por lo que llamaba él «problema español», ni la tentadora sirena del modernismo afectan a su persona y obra. Hombre y poeta señero, Gabriel y Galán, aparte el mérito que pudiera tener su poesía, es el precursor de los castellanistas, de los grandes poetas que van a hacer de Castilla tema constante de sus preocupaciones.

Se hizo moda, afirma Cansinos Assens, ensalzar a este vate campesino, «tan pobre e infantil con su misticismo de labriego y sus arrebatos igualitarios; pero tan moderno, sin embargo, por su sinceridad». A Miguel de Unamuno le pareció bonísima la composición charra «Cristu benditu», una de las que integraban más tarde las *Extremeñas*, y con las que su autor continuaba la tradición regionalista del siglo XIX; a estas poesías las prologa Juan Maragall. El prólogo de *Castellana* lo hace Francisco Villegas («Zeda») de tanto prestigio en Salamanca, y el de *Nuevas castellanas*, Emilia Pardo Bazán.

El padre Cámara —que se erige en protector de Galán—, Muiños, José María de Pereda, Echegaray, mucha gente que entonces «contaba» celebran al poeta rústico y solitario, que se hizo poeta en el campo y leyendo al maestro Luis de León (influencia evidente en «Reposo» y «Mi montaraza»), a Mira de Amescua («Castellana»), etcétera. Algunos han señalado entre sus lecturas a Herrera, Rodrigo Caro, Moratín padre y Núñez de Arce. Habría que añadir a la lista el nombre de Zorrilla, aunque el del autor de «Gritos de combate» no creemos que sea nombre decisivo como fuente en un poeta religioso, devoto y firme en su fe, que no empaña de dudas la poesía, como lo hizo Núñez de Arce.

Con una castiza prosa, informada de soltura y desenfado, ha escrito Fernando Iscar una primorosa biografía de Gabriel y Galán. Iscar ha leído bien la obra del poeta, le conoció siendo él mismo un muchacho, y cuenta en los primeros capítulos del libro la visita que hizo a la hermana de José María, Carlota, cargada hoy de años y de recuerdos de la madre, que también hizo versos...

A una vida sencilla, sin grandes emociones ni circunstancias azarosas, la vida de un hijo de labradores que hace versos, que es maestro de escuela, que consigue el galardón en varios certámenes literarios y la estimación de los suyos, ha tenido Iscar la virtud de inyectar un interés tal, que la lectura de este libro resulta entretenida y útil. El ambiente de Salamanca, las rencillas del claustro universitario —famosas desde el proceso de Fray Luis de León en la maravillosa ciudad— que tuvieron por blanco a Unamuno, las tertulias literarias y políticas, los grupos periodísticos de entonces, el núcleo que dirigía el padre Cámara, están tratados con información y viveza por el autor.

Iscar señala en Galán el aspecto social de su poesía, aspecto que se ha olvidado un tanto, porque no se ha tenido en cuenta en el antiguo maestrillo de escuela sino que era «el poeta católico por antonomasia, y todas las congregaciones piadosas quieren coronar la imagen de su patrono con la fresca guirnalda de aquellos versos fragantes y purísimos». Pero dice Iscar más adelante: «Conviene no olvidar que este poeta, clasificado como de derechas, ya barruntaba —y apetecía— la transformación de los derechos dominicales, pudiéndose encontrar en él, a poco que se escarbe en sus versos y su prosa, el presentimiento de eso que ahora se llama la función social de la propiedad.»

Para hacer una buena biografía de Gabriel y Galán es menester poetizar mucho. Fernando Iscar lo ha hecho, y ha logrado con ello y sus dotes de buen escritor una obra digna y amena.

El libro lleva atinadas y bellas ilustraciones fotográficas.

**144. «El libro que no se ha escrito», *La Prensa, Santa Cruz de Tenerife, 28 de junio de 1936.* (Escrito en Tenerife). (*San Borondón signo de Tenerife*, 2001: 87-90).**

NUESTRO maravilloso Viera, tan vigilante y previsor siempre, podría ayudar al futuro investigador en algo por hacer aún entre nosotros (como tantas cosas); un inventario ordenado y completo de los canarios que en América hayan influido de alguna manera, marcando una señal peculiar, isleña, en el continente occidental.

En ese posible inventario habrían de figurar, en el siglo XVI, los nombres del Padre Anchieta —festejado en Tenerife hace dos años, en ocasión al centenario de su natalicio—, tan interesante por su labor de misionero como por la que él consideraba secundaria, la de gramático y lexicógrafo de la lengua brasileña indígena. Los nombres del canario Severio de Vera, autor de un libro de viajes, soldado en América y sacerdote después, y el franciscano y gramático, Agustín Betencour, llenarían también este siglo.

La ilustre familia de Abreu ejerce en el siglo XVII una influencia diversa. A ella pertenecen el primer Marqués de la Regalía, que en Caracas, Habana, Veracruz, defiende la prerrogativa temporal frente a la Iglesia, y su hermano Domingo Pantaleón, arzobispo de Santo Domingo, preocupado por la enseñanza e instrucción de los indios mexicanos, ambos palmeros. De La Palma también era Francisco Díaz Pimienta, tan bien estudiado por José Pérez Vidal, almirante de Felipe II, que ganó la isla de Santa Catalina a los ingleses. Gomero ilustre fue el notable militar Francisco Dávila Orejón, capitán general de Cuba.

En el siguiente siglo —el Siglo de Oro de Canarias—, se encuentra un nombre de gran influencia canaria en América; nos referimos a la persona del palmero José Fernández Romero, infatigable marino de las aguas atlánticas, merced a cuyas gestiones y trabajos impresos cincuenta familias isleñas pueblan Montevideo, donde todavía se conservan recuerdos, vestigios y apellidos de nuestra semilla étnica.

Destacan también entre los isleños que se distinguieron en América, los nombres de Machado y Fiesco, lagunero, defensor de los intereses canarios en Indias y Secretario del Virrey de México: Miguel Anselmo Abreu, obispo de Oajaca (México), lagunero y sobrino de los anteriores Abreu; el también lagunero, Lorenzo Torre Barrio y Lima, dueño de minas y técnico de su explotación en el Perú, tan elogiado por Feijoo; el poeta y esforzado militar palmero Vinatea y Torres; el canario Miguel Agustín Ramos, virrey de México, y, por último, nuestro lagunero, Antonio Porlier, Marqués de Bajamar, el perito de Justicia por excelencia, en América, primero, y en Madrid, después.

En el siglo pasado y en el presente la tarea se complica al presunto recopilador. No hay un Viera que sea puerto y refugio de navegantes de erudición... Hay que bogar solo o casi solo por ese mar turbulento de nuestro siglo XIX para la ordenación que sea. Por eso, se ha improvisado tanto entre nosotros, cuando se ha intentado escribir algo sobre el siglo pasado y está todavía pululando por ahí, toda una generación de «improvisadores».

Hay una isla antillana que ejerce una atracción profunda en nosotros: Cuba. En el XIX y primeros años del XX, antes de la bancarrota económica de aquel país, las islas nutrieron de gentes a Cuba, y Cuba nos devolvió en pesos constantes y sonantes el esfuerzo de aquellos brazos heroicos que sucumbían trágicamente a veces, bajo la tiranía de un clima tropical y duro. Todavía está por ahí, en las bocas populares —las depositarias de todo lo antiguo— acuñada, una expresión exclamativa «¡La Habana!» como típica de una Jauja mítica y eterna. Por estudiar está y por hacer, un trabajo que no es para «improvisadores», sino para especialistas preparados: la influencia del léxico cubano en Canarias, que es un hecho, pero que ignoramos en qué medida y dimensiones

se ejerció. La filología regional, absolutamente virgen aún, espera todavía a quien se atreva a cultivar su difícil dominio.

¿Iban los canarios a Cuba —de isla a isla— con el mismo sentido que iban los restantes españoles a Indias? ¿Cuál es el exponente de nuestra influencia en América? ¿Por qué canarios y gallegos se aclimatan más que otros pueblos en Cuba? ¿Tienen algo que ver esa cadencia isleña y la saudade gallega que hace a los hombres suaves y a las mujeres dulces, con la brisa lenta de la manigua tropical? No lo sé.

Hay una línea que uniforma idiosincrasias en el fondo distintas, con analogías acaso externas o sin fundamentación posible y seria, pero que no podemos perder de vista frente a unos hechos singulares. Quería plantear aquí un problema de meras sugerencias y aprontar unos datos que pudieran servir para un ensayo inquietante de la influencia doble de América y las Islas.

#### **145. «Cronología y bibliografía de Benito Pérez Galdós», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 10 de mayo de 1943.**

No he querido ser descortés con el Sr. Director de este periódico que me ha pedido atentamente un trabajo sobre bibliografía de Galdós. Pero he estado a punto de negarme a complacerle toda vez que desde esta isla sin elementos de trabajo casi, una labor de esta índole adolece de muchas faltas. Donde menos puede hacerse un trabajo bibliográfico que tenga que contar con publicaciones periódicas; revistas, diarios, etc., es precisamente aquí.

Sin embargo, contando con tales posibilidades y limitaciones, brindo a los lectores aficionados una relación cronológica de obras galdosianas primero, y después una bibliografía de lo que tengo a mano sobre obras y trabajos que traten de Galdós.

Premuras de tiempo, por añadidura, no me han permitido determinar amén de algunos detalles, las fechas en que Galdós estuvo en Canarias, ya consagrado, según afirman Miguel Sarmiento y don Patricio Estévez. Sería interesante detenerse en el porqué de la actitud galdosiana frente a las islas, pero sin «literatura» ni hacer decir o hacer a Galdós lo que algunos se empeñan que hizo o dijo. Cuando ya tenía gran cantidad de papeletas, vi el prólogo y las notas bibliográficas que el señor Sainz de Robles pone al frente de la edición completa que de las obras de Galdós ha hecho Aguilar. Lo he utilizado bastante para fijar fechas, pero he aumentado en lo posible las referencias. Mi trabajo está hecho sin la detención que hubiera deseado y, sin medios, dista mucho de ser exhaustivo.

#### CRONOLOGÍA

1843. Nace en Las Palmas el 10 de mayo. En la calle de Cano.

1862. Le premian en la Exposición Provincial un cuadro al óleo y dos bocetos con un segundo premio y un accésit.

—Acaba el Bachillerato va el colegio de San Agustín el 5 de Septiembre.

—Primer viaje a Madrid. Se matricula en Septiembre en la Facultad de Derecho de la Central.

1863. Vive en Madrid en la calle de las Fuentes, 3. También vive allí Fernando León y Castillo.

1864. El 13 de septiembre embarca en el «Almodóvar» con su antiguo maestro don Teófilo Martínez de Escobar para la Península. En Madrid vive en la calle del Olivo, 3, (Hoy Mesonero y Romanos).

1865. En *La Nación* del 3 de febrero publica su primer artículo sobre revista musical: *Fausto*.

- Presencia con sus paisanos Fernández Ferraz y el Marqués de la Florida, los sucesos de la «Noche de San Daniel».
- Lleva un drama, *La expulsión de los moriscos* [perdido] al actor Catalina y que aún cuando agradó a éste, no se representó.
1886. Ve pasar a los sargentos del cuartel de San Gil cuando los llevan a fusilar.
1867. Con un hermano suyo y un hijo de éste va a París a visitar la Exposición Universal. Allí ve a los emperadores y grandes monarcas europeos.
- Viaja por Suiza. Comienza a escribir *La fontana de oro*. Novela.
1868. Vuelve a París. Visita el sur de Francia y Suiza. Regresa con su familia por Barcelona y embarcados para Las Palmas, les deja en Alicante marchando a Madrid donde presencia la entrada de Serrano y Prim a raíz de la revolución.
- Acaba la carrera de Leyes.
- De periodista va con el séquito de los generales que visitan Zaragoza.
1878. *Marianela*. Novela. Enero.
- E. N.: *Los Apostólicos*. Mayo-Junio. Madrid.
- La familia de León Roch*. Novela. Junio-Diciembre. Madrid
1869. En Madrid pertenece a la redacción de *Las Cortes*.
1870. Colabora en *Revista de España* y publica allí *La Sombra*. Novela.
1871. En la citada revista publica *El Audaz*. Novela. Colabora en *El Debate*. Veranea en Santander y conoce allí al novelista Pereda. En Madrid vive en Serrano, 8.
1873. Comienza los *Episodios Nacionales* con *Trafalgar* que fecha en Enero-Febrero. Madrid.
- E. N.: *La Familia de Carlos IV*. Abril-Mayo. Madrid.
- E. N.: *El 19 de marzo y el 2 de mayo*. Julio. Madrid.
- E. N.: *Bailén*. Octubre-Noviembre.
1874. E. N.: *Napoleón en Chamartín*. Enero.
- E. N.: *Zaragoza*. Marzo-Abril.
- E. N.: *Gerona*. Junio.
- E. N.: *Cádiz*. Septiembre-Octubre.
- E. N.: *Juan Martín el Empecinado*. Diciembre.
1875. E. N.: *La Batalla de los Arapiles*. Febrero-Marzo.
- E. N.: *El Equipaje del rey José*. Junio-julio. (Segunda .serie). Madrid.
- E. N.: *Memorias de un cortesano de 1815*. Octubre. Madrid.
1876. E. N.: *La segunda casaca*. Enero Madrid.
- Doña Perfecta*. Novela. Abril.
- E. N.: *El grande Oriente*. Junio. Madrid.
- E. N.: *7 de julio*. Octubre-Noviembre.
- Empieza a escribir *Gloria*. Novela. Diciembre.
1877. Acaba *Gloria*. Mayo.
- E. N.: *Los cien mil hijos de San Luis*. Febrero. Madrid.
- E. N.: *El terror de 1824*. Octubre. Madrid.
- E. N.: *Un voluntario realista*. Febrero-Marzo. Madrid.
1879. E. N.: «Un faccioso más y algunos frailes menos». Noviembre-Diciembre. Santander.
1881. *La desheredada*. Novela. Enero-Junio. Madrid.
1882. *El amigo Manso*. Novela. Enero-Abril. Madrid.
1883. *El Doctor Centeno*. Marzo. Madrid.
- Viaja por Inglaterra, Alemania e Italia.
1884. *Tormento*. Novela. Enero. Madrid.
- Viaja por Inglaterra e Italia.

- Las de Bringas*. Novela. Noviembre. Madrid.  
 —Empieza *Lo prohibido*. Novela. Noviembre.
1885. Acaba *Lo prohibido*. Marzo.  
 —Viaja por Lisboa y Norte de Portugal en Mayo.
1886. Comienza *Fortunata y Jacinta*. Novela. Enero.  
 —Diputado a Cortes por Guayama (Puerto Rico)  
 —Milita en el partido fusionista (Izquierda monárquica).
1887. Acaba *Fortunata y Jacinta* en junio.  
 —«Celín, Trompiqueillos y Theros». Novela. Noviembre. Madrid.
1888. *Miau*. Novela. Abril. Madrid.  
 —Va a Barcelona a la Exposición Universal, Asiste a una comida de la reina regente y el rey de Suecia.  
 —Viaja por Holanda, Dinamarca e Inglaterra. En Octubre está en Italia.  
 —Empieza *La Incógnita*. Novela. Noviembre. Madrid.
1889. Acaba *La Incógnita* en Febrero.  
 —*Torquemada en la hoguera*. Novela. Febrero. Madrid.  
 —*Realidad*. Novela. Julio. Madrid.
1890. Empieza *Ángel Guerra*. Abril. Madrid.  
 —Es reelegido Diputado a Cortes por Puerto Rico.
1891. Acaba *Ángel Guerra* en Mayo. Santander.
1892. *Tristana*. Novela. Enero. Madrid.  
 —*Realidad*. Teatro. Estreno; 15 de marzo. Madrid.  
 —*La loca de la casa*. Novela. Octubre. Madrid.
1893. *La loca de la casa*. Teatro: 16 de enero. Madrid.  
 —*Gerona*. Teatro. 3 de Febrero. Madrid.  
 —*Torquemada en la Cruz*. Novela. Octubre. Santander.
1894. *Las de San Quintín*. Teatro. 27 de Enero. Madrid.  
 — *Torquemada en el Purgatorio*. Novela. Junio. Santander.  
 —*Los condenados*. Teatro. 11 de Diciembre. Madrid.
1895. *Torquemada y San Pedro*. Novela. Enero - Febrero. Madrid.  
 —*Nazarín*. Novela. Mayo. Santander.  
 —*Halma*. Novela. Octubre. Santander.  
 —*Voluntad*. Teatro. 20 de Diciembre. Madrid.
1896. *Doña Perfecta*. Teatro; 28 de Enero. Madrid.  
 —*La Fiera*. Teatro. 23 de Diciembre.
1897. Ingresa en la Real Academia Española leyendo el discurso: «La Sociedad moderna como elemento novelable» el 7 de Febrero. Le contesta Menéndez Pelayo.  
 —*Misericordia*. Novela. Marzo-Abril. Madrid.  
 —*El Abuelo*. Novela. Agosto-Septiembre. Santander.  
 —Edita sus obras y tiene la administración en Hortaleza, 132. Madrid.
1898. Episodios Nacionales. Comienza la tercera serie con:  
 — *Zumalacárregui*. Abril-Mayo. Madrid.  
 —E. N.: *Mendizábal*. Agosto-Septiembre. Santander. (San Quintín).  
 —E. N.: *De Oñate a la Granja*. Octubre-Noviembre. Santander. Ídem.  
 —Vive ya en casa propia veraniega que un amigo bautiza, «San Quintín».
1899. —E. N.: *Luchana*. Enero-Febrero. Santander. San Quintín.  
 —E. N.: *La campaña del Maestrazgo*. Abril-Mayo. Santander. San Quintín.  
 —E. N.: *La estafeta romántica*. Julio-Agosto. Santander. San Quintín.  
 —E. N.: *Vergara*. Octubre (Santander). Noviembre (Madrid).
1900. —E. N.: *Montes de Oca*. Marzo-Abril. Madrid.



- E. N.: *Los Ayacuchos*. Mayo-Junio. Madrid.
- E. N.: *Bodas reales*, Septiembre-Octubre. Santander.
- Viajes a París en donde su viejo amigo León y Castillo está de Embajador de España.
1901. *Electra*. Teatro. 30 de Enero.  
—*Episodios Nacionales*. Cuarta serie: *Las tormentas del 43*. Marzo-Abril Madrid.  
—Viajes a París.
1902. —E. N.: *Narváez*. Julio-Agosto. Santander. San Quintín.
1903. —E. N.: *Los duendes de la camarilla*. Febrero. Marzo. Madrid.  
—*Mariucha*. Teatro. Barcelona: 16 de julio.  
—E. N.: *La Revolución de julio*. Septiembre. Santander. (Comenzada).
1904. Acaba *La revolución de julio*. Marzo. Madrid.  
—E. N.: *O'Donnell*. Abril-Mayo. Madrid.  
—E.N.: *Aita Tettauen*. Comenzada en Octubre. Madrid.
1905. Acaba *Aita Tettauen*. Enero. Madrid.  
—*El Abuelo*. Teatro: 14 de Febrero. Madrid.  
—*Bárbara*. Teatro. 28 de Mayo. Madrid.  
—E. N.: *Carlos VI en la Rápita*. Abril-Mayo. Madrid.  
—*Cassandra*. Novela. Julio - Septiembre. Santander.  
—*Amor y Ciencia*. Teatro: 7 de Noviembre. Madrid.
1906. —E. N.: *La vuelta al mando en la «Numancia»*. Enero-Febrero. Madrid.  
—E. N.: *Prim*. Julio (Santander), Octubre (Madrid)  
—*Memoranda*. Artículos y cuentos.  
—Ingresa en el Partido Republicano.
1907. —E. N.: *La de los tristes destinos*. Enero-Mayo. Madrid.  
—E. N.: *España sin rey*. Comienza en octubre con esta obra la Quinta serie de los Episodios Nacionales.
1908. Termina *España sin rey*. Enero.  
—*Pedro Minio*. Teatro: 15 de Diciembre. Madrid.
1909. —E. N.: *España trágica*. Marzo. Madrid.  
—*El Caballero encantado*. Novela. Julio (Santander). Diciembre (Madrid).
- 1910.—E. N.: *Amadeo I*. Agosto-octubre. Madrid.
1911. —E. N.: *La primera República*. Febrero-Abril. Madrid.  
—E. N.: *De Cartago a Sagunto*. Agosto (Madrid). Noviembre (Santander).  
—Por esta época vive en Madrid en la calle de Alberto Aguilera. Se ignora desde cuándo. Antes ha vivido en Plaza de Colón, 1, y en la Plaza del 2 de Mayo sin que podamos precisar de momento en qué años.
1912. —E. N.: *Cánovas*. Marzo (Madrid) y Agosto (Santander).
1913. —*Celia en los infiernos*. Teatro. 9 de Diciembre. Madrid.
1914. —*Alcestes*. Teatro. 21 de Abril. Madrid.
1915. —*La razón de la sin razón*. Madrid. Primavera.  
—*Sor Simona*. Teatro: 1 de Diciembre.
1916. *El tacaño Salomón*. Teatro: 2 de Febrero. Madrid.
1818. *Santa Juana de Castilla*. Teatro: 8 de Mayo. Madrid.
1919. El 22 de Agosto sale por última vez a la calle.
1920. Muere el 4 de Enero a las tres y media de la madrugada en el hotel que en la calle Hilarión de Eslava había fabricado su sobrino José Hurtado de Mendoza.

1921. *Antón Caballero*. Teatro: 16 de Diciembre. Arreglo póstumo de los Quintero de la obra que Galdós empezó con el título de *Los bandidos*. —Según el señor Sainz de Robles dejó inédita una obra teatral titulada: *Un joven de provecho*. (Comedia).

#### OTRAS OBRAS

—*La casa de Shakespeare*. (Contiene además; *Portugal* y *De vuelta de Italia*. *Crónicas de viajes*. Editadas por Antonio López. Barcelona, número 51 de la colección «Diamante». S. A. (¿1890?).

—El escritor americano Alberto Ghirardo publicó bajo la colección *Obras inéditas de Galdós*, 10 volúmenes compuestos de la obra galdosiana dispersa en periódicos, revistas, etc., y con estos títulos:

—I. *Fisonomías sociales*. 1923.

—II. *Arte y Crítica*. 1923.

—III. *Política Española*. (Tomo I). 1923.

—IV. *Política Española*. (Tomo II). 1923.

—V. *Nuestro teatro*. 1923.

—VI. *Cronicón* (1883-1886).

—VII. *Cronicón*. (1886-1890).

—VIII. *Toledo. Su historia y su leyenda*. 1827.

—IX. *Viajes y fantasías*. 1929.

—X. *Memorias*. 1930.

Los nueve primeros volúmenes están editados por «Renacimiento». Madrid. El último en la C. I. A. P. Madrid. Se anunciaba en prensa además:

—XL. *La novela en el tranvía y otras páginas*.

—XII. *Crónica de Madrid*.

—XIII. *Epistolario*.

*Crónica de Madrid*, apareció en 1933. Madrid. Sospecho que los referidos volúmenes XI y XIII se editarían también, pero ignoro si es así y el año.

En la Editorial Hespérides de Santa Cruz de Tenerife ha aparecido en 1940 un tomito titulado *Galdós y Canarias*. Se recogen aquí sin citar procedencia artículos de Miguel Sarmiento (1919), y junto a otros de menos interés se recogen las palabras que dijo Galdós ante sus paisanos que le homenajearon en Madrid en 1900, etc.

En la misma Editorial Hespérides y en el tomito titulado *Voces y frases usuales en Canarias, entresacadas de la obra de don Elías Zerolo, Legajo de varios*, se inserta un vocabulario de voces canarias recogidas por Galdós según se asegura allí. Parece ser que figura entre los documentos pertenecientes a Don Benito y que su familia legó a *El Museo Canario*, según afirma la referida Editorial.

#### BIBLIOGRAFÍA DE OBRAS REFERENTES A GALDÓS

Distribuiré esta bibliografía en cuatro apartados.

A) OBRAS DE AUTORES NACIONALES O EXTRANJEROS QUE TRATEN EN TOTALIDAD O EN PARTE DE GALDÓS. LIBROS O FOLLETOS. (Ordeno según antigüedad en las fechas):

1. Manuel DE LA REVILLA: *Galdós*. (Obras. Madrid. 1883).

2. Agustín MILLARES CUBAS: *Estudio biográfico de Galdós*. Discurso Las Palmas. 1886.

3. P. MUÑOZ PEÑA: *Juicio crítico de Fortunata y Jacinta*. Valladolid. 1888.

4. *Homenaje a Galdós*. Entre canarios. 1900. (Recogido en el aludido volumen de la Editorial Hespérides.)

5. José CUÉLLAR: *Dioses caídos* (Clarín, Pardo Bazán. Galdós). Madrid. 1885.

6. MENÉNDEZ PELAYO: *Discurso de contestación al de ingreso de Galdós en la R. Academia Española*. Madrid. 1887
7. Emilia FARDO BAZÁN: *Nuevo teatro crítico*. Madrid. (1H93-1902).
8. *Don Benito Pérez Galdós considerado como novelista*. (Estudios de Crítica literaria). Madrid. 1908.
9. Andrés GONZÁLEZ BLANCO: *Historia de la novela en España durante el siglo XIX*. Madrid. 1909.
10. LEOPOLDO ALAS (Clarín): *Galdós*. Obras completas. Tomo T. Madrid. 1912.
11. AZORÍN: *Lecturas españolas*. 1912
12. L. Antón DE OLMET y A. GARCÍA CARRAFFA: *Galdós*. Madrid. 1912.
13. Luis RUÍZ CONTRERAS: *Memorias de un desmemoriado*. Madrid. 1917.
14. Eduardo GÓMEZ DE BAQUERO: *Novelas y Novelistas*. Madrid. 1918.
15. Andrés GONZÁLEZ BLANCO: *Galdós*, Madrid. 1918.
16. Julio CEJADOR: *Benito Pérez Galdós. El hombre. El Escritor*. Madrid. 1918.
17. Julio CASARES: *Crítica efímera*. Tomo II. Madrid. 1919.
18. Rafael DE MESA: *Don Benito Pérez Galdós. Su familia. Sus mocedades. Su senectud*. Madrid. 1920.
19. José ORTEGA MUNILLA: *Los viejos maestros: Galdós*. Barcelona. 1920.
20. E. GÓMEZ DE BAQUERO (Andrenio): *Unamuno y Galdós*. Barcelona. 1920.
21. Antonio GÓMEZ RESTREPO: *Don Benito Pérez Galdós*. Bogotá. Colombia. 1920.
22. P. GRACIANO MARTÍNEZ: *De paso por las bellas letras*. Madrid. 1921.
23. J. B. TREND: *Pérez Galdós and the Generation of 1898 en A picture of Modern Spain*. Boston-Nueva York. 1921.
24. A. ALARCÓN CAPILLA: *Galdós y su obra*. Conferencia. Madrid. 1922.
25. G. DENDARIENA: *Galdós. Su genio, su espiritualidad, su grandeza*. Madrid. 1922.
26. AZORÍN: *El Paisaje de España visto por los españoles*. (Apéndice). 1923.
27. R. PÉREZ DE AYALA: *Las Máscaras*. Tomo I. Madrid. 1924.
28. Salvador DE MADARIAGA: *Semblanzas literarias Contemporáneas: Benito Pérez Galdós*. Madrid. 1924.
29. E. GÓMEZ DE BAQUERO: *El Renacimiento de la novela en el siglo XIX*. Madrid. 1924.
30. Roberto CASTROVIDO: *Figuras de la Raza: Galdós*. Madrid. 1927.
31. S. SCATORI: *La Idea religiosa en la obra de Benito Pérez Galdós*. Toulouse-París. 1927.
32. L. B. WALTON: *Pérez Galdós and the Spanish novel of the nineteenth Century*. London. 1927.
33. J. WARAHA: *Introducción a «La loca de la casa»*. Nueva York. 1929.
34. N. ALONSO CORTÉS: *Precursores de Galdós en Quevedo en el teatro y otras cosas*. Valladolid. 1930.
35. José María SALAVERRÍA: *Nuevos retratos. Pérez Galdós*. Madrid. 1930.
36. F. VÁZQUEZ MALDONADO: *Pareceres*. Almería. Tip. Diario de Almería. 1930. (Sobre el teatro galdosiano).
37. C. E. ARROYO: *Galdós*. Sociedad General Española de Librería. Madrid. 1930.
38. Federico DE ONÍS: *El españolismo de Galdós, en Ensayos sobre el sentido de la cultura española*. Pub. de la Residencia de Estudiantes. Madrid. 1930.
39. Ángel DEL RÍO: *Introducción y notas a Torquemada en la hoguera*. Instituto de las Españas. Nueva York. 1932.

40. *Galdós y su historia de España*. Discurso leído coa motivo al XIII aniversario de su muerte. Madrid. 1933.
41. C. VÁZQUEZ ARJONA: Introducción al estudio de la primera serie de los *Episodios Nacionales* de Galdós. Publicación de of the Modern Language Association of America. Baltimore. XVLVIII. 1933.
42. E. S. GAMERO DE LA IGLESIA: *Galdós y su obra*. Los Episodios Nacionales. Edit. Yagües. Madrid. 1933.
43. J. A. BALSEIRO: *Novelistas españoles modernos*. Nueva York. 1933.
44. César BARJA: *Libros y Autores modernos*. University of California at Los Angeles. Los Ángeles. 1933.
45. Juan DOMENECH: Biblioteca Pérez Galdós. *Apología de España inmortal*. Buenos Aires. 1934. (Se trata de un corto folleto de 8 págs.)
46. José Luis SÁNCHEZ TRINCADO: *Galdós*. Edit. Yagües. Madrid. 1934.
47. Rafael GARCÍA Y GARCÍA DE CASTRO: *Los intelectuales y la Iglesia*. Madrid. 1934.
48. Xavier VOVEDA: *Galdós*, en *Tertulias Literarias*. Buenos Aires. 1934.
49. José-M. DE COSSÍO: *La obra literaria de Pereda* (Sobre los debates acerca de *Gloria* en relación con Pereda). Santander. 1934.
50. Emilio G. GAMERO DE LA IGLESIA: *Galdós y su obra. II*. Las Novelas. Imp. Ruiz. Madrid. 1935.
51. Emilio G. GAMERO DE LA IGLESIA: *Galdós y su obra. III*. El Teatro. Espasa-Calpe. Madrid. 1936.
52. Gregorio MARAÑÓN: *Elogio y nostalgia de Toledo*. (Sobre las estancias de Galdós en Toledo con su sobrino Hurtado de Mendoza y el pintor Arredondo, etc.) Madrid. 1941.
53. Emilia PARDO BAZÁN: *Polémicas y estudios literarios*. Sin poder precisar de momento la fecha.
54. E. DIEZ CAÑEDO: *Conversaciones literarias*. Ídem.

B) TRABAJOS EN REVISTAS ESPAÑOLAS Y DE AMÉRICA ESPAÑOLA.

55. Francisco NAVARRO LEDESMA: «Apuntes para un estudio de Galdós». *Nuestro tiempo*. Madrid. 1901.
58. E. COTARELO: «Catálogo sincrónico de las obras de Benito Pérez Galdós». *Boletín de la Real Academia de la Lengua*. 1920. (Trabajo que no me ha sido posible consultar).
57. Antonio MAURA: «Don Benito Pérez Galdós». *Boletín de la R. Academia de la Lengua*. Abril. 1920.
58. A. ESPINA: «Notas. Libro» de otro tiempo Galdós.» Matheu. *Revista de Occidente*. 1923.
59. E. GÓMEZ DE BAQUERO: «Fichas inéditas y varios artículos sobre sus trabajos de crítica Literaria». (Fichas sobre personajes galdosianos). *La Gaceta Literaria*. Núm. 76. Madrid. 1930.
60. H. CHONON H. BERKOWITZ: «La Biblioteca de Benito Pérez Galdós. Catálogo razonado precedido de un estudio preliminar». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. XIV. Santander. 1932.
61. Tomás MORALES: «Ofrenda emocionada a D. Benito Pérez Galdós. Fragmento de una poesía». *Blanco y Negro*. 10 Diciembre. Madrid. 1933. (La aludida editorial Hespérides de Santa Cruz la inserta en su volumen *Galdós y Canarias*.)

62. José GAVIRA: «Algo sobre Galdós y su topografía madrileña». *Revista de la Biblioteca, Archivos y Museos del Ayuntamiento de Madrid*. X. 1933.
63. Burgos LECEA: «Pérez Galdós: ante el décimo tercer aniversario de su muerte». *Frente Literario*. Núm.1. Madrid. 5-1-1934.
64. José Manuel CAMACHO PADILLA: «Censo de los personajes que intervienen en la obra Marianela, de Benito Pérez Galdós». *Boletín de la Academia de Ciencias. Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba*. Enero-Marzo. 1934.
65. J. M. CAMACHO: «Marianela». *Boletín de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Artes Nobles de Córdoba*. 1934.
66. Juan DOMENECH: «Biblioteca Pérez Galdós. Apología de España Inmortal». *El Diario Español*. 12-10-1934. Se trata de la publicación del Folleto registrado con el núm. 45.
67. J. PÉREZ VIDAL: «Los canarios y la noche de San Daniel». *El Museo Canario*. Núm. Septiembre-Diciembre de 1935.
68. Juan DOMENECH: «Benito Pérez Galdós, novelista, dramaturgo, pensador y moralista en el décimo aniversario de su muerte». *Canarias*. Buenos Aires núm. 284. Enero 1935.
69. «Homenaje a la memoria de don Benito Pérez Galdós. Acto Académico realizado en la Asociación Patriótica Española». *Revista de la Asociación Patriótica Española* de Buenos Aires. Año VIII. Febrero de 1935.
70. H. CHONON BERKOWITZ: «Los juveniles destellos de Benito Pérez Galdós». *El Museo Canario*. Núm. De Enero-Abril de 1936. (Interesante trabajo acerca de los juveniles trabajos de Galdós y la publicación de algunos).
71. C. MUÑOZ SAINZ: «Realismo galdosiano». *Ciudad de Dios*. XXI y XXII. Sin poder aquí determinar el año.
72. E. GÓMEZ DE BAQUERO: «Los episodios nacionales». *Cultura Española*. X. Ídem.
73. Agustín MILLARES CUBAS: «Recuerdos de Galdós en Las Palmas». *La Lectura* Núm. 228. Madrid. Ídem.

C) TRABAJOS PUBLICADOS EN REVISTAS EXTRANJERAS.

74. L. LANDE: Le roman patriotique en Espagne: Los *Episodios Nacionales* de Pérez Galdós». *Revue deux Mondes*. 15 abril. 1876.
75. Boris TANNEMBERG: «Benito Pérez Galdós». *Bulletin hispanique*. 1900.
76. E. MARTINECHE: «El Teatro de Pérez Galdós». *Revue deux Mondes*. 15 abril. 1906.
77. Havelock ELLIS: «Electra and the Progressive Movement in Spain». *The Critic*. 1906.
78. M. BATAILLON: «Les sources historiques de Zaragoza». *Bulletin hispanique*. 1921.
79. Hayward KENISTON: «Galdós, Interpreter of Life». *Hispania*. 1920.
80. J. SERRAILH: «Quelques sources du Cádiz de Galdós». *Bulletin hispanique*. 1921.
81. B. BOUSSAGOL: «Sources et composition du Zuamalarregui de Benito Pérez Galdós». *Bulletin hispanique*. 1924.
82. Arthur L. OWEN: «The Torquemada of Galdós». *Hispania*. 1924.
83. C. VÁZQUEZ ARJONA: «Cotejo histórico de cinco Episodios Nacionales» (Trafalgar, La corte de Carlos IV, Zaragoza, Gerona, Cádiz). *Revue Hispanique*. 1925.

84. Chenon H. BERKOWITZ: «Galdós and Mesonero Romanos». *The Romanic Review*. Nueva York. 1932.
85. F. M. KERCHEVILLE: «Galdós ante the new Humanism». *The Modern Language Journal*. Menashe. Wisconsin. 1932.
86. G. PORTNOFF: «The Influence of Tolstoy's *Ana Karenina* en Galdós *Realidad*». *Hispania*. California. 1932.
87. C. VÁZQUEZ ARJONA: «Un Episodio Nacional de Benito Pérez Galdós. El 19 de marzo y 2 de mayo». (Cotejo histórico). *Bulletin Spanish Studies*. Liverpool. 1932.
88. H. CHONON BERKOWITZ: «Gleaning from Galdós Correspondence». *Hispania*. California. 1933.
89. L. B. WALTON: «Pérez Galdós: A. Review and Rephy». *Bulletin of Spanish Studies*. Liverpool. 1933.
90. J. WARSHAW: «Galdós Indebjouthful writings of Pérez Galdós». California. 1933.
91. H. CHONON BERKOWITZ: «Thejouthfulritings of Pérez Galdós». Reimpresión de *Hispanic Review*: Vol. I. Núm. 2. Abril. 1933.
92. C. VÁZQUEZ ARJONA: «Sobre Gamero de la Iglesia: Galdós y su obra I. *Los Episodios Nacionales*. *Hispanic Review*. Philadelphia. II. 1934
93. H. CHONON BERKOWITZ: «Galdós literary Apprenticeship». *Hispanic Review*. Philadelphia. III. 1936.
94. Juan D. FITZ-GERALD: «Doña Perfecta». *Moder L. Notes*. XXI. Sin poder determinar de momento la fecha.
95. «Pérez Galdós». Artículo en *Le Correspondant*. CXXXII. Ídem.

D) TRABAJOS APARECIDOS EN DIARIOS ESPAÑOLES.

96. ARUNCI: «Quien mal hace, bien no espere... Ensayo dramático en un acto y en verso original de un estudiante llamado Benito Pérez Galdós. Año 1861». *El Globo*. Madrid. Del 27 de enero de 1894.
97. Francisco MORALES AGUILAR: «Gloria en Las Palmas». (Sobre la adolescencia de Galdós). *Diario de Las Palmas*. 9 de febrero de 1894.
98. Francisco INGLOTT: «Benito Pérez: Recuerdos». *Diario de Las Palmas*. 9 de febrero de 1894.
99. «El primer drama de Galdós». *El Noticiero Universal*. Barcelona. 4 de enero de 1920.
100. Miguel SARMIENTO: «Pérez Galdós: Recuerdos de su vida». *Diario de Las Palmas*. 5 de enero de 1920.
101. E. RAMÍREZ ÁNGEL «Pérez Galdós íntimo. Los últimos años del maestro». *ABC*. Madrid. 7 de enero de 1923.
102. Luis BELLO: «Aniversario de Galdós. Diálogo Antiguo». *El Sol*. Enero de 1928.
103. Salvador DE MADARIAGA: «Revisión de Galdós». *El Sol*. 7 de julio de 1928.
104. Alberto GHIRALDO: «Las Memorias de Galdós». Años de Juventud. Años de madurez. *El Sol*. 24 y 26 de Diciembre de 1929. (Se trata del prólogo a las *Memorias* de Galdós. Volumen X, de las Obras inéditas citadas.
105. E. DÍEZ CANEDO: «Realidad, de Galdós» (En el Fontalba). *El Sol*. 9 de enero de 1931.
106. Javier DE IZARO: «Para una nueva edición de Galdós». *El Sol*. 18 de mayo de 1932.

107. Eduardo CARRASCO GALLEGRO: «Galdós educador». *La Crónica*. Las Palmas. 19 de mayo de 1932.
108. «El culto del pueblo a los grandes artistas». El Dr. Marañón prepara un libro sobre la vida de Galdós. *Diario de Las Palmas*. 17 de febrero de 1933.
109. Luis DE HOYOS SAINZ: «El espíritu geográfico en Galdós». *Luz*. Madrid. 14 de febrero de 1933.
110. Luis DORESTE: «Pensando en Galdós». Aniversario. *Hoy*. Las Palmas. 4 de enero de 1934.
111. A. HERNÁNDEZ CATA: «El censo galdosiano». *Ahora*. Madrid. 30 de 1934.
112. Ángel LÁZARO. «Apuntes. Fortunata en la calle». *La Voz*. Madrid. 27 de Septiembre de 1934.
113. Enrique DIEZ CANEDO: «Encuentros con Benito Pérez Galdós». *El Sol*. Madrid. 19 de octubre de 1934.
114. «Don Benito Pérez Galdós». *Heraldo de Madrid*. Madrid. 4 de enero de 1935.
115. «Aniversario decimoquinto de la muerte de Pérez Galdós». *El Sol*. Madrid. 4 de enero de 1935.
116. «El más adecuado homenaje a Galdós. La Iniciación del censo galdosiano y la necesidad de ediciones populares de sus obras». *El Sol*. 5 de enero de 1935.
117. «Los Sellos: Galdós y un olvido triste». *La Voz*. Madrid. 23 de enero de 1935.
118. E. DIEZ CANEDO: «En el *María Guerrero: La Fiera* de Galdós, representada por el Teatro de Escuela de Arte». *La Voz*. Madrid. 23 de enero de 1935.
119. «Sobre Emilio O. Gamero y de la Iglesia: Galdós y su obra. II. Las Novelas». *El Sol*. 19 de Marzo de 1935.
120. ARACELI: «El aniversario de hoy. De la obra cumbre de Galdós, la figura más alta». *Hoy*. Las Palmas. 10 de mayo de 1935.
121. José ALSINA: «Galdós olvidado». *ABC*. Madrid. 10 de julio de 1935.
122. Xesús NIETO PENA: «La villa de Alto Miranda. El peligro de que la Casa Museo de Galdós sea adquirida por extranjeros». *Diario de Madrid*. Madrid, 10 de Septiembre de 1935.
123. A. E.: G. GAMERO Y DE LA IGLESIA: «Galdós y su obra: Tomo III. El Teatro.

Nota crítica.» *El Sol*. Madrid. 15 de febrero de 1936.

Repito que no se trata de un registro exhaustivo y tratándose de publicaciones diarias me he limitado casi a ordenar mi fichero de recortes de Prensa.

Finalmente doy la nota de la última obra que recoge la producción galdosiana: *Obras completas*. Introducción, biografía, bibliografía, notas y censo de personajes galdosianos por Federico Carlos SAINZ DE ROBLES. Madrid. Aguilar. Seis volúmenes en piel, 1941 y 1942. —M. R. A. Tenerife, Marzo de 1943.

NOTA: a continuación añadimos un listado que aparece en *Todos los que está fueron*. Tomo I: «Añadidas por la autora en un folio mecanografiado, las siguientes anotaciones»

124. Natalio RIVAS: «Recuerdos íntimos de Pérez Galdós. (De los apuntes para mis memorias». En *El Museo Canario*, nº 13, enero-marzo de 1945.
125. José MONTERO ALONSO: «Ante el próximo centenario galdosiano. La amistad fraternal de Pereda y Galdós (Amena crónica sobre la amistad de ambos novelistas)». En *El Día* del 16 de febrero de 1943.

126. José María TELLADA: «La biografía en los *Episodios Nacionales*». En *El Día* del 25 de marzo de 1943.
127. Joaquín ENTRAMBASAGUAS: «Ante un centenario. El Madrid del año 90 en una novela de Galdós». (Se trata de *Misericordia*). En *El Día* del 2 de abril de 1943.
128. J. BATISTA ROJAS: «Por Galdós y por Canarias». En *La Tarde* del 16 de abril de 1943.
129. Luis DIEGO CUSCOY: «Del diario de un soldado a los *Episodios Nacionales*». En *El Día* del 15 de abril de 1943.
130. Álvaro MARTÍN DÍAZ: «Lo que me enseñó don Benito...». En *La Tarde* del 16 de abril de 1943.
131. José MONTERO ALONSO: «Lo nacional de don Benito Pérez Galdós». En *La Tarde* del 27 de abril de 1943.
132. Marqués de ALCIALCÁZAR: «Cómo vi a Galdós». En *Falange* de Las Palmas del 10 de mayo de 1943.
133. Francisco GONZÁLEZ DÍAZ: «Galdós: su visita a Gran Canaria». En *Falange* del 10 de mayo de 1943.
134. Agustín MIRANDA: «El madrileñismo de Pérez Galdós». En *Falange* del 10 de mayo de 1943.
135. Rafael O'SHANAHAN y B. DE LAGUNA: «Notas sobre Galdós». En *Falange* del 10 de mayo de 1943.
136. Rafael GARCÍA SERRANO: «*Episodios Nacionales* o la historia de la ocasión perdida». En *La Tarde* del 19 de julio de 1943.

*Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 10 de mayo de 1943.

#### **146. «El paisaje de Gran Canaria» *Isla*, N.º 2, Las Palmas de Gran Canaria, 1945.**

*La inteligente profesora de La Laguna, María Rosa Alonso, ha dirigido al Director de esta revista la carta que reproducimos. En ella, la infatigable investigadora de nuestras letras, ha trazado una bella y exacta semblanza de las dos islas capitales, que por considerarla antológica, ofrecemos gustosamente a nuestros lectores.*

Mi buen amigo: Cuando llegué de ahí en viaje de vuelta al muelle de Santa Cruz, en un clarísimo y diáfano amanecer de los primeros días del mes pasado, se dibujaba recortado, extenso y agreste el perfil occidental de su isla de Gran Canaria, desde un fondo rojizo que la luz del sol naciente proyectaba sobre aquel esquema un poco gris plata que emergía bellamente del horizonte. Repicó aquella imagen recortada de la isla en mi corazón y una visión física potenció en mi alma una espiritual vivencia sentimental. Y fue aquella imagen de un esquema isleño, visto desde la base de estas montañas de Anaga —nuestras geológicas amazonas del Atlántico— el broche que puso colofón al amor que por esa tierra de Gran Canaria he cobrado. Un refrendo me lo ha venido a avivar la lectura de la revista *Isla* por Vd. dirigida y por Vd. a mí enviada.

Las hermosas fotografías que avalan tan interesante publicación, en la que se destaca la hermosa perla del artículo del muerto y representativo «Fray Lesco» y luego, el interesante trabajo de Velázquez y el ingenioso del admirable y admirado Simón Benítez —por no destacar ahora sino los que a paisaje atañen— ha reavivado mi directa impresión del paisaje de Gran Canaria. En grata compañía vi algunos trozos de paisaje oriental de su isla y una oportuna avería en una goma del coche me permitió poner pie en la tierra, ante el sentimiento de Matías Vega —poco andariego— y establecer



unamunescamente un contacto físico. Aquella extraña geología, en virtud de la cual la montaña detiene a cada paso la mirada, condiciona un paisaje a base de fragmentos, un paisaje parcial y sobrecogedor que apretaba mi alma, acostumbrada a corretear por los costados amables de esta isla de Tenerife. Mientras la Nivaria con su gran seno único — como en bella metáfora vio Gerardo de Diego a nuestro Teide— tiene las montañas en segundo término, formando el espinazo medial que divide en dos regiones tan distintas —y en cierto modo opuestas— a la Isla: el florido y bonniniano norte, cuyo paisaje ha ido fabricando el hombre con el respunte de la platanera y los geranios, y el seco y mantíngonzalesco sur, en donde Dios plantó tabaibas y cardones por millares, la isla de Gran Canaria —tan cercana y distinta— aglutina sus huesos geológicos aquí y allí, aunque parece ser que hacia el sur propiamente dicho —que desconozco— tiende su delantal a las aguas marinas, y, como en nuestro sur, también respunta el cardón su tejido volcánico.

Ese agreste paisaje de la isla redonda quizá potencie un alma imporosa y ensimismada en el hombre interior en contraposición al de la Ciudad de Las Palmas, la que es, en cambio, una llana sonrisa, abierta y larga, tendida al mundo. Mientras la línea de Santa Cruz es de latitud, la de Las Palmas es de longitud. Santa Cruz va de abajo a arriba y tiene sus cochambrosos y encantadores —para mí— rincones de sabor progresista a lo diecinueve, a lo «Gabinete Instructivo»; no tiene señorío ni alcurnia y es hija positivista del 1850. Las Palmas es clara y ceremoniosa; tiene el prestigio señero de ese aristocrático Vegueta —vencido socialmente, la verdad, por lo que Triana significa— pero que conserva la solemnidad grave del Santo Oficio, suavizada con la clara sonrisa del Obispo Verdugo o con la vieja mueca del Abate Viera. Santa Cruz al transformarse puede tirar al suelo sus viejos rincones —como lo hace— y sólo derriba unos modestos muros que se llevan tras ellos la historia local de un pueblo marino del siglo XIX, pero no cometen los ediles ninguna herejía artística; ese barrio de la Vegueta, en cambio, es intocable. Se ha parado allí el tiempo, junto a la fuente del Espíritu Santo donde —anécdota que debo al gran cicerone, Néstor Álamo— cubrieron el surtidor «para que el agua no se mojara...»

Esa extraña inadecuación entre el paisaje agreste y sobrecogedor —para los que no somos consustanciales con él— y la abierta Ciudad, explica el que Gran Canaria sea una isla donde la idiosincrasia regional, canaria, se conserve bastante y se muestre también a lo Unamuno, «isloteña» e imporosa para lo exterior; su Ciudad, por el contrario, nos muestra un moderno vivir un tanto «americano»; un sentido del confort en el hogar que no se aprecia entre nosotros —menos conservadores— y un ornato grande en la indumentaria que no sé si traduce un mayor bienestar económico o a veces una extraña desmesura, hija —en ciertas gentes— de la falta de un contenido espiritual. Por eso la gente (no las selectas personas con quienes conviví) me produjeron la impresión —acaso prematura y no cabal— de conservadores sí, pero desmesurados; hogareños, pero pomposos formalmente. ¿Sugestión de «turista»? Es lo probable.

Tenemos los isleños de estos «peñascos» el inconveniente de que, cuando pensamos sobre otra isla, nos vemos acusados de parcialismo. No hay quien menos sienta el localismo que yo y ya sabe Vd. que mi bautismo periodístico de sangre me costó un día —ya lejano— sostener una actitud clara respecto al pleito «provincial»; así que todo cuanto le escribo está racionalmente pensado y no sentido; por eso me hacía gracia que ustedes vieran en mí, «chicharrerismo» cuando al centrar las generaciones literarias del XIX, daba una fecha anterior para el grupo de Tenerife que para el de Las Palmas... ¡Qué culpa tengo yo, queridos amigos, que la Historia tenga esos caprichos! En cambio, Vd. mismo no quiso incluso valorar mi postura ante el falseamiento de Cairasco respecto a la Conquista de las Islas. De ningún alma tinerfeña ha salido todavía

una comprensión y una claridad de conducta como de la mía para enjuiciar nuestros valores regionales —mejor o peor hecho, que eso lo dirán los demás y no yo— pero con un honrado criterio de imparcialidad que hasta ahora no he visto usado entre nosotros.

Pero volvamos al paisaje. La disparidad de esas moles de tierra que cerraban mi vista, con este amable y fácil costado del norte nivario, que es el paisaje que ha ornamentado el alma de mi juventud, me hizo pensar en que tales desigualdades pueden dar gentes que no se entiendan bien y aunque eso del hombre en función del paisaje es un fetichismo heredado de Taine, en nosotros actúa con gran sugestión. Por lo que me han contado de La Gomera, esta isla es una Gran Canaria pequeña pero con agua; allí también sobrecogen las montañas y de allí salió aquel mozo isloteño que soñaba con el reino del infinito, según nos contó D. Miguel en aquel memorable prólogo que ha sido para nosotros, los canarios, nuestra epístola de San Pablo.

Todo esto me lo ha suscitado esta tarde gris lagunera, a mi vuelta de la Facultad, la lectura de *Isla*. Ha descansado mi agobiada vida con este gráfico paréntesis que su amabilidad me ha brindado y el recuerdo de la querida isla de Gran Canaria, que también siento mía, se ha ahondado más en los recintos de la intimidad, allí donde se rumian las tres o cuatro cosas más nobles que tenemos los mortales. Y para Vd., que indirectamente ha removido tales aguas, vaya la expresión de mi respuesta a semejante conjuro.

Muchas gracias por la revista, mil aciertos en ella y enhorabuena. Reciba el más cordial saludo de su amiga.

NOTA: El texto aparece acompañado de varias fotografías, con los pies de páginas siguientes:

Pág. 1, a: «Un paisaje a base de fragmentos», define María Rosa Alonso. He aquí una bella ejemplarización de su imagen en un rincón de las altas estribaciones centrales de la isla.» (Foto Uatmitjana)

b: «Pero también Gran Canaria posee costados amables donde la agitación cumbre se remansa y ofrecen jugosa placidez. Esta vista del valle de Teror nos lo confirma.» (Foto Kindet)

Pág. 2: «La montaña detiene a cada paso la mirada». La isla toda está, en efecto, sembrada de rocas y montículos de agreste y acogedora belleza.» (Foto Maisch).

Pág. 3: «Nada ofrece mejor idea de nuestras carreteras cumbre que este violento recodo de la de Tejeda, que a cada revuelta nos ofrece una sorprendente y vigorosa mutación.»

**147. «Alonso Quesada, provincianismo canario en Rafael Romero», *El Español*, N.º 153, Madrid, 29 de septiembre de 1945.**

Bellamente impreso, nos brinda el *Gabinete Literario* de Las Palmas un libro de poemas *Los caminos dispersos* del poeta «Alonso Quesada», muerto en 1925.

«Alonso Quesada» publicó su primer libro de versos, *El lino de los sueños*, (Madrid, Beltrán), en 1915. Aquel libro llevaba un prólogo de D. Miguel de Unamuno, prólogo que se ha hecho famoso y que suele citarse siempre que se habla de la generación poética de Las Palmas, que es acaso la de 1917, la que dio a la isla una consistencia que jamás se había alcanzado por estas latitudes.

Llevaba el citado libro una carta poética del adalid de la promoción, Tomás Morales, a su «hermano» Rafael Romero, que éste fue el nombre de «Alonso Quesada». En esta carta Morales alude a la «ejemplar pereza» del poeta, «torcedura que ese sol africano fundamenta», afirma fraternalmente Tomás, que añade:

*Como esa vida fueron tus canciones:  
desidia mora y arrogancia hispana.*

¿Cómo no ver aquí la expresión decadentista, de indolencia andaluza que informa la actitud desganada, noventaiochesca, de Manuel Machado en «Adelfos», «Tengo el alma de nardo del árabe español»?

El cantor de Atlántico de la misma generación que «Alonso» no le prende nunca aquella laxitud de dormirse en el paisaje y ser un motivo más de la España trágica de aquellos días «en que era muy hermoso no pensar ni querer»: por eso espolea la pereza del poeta:

*Ya el tiempo nos azuza: toda su huella  
de ayer, debemos rebajar mañana:  
Cuando se llega a la soñada estrella  
Hay que partir hacia otra más lejana...*

Pero tampoco la pereza de «Alonso» es esa muerte voluntaria de Machado la que una noche de luna dejó de existir y molestar al poeta para que éste, tendido, sin esfuerzo alguno, como un gran señor taifa, reciba un beso de mujer. El Embrujamiento del Zar —trasunto de ocho siglos de árabe—, que ambienta de color la anécdota andaluza puede ser el marco de esa postura «cuasi» nirvana: «¡Ambición!, no la tengo. ¡Amor!, no lo he sentido.» La voluntad, voluntad, «La Voluntad», made in 981 de «Quesada» no tiene este escenario ni esta condicionada por ingredientes parecidos.

Valbuena Prat, de obligada cita al tratar de la poesía moderna en Canarias, ha señalado en su estudio sobre poetas de nuestra tierra cuatro notas decisivas: aislamiento, cosmopolitismo, intimidad y sentimiento del mar.

No puedo seguir al autor sin reparos (que no son del caso), en su teorización sobre el aislamiento que ya definió Unamuno en el citado prólogo. Valbuena —tan amigo del cultismo retórico y de la divagación— ha observado atinadamente, no obstante, unas notas que se dan en la obra de Quesada y Morales. Tampoco creo que sirva el tetrámetro para medir a poetas como los de Tenerife, por ejemplo, que se muevan en una órbita poética distinta.

El «aislamiento» de la poesía de «Quesada» yo no sé si será en él distinto al de sus compañeros de generación. Si Ortega asegura siempre que el hombre es auténtica y radical soledad, ningún hombre ha sido tan esencialmente soledad como «Alonso Quesada». Verdad es que su paisaje potenciaba un alma como la suya de agudos acentos señeros pero es que cuando en estos *Caminos dispersos* que ahora leemos el poeta marcha a Madrid, la soledad, su Ángel de la Guarda, le acompaña siempre.

Valbuena piensa, con gran tino, que puede encasillarse la poesía de «Alonso» como una prolongación de la honda y noventaiochesca de Antonio Machado, porque, naturalmente las islas han recibido muy tarde las innovadoras corrientes literarias. Si, los poetas canarios deben al espléndido Antonio Machado. Le debe «Alonso Quesada». Le debe Saulo Torón. Le debe el mismo Tomás Morales. Pero ya he ha dicho en otra parte (*Escorial*, núm. 25, 1942) que con localizar el famoso problema de «las fuentes», no hemos averiguado casi nada.

En un correcto estudio que Juan Ruiz Peña ha hecho sobre *El lino de los sueños* ve el autor a «Alonso Quesada» como un poeta provinciano (*Escorial*, octubre, 1943), pero conviene separar lo que el poeta provinciano, como tal provinciano, sea el ingrediente provinciano que ponga en su factura poética, y esta isleña intimidad del

aislamiento, de un aislamiento que concretamente en «Quesada» adopta un acento singular.

Es menester advertir que el provincianismo de Canarias es el provincianismo más especial de nuestra patria. (Ignoro el caso de Baleares, pero debe tener puntos de contactos con el nuestro). No se olvide que una isla, y una isla frente a la gran tierra africana, es un (cuasi) continente. Un continente con el drama y la limitación de no serlo. Puede la Península estar perfectamente tranquila. Aparte nuestro probado españolismo, nunca podemos ser separatistas, no nos bastamos a nosotros mismos. Cuando el poeta Alberti dijo un día al canario Claudio de la Torre: «Yo sé, Claudio, que un día tus islas naturales navegarán con rumbo hacia la playa mía», no sospechó que daba en carne viva a nuestro drama Valbuena, no sé si acordándose de Ganivet, que hablaba del ansia de conquista que tiene el isleño al llegar al continente (el paradigma sería Napoleón), dice que hay una actitud mística de hambre de tierra, de fundirse en ella por parte del isleño en un ansia de evasión.

Por eso, la nota del cosmopolitismo es esencial, consustancial con nuestra provincia. Hace días un cronista de Las Palmas hizo un artículo sobre los cien años que cumplía una dama de aquella ciudad. En aquel artículo con aire de pavana y olor a rosas secas amarillas, se recordaba que la ancianita había residido en su mocedad allá en Sevilla, en un viaje que hizo en el orto de su vida, a un baile de gala en casa del señor duque de Montpesier y su esposa, la infanta Luisa Fernanda. Esos ojos casi sin brillo hoy, hicieron estragos aquella memorable noche por su «zafireño mirar»...

¿Quién no recuerda a la tía Rosa, de Tomás Morales, la que sacando un traje —cuya moda se había ido junto a los años que el sol iluminó—, contaba al sobrino en los días melancólicos del ocaso:

*Quando viera a la reina una tarde de enero  
en la carroza regia por la Puerta del Sol;  
y pintorescos cuentos de aquel rey jaranero  
caballero perfecto, simpático español.*

*Cual buena provinciana, no se le quedó nada  
por ver, y recordaba con deleite especial  
cuando a primera hora, de maja disfrazada,  
fue con unas amigas al baile del Real.*

*Las máscaras estaban, a su decir, divinas.  
con el rostro cubierto por el negro antifaz;  
los palcos encantaban llenos de serpentinatas...  
Las mujeres tan lindas y los hombres de frac!*

*Mas todos los requiebros se dijeron por ella—  
algunos recordaba la picaresca sal—  
Quizás por ser más tímida, no por ser la más bella,  
¡las había tan bellas en ese carnaval...!*

¿Cómo no recordar en Tenerife la espléndida belleza de Guillermina Ossuna, que causa admiración en la capital del mundo que era entonces —en 1850— París? La «pobre Guillermina» muere en plenitud y a quien los franceses decían «troubiante».

Todo son hojas secas. Cartas viejas de amor. Guirnaldas de rosas d'annuarianas. En cualquier provincia teje la nostalgia parejas evocaciones que —

queramos o no— arrullan como una hamaca habanera. Pero es que aquí, en el gran parador atlántico que son las islas, gentes de todos los países nos visitan. Unos se detienen. Ha habido quien se ha quedado para siempre, como aquel monsieur Berthelot, tan espléndido que levantó con su tesón y elegancia la investigación insular. Otros han estado cinco años como el Dr. Vernau. Y es entonces la isla quien les recuerda con nostalgia: «Aquel señor sueco; aquel señor inglés; aquella dama italiana, a quien Ossuna dijo que tenía la hermosura «de la rosa mística»; el médico noruego; el comodoro alemán Rollin, que veíamos en nuestra niñez prisionero del cautivador vino de Tacoronte, en los días del espléndido «Cap. Polonio» que al pasar saludaba desde lejos con salvas alegres a sus amigos de Tenerife, en lujoso rumbo, a los mares del Sur.

¿Cómo no va a cantar un hombre de ojos bien abiertos. Tomás Morales, a estas gentes del mundo, que si vienen del Norte buscan seguro la palmera del Sur?

Mas cuando la isla ofrece un paisaje amable —ese paisaje que ha estilizado el acuarelista Bonnín—, el isleño suele encontrar su pequeño mundo grato y comfortable. El paisaje de Tenerife es bifronte. El del Norte de la isla es un paisaje culto, porque lo ha hecho el hombre casi: el del Sur es divino exclusivamente, porque el hombre en nada apenas ha modificado allí al Creador. Es este el paisaje monótono y duro, de tabaiba y cardón —su flora—, que lleva a la paleta el pintor Martín González.

Pues bien, la cordillera central, al dividir en dos partes la isla, dejó para las «bandas del Sur» lo africano, lo guanche. Por un nombre indígena que se halle en toponimia en el Norte hay cinco en el Sur. Y el Norte de espaldas a África, ha vivido en su pequeña casita encontrando al mar complemento amado de una tierra bella; ha dado en Tenerife unas generaciones poéticas de acento menos agónico que en Gran Canaria.

De las tierras de Gran Canaria dice «Alonso Quesada» que son sin colores, secas. El mar se siente allí como un dogal que aprieta el duro cuello de la isla. Sin un paisaje de floresta, que ya describe con primor en el XVII nuestro Viana en Tenerife —no obstante algún ripioso endecasílabo—, sin el encanto de una Naturaleza pródiga en flora y color, el poeta se proyecta de espaldas frente al mar de Gran Canaria y tenía un surgir fatalmente su mejor cantor: Tomás Morales.

En esta geografía, esta ausencia de paisaje y el mar por un lado. Es por otro, el tardío reflejo del 98 y la poesía de Antonio Machado los que contribuyen a nutrir la poesía de «Alonso Quesada». Pero «Alonso» es temperamentalmente un solitario, un agónico, en quien Unamuno —como es natural— también actuó. Pero lo que no se suele decir nunca en el problema de las «influencias» es que la «influencias» son, en cierta manera las influencias que hay en el poeta o escritor la voluntad de la influencia. El autor que nos atrae en la época de formación es deliberadamente escogido por nosotros: tenemos algo de contacto con él; es éste y no el otro quien nos sugiestiona. Escoger «la influencia» es también biografía íntima.

«Quesada» podrá tener en su entorno literario el referente temático de *La intrusa* de Maetherlinck —que está presente en su obra dramática *La umbría*—. El tema de la muerte es uno de los grandes temas literarios como es sabido. Si en la Edad Media la muerte representa la liberación de esta cárcel incómoda y de este valle de lágrimas su presencia no la temerá el justo. Son las épocas de crisis, las épocas de dudas, cuando la fe no existe como actitud genérica, la que tiene miedo a la muerte. Cuando ella abandona su papel de acusador público en ese fabulario de la danza del siglo XV —sin olvidar el denuesto del arcipreste, pregón mañanero y anticipado—, el hombre la aparte con todos los valores negativos, consciente de que su casa —el mundo que habita— es grato, hermoso, «humano». Los aquelarres románticos la trajeron junto a las cadenas de los duendes de Escocia al inventar el retorno a una falsa Edad Media que no le tuvo miedo. El romántico, sí. El romántico le tenía pavor. Después, las cosa se serenaron

pero hasta fin de siglo —más o menos oculta— era *La intrusa* y en los últimos cuentos de Azorín —tan cercano a Maetherlinck en sus comienzos— es una bella dama irreconocible, a no ser por el hombrecito de pro que, trabado sobre el pecho representa una guadaña.

Este libro póstumo de «Alonso Quesada»: *Los caminos dispersos*, al que puso prólogo Gabriel Miró, es el mensaje tardío de una estrella cuya luz nos ciega al cabo de los años. Los versos, el prólogo, el retrato del poeta actúan en nosotros que por nuestra parte, tenemos que ir al encuentro de aquel tiempo en que tales obras fueron actuales. «Alonso Quesada» reaparece ahora con esos ojos tan negros y esa actitud de niño triste que Juan Carlo fijó en el retrato del poeta. Su acento poético no supera en este libro al de *El lino de los sueños*.

Gerardo Diego en su *Antología*, había recogido tres composiciones, entonces inéditas que ahora figuran en *Los caminos dispersos* en las páginas en el comienzo de cada una 69, 81 y 137. La última del libro. He de hacer constar que la insertada con Gerardo y recogida también por Sanz y Ruiz de la Peña en su *Iniciación a la poesía* pág. 317 que es una variante de esta última de *Los caminos dispersos*. Acaso algunas otras del libro hayan aparecido en publicaciones periódicas.

Los temas del poeta son el mar, su corazón, la soledad, la mujer, la muerte, la eternidad y el amor. Siempre temas decisivos, hondos, serios. Si el poeta hace alguna concesión a las nuevas escuelas creacionistas o novecentistas —pónganse de acuerdo los doctores para el rótulo— se le está viendo la falsedad del gesto.

«Mi corazón», dice «atento» a cada instante, como si también quisiera ponerse la mano en el pecho para que tampoco se le escapara nuevo caballero del Greco. Su corazón, que en «El lino» iba deshaciendo como una rosa, cae ahora —tratado en metáfora acrobática— convertido en un gorrión amaestrado, sobre el hongo del doctor que entra. Pero aparte de ésta y del amargo desenfado de la composición que comienza en la página 74, son las únicas veces que el poeta abandona su habitual tono sostenido.

«Alonso Quesada» haciendo números en su [ilegible] sobre Bécquer escribiendo oficio en el Ministerio o de censor de novelas con González Bravo «Alonso» murió joven —como los poetas románticos— y, como ellos, gustaba de habérselas con el tema de la muerte. ¿Moda de fin de siglo [ilegible] ¿Presentimiento de una realidad? Gabriel Miró nos dice que el poeta hablaba siempre de que se moriría pronto. Nos aprieta el alma a los lectores de *El lino de los sueños* cuando le dice al mar:

*Tú sabes que yo soy un pobre niño  
de muy poca salud y es necesario  
que me prestes la ayuda de tus vientos  
para llenar mi corazón vacío.*

Hay muchas veces una alusión a su salud perdida «Mi salud lejana» escribe en la página 65: ¡oh el ansia triste del viajero enfermo! *La Intrusa* —asimismo llamada en la página 77— es sentida detrás de casi todos los poemas que harían una dilatada cita:

*Has de ser tú. Amada muerte, aquella...  
la que ha de darme todo  
la mar para la sed del alma.*

.....

*Siento ya el íntimo calor  
de tierra honda que en la mano guardas.*

*La fría transparencia  
De marfil de tus dedos engaña.  
pues el latido está en tu mano seca  
como la sombra en la silueta humana.*

El provincianismo de «Alonso Quesada» se transmuta en agonía de aislamiento. No es el provincianismo bonachón de la plaza mayor, de la banda de música o del gaitero de cualquier Gijón: es tedio, cansancio, soledad y agonía. «Ha pasado sobre nuestra vida la estulticia de la vida provincial», dice en la página 77 «Esta ciudad donde estoy sumergido» página 79.

No es una nota típica provinciana su fino lamento a la muerte del pájaro evadido «por un rayo de sol de la mañana» que ve Ruiz Peña en «El lino». Es el viejo tema de Catulo, pero si es provincianismo puro esta consideración de *Los caminos dispersos*: «Mi alma es ya como una reliquia/ sin valor lejos del lugareño prado» (pág. 102).

Pero ya he dicho que la soledad que él siente en su isla la acompaña en Madrid y que al volver de allí se da cuenta que él la lleva siempre: «Sobre el mar que mañana me llevará de nuevo/ a las playas remotas/ donde retuerce su esterilidad mi vida» (página 119), «Mi cotidiano laborar estéril/ para alcanzar al fin la misma muerte.» «Voy sobre ti —dice al mar— para anularme, lejos» (página 113). Por eso su grito de soledad, que sustantiva en la página 55, «grito, mar de sonoridades silenciadas», le hace exclamar: «¡No puedo perdonarte esta condena/ de isla y de mar, Señor!» (pág. 62).

De secos adjetiva los poemas de «Quesada» Valbuena Prat. ¡Secos! Rebota sobre nuestra alma ese oleaje de pasión que agrieta el corazón de «Alonso», «Una inmensa pasión», dice el mismo en la página 120. Es eso lo que será el alma del poeta según su propia voz que le vaticina un futuro. Uno de los dramas de mayor calibre agónico que pueden darse en la vida terrible de la provincia son los de estos apasionados relicarios, señores, que tuercen la soledad en el puño de la mano como torcía el pobre «Alonso Quesada» su corazón. Luego vendrán los críticos a trabar alfileres sobre estos angustiados seres para clasificar la muertas mariposas: que si provincia, que si *La Intrusa*, que si «el fin de siglo», ¡El pobre «Alonso»! El pobre niño enfermo de salud y soledad; ¡como me duele en mis entrañas que nunca en una mujer — por intactas que estén— dejen de llevar al hijo dormido!

Poco ha dedicado el poeta en este libro al tema del cosmopolitismo. Sólo un poema al capitán inglés (pág. 34), muerto en la primera Gran Guerra.

*¡Oh, dear Rowe, mis horas de hombre inútil  
chocaron con el gris de tu sonrisa:  
yo pensé, entonces, que la niebla inglesa  
de tu extrañado corazón fluía...!*

Alusiones al mar, siempre. Y un emocionado canto, quizás una gran plegaria:

*El mar es el maestro de lo serio,  
de la salud y de la fortaleza.  
.....  
Amigo el mar, que das las ondas nuevas  
al corazón y limpias la pasión de la tierra;  
amigo el más querido de la noche  
pues siete estrellas de tu seno nacieron.*

*¡Oh, mar de prodigios! ¡Oh, firme certeza  
de todas las cosas remotas y aladas;  
diamante de violentas claridades,  
inundación de pensamiento mío!...  
Mar de la tarde, frente a la montaña  
árida de la tierra abandonada,  
¡cuántas veces el alma temerosa  
del propio ardor se sumergió en tu seno!  
Mar de la noche, el del sagrado sueño  
sobre el herido lomo de la Atlántida.  
¿No fue la victoria de ese gesto el triunfo  
del Infinito sobre el Sol, vencido?  
Mar matinal, el de las sanas brisas  
para el hogar y la mujer y el hijo,  
para el sendero de Jesús dispuesto  
y la alegría de la casa nueva.  
Próvido mar que refrenó la angustia  
del corazón el día que mis años  
mozos se hallaron solos, sin camino  
frente a la inmensidad de tu silencio.*(Páginas 117-119)

El mar y el sol, el ardiente sol de Gran Canaria, soporta el paisaje vital y estético de «Alonso Quesada». Puede ser que sea este sol tostando los dorados peñascos el culpable de que a primera vista se hayan estimados los poemas secos. Pero el sol, el mar y el alma del poeta le dan calor, palpito apasionado.

Por último, acaba el libro con los poemas «Final de los caminos», que titula «Alivio del alma».

«Alonso» siente «¡Otra vez el amor!». Un apoyo a la balada del «niño arquero», de Morales, muestran estos versos:

*Mas ayer noche yo sentí que abrían  
hollandando el alma con graciosa huella,  
trayendo sueños al recuerdo antiguo  
de un nuevo aroma en juvenil esencia.  
.....  
en el arco del muchacho ciego  
certeramente disparó la flecha.*

El poeta, el pobre niño enfermo y solo, arriba a la compañía de un alma femenina, el alma que nutre su espíritu de claridad. La auténtica feminidad que va «como una corza, delante, guiando». Por eso es la ofrenda suya:

*Domada el alma, ¿qué has de hacer con ella?*

En la variante que recoge Gerardo Diego, el poeta asegura que su corazón «es este hogar sencillo/ que liará tu mano y tu piedad eterna».

En el libro esas afirmaciones se formulan en preguntas. Al frente de los poemas, que titula «Caminos silenciosos», de este mismo libro ha puesto:

*El errante poeta*



*no logró nunca, aunque él se lo imagina,  
arrancar del fondo del alma  
el duro sollozo de su vida.*

¿Otra vez música de acordeón tocada por un ángel?

El mar, el sol, el 98. Antonio Machado, Unamuno. *La Intrusa*, etc., etc. Bueno. ¡Pero el pobre «Alonso Quesada»! La tragedia honda del mozo del islote —que vio don Miguel— soñando con el reino del Infinito. El pobre Rafael Romero. ¡El pobre!

**148. CADA DÍA CON SU TEMA. «Exposición León y Falcón en el Gabinete Literario de Las Palmas», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 9 de enero de 1946.** (Firmado como M. R. SOLANO)

M. R. SOLANO es el velo que medio oculta una de las personalidades más vibrantes y de formación cultural más acusada, en el instante del mundillo intelectual canario. En el número 71 de la siempre inmejorable *Revista de Historia* de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Laguna publica la nota siguiente sobre la pasada e inolvidable Exposición conmemorativa de don Manuel León y Falcón. Salvo algunos detalles que pudieran inducir a error —los planos del viejo Cairasco eran debidos a Mr. Jacones Barry, un arquitecto que apareció por aquí de no sabemos dónde y dirigidos por el maestro don Esteban de la Torre; (1) la exposición de don Manuel no sólo fue la primera en su clase celebrada en Canaria y en el Gabinete, sino en todo el archipiélago, y acaso alguno más— esta referencia, por su aguda exactitud es el mejor, el más desinteresado elogio que puede hacerse de la vieja sociedad canaria y su historial magnífico.

«En épocas de incierto y problemático vivir siente el fino paladar de la minoría el regusto de evocar un pasado mejor, y dentro ya de la atmósfera romántica del recuerdo, teje el ensueño su rigodón de frondas.

No existe en todo el archipiélago una entidad semejante al Gabinete Literario de Las Palmas. En el Gabinete se proyecta una señera tradición y hoy se conjuga en él un fondo señorial del sello aristocrático de ese montón sonoro de apellidos que valsan en Vegueta, con el nuevo airón atrevido, marino y progresista que es la mejor impronta de lo que representa Triana. El Gabinete es el Casino de la provincia, sí, pero le viene de atrás no una tos, sino una voz romántica y armoniosa con la que cantó su aria emocionada la mejor generación cultural de Las Palmas. Pesa sobre la centenaria Sociedad el prestigio de su nobleza que la obliga, y soterrada su vena de positivo mérito surge una y otra vez cuando un motivo cultural mueve la minoría que da siempre el tono a una ciudad, dígame lo que se quiera. El Gabinete será, pues, la entidad donde pulula el señoritismo inútil dela provincia; pero es también egregio recinto de exposiciones, de conciertos, de conferencias. Casino, Ateneo, Círculo de Bellas Artes, en una pieza.

En sus románticos salones se han expuesto bastantes obras del mismo pintor que hace justamente un siglo celebró la primera exposición de Pintura del entonces naciente Gabinete. Don Manuel de León y Falcón (1812-1880) acababa de llegar de Madrid y traían sus ojos de miope muy bien aprendida la lección de Federico de Madrazo, el exquisito retratista romántico cuyas sabias manos nos han entregado un crujir de sedas en los retratos de ellas, unos paños ricos en los de ellos que emergían de un fondo donde primeros y segundos planos componían un feliz claroscuro que les venía a nuestros artistas del Spagnoletto.

Don Manuel de León marchó a Madrid a los 27 años, según nos informa la feliz pluma de nuestro amigo Néstor Álamo —ángel o demonio de esta Exposición— en la revista *Destino* de Barcelona. Hervía todavía el romanticismo en el Madrid isabelino de 1839 cuando este mozo apasionado llega con sus amigos los Madrazo a las tertulias madrileñas de tronío. Con Julián Romea asiste al «Parnasillo» y con los hijos del viejo

don José —todavía en el clima pictórico de David— a la rica mansión de la dama brasileña María Bushental, y parece ser que en las dos palmeras del sur azotó el vendaval de Venus.

Hermano del diputado don Jacinto, guía en el año 46 de aquel modesto muchacho que era entonces Agustín Millares Torres —que vivió gratos días en El Escorial con él y su esposa— «Leoncito» vivió unos seis años en Madrid, copiando a Murillo, a Van Dick, a Mengs en la gran escuela que es El Prado, copias que ha expuesto de nuevo este año el Gabinete. Otras veces la copia era del propio Madrazo y el numen en otras tan felizmente aprovechado como en el atrayente retrato de don Francisco María de León y Falcón que —propiedad del señor Marqués de Acialcázar— ha expuesto también los salones de El Gabinete.

Don Manuel de León, alumno de la Escuela de San Fernando, donde conoció a los Madrazo, es, gracias a ellos, «pintor de Cámara de S. M.». En 1845 celebra, por iniciativa del ilustre don Antonio López Botas, la aludida exposición que cumple ahora los mismos años que El Gabinete. Ya en Las Palmas, trabaja en los planos del viejo Teatro Cairasco, que aún conserva el Marqués de Acialcázar; trazó los planos de la vieja Alameda, del actual Mercado de su ciudad natal, de la Fuente del Espíritu Santo, de la fachada Norte del Palacio Episcopal, de alguna mansión aristocrática de Vegueta, actuando de escenógrafo de cuanta fiesta organizó El Gabinete en Las Palmas a mediados del siglo XIX. Su amigo Luís de Medrazo pintó un año antes de regresar «Leoncito» a Las Palmas un retrato que hoy pasee don Francisco Manrique de Lara y en el que Madrazo, bajo el arco ojival que marcan los caídos bigotes de la época ha dibujado una sensual boca que resalta —pequeña y gruesa— sobre la esproncediana perilla y bajo las finas aletas de la nariz, sobre la que en las ventanas de los ojos los cristales del miope apagan una ensoñadora mirada perdida.

Según nos informa el exquisito Catálogo que El Gabinete ha confeccionado para esta Exposición de junio del año actual, don Manuel de León fue tanto el pintor de aristocráticos retratos en Las Palmas como del mendigo Diego Taita, en la línea de un costumbrismo español. Cultiva tanto el cuadro religioso como el bodegón, de todo lo que la Exposición del Gabinete ha recogido muestra. Sensibilidad apasionada dejó en Las Palmas junto a sus mejores retratos una historia de logrado o truncado amor. En un fondo que ocupa la vieja iglesia de las monjas bernardas, surge la hermosa belleza de Rosita de Casabuena y Bravo de Laguna. Un amor «imposible». El retrato es hoy propiedad de don Agustín Massieu. Reflejada en un fanal, don Manuel de León —como los Maestros de nuestro Siglo de Oro— ha dejado impresa su silueta en ofrenda a Rosita de Casabuena. Y no sabemos sí el pintor dejó allí su silueta o su propio corazón».

---

(1) Lo que se custodia en el Archivo de Acialcázar son algunas decoraciones del Álbum que de las hechas por él para el Coliseo, poseía el artista.

Don Santiago Barry, era natural de Nimes, en Francia. Establecido en Canaria, casó con doña María Dolores Sicilia. Era hijo de don Guillermo Barry y doña Juana Massip, naturales ambos de Nimes y difuntos en el año de 1856. Entre otros hijos tuvo a don Julio y don José Barry Sicilia. Aquí se dedicó a negocios, siendo el primer rematador del café instalado en los bajos de «El Gabinete» y estableció luego una casa de comercio en Triana, en lo que más tarde fue droguería de Lleó.

**149. «Una estilística del tema Atlántico, excelencias de una teoría y deficiencias de una información», *El Español*, N.º 171, Madrid, 2 de febrero de 1946. Reproducido en *Revista de Historia*, n.º 73, tomo XII, año XIX (2016), págs. 109-11.**

Conocida es la prisa que tienen siempre los críticos de literatura o de arte. Mucho y malo recogen estos apresurados señores de todo el mundo. Si el autor o el

artista no reciben del crítico lo que esperan, ni aquél ve lo que éstos quieren que vea, el pobre crítico es entonces mal criticado; por eso, cuando el crítico quiere estar a bien con todos o vive en provincias, entonces dice que el libro de Fulano es maravilloso y que los cuadros de Zutano son definitivos; es decir, temeroso de una contrarréplica, se limita a escribir «ecos de sociedad» y renuncia a su papel; esto es, deja de ser crítico.

Para nosotros, los lectores —todavía no hemos alcanzado la categoría ni de críticos ni de «cronista de sociales», como dicen en América—, el único defecto que tiene, en general, el crítico de provincias y aún cierto sector madrileño, es el de que no lee los libros de crítica. A veces, un cuidadoso trabajo es despachado con cuatro líneas, y otras el libro del amigo es obsequiado con un largo artículo en que se habla de Menéndez Pelayo, del Dante, de Shakespeare, de Franz Roh o de los peces de colores, para citar al final el libro y el autor.

La más humilde misión del crítico es la de presentar al lector un esquema de lo que el libro es y luego valorarlo como estime, para lo cual debe en cierto modo «colaborar» con el autor.

Nos tememos que el valioso trabajo de don Manuel Criado de Val (1), que fue catedrático de Literatura del Instituto de Enseñanza Media de Santa Cruz de Tenerife no hace muchos años, obtenga un par de notas apresuradas y no reciba el detenido comentario que merece. Se trata de una obra de dignidad literaria e intencional que puede tener sus lunares —los tiene—, pero que alcanza una categoría no muy frecuente en nuestro mundillo literario, al que, después de todo, se refiere «Atlántico».

Tratemos de resumir el pensamiento del autor.

Criado de Val, formado en la última generación de investigadores filológicos, que ha rebasado la generación positivista finisecular, está adscrito a las últimas corrientes que orientan —no obstante las distancias— un Croce y un Vossler. Desde hace unos cuarenta años, más o menos —más bien más que menos—, el arquetipo del «intelectual» sufre una tremenda crisis y comienza a caer en la cuenta de que el valor está en la vida y no en la ciencia; de ahí esas filosofías que arrancan de la experiencia vital y que comprenden un período que puede ir desde Nietzsche a Ortega.

El investigador actual de filología que entre Positivismo e Idealismo abraza una postura ecléctica —como Criado de Val— afirma frente a esa hijuela de la Filosofía, que es la Estética, lo que mi maestro Dámaso Alonso llama «el estudio de todo lo que es expresivo, lo mismo en el lenguaje artístico que en el usual: la Estilística.»

Es probable que esta aludida generación adopte un beato fanatismo ante la Estilística y que haya bastante confusionismo —todavía— acerca de lo que ella sea. La actitud de Criado parte primero de una teorización acaso demasiado filial a los postulados bergsonianos, y luego, consecuentemente, procede a hacer práctica de la teoría, manipulando sobre el tema Atlántico.

Comienza el autor, refiriéndose a lo que es para Bergson la realidad radical: la «intuición» frente al Positivismo que da base a una nueva estética que nace en realidad en Croce. Con Bergson y Vossler se llega a una «fisonomía del estilo». El mundo vossleriano es aquel en donde se sustituyen calidades —intuiciones— en vez de cantidades racionalistas; por eso el filólogo alemán frente a la Fonética defiende la teoría del acento.

Se estaba —por lo demás— alojado en una atmósfera musical de fin de siglo; era la época del wagnerianismo y la música llenaba todas las artes; las imágenes implican un ritmo; para Vossler el arte de escribir es semejante al del músico. De combinar la imagen con el acento —resumimos a nuestro autor—, que es ritmo en Bergson y sentimiento en Croce, surgen las innumerables formas de estilo. «Por este

predominio —si es de la Imagen— llamamos clásicas a unas formas artísticas y románticas —si es del Acento— a otras» (pág. 38).

¿Cuál es la posición de la auténtica crítica y qué es, en suma, ella misma? Frente al «Nihil novum sub sale», la originalidad es una constante histórica. «Lo que expresa el poeta —escribe Bergson— es un estado de alma que fue suyo, y nada más que suyo, y que nunca volverá a repetirse.» Parejamente, el historiador colabora con el pasado y lo ve desde su presente; de aquí que la objetividad de la tesis positivista sea inexacta: la Historia, como el Arte es también creación, aunque haya, naturalmente, un mínimo de objetividad que en modo alguno puede ser absoluta, sino re-creación, que es la formula defendida por el idealismo estético profesado por Bergson.

El autor, afecto a un eclecticismo, nos afirma que recogerá del tema artístico lo que sea «original», mantenga unión con la «actualidad» y admita una «colaboración».

Hasta aquí, Criado de Val se ha limitado a glosar el pensamiento bergsoniano, pero entra luego en la actualización de la teoría, es decir, en el hecho.

En su preocupación por cumplir con los teoremas enunciados se detiene en el tema Atlántico como «original»; de un lado, analizará la «imagen» atlántica; de otro, el «acento». La imagen será externa: los puertos, las playas, las naves... La acción: en el Atlántico; el tema de la Atlántida domina. Los autores: Morales, Néstor, Verdaguer.

En segundo lugar tratará un Atlántico de «acento» unamunescos y en tercer lugar un Atlántico de «acento» regional.

La «imagen» atlántica es para Criado «originalmente modernista» (pág. 65). Hay que llegar al Modernismo para hallar una interpretación del Atlántico; algo puede encontrarse en el Naturalismo, pero es, sobre todo, en Darío, pontífice del Modernismo, y en su discípulo Morales. Y plásticamente, Néstor. Glosaremos lo que es para Criado Tomás Morales más adelante.

Manuel Criado reprocha al Positivismo su creencia en la Historia como «evolución»; pero tampoco cree en la defendida «originalidad» del Idealismo. El evolucionista cree en el problema de las «influencias» y las «fuentes»; el originalista en la absoluta creación. Pensemos en una «convivencia» dentro del ambiente común, más que en influencia u originalidad.

El gran foco de atracción de fin de siglo era París; pero no un París en cuanto su realidad capital, sino en cuanto tema de atracción: un París «supuesto», recreado desde Madrid, América o Canarias. Rubén y Néstor, como Moreau, sentían «la necesidad de París». «Es indudable que sobre toda la obra de Darío domina esta obsesión por la vida francesa. Obsesión que contribuye no poco a darle un tono de provincianismo bastante acusado» (página 80).

Néstor en París —afirma Criado— consiguió lo que pocos artistas españoles consiguen en París: vivir. «Bien es verdad que tuvo el acierto de acompañar al más en y de más valor entre la multitud de los intérpretes del folclorismo español en Francia. «La Argentina» y la Supervía, que presentaron varios ballets del maestro Falla, vestidos y decorados por él. De este modo iniciaba Néstor en la escenografía su confuso estilo de decorador, un poco ansioso de deslumbrar superficialmente» (pág. 81). Cuando Néstor, después de un aprendizaje en París, arrastrado por exotismos orientales, aplica todo esto a la fauna marina isleña, presenta una versión canaria del mar «con un *tropicalismo* que no corresponde enteramente con la realidad» (pág. 82).

Con acierto expone Criado el ambiente literario de París en la época de fin de siglo: el Simbolismo, los cenáculos parnasianos, las reuniones simbolistas de Mallarmé, la enorme figura de Verlaine. En todos los círculos existía una tendencia a la síntesis artística, a las «transposiciones» estéticas: Literatura, Pintura y Música eran una misma familia; de ahí esos títulos de «Poema del Atlántico», de Néstor, para una obra de

pintura o los «gráficos rítmicos» en el campo musical. Las imágenes de Morales se confunden también con las de Néstor.

Al analizar la psicología del momento destaca el autor la arquetípica figura del «decadente». Moreas, Darío, Néstor fueron en cierta medida cortados por el patrón «decadentista» con sus joyas, sus tipos exóticos... en el París literario de aquel tiempo de sensualidades, de vuelta a una mitología pánica de la que nace la estética preocupada por el tema del fauno: Verlaine, «Tête de faune»; Mallarmé, «L'aprémidi»; Darío, «Prosas profanas»; Néstor, «Poema de la tierra»; Morales, etc.

Fue Nietzsche el que puso en circulación un arquetipo de otra índole, de índole más íntima, de valor estético: el «homo duplex», el hombre dionisiaco y apolíneo, el hombre del «ensueño» y el de la «embriaguez». Un paradigma sería la figura del «pauvreLelian», de aquel Villon de fines del XIX que fue Paul Verlaine: pecador y penitente.

Verlaine ofrece una gran atracción a Rubén Darlo, y tanto el nicaragüense como los modernistas, tienen el deseo de imitar su doble personalidad. A ello obedece «El reino interior», de Rubén, y las dos estampas ilustradoras de Néstor.

«La imagen atlántica muestra las huellas indudables de esta influencia, que, seguramente, determina sus contradictorias intenciones y el equívoco significado moral que presenta su figura. Hay en ella una extraña confusión de idealismos románticos, a menudo ingenuos, junto a una naturalista sensualidad no bien definida ni de claros antecedentes españoles» (pág. 112).

Pasa el autor a examinar el apartado «La imagen externa del Atlántico», deteniéndose en Tomás Morales. Para Criado, la versión de Morales en los «Poemas de la Gloria, del Amor y del Mar» es una versión del mar, directa sin preocupaciones literarias, en la que procura dar vida y realismo. Estas imágenes externas la forman el puerto, la playa, la nave, los marinos en la poesía de Morales, y la superficie del mar en las interpretaciones de Néstor.

Néstor es el pintor barroco que no desborda la superficie del cuadro, de correcto dibujo, pero con poca perspectiva. En su «Poema del Atlántico» hay una adecuación climática de la «suite» de Debussy, el gran músico simbolista; Criado glosa cada uno de los ocho cuadros: «Amanecer», «Mediodía», «Tarde», «Noche» y «Bajamar», «Pleamar», «Borrasca», «Mar en calma».

Viene luego la introducción de lo mitológico en el tema Atlántico: «La mitología es como una nueva realidad; como la traducción a un nuevo lenguaje de lo que, si fuese dicho por su nombre vulgar, carecería de relieve. Cuando el artista se cansa de la descripción realista y quiere romper la monotonía, acude a la imagen mitológica... El paisaje casi puede decirse que nace en el arte moderno, traído por la mano de la Mitología» (pág. 159).

Es, pues un recurso estilístico, y en el XIX Verdaguer es «el extraño islote» que introduce la mitología del Atlántico. Inserta el autor diversas páginas de los «Diálogos» platónicos que se refieren al sumergido continente. El poema de Mosén Jacinto y el de Morales son las versiones españolas del mito, versiones desde el punto de vista de la imagen —objetividad—, más realista en Morales que en el poeta catalán, al que glosa Manuel Criado, quien afirma que algunas referencias moralianas tienen contacto directo con Verdaguer y con ciertos poemas de D'Annunzio, que cita. Y junto a la imagen o reproducción objetiva del Atlántico, que termina con la alegoría del descubrimiento y Colón, la transcripción subjetiva —el acento— que del Atlántico presentan los poetas Unamuno y «Alonso Quesada», y, por último, la versión que da el regionalismo del tema Atlántico, convencional en Néstor y de «aislamiento» en Unamuno y «Quesada».

Y hasta aquí el libro de Manuel Criado, que en cuidada presentación material le han hecho en Sevilla (Victoria. Artes Gráficas). Doce láminas fuera del texto y algunos dibujos avalan tan excelente edición en volumen encuadernado en tela. El ilustre Karl Vossler pone un corto prólogo, del que destacamos estas palabras: «Yo, que nunca tuve la suerte de visitar ese archipiélago, no sabía, ni siquiera imaginaba, que allí dormía un problema de Filosofía del Arte».

## II

Las Islas Canarias, por su valor geográfico, representan algo así como el gran parador natural del turismo atlántico. En la no desdeñable bibliografía que sobre viajes a Canarias existe se encuentran desiguales apreciaciones sobre el país. Naturaleza pródiga en lo «pintoresco», ha brindado siempre al visitante una impresión superficial, una imagen sin acento. Pero son ya cinco siglos de incorporación a la cultura europea los que Canarias tiene; posee una historia, ha dado unos hijos que han producido arte, literatura, etc., sin interrupción desde los días subsiguientes a la Conquista; los viajeros más o menos turistas parecen olvidar todo eso y, creyéndose en la obligación de escribir o teorizar sobre Canarias por el mero hecho de estar tres o cuatro días o meses en ellas, nos lanzan su visión de las Islas sin pensarlo mucho.

Estamos cansados de frivolidades irresponsables. Irrita un poco pontificales sentencias sobre las modalidades de nuestra cultura por gentes que no han meditado en serio el tiempo suficiente para hacerse cuestión de problemas que distan mucho de los temas banales de la frivolidad; por fortuna, el libro de Criado de Val está hecho con dignidad y altura, aunque no con la detención necesaria que esa misma dignidad suya merecen. Bien está el no hacer cuestión de vida o muerte el mero dato. Lo que con un poco de humor llano, «el drama de la partida de bautismo» que traía —y trae— de cabeza al investigador positivista, a lo «cronista de provincia», tiene un valor relativo para el problema central de la valoración estética; ahora bien, lo que el investigador responsable tiene que ser siempre es veraz, y para ello necesita estar bien informado.

Cada vez que Criado de Val hace, de paso, una afirmación noticiosa sobre algo concreto dice una inexactitud.

Al referirse el autor al aislamiento natural de Canarias se dirige a Las Palmas, ya que desconoce el movimiento literario de Tenerife, porque éste ha sido resaltado poco por los escasos tratadistas que el tema ha tenido hasta ahora. Los estudios de Valbuena, los trabajos de Unamuno, la lectura de Tomás Morales, «Alonso Quesada» y Saulo Torón son escasos para montar la base de una teorización tan ambiciosa como la que nos plantea «Atlántico». Verdad es que el gran movimiento de Las Palmas es el representativo del momento de fin de siglo y ahoga al de Tenerife; pero conviene advertir que había en las islas entonces algo más.

Obviando todo ello, lo que nos interesaba era destacar inexactitudes. Dice Criado que por esta fecha en que brillan Néstor y Morales, «los demás apenas se mueven de la Isla y van formando un curioso núcleo regional. Se crea el *Museo Canario* y se colocan los cimientos para el futuro puente entre España y América» (pág. 67).

Ese curioso «núcleo regional» estaba hecho mucho antes de fin de siglo, y el *Museo Canario* fue una creación de los hombres de la generación que he centrado en torno a 1880. Se fundó en 1879 y se inauguró precisamente en 1880.

Al referirse Criado a la muerte de Tomás Morales, escribe: «En los últimos años interviene en política. Ha muerto León y Castillo y en el partido que éste dirige surge la división» (pág. 71).

León y Castillo murió en 1918, antes, efectivamente, que Morales; pero la idea de la división de la provincia surge muchísimo tiempo antes que la política «leonina». Es más, en 1852, cuando León y Castillo tenía diez años, se dividió por vez primera la provincia de Canarias en dos distritos para llenar «una vieja aspiración» de Las Palmas.

Al referirse a las reuniones de Néstor en Madrid, dice el autor: «Gracias a una de ellas *Alonso Quesada*, el discípulo canario de Unamuno, pudo dar a conocer y publicar su único libro» (pág. 87).

Es extraño que Criado haga esta incierta afirmación, cuando en distinto lugar nos habla de otras obras de «Quesada». Puede ser un descuido o que el «único» tenga valor de calidad para *El lino de los sueños*, pero que sea éste el mejor libro de «Quesada» no quiere decir que sea el único ni en número ni en calidad. Cuando Criado comenta «la suite» pictórica de Néstor, dice que «Tomás Morales parece como si, a la vista del cuadro, fuera comentándolo» (pág. 140). Criado sólo escribe «parece», pero el lector no enterado puede sacar la conclusión de que el poema de Morales es posterior a la versión pictórica de Néstor. «La Oda al Atlántico» inserta en el volumen II de *Las rosas de Hércules*, para imprimir el cual fue Morales a Madrid, en 1919. Ese volumen lo ilustra Néstor, y de él concebiría el pintor la idea de su «Suite», que expuso por vez primera en Madrid en 1923.

Tampoco nos parece exacto que «La noche» y «La mar en calma» representen los dos la vuelta a la calma del mar. En «La noche» hay movimiento y ese barroquismo sin desbordamiento del marco de que habla Wölfflin (pág. 138). Y es que la «suite» de los «Momentos» está bajo el signo de la luz en función del mar y la «suite» de las «Actitudes» es el movimiento —la dinámica— en función del mar.

Al comentar «Mar en borrasca», de Néstor, escribe Manuel Criado: «En la literatura canaria apenas si hay algún pequeño reflejo de este tema de la tormenta en el mar. Posiblemente sea debido a la tranquilidad del Atlántico que rodea las islas» (pág. 152).

El que Valbuena Prat —mentor de literatura canaria de Criado— no cite más autores que los que él conoce, no quiere decir que el tema de! mar no tenga cultivadores en otras épocas. Partiendo de Cairasco, tengo estudiada la cuestión y he observado cómo las diversas generaciones reaccionan respecto a ella. En 1837, Graciliano Afonso, bajo el numen quintanesco, tiene su interpretación del mar. Un mar en tormenta y en calma. Un mar visto por un prerromántico, pero canario. Esto es decisivo; incluso lo siente filialmente. Después, Ignacio de Negrín, en 1862, lo interpreta ya románticamente, pero desde un punto de vista también amoroso, isleño. Son —por no agotar las citas— los jalones que nos llevan al mar de Morales. Para Criado la poesía de Morales es objetiva, de imagen realista. Le falta al autor una «sensibilidad marina», una raigambre que se adquiere con largos años de convivencia canaria y que le hubiera permitido advertir el gran valor emocional de la primera y última estrofas de la «Oda al Atlántico». El «acento» del tema atlántico no lo pone solamente el «Modernismo» ni Unamuno y «Quesada»; el acento lo pone la idiosincrasia isleña adscrita al mar de «su infancia» por el cordón umbilical de «un alma en carne viva». Es sintomático que debajo de la retórica, de la hojarasca quintanesca, Graciliano Afonso escriba:

*Tú me viste nacer; tu brazo fuerte*

.....  
*tierno me acarició. Yo, alborozado,*  
*en tu seno azulado,*  
*cual las burbujas de metal luciente*  
*que en él se mecen, sin temor nadaba.*

*Y si en furor bramaras inclemente,  
tu furor me hechizaba.  
Eras mi Padre, que aplacar quisiera  
halagando tu blanca cabellera.*

Después, Negrín, bajo los dictados románticos, escribirá:

*Mecido en los espacios sin límites que encierra  
tu vasta superficie desde mi infancia fui;  
trocado por tus ondas la afortunada tierra,  
aurífero y ameno vergel donde nací.*

.....  
*¡Oh, mar, cuánto te adoro! Tus hórridos bramidos  
mis sueños arrullaron con su estentóreo son.*

.....  
*Tú tienes tu lenguaje, tu música, tus ruidos  
que expresan misteriosos tu insólito anhelar:  
si ruges, en los montes retumban tus bramidos;  
si lloras, en las playas rubricas tu pesar.  
Yo entiendo tu lenguaje; yo canto de tus olas  
mis penas incesantes, Océano, arrullé,  
y al ver cómo en la tarde tu espuma tornasolas  
el velo de una Virgen sobre tu faz hallé...*

Morales canta montando el verso en el diálogo del Modernismo:

*El mar: el gran amigo de mis sueños, es fuerte,  
titán de hombros cerúleos e inenarrable encanto:  
En esta hora, la hora más noble de mi suerte,  
vuelve a henchir mis pulmones y a enardecer mi canto...  
El alma en carne viva, va hacia ti, mar augusto.  
¡Atlántico sonoro! Con ánimo robusto,  
quiere hoy mi voz de nuevo solemnizar tu brío.  
Sedme Musas, propicias al logro de mi empeño:  
¡Mar azul de mi Patria, mar de Ensueño,  
mar de mi Infancia y de mi Juventud ... mar mío!  
¡Atlántico infinito, tú que mi canto ordenas!  
Cada vez que mis pasos me llevan a tu parte,  
siento que nueva sangre palpita por mis venas,  
y a la vez que mi cuerpo, cobra salud mi arte ...  
El alma temblorosa se anega en tu corriente,  
con ímpetu ferviente,  
henchidos los pulmones de tus brisas saladas  
y a plenitud de boca  
un luchador te grita ¡Padre! desde una roca  
de estas maravillosas Islas Afortunadas ...*

Es la gran hojarasca ornamental del Modernismo la que no deja ver el gran «acento» moraliano debajo de la vibración sinfónica del verso. Nótese que tanto en Graciliano Afonso, cuanto en Negrín como en Morales, existe el mismo tema



«original»; el poeta canario ha transmutado en categoría afectiva, ha «recreado» sentimentalmente el tema del Mar. Amado como amigo de la juventud, como «Padre» de los tres poetas. Son variaciones sobre el mismo tema, pero en el poeta isleño el mar es decisivo potenciador de amor y de ensueño desde los días de Cairasco y Viana. Y eso se puede expresar con ropaje mitológico (Cairasco); sin ropaje mitológico (Viana); con engolados acentos neoclásicos (Afonso); con aspavientos serventesios románticos (Negrín, Diego Estévez) o con grandilocuencias modernistas (Morales). Y no quedan agotadas otras maneras de interpretar el mar.

Precisamente, el tema de la tormenta en el mar lo trata hasta Viera («Los meses». Abril), que, como hombre del tiempo que fue, poco se adscribe al tema del mar, que inyecta de retórica virgiliana.

Más adelante escribe nuestro autor:

«Verdaguer es el descubridor... de la imagen mitológica del Atlántico, desconocida por nuestro Renacimiento y solamente adivinada por el autor de *Os Lusíadas*. Imagen que más tarde —ya en pleno siglo XX— recogerá y ampliará el Modernismo canario» (pág. 160).

Tampoco es exacto: Cairasco de Figueroa, un hombre del Renacimiento —ya en los linderos del barroco— tiene una visión mitológica del Atlántico y, además, con «sentido» isleño, en donde, incluso, se percibe la nota de lo que será «aislamiento» unamunesco. Habría que hacer inacabable este trabajo y seré parca en las citas, pero en el *Templo militante*, segunda parte, vida de Santa Úrsula —citado por Valbuena—, y en otros pasajes, especialmente en la tercera parte, vida de San Laurencio, veremos al poeta invocando las nereidas, amadriades y sirenas o al carro de Neptuno en las aguas atlánticas...

Al insertar párrafos del «Critias» platónico escribe Criado esto: «Al describir los alrededores de la ciudad, el relato muestra un aspecto de mayor veracidad. Posiblemente se inspira en datos relativos a algunas de las islas atlánticas, llegados a Grecia, y recuerda el paisaje actual de Tenerife, los valles de La Laguna y Orotava» (página 172).

Parece harto aventurado semejante afirmación en un texto de tipo filosófico y en el que Platón se sirve de alegorías más que de descripciones realistas. Platón describe una ciudad ideal y Platón describe una ciudad ideal y entendemos excesivo que el paisaje de la Atlántida recuerde el paisaje «actual» de Tenerife...

El comparar al mar con un organismo vivo no sólo no es novedad que traiga Unamuno, sino que ni aun Maury la importa, como afirma el autor en la página 245. Ya los antiguos griegos decían que el mar era viviente porque se movía. En cuanto a lo que asegura Criado respecto al nacimiento de nuestro regionalismo: «Después de este primer impulso de Néstor viene un abundante regionalismo literario. Morales, «Quesada», Saulo Torón, se afanan por rodear de una atmósfera insular y típica a su poesía» (pág. 261), no es cierto. Nuestro regionalismo nació mucho antes del Modernismo. Todavía generaliza Criado: «En nuestra historia literaria la visión regionalista tiene un momento de apogeo a fines del siglo XIX. Cada región se afana, por este tiempo, en hallar su propia fisonomía literaria. Canarias, algo rezagada, sigue este mismo camino un cuarto de siglo después e impulsada no tanto por escritores como por un pintor: Néstor Fernández de la Torre» (pág. 259).

El gran desconocimiento que de nuestra literatura y cultura regional tiene el autor es el que le hace afirmar tamaña inexactitud. Que él no conozca otro «regionalismo» que el «fabricado» por Néstor no quiere decir que no exista. Los temas geográficos: el mar, la montaña (el barranco, el risco y el Teide), la flora («Doramas») y los históricos: interpretación de la Conquista, el 25 de julio y otros ya están formados

antes de fin de siglo, incluso en pintura (Valentín Sanz, Thruille, G. Robayna, Lalier, Romero Mateos). No acabaríamos nunca si citáramos la lista del gran movimiento romántico y realista de Canarias, que tiene un acusado sentido regional.

Y para terminar de una vez registremos otro dato inexacto: Refiriéndose al siglo XIX escribe muy tranquilo Manuel Criado:

«La lucha por la capitalidad del archipiélago que en el siglo anterior, oscurecida por los acontecimientos de la Península, había sido olvidada, resurge en estos años. En 1903, con motivo de la creación del partido local canario», etc. (pág. 266).

Se trata de la más absoluta ignorancia de nuestra historia política del siglo XIX: ¡«Olvidada» la lucha por la capitalidad canaria en el siglo XIX...! Toda la vida política y hasta «fisiológica» de ese siglo fue la más espantosa e incesante lucha por la capitalidad, que cobró proporciones de drama unas veces y de manía otras.

Queremos acabar. Tenemos que acabar. Mucho bueno tiene el libro de Manuel Criado; pero —preciso es confesarlo— cuando se refiere a lo concreto de Canarias, lo bueno desaparece. Una excelente formación intelectual; una orientación superlativa en lecturas. Muy bien nuestro Bergson, nuestro Croce, nuestro Vossler. Intachable la armónica arquitectura del trabajo. Gran técnica, pero inconsistentes materiales a veces. De haberse documentado mejor el autor; de haber conocido mejor nuestra literatura y nuestra historia, hubiera hecho un delicado e insuperable trabajo. Y al fallarle el dato y el informe, no sabemos si el joven vossleriano hará un mohín despectivo para el dato, pero el dato no es una mera anécdota del «cronista de provincia»; tenemos que montar la teoría sobre hechos ciertos, si queremos gozar de solvencia investigadora o creadora. El joven idealista podrá arrinconar «la anatomía», pero el viejo cazurro podrá objetar: «Bergson, Vossler, estarán muy bien. Imagen, acento. Lo que usted quiera..., pero *El Museo Canario* se fundó en 1879. Y la provincia de Canarias se dividió en 1852. Y... todo lo demás. ¡Es la venganza del Positivismo!

(1) M[anuel] Criado de Val: «Atlántico». Ensayo de una breve estilística marina. Prólogo de Karl Vossler. Madrid, S. a. [1945].

**NOTA:** vamos a transcribir el siguiente comentario de *Falange* sobre el anterior trabajo de María Rosa Alonso, porque creemos que es conveniente conocer la opinión de la prensa sobre el trabajo de nuestra autora.

CASOS Y COSAS, *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 24 de marzo de 1946

Dice Vossler en su brevísimo prólogo a *Atlántico* de Criado de Val, que él «no sabía, ni siquiera imaginaba que allí —en el archipiélago canario— dormía un problema de Filosofía del Arte». Pues, si, señor Vossler. En el Archipiélago, en este Archipiélago, hay muchas cosas desconocidas y muchas cosas y muchos hombres dormidos, pero hay también mucha gente «despierta». Y problemas, ¿para qué hablar? Los problemas casi en su totalidad, duermen a pierna suelta, algunos hasta roncan. ¡Qué felicidad! ¿No? Esta vida moderna que a nadie permite «echar» ni una siestecilla, a los canarios nos respeta un perpetuo Nirvana. Por eso cuando alguien de la península, o de la gran Europa, llega aquí «despierto», como Criado del Val, ante el espectáculo «atlántico e isleño», ve todo lo que quiere ver: filosofía del Arte, poesía platónica, estilística marina y tantos dormidos en las aceras, esperando la clásica voz de «levántate e y anda». Pero a veces ni a puntapié se despiertan.

La única persona despierte que ha encontrado Criado es María Rosa Alonso que termina así la crítica de su libro en *El Español*: El joven idealista podrá arrinconar «la

anatomía», pero el viejo cazurro podrá objetar: «Bergson, Vossler, estarán muy bien. Imagen, acento. Lo que usted quiera.... pero El Museo Canario se fundó en 1879. Y la provincia de Canarias se dividió en 1852. Y... todo lo demás. ¡Es la venganza del Positivismo! P. PITO.

**150. «En torno al libro de versos *Rincón de provincia*», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 14 de junio de 1946. Reproducido de *Revista de Historia*.**

La brillante escritora isleña María Rosa Alonso se ocupa en el último número de *Revista de Historia*, del libro de versos *Rincón de provincia* del que es su autor nuestro querido compañero Luis Álvarez Cruz, y lo enjuicia en los términos contenidos en el erudito estudio que transcribimos a continuación:

«Luis Álvarez Cruz que ya no es un poeta novel, ha publicado su cuarto edición de versos. En pleno «clima» de vanguardia tuvo la valentía de hacer su primera salida, como discípulo de Manuel Verdugo, con el libro *Senderos*, en 1927. Historiado tengo ya este movimiento en mi inédita «Historia de la Poesía en Canarias»; movimiento que tuvo sus naturales y graciosas incidencias en el modesto paisaje literario de aquel tiempo. Álvarez Cruz era entonces un joven de lecturas y gustos atrasados. En 1930 apareció su segundo libro, *Mi vaso pequeño*, con un prólogo de Zamacois. De ese año es un folleto titulado «Crisálida», con una presentación de «Nijota». Y de 1932 su libro *Alamares*.

A este libro mi juventud petulante le dediqué un comentario en aquella época en que yo era un poco la empachosa «niña prodigio» que escribía hasta en los periódicos de Madrid —¡Oh pasmo de precocidad!—; señalé entonces que el poeta, bien que tímidamente, se adscribía algo al «tempo» lorquiano en unos años en que la musa de Federico nos amenazó con llegar a las zonas populosas y municipales de Gustavo Adolfo; época en la que pudo verse con pavor como las mecanógrafas del siglo, que eran las «modistillas» del ochocientos o las «grisetas» del París de la Francia sustitúan «Antoñito el Camborio» por aquellas inolvidables y patéticas «golondrinas» que tuvieron hasta su música.

Entonces, en 1932, escribí este párrafo que, como mío, no entrecomillo pero subrayo:

*Que tenga el poeta la sinceridad suficiente para sostener —y con dignidad— una poesía subjetiva que no es acaso de nuestro tiempo (suponiendo que en nuestro tiempo tenga su poesía ahora), que no es de masas, ni objetiva; que mira hacia dentro, entintada de honda melancolía y escepticismo, no es una cualidad ni un defecto. Es sencillamente una posición.*

Ahora, en 1946, casi volvería a decir lo mismo.

Y es que la poesía de Álvarez Cruz como la de Verdugo, de quien es el mejor discípulo, es una poesía apenas narrativa, apenas colorista, pero al paso que el mundo poético de Verdugo tiene su oasis para la poesía de circunstancia para el motivo épico de Canarias o para el mundo escultórico parnasiano —al que el maestro está en gran parte adscrito— Álvarez Cruz, en un doble rincón de provincia —el geográfico y el de su propia alma— sólo ha sensibilizado su interior para esa faceta de la poesía del maestro en que la melancolía, con aires de gran señora «decadente» de *avant la guerre* —el Verdugo de monóculo y cuello alto parisino de principios de siglo— deshojaba, displicente y «en el secreto» la rosa amarilla del otoño.

Mas, lo que ha sido en Verdugo aire de tiempo estético y renuncia de horas cosmopolitas, cobra un aire personal y propio en Álvarez Cruz. La melancolía soterrada que se advierte en el maestro que vivió tantas horas europeas luminosas, idas ya con las nubes de antaño de Francois Villon, es consustancial melancolía inserta en el alma triste, taciturna y altiva de Luis Álvarez Cruz. En vano está que nos advierta una vez cordial que en sus labios florecen los «rosales rojos de la sonrisa» o que ahora, en «Don Juan sentimental», asegure: «Yo nunca me detengo en la añoranza»... No es verdad; el espíritu de Álvarez Cruz es un cronómetro de la melancolía y de la nostalgia. El tono sentencioso, consejero, de oraciones exhortativas de muchos de sus sonetos, «No tiembles», «Pon frente a la vida», «No recojas la rienda», etc.; y toda la temática sentimental de *Rincón de provincia* es un hondo mensaje a la tristeza y al ensueño. Un alma sensibilizada así tiene que representar el espíritu de una ciudad como La Laguna, quintaesencia —para algunos, agónica— del espíritu provinciano.

Esta ciudad en verano en los días dorados de su mejor otoño septembrino en fiestas puede ser una menuda y clásica ciudad concepto que ratifica su geométrico urbanismo racionalista y colonial; es en los días en que da el sol, espléndido, en el Palacio de Nava, según tengo escrito desde hace tiempo. La ciudad «posa» entonces para una luminosa acuarela de don Francisco Bonnin. Pero La Laguna que más impresiona al catador de ensueños es esa ciudad gris y de llovizna que ya satirizó graciosamente Viera en ligeras seguidillas y que con su clima húmedo y sus ráfagas de ventolera ha ido potenciando una Laguna estética de la que diversas generaciones literarias y artísticas han dado su visión. La Laguna ha sido en especial tema concreto para esos poetas que llamo yo de «interiores» y que se dan en España desde comienzos de siglo con un sabor local especialísimo. Esta Laguna mojada y gris es la de las hermosas acuarelas de González Suárez y la de los sonetos de Álvarez Cruz.

Este poeta íntimo y subjetivo transmuta el mundo circundante y lo traduce en personal sentimiento y sentenciosa consideración individual. Si alguna vez el «Viejo parque simbólico», el «patio del Instituto» o el «Timplillo» estampas del nativo folklore, son la llamada externa de lo regional, tales estampas coloristas que un poeta narrativo o del realismo vería objetivamente, Álvarez Cruz las capta como simple palanca o pretexto que mueve el íntimo surtidor de sus melancolías.

Cuarenta y nueve sonetos (sonetillos algunos, o sea de arte menor) integran este devocionario íntimo de Álvarez Cruz con la feliz denominación paladinamente sentida de *Rincón de provincia*. No faltan en él las evocaciones sentimentales de D. Juan, el simbólico e inefable aire de piano, las alusiones a la flor del cardo, tan del gusto de las estéticas románticas pero resuelto en nuestro poeta de una manera personal y positiva, la pincelada «dieciochesca» que a través de Verdugo hereda el poeta de Rubén, la evocación del Invierno y tantas más que completan este florilegio provinciano de sonetos líricos. Alguna vez el oído del autor se distrajo y, o midió mal el verso o la cesura afea el ritmo poético, tal ocurre en los sonetos titulados «El molino de las horas», verso 11; «Patio del Instituto», verso 11; «Del amor en fuga», verso 10, y «Esencia de amor», verso 4.

Para Álvarez Cruz no hay más poesía que la ciudad, el lejano maestro o algún poeta hispanoamericano y, sobre todo, el hontanar de su alma le brinda. Él nada sabe ni quiere saber de todo eso que ha ocurrido desde Juan Ramón a nuestros actuales días: el mundo poético de Alberti, Lorca, Adriano del Valle, Bastera, Salinas, Guillén, Dámaso Alonso, Miguel Hernández, Aleixandre, etcétera, voluntariamente omitido, inabordado por el poeta lagunero. No aludamos a las últimas tendencias «creadoras» de las actuales escuelas poéticas que han advenido tras la madurez de un Rosales, un Vivanco o un Ridruejo...

Vuelvo a repetir: es una posición. Pero como en ella no falta la honradez personal del hombre que sólo es capaz de cribar poéticamente lo que ha sentido, el lector tiene que catarlo tal y como presenta su mensaje poético de vivo y hondo valor humano. Sus antenas son a veces tan sensibles que la visión un tanto noventaiochesca de las tierras oscuras suscita en el poeta el recuerdo de esas almas «sin amor, silenciosas/ que marchan por la vida y cuyas puras rosas/ florecen en sangrientos capullos otoñales». Este soneto, «Flores tardías», representa un ejemplo hermoso del gran fondo humano y sensible de la poesía del autor.

Un soneto del maestro Verdugo y un delicado prólogo de Rafael Láynez Alcalá integran el bello cuaderno que la litografía Romero ha impreso con pulcritud a ese hondo y melancólico poeta de «interiores» que es nuestro Álvarez Cruz.

**151. «Carta tinerfeña a Mr. Starkie», *El Español*, N.º 197, Madrid, 3 de agosto de 1946.** Reproducido en *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 21 de agosto de 1946. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 50-54).

Creo que se daría usted cuenta, Mr. Starkie, porque —como le dije— es usted tan buen catador de lo hispánico como lo fue el caballero Falstaff de nuestro universal malvasía; se daría cuenta de que nosotros —mi generación— intentamos que exista aquí algo más que turismo, grandes hoteles, autopistas y otras necesarias cosas de este jaez. Necesarias, pero no suficientes. Cuando al socaire del regionalismo literario del siglo XIX se formó con buena intención, pero precarios resultados, un «tipismo» hispánico, los Merimée, los Gautier o los Dumas exportaron ese español de pandereta, inexacto y ridículo, que nos molesta tanto como a ustedes el irlandés de exportación nacido al abrigo del teatro del siglo XIX, según usted nos manifestó.

Paralelo a este «tipismo» o un poco más retrasado —como son en general aquí los movimientos culturales y literarios—, surgió una falsa estampa, también típica, de la «maga» con sombrero de palma, el «mago» de calzón de cordón, junto al drago y al pie del Teide gigante. Con este tinerfeñismo de exportación se ha hecho —y esto es lo malo— aun desde nuestra isla un falso regionalismo y una falsa literatura, y hasta se ha tenido la avilantez de injuriar nuestro buen carácter «filmando» engendros «artísticos» como esa película «Alma canaria», que es un atentado en regla al país.

Hemos tenido que luchar, pues, desde tiempo contra todo lo mal llamado típico y defender el auténtico regionalismo. Generaciones anteriores a la mía, que un día se cohesionaron en torno a los grupos de «La rosa de los vientos», «Cartones» o «Gaceta de Arte», dieron la voz de alerta. Más tarde, uno —que tenía lo universitario metido hasta los huesos— se empeñó en dar a la cultura regional un contenido de investigación seria, cuidada y de hondo calado. Cinco siglos de incorporación isleña a la cultura hispánica y en un país abierto a todas las rutas del mundo, es tiempo más que suficiente para que una cultura como la española cristalice y, desglosada de su base originaria, produzca un peculiar acento señero, que es el ingrediente de lo regional. «Cinco siglos, amiga mía —me decía el inolvidable historiador y sacerdote lagunero Rodríguez Moure—, dan ya su historia». Su historia, su arte y su literatura.

Cuando, hace ya bastantes años luché con dientes y muelas —más con dientes que con muelas, porque éstas casi no me habían salido todas— para defender la creación del Instituto de Estudios Canarios, que yo sola propugné, lo hice pensando que en torno a una entidad de sentido y anexión universitaria se podría lograr la condensación de una minoría que diera el deseado tono a un mal definido regionalismo. Si bien el ansiado grupo con carácter de tal no ha podido lograrse, al menos un tanto disperso existe un número de personas entre los treinta y los cincuenta años (poco más o

menos), que en estos últimos años laboran con tesón porque Canarias, o concretamente Tenerife, tenga un puesto en otro lado que no sea simplemente el Baedeker.

Estos últimos años —unos quince aproximadamente— hemos tenido personas que han laborado en nuestra historia regional con preferencia; después ha surgido una preocupación por lo lingüístico, por la arqueología, por el arte y la literatura regionales. Habría que remontarse a la generación que yo he centrado en torno a 1880 para encontrar pareja preocupación —salvando el tono y la diferencia de épocas— sería por la cultura regional. Y nuestra Facultad de Filosofía y Letras, tan reciente y modesta, con personal auxiliar en su mayoría, su papel tiene en la obra apuntada. El ser yo en ella parte —bien que modesta e insuficiente — le vedó a usted, Mr. Starkie una sustanciosa charla con un buen profesor de Literatura (que por fortuna tiene ya la Facultad en la persona de mi distinguido amigo el Dr. López Estrada) y a la Facultad, de estar bien representada ante usted, pero cada cual hace lo que puede y —omitiéndome a mí— no es justo que silencie la labor interesante de mis compañeros universitarios que, por vez primera en nuestro primer centro docente, están organizando con todo cariño la investigación regional en ese exponente que se llama *Revista de Historia*. La Facultad, por otro lado, ya hace tiempo que ha organizado cursillos monográficos de historia y literatura regionales.

Alguien estimará presuntuoso que uno tenga que escribir estas cosas, pero usted no es el «turista» de la Kodak y el salacof, tan pintoresco como nuestro «mago» o su «irlandés», y a usted y a todos los universitarios hispanistas que para nuestra ventura pudieran ser canaristas, si hay que decírselo, aunque a la postre esto también resulte «turístico» y quizás con un poco de psicología de «guarango», usando el léxico de mi querido maestro Ortega.

Hace muchos años —aún no vivía yo— pasaron las islas una terrible crisis espiritual, poco después de las amargas horas de Cuba y Cavite. Perdidas en pleitos de «isloteñismos» —como decía Unamuno—, parecían naves a la deriva, desancladas del materno puerto español. Pero, como dije públicamente a mis queridos amigos de Las Palmas, de aquel pleito «divisionista» surgieron cosas positivas también, como fue el crecimiento y emulación de las dos poblaciones más importantes del archipiélago y la competencia en otros órdenes, por ejemplo. Algo así, en pequeñito, Mr. Starkie, como su Irlanda e Inglaterra. En aquellos tiempos agrios y al comenzar el siglo, la madre España no estaba muy bien comandada y no nos hacía caso, porque los gobernantes entonces apenas si se hacían caso a sí mismos. Entonces los ingleses nos compraban bien la fruta, hacían turismo, fundaban oficinas y empleaban en ellas a gentes de tan fino espíritu como Rafael Romero, el pobre «Alonso Quesada»... Lo inglés potenció la materia y los temas literarios regionales, y también por geografía ha tenido lugar esa atracción de que hablaba Heine, de la palmera del Sur por el pino del Norte.

Cuando los pueblos se sienten incómodos, la semilla del resentimiento puede tener en ellos frutos raquíuticos, pero el malestar es una enfermedad benigna que pasa con una buena terapéutica. Algún petulante joven de 1909 pudo descubrir, con injustos ojos de miope, «las islas Canarias», pero «las islas Canarias» saben poner en carne viva su amor hispánico cada vez que la Historia le ofrece una coyuntura. Acaso será de mal gusto aludir a nuestro episodio de la independencia española antes de 1808, porque yo, del ataque de Nelson en nuestro 1797, sólo quiero recordarle de nuevo los dos limetones (hoy garrafas) de vino malvasía tinerfeño que envió el general Gutiérrez a Nelson, y el barril de cerveza y el queso que envió Nelson al general Gutiérrez. Pero antes conviene que posibles «descubridores» no lo olviden: se batieron como grandes.

Lo que ocurre es que aquí somos, en general, refractarios del aspaviento y a la desmesura. Parece como si las brisas y el mar desbravaran la «furia hispánica» y

desgranaran los agudos en suaves semitonos. Ya se lo dijo a usted mi querido compañero el doctor Balcells, que fue el primero que lo apreció en su materia de arte; pero usted vería cómo, de una manera semejante, la malagueña andaluza descarga su desgarrado sostenido y barroco, al llegar a las islas, en un suave lamento; como la vibrante jota se transforma en las distintas variantes, menos rica, pero mesuradas, de nuestras «isas», y como el lamentoso aire de las folías, con sus barruntos neblinosos de foliada gallega, carece de extremos «saudadosos» y fluye como un respunte sentimental.

Pudiéramos hacer un recorrido semejante en lo literario, y en esto me tengo quemadas las pestañas, y vamos a dejarlo por ahora. Me complace que usted, en sus declaraciones a la Prensa, querido Mr. Starkie, haya visto en el puñado de admiradores universitarios y no universitarios que convivieron con usted una semana inolvidable, esa serena circunspección poco desbordada que tenemos aquí todos: el Arte, la Historia, la Literatura, las mujeres, el clima y casi todo, aunque no todo. Españoles, a Dios gracias; compartiendo las horas alegres y las tristes, exhibiendo las virtudes y cargando con los vicios de lo que español sea. Pero nosotros estamos un poco cansados de «turistas» de salacof, y de Baedeker, y de jóvenes «godos» con aires virreinales. Con parecidas palabras lo dijo, hace muchos años, desde el púlpito de la Concepción de Santa Cruz de Tenerife un elocuente orador sagrado isleño. Creo que esto se lo dije también un día al pintor Juan Cabanas cuando vino a organizar aquí una exposición canaria en Madrid, que luego se frustró. Porque él, usted y todos los buenos españoles y extranjeros saben de sobra que cuando «se nos muestra cariño» —como reza la copla—, nosotros damos nuestro corazón. Y después de un combate o de fruncir el ceño una temporada de resentimiento, brindamos, cordiales y rendidos, con el aquel vino de malvasía que pudo usted degustar en la excelente finca de Víctor Núñez. Ese fino malvasía primorosamente cantado por nuestro fino prosista Andrés de Lorenzo Cáceres, que le entregó a usted un simbólico y diminuto barril. Y que usted y todos los que nos caten bien conserven para siempre la fragancia del vino.

**152. CADA DÍA CON SU TEMA. «Exámenes, recomendaciones y claveles», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 1 de octubre de 1946.**

Es muy probable que algunos amigos se enfaden con esta pobrecita profesora auxiliar de Universidad de provincia. Casi es seguro que las gentes que son muy listas juzguen impolítico mi actitud; la triste época que vivimos nos incita a ser circunspectos en demasía, a proferir frases amables y a sonreír a todo. ¡Es tan antipático y sospechoso de insinceridad el intentar ser justos y hacer las cosas un poco bien! Pero, ha llegado el mundo social y económico a un grado tal de incomodidad y malestar que a las grandes cursis y atrasadas personas como yo se nos ha ocurrido intentar hacer las cosas un poco bien dentro de la falibilidad humana —a ver si a fuerza de actos excéntricos logramos acertar en un tiempo donde la anormalidad se ha constituido en fenómeno normal.

Define, sin duda un estudiante —y muy simpático como podrá verse— al profesor diciendo que es una fauna que en junio y septiembre se reúnen en grupo de tres para atacar a los transeúntes pacíficos, pero en el pobrecito profesor nadie ha pensado y es natural porque se trata de un ser odioso que en los junios y septiembrés de cada año es atacado individual y colectivamente por grupos de transeúntes que vigilan sus entradas y salidas donde su guarida está y perturbando su almuerzo, desayuno o cena lo atacan a veces de manera conminatoria o bien por medio de cartas, telegramas y telefonazos que ponen a prueba sus nervios y capacidad de resistencia física. Inútil es que el pobre bicho intente hacer creer a los demás que no tiene sentido brindar a la juventud el pésimo ejemplo de que por el soborno sentimental o la coacción amistosa, esa juventud salga «airosa» de su prueba de exámenes... Inútil. Este pobre animal de

profesor tiene que estar a la pronta disposición de amigos más o menos cercanos o de conocidos más o menos directos para repartir la prebenda de un «número premiado» al azar del favor y sobre todo en esos agobiantes exámenes de Estado o de grado de Licenciado de Facultad donde los enemigos de sus hijos que sufren son a veces los propios padres que se empeñan en seguir llenando de juventud impreparada el ya problemático campo de las carreras universitarias o siquiera de bachillerato que escriben «así» con «h» y cosas de otro jaez.

Pero el antipático profesor en vez de ponerse al servicio particular de sus atacantes se le ocurre la necia estupidez de pretender ser justo. ¡Como si le fuéramos a creer! ¡Como si nos viniera a comulgar con ruedas de molino! ¡No hay más que «cuñas», «levitas» y «estraperlo». Y las personas listas y honradas entornan los ojos con aire de estar en el secreto y no se dejan embaucar por semejantes puritanismos. España es, por fortuna, el país de la picaresca y la gente seria pierde el tiempo en serlo. Nadie se lo va a creer además... Así que más vale que el antipático bípedo profesor se deje de «historias» y cante en su lotería los números pedidos. Otra cosa es hacer el «indio» y sacar «humos» de justicia que nadie le va a creer. Por eso, todos los junios y septiembres seguirá siendo abordado semejante ejemplar con toda clase de visitas, cartas, telegramas y telefonazos que agobiarán sus pobres nervios si los tiene. Y como es tan indeseable, si el número pedido no sale, él ha tenido la culpa, y si sale, su deber era hacer justicia y hay que guardarse mucho de darle las gracias. De cualquier manera, debe quedar sentado que lo mejor es atacarlo hasta su extinción.

Semejantes reflexiones sanitarias en pro de estudiar y otros «antes» y «entes» las hago mientras un ramo de claveles perfuma mi habitación de hotel en tanto que un señor vecino de una habitación —que, no debe estar lejos— ronca como una foca, aunque yo no sé si estos animalitos roncan. Esos bellos claveles me los han enviado ustedes queridos amigos C. y M. que no me han atacado con ningún pinchazo. Tan delicado gesto con semejante persona cursi, atrasada y estúpida como yo me conmueve en lo hondo. Y así hay en la habitación un suave perfume, una viva nota de color y los malhumores ajenos, los apremios y cartas se sufren entonces con una estoica resignación que matizan el alma de serena fragancia.

**153. «Nuevo descubrimiento de Canarias», *El Español*, N.º 208, Madrid, 19 de octubre de 1946.** Comentario en «Casos y cosas» de *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, de 13 de noviembre de 1946.

EL ilustre académico D. Federico García Sanchiz llegó a Tenerife el 15 de abril de este año, procedente de Las Palmas. A esta ciudad arribó el 4 del mismo mes, y, contratado por la Junta de Semana Santa de la misma ciudad, dio en ella cuatro admirables charlas.

La visita a Canarias del ingenioso creador del género *charla* tenía un interés singular. El Sr. García Sanchiz, como es harto sabido, publicó en 1910 su libro *Nuevo descubrimiento de las islas Canarias* (Biblioteca Renacimiento. 220 págs., en 4.º), y aunque la generación joven canaria no conoció los incidentes que provocó este libro, no es nada raro encontrarlo en casi todas las bibliotecas de los múltiples isleños que existen curiosos por las cosas del espíritu.

El Sr. García Sanchiz vino a Tenerife de secretarlo particular del entonces gobernador de la provincia D. Rafael Comenge, amigo político de Canalejas en la época en que este hombre público no era aún partidario de nuestra autonomía administrativa, como lo fue después con la Ley de Cabildos, en 1912. El joven secretario, como es lógico, se sintió ofendido por la repulsa de que todo el país hizo objeto a su jefe al oponerse a tal autonomía administrativa, y, agrandando los naturales defectos que



nuestra tierra tiene y silenciando parcial y rencorosamente sus virtudes, escribió un estúpido libro, que su autor hoy día asegura haber borrado de la lista de sus obras.

El mozo impertinente de tales horas traía en su cabeza aquella literatura brillante pero acursilada un Loti, un Gómez Carrillo o del peor y posterior Blasco *cosmopolita*, y como no encontró aquí ni bambúes, ni cigüeñas, ni flores de loto; sino un país pobre, abandonado entonces por la desidia de aquellos gobernantes, desidia de la que se aprovechaban los países extranjeros, estalló en iras y en insultos al no encontrar lo que se le antojó que tenía que haber y puso en duda el españolismo de este Archipiélago.

La mentalidad del señorito frívolo de aquellas tristes horas que sufrió nuestra pobre y amada España, era, en general, la de pensar que las islas tenían que ofrecerle un venero de riquezas para llenar sus bolsillos y sensualidades blandas para regalo de jóvenes cetrios, sementales que presumían de listos. Eso es lo que le decían al Sr. Sanchiz en el Congreso antes de emprender su viaje, y eso —el que hubiera gentes así— es lo más repugnante de aquella obra que, aunque borrada por su autor de la lista de sus escritos, existe con profusión en Canarias y nos ilustra acerca de muchas cosas que no se pueden borrar de ninguna lista porque no se refieren a la opinión del autor solamente. Con esta misma mente frívola pudo decir una persona de la casa real, cuando se perdió Filipinas, ante la inútil bravura de unos heroicos marinos: «¡Qué pena! ¡Perderse un sitio de donde venían mantones tan bonitos! ... »

Lo natural para una mente clara, aunque joven, era que un país incorporado a España a fines del siglo XV ni tuviese una larga historia cargada de prestigio antiguo, ni esas otras cosas de las que carece el Nuevo Mundo. Y el mozo de entonces se irritó porque las llamadas «clases altas» aquí «volteasen los dados en unos casinos», cuando es el menester de los señoritos de todos los tiempos en provincias, y se extrañó de que no hubiese rejas en las casas, cuando pudo haberse extrañado y protestado por no haber encontrado también osos blancos. Las Islas, en 1910, como cualquiera otra provincia, debieron tener «aspecto de una garbancera y aburrida ciudad de La Mancha», como decía García Sanchiz; pero, aparte de no ser exclusivo de ellas, la nota cosmopolita de lo extranjero ya le darían otro color....

Entonces, para el autor, nuestro pescado era malo; la carne, insulsa; el agua, sin sabor; el isleño, indolente. ¡Indolente un hombre que ha hecho en las rocas sus fincas, llevando allí la tierra, y ha sacado el agua perforando las entrañas del subsuelo!

Al menos el Valle de La Orotava le mereció —bien que con sus ironías— «loa y acatamiento», aunque reconocemos que el verde uniforme de la platanera le ha restado el multicromatismo de los tiempos de Humboldt; la azorinesca visión de La Laguna, «pedazo de Segovia o Ávila», no es del todo peyorativa, y elogiosa resulta la valoración intelectual del grupo que en Las Palmas capitaneaba el ilustre D. Luis Millares Cubas. Verdad es que no creemos que mintiera D. Federico cuando afirmó que en la Biblioteca del Casino santacrucero sólo se conocía aquella literatura erótica de Trigo y sus epígonos, y que se ignoraba la pléyade más valiosa de la España de entonces. Nos achacaba, en cambio, que sólo tuviésemos un Seminario, un Instituto de bachilleres y una Escuela de Comercio (olvidó otros centros). ¡Como si la culpa hubiera sido nuestra! ¡Con lo que ha costado que nos crearan un centro docente! ¡Con el calvario que pasamos con la supresión de la Universidad por 1845!...

Había en las Islas cosas que los jóvenes frívolos de aquel y de todos los tiempos no podían ni pueden ver en unos cuantos meses. Varias veces se lee en este «Nuevo descubrimiento» que no tenemos historia por el solo hecho de desconocerla entonces el autor. Cuando pretende conocerla disparataba, como al decir que las Milicias Canarias tuvieron su origen en el episodio de Nelson, o aludía despectivamente al pueblo aborigen «guanche», hiriendo unos sentimentales y líricos resortes nativos o

callando de manera parcial y malévolamente el noble episodio del 25 de julio de 1797 frente a Nelson y su sentido de honda hispanidad. Aquel mozo no supo ver nuestro paisaje, nuestras iglesias, nuestro folklore, ni hizo justicia a nuestros poetas —que conocía—, ni siquiera a un Morales o «Quesada» del «grupo oriental», grupo de islas que salió mejor parado y tratado que el nuestro, desdichado «grupo occidental», nido donde todos los defectos tenían su asiento para aquel mozo, que nos negó hasta que tuviéramos alma... (Pág. 132.)

Y la cuestión era que había algunas cosas que el joven de 1910 sabía y que le pudieron dar la clave. «Hasta que lloramos las colonias —escribe en la página 115— España elegía sus funcionarios de las islas entre la picaresca y el hampa de levita, los arruinados, los matachines, los rapaces, gerifaltes de la voracidad, que asaltaban los nidos, sin dejar con cría y huevos ni uno, y encrespaba su ruta una estela de odios por sus villanías y sus continuas majezas. Luego han mejorado... Pero ya se injertó y fructificó en los isleños la desconfianza, el prejuicio, cierta solapada e íntima rivalidad...» Era lo exacto. Bastaba que se rectificase esta conducta desde arriba; bastaba una mirada inteligente desde el Poder para que, al conjuro de ella, todas las asperezas se hayan limado. Y el ilustre charlista hoy así lo ha reconocido, aunque ya entonces, en medio de la parcialidad, escribió: «Entristece la indiferencia de los isleños y el descuido proverbial en nosotros.» (Pág. 114.)

Pero, por fortuna, este libro de D. Federico García Sanchiz, el gran conversador, ya no le pertenece. El Sr. García Sanchiz deleitó nuestros oídos presentando con brillante palabra las estampas más destacables de un viaje alrededor del mundo. La prodigiosa descripción de la momia y del corazón de Francisco Pizarro en la catedral de Lima y la bella estampa colonial de la criolla cubana, pintada de un modo insuperable, han enseñado a D. Federico a amar ese Nuevo Mundo colonial, tan hispánico, pero con características personales y atrayentes, del que nuestras islas son un nexo modesto, pero vivo y hondamente español. Basta que el mozo de ayer, ilustre hombre hoy, diga que será pregonero de nuestras virtudes, para que lo creamos y perdonemos que un día lo fue de unos imaginarios vicios y agrandados defectos que sin deformar tenemos, claro está.

Para ir con el corazón en la mano, como él muy bien nos dijo, creamos que él cree lo mejor. Creamos su confesión ante la réplica de aquellos muchachos del Guimerá, réplica que a él le pareció justa; creamos en su segundo «descubrimiento» de Canarias en el diario *ABC*, pero hubiéramos preferido que se nos haya descubierto una sola vez en el siglo XV.

Mas esta lección del pasado de D. Federico García Sanchiz tiene un algo positivo. Si no lo tuviese no lo hubiéramos traído aquí. No nos interesa el resentimiento, ni nos mueve el rencor, ni creemos en el signo «menos». La indiferencia cultural de las Islas pudo alimentar la parcial actitud de un mozo en 1910. Cinco años antes, nuestro querido Rodríguez Moure, el sacerdote e historiador canario, se irritaba porque el país carecía de preocupaciones espirituales en el orden cultural. Una gran verdad, harto disminuida hoy día, por fortuna. Pero por eso hay que insistir que no bastan buenos hoteles, ni frontones, ni cafés, ni pistas. Que son necesarios, pero no suficientes. Hay que reconocer que un grupo de preocupados, actuando con persistencia, han organizado la historia regional; han creado un gusto por el arte antiguo, por la literatura... Que unos artistas de la pintura y de la música y unos entusiastas por el folklore pueden hoy brindar al visitante por muy mozo resentido que sea, una modesta cultura regional, que en todo el Archipiélago se vigoriza. Y si se tienen ojos y un espíritu claro, hoy han de verse cosas que entonces no pudieron verse por estar dispersas y sin organizar. Hay que meterles en la cabeza a muchas gentes del país que el barómetro no debe marcar sólo

una huida de las temperaturas extremas sino un serio y amable clima cultural, en donde unas notas señeras se destaquen con toda rotundidad. Ponemos nuestra ilusión en la feliz terminación de las obras de la Universidad, que permitan cursos de verano para nuestros compañeros peninsulares y cursos de invierno para extranjeros. Sentimos gran admiración por el ejemplar Círculo de Bellas Artes de Santa Cruz. El Círculo de Bellas Artes hace funcionar durante el curso todas sus secciones con entera eficacia: la de Pintura organiza casi con carácter permanente Exposiciones de Pintura y Escultura; la de Música organiza conciertos de eminentes ejecutantes nacionales o de intérpretes del país; la de Literatura organiza conferencias y edita la pulcra revista de poesía *Mensaje*. Pareja admiración sentimos por el ilustre Gabinete Literario de Las Palmas, que aglutina en torno suyo las vivas manifestaciones de la cultura regional; por el no menos ilustre *Museo Canario*, aunque sus actividades son más de investigación; por la Orquesta de Cámara de Canarias, la gran creación de nuestro músico Sabina, que ha dado contenido musical a Tenerife, y por la Filarmónica de Las Palmas, de papel semejante en Gran Canaria. Creemos en los lazos de la cultura, de la comprensión y del respeto. En el amor, que une, y no en el odio, que separa, como nos dijo un ilustre hispanista.

**NOTA:** al igual que en el trabajo de María Rosa Alonso sobre el tema del Atlántico también publicado en *El Español*, el periódico *Falange* se hace eco del presente comentario sobre el libro de Sanchiz.

CASOS Y COSAS, *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 13 de noviembre de 1946

María Rosa Alonso se enorgullece del adelanto científico, literario y cultural de las Canarias con motivo de un artículo escrito en *El Español* a propósito de García Sanchiz, y dice lo siguiente: «Hay que reconocer [...] En el amor, que une, y no en el odio, que separa, como nos dijo un ilustre hispanista.» Aparece íntegra la transcripción de la última parte del artículo, que por motivos obvios no la volvemos a transcribir.

**154. «Tenerife suma de pueblos. La capital y el interior I», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 6 de agosto de 1947. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 43-46).**

En mi primera estancia de varias semanas en la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, me llamó la atención que allí, cuando una persona va a un pueblo del interior o del litoral de la isla —aunque sea un núcleo urbano como Arucas o Telde—, se diga de ella que va al campo o que está en el campo. Esta división tajante entre el campo y la ciudad no implica, como a primera vista pudiera pensarse con harta ligereza, un afán absorbente por parte de Las Palmas. No; aquella ciudad tiene, desde los días de su fundación, absoluta categoría de capital y que, por su situación geográfica, no ha perdido nunca. Del Real de La Palmas salían las expediciones para conquistar el resto de la Isla, y aún las incursiones que se hicieron a La Palma y las que determinaron la conquista de Tenerife, de aquella ciudad salieron.

La privilegiada situación de Las Palmas, junto al mar, la han hecho capital inamovible desde los días de la Conquista; el puente famoso del obispo canario don Manuel Verdugo —una de las figuras más esclarecidas del Archipiélago— divide y a su vez une el ayer y el hoy de aquella ciudad. El ayer, que representa el singular y encantador barrio de Vegueta, donde el tiempo baila su pavana desde la plaza del Espíritu Santo, camino del Hospital de San Martín; el hoy, que representa la «gran arteria aorta» de Triana, comercial, progresista, y en la que el tiempo, no ya cobra su dimensión de pasado sino de futuro, que llega hasta la línea longitudinal del Puerto de la Luz, para prenderse en la chimenea de algún trasatlántico. Las dos grandes mitades de la ciudad, pues, complementan la esencia de la misma y así las Palmas es nueva y vieja,

progreso y tradición; presente y futuro. No tiene de particular, por tanto, que «la ciudad» sienta lo demás que no sea ella como «el campo».

Pero el caso de nuestra inquietante isla de Tenerife es muy otro. Nuestra capital es un producto constitucional doceañista, que nació como tal en las Cortes de Cádiz. Casi ayer. Nació por una verdadera necesidad de la Isla. Santa Cruz —lo he dicho ya en otro lado— representa el obligado e ineludible vasallaje, que la capital primitiva —La Laguna— hizo al mar. Por eso, el habitante de Santa Cruz no dirá nunca —y si lo dice no es en serio— cuando va a La Laguna, a La Orotava, al Puerto de la Cruz o a Icod, que va «al campo»; irá a La Laguna o al «interior» y encierra en esta palabra su gran conciencia de sentirse ella, por la gran virtud exportadora de su mente, como el único «exterior», como la gran puerta de entrada y salida de la Isla.

En algún librito mío he hecho una rotunda afirmación de mi gran cariño hacia la capital, pero de justicia y de rigor de verdad es afirmar asimismo —porque los hechos están ahí— que Santa Cruz no tiene en sus manos todos los resortes que la hacen «capital» en el sentido estricto, o sea, cabeza exclusiva de Tenerife. Y es justamente esta distribución de valores tinerfeños, lo que da a nuestra Isla una peculiar fisonomía.

Posee La Laguna, como un residuo de su antigua capitalidad —por tantas cosas que ha perdido, es La Laguna una ciudad melancólica— la supremacía eclesiástica y la docente que le permite contar siempre, cada vez que de menesteres espirituales se trate. El buen orador sagrado, el conferenciante o el charlista, todavía hay que buscarlo en La Laguna y aún más, como un recuerdo de antiguos esplendores, puede también aún encontrarse como una pasada estampa de la vega, algún viejo poeta —reducto de una extinguida escuela literaria— que ponga el acento de un soneto en alguna fiesta de arte. Y no analizamos calidades sino hechos.

Desde los días inmediatos a la conquista, familiares, amigos y deudos de aquel singular caballero que fue Alonso Fernández de Lugo, se asentaron en la empinada y señora villa de La Orotava. En los días del siglo XVI dice Fray Alonso de Espinosa, por sus moradores, que estaba la villa poblada «de la gente más granada y de más lustre que a la isla vino»; que era gente muy caballerosa, «aunque algo altiva», pero la verdad es, que hay unos días del año en que esta vieja gran señora es la capital del Archipiélago. Si el duque de Osuna tiraba su vajilla de oro al helado Neva petersburgués, La Orotava derrocha su gran tesoro floral tejiendo un heroico esfuerzo a lo efímero y tira al suelo, con desprendido gesto señorial, un afán religioso y enteramente poético a los pies de Jesús Sacramentado.

Pero con todo ello hay un pueblo en Tenerife matizado de fina elegancia y de sugestiva tradición cosmopolita: El Puerto de la Cruz.

Hay todavía una nostalgia de muñón truncado en esa ruina de su menudo muelle, que pudo haber sido lo que fue un día y ya no es: el «exterior» de Tenerife, que Santa Cruz, por necesidades esenciales más que de circunstancias, le arrebató, del mismo modo que arrebató la capitalidad a La Laguna. En un esfuerzo evocador, y puede que un tanto enfermizo, entornamos los ojos y vemos corretear por el convento de Santo Domingo la niñez de Viera y Clavijo, la infancia de los Iriarte, empinados en la pendiente callejera de su casa natal; el bregar de los muelles y el trasiego del malvasía... El establecimiento de los Walhs, después Valois; la llegada de los primeros White o Blanco y más tarde, el cruce de ambas familias y la fundación de esa gran mansión del silencio que es la finca de San Antonio o de La Paz y en la que su actual dueño, don Leopoldo Cologán, conserva un interesante retrato de don Bernardo Cologán, pintado por don Luis de la Cruz, el gran portuense en 1800...

¡Esos miradores del Puerto de la Cruz casi en ruinas! ¡Qué afanes agitarían tantas subidas, para otear el navío a la vista! El mirador de don Luis Lavaggi, aquel

cónsul liberal y algo enciclopedista que, a pesar de todo, fue el único que se preocupó en construir el templete del Peñón del Fraile o todavía ese otro mirador de Ventoso, tan evocador y desconchado por extraño abandono, como todo ese romántico caserón, gran colmenar de vidas en otro tiempo y en el que tantas cosas debió soñar y escribir Victoria Ventoso.

Un claro ambiente de tradicional liberalismo, y no de burda demagogia, se respira todavía por las llanas calles del Puerto de la Cruz, por el chato y alegre barrio de La Ranilla, por el maravilloso paseo de Martiánez, donde los atardeceres son inolvidables o por el otro lado, camino del cementerio, junto a las ruinas del castillo de San Felipe. Este gran «Hall» de Tenerife, que es el Puerto de la Cruz, tan claro y abierto, es, sin duda, la población que mayor impresión hace en los extranjeros. Estampas del Puerto las debe haber en Londres, en París, en Suecia o en otras poblaciones europeas, en mayor abundancia que de otro pueblo del Archipiélago.

**155. «Tenerife suma de pueblos. La capital y el interior II», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 7 de agosto de 1947. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 46-49).**

Hubo una época de sostenido pintoresquismo en las islas y en las que unas generaciones desfiguraron con un falso tipismo superficial los valores regionales y, entre ellos, las excelencias del valle de La Orotava. Nuestra adolescencia, por hartazgo de estampas turísticas, cobró gran amor por las tierras del Sur, peladas, simples, —el paisaje de Dios— frente al florido vergel del Norte —el paisaje del hombre— que nos parecía más fácil y menos hondo; pero a medida que el tiempo humaniza nuestra alma, una singular ternura por esas tierras, aprovechada hasta lo inverosímil, por el esfuerzo, el sudor y los afanes del generaciones y generaciones de hombres, que han hecho de nuestro Valle la gran ofrenda del humano trabajo, se arraiga en nosotros de una manera intensa. El Valle de La Orotava, visto desde ese gran mirador que es el tremendo pueblecito de Icod el Alto, cobra una insospechada amplitud, una singular belleza, a pesar del verde monótono de la platanera.

Está allí, en él, en los cuatro pueblos principales: los Realejos, en primer término del que los contempla desde el indicado mirador; La Orotava arriba y, en la puerta, el risueño Puerto de la Cruz, la entraña vegetal y geográfica de nuestra amada isla de Tenerife y acaso la esencia misma de la Isla. Yo dudo que en otro pueblo de las restantes islas, que no sea su capital, se puedan organizar actos de tipo artístico o espiritual como se pueden organizar y se organizan en La Orotava o especialmente en el Puerto de la Cruz. Alarde de buen gusto y finura fue el programa de los festejos del Corpus y Romería de San Isidro en La Orotava; muestras de lo que este pueblo de la luz y el color, gran numen de don Francisco Bonnin que es el Puerto, da y recibe, lo han sido las dos exposiciones que, con motivo de las pasadas fiestas del Gran Poder, se han celebrado allí.

Cuando uno no es periodista de oficio se le suele ir el santo al cielo. Las angustias del vivir diario cada día más problemático; el temor a la falta de paz que anima al mundo; la ola de inmensa plebeyez que asfixia a bastantes personas; son factores generales y de moda que resta interés, sin duda, a unos artículos sobre el ser de nuestros pueblos y los afanes de la obligada minoría. Parecerá irreverencia ocuparse de menesteres artísticos en tanto que abastecernos de aceite es una empresa singular; pero uno piensa que las cosas superfluas y sin importancia cobran su valor de oasis y de auténtica humanidad que se decanta, cuando el problema de lo necesario bordea las garras de lo instintivo y de las zonas de S.M. el Estraperlo. Sigamos, pues, con estas cursilerías que no son el frontón, las biquinielas o las septupletas.

La primera de las aludidas exposiciones del Puerto de la Cruz se celebró en el Casino. Un nutrido grupo de pintores locales —algunos de fama regional— y de un desigual valor, representaba el afán artístico del pueblo natal de don Luis de la Cruz. Un especial atractivo ejercía en el visitante la pintura de un tardío romanticismo, cultivado por don Marcos Baeza, que vivió en el último tercio del siglo pasado y primera década del presente. Marcos Baeza, con Alejandro Saviñón —dos olvidados— representa una deliciosa muestra de nuestro romanticismo pictórico. Si mis amigos del Puerto de la Cruz expusieran la obra de este pintor, en la mayor cantidad posible, harían un buen servicio.

La segunda exposición rebasa los límites del localismo y representa la contribución que los artistas extranjeros han hecho al Puerto.

Casi nos atrevemos a afirmar que el Puerto es la única población que puede presumir de ofrenda semejante. Mi distinguido amigo Juan Felipe Machado logró reunir 77 cuadros —que con gran generosidad cedieron sus dueños— y exponerlos en dos salas, con inteligencias organizadas. Desde las numerosas obras del pintor realista C. Washburn —de los Estados Unidos—, gran fijador de tipos anecdóticos, pasando por un estupendo cuadro del inglés Lembourn, hasta la inquietante obra de Guide y del sueco Akervall, con su reciente retrato —y excelente— de mi distinguida amiga Emilia Suárez Reimers, creo que estaban reunidos los pintores extranjeros de mayor interés que han visitado el Puerto en estos últimos años. De ninguna de estas exposiciones se ocupó la prensa tinerfeña.

Yo querría, modestamente, llamar la atención de «la inmensa minoría» para que mirase globalmente a Tenerife; y no solamente a la admirada capital, sino a la isla entera. Tenerife es el norte y el sur, la capital y «el interior». Tenerife es la gracia progresiva y comercial de Santa Cruz, pero también el valor espiritual y docente de La Laguna y la fina elegancia de su vega; el empaque señorial —incluso con su altivez a cuesta— de La Orotava; la cordialidad luminosa y cosmopolita del Puerto de la Cruz y hasta el hogar de ese gran santuario vegetal —nuestro mayor drago— que es Icod y adonde vale la pena de llegar para ver el San Diego de Alcalá de su Parroquia de San Marcos, y tantos pueblos más.

Tenerife, por los antecedentes históricos que hemos expuesto, no es la sola unidad de su capital, sino la suma de varios pueblos, cada uno de los cuales aporta su sello peculiar a la fisonomía y ser de la isla. Y la esencia y el ser de la isla, que es el conjunto de todas estas fisonomías locales, no debiera olvidarlo nunca nuestra querida capital, tan noble activa y acogedora...

**156. «Muy en serio sobre Las Cañadas».** UNOS ARTÍCULOS Y UNA CARTA DE ILMO. SR. COMISARIO GENERAL DE EXCAVACIONES ARQUEOLÓGICAS. *El Día, Santa Cruz de Tenerife, 17 de agosto de 1947.* (*Papeles tinerfeños*, 1972: 79-81).

Luis Diego Cuscoy, apasionado y lírico esposo de Las Cañadas, fino escritor y muy distinguido amigo, ha publicado en este diario tres dramáticos artículos sobre la rápida extinción que, de la flora indígena o aclimatada, se está llevando a cabo en Las Cañadas. Comenzó el admirado prosista por aludir y divulgar una reseña mía que publiqué en nuestra universitaria y regionalísima *Revista de Historia*, núm. 77; se trataba de una reseña de tres folletos debidos al ilustre botánico sueco E. R. Svensson Sventenius, colaborador del jardín de Aclimatación de La Orotava.

En esta reseña aludí a los descubrimientos botánicos del señor Svensson Sventenius —cinco especies que llevan su nombre— y al hambre de tierra que le desazona, porque no tiene ya donde hacer sus cultivos... Pero me refería, sobre todo y con particular dolor, a esa sistemática desaparición de la flora de Las Cañadas. De la

Serratula canariense, una compuesta, dice Svensson, que tiene en el Llano de la Maja su localidad clásica y única y «donde su existencia se halla hoy día tan amenazada que no llega a 20 ejemplares». Pero todavía más, de nuestra entrañable y maravillosa retama del Teide, escribe esto: «Su extensión disminuye rápidamente, debido a una bárbara y sistemática destrucción. A base de la celeridad con que ésta prosigue hay motivos para temer la extinción de este notabilísimo vegetal dentro de muy poco tiempo». Yo comentaba este párrafo con estas preguntas: ¿Habrán que resignarse? ¿No es posible hacer nada para evitarlo?

La sensibilidad de Luis Diego Cuscoy recoge mi S.O.S. y amplía, con sus tres artículos y una impresionante estadística final, el área divulgadora de unos temores y de una honda protesta que formulé en el recinto acotado de una revista profesional para minorías. A este noble gesto viene a unirse una carta que, con fecha 7 del corriente, recibo desde Madrid y firmada por el Ilmo. señor don Julio Martínez Santa-Olaya, Comisario General de Excavaciones Arqueológicas y catedrático de la Universidad Central que dice de esta manera:

«Muy Srta. mía: Me encuentro entre esos trescientos lectores de su *Revista de Historia* (según su cómputo) y, créame que a nadie le cedo en cariño y admiración por esa revista ejemplar de esas islas, para mí tan queridas, (si pudiese sería catedrático de La Laguna) por lo que con pena veo que se pierde la violeta del Teide, el tajinaste rojo y la sabina.

Supongo que su S.O.S. no habrá caído en el vacío. El salvar estas especies es difícil, pero seguramente no imposible. ¿Por qué no tratan de alumbrar algunas soluciones prácticas, Universidad, Cabildo y Jardín de La Orotava? La cosa, por otro lado, no sería cara. En último término, si los organismos citados carecen de la sensibilidad para salvar estas especies de la flora tinerfeña, ¿Cree usted que no se podrían reunir los medios económicos necesarios mediante una suscripción privada de aquellos que queremos y reverenciamos las islas y amamos la Naturaleza?

Lo importante es que la cosa urge y que, especie perdida, lo es ya para la eternidad.

Vea usted que sus lamentaciones tienen un eco en la estepa castellana, y como aquí en muchos lugares... ¿Y qué opinan los botánicos?

Las gentes de sus criticadas quinielas, etc. (¡Animalitos; todo el mundo tiene derecho a la vida!) Pensarán que están para reclusión en un manicomio quienes pueden pretender una suscripción para salvar unas violetas...

Suyo affmo. q. e. s. m., Julio Martínez Santa-Olaya.»

Que nos lea don Julio Martínez Santa-Olaya y no ceda a nadie en su cariño y admiración por nuestra *Revista de Historia* —que él estima «ejemplar», nos emociona un poco, pero lo que, de verdad, resulta conmovedor es su preocupación urgente por la violeta del Teide y por la flora de Las Cañadas. Si. Hablemos en serio. Aunque las buenas gentes de las biquinielas nos tomen por locos (bien es cierto que este público no nos lee) y la gran masa a la que aquejan hondos problemas de vida (¡Quién que es, estará exento de ellos!) nos crean estúpidos. Nada importa. Hemos de insistir e insistimos: la flora de Las Cañadas desaparece a toda prisa y, especie extinguida, lo será definitivamente y «para la eternidad». ¿Puede hacer algo el Excmo. Cabildo, distinguido amigo don Antonio Lecuona y don Isidoro Luz? El problema no creo que pueda abordarlo ni la Universidad ni el Jardín de Aclimatación. Lo más que podrán hacer los señores Rector, o el señor Maynar o el señor Menéndez, distinguidos amigos todos, es lamentar con sus quejas este prefuneral que nos amenaza y engrosar el coro de plañideras. Yo no entiendo mucho de lo que puede hacerse, pero me da el corazón que en alguna parte debe existir el remedio. Las palabras con que Luis Diego Cuscoy

termina su último artículo son reveladoras por lo que no dicen, pero suscitan: «Se nos había ocurrido pensar —pero casi no nos atrevemos a decirlo— que bloqueando los pocos y conocidos pasos de acceso a Las Cañadas, casi se habría resuelto todo. Quizá lo mejor sería que... Pero esto no es de nuestra incumbencia».

**157. «En Tenerife, una poetisa: Dulce María Loynaz», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 26 de agosto de 1947.**

Esta afortunada Isla de Tenerife, imperio de la Geografía —como quiere mi buen Salvador Quintero, que no tiene paciencia para leerme despacio—, ha tenido, en verdad, pródiga fortuna en su papel femenino de encantada Calipso para almas viajeras. Su arista clásica ha heredado por trasposición de mares —rebasadas las columnas de Hércules— el mito de las Hespérides: manzanas y dragones; tritones y nereidas. Pudo haber sido —¿por qué no?— aquella ilusionada isla de Camoens, donde los cansados Héroes lusitanos durmieron un atlántico sueños de amor. Esta arista ha sido la apoyatura de Cayrasco de Figueroa, un poco tímidamente de nuestro Viana y un mucho de Tomás Morales.

La arista medieval de Tenerife ha sido menos fecunda en derivaciones. Pero el mito céltico esfumante y brumoso, que los portulanos llevaron en sus lomos, dejó en el entonces ya no claro sino tenebroso mar de las islas otra más, la isla romántica, escurridiza y voluble como una ilusión o como una mujer esquiva, para cuya búsqueda se organizaban las gentes en nuestro Tenerife en los días del siglo XVIII. El Jardín de las Hespérides y el Purgatorio de San Patricio; Platón o los venerables monjes irlandeses; los hombres mediterráneos y los celtas tuvieron por aquí sus sueños de lejanía. Estos sueños se han convertido en una vulgar fórmula para viajeros positivistas; «en Tenerife no hay temperaturas extremas» o la prosa vil de Baedeker: «Tenerife el mejor clima del mundo».

Pero la isla, a lo largo de ya varios siglos, ha recibido y ha dado mucho con sus visitantes. Algunos hasta han echado en ella raíces y han quedado para siempre encantados por la Calipso atlántica; muchos, atraídos por esta sirena, le han dedicado sus mejores afanes: son los canaristas, como Humboldt o Berthelot —no quiero hacer larga la cita— para los que hay en nuestro corazón un emocionado y agradecido recuerdo. Queremos olvidarnos de aquellos que, en una estancia de tres meses o unas semanas, han escrito muchas tonterías de nuestra Isla que, «además» de geografía, tiene muchas otras cosas.

Huésped de nuestra isla —y no todo el tiempo que, los que mucho la admiramos y queremos, deseáramos— ha sido la poetisa cubana Dulce María Loynaz. La dádiva que ella nos ha dejado —los gustadores de calidades lo saben— han sido esos recitales casi íntimos de su obra poética. En el siglo pasado dos poetisas que nos visitaron se quedaron aquí para siempre... En el primer tercio, cuando las ramificaciones de la poesía neoclásica se entrecruzaban con el trinar mañanero del Romanticismo; Mercedes Letona de Corral —sobre la que preparo un estudio— vino de Montevideo y aquí murió en edad temprana. Maduró ya el Romanticismo, aquí apagó su voz de cisne Victorina Bridoux, nacida en Liverpool, a la que he dedicado un librito.

Dulce María Loynaz es alondra pasajera, pero ha plantado en el pecho de sus oyentes el grano de su voz. Quería decir a los que no han alcanzado la fortuna de oírla, que Tenerife ha tenido, en los escasos meses de su estancia, a una de las poetisas más enteras y personales de Hispanoamérica. Se nos ha venido con la voz llena, pero con las manos vacías: agotado su libro de *Versos*, Habana 1938, tememos sus amigos que su poesía se pierda, para nosotros, con su marcha. Queremos retenerla para fortuna de más ancho núcleo al hacer la segunda edición — que va a entrar rápidamente en prensa— de



los aludidos *Versos*, en recíproca ofrenda que nuestra Isla quiere hacerle, sin duda por egoísmo.

Un examen —todo lo detenido que me ha sido posible— tengo hecho en otro lugar de la obra poética de Dulce María Loynaz. El fino pudor de una ética que desea administrar siempre los adjetivos con mesura me impide una fácil frondosidad verbal al tratar de su obra de creación. A Dulce María Loynaz no le interesa la gran propaganda de su voz poética, ni los vientos de la fama popular, pero mi trato con extensas minorías de mi isla me advierte el deber que para con algunos —ustedes lo saben, amigos y alumnos— tengo. Advertir calidades lo tenemos por oficio ciertos profesionales, si es que logramos la fortuna de saber advertirlas. Y, para los que sé que me agradecerán la advertencia, copio estos poemas en prosa, inéditos, de Dulce María Loynaz. Sobre el comentario exegético. Muchas veces el análisis erudito y profesional inunda de impertinencia ese inefable mensaje, tránsito de temblor lírico, que toda poesía auténtica encierra.

#### I

De amar mucho tienes la palabra que persuade, la mirada que vence y que tumba.

De amar mucho dejas amor en torno tuyo y, el que cerca pasa y se huele el perfume en el pecho, viene a creer que tiene la rosa dentro.

#### II

Todavía puedes poner tu mano y tapar el cielo... Todavía.

Todavía, si tú me dices que está claro, yo sonreiré al sol, aunque tenga la noche bien clavada en el alma.

#### III

En cada grano de arena hay un derrumbamiento de montaña.

#### IV

Todas las mañanas hay una rosa que se pudre en la caja de un muerto.

Todas las noches hay veintinueve monedas que compran a Dios.

Tú, que te quejas del fango cuando te salpica o de la traición cuando te muerde: tú, que quieres amar sin sombra y sin fatiga... ¿Por qué ha de ser tu amor más que la rosa y más que Dios?

#### V

Estás arriba, ¿por qué no bajas en la lluvia que me cierra los párpados?

Si estás abajo, ¿por qué no sales en el retoño de cada árbol, en las plantas de hierba verde que se trenzan a mis rosales?

Si estás lejos, ¿qué hacen los caminos de la tierra?

Si estás cerca, ¿qué hace mi corazón que no te adivina entre todos?

#### VI

Era mi llama tan azul, que mucho tiempo temí que me la apagara aquella brisa que venía del lado del bosque.

Después, la llama aquella quemó el bosque.

#### VII

¡Vivía!... ¡Pudo vivir con una palabra apretada entre los labios!

Murió con la palabra apretada entre los labios.

Echaron tierra sobre la palabra. Se deshicieron los labios bajo la tierra.

¡Y todavía se quedó la palabra, apretada, no sé dónde!

**158. «Acto de contrición», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 10 de septiembre de 1947.**

Cuando se me ocurrió escribir y sobre todo publicar el trabajo que titulé «Tenerife, suma de pueblos. La capital y el interior», Salvador Luján y Salvador Quintero me increparon con toda cortesía —¡Cuánto agradecemos los cursis la cortesía, planta de la que no quedan ni los 31 ejemplares de esa ridícula «Serratula canariensis»!—, porque me había olvidado de Garachico. Pasé días de susto, pues temí que un núcleo de vecinos del encantador pueblecito viniera a contar mis costillas con una buena ración de palos. Pero los vecinos se apiadaron de mí y he podido seguir respirando. Después me han afeado que me olvidara de Taganana y se atribuyó tal olvido a mi desconocimiento del querido pueblo en el que he pasado días inolvidables. Han vuelto a temblar mis infelices costillas y les he esperado a ustedes, mi buen don Isidoro, mi buen don Juan Negrín, mis buenas muchachas de Tachero o del empinado barrio de «Portugal», con estacas en la mano. No han llegado estos buenos amigos y empiezo a recobrar la tranquilidad hasta que algún escritor del Escobonal o de Chío me increpe de nuevo por mi descuido al no citarlos.

De ningún pueblo tinerfeño me olvidé, pero mi propósito era destacar entre todos, a los pueblos de la isla que fueran representativos de dos notas esenciales: tradición y presente. La Laguna, La Orotava, El Puerto de la Cruz e Icod reúnen esas condiciones; han tenido un pasado notable y poseen un no desdeñable presente: más de 10.000 habitantes, colegios de segunda enseñanza, atracción turística, artística, urbanismo, etc. Garachico se duerme en su nostálgico pasado y su presente es de menor relieve que los citados pueblos; Güímar, en cambio con un risueño presente; más de 10.000 habitantes, colegio de segunda enseñanza, floreciente agricultura, no cuenta con la tradición histórica de los citados pueblos. Es cabeza de la media isla indígena —por cada topónimo guanche que haya en el Norte hay cinco en el Sur— y no ha sido pueblo —villa sólo desde 1900— donde el conquistador sembró una tradición urbana sostenida: el historiador e hijo distinguido de esta villa, don Tomás Cruz nos dice que sus fundadores fueron en mayoría guanches y portugueses y que hace un siglo casi tenía escasos habitantes. Por eso me limité a citar como representativos a los cuatro [ilegible] No por olvido o desdén hacia los 32 Municipios de Tenerife frente a los 21 de Gran Canaria [ilegible] la provincia vecina la que menos tiene de toda España —y [ilegible] la línea tradicional de la [ilegible].

[ilegible] le ocurre a uno escribir [ilegible] tampoco entiende. No somos [ilegible] en botánica ni en casi nada [ilegible] sentimos una singular ternura [ilegible] desde luego —por la violeta del Teide [ilegible] y nos embobece oír hablar a[ilegible] Svensson Sventenius. El Sr. Svensson no es inglés; es sueco. No pesan muchos años sobre sus espaldas. Es alto, delgado y correctísimo. Incapaz de una palabra chabacana. Nunca nos atreveríamos a llamarle «un señor» o «un míster». Ha trepado con grandes fatigas por lugares de difícil ascensión; ha pasado noches [ilegible] en las maravillosas soledades de nuestras altas rocas o en esas prodigiosas Cañadas en las que hemos aprendido a querer, todavía más, a nuestra isla; ha descubierto cinco especies indígenas que llevan su nombre.

Lo que ha publicado el Sr. Svensson no es un libro en el que se usan frecuentes nombres latinos, sino tres folletos que, en Madrid, ha publicado el Ministerio de Agricultura. Se trata de publicaciones oficiales. El Sr. Svensson es colaborador del Jardín de Aclimatación. Y al frente de una de sus publicaciones ha escrito el Ingeniero Director una interesante e informativa introducción. El Sr. Ingeniero Director es un técnico. Sabe muchísimo más que nosotros, estos indocumentados escritores que somos unos alarmistas exagerados y ridículos. Y como somos unos pobres ignorantes hemos olvidado la máxima de un gran filósofo lagunero: «La ignorancia es muy atrevida». Tanta es nuestra ignorancia que no sabíamos que en La Laguna existiera un filósofo

capaz de tan singular originalidad. Pero el mundo ha cambiado mucho y estos míseros seres correctos y absurdos —¡Locos de atar, señor Martínez Santa-Olaya!— nos tendremos que acostumbrar a tratos semejantes. De mí sé decir que no recuerdo haber sufrido descortesía parecida.

El aludido Sr. Ingeniero es nuestro distinguido amigo Jorge Menéndez. Siente él una gran admiración por el señor Svensson, como la sintió el Rvdo. y maravilloso Fray Justo Pérez de Urbel, cuando oía atentamente en el Jardín Botánico las explicaciones y los deseos del naturalista sueco. ¿Lo recuerda usted Padre Flores?

Las palabras de D. Jorge Menéndez son éstas: «Debido al aislamiento de tales parajes —se refiere a Las Cañadas— y a la incultura de los cabreros y leñadores que a ellos acuden, se encuentra gravemente amenazada de extinción toda esta interesantísima y bella vegetación, habiendo algunas especies descritas en épocas anteriores que ya no es posible encontrar hoy y otras muchas en las que los ejemplares que existen son tan contados que hacen prever su próxima desaparición, si no se toman urgentes medidas para su defensa.

Las siguientes notas, debidas al colaborador botánico del Jardín de Aclimatación de Plantas de La Orotava, señor Svensson Sventenius, tienden a divulgar el conocimiento de la referida flora y, al propio tiempo, a llamar la atención de los elementos a quienes corresponda su defensa para tratar de evitar que la extinción que la amenaza pueda consumarse, perdiéndose definitivamente un buen número de interesantes especies botánicas, algunas de ellas de gran belleza, y otras las más difundidas, de prometedora utilización económica.»

Teniendo en cuenta semejantes palabras, yo, a pesar de ser persona ignorante, indocumentada y estúpida, hice una recensión de las publicaciones del Sr. Svensson en el núm. 77 de *Revista de Historia* y el Ilmo. Sr. Comisario de Excavaciones Arqueológicas me escribe desde Madrid que cada especie que se pierde se pierde para la eternidad. Y es verdad, puesto que como sólo a los seres racionales le será dado resucitar, según el dogma, las plantas —como no resucitarán jamás— se pierden para la eternidad. Pero se nos ha intentado colgar el «inri» de panteístas y no sé cuántos anatemas. En los grados celestes podrán verse los racionales seres queridos, pero la «serratula canariensis», nunca.

No se ha polarizado nuestra sensibilidad sólo en las retamas. Bien sabe Dios que si pudiéramos escribiríamos de otros dramas de calibre más hondos, pero no podemos. Por eso nos resulta de un cruel sarcasmo el que se nos hayan reprochado semejante omisiones... Tampoco podemos escribir mucho siquiera de la pobrecita «serratula canariensis», que si así la hemos llamado no es por presumir de latines — como se nos reprocha— sino porque ignoramos su nombre vulgar.

Respetamos cortésmente la opinión ajena cuando no coincide con la nuestra: para eso somos cursis y liberales. Pensamos que la Providencia es infinita y permite además que vivamos los buenos y los malos, el drago y la infeliz «serratula», los pobres y los ricos, la retama, bien que con dificultades, y hasta nosotros los ignorantes indocumentados, pero hay horas de tanto desaliento y amargura en nuestra vida que recordamos las palabras de aquel desgraciado español: «Escribir en Madrid es llorar, es buscar voz sin encontrarla». Y a uno le dan ganas de romper la pluma para siempre y de echarse en un rincón a esperar que nos libre de todo esto la bondad infinita de Dios Nuestro Señor.

**159. «Evocación y nostalgia del timple», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 25 de septiembre de 1947.** Reproducido en *Pronósticos*, N.º 91. Lanzarote, 10 de octubre de 1947. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 82-85).

Fue exactamente hace un año en no sabría decir qué cafetín del Puerto de la Luz. La reunión tenía el sabor de lo sencillo, pero las manos de Jeremías Umpiérrez hicieron el prodigio. Aquello adquirió, de pronto, un aire emocionado de rito, y otra vez lo vulgar cobró categoría estética desde la raíz de lo sencillo y simple.

El alma de mi tierra se trenzó en las cuerdas del timple embrujado de Jeremías y aquellas rejas prendieron, en los nerviosos barrotes, una enredadera sutil que trenzaban los dedos nerviosos del tocador. ¿Qué me sobrecogió aquella noche encantada de septiembre, frontera a una mar sosegada? Lo que tocaba Jeremías era una isa que para mí no lo era; eran unas folías que no me lo parecían. Después tocó... no sé lo que fue. El paréntesis de un año, cuando en la nave del alma hay tempestades, no permite precisiones, pero Jeremías me aseguró que lo cantaban en Lanzarote.

Mi visión de esta isla natal de Jeremías Umpiérrez, que no se ha casado para vivir libre como los pájaros, según frase suya, es una visión poética; es decir, imaginada porque no he tenido la fortuna de verla. Yo la pienso seca y sedienta, un poco achatada por la continuada pesadumbre solar. Lo que Jeremías cantaba tenía un melancólico borbolleo de mar y desierto, de agua salada y tierra llana, de una inmensa e infinita superficie sin horizonte. Era un canto que jamás he olvidado porque su melancolía no era recortada sino extensa. Un canto de tierras que ven nacer el sol; y en aquella voz metálica de Jeremías que apenas levantaba un susurro, aprendí a oír la letanía de esta mitad oriental del Archipiélago. Entendí con toda claridad la diferencia que hay entre el grupo occidental canario —de mayor humedad— y el oriental, de sequedad más acusada. Por hacer un poco de literatura vi el signo de lo céltico y nórdico en el grupo donde el sol se pone y de lo mediterráneo y sureño por las islas que lo ven nacer. Claro está que es una arbitraria y frívola distinción, pero las resonancias anímicas que las cuerdas de un timple suscitan tampoco nos permitían unas bases firmes para una teoría seria.

Sobre el mármol de la mesa hacía caer Plácido Fleytas su voz que sonaba como aquellos duros de plata inolvidables, de una nostálgica edad económica que nunca ha de volver. Plácido cantaba primorosa y gallardamente sus isas con el sabor de rezo que el canario fino pone en la liturgia del canto popular. ¿Lo recuerda usted, Néstor Álamo? El canario fino de todas las islas imprime en su cantar la unción religiosa que se pone siempre en las hondas zonas del alma. Por eso una de las cosas que menos puede sufrir un canario entero y verdadero es que hagan caricatura de sus cantos populares, o que el desalmado pobre diablo desafine entre los vapores de su brumosa «juma» las notas de unas folías o de una isa. Nuestros cantos insulares están hechos para individuos solos, personalistas también y no para brillantes grupos donde la colectividad respuntea la gallardía de una canción coral. El canario fino —ese del «canere» y no del «canis»— hace un melancólico «solo» al entonar unas folías, una isa o una malagueña que aquí aclimataron su semilla ibérica. Quede para el erudito la afanosa averiguación de sus orígenes; aquí sólo nos dejamos llevar por la corazonada musical y anímica de nuestros cantos.

No tenemos muchos estudiosos que buceen por las vírgenes tierras de nuestro folklore musical — ¿verdad, Lola de la Torre?—. Tampoco tenemos ensayistas. Las cuerdas del timple de Jeremías —un gran timple que es casi un Stradivarius conejero— nos hicieron pensar que estos isleños del grupo oriental cantan y tocan con un matiz distinto al nuestro, el de los isleños occidentales. Cantan como si tuvieran el alma clavada en la mitad de una llanura —desierto o mar, acaso desierto y mar—, como si arrastraran una aridez milenaria oreada con los suaves cambiantes de sus semitonos. Una brisa musical de mar o desierto caldeaba en el cantar de Jeremías y en las cuerdas de su timple. Y yo pensé que unas gentes que cantan así han de tener un alma un poco

distinta a la de los que cantamos con menos amplitud de llanura sobre la que extender la voz y el suspiro.

Ningún escritor del Archipiélago se ha detenido a pensar en estas mínimas cosas que pueden ser jalones que nos lleven a una diferenciación de los dos grupos de islas Canarias. Cantar de una manera es en cierta medida un rezar del alma colectiva de una región. Rezar de cierta manera implica un alma y una voz distinta y singular. Un espíritu serio haría una buena meditación sobre las características especiales del alma de un pueblo. Sobre su cantar, su humor, su manera de hablar y su vivir, que le permitirían un diagnóstico interesante sobre su ser. Pero las mujeres, que somos alma y no espíritu, no sabemos hacer estas cosas de honduras y en la superficie de las cuerdas de un timple bullanguero columpiamos —una noche lejana ya— unas folías de allá, del grupo occidental, unas folías del picudo Teide, que sonaron distintas a las de Jeremías y a las de Plácido. Y aunque nos unía a todos la impronta común de nuestro isleñismo, el cantar y la voz delataban unos matices que un oído fino pudo haber recogido como distintos mensajes que a lo largo del tiempo han ido labrando almas colectivas diferentes. Pero las voces —y esto es decisivo— acoplaron sus tonos, se enredaron en las cuerdas del timple de Jeremías y hubo un momento en que primero una y después otra vez, todas levantaron un emocionado credo lírico, en un negro paisaje de noche atlántica. Un credo lírico y sentimental a las excelencias de nuestras amadas islas Afortunadas.

**160. «Perfume y aires regionales», *La Tarde, Santa Cruz de Tenerife, 10 de noviembre de 1947.* (*Papeles tinerfeños*, 1972: 86-89).**

Un determinado trabajo extenso e intenso, que amenaza tragarme como a sus hijos el dios Saturno, y los agudos ventisqueros de una honda tempestad de alma han impedido que yo acusara recibo y atención debida a varias cartas y a algunos artículos que me han sido dirigidos no hace mucho.

Si se tratara de menesteres privados, ni la honestidad personal ni la letra de molde tolerarían voltearlos al aire de la hoja diaria y pública, pero me refiero a cuestiones que abordé por su valor objetivo y de pasada, sin sospechar siquiera que mi voz —siempre de matices íntimos o al menos así me lo figuro— levantaría un coro nutrido, que es el que realmente ha entonado las dos canciones: la primera sobre retama y la segunda sobre el timple.

Las sencillas retamas atrajeron con su perfume inolvidable la atención de la sensibilidad mejor de nuestra isla. En los comienzos de la canción —cuando yo la entonaba casi a media voz— sus aires más bien fueron para la pobrecita «serrattula» y para aquellas plantitas de la flora indígena que llevan camino de desaparecer, según afirmaba el señor Svensson Sventenius, quien acaba de regresar a Tenerife y lo sigue afirmando. Las plantitas entonces movieron las retamas. Las retamas, después, los pinos y los pinos, todo el agudo problema forestal de nuestra muy amada isla de Tenerife.

Entre tanto, a mí me escribían cartas el doctor Max Steffen —una hermosa carta de esas que escriben los extranjeros con sensibilidad cuando aman, como él, a nuestras islas—; ustedes, exactos amigos Padre Flores, Germán Reimers y hasta usted, Dr. González Padrón, tan perezoso para escribir. Cartas me llegaron también de mis buenos amigos Luis Diego Cuscoy —que abordó a pecho firme la observación y la estadística— y del ingeniero agrónomo Jorge Menéndez y de usted, señor desconocido del Realejo Alto, cuya firma no logro descifrar y que parece decir José Bencomo, pero no estoy segura. Otra vez el Director General de Excavaciones Arqueológicas, señor Martínez Santa Olaya, vuelve a escribirme y espero tranquilizarlo con este artículo.

Todos mis comunicantes aman la flora canaria, desde la menuda plantita al robusto pino. En grata visita, don Rafael Machado Llarena —apasionado amante del arbolado— me informa de los desvelos de la Junta del Patrimonio Forestal en esta provincia y tiene la gentileza de obsequiarme con las Notas sobre flora canariense que han publicado los señores Ceballos y Ortuño, que han descrito con toda pericia interesantes especies; aparte de haber descubierto cinco más, aunque una corresponda a mi antiguo profesor el doctor don Agustín Cabrera. Lamento que, después del doctor Cabrera, no haya habido ningún hijo del país que se haya dedicado a los estudios de Botánica y, sobre todo, con tan sugestivo material como las islas brindan. Cuando fundamos el Instituto de Estudios Canarios abogábamos por la creación de una Facultad de Ciencias Naturales en nuestra Universidad, aunque comprendo que, cada día que pasa, la vida empuja a las gentes más a los estudios prácticos que a los especulativos... sin embargo, ¡sabe Dios dónde termina lo especulativo y comienza lo práctico!

La segunda canción la entoné en un diario de Las Palmas, ciudad en la que estuve recientemente. (Algún caballero o damita lo recordará con rencor y tristeza). A propósito de un tocador, de timple lanzaroteño —el tocador y el timple— se me ocurrió escribir, no nada nuevo y original, sino algo tan sencillo como mi sentimiento diferencial de los dos grupos oriental y occidental de las islas Canarias, a base de la música. En Lanzarote comprendieron que el gesto me salió del alma —y no de la inteligencia, contra la que tengo resentimientos no sé si fundados— y me lo valoraron. Mi excelente amigo Néstor Álamo —tan desenfadado y original de pluma— dialogó conmigo en el mismo diario y hasta maguó mi ahora escaso apetito con una tentadora sopa de marisco que antaño servían en el bar «Toledo» al que por mis despistadas culpas me atreví a llamar cafetín en mi artículo.

Después, aquel ensayo me lo ha reproducido el simpático semanario lanzaroteño *Pronósticos*. La vigilante pluma de Salvador Luján lo comentó aquí en *La Tarde*. En *Falange*, de las Palmas, un fino y por mí desconocido escritor me dedica un precioso artículo. Me refiero a don Francisco Mestres. Insuperable y atinado trabajo el del señor Mestres que termina invitándome a visitar Lanzarote. Si las circunstancias lo permitieren, alguna vez iré. Desde aquella isla —que mucho deseo conocer— me escribe una inteligente carta el escritor don Luis Fajardo.

El colofón a estos dos coros de flora y timple isleños es una sugestiva y profunda lección para mí y creo que para muchos. Está uno hartado de oír que en este país todos los espíritus están aplanados y vegetan en una desgana abulia indiferente, pero es el caso que algo tan simple como las hermosas retamas han tenido la virtud de interesar a muchísimas personas en torno suyo y del arbolado isleño. Estoy segura de que todos los que sobre este asunto hemos opinado de una manera o de otra — ¡es tan necesaria la oposición como antídoto del aburrimiento!— hemos contribuido a crear un ambiente positivo para la flora de las islas. La sensibilidad de la primera autoridad civil ha sabido recoger estos esfuerzos al crear una Junta Asesora Forestal. Oportuno es ahora dar una feliz noticia que espero agrada mucho al Dr. Martínez Santa Olaya. Me escribía dicho señor últimamente preguntándome si no sería posible salvar la flora de nuestra botánica «sección de raros» en algún lugar determinado. Este ha sido el sueño dorado del señor Svensson. Por fortuna, tiene el querido Puerto de la Cruz un alcalde de gran sensibilidad para estos problemas y está en vías de lograr la adquisición de un terreno apropiado para el cultivo de nuestra flora en el citado Puerto. El Botánico es ya insuficiente y la flora que en ese futuro Museo o Archivo vegetal pueda aclimatarse, allí vivirá. Si don Isidoro Luz y don Antonio Lecuona logran que el Cabildo Insular se adelante al posible proyecto extranjero de aclimatar nuestra flora en Dakar, han de merecer un monumento.

Más modestos, los aires del timple darán pronto su técnica, informado por el ejemplar Jeremías Umpiérrez. Da gloria y emoción oír como Néstor Álamo, sin saber ni una nota, está creando la auténtica canción canaria —hoy inexistente en cuanto tal—, que él construye con letra y música y los peritos le instrumentan después. Y me pasma ver cómo es que costándonos el aceite lo que nos cuesta, nos enfervoricemos todos por las retamas, las violetas del Teide, el timple y estas cosas que parecen frívolas y que puede ser que lo sean, pero que sin duda son las que nos dan un contenido espiritual y nos avisan de que una valiosa zona de nuestro pueblo está viva, alerta y en vigilia tensa. Las retamas dan fragancia y color a nuestros sentidos y las cuerdas del timple bullangero animan nuestros oídos y regocijan nuestra alma. No se olvide —querido don Francisco Bonnin— del timple en esa fiesta de homenaje a Las Cañadas que usted prepara en el ejemplar Círculo de Bellas Artes para muy pronto. Antes, cuando se podía vivir de pan, existía un refrán: «No sólo de pan vive el hombre». Ahora, que no hay pan, resulta maravilloso que una gran legión de tontos vivamos del timple y la retama.

**161. LA LAGUNA. «El paisaje y la ciudad en otoño», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 27 de noviembre de 1947. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 193-196).**

Como el amor, el paisaje no se busca; se encuentra. Y se encuentra a veces —también como aquél— cuando menos se espera. Una tarde tibia y clara de otoño nos lleva los pasos por la ancha y extensa vega de La Laguna. Antonio de Viana con dos adjetivos pinta las excelencias del hermoso valle que, entre la Mesa Mota y el arco montañoso de San Roque a Las Mercedes, se extiende perfectamente horizontal, como si el rodillo de un labrador gigante pasara por aquella superficie alfombrada de sienas y de verdes tiernos.

Los adjetivos son estos: «hondo» y «espacioso». Honda y espaciosa es la vega lagunera vista desde una de esas cresterías que bordean por el Este la gran llanura. Atraviesa esta llanura festones verdes de cañaverales, testigos fieles de un agua ausente, que alguna vez puede correr por las acequias naturales de la ancha vega. Al comenzar el camino de Las Mercedes, un gracioso túnel de cedros levanta su rizo vegetal; a la derecha de este camino, otro puede llevarnos a un arroyuelo de pasados tiempos, que es hoy un barranco seco, de cauce breve, como esas almas sin humedad que nunca llevan agua a la ancha mar del morir.

Junto a este barranco sediento un caminito con márgenes que respuncean azuladas piteras nos lleva a las faldas de las montañas que custodian la vega: el caminito es de esos que a Filiberto Lallier le gustaba pintar en sus amables paisajes realistas de nuestro encantador siglo XIX. Nos cuesta nada proporcionar al alma —sobrecogida por la pesadumbre— estas horas de vuelo en un rubio atardecer del avanzado otoño. Hay el gusto de la fruta madura en el aire y el paisaje se carga de la fragancia exquisita del moscatel, que se percibe siempre en todos los ocasos. Un sosiego tibio nos envuelve y, de pronto, un nutrido grupo de árboles —¿encinas?— nos ofrece el más exquisito primer plano que pudiéramos soñar para el escenario que sale a nuestro paso.

Lamentamos la ignorancia botánica que poseemos. Nos parecen encinas los árboles, pero tenemos miedo de afirmarlo. Alguien nos dice que son álamos negros: si consultamos a Viera, Viera nos remite a la letra «O» de su Diccionario de Historia Natural. De ser olmos, ellos nos dibujan al pie del arroyuelo —que en pasadas épocas pudo alimentar al lago no distante del que tomó su nombre la ciudad— una estampa inglesa. Mis acompañantes aguardan a que una rubia amazona y su jockey irrumpen al punto de entre los árboles.

Y los árboles crecen allí a su gusto, finos, elegantes, copudos. El dueño de estos árboles es un gran caballero: no lo conocemos, pero sí sabemos que es un noble

señor, nos basta con que haya sabido conservar en medio de la honda y espaciosa vega esta gran dádiva de un bosquecito delicado y hermoso. Amarillean ya y aclaran su verde las hojas de estos árboles; da el sol de frente y a contraluz, el paisaje cobra unas tintas irreales de ensueño. Y todo este primer plano se lo debemos a José Febles, dueño generoso de la arboleda que encanta nuestros sentidos en un atardecer de otoño, donde la incomodidad del alma y la inquietud agobiadora del vivir se han disipado gracias a este conjuro. El azul del cielo es purísimo. Enfrente, la carretera de la Esperanza, cuyo asfaltado reverbera a la luz solar, es un río de plata que, saliendo desde las seis o siete montañas donde el macizo central quiebra, se proyecta sobre la ciudad.

Contemplar los grises de las secciones transversas de estas montañas es un brindis luminoso para los ojos. No sobrecogen las montañas aquí el alma espaciosa del isleño de Tenerife. Nuestras cumbres saben guardar las distancias y, agrupadas en planos superpuestos al fondo de la Esperanza, dan los últimos planos al escenario y el paisaje conjuga los verdes y los grises luminosos enrubiados por la luz solar en su despedida.

Todo esto lo admiramos al subir por las prominencias que vigilan, partiendo de San Roque, la hermosa vega. Si ya arriba nos asomamos desde la cima de estas montañas custodias al primero de los valles estrechos, encontramos otra sorpresa que nos aguarda oculta: un pasmoso embudo geológico donde el sol de la avanzada tarde hace cantar en las piedras desnudas una sinfonía. A contraluz destaca el ocre de las montañas que estrechan en la cima sus agudos picos. Este ocre fuerte da al plata viejo de la piedra el brocado de las grandes capas, de las capas suntuosas de los cardenales y, en un clima encantado de luz y de silencio, podemos sospechar que el guardián del vestuario de la Catedral de Toledo nos ha tendido allí las mejores galas litúrgicas del gran Cardenal Mendoza, de Jiménez de Cisneros o la capa escocesa de don Gil de Albornoz...

Pero hay que seguir adelante y emprender el descenso, ahora por la derecha. Al cerrar la tarde sus tapas, el camino os mostrará, en una de sus bocas, una visión poética de litografía antigua: la ciudad, entre verdes y sienas, destaca las torres lejanas de la Catedral y la redonda cúpula que se dibuja entre la calina. Y la calina sigue velando el paisaje de una irrealidad vaporosa que embriaga el silencio de aquel adiós sin voz que nos da ya el atardecer.

Si el mórbido contorno amado y familiar del Teide no nos avisara desde arriba como ángel tutelar, que estamos en casa, podíamos pensar en un paisaje celta, húmedo y verde y en una urbe continental también céltica, esfumante... Quien no te ha visto de lejos, ciudad de La Laguna, en un atardecer dorado de otoño surgir entre la calina con tu delicada gracia de ciudad —también en el maduro otoño de tantas cosas— no pude amarte en total plenitud.

**162. «Teobaldo Power (1848–1884). Apuntes biográficos. La familia. I», *El Día, Santa Cruz de Tenerife*, 4 de enero de 1948. (*Todos los que están fueron*. Tomo I, 2008: 455-458).**

## I

Cuando la Genealogía sólo sirve para levantar vanidades, ya de suyo alzadas, o para mostrar una colección de «sargentos mayores», esta importante rama de la Historia nos aburre, pero cuando presta su natural servicio y nos ayuda a desentrañar la ascendía biológica de un personaje relevante de un país, entonces tiene la Genealogía nuestro agradecimiento.

La labor desarrollada en el siglo pasado por el genealogista canario don Francisco Fernández de Béthencourt fue de gran interés, pese a las enormes lagunas de



inexactitudes que contiene su obra y a un campanudo estilo, muy de su retórica época. Pero el *Nobiliario y blasón de Canarias* nos da toda clase de explicaciones de familias tan interesantes como es, por ejemplo, la de Power.

Patricio Power Commyns se estableció en las Islas por 1747 y su esposa se llamaba Isabel de Strickland. Es posible que haya algo de verdad en lo que escribe Fernández de Béthencourt de este caballero: Subteniente al servicio del rey de España en el regimiento irlandés llamado de Hibernia y antes había servido en el ejército católico inglés en defensa del desgraciado Príncipe Carlos Eduardo Estuardo y como ayudante de campo de su suegro Sir Rogerio de Strickland, general del ejército realista, que también emigró a España por tan honroso motivo, reinando el señor don Carlos III<sup>1</sup>.

Don Patricio y su esposa tuvieron seis hijos: Patricio, Tomás, Nicolás, Antonio, Roberto e Isabel. Solamente los tres últimos vivieron en Tenerife. De los dos últimos hubo notable descendencia que justifica la misión de una genealogía discreta y eficaz.

Isabel Power casó con Juan Diego Meade, irlandés; su hija Isabel Meade y Power casó con su primo Patricio Murphy y Meade. Distinguidos son los Murphy en nuestro siglo pasado: José Murphy fue activo diputado de las cortes de 1820<sup>2</sup>; Ricardo Murphy es un ejemplo de poeta romántico que alcanzó en su juventud los rayos del ocaso neoclásico y que murió tuberculoso; ambos eran hermanos de don Patricio, cuya hija, la tercera Isabel de la familia, casó con Francisco Estévez en 1833. Estos son los padres de Patricio Estévez y Murphy, de Nicolás, de Diego, de Paco... De aquellos ilustres y encantadores hermanos Estévez y aquí asalta una teoría de recuerdos: el *Diario de Tenerife*, los viajes a París, la República del 73, los versos, el almendro, la tuberculosis, los viajes a Cuba... ¡Tantas cosas!...

Isabel, la primera Isabel Power, cumplió exquisitamente su misión femenina y tiene una notable historia genealógica. Su hermano Roberto es el fundador tinerfeño de la familia Power. Roberto nació en Santa Cruz en 1767; casó en primeras nupcias con Antonia Arroyo en 1806 y, muerta ésta, con su hermana María. Álvarez Rixo nos ha conservado algunas anécdotas de Roberto Power, que vivió muchos años en el Puerto de la Cruz. En 1804 nos informa Álvarez Rixo cómo don Roberto salvó a unos marineros a punto de perecer en una enorme borrasca; como en 1806, siendo síndico personero del Ayuntamiento portuense, construyó una capillita en la calle de las Cabezas para depósito provisional de los difuntos y que tan útil fue durante la epidemia de fiebre amarilla en 1811. En 1820 de nuevo síndico personero, la proclama de la Constitución de 1812 costó sus buenos pesos a don Roberto. He aquí lo que escribe el delicioso Álvarez Rixo: «Al señor Personero, por razón de tener una voz clara y sonora le tocó leer dicha Constitución de un lucido tabladillo levantado en el mismo local. Pero después que por espacio de tres días todos se divertieron, muchos individuos se negaron a satisfacer sus cuotas prometidas, de manera que don Roberto Power tuvo que suplir de su bolsillo cosa de cuatrocientos pesos constantes sin que su generosidad patriótica mostrase resentimiento por el chasco que le habían inferido sus inexactos conciudadanos»<sup>3</sup>.

Con su agradable voz, como contaría don Roberto la anécdota que le ocurrió en su juventud en Nueva York una noche en la que se equivocó de palco ocupado, a poco de entrar él, por una señora y un caballero ancianos. Excusas del joven Power y amable insistencia del caballero para que se quedara en el palco; atentos ofrecimientos a la salida de la función: una calle y un número. Cuando Roberto Power repite en su fonda este número y esta calle sus oyentes lo interrumpen: aquel anciano tan interesado por las costumbres, el clima y los habitantes de Canarias era el general Washington. Y al día siguiente don Roberto Power visita al anciano general: al otro día come en su mesa... No nos puede extrañar la emocionada solicitud con que don Roberto en su casa del

Puerto de la Cruz cuidara aquel «disforme jarro de fina pisa en que estaba pintada la Apoteosis del general Jorge Washington», de que nos habla Álvarez Rixo.

Los hijos de don Roberto Power fueron: Enriqueta, que casó con Fernando Guezala; Emilia, que casó con el marqués de Casa-Hermosa; Nicolás, que caso con Emilia Ravina y Bartolomé, el menor, padre de Teobaldo Power.

Nicolás Power fue notable músico local y nació en La Orotava en 1820; dirigía la Filarmónica de Santa Cruz y cuando Teobaldo celebró su primer concierto público en 1858, la orquesta tocó una Sinfonía en re de don Nicolás Power, que fue secretario del Ayuntamiento santacrucero y subdirector de la agencia de seguros «La Nacional». Toda esta «erudición» saca uno de estar leyendo periódicos del siglo XIX... Nicolás Power envió en 1862 y hasta 1869, por lo menos, consta que vivía en Santa Cruz<sup>4</sup>.

El abuelo de Teobaldo Power comió con el general Washington; por su tía abuela Isabel estaba emparentada con los Murphy y con los Estévez; su tío Nicolás, como su padre, era notable músico aficionado. En esta tradición liberal católico-irlandesa y musical nace Teobaldo Power y Lugo Viña.

<sup>1</sup> Fernández de Béthencourt: *Nobiliario y blasón de Canarias*, Tomo VIII pp. 113-114.

<sup>2</sup> José Murphy y Meade nació en 1774. Véase su producción literaria en la *Bio-bibliografía de escritores canarios* de Millares Carlo. De Ricardo Murphy y Meade (1814-1840) nos ocupamos en nuestra inédita *Historia de la Literatura en Canarias*.

<sup>3</sup> José Agustín Álvarez Rixo: *Recuerdos patrióticos de diversos hechos generosos y numantinos verificados por distintos isleños canarios*.

<sup>4</sup> Si se desea ampliación de esta noticia véase nuestras notas en los números 73 y 76 de Revista de Historia (1946).

**163. «Teobaldo Power (1848–1884). Apuntes biográficos. El músico. II», *El Día, Santa Cruz de Tenerife*, 6 de enero de 1948. (Todos los que están fueron. Tomo I, 2008: 459-463).**

## II y último

En el Puerto de la Cruz —que tantas buenas e ilustres cosas y personas ha dado a Tenerife— nació Bartolomé Power y Arroyo el 26 de marzo de 1823. Fue funcionario del Gobierno Civil y aficionado a cuestiones musicales. El 1 de abril de 1845 casó con Margarita Lugo Viña. De este matrimonio nacieron Enriqueta, Teobaldo y Dolores.

Aunque siempre hemos leído que Teobaldo nació el 6 de enero de 1848 en la casa que actualmente ocupa la Imprenta Católica, la del antiguo Club Inglés de la vieja plaza de la Constitución, Fernández de Béthencourt escribe que nació el 2 de febrero y que se bautizó el día 6. Si ustedes tienen tiempo, amigo Amaro Lefranc o admirable y diligente señor Padrón Acosta, averígüenlo. Yo ando con prisas y no estoy para nada. Si ordeno estas notas es porque ha ya tiempo que estaban hechas y... por obligación.

Teobaldo aprendió las primeras lecciones con su padre; a los diez años publica una Polonesa Mazurka en el núm. 7 de la revista santacrucera *El Instructor y Recreo de las Damas*, del 20 de enero de 1858. En una de las «soirées» que celebraba en su casa el paisajista y músico Nicolás Alfaro, se rebeló el niño como precoz ejecutante al interpretar música de Thalberg, según leemos en los periódicos de la época. En *El Guanche* del día 20 de septiembre la poetisa Victorina Bridoux predijo en una composición el futuro talento musical de Teobaldo Power.

Con motivo del traslado de don Bartolomé a Barcelona, la Filarmónica de Santa Cruz da un concierto de despedida al niño artista el día 16 de septiembre del referido año. *El Guanche* del día 20, al publicar el programa del concierto escribe: «La extraordinaria ejecución y profunda inteligencia de dicho joven, nos hacen esperar que la ovación que se le prepara será completa y que al apartarse de estas rocas, que le han servido de cuna, llevará de nosotros un grato recuerdo.»

Ya en Barcelona, el muchacho da algunos conciertos ante personas de la familia real. Estudia armonía con el notable músico Balart, y en 1862 lo pensiona la Diputación barcelonesa para que continúe los estudios en París; en esta capital es alumno aventajado del Conservatorio, donde obtiene el primer premio de armonía del maestro Elwart y el segundo en la clase de composición que daba el director del centro Ambrosio Thomas, quien hace grandes elogios del discípulo. Power ha estudiado en París con Stephen, Heller, Baillot y Marmontel.

El 27 de agosto de 1864 llega Power a Tenerife y el 13 de septiembre da un concierto en Santa Cruz en el que ejecuta música de Humel, Thalberg y Beethoven. La Filarmónica santacruzera toca en esta ocasión una Obertura que el joven compositor había dedicado a la Diputación de Barcelona. Vuelto a París termina sus estudios en 1866. Ese año marchó a La Habana y se relaciona con los músicos Espadero y Aristi, seguidores de la escuela de piano de Gottschalk, que influyen en su manera de tocar. Vuelve de nuevo a París y dirige una compañía de ópera. Al frente de ella y en Poitiers la declaración de la guerra franco-prusiana le obliga a abandonar Francia, a la que había llegado en 1869.

En Madrid y Barcelona vive el músico de su profesión de pianista. Amaro Lefranc nos ha escrito sugestivos párrafos sobre aquellos conciertos en el viejo café del Prado. A Teobaldo lo acompañaba con su violín el después ilustre maestro Bretón y en los menesteres de la bohemia el delicado Gustavo Adolfo Bécquer.

Por lo años de 1870 a 1878 vive Teobaldo Power en Madrid. En 1873 se destaca en el concierto dado en el Teatro Alhambra el 12 de abril al tocar una Polonesa compuesta por él mismo y que vuelve a tocar en el concierto del 9 de mayo organizado por él y dado en el Conservatorio. También interviene en el que dicha entidad celebró el 19 de mayo en beneficio de la cantante Salvadora Abello. La crítica musical de la época lo señala como el mejor pianista, destacándole también como compositor.

En 1878 da un concierto en el Teatro Alhambra el 23 de abril, y el 29 en el Teatro Apolo con la Unión Artístico-Musical. La Sociedad de Conciertos le ha estrenado su Polonesa el 28 del mismo mes. El 25 de mayo la Unión le estrena un elogiadísimo Concierto para piano, que se repite en el segundo concierto del día 28. En ambos conciertos, celebrados en el teatro Príncipe Alfonso, interviene con rotundo éxito nuestro músico.

Pero la salud de Power no era buena. Por consejo médico vuelve a Santa Cruz, adonde llega el 5 de diciembre de 1878. En enero siguiente da unos tres conciertos en las Palmas, con la cooperación de la orquesta que dirigía el notable músico y compositor canario Bernardino Valle. El 15 de marzo de ese año de 1879 da otro concierto es Santa Cruz. El 7 de abril contrae matrimonio con su pariente Julia González Lugo Viña, según nos informa don Sebastián Padrón Acosta, y a poco marcha a La Madera y Lisboa donde el rey Luis le nombra pianista de Cámara. Power dedicó al monarca una composición sobre motivos de música tinerfeña primitiva. De Lisboa fue a Málaga, pero la insegura salud le hace volver a Tenerife y en Las Mercedes vive unos tres años. Por el camino de las Mercedes —ese tan bello del acertijo de las mujeres, los sacos y los gatos...— lo veían venir a La Laguna muchos días y no pocas fueron las veces que encontró la calle de San Agustín con un numeroso grupo de admiradores que, frente al «Porvenir» —donde está hoy en Palacio Episcopal— le oía desgranar en el piano escalas y arpeggios...

Durante esta su última estancia en Tenerife intervino en la inauguración de la citada sociedad lagunera «El Porvenir» y publicó en la *Revista de Canarias* dos artículos: uno, sobre las filarmónicas santacruzeras, por cuya unión aboga (número del 23 de enero de 1880), y otro titulado «La Orquesta» (número del 23 de febrero). Power

formó grupo generacional con aquel ilustre núcleo de la *Revista de Canarias* que condensó en torno suyo todo lo que de valía existió en la época.

El 5 de agosto de 1880 la Filarmónica que dirigía el notable músico santacrucero Juan Padrón —con motivo de la Inauguración del nuevo local de la Sociedad «Santa Cecilia»— le estrena los famosos «Cantos Canarios» en un memorable concierto. De discutible valor musical son los «Cantos Canarios», pero que poseen una gran emotividad para el alma isleña no podemos negarlo.

En abril de 1882 regresó Teobaldo a la Península. Dio varios conciertos en Málaga, Granada y Córdoba. Al llegar a Madrid, en octubre, toma parte en las convocadas oposiciones a segundo organista de la Capilla Real, vacante por muerte de don Joaquín Espín y Guillén, padre de la musa poética de Gustavo Adolfo Bécquer, su amigo. Los opositores eran 10 y Power ganó la plaza, de la que tomó posesión el 30 de noviembre. Casi al mismo tiempo oposita a la cátedra de piano del conservatorio de Madrid y entre 11 opositores él obtiene por unanimidad la cátedra. El 26 de enero de 1883 recibe el nombramiento y, al inaugurarse el curso, el músico Arrieta le da la bienvenida.

La vida de Power toca a su fin. El 30 del citado mes y año da un concierto en «La Zarzuela», con asistencia de los reyes. El 19 de junio la Sociedad Artístico Musical le estrena en Madrid «Cantos Canarios». En marzo de 1884 da un concierto con la orquesta del maestro Vázquez y el 6 de abril le estrena una composición original. El 16 de mayo, en plena actividad creadora, Teobaldo Power fallece en Madrid, tuberculoso, como su amigo Bécquer. Tenía 36 años.

Power dejó inédita una obra literaria, *El arte del piano*, un fragmento de la cual publicó en Santa Cruz *La Ilustración de Canarias* en 1884 (Tomo II, pp.170-172)

He aquí lo que el notable crítico musical José M. Esperanza y Sola escribió acerca de Teobaldo Power:

Como compositor, Power había dado en las sesiones objeto de esta carta (las celebradas por la Sociedad de Conciertos que dirige el maestro Vázquez) gallarda muestra de su valía en un *scherzo* y en tres Piezas características de concierto notables, tanto por la distinción y elegancia de las ideas, como por la belleza de la forma. Como pianista había hecho exhibición de su talento y de su genio artístico al interpretar obras de distintos géneros y autores, obteniendo una calurosa ovación, en extrema merecida, en la Marcha húngara, de Kowalsky y en la Gran Polonesa, de Chopin. Al oírle la primera, veníase a la mente aquella frase de Blaze de Bury, de que hay gentes que devoran las octavas como el corcel del desierto devora el espacio; tal era la precisión con que las ejecutaba, mostrando un mecanismo de primer orden, sin que las dificultades de que la tal pieza está erizada de arredrasen, ante bien le hicieran acometerlas con brío y vencerlas con singular maestría; y en cuanto a la segunda, o sea la Polonesa, hermoso conjunto de delicadeza y de fuerza; Power, que reunía al mecanismo perfecto que ya he dicho un profundo sentimiento del arte, supo interpretar con raro acierto la hermosa obra de Chopin, haciendo destacar la tristeza «sui generis», la distinción y la elegancia que constituye los rasgos más característicos del inspirado poeta del piano.

(*Treinta años de crítica musical*, Madrid, 1900, vol. II, pp. 64-65)

A veces los centenarios caen cuando urgentes quehaceres nos agobian. Ahora siento detrás de mí los cascos apremiantes con los que el caballo de la prisa espolea mi tiempo. Otros que disfruten de un ritmo de mayor sosiego podrán tejer espaciosa y anecdótica prosa en torno a Teobaldo Power, que la requiere, y buena. Si pudiera aprovechar a los no poweristas, para ellos esta bibliografía:

*Eco del comercio*, periódico de Santa Cruz de Tenerife, del 28 de agosto de 1858; *El Guanche*, núms. 474, 476 y 477 de septiembre de 1864; Ídem, núm. 486 del 23 de octubre de 1864; L. Río Oseleza (Elías Zerolo) en «Conversación quincenal» de *Revista de Canarias*, núms. 3, 4 y 8 de enero-marzo de 1879; Patricio Estévez Murphy: «Teobaldo Power» en *La Ilustración de Canarias*, núm. 15 del 15 de enero de 1883; Número necrológico de la misma revista, correspondiente al 20 de mayo de 1884,

especie de corona literaria a la muerte del músico tinerfeño; Amaro Lefranc: «Teobaldo Power y los Cantos Canarios». «La intensa y agitada vida del malogrado músico» en *La Prensa* del 1 de mayo de 1929; «Power», folleto de la *Biblioteca Canaria* que contiene el citado trabajo de don Patricio Estévez, otro de Francisco M. Pinto y algunos más del aludido extraordinario de *La Ilustración de Canarias* a la muerte del músico tinerfeño.

**164. CADA DÍA CON SU TEMA. «La lección de Miguel de Cervantes», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 11 de marzo de 1948. (*Pulso del tiempo*, 1953: pp.129-134).**

Asusta la bibliografía cervantina. Es casi imposible aportar una idea nueva al tema de Cervantes; la erudición española y la extranjera lo han dejado poco menos que exhausto y, a pesar de ello, todavía está pidiendo *El Quijote* en la universidad española algo semejante a lo que ocurre en Italia con la «lectura Dante».

Confesemos, una vez más, que *El Quijote* no es muy leído por los españoles. Seamos sinceros y dudemos de la eficacia de este centenario, entre otras cosas, porque tiene nuestra época muy afiladas unas lanzas que en otro tiempo fueron rubias cañas, y, en esta situación, evocar un tema como el cervantino nos puede sonar a pura arqueología.

Y sin embargo, cómo aprovecharía precisamente ahora la lección en bloque de Cervantes. La vida de Miguel ha sido entendida por una inteligente erudición como una vida heroica. De 1547 a 1569 vive el escritor sus años ilusionados de mocedad; en la última fecha citada, cuando tiene 22 años, escribe una composición a la muerte de la exquisita Isabel de Valois; es el año de la gran aventura de Italia. Las seis grandes aventuras que podía emprender un español de entonces —había escrito Díaz Tanco de Fregenal— eran la de Indias, la de Italia, la de Flandes, la del pleito, la de la cárcel y la del claustro. Cervantes corrió la mitad claustro. Cervantes corrió la mitad de este ciclo aventurero hispánico.

La fase luminosa de sus años de soldado —Lepanto, Túnez, Palermo—, de los 23 a los 28 años, se cierra con el eslabón de una aventura que no es dinámica; es la aventura de contrapartida que podía sobrevenir en aquel patio de tensa vecindad que fue entonces el avispero del Mediterráneo; el mozo siente la primera quiebra en su ilusión de excombatiente en «la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venaderos»; se apuran los cinco años trágicos del cautiverio, de la aventura estática de Argel, cuando el sol da de frente en la vida de Cervantes, entre los 28 y los 33 años.

¿Qué lleva este mozo en su alma sensibilizada para toda sugerencia estética y en su espíritu abierto a todo problema? Un cargamento maravilloso del que hará él una de las obras también «más altas que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venaderos». *El Quijote* no es una obra de azar, ni el personaje cervantino se tragó al propio autor, como pudo pensar don Miguel de Unamuno. Una obra cimera, de tonos sostenidos, con una segunda parte que es un pasmante broche sinfónico no es producto de la casualidad, sino de la destilación condensada, agónica, estremecida, de una de las almas más egregias y de mayor finura que ha tenido España.

Es bien probable que la personal simpatía de Miguel impresionara al rey de Argel, pues sorprende que, tras cuatro intentos frustrados de fuga, las espaldas del cautivo no se hubieran hundido para siempre al rigor de los palos de la sentencia; debió de haber sido un ejemplar humano agradable, aunque de poca suerte. Las cartas de don Juan de Austria comprometieron al soldado de Lepanto... Llega al fin la libertad, a los 33 años, en 1580; tres años después se representan sus comedias y aquella charla

cervantina, que pudo convencer al rey de Argel, embobeció a una muchachita de Esquivias. Cuando se casaron, Miguel tenía 37 años y Catalina de Salazar 18.

Pero el teatro de Cervantes, a pesar de sus rasgos estimables, estaba hecho bajo un canon atrasado y, ante el tremendo huracán de Lope, la serenidad dramática cervantina es un fracaso; las palabras del propio novelista, al frente de sus obras teatrales tienen suaves tintes de melancólica resignación, un elegante matiz con el que Miguel transforma todo resentimiento: «Dejé la pluma y las comedias, y entré luego el monstruo de naturaleza, el gran Lope de Vega, y alzóse con la monarquía cómica. Avasalló y puso debajo de su jurisdicción a todos los farsantes...»

Cervantes no era hombre de concepciones rápidas, ni escritor de «en horas veinticuatro»; poseía un temperamento soñador y una extraordinaria capacidad de ilusión, a pesar de que el destino afilara sus curvos dientes en contra suya; reposado y lento, sus dotes espirituales dieran como fruto natural un novelista.

El pastor y el caballero habían adquirido en España carta de naturaleza literaria. El pastor es el héroe estático, cuya única preocupación es el amor sometido a los azares de una circunstancia externa; el caballero es el héroe dinámico que se fabrica la propia aventura, sometida también a un amor de calidades ideales. Pastor y caballero son paradigmas, guiones de un ensueño y refugio luminoso hacia los que puede dispararse un alma desilusionada y melancólica. En 1885 aparece la primera novela de Cervantes: *La Galatea*, a los 38 años de su autor. Miguel es a la sazón traficante en Sevilla; han servido de muy poco las antiguas cartas encomiásticas del espléndido don Juan de Austria; Miguel repasa los caminos de Andalucía para ganar el estrecho sustento de su vida. Con todos habla y todo lo observan sus ojos y lo recogen sus oídos; a los 43 años —cara a la madurez— le tienta la aventura de Indias, pero en la Corte no le otorgan el cargo que pide en el Nuevo Mundo y la respuesta la saben todos: «busque para acá en que se le haga merced»...

Y la «merced» le vino tan chica que sus vestidos los compra con dineros fiados en ese año de 1590; después alcanza el desdichado cargo de alcaballero o requisador de víveres para la Armada Invencible; vienen luego las embrolladas cuentas —¡esas matemáticas de los poetas—, la quiebra de su banquero y la cárcel.

A los 50 años Miguel está en la cárcel de Sevilla; pudo haber visto en ella a Mateo Alemán, de una vida paralela a la suya y que nació el mismo año que él: ambos escritores son hijos de médicos; ambos desempeñaron cargos burocráticos; los dos estuvieron en la misma cárcel, y acaso por la misma, época. Mateo es el creador del gran pícaro y Miguel lo es del gran héroe —el haz y el envés español—; en dos partes se publican las novelas fundamentales de los dos escritores y, en el paréntesis que separa las salidas de las primeras y segundas partes respectivas, otros desaprensivos escribieron un pícaro y un héroe apócrifos —Luján de Sayavedra y Fernández de Avellaneda—; pero en el cuadro de estas coincidencias la disparidad de sus almas se acusa grandemente. El alma atormentada de Mateo se proyecta en Guzmán, que hunde crudamente su mueca negativa en el mundo de los valores; la primera aventura del pícaro es en una venta y allí la cruda lección de la mesonera, al darle una tortilla de huevos empollados, le enseña al mozo la ruindad y malevolencia mundanas. El pícaro no tiene un esquema de vida como el caballero; es un juguete del azar y de un mundo que es su maestro en bellaquería. ¿Qué discípulo va a salir de esta escuela? El héroe, en cambio, trasmuta la realidad entre las finas telas de su ilusionado ensueño y en la aventura inicial de don Quijote —también en una venta— las pobres «mozas del partido» se transforman en dos grandes damas y el mesonero en un castellano impecable. En *Guzmán* la realidad es una piedra que se ahonda en el alma del pícaro; en *Don Quijote* la realidad es piedra que alguna vez se aparta del héroe para darle «al loco

con su tema», que es lo que hacen la socarronería del mesonero y la impertinente broma de los Duques.

Comparemos lo que dice Mateo Alemán de la cárcel de Sevilla con lo que de la misma cárcel dice Miguel de Cervantes. Para Mateo la cárcel es «un paradero de necios, escarmiento forzoso, arrepentimiento tardo, prueba de amigos, venganza de enemigos, república confusa, infierno breve, muerte larga, puerto de suspiros, valle de lágrimas, casa de locos donde cada uno grita y trata de su sola locura».

Frente a la expresión justa de un alma resentida, las palabras de Cervantes son una maravilla de concisión, una sentencia resignada que cobra el primor condensado de una elegancia; la cárcel es para Miguel lugar «donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación».

En 1602, Miguel de Cervantes vuelve a sufrir prisión. Después vive en Valladolid, atraído por el foco de aquella caprichosa corte, y en Valladolid el desagradable incidente de la muerte del caballero Espeleta a la puerta de su casa: la justicia de nuevo, las molestias y la desazón. En 1605 comienza don Quijote su vida; más tarde irá Miguel a Madrid, saldrán las *Novelas Ejemplares*, el *Viaje al Parnaso*, las *Comedias* y *Entremeses*, la Segunda parte del *Quijote*. Son los años serenos de la vejez. Cuatro días antes de emprender la gran aventura de la muerte, las estremecidas palabras de la dedicatoria del *Persiles*: «Ayer me dieron la extremaunción, y hoy escribo ésta; el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y, con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto hasta besar los pies a vuestra excelencia...»

«Llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir...» Reparemos en la angustiada y serena emoción de esta norma que da la guía a todo un estilo de vida. No importan los golpes de la adversidad, ni el cautiverio argelino, ni los Sansones Carrascos, ni los días de cárcel, ni las cuentas mal sumadas, ni el polvo de los caminos andaluces, ni el filo gris de la amargura. Hay un deseo de vivir, pero de un vivir con un determinado estilo —que es lo que importa—, proyectado en un esquema ilusionado de arte; por eso Miguel recuerda a sus lectores de la segunda parte del *Quijote* que deben esperar la segunda parte de *La Galatea*; semejante promesa la recuerda de nuevo en el prólogo del *Persiles*. *La Galatea* era el refugio y el sueño suspirado que evocaba un mundo ideal con el que soñó el hombre renacentista y del que hay una nostálgica ilusión en las palabras del héroe manchego a los cabreros: «Dichosa edad y siglos dichosos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados»...

Hay un instante en el *Persiles* —casi al terminar la obra— en que el actor benévolo siente una honda zozobra: ¿se morirá Sigismunda?, ¿no se casarán los protagonistas? Cervantes se sonríe. Mateo Alemán hubiera terminado la obra —como Quevedo— con una mueca áspera; el alma de Miguel —cara ya a las riberas de la Eternidad rezumaba ternura—, la ternura que sobrepasó y estranguló los momentos de resentimiento y de espíritu crítico que en muchas ocasiones dejó entrever en sus obras. La lección de vida positiva que nos brinda Cervantes supera todo gesto bronco. Al mal tiempo de su circunstancia opone la buena cara de su deseo de vivir...

Sigismunda no muere; Persiles se casa con ella. La felicidad de los amantes tranquilizaría al buen lector de 1617; un año antes, Miguel —previéndolo— sonrió y suspiró tranquilo al dejarlos felices, cuatro días antes de emprender el viaje definitivo; así tiene sentido que «puesto ya el pie en el estribo» todavía prometa la segunda parte de *La Galatea* y que la llama brillante del deseo de vivir oscile ante sus ojos de moribundo. De espaldas a una realidad angustiada y tormentosa, el mundo ideal y dorado de los pastores de *La Galatea* fue una ilusión que alimentó siempre sus afanes de vida. La lección de Miguel es una enseñanza fina de todo un gran estilo aplicable a épocas

difíciles y duras; acrecentar las ansias aunque las esperanzas mengüen, asirse a la centella ilusionada de un mundo que se puede inventar como la aventura de la cueva de Montesinos, y llevar la vida sobre el deseo que se tiene de vivir.

**165. CADA DÍA CON SU TEMA. «Especie y nombre», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 27 de marzo de 1948. (*Pulso del tiempo*, 1953: 13-14).**

Las ciudades —como las mujeres— tienen su perfume; este olor exclusivo de Madrid, que el isleño atlántico percibe al punto, tiene el poder evocador que toda sensación olfativa suscita. Se conecta —por el olor— con un pasado cargado de nostalgia que nos trae aquel Madrid inefable de los veinte años, de la vida fácil, cómoda y barata.

No creo de verdad en el tópico de los tiempos pasados mejores, aunque económicamente la época actual no resista la comparación con la pasada, ni, el horizonte —preñado de amenazas bélicas— pueda parecerse a aquel otro alegre y confiado de un período social que inauguró la dinastía de los, mediocres... Se es feliz individualmente cuando se puede gastar el caudal de los años, que son un montón de naipes en las manos pródigas de nuestra juventud. Abundantes, llenos de promesas están los días; manejamos una serie de posibilidades y soñamos con lo que vamos a hacer de nuestra vida; somos entonces un escorzo ilusionado de lo que no llegamos a ser nunca.

Esta deliciosa muchachita de aquellos tiempos ha perdido la elasticidad espiritual de su primera juventud; aquel joven agudo y alegre es ahora un serio catedrático; tal muchacho soñador, cuyos versos no cuajaban en las revistas juveniles —que morían antes de publicarse aquéllos—, es hoy un novelista. Y lo que me produce desilusión es ver ya enquistados a estos individuos —personalmente interesantes— en la jerarquía social de su especie de «señora de González», de «profesor X» o de «novelista Z». La elasticidad de las queridas personas —entonces María, Juan o Antonio— se ha atirantado en función de su especie y actúan desde los supuestos en que se mueven la señora casada, el profesor o el novelista. Las encantadoras personas se han fichado —como los libros— con la signatura de su casta social y, despersonalizadas casi, lo que oímos hablar y lo que tenemos delante es a una señora, a un profesor o a un novelista; lo que nos dicen nos lo dicen en tanto señora, profesor o novelista, pero María, Juan o Antonio se nos han escapado de las manos y parece que los hemos perdido para siempre.

Aquella zozobra de perennidad personal que sentía don Miguel de Unamuno se me ha revelado con la estricta valencia de su dramatismo; don Miguel casi gesticulaba de indignación cuando alguien quería encasillarlo, ficharlo, adscribirlo a cualquier «corpus» jerárquico. Ante la desazón que las queridas personas me han producido, yo me he preguntado si, a mi vez, no actuaré desde mis supuestos jerárquicos a los que estoy «cuasi» adscrita y si mis amigos me sentirán también casta, especie y no persona. Por eso me consuela un poco el que mis antiguos alumnos y alumnas me escriban cartas o me hablen de sus problemas sentimentales o me declaren en trémula confidencia el nombre de la personita que ha sido su «amor imposible»; entonces le entra a uno viva ternura por estos seres maravillosos que no nos ven cargados de ablativos absolutos o de fichas literarias; podemos dialogar con tales jóvenes y hasta hablar de nuestra zona sentimental e íntima. Por vez primera hemos sentido la sencilla alegría —que Dios nos perdone la vanidad— de tener tarjetas de visita en las que va impreso sólo nuestro nombre; y eso, el no estar colocados en el estante social con la ficha de señora de González, profesora X o novelista Z, es nuestra ferviente oración diaria, súplica obsesionada de nuestro espíritu melancólico. No sabemos si es vanidad o sencillez el



pedir que no seamos de verdad otra cosa, ni quepamos en otra casilla que en la chica dimensión de nuestro nombre.

**166. CADA DÍA CON SU TEMA. «Salamanca», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 15 de abril de 1948. (*Pulso del tiempo*, 1953: 79-81).**

Volver de nuevo a una ciudad que visitamos hace doce años es ponerse no sólo en contacto físico con un cuerpo urbano, sino conectar otra vez con el tiempo ido. Sumidos en la lección arquitectónica de Salamanca nos bañamos, de nuevo, en los chorros dorados que el sol hace brotar de las piedras de sus edificios. Gustamos, al cabo de esta docena de años —¡tan decisivos!—, del prodigio estético de la Catedral nueva, de ese altar de piedra —en plena calle— que es San Esteban, de la elegancia barroco-jesuítica de la Clerecía, del pespunte delicado de la casa de las Conchas, de la gracia renacentista de Monterrey, de esa femenina labor plateresca de la puerta famosa de la Universidad, del sosegado silencio del patio de los Irlandeses...

Vivía entonces aquel otro monumento nacional humano que se llamó D. Miguel de Unamuno, cuando nuestra primera visita, y hasta conservamos fotografías en que el maestro aparecía retratado con nosotros, los estudiantes madrileños de entonces. En cada rincón dorado de Salamanca evoco las palabras o la anécdota que el viejo catedrático nos dijo por aquellos años; pasamos ahora por la casa en que murió, junto a la de las Muertes —Bordadores, 4, si no recuerdo mal—, y nos detenemos para que Olga Navarro haga una foto en el portal a Julián Martas, el joven filósofo español, que acaba de obtener el premio Fastenrath por su espléndido libro sobre don Miguel. Somos tres personas heroicas que, a pesar de las angustiosas incomodidades del viaje, hemos pasado la Semana Santa en Salamanca.

Con inolvidable ausencia —que cada uno llevaba en su costado sentimental— hicimos el itinerario culto que cada ciudad con rango y estirpe impone al visitante: el ancho y poco profundo Tormes derramaba su elegancia entre el puente nuevo y el viejo puente romano. Para una tarde dorada, con grises plata y verdes tiernos en los últimos planos, hubiéramos querido los pinceles de González Suárez, nuestro acuarelista isleño; el paso por las tenerías —con nuestros amigos universitarios salmantinos— trajo la ineludible cita a la vieja *Celestina*; en el palio de las Escuelas Menores Antonio Tovar nos mostró los dos enormes pedazos del toro de piedra con que topó el ciego del inefable *Lazarillo de Tormes*, cuyas aguas fueron un día apretadas plañideras que tuvieron por muerto a Luis de Góngora.

En el palacio de Anaya, por obra del cincel de Victorio Macho, don Miguel de Unamuno ha pasado ya a ser arqueología; recordamos la viva figura del maestro junto a este mismo busto y—a su vez—el presentimiento que entonces tuvimos de que un día llegaría en que sólo veríamos al don Miguel de bronce que —como él temía— acaso sea el que cada uno de nosotros nos hemos inventado.

Para seres de mayor austeridad sensorial guarda Salamanca el encanto de la Catedral vieja, románica, con el delicioso retablo de Nicolás Florentino, la capilla mozárabe y la de Santa Bárbara donde preparaban sus ejercicios los presuntos doctores salmantinos. Una vez más nuestra ingenuidad turística juntó nuestros zapatos con los pies de piedra del obispo don Juan Lucero, cuyo contacto daba a los doctorando sabiduría, aunque el viejo aforismo dice que a quien Dios no se la da, Salamanca no se la pone.

Y nuestro infantilismo —sano e inofensivo— se regocijó al sentarnos en la misma silla en que debieron sentarse —¡tan vieja está!— y en la que pasarían sus fatigas predoctorales nuestros paisanos don Amaro González de Mesa, don Juan Tabares de Róo y don Tomás Marín y Cubas, que son los que podemos citar de

memoria... Todavía, si quisiéramos, acicalar los perfiles del alma, podemos brindarle una exquisita dádiva; oír misa el domingo de Resurrección en las Agustinas de Monterrey; los divinos oficios se celebran con la polifonía de un órgano que posee exquisitas voces y ante la Purísima de Ribera, que es —para nuestro gusto— la Concepción más hermosa del Mundo.

En este marco sentimental, de exquisita belleza arqueológica, con una plaza mayor que vale sola una ciudad entera, Salamanca desgrana su provinciana vida con esa lentitud que cobra el tiempo en los pueblos castellanos, pero no es toda ella vida arqueológica o vida gris de vulgo amorfo y adocenado; el grupo universitario salmantino en el que están algunos antiguos compañeros y amigos —los catedráticos Antonio Tovar, Alonso Zamora—, o el catedrático García Blanco —a quien he animado a proseguir su edición de *Los Guanches de Tenerife*, de Lope, estancada desde sus tiempos laguneros—, y otros compañeros suyos trabajan en Salamanca en silencio y con afán por la cultura española. Unas veinte ediciones lleva publicadas la Universidad salmantina en tres años, porque Tovar —que capitanea la sección de publicaciones— no descansa en esta labor; obra suya y del grupo es la ágil y animada revista *Trabajos y días* en que la colaboración del profesorado alterna con la de los alumnos.

En la vida sedentaria de las provincias no existe el dinamismo agotador de Madrid, ni el tiempo perdido en metro y tranvías, ni el problema de las distancias espaciales se agiganta como en la gran población, que consume en estos menesteres —tan agudos ahora— las dos terceras partes de nuestro horario hábil de trabajo. La periferia española vuelve a ser más cómoda, más serena y grata que el centro, pero el pensar en esto no es materia de parva meditación. Si pudiéramos, hemos de continuar otro día.

**167. CADA DÍA CON SU TEMA. «Gente y personas», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 20 de abril de 1948. (*Pulso del tiempo*, 1953: 15-17).**

Somos una generación de gentes nerviosas; la dramática peripecia española de la guerra desquició en plena juventud nuestra sensibilidad. Escribo desde la modesta ladera de una vida limpia y entera, que sólo se acusa de imperfección humana pero que no se avergüenza de ningún pasado deshonesto en integridad moral o social; por eso digo que nuestra generación —estuviera donde estuviera cada uno en la contienda civil— recibió una conmoción hondísima en su espíritu y arrastra con mejor o peor gallardía «el plomo en el ala».

Una generación, cuya primera juventud espigó con el ruido de los cañonazos, los partes de guerra y los tremendas y paradójicos gritos de «¡Viva la muerte!», y que ha navegado después entre una vida cara y hosca, no puede ser una jocunda brigada de primavera alegre. Nunca llegará una persona a su cabal plenitud si en el haber de su herencia vital no despliega el caudal de euforia que adquirió en la juventud; así se explica que los novelistas jóvenes más inquietantes, Carmen Laforet y Camilo José Cela —aquel feo, céltico y rubio Camilo que hacía versos cuando lo conocí en mis años universitarios— hayan escrito unas novelas que son una mueca, agria, más que a lo Quevedo, a lo «enfant terrible», y hayan creado ese estilo «tremendista», que en menudos epígonos del verso y la novela es, desde luego, pura y lastimosa falsedad.

En los espíritus de esta generación el hecho operante de la revolución y de la guerra ha actuado conforme a la calidad de estos mismos espíritus. Mis malas costumbres clasificadoras me han impuesto, desde muy antiguo, además de la división que he hecho entres canarios que cantan y que ladran, la más general que tengo establecida para los seres humanos; es una clasificación bien sencilla e inocente. La humana especie tiene para mí dos clases: gente y personas. A la gente pertenece el joven

masa, díscolo y mal educado, que actúa con una moral urbana de guerra —lo que carece ya de sentido—; inútil será añadir que este joven masa es común a los dos sexos. Son éstos los jóvenes que en el fondo y en la forma respetan pocas cosas —aunque protesten respetar muchas—, que no se detienen ante ninguna clase de valores porque, carentes de todos, estiman que no existen ningunos. Estos jóvenes quieren «vivir su vida», ignoran la gracia fina de un detalle, el primor estético de una cortesía, la exquisita ceremonia que haría gratísimas las relaciones entre una mujer y un hombre —ahora tan tristes y tan burdas y que brindan tema para un extenso tratado—, el sentido pulcro de una amistad y hasta el sabor de una emoción estética o sentimental o de una cualquiera de esas bagatelas reales, que sólo puede apreciar un alma con matices y velas como las del ágata.

Estos jóvenes usan unas maneras externas y un léxico en consonancia con su textura interna que también daría materia para una estilística social del momento y que glosaré en otra ocasión, si me es posible.

En esta paramera faunesca de la mayoría, que sobrenada y gesticula, forman su oasis menor los espíritus juveniles de las personas, nunca tan incómodos y aprisionados como en esta época de imperio de la gente. Apretados entre la multitud beocia se reúnen estas personas en grupos escasos para formar eso que los demás, «los otros» —la gente— llama —con un tácito resentimiento— «los intelectuales» o «los chiflados», que en la lengua mayoritaria viene a significar siempre lo peor y más detestable. Estos grupos pueden formarse, bien por afinidad intelectual, bien por conexión sentimental, bien por simples proximidades personales. Los puede cohesionar un afán intelectual o estético y puede así surgir un grupo de profesionales que hacen ciencia, de artistas que hacen música, pintura, etc., de escritores que publican una revista o de sencillos amigos que hablan de esto y de lo de más allá con buenas maneras y liberal espíritu fraterno y comprensivo.

Si el grupo vive en la gran población encuentra irrespirable el oleaje humano con todas sus molestias y procura aislarse y luchar con el tiempo derrochado inútilmente en la gran urbe; si vive en la provincia, encuentra que en ella tiene a su favor el tiempo, cuyas dimensiones puede aprovechar con mayor holgura. Una vida de colas, miradas torvas, codazos, de tranvías llenos hasta los topes, taxis difíciles, cafés y cines caros surca de irritación los nervios más equilibrados. Y he aquí cómo un espíritu, que pudo desdeñar la cominería fiscalizadora provinciana —¡toda comodidad hay que pagarla!—, puede alguna vez suspirar por una paz y un tiempo que le son preciosos. Y por gustar esa gran medicina del alma que se llama el silencio.

**168. CADA DÍA CON SU TEMA. «Vía crucis turístico», Falange, Las Palmas de Gran Canaria, 27 de abril de 1948. (*Pulso del tiempo*, 1953: 83-85).**

La experta pluma de don Francisco de Cossío acusaba, el pasado día 30 de marzo, en el diario *Madrid* y antes, el 23 del mismo mes, la aguda incomodidad a que se halla sometido el viajero que vaya de Madrid a Valladolid y pretenda volver a la capital de España o viceversa. Uno, que viene de la tierra atlántica más lejana que la patria posee, al llegar a la Península, siente esa estremecida hambre de tierra de que hablaba Ganivet. El olor de la amada tierra española nos atrae tan singularmente como al hombre de la meseta le puede sugestionar el olor del mar, y, con deseos de un nuevo contacto físico con la maravillosa ciudad de Salamanca, emprendimos el viaje en la Semana Mayor. La visita a Valladolid vendría luego, pues nuestro ascetismo no era tan heroico como para dormir en un café, ya que la afluencia de forasteros a Valladolid nos hizo presumir lo que el último artículo del señor Cossío nos confirma.

Es enteramente inútil pagar un billete de primera clase en el tren: íbamos de pie—en los pasillos abarrotados de viajeros— de Madrid a Salamanca hasta que, compadecido, un revisor nos logró colocar en lo que vamos a llamar asientos, apretujados entre gente que nos pisoteaba, nos echaba encima partículas de pan, queso, humo y ennegrecía además el antaño espléndido castellano de la meseta...

Volvimos a encomiar a Salamanca tan dorada y admirable como siempre, con una Universidad —en la que tan buenos amigos tenemos— que trabaja como pocas para lograr que el «corpus» docente sea algo más que una oficina de títulos académicos, pero nos costó convencer al gerente del hotel de que el baño era... para nosotros, tan o más esencial que el desayuno —frío y malo éste, desde luego. Exigíamos sólo el cuarto de baño —nada de agua caliente—, sólo el cuarto de baño, ocupado indefectiblemente por una cama, usada como dormitorio en un hotel de primera clase. Mucha oratoria y algún colmillo retorcido nos costó desalojar tan imprescindible habitación, pero el día que tuvimos que tomar el autobús para Valladolid, a las 8 de la mañana, el desayuno y el baño quedaron como una ilusión sólo concebible en mentes tropicales y fantaseadoras como las nuestras.

Si a Salamanca nos llevó su lección de arquitectura, el prodigio escultórico del Museo de San Gregorio nos llevaba a Valladolid; pero la emoción suscitada por Berruguete, Juni o Gregorio Fernández o el encanto románico de Ntra. Señora de la Antigua y la evocación arqueológica de la casa de Cervantes nos costó algo más que el silicio ascético a que alude el señor Cossío. Volver de Valladolid a Madrid en el tren que sale de aquella ciudad a las 4 de la tarde es la hazaña más singular y esforzada que puede emprender una persona. Habíamos pagado también nuestro billete de primera clase y entramos en el vagón con una hora de anticipación abrigando la ilusionada idea de lograr asiento... ¡Vana esperanza! Unos estaban ocupados por familiares o encargados de viajeros que cómodamente los ocuparon a las 4; otros por gente que habían pagado tercera, pero que alegaban no encontrar en esta clase su asiento... Fue perder el tiempo quejarnos al revisor que nos recomendó protestásemos, al llegar a Madrid, en la oficina de la *Renfe*... El vagón comenzó a llenarse de gente, de maletas. Los hombres fumaban sin parar eso que llaman aquí tabaco; las maletas no nos dejaban fijar los pies en el suelo del pasillo. Una señorita —que pagaba tercera e iba sentada— protestó airada porque apoyamos —a las tres horas de ir de pie— nuestro maltrecho cuerpo en su maleta... y así, en una atmósfera asfixiante de «tabaco» y gente que no se baña, en un vagón cerrado, apuramos el calvario de Valladolid a Madrid. Llegamos a las 10 de la noche con el cuerpo y el alma deshechos. Lograr un taxi fue otra quimera. No eran horas, ni estaba nuestra salud, para protestar ante la *Renfe* —como nos aconsejó el revisor—. La masa humana nos empujó al Metro, al que entramos y del que salimos por presión lateral: era la vez primera que nuestros polares pies no trabajaban. Al día siguiente, una vieja afección crónica hizo su aparición: seis horas de pie, apretado el cuerpo, no las resiste el organismo sí tiene algún bache... El ascetismo de nuestra alma viajera y amante de la tierra española tuvo su colofón con día y medio de cama y agudos dolores. Si al lector le parece exageración atlántica puedo enviarle la dirección de mi médico. Claro está que nadie obliga a meterse en un tren a un cuerpo que no posee salud total. Pero «la gente —como Vd. escribe Cossío—viaja»...

**169.** CADA DÍA CON SU TEMA. «Valladolid en Castilla», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 4 de mayo de 1948. (*Pulso del tiempo*, 1953: 87-90).

Llana, inmensa es la tierra de la meseta que, con pausas, corre el autobús de Salamanca a Valladolid. Al isleño le representa siempre una metáfora: un ancho mar de tierra perdido en las lejanías grises que comienzan el alto cielo, jamás sentido tan alto

como aquí. El nudo borroso y sucio de algún pueblecín escribe su punto en la línea de la carretera, casi recta, ausente de virajes violentos. «En Castilla, señor, no hay curvas»; y esto, la ausencia de la curva —decisiva en nuestro paisaje insular—, es quizá lo que establece la divisoria de tan opuestos paisajes.

La mañana es suave; cercano al horizonte rizos platerescos de nubes trazan caprichos para nuestro entretenimiento. El alma —que se complace en el ingenuo detalle mínimo— se alborozaba de pronto: en un alto paredón, que sirve de pórtico, un turbante de ramas secas emerge; en el hueco del nido una cigüeña ha depositado con maternal ternura a su orla; en el pico del animal la cría parecía un copito blanco agitado por la madre en el aire como un pañuelo de esos que guardan el encanto de su adiós.

Ondulantes y claros los cinturones que ciñen esta tierra no tienen el marrón terroso de los ríos del sur de España. El Duero es casi azul, festoneado de verdes márgenes, tierno y grato. El Pisuega es verde, ancho, y limpio junto a Valladolid. La ciudad, grande y húmeda, no tiene el inolvidable color de Salamanca ni su caudal arquitectónico, pero, como toda esta amada tierra española está cargada de pasado, abrumada por el peso de un tiempo con alto rango histórico.

Un ilustre paisano y su esposa son nuestros «ciceroni» por la ciudad: el poeta Ferrando González y Rosarlo Fuentes nos hablan del Valladolid de antes y de ahora, de la revista *Halcón* —próxima a reaparecer—, de los poetas jóvenes, de las ediciones tempranas de grandes maestros y de la poesía española contemporánea que Fernando guarda con la fruición de un incunable en su espléndida biblioteca.

No tendrá esta Plaza Mayor la ancha, grata y luminosa hermosura de la salmantina ni la severidad lineal de la madrileña; sus soportales casi no lo parecen, pero el caserío en cuadrante conserva en alguna de las alas el sabor característico del urbanismo arqueológico de otros siglos, con sus casas «de malicia» —por dentro más de un piso, por fuera la apariencia de uno— con las que el propietario burlaba las exigencias de alojamiento que ofrecían los tercios de Flandes y toda milicia. Y aquí —como en Gracián— «contra milicia malicia».

Pero la ciudad parece abrigar deseos urbanos modernos y sacudirse —con mal gusto, la verdad— de un pasado arquitectónico destruido sin el señorío mínimo que se requiere para alojar el presente en el augusto hueco que ofrece una rancia tradición. Anchas calles, tiendas, cafés y bares modernos... La calle de Santiago es la obligada «main Street» de la capital de provincia. En donde estuvo el hospital de la Resurrección, junto a cuyos muros Cepión y Berganza —los perros del coloquio cervantino— tuvieron su «humano» palique o las desdichas del alférez Campuzano sus testigos, sólo hay una ancha y moderna calle de «los cronistas» o de, «los cultos», archivos vivientes de melancolía...

Por 1605 —aprovechando el asiento de la voluble corte de Felipe III— estuvo Cervantes en Valladolid. No entramos en el problema —ni nos importa— de si la casa que hemos visitado fue efectivamente la que habitó Cervantes. Junto a la puerta y dentro del zaguán hay todavía un pozo. ¿Apoyó en él su mano trémula de malherido el caballero Ezpeleta? ¿Por esta ventanita del primer piso se asomaría Miguel?

En la planta baja existe hoy una biblioteca; la alta se restaura con sabiduría y primor arqueológicos. La casa de Cervantes en Valladolid va a ser minúsculo oasis de buen gusto, de fina evocación, de cuidado detalle como lo es en Madrid la casa de Lope. La casa de Cervantes en Valladolid va a quedar mejor, más limpia y confortable, sin duda, que la habitada realmente por el novelista: una casuca estrecha, sórdida, con unas mujeres de vida un tanto, equívoca. Una página sombría —¿amarga?— en la vida de Miguel... Lo importante es llenar este hueco con el volumen romántico de la evocación

emocionada y cuidar el Jardín. Cuidar mucho el jardín de la casa en que pudo haber vivido en Valladolid Miguel de Cervantes...

Encanto más remoto —al que aludía estos días, muy de pasada, Azorín en *ABC*— es el suscitado por la gracia románica de Ntra. Sra. de la Antigua con su claustro delicioso y su torre. Truncado —como el destino arquitectónico de Valladolid— el proyecto herreriano de la Catedral es un «pudo haber sido y no fue». La huella generosa y cordial del Renacimiento queda en el palacio de Santa Cruz —ocupado hoy por dependencias universitarias— fundación también —como su similar toledano— del admirable cardenal Mendoza, tan prendado de la humana belleza —¿verdad salmantina musa del Palacio de las Salinas?—. Y, con la impronta barroca, la bella fachada de la Universidad, una Universidad por la que ejemplarmente labora su actual rector, como buen catedrático de arte, a pesar de cuyos amables desvelos no pudimos ver el famoso «Beato» ni los incunables de la biblioteca principal. ¿Dónde demonio se metería el hombre de las llaves?...

El cuidado y con esplendidez atendido laboratorio de arte, los seminarios, la biblioteca general y salón de lecturas, el arreglo de la capilla, cualquier detalle, muestran la vigilancia atenta de una dirección continua en esta Universidad de provincia que, como la salmantina, trabaja en silencio, pero que constituyen hogares espirituales que pueden crear esas minorías hoy casi en quiebra y que —dígase lo que se diga y se esté donde se esté— son los que dan tono a un país.

No brilla la piedra en Valladolid como en Salamanca. Las delicadas fachadas de San Pablo y el contiguo San Gregorio hubieran relumbrado como el sol del ocaso en la ciudad del Tormes. Aquí en Valladolid tienen la gracia melancólica de la plata vieja. El mundo de las frondas arquitectónicas del isabelino o del plateresco teje curvas, escudos, velludos salvajes —que ilustran el tópico del hombre natural en la época colombina— en la puerta de San Gregorio. Pero hoy encierra este San Gregorio el tesoro más deslumbrador de la imaginería española y acaso mundial. La visita al Museo de Escultura vale toda incomodidad viajera, el drama del tren y el día y medio de agudos dolores físicos... Si, Sr. Cossío, a pesar de todo, «la gente viaja»...

La guía del Museo, un capítulo o varios de una buena historia del Arte describen al lector los tesoros del Museo escultórico de Valladolid. Lo que no puede describirse es la emoción ni el pasmante choque de la sensibilidad a la vista del San Benito, del San Sebastián, del San Jerónimo o del «Sacrificio de Isaac» de Berruguete. La emoción estética es intransferible y hay que experimentarla individualmente.

En la iglesia de San Martín habíamos admirado la «Quinta Angustia» de Gregorio Fernández y en la de Ntra. Sra. de las Angustias la espléndida «Virgen de los Cuchillos», de Juni, más brioso y apasionado que Fernández. Los dos maestros están profusamente representados en el Museo vallisoletano.

¿Cómo describir el encanto producido en el alma por ese primor de la sillería del coro benedictino, con gran sabiduría Instalado en el Museo de San Gregorio? ¿Y el choque suscitado por el «Entierro de Cristo» de Juan de Juni? Ejemplares de menor porte, anécdotas artísticas de rango menos alto, la Magdalena de Pedro de Mena o la impresionante figura de «La Muerte» —de Becerra o Juni— son temas que nos han dado muchos hilos de pensamiento. Pero el artículo es demasiado largo ya.

**170. CADA DÍA CON SU TEMA. «El plomo en el ala», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 11 de mayo de 1948. (*Pulso del tiempo*, 1953: 19-21).**

La observación se refiere primero a los muy jóvenes; si alguno de ellos —o de ellas— me lee puede reconstruir la escena: la necesidad de hablar con aquel señor o señora es ineludible; depende gran parte de nuestro inmediato porvenir de la

conversación que vamos a tener con semejante personaje. Es éste un catedrático, un profesor, un jefe importante; una persona —en suma— con la que deseamos trabajar, estudiar, o de la que precisamos un consejo o una orientación. Acudimos, en los años mozos, a la visita —previamente fijada— con nerviosismo, si nuestro temperamento es nervioso; con interés y ansiedad, tengan nuestros nervios el temple que posean.

En la mocedad, el alma de algunos seres es una antena delicada; vibra a la menor presión la sensibilidad de un muchacho o de una muchacha. Si tienen dominio sobre sí mismos —posesión no frecuente entonces— pueden entablar con normalidad y viveza una conversación con el personaje que va a decidir su inmediato quehacer. La espera en la sala de visitas, en la antesala o en la biblioteca agranda la inquietud; el momento de saludar es de zozobra, a veces de angustia y balbuceo. En casos semejantes a éste, Felipe II —buen catador de espíritus— solía decir a los visitantes de todas las edades: «sosegaos».

Pero nos interesa ahora no la visita agónica del padre o de la madre, angustiados, o del ser que se halla envuelto en dura peripecia vital y demandan del personaje un S.O.S. dramático. Nuestro interés se limita al de acotar la zona juvenil que hemos precisado. Ahora la observación la haremos al personaje importante —o al menos así lo cree el joven que lo visita— para que medite su responsabilidad: una palabra áspera, un gesto desdeñoso, un mohín hostil pueden ser agudo estilete en el alma de un muchacho o de una muchacha delicados.

El joven recordará todos los días de su vida el fracaso de aquella entrevista, la ausencia de generosidad en la persona estimada importante, la palabra desdeñosa, el gesto duro se clavarán, como perdigones de cazador, en el alma juvenil y desde entonces —uso de la expresión de Ortega— «llevará el plomo en el ala».

Jamás calculará un maestro, sobre todo —catedrático o profesor— el daño irreparable que su malhumor o su falta de tacto e inteligencia para calar el fino calibre de un alma joven harán a esta alma para siempre. El choque agudo producirá al mozo un vivo dolor; el tiempo sanará la herida. Alguna vez el joven podrá sonreír de la importancia que en lejano día prestó al incidente. Si es sana su alma contará lo que ya es anécdota con la gracia nostálgica de una fruslería; si los pliegues de esta alma tienen sombras nunca le quitarán el resentimiento.

Ser maestro de verdad no supone tan sólo perfecta sabiduría en la disciplina profesada ni tan siquiera puntual asistencia en el cumplimiento de la función. Saber la asignatura, observar irreprochablemente la misión docente hacen de un titular perfecto y atildado profesional. No podemos pedir más. Pero si este profesional quiere ser maestro, desea llenar el cascarón de esta palabra «maestro» con la carne, del vivo y plenario contenido implicado en ella, tiene que hacer y desear algo más duro que la detenida preparación de una clase o la fatigosa corrección de ejercicios: meter angustias propias bajo siete llaves, mostrar ánimo sereno aunque las cresterías de su tempestad de alma le azoten la cara; hacer de la visita que el nervioso, inquieto o atribulado joven le haga una cordial y sencilla obra de arte. Sin alharacas, sin prometer gran cosa —sí no puede—, sin mentir, pero decirlo todo con gesto amable, cariñoso, alentador.

En algunas almas delicadas los matices verbales de esta hora se registrarán para siempre. Mi especialista de oídos —evitemos ese tremendo «otorrinolaringólogo»— me advierte que en el tímpano derecho acuso cicatrices originadas en la niñez, acaso en plena lactancia. Hoy tengo ruidos, apenas oigo por ese oído... arrastro la cicatriz. No olvide quien aspire a ser maestro que cicatrices espirituales llevan también algunas vidas. Son las que tienen en el alma sordera parcial.

**171. CADA DÍA CON SU TEMA. «Paisaje castellano y un pintor canario en Madrid», Falange, Las Palmas de Gran Canaria, 18 de mayo de 1948. (Pulso del tiempo, 1953:185-187).**

Frente al sol del ocaso que brillantaba las tersas aguas del llano Tormes en un atardecer dorado, silencioso, que conjugaba los cambiantes de luz con los verdes y grises plata de la gran llanura salmantina, alguien preguntó a nuestro lado si aquellas tierras podrían tener su pintor. Nuestra geografía, cuyo «leitmotiv» es la curva y, por tanto, la sorpresa, ha producido pintores y más pintores, porque la tierra isleña posee la semilla y da su fruto; más la inmensa llanura, la desazón extraña de la horizontal, que empuja la mirada al cielo, a la otra recta vertical en un juego de líneas desnudas que disparan al infinito, no parece brindar gérmenes propicios para una escuela de paisajistas.

No obstante ello, el azar nos llevó una de estas mañanas al salón de exposiciones del Museo de Arte Moderno. Un aficionado —como él dice— expone allí 18 óleos —aparte los dibujos en sepia y los apuntes a pluma de Salamanca— con los que este azar nos ilustra un reciente viaje por esas tierras de la meseta. Don Manuel Mucientes es de Valladolid. No sé nada de él y mucho menos sabe él de mí; pinta porque le gusta pintar, porque siente la llanura y el río, la meseta y el aire. *La Isleta del Canalillo* en Valladolid le ha salido un buen cuadro impresionista sin él saberlo. No entiende la pintura nueva, ni sabe crear intelectualmente un paisaje. Dos cuadros tiene de Santander con mar, pero Mucientes no parece saber gran cosa de él tampoco. Los protagonistas de sus buenos cuadros son —como hermanos siameses— el cielo alto y la llanura extensa; una luz sin matices ducha los campos de Zaratán. Claros trigales de lejana blancura irreal componen un medio cuadro que completa el azul intenso de un cielo castellano; en el centro la fortaleza de La Mota es el personaje biografiado que emerge, casi diluido, entre las dos grandes mitades; es el cuadro más atrayente y luminoso de Mucientes. Fuensaldaña, Zaratán, Matapozuelos: llanuras —verdes, amarillas, terrosas— y cielo —azul intenso, gris, nuboso—, márgenes verdes de los ríos, trigales, rubias eras, un poco esas «lontananzas muertas» de que habló el bueno de Gabriel y Galán. Manuel Mucientes ilustra con decoro y sencillez un viaje a las tierras salmantinas y vallisoletanas. Y al isleño atlántico da una lección de línea desnuda horizontal o vertical —la de Fray Luis, la de los místicos— pero infinita, que vemos salir del marco siempre. Lo que Mucientes tiene que decir es que, cuando se es discreto y se ama la tierra, se puede ser un sobrio y honesto paisajista.

Si de la sala Vilches la exposición de bodegones de Gabriel González nos hace salir del malhumor —¡esos cuadritos de comedor para casas de verano donde se pasan quince días!—, la gracia fina de nuestro paisano Reyes Darías nos entona el ánimo al entrar en el Círculo Cultural Medina de la calle de San Marcos. Alfredo Reyes Darías —becario del Cabildo tinerfeño— es poeta y pintor; es además hombre de gran finura espiritual, calidad escasísima en la juventud y no sé si en él supera a sus dotes de pintor y poeta, bien que éstas sean estimables en alto grado. Reyes Darías expuso en Santa Cruz de Tenerife con el discutido P.I.C.; desde entonces trae a la pintura un sabor angélico —a lo Alberti—, al que la precisión ingravida de la línea salvan de un lirismo acentuado. Más seguro en el dibujo, cercano —sin mareos— a las riberas surrealistas, Reyes Darías compone con suma delicadeza ilustraciones para libros encantados en las que el color respunta en azules o lilas la menuda gracia de la anécdota. Como acuarelista —5 obras— recuerda a los cultivadores del gran género tinerfeño y no se ha olvidado de traer al elegante salón del Círculo Medina el esquema geométrico de un Teide con sus retamales. Los óleos —de sabor terroso deliberado— tienen detrás la gran tradición docente que va de Goya a Solana. Nos parecen menos estimables y entonados



y no sabemos a dónde llevarán a este artista, que acusa con relieve unas primorosas y nada comunes dotes de dibujante y de ilustrador.

**172. CADA DÍA CON SU TEMA. «La crítica y el arte en Madrid. I», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 25 de mayo de 1948. (*Pulso del tiempo*, 1953: 177-179)**

El último jueves de abril de 1948 escribía Ledesma Miranda en las columnas del diario madrileño *Arriba* un sustancioso artículo —« ¡Ojo a los críticos intonsos!»— que, de seguro, en nada ha de alterar la marcha de los acontecimientos artísticos y periodísticos. Aludía el escritor a la necesidad de críticos de arte solventes, a lo «Juan de la Encina» o Manuel Abril...» Nunca me he sabido explicar —escribía Ledesma— que una materia tan difícil como la crítica de arte, donde no bastan el justo ni el buen sentido para fundar el juicio, sino que hace falta, para abonarlo, una preparación filosófica, histórica y técnica considerables, halle tanto escritor capacitado para ejercerla... Y más adelante: «El crítico de pintura tiene que conocer el dibujo, la geometría, la geometría descriptiva, la anatomía. ¿Cómo se puede hablar de arquitectura sin idea de las matemáticas? ¿Cómo se puede hacer una crítica musical sin idea de la armonía?», etc.

No es posible compartir por entero las convicciones del escritor madrileño. Si de pintura sólo pueden opinar los pintores, de música los músicos, de literatura los «catedráticos» y, en fin, la profesión queda reservada a los profesionales con ello, las artes y las letras compondrían un estrecho círculo, una especie de «masonería» para iniciados y el ámbito de estas actividades sería más estrecho aún.

Ni tanto como exige Ledesma al crítico ni tan poco como la Prensa actual exige a la crítica artística y literaria. El escaso hueco que permiten las páginas destinadas al suceso diario o los grandes espacios que absorbe el deporte (la Prensa-masa ejerce la servidumbre a esa misma masa que la alimenta y hace posible), se llena bien con unas líneas en las que un señor escribe de arte como pudo haber escrito de literatura, de cine o del accidente automovilístico del día. En la provincia —donde somos cuatro gatos— bien está que la necesidad nos obligue a estar tanto en el fregado como en el barrido, pero la Prensa de la gran población sí que podría seleccionar un equipo de escritores que al menos leyeran libros de arte y tuvieran discreción y buen gusto para estos menesteres. Así se evitaría que los espectadores y lectores no nos quedemos asombrados al comprobar que la buena exposición apenas si alcanza unas líneas, y equivocadas éstas, y que la pésima sea destacada con unos adjetivos que espolvorea la pluma del escritor con el desenfado que pudiera coger el frasquito de sales y rociar el alimento.

Somos impenitentes visitantes de exposiciones artísticas y no menos impenitentes lectores de periódicos. Estos primeros días de mayo el Museo de Arte Moderno ha brindado al público 32 marinas de Francisco Portela de la Liera y aunque don Mariano Tomás haya escrito en *Madrid* lo que a él le ha parecido bien escribir, el crítico y el pintor dan la impresión de no saber lo que es el mar ni la pintura. Por el marinista no han pasado casi un siglo de técnica pictórica y construye unos cromos a la manera del romanticismo malo. El bueno de don Marcos Baeza, del Puerto de la Cruz, o el grato don Alejandro Saviñón, que pintaban en Tenerife el siglo pasado, pudieron dar lección provechosa al señor Portela. ¡Y eso que es de Cartagena!

De los insustanciales bodegones de Maruja Saenz Bauso en el salón Macarrón es preferible no escribir. Los paisajes impresionistas —muy de la vieja escuela catalana— de Rafael Benet en el salón Biosca tienen ya otra altura, pero su lección —aparte de carecer de novedad— no creo que diga mucho a los «técnicos» que exigía Ledesma Miranda.

De gran dignidad artística es la exposición que su amigo, el escultor canario Eduardo Gregorio, director de la escuela «Luján Pérez», hace de sus obras en el mismo salón. Uno se pasma al leer en los diarios cómo los críticos escriben del «racismo» de Eduardo Gregorio... No, hijos, Maillol, Manolo, los escultores expresionistas... y talento. Muy buenas las cabezas de Alonso Quesada y de Néstor. Dos ébanos — desnudos femeninos— bien trabajados, gráciles, hermosos, son, para nuestro gusto, de lo mejor de la Exposición. Seguiremos con las impresiones de nuestra visita por los salones madrileños.

**173. PLUMAS DE LAS ISLAS. «La crítica y el arte en Madrid. II», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 4 de junio de 1948. (*Pulso del tiempo*, 1953: 181-183).**

Los artistas con propósitos abiertamente comerciales han expuesto su obra reciente. La intención de vivir del trabajo no sólo es honesta sino laudatoria; lo peor está en hacer deprisa, con fiebre de fábrica y construir en serie, sin la gracia morosa y cuidada que el ejemplar aislado implica. Setenta y cinco obras —entre originales y reproducciones— de paisajes, cuadros célebres, etc. en miniatura, ha expuesto en el Salón Dardo el pintor Ruiz Ferrandis. Con primores de virtuoso y gran cuidado en la ejecución el artista ha hecho unas obritas delicadas, algo de lo que las buenas damitas suelen decir «¡qué mono!», pero que, a pesar de ello, están bien hechas. Esta intención miniaturista de industrializar la obra de arte acercándola a las márgenes de la bagatela —ahora tan de moda— tiene alientos de mayor interés en la exposición de miniaturas sobre marfil que Juan Mirasierras presenta en los salones Kebos.

Las cuarenta y tres obras de Mirasierras hacen la delicia de nuestro espíritu frívolo que regusta la evocación de las consolas y los muebles isabelinos... ¡Una miniatura!

Fue la miniatura uno de los tantos encantos que puso de moda el siglo XVIII y que en el XIX cultivaron, con gran primor, Vicente López, Esquivel, Delgado Meneses y tantos más. Murió al nacer el daguerrotipo. ¡Aquellas miniaturas de don Luis de la Cruz, el «canario», que llenaron las casas españolas! Una miniatura llevaba en el pecho Teresita de Hoyo —creo que ya lo ha contado en otra parte— por los años de 1801; representaba a su hermano el vizconde de Buen Paso, don Juan Primo de la Guerra. Se usaban «un horror» —como dicen los petimetres actuales— por entonces y la que citamos la había hecho don Luis para tan interesante mujer como sin duda lo fue la hija de don Fernando de la Guerra: lo sabía muy bien Alonso de Nava, el Marqués de Villanueva del Prado y alguna vez lo he de contar espaciosamente.

Mirasierras con sus retratos en miniatura de personas actuales nos ha suscitado estas cosas y nos advierte el signo de la época presente que, si quiere alojarse en una atmósfera cómoda, tiene que cerrar los ojos y evocar el pasado.

En el salón Cano un digno pintor realista, Manuel Abelenda, ha expuesto veinticuatro óleos, paisajes gallegos en su mayoría. Abelenda conoce el oficio y sabe pintar. La perfección y transparencia de sus cacharros en los bodegones admira. La gama fina de sus verdes en los paisajes encanta. El paisaje húmedo, céltico de Abelenda está envuelto en una atmósfera apenas suscitada por los pinceles del artista. En una marina —casi blanca— el pintor, con un denso brochazo, logra una ola que revienta y destaca de la superficie como un bajo-relieve. Se podrá estar o no con el arte de Abelenda, pero negar que, dentro de su manera, es un buen profesional no es posible.

Si todos estos artistas representan la tradición realista europea, los que vuelven la espalda a semejante tradición y les inquieta el llamado «arte nuevo» —en la línea del que se llamaba de «vanguardia» después de la primera postguerra de este siglo— podrían visitar la exposición de Pedro Tort en el salón Estilo, la de los «16 artistas de

hoy» en Buchholz o la de Raymon de Tirot en Macarrón, pero la verdad es que si bien en estas zonas artísticas la tontería y falta de talento del pintor se notan menos, no escapa la ausencia de ellos al espectador acostumbrado a ver, aunque no sea un buen crítico de arte. Ni las veintiuna obras de Pedro Tort, sin gracia en el color ni en el manejo de la deliberada superficie de un exclusivo primer plano, ni en los «artistas de hoy» hay obra que inquiete o diga algo nuevo al visitante.

El tan llevado y traído P.I.C. de Tenerife tenía muchas más cosas que decir que estos «16 artistas de hoy». Vázquez Díaz —que expone en el grupo— es de ayer y su hijo Vázquez Aggerholm presenta dos paisajes «negros», mediocres, de Pedriga. Los poetas Carlos Edmundo y Ory y Enrique Núñez Castelo, con sus dibujos y tintas, dan la contribución del frustrado o abortado «postismo» a la exposición. Camilo José Cela muestra un óleo, «Padre con sus hijos», una anécdota con las que a las figuras jóvenes les gusta construir su biografía. Al frente del catálogo un joven universitario del periódico estudiantil *La Hora* justifica a lo «manifiesto», la gran preocupación de la Universidad por el arte nuevo: Ángel Crespo asegura que no hay «desidia española» respecto de lo nuevo, «si acaso desidia de público y no de manos y mentes»...

La exposición Tirot en Macarrón, de veinte óleos —flores en su mayoría—, es de escaso relieve artístico, aun con sus máscaras solanescas; en cambio, lo que ha llevado nuestra preferencia de visitantes, en los mismos salones Macarrón y contigua a la de Tirot, es una exposición de la que nada hemos leído aún en los diarios —ni el anuncio siquiera— y que hasta carece de catálogo. Unos cuatro óleos y una veintena de tintas aguadas, firmadas por Bufrau sorprenden y encantan al espectador. El arte de Bufrau, de voluntarios primeros planos en los dibujos, un poco de microcosmos, a base de negros, bermellones y verdes sugiere más que acentúa. Se trata de un pintor europeo, nuevo y con talento. Bajo las noches negras con estrellas blancas, brillantes, puntiagudas poéticas, que Bufrau pinta se puede dormir a la intemperie.

**174. «Canarias y su tradición botánica. Ante la jubilación del profesor Cabrera Díaz», *El Alcázar*, Madrid, 3 de junio de 1948.** Reproducido en *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 11 de junio de 1948. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 93-95. *Todos los que están fueron*, Tomo II, 2008: 61-63).

Acaba de premiar el Gobierno de la Nación la meritoria labor profesional de un investigador canario, el profesor de Ciencias Naturales don Agustín Cabrera Díaz. No hace mucho tiempo que, en la revista de mi Universidad canaria, aludí a alguna especie botánica descubierta por don Agustín Cabrera; mi profesión estrictamente literaria —o filológica, si se quiere hablar en «culto»— no me permite referirme con suficiencia a su interesante labor de naturalista, pero quería traer a la consideración, no ya de los canarios, sino de los restantes españoles interesados en la cada día más meritoria faena de la cultura en serio —y no en serie—, el hecho de que con la figura del catedrático aludido se interrumpe una escuela de rango tradicional en la investigación de las islas.

La flora de las islas Canarias, y muy en concreto la de ese geológico cinturón pasmante de Las Cañadas del Teide, cuenta con una bibliografía mundial, a la que aquí, en Madrid, no puedo referirme sin mi fichero ausente. Sabios de todos los países la han estudiado. Nuestro gusto por la evocación airea la perla romántica del delicioso *Diccionario de Historia Natural*, de Webb y Berthelot, con aquellos encantadores grabados hechos en el París de la Francia orleanista. Monsieur Berthelot se quedó para siempre en Tenerife, y no pudo jamás deshacer su embrujador encanto de Calipso.

Cuando fundé con otros compañeros universitarios —¿Lo recuerda usted, Francisco Aguilar y Paz?— el Instituto de Estudios Canarios, contra viento y marea de algún catedrático miope de 1932, señalé en los artículos promotores del mismo la

necesidad de incorporar la botánica regional y sus seria investigación a la entidad que nacía como un auxiliar de la Universidad canaria.

Si hay alguna Facultad que justifique su existencia en la Universidad de La Laguna, es la Facultad de Ciencias Naturales, que, naturalmente, no existe en aquella Universidad nuestra tan querida. La flora canaria interesa al país de una manera singular. En el verano pasado sostuvimos varios amigos y yo, en Tenerife, una campaña que tuvo la asistencia viva de muchas gentes y de algunos estudiosos peninsulares y extranjeros, y ello se comprende, porque tenemos una seria tradición botánica y esta maravillosa ciencia seduce al científico, al literato y al poeta. A seres tan distintos puede flechar el prestigio de una retama o la elegancia de una rosa.

El profesor Cabrera Díaz es el jalón hasta ahora terminal —¡Dios quiera que se continúe!— del botánico y naturalista canario, que sigue la tradición de un José de Viera y Clavijo en el siglo XVIII —aquel Viera que escribía desde Madrid a sus amigos de Canarias, afirmándoles que la Botánica era «la ciencia de moda», y que él «herborizaba» con el mejor botánico madrileño—, de Alonso de Nava, marqués de Villanueva del Prado; de Domingo Bello y Espinosa, del doctor Víctor Pérez, y de tantos más que han sido mentores del investigador extranjero, que arribaba a las islas, a estudiar su interesante flora.

Pero en esta tremenda era «estraperlista» y sin estilo que vivimos, un botánico se cotiza casi tan bajo como un poeta. Un frenesí mediocre de vulgaridad parece que está a punto de ahogarnos a los que todavía creemos en el espíritu. Junto a nuestro homenaje al querido maestro Cabrera Díaz conservamos la ilusión de que el Cabildo tinerfeño o el Estado compre un trozo de tierra —que ya se ha propuesto al Cabildo por los técnicos— en el Puerto de la Cruz; lo necesita el Archipiélago, porque la flora canaria ya no cabe en el Jardín Botánico de La Orotava. Sabemos que don Antonio Lecuona, digno y entusiasta Presidente del Cabildo, hace esfuerzos para buscar dinero... ¿Qué se les ocurre a quienes les importan estas cosas? ¿Quién podría ayudarnos a conservar una flora única en el mundo?

**175. PLUMAS DE LAS ISLAS. «La madre en el umbral. I», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 11 de junio de 1948. (*Pulso del tiempo*, 1953: 23-25).**

Aludíamos no hace mucho, a la sordera espiritual que una lejana cicatriz puede ocasionar en un alma delicada o al resentimiento que «el plomo en el ala» puede acarrear a un espíritu nada vulgar. Impresiones, choques en la niñez o en la mocedad, ¡sabe Dios qué trastornos, morales ocasionan! Dura es la experiencia, a que nos referíamos, provocada por el fracaso de una entrevista celebrada en la juventud con un personaje, importante y, concretamente, con un maestro del que depende la suerte del joven, pero más dramática es la cuestión si el choque lo recibimos desde el ámbito de nuestro contorno familiar ¡Desdichada la criatura que en su niñez o adolescencia no cuenta con la sonrisa comprensiva de los suyos —la madre sobre todo—, con la mirada inteligente y el gesto suave para sus problemas de sensibilidad!

El niño que va creciendo en una circunstancia indiferente u hostil a sus personales sentimientos y gustos cierra día tras día su castillo interior, vela más y más su intimidad, acaba por ser un extraño entre los suyos y actúa como si estuviera a la defensiva. Aquéllos lo encuentran raro y con «sus cosas»... ¡Las cosas de Fulanita o Fulanita! ...» Siempre que de una criatura oigo decir que es «rara» o que tiene «cosas» oteo en la familia una vida que gesta su pequeño gran drama.

Estas personitas «raras» y con «cosas» pueden dar futuros seres centrífugos, viajeros, extravertidos, que dejan a los suyos a la menor coyuntura emancipadora; pueden dar vidas sedentes, introvertidas, soñadoras y melancólicas que escapan según

personal temperamento de la casa. Anídense en ella o no, jamás se estimarán adscritas al «corpus» familiar. En uno u otro caso nunca fueron entendidos, jamás la mirada inteligente, el cariño, el reproche y la amonestación, el premio o el castigo —tan necesarios todos— fueron suministrados a tiempo a estos seres difíciles que algunas veces nacen en contornos familiares grises, vulgares, sin vida interior, como son, por desdicha, la mayoría de nuestros hogares. No basta, para estas finas plantas, el alimento, el vestido, el colegio o el dinero para la diversión; estos niños con «cosas» requieren además un aviso, una conexión que les muestre cómo «sus cosas» son entendidas, como hay un ser que vibra en su misma onda; y ningún ser mejor para ello que la madre.

El chico o la chica alegres, divertidos, tienen un día un detalle fino y tierno para el ser querido; un mohín desdeñoso de éste, una omisión puede ensuciar la nitidez del gesto. El chico o la chica melancólicos sienten un día la necesidad de la pregunta en voz baja, la acuciante premura de la confidencia; si ha descubierto ya que no podrá hacérsela a nadie de su casa, el hogar de ese niño es deficiente, aunque lo alimenten, lo vistan y le costeen su instrucción y diversiones. Mire cada cual a su niñez y, si Dios quiere no lo ha elegido deparándole el alma tutelar de sus inquietudes, habrá de confesar que su niñez y adolescencia corrieron por los cotos cerrados de la vida interior, apresados en mallas que aislaron su intimidad del contorno familiar.

Días pasados en el diario *Pueblo* contaba el viejo escritor don Luis Ruiz Contreras las impresiones de su niñez y de su vida a un redactor del periódico madrileño. «Tenía Luis —escribe aquél— los ojos vivos, pero pequeños, nariz chata, labios gruesos... Su madre le dijo un día: «¡Pobrecito, ¡qué feo eres!». «Aquellas palabras —dice don Luis— bastaron para que yo siempre sintiera una timidez que influyó extraordinariamente en mi vida, que se deslizó muy varia y a impulsos de la casualidad, de la contradicción y de la sorpresa».

Pero lo que no permite ni leve comentario es la cruel anécdota que el escritor cuenta de sus siete años:

«A esta edad tuve en mi poder la primera monedita de plata, dos reales. Y compré una camelia para mi madre. ¿Qué gratitud recibí? Mi madre me dijo: Tiene dos reales y se los gasta en una flor. ¡Nunca, serás nada!»

El viejo escritor despliega más adelante el plano de las relaciones maternas. Un aire de amargo resentimiento envuelve las palabras del hijo, ya anciano: «Ya he dicho cómo influyó en mi carácter una inconveniente apreciación de mi madre y debo decir que después de haber oído a los trece años: «¡Pobrecito, qué feo eres!», oí a los sesenta y tres en esta casa que aún me cobija: «Luis, ¡yo no te conocía!», de los mismos labios. ¿Quién había impedido que mi madre me conociera? Los mismos que después de apoderarse de su voluntad la dejaron en el destierro de la casona, desde donde vino a mis brazos».

¿Apartaron a la madre del hijo estas «injerencias» o nunca entendió la madre la delicadeza espiritual. que entraña en un niño de siete años el comprar una flor para su madre?

Aquel «¡nunca serás nada!» pudo haber sido un largo abrazo entusiasmado, un beso limpio, una alborozada frase de alegre gratitud... Y hoy, en el alma del viejo escritor, la adusta sombra de la madre hubiera sido un recuerdo imborrable cargado de perfume, de nostalgia dolorosa. Y entonces...

**176. PLUMAS DE LAS ISLAS. «La madre en el umbral. II», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 15 de junio de 1948. (*Pulso del tiempo*, 1953: 25-26).**

Pero cuando la sombra de la madre guía, desde la niñez, el incierto caminar de los comienzos, el alma de la criatura apoya su desamparo en ese muro fuerte y sólido

que es, en el mejor de los casos, nuestra madre. La vida del niño fluye muelle, confiada y feliz en el puerto acolchado del corazón materno. En la vida que ha habido una infancia de solicitud y comprensión maternas quedan, hasta la vejez, las huellas imborrables de un trasfondo sentimental, de un perfume que aún falta, de una fortuna todavía sin liquidar, de un ilustre blasón no consumido totalmente.

Conviven las horas de la reprimenda con las de la ternura, las del castigo con las del premio. En los días de la adolescencia el alma de la madre es muro que soporta las ilusiones, santuario de secretos, perenne manantial qua orienta dudas. En los ojos de ella han brillado —por vez primera para nosotros— las lágrimas por nuestro primer dolor o por nuestra inicial alegría. Tenemos entonces la impresión de que estamos aquí para rehuir su enojo y aumentar su alborozo. Somos en esos tiempos felices unos seres importantes: tenemos quien se ocupe de nosotros y quien piense en nosotros más que nosotros mismos.

Perdonamos el daño que nos han hecho, en tanto que ella jamás olvida el mal que nos hicieron; olvidamos el beneficio recibido al paso que la gratitud por el bien que los demás nos hacen nunca se borra de su corazón. Con ella los catarros tienen un día más de cama, la bufanda se aprieta más al cuello, el dolor de cabeza se sufre con las ventanas entornadas y el silencio vigilado. El objeto que se nos pierde es buscado por ella con afán —¡más de una vez aquel callado Padrenuestro para que apareciera un extraviado papel importante!—, el éxito alcanzado, el retorno de un curso, aparejaban el brindis del mejor malvasía; el telegrama o la carta ¡con qué emocionado regocijo los habíamos recibido!

Un día llega en que la venerada sombra se marcha del umbral. Entonces, perdidos, nos sobrecoge el espanto del hueco vacío. La vida sigue a tientas, sin muro donde apoyar el alma, sin asidero posible para nuestra fatiga, para nuestros pasos vacilantes por la seca paramera de una infinita soledad. Hemos dejado ya de ser, definitivamente, personajes importantes.

El hijo, para la madre auténtica, no es el prójimo al que hay que amar como a sí mismo, sino que, en un grado más alto, lo ama todavía mucho más que a ella propia. Sin su sombra protectora nos quedamos en el desamparo de la soledad, como perdidos y sin asideros firmes. Entonces todo lo que la vida nos depare después tiene ya otro sentido: los dolores se amortiguan; las alegrías y los éxitos nos dejan indiferentes y se quedan sin su fiesta; nos encontramos desvalorizados y mínimos. Tenemos la impresión de que apenas si somos algo, porque la voz que emitía nuestro nombre y lo colgaba en el mundo —como si el nombre fuera una estrella le diamante— la hemos dejado de oír ya para siempre.

**177. PLUMAS DE LAS ISLAS. «El mar desde Castilla», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 23 de junio de 1948.** Reproducido en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 4 de julio de 1948. (*Papeles tinerfeños*. 1972: 67-69).

La Laguna —como Castilla— casi no puede ver el mar; los que vivimos en ella sentimos cómo el tiempo pasa, se diluye y flota en la ciudad. El tiempo es, en La Laguna, su mar, su ola y su acantilado; mas para el lagunero el mar auténtico está cercano, al costado, casi ahí detrás o ahí adelante. Apenas se aúpa aquél en los altos miradores o se empina en las montañitas que circundan el caserío, dejada la ancha y espaciosa vega, el trozo azul del fondo completa el paisaje; por el oriente, el mar del sur, el de las bajas y arenosas playas; por el poniente, el mar bronco del norte, el de los acantilados y los escasos e incómodos arenales. No importa, pues, que no veamos el mar todos los días; contamos con una ausencia que podemos hacer desaparecer en unos minutos. Si la ciudad vive sin el mar próximo, sabe su inmediatez; consciente de ello la

infantina de Taoro, Dácil, desde un alto de las montañas laguneras esperaba del incierto mar su ventura.

Pero el mar desde la meseta castellana es una ilusión. No es imposible encontrar un habitante de esta llanura que no lo haya visto nunca, Lo primero que sobrecoge al hombre de la silenciosa meseta es el ruido del mar; a menudo la inmensidad de éste le suscita la imagen de la llanura: «Por los tendidos mares y la rica navecilla», escribe Luis de León; «la llanura del ancho mar», canta Fernando de Herrera: «Tendieron don Quijote y Sancho la vista por todas partes, vieron, el mar, hasta entonces de ellos no visto; parecíales espaciosísimo y; largo, harto más que las Lagunas de Ruidera, que en La Mancha habían visto».

En el mismo capítulo LXI de la segunda parte del *Quijote* escribe Cervantes: «El mar alegre, la tierra jocunda, el aire claro, sólo tal vez turbio el humo de la artillería, parece que iba infundiendo y engendrando gusto súbito en todas las gentes». En tierra adentro la llanura —por el contrario— le sugiere al isleño la visión del mar. Alguna vez he sacado con las pinzas de mi pluma de la prosa de Viera esta imagen: «Y el prado, cerca de Saint Déniz, es un mar verde de yerba atuzadita». Nubes algodónadas, en bailones rizados, apelotonados, junto al horizonte que mira a Extremadura, nubes caprichosas, cercanas al paisaje de Velázquez, cuántas veces me han hecho soñar con el mar ausente...

Más de una vez he dicho que el isleño tiene dos sentidos del mar; —negativo uno— el mar que aísla y es nudo corredizo de la isla, como lo siente Cairasco —y positivo el otro— el mar que une y es gargantilla y promesa, como lo entiende Viana—. Pero en tanto un ensayo más extenso del sentimiento del mar en la poesía española sale de mi cabeza, del alma me brota —en medio de la meseta castellana— la sierpe inquieta de la nostalgia revienta flores blancas junto al Peñón del Fraile en el bien amado Puerto de la Cruz; una suave lámina brillante estira la mirada en la prodigiosa playa de Las Canteras; reverbera el mar de las islas como si lloviera diamantes desde el azul intenso, luminoso, de nuestro cielo en un día claro.

El olor inolvidable —que es perfume para sus amantes— enerva nuestro olfato; la retina se agranda al posible conjuro del movimiento y la luz marinos; los dedos añoran el agua ausente que escapaba de ellos clara, limpísima, en aquel «caletón» de La Punta del Hidalgo; el rumor o el fragor evocan —¿lo recuerda Vd. amigo mío? — la sinfonía de las aguas, junto al castillo de San Felipe en el Puerto de la Cruz, o el susurro de una apagada voz, sabe Dios de qué vida. El mar tiraniza los cinco sentidos y el alma. Cuando nos coge desde niños—como al Shanti Andía barojiano —nos hace sus esclavos para siempre.

**178. CORREO DE MADRID. «El Puerto de la Cruz y sus fiestas», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 17 de julio de 1948. (*Papeles tinerfeños*.1972: 240-242).**

Mi viejo profesor de Bachillerato, don Adolfo Cabrera Pinto, pulcro y limpio como la plata reluciente, nos contaba un día en su clase —no recuerdo si de Geografía o de Historia—, con un reconfortante orgullo, que en su isla natal, la industriosa, picuda, gótica y «portuguesa» isla de La Palma, se había verificado un almuerzo donde casi todo, mesa, manteles, manjares, vino, etc., eran productos cultivados y elaborados en su isla. La noble vanidad de nuestro don Adolfo me la ha evocado ahora la atenta diligencia de Antonio Ruiz Álvarez al enviarme, desde su Puerto de la Cruz a Madrid, el gratísimo programa de los festejos de julio.

No es posible, desde luego, que la confección del programa, ni la realización de los números en él anunciados, hayan de verificarse tan sólo por los entusiastas portuenses, pero no creo que sean muchos los pueblos del Archipiélago que puedan

nombrar una mayoría tan nutrida de hijos en la intervención de actos similares al aludido, que es casi una exhibición de un ensayo que bordea la autarquía, a pesar de que a mí, personalmente, lo que me gusta es el intercambio de... productos.

La portada del programa es obra de la pintora local doña Lía Tavío, los trabajos literarios llevan la firma de portuenses distinguidos como el admirado don Sebastián Padrón Acosta, don Cándido Chávez y don Antonio Ruiz Álvarez, que hace la glosa a unas curiosísimas efemérides de don Agustín Álvarez Rixo, hijo ilustre del Puerto; las fotografías son de Baeza, concienzudo artista local; la confección material del programa la ha llevado a cabo la imprenta Rodríguez, cuyas prensas gimen en el Puerto de la Cruz. En el esfuerzo económico y en el entusiasmo adivinamos la vigilancia de don Isidoro Luz, presidente de la Comisión de festejos del Puerto, que es su alcalde y su médico. Quiero hacer constar que, aun cuando me hayan invitado al velorio, mi firma en el programa tiene todo el cariz tráfugo del polizón a bordo.

Toda la evocadora historia inédita del Puerto, de Álvarez Rixo —en el capítulo glosado por Antonio Ruiz—, nos maravilla al afirmar que el bergantín «Correo de Tenerife» fue construido en los astilleros del Puerto pocos años antes de 1943. Pequeños barcos como éste —que naufragó en ruta a los Estados Unidos— nacerían de los astilleros portuenses, porque ese evocador «Dácila», que zarpó en septiembre de 1848 para La Habana, tiene la impronta del movimiento romántico isleñista, que revalorizó la época prehispánica con su peculiar deformación vital y literaria.

Hace justamente un siglo llegaron al Puerto los duques de Sajonia Weimar, atracó a su muelle el bergantín portugués «Dos Amas» rumbo a esa Madera de nuestros males, que dio el tiro de gracia a la dulce fragancia del malvasía. En ese mismo año quebró la casa Little, de Londres, y, por impaciencias de fortunas locales, la sucursal portuense. Antes se habían aligerado los rigores de la Cuaresma con animadas peleas de gallos y en noviembre pudieron deleitarse los curiosos —sin duda desde los miradores— con el espectáculo de una lúcida aurora boreal.

Los extranjeros que visitan el Puerto y muchas veces lo hacen escenario de sus creaciones literarias y artísticas, llegan incesantemente a él ayer como hoy. Del contacto permanente entre visitantes y visitados ha nacido esa idiosincrasia abierta, tolerante, simpática y ágil que caracteriza a gran parte de los portuenses; por eso puede escribir don Cándido Chávez que el Puerto tiene de común con una ciudad «el carácter y manera de comprender la vida sus habitantes».

Desde una población de casi dos millones de habitantes, donde los días nos parecen minutos, puede uno cerrar los ojos y ver el Puerto como un ascua de luz y de alegría en esas calientes jornadas festivas de julio. Una masa jocunda rodeará la fresca bombonera verde de la ñamera de la Plaza del Charco; los mantones grosellas y morados de las buganvillas colgarán de los paredones y la sinfonía del mar cercano será más impresionante que la núm. 104 en Re de Haydn —con la venia del maestro Sabina, que de seguro me excomulgará por tamaña irreverencia.

Álvarez Rixo podría quejarse en una paradoja con aire de truenos bíblicos del «progresivo atraso» del Puerto de la Cruz. Al cabo de un siglo nosotros sabemos que el Puerto lleva con alegre dignidad la nostalgia de un pasado brillante, que los extranjeros lo siguen visitando y que nos aleccionan los sucesos que su romántico cronista recogió. Puede haber quiebras, ruinas, reveses en esa vieja llave del Norte tinerfeño, nada importa. También en el Puerto de la Cruz hay lucidas auroras boreales.

**179. CORREO DE MADRID. «¿Amor a la tierra, desdén por la tierra?» *El Día, Santa Cruz de Tenerife, 5 de agosto de 1948.* (*Papeles tinerfeños*. 1972: 118-121)**



Hace poco más de un año, en larga conversación con el joven escritor Leocadio Rodríguez Machado —borbolla todavía la sangre moza por las cañerías de sus venas—, coincidíamos los dos en la necesidad y justicia de rendir a Leoncio Rodríguez un homenaje, a raíz de la publicación del volumen segundo de los *Árboles históricos y tradicionales de Canarias*. Algo de esto manifesté a mi entrañable amigo Domingo Cabrera, pero esas espirales adversas con que al destino le gusta cercar, con estrecheces de sogas al cuello, la vida de los hombres, nos impidieron, a Domingo Cabrera y a mí, ahondar un proyecto que tuvo nuestra ilusión y entusiasmo.

La extensa obra de Leoncio Rodríguez —mi desdichada persona no puede valerse sin su fichero ausente— es representativa de una época entusiasta y valorizadora de las esencias regionales, a cuyo servicio estuvo gran parte de la generación del veterano periodista, el gran creador de *La Prensa*, hasta ahora el mejor diario de las Islas, con un sentido y una significación que no han sido analizados con la exactitud y justicia que merecen.

Manos familiares me han puesto en una carta el recorte de un artículo del Leoncio, el primero de los dedicados a sus amigos de «la peña» del Ateneo de La Laguna, única muestra periodística de la isla que he leído en los cinco meses que estoy ausente de ella; ignoro la fecha de su aparición, su continuación y si ha tenido repercusiones en la prensa insular; el gran periodista alude a «un culto y agudo crítico de la nueva generación» —no sé quién será— que ha estimado su periodismo como «viejo y caducado», último adjetivo que no alcanza a entender Leoncio Rodríguez.

El pulcro y sentimental escritor subraya que la actual generación literaria y artística de la isla es nutrida y densa, al paso que la suya era poco numerosa —según él— y alude a esos Círculos, Academias y Conservatorios de pintores y músicos, o a ese coro de doctores, licenciados y profesionales, cuya cantidad «desborda la capacidad de absorción del país». Leoncio Rodríguez, que parece tocar el viejo y eterno diálogo francés de la disputa entre los antiguos y los modernos, hunde su pluma, como un bisturí, en esa herida del profesionalismo, que tanto en las islas como en la Península —y acaso en el extranjero— amenaza con tornarse en incurable mal endémico. Pero de esos doctores, y profesionales, todos sin quehacer y con angustiados vivir, no he de ocuparme ahora, porque es materia para una marcha fúnebre, o para un largo ensayo de sociología. Además, nada tiene que ver ello con lo que es una generación.

La amabilidad de un amigo depositó en mis manos ese ramillete de cartas que Leoncio Rodríguez ha reunido y publicado con el título de *Epistolario íntimo*. Cuando Leoncio era muy joven, el viejo maestro don Patricio Estévez le reprochó su miopía por no haber sabido captar, en 1908, la fina y jugosa gracia de la fiesta de Las Mercedes. Un reproche análogo va a hacerle ahora una persona que pertenece a la generación actual, aludida por el periodista; ayer un viejo y hoy quien todavía no lo es, disintimos, sin aires polémicos y con el cariño y cortesía con que los liberales cursis dialogamos, de diversas afirmaciones de Leoncio Rodríguez. Las que tienen mi disconformidad se encierran en este párrafo del referido artículo:

«Con toda esta plétora de sabia intelectual nunca el sentimiento de la tierra se manifestó con latidos tan débiles y apagados; nunca se hizo tan difícil poder auscultarlos. Asustan la desgana, el encogimiento de hombros de todas esas afirmaciones de cultura. Insensibles y amorfas a lo que parecen. Contra nada reaccionan ni nada les conmueve ni aflige. (¡Ah, inolvidable González Díaz, apóstol del Árbol, pluma maravillosa, dormida hoy en el silencio de la tumba, callada para siempre!)

Sabe demasiado Leoncio Rodríguez que el marco en que se desarrolló públicamente su generación es muy otro al actual en que se desenvuelve la nuestra y que, como las circunstancias no son las mismas, es injusto afirmar, sin más, que contra

nada reaccionamos, ni nada nos conmueve y nos aflige. ¡Ay, mi querido amigo, nos conmueve y nos afligen, a veces, tantas cosas! Usted perteneció a una juventud que interpretó a la región en lo literario y artístico —de lo que sólo puedo escribir— de una manera popular, extensa, vibrante, que alguna vez pudo degenerar en un falso regionalismo a lo turístico y superfluo —condenado por mí en alguna ocasión— y no por culpa de los mejores de su grupo, ciertamente.

Nuestra generación, profesional y universitaria en sus figuras más representativas —como siempre, ni son todos los que están ni están todos los que son—, ha querido encauzar, conforme a sus métodos de minoría culta e impopular, todo el acervo del pasado. Desde los días brillantes de un Elías Zero, o de un Francisco María Pinto, que centraron la generación de 1880 en torno a la fecunda *Revista de Canarias*, no ha habido un movimiento que en el estrecho ámbito de la obligada —¡por tantas cosas obligada!— minoría haya dado forma y seriedad a la arqueología, la lingüística, la historia, la literatura, el arte y el acontecer cultural de la región, como el nuestro la ha dado. Ahí está nuestra obra en marcha, que no afirmamos mejor ni peor que la de otra generación, pero si hecha con el mejor vigor que podemos y con tan entrañable sentido regional que —eso sí— no permito poner en tela de juicio, ni que otra la haya superado en apasionada adhesión.

Crear una institución de Estudios Canarios, dar savia extensa e intensa a una publicación universitaria, vigilar por la suerte de unas retamas —anécdota baladí pero representativa—, en lo que tanto de nosotros hemos puesto vivo afán, ¿Le parece a Vd. que entrañan sentimientos débiles y apagados por la tierra? ¿Es esto desgana y encogimiento de hombros en nuestras formaciones de cultura? Que el signo y la misión de nuestra generación sean distintos a los de la suya, admirado amigo, que el espejismo de la popularidad y el medio en que su generación se desarrolló, frente a la impopularidad y al medio opuesto en que la nuestra se aloja, le den aspectos distintos, no quiere decir que nuestro amor por el país sea menor.

Yo creo que mi generación siente el alma de la tierra en la entraña viva de su ser, acaso con una honda dimensión dramática, que la suya tuvo la forma de no sentir. Tan en carne viva llevo el amor por mis Islas y tan atlántica me siento, que la injusticia de su párrafo me ha sonado —como dicen los castizos del Toscal— algo así como si de la venerada sombra de mi madre se tratara. No, querido Leoncio, aquí no hay un «más eres tú». El que Vd. no sepa verlo no quiere decir que al amor que nuestra generación «intelectual» siente por la tierra sea inferior al que ha sentido la suya, más «sentimental». Hay quien llora al ser querido rasgándose las vestiduras y echándose por los suelos, al medio de la casa, como en los duelos estruendosos de nuestros campos; otro lo lloran en silencio, sin desmayo ni alharacas de plañideras. Y habría que ver, a fin de cuentas, quienes son los que más lo sienten.

**180. «Catálogo de la Biblioteca Cervantina de don José María de Asensio y Toledo, por Miguel Santiago Rodríguez», *Ínsula*, N.º 32, Madrid, 15 de agosto de 1948.**

*Catálogo de la Biblioteca Cervantina de don José María de Asensio y Toledo*, por Miguel SANTIAGO RODRÍGUEZ, con un prólogo de Ángel González Palencia y una noticia biográfica por Enrique Lafuente Ferrari. Madrid. 1948.

«Un pueblo nuevo puede improvisarlo todo menos la cultura intelectual. Un pueblo viejo no puede renunciar a la suya sin extinguir la parte más noble de su vida y caer en una segunda infancia, muy próxima a la imbecilidad senil.» Estas palabras de Menéndez Pelayo, citadas por don Ángel González Palencia en el prólogo al presente

*Catálogo* cervantino, determinan el valor de una biblioteca como la del erudito Asensio y su exacto sentido en el orden cultural. No puede hoy formarse una biblioteca de tales méritos como no sea «heredada» —según expresión de un bibliófilo sevillano—; las bibliotecas particulares, como los museos y colecciones de esta clase, son un producto cultural del pasado que sólo resta conservar y dar a conocer.

De la biblioteca de don José María Asensio ha hecho el archivero del Ministerio de Asuntos Exteriores, don Miguel Santiago, un perfecto *Catálogo*, con arreglo a la técnica vigente para esta clase de trabajos. El profesor Lafuente ha escrito una cumplida biografía del erudito sevillano Asensio y ha centrado la personalidad del cervantista español en el marco de su ciudad natal, en la que fue gran animador de tertulias y movimientos culturales. El cervantismo de Asensio, lejos de adoptar ridículas formas que hicieron sospechoso de maniatismo «arbitrista» el entusiasmo por Cervantes en el siglo pasado, tuvo una significación ponderada y sensata. «Asensio —escribe Lafuente» fue siempre un decidido adversario de tales ligerezas de interpretación de las obras y del espíritu de Cervantes, y estuvo, constantemente, lanza en mano, contra ellas, sin pasión ni violencia, sin rebasar una certera y sensata serenidad de juicio y un insobornable buen sentido».

Gracias a la cultura, fervor y generosidad de los descendientes del erudito, se ha publicado el *Catálogo* de la biblioteca como un homenaje al centenario de Cervantes.

Miguel Santiago clasifica en dos grandes grupos de obras y ediciones cervantinas la biblioteca de Asensio: obras en colección y obras sueltas, que subdivide en obras completas, parciales, de título común determinado, en prosa y en verso, agrupadas a su vez en distribuciones menores que componen un total de 310 ediciones diferentes. Que la biblioteca cervantina de Asensio, con otros tesoros bibliográficos de su propiedad, existan todavía en España y formen parte del patrimonio cultural, es ventura que regocijará a no pocos amantes del tesoro bibliográfico de la Nación.

Encantadoras viñetas reproducidas de la edición de 1780 del *Quijote*, de la Real Academia, avalan artísticamente este *Catálogo*.

**181. PLUMAS DE LAS ISLAS. «En tierras de Francia», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 2 de octubre de 1948. (*Pulso del tiempo*, 1953: 91-93).**

Para el alma que se recrea en la hermosura del paisaje húmedo y verde —sobre todo si vive largo tiempo en Castilla— el contacto con la tierra vasca refresca sus ansias de lomas suaves, cultivados setos y vegetal fragancia. Si brindamos a nuestros ojos —cansados de la paramera— el regalo de una visión de Las Landas francesas, la mirada, como un chico en vacaciones, se solaza por el inmenso e interminable bosque de pinos, que es el extenso camino que hasta la capital de Francia nos lleva. Unos terrenos de sable, que acaso muchos años atrás serían un baldío erial, están hoy poblados por una inmensa riqueza forestal y agrícola —¡esos maizales sorprendentes!— con sabiduría cultivada y aprovechada. Ni un palmo de terreno francés deja de cumplir su misión y uno recuerda el adjetivo de la conmovedora *Chanson de Roland*, el que exactamente le cuadra a este país; la «dulce» Francia, la patria de las frondas y del color verde.

Desde las amables laderas de la querida tierra española y las suavidades de San Sebastián, la piel sudorosa del estío castellano entra en concertada paz. Con un clima cortés; la visión rápida del ancho y bello Adour, la casa de Mauricio Ravel en Bayona, encantadas «rivieras», frescos lagos circundados de verdura —que nos hacen sonreír si los vemos en la consabida postal turística— sosiegan al espíritu amante del buen paisaje. Todo el largo camino —el camino de la Infantina de Francia que en el siglo XV iba para París— es un festón largo, inmensamente largo de verdura, que muchas veces muerde el bronco mar Cantábrico, gris y bravío y que, entre el cielo y la tierra franceses,

en las horas del atardecer, constituye una cenefa, un vegetal cinturón que parece ornamentar la bella caja verde de la dulce Francia. El Sol amarillento de la hora y los caprichos del ocaso entre los pinos, al pasar rápido del tren, dan la impresión de que una ininterrumpida cinta luminosa, brillante, se enhebra en los delgados troncos que giran rápidos, prendiéndose en aquel encantado horizonte de luz.

Uno entonces evoca la mágica hondonada del Valle de Ucanca en Las Cañadas del Teide en Tenerife o las tempestades geológicas de las cresterías de Gran Canaria; paisaje europeo y paisaje africano y los dos, sin embargo, tienen celdas —bien que distintas— en nuestro corazón.

Este paisaje francés que vemos por Las Landas, el Lemosín o la Isla de Francia es una estela apabullante de color verde. Sorprende hasta la emoción a los que amamos los árboles, a los que asistimos con dolor en las islas a la desaparición lenta de nuestra riqueza forestal, el cuidado que esta nación presta a sus bosques y la villa de París a sus «squares» (glorietas), sus «pelouses» y sus árboles, los que custodian muchísimas calles de la capital de Francia. En la avenida del General Foch una vieja encina que observamos disfruta de un armazón, casi esqueleto metálico, que apuntala y defiende sus ramas extensas y frondosas.

París es el dominio del color verde. Lamentamos nuestro desconocimiento en los matices de este color que un pintor experto deberá conocer: verdes secos tirando a amarillos, verdes tiernos menos y más fuertes, verdes duros limitando algunos entre las fronteras del gris y del azul. No habíamos visto nunca variantes más diversas que las contempladas en el Bosque de Bolonia, en el de Luxemburgo o en el de Monceau.

Un inmenso mar vegetal es el bosque de Bolonia; encinas, coníferas diversas, especies que no acertamos a determinar embriagan nuestra mañana dominical; el extraño verde de un árbol, al contacto con la luz clara del día, da la impresión de que sobre las hojas se ha partido, en pedazos, la luna. En el centro de la capital, por Las Tullerías o en cualquier jardín grande o pequeño, encantan los flequillos verdes del extenso césped, que los franceses llaman «pelouse». Al centro o en armónica simetría —que el parisién jamás pierde de vista—, delicados ramilletes de flores —gladiolos rojos, geranios, etc.—, hechos a manera de cestillas ovaladas o redondas, emergen y adornan la «pelouse» con un gusto delicado y suave.

Francia húmeda y verde, agrícola y vegetal impresiona al habitante de las tierras secas con sus gamas de sienas duras. A cambio de ello un cielo gris claro cubre esta tierna frescura, productiva y hermosa. Y por vez primera comprendemos la grandeza y la zozobra que a la vez implica el cielo intenso, limpio, divinamente azul que sirve de techumbre a nuestra amada tierra española.

**182. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Una española en París», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 27 de octubre de 1948. (*Pulso del tiempo*, 1953: 95-98).**

De Madrid a Hendaya, en el expreso que sale a las 11 de la noche, fatigan catorce horas largas de tren, aunque vayamos por las mejores líneas que la «Renfe» posee.

Me contaba entre las pocas personas que no han salido de su país. Es el español, desde antiguo, viajero de todas las tierras. Probado tiene el canario su inquietud por los vuelos de lejanías. No recuerdo aquí, sin libros y con sólo una desdichada memoria, si es Tirso el que asegura que quien nunca ha viajado no merece el dictado de discreto.

Sin confesar mi indiscreción —porque viajaba sola— me senté en mi vagón en espera de una larga vigilia. Poco a poco los viajeros íbamos entablando conversación; dos señores iban a Galicia y trasbordarían no sé en qué estación; unas damas llegarían

hasta Zarauz; un señor charlatán en demasía iba a San Sebastián... Mi esperanza de que alguien pasara la frontera se desvanecía. ¿Cómo entenderme con mi francés mal chapurreado con las gentes del país vecino?

Un señor de no mucha edad, delgado, con aspecto deportivo cosía en silencio un botón en el bolsillo trasero de sus pantalones. El color de éstos era gris y el del botón, encarnado, pero —eso si— quedó tan fuertemente asido a la tela que en aras de su utilidad olvidamos pronto las desarmonías de color.

Era usted el único que iba a París, útil y cortés M. Courbin —37, rue Froidevaux—, pero su español y mi francés iban tan igualados que milagro fue por un lado, y, por otro buena voluntad de ambas partes y montones de frases que se cayeron en el vagón por inservibles, lo que hizo que yo atinara a llegar a mi destino.

Lee uno su francés y se tranquiliza; lo oye hablar a un español y lo malentende, pero verlo salir de boca francesa —y no digamos parisina— es oír una mera estela rítmica, suave, nasal, con vocales que brillan por su ausencia; una melodía no alta —el francés habla mucho más bajo que el español—, pero totalmente ininteligible para mi —sea dicho con vergüenza— en su ritmo y acento naturales.

La imprecación del español Castillo ante la princesa Dácil —cuya lengua no comprendía— a la confusión de Babilonia me venía como anillo en el dedo. Con mi escaso francés, el latín y alguna que otra voz inglesa, el bueno de M. Courbin —que sabía inglés y recordaba su latín de Bachillerato— entendió un idioma que fabriqué expofeso en mi coctelera lingüística «ad usum méum». Así llegamos a Hendaya, tomamos cerveza en un bar y nuestro exprés de París, que nos ofrecía otras tantas horas de viaje hasta el día siguiente.

Estaba dispuesta a creer a mis muchachos del Examen de Estado y de la Universidad en eso de que el latín es una lengua muerta. Cerraba los ojos con paciencia al comprobar que cada vez, venían nuestros examinandos peor en latín... Si saben buen francés —al ir a Francia— pasaré por eso de que el latín es una lengua muerta, pero, si no es así, les diré que me resultó viva y muy útil para entenderme con M. Courbin y después con una damita que iba con su galán hasta Burdeos y no sabía ni una palabra de español. Y así, con una jerga recién fabricada, habló una española que no sabrá francés con unos franceses que no sabían español.

Nadie me esperaba en la estación. Nadie esperaba a M. Courbin, Traía M. Courbin muchas maletas, venía del Marruecos francés, era dibujante y había atravesado a España de Sur a Norte. En el viaje partí mi frugal condumio con M. Courbin y le enseñé un montón de voces españolas; él me habló de sus hijos, de su mujer, de sus viajes y me mostró delicados dibujos a lápiz y sanguíneas de tipos bereberes y árabes. No consintió que mis francos sufragaran la mitad de los gastos de los maleteros de Irún y Hendaya, ni mi cerveza.

En la estación de París, la «gare d'Orleans», M. Courbin era un hombre rodeado de maletas por todas partes. París, en la fría mañana brumosa de un agosto que era cálido en Madrid, me mostraba el ceño duro de una contrariedad que era una dificultad que creí, insuperable: no había ni un taxi que me llevara a mi hotel ni un mozo que cargara con mi maleta, si bien no muy voluminosa, sí superior a mis escasas, débiles y ridículas fuerzas.

—Qu'est-ce que nous faisons, M. Courbin?

—¿Qué es lo que hacemos, M., Courbin?

Llevaba yo un mapita pequeño con las proximidades del hotel a donde me dirigía, no lejos del arco de La Estrella. Varias fotografías había visto de este arco y recordaba el relieve de «La Marsellesa» del escultor Rude que en él está. M. Courbin

iba a tomar su Metro y yo había de seguirle. Catorce líneas tiene el Metropolitano de París; el de Madrid, cuatro.

Con toda humildad cargué con mi maleta, que me pareció un pesado baúl. M. Courbin, con las suyas auestas, guíaba; tomaría él la línea que le convenía, previo un trasbordo que nos convenía a los dos. Para mí todo era confusión. Se despidió atento M. Courbin. Yo había de continuar hasta «L'Etoile», término de aquella línea, para suerte mía. Después he sabido que era la línea 6 y, muchas veces la he recorrido con tranquilidad. El Metro va aquí —con gran placer mío— casi siempre sobre tierra. Por las tardes cruzar el Sena en esta línea ofrece encantos finísimos al que lleva el alma en reposo.

Pero la mañana de nuestra llegada todo era desconcierto en mi cabeza. ¿Cómo orientarme al salir del Metro de «L'Etoile»? Dan nombre a «La Estrella» doce avenidas que parten de allí. El planito, mi francés y mi paciencia habrían de ayudarme. ¿Cuánto tiempo tardé en subir con mi pesada carga —enrojecidas mis fatigadas manos— por las escaleras del Metro?

Un joven obrero debió notar mi desorientación. No esperó a que lo detuviera sino que, volviéndose rápido y atento, me preguntó lo que deseaba; se lo expliqué y me respondió al punto. Todavía una amable señora sufrió mi francés: estaba en la ruta segura de mi hotel; había pasado hora y media desde que llegamos a la estación.

De todas maneras, M. Courbin a quien no he vuelto a ver, ¿a qué hora habría llegado si su línea de Metro hubiera sido la 7 o la 13, tan separadas de la mía?

**183. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Islas del Sena», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 28 de noviembre de 1948. (*Pulso del tiempo*, 1953: 105-106).**

Si miramos un plano histórico de París, la imagen vulgar de una piedrecita que cae en un pozo nos asalta. La piedrecita que ha caído en el centro del agua es la «cité»; en torno suyo se van ensanchando —a lo largo del tiempo— las fortificaciones de París. El pequeño cinturón galo-romano cede al más amplio radio del cinturón que edificó el rey Felipe Augusto, del siglo XII al XIII; en el siglo XV y en el XVI —sigamos contemplando el plano— otros círculos alejan sus murallas de la «cité», pero el gran impulso, los extensos cinturones los levantan Napoleón I y Napoleón III, sobre todo. El barón Haussmann, prefecto del segundo emperador, casi es el autor de la actual fisonomía de París.

La «cité», la isla de la «cité», es una bella nave anclada en el Sena; los cinco puentes que a las márgenes del río la unen son los remos alzados del bello batel que encierra el Palacio de Justicia y Notre Dame. En la proa de este barco florecen los árboles del «square» del Verde galán —preferimos esta traducción a la de «viejo verde», «vert-galant»— y, adosada a la popa de la nave, próximo al ábside de Notre Dame, el puente colgante o pasarela de San Luis tira de otra nave menor: la isla de San Luis, pequeña embarcación de tres remos que la unen a tierra firme.

Un nostálgico del ancho mar gustará en un dorado atardecer de septiembre, junto al «quai d'Orleans» —a babor de la navecita—, de la encantada paz que este pequeño refugio brinda a los ojos y al alma. El Sena, anchísimo y verde, levanta al contacto de la brisa pequeñas olas; un olor a mar embalsama la orilla a la que se acercan, saltarines y mínimos, algunos peces. Paciente, un pescador deja caer su liña otra vez más y un niño coge el agua verde con sus manecitas que, una vez en ellas, deja de serlo y afecta el suave rosa de los deditos. Hay silencio y paz en este rincón del centro de París y eso, la bobada que hemos descubierto, que hay silencio en el meollo de una población enorme, nos agranda nuestra pasión por el agua, porque al Sena se debe este don divino del silencio en los «quais» de San Luis.

El Sena es para el francés La Sena —«La Seine»—, como para el buen marinero el mar es la mar; esta feminización atávica de las grandes fuerzas de la Naturaleza nos liga, en una dependencia «cuasi» filial, a madres tan poderosas y arrebatadoras. Aislada momentánea de dos islas encadenadas de río — la «cité» y San Luis— una isleña de islas atlánticas —de islas de verdad— casi envía un mensaje de isla a isla. Las márgenes del Sena —que no encuentro tristes como escribía un poeta del siglo pasado— pudieran llevarlo hasta el Havre y de allí al ancho mar océano, rumbo a las Afortunadas, que están más allá de la morada de la noche, según escribía Homero.

**184. PLUMAS DE LAS ISLAS. «El Sena y su villa», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 1 diciembre de 1948. (*Pulso del tiempo*, 1953: 103-104).**

La necesidad vital del agua ha hecho que el hombre fabrique las grandes capitales interiores junto a ríos caudalosos. Acostumbrados en las islas a esas gargantas secas del barranco de Santos o del Guinguada —que sólo se mojan cuando todos nos mojamos mucho—; poco respetuosos con el humilde Manzanares —venilla acuática y eterno blanco de las burlas de los clásicos—, comprendemos el amor que el parisién siente por su enorme río, por el maravilloso, verde y bello Sena. El río, con más de treinta puentes, traza dos grandes arcos en la villa de París, cuyo nombre celta era Lutecia, nombre que conservaron los romanos y que parece ser que significa «entre las aguas», porque la Lutecia primitiva era la «cité», la isla núcleo primigenio del actual París, denominación debida a los habitantes de la pequeña isla —los «parisii»— que comenzó a llamarse París hacia el siglo IV.

Pero el desarrollo urbano de la gran capital no ha sido concéntrico a una plaza —como ocurre en la mayoría de nuestras ciudades españolas—; la Concordia —una de las plazas mayores y más elegantes del mundo— no es el equivalente en significación nuclear a la Puerta del Sol madrileña o a las plazas mayores de nuestros centros urbanos nacionales sino que forma parte de esa enorme línea recta, un poco inclinada de Este a Oeste, que componen las islas de San Luis, la «cité», el Louvre, Las Tullerías y Los Campos Elíseos hasta la Plaza de la Estrella. La línea recta es la dominante urbana y en cuanto a la altura no es la vertical lo que abrumba en París, donde las casas no sobrepasan casi nunca los siete pisos, sino la horizontal y la enorme extensión de su superficie.

Simetría, forma cerrada y tectónica —ingredientes con los que Wölfin definió lo clásico— son las notas dominantes de esta villa. Los Inválidos, el Panteón —no digamos la Magdalena, que es un templo griego— y tantos otros monumentos característicos de París subrayan el tono clásico y armónico de una urbe racionalista y estrictamente cartesiana que, como tal capital, ha ya tiempo que está hecha y totalmente acabada. Y puede ser que en ello le vaya su limitación, aunque resulte paradójico.

Tan representativo es París del espíritu francés que el mismo azar en un ejemplo concreto se puso al servicio del racionalismo arquitectónico parisino; leer la historia del edificio del Louvre ilustra sobremanera: desde los tiempos de Luis Felipe Augusto hasta los de la Tercera República el Louvre ha ido adquiriendo la fisonomía rigurosamente simétrica que hoy afecta. En el siglo XVI Catalina de Médicis construyó la gran galería que había de unir Las Tullerías con el Louvre; el espíritu ordenancista de la nación parecía exigir otra galería simétrica al Norte, como se fabricó al efecto en tiempos de Napoleón III. Después, el hecho revolucionario de la Commune en 1871, al quemarse el palacio de Las Tullerías, permite que, situado el observador en el centro del arco del Carrousel, vea en línea recta el obelisco de Luksor en la Plaza de la Concordia y, al fondo, el gran arco de la Estrella, término de los Campos Elíseos. La prodigiosa perspectiva de la que disfruta todo buen turista más o menos ingenuo es un ejemplo de

máxima advertencia. Esta rigurosa simetría ordenada a través del tiempo determina — como ninguna otra cosa— la finura, la armonía y elegancia de París.

**185. PLUMAS DE LAS ISLAS. «París y lo clásico», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 5 de diciembre de 1948. (*Pulso del tiempo*, 1953: 99-101).**

La erudición libresca ha contribuido a formar una imagen inexacta del mundo clásico; si en lo mediterráneo todo es azul y luminoso; si la edificación es lineal y clara, a base de azoteas y días con sol, topar con una urbe como París de negros edificios —o de un inconfundible gris oscuro por lo menos— que terminan con el remate tradicional de los aleros o buhardillas construidas al estilo de las ciudades nórdicas; si en agosto y septiembre la mayoría de los días el cielo está gris perla, lo natural es que el tópico aludido nos haga decir que no es París una ciudad clásica.

Pero no se trata de un clasicismo accesorio, ni de que París encaje o no con el molde urbano adquirido en lecturas manuales. París posee, por naturaleza urbana justamente, el espíritu clásico de lo lineal, de lo simétrico, de la superficie, de la forma cerrada, de la armonía y la medida, de la razón intelectual en feliz conjunción con la gracia.

Con razón se ha jactado siempre Francia de ser la exacta y fiel heredera románica del mundo clásico en todas sus manifestaciones, pero herencia no quiere decir transcripción y copia; herencia quiere decir huella, mas también interpretación.

Paulatinamente se ensanchó la «cité» desde los inciertos días de Lutecia al torreón de Luis Felipe, pasando por las fortificaciones de los tiempos de Juliano el Apóstata, que se proclamó aquí emperador. Todavía el barrio Latino, en los alrededores inolvidables de La Soborna —¿te acuerdas, amiga Olga Pjevalinsky, de nuestras visitas a las librerías del barrio, tras la *Lingüística* de Bourcliez?— lleva intacto el perfume y el sabor de los siglos XII y XIII callejuelas estrechas y tortuosas conservan su traza y edificaciones de la Edad Media; no se puede pasar por las ruinas del patio de Cluny — donde se excavan unas termas romanas— sin sentir cargada el alma por el prestigio de unas venerables piedras envueltas en la verde y húmeda fronda que llega a los pies mismos del edificio de la orden benedictina, conservado como en el siglo XV. En el «boulevard Saint Germain», que cruza el de Saint Michel, en pleno «quartier» latino, está Cluny; no lejos de allí, en parte de lo que es hoy Escuela de Medicina, estaba la Iglesia de Les Cordeliers de la que hoy sólo queda el refectorio. En esa Iglesia oía misa Viera y Clavijo —no recuerdo si también la decía— durante su estancia en París.

Mas el París medieval y escolástico del «quartier» latino y de la «cité» adquirió, su plena significación al incorporarse Francia tardía, pero eficazmente, al Renacimiento Italiano. La urbe amplía sus límites e inicia su fisonomía a partir del siglo XVI; es curioso que, mientras el Renacimiento entra en España muchísimo antes que en Francia, el peculiar espíritu hispánico no se adscribe a él y lo digiere a su manera, en tanto que en Francia desde que llega parece ser el estilo de la nación, el que al injertar en el espíritu nórdico de lo gótico —en el sentido de Worringer— toma carta de naturaleza en el país. Si el Renacimiento y más tarde el Neoclásico parecen fríos en España y extranjeros, en Francia afectan la forma de estilo nacionales, y lo que advertíamos como frialdad allí, es aquí armonía y gracia.

La Iglesia de la Soborna, el Panteón —antiguo templo de Santa Genoveva—, Los Inválidos y tantos otros edificios representativos de París, construidos en el grecorromano estilo jesuita —dentro de las líneas con las que Europa interpreta lo clásico en el siglo XVII—, dan a la fisonomía de París su sello característico de gran ciudad clásica en el espíritu y en la forma interpretativa. El siglo XVIII con su Neoclasicismo representa una continuación, en Francia, en tanto que en España es una



irrupción. El siglo XIX francés, en lo que a edificación y urbanismo se refiere, se limita a continuar en esta Ilustre tradición clásica y a sostener casi siempre con dignidad el legado. París está ya hecha, cerrada, como tal unidad urbana y clásica, terminada, perfecta. E incluso en movimientos como en los de escuelas pictóricas contrarios a esta tradición podemos advertir hasta qué punto el signo de la constante clásica está presente en el espíritu francés: el romántico Delacroix no se olvidará del tema de *Medea* —cuadro que he visto en «Le Petit Palais»—, y en «Le Jeu de Paume» —donde están ahora los maestros del Impresionismo— puede verse la *Olimpia* de Manet.

**186. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Versalles, geometría», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 10 de diciembre de 1948. (*Pulso del tiempo*, 1953: 107-109).**

*Es el otoño y vengo de un Versalles doliente.*

RUBÉN DARÍO

Ni las márgenes del Sena me parecen tristes, como a Martínez de la Rosa le parecieron, ni a Versalles lo he sentido, como Rubén Darío, doliente. ¿Estaba triste el poeta español o doliente el poeta americano cuando escribieron sus versos, o se trata, en ambos casos, de un decir formal, obligados los poetas por el ritmo lingüístico y las exigencias de la rima?

De todas maneras un bello sol de otoño y un día claro de cielo azul lechoso, limpísimo, era el marco espléndido de la no menos espléndida geometría de Versalles cuando lo visité. Para conocer el palacio real tuve que dejarme llevar —sola entre la multitud de turistas— por la corriente, a veces impetuosa, de un numeroso «vulgo municipal y espeso» y aguantar el hiriente francés de un guía tuerto, feo y monótono. Las salas bajas del palacio, con estancias llenas de cuadros bélicos que recuerdan la estela militar de Luis XIV —en su mayoría—, las pude ver sin molestias parteras, pero el piso alto pertenece al imperio del guía y él nos llevó, clasificados en equipos, de estancia en estancia: aquí las habitaciones de la Reina, aquí las del Rey, aquí tal mueble o recuerdo de María Antonieta... Por este lugar la sala de guerra, más allá la de la paz; en todo el frontis, con anchos ventanales, que reciben a raudales duchas de luz, la pasmosa galería de los espejos. Y uno sin quererlo casi evoca la socorrida estampa de un baile de Corte en esta sala, en los mejores días de Luis XIV o de su nieto.

Con todo ello acaso lo más encantador de Versalles no sea el inmenso y hermoso palacio sino el espectáculo de la despejada campiña que desde él se admira y la rotunda elegancia de sus jardines. La misma línea simétrica, armónica y grácil de la constante clásica francesa se advierte en ellos, como en París en los jardines de Luxemburgo, de Las Tullerías, del Campo de Marte u otros; es eso que pudiéramos llamar espíritu del jardín francés que nos suena a Naturaleza socializada y dirigida, pero que, en su propia salsa, prodiga, más que un impuesto despotismo ilustrado en lo botánico, el encanto armónico de la gracia imperceptiblemente administrada; y esto sólo sabe hacerlo el «esprit» francés.

Raíces más hondas que la sensiblería fanática de Rousseau tiene el culto que el hombre civilizado siente por la Naturaleza. Como movimiento general de una generación la primera vuelta la dieron en Europa los hombres del Renacimiento; la segunda fue la que inició la postura prerromántica de Juan Jacobo. Desde 1680 Luis XIV hace el menosprecio del Louvre y la alabanza de Versalles trasladando aquí la Corte; no es, desde luego, aceptar la aldea con sus consecuencias sino aislar la Corte de lo urbano y enquistarla en la aldea. Lo mejor de la Corte con lo mejor de la campiña y domesticar extensos fragmentos de ella a la mayor gloria mundana del Monarca: este es aquí el pensamiento de Luis XIV. Junto a las inmensas «pelouses», a las fuentes

redondas y anchas, a los «lindos mármoles» clásicos, al espeso bosque y los especiosos estanques, uno entiende este real pensamiento y lo comparte. El enorme estanque central del fondo, como una alfombra líquida a los pies mismos del frontis del palacio, puede parecer la mar al que la ame y quiera evocarla entornando los ojos. Una pequeña amiga francesa de cuatro años discutía conmigo si era o no el mar aquella tanta agua; a mi rotundo «c'est la mer», mi amiguita objetaba: «ce n'est pas la mer».

¿Doliente o melancólico este Versalles? No está hecho para la organización turística, ni para meriendas a pleno aire ni para excursiones juveniles, ni para el «vulgo municipal», ni para la «égalité, liberté et fraternité». Versalles está hecho para esa maravillosa dimensión de la vida humana que se llama lo superfluo; está hecho para el refinamiento, para el lujo y para lo solemne; para las reverencias, los besamanos, los minués, los perfumes y las joyas caras. Para las conversaciones en voz baja, las miradas furtivas y toda esa vida muelle, fina y de minorías que ha desaparecido del mundo definitivamente; por eso Versalles es el estuche vacío de un cuerpo muerto cuyo perfume aún se advierte en un mármol o en una fuente. Todavía al salir de aquel cementerio de lo superfluo, dorado por el suave sol del atardecer, mi pequeña amiga decía a su madre por mí:

—«Maman, madame se trompe; ce n'est pas la mer».

**187. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Nuestra Señora de París», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 18 de diciembre de 1948. (*Pulso del tiempo*, 1953: 111-112).**

No cuida el ritual católico francés del adorno interior de sus templos como el español. No se advierte en el altar, en ninguno de los altares, el primor nítido del mantel, el brillo metálico de los pasamanos, la fragancia del ramo —¡esa perfumada retama o la «lluvia» delicada de los jarrones en nuestros altares isleños!—, el pulcro celo por los objetos que sirven a la liturgia. Notre Dame en este sentido parece un templo que está de mudanza. Mínimo y harto humilde el altar de la patrona, una bella Virgen de mármol —Nuestra Señora de París—, ella y Saint Denis son, con la *Pietá* del altar mayor, las imágenes más interesantes de la Catedral, que no posee gran cantidad de ellas ni de cuadros notables, ni de ninguna otra obra que llame la atención como no sea el templo mismo, porque penetrar en la semi penumbra de su interior —deslumbrada con la hermosura de los detalles de la fachada— es una experiencia que deja transida e inundada el alma. Notre Dame es el gótico más puro que hasta ahora hemos visto.

Casi ni advertimos que las mujeres entran destocadas en el templo y muchas con pantalones largos o cortos —según place a la dueña—; la maravilla de las dos rosas del «transept» —del crucero— de un azul inolvidable dejan absorto nuestro ánimo. Olvidamos todo saber literario: la socorrida cita a la novela de Hugo, los milagros marianos medievales evocados en los bajo-relieves y el informe arquitectónico y arqueológico asequible en cualquier guía. Encuentro dentro del perfecto gótico radiado —tan clásica la armonía de la impresionante fachada— a pesar de la ligera desigualdad intencionada de la puerta de la Virgen como cualquier otro monumento de París; la ordenación interior es tan rítmica y armoniosa que las dimensiones del templo no nos parecen tan vastas como para contener las nueve mil personas que, en efecto, pueden caber en él.

Casi en la popa de la nave majestuosa de la «cité» Notre Dame es la joya arquitectónica más valiosa de París. Nada importan al alma del creyente, cuando se eleva hacia su Dios y se enajena de terrenales encantos —albo manto, pasamanos brillante, grácil, ramo—, necesarios, desde luego, en su delicadeza accesoria, que los pilares estén desnudos y los sobrios altares sin formalidades suntuarias. El fiel en Notre Dame no mira al visitante, reza en silencio o lee en su libro. Tan conmovedora es esta

piEDAD como la dulzura de la Virgen que da nombre a la Catedral o la policromía encantada de sus rosas del siglo XIII. En la fina serenidad trascendental del gran templo católico se diluye la anécdota mínima de las francesitas con pantalones.

A la salida del templo, religiosas católicas aguardan una limosna que no piden. Tan suaves y corteses son, tan poco o nada insistente es su demanda ni siquiera formulada, que raro es el visitante o fiel que no deja en sus manos el necesitado socorro. La religiosa en voz baja, en un breve y delicado francés, da las gracias en nombre de Dios. Y allí mismo, en los jardines que rodean el ábside de Notre Dame, Dios derrama su gracia en las menudas personas de los niños que juegan y ríen junto a los muros de su templo.

**188. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Canarios en París», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 23 de diciembre de 1948. (*Pulso del tiempo*, 1953: 113-115).**

Me he acordado mucho de él de su entusiasmo por la «capital del mundo» y del «imperio de los abates». Vestido a la francesa con «rabort» y «coleta», amén de empolvado, ¿qué de atracciones no impresionarían vivamente su curioso y fino espíritu? Pero el *Diario de Francia y Flandes* y las *Cartas* están muy lejos para mí, en la Biblioteca de La Laguna —no hay ejemplares en la Nacional de Madrid—, y no dispongo de un día parisino para buscarlos y releerlos. Arrinconadas en la averiada memoria están algunas citas: las luces de los tres mil faroles de reverberos, los conversadores que en el Bosque de Bolonia filosofaban echados en el césped, las correrías por el «faubourg Saint Germain» o por la «rue Saint Honoré» y su ingenuo y sano orgullo porque *La Gaceta* —¿*La Gaceta* o *Le Journal des Savants*?— registraba su presencia en la Academia Francesa y lo había citado como notable historiador de las Islas Canarias.

Nuestro «elegante y clásico» escritor asiste en París a tertulias, cursos científicos y saraos. ¿Estuvo aquí en el café que en 1689 fundó el siciliano Procope y que todavía existe en «la rue» de la antigua Comedia, no muy lejos del Instituto de Francia? Al café de Procope, a tomar ese delicioso beberaje que venía de Santo Domingo, llegaban con frecuencia el caballero Voltaire o monsieur Diderot a su tertulia de los enciclopedistas. En él se reunieron los hombres de la Revolución; también «chez Procope» tomó su café Napoleón, Musset, «Jorge Sand» y muchos románticos gastaron sus sillas. A Procope vinieron Gambetta, Verlaine, Mallarmé...

En la época en que Viera y Clavijo estuvo en el París prerrevolucionario era ya viejo el señor de Voltaire, escándalo permanente del mundo culto y católico de entonces. Viera recuerda al anciano filósofo dormido en un sillón de «los cuarenta inútiles miembros de la Academia», como irónicamente decía el propio Voltaire y el encuentro de éste con el célebre Benjamín Franklin. Entre la multitud de acontecimientos sugestivos consigna también la fragancia y el gusto de una menuda anécdota: aquel delicioso malvasía de Tenerife que por el Havre llegó a la mesa de nuestro embajador el conde de Aranda, en la que saboreó a placer el pulcro abate canario.

¿En qué «faubourg» y qué damitas preñarían los años mozos del joven vizconde de Buen Paso —muchos años antes de que los tres mil faroles deslumbraran a Viera— en el París de Luis XIV? ¿Recordaría el historiador en la gran capital —con medio millón de almas— alguna de las anécdotas de la juventud parisina del vizconde, contadas por éste en los días de ocaso en la tertulia lagunera de Nava, cuando el viejo se calzaba con las zapatillas que escandalizaron las pacatas costumbres suntuarias de la empingorotada ciudad de los Adelantados?

Me he acordado también mucho de usted, Rafael Martín Neda —amigo de Galdós y del Marqués de la Florida— y de sus artículos sobre *Las estrellas de París* que por 1879 y 1880 publicó la *Revista de Canarias*. Esos artículos podrían servir de texto a los cuadros de Degas, el gran maestro impresionista; y de usted, Patricio Estévez, y sobre todo de usted, admirado y viejo don Nicolás, que tantas veces pisó estas losas de la casa Garnier, en su diario bregar de veterano canario de París, donde reposan sus huesos de andariego desde 1914.

Una buena bibliografía a mano pudo haberme servido de guía para escribir un artículo ordenado sobre canarios en París. Hay un libro sobre *Canarios en América* que requiere otro mayor y que sabe Dios quién hará. Muy extenso sería el que podría escribirse sobre canarios en Madrid. Más pequeño, el libro de los canarios en París no carecería de interés tampoco. Prendada del encanto de la gran capital, sin libros ni papeles, sin otra cosa que la nebulosa de viejos recuerdos literarios ¿cómo escribir un artículo sobre canarios en París que fuera pasable? Renunciamos, pues, a escribirlo, pero no sin recordar antes que en ese libro de nuestros paisanos en la antigua capital del mundo no podría faltar la gran figura del Marqués de Muni al frente de la embajada española, ni tampoco sus años dorados, don Luis Doreste Silva, gran leonino y cosmopolita de la isla redonda. Alguna vez hasta comprendería que le hubiera dado por escribir lo que dicen que en sus tarjetas —yo no las he visto— hizo imprimir D'Ors en cierta ocasión: «Eugenio D'Ors. Ausente de París».

**189. PLUMAS DE LAS ISLAS. «En Enero, felicitaciones», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 16 de enero de 1949. (*Pulso del tiempo*, 1953: 63-65).**

A estos peñascos, peor o mejor afortunados, suelen llegar las felicitaciones peninsulares los primeros días de enero. Las de Enrique Azcoaga solían ser sabrosas, finas, como su espíritu afilado y preciso. Una tarjeta blanca con el nombre del poeta decía, hace cinco años, esto: «Un 1944 insospechado». La felicitación del año siguiente fue copiosa, es decir, abundante y rica: un bello pliego tamaño folio, doblado por gala del poeta en cuatro páginas, traía cuatro hermosas composiciones de Azcoaga que nos felicitaba a sus amigos de esta manera: «un 1945 verdaderamente impar». Lo que, hasta ahora, ha sido impar en la bibliografía felicitatoria de Azcoaga es un dispendio tipográfico de esta clase.

Del siguiente año no conservo felicitación del querido amigo; es probable que María y las criaturas no estuvieran aquel año para nada que no fuera sus Pascuas y sus Reyes... A mí, al menos, no me llegó para 1946 ningún deseo de Azcoaga. Al año siguiente una breve cartulina escrita «de proba a popa» me decía: «El deseo de un 1947 a la medida.—Enrique Azcoaga». El año pasado una delicada tarjeta cuadrada con un dibujo lineal, que pudo tener su numen en las pinturas de Altamira, traía impreso esto: «Enrique Azcoaga. — Le desea un 1948 más feliz que unas Pascuas». ¿Se ha retrasado este año el correo, querido Enrique, o a igual que en 1946 la hacienda no permite otra cosa que un honrado silencio?

La hacienda o el humor; a veces estas fiestas de tradición e intimidad nos producen tristeza, si algo insustituible nos falta, aunque no creo que sea ello la causa que interrumpa la literatura lapidaria y concisa de Año Nuevo que con tan feliz acierto cultiva Azcoaga. Un poeta cuyo nombre no estoy autorizada a escribirme envía ahora un gracioso cuarteto, que, por lo inocente, transcribo:

*Vete, tarjetita a La Laguna,  
al 71 de San Agustín,  
y da a María Rosa el gran jazmín*

*de la amistad, el amor y la fortuna.*

Para un jasmín, querido amigo, son muchas cosas...

Pero lo más original y grácil que en esta literatura breve que debe tener en los Manuales su casillero, a igual que la poesía «gnómica y lapidarla» y como subgrupo suyo, he visto es la felicitación que acabo de recibir del gran poeta José García Nieto, padre del muerto y pulcro «Garcilaso» y que tiene una elegancia sonetil en su espíritu como muy pocos españoles poseen.

La felicitación de García Nieto consiste en una pajarita de papel que lleva impresas en el ala izquierda las cuatro cifras de 1949. En el vientre de la pajarita ha escrito el poeta para sus amigos estos versos:

*Brindis para el Año Nuevo*

*Por un año mil novecientos cuarenta y nueve,  
en el que siendo el mismo no dejes de nacer,  
que te traiga la lluvia y la rosa y la nieve  
y te dé el fruto diario con el diario quehacer.  
Porque dentro de todo te encuentres la sorpresa  
y en el uno que siembres, la cosecha de cien,  
y la llama en el pecho, y el pan sobre la mesa,  
y a su lado la copa, y el amigo también.  
Porque media alma llenes de conquistas cabales,  
y huecos de esperanza colmen la otra mitad,  
y porque de las doce figuras zodiacales  
consigan, más que influjo, divina vecindad.*

Que las casas comerciales nos feliciten lo agradecemos, porque el problema es ahora comprar y no vender y la propaganda facilita la venta, que es lo que el comerciante no quiere; pero que los poetas hagan estas cosas sí que nos conmueve de honduras. De jardineros de la poesía sólo pueden venir poéticas pajaritas de papel con el vientre lleno de amistad y no como el caballo de Troya. Es probable que la mayoría de tus felicitados, García Nieto, tengamos más que el pan sobre la mesa la llama en el pecho. Son las dos castas en que se divide el mundo. El amigo y la copa es para los elegidos de la divina amistad del Zodiaco, con la que desearía que fueran favorecidos mis lectores.

**190. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Literatura de Año Nuevo», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 29 de enero de 1949. (*Pulso del tiempo*, 1953: 65-66).**

Todavía el Correo rezagado si el lento navío compite con el ligero avión, trae a los peñascos alguna muestra postrera del género a que me referí no hace mucho en esta columna.

Desde su editorial *Norte* de San Sebastián Gabriel Celaya, capitán de una grácil escuadra poética, nos envía una felicitación que es un deseo de primera categoría para un escritor: «¡Alegría creadora en el nuevo año!». Dentro viene un impecable poema de Juan Ramón Jiménez titulado «Espacio». ¿Tendremos alegría creadora todos los que escribimos este año?

La diminuta aportación que de Enrique Azcoaga echaba de menos llegó también. Un fino papelito amarillo con un breve dibujo en las menores líneas posibles —un hombre tendido en la playa— trae escrito estos versos: «¡Cómo adelanta en mi lo que

me lleva/ sencillamente al mar donde concluyo!». He aquí una evolución —tan concisa como el dibujo— de las vidas ríos que van al mar morir de Jorge Manrique. En la fina cubierta sepia escribe Azcoaga: «Al «49» voy;/ del «48» vengo...».

Y estos cuarenta, que no son iguales, de esta década de siglo nos vuelven a traer la melancolía del tiempo pasado, que nadie siente con tanto dramatismo como una mujer. El botarate inefable que se llamó François Villon cató, como buen francés, con finura curiosa, el sentido de las quejas de la bella Heaulmiere, que, en la desdentada y vacilante vejez, como su compañera española Celestina, ponía un epitafio de melancolía en la tumba de su belleza. Los hombros, los brazos, la cintura de la «bella», se los llevó la trampa de los años, como se llevó la elegancia de los infantes de Aragón, llorados en el ritmo embriagador de la sextina manriqueña.

Por eso don Cristóbal del Hoyo, catador como nadie de femeninas bellezas en la dedicatoria de uno de sus trabajos, escribió a una mujer la más exquisita de las elegancias que a una mujer auténtica se pueden escribir; pretendía el Vizconde de Buen Paso con ello detener la obra devastadora de los años y decía a doña Mencía de Véndala de esta manera: «Nuestro Señor guarde a V.S. en su hermosura muchos años sin que el tiempo marchite sus colores».

Pero el tiempo no se siente tan galán como nuestro Vizconde. Uno entra y sale de los años, que cierran y abren sus puertas en este vagón desvencijado de la vida. Y cualquier día descendemos a la estación, a ese mar del morir manriqueño, con las mejillas marchitas o en plena lozanía. Porque en este singular tren no hay horario fijo para la bajada.

**191. PLUMAS DE LAS ISLAS. «A D. Luis Doreste Silva, bajo el cielo de Las Palmas», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 9 de febrero de 1949. (*Pulso del tiempo*, 1953: 27-28. *Todos los que están fueron*. Tomo II, 2008: 123-125)**

En deuda con usted estoy, don Luis Doreste Silva, por no haber contestado a su exquisita carta del 4 de enero. Fortuna mía la de provocar tan bello itinerario sentimental como hace Vd. «Bajo los auspicio de Lutecia» para deleite mío y de los lectores de *Falange*. Que parte de mis impresiones parisinas hayan motivado el que Vd. echara a andar, de pensamiento, por la antigua capital del mundo han tenido, con ello, su premio.

Recorre usted París, sobre el ave ensoñadora de sus recuerdos, de Montmartre a Montparnasse, de Pére-Lechaise a Le Bois y vuelve usted —a su vez— a avivar unas personales memorias que comienzan a ser sedimento y a pasar al capítulo de las nostalgias, porque París embruja con su alma a quien, con el alma, lo visita. Despliega usted el viejo plano de sus dorados tiempos y, créame, casi me ha conmovido su gesto de gran señor —no en vano gastó usted las losas de la espléndida Embajada española— que destapa, con melancolía, la perfumada caja de los recuerdos donde se guardan las hojas secas, la fina mata de cabellos, las ya amarillas cartas de amor...

Nuestros hirsutos y descompasados tiempos, admirado amigo, han perdido el ritmo de la gracia, el rito social de la cortesía y el dibujo grato de la sonrisa. En este imperio de S.E. la Ordinariez, los ministros son la chabacanería —que en algunos sitios como en esta ínsula mía llaman «humorismo»— y la grosería. Con todo ello dos géneros de gran valor para el espíritu humano están en quiebra: las cartas —el género epistolar— y la conversación.

Habrà usted observado —que posee más experiencia y sabiduría que yo— cómo la gente ya no escribe una carta con emoción ni sentido y cómo el arte de conversar apenas existe. Olvidados del difícil arte de saber escuchar a los demás, obsesos y soberbios con nuestro monólogo, hemos logrado que los demás nos vuelvan

la espalda... Las conversaciones son ya una «algarabía lamentable donde quiere ser oído el pobre diablo que más grita, como si la voz, también, fuera cuestión de fuerza, ¿Se ha detenido usted a escuchar una discusión sobre el fútbol en un café o en la calle? Haga usted la experiencia, que se aprende mucho.

Sabe usted que la mucha erudición entontece, que los sabihondos —y sobre todo las sabihondas— son antipáticos y tienen el alma seca como el desierto. Una cultura sin un alma que le sirva de sustancia, de la que ella es mero y pobre accidente, resulta un cascarón vacío. Viajar mucho y pasar las manos por las páginas de horizontes diversos sólo permite ver los «zoos» o subirse a la Torre Eiffel o a la de Londres. Si uno carece de alma para estarse quieto más de una hora sobre el Puente Nuevo viendo pasar, lentas y verdes, las aguas del Sena o las mañanas enteras frente a los maestros holandeses del Louvre o viendo jugar a los niños en las Tullerías, me parece a mí que, si tiene mucha sabiduría, de poco ha de servirle.

De «intelectuales puros» y de futbolistas está ya uno hartado, mi querido amigo. A mí, que me apasiona la vida y el valor humano de las gentes, me desagradan tanto las erudiciones a palo seco, las partidas de bautismo, los sargentos mayores, los cambios semánticos o las cuentas que dejó de pagar o no Espronceda, como las vaciedades de visitas y tertulias que aumentan la insulsa de las almas chatas.

El problema no es de inteligencias sino de almas. Un alma sencilla y honda que vibre ante el valor humano cata la buena conversación como una copa de malvasía gusta de la emoción de una carta como de la mejor dádiva. Por la suya tan agradable y cortés, muchas gracias, don Luis Doreste, «ausente de París».

**192. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Coletilla a una cola», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 16 de marzo de 1949. (*Pulso del tiempo*, 1953: 29-31).**

Si tampoco usted amigo mío, acaba de entenderme, será que yo no he sabido explicarme. Si se tratara de otra persona, cabría pensar en una cabeza poco clara o —lo que es peor— en un espíritu malévolos, pero de su inteligencia y bondad no tengo motivos para dudar, y si con los viles torcedores da la verdad, que, a sabiendas, cogen el rábano por las hojas, la mayor sabiduría es el silencio, con usted no puedo hacer lo mismo, porque es una noble persona.

El trozo de su carta dice así: «En cuanto a eso que dice en el artículo a don Luis Doreste sobre «intelectuales puros» y erudiciones a palo seco, partidas de bautismo, cambios semánticos, etc. no acabo de entenderlo y no me parece que sea muy consecuente consigo misma. Si es verdad que en sus libros sobre «Punta del Hidalgo», o «Victorina Bridoux» procura hermanar el dato o la erudición con una exposición amena, en otros trabajos de *Revista de Historia* (¿no es paciente «erudición» esa bibliografía que viene usted publicando en ella, sus notas sobre pintores canarios, etc.?) o en esa tesis doctoral que usted misma asegura que es «espantosa», buceando en las vidas de casi mil conquistadores, ¿no es «erudición» lo que usted hace?».

Está usted a punto de retorcerme el cuello, amigo mío, y me da vergüenza contestarle lo que yo entiendo por «erudición a palo seco», porque voy a quedar por vanidosa y, después de todo, es el gallo y no la gallina quien lleva las plumas, pero vamos a ver si logro hacerme entender. La «erudición», como la técnica, como cualquier menester y trabajo del especialista es, naturalmente, necesaria y valiosa. Eso es tan obvio que entra en el campo de la evidencia y yo, con mejor o peor acierto, puedo hacer esta erudición desde el punto de vista «profesional».

Como usted y yo vivimos en distintas islas y somos amigos epistolares que nunca nos hemos visto personalmente, no puede comprender que yo, aunque profesionalmente haga cosas intelectuales no soy, en rigor, una «intelectual pura». El

intelectual puro es la persona que vive por, para y desde la inteligencia; todo lo que no sea esto no le importa; sumido en un mundo que es exclusivamente el suyo, cuando tiene que tratar cuestiones ajenas lo hace desde su visión parcial de técnico y cae en lo que Ortega llamaba en *La rebelión de las masas* la «barbarie del especialismo»; es porque una persona así, que vive desde la inteligencia, carece de valor humano, cuyo núcleo representativo acaso resida en el alma propiamente dicha. Y era esto lo que echaba de menos en nuestra circunstancia vital presente, que cuenta con individuos en los extremos de la escala: muchos espíritus vulgares y varios especialistas, pero pocas personas con alma. Cuando no se cuenta con ella y se carece de valor humano, entonces se convierte uno en un maleducado «quidan» de la calle o se afana uno por el dato muerto, el sargento mayor, la palabrita portuguesa o latina, la derivada o el adherido o la partida de bautismo, porque hasta pidiendo dos metros de tela en una tienda, o reuniendo pacientemente minerales, o datos eruditos se le nota el alma a quien la posee.

Y esto es lo que nos hace falta, amigo mío. Cada vez que comienzo el curso universitario acostumbro a decir a mis alumnos que la sabiduría, el mundo intelectual y el aprender es para ellos muy fundamental, pero que si todo ese ingrediente no va soportado por un valor humano y un alma noble y esencialmente moral, de poco les servirá lo primero. Lo que la juventud necesita, enquistada como está en un ambiente de estraperlismo, de ordinariéz, de chabacanería, de mal gusto, de malevolencia y ruindad, es un cultivo sereno, sencillo y bien orientado de su alma, y mucho podría hacer la persona que bajo su dirección la tiene, pero no debo meterme en cuestiones peliagudas y lo dejaremos ahí. Sentiría mucho que usted. no me entendiera, porque sobre esto sí que no puedo explicarme con mayor amplitud.

Si no acierto a aclararle a usted sus dudas, amigo mío, de mejor manera, y si no queda usted satisfecho, es porque no tengo «luces» para más. La nobleza del alma, la delicadeza de sentimientos son valores poco estimados ahora en el imperio de la Masa, porque ella siempre cocea y no entiende, como decía también Ortega. Hoy tenemos a este «hombre masa» metido a profesor, a periodista, a futbolista, a funcionario de todas clases, a «señorito», etc. Lo invade todo con su aire de suficiencia insuficiente, su ordinariéz que llama humor, su erudición seca que llama ciencia, su petulancia de ganso bobo y una falta absoluta de honradez, de caballerosidad, de cortesía.

Son los dueños de casi todo, amigo mío, y se lleva siempre las de perder si uno comete la necedad de intentar dialogar bajando a la plazoleta a boxear con ellos para divertir al público y que los perros tengan carne.

**193. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Otra vez Bencomo», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 2 de abril de 1949. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 70-72).**

Todavía mantengo la impresión que en mis retinas hizo aquel Teide, aquella marina, aquella calzada de Martiánez de Gustav Guide o «El boquete», «La garita de San Telmo» de Stil Akervall y algunas otras cosas de las que figuraban en la exposición —creo que única en su género en estos tiempos últimos— que en Julio de 1947 organizó en su Puerto de la Cruz Juan Felipe Machado. Se agrupaban allí pintores extranjeros de este siglo que, al residir en el Puerto, habían incorporado paisajes, tipos, personas a su obra pictórica.

Lo que las Islas han dado a los artistas extranjeros está por hacer aun en trabajo no exento de interés; lo que los extranjeros nos han dado también está por precisar en una monografía de conjunto. Ahora quería referirme no a la parcela científica o literaria —tan rica en mutuas influencias y préstamos— sino a la pintura en un ejemplo que me servirá de precedente al concreto motivo de este artículo.



Tengo estudiado en un trabajo inédito cómo en torno a las primeras promociones románticas el gusto y cierto ideal de entonces permitió dar una tercera vuelta a la Naturaleza. Había sido dada la primera en el Renacimiento, cuando el europeo de entonces entendió que el literario canon clásico del hombre de la edad de oro cuajaba en la real existencia del hombre precolombino; la segunda vuelta se dio en armonía con el estrato clásico del siglo XVIII representado por el sentimentalismo lacrimoso de Juan Jacobo Rousseau; fue el tercer giro de esta misma vuelta en pleno Romanticismo, cuando lo salvaje, lo primitivo, era portador de toda inocencia e impecable vivir.

Este gran tópico del primitivo tuvo su original adaptación en Canarias, de acuerdo en lo general con el movimiento romántico, exaltado por el inmediato ejemplo racial de los aborígenes: el grito lo del adalid del movimiento: Graciliano Afonso (anótelos usted, Alfonso Armas Ayala), el prerromántico, al que siguen Ignacio de Negrín, Victoria de Ventoso, Nicolás Estévanez, entre los poetas, y Manuel de Ossuna Saviñón, entre los prosistas, por no citar más que a los representativos. Estudiado tengo —y no es del caso exponer aquí— cómo de este tópico, las generaciones posteriores hicieron un símbolo.

La fiebre del primitivo guanche fue el signo de la actuación cultural, estética y científica de aquellos que miraban a la mitad del siglo pasado. La benemérita imprenta «Isleña» agrupó en torno suyo un movimiento editorial valioso para su tiempo y medios; en 1847 publicó la segunda edición de la Historia de Núñez de la Peña; en 1848 aparece la reedición de los *Milagros de N. S. de Candelaria* del Padre Espinosa y las obras históricas de Abreu Galindo y de Pedro Agustín del Castillo (en primera edición éste); en 1849 reedita la *Topografía* del P. Sosa, *Los Meses* de Viera, la *Ethnografía* y *Anales* de Berthelot en versión española, etc.; en 1854 reedita el *Poema* de Viana; en 1858 comienza la reimpresión de las *Noticias* de Viera. Un periódico santacrucero de 1848 se llamaba *El Mencey*; en 1858 comienza a publicarse *El Guanche*, que salió hasta 1869.

En ese condensado ambiente de vuelta a la Naturaleza y de exaltación indígena de nuestras retardadas promociones románticas, los extranjeros que se ponen en contacto con nosotros se dejan llevar por tal entusiasmo; ahí está ese espléndido ejemplo de Berthelot (tan aprovechado por muchos y tan poco citado, desde luego, porque la cita es una honradez muy incómoda), etc. En lo artístico habría que nombrar a la pintora y escritora Isabel de Murray —esposa del cónsul inglés en Tenerife— a quien he aludido en ocasión a un curioso incidente que le ocurrió en la isla con unos jóvenes escritores.

Isabel de Murray expuso en Londres en 1857 cuadros de asuntos tinerfeños y una interpretación de la heroína del Poema de Viana, o sea la princesa Dácil o Dacila — como prefiere el siglo pasado— que mucho nos habría gustado examinar. No sabemos cómo sería esta traducción romántica de la princesa guanche, pero es el único precedente que recordamos como lejana antesala de esta singular interpretación que el escultor sueco Ted Dyrssen —en la actualidad entre nosotros— ha hecho del rey o mencey Bencomo.

Aparte de un bajorrelieve del héroe de Taoro entre el ganado, Dyrssen, desde los cánones expresionistas, nos da su original versión de un Bencomo un tanto mongoloide —más por efecto de la luz en pómulos y cuencas—, sin luengas barbas — como en Viana— y poco «cromagnon». No importa. Se trata de un héroe abrumado por la tragedia de su fatal destino, un héroe con vida interior, subrayada expresivamente por el juego físico de los alzados brazos; la figura adquiere un ethos dramático y religioso que nimba siempre al héroe alojado en la atmósfera de lo semidivino épico. Este juego

de la fuerza interior y la externa, entre el concentrado pensamiento, que acentúa y tapia las entornadas, las entreabiertas puertas de la cara: ojos y boca, y la contención física de los brazos, suman la expresionista tragedia del héroe. Ted Dyrssen nos ha esculpido, más que un Bencomo que prepara el ataque, el drama de la pesadumbre de un destino.

**194. PLUMAS DE LAS ISLAS. «¿Pero es que no hay árboles?», Falange, Las Palmas de Gran Canaria, 10 de abril de 1949.** Reproducido en *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 14 de abril de 1949. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 90-92).

El «Cara al sol» del 23 de marzo era un S.O.S. angustioso: «árboles, muchos árboles» ... «Convoquemos a todos los escritores para que pongan sus plumas al servicio de tan noble ideal». Con qué sencillez y buena fe están escritas semejantes palabras. Parece, de momento, que la cuestión, para el escritor es bien sencilla. Ante la angustia de una isla casi sin verdes, con una capital seca, según se lamentaba hace poco don Luis Benítez Inglott, el articulista se halla dispuesto nada menos que a celebrar aquellas fiestecitas del Árbol, que, las pobres, no sé lo que lograron. Y sin embargo, la verdad tremenda es que algo hay que hacer para que la isla, las islas, tengan árboles.

Los escritores no podemos escribir de todo. Unas veces no sabemos escribir sino de unas cuantas cosas. Otras veces no podemos escribir de las que quisiéramos. En una ocasión —en 1047— un admirable botánico extranjero Ericus R. Svensson-Sventenius dio una voz de alarma respecto a la interesante flora de Las Cañadas, que amenazaba una pronta extinción en algunos ejemplares.

Pero la afirmación del investigador sueco estaba hecha en unos eruditos trabajos monográficos editados por el Ministerio de Agricultura y estimé que, destinados a un sector especialista y de minoría, por tanto, deberían ser conocidos al menos por los que en Canarias se preocupan de estas cuestiones y de todas las que afecten a la cultura del país. Los problemas de mayor relieve, los sanitarios, los sociales, etc. afectan a otros sectores que no a los nuestros; cuide cada uno de su misión y entre todos terminaríamos por atenderlo todo. Y digo esto porque entonces, no una sino varias personas, estimaron que por el hecho de existir hambre o crisis de vivienda era baladí ocuparse de la flora de Las Cañadas.

Di entonces la voz de alarma en *Revista de Historia*, publicación estrictamente regional y destinada también a un sector minoritario: había que atender a la conservación de tan interesante flora. Entonces Luis Diego Cuscoy le dio a la cuestión una mayor, extensa e intensa divulgación en la Prensa diaria de Tenerife y la pequeña llamarada provocó el incendio de una intervención nutrida, extensa, que abarcó desde la plantita más humilde de Las Cañadas hasta los pinos, pasando por las retamas. Intervinieron tantas y diversas personas en el problema que pudimos comprobar hasta qué punto latía en la entraña de los buenos tinerfeños y canarios (porque hubo eco en Las Palmas y en Madrid) ese viejo y angustioso problema del arbolado.

Pero sostener con tesón y sin asustarse una campaña de este tipo ya calculará el discreto lector lo que supone. Mucho antes que nosotros había sostenido una perseverante conducta de insistencia heroica el escritor Alfredo Fuentes, continuador de la tradición que, en defensa del arbolado, representaron don Antonio Lugo y Massieu y don Francisco González Díaz. Don Antonio Lugo hasta sostuvo a sus expensas la revista *El Campo*, que repartía gratuitamente. De esta labor generosa me ocupé extensamente cuando comencé a hacer mis «pinos»... literarios en *La Tarde*, allá por 1830. Pero en 1947 la campaña alcanzó unas proporciones que implicaban la vitalidad del problema, pero que fue menester ponerle punto final. De justicia es recordar la valiente cooperación de los editoriales de *La Tarde*. Recuerdo que el suelto aparecido en 8 de abril del pasado año y titulado *Ofensas a Zózimo* era tan expresivo y agudo en la

internacionalidad, en la sangrante e implícita acusación que él solo casi valía por toda nuestra campaña.

Hace poco que el infatigable Alfredo Fuentes, a propósito de un llamamiento de don Alfonso Ascanio sobre el latente y eterno problema del arbolado, subrayó que la opinión estuvo desconcertada a raíz de nuestra campaña de 1947, porque leímos todos unos extensos artículos del señor ingeniero de Montes del Distrito en el que se decía que la lluvia no tenía nada que ver con el arbolado. Era una teoría en contraposición con la tradicional creencia opuesta, defendida por Joaquín Costa y tantos otros científicos. Pero tan desconcertados nos quedamos, en efecto, con tales afirmaciones y otras parecidas, que si bien es verdad estaban en minoría, por venir de tan autorizada fuente, se nos quitaron las ganas de volver a escribir sobre el asunto. Después de todo, no es nuestra profesión la materia botánica y forestal y si la verdad oficial es que la lluvia va por un lado y los montes por otro, así será. Y si nosotros no vemos los árboles es porque estamos dentro del bosque. ¿Están ustedes seguros, amigos de Gran Canaria, de que no tienen árboles? ¿No será eso una afirmación tendenciosa y ganas de buscarle tres pies al gato?

**195. PLUMAS DE LAS ISLAS. «El tiempo y Don Francisco Bonnin», *Falange, Las Palmas de Gran Canaria, 19 de abril de 1949.* (*Papeles tinerfeños*, 1972: 133-135. *Todos los que están fueron*, Tomo II, 2008: 55-57).**

Hace ya bastantes años las acuarelas que entonces pintaba don Francisco Bonnin amenazaron inundar de buganvillas, de balcones y de floridos tapiales la actualidad de aquellos años. El paisaje del norte tinerfeño —estoy ya cansada de escribirlo— es un paisaje casi fabricado por la mano del hombre, puede ser que un paisaje «dirigido», pero con gran sabiduría y amor; sin acudir al gran tópico del valle orotavense —siempre bellissimo a pesar de la monótona platanera y... del tópico— la risueña y verde campiña de Tacoronte, esos nebulosos y húmedos Guamasa, Portezuelo o el Ortigal no son parajes ingratos ni secos. La visión de la vega lagunera, cuando la bruma o la llovizna extiende la acuática y grisácea cortina, es la de una ciudad nórdica, y hasta en los días de clara transparencia, la ciudad, desde lejos, emerge en medio de las frondas con las prominencias panzudas y verticales de cimborrios y torres como una villa céltica.

La visión coloreada, fácil, de los primeros tiempos del gran acuarelista tinerfeño representaba un auxiliar útil para un turismo de sana exportación y para un folklore harto simplista; y no estuvo sólo en sus primeros tiempos el maestro en esta interpretación: en el estallido cromático de su técnica le acompañaba el ya muerto Crosita. Crosita y Bonnin eran los ilustradores de un Tenerife local, luminoso, claro, colorista; la visión del paisaje húmedo, de los grises y sombras célticas, de los humildes charcos, de los juegos del agua estancada le estaba reservada a un chico que por aquellos años apenas si andaría: Antonio González Suárez.

Fue mucho más adelante cuando el nuevo gusto estético de las generaciones incorporó la mitad desértica de la isla al paisaje. El sur tinerfeño, seco, desértico, africano y mediterráneo con sus manadas de tabaibales en candelabro y los cirios de sus cardones completó el paisaje tinerfeño; este paisaje tendría también su pintor: Manuel Martín González.

Martín González valorizó las piedras, los riscos, la bravía costa y el aire que los separa del espectador. Su pincel es monocorde, limitado como el paisaje del Sur, pero con Martín la ascética desnudez del Teide, desde el mismo volcán —no desde fuera y desde lejos como antes— y su pétreo reinado —el circular laberinto de Las Cañadas— cobraron una categoría estética; las gentes aprendieron a calibrar el valor poético de la

Geología, como antes habían captado el más fácil de la Botánica. Nada de extraño tiene que la famosa tempestad petrificada de Tejeda, como el gran paisaje de la isla redonda, tuviera también su pintor en Martín.

¿Qué pintaba, a todas éstas, don Francisco Bonnin? Eduardo Westerdahl, nuestro crítico oficial de pintura, la mayoría de cuyas opiniones suscribiría con gusto — pues tan atinadas las estimo — estudió hace tiempo el influjo que en la técnica de Bonnin hizo el pintor extranjero Brandt; pero no es sólo esto: el acuarelista no envejecía con su técnica luminosa y fácil de antaño; los patios y las buganvillas de su prehistoria artística se vieron acompañados por retamales y piedras y Teide; las florecitas de antaño se convirtieron en malezas y árboles iluminados por irreales luces; el humilde paisaje mojado, el paisaje nocturno, las blancas extensiones de nieve, la carretera brillante, el charco humilde, entran en su mundo pictórico. Y en la avanzada vuelta de su camino este hombre singular incorpora un paisaje que otros habían completado a sus cartones, y se da el caso curioso que, mientras Martín González, fiel a su limitada parcela, no se atreve, tímido, a salir de ella, don Francisco en sus moldes de pintor realista — ¡desde luego! — tiene cartones, ojos, pinceles y actitud — sobre todo — para disparar su vocación inquebrantable sobre el paisaje íntegro de Tenerife y de las islas.

Y hoy gracias a su perseverancia y empuje — que llega al ámbito peninsular —, tenemos una representación nutrida de acuarelistas en las islas: los de su escuela, con él a la cabeza, Bonnin Miranda, Castillo Olivares, Ángeles Cerviá, algún aspecto de Toral, etc., y los de la de González Suárez, Baudet Oliver, etc., aparte otros nombre de mayor independencia.

El gusto actual que se tiene por la acuarela no sé si se debe a la rapidez de la misma y su promesa de corta pervivencia en comparación con la del óleo; rapidez y fugacidad muy a tono con esta desasosegada y urgente vida que vivimos. Los nervios y el dinamismo de don Francisco están muy puestos en el rápido tecnicismo que cultiva. No le imagino paciencia para estar días y días frente a un óleo. Y hasta su delgada y nerviosa figura es otro estallido de color y dinamismo, también a contrapelo con el aire cansino, lento y «abatado» de mucho paisanaje que nunca tiene prisa por llegar a ninguna parte.

**196. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Elegía de un ave», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 28 de abril de 1949. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 197-199).**

Como el mejor de los acróbatas daba muchas vueltas sobre el airoso eje del parapeto, que parecía campanario de su blanca y pequeña vivienda. Desde el claustro alto la veían admirados mis diez, mis once, mis doce, mis diecisiete años; ella era blanca, de un blanco impecable con el pico amarillo y una prepotencia en el graznar que llenaba las cuatro anchas galerías del claustro bajo del Instituto lagunero, con un chirrido de vieja contralto de ópera, cada vez que su genio o la insinuación de un estudiantillo le hacía chillar: «¡Herrera!».

Aquel grito de la valetudinaria cacatúa, que admiraban mis años infantiles y de mocedad en el Instituto, era un grito con tradición. Herrera, el pobre don José Herrera — atento y bueno como el solo — era el ordenanza desvelado por los deseos del viejo director don Adolfo Cabrera Pinto, que hizo del Instituto hogar de sus amores, asiento de limpieza y pulcritud. Algunas mañanas durante la clase (de Geografía e Historia), mientras nos leía en su libretilla los clásicos apuntes, le sobrevinía un golpe de tos; la persistencia de ella enrojecía la cara del anciano que, entre el blanco de su cuidada barba y su relamido bisoné, le daba un aspecto de gnomo. Contenida la tos a duras penas con el blanco pañuelo de seda de La Palma, don Adolfo tocaba el timbre y el fiel ordenanza aparecía para oír expectante la entrecortada voz del Director:

—Pepe: ¡me ahogo!

Herrera permanecía junto a la puerta entreabierta; pasaba el golpe agudo; la enrojecida cara recobraba su color normal, Herrera se marchaba cerrando cuidadosamente la puerta y don Adolfo reanudaba la lectura de sus apuntes.

Pero el auxilio del diligente ordenanza se requería para cuestiones menos apuradas que para el amargo trance de un mal golpe de tos; a veces había que recomponer con yeso un averiado dedo de la mano izquierda del Apolo del primer descanso de la gran escalera; había que llevar recados o correspondencia urgente: — ¡Herrera!

Pavoneando su albo cuerpo de novia y su pico de yema de huevo la cacatúa oía el grito cotidiano; vivió muchos años entre las frondas espesas de uno de nuestros mejores claustros isleños y con el horizonte acústico del mismo grito que los muchachos —las niñas éramos muy buenecitas, en general— procuraban acercarle a los dominios de su palacete. Y la cacatúa soltaba su estentóreo «¡Herrera!» lo mismo en la hora de clase, que en la de estudio; tan sostenido a las nueve de la mañana como a las cinco de la tarde, y si andaba mal de nervios lo mismo te salía de agudo un día cualquiera que el muy solemne de la apertura de curso; y se le daba igual, a la muy desvergonzada, que uno tuviera el alma en un puño delante del Gobernador Villar Granjel y diez años en el cuerpo, porque no suspendía su clarín de mando, y hasta los severos damascos, que prestigiaban la solemnidad, trepidaban al conjuro tempestuoso de aquellos intermitentes y escandalosos «¡Herrera!».

¿Cuántos años tendría la descompasada contralto de pico amarillo cuando tuve yo diez? Murió el viejo don Adolfo, ya jubilado, en Sevilla no sé si de vejez o de nostalgia; la pulcritud desvelada del noble edificio no volvió a verse jamás; el fino detalle de ama de casa que aquel hogar espiritual alcanzó en los tiempos de Cabrera Pinto desapareció con el ilustre director; los hermosos pájaros, que poblaban las dos grande jaulas del claustro bajo, creo que fueron robados; con la fábrica y el ensanche (disparatados y feos a más no poder) la fisonomía interna del edificio se alteró, murió Paco el portero y nosotros los bachilleres que salíamos, al dejar para siempre todo aquello como estudiantes, también nos moríamos un poco.

Pero la Biblioteca Provincial, mientras viva yo en La Laguna, requiere siempre mis visitas a los inolvidables y familiares claustros. Hace algunos años que murió también Herrera. El buen Julián —otro ordenanza de mis tiempos— no va ya por allí y, jubilado, no sé qué ha sido de él. Mas la cacatúa, que tuvo la admiración de mi infancia, tenía, hasta poco antes de mi última salida de la isla, la emocionada ternura de mi madurez. La miraba al pasar por el claustro con su blanca elegancia de siempre (porque no se le notaban las arrugas de la vejez), la cresta naranja y el grito inefable «¡Herrera!» en el pico como si bordara con él las hojas del vecino drago y la enredadera entre los juncos. Había sobrevivido a todos; los había visto pasar y me creía que, mientras estuviera grito en ristre, todavía quedaba un hilo de mi niñez sin cortar. Blanca y estentórea aseguraba la presencia de algo ya ido y me parecía la encarnación de la eternidad.

Uno de estos días he visto el blanco palacete sin su dueña. Un antiguo compañero me informó brevemente que había muerto mientras estuve fuera. A las personas serias les parecerá esta elegía una ridiculez. Algo más que emoción he sentido al saber de la muerte de aquel centinela que, al cerrar el pico para siempre, cortó la última atadura que me unía a un pasado tan muerto como ella misma.

**197. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Fábula del tuerto, el ciego y la mujer», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 10 de mayo de 1949.**

Había una vez un tuerto que tenía una casa. Llegó un tiempo en que tuvo que pagar por ella una determinada contribución y el tuerto, que no quería soltar la casa, la pagó. Vivía el hombre contento con su propiedad y miraba a los pobres con la soberbia de los que, con jamón en la boca, desdeñan a los que comen el pan negro.

Un día vio pasar a un ciego y quiso reírse de él: se le ocurrió bromear a su costa, y, contento con el éxito de su broma, se creyó un humorista, pero se trataba de un éxito fácil y había que lucir las dotes alcanzadas con otros, que, si no muy importantes, al menos tuvieran ojos.

Entonces vio pasar a una mujer, que iba por su camino sin mirar al tuerto, y se le ocurrió molestarla para que los demás siguieran celebrando sus dotes humorísticas. Sabía él que la mujer no era ciega y por eso ideó un enredo inocente, que consistió en indisponerla con sus amigos para «armar jaleo» y reírse. Así es que, con gran desvergüenza, va y le dice: «Pero mujer, ¿por qué hablas mal de Antonio, de don Sebastián, de Juan, de don Elías, de Buenaventura, de Leopoldo, de Leoncio, de José, de Manuel, de Emeterio y de Andrés?». La mujer, que no esperaba semejante malignidad del tuerto, se quedó con la boca abierta de puro sorprendida, pero el tuerto, para redondear su plan, azuzó al ciego y le dijo: «¡A ella, amigo!». Inmediatamente cambió la táctica seguida con el ciego y, para hacerlo instrumento de su plan, le añadió «Contigo no va nada; me pesa haberme peleado con tan buen amigo, ¡me desagradan las polémicas!».

El tuerto se frotó las manos y el ciego «picó». La mujer, hecha cargo de tanta desventura y bajeza, advirtió al ciego del propósito de aquel Maquiavelo de guardarropía, pero éste, embriagado de fantasía, se llevó al ciego a Las Cañadas. Y vinieron guaguas por el sur, metros de muelle, nocturnos junto al volcán, fonolitas, orgullos encendidos y sensuales y un extenso montón de zarandajas, con los que la gente creyó enloquecer, si bien algunos se aburrieron con tanta lata. El tuerto hizo esfuerzos para que la mujer subiera a Las Cañadas... ¡Lo que él se hubiera divertido manejando allí a sus títeres, viendo cómo se peleaban, haciéndoles decir lo que a él se le antojara, retorciendo, adulterando las palabras, truncando los párrafos para que la galería se solazara! Al advertir que la mujer no iba donde la quería llevar, sino a donde ella quería ir, se alteró. Poquitas palabras le dijo la mujer a fin de que la dejara en paz, pero eficaces por lo que le escocieron en su estilo «Codorniz» y que, en público, quitaron el antifaz a la máscara, que también «picó»; mas el tuerto era pesado, insistente, como los moscardones del verano.

Un amigo le dijo a la mujer: «¿Cómo hacer callar a ese majadero, amiga mía?»  
Y la mujer le contestó: «Dejándole hablar, amigo, dejándole hablar».

La fábula nos enseña cuan peligroso es el mucho hablar sin sentido y cómo la Providencia se vale de instrumentos para castigar las siniestras intenciones de los perversos, así como de las ventajas que trae el hablar poco y con tino.

Queridos niños: Huid de las mafias del pobre tuerto que, por ruin y desobediente, arderá en los mismísimos infiernos.

(Prohibida la reproducción para que los malos no se rían del pobre tuerto)

IN. Onl-

**198. «Carta abierta». (A D. Víctor Zurita, director de *La Tarde*)», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 27 de mayo de 1949.**

#### CARTA ABIERTA

Señor director de *Falange*. —Mi distinguido amigo: No hubiera querido molestarle con el ruego de que me haga el obsequio de publicar la adjunta «Carta

abierta», si la necesidad no me obligara a ello. Por tratarse de un asunto particular, que apenas si es eficaz, más allá de la punta de nuestro muelle, la envié a *El Día* para su inserción, pero se me ha negado allí hospitalidad y me veo precisada a recurrir a su generosidad para terminar un asunto al que, cualquiera que sea el giro que quiera darle mi comunicante, le pongo un irrevocable punto final, porque me niego a ser víctima de una ridiculez. Gracias y perdone a su atta. s. s. —MARÍA ROSA ALONSO,

La Laguna 22- 5- 49.

\* \* \*

SR. D. VÍCTOR ZURITA, DIRECTOR DE *LA TARDE*.

Comprendo que le es a usted muy cómodo, don Víctor Zurita, usar del nombre de Roberto Riley para zarandear a quien le ocurre desde su tribuna, pero justo es que las personas que tenemos que aguantar el vapuleo con nuestro nombre y apellido a la intemperie, y sin las ventajas de tener un periódico a nuestra disposición, tratemos de poner coto a sus excesos. Tiene usted un periódico y uno o varios seudónimos; yo, en cambio, sólo tengo mi nombre y el compromiso de escribir artículos y no ataques personales, y para defenderme me veo obligada a «camuflarlos». ¡Rico y poderoso usted, que se permite el lujo de malgastar un extenso y precioso espacio y convertirlo en corrillo de vecindad, tertulia de casinillo de pueblo y discusiones de poca monta!

El corto espacio de que dispongo me impide hacer historia de un pleito que fue usted y no yo quien empezó. Baste para satisfacer la curiosidad de un posible lector curioso remitirle a su suelto aparecido en *La Tarde* del 27 de Julio de 1948, titulado «Afirmación», en el que da comienzo a la ofensiva. Después ha seguido en sus «Eutrapelias» de los días 11 de febrero, 13 de abril y 16 de mayo. Los míos de *Falange* de Las Palmas han sido publicados los días 9 de febrero, 15 de marzo y 10 de mayo. En el siglo XIX —donde lo individual contaba mucho y el papel costaba poco— pudieron componer sus cuatro artículos y los tres míos un folleto en los que el lector —y no usted o yo— pudo haber apreciado la calidad y razón de los mismos.

Quiero advertirle que no estoy dispuesta a entablar diálogo en el tono de su suelto último, que si algo consigue no es precisamente prestigiar el periodismo. En una cuestión de interés general u objetivo yo puedo o no intervenir, pero resulta ya ridículo el tono de su última «eutrapelia», cuyas inexactitudes no quiero desmenuzar para negarlas, por ser cosa baladí y de escaso interés para el público, toda vez que ni usted ni yo examinamos cuestiones importantes. De haber sido usted una persona particular, lo más piadoso habría sido el silencio, pero es usted el director de un órgano de opinión, y, en contra de mis deseos, me veo obligada a escribirle esta carta. Se trata de una mera cuestión personal y el buen gusto y la seriedad de su nombre y del mío requieren que pongamos punto final a una contienda donde usted trae y lleva mi nombre a su capricho interpretativo. Creo, don Víctor Zurita, que... ya está bien. ¿Estamos?

MARÍA ROSA ALONSO

**199. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Cortesía, cursilería», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 28 de mayo de 1949. (*Pulso del tiempo*, 1953: 33-35).**

Uno no sabe bien qué es lo que pasa, pero que pasa algo es tan obvio que basta verlo. Una vez visto caben dos posturas: comentarlo o aguantarse, porque lo que no podemos, lo que no está en nuestras manos, es evitarlo.

En el año pasado el periodista Ortega Lissón escribía el 22 de abril en su periódico madrileño *Pueblo* estas líneas: «Va desapareciendo la cortesía en términos alarmantes. Mejor diríamos que ha sido sustituida por la más ruda y agria grosería. Los buenos modales sólo se manifiestan en las personas de cierta edad, pero, en general, la

juventud —muy elogiable desde otros puntos de vista— y hombres ya bien maduros se comportan en público con notoria falta de educación». Seguidamente enumeraba el autor una serie de hechos concretos en los que se advertía la grosería de las gentes.

Don Torcuato Luca de Tena, también el año pasado, en la primera plana de *ABC* del día 26 de mayo, escribía un artículo titulado «Lubrificante en los engranajes sociales»; de él entresaco lo que sigue: «La cortesía es una virtud que tuvimos un día los españoles ante propios y extraños, ante amigos y enemigos, y que hoy día hemos perdido sin darnos cuenta de su paulatina desaparición, o alardeando con petulancia de haberla abandonado. (No me refiero, naturalmente, al ángulo que debe adquirir la cintura para besar la mano de una señora, ni a la posición del índice y el pulgar para cortar el faisán o sostener una taza de té. Esto pertenece al arte de la etiqueta, aspecto, aunque muy respetable, muy alejado de nuestro tema). La cortesía —y aquí es donde pretendo poner el acento de estas divagaciones— es una demostración de respeto. Y si falta el respeto al prójimo, a sus ideas, a sus derechos falta también el lubricante del engranaje social. El respeto a las opiniones ajenas no significa hacerlas nuestras, sino reconocer el derecho del prójimo a pensar de modo distinto al nuestro sin considerarnos ofendidos por ello».

Contengo mi tentación de transcribir la hermosa lección de Luca de Tena en su totalidad, porque es el mejor anillo al dedo de esta brutal mano de la descortesía que sufrimos a diario. Nótese bien cómo el joven articulista separa el concepto de etiqueta del de cortesía. Con que ésta fuera medianamente observada, más a gusto viviríamos todos.

Acaso la explicación del hecho, más grave de lo que parece, sólo podría hallarla un especialista en un tratado de sociología, que llevaría a un análisis de índole distinta a la de este sencillo artículo. Soy pesimista en cuestiones de la vida social y de masas; ni los lamentos de los citados periodistas —y otros que omito por no hacer una antología en vez de un artículo—, ni las recomendaciones de todos los escritores, ni aunque fuera cuestión de orden público el intento de hacer a las gentes más educadas, conseguirán ni conseguirían nada. La ola de la ordinariedad es una ola y a las olas es casi imposible detenerlas.

Y lo tremendo está en que entre es o que se llama la «gente bien», «el niño gótico» o «la niña topolino» (hábilmente definida en una ocasión por el agudo Servando Morales), el tener modales corteses resulta una ridiculez o, en lenguaje suyo, una «cursilería». Ser atento con las personas, hablar en voz baja, dejar opinar a los demás, levantarse cuando entra una mujer, si se trata de un hombre, o levantarse una mujer cuando entra otra, tener deferencias con las personas mayores, etc., resulta hoy cursi, mal visto, anticuado, ridículo... ¿Quién se atreve a arrostrar el «inri» de estos anatemas en «sociedad»? Lo grave es que, como escribía Luca de Tena, se alardea con petulancia de haberse abandonado la cortesía. Bajo el pretexto de «modernidad» o de sencillez, se esconde la grosería más molesta y desenfadada. Cada vez que me presentan a un señor o a una señorita que al punto me dice que es «muy sencillo» o «sencilla» y que llama «a las cosas por su nombre», me preparo con paciencia a sufrir una buena ducha de impertinencias.

**200. PLUMAS DE LAS ISLAS. «¿Sociedad, suciedad?», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 8 de junio de 1949. (*Pulso del tiempo*, 1953: 37-38).**

Comenté aquí mismo al traer a cita las observaciones de los periodistas madrileños —Ortega Lissón y Luca de Tena— sobre el imperio de la grosería actual en las gentes, cómo lo grave e insólito del problema residía en que, en el llamado buen medio social, cortesía es considerado casi un sinónimo de cursilería. Lo extraño es que



esta gente hace trofeos de su propia miseria (como dice Gracián del español) no quiere caer en la cuenta de lo cómodo y de verdad sencillo, agradable y rápida que sería la relación social, si todos fuésemos más educados con los demás, a fin de que los demás lo fueran con nosotros. Me parece que Ortega define —en privado— al bárbaro diciendo que es el hombre para quien los demás no existen; natural es que en esta rebarbarización que impera, si los demás no existen para el bárbaro, éste tampoco existe para los demás, que asimismo se barbarizan.

Decía Luca de Tena —en el mismo trabajo que cité en mi artículo «Cortesía, cursilería»— a propósito del trato en los tranvías madrileños que «el conductor, los clientes y el cobrador se tratan entre sí como enemigos de toda la vida». Recuerde el lector algunas de las reuniones a que haya asistido y de seguro que más de una vez ha podido observar cómo, bajo el pretexto de «buen humor», tal o cual persona ha sido víctima de la más pesada de las bromas o de la mortificación más desagradable. Cuando no hay cortesía ni respeto, por tanto, el trato social se convierte en guerra de guerrillas. ¿Qué decir de esas reuniones de buen tono donde, incapaces de otra conversación sus componentes, empiezan a contar chistes obscenos, a los diez minutos de estar reunidos? ¡Desgraciado del que ponga el gesto hostil! El sambenito de gazmoño, puritana, cursi o hipócrita te caerá en la cara como un chorro de DDT. Lo mejor que puede hacer es callarse y pasar por todo, porque si el más gracioso del cotarro descubre su repugnancia por tan importante cuestión, se ha caído con todo el equipo.

Por fortuna, este aire de plebeyez ordinaria que ha caído sobre el «buen tono» ha preservado a muchas personas tranquilas y de buen gusto y a gran parte de la población campesina. El campo es siempre reducto de costumbres atrasadas, estilos y modos; así es que para encontrar un poco de educación hay que convivir o con el campesino —que no esté contaminado— o con esas minorías tranquilas de gente cursi, atrasada y reaccionaria que comete la tontería de ser cortés.

No hace mucho que un periodista tinerfeño comentaba el actual mal gusto que preside el baile regional o de «magos» que se organiza con motivo de los festejos de mayo; un espectáculo que comenzó a celebrarse con éxito, como sana exaltación a la gracia taimada pero bonachona de nuestros campesinos —ya sean los «magos», ya sean los «maúros»— ha llegado a ser una burda e insultante caricatura de notorio mal gusto. ¡Líbreme Dios del señor o la señora finos presumiendo de «magos»!

Es posible que alguna vez —porque lo probable es que a la humanidad le quedan muchos miles de años de vida— las gentes entren en el redil de las buenas maneras, en cuanto se convenzan de la gran comodidad que representan para andar por ahí, y que nos tratemos todos un poco mejor que ahora, que ni siquiera calculamos cuando cesará la tormenta, porque estamos sufriendola con acompañamiento de rayos, truenos y granizos.

Es sintomático que la gente desde hace años, tenga que moverse entre estos dos polos antagónicos e inexorables: o se echa la calle o se mete cada uno en su casa. O dar el pecho y salir a poner orden, o volver la espalda y taparse los oídos. «Tertium non datur.».

**201. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Nostalgia del usted», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 18 de junio de 1949. (*Pulso del tiempo*, 1953: 39-41).**

En muchos aspectos Canarias es, para fortuna suya, una región arcaizante, la antigua *s* sonora, semejante a la que pronuncian los franceses en la palabra «poison», veneno, por ejemplo, y que se usaba en España hasta fines del siglo XVI —de la que apenas quedan vestigios en algunas zonas de Extremadura y del antiguo reino de Aragón—, se registra todavía hoy en algunos pueblos de Tenerife, de Gran Canaria, de

la Palma y de la Gomera. Es posible que también se conserve en alguna otra isla. El sentimiento sintáctico del loísmo y leísmo, o sea el uso etimológico y correcto del *lo* y del *le* se observa con gran rigor en nuestro campo. Veo con pena que algún «señoritingo» o «señoritinga» que cree hablar más «a la moda» imitando el uso peninsular dice, al hablar de una niña, *¡no la pegues!* o de un hombre: *no le vi*. El campesino dirá siempre: *no le pegues y no lo vi*.

Pero el idioma es un hecho vivo que, pese a los gramáticos, no tiene leyes fijas e inmutables; se imponen los modos de hablar como las modas del vestir y es prácticamente inútil ir contra estas modas, porque se fracasa siempre. El caso es que nuestras islas son arcaizantes en detalles lingüísticos, en su romancero, en sus bailes y en muchas cosas más.

Hoy quería señalar —ya que este artículo va a ser sobre el idioma— otro arcaísmo feliz de nuestra habla dialectal, me refiero al uso del usted en el trato social. Después de la guerra civil, el trasiego de la vida de campaña y ciertos partidos políticos antes de ella impusieron el uso del tú para el trato de los semejantes y aún de los superiores. Aún en nuestra arcaica región hay que confesar que el uso del tú hace grandes estragos, sobre todo entre la gente joven, que es siempre la que acepta las modas con júbilo; pero todavía queda por ahí muchas personas que se tratan de usted desde hace muchos años y sabido es que moro viejo no suele aprender idioma.

Tengo una porción de amigos a quienes trato de usted desde siempre. Como la costumbre es vieja, a ellos y a mí se nos resiste la moda, y lo curioso es que siento por ellos mucho cariño y me merecen mucha más confianza que cualquier pelafustanillo que me tutea al momento de serme presentado. Yo, claro está, acepto las cosas — ¡cualquiera se expone a ser «cursi»! — como vienen y también tuteo al campeón, mas se me pone un mal sabor de boca que, con la costumbre, de seguro desaparecerá. Pero confieso que, aparte de los amigos a los que he tuteado siempre, entre los que trato de usted están acaso, acaso, mis predilectos. Los más interesantes, desde luego.

Escribía en una ocasión Dámaso Alonso (para ser verídica en el *ABC* del 23-XI-47) que el inglés tuvo su tú (*thou*) y su usted (*you*). Por un proceso inverso el correctísimo pueblo inglés ha borrado el tú y trata a sus semejantes todos de usted. «¿Va a extinguirse el usted en España? Va a quedar relegado a una antigualla solemne, una especie de vucencia?», preguntaba Dámaso Alonso. Y continuaba así:

«Ese usted que retrocede es casi la vida de uno. Y nos sentimos incómodos en el nuevo tú; con sensación de máscara. ¡Qué suave era el usted, qué sincero, cuántos matices permitía! La amistad, el tú se ganaban, se construían lentamente. El tú era entonces un verdadero tú: para Dios, para nuestra familia, para la sabrosa y sedimentada intimidad. La lengua es un sistema inestable: cada cambio en un punto tiene su inmediata reacción en otro. Y el hundimiento del usted ha traído consigo la profanación del tú».

Si, es verdad, mi querido maestro. Habrá que resignarse y poner un «réquiem» al usted. Aquí en las islas, algunas veces Afortunadas, se conserva «por arcaísmo», pero se está marchando a toda prisa y nadie quiere exponerse a que lo llamen «cursi». Las gentes ahora son muy sencillas, muy francas, muy llanas. ¿Intimidad? ¿Matices? La masa no gusta de sutilezas, que no comprende ni siente. Le estará ya vedado, para siempre, el gustar de esa liturgia fonética del tú en que se nos convierte el mundo acaso una sola vez en la vida.

**202. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Josefina Maynadé y sus poemas», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 23 de junio de 1949. (*Pulso del tiempo*, 1953: 213-214).**

Con atenta dedicatoria me envía la señora Maynadé sus dos libros de versos, que ha editado recientemente en Las Palmas con un pulcro cuidado formal, que pregona sus finas dotes plásticas. Ella misma ilustra, con breve y grácil línea, sus ediciones de poesía dispar; *Los silencios*, es un cuaderno de poesía intimista, y los poemas *A Cloris* tienen un contenido objetivo.

No conozco personalmente a la señora Maynadé, pero me da la impresión —a través de sus poesías— de gozar de esa preciada zona espiritual que se llama la calma. Me parece que los vendavales de la tempestad espiritual no agitan mucho las reposadas arenas de su recinto anímico. En una ocasión me ocupé de su exquisita labor de escultora, que me sorprendió gratamente en el Círculo de Bellas Artes de Santa Cruz de Tenerife; con más recatada sobriedad que en sus tiernos niñitos de bronce compone ahora los poemas de su cuaderno *Los silencios*, pero unos mesurados y fríos silencios, ausentes de retórica, sin el arrullo de la métrica y con algún neologismo que desazona un poco.

Los poemas «A Cloris» implican casi una poetisa erudita. El mundo literario clásico de Horacio, de Virgilio o de Homero están presentes en la poesía de la señora Maynadé. Otra vez aquella muerta anécdota del clasicismo de que habló una vez D'Ors, respecto del pintor Chirico, informa, como fue lugar común de la poesía del siglo XVIII, el numen de la autora de «A Cloris». Naturalmente, es preciso decir que el desnudo verso de cuño actual, con toda dignidad cincelado, es el que ahora vivifica el tema clásico; el cuerpo de Cloe, de acento virgiliano, más bien parece esculpido que descrito literalmente por la autora, que logra altas delicadezas en el poema que canta el prodigio del nacimiento de Afrodita: un parto celeste para el que fue preciso que la brisa, del fondo de los mares, sacara sus espumas.

La misma recatada ternura con que las manos de la escultura trabajan ensoñadas carnes rosas, trasmutadas en dorado bronce para esculpir cuerpecitos de niños, le sirve para que esas manos escriban el poema «Canéfora»; los brazos de la madre posible («dos columnas griegas», escribe la escultora) conducen «el espíritu del hijo que no me nació nunca». Por sólo este humano verso, de honda feminidad, que en sencilla, recatada y pudorosa dignidad, encubre el drama de un deseo, la poetisa fija su huella en la tierra y da a la marmórea elegancia de sus temas la vibración apasionada de un alma exactamente femenina.

A propósito de la obra escultórica de la señora Maynadé, creo que dije que la esencia de la feminidad no consiste en aparentes superficialidades sino en «el punto de vista». El «punto de vista» es lo que especifica el ser femenino. A mí de estas cosas me gusta escribir poco, por ser cuestión demasiado cercana, y el pudor aconseja la medida, pero si precisa subrayar, puesto que el caso llega, que no conviene tomar el rábano por las hojas y definir a una mujer por lo que hace u omite. Mejor es atender a cómo lo hace u omite y desde qué «punto de vista». De su lectura a la *Odisea* a una mujer no se le podía escapar la emotiva anécdota del perro Argos. Los dedos y el corazón de una mujer, si bien con medida y sobriedad, han entibiado la fría anécdota del clasicismo.

**203. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Lenguaje de moda», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 2 de julio de 1949. (*Pulso del tiempo*, 1953: 43-44).**

El Evangelio de San Juan comienza su exposición afirmando, como todos saben, que en un principio era el Verbo. Esta prioridad de la palabra nos hace pensar en la verdad semejante y reconocida por muchos de que la palabra es la que hace justamente que el hombre lo sea. Sin derivaciones hondas —el tema las brinda, desde luego— me atenderé a las palabras como signos de la expresividad intuitiva.

Esta expresividad que es el lenguaje es susceptible de ser cuidada como las buenas maneras, como la limpieza del cuerpo, el arreglo personal, la cortesía, la salud física y la moral y todo lo que, por ser humano es imperfecto y, por tanto, con posibilidad de mejoramiento.

Esos modos del hombre masa que lo invade todo con la petulancia que Ortega estudia, y yo he aludido aquí, ya advertíamos cómo, de la misma manera que arrincona a las minorías medrosas, deja sin uso casi palabras y voces tan útiles como —el usted, cuyo uso y desuso implica toda una Ética y un contenido espiritual. Pero en esto de las palabras, como en nuestras modas femeninas, no hay quien contenga la torrentera de su invasión y extensión. Las gentes jóvenes, por naturaleza poco individualizadas todavía, aceptan con júbilo el uso de una voz que creen recién acuñada como las monedas y extienden su circulación a toda prisa. No sé si recuerdan mis lectores aquella inefable palabra «chachi» con las que hornadas juveniles querían expresar la cima de lo superior.

La belleza de una muchacha es «brutal» o es «una burrada», o, cuando lo «chachi» llega al máximo, hasta he oído decir que es «una tía bestial». Y no quiere decir este repertorio zoológico que la muchacha sea menospreciada sino que, por el contrario, la adjetivación ensalza las excelencias de una belleza, en una época en que la zoología tiene a su cargo ciertos recintos que antes pertenecían a la estética.

Para el disgusto y la contrariedad se reservan las voces de «tostón», «rollo» y otras semejantes, que tiene en circulación una tópica mediocre y que al punto nos da el nivel espiritual del hablante. Cada vez que oigo expresarse a una persona con sencillez, sin afectación, pero sin esos tópicos lingüísticos que la juventud elegante cree de buen tono y «de moda», registro el hecho como extravagante por lo insólito y coloco en ese casillero mental que todos tenemos para el prójimo a la persona en cuestión, como si fuera un raro ejemplar de capirote canario, amedrentado y casi solo, en medio de la balumba dañina de esos gorriones forasteros, que están acabando con elpreciado ruiseñor del país.

Hace algún tiempo que leí una anécdota en una conocida revista española de política internacional (sabida sin duda por mis lectores) ilustradora de los estragos que un lenguaje descuidado hace aún en altas esferas. El propio Presidente Truman, malhumorado acaso contra el articulista Pearson, hubo de proferir en público un concepto inconveniente. Como el insulto casi siempre perjudica más al insultante que al insultado, en la Casa Blanca se recibieron protestas por esta extralimitación lingüística presidencial. La más famosa fue de una Sra. que escribió así: «Querido señor Presidente: Hace ya varios años, cuando yo era maestra de escuela y los alumnos me ofendían con su lenguaje, acostumbraba a lavarles la boca con jabón puro. Lo que recientemente se ha publicado en los periódicos me hace creer, señor Presidente, que usted podría aprovechar esta lección, y espero que su lenguaje sea en lo sucesivo, más puro y más suave.»

La carta venía acompañada de una pastilla de jabón.

### **El día 12 de julio el periódico *Falange* comunicó en un aviso lo siguiente:**

FALANGE comenzará a publicar mañana un interesante trabajo de MARÍA ROSA ALONSO titulado: «De una generación». Se trata a la generación a que ella misma pertenece, y está expuesto conforme a este sumario: I «En la etapa formativa» (La Facultad de Filosofía y Letras madrileña en 1933: los maestros. Los compañeros y amigos. La revista *Cuadernos de la Facultad*. II «Hacia la madurez» (Algunos escritores y profesionales de esta generación). III «Julián Marías» (Su obra y

significación actual). IV «Ortega»: a) Su labor cultural y editorial. b) Su influencia en la vida española y su magisterio. c) Ortega y la Idea de la razón vital.

**204. DE UNA GENERACIÓN. «I. En la etapa formativa», *Falange, Las Palmas de Gran Canaria, 13 de julio de 1949.* (*Pulso del tiempo*, 1953: 249-257).**

El año 1933 fui por vez primera a Madrid con objeto de estudiar Letras en su Universidad. Me llevaron a ella una vocación, que apuntaba desde la infancia en mis preferencias del Bachillerato, y aquellas aficiones de niña precoz que permitieron tener ya en mi haber, antes de ir a Madrid, cuatro primeros premios del *Museo Canario*, con motivo del centenario de Viera y Clavijo, la fundación y defensa del Instituto de Estudios Canarios y un montón de artículos periodísticos mucho peores que los que ahora escribo, con lo que puede conjeturarse cómo serían,

Pero el encajar en un mundo distinto, y aun opuesto al que yo había vivido hasta entonces, no fue empresa fácil para un ser que nacía de nuevo: aprender la gran ciudad, desde el mínimo e inmediato problema de las calles y centros de trabajo o recreo hasta el trato con unas personas desconocidas, es, para una personita de veinte años, casi un nuevo nacimiento.

La simpatía natural y el encanto de aquel Madrid ganaron pronto mi alma. La Facultad de Letras inauguraba su espléndido edificio en la Ciudad Universitaria y tenía entonces el baluarte de un profesorado de competencia tal que hacía presumir lo difícil de su superación en épocas futuras. En la sección de Filosofía estaba la egregia figura de don José Ortega y Gasset, a cuya cátedra de Metafísica asistían, aparte de los alumnos propiamente dichos, otros que pertenecíamos a distintas secciones, personalidades extranjeras y españolas de las profesiones más diversas, y hasta alguna dama curiosa. Contaba además con aquel gran maestro que fue don Manuel García Morente, el inolvidable y ejemplar Decano, cuyas dotes pedagógicas eran uno de sus mayores éxitos. Profesaban también allí don Xavier Zubiri, muy difícil de seguir y que jamás hizo caso del tema orteguiano de que «la claridad es la cortesía del filósofo», si bien sus méritos y suficiencia eran y son extraordinarios, así como los de don José Gaos, de gran claridad expositiva, ordenado y preciso. En la rama de Letras —que era la que cursaba yo— estaban don Américo Castro; don Tomás Navarro Tomás, el creador de la Fonética española con verdadero aparato y rigor científico; don Luis Morales Oliver (hoy director de la Biblioteca Nacional); don José F. Montesinos; don Pedro Salinas el gran poeta, agregado a la Central entonces; a otras secciones pertenecían don Agustín Millares Carlo, mi maestro de Latín y Paleografía; don Bienvenido Martín, de Latín; don Daniel García Hughes, de Griego; don Antonio Ballesteros, de Historia; don Andrés Ovejero, de Arte.

Lo ocurrido con don Daniel García Hughes fue un caso expresivo de la capacidad organizadora del señor García Morente y del buen sentido de la Facultad. Un grupo de alumnos de la misma dábamos clase particular en el centro católico de Amigos de la Enseñanza de la calle de Claudio Coellos, 32, con «Don Daniel», canónigo de la Catedral de Madrid y excelente helenista, buen maestro y bellísima persona. Su prestigio docente lo llevó, sin ser ni Bachiller, a profesar una cátedra de Griego en la Facultad, a la que sus antiguos alumnos particulares seguíamos yendo. Las máximas facilidades alcanzó luego para hacer el Bachillerato y la Licenciatura.

El plan de estudios entonces vigente dejaba al alumno en libertad de matricularse en los cursos y con los profesores que quisiera; he citado, pues, a mis maestros propiamente dichos, a aquellos en cuyos cursos me matriculé, o asistí voluntariamente en calidad de oyente, dada las facilidades que existían para acudir a las clases preferidas. Huelga decir que profesaban, además, de los maestros citados, los

señores Gil Fagoaga, Zaragüeta, don Julián Besteiro, don Hilario Ayuso, don Severino Aznar y don Luis Recansens en la sección de Filosofía. Los señores Deza, González de la Calle, Crusat, Maeso, Mazorriaga, Alemany Selfa, Hurtado, González Palencia, Lapesa, Sáinz Rodríguez, Cotarelo, Lasso de la Vega, García de Diego, Cantera, Asín Palacio, García Gómez (que llegó últimamente de Granada), etc., en Filología clásica, moderna y semita. Los señores Obermaier, Jiménez Placer, Ferrari, García Bellido, Lehmann, Bullón, Ibarra, Sosa, Sánchez Albornoz, Camps, Zabala, Tormo, Lafuente, Ferrandis, etc., en Historia y Arte. En la sección de Pedagogía profesaban don Luis de Zulueta, doña María de Maeztu, don Domingo Barnés, don Luis de Hoyos Sáinz, el Dr. Lafora, don Lorenzo Luzuriaga, etc.

La Facultad, conforme a sus necesidades, traía lectores extranjeros, encargados de curso, de otras Universidades y, en general, procuraba contar siempre con personal eficaz y prestigioso. Puede ser que haya olvidado algún nombre de los que profesaron entre 1933 y 1936.

Don Ramón Menéndez Pidal, dedicado por entero a su labor investigadora, daba un curso en el entonces Centro de Estudios Históricos.

Cuando he vuelto últimamente al edificio de la Facultad de Letras madrileña, con sus cuatro pisos espléndidos, la visita fue arqueológica y sentimental. La Facultad de ahora se desvanecía para dar paso al recuerdo de «la otra», que era la mía, con sus pisos de un color distinto en los azulejos, sus salas de estar, su salón de música, donde el Decano una vez —pulcro pianista— nos tocó una «suite» de Albéniz; su espacioso bar comedor en el que se podía desayunar por cincuenta céntimos, comer por dos pesetas veinte céntimos o tomar un bocadillo por veinticinco céntimos. En mis tiempos sólo había cerveza por toda bebida; ahora me he asustado al ver que los estudiantes toman unos complicados «cócteles» y todo lo que deseen libar; nuestro previsor Decano ponía cuidado en el más pequeño menester.

No quiero caer en el vulgar tópico de las excelencias del tiempo pasado. Los tiempos pasados si son buenos, no es porque sean pasados, sino porque en ellos ha discurrido nuestra juventud, edad donde la vida sólo tiene presente. Al conectar nuestra vida, cuando es presente, con una determinada fecha o período, es éste el que carga con el vivo prestigio de una actualización que los torpes o los que no se quieren resignar, no saben valorar en su fugaz dimensión de tiempo ido. A los mozos de hoy les parecerá su tiempo, cuando lo rebasen, el mejor de todos, a pesar de las dificultades económicas actuales, y así ha de ser siempre. Yo no emito juicios, por consiguiente, sino que me limito a registrar hechos, pero con objetividad es preciso confesar que viví personal y universitariamente los últimos años de un bienestar económico, que a Europa le va a costar mucho igualar, y del discipulado de un magisterio, que Dios quiera que España alcance alguna vez.

A la juventud le basta a veces la orgánica alegría de serlo, y puede que de «su tiempo» sólo sepa destacar las virtudes y no los defectos. Pero de las limitaciones y defectos de aquel tiempo está sufriendo todavía éste; por ser grave negocio de todos experimentado, no ha llegado la hora serena y desapasionada de especular sobre un hecho aún vivo.

Mis compañeros universitarios de Madrid eran muchos y diversos. El compañero, como la familia, se nos da ya dado, nos lo encontramos viviendo con nosotros una circunstancia vital afín; no lo hemos escogido voluntariamente y de aquí que el compañero, como el familiar, nos puede o no nos puede ser simpático, lo podemos o no querer. Un hipócrita mandarínismo nos hace decir que queremos a tal persona porque es nuestro hermano o nuestro primo, cuando la verdad es que lo queremos en tanto es nuestro amigo, o sea en cuanto lo escogemos voluntariamente y

conecta en nuestra onda sentimental. Lazos de convivencia pueden fomentar amistad entre los familiares con los que se han vivido horas gratas o se han compartido amarguras, que unen para siempre, pero la sola razón de «porque» es mi hermano o mi primo no basta.

Al amigo, en cambio lo escogemos entre el familiar o entre el compañero, o, simplemente lo singularizamos entre «la gente»; conectamos con él por esa inexplicable atracción de simpatía, de comunidad de aficiones o gustos, por resortes, en suma, que no son del caso analizar. Preferimos lo que libremente escogemos sobre lo que se nos impone como dado; de aquí la proverbial enemistad entre suegra y nuera o cuñados, eso que se llaman parientes «políticos». La razón es obvia: se nos imponen o imponemos personas que no hemos escogido libremente o que nos han escogido otros y, sin el ingrediente que motiva la elección, no acertamos a ver sino defectos en los seres que se nos imponen.

Entre mis compañeros universitarios escogí mis amigos y ellos a mí. La verdad es que el don de la amistad es refinamiento y fortuna no dada con profusión a muchos seres, como ocurre con el amor auténtico. Compañeros, personas estimables tuve muchos, amigos exactos bastantes menos, como es lógico, pero excelentes y algunos entrañables.

Me encontré en la Facultad con muchas personas que tomaron después rumbos diversos. Voy a citar a los que más recuerdo, entre los que había compañeros, amigos o simples conocidos. Quiero registrar hechos y no voy todavía a escribir mis Memorias. Doy pues, fe de algunos de mis compañeros generacionales (años más o menos) y quiero destacar, con la mayor objetividad que me sea posible, los méritos de varios de ellos, sin que la amistad o la escasa adhesión influyan, según intento, en mi apreciación.

Tenía yo una vocación decidida a estudios literarios, como he dicho, y nunca influyó sobre mí la brillantez del profesorado de Filosofía, para que me decidiera por esta sección. Aparte de que me parece que las mujeres, en general, no tenemos buenas dotes para estudios filosóficos (es sólo una opinión personal), al menos yo no sentí nunca vocación para dedicarme a ellos y profesarlos, pero la frecuente lectura que desde mi isla, en plena adolescencia, había hecho a la obra de Ortega, me llevó a sus clases. Todavía tengo, con un poco de fetichismo juvenil, cortados y ordenados los folletones de *El Sol* de Madrid, donde, don José publicó por vez primera sus ensayos sobre *La elección en amor*; *El poder social*; *Hegel y América*; bastantes *Notas*; la después famosa obra *La rebelión de las masas* (cuyo primer capítulo apareció en el citado diario el 24 de octubre de 1929); *Misión de la Universidad*; su curso sobre *¿Qué es la Filosofía?*, comenzado en la sala Rex madrileña, y en el que articuló el cuerpo de su *Metafísica* en el mismo año, curso comentado por García Morente en los citados periódicos y año. De 1931 —siempre en *El Sol*— eran sus folletones sobre *¿Qué es el conocimiento?* (en que Ortega nos da su concepto de conocimiento frente al del idealismo); los extensos artículos sobre *Ideas políticas*, etc.

Con esta guía de la constante lectura de Ortega caí en su clase sin que nadie me preguntara por formalidades de matrícula oficial, ni cosas de parecido jaez. Ante mi emocionada sorpresa, Ortega hablaba tan claro y bellamente como escribía y jamás he encontrado adecuación tan exacta entre mi idea de una persona y de su obra, y su confrontación real con el ser auténtico y la exposición verbal y magistral de su doctrina. Mi vocación estrictamente literaria no sufrió ni merma ni alteración; me dediqué a asistir a las clases de Ortega, de Morente y de Gaos (confieso que con Zubiri, a pesar de mis esfuerzos, no pude) con el objeto de que me sirvieran de método, de contención, de rigor, en mi futura profesión literaria, profesión que mucho precisa de una buena orientación filosófica. Asistí a un curso orteguiano de mayor rigor especialista y oficial

en el que se comentaba, en completo e insuperable análisis, parte de la obra de Descartes. Muchas de las advertencias que Ortega hacía en este curso me han servido posteriormente para mis trabajos literarios. Mis contactos, pues, con la Filosofía propiamente dicha, son por entero secundarios, metódicos, formativos. De la asistencia a los cursos orteguianos obtuve, además, conocimientos más o menos amistosos con diversas personas, y vivas amistades cuya vigencia hoy día se mantiene intacta y acaso más entrañable.

Iban por por la Facultad, con los que coincidía en algunos cursos, Carlos Alonso del Real, Julián Marías, Manuel Granell, autores premiados por sus «Diarios» del Crucero por el Mediterráneo, que la Facultad hizo en el verano de 1933 y que la misma editó en Espasa-Calpe en 1934 con el título de *Juventud en el Mundo antiguo*; Darío Fernández Flórez (que nada tiene que ver con el humorista), había timoneado la revista de la Facultad, «Historia»; el poeta Luis Rosales, que en 1935 publicó su libro *Abril*, punto de partida de un movimiento poético posterior; Germán Bleiberg, que en 1935 publicó *El cantar de la noche* y en 1936 *Sonetos amorosos*, colaborador de la efímera y pulcra revista literaria «Caballo verde para la poesía»; Álvaro D'Ors (hijo de don Eugenio), timonel de la revista *Brújula* y aventajado latinista en la clase del señor Martín; Antonio Tovar, que terminaba entonces sus estudios y marchó a París, por lo que lo sustituí en la secretaria de nuestra revista *Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras*; los poetas Luis Felipe Vivanco y Leopoldo Panero (aún sin obra aparte, fuera de colaboraciones en revistas); Alonso Zamora (que no había publicado nada todavía); Leopoldo Eulogio Palacios; Lolita Franco; María Josefa Canellada; Ezequiel Benavent; María Luisa Oliveros; Consuelo Moreno; Margarita Sánchez; Matika Goulard y tantos más que no cito porque, o ignoro qué ha sido de ellos, o sólo viven una vida estrictamente privada en la actualidad.

Durante el curso 1934-36 publicamos, gracias a la generosidad del Decano, una revista impecablemente confeccionada por el impresor Aguirre, que, como he dicho, se llamó *Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras*, de la que sólo pudimos hacer cuatro números, y a la que no le hubieran faltado el aliento de todos, de no haber interrumpido la labor la guerra civil española. La revista no tenía director y actuaba de redactor-jefe Darío Fernández Flórez; la administración la llevaba Carmen Vigil y la secretaria, yo. Al frente de la sección de Filosofía estaba Julián Marías; de la letras clásicas Carlos Alonso del Real; la de letras modernas, Luis Rosales; de la de Historia el mismo Darío Fernández Flórez y de la de Pedagogía, Anselmo Romero. Los colaboradores de la misma fueron, por índice alfabético de apellidos (lo que me obliga únicamente a ir primero): María Rosa Alonso, Carlos Alonso del Real, Ezequiel Benavent, Agustín Caballero, Aurora Cuartero, J. Chicharro de León, María Amelia Fe, Darío Fernández Flórez, Matika Goulard, Arturo del Hoyo, Gregorio Marañón Moya, Julián Marías, Leopoldo Eulogio Palacios, Luis Prieto Bances, Pedro del Río, Anselmo Romero, Roselló Pórcel, Antonio Tovar; María Vergara y María Zambrano.

De todos éstos han muerto —que yo sepa— el malogrado Roselló Pórcel, finísimo escritor de gran porvenir y Pedro del Río, que estudiaba cuestiones de filología clásica.

El año pasado, con motivo de aparecer *Crítica al viento* de Darío Fernández Flórez comentaba don Manuel Cardenal (que era profesor ayudante de Filosofía en «mis tiempos») y en el número 29 de *Ínsula* nuestra revista, de esta manera:

«Hace quince años daba sus primeros pasos literarios y científicos por los ámbitos de la Facultad de Filosofía de la Moncloa, limpios, soleados y tal vez de arquitectura demasiado aséptica, unos cuantos jóvenes que están ya ocupando los puestos de mando en la España de sus sueños y de mi preocupación. Para mí es



conmover desatar el bramante que reúne los cuatro *Cuadernos de la Facultad de Filosofía y letras* —1935-1936— y hojear los artículos, traducciones y notas que aquellos jóvenes, aún estudiantes, escribieron en ellos. Vistos a distancia de trece o catorce años, aparecen aquellos muchachos como un grupo bastante coherente. Se nota en ellos una sana preocupación por la exactitud, una noble aspiración por el saber. Han tenido buenos maestros, han sido escolares aplicados, poseen indudablemente un cierto temperamento literario. ¿Podría adivinarse, en alguna medida, que iban a ser años más tarde, al llegar a su «flourit», como decían los antiguos? ¿Catedráticos? ¿Escritores? ¿Simplemente hombres particulares, en quienes aquellos años de aprendizaje y aquellos primeros asomos al mundo literario dejarían para siempre en ellos el gusto por las ideas, por las artes? Sin duda que de todo habría. Nuestra guerra civil dispersó el grupo, tal vez obligó a ahondar en cierto sentido la ruta vital de algunos, tal vez malogró la vocación de unos o avivó la de otros. Pero ahí están, de todos modos, esos «Cuadernos» como testimonio de los nobles afanes literarios de unos jóvenes generosos».

**205. DE UNA GENERACIÓN. «II. Hacia la madurez», *Falange, Las Palmas de Gran Canaria*, 14 de julio de 1949. (*Pulso del tiempo*, 1953: 259-263).**

Como ocurre que muchas veces —más de las que deseo— hay gente que me lee (y no personas) y por torpeza o mala fe suelen tomar el rábano por las hojas, me apresuro a advertir (para no darles demasiadas hojas sueltas) que cuando escribo de «mi generación» no afirmo, ni mucho menos, que el grupo a que me refiero sea «toda» mi generación. Como es obvio había muchísimos más estudiantes en ella, y otros que no lo eran que tendrán obra estimable, pero yo me limito sólo a los de mi conocimiento. Se trata, por tanto, de una voluntaria y obligada relación parcial. Al referirme a su madurez entiéndase una madurez orgánica. Perfección es otra cosa. Azora un poco aclarar semejantes extremos, pero una triste experiencia reciente me subraya la necesidad de curarme en salud.

La guerra española dispersó, en efecto, a esta generación, a la que casi todos los citados pertenecíamos (y algunos más que habré olvidado, porque mi memoria es muy mala): unos marcharon fuera de España (los menos), otros nos quedamos. Pasiones que ensombrecieron las almas rompieron amistades o convirtieron otras en lazos indisolubles. Cuando en 1941 fui a terminar mi Licenciatura los maestros, los compañeros y hasta el edificio eran otros. No obstante, alcancé, si bien con brevedad, el magisterio de don Dámaso Alonso y terminé la carrera junto con López Estrada, después catedrático de La Laguna. Con nosotros acabó también la escritora Eugenia Serrano.

¿Qué habían hecho, hacían y hacen mis compañeros, amigos y conocidos de «mi tiempo» universitario y juvenil de aquellos tres años 1933-1936?

Alonso del Real se licenció y doctoró en Filología Clásica, escribe en diarios y revistas y trabaja en la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas de la que es secretario, con el señor Martínez Santa Olalla; Manuel Granell terminó sus estudios de Filosofía, en 1946 publicó sus *Cartas filosóficas a una mujer* en la editorial «Revista de Occidente» y de este año en que escribo es su *Lógica*, de la misma editorial. En la obra de Granell está patente el magisterio de Ortega.

Darío Fernández Flórez creo que terminó sus estudios de la sección de Historia. Ha publicado varios libros, entre los que recuerdo *La vida ganada*, auto representable, que apareció en 1942 y *Crítica al viento*, del año pasado. Luis Rosales timoneó la revista «Jerarquía», aparecida, me parece, por 1940. Terminó su Licenciatura de Filología Moderna y por el citado año publicó su *Retablo sacro del Nacimiento del Señor*. En colaboración con Luis Felipe Vivanco ha publicado: *La mejor reina de*

*España y Antología de poesía heroica española*. Su firma aparece casi siempre en publicaciones poéticas actuales y revistas de importancia. Germán Bleiberg también acabó sus estudios de Filología Moderna y ha publicado tres libros de versos más: *Más allá de las ruinas*, en 1947 y *El poeta ausente* y *La mutua primavera* en 1948; activo colaborador del *Diccionario literario* que acaba de publicar la editorial «Revista de Occidente». Alvaro D'Ors ha publicado textos latinos en «Clásicos Emérita» y es catedrático de la Universidad de Santiago, si bien la cátedra que profesa es de Derecho. La obra de Antonio Tovar es bien conocida; su ediciones anotadas en «Clásicos Emérita», su *Sintaxis Latina*, *Vida de Sócrates* y otras obras le hacen figurar a la cabeza de nuestros filólogos clásicos. Es catedrático de Latín en la Universidad de Salamanca, donde timonea la revista universitaria «Trabajos y días» y en la actualidad da cursos en Buenos Aires. Las buenas revistas profesionales y de cultura insertan con frecuencia su firma. Leopoldo Panero, que sólo iba —creo que por afición— a las clases del Dr. Montesinos, se licenció en Derecho y ha estado largas temporadas en el Extranjero. Me parece que no ha publicado libro alguno todavía, pero las revistas traen a menudo valiosas muestras de su obra poética.

Alonso Zamora se licenció y doctoró en Filología Moderna. Fue primero catedrático de Instituto en Mérida y luego de Universidad en Santiago. En la actualidad es Catedrático de Filosofía Románica en la Universidad de Salamanca y profesa al presente, como Tovar, un curso en Buenos Aires. Ha publicado un interesante estudio sobre *El habla de Mérida*; ha editado, prologado y anotado para «Clásicos Castellanos» el *Poema de Fernán González*, teatro de Tirso, etc. Colaborador de importantes revistas y del *Diccionario Literario* de la editorial «Revista de Occidente». Leopoldo Eulogio Palacios es, en la actualidad, catedrático de la sección de Filosofía en la Central; dirigió la excelente revista «Finisterre», que cesó en diciembre último, según creo. Colaborador, también, de importantes revistas.

Lolita Franco que se licenció en Filología Moderna, tradujo y prologó para la editorial Pegaso varios discursos y escritos de Napoleón con el título *De Córcega a Santa Elena*, que publicó en 1941. En 1944 apareció su valiosa y utilísima antología literaria titulada *La preocupación de España en su Literatura*, que prologó Azorín. Desde Cervantes a Rubén Darío pasa una perspicaz mirada por la obra de Quevedo, Saavedra Fajardo, Gracián, Feijóo, Cadalso, Forner, Jovellanos, Quintana, Larra, Balmes, Donoso Cortés, Valera, Galdós, Pardo Bazán, Menéndez Pelayo, Ganivet, Unamuno, Baroja, Azorín, Antonio Machado, Maeztu y Menéndez Pidal; en la que destaca cómo han entendido y sentido a España cada uno de estos escritores. Las introducciones que incluye al frente de cada trozo escogido son atinados nexos que componen un fino ensayo sobre el caso o el «problema» español, y el de España como caso. Ha publicado trabajos en «Escorial», «Ínsula», «Diccionario Literario» de la «Revista de Occidente», etc.

María Josefa Canellada se licenció y doctoró en Filología Moderna. Desde la época estudiantil trabajaba en la pulcra y responsable labor anónima del «Índice Literario» del Centro de Estudios Históricos, revista que orientaba Pedro Salinas. En un tiempo trabajó en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y continuó la labor de Navarro Tomás en el Laboratorio de Fonética, con singular competencia. En 1944 publicó deliciosas narraciones infantiles. Un extenso e insuperable trabajo suyo ha editado el citado Consejo Superior sobre *El habla de Cabranes*, estupenda contribución al bable; ha publicado un minucioso trabajo de entonación, —dentro de su campo de Fonética experimental— en la «Revista de Filología Española»: colaboradora del «Diccionario Literario» citado y de la edición de Alonso Zamora sobre el teatro de Tirso, etc. Ha explicado Provençal en la Universidad de Salamanca.

Ezequiel Benavent es, en la actualidad, canónigo de la Catedral de Málaga e ignoro si escribe trabajos literarios o de otra clase; María Luisa Oliveros, Licenciada en Historia, opositó al Cuerpo de Archiveros y ha dirigido el Museo de Toledo hasta que prefirió un cargo en la Biblioteca del Casino de Madrid; Consuelo Moreno es hoy Inspectora de Primera Enseñanza en Palma de Mallorca y Licenciada en Pedagogía; Margarita Sánchez no acabó la carrera e ingresó en el personal del Ministerio de Industria; Matika Goulard se licenció en Filología Moderna y al presente da cursos en Estocolmo, en donde vive desde 1936, si no recuerdo mal. Anselmo Romero profesa hoy Pedagogía en la Universidad de Madrid y colabora en revistas profesionales. Arturo del Hoyo veo que colabora desde hace tiempo en varias revistas y últimamente lo leo con frecuencia en la útil y difundida «Ínsula». También era universitario de mis tiempos el marino Julio Castro, autor de un grato libro de versos *La voz apasionada*, aparecido en 1933. No sé qué ha sido de él.

Por la Facultad solía ir un joven alto, rubio y feo, no universitario, y gran amigo de Lolita Franco. Mi entrañable amistad con ella permitió que charláramos bastantes veces los tres sobre muchas cosas. Nuestro amigo hacía entonces versos —que Lolita le leía amablemente— y tenía mala suerte con las revistas, porque cesaban en cuanto él iba a colaborar. Este joven, de verdosa mirada celta, se llamaba Camilo José Cela.

Amistades y hasta relaciones de amor se rompieron entre estas personas, omitiré las quiebras para citar las soldaduras: Lolita Franco se casó con Julián Marías y María Josefa Canellada con Alonso Zamora. Otros y otras de los que he aludido y nombrado se han casado con personas ajenas al «grupo» universitario; algunos están a punto de casarse y otros no hemos encontrado quien nos aguante. Y hasta aquí mi registro objetivo de los hechos. Ahora voy a ocuparme de Julián Marías.

**206. DE UNA GENERACIÓN. «III. Julián Marías», *Falange, Las Palmas de Gran Canaria*, 15 de julio de 1949. (*Pulso del tiempo*, 1953: 265-269).**

Era Julián Marías, cuando lo conocí, un muchacho estudiante de Filosofía propiamente dicha, muy estudioso y preparado, serio, acaso un poco seco, descuidado en la indumentaria y que entendía las clases de Zubiri; ello y su conocimiento de idiomas clásicos y modernos me hicieron mirarlo con respeto desde el primer momento. Pero confieso que al principio me fue poco simpático. De todos los discípulos propiamente tales que Ortega tenía entonces, el más valioso de todos ha resultado ser Marías, que ha alcanzado un relieve independiente —aun en la filial corriente orteguiana— y destacado en la Filosofía española. La mayoría de los entonces discípulos de Ortega tenían «poca gracia vital» y poseían ese natural y petulante esoterismo de «iniciados» que es sólo un virus de la primavera y parte del estío de la vida.

En 1936 Marías se licenció en Filosofía con Premio Extraordinario. Estuvo en el Crucero por el Mediterráneo y su *Diario*, como dije, mereció en parte la publicación. Asistió en 1934 al curso de la Universidad de verano de Santander. Todavía estudiante colaboró, además de en nuestros «Cuadernos», en «Cruz y Raya» y la «Revista de Occidente». Dio varios cursos —siendo estudiante también— en la entonces Residencia de Señoritas y me parece que, con otros varios, organizó unas clases para preparar a sus propios compañeros a fin de ayudarles en el temido «examen intermedio», que entonces se exigía. De esta época datan sus primeras traducciones publicadas.

En 1941 apareció su conocida y hoy prestigiosa *Historia de la Filosofía*, texto oficial en alguna Universidad americana y valioso auxiliar para los muchachos que preparan Examen de Estado, así como para los universitarios todos. La claridad y

precisión que Marías ha heredado de Ortega, en la exposición sistemática de la disciplina, ha hecho de la «Historia» de Marías un libro clásico en la bibliografía filosófica española. En 1948 ha salido la cuarta edición de este libro ejemplar.

De ese mismo año es su obra sobre *La filosofía del Padre Gratry*. El Padre Gratry era un filósofo católico francés del siglo XIX, un «olvidado» que Marías casi desenterró y de cuya obra fundamental *El conocimiento de Dios* hizo una acabada exégesis. Fue un éxito para Marías que el tribunal universitario destinado a juzgar esta obra como tesis doctoral la suspendiera (con el expreso e indignado voto en contra del señor García Morente, ya sacerdote), pues *La filosofía del padre Gratry* fue publicada al punto por las ediciones de la revista «Escorial» y su segunda edición ha aparecido en Buenos Aires el año pasado, prueba incontrastable de que la pasión a ciertas gentes les puede llevar incluso al ridículo.

En 1943 aparece su hermoso libro sobre *Miguel de Unamuno*, editado por Espasa-Calpe y al que hice una extensa nota el mismo año en la revista madrileña «Arte y Letras», núm. 11. Este libro alcanzó el año 1947 el Premio Fastenrath de la Real Academia Española.

En 1944 recogió Marías sus estudios dispersos en revistas (entre ellas nuestros «Cuadernos») en un volumen editado por la editorial «Revista de Occidente» bajo el título *San Anselmo y el insensato y otros ensayos*. De 1947 es su obra doctrinal más profunda o sea *Introducción a la Filosofía*, según la «razón vital» o sea conforme a la doctrina filosófica de Ortega. Limitaciones de tiempo y diversos azares personales me han impedido glosar algunos de los inquietantes, a veces hasta apasionantes, capítulos de la *Introducción* de Marías, y sólo la falta de curiosidad proverbial en el español ha determinado que sea obra poco leída. Aseguro que el lector serio encontrará en esta obra de Marías más sorpresas de las que a primera vista pudiera sospechar. Y no creo equivocarme al afirmar que época vendrá en que este libro de Marías será tenido muy en cuenta.

Con trabajos aparecidos como prólogos y publicados en revistas ha editado la Colección Austral su volumen 804, que lleva por título inexacto *La Filosofía actual*, siendo así que Marías sólo quiso escribir *Filosofía actual*, pues únicamente se ocupaba de los filósofos Unamuno, Ortega, Morente y Zubiri y no de toda la filosofía española actual, pero los editores tienen sus caprichos, aunque los autores se contraríen con ello. Es posible que la afirmación que hace Marías en el prólogo de este libro de que Ortega, Morente y Zubiri han constituido «una escuela de Filosofía» sea discutible en algún punto. No basta que García Morente afirmara su amistad y admiración orteguiana, o que Zubiri se pregone discípulo y aún «hechura» de Ortega para que efectivamente lo sean. García Morente más que filósofo propiamente dicho, era un maravilloso expositor de filosofía y maestro ejemplar; las dificultades que entraña Zubiri para mi y para otros tan sinceros como yo —ya las he expuesto— no me parecen estos dos nombres insertos en el *corpus* doctrinal específicamente orteguiano por lo que al nervio central de su metafísica se refiere; más dependiente de ella es quizás la obra de Gaos, de Marías y acaso de Granell, pero la de Marías sobre todo.

En diciembre de 1948 la colección «Viento sur» ha editado con pulcritud la obra de Marías, *Ortega y la idea de la razón vital*, que se ha repartido a primeros de este año y acabo de leer; en ella hace el joven pensador una irreprochable exposición de la filosofía de su maestro. En estos días acaba de aparecer en la editorial «Revista de Occidente» su última obra *El método histórico de las generaciones*, que aún no ha llegado a mis manos y en la que Marías reúne las lecciones que sobre el tema ha dado en el Instituto de Humanidades.

Parte de su obra ha sido traducida al portugués en 1943 y ha publicado sugestivos trabajos en la desaparecida revista barcelonesa «Leonardo», en la de «Psicología general y aplicada» de Madrid y en «The Dublin Review», de Londres. Una extensa y utilísima antología filosófica publicó en 1943 con el título *El tema del hombre*. Ha anotado y cuidado el texto de *Discurso de metafísica* de Leibnitz en 1942; el de *Sobre la felicidad* de Séneca en 1943 y el de la *Teoría de las concepciones del mundo* de Dilthey en 1944. Del alemán y del francés lleva traducidos hasta ahora unos once libros: *Introducción a la Filosofía* de R. Lehmann en 1935, cuando aún era estudiante de Filosofía; en 1940 tradujo *Viaje por los valles de la quina*, volumen 163 de la «Colección Austral»; la importante obra de Max Scheler: *De lo eterno en el hombre* y *El dinero y el oro* de H. H. Aschof. En 1941, *El conocimiento de Dios* de Gratry y *La crisis de la conciencia europea*, el gran libro de Paul Hazard. Otros dos libros traduce en 1943: *Guerra y capitalismo*, de Sombart y *Sobre el saber filosófico*, de Kant. En 1944 traduce el *Discurso sobre el espíritu positivo*, obra clásica de Auguste Comte; en 1945 *Introducción a las esencias del espíritu de Dilthey* y en 1946 una nueva obra de Paul Hazard: *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*.

Importante participación ha tenido en el *Diccionario Literario* que acaba de publicar la editorial «Revista de Occidente».

Marías es uno de esos raros casos españoles de honestidad profesional y casi el cuerpo íntegro de su producción pertenece al recinto de la meditación o la síntesis filosófica. Fue uno de los jóvenes que no fluctuó en lo que había de ser su destino profesional y acaso personal, una vez decidido lo que tenía que hacer y ser. A su labor rigurosamente intelectual *sensu strictu*, Marías ha añadido una importante dedicación a las clases, las conferencias, y los cursos. Con un grupo de compañeros y amigos fundó en 1941 el centro privado «Aula Nueva», de fecunda labor pedagógica, en la que tanto se preparaba el Examen de Estado de futuros bachilleres (que en Canarias seguimos llamando «Reválida») como se profesaban cursos universitarios. Preciso, seguro, elegante en la exposición, aúna sus buenas dotes de escritor a las de conferenciante. En 1944 disertó sobre Unamuno en la Sociedad de Geografía de Lisboa, expresamente invitado para ello; en 1946 la Universidad de Granada lo invitó a dar un cursillo sobre Filosofía escolástica, que verificó, y este año, con su maestro Ortega y otras prestigiosas personalidades, ha intervenido en los cursos del Instituto de Humanidades en Madrid: prolongación de él ha sido su conferencia de marzo último en San Sebastián. Invitado por el grupo católico de filósofos franceses ha estado en mayo en París. A los 35 años justos y en Filosofía, dudo que haya hombres que cuenten con una bibliografía y una «hoja de servicios» tan extensa e intensa como la que Julián Marías posee.

**207. DE UNA GENERACIÓN. «IV. Ortega a) Su labor cultural y editorial», *Falange, Las Palmas de Gran Canaria, 17 de julio de 1949.* (*Pulso del tiempo*, 1953: 270-272).**

En 1923 apareció en Madrid el primer número de la «Revista de Occidente». La dirigía don José Ortega y Gasset, catedrático de Metafísica de la Universidad de Madrid desde 1910. Ortega escribió su primer artículo en la «Revista Nueva» a los diecinueve años. A los veintisiete era Catedrático. Cuando comenzó a publicar la «Revista de Occidente» tenía cuarenta años y habían aparecido ya sus obras: *Meditaciones del Quijote*, *Personas, obras, cosas*; tres volúmenes de *El Espectador*, *España invertebrada* y acaso algún ensayo más. *El tema de nuestro tiempo* era del mismo año 1923.

El enorme servicio prestado por Ortega a la cultura española, al incorporarla a la corriente europea, ha sido reconocido posteriormente. En la «Revista de Occidente» colaboraban las firmas más prestigiosas del pensamiento europeo (recojo al azar de

números que tengo a la vista: Jung, Waldo Frank, Schrodinger, Heimscoth, Wilkinson, Simmel, Spengler, Whitehead, Hahn, Gebhardt, Huizinga, Augusto L. Mayer, Spranger, Max Scheler, Bitsilli, Hohán, Edmundo Wilson, Buckhardt, Oneken, Heinemann, Tomás Mann, Karl Vossler, Brentano, etc.), con las que alternaban las firmas nacionales del propio Ortega, Morente, Zubiri, Gaos, Gregorio Marañón, J. A. Maravall, Benjamín Jarnés, Rivera Pastor, García Gómez, Marichalar, Jorge Guillen, Pedro Salinas, Gómez de la Serna. Fernando Vela (secretario de la «Revista»), María Zambrano, Olariaga, Victoria Ocampo, Antonio Espina, Quiroga Plá, Gerardo Diego, etc., etc.

Algún paisano como Pedro Perdomo Acedo, en una ocasión; Agustín Miranda Junco (varias veces en los últimos años), y acaso alguno más que no recuerdo ahora, colaboraron también en la memorable «Revista de Occidente», cuyo último número creo que fue el de abril de 1936, aunque no estoy segura.

Ortega se propuso incorporar la obra de mayor vigencia cultural del momento europeo a la vida española. Los catorce volúmenes de la *Biblioteca de ideas del siglo XX*, que editó Espasa-Calpe bajo su dirección, representan lo que Ángel Valbuena (mi primer maestro de Literatura en La Laguna) llama en su conocido manual de *Historia de la Literatura Española*, «la gran escuela de traductores de nuestro siglo XX». Por su parte, el propio Ortega comenzaba a publicar en la editorial «Revista de Occidente», por él fundada y de su propiedad, importantes colecciones. Al lado de obras como *La Decadencia de Occidente* de Spengler; los *Conceptos fundamentales de la Historia del Arte*, de Wolfen, o las obras de Rickert, Uexküll o Adler, que pertenecen a la citada *Biblioteca de ideas del siglo XX*, Ortega editaba por su cuenta libros de Simmel, Schulten, Worringer, el famoso *Realismo mágico*, de Franz Roh, los libros de Waldo Frank, Hessen, Husserl, Huizinga, etc. Surgían las colecciones de «Manuales de Filosofía», la obra de Messer, la del propio Ortega, las aparecidas en torno al centenario de Góngora, colección de «Musas Lejanas» (que nos permitió leer *El cantar de Roldán*); colección de «Nuevos hechos. Nuevas ideas», «Los filósofos», «Los grandes pensadores», «Nova novorum», «Hoy y mañana», «Los poetas» (Lorca, Guillén, Salinas, Alberti). No acabaría en un par de páginas la relación de las obras extranjeras y españolas, cuya lectura debemos a la extensa e intensa labor de Ortega. La editorial «Revista de Occidente» sigue en la actualidad su labor, si bien con un catálogo reducido en las existencias anteriores a 1936, agotadas en su mayoría hoy.

Pero, no obstante las dificultades internacionales actuales en el orden espiritual y material, la editorial «Revista de Occidente» continúa, en la medida que las citadas limitaciones lo permiten, su obra cultural con el irreprochable y serio criterio de siempre. Ha creado la nueva colección de «Textos anotados», dirigida por Marías, ha editado nuevas traducciones de Simmel y ha incorporado el nombre de Paul Hazard a sus ediciones, libros de Vossler, de Scheler, etc.

De esta misma segunda etapa de su labor cultural es la publicación de los *Ensayos* de Morente, *Ensayos sobre poesía española* de Dámaso Alonso, del que ha editado, por primera vez, su libro de poesía *Hijos de la ira*, así como el del joven poeta Vicente Gaos *Sobre la tierra y Más allá de las ruinas*, de Bleiberg, con lo que continúan la tradición de su antigua colección de «Los Poetas». *Los Paisajes del alma*, de Unamuno, son también de esta última época.

Ortega ha incorporado —atento siempre en la captura de valores— nombres de prestigio actual a su labor editora: Marías, Granell, Tovar, García Valdecasas, Romero Murube, María Luisa Caturla, Camilo José Cela, Ramón Carande, Enrique Azcoaga y varios más, son buena muestra del cuidado selectivo de la Editorial «Revista de Occidente» en una época en la que, por desdicha, no hay demasiados para escoger.

**208. DE UNA GENERACIÓN. «IV. Ortega b) «Su influencia en la vida española y su magisterio», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 19 de julio de 1949. (*Pulso del tiempo*, 1953: 270-272).**

Dudo que en mucho tiempo vuelva a existir en la vida española una persona de influencia tan alta y decisiva en la misma, muy especial entre la juventud, como la tuvo don José Ortega y Gasset. No niego que, junto a los homenajes, ha tenido vivos reproches. No voy a desmentirlos. Adviértase, por si sirve de algo, que las épocas caldeadas por la pasión —tampoco digo que ésta sea mala— no son apropiadas para un análisis objetivo y sereno. A unos les ha tocado y les toca discutir y combatir a Ortega. En los días que escribo está en Nueva York invitado en su calidad de ser «uno de los seis primeros humanistas del mundo», según leo en el parte de la agencia «Efe». Una persona egregia o una persona modesta, en sus méritos es susceptible siempre (por fortuna para ella) tanto de ser alabada como combatida. Sin duda que el bando de los que alaban como el de los que combaten tienen sus razones porque la imperfecta naturaleza humana (por valiosa que sea), como el prisma, posee más de una cara. Así que, frente a Ortega, cabe elogiarlo o combatirlo. Unos con razones estarán en el bando de los que atacan a Ortega. A mí me ha tocado estar en el de los que lo alaban. Cuestión de filas nada más.

No es esta la hora, ni de momento me interesa, de aludir a su eficacia o ineficacia en la vida pública española en aquellos preñados años tormentosos de mi formación. Preciso es confesar que su gran prestigio estuvo en alza o que —usando su lenguaje— su «poder social» era tan enorme por su actuación política, de política sustantiva y jamás de partido. Cuando el torso público de entonces comenzó a cuartearse, Ortega se apresuró a lanzar su «rectificación». Por otro lado, a proféticas suenan las palabras que tantos le oímos en su curso «En torno a Galileo», dado en la cátedra de Valdecillas, y que recoge en sus *Obras Completas*.

Esta adhesión permanente de Ortega a la verdad —donde quiera que ella se encuentre— le sitúa en el grupo del filósofo *sensu strictu* que desde los días socráticos se han distinguido por su amor específico a la verdad; y era este Ortega pensador y amante de la verdad el que en gran parte de nosotros actuó. No significaba para mí lo mismo leerle su doctrina metafísica desde las lejanas páginas de *El Sol* en una isla atlántica, que oírsele a él exponer y explicar con su pedagógica claridad de gran maestro. Imprimía en sus modulaciones de voz acentos tan apropiados y expresivos, metáforas tan vivas e ilustradoras, que a veces me parecía que dramatizaba, representaba, la gran pieza doctrinal de su metafísica en tres actos: exposición de la tesis realista y sus fallos, y superación de este primer acto por la tesis idealista y sus fallos, y exposición de la tesis de la «razón vital» sin fallos.

El que Ortega haya publicado casi toda su obra hasta 1936 en periódicos —singularmente en *El Sol*, (y luego en *Crisol* y *Luz*)— y el que no haya todavía publicado un apretado tomo que inserte su doctrina filosófica articulada en capítulos, escollos, tesis y antítesis, «considerandos» y «resultandos», etc., etc., ha hecho pensar a los que reparan muy poco que su valor como filósofo de cuerpo entero es harto discutible. Hasta ahora mismo atrae él sobre sí el título de «periodista» cuando ha replicado a los corresponsales de Prensa en los Estados Unidos: «soy de la tribu; soy periodista y un periodista no entrevista a otro». Ya sabemos lo que entraña este orteguiano «decir formal», pero la razón poderosa y necesaria de su actividad, no de periodista sino en los periódicos, la dio en 1932 cuando dijo: «Quien quiera crear algo —tiene que aceptar a ser aristocrática— tiene que acertar a ser aristócrata en la plazuela intelectual que es el periódico».

Desde 1914 Ortega comienza a perfilar la idea fundamental de lo que será su metafísica en las *Meditaciones del Quijote*, si bien Julián Marías la hace anteceder a 1910 an el ensayo *Adán en el Paraíso* (Véase, de Marías, *Ortega y la idea de la razón vital*, pág. 32) y que, reiterada y ampliada en obras posteriores, articula doctrinalmente en 1929 en su curso de la sala Rex «¿Qué es Filosofía?», donde ya he dicho que la leí por vez primera. Ignoro si antes la había expuesto en el ámbito privado de ta clase, aunque es de presumir. Al ser publicada por vez primera como reseña de un curso extrauniversitario es cuando, según tengo dicho, García Morente comentó y aclaró más, si cabía, la doctrina filosófica del maestro. ¿Cómo se puede tener la tranquilidad de no ser un necio (*nescio*), de poner en entredicho un *corpus* doctrinal apuntado en gran parte de la obra orteguiana, explicitado en un curso público y luego en todos los que dio hasta 1936 en su cátedra oficial y aplicado en ese espléndido prólogo al libro del conde de Yebes, escrito en 1942? (Acerca del uso expreso del método de la «razón vital» que el propio Ortega hace en esta prólogo, véase, con detalle, el libro de Marías *Filosofía española actual*, de la Colección Austral, citado ya por mi). Misión de sus discípulos y adeptos ha sido una labor de síntesis y exégesis que llevaron a cabo Morente y Marías. Pero Marías todavía más, pues, como verdadero discípulo, ha escrito nada menos que una *Introducción a la Filosofía* conforme a la «razón vital» y parece que Granell una *Lógica*, si bien no conozco aún esta obra reciente. Los devotos del «libro» o del «manual» podrán tranquilizarse, si bien he de advertir que el propio Ortega dará, Dios mediante, la articulación de su sistema en una obra determinada.

La existencia del sistema doctrinal orteguiano le llevó a la necesidad de crear un lenguaje expresivo con valor específico; es decir, a informar el cascarón vacío que es la palabra en su morfología de un contenido preciso. Las palabras «claro» y «distinto», que Descartes carga de una significación que no es la común, están en el mismo plano de las palabras «circunstancia», «certidumbre radical», «realidad radical» o «razón vital», de una semántica distinta a la común en el léxico filosófico orteguiano.

Ya conté cómo debo a Ortega, a pesar de mis nulas dotes para la Filosofía y mi falta de preparación en esta disciplina, aparte de una honesta «información» filosófica (que también debo a Morente y a Gaos) el haber asistido a la experiencia (vamos a llamarla así) de ver cómo se hace Filosofía y de usar de su método como guía en mis sencillos trabajos literarios. Agilidad crítica ha sido la de mi joven amigo Ventura Doreste al comentar mi cuadernillo *Con la voz del silencio*, cuando me advierte: «Escritos hace algunos años, estos poemas en prosa descubren la influencia de Ortega; influjo del que, con el tiempo, María Rosa Alonso no se ha desprendido». (El *Museo Canario*, núm. 20).

Así es, en efecto. A gran parte de los españoles que escribimos (más o menos modestos) nos ha enseñado a pensar Ortega y a escribir Azorín, y cuando uno cree habérselos sacudido (por respeto a ellos, desde luego, ya que su magisterio nos honra demasiado), esa «circunstancia» o esa «certidumbre radical» se nos enreda en la pluma o en las letras de la máquina de escribir en párrafos menudos, a base de oraciones yuxtapuestas. Probablemente tiene más ventajas que haber aprendido a pensar con Sanz del Río y a escribir con Palacio Valdés.

**209. DE UNA GENERACIÓN. «IV. Ortega c) «Ortega y la idea de la razón vital», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 20 de julio de 1949. (*Pulso del tiempo*, 1953: 278-284).**

La lectura del libro de Marías que lleva este título ha suscitado en mi —contra lo que pudiera sospecharse de un libro de Filosofía— una resonancia sentimental y personalísima. La voz de Ortega es algo inolvidable. Una amiga mía poco «intelectual»



—para fortuna suya y de mí persona— me escribía emocionada por la gran impresión que le había producido la puntual asistencia al curso «Una nueva interpretación de la Historia Universal», que dio Ortega en el Instituto de Humanidades. De la última lección me escribe esto: «Me pasaría la vida oyéndolo hablar y sin darme cuenta de que la vida pasaba. Fue emocionante la despedida; la sala estaba abarrotada de público que, puesto en pie, aplaudía con entusiasmo; fue en su última lección una pura lección, una maravillosa exposición de su enorme dimensión humana». Me ha resultado de gran interés esta sensación de «valor humano» que la persona de Ortega ejerce, controlado por una persona sin cultura intelectual ni profesional alguna. De cualquier manera, verifica el «valor humano» del oído y la oyente.

Esto, en verdad, es lo primero que me produjo el enfrentarme con Ortega una mañana de 1933, en el aula 217 del flamante segundo piso de la Facultad madrileña: su gran valor humano. La Filosofía en su voz adquiría el estremecido valor de lo vivo y patente. La exposición que Marías hace ahora de unas lecciones que oí con él y tantos más, tienen la virtud, desde esta isla española, de llenarme el hueco ausente de la voz de Ortega que parece henchir los vientres y nodos de su fonética en la solitaria habitación que escribo, al releer párrafos oídos hace tantos años y que revivo y «reoigo» en el recuerdo.

Pudo creer alguna vez la ciencia que tenía en sus manos toda certidumbre primera y efectiva, toda vez que, apoyada en la demostración o en la experiencia (según fuera especulativa o experimental) caminaba por una senda firme, hecha con principios demostrables y comprobadas. Todo lo demás eran tesis sin verificar, teorías, «filosofía», en suma, en una época en que la última palabra atrajo para sí un desprestigio peyorativo, nacido acaso en periodos de escasa suficiencia filosófica; pero he aquí que en los «principios» es donde justamente la ciencia falla en cuanto tal, porque ella, que. lo demuestra todo, no puede demostrar sus «principios». ¿Es verdad que por un punto exterior a una recta sólo se puede trazar una paralela a ella? En el espacio euclidiano, desde luego, pero ¿es verdad que en el espacio tiene tres dimensiones? La matemática no euclidiana supone las cosas de otro modo y, en este supuesto, son infinitas las paralelas que por el punto en cuestión pueden trazarse. La Geometría que hemos aprendido siempre contaba con un espacio en el que se aloja el cuerpo y con un tiempo en el que transcurre la operación matemática, pero el espacio y el tiempo ¿qué son?

En el punto que la Ciencia acaba aparece la Filosofía.

Pero el punto de partida de toda auténtica Filosofía —insistía mucho Ortega— precisa de una «certidumbre radical». Necesitamos estar absolutamente seguros (como la experiencia cartesiana advierte) de ese punto de partida en el que apoyar todo lo demás. Una realidad primaria que se afirme en sí misma, indubitable, que no implique a otras (como ocurre al número dos que, sin dejar de ser dos, por ejemplo, está implicado en el número cuatro), ni las complique (como el color, que complica siempre extensión). Tales son las condiciones que necesita la «realidad radical» para ser posible y para que tengamos «certidumbre radical». Una realidad que abarque toda la «circunstancia» o mundo, que es todo lo que hay, o sea una realidad universal.

Ortega nos mostraba cómo para el hombre antiguo y medieval lo que había eran cosas, independientes del yo que tiene que habérselas con ellas. De la palabra latina *res*, cosa, surgió el término «realismo» para denominar la tesis aristotélica hasta el XVII. Ortega obliga a la tesis realista a pasar por todas y cada una de las condiciones que una tesis precisa para ser radical (que acabo de citar) y se encuentra —siguiendo la crítica que en el XVII se hace al «realismo»— con que éste no resiste el reactivo total que necesita la «realidad radical». La tesis del hombre del XVII, o sea la «idealista», al comprobar que las cosas no existen sin la intervención del yo, afirma como realidad

indubitable la del yo en tanto que pienso, esto es, la del pensamiento. Así se llega hasta fines del siglo XIX, y primeros del actual con Husserl y su *Fenomenología*.

Pero a su vez Ortega hace pasar a la tesis idealista por la misma piedra de toque. Una tarde, con gran alteración de sus nervios, cogió la tiza y nos dibujó en la pizarra un esquema en dos tiempos gráficos que representaba el yo y el objeto (un toro) y el yo, el objeto, y el pensamiento de ese objeto. Al idealista le han quitado el mundo, so ha quedado sin cosas y tiene que sostenerse a sí mismo. «Como aquel barón —nos decía Ortega en una de sus expresivas metáforas— que tenía que salir del pozo tirándose de las orejas». Al afirmar como «realidad radical» el pensamiento, el «idealista» cae en la creencia de que una convicción es un pensamiento. El que la realidad sea para el idealista el pensamiento es otro pensamiento, con lo cual la verdad primaria queda incluida.

La «realidad radical», pues, no son ni las cosas sin mi (como quería el «realismo») ni yo sin las cosas (como pensaba el «idealismo»). La «realidad radical» es que lo que hay es: yo y las cosas, conviviendo yo con ellas, coexistiendo con las mismas. De aquí el principio de la metafísica orteguiana de parecido rango al *cogito* cartesiano: «yo soy yo y mi circunstancia».

El tener que habérselas con las cosas, o el coexistir del yo con las cosas, es lo que llama Ortega vida. La «realidad radical» de su metafísica es, pues, la vida humana. Vida es todo lo que hacemos pero con entera conciencia de que es. «Vida es saber que vivimos, encontrarnos en un mundo, ocupándonos con cosas y seres. Estas palabras vulgares: encontrarse, mundo, ocuparse, son palabras ahora técnicas en esta nueva filosofía», decía Ortega desde 1929, cuando reclamaba la prioridad tenida al formular la idea de coexistencia, al tiempo que se complacía en reconocer que era Martin Heidegger, quien había llegado más adentro en el análisis de la vida. La vida, para Ortega, es libertad y fatalidad, generalidad e individualidad y tiene —como el ser aristotélico o kantiano— sus «categorías».

El método de la metafísica orteguiana es lo que el propio Ortega llama «razón vital». Virtud del libro de Marías ha sido sintetizar y comentar a su vez con especulación propia el método orteguiano en una exposición clara y suficiente. Frente a la kantiana «razón pura», abstracta y universal, opone Ortega una razón que es tan función vital como los sentidos, o aprensión conceptual de las cosas dentro de mi vida. La «razón pura» tiene que ser sustituida por la «razón vital»: ese es «el tema de nuestro tiempo», subraya Marías.

En el «racionalismo», la razón de un esquema de las cosas, suplanta la realidad al entender que las cosas son como las ideas; al enfrentarse esta razón del «racionalista» con la realidad de lo humano, falla. Porque lo humano no gravita siempre conforme a ese patrón conceptual, sino que es, en gran parte, irracional. No es un misterio que sea por la misma época en que se formula este irracionalismo cuando el arte «se deshumaniza» y he ahí ese «irracionalismo» en el que el bueno de Ted Dyrssen está «todavía» alojado para irritación del bueno del espectador «razonable», que, «desde su razón» protesta con ella del arte «irracional» que el escultor sueco ha expuesto en el Circulo de Bellas Artes tinerfeño.

La razón vital (la única vigente para Ortega) no actúa a *priori* para determinar cómo debe ser la realidad, sino que da razón (como el rótulo que nos da la razón de donde se venden solares) de la realidad tal y como es. Frente a la razón universal y abstracta, la razón vital es una razón concreta. Ya en 1933 en el aludido curso «En torno a Galileo» nos decía Ortega: «es una y misma cosa con vivir, la razón vital».

La vida que lo es en tanto que se da impuesta de que es vida, supone un vivir por algo y para algo, porque la vida no nos es dada hecha sino que tenemos que hacerla.

No piensa el hombre porque sea un ser racional, sino que piensa para saber a qué atenerse y poder vivir, por tanto. Vida es razonar ante la inexorable y concreta circunstancia. La razón es el órgano de la comprensión de la realidad radical que es nuestra vida, es la razón de la vida y ello es lo que quiere decir razón vital. (Véase con mayor extensión esto en la obra de Marías a que me vengo refiriendo, pág. 47).

Inmerso el hombre en el acontecer y en una sociedad y encontrándose dado un pasado detrás, para dar razón de algo humano tendrá que apelar a la historia. La razón vital es histórica. De aquí esa historicidad que advirtió Morente en el pensamiento orteguiano. «El acontecer y transcurrir —escribió Morente en 1929— no es algo que le sobrevenga al hecho, sino que el hecho es esencialmente un acontecimiento, un transcurrir: tiempo». Y más arriba: «El tiempo no es para Ortega y Gasset el marco o continente de la historia, sino la historia misma, el acontecer mismo». Y todavía: «En el pensamiento de Ortega y Gasset la historicidad, la realidad del tiempo y la temporalidad de lo que acontece son datos primarios de la vida, es decir, del punto en donde comienza la construcción filosófica». (

Vid. Morente en *El Sol* del 8 de junio de 1929. Siento no citar su obra *Ensayos*, 1945, que no poseo y donde supongo esté recogido este trabajo).

De aquí la preocupación de Ortega por el problema de las generaciones y las crisis históricas, que determinan sus obras *En torno a Galileo*, *Sobre la muerte de Roma*, *Historia como sistema*, *Del Imperio romano*, etc. Al existir «el hombre» y «la gente» en una relación que, ya puede ser «interindividual», en la que cada persona conserva su individualidad (como ocurre en la amistad o en el amor), ya puede ser social, en donde el hombre no actúa en cuanto hombre, sino en cuanto «gente», nos explica que Ortega haya tratado con particular interés al hombre, que puede ser el genérico «hombre interesante» o el concreto hombre que se llama Mirabeau, Kant o Goethe, bien al hombre complicado en la «gente», ensimismado o alterado, actuando gregariamente y adueñándose del poder. La aparente disparidad de la obra orteguiana aparece así como la ordenación de las piezas de un rompecabezas; ahora podrá explicarse el lector estos títulos de otros tantos ensayos y obras de Ortega: *Estudios sobre el amor*, *Ensimismamiento y alteración*, *La rebelión de las masas*, etc. En un detenido y sistemático cuadro sinóptico de las líneas fundamentales de la metafísica orteguiana podríamos llenar casi todos los espacios con un título de una obra suya. Ortega y Marías desdeñan bastante «la erudición», pero una sinopsis de este tipo que brindo, desde mi modesta «erudición» de guardarropía, sería de gran utilidad docente, pero nunca podría ultimarse en tanto la obra de Ortega (Dios quiera que sea lo más tarde posible) sea, de verdad, una «Obra completa».

Lo tremendo de la relación social es que no siempre se presenta bajo la forma de convivencia humana positiva y puramente social, sino que a veces es antisocial. El liberalismo (y su utópico extremismo que es el anarquismo) creyó que la convivencia humana podría organizarse espontáneamente; pero la realidad es que hay que poner orden, viene a decir Marías glosando la afirmación orteguiana, con esa «triste faena», «pero inexcusable que se llama el Estado». De aquí que, como Platón y Aristóteles y otros grandes pensadores, Ortega tenga también su *Política*. Sus obras políticas (no recogidas en su mayoría todavía en la última edición de *Obras Completas*), obedecen a este apartado de su gran construcción filosófica que, como puede verse, perfila cada vez más las aristas del *corpus* doctrinal, unitario y sistemático de su metafísica, que el mismo Ortega no ha terminado aún de redondear y concluir, porque, por fortuna, está en entera plenitud creadora todavía. Buena guía orientadora de un itinerario por esta metafísica orteguiana es el libro de Julián Marías con el que suplirá el lector interesado mi menesterosa formación filosófica.

NOTA. —De una excursión que hicimos en 1934 con Ortega, por tierras de Castilla, conservo esta foto. De derecha a izquierda: Núñez, Ortega, Durán (fallecido al año siguiente) y Marías, cartera en mano.

**210. PLUMAS DE LAS ISLAS. «En el Puerto de la Cruz», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 29 de julio de 1949.** Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 26 de agosto de 1949. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 243-245).

Por el castillo de San Felipe habla el mar alto y bronco. A los pies del convento de Santo Domingo su voz es grave. En Martiáñez, al reflujó del atardecer, la palabra del mar es un susurro. Oda en San Felipe. Soneto en el Peñón. Madrigal en Martiáñez. Sinfonía wagneriana en el encrespado entrante derecho del castillo; mirlos de arpegios de la Danza de Anitra por los malecones del viejo convento; flecos polifónicos del Arabesco de Debussy en la playa. El castillo para Claudio Lorena; de los malecones tomó posesión el humilde Marcos Baeza. Martiáñez para Joaquín Sorolla. La luz y los muros de buganvillas y madre selvas los receta a dosis, en acuarelas mágicas, el doctor Bonnin, de la barba florida como Mío Cid.

En el torreón de Ventoso cruje sus faldas de raso la melancolía. Por el mirador de Lavaggi la soledad enjuga en el aire su lágrima única. El muflón truncado del muelle restaña sus heridas con el esparadrápó de los musgos, que taponan cicatrices de coral. A punto de caer al mar los dragos de «La Paz», con su plumero verde, limpian el polvo a las estrellas.

Recogido sosiego en la Plaza de la Iglesia con su reloj clueco, en la torre, que tose unas horas más largas que en parte alguna. Despernegada chiquillería espera por la garganta de La Ranilla. Jocunda mocedad soleada en la dominguera Plaza del Charco con el centro de mesa de su fresca ñamera.

Sin fiordos, sin viejos galeones, ni historia de mares remotos, sin barcos que vengan ni vayan a la China, sin marinos con barba ni ojos verdes o azules, que pasmen al misterio enredado en las mallas fantásticas de sus cuencos de colores, este muelle es pasado de un futuro que ya no es presente. ¿Qué se puede contar en aquellas tabernas de un muelle en ruinas? ¿Correrá por las mesas de las chicas ventas ranilleras, acuñada en la voz de un viejo, la historia de los franceses muertos en 1810, o el asesinato del inglés, junto al Cementerio, una de las veces que menos corrió la muerte en busca de su presa?

¿En qué rincones antiguos gimen de silencio los secretos? ¿Qué alma privilegiada oye la voz del mar, y sorprende su lenta caricia en la carne viva de esta amante deliciosa para el beso y la canción, para la sinfonía y el soneto? Sorbida piedra a piedra —beso a beso— ella, la tierra; bebido gota a gota —espuma a espuma— el mar, cabecean en mimos juguetones los dos por aquellos largos corredores de la cita y la espera, donde la promesa y el secreto se pierden juntos.

Sé que una vez en Julio —y va por tres años— la noche se convirtió íntegra en nave, y, sin el faro redondo de la luna, desatraco del muelle negro, levemente respuntado de estrellas, para bogar por no supe qué inciertas rutas. ¿Podía ser una noche de julio barco desatraco de un misterio sin luna, o sólo fantasía loca de un alma sin sentido? No se pudo saber. El corazón es mal piloto. Yo no he oído nunca que con sólo un corazón por toda marinería se haya podido conducir una nave, aunque ésta sea la noche. Una noche de julio —y va ya para tres años— que desatraco de aquel muelle desvencijado con su extraño piloto a bordo. Cuando más tarde pregunté a los barqueros qué había sido de ella no supieron decírmelo. De la noche y su corazón no se ha sabido nunca más. Y no ha faltado gente sin fe que hasta pensó que todo esto son historias que me he atrevido yo a inventar.

**211. PLUMAS DE LAS ISLAS. «En La Orotava», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 4 de agosto de 1949.** Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 23 de agosto de 1949. (*Papeles tinereños*, 1972: 232-235).

Algún lector de ciertos artículos míos podrá pensar que, doblado el filo de la mocedad, gruñen asmáticos los goznes de la puerta al cerrarse y sólo tengo gesto áspero en el voltrear las fallas de este tiempo incómodo, donde tiene su asiento la pesadumbre de un vivir problemático. Pero quien sólo subraye los menos, y no aireo en la palma de su mano los más, se prepara a hora de la jubilación definitiva y la cuenta con Dios. Gracias a El en mi libro de haberes faltan aún bastantes hojas. Secreto suyo es si he de llenarlas o no en su totalidad.

He registrado aquí, no hace mucho, el aire bronco que el trato social tiene y que, invadiendo todas las zonas de la convivencia, llega al lenguaje. Podemos encontrar un hombre joven descortés, una reunión en la que bulle la nutrida pirotecnia del chiste soez, una damita estúpida y grosera, pero, ¿y si de todo esto nos redime un día quien menos lo pensábamos?

Hace algún tiempo que estuve en La Orotava. De la empinada adustez de sus calles y habitantes hace unos cuatro siglos que ya escribió el Padre Alonso de Espinosa. Una amiga tengo que sufre sólo al oír el nombre de La Orotava. Alguna vez he oído decir que la enemistad, que ciertas damas se profesan en La Villa es a causa de la supremacía y el secreto del flan. Pero no hay que tomarlo a ironía de «intelectual» poco ducha en menesteres culinarios. Existe toda una cultura del flan, como la de la piedra pulimentada o la del vaso campaniforme, y alguna vez hablaré de ella.

Nada de esto distancia ni mengua mi adhesión sentimental por La Orotava. Me atrae el estrecho sortilegio de sus empinadas rúas, la policromía sinfónica de sus madre selvas perfumadas y el prestigio altísimo de sus rosas únicas. Todavía abrigo, para esos Reyes que ya nada me traen, la ilusión de quedarme un par de noches en La Villa y ver cómo el silencio se espesa en las estrechas calles; oír la armonía lejana del Universo desde allí; oler la fragancia de la abierta magnolia nocturna; gustar el crocante almendrado de sus viejos escudos nuevos; tocar la fresca piel de la columna de agua que arrastra su borbotello en las acequias.

Llevé la tarde última que visité La Orotava a tres universitarios forasteros, que eran huéspedes de mis malas virtudes de guía. Se prendaron del aire altivo, de empaque señorial provinciano, que nuestra hermosa Villa tiene. Les gustó el balconaje nuevo y rubio de alguna casa restaurada, el cuidado urbano de las fachadas, la gracia amable y viva de las plazas, la estampa fresca, verde, encantada de la campiña en plenitud. Quise que mis amigos vieran la Concepción. Soy mala guía turística y no me acordé de eso de que era Monumento Nacional, ni nada supe decirles del arquitecto don Nicolás Eduardo, ni del arco carpanel de la fachada, en la que puede verse el mapa de Canarias y el de Cuba, botón feliz de nuestra conjunción americana. Me callé todo esto porque no quise para los demás lo que para mí no quiero, que me mareen con zarandajas «eruditas» cuando, sin preguntar, voy a ver por vez primera algo que deseo.

Quise que mis amigos vieran el tesoro y pregunté por el Arcipreste, mi distinguido y respetado don Manuel Díaz Llanos, desvelado amante de su parroquia, y he aquí que una criatura de diez años, un chavalillo —voz que hemos importado no hace mucho de la Península— entabla conmigo grave y delicioso coloquio.

La Concepción de La Orotava es fina, grácil, barroca sin espesas acumulaciones. Mis acompañantes, nutridos en la savia salmantina, recordaron la piedra rubia de la espléndida ciudad renacentista, y no fue poca la virtud de nuestra pulcra joya servir de hornacina para evocaciones de más raudo vuelo. Una vez más vi como ratificaban la medida artística de nuestras Islas en todo lo que sea expresión. Sin duda

que el hermoso interior de la Concepción lagunera (que acaso sea la iglesia mejor de las islas) supera al de la parroquia orotavense, pero justicia es el confesar que, como todo armónico, interior y exterior conjugan y componen tal unidad arquitectónica que, sin ofensa para vanidades prontas a levantarse por un quítame allá esas pajas, se puede afirmar que es el templo, más bonito de Tenerife.

—¿Está don Manuel, pequeño?

—No, señora; está para Zamora.

—No sabía que estuviera en la Península.

—No señora; Zamora es aquí debajo. Ha ido con el sacristán a un entierro.

No sé si mi atento interlocutor notó que me ruboricé por mi ignorancia toponímica. No sabía que hubiera un lugar que se llamase Zamora por los contornos orotavenses. El pequeño guía (acaso un «monigote», inefable canarismo para denominar al monaguillo) lamenta no podernos mostrar el tesoro de la Concepción, que en otras ocasiones he podido admirar, sabiamente colocado por el celoso y dirigente Arcipreste. Alguna vez un pollo «pera» o «topolino» nos ha podido revolver con su petulante grosería, pero el niño de La Orotava me compensó de muchas experiencias sociales negativas. Disculpó el desarreglo de la sacristía con una deliciosa frase que no puedo olvidar y que, si bien no regional, tuve que explicar a algunos de mis acompañantes; como educada persona mayor que pide excusas a la visita cuando la sorprende sin arreglar, se encara el pequeño conmigo y me espeta lo siguiente:

—Señora, sólo pueden ustedes ver las andas que estamos arreglando para el Corpus (fue la visita escasos días antes de la solemnidad orotavense), pero no se fije usted en nada porque esto aquí está manga por hombro...

¡Manga por hombro! Manga por hombro es estar desarreglado, a la buena de Dios, cuando urge una empresa de mayores empeños. Manga por hombro es —de dicho en dicho y refrán en refrán— tener las cosas «al tres», o si se terciá, como una pecina, en tanto se busca una tregua para ordenar lo que se desea. «Manga por hombro», dicho por una criatura de diez años con tono grave y campechano a la vez, es signo de un hacerse cargo, de una futura hombría de bien encantadora. Me hubiera gustado dejar a mis acompañantes en el coche y quedarme con el delicioso muchacho de La Orotava largo rato.

Cogida de su mano habría correteado por las empinadas calles de la Villa, pero estoy segura de que su futura hombría de bien no me hubiera permitido poner en práctica un malévolo deseo mío bien poco serio, pero que en mi niñez no llevé a cabo a mis anchas por no sé qué reparos al «manga por hombro». A eso de las once de la noche, cuando La Villa tuviera sellados por el sueño sus grandes portales blasonados, ¡qué delicia tocar en estas puertas tan hermosas y echarse a correr por las estrechas calles con el chavalillo de la mano y tocar en otra y correr y alcanzar (porque se hubiera terciado) en las espaldas algún perdido estacazo de los Ponte, los Brier, los Llena, los Ascanio... Pero, por una sola vez para mí, ¡qué malsana delicia inocente la de hacer las cosas «manga por hombro»!

**212. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Llorad las damas. I. Los malogrados», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 23 de agosto de 1949. (*Todos los que están fueron*. Tomo I, 2008: 33-34).**

El llanto femenino ha sido siempre losa de diamante, epitafio de sombras, dramático réquiem para la muerte de los malogrados. Con esas lágrimas, que un vulgar tópico metafórico llama perlas, se han tejido muchas coronas fúnebres. Unas esculpieron sobre el rostro de sus Dolorosas nuestros grandes imagineros españoles. El llanto de las plañideras del mundo antiguo plantaba sus fúnebres cirios en el cortejo de

los guerreros que en edad temprana cruzaban las aguas de la laguna Estigia. Todavía aprieta de congoja el alma del lector de la *Iliada* la aseada amarga del llanto de Andrómaca, la bella desdichada mujer de Héctor, en el canto XXII.

El copioso lamento de las viudas toledanas empapa el latín de la *Crónica de Alfonso VII*. Con la muerte del caudillo Munio Alfonso lloraban en la suya la viudez en que el gran caudillo del siglo XII había dejado la ciudad de Toledo.

Una alfombra de lágrimas tiende la deliciosa y triste Flor de Lis en tierras sicilianas para el amado cuerpo de jacinto que el alma del guerrero Brandimarte dejó a sus pies, conforme el Ariosto nos describe en el canto XLII del *Orlando*.

¿Para qué peregrinar páginas y tierras extrañas en la búsqueda de unas lágrimas femeninas? «¿Es ésta aquella boca en cuya risa se solía alegrar mi alma tanto?», pregunta estremecida por los cuchillos del dolor la desventurada Guajara ante la cabeza del héroe Tinguaro, muerto en la batalla de La Laguna. La pluma del Bachiller Antonio de Viana agranda el valor de los gemidos de la triste, coreados por las ruidosas, por las tumultuosas lágrimas de los rústicos, de los hidalgos, de todo aquel inmenso coro de dolor que hace también llorar, si bien con reportada medida, a «la real majestad del rey Bencomo».

Pero el llanto femenino que ahora me detiene está engarzado en el broche plateresco de la segunda mitad del siglo XV, un siglo melancólico de malogrados. Habla esculpido Juan de Mena, con solemnidad de tumba funeraria, en acordada gravedad de copla de arte mayor, el llanto de la madre del mozo Lorenzo Dávalos, muerto por 1411, en las luchas civiles con que don Álvaro de Luna y los «Infantes de Aragón» sacudieron las tierras españolas.

Esta madre de Dávalos, que «rasga con uñas crueles su ara», cuyo llanto impresiona mucho más que el de la madre de Eurialo, en el Libro XI de la *Eneida* (su modelo), casi atrae el resto de las coronas fúnebres que vienen detrás de sus lágrimas.

Por 1443 un caballero sevillano muere en la frustrada empresa de atacar el vértice de una isla atlántica, que tiene toda ella la forma de un corazón. En 1467 se quiebra un lirio real —quien sabe si envenenado— a los catorce años: en la Cartuja de Miraflores de Burgos Gil de Siloe lo dejó rezando; y allí está el infante don Alfonso, hermano de Isabel de Castilla, como si la muerte pagara su tributo al triunfo del vivir que el inmediato Renacimiento imponía hasta en las sepulturas. En 1488, en la guerra de Granada, cuando auxiliaba a unos hombres de Jaén, cayó el cuerpo de don Martín Vázquez de Arce. En las bodas de las armas y las letras, que hacía el nuevo tiempo, lee para la Eternidad, reclinado en su sueño de piedra, «El Doncel de Sigüenza».

A los dieciséis años, en 1491, cae de un caballo el único hijo de don Juan II de Portugal. Estaba casado el príncipe don Alfonso con Isabel, primogénita de los Reyes Católicos, y fue el mortal accidente en la española tierra de Almeirín. «¿Qué fue de la vuestra tan linda estatura?», preguntaba la dolorida musa de un poeta portugués, que evocaba «las sus lindas manos» del mozo, cuya muerte lloró también el Romancero. Para otro lirio prematuramente arrancado de su tierra en 1497 —el príncipe don Juan, hijo de los Reyes Católicos— lloró la poesía sus guirnaldas tejidas por las plumas de Juan del Enzina, del Comendador Román o del Romancero, que recoge las copiosas lágrimas de la princesa Margarita, esposa del malogrado, como también lo sería el de su vientre.

La copla de arte mayor para Lorenzo Dávalos. La endecha para el mozo sevillano. El rezo de piedra para Alfonso de Castilla. Para «El Doncel de Sigüenza», un libro de mármol. El verso de arte mayor para Alfonso de Portugal. El romance para Juan de Castilla. Pero el llanto más cuajado a fuerza de ser diáfano; el más puro llanto de nuestro siglo XV, el llanto más llanto de todo el llorar lo condensa la elegía al mozo

sevillano. Las lágrimas que a las damas nos pide esta elegía de invitación al llanto pueden caber en un fino pañuelo de batista, porque su eficacia está en su brevedad. Para llorar en dos docenas justas de versos pentasilábicos tomaré alientos, como decían los poetas épicos, y lloraré mañana.

**213. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Llorad las damas. II. Imprecación a La Palma», *Falange, Las Palmas de Gran Canaria, 26 de agosto de 1949.* Reproducido en *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 7 de septiembre de 1949. (*Todos los que están fueron*. Tomo I, 2008:35-38).**

En 1436 (corrijan los meticulosos la errata del impresor de Abreu Galindo) murió en el sitio de Gibraltar don Enrique de Guzmán, conde de Niebla. Juan de Mena dedica, en el quinto cerco del «Laberinto», acaso algunas de sus más suntuosas octavas, a describir el dramático fin del Conde ahogado por querer socorrer a los suyos, como bien escribe el citado Abreu Galindo. Nuestro Viera y Clavijo, buen lector del Padre Mariana (que lo cuenta en el tomo VII de su Historia) se refiere a desavenencias conyugales del Conde, que ahora no importan, porque don Enrique fue señor de las Islas Afortunadas y eslabón en aquel enmarañado traspaso de estas peñas atlánticas, traspaso que alguna vez los historiadores de las islas nos han de aclarar en sus pormenores.

«Los Perazas —escribe Abreu— son caballeros antiguos de la ciudad de Sevilla». Hijo de Hernán Peraza y de Inés de las Casas era Guillén Peraza de las Casas, que parece fue señor de las Canarias por herencia de su abuelo Guillén de las Casas, a quienes vinieron desde que las dejó el «ínclito conde».

Guillén Peraza, «como era mozo —escribe Abreu—, deseando corresponder en los hechos a sus mayores, y se viese rico y poderoso señor da estas islas, partió de Sevilla con tres navíos de armada con doscientos hombres ballesteros. Llegó a Lanzarote y Fuerteventura donde se le juntaron otros trescientos hombres que fueron a La Gomera y de allí pasó a La Palma, tomando puerto en el término de Tihuya»

Pero la isla de La Palma «es muy alta y áspera de subir y andar». Los viajeros de las siete cuentan de La Palma excelencias tan altas como ella misma. Hablan de la hermosura de sus paisajes, de la industriosa actividad de sus habitantes. De las sederías del Paso; los vinos de Las Breñas; los bordados gráciles y los calados finos; los ricos almendros; las enmeladas y blandas rosquillas; las compactas y angélicas rapaduras.

En los tiempos de Guillén Peraza no existían aún semejantes primores y la Isla, alta y gótica, se ofrecía como dura cuña y amargo trance al ímpetu sevillano de un guerrero del siglo XV. Los valientes palmeros acabaron con las huestes de Guillén malhiriéndolas y mataron al guerrero al derribar sobre éste una piedra.

El Volcán de Las Manchas (¿por qué no le gusta a usted de «San Juan», querido Simón Benítez?), con su copiosa, y a veces hermosa, literatura ha prendido en la pluma de alguno de sus glosadores el nombre de este malogrado mozo para quien la eternidad poética (la única posible en la tierra) ha esculpido un bello sepulcro de mármol literario con los cuatro pilares elegiacos de las endechas a su muerte. Dice Abreu que se cantaban en Lanzarote. ¿Cuál sería su ritmo y su tono, Dios mío? ¿Qué fino poeta aristocrático las escribió? ¿Qué vihuelista respuntó sus tonos? ¿Quién cinceló esta joya plateresca con su acento nostálgico enmarcado en el clima estilístico del siglo XV europeo?

Las lágrimas se piden con mesura; la noticia del suceso se da con tremenda concisión de parte oficial; la negación corre una escala sinfónica; la imprecación es contundente, directa, eficaz; la evocación y el epitafio un desgarrado éxito de parquedad y dramatismo.



El primer pilar de este sepulcro lleva tallado de dos en dos versos la invocación al llanto femenino, si es que Dios da alientos para tanto duelo:

*Llorad las damas,  
si Dios os vala.*

La noticia se da contundente trágica:

*Guillén Peraza  
quedó en La Palma*

En rápida sucesión de planos de cine, con sorprendente efecto estilístico-expresionista, el poeta anexiona la visión del mozo muerto:

*La flor marchita  
de la su cara.*

Desde los virgilianos versos del canto XI de la *Eneida*, que dan la imagen del cuello de Euríalo, caído sobre los hombros, como purpúrea flor que se desmaya al morir cortada por el arado, o adormideras tronchadas al peso de la lluvia, con brevedad tan pulcra y eficaz no había sido descrita la hermosura impresionante del cadáver de un mozo.

El pilar de la negación se refiere a la isla de La Palma. Se trata de una negación total en la que el poeta juega con el equívoco de Palma, isla, y palma, planta. Las afirmaciones que siguen, por hacerse sobre arbusto y árbol —retamar, ciprés— tenidos por símbolos de amargura y dolor, son afirmaciones que niegan y resumen la más triste de las afirmaciones: la de una cualidad moral negativa, la desdicha, y no una desdicha cualquiera: la desdicha mala.

*No eres palma,  
eres retama.  
Eres ciprés  
de triste rama.  
Eres desdicha,  
desdicha mala.*

La tremenda imprecación del tercer pilar es una maldición de trenos bíblicos. Podrá La Palma ser ave fénix que resurja del abono de sus propias cenizas volcánicas, pero la tragedia de su tempestad de fuego hace gemir la isla bajo la pesadumbre del anatema feroz de la elegía. El poeta es consciente del grave al que desea. Viera y Clavijo nos habla de los dos volcanes que sufrió La Palma en el siglo XVII. Del de 1865 nos dejaron detallado testimonio el padre Alonso de Espinosa y el ingeniero Leonardo Torriani, que lo visitaron. El autor de las endechas conocía la llaga donde ponía el dedo. Antes de estas fechas históricas ¿cuántos volcanes sufriría La Palma?

Para la indómita tierra de La Palma, para el apasionado relicario de Tanausú, el anatema es breve y certero: los campos desgarrados; el ave aligera del placer huyendo ante el grávido murciélagos del pesar; las flores, los cultivos anegados por el arenal que es sequedad y es muerte:

*Tus campos rompan*

*tristes volcanes.  
No vean placeres,  
sino pesares.  
Cubran tus flores,  
los arenales.*

El último pilar de la hermosa sepultura es una lenta y melancólica llamada al malogrado. Tiene, como el primero, tres tiempos o fajas: la cadencia repetida con que llamamos, atravesados de dolor por su nombre, al ser que se nos ha ido para siempre; la mención de los objetos más íntimos de sus pertenencias, que cobran sustantivo valor, elevados de anécdota a llaga; y después el réquiem. El réquiem es la pura lamentación ante el azar a que tan dado fue el siglo XV; aquí hay una inclinación de cabeza porque todavía se cree y se acepta, por lo menos, un destino. En el siglo XIX la desesperación es otra cosa.

El broche está cerrado con el colofón melancólico que el poeta pone a los pies o en las manos del mozo sevillano que quedó en La Palma:

*Guillén Peraza,  
Guillén Peraza  
¿Dó está tu escudo?  
¿Dó está tu lanza?  
Todo lo acaba  
La malandanza.*

La suerte de La Palma ha quedado unida a una de las más delicadas producciones de la poesía española del siglo XV. ¿La escribió un poeta andaluz del séquito de Guillén o un español de Lanzarote, de los que vieron llegar el fúnebre cortejo marino?

No vi el volcán de Las Manchas, ni conozco todavía la alta y gótica isla de La Palma, que tiene la forma de un corazón. No quiero hacer «literatura» a costa de su drama, y tengo en ella muy buenos amigos. Si de algo les sirven un dolor más, he de afirmarles que yo no he llorado de esta vez —aunque me llaman a coro los pentasílabos de la endecha— la muerte de Guillén Peraza, sino que me ha estremecido el hondo conjuro de su maldición.

**214. PLUMAS DE LAS ISLAS. «El Valle de Ucanca», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 30 de agosto de 1949.** Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 12 de mayo de 1950. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 263-264).

En el Valle de Ucanca... no pienses en pinos, ni en castaños, ni en verdes platanales o siquiera floridas retamas. Quien nada sepa de él querrá gustar este «chicle» fonético: «U-can-ca», y pensará —¡qué ilusiones! — en un vergel florido. El Valle está allí como irreal, junto al Teide, casi a sus pies, al fondo de «Los Azulejos». Un Valle con hueco de ausencias. Un fondo de mar que pudo ser. Un légamo arenoso donde una imaginada playa dejó su nostalgia en medio de aquel parto geológico. Unas líricas rocas donde las olas pudieron reventar. ¡Valle de Ucanca!: inmenso arenal con cinturón de piedras altas, densas y apretadas. Sequedad, hambre viva de árboles, súplica tierna de retamal florido. Para el viajero, en tu fondo guardas —tan seco— la ternura de los seres que tienen el semblante adusto. Quien hasta ti llegue y sepa amarte recogerá la ofrenda: la fresca dádiva, impensada y generosa de aquel chorro vertical de tu fuente que mira a las estrellas.

Aquella agua es tu cirio encendido a Dios en el litúrgico recinto de tu templo; el premio y la rosa que ofrendas a los que te pisan. También bebí en tu surtidor y alumbré mi alma con tu agua... ¡Extraño sortilegio el de tu sequedad, Valle de Ucanca, alma sin ilusión! ¿Sin ilusión? Así te presentí sin ella, pero al beber tu sangre de cristal —¡oh tú, ya no seco!, ¡oh tú, húmeda samaritana, Valle de Ucanca!—, tu ilusión ya la sé: darnos de beber a los sedientos, bañar en agua pura nuestra alma. La mía —tan seca y arenosa y, como tú, sin vergeles— te ve florido de retamas blancas, cubierto de verdura, tupido de árboles altos y espesos. Y, ¡oh prodigio!, a su vez —por un doble milagro— tu agua, blanco vino de mi comunión con tu alma, ha hecho florecer en la mía una retama blanca y perfumada que te ofrendo, Valle de Ucanca, seco y húmedo, nostálgico ataúd de un mar que se murió en tu seno y que en tu paz descansa. Tú floreces en el chorro menudo de tu fuente y con ella regué la retama blanca de mi corazón.

**215. «El tríptico de la parroquia de Taganana» (1949), *Tenerife Gráfico*, N.º 16, Santa Cruz de Tenerife, julio-agosto. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 290-295).**

Con motivo de la pasada Semana Santa y gracias al celo de mi amigo don Emilio Gutiérrez de Ossuna, pudimos admirar una vez más en el Ateneo de La Laguna el famoso tríptico de Taganana, que para ver por vez primera fue necesario hacer el no cómodo viaje al pintoresco pueblo.

Cómo llegaron a este perdido rincón tinerfeño las tres tablas que reproducimos (cuyas fotos debemos a la generosidad de nuestro compañero el Dr. Balcells), es un misterio todavía. Las tablas, hoy sueltas y en mal estado de conservación, parecen haber formado un tríptico, efectivamente. Las de los lados han sufrido un torpe aditamento de madera en la parte superior (perceptible en la fotografía) y representan la «Circuncisión», la de la izquierda, y la «Adoración de la Virgen y los ángeles», la del ala derecha. La tabla central está dedicada a la «Adoración de los Reyes».

En 1946 el Excmo. y Rvdmo. señor Obispo de Córdoba, que todavía lo era de Tenerife, con motivo de una visita pastoral a Taganana escribió unos artículos en el diario *La Tarde* que se editaron en folleto aparte. Al referirse a la Parroquia escribía: «Tiene además algunas cosas muy interesantes, sobre todo las famosísimas tablas, que todos tenemos como de Memling, aunque nos falte el dictamen definitivo de algún técnico que no deje lugar a dudas»<sup>973</sup>.

Esperamos, en efecto, el dictamen de algún técnico, pero en tanto no se emita nos permitimos dudar de esta atribución, sin pruebas, de las tablas tagananeras al maestro flamenco.

Si comparamos la «Adoración de los Reyes» que, de Memling, existe en el Prado, por ejemplo, con la de Taganana (que torpe y atrevida mano ha estropeado posteriormente) un detalle nos advierte de que el pintor de dicha tabla es de una generación posterior a la de Memling. Escribe Wiheim Pinder: «Con el "zapato de punta", de 1480 tuvieron que conformarse también los "hombres anchos" y con el de "boca de vaca", de 1500, también los "hombres largos"»<sup>974</sup>. Hans Memling, que muere en 1494, pinta siempre el «zapato de punta». En la aludida «Adoración» del Prado puede advertirse el detalle, que también observé yo misma en septiembre pasado en las obras que de Memling, examiné en el Louvre.

---

<sup>973</sup> «Taganana», Imp. Zamorano, Santa Cruz de Tenerife, s. a., pág.17

<sup>974</sup> «El problema de las generaciones en la historia del arte de Europa», Losada, Buenos Aires, 1946, pág. 240.

Pues bien, repárese que en la tabla de Taganana es el ancho zapato de «boca de vaca» el que exhibe el rey negro, así como el campesino o pastor que, linterna en mano, se adelanta en el paisaje de anochecer, seguido de su ganado, en tanto lo contemplan, debruzados en el alféizar, dos rústicos en el fondo de la «Adoración de la Virgen», del ala derecha. La manga acuchillada y el escote cuadrado del mismo Baltasar pregonan la indumentaria de comienzos del siglo XVI.

¿Se trata de un tríptico puramente flamenco, como se ha dicho? La corta y blanca toca de la Virgen de la escena de la «Circuncisión» (Virgen triste y envejecida en contraste con las otras dos, juveniles) pregonan su parentesco con las blancas tocas de un Bouts o del mismo Memling —menos complicadas que las de Van der Weyden—; lo tres ángeles que en el ala de la «Adoración de la Virgen» cantan a Dios, en las alturas forman un grupo típicamente nórdico; la postura de la Virgen y de los dos ángeles ante el Niño Dios recuerda la de los mismos personajes de la «Adoración» de Van der Goes de Florencia, e incluso la postura del Niño. Esto en cuanto a características flamencas, pero si comparamos la aludida «Adoración», de Memling, con la de Taganana, acusa la del pintor de Santa Úrsula una frialdad mayor que la de la escena íntima de la tabla de Taganana. Memling coloca teatralmente separados a los personajes de su «Adoración», que se agrupan en solicitud común en nuestra tabla. Contrástese el San José, de Memling, casi un visitante ausente de la escena, con el tierno y conmovedor San José que, bonete en mano, participa de la reverente ceremonia en la «Adoración» tagananera. El portal de Memling muestra unas forzadas rupturas en el techo, pero un tratamiento cuidado del interior y del paisaje se advierten en su obra; en cambio, el portal de nuestra tabla es una ruina auténtica, por cuyos intersticios desconchados se empina la maleza y emergen algunas hierbecillas. De manera acusada se advierte aquí esa melancolía de las ruinas más propia del espíritu italiano que del flamenco.

A pesar de la pecadora mano que ha estropeado el traje de la Virgen, el Niño, etc., en la tabla misma de la «Adoración de los Reyes», no parece que permita advertir gran parentesco esta Virgen con las frías Vírgenes de calva frente gótica de los maestros del Norte. El fino y transparente velo (que tan primorosamente pintara Morales «el divino») de la Virgen y el de la del ala derecha de la «Adoración» con los ángeles, es más propio de Madona italiana que flamenca; por lo demás, hay en estas dos Vírgenes de mirada entreabierta una actitud de íntima concentración espiritual, un tono de vida interior, que recuerda el intelectualismo de la escuela milanesa de Leonardo. La composición de las figuras, dentro de una tectónica que Wolfen llamaría de forma cerrada, nos acerca también a la técnica italiana: en la tabla central la cabeza de la Virgen, la del rey oferente y la del Niño forman un triángulo equilátero y las de San José y el rey que está de pie, a su lado, un cuadrilátero con las de las dos primeras figuras citadas.

¿Se trata de uno de esos pintores que pintan a comienzos del siglo XVI y en los que se perciben, conjuntas, influencias flamencas e italianas? ¿Estamos ante un autor flamenco o español?

Las delicadas, pero llenas formas del Niño —auténtico protagonista de las tres escenas— afectan una vitalidad mayor que los Niños de los maestros flamencos; la inmediatez del pedregoso suelo, el traje campesino del viejo San José —semejante al de los labriegos del fondo del ala derecha— dan a la escena un hondo calor humano, muy típico de ese democratismo español advertido por los tratadistas de nuestro arte; la figura del rey que está de pie es la de un auténtico rey moro de tez morena, de intensa barba negra y turbante; la venerable cabeza realista de San José y todas las figuras —si exceptuamos el tinte del convencionalista rey negro— acusan modelos más nacionales que extranjeros. El interés se concentra con preferencia en las personas más que en el

paisaje, y los detalles no están cuidados aquí con la delicada minuciosidad de los maestros flamencos.

Sabido es que en Castilla y en Andalucía a fines del siglo XV se introdujeron muchas obras flamencas e italianas; que vinieron a la Península varios maestros de aquellas nacionalidades y que, a su vez, varios pintores españoles visitaron Flandes e Italia. En artistas como el hijo del maestro Rodrigo de Osuna, en el mismo Pedro Berruguete, por ejemplo, y en otros nombres anteriores al «romanismo», se advierte la conjunción de las dos grandes corrientes pictóricas, pero los críticos profesionales de arte antiguo dirán la última palabra sobre estas interesantes tablas que tantos problemas ofrecen. Sin duda que los modelos del San José y de la Virgen de la «Circuncisión» son distintos a los de la «Adoración». ¿Cambio de modelo o de autor? Las Vírgenes de las «Adoraciones» parecen obedecer a idéntico modelo, como el mismo parece ser el Niño en las tres tablas. Los peritos nos podrán decir si se trata de más de una mano. Si se acepta la sugestión del Sr. Serra Ráfols<sup>975</sup> las tablas serían llevadas a Madrid para su limpieza y restauración. Si los técnicos tienen allí ocasión de emitir su dictamen y, de paso, he podido deslizar algún error en estas apreciaciones, sin otra pretensión que la divulgadora, rectificaría con mucho gusto.

**216. CRÓNICA. «Papeles son papeles, cartas son cartas», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 4 de septiembre de 1949. (*Pulso del tiempo*, 1953: 71-73).**

Suelen decir los abogados que lo mejor de una carta es no escribirla. Una carta es un arma inexorable que un día se levanta contra quien la escribió y amenaza eternizar el momento fugaz en que la carta fue hecha. Es desproporcionado su nacimiento a lo que después parece ser su vida. El campesino —sabio inconsciente— tiene por eso un proverbial terror al papel escrito, que entraña algo desconocido y es fuente de sabe Dios qué ruinas y males.

Con las palabras pasa lo contrario; la palabra se interpreta como algo tornadizo y fugaz. «Palabras, palabras...» son —desde tiempos de *Hamlet*— sinónimas de inconsistencia y volubilidad. «Las palabras... se las lleva el viento», dice nuestro refranero. «No es un hombre de palabra», reza otro decir común, pero sabemos a qué atenernos cuando oímos semejante frase; acostumbrados a que en estos tiempos lo normal sea justamente lo anormal, no le damos demasiado valor, porque sabemos que las palabras eternizan poco y casi nunca son garantía de autenticidad, excepto en esos raros ejemplares únicos que nos permiten creer todavía en el mundo.

Pero si hay papeles por medio, las cosas cambian. El papel sirve para obligar a los demás a hincar la cerviz, a perder el pleito, a cumplir su letra. El papel eterniza lo que volatiza la palabra; lo que tiene ella de huidizo, tiene él de permanente; lo que ella posee de voluta, él lo lleva de capitel, lo que la palabra desdibuja, el papel lo fija.

Mas las cartas son un género de papeles especiales. Las cartas son, también, papeles de negocios, pero no de negocios públicos sino de privados, que son los más hondos y, por tanto, los más graves. Lo tremendo es que la gente comete la injusticia de interpretar una carta como un papel público y hay por ello en toda carta una amenaza implícita de papel oficial, que puede levantarse alguna vez contra nuestro propio corazón y obligarle a plegar sus alas para siempre.

Una carta puede tener su mejor calidad en no escribirse nunca; verdad es. Los seres cautos y ecuanímenes escriben pocas cartas y cuidan de no fijar en ellas nada que emplace la libertad de su alma, pero los infelices que desconocen el arte del buen vivir

---

<sup>975</sup> «El tríptico de Taganana», en *El Día* del 24 de abril.

en paz dejan arder inútilmente el cirio en un altar sin culto; para esas almas heroicas que al escribir una carta hipotecan su porvenir y queman en totalidad sus naves no sirve la prudente fórmula que aconseja el jurista. Siempre esos absurdos héroes seguirán escribiéndolas, y, cuando sientan la tormenta y el ciclón sobre el alma, querrán descargarlos en el papel, gráfica barométrica de en un tiempo que, como es natural, ha de cesar en la pesadumbre de su borrasca.

Pero cuando las aguas vuelven a su cauce y el quemar las naves sólo significa que no hay barcos para regresar, estos absurdos seres incomprensibles pueden preguntarse si vale la pena regresar, o si es mejor haber quemado las naves, porque acaso estén hechas para ser quemadas. En tanto se cavila sobre tan triste resultado y seres tan estrambóticos se preguntan, angustiados, si es que vale la pena el hacer quijotadas inútiles y ridículas, la amenaza de ese «documento» le mete los huesos en un aprieto. Los abogados no sirven entonces. Los médicos... El doctor Marañón escribe este diagnóstico:

«Una carta es siempre sagrada; porque es, o porque puede ser, la expresión de la intimidad de unos instantes de nuestra alma cuya fugacidad se confía a la lealtad del que la recibe; la responsabilidad de una carta —y por eso es sagrada— se evapora en el instante mismo que le sigue, como cada latido del corazón borra los latidos que le precedieron. Cuando se hace un acto público, se contrae un compromiso que sólo puede anular otros motivos públicos también. Pero la intimidad de una carta es asilo inviolable en el que caben los motivos infinitos que impulsan a nuestro espíritu a cambiar, y no puede exhibirse nunca como un ancla que ha atado al pasado nuestra responsabilidad». (Marañón, *Liberlo*, cuarta edición, Madrid, 1948, pág. 145.)

¿Es esto verdad? ¿Está o no está ligada nuestra responsabilidad actual a un estremecido pasado que apuramos exclusivamente en auténtica soledad? ¿Qué valor, tiene, pues, una carta?

Aunque confiemos y estemos seguros de la lealtad de quien la recibe, lo mejor es no escribirla. Y no porque nos traicionen, sino porque no nos entienden y son, por tanto inútiles y ridículas. Una carta es una antigualla, algo que encoge de hombros y que no tiene eficacia. Yo aconsejo a mis lectores que no las escriban nunca. Y sobre todo a mis lectoras. No sirven para nada.

**217. «Gracias, a Don José María de Cossío», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 15 de septiembre de 1949. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 200-202).**

Subrayó la otra noche en el Teatro Leal Manuel González de Aledo, con precisa y justa palabra, el hecho de que, en medio de un mundo caótico sólo sensible a los valores materiales, una ciudad como La Laguna haya celebrado con asistencia casi unánime, admirada y cariñosa, homenaje a un poeta.

Yo no sé si son justamente épocas como éstas, y sus semejantes en la Historia, las que ponen a los habitantes del pequeño gran mundo del espíritu en vigilia, fervorosa y acaso dramática tensión para aferrarse a la tierra que les da savia, y justificar el ser en un gesto que casi es tabla de salvación para su existencia.

No querría levantar menudos resentimientos entre los pueblos de Tenerife, porque todos y cada uno de ellos tienen su quehacer y su sentido en nuestra tierra, pero acaso sea La Laguna la ciudad representativa de ese mundo del espíritu. El caso es que es ella la que ha hecho posible que, cada vez que en otros lugares de las Islas se demande ayuda, la fiesta que allí se organice no se quedara sin su poeta, sin su orador, sin su hombre de cátedra, porque La Laguna los envía.

Es imposible glosar aquí el sentido —con palabra de moda diríamos «el complejo»— que lo provinciano ha tenido en la historia española (y un poco también en

la francesa) y que, creado sin duda por la mecánica política del centralismo y la geografía de «lo lejos», provocó en un tiempo desdén en el centro y resentimiento en la periferia. El español que desde nuestra tierra ha afirmado con mayor vigor y certidumbre la reacción frente a ese «complejo» del provincianismo es don José María de Cossío.

Los que con toda sencillez y escaso relieve tenemos aficiones parejas a las suyas también creemos con él que la poesía es la más exacta de todas las ciencias. Yo estoy segura de que muchos de los oyentes de su ceñida, precisa, fina y magistral conferencia del festival del Ateneo ratificarían el hecho de que aquella oratoria florida, rimbombante y eléctrica de los ¡bravos! ha pasado, con su lápida de mármol, al cementerio de la historia. El discurso de don José María de Cossío ha sido una fina pieza de oratoria actual, una pieza estrictamente literaria hecha para un acto que festejaba exclusivamente las letras.

Y lo que con toda emoción agradece Tenerife y Canarias a Cossío es esa seguridad —no hija tanto de la cortesía obligada del huésped como de la serena convicción del hombre responsable— con que manifestó que no se puede omitir la literatura de Canarias, al estudiar la literatura española. Diez modestísimos folletos de una biblioteca particular, más modesta aún, permitieron a su rápida comprensión y aguda inteligencia el citar con breve y precisa palabra unos nombres de poetas tinerfeños, que José María de Cossío iba colocando en su lugar con la precisión que la mano en su guante: Fernández Neda, Diego Estévanez, Tabares Bartlett, Antonio Zerolo, Guillermo Perera, Hernández Amador y Manuel Verdugo, del que hizo una acabada página literaria, tomaban asiento en el hueco que el exquisito ordenador les señalaba en el estrado de la poesía española.

Don José María de Cossío nos siente a nosotros como habitantes de la tierra española; a nuestra literatura como literatura española, con lo que experimento la satisfacción de ver ratificada mi creencia de siempre respecto en que en las Islas toda la tradición es importada. Aquí llega a través del mar y pespunta en el aire la idiosincrasia de nuestra tierra de armonías. Para la agudeza y finura de percepción del ilustre académico que es nuestro huésped, el reconocimiento de las letras isleñas por esa invitación que les ha hecho; gran embajador de la cordialidad y de la exactitud, sabemos agradecerles esa ausencia de tópicos de su palabra, que no ha cantado las socorridas vulgaridades del «pintoresquismo» con que los viajeros nos suelen «descubrir», y que nos cansan y nos tienen hartos. Un gran señor de las letras, de la medida y de la exactitud, es la persona que el ya esclarecido Ateneo de La Laguna ha tenido el acierto de regalarnos este año.

**218. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Llorad las damas. Diálogo con don Simón Benítez. I», *Falange, Las Palmas de Gran Canaria, 23 de septiembre de 1949.* (Todos los que están fueron. Tomo I, 2008: 39-40).**

Mi querido Simón Benítez: Con ésta son tres las veces que las endechas de Guillén Peraza me obligan al diálogo. Fue la primera con don Joaquín Artiles y la segunda con don Juan Álvarez. Ahora es con usted; en estos tiempos apretados, de lo único que da gusto hablar es sobre cosas inútiles, porque de las necesarias y urgentes no es posible. Con tanta elegancia, cortesía y donaire me quiere usted poner los puntos sobre las íes que me han dado ganas de decirle a todo que sí, por el mero placer de corresponder a la cordialidad de este rigodón que bailamos los dos. Usted, desde su isla, escribe en la mía, yo, desde la mía, escribo en la suya. Creo que con este gesto contribuimos al acercamiento de la confraternidad regional y, sobre todo, de nuestras dos islas, que tantas muecas desagradables se han hecho en ocasiones.

Voy a resumir el contenido de sus interesantes e inteligentes artículos de *El Día* para información del lector no enterado.

Lleva usted razón. Si el volcán de La Palma de 1685 se llamó de Tajuya; el de 1646 da Tígalate; el de 1677 de Fuencaliente y el de 1712 el del Charco, lo natural es que a este de 1948 se le denomine de Las Manchas. Ya observaría que así lo llamé — soy disciplinada con mis superiores— y si le pregunté por qué no le gustaba el nombre de San Juan, la pregunta era puramente retórica; ya sabía cuál sería la respuesta, pero a mí San Juan me es muy simpática, las mujeres no podemos estar quietas sin enredar y desde Pascal nos pierden aquellas razones del corazón que la razón no entiende. De que mi corazón a mí me pierde, es cosa que me sé desde hace mucho.

Pero las endechas tienen más complicada música. Su lógico razonamiento discurre así: El autor de los pentasílabos a la muerte de Guillén Peraza da la impresión de saber los efectos de un volcán, al llamar la atención sobre los campos destrozados y las flores cubiertas por el arenal. Como el primer volcán histórico, habido en La Palma es el de 1585, después de esta fecha tuvo que ser escrito el lamento; de Lanzarote no podía venir, pues hasta el drama geológico de Timanfaya, en 1730, no saben allí nada de volcanes. Como sólo se sabe de las endechas por Abreu Galindo, de él debe partir la cuestión. Abreu pudo haber visto el volcán, fue contemporáneo de Argote de Molina, que también pudo haber escrito las endechas, pero a usted le es más simpático el viejo frailecito, que acaso vino a Canarias con don Luis de la Cueva, por 1589. Abreu escribe en su convento de La Palma y quiere mucho a los palmeros, estudió en Salamanca y le entra un buen día deseos de llorar la muerte del mozo Peraza ocurrida en 1430, poco más o menos. Se ve forjado a tomar una resolución sobre la aventura de Guillén, está ya viejo y entona una especie de *dies irae*; pero es un viejecito pícaro, corta su pluma y se sonríe de la pillería que nos va a hacer: escribir unas endechas en estilo del siglo XV y decir que las cantaban en Lanzarote.

La misma sonrisita de Abreu me la hará a mí, de pensamiento, algún enemiguito mío: María Rosa Alonso se ha molestado en balde; ha hecho un análisis estilístico de las endechas casi verso a verso; se ha referido al «clima» del siglo XV, a la brevedad desnuda de las estrofas, al colofón sentencioso de su broche, y resulta que las tales endechas las escribió un frailecito en el siglo XVII.

La cosa es para llorar de verdad como las damas. ¿Qué hago, mi querido amigo? ¿Mesar mis cabellos y rasgar mis vestiduras como las plañideras del mundo antiguo? Casi sería mejor que lo que voy a hacer, porque ¡ay! lo que haré en el próximo artículo será... ¡erudición!

**219. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Llorad las damas. Diálogo con don Simón Benítez. y II», *Falange, Las Palmas de Gran Canaria, 28 de septiembre de 1949.* (Todos los que están fueron Tomo I, 2008:41-45).**

Ando a la greña con la erudición, querido amigo. Por su causa mis críticos sienten atufadas las narices y me llaman unas cosas muy feitas. Apechugo con ella en mi acotado recinto de *Revista de Historia* o de otras publicaciones de minorías, pero en la plazuela, que decía Ortega es el periodismo, a mí no me parece honesto cansar a las gente con tamañas zarandajas. Su inteligente y grata intervención es la que me obliga.

No sabía yo que Abreu Galindo estudió en Salamanca ni que pasó su vejez en La Palma, pero cuando usted lo dice es que lo sabe. Lo que yo he sabido de Abreu lo he averiguado leyendo su *Historia* en mi edición de la Imprenta Isleña, 1848, que es por la que citaré las páginas. Me da la impresión de que este libro lo escribió en Las Palmas, pues al referirse a los aborígenes advierte que «En la librería que la iglesia catedral de señora Santa Ana de esta ciudad real de Las Palmas, estaba un libro», etc. (pág. 15).



Casi toda su obra la dedica a relatar la conquista de Gran Canaria, al paso que es parco al contar la de Tenerife. Un gran elogio —semejante al de su amigo Cairasco de Figueroa— hace de la isla redonda al afirmar que es «la más principal y cabeza de obispado», etc. (pág. 11). Sin duda visitó el Archipiélago. Que estuvo en La Gomera se puede comprobar en las págs. 41-42; en el Hierro, al leer las 47-48; en La Palma, leyendo las 167 a 170 en Lanzarote y Fuerteventura, en las págs. 30 a 35.

Abreu describe, como buen observador, lo más notable de cada isla y advierte detalles menudos, pero de sumo interés. Del volcán de 1585 nada dice, a pesar de que supo de él por el libro del Padre Espinosa. Sin duda no lo vio, aunque pudo haberlo visto, porque no llegó a Canarias con don Luis de la Cueva, como usted supone amigo mío, sino que está en ellas desde 1560. En la pág. 223, al referirse a San Borondón, escribe: «Yo vi afirmar a un testigo con juramento el año de 1560 habiendo venido a noticia del doctor Hernán Pérez de Prado», etc. Y no cabe errata porque en esos años estaba Hernán Pérez de regente de la Audiencia. La otra fecha tope es la de 1632, pues, aparte ser fecha de la edición de su Historia, dice en la pág. 151, al escribir de Gran Canaria y los Mujica: «De los varones sólo vive hoy Hernando de Lezcano Guerra, regidor de esta isla 1632». Las fechas extremas que conocemos de Abreu en Canaria son 1560-1632 o sea setenta y dos años. Si él afirma que en 1660 «vio afirmar a un testigo» es que tenía, por lo menos 16 años, es que vino de Andalucía, acaso de Cádiz, muy jovencito y en 1632, cuando aún escribe, estaba cerca de los noventa años. Dos veces cita a su maestro Francisco de Támara (págs. 47 y 86), del que dice que fue su «maestro de Gramática en Cádiz». De Francisco de Támara, aparte de sus obras, que cita el Espasa, sólo sabe que fue maestro de literatura en Cádiz por 1550 y ello casa bien con mi razonamiento.

¿Cuándo estudió Abreu en Salamanca? Pudo haber vuelto desde aquí a la Península y tornar luego. No lo sé. Tampoco sé cómo pasó su vejez en La Palma, ni se desprende nada de la lectura a su Historia, ni entiendo como amando a los palmeros les echara los trenos bíblicos de tan feroz maldición.

Abreu nacería alrededor de 1540 y era contemporáneo, aproximadamente de la misma generación que Cairasco de Figueroa (1538-1610), del que transcribe tantos versos en su Historia y al que elogia con frases admirativas. Coetáneo de Argote de Molina, nacido en 1549, y al que cita en las págs. 83 y 156; de Fernando de Herrera (1534-1597), es el gran poeta sevillano, del que fue contertulio Argote en Sevilla en la casa de don Álvaro de Colón. Abreu era coetáneo de la escuela sevillana (llamémosla así por tradición) y ahora, en serio, fíjese usted, amigo Simón Benítez: si le decimos a personas avezadas en menesteres estilísticos literarios que el «aire» de las endechas es el mismo que el de la escuela sevillana, nos abre los ojos un metro. ¿A usted no le dicen nada esos anticuados «la su cara» y «vala» del planto a Guillén? El artículo precediendo al posesivo —tan corriente en romances y otras composiciones de final del XV y comienzos del XVI— ya no usa en el XVII ni a finales del XVI, y algo semejante ocurre con ese presente de «vala» por valga. Porque un frailito casi noventón, que no tiene ninguna necesidad de ponerse a cantar a aquellas alturas la muerte del mozo de Peraza, tuvo la picardía de escribir lamento tan conciso, tan ligero, tan desconectado con el aire literario de su tiempo e hizo, a sabiendas, un «pastiche», yo reniego ahora mismo de la estilística, de la literatura, rompo mis gafas, aprendo en serio a hacer flanes y me dedico a vender harina de estraperlo.

Abreu tenía una discreta cultura literaria. Conocía, entre los antiguos, a Tolomeo, Plinio, Solino, Plutarco, Pomponio; Mela; Estrabón, Pedro Aplaco, Josefo, San Jerónimo y La Biblia. De los modernos y contemporáneos, había leído a Marineo Sículo (pág. 3), Nebrija (pág. 7), Alonso de Palencia (pág. 19) y Gómara (pág. 47), para

cuestiones generales de Historia. Conocía, además a Pedro de Luján (pág. 6 y 91), a los sevillanos Pedro de Medina (pág. 6) y Pedro Mexía (pág. 18 y 47) en libros muy manejados en su tiempo; las «Epístolas» de Antonio de Guevara (pág. 21) — franciscano como él—, la «Historia» de Esteban de Garibay (pág. 22), y otros autores menos conocidos hoy, como Gonzalo de Illescas (pág. 68), Jerónimo de Chaves (pág. 2), Alonso Venero (pág. 19) y su maestro Támara. Aparte de alguno que se me haya escapado.

Para su información histórica sobre Canarias se sirvió de papeles y escrituras (pág. 29) que vio; del cronista llamado Escudero, muy aprovechado por él para lo referente a Gran Canaria; del P. Espinosa y de algún otro autor, aparte de la tradición. Por una ironía que desliza en el prólogo, sabemos que ha leído a Viana. Cada vez que se refiere a la tradición dice una frase casi tópica: «que aun dura hasta hoy». Lo que dice para las endechas.

De la aventura frustrada de Guillén escribe al referirse a las endechas en las págs. 63-64 y más adelante en la 179 y 181. En ésta dice que Guillén murió de una pedrada «según oí afirmar a los antiguos y refiere Francisco López de Gómara en la Historia General de las Indias».

Si usted no me encuentra un documento que me obligue a hincar el pico, amigo mío, yo no puedo admitir por sólo una conjetura suya que las endechas fueron escritas en el XVII por Abreu. Porque usted es valiente: no sólo afirma que se escribieron en el XVII, sino que sus «simpatías» van por Abreu. Pero hay algo más. Para referirse a los efectos de un volcán sobre la tierra ¿es preciso verlo? Abreu no nos dice que viera ninguno y tendrían que contárselo. ¿Está usted seguro que por el hecho de que la referencia histórica mía antigua de Lanzarote fuera 1730 no habría tradición volcánica anterior? ¿No sabían los viajeros que pasaban a lo largo de Tenerife, por ejemplo (Colón habla de volcanes en esta Isla), los efectos de un volcán? ¿No se podía transmitir una tradición volcánica como para que un poeta de finales del XV hablara de tierras rotas por un volcán y de flores sepultadas por «arenales» en un término, por cierto, más de playa que de tierra adentro? ¿Está usted seguro de que antes de 1583 no hay referencia histórica de ningún otro volcán en La Palma?

El propio Abreu me suministra un precioso dato. Dice que supo por los antiguos que en el término de Tijuya la montaña de Tacande «se derritió y corrió por aquel valle» y advierte que en tiempos de la conquista de La Palma, o sea por 1493, el segundo señorío de la Isla era el de Tijuya. «De esta tierra era señor un palmero que se decía Chedey, hijo de un palmero señor de aquella tierra, en cuyo término decían los palmeros antiguos, que se derritió la montaña de Tacande, que dije en el capítulo anterior» (pág. 172).

Hubo, pues, un volcán que podemos llamar de Tacande, bastante cercano a la fecha en que aproximadamente pudieron escribirse las endechas. En vista de ello, querido Simón Benítez, mientras no me encuentre argumentos más sólidos que el de sus simpatías por Abreu, no puedo mesarme los cabellos ni rasgar mis vestiduras. Por ahora me quedo sin vender mi harina, que, desde luego, me daría más provecho que estas cosas. Hoy, que por tradición sigue la gente diciendo que vive de algo muy raro que llaman pan, tengamos nosotros la elegancia de no vivir, a pesar de eso que así llaman, sino también alimentarnos un poco de estas otras cosas tan delicadas y etéreas como la poesía de las endechas a Guillén Peraza.

**220. PLUMAS DE LAS ISLAS. «D. Ángel Guimerá y la investigación», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 7 de octubre de 1949.** Publicado también en *El Día*, Santa

Cruz de Tenerife, 3 de noviembre de 1949. (*Pulso del tiempo*, 1953: 157-160 y *Todos los que están fueron*. Tomo I, 2008:443-445).

Hace cosa de unos dos meses que «mis amigos» comentaron con regocijada fruición «el palo» que me había dado un periodista de «Solidaridad Nacional» de ciudad, a propósito de la fecha exacta del nacimiento de don Ángel Guimerá.

A igual que con la famosa frase del «todo Madrid lo sabía. Todo Madrid menos él», yo, en cambio, no había podido sufrir el estacazo porque, si bien hasta pedí a Barcelona el número correspondiente del referido periódico, no hubo manera de lograrlo. Perdí las esperanzas de enterarme cuando a escaso días que, a mis ruegos, la amabilidad del poeta Gutiérrez Albelo lo puso en mis manos.

Efectivamente, en «Solidaridad» del día 15 de junio pasado un periodista que se firma Héctor y que, o tiene muy mal genio o estaba atufadillo aquel día, arremete contra mí y —lo que es peor— contra el Prbo. don Sebastián Padrón por gravísimos pecados cometidos. Somos un «encanto de investigadores» y yo misma bordeo hasta lo indecoroso. Este Héctor es todavía más bravo que el de Troya. ¡Qué genio de hombre!

A mí me ha parecido siempre que el dato pequeño y el detalle minucioso sólo tiene un valor muy secundario y anecdótico en la vida de un escritor. Que don Agustín G. de Amezúa escribiera un libro para demostrar que un señor apellidado Tenorio (¡claro!) fuera el raptor de la hija de Lope de Vega, acaso sea hilar demasiado delgado; para los problemas literarios *sensu estricto* semejantes zarandajas son «literatura recreativa» a modo de aquella física de las sobremesas de fin de siglo pasado; pero con esto de la «psicología de los complejos», que amenaza asfixiarnos, los detalles de la niñez de un autor ha vuelto a cobrar cierto relieve, con distinto sentido que el de antaño, Josefina Romo, profesora de Literatura de la Universidad de Madrid, ha desentrañado un misterio de la niñez de Núñez de Arce, que ni siquiera es Núñez. La madre del poeta doña Eladia Arce lo tuvo con don Matías Yáñez; ésta casó un año después con don Manuel Núñez y el poeta pasó por hijo del matrimonio. ¡Si se entera Héctor, lo vas a pasar mal, distinguida Josefina! Escribe la señorita Romo a propósito del poeta: «No cabe duda de que muchos aspectos de su psicología... serán más claros al conocerse la amargura íntima de su situación violenta dentro del hogar!»

Un hermoso artículo de don Leonardo Puig en «Destino» del 7 de mayo apuntaba la necesidad de celebrar este año el centenario del ilustre dramaturgo. Como yo conocía el trabajo del «incansable investigador» don Sebastián Padrón Acosta restableciendo la verdadera fecha del nacimiento de don Ángel: 6 de mayo de 1845, me pareció que convenía salir al paso de un «patinazo» que pudo ser colectivo. Por encargo del señor Aramón Serra, miembro del Instituto de Estudios Catalanes, había enviado a este señor fotocopia de las partidas de nacimiento de don Ángel y de su hermano Julio y, como ya no tenía estos documentos, con objeto de abreviar palabras —conforme «Destino» recomienda a sus comunicantes— envié al semanario lo que me quedaba: fotocopia del expediente que en 1860 hizo don Agustín Guimerá para legitimar a sus hijos; allí constaba el nacimiento exacto de éstos y copia de la certificación de matrimonio de don Agustín, ocurrido en 1854. Este fue mi indecoroso delito. Yo quise resumir brevemente el contenido del documento (que «Destino» reprodujo en su primera hoja, pero en tamaño casi ilegible) como testimonio infalible de verdad, no por un chismajo de mal gusto.

La obra de don Ángel y su persona resplandece de tal manera que, el pensarlo siquiera en contra, es una bobada de gran calibre. Pero la figura de un hombre ilustre es siempre objeto de la curiosidad de la posteridad, que se interesa por sus ídolos a veces de una manera fetichista. Un investigador bebe los vientos por saber quién raptó a la

hija de Lope de Vega y una damita pierde el sueño por averiguar qué es lo que come Robert Taylor. El mundo está hecho así, severo Héctor, y no vamos a cambiarlo ahora.

Como Héctor reproduce párrafos de mi breve carta; le devolveré la cortesía reproduciendo otro de su artículo: «María Rosa Alonso nos explica que «el incansable investigador tinerfeño» don Sebastián Padrón Acosta halló la partida de nacimiento de don Ángel, que lleva fecha de 6 de mayo de 1845. ¡Pues si que don Sebastián Padrón se acredita de «incansable investigador». ¡Ni que se tratara de documentos de tiempos de los Faraones! Por unas pesetillas —no llegarían a diez— yo me comprometo a remitir al señor Padrón la partida de nacimiento de cualquier persona que haya visto la luz en Barcelona por las fechas en que Guimerá nacía en Santa Cruz de Tenerife. Y yo no soy Padrón, ni el padrón».

¡Chistoso es el troyano! Don Sebastián Padrón no es «incansable investigador» por haber hallado la tal partida sino por un sin número de trabajos que ha llevado a cabo sobre arte y literatura regionales. Cuando uno desconoce a las personas, lo mejor es ser discreto y sacrificar los chistes.

Lo que ocurre es que la cominería no es de los «investigadores» sino de los mal intencionados que hacen aspavientos por lo que tiene un valor anecdótico y literario sin otras consecuencias, como no sean el exceso de melindrismo que se ha levantado ahora entre ciertas gentes. Para mí personalmente el gesto de don Agustín Guimerá, padre del poeta, lo que me ha parecido es laudatorio y digno. Cuidar con el interés que el cuidó por la legalización de lo que fue un error y él subsanó dignamente, me parece de gran valor positivo. Ni la persona vital del ilustre don Ángel ni incluso su familia pierden nada a la consideración de las personas sensatas y cristianas, máxime que cada uno es responsable de sus obras, pero no de las de su familia. Daremos cuenta a Dios de la gestión personal y no familiar. Conviene recordar ahora, que se ha vuelto a poner de moda eso de descender de «la pata derecha del Cid». Como uno no desciende de nadie, estas cosas, en el fondo, tienen mucha gracia.

Dice Héctor refiriéndose a mí: «La corresponsal en su amor por la verdad y por la erudición, no tiene inconveniente en dejar por embusteros a los biógrafos de Guimerá, a la «Espasa» y al propio Guimerá que, sin duda fue quien dio la fecha».

¡Pero hombre de Dios! No sé si don Ángel dio la fecha equivocada, pero si su partida dice que nació en 1845 ¿qué quiere usted que haga yo? ¿Qué le dé de propina esos cuatro añitos más para que usted se quede tranquilo? ¡Qué encanto de periodistas!

**221. «Adiós a José Manuel Guimerá», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 11 de octubre de 1949. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 156-158).**

Yo no sé si la mejor corona fúnebre para ti, José Manuel, será el silencio. Ese silencio que tú, con preciada sabiduría, administraba, matizado de una suave sonrisa inolvidable. Yo llevaba este domingo de octubre para ti una proyectada conversación, un monólogo, que sólo podrías escuchar, porque a tu voz ya le quebraba la fatiga. Estos últimos días hablabas con los ojos grandes, brillantes, penetrantes, y subrayabas aquella voz de tus ojos con la misma sonrisa fina, resignada, que no llegué a captar si era generosidad consoladora para la inquietud de los que tanto te amaban, o era tu elegancia de siempre proyectada en la sonrisa, como si ella fuera el presentido mármol que cubría la amargura de tu alma en la estación ya del viaje infinito.

Aquella conversación o monólogo se quedó sin tus oídos. Me la bebí en lágrimas cuando el latigazo de la noticia de tu marcha definitiva me sorprendió en el mismo portal de tu casa. Y ya todo ha sido compartir el dolor con los tuyos en este duelo en el que lloraban los hombres y la congoja impresionante, silenciosa, del apretado llanto de las mujeres tejían en torno a ti una corona de flores inmarchitable.

Oíamos sobrecogidos el latín dolorido y solemne de la liturgia, junto a tu nave rodeada de las mejores rosas, que la amada tierra tinerfeña te dio antes de acunar tu sueño definitivo. Y después, cuando tuvieron que llevarte, las huellas que sobre la alfombra dejaron las rosas no sé si eran lágrimas blancas o rojas que lloraban tu muerte, o perfumados pétalos que cantaban tus bodas con la Eternidad.

Hoy tiene uno el alma en carne viva, José Manuel, y es demasiado pronto para escribir lo que representabas tú, con la exquisita finura de tu pluma, en las letras canarias. Salía decantado, pulido, repujado en tu orfebrería el castellano de aquella pluma, en plateadas vetas, que tu lenta producción prodigaba despacio como preciada y maravillosa que era, y en la que se amalgamaba el ensayista con el prosista pulcro. Para escribir todo esto con precisión hace falta una serenidad de la que carezco y hemos de esperar a que la tempestad se aquiete.

Entendías la vida viéndola fluir, como decía Germán Reimers, a modo de un espectador que la degustaba en dosis mínimas, a decantados sorbos diluida en tu azoriniana preocupación por el tiempo. Para los que hemos tenido la fortuna de contar con tu noble amistad lo que lloramos y valoramos es tu humana persona llena de exquisitez y comprensión para los demás, sin que jamás te arrebatara el vendaval del apasionamiento, o la menuda crítica para la falta ajena. Para el trepidar literario de estos nervios míos estaba siempre la festiva sonrisa de tu inteligencia y mis pocas virtudes personales tuvieron el homenaje de las magnolias de tu patio lagunero, tú, tan cuidadoso en advertir que lo primero y decisivo para una mujer es justamente serlo.

Te nos has ido en una suave mañana azul y otoñal de esta encantadora La Laguna, tantas veces elogiada por ti. Con un tiempo sereno, como tu sonrisa y tu vida. Ahora nos llenarás el sueño de misterio y el alma de dolor y de melancolía. Has cerrado la puerta, en silencio, y no eres más que pasado. Con todo ese pasado cargan a costas tus cercanos y entrañables seres que te aman y también nosotros, tus amigos; en ese pasado que eres tú, radican horas inolvidable que hemos de llevar hasta que, uno a uno, sigamos todos dando, también, el portazo definitivo.

**222. RECONVENCIÓN A LOS PERIODISTAS. «A propósito de la apertura del curso académico», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 20 de octubre de 1949.**

NOTA: En el periódico que está encuadernado en la Biblioteca Central de la ULL (Sala Canarias), hay unas palabras escritas por la misma María Rosa Alonso en la que dice textualmente: «Esto no lo puse yo, sino la mala intención...» [escrito en verde, después de haber rodeado el antetítulo].

Voy a hacer una amistosa correcta y bien intencionada reconvencción a los periodistas locales. Mi admirado Leoncio Rodríguez dice que soy «combativa» y puede ser verdad. Ya Fernando de Rojas en el prólogo de «La Celestina» glosó con palabras exactas la afirmación del viejo Heráclito: *Omnia secundum litem fiunt*; es decir, todas las cosas se hacen conforme al batallar. Y en verdad que todo lo que en este mundo suponga calor humano, interés, vida, en suma, otea desde sus cresterías el panorama de una lucha.

Mis combates pocas veces son hostiles; muchas veces se rompen lanzas para la defensa, y bastantes otras no hay en el pretendido combate otra cosa que savia juvenil, entusiasmo y energía vital. Si el lector tuviera la curiosidad de leer el diario *La Prensa* en los años de 1910 a 1920 aproximadamente también apreciaría que el ilustre Leoncio Rodríguez fue combativo. Lo que tenemos de combate es, justamente, lo que nos queda de juventud. Para la madurez y la ancianidad resta la nostalgia del tiempo ido, la evocación emocionada de las cosas y personas muertas, la placidez del gesto, el montón

de actitudes que constituyen la melancolía del jubilado. Cada vez que escribo con acento de réquiem siento, a ramalazos, las velas prematuras del aldabón de la vejez, que ronda en mi puerta.

Pero todavía «combatamos» un poco.

Un reproche a los periodistas locales es impolítico. Antaño existían en la Isla (para ello sólo ejemplos cercanos) bastantes periódicos y si andaba uno a mal con X podía escribir en Z o, si las cosas se ponían peores, fundaba uno un periodiquillo en dos por tres y se establecía por su cuenta. Semejantes despilfarros no son ya posibles; ahora indisponerse con el periodista significa arrastrar sus iras, exponerse a no ser citado en los actos públicos, si le da a uno por ir, o en la lista de viajeros, si le da a uno por viajar. Nos pueden borrar del mundo de los vivos, desplegar contra nosotros esa pintoresca y socorrida conjunción del silencio, que es su terrible arma. Voy, pues, a correr el riesgo.

La reseña que la prensa local publicó sobre la apertura del curso en La Laguna ha sido hecha por un periodista que tenía prisa. Cuando hay prisa no se puede asistir a los actos que, por obligación, debemos asistir. Es probable que al periodista no le interesara una cuestión académica, ni un discurso sobre asuntos estrictamente científicos, como los que abordó el Dr. González en su trabajo acerca del estudio químico de algunas plantas canarias. Al periodista, personalmente, le debió ocurrir lo que a mi, personalmente, me ocurrió: que ni él ni yo entendemos una palabra de química. Personalmente no nos interesa el tema, pero jamás puede un periodista decir semejante cosa porque en su deber informativo tiene que interesarle todo. Yo no entendí nada al Dr. González; sólo puedo decir que habló de las euforbias (nuestros cardones y tabaibas) y de otras plantas y, no obstante, su conferencia fue del mayor interés para todos, por lo que diré. Por eso reprocho al periodista su falta de paciencia y de sentido periodístico, porque el acto de apertura de curso fue este año de lo más interesante que darse pueda. De haber habido una reseña atinada hubiera sobrado este artículo que robo a un tiempo que me es precioso.

No basta una lista de asistentes y media docena de adjetivos de «circunstancias» para dar cuenta de un acto cultural, que es lo que en este y en parecidos casos suele hacer nuestra prensa. Hay que saber sacar al hecho su significación y su relieve y eso es lo que echamos de menos siempre que leemos una reseña de esta clase. Sin duda podrá objetarme el periodista que en nuestro pequeño país lo que interesa es citar las personalidades asistentes, y decir que todo estuvo bien, «solemne» o «magnífico». De esta vez hasta hubo errata en los nombres de alguna autoridad, en el orden de los oradores (que no fue el que da la reseña) y en el impropio sustantivo de «charla» que usó *La Tarde* para la disertación científica del señor González, que *El Día* llamó conferencia, único término en el que las reseñas de nuestros dos diarios diferían.

La disertación del Dr. González era una disertación científica. Repito que no la entendí, pero no puedo encubrir mi ignorancia bajo la capa de un desdén. Sin entenderla saqué una consecuencia: que por vez primera se hace ciencia en la Universidad de La Laguna por unos hijos del país que trabajan con perseverancia con el Dr. González. Que nuestro admirado paisano, honra de las Islas y de la Universidad, está al día en información científica y que comunica a las entidades españolas de su ramo el resultado de sus estudios, que unas veces ratifican y otras difieren de las conclusiones de sabios extranjeros sobre la materia que lo ocupa y que, desde la altura de la cátedra y revestido académicamente, un hijo de Canarias nos ha dicho que hacer Universidad no es limitarse a expedir títulos, y tener cargos de responsabilidad, no es tampoco limitarse a ostentarlos o vestirse de frac. Con vibrante palabra el Dr. González afirmó que él no puede creer en las palabras que escribe Ortega en «Misión de la Universidad» sobre la

vocación escasa que tienen los españoles por la ciencia, al comprobar que son muchos los que en nuestra nación laboran hoy por ella. Leyó el Dr. González unas luminosas palabras de Menéndez Pelayo sobre el comportamiento español con todo lo científico; unas palabras que descorazonan, pero que son ciertas. El Dr. González aludió, con el natural resentimiento que la incompreensión y la desidia ajenas causan el fatigoso trabajo suyo y de sus compañeros en unos modestos laboratorios de la más modesta de las Facultades de Ciencia españolas, con ser todas modestas. Nos dijo que se ven obligados a trabajar con medios primitivos, sin la ayuda de nadie y sólo con los escasos recursos que le presta la Delegación del Consejo Superior en La Laguna. Con tamañas dificultades —preguntaba el Dr. González— ¿hasta cuándo nos va a durar el entusiasmo?

No se me enfaden los periodistas, que ya tengo bastante con defenderme de tanto mal genio público y privado (que es el peor) que anda por ahí suelto contra mí. Con estas líneas sólo pretendo que me hagan caso, que se molesten un poco más en hacer reseñas con «estilo» y, sobre todo, que toda vez que los actos culturales no son frecuentes, que no les canse asistir con paciencia a ellos para saber obtener el jugo cuando lo hay. Y si no lo hay para otra vez será. Con tener paciencia no se pierde nada. Del estudio químico de los cardones y tabaibas saqué la conclusión de que con personas como Antonio González se puede tener alguna vez Universidad en serio.

**223. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Respuesta a Luis Álvarez Cruz», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 10 de noviembre de 1949.**

Mi distinguido amigo: Sabía porque hablé con usted antes de celebrarse el acto que el autor de la reseña de la apertura de curso en la Universidad de Canarias era debida a su pluma, pero, debido a un motivo de pura cortesía con usted, no quise dar su nombre en mis comentarios «A propósito de la apertura del curso académico», aparecidos en *El Día* del 20 de octubre.

Era mi reconvencción amistosa, correcta y bien intencionada, hecha con el mero deseo de que un acto como el de la apertura de curso y una disertación como la del Dr. González hubiese alcanzado un más espacioso y cuidado comentario; pero usted, lejos de centrar la cuestión, se evade y hasta se molesta conmigo. En resumen, lo que usted me contesta no es una respuesta sino que se limita a hacer el bosquejo que mi persona le merece. El lector que no me conoce y haya leído su «Epístola a María Rosa Alonso», publicada en *El Día* del 22 del mismo mes, tendrá la idea de que soy una señora bastante fea, sabihonda y cargante, que está metida en la isla de su casa rodeada de ficheros y libros por todas partes como el Dr. Fausto lo estaba de matraces y retortas. En sus apreciaciones personales, yo, desde este laboratorio pedante, lo miro a usted como un microbio y el microbio me mira a mí para despreciarme por la «suficiencia académica» que ha invadido a mí vanidad.

Vamos a suponer que todo esto fuera cierto. ¿Qué tiene que ver con que su reseña a la apertura del curso (aparte de no destacar la perseverante labor de un hijo del país y de la Facultad de Ciencias de nuestro primer centro docente) estuviera equivocada en la relación del orden de los oradores y en el nombre de alguna personalidad académica? Dice usted que todo esto son minucias, pero como no había otra cosa que minucias a ellas tuvo que referirme. Lo único que me contesta usted a lo sustantivo de la cuestión es que había otros problemas planteados en el país mucho más vitales que la reseña de un acto y que usted tenía mucha prisa. Se trata de argumentos insostenibles: primero, porque la Universidad es un problema con bastante vitalidad y trascendencia en la región, porque cuando su reseña apareció no había ningún notición

de interés que relegara a último plano la apertura del curso, que sólo se verificaba una vez al año, y, segundo, porque la prisa no es razón que justifique lo injustificable.

Lo que ocurre es que es más cómodo plantear la cuestión de mis defectos personales, de mi supuesta vanidad, etc., que el abordar de lleno un problema. A falta de argumentos usted se dedica a «piropearme». ¡Qué le vamos a hacer! Yo hubiera preferido serle a usted simpática, parecerle sencilla, modosita y buena muchacha, pero no es cosa de estarme yo haciendo el artículo diciendo que lo soy. Harta desgracia tengo con caerle a usted tan mal.

Yo, en cambio, he preferido siempre separar con cuidado lo personal de un autor de su obra. La persona es para mí siempre respetable y muchas veces estimadísima (como me ocurre con usted) y sólo la obra es la que me ha merecido crítica, cuando ha habido necesidad de ello. Yo no censuraba ni cenuro a su persona —para mí respetada y apreciada— sino las omisiones y faltas de la reseña en cuestión. ¿Qué tenía usted prisa? Alude usted a ella como si fuera una virtud, de la misma manera que alude usted a mis títulos como si fueran un pecado. Son ya varias las veces que algunos escritores con actitud un tanto infantil aluden a mi «doctorado en Filosofía y Letras», a «mi erudición», a mis ocupaciones «investigadoras» con una insistencia que a mí me divierte, porque adivino tras ella eso —tan de moda hora— que se llama «complejo de resentimiento». Pero así tampoco se argumentan las cuestiones; en cuanto a la prisa le convendría a usted refrenarla porque es su verdadera enemiga. Por prisa equivocó usted la relación de oradores y algún nombre de la reseña; por prisa escribió usted «Chartres» en vez de Sartre, porque las campanas de la catedral de aquel pueblo acaso le sonaron al representante del existencialismo, como puede verse en su «Atalaya» de *La Tarde* del 26 de mayo pasado; por prisa escribió Vd. que catorce versos arrastraban la «cuadriga» de la gloria poética de Verdugo, sin caer en la cuenta de que a una cuadriga sólo pueden arrastrar la cuatro unidades del orden poético que su libertad quiera, pero cuatro, como puede verse en su «Exaltación lírica del maestro» en *La Tarde* del 12 de septiembre; por prisa atribuyó usted una conocida frase de Pascal al filósofo Montaigne, como puede leerse en *El Día* del 11 de octubre.

Es así como se critica, amigo Álvarez Cruz. Combatiendo la obra y no la persona, separando cuidadosamente en un escritor sus valores personales de los defectos de su obra, La mía, como humana que es, no dejará de tener sus naturales defectos. Cuando alguien me los señale y me los pruebe con citas «eruditas» y «pedantes» no sólo las aceptaré y las recogeré sino que me han de servir para rectificar mi obra. Yo no soy infalible y le concedo a todo el mundo autoridad para criticar mi obra siempre que lo haga con cortesía para mi persona (como la guardo yo con toda el mundo) y con datos probados y avalados que signifiquen seriedad y probidad y no meras apreciaciones subjetivas.

**224. PLUMAS DE LAS ISLAS. «José Manuel Guimerá, ensayista», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 17 de noviembre de 1949. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 159-160).**

En el costado sur de la Plaza del Príncipe está la casa en que vivió José Manuel Guimerá. La Plaza del Príncipe, antes de que la reforma urbana la echara a la calle, era una plaza íntima, recoleta; la más hermosa de Santa Cruz de Tenerife y una de las más bonitas de España. Desde las ventanas de su casa veía José Manuel la espesura alta y umbrosa de la arboleda y oía la cascada armónica de los trinos que despedía de cada árbol la ingrátida masa coral de los vecinos pájaros cantores. La casa de José Manuel es ancha, espaciosa; arreglada está con fino y sobrio gusto. Es una casa que tiene todavía consolas con tapas de mármol, retratos de familia con marcos ovalados como aquellos deliciosos medallones del siglo XIX, y espejos biselados. Sobre uno de los mármoles un



caracol marino guarda siempre el rumoroso secreto de un mar preso y dormido, que puede oír quien sólo sepa oírlo.

El contorno físico y cotidiano que envolvía a nuestro amigo estaba bruñado de serenidad, de tonos íntimos y amables, de una recatada y bien compuesta elegancia, que sólo podía advertirse a través de una sobriedad armónica sin afectación. El ademán y la voz siempre reposados, el juicio benévolo y de suave ironía al enfocar la obra y la actitud ajenas.

Hace mucho tiempo —al comentar públicamente su exquisito ensayo sobre «Galdós y la sencillez»— dije que José Manuel Guimerá era sustancialmente un ensayista *sensu stricto*, acaso el primero que hemos tenido en las Islas. Todavía guarda para el futuro lector, entre otros, la delicada prosa del inédito ensayo sobre «Las Campanas», que en diciembre de 1947 escribió en el Hotel Taoro. Gustaba, con emoción lenta, con pausa y sin prisas, de sentir la carrera de los días; producía despacio, con morosidad y tersura, un poco a la busca del tiempo perdido, en el cuadrante de Marcel Proust. Junto al ensayo de «Las Campanas» pudo habernos dejado otro sobre Los Relojes y acaso pudo inventar —sabe Dios con qué recónditas delicadezas— los relojes borbónicos del Palacio Real de Madrid. José Manuel se detenía junto a lo sencillo, a lo menudo y a lo imperceptible. Auscultaba con maestría las cosas de nuestro alrededor y sabía descubrir en ellas el mensaje que poseen de Eternidad.

Leía José Manuel con máxima pulcritud y serenidad su obra y más de una vez departió conmigo la conveniencia o lo inoportuno de un vocablo en un párrafo, como si se hubiese tratado de un cuadro de mérito que le preocupara situar bien en las paredes de su casa. Delicados y agudos ensayos han perdido con él nuestras letras. A nosotros, sus amigos, se nos ha ido con José Manuel una lección de elegancia, de buen tono y de señorío. Y en esta angustiada, bronca y chata hora del mundo en que nos ha tocado vivir, sentimos en su marcha, con estremecida zozobra, que una brillante luz se nos ha extinguido para siempre.

**225. NUESTRA MÚSICA POPULAR. «Carmelo Cabral, guitarrista», *El Día, Santa Cruz de Tenerife, 2 de diciembre de 1949.* (*Papeles tinerfeños, 1972: 129-132. Todos los que están fueron.* Tomo II, 2008: 79-81).**

Nos dijo aquí en una conferencia, el inolvidable y sin par Mr. Starkie, refiriéndose al extraordinario poder que la música tiene sobre las almas sensibles a ella, que, en una ocasión enamorado un músico en los Estados Unidos de una mujer de color, o sea de ascendencia negra, indiferente primero a su galán, terminó por enamorarse de él, cuando el músico, con gran sabiduría de cortejador, tocó delante de ella música negra.

La anécdota —que no recuerdo en sus detalles exactos— me impresionó contada por el ilustre escritor inglés y la he estimado no sólo verdadera, sino con razones suficientes para ganar tan delicada y definitiva empresa como la del músico americano. Una música, que puede ser una musiquilla, ¿quién no la recuerda ambientando de sugerencias sentimentales un período nostálgico de su vida? La música, como el perfume, nos alcanza a menudo situaciones pasadas, que añoramos con ese aire único que el alma cobra ante lo definitivo.

Misterioso poder el de la música. Embrujado sortilegio el suyo. Unas veces demoníaco y otras angélico. La música es nudo umbilical que nos une a secretas fuerzas mágicas indefinibles, o nos eleva a las armónicas esferas pitagóricas de que hablaba al músico Salinas el alma ardorosa y estremecida de Fray Luis de León.

Pero las virtudes que la música popular de la región posee son unas virtudes independientes del valor intrínseco y técnico que toda música tiene. Lo que nos

conmueve de una isa o de unas folías no es su valor musical en sí —que, indudablemente, es bien simple como técnica—, lo que nos estremece a los canarios con sensibilidad musical de apasionados por la tierra son esas otras armonías que la isa o las folías suscitan en nuestro corazón.

Con los «Cantos canarios» de Power ocurre algo parecido ya. Es muy probable que, como pieza musical, los «Cantos canarios» no sean una acabada obra. Concedo que sean incluso flojos, si algún exigente me apura; pero, ¿cómo explicar el emocionado ímpetu sentimental que la audición de los primeros compases —el inefable «Arrorró»— de la obra poweriana nos produce? Un hombre tan ajeno a la sensibilería y al regionalismo de manta y gofio como Manuel Verdugo ha podido escribir del «Arrorró»:

*Ese arrullo de cuna, que es joya peregrina,  
va a sonar... Apresura, corazón tu latido;  
tan sólo unos compases —caricias al oído—,  
pero, ¡cómo al instante su encanto nos domina!*

La música de Power, con sus defectos técnicos, se ha hecho ya carne del alma popular, como también se hicieron desde sabe Dios cuándo, esas folías, isas o malagueñas que, de lejanas tierras, aclimataron en nuestro Archipiélago, con variantes deliciosas.

En un trabajo más extenso, que aparecerá en una revista de investigación, he recogido lo que a mis noticias ha llegado acerca del origen de nuestra música popular; casi toda ella es pervivencia de la peninsular vecindada aquí; en las Islas adquirió una fisionomía peculiar, un aire contenido, inconfundible, sin el desgarro agudo, o el dilatado desmayo que en la Península posee o han poseído sus posibles fuentes, porque es denominador común de nuestro arte esa medida que, con agudeza, ha visto, para la plástica regional, el Dr. José María Balcells.

Mi modesta labor ha sido recolectora. De los técnicos musicales esperamos todavía muchas cosas a este respecto. Entretanto, nuestros cantos populares siguen estremeciendo nuestro sentimiento, y, cuántas veces desde mi casa, en permanentes horas de soledad compartidas con el trabajo —que es siempre generoso amigo—, he abandonado su solicitud, prendida el alma en las cuerdas de un timplillo bullanguero que pasaba, a cuyo sortilegio ella, el alma, se rendía y se ha rendido tantas veces, como se rindió la muchacha de la anécdota de Mr. Starkie.

En cierto momento, ya lejano, hice una evocación y nostalgia del timple, conmovida una noche en el Puerto de la Luz de Las Palmas por el prodigio artístico de Jeremías Umpiérrez, que maneja su timple —un Stradivarius del género— con sutiles y mágicos dedos. Aquí en Tenerife tenemos otro artista de cualidades incomparables: oyéndole tocar la guitarra todos los adjetivos se marchan para que los sustantivos hablen. La guitarra ventruda, de largo cuello, es el cisne canoro de nuestros instrumentos de cuerda. En una de las épocas del arte de Picasso aparece siempre, como constante española, andaluza, malagueña, un torso de guitarra en los descoyuntados planos del genial pintor español, como si la guitarra, con el perfil de su vientre, afianzara el numen hispánico en las abstractas creaciones del artista.

A este cisne armónico lo cuida, lo vigila y le rinde su apasionado culto ese hombre —con quien sólo he hablado una vez en mi vida— que se llama Carmelo Cabral. Unas folías que salen de las cuerdas que Cabral pulsa no se quedan jamás en la tierra, aunque sea en nuestra entrañable de Tenerife. Con Cabral la música popular se hace rezo y espíritu.

No he resistido nunca que a nuestros cantos populares se les entone con falta de respeto. Se puede cantar mejor o peor, porque el oído y la voz son dones divinos, pero el respeto es la decencia de la moral humana. En un desgarrado soez y atrabiliario de una copla desentonada a intento, he visto compendiados los defectos burdos, amorfos, zoológicos de la masa; en la compostura discreta y sencilla de la copla sentimental — que, requiebro o melancolía— he advertido, en cambio, las virtudes del pueblo. De esta honda virtud popular ha hecho nuestro guitarrista una aristocracia. Hoy he creído un deber desinteresado de justicia un elogio a su arte. No siempre le sale a uno de su cantar una isa vibrante y «combativa». Alguna vez ha de quebrarnos la voz los semitonos de unas folías compuestas ahora en homenaje de quien las pulsa con tantas excelencias.

**226. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Otra vez Viera», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 21 de diciembre de 1949. (*Todos los que están fueron*. Tomo I, 2008: 365-366).**

En La Laguna de la segunda mitad del siglo XVIII es sabido por todos que existió una generación, la de Viera, que, agrupada en la famosa tertulia de Nava, hizo posible no ya una revisión completa de valores culturales en el país, sino que preparó una obra de gran mérito y fortuna imperecedera; las *Noticias de la Historia General de Las Islas Canarias*.

La vigencia de la generación de Viera puede centrarse en torno a los trece años que el polígrafo vivió en La Laguna, o sea de 1757 a 1770, año en que salió de ella para no volver jamás a verla. En unos años vitalmente decisivos, desde los veintiséis a los treinta y nueve, Viera y Clavijo contribuye, como oráculo de los tertulianos de Nava, a «desempolvar las tinieblas e introducir las luces» en las Islas que, tardíamente aún, estaban amarradas a las muertas cargazonas retóricas de la constante barroca. Lector de la *Enciclopedia* y de Feijóo, Viera —asistido de los amigos de la tertulia— reforma la oratoria sagrada, la poesía, el pensar y toda la fisonomía cultural de La Laguna, capital entonces de la Isla. Viera y Clavijo —si queremos seguir las determinaciones de Petersen— era el caudillo o «führer» de la generación neoclásica en Canarias.

La obra capital y más famosa de Viera es, como siempre se ha dicho, la *Historia de Canarias* o «Noticias»; pero es de justicia no olvidar que sin el apoyo económico de don Tomás de Nava Grimón, el simpático y esclarecido Marqués de Villanueva del Prado, quizás las «Noticias» no hubieran sido posibles en la forma y tiempo en que lo fueron, ni Viera hubiese podido ir Madrid a fines del año 1770 para imprimirlas. Todavía en Canarias la aristocracia del talento no había huido de la aristocracia del dinero y la generosidad y el entusiasmo de don Tomás de Nava es un factor que no conviene olvidar cuando de la obra fundamental de Viera se hable.

Las circunstancias y el azar cambiaron los destinos de nuestro historiador, que permaneció catorce años fuera de las Islas. El primer tomo de las «Noticias» apareció en Madrid en 1772, en la imprenta de Blas Román y el cuarto y último en 1783. ¿Cómo ponderar aquí las excelencias estadísticas de la prosa histórica de Viera? Yo creo que a nuestros actuales historiadores les han de sobrecoger las palabras que escribió el Dr. Wölfel sobre él: «La historia literaria ya está escrita con una perfección que nadie superará: la inmortal obra de Viera y Clavijo, quien, en la colección y crítica de documentos y fuentes, hizo cuanto era posible en su época. Hasta que surja un nuevo Viera y Clavijo tendremos que preparar su obra con la investigación; por eso mucha crítica de fuentes, mucha documentación y ninguna literatura» (Wölfel, «Los gomeros vendidos a Pedro de Vera...» en *El Museo Canario*, núm. 1, 1933, Madrid).

Pero ni el estilo incomparable de Viera ha tenido continuadores, ni las tres ediciones posteriores de sus «Noticias» han alcanzado mucha fortuna en el orden de la

corrección editorial. En 1858 comenzó la benemérita Imprenta Isleña, la prestigiosa imprenta de Miranda, a publicar la segunda edición de la obra, también en cuatro volúmenes, el último de los cuales apareció en 1863. Fue de las últimas publicaciones de la elogiada «Biblioteca Isleña», que representa el esfuerzo editorial de nuestras promociones románticas, la primera de las cuales he centrado en torno a la revista *La Aurora*. Esta edición se hizo por un ejemplar de la príncipe corregido por mano misma de Viera, pero los editores no tuvieron mucha agudeza en la impresión; por ejemplo, al referirse a la famosa batalla de Acentejo, Viera subsanó en el prólogo al tomo III, no sólo la fecha que en el tomo II equivocó, sino la redacción del párrafo en el que alude a la inacción de las tropas de Lugo durante un año, pero los impresores no quisieron detenerse en tan importante advertencia y al limitarse a cambiar la fecha no cayeron en la cuenta de que el párrafo quedaba sin sentido, conforme tengo escrito en otro lugar.

Las «Noticias», pues, han sido reimpresas sin cuidado ni atención algunas. Las dos ediciones que sucedieron a la del siglo pasado se han hecho en nuestros días con meros propósitos divulgadores y comerciales: la del periódico de Las Palmas, *La Provincia*, que apareció en 1932 en cuatro tomos, y la de la «Biblioteca Canaria», en 1941, también en cuatro tomos, pero estas dos ediciones incluso suprimen algunos extremos de la segunda y resultan inservibles para el trabajador y aún para el lector exigente. Nunca hemos comprendido por qué la divulgación ha de ser entendida en divorcio con la fidelidad.

Lo que se propone ahora la casa «Goya» de Santa Cruz de Tenerife es hacer la quinta edición de «Las Noticias» con pulcritud y utilidad para todos. El texto de Viera es ya un texto clásico y tal y como él lo escribió ha de leerse siempre. Las modificaciones no son posibles ni deben serlo, pero abundantes notas al texto guiarán e ilustrarán al lector sobre el estado actual de la cuestión aludida por Viera. Un grupo de investigadores canarios llevará a cabo una labor que puede justificar, en parte, el quehacer de una generación. La dirección de los trabajos estará a cargo del Dr. Serra Rafols, garantía suficiente de solvencia y también la intervención del Dr. Cioranescu, feliz adquisición de nuestra Facultad de Filosofía y Letras, ha de ser de gran utilidad.

**227. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Continentes en miniatura», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 11 de febrero de 1950. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 55-57).**

Reexpedidas, desde La Laguna, recibo aquí en Madrid algunas cartas de personas que, por lo visto, son mis lectores. Me preguntan la razón de un silencio de «más de dos meses», en los que, por lo que se me advierte, la prensa tinerfeña ha estado animada, movida con problemas vitales de subsistencias, de arte y no sé qué cuestiones más.

Me ha extrañado el beligerantismo de algunas gentes que en ocasiones, se han erigido con excesiva meticulosidad en mis censores, por su cuenta, y se han asustado por el mero y justo deseo de una defensa personal mía, pero tan revuelto e incongruente marcha el mundo que uno hace tiempo que ha dejado de entender lo claro y patente, y cualquier día algunos caballeros nos meterán por los ojos la tremenda verdad de que dos y dos son cinco.

Yo agradezco de corazón a mis comunicantes su cuidado por mi silencio y sus causas. Coger uno su maleta, subirse en el avión de la Iberia, y estar en Madrid desde diciembre hasta sabe Dios cuándo es una trivial noticia particular sin interés alguno. Recuerdo unas primitivas *fotos* tinerfeñas que recogían el paso de unas damas de comienzos de siglo en el parador de la Cuesta, con enormes sombreros, que eran un jardín, en el momento en que descansaban ellas o los caballos del coche de Buenafuente, camino de La Laguna, poco antes de la inauguración del tranvía eléctrico

que, con su escandalosa velocidad, arruinó la mansa y majestuosa lentitud de las caballerías.

Viajar entonces de La Laguna a Santa Cruz en coche de la hora, o de Las Palmas al Monte, tenía sus complicaciones y había que cambiar de calcetines a los niños y llevar guardapolvos o sobretodos. ¡No digamos de Santa Cruz a La Orotava o de Las Palmas a Guía! En la isla, las distancias tienen sus relativismos. Recuerdo que a José María Cossío le hizo gracia que mis amigos diferenciaron entre ser de Santa Cruz, La Laguna o Tacoronte en una tierra tan pequeña, pero le objeté que valía casi tanto como ser de Madrid o Toledo y es que los *intrínquilis* de esos continentes en *miniatura* de nuestras islas dan mucha guerra para entenderlos.

Desde los veleros que tardaban sus buenos días de las islas a Cádiz, a este avión que nos trae y lleva en cinco horas y media, si el tiempo y Dios lo quieren, va una larga historia entre la que trepidan de gracia las anécdotas oídas al viejo y muerto Rodríguez Moure, viajero del África, allá por la segunda mitad del pasado siglo.

Ahora va y viene uno sin aspavientos y tan pronto está aquí como allá; tan sin ruido me muevo que todavía me reexpidan cartas de La Laguna creyéndome allí sus autores, y no porque me dé humos de personaje, sino porque todavía soy de los escasos españoles que contestan sus cartas.

Pero la lejanía, distinguidos comunicantes interesados por las causas de mi silencio, le pone a uno cierta sordina. Me suena haber leído en el *Tiberio* de Marañón —no tengo el libro a mano— que en la isla se puede ser todo, pero en pequeñas dosis, algo así como ese «continente en miniatura» de las guías; de aquí el que sea propicia para acunar resentidos como Tiberio. Se puede incluso llegar a ser una *fuerza viva*, pero una pequeña fuerza viva. ¡Menuda tragedia! Quizás ello nos explique muchos episodios de nuestra historia insular o de nuestras historias insulares. Pero hay que aceptar las cosas como son, sin desdenes ni cierre de ojos. Los problemas hay que aceptarlos en cuanto tales e intentar resolverlos, si se puede, o no.

Un cambio de aires —si es posible, que no siempre lo es— conviene siempre al isleño y el pisar tierra continental tonifica su espíritu o lo reajusta, más saludable, al nuevo contacto con su *continente en miniatura*. Un cambio de aires es como un cambio de aguas, algo así como una cura en Cestona o Panticosa —aunque nosotros tenemos nuestras buenas Firgas, Teror o Sabinosa—. Claro está que ello irá en detrimento de que uno ignore las causas de esos beligerantismos subsistenciales —de más calibre que los existenciales— o artísticos. Sin prensa isleña y con sólo epístolas de amigos y lectores uno no acaba de entender lo que pasa en nuestros continentes pequeños, que no se pierden en la lejanía, pero que encontramos siempre en nuestro corazón.

**228. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Aleixandre en la Academia», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 14 de febrero de 1950. (*Pulso del tiempo*, 1953: 67-69).**

A las siete de la tarde del domingo, 22 de enero, no había un solo asiento sin ocupar en el salón de la Real Academia Española. Ni en la planta baja, ni en la galería alta había ya «un alfiler». En los pasillos, apiñados, los poetas y poetitas jóvenes aguardaban la entrada de Vicente Aleixandre, que iba a leer su discurso de ingreso. Damas elegantes, sombreros de aguda y solitaria pluma, manos de uñas de ave, con estudiado ademán, revoloteaban entre alguna barba «existencialista» de galán. El amplio y elegante recinto, subrayado por el dominio de los terciopelos rojos, ofrecía el aire estremecido de las solemnidades. Detrás de mí, y también de pie, un caballero satisfacía la curiosidad de su esposa con prontitud de fichero: «aquel es García Gómez, el de la derecha es Gerardo, el que entra ahora es Walter Starkie...

—¡Pero, mujer, quién va a ser sino el Obispo de Madrid-Alcalá!...

Uno tras otro los señores académicos ocuparon sus asientos, y, preciso es confesarlo, no obstante su seriedad personal y al valor intelectual de casi todos, su entrada sirvió a los ojos de la mayoría curiosa como un número espectacular y divertido, semejante al de la salida de actores conocidos a las candilejas. Bien cortados y elegantes «chaqués» y algunas americanas democráticas —recuerdo las del marqués de Luca de Tena, la de Fernández Flórez; y la de García Sanchiz— llevaban los académicos. La venerable e ilustre figura de Menéndez Pidal —gran cid de lo cidiano, como dijo Salinas— presidió la solemnidad, y todo el recelo de inmovilidad, de vetustez y de momia que en algunos «revolucionarios» despierta la palabra Academia, se ve con seguridad disipado cuando al frente de la Corporación está el nombre de Menéndez Pidal y un nutrido número de figuras entre las que se encuentran un D’Ors, Marañón, Casares o los «jóvenes» de las generaciones de vanguardia, que llegan a la cincuentena ya, como Gerardo Diego, García Gómez, Cossío, Dámaso Alonso, etc., a los que acaba de unirse Vicente Aleixandre.

Aleixandre: alto, con un chaqué impecable y charolados zapatos, leyó con suma elegancia y voz gratísima un delicado discurso de 32 páginas sobre el amor —vida del poeta— en la poesía, cuyo título era «Vida del poeta, el amor y la poesía». Su cabeza calva y brillante, frente a la de Dámaso Alonso —no menos calvo, componía un simétrico dualismo de bolas de billar poético para ornamentación de la sala. La limpia y alta voz de Aleixandre, salpicada quizás por demasiados adverbios en mente y el uso de la palabra *vislumbre*, llenó el recinto de armonías poéticas y humanas. «El poeta —leía Aleixandre— es el hombre, y todo intento de separar al poeta del hombre ha resultado siempre fallido, caído en verticalidad» ¡Qué lejos ya de la deshumanización del arte!

Dámaso Alonso con sonora voz —¡qué dos espléndidas voces en la Academia! — leyó las 17 páginas de su discurso de contestación. Cuidó de señalar el tradicional espíritu innovador de la Academia antes, cuando eligió al duque de Rivas sin haber estrenado aún su *Don Álvaro*, y ahora, al llamar a Aleixandre, alojado en un superrealismo que ya estaba en el aire antes del contacto español con el surrealismo francés. Con su magistral pericia de cirujano estilista —la Estilística es para Dámaso una técnica— destacó el valor de cada una de las obras de Aleixandre a grandes rasgos, con palabra precisa, sin olvidarse de indicar —generosidad sin par en un poeta de la misma generación— la significación humana de Aleixandre, su influencia en la juventud española y americana, pareja a la que ejerció Juan Ramón Jiménez en la de ellos, y la fama del poeta de *Sombra de Paraíso*. «Sabíamos —leyó Dámaso Alonso— como un poeta adolescente, alejado, aislado en el fondo de su provincia, no tenía mayor alegría y orgullo que recibir unas palabras de Aleixandre». Una carta, una voz, un aliento del poeta o del maestro máximos para esas arrinconadas almas de la provincia, que se mueren de soledad haciendo números, como el pobre Alonso Quesada, o publicando cuadernillos poéticos, artículos de periódicos o revistas que son bálsamo confortador para la ilusión de unos días. Los maestros, cuando tienen la fortuna de contar una ancha dimensión humana, lo saben. Y creo que era con lo que contaba el público que, enfervorizado, aplaudía el domingo a Aleixandre, que se levantó a saludar emocionado unas cuatro veces.

**229. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Francisco Gutiérrez Cossío en el Museo de Arte Moderno», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 28 de febrero de 1950. (*Pulso del tiempo*, 1953: 189-190).**

Algunas veces topar con el Mediterráneo y descubrirlo es un honrado y decente menester que muy pocas personas están dispuestas a ejecutar. ¿Qué importa que el Mediterráneo exista si jamás hemos orillado sus riberas? ¿Por qué no ha de ser

descubierto el bello mar latino cada vez que un alma ingenua y de buena voluntad otea sus azules por la vez primera?

Después de haber visitado, en el Museo de Arte Moderno madrileño, la interesante exposición de Manchu Gal —discreta pintora que sabe su oficio—, llegar a la de Francisco Gutiérrez Cossío —que sus amigos llaman Pancho Cossío— me ha producido un pasmo auténtico. Era Cossío uno de esos españoles de su estirpe serial. Picasso, Gris, Dalí, Miró, que habían universalizado a nuestra España por obra de la pintura; por esta bella arte y por la literatura es por donde se han asomado al mundo las más altas cresterías españolas.

Pero yo sólo conocía del extraordinario pintor su existencia; no recuerdo haber visto ni una mala reproducción de algún cuadro suyo. Topar con su exposición ahora ha sido un pasmo para mí, una sorprendida aventura. Con toda ingenuidad se impone afirmar que Cossío ha sido mi Mediterráneo.

Los críticos madrileños de arte, y con singular inteligencia don Eduardo Llorent, se han preocupado de acentuar con insistencia lo que ellos ven de español en la obra de Cossío. Afirma Llorent que «los grises perlas únicos», tienen su filiación en los grises de Velázquez, de Goya, de «su Guadarrama y su mar Cantábrico», pero no sé si una excesiva susceptibilidad patriótica lleva a los críticos a buscarle «fuentes españolas» a un pintor de la calidad de Cossío,

De existir esas «fuentes» —harto problemáticas— ya sabemos a estas alturas que las «fuentes» suelen explicar muy pocas cosas, así como es verdad que la geografía no lo explica todo. No tengo ningún empeño en negar el españolismo de Cossío, porque sería una tontería; lo que si pongo en cuestión es que su «españolismo» sea ese: el de los grises y el de su nativa tierra.

No cabe desdeñar con molestia ese «afrancesamiento» que en Cossío han visto muchos críticos galos, porque sería tan pueril como negar la huella italiana en un Velázquez, ni creo que ello sea para un artista mengua de sus calidades. Hay mucha pintura francesa detrás de ese espléndido Cossío, que pinta «guardando las distancias» como hicieron los impresionistas con fruición. La naturaleza que fija Cossío es la dinámica, la lluvia, la tempestad, el naufragio, el nubarrón negro, esos temas que hacían trepidar literariamente a los románticos, una dinámica de la Naturaleza en drama, entonada en esos «grises perlas», que ve George con carácter «único».

Esas marinas singularísimas y los retratos constituyen el plato fuerte de Cossío. La luz reina prodigiosamente manejada en el incomparable cuadro que titula «Amanecida»; como en todos ellos, Cossío parte de abstracciones para fijarnos una realidad. ¿Qué años de pintura europea condensada supone esta pintura «pictórica» —en el sentido de Wolfen— de Cossío. Después de mucho tiempo sin ver pintura en serio, a uno le regocija el alma descubrir el Mediterráneo, que ahora se llama Francisco de Cossío.

**230. PLUMAS DE LAS ISLAS. «La niñez, todavía», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 21 de marzo de 1950. (*Pulso del tiempo*, 1953: 45-47).**

Tengo un amiguito de seis años que siente por mi una particular devoción; en uno de nuestros diálogos yo le invitaba a venir a mi casa, y se ofreció a ser mi cocinero. Con extrema gracia y primorosa candidez, mi pequeño interlocutor describía la serie de platos que había de prepararme, y como le objetara que acaso alguno de ellos no sabría hacerlos, mi pequeño amigo me replicó que una varita de virtud se encargaría del asunto.

La tierna seriedad con que el niño pasó de la realidad al mundo de la fantasía me hizo pensar, de nuevo, en la órbita que une el auténtico mundo infantil con el

poético. Uno de los aciertos estéticos y humanos de la creación de Rabindranath Tagore ha sido conjugar ambos mundos en una pieza tan uniforme que uno quizás no sabría determinar dónde está la esfera estrictamente infantil, inocente, de valor pedagógico en la obra del autor indio, y dónde empieza a ser pura poesía.

El mundo poético tiene de común con el infantil el ingrediente ilusionado y de escape de la realidad que toda creación supone; mírese cada uno al interior de su ser y caerá en la cuenta de que, en la atormentada época en que vivimos —tan erizada y áspera—, una salida de la realidad, una fuga al ilusionado mundo le será posible, si el resto de niño que todos llevamos en dosis diferentes tiende sus aladas manecitas para emprender el breve viaje.

Dice el refrán que «donde hubo siempre queda». De nuestro pasado, del niño que fuimos, nos queda —para dicha nuestra— algún bagaje. ¡Ay del alma definitivamente adulta que de su primitivo ser infantil lo haya perdido todo! Miedos inexplicables, ingenuas sorpresas, escapadas a las doradas jaulas de la fantasía, ternuras pequeñas e inefables serán un repertorio desconocido, una comparsa molesta para la puerta hermética de las almas definitivamente «mayores».

Algunas veces se me ha ocurrido como piedra de toque para graduar el infantilismo anímico las creaciones de Walt Disney. La obra poética de este genial Tagore del cinema está hecha, no para los niños, sino para ese niño antiguo que llevamos dentro los mayores, o para que lo que de niño nos resta. Pues bien, a medida que un alma adulta es más limpia y tierna, más prendida y enredada se queda en las figurillas creadas por el dibujante americano. La magia de *Los tres caballeros*, por ejemplo, encanta en forma tal nuestra alma que pone tensas las cuerdas intelectuales del adulto —no olvidemos que Disney dibuja para niños de veinte años arriba, en general— y las inefables ternuras dormidas de la niñez. La fina ironía de la anécdota del pamperrito, caballero de un burro que vuela; del loro brasileño, gran caballero del puro y del paraguas; o los tiros del cantor mejicano, que completa la caballeresca trilogía con el célebre pato Donald, subrayan la sátira, con tanta inteligencia que la acritud que toda sátira conlleva se diluye en humor inofensivo y sano; estos aspectos de la creación de Disney hablan para la inteligencia, pero la aventura del pingüinito, que emprende viaje desde su polo Sur a una isla tropical, navega hacia la plataforma de nuestro niño, que alza sus ternuras para esa fauna deliciosa y humanizada que lo conmueve y lo levanta desde las honduras en que lo han sepultado los años. Y, puesto en pie nuestro niño, Disney lo lleva, enredado de la varita de virtud de su extraordinario arte, al encantando mundo del color, la fantasía y la música. Línea, color y sonido combinados tejen ante nuestros asombrados ojos una orgía fantástica de creación poética. El milagro del artista es habernos transmutado la ilusión en realidad, en ponernos ahí, delante de los ojos, una teoría sorprendente, en darle vida a los Reyes Magos. El arte de Walt Disney aquietta sobre todo el alma de las personas mayores que está agrietada por la amargura o por las arrugas de la melancolía, pero que puede asomar, entre las grietas o los pliegues, la tierna y asombrada sonrisa de nuestro niño, que no se nos ha muerto todavía.

**231. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Otra vez los antiguos y los modernos. I», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 8 de abril de 1950. (*Pulso del tiempo*, 1953: 49-51)**

Pedro Laín Entralgo —las excelencias de su valor humano alternan con las de su inteligencia— aludía en un reciente artículo de *ABC* a la crítica filológica que un trabajo suyo acerca de Europa había inspirado a don Eustaquio Echauri, conocido latinista y gramático, sospecho que en su habitual sección de *Pueblo*, que hace tiempo no leo.



Censuraba Echauri a Laín el uso incorrecto de voces extrañas al castellano, de neologismos como «misiva», «definitoria», «ofertiva» y «delimitar»; defiende el Dr. Laín el uso de «misiva» con el Diccionario y una cita de Zubiri; niega que «delimitar» sea galicismo y afirma que es latinismo; «definitorio» y «ofertivo» —voz que confiesa introducida por él— le son precisas para expresar matices de unas acciones representadas por sustantivos verbales; «definitorio» —el que define— y «ofertivo» —lo que concierne al ofrecimiento u oferta. Ni las voces «definitivo», «oferente», ni otras semejantes servían a las necesidades expresivas del escritor para aludir a unas representaciones carentes, en castellano, de vocablos admitidos por el Diccionario. Las necesidades científicas, la precisión de expresar nuevas relaciones y nuevos conceptos plantean otra vez al escritor la obligación de acudir a neologismos.

En realidad, siempre nuevas situaciones científicas o de vida exigen que el escritor introduzca nuevas voces; todavía en el siglo XVIII tenía sentido el diálogo violento de «puristas» y «galicistas». Las burlas que nuestro Iriarte hizo de los primeros en su fábula «El retrato de golilla», y de los segundos en la titulada «Los dos loros y la cotorra» son bien conocidas. Una copiosa serie de galicismos inundó la lengua castellana en el siglo XVIII con la influencia francesa no sólo en España sino en casi toda Europa; frente a los galicistas zaheridos por el Padre Isla en el capítulo VIII de su *Fray Gerundio*, por Cadalso en una de sus *Cartas Marruecas*, de nuevo por Iriarte en su *Epístola* a este último, etc., se levantaron los hombres de castellana solera, oponiéndose a toda novedad e introduciendo buen montón de arcaísmos españoles para demostrar que existían en casa palabras que se importaban de Francia; eran los «puristas».

La actitud asumida ahora por Echauri recuerda a los «puristas», pero ya hoy hasta el más modesto filólogo sabe que la lengua no es cosa definitivamente hecha, organismo adulto que cuida y gobierna la Real Academia limando sus antojos y enderezando sus desvíos. La Real Academia para el «purista» es la policía del lenguaje o la madre atenta que *limpia* el traje de su chico, lo conserva o  *fija* para que luzca bien su *esplendor*. Si la lengua fuera organismo estático, inerte, podría servir semejante oficio de conservador arqueológico, pero la lengua cambia a través de la historia, se altera en las generaciones sucesivas, como se altera y cambia el espíritu y la vida humana, de la que es o quiere ser expresión. Palabras de ayer no sirven para usarlas hoy y se arriman en el desván junto a las pelucas y los coches de punto: son los arcaísmos que gustan al «purista» y que pueden ornamentar la voluntad estilística de un escritor, pero que han perdido vigencia verbal; galicismos que asustaban a los puristas del XVIII como *bufete*, por ejemplo, están aceptados por la Academia; hora es ya de que los aspavientos «puristas» se encaucen. Una lengua se enriquece —como un país— con aportaciones extranjeras. Así como la autarquía es un mero ideal en todos los órdenes, porque nadie en este mundo se basta a sí mismo, una lengua se ve forzada a aceptar voces nuevas, como un país la radio, la máquina de escribir o la penicilina. Las voces que expresan objetos o usos nuevos son inevitables: las necesidades científicas, artísticas, etc. Requieren un sistema verbal que, cuando es insuficiente el que existe — caso del Dr. Laín—, tiene que echar mano del neologismo. La lengua española aumenta su caudal habilitando sus propias voces para otros usos, derivándola de otras lenguas modernas o del latín con sufijos o prefijos, o componiéndolas con otros procedimientos; no sólo fijeza sino elasticidad. La Academia no está para cerrar sus puertas a la vida sino en buena parte para sancionar un uso, una vigencia, que no la impone ella, sino la vida. Voces repudiadas ayer se aceptan hoy. ¿Puristas o neologistas? Ni una cosa ni otra.

**232. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Otra vez los antiguos y los modernos. II», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 11 de abril de 1950. (*Pulso del tiempo*, 1953: 51-53)**

Un criterio de elasticidad se impone, pues, frente al neologismo, asistimos al nacimiento de un uso lingüístico y contemplamos su ruina y arrinconamiento, como explicaba Ortega en su reciente curso del Instituto de Humanidades en 1949 que pasó con la palabra *mandamás* durante la guerra civil, ¿Cuál es la actitud de la Academia frente a este trasiego verbal? Desde luego, una actitud difícil; para las voces desusadas no hay remedio y nada puede hacer. Se puede recomendar su empleo como se recomienda un elixir para el cabello, pero el uso es cuestión social y no imposición gubernamental o académica: para las voces nuevas se puede oponer el empleo del veto, de su no inclusión en el Diccionario, ¿Por qué éste —venía a lamentarse en el fondo Laín Entralgo— no da mayor extensión al uso del adjetivo «misivo, a», que tiene ya hoy un valor de sustantivo? El Diccionario va, por tanto, retrasado. Circunspecto —como es justo que lo sea— tarda mucho tiempo en aceptar una voz —cuando la acepta— porque mira, pesa y mide, consulta y se asesora antes de resolverse a aceptar una voz como española. Si en etimología hubiera utilizado la misma precaución, menos erróneas hubieran sido algunas de las que inserta en sus páginas. Un neologismo útil es indudable que debe ser aceptado, pero se requieren dos condiciones para ello: determinar su utilidad y, por tanto, la necesidad de aceptarlo, y, segundo, aceptarlo cuando está vigente. Con justa razón se rechazó en el XVIII un aluvión galicismos innecesarios que entraron sin orden ni concierto en nuestra lengua. Unos se eliminaron como aquel *remarcable*, que tanto gustó a nuestro Viera y Clavijo, y otros se aceptaron como el aludido *bufete*. Suelen permanecer los necesarios, los que no tienen equivalente, pero necesitan un determinado tiempo para estar vigentes. ¿Cómo determinar la vigencia de una voz?

A igual que ayer *mandamás* hoy la voz *estraperlo* tiene gran vigencia. Si se tuviera en prensa nueva edición del Diccionario ¿sería justo incluir en sus columnas este neologismo? No sabemos si alguna vez la economía mundial tomará unas normas y volverá a encauzarse, o si las guerras permitirán largos intervalos pacíficos para que lo anormal no sea en el mundo lo normal, pero si pudiéramos adquirir a precios decorosos los alimentos suficientes para vivir, la voz *estraperlo* sin duda que dejaría de estar vigente al ir cesando la acción que ella nombra. Determinar, por tanto, una vigencia verbal no es tarea sencilla y en muchos casos está justificada la precaución de la Academia.

Precaución, pues, para introducir neologismos, que tantas complicaciones pueden llevar; unas veces su vigencia ocupa un tiempo insuficiente y otras el éxito no lo acompaña. No admite la Academia el galicismo *constatar* —que me molesta bastante, por cierto— pero preciso es confesar que cada día gana mayor vigencia; en cambio, inútil es que la Gramática oficial incluya entre sus tiempos verbales los dos futuros de Subjuntivo; ya no los usa casi nadie y en los núcleos urbanos españoles y en la pluma de los escritores actuales están desterrados y se han sustituidos por los pretéritos imperfecto y pluscuamperfecto, respectivamente. Del mismo modo. Si algunos los usamos es por venerable amor a una antigualla. En nuestras Islas, arcaizantes en tantas cosas, se usaban estos futuros por personas nacidas en 1870 —como tengo observado—, pero las generaciones posteriores los han ido olvidando. De aquí que, entre la voz que ya no está vigente —el arcaísmo—, y la que aún no lo está y que, como todo futuro, puede realizarse o no —el neologismo—, fluctúa el trasiego incesante del léxico de un idioma.

Si *definitorio* y *ofertivo* —palabras cultas— propuestas y defendidas por Laín estarán vigentes o no, es el tiempo quien nos lo dirá. El tiempo es el potro de nuestro

tormento y ese si que, inexorable, si nos impone, gústenos o no. Contra él no valen «resistencias pasivas» ni siquiera el uso de nuestra libertad.

**233. PLUMAS DE LAS ISLAS. «La dije, le vi y los canarios», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 25 de abril de 1950. (*Pulso del tiempo*, 1953: 55-57).**

Me contaba una vez ese gran caballero y amigo tinerfeño que es Carlos Rizo una curiosa anécdota ocurrida entre don Irineo González, distinguido gramático tinerfeño —que vivió hasta los primeros años de nuestro siglo—, y un tipógrafo.

Corregía con sumo cuidado don Irineo un discurso suyo cuando observó que en las dos pruebas el cajista había corregido la palabra docente, escrita por el autor, y puesto en su lugar decente. Molesto por la reiterada intromisión del cajista, se dirigió a él para advertirle su error, pero aquél, muy agrio, se encaró con el gramático y le dijo: —«Don Irineo, docente no es palabra castellana...»

En el repertorio lexicográfico del cajista no estaba la palabra docente, que es una palabra culta, un latinismo no sé si aceptado desde la revolución lingüística que impuso el barroco; estaba ya vigente, pero lo ignoraba el bueno del tipógrafo tinerfeño. Cuestión de información, como tantas otras cosas.

En un trabajo mío titulado «Otra vez los antiguos y los modernos», aparecido en estas columnas, me he referido a la dificultad que una voz plantea para ser introducida en el Diccionario y al problema de arcaísmos y neologismos. Un caso curioso donde han venido luchando desde hace mucho tiempo arcaizantes e innovadores es en el famoso empleo de los pronombres personales de tercera persona o sea entre *loístas*, *laístas* y *leístas*.

El criterio etimológico latino impone que cuando el pronombre está en caso acusativo, y, por tanto, es complemento directo, se use *lo* para masculino y *la* para femenino: *yo lo vi*, *yo la vi*, pero si el pronombre es complemento indirecto —dativo latino— se usará para los dos géneros *le*: «*le* di dinero», (a él o a ella).

Canarias que, según he escrito varias veces, es arcaizante en muchas cosas, usa etimológicamente tales pronombres y los citados ejemplos se oirán siempre en nuestros campos, más conservadores que las ciudades, como es sabido; pero en la Península, desde no sabría decir cuánto tiempo, se sintió la necesidad de concretar en el caso de complemento indirecto, si se trata de uno u otro sexo; por deseos de diferenciar se dice, pues: «*le* di dinero» (a él) por «*la* di dinero» (a ella), que a nosotros los canarios —por lo menos a mí— nos ponen los nervios a de punta.

Así que este *la* último, que va contra la etimología y la Sintaxis y que, desde luego, la Academia censura, va ganando tanto terreno que se oye por todos lados de la Península y se lee en bastantes escritores. Si no recuerdo mal creo que en una ocasión cité ejemplos de José María Pemán, que al referirse a nuestra época escribe: «es la lucha social la que la define y *la* da color»; en Marañón leo: «El *la* cogió las manos». (*Luis Vives* —Espasa-Calpe 1942, pág. 99); «Ovidio *la* dijo» (*Tiberio*, Calpe. 4ª. edi. pág. 128).

En escritores de generaciones anteriores encontramos ejemplos no escasos. Leo en *Sotileza*, de Pereda? «—Voy a darte gusto— *la* dije". (Edic. 1884, Madrid, pág. 313). y en Galdós, a «¿No es verdad que no debo hacerla caso?» (*Trafalgar*, Hernando, 1932, pág. 214); «Señora —*la* dije—... (*Napoleón en Chamartín*, Hernando 1928. pág. 251); «La llamaba Solita, así *la* decían todos» (*El Grande Oriente*, Hernando, 1929, pág. 25), etc. Pero Galdós deja escapar alguna vez su canarismo y usa el dativo etimológico *le* para el femenino en algún caso como éste: «Infame —*le* dije...— tú no eres hija mía» (*Zaragoza*, Hernando, 1928, pág. 160).

El *le*, dativo etimológico, asumió, desde tampoco sabría determinar qué tiempo, funciones del acusativo o sea del complemento directo. Como el castellano ha perdido la noción casual, la asimilación ha hecho que *le* sustituya a *lo* y se oye: «le vi», —nunca en el campo canario—, «le comprendí», etc. Con este uso transige la Academia, aunque aconseja que se escriba conforme a la etimología, o sea que se respete el empleo arcaico, que es el vigente en las clases no cultas de nuestras islas y entre los que no queremos perder el arcaísmo. «El camino bien *le* sabe», leo en la citada *Sotileza*, de Pereda (pág. 331), o en Galdós al referirse a un barco: «Tenía... cuando *le* vi, ciento cuarenta bocas de fuego» (*Trafalgar* citado, pág. 118) y en Marañón al aludir a Vives: «Los amigos... *le* encontraron radiante» (*Luis Vives* citado, pág. 99). Los ejemplos no acabarían. Obvio es decir que a en estos casos de *le* los canarios, por lo menos el pueblo, decimos siempre *lo*.

Ahora bien, aunque en particular nos molesten los laístas y a leístas, aunque nuestro uso sea el etimológico y sintáctico, ¿no es verdad que resultamos en esto arcaizantes y que nos hemos quedado con un uso, que ya es dialectal? En mis años de mocedad estudiantil ninguno de mis maestros, que yo recuerde era laísta; ahora oigo a muchos maestros actuales, un ¿qué *la* pasa? Que encrespa, pero que gana terreno y acabará por imponerse, incluso entre nosotros, pues ya algunos de nuestros periodistas isleños deja pasar algún que otro «*la*» o «*le*» de esta clase. Recomiendo a mis amigos y alumnos que mantengan nuestro uso correcto, pero es sólo una recomendación con buenos modos. La extensión de un uso idiomático no es jamás detenida ni por buenos ni por malos modos. Ya es bastante con que nosotros nos mantengamos firmes no dejemos pasar un «*la* dije» ni de contrabando.

**234. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Misión de la Gramática», Falange, Las Palmas de Gran Canaria, 9 de mayo de 1950. (Pulso del tiempo, 1953: 59-61).**

Gramáticos minuciosos, exigentes con el desliz ajeno, existían antaño incluso en las provincias; eran del tipo del que es superviviente en Madrid don Eustaquio Echauri y lo fue en el pasado siglo don Eduardo Benot y también don Roque Barcia o nuestros canarios gramáticos don Irineo González y don Isaac Viera, más modestamente.

Para los gramáticos de esta clase la norma y la ortodoxia lingüística eran algo fijo, inamovible. Lanzaban un ataque contra los infractores de las leyes gramaticales y apostrofaban un escrito con anatemas como «¡Galicismo!», «¡Galicismo!» que sentían como si dijese «¡Asesino!», «¡Criminal!». Y daban la impresión de probos funcionarios de la Aduana lingüística, que no toleraban infracciones de ninguna clase. Como en todo mando suele haber extralimitaciones, excuso decir que muchos de estos varones eran cargantes dómimes que interpretaban las «ordenanzas gramaticales» como el peor oficialillo de ayuntamiento de tercera.

Pero el concepto lingüístico y por tanto la técnica gramatical —porque gramática, como ya es sabido, es técnica descriptiva— han evolucionado en su concepto, y después de la escuela filológica idealista no hay quien piense ya en el estatismo y permanencia del lenguaje.

Me he referido ya en estas columnas a la actitud del Diccionario de la Academia con los galicismos y neologismos, y de la Gramática frente al laísmo y loísmo; si la lengua cambia, incorpora neologismos, elimina otros, deja morir determinadas formas, como los futuros de subjuntivo, y da paso y cabida a otras, ¿qué tiene que hacer una ortodoxia como la que ha servido a la Academia, por otro lado tan zaherida por los anarquistas lingüísticos, muchas veces con injusticia y sin razón manifiestas?

La sabiduría de la Academia ha de consistir a este respecto en admitir que «las leyes» gramaticales no son inmutables y que ni siquiera son leyes, concepto positivista adquirido en la segunda mitad del siglo pasado. Con esta base, determinar después — por lo que al léxico se refiere— la conveniencia de una inclusión y su vigencia. En otras ocasiones su misión se limita a aceptar un uso, a sancionar de una manera pasiva un uso, porque el lenguaje lo hacemos todos y no las Academias.

¿Quiere esto decir que entremos en el acervo lingüístico, sin más, y cometamos faltas sintácticas, ortográficas o introduzcamos neologismos caprichosamente? ¿Necesitamos del miedo a la Policía para no robar?

Prescribe la gramática, al referirse a uno de los usos del gerundio, que, cuando éste concierne con el objetivo directo del verbo, los verbos que han de usarse serán de percepción, comprensión o representación. Por ejemplo: sentir, ver, oír, observar, distinguir, hallar, pintar, grabar, representar: «Lo vi trabajando», «Lo hallé comiendo», pero no otros, y censura expresamente una construcción como ésta: «te envió una caja conteniendo libros».

Si bien la Academia no da razón de su prohibición, consiste, sin duda, como apunta Gilí Gaya, en que por tener el gerundio carácter de acción en curso, en los verbos citados la acción se manifiesta en un espacio temporal que puede percibirse, pero no es el caso de la caja que contiene libros durante un tiempo que no puede determinarse.

No obstante ello, la ignorancia gramatical y el deseo de concisión permiten que se redacten anuncios como estos: «Pérdida... de un paquete conteniendo dos polveritas», etc.; «Pérdida de un portamonedas de señora... conteniendo una cadena de oro, etc.», «Colaborador activo aportando quince mil pesetas se necesita para negocio, etc.». Los tres anuncios están insertos en *El Día* de Santa Cruz de Tenerife del 5 (el primero) y 6 (los dos últimos) de febrero de 1949.

Pero aun en un escritor como Galdós encuentro la misma incorrecta construcción. Leo en *Los apóstolicos*: «Hojas de papel conteniendo los peores sonetos y madrigales que pueden imaginarse» (Hernando, 1932, pág. 35).

Aquí sin duda no podemos ya tener una elasticidad semejante a la de los neologismos, porque si de un criterio gramatical intransigente, que lleva al anquilosamiento, pasamos a la extrema liberalidad, estamos a un paso del capricho arbitrario y de encubrir, con pretextos de idealismo lingüístico, una gruesa ignorancia gramatical. Y sabido es que no hay mayor inconveniencia que despreciar todo lo que ignoramos. Pero basta ya de gramatiquerías.

**235. EL DOMINGO LITERARIO. «Antonio Machado y su secreto amor», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 10 de septiembre de 1950. (*Pulso del tiempo*, 1953: 135-136).**

El último libro de Concha Espina de Antonio Machado a su grande y secreto amor, que los escaparates de las librerías madrileñas exhiben en estos días, ha puesto de actualidad a un poeta de difícil olvido. Publica la ilustre novelista un epistolario incompleto y sin fechas que Machado escribió entre 1927 y 1935 (nos movemos en el terreno de la conjetura) a una mujer, cuyo nombre se omite con cuidado en los autógrafos facsímiles del citado libro, que dejan blanco su hueco, y que, por aludir a ella Machado en sus postreras *Canciones a Guiomar*, es llamada así por Concha Espina.

La revelación de este mutilado epistolario de Antonio Machado acaba de destruir una leyenda forjada en torno a su personalidad sentimental, o esa que, aparte de amoríos fáciles y sin importancia, Machado no tuvo en su vida otro amor auténtico que el profesado a su esposa, prematuramente fallecida, cuyo recuerdo y culto le acompañó toda su vida.

A primeros de año, *Cuadernos Hispanoamericanos*, la excelente revista que dirige Pedro Laín Entralgo, repartió en sus números 11-12 del último trimestre del pasado 1949 un hermoso volumen dedicado a Machado, que recoge todo lo que hasta entonces se había escrito acerca del poeta y que es de imprescindible consulta para quien desee estudiarlo.

Manuel Cardenal, que conoció a Antonio Machado en su etapa segoviana, asegura que el poeta no tuvo más amores auténticos que los de su madre y su esposa y que la Guiomar de las *Canciones* es un personaje «fantaseado»; Julián Marías cree también en la leyenda de Leonor la esposa muerta; José Luis L. Aranguren también y subraya que el último Machado «inventa una amada»; Luis Rosales, Ricardo Gullón, Fermín Estrella Gutiérrez creen asimismo en tal leyenda, sustentada sin la menor duda por Miguel Pérez Ferrero, biógrafo de Antonio y Manuel Machado en su libro aparecido en 1947.

Antonio Machado, como es sabido, nació en Sevilla, en el Palacio de las Dueñas o del Duque de Alba el 26 de Julio de 1875; su padre don Antonio Machado Álvarez era catedrático de la Universidad y notable folklorista; destinado a Madrid cuando Antonio tenía ocho años educó a sus hijos en la institución Libre de Enseñanza. Manuel y Antonio estudiaron, pues, con don Francisco Giner, con Cossío, Costa, Linares, Caso, Flores, etc. En su mocedad quiso Antonio ser actor, pero no pasó de meritorio en la compañía de Díaz de Mendoza. Protegido él y su hermano Manuel por don Eduardo Benot —quien les da trabajo en el Diccionario que redactaba— conocen entonces a don Nicolás Estévez, que sin duda recomendó a los dos hermanos al librero parisino Garnier —editor de don Nicolás—; en efecto, en 1899 están los dos Machado en París trabajando en casa de Garnier: Allí conocen por vez primera a Rubén Darío y a Gómez Carrillo, pero en 1900 están de regreso a Madrid.

En 1902 hacen otro viaje a Paria los Machados. Antonio viaja por Andalucía a su regreso de la corta estancia parisina; en 1903 sale su primer libro *Soledades*. En 1906 Antonio prepara sus oposiciones a cátedras de francés y al año siguiente es catedrático de Soria. Una muestra poética de su primera visita a la ciudad la dejó en su segundo libro *Soledades, Galerías y otros poemas* que le editó Pueyo en 1907.

**236. «Leonor», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 12 de septiembre de 1950. (*Pulso del tiempo*, 1953: 137-139).**

En 1908, durante su segundo curso de profesor de Francés, conoce Antonio Machado a Leonor, hija de la dueña de la pensión donde él vivía en Soria. Leonor era rubia, de ojos azules y tenía quince años. Al año siguiente, cuando él iba a cumplir sus treinta y cuatro años y ella había cumplido los dieciséis, se casan a fines de julio. Andando el tiempo, Antonio contará a otra mujer lo molesto que fue para él la ceremonia de sus bodas en Santa María la Mayor.

Debió ser Leonor una dulce y delicada criatura que admiraría, sin entenderlo mucho, el talento poético de su esposo; cuya bondad y experiencia varonil preñarían sus años de casi adolescente. Para Antonio, Leonor no pudo ser otra cosa que una encantadora criatura, que embozaría sus horas de poeta y profesor... Leonor y Antonio fueron a Zaragoza, Pamplona, Irún y Fuenterrabía en viaje de novios. Al comenzar el curso pasan por Madrid y regresan a Soria. En 1911 la Junta de Ampliación de Estudios concede una pensión al poeta y el matrimonio va a París. Aquel año asiste Machado a los cursos de lingüística de Bedier y de Filosofía de Bergson, de tanta influencia en su sentido de la poesía.

Pero en el mes de julio de ese año sobrevino a la pobre Leonor un inesperado ataque de hemoptisis; en septiembre, algo mejorada, pueden volver a Madrid y en

seguida a Soria. Cuenta Pérez Ferrero que, desolado Antonio con la enfermedad de su mujer, hizo lo posible por contagiarse y acabar su vida con la de Leonor, que se extinguió en 1 de agosto de 1912.

¿Qué huella dejó Leonor en la poesía de Antonio Machado? En vida de ella sólo le dedicó quizás tres versos de los muchos del poema «En tren»:

*Y la niña que yo quiero  
¡ay! ¡preferirá casarse  
con un mocito barbero!*

Acaso al ansia que su alma en vilo sentía por la mejoría de Leonor, a la que paseaba en un coche de ruedas para evitarle su fatiga —según cuenta Pérez Ferrero—, se deba el final de la composición «A un olmo seco»:

*Mi corazón espera  
también hacia la luz y hacia la vida,  
otro milagro de la primavera.*

Sabemos que, muerta Leonor, Antonio salió rápidamente de Soria, y que el curso inmediato obtuvo traslado al Instituto de Baeza; a su despedida de Soria parece aludir la composición «Recuerdos», a la vista del campo andaluz:

*En la desesperanza y en la melancolía  
de tu recuerdo, Soria, mi corazón se abreve.  
Tierra del alma, toda, hacia la tierra mía,  
por los floridos valles, mi corazón te lleva.*

La composición lleva fecha de abril de 1912, cuando aún no había muerto Leonor. ¿Error de fecha?

El profundo y auténtico dolor que la muerte de su mujer le produjo lo trasmuta Machado en una honda melancolía. El caballero vestido de luto de la composición que dedica a Azorín por su libro *Castilla*, bien puede ser el propio Machado en su venta de Cidones y al que tampoco le podrán quitar el dolorido sentir garcilasiano.

En tierras de Baeza, durante sus paseos solitarios, una breve alusión a Leonor nos carga el alma de tristeza mucho más que si el poeta hubiera escrito una elegía fúnebre:

*Caminos de los campos...  
¡Ay ya no puedo caminar con ella!*

Y la queja emocionada a Dios, tan repetida por los comentaristas de Machado y tan maravillosa:

*Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.  
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.  
Tu voluntad se hizo. Señor, contra la mía  
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.*

**237. «Leonor, recuerdo y sueño», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 13 de septiembre de 1950. (*Pulso del tiempo*, 1953: 141-144).**

La muerte de su esposa debió plantear a Antonio Machado en la carne viva de su alma y en su atribulado espíritu la duda sobre la inmortalidad, que resuelve poéticamente, en la confianza de que no todo puede ser destruido:

*Dice la esperanza: un día  
la verás, si bien esperas.  
Dice la desesperanza:  
sólo tu amargura es ella.  
Late, corazón... No todo  
se lo ha tragado la tierra.*

Es entonces la tierra soriana, los lugares que vivió con Leonor los que son evocados por el poeta en un sueño de sonámbulo:

*Mi corazón está vagando, en sueños.  
¿No ves, Leonor, los álamos del río  
con sus ramajes yertos?  
Mira el Moncayo azul y blanco; dame  
tu mano y paseemos.*

Pero la espantosa realidad es que él por los campos de su tierra andaluza va caminando solo:

*triste, cansado, pensativo y viejo.*

El poeta sueña en aquellos angustiados primeros tiempos de Baeza con Leonor y dialoga con ella (Voy rastreando sus *Poesías completas*, Madrid, Espasa Calpe 1941); siente las manos de la amada entre las suyas y oye «tu voz de niña en mi oído» con la reiterada esperanza de que ¡quién sabe

*lo que se traga la tierra!*

En un sencillo romance contará la visita que hizo la muerte a su casa «Una noche de verano»:

*Mi niña quedó tranquila,  
dolido mi corazón.*

Otra vez el tono poético y humano, es de suprema angustia, siempre dentro de la honda contención varonil:

*Esta amargura que me ahoga fluye  
en esperanza de Ella...*

El poeta, que tuvo patria donde corre el Duero y se siente extranjero en la suya, dedica a José María Palacio, su amigo de Soria, una composición que es una verdadera epístola, digna de figurar en la serie de epístolas poéticas para antologías, si bien no es escrita en tercetos. Él pregunta a su amigo por la primavera soriana:



*¿Tienen los viejos olmos  
algunas hojas nuevas?  
¡Oh, mole del Moncayo blanca y rosa,  
allá en el cielo de Aragón, tan bella!*

El cementerio de Soria está en el Espino, un alto lugar extramuros de la ciudad. Allí hay una lápida de mármol que dice: «A Leonor. Antonio». El final de esta maravillosa epístola poética es un encargo para el amigo:

*Con los primeros lirios  
y las primeras rosas de las huertas,  
en una tarde azul, sube al Espino,  
al alto Espino donde está su tierra...*

El viaje en tren —¡qué innumerables viajes en tren no hizo Antonio Machado!— le evoca aquel otro:

*¡Y alegría  
de viajar en compañía!  
¡Y la unión  
que ha roto la muerte un día!*

En aquel pueblo húmedo y frío de Baeza en invierno las horas se desgranaban lentas al compás del reloj del corazón. ¿Quién no ha sentido el suyo en el atardecer brumoso de un pueblo provinciano transido de angustia? Machado pregunta al reloj si su tiempo es el suyo:

*Tic-tac, tic-tac... Era un día  
(tic-tac, tic-tac) que pasó,  
y lo que yo más quería  
la muerte se lo llevó.*

Todavía en *Nuevas Canciones* (1917-1930) el recuerdo de Soria, la tierra de ceniza que logra borrarle los verdes limonares andaluces, le asalta alguna vez:

*¡Alta paramera  
donde corre el Duero niño,  
tierra donde está su tierra!*  
.....  
*¡Oh, canción amarga  
del agua en la piedra!  
... Hacia el alto espino,  
bajo las estrellas.*

En adelante sólo una vez estamos seguros de que el poeta alude a Leonor. Se trata de un espléndido y muy citado soneto, el segundo de *Los sueños dialogados* que termina:

*Mi corazón está donde ha nacido,*

*no a la vida, al amor, cerca del Duero...  
¡El muro blanco y el ciprés erguido!*

Pero antes hay otras composiciones que plantean dudas. Sabemos con anterioridad a la revelación del epistolario que ha publicado Concha Espina que el poeta tuvo ciertos amoríos de poca hondura. No podemos otra cosa que movernos en el terreno de la conjetura al llegar a este punto.

**238. «Un corazón solitario», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 15 de septiembre de 1950. (*Pulso del tiempo*, 1953: 145-147).**

Una de las breves canciones de Antonio Machado, la LVIII, de su libro *Nuevas Canciones* quizá apunte a una inquietud amorosa del poeta, puede ser que todavía en Baeza, donde fue profesor de Rafael Láinez Alcalá:

*Creí mi hogar apagado,  
y revolví la ceniza...  
Me quemé la mano.*

Y más adelante:

*Poned atención:  
un corazón solitario  
no es un corazón...*

Pero la composición que titula «Los ojos», dedicada a Miguel de Unamuno, gigante ibérico, es toda una clave del alma apasionada del poeta. El tiempo, ha dicho él mismo, rompe el hierro y gasta los marfiles, socava el ancho muro, agujerea la piedra, apaga la mejilla y cava en la frente surcos. La composición aludida es para mí la clave de una actitud. Leonor es ya un sueño, aunque nunca la olvide.

*Cuando murió su amada  
pensó en hacerse viejo  
en la mansión cerrada,  
solo, con su memoria y el espejo  
donde ella se miraba un claro día.  
Como el oro en el arca del avaro,  
pensó que guardaría  
todo un ayer en el espejo claro.  
Ya el tiempo para él no correría.*

*Mas pasado el primer aniversario,  
¿cómo eran —preguntó—, pardos o negros,  
sus ojos? ¿glaucos? ¿grises?  
¿Cómo eran, ¡Santo Dios!, que no recuerdo?*

*Salió a la calle un día  
de primavera, y paseó en silencio  
su doble luto, el corazón cerrado...  
De una ventana en el sombrío hueco  
vio unos ojos brillar. Bajó los suyos,*

y siguió su camino... ¡Cómo esos!

Es posible que los tres sonetos «Glosando a Ronsard y otras rimas», encierren una historia o historieta de amor en no sabemos qué fecha; parecen algo autobiográfico y ni siquiera el hermosísimo que titula: «El amor y la tierra» sabemos si se refiere a Leonor, como han pensado algunos comentaristas.

Después del soneto que cierra el verso «¡el muro blanco y el ciprés erguido!» no hay más referencias poéticas a Leonor, como no sea el que más adelante empieza: «¿Empañé tu memoria?». Da la impresión de que el poeta quiere separar lo que en el río de su vida es ciego y turbias heces, de la clara linfa que viene del puro manantial, en el que suena eternamente el nombre de la amada.

Pero si el epistolario de Machado publicado por Concha Espina no nos hubiera revelado la existencia real del último gran amor del poeta —el único, según él—, no habríamos sabido que tras las *Canciones a Guiomar* se esconde una musa auténtica.

Nadie, por lo visto, al menos ninguno de los comentaristas del poeta, sospechó en él la huella de un hondo amor. En el prólogo a la segunda edición de *Soledades, galerías y otros poemas* aparecida en 1919, el año que se trasladó de profesor a Segovia, todavía alude Antonio, al referirse a la tierra soriana, a que allí murió su esposa, «a quien adoraba». Hasta 1931 estuvo Machado en Segovia; el poeta venía con semanal frecuencia a Madrid: Por 1926 o 1927 debió conocer a una mujer que llamaremos Guiomar, como él poéticamente la llamó y que le iba a proporcionar la más altas horas de plenitud que puede vivir un ser humano de hondas calidades espirituales.

**239. «Guiomar», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 16 de septiembre de 1950. (*Pulso del tiempo*, 1953: 149-152).**

Nos dice Concha Espina en la prolija prosa que zurce los trozos de cartas de Antonio Machado a Guiomar, que estas cartas fueron puestas en sus manos por un viejo y culto personaje llamado «don César», que ignoramos hasta qué punto existe en la realidad o en la ficción, o si sus opiniones son de verdad suya, o de la ilustre novelista.

Las cartas no llevan fechas y acaso la propia destinataria se vería forzada a destruirlas en parte. Sólo sabemos que Guiomar tenía el pelo negro, los ojos hermosísimos, el cuerpo juncal —al menos así la ve el poeta— y que un día se vistió de azul, Machado le escribe en una ocasión, al lamentarse de cuán pronto ha perdido él la vista: «Te aconsejo que no trabajes de noche con tus ojos maravillosos, diosa mía, y «sobre todo que nunca leas acostada». (pág.111). Guiomar, pues, parece que trabajaba. ¿En qué trabajaría? Tenía además buen gusto literario, entendía de teatro, de literatura de vanguardia y de política. Hablaba de todo con el poeta, que la escuchaba embelesado, casi sin abrir la boca, en un café madrileño en el que se veían los días que venía Antonio de Segovia y cuando Guiomar podía hacer una escapada. Ellos llamaban a este sitio del café «nuestro rincón». De resto se escribían con mucha frecuencia.

Conoce Concha Espina el nombre auténtico de la amada, pues el lugar que éste debió ocupar en alguna carta de Machado aparece en blanco al ser reproducido el facsímil en el libro, por ejemplo en la págs. 180 y 181. Sin duda la discreción natural ha impedido a la novelista reproducir fragmentos que pudieran llevar a identificar a la dama, cuyos familiares pueden vivir. Es lógico pensar que, siendo viudo el poeta, la secreta razón de estos amores dependería de ataduras exclusivas de Guiomar, la que alguna vez pregunta a Machado si no habría de cansarse de un amor con tantas «limitaciones».

No sabemos, ni nos importa, si estos amores saltaron o no la pura línea de lo platónico, de ese platonismo al que filosóficamente alude el poeta en su Epistolario.

«Según se es —escribe Ortega en un ensayo inserto en *Goethe desde dentro*— así se ama; por esta razón podemos hallar del amor el síntoma más decisivo de lo que una persona es». Lo que Machado era personalmente y su alta calidad humana ahí está en ese cálido y encendido epistolario amoroso donde —al menos en lo que se ha publicado— se ve el entusiasmo y la más pura ilusión que alrededor de los cincuenta años puso un hombre exquisito por una mujer a la que el poeta llama reiteradas veces su diosa.

Lleva su recuerdo consigo a Segovia y en aquella ciudad le dice en una carta: «Soy feliz a veces pensando que estás realmente a mi lado. Muchas veces, pudiendo quedarme en Madrid, he venido a Segovia sólo para esperarte aquí, para pensar en ti en este rincón. Porque es aquí donde pienso que me quieres más, que es más mío el corazón de mi diosa», (pág. 143).

En determinadas almas selectas la lejanía prudencial es el ingrediente ilusionado que realza más el mágico prestigio de la persona amada; el hondo y entero amor vive todas las gamas de la pasión, desde el entusiasmo más fervoroso a la amargura final de un creído olvido que, por lo visto, jamás existió. Las ternuras más infantiles, conmovedoras y hasta «maternales» —véase la pág. 144— son prodigadas por el poeta a su reina y diosa, que en sueños lo visita en los melancólicos atardeceres de Segovia en que piensa en morir, sin ella, oyendo las aguas del Eresma que cantan el nombre amado una y otra vez.

Machado escribe a su enamorada el carácter sagrado que tiene su amor: «A ti y a nadie más que a ti en todos los sentidos —¡todos!» del amor puedo yo querer. El secreto es sencillamente que yo no he tenido más amor que éste. Ya hace tiempo que lo he visto claro. Mis otros amores sólo han sido sueños, a través de los cuales vislumbraba yo la mujer real, la diosa. Cuando ésta llegó todo lo demás se ha borrado. Solamente el recuerdo de mi mujer queda en mí, porque la muerte y la piedad lo ha consagrado», (pág. 148).

Había buscado en todas sus amadas anteriores esas soñadas calidades que todo ser escogido traza en su previo esquema de amor: Guiomar, por vez primera, había llenado el casillero; contestaba «a todas las preguntas» del hondo profesor; encajaba en su ritmo sentimental, dejaba en silencio su voz y le rezaba como a una diosa. Son palabras suyas:

«¿De qué sustancia invisible es la cadena que me echaste al cuello? y todo sin pretenderlo. Esa es la diferencia entre la mujer y la diosa. La mujer se propone atraer; a la diosa le basta ser para dominar. En verdad, que ya podría yo morirme, porque ¿qué más puedo yo esperar de la vida?», (pág. 149).

Para escribir y para merecer estas palabras vale bien la pena haber nacido. A pocos seres les están reservadas cimas de tal altura en la autenticidad del sentimiento. Machado la siente tan dueña de su ser que inconscientemente evoca en los lectores esta Guiomar la sombra estelar de las amadas ilustres literarias, que tienen su raíz en la Beatriz dantesca: «¿No soy yo tu poeta? Con ese título quisiera yo pasar a la historia», (pág. 150).

Como al Petrarca se le nombra el cantar de Laura, así fue la ilusión de Machado, de ser llamado un día el cantar de... Guiomar. Ella fue el numen que inspiró y espiritualizó *La Lola se va a los puertos*, la obra teatral de los hermanos Machado que mayor éxito alcanzó. Guiomar entera estaba en el pensamiento y la vida del poeta quizá hasta que murió con la amargura de creerse olvidado por ella.

Y ella debió cuidar todos los detalles; hasta debió atreverse a lo que más cuesta. Sabido es que el poeta era descuidado en su vestir e incluso sucio. Quizá como medida generacional puede decirse —salvando excepciones— que en nuestro país las

gentes no practican el baño diario hasta los que nacen alrededor de principios del siglo. No hay que poner gestos, porque es la verdad —como norma general, claro está; las excepciones personales no cuentan— y la generación del 98 no era de las que se bañaba a diario. Es un detalle más importante y cultural de lo que a primera vista parece.

Antonio mismo escribió por dos ocasiones: «Mal vestido, y triste voy caminando por la calle vieja», (Obra citada, pág. 86) y «ya conocéis mi torpe aliño indumentario». (ídem, pág. 103). A una indicación de Guiomar —¡Dios sabe con cuánto cuidado hecha! — el poeta le escribe: «De mi indumentaria cuidaré también, aunque requiere algunos días. Soy tan apático para ocuparme de esas cosas y, además, me gasto en libros lo que otros emplean en indumentos. Pero de ningún modo consentiré desagradar a mi diosa, (pág. 153).

Algún amigo observador tuvo que fijarse alguna vez que Antonio Machado iba con traje nuevo o algo más cepillado y hasta con las botas limpias. ¡La musa eterna de Provenza enseñaba una vez más al guerrero a cortarse las uñas y a lavarse!

#### **240. «Se canta lo que se pierde», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 19 de septiembre de 1950. (*Pulso del tiempo*, 1953: 153-156).**

Ni el éxito ni la gloria literarios son nada para Antonio Machado, ante su amor por Guiomar, que hemos visto revistió los caracteres de un culto, como lo reviste siempre el auténtico amor. Hay en el epistolario machadiano páginas más hondas y desde luego más auténticas que en cualquier tratado literario de amor, por ejemplo que en el conocido libro de Stendhal.

Con las mismas palabras sencillas, tersas, castellanísimas que construye su poesía escribe sus cartas de amor, poniendo aquí como allí la impronta inconfundible de su auténtica emoción. El sencillo secreto de Machado está para mí en que, habiendo poseído un alma de bellísimas calidades, supo hacérselo saber moviéndose en la difícil facilidad horaciana, en la que también reside el valor del arte de Azorín.

Machado según era, así amaba; sin retórica de ninguna clase asegura a Guiomar que su amor es lo esencial para su vida: «Está por encima de toda eventualidad y a cubierto de todos los ataques. Cuando en amor se renuncia —aunque sea por necesidad fatal— a lo humano, demasiado humano, o no queda nada —es el caso más frecuente entre hombres y mujeres— o queda lo indestructible, lo eterno.» (Pág. 155).

Él la acepta tal y como ella es y con las limitaciones que la vida le impone, aunque alguna vez se lamenta en delicados tonos de ello: «Si tú pudieras medir toda la intimidad de esta pasión mía y la conciencia que tengo yo de barrera que ha puesto la suerte entre nosotros, tendrías compasión de mí. Toda una vida esperándote sin conocerte, porque, aunque tú pienses otra cosa, toda mi vida ha sido esperarte, imaginarte, soñar contigo. Y cuando tú al fin llegas, diosa... Si, ya lo comprendo, cuanto nos separa no es culpa tuya... Con todo has de perdonarme que ya más de una vez haya pensado en la muerte para curarme de esta sed de imposible». (Pág. 162).

En otra carta el poeta hace constancia de su sentimiento del amor conforme a la teoría platónica de la reminiscencia. La formación filosófica de Antonio se advierte en sus escritos, versos y cartas, pero sin pedantería ni presunción. El poeta por vocación, desde que oyó a Bergson en París en 1910, tuvo deseos de cursar la Licenciatura en Filosofía propiamente dicha y de Baeza iba a examinarse a Madrid hasta que la terminó. A este amor, en cierta medida, «imposible» escribe: «En estas ocasiones en que un obstáculo ajeno a nuestra voluntad rompe la posibilidad de comunicar contigo, mido yo, por la tristeza y la soledad de un alma, toda la hondura de mi cariño hacia ti... Porque esto tiene el enamorarse de una mujer que nos parece haberla querido siempre. ¿Cómo te explicas tú esto? Yo me lo explico pensando que el amor, no sólo influye en nuestro

presente y en nuestro porvenir, sino que también revuelve y modifica nuestro pasado, ¿O será que, acaso, tú y yo nos hayamos querido en otra vida? Entonces, cuando nos vimos, no hicimos sino recordarnos, A mí me consuela pensar esto, que es lo platónico». (Pág. 180).

Las entrevistas ocurrían más espaciadas por circunstancias que desconocemos y parece, que, a fines de 1935, Guiomar con los suyos tiene que ausentarse de Madrid. A este viaje alude la última carta del Epistolario. Tengamos en cuenta que éste llegó mutilado a manos de Concha Espina y que la novelista, por razones de discreción, lo ha ofrecido más mutilado aún, pero es un maravilloso documental de un alma.

El poeta le ha dedicado, al final de sus poesías completas, unas canciones bellísimas en las que él sueña que huye en el tren con ella, aunque los persiga el fiero rey o maligno dios del cuento, que desea siempre tomar venganza de los amantes fugitivos. Es posible que haya una realidad en el fondo de todo esto. Casi al final del libro citado *Otras canciones a Guiomar* son la última y dolorida queja del enamorado. Parece que a ella no le fue posible comunicarse con él durante el primer semestre de 1936 ni mucho menos en la guerra civil. Machado creyó en un olvido y pensó que en aquel amor él lo había inventado todo: el año en que se conocieron, el día que se veían y hasta la amada misma; pero lo único verdadero era el amor:

*Guiomar, Guiomar,  
mírame en ti castigado:  
reo de haberte creado,  
ya no te puedo olvidar.*

.....  
*Todo amor es fantasía;  
él inventa el año, el día,  
la hora y su mediodía;  
inventa y el amante y, más,  
la amada. No prueba nada  
contra el amor, que la amada  
no haya existido jamás.*

Estos versos han sido interpretados por algún comentarista de muy diversa manera. Se ha escrito que se trataba de una amada inventada, trasunto de la filosofía bergsoniana, y cosas parecidas, pero la realidad vemos ahora que es muy otra y que conviene —siempre que el crítico no esté seguro— andarse con ciertas reservas.

*Te pintaré solitaria  
en la urna imaginaria  
de un daguerrotipo viejo,  
o en el fondo de un espejo,  
viva y quieta,  
olvidando a tu poeta.*

Antonio Machado, como es sabido, salió con la familia de su hermano José, y con su anciana madre de Cataluña en febrero de 1939, en los dramáticos días finales de la guerra civil. De la camioneta que los llevaba a Francia tuvo que tirar su equipaje de ropas primero y sus papeles íntimos después. Las cartas, los retratos y recuerdos de Guiomar cayeron al fondo de una cuneta y tan pobre o más que lo que había vivido murió a los pocos días en el pueblecito francés de Colliure, el Miércoles de Ceniza.

**241. «El amor de Antonio Machado», *Índice de las Artes y las Letras*, N.º 33, Madrid, octubre de 1950.**

La reciente publicación de doña Concha Espina, «De Antonio Machado a su grande y secreto amor», hubiera levantado un curioso revuelo entre las gentes de letras si éstas fueran hoy —como lo fueron en un tiempo— tema de primer orden en la vida cultural y periodística de la nación. También es cierto que aún es pronto para verificar la impresión que entre los innumerables lectores y devotos de Machado ha producido esa publicación.

Nos dice la novelista española, entre la prolija maraña que zurce diversos trozos de cartas del poeta, cómo hasta ella llegaron los fragmentos de un epistolario de éste a una mujer, por la cual sintió el único grande y auténtico amor de su vida. Advierte la novelista que un señor de letras y edad, al que llama «don César», le entregó las cartas —mutiladas quizá porque la amada se vio precisada a ello— para su publicación. Don César fue el confidente testamentario de la dama, cuyo nombre se advierte omitido en algún facsímil —por ejemplo, en las páginas 1812—, y que doña Concha llama Guiomar, musa de las canciones publicadas por Machado.

Confesemos con todo respeto por la persona de la ilustre doña Concha Espina —de admirable elegancia en el gesto heroico con que sobrelleva su ceguera— que si las cartas de Machado hubieran sido transcritas unas a continuación de otras, junto a los facsímiles avalatorios, sin esos cortes arbitrarios y con un buen prólogo, lleno de datos precisos —hasta donde la discreción lo permitiera, desde luego—, el epistolario de Machado hubiera ganado mucho más, y la utilidad y paciencia del lector bastante.

Pero la autora ha preferido eso que en periodismo se llama «hinchar el perro», y el lector no sabe dónde empieza la realidad y termina la ficción. Y hasta qué punto la censura que el problemático don César hace a los críticos de Machado que han compuesto el hermoso número final de 1949 de *Cuadernos Hispanoamericanos* puede o no atribuirse a la novelista. Un modesto erudito de los ironizados por doña Concha hubiera sido más útil que la ilustre novelista, porque todavía el oficio tiene su utilidad, si sabe mantenerse a raya, y no nos ahoga en el pozo insondable de las citas, las fuentes y otras zarandajas.

De todas formas, ahí tenemos el epistolario, ardiente, hondo y apasionado, de Antonio Machado, que nos atestigua haber vivido la plenitud amorosa, gracias a esta dama de pelo negro, juncal, de grata voz, exquisito gusto y gran talento, que llamaremos Guiomar, si es que alguien no se atreve un buen día a revelarnos su verdadero nombre. El poeta, que llama repetidas veces a esta mujer «mi diosa», y que alude otras a su concepción platónica del amor, escribe unas palabras, para escribir y merecer las cuales vale la pena haber nacido. Machado, merced a una criatura, que forzosamente tiene que sentir «divina» desde la cima de un amor extraordinario en calidad y plenitud, dice a Guiomar: «¿Cómo has conquistado a tu poeta? Tú, tan serena, tan suave, y ¡tan fuerte! ¿De qué sustancia invisible es la cadena que me echaste al cuello? Y todo sin pretenderlo. Esa es la diferencia entre la mujer y la diosa. La mujer se propone atraer; a la diosa le basta ser para dominar. Es verdad que ya podría yo morirme, porque ¿qué más puedo yo esperar de la vida?» (pág. 149).

La tónica y la literatura amorosa cobran en la pluma de Machado la misma hondura apasionada que el léxico español trasmutado por él en poesía. La natural deificación del ser amado y esa cadena al cuello, de ascendencia garcilasiana, son los ingredientes que precisa el enamorado para justificar su pregunta: «¿Qué más puedo yo esperar de la vida?»

Escribe Ortega en su trabajo «Para una psicología del hombre interesante» («Goethe desde dentro». Ob. completas, tomo IV, pág. 473), que «según se es, así se ama; por esta razón podemos hallar en el amor el síntoma más decisivo de lo que una persona es». Antonio Machado, que conoció muchos amores, buscaba en ellos lo que tuvo la fortuna de encontrar en una mujer que llenó por entero su ideal erótico: «A ti y a nadie más que a ti, en todos los sentidos —¡todos!— del amor puedo yo querer. El secreto es sencillamente que yo no he tenido más amor que éste. Ya hace tiempo que lo he visto claro. Mis otros amores sólo han sido sueños, a través de los cuales vislumbraba yo tal mujer real, la diosa. Cuando ésta llegó todo lo demás se ha borrado. Solamente el recuerdo de mi mujer queda en mí, porque la muerte y la piedad lo ha consagrado» (pág. 148).

El error de gran parte de los comentaristas de Machado ha sido el aceptar las palabras y versos del poeta sobre su mujer, Leonor, como valederos para toda la vida del mismo. El silencio, honesto y varonil del poeta, y sus mismos versos posteriores, recatados en materia biográfica por su misma concepción de la poesía, autorizaban a ello. Si Manuel Cardenal se equivoca rotundamente al escribir que el poeta «sólo tuvo en su vida el amor de su madre y de su esposa y que Guiomar era “fantaseada» (*Cuadernos Hispanoamericanos* citados, págs. 302-3), conforme objeta doña Concha Espina —alborozada por un hallazgo que ha echado por tierra tantas palabras de los exégetas machadianos—, la verdad es que la compostura de la vida y obra de Antonio no dejaba resquicios para levantar sospechas en otro sentido. Él mismo escribe:

*Guiomar, Guiomar,  
mírame en ti castigado:  
reo de haberte creado,  
ya no te puedo olvidar.*  
.....  
*Todo amor es fantasía;*  
.....  
*No prueba nada,  
contra el amor, que la amada  
no haya existido jamás.*

¿Qué de extraño tiene que Cardenal hable de una «fantaseada Guiomar» y que José Luis L. Aranguren interprete equivocadamente estos versos?

Lo dramático, allí donde las agudas aristas de la vida chocan con la ilusión, es que el pobre poeta, por motivos que ignoramos, no pudo volver a ver a Guiomar desde finales de 1935. El problemático «complementario» de doña Concha Espina asegura que Guiomar, muerta en la primavera de 1943, joven y hermosa, sufrió enormemente por no poderse comunicar con Machado durante la guerra civil, y más aún al leer estos versos de su amada, que son un reproche a la que él estimó ingrata y olvidadiza; por eso Machado piensa que él inventó una amada que no existía y sobre cuya inconstancia se levantaba, no obstante, la realidad de su amor auténtico. Los versos transcritos cobran así otro sentido, pero después de saberse lo que antecede.

Creo que este episodio decisivo en la vida personal de Antonio Machado es un aviso providencial para los exégetas y comentaristas literarios. Nuestro poeta, casado a los treinta y cuatro años —hombre y poeta hechos— con una criatura de dieciséis, muerta a los diecinueve, conservó unos diez años el recuerdo vivo, tierno que aquella niña pueblerina, víctima de la tuberculosis, dejó en su vida. Leonor sería un pobre ángel amable, una tierna e ingenua criatura que oiría al poeta sin entenderlo bien quizá, pero



deslumbrada por su saber, su experiencia de hombre hecho y su relieve de fuerza casi viva en la Soria de 1909. Lo amaría con toda la frescura exquisita de su adolescencia, pero lo natural y lógico hubiera sido pensar que aquella criatura no iba a inspirar el resto de la vida del poeta. Una poesía «enamorada», como ve con acierto Julián Marías, no se podía nutrir de tan débiles y lejanas raíces. Antonio aludió, más o menos veladamente, en poesías repetidas hasta la saciedad, a este amor por su esposa, pero también otras composiciones pudieron poner en guardia a quienes con tan firme rotundez le negaron —menospreciando, con razón, amores ligeros— un amor auténtico, como no fuera el conocido por su esposa, y que, si consideramos sus circunstancias, no pudo ser auténtico en la plenitud que lo fue el de Guiomar, aunque se destruya en una leyenda un poco ñoña, si hemos de ser sinceros.

Guiomar entiende de literatura y de teatro. Ella, la inspiradora de «La Lola se va a los puertos», aconseja siempre con inteligencia y gusto al poeta; opina con él de poesía de vanguardia y de política nacional. Guiomar debió ser una hermosa e inteligente mujer, que prendó con su interés y encantos personales el otoño de aquel poeta, hombre mal vestido y, acaso, poco aseado, que alguna vez promete a su diosa ocuparse de la indumentaria. La inteligente Guiomar, sabe Dios con qué tacto aludiría a este capítulo tan fundamental —el de lavarse e ir limpio— en la vida material de una persona, por muy ilustre que sea.

Mucho cuidado, pues, con las palabras y los silencios de los poetas. Lo que está vigente hoy, ya no lo está mañana. Una obra, un poema, sólo puede alcanzar una exégesis aproximada. Si el comentario de textos se sale de su plano estilístico y literario y desborda sus cauces, puede llevarnos al fracaso, como en las «Canciones a Guiomar» aludidas. La obra de un autor es, si, su vida o parte de ella, pero una cosa es la realidad poética y otra la realidad vital. Cuando Julián Marías asegura que la poesía de Machado representa un máximo de autenticidad está en lo cierto, pero una autenticidad específicamente machadiana; culpa del poeta no fue que otros leyeran lo que, por haberlo escrito varias veces, se interpretó que había de escribirlo también cuando no aludía concretamente a ello. Una vida tiene muchos secretos para que pueda teorizarse sobre ella sin circunspección. Doña Concha Espina —o su complementario don César— aluden a la miopía de muchos de los ilustres escritores que han hecho el citado número homenaje de *Cuadernos Hispanoamericanos*; tienen grandes atenuantes, pero mientras un ensayo como el de Dámaso Alonso, de pura estilística positiva —que no «positivista»—, queda irreprochable, párrafos íntegros de otros trabajos —por lo demás muy estimables— resultan a la luz de este espléndido epistolario una verdadera plancha.

Se ha destruido, pues, una leyenda hace años forjada en torno a un hombre apasionado y de alma exquisita. Quienes lo trataron con intimidad y vivan podrán decir si en verdad fue Machado un triste y taciturno hombre bueno, en permanente nostalgia por aquel amor soriano enterrado en El Espino. No es posible que nadie que lo oyera, y conociese mucho, no se hiciera la pregunta —por discreto que el poeta fuese— de si un alma de tan altísimas calidades no habría de vibrar al conjuro de un amor auténtico.

*Poned atención:  
un corazón solitario  
no es un corazón.*

**242. «Errores sobre Tomás de Iriarte», *Ínsula*, N.º 59, Madrid, 15 de noviembre de 1950.**

El 18 de septiembre del corriente año se han cumplido dos siglos del nacimiento del célebre fabulista canario don Tomás de Iriarte. Creo de interés —ya que

los centenarios pueden ayudar a revisar una obra— destacar algunos errores referentes a Iriarte, que se han venido sosteniendo desde hace mucho tiempo, y que convendría rectificar.

La proverbial inseguridad que de la geografía de las Islas Canarias manifiestan la mayoría de las personas cultas, ha confundido el lugar de nacimiento de Iriarte. Quintana, en el prólogo que, referente al fabulista, escribió para el *Tesoro del Parnaso Español*, afirma que «nació en el puerto de *Santa Cruz*, de la villa de Orotava, en la isla de Tenerife».

En los conocidos manuales de Literatura española de los señores Hurtado y González Palencia y Valbuena Prat se lee que Iriarte nació en la Orotava; lo mismo dice Guillermo Díaz Plaja en su *Historia de la poesía lírica española*, y el artículo dedicado al fabulista en el *Diccionario de Literatura Española* de la Revista de Occidente, debido a la experta pluma de don Juan Antonio Tamayo. La realidad es que don Tomás nació en el Puerto de la Cruz —el pueblo más hermoso de la isla de Tenerife y de Canarias quizás—, que en su tiempo se llamaba Puerto de la Orotava, en el norte de la Isla y que entonces daba salida a los productos de la misma. El puerto de Santa Cruz, al sureste de Tenerife, de menor interés en aquella época, por su lejanía de los centros de producción agrícola, ha llegado a ser el gran puerto de nuestros días, situado en la capital de la provincia. El hecho de existir Santa Cruz, la capital, y el Puerto de la Cruz —Puerto de la villa de la Orotava en el siglo XVIII— explica la confusión de los citados autores, que a estas alturas debieron esclarecerla a la vista de un simple mapa de Tenerife.

Todavía menos suerte ha tenido el atildado elegante que fue don Tomás de Iriarte con su retrato. El conocido manual de Literatura de don Narciso Alonso Cortés, que tantos chicos y chicas españoles hemos estudiado en el Bachillerato, inserta el retrato de don Juan de Iriarte (1702-1771), tío y protector del fabulista, como si fuera el de éste; las fechas de nacimiento y muerte, consignadas en la orla latina del retrato, pudieron avisar al señor Alonso Cortés de qué escritor se trataba, pero el caso es que una falsa estampa del fabulista se ha dado sin rectificar. Y aún más, en la citada obra del señor Díaz Plaja se da, entre las hermosas ilustraciones que avalan el texto, un retrato de don Bernardo de Iriarte, hermano mayor de don Tomás, cuyo nombre figura al pie. Lo gracioso es que, si se mira con atención, se lee el nombre de don Bernardo en el rótulo que alude a ser un retrato pintado por Goya en 1797, seis años después de la muerte de don Tomás. Bernardo de Iriarte (1735-1814), traductor de Voltaire, que reunió una excelente colección de obras pictóricas, fue personaje de relieve entre los afrancesados; es citado reiteradas veces por Cotarelo y Mori en su obra *Iriarte y su tiempo*, la cual demuestra conocer al señor Díaz Plaja.

Es curioso que Valbuena Prat, cuya primer cátedra fue la de la Universidad de La Laguna —donde vivió por lo menos dos cursos—, en su *Historia de la Literatura Española* aludida, respecto a don Tomás de Iriarte diga que «en su forma dura, reconcentrada, opaca haya algo de genuinamente canario. Los isleños de Tenerife, de paisaje recio y duro, suelen coincidir con estas modalidades, a diferencia de la nota musical y marina que predomina en Gran Canaria» (Valbuena, ob. Cit. 3ª ed. Tomo III, 1950, pág. 104).

Sería totalmente ridículo que mi calidad de tinerfeño viniera a dirigir aquí una infantil disputa sobre primacía de paisajes canarios, pero traigo el ejemplo de Valbuena como caso singular de una postura literaria que deforma la realidad objetiva.

Tomás de Iriarte salió de su isla a los trece años para no volver jamás a ella. El paisaje que vio de niño fue el del Puerto de la Cruz —su pueblo natal— y el de la cercana villa de la Orotava, donde aprendió latín con su hermano Fray Juan Tomás, dominico. Es decir, que en el paradisíaco valle de la Orotava discurrió la niñez de

Tomasito de Iriarte. Si el señor Valbuena estuvo allí, ¿puede decir, en serio, que es un paisaje «recio y duro»? La literatura extranjera en torno al valle de la Orotava ha sido tan extensa, intensa y profusa, que en algún tiempo hasta nos llegó a parecer un tópico fácil y manido, y un poco teatral la archiconocida anécdota del barón de Humboldt, arrodillado ante su magnificencia. Ahora, un canto más a las excelencias del espléndido, verde y maravilloso valle no haría más que engrosar el tópico.

¿Cree también, en serio, el autor que Iriarte tiene una forma dura, reconcentrada, opaca? Resentido y avinagrado, seco y duro podrá ser un Forner, pero la prosa irartiana y el verso prosaico del fabulista y del poeta expresa más bien un mesurado atildamiento que no llega a los excesos de otros autores del siglo XVIII español, quienes bajan hasta el insulto personal, de los que el mismo Iriarte se lamenta en el prólogo de sus *Poesías*.

No interesa desmentir con ejemplos si el paisaje de Tenerife es como dice Valbuena y si influye en un posible carácter «duro, reconcentrado, opaco» del tinerfeño; más bien es una anécdota de tipo siglo XIX, a lo Taine, de literatura recreativa y positivista. Desearíamos con estas notas que el señor Valbuena suprimiera ese párrafo de su obra, por inconsistente; que los libros citados sustituyera los respectivos retratos de don Juan y de don Bernardo de Iriarte por los auténticos que existen de don Tomás, uno por Goya en la colección Lázaro (Madrid) y otro por Joaquín Inza, en el Museo del Prado, y que todos consignen que don Tomás de Iriarte nació en el Puerto de la Cruz de la Isla de Tenerife.

**243. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Acerca del lugar de nacimiento de don Tomás de Iriarte», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 17 de noviembre de 1950. (*Pulso del tiempo*, 1953: 161-163).**

En la edición del diario madrileño *ABC* del pasado 16 de septiembre (que dedica toda la primera plana de artículos a don Tomás de Iriarte), escribe el erudito don Luis Araujo Costa un trabajo que termina de esta manera: «El próximo curso académico de 1950-1951 debemos consagrarnos a la memoria y al estudio de don Juan y don Tomás de Iriarte: conferencias en el Ateneo; artículos de revista; rotulación de alguna vía madrileña, un monumento en un ameno jardín público, sin que falte nunca, al lado del fabulista, su tío don Juan».

Que yo sepa, si se exceptúan los actos que el pueblo natal del fabulista, el maravilloso y bienamado Puerto de la Cruz, celebró el pasado septiembre en honor de la memoria de don Tomás, las islas no han conmemorado con otras intervenciones el centenario de tan ilustre hijo; verdad es que Iriarte, como Galdós o Guimerá, es un valor nacional más que canario, pero no es menos cierto que cuando la región debe sentir que sus hijos logran la plenitud, es justamente cuando llegan a ser valores nacionales.

Como el curso al que aludía el señor Araujo Costa comienza ahora y el año del centenario no ha terminado aún, voy a dar mi obligada contribución irartiana haciendo destacar, antes que nada, algunos errores que se han venido sosteniendo desde hace tiempo referentes a Iriarte y que convendría rectificar. Si de algo sirven los centenarios es quizá para revisar una obra.

La proverbial inseguridad que de la geografía de Canarias manifiestan la mayoría de las personas cultas ha confundido el lugar del nacimiento de don Tomás de Iriarte. Quintana en el prólogo que, referente al fabulista, escribió para el *Tesoro del Parnaso Español*, afirma que «nació en el puerto de “Santa Cruz” de la villa de la Orotava, en la isla de Tenerife». En los conocidos manuales de Literatura española de los señores Hurtado y González Patencia y Valbuena Prat se lee que Iriarte nació en la Orotava; lo mismo dice Guillermo Díaz Plaja en su *Historia de la poesía lírica*

española y el artículo dedicado al fabulista en el *Diccionario de Literatura Española* de la «Revista de Occidente», debido a la experta pluma de don Juan Antonio Tamayo. El señor Araujo Costa en el referido artículo también dice que Iriarte nació en Orotava. En la Enciclopedia Espasa se lee que don Tomás nació en Santa Cruz de Tenerife.

La realidad, como todos los canarios sabemos, es que Iriarte nació el 18 de septiembre de 1750 en el Puerto de la Cruz, que en su tiempo se llamaba Puerto de la Orotava, en el norte de la isla y que entonces daba salida a los productos agrícolas del Valle. El puerto de Santa Cruz, al SE. de Tenerife, de escaso interés en aquella época por su lejanía a los centros de producción, ha llegado a ser el primer puerto de nuestros días, situado en la capital de la provincia. El hecho de existir Santa Cruz, la capital actual, y el Puerto de la Cruz —Puerto de la Orotava en el siglo XVIII— explica la confusión de los citados autores que a estas alturas, los que viven, debieran esclarecerla con un simple mapa de Tenerife a la vista.

Perdóneme el lector canario tal abundancia explicativa que juzgará innecesaria sobre nuestra geografía, pero la hago con vistas al lector no isleño, ya que Iriarte ocupa destacado puesto en las letras españolas. Escribo desde Madrid y hace poco tiempo que, al cursar por teléfono un telegrama para La Laguna, me preguntó el funcionario: «¿Eso está en Murcia?». Un joven amigo, A.G.P., que habrá llegado ya a Tenerife con su licencia de haber cumplido el servicio militar como oficial de milicias universitarias, lleva escrito en dicha licencia que va «a Santa Cruz de Tenerife (Baleares)». Mi amigo me contó que al advertirle el error a quien se lo daba por escrito, replicó «¡Ah!, ¿pero no está en Baleares?».

Todo esto da vergüenza, pero es así; no le extrañe, pues, al lector que haga tan prolija explicación geográfica como la que doy. A ver si sirve para algo.

**244. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Iriarte y sus retratos», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 22 de noviembre de 1950. (*Pulso del tiempo*, 1953: 165-166).**

Todavía menos suerte que con el error del lugar de su nacimiento ha tenido el atildado elegante que fue don Tomás de Iriarte con su retrato.

El conocido manual de Literatura de don Narciso Alonso Cortés, que tantos chicos y chicas españoles hemos estudiado en el Bachillerato, inserta el retrato de don Juan de Iriarte (1702-1771), tío y protector del fabulista, como si fuera el de éste; las fechas de nacimiento y muerte, consignadas en la orla latina del retrato, pudieron avisar al señor Alonso Cortés de qué escritor se trataba, pero el caso es que una falsa estampa del fabulista se ha dado sin rectificar. Y aún más, en la ya citada obra del señor Díaz Plaja *Historia de la poesía lírica española*, se da, entre las hermosas ilustraciones que avalan el excelente manual Labor, un retrato de don Bernardo de Iriarte, hermano mayor de don Tomás, cuyo nombre figura al pie. Lo gracioso es que, si se mira con atención este retrato se lee el nombre de D. Bernardo en el rótulo, que alude a ser un retrato pintado por Goya en 1787, seis años después de la muerte de don Tomás. Don Bernardo de Iriarte (1735-1814) traductor de «Voltaire, que reunió una excelente colección de obras pictóricas, fue personaje de relieve entre los afrancesados. Es citado reiteradas veces por Cotarelo y Mori en su conocida obra *Iriarte y su tiempo*, la cual demuestra conocer el Sr. Díaz Plaja. Equivocación tan lamentable no la ha rectificado el autor de la 2.<sup>a</sup> edición de su obra del año 1948; esperamos que lo hará en la tercera.

Hasta ahora, que sepamos, conocemos dos retratos de don Tomás de Iriarte; uno, debido a Goya, que existe en la colección Lázaro de Madrid, y del que parece hay copia o grabado en Tenerife; al menos es el que hemos visto reproducido en aquella Prensa por los días de septiembre en que se celebraban los actos del centenario en el Puerto de la Cruz. El otro retrato conocido de don Tomás existe en el Museo del Prado

y lo pintó Joaquín Inza, contemporáneo de Goya, del que se sabe que pintaba por 1763 y que vivía por el año de 1808. El señor Lafuente Ferrari en su excelente obra *Breve Historia de la Pintura Española*, Madrid, Dossat, 1846, refiriéndose a los retratistas del tiempo de Goya, escribe en la pág. 282 lo siguiente: «Carnicero, como el menos estudiado Joaquín Inza, es conocido principalmente por sus retratos, cuyas coincidencias con los de Goya han hecho a veces que sean atribuidos al gran maestro producciones salidas del pincel de estos artistas».

Como es sabido, Carnicero retrató a nuestro Viera y Clavijo. Del retrato de Joaquín Inza se hizo un grabado que el fabulista insertó en el tomo primero de sus Obras completas, que reprodujo Cotarelo y Morí en su aludida obra y el señor Guigou Costa en la suya *El Puerto de la Cruz y los Iriarte*, donde también pueden verse copia fotográfica de los citados retratos que de don Bernardo y don Tomás pintó Goya. Del grabado sacado del retrato de Inza se sirvió el notable tinerfeño Pereyra Pacheco para reproducirlo a la aguada —con imperfecciones por cierto— en el ejemplar manuscrito que, del *Can Mayor* de Viera, existe en la antigua Biblioteca Provincial de La Laguna.

**245. PLUMAS DE LAS ISLAS. «El carácter de Iriarte y el paisaje tinerfeño», *Falange, Las Palmas de Gran Canaria, 28 de noviembre de 1950.* (*Pulso del tiempo*, 1953: 167-169).**

Es curioso que Valbuena Prat, cuya primera cátedra de Literatura fue la de la Universidad de La Laguna, ciudad en la que explicó por lo menos dos cursos, en su *Historia de la Literatura Española*, diga respecto a don Tomás de Iriarte que acaso «en su forma dura, reconcentrada, opaca haya algo de genuinamente canario. Los isleños de Tenerife, de paisaje recio y duro, suelen coincidir con estas modalidades, a diferencia de la nota musical y marina que predomina en Gran Canaria». (Valbuena Prat. Ob. Cit. tercera edi., tomo III pág. 104).

Sería totalmente ridículo que mi calidad de tinerfeña viniera a dirimir aquí una infantil disputa sobre primacía de paisajes canarios, pero traigo la cita de Valbuena para su examen como un caso singular de postura literaria que deforma la realidad objetiva.

Tomás de Iriarte salió de su isla a los trece años para no volver jamás a ella. El paisaje que vio de niño fue el del Puerto de la Cruz —su pueblo natal— y el de la cercana villa de la Orotava, donde aprendió latín con su hermano Fray Juan Tomás, dominico. Es decir, que en el paradisíaco Valle de la Orotava discurrió la niñez de Tomasito de Iriarte. Si el señor Valbuena estuvo alguna vez allí, ¿podrá decir, en serio, que es un paisaje «recio y duro»? La literatura extranjera en torno al Valle de la Orotava ha sido tan extensa, intensa y profusa que en algún tiempo hasta nos llegó a parecer un tópico fácil y manido y un poco teatral la archiconocida anécdota del barón de Humboldt, arrodillado ante su magnificencia. Ahora, un canto más a las excelencias del espléndido, verde y maravilloso Valle no haría más que engrosar el tópico, pero, por lo visto, de éste no se ha enterado el señor Valbuena.

¿Cree también en serio el ilustre catedrático que Iriarte tiene una forma «dura, reconcentrada, opaca»? ¿En qué se basa para afirmarlo? Resentido, y avinagrado, seco y duro podría ser un Forner, pero la prosa irartiana y el verso prosaico del fabulista y del poeta expresan más bien un mesurado atildamiento, muy francés y europeo, que no llega a los excesos de otros autores del siglo XVIII español, quienes se arrastran hasta el insulto personal, actitud de la que el propio Iriarte se lamenta en el prólogo a sus *Poesías*. El párrafo del señor Valbuena es inconsistente y ganarla su obra en lo referente a Iriarte si lo suprimiera. No me interesa desmentir con ejemplos si el paisaje de Tenerife es como dice Valbuena y si influye en un posible carácter del tinerfeño «duro, reconcentrado, opaco». Un buen álbum de fotografías sería suficiente muestra, si es que

no se quiere visitar el paisaje tinerfeño y llevar un trato detenido con las gentes. Lo del carácter tinerfeño «duro, reconcentrado, opaco», me parece una solemnísima bobada. Una anécdota tipo siglo XIX, a lo Taine, de literatura recreativa y positivista.

Muy poco o casi nada se ocupó Tomás de Iriarte de las islas; casi nada tampoco se ocuparon de ellas Galdós o Guimerá. Un día ya lejano, al consultar unos papeles manuscritos de Viera en la Biblioteca Provincial de La Laguna, me encontré junto a los conocidos versos iriartianos a *La barca de Simón*, dos composiciones breves, una dedicada a América, con una salada sátira al indiano y otra a Canarias. Ambas figuraban como de don Tomás de Iriarte, pero no las encuentro reseñadas en la extensa bibliografía de la conocida obra de Millares Carlo, si bien ésta, como es natural, no es exhaustiva. La décima a Canarias no la he visto reproducida en ninguna parte, pero puede que lo esté. Por ser una alusión a su patria, escasamente citada por el fabulista, la doy aquí:

*El canario, siempre vago  
buscando en el mar su vida  
hace toda su comida  
con un plátano y un trago.  
Los ingleses con halago  
sacan el fruto que encierra  
su fértil y hermosa tierra,  
y vienen a ser con maña  
vasallos del Rey de España  
y hermanos de Inglaterra.*

**246. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Iriarte, compositor», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 6 de diciembre de 1950. (*Pulso del tiempo*, 1953: 171-173).**

A Rafael Hardisson o, si lo prefiere, a su doble Amaro Lefranc.

Sin duda que una de las aportaciones más interesantes que hasta ahora se han hecho a los actos del segundo centenario de don Tomás de Iriarte, es la excelente obra del ilustre musicólogo don José Subirá, en dos volúmenes, que el Instituto Español de Musicología, afecto al C.S.I.C., ha editado en Barcelona: *El compositor Iriarte y el cultivo español del melólogo (melodrama)*, 1848-1860.

El melólogo era una pieza teatral, dramática, en general corta, un monólogo la mayoría de las veces, pero que en alguna ocasión tenía más de un personaje y más de un acto, acompañada la pieza de un fondo musical (como hoy en el cine sonoro) que subrayaba los sentimientos del actor o actores. Fue una invención de J. J. Rousseau con su *Pigmalión*, soliloquio escrito en 1773, cuya música fue en buena parte compuesta por el propio enciclopedista.

Rousseau puso de moda en Europa un género que alcanzó en toda ella una boga extraordinaria; su obra se dio a conocer en España en su versión original, más tarde divulgada gracias a la traducción que en verso hizo don Francisco Mariano Nifo. El examen de los diferentes y abundantes melólogos españoles o «unipersonales», como en España se decía, su clasificación, estudio y reproducción de los más representativos ocupa la obra del señor Subirá. Para nosotros los canarios resulta de extremado interés la participación que Iriarte tuvo en el género, que es lo que vamos a destacar aquí.

Don Tomás de Iriarte, además de gran aficionado a la música, fue un notable compositor, conforme nos muestra el señor Subirá, que alude al conocido poema iriartiano *La Música*, a su difusión por Europa y a las diversas críticas que ha motivado,

desde la positiva del gran poeta Metastasio y del jesuita Lampillas, a la negativa de Quintana y Menéndez Pelayo. Estudia el autor los extremos referentes a música que hay en las Fábulas, y pasa a examinar las circunstancias en que se desarrollaron las dotes musicales de don Tomás.

Desde niño en Tenerife, en el luminoso paisaje del Valle de la Orotava, y entre los arpegios de los capirotes y las armonías sinfónicas del mar, se aficionó Iriarte a la música y tocaba ya varios instrumentos antes de llegar a Madrid a los trece años, donde perfeccionó sus estudios con el músico don Antonio Rodríguez de Hita. De mayor se prendó de la música de Haydn el gran compositor alemán de las novedades de última hora; en el poema *La Música* y en carta poética a su hermano don Domingo en Alemania a la sazón, marzo de 1777, manifiesta su entusiasmo por el músico alemán, que señalaba un contraste grave con la calidad de su obra en medio de las imperantes armonías del napolitano Jommelli o de Scarlatti.

Iriarte, bailarín incansable, experto ejecutante de violín, del clave y del órgano, tenía en su propia casa una excelente tertulia que se ocupaba de dar veladas musicales en lo que él llamaba «Academias musicales de mi casa», o asistía a las de la Condesa-Duquesa de Benavente y Osuna, que recibía la música de Haydn por un intermediario, Carlos Alejandro Lellis (quien se escribía con don Tomás a tal objeto), las del Marqués de Manca, gran amigo suyo, u otros aristócratas de la Corte.

A pesar de «la severa y entonada música de Haydn» —escribe Subirá— a Iriarte le gustaba la seguidilla, que enseñó a bailar a las gentes del pueblecito de Gascuña en la Alcarria. Sin olvidar su calidad de español, Iriarte fue un innovador que vio el gran valor sinfónico de la música alemana. Gran «tañedor de instrumentos de arco —escribe el citado autor— pues sería buen lector de música de cámara o sinfónica, nada fácil para su tiempo, y a la vez como compositor, pues no era una, sino varias las sinfonías concertantes brotadas de su numen».

No nos ha ofrecido el señor Subirá otra muestra musical que la que para su propio soliloquio o melólogo *Guzmán el Bueno* escribió Iriarte, a ejemplo de Rousseau. Subirá dice que la innovación musical de Iriarte tiene un relieve que «puede equipararse tal vez al de un Falla, dicho sea sin apurar la hipérbole, ni mucho menos». El fabulista, pues, fue un compositor verdaderamente distinguido». Sus conocimientos de la música de Haydn y de Gluck, de la novedad de Rousseau —entonces tan en boga—, así como las composiciones musicales que escribió, autorizan al señor Subirá a hacer tales manifestaciones. Si alguna sociedad musical publicara toda la música hasta ahora conocida de Iriarte, podríamos saber hasta qué punto es importante su obra como compositor. Acaso el mismo señor Subirá tenga la palabra.

El referido autor da como feliz hallazgo suyo el haber encontrado un ejemplar de la primera edición del *Guzmán el Bueno*, hecha en Cádiz, 1780, donde se lee que la escena y la música están «compuestas ambas» por Iriarte, extremo que desaparece al frente de las ediciones posteriores. Sin embargo, tal edición ya había sido ampliamente reseñada o descrita por Millares Carlo en su conocida *Bío-Bibliografía de escritores naturales de las Islas Canarias*, Madrid, 1932, pág. 263.

Como el propio Subirá ha instrumentado para piano y publicado la versión musical de *Guzmán el Bueno* ¿no se podría en un acto íntimo dar a conocer al público de las Islas? Sé que el entrañable Puerto de la Cruz ha celebrado lo mejor que ha podido el bicentenario del nacimiento de su ilustre hijo, pero en un acto musical irartiano quizá no esté de más. ¿Qué le parece a usted, amigo Rafael Hardisson? ¿No sería conveniente que «Amaro Lefranc» y el señor Subirá se pusieran en comunicación para obviar las dificultades que se presenten? Yo de técnica musical no entiendo nota y me voy con la música a otra parte.

**247. “JOSÉ SUBIRÁ: *El compositor Iriarte (1750–1791) y el cultivo español del melólogo (melodrama)*”, *Ínsula*, N.º 61, Madrid, 15 de enero de 1951. (Todos los que están fueron. Tomo I, 2008: 351-353).**

El ilustre musicólogo don José Subirá, aprovechando el segundo centenario del escritor del siglo XVIII, don Tomás de Iriarte, ha publicado los dos interesantes volúmenes que reseñamos, dedicados en su mayor parte al estudio del melólogo en España, género teatral inventado por Rosseau donde la orquesta dialoga con las palabras del actor situado en el escenario, para expresar, mediante la música los sentimientos que le conmueven, define el autor.

En efecto, la música, que había expresado antes situaciones externas, marchas bélicas, tempestad, etc., subrayaba, desde Rosseau, la acción interior, el proceso anímico, en el soliloquio o monólogo *Pigmalión*, 1773, pieza lírica, parte de cuya música está escrita por el propio autor del *Emilio*.

El melólogo, pues, voz de acepción más restringida que la de melodrama, era el comentario musical —a modo del actual fondo del «cine» sonoro— de una obra en general corta, un monólogo, si bien a veces podía tener más de un personaje y más de un acto. Al aparecer *Pigmalión*, Goethe predijo que haría época y, efectivamente, el alemán Benda (1722-1795), músicos italianos, austriacos y checos, aparte de los grandes maestros prerrománticos y románticos, Mozart, Beethoven, Schubert, Weber, Berlioz, etc., fueron cultivadores del melólogo.

El señor Subirá analiza los melólogos españoles del fondo de la Biblioteca Municipal completando sus faltas con los ejemplos impresos que se conservan en la Nacional en buen número de ellos que el autor cataloga en un resumen sintético y completa con una tabla sinóptica; reproduce las traducciones españolas del *Pigmalión* de Rosseau, de la *Ariadna* de Benda, el *Guzmán el Bueno* de Iriarte y *El poeta escribiendo un monólogo*; al final reproduce el autor la partitura de Iriarte para el *Guzmán*, instrumentada por el señor Subirá para piano.

«Por lo mismo que el melólogo era un género peculiar tenía formas musicales propias —escribe Subirá— que no se tomaban de la época, la zarzuela, el sainete musical o la tonadilla escénica imperantes a la sazón ni tampoco de la música puramente instrumental (vol. II, p. 413).

Los principales libretistas españoles de melólogos fueron Luciano Francisco Comella —para quien tiene el autor comprensivas palabras—, Vicente Rodríguez de Arellano y Gaspar Zavala y Zamora. La forma métrica era el endecasílabo; en cuanto a la música los diversos compositores le daban un aire popular. Pronto surgió como contrapartida de la pieza seria extranjera el melólogo cómico y satírico; Samaniego parodió el *Guzmán* irartiano, etc., en una postura típica de nuestra literatura, conforme a esos viejos elementos de contrastes en los que ve Américo Castro lo que él llama *integralismo* español.

El *Pigmalión* de Rosseau se representó en España en su versión original y con escaso éxito en los Caños del Peral en enero de 1788; más tarde adquirió difusión gracias a la versión en verso que de ella hizo don Francisco Mariano Nifo, tan ligada a los orígenes del periodismo español.

La segunda parte del trabajo del señor Subirá —vol. I— es la dedicada al compositor Iriarte que desde su niñez en Tenerife tocaba varios instrumentos y perfeccionó sus estudios en Madrid con el músico don Antonio Rodríguez de Hita. Como muchos aristócratas madrileños, Iriarte fue un gran entusiasta del músico alemán Haydn. El fabulista escribe a su hermano el diplomático don Domingo, a la sazón en Alemania, en marzo de 1777, una epístola poética y a propósito de Haydn le dice: «el



músico mayor de nuestros días... a quien te pido abrazes en mi nombre». Con el gran compositor se relacionaba Iriarte indirectamente, pues don Carlos Alejandro Sellis se entrevistaba con Haydn al objeto de obtener copia de la música que componía y enviarla a Madrid a la casa de la Condesa Duquesa de Benavente y Osuna; la correspondencia relativa a este encargo la llevaría Iriarte con Sellis.

Examina el señor Subirá los extremos relativos al poema didáctico irartiano, *La Música* y las críticas merecidas, desde la elogiosa del poeta Metastasio a las más adversas de Quintana y Menéndez Pelayo, así como lo que las *Fábulas* deben a los conocimientos musicales de su autor, experto ejecutante de violín y otros instrumentos de arco y también del clave y el órgano. Iriarte, bailarín incansable, tenía reuniones musicales en su casa, en lo que él llamaba «Academias musicales de mi casa», o asistía a las veladas musicales del Marqués de Manca u otros aristócratas madrileños. A pesar «de la severa y entonada música de Haydn —escribe el autor— le gustaba la seguidilla y la enseñó a bailar a las gentes del pueblecito de Gascuña en la Alcarria.

El señor Subirá ha encontrado la edición príncipe de *Guzmán el Bueno*, impresa en 1790 en Cádiz y representada allí antes que en Madrid, donde alcanzó enorme éxito. Mitjana en su *Encyclopedie de la Musique*, París, 1920, ignora el autor de la partitura, que gracias al hallazgo de Subirá sabemos la escribió el propio Iriarte, según reza en la portada que el autor reproduce.

Iriarte fue, pues, en cierto modo un innovador musical que, frente al italianismo imperante, entendió y vio en la música alemana su gran valor sinfónico. «Gran tañedor de instrumentos de arco, pues sería buen lector de música de cámara o sinfónica, nada fácil para su tiempo, y a la vez como compositor, pues no era una, sino varias, las sinfonías concertantes brotadas de su numen» (Ídem, p. 99).

No nos da el señor Subirá pormenores de estas varias sinfonías irartianas —excepto de la del *Guzmán*— que nos gustaría ver publicadas para su conocimiento musical. Ellas demostrarían si son o no excesivas las palabras que el autor escribe en la Introducción de su obra: «Nadie considera que además fue compositor musical, y no un compositor adocenado, sino verdaderamente distinguido, cuyo relieve como innovador puede equipararse tal vez al de un Falla, dicho sea sin apurar la hipérbole, ni mucho menos. Instruido Iriarte, efectivamente, en la música más moderna de su tiempo, no sólo estaba familiarizado con la música de F. I. Haydn, a la sazón proclamador de la última palabra en materia de música instrumental, sino también con variadas manifestaciones musicales escénicas, entre ellas las debidas a la gloriosa inspiración de C. W. Gluck, y a las que por obra de J. J. Rousseau, como autor del *Pigmalión*, a la sazón transcendental, si bien hoy olvidado, encontraban fácil arraigo de efímera boga y ecos sonoros, extinguidos hoy, en toda la Europa culta de su tiempo.

La contribución del señor Subirá al centenario de don Tomás de Iriarte, que nos ha descubierto un interesante aspecto, apenas sospechado, en el ilustre fabulista español, es suficiente para celebrarlo dignamente. Lo que a Iriarte se le iba en el chirriante ritmo de su poesía prosaica o en el desdichado verso inicial de su poema didáctico: «Las maravillas de aquel canto», lo afinaba y purificaba en armonías sinfónicas; el mundo que sería para él envés de la cara crítica y satírica de su siglo y de su propia obra.

**248. «Manuel Verdugo», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 21 de enero de 1951. *Todos los que están fueron*. Tomo II, 2008: 67-69).**

Yo no sé si habrá en España otra ciudad del corte y la significación de esta singular ciudad de La Laguna, donde la vigencia oficial de los poetas ha sido hasta hoy una entidad auténtica. Se nos acaba de morir don Manuel Verdugo, que hasta hace unos días paseaba su figura en ruinas por las anchas y espaciosas calles. Con lentitud

insegura, sin ver ya casi, no ha muchas semanas lo vi salir del portal de mi casa, pero no creí que por última vez. Era un noble edificio en ruinas que conservaba aun la fina elegancia del decir, la ironía ajustada, pero inteligente. La ciudad lo miraba pasar consciente de que era su postrera gran reliquia viviente, el ejemplar auténtico, de carne y hueso, la réplica verdadera del otro don Manuel Verdugo, del que está en la Plaza del 18 de Julio, ahí en medio de la hermosa vega, esa que él cantó «nocturna y solitaria» con el aire rasgado por el caliente y aterciopelado lamento de unas folías.

Se ha muerto el último gran poeta de La Laguna; y está ya la ciudad en definitivo silencio con las moradas flores del réquiem en las tapias. Ahora lo es todo un mundo de jardines y de estatuas, como en los cementerios de categoría. Junto a las araucarias y a las mínimas matas de sombras, a las dalias y a los rosales están plantados unos cortos monolitos rematados por las cabezas bronceadas de Tabares Bartlett (que cumplió su primer centenario este año pasado sin un recuerdo), de Antonio Zerolo y de Manuel Verdugo. La vieja ciudad ha visto perpetuada en estos hombres y en otros que no alcanzaron semejante perpetuidad: Manrique, Guillermo Perera, Hernández Amador, las esencias más representativas de su ser. La tradición poética de La Laguna era, justamente, la tradición.

Yo no había visto nunca en un pueblo de tan chica extensión jugar una tan alta cotización real los valores etéreos y transmutables de la poesía. Aquí se encuentra todavía una persona modesta y ejemplar que sin ser hombre de letras componga un soneto a la muerte de don Heraclio Sánchez. Aquí se encuentran todavía gentes con garbo y amor al oficio que con un trozo de barbazano sacan un hermoso y delicado bargueño, como el maestro Vicente o el maestro Rojas, que tienen en la sangre el viejo y aristocrático cuño de los gremios medievales de Castilla, sin ellos saberlo; aquí hay finos maestro zapateros que dan clase de canto, gentes nobles de oficios manuales que cultivan la música y desgranán sobre el diario menester del oficio eso que el mundo casi ya ha perdido y que se llama «estilo». No quería olvidar a ninguno porque los valoro y estimo a todos, y no caben aquí en esta casi elegía que me pide el alma al último viejo gran cantor, que ha dejado la vega en silencio definitivo. Todas estas gentes de oficio, de empleos modestos, de arte y canción, que nutren tantos de ellos el ejemplar orfeón «La Paz», son los epígonos de los viejos gremios de la ciudad, que entienden de música y discuten a los poetas. Los poetas han terminado ya de irse. Yo creo que con los que hoy viven se acabará la gran solera de los artesanos artistas laguneros.

Con Manuel Verdugo se marcha también uno de los puntales más esclarecidos del Ateneo de La Laguna. El gran señor de las memorables fiestas de Arte de una época que aparejó el estilo con el buen tono, y el arte con el señorío. Manuel Verdugo era el poeta europeo pasado por el inefable París impresionista de fin de siglo, el París del proceso Dreyfus, de las bailarinas de Degas, o el viajero gustador de los torsos apolíneos, de los mármoles hundidos con la campiña napolitana y las melancolías de Capri, que el pincel indeciso del pobre Juanito Botas dejó en los azules de su mar latino.

Manuel Verdugo jamás soltó esa pátina bronca y aldeana del viejo poeta oficial de la provincia acursilada y perdida. Gran señor del viejo cosmopolitismo modernista hizo su juventud en Europa y en Madrid con finas gentes de letras. En sus maneras y en su léxico tenía el cuño del hombre de estilo europeo, aunque fuera naturalmente, el de su tiempo, que él se negó siempre a rebasar. No es ésta la hora de la apretada página crítica a su obra. Es el emocionado instante del epitafio. Aquí, de su generación poética, no queda ya nadie y tiene la ciudad en el aire un invisible crespón negro para todo su pasado, que ha terminado definitivamente al extinguirse para siempre la persona de Manuel Verdugo. Con el pobre poeta viejo se extinguió toda una época tan muerta como él mismo. Como el hondo drama de su vida, que llevaba a cuestas una elegancia

de romano a desatiempo y unos misterios sólo suyos. Ahora se nos ha muerto allí en su frío cuarto de célibe donde jamás había flores, según cantaba en su último libro. El sentía ya la vida como un páramo y quiera Dios que haya siempre un alma a quien su pasar le suene siempre como la presencia imborrable de una huella.

**249. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Un canario que canta», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 14 de febrero de 1951. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 141-144).**

La excelente y leída revista *Destino* de Barcelona, en su número de fin del pasado año, festejaba en un recuadro el éxito de su colaborador y compañero Ángel Zúñiga por haber sido uno de los cinco autores elegidos por el prestigioso jurado que otorgó el premio «Calderón de la Barca», instituido por el Ministerio de Educación Nacional para obras teatrales de autores noveles. Claro está que no es Ángel Zúñiga un novel, y conocidos son de todos los amantes del cine sus libros y ejemplares críticas referentes al séptimo arte, pero si lo es en lides teatrales; *Destino*, en sus emocionadas líneas, no oculta su satisfacción por el éxito de Zúñiga, alcanzado entre tantos concurrentes a la reñida lid, ya que las obras presentadas fueron ciento sesenta y nueve, según leo en el número 16 del quincenario madrileño *Correo Literario*.

Pero Leocadio Rodríguez Machado no tiene amigos en su isla. Ningún periódico, hasta ahora por lo menos, ha destacado su éxito, parejo al de Ángel Zúñiga. Leocadio Rodríguez Machado o bien Leocadio R. Machado, o como él quiera apellidarse, ha obtenido por su obra *Santa Ana, Estación* idéntico galardón que Zúñiga, pues ha sido uno de los cinco autores premiados. La misma revista *Destino* en su número del 20 de enero cuenta anécdotas de estos cinco autores que han acordado llamarse «los calderones»; la revista asegura que, entre todos, Leocadio es el que cuenta los mejores chistes y que tiene «un espléndido aspecto de nihilista franco de servicio».

Leocadio como crítico de arte acaba de incorporarse a la redacción de la viva y concisa revista madrileña *Índice de artes y Letras*, que en su número 36 del mes de enero publica un retrato del joven «calderón» tinerfeño, de tremenda fachada de nihilista, efectivamente. La revista (que publica su atinada página de crítica de arte en el lugar correspondiente) celebra el éxito de nuestro paisano y afirma que ha subido el primer peldaño de una larga escalera. He aquí como *Índice* enjuicia la obra de Leocadio: «No es fácil en el actual panorama teatral español "entrar" con una "manera" de hacer nueva. Y esto es lo que la comedia premiada representa; airear las bambalinas de nuestros viejos teatros. Llevar al patio de butacas modos nuevos, personajes rebosantes de humanidad, problemas que están escondidos en el ánimo de todos y que en nada se parecen al artificio y convencionalismo de los "dichos y redichos" de cincuenta años a esta parte».

En 1948, durante mi larga estancia en Madrid, me encontré alguna vez a Leocadio: rápido saludo en el metro por la estación de Bilbao, cercana a mi domicilio madrileño, o antes, conversación por la vieja plaza del Ángel, cerca de la cual viví primero en verano; en 1950, en larga estancia madrileña mía también, los mismos rápidos saludos: confluencia de Alcalá y Gran Vía; la tromba de Enrique Azcoaga que interrumpe nuestro diálogo; saludo al paisano Francisco Navarro; proyectos de sesiones canarias en Radio Nacional; Leocadio siempre dinámico, con deseo de hacer cosas; yo, deprisa, bregando con mi afán, sin tiempo para una larga conversación con el joven «nihilista», de ahora 27 años, y ya «eximio» calderón, en el que he creído siempre.

El ritmo lento de nuestras latitudes le venía estrecho al trepidar barroco de su temperamento; el torvo marrullerismo de algunas gentes lo sacaban de quicio. Alguna vez lo tuve en mis universitarias clases (cuando yo explicaba Latín), porque él quería hacer la Licenciatura de Historia para irse a Arte, pero sus impulsos de torrente no le

dieron pausa para acabar el Bachillerato, y yo le veía en los ojos vivos, sagaces, las ansias de tragarse el mundo que se tiene a los 20 años cuando hay buena solera, y sabía que él no estaba para latines ni para nada que fuera labor paciente y de menuda abeja.

No sé qué de jaleos le planteó su servicio militar. Me veo una noche en Las Palmas corriendo con él a la caza de mi excelente Matías Vega para que le echara una mano en no recuerdo qué. Esa es siempre mi visión de Leocadio: rapidez, borbotillo, trepidar a veces desatinado; pero yo hasta corro, si se quiere incluso con desatino también, para ir junto a quien tiene su cantar en el alma, sepa o no Latín, tenga o no sosiego, hilvane a destajo, o ciña su medida. Yo creo en este Leocadio Rodríguez Machado. tan opuesto a la lentitud del viejo y muerto Leocadio Machado, su abuelo ochocentista. que mataba mis tardes laguneras contándome su visita a Charcot en el París impresionista de Degas, que oteaba ya *Les fenêtres* de Mallarmé. Estoy segura de sus excelentes dotes para la creación, para la obra de fantasía. Desde que estaba aquí le rozaban ya el aire de las alas de su ángel. Me gustaron algunos de sus poemas; me llamó la atención su canto al Puerto de la Cruz, que le premiamos los del Jurado para la fiesta que en 1947 allí se dio. Cumplidas sus obligaciones de milicia, se fue a Madrid no sin antes haber pasado por Ifni y hacer periodismo allí, en pleno desierto, porque no en vano ese gracioso «nihilismo» que ve en el *Destino* le hace sacar bombas... literarias donde quiera que va. Después ha organizado conciertos a base de folklore canario, me parece que con Francisco Navarro y algún otro elemento del país, porque Leocadio es también —como su madre— un pianista excelente. Los castizos de Madrid podrían decir que nuestro valioso y valeroso paisano (sin becas, sin prensa que lo festeje) es un joven «con bemoles». Yo querría que nuestro «calderón» llegara a «sostenido». Y que yo lo vea.

**250. PLUMAS DE LAS ISLAS. «El jardín canario», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 20 de febrero de 1951. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 96-98).**

Si justo es que los que escribimos señalemos las omisiones cuando nos dejan, aunque se nos atufen los interesados, porque sabido es que hoy nadie se equivoca, excepto el que señala, también es justo que festejemos los aciertos, sobre todo en asuntos que hemos ventilado en pasadas ocasiones.

En 1948, desde Madrid, insistí en *El Alcázar* sobre la cuestión de la flora regional y la necesidad de instalar su cultivo en un lugar a propósito. En aquel artículo recordé mis trabajos que prepararon la fundación del Instituto de Estudios Canarios en 1932 «en los que abogué por una incorporación de la botánica regional a la Universidad con la creación de una Facultad de Ciencias Naturales. Las gentes de letras somos en gran mayoría grandes amantes de la Botánica, y por las retamas de Las Cañadas y luego por los pinos y el arbolado, metí en una ocasión el cuello tan en el agua, que por poco si me ahogan.

El fervoroso y ejemplar Svensson Sventenius me había mostrado en el Botánico ejemplares maravillosos de especies raras que él cuidaba con apasionado amor de fanático; recuerdo un ejemplar precioso que había recogido en Gran Canaria, me parece que por Arucas o Gáldar, en no sé qué enormes alturas. Sus deseos era que el Cabildo tinerfeño comprara un trozo de terreno, la ladera de Martiánez, pero me mostraba con amargura que muchos años de desvelado trabajo se le hundían, porque la flora por él rescatada para su aclimatación se le estaba ya perdiendo por falta de terreno donde cultivarla.

Sospecho que muchas plantitas se le habrán perdido a Sventenius, pero aquella adquisición que él deseaba con tanto anhelo se ha realizado en el mes de enero de este año. El Cabildo Insular tinerfeño ha adquirido al fin la citada ladera de Martiánez, de

manera efectiva, pues parece que la inauguración del Jardín, verificada en septiembre pasado con motivo del centenario irartiano, fue sólo simbólica.

Svensson Sventenius, alma de esta gesta botánica y en esto como en todo el alma es sólo una, tendrá ya su laboratorio, su biblioteca y hasta su casa en el futuro jardín canario del Puerto de la Cruz. No he visto en mi vida caso más sorprendente de vocación, de abnegado sacrificio como el de este extranjero botánico y canarista, que pasa días en las cumbres y privaciones y molestias sin cuento por sólo adquirir, cultivar y ver crecer unas menudas plantitas que a los profanos todos nos parecen unas yerbecitas mínimas. Pero esto, es decir, su vocación, es la vida de Svensson y él quizás no lo estime como esfuerzo ni virtud.

En 1879 comenzó a publicar el excelente botánico isleño Domingo Bello Espinosa su obra «Un jardín canario» en la jamás bien ponderada *Revista de Canarias*. Bello Espinosa, me parece que estando en Berlín, imagina una fantasía o sueño en el que un amante de la flora canaria traslada a aquellas latitudes nuestras especies, lo que le dio pretexto para disertar con pericia acerca de las cualidades de nuestra flora. El sueño de Bello Espinosa ha de verse realizado en su propia tierra. El ejemplo de la perseverancia de Sventenius, de la fantasía del botánico del siglo pasado, y hasta la pasión de tantas gentes al intervenir en una campaña en defensa de plantas y árboles del país demuestra cómo puede hacerse a lo largo del tiempo una opinión que levante los ánimos y determine que un sueño llegue a ser realidad. Por el Cabildo y por todos los que han intervenido en la compra de la ladera de Martiánez un hurra entusiasta. Las islas todas están de enhorabuena. Pero yo creo que quien estará ilusionado de verdad es el ascético y ejemplar Svensson Sventenius.

**251. «Un curso extraordinario en la Universidad», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 26 de febrero de 1951. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 102-106).**

Gracias le sean dadas a don Alberto Navarro González, catedrático de Literatura de la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad, por el brillante curso que ha organizado con carácter de extraordinario en virtud del cual la Universidad sale un poco a la calle y ésta —es lo decisivo— entra también un poco en la Universidad. El curso —tan provechoso para los que le oímos— del doctor Rohlf's primero, el de Fonología de la señorita Isabel Montero seguidamente, y la espléndida intervención del doctor Morales Oliver, son ya muestras de tan alta calidad, que obligan a un comentario en el que al agradecimiento se une la más viva satisfacción.

Se lamentaba el otro día mi amigo Diego Guigou, al oír la disertación pedagógica y elocuente de don Luis Morales Oliver (a quien tuve la fortuna de tener entre mis profesores de la Universidad de Madrid), de no haber contado en los años de su formación con maestros de la calidad del actual Director de la Biblioteca Nacional. No quiero traer aquí —porque no son mis propósitos ahora— la espinosa cuestión de que sea, o no, un buen maestro. Sabido está que un buen maestro es, en definitiva, no el que mucho sabe, sino el que bien enseña. Si al mucho saber añade el buen enseñar, entonces la cátedra universitaria de esas maravillas que eran Ortega y García Morente en Filosofía, o bien Castro Quesada, o ahora Dámaso Alonso, en el campo de la Literatura y la Lingüística, por no citar sino los primeros que se me presentan en las brumas del recuerdo.

Pero se le plantea a la Universidad de provincias, y sobre todo a esta nuestra, tan lejana, el problema, no ya de la escasez de catedráticos numerarios, sino de que los alumnos formados en provincias, aparte de que los instrumentos de trabajo a veces le son aseguibles con dificultades, adquieren en su conciencia formativa docente el sentimiento de que, por no haber oído maestros de gran fama en el mundo de la

investigación y la publicidad, se encuentran en manifiesta inferioridad con sus compañeros de los centros peninsulares de nombradía.

A remediar en parte esa necesidad ha venido la feliz iniciativa del doctor Navarro González, a quien exclusivamente se debe la idea de haber invitado para tomar parte en el Curso Extraordinario a las prestigiosas personalidades que él ha creído conveniente.

Lo que me interesa destacar en calidad de tinerfeña, toda vez que universitariamente mi función es modestísima, es que el doctor Navarro haya vinculado con su laudable proyecto, ya realidad, la Universidad a una tradición esencialmente característica de Tenerife.

Se ha distinguido siempre nuestra isla (esa «isla exacta» que vio un escritor español) por la cordialidad de su gesto para todo lo valioso que en ella arribe, y por su interés en prender y aprehender lo que sabe egregio y no puede alcanzar. Una de las dimensiones agónicas del alma isleña es su manquedad, es esa su hambre de tierra de que hablaba Ganivet, encarnada en el maravilloso símbolo de Dácil y Castillo: la que espera y no se basta a sí misma, la ventura; el que viene y se completa, la aventura; isla, que está; continente, que llega. Símbolo y no mito, creación genial de Antonio de Viana, concepción que glosaré muy pronto en otro lugar.

Y no son únicamente gestos de amable cordialidad los que caben en la tradición hospitalaria y atenta de la isla. Un día un gran señor del Valle de la Orotava puede tener el gesto de invitar a comer sobre el famoso drago del Jardín de Franqui (¡qué extenso no sería!) a la gran embajada que Lord McCartney llevaba de Inglaterra a la China en 1792; otro día de 1765 puede recibir la famosa Tertulia de Villanueva del Prado, a la sazón en Daute, al Fiscal de la Real Audiencia, visita que inspiró al numen satírico del excelente Viera su poema cómico-dantesco *Los Vasconautas*; pero es que otras veces la cordialidad se une al espíritu de admiración y colaboración: el que presidió la mente de un don Domingo de Saviñón, «precioso ornamento de la Universidad de San Fernando», según frase de un historiador, al recibir al barón de Humboldt, cuando en 1799 vino a Tenerife en compañía de Mr. Bompland para hacer aquí estudios y pasarse con el Valle de la Orotava. Con gran admiración y cordialidad recibieron al botánico Le Dru en 1796 el mismo doctor Saviñón, el Marqués de Villanueva del Prado, el de San Andrés, o el esclarecido don José de Béthencourt y Castro, tan admirado por el botánico francés, que se escribía con todos estos caballeros en una época en que, gracias al dinero, se había podido crear en la isla una aristocracia de la sangre, que entonces iba aparejada a la del talento. Jamás una aristocracia lo ha sido tan exactamente como entonces.

Anécdotas como las citadas harían interminable este artículo. ¿Para qué remontarnos en el tiempo, si tenemos ahí nuestro primer tercio de siglo (poco más o menos) con la notable y valiosa labor del Ateneo de La Laguna (tan adscrito entonces a los desvelos de mi gran amigo Domingo Cabrera), preocupado por traer a Tenerife a todas cuantas personas tuvieran una alta significación nacional?

Cuando escribí, ya hace años, unos trabajos que dieron lugar a la creación del Instituto de Estudios Canarios afirmé que la isla había tenido momentos capitales de plenitud cultural: el de la Tertulia de Nava en el siglo XVIII, continuando en cierto modo en la de don Domingo de Saviñón y la de don Luis Román, a fines de ese siglo; después, en el movimiento que he centrado en torno al 1880 con los hombres del Gabinete Instructivo y las revistas de entonces: *Revista de Canarias*, de don Elías Zerolo, e *Ilustración de Canarias*, de don Patricio Estévanez. En este siglo la plenitud la han marcado la generación juvenil de *Gente nueva* (cuya conexión con el 98 tengo estudiada en otro lugar), que llega a la madurez en *Castalia*, o sea la generación del

Ateneo de La Laguna, gran parte de ella bellamente evocada por la pluma de mi ilustre amigo Leoncio Rodríguez, compañero generacional de la misma también, y por último, otras promociones demasiado cercanas, como para que sea yo quien me refiera a ellas. Lo que me interesa destacar es que en aquellos citados artículos míos que determinaron el Instituto de Estudios Canarios justifiqué la vinculación de éste a la Universidad, porque entendí que todo lo cultural tenía que adscribirse a la Universidad de nuestro tiempo.

Y esta recepción de valores nacionales y extranjeros, tradicional de Tenerife, es lo que viene a continuar (y de aquí nuestro agradecimiento más cumplido) el presente Curso Extraordinario, ideado por el doctor Navarro González. Pero sería una injusticia el silenciar el caluroso apoyo ofrecido por el Excmo. Sr. Don Luis Rosón Pérez y por el Sr. Presidente del Cabildo Insular, sin ayuda de los cuales el proyecto sólo habría sido un sueño. Amigos tengo que pueden atestiguar que no pasó de intento ilusionado mío el traer a Tenerife a mi maestro Ortega, o a Dámaso Alonso, Enrique Lafuente, Emilio García Gómez, Julián Marías o algún otro. Cuando el deseo se iba a traducir en cifras, se transmutaba en el dorado polvo de la fantasía. Gracias a la sensibilidad y generosidad de las citadas personas, nuestros alumnos pueden oír la lección de prestigiosos profesores, y todos tenemos la ocasión de admirar y aprender de nuevo de quienes siempre tienen algo que decir en este rincón atlántico de la cordialidad.

El hecho de que mi nombre, vinculado a nuestra Facultad de Letras desde el siguiente año de su inauguración en los menesteres de la enseñanza, no figure en el escalafón de Catedráticos universitarios, me brinda, en cambio, el envés de todo haz de mal supone: la de permitirme una libertad de movimientos y hacer una glosa a este curso extraordinario que nuestra Facultad de Letras da por vez primera en la Universidad, sin que parezca a los recelosos mi elogio una sociedad de bombos mutuos. Ante el extraordinario éxito de dicho curso, séame permitido el tributo del aplauso.

**252. «Tres poetas brasileños: Bandeira, Drummond, Schmidt», *Índice*, N.º 37, Madrid, febrero de 1951. (*Pulso del tiempo*, 1953: 219-220).**

Los hermanos Leónidas y Vicente Sobrino Porto y la fina poetisa gallega Pilar Vázquez, han tenido el acierto de traducir, prologar y editar una *Antología* de sesenta poemas de los tres poetas más representativos de la actual poesía brasileña: Manuel Bandeira, Drummond de Andrade y Federico Schmidt.

Bandeira, nacido en 1886, pertenece a la segunda promoción de poetas modernistas, a la generación de los postrubenianos como León Felipe, los canarios Tomás Morales y «Alonso Quesada», Villalón, Juan Ramón Jiménez y Basterra, entre otros; pero apresurémonos a decir que Bandeira rinde escaso culto a la poesía modernista propiamente dicha y su obra encaja más bien en los moldes de aquella poesía que llamó Guillermo de la Torre de vanguardia.

Bandeira, como Tomás Morales en su tierra, podrá cantar la piel entrañable de la geografía brasileña: Recife natal, la calle de la Lapa, Belem de Pará, Pasárgada o la flora colonial representada en ese «bello, áspero, intratable» cactus, pero su *Poética* está contra el lirismo y los puristas; por eso admira el léxico popular brasileño y desprecia a los esclavos de la sintaxis lusitana, aunque el poeta sea hoy catedrático de Literatura hispanoamericana en la Universidad del Brasil y posea el Gran premio Nacional de Literatura de 1946.

A la generación siguiente —la de nuestros Lorca y Alberti— pertenecen Drummond y Schmidt. Drummond, que se adscribe también como Bandeira a una exaltación poética del Brasil, profesa el tópico americano del desdén por Europa, si bien encubierto en el desenfadado expresionista del verso (*Explicación*). Drummond canta su

infancia en tonos de intimismo delicado, pero desemboca luego en un tipo de poesía humanizada y social de conexiones con el ultraísmo: fervor por las máquinas y conciencia de que a estas alturas de la evolución de la humanidad es imposible una línea de «verdadera poesía» (*El superviviente*). Uno se pregunta con el poeta si es verdad que «el último trovador murió en 1914» cuando asiste con él a un mundo en que ya no se dice «¡Dios mío!», ni «¡Amor mío!», porque «el amor resultó inútil», el morir no sirve de nada y vivir es una orden (*Los hombres soportan el mundo*).

Acentos de estricta poesía los posee la obra de Schmidt: las *Elegías*, *Recuerdo de un amigo muerto*, *La muerte de la India*, *Voz*, *Tristeza desconocida*, denuncian un poeta subjetivo del amor que culmina en el poema *Regreso del hijo pródigo*, un viejo tema actualizado por el poeta con su humana voz estremecida por una honda ternura; ella nos ata más a los hombres que cualquier poema desvitalizado de tipo social.

**253. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Dácil y Castillo. La razón histórica. I», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 27 de febrero de 1951.** Reproducido en *El Día* del 27 de marzo de 1951. (*Todos los que están fueron*. Tomo I, 2008: 189-192).

Leopoldo de la Rosa Olivera, meticoloso investigador de nuestra historia, ha precisado en estos días la verdad referente al conquistador Gonzalo del Castillo en un preciso e interesante trabajo aparecido en el número doble de *Revista de Historia*, de cuyo contenido ha hecho un resumen divulgador en *El Día* del 4 de este mes. La novedad histórica decisiva que La Rosa aporta es los datos referentes a la persona de Gonzalo del Castillo y la fecha de su muerte en 1513, en Las Palmas; respecto a los matrimonios de Gonzalo en Tenerife determina con rigor histórico las afirmaciones que en 1900 había hecho en su útil y poco leído libro, *A través de las Islas Canarias*, don Cipriano de Arribas, que ya aseguró que Gonzalo casó con Francisca Tacoronte, que sus hijos fueron Juan e Inés, y que antes Gonzalo tuvo otro hijo llamado Francisco.

Pero los poetas Luis Álvarez Cruz y Luis Diego Cuscoy han levantado su grito literario en *La Tarde* y *El Día* del 7 y el 9 de este mes, respectivamente, en nombre de la ficción, frente a la realidad; todavía nadie ha roto sus lanzas por Leopoldo de la Rosa que, de seguro, se habrá quedado consternado. ¿Suspender entonces la investigación histórica? ¿Dejar que los archivos alimenten de su secreto a las polillas para que los poetas monten sus sueños en las esquinas de la fantasía? ¿Se da usted cuenta, querido Luis Diego Cuscoy, de lo grave de su maldición a La Rosa? Lo emplaza usted nada menos que a que no encuentre el nombre de la primera mujer de Gonzalo del Castillo para que usted pueda soñar que se llamó Dácil, la gran musa de Antonio de Viana, gran obrero del ensueño de Tenerife. ¿Y si yo le emplazara a usted, pidiendo al Guayota que ojalá no encuentre en ese ceñidor de Venus que son para la Nivaria sus Cañadas ni un sólo poblado guanche, ni el menor huesito, ni la más mínima cuenta de collar, ¿qué pasa, vamos a ver?

Me han puesto los poetas entre la espada y la pared, porque al ver que las barbas de Leopoldo de La Rosa arden, he puesto las mías de remojo; pero, la cuestión es que, por otro lado, yo soy una de las representantes de los derechos de Antonio de Viana, una de sus albaceas testamentarias del siglo XX, y tengo también que dar su razón a los poetas Álvarez Cruz y Diego Cuscoy. ¿Qué hacer?

Antes que nada explicarme. Tiene razón Leopoldo de la Rosa. Tienen razón los poetas. ¿San chopancismo? ¿Ganas de quedar bien con todos? Ellos y quienes me conocen saben de sobra que no. Saben que mis métodos no son esos. Conocen de sobra que defendiendo siempre con pasión mis creencias, aun arrastrando impopularidad, jugándome tácitas amenazas y hasta que me borren de la lista de viajeros y me silencien ciertos conjurados del resentido desdén.



Tiene razón Leopoldo de La Rosa. Están llegando para la Historia de las Islas unas horas de plenitud y de suficiencia investigadora, como nunca la ha habido. La paciente labor del Seminario de Historia, que dirige en la Facultad de Letras el doctor Serra Ráfols y la misma diligencia de La Rosa han permitido que muy pronto se pueda estudiar hasta con meticulosidad azoriniana la vida de los conquistadores y de la naciente población isleña de Tenerife a fines del siglo XV y principios del XVI. Cierto es que los historiadores del siglo XIX lo trastocaron todo: ocultaron las fuentes o falsearon las citas; trabajaron sin rigor, no tuvieron conciencia (salvo contados casos) de lo que era la probidad científica, pero no es menos cierto que las líneas generales quedaron determinadas en ellos, bosquejadas, y a veces atisbadas con sorprendente agudeza. Muchas de las averiguaciones de Arribas en la citada obra, me las ha confirmado personalmente Leopoldo de la Rosa, a la vista del documentos en sus manos. Ha pasado en esto como en la Medicina. Los investigadores con sus pesquisas llegan a descubrir los gérmenes. Se sabía que el microbio de la tuberculosis tendría que descubrirse y se descubrió; el del cáncer o su virus se descubrirá y es posible que sea el gran hallazgo del siglo XX.

Que los ricos archivos de Tenerife tendrían que cantar su verdad es cosa que se sabía. Se precisaba que alguien con preparación, con amor y perseverancia (los tres ingredientes son necesarios) emprendiera el trabajo. Un trabajo lento, pesado, sin gloria. Si gloria ha de tener, será tardía y ante el grupo minoritario especialista primero. Cuando trascienda esta gloria a la mayoría será muy tarde, como ocurre siempre.

Mis enremojadas barbas, amigo La Rosa, tiemblan en el agua. Desde un punto de vista distinto al de ustedes, los historiadores de las islas, he emprendido un trabajo, hace años, referente a una obra literaria, la obra del bachiller Antonio de Viana. Es posible que se publique en Madrid este año, pero ¡cualquiera sabe!

No es ni será tan voluminoso como algunos piensan ese trabajo mío, más sí he quemado sobre él muchas horas. Viana fue mi interlocutor y mi amigo en muchos días de pesadumbre en que él, con sus batallas, con sus cuadros bucólicos, sus amores, sus quejas, sus pesadas listas de conquistadores, le puso una escafandra a muchas angustias y tempestades íntimas que a nadie importan, por justamente íntimas, pero que suponen un sentido cuando se proyectan en una obra, que saldrá alguna vez de los recintos, de la intimidad para caer en el dominio público y no volver jamás, como el hijo, a entrar en quien lo creó.

Viana me planteó desde un principio un doble problema: el literario, que era el que se refería a mis actividades, pero también el histórico. Viana ha sido fuente de todos los historiadores posteriores a él; mi viejo e inolvidable Rodríguez Moure estimaba su obra, con una apasionada ingenuidad que conmueve, como «una de las fuentes de aguas purísimas y cristalinas de la historia de Canarias».

Con toda paciencia he ido desenmarañando la urdidumbre de nuestro delicado bachiller. Puedo asegurar que el valor de su obra, desde el punto de vista histórico es bien escaso. Por otro lado, con el auxilio de la probidad investigadora de los trabajos de Serra y La Rosa, he podido identificar documentalmente a los personajes más destacados de la conquista tinerfeña, muchos creídos parientes del adelantado no lo son y ¡oh, dolor!, el «gran Guerra», de Viana, aquel don Lope de Guerra que el poeta considera como la figura más esclarecida de la conquista, exceptuado Lugo, ha resultado ser un asesino. Antes que yo ha hablado la «Residencia» del Adelantado, publicada hace poco por el mismo La Rosa y Serra Ráfols. Pero los poetas no leen pesados libros de investigación. No sabían que Arribas, ya en 1900, se refirió al matrimonio de Gonzalo del Castillo y que toda la poesía de Viana y los humos nobiliarios de levantadas vanidades se vienen al suelo como los monigotes del retablo

de Maese Pedro. ¡Dios me coja de su mano si algún poeta o pretendido noble echa la vista a mi obra sobre *El Poema de Viana!* Pero confío en que como menester «erudito», sólo ha de leerla la escasa minoría del estudioso, o del que sienta curiosidad por cuestiones de nuestro pasado.

Y sin embargo, los poetas tienen razón. Lo veremos en el siguiente artículo.

**254. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Dácil y Castillo. La razón poética. II», *Falange, Las Palmas de Gran Canaria, 28 de febrero de 1951.* Reproducido en *El Día* del 28 de marzo de 1951. (*Todos los que están fueron.* Tomo I, 2008: 192-195).**

Antonio de Viana, como todo el que mucho tiene, ha dejado una copiosa herencia. Una herencia que se reparte a través del tiempo. Los albaceas testamentarios de cada siglo reparten los bienes que dejó Antonio de Viana, conforme a las posibilidades de unas cláusulas, que están en las líneas de las cenizas del Ave Fénix.

En el siglo XVII, don Juan Núñez de la Peña fue albacea del poeta lagunero y en el XVIII, el esclarecido Viera. En el XIX hubo albaceas históricos y literarios. Los poetas románticos, los realistas y finiseculares, desde Graciliano Afonso hasta Manuel Verdugo, recogieron la herencia de Viana para ir la donando a la gente de su tiempo. En nuestros días, albaceas del poeta hemos sido, que yo sepa, Andrés de Lorenzo-Cáceres, Álvarez Delgado y yo.

Andrés de Lorenzo-Cáceres ha estudiado más bien la personal figura de Viana, o la cuestión de las ediciones del *Poema*, o ha seguido a Agustín de Espinosa en su aseveración de estimar a Dácil como un mito y ha escrito del «mito dácilico». El doctor Álvarez Delgado ha sido pensionado varios años por el Cabildo de Tenerife para estudiar en Sevilla extremos referentes al poeta; no ha publicado aún sus trabajos, pero supongo que, dadas las actividades de su especialidad, serán de orden lingüístico. Yo he hecho un estudio del *Poema* como fuente histórica y, sobre todo, como tal obra literaria. Como la materia Viana es extensa, ninguno de los tres nos hemos pisado el terreno y hemos trabajado aparte.

Yo he organizado mi obra con grandes dificultades. La he hecho por mi cuenta y riesgo. Robándole al descanso lo suyo; alternando las horas de obligación con las del poeta. Recuerdo que en La Palmas, en época de exámenes de Reválida, me levantaba al amanecer para tener tiempo de leer, en el único Sedeño de la versión del Museo Canario, cuestiones referentes al segundo canto del *Poema* y de llevar corregido los latines de los jóvenes examinandos. Este último año de Madrid, con objeto de poner el trabajo al día, conforme a las publicaciones últimas, me he vuelto a levantar a los amaneceres de la canícula madrileña —únicas horas aptas para el trabajo en silencio— añadiendo notas, rectificando esto o lo de más allá, antes de entregar el original a la imprenta en una temporada dura para mí, que alguien de mi Universidad lagunera conoce a fondo, en tanto una amenaza de sancionar mis faltas de presencia en las aulas caía sobre mis huesos. Así me han ayudado a trabajar.

Y en nombre del poeta Viana tengo que dar la razón poética a los poetas que se han levantado a defender la irrealidad sobre la que montó Viana el máximo y definitivo acierto de su obra: la creación de Dácil y Castillo y lo que llamó Menéndez Pelayo «égloga» de sus amores, expresión que recogió después Valbuena Prat.

Recuerdo que hará unos dos años, en una de esas tardes de gloria que el otoño enrubia para dejarla caer sobre La Laguna, subí en grata compañía con ciertos amigos por las estribaciones de San Roque, en busca de la posible ensoñada fuente del encuentro. Me refiero a la que Viana hace figurar en su obra como testigo de la entrevista amorosa de la infantina de Taoro y el gallardo capitán.

Y me pareció que la fuente pensada por el poeta tuvo que ser la que llaman hoy la fuente de «Las Negras», si no estoy equivocada en el nombre. Llevé un ejemplar del *Poema* y leí los trozos referentes al ameno lugar que describe el poeta:

*Dácil estaba cerca, en una fuente  
que tiene en sí la falda de una sierra,  
cuyas vertientes claras descendiendo  
llevaba al lago un bullicioso arroyo.*

Si desde aquellos sitios, subiendo un poco, se podían ver los navíos de los españoles, no cabe duda de que la sierra tiene que ser la parte de la montaña de San Roque y sus inmediaciones. La fuente de «Las Negras», conserva todavía su manantial; allí estaban bastantes mozas lavando sus ropas en un lorquiano coro de lavanderas que blanqueaban los paños de sus piezas entre cantar de isas, golpes de jabón y jocundas risas de atardecer. Una piedra muy alta cae sobre la fuente referida. ¿Quién me quita a mí del ensueño que fue la misma sobre la que se posó la mariposa ilusionada de la princesa Dácil?

*Era el estanque de la fuente, grande,  
largo, espacioso, y hecho de artificio  
con cantos enterrados en la arena  
y con el masapés bien embarrado,  
dando comodidad una gran peña,  
de la parte de arriba, a quien cubrían  
diversas yerbas y esmaltadas flores...*

.....  
*Gozaba Dácil del alegre sitio,  
sentada encima de la peña misma  
en lo más alto della, entre las flores,  
mirándose en las aguas de la fuente  
donde hacía una agradable sombra  
como en espejo de cristal purísimo.*

Tranquilen sus espíritus los poetas Álvarez Cruz y Diego Cuscoy. No pasa nada porque el excelente historiador La Rosa haya ratificado que Castillo casó con Francisca de Tacoronte, pariente sin duda de menceyes guanches y probable punto de la palanca poética vianesca. La Rosa sólo se refiere a la verdad histórica. Viana se refiere a la verdad poética. Vamos a examinar un ejemplo, ilustre, junto al cual el nuestro resulta modesto, pero nos puede aclarar mucho.

Rodrigo Díaz de Vivar, llamado El Cid por gente mora, tuvo una realidad histórica que ha desentrañado espléndidamente ese maravilloso Cid de lo cidiano que, en palabras del poeta Pedro Salinas, es don Ramón Menéndez Pidal. Al lado de la realidad histórica del Cid, que sirvió a reyes moros de Zaragoza, porque estaba en perfecto derecho de su tiempo, existe otro Cid poético, compendio de todas las virtudes medievales, el Cid del *Poema*, el Cid del poeta de Medinaceli, según el cual Rodrigo sirvió a un señor aun desnaturalado por él. Nos maravilla el Cid del *Poema* y nos interesa el Cid histórico, pero ninguno de los dos se estorba en su destino. Realidad y ficción marchan en feliz coyunda. Los historiadores miran a una, y los poetas y soñadores, a otra.

Miren los historiadores al modesto buen soldado y buena persona que fue Gonzalo del Castillo. Que fue bueno lo demuestra el hecho de que no lo quiso Alonso de Lugo. Indaguen los afanes de los estudiosos la existencia de las modestas muchachas indígenas. Bien está. Los poetas, los amigos de ensueños, éstos han de mirar la Dácil de ficción, cuya realidad poética es superior a la existencia real que pudo tener una indígena del siglo XV. Todavía en el Toboso enseñan la casa de Dulcinea, con resabios de literatura positivista... ¿Por qué no llevar a las gentes ilusionadas a la peña de Dácil, la que está en lo alto de la fuente de «Las Negras», que podemos llamar la Fuente del Encuentro?

No, amigo Diego Cuscoy, ningún daño nos ha hecho Leopoldo de la Rosa. Él habla de otros personajes. Pero la Dácil de Viana es otra cosa. Es más fuerte que la realidad histórica, y ya se ha incorporado, para siempre, desde su roca, al alma de todos los canarios que saben cantar.

**255. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Dácil y Castillo. Mito, no. Símbolo. y III», *El Día, Santa Cruz de Tenerife, 29 de marzo de 1951.* Reproducido en *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 9 de marzo de 1951. (*Todos los que están fueron*. Tomo I, 2008: 195-196).**

En mi introducción a la *Comedia de Nuestra Señora de la Candelaria*, obra que me editó en Madrid el Consejo Superior en 1944, dediqué un apartado a la exquisita pareja de Dácil y Castillo; aludí, como era de justicia, (porque jamás olvido a los que cuentan), a la defensa que hizo de la razón poética de la pareja en 1931 el malogrado Agustín Espinosa, que nos habría dejado muchas y buenas cosas, si la muerte no se hubiera precipitado a llevárselo.

Pero he disentido de la opinión de mi muerto amigo en el hecho de que él haya visto en la figura de Dácil un mito. Es inexacto aplicar el sustantivo mito a lo que hoy es ya Dácil, y que Luis Diego Cuscoy vuelve a subrayar. Ni Dácil es un mito, ni tampoco lo es Castillo.

Mito, en nuestra lengua, quiere decir fábula y ficción. Sobre dos personajes que vivieron en el siglo XV, Gonzalo del Castillo y una indígena (de los que Viana tenía noticias reales); compuso el poeta una ficción, un mito poético, cierto es. Pero he aquí que, a raíz de su obra (y ésta es la cuasi genial corazonada poética de Viana), los escritores posteriores actuaron sobre la ficción o mito Dácil-Castillo. Núñez de la Peña no cree en «el cuento» de Viana, pero sabe que los personajes existieron y que se casaron «por amores». Núñez, pues, cree y no cree. Viera y Clavijo (y aquí está la gran sagacidad de Agustín Espinosa), a pesar de ser un racionalista, acepta la ficción poética de Viana y cree en el mito. Estudiado tengo en mi obra cómo el *Poema* de Viana torció el rumbo verídico de nuestra historia, que el prestigio de Viera sancionó. Los historiadores del siglo XIX se encontraron con algo ya hecho, con un «corpus» que había adquirido carta de realidad, y Rodríguez Moure rompe lanzas por él.

Hasta entonces la ficción poética de Viana era un mito, una factura literaria, pero esta ficción cobra sangre en el cuerpo de la isla. Cuando leí las palabras que Goethe en su *Viaje a Italia* dedicó a Nausicaa, el delicado personaje femenino de la *Odisea*, a quien su creador, por boca de Ulises, compara a una grácil palmera de Delos, en conocida e inolvidable imagen, comprendí que el genio alemán había captado en la muchacha homérica la esencia misma de lo que es una isla. No importa que Goethe nunca terminara el poema que quiso hacerle y que *Nausicaa* no pasara de un deseo. Junto a sus mujeres fue sorprendida un día por un hombre que arribó a su isla; en ella había de permanecer Nausicaa, porque la isla es el reposo, el albergue, en tanto Ulises había de marcharse, porque Ulises es el movimiento y el camino. Lo maravilloso y

específico de Dácil es que ella es encarnación de una isla con fortuna y no malograda, como la de Nausicaa.

Dácil es lo femenino, lo sedante, el reposo. Dácil es la tierra con su cuerpo respuntado en los costurones de las secas vetas de los barrancos, y las orillas de las faldas con festones de altos acantilados en los confines, o los amables bajíos de las playas. Dácil es nuestra entrañable tierra de intensos verdes y variados sienas con tules de nubes, gargantillas de espuma, y todos los abalorios que puso en ella Dios. Más aún, Dácil es toda la isla; Dácil encarna lo que una isla es: esperanza, hambre de aventuras, deseos. Dácil es la ilusión y el ensueño.

Castillo es lo masculino, lo dinámico, el movimiento. Si un buen poeta quiere montar la teoría en ficción, puede hacerlo el mar. Pero lo que a derechas representa es el hombre del continente, el deseo hecho realidad, el broche que colma la ilusión. La ventura de la aventura. La comprensión y el amor de la tierra grande para la pequeña tierra, que no se basta a sí misma, que no puede vivir de sí misma. La maravillosa juntura, la gran sabiduría vianesca, es haber representado en Castillo y Dácil la armónica unión del vencedor y del vencido, que no consiguió ni aun Alonso de Ercilla en el mejor poema épico que los españoles han escrito. Esa armonía ha sido siempre la divisa de nuestro escudo: armonía en el arte canario, en la literatura, en los cantos regionales, en el dialectalismo lingüístico, en las maneras del trato, en todo. No. Dácil no es ya un mito. ¿Qué ha podido pasar? Que el mito se ha hecho símbolo.

Dácil es nuestro símbolo. El de la isla perfecta. El de nuestras Afortunadas. Ha habido épocas en que Castillo no ha comprendido bien y la tierra isleña se ha sentido incómoda, pero se ha impuesto la divisa armónica y la pareja ha seguido feliz, que hasta en bien avenidos rondan tempestades. La ancha tutela de Dácil ha hecho nuestras delicias cuando es su numen quien acuna el lento discurrir de las ensoñadoras gracias de los días que ella gobierna. Mito, no. Símbolo y paradigma, sí. Lección permanente de un gran contenido. Somos la íntima fusión de isla y continente, nosotros los hijos de Dácil y Castillo, del nativo indígena y del peninsular conquistador. La fortuna de las Afortunadas es haber encontrado siempre quien ponga a Dácil y Castillo en feliz armonía, y si ha habido o pudiera haber discusiones familiares en la pareja, siempre ha surgido y surgirá quien pacifique el diálogo: Antonio de Viana. Porque Antonio de Viana, que de real pasó a mítico, ha llegado, también, a ser un símbolo.

**256. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Brindis y explicación al Dr. Rohlf», *Falange, Las Palmas de Gran Canaria, 9 de marzo de 1951.* Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 2 de marzo de 1951. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 73-75).**

Brindemos en este mediodía brumoso por el ilustre doctor Rohlf y el gran regalo que, con su curso, nos ha hecho a los universitarios de las islas, y démosle una cumplida explicación por esta mala pasada que el tiempo nos ha jugado. Confieso que hemos quedado muy mal con nuestro huésped, que se queja de haber pasado menos frío en su Alemania que en La Laguna, para la que propone el nombre de Pluviópolis. Ante las informalidades de nuestro clima, que perjudica la veracidad de las guías turísticas y una vieja tradición de templanza, intentemos los beneficios de una excusa.

Hay islas peligrosas como la de Eea, donde Circe convierte a los hombres en cerdos (*Odisea*, canto X), otras hay como la de Ogigia, donde Calipso, la de hermosas trenzas y dulcísima voz, embriaga los sentidos, pero no tanto que, a la vista del mar, el viajero no llore la nostalgia de su tierra perdida.

La isla de Calipso posee una hermosa gruta en uno de los momentos más felices del paisaje de la *Odisea*, (Canto V). La hermosura de este paisaje clásico sensibiliza la fantasía de Ludovico Ariosto. De nuevo los mirtos y las rosas crean

encantados verdes, en tanto que el blando céfiro agita el perfume de las azucenas sobre el jocundo retozo de los ciervos. En esta isla, la encantadora Alcina trastorna y embota los sentidos del paladín Rugiero (*Orlando furioso*, canto VII).

El alma melancólica del poeta de Sorrento, Torcuato Tasso, cargada de una antigüedad menos herida por la ironía que la del Ariosto, residencia en una de las Islas Afortunadas los encantos de este paisaje clásico y maravilloso, hecho ya un tópico literario. En el canto XV de la *Jerusalem libertada* otra vez los mirtos y las rosas tejen una embriagadora cadena de excelencias en torno al paladín Reinaldo, que ha sucumbido a los enervadores encantos de la hechicera Armida.

Y un día, un excelente poeta de estas Afortunadas, Bartolomé Cairasco de Figueroa (1538-1610), cara ya a las dinámicas contorsiones del barroco, topa con el poema del Tasso y lo vierte a su castellana lengua. Entonces, metiéndose, entrometiéndose en la obra, con una técnica muy española, muy velazqueña, lo que escribe al llegar al canto XV de la *Jerusalem* es un elogio rendido a las maravillas de las Afortunadas, en especial de su natal isla de Gran Canaria. Ahí la yedra garcilasiana vuelve a ceñir amorosa la arboleda y las frondas tupidas de la selva de Doramas hacen latir este ya perdido corazón vegetal de la isla redonda, exaltada por Cairasco, que no olvida un saludo a la excelsa pirámide blanca o azul de nuestro Teide.

Y esta ha sido la tradición clásica de las islas recogida en los principales poemas renacentistas (con las premuras que este rápido brindis me aprieta), porque las islas que refrescan el cansancio de los heroicos lusos de Camoens desaparecen en las mismas brumas alegóricas del canto IX de *Os Lusíadas*.

Pero si las Afortunadas estuviesen tan sólo bajo el patrocinio de las deidades clásicas, nuestro paisaje sería de verdad el de los ensoñados Campos Elíseos, donde las madre selvas perfuman los trinos del ruiseñor o del canario capirote; más nosotros, que, como América, no tenemos Edad Media ni catedrales góticas, somos la estación terminal de un viaje que allá por los siglos VI o VII hizo un Ulises medieval nórdico-céltico: San Brandano de Escocia, que arribó con sus monjes a una isla tan encantada ella misma como los prodigios de aquellas musas paganas que se llamaron Calipso, Alcina o Armida. Y es San Brandano, que aquí se llamó San Borondón. quien tiene la culpa —admirado doctor Rohlf— de que el signo clásico haya sido temporalmente desplazado por el nórdico. Esas brumas que enseñorean las torres de la Catedral, que ocultan el Pico del Inglés o la cabeza cana de la gran pirámide geológica son las barbas grises de San Borondón, que se pone en contra de los viajeros, de los turistas, de los que nos visitan buscando para descanso de su bregar los muelles encantos del paisaje de rosas y de verdes, de trinos de pájaros y perfumes de fronda, del paisaje clásico de las ninfas antiguas.

Tanto Circe como Calipso, Alcina o Armida dejaron ir siempre a sus huéspedes, que recordaron en la vejez las excelencias de sus encantos. En el siglo XVIII, nuestro clásico historiador Viera compuso un *Vejamen a la intemperie de la ciudad de La Laguna*. Ahora la intemperie ha sido general, borondonesca. El santo nos tiene bajo su húmedo imperio. Se lleva usted —doctor Rohlf— los flecos de la lluvia para su recuerdo de Múnich. La lluvia de Pluviópolis. Nosotros hubiéramos querido para usted los encantos de las rosas y de los capirotos, del sol maravilloso de las Afortunadas, aunque a usted esto de maravilloso le parezca una hipérbole. Pero el sol y las rosas han sucumbido ante las brumosas severidades de nuestro patrono medieval: el sañudo señor San Brandano de Escocia.

Pluviópolis. Pridie Kalem das Martius. MCMLI.

**257. «En torno a un homenaje», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 6 de marzo de 1951.**

UNA CARTA Y UNA INICIATIVA DE MARÍA ROSA ALONSO

Señor Director de *El Día*. Mi distinguido amigo. No tengo radio, pero leo la prensa diaria y he visto que el señor presidente de Radio Club ha propuesto un homenaje al ilustre escritor y periodista Leoncio Rodríguez. Ya hace varias semanas que en carta particular expresé a mi admirado amigo la grata impresión que sus *Perfiles* y *recuerdos* me han producido y pensé proponerle a usted que influyera a fin de que la Asociación de la Prensa tributara un homenaje a este maestro del periodismo tinerfeño de una manera viva y permanente con la creación de un premio anual de periodismo que llevara el nombre de «Premio Leoncio Rodríguez» y que fuera otorgado con ocasión de la fiesta del patrono de ustedes, que se celebra en enero. El premio debería ser dotado con decoro y al él podrían concurrir los artículos publicados durante el año. En verdad, ustedes verían la mejor manera de hacer del proyecto una realidad. En Las Palmas la Asociación de la Prensa tiene establecido un premio análogo con el nombre de González Díaz.

Hace unos años Leocadio Rodríguez Machado (ya autor teatral de gran relieve con motivo del premio «Calderón» en Madrid) y yo nos propusimos tributarle un buen homenaje a Leoncio Rodríguez. Poco después me marché a Madrid donde estuve larga temporada, pero allí me llegó la noticia de que los amigos de la «peña» del Ateneo lagunero habían verificado el homenaje: un acto amistoso que se celebró en ese gran consulado de la alegría y del mejor vino de las Islas (o del Mundo, según su dueño) que es la finca de Los Baldíos del estupendo Víctor Núñez, gran «coronel» retirado de las huestes del ilustre don Benito Pérez Armas.

No sé lo que habrá propuesto en concreto el señor García Sanjuán, pero tratándose del periodista tinerfeño, sólo merece la adhesión de todos los que sentimos en el alma los entrañables valores de Tenerife. Aquel homenaje del Baldío debe extenderse a más anchas zonas insulares. Leoncio Rodríguez ha sido el periodista representativo de Tenerife en casi nuestro primer tercio de siglo, y alguna vez se ha de ver con toda claridad la significación que su obra capital, el diario *La Prensa*, tuvo en una de las etapas más interesantes del país.

Un atento saludo de su amiga y s. s., María Rosa Alonso.

\* \*\*

Para nosotros, a quienes la personalidad y la obra de Leoncio Rodríguez está tan vinculada por motivos entrañables de admiración y afecto, y también, modestamente, por razones de continuidad en la labor periodística de esta casa, en la que alienta siempre la norma de su magisterio ejemplar, lo que expone en su carta María Rosa Alonso no puede ser menos que recibido con los honores que se merece. Tanto por lo que la distinguida comunicante significa dentro del periodismo isleño, en el cual, y singularmente por lo que a nosotros respecta, es una brillante colaboradora, como por lo acertado de su iniciativa. En estas columnas hemos expresado nuestra sincera adhesión al homenaje que a Leoncio Rodríguez proyecta rendirse. Con la misma sinceridad hacemos nuestro este deseo de María Rosa Alonso de que se instituya un «Premio Leoncio Rodríguez» para ser otorgado al mejor artículo periodístico con ocasión de la Fiesta del Patrono de los periodistas. Con la mejor voluntad y conscientes de lo merecido de tal institución, apoyaremos la petición de nuestra culta colaboradora en la primera reunión que celebre la Asociación de la Prensa de Tenerife. Y estamos seguros de que todos los compañeros darán su aprobación a esta iniciativa que tiende a exaltar debidamente el nombre del ilustre maestro del periodismo tinerfeño.

**258. EL DOMINGO LITERARIO. «Glosas a la antología poética de Joaquín de Entrambasaguas. I», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 8 de abril de 1951. (*Pulso del tiempo*, 1953: 221-224).**

Las preceptivas tradicionales han marcado la existencia de una poesía popular y de una poesía culta. Las bases en que la clasificación se asentaba no eran tan firmes como para sostener una revisión aguda. Quizás sea preferible tomar el fenómeno desde el punto de vista de la intención del autor. Unas veces le interesa al poeta dirigirse a la mayoría y utilizar metros conocidos, temas fijados, fáciles metáforas, y puede escribir el romance que empieza: «Servía en Orán al Rey»; otras veces el poeta desea referirse a una minoría, exige un esfuerzo de aprehensión metafórica, un culto lector que ponga mucho: erudición clásica, agudeza intelectual, etc., y entonces el mismo poeta escribe otro poema que puede ser el *Polifemo* o las *Soledades*.

La intención del autor, la decisiva, se puede desentender a veces del lector mayoría o minoría (que si da su tercio en aquella divisa de Juan Ramón: «A la inmensa minoría») y puede considerar al lector desde facultad que él estime como predominante. El poeta puede, intentar mover la inteligencia del lector al servicio de una causa no poética y entonces Quintana escribe la *Oda a la Imprenta*; pero si lo que estima predominante es el sentimiento, al que intenta conmover ahora y no convencer, Enrique Gil Carrasco compone su canto a *La violeta*.

Las escuelas poéticas europeas hasta fines del siglo pasado que recibieron nombres de cultas, y se dirigieron a la minoría, habían actuado sobre el mundo real, alterando los temas, complicando las metáforas, puliendo las voces, esas escuelas — repito — metamorfosearon el mundo realista, pero cortaron en definitiva con su vigencia.

El *Laberinto* de Juan de-Mena en el siglo XV supone un latinismo intencional forzado y difícil, pero contaba con la temática dantesca y con el molde formal de la octava de arte mayor. En el marco de una pastoral italianizante, y en tradicionales silvas u octavas reales renacentistas, encaja Luis de Góngora la maravilla estética de su *Polifemo* o de sus *Soledades*. Lo nuevo y revolucionario de Góngora no está en el mundo poético que actúa, sino en la manera como actúa.

Sabido es que Júpiter se transformó en un toro para adueñarse de la ninfa Europa; sabemos que el sol tiene rayos, que es astro en torno al cual gira nuestro sistema; podemos decir de él que es un dios sideral y compararlo a Júpiter, máximo dios del Olimpo. En doble esfuerzo establezcamos una equivalencia entre el sol y sus rayos, y los del toro —que es Júpiter— y su pelambre; entonces escribe Góngora: «y el sol todos los rayos de su pelo». Es decir, el sol ha delegado por semejanza, no ya sus accidentes sino su ser mismo a la piel taurina, que, en doble metáfora, no posee pelos sino rayos. El lector con un esfuerzo puede entender y gustar luego el metaforismo del gran poeta, muchas veces difícilísimo, cierto es, pero todavía los rayos siguen siendo rayos, y el sol y Júpiter lo que son. La vigencia real de las cosas permanece; lo peliagudo está cuando el poeta se queda sin sol, sin rayos ni Júpiter, sin cosas, en una palabra, y entonces tiene que fabricárselas y construir el mundo, su mundo poético. Esa ha sido la aventura poética de estos cincuenta años.

Desde los días de la poesía simbolista (como desde el impresionismo en pintura) las cosas comenzaron a moverse y los poetas a caminar un poco en el aire. Apagada la vigencia del modernismo poco después de la primera gran guerra, las escuelas poéticas que con precisión estudió Guillermo de Torre en su útil volumen *Literaturas europeas de vanguardia*, irrumpieron con su ritmo bronco de agitadoras en el poetizar de las promociones de entonces. Casi la que mayor impresión ha producido hasta hace relativamente poco ha sido la surrealista.



Cuando uno de sus teorizantes (George Huguet) insiste en advertir que no se trata de una escuela como el romanticismo o el simbolismo, sino que, en perpetuo movimiento, el surrealismo aspira a transformar el mundo y el pensamiento vigentes, lo que debió de escribir fue no la palabra *transformar* sino *destruir*, porque destruir el mundo poético tradicional y sustituirlo por otro, por el que él aspira a crear, ha sido el propósito de la discutida tendencia.

No me interesa ahora ahondar en algo tan traído y llevado y poco nuevo ya como el surrealismo, pero el hecho consumado de su existencia, de su inextinguida trayectoria, plantea el hecho de tener que contar con él (positiva o negativamente, (gústenos o no) y afirmar que, consecuente con la época en que se produjo, ha dejado en ella su impronta en parte del perfil poético de nuestro tiempo.

Como es sabido, mucho de la actitud surrealista tiene su arranque en la fuente temática del mundo psicoanalista de ese Copérnico de la psiquiatría moderna que fue el médico vienés Sigmundo Freud. En torno al mundo freudiano el surrealismo (dejo la voz en su ortografía de galicismo: acaso convendría traducirla en español, mejor que por super o sobre realismo, como algunos quieren, por subrealismo), el surrealismo, repito, aspira no a una estética tradicional, sino a ninguna estética, que es lo tremendo. Ni actúa en la razón, ni en el sentimiento humanos. De aquí que el hombre medio se irrite contra lo que desde el punto de vista racional es un disparate, o bien una falta contra el sentimiento o la moral vigentes; en definitiva, contra todo el mundo real presente. Arracional y asentimental, el surrealismo no es ni para ser entendido ni sentido. ¿Qué asideros puede tener una actitud poética que no actúa ni en la razón ni en el sentimiento?

Lo decisivo del mundo freudiano es que iluminó una sombría e inédita zona del hombre que estaba por descubrir. El hombre no es sólo (en cuanto ser anímico) razón, o sentimiento, o voluntad consciente; además de esta mitad de su ser existe en su alma su otro medio ser en penumbra, en la zona abisal e infrahumana de la subconciencia, una zona debajo de la real, la subreal (de aquí el término adecuado de subrealismo) que, reside presionada por la otra, la alta zona de la conciencia. Esa presionada y oculta zona se aloja a veces en lo onírico (los sueños), el acto involuntario, arracional, azaroso y espontáneo que a veces nos sobrecoge y que, condensado en las nubes de una psicosis, puede arribar a lo morboso.

La actitud surrealista no es, en suma, otra que la de romper la divergencia la sima que hay entre la vida exterior iluminada del hombre y la interior en sombras.

**259. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Glosas a la antología poética de Joaquín de Entrambasaguas. II», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 13 de abril de 1951. (*Pulso del tiempo*, 1953: 225-228).**

¿Qué debe a la actitud inicial y teórica del surrealismo, que he examinado, la sorprendente obra de Joaquín de Entrambasaguas?

A unos modos nuevos o por lo menos distintos se impone también una exégesis nueva. Tengo que arrinconar los adjetivos (tan profusos, los pobres, cuando el crítico no sabe o no puede serlo derechamente y deja paso a la amistad hipócrita), porque con este tipo de poesía no valen: quebrarían sus cómodas aristas en las esquinas duras e inquietantes de los poemas de Entrambasaguas.

Como Pedro Salinas, Jorge Guillén, Gerardo Diego, Dámaso Alonso o Ángel Valbuena, también es Joaquín de Entrambasaguas catedrático y poeta. Nacido en 1904 pertenece a la generación de Gerardo (nacido en 1896), Dámaso (n. 1898), Vicente Aleixandre (n. 1900), Luis Cernuda y Pablo Neruda, nacidos los dos —es interesante— el mismo año que él. Más cerca de los tres últimos, sus coetáneos, si bien la aparición

poética de Entrambasaguas es tardía, pues su primer libro *Voz de este mundo* es de 1946, la significación de ella corre el mismo plano poético que la de los aludidos. Plantea por tanto el doble problema de la conexión con la obra de Aleixandre, Neruda y Cernuda (que no es posible abordar ahora) y el que suscita en función de la obra poética de autores más jóvenes, que por cierto hacia 1846 amenazó en gran parte sucumbir en el naufragio de los participios en *-ado* en los guardapelos del sonetismo virtuoso. Al lado de esto el acre acento de los poemas de Entrambasaguas sonó como un desgarró fuerte y duro, en realidad en el mismo cauce quevedesco, goyesco, de una honda tradición española.

Jean Paul Sartre, al especificar que la atracción corporal, la censura del semejante y el deseo sexual son las amenazas que coaccionan la libertad del hombre (existir es para Sartre ser libre), casi prescribe como un medio eficaz de liberación el arte y la poesía. La vía imaginaria de la poesía es, por consiguiente, una ruta de libertad en medio de las angustias que amenazan la existencia actual del hombre.

Y en estas horas de notoria agonía y de mundo en ruinas, que hace posible un determinado tipo de filosofía, es cuando puede aparecer una obra como la de Entrambasaguas. Alojado en la ortodoxia cristiana, el poeta se siente criatura de su Creador separado de Él por la muralla de podredumbre que es este Mundo; la impresionante *Elegía a la sangre* (y algún otro poema de *Voz de este mundo* no recogido en la *Antología*) obedecen a esta agonía tan española del hambre de Dios: el vuelo en perfil de albas palomas ha proyectado un diluvio de sangre en el que se ha ahogado el mundo de esta segunda postguerra. Y en tal mundo en quiebra, el corazón, el viejo corazón de Pascal o de los románticos, lo mismo late «para el amor que para protestar de la subida de las tarifas ferroviarias» (*Antología*, pág. 18). ¿Por qué no? Puede angustiarnos las cimas eróticas del diálogo de Julieta y Romeo, o la tortura de ese hombre que necesita una bicicleta o que no la encontró hasta que dejamos la sala del cine. El mundo sentimental ha sido voluntariamente revuelto, transformado, subvertido por el poeta.

Esta actitud negativa, que asume la presente época en crisis, determina en el poeta una posición semejante a la del romántico. En la misma página citada afirma Entrambasaguas que el hombre ha hecho un gran aprendizaje de «la gran concavidad del tiempo en el alma», de que llegamos a «nuestro hastío» y de que «se va perdiendo... todo lo que pudo ser nuestro, con calor humano». Parecida nostalgia del tiempo y parecido sentimiento del hastío tuvo el poeta romántico, sólo que aquí se asegura con bronca sinceridad viril lo que allí fue retórica insincera muchas veces. No cabe hablar de un neo-romanticismo sino de una pareja actitud intencional, que también puede observarse en el *Madrigal apasionado para un organillo*. Es curiosa la sensibilización que instrumentos humildes como el acordeón o el organillo han producido en nuestros escritores. El poema de Entrambasaguas al organillo me ha evocado el elogio sentimental que Pío Baroja hace del acordeón en *Paradox, Rey*. Una misma actitud expresada en forma distinta mueve a los dos escritores. Comienza Entrambasaguas:

*Acaso sea ya tu vejez de más de un siglo, la que, cuando injieres música,  
te produce esa asma y te causa esos crueles retortijones  
en las entrañas misteriosas,  
con que muelas las melodías hasta reducirlas a un finísimo polvo impalpable;  
acaso, pero aun así te amo, porque estás llamado a desaparecer,  
como una rara especie,  
por la invasión sistemática de los sonidos invisibles  
que buscan el oído de los seres a través de los océanos eléctricos del aire.*

«A veces —escribe Pío Baroja del acordeón— el viejo instrumento tiene paradas, sobrealtos de asmático; a veces, la media voz de un marinero le acompaña; a veces también, la ola que sube por las gradas de las escaleras del muelle y que se retira después murmurando con estruendo, oculta las notas del acordeón y de la voz humana; pero luego aparecen nuevamente, y siguen llenando con sus giros vulgares y sus vueltas conocidas el silencio de la tarde del día de fiesta, apacible y triste...

¡Oh, modestos acordeones! ¡Simpáticos acordeones! Vosotros no contáis grandes mentiras poéticas como la fastuosa guitarra; vosotros no inventáis leyendas pastoriles como la zampona o la gaita; vosotros no llenáis de humo la cabeza de los hombres, como las estridentes cornetas o los bélicos tambores. Vosotros sois de vuestra época: humildes, sinceros, dulcemente plebeyos, quizás ridículamente plebeyos, pero vosotros decís de la vida lo que quizás la vida es en realidad una melodía vulgar, monótona, ramplona, ante el horizonte ilimitado». (O. cit. Madrid, 1917, págs. 69-71).

Desde su actitud de criatura de un agónico mundo, el poeta Entrambasaguas da a los eternos temas de Dios, Amor y Muerte un tratamiento distinto, que debe mucho a la técnica formal surrealista, pero la manera de inyectar el ingrediente de esa técnica es algo personal y nuevo en el autor.

En todos los cercados, cuando la fruta se cultiva bien, es buena. Quizás se extrañen los lectores si afirmo que el mejor poema que hasta ahora se ha escrito sobre el Teide (ya recogido en mi inédita antología al volcán) se publicó hará unos quince años. El Teide, que es para Gerardo Diego gran «seno único», para el poeta surrealista André Bretón está hecho «de un sólo diamante que tiembla». El poema de Bretón al Teide se llama «El castillo estrellado». Para vergüenza nuestra nadie ha señalado su prodigio lírico. Es más fácil despotricar sobre su surrealismo o existencialismo sin tomarse la molestia de enterarse bien en qué consiste.

**260. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Glosas a la antología poética de Joaquín de Entrambasaguas. y III», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 24 de abril de 1951. (*Pulso del tiempo*, 1953: 229-232).**

Así como el lenguaje generacional del Romanticismo es inconfundible y los «hórrido», «tétrico», «funéreo» con el «capuz» y los ayes determinan su estilística; o bien esos rebuscados «palimpsesto» o «criselefantina» nos avisan de las retóricas modernistas y rubenianas, el surrealismo tiene también su vocabulario y adjetivación específicas.

Veamos estos ejemplos en la *Antología* de Entrambasaguas: «manzana podrida», «hedor de ratones encamados» (pág. 36), «pústula horrenda» (pág. 42), «labios purulentos» (pág. 79), etc. Las imágenes son cerebrales. Refiriéndose a Dios dice de la sangre: «haría vomitar a tus angelitos más pequeños el biberón de estrellas que les da la Vía Láctea» (pág. 82). En ocasiones la metáfora deja de serlo para enquistarse en el disparate, dentro del plano alógico del surrealismo, pero que irrita al «homo rationalis», en ejemplos como este: «ese niño que pregona los diarios... está explicando una subida de valores, con sillón y puro de director de Banco» (pág. 87), o este: «las manos que corren... hasta perderse en mis pies lejanos, comidos por hormigas incontables» (pág. 31), etc. ¿Qué base tienen? ¿De dónde viene tal ingrediente sobre el que manipula en potente actividad creadora el poeta, sino del repertorio de objetos, metáforas y conceptos alógicos de la «res» formal surrealista? Todavía hay mayor contribución a esa tendencia en la expresividad y fondo de los poemas oníricos, los *Poemas sin contorno* (tan personalmente logrados), que tiene su asidero poético en esas nieblas del sueño que pudiera ilustrar Dalí.

Pero Entrambasaguas cultiva un surrealismo cerebral en cuanto le sirve de método y menester expresivo. Repito que su ortodoxia religiosa y artística le sitúan dentro de un surrealismo hispano que lo lleva a cantar poemas a Dios en el Sacramento de la Eucaristía, al Greco o a Tchaikovski. Para el poeta español hay una tabla de valores, unas categorías éticas vigentes: el trabajo, la parquedad, la valentía... De ahí sus finos *Poemas burlescos*, de un humor que es más bien sátira, al holgazán, al gastrónomo (en esa oda que servirá de texto a la barroca cena del «Rey bebé» de Jordeans) y al cobarde en los *Poemas de vida y muerte*, al que dice:

*No podemos fiarnos de ti aunque seas inteligente para estudiar una teoría;  
aunque tengas sensibilidad para entender un poema;  
aunque muestres bondad para no hacer daño a los otros;  
aunque percibas en torno la presencia de Dios y el calor  
entrañable de la tierra que pisas.  
A pesar de todo esto no podemos fiarnos de ti. (pág. 25).*

El segundo libro de poemas que Entrambasaguas ha publicado se titula *Madrigales sin ternura*, en una bella edición aparecida en 1947. Apenas si se advierte la huella surrealista. Un lirismo decantado envuelve una temática finamente amorosa que roza con sus alas una poesía en la línea de Pedro Salinas. No me refiero a influencias, lo que digo es que como la poesía de Entrambasaguas es de tardía aparición y todo hombre es más fiel de lo que supone a su generación, si «Voz de este mundo» cabe referirla a la poética de Neruda o Cernuda, los *Madrigales sin ternura* denuncian otro signo. La imagen ahora adquiere profundidad emocional y no intelectual. Termina así todo el «Madrigal de la voz»:

*No la quiero perder, cuando la siento,  
mariposa volando entre las voces,  
y la siembro en la hondura de mi alma  
que fecunda el arado del recuerdo.*

Otras veces cobra una ternura finamente lírica:

*Lo negro ya no existe. Es tenue sombra sola  
de un pájaro dormido sobre sus sienes suaves  
y ya de nuestros pechos se escapó la tristeza  
cabalgando en el grito, celoso de horizontes  
que rasgó tembloroso el sello de lo intacto. (pág. 117).*

Vuelven los *Poemas de la ciudad*, el tercer libro de versos que Entrambasaguas publicó en 1949, a bordear la manera surrealista, así como el cuarto libro o sea *El corazón lejano*, aparecido en 1950, la de los *Madrigales sin ternura*. Empieza así el «Poema sin destino» de este último libro:

*Lo mejor quedará sobre el recuerdo  
flotando en la quietud de las alturas... (pág. 155)*

Del citado libro es también esta imagen de cuño lorquiano:

*¿En qué ciudad, si sólo se salvó en mi memoria*

*una noche anhelante de estrellas y de luna  
cuando el amor tenía plenitudes de nardo...* (págs. 160-161).

De haber contado con espacio habría insertado íntegro el poema de los *Poemas del amor y del tiempo*, de hondo y exquisito sabor poético:

*Adiviné la flor de tu belleza  
cuando era una promesa clausurada  
y tú un mar misterioso de horizontes...* (pág.176).

Siento no poder incluir aquí la originalísima «Oda ortográfica al aburrimiento», de lo más ingenioso y salado que se ha hecho en este tipo de poesía.

Vuelve la impronta surrealista a inspirar al poeta en su quinto libro de versos: *Oda a Federico García Lorca*, del mismo año 1950, pero escasamente acentuada. Todavía del sexto libro en preparación que titulará *El canto del hombre* nos adelanta Entrambasaguas una selección de seis poemas; alguna vez la técnica surrealista, pero ya diluida en un hacer poético más cercano al de las actuales generaciones posteriores a Entrambasaguas. En la misma agonía existencial el poeta se evade con su creación en la que hay ahora un léxico distinto: esos «clausura» y «clausurado» tan del tiempo, el repetido «tacto» (que llega a ser sonoro en un joven poeta leonés), esos «vilo», «tremendo», «antiguo», «íntacto» sustituyen la frecuencia de aquel otro léxico ya apuntado, un léxico, después de todo, en la tradición quevedesca de las hirsutas páginas de *El Buscón* hasta las del *Pascual Duarte* de Cela. También es de este mundo la última poesía de Entrambasaguas, ceñida a los sentidos, arisca. Me habría gustado contar las veces que la palabra «manos» aparece en ella. En nuestro poeta, como en el autor de *Huis-Cloos*, el hacer es buen antídoto contra las soledades.

La edición de la *Antología* de Entrambasaguas está exquisitamente impresa por Cultura Hispánica y es el 5 volumen de la colección «La encina y el mar». Los dibujos de Ginés Liébana ciñen su línea al torso bravío, hondo y lírico del texto.

**261. EL DOMINGO LITERARIO. «Carmen Conde en El Escorial», *Falange, Las Palmas de Gran Canaria*, 6 de mayo de 1951. (*Pulso del tiempo*, 1953: 233-236).**

No es el ensayo ni la meditación un género que cultive mucho la mujer; está demasiado inmersa la mujer en su alma como para permitir en un quehacer que sea sólo la inteligencia quien lleve el peso. Me ha sorprendido este libro que Carmen Conde dedica al Escorial, a «su» Escorial, por ser de ensayo, de meditación, pero al punto el alma de la autora —nuestra femineidad presencial— ha irrumpido al correr de las páginas. La tos de su poesía surge al punto y el ensayo se torna lentamente en poema y termina en el poema en prosa, estricto: *Mío* (*Poema de El Escorial*).

Para mí lo mejor de tan buen libro es, con todo, los primeros capítulos donde grana la excelencia del ensayo puro, hermanado a la imagen poética. La desnudez arquitectónica del monasterio escurialense lleva a Carmen Conde a la meditación de que el hombre es el único animal que almacena sus muertos. ¿Quién no advierte en los nichos o cuasi anaqueles del Ochavo una colección de mariposas regias clavadas allí por la voluntad, o unos códigos de extraña contextura? El Monasterio tiene su apariencia en su esencia, según feliz expresión de la gran escritora española; el Monasterio no es más que la explicitación del sueño de aquel paisaje. Visto desde lejos es una piedra más. Por eso pudo empezar Ortega su *Meditación de El Escorial*: «Sobre el paisaje de El Escorial, el Monasterio es solamente la piedra máxima que destaca entre las moles circundantes por la mayor fijeza y pulimento de sus aristas».

El hecho de que un río cercano no pueda servirle de espejo hace decir a la autora de la esforzada obra de Herrera: «un río que pasara copiándola, enamorándola, la iría raptando lentamente hasta que un día sólo quedara suya adelgazada imagen, mientras la carne madura correría embriagada entre los brazos del agua. Esta infinita sequedad del paisaje garantiza su inmóvil eternidad».

Aunque todos hablamos mal de Taine y rechazamos su concepto del hombre en función del paisaje, casi que lo negamos para creer luego en él; Carmen Conde enfrenta su condición y pasaje levantinos con el paisaje castellano: en tierras mediterráneas lanzaron su vida, pero la escritora escapó de ellas, de su «atracción orgánica» y allí, en el paisaje del Monasterio querría morir; allí, donde la piedra no es «un elemento desprovisto de substancia».

Carmen Conde advierte que el espíritu no puede sustraerse de toda misión de España y, por otros caminos que Ortega, ve la voluntad como potencia decisiva de la actualización española. En Felipe II observa la tortura de un indiferente para la tortura y en el Monasterio la voluntaria representación del Rey: iglesia y tumba, vivir para morir; guardar y conservar en lo posible el cuerpo. Extraño culto al cuerpo del espiritualista que lo maltrata en vida, al paso que el pagano, que lo cultiva en vida, es gustoso de aventar sus cenizas.

En 1915 escribió Ortega unas palabras que a la altura de nuestro tiempo tienen valor de profecía: «Hosco y silencioso —dice del Escorial— aguarda el paisaje de granito, con su piedra lírica en el medio una generación digna de arrancarle la chispa espiritual». Carmen Conde llegó muchos años después a hacer acto de contrición al Escorial; allí se pregunta (se confiesa) angustiada por sus propias injusticias, su franqueza, que es brutalidad; su lealtad o fidelidad que son, a la postre, frialdad y exceso de crítica despiadada (Vid. pág. 34 de *Mi libro de El Escorial*).

Pero junto a aquel «vino azul» de su agua mediterránea sintió a Dios muy cerca. Allí la vida era otra cosa; en El Escorial, que «espera la luna para ser más puro», acaso Carmen Conde se esfuerce por quitarse el manto levantino, mas también se es siempre quien se es: la gran escritora sólo ha logrado que esa torrentera de pasión que es su alma ancha y estremecida cobre aristas pulidas, esforzadas, como las del Monasterio; la llama se ha estilizado, pero lisa y desnuda brota perennemente.

El libro de Carmen Conde, que es de la generación que le ha arrancado chispa espiritual al Escorial, bordea alternativamente las líneas del ensayo y del comentarlo y las del poema y la canción; las humildes fuentes (la escritora advierte que meditar sobre lo fácil es muy difícil) de aquel paisaje adquieren resonancias en su alma; a la fuente ostentosa que, como el virtuoso instrumento, obtiene del agua su nota más subida prefiere ella esa mínima fuente en que el agua es un elemento más. Cómo le sorprendería la visión de la fuente de Vegueta, donde han hecho un templete «para que el agua no se moje»... La autora, que odia los mofletudos angelotes y el para ella antipático neoclásico, preferiría quedarse en una fuente sobria como las de Úbeda o Baeza, no como las de Aranjuez o La Granja; quedarse junto a una fuente presidida por una Virgen románica, desintegrarse en el rumor eterno del agua.

No puedo seguir a Carmen Conde en su elegía al inhumanismo; para ella solo el que es estéril es tolerante, humano, comprensivo. Ella quiere la intolerancia fecunda del voluntarioso. En un diálogo a lo platónico, en la línea de esos «tolerantes» diálogos renacentistas, yo llevaría otra voz distinta de la suya; la escritora acaso nos dé la clave al afirmar: «quizá sea porque carezca de virtudes sedosas; yo no creo en la necesidad de mi ternura para todos; sólo la concedo a los que tienen derecho al homenaje» (libro citado pág. 75).

Atinadas páginas sobre el sino, el libre albedrío y la gracia ocupan la atención de la escritora, acaso preocupación de uno de sus libros de poesía. Sobre el Romanticismo en la mística también tendría yo que objetar algunas reservas a las afirmaciones de Carmen Conde ¡tan interesante es su libro! El alma cálida de la autora vibra en sus páginas *Acerca de la fe*; graves acentos de libro sagrado toman carne en este nuevo devocionario del Escorial que termina con el breviario, que acaso sea un libro de las Horas: el poema en prosa que ocupó un año decisivo en la vida de Carmen Conde. Casi al final, la sangre del paisaje nativo hace traición a la escritora: ¡Qué lejos estás, Mar mío, Mediterráneo mío, del Escorial! Como una música de fondo el mar y el paisaje levantino rumorean en el drama vital de la escritora de mayor hondura con que cuenta la España de hoy.

**262. PLUMAS DE LAS ISLAS. «José Tabares Bartlett (1850–1921). Las primeras composiciones», *Falange, Las Palmas de Gran Canaria, 29 de mayo de 1951.* (Todos los que están fueron. Tomo II, 2008: 13-15).**

La noche del 6 de octubre de 1949 me hizo Nuria Monserrat —que entonces tenía a su cargo una sección en Radio Club Tenerife— unas preguntas que respondí ante el micrófono de aquella emisora y que se referían todas ellas a mis actuaciones y trabajos pasados, presentes y futuros. Le dije que entre los futuros tenía en proyecto una monografía sobre Tabares Bartlett.

Pensé que, como se avecinaba el primer centenario del nacimiento del poeta, sería oportuno el que ampliase las páginas a Tabares dedicadas y que tengo inéditas en mi *Historia de la Poesía en Canarias*, que veremos cuando puedo publicar. El que don Sebastián Padrón Acosta (nunca bastante elogiado en su perseverancia y eficacia investigadora, y hasta en sus dotes de creador) me anunciase por carta muy posteriormente que iba a ocuparse del poeta en la revista apta para ello en Canarias (pues no sé qué paso de tortuga reumática aqueja al *Museo Canario*), detuvo mi propósito; no obstante ello, como ha sido verdaderamente lamentable que la Prensa tinerfeña no recordara ni con la menor noticia el centenario de nuestro mejor poeta realista (y pido perdón si me equivoco), me creo en la obligación de dedicarle, sino el detenido trabajo que merece (que hará Padrón Acosta), sí al menos unas páginas que lo sitúen en nuestras promociones ochocentistas.

He centrado en mi aludida *Historia de la Poesía en Canarias* nuestra generación realista en torno al año 1880; en esta fecha tiene Tabares Bartlett 30 años; es, por tanto, representativo de su generación.

Si bien nacido en Santa Cruz de Tenerife, el poeta vivió en La Laguna, donde presidió una tertulia literaria que reunía las figuras más relevantes de su tiempo. Aparece colaborando en la *Revista de Canarias* (órgano generacional), tantas veces elogiada por mí a causa de su gran valor. Desde el número 1, del 8 de diciembre de 1878, figuran composiciones de Tabares como «La pluma y el pensamiento» y en sucesivos números: «Las dos tumbas», «Recuerdos de la patria», «Año de 1797», que publicó en el del 8 de agosto de 1880.

Tengo estudiado cómo esta fecha de 1797, al igual que los personajes de la Conquista, determinan una tónica literaria que trata todas las promociones, conforme a su postura estética y generacional. Los «Recuerdos de la Patria», escritos en romance, muestran a Tabares como un descripcionista feliz. Tabares entronca en ellos con el paisaje de Nicolás Estévez:

*Los áridos abismos,  
barrancos que se alargan*

*desde los altos montes  
a las tendidas playas.*

Como los románticos y los de su generación, es buen lector de Viana. He aquí cómo desarrolla la conocida imagen que Viana toma de Espinosa para referirse a los navíos, trasmutados en *pájaros negros de muy blancas alas*:

*Como pájaros marinos  
que cruzan las ondas mansas  
de un lago azul y apacible  
desde el cielo se retrata  
vistiendo oscuros plumajes  
sus pechos y plumas blancas,  
las abiertas y tendidas  
batientes y largas alas,  
silenciosamente llegan  
de otros climas y otras radas  
las naves de Horacio Nelson  
sobre las costas canarias.*

En la citada revista publicó también «Tradición». «A Ramón Gil Roldán», poema en el que alude a la pareja primera, el paraíso y sus bellezas; intercala alguna bella imagen como ésta: «Y las noches de rosa, transparentes». Los serventesios de la poesía «Contrastes», son harto flojos.

La primera publicación que edita en libro o folleto es el *Bosquejo poético sobre la conquista de Canarias y un romance*, Santa Cruz de Tenerife, 1881. Inserta además una carta de don Gaspar Núñez de Arce, fechada en Madrid en 1880; también la reprodujo Valbuena Prat en su importante *Historia de la Poesía Canaria*, Barcelona, 1937, sin caer en la cuenta de que se había publicado hacía ya muchos años. El romance a que alude el título de este primer libro de Tabares es los «Recuerdos de la Patria» ya citados, que incluye aquí.

El *Bosquejo poético* está en la línea de Ignacio de Negrín; escrito en décimas e inspirado en Viana. En mi estudio sobre este último poeta, me ocupo de la contribución de Tabares al tema organizado por Viana, que constituye otro caso de tópica literaria.

El mismo año que cesó la memorable *Revista de Canarias*, cuyo último número apareció en abril al marcharse a París don Elías Zerolo (el director, es decir, el alma) continuó su labor *La Ilustración de Canarias* de don Patricio Estévez, que, a su vez, llegaba del Extranjero. El primer número de *La Ilustración de Canarias* salió en julio del referido 1882; cesó en septiembre de 1884 y, si bien de menor vida que la *Revista*, fue en realidad su continuadora y siguió agrupando en torno suyo a los más destacados de las generaciones realistas de todas las Islas.

También desde el número 1 de *La Ilustración* figura la firma de Tabares Bartlett con un trabajo de crítica sobre la obra de Diego Estévez; más tarde dedicará en el número 13, de enero de 1883, una biografía al célebre don Alonso de Nava, antepasado suyo.

Respecto a sus composiciones poéticas, que es lo que nos interesa de momento, Tabares publicó en *La Ilustración* poesías «A Tenerife» (1882), «A Nelson» (1882), catorce bellas décimas donde se destaca su sentido del paisaje: «El árbol» (1882); «Los dos crepúsculos» (1883) y «A la memoria de Teobaldo Power» (1884).



En 1896 publicó en la Tipografía de Álvarez, La Laguna, su libro *Poesías*, que recoge muchas de las composiciones citadas y publicadas previamente en las revistas. No podemos aludir aquí a todas, pero ya incorpora al libro los temas generales comunes de la tónica literaria: «Al Teide», «A Tenerife», «La Laguna», «Al cañón Tigre». En las estrofas de «La Laguna» vuelve a citar a Viana con elogio y en la tradición que titula «Nuestra Señora de Candelaria» se advierte una detenida lectura al canto VI del *Poema* del bachiller lagunero.

**263. «La Orotava en fiestas», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 7 de junio de 1951. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 236-239).**

Sabido es que un paisaje expresa un estado del alma, pero en ocasiones la rotundidad específica de un paisaje es tanta que se impone hasta las criaturas más simples y mínimas. La tarde del Corpus, del Corpus de La Orotava, caía sobre la Villa con tal encantada e inasible fragancia de luz, de olor, de primorosa colorido, que el recóndito surtidor de armonías que uno lleva dentro borbolleaba como el agua clara en las acequias. La Orotava parecía estar hecha, desde hace siglos, con sus calles pinas, sus casas espaciosas y de señorial raigambre, y sus plazas bellísimas, para brindarse íntegra a los ojos y los sentidos todos de los que pudieran captar el embrujado secreto de su encantada plenitud.

El virtuosismo de sus artistas no puede hacer ya nada mejor en su espaciosa plaza mayor que lo que ha hecho. El primor estético de las flores ayuda con su valor a que ellos compongan una sinfonía cromática, pero lo pasmoso es que con la tierra, con esa santa y entrañable tierra que nos ha visto nacer y puede abrigar nuestro descanso y confundirnos y hacer suyos nuestros huesos, hagan unos hombres obra de arte; estaban allí los grises maravillosos de «Los Azulejos», los sienas, los ocre, la obsidiana de nuestras Cañadas y de nuestros barrancos, que, si tienen secas las fauces, dan al menos la ofrenda que poseen a la mayor gloria de Dios y de la Belleza.

Alguna vez querría —si la hidalguía de sus dueños y dueñas lo permitiere— ver con detención esos encantadores patios de las casas orotavenses. Algunos de los que puede ver son un prodigio de delicia y sencillez en los que, dueña y señora, el agua preside desde el palacete del surtidor, sus reinos verdes y floridos. Todavía conservo la grata impresión del de la casa de Monteverde en la que sus dueños, cortesés y señores, recibían a todo el mundo que deseaba admirar desde sus ventanas los primores artísticos de la tradicional alfombra, de la que ellos son adelantados y vigías.

Notable contraste supone que la Orotava, de gran subido abolengo desde los días del quinientos, y que parece relicario del silencio y viejo reloj donde se han detenido las manecitas del tiempo, haya hecho consistir su fiesta máxima en una dádiva a lo efímero, huidizo y pasajero. Toda la Villa parece un esfuerzo anual para ofrecer en un día la esplendidez estética de sus alfombras, a modo de esos maravillosos cactus que alumbran la rotundidad pasmosa de una flor que sólo dura hasta el anochecer de su mañana. La lección estética de la floral belleza, tendida en el suelo humildísimo de todos, es la lección, tan decisiva en estas broncas horas del mundo, de que lo que importa y sirve es lo que a derechas no sirve: un empuje esforzado y heroico para que en un instante caiga deshecho por los pies lo que unas manos levantaron, pero no sin antes haber encantado las riberas del alma creadas por un efluvio de primores y en suspensión todos los sentidos.

La segunda tapa del fino relicario orotavense es la romería de San Isidro, que completa con sus valor popular la delicadeza exquisita de su Corpus. Un vistoso río de entrañable sabor vernáculo, jocundo, jaspeado de color y de ritmo, y con inexpresable unción de rito llenaba el domingo las calles y plazas de la Villa. Los aires y danzas

populares proyectaban su armonía sobre los viejos caserones, o se desgranaban junto a las rosas o los azulados verodes. Pasaban cantando y bailando las gentes en parrandas, carros y galanes ellos, con sus negros sombreros, y, rojos y espichados, los claveles en las cintas, que a mí me producen una sana y honradísima gracia; muy guapas y ataviadas ellas, con todas las rosas del Valle en la cara, jóvenes, en granazón y maduras en intencionada confusión de edades y castas, eran la representación viva de lo que en nuestra tierra es recinto, surco para la siembra y santuario.

La vibrante isa de un bien parecido hombre de bien, moreno y peripuesto él, me hizo arrancar un rotundo pláceme cuando pasaba. Bien puesta y defensora de su clan, una tejinera me advirtió que «no había quien pudiera con Tejina»; entonces pude enterarme de que mi admirado cantor era tejinero. Más allá iban, ataviados con su aire salobre de arrastrado bregar marinero, mis viejos amigos de la Punta del Hidalgo, y alcancé a ver al veterano Sebastián Ramos enredado con unas de sus isas y a Juan con un primoroso chaleco, que daba gloria.

¡Y los niños! En mi vida he visto niños tan bonitos como los que vi en La Orotava. Los visten con el traje típico hasta los muy chiquitines. Carros llenos de niñas y niños, a cual más bonitos y fragantes, pasaba y pasaban. Me traspasó de ternura uno muy pequeño, morenito él, con tal zumbido de luces en los ojos, que me temo futuras guerras en el mocerío que ha de espigar dentro de quince años; se le enterraban los ojuelos en la carilla al reírse y saludaba con breve manecilla a una su amiguita que estaba cerca de mí; un cordial y expresivo saludo que dejaba entrever la madera de hombre que ya tiene.

¿Y los animales? Enjaezadas las caballerías con unas colchas de listas azules o encarnadas, de las que recuerdo haber visto en mi lejana niñez tacorontera; y, como las personas, llevaban flores y adornos en las testas. Me enseñó a tener gran ternura por las vacas (aunque a las personas serias les parezca ridículo, así es) una de las almitas infantiles más delicadas y maravillosas que se han cruzado en este mundo con la mía: mi nunca olvidado amiguito, Julianín Marías, que se murió en Madrid, cuando aún no tenía cuatro añitos. Aquella criatura se enfervorizaba con las vacas y yo aprendí también a querer a estos nobles animales y evoqué a mi dulce amiguito, ya ido para siempre, y lo que habría disfrutado al ver pasar tantas hermosas vacas con sus flores en los cuernos y adornadas testuces, que daba encantado gusto admirar; algunas, negras y lustrosas, como jupiteriano toro de las *Soledades* gongorinas. Pasó una yunta con adornos de esparto en las orejas y dije a Néstor Álamo, que me acompañaba, que eran dos damas de Elche del género bovino.

Al tumbarse las tintas del atardecer sobre el Valle me dio la impresión de que la flor deslumbradora de ese gran cactus que es La Orotava plegaba ya sus pétalos, dispuestos a un largo y recoleto silencio que habrá de interrumpir, de nuevo, la eclosión trepidante de la primavera futura.

**264. PLUMAS DE LAS ISLAS. «José Tabares Bartlett (1850–1921). El paisaje realista», *Falange, Las Palmas de Gran Canaria, 9 de junio de 1951.* (Todos los que están fueron. Tomo II, 2008:17-19).**

En 1900, en plena madurez, publica Tabares Bartlett su libro *Estrofas*, donde inserta su composición «Al Teide», tema bien común en la poética isleña, y al que el mismo autor volverá a referirse más tarde.

Con justicia y acierto advierte Valbuena Prat, influencia de Núñez de Arce en los tres libros siguientes del poeta canario. *La Caza, Trompos y cometas y Tenerife*. «Los tres —escribe Valbuena en la página 48 de su obra citada— están escritos en la estrofa de la oda «Tristeza» que podemos llamar: estrofa de Núñez de Arce. *Trompos* y

*cometas* revela esta influencia más hondamente que las otras dos composiciones». Con sagacidad muestra Valbuena una concreta referencia al poema «Tristeza» de Núñez, que influye directamente en una estrofa de *Trompos y cometas*.

De 1908, imp, Álvarez, La Laguna, y prólogo de Ángel Guimerá, es el poema «La Caza», en la línea temática de «La Pesca», de Núñez, sólo que la tragedia del poeta vallisoletano en absoluto estremece las estrofas del canario. En «La Caza» domina el sentido del paisaje puntillista, concreto, del gran poeta realista que es Tabares; él mismo usa una palabra reveladora de la técnica de su estética, que era la de los hombres de su tiempo:

*¡Oh, región de mi patria idolatrada  
en mí fotografiada!*

He aquí un hermoso paisaje volcánico, agreste, como el que andando el tiempo llevará a la paleta Martín González, el pintor del sur:

*La árida costa ensanchándose a los ojos  
con sus quiebras y abrojos;  
entre sirtes rompiendo y en picachos  
las enarcadas olas con coraje,  
recamando de encaje  
a las playas desiertas sus penachos.  
Ingentes moles de cortadas grietas  
y volcánicas vetas,  
que el soplo lento de la edad carcome,  
sombreadan las profundas hondonadas;  
moles desvencijadas  
amenazando próximo desplome.  
En los barrancos de inseguras rocas  
sus atezadas bocas  
las cuevas muestran en lo largo a trecho,  
y en sus techumbres tétricas y graves,  
las carniceras aves  
tienen sus nidos de hojarasca hechos.  
Fétidos balos, rígidos cardones,  
tabaibas y pencones,  
verdeguean en predios y en honduras  
dándole al suelo cárdenos matices  
y enredan sus raíces  
en los resquicios de las peñas duras.*

Tabares evoca, al igual que Negrín, la nobleza de la raza guanche en un sentido eglógico. En esto es heredero de la generación romántica, aunque él no extreme las tintas con el conquistador, conforme tenemos estudiado; mas lo que nadie había hecho antes que él era incorporar el paisaje auténtico, el «fotografiado», el paisaje realista, en suma, agreste paisaje de piedra, carbón y tabaiba el arte poético descriptivo de Canarias. Este es su valor y uno de sus méritos más altos.

En 1911, también en la imprenta lagunera de Álvarez, editó el poeta su libro *Trompos y cometas*. Ya advirtió Menéndez Pelayo antes que nadie la influencia que Núñez de Arce había ejercido en Tabares, en una carta que escribió a éste (que

Valbuena publica en su aludida obra), fechada en 20 de agosto de 1908, con motivo de haber recibido el gran polígrafo el poema «La Caza». «En el estilo y en el metro — escribe Menéndez Pelayo— recuerda a Núñez de Arce sin que haya el menor rastro de imitación servil. El fondo es completamente original, con vigoroso sentimiento del paisaje canario, que sabe usted interpretar con sobrios y valientes rasgos».

Las palabras de Menéndez Pelayo conservan su tersura y exactitud en esta valoración de la poesía de Tabares; la influencia en él ejercida por Núñez conviene advertir, que es más formal: metro, sentido realista del paisaje (específico y personal en Tabares), etc. que en el fondo. Cultiva el poeta canario, como el de Valladolid, tres grandes temas: el histórico, el descriptivista o del paisaje y el filosófico, porque eran los temas comunes de la generación; pero el tema histórico en Tabares (aparte su poema a «Colón» y algún otro) es el tema propio de la historia y tradición canarias: la Conquista; el 25 de julio y Nelson (que trata con reiteración); el tema descriptivista es también específico en Tabares: «La Villa de la Orotava», el «Teide», «La Laguna», «La Esperanza», «Bajamar», etc., tema que ya hemos visto en «La Caza» cómo adquiere significación original en el poeta. Por lo que se refiere al tema filosófico en nuestro cristiano y sencillo paisano para nada asoma la honda inquietud del autor de «La Duda» o de «La visión de Fray Martín». En las composiciones de este tema, que no cultiva con la profusión de Núñez, ni mucho menos: «La pluma y el pensamiento», «El árbol», «La opinión popular», etc., Tabares es un poeta sereno, sin hondos problemas de escepticismo, como Núñez de Arce. Nótese que si el aire del siglo del positivismo salpica su espíritu, resuelve la duda apoyándose en una realidad superior, como sucede en el soneto «Al cañón Tigre».

El poeta se pregunta si el cañón fue el verdadero causante de la mutilación de Nelson o «fantasma popular, burda patraña». Pero lo que interesa es sin duda la vida de la fama, la realidad poética del mito, «verdad o error».

*Por la espalda del mundo se despeña  
de modo igual lo falso y verdadero;  
¡Bien con tu fama vives en la Historia!*

Esta postura de Tabares es decisiva para la identificación de su pensamiento, muy lejano al de Núñez de Arce. Tampoco la grandilocuencia formalista del poeta civil de la Restauración prendió demasiado la musa ceñida y serena del autor de «La Caza».

**265. PLUMAS DE LAS ISLAS. «José Tabares Bartlett (1850–1921). Los últimos poemas», *Falange, Las Palmas de Gran Canaria, 14 de junio de 1951.* (Todos los que están fueron. Tomo II, 2008: 21-23).**

El poema «Tenerife» fue escrito por Tabares Bartlett para la Fiesta de las Hespérides, que el Ateneo de La Laguna celebró en septiembre de 1914; es el tercer poema que cita Valbuena Prat como influenciado por la estrofa de Núñez de Arce. El Cabildo tinerfeño lo publicó en 1915; advertimos de nuevo que la influencia de Núñez es meramente formalista. El poeta toma como musa inspiradora a la poética infantil de Taoro, la princesa Dácil. «Tenerife» es poéticamente una repetición del autor y una caída; se evoca otra vez la idílica raza guanche y Tabares hace, de paso, una condenación a la guerra con motivo de la fecha 1914. De nuevo también se refiere a la Conquista y su sentido:

*¿Por qué, por qué las huestes aguerridas  
cegaron tantas vidas?*

*¿Qué móvil les indujo a la pelea?  
¡Qué magno triunfo aquel donde no ha habido  
vencedor ni vencido  
en la hermosa conquista de la idea!*

Y al final se refiere repetidamente a la victoria tinerfeña sobre Nelson. Este poema «Tenerife», algunos sonetos y poesías varias componen el libro titulado *Ritmos*, que Tabares publicó en 1918 .

Dejando aparte los sonetos, a los que nos referiremos luego, en este libro merecen una singular referencia los «Versos íntimos» dedicados al poeta «Alonso Quesada». Tabares alude a la campaña de «El salto del Negro» y surge de nuevo el paisaje agreste y logrado de «La Caza»:

*Hoy, como ayer, el apacible ambiente  
cruzan volando alpispas y vencejos,  
y traban en la atmósfera tranquila  
combates, el cernícalo y el cuervo.*

*Hoy, como ayer, en las cortadas grietas  
enredan sus raíces, prisioneros,  
balagos, cuyos gérmenes errantes  
sembraban en los vértices los vientos.*

*¡La misma soledad! El escenario  
sin mudanzas; las aves... El silencio...  
Las arcadas y arbustos y el molino...  
Los cortes de basalto en los extremos.*

Ante aquella naturaleza salvaje que permanece igual, el estremecido cuerpo de la isla, con el secreto de su poema en el alma de sus intérpretes, los poetas, el viejo Tabares evoca a sus compañeros idos para siempre:

*¡La piedra lisa! A los solares rayos  
abrilantada en su gastado centro,  
por cuya inclinación se deslizaban  
en turno apresurado nuestros cuerpos.*

*Allí está, donde ayer, sola, desierta,  
sumergida en el álgido silencio  
que nada turba, ni rumor lejano,  
ni la ligera ondulación de un eco.*

*¡Ya estoy solo también! Hados crueles,  
¿qué ha sido de mis bravos compañeros,  
los que erraban conmigo bulliciosos  
por esta altura y por el cauce seco?*

No veo en estos versos una posible influencia del autor de *El Lino de los sueños*, como apunta Valbuena, tan gustoso de divagar algunas veces y de citar a Wagner en un proceso muy amplio de inducción. Creo que Tabares insiste aquí en su

paisaje de «La Caza» antes aludido. El paisaje agreste se carga, en la vejez, de honda emoción melancólica al recordar a los compañeros de la niñez; un elemento del paisaje natural, una piedra, que es el acento del paisaje, hizo vibrar de honda nostalgia a nuestro gran poeta realista.

Las notas del viejo y tradicional lema del *ubi sunt?*, tan felizmente estudiado por Pedro Salinas a propósito de Jorge Manrique, reaparecen en estas estrofas invernales de Tabares:

*¿En dónde están?... Reposan en la noche  
perdurable y sombra del misterio,  
Alba, Guezala, Cárdenas, Llarena,  
Neda, Tolosa, Zerpas y Romeros.*

De 1919 es la leyenda «Zebenzui», el hidalgo pobre de La Punta, cuyo paisaje está bellamente cantado en esta composición escrita con motivo de la fiesta que el Ateneo dedicó en septiembre de ese año a los Menceyes. Correspondió a Tabares, familiarizado por sus veraniegas estancias en el próximo Bajamar con aquel hermoso paisaje, cantar al hidalgo Zebensui, y la composición en endecasílabos agrupados en serventesios, es un nuevo tributo de lectura al *Poema* de Viana y a él me he referido en mi libro sobre *La Punta del Hidalgo*. Claro está que Tabares, como la mayoría de los poetas, con la libertad que su misma condición les da, leyó de prisa el canto X del *Poema* y creó el personaje femenino de Ceptimia (¡) fantaseada compañera de Zebenzui; la última noticia que Viana nos da de éste es que cayó en el duro suelo peleando con el español Ramos en la batalla de Acentejo (Viana, *Poema*, edic. Rodríguez Moure, págs. 383-384), pero al poeta realista le pareció mejor dejarlo morir en un oscuro rincón, entristecido por la pérdida de su amada.

En 1920, un año antes de la muerte de Tabares, dedicó el Ateneo de La Laguna su fiesta septembrina al Atlante, es decir, a la exaltación poética del Teide. Nótese cómo el Ateneo hasta el primer cuarto de siglo aproximadamente, años más o menos, es el índice que recoge los grandes tópicos de la poesía regional: las Hespérides, Los Menceyes, el Teide, etc. aunque celebre temas generales como La Raza, etc., pero siempre con marcado matiz regional. La lista de exaltación al Teide, sabido es que tuvo su espléndido diamante en el gran poema sinfónico el «Himno al Volcán», que su autor, Tomás Morales, leyó aquella noche. Tomás representaba allí la condensación de la poesía rubeniana y modernista propiamente dicha, todavía en plena vigencia: Tabares, en las postrimerías de su vida ya, compone en quintetos un endeble poema en que celebra la superioridad del espíritu humano por encima de la inmensa mole geológica, en singular antítesis:

*Tú ciñes con gallarda gentileza  
nívea corona a tus ardidadas sienes,  
ocultando tu fuego tu corteza;  
yo escondo un alma, lo que tú no tienes,  
bajo nieve también de mi cabeza.*

**266. «La ñamera de la Plaza del Charco», *Hoja Oficial del Lunes*, Santa Cruz de Tenerife, 25 de junio de 1951. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 246-247).**

Froncosa y verde emerge esa bombonera redonda que es la ñamera de la Plaza del Charco. Anchas y rotundas sus hojas suplen una ausencia de flores que no tiene ni necesita. No precisa siquiera de una voz poética que le cante, como a la palmera, su

esbelta delgadez, o, como el drago, su milenaria tradición de catedral vegetal. La ñamera de la Plaza del Charco se basta a sí misma en su verdura esférica, y a veces me he preguntado por las manos gigantes que le han dado su forma de búcaro artificial.

Ella se ha fabricado su redondez solitaria y su ancho corazón nos sonrío en cada hoja a todos los que amamos la honda y fresca delicia de su sencillez. La ñamera nos mira en línea recta y nos invita a la renuncia de la vertical y a huir de las estrellas y de la estremecida tensión de las alturas.

Ancha, redonda, verde y satisfecha es envidiable su felicidad jugosa de mujer feliz, su renuncia a lo alto, y su baja sonrisa, humilde, casi a flor de tierra. Lección de suavidad serena la suya, de rotundidad de lo mínimo y sencillo. Si tienes, caminante, el alma seca porque el dolor te haya bebido los jugos de su fragancia, aprende lo que la ñamera de la Plaza del Charco te muestra en su vida simple, uniforme, sin pretensiones; pero si no quieres o no puedes renunciar a las estrellas, sólo te dará envidia y agonía que, mientras te quemas en la paramera de tus verticales inalcanzables, ella se sonrío tranquila en su menudo y jocundo verdor de horizontales, sin riesgos ni ambiciones.

N. de la R.— Esta página ha sido escrita expresamente para el programa de las tradicionales fiestas de julio que se celebran en el Puerto de la Cruz.

**267. PLUMAS DE LAS ISLAS. «José Tabares Bartlett (1850–1921). El sonetista», *Falange, Las Palmas de Gran Canaria, 28 de junio de 1951. (Todos los que están fueron.* Tomo II, 2008: 25-27).**

Termino con este artículo de examinar sin gran detención, omitiendo de intento completa información bibliográfica, más propia del libro y la revista, la obra del poeta isleño, cuyo primer centenario ha transcurrido casi en el mayor de los olvidos. Ni la Prensa con algún comentario o artículo (ya que el correspondiente de don Leoncio Rodríguez del 9 de julio de 1950 en *El Día* de Santa Cruz de Tenerife fue una mera inserción de las tantas que viene haciendo el excelente y admirado periodista en su interesante galería de *Perfiles y recuerdos*), ni sociedad alguna celebró como el poeta merecía su centenario. Reparemos, pues, con estos trabajos, el olvido y recordemos su labor de sonetista ahora.

Con gran precisión apunta Valbuena Prat que los sonetos de Tabares, a pesar de ser los más populares, «no son las formas más logradas de fondo, aunque si de técnica». Valbuena ve en algún soneto inspiración de tipo Núñez de Arce y concretamente de Adelardo López de Ayala en la línea de cuyo soneto «A unos pies» pudiera estar «la fina galantería “A Josefina Ascanio”»; pero leídos los dos sonetos, apenas si veo algo que los enlace.

Dice López de Ayala:

#### *A UNOS PIES*

*Me parecen tus pies, cuando diviso  
que la falda traspasan y bordean,  
dos niños que traviosos juguetean  
en el mismo dintel del Paraíso.*

*Quiso el amor y mi fortuna quiso,  
que ellos el fiel de mi esperanza sean:  
de pronto, cuando salen, me recrean;  
cuando se van, me afligen de improviso.*

*¡Oh pies idolatrados! ¡Yo os imploro!*

*y pues sabéis mover todo el palacio  
por quien el alma enamorada gime,*

*traed a mi regazo mi tesoro,  
y yo os aliviare por largo espacio  
del riquísimo peso que os oprime.*

Es notable la preocupación de López de Ayala por los pies femeninos, pues tiene otro soneto «A un pie». En los dos campea el apasionamiento sensual; pero estos escorzos de escultor poético sólo en el aire rozan el delicado retrato de cuerpo entero que Tabares Bartlett hace de Josefina Ascanio. El pie de la encantadora criatura es el extremo de la *crencha de oscuro pelo*, edificio hermoso limitado por cabeza y pies que contiene: ojos, mano, voz, sonrisa, lo decisivo y representativo de la espiritualidad de un ser, en este caso, primoroso:

*Desde la crencha de tu oscuro pelo  
que besando acaricia el aura leve  
hasta el sedoso y transparente velo  
del encaje que roza tu piel breve;*

*tus ojos, brilladores como el cielo;  
tus manos, lirios de impoluta nieve;  
tus líneas, tus contornos, son modelo  
que en vano el arte a bosquejar se atreve.*

*Tu voz, como el acorde de una lira,  
fuente parece, que en brezal suspira;  
a los ensueños del amor provoca...*

*Es tu sonrisa un mundo de quimeras,  
y van las ilusiones prisioneras  
en el hilo de perlas de tu boca.*

En cambio, acertada es la afirmación de Valbuena al observar en el soneto de Tabares, «Puesta de sol un hermoso cuadro de color casi impresionista», en la línea de alguna composición de Manuel Verdugo, que he señalado de corte impresionista, asimismo, en mi trabajo inédito sobre el poeta recién fallecido. De «Puesta de sol» es esta bella imagen: «en las selvas oscuras de tu pelo».

En la imposibilidad de examinar todos los sonetos de Tabares, destacaremos aun el dedicado a «La lechera».

Si el soneto a Josefina Ascanio es el de la «fina galantería», el soneto culto, el empastado retrato de Madrazo, el retrato de la lechera es el retrato popular, con aire de agitada primavera, que recuerda algún cuadro de Romero Mateos. Frente al estilismo de Josefina Ascanio, el dinamismo de «La lechera» es acaso, más que un retrato impresionista a lo Sorolla, una escultura; mejor aún, esta lechera que vemos pasar, que contemplamos en ligero movimiento: las pomas del amor, el viento que la esculpe, el cuerpo que cimbreo, es un primer plano de cine. La nota impresionista, no obstante, se destaca en la visión del rayo de sol que reverbera en el cántaro de lata. Una sensación olfativa da al cuadro un trazo de vida: el olor a retamal que desprende la muchacha sana, limpia. En fin, la nota acústica de su cantar redondea la feliz composición de una



campesina por cuya gracia la carretera es «alegre»; vemos, olemos, oímos a una joven lechera en la que adivinamos todas las excelencias de la antigua maga, que el tiempo ya ha hecho evolucionar:

*Ojos negros, castaña cabellera;  
las mejillas de nieve y escarlata;  
las pomas del amor, ¡cuán bien retrata  
su turgente y temblante delantera! \**

*Miradla por la alegre carretera,  
cuando el naciente sol su luz dilata,  
y a su rayos el cántaro de lata  
salpicado de helechos reverbera.*

*Dibujando graciosas redondeces,  
el percal a sus formas ciñe a veces  
el viento caprichoso, jugueteando...*

*Desnudo el pie, la pantorrilla al aire,  
y moviendo su cuerpo con donaire  
oliendo a retamal pasa cantando.*

Si estos sonetos son cantos de plenitudes, hermosos medallones en los que deja la vida su cenit, vamos a terminar con el conocido soneto «Remembranza» nuestras notas al poeta canario. No son los rayos estivales ahora, sino las diluidas tintas del ocaso. El postigo que también podría dar nombre al soneto es hueco de una belleza que murió casi al nacer, alvéolo de un marfil ausente, nicho abierto de una presencia inolvidable. Ya no hay retrato, ni escultura, ni plano de cine, sino un trozo de madera rectangular sobre el que montar el suspiro de una melancolía. El poeta, ya viejo, con los amigos idos, canta así su emocionante réquiem:

*Marco el postigo a su hermosa era,  
¡ha cincuenta años! ¡Con dolor lo digo!  
Hoy pasé por su calle y el postigo  
abierto vi, como diciendo: ¡Espera!*

*Ni un compañero de la edad primera  
existe ya, de mi pasión testigo;  
de aquellos que rondábanla conmigo  
por las losas gastadas de la acera.*

*¡Ella, núbil, bajó a la sepultura  
llevándose un ensueño de ventura!  
Cruzo delante de su hogar desierto...*

*Vuelvo atrás la mirada entristecida,  
y se le antoja al alma dolorida  
hoy, el postigo aquel, un nicho abierto.*

\*Nótese el efecto de gallarda onomatopeya que en las tres palabras produce el grupo *-nt-* de nasal y dental.

**268. UNA CARTA DE MARÍA ROSA ALONSO. «En defensa de un árbol bonito», *Falange, Las Palmas de Gran Canaria, 14 de julio de 1951.***

Nuestra colaboradora María Rosa Alonso, profesora de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Laguna, nos remite la siguiente carta:

Sr. don Ignacio Quintana.

Mi buen amigo: Desde los primeros números en los que *Falange* insertó la foto del árbol bonito, cuya suerte está amenazada por el que tanto trabajan ustedes ahí, me conmovió el precario destino que pudiera caberle al hermoso ejemplar. Recorté la foto y defensa que del árbol insertó el periódico y, a modo de pasquín, mis alumnos universitarios y yo los clavamos en nuestro Seminario de Filología. Les hablé del árbol de la mejor manera que supe y de mi sentido íntegramente regional. Nadie mejor que gentes universitarias, es decir, universales, para sensibilizarse por la fortuna de ese árbol. Pero el curso acaba de finalizar; los estudiantes y yo hemos estado sumidos en esa tarea del examinar que a ellos y a mi nos molesta mucho y la propaganda no me ha resultado lo eficaz metálicamente, que hubiéramos deseado. Entre los alumnos de tercero y cuarto año de la Facultad solamente y yo, hemos reunido cincuenta pesetas que le adjunto para la lista. Los estudiantes y su profesora son gentes de muy poquito dinero, pero sólo queremos expresar nuestro deseo de contribuir espiritual y materialmente —siquiera con modestia— a que ese árbol siga en pie, y abrigamos el deseo de que alguna de sus hojas nos dé alguna vez un poco de sombra. La «dulce y fresca sombra» de que hablaba Nicolás Estévez, nacido ahí en Las Palmas y, por una ironía del destino, en la casa en que estuvo la Inquisición.

Un saludo de los alumnos y mío.

Cordialmente,

María Rosa Alonso

**269. PLUMAS DE LAS ISLAS. «El Padre Flores y la poesía lírica azteca», *Falange, Las Palmas de Gran Canaria, 9 de agosto de 1951.* Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 16 de agosto de 1951. (*Pulso del tiempo*, 1953: 239-242).**

El mito de Ulises y la isla componen tal perfecta simbiosis, que habría que oponerle un anti-mito. Ulises, el viajero de la *Odisea*, mariposa de todas las islas, sólo se detendrá, al final de su azaroso viaje sin cuento, en la suya, Ítaca, donde el hogar y la mujer lo esperan; la isla es para Ulises parador, breve oasis del desierto marino, tienda grata donde reparar la fatiga o el entreacto episódico de un amor fugaz. Pero la isla, que para Ulises puede ser eso, para el anti-Ulises (o para Ulises el de Ítaca) es, en cambio, descanso definitivo y reposo último. La peripecia de toda isla consiste en que —como una mujer— no sabe cuándo va a ser parador, mera estación de tránsito, o cuando va a ser definitivo refugio último. Una exacta isla deberá prepararse para las dos aventuras: para ser Ogigia y encantar brevemente y saber decir adiós, o para ser Ítaca y ofrecer el abrazo definitivo de Penélope.

Nuestros viajeros, pues, se nos detienen en Canarias como Camilo Saint-Saëns o el doctor Vernau para irse luego, no sin dejar entre nosotros la estela de su recuerdo; pero otras veces descansan aquí definitivamente, como el estupendo Berthelot, preso en las mallas del numen de Ítaca. Y bastan pocos ejemplos como muestras de tantos más.

Hace tiempo que Nivaria tiene prendido de su red sutil al Padre Flores. Si alguna vez el pulcro e inteligente sacerdote mexicano ha querido dejarla, esa suprema voz del Sumo Pontífice (de quien es Monseñor Flores prelado doméstico) le ha objetado si las almas de Nivaria no son tan almas como las que en México pudiera cuidar el Padre Flores; y así las cosas, Penélope teje su red...

Pero el racial mexicanismo del ágil escritor no es planta sin culto, primero con un encendido elogio fúnebre de los Arzobispos de México, pronunciado en la gran capilla del Pontificio Colegio Pío Latino Americano de Roma a fines de 1948 y publicado el año siguiente en el Puerto de la Cruz; después con *La poesía lírico azteca*, que acaba de imprimirse bajo el signo de la Unión del Clero de América en Europa y para el concurso de estudios mejicanos en Roma.

En bellísima prosa muy del tiempo, tamizada, pulcra, proustiana a veces, nos presentó Monseñor Flores la estampa emocionada del arzobispo Zumárraga en el *Elogio*; ahora nos hace una entrañable elegía en erudición y decantada prosa de la primitiva poesía azteca.

Al espíritu europeo, cuando palpita a compás de sensibilidad roussoniana y pacifista, pero no al ritmo de los campos de concentración, puede que le sobrecoja contemplar en una hermosa *Historia de la Nueva España*, hecha en México en 1770 a base de las Cartas de Cortés y otros documentos, el plano del gran templo de México donde se sacrificaban víctimas humanas y caía la sangre a riadas por los vertederos de la piedra del sacrificio.

«Yo no defiendo la monstruosidad de tales ritos —escribe Monseñor Flores— explico su existencia y la veo humanamente».

Una religión de culto a la vida, de raíces primarias y elementales y por tanto de canto a la savia que la vitaliza, o sea la sangre, es el distintivo de la estremecedora liturgia azteca. En la novela de Lawrence, *The Plumed Serpent*, viene a afirmarse que el indio mexicano se opone al espíritu; el indio, dice Victoria Ocampo (de quien es la cita) «no conoce sino el alma y la sangre». Sobre esta supremacía del alma y de la sangre, común en la conciencia americana, monta la autora de *Testimonios* su tesis de que América, al contrario que Europa, la espiritual e intelectual Europa, exalta los factores de alma y de sangre por encima de los demás.

Sobre dos textos aztecas: el inserto por Fray Bernardino de Sahagún en su *Historia general de las cosas de España*, publicada en México en 1828-1830, pero escrita en el siglo XVI, y el que existe manuscrito en la Biblioteca Nacional de México o de los *Cantares Mexicanos* se ha servido el P. Flores para sus versiones del azteca. De los poemas conservados por Sahagún hay versión alemana Seler e inglesa de Spence; del Manuscrito de la Nacional de México conoce el autor la de Rojas. Ignoro si es este Manuscrito —aunque lo sospecho— el que sirvió a Brinton para insertar algunos cantares en su impresión de Filadelfia, 1887 y del que tradujo Vigil los que publicó en su inacabada *Historia*; algunas poesías ha publicado Ledón en el tomo V de *Cultura*, 1817 y el P. Garibay otras en el tomo XI de la Biblioteca del Estudiante Universitario, en México.

Agrupar el autor en cuatro géneros los de la poesía lírica azteca: cantos de guerra, canto de flores o especie de idilio, cantos elegiacos y cantos atabálicos o de tamboril. La obsesión de la guerra domina casi totalmente el numen primitivo de la lírica azteca, pero no faltan los tonos filosóficos de elegía nostálgica a la vida breve, algo común a todas las literaturas, que vibra de una manera aguda en las consideraciones del Eclesiastés... La vida como tránsito y polvo, como leve placer efímero, se exalta al igual que en el europeo «gaudeamus» goliardesco, sin el culto sabor de éste, desde luego. Junto a las flores, que son las heridas de la guerra, o el «divino licor» de la guerra, se exalta a la amistad, o se canta al niño en la cuna, como en todas las nanas del Universo, pero aquí sin olvidar el acento guerrero. El sol, la montaña y el agua tienen su fervoroso culto en esta poesía natural que extrañamente, no ha conservado o no ha tenido lirica amorosa.

El P. Flores advierte como nota común de esta poesía la oscuridad y la monotonía. Monotonía ve también García Gómez en la lírica árabe. Pesada aliteración

hay en los poemas nórdicos. Ya Brinton especificó en la poesía mejicana gran número de metáforas, formas gramaticales arcaicas, oscuridad. A este manantial poético donde late soterrada una interpretación de las pasmosas fuentes de la vida rinde su culto fervoroso e inteligente el estudio del Padre Flores, tan rico de sugerencias y tan lleno de aciertos.

**270. «Conversación en dos tiempos con Dulce María Loynaz», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 2 de septiembre de 1951.**

—Pero el Brasil... y Mallorca. ¿No vienes de Mallorca?

—Si; pero Mallorca, más que para los americanos es para gentes europeas, me objeta Dulce María Loynaz.

—Como Tenerife —continúa la poetisa— me han impresionado pocas cosas. Nada hay semejante a este paisaje.

Fiel al encanto emocional y estético de la Isla, Dulce María Loynaz ha querido mostrarnos con un hecho heroico su devoción por el paisaje tinerfeño. A pesar de su tenue vigor físico la he visto levantarse a las indecisas tintas del alba para captar el primer aliento de luz sobre el Teide en las Cañadas. Allí, en el acogedor refugio de «Emilcandel», gracias a la generosidad de Germán Reimers, nos cogió una reciente mañana inolvidable.

Envuelta en una manta, cubierto su menudo cuerpo que casi parece dar excusas al mundo por el espacio físico que en él ocupa, la poetisa oteaba, con sus penetrantes e inteligentes ojos, el milagro detenido que la luz iba dejando caer sobre el volcán. La gran pirámide lírica adquiría con lentitud grises, malvas y un encantado rosa en el que los griegos habrían visto los finos dedos de la Aurora.

—Doy mi sueño ausente y mi cansancio a cambio de esta presencia. ¡No sé qué habría dado por un amanecer como éste!

Oía hablar a la poetisa con un poco de vergüenza. Ni ella, ni la excelente recitadora Aida Cuéllar (alma noble y delicada), ni la joven señora de González Padrón habían podido dormir en toda la noche. Pero a mí un embrujado milagro que Galeno y Baco prepararon hizo que el pájaro del sueño se posara sobre mis párpados. Es la única vez en mi vida que las mujeres me han envidiado.

Di mis excusas por haber dormido, José López Rubio rondó toda la noche a las estrellas. Allí, en la confortable casa de don José Martín, nuestro marqués de las Cañadas, mansión de los caballeros, las cosas se pusieron graves: Germán Reimers y Osvaldo Valdés bailaban su rítmica contradanza de ronquidos solemnes, acompasados, y el autor de *Celos del aire* diluyó su perdido sueño en el delgado aire de aquella noche única.

Todavía no sé qué voces se llevó Dulce María Loynaz del contacto íntimo con un recién nacido día a los pies del Teide, que tenía en la mañana el prestigio casi religioso de una ara en la que nosotros celebrábamos en secreto ceremonial. Dulce María condensa y acumula impresiones que sensibilizan su alma fuerte, inabordable, agrandado envés interior de su breve haz físico.

—Si; también se ha agotado la edición que ustedes me hicieron aquí cuando vine a Tenerife en 1947 de mis *Versos*. Acaba de hacerme en Madrid la Editora Nacional la tercera edición; sin embargo la de ustedes me es especialmente grata y me trae la huella de manos amigas y devotas.

—Ya sabes —contesta a mi pregunta Dulce María— que después de mi segundo libro *Juegos de agua*, también aparecido en Madrid en 1947, no he publicado más libros de versos.

La poetisa me habla luego de sus próximos *Poemas sin nombre*; sus admiradores conocemos algunos y yo misma he dado a conocer varios en un trabajo que sobre ella publiqué en una revista madrileña. La prosa poética de los *Poemas sin nombre* se parangona con el mejor Tagore en español y logra en ellos cimas poéticas insospechadas.

—Tengo gran curiosidad —le digo— por leer *Jardín*, tu próxima novela.

—Saldrá pronto y me la edita por su cuenta en Madrid don Manuel Aguilar, que deseaba ser el editor exclusivo de mi obra futura, pero ya tú sabes que a las mujeres nos detiene comprometer nuestro futuro...

—¿Una novela lírica?

—No lo sé; quizás. Un día, al asistir a una sesión de buen cine, de ese que más que narrar sugiere, caí en la cuenta de que no sólo nutre la literatura al cine, sino que éste puede brindar al escritor procedimientos. Se me ocurrió presentar el personaje más importante de mi novela, Bárbara, no a base de relaciones directas con técnica de novela realista. Esta criatura mía surge de la sociedad de sus veinte años; su niñez y adolescencia los evoca ella ante una colección de retratos; el amor le viene leyendo unas cartas antiguas que un enamorado dedicó a una Bárbara, acaso antepasada suya. Es un amado muerto de una muerta amada, pero que se recrea en el corazón de Bárbara, la mía.

—¿Un ente de ficción nada más?

—Sin duda; claro que un personaje se nutre de experiencias de su creador, quiera éste o no; en realidad yo soy superior a Bárbara como ser.

—¿Dos personajes?

—Tres; porque el amor cobra su corporeidad en un joven marino que arriba hasta el mundo ilusionado de Bárbara; pero el protagonista verdadero es el Jardín, del que alguna vez Bárbara sale para viajar; el Jardín puede ser la vida misma...

—¿En cuánto tiempo escribiste la obra?

—En 1928 la comencé y la terminé en 1935; tendrá unas trescientas setenta páginas. Hubiera permanecido inédita, si quien tú sabes no lo hubiera impedido...

Y no hay manera de continuar. Esa tromba rauda de dinamismo que es Pablo Álvarez de Cañas nos interrumpe. Pero la devoción que siente por su mujer es tan entrañable y admirada que yo misma me dejo llevar por la torrentera de su movimiento, en tanto Dulce María se repliega sobre sí misma en el paisaje intacto de su silencioso jardín interior.

### **271. «Homenaje a dos poetas», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 16 de septiembre de 1951.**

Suscripción iniciada en La Laguna para erigir dos bustos en bronce a los poetas Guillermo Perera y Álvarez y Domingo Juan Manrique.

Recaudación anterior, 18.010'00 ptas.

Itmo. Y Magnífico señor Rector de la Universidad, don José Alcorta Echevarría, 100 pesetas; don Pablo Álvarez de Cañas y esposa, doña Dulce María Loynaz, 500; don Andrés de Lorenzo Cáceres, 300; don Manuel Martín González, 50; don Enrique Armas López, 50; don Andrés Barrera Rodríguez, 30; don Juan Yanes Perdomo, 50; don Carlos González Rojas, 25; don Matías Molina, 50; señorita María Rosa Alonso, 50; don Manuel García Cabrera, 100; don Guillermo Cabrera Felipe, 100; don Abraham Trujillo Ferrer, 200, don Domingo Pérez Minik, 10.

Total recaudado hasta hoy, 19.625'00.

UNA CARTA DE MARÍA ROSA ALONSO

Sr. D. Leoncio Rodríguez.

Mi querido amigo: Sigo con sorpresa y admiración el éxito que le acompaña en la organización del homenaje a los poetas Manrique y Perera. Con sorpresa, porque jamás creí que tantas personas pudieran sumarse a los etéreos e inasibles negocios de la poesía; con admiración, por verlo cultivar en su jardín íntimo la preciada flor de la amistad, que exige calidades finas de alma para sostener tersura.

Nuestra entrañable ciudad de La Laguna tiene aún muchas frondas, muchas plazas y jardines que aguardan la planta firme de un monumento a un poeta para lucirlo entre sus rosas. Tengo fe en que los poetas crezcan siempre al abrigo de su encantada vega y que la ayuden a recitar eternamente ese poema sin palabras que es ella misma. Ahí le van, un poco avergonzadas, mis «diez de últimas». Quiero decir que los viejos poetas se llevan mis diez duros de hoy. Pero Dios es bueno y mañana proveerá.

Un cordial saludo de su amiga,

María Rosa Alonso

\*\*\*

La suscripción continúa abierta en La Laguna, Almacenes Ramos y Sombrerería de don Víctor Núñez, y en esta capital, Administración de *EL DÍA*.

**272. «La isla a través del poeta Antonio de Viana. I», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 18 de septiembre de 1951. (Todos los que están fueron. Tomo I, 2008: 197-199).**

*Iniciamos hoy la publicación del documentado e interesante trabajo, de nuestra distinguida colaboradora María Rosa Alonso, premiado en el certamen del Ateneo de La Laguna.*

Todavía al filo del atardecer, en la esquina misma del siglo XVI —el gran siglo español— un mozo de veinte años podía gustar de una delicia para nosotros definitivamente perdida. La cuenta del caballero Scory (1), que disfrutó de la dádiva por 1582: finos halcones sobrevolaban La Laguna y perseguían los pájaros que, por divertirse, espantaban los honderos negros. Cercaba el ameno lugar —escribirá más tarde un fino historiador— espeso bosque de laureles, de mocaneras, de viñáticos (2). Supo también este maravilloso espejo, donde miraban las nubes su ritmo viajero, de horas trágicas de ahogados en sus aguas (3). Ahora nos importa el sueño del mozo lagunero junto a sus márgenes verdes, al pie de la «ancha y espaciosa vega».

Antonio de Viana tiene especial devoción por don Juan de la Guerra Ayala, quinto señor del Valle de Guerra; a mediados de 1600 había muerto el padre de éste, Hernando Esteban Guerra (4) y entraba don Juan en posesión del señorío de su casa. Queremos revivir aquellos días: don Juan de la Guerra admiraría la precoz habilidad del joven Antonio, hijo del almotacén Francisco Hernández. El mozo estaba ya casado y muy mal de dineros. Poco antes de su boda —en junio de 1599— compró una espada a un mercader lagunero y en octubre no puede aun pagar los treinta reales de su precio (5). El mozo tiene espada nueva, mujer y amigos ilustres, admiradores de los capirotes poéticos que se arrebolaban en el nido ardoroso de su corazón. Junto a La Laguna, en cualquier atardecer de 1600, don Juan de la Guerra pasearía con el mozo Antón. ¿Por qué no habría de acompañarlos quizás el Licenciado Vergara Alzola, o Rodrigo Núñez de la Peña, amantes, como Viana, de las Musas? (6). Y ya en la librería de don Juan, el

señor del Valle de Guerra instaría una y otra vez, para calmar los deseos de Antonio, sin duda paje del médico de la Ciudad.

Don Juan de la Guerra quisiera ser caballero de Santiago, pero la impertinencia de Fray Alonso de Espinosa hizo posar sobre la tierra la estela de su linaje una mancha negra que negaba la clara ascendencia de los Guerra (7); el mozo lagunero en su *Poema* para cumplir con el señor don Juan, rebatirá las afirmaciones de Espinosa y ¡cuántas y encendidas veces el «crisol purísimo» del «ilustre Guerra» no será la estrella que agite el numen áulico del futuro médico.

Las líneas generales del edificio poético surgen tras la primera piedra posible que puso la noble ambición del ilustre Guerra: el mozo Viana tendrá dineros para ir a Sevilla; a don Juan le urge que el *Poema* se imprima; cierto es que la familia Guerra hizo desaparecer casi la edición del libro del padre Espinosa, pero es preciso que pronto diga Viana que el libro del dominico es un «tratado digno de que se destrata» y eso lo dirá. Antonio quiere ser médico; tiene una irrevocable afición por la Medicina; maneja con profusión voces técnicas en su *Poema* y leyó pronto el libro del doctor Huarte de San Juan. ¿Quién que no fuera perito en la materia podría discurrir que el temperamento de la extraordinaria princesa Guacimara, la hija del mencey de Anaga, fue de tan apasionados arrestos porque estuvo a punto

*cuando en su concepción obró Natura  
de declinar el masculino género*

... ..

*mas por la falta de calor innato  
quedose femenina en grado altivo? (8)*

Antonio de Viana publicará su *Poema* y se hará bachiller, licenciado y doctor en Medicina.

Un fino escritor tinerfeño escribió una vez que si nuestra isla desapareciera del mapa de África podría ser reconstruida valiéndose de las páginas del *Poema* de Viana. Sobre el mar pondríase el paisaje que describe el bachiller lagunero; en el paisaje se pondrían mujeres como las que brindan las figuras físicas y morales de las infantas y hasta el tiempo sería el ritmo lento del verso libre y el de la octava rima que es, según este escritor, el ritmo que lleva el tiempo en Tenerife (9).

La maravillosa estética que logra el mozo Viana radica justamente en su simplicidad. Hoy nos cuesta mucho entender lo que en su tiempo —que vivía aún los cánones renacentistas— era ley común de la cultura libresca. El paisaje literario renacentista es un paisaje artificioso heredado de los clásicos y bebido directamente de los italianos. Garcilaso, no obstante su rítmica elegancia, aprende la adjetivación de Sannazaro; de ahí le vienen los «blancos lirios», «colorada rosa» y «verdes primaveras» (10). Cuando los asombrados ojos europeos topan con el extraño paisaje americano, que emergía como una nueva Afrodita del océano, no pueden ver el paisaje auténtico, porque la venda espesa de la cultura literaria se los veda: si Alonso de Ercilla quiere hacer paisaje lo construye sobre el molde garcilasiano; apenas si ve la tierra de Chile. Pedro de Oña, hijo de aquel país, cuando quiere describir un paisaje americano, el que sirve de marco a la apasionada sensualidad de Fresia y Caupolicán, acude a la consabida «encarnada rosa», el «turquesado lirio», la «hiedra lasciva» o el «blanco cisne»; garcilasismos italianizantes... pero la naturaleza americana brilla por su ausencia (11).

\*\*\*

NOTAS

- (1) *Vid.* «Observaciones del caballero inglés sir Edmond Scory», editadas por B. Bonnet en *El Museo Canario*, núm. 8, enero-abril de 1936.
- (2) VIERA Y CLAVIJO, *Diccionario de Historia Natural*, Biblioteca Canaria, Santa Cruz de Tenerife, 1942, tomo II, pág. 48.
- (3) *Vid.* *Diario del regidor Anchieta y Alarcón*, ed. De B. Bonnet, Biblioteca Canaria, Santa Cruz de Tenerife, s. a. pág. 26.
- (4) *Vid.* FERNÁNDEZ DE BETHENCOURT, *Nobiliario y blasón de Canarias*, tomo III, pág. 15. La fecha exacta es 24 de julio de 1600; a partir de ella don Juan es señor de su casa. Entre esa fecha y 1602 debió escribir Viana su *Poema*.
- (6) El Lcdo. Vergara Alzola dedicó a Viana una poesía en alabanza de su obra. Que Rodrigo Núñez de la Peña conoció a Viana consta porque figura como testigo del reconocimiento de albalá por Viana respecto a la deuda de la espada, documento que obra, asimismo, en el Archivo de Ossuna. De las dotes poéticas de este personaje hay constancia al frente de la obra del Padre Espinosa: *Del origen y milagros de Nuestra Señora de Candelaria*.
- (7) *Vid.* En el citado libro de Espinosa, edic. de la Imprenta Isleña, Santa Cruz de Tenerife, 1848, pág. 74.
- (8) VIANA, *Poema*, edic. Rodríguez Moure, La Laguna, 1905, pero corregida sobre el ejemplar de la príncipe que existe en la R. S. Económica, *Vid.* Pág. 93.
- (9) TRUJILLO, Juan Manuel, «Carta de Madrid. ¿Falta el poeta?», en *La Tarde* del 11 de octubre de 1932.
- (10) Cfr. Rafael Lapesa, *La trayectoria poética de Garcilaso*, Madrid, *Revista de Occidente*, 1948, págs. 88 y sigs.
- (11) *Vid.* Pedro de Oña, *Arauco domado*, canto V, en Biblioteca de Autores Españoles, Tomo XXIX, Madrid, 1854.

**273. «La isla a través del poeta Antonio de Viana. II», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 19 de septiembre de 1951. (Todos los que están fueron. Tomo I, 2008: 199-205).**

## II

Mas nuestro poeta Antonio de Viana es de los primeros que sabe ver lo que tiene delante. No podemos negar que la influencia de Garcilaso es en él evidente (como en todas las promociones renacentistas) y quizá reforzada a través del grandilocuente Cairasco de Figueroa, cuya versión de *Goffredo famoso* debió conocer Viana manuscrita, pero el mozo lagunero no puede olvidar, junto a los barbusanos y lentiscos, esos específicos cardones y tabaibas, los grandes personajes de nuestra flora, señora pareja botánica de las parameras estremecedoras de nuestro Sur, ni los singulares dragos:

*Producen sus espesos y altos montes  
álamos, cedros, lauros y cipreses,  
palmas, lignaloeles, robres, pinos  
lentiscos, barbusanos, palos blancos,  
viñátigos y tiles, hayas, brezos,  
acebuches, tabaibas y cardones,  
granados, escobones y los dragos  
cuya resina o sangre es utilísima (12).*

Ni entre la cita renacentista, en unos versos influenciados por Cairasco, la mención de la orchilla isleña:



*Manaban leche las hermosas fuentes;  
las peñas, miel suave, entapizadas  
con nativos panales; entre el musgo  
pajizo, blanda y delicada orchilla (13).*

Tabaiba, cardón, drago, orchilla. La flora canaria junto a la europea; eso es lo que el mozo Viana olvida como olvidaron Ercilla o Pedro de Oña. Y tras la flora, la fauna, la inofensiva fauna con sus dueños paradigmáticos: el paisaje de la isla tiene su acento, que respalda el vuelo del pájaro canario; la mole parda y terrosa del lento camello dibuja los grandes secanos de las tierras sureñas. Camello y pájaro; tierra y aire; silencio y voz, lentitud y destreza dan el ritmo diverso a la isla. Desde 1600 lo sabe Antonio de Viana y dirá que en las islas los viajeros:

*No hallaron en ellas animales  
dañosos, porque nunca los criaron,  
aunque en algunas dellas habitaban  
los soberbios camellos corcovados.  
Por sus aires volaban varias aves  
de música sonora y muchedumbre  
de aquellos vocingleros pajaruelos  
que por canarios los celebra el mundo (14).*

Entre todas las islas, el relicario maravilloso de Tenerife. La isla entera con su piel, con su pasado y su presente, su Historia, su Geografía y hasta su Metafísica levanta el encendido verso de Antonio de Viana, perdido, si, cierto es, en las hondonadas de un prosaísmo cansino muchas veces, pero otras, otras rebulle en la tersura límpida de una exacta y apasionada emoción poética:

*Yace en medio de todas, como a donde  
consiste la virtud, la gran Nivaria,  
famosa Tenerife, que en ser fértil,  
más bien poblada y de mayor riqueza,  
a esotras seis con gran ventaja excede:  
es mi querida y venturosa patria,  
y a ella, como hijo agradecido,  
más largamente, antigüedad, grandezas,  
conquista y maravillas raras canto (15).*

No es posible dejar de verlo. No es posible olvidar sobre sus líneas la caricia vertical de una mirada encendida. Viéndolo a él se entiende el culto de los hombres prehistóricos a la piedra; mirándolo se le sabe altar y templo. Viana es el primero en ver su ascética geometría de piedra desnuda:

*Tiene entre lo más alto de sus cumbres  
un soberbio pirámide, un gran monte,  
Teida famoso, cuyo excelso pico  
pasa a las altas nubes y aun parece  
que quiere competir con las estrellas.*

Y lo extraordinario del poeta es que si describir el Teide une a las notaciones ditirámicas de la fantasía, el detalle realista, vivo, actualísimo y presente; en el Teide puede residir el reino de la eternidad, Pero Viana consigna sus medidas y sus calidades de volcán realísimo:

*Allí la eternidad, reina suprema,  
habita y tiene con soberbia pompa  
el regio trono, potestad y alcázar,  
y el archivo y erario de grandezas  
de la pasada edad, de la presente  
y de la venidera...*

*Al fin es de seis millas el circuito  
del Teide, y doce o más tiene de altura;  
suele vestirle blanca y pura nieve,  
y entre ella exhala humo espeso y llamas  
por grietas que descienden al abismo en la isla  
manado verdinegra piedra azufre (16).*

El sol y la luna —son sus palabras— de este mundo insular lo componen el «celestes carbuncho» de la imagen de la Virgen morena de la Candelaria y el santo «crucifijo peregrino» que se aposentó en casa del seráfico Francisco. Puntual y vigilante escribano del padrón tinerfeño es el joven Viana, que registra todo lo que hay en la isla y que él sabe ver. Desde luego que el modelo brindado por el librito del padre Espinosa, tan censurado, pero ¡ah! tan seguido, alumbró el camino al poeta, más él reconstruye en su corazón de «hijo agradecido», entonces la existencia íntegra de Tenerife y lo vuelca en los dieciséis cantos de su *Poema*.

El contorno de las islas es visto por Antonio de Viana con certera mirada de pintor realista:

*Yacen en medio de las ondas varias,  
a quien resisten firmes y altas rocas  
de pardas peñas y arenosas playas las islas (17).*

Ha podido escribir Valbuena Prat que «el tinerfeño canta hacia dentro de la isla; el de Las Palmas hacia fuera» (18), pero no podemos seguirlo sin reparos: nadie ha cantado la tierra adentro, el corazón vegetal de la Gran Canaria, la selva de Doramas, como el canario Cairasco de Figueroa, cuyo arrebatado verso se colgó en más de una rama de la umbría espesura, más adelante motivo nostálgico de las melancolías otoñales de Viera y Clavijo; en cambio, el mar de Cairasco no es el mar que envuelve las Islas, como advierte Valbuena, es el mar retórico, renacentista que desemboca su inmenso desfile de nereidas, amadriades, delfines y tritones por la angostura de las columnas de Hércules y lo espació por el ancho océano. Desde su isla de Gran Canaria aprisionó en su pluma tan brillante cortejo el canónigo Cairasco; pero la teoría de Poseidón estaba destinada a la pasmosa pluma de Luis de Camoens.

Alguna vez este mar retórico pudo prender la tímida atención del bachiller Viana, más lo que de cierto sorprende es la justa penetración que el poeta tiene del sentimiento del mar.

El mar para el isleño tiene dos sentidos: negativo, cuando es dogal que cerca su vida e impide realizar la dicha; positivo, cuando es camino que permite a la esperanza cuajar en plenitud. El mar dogal produce en el isleño el sentimiento que llamó Unamuno

aislamiento y aislamiento sintió, incluso con agonía, Cairasco de Figueroa; Viana, en cambio, hace florecer en el ansioso corazón de la infantina de Taoro el positivo sentimiento del mar. El mar es para Dácil el mensajero, la sorpresa, la ventura; es decir, lo que vendrá:

*Incierto mar, no sé si es bien que crea  
que atesoras el bien de mi esperanza  
que aunque en creer es fácil quien desea,  
temeraria es la incierta confianza;  
dudosa estoy cómo es posible sea,  
estar entre tus ondas de mudanza,  
aquel que ha de venir a ser constante  
mi dueño, esposo y verdadero amante.  
Las aguas apresura porque venga  
con más presteza, mira que lo espero  
y es muerte el esperar, no lo detenga  
tu inquieto movimiento, porque muero;  
aplaca ese rigor lo que convenga,  
y tráeme ya a mi amado forastero,  
que lo deseo y ama el pensamiento  
y amar y desear es cruel tormento.*

.....

*Mas tú sólo eres, mar, quien el mal junto  
me puede dar, o el bien de todo punto.*

*Un pájaro muy grande, extraño, ajeno,  
Espero que vendrá por ti volando.*

.....

*¡Cuándo, cuándo  
te veré, afable mar, y en tu bonanza,  
seguro y quieto el bien de mi esperanza! (19).*

Pero sobre las espaldas poéticas del mozo tinerfeño caía el largo siglo de la historia que su isla contaba ya; el padre Espinosa no sólo había disgustado a los «ilustres» Guerra, sino que había afeado las costumbres de los naturales indígenas y eso no lo podía sufrir su corazón.

\*\*\*

#### NOTAS:

(12) Viana, *Poema*, págs. 15-16.

(13) Viana, ídem, pág. 15.

(14) Viana, ídem Ibidem.

(15) Viana, ídem, pág. 16.

(16) Viana, ídem, págs. 16-17.

(17) Viana, ídem, pág. 14.

(18) VALBUENA PRAT, Ángel: *Historia de la Poesía Canaria*, I, Barcelona, 1937, pág. 17.

(19) Viana, *Poema*, págs. 90-91.

274. «La isla a través del poeta Antonio de Viana. III y último», *El Día, Santa Cruz de Tenerife*, 20 de septiembre de 1951. (*Todos los que están fueron*. Tomo I, 2008: 205-207).

### III y último

Tenemos que resumir, dado el corto espacio que nos permiten, un gran problema de cultura que se le planteó al hombre renacentista desde los colombinos días cuando las tierras crecieron y las aguas se dilataron ante el pasmo sobrecogido de aquellos hombres. Maduraron los tiempos y el parto que profetizó el agudo Séneca en su *Medea* alumbró una criatura extraña, no menos expectante frente al ser que tenía delante: por vez primera en la historia del Mundo —al menos con la conciencia histórica de ello— se avistaron el hombre natural y el civilizado europeo, porque el hombre isleño y americano fue sentido como hombre natural y por tanto mejor, en cierta dimensión, que su descubridor. Una atmósfera de maravilla circula por la pluma de Bernal Díaz del Castillo al entrar las huestes de Hernán Cortés a la impresionante ciudad de México: en los conquistadores vio al principio Moctezuma también la consumación de los tiempos que le profetizaron sus zahoríes, y en los españoles primeros vio las señales de unos semidioses. ¿Cómo olvidar el asombro del buen Sigoñe, en el canto cuarto del *Poema* de Viana al presenciar el desembarco de los españoles y la descripción que del caballo, arcabuz, tambores, pífanos, vestidos, etc. hace a Bencomo al entregarle la famosa espada sustraída a Trujillo?

Pero del trasfondo de su cultura humanística le venía al hombre renacentista la admiración por aquel otro hombre natural, el hombre de la edad de oro, evocado ya por las remembranzas de Virgilio y los clásicos latinos que, como los que viven toda madurez cultural, evocan siempre la alborada de su ya muerta primavera. Para el hombre clásico toda pureza y vida íntegra está en el hombre natural y puro, que no se ha contaminado con la civilización. Todavía el sol de las bardas cervantinas alumbraba con un rayo quebradizo las palabras de don Quijote a los cabreros: «¡Dichosa edad y siglos dichosos a quien los antiguos dieron el nombre de dorados!». Con ese hombre natural de una edad primera creyó habérselas el humanista del siglo XVI, que pensó verificar en él sus citas virgilianas; de ahí nace el sustrato donde enraíza la postura de Fray Antonio de Guevara, de Alonso de Ercilla, de Pedro de Oña, del padre Vitoria. Si el celo piadoso se extrema surge la actitud del padre Bartolomé de Las Casas, y si unos extranjeros más hábiles que estúpidos arriman la brasa a su sardina, sale aquella famosa leyenda negra en la que, por fortuna, no cree ya nadie en serio.

Pero hay que atender esta mecánica para alojar el amor que aquella gentes literarias sintieron por el «pobrecito» indio o por el «pobrecito» guanche, con la ventaja de que el pobrecito guanche no se comía a sus semejantes, ni los sacrificaba cruentamente a sus ídolos. Los naturales de nuestro Antonio de Viana son tan excelentes y poseen tales virtudes que sólo el bautismo necesitan para ser las criaturas mejores de la tierra. Verdad es que los conquistadores de Viana son, asimismo, unos maravillosos y cumplidos caballeros, y que el noble Lugo o el ilustre Guerra casi resultan seres semiangélicos, aunque sepamos que la verdad histórica es bien diferente. No importa. Antonio de Viana quería hacer su *Poema*, es decir, una factura poética, una labor de armonía y de amor, una cuenta de suma que no de resta.

El poeta se detiene con morosidad de orfebre en pintarnos bellísimos y delicados retratos de las infantas Dácil, Rosalba, Guacimara y del gran mencey Bencomo; Dácil es la ilusión y el ensueño; Rosalba la mansedumbre y la resignación; Guacimara es la pasión en llama viva de su propio fuego. En ellas tres pueden mirar sus rasgos nuestras mujeres; tiempo habrá que encienda su lámpara el numen soñador de la

infantina de Taoro; recatada y sencilla verá otra en las aguas de su alma a la dulce Rosalba, pero no faltará quien queme sus alas de pasión en el Teide cálido de la ardiente Guacimara. ¿Y nuestros hombres? Los tendremos bravos, firmes, duros, pero tiernos — como lo es siempre toda virilidad auténtica— en aquellos que tengan por patrono de su carácter la majestad de Bencomo; otros que morirán en su empeño como el bravo Tinguaro; habrá mozos buenos y sufridos como aquel príncipe constante que fue Guetón, o bravío y apasionado como el rotundo Ruimán de Taoro.

En el *Poema* de Antonio de Viana tiene el tinerfeño el breviario de sus entrañables horas insulares: en el canto cuarto verá el espectáculo de la hermosa lucha canaria, en el sexto admirará las excelencias de nuestra maravillosa Virgen de Candelaria; en el octavo la estupenda batalla de la Matanza edificará siempre el corazón tinerfeño. Con pluma digna de Alonso de Ercilla, Viana nos describirá un torneo que termina con las mismas elegancias de español señorío que Diego de Velázquez pintó en Breda; un episodio de sana picaresca y de sabiduría real será el de Bencomo y Zebenzui en el canto décimo; capítulo para el genealogista —planta perenne del jardín isleño— será el canto XI con su inmensa e inacabable lista de conquistadores, porque Antonio de Viana, como perfecto español, tiene un sentido demócrata de la nobleza, como nuestros grandes reyes lo tuvieron, y al insertar 998 hombres daba patente conquistadora a gran parte de la población tinerfeña de sus días... A partir del canto XII —como en la segunda parte del Quijote— el declive del alma que camina a su ocaso la advierte ya todo buen lector. Para los veinte años floridos del mozo lagunero vencedores y vencidos se dan las manos y el *Poema*, como las comedias, termina en bodas. Las bodas son el broche que cierra el canto de cimeras delicadezas: el hermoso canto quinto donde trinan sus amorosos arpegios los pájaros, las aguas de la tersa Laguna, la umbría de la tupida selva, que sirven de escenario al encendido diálogo de amor purísimo que la infantina Dácil y el capitán Castillo entretejieron en la fuente. Esta exquisita pareja, fundamentada quizá en una realidad histórica, dará la nota simbólica de la Isla misma, representada en Dácil: lo sedente, lo esperanzado, lo que no se basta a sí misma; y el continente, el airón movible, la realización del ensueño femenino que complementa la varonil promesa cumplida, que es lo que representa Castillo.

El mozo Viana, andando el tiempo, será insigne y grande médico. Ejercerá en La Laguna donde amarguras sin nombre y enemistades con personajes influyentes de la Ciudad darán lugar a que la pérdida de vista para siempre en 1633; tras no larga estancia en Las Palmas torna a la Península. Ya en su vejez el maestro Caldera de Heredia nos contará que cauterizaba a los enfermos de peste en Sevilla con gran admiración de las gentes en la terrible epidemia de 1649; todavía sabemos que ejercía en 1650, a los 72 años; aun su letra es clara y firme; los apellidos que se pone son Viana y Mendieta: el de su madre y el de su madrastra. ¡Extraña conjunción de dos mujeres en la vida del viejo médico! ¿Recordaría en los días sevillanos los halcones que sobrevolaban las aguas de la Laguna persiguiendo a los pájaros? Acaso él se sintió pájaro perseguido de halcones y huyó definitivamente de su ciudad natal. De la maravillosa realidad espiritual y metafísica de la pareja Dácil-Castillo queda el vestigio inventariado de unos molinos para gofio, unos tenedores, unos manteles de presilla, unos platos de vidrio, todos los enseres de un hogar canario y peninsular en hermanada coyunda (20). De la Laguna ausente han quedado nostálgicas nubes grises que se agolpan al atardecer sobre su vega añorando el bruñido espejo de las aguas. Del poeta nos queda la juvenil arquitectura de Tenerife, que trazó a versos en su mocedad; Viana nos legó el gran templo poético en el que cada corazón tinerfeño puede levantar hasta la eternidad la hornacina para un rito encendido y entrañable por su isla única.

\*\*\*

NOTA:

(20) *Vid.* el inventario del hogar de Gonzalo del Castillo en Leopoldo de la Rosa: «La égloga de Dácil y Castillo», *Revista de Historia*, núms. 90-91, de abril-septiembre de 1950, tomo XVI, cfr. la p. 127.

**275.** PLUMAS DE LAS ISLAS. «Planas de poesía y “Alonso Quesada”», *Falange, Las Palmas de Gran Canaria, 25 de septiembre de 1951.* (*Todos los que están fueron.* Tomo II, 2008: 147-149).

He recibido no hace mucho un formulario de tres preguntas para contestar a una encuesta. No sabría yo explicar por qué razón las encuestas no me gustan, ni tampoco firmar álbumes, aunque a veces uno tiene que apechugar con todo. De miles de modos he dicho que me sulfura recomendar niños y niñas para el examen de reválida, pero la gente impertérrita sigue friéndome la sangre todos los junios y los septiembres. Ya no digo nada y lo sufro todo.

Lo que ahora se me pregunta es lo que me parece el gesto *Planas de Poesía* al querer publicar en breve *Las Crónicas de la Ciudad y de la Noche*, de «Alonso Quesada», lo que pienso del autor, de su obra y de la labor de las citadas *Planas*.

Yo no sé si acabo de descubrir la razón de mi repulsa por las encuestas, los álbumes y las recomendaciones; debe ser por ese anarquista chiquito que llevamos los españoles dentro. Yo quisiera contestar a la encuesta que no me han hecho, firmar un álbum que no me han presentado y recomendar a un niño o niña de los que nadie se ocupa. Me atraganta hacer una nota del libro que me envían para que se la haga, y disfruto haciendo la nota al libro que yo compro o que entra en mi santa libertad hacer su recensión. Sin darme cuenta me irrita la imposición, por indirecta que sea, porque uno tiene su tiempo (¡su tiempo contado!) para gastarlo en lo que le gusta y no para invertirlo en lo que a los demás les viene bien.

Claro que eso está feísimo y que uno publica también sus libritos y le gusta que le hagan sus notitas. Así que lo mejor y correcto es ahogar a nuestro anarquista íntimo y aplicarle la ley de fugas. ¿Por qué no ser buena persona y contestar a esa encuesta de «Falstaff»?

La mejor prueba de lo bien que me parecen las *Planas de Poesía* es que soy puntual suscritora de todas ellas; uno que tiene los dedos cansados de corregir pruebas de imprenta este año (en obra amiga y propia), sabe cómo el que más lo que significa en nuestras islas una empresa como la de *Planas*. Intentar una revistita o unas ediciones que no pasen del tercer número es empresa alegre; lo tremendo consiste en sostener una publicación largo periodo de tiempo, o haber lanzado ya unas dieciséis ediciones como lo ha hecho *Planas* en nuestro ambiente actual de «haigas», de nylon, de fútbol, etc. Ni que decir tiene que es obra cuya excelencia ella misma pregonaba sin que nadie le haga el artículo.

«Alonso Quesada» es broche de otra plata. Yo creo que su ciudad sabe lo que ha tenido y hubiera tenido más en él. Treinta y dos años hace que se publicaron *Las Crónicas de la Ciudad y de la Noche*, un volumen de doscientas páginas que entonces valía dos pesetas. Tengo entendido que se hizo a base de una sección que el poeta publicó en el viejo *Diario de Las Palmas*. Las *Crónicas* están en la línea del mejor humorismo, del mejor Fernández Flórez y preludian en ocasiones la decantada y espumosa gracia de *La Codorniz*. Algunas veces una delicadísima nota de elegante melancolía (sobre todo en las crónicas de la noche) une al cronista de la aguda prosa con el poeta del *Lino de los sueños*; nos traspassa de emoción la breve estampa de la mínima y gris muchacha que quiso «Un entierro en la madrugada» o la fina crónica de «Beethoven en la noche».

Cierto es que la tartana, el paseo de la Alameda, los entierros nocturnos, las inexpresivas sirvientas de Vegueta, y otras cosas, han desaparecido en estos treinta años en que el mundo ha vivido tan vertiginosamente y las ciudades de provincias son cada vez menos provincianas, pero todavía un agudo espíritu podrá advertir en el Casino o en Triana la inconfundible fisonomía de Robayna, de Fabelo o de Pinito. No hay más que mirar con atención y reconocerlo. Sí; amigos de *Planas de Poesía*, feliz acierto el de publicar las *Crónicas* de «Alonso Quesada», pero íntegras y sin gazmoñas mutilaciones. Así podré tener yo mi ejemplar; y si se deciden a reeditar *El lino de los sueños*, doblemente feliz el propósito y también podría tener un ejemplar, que en vano he buscado con afán. «Alonso Quesada» es uno de los máximos hijos de Gran Canaria y de las Islas todas, y a veces me ha sorprendido que algunos canarios no hayan sabido verlo así.

**276. RESEÑAS DE LIBROS ESPAÑOLES. «Poesía. E. GUTIÉRREZ ALBELO: *Los blancos pies en tierra*», *Ínsula*, Madrid, 15 de octubre de 1951.** Viñetas de Reyes Darias. Retrato de José Vicente de Buergo.

Bajo la constante literaria tradición ha escrito Gutiérrez Albelo su último libro *Los blancos pies en tierra*. El libro tiene cuarenta sonetos con unidad poemática de *canzoniere* petrarquiano, bebe su arranque en el soneto XIII de Garcilaso, con fondo de metamorfosis ovidiana, que el poeta ha transmutado en símbolo de su ímpetu amoroso: alcance, pero huida inmediata de este numen femenino de la poesía, a la que se le ofrenda —en prólogo de rito oficiante— una rosa, con el estupendo soneto inicial, ya no a Laura ni a Teresa (la de Auzias), ni a esta o a la otra amada, porque se le hace a la única.

A todos los movimientos poéticos vigentes en su tiempo ha rendido Gutiérrez Albelo un libro. Este último habrá que situarlo en el momento de retorno a la forma y al clasicismo garcilasiano profesado por la promoción inmediata a nuestra guerra civil, que tuvo su precedente en el *Abril* de Rosales y en la poesía de Ridruejo.

Yo no sé si la perfección formal de los sonetos de Gutiérrez Albelo le restan autenticidad poética y hondura vital algunas veces. De muy buen oído e irreprochable pericia en el oficio, es imposible advertir vacilaciones de principiante en ninguno de ellos; pero quizá sea la arquitectura misma del soneto, la tiranía del soneto, la que imponga a su creador el perderse en el artificio preciosista de la metáfora o de la imagen, a veces tan bella y gongorina como ésta:

*si la espuma es la cumbre de la ola.  
la retama es la espuma de la cumbre.*

Por fortuna, el valor esencialmente poético del libro y su dignidad son tales que salvan por entero reparos ligeros como esos. (\*)

El poema que hasta el soneto XVI bordea un ansia de plenitud en la amada y aletea en evasión hacia un futuro, llega a la cumbre del presente logrado a partir del XVII: la amada está en él como un latido, en los cuatro elementos, y el poeta canta las excelencias de sus gracias en homenaje de viejo stilnovista del siglo XX: la mano blanca, la boca, los blancos pies, la forma.

El poema desciende de su plenitud a partir del soneto XXIII con acentos de nostalgia. (\*) Y al final un buscar a Dios sin el poeta saberlo, un tirar de laureles apolíneos para ceñir la amargura de unas cristianas espinas. Después alegría cuya savia es el llanto, dolor que une al ser amado; el poeta ya es voz derramada en sí mismo:

*Y como yo me siento roca y fuerte,  
en tu roca de amor soy isla y mar.*

Gran mensaje de buena poesía el de este libro del poeta tinerfeño.

**277. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Gutiérrez Albelo y su libro de sonetos», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 31 de octubre de 1951.** Reproducido en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 22 de enero de 1952. (*Todos los que están fueron*. Tomo II, 2008: 291-293).

NOTA: este artículo coincide en su mayor parte con la reseña de la revista *Ínsula*, no limitaremos a añadir lo que de nuevo encontramos en el artículo publicado en los dos periódicos de las respectivas provincias canarias:

(\* línea 22)

El ansia de ascensión hacia la amada cobra cimas de futuro en el soneto V:

*Si tus venas están llenas de luna,  
yo estoy lleno de sol hasta los huesos.  
Y aquí esperando estoy a que se una  
tu río azul con mi volcán de besos.*

*Pues al soldarte a mí con tales lazos,  
en tu fuga te harías mil pedazos,  
o en mil pedazos yo me rompería.*

Pero siempre se divisa Apolo-Dafne, y la plenitud sólo es mero deseo:

*Porque eres huidiza e inasible,  
y tu entrega total no llega nunca,  
navegando en el mar del imposible.*

Esta amada poética de Gutiérrez Albelo no se canta ni invita ni *in morte*, sino en maravilloso anhelo de amada imposible en el que se consume la propia vida, si es que vivir no es justamente eso:

*Y cuanto más te sigo más me huyes  
y cuanto más te huyo más me sigues.*

(\* línea 29)

Quizás la clave empiece a brindárnosla el soneto XXX:

*Sirena de cartón, litografía  
de un mentido cantar entre la bruma.  
Musa en mis sueños...  
Yo te llevé sobre mi ser clavada,  
Y en un volcán de artificiales flores  
ardió, con serpentinas de colores,  
mi vida de papel iluminada.*

(\* línea 35, al terminar la reseña)



Viñetas de Reyes Darías y un retrato del autor, debido a José Vicente de Buergo, ilustran la delicada edición de *Los blancos pies en tierra*.

**278.** PLUMAS DE LAS ISLAS. «García Cabrera, cazador de alondras», *Falange, Las Palmas de Gran Canaria, 9 de noviembre de 1951*. (*Todos los que están fueron*. Tomo II, 2008: 297-299).

Un libro tan alborozado como éste es para haberse publicado hace veinte años y ser leído una mañana recién nacida de verano. García Cabrera, poeta canario del grupo de la inolvidable, selecta y universalísima *Gaceta de Arte* nos brinda ahora su *Día de alondras* en la línea del ya viejo neopopularismo lorquiano; se trata de un libro gratisimo de imágenes bellas, que supone mayor perfección, si se quiere, que la conseguida por el autor con aquel libro inicial suyo *Líquenes*, que leía mi adolescencia allá por 1928, cuando Lorca nos volvió locos a todos, poetas y lectores. *Día de alondras* es de mayor dominio de metáforas que *Líquenes*, pero este libro en cambio, era un libro para su hora, al paso que *Día de alondras* es un libro retrasado. Sólo quienes sabemos el tiempo que lleva dormida esta obra, con otras dos inéditas, antes de pasar a letras de molde, podemos calcular hasta qué punto estos tiempos agónicos le hacen llegar a uno tarde tantas cosas en la vida.

Bajo el sistema métrico del siete, de sumo prestigio en la astrología, en la literatura, en la religión, en la cultura del mundo, distribuye García Cabrera las composiciones de *Día de alondras*: siete veces siete alondras: en el jardín, en la tarde, en la orilla del mar, en la alcoba, en el campo, en la azotea y en la ciudad. El romance, el romancillo, el tercetillo asonantado y la seguidilla es la métrica popular que envuelve los motivos descriptivos del poeta. García Cabrera actúa sobre el paisaje, los animales, y toda esa brillante Naturaleza vestida en metáforas de color y de luz, sensoriales más que intelectuales, porque en este libro el camino de la poesía pura que con *Transparencias fugadas* abordó el mismo poeta en 1934, queda intacto. Estas 49 alondras, que pueden ser estrellas (según la versión de Felo Monzón), revolotean y pican un mundo poético delicioso, pero desdichadamente ido para el gusto de hoy. En su género es bellísima la *Alondra de la amapola raptada*, pero aun las más personales como la *Alondra del viento del oeste* o la *Alondra de la rosa y del reloj* muestran su cuño inconfundible que nos deja el gusto perdido de aquellas cosas que se compraban con duros de plata:

*La rosa estaba enfrente  
del reloj de la cama.*

*Uno a uno, sus blancos  
pétalos le cortaba.*

*Isla de la blancura,  
con su talle en el agua,  
con su nido de mármol  
tus senos recordaba.*

*Abejas interiores  
le iban dando largas  
al rostro de minutos  
de su agonía blanca.*

*Dolor de nieve herida.  
el reloj patinaba.*

*De tanto oír su muerte  
se fue quedando abstracta.*

*Y cuando ya la rosa*

*era sombra y escarcha  
se hizo el reloj con ella  
una esfera de plata.*

En esta atmósfera de poesía popular llena de gracias finamente poéticas, de imágenes variadas y metáforas múltiples (tantas que se agolpan a la facilidad de su creador) está hecho este delicado trinar de mañaneras alondras para delicias de lectores sin prisas, sin angustias y eternamente jóvenes. Esperamos esos dos o tres libros más que tiene el autor dormidos en lo inédito, pero que suponen un estar más al día, a este extraño y a veces azarante día poético que vivimos ahora.

**279. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Vilaflor», Falange, Las Palmas de Gran Canaria, 27 de noviembre de 1951.** Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 2 de diciembre de 1951. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 265-270).

Hace pocos días el fino escritor y arqueólogo Diego Cuscoy, su señora y yo acompañábamos al arqueólogo español Eduardo del Val Caturla y al ingeniero José Bosch, que le interesan cuestiones de petrografía. Huéspedes de la niebla que cabalga; el filo de nuestra cumbre, remontamos el aire delgado del cinturón de las Cañadas, que, con cuentas de piedra, se ciñe el Teide. Dejamos a la izquierda la pequeña ciudad esculpida junto a los Azulejos por el arquitecto que allí vive y que se llama el viento. El viento ha hecho con la piedra arte gótico, y si uno pasa por allí, cuando la luz rubia del atardecer ducha la obsidiana, el ensueño secretea con la fantasía, y el alma, como pájaro libre, picotea y salta en el ramaje de una fronda quimérica.

Todavía el agua ausente del seco mar del valle de Ucanca nos salpica la cara; por un instante nos creemos en un sahara y al poco rato la boca de Tauce os traga hacia el sur. Centinela de la banda de Chasna, Juanillo el del caminero (que siente fidelidad perruna por Cuscoy, virrey romántico de aquellos contornos) nos da la bienvenida, y el cándido queso que Cuscoy le adquiere casi parece una piedra ritual y simbólica con que el muchacho nos da el paso a sus dominios de portero sin llaves.

Un día las retamas y los pinos conmovieron con su precaria suerte a gran cantidad de escritores tinerfeños, entre los que estábamos Cuscoy y yo. Corrieron la tinta y la pasión con un borbotillo de cruzada y fue sorprendente comprobar cómo las gentes se interesaron por el destino de nuestra flora. Si lo ocurrido entonces nos llenaba de indignación, la empresa que lleva ahora adelante el ingeniero Ortuño es una heroica labor (aunque sea un funcionario del Estado y cumpla su misión en la repoblación forestal), que sería injusticia el silenciar.

A partir del noble bosque de la Esperanza, donde la avaricia y la maldad de los enemigos de la isla no ha podido hincar mucho sus dientes, comienza a crecer a los lados de la carretera dorsal un vivero ininterrumpido de pinos (supongo que lo sean) chiquitos aún, rodeados de piedras, tiernamente amantujados como niños pequeñitos en sus cunas, aupando sus verdes tiernos de parvulillos al aire delgado de aquellas alturas. De esos pinos, gracias a la noble tutela del señor Ortuño, es el porvenir: ellos entrañan la delicia de un bosque futuro, si la desgracia o la maldad no quiebran su destino.

Mas, si estos pinos en la infancia suponen la promesa de toda primavera, los pinos del antiguo bosque de Vilaflor tienen la melancolía del otoño. Allí la codicia y el impudor de personas que sólo piensan en su dinero, y muy poco en lo que se llama decoro y dignidad personal, trazan o han venido trazando calveros en el bosque, y hoy los pinos de Vilaflor, en vez de vivir en feliz y apretada conjunción como los árboles de la Esperanza, mantienen entre sí una respetable y ceremoniosa distancia. No se tratan de

tú, como en el primer bosque citado, sino de usted: están separados, salteados, casi reñidos. ¿No habría manera de ponerlos de nuevo en coloquio?

Una cinta de luz de atardecida trenza sus troncos viejos en una hondonada inolvidable con un fondo lejano de mar de nubes que velan la tierra alta de La Gomera. Afilado mechón de movable gasa se adentra casi como un golfo de ensueño a los pies mismos de esos otoñales pinos, en tanto que la luz prodigiosa del mes de octubre resbala por la piedra y los picachos enormes de la montaña, dejándola enmelada, acariciada. Al cobrar alma la piedra uno se siente hermana suya, sumida también por la superioridad prodigiosa del paisaje, que nos traga y embebe. Y en vez de ser allí un paisaje, un estado Vilaflor no es, como piensa la etimología popular, «vi la flor», sino «Villa-flor», que es como se citaba en documentos antiguos al pueblo más alto de Canarias. La flora es en ella su dádiva y el aire su esencia; su calle central y su plaza están empedradas con esa piedra viva, finamente gris azulada de nuestras islas. Allí en la iglesia está el San Pedro de alabastro, donación de la familia catalana de Soler, avocados por el primer cuarto del siglo XVI. Para el marqués de Lozoya, sabido es que este San Pedro puede ser del taller de Gil de Siloé; es bellissimo y de no ser por el prodigioso paisaje de Vilaflor, valdría él sólo el viaje para verlo. En un calvario situado a la derecha del crucero, un San Juan mozo, de bigotito corto y alta mosca en la barba, recuerda la escuela de Luján, si bien con sombrero de alta copa semejaría a un galán del siglo XVII. Al pie del altar, tumbas cubiertas con madera pregonan en Vilaflor el triunfo del árbol sobre la piedra.

De la bondad del aire habla la voz de esos mil quinientos metros de altura que se resisten en nuestro clima marítimo con ligereza de pájaro. No cansa allí el caminar y parece ser que tres vasos de buen vino tardan en subirse a una cabeza alegre lo que uno en la costa. Yo canté a seco folias, isa y malagueña en una venta igual de terrosa por dentro que por fuera, junto a unos hombres de bien, terrosos asimismo, mientras nuestros acompañantes masculinos y el sin par caballero don Manuel R. Escalona hacían las debidas reverencias a un aguardiente local, que Eduardo del Val aseguraba maravilloso. Creo que en Reikiavik, la capital de Islandia donde él ha estado, no lo tomó de mejor calidad. Aquello tenía un fondo de cabezas para el pincel de Zuloaga, y los mozos de Chasna cantaron para la isa estribillos nunca oídos por mí, con un ritmo cadencioso y muy en su punto. Alguna vez vendrá algún músico que recoja toda esa armonía que se gesta domingo tras domingo, en las ventas de nuestras islas, tumbada en cuerdas de requinto, timple y guitarra.

En un cuartucho adosado a la iglesia vimos las famosas momias de Vilaflor. Están allí al lado de viejas decoraciones y faroles desconchados, que utilizan sin duda para las fiestas en el adorno de la plaza. Parece que son restos de los padres del marqués asesinado en 1840, don Alonso Chirino del Hoyo, en tiempos del primer obispo don Luis Folgueras y Sión y del capitán general don Francisco Tomás Morales; las botas que se conservan junto al cadáver momificado del varón acusan la moda de la primera mitad del XIX; en aquella atmósfera transparente, donde la carne casi no entra en putrefacción, es posible el hecho de estas momias que conservan los restos de su indumentaria, pero que parece imposible existan en tal grado lamentable de abandono. ¿Tan difícil sería acomodarles un sitio en la iglesia o sacristía, donde pudieran ser vistas, si se desea, pero en el que permanecieran solas, sin ese paisaje de adornos de fiesta, tierra y polvo que, de haberlo visto, habría recogido Solana para una de sus composiciones? Uno trae a sus mentes los cuadros de Valdés Leal, pero sólo en la grave enseñanza barroca de la tristeza de los despojos. Entre farolillos, un gran sol pintarrajeado, trozos de madera, las momias son otra cosa, un deshecho más del que voló ligera la invisible mariposa del alma.

Junto al estético alabastro del San Pedro y la carne petrificada casi de las momias, hay que ver en Vilaflor una hechura de su aire. Sabido es que los pulmones enfermos tienen en aquellas alturas su gran amigo. Vilaflor, tuvo sanatorios para tuberculosos. Era la tuberculosis la enfermedad del siglo XIX; romántico y tuberculoso fue buena parte del siglo del progreso. A las gentes les ha quedado un terror supersticioso: la estela de la enfermedad. Tener un tísico en la familia era peor que contar con un asesino; los enfermos como tenían fiebre, se sometían a poca alimentación y paseo; todo lo contrario que necesitan para sanar: buen aire, buen comer, mucha higiene libran alta batalla con el bacilo hoy día.

Un sanatorio instalado conforme a las actuales exigencias, cercano a la inmediata asistencia médica, terminó con la misión curativa de Vilaflor. Algunos timoratos creen que todavía anda el bacilo acechando detrás de alguna de las terrosas casas que deben ser del XVII, o del XVI quizás cierta parte; entiendo poco de medicina pero me parece que el bacilo se ha escapado, huyendo de aquel maravilloso aire. Lo dicen los pulmones curados de don Manuel R. Escalona que llegó allí a los veintitrés años de su bella Cuba en busca de la salud perdida. La encontró en Vilaflor y con ella un hogar que fundó a su debido tiempo. Hoy peina sus grises cabellos otoñales y es la mejor propaganda del pueblo que en 1594 era lugar «de gente hidalga y rica». Aislado allí de gustos y aficiones literarias, el tiempo no ha pasado para él. Tiene un gallardo y barroco decir modernista y monta adjetivo tras adjetivo en alta columna que puede posarse en lo alto del *Sombrerito*; compone frondosas piezas de oratoria castelarina y citas de Rodó, y es una maravilla ver a este hombre adaptado al clima, a quien debe su vida, pero emitiendo sus agónicas antenas a las tierras de una cultura vigente cuando él era joven y a la que permanece unido en coyunda indisoluble.

En Chasna se conserva la carne, se conservan los pulmones y se conserva el modernismo. Vilaflor (Villafior) es el pueblo conservador por excelencia; de él se trae uno, como en la cantiga CIII del rey Sabio sobre el frailecito que se encantó trescientos años con el trinar de un pájaro, otra embelesada visión de lo que pudiera ser una sencilla esquina de la Eternidad.

**280. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Otra vez el mito de Orfeo», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 15 de diciembre de 1951.** Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 28 de diciembre de 1951. (*Pulso del tiempo*, 1953: 215-217).

El doctor Pablo Cabañas, profesor de la Universidad madrileña, ha estudiado en un interesante y documentado trabajo (su tesis doctoral) *El Mito de Orfeo en la Literatura Española* y ha publicado, además, el *Orfeo* de Pérez de Montalbán y el de Jauregui, dos autores del siglo XVII. El *Orfeo* de Jáuregui fue motivo de altercado entre gongorinos y tradicionalistas.

En la tragedia lírica *Eurídice en los Infiernos* de la señora Maynadé, Cabañas vería cómo el tema por él estudiado alcanza pervivencia en nuestros mismos días, que en tantas cosas parecen disentir de la constante clásica. Josefina Maynadé, vecindada en Gran Canaria desde hace bastante tiempo, según creo, cultiva el tema clásico en otras composiciones que yo misma he saludado desde estas páginas y que no deja de ofrecer un singular ejemplo.

Desconozco la formación personal de la notable escritora-escultora y quizás las calidades de esculpir y escribir forman en ella una simbiosis más que casual, de temperamento, una preparación clásica acusan las obras que salen de sus manos y de su pluma, y sus lecturas a la mitología griega le habrán servido para la ejecución de gran parte de su obra total. No tenemos entre nosotros ejemplos frecuentes de mujeres que, bajo el numen del clasicismo, hayan hecho obra. Acaso habría que remontarse al

ejemplo de una poetisa que vivió en Tenerife y nació en Montevideo: María de las Mercedes Letona del Corral (cuya obra poseo en copia y si tengo ocasión editaré). Esta dama, muerta en plena juventud (1803-1831), por haberse bañado inmediatamente después de ser madre, según costumbre de las matronas romanas, perteneció literariamente al neoclasicismo y quizás fue más interesante como mujer que como poetisa, ya que sus excelencias en este campo son hartamente limitadas. Los temas clásicos parecen haberle interesado según ocurría a su generación, pero un clasicismo más bien diluido que concreto fue el suyo.

Josefina Maynadé actúa sobre el tema de *Orfeo* en su momento cumbre: en aquel en que el músico llega, suplicante, al infierno y conmueve al dios Plutón y a su esposa Perséfone contándoles su tierno y delicado idilio de amor con Eurídice:

*Seguía en silencio, humildemente,  
el rastro de mis himnos  
por prados y bosques, y todo  
se le tornaba prez por la armonía.*  
.....  
*Era a la par mi musa y mi pastora.*

Por concesión ganada en gracias a tan puro lamento, Orfeo baja a los infiernos en el segundo de los dos actos que la pieza tiene. Orfeo baja al Infierno como bajó Ulises o Virgilio y bajarán Mahoma y el Dante, grandes viajeros imposibles de un imposible país que, de morada general de mortales, pasó a ser habitación de los malos. El infierno clásico tiene sus condenados a un mal infinito como Tántalo o Sísifo, empeñados en una sed o en un esfuerzo eterno; cicerone del musical viajero, una Euménide lo orienta al fin al lugar donde, traspasada de armonioso ensueño, Eurídice llega hasta él.

Pero la impaciencia de Orfeo, en la que se ha transformado el dolor de la pérdida, supera el mandato del dios. A igual que a la mujer del Lot la curiosidad, a Orfeo lo perdió la sed de amorosa impaciencia. Ante la sentida presencia de la amada, Orfeo vuelve la cabeza y los amantes se funden en un abrazo que deshace en humo, en ausencia definitiva, el efímero instante del alcance.

Aquí deja Josefina Maynadé el fin del drama de Orfeo. La mitología nos ha contado el origen de su amor por Eurídice, la muerte de ésta y el fin del hijo del rey de Tracia a manos de las Bacantes. Detrás de la tragedia puede aleccionar el latido del símbolo: escarmiento de la impaciencia, castigo al desobediente, donde el colofón didáctico moral, tan del gusto de la cultura semita y medieval, encuentra su precepto. La segunda corriente, quizás de mayor resorte dramático, alcanza en la tragedia de Orfeo hondas cimas de angustia humana: infiernos pasados para alcanzar la dicha presentida se deshacen en flecos de nada, como todo amor imposible, y sólo queda la fatiga del viaje, la cicatriz del dolor en la piel, la amargura del esfuerzo, el camino de su logro, que es la vida misma.

En un verso ceñido y digno Josefina Maynadé nos da una pulcra versión del viejo mito. La prueba de amor que Eurídice ha pedido a Orfeo es justamente aniquilar ese amor mismo y ver la luz. Y a la luz no hay quien la haya visto sin cegar o morir; es decir, sin perderla.

**281. PLUMAS DE LAS ISLAS. «De la Habana, poesía», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 20 de diciembre de 1951. (*Pulso del tiempo*, 1953: 243-246).**

No sé por qué ni por quién llegó, bien que tardíamente, este libro a mis manos. Me lo ha enviado desde La Habana su autora, la poetisa María Sánchez de Fuentes. Por la letra de la dedicatoria advierto una mano que aprendió a escribir en el siglo XIX. El libro está pulcramente editado en la capital de Cuba el año pasado de 1950 en la imprenta Ayon. Claro es que hace tiempo cayó en mi casa, pero uno recibe más libros de los que puede leer y, en armonía con la época, también las lecturas guardan cola.

El libro se titula *Polvo de luz*, y le ha puesto un inteligente prólogo el hijo de la poetisa, el escritor Eugenio Florit; por él sabemos que ella marchó a Madrid, casi recién casada, que en Madrid nacieron sus cuatro hijos, a cambio del que, nacido en La Habana en 1898, quedó en el suelo castellano. A Cuba regresó el matrimonio en 1918.

María Sánchez de Fuentes leyó en la época de su formación la poesía postromántica vigente en su juventud: la de Bécquer, Núñez de Arce y Campoamor y también la de los americanos premodernistas Gutiérrez Nájera o Julio Flórez. «Mi madre por entonces —escribe Florit— también cantaba con una hermosa voz de mezzo soprano que le saldría de sus mangas de jamón y su cintura de avispa, la habanera *Tú*, que acababa de componer su hermano Eduardo».

Sí; la oía cantar en mi niñez en los anocheceres brumosos de Guamasa a alguien para mí entrañable; con su hermosa voz de barítono. A un hombre acaso de la misma generación de la señora Sánchez de Fuentes, o quizás de la anterior; no lo sé. El recuerdo, la armonía de la famosa habanera, nos une a un mágico y ensoñador meridiano común de vivencias sentimentales, porque a veces el ritmo de una musiquilla que logra fortuna suma y confunde con unas ataduras más firmes que las que solidarizan empresas de otra índole.

La poesía de la señora Sánchez es de tono menor. Se trata de una poesía sutilmente femenina, de corte y verso breves. Los metros de mayor uso en la poesía española, aparte la copla o alguna composición en asonante, no tienen que hacer en las manos de nuestra poetisa. Ni un solo soneto, ni una décima. Composiciones cortas y en verso libre o en asonante, ceñidas a temas objetivos en la primera parte de la obra. Abunda en ella la imagen que estuvo en boga en la poesía neopopularista de hace veinte años, pero que en la poetisa cubana significa una incorporación:

*El azul de la tarde se ha dormido  
sobre el azul del mar.  
Que callen las gaviotas y las olas;  
no se vaya la tarde a despertar.*

Poemas breves a la tarde, a la luna, al camino, al río, al molino, al paisaje externo, en suma, captado en ocasiones en visión colorista, impresionista, o en condensada imagen fácil y graciosa:

*Un gato negro maúlla sin consuelo  
creyendo a la luna una gata blanca,  
en el tejado del cielo...*

La luna, tan preferida siempre de los poetas de todos los tiempos, ocupa varias veces la atención de la autora de *Polvo de luz*:

*No arrastres tu cola, Luna,  
pobre el mar.  
Recoge tu cola, Luna.*

*Que el mar te la va a mojar.*

A medida que el libro avanza el tema objetivo se abandona y la poesía se torna doliente voz íntima y personal. Todavía es una perfecta estampa de poesía impresionista muy de fin de siglo, próxima, en aspecto semejante a un episódico tratamiento de la luz en el poeta Manuel Verdugo, este *Decorado interior*:

*Luz rosa, velada.  
Ilusiones ya sentidas y pasadas,  
dulces al recordarlas.  
Un tono verde almendra,  
tirando a gris,  
arrullo calmante de canción de agua.  
El alma se adormece  
plegando sus alas.  
Un rayo de sol, discretamente, besa  
la nieve de una cabeza cana.*

La finura de la melancolía se tamiza dentro de esta poesía sencilla sin oropeles ni altas pretensiones:

*Vivir de quimeras,  
soñar ilusiones  
oír graznar lechuzas  
y no poder decir:  
¡son ruiseñores!  
Vivir de penas,  
morir de amores,  
oir graznar lechuzas  
y no poder decir:  
¡son ruiseñores!*

Es este el *Testamento* de la poetisa:

*A ti que de la vida no has sentido  
nada que despertara lo que es emoción:  
a ti, que no has amado, ni has sufrido,  
para escudarte de lo que es dolor;  
a ti, que nos has amado, ni has sufrido,  
te dejo el corazón.*

Sin grandes exigencias de ritmo, sin ahondar los misterios inefables de la poesía, discurre y fluye sencilla, serena y melancólica la sobria musa de la poetisa cubana. Juan Ramón Jiménez se fijó en esta musa recatada para incluirla en su colección de *La poesía cubana en 1936*. Con gran acierto estudia Florit el dominio luminoso, el poder que la luz tiene en la poesía de su madre, en quien ve coincidencias (y no influencias) con la americana Emily Dickinson, incluso en la parquedad verbal y métrica.

Mala compañera es la soledad, dijo un día Paul Valery. A esta angustiada o benéfica dama ha dedicado la autora el último poema de su libro, clasificado en tres

partes con buen acierto por el prologuista. Tiene la composición un lejano viento de petenera, porque la intimidad en la poetisa cubana adquiere aire de epigrama antiguo, de remota canción popular:

*Sola, solamente estás  
en tu soledad tú sola,  
te arrulla la soledad,  
y como te ves tan sola  
te acompaña soledad  
para que no estés tan sola.*

Al tema de la soledad ha dedicado Vossler todo un libro. Al de la soledad en la poesía española. Habría que ver si en épocas de masas y de colectividades gregarias y estandarizadas como las que vivimos, se sienten las minorías y cada persona de ellas más solas que nunca. Buena final de un libro de amable poesía si él nos tiende una pregunta en cuya madeja puede enredarse una detenida meditación.

**282. EL DOMINGO LITERARIO. «Críticas de Revista de Historia», Falange, Las Palmas de Gran Canaria, 6 de enero de 1952.**

El último número de *Revista de Historia*, de la Universidad de La Laguna, en su sección bibliográfica acaba de publicar entre otros, las siguientes notas:

IGNACIO QUINTANA MARRERO. *Breviario Lírico* (Libro de horas) 1932-1945, Las Palmas de Gran Canaria, 1949.

Para los que sólo sabíamos de la continua y eficiente labor —a veces heroica— de Ignacio Quintana de sus dotes de ágil periodista, dudamos, al emitir la opinión, de si estos versos de su *Breviario lírico* son el violín de Ingres del periodista, o si en el periodismo de Quintana el poeta vierte su esencial ser poético. Con el formalismo litúrgico de un exacto Libro de Horas fluye el rezo lírico desde maitines a completas. Impresiona la sinceridad de Quintana, que prefiere la integridad de su sentimiento en la página antes que la adecuación a la hora poética formal de los días en que él escribe. Sí exceptuamos el primer Juan Ramón y menos alguna etapa de Alberti y Lorca, la poesía de Quintana no es la poesía de su generación. De corte modernista, concretamente rubeniano a veces, Quintana ha escogido en esta escuela su expresión poética, de la que no están ausentes los clásicos latinos.

Poesía jugosa, emocionada, en la que la esperanza y una ferviente fe religiosa llena la mayoría de las estrofas, algunas de las cuales llevan la herida negativa de una desilusión, de una angustia o de un dolor, que la vida jamás niega a los hombres. Confieso que, sobre la composición larga, reforzada en ocasiones con la voz culta dentro de la costumbre de la escuela modernista: hetiquez, reciumbre, turibulo, solertes, escintilante, eucologio, himnodia, etc., que restan al verso lírica fresca, prefiero la composición de versos cortos, en el que logra el poeta primores de esta clase:

*Horas llenas de azul y plata  
en que el alma no sabe siquiera  
sí es un beso de Dios la mañana  
o es una quimera.*

O de ésta:



*Mi alma es agua en remanso  
en cuyas blancas espaldas  
cabalga el cuerpo difunto  
de una rosa deshojada.*

En el grato paisaje de su Teror nativo ha nacido este lírico libro de las horas poéticas de Quintana. De mi paso por aquel trozo de la Gran Canaria recuerdo con admiración cómo el paisaje vegetal y el aire de la isla dejaban su señorío de paisaje mineral para construir el marco adecuado, armónico, perfecto, a la exquisita basílica, delicada hornacina toda ella, bombonera de arte preciosista y rococó, que envuelve y acuna las excelencias finas de su alta dueña nuestra Señora la Virgen del Pino. El aire en Teror es incienso para su Virgen; la piedra se esconde bajo la maleza; el siena deja su paso al verde; el pino es altar y liturgia.

A la sombra de estos primores se han construido sonetos tan hermosos como el «Himno de la hora Sexta», a los del «Salmo de la Paz»; así los titulados «En la paz de los senderos», «Fuente de Grimón» o «Los dos conventos»:

*Teror es un cenobio en cuyos muros  
—cilicios de silencio—labra el alma  
moradas de virtudes, dulce calma  
de un sanatorio espiritual ...*

Traspasado de dolor, todavía conmueve el soneto a la pequeña Margarita, la hijita muerta al año escaso:

*Los cielos hondos de sus ojos bebe  
en su cara azul —nieve mi deseo:  
y oigo constantemente el balbuceo  
de un lenguaje de ensueño, fino y breve.*

Realzan el edificio de este excelente Breviario emocionado el justo y docto prólogo de don Joaquín Artiles, la portada y guardas de Plácido Fleitas y las viñetas de Antonio de la Nuez; todavía una pulcra impresión de la imprenta Alzola completan el quehacer poético de Ignacio Quintana en esta noble salida por los senderos de las Musas. —MARÍA ROSA ALONSO.

IGNACIO QUINTANA MARRERO. *Semana Santa de Las Palmas.*

Pregón. Marzo de 1949. Talleres Minerva, 96 pág. en 4.

En una bella y lujosa edición en papel cuché ha publicado Ignacio Quintana el primer pregón de Semana Santa de Las Palmas que, en emisión de Radio Las Palmas, hizo el Viernes de Dolores en 1948. Al cabo de un año, Quintana ha impreso acertadamente su emocionada y fervorosa prosa, que tanto tiene de unción religiosa como plegaria apasionada por las excelencias de su ciudad y de la rica imaginería de los templos de Las Palmas.

De las cuatro primeras parroquias de la ciudad: Santo Domingo, San Agustín, San Francisco y San Bernardo nutre la Semana Mayor sus procesiones. La mañana del Domingo de Ramos —función de palmitos, alegría de los niños—, derrama sobre la ciudad el Señor de la burra, que sale de San Bernardo, o sea San Telmo y por la tarde, el Señor Predicador de Lujan Pérez parte de Santo Domingo.

El Lunes Santo es la parroquia de San Francisco; por la mañana, el Señor del Huerto, también de Lujan Pérez, y por la tarde, el Cristo de la Humildad y Paciencia. La procesión del Martes sale de Santo Domingo: el Señor de la Columna del escultor Antonio Calderón, la Virgen de las Misericordias (fina y bonita) del imaginero Arsenio de las Casas, de la isla de La Palma, y un San Juan, mozo. También sale de Santo Domingo la procesión del Miércoles Santo: el hermoso paso del Señor de la Caída o de la Cruz a cuestas con el Cirineo, obra maestra de Lujan Pérez, la que en la plaza de Santa Ana. se encuentra con las tres santas mujeres: La Virgen, obra de Luján, la Magdalena y la Verónica.

El Jueves Santo, día de los sagrarios, para los que tiene Quintana elogiosas palabras, sale el Calvario de San Agustín: el Cristo de la Vera Cruz de Luján, la Dolorosa, (imagen genovesa), y San Juan, obra de la primera época de Luján. Un hermoso y encendido San Juan, con bigote corto y mosca breve en la barba; así aparece un San Juan que existe en la parroquia de Vilaflor, pero éste evoca más a un caballerito del siglo XVII que de la centuria siguiente, si bien puede pertenecer a ella.

Dos hermosas procesiones dan remate al día supremo de la Semana Santa: el Cristo y la Dolorosa de la sala capitular de la Catedral, espléndidas obras del imaginario canario Luján, que salen al mediodía, y el Santo Entierro, al atardecer, que sale de San Francisco, donde se venera la llamada Virgen de la Portería, un regalo atribuido a Isabel la Católica, con la que se dice tiene la imagen gran parecido. Sería preciso determinar si esta imagen es, efectivamente, del tiempo de Isabel, o sea de la segunda mitad del siglo XV.

Una Semana Mayor, como se advierte, casi debida al genio de Lujan Pérez. Abundantes y hermosas láminas acompañan e ilustran el encendido texto de Quintana Marrero, que al final incluye una serie de Dolorosas de Luján repartidas en diferentes pueblos de Gran Canaria, entre las que no falta la famosa «predilecta» de nuestra Concepción lagunera. Da gusto, y un poco de envidia (aquí nunca hemos hecho nada semejante) esta pulcra edición de Quintana, cuyo manejo para ser útil habría precisado el texto correspondiente al pie de cada grabado, mucho más molesto en la forma que aparecen reunidos al final en índice. Una edición así es motivo de orgullo para el autor, el fotógrafo Hernández Gil y la ciudad de Las Palmas.-M. R. A.

**283. «La cultura regional y el turismo», *El Día, Santa Cruz de Tenerife*, 23 de enero de 1952. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 115-117).**

Una región o una provincia —para acotar ejemplos en el ámbito nacional— tiene planteado un problema casi de antítesis con sus instituciones culturales y sus hijos más o menos ilustres. La gente, la masa gregaria —que no el pueblo— desprecia por naturaleza al escritor, al artista o a la institución cultural; perdida ya la vigencia de la persona en aras de la gente, y del prestigio del poeta en aras del futbolista o del galán y la actriz de cine, la minoría culta del especialista (del orden que sea) subsiste gracias a unos resortes que no son del caso analizar en su autenticidad.

Semejante estado de vida precaria entre los cultivadores del espíritu o la sensibilidad permite que los órganos oficiales estén más dispuestos a conceder seis u ocho millones para un campo de fútbol que para una Universidad o para que los hijos laboriosos e inteligentes del país hagan con decoro estudios en el Extranjero, publiquen obras, etc., etc.

Pero lo curioso es que cuando un turista o persona de relieve visita el país, la comisión o individuos beneficiarios —y esta es la antítesis a que me refería— lo que se apresura a mostrarles no es precisamente el estadium, sino la iglesia notable, y de lo

que presume es del poeta más o menos ilustre, del pintor distinguido, del hijo heroico —santo, militar o benefactor—, del escritor ilustre.

¿Qué hacen las autoridades más o menos oficiales y los responsables morales por su significación social y económica para remediar un estado de cosas tan peregrino?

Ha habido hasta hace poco en Tenerife, y creo que lo hay, un sentido de turismo basado exclusivamente en la geografía. Se tiene la creencia de que con llevar los viajeros al Valle de la Orotava, o al Drago de Icod, ya está concluida la misión. Para un tipo de turista rápido y vulgar, bien está, pero cinco siglos de cultura, de incorporación al concierto mundial, nos permiten ya una dignidad más alta que la de ser un mero parador del Atlántico como esos aguaduchos madrileños donde se toma una horchata o una cerveza en un alto breve de la marcha del peatón.

La importante cuestión de habilitar hoteles convenientes y de buen precio, útiles paradores de turismo, etc., es parcela de la industria hotelera y de la Junta de Turismo. Sólo voy a referirme al sector del que entiendo un poco.

Lo que las islas tienen que organizar con eficiencia no es otra cosa que su arqueología, su arte, su investigación, su folklore, su literatura, su flora, su cultura, en suma, regional. ¿Qué museo arqueológico tiene Tenerife organizado para ofrecerlo al turista y al investigador? ¿Qué museo de pintura y escultura regionales puede visitarse con provecho? ¿Dónde una Biblioteca de libros exclusivamente referentes a las islas? ¿Qué hemeroteca hay distribuida y clasificada, lista para ser utilizada sin dificultades?

Lo natural es que el turista inteligente venga a buscar a Tenerife vestigios de la cultura guanche, muestras de su arte, información suficiente de su literatura. Claro que si el turista es avisado sabrá que parte del Archivo de Adeje lo encontrará en Londres; el museo arqueológico de Casilda de Tacoronte, creo que en Buenos Aires. La colección entomológica de don Anatael Cabrera, en Madrid.

De lo privativo y autóctono, el viajero encontrará poco o nada bien organizado; edificios con gracias antiguas, apenas quedan ya. Anónimas fabricaciones de cemento armado que en cualquier sitio se ven más o menos feas y, eso sí, un flamante y «original» estadium tendrán los primates que ofrecer para el pasmo de los turistas y viajeros curiosos.

En cualquier población con estilo y conciencia de su personalidad urbana —si se me permite la expresión— se encontrará, al lado de la parte nueva, el núcleo antiguo conservado como una reliquia. En París la gracia del edificio del siglo XIII conjugada a la línea napoleónica, y la prohibición de levantar más de siete pisos. En esto último Madrid tiene el mal gusto de no imitar a la capital de Francia. Ahora levantan aquí unos rascacielos feos, norteamericanos, en una población que no tiene problemas de espacio y que puede extender su superficie cuanto quiera. El mal gusto y una pedestre imitación amenazan a la capital de España.

**284. «Breve itinerario de un Santa Cruz con estilo», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 3 de febrero de 1952. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 187-189).**

Mi amigo Carlos Rizo trabaja en la Casa de Hamilton. Está situada la casa de Hamilton —como saben los santacruceros y otros que no lo son— en la simpática calle de la Marina. No quiero ofender la modestia de Carlos Rizo, pero de él decía nuestro llorado José Manuel Guimerá —otro amante de Santa Cruz— que hacía posible la creencia en la bondad humana. El edificio en que Rizo trabaja tiene un patio, unas escaleras que hacen también creer en la bondad y la gracia de un estilo —colonial, canario o como sea— tan escaso ya como las personas nobles, de las que Carlos Rizo es ejemplo.

Venía yo un día del antiguo Gobierno Civil. Una vez más admiré su patio, sus elegantes escaleras. Un soñador —el entrañable Domingo Cabrera— pensaba que en el llamado Palacio de Carta podría alojarse con rango el Círculo de Bellas Artes y que en su trasera —acondicionada a la moderna— podrían hacerse locales comerciales y no sé qué más cosas. Otro soñador se ilusionó instalando en él un Museo de Arte y Artesanía regionales. La fantasía de tantos ilusos tropezó con un Banco. La realidad actual se llama siempre un Banco. En Madrid cierran un café y, ya se sabe, a los pocos meses abren en el restaurado local un Banco. Uno carece de dinero, pero la fantasía vuela y adquiere muchos bienes; la realidad nos dice que el dinero está en el Banco. No es extraño, pues, que el que tiene complejo de Banco se llene de regocijo cuando alguno quiebra.

Del palacio de Carta fui a ver, a la casa de Hamilton, a Rizo. Me hizo saber que quizás la hermosa casa de la calle de la Marina, también perteneció a los Carta, pero que no estaba seguro. Estos Carta en el XVIII fueron unos pequeños Médicis locales que dejaron su estilo y su gracia a Santa Cruz en su parroquia y en las calles.

Al salir de la casa de Hamilton crucé la callecita de la derecha, subiendo. Escribo desde Madrid y no tengo dónde averiguar su nombre, que he olvidado; se inclina hacia abajo y hacia la mitad sube. Enfrente, en la esquina de la calle de San Francisco, un hermoso balcón corrido a las dos calles da un encanto finísimo al lugar; frontero a él, el cacto hermosísimo de la plaza de San Francisco acentúa el aire típico de aquel rincón evocador. El viejo y muerto amigo don Blas González, que poseía una solera santacruzera o chicharrera inolvidable, se quedaba en las noches de luna para ver la flor del cacto en su brillante noche única.

Todavía subiendo por el costado de la iglesia de San Francisco, al filo de una esquina, la deliciosa plaza del Príncipe, una de las más bonitas de España, recoleta, aislada, linda bombonera vegetal a la que le han cortado un costado por el que el polvo y los vehículos aminoran y achatan su elegancia borbónica.

¡Corto y bello itinerario para un turista inteligente, acompañado de un guía discreto y enterado! O de una guía escrita con gracia. Con la misma gracia del patio del palacio de Carta, del barroco retablo de la Concepción, de la casa de Hamilton, del balcón de la calle, del cacto o de la fina plaza del Príncipe.

Pero al turista inteligente hay que enseñarle más cosas. Algo que prestigie a la ciudad, que le dé un grosor cultural, al que tiene derecho. Según Sombart el capitalismo engendra el lujo; lujo puede ser, también, la floración de una burguesía, en actos de mecenazgo. Un buen día para la flora artística de España don Lázaro Galdiano dejó a la nación las extraordinarias y pasmosas riquezas artísticas que ahora se exhiben en su casa de Madrid transformada en Museo. También don Francisco Cambó tuvo un generoso gesto de gran señor de las Artes y las Letras para Cataluña y Madrid, la capital de España.

Todo es relativo en este mundo; sin embargo, en Tenerife no se ha dado un caso parecido, en pequeño. La actitud de don Imeldo Serís no es, con todo, desdeñable sino muy de estimar, pero algo semejante a la actuación del doctor Chil, haciendo posible en Las Palmas el Museo Canario, al que dejó casa, museo, biblioteca y finca, nadie nos lo ha ofrecido en nuestra isla. ¡Qué le vamos a hacer! El dinero casi nunca lo poseen los mejores. Los mejores no suelen tenerlo porque lo perderían enseguida. Dinero y calidad espiritual en rara coyunda producen una rara ave de casi todas las latitudes. Se llama el mirlo blanco.

**285. «Un museo arqueológico en Santa Cruz de Tenerife», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 9 de febrero de 1952. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 113-114).**

Los estudios arqueológicos han tomado estos últimos años en Tenerife un impulso insospechado. A la persona de cultura le daba la impresión hace tiempo, de que apenas si había algo en la isla que valiera la pena. Comparada nuestra arqueología guanche con la gran Canaria, tan copiosa en yacimientos y piezas recogidas, nuestros aborígenes apenas si daban escasas huellas de su paso por la vida.

Exploraciones de cuevas se han hecho desde siempre. Después de las citas de Viera y del conocido grabado alemán que representa a unos empujados viajeros del XVIII visitando una espaciosa gruta o cementerio indígena, en el siglo pasado se intentó hacer también alguna exploración; recuerdo haber leído en un periódico de antes de 1870 cómo el poeta de *Auroras*, Martín Neda, encontró, no sé si por los altos de Icod, un rico yacimiento. Más tarde, la gloriosa generación del «Gabinete instructivo», los hombres positivistas que fueron jóvenes en torno a 1888 —poco más o menos— quisieron darle un rigor científico a éstas y otras cuestiones. Del esfuerzo de ellos y del alegre epígono hay muestras en el Museo Municipal de Santa Cruz y en el de don Anselmo Benítez.

Pero la organización de la arqueología tinerfeña es cosa de nuestros días y ha tomado aparato científico gracias a la intervención de la Comisaría de Excavaciones, que lleva a cabo un plan general de sistematización; éste ha dado sus frutos, insospechados, en Tenerife y hoy las publicaciones sobre arqueología tinerfeña alcanzan una importancia estimable, y la isla lleva su voz a los congresos nacionales e internacionales de Arqueología.

Pero los frutos de este quehacer laborioso, difícil y perseverante, resultarán prácticamente estériles, si el Cabildo Insular no se toma en serio la patriótica empresa de instalar en su espacioso edificio un decoroso museo arqueológico, al que vayan a parar, para ser exhibidas, las piezas del Museo de Villa Benítez y las que existen en el Museo Municipal, si hay alguna aprovechable. ¿De qué le sirve al Cabildo haber comprado el Villa Benítez, si lo tiene embalado en cajones —no siempre bien tratados— y expuesto a que la polilla y los bichos acaben con él? ¿Por qué no clasificar, colocar y organizar un decoroso Museo Arqueológico que, aparte su valor científico para la investigación, podría ser una atracción de altura para el turismo? Una corta y buena guía del mismo, explicando la situación general de la arqueología guanche, y lo que cada vitrina contiene, sería de buen efecto, utilidad e interés patriótico y turístico. ¿Por qué tanta desidia y tanto ritmo lento? Usted, Luis Diego Cuscoy, que casi ha hecho solito la arqueología tinerfeña, que se ha pasado como un guirre haciéndole el amor a las estrellas en Las Cañadas, de donde lo han traído sin sentido no hace mucho, ¿no sería capaz de organizarnos en un año ese Museo? Si le ponen algunos becarios del Cabildo a sus órdenes para que le ayuden y le pagan algunos mozos de carga, ¿verdad que lo hará? ¿No es cierto que si lo remuneran con decoro —porque usted tiene su familia y todos necesitan vivir— nos hará ese Museo? ¿Tanto cuesta? ¿Son algunas otras cosas más necesarias que un Museo arqueológico en Santa Cruz?

#### **286. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Cartas de amor», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 9 de febrero de 1952.**

Asusta pensar que, al compás de la técnica, las costumbres se alteran en una proporción considerable entre las últimas generaciones, respecto a las primeras. Se han alterado más las formas de vida en estos últimos treinta años que entre los treinta anteriores, comparados en porciones de quince años que es el periodo mínimo necesario para que una generación se produzca, según el cómputo de Ortega que sigue a Tácito.

Han caído en mis manos varias declaraciones de amor escritas en 1922 y 1923 a una entonces damita de una provincia del Levante español. Hoy esta señora —casada

muy joven— tiene hijas de veinticuatro y veinte años, respectivamente. Son muy bonitas —casi como su madre—, pero no poseen ninguna declaración de amor escrita. A ellas el amor se lo han hecho de otra manera.

No niego —porque lo ignoro— que ahora se escriban de curaciones de amor. Había hace años libros y tratados que insertaban sus modelos de escribirlas, pero en la actualidad, cuando la corta se escribe —si se escribe— es ya por la natural y necesaria timidez de un fino caballero que, por conocer a la muchacha que ama, no se atreve a decírselo de palabra; pero lo que sí es rarísimo es que un joven dispare a una chica que no conoce una flamante carta de amor. Es decir, que lo que era habitual en la generación de la madre, ya no lo es en la de las hijas, que son de la generación inmediatamente siguiente.

Con papel timbrado del casino de la capital de provincia el joven de 1922 escribe: «Distinguida señorita: le agradeceré, si no ve inconveniente en ello, me conceda una entrevista, designándome el sitio y la hora en que podré hablar con Vd. Espero se digne contestarme quedándole muy reconocido por tan señalado favor. Soy de Vd. affo. s. s. q. s. p. b.»

La dama de esta carta tiene varias de parecido contenido. Todas piden una entrevista «a fin de tratar de asuntos de interés para ambos», escribe un petulante oficialito de Correos, pretendiendo que su interés sea también el de ella. Otro, más ceremonioso, escribe: «Me permite la libertad de dirigiros estas líneas, al objeto de que os sirváis concederme una entrevista». Así se escribía en 1928 a una chica de diecisiete o dieciocho años.

Los jóvenes de entonces, en su mayoría, escribían una carta pidiendo una entrevista. No conocían al objeto de su ilusión y la declaración esperaban hacerla de palabra; acaso la declaración propiamente dicha lo hiciera los de la otra generación, los que tenían más lejos a la amada, en virtud de la complicada mecánica de las costumbres. Otro joven, al no alcanzar la ansiada entrevista, se atreve a la declaración por carta y escribe así: «¿Me dará Vd. una contestación satisfactoria o a lo menos un rayo de esperanza? Esto es lo que deseo me conteste, concisa y claramente, para que de ese modo mi ilusión desaparezca, o a lo menos, procure con todas mis fuerzas hacerla adormecerse ante su contradicción o arraigue poderosamente en la fértil y halagadora probabilidad de lo posible».

Todas las generaciones comen, ríen, lloran, se divierten o no y se enamoran, pero cada una lo hace de diferente manera. Las anteriores contaban con una mecánica amorosa más complicada; las muchachas estaban celadas por la vigilancia paterna, por las salidas condicionales y en compañía. La libertad de la damita soltera era escasa y nada idealiza más al ser humano que la lejanía; eso le da un aspecto de inaccesible que atrae y encanta. Ahora la muchacha está cerca, se deja ver en todas partes, sale sola y posee una libertad bastante amplia. La cercanía supone siempre fracaso de retórica. Ningún muchacho de hoy se atrevería a escribir —como no sea un rezagado— a una chica eso de la «fértil y halagadora probabilidad de lo posible», entre otras cosas porque puede verla e incluso hablar con ella sin serle presentado.

Hoy se ha ganado en sinceridad y llaneza lo que se ha perdido en ceremonial y en reverencia rendida. ¿Era mejor lo de antes que lo de ahora? La pregunta es inútil; cada generación encontrará sus costumbres excelentes y desdeñables las que no sean suyas. La verdad eterna es que, en lo sustancial, el amor se sigue haciendo siempre.

**287. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Peluquería de señoras», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 13 de febrero de 1952.**

En Madrid y en provincias las peluquerías de señoras siguen siendo el mejor registrador de un curso de sociología femenina. La peluquería es un local mitad casino, mitad confesonario. ¿Qué señora existe que no tenga prisa en la peluquería? Las clientes suelen llegar algunas como brazos de mar y se dirigen a la peluquería o al peluquero con un tremendo problema de urgencia; nunca me he explicado por qué la señora o señorita mientras su pelo se enreda en los rizadoros o en el peine encuentran el ambiente propicio para hacer sus confidencias a la peluquera, mientras la cliente cercana oye sus cuitas, si acaso no interviene cuando la confidente le lanza una mirada de inteligencia.

Fórmulas de cremas, hermosuras del galán de cine, el ariscado carácter del papá, del novio o del esposo suelen verterse frente al espejo en tanto la peluquera arregla a la señora y le sonrío pacientemente o interviene en su exposición verbal.

Por los labios mismos de la interesada nos enteramos —si estamos cerca, como yo lo estuve— de que el marido de aquella señora joven no quiere que vaya a la peluquería. Personas desconocidas nos enteramos de esta pequeña infidelidad de la señora que descubre a los demás lo que encubre a su marido. El peluquero —esta vez era un peluquero— asegura que donde no hay confianza no puede haber armonía y que el marido es tonto; otra cliente pregunta que cómo va a ser posible a la esposa el disimular que su cabeza ya arreglada...

Junto al lavador de cabeza otra joven señora asegura al peluquero que su marido es un infame. Este caballero no vive con su esposa; el juez decretó la separación de cuerpos y bienes en conformidad con las disposiciones vigentes. La señora asegura que tiene derecho a percibir determinada cantidad de su esposo porque se porta bien. Portarse bien para esta señora es no hacer lo que hace su marido. Siguen luego detalles de la ínfima persona que ha suplantado el lugar de la joven señora. Habla tranquila riéndose; cuenta luego cosas de un gato o de un perro. Alguien mira a esta señora y se siente una secreta curiosidad por conocer a su marido, que no debe ser tonto.

El peluquero comenta luego la heroicidad de dos damas. Han venido de Cercedilla a Madrid nada más que a arreglarse. El día está perro para meterse al camino y una de las damas pasa de los cincuenta. Unas clientes comentan la heroicidad con rotunda admiración; a una joven aprendiz la cosa le parece un poco ridícula.

Casino donde se charla de cine, de modas y de novelas Pueyo. Confesonario donde se vierten las infidelidades ante personas desconocidas. A veces —cuando la peluquería es sólo de peluqueras— y es verano, las dientes suelen quedarse en combinación con entera tranquilidad. La combinación, como la conversación, suele estar adornada de buenos encajes, y la señora tiene un secreto y malsano interés en lucir tanto los encajes de su prenda interior como las florituras de sus cuitas de amor. Y así desgrana sin pudor alguno para sí ni consideración para sus semejantes, sus infidelidades o las ajenas, los chistes de sus niños o el arroz que come igual que exhibe sus encajes. Ese humilde pensamiento de que puede haber alguien a quien le moleste, por estética, verla en combinación u oírla hablar de su esposo y niños no entra en sus cálculos. La peluquería ha terminado con la velada intimidad o ha descubierto que la intimidad no existe para la mayoría de sus clientes.

**288. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Los estudios canarios en nuestra Universidad», *Falange, Las Palmas de Gran Canaria, 16 de febrero de 1952.* Publicado en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, con el título: «Una cátedra de estudios canarios», 2 de marzo de 1952. También publicado en *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 12 de agosto de 1952. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 107-109).**

Quiero suponer y hasta creer que, a todo el Archipiélago le interesa la Universidad de La Laguna, que lo es de Canarias. Hace muchos años que pensamos en

que el carácter de nuestra Universidad —por la índole geográfica de la región— es, como el de ninguna, específico. En mutua correspondencia, el país debe preocuparse por la Universidad y ésta por aquél. Han sido varias las ocasiones en que nuestro centro docente capital ha salido a la calle con cursillos de extensión universitaria o, como el pasado año, con un curso superior en el que tomaron parte profesores de diversas universidades españolas, gracias a la iniciativa del Dr. Navarro González, actual rector de la Universidad.

Pero los estudios referentes a Canarias han tomado ya un relieve notable dentro del campo de la investigación científica y literaria. Las generaciones positivistas del último cuarto de siglo pasado echaron los cimientos básicos de semejantes estudios. Junto a la labor alegre, empírica, de escasa probidad de varios investigadores sorprenden el rigor y seriedad de un Elías Zerolo, de un Luis Maffiotte y de acaso alguno más. Los nombres de la *Revista de Canarias* en Tenerife y los del *Museo Canario* en Las Palmas encauzaron con su actitud cohesionadora el esfuerzo más disperso y etéreo de las promociones románticas o de islotes señeros como Viera y Clavijo.

Las dos provincias actuales mantienen al presente los estudios regionales con un decoro semejante al de cualquier otra comarca española; aquellos días de los «cronistas de provincia», de los falsos documentos, de los inventados romances, de las citas equivocadas por mala fe han pasado ya a la historia inocente y si algún epígono de esta actitud queda, nadie se lo toma ya en serio.

Al grupo de investigadores de las islas se añade el de los canarios residentes fuera de ellas y aún el de los canaristas nacionales y extranjeros que hemos tenido siempre. Como hay ahora un doctor Wölfel, hubo antes un monsieur Berthelot o Verneau. Sin esforzarnos mucho encontraríamos en el campo de la historia figuras tan distinguidas como las de los doctores Serra Ráfols, Rumeu de Armas, La Rosa Olivera, Peraza de Ayala, Tabares de Nava y los señores Cullen del Castillo, Miguel Santiago, Benítez Padilla, Benítez Inglott, Darías Padrón. Las citas son enojosas por los involuntarios olvidos de quien escribe de memoria teniéndola muy mala.

En el campo de la lingüística aborígen son de gran interés los trabajos del doctor Álvarez Delgado; en el de la dialectología canaria de los doctores Max Steffen, Pérez Vidal y el licenciado Régulo Pérez; en los estudios literarios los de don Sebastián Padrón Acosta, Néstor Álamo y Lorenzo-Cáceres; en los artísticos el mismo Padrón Acosta, los de Tarquis, Darías Padrón; en los arqueológicos los señores Jiménez Sánchez, Diego Cuscoy y Hernández Benítez. Repito que sólo doy unos cuantos nombres al azar, sin agotarlos, a los que habría que unir el de algún científico propiamente dicho que labora en cuestiones geológicas o botánicas de la región.

Con este brillante plantel y muchos más residentes o no en las islas, canarios o no canarios, la Universidad podría ir pensando —con la ayuda económica de todos los cabildos insulares— en la creación de una cátedra de estudios canarios, pero no una cátedra fija de tal o cual materia que explicara esta o la otra persona, si no una cátedra abierta, sin titular. Un trimestre podría explicarlo un especialista en historia, otro, un especialista en literatura, arqueología, lingüística o botánica. Brindo la idea al joven y entusiasta rector, doctor Navarro, para que la estudie y lleve a cabo de la manera más conveniente. En la Universidad de Madrid va a incorporarse una cátedra de estudios madrileños, pero ninguna cátedra más necesaria en nuestra Universidad que la de estudios regionales. Desde la fundación del Instituto de Estudios Canarios en 1932 vengo sustentando esta idea y la necesidad de llevarla a la práctica; por eso me empeñé en que dicho Instituto funcionara anejo a la Universidad, pero tal organismo ha tenido mala suerte y quebró mis ilusiones. Hoy es una entidad casi fantasma y sin el vivo latido



que un grupo nutrido y con calor humano da a entidades que son siempre la expresión de un equipo y no de una sola persona.

Una cátedra de Estudios regionales acabaría de dar a la cultura de Canarias una consagración oficial y permanente a que tiene derecho a la altura de nuestros tiempos.

**289. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Una residencia canaria en Madrid», Falange, Las Palmas de Gran Canaria, 23 de febrero de 1952. (Papeles tinerfeños, 1972: 110-112).**

El Director de la Escuela Social de Madrid, nuestro paisano Francisco Aguilar y Paz, hace tiempo que tiene un proyecto que me ha expuesto días pasados.

Piensa Aguilar que la generación a la que él pertenece —son sus palabras— debe empeñarse en una obra que justifique su paso por la vida en misión de servicio a Canarias; el servicio que a las Islas debe hacerse no es en ellas mismas sino aquí, en Madrid.

Los proyectos de una casa canaria los han alimentado varias promociones que nos han precedido; han fracasado todos. ¿Dificultades geográficas? ¿Carácter aislante de cada *continente en miniatura*? ¿Por qué casi todas las regiones tienen su casa en Madrid y afianzan así su personalidad de provincias y Canarias no? ¿Es más insociable el canario que cualquiera otro español?

Con exactitud no podríamos contestar a estas preguntas, pero sí podría responder que una casa regional canaria que se utilizara para dar bailes los días festivos, reunir sus socios o jugar a las cartas o al ajedrez, o a veladitas literarias más, o menos cursis, no sirve absolutamente para nada, porque sitios de este jaez los hay en legión por Madrid.

Lo que Aguilar defiende con muy buen sentido es la creación de una Residencia canaria, la instalación en un buen local de una entidad que acogiera y vigilara a los becarios de todos los Cabildos insulares; que tuviera dependencias para celebrar exposiciones de artistas canarios en Madrid y conferencias de interés regional. En este local podrían alojarse las representaciones de Cabildos y de casas exportadoras canarias, que instalarían sus oficinas allí donde también se expondrían, para su venta, calados, tabacos y otras producciones de las islas.

Los becarios de los Cabildos están dispersos por ahí ayudándose a mal vivir con las pesetas que les dan al mes. ¿No sería mejor tener menos becarios? Quizás una selección más rigurosa sería necesaria. No basta ser pobre para solicitar una beca. Es preciso ser trabajador, inteligente y tener deseos de hacer cosas en la profesión que se elija. Hay demasiada gente que estudia una carrera con la que después no sabe qué hacer. En todas partes y en España también hay demasiados profesionales en tanto que los oficios manuales se están quedando sin obreros. Hay abogados en cada esquina y se ve uno amargo para encontrar un fontanero que arregle un grifo cuando hay precisión de ello; se ha perdido el sentido del virtuosismo artesano y casi nadie tiene estilo para hacer una obra manual; la chapucería y la desidia rigen en la construcción de una casa, en una instalación cualquiera o en la confección de una prenda de vestir. Hay gentes mediocres para el estudio, que podrían ganar un dineral de mecánicos, y se empeñan estúpidamente en ser abogados o licenciados en la primer carrera que se les ocurre.

Lo que los Cabildos deberían procurar es ayudar a personas inteligentes y esforzadas que desean y luchan por obtener una carrera que aman por *vocación* e ir a la caza de esas criaturas que se han malogrado y malogran porque nadie les ha echado una mano y una ayuda; acogidas bien en una Residencia como la que proyecta Aguilar, darían su rendimiento pleno. En este hogar los artistas canarios tendrán solucionado el agobio de pagar una galería de exposiciones que es siempre costosa y el productor y

exportador podría actuar mancomunadamente en grupo, lo que facilitaría su eficacia oficial ante los organismos del Estado.

Poner en práctica tan buen proyecto no será nada fácil, porque una empresa de esta índole supone mucho dinero; si los Cabildos y los exportadores se pusieran de acuerdo y, sobre todo, si hubiese personas capaces de lograrlo y llevar sobre sí el firme empeño de realizar la fundación de esta Residencia canaria que proyecta Aguilar, una generación habría justificado con creces su existencia.

**290. «Artistas canarios para el museo municipal», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 24 de febrero de 1952.**

Estábamos una tarde un amigo y yo con un escritor madrileño en la antigua plaza de la Constitución. El escritor era, además, catedrático y erudito, muy enterado en cosas de arte. Nos dio vergüenza llevarlo al Museo Municipal y no lo llevamos.

¿Para qué sirve nuestro Museo? ¿Es que no estimamos el esfuerzo de sus organizadores? Desde luego que sí, que los señores Tarquis y Robayna cuentan con nuestra admiración, pero nosotros queremos hoy ya un Museo que sirva, un Museo que tenga sentido en Santa Cruz.

Como todos saben, las salas de arqueología son prácticamente inútiles; las piedras están cambiadas y donde pone una cosa es otra. A veces no pasa nada. Objetos amontonados no sirven ni para la investigación, ni para ser exhibidos. Las bellas colecciones de mariposas estaban hace años en estado lamentable de conservación; allí, por buena voluntad que exista, la gente no entiende de nada y paremos de contar. Pasando lo que sirva del Museo Arqueológico que pudiera organizar el Cabildo y las colecciones a algún centro documental —si no las tiran— cumplirían mejor función que la actual, a menos que el Ayuntamiento quisiera organizarlo en serio, cosa que dudo.

Pero las salas de escultura y, sobre todo, de pintura son ya otra cosa.

Nos han mandado al Museo municipal una serie de obras mediocres —si se exceptúa algún ejemplo—, desechos que el Estado envía a las pobres provincias que no pueden lucir Goyas ni Grecos. Ni el aprendiz de pintor, ni el simple aficionado al arte insular puede aprovechar nada viendo semejantes medianías; si turista que viene de los museos europeos o americanos no nos atrevemos a llevarlos. ¿Para qué sirven esos cuadros?

No me siento iconoclasta. No digo que todos son malos; no aconsejo que sean quemados, lo que sí me gustaría hacer con ellos es algo que, desde luego, no se hará; primero, separarlos cuidadosamente de los ejecutados por artistas regionales o avecinados muchos años en las islas, y, todos los que no sean obra de estos últimos, cederlos en calidad de préstamo a los centros oficiales, docentes y Ayuntamientos de la isla. Viste bien en el salón de actos de un centro o Ayuntamiento un Muñoz Degrain o un Gómez, pero juntos tienen poca eficacia.

En cambio, organizar unas galerías de artistas exclusivamente regionales desde un Quintana hasta un Óscar Domínguez, sí que tendría sentido. El hijo del país contaría con una permanente muestra de lo que ha sido la pintura en Canarias y el turista vería aquí lo que no encontraría agrupado en otro lugar. La modestia de unos artistas tendría plena justificación al lado de unos cuantos nombres canarios que han alcanzado renombre nacional. El espacio que dejara disponible esa caterva de cuadros segundones o tercerones podrían ser ocupados por los que de una manera inteligente se fueran adquiriendo por compra o donación. Acaso podría llegarse a una sala de pintores primitivos —que en Canarias serían del XVI y XVII, esos pintores de vírgenes y santos en su mayoría—, a una sala de Luis de la Cruz, Valentín Sanz, Rodríguez Botas, de

bodegonistas modernos, de acuarelistas, etc., sin olvidar otra de escultores canarios o residenciados largo tiempo en Canarias.

Como las pobres ordenanzas municipales no saben una palabra de lo que hay allí, una guía bien hecha con introducción general del arte plástico en Canarias y explicación de cada cuadro bien numerado, colocado y clasificado, y unas correctas horas de visita, servirían al visitante de mucho; él se enteraría de lo que hay en el Museo y de lo que es el arte en Canarias y el país cumpliría exhibiendo unas obras que sólo en él podrían verse. Porque lo que el viajero necesita ver en cada región es lo privativo y originario de ella; para ver un Muñoz Degrain o un Gómez o Pérez no se mueve.

Ya sé que las cosas seguirán como están y que acaso el Museo no pueda traspasar lo que tiene en calidad de depósito, lo que sí sé es que tenemos un Museo Municipal mediocre y sin una buena guía que al menos deje ver al visitante los Valentín Sanz, los Rodríguez Botas, los Alfaros y alguna otra cosa modesta que hay, pero que tiene sentido exponer porque son nuestras y ofrecen la dignidad de un esfuerzo plenamente justificado en una exposición de conjunto. Así como están expuestos tampoco sirve de mucho.

**291. «Don Luis de la Cruz detrás de un piano de cola», *El Día, Santa Cruz de Tenerife, 26 de febrero de 1952.* (*Papeles tinerfeños, 1972: 248-250. Todos los que están fueron.* Tomo I, 2008: 387-389).**

En una ocasión que hablaba con un viajero llegado de lejanas tierras me dijo que había encontrado a un canario vecindado en el Japón. Sabido es que la escasa capacidad de curiosidad del español da lugar a que sea poco viajero comparado con otros pueblos; las características del español de Canarias adoptan un matiz peculiar, como en todas partes hay gentes que no se mueven de sus islas, que apenas si conocen la isla en que viven, y otros hay que las visitan todas.

Las deficiencias económicas cuando se agudizan determinan esas emigraciones casi en bloque que se hicieron primero a Cuba y ahora a Venezuela; pero no es de estas dificultades ni del espíritu migratorio que, como el gallego, posee el canario, de lo que quiero escribir, sino de esos ejemplares de canarios que se van o que viven para siempre en el Archipiélago.

Esta característica de los que se marchan o de los que se quedan determina que si el canario emigra pronto, casi hasta pierde su condición de tal y entonces se queda con esos parientes ilustres o ricos de los que presumimos, pero que no nos hacen maldito caso. Ángel Guimerá salió en la niñez de su ciudad natal, Santa Cruz de Tenerife, y, tan adscrito a las letras y la cultura catalana está, que catalán es y no otra cosa. Los Iriarte, ya sea el tío don Juan, ya los sobrinos Bernardo, Domingo o Tomás — el más célebre de todos—, aunque nacidos en Tenerife, la verdad es que de tinerfeños nada tienen; de otro hijo ilustre del Puerto de la Cruz, Agustín Béthencourt y Molina, el gran ingeniero educado en Francia y residente en Rusia podríamos decir lo mismo. Benito Pérez Galdós salió de Las Palmas en su primera juventud y a sus islas no dedicó una sola página; Madrid es el centro y punto de mira de la literatura galdosiana.

Pero no renunciamos a nuestros hijos ilustres; a medida que son más ilustres nos hacen menos caso, nos recuerdan con bondadosa condescendencia, pero nada más; probablemente no hemos hecho nada por ellos como los parientes no hacen nada por el miembro ilustre o rico, como nos gusta darnos importancia con el pariente de calidad y hasta acercarnos a su mesa, si es rico, aunque jamás le brindamos cinco duros en sus épocas de vida precaria.

Así hemos de seguir siendo y la cosa jamás tendrá arreglo. Yo seguiré teniendo una alegría cada vez que un canario que ha rebasado las fronteras isleñas y afianza su

personalidad española. Creo que el máximo valor de las islas es dar hombres a España con categoría nacional. Siempre que paso por el convento de la Encarnación madrileño recuerdo las misas que en él decía Viera y Clavijo; cerca de la iglesia de San Sebastián la tertulia de la Fonda me trae la presencia de Tomás de Iriarte, pero mi sorpresa de estos días ha sido de las más alegres. Visitaba la exposición de Vicente López (1772-1850) y admiré el espléndido retrato de Narváez en el poder que dos años antes de morir el pintor hizo al espadón romántico; salí luego al Museo Romántico —donde estaba instalada— y cuál no sería mi gusto al topar en una de las salas con un paisano ilustre.

Son un encanto las salas del Museo Romántico; desde los días que motivaron las páginas bellísimas de Ortega en *El Espectador*, el Museo Romántico madrileño ha mejorado su instalación. Muebles y objetos de la época, cuadros y salones con techos diestramente decorados y detalles del más exquisito gusto ambientan un edificio primoroso con un patio interior muy de La Laguna o de Las Palmas al que entintaba de gris melancolía la primera nieve del invierno.

De pronto, al fondo de una hermosa y bella sala isabelina, un majestuoso piano de cola de color corinto con filos dorados de bronce afianzaba su presencia de mueble caro, lujoso y muy de los tiempos, donde Chopin o un chopiniano pudo desgranar las delicadezas de un nocturno. El examen del bello instrumento nos hizo darle la vuelta; en el testero de ese fondo un gran cuadro que representa a Fernando VII detuvo en él la mirada. Está el «Deseado» envuelto en una gran capa roja, con atuendo y magnificencias reales. El retrato es bueno, brillante y su firma motivó mi alegría: don Luis de la Cruz y Ríos.

El Puerto de la Cruz ha sido afortunado en la lotería de los hijos ilustres de Canarias con valor nacional. Gran miniatura de don Luis y en Madrid lo llamaban, sin más, «el canario». En casa de don Leopoldo Cologán —la bella finca de La Paz en el mismo Puerto— vi un retrato firmado por don Luis en 1800; en varias casas tinerfeñas existen del que fue luego pintor de Cámara de Fernando VII. Verlo en el Museo Romántico al lado de un Castillo, de un Madrazo o de un Vicente López da la misma alegría que da al pobre diablo ver alternar a su primo con señores ilustres.

**292. «Bibliotecas insulares», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 29 de febrero de 1952.** (*Papeles tinerfeños*, 1972: 190-192. También publicado en *Imagen de María Rosa Alonso*, 2007: 47-48).

Entonces bajaba yo todas las tardes de La Laguna a Santa Cruz. Iba a leer periódicos a la Biblioteca Municipal, allá por 1937. El almuerzo había que hacerlo temprano, a las doce, para tener tiempo de estar a la una —que se abría la Biblioteca— hasta las cinco. La Biblioteca se cerraba a esa hora. Me iba entonces a ver al viejo don Blas González, el famoso «Marcos Pérez», ingenioso como nadie, o, cuando me avergonzaba molestarlo, daba vueltas por el viejo Santa Cruz a buscar el foco donde prendió la fiebre amarilla de 1862 por la calle de San José, por la calle de Canales, por la del Sol, por la de Cruz Verde, por la de San Pedro Alcántara...

Volví a las siete de la tarde, que tornaba a abrirse la Biblioteca, hasta las nueve, que se cerraba hasta el día siguiente. Disparatadas horas, cómodas para los funcionarios, sin duda, pero establecidas por quien no tiene la menor idea de lo que es un servicio de biblioteca. Así consulté muchos periódicos del siglo XIX en la Biblioteca Municipal, clara y limpia, verdad es, con un fondo musical de no sé qué ensayos cercanos, pero que ambientaban aquellas inolvidables tardes tibias de Santa Cruz en la deliciosa Plaza del Príncipe, donde la Biblioteca está.

Una de aquellas tardes me pidió ayuda el bueno del ordenanza —amable y formal como él solo— porque debió pensar que mi asiduidad me daba un quehacer en la

casa. Una dama extranjera solicitaba literatura referente a Canarias; sólo hablaba francés, pero leía español. Era de Letonia y se llamaba Leonora S... No recuerdo desde aquí —escribo en Madrid— el apellido. Le ayudé como pude, pero si bien me alegró la pregunta que me hizo acerca del Instituto de Estudios Canarios, me apenó que tal entidad no tuviera local propio y, sobre todo, que la Biblioteca no tuviera un Catálogo de libros canarios y referentes a Canarias.

De entonces a ahora han mejorado las cosas y sé que existe ya un Catálogo de autores; no sé si los libros relativos a Canarias tienen fichero aparte. Lo que sería de gran eficacia es que el Ayuntamiento publicara un Catálogo de sus libros y, más aún que encuadernara los periódicos y estableciera una Hemeroteca Municipal. Los periódicos son el documento a veces único de nuestro encantador siglo XIX, pero nadie parece darse cuenta de ello. En el siglo pasado y hasta en el presente los falsos eruditos de la fecha y la partidita de bautismo solían llevarse el número que les interesaba o recortaban con toda tranquilidad el suelto que les convenía con lo cual, los muy estúpidos, dejaban sin testigo sus afirmaciones.

Al erudito o investigador inteligente lo que le interesa es que el periódico o documento se conserve para que los demás no digan que lo inventan. Si destacamos como ejemplos de probidad en las Islas a un don Luis Maffiotte, a un Elías Zerolo y algún otro, que no recuerdo de momento, los investigadores del siglo pasado y aun ciertos del presente son tan descuidados en sus afirmaciones que hay que cogerlas con suma reserva, y rara es la cita que venga bien a la hora de comprobarla. Se escondían libros y documentos unos a otros, ingenuidad ridícula que aún conservan ciertos estudiosos romos pueblerinos que, carentes de originalidad creadora o yermos de elegancia personal, pretenden ser únicos en la posesión de bienes materiales ya que espirituales no los tienen.

Vamos a inaugurar cursos de extranjeros y queremos turismo y agasajar a los visitantes inteligentes que vengan a la isla, pero no se nos ocurre ir organizando entidades de genuina significación regional.

Sabido es que la antigua Biblioteca provincial, situada en el viejo convento agustino de La Laguna, es hoy universitaria. Si alguna vez se termina el nuevo edificio, la Biblioteca será trasladada. De indudable comodidad para el estudioso de nuestras cosas es que en el actual local quedaran todos los libros referentes a Canarias y que se organizara allí una Hemeroteca; a veces los periódicos están en el suelo y había allí hace poco un abandono que daba lástima. El actual bibliotecario está solo, sin un mero ordenanza que sirviera los libros y es natural que últimamente lo que allí ocurriera fuese lamentable. No sé si se habrá remediado ya aquello.

A las órdenes del bibliotecario un grupo de estudiantes becarios del Cabildo y Ayuntamientos podrán hacer un fichero separado del general —que, por cierto, no se lleva al día— de todos los libros y folletos referentes a Canarias. Una vez hecho podría editarse por la Universidad para conocimiento y utilidad de todos.

Cuando alguna autoridad universitaria me hizo caso, se encuadernaron, a instancia privada mía, varias colecciones de periódicos; pero después tan útil empresa se suspendió y el polvo y el abandono sentaron sus reales en el local destinado a guardarlos.

Si los llamados a interesarse por una buena biblioteca de Canarias en Santa Cruz, por otra en La Laguna y dos Hemerotecas decentes en ambas ciudades quisieran preocuparse por ellas, sería una labor menos vistosa y útil que un estadium, claro, pero atestiguaríamos la dignidad de nuestra personalidad cultural que, es justamente —y no el estadio— lo que nos da un carácter y una fisonomía.

**293. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Artistas canarios en la Bienal», Falange, Las Palmas de Gran Canaria, 11 de marzo de 1952.**

Sin duda alguna que el acontecimiento del máximo relieve artístico de la temporada otoño-invierno últimos ha sido la primera exposición bienal de arte hispanoamericano, que en el domingo que escribo acaba de clausurarse en Madrid. Se ha hablado bastante ya de ella y de sus aciertos y limitaciones. Loable acierto el de sancionar oficialmente un tipo de pintura hasta ahora no oficial; criterio amplio en virtud del cual el pintor académico ha exhibido su obra en el mismo certamen que el pintor abstracto, y demostración viva de que, cuando el académico y el abstracto son artistas mediocres, sus cuadros lo son también.

La falta de un local extenso que albergara toda la obra expuesta y el exceso de cuadros diluyó innecesariamente el sentido de esta primera bienal, los tres locales: Museo de arte moderno y Arqueológico (en el edificio de la Biblioteca Nacional). Palacio de exposiciones y Palacio de Cristal en el Retiro dieron lugar a castas y resentimientos entre los artistas; la excesiva admisión y a veces la exhibición de más de dos obras de un expositor dio una impresión de cansancio al visitante, que se desesperaba sobre todo con los defectuosos catálogos de los locales del Retiro, para ir a los cuales en este invierno se ha precisado de una heroicidad artística grande en unos edificios inhóspitos, helados e incómodos.

En el edificio de la Nacional se exponía la pintura de los países hispanoamericanos y los que pudiéramos llamar «grandes de España» (pintura, escultura y arquitectura); en el de Exposiciones, pintura de españoles con tendencia a «las provincias», y en el Palacio de Cristal, el resto de la pintura y además, acuarela, dibujo y grabado. El no haber llegado al mismo tiempo todas las obras determinó su difícil colocación y su inadecuación con los catálogos, que resultaban verdaderos rompecabezas.

Quizás una exposición previa entre todas las provincias, habría dado una selección más rigurosa de obra para la Bienal; lo cierto es que con sus limitaciones y aciertos ha servido para remover el mundo artístico español. Acaso al no haber estado los países americanos representados por las figuras más señeras se deba que la obra española haya sido la de más calidad —en general— en lo que a primeras figuras se refiera; esperemos que la segunda bienal subsane deficiencias, después de todo, naturales en una organización tan compleja como ésta lo ha sido.

¿Y nuestros artistas canarios? Perdidos casi todos entre los expositores de las otras provincias y los restos de pintores madrileños que no cupieron o no se pudieron colocar entre «los grandes», era difícil encontrarlos en el Palacio de Exposiciones y en el de Cristal. Con un catálogo defectuoso y una mala memoria temo olvidar a alguno.

Con categoría de pintores nacionales o sea entre «los grandes» estaban en el Museo de Arte Moderno Juan Guillermo con sus paisajes urbanos madrileños, Gregorio de Toledo, de fina factura, con su pintura religiosa, y una *Cabeza de mujer*, del gran escultor Plácido Fleitas. José Aguiar expuso, fuera de concurso, un cuadro religioso de grandes dimensiones, que no ha gustado mucho.

En los edificios del Retiro estaban José Sixto Fernández del Castillo, Juan Ismael González, Alfredo Reyes Darias, Antonio García Rodríguez, Antonio Servando, Manuel Millares, Carlos Morón, Martín González, Manón Ramos, Pedro de Guezala, Eva Fernández, Mariano de Cossío, Carlos Chevilly y Rubén Cabrera por este orden de salas, en el Palacio de Exposiciones.

Mariano de Cossío, al que incluimos en nuestro grupo sólo por razón de residencia —no por su nacimiento ni por su obra castellanísima—, expuso, además del retrato de Hernández Rubio, su Cristo en el Palacio de Cristal y en el que han figurado

también Santiago Santana, José Julio Rodríguez, Antonio Torres, Manuel López Ruiz, Alberto Brito, Mario Baudet Oliver, Juan Davio, Enrique Sánchez, Ernesto Beautell y José Bruno.

Manuel Millares, Juan Ismael, Martín González y Chevilly expusieron también otras obras en el Palacio de Cristal.

Entre los acuarelistas estaban el ilustre Francisco Bonnin, con una estupenda obra «Nieve en Las Cañadas», aparte de otras dos; Bonnin Miranda, González Suárez y Pedro del Castillo Olivares; entre los dibujantes sólo recuerdo un retrato del escritor Padrón Acosta, debido a Alonso Reyes Barroso.

Ausencias notables como las de don Nicolás Massieu, Jesús Arencibia, Gómez Bosch y algunos más no dieron, por tanto, una visión plena del arte en Canarias; de los escultores, sólo una pequeña obra de Fleitas. Para una significación del arte en las Islas y para un feliz éxito de nuestros artistas la verdad es que la exhibición dispersa de sus obras no creo que haya servido de mucho.

**294. COLABORACIÓN. «Un poeta para la Plaza de la Antigua», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 16 de marzo de 1952. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 207-210).**

Recordar es abrir una puerta; la puerta de un aposento, donde, con perfume de flores secas, puede salir el pasado. Ahora, en una real y efectiva habitación de una casa madrileña, se acaba de abrir una puerta y salen por ella visiones lejanas, sentimientos vividos hace sabe Dios qué tiempo. Pertenece este repertorio heterogéneo a la ciudad, que fue luminoso presente para mi niñez aplicadita y seria, pero sencilla y sin graves complejos, como se dice ahora.

Se limita la bocanada de pasado que, de pronto, me ha sobrevenido, a la Villa de Arriba, al Lomo de la Concepción, a la plaza del Dr. Olivera —creo que aún entonces de la Antigua—, a la embocadura norte de la calle Herradores, con su nombre de gremio medieval, que se llamó de los Mesones en el siglo XVI.

He leído que la feliz iniciativa del ilustre Leoncio Rodríguez ha tenido cumplido término y que los bustos de los poeta Manrique y Perera tienen su sitio en la plaza del Adelantado. Abrigo la ilusión de que, de haber estado en La Laguna, acaso pude haber logrado con mi admirado amigo que el busto de Perera se emplazara en la vieja plaza de la Antigua, junto a la de la Concepción y frente a la casa que vivió siempre el poeta y en la que murió. Los de Villa Arriba y mis buenos amigos de San Benito quizá lo hubiéramos visto mejor así y sin duda Víctor Núñez, que tantos años ha sido dueño de aquellas esquinas, limadas, al filo de ventoleras madrugadas, por tantas vibrantes folías como le han salido de la garganta.

Sé que Leoncio ni nadie habría tenido inconveniente, y así cada plaza lagunera iría teniendo su poeta. En la del Adelantado debió emplazarse, como una fragante y viva planta, el busto de Manuel Verdugo, que habría recordado el inmediato lugar en que vivió tantos años, pero no es cosa de discutirlo ya y al fin Verdugo preside un rincón de la vega «nocturna y solitaria» y Perera está en la plaza que cantó el excelente poeta modernista Domingo Juan Manrique, el emplazamiento de cuyo busto allí sí que es un acierto, pues el poeta podrá evocar eternamente la plaza que fue «plaza de sus amores».

Tengo gran admiración por la plaza del Adelantado, pero me lleva una ternura viva a la sencilla plaza de la Antigua, donde discurrió mi niñez a partir de los nueve años.

Guillermo Perera, el «Don Guillermo» que matriculó mis primeros años de bachillerato, vivió y murió en una casa de la plaza de la Antigua, la casa de los Perera. Delgado, creo que no muy alto, con su sombrero negro y su traje gris salía de su casa, cruzaba la plaza de la Concepción, la calle de la Rosada, el primer tramo de San Agustín

y entraba en el Instituto; miraba el patio que era para Unamuno «un encanto», veía la blanca y amarilla cacaatúa, daba los buenos días a Paco el portero y, si estaban, a Herrera o a Julián. Todos han muerto ya. Yo iba detrás con mi Geografía de Zabala y mis trenzas largas, sin estas odiosas gafas todavía. Don Guillermo entraba en Secretaría para despachar papeles y pegar pólizas y yo entraba en la clase de don Adolfo.

Tiene la placita de la Antigua sus flores y desde ella pudo el poeta Perera dominar, en busto, su casa y el trasiego incesante de viajeros.

Un poeta en los dominios de la plaza, mentidero campechano de la Villa Arriba, entonaría el casticismo lagunero de aquellos contornos. Todavía alguna casona y ciertas casillas traen un aire antiguo de vida fresca antes y marchitada ahora por las humildes rúas del Tisón, Candilas o San Antonio.

Entre la calle de los Mesones y Juan de Aguirre —Herradores y Empedrada, hoy Marqués de Celada— tuvo la abuela de Antonio de Viana su casa —que entonces eran «casas»—; imaginamos por allí la niñez y adolescencia del poeta; más tarde, mucho más tarde, creemos ver pasar un hombre por aquellos lugares hacia el Puerto de la Cruz para embarcar en 1732. Ha estado escondido en La Laguna —¿sabe Dios en qué casa!—, pero escapó el Vizconde don Cristóbal por la boca de la vieja plaza para alcanzar el camino del norte; viandantes menos ilustres, arrieros rociando el aire de juramentos, carros de romeros, mujeres a pie con cargas de «rosetas» —el bello encaje de Tenerife—; un trasiego incesante de viajeros ha cruzado cuatro siglos y medios la plaza. A la plaza de la Antigua iban mis pasos niños junto a otros mayores: todavía en la calle de Candilas, en la casa de Francisquita, se hacían unos pasteles maravillosos, inolvidables. Tomados en la Nochebuena de las también maravillosas e inolvidables manos maternas tenían un sabor único.

Al fondo de esta plaza vivían unas personas entonces alegres, simpáticas: la familia de don Pancho Fajardo, del que apenas recuerdo su verde sombrero y su jovial sonrisa. Caminaba deprisa, como deprisa caminaba don Ramón Matías, el viejo. Aún recuerdo las folías de la pobre Amparito Fajardo, muerta en plena juventud, y aquellas dádivas casi diarias de doña Candelaria Izquierdo, tan noble y generosa, que surtía mi gusto por los «manises». Todos han muerto ya; todos han entrado en el panteón del pasado. Ahora son nada más que recuerdos, olor de rosas, de telas dobladas, de abalorios guardados, cuyo perfume se expande por la entreabierta puerta de mis recuerdos infantiles sin trascendencia, desde luego, lo concedo, pero unos detrás de otros componen una suma de vivencias íntimas y sentimentales que, al correr del tiempo, dan una pátina emocional a la Villa de Arriba, a la plaza de la Antigua. Algún espíritu rezagado, de esos que hacían mover las mesas de tres patas en las tertulias finiseculares, dijo haber visto a Guillermo Perera, ya muerto, rondar por el patio de la casa. Hubiéramos querido verlo en efigie de bronce o mármol presidiendo la placita alta y viendo pasar, indefinidamente, el río incesante que la vida hace correr por la vieja plaza de la Antigua.

Pero no están los tiempos para desandar los caminos, y lo hecho, bien está. Nunca agradeceremos bastante a Leoncio Rodríguez iniciativa tan generosa y espiritual como la que él y todos hemos tenido la ocasión de ver realizada. La plaza de la Antigua, con todo, no puede quedarse sin su poeta. No hay un retrato de Antonio de Viana; del grabado de la edición príncipe del *Poema* ideó el poeta Manrique —ejemplar calígrafo y dibujante—, su retrato ideal para la última edición de la obra citada; sería, pues, difícil esculpir un busto de Viana para colocarlo allí, pero, con todo ello, creo que mirando la idea con cariño, un monumento que recordara al cantor de Tenerife y de La Laguna podría levantarse en la inolvidable plaza de la Villa de Arriba.



**295. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Dalí en España», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 18 de marzo de 1952.** Reproducido en *El Día* del 23 de marzo de 1952.

La vigencia española del pintor Dalí se ha visto patente estos días en que treinta y dos de sus obras han sido expuestas en el local de los Amigos del Arte, instalado en el edificio de la Biblioteca Nacional. Es curioso que, amén de las exposiciones que se organizaron como adscritas a la Bienal, las dos más interesantes — puede que más que la Bienal misma— hayan sido la de los maestros precursores de la actual pintura española: Bernate, Echevarría, Gimeno, Iturino, Nonell, Pidelaserra, Regoyo y Solana, que se exhibieron en el mismo local de Amigos del Arte, y ésta del «sucesor» Dalí, el singular pintor español que, como Picasso, Miró, Cossío, o el muerto Juan Gris, ha pasado a la categoría de internacional.

Un público diverso se ha apiñado, con una frecuencia que impedía examinar a placer, ante la obra, de Dalí, como no se fuese temprano a hacer cola en el incesante hormiguero humano. Unos vituperaban al pintor y decían verdaderas estupideces de su arte; para otros era un Durero actual. Comentarios había para todos los gustos y era curioso perderse entre el apretado público para oír las opiniones de los jóvenes intelectuales, de las chicas universitarias, de los señores graves, de las señoras con sombreros de pluma.

De la obra de Dalí ya ha dicho la crítica solvente su autorizada opinión. Se han sonreído los suficientes del «descubrimiento» que en España se ha hecho «a estas horas» de Dalí; otros censuran su histrionismo exhibicionista, su reaccionarismo clásico y tráfuga del movimiento surrealista. Creo que, salvando las distancias y los momentos, este vivo diálogo que discute con calor el arte de Dalí habrá sido semejante, o de la misma significación, al de los que discutían el tamaño de las alas de los ángeles del Greco, sus figuras alargadas y esa factura suya que todavía hacía escribir a Teófilo Gautier en el siglo pasado en su *Viaje por España* que era el Greco «pintor extravagante y singular». De la pintura negra de Goya se dijeron cosas parecidas.

Los paños rojos y la luz sobre los óleos, según deseos del propio pintor, daban un movimiento de liturgia a la exhibición del Cristo y la madona de Porf-Lligat. El Cristo, en concepción triangular sobre el paisaje marino, está visto desde arriba —todos lo saben— como pudieron verlo unos ojos humanos desde el cielo. La cabellera —más corta que la del tradicional Nazareno— cae hacia abajo y el maravilloso cuerpo amarillo, amasado de color y luz, se sostiene en una pesada cruz, sin clavos, que sujeten los miembros divinos y sin apoyo terreno en la base del santo madero.

Dalí, en su original concepción del Crucificado, ha invertido el orden del paisaje, la figura y el punto de mira a ésta. El paisaje está abajo, porque el Dios humanado está en las alturas y a Éste se la contempla con mirada de arriba, con mirada más divina o al menos celestial, que humana. A estas dos alteraciones en la tradición pictórica del Crucificado se le añade la alteración de lo ingravido de la pesantez. Todas las figuras de Dalí pesan, son formas concretas, cerradas, clásicas, pero, sin sostén en la tierra. Utilizando los términos dorsianos son las suyas formas pesadas que vuelan y eso es lo que produce una desazón en su impresionante madona: flotan masas fragmentadas del tabernáculo, no se fija la Virgen en su asiento ni el Niño, en el santo regazo; ni la cesta, el pez o la rosa en el altar; y todas las formas, no obstante, lo son para el reposo, porque su volumen es casi arquitectónico.

El viejo demonio o la serpiente a los virginales pies está aquí substituido por el rinoceronte del materialismo, también debajo del asiento divino. El pez cristiano, la rosa mística, la espiga que germina y fructifica en vertical línea con el huevo de la resurrección, que pende de la concha bautismal, completan como símbolos accesorios las sedentes figuras. La transparencia de las divinas entrañas unidas, representadas en el

crystal por el que pasa la luz, simboliza asimismo el divino misterio. Quizás el público que aplaudía los autos sacramentales de Calderón y admiraba la pintura del Bosco —en la que Dalí se ha inspirado varias veces— no encontraría ininteligible la simbología daliniana. Hoy se profesa, entre los católicos, un desconocimiento de la liturgia que asusta y las gentes no ya es que no entiendan nada de nada, pero ni quieren entender y, lo peor, presumen de no entender.

Dalí ha hecho posible el injertar las formas y los temas clásicos —cristianos y paganos— con el concepto actual de la pintura; como los ángeles que él concibe, primero en larvas embrionarias, que se transforman después en ángeles puros, su pintura del momento da la impresión de una evolución y de un resultado y no de un mestizaje. Sus limitaciones y defectos han sido ya apuntados y no voy a repetirlos, pero la pintura de Dalí como espectáculo y como espectáculo impresionante ha sido el acontecimiento más vivo de la última hora española. El genio nacional con sus aristas sorprendentes o extravagantes —como quiera verse— continúa eternamente vivo y reapareciendo a grandes galones en las naturales espaciadas presencias con las que el genio nacional aparece.

**296. COLABORACIÓN. «Ernesto Castro Fariñas, de Tacoronte», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 19 de marzo de 1952. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 225-228).**

Un día, al lanzar un reproche público a un valioso tacorontero, Antonio Dorta, en el homenaje que le tributamos sus amigos y admiradores, hice a mí misma extensiva la censura: ni él ni yo jamás hemos dedicado una línea a Tacoronte, nuestro encantador pueblo natal.

Posee Tacoronte una de las campiñas más hermosas de la isla; fue cabeza de clan o reino guanche y, según Antonio de Viana, su rey se llamó Acaymo. Una vez dice Antonio el poeta que el mencey tacorontero se llamaba Acaymo Daniega; era sobrino de Beneharo de Anaga y padre de Tejina, la esposa de Tegueste. ¿Se trata de invenciones malabares del mozo lagunero? Si el lector es exigente, puede dudar; si es amante de ilusiones poéticas, lo más comfortable es aceptar semejante parentela y no indagar si el poeta sacó los nombres de estas personas indígenas de los pueblos respectivos, o los citados guanches bautizaron con sus nombres esos lugares.

El dominico Alonso de Espinosa, tan fiel y atento en la búsqueda de toda noticia sobre los guanches, a quien llama Acaymo es al mencey de Güímar, pero Viana, no; el joven poeta lagunero cavila poco: cada mencey tiene su nombre, cada infanta y cada príncipe, el suyo. Cada batalla su número exacto de muertos y de heridos, todo en él está anotado, precisado y contado. Su labia poética ha sido tanta que ha embrujado a un hombre tan listo, pero tan bueno, como al venerable Rodríguez Moure. Todavía en 1905 el excelente Moure escribe que la obra de Viana desde el punto de vista histórico es «cristal purísimo».

Para Antonio de Viana, pues, el mencey de Tacoronte se llamó Acaymo. El poeta Guillermo Perera, con ese natural derecho que poseen siempre los poetas, usó de la misma libertad con la que Viana dio ejemplo a los vianistas: el Acaymo de Guillermo Perera tuvo amores con la bella Cirma; el poético lugar que enmarcó sus requiebros fue «La fuente de la selva».

Antonio de Viana hace morir al mencey Acaymo en la batalla de la Victoria a manos de Lope Hernández de la Guerra. Por no haber leído los historiadores posteriores con calma el *Poema* vianesco han estado escribiendo que Acaymo se entregó a los españoles con otros menceyes vencidos; pero tal amalgama forma nuestra historia de aborígenes con la poesía, que preferimos para unas páginas de fervor ilusionado por

nuestro pueblecín el cuento poético al rigor histórico. Estamos aquí, a Dios gracia, exentos de la responsabilidad de un libro erudito.

Tuvo por consiguiente Tacoronte su mencey Acaymo. ¿Habitaría este príncipe en la llamada «cueva del Rey», que está en ese barranco situado entre Guayonje y el Risco de los loros? Apenas si me acuerdo de nombres, pero el barranco lo tiene presente mi retina. ¿Sería el mencey tacorontero pescador?

Es probable que se alojara alguna vez en el «Risco de los guanches», a menos que destinara sus cuevas a necrópolis. Me sabía cada cueva de memoria. He subido y he bajado ese risco y el de Guayonje, pero he de confesar que, más que a pie, sobre el hombro de algún mocetón fornido cuando tenía mis cuatro o cinco —y hasta seis u ocho— añitos en el cuerpo.

La maravillosa y alta costa de Tacoronte daría letra a muchas páginas, que acaso escriba alguna vez. Desde los días de Viera y Clavijo es Tacoronte lugar de labradores: todavía en la Geografía del benemérito don Juan de la Puerta Canseco figura como único hijo ilustre tinerfeño nacido en Tacoronte un don Tomás Cambreleng. Ahora, en estos días en que escribo, Tacoronte se puede enorgullecer de dos hijos valiosos y distinguidos que trabajan fuera de las islas: el escritor y traductor Antonio Dorta ha sido llevado por sus medios personales, por su propia inteligencia y pericia a Roma; allí tendrá su larga residencia en el organismo internacional de Agricultura o F.A.O. De su labor ya me he ocupado, de palabra, en el día de su homenaje en Tenerife.

El otro hijo que honra asimismo a su pueblo natal es Ernesto Castro Fariñas; joven es todavía el doctor Castro y ya trabaja en Madrid por su cuenta en cirugía vascular. El otro día, aunque no entiendo una palabra de medicina, le oí decir (con una emoción fraternal por mi parte y de orgulloso paisanaje) una conferencia en el Colegio de Médicos sobre amputaciones. Hacía el doctor Castro con fluida palabra y casi sin notas una historia de la amputación desde los históricos tiempos en que un miembro se cortaba a lo salchichón hasta los presentes días; su conciencia médica y gran dignidad de hombre honrado sobrenadaba entre su competencia y pericia. Al final, las palabras con el que ya ilustre doctor Roda saludó, admirado, a la persona del joven especialista, y el elogio rotundo que hizo de sus méritos, emocionaba a quien siente cada centímetro de su tierra como si fueran —si es que es posible— los huesos de su alma.

Un esfuerzo perseverante ha puesto al doctor Castro en el camino del éxito franco que ya pisa. Sin ayuda de nadie que no fueran los suyos (tan dignos y estimables), vinieron los años duros de la carrera en Barcelona, las tensas vigiliadas, las guardias incómodas, el trabajo incesante; después, los tiempos de Londres, el establecimiento en Madrid y la lucha por imponerse en una capital de cerca de dos millones de habitantes y con positivas eminencias médicas.

Como buen médico culto siempre le quedan sus tardes de domingo para reunir en su casa de Ríos Rosa a un grupo de canarios en Madrid que leemos nuestras cosas: una comedia, una página sobre Galdós, una prosa lírica sobre Lope de Vega y Agustín Espinosa, un capítulo sobre Viana y su tiempo renacentista.

Si algún tacorontero vio a Castro en su niñez corretear por la estación del tranvía, se alborozará de verlo hoy hecho un cirujano espléndido, con su cara de hombre sencillo y bueno, encaminado ya, por la senda que lleva a los hombres a ser eminentes.

**297. PLUMAS DE LAS ISLAS. «La muerte de un viajante en la Comedia», Falange, Las Palmas de Gran Canaria, 25 de marzo de 1952.**

Con el máximo decoro y dignidad lleva la compañía Lope de Vega más de un centenar de representaciones la famosa obra de Arthur Miller, *La muerte de un viajante* en el madrileño teatro de la Comedia. Tal ha sido el interés despertado por la obra que la

Policía tuvo que intervenir a la entrada del Instituto Internacional de Boston, porque el público pugnaba por oír el coloquio que hace unos días se verificó allí con la intervención de José López Rubio, Josefina Carabias, Gonzalo Torrente Ballester y Alfredo Marquerie.

El llamado neorrealismo norteamericano, denominador común de la actual novelística de aquel país, alcanza también a su arte dramático: un hombre medio, que es viajante, desenvuelve en este gran teatro del mundo —como llamó Calderón a la vida— el curso de sus días angustiados a veces, felices e ilusionados, de esperanza o desaliento, según el viento arrecie o amaine. El viajante de Miller ama a su mujer —la eterna y abnegada mujer de siempre—, le encanta la fuerza deportiva de sus hijos, exagera sus ganancias, tiene sus devaneos falderos o se abate frente a una contrariedad; chilla o elogia a los muchachos y vive las apreturas del hombre medio en todo que, sin dinero ni recompensa, llega a la vejez con una liquidación negativa: en la economía y, sobre todo, en sus hijos.

Como un préstamo del cine al teatro —no siempre ha de ser el séptimo arte el que recibe de los demás— Miller yuxtapone escenas de recuerdo a la actualidad; suprime el tiempo al soldar pasado con presente —sin solución de continuidad— y secciona el espacio para lo que se ayuda del decorado. El procedimiento de romper con espacio y tiempo no es nada nuevo, pero a cierto público juvenil —en años y en noticias— le ha producido sorpresas. Al lado de estos problemas de andamiaje técnico, el nudo central y decisivo es que este pobre hombre medio deja de serlo al desaparecer de la vida. El viajante se yergue sobre sí y afianza con un acto heroico toda la línea de en vida, más de desaciertos que de éxitos. Por simosidades que se levantan desde el fondo de la adolescencia —que entran en las lindes del psicoanálisis—, el hijo mayor, odia a su padre, aunque a la apretada hora de descargarse las conciencias de sus pozos y recovecos emerja la ternura y el cariño del hijo desdichado y delincuente por el padre atolondrado y sin fuste humano para hacer de su familia unos seres útiles y dignos. En un momento de angustia máxima el pobre viajante —que Carlos Lemos perfila con la maestría tradicional de un Tallaví— decide que, para que el hijo—pródigo ya en el corazón paterno— y los suyos tengan un bienestar económico holgado, la póliza de seguros sobre su vida debe cobrarse. Entonces, en una decisión punible desde el punto de vista cristiano, desde luego, condenable, valiente para unos, cobarde para otros, el infeliz viajante se suicida. Analizamos el valor dramático de la obra y no el moral (que es censurable y negativo); da igual que en el epílogo la pobre mujer diga que era ya de ellos una casa que acababan de pagar en su último plazo, o que el espectador se pregunte si se pagará la póliza al suicida o si el hijo no va a tirar el dinero en cuanto llegue a sus manos. El gesto tiene el sólo valor dramático, teatral —no de consecuencias lógicas ni éticas— de pura técnica de efectos. El cúmulo de resortes anímicos de una vida mediocre hace crisis en un gesto humano con categoría de drama.

Obra tan viva como ésta es natural que plantee al espectador y al crítico varios problemas de diversa índole. A ellos me referiré en el próximo capítulo.

**298. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Coloquio sobre *La muerte de un viajante*», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 3 de abril de 1952.**

Gonzalo Torrente Ballester y un joven escritor dialogaron en el diario madrileño *Arriba* sobre los valores implicados en *La muerte de un viajante*. La postura de Torrente era negativa para la obra de Miller.

En el Coloquio del Instituto Internacional de Boston la expectación por oír la polémica que habría de plantearse entre cuatro escritores de fama, más la intervención

del público, fue de las más altas que se han registrado hace tiempo. Las gentes, de pie, hacían corto el espacioso salón de actos, las galerías altas y bajas.

El traductor de la obra, José López Rubio —tan buen amigo particular de muchos canarios— la defendió en unas correctas y precisas cuartillas que leyó primero. La nota graciosa y desenfadada —a veces una chispita de irresponsable— la dio la ilustre periodista Josefina Carabias al hacer una caricatura de la obra y del público que va a verla. Como agudamente precisó Marquerie, la señora Carabias se divirtió escribiendo y leyendo sus alegres notas, agudas, de una encantadora femeneidad y con un donaire tan vivo que nos hizo reír a todos con su simpatía y buen humor. Con el mismo desenfado que hizo la reseña cómica de la pieza nos aseguró que había escrito de sus excelencias; así es que tomamos sus afirmaciones con el mismo gesto amable y despreocupado que ella las hizo.

Con gran pericia, discreción y agudeza presidió el acto el Director de Prensa, Juan Aparicio. Nos advirtió que «el hombre malo» —que es buenísima persona— iba a hablar. Y Torrente Ballester, después de afirmar que él era hombre de gustos clásicos, que le gustaba lo ordenado, lo conclusivo, claro y cerrado, pasó a manifestar que no le gusta —como sabíamos ya— *La muerte de un viajante*, porque —aunque protestó de no estar afiliado a las tres famosas unidades— la obra de Miller faltaba al rigor clásico en el sentido de yuxtaponer y no de organizar funcionalmente el tiempo y el espacio.

Alfredo Marquerie —también habló y no leyó— estuvo al lado de la discutida obra. Ningún conocedor de nuestros clásicos —véase el Calderón de *La mojiganga de la muerte*— puede extrañarse de la alteración clásica en la técnica teatral. Afirmó que el clima de *La muerte de un viajante* es el mismo de *Historia de una escalera* del español Buero Vallejo y que hay un empeño general en romper los viejos moldes de un teatro que, si no quiere morir en la caducidad, tiene que renovarse. Torrente ya empezó diciendo —adujo Marquerie— que a él no le gustaba la obra. Los gustos pertenecen al terreno de las preferencias y de los sentimientos y nada hay que los haga cambiar, claro que la persona inteligente que es Torrente desea dar razones de su negativa y las busca; pero, en realidad, como se trata de valores estéticos y no lógicos no hay razones. A Torrente no le gusta la obra y a Marquerie, sí.

Un jovencito hace juveniles preguntas a los coloquiantes, que lidian los toros con maestría de veteranos. Unos jóvenes lindan los linderos de la impertinencia, pero para eso son jóvenes; otros desean información o aclaraciones. El acto no hubiera acabado si la rotunda voz de Aparicio no hubiera dado a los asistentes el ritual ¡Buenas noches! Y, desalojado con lentitud el local, las gentes seguían sus vivos diálogos en la calle subrayando con ello el gran interés de la obra de Miller.

**299. COLABORACIÓN. «El Instituto de Estudios Canarios. La plaza del Dr. Olivera», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 5 de junio de 1952.**

Mis trabajos sobre Bibliotecas insulares y otras entidades culturales de la isla, que aparecieron en este diario y más extensamente en la revista madrileña *Arbor*, han servido para que un comunicante en carta privada —por lo que no puedo dar su nombre— los comente con unos reparos estimables. Se trata de una ilustre persona de gran arraigo en el país y cree que mis deseos de que se aprovechara el actual local de la antigua Biblioteca provincial en La Laguna para crear allí una Biblioteca y una Hemeroteca de las Islas son casi imposibles. Dicho local —escribe mi comunicante— sólo sirve para sala de duchas; me cuenta los deterioros que el agua invernada ha ocasionado a las colecciones de periódicos, con tanta ilusión encuadrados últimamente; cree asimismo que muchas veces hay trabajos referentes a Canarias que se encuentran en libros o publicaciones de un título y a veces contenido general que, a

primera vista, nada parecen tener que ver con las Islas; así que estima como dificultad reunir una Biblioteca exclusivamente canaria.

Muy estimables son estas razones, pero a mí se me ocurre proponer algún proyecto moderno que, si hay entusiasmo y ganas, no sería imposible realizar.

Leo con gusto como el Instituto de Estudios Canarios en sesión plenaria acaba de hacer una renovación de su directiva, ahora con carácter legal, y que, obviando todos los miembros de antes y de ahora dificultades naturales, han integrado su extensa junta directiva. Sería poco elegante y oportuno por mi parte insistir sobre este extremo. Celebro en el alma esta al parecer etapa de pacificación; lo importante es que la entidad sea algo más que una editora y un fantasma; que sepa arraigarse en la cultura regional, que tenga vigencia, actuaciones e incluso dirija y encauce esa cultura regional alguna vez.

Cuando defendí su creación me interesó que el Instituto fuera organismo afecto a la Universidad. Necesita el Instituto un local a toda prisa donde organizar cursillos de conferencias sobre diversos temas canarios y una biblioteca y hemeroteca regionales; precisa de un boletín o revista que dé fe de su vida. Cuando la ficción a que se le ha tenido sometido y otras circunstancias conocidas han dado lugar a que sea lo que hasta aquí ha sido, gran parte de su misión la ha asumido la Universidad precisamente; la Facultad de Letras ha dado cursillos monográficos de historia y literatura de Canarias y su órgano trimestral *Revista de Historia* es, como saben sus lectores, una publicación regional: el boletín o revista ideal para ser órgano del Instituto de Estudios Canarios.

¿No podría ceder la Universidad, cuando se instale en el nuevo local, el actual edificio de la calle de San Agustín para que sea la residencia del Instituto de Estudios Canarios? Yo creo que enquistándolo en el casco de la ciudad —y no ocupando unas aulas impersonales en el nuevo edificio— habría de adquirir pronto una fisonomía familiar, actual y viva; miembros jóvenes y preparados podrían organizar una Biblioteca de asuntos canarios y un amplio y extenso fichero que recogiera todo lo referente a Canarias, un registro bibliográfico semejante al que comenzó a publicar *Revista de Historia*, trabajo para más de una persona que reciban justa remuneración por su labor paciente y continuada; así que el estudioso que no encontrara el libro deseado sabría al menos, consultando el fichero, donde podría encontrarlo. Yo tengo fe en la labor de todos en estos últimos años, en el entusiasmo de la gente joven, que tan útil sería. Lo que hace falta es tener dotes de cordialidad y compañerismo; lo que se precisa es sumar y no restar ni apropiarse de una dirección para quedarse, a la postre, tristemente solo. Un organismo como el Instituto de Estudios Canarios debe tener la virtud de reunir el trabajo de todos los investigadores de Canarias, de alentarlos y encauzarlos. Es una entidad para muchos y no para uno o dos, y si uno o dos son los eficaces, que procuren que los demás lo sean. Hay que consultar con los demás, rendir cuentas a tiempo, reunir las juntas y dar, en fin, plena señal de vida. Yo creo que buscar este u otro local es lo decisivo. La biblioteca, la hemeroteca, los cursos y la revista vendrían después. Con ganas de hacer cosas y cumplir el reglamento bastaría; es decir, sería lo preciso.

\*\*\*

RESPUESTA A «UN LAGUNERO». —Un lagunero, que debe de ser muy viejo, puesto que a mí me encuentra jovencísima (gentileza que le agradezco) se ha disgustado profundamente, porque en mi artículo «Un poeta para la plaza de la Antigua» me intereso por un busto del poeta Viana para colocarlo en la vieja plaza que lleva el nombre del doctor Olivera. «Un lagunero», que oculta su nombre y hasta el mío, pues para él sólo soy «la articulista» (lo que no deja de tener su gracia) contrasta con esta pueril timidez su enorme suspicacia enfermiza. Si leyera mi artículo desprovisto de susceptibilidad, advertiría que al llamar a la plaza «de la Antigua» sólo fue para

ambientarla de antigüedad en el marco del poeta lagunero del siglo XVII. No pedí que la plaza dejara su actual nombre, muy bien puesto, como no ha perdido la plaza del Adelantado el suyo por ostentar los bustos de Perera y Manrique. Conocía las virtudes indudables del doctor Olivera, pero si a mi costa «Un lagunero» quería airearlas, lo comprendo, pues el viejo articulista acaso sea hijo del benemérito doctor y yo por toda muestra de emoción filial siento el más vivo respeto. Pero comprenda «Un lagunero» que se ha excedido en suspicacia; nada más lejos de mi idea, al escribir aquel artículo de evocación, que postergara la memoria del doctor Olivera. Lo que si ignoraba es que hubiese habido el propósito de erigir un busto al notable médico, propósito que, según el articulista, fracasó. Si él quiere encabezar una nueva lista o quiere que la encabece yo, cuenta con mis diez duros. Al poeta Viana lo podemos poner en otra plaza. O en ninguna parte. Yo acabo de dedicarle un librote de casi setecientas páginas y creo que el hombre, si al menos no bien, está bastante servido.

**300. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Camilo José Cela y *La colmena*», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 7 de junio de 1952.** Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, con el título de «Una buena novela de Cela», 7 de junio de 1952.

No es una casualidad que el novelista Camilo José Cela haya querido atar alguna de sus creaciones al nudo de la novela picaresca y que haya animado al famoso Lazarillo de Tormes, «castigado» en sus tiempos y zarandeado por más de un autor, con esa naturalidad entrometida y espontánea que tiene el español para la obra y el quehacer ajenos. «Lo que éste hace lo hago yo» ha sido frase que, con conducta de «comunismo literario» —según decía un maestro mío—, se ha aplicado a *La Celestina*, *El Lazarillo*, *El Quijote*, *El Guzmán*, etc., que han tenido segundas partes debidas a gentes que, como en los toros, se han tirado al ruedo a ver qué pasa.

El mundo novelístico de Cela, o mejor, su hacer novelístico, evoca en más de un aspecto el mundo de la novela picaresca. Sabido es que esta novela, típicamente española, toma el valor del hombre desde su punto de vista negativo, infrahumano; no hay en ella realidad sino subrealidad. La lección que obtiene Guzmán de Alfarache de la vida es que las ventas son un semillero de ladrones, las mujeres, unas criaturas sin virtud, los hombres, rufianes, tahúres y sin vergüenza; los alimentos, escasos siempre y falsificados: la carne de vaca lo es de mulo podrido y los huevos que sirven en los mesones están empollados.

Los ojos de los creadores de este arte sólo parecen estar sensibilizados para ver del mundo lo que tiene de negativo y sórdido, pero la realidad no es lo que la vida de la picaresca encierra; por eso no ha sido novela realista, ni quizás lo sea la obra de Camilo José Cela; sobre todo, esa espléndida obra *La Colmena*, que le ha editado en Buenos Aires, Emecé.

Pululan por las páginas de la impresionante obra ciento sesenta personajes que desfilan por esa colmena que es la vida madrileña media en 1942. El protagonista es este mismo vivir, estas gentes todas, esta gregaria masa de criaturas que sufren o aman desde su plano tremendamente humano. Apenas si nos fijamos en este González, en aquel Pablo Alonso, en Vicentita, en Julita, en el funcionario, en el periodista, en la señorita que aparenta virtud sin tenerla. Unos son personajes cínicos, otros aparentan, y otros son como la vida los sitúa. Si acaso Martín, el escritor pobre, adquiere un mayor relieve, y quizás con la trama que comienza a urdirse a base suya, al terminar la obra, quiera Cela dejar planteada la continuación de una serie, «Caminos inciertos», de lo que es *La Colmena* el punto de partida, a modo de las trilogías barojianas. Baroja, que tan bien maneja a esos personajes y personajillos de sus obras —a los que no volvemos a ver en el incesante fluir de su creador—, es punto de arranque del procedimiento.

Un trazo de aguafuerte psicológico basta a Camilo José Cela para qué veamos y situemos a los seres de *La Colmena*. A esta rapidez de personas y de conceptos acompaña un estilo expresivo vivísimo, popular, intencional y cortante. En *La Colmena* no hay paisajes ni descripciones; casi lo llenan todo los seres, y el tiempo o el espacio apenas si están aludidos dentro del marco de un café, de una tienducha, de una casa de citas, o de aquel desmonte de las afueras.

Un día de estos me encontré en una reunión con Camilo José Cela, al que no veía desde mis tiempos estudiantiles. Él no era estudiante, pero lo conocí entonces queriendo ser poeta. Me reprochó que dijera de él lo que le pareció que no debí haber escrito. Me he vuelto y revuelto la memoria para averiguar qué he podido escribir yo de Camilo que le haya disgustado. Sólo recuerdo haber dicho que el llamado «tremendismo», aumentado en gran parte por su gran obra *Pascual Duarte*, en manos de seguidores e imitadores ha resultado una falsedad; lo mismo pasó con la picaresca.

Hasta la publicación de *La Colmena* era Camilo José Cela el autor de *Pascual Duarte*; ahora ya no. Cela afianza con esta obra su personalidad de novelista, quizás del novelista de más interés entre todos los de su generación. Teníamos miedo de que, empezando por el fin, o sea la gran creación, no la supiera continuar. Cela vuelve a remontar las alturas de un vuelo ascendente y de categoría.

«Pienso que hoy —afirma el novelista— no se puede novelar más —mejor o peor— que como yo lo hago». Quizás pensaría lo mismo en el siglo XVII Mateo Alemán; pero al lado del mundo del pícaro estaba otro mundo, otra mitad, no el contrapolo pastoril, que representaba lo angélico al lado de lo demoníaco de la picaresca, primera fase «tremendista» de la novela. Para Cela discurre la vida «sin extrañas tragedias, sin caridad». Había en el siglo XVII aún otra manera de novelar, que no era ni la tremendista picaresca, ni la angélica o platónica novela pastoril. También hay zonas vitales que no son ni ésta ni la otra vertiente. Queda fuera de estos mundos de novela el mundo bueno, sufrido, elegante y melancólico que no es el del complejo de la maldad, o el complejo sexual o el inmoral de la novela rosa con su ambiente falso y estúpido. Era el mundo que vio con sus ojos avizores en los que la inteligencia y la grandeza de alma borraron el resentimiento que a veces asomó —y con razón— a ellos. El mundo de Miguel de Cervantes.

Puede ser que todo esto suene al magnífico Camilo a «cataplasma retórica». Sé de sobra que no ha de preocuparle demasiado y que, como afirma con un delicioso desplante, él «ya está hecho a todo».

**301. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Carmen Laforet, novelista», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 15 de junio de 1952.** Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, con el título: «La isla y los demonios de Carmen Laforet», 15 de junio de 1952. (*Todos los que están fueron*. Tomo II, 2008: 355-357).

Se esperaba con expectación —en algunos malévola— que Carmen Laforet publicara su segunda novela. Muchos sabían que la autora de *Nada* había rolo el primer manuscrito de *La isla y los demonios* y pensaron que en esta indecisión estaba implícita la impotencia de quien acertó por casualidad. Carmen Laforet vivía de *Nada*.

Pero he aquí que la novelista nos da su segunda obra, acaso menos impresionante que *Nada*, pero mejor escrita y de mayor plenitud literaria. Marta Camino, la figura central de esta novela, es una criatura introvertida, soñadora, que vive en un ambiente familiar triste, poco grato, con un hermanastro autoritario, una cuñada vulgar, histérica y mal educada, porque la mala educación es el carácter distintivo de la familia de esta muchachita casi adolescente en los años de la guerra civil española.



Marta debía tener la misma edad que entonces tuvo Carmen Laforet y, como ésta, asistía al Instituto. Acaso al hablar las dos decidieran marcharse de la isla para siempre, aunque Carmen —como Galdós— haya hecho alguna escapada a Gran Canaria.

Carmen Laforet con virtud de auténtica novelista nos muestra cómo vive Marta Camino en Las Palmas; acaso cuando Marta se fue de la isla llegó a Barcelona; allí vivió en la calle de Aribau y se llamaba Andrea. Andrea y Marta son hermanas, hijas inconfundibles de nuestra valiosa novelista española.

Hay una posibilidad de injertar las fuerzas mágicas de los primitivos indígenas canarios (indebidamente llamados guanches, pues guanche significa hombre de Tenerife) a la vida actual cotidiana de la isla; mal de ojo, cartas en las que se ve al hombre moreno, o a la persona muerta y beberajes. Son prácticas comunes a todos los pueblos; los demonios de la isla a la que Carmen Laforet dedica su novela no son los de la isla, pues el dios Alcorah de las montañas no pasa de ser un personaje de unos cuentecitos que Marta escribe en sus años de bachillerato y que termina por romper. Los demonios que ella destaca agobian a unos seres que pueden ser isleños o no, porque la autora, aunque ha situado a sus criaturas en el paisaje de Gran Canaria, no ha querido insistir ni en los demonios privativos ni siquiera en ese tremendo demonio del isloteñismo y de la lejanía que ha atormentado a tantos isleños agónicos.

Pero el gran éxito de Carmen Laforet ha sido la creación de unos seres en un ambiente representativos ambos de la isla, incluso de la isla de Gran Canaria. Vemos vivir, asistimos al espectáculo de unos seres de máxima corporeidad, insertos en su drama humano, con una sensación de realidad máxima, como ocurre con el verdadero novelista: la familia canaria y los tipos insulares en nexos con la familia peninsular. Completan la serie de criaturas isleñas la madre de Marta, una pobre loca que lleva una vida simple y vegetativa encerrada en su habitación, y la vieja sirvienta majorera, perro fiel de esta muerta en vida, Vicenta la de Fuerteventura, el personaje de mayor vigor de toda la novela, tipo específicamente isleño, que ha servido a la autora para escribir quizás las mejores páginas de su obra como un aguafuerte bronco y bravío.

Los que llegan a vivir con los que están —invitados por el hermanastro de Marta— son unos parientes: Daniel, gordo y antiguo señorito ya viejo y con tic; su mujer, poetisa y universitaria muy activa, y Hones u Honesta, la cuñada, cuyo nombre es un sarcasmo en su conducta equívoca. Con ellos llega un amigo pintor, Pablo, malcasado con una dama, al parecer despreocupada, que vive en zona roja. De este pintor cojo se enamora Marta Camino con platónico arrebató hasta que la crudeza de una escena vista, entre él y Hones precipitó la marcha de Marta a la península. Hay un destino de huida —típico de la isla— en las dos excelentes creaciones de Carmen Laforet. Marta Camino y Andrea la de *Nada*. Las dos novelas casi terminan de forma parecida.

La novela de nuestro tiempo no actúa ya sobre héroes ni siquiera sobre seres interesantes en grado extremo; consigue, cuando es novela, dar vida a unos seres mediocres, atormentados o no, pero enquistados en la realidad de su mundo de una forma viva y patente. Carmen Laforet logra que asistamos a las angustias, flaquezas y desilusiones de unos personajes auténticos. *La isla y los demonios* es una obra de grandes calidades, hasta ahora la mejor novela que con escenario isleño se ha escrito y que me hubiera gustado haber podido yo escribir.

**302. PLUMAS DE LAS ISLAS. «A la busca del robledal de Corpes», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 25 de junio de 1952.** Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 3 de julio de 1952. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 99-101).

No sabemos dónde está el robledo de Corpes. Ha desaparecido. El juglar de Medinaceli al referirse al robledo castellano, escribe con orgullo que allí los montes son altos y que las ramas puján con las nubes. ¿Cuándo desapareció el robledo a cuya sombra descansaban los viajeros que, de Aragón, iban camino de Castilla? ¿Qué ha podido ocurrir para que un empolvado abate español, deslumbrado con su visita a Francia, diga en la segunda mitad del siglo XVIII que Castilla es pobre, mísera, seca, sin árboles, casi una paramera?

Este mismo abate español, que tantos años fue comensal del Marqués de Santa Cruz, al llegar a su tierra, las Islas Canarias, se lamenta y sorprende por la ruina y destrucción de la hermosa selva de Doramas, en un tiempo corazón vegetal de la Gran Canaria:

*Montaña de Doramas, deliciosa,  
¿quién cortó la espesura de tus sienas?  
Tu palo blanco, ¿qué gusano aleve  
lo consumió? Yo vi el honor y gloria  
de tus tilos caer sobre tus fuentes.*

A partir del siglo XVIII, las minorías cultas, al abrigo de los estudios científicos que alboreaban entonces, comienzan a interesarse por el árbol; el viejo valor mítico o simbólico de un árbol se transforma en excelencias de selva, el árbol del bien y del mal, el árbol de la ciencia bíblica, la encina de Júpiter clásico, o el árbol de las libertades forales como unidades representativas, ¿no abarcarán en la profundidad de su símbolo el culto primitivo al árbol, que es frescura, sombra, agua cercana y vida?

Si ha habido un robledo de Corpes ¿por qué no lo hay ahora? Al suroeste de Francia, junto a la tierra seca, una ancha zona cantábrica de la nación vecina estaba seca. Landas quiere decir páramo, desierto. La voluntad de un hombre, Napoleón, comenzó a querer alterar allí el paisaje y ahora, al pasar el tren la carretera de la «dulce Francia», que es la verde Francia, la cinta de la luz del ocaso se entreteje como una brillante cenefa en las copas de los bosques, de aquella inmensa procesión interminable de árboles que casi llegan a Burdeos.

En España nos hemos movido hasta ahora entre Fiestas del árbol y glosas a la frase de que hay que plantar un árbol, como escribir un libro y tener un hijo, pero un árbol plantado y abandonado sin agua ni cuidados es como tirar a un recién nacido. La gran balumba discursiva del siglo XIX sólo consiguió un poco meter en la cabeza de las gentes que la permanencia del árbol garantiza la presencia del agua, y el agua significa —todos lo saben— vida y riqueza y, para el espíritu, expansión y gozo.

Pero un día un Estado se tomó en serio el tremendo problema del arbolado. En Canarias la desaparición paulatina de los bosques ha planteado un agudo trastorno en el régimen de lluvias; en la desértica y pelada Fuerteventura la vida se hace imposible en algunas épocas; en el Sur de Tenerife y en el de Gran Canaria —sin árboles—, o llueve escasamente, o cae un torrente inaprovechable de agua. El canario ha visto desaparecer sus montes en virtud de la conjura de los incendios y de la codicia particular; mas, el milagro que en Gran Canaria o en la carretera dorsal de la cumbre tinerfeña está cuajando ya, digno es de darlo a conocer: de una manera perseverante el Patrimonio Forestal cultiva árboles y más árboles con un cuidado casi maternal; los pinos crecen entre una pequeña área de piedras, como si fueran niñitos en sus cunas. Los ingenieros Ortuño y Ceballos en reiteradas publicaciones, en labor lenta, continuada, han sembrado la riqueza futura de Tenerife.

¿Puede Castilla —la seca y parda Castilla de los ascetas, de los conquistadores, pero a veces del hombre de la maldición bíblica— lograr uno, veinte, muchos robledales de Corpes? ¿Podrá una voluntad napoleónica transformar su paisaje, normalizar las lluvias, obtener una floreciente industria de madera y papel en la tierra española?

El hombre hispánico es capaz de emprender las mayores y más ilustres hazañas, pero se cansa pronto de un quehacer. Un árbol, como un ser humano, necesita de años y cuidados para crecer y hacerse.

El hombre de la ciudad ansía yuxtaponer un trozo de Naturaleza arbolada a su cansancio cotidiano; precisa de un escape a la tensión diaria de unos nervios presionados por apreturas, prisas y ruidos, y no puede prescindir de su «Bois» parisino, de su «Pincio» romano, o de su Retiro madrileño. Cuando el horizonte y el paisaje de un hombre es vegetal, la zona de vida que este hombre posee no es la misma que cuando la línea de la llanura interminable detiene su mirada.

Los años venideros dirán si la perseverancia española ha de transformar el suelo nacional. Entretanto, una rama o un arbustito, uno, que pueden ser veinte, o cien, o los que el Patrimonio Forestal estime necesarios. Sin contar los que se pierden, los que la codicia o la maldad estropea. Sin cansancio ni fatiga transformar con lentitud segura la piel, más calva que poblada, de la amada tierra española a la busca de árboles que pujen con las nubes, como los del perdido robledal de Corpes.

**303. «Carta de las regiones. Canarias», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 27 de junio de 1952.** Publicado también en la revista nacional *Arbor*.

#### CANARIAS, GEOGRAFÍA

La índole geográfica del archipiélago canario —siete islas distribuidas en dos provincias—, con su grupo oriental, más próximo al continente africano, y el occidental, más lejano y con islas de estimable vegetación, determina un carácter distintivo en cada una de ellas. Las diversas fechas y formas de su conquista contribuyeron quizá a ello. Las islas menores Lanzarote, Fuerteventura, Gomera y Hierro se conquistaron a comienzos del siglo XV por los normandos Juan de Bethencourt y Gadifer de La Salle; tenían, pues, un régimen feudal o de señorío; las islas mayores Gran Canaria, La Palma y Tenerife fueron incorporadas por este orden a la corona de Castilla a fines del mismo siglo XV. Los Reyes Católicos ultimaron la conquista y compraron las islas señoriales de la conquista franconormanda. Las vicisitudes de esa conquista y el fondo de población colonizadora, unida a las posibilidades del terreno y su explotación, han permitido matices diversos en cada isla, perceptibles incluso en las variantes dialécticas.

#### LA ECONOMÍA DE LAS ISLAS Y EL CULTIVO DEL AGUA

El español medio que desconozca el archipiélago canario acaso tenga la idea de que se trata de una tierra fructífera, cómoda y fácil, semejante a Cuba o a la pródiga naturaleza americana. Las Canarias han tenido una tierra pobre, sin minas ni ganadería nutrida o abundantes aguas que despertaran la codicia de los conquistadores. En los primeros tiempos fue sin duda lo más beneficioso para ellos el comercio de esclavos. La conquista fue una empresa tesonera de un grupo de hombres relativamente escasos y la mayoría de los conquistadores se marcharon de las islas y fueron a América o regresaron a la Península. El grupo que permaneció en principio fue extendiéndose más tarde, merced a contingentes de extranjeros o de personas que, por cuestiones raciales no podían vivir en su lugar de origen.

La tierra ha habido que cultivarla, trabajarla; el agua, que encauzarla y cuidarla. Hoy día el gran tesoro y la preocupación es el agua y, excepto en la isla de la Gomera, en las demás es un problema. En la de Tenerife se obtiene en gran parte por el sistema de alumbramiento o «galerías».

Las Islas han vivido siempre de un monocultivo. Primero la caña de azúcar en los siglos XVI y XVII; la vid en el siglo XVIII; la cochinilla —que se alimenta de nopales— en el XIX, y el tabaco y, sobre todo el plátano y el tomate en el presente siglo. Otros cultivos, como el gusano de seda o la patata han tenido su importancia, pero menor. Si cierto es que la prosperidad de unas tierras pequeñas se alcanza gracias al monocultivo —que de ser variado incrementaría poco la riqueza del país—, no lo es menos que, cuando sobreviene la ruina de ese monocultivo, la época de las vacas flacas deja en precario la economía.

## VICISITUDES Y DESENVOLVIMIENTO DE LA ISLAS PRINCIPALES

Culturalmente el desarrollo habido en las dos islas principales, Tenerife y Gran Canaria, no ha sido parejo. En Las Palmas de Gran Canaria residió en un tiempo el punto de arranque para la conquista de las islas de La Palma y Tenerife; ello explica que en Las Palmas residiera en un principio la Audiencia y el Obispado, organismos de los que dependía el archipiélago. En Gran Canaria los centros de cultura residen en Las Palmas, al paso que en Tenerife el proceso histórico ha determinado que la isla sea una suma de pueblos. La Laguna, fundación del conquistador y primer adelantado, Alonso Fernández de Lugo, conserva el sello de su tradición de antigua capital de la isla y la fina elegancia de una amable y pequeña población con estilo. Los primeros comandantes generales y el Cabildo o Ayuntamiento de la isla residieron en ella; hoy es sede obispal, cuenta con Universidad, Escuela Normal del Magisterio, Colegio Politécnico, Seminario e Instituto de Enseñanza Media. El florecimiento del cultivo de los vinos llevó a las poblaciones del Valle de La Orotava a un bienestar económico en el siglo XVIII, como hoy lo tiene con el plátano; sólo que la modestia de la población de entonces pudo desenvolverse con un puerto de pequeño calado, la exportación del famoso malvasía de Tenerife, que literariamente han citado Shakespeare, Walter Scott, Stevenson, Goldoni y Kuprin, dio importancia al encantador Puerto de la Cruz, al norte de la isla, una de las poblaciones más deliciosas del archipiélago, actual residencia de turistas internacionales, cuna de los Iriarte, del ingeniero Agustín de Bethencourt, formado en París, fundador de la Escuela de Caminos y que trabajó para el Zar de Rusia, y del pintor Luis de la Cruz célebre miniaturista en Madrid, donde fue pintor de cámara de Fernando VII.

La necesidad de un puerto cercano a La Laguna determinó el incremento del lugar de Santa Cruz de Tenerife. Los comandantes generales acabaron por residir en ella, Santa Cruz, hecha ciudad en los últimos cien años, es hoy la capital de la provincia, una hermosa población de más de cien mil habitantes, con un importante puerto aún sin terminar, que edifica y crece con gran rapidez. Cuenta con un valioso Conservatorio de Música y Declamación, Escuela de Comercio y Náutica e Instituto de Enseñanza Media.

## LOS CENTROS DE CULTURA REGIONAL

En Las Palmas de Gran Canaria dos importantes entidades, fundadas en el siglo pasado, representan en la actualidad los soportes culturales más significativos de la provincia: el *Gabinete Literario* o Casino y el *Museo Canario*.

El *Gabinete Literario*, con edificio propio, de gran sabor tradicional, lleva a cabo una eficaz labor de organización de conferencias y exposiciones de arte. En sus salones se celebra una exposición bienal de artistas canarios —pintores y escultores—, con importantes premios patrocinados por el Cabildo y Ayuntamiento, respectivamente, merced a la iniciativa de su presidente, el señor Vega Guerra, quien ha impulsado el «Grupo de bibliófilos» del Casino, el cual ha publicado con gran decoro editorial obras del poeta Diego Navarro, de «Alonso Quesada» y de don Cirilo Moreno. Dirige este grupo Simón Benítez Padilla, que ha puesto un sabroso e interesante estudio prólogo a la última obra citada.

El *Museo Canario*, fundación debida al mecenazgo del doctor Chil y Naranjo, ilustre investigador del siglo pasado, tiene, merced a donación del fundador, casa y bienes propios. Verifica una labor de conferencias, cursos, exposiciones y posee una valiosa biblioteca general y de Canarias, que es orgullo de la región. Actualmente edita en su tercera época la revista de investigación regional que lleva su nombre.

En Tenerife, la entidad que llenó el primer cuarto de siglo —acaso más— actual, con verdadera eficacia y vigencia, ha sido el *Ateneo de La Laguna*. Fundación de los hombres de la generación modernista, el Ateneo ha sabido conjugar los valores de la cultura canaria con los de la peninsular. Sus fiestas de arte del mes de septiembre han sido altos ejemplos de cultura y fino espíritu de pura exaltación insular y han alcanzado renombre nacional. Hoy día, si bien procura sostener su tradición y nombre, la verdad es que languidece su vida con diarias actuaciones de mero casino de pueblo.

Gracias al empeño del ilustre acuarelista don Francisco Bonnin, se creó en Santa Cruz de Tenerife el *Círculo de Bellas Artes*, hacia el primer cuarto del presente siglo. De gran amplitud en materia estética, hizo órgano suyo en una ocasión a la prestigiosa «Gaceta de Arte», publicada hasta 1936, revista de carácter internacional, impecablemente editada y dirigida por el crítico de arte Eduardo Westherdahl. Hace pocos años que el Círculo editó la revista de poesía *Mensaje*, dirigida por el poeta Pedro Pinto de la Rosa, y que dejó de publicarse a la muerte de su director. El Círculo, que posee un modesto local, se dispone en la actualidad a ampliarlo de manera que sus múltiples actividades artísticas, literarias y musicales alcancen un desenvolvimiento adecuado.

La afición musical de Santa Cruz se perfiló desde el siglo pasado con la existencia de agrupaciones tan estimables como para sostener una tradición que ha hecho posible, no ya el Conservatorio de Música y Declamación citado, sino la creación de una notable orquesta de cámara dirigida por el maestro Sabina, quien se preocupa por traer a Tenerife músicos de fama nacional e internacional en combinación a veces con la Filarmónica de Las Palmas.

(Continuará)

**304. «Carta de las regiones. Canarias. (Conclusión)», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 28 de junio de 1952.** Publicado también en la revista nacional *Arbor*.

## LA UNIVERSIDAD Y SUS PROBLEMAS

Los problemas de mayor urgencia que la Universidad tiene son los del edificio y los de permanencia del profesorado.

Las tres Facultades con que cuenta: Derecho, Ciencias Químicas y Filosofía y Letras, con Sección de Filología Románica, funcionan en locales inadecuados e insuficientes en grado máximo para sus fines. Si el benemérito Cabildo Insular — entidad autónoma que el Estado otorgó a cada isla en 1912— no se preocupa de

redondear los créditos que el Estado concede a la Universidad o ésta no estudia los medios para que el nuevo edificio se concluya, nuestro primer centro docente seguirá arrastrando unas dificultades a veces insuperables y que se colocan en un lugar de manifiesta inferioridad respecto a cualquier otra Universidad peninsular.

Destinado el catedrático no isleño a una región transmarina, tiene que habérselas con la inquietud que produce la lejanía y la incomodidad de unos locales lamentables, de unos laboratorios y bibliotecas insuficientes; es natural que sea escaso el número de catedráticos que fijan su residencia en Canarias; ello determina que la Universidad sea casi un centro experimental de entrada en el escalafón, con la consiguiente inestabilidad que muchas veces perturba las enseñanzas, la lejanía, dificultad de los medios económicos y el poco apoyo que el país presta a los canarios que desean ser catedráticos de la Universidad lagunera, hace que el número de catedráticos isleños no pasen en la actualidad de dos. Las becas que para estudios y postgraduados otorgan los Cabildos son risibles por lo insuficientes; preferible sería menor número de becarios, mejor selección y dotarlos de manera que les bastara su beca para vivir con decoro y dedicarse íntegramente al logro de sus propósitos.

#### LA INVESTIGACIÓN CANARIA.—UNA CÁTEDRA DE ESTUDIOS CANARIOS

Las generaciones positivistas en las Islas, que se centraron en Tenerife en torno a la *Revista de Canarias* y la *Ilustración de Canarias* y la sociedad *El Gabinete Instructivo*, y en Las Palmas en torno al *Museo Canario* y su revista, dentro del último cuarto del siglo pasado, sentaron las bases científicas de los estudios referentes a Canarias, estudios que se han beneficiado desde el siglo XVIII con la contribución de numerosos canaristas extranjeros e isleños cuya cita sería larga.

En la actualidad continúa esta labor, con los medios y criterios investigadores del momento, el número de colaboradores de *Revista de Historia*, órgano de la Facultad de Letras de la Universidad de La Laguna y de la revista citada del *Museo Canario*, de Las Palmas. Las publicaciones referidas del grupo de *Bibliófilos* de Las Palmas, de la *Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife* y del *Instituto de Estudios Canarios* contribuyen a esta labor científica, así como de la ediciones que en Madrid se hacen de las Comisaría de Excavaciones Arqueológicas de las dos provincias.

El *Instituto de Estudios Canarios*, fundado por iniciativa de quien esto escribe, adscrito a la Universidad, lleva hoy una vida casi inexistente como entidad. Una fundación de su clase precisa de un impulso mancomunado; no se cumple su reglamento y actúa como entidad fantasma. Sería de desear que un grupo de personas, conscientes de su misión y en la inteligencia de que una institución de este porte no es coto mágico de una sola persona, lo echara a andar en serio y actuara con carácter funcional de grupo.

Remate de este esfuerzo investigador sería la creación, por parte de los Cabildos, de una cátedra de Estudios Canarios dotada con decoro, pero una cátedra abierta, sin titular, que permitiera cursillos de Historia, Arqueología, Literatura o temas científicos de la región. En este sentido, como en tantos otros, la Universidad espera mucho de la actuación del nuevo rector, quien el año pasado organizó un curso extraordinario en la Universidad y éste el primer curso de extranjeros, que tuvo lugar durante el mes de marzo, en el Puerto de la Cruz.

#### LAS REVISTAS Y PUBLICACIONES LITERARIAS

Desde las generaciones románticas han tenido las Islas alguna revista cohesionadora de grupos *La Aurora* y *El Porvenir de Canarias*, de Tenerife y Las Palmas respectivamente. La *Revista de Canarias e Ilustración de Canarias*, de Tenerife, y el *Museo Canario* de Las Palmas, citadas; *Gente Nueva*, de Tenerife; *La Rosa de los vientos* y *Gaceta de Arte*, de Tenerife, han reunido buena parte de las generaciones románticas, positivistas, modernistas y de vanguardia en Canarias.

Desaparecida la última revista literaria, *Mensaje*, citada, se hace sentir la necesidad de una revista de esta clase, que el mismo *Círculo de Bellas Artes* podría llevar a cabo, ya que es actualmente en Tenerife la única sociedad eficaz. De gran primor editorial es la labor que llevan a cabo Ventura Doreste y Pedro Lezcano, con sus cuadernos literarios *Arca*, y los hermanos Millares y Rafael Roca, con sus *Planas de Poesía*, ambas en Las Palmas, que incorporan el quehacer poético y literario español a colecciones editadas en las islas.

### LOS ARCHIVOS Y MUSEOS INSULARES. LAS BIBLIOTECAS

Digna de gran elogio es la decisión del Cabildo de Gran Canaria de crear e instalar en la histórica casa de Colón el Museo de Bellas Artes y el Archivo Histórico. Las Palmas cuenta así con un decoroso local donde la investigación puede llevarse a cabo.

En Tenerife, a pesar de que existen archivos de protocolos más completo que en ninguna otra isla, por haberse librado de los incendios, se corre el riesgo de que se destruya el amontonado y maltratado que existe en los sótanos de un edificio de Santa Cruz, pese a la publicación de unos artículos que en su día hizo el decano de la Facultad de Letras y director de *Revista de Historia*, doctor Serra Ráfols.

En cuanto al Museo de Bellas Artes, si bien está instalado con decoro en Santa Cruz, presta escaso servicio y eficacia en su organización. Las salas de arqueología, colecciones entomológicas, etc., son inservibles por su disparatada clasificación y descuidada conservación; las de pintura y escultura exhiben obras de segundo y tercer orden, desecho de envíos que hace Madrid a las provincias, salvo alguna obra estimable pero escasa. Como verdadero Museo de Arte Canario tendría verdadero sentido para turistas y naturales del país y podrían y podrían exponerse en él desde obras del pintor Quintana del XVII hasta las del surrealista Domínguez, vecindado hoy en París.

Bien que el Cabildo vaya a la creación de un Museo del Mar, pero mejor que se preocupara de organizar en su actual estupendo edificio un Museo de Arqueología canaria. La excavaciones y estudios hechos en estos últimos años requieren una atención viva y una organización inmediata: no basta amontonar y reunir un material que, de no ser clasificado, acaba por resultar inservible.

En cuanto a bibliotecas, aparte las que poseen los centros de cultura citados, es menester resaltar la conveniencia de segregar de la antigua Biblioteca provincial de la nutrida sección canaria que está hoy mezclada con la general. Esta Biblioteca provincial, que reside en el actual edificio del Instituto de Enseñanza Media de La Laguna, instalado en el viejo convento agustino, ha pasado a ser, por orden superior, Biblioteca universitaria, y el día que se termine el edificio ocupará el lugar destinado a ella, unida a los fondos de la actual Biblioteca de la Universidad y Seminarios; sería el momento de aprovechar el local existente de la antigua Biblioteca agustina y luego provincial para organizar una Biblioteca de asuntos canarios y una Hemeroteca provincial. La conservación de notables colecciones de periódicos de esta Biblioteca está en la actualidad descuidada; si se piensa que allí están ejemplares casi únicos con los que se puede escribir la historia del siglo XIX canario, se advertirá la necesidad de

un mayor cuidado. Los becarios del Cabildo, dirigidos por el personal competente y oficial que existe, podrían tener a su cargo la elaboración de un fichero. Una política de cultura desarrollada sin desmayo, con perseverancia y eficacia se podría emprender. Si se verificara un acuerdo entre la Universidad y el Cabildo y se propusiera llevar a cabo un programa eficaz y modesto, pero serio, y con ganas de realizarlo.

**305. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Un ensayista canario», *Falange, Las Palmas de Gran Canaria*, 5 de julio de 1952.** Reproducido en *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 1 de agosto de 1952. (*Todos los que están fueron*. Tomo II, 2008: 243-245).

Acaba de publicar Eliseo Jerez su libro *De la vida* que la editorial tinerfeña Goya le ha impreso con pulcritud. Con Jerez tenemos ya en Canarias dos ensayistas propiamente dichos en estos últimos tiempos; el primero era ensayista exclusivamente literario o estético y su pluma ya no puede darnos ni una línea más: José Manuel Guimerá ha muerto hace tres años.

Eliseo Jerez es un ensayista de una amplitud mayor, en lo que a la elección de temas se refiere. En un reciente estudio que en Argentina ha publicado Lidia N. G. de Amarilla sobre *El ensayo literario contemporáneo* se lee que «su rasgo fundamental y distintivo es la extraordinaria libertad de su desarrollo y de su tono». A este rasgo responden los ensayos de Jerez sobre la vida literaria, la histórica, científica y jurídica.

Posee Jerez una extraña voluntad de forma expresiva que siempre me ha llamado la atención; es una voluntad de ser conciso y de disparar sobre el lector una actitud de captación varia o intensa. Son estas cualidades genéricas del ensayo, según la mencionada escritora argentina; por conciso, aprieta Jerez la cita demasiado; por deseos de sacudir la inquietud del lector, le pregunta demasiadas cosas sin darle tiempo a que medite sobre la primera pregunta.

Esta voluntariedad de estilo, de forma, le lleva a dislocar la sintaxis de una manera intencional: el verbo al final de la frase —como en alemán, como en latín—, el genitivo antes de su complemento, el extraño uso del subjuntivo, etc., hacen que su estilo sea constreñido, apretado y que el hipérbaton pierda un poco al desacostumbrado lector.

Con suma pericia y cultura aborda Elíseo Jerez diversas cuestiones interesantes; de la vida literaria son sus ensayos sobre Cervantes, el existencialismo, libros de poetas canarios actuales, o cuestiones estéticas. Su habilidad inteligente deja tan soterrada la intención crítica que a veces ésta se esconde en el gancho de una interrogación, si es que el lector sabe coger a tiempo el toro por los cuernos.

Acaso los mejores ensayos sean los históricos. Se trata de unos trabajos sobre Carlos I y Enrique VIII de Inglaterra en paralelismo plutarquiano con Leovigildo, padre de Hermenegildo y Felipe II, padre del príncipe don Carlos. De gran sutileza de contenido y perspicacia de sugerencias, hasta la misma pluma del escritor no se detiene en sus habituales quebrantamientos de formas. Creo que son éstos unos ensayos de gran altura intelectual.

Elíseo Jerez es un especialista en cuestiones penales, La mayoría de su libro está dedicada a lo que constituye la ocupación de su vida profesional. Discípulo estimadísimo del profesor de la Escuela de Criminología madrileña, doctor Saldaña, Jerez se mueve en su campo con una suficiencia y autoridad que sólo pueden apreciar en su valor exacto los que cultiven esta parcela capital del Derecho. Las cuestiones penitenciarias están tratadas en este libro con suma pericia y con una justicia que esconde, a veces, humana y noble piedad. ¿Por qué la escena de un juicio oral que condena, en general, reviste un aparato del que carece el acto reivindicatorio de la absolución? ¿Es menos espectacular el castigo que la absolución, cuando ésta no es



gracia, es decir, gratuita? La crítica periodística, tan fomentadora de lo sensacional, apenas si despacha con unas líneas la nota absoluta. Estas y otras cuestiones decisivas de la vida jurídica y penitenciaria completan el libro de Eliseo Jerez, tan rico de sugerencias vivas, vigentes, actualísimas.

**306. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Barcelona: Edad Media», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 10 de julio de 1952.** Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 6 de julio de 1952.

Nuestro huésped de Barcelona se llamaba don Antonio, pero no don Antonio Moreno, ni tampoco iba con nosotros ningún don Quijote, quien fue huésped del caballero catalán. Como es sabido, hasta el siglo XVII, huésped tanto era el hospedado como el que hospeda. Don Antonio —el nuestro— era un caballero catalán reposado y fino; su casa es amplia. Cuida su esposa de esponjar unos colchones deliciosos y de traer buen vino de Caspe a la mesa.

Come bien el Levante español; come demasiado bien al lado del ascético yantar del castellano —en todo sobrio— y de la pobreza culinaria del canario. Vista desde el avión la tierra catalana pregona su riqueza y el cuidado de los catalanes por ella; cuando en otra ocasión la movible cinta del tren bordeaba el inmenso, el bravo Ebro, camino de Castilla, el paisaje bronco, de pedregales que suspenden el ánimo, acentuaba el contraste del paisaje que dejábamos atrás. Una curiosa franja pétreo sirve de telón de fondo a Calatayud; ingentes montañas de piedra viva abren sus fauces al tren, que se precipita, por un mar de sequedades, hacia las tierras de Guadalajara.

Las gentes que han nacido con el horizonte marino, a la vista del mar, sienten la alegría del encuentro, cuando es la sorpresa la que invade el alma de aquellos cuyo horizonte ha sido terrestre. «Tendieron don Quijote y Sancho la vista por todas partes: vieron el mar, hasta entonces dellos no visto; parecióles espaciosísimo y largo» Sorpresa la de don Quijote y Sancho. Cervantes omite que la sorpresa de los manchegos se acrecentó cuando oyeron el mar por la vez primera, ¿o es que el mar sólo se deja oír a sus amigos, los que quieren oírlo?

No fue un catalán el que acabó con don Quijote; fue otro manchego, un dómine vulgar llamado Sansón Carrasco, el vencedor; bien que sintió don Antonio Moreno tal vencimiento, que le privaba a él de la mayor diversión. No sé si en la enorme selva del cervantismo se ha reparado que en la primera parte, la del Quijote castellano, las gentes luchan para que el héroe recobre la razón; en la segunda parte, la del Quijote levantino (Aragón incluido), las gentes explotan, su locura, aprovechada como espectáculo. En la primera parte, el espectáculo se improvisa como medio para reducir al loco; Castilla es seria. En la segunda, el espectáculo se organiza como fin lúdico; Levante es teatral.

El escenario del héroe vencido fue la playa barcelonesa y el mar su telón de fondo. ¿Trazó el destino el fin del héroe junto al mar de la expansión levantina, de la gran política mediterránea, grandeza y ruina, a la vez, de la gran Barcelona medieval?

Porque la Barcelona que tiene tradición, ejemplo vivo de gran solera mediterránea, es la Barcelona medieval del barrio gótico, del barrio de la Ribera con su calle de Moneada y las residencias de ciudadanos nobles, de los que tal vez descendería Juan Boscán, prendado en el XVI de la armoniosa lengua de Castilla.

No sé por qué misterios de construcción, o si por desdén a una luz muy disfrutada en la calle, es tan oscura la bella catedral barcelonesa, si bien es más oscura la de Perpignan —acaso filial suya—; es un encanto la catedral catalana de la gran ciudad con su girola de vírgenes góticas en los altares, y una novedad en el hermoso claustro: capillas y altares en derredor reciben directa la luz que cae ahora fuera, sin filtrar por la policromada vidriería de la catedral.

Cerca de esta joya relumbran al anochecer las venerables piedras del Palacio Real, sabiamente iluminadas, porque el encanto del barrio gótico se agranda en el misterio de la noche, donde se espesa el silencio en la copa de cada palmera de la Plaza Real, o en el capitel solitario de la romana columna de Hércules, que se ha quedado allí, en la evocadora Plaza del Rey, la que al parecer sostuvo la conversación de los Reyes Católicos y Cristóbal Colón. A la hora negra de una noche mediterránea, o a la iluminada hora de un día, la Plaza del Rey, resumando edad Media y gótico florido, con la elegante escalera y el techo de fino artesanado del actual Archivo de la corona aragonesa, es, uno de los rincones más llenos de espíritu que Barcelona posee.

Y ese espíritu se hace ritmo, melodía y canción el domingo en cuyo mediodía se trenza, ceremoniosa y ritual, la sardana en la Plaza de la Generalidad, prestigiada por dos estupendos edificios: la Diputación o antigua Generalitat; y el Ayuntamiento, dos triunfos del gótico florido catalán de esta noble plaza, altar cívico de una gran tradición ciudadana, oficiaba el pueblo joven con una seriedad cuasi ritual y por tanto, religiosa.

Llevan los pies, avanzando y retrocediendo, en juego con las manos de los bailarores —no importa el sexo—, el ritmo de la música, que la orquesta inicia y continúa, y los oficiantes ofrendan con gran unción. Al centro del corro tiran los bailarores sus chaquetas y las muchachas las suyas de punto; se agranda en torno de este centro estático el círculo de bailarores con la entrada de un muchacho o de una chica, y, parece que todos, al ritmo de su música sagrada, van a quemar sus figuras de mariposa en cuanto se haga pira el montón de ropa en torno al que bailan casi sin mover el centro del cuerpo. Los bailarores de sardana suspiran por una llama nunca venida.

**307. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Barcelona: un genio de alma gótica», Falange, Las Palmas de Gran Canaria, 15 de julio de 1952.** Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 19 de julio de 1952.

Cuesta dejar el perímetro gótico y aún romántico de Barcelona para meterse en la ciudad moderna. El tirón de la prisa nos arranca del claustro de Santa Ana, donde el románico coquetea con el gótico, y del más distante San Pedro de las Puellas —de las muchachas—, todo el románico, para caer en las anchas Ramblas o en la Plaza de Cataluña, mudas para el no gustador de lo que todas las ciudades tienen el común.

El mar nos atrae y —hechos perfectos turistas— podemos subir al interior de la columna de Colón para admirar el puerto y el cercano promontorio de Monjuich, que los romanos llamaron en su lengua Monte de Júpiter; todavía un vaporcito puede llevarnos al rompeolas y ya en él la visión del dique Este del muelle de Santa Cruz de Tenerife nos asalta por ley de semejanza. Claro es que las viejas, serenas y civilizadas aguas mediterráneas distan mucho de la altisonante bravura de las olas atlánticas.

El mundo elegante y juvenil quizá no encuentre en Barcelona esas finas salas de fiesta o las mínimas «boîtes» penumbrosas, o las cafeterías cómodas con la profusión que las posee el divertido Madrid. Barcelona es seria e industriosa, con muchas cosas feas y sin estilo en su núcleo urbano; más, al lado de una vulgar uniformidad, uno choca de pronto la mirada con edificios que no terminamos de encajar, porque la impresión que de momento nos produce no es la de ser gratos o ingratos, la de gustar o no gustar; lo que nos produce es extrañeza. La casa Nilá i Camps —a la que el pueblo ha bautizado con pintoresco nombre— ¿es bonita o fea? Es, sobre todo, extraña. Singular. La pintura del greco pareció a un francés del siglo pasado también extraña y singular. ¿Es bonita o fea la pintura negra de Goya? ¿Nos gusta lo bonito? ¿Repelemos lo feo?

Buena parte del arte español es ajeno al concepto italiano renacentista del arte estético, del arte cuya categoría fundamental es la belleza, ¿es bonito «El bobo de Coria», pintado por Velázquez? ¿Nos gusta o nos disgusta? quizá el espíritu greco-

romano del culto a la belleza no encaje bien que reconozcamos algo quizás antitético: que no es bonito «El bobo de Coria», pero que nos gusta.

Todavía la Casa Nilá está demasiado cerca de nuestro tiempo como para decir de ella lo que, en pintura, decimos del citado cuadro velazqueño; por de pronto, nos parece extraña esta y las restantes casas que el extraordinario arquitecto Gaudí, un precursor del expresionismo, según algunos, ha dejado en Barcelona. No puede negarse que en un tipo de urbanismo, sin estilo ni gracia, la presencia de un valioso espíritu como el de Gaudí marca una huella personal que se destaca en la fisonomía vulgar de Barcelona.

Ha sido en nuestra época, en los últimos años, cuando el valor de Gaudí se ha reconocido como positiva; monografías y trabajos que ayudan a la comprensión y divulgación de su arte han llamado la atención de las gentes, que reconocen en él al gran arquitecto moderno; su genial creación, el Templo de la Sagrada Familia, es un esfuerzo al imposible, la ruina de un futuro o un futuro en ruinas. Aprovechando un comienzo en estilo gótico el genial arquitecto proyectó levantar doce altas, originales y afiladas torres, a modo de inmensas agujas, dedicadas a los apóstoles, de las que sólo hay levantadas cuatro y a las que presidiría la más alta de ellas como dedicada a Dios mismo. Marea pensar, los millones que precisa la terminación de lo que sería el más alto templo de la Cristiandad, y no sabemos si han de verlo alguna vez terminado las gentes futuras: hoy emociona bajar a su hermosa cripta, muestra de lo que un constructor grande puede hacer con el arte gótico y con el arte general.

Antonio Gaudí adorna la fachada del nacimiento con un detalle de capitel románico, pero de siglo XX —esos gallos de una repisa angular de piedra—, o levanta un adorno del balcón, que, en vez de ser una quimera de catedral gótica es una simple ondulación geométrica, una crestería imaginaria en la piedra. En lo fundamental y en lo accesorio, el artista ha dejado la huella de su genio, de un genio tardío que soñó hacer de un golpe lo que se hizo en la Edad Media en más de una centuria. Parece como si el espíritu gótico de Cataluña —la edad en que la gran región tuvo su orto— intentara en renacimiento de su época áurea; a fines del siglo que revalorizó la literatura catalana —la *Renaixença*— la figura señera y última de Gaudí marca el término de esta gran evocación que se quedó en esfuerzo.

El sol de la tarde cae sobre las ya venerables piedras de las ruinas de un proyecto y le dan el mismo prestigio emocionado que al toledano San Juan de los Reyes —también inacabado— y entinta aquella grandiosidad con el fluido melancólico que producen las ruinas. Gaudí soñó con escribir en piedra una nueva *Divina Comedia*; nos dejó hermosísimos capítulos, pero en blanco están los demás: el espacio vacío, nostálgico de torres y arcos por el que hoy tan sólo se puede salir a las estrellas.

**308. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Niza. La sombra de Cairasco», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 22 de julio de 1952.** Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, con el título: «Niza, victoria», 5 de agosto de 1952. (*Pulso del tiempo*, 1953: 91-93). (*Todos los que están fueron*. Tomo I, 2008: 133-35).

Los últimos años han puesto de moda el paisaje abrupto y salvaje. El hombre nervioso y cansado de nuestro tiempo, con el complejo de sus complejos vuelve al retorno de la Naturaleza y a ésta la prefiere lo menos posible intervenida por la mano del hombre; el paisaje organizado, recortado y acicalado suele molestarle. Un tipo de paisaje como el de Castilla, la de las parameras desaladas, o el del Sur de Tenerife o Gran Canaria, respuntado de cardón y tabaiba —flora natural de estas latitudes—, suele pacificar a un alma angustiada, o bien harta de paisajes que le suenan convencionales y falsos.

Pero puede ocurrir el caso inverso; lo natural es que el turista o el coleccionista más o menos perfecto de paisajes sea persona pudiente y esté ya harto de la Costa Azul o de la Riviera italiana, que han sido hasta ahora los paisajes clásicos para ser visitados en Europa; mas puede haber un viajero que haya tenido un horizonte permanente de paisaje desértico, de un Océano que no es el viejo y pequeño Mediterráneo; entonces este viajero, esta viajera, sentirán a la vista de la extensa playa de Niza, en el «Paseo de los Ingleses», justamente en frente del «Palais de la Méditerranée» o Casino la grata sensación de un paisaje que contrastar con el suyo.

Niza, como todas las ciudades de la Costa Azul, vive sobre el mar, a lo largo de la «Bahía de los ángeles», con la vieja elegancia de una dama francesa. Pulido hasta el mar, caballero afeitado aquí con pulcritud, es decir, bien dragado, la vista se pierde en él, loca por sus verdes claros, y el oído se encanta tras rumores de un crujir de sedas tendidas en abanico. El Mediterráneo es, no hay duda, ahora que acabamos de descubrirlo —venimos del Atlántico—, un mar culto, suave, silencioso, elegante, bellísimo.

El nizardo, en recuerdo de los años de dominación italiana y de la proximidad a esta última frontera, suele hablar un dialecto con voces italianas; mientras los ojos recorren esta diadema que cierra a la derecha la Californie —cerca del Aeropuerto— y a la izquierda el monte Boron, el hilo de una voz popular italonizada se nos extiende de una cuerda hasta la mitad del siglo XVI, aproximadamente. Ya en el pasado fijamos la cuerda en otra gran playa lejana, en una ciudad casi recién nacida, pero que ya ha dado a las letras españolas un nombre modesto, sí, pero conocido. Cervantes y Lope de Vega sabían muy bien quién era su contemporáneo Bartolomé Cairasco de Figueroa, el abusador del verso esdrújulo en España; tan abusador que en un tiempo se creyó que lo había inventado. La familia de Cairasco era italo-nizarda; de varios Cairascos —galanes y damas— famosos en Niza hace mención Bartolomé en su extensa obra *Templo Militante*; los biógrafos del poeta canario aseguran que en su juventud hizo un viaje a Niza para ver a sus parientes. Cortamos el hilo que nos une a la mitad del quinientos y a Las Palmas, y seguimos Avenida de la Victoria arriba. Desaparece Cairasco; ahora son unos bellos sombreros de paja, unos bolsos también de paja los que pretenden nuestra atención ¿En qué mes hemos nacido? En esa tienda, unos minúsculos escudos llevan el signo del zodiaco dibujado. Cada signo es sabido que corresponde a un mes y, con el escudo, venden nuestro horóscopo. ¿Podrá el conocimiento de ese horóscopo alterar la enorme tristeza que, de pronto, nos ha sobrecogido?

Avenida de la Victoire arriba, a la izquierda, sentimos gran daño en la vista: una iglesia llamada Notre Dame es un burdo «pastiche» de la maravillosa catedral de París que, en la popa de la nave de la Cité, está en el norte, definitivamente anclada en el Sena. Mal gusto han tenido los nizardos al elegir la fachada de este templo.

Estas calles limpias, estas villas con árboles también podemos encontrarlas en el Barrio de los Hoteles de Santa Cruz de Tenerife; la finura y el gusto en las tiendas no es ya tan fácil de igualar. Ese «Negresco» o ese «Ruhl» del «Paseo de los Ingleses» pueden ser nuestros «Ritz» o «Palace» madrileños; el mismo Casino recuerda al de Santa Cruz; lo específico de Niza no es, pues, este u otro edificio, lo inimitable es la fina gracia vieja de esta francesa eternamente viva que lanza a la calle, sobre delicadas carrozas de flores, a sus elegantísimas mujeres un día de coso en la «Promenade». Desfilan las muchachas ataviadas a la moda romántica, no muy bonitas, la verdad, pero vestidas con tal mesurada exquisitez, tirando y recibiendo flores casi en silencio, que uno se maravilla de lo posible que es, bajo un cielo mediterráneo luminoso y un fondo marino, celebrar un coso de flores con elegantes mujeres y una apretada multitud, sin

que las voces, los requiebros o las risas empañen el aire con la explosión nerviosa de las gentes.

Niza es esto; Niza es también la valetudinaria ciudad marítima que esconde su puerto y su barrio marinero a la izquierda de su elegante playa. Pasado el promontorio arbolado del Castillo, en cuya base se levanta, incrustado en la roca, un sobrio monumento a los muertos de la guerra, el puerto Olimpia se nos aparece casi como un paralelogramo de agua azul, bordeado de casas amarillas con tejados rojos. Viejas casas de viejos, viejísimos puertos mediterráneos a la orilla del agua remansada, casi de lago, donde volvemos a tender el hilo hacia la mitad del quinientos: ¿desembarcaría por este puerto el joven Cairasco de Figueroa? ¿Alguna de estas casas lo albergaría? ¿Tendría el monte Boron la misma exuberante vegetación de ahora? ¿Es que saber el horóscopo me va a quitar la tristeza de hoy?

**309. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Cannes, Cañas», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 31 de julio de 1952.** Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 10 de agosto de 1952.

El Casino Municipal de Niza está en la plaza de Massena. El nombre de este Casino, «Casino Municipal», está escrito así mismo —igual que en español, que en italiano—, en lo alto de la fachada, porque conviene no olvidarse del italo-nizando, de que Niza casi es frontera italiana y de que cinco siglos suyos los vivió con Italia.

Detrás del Casino está la parada de autobuses que salen para diversos pueblos de la Costa Azul. Hoy vamos a la derecha de la «Bahía de los Ángeles»; mañana hemos de ir a la izquierda. Es que el miércoles vamos a Cannes y el jueves queremos ir a Montecarlo.

Uno es prisionero de su ser íntegro, de su angustia o de su cultura, mala o buena. Lo mismo puede atragantarnos la tristeza que la Filología. Los romanos decían «canna» a lo que en España llamamos y escribimos «caña» y en Francia «canne»; el autobús nos lleva por una bella carretera llena de árboles con el mar latino a nuestra izquierda. El nombre del primer pueblecito en el que repara nuestra atención está escrito así: «Cagnes». Hay también entre la vegetación muchos cañaverales; los viveros están protegidos con techos de caña labrados con gran pericia. Hay pinos, olivos, villas y más villas; una es tan cromática que la llaman Azurville, pero más que villa es lugar. Un pequeño río, el Loup, tiene también su bello pueblo: Sogis le Loup. Pensamos de nuevo que el «cannas» latino ha dado dos plurales en dos topónimos próximos: Cagnes sur Mer, que dejamos atrás, y Cannes, al que vamos a ir. Nos parece aclarar el misterio filológico, pero, igual que nuestra tristeza, también nos lo tragamos.

¡Qué delicia pasar por la plaza De Gaulle de Antibes y que encanto el de su pequeña bahía, casi cerrada y el blanco dedo de su faro! Frente a este lápiz de nieve, un promontorio, arbolado con una fortaleza roquera en la cima, custodia la delicada bahía de juguete; más allá, Juan les Pins. Juan y no Jean. ¿Viejo recuerdo del paso español por el sur de la Provenza?

Frente a Juan les Pins, el cabo de Antibes; tras Juan les Pins, Golfe Juan. Junto a la carretera exhibe Golfe Juan numerosas tiendas de antigüedades; entre Juan les Pins y Golfe Juan envidiamos la suerte de este Juan remotamente español con sus pinos dominando un golfo de ensueño. ¿Iría este Juan en barca a las vecinas islas Serinas cuando se construyó en ellas el castillo de San Honorato? ¿Viviría antes, o después de la construcción del castillo?

Más cerrada que la de Niza es la bahía de Cannes; a continuación de su hermosa playa está el puerto, tras el que se levanta el monte Chevalier. Barcas innumerables, balandros, gasolineras animan la bahía; podríamos decir que el litoral de

Cannes está más humanizado que el de Niza. Niza aparta el puerto de su playa para que luzca en ella la ensoñadora belleza del mar, como en muy pocos lugares de la tierra; Cannes pone sus aguas al lado de los hombres, por eso nos atrevimos a bautizarnos de Mediterráneo, a meter los pies en el mar un mediodía único que agitaba la brisa y brillantó un sol tibio, luminoso, con el poder soberano de aligerarnos el alma de pesadumbre.

Adentrarse en la ciudad supone gratos encuentros. Menos extenso que el «Paseo de los Ingleses» de Niza, «La Croisette» de Cannes —su equivalente— también tiene palmeras y unas tiendas que parecen transformación de amplias casetas de baño. El gusto de estas tiendas-escaparates, a lo largo de «La Croisette», es difícil superar. Pero subir, meterse en la ciudad, digo que tiene sorpresas gratas.

Hoteles y villas de supremo encanto; calles limpias y solitarias. Un coro de niñas de colegio de monjas despide la tarde, y, al lado de Notre Dame des Pins, los pinos envían la frescura de su sombra, y los cipreses la suya, junto a la cúpula lobulada de la iglesia rusa. Hay aquí en este Cannes de calles altas de altos árboles una aristocracia del silencio humedecido de frescura, coloreado de azul latino. Y abajo el viejo Cannes marinero tiene sus barrios y tugurios más inmediatos que Niza; allí mismo, en la rue des Suisses, hay casucas antiquísimas, tabernas marineras; otras calles son altas con escaleras de piedra, muchas casas tienen su escalera casi en la calle. Junto al umbral de la puerta de entrada, como en el barrio gótico barcelonés, como es la casa antigua del puerto mediterráneo, como debieron ser casi todas las viviendas medievales.

Uno galopa sobre los caballos de la evocación y ve un vivo trajinar de viejos marinos, un trasiego de gentes de la orilla opuesta del Mediterráneo por estos antros ribereños; marineros argelinos, galeras catalanas, y alguna barba rubia que, desde los mares del Norte, se aventuró a ser tragada por las fauces del estrecho de Gibraltar y arribó a esta embrujada sirena de Cannes para tenderse al sol, junto a la palmera del Sur.

Cannes. Cañas. En la plaza de Merimée nos espera el autobús. Una lengua arbolada de tierra a la izquierda y el Monte Caballero a la derecha cierran la concha de la playa; respuntamos toda su longitud con un paseo que hemos de recordar siempre. También se emborracha el cuerpo con el encanto maravilloso de esta riviéra francesa; hemos logrado por una tarde caminar sin tristes músicas de fondo e ir un poco a tientas, mientras sólo canta el pájaro ciego del olvido.

**310. COLABORACIÓN. «El canario y su simpatía I», *El Día, Santa Cruz de Tenerife, 15 de agosto de 1952.* Publicado también en *La Provincia*, Las Palmas de Gran Canaria, 30 de septiembre de 1952.**

No es cierto que nuestro pueblo sea ingrato y olvidadizo con sus valores regionales y nacionales. Es posible que cuando el valor lucha hasta imponerse, la cominería envidiosilla, el desdén resentido, no lo quiera reconocer como tal valor; pero cuando éste alcanza categoría extra provincial —Galdós, Guimerá, Tomás Iriarte, etc. — el país se encarga —no con prisas, la verdad— de erigirle un monumento o rotular esa calle y ponerlo en su guía de hijos ilustres, apenas si se han ocupado del país. Los motivos deben ser complejos.

Pero cuando el valor es regional, la realidad es que no puede tacharse de ingrata a la región, aunque no niego algunas posibles omisiones. Un día se empeña un grupo de amigos y se le hace un brillante homenaje a un notable orador sagrado; otro día un grupo más amplio levanta un busto a un poeta —en vida del mismo, lo que no es frecuente— y le tributa esa alta manifestación literaria y ciudadana en su honor; otra vez, contadas personas reúnen la dispersa obra de un fino estilista y publican esa obra

con ayuda de las corporaciones; otra, un generoso escritor organiza enfervorizado testimonio en busto a dos poetas.

Los ejemplos podrían ser muchos más, apenas ahondara cada cual en su memoria o se molestara en leer periódicos atrasados. No; no es ingrato nuestro pueblo. Es lento, receloso, melindroso y personalista, pero no son estos vicios exclusivos suyos; también es sensible, sencillo, bueno y sentimental. Agradecido lo es casi siempre.

Pero sobre todo está sensibilizado para la simpatía de una manera prodigiosa. Quien tenga la desgracia de ser engolado, petulante y antipático se ha caído con todo su equipo valioso —si lo tiene— entre nosotros. Al antipático no lo soporta nuestra gente; en cambio, el simpático... Se lo gana todo y, si tiene suerte, se gana hasta un homenaje.

Perito en simpatía, el canario distingue la simpatía afectada, la rebuscada sencillez, como ningún otro. Por eso repele cierta zalamería, que adivina falsa, y el esfuerzo de la amabilidad fingida; en semejante concreto problema es muy difícil darle gato por liebre. Sabe muy bien distinguir la simpatía nativa, esa que ha dado Dios a la criatura en suerte o en justicia, porque insondables son los designios de la Providencia.

En muchas ocasiones, cuando fuera de aquí he hablado con determinado paisano avecindado en la Península, acostumbramos departir sobre los valores insulares de todos los tiempos. Mi amigo es exigente. A veces reconozco que este o el otro nombre canario acaso no tenga un valor consistente, y, cuando me ve vacilar, mi amigo me acosa en un cerco implacable.

—Pero ¿qué hizo Fulano de Tal? Si fue político, me pregunta, dónde están las mejoras que consiguió, las carreteras, edificios, instituciones que, por sus desvelos, disfruta hoy el país? A mí me suena que hubo un telegrama del político no sé en qué año. Si es escritor o artista, mi amigo se me encrespa, al objetarle yo que hay artículos y poesías o cuadros del personaje discutido:

—Uno, cien artículos, o veinte versitos, o diez cuadritos, o tres discursos, ¿cree usted, amiga mía, que justifican bustos, calles, homenajes, etc.? ¿Dónde están los libros meritorios, los cuadros muchos y buenos, los actos notables, la gestión abnegada, heroica o eficaz de fulano escritor, pintor, político, sacerdote, militar, benemérito ciudadano, etc.?

Mi amigo es respetuoso con el presente; nunca discute un valor vivo sino el que ya lo ha dado de sí todo; yo echo mano de mi fichero ausente, que, a fuerza de manejar, me ha dejado algo en la cabeza. Reconozco que en muchos casos lo que puedo contar del personaje discutido es un montón de anécdotas, de maravillosas anécdotas, de las que está salpicado, adobado nuestro gracioso, maravilloso, siglo XIX local. Y me niego a discutir más; entonces le pongo punto final al coloquio y digo a mi amigo, para terminar:

Todo eso que usted dice podrá ser verdad. Concedo que la obra de ese hombre no era numerosa ni valiosa, pero ¿y su simpatía? ¿Lo oyó usted hablar? ¿Sabe usted lo que le ocurrió con Mengano en cierta ocasión? Lo cuento, aunque mi amigo me mire con desdén. ¿Supo usted lo que cuando llegó don Zutano? ¿Conoce lo que le ocurrió cuando...? Era un personaje extraordinariamente simpático, agradable. Si; acaso Perengano valga más, pero Perengano es... antipático. ¿Qué quiere usted que hagamos con un sujeto cargante? En cambio, Fulano, ¡qué hombre!

### **311. COLABORACIÓN. «El canario y su simpatía II», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 16 de agosto de 1952.**

Con el paisano que vive en la Península, en Madrid, el canario insular se comporta de otra manera que con el de casa. Desde antiguo se nos ha censurado que seamos apegados al poder, al paisano que manda, al que, una vez que cesa de mandar,

abandonamos automáticamente. Puertas abiertas he visto, antesalas repletas de gentes, casa harto visitada que, al cerrarlas la adversidad, no volvieron a turbarlas otros pasos que los de sus dueños y algunas adhesiones fieles, a prueba de las volteretas de la diosa Fortuna.

Y es que las islas están lejos de la metrópolis; ahora lo más próximas que están es a tres mil y pico de pesetas, y eso que las distancias las ha acortado el benéfico avión. Pero siempre han estado y estarán más lejos que otra región española de Madrid. Así que el canario necesitado de que los poderes le echen una manita, le trae buena cuenta un buen trato con ellos. Todo es un problema de necesidad y es menester explicarlo para que no se prodiguen las censuras.

Al paisano, pues, que vive casi siempre en Madrid lo homenajeamos de otra manera; de aquí el laudable gesto del Excmo. Ayuntamiento de la capital al rendir su tributo al ilustre periodista Juan Bautista Acevedo, que no tiene más poder que el de su amable persona, el de su generosidad sin límite para todo el que se le acerca. ¿Cómo no agradecerle aquellas palabras que públicamente él me dirigió al presentar a un paisano que hizo una lectura en la Sociedad de Escritores y Artistas de Madrid? Un valioso palmero y yo, miopes un poco del oído —además de la vista— nos sentamos en primera fila en el acto, a finde no perder palabra y tuve que aguantar, avergonzada, las generosas y excesivas frases que Acevedo me dedicó. Sepa, pues, el gran periodista, que este es un homenaje puro y desinteresado que su pueblo le tributa.

Los que viven entre nosotros la mayor parte de su vida, tienen asegurada muchas veces la prosperidad, si cuentan en su haber —como he dicho—una simpatía grande, un don de afabilidad y campechanía.

Claro que me ha preocupado en estos últimos meses el problema de la simpatía en los valores canarios en función del tiempo. Todavía hay mucha gente que puede contarnos anécdotas de personajes del siglo XIX; anécdotas presenciadas, que son las que más vivamente llegan y se refieren. Pero con las gentes del siglo XVIII y más atrás, las del XVII y XVI, si algún cronista como el abundante Anchieta, Alarcón u otro semejante no nos ha dejado señal de la sal y pimienta de un sujeto de aquellos tiempos, nos es problemático averiguar su simpatía. Como los contadores de anécdotas son muchos y los rebuscadores y estudiosos de papeles, pocos, de aquí que, si se nos aparece a los ojos un Antonio de Viana por un quitarme allá esas pajas, entonces el sujeto es «un poeta» y pare usted de contar.

¿Sería simpático Antonio de Viana? Sé una anécdota suya, pero no es edificante, ni graciosa. A los veinte años, pocos días antes de casarse —en 1599— compró una espada. La espada era en esta época aditamento indispensable del caballero; pues bien, tan mal andaba de dinero el poeta que no pudo pagar los treinta reales de su precio y el mercader vendedor lo llevó a los tribunales. Una vez más, poesía y dineros manifiestan su enemistad.

Antonio de Viana es el creador entero y verdadero de nuestros símbolos tinerfeños y hasta regionales, si me apuran. Es el primer cantor de nuestros pueblos, el único —entiéndase bien, el único— poeta épico renacentista que sabe ver el paisaje con los ojos de la cara; su paisaje es más realista que literario. Ni Ariosto, Tasso, el español Ercilla ni aún siquiera el americano Pedro de Oña ven el paisaje con la realidad que lo ve Antonio de Viana. Lo que hay de poético en la isla, Antonio de Viana lo cimentó.

Pero es el caso que Antonio de Viana lo que fue de verdad, de manera preferente, por vocación, profesión y dedicación de su vida fue un médico.

Un médico ejemplar y un «insigne» cirujano. Fue en Sevilla cirujano mayor de la real armada y médico del Hospital del Cardenal. Con estos títulos y una reputación de experimentado galeno, el tirón de la nostalgia auténtica e insular lo trajo, para su



desdicha, de nuevo a La Laguna. ¿Era antipático Antonio de Viana? Yo tengo la impresión de que era muy simpático, pero no voy a convencer a nadie con una impresión. Esta nace en mí a lo largo de su *Poema*, que acaba en una amigable componenda: vencedores y vencidos parten el piñón de la felicidad entre sí. Es imposible que se le escapara la verdad por entero; la codicia y maldad de muchos conquistadores, las vejaciones sufridas por los indígenas. Tuvo delante de sus narices muchas cosas como para no verlas, pero Viana no las quiso ver; su alma generosa y simpática le hizo correr más que un tupido velo, un espeso tabique por la realidad histórica y creó un mundo ilusionado y fantástico. Un alma también exquisita, bien que la más alta gloria española, Miguel de Cervantes, unos días antes de morir hace feliz al buen lector del *Persiles* al permitir que los personajes sean dichosos, cuando ya se les ve casi zozobrar. El alma generosa cuida siempre estas cosas. Y es raro que un generoso sea antipático.

Pero el pobre Viana le hicieron la vida imposible en La Laguna de 1633; tres campanudos capitostes de la época le manifiestan una hostilidad solapada, hipócrita azalamerada en la forma, que a Viana le debió sentar como una legión de sanguijuelas. Nunca sabremos las verdaderas causas de esta honda saña; como consecuencia de ella, le malhirieron a un hijo y a él mismo lo quisieron matar en la plaza pública. ¿En qué plaza sería? En la de la Pila, en la de los Remedios, en la de arriba o en la de abajo? Quizás en la de los Remedios, que debió ser la plaza por antonomasia. El caso es que lo cansaron, lo hartaron, elevó ancla y no volvió más.

Pero Sevilla es también tierra española; maravillosa tierra, avispero animado del comercio de Indias. El canario es planta que se aclimata allí donde le vaya bien, y para morir toda tierra es buena. Para Antonio de Viana la poesía está ya muy lejos; probablemente la afición de hacer algún que otro soneto laudatorio no creo que lo secara, pero quizás quedara todo para las lejanías de la juventud, cuando Dácil y Castillo salían de sus manos creadoras y se vieron —según creo— en la hoy Fuente de la Negras, con la vega lagunera a sus pies. Viana, que en 1632 publicó un notable Tratado de Cirugía —si no se demuestra que no es suyo—, que había estado ya en países extranjeros estudiando medicina, perfeccionando su saber, hará en su vejez algo abnegado, heroico. Parece como si Dios le hubiera puesto en su haber estos servicios a fin de demostrarle a quien pusiera en duda sus méritos, que éstos fueron relevantes.

En 1649 padeció Sevilla una espantosa epidemia de peste; murieron en ella unas doscientas mil personas, y todos los médicos, excepto tres. El maestro Caldera de Heredia con sobria prosa latina nos cuenta en su *Tribunal medicum* que la intervención del «doctísimo cirujano» Antonio de Viana fue de una eficacia máxima en aquellos momentos trágicos. Venciendo una repugnancia que a veces conseguía hacerle perder el sentido, Antonio de Viana aplicó su conocimiento de cauterizar los bubones. «Su procedimiento»; el nombre del poeta lagunero se consume en aras de otra poesía más alta aún que la literaria: la maravillosa poesía que se escribe con la heroicidad propia en beneficio de nuestros semejantes. Y eso que el gobernador sevillano maltrató a los médicos, que bien pronto —al recuperar la consideración debida— asistieron a los enfermos con peligro de sus propias vidas.

Todavía ignoramos la fecha exacta de la muerte de Viana; acaso entre 1650 y 1660. Un rebuscador de papeles en Sevilla podrá encontrarla cualquier día, o un golpe de azar; es un mero detalle. Murió, pues, hace mucho, muchísimos años. Ningún enfermo de los que salvó puede contarnos su agradecimiento; ningún contemporáneo habrá que sepa deleitarnos con una anécdota suya. No importa. Fue para nosotros feliz y afortunado poeta, porque nos creó nuestros símbolos; fue un insigne y heroico médico cirujano. Habrá que creerme el que fue un hombre simpático; sólo quien lo hubiese sido

habría podido escribir su *Poema*. Tiene ya una calle en La Laguna y sé que «el pino» que antaño hubo en ella no se molestaría porque el poeta ocupara su nombre. En Santa Cruz va a tener otra calle el nombre de Antonio de Viana. Unos «mandamases» más o menos linajudos de la época, de los que nada cuenta ya, porque los estúpidos, por linajudos que sean, no alcanzan posterioridad gloriosa, cansaron al poeta y lo obligaron a marcharse. Quizás olvidara su tierra, quizás la llevara siempre en el corazón. ¿Por qué no hacer algo más para perpetuar la memoria de Antonio de Viana? ¿Sería demasiado que un sobrio y sencillo monumento a la entrada de La Laguna, en un sitio donde no moleste a nadie, ni hiera la susceptibilidad de nadie que se sienta por él, por «un poeta» desplazado, recordara al creador de nuestros símbolos poéticos, al gran médico tinerfeño y reparar así que en su propia tierra, en su misma ciudad natal, quisieran matarlo un mal día del siglo diecisiete?

**312. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Puertos y Fortuna. Montecarlo», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 21 de agosto de 1952.** Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 23 de agosto de 1952.

El boulevard Jean Juarez parte, en Niza, de la plaza del mariscal Massena; si el autobús sigue a la izquierda, camino de la frontera italiana, ha de subir por el boulevard Jean Juarez y en seguida cruzará la plaza de Garibaldi. No puede olvidar Niza —la Niza italiana— el nombre del gran patriota. Después por la inmediata rué Cassini, con sus altos y viejos edificios, el autobús nos llevará al puerto Olimpia.

De nuevo refrescamos la vista en la postal viva de este pequeño y bello puerto. Hay quien colecciona catedrales góticas; nosotros coleccionamos chiquitos puertos mediterráneos, geométricos, acicalados y viejísimos como el de Olimpia. Al subir el vecino boulevard Caruot leemos a la derecha una placa que lleva el nombre de un colegio: «Blanca de Castilla» y casi nos alborozca el paisaje antiguo que tenemos con la madre de San Luis.

La salida es ya bordeando el monte Boron y los centinelas son pinos, laureles, mirtos, que custodian la Corniche de la orilla del mar hasta la entrada de Villafranca, más bella que las bellas, y, en seguida, a su izquierda, Beaulien.

Echar la mirada sobre Beaulien-sur-Mer (todos los pueblos son y están aquí «Sur-Mer») es creer en las sirenas y en la realidad de los mitos del mar hechos belleza y encantado rumor de playa y árboles. Laureles y mirtos, olivos y pinos llegan apretados a la misma orilla. Una angostura une el promontorio de larga cola —como una gran cometa echada sobre el agua— a la saliente concha de Beaulien; todo es allí estrecho abrazo del mar y la tierra, entrantes y salientes en amorosa coyunda, suspiros del pino y susurro de olas, azules y verdes que respunta el blanco.

¿Cómo dudar de que al extremo de la cola que cierra un puerto natural peina sus cabellos una de aquellas sirenas que cantaba lord Tennyson? ¿Quién puede en serio desmentir que sobre el cabo Ferrat no se oiga en las noches de luna la voz encantada de una ondina que atracó allí su conjuro de nácar?

De no saber que el puerto de Ítaca ha sido el puerto literario ejemplar del mundo antiguo y renacentista, habríamos hecho un cisma a favor de Beaulien. La descripción del puerto de Ítaca fue imitada por Virgilio, como lugar también habitado por las ninfas. Más tarde, el Tasso trasladará este mismo puerto a sus poéticas islas Afortunadas. Y ¡oh ingenuidad de ingenuidades!, día vendrá en que un confiado escritor canario defenderá que fue el litoral de la isla Graciosa el descrito por su melancólico Tasso, borracho de literatura clásica y abstemio de viajes atlánticos.

Con los mismos derechos podría yo defender a Beaulien como la bahía capital de las ninfas antiguas y del séquito tentador de la encantada Armida, pero no quiero

disgustos internacionales y, cuando pienso en el encanto de las tiendas-escaparates en la carretera misma de este lugar de ninfa, otro puerto para mi colección me embruja la vista —¿Eze, cabo «d'Ail»?—; en seguida cabos, radas, túneles y al término casi del viaje el puerto de los puertos, geométrico, acicalado, preciosista: el de Mónaco.

Un caserío ceñido de arboleda espesa corona el promontorio de Mónaco a la derecha del puerto; en el arranque mismo de este puerto bicorne, como el homérico —virgiliano, la plaza y el palacio del príncipe; al final de la boca izquierda—en el ala frontera-Montecarlo y la rotonda de su Casino.

Montecarlo emerge como una ancha pintura de gran sandalia sobre el Mediterráneo. Producto de una Europa feliz y archiculta invade el silencio la espesura de su follaje perfilado, urbano en demasía. Se tropieza a cada instante con escondidos venenos rejos de adelfas y desmayados lilas de glicinias, que se encaraman en tapias recortadas y umbrosas. Caían aquella mañana sobre el mar las melódicas notas de los violines del gran Casino. Casi sobre el semicírculo de la rotonda, volada sobre las aguas, una orquesta europea tenía aire antiguo de vals vienés. El casino, un poco tarta amarilla del siglo XIX, pone en todo el jardín que es Montecarlo, su aire de empolvada catedral del azar como una encarnación frívola al templo de la diosa Fortuna.

Es posible que ya se arruine poca gente en Montecarlo, o al menos ruidosamente, como para conmovier al turismo. Pero allí se ha arruinado la gente y se han partido la cabeza o el corazón de un balazo en sus jardines. Lo que todavía está patente es el enorme derroche del tiempo en la ciudad y en todos estos exquisitos lugares de la Costa Azul, donde se juega eternamente en la ruleta del mar y de sus frondas las horas contadas de nuestra vida.

**313. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Florenxia, despertar», *Falange*, *Las Palmas de Gran Canaria*, 26 de agosto de 1952.** Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 29 de agosto de 1952.

El idioma italiano tiene una voz compuesta para designar el lugar que está junto a un río; une el adjetivo «lungo» largo al nombre del día o parte del mismo. Nosotros vivimos los días florentinos, «Lungarno», casi al lado del Arno, lento, melancólico y verde, con un horizonte vegetal tras el que detener la mirada cuando resbalaba, huidiza, por el cristal del río.

Gracias a este escape de frondas y aguas pueden los ojos y la capacidad de asombro descansar un poco en Florenxia; la ciudad, más que de las flores, es flor de las ciudades. Tiene uno que ir a ella a pasmarse, a entender a Italia, a llorar, si es preciso, por no haber agotado sus rincones, sus iglesias y bebérsela piedra a piedra y secreto a secreto.

Tiene perfecto sentido que sea Florenxia la ciudad que en 1207 elige popularmente por vez primera su alcalde o podestá. El antiguo estado-ciudad de la política griega, el espírita cantonalista mediterráneo, echa raíces apenas tenga tierra a propósito. Uno ve a Florenxia suficiente y maravillosa, bastándose a sí misma, descansando en su propio prestigio político, en su inflexibilidad con su hijo más espléndido condenándolo al destierro, en su pasmosa, envidiable, irritante pirotecnia de hijos ilustres, en la gloriosa pesadumbre de su arte único.

El espíritu clásico, mediterráneo, de polis o ciudad griega parece que no se ha apagado nunca, ni aun con la presión longobarda, ni con el mundo cristiano. Las ruinas del mundo clásico no existen en Florenxia ni en Italia; allí todo es continuidad y las formas se tragan al espíritu. ¿Queréis comparar el románico florentino con el románico español de Zamora, por ejemplo? ¿El Bautisterio o San Niniato florentinos, con la

Catedral o la Magdalena zamoranos? Pondréis piedras oscuras junto a mármoles claros; sobriedad, a lado de profusión; parejas, gravedad y alegría.

Cuesta aceptar como góticas la fachada del «Duomo» o de Santa Croce. Aunque las guías nos hablen de un gótico toscano, vemos aquí al gótico mal entendido, desformado, tragado por la estética geométrica, armónica y cerrada de la constante clásica. Uno recuerda Toledo, Burgos o Notre Dame y se le pierden los desacostumbrados ojos tras el mármol blanco, verde y rojo de la maravillosa sinfonía cromática de la catedral florentina y del campanile. Está allí el triunfo, de lo claro, de la miniatura y del detalle, del encaje y la rosa a que pone remate el señorío del círculo, de la bóveda, de lo cerrado y clásico por la mano italiana de Brunelleschi, que llevaba el sueño del Panteón romano en la cabeza.

El arte se echa a la calle en Florencia y atraca los ojos y la sensibilidad del viajero en cada esquina. La puerta de Ghiberti, que llamó Miguel Ángel «del Paraíso», está en plena vía, en el lado del Bautisterio frontero al «Duomo». Allí nos bañan de oro los ojos los diez cuadros del Antiguo Testamento, de los que sólo nos separa una verja. De gratis admiramos los espléndidos bajorrelieves que en un país menos generoso enfundarían en defensas aislantes o no habría jamás donado a la vista de un pueblo en la calle. Pero este pueblo elegía su alcalde desde 1207, expulsaba al Dante, echaba a los Médicis o quemaba a Savonavola. Allí tiene su voluntad tendida al aire en el brazo enérgico de la torre del maestro Arnolfo, el arquitecto, sobre el palacio viejo o de la Señoría florentina.

Cae de noche sobre la Señoría del pueblo —en una ciudad donde es el pueblo Señoría y señorío— una ducha de melancolía en la luz de los focos que iluminan su piedra dorada de fortaleza comunal. Por allí, en una de las plazas más bellas del mundo, cabalga en bronce el viejo Cosme de Médicis, que los florentinos llamaron —como a un antiguo romano ilustre— padre de la patria, y los tritones y ondinas de la fuente de Neptuno salvan con su ingrátida elegancia el exceso marmóreo del «Biancome». Allí enfrente, en la calle también, en el aire aristocrático del ágora popular de la Señoría, la Loggia de los Lanzi derrocha sus vestales griegas o la barroca columna humana del *Rapto de las Sabinas* de Juan de Bolonia. En la misma esquina de paso a los Uffizi, Benvenuto Cellini esconde la barbuda cara en los cabellos de su hermoso Perseo, que la Señoría regala al que pasa por el museo público de su plaza.

Florencia se baña cada mañana en el agua de su prestigio luminoso, de su rango de amanecer eterno. Con sus siglos en la cuesta de la eternidad, Florencia tiene una tradición de primavera y lo que en ella subyuga es su antiguo aire de adolescente sin ocasos. Las gracias, los celestiales mantos floridos, o el soplo del céfiro en los cuadros del Botticelli, en los Uffizi, respiran el mismo aire virgen que agitan los ángeles que en San Marcos dejó Fra Angélico revoloteando en las celdas como mariposas.

Tan hermoso como Calixto, el de Melibea, apoya la mano en la escala de su escudo el San Jorge de Donatillo en el museo del Podestá o del Bargello; allí mismo baja los ojos con pudores de alborada el primer desnudo renacentista, el «David» de 1430, con el que Donatello continuó en bronce la estatuaria clásica y tradicional, porque en Italia tradición es continuidad, y renacer seguir viviendo; por eso no sabemos si el espléndido Cosme I que Cellini nos dejó en este Museo es un hombre del quinientos, o un busto del emperador Marco Aurelio, o si Fidias sobrevivió hasta que acabó el desnudo más impresionante del Renacimiento, que Miguel Ángel llamó «David».

Florencia es eso; florecer, misterio de alborada, balbuceos del griego en la Academia platónica, filosofía idealista y frenesí de códices y mármoles desenterrados. Hoy la ciudad está petrificada, abrumada por la enormidad del excesivo peso de sus demasiadas excelencias, pero no ha madurado de otoños sino de alegres primaveras. Lo

que se ha detenido en ella es el capullo de la aurora, las candideces del Angélico, las gracias de Boticelli, los Bronces y mármoles de Donatello. El símbolo de Florencia pudiera ser más que el león y la flor de lis, la gracia impagable y menuda del «puttino» del patio de la Señoría, el soplo detenido de bronce del Mercurio aligero de Juan de Bolonia.

**314. PLUMAS DE LAS ISLAS.** «Los Médicis, Florencia», *Falange, Las Palmas de Gran Canaria*, 27 de agosto de 1952. Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 13 de septiembre de 1952.

Las casas góticas catalanas, las viejas casas marineras de Cannes o Niza, o de pueblos interiores italianos, tienen la escalera de ascensión casi en el umbral. Dan la impresión de querer ahorrar espacios, o de tener prisas para velar intimidades con rapidez, o de ser guaridas para el descanso. La escalera interior, el desperdicio del portal o zaguán (no olvidemos que zaguán es palabra árabe), es cosa de gentes que se regodean en vivir, de gentes para quienes la casa no es guarida sino recreo, derroche y hasta deporte. La escalera interior, espaciada, supone comodidad y fasto. La escalera exterior es escala; la interior, palacio. El palacio es dominio del Renacimiento. El palacio hace la ciudad en la casa y crea intimidad; la casa medieval se proyecta en la ciudad, que es la verdadera casa —una casa con celdas— y supone comunidad. El palacio aísla; la casa une. Aquél egregio y ésta, gregaria. La casa del Dante está rodeada de otras casucas y precisa de arreglos para lograr su primitiva forma. A un palacio florentino tal aventura de confusión jamás podría ocurrirle.

De la Florencia medieval, preñada de esos imponentes y poderosos gremios que dejaron su poderío en las calles, se aíslan y separan los palacios renacentistas, señores testigos del individualismo de la época. De una familia comunal de tantas surge el gonfalonero Juan Bicci en 1422, cuya estirpe —con algunos paréntesis— se extinguirá en la rama sin fruto de Gran Gastone, que en 1737 cierra el capítulo de los Médicis florentinos.

Si del pueblo sale la gran familia oligárquica, hecha casi hereditaria monarquía, y de gonfaloneros llegan los Médicis a grandes duques, de la construcción o palacio comunal van al palacio renacentista; de las habitaciones de la Señoría pasan los Médicis al palacio familiar, que ya no es fortaleza defensiva medieval, sino santuario de la magnificencia. En el palacio da la actual Vía Cavour, que levantó Cosme el Viejo, brilló la corte de su nieto Lorenzo y la gallardía del hermoso Julián, a quien los Pazzi asesinaron en la Catedral en 1478.

La derrota del aire y la luz natural en la gran capilla del palacio nos permite asistir todavía al cortejo de los Reyes Magos, que Benozzo Gozzoli dejó en el gran fresco de sus paredes. Pero los verdaderos reyes de la espléndida cabalgata son Mauricio Paleólogo, con su fastuosa vestidura negra recamada de oro, y Cosme el Viejo; a un lado, entre el verde dominio de los cipreses que bajan de Fresole a la ciudad, Marcitio Ficinio el humanista, Pico de la Mirandola y el propio Benozzo asisten al triunfal desfile donde los Magos son un pretexto para que los magnates de 1439 celebren la clausura del Concilio ecuménico. Las gentes renacentistas no precisan más que de moldes; la vida la dan ellas.

Los Médicis pusieron su voluntad de arte y de sabiduría, como un sello, en la ciudad de Florencia, la que enseñorearon con un signo cesáreo de poderío. Cosme I no puede tolerar un palacio mayor que el suyo y su mujer adquiere al fin el gran Palacio Pitti, al otro lado del Arno, residencia de los grandes duques de la familia y en años venideros (al morir el último brote de tan frondoso árbol) de la casa de Lorena, y de los

monarcas italianos antes de la sumisión de Roma. De Pitti al Quirinal va la historia de los reyes de Italia.

En Pitti vivieron los Médicis con la fastuosidad de grandes monarcas, si es que los monarcas han podido vivir siempre como grandes señores; para hallar algo digno de parangón a las excelencias palaciegas de Pitti, habría que pensar en los ostentosos Borbones, o en las gracias lujosas de Versalles. Estancia tras estancia en reñida competencia de suntuosidad, enormes lámparas de cristal de Bohemia, consolas y relojes, cortinas y damascos, mesas de maderas extrañas o de piedras que alteran su color, conforme al punto de mira; y en disputa de supremacía la sala de los Médicis con el salón del trono, si bien la gloria va a la paloma blanca del gran salón de música, donde reina el silencio de la espera cuando aquélla falta.

En las salas que están dedicadas a personajes y divinidades clásicas —cuando no a poemas como la de La Ilíada— exhiben los grandes maestros italianos sus obras cimera. Por las estancias de La Ilíada, Saturno, Júpiter, Marte, Apolo y Venus, Rafael y Tiziano alternan con Rubens y un buen Felipe IV de Velázquez. Una profusa representación de otros pintores realza la cumbre de los óptimos, que no empañan las excelencias de dos Murillos.

Aquí vivieron los Médicis sus horas grandes de señorío y de mecenazgo; la misma vida —en su sentido— que los romanos superiores de las grandes villas, cantados por poetas antiguos; el mismo signo de vida en la romanidad clásica que en el quinientos; idéntico gesto ante las puertas últimas que se cierran de dolor o serenidad para abrir el misterio y las sombras.

La muerte se hunde ante la presión del arte y la brillantez del boato en la capilla Medicea, que es el panteón escorialense de la gran familia, pero si en El Escorial el Polígono de las tumbas reales, con sus anaqueles de sarcófagos y dominios del negro y del dorado en la cripta, o los grupos orantes de las regias familias que Leoni dejó en la iglesia, pregonan el triunfo de la muerte y la preparación al tránsito, la Capilla de los príncipes y las famosas tumbas de la Sacristía Nueva entonan las excelencias del triunfo de la vida y del pensamiento. Los monarcas españoles rezan; los Médicis mandan y piensan. Aquéllos muestran sus ataúdes; éstos los sepultan bajo mármoles.

El granito y el diaspro veteados trazan la simetría de los dieciséis blasones de las ciudades del gran ducado con armonía elegante de dieciséis sonetos. El poder y dominio de la geometría clásica, de los juegos compuestos de la línea, y la leve hendidura semiesférica de la hornacina, lo canta el lapislázuli y la piedra dura, o el coral y la madreperla, que dan a la estancia una brillante policromía, en contraste del blanco intenso de la sacristía cuadrada, donde Lorenzo de Médicis, el Duque de Urbino, piensa sobre su tumba y *La Noche* enrolla el Sueño a los pies de Julián.

Como una consecuencia natural de la vida, apenas si la idea de la muerte se evoca en la capilla fúnebre de los Médicis. Campea la genialidad de Miguel Ángel de tal manera, que es un tributo a la excelsitud humana el que allí ha quedado. Apenas si en el fondo de los pilares grises, de las blancas paredes y los mármoles se presiente el lejano rumor de la muerte al pasar.

**315. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Blancura y luz florentinas», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 19 de agosto de 1952.** Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 10 de octubre de 1952.

El blanco domina el interior de la mayoría de los templos de Florencia. Blanca y clarísima es la catedral o «duomo». Fría y solemne, con impresión de poderío, la realzan la profusión de adornos arquitectónicos, que dan encanto y simetría al gótico

específico de Toscana. Vestiduras, paños, manteles no los busquéis, apenas en los altares de estas iglesias, ni en las de París; no las busquéis sino en España, tal vez.

El derroche artístico está en el «duomo» florentino en las diez capillas de los dos cruceros. Entre el gobierno de los mármoles, rotunda, fuerte, armónica y airosa se levanta la cúpula de Brunelleschi —la primera cúpula cristiana occidental—, con su imponente fresco, donde el Vassari y Zaccari dejaron para los ojos alzados de los fieles los tormentos posibles del Juicio Final. En el altar mayor, en una gran cruz plana, presidiendo el enorme recinto, el Maino pintó un crucifijo; a su derecha, Miguel Ángel dejó sin acabar su última gran obra, una Piedad que jamás ha estado sobre su tumba, como él quiso.

Blanco es también el interior de Santa Croce, llena de blancura solemne, en panteón de ilustres hijos de Toscana; allí están las tumbas de Galileo, Miguel Ángel, Maquiavelo, Hugo Fóscojo, para sólo citar nombres esclarecidos, fáciles de asentar en la difícil tela de la memoria. El órgano llenaba la mañana florentina de Santa Croce de una polifónica y altísima cascada musical de Juan Sebastián Bach, que devolvía el blanco de las paredes en surtidores de emocionada armonía; la rotundidad de la liturgia daba a la hora plenitudes de iglesia militante, que caían a los pies de los frescos del Giotto y rebotaban en las paredes del coro, donde Agnolo Gaddi cuenta la historia conmovedora de la Santa Cruz.

Al dominio del blanco une su señorío la luz. Se filtra en bellísimas vidrieras en la Catedral, en Santa Croce y realza la prodigiosa perla que en la Iglesia de Orsanmichele dejó Orcagna en su Tabernáculo, en el que el mármol tiene tratamiento regio; es decir, de oro. Como en el Bautisterio, el arte vuelve a echarse a la calle en Orsanmichele y en su exterior Ghiberti, Verrocchio, Juan de Bolonia o Donatello derrochan sus excelencias de creadores a la ciudad. Los gremios florentinos, los espléndidos artesanos-artistas de la Toscana han levantado a cada uno de sus patronos una obra esculpida por un gran maestro; allí enfrente, la bella arquitectura del palacio de la Lana prestigia el rincón urbano de una atmósfera medieval y comunal tan penetrante que ha logrado dar perfume al Tiempo.

Y es el Tiempo el que parece deslizarse sobre las lentas aguas del Arno, que deben ser las mismas que presenciaron el encuentro de Beatriz y Dante bajo el numen sibilino del número nueve, que recarga de Teología la frescura poética del gran lírico. Las aguas son las mismas, a pesar de lo que diga el viejo Heráclito; apenas si se mueven bajo los puentes, y fija tienen siempre la imagen oscura de las viejas torres de la orilla.

Florenia gremial hace de su tradición presente en el puente Vecchio. A un lado y otro del famoso puente la ciudad ha hecho el milagro de transformar los artesanos en artistas: encantadores objetos de cuero con la lis o el león florentinos labrados en delicada policromía, en lo que lo útil se esconde bajo la belleza; finas maderas trabajadas; labores en plata y oro de una hermosura para ser vista, gustada y no contada; por toda la ciudad cerámica y cristales, mosaicos, encajes y primores en paja. Por todos lados la constante muestra de lo que es el temperamento privilegiado del florentino, al que dotó la Providencia de inteligencia y gracia, de señorío y sentido estético y de una armonía que impregna hasta la misma lengua italiana, porque en Florenia adquiere la pureza y finura que el castellano en Burgos.

**316. COLABORACIÓN. «La Laguna, armonías», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 14 de septiembre de 1952. (*Papeles tinerfeños*, 1972:203-206).**

*Para ustedes, mis amigos del Orfeón, en compensación a una justificada negativa.*

La bella y fina prosa de José de Viera y Clavijo, en el prólogo de su *Diccionario de Historia Natural*, se acicala y perfila en un canto lírico de elogios a las excelencias naturales de las Islas; tierras de una tradición geográfica antiquísima y clásica, que se enreda en el hontanar incierto de los mitos, y de una historia moderna, en Canarias la verdadera esencia de su pasado, lo que le da esa alcurnia blasonada por los siglos es su geografía. Es contacto con la tierra y sus singulares espacios pudo escribir Viera esas palabras llenas de recuerdos melancólicos por su amada «Europa culta» y serenas por el lenitivo del paisaje y la Naturaleza: «De este estudio casto y delicioso de las maravillas del Criador: de este estudio que sólo puede contribuir a hacernos llevadera y aún feliz la soledad de nuestro archipiélago y su distancia del espectáculo pomposo, pero frívolo, del que llaman gran mundo».

En este saudadoso menosprecio de corte y sosegada alabanza del campo, que encubre su postura de prerromántico, Viera vive su tranquilo —¿sabe Dios si alguna vez agónico— drama de soledad. Muchas veces, cuando miraba el lento pasear del solitario y ya vacilante Manuel Verdugo por el cinturón florido de la vega lagunera, llegué a pensar si la suavidad de esta sensual adormidera no fue la causa de que un hombre lleno de Italia y de París se quedara aquí desde su juventud, inmovilizado, eterno bebedor de licores, sí, pero de las aguas disciplinadas de *Le Parnase Contemporaine* también.

Parece como si la pequeña y bellísima ciudad fuera una cajita encantada de armonías, un perfumado capullo de esencias que embriaga a los que llegan a aspirarlas, cercadas por la corola viva y policromada de la vega, a quien sirven de verdes sépalos las montañas circundantes. Atraído por la sencilla embriaguez quedó en ella prendido en las sombras de una fuente lagunera el capitán español, que sirvió de simbólico eslabón para el lejano ensueño de la infantina Dácil.

Desde aquellos días de alborada al mundo hispánico, La Laguna ha significado altura, serenidad y armonía. La uniformidad de su piso, la simetría moderna de sus calles, el encantado vergel de su vega, la sobriedad de sus palacios y casonas nacieron con ella misma en los días del orto español. Por eso el ingeniero Torriani nos dejó su plano en el siglo XVII, por orden de Felipe II, casi idéntico al que hoy tiene y, a finales del siglo en que ella nació, el grandilocuente Cairasco de Figueroa, apasionado canario de la isla redonda, tuvo la gentileza de cantarla en rima «al mezzo» y describirla como es hoy:

*ufana  
de ser princesa llana, en firme asiento  
con grato movimiento y rico adorno,  
de montes en contorno rodeada,  
de mieses coronada y de parrales,  
lindas calles iguales y salidas  
a su tiempo floridas, templos, casas...*

Le viene desde los días acogedores de la fuente conquistadora su don de gentes para los que a ella saben acercarse, también con don de gentes. Abierta a los aires enciclopédicos del setecientos estuvieron las puertas del palacio de Nava; abiertas al frenesí de las ciencias naturales estuvieron a fines del XVIII las puertas del hotel de Domingo de Saviñón en la actual calle de Anchieta, con un observatorio astronómico y museo de Historia Natural, rodeado por el perfume de un jardín encantador. Por allí pasaron, cordial y generosamente atendidos, Guillermo de Humboldt y Mr. Bompland, Mr. Beaudin y Mr. Le Dru y Bory de Saint Vicent. Estos dos últimos dejaron constancia escrita de sus viajes, como la dejó el geólogo Leopoldo de Buch. Ninguno omite la



cortesía y colaboración que en la ciudad hubieron de prestarles. De aquel frenesí científico estaba prendado también don Luis Román, que en su casa de la calle de San Agustín (donde luego murió Quintín Benito) reunía a unas personas aristócratas por el espíritu, que es la más fina y auténtica de las aristocracias.

En este ambiente de pulcritud y selección creció una tradición musical continuada, que ha tenido una gran virtud en nuestros mismos días. A mediados del XVIII fundó en su casa una academia musical con Bartolomé Benítez de Ponte; esta afición al divino arte es la que ha conservado La Laguna como una vena ininterrumpida a lo largo del tiempo, y yo no sé si es casualidad, pero si alguna vez la serena ciudad ha dado algún chirrido, hay que pensar en una nota en falso, en algún diablillo malo que desafinó su armónico y acordado concierto de voces entonadas. Si algo ha sonado mal es que la ciudad, temporalmente, se ha quedado sin voz.

Pero la voz de La Laguna casi siempre suena y armoniosa. Hasta los últimos tiempos, una tradición de finos músicos se ha sucedido. En la primera mitad del XIX continuó la singladura el pobre Eugenio Domínguez Guillén (1822-1845), que se nos quedó muerto en Cádiz, tuberculoso perdido, como correspondía a un buen romántico, aventajado alumno del Conservatorio de Nápoles; en el maravilloso paisaje de Suiza se nos quedó el pianista Juan Pozuelo en 1928; hasta la vejez duró el entusiasmo filarmónico de don Antonio Castro, encendido y generoso numen de la banda de «La Fe», su creación personal; hoy día alimentan las aguas del río musical lagunero don Fernando Rodríguez, primer director del orfeón «La Paz», cálida voz de la ciudad en el que se ha verificado el milagro al que aludí antes: que los artesanos se transformen en artistas.

Doy a la palabra artesano en La Laguna un alto y positivo sentido gremial, de la Edad Media, de «maestros cantores», salvadas distancias y calidades. La pura tradición del gremio —como en ciertas ciudades italiana— hacía de la obra de un artesano obra de arte: creo que es en La Laguna donde aún se encuentra quien talle la madera con gracia y primores del artista, quien clave un tacón, venda un género, desempeñe un trabajo manual con una lejana conciencia de hacer algo con estilo. La voz musical de La Laguna es, en su mayoría, la voz del que trabaja con el noble sentido que la palabra tiene, la voz del artesano que ha devenido artista y que ha hecho aristócrata (aristocracia sólo quiere decir los mejores y ser mejor es algo que necesita demostrarse día a día) a un pueblo por virtud maravillosa de la música. El heredero musical de don Bartolomé Benítez y de los Saviñón es, en nuestros días, el orfeón «La Paz». Él continúa con su voz una tradición, una herencia que permanece viva, como viva ha de estar la ciudad mientras haya en ella voces que sepan cantar.

**317. COLABORACIÓN. «Adeje bajo la luna», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 18 de septiembre de 1952. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 271-274).**

Sobre el paisaje cálido, sereno, de Adeje abrió sus tapas la noche, y de las nacaradas conchas que se alzaban hacia La Gomera cayó del fondo la amarillenta perla de una luna redonda. Ella realzó el encanto de una hora en que refresca el aire en la banda del Sur, que en realidad es pleno Oeste. Adeje se enquistó inmediato al grandioso barranco del Infierno, quizás clave de su existencia, y se asoma al mar por la Caleta.

La Villa asciende en plano ligeramente inclinado hacia la iglesia, a la derecha del que sube, y hacia la blanquísima edificación de la izquierda, en la que apenas se advierte el pasado de la Casa-fuerte. En la serenidad de una noche estrellada y caliente, me preguntaba por qué había cobrado tan rápida simpatía por un pueblo aislado, casi perdido, como todo este maravilloso Sur, en un rincón del mundo.

Adeje fue capital de uno de los nueve reinos o menceyatos en que estaba dividido el pueblo guanche en tiempos de la Conquista, como es sabido. En mi lento manejar nombres de conquistadores, o de indígenas uno a uno, fijar sus datas alcanzadas, o sus mínimos hechos, encontré, como es natural, al llamado rey de Adeje en pleito con Alonso de Lugo, el Conquistador, por unas centenas de cabras que parece le fueron arrebatadas al personaje guanche. Las gentes indígenas del Sur de Adeje y Güímar defendían su propiedad y su libertad amenazadas por la permanente sed de rapiña que devoraba las fauces del Adelantado. Con modales independientes de señor feudal, en una época en la que abatía el feudalismo por obra de los magníficos Reyes Católicos, ya auténticos reyes modernos, don Alonso de Lugo, tesorero y trabajador como el que más, —eso sí— representa en la isla, a pesar de su nula tradición nobiliaria, el agónico poder señorial frente al pueblo y la realeza. Nada tiene, pues, de particular que los Reyes Católicos, cada vez que podían, acudieran muchas veces, ellos o sus descendientes a salvaguardar y defender los intereses y la libertad del viejo pueblo guanche.

No sé si en mi inconsciente levantó su sombra la protesta lejana del rey de Adeje contra el poder déspota; no sé si el otro feudalismo que padeció el simpático pueblo tinerfeño, el de los señores de la Casa-fuerte, contribuyó tal vez a mi afecto por Adeje. Blanquísima y amable ahora la antigua torre de la casi desaparecida fortaleza, vista desde el exterior, apenas si recuerda su misión pretérita; baluarte defensivo contra la morería pirata, gran asiento solariego de un importante ingenio de azúcar en el que negro o blanco que demandara su servidumbre era castigado puntualmente. Siempre saldría mejor parado que en una cámara de gas, de esas que inventó la actual civilización en la última guerra.

Con el genovés Cristóbal de Ponte casó el Adelantado a la hermana de su deudo Pedro de Vergara; de este matrimonio desciende el fundador del mayorazgo del heredamiento de Adeje, Pedro de Ponte Vergara.

Comenzaba la época donde el poder del dinero creaba aristocracia. Pasma ojear los méritos de los fundadores de las casas nobiliarias de las islas; pensamos que en otros sitios abundarán ejemplos semejantes. Los títulos no se adquirirían casi nunca —escasas excepciones no cuentan— por servicios abnegados en el campo de batalla al rey y la patria, por fundaciones notables, empresas y obras de valor, no. El título se compraba y la corona, necesitada de pecunia, respiraba algo con semejantes ingresos.

Viera y Clavijo, serio y pulcro historiador, cuenta cómo Pedro de Ponte, «caballero noble, rico, ambicioso de gloria, y bien heredado en la comarca de Adeje, deseando enseñorearse de esta antigua silla del imperio guanchinés y ser sucesor del gran Tinerfe, había solicitado del Rey se le vendiese la jurisdicción de aquel distrito, so color de poblarlo y plantar en él y buen castillo y casa-fuerte».

Pero los señores comarcanos de Ponte se asustaron de este anacronismo que, en plena Edad Moderna, erigía a don Pedro en una especie de señor medieval, y aunque los tiempos eran otros, lo cierto es que Ponte «intentaba invadir dinero en mano», aquellas tierras, según escribe Viera. Un distinguido personaje de Chasna, Pedro Soler, de la familia fundadora de Vilaflor, se opuso al intento de Ponte y acaso lo hubiera logrado de no haber muerto en 1559 el gobernador Hernando de Cañizares. El escaso año de su mando dio ocasión al gobernador a dejarnos dos cosas precisas, claras: una oposición a una especie de despotismo privado y la fuente que en la vega lagunera lleva su nombre, grato rincón que todavía sirve de motivo a nuestros pintores y acuarelistas.

El tesón y los haberes de don Juan Bautista de Ponte lograron de Felipe IV (tan necesitado siempre de dinero) que éste otorgara al rico hacendado tinerfeño, a la sazón en Madrid, el señorío y villazgo de Adeje en 1655, donde «pongáis y tengáis horca,

picota, cuchillo, cárcel, cepo, etc.», según documento que ha publicado Darías y Padrón, y aunque el Cabildo tinerfeño llegara a ofrecer a la corona en 1671 una importante cantidad para anular el señorío, fue en vano. Don Juan Bautista obtuvo, además, el marquesado de Adeje. Sus buenos ducados le costaría todo y el señorío continuó hasta la llegada del régimen constitucional, que abolió esta y otras tradiciones semejantes.

Era el primer marqués de Adeje hijo del citado don Pedro; su hija casó con don Diego de Ayala y Rojas (1630-1665), séptimo conde de La Gomera, quizás, porque la sucesión y reconocimiento de este condado presenta dificultades que aconsejen cautela al referirse a él.

Don Juan Bautista fundó en Adeje el convento de franciscanos que hoy está en ruinas. Creo que se utilizó como empaquetado de frutos y acaso sea de los pocos conventos que no han servido de Ayuntamiento después de la desamortización; el Ayuntamiento de Adeje no está, pues, en un convento, sino en un edificio civil y, aunque tiene su hermoso reloj en el frontis, el caso es que parece el menos Ayuntamiento de todos. Sin duda, a cambio de ello, quizás tenga un abierto espíritu de progreso: en la espaciosa calle central de Adeje hay unas modernas aceras casi tan anchas como las de cualquier gran vía populosa.

En la Casa-fuerte nada queda ya. Ni sus cañones, ni su hermoso archivo, un resto del cual compró el *Museo Canario* de Las Palmas; algunos legajos estaban en Londres y se hablaba en la *BBC* de su venta, si mal no recuerdo. El estupendo Sabino Berthelot cuenta en su *Histoire Naturelle des Iles Canaries* cómo era la Casa-fuerte en 1820 y los cuatro grandes armarios de su Archivo. Tenía una galería de retratos de los condes, pero todo se lo ha llevado la voltaria fortuna, menos las imágenes que don Domingo, el último conde y marqués directo, dejó y que pasaron a la parroquia de Adeje.

### **318. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Florenxia desde las alturas. San Miniato y Fiesole», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 25 de septiembre de 1952.**

La ciudad es un *bouquet* de rosas cercado por el verde follaje que se eleva en suaves colinas empinadas para ver a porfía las gracias que ciñe en parte el Arno. Florenxia puede verse casi a la faz del jardín de Boboli, el jardín del Palacio Pitti que levantó el deseo de la bella enigmática Eleonora de Toledo, la mujer de Cosme I, que el Bronzino pintó en su aperlada y adusta belleza.

Más arriba, mucho más arriba, Florenxia queda bajo la plataforma dominadora del *piazzale* de Miguel Ángel, al centro del cual hay una reproducción del David y de algunas esculturas de las tumbas de los Médicis. El triunfo del paisaje, envolviendo la hermosura de la ciudad, tiene un no sé qué de naturales bodas; aquí ignoro si la ciudad es también paisaje, o si los mirtos, los pinos y los cipreses —¡los cipreses sobre todo!— han sido esculpidos por el cincel de un florentino ilustre.

La subida es apretada por la urgencia de una pina y ancha escalera, mitad de piedra, mitad de cemento, pero el esfuerzo que allí se haga será compensado con creces; un recodo en el camino nos regala el mínimo San Salvador, que gustaba a Miguel Ángel, y después, San Miniato del Monte.

¡Inolvidable San Miniato! Toda su fachada, a la manera florentina, parece hecha de fichas de dominó. Extraña y preciosa iglesia románico-bizantina, simétrica, armoniosa, donde el semicírculo del arco romano juega profundidades en una triple proporción que disminuye hasta meterse en la cripta. Una alfombra central de mármol y las columnas de colores dan a San Miniato una policromía alegre, que preside en la media bóveda del ábside un Salvador bizantino en actitud de bendecir.

Vuelve Florencia a mostrar su hermosura desde la gran terraza del bello San Miniato. Un paseo por el cementerio cercano, un cementerio que parece el jardín de San Miniato, es una serena lección de paz al alma. Está la muerte entre mármoles como un elemento más del paisaje, despojada de sus atormentadas livideces españolas. Niños, ancianos, jóvenes con bustos o retratos en sus tumbas, sobre las cuales la inscripción es expresiva en palabras o expresiva en parquedad. El cementerio, como Florencia, añade al tránsito fugaz que es nuestra vida la nota feliz de un tránsito lleno de belleza y serenidad.

Todavía desde más lejos, desde un plano de mayor altura, al otro lado frontero a la colina, está el pueblecito de Fiesole. Sube el camino como una serpiente por el tupido follaje. Pinos, mirtos y cipreses orquestan una sinfonía vegetal de notas donde los verdes recorren toda su escala. Florencia y toda Italia revalorizan el sentido vital del ciprés, que en España casi tiene la misión principal de acompañar a los muertos en su olvido. Un camino de cipreses con sus delgadas formas de cirios o de monjes entre las redonda copas de los pinos dejan cada vez más lejanas la cúpula del *Duomo*, el campanile, Santa Croce, que asoman sus líneas de Joya delante de los planos ondulados, que cercan la vega florentina hasta perderse en un cielo tan limpio y azul como el de España.

¿Se parece este camino a algún episodio de la carretera de Aguamansa, allá en las perdidas Afortunadas, donde los capirotos cantan a Dios sobre la rama oscura de un laurel?

Es posible que así sea, pero también es posible que sólo tengan de común la nota de que ambos son bellos y el parentesco que entre sí tiene la hermosura.

Florencia vuelve a mostrarse en su total plenitud en las plataformas de Fiesole hasta donde sube y trepa la espesa arboleda como un mar que levemente ondula una ligera brisa del atardecer. Se ve desde Fiesole como se ve la menuda y lejanísima La Laguna desde la Mesa mota. En este mirador se comprende el inmenso amor de los franciscanos por la Naturaleza y la amistosa fragancia de pájaros, flores y almas, que cantan desde un lugar de privilegio un himno a las divinas gracias del Creador.

Mínima, delicada es la iglesita del convento franciscano de Fiesole, la patria del maravilloso Fra Angélico; tocaba el órgano al atardecer una armonía litúrgica que se enredaba entre las sombras y esparcía un sereno efluvio de dulcísima paz.

Los frailes franciscanos tienen aquí su museo de misiones con interesantes testimonios de culturas orientales, de martirios y trofeos de Egipto y China; la faz lívida de un mandarín entre brocados o el inescrutable misterio de un sarcófago egipcio, al lado de cristianas reliquias, eran todas florecillas de San Francisco.

En el pequeño patio un surtidor entonaba su intermitente solo de cristal y, entre las cuidadas macetas, una espaciosa jaula de saltarines pájaros ornamentaba la fina elegía a la amistad que es la divisa auténtica de la orden: en un fresco de la pared Santo Domingo saluda a San Francisco; la inteligencia en bodas con la gracia. Amistad de los dos santos, de los pájaros y las flores, del agua y la piedra.

En las celdas del piso alto parece que aún bullen las perdidas huellas de los diez hermanos que las habitaron. Están hoy desiertas con sus libros corales y de oración, sus mesas chiquitas y viejas, sus calaveras, sus desconchadas paredes. Estrechez y pobreza en aquellas celdas, una de ellas la habitó Fra Angélico. La primera que se encuentra a la derecha, subida la pobre escalera, es la celdita que ocupó San Bernardino de Siena. ¿Por qué sentimos particular gusto por este santo?

Le molestaba a San Bernardino la excesiva creencia en las reliquias. No placía al santo que las confiadas gentes tuvieran en todas partes muestras de la preciosa leche de la Virgen encerrada en cristales. Decía rotundo el santo que la Virgen sólo tuvo la

leche precisa para amamantar a su divino Niño; en sentido natural y recto informaba la vida de este San Bernardino, que en el museo Bargello nos dejó, policromado, el escultor Lorenzo di Pietro, a mediados del siglo XV. Alto, ascético era el santo. Allá en Toledo, en la casa del Greco, también nos dejó el pintor la figura de San Bernardino de Siena. Alto y delgado prendó al pincel vertical del pintor cretense.

Mísera y pobre es la celda de San Bernardino y sus compañeros, pero desde ellas, el viejo vidrio de una ventana pequeñita, prodiga el rico y maravilloso paisaje de Florencia, como un cuadro más del dulce pintor de Fiesole.

**319. COLABORACIÓN. «Condes y marqueses en el señorío de Adeje», *El Día, Santa Cruz de Tenerife, 27 de septiembre de 1952.* (*Papeles tinerfeños*, 1972: 275-279).**

Al casarse doña Mariana de Ponte, hija del primer marqués de Adeje, con don Diego de Ayala y Rojas, probable séptimo conde de La Gomera, los dos títulos permanecieron unidos hasta su olvido. Inyectó el dinero de los Ponte a la precaria hacienda condal nuevos bríos económicos, sin los que toda nobleza titulada hace triste y desairado papel.

No cuenta la casa condal de La Gomera con personajes muy esclarecidos. El primer conde (que, al parecer, fue el primero, si bien hay algunas dudas que sus mismos descendientes plantean) don Guillén, heredó de sus padres, Hernán Peraza y Beatriz Bobadilla, un inquieto destino erótico. Por amores con una indígena gomera mataron aquellos naturales a Hernán; los encantos de Beatriz de Bobadilla perturbaron a Fernando el Católico en la Corte, acaso a Cristóbal Colón en La Gomera y a los maduros años de Alonso de Lugo, el conquistador, que se casó con ella.

Bajo esta ardiente herencia, Guillén Peraza, citado por el jocundo Vasco Díaz Tanco del Fregenal y por Fernández de Oviedo, pleiteante en Cortes y viajero, siembra la tierra de hijos legítimos e ilegítimos. De los dos hijos suyos que parece se llamaron condes, Luis vivió en Sevilla y murió soltero, Diego defendió La Gomera de ataques corsarios, si bien trataba comercialmente con los luteranos, porque los negocios son y han sido siempre los negocios; él y su hermano Melchor casaron con damas de La Palma. La casa de Monteverde auxiliaba económicamente con estas alianzas a los alcanzados condes de la familia Herrera.

Don Antonio (que al parecer fue conde), hijo de don Melchor, estuvo en la Invencible y casi no aportó por las islas. Discuten los historiadores que su sucesor y primo don Gaspar (hijo de don Diego) fuera conde. Eran los suyos tiempos duros para La Gomera: invasión de Vander Doez en 1599 y de los berberiscos en 1618, con la quema de los archivos de la casa. No sabía su esposa firmar y fue muy bella y hacendada la de su hijo don Diego, doña María Vandala, también de La Palma.

A partir de esta época, a mediados del siglo XVII, los condes de La Gomera no miran ya a La Palma para reforzar su economía, sino a Tenerife, al rincón N-O de la isla, a esa comarca cercana a La Gomera desde la que se ve, cuando los días son claros, el caserío de una y otra ribera isleña. La capital de este rincón tinerfeño va a ser la opulenta y bella Garachico, tendida en el mar como una concha nacarada, como una dentada estrella aprisionada entre las aguas.

Don Gaspar de Ayala, hijo de este don Diego, casó en Garachico con Isabel de Ponte, la «condesa de Taco», que consoló con nuevas nupcias su viudez. Don Gaspar viajó mucho por el extranjero, a causa de su negocio de vinos, y siempre he pensado si no sería él quien trajo los ricos tapices, hoy en lamentable deterioro, que adornan el altar mayor de la iglesia de Adeje. Apenas se adivina el motivo bíblico tejido en lo que debieron ser ricas y bellas telas; todavía la verde fronda, una fronda muy del barroco XVII, encanta al que los contempla en la penumbra del templo de la graciosa Villa.

Del hermano de don Gaspar, llamado asimismo don Diego, ya he escrito que se casó con la hija del primer marqués de Adeje. La casa condal adquiere nuevo título. La boda es también en Garachico y en 1664.

Los humos nobiliarios se levantan en nubes apelotonados en la persona del hijo único de este matrimonio: don Juan Bautista, caballero de Alcántara desde niño, que tomó el hábito en Garachico, conde, marqués y señor de Cea y Ampudia, ganador de un tradicional pleito de familia, a quien llamaban «excelencia»; pero un episodio de celos, a causa de su primera esposa, que Viera cuenta con fino gracejo, acontecimiento casi tan ruidoso en Garachico como luego el volcán, debió amenguar el prestigio alzado de este noble que murió en la Península, donde verificó varios matrimonios. Acaso este episodio escandaloso le decidiera a vivir el resto de sus días fuera de Tenerife.

Hijo de su primer matrimonio fue don Juan Bautista el tuerto (1683-1737), que vivió en el Puerto de la Cruz y casó con la hija del marqués de Acialcázar: pasaba temporadas en Adeje con su esposa, la cual sobrevivió a sus dos hijos: don Antonio, que murió sin hijos, y don Domingo, nacido en el Puerto de la Cruz, marino, que sucedió a su hermano. Fue el último marqués que habitó la Casa-fuerte, donde celebró sus bodas con doña Marina Benítez de Lugo en 1754. Falleció en La Orotava sin hijos. Con él se extingue la varonía de la casa. Parece como si a finales del XVIII y principios del XIX el árbol nobiliario de muchas casas isleñas y peninsulares adivinara los adversos tiempos que habrían de venir y la misma naturaleza secara su savia. Después de este quizás undécimo conde de La Gomera y marqués de Adeje, el título pasa a la Península por línea femenina. Y la línea femenina es cosa baladí que la Genealogía desprecia, no obstante ser la más segura de comprobar.

¿Qué nos enseña este veloz recorrido por las fantasmales losas de unos meros nombres de condes y marqueses? Resistencia heroica a los corsarios en el primer don Diego (1565-1592), pero huida de don Gaspar, su hijo, a La Palma, ante la invasión gomera de Vander Doez, viajes de negocios, eternos pleitos en Cortes, alguna sabrosa anécdota, hijos naturales, bodas ventajosas... Contados méritos heroicos, escasas fundaciones, no mucho valor intelectual o humano. Al paso que el gris don Antonio José (1708-1748) seguía sus pleitos cortesanos, el notable capitán Diego Bueno Acosta defendía La Gomera cuando el ataque de Windon en 1743, de una manera heroica. Y uno se pregunta si es lícito que una familia así llene páginas y páginas en la historia regional y genealógica, y si no sería más útil hacer figurar sólo el eslabón de mérito es una inmensa cadena de nombres, de nombres compuestos de seres que han nacido, se han casado y han muerto a su hora.

¿Qué dejaron en Adeje estos eslabones? Acaso tomaron parte en la fundación de la parroquia. Un interesante y viejo templo que precisa de una inteligente mano restauradora. Es de dos naves y conserva, por fortuna, las primitivas losas y sus columnas de piedra; en la nave de la derecha, cubierta de cristales en su pintado retablo, está una réplica de la primitiva imagen de Candelaria, encargo de uno de los condes, que eran patronos de la orden dominica y bienhechores del santuario; en la misma nave hay un retablo policromado del XVIII quizás, al fondo. En el altar mayor, femenino todo él en su dedicación, está la Santísima Virgen, al centro, a la izquierda, Santa Úrsula, patrona de la parroquia, y a la derecha, una Virgen de Guadalupe llena de serenidad y belleza, que nunca he oído elogiar. Policromado está el techo de este altar. Todavía, en lo alto del retablo mayor central, se advierte pintada una Anunciación, de un pintor isleño, sin duda.

Un buen San Juan Bautista y un San Nicolás Tolentino guardia también la parroquia de Santa Úrsula; a ambos lados de una de las dos puertas del oeste, como prolongación baja del coro, existen dos compartimientos de madera, con sus columnitas

en reja, uno de los cuales encierra la pila bautismal y dan al templo un carácter distinto a los demás. Buena gana tengo de que el joven Tarquis escriba la historia de nuestros templos en cuanto arquitectura, que es lo de verdad interesante y original (en lo que cabe) de nuestro arte antiguo.

Si exceptuamos la intervención de los Condes en la Parroquia, y la fundación del convento franciscano, el simpático pueblo de Adeje no conserva para utilidad suya ningún edificio, fundación o donación que haga venerable su memoria. La antigua torre de la Casa-fuerte y el resto del restaurado edificio tiene una blancura maravillosa a la luz de la serena luna del sur; los señores de la Casa sólo atendieron a su ingenio de azúcar y a enriquecer su hacienda. Pero acaso de este último ingenio de Tenerife les haya quedado a los amables habitantes de Adeje su gusto por la repostería y lo dulce. Hacen también un café maravilloso con el que obsequian muy de mañana al visitante. Estoy segura que en casa del médico don Pedro de las Casas gustaría de su licor favorito aquel elegante magistral inolvidable que se llamó don Heraclio Sánchez.

Adeje lejano y perdido, con un encanto debido a su escondida tradición de señorío, debe, sí, a los Condes un pasado sin otro ingrediente positivo que el de ser pasado. Hoy tienen una bien puesta clínica, gracias al celo entusiasta del señor Las Casas y la clínica, según me dijeron allí, hace un enorme servicio al doliente sur de aquel costado tinerfeño, que mira a La Gomera, y que se prende al cuerpo de la isla como una magnolia blanca bajo la luna.

**320. COLABORACIÓN. «Icod, santuario geográfico», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 5 de octubre de 1952. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 258-262).**

*A don Julio Arencibia, gran señor de Icod*

En Tenerife cada pueblo tiene su sello y su gracia su misión y su ángel ¿Sobre qué hornacina pliega sus alas el ángel de Icod? ¿Al pie de qué rama vigila su sueño de eterna novia del volcán? ¿Junto a qué esquina guarda el maleficio de los pámpanos, el negro conjuro a los apretados racimos, donde cuaja la bendición de una cosecha?

Los viejos textos de las Islas dan su rendido aval a Icod de los Vinos: la ciudad tiene en ellos el papel oficial que certifica apretados méritos con la pulida faz de una condecoración. Para Icod hallaríamos a fines del siglo XVI la concisa y amasada prosa de Alonso de Espinosa; la rima «almezzo» del canónigo Cairasco, pregonera de los «teosos pinos» de Icod, de la gallardía de sus hombres y lindas mujeres; para Icod se suelta el verso libre, rendido y elogioso de Antonio de Viana. Tras el inventario de las excelencias del hermoso lugar, se advierte en la pluma de Núñez de la Peña el ceñudo gesto por el buen humos de Icod, que ha rebautizado a sus hijos con el periquete gracioso de un apodo. La prosa de Viera acaricia a la novia del Teide con su adobada lentitud de minué ceñida por todas las elegancias.

Icod derrama su caserío desde que surge de las manos constructoras de Alonso de Lugo y se aprieta el cinturón de pinos, los «teosos pinos» que dan techo a San Marcos, a San Agustín o a San Francisco, material perfumado y dócil al anónimo artista, que labra en ellos estrellas y soles, cadenas y cenefas a la mayor gloria de la Iglesia triunfante.

Y, al lado de los pinos, Icod levantaba sus ya perdidos morales hechos capullos en el destilar de un gusano labrantín, y seda, tafetanes, terciopelos y raso en las primorosas manos de las monjas Bernardas, cuyo recuerdo levanta, sobre su solar de convento, el espléndido Parque de Lorenzo Cáceres. Por eso hay todavía sobre los árboles un rumor de señas; un aire de tupido tafetán en la pérgola; finuras de terciopelo

caídas sobre las rosas, émulas vecinas de los claveles, con su lluvia de raso en las corolas.

Las viñas bordean las paredes y laderas de Icod. Las viñas revientan en otoño y hay un pisar de uvas, un baile dionisiaco de pies descalzos en las anchas tazas de los lagares. De la vieja matriz del Guincho hay todavía un perfume antiguo de malvasía; de «malvasía verde» destilado de una uva negra y amoscotelada que dio sustos al Madera y al Jerez. Del dulce néctar, de la otra perfumada malvasía, rezumada de una uva única, remadura y tostada de otoñales plenitudes, salió el rubio embrujo que perdió la cabeza del shakesperiano caballero Falstaff; el que disputó la supremacía al Chipre delante de la suave y astuta «locandiera» de Carlos Galdoni; el que tranquilizaba la espera del Presidente de Brosse, el vino al que puso «Joinville» el rey Luis Felipe, porque su hijo se lo llevaba personalmente desde Tenerife.

Pero sobre los toneles que encerraban su gloria perfumada y dulce plegó sus alas el tiempo, y la gloria del vino quedó, como la muerta mariposa, en las páginas de los textos universales, llanto de losas de mármol que escribían su epitafio a Dionisos. Sobre el derruido altar de este dios, en el mismo mes de la vendimia, Icod de los Vinos alza el triunfo del Cristo del Calvario.

Acaso revolotee el guardián mensajero de la más pura gracia de Icod entre los misterios que anudaron sus calles, su menuda y viva historia local: pleitos apasionados con esa Troya de Tenerife que llora las grandezas de su poderío comercial y noble; pleitos, sí, con el Garachico cercano. Desmayos del Lugar para ser Villa; empeños de la Villa para ser Ciudad.

Quizás el ángel alce su ingravidez entre las joyas; puede que esté en las celosías de la tribuna que, en San Agustín, levanta una belleza armónica, o al pie de la «Cruz de Plata» mexicana, impoluta espada simbólica del divino sacrificio, o entre las expresivas manos y la fija mirada ausente del San Diego de Alcalá, que un día salió del taller de Mena.

¿Pero no estará el clarín de la fama icodense en el cantar de la gloria de sus hijos ilustres?

De la niñez de Juan de Jesús habrá callejón que guarde su misterio; toneles en Garachico y el Puerto salieron de las rudas manos del mozo, cuyo corazón, traspasado de vivísima fe, salió de las verduras y frondas icodenses, bordeó las riberas del mar y vino a entregarse a las mismas frondas, pero en San Diego del Monte, junto al agua inmóvil de La Laguna, hundida su menuda sencillez de «Siervo de Dios» por la prosa barroca y espesa de Fray Andrés de Abreu, gran frontón churrigueresco de las letras canarias.

De la erudición grandilocuente de Cristóbal Pérez del Cristo queda el testimonio de sus disputadas *Excelencias* y *Antigüedades*, preñadas de cuajados latines, que defendían con ímpetu los mitos clásicos de las Hespérides, las manzanas de oro y su fiero guardián; desvelos tinerfeños e icodenses en el doceañista Key Muñoz; apasionados fervores por la hegemonía de Icod en el benemérito Fray Andrés de Lorenzo Cáceres; dádivas y entusiasmos de don Francisco de León Huerta, primer marqués de Santa Lucía; románticos versos y pinturas de aquel José Cecilio Montes, gustador de la aventura de América, como tanto isleños...

Todas estas son páginas para el libro de Icod, cenefas para su cumplido elogio, ornamentos finos para la gracia de su ángel.

En sus colinas, sombreadas de vegetación, desdeña Icod un tapiz de verdes, desde los pies mismos del volcán hasta la caleta de San Marcos y su puente bicorne, como el de Ítaca, sobre el que puede también llorar una errabunda sirena un encantado sueño antiguo de fuga mediterránea. Entre la acordada sinfonía vegetal que cantan pino



y vides se alza el blanco brillo de la «Cruz de plata», los ojos de San Diego, o el prestigio de las alzadas voces de sus hijos más esclarecidos, pero hay en Icod un personaje más ilustre que todo esto, con serlo esto mucho. No pertenece su reino a la humana Historia, sino a la Historia Natural.

Alguien ha dicho que la Historia Natural no es, en rigor, Historia, porque ésta es acontecer humano, diálogo de los hombres con el tiempo, pero el Drago de Icod es casi una persona; por de pronto tiene sangre y, si no ha sido actor de la Historia, ha sido su testigo.

Decano de la flora, león vegetal y gran señor de su reino. Crecería con los orígenes de la gran cultura cristiana (porque no queremos embriagarnos de milenios) y levantó sus ramas con los muros de las catedrales góticas; florecería ya su copa en la actual plenitud en la actual plenitud con el Renacimiento. A su sombra, ¡cuántas ilusiones habrá visto levantadas y cuántas desilusiones desechas! ¡De qué alianzas o tradiciones no habrá sido testigo! ¡Qué misterios de amor o de odio no se habrá tejido en su larga cintura!

Para el Drago el santuario botánico de Icod, gran templo de un rito bucólico y geográfico de un país con sólo Edad moderna; templo que cambia mármoles por montañas y techumbre por estrellado firmamento. A los pies del Drago, un congreso internacional de Botánica; para su imperio señero el blasón del superviviente de una prehistoria. De haberlo conocido bien los griegos, él y no la encina sería el árbol de Júpiter.

Icod existe para ti, Drago único en años, acicala tu altar, enlaza su nombre con el tuyo. Pedimos a tus ramas un florecer de plenitudes para que sea total nuestra cosecha íntegra de apasionados hijos de Tenerife.

Sobre la copa milenaria del Drago, el ángel de Icod, en tensa vigilia, otea el infinito.

### **321. PLUMAS DE LAS ISLAS. «San Marcos de Florencia. Variaciones sobre la Anunciación», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 9 de octubre de 1952.**

La plaza de San Marcos de Florencia es ancha, espaciosa. La iglesia tiene una fachada muy del XVIII y el convento contiguo encierra mucha obra, deliciosa y encantadora pintura de Fray Juan de Fiesole (1395-1455), llamado Fra Angelico.

El museo de San Marcos está, pues, en el antiguo convento. Admiramos en la planta baja el célebre y deteriorado *Juicio final*; en el claustro, el Santo Domingo arrodillado ante el Crucifijo, y en la sala Capitular, la *Crucifixión*, el fresco mayor del Beato Angelico.

Era Fra Angelico, no obstante haber nacido en Fiesole, dominico; en el convento de dominicos de San Marcos las celdas están restauradas y no desconchadas y pobres como las de San Francisco de Fiesole. Las conservan, pues, restauradas y limpias; casi todas —son muchas— tienen frescos del Beato, bastante conservados. Al entrar al piso alto, donde están las celdas, en el fresco de la Anunciación saludamos a un viejo amigo; nos parece el mismo que tantas veces admiramos en el óleo del madrileño Museo del Prado. Idénticas la postura angélica y la de la Virgen; el mismo recinto cubierto de arquería, parecido jardín. Pero no es el mismo cuadro: faltan los bíblicos aditamentos sobre el paisaje que la obra del Prado posee; el cabello y el traje del ángel carecen del corto rizado y la suntuosidad que el del Prado tiene; no está el pájaro junto al capitel corintio. No, no es el mismo; otra es la perspectiva, y los detalles, otros. De todas maneras, el ángel halla a María sentada, con un libro sobre la rodilla derecha en la pintura del Prado, sin nada en las rodillas en el fresco de San Marcos... Y esto me lleva

a un recuerdo lejano en el tiempo y el espacio: a la Gran Canaria del siglo XVI o principios del XVII, al grandilocuente y muchas veces admirado Cairasco de Figueroa.

Describe Cairasco de Figueroa la escena de la Anunciación. Si un tratadista de arte quisiera reproducir a lo largo del tiempo un tema monográfico, el de la Anunciación, tendría que insertar muchas láminas, desde la Anunciación de pintores primitivos hasta la de los maestros del XVIII, tardíos ya para temas religiosos, pero cultivándolos aun. Describe Cairasco la indumentaria del ángel, la actitud de María. Siempre he pensado que el canónigo canario escribía con un cuadro de la Anunciación ante su vista. ¿Sería de un pintor local? Acaso la pintura local no tuviera aun hábiles manos para pintar una Anunciación que llamara la atención a Cairasco, pero no desechamos la posibilidad contraria. Quizás Cairasco tuviera una pintura italiana de sus antepasados... ¿Qué Anunciación sería la que le hizo escribir de esta manera al referirse a la vestidura angélica?:

*De Cándido cendal con cimbría de oro,  
sería su primera vestidura,  
y encima otra más corta y no en decoro  
de verde y de dorada contextura;  
con cintos de riquísimo tesoro,  
ceñidas por el pecho y la cintura  
haciendo en medio de ambos un sollado  
con que estaba más bello y agraciado.*

*Sobre esta ropa, en cruz, sendas estolas  
desde el hombro a la cinta iban trocadas,  
de aquel color que son las amapolas  
cuando en el campo están más inflamadas;  
de riqueza y misterio no iban solas  
porque de grueso aljófara recamadas,  
Mostraban en los campos del recamo  
fuentes que son las frutas de aquel ramo.*

El inmenso piélagos del *Templo Militante* ha restado lecturas a Cairasco. Estoy segura que hoy nadie lo lee, ni siquiera los canarios cultos. Acaso algún erudito consulte de pasada algún detalle que precise; y sin embargo, si tenemos paciencia, más paciencia que don Marcelino, que tuvo mucha, pero que no pudo con el *Templo*, según confesó, porque el *Templo* es tumba y laberinto de Creta, si pasamos como una penitencia a nuestro amor por la literatura y las Islas, uno a uno, los versos de Cairasco, Dios es Bueno y nos premia con bellas estrofas, alguna que otra vez. Bastante airosas son estas octavas coloristas, descriptivas, prebarrocas de la Anunciación. Sigue así la pintura — porque es pintura— de la angélica vestidura:

*Manto azul ventilando y manga justa,  
de blanca tela con doradas listas,  
coturno rojo donde al pie se ajusta,  
con lazos de esmeraldas y amatistas;  
alas de varia pluma y tanto gusta  
de llevar la mayor de las conquistas  
el grave nuncio, que no ve la hora  
de ver a la que Dios tanto enamora.*

Sumo recogimiento nuestra María en el fresco y en el óleo del Beato Angelico; las manos como dos palomas sobre el regazo, la actitud sumisa y reverente; con menor recato, en mundano fondo de paisaje florentino, aguarda la Virgen al hermoso ángel en la versión de Leonardo. Lo que Cairasco nos describe está más cerca de la dulzura del pintor de Fiesole; con un procedimiento de negación anafórica pinta el poeta la actitud virginal:

*No la halló asomada a la ventana,  
ni platicando de la ajena vida.  
Ni en invenciones de la gente vana  
ni en cosas de la tierra entretenida;  
estaba la princesa soberana,  
orando en su aposento recogida,  
do el Paraninfo, de rodillas puesto,  
con regalada voz le dijo aquesto:*

Tras la fina condena al incesante «platicar» femenino y otras flaquezas la escena tiene un sabor descriptivo y de diálogo dramático muy logrado. Algún erudito quizás encuentra la réplica plástica del ángel que Cairasco describe; nosotros entramos en la celda de Savonarola.

Fue Savonarola prior del convento de San Marcos; allí está su celda con el departamento donde estudiaba, que guarda manuscritos suyos y el traje, y el chico dormitorio. A la salida, un cuadro representa la quema del fraile y sus hermanos de orden; un círculo en el suelo marca el lugar de la ejecución en la plaza de la Señoría. Todavía en el convento señalan el lugar donde lo prendieron. Savonarola, como es sabido, anatematizaba la relajación romana que autorizaba Alejandro VI, el discutido Papa Borgia, y la Florencia que lo aclamó lo vio quemar en 1498, víctima de la venganza borgiana.

En la paz del convento dominico solía pasar unos días de austeridad y recogimiento Cosme de Médicis, el viejo. Hemos visto las dos celdas que solía ocupar. Gran disciplina la del retiro para un gobernante; excelente medicina la soledad para mitigar la enfermedad de la adulación cortesana, que todo mando cría como endémica tara.

### **322. «Cuando los niños sufren...», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 14 de octubre de 1952.**

El Hermano Manuel está sentado frente a mí. Habla el Hermano Manuel con una voz baja, pausada, persuasiva. Me cuenta cosas de una ternura encendida y conmovedora. No tiene ningún mérito emocionarse con los hechos que él cuenta, porque la emoción no radica en los oídos de quien escucha (el corazón en los oídos), sino en la voz, y, sobre todo, en las cosas que dice el narrador.

Yo no sé si podré hacer lo que el hermano Manuel ha venido a pedirme que haga. Hablaba la impresionante Santa Teresa de sequedad del alma, de ese estado de corazón para la llamada de lo inefable en el proceso místico. En un sentido terreno, bajísimo y humano sentido, el escritor, la escritora, padecen de sequedad ciertas veces.

No fluye abundante, fácil, nutrido el impreciso misterio de la inspiración. Por eso los griegos, los clásicos, que sabían tantas cosas de esto, invocaban a las musas para que les ayudaran con su numen, sobre todo si era un canto de alzados vuelos el que el autor emprendía.

Hay quien tiene la feliz dádiva, el preciado y envidiable don de escribir de encargo; es decir, para encargo: lo mismo escriben una sentida elegía, que una amena crónica deportiva, una poesía que un informe estadístico. Me contaba un amigo el caso de aquel pintor que, si el cliente pedía una marina, preguntaba si la quería con cielo gris o azul, con penas o sin ellas, con olas tendidas o encrespadas.

Pero a mí no me susurra la gracia del hada inspiración al conjuro de un trabajo de encargo. A mí no me dictan los artículos y las otras cositas que escribo unos encaprichados y arbitrarios soplos que me acucian cuando no los espero y que se espantan y huyen si alguien a mi lado los solicita. Jamás he podido vencer semejante desgracia.

La voz del hermano Manuel se quiebra en ternuras de recados para aquella criaturita inválida que se fue al Cielo. Alzo la tierna y oscilante vida su testamento: dejó un carrito a un amiguito; la vaquita de trapo habría de ser para el otro; la misión de pedir a Dios por el buen hermano la llevaba él, ángel, mensajero terreno, pronto ingrátido cartero de su benefactor hacia los maravillosos paisajes del Paraíso.

Otra vez la misión de los Hermanos de San Juan de Dios es mucho más dura; otra vez es la perseverante lucha sin tregua con el alma del adulto rebelde, de infeliz que está seguro de su negación; entonces puede ocurrir algo sorprendente; entonces un abnegado y heroico Hermano (el nombre lo recata la modestia) lame las pústulas del moribundo en un edificante acto de caridad. Algo impresionante de «Flor sanctorum», algo que sólo el alma elegida y llena de una infinita luz puede llevar a cabo.

A un alma mucho menos excelsa, escasamente cincelada, le conmueven de singular manera los niños enfermos. Hay en todo ser mutilado de cuerpo el natural resentimiento que hizo pensar también a los clásicos en una deformidad del alma. Pero el Cristianismo, con su espléndida clarividencia de la vida del alma, vio desde los primeros tiempos que una vasija mísera podía ser recipiente de una pura y bellísima esencia. Lo saben como nadie los Hermanos de San Juan de Dios; saben mitigar, curar a veces la deformidad física de la pobre criatura predestinada al resentimiento en la edad adulta, pero limpian también las posibles torceduras del alma, por si el cuerpo sanare, para que la esencia dé, limpio y fragante, su perfume.

Detrás de la voz del Hermano Manuel ha sonado otra voz en el paisaje de mis recuerdos. Es la voz de una niña coja. Los poetas pueden lograr de un alma cerrada para la caridad beneficios insospechados. La niña coja surge entre el sol y las rosas; el aire está lleno del jocundo y trepidante estallido de la Primavera; la arboleda, mojada de viva luz, chorrea verdes luminosidades. Hay una gresca de pájaros entre las guirnaldas de la mañana, pero la niña coja no puede ser alegre ninfa de aquel danzar de la vida que bulle en su contorno. Entonces escribe el poeta:

*Saltan sus ojos. Le cuelga,  
tirando, falsa, la pierna.  
Le duele el hombro. Jadea  
contra los chopos. Se sienta.  
Ríe y llora y ríe: «¡Espera,  
voy a coger la muleta!»*

¿No habéis visto, sobre todo al atardecer, en esa precisa luz del Ángelus, cuando los niños del mundo se dan cita para cantar en el corro, alguna niña, algún niño, que no puede tomar parte en ese movido rito a la muerte del sol, porque, aunque cogiera la muleta, no podría hacerlo?

Entonces pasa una leve sombra por su carilla; a veces no pasa la sombra, se queda en la carilla; empaña los ojos. El cojito, la cojita, se arriman al muro, a la pared y contemplan la danza infantil, como la contemplan los mayores, los viejos, pero en éstos la llamarada es de melancolía por el tiempo ido, en los cojitos es la ilusión muerta de unos tiempos que no vendrán. Y sigue el poeta, Juan Ramón Jiménez:

*¡Mas los pájaros no esperan;  
los niños no esperan! Yerra  
la primavera. Es la fiesta  
Del que corre y del que vuela...  
La niña sonrío: «¡Espera,  
voy a coger la muleta!»*

A esa muerta ilusión de los cojitos puede darles realidad la hermosa obra de los Hermanos de San Juan de Dios. En nuestras manos está que cada vez sean menos las criaturitas que al atardecer, en medio de la algarabía infantil, puedan balbucear jadeantes:

*«¡Espera, voy a coger la muleta!»*

Yo no sé, Hermano Manuel, si esto es lo que quería usted que yo hiciera. Ni sé tampoco si servirá de algo.

### **323. PLUMAS DE LAS ISLAS. «De Florencia a Roma», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 21 de octubre de 1952.**

Decir adiós a Florencia sin agotarla, sin detenernos aquí o allá lo que nos pedía el alma es tanta desdicha, como despedirnos de la persona encantadora sin apurar las gracias de su trato, o dejar en la copa tres cuartas partes de su exquisito licor. Pero el tiempo tiene sus tiranías y la estación de cristal y mármol, la bella estación funcional, ultramodernísima que Florencia posee nos aguarda.

La estación de Florencia tiene al fondo la plaza y el estupendo frontis de Santa María de Novella, una blanca fachada de mármol con sus filetes de negro, al estilo de estos templos que llamo «domino» de Florencia, empegada románica y acabada en estilo Renacimiento.

Santa María Novella es de los dominicos; Santa Croce, de los franciscanos; pues bien, cuenta Malaparte en su impresionante obra *La Piel* como presencié el fusilamiento feroz de jovencitos fascistas por un oficial de *partigiani*, sin más motivos serios que su capricho de revancha, en las mismas escaleras del templo de los dominicos; uno de éstos, el hermano portero quizás, salió escoba en mano y a escobazos limpios disolvió la siniestra matanza. Cuando hubo terminado hizo este comentario a Malaparte y al coronel americano que lo acompañaba:

«—¿Les parece a ustedes justo, señores, que en una ciudad como Florencia se maten cristianos a la puerta de una iglesia? Gente, siempre se ha matado, y no tengo nada que decir. ¡Pero aquí, delante de mi iglesia, delante de Santa María Novella! ¿Por qué no van a matarlos delante de la escalinata de Santa Croce? Allí hay un prior que se lo permitiría. Pero aquí, no».

Sobre las escalinatas de Santa María había llovido mucho ya y todo estaba limpio; habían perdido su papel dramático y recuperado su impassibilidad de eternos monumentos. Lamentaba yo en Roma con un amigo español no haber podido entrar en

Santa María ni en su famoso claustro, me dolía no tener un mes integro para ver un poco bien la prodigiosa ciudad, cuando mi amigo me advirtió:

—¡Pues no le pasa a usted lo que a X (aquí el nombre de un corresponsal de Prensa española), que al llegar por vez primera en su vida a Florencia se sentó en un bar cercano a la estación, a un costado de Santa María; tomó con sus amigos una cerveza, charló una media hora y levantándose dio un golpe de bastón en el suelo y dijo:

«—Señores, esto ya está visto». Cogió de nuevo el tren y se marchó a Roma.

Nuestro tren salía para Roma a las cinco y quince de la tarde. En Italia los trenes están, por fortuna, electrificados y uno llega limpio a todas partes. El paisaje es suave, de verdes colinas al fondo; quien está familiarizado con un paisaje agreste de altas montañas secas y cortadas a pico se encuentra con un grato y delicado paisaje de salón por estas tierras de viñas altas, casi erguidas como arbustos.

Muchos años ha me había llamado la atención los viñedos de Toro, en la provincia de Salamanca, que fueron los primeros que vi y comparé con nuestras parras isleñas, largas y pegadas a la tierra, con sus varas sarmentosas, que alza la horquetilla coronada de pámpanos; el viñedo de Toro con sus plantas chiquitas casi como un pie de papa (el lector canario sabe que me refiero a lo que las finas gentes llaman una planta de patata), me pareció extraño en la tierra castellana; estos viñedos del centro tan llanos tan altos y levantados, son la prueba fehaciente de unas tierras que no tienen respeto a los vientos; el viento en las islas es tan tirano que hace inclinar a los árboles, arrastrar a la vid y llevarse en sus flecos de primavera un próximo verano de frutales.

Una limitación del isleño que nunca ha salido de su tierra es la de no haber visto un río. Otra limitación, si no ha salido de España, es la de no haber experimentado, en serio, la grata sensación de contemplar un lago. El lago es la isla al revés. El lago es un oasis de mar en el continente, un mar quiero y no puedo, un océano en miniatura para que los barquitos alimenten sus sueños de trasatlánticos.

Tumbaba la noche sobre las aguas del lago Trasimeno cuando lo pasamos. Es grande el lago Trasimeno; tiene en su orilla occidental la bella ciudad de Castiglione con su puertecito. Tiene barcos el lago Trasimeno, tiene el lujo de permitirse una historia enorme en su orillas: la gran batalla, una de las cuatro grandes batallas que Aníbal ganó a los romanos y que los chiquillos de Bachillerato nos hemos sabido bien; pero, más que el recuerdo de algún elefante de Aníbal, el verdadero lujo asiático que el Trasimeno se permite es tener una isla. Ya sé que otros lagos las tienen, pero es la primera vez que veo una isla en un lago y a uno, que tiene su tradición de isla en serio, y de mar en serio, le parecen estas delicadas bromas del continente un jugar de mentiritas. Mas la mentira es tan graciosa y el cuarto de hora de agua que nos regala el encantado atardecer tan lleno de resonancias geográficas, que nos ponemos a gusto esta morfina que el paisaje esconde y con la noche a cuestas llegamos hasta Roma. La estación de Roma creo que es de las mejores del mundo mayor que la florentina, pero en ese mismo funcional estilo de cristal y mármol, aséptico, un poco irreal. Tras el cristal y mármol Roma, llena de luz, ilumina el chorro brillante en que se descorcha la primera fuente que topamos.

**324. «Pueblos tinerfeños. Los Realejos», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 9 de noviembre de 1952. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 254-257).**

*Al Dr. González, Decano de Ciencias, valioso hijo del Realejo.*

Los Realejos, esos hermosos gemelos (y a veces entre sí rivales) del Valle de La Orotava, son unos pueblecitos bellos. A fines del siglo XVI el primer historiador

hasta ahora conocido de Tenerife decía de ellos que eran pueblos «aunque no muy grandes, ricos y de muy buenos edificios; sacados algunos caballeros, los demás son labradores», concluía Alonso de Espinosa.

Pero hacia el último tercio del siglo XVII, el campanudo y sabio Núñez de la Peña exalta la gran riqueza que los dos Realejos tienen en malvasía. El malvasía es «la riqueza de la isla», afirma Núñez; el verde y florido Norte, ayer y hoy ha representado, con sus monocultivos, la plenitud de las plenitudes tinerfeñas.

Las casas de los Realejos está arruadas en calles, como se diría en el siglo XVIII usando un galicismo, pero la carretera las sorprendió por detrás y hoy tiene el de Abajo un aire avisado de asomarse a la cinta plomada de la isla, de caer en ventanales, que son bocas hambrientas para la ruta de nuestra carretera general del Norte. De ese afán de asomado ha debido quedarle su actitud a las casas, que juegan con la muerte al borde de los barrancos y que nos dejan sin saber, si van o tirarse a ellos, o si piruetean coquetonamente sobre el abismo.

«Pusiéronles este nombre (escribe Núñez), porque cuando la isla se conquistó, en donde está fundado el Realejo de Arriba, estaba el real español, y en donde está fundado el Realejo de Abajo, estaba el real de los guanches, que un barranco los divide.»

El Realejo Alto o de Arriba, como decían antes, tiene un tono de pueblecito alegre, pero serio. Su bella iglesia, noble, espaciosa y de tres naves, guarda hermosos y nobles retablos barrocos, como el de Santa Bárbara, y una techumbre de artesonado muy bueno. La torre es fina y elegante. Parece ser que una de las campanas fue donación de los Reyes Católicos.

En su *Historia de la Parroquia de la Concepción de La Laguna*, se esforzó el viejo y recordado Moure en quitarle a esta espaciosa casa de Dios en el Realejo Alto el número uno. Y el cronista lagunero, que se murió rezumando amor por su ciudad, demostró que la Iglesia parroquial del Realejo de Arriba, fundada en 1498 (según rectificación del mismo Viera), no es la iglesia matriz de Tenerife y su número ordinal ha pasado a ser el segundo. ¡Todo sea por un año antes que le lleva de ventaja el apóstol Santiago en el Realejo, Nuestra Señora de la Concepción de La Laguna!

Junto a la iglesia, y en la plaza, alzándose sobre un piñón de helechos, está el busto que de Viera y Clavijo hizo el escultor tinerfeño Jesús María Perdigón. Hubiéramos preferido el perfil volteriano de nuestro gran prosista esculpido, en mármol blanco y menos monumental, pero, de todas maneras, allí está junto a la parroquia en que lo bautizaron y que guarda los libros corales que el Arcediano le dejó en testamento, como recuerdo emocionado de los días niños, sin duda.

En aquel lugar estuvo Fernández de Lugo, el Adelantado, seis meses; allí sentó el real que dio su nombre al pueblo. Un sitio claro, firme, dominador, donde afianzó sus pies un español de la Edad de oro. Los ojos avizores de nuestro mejor escritor clásico se abrieron al paisaje y a la mar, en perspectivas distantes, desde allí. El injerto del Realejo Alto, montado en el aire mejor de Tenerife, y el Puerto de la Cruz, tan claro y gracioso, hicieron posible a aquel hombre, limitado y maravilloso a la par. De arriba y de abajo, de lo alto y de la orilla, nutrió Viera su levadura. Lo que vino después, lo que le advino, fue simple molde.

El Realejo de Abajo, núcleo más populoso, junto a la carretera ha podido desenvolverse mejor. Sus vecinos, aunque abajo, miran a los del Alto por encima del hombro; lo del Alto miran a los de aquél bajo sus pies. Tiene el de Abajo calles empinadas y también una buena iglesia de tres naves, Nuestra Señora de la Concepción, fundada en 1533, según Rodríguez Moure. Antes de su ruina última el antiguo convento de agustinos conservaba su puerta de frontón partido y encerraba todo lo que la mayoría

de los conventos desamortizados encierran: Casas Consistoriales, Juzgados, escuelas nacionales. Una hijuela de la vieja España oficial del siglo XIX, en fin. No sé si de ahí les viene a algunos secretarios de Ayuntamiento de pueblo ese aire de sacristanes que, sin querer, ostentan.

Nuestro espléndido Viera es circunspecto hasta para con su pueblo natal. No muchas líneas dedica en las *Noticias* a estos lugares, pero las que tributa son tan exactas, tan finas y atildadas, que dudamos puedan escribirse otras más atinadas y pulcras. La prosa del polígrafo canario dice así: «Realejo de Abajo. Dista una legua de La Orotava y seis de La Laguna. Tiene buenas casas arruadas en calles muy pendientes». Y ahora escribe algo de tal veracidad que despierta nuestros sentidos al conjuro de palabras tan sencillas y bellas: «Temperie sana, cielo puro, aguas abundantes y buenas, grandes viñas, haciendas, sitios y pagos deliciosos».

Piense el lector que Viera escribe en el siglo XVIII y que el cultivo intensivo era todavía el universal malvasía; sustituya la palabra viñas por la de plataneras y el resto se cumple con rigor. «¡Temperie sana!», ¡El aire del Realejo! ¡Ese aire que levanta los pies del suelo y que no deja entrar fatiga ni cansancio en los pulmones!

Con aire de rigodón describe Viera los límites del lugar: «Hacia Poniente el alto cerro de Tigayga, con ermita al pie, y en la eminencia la llanura alegre de Icod el Alto. Al mediodía la famosa hacienda del Adelantado, llamada de los Príncipes. Al Oriente la de la Gorgorana, del marquesado de la Breña y el jardín de Zamora. Al Norte la Rambla, el Burgao, etc. Todos ellos amenísimos.»

Todavía nos enseña el maestro Viera a escribir. No tiene desperdicio el estilo de Viera, me decía un día don Eduardo Benítez Inglott. Es verdad. No tiene desperdicio la sencilla, minuciosa y elegante prosa del escritor canario. Quien haya leído el *Siegfried* de Jean Giraudoux recordará que el protagonista, un francés en tierra alemana que perdió por completo la memoria a causa de la guerra de 1914, injertó su vida en el país de Goethe; pues bien, de su existencia francesa, sólo le quedó un haber: una palabra. Una maravillosa palabra que en sus labios era un preciado tesoro: «*charmant*», encantador.

Esa es la palabra que necesitamos; la misma, la justa, la que en el siglo XVIII y ahora nos hubiera servido para Viera, nuestro clérigo; la que se nos enreda en la pluma al escribir sobre él: Viera «*d'abée Viera, charmant!*»

En los Realejos estuvo asentado en sus postrimerías el reino de Taoro propiamente dicho. El reino de Taoro fue la cabeza y el centro del dominio guanche. Ahora hay allí dos pueblecitos bellos, pintorescos, menudos, hacendados, fronteros y litigantes siempre. ¿Se unen en un solo Ayuntamiento o continúan separados? ¿Les conviene o no les conviene la unión? ¿Quién gana, quién pierde con ella?

Por debajo de aquellas montañas uniformes y serias todavía se respira un no sé qué lejano recuerdo de dominio. Un aire de mando y de seguridad.

### **325. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Roma, Historia», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 12 de noviembre de 1952.**

Roma como ciudad, como gran núcleo urbano, es confusión y laberinto. Para entenderla en su callejeo hay que olvidarse de lo que Roma significa en el mundo, porque si pensamos en ello nos agobia, tan débiles, el imponente valor de su prestigio eterno, y no sobrenadaría de su gloriosa pesadumbre el pasmo espiritual que supone su contacto.

Sus vías y *viale* no nos orientan con la precisa simetría armónica de la gran geometría urbana de París; no hay por aquí unos anchos Campos Elíseos o una Gran Vía, arterias aortas (parodio la feliz imagen del poeta médico Tomás Morales) de las



capitales de Francia y España; el famoso Corso romano puede significar la aorta de la ciudad, que va al corazón de la urbe, la plaza de Venecia, pero es muy estrecha para ser aorta.

Así y todo, el Corso es la vía capital de la ciudad. En enorme línea recta viene casi de la ribera del Tiber al norte la vía Flaminia, llega a la gran plaza del Pópolo (popólo no es aquí pueblo, sino chopo) y, desde ella hasta la de Venecia, recibe el nombre de Corso; creo que ésta y la que arranca de la vía del Quirinal, al este sigue en la del Veinte de Septiembre y continúa en la Nomentana, son las dos grandes rectas que pueden trazarse en el dédalo romano. El Tíber a la izquierda ciñe como sinuosa tenía verde la secular ciudad, dejando más a su izquierda el *Trastevere*, es decir, las tierras más allá del Tiber: la Ciudad Vaticana y el *Gianicolo*. Desde ese precioso monte, entintado ya por las oscuridades de un ocaso, vimos una tarde a Roma junto a un pequeño convento que supo de otro ocaso doblemente melancólico: el Tasso apago allí, cerca de su encina, las brumas de su locura última; embriagadas de romántica nostalgia del pasado, una lápida adosada al convento arrancó de las *Memorias de Ultratumba* las frases en las que Chateaubriand expresa sus deseos de morir en aquel lugar incomparable para las agonías violetas de los días romanos.

Entre los nudos enmarañados de Roma: ruinas clásicas, vestigios medievales, plenitudes renacentistas, construcciones modernas, las grandes lagunas verdes de *las villas*. Muy al norte la inmensa *Villa Ada*; más al centro la gran *Villa Umberto*, donde está el bellissimo parque del Pincio. Otra tarde, desde la espléndida balconada que el Pincio deja caer sobre la plaza del Pópolo, vimos la claridad última de un día esconderse detrás de la cúpula de S. Pedro, por donde se oculta siempre el sol romano. Otras verdes lagunas menores están más al sur, en torno al parque de Trajano, cerca del cual, la iglesia de San Pedro *in Vincoli* nos muestra a ras del suelo, al lado del que lo admira, el rotundo mármol impresionante del Moisés de Miguel Ángel.

Y con la verdura clásica del parque de Trajano puede alternar más al sur la espesura frondosa del parque de la Puerta Capena donde están las estupendas ruinas de las Termas de Caracalla. Allí permanecen aún con sus restos de mosaicos, combado ya el suelo, sus vestigios de calefacción y aquellos arranques de bóveda donde los arquitectos del Renacimiento aprendieron a hacer cúpulas.

Inmediato a estas ruinas, un espléndido edificio novísimo de arquitectura funcional, que iba a ser Ministerio de Comunicaciones, pero que es hoy sede de la *Food and Agriculture Organization* de las Naciones Unidas, o F.A.O. No desentona el moderno edificio en el paisaje romano, frontero al solar del Circo máximo y de las citadas termas, por otro lado. Desde la hermosa terraza de la F.A.O. muchas veces hemos visto reverberar de luz sobre la vegetación circundante los mediodías romanos y ocultarse, también detrás de San Pedro, un sol único nimbado de amarillentas claridades brillantes, perdidas en la diafanidad de un cielo intenso, cuyo azul, cada vez más desvaído, recortaba a nuestra derecha la decadente armonía del Arco de Constantino, casi vecino.

Roma, es así de sorprendente: tolera la ruina junto a lo novísimo; la piedra venerable, junto al asfalto de la vía reciente; la iglesia barroca y el templo clásico pagano; el Circo máximo, cercano al moderno campo de tenis.

Acaso el sentido de su eternidad consista en llevarlo, en sumarlo todo en perfecta simbiosis. Roma carga con sus mágicos orígenes, con su señorío republicano de dueña antigua de su Mediterráneo, de imperial dominadora cesárea, de nostálgicos tanteos medievales, de plenitudes papales renacentistas, de sede también de la unidad italiana y centro último del fascismo. Nada de extraño tiene que el gran barrio cercano a la Ciudad Vaticana tenga su plaza dedicada a Mazzini y que se sucedan las vías de las

Milicias, de Julio César, de los Escipiones, los Gracos y Cola di Rienzo, casi seguidas en dirección horizontal y atravesadas verticalmente por las vías de Lucrecio, Cicerón, Tácito, Horacio, Virgilio, Ovidio o Terencio... Los políticos de ideas más opuestas al lado de los clásicos poetas y escritores de la antigüedad. Una página que se escriba en su libro es ya su historia y permanece, como permanece el Foro Mussolini y la obra valiosa que el Duce les dejó a los italianos. Todavía sus libros se exponen en los escaparates al lado de las obras de sus enemigos. Una política puede ser funesta y desaparecer de Roma, pero una obra es una página histórica. La devoción que la gran maestra de la vida, como la llamo Cicerón, despierta en Roma se comprende: Roma es, más que el país de la Historia, la Historia misma.

**326. «Pueblos tinerfeños. Taganana», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 15 de noviembre de 1952. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 280-285).**

José María Balcells dice que por Taganana no se pasa, sino que hay que ir a ella. La afirmación, así de pronto, parece una perogrullada, pero Taganana supone un deseo; no es camino sino posada. Por el camino se pasa; a la posada vamos. Taganana, como la Punta del Hidalgo (pese a la carretera de la que este último pueblo es término) significa una parada. Moverse y descansar es la paradoja del caminante. No se piense que vamos a ahondar en la estética o filosofía de estos contrarios; aquí no se trata de un alto problema de metafísica, sino de un hondo acto de amor.

Por las altas cumbres de las estribaciones de Anaga, en un mar de brumas, serpentea la carretera; es este el paisaje que nos interpretó Constantino Aznar. De pronto, por un atajo, las vueltas de Taganana se tragan al caminante. Junto al lugar denominado la Cruz de Taganana, pasado Afur, hay un pequeño refugio natural. Con ramas de brezo lo barrimos las mujeres de nuestra excursión. Enseguida comienza a descender el camino dentro de un bosque inmenso, que destila agua como en los días del siglo XVI. Cuando Cristóbal Rodríguez de León se comprometió a hacer este camino, una de las condiciones para hacerlo fue la de descubrir y cortar el monte «para que no llueva de los árboles», leemos en el importante trabajo que, sobre Taganana, ha escrito el Dr. Serra.

Pero los árboles siguen lloviendo; son tilos, barbusanos, paloblanco, laureles, cedros, altísimos árboles que emergen desde la hondonada de un largo y profundo barranco, que era casi un río antes de las talas. Por entre los árboles los pájaros respuntan de armonía el prestigio selvático de aquel océano vegetal.

Nuestros historiadores regionales se han entretenido en hablar mal de los que le han precedido; ello no ha sido obstáculo para que el maldiciente haya seguido al antecesor en lo que estima útil o no contraría sus intenciones. Alonso de Espinosa marcó brevemente la pauta y disposición expositiva de la futura Historia de Canarias: si él describe sumariamente los pueblos tinerfeños, también los describían Núñez de la Peña en el siglo XVII, don Agustín del Castillo y Viera en el XVIII y los historiadores del siglo XIX.

De Taganana sólo escribe Espinosa que «es un pueblo fundado sobre los peñasco de Naga de gente que tira por el arado y la azada»; Núñez se refiere a su áspero camino, a sus sesenta vueltas, a su parroquia, ermitas y lugares, y luego un curioso detalle mínimo de buen observador: «Habrán 74 años que de lo alto de una sierra cayó una peña de 22 varas de largo y 12 de ancho y 10 de alto y se puso sobre una casa que tenía gente y hasta el día de hoy está allí y la tiene debajo; está cerca de la iglesia». Después de aludir a la viña malvasía, que en abundancia posee el pueblo, termina: «por curiosidad hice medir esta piedra».

Don Juan Núñez de la Peña tuvo dos grandes manías: una era la creencia en el pasmoso milagro como explicación de lo que no tenía para él; otra era una manía de la que todavía no se ha curado su ciudad; la genealógica, que fijaba las estirpes, sentaba clases, categorías, distancias. El milagro y la genealogía eran los dos supuestos, los dos pilares, entre los que se movía el bueno de don Juan. Pero Núñez es también un curioso, un preocupado por ese encanto de los baladí. «Por curiosidad hice medir esa piedra». Y debajo de ella estarían en su hoy (1672), que es nuestro remoto ayer, los restos de las personas sepultadas.

El burlón y sagaz Viera, que tiene un truhanesco mohín para do Juan Núñez de la Peña, alude al camino que lleva a Taganana, un camino que pasa por «la puente del Rey», y se refiere a sus pagos, habitantes, cultivos. Podemos afirmar que Núñez estuvo en Taganana; si lo estuvo Viera, no lo sabemos.

En 1900 escribe don Cipriano de Arribas que Taganana es un «vistoso pago» y afirma: «tienen fama de hermosas las mujeres de esta aldea, las que descienden de una colonia de holandeses que se establecieron allí poco después de la conquista. Es una verdadera Suiza canaria este pedazo de tierra tinerfeña».

Estas apartadas tierra húmedas, sin blando bucolismo, fueron los dominios de Beneharo el mencey de Anaga, si Antonio de Viana dice verdad.

Por aquí debió llorar su desventura la rubia, alta, sensual y varonil Guacimara, prendida del retrato del príncipe Ruimán de Tahoro. Beneharo de Naga enloqueció de penas o de brumas, y después de curado, el agua del bautismo hizo de él Pedro de los Santos, pacificó a sus levantiscos súbditos y vio casada a su hija con el tahorino príncipe, conforme a la verdad poética de Viana. ¿Son los tagananeros rubios por quedar en el apartado rincón un núcleo de nativos guanches rubios cromañón, o lo son por esos pretendidos holandeses de que documentalmente nada sabemos?

Gracias a don Elías Serra conocemos el nombre de los primitivos pobladores de Taganana. Resumiendo los datos y otros documentos son éstos: Gregorio Tavordo, Juan Perdomo, Jerónimo Hernández, Pedro Hernández, Pedro de Vera, Gonzalo Mexía, Francisco Guillama, Pedro Picar el Viejo, Juan Delgado, Rubín Dumpiérrez, (que debe ser descendiente de aquel Rubín Dumpiérrez que, según Abreu Galindo, vino a Lanzarote con el conquistador Juan de Béthencourt), Andrés Sánchez, Pedro Negrín, Alonso Sánchez, Antón Franco, Luis Morales y Juan Pérez el mozo.

¿Por qué no referirnos a estas buenas gentes? Si los puntillosos en genealogías están aún discutiendo por un «de» más o menos al lado de personas que sólo han nacido, se han reproducido (y no siempre) y muerto, ¿por qué no detenemos en minucias semejantes, referidas a unos pobladores sencillos, que al menos cuidaron sus tierras, hicieron labor útil, asentaron sus lares en Taganana y se preocuparon de construir el camino de las famosas vueltas?

No sabemos si el topónimo tagananero de Taborno tiene que ver con el Tavorno de Gregorio el poblador, que era de Lanzarote y sabía escribir, lo que no sabían aquí todas las condesas consortes; también eran lanzaroteños Juan Perdomo y Jerónimo Hernández. Juan Perdomo sabía leer asimismo y en 1506 compró tierras a Juan Delgado y su mujer María, hija de Juan Berriel. Pedro de Vera era hijo de Pedro Hernández y cuñado de Andrés Sánchez. Gonzalo Mexía estaba casado con Catalina Perdomo, y su hija María Mexía se casó con Antón Franco, que ya había muerto en 1507. Gonzalo Mexía, sabía escribir. Desde la casa de Juan Delgado se empezó a hacer el camino de Taganana. Juan Delgado testó en 1573. Juan Pérez el mozo también había muerto en 1507.

Sí, minucias, nimiedades; pero eran buenas gentes, laboraron, no podemos dejar a los trabajadores sin su Nobiliario de trabajo.

Es curioso cómo la lectura de datos y documentos nos trae casi al día el lento y mínimo trajinar de la época de los asentamientos; son el eco de la sociedad de entonces, casi de mayor interés que el aprobado de solfeo de Menganita Pérez, o el profesorado en corte de Perenganita López, en nuestros tiempos.

Casi en los días mismos de las datas la población de Taganana sufre alteraciones: el regidor Pedro Fernández (no lo confundamos con el Pedro Hernández de la data de 1501) compró tierras a Antón Franco y a su mujer; otras tierras tenía plantadas en 1506 el mercader Antón Ruiz; otras el sastre Rodrigo Alonso. Las tierras de Antón Ruiz son aderezadas por el cantero Diego Rodríguez y su ayudante Alonso de Córdoba.

Don Elías Serra escribe que en 21 de octubre de 1506 «Rubindo Pinez y su mujer Isabel Sánchez venden a Alonso de Cabrera, vecino de Tacoronte, una suerte de tierras de riego en el valle de Taganana». Lo probable es que sea una mala lectura de Rubín Dumpiérrez, el lanzaroteño oriundo de Francia, cuyo apellido existe aún en las islas orientales.

Anterior a estos documentos, el más antiguo, según Serra, es una data del 4 de mayo de 1500, que el Adelantado otorga a Jaime Joven y Pedro de Campos, mercaderes de Tenerife; no se asentaron quizás en Taganana, pues Jaime Joven debió ser un servidor o zascandil del Adelantado, pese a las solemnidades rimbombantes que le adjudica Fernández de Béthencourt, más para reídas que para tomadas en serio.

Rodríguez Moure en su *Historia de la Concepción*, se refiere «a la data al conquistador y poblador de Taganana», que fue hecha en 1500 por el Adelantado. Don Cipriano de Arribas, al ocuparse de Taganana, dice que fue fundada por el conquistador Francisco Garcés del Alamo, pero no sabemos si era ésta la persona a la que Moure aludía.

Alonso Fernández de Lugo sabía perfectamente que el asentamiento en la difícil tierra de Taganana era cosa dura. Estos pobladores vinieron a Taganana con sus mujeres, hijos y «pasasteis asaz trabajos», afirma el propio Adelantado; debieron experimentar otros «por ser la tierra yerma y estéril en despredegar y desmontar y hacer caminos y otras labores difíciles», según testimonio de don Alonso.

A veces una data contiene un poema de mayor valor acaso que el de una valoración artística. Taboro, Perdomo, Hernández, Vera, Mexía, Picar, Delgado, Dumpiérrez, Sánchez, Negrín, Morales, sus mujeres... ¡Cuántos afanes, inquietudes, deseos, envidias, sudores! Vendrían enseguida los proyectos del ingenio de azúcar, que tanto interesaba al Adelantado, deseoso de que la tierra produjera pronto. En 1506 el portugués Diego de Sardinha contrata con el albañil Alonso Martín la edificación de la casa donde habría de instalarse el ingenio de azúcar, nuestro primer monocultivo; el carpintero portugués Luis Alonso construye el maderamen...

Apartado está el pueblo. Las edificaciones no son numerosas. No es posible un progreso urbano. Una barrera selvática y montañosa lo separa del resto de la isla, como si dijéramos, del mundo habitado; no obstante ello, Taganana es un lugar que se colonizó pronto y que tiene una iglesia, que es la cuarta de Tenerife, en el orden de antigüedad.

### **327. DOMINGO LITERARIO. «En Roma, las ruinas», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 23 de noviembre de 1952.**

Si necesitáramos una palabra para representar la impresión urbana que Madrid produce, la palabra sería alegre. Madrid es una ciudad (aunque villas, Madrid y París son llamadas siempre ciudades) alegre, moderna, tan moderna como cualquier ciudad colonial americana. Sin gótico, como América, el antiguo Madrid es un Madrid del

siglo XVI o XVII, un Madrid de la Edad Moderna con aires filipinos (de Felipe II) por las plazas del Cordón, del Conde de Miranda o Mayor, con sabor de Austrias; geometrías borbónicas del Palacio Real o de las Puertas de Alcalá, planos neoclásicos del Museo del Prado; encantos románticos de los que restan algunos rincones como la casita que, a mano izquierda subiendo, parte de la Castellana a la calle de Goya, creo que habitada por un señor de Las Palmas, por cierto; novecentismo más o menos abigarrado del Banco de España y de Comunicaciones. Todo Edad Moderna y gracia derramada sobre la Gran Vía, la calle de Alcalá o la estampa colorista, lejanamente pueblerina, de la puerta del Sol, el ágora mediterránea última, que vive ya de sus recuerdos.

Madrid es alegre; París, elegante. Elegancia es la palabra que, si nos apuran, resume el prestigio urbano de la ciudad más espléndida del mundo. París ha sabido ensamblar el gótico nórdico con el espíritu geométrico del clasicismo, en un encanto y elegancia singulares. ¿Qué palabra podría servirnos para resumir la impresión que Roma produce? Melancolía. Roma es una ciudad melancólica.

¿Es la enorme dimensión espiritual que sus grandiosas ruinas causa, el motivo de parecemos melancólica Roma? Puede que las ruinas sean gran parte del ingrediente, pero al color amarillento —amarillas son las hojas del otoño— y la delicadeza de un paisaje blando, casi tibio, llevan una buena parte en la melancolía romana.

Unos verdes aterciopelados en los recortados árboles, tiernos en los arbustos, desvaídos en el césped dan color y encanto indefinible al ladrillo roto de las termas o de la basílica, al derruido mármol de la columna, todavía en el aire, con el fuste descorchado en el suelo, o el torso arrimado a una tierra milenaria, cubierta por una fresca umbría que se renueva en cada primavera.

Y también tendrá lo suyo en la melancolía el pasmo secular que sobre Roma han volcado sus amantes, sus grandes amantes los poetas, los escritores, los artistas del mundo, que se han rendido al poderío de su encanto. Uno de los hijos más esclarecidos de Italia, Francisco Petrarca, embriagado de antigüedad clásica, escribía cartas a Tito Livio y se lamentaba de estar «cum his extremis furibus» entre los que tenía que vivir en su tiempo, o sea el siglo XIV. Desde que Petrarca hizo viva amistad con los antiguos y se extasió ante las ruinas de Roma por vez primera en 1336 nació el sentido romántico de la nostalgia al pasado en la literatura europea. Después del Petrarca ¿cuántas gentes de sensibilidad no han hecho de las ruinas secas fragancias de elegía hasta llegar al tópico?

Del soneto atribuido al magnífico caballero Baltasar Castiglione (1478-1529) sobre las ruinas de Roma («Superbi colli, e voi sacre ruine») salió un florilegio antológico de suspiros europeos: el adalid renacentista francés Du Bellay (1525-1560) casi tradujo a su lengua este soneto; de su versión parten la inglesa de Spencer (1552-1599) y la española de Quevedo «Buscas en Roma a Roma, oh peregrino».

Del soneto feliz del Castiglione deriva aún el de Gutierre de Cetina (1520-1557?), si bien referido a las ruinas de Cartago, el de Rey de Artieda (1549-1613) y el burlesco de Lope en sus «Rimas», que comienza: «Soberbias torres, altos edificios»; todavía Arjona (1771-1820) en el neoclasicismo dedica un largo poema a «Las ruinas de Roma»; en los tiempos románticos la melancolía de las ruinas es ya lugar común.

¿Cómo no derivar de este lamento renacentista por las ruinas romanas el dolor elegíaco que los hombres de una segunda generación: Pedro de Quirós, Francisco de Medrano, Rodrigo Caro, el príncipe de Esquilache hacen arte las ruinas de esa Roma chiquita sevillana que es Itálica? Mientras los manuales de Literatura sean necrópolis, expedientes de Juzgado o anecdótico, la juventud seguirá sin estar enterada de lo que importa.

El tema de sensibilizarse melancólicamente en presencia de las ruinas romanas, cierto que no es nuevo; lo que sí es novedad para cada cual es emocionarse individualmente, de manera personal e intransferible, ante ellas.

No puede explicarse la sensación que una detenida visita a los foros republicanos primero, e imperiales después, porque los misterios de la emoción arqueológica y estética dependen del haber que figure en la cultura y en el alma de la criatura que está frente a ellos. La sola arqueología, sin un alma, no basta; nada más que el alma con su antena para lo estético, tampoco, información y emoción son las características integrales para captar el sentido de las ruinas romanas.

Bajado el Capitolio, en el mismo corazón de la ciudad, «nel mezzo del camino», quedan a la izquierda las tres columnas corintias del templo de Vespasiano e inmediato la sola base, el solar del Templo de la Concordia; aquí tiene uno que cerrar los ojos e imaginarse la cautivadora voz ciceroniana acusando a aquel primer gran señorito heroico: «Quousque tandem abutere, Catilina, patientia nostra?»

Y así, con el latín de la cuarta arenga en la memoria damos vuelta a la calle una mañana de sol latino y bajamos al Foro propiamente dicho; allí cada resto lo completamos en la mente poniéndole su tiempo histórico: arco de Séptimo Severo, piedra negra o tumba de Rómulo, las columnas jónicas del Templo de Saturno, los rostra (tribuna de oradores), la Columna de Focas, los Comicios, la Curia...

Todavía podemos pisar las mismas losas de la Vía sacra y mirar a la derecha casi el plano de la Basílica Julia y a la izquierda el de la Basílica Emilia; todavía más arriba las tres altas columnas corintias del Templo de Castor y Polux, los Templos de Vesta, de César, y enfrente, a la izquierda, el Templo exástilo de columnas corintias de Antonio y Faustina, convertido en iglesia medieval pero con un airoso frontón partido en medio del cual se alza, triunfante, una cruz.

Nombres que dirán tan poco al lector como poco nos dice una guía del país que no hemos visto; como poco nos dice la guía del país que vemos sí sólo contamos con ella y no vuela el alma al conjuro de su muerta letra de estadística. Via sacra arriba la maleza rodea con aire de corola aquellos viejos pétalos caídos de las ruinas antigua. Todavía en las amplias terrazas del Templo de las Vestales podemos sentarnos junto a sus estanques simétricos y casi sin fondo; hay restos de habitaciones con vestigios de mosaicos, lugares para los vestidos, frente a estos estanques destinados a las abluciones. Subimos siempre la Vía sacra; a espaldas de la enorme basílica de Majercio o Constantino (que no se visita desde aquí sino fuera del Foro), frente a los horrea o graneros, la senda se estrecha; a la izquierda se eleva la gracia romántica del campanario de una pequeña iglesia.

Para la sed de la primera tarde del Foro hay allí una fuentecita; el agua se puede beber en el cuenco que las manos, curvas y apretadas, fabrican; poco después la fatiga arqueológica, la emoción estética aflojan su tensión sentando el cuerpo en una de las losas que bordean la puerta de salida, la puerta de Tito, pregonera de la ruina de los judíos, remanso final de mi paseo por la Vía sacra, en tanto que descansaban las piernas y la mirada, en continuo vagar, se prendía en el paisaje de la colina de los pastores, que llaman el Palatino.

**328. «Pueblos tinerfeños. Aún Taganana», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 27 de noviembre de 1952. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 286-289).**

*El artículo está ilustrado con una fotografía, cuyo pie nos dice: «He aquí un viejo y típico pescador de Taganana, fotografiado con su barca en la playa de El Roque*

*de las Bodegas, lugar de entrada y salida de la gente de mar de los contornos, que preside el Roque de las Ánimas, erguido como firme centinela sobre el mar Atlántico.»*

Como efectivamente afirma Viera, en un lomo y entre dos barrancos, está situada Taganana. A la derecha del caminante que viene de las umbrías vueltas (dicen que tantas como los días del año), con sus cabezas peladas, adustas, de un resequido lirismo, están los picachos de Amogoge, Roque del Medio y el de Ánimas. Estas calvas y altas estribaciones detienen la mirada. Y la mirada, de no dirigirse al cielo alto, baña la dura piedra de espirituales tactos que emergen del alma, apretada aquí, comprimida allá, de secas resonancias. A la izquierda, bajando por el empinado lomo, está el barrio de Portugal, presencia quizás de aquel Sardinha de mil quinientos tantos, que llegó a Taganana para instalar un ingenio de azúcar. Después Chanca, otro grupo de casas. En el centro del pueblo, en un terraplén llano, la iglesia.

La parroquia de Taganana (¿todavía está usted por ahí, sencillísimo don Isidoro?) es sólida y agreste; parece conservar su estilo primitivo, aunque no sabemos con exactitud la fecha de su edificación. Rodríguez Moure nos dice que en 1506 (según escritura ante Antón Vallejo de 12 de mayo de 1506) ya estaba hecha, pues el valle se empezó a llamar de Santa María de las Nieves, como el señor Arce en sus Sinodales expresa. —escribe Moure—, tenía menos vecindario que el Sauzal, lo que demuestra su menor antigüedad, le asignamos el año 1505 y al Sauzal 1504». Antes de la actual parroquia parece que el culto se celebró en la cercana ermita de Santa Catalina, primitiva iglesia, pues. La parroquia tagananera de las Nieves, tanto para Viera como para Moure, fue la cuarta de las iglesias que se construyeron en Tenerife.

Robusta y agreste, repetimos, la parroquia de Taganana parece construida con espíritu románico. Esforzada iglesia en consonancia con tan bravío pueblo. Un nazareno muy mal vestido, pero de buen rostro, ocupa uno de los altares de la derecha, entrando, y, cercano, un robusto Cristo, el Cristo «del Naufragio», de buena anatomía mal restaurada, es testigo de los caprichos de la Fortuna, o de los designios de la Providencia: lo arrojó el mar un buen día del siglo XIX a las playas de Taganana, que brindaron un airoso botín de tempestades a la ruda parroquia. Hoy está el Cristo en una capilla, también a la derecha del que entra, membrudo, dulcemente muerto, edificando a unas gentes con las que jamás soñaría su escultor.

Y de pronto, el encanto. En medio de esta rudeza, junto a aquel islote de perdida humanidad, vecina de barrancos profundos, de calvas lomas, de riscos dentados, de reminiscencias primitivas de aborígenes, una suave sonrisa superculta; refinadas decadencias que ambientaron los días del ocaso flamenco, al que olean gracias de la intelectual Italia renacentista, quizás habidas en un taller español. ¿Quién os trajo a vosotras tres? ¿Quién puso entre bravura tan adusta, vuestra fina delicia, tablas de la parroquia de Taganana?

Después de nuestra visita vinieron las tablas a La Laguna, se escribió sobre ellas; habríamos deseado una buena armazón de cedro para las tablas, que restableciera su primitivo valor de tríptico y las preservara de los estragos del tiempo; no sabemos qué ha sido de los proyectos que sobre las tablas tagananeras hubo. Aquí, como siempre, la gente hace ruido y después, como en el famoso soneto cervantino:

*«caló el chapeo... fuese, y no hubo nada».*

Al extremo norte de Taganana, frente a la cima vegetal, el mar azul recortado entre el recuadro de los barrancos. Un mar un poco distante, que es ensueño de lejanía, un escape libertador entre las paredes que aprisionan el solitario cajón de Taganana, tan

bello en su rudeza, pero que comprime el alma en ansias de subir a lo alto, que es el cielo, o de marchar a lo largo, que es el mar.

¿No habéis sentido en la isla la trágica agonía de escapar, alguna vez? ¿No habéis sentido cómo los cascos de la angustia pisa los talones de vuestra alma? ¿Nunca habéis pasado ansias de mucha tierra dilatada, inmensa, de ríos y fuentes, montañas y llanuras, ciudades, aldeas, pueblos, tierra y tierra siempre? ¿No os habéis sentido presos en la isla? Si habéis pasado hambre de tierra, si es así, la última lágrima de vuestro vaso la llenará Taganana.

¿Lo sabe esto Juan, Francisco, Pedro, Vicente, Diego, María, Juana, Luisa, aquel hombre viejo, aquellas mujeres vestidas de negro que hablan con mucha gracia y no aspiran la h? Ellos, sin duda, no saben, no sienten semejantes complicaciones sentimentales. Suben las lomas, van a su Portugal, o a Chanca, bajan a Tachero, o a la playa del Roque. Vendimian o cogen la fruta; oyen misa, van a un entierro, se quieren o se odian, trabajan o gozan, tan suaves de presencia, tan rubios casi todos, tan gratos en su mayoría. Tan guapas, las muchachas; tan buenos mozos, ellos. Y así un día y otro hasta que llegan años y el sol da de frente primero, pero después resbala por los costados los rayos del otoño, y en la negra noche, ella, la muerte, por entre las lomas, los árboles, el mar. Y uno hoy, mañana, otro, se los lleva a todos; mientras la otra, alegre, retozando entre los pámpanos, al lado de la brisa teje ilusiones, repica en el campanario de las almas sencillas, ella, la vida.

Al borde de aquellos riscos más bajos y del alto Roque de las Ánimas están las playas tagananeras de Tachero y del Roque. Un pintor romántico de nuestro siglo XIX, el inolvidable Alejandro Saviñón, pintó amorosamente, con finura de estampa inglesa, el Roque de las Ánimas, pero lo pintó desde la finca de Las Palmas, a la otra banda. Al pie de este monolito sonrío, como una encantada sirena, la playa, desde donde, sobre las íes del Atlántico, los puntos de los Roques de Anaga precisan el encanto de este inmenso poema que Dios nos ha escrito junto a la isla.

¿Está aquí, estremecida de prisiones, la paloma del alma? ¿Nada más que escapar es lo que quiere? No ¿Quién hace el milagro? ¿Quién le da la paz y el sosiego?

Dije que no era un alto problema de metafísica, sino un hondo acto de amor. Cuando pasa Juan, Pedro, Francisco, Miguel, José o María, Juana, Luisa, ellos o ellas, a veces ellos con ellas, y se les ve hormiguar en la empinada tierra, o de noche, en un silencio que puede cortarse, los vemos pasar saludando siempre aunque no nos conozcan, puede ser que entonces estremezca el alma eso tan inasible y puro que se llama ternura y que quizás sea lo que Cristo llamaba caridad. Ternura, caridad que nos lleva a querer, sin saber por qué, a unas personas, de las que casi nada sabemos.

Ese silencio que puede ser cortado, puede serlo con el perpunte rasgado de unas folías, que el timple matiza con sus cuatro cuerdas retozonas y deliciosamente bullangueras en la negra noche, de paso a Portugal. También puede serlo una isa, rezos todos del alma popular de las buenas y nobles gentes de mi tierra, a la que estoy unida por un hondo amor.

### **329. PLUMAS DE LAS ISLAS. «En el Palatino», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 6 de diciembre de 1952.**

El Foro, como es sabido, es una gran hondonada entre las famosas colinas romanas que se desecó y saneó para ser el centro y corazón de la Roma republicana e imperial. Hacia el sur lo domina el Palatino. Ningún esfuerzo supone creer que las gentes palatinas se impusieron a las demás: estaban en lo alto y los romanos hicieron luego allí una Roma aristocrática donde los emperadores levantaron suntuosas



edificaciones. En el siglo XVI desde semejantes alturas, ya se sabe lo que harían allí los grandes señores: un hermoso jardín.

Al Palatino subí un atardecer por el *clivus* o cuesta arbolada con profusión. Unas escaleras no cortas llevan a la alta explanada del Palatino, a los jardines de los Huertos farnesianos. Desde esta elegante balconada se ven los Foros abajo, tocados por la luz romana; están allí las ruinas en su plenitud evocadora. Las ruinas no son muertas entidades de necrópolis; son unos extraños cuasi testigos de una vigencia que ya no es, pero que han pasado al alma de la posteridad para gusanearla de nostalgia. Son un poco el numen o el opio del hombre de las culturas ya avanzadas.

Las guías, cuando no se equivocan o describen las cosas donde ya no están, suelen ser útiles al visitante que va solo y despacio; lo grave son los guías. Para libertarme del que se me anexionó en el Palatino pasé mis trabajos. Si los guías sólo hablaran cuando se les pregunta, la cuestión no sería tan peligrosa, pero, como tienen que vivir los pobres, sueltan la aguja de su lengua sobre el disco resabido y nos atormentan con unas noticias descoloridas, martirizan al que quiere enterarse de lo que ve a su modo, distraen y suelen hasta irritar los nervios más pacíficos.

Las plantas de los grandes palacios imperiales dan base aquí al ingeniero que la imaginación es. Nada cuesta levantar columnas y techumbres, mármoles y torsos y pensar a Tiberio en su palacio antes de irse a Capri.

Bajamos bordeando sobre lo alto que da a la *Via de los Circos*: la casa de Livia o casa de Augusto quizás primero, las amplias ruinas del Palacio de los Flavios, con los restos de su fuente en el peristilo y los mármoles de colores; a continuación la casa particular de los emperadores o *Domus Augustana* y detrás el gran *Stadium*... Una vuelta casi al cuadro de la colina palatina torna a dejarnos otra vez, por el *clivus* en el arco de Tito. Allí aventamos a un vendedor de postales sin abrir la boca. Sí averigua mi españolismo, como italianos y españoles somos primos y nos entendemos, no me suelta hasta comprarle algo, ¡para eso estamos en familia!

Sin salir del Foro, bajé otra vez la *Via sacra* un poco hasta llegar a la trasera de la Basílica de Majencio: se sube por una rampa a una explanada desde la que se domina el impresionante Coliseo. Hay allí restos de dos templos siameses, pegados por la espalda o por los ábsides; en verdad es un solo templo doble de Venus y Roma, pero el de Venus no tiene ni una piedra y está evocado con botánica: los escalones son de boj, las columnas de alheña y las paredes de laurel. Desde aquella regular altura se ve en el asfalto de la calle un círculo donde nos advierten que estaba la colosal estatua de Nerón en bronce dorado o *Coliseo*.

El Coliseo auténtico está aquí mismo; el enorme anfiteatro Flavio con su forma de gran pastel cortado a cuchillo por la tajada de su mayor ruina muestra las heridas u oquedades por donde le sacaron los pernos de hierro, porque largo tiempo fue cantera de iglesias y palacios. Con sus tres órdenes arquitectónicos por fuera y su cavea o graderío por dentro (de la que sólo restan los muros) y la arena o pista levantada para que se vean las construcciones subterráneas de los servicios, el anfiteatro es el gran monumento de la Roma antigua, con bastante presencia material a causa sin duda de su tamaño, que soportó la barbarie destructora de los hombres, más que la del tiempo. A veces da la impresión de una gran maqueta sin terminar, de algo que se proyectó y no fue acabado. El anfiteatro es, a pesar de lo que la imaginación en vuelo vea, otra ruina de Roma, casi la especie antidiluviana o *plesiosáurus* de la actual plaza de toro.

Cuenta el super gran civilizado que es Curzio Malaparte en su obra *La Piel*, tan impresionante como una ruina romana, porque es un poema doliente a una ruina, la entrada del ejército americano a Roma por la misma *Via Apia* antigua. Curzio

acompañaba a las primeras columnas que mandaba el general Cork. Al llegar al Coliseo preguntó el general qué era; informado por Malaparte, escribe éste:

«El general Cork se levantó y de pie en su jeep miró largamente, en silencio, el esqueleto gigantesco del Coliseo y después volviéndose hacia mí, con una punta de orgullo en su voz, exclamó:

—¡Nuestros bombarderos han trabajado bien! Y como para excusarse añadió abriendo los brazos:

—«*Don't worry, Malaparte; It's war! ¡Es la guerra!*».

Muy cerca, al oeste del Coliseo, está el gran arco de Constantino. Si el de Tito, más pequeño, recuerda el triunfo romano sobre los judíos, el de Constantino señala el triunfo cristiano sobre el paganismo. Es una especie de antología decorativa de otros monumentos levantados por emperadores anteriores. Hacia el siglo IV de Cristo la capacidad creadora de la Roma que construía estaba ya agotada y se nutría de pasado, y cuando un pueblo solo tiene pasado ya sabemos que se avecinan los tiempos de su próxima sepultura.

La tarde no tiene ya más horas y yo espero a mi anfitrión Antonio Dorta sentado en una piedra del arco de Constantino. Como lugar de cita y espera no está mal el arco de Constantino. Los romanos son ricos en todo y dejan a uno acercarse, sentarse en sus monumentos y ruinas; saben ser señores de lo suyo, como todos los italianos. Una vez, despistada, me atreví a pasar en la madrileña Glorieta de Quevedo por la redonda plazoletilla central con su conato de cenefa de brezos, si no recuerdo mal, y el guardia a pocas me mata. En el arco de Constantino entraba y salía a placer por cada una de las tres puertas y todo para rechinar el recuerdo de los guardias de Madrid. A la puerta o puertas de Alcalá le han puesto una ancha tortilla vegetal de brezos y tulipanes y no lo dejan acercar a uno, como si llevara fuego a un depósito de gasolina. Y todo por una puerta hecha en el siglo XVIII, los pobres...

### **330. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Foros y grandeza», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 20 de diciembre de 1952.**

Quizás nuestras plazas mayores españolas tengan más de zocos morunos que de ágoras mediterráneas. La Puerta del Sol madrileña sí que tiene significación de ágora, acaso la plaza de Venecia en Roma, también. Espaciosa, ancha, clara y abierta, la Plaza de Venecia es el latido principal, el corazón de la ciudad, pero lo de ágora es un decir en los modernos tiempos de la gasolina; en Roma la salida a la calle supone saber cuando se sale, pero el regreso está dentro de lo problemático, que suele ser, a poco descuido que haya, las ruedas de un coche.

Me dicen que el tránsito rodado tiene órdenes de pasar rápidamente para no gestionar la natural estrechez de casi todas las calles. No digo que les falte razón a los ediles del tráfico, pero es un apuro el lanzarse desde la acera del monumento a Víctor Manuel (que cierra el sur de la plaza) a la acera del Palacio Venecia, o cruzar la plaza y salir a la izquierda del que viene del Corso para visitar los Foros imperiales.

Haciendo cálculos en función de los raudos coches, otra tarde una salida de la Plaza de Venecia nos lleva a la ancha, asfaltada y peligrosa «Via de los Foros Imperiales», con árboles a un lado y a otro, construida a modo de «boulevard» con jardines, andén o placitas centrales en las que, estatuas modernas de los emperadores recuerdan los nombres de cada uno de los que erigieron los cinco Foros Imperiales, contiguos al Foro propiamente dicho.

Junto a dos iglesias casi gemelas, pero una del XVI y otra del XVIII, si bien están bastante separadas entre sí, se alza (con alguna profundidad al nivel de la calle) el Foro de Trajano con su Basílica Ulpia y la famosa Columna de Trajano, que tiene

esculpidos en espiral, como es sabido, los últimos grandes triunfos conquistadores del Imperio, el de la Dacia o actual Rumania. Allí está el viejo Danubio personificado en neptúnica figura barbuda. Los ríos o sus divinidades suelen hablar en los grandes poemas épicos clásicos. Habla el Escamandro en el canto XXI de la *Ilíada* con el héroe; habla el Tiber en el libro VIII de la *Eneida* en el sueño del gran piadoso; también habla el Duero en *La Numancia*, de lo que se ufanaba Cervantes.

Todas las columnas romanas y europeas que se han levantado después de la Columna Trajana con bajorrelieves en espiral parten de ella. Así está hecha, a semejanza suya, la Columna de Marco Aurelio, que da nombre a la famosa Plaza de su nombre, en un ensanche del Corso. Las columnas Trajana y de Marco Aurelio llevan, por mandato pontifical, como cima las estatuas de San Pedro y San Pablo, en vez de los emperadores respectivos. Napoleón, que estaba embriagado de romanidad imperial, levantó en la sobria Plaza de Vendome parisina la famosa columna de su nombre, que también canta en espiral las glorias imperiales del nuevo César.

Con precaución, hay que cruzar la calle para ver a la izquierda los «Mercados de Trajano», con su huella de rotonda de dos pisos; con más precaución aún, porque voy al frontero extremo de la derecha, doy mis treinta liras a un simpático guardián y bajo al Foro de César; allí estoy en plena ruina, sentada en las losas, tocando las columnas, las tres columnas corintias de un templo de Venus, restauradas como si tuvieran algodones blancos en las heridas de los fustes. Con entera serenidad se presencia desde el siglo I antes de Cristo, entre vegetación y desconchados mármoles, el paso del rápido siglo XX por delante. ¡Y todo por sólo treinta liras!

Vuelta otra vez al peligro y paso a la izquierda a ver, desde la calle de nuevo, junto a los «Mercados de Trajano», el Foro de Augusto con sus restos del «Templo de Marte». Vale la pena cruzar el pasadizo que da junto a la bella galería de los Caballeros de Rodas y contemplar, desde la tranquila balconada, estas dos ruinas de los «Mercados» y el «Foro augusteo». Todavía al lado casi una columnata es lo que resta del Foro de Nerva. Los últimos mármoles se los llevó en el XVII Paulo V.

Tornamos a la derecha de la hermosa y arbolada «Via de los Foros Imperiales»; paso de largo la entrada al Foro propiamente dicho y subo a la delicada iglesia, que era una basílica, de San Cosme y Damián, los patronos de los médicos. Un bello mosaico bizantino, conservadísimo, ostenta al Salvador entre los santos patronos, San Pedro y San Pablo y el Cordero entre los siete candelabros en el ábside. La impresión que este mosaico produce es gratísima. A San Cosme y Damián los recuerdo de la sala 75 del Prado madrileño, donde Fernando del Rincón nos ha dejado pintados (entre los siglos XV y XVI) dos estupendos milagros curativos de los dos santos.

Casi al lado, el último Foro con la imponente Basílica que empezó Majencio y terminó su rival y vencedor Constantino. Dentro de ella pueden verse los restos de arcos de crucería, que inspirarían a los arquitectos del gótico, o al menos que se usaron ya en la antigüedad clásica tardía. Impresiona su gran tamaño y los restos de las enormes bóvedas que inspiraron al Bramante y los renacentistas sus pasmosas construcciones. En las venerables ruinas hay dos grandes lecciones de arquitectura europea.

Al fondo de esta gran vía imperial se encuentra el Coliseo. La gran ciudad de las ruinas está ya visitada en sus núcleos fundamentales; mas todavía una mañana, «lungotevere», al costado derecho del monumento a Víctor Manuel nos queda —«Via del mar» abajo— el paso junto a una cortada elevación donde se supone que estaba la famosa «Roca Tarpeya»; grutas bajas encierran águilas por un lado y una loba, por otro, símbolos de la romanidad que mantiene vivos el sentido arqueológico de uno de los pueblos más inteligentes del mundo.

Más abajo, a mano derecha, el Teatro Marcelo con sus tres órdenes de columnas, que sirvió de precedente al Coliseo. Muy cerca está la «Isla tiberina» con su templo de San Bartolomé, pero el verde Tiber, lento y milenario, con un cauce tan alto que casi empequeñece su profundidad, no es de los ríos que más me encantan. La modesta «Isla tiberina» aviva más y más el recuerdo de aquellas espléndidas «Cité» e «Isla de San Luis» con las manos enlazadas sobre las preciosas y anchas aguas del maravilloso Sena.

En estas cercanías tiberinas están dos bellas construcciones que se conservan bastante bien y son pequeñas: ambas llevan nombres al parecer indebidamente puestos: el «Templo de la Fortuna Viril», un templo helenístico-romano con sus columnas jónicas, y el llamado «Templo de Vesta», circular y muy romano, con sus columnas corintias y un encantador aspecto de sombrilla, china, por la techumbre.

A cada paso asaltarán una ruina al caminante; en medio del laberinto romano, no lejos del Corso Victorio Manuel, está el enorme Panteón circular de Agripa. Rafael, que está enterrado allí con su amada, dibujó el Panteón, que sirvió de completo modelo a Brunelleschi para la cúpula florentina, como es sabido. Su altura es enorme y tiene una impresión de meterse en una gran esfera hueca, cuyo polo está coronado por el cielo abierto; cúpula y casetones cuadrados del interior están repetidos hasta la saciedad incluso en las modernas edificaciones. La grandísima puerta de bronce tuvo unos decorados que arrancó Urbano VIII, un Papa de la familia Barberini; por eso es ya lugar común la conocida frase de los romanos: «Lo que no hicieron los bárbaros lo hicieron los Barberini».

Alguna Guía advierte que por la abertura circular del Panteón no cae el agua al interior del edificio, transformado después en iglesia. Error de información; el día de nuestra visita al Panteón llovió bastante en Roma y el interior se mojaba. ¡Vaya si se mojaba con sus nueve metros de diámetro!

En el Panteón están enterrados los dos primeros reyes de Italia; de este Panteón como enterramiento surgió el de París como tumba de ilustres hijos de Francia. De la grandiosidad de los «Foros Imperiales» bebió Benito Mussolini, ambicioso de plenitudes clásicas, el gran sueño que vio realizado al norte de la Ciudad en el gran Foro de su nombre. En el espacioso y grandioso «Foro Itálico», casi al pie del Monte Mario, se levantan el altísimo obelisco, el gran «stadium» bordeado por grandes esculturas de atletas desnudos que representan las provincias italianas; edificios de moderna arquitectura funcional amalgaman con esta grandeza de la horizontal y del espacio en el estupendo Foro, que lleva de bloque en bloque y en el suelo inserto el nombre del Duce y las fechas de sus éxitos, que los romanos conservan y no destruyen, porque son también historia. En otros países la estúpida manía iconoclasta habría hecho las cosas de otra manera, pero los pueblos finos destruyen poco; lo que hacen es cambiar de formas políticas, pero derribar las arquitectónicas no tiene sentido para las gentes inteligentes. Entre las frases esculpidas por la voluntad mussoliniana está la siguiente: «Multi nemici, molto onore»; acaso sea verdad que los muchos enemigos supongan mucho honor. Casi tiene la frase el sentido del «Oderint dum metuant» imperial, del «que me odien con tal que me teman» de que nos habla Suetonio. Pero casi siempre los enemigos acaban con el «dux», si éste no sabe leer el presagio de sus Idus de marzo.

### **331. «Panorama de la producción literaria durante 1952», *Drago*, N.º 1. La Laguna, Tenerife, 1 de enero de 1953.**

No es fácil el trazado de un panorama general de los libros aparecidos en 1952, aunque la ojeada sea incompleta y con intenciones informativas y no críticas. Escribir en Canarias sobre un fenómeno español literario tiene, por la lejanía, los máximos

inconvenientes y todas las desventajas. Medio año íntegro (un poco más del primer semestre) lo pasó en Madrid quien esto escribe, pero de los libros aparecidos en el otro medio, el segundo, nos es imposible dar cuenta exacta y es muy posible que alguno de interés se nos haya escapado.

## NOVELA

### Tres buenos ejemplos

Casi a primeros de año Carmen Laforet hizo callar a los que pretendían que la gran novelista vivía de *Nada*. Con su segunda novela, *La isla y los demonios* (que comenté ampliamente en alguna parte), Carmen Laforet nos ha dado una muestra excelente de madurez novelística en la adolescente Marta Camino que nos apareció Andrea la de *Nada* antes de ir a Barcelona. El paisaje de Gran Canaria, el aguafuerte de Vicenta la majorera, el ambiente neurótico de los personajes femeninos, al que no falta su adarme de brujería campesina, expresado todo ello en una prosa más segura que la de la primera novela, han hecho de *La isla y los demonios* una de las mejores del año.

De mucha venta y buena acogida ha sido el «Nadal» del año pasado, aparecido este año: *La noria*, de Luis Romero, casi un desconocido, porque una de las virtudes de este premio es darnos a conocer escritores que casi no existían, si bien es cierto que algún «Nadal» ha vuelto a sumirse en la penumbra de donde salió.

*La Noria*, como la impresionante *Colmena*, de Cela (que estimo muy superior), es también ese avispero en que las gentes mediocres se mueven, gozan o sufren, es decir, viven. Sus treinta y seis capítulos ofrecen la vida de Barcelona, de una gran ciudad, en sus distintos seres que pertenecen a diferentes estratos sociales; esbozos de criaturas, de esos personajes y personajillos a modo de aquellos que pululan por las novelas de Galdós, o las barojianas figuras accesorias, que en los grandes novelistas ocupan segundos y terceros planos, han pasado ahora en estas novelas actuales al primero; el personaje es así la vida de la ciudad, el vivir mismo, el chirrido áspero, gris, fofo o abnegado y bueno, pero donde no hay gentes que den el do de pecho, como aquellos grandes «caracteres» de la novela, de la gran novela del siglo pasado y parte del presente. Todos estos vivires episódicos laten en una corta unidad de tiempo: un día. Múltiples acciones en distintas horas de la jornada. En un día ocurre la acción agobiante, difícil, del *Ulyses*, de Joyce, que confieso haber leído hasta el final, ya hace tiempo.

Zunzunegui también ha escrito este año su novela acostumbrada. Sabido es que el notable novelista vasco nos da una novela por año. La de 1952 se llama *Esta oscura desbandada*. Con su vigorosa crudeza, Zunzunegui describe el inmoral ambiente madrileño de la postguerra en su desmedido afán por el lucro, la posesión de bienes materiales a costa de la miseria de los que nada tienen. Los personajes centrales: un hombre enfermo, mediocre y sin voluntad al que termina por dejar su mujer, otro ser que huye también de un ambiente envenenado por la crueldad, el cinismo, y las apreturas de una vida agobiadora y repulsiva para las almas dignas. Este barrio de Salamanca de Zunzunegui, descrito en un lenguaje cada vez más depurado, casi es un testigo o documental, como se prefiere decir ahora, de una de las épicas más duras que España ha vivido. La obra de Zunzunegui ha merecido el Premio del Círculo de Bellas Artes 1952.

### Otras novelas

Además de estas tres buenas novelas, Pedro de Lorenzo, escritor joven, ha publicado su comentada obra *Una conciencia de alquiler*. Parece ser la primera parte de una serie novelística: *Los Descontentos*. En esta primera parte, una novela grande de 349 páginas, Lorenzo, en torno al matrimonio Alonso Mora y Catalina, el campo extremeño en el momento en que se gesta en España la guerra civil, teje una obra primorosamente escrita, pero los personajes quizás no estén logrados porque el autor, más que dejarnos ver cómo viven y aislarlos en su integridad de seres, explica demasiado como son.

Han aparecido este año: la primera novela del gran escritor ampurdanés José Plá, que obtuvo, escrita en catalán, el premio Martorell 1951, ahora publicada en español. Una obra que es crónica viva de un pueblo campesino de Cataluña, o sea payés, escrita en la buena prosa de Plá, en la que no falta algún desliz gramatical. El periodista Juan Antonio Cabezas en «La Nave» ha publicado *La ilusión humana*, novela cuya acción pasa en el Madrid contemporáneo en torno al mundo del cine visto desde dentro. De Alfredo Isasi, joven escritor, es *Lazo sin nudo*, la novela en la que el gato «Pirracas», un pisaverdes retirado del tejado, presencia la tragedia de unos seres humanos, contada en un estilo sencillo. Don Eduardo Aunós, en la editorial Aguilar ha publicado *Los viñadores de última hora*, una novela que se desarrolla en diversas ciudades: París, Lima, La Habana y el Madrid de la mitad del siglo pasado; obra de finos ideales en la que no faltan las buenas descripciones.

Editorial «Destino» ha editado *Historias de Valcanillo*, de Tomás Salvador, finalista del último «Nadal», ingeniosas historias en torno a Jacintón, el tonto del pueblo, tierno espectro desechado de la otra vida, que en ésta es narrador de media docena de historias de su pueblo. Por último, en Badajoz, como homenaje al escritor regionalista recientemente desaparecido Antonio Reyes Huertas, se ha editado su novela *La canción de la aldea*. Una obra del estimado escritor extremeño, epígono del sano regionalismo, donde el campo, los tipos, el paisaje de su tierra se han fijado con pluma sencilla. No he podido ver aún *La Sangre*, novela recién aparecida en ediciones «Destino», de Elena Quiroga, premio «Nadal» 1950.

## Cuentos y prosa narrativa

Un fino y buenísimo libro de recuerdos adolescentes ha publicado en ediciones «Ínsula» el casi desconocido escritor Julián Ayesta: *Helena o el mar del verano*; una de las narraciones más populares que hemos leído en estos últimos tiempos. En las mismas ediciones el poeta andaluz Rafael Montesinos ha publicado *Los años irreparables*, compuesto en una grata y evocadora prosa. En ediciones de «Revista de Occidente» se ha publicado *El samovar hierve*, cuentos de Luis Delgado Benavente, un joven escritor que tiene un finísimo talento de narrador; se trata de diez cuentos eslavos, es decir, diez cuentos escritos «a la manera» de los cuentistas rusos del siglo XIX, una graciosa superchería que semeja una traducción de cuentos rusos, algunos tan graciosos como «El gusanito»; me recuerdan en intención aquellas admirables «seis falsas novelas», de Ramón, en las que no faltó una al estilo ruso. En fin, con el título *La vaca y el sarcófago* y un prólogo del joven catedrático Baquero Guyanés, ha publicado Francisco Alemán Sainz doce cuentos.

## ENSAYO. ESTUDIOS LITERARIOS. BIOGRAFÍA

### Ensayos

El prolífico e inteligente ensayista valenciano Pedro Caba, que escribe gruesos y apretados libros, ha publicado este año en la editorial Colenda su hasta ahora mejor trabajo: *El hombre romántico*. Sabido es que Pedro Caba en sus tomos *Los sexos, el amor y la Historia* defiende la existencia de dos sexos espirituales, masculino y femenino, en la criatura humana, así como en biología hubo de afirmarlo, hace ya muchos años, aquel joven doctor vienés que se llamó Otto Weininger.

Cuando el desequilibrio de estos dos «eones», como diría D'Ors, se rompe aparece el hombre romántico, si es lo femenino lo que domina, y el clásico, cuando lo masculino impera. Ciertamente es que hay épocas que acusan una constante clásica y otras romántica. Caba señala un predominio de la lógica en la época clásica y de lo ilógico en la romántica y nos advierte que le molestan los clásicos. Lleno de sugerencias y de invitación al diálogo está el libro de Pedro Caba; aquí sólo puedo dar una simple nota informativa, pero acaso vuelva a ocuparme con mayor extensión de una obra tan viva y que, por tal, invita a la réplica.

El ya ilustre Dr. López Ibor añade a sus obras sobre el psicoanálisis un nuevo libro en las ediciones Aguilar: *El descubrimiento de la intimidad y otros ensayos*. El señor López Ibor reúne aquí una serie de ensayos que giran todos en función a esa zona problemática y difícil de la intimidad humana, sobre la que en nuestros tiempos de psicoanálisis comienza a hacerse un poco (nada más que un poco) la luz. Recordemos la queja de Alexis Carrel en su conocido libro *La incógnita del hombre*, o sea que mientras las ciencias donde el hacer, pensar o sentir humano campea avanzaban, las que se ocupan del interior del hombre mismo, de lo que el hombre es en su intimidad, apenas si daban los primeros pasos. Esta intimidad que López Ibor llama «el ello», el total indeterminable del hombre, lo estudia en los ensayos dedicados a Kierkegaard (bien conocido por López Ibor), al surrealismo, a Nietzsche o a Van Gogh.

Fernando Vela, el antiguo secretario de la «Revista de Occidente», gran periodista y fino escritor, aunque no prodiga los libros, sumido como está en la fauce voraz del periódico, nos ha dado este año, en un volumen de la editorial «Revista de Occidente», su obra *Circunstancias* (palabra muy del léxico orteguiano), una reunión de ensayos y artículos de esos que merecen mayor permanencia que los de la hoja volandera, en unos tiempos en que, según palabras del autor, escribir al día es como vivir al día.

Otra selección de trabajos es la que publica el buen escritor catalán Ángel Zúñiga en la editorial Barna de Barcelona, con el título de *Palabras del tiempo*; Zúñiga recoge ensayos y artículos sobre temas vivos, de «ahora y de siempre», como él escribe; sobre pensadores, poetas, ingleses y norteamericanos, la mujer, los españoles, la historia y el teatro. Del joven escritor del grupo de la revista «Alférez», Rodrigo Fernández Varvajal, de estimable formación intelectual y universitaria, es la recopilación de trabajos aparecidos en varias publicaciones («Alférez», sobre todo) que lleva el título de *Los diálogos perdidos*.

Ensayo propiamente dicho es el libro del profesor de Filosofía Calvo Serer, titulado *Teoría de la Restauración*, aparecido en ediciones RIALP, Biblioteca del pensamiento actual, que el propio Rafael Calvo Serer dirige. Parte de la concepción doctrinal de Peter Wust, que defiende el sentido cristiano de la historia y distingue entre revolución, movimiento contrario a la tradición cristiana, y restauración, que no es reacción, sino que «surge del estudio del proceso revolucionario y del deseo de evitar las consecuencias de la revolución». Frente a la revolución cabe oponer, según el autor, la contrarrevolución, que él distingue de la reacción y llama «revolución restauradora», una especie de revolución de los de arriba, que huye de extremismos y con la cual se

llega a varias superaciones: la del absolutismo democrático, del humanismo materialista, de la masificación y de potencias en lucha en una sociedad libre de Estados. Podrían resolverse semejantes cuestiones en una firme unidad de las conciencias dentro del orden cristiano, en la unidad nacional forjada en la tradición sin perturbaciones revolucionarias y en «La defensa del regionalismo frente al liberalismo centralizador». Interesante libro que también se presta a controversia.

De la misma editorial y colección es el libro del Duque de Maura: *La crisis de Europa*, en el que se analizan los acontecimientos a partir de 1907, época de paz y tranquilidad europeas hasta 1948. El autor estudia la caída de las monarquías portuguesas, rusa, alemana, española e italiana, las consecuencias de las dos grandes guerras europeas, resultados de los totalitarismos y dictaduras habidos en el medio siglo europeo y afirma su fe en las monarquías futuras y presentes.

*Catolicismo y protestantismo como formas de existencia* es el libro que este año ha publicado José A. Aranguren, el fino ensayista que se dio a conocer con su obra sobre el pensamiento de Eugenio D'Ors. Se trata de una serie de trabajos en los que se estudia el catolicismo y el protestantismo como dos formas de vida. El pensador estudia lo que llama talante religioso, o sea temple, estado de ánimo que, con respecto al Creador, sustentan creaturas como Lutero, Calvino, Pascal, Kierkegaard o Unamuno.

## Estudios literarios

Dentro del estudio literario propiamente dicho el gran libro ha sido la espléndida obra de José María de Cossío: *Fábulas mitológicas*, que Espasa-Calpe lanzó este año. Cossío estudia aquí con todo aparato de fina erudición positiva la presencia de las fábulas mitológicas en la literatura española, desde las primeras imitaciones ovidianas en el *Poema de Alexandre*, del siglo XIII, hasta la actualidad. Claro que fue el Renacimiento, con su credo estético, quien dio mayor plenitud e intensidad al tema y desde Garcilaso en los sonetos X y XXIX, por ejemplo, hasta los poetas barrocos, esencialmente ovidianos, la Edad de Oro está preñada de fábulas mitológicas; al lado del tema central, Cossío estudia gran cantidad de poetas casi desconocidos del XVII, sevillanos, gongorinos, aragoneses, cuya cita no es de este lugar. A tan hermoso libro, sobre el que hemos de volver más de una vez, pone un bello prólogo Dámaso Alonso, en dos tiempos, que es una fina pieza literaria.

De Dámaso Alonso y de su Editorial Gredos, casi sin desperdicio, es el grueso volumen de 446 páginas que este año Dámaso ha publicado: *Poetas españoles contemporáneos*, en donde reúne veinte estudios sobre poetas modernos desde Bécquer a Hopkins, el poeta católico inglés y luego sacerdote, que vivió en la época victoriana. Muchos de estos trabajos nos eran ya conocidos. Dándoles segura permanencia en volumen ha prestado Dámaso gran servicio a las letras contemporáneas. Es también uno de esos libros a los que hay que volver siempre y del que sólo puedo dar la obligada nota informativa. Merece una detención larga y espero ocuparme de él en otra ocasión.

Un discípulo de Dámaso Alonso y también buen poeta, Carlos Bousoño, que se dio a conocer especialmente por su excelente tesis doctoral sobre la poesía de Vicente Aleixandre, ha publicada en la misma editorial Gredos su *Teoría de la expresión poética*. Gracias a las modernas teorías del lenguaje, a los estudios de Croce, Bergson, Bally, el propio Dámaso Alonso, etc., se ha podido escribir esta exploración hecha en el estilo literario de diversos líricos españoles. Tan decisivo y necesario es el libro de Bousoño, que es asimismo de los que merecen un artículo íntegro. Pormenorizar aquí sería atravesar una calle, esa de las generalidades que todos captan, y entrar en la casa



propia del libro, analizar lo que es para el autor «ruptura del sistema», sus subtipos etc., que nos llevaría muy lejos.

Más joven que Bousoño, menos hecho por tanto, es el poeta José María Valverde, al que conocí en Roma en el simpático Cok-taill que Ángel Álvarez de Miranda (del grupo de «Alfárez»), actual director del Instituto Español en Roma, y su gentil esposa (ambos licenciados en Letras clásicas) nos dio a los españoles en el Instituto, cabe el Panteón, via della Rotonda, 23. Valverde profesa cursos de español en Roma y a su fina obra de poeta, de poeta premiado, añade ahora un libro de la citada editorial RIALP, *Estudios sobre la palabra poética*, en donde recoge algunos trabajos publicados: dos buenos ensayos sobre la poesía del americano César Vallejo y siete estudios más, entre los que se destacan los dedicados a Antonio Machado, a Eliot, o el penetrante examen de la poesía de Guillén.

*Poesía y realidad*, como el famoso título de Goethe que aprovechó Américo Castro para su buen trabajo *Poesía y realidad en el Poema del Cid*, es también el título que encuadra diversos ensayos del incansable Guillermo Díaz Plaja, aparecido este año en la editorial «Revista de Occidente», ensayos o estudios literarios sobre Garcilaso, Góngora, Verdaguer, Antonio Machado, Cervantes, Eduardo Mallea el argentino, etc. El mismo título del libro es el de uno de los ensayos, análisis agudo de la creación poética, al que siguen otros sobre las relaciones entre la música y el lenguaje, que lo lleva a examinar el simbolismo y la poesía pura.

En la colección Austral, Alonso Zamora, el catedrático de Salamanca que ha profesado en Buenos Aires dos cursos y sembró allí la semilla de su excelente revista «Filología», ha publicado su volumen «Presencia de los clásicos: *La Cárcel de Amor*, de Diego de San Pedro; el *Amadís*, *La Diana*, de Montemayor; la *Historia de Abindarraez*, el *Lazarillo*, la poesía del teatro de Tirso (del que ha sido Zamora y su mujer María Josefa Canellada, editor); el *Marcos de Obregón*, de Espinel, son los temas que sirven a Zamora de motivo para escribir precisas y luminosas páginas de ensayista literario y decente catedrático de Literatura.

*Monografías sobre autores* son el libro que en «Revista de Occidente» ha publicado Carmen Castro sobre Marcel Proust, autor que Carmen Castro venía estudiando desde hacía tiempo; Gregorio Marañón Moya, como edición de «Amigos de Bécquer», ha impreso este año una conferencia que leyó el pasado: «Bécquer periodista y el periodismo en el siglo XIX», si bien no comparto el entusiasmo de Marañón Moya con el periodismo que el pobre Gustavo tenía que hacer bajo el imperio «de las circunstancias», pero no puedo detenerme lo que quisiera en este lugar. Estimable es el estudio de Ángel del Río sobre Lorca en la «Colección de Estudios Literarios» que aparece en Zaragoza, y de gran utilidad los *Siete ensayos sobre Rosalía*, publicados en Vigo por la editorial Galaxia y escritos por diferentes autores en lengua gallega y castellana.

## Otros libros. Biografías

Libros de Filosofía propiamente dicha escritos por españoles recordamos el excelente *Epílogo al Pedro*, edición de la Facultad de Letras de la Universidad de Laguna, del profesor Francisco Ruiloba Palazuelos, y el *Séneca*, de José Artigas, editado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Publicaciones de Historia no ha habido muchas hasta ahora; la más importante ha sido el *Diccionario de Historia de España*, en dos volúmenes, editado por «Revista de Occidente». La inteligente editorial continúa su labor comenzada en el *Diccionario de Literatura* y presta un servicio al estudioso, tan necesitado siempre de trabajos de

síntesis que no sean el desigual Espasa. Diecinueve especialistas han colaborado en este «Diccionario». Aún es pronto para señalar fallas y calidades en una obra de esta clase, que casi acaba de aparecer.

De muy deficiente valor es *La vida religiosa española bajo el cuarto de los Felipes*, por el señor Deleito Piñuela, interesado siempre por este rey Austria. Libros de biografías los ha habido tan buenos y ejemplares como *Julián Romero*, el heroico militar que se alistó en 1534 en el ejército del Emperador; su autor, Antonio Marichalar, que hace tantos años escribió aquel hermoso libro, *Riesgo y aventura del duque de Ossuna*, escribe con su fina maestría la esforzada aventura de aquellos militares de los tercios que combatían sin que las pagas vinieran, con la indumentaria y el comer precarios, que hacen más admirable la heroicidad individual española y más condenable la remora administrativa, que habría de llevarnos a tantos desastres.

Una interesante *Biografía de Sancho Panza*, premiada por la Editorial Aedos, de Barcelona, que la publica, ha escrito Romero Flores. Más que personaje de ficción, Sancho Panza, como su amo, es un ser cuasi vivo, más vivo que ese Pérez o López que va por ahí, coleando su carne y hueso. Romero, en la creencia unamuniana de que Sancho se va quijetizando, al revés que su amo, hace una justa defensa de Sancho, en la que todos los lectores del célebre *Comentario*, de don Miguel, y del *Quijote*, desde luego, creo que le acompañamos.

Don Francisco Cambó ha tenido dos excelentes biógrafos este año: el catedrático de Historia de la Central, Jesús Pavón, con su libro *Cambó*, publicado en Barcelona por la editorial Alpha, que es a su vez un trabajo de historia contemporánea, y el de Máximo García Venero, periodista de «Ya», con el suyo *Vida de Cambó*, de la editorial Aedos, de Barcelona; una viva biografía hecha con gran cariño. Lleva un prólogo de don Gregorio Marañón.

Sobre Marañón justamente es el libro que en Espasa-Calpe han publicado los señores Almodóvar y Warleta, titulado *Marañón o una vida fecunda*, en el que se destacan aspectos de la vida ejemplar de este gran español y de manera preferente su laboriosidad.

En catalán ha escrito José Miracle su libro *Verdager amb la lira i el calze*, o sea, Verdager con la lira y el cáliz. Miracle alude al posible drama de una vocación frustrada, aspecto que no omite el libro que al gran poeta de *La Atlántida*, dedicó no hace mucho Sebastián Juan Arbó, cuyo libro, así como el de Miracle, ha sido discutido en este sentido. Miracle es también autor del estudio recientemente editado por el Instituto de Estudios Canarios en la Universidad de La Laguna sobre *La leyenda y la historia en la biografía de Ángel Guimerá*, al que he de examinar más despacio en un trabajo aparte.

## POESÍA

### Colecciones poéticas

Casi siempre se han publicado en España muchos libros de poesía; en ocasiones ha habido más libros de poesía que de otros géneros. Desde luego, hay en la actualidad más poetas que novelistas, ensayistas, críticos, etc. Siempre está más al alcance de un poeta reunir una media docena de sonetitos y hacer un folleto o librito con unas viñetas graciosas. Los jóvenes son naturalmente ansiosos y les gusta verse pronto en letras de molde. No digamos si viven en provincias y por casualidad le hacen en Madrid una notita a su librín en cualquier revista... ¡Con qué fruición reproduce en la prensa local lo que de él dicen en Madrid!

A este juvenil (a veces no muy juvenil) afán de poetismo lo alimenta el grupo poético con la creación de las colecciones de poesía. Se trata siempre de ediciones periódicas de corta tirada y de cuadernitos que casi nunca rebasan el centenar de páginas, cuando mucho, en octavo o cuarto menor. La decana de estas colecciones es «Adonais», que comenzó a aparecer en 1943 y debe contar ya cerca del centenar de libritos. Dejó de salir, o al menos yo (víctima gustosa del poetismo altruista, porque no hago versos) no la recibo ya, la colección «Norte», que dirigía el poeta Gabriel Celaya desde su San Sebastián. De 1947 a 1950 publicó dieciséis ediciones; la colección «La Isla de los latones», filial de la revista de igual nombre, apareció en 1949, al cuidado del director Manuel Arce, en Santander; también en Santander apareció el año pasado la colección «Hordino», dirigida por el poeta Carlos Salomón, no sé si otro grupito poético al margen del anterior; lleva ya publicados seis números, si bien no todos de poesía.

Santander, o tiene muchos poetas, o están muy divididos: todavía el año pasado empezó a publicarse allí otra colección «Tito Hombre», dirigida por tres jóvenes poetas.

En Vigo, dirigida por el poeta Eduardo Moreiras, se publican los pliegos de «Mensaje de poesía» y la edición de algún cuaderno poético en formato de libro; en Alicante se publica la colección Ifach, que incluye libritos en verso y en prosa.

En Madrid, además de «Adonais, el poeta Antonio Oliver dirige la colección «Palma», y en Barcelona ha aparecido este año la colección «Cocuyo», editada por Jorge Furest y dirigida por Luis Landínez. En la isla de Gran Canaria, la poetisa Pino Ojeda orienta las entregas poéticas «Alisio», por el estilo de «Mensaje de poesía», en cuanto que son pliegos sueltos. También acaba de inaugurar ediciones de libros de poesía con el de Manuel Pinillos.

Estoy segura de que debe haber algunas colecciones más.

Las revistas de poesía son muy numerosas y ellas merecen artículo aparte.

En cuanto a libros de poesía, que, eso sí, no son voluminosos, no es posible citarlos todos y nos contentamos con nuestras posibilidades al hacer mención de los que estimamos de interés. Lo natural es que alguno se nos haya escapado. Para mí las palabras «perfecto», «completo» y «exhaustivo» no existen, es decir, mis limitaciones jamás han podido alcanzarlas ni merecerlas.

Victoriano Crémer, el adusto poeta leonés, que timoneó heroico los 48 números de la revista «Espadaña» (1944-1950), alcanzó en 1951 el premio Poscán; este

## Libros de poesía

año apareció editado en Barcelona su libro premiado, o sea *Nuevos cantos de vida y esperanza*, acaso no el mejor libro de Crémer, pero en el que se estimulan sus calidades de poeta independiente.

El fino andaluz Ricardo Laffon, en la madurez de su vida quebrada por una entrañable ausencia en su hogar, publicó *Vigilia de jazmín*. El libro tiene el hondo, pero contenido valor de un lejano cancionero «in norte», sólo en el sentido, como sólo en semejanzas de doloridas actitudes el poeta vuelve su cantar al «gigante bueno» de Antonio Machado. Laffon, católico entero, aguarda el milagro de la resurrección que ha de traerle: «las huellas antiguas de mis brazos».

Gabriel Celaya, como primer número de la citada colección «Cocuyo», ha publicado su nuevo libro de poesía con el shakesperiano título de *Lo demás es silencio*; se trata ahora de un poema largo, de gran aliento, en el que domina el verso libre de arte mayor sin que falte el verso de arte menor y, entre éste, el españolísimo romance. Celaya ha construido una poesía de tintas épico-dramáticas en la que dialoga el «protagonista» con su angustia personal insertada en el momento presente y el «coro»

con su voz colectiva y social, al que se añade un «mensajero». Acaso un poco recargada, pero siempre dura, personal, la poesía de Celaya es siempre una poesía viva.

El excelente crítico Ramón de Garcíasol ha publicado este año dos libros de versos: el uno en la colección Neblí, de Madrid, titulado *Canciones*, de amable verso corto a veces; el otro, *Palabras mayores*, en la alicantina colección Ifach. Un libro angustiado, agónico, enquistado en esa línea de un nuevo romanticismo, pero sin la retórica y el folklore del romanticismo del siglo pasado. Esta angustia de ahora es metafísica o existencial, palabra que no por tópica deja de ser la exacta.

El poeta no tiene miedo de quedarse con su dolor a solas, como Bécquer, sino: «Quiero quedarme solo cara a cara con Dios, con mi dolor, conmigo a solas»; tiene conciencia de su miseria, le remuerden pensamientos como a aquel Salavín de la *Confesión* de Duhamel, aunque sobren el esperanzado deseo en la arenga a las rosas y los hombres, y ante la criatura del mañana piensa que también su tiempo, su angustiado tiempo, ha tenido cosas buenas.

En la colección «Isla de los ratones» Ana Inés Bonnin ha publicado el libro *Luz de blanco*, de fino valor lírico; Eduardo Alonso, poeta maduro, de la generación de Dámaso Alonso, que prologa la obra, ha editado en Madrid su sincero y hondo libro *Sólo ceniza*; Ricardo Blasco, el joven poeta que dirigió «Corcel», la revista de poesía, ha editado en Madrid *Nocturnas*; la noche, la soledad, el amor, son los temas de este poeta, en el que se advierte la noble huella de Aleixandre.

Buena y actual poesía la de Jorge Blajot, S. J., con su cinco poemas que, bajo el título *Hombre interior*, le ha publicado en Madrid la colección «La Encina y el Mar»; alta poesía religiosa que una nota informativa no me permite examinar con detención. Menor es el acierto de la poesía simbólico-religiosa de Francisco Salvá Miquel en su libro *Los Peces*, editado en Barcelona por Arce.

No hay más remedio que usar de la palabra «tremenda», que yo suelo eludir siempre que puedo, para la poesía de Manuel Pinillos, la de su libro *De hombre a hombre*, premio Ciudad de Barcelona, 1951, que acaba de editarle «Alisio» en Las Palmas, imprenta del poeta Pedro Lezcano, que sabe bien su oficio.

Tremenda, angustiosa, acre es esta poesía de Pinillos, que le mete a uno las carnes entre dos cuchillos. A veces utiliza voces como esa de «lejandad» (página 24), «dicen juran» (pág. 37), etc., con las que no sabemos qué hacer. El poeta, sumido hasta las broncas heces en el existencialismo, se encara con el mismísimo padre y a uno le hace pensar si todo este asco de vida no será algo semejante en sentido a aquellas «huesa», «capuz» o «aquejarre» de los llantos de 1830, que también le debieron poner a la gente el alma en un puño.

La edición y los dibujos de Juan Ismael, encantadores.

En «Adonais» han aparecido el *Umbral de armonía*, de Alfonso Albalá, accésit del último premio; *Sombra infiel*, del crítico Rafael Santos Torreolla, que este año publicó en la colección «La Cariátide» un bello librito sobre Salvador Dalí, oportunista. *La vida conquistada* es el título del libro que «Adonais» ha editado al poeta Luis López Anglada.

En la colección «Hordino», ya aludida, además de las dos ediciones iniciales del año pasado: *Juego de los doce espejos*, una docena de acicalados sonetos de García Nieto, y de *La naranja es una fruta de invierno*, una bronca narración, muy empastada en su estilo, de Camilo José Cela, han aparecido este año otra narración de Vicente Carredano, *El hombre sin caballo*; *Elegía*, unos versitos cortos de Miguel Ángel Argumosa; *El bosque*, un cuento dentro de la irreal zona onírica, bien manejada por su autor, Carlos Edmundo de Ory, y *Poemas para España*, simpática muestra del cariño que tiene a nuestra patria el inglés Charles David Ley, afincado ya español.

Con finura ha editado Eduardo Moreiras su libro *Los oficios*, que comienza cantando, en efecto, a los gremios, sigue con *La amante* y concluye la tercera parte, *Ladrón de fuego*, esta discreta poesía de Moreiras, en la que se desliza algún galleguismo como ese «choro» de la pág. 41.

En lengua catalana han aparecido *Obra lírica*, de Salvador Espriá, más joven que el gran poeta Carlos Riba, que este año ha publicado su *Salvatge cor*, conjunto de veintiséis sonetos de humana e impecable poesía.

## Antologías

Paulina Crusat, con singular acierto, ha publicado en un volumen doble de «Adonais» la *Antología de poetas catalanes, contemporáneos*, desde Liost, coetáneo de los del 98, hasta el jovencísimo Manent.

Otra antología, esta más discutida y hasta denostada, es la que el editor valenciano Ribes ha lanzado con el título de *Antología consultada*.

Ribes consultó a 53 personas, casi todos poetas de Madrid y provincias, o al menos muy adscritos a la «res» poética. Todos son conocidos de nombre y obra por los que frecuentan el agitado mundillo de las revistas; a juicio de estas personas, los mejores poetas actuales, es decir, destacados en los últimos diez años, son, por orden alfabético: Carlos Bousoño, Victoriano Crémer, Vicente Gaos, José Hierro, Rafael Morales, Eugenio de Nora, Blas de Otero y José María Valverde.

No entro ni salgo en las razones que unos y otros dan para condenar o defender la *Antología consultada*. Al lector ajeno a estas cuestiones de vanidades poéticas, le extraña no ver el nombre de García Nieto; parece que su votación no fue lucida y el editor no quiso incluirlo. La edad de los poetas votados no es la misma o semejante; puede que alguno sobre y desde luego algunos faltan. Olvidándonos de semejantes bizantinismos cálidos, donde la soberbia y el resentimiento no faltan, la lectura de esta poesía de última hora española muestra unas estimables calidades, un sentido de ahondar en el problema angustioso de la vida del hombre, escasa retórica, poco virtuosismo metafórico, aunque el hermoso poema «Los ciegos», de Rafael Morales, daría materia para un análisis de estilo:

*Son sombras nada más, tan sólo sombras,  
nube de carne que en el suelo pesa;  
en su entraña el abismo, y en su frente  
un celeste silencio sin estrellas.*

Desde el primer verso, con su seseo de fricativas, junto a la oquedad nasal que da la impresión del vacilante caminar del ciego: «son sombra nada más...», hasta la metáfora cruzada y feliz del último, habría motivo cierto para el indicado análisis; pero no es esa mi intención ni este el lugar.

Quizás al lado de tal poesía humana y desazonada, a veces religiosa, pero a veces desasosegada en la tiniebla, a los votantes no les parecería representativa la pulcra poesía sonetil del fino García Nieto; más en una visión completa de un momento poético, siempre toda época.

De gran utilidad el número triple que tendrá su Castillejo a su Poscán, a primeros de año, lanzó la revista alicantina «Verbo», dedicado a *Surrealismo español*, ordenada por el director José Albi y por Joan Fuster. La primera parte comprende poesía escrita hasta 1946, desde el precursor Juan Larrea a Cernuda; la segunda, de poesía escrita desde 1936 hasta la actualidad, desde Gerardo Diego a Antonio Saura, y la

tercera comprende manifestaciones de los últimos «ismos» poéticos: postismo e introvertismo. Tampoco es posible desde aquí señalar los naturales reparos de esta selección.

**332. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Cuatro son las basílicas», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 3 de enero de 1953.**

Una revista madrileña de poesía publicó no hace mucho tres poemas inéditos de Rabindranath Tagore; el tercero es una fabulilla poética de la hormiga que, sobre un cristal de aumento, se creyó elefante, cargó con una lenteja y marchó eufórica a su guarida con la ilusión de que llevaba un bloque de piedra. Tagore añade la moraleja pertinente al delirio de grandeza de la hormiguita soberbia.

Si queremos captar formalmente la realidad mensurable de la plaza de San Pedro, sintámonos hormigas; hormigas sin humos de elefante. Al acercarnos a la columnata simétrica y semicircular del Bernini, con su bosque ordenado de riguroso cuatro en fondo de mármoles, nuestro modesto 1,50 se achica más aún en liliput. La plaza es armonía de columnas, simetría de fuentes en el diámetro del obelisco central, compás abierto del círculo de la plaza; una armonía rigurosa, matemática gobierna el frontis de la fachada de San Pedro. Uno llega allí, humildemente, a ver, a sentirse un comino, a no descubrir nada; sólo a iluminar el espíritu ante la presencia de lo grandioso y procurar, si le es posible, entender.

Estamos ya en el pórtico, junto a las cinco puertas de la máxima basílica de la Cristiandad, basílica es nombre griego; muchos saben que basílica era el lugar donde se administraba la justicia del rey o basileos. Las basílicas fueron habilitadas como templos cristianos cuando Roma reconoció la religión de Cristo. Toda la iglesia tiene un lejano, a veces remotísimo, pero siempre un lejano eco de basílica; sólo que donde tuvo la justicia su tribunal verá el cristiano la encendida huella inclinada, en el cénit de su Pasión, del Hijo de Dios. El ábside o exedra del edificio civil pagano se trasmuta en cabecera de la mística cruz.

Si al entrar por la puerta central de la basílica de San Pedro no nos acordáramos de que somos una hormiga, y no de las mayores, la grandiosidad del templo lo es tanto, que nos mantiene en el olvido de creernos con un determinado tamaño: es el prodigio de lo grandioso, que logra no parecerlo. Tan armónico y proporcionado es todo, tan gracioso parece ese angelote que sostiene la pila de agua bendita inmediata, que sólo al acercarnos advertimos que somos en verdad una hormiga.

Allí, casi a la derecha entrando, está la melancólica ternura de la Pietá de Miguel Ángel. Un derroche de mármoles en homenaje a los papas bordea las cincuenta y tantas capillas. Los ojos caen plácidos sobre el delicado mármol que esculpió Canova en honor de Clemente XIII y casi se asombran al detenerse en el esqueleto que asoma bajo el dinámico ropaje de Alejandro VII y el reloj del tiempo con que el Bernini arrugó el ceño en el vendaval barroco. El remolino de la exequia seicentista casi es un grito áspero entre la serenidad de los mármoles.

Cada cual capta, como puede, la impresión que la bóveda de Miguel Ángel, y el abrumador baldaquino del Bernini produce; cada cual capta, como puede, un canto del Infierno dantesco, como el XXV; por ejemplo; lo probable es que no haya adecuación entre la impresión y la expresión, los adjetivos, los pobres, se quedan sin trabajo en un rincón. Un rayo de emoción respetuosa afloja la cargazón anímica de tanta rica grandiosidad condensada; y no viene de arriba sino de abajo, de la confesión, construida sobre la tumba de San Pedro. Lo que produce la emoción, no la impresión, no son los ricos mármoles de la *confesión*, que se hunde en el nivel del piso, ni la estatua orante de Pío VI, el papa que concedió indulgencias a nuestro Viera con quien

habló S.S. de entonces, «que se echaba polvos», según moda subrayada por nuestro *Abate*; no es el mármol ni la voluta anecdótica: son las 89 lámparas de aceite, creo que ni las lámparas mismas de bronce dorado. La impresión la produce la luz vacilante, el incesante parpadeo de la llama, de las llamas que consumen eternamente aceite en torno a la tumba de San Pedro.

Las tres grandes basílicas restantes, las que son de ritual visita en los años jubilares, Navidad y alguna otra ocasión parecen tener siempre la presencia del gran templo de San Pedro, aunque sean mucho más antiguas que él, como la hermosa Santa María la Mayor, con su siglo XVIII en la fachada, pero su siglo XV en la torre.

Arboleda simétrica de columnas jónicas, artesonado que sabe del oro español del Perú, un piso cosmatesco que pudo muy bien haber sido oro diseñado por nuestras encajeras de Canarias; un bello baldaquino y la confesión debajo del arco de triunfo basilical y también otro papa al fondo de esta *confesión*: Pío IX. Eso me queda de la visita a Santa María la Mayor.

Via Merulana abajo podemos llegar a la madre de las iglesias católicas y catedral de Roma: San Juan de Letrán, fundación de Constantino. Airosa fachada del XVIII y, tapiada, como en las demás, la última puerta de la derecha, que es la Santa.

El romano aprovecha sus monumentos clásicos para adornar los católicos. Sobre el abrumador baldaquino del Bernini en San Pedro cae el dorado bronce del Panteón; la puerta central de San Juan era la de la Curia romana. Un rotundo baldaquino gótico, pero sostenido por fuertes columnas jónicas y corintias cubre el altar mayor; allí están la *confesión* y la tumba de Martín V. Piso cosmatesco y un claustro también en este mismo estilo (que parece cubrir con tela de lunares menudos, coloreados y brillantes el suelo y la espiral de las columnitas salomónicas) embellecen la basílica tercera. Hay en la fría cripta una hermosa *Pietá* en mármol, de Montauti, angustiada y dramática, pero sigo prefiriendo el dolor contenido de paloma herida que tiene la de Miguel Ángel en San Pedro.

La última basílica está ya al sur, Via Ostiense abajo, fuera de la gran urbe, San Pablo Extramuros, la iglesia mayor del Roma, después de San Pedro, asimismo fundación de Constantino, como San Juan. Stendhal en su *Diario* (que me gusta muy poco) alude a que los cristianos copiaron, sin sospecharlo, para levantar el templo a San Pablo, el mismo templo de Júpiter que habían derruido, sirviéndose, además, de sus columnas. En 1823 un incendio destruyó la basílica y a ello también alude Stendhal.

Se reconstruyó pronto San Pablo y su pórtico de columnata corintia acusa un aire de templo clásico antiguo, en verdad. Cinco son siempre las puertas y una, la extrema derecha, es la Santa; resplandece el interior de aquellos planos en paralelogramo: bosque corintio con la policromía circular de las efigies papales, que parecen monedas bajo los ventanales laterales por los que la luz, amarillenta, se filtra a través de láminas de alabastro, que suplantán aquí los oficios de la vidriería; finura delicada en los cojinetes cuadrados de la techumbre; lineal geometría cromática en el piso de mármol; exquisita joya gótica el baldaquino del maestro Arnolfo y, debajo de la confesión, los restos del gran predicador de los gentiles y genial arquitecto de una fase del Cristianismo. Sólo registro en mis actas romanas lo que me impresiona y recuerdo; una Guía buena o mediana ilustrará a quien se interese por los pormenores basilicales. Terminaré solazándome el espíritu en el claustro cosmatesco (rival del de San Juan de Letrán) con sus pequeñas y encantadoras columnas binadas, retorcidas como serpientes de lúcidas escamitas. Un claustro es casi siempre un encanto. Es el pulmón de una arquitectura y cuanto más abrumadora sea la magnificencia de ésta, mejor distenderán las impresiones sus agudos en la mansedumbre de unos muros, bajo una fina arquería románica, donde los ojos se recuestan en la verdosa alfombra del césped central, en los

arbustitos que pueblan un suelo cubierto de cielo. Casi nunca falta allí la finísima cuerda que sale de una fuente.

**333. COLABORACIÓN. «El Instituto de Estudios Canarios, vivo», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 14 de enero de 1953.**

Cumplido elogio y casi un voto de gracias para esta tercera etapa de la precaria vida del Instituto de Estudios Canarios. Después de un letargo a lo Guadiana, la entidad se ha sacudido su papel exclusivo de editora a intervalos y a él añade un contacto efectivo con el público, al organizar un curso de enseñanzas canarias, que da en la actualidad en la capital. La Historia de las Islas está a cargo del doctor Serra, hoy nuestro primer historiador, sensato, medido y que sabe lo que dice, cuando lo dice, porque avala su decir el documento y varios años de trabajo. La Geografía, expuesta a la altura de los estudios modernos de esta disciplina, la profesa Leoncio Afonso, el director del Instituto de Enseñanza Media de La Laguna; el Arte corre entre datos, proyecciones y precisiones al cuidado juvenil, nervioso y estimabilísimo de Miguel Tarquis; la Arqueología a su creador serio, que se la ha arrancado en diálogo con cuevas, cacharros, soledades y cumbres, a las Isla Occidentales el ejemplarísimo Luis Diego Cuscoy. Todavía a estas materias, que podríamos llamar generales dentro de nuestro particularismo cultural, ha añadido el instituto dos disciplinas más de rigor especial: una exposición sistemática del Comercio de Canarias con las Indias, que lleva a cabo, con suficiencia de especialista, el doctor Peraza de Ayala, y las lecciones de Historia interna, de régimen administrativo de las Islas, que explica, también con suficiencia de especialista, el doctor Leopoldo de la Rosa.

Podría ser más numeroso el público asistente, pero acuden a estos cursos canarios de la Mancomunidad un grupo selecto de personas, entre las que no falta la sorprendente asistencia de alguna gentil muchacha, a la de un señor que se desplaza desde Los Rodeos para interesarse por las cosas de Canarias. Ya han debido contar los organizadores con que a estos actos sólo se presentan esos finos y heroicos amigos auténticos del país, aquí donde hay que hacerlo personalmente casi todo: dar la conferencia, traer la gente, hacer la nota para el periódico y hasta publicar uno mismo la reseña, si su epidermis resiste semejante gesto inconfesable.

Yo, que soy público asiduo de estas enseñanzas y que aprendo muchas cosas oyéndolas, digo a los profesores que deben estar contentos de haber echado a caminar al Instituto en una actuación viva y directa. La enseñanza es una labor espinosa; en mi ya larga experiencia universitaria docente he contado cursos yermos en los que no ha pasado por mí ni una cabeza de gran claridad, o —lo que es más importante— un alma delicada; puede ser que yo no haya sabido descubrirlas, pero doy dos cursos grises por bien empleados cuando en alguno, allá por el tercer o cuarto banco, a veces en el último, advierto esa mirada atenta, esos ojos de pozo hondo con que una criatura joven está pendiente de las palabras de mi exposición. Esos ojos me hacen olvidar la sonrisita tonta y anodina del jovencito estúpido que comenta con el compañero cualquier majadería digna de su mentalidad de baloncesto.

Siempre habrá alguien a quien le aproveche un esfuerzo y en este cursillo de enseñanzas canarias como los asistentes van porque se han seleccionado a sí mismos, los profesores tendrán en su haber la asistencia de esas ocho o diez personas que los oyen, no porque sean sus amigos, sino porque, desconociéndoles personalmente a ellos, acuden porque les interesan las materias.

Tiene planteado el Instituto de Estudios Canarios el gran problema de su existencia como organismo vivo y eficaz. Las entidades, como las personas, no valen por lo que se dice que son, ni por los títulos más o menos largos que ostenten, sino por



lo que hagan y tengan; la cuestión del edificio en que alojarse le es fundamental al Instituto. Una vez logrado el local, siquiera modesto, su eficacia primera radicaría en contar con una Hemeroteca y Biblioteca Canarias que hiciera imprescindible su consulta al especialista o mero aficionado. Insisto que podría alojar, en calidad de depositario, los libros referentes a las Islas y los periódicos que posee la Biblioteca Universitaria. El instituto es una entidad aneja a la Universidad y podría funcionar a este respecto como un Seminario más de la Facultad de Letras. Ciertamente que a veces el libro o el artículo sobre Canarias no se encuentra siempre en una edición concreta, pero otras de las misiones de la entidad habría de ser la confección de un buen catálogo referente a Canarias que permitiera al estudioso si no hallar el libro o artículo entre las existencias de la Biblioteca del instituto, si saber dónde encontrarlo. Ocasión buena es esta, la del próximo traslado a la nueva Universidad de los libros, la cesión del actual edificio universitario al instituto y, sobre todo, la presencia en el rectorado de persona tan dinámica, joven y comprensiva como el doctor Navarro González, en quien toda actividad tiene su asiento, y que no ha de negar su ayuda al instituto.

Con un edificio, una Biblioteca y una Hemeroteca con buenos ficheros, debidamente atendidos, la entidad podía organizar con carácter continuado cursos anuales de enseñanzas canarias y seminarios, además de sus funciones editoras, porque algo que sin duda debe preocupar a los directivos del instituto es la continuidad del mismo, pero a ello me referiré en un segundo artículo.

### **334. COLABORACIÓN. «El Instituto de Estudios Canarios y su misión», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 15 de enero de 1953.**

Uno de los haceres que entre nosotros tiene mayores dificultades (como es general en toda España) es el de trabajar en equipo. La tan citada individualidad española, a veces ariscada capilla, mete al estudioso en la concha de su orgullo, de su resentimiento, quizás de su quisquillosa envidia, y de todo ello ese pobretón y lamentable respingo del que censura es la esquina y no se atreve a hacerlo con la firma responsable, o calla la obra ajena, o lanza su ingeniosa y fina sátira para delicia de la galería, pero es incapaz de nada constructivo, o esconde el libro o revista para que el otro no lo vea...

Advierto en el gesto del curso de enseñanzas canarias del instituto un embrión de lo que podría ser un trabajo de equipo, la posibilidad de una obra en común, honrada y de alma ancha sin recovecos, en la que cada cual aportara su trabajo y saber. Esto en los elementos formadores; más otra faena de sumo cuidado es la de fomentar vocaciones juveniles en las cuestiones regionales.

Tienen los estudios regionales en todas partes un grave peligro; es el peligro del aficionado, de la persona que sin una preparación general se especializa prematuramente; por eso desde los años iniciales de la fundación del Instituto de Estudios Canarios se interesó que viviera anejo a la Universidad, como un organismo o seminario más de la misma, y adquirieran así los estudios canarios una altura universitaria y no se amenguara ante la amenaza del cronista de pueblo como categoría y no como persona, pues hay cronistas de pueblo muy estimables.

Posibles universitarios podrían ser becados como postgraduados para nutrir, si tienen aficiones a ello, un grupo de estudiosos. El Cabildo Insular, en contacto con los directivos del instituto, podría destinar todos los años becas para estas personas que, en posición de conocimientos generales, universitarios, pudieran especializarse en diversas disciplinas referentes a Canarias.

Claro que se me objetará que el investigador se hace investigando y que no es sólo la Universidad (incluso se le discute hoy en líneas generales) la que pone en

condiciones al estudioso para investigar. Conformes: la persona bien dotada puede investigar tan bien o incluso aún mejor que el universitario, pero dejando aparte los casos especiales, de los que no faltan ejemplos entre nosotros, la verdad es que cuando se trata de una persona normalmente organizada trabaja mejor, lee, resume, hace fichas, etc., mejor que si ha pasado por la Universidad que sin haberla pisado. Porque si bien es una verdad irrefutable que «al que Dios no le da, Salamanca no se lo pone», y si no es menos cierto que la Universidad tiene sus deficiencias, que los universitarios somos los primeros en reconocer, también no es menos verdadero que los desplantes mayores que el universitario alcanza le vienen del que no lo es; es decir, de la soterrada vena donde se amalgama la envidia y el resentimiento revestidos de un desdén petulante, muy típico del hombre masa (quede bien claro para la cabeza roma que el hombre masa no es el hombre pueblo o del pueblo, si lo popular es lo masivo, y, para aviso de ladinos, conste que me incomoda el hombre masa y me encanta el del pueblo, al que pertenezco).

Hay en todas partes esos muchachos que, sin haber cultural a su cargo, se lanzan a la investigación especial y aportan a ésta los defectos de su manca información; así nos encontramos con el lamentable caso del joven que habla de un romance canario sin entender una palabra de romancero general e ignorar que se trata de una mera variante peninsular, o que le da por hacer su diccionario de «voces canarias» y alude al guanchismo de la palabra «jeito», pongamos por caso, o que prodiga excesivos adjetivos a un pintorcito de quinto orden, del que no se conocía nada más que partidas de nacimiento u otros papelajes, pero alguna obra estimable y etc., etc.

¿Qué duda cabe que si nuestro admirado y valioso Rodríguez Moure hubiese tenido, con todos sus méritos indiscutibles, una formación universitaria y una mediana noticia de lo que es la historia de la imaginería española, no habría escrito en la página 152 de la *Guía de La Laguna* que le parecía bien fijar la época en que el Santísimo Cristo fue hecho en los siglos XII o XIII?

Nada más lejos de mí que la censura sin sentido constructivo. Si algo positivo adquirimos los universitarios es la conciencia de nuestra gran limitación y del sentido de la responsabilidad. La cautela nos advierte pies de plomo aun para opinar de lo que sabemos algo. Mi gran ilusión y deseo es que gentes jóvenes, entusiastas y preparadas nutrieran un día un grupo escogidos de investigadores del país, que pusieran nuestros estudios a una decorosa altura. Y no cabe duda que, dadas las circunstancias en que la investigación actual se desenvuelve, el autodidacta (de no ser un privilegiado excepcional) tiene cada día menos posibilidades de actuación y eficacia. La Universidad primero y el Instituto de Estudios Canarios después, es bien seguro que pondrían los medios adecuados para que una vocación no se frustrara. Y las vocaciones florecen y aún se gestan en un clima propicio que podría alimentar una viva, continuada, actuación del Instituto de Estudios Canarios.

**335. «Galdós y Guimerá. Dos valores literarios nacidos en Canarias», *Drago*, N.º 2. La Laguna, Tenerife, 1 de febrero de 1953. (Todos los que están fueron Tomo I, 2008: 447-451).**

Más de una vez he pensado, al detenerme en las no muy copiosas noticias que de las vidas de Guimerá y Galdós existen en relación con sus islas natales, si el lugar de nacimiento y aún una niñez o una adolescencia pueden marcar su huella en la obra literaria de un creador. Más que en el nacimiento, la familia o el paisaje en la vida de un autor, yo creo en este misterio personal que produce tal clase de seres en los que estimo que, muchas veces, el lugar natal, la familia o el paisaje es una mera anécdota que llega a la categoría de mínima en algunos.

El año que acaba de írsenos nos ha dejado dos obras estimables referentes a los tinerfeños años iniciales del gran poeta catalán Ángel Guimerá, una debida al copioso publicista don José Miracle, distinguido escritor de Cataluña, y la otra al doctor Pérez Vidal, natural de estas islas, que ha estudiado con gran pericia los años canarios de Benito Pérez Galdós.

El libro de Miracle, editado por el Instituto de Estudios Canarios, titulado *La leyenda y la historia en la biografía de Ángel Guimerá*, se lee con el interés de una novela casi de intriga. Sobre la infancia de Guimerá se había cernido una especie de confusión; la imprecisión de las fechas dio lugar a que se haya esclarecido un misterio íntimo que debió preocupar a don Ángel Guimerá, sobre todo en la época y en el país que vivió; de haber existido conformidad en tal fecha los biógrafos no hubieran escudriñado un pasado; con exactas palabras nobilísimas escribe Miracle que «La moral no deriva de los papeles. Se lleva dentro. Se tiene o no se tiene». Los padres de Guimerá ratificaron legalmente su unión en Barcelona por agosto de 1854: Ángel Guimerá nació en Santa Cruz el 10 de mayo de 1845 y su hermano Julio el 2 de marzo de 1849.

Tan sólo ese natural deseo de curiosidad del que un grande hombre no se escapa por parte del público, sobre todo del que le admira, lleva siempre a la búsqueda de los datos más íntimos del personaje célebre, que a veces tiene que sufrir la impertinente avidez de que están exentos los medianos y mediocres mortales. Pero aún en el caso de Guimerá, sus padres llevaron una vida tan unida, una conducta tan decente y un deseo tan expreso de arreglar el papelaje oficial, cuando la necesidad los obligó a ello, que no creo que nadie, no ya carezca de títulos para atreverse a «tirar la primera piedra», sino que se permita prestarle más atención que la anecdótica.

Con una cuidada pulcritud teje Miracle la realidad de los hechos deformados por los biógrafos de don Ángel, quienes no por afán novelero de inventar sino deficientemente informados, tejieron inexactitudes respecto a fechas, naufragio del barco «Duque de Riánsares» y otros aspectos de la niñez de Guimerá. Y es que en el siglo pasado hubo, y todavía queda herencia de esta costumbre, gentes que confundían la amenidad periodística con la falta de probidad histórica y la responsabilidad de afirmaciones. Baste por mi cuenta advertir que el biógrafo Capdevila, al referirse a la familia materna de Guimerá, escribe: «Desde los tiempos en que Carlos III anexionara las islas Canarias (las antiguas purpúreas) a la corona de España, residía en Santa Cruz de Tenerife una acomodada y distinguida familia apellidada Jorge». Nada de extraño tiene, pues, que quien ignora cuándo se incorporó Canarias a la corona castellana, invente la distinción de la familia Jorge, tome el rábano por las hojas en lo del naufragio del «Riánsares» y otros detalles que sobria y de manera irrefutable desmiente el interesante libro de Miracle.

De no menor interés es el excelente libro de Pérez Vidal sobre Galdós, editado por el *Museo Canario* de Las Palmas.

Guimerá sólo vivió en Tenerife sus primeros ocho años y jamás volvió a su isla natal, puede ser que debido al horror que cobró al mar en su único viaje por él; Galdós marchó a Madrid a los 19 años y alguna visita hizo más tarde a su isla de Gran Canaria, pero a Galdós, como a Guimerá, la patria grande los cogió para siempre.

Pérez Vidal reúne y da unidad a toda cuanta noticia afecte a la niñez galdosiana: infancia quietecita de organizador de procesiones; habilidad para recortar figuras y hacer caricaturas; primeros «pinitos» literarios de don Benito; versos y dibujos de carácter satírico. Un estudiante corriente y moliente, al que apenas si recuerdan sus maestros como un chico que se distraía, quedó de la estela escolar y del bachillerato de Pérez Galdós. Pero sus dotes de observador y un sentido satírico, burlón, que

ridiculizaba el clan social de aquella menuda sociedad de Las Palmas de su tiempo, ya se acusa en las ingeniosas intervenciones del inquieto adolescente.

Una anécdota angustiosa de la niñez puede condicionar en algunas almas (no en todas) ciertas actitudes que el moderno psicoanálisis ha puesto de moda con los famosos complejos morales y que las películas americanas han vulgarizado. Yo no creo que la dificultad legal de la buena familia de Guimerá afectara grandemente a don Ángel, ni alcanzara a sus dotes de creador. Sería una pequeña molestia personal, pero nada más; esto en cuanto a la anécdota. Por lo que a su natalidad se refiere, Canarias desapareció pronto de la esfera vital del niño Guimerá y no sólo su obra se enquistó en la tierra peninsular, sino que llegó a sostener en su tiempo la gloria poética de Cataluña expresada en su lengua vernácula; de la geografía lejana sólo le quedó un impacto negativo: el miedo al mar. En cuanto a Galdós, su genio creador estaba sensibilizado para la observación del acontecer humano, urbano e histórico de su tiempo y del de la patria grande. Vivió en la época de la novela regionalista, en la de su amigo Pereda, el pintor de la montaña, su tierra, pero los vivos y chicos ojos de don Benito sólo veían el fluir humano del gran hormiguero o colmenar del Madrid popular, y su gran Universidad, más que la de la calle ancha, fue el arco de Cuchilleros y Puerta Cerrada en el corazón de su amadísimo Madrid, que lo tiene por su gran artista y con razón. Cataluña ganó a Guimerá para que fuera su apasionado cantor y defensor, y Madrid (Madrid sobre todo) prendió para siempre a Benito Pérez Galdós. Le interesaban las gentes más que el paisaje; era contemplador silencioso de espectáculos y conversaciones callejeras. Viajero apasionado, más que espectáculos de la Naturaleza, lo que le gustaba era contrastar tipos y ciudades. El abigarramiento humano de Nápoles, por ejemplo, le atrae, pero no le mueve para ir a la isla de Capri, que tiene a una hora escasa de vaporcito, porque él ha visto ya una isla, la suya, y sabe que todas son iguales. Confróntese esta afirmación de la página 140 de sus *Memorias* y se entenderá por qué Galdós no dedicó ni una sola obra a Canarias.

Naturalmente que una región debe de sentirse satisfecha de dar dos hijos que cobren un valor nacional (y más que nacional en el caso de Galdós) en la literatura patria, pero conviene manejar con medida anecdótica esos datos de lugar, familia o niñez cuando dejan un rastro tan poco intenso como Guimerá y Galdós.

**336. COLABORACIÓN. «Vida literaria tinerfeña. La producción en 1952. Poesía, novela, ensayo», *El Día, Santa Cruz de Tenerife, 1 de marzo de 1953.***

No pretendo referirme a todos los libros que se hayan publicado el pasado año en Tenerife o fuera de él, pero que afecten a la isla. Lo probable es que alguno haya sido involuntariamente omitido, por no haber estado aquí todo el año, o por esas malas jugadas que la distracción suele hacernos. De muchos de ellos me ocupó en números que están en prensa de *Revista de Historia*, pero que sabe Dios cuando los tipógrafos tienen tiempo de finalizar. Aquí me propongo una ordenación de conjunto. Como siempre, mi modesta opinión de lectura, discutible y segura de que me ganaré mis dos premios habituales; envueltos en un papel celofán de un desdén suficiente vendrán erizados de púas los consabidos adjetivos: «técnica» y «erudita».

## LA POESÍA

En años anteriores las ediciones breves de poetas jóvenes (no siempre de joven poeta) amenazaron ocupar el puesto más nutrido en las editoriales insulares, pero este año, que recuerde, sólo el poeta Manuel Castañeda nos ofreció su tercer libro *La oscura fuerza entrañada*: un fino ramillete de poesías, décima, doce sonetos y una composición

final en estrofas de cuatro versos que Castañeda ha compuesto con léxico muy de la poesía actual, en arrebatado, apasionado homenaje a la eterna Laura de todo Cancionero. Creo haber hecho alguna impertinente observación a la buena carpintería sonetil de Castañeda en la mencionada *Revista de Historia*. Decoro, dignidad poética y virtuosismo no faltan a este grato breviarío, que debe su nombre a Pedro Salinas.

## LA NOVELA

En cambio, la producción novelesca ha traído en 1952 una representación voluminosa. Desde los años en que Pérez Armas publicó sus novelas grandes, en Tenerife no habían aparecido, que yo recuerde, nada más que novelas cortas o cuentos. No ha sido el género muy cultivado entre nosotros, si bien existe desde el *Jorge Sargo* de Viera estimables ejemplos de novelistas isleños. Las novelas de este año han sido dos: *La casa de Ardola*, de don Alfonso de Ascanio, editada en Madrid y que llega a las 381 páginas, y *Don mundos y un volcán*, de don Luis Gálvez, con sus 443 páginas, si bien de formato menor que la anterior.

*La casa de Ardola* es la historia, expuesta en forma autobiográfica, de una familia distinguida desde su plenitud a su ocaso. No piense nadie en la gran sinfonía de *Los Buddenbrook*, de Mann. En un estilo sencillo, llano, sin propósitos literarios, el autor ha querido brindarnos el panorama familiar del viejo tronco del abuelo, el caballero patriarcal de la hacienda, tronco que se resquebraja en el hijo y se rompe al fin en los nietos. Pasan las tres generaciones a través de sus épocas, las últimas que hemos vivido, y tejen los personajes sus miserias y rencillas en un ir y venir de intereses materiales, rencores y mezquindades mediocres. Don Alfonso Ascanio debe de estar contento, porque sin duda ha logrado sus propósitos: hacernos desagradables a los personajes de *La casa de Ardola*, y, sobre todo, a ese Pablito tan poco atractivo y tenoriesco (pero que no cautiva a ninguna mujer interesante), quejándose siempre por su herencia y sus problemas de interés compuesto.

*Don mundos y un volcán* es la novela de ambiente regional geográfico que don Luis Gálvez, canario de adopción, ha escrito con la intención turística de mostrarnos el paisaje y las gentes del sur, por un lado, y el paisaje y las gentes del norte, por otro. El volcán va en el medio, aunque el Teide sale poco en la novela.

Escrita en un lenguaje claro y sencillo, abunda más el diálogo natural que la descripción, si bien ésta no falta. El protagonista, Fernando, es un joven muy buena persona y nada intelectual (como corresponde a las buenas personas) que llega a Tenerife por Guía, lo que no deja de ser raro, pero lo es más que encuentre allí un hotel. En seguida se enamora de una señorita del sur, que uno no acaba de entender en aquel paisaje, así como tampoco la incomodidad de Fernando por el hecho de que la muchacha se pinte. Tras la desilusión sureña, en la que no falta felices descripciones del clima estival, viene la estancia del héroe en el Norte. Curiosos personajes del Puerto de la Cruz y rápidas visitas a los núcleos urbanos más populosos de la isla en la que, al fin, Fernando encuentra su Dácil, la muchacha norteña buena y hasta ilustrada, que curará su complejo y lo hará feliz. También me he ocupado de estas dos novelas en *Revista de Historia*.

## ENSAYO

No se ha cultivado mucho el ensayo entre nosotros, pero existen excelentes muestras de ensayistas canarios. En otro lugar me referí al libro de Eliseo Jerez, *De la vida*, que ha sido comentado desde la Península con buenos laudes. Problemas literarios,

históricos y jurídicos, que son los de la profesión del autor, han servido a Jerez para tratar, con su personal y difícil estilo, temas vivos, profundos y al alcance de quien se selecciona a sí mismo.

Otro libro de ensayos, pulcramente impreso en los talleres de Romero, es *Gavilla* de Diego M. Guigou. A sus libros sobre *El Puerto de la Cruz y los Iriarte* y *La incógnita del niño* añade Guigou esta serie de ensayos que distribuye en dos apartados: temas sobre Tenerife y temas varios. Entre los primeros inserta glosas tan interesantes como la del complejo de timidez en los canarios, la del capítulo de Ríos Rosa sobre la mujer canaria (que también dio motivo a una bella página de Azorín), o Foxá y Canarias, «nodrizas» de América. De no menor interés es la publicación y comentario de un curioso trabajo de don Alonso Nava, sexto marqués de Villanueva del Prado, sobre la alimentación isleña y su base antigua campesina: gofio y papas.

Entre los trabajos del apartado segundo destacan el referente a la expedición del médico Balmis a América y viaje mundial de circunvalación para llevar la vacuna a diversos pueblos, a comienzos del XIX y el *Breve ensayo sobre biografía*. Escrito en forma correcta y escogida prosa, el libro de don Diego M. Guigou se lee con agrado e interés y añade un nuevo mérito a los ya ostentados por el culto escritor tinerfeño.

Un emocionante prólogo de Domingo Cabrera, fino, como suyo, completa la excelente edición de *Gavilla*.

\*\*\*

El martes:

«HISTORIA»

**337. COLABORACIÓN. «Vida literaria tinerfeña. La producción en 1952. Historia», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 3 de marzo de 1953.**

## II

La historia regional ha tenido desde hace tiempo muy buenos cultivadores. Con un criterio de seriedad, probidad en el dato y la documentación, los estudios históricos entre nosotros alcanzan idéntico decoro que en otras partes. Estudios de gente especializadas éstos, requieren un tipo de lector aficionado que pertenece a un área menos extensa que el de obras de creación, como ocurre siempre en semejantes casos.

Cuatro publicaciones (salvo error u omisión involuntaria) históricas nos han dado las prensas en 1952: dos de historia religiosa, una de historia económica y otra de historia documental.

Escribía el entusiasmado verso de Antonio de Viana que el Cristo de La Laguna y la Virgen de Candelaria eran «el sol y la luna de Nivaria». A estos dos maravillosos astros de nuestra divina constelación han sido dedicadas las dos ediciones de historia religiosa en 1952. *El Santísimo Cristo de La Laguna y su culto* es obra póstuma del meritísimo historiador, muerto no hace mucho, Buenaventura Bonnet, edición de la Esclavitud del Cristo en los talleres del excelente impresor Juan Régulo Pérez. Se trata de una obra de 225 páginas en la que se recogen, en redacción definitiva, los diversos trabajos que el doctor Bonnet había venido dedicando a la conmovedora Imagen de nuestro Cristo; más que a las sugerencias estéticas y problemas de escuela, escultor, etc. Bonnet dedica su libro a la glosa amplia del que, en honor a los milagros de la Santa Imagen, escribió el padre Queirós en 1612. Conformo su opinión con la del marqués de Lozoya que afirma ser la imagen una escultura gótica, de escuela sevillana, hecha en la segunda mitad del siglo XV y traída a Tenerife alrededor de 1520, antes de la muerte del primer Adelantado. Bonnet recoge las diversas tradiciones referentes al Cristo, restablece una realidad presumible en torno a la llegada de la Imagen, analiza

concienzudamente los testimonios escritos en la primera parte. Dedicar la segunda a la historia del convento de San Francisco, donde la Imagen está, su origen, esplendor, incendio de 1810, que lo ha dejado reducido a su estado actual, y la última a la Esclavitud, sus comienzos escogidos, su esplendor aristocrático en el siglo XVII y su decadencia. La cuarta y última parte se destina al resurgir de la Esclavitud a partir de 1863 hasta nuestros días. Un apéndice con la nómina de Esclavos mayores completa el curioso trabajo monográfico de Bonnet.

La segunda obra aludida es nada menos que una reimpresión de la hasta ahora primera historia conocida de la conquista de Tenerife, si bien las excelencias de la Virgen de Candelaria es el motivo capital que tuvo su autor, el dominico Alonso de Espinosa, para escribir tan preciada obrita. La publicación ha sido hecha con muy buen acuerdo por la casa editorial Goya al cuidado de don José Martínez. Se trata de la segunda edición auténtica de la príncipe o sea de la de 1549. La que hizo la imprenta Isleña en 1848, como es sabido, omitió, además de las licencias iniciales, todo el libro cuarto, referente a los milagros de la Virgen, porque la incluía Núñez de la Peña en su Historia, que por aquellos años también reimprimió la imprenta Isleña.

Aparte de ser la presente edición de la editorial Goya cabal y completa, viene además avalada por un inteligente y sustancioso prólogo del doctor Serra Ráfols, que alguna vez comentaré debidamente; unos estudios del doctor Bonnet sobre la edición príncipe y la tradición de la aparición de la Virgen y su variante, que aparecen aquí reunidos y, por último, el desconocido milagro de 1555, en virtud del cual la Virgen volvió de La Laguna al Convento de su pueblo, gracias a los buenos oficios de Fray Gil; la prosa de Néstor Álamo, narrador estupendo del milagro, juega entre las volutas de la expresión popular, culta y desgarrada a la vez, y la gracia taimada de unas frondas que hacen personalísimo y único ese estilo del gran prosista. Atinadas ilustraciones, a las que faltó reproducción de la réplica que existe en Adeje de la primitiva imagen, complementan la oportuna y utilísima edición de Goya.

Como edición separada de *Revista de Historia* ha publicado el doctor don José Peraza de Ayala un volumen de 194 páginas sobre *El régimen comercial de Canarias con las Indias en los siglos XVI, XVII y XVIII*. Se trata de una obra de positivo interés y que añade un triunfo más, quizá de los mayores, a los méritos indiscutibles de Peraza de Ayala.

Ha creado el autor una materia casi inexplorada: la del comercio de las Islas con Indias, que sólo había sido abordada de una manera accidental y esporádica hasta ahora. Peraza ha leído con paciencia el documento, ha analizado con pericia las fuentes, se ha enterado de lecturas de última hora y nos ha dado un acabado estudio, apretado, sistemático y ceñido de la historia comercial del Archipiélago con América hasta el siglo XVIII, que, por otro lado, ha venido exponiendo en su cursillo del Instituto de Estudios Canarios.

En cinco ordenados capítulos distribuye el autor su estudio. Señala la implantación, por parte de España, desde los días de 1493, de un rígido monopolio indiano, que determinó el puerto único, en Cádiz primero, en Sevilla, desde 1503, y en Cádiz, de nuevo, en 1531. Se refiere a la equivocada política comercial del tiempo, agravada por el comercio clandestino, la piratería, crisis de embarcaciones, impuestos abusivos y la negación a duplicar la flota, conforme lo pedía el mercado americano. A cambio de ello, se sostenía un gran ejército terrestre, los enormes gastos de Flandes, a donde iba a parar gran parte del oro indiano, y la explotación del nuevo Continente como lugar productor de oro y no agrícola o industrial, según pasó con Canarias, verdadera colonización auténtica.

La situación especial de las Islas y los deseos de Santo Domingo de abastecerse, ya que las rutas se desviaban al Perú, determinan las primeras concesiones del privilegio a las Islas. En 1507 el puerto de La Palma puede embarcar productos para Indias, y de aquí se llevaban las rodelas para los soldados, por ejemplo. Tenerife adquiere la concesión por 1526, o acaso antes, pero las licencias reales a nuestros puertos eran temporales y suponían una zozobra, ya que había que lograr siempre las prórroga y gastar dinero en los emisarios que las trabajaran. Las Islas tenían escasos medios de abastecimiento y vivían la tragedia de esperarlo de fuera casi todo.

Pero los puertos peninsulares se quejan de este competencia canaria, hecha en materia de los famosos vinos, en especial, y en el incumplimiento de las ordenanzas, las que muchas veces se vulneraban con tráfico de mercancías prohibidas, pues las Islas fueron un escape o trampolín para burlar muchas veces la ley. Por 1610 se limita la exportación canaria a sólo los «nacido, criado y acogido» en Islas, pero no esclavos, mujeres, clérigos, metales, libros prohibidos, telas, todos ellos entonces «objetos» de contrabando exportable. Mas, ante la necesidad de poblar las tierras americanas, se deja ir gente para allá, tanto que en Canarias se expone el peligro al Rey de quedar la isla desguarnecida y se prohíbe la salida de gente en 1574.

Peraza estudia minuciosamente en cada capítulo las condiciones de la navegación, las embarcaciones (que precisaban ser españolas), los marineros (examinados por la Casa de Contratación, con excepciones canarias), la ruta, etc. La fiscalización de todo esto se reguló por un Juzgado de la Casa de Contratación de Indias en La Palma, por 1564, y en las tres islas mayores o realengas en 1566. Examina el autor la categoría de tales jueces, hace notar el nombramiento del juez Vera en La Palma y sus abusos, se refiere a los funcionarios auxiliares, aranceles, competencia y extralimitaciones en los cobros, que se excedían hasta con naves extranjeras, despacho de navíos, dietas, garantías, gravámenes. Un régimen de excepción, en suma, que benefició a las Islas y su gran comercio de vinos en el XVI, que le permitía importar cueros, azúcares, jengibres, etc.; con lo que se compraba en la Península aceite, jabón, cáñamo, etc.; para el consumo isleño. También en Bristol adquirían nuestro azúcar, si bien el vino alcanzó mayor esplendor y llegó en 1558 a las ochenta mil pipas. Garachico fue entonces el gran puerto exportador y algún Juez de Indias residía en él, no sin protestas de la isla.

En el capítulo 111 estudia Peraza la cuestión comercial del período que va de 1610 a 1718. A principios del siglo la permisión había sido disminuida por denuncias de infracción, pero las Islas protestan al enviar a Corte al capitán don José de Mesa por 1611. La Casa de Contratación sevillana logra que el permiso se suspenda en 1649, pero Canarias acude al Rey con el famoso memorial atribuido a Franchy Alfaro y Felipe IV atiende los deseos isleños y reanuda la permisión en 1560: Sevilla protesta de ilicitudes y en 1653 llega el pesquisidor Pedro Gómez del Rivero; ante semejante peligro se ofrece dinero al Rey y, si bien no se logra lo pedido, una permisión se alcanza en 1657 en una época donde el soborno tenía nombre de donativos y gruesas cantidades para los ministros de Felipe IV eran llamadas «niñerías» por don Francisco de Quevedo, cuando él las trajo por envío del estupendo Duque de Osuna.

No el deseo sino la falta de espacio me impiden dedicar a tan valiosa obra el que merece. Estudia Peraza la creación de la Superintendencia de Indias en 1657 con residencia en Tenerife, con objeto de obviar las diferencias habidas entre el Juez de Indias y la Audiencia de Canarias. En el siglo siguiente se crea la Intendencia general de Hacienda, que abarca lo correspondiente a Indias, y en 1718 es Cevallos el primer Intendente, muerto trágicamente en Santa Cruz. Analiza Peraza las causas de la ruina comercial en el siglo XVII e inserta una sabrosa nota sobre la nobleza isleña y sus falsas



bases, que nutrieron «la enfermedad del siglo XVII» o sea la manía genealógica, cuyo virus, si bien esporádicamente, acusa sus aciertos brotes de endemia todavía.

El capítulo cuarto se refiere a la materia comercial en el período que va de 1718 a 1778. En el primero de estos años se concede una amplia permisión, al cesar la prórroga en 1717, permisión que era ya indefinida, pues dependía de la voluntad real, pero la libertad de comercio, el establecimiento de nueve puertos peninsulares para comerciar con Indias, determinó la ruina de los nuestros, que no fueron incluidos hasta 1772 en el régimen general. La Intendencia se suprime en 1724 y se restablecen los Juzgados de Indias, vinculado a la familia de Casabuena, que lo había enajenado por dinero en 1708. Derechos altos, competencia del aguardiente de caña americano, comercio peninsular, ocasiona la postración comercial de Canarias, cuya exportación de vinos a Inglaterra decae por la segunda mitad del siglo XVIII debida a las guerras con aquel país y a la competencia de los vinos de la Madera; las casas extranjeras establecidas en Islas las abandona en buen número y se piensa en la formación de un compañía comercial en el país por 1753, pero no prosperó el proyecto. Las islas atraviesan dificultades, si bien los Memoriales exageraban la situación.

En la quinta y última parte se refiere el autor al escaso beneficio que reportó el régimen de comercio libre en 1778. Un país sin industria como el nuestro vio la posibilidad de rehacerse en la exportación de géneros extranjeros que aquí llegaban o podían llegar, pero nuevas trabas legales quiebran estos propósitos y navegar a Indias llegó a ser negocio ruinoso. Con gran claridad vio el científico francés Bory de Saint Vincent, comenzar de los ilustres Nava y don Fernando de la Guerra, que las Islas habrían podido ser las colonias más florecientes del mundo si se les hubiera dado «el régimen que les convenía». En 1786 se creó el Real Consulado del Mar, que llenaba la necesidad de una jurisdicción mercantil, e hizo interesante labor como ayudar a la fabricación del muelle de Santa Cruz, reparar el camino de La Laguna a Santa Cruz, creación de una Escuela de Dibujo, que regentó don Luis de la Cruz en una época, etc. El Consulado existió hasta 1829, en que se bifurcó en Junta de Comercio y Tribunal de Comercio. La Junta se trasladó a Santa Cruz en 1834 al ser su presidente el gobernador civil que radicaba, en la ya capital de la provincia.

\*\*\*

Mañana:

#### DOCUMENTOS. BIOGRAFÍAS. GENEALOGÍA. INVESTIGACIÓN LITERARIA

**338. COLABORACIÓN. «Vida literaria tinerfeña. La producción en 1952. Documentos, biografías, genealogía, investigación literaria», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 4 de marzo de 1953.**

El Instituto de Estudios Canarios, como homenaje al Centenario de los Reyes Católicos ha editado el valioso volumen II de los *Acuerdos del Cabildo de Tenerife*, que comprende los años de 1508 a 1513.

La historia de Tenerife está surgiendo nueva gracias al desvelado y perseverante esfuerzo de los doctores Serra y La Rosa, que avalan con sustanciosos estudios el presente volumen. Casi al día sabemos cómo se organizaba la pobre colonia naciente y como era la visión económica del Adelantado; el establecimiento del capital genovés, el empeño en industrializar la isla con el establecimiento de ingenios de azúcar, pues la industria quesera casi era de familiar consumo. Canarias fue un trampolín para establecerse en ellas ciertos «cristianos nuevos» o judíos que no

contaban aquí con el estrecho tamiz que se les exigía para entrar en Indias; sabemos, gracias a estos trabajos, que la isla se pobló con los escasos conquistadores que quedaron, los canarios que, expulsados de su isla por la crueldad y conveniencia de Pedro de Vera, vivían miserablemente en Sevilla donde los contrató Lugo para la conquista tinerfeña, a los que se añadieron, como pobladores, muchos portugueses, pues el problema de braceros era acuciante en una isla poco solicitada por el numen aventurero que se tragaba el espejismo dorado de América. El Adelantado, sólo atento a su beneficio propio, advirtió el negocio de una colonización ordenada, pero su parcialismo despótico creó el fenómeno curioso de que, casi todos los que ponía en cargos de confianza para que le sirvieran, acababan por volvérselo, así el buen teniente Trujillo, Guillén Castellano, Pero Fernández, Alonso de las Hijas, y tantos más, hasta el propio Albornoz, que él había impuesto arbitrariamente al Cabildo como personero.

La vida de la incipiente colonia con sus dificultades, el establecimiento de un sillerero, de un calderero o tejedor, como escribe el doctor Serra, puede saberse con una exactitud precisa, merced a estos documentos que nos airean y hacen patente la vida misma de la primitiva sociedad española tinerfeña, en la que el infeliz natural fue casi siempre vejado y vendido como mercancía en muchos casos, si bien hubo ejemplos de protesta indígena, como los de Leonor de Morales o Andrés de Güímar, en quienes los Reyes ordenaron hacer justicia reparadora. En alguna ocasión el Adelantado, a pesar de las reales cédulas, les molía a palos las costillas; no obstante, la población indígena no desapareció del todo, ni mucho menos y, como las mujeres castellanas arribaron en escaso número, los colonos las tomaron por esposas o vivieron en concubinato con los caballeros, si bien no faltó el matrimonio, base real que dio sus raíces a lo que he llamado símbolo Dácil-Castillo.

Un extenso apéndice documental, en el que destaca la interesante comunicación del rey Fernando sobre la muerte de la Reina Isabel la Católica, nómina de oficios hasta 1515, cuadros del Cabildo y un utilísimo índice de nombres propios, de lugar y asunto completan el hermoso volumen de 307 páginas, que supone un heroico esfuerzo y un impagable servicio con los que los doctores Serra y La Rosa han enriquecido la verdadera historia de Tenerife.

## BIOGRAFÍAS

El no haberme ocupado de las obras de Peraza de Ayala y de Serra y La Rosa ha ocasionado que me detuviera más en su examen que en el de las otras, de las que, repito, me he ocupado en *Revista de Historia*; tal es el caso de dos excelentes estudios biográficos, a los que me he referido ya: el del valioso investigador señor Padrón Acosta sobre el pintor Luis de la Cruz, anotado por mí en la citada revista, y el del señor Miracle sobre don Ángel Guimerá, de que me ocupó en la revista *Drago*.

El trabajo de Padrón Acosta es un estimable estudio monográfico sobre el pintor La Cruz, natural del Puerto, sobre el cual Padrón Acosta ha reunido toda noticia hasta ahora sabida dándole sistematización y novedad en algunos extremos. El concienzudo investigador distribuye en tres capítulos su estudio, que se refieren al pintor en la isla, a don Luis en la corte, y al examen de la obra artística: tras el epílogo añade el elenco o catálogo de obras de La Cruz, fuentes, documentos y bibliografía, que completan el excelente estudio, al que avalan bellas ilustraciones en la cuidada edición hecha en los talleres de Juan Régulo Pérez.

El Instituto de Estudios Canarios ha editado el libro de don José Miracle *La leyenda y la historia en la biografía de Ángel Guimerá*, Miracle, como ya he escrito en otro lado, analiza, con gran acopio de datos, oscuros puntos en la niñez de Guimerá,

tales como la fecha exacta de su nacimiento y cuestiones relacionadas con ella, el falso naufragio del vapor «Riánsares», noticias pertinentes a los Guimerá de Vendrellique se remontan al siglo XVI, de Canarias y de Barcelona. La inserción de documentos e ilustraciones realzan la buena obra del señor Miracle, que ha puesto en castellano la señorita Isabel Segura Castellví y restablece la verdad histórica referente a la niñez del ilustre autor de *Tierra baja*.

## GENEALOGÍA

De verdadero acontecimiento editorial puede estimarse la publicación del *Nobiliario de Canarias*, llevado a cabo por un conjunto de especialistas.

Este año pasado ha aparecido el primer volumen de los tres de que constará la obra, cuya impresión es un triunfo editorial del excelente impresor y profesor (conviene que los impresores sean muy cultos y hasta eruditos) don Juan Régulo Pérez. El volumen aparecido y encuadernado en tela consta de 967 páginas y numerosas ilustraciones utilísimas para la historia del traje y, en ocasiones, de la cultura regional. Al frente de la obra van un prólogo del doctor Serra y un extenso trabajo sobre la nobleza del doctor Peraza de Ayala. La publicación de una obra de esta clase es ya una actitud que brinda a la polémica. Pero aguardo a que aparezcan los volúmenes que la integran para referirme a ella, si los manes genealógicos, permiten que los gentes de la gleba vivamos.

## LA INVESTIGACIÓN LITERARIA

Asimismo me dispensa un más extenso examen en este lugar del interesante estudio monográfico que el doctor Pérez Vidal ha dedicado a las famosas endechas de Canarias, el que me haya ocupado de él con amplitud en *Revista de Historia*. Pérez Vidal con su trabajo, impreso pulcramente por Juan Régulo, *Endechas populares en trístrosfos monorrimos* aporta mucha luz a un oscuro problema métrico referente a la poesía inicial de las Islas. Pérez Vidal examina las endechas vascas y las corsas y encuentra una semejante métrica (el trístrosfos monorrímo) con las endechas de Canaria y del Hierro, indígenas, insertas por Torriani en su *Descrittione*, lo que supone un área extensa; por otro lado, el trístrosfo monorrímo se usa en la poesía portuguesa, provenzal y en la latina. El islote bellísimo de las «Endechas de Guillén Peraza», cantadas por 1443, sin nexo con las indígenas que no sea la forma estrófica, plantea problemas no totalmente esclarecidos aún, sobre los que he gastado mucha atención y no creo necesario dedicarle por ahora más.

\*\*\*

Mañana:

## ANTOLOGÍAS

**339. COLABORACIÓN. «Vida literaria tinerfeña. La producción en 1952. Antologías», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 5 de marzo de 1953.**

Bellamente impresa y encuadernada en tela con el más exquisito gusto ha aparecido, merced al esfuerzo editorial de Goya Ediciones, el primer volumen de la *Antología de la poesía Canaria*, dedicado a la poesía tinerfeña, cuya selección, prólogo y notas son debidos al escritor Domingo Pérez Minik.

Después del prólogo selecciona el antólogo, precedido de un estudio, un grupo de poetas de los que él llama «La Laguna y sus poetas. La escuela regionalista» y entre los que están Nicolás Estévez, José Tabares Bartlett, Antonio Zero, Guillermo Perera Álvarez, Domingo Juan Manrique y Diego Crosa. En el apartado que titula «Modernismo y evasión» incluye a Manuel Verdugo, Luis Rodríguez Figueroa, José Hernández Amador, Lázaro Sánchez Pinto, Matías Real, José Manuel Guimerá, Juan Pérez Delgado, Luis Álvarez Cruz y Pedro Pinto de la Rosa; en el apartado que llama «Santa Cruz y los poetas», también precedido de un estudio, incluye a Francisco Izquierdo, Pedro Bethencourt Padilla, Ismael Domínguez, Ángel Acosta, Julio Antonio de la Rosa, Emeterio Gutiérrez Albelo, Pedro García Cabrera, José Antonio Rojas, E. Westherdahl, Domingo López Torres, Juan Ismael González y José de la Rosa. Termina la obra con un epílogo en 1952.

Me temo, pese a las finas dotes de Pérez Minik, que a sus precisiones lleven al lector no versado a un confusionismo respecto a nuestros valores literarios; da la impresión, leyendo la fina prosa de Pérez Minik, que en las islas no ha habido nada con carácter específico (vamos a llamarlo regional) antes de Nicolás Estévez; que La Laguna agrupa a determinados poetas «regionalistas», de esos que cantan al guanche, al sombrerito de palma y vuelven sus espaldas al mar y de que Santa Cruz tiene algo que ver con una escuela literaria, si bien no está acusada como la de La Laguna.

Sorprende que un espíritu abierto como el de Pérez Minik se haya dejado sorprender por un criterio localista, provinciano, para la ordenación selectiva de su, por otros conceptos, meritoria antología; no sólo separa en dos volúmenes los poetas de Tenerife (en el presente) y los de Gran Canaria (para el que tiene en preparación), sino que señala hasta en la isla una tendencia para La Laguna y otra para Santa Cruz. ¡Demasiado «isloteñismo» unamuniano para siete kilómetros de distancia! Hasta se le escapa la inefable expresión de «la vecina ciudad» (pág. 47).

Pero la llamada escuela regionalista no comprende a unos cuantos poetas que vivieron, por azar, en La Laguna; tiene unas raíces más hondas esta actitud del hombre del hombre canario frente a su posible antepasado aborigen que arranca desde un Cairasco y un Viana hasta un Manuel Verdugo; he necesitado muchas páginas para probarlo y a ellas me remito; en cuanto a La Laguna en si fue motivo de inspiración concreta de un Graciliano Afonso o de un Telésforo Santana, acaso de poetas anteriores a éstos.

Por eso habría sido más conveniente estudiar la poesía de Canarias como una poesía española y europea adscrita a los moldes de la escuela a la que cada generación pertenezca y señalar lo que de específico isleño tenga el poeta. Nuestra cultura es hispánica en lo fundamental; ello explica que sea un Estévez, dentro de la generación postromántica, toda vez que nace en 1838, quien trata el paisaje a la nueva manera de los poetas realistas, los primeros poetas que ven lo que tienen delante, y esto, ver lo que tienen delante, es el gran mérito de Antonio de Viana. Antes se había tratado el paisaje canario, antes de Estévez, claro, pero desde otros supuestos estéticos. Pérez Minik cree demasiado en las retóricas e inexactas palabras del prólogo de Antonio Domínguez. Los jóvenes suelen ser siempre irresponsables y creen que es solo bueno lo que hay en su tiempo. Antonio Domínguez sólo hablaba de aquel montón de poetas que, sin orden ni concierto, reunió el antólogo Mujica, sin otro nexos que el haber vivido todos en el siglo XIX; las palabras de Francisco María Pinto son más precisas, pero no conviene llevarse demasiado de lo que digan los jóvenes de las letras de su tiempo sin uno haberlo comprobado por sí mismo; lo que los jóvenes de 1879 piden es que se haga una poesía realista, claro está, como los jóvenes de ahora piden su poesía, que, naturalmente, es la auténtica. ¡No faltaba más!

En cuanto a escuelas recuerdo la falsedad de las tradicionales escuelas «salmantina» y «sevillana» de los manuales de literatura. Ya no hay quien crea en eso. Otra cosa es señalar quién lleva la dirección en determinadas etapas culturales. En la segunda mitad del XVIII quien manda en la isla es La Laguna. Mandaba en lo político, pero me refiero a lo literario con la tertulia de Nava, y a fines del mismo siglo con otros núcleos de la ciudad; hacia 1880 manda literariamente Santa Cruz con el nutrido grupo del «Gabinete instructivo», de *La Revista* y *La Ilustración de Canarias*; en el primer tercio del siglo actual vuelve a mandar literariamente La Laguna con su Ateneo, entonces de gran vitalidad en el país, y los hombres de la generación modernista de *Castalia*.

Nada hay en los poetas que agrupa Pérez Minik en Santa Cruz que pregone la localidad específica; Francisco Izquierdo en su aspecto de poeta marino es un epígono del modernista Morales; García Cabrera el de *Líquenes* poetiza en la órbita de Alberti; no hay nada que los una como grupo; algunos tienen escasísima obra y no son poetas de «antología», si bien es verdad que hay que hacer mucho esfuerzo para llenar más de 300 páginas de poetas «antologizables». De todas maneras, el esfuerzo de Pérez Minik es notable; cada poeta en particular está bien centrado y la información, en general, muy buena. Algún error como el de señalar en La Laguna una «bellísima torre románica» (pág. 21), el de afirmar que «toda la crítica del país» ha encasillado a Luis Álvarez Cruz como poeta parnasiano, (pág. 192), que da la impresión de que cierta gente no sabe lo que es el parnasianismo, y no lo digo por Pérez Minik, sino que yo nunca he encasillado al citado poeta como parnasiano, porque no lo es; la expresión de «los romances populares de Guillén Peraza» (pág. 350), etc. Pequeños lunares que señalo en una obra destinada a la divulgación de nuestra poesía y que, por ello, debe cuidarse. De todas maneras, la obra es estimable y Domingo Pérez Minik es un espíritu fino. Quizás el no estar familiarizado con nuestra literatura regional (que yo prefiero llamar «española en Canarias») desde sus comienzos, es decir, con una visión general de escuelas y generaciones, haya determinado ese confusionismo de sus estudios, que, más que el mismo, que es inteligente, estoy segura que se dará en los lectores poco acostumbrados al examen de nuestros temas literarios.

\*\*\*

Mañana:

CRÓNICAS. EL PROBLEMA DEL AGUA. LAS REVISTAS.

**340. COLABORACIÓN. «Vida literaria tinerfeña. La producción en 1952. Crónicas, Todavía Iriarte, Las revistas», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 6 de marzo de 1953.**

V y último

CRÓNICAS

Dos crónicas diversas se han publicado este año: una, la del *Homenaje al Prelado de Tenerife*, bellamente impresa. Se recogen en este *Homenaje* a las grandes virtudes de nuestro Obispo don Domingo, además de la introducción, versos de Verdugo, Gutiérrez Albelo y Armando Fumero, prosa de Domingo Cabrera, Padrón Acosta y Vicente Borges, y un discurso de don Manuel R. Escalona, consustancial enamorado de Vilaflor y admirador, como el que más, del ilustre Prelado que rige

nuestra Diócesis. En *Revista de Historia* con más detención de este fino trabajo de *Homenaje*.

La otra crónica es debido al sacerdote don José Trujillo Cabrera, que ha escrito las incidencias de la excursión hecha por la peregrinación tinerfeña que acudió en mayo y junio de 1952 al Congreso eucarístico de Barcelona. Es de justicia consignar su aparición como libro de este año, si bien no he podido encontrarlo, o no he sabido buscarlo en las librerías.

## EL PROBLEMA DEL AGUA

Desde que don Ramón de Ascanio publicó su interesante trabajo *Tenerife y sus aguas subterráneas*, hace treinta años, ha llovido mucho o acaso, para los efectos, no ha llovido nada. Don Ramón aconsejaba perseverancia en la insistencia de abrir galerías y ponderaba la eficacia del arbolado, aparte de señalar principios ya rebasados, unos, pero vigentes todavía, otros; ahora don Telésforo Bravo, inteligente y preparado hombre de nuestro tiempo, ha publicado el texto de sus «dramáticas» conferencias del Círculo Mercantil, que con acierto ha impreso «Goya Ediciones». Defiende el señor Bravo la defensa de esas tierras inclinadas que destrozan las aguas y la esponja natural del bosque, que detiene el agua de lluvia, y advierte para no lejano plazo la merma del caudal natural del agua subterránea, si el monte no se atiende como organismo total o sea, no ya en la conservación del árbol, sino en el cisco, etc., que contribuye a que el terreno sea apto para la regularización de las lluvias. Probablemente, pese a todo, nos seguiremos suicidando, porque el canario tiene escasa visión para largo plazo: hace Universidades cuyos locales no tienen capacidad para sus alumnos, bibliotecas donde no caben libros, hoteles que resultan pequeños, casa de Correos donde no cabrán los paquetes postales y etc.

## TODAVÍA IRIARTE

Aunque aparecido en una revista, me complazco en señalar el interés del buen trabajo de Alberto Navarro «Temas humanos en la poesía de Iriarte» (*Revista de Literatura*, núm. I. enero-marzo de 1952. Madrid) por tratarse de un autor nacido en Canarias el tratado hábilmente por el actual rector de nuestra Universidad. Con su habitual ponderación y sagacidad, Navarro González estudia en Iriarte el tema del amor; el de la fama, que Iriarte desestima; el del menosprecio de Corte, acaso desvalorizado de una manera insincera por don Tomás y el sentido del quehacer poético, que Iriarte analiza negativa y positivamente, llevado en gran parte por desear para sí valores que niega, quizás enraizados en hondos resentimientos personales. Se trata de un penetrante trabajo con el que hay que contar para los estudios irartianos.

## LAS REVISTAS

Durante el primer semestre del año aparecieron dos números de una revista universitaria, *Piscis*, que, como muchas revista, se malogró pronto y que estaba lujosamente editada. *Tenerife Gráfico* ha seguido con sus animados números proclamando un cartel de constancia, infrecuente entre nosotros. Don Antonio Martí sigue publicando su animada y popular revista *Anaga y Revista de Historia*, gracias a la diligencia tipográfica de que disfrutamos, no ha publicado aún sus números de 1952, que están todavía en prensa.

Si he omitido algún libro aparecido en Tenerife o en Madrid durante 1952, referentes a la Isla o de autores tinerfeños, será porque no han llegado a mis manos o noticias, nunca por omisión voluntaria. La palabra exhaustivo está para los sabios y yo disto mucho de serlo, ni, desde luego, lo pretendo. No viste nada.

**341. HOY FIESTA DE LA POESÍA. «Gánigo», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 21 de marzo de 1953.**

He de confesar que la palabra es, fonéticamente, pastosa. Con esa espesa consonante gutural repetida, la voz gánigo se traba en las paredes de la garganta; no fluye por el río de labios y dientes como esas otras voces cargada de eses, que rozan el aire con la suavidad de un sedoso rumor de abejas. La voz gánigo se abre en curva y vuelve a cerrarse junto a la pared inicial de su primera sílaba como la redonda oquedad del cacharro aborígen al que da nombre. Gánigo era, entre los guanches e insulares primitivos, el nombre de un recipiente esférico, de barro cocido, con sus asas a veces para asir, o vertederas para beber.

Un poeta arqueólogo de Tenerife ha rescatado muchos gánigos de la tierra isleña enteros, unos; en fragmentos, pacientemente recompuestos, otros. El guanche guardaba en el Gánigo manteca, o cocía sus viandas, o recogía el agua de la escondida fuente, en ocasiones el gánigo era grande y podía servir de frutero, de recipiente de mocanes, la negra fruta madura, menuda, la «yoya» del gran árbol mocanera, del que apenas si quedan hoy ejemplares. En la espaciosa vivienda del rey Bencomo había una hermosa muestra de la famosa vasija aborígen llena de mocanes. Lo supo Antonio de Viana, nuestro cumplido poeta, épico, cuando versifica la real y verdadera historia poética de los amores de la princesa Dácil y el simpático capitán español Castillo:

«Ella, muy corta, de vergüenza llena, le dio sólo un mocán de un grande Gánigo que estaba lleno de ellos para el postre, por ser remate ya de sus manjares.»

El gánigo, pues, recinto de curvas, gobierno de lo esférico, de oquedad y de lo cerrado; el gánigo es símbolo de lo conservador, de la previsión que guarda hoy para la ofrenda dadivosa de mañana. En el escudo de Dácil pudo estar un gánigo, porque él es símbolo de lo femenino también. Para una heráldica poética de la isla la princesa y el tosco cacharro serían los abalorios exactos, de una tierra pequeña, discreta y fina que tolera con gran disgusto la osadía y acusa las sutiles gracias de la compostura. La infantina de Taoro carece de los hechiceros y lúbricos encantos de aquella tormentosa Circe; ni siquiera estaba en posesión de las finas atracciones de la ensoñadora Calipso; tampoco eran los suyos perdidizos tesoros carnales de la bella Armida; envolvían sus encantos juveniles mantos invisibles de miradas castas, fugaces arreboles en su rostro blanco, un cielo afortunado que respuntaban las graciosas estrellas de unas pecas.

A la par que Dácil, el cacharro que pudiera servirle de aditamento venusino también es modesto. Parece que la cerámica tinerfeña no es muy vistosa en decoración; es de sobriedad ornamental; nuestro sencillo Gánigo no es, desde luego, de la cultura del vaso campaniforme gran Armida cerámica del eneolítico.

Bajo el numen fonético de esta voz Gánigo, y acaso de su significación, quiere hoy un grupo de poetas y escritores del Círculo de Bellas Artes tinerfeño centrar la voz lírica y creadora de estos días insulares y españoles. Una revista es siempre contenido y ofrenda, recipiente y conserva, relicario y haz.

Existe un abusado tópico nacido (como todos los tópicos) de una realidad, en este caso palmaria realidad geográfica, de que Canarias es nudo entre el continente europeo y el americano. Desde su raíz parece que es la estación terminal de una vieja

cultura mediterránea, que tiene aquí su último cabo perdido, superviviente y, por tanto, arcaico. Como un inmenso Gánigo la isla —las islas—, guarda, conserva: de aquí esas muestras sumergidas que detienen al buen turista estudioso: la supervivencia de tantas cosas: versos, romances, bailes, que se dan cita, una perdida cita ya, de ausencias y fugas peninsulares.

Pero como un inmenso Gánigo también, la Isla —las Islas— ofrece la cultura de lo que es suyo y guarda: cultivos, poesía, alma y generosidad a las veras diestra y siniestra: a la diestra, por donde sale el sol y vino la cultura, recibe (isla, gánigo, recipiente) en su tensa espera de lo de fuera: tráfico con Bristol, Londres, París o Madrid, trasiego de galeones, veleros. Vapores, trasatlánticos, ir y venir de Londres a los puertos isleños, y a la siniestra, ir y venir a Santo Domingo, Cartagena de Indias o la Guaira. Amasar en ese Gánigo activo del tiempo las voces portuguesas, las recatadas eses andaluzas, las arrastradas haches aspiradas todavía del garcilasiano Toledo y guardarlas aquí, a mandarlas o Montevideo con aquellos teguesteros Melianes, que todavía así se apellidan por allá, a Cubita bella, o a ese norte venezolano regado de húmeda simiente isleña.

¡Diligente, sobrio y modesto gánigo isleño! Hecho de barro, del santo suelo, como el cuerpo de Adán, nos llega entero a veces desde remotos días pastoriles, de unos tiempos que replegaron el secreto en su fondo mismo; pero las más, sólo nos lega fragmentos para que la poesía del arqueólogo y del soñador levante en el aire su primitivo ser de cacharro arcillario y humilde.

El «Gánigo» de nuestro Círculo de Bellas Artes podrá fragmentarse, habrá de fragmentarse más tarde o más temprano. Acaso todo dependa de su contenido, de que las manos que lo porten sean cuidadosas y pulcras, sepan guardar y ofrendar. Así, cuando el tiempo le quiebre por las ranuras del barro, devendrá en fragmentos, pero estos trozos serán como los pedazos de la vasija: conservarán una curvatura suficiente para contener unas gotas de agua sobre la que caerá, brillante y pura, la mirada de sus estrellas.

### **342. COLABORACIÓN. «Un poema de Luis Diego Cuscoy», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 8 de abril de 1953.**

Lo cuenta Enrique Ibsen en su *Peer Gynt* y lo instrumenta Grieg. Grieg hace cantar a Solveig su apasionado rezo de la espera, un fiel e incontenible lamento melódico en el que Solveig asegura ser —como en el magnífico verso de Quevedo— «eterna amante de un eterno amado».

Ahora Luis Diego Cuscoy actualiza el tema poético de la palmera del sur y el pino del norte, el maravillosos símbolo isleño de Dácil y Castillo, con el signo cambiado: la palmera es ahora pino; Dácil, lo femenino, es ahora errabunda, y es Castillo, firme, rocoso, el poeta, quien espera y para quien se ha abierto la impensada flor de una aurora casi no presentida.

La exquisita y primorosa prosa poética de Luis Diego Cuscoy me hizo sospechar desde hace tiempo el latido oculto de un poeta de hondo valor lírico, de gran dignidad formal, que vibraba al ritmo poético de la hora presente. La aparición del hermoso poema *Solveig, latitud de mi isla* con gran acierto editado por el Instituto de Estudios Canarios en su colección «Retama», acaba de confirmar mis sospechas. Es cosa de anunciar sin titubeos, con toda claridad, que estamos frente a un poema estupendo donde la isla ha salido de las manos del lírico creador con todos los elementos purísimos que la hacen posible en su prodigio único de diosa eternamente recién nacida del mar, como la gran diosa de los griegos, que cuajó la gracia y la armonía al soplo de los vientos.



Porque la novedad del poema de Cuscoy no está sólo en darle nueva forma al hondo drama que todo «Canzoniere» supone, sino contrario en función y simbiosis poética con el marco puro de la metafísica isleña. Devastada toda ganga concreta y anecdótica, toda referencia comarcal o local, Diego Cuscoy ha sabido arrancar de la armoniosa cuerda de la isla una canción inédita, limpiísima y universal a base de elevar el valor concreto de la isla a desnuda categoría lírica.

Como una arrebatada luz que ciega surge del horizonte marino quien debió saber que el poeta (y también la infantina de Taoro un día) esperaba, aunque se pierda siempre lo que mucho se espera; a esta delicada deidad la envuelven las tiernas suavidades del soplo cálido, del aire, del ave y de la espuma, que se entretajan en las manos, los párpados, la voz, la figura de la amada. Toda nuestra sencilla y vistosa flora compone el césped para los pies de la aparición, que la siempreviva presintió y la temblorosa margarita aguardaba y por quien el mar estremeció su carne:

*Repicaba el ocaso  
con sus grandes campanas  
cuando tu sombra azul se estremecía.*

...

*La resaca amainó.  
La siempreviva azul dejó su savia  
en los lagos tranquilos de tus ojos.*

*Grutas marinas, euforbias, santasnoches,  
flores de pascua, tabaibas, son el coro  
asombrado al paso de la criatura:*

*Los helechos te muerden las caderas  
y el bosque todo es clamor silvestre.*

Y más arriba, donde la isla se desnuda y se entrega, se inclinan el escobón, el codeso, la camomila:

*Calla la camomila  
al borde de las lavas  
y perfuma silencios,  
y llega hasta tu falda como una ola blanca,  
como una ola blanca hasta tu cuerpo rosa  
cuando se baña en sombras sobre este mar de arena.*

Anuda el poeta su rendido canto a la presencia viva de la amada con el leitmotiv del pasmo ante la llegada:

*¿Dónde te había visto antes de aquel crepúsculo?  
¿Qué vendaval de sangre  
anunció tu llegada?*

...

*Acaso te quedabas  
debajo del disuelto rumor de un tamarindo.  
con las primeras flores amarillas  
cayendo sobre el pulso marino de tu pecho.*

Pero la isla, el poeta, no goza de estas alas de blanca y fina ave norteña; la isla, el poeta, sólo tiene anclas y amarras:

*Las anclas me esclavizan  
a este silencio lleno de sirenas cansadas.  
¡Lleva tú estas anclas,  
tú, que ahora mismo acabas  
de llegar a esta orilla!*

Y después de la noche única, ya hecha no ser, nudo remoto, la voz del diálogo que resonó cuando los caminos se quedaron sin hojas:

*¡Quién te diría, amor, que tu blancura  
dejó huella de luz sobre las sombras!*

Luego la angustia replegada de una cima apenas gastada y el descenso del ocaso que marca el adiós. Todavía el poeta teje la tela finísima con que envolver tan suave delicia:

*Aquella siempreviva de las costas  
ciñe la gracia azul de tu mirada  
y el vegetal incienso  
sahuma el borde airoso  
de tu vestido claro.*

En el cañamazo de la imagen poética, de la pura metáfora, la humana y viva queja estremecida:

*No me digas adiós. Llena tu sangre  
con esta ola cálida:  
rompe tu hielo en estas piedras vivas  
y en este pobre corazón descansa.*

...  
*Cuando a tu latitud de noche larga  
te llegue la quejumbre de unas cuadernas rotas*

...  
*Dime entonces adiós. Mírame ahora.  
Las islas también saben cuándo el mundo está solo.*

Más tarde no queda otra cosa que la apretada compañía de la soledad:

*Ahora estás en el mar,  
que levanta su pecho porque te sabe cerca,  
y mi pecho se hunde porque te sabe lejos.*

Pedestal de esta alada victoria nórdica fue la cumbre reseca donde la isla alcanza su lirismo máximo:

*¿Qué buscabas arriba,*

*casi pegada al cielo,  
sobre aquel alboroto de montañas quemadas,  
de cráteres abiertos,  
de cenizas calientes y mundos derribados?*

No hay nadie ya, pero hay un nombre, un nombre escrito sobre el agua; un vecino de amarguras cuando, otra vez, el mar se llevó la huella de aquellos pasos. Por el mar viene la ilusión y el ensueño y, por el mar, la ilusión y el ensueño han vuelto a irse. La isla y el poeta enclavados, anclados, en tanto la canción y el ave se remontan y se pierden en la soledad de la isla y del poeta. La constante novia es, para su recreador, la isla misma. No Solveig la que espera, sino las notas de su canción, las que vuelan. En las cifras de Grieg, primero, y después en este precioso poema de Luis Diego Cuscoy por quien han repicado gloria lírica las ahora afortunadas musas de las Islas.

**343. COLABORACIÓN. «Huellas matriarcales en la cultura aborigen», *El Día, Santa Cruz de Tenerife, 12 de abril de 1953.* (*Papeles tinerfeños*, 1972: 62-66).**

El doctor Dominik J. Wölfel, en una de sus conferencias de la primavera de 1953 en Santa Cruz de Tenerife, llamaba la atención sobre determinados rasgos de cultura matriarcal que podían advertirse en el tema literario de Orestes y en la *Odisea* de homérica, en la que en tanto que Penélope espera a Ulises, ni el padre de éste, ni su hijo Telémaco, no solamente no sustituyen al ausente en sus funciones de mando, sino que ni se les menciona en tales prerrogativas.

Efectivamente, cualquier trabajo sobre los aborígenes del matriarcado nos ofrecerá sugerencias semejantes en torno a los mitos griegos, que parece haber analizado con detención Bachofen en 1861, cuando publicó su *Das Mutterrecht* y luego Morgan en *Ancient Society*, 1877. A los dos trabajos alude la monografía de Paul Lafargue, *El Matriarcado*, y el más completo de todos, el *Enigma del matriarcado*, del alemán Krischer, vertido al español en 1930 por la «Revista de Occidente», que son los que puedo citar, por tenerlos a la vista.

Subraya Wölfel tales vestigios matriarcales en relación con los posibles restos que también de matriarcalismo se observan en el tardío testimonio que del pueblo guanche nos dejó el Padre Espinosa, por ejemplo. Valdría la pena, con Espinosa y los libros de Lafargue y Krischer a la vista, destacar algún rasgo aborigen en relación con el matriarcado.

A estas alturas, rebasada ha sido ya la opinión de Bachofen, quien pensó que la organización del plan primitivo fue matriarcal y más tarde patriarcal, y que el mismo fenómeno se dio en todas las primitivas culturas. Krischer afirma que, tras el dominio patriarcal, al pasar la cultura de nómada a sedentario, o sea de la fase del hombre cazador al agricultor, la mujer, inventora de la agricultura, impuso un dominio que no fue largo ni quizás completo; el hombre recobró pronto el mando, no sin tenaz lucha, cuyo vestigio ha quedado en determinados ritos. Notas típicas de la preponderancia matriarcal son la poliandría; el privilegio del hombre como hermano mayor (por hijo de su madre) a la herencia, de la que, en cambio, no disfrutaban sus hijos sino sus hermanos; otro rasgo del paso del matriarcado al patriarcado es la covada en el hombre o sea similar dolores y llevar ayunos después del parto de su mujer. La covada se observa entre las tribus caribes, del Chaco; Marco Polo la advirtió en ciertas tribus chinas; Estrabón la señala entre los celtíberos y hasta hace poco se practicaba en Vizcaya. Todavía otro dato de interés registrado por Krischer: entre los maorís de Polinesia, que emigraron de las Samoa a Nueva Zelanda, de influjos matriarcales, existía una manera de organizarse la tribu, la de los que descendían de los que vinieron

en la misma embarcación en el siglo XIII, o sea el clan del hueso, porque todos veneraban en comunidad los huesos de los antepasados, conservados como reliquia. Y por último, Krischer afirma que ya en la civilizada Roma había un vestigio de matriarcalismo en «la costumbre de ceder el paso a las matronas, en la calle, con la mayor cortesía. Quien las importunara con palabras o acciones insolentes había de comparecer ante el verdugo».

Traigo estas muestras aquí, porque las vamos a atestiguar en la cultura aborigen de las Islas.

Respecto a la poliandria, los capellanes Boutier y Le Verrier, cronistas del conquistador Béthencourt, afirman que las mujeres indígenas de Lanzarote tenían tres esposos, lo que no alteraba su natural honestidad, pues era la organización del matriarcado así. Pedro de Luján en sus *Diálogos matrimoniales* dice que una indígena de Gran Canaria podía tener cinco maridos. Por cierto que los cronistas españoles, llevados de su natural celo católico y, sin comprensión para semejantes estratos de cultura remota, como era natural en sus tiempos, niegan tal poliandria y el autor del llamado Escudero (acaso un interpolador de este libro) discute con Pedro de Luján tal afirmación, sin duda por estimarla afrentosa. Abreu Galindo se limita a seguir casi al pie de la letra esta negación del Escudero, pero Viera, que vive en otro siglo, adopta una postura ya moderna. En el libro de Lafargue se alude a esta costumbre en nuestras islas.

Lo que sorprende es que en el siglo XVI, el gran cronista indio Garcilaso de la Vega el Inca no se avergüence de afirmar que sus propios antepasados (al hablar de sus costumbres en los *Comentarios reales*), «demás del príncipe dejaron estos reyes otros hijos e hijas, los cuales casaron entre sí, unos con otras, para guardar limpia la sangre». Profesaba el valioso e inteligente inca una especie de actual sentido de la historia que ya muchas personas quisieran hoy para sí.

En cuanto al papel del hermano mayor en el gobierno y la herencia, que no recaía en sus hijos, sino en sus hermanos, se destaca con precisión en el capítulo VIII del libro I de la obra del Padre Espinosa, quien afirma que la sucesión no era de padres a hijos, sino que heredaba el hermano mayor y muerto éste, los restantes. En Egipto, país de costumbres matriarcales, el faraón, para garantizar la legitimidad de la descendencia podía casarse con su hermana; Espinosa afirma en el lugar citado que el rey, para no ensuciar su linaje, podía casarse con su hermana. Lo mismo que hacían los incas.

Lo curioso es que un autor dramático español del siglo XVII, deseoso de ponderar las excelencias de la Virgen de Candelaria y de enfrentar las normas de la religión católica con las costumbres de los guanches, siguiendo puntualmente a Espinosa, plantea el nudo teatral de una comedia en tres actos *Nuestra Señora de la Candelaria* (que me editó en 1944 el Consejo Superior en Madrid), a base de esta sucesión de hermanos en la herencia y, lo más extraño, haciendo que el personaje femenino, la Dácil de Viana y de Lope de Vega, sea hermana de Bencomo y de los ocho reyes restantes de Tenerife. Bencomo y Acaymo, los hermanos mayores, solicitan el amor de su hermana Rosamaría, que los rechaza para casarse, al final, con el gallardo Castillo.

¿Quién no ha oído hablar, entre nosotros, del zorrocloco, que existía en el sur de la isla? La verdad es que no he encontrado ninguna referencia histórica ni literaria al mismo, si bien no niego que la haya. Se dice, pero nada más que un decir. En cuanto a la voz, el Diccionario la registra, pero con otro significado. Lo probable es que existiera la costumbre de la covada, toda vez que en Vizcaya también ha existido hasta hace poco.

Relacionada con la aludida costumbre de los maorís de Polinesia, puede estar la que cuenta Espinosa acerca del juramento que hacían los indígenas tinerfeños ante el

hueso del rey más antiguo del linaje, al que besaban y ponían sobre su cabeza. Acaso una ligazón a un desembarque remoto también.

El respeto romano a la mujer encontrada en la calle, visto por Krischer como vestigio matriarcal, se funda la sorpresa primera de los pastores ante la aparición de la Virgen de Candelaria a quien, como mujer, les estaba vedado por sus leyes hablarle primero.

Arqueólogos e investigadores insisten en asignar a la cultura aborígen un papel de gran significación en el problema de los pueblos mediterráneos. Apenas el interés se detenga en unos cuantos aspectos, abordados al azar y sin más intención que la divulgadora, el papel conservador de las islas en Prehistoria y en Historia adquiere unos caracteres en verdad singulares.

**344. COLABORACIÓN. «Nosotros, periódico universitario», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 22 de abril de 1953.**

Los estudiantes de nuestra Universidad están publicando un periódico mensual que se llama *Nosotros*. Con gran amabilidad me han enviado los dos números aparecidos y algunos quieren de mí, no sé si mi opinión, o que diga algo de *Nosotros*. Con la sinceridad que procuro dar siempre a mis afirmaciones (¡mis disgustos me cuesta a veces!) digo que estamos frente al intento más serio, honrado y simpático que los estudiantes de todos los tiempos han emprendido en nuestra tierra.

El periodismo escolar en La Laguna tiene (¡cómo no!) sus precedentes. Allá por 1825, cuando se inauguró la Universidad fernandina, los estudiantes anunciaron por medio de un prospecto la aparición de un periódico «El Tinerfeño», que no llegó a salir porque fue prohibido en el mes de noviembre. Pero la gente joven, que es esforzada siempre, sacó un papel clandestino en diciembre que se llamaba *El Zurriago*, y sabe Dios las cosas que diría...

Años más tarde, el 4 de marzo de 1837, apareció *El Pigmeo*. En su título rezaba que era «periódico crepuscular». Aparecía en La Laguna en la imprenta de la Universidad de San Fernando, porque conviene que se sepa que la Universidad tuvo su imprenta. «El Pigmeo» era bisemanal y entre los meses de marzo y abril repartió sus quince números; era cáustico, docto y chistoso y se burlaba de los disparates que los periódicos locales de entonces (*El Atlante* y *El Tribuno*) decían. El que dice verdades como puños molesta siempre y, sobre todo, si las prueba con pelos y señales; por eso fue perseguido *El Pigmeo* y, como además tenía poco dinero, dada su calidad estudiantil, redactó él mismo su epitafio de esta manera:

*Aquí yace sepultado  
bajo de esta losa fría  
uno que fue ajusticiado  
por tener bolsa vacía.  
Como no tuvo otro vicio,  
por eso murió sin mengua.  
¡Ya vendrá el día del juicio  
y tornará a hablar su lengua!*

Es probable que algún otro intento de periodismo escolar universitario hubiera antes de 1932 en que apareció *Brújula*, redactada por un grupo de universitarios de entonces en La Laguna y que publicó varios números; de hace no muchos años era *¡Arriba España!* Quizás haya habido otras muestras de la preocupación periodística de los estudiantes, pero este *Nosotros* de ahora tiene de sorprendente y confortador su

sinceridad, desde luego, la corrección con que está redactado, y la nota de limpia crítica constructiva que supone señalar aciertos, pero también censuras donde se precisan. No hay ningún versito cursi. Mejor, pues, no sirve.

A mí no me gusta dar consejos a los jóvenes porque creo que éstos no necesitan consejos sino ejemplos. Lo que la madurez puede ofrecer a la juventud es una honestidad en la conducta y una obra, mala o buena, que aporte al esfuerzo común, pero que uno hace y va haciendo todavía con el mejor deseo, con la máxima decencia y sinceridad. Si uno acierta o no, eso es cuestión de los demás y no nuestra. Siempre me ha parecido una majadería de la persona madura el que objete a los jóvenes que no tengan lo que un día tendrán: madurez; pero no es ello en sí, (porque los años no son un escalafón de valor sino de respeto) lo que importa; a los veinticinco años se puede escribir una novela estupenda o un trabajo científico o literario pasables. Que esta persona de cuarenta bueno, y a los cuarenta sólo se ha podido llegar a quinientos artículos de periódico ponga la mano protectora en el hombro de la de veinticinco es cosa de risa...

Poco valioso es el hombre maduro si sólo aporta el mero exponente de su madurez con aire suficiente ante la obra del joven. Lo que hay que oponer a una obra es otra, no años. Los años repito que sólo merecen respeto cuando se hacen respetables muchas veces, y por generosidad y comprensión, cuando no se hacen respetables, que son las menos.

Estos jóvenes de *Nosotros* se ocupan de cómo debe ser la Universidad, glosan la crisis actual, comentan cine y teatro, libros y conferencias. Uno de los articulistas tiene la valentía y buen gusto de afirmar que una obra teatral representada por el T.E.U. no fue entendida por sus compañeros, que no tienen «una educación acorde con nuestra condición de estudiantes» y que parte del público estudiantil «hizo gala de una falta de educación y cultura decepcionantes». Esto en la pluma de un muchacho estudiante y no en la de un profesor más o menos gruñón tiene un valor incalculable como síntoma de anhelos de mejoramiento y de hacer las cosas bien. Quizás esas risitas que al joven comentarista le molestaron obedezcan a una raíz más honda de la que acaso los muchachos que se rieron ni siquiera tengan la culpa: la falta de verdadera formación humana y universitaria en la que andan menesterosos muchos estudiantes y profesores, es decir, el actual «corpus» universitario. Pero esto es materia delicada y a ella hemos de volver alguna vez. Para estos estudiantes todos de *Nosotros* mi enhorabuena por sus esfuerzos y sus actos.

**345. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Roma y la muerte», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 25 de abril de 1953.** Publicado con el título de «La muerte y su sentido», en *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, el 29 de abril de 1953.

En España no se concibe un ejemplo semejante al de la Iglesia de la Concepción o de los Capuchinos en Roma. Un poco más arriba de la graciosa *Fuente de las Abejas*, en la elefante vía Veneto, está la mínima iglesita de los silenciosos y viejos capuchinos. Tienen los capuchinos en el sótano de la sacristía cuatro capillas funerarias donde han enterrado a los muertos de la comunidad, pero sólo en un país que, a fuerza de sobrearmar la vida, reverencia poco a la muerte ha sido posible que los capuchinos hayan hecho arte con los propios huesos de sus hermanos de orden. Más que espantarnos la visita al cementerio, al osario capuchino, nos ha sorprendido que las calaveras compongan, como piedras, una puerta de arco romano, que las tibias cruzadas sean lámparas que penden del techo y que vertebras y huesecitos integren grandes rosetones adosados a paredes y bóvedas del macabro lugar en cuyo suelo de tierra se pudren los últimos cuerpos llegados, que habrán de convertirse más tarde en ornamento

del recinto. Momias de frailes con sus hábitos están adosadas a las puertas o echadas en el hueco de un simulado sarcófago de calaveras, fémures y tibias. Y no cabe duda, tantos son y tan bien combinados están los humanos restos, que uno llega a familiarizarse con su vista y hasta encontrar bien la composición de una roseta de fémures y vértebras.

Pero este hacer arte con huesos no se comprende en España. Tenemos aquí un respeto imponente, un pasmado miedo al esqueleto, que nos impide semejante faena. Recuerdo haber visto en el Museo de Valladolid una escultura de Juni o Becerra que representa a la Muerte, un esqueleto con alguna piel de la que salen larvas; me parece haber oído decir que sacan a esta Muerte en procesión, pero no estoy segura. Es una Muerte todavía cercana a la vida, por el nexo de las repugnantes larvas, que faltan, a cambio, en otra escultura que vi en el Louvre, procedente del cementerio de los inocentes; esta Muerte del Louvre está más lejana a la vida que la de Valladolid, porque lo que el español prefiere es ese culto dramático, caliente, con la tragedia que la muerte inmedia supone, la muerte medianera de la vida y en los límites de ésta.

La Muerte con mayúscula, la personificada en figura plástica o literaria, debió representarse en los cementerios en otro tiempo. Del de los inocentes de París dije que procedía la escultura del Louvre. Cuando Avellaneda, el autor del falso Quijote, quiere referirse a la fealdad del héroe que le robó a Cervantes, dice de don Quijote en el capítulo XXXIV de su obra: «No parecía sino una Muerta hecha de la armazón de huesos que suelen poner en los cementerios que están en las entradas de los hospitales».

A fines de la Edad Media, el democratismo igualitario de esta dama dio trabajo a los poetas, ya enquistados en una tradición de símbolos y alegorías, para componer esas *Danzas de la muerte*, pretextos de aguda sátira, pero España bien pronto perfiló (no sé si por la levadura semítica del contorno que le obligó a largos tratos con ella) una exaltación religiosa por la Muerte. No es un azar que haya sido Unamuno (como señaló Marías) el gran meditador de la Muerte. Y acaso en esta inclinación hispánica habrá que buscar el sentido del «paso», de la adhesión a celebrar el drama de la Pasión, el drama de la muerte, en sus calles y plazas, que en la Semana Mayor falta en las de Roma, con extrañeza del que por vez primera visita la Ciudad Eterna: ni una procesión visible, ni suspensión del tránsito, no ya en Roma, pero ni en el recinto de la Ciudad Vaticana. Apenas si se advierte en Roma la llegada de la Semana Santa y en las iglesias pueden entrar, como siempre, sin velo las mujeres, sin que nadie se lo advierta.

Erraría quien sacara una consecuencia negativa de todo esto. El cambio, al anochecer del Viernes Santo, me sorprendió bastante el ver a la gente comprar grandes huevos de pascua, huevos de chocolate de todos tamaños y otras confituras y saludarse los conocidos» con un cortés «¡Auguri!» Y es que la gente se felicita por la inmediata Resurrección de Cristo. Es la vida y no la muerte lo que el pueblo italiano exalta y yo pensaba que mientras los españoles en las procesiones del dramático silencio acompañaban en aquel momento el dolor de la Virgen, los italianos abrigaban la alborada del próximo nacer, la alegría de la Resurrección. Así se entiende que los capuchinos hagan rosetas con sus huesos. Cuando salíamos del singular cementerio un hermano viejecito estaba callado, ensimismado en su mundo interior, a la puerta de subida, en la sacristía. Me dio la impresión de que guardaba, impasible, el turno para convertir su osamenta en un arco de puerta o en una lámpara.

**346. CRONISTAS DEL DIARIO. «Excelencias en la selva de Doramas», *Diario de Las Palmas, Las Palmas de Gran Canaria, 9 de mayo de 1953.***

Hace ya varios años, mis buenos amigos de Las Palmas me llevaron a ver una liquidación: por la carretera del Norte de la isla redonda, vía Moya, fuimos a los Tilos, a

ver lo que, como hubiera dicho Quevedo, era ya «un vocablo y una figura» de la famosa montaña de Doramas.

Es posible que el gran caudillo canario tuviera por aquellos contornos su residencia; ello explica el que Viera diga que el célebre Doramas fue más conocido por la agradable selva en que vivió que por sus cualidades heroicas, que no fueron escasas. La hermosura de la preciosa selva ha constituido un tema sentimental y literario, específico de Gran Canaria, que me ha interesado desde hace tiempo. La isla ha celebrado en Doramas unas excelencias pasadas y una ruina; cantó la selva en la maravilla de su esplendor y lloró el ocaso de su hermosura. La ruina de un bosque en las Islas, en una isla como Gran Canaria, sobre todo, supone gran duelo insular, resorte nostálgico de una irreparable pérdida, porque las Islas, que son esencialmente geografía, cuando pierden un bosque, pierden algo más importante que un monumento nacional arquitectónico: pierden gran parte de su sabia vital, y Gran Canaria con la preciosa selva perdió lo que ya he llamado su corazón vegetal.

El verso garcilasiano y renacentista de Cairasco, con su artificio y monumentalidad grecorromana que lindaba el barroco, exaltó de una manera apasionada, fervorosa, la belleza de la selva, una belleza extremada y superlativa, según su cantor:

*Aquí florece la admirable selva  
que el nombre ha de heredar del gran Doramas.*

Así comienza Cairasco en su ampliada versión de la *Jerusalem* del Tasso a celebrar los primores del gran bosque. Ni el Helicón, monte de la Beocia, consagrado a las griegas Musas; ni el Pindo, en el Epiro griego; ni el Parnaso de la Fócida, donde Apolo estaba coreado por las Musas mismas, podían competir con la gran selva de Doramas. Los bosques de la fuente de Acidalia, consagrada a Venus; las selvas de Tesalia, en el mundo clásico heleno son vencidas por la hermosura de Doramas; contra ella, frente a la verdura de su bosque y de sus frondas, pardo es el verde de la vegetación de Tivoli en Italia, de Cintra en Portugal, de Aranjuez en España.

Uno se queda sin respiración. ¿Poetizaba, exageraba demasiado el canónigo canario?

Mas es el caso que el ingeniero Torriani, contemporáneo del autor del *Templo Militante*, no escatima su encendido elogio a la belleza de la gran selva; Torriani estuvo en Gran Canaria y tiene para su verde corazón palabras tan rendidas como las de Cairasco: amenos collados, aguas fríasimas, lugares umbríos, innumerables árboles de cimas excelsas y, ¡quién, entre la maleza y las fuentes, no sólo ve allí las supremacías del monte Ida, las divinidades del Parnaso o de la Arcadia? Digna es la selva para Torriani de ser cantada por la zampoña de Titiro el mantuano o del napolitano Sincero, pero no se olvide el ingeniero poeta de advertir que la montaña de Doramas es de feliz memoria por «la suave musa del afortunado Cairasco, noble planta provenzal cultivada en los terrenos eliseos de Canaria».

Aquellos tilos, enormes, elevadísimos vegetales se transforman bajo la pluma monumentalizadora de Cairasco en columnas arquitectónicas:

*Los altos tiloes, verdes capiteles  
Con mil diversos árboles...*



El bosque de Doramas es una catedral botánica; las cimas arbóreas componen una bóveda; Cairasco dice varias veces que si se corta un árbol, el tronco se multiplica, la pérdida se repone con creces de tal manera:

*que arriba en pocos años el cimborrio  
de todos los demás, con igual cumbre,  
no puede al Coliseo y Consistorio  
del apolíneo rayo entrar la lumbre,  
aunque parece ingratitud forma da  
a quien el ser le dio negar la entrada.*

No entraba un rayo del sol en la apretada espesura del follaje. ¿Desmesura de Cairasco? ¿Meras dotes estéticas de creador al aludir a la selva como si fuera un gran templo de verdura? Pues no. Viera y Clavijo, que vive en el circunspecto siglo de las luces, atestigua la imagen cairasquiiana: «Hay un sitio —escribe Viera en *Las Noticias*— que los paisanos llaman la Catedral, que a la verdad representa una gran pieza de arquitectura decorada de columnas, arcos y bóvedas».

No hay mucha agua en Gran Canaria; la afirmación de Cairasco la estimé exagerada:

*Por más de siete mil famosas fuentes,  
despide Gran Canaria cristal puro,  
sin otras infinitas, que a la gente  
su fama y nombre ha sido y es oscuro.*

Pero también el Torriani habla de muchas fuentes, y Viera, tras advertir que el rayo del sol no ha entrado en las espesuras de Doramas, afirma la «copia de aguas claras y sumamente frías» que en caudalosos arroyos bañan las tierras, sobre todo en las Madres de Moya. Para tanta hermosura los acentos de una oda, la encendida prosa del italiano, la bellísima descripción de Viera; para la ruina futura y el ocaso los trenos melancólicos de un canto fúnebre.

**347. COLABORACIÓN. «La lección de Santiago Sabina», *El Día, Santa Cruz de Tenerife, 16 de mayo de 1953.* (*Papeles tinerfeños*, 1972: 138-140. *Todos los que están fueron*. Tomo II, 2008: 199-201).**

Con ser muchos los méritos musicales de Santiago Sabina, no puedo, por falta de preparación, referirme a ellos; lo que no es honesto para quien se ha adscrito, como mejor ha podido, a todo lo que signifique gracia y hondura, repique y palmas en los dominios de una isla, deseada con las máximas excelencias, en esa perseverante, sencilla y edificadora lección que el quehacer de Santiago Sabina significa para todos.

Quienes hayan arrimado su hombro entre nosotros a una labor que requiera constancia y seriedad, tensa vigilia al pie del cañón, en medio de un paisaje de indiferencia, de silencios más o menos teñidos de amarillo (color del sexto pecado capital), o de zafiedad aldeana, encubierto bajo el ladrillo del canario del «canis», esos sabrán valorar en su justa medida cuán valiosa es la ejemplar misión de Santiago Sabina.

El canario del «cano», del canto, el fino canario de la estirpe del ruiñeñor en calidades, ha entendido, con la generosidad nativa del alma noble, la fina lección del maestro Sabina, contrastada en la plata de su medalla, en las palmas a su homenaje.

Debe, no ya Santa Cruz, sino la isla toda, a Santiago Sabina horas maravillosas y únicas. A lo largo de dieciocho años, Sabina ha logrado poner de acuerdo a unos músicos beneméritos, algunos excelentes, todos de la mejor voluntad, y ha logrado dar cita en sus conciertos a ese público adicto a la música, desde luego, pero que, con su presencia en el concierto, ha dado la cohesión de una extensa minoría selecta. Da igual que la mente más o menos taimada alegue que para ciertas gentes «viste» ir al concierto. No importa. Que incluso se tenga la conciencia de que «viste» ir a un concierto un poco más que ir al fútbol es ya una selección.

Debemos al maestro Sabina esa porosidad amplia de su inteligencia, en virtud de la cual todo músico, pianista, violinista, director o compositor nacional o extranjero de valía que haya podido venir a Tenerife, aquí ha venido merced a las gestiones y empeños de Sabina, deseoso en todo momento de dilatar el campo de una orquesta provincial, a cuyo posible adocenamiento ha salido al paso su eficaz director. La isla pequeña tiene siempre el peligro de su limitación, de achatar su espíritu y cerrarse a los aires del mundo; de ahí la necesidad de que, o sus hijos salgan de ella cuando les sea posible, para que se enteren de cómo es el mundo, o bien, para los que no pueden hacerlo, que sean las gentes del exterior quienes vengan a ella, y se establezca un contacto doblemente beneficioso.

Horas de máxima tensión de soledad estética debemos al maestro Sabina; tras la significación de acontecimiento social que la asistencia al concierto supone; y para ver y ser visto, ir para saludar o ser saludado, espumosería más o menos frívola, cada espectador pasa a ser en silencio, con los ojos cerrados, si lo desea, actor solicitario de una singularísima emoción artística. El espectador-actor echa a andar los resortes de su intimidad, al arcano solitario de su angustia, de su intimidad, más o menos honda; conecta con esa extraña fuente que es la música y según sea ese mundo solitario suyo, la música lo llevará a él solo por los grados mágicos, inefables, intransferibles de una vida singularísima que, en su máxima eficacia, le hace sobrenadar y rezumar por las mejores esencias de que es capaz.

Ejemplarísima labor la del sin par Sabina: lograr armonía de voluntades, de instrumentos y de años. Todos reconocemos humildemente nuestras limitaciones y los canarios sabemos que no es la perseverancia en las cuestiones artísticas y culturales virtud nuestra. Empeños iniciados con entusiasmo se han venido al suelo por falta de continuidad: sociedades culturales, revistas, agrupaciones, empresas más o menos relacionadas con una perseverancia que suponga darle remate y continuidad a la obra, se han quebrado porque la desidia, la desgana, el cantonalismo personalista, el prurito novelero de cohete verbenero que padecemos, ha sido incapaz de sostenerlas.

Por eso resulta lección provechosa y esforzada una labor de dieciocho años, sin que al maestro Sabina lo hayan acobardado ni el cansancio (que lo habrá tenido), ni la amargura de la falta de cohesión o de la indiferencia (que no le habrá faltado), ni esa desazón que le entra al isleño formado en el exterior de salir, de dilatar los pulmones cuando el aire se estrecha, el espíritu se achata y la voz de la esquina se pone arisca. Santiago Sabina ha sabido vencer todo eso. Un emocionado hurra para su fino y sostenido canto de rruiseñor de las Islas, nuestro gran señor el capirote, señorero y escaso, pero todavía vivo, en pie sobre la rama del mejor árbol tinerfeño.

#### **348. PLUMAS DE LAS ISLAS. «Muchas, las fuentes», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 22 de mayo de 1953.**

No sabría expresar qué clase de religioso encanto embriaga a determinadas personas la vista de un chorro limpio, largo, susurrante de agua que corre por una acequia, o, que sometido a un menester estético, levanta su columna en surtidor. El agua

tendida, como una enorme sierpe movable, viva, siempre cambiante y siempre la misma, es gran sierva y gran señora del hombre: pero como el hombre es el único animal que poetisa, es decir, que transforma o recrea, a un elemento sustantivo y necesario que domina en canales, cañerías, recipientes, apresa o deja libre, este hombre es capaz de obligarle a representar un papel adjetivo, secundario y lúdico; un papel estético, en suma. Y la columna tendida se levanta, se fragmenta en finísimas flores de cristal para componer ese ramo de retamas líquidas que, en los altos o en los lados del surtidor, esparce en el aire su húmeda fragancia.

Fuentes sólo ancilarias, fuentes útiles las han tenido y tienen todas los pueblos; fuentes de utilidad secundaria, esto es, fuentes que exhiben una agua que no se bebe sino que se admira en simbiosis con la escultura que animan, no sabría decir desde cuándo las ha hecho el hombre. Estas fuentes de Roma, estas fuentes que dan a Roma un perfil inconfundible, situadas en las calles o plazas más céntricas, están hechas en su mayoría por aquel Góngora de los mármoles italianos que se llamó el Bernini. En el siglo barroco de este escultor, con esa característica que este arte tiene de animar lo inerte, no podrá precisar con justeza si la protagonista de la fuente es la escultura o el agua. En la fuente de las Náyades, de la plaza Esedra, una fuente de 1901, trazada por Rutelli, el chorro vertical del centro, los chorros inclinados de los lados, las venas que en forma circular componen el gran pastel acuático al centro de un enorme plato de cristal, dan la impresión de componer el protagonista del monumento, al que unas náyades en bronce y un tritón central, reciben, para acharolar sus desnudos ébanos, que es lo que allí semeja el bronce.

Náyades, tritones, ranas, delfines criaturas acuáticas del mundo de la fantasía humana, del mundo mitológico que el Renacimiento desentierra con fines estéticos y el Barroco vitaliza, animan su inercia de piedra o metal con la dinámica jocunda del agua. Y el agua sale, graciosa, haciéndonos guiños, por la caracola del simpático tritón que da nombre a la transitada vía por donde, desde el Corso, se va a la plaza Barberini, señora de la fuente del Tritone. El mismo Bernini que la trazó compuso, bastante cercana a un extremo de la plaza, la pequeña fuente de las abejas (parece que la abeja está en el escudo de los Barberini, delicada miniatura del género en la que también el agua se abrevia.

Via Sixtina arriba (en donde Goethe dejó plantado unos árboles, según nos dice en su *Viaje a Italia*), la Plaza de España nos ofrece, por obra asimismo del Bernini, una bandeja oval acuática sobre la que, también en una pequeña nave («La barcaccia») el agua lame las cabezas de rana que le sirven de proa y popa. En el fondo la elegancia de la gran escalera que sube hasta la iglesia de La Trinidad, casi achata aún más la escasa altura de la fuente.

Pero donde el genio del Bernini da el do de pecho trepidante es en las dos grandes fuentes romanas: la de Trevi y la de la plaza de Navona.

Ningún viajero se olvida de pagar su moneda al agua de la «Fontana Trevi» (por las tres vías entre las que está situada). La primera vez que llegué a esta fuente, la más grande e impresionante de todas, era de noche. El agua estaba quieta, no corrían los surtidores y, sobre el lago limpísimo de la gran basa que soporta el monumento, la transparencia verde, silenciosa, de un fondo marino dejaba ver las redondas escamas de las innumerables monedas de diez liras que todos los que a la Ciudad Eterna queremos volver, de espaldas a la fuente, le hemos dejado en prenda. Sobre el agua, el escultor Salvi, siguiendo el diseño del Bernini, ha imitado un basamento irregular de naturaleza pétreo y como remate del incómodo pedregal, en justo contraste con esta voluntad imitativa de naturaleza indomada, un grupo escultórico de tritones guía los caballos del carro de Neptuno, con su rostro barbado y los agitados paños de su manto destacados

por la sombra de la gran puerta que, detrás de él, sirve de hornacina, de gran arco central al edificio, fondo de la fuente, que con sus columnas y hornacinas laterales de estatuas integran un todo de arquitectura, de escultura, exaltadas por el gran poema sinfónico del agua.

Porque la fuente auténtica no es la que vi la vez primera en aquella noche romana, sino la que vi después. La que vi y la que oí. La fuente auténtica es la que se oye: oír la risa y el susurro de aquella agua partida en más de una docena de amplias cascadas, que salen por los muchas bocas de unas rocas que tienen el artificio de lo natural, es rumor que no se olvida nunca. Allí se queda uno clavado largo tiempo, porque aquella canción, del agua de la «Fontana Trevi» es pariente de la que cantaban las sirenas clásicas. En esta fuente se entiende bien que los hombres se entontecieran al oír una canción así.

Dueña de la Plaza de Navona es la fuente de los cuatro ríos, de «Fiumi»; el agua sale por las caracolas dobles de los tritones, por las anchas fauces de unas quimeras; ellas y las figuras del Nilo, del Plata, del Ganges y del Danubio hacen del agua anécdota. Y unas veces mandando el agua y haciendo de la escultura su paisaje, y otras mandando la escultura con el agua por paisaje, las fuentes romanas son, en realidad, el adorno más representativo de la ciudad. El prodigioso esteticismo del país más artista del mundo se lanza a la calle una vez más. En Florencia regala al caminante la visión de unas puertas de oro; en Roma le ofrece la hermosura de sus fuentes: monumentos, canción, cuadro, poema.

**349. COLABORACIONES INSULARES. «Ruina y destrucción de Doramas», *Diario de Las Palmas, Las Palmas de Gran Canaria, 29 de mayo de 1953.***

Todavía en la mitad de nuestro siglo XIX un poeta de Gran Canaria, Ventura Aguilar, rezagado en la actitud de la dulzona bucólica del siglo XVIII, canta la hermosura de Doramas. Ventura Aguilar escribe un largo poema en silvas o estancias de tradición renacentista a modo de égloga, que titula «La montaña de Doramas». Dos pastores, Meliteo y Elisio, intervienen en ella, que es de calco muy garcilasiano, la composición recuerda la primera «Égloga» del gran poeta de Toledo y en momentos concretos la «Vida retirada» de Fray Luis, si bien resuelta dentro del marco menos vigoroso del bucolismo del XVIII. Aguilar se refiere a:

*este abundoso parado,  
esta selva sombría,  
este recinto ameno  
por donde con sereno  
paso, murmura la corriente fría.*

La soledad sombría de la selva, las consabidas auras, las yerbas olorosas, los árboles gigantes, las aves y un elemento de ruina para el bosque, aunque en boca del pastor Meliteo sea un ornamento bucólico:

*Miré triscar gozosa  
por enriscados cerros  
la suelta cabra con veloce planta*

El poeta aludirá a Cairasco primero y a Viera después, cantores de las excelencias de Doramas, que le precedieron:

*Así el zagal divino  
que cantó la belleza  
de esta selva en su Lira celebrada,  
y aquel que de Taoro vino  
y narró la grandeza  
de nuestros padres en la edad pasada*

Pero la selva de Doramas no era ya por 1850 lo que fue, ni muchísimo menos. Se había consumado buena parte de su destrucción y, para un poeta bucólico, la selva es buen marco de una égloga más o menos poética. El mismo Viera y Clavijo en «Los Meses», escritos después de 1779 como un arreglo de un poema francés de Rucher que lleva el mismo título, al cantar el trimestre invernal, alude a la famosa selva.

Vivos, melancólicos acentos de elegía arranca la decadencia de tanta hermosura desecha al no muy sostenido numen poético de Viera; pero nos suenan a buenos los sentidos endecasílabos que el polígrafo tributa a Doramas, Viera recomienda a los pajarillos que huyan de la selva, porque amenazan el leñador y el carbonero; a retirarse de los amenos sitios aconseja a los pastores inocentes, pues las manadas de cabras y los bueyes «que devoran los brotes cuando nacen» allí, «no permiten que nacidos medren».

Fue, pues, la ignorancia proverbial de nuestras gentes campesinas y no campesinas la que permitió la ruina de la maravillosa selva: cabras y bueyes, leñador y carbonero en animal coyunda, todos acabaron con los brotes, con la espesura, con las frondas y la inmensa bóveda de la catedral botánica. Así suena el lamento de Viera:

*Sitios queridos de las nueve musas  
en cuyos frondosísimos andenes  
paseó de su numen agitado  
el divino Cairasco tantas veces.  
¡Montaña de Doramas, deliciosa!  
¿Quién robó la espesura de tus sienas?  
¿Qué hiciste de tu noble barbuzano?  
Tu palo blanco ¿qué gusano aleve  
lo consumió? Yo vi el honor y la gloria  
de los tilos caer sobre tus fuentes...*

Viera, pues, fue testigo de la hermosura y del nacimiento de la ruina de Doramas. Moría, de nuevo, con la selva, el gran caudillo de Gran Canaria. A trenos angustiados suenan los endecasílabos y heptasílabos que el poeta Rafael Bento escribe en su «Oda a la destrucción de Doramas»:

*El hacha asoladora  
el exterminio al término llevando  
con su implacable filo  
hiende las hayas, el laurel y el tilo.*

¿Cómo fue posible semejante locura? ¿Cómo la isla dejó secar el latido de su corazón?

Un hijo de la misma isla de la selva, militar aguerrido en América, que intervino en la sublevación de Caracas, la cual daría la independencia a aquellas tierras, alcanzó el mando de la Comandancia General de Canarias en 1827. Para abonar su

sueldo el Gobierno le entregó el umbroso estuche de la selva, de una selva que era de su misma isla. De 1831, el año que moría Bento, es otra composición destinada a lamentar la ruina. El poeta Bento ha cantado en varios sonetos al general Morales, pero del último año de su vida es la fecha del soneto que titula: «A Doramas en 1831». Es un menester docente su reproducción:

*Adiós, Doramas: ya el tirano llegó  
a destruir la obra de natura,  
ya la esperanza de la edad madura,  
¡ay! En un mar de lágrimas se anega.  
Ya no la lluvia que los campos riega  
volverá a descender sobre la altura,  
ni se verán cubiertas de verdura  
la recortada loma y fértil vega.  
El gallardo laurel, el prócer tilo,  
la yedra que a sus troncos se abrazaba  
soberbia de tener tan dulce asilo,  
todos, todos caerán y donde estaba  
anidado el placer, puro y tranquilo,  
entrará la ambición, que todo acaba.*

La selva de Doramas es hoy una liquidación de aquella pretérita grandeza. A veces la melancolía de la poesía es de mayor eficacia que la ira frenética. La isla misma destruyó su hermosura y su riqueza. Con los golpes del hacha y al caer de los tilos, otra vez caía al desaparecer su sombra, el señero caudillo, gran tilo indígena que hundió la certera lanza de aquel leñador que fue Pedro de Vera.

**350. EL DÍA, EN LA PROVINCIA. «La Romería y el pueblo», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 25 de junio de 1953. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 211-215).**

Prodigiosa nota de color, de alegría, de sentimiento regional vivo han llegado a ser las romerías de San Isidro y de San Benito. San Isidro es un santo conmovedor, tierno, esencialmente campesino, pero no menos simpático es San Benito, quizás el primer santo que reúne de una manera sistematizada en Occidente a unos hombres dispersos para actuar en comunidad. En la comunidad tuvo el cultivo de la tierra un lugar importante. El San Benito de la Villa Arriba lagunera, con su delicada vestidura, su hermosa mitra, casi ha hecho espiga de su báculo que enseñoorea a las auténticas espigas que adornan su delicado trono. En mi niñez la procesión de San Benito era modesta. Lo bajaban de su ermita, daba la vuelta por la Iglesia de la Concepción, pero llevaba delante su buena danza que embobaba mi adolescente atención y la de los mayores. Aquella danza tenía en potencia el inmenso y rotundo surtidor de ahora.

No es un azar que sea en La Orotava y en La Laguna donde ha surgido con éxito y pujanza la revalorización del pueblo. Sólo quien tiene tradición puede entregar y sólo cuando la aristocracia se ha sentido pueblo ha llegado a alcanzar su plenitud y su sentido. Ser aristócrata significa únicamente ser mejor; pero ser mejor es algo que hay que estar probando continuamente día a día. Lo triste es cuando para demostrar que se es mejor hay que acudir al otro, al antepasado, porque al perder lo que a ellos los hizo mejores (su valer o su valor), vivimos de precario, de limosna, de los demás, y no de nosotros mismos.

Hace un par de domingos tuve que acompañar a unas amigas de Las Palmas al fútbol. Jugaban dos equipos de las islas vecinas Gran Canaria y Tenerife. Es preciso

advertir que sólo dos veces en mi vida he ido al fútbol, que no entienda nada y que sólo iría otra vez por mera cortesía, como he tenido que ir estas dos únicas veces hasta ahora. El fútbol es un espectáculo de masas y yo sólo soy pueblo.

Y era curioso advertir cómo la criatura individual se transformaba en función del espectáculo al convertirse en masa. El fútbol pone en vilo la actitud bélica del hombre, se azuza al jugador como al perro en la cacería. Un hombre que estaba detrás de mí se puso tan nervioso que le gritó a uno de los jugadores que pateara al otro, toda vez que el juego iba más lento de lo que sus nervios permitían tolerar. Un grupo de entusiastas que estaban cerca advirtió que las señoras que allí estaban eran de Gran Canaria y entonces desplegaron un conmovedor patriotismo a base de desear triturar a los once hombres que daban pataditas a un balón y que procuraban meterlo en un recinto acotado por una red donde estaba un hombre que se tiraba al suelo y que llaman portero. Estos buenos tinerfeños querían comernos por nuestro silencio. Yo estaba asustada; la cortesía con mis amigas me impedía moverme en ningún sentido; los hombres amenazaban a mis amigas con que los del Tenerife iban a meter media docena de goles, pero fue el parto de los montes: una vez el balón entró por la puerta del equipo de Las Palmas y luego al final casi entró otra vez por la puerta del equipo de Tenerife. Parece que se llama un empate eso; yo respiré, porque gracias al azar se reivindicó la ordinariéz de aquellos hombres que, un tanto corridos, salieron de prisa sin aguardar a razones y mis amigas, que les gusta el fútbol, quedaron recompensadas.

Espectáculos de este porte, de este gran porte que enajena a las gentes, les hace perder la ecuanimidad, chillar, dar aullidos de guerra como las tribus del desierto, insultar al que esté al lado si advierte «enemistad» y desplegar, en suma, las banderas del instinto bélico. El fútbol es un espectáculo pasivo; más lo sorprendente en la romería es que la gente canaliza y depura su instinto y en vez de chillar, canta; en vez de exaltar el instinto bélico, cultiva el instinto fraterno; no es la fobia, sino la filia lo que está en fino juego. La gente se divierte sin pelear ni azuzar a nadie y no es mera espectadora sino actora de su propia diversión. Cada vez va más gente a la romería, pero no sólo a verla, sino a hacerla, a vivirla. Se visten y cantan las gentes de casta, carrera, profesión y oficio; los viejos y los niños en una integración casi total. La masa se depura en pueblo y porque el pueblo es señorío y singularidad se viste diferenciado, cada uno con su traje, con el traje de su casta o clan, con el distintivo del tipo, es decir, con el traje «típico». Y canta lo suyo, lo que le es específico y propio, adaptado al pueblo a lo largo del tiempo.

Lo popular, traje, baile, canción o costumbre ya es sabido que es la irradiación transformada de lo señorial y culto. Aquellas reverencias de nuestras folías antiguas venían de las reverencias de los salones, y tanta «dama» y «galán» como suena en nuestros cantos antiguos y en nuestro pueblo, de arriba, del señorío que viene. Esa dama de verde polizón y ese galán de chistera y calzón corto que se pasearon con gran empaque por las calles laguneras en la Romería de San Benito quizás no sepan que significan el ejemplo vivo de que ellos, del señorío, vino el otro señorío de lo popular. La chistera del caballero pasó a la cabeza de las campesinas de alguna región de la isla de La Palma que hoy exhiben la prenda aristocrática, no muy antigua, desde luego, porque la chistera o sombrero de copa es en Europa cosa del siglo pasado.

Maravillosa nota cordial, de hermandad insular y ya hasta regional la de esas romerías tinerfeñas que exalta la fraternidad, la canción y las sanas emociones del alma, que para ser limpia, debe vibrar al ingenuo y fresco conjuro de la emoción popular. La romería ofrece al espectador, al que no puede o no quiere ser actor, la ocasión de exaltar no su instinto bélico, sino su capacidad de entusiasmo, de admiración y de ternura. Danzas vistosas que exhiben una cuasi religiosidad ritual, manadas de limpias ovejas,

compactas, que parecen secretar el susto en la movable manta que componen, algunas muy curras con sus lazos; viva ternura la de ese punto y coma que escriben un cochinito mínimo con su lazo rojo, o el avispaado retozo de un mulillo; hermoso ganado que Dios deja criar para que el hombre cuide. Estrecha unión de bestias, frutos y hombres. Naturaleza en rito y apretado haz que exaltan los valores más sanos y puros del pueblo: armonía, danza y cantar. Fraternidad, color, sonido. Milagros que hacen de la masa, pueblo.

Y ahora una advertencia, que es un ruego, a mis amigos de la Comisión de la Romería de San Benito: toda vigilancia en la pureza y «alegre seriedad» de la romería es poca siempre.

Este año se deslizaron dos carretas con sus parejas de ancianos; en una llevaban a una criatura en una cuna tan ajetreada que si al niño no le pasó nada es porque Dios no desampara al que cría. Cuando los viejos no se hacen acreedores al respeto, no tienen nada que hacer. En la Romería sobran, porque divierten al público con sus chacotas de mal gusto y el mucho vino que llevaban. Convertían otra vez al pueblo en masa, que vociferaba ante sus gestos. Hay que prohibir terminantemente semejantes anécdotas. Y alguna carreta con detalles que la convertían en mala carroza. Tan estupendo fue lo demás que vale la pena señalar estos lunares mínimos para que ni una leve falla manche la esplendidez de tan rotundo día.

### **351. «Isla, novia», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 27 de junio de 1953.**

Existe, me parece que desde el siglo pasado, un tipo de literatura de álbum que, como la vieja poesía epigramática, es una literatura de circunstancias y, en general, breve. Con las últimas preocupaciones grafológicas, enraizadas en la psicología, el álbum ha adquirido además el valor de autógrafo en sí y, tanto en su abuso, que Gerardo Diego, tan parco en palabras, ha dicho en alguna parte —creo que en un álbum— que un poeta es un hombre rodeado de álbumes por todas partes, o algo semejante.

Pero hay en Tenerife dos personas inteligentes que en sus álbumes preguntan esto: «¿Cómo ve la ciudad desde aquí?» o «¿qué es una isla?» Javier Casais pregunta lo primero al visitante de su encantadora casa de «Las Mimosas». La segunda pregunta la hace Ernesto Guimerá en el álbum de su hija, si no recuerdo mal.

La casa de Javier Casais está en lo más alto de «Las Mimosas»; desde el torreón de esta casa tiene sentido preguntar, demandar por Santa Cruz, como desde Miniato o Fiesole, por Florencia, como desde el Janicolo, por Roma. Desde la casa de Javier Casais Santa Cruz se ofrece blanca, con su cola de cisne abierta, como una rosa en plenitud con el fondo azul de la mar llana, punteada de menuda luz brillante. Feminizada, animada por el tópico del poeta árabe andaluz («si tú quisieras, Granada, contigo me casaría»). Santa Cruz es una encantadora mujer que ha ganado la primacía tinerfeña para venir a tenderse junto al mar, ahí, cara al naciente, de donde siempre ha venido la luz.

Acertadas definiciones están escritas en el álbum de la niña Guimerá sobre lo que una isla es.

Demasiada agua por sus costados y tierra escasa plantean al isleño un disparo doble, según sea la tensión de su alma. La escasa tierra le trae ventiscas y ansias continentales, comezón evasiva, apreturas, de la que el mar es camino y liberación. Este es el disparo que alcanzó a Cairasco de Figueroa, a Rafael Romero, que los papeles llamaban «Alonso Quesada». El mucho mar a otros menos esforzados les corta sus alas de fino pájaro (al canario que canta, al de «cano») o le afianza o le afianza sus mansedumbres ladradoras (al canario de «canis») y entonces se ensimisma, se meten en su alma y son los melancólicos de ritmo lento, con las alas plegadas o los socarrones



mascullos del gruñido, más como el tipo cabalmente puro (bien lo sabe la ciencia y la etnología en concreto) es un ideal; lo cierto y verdadero es que todos, gústenos o no, mezclamos ambas dosis, en mínima proporción, a veces, según los individuos, claro está, pero nuestros sudores pasamos para reducir a cero, entre los finos arpegios de trinos y alas, el punto socarrón y taimado con que nos gusta rematar las íes.

Pero a esta tierra pequeña de la isla, apretada con su cuerda de olas blancas, el canario cabal la lleva siempre dentro; llama o despide, según el ritmo del alma agónica, más atrae siempre con su encantado susurro de sirena antigua. Nuestras islas rara vez han embrutecido al que a ellas arriba, ni han prodigado nunca maleficios de la hechicera Circe, que convertía a los hombres en cerdos. Al viajero ya he dicho en otro lado que, o lo embriaga con su ternura de Ogigia, o lo prende en su red encantada de Penélope, la de Ítaca. Calipso o Penélope el viajero es, o su amante, o su esposo.

Y este amante o este esposo la ha cantado de diversas maneras y con desigual fortuna. La adscripción a la tierra isleña, cuando nace de sus hijos mismos cobra caracteres específicos de vinculación y rendimiento. Raro es el poeta canario, de la isla que sea, que no tenga para ella ternuras filiales, fervores puros que vuelca sobre el paisaje, sobre el caserío que la respalda, el volcán que la corona o hiende, el mar que la ciñe, la criatura que sostiene, la imagen desnuda que sustenta. La isla, como un escudo heráldico, va prendida en el costado creador de nuestros poetas con una permanencia de constante poética. Un cantor de La Palma, Felipe Lorenzo, viajero de mares tropicales, cruzado por el tormentoso mar del Golfo de Méjico, canta ahora su isla, también. La maravillosa, alta, como un corazón o un triángulo isósceles, industriosa isla de La Palma. Con su tradición de flamencos, de sedas maravillosas, de exquisitos primores de repostería, verde, umbrosa y fiera en su interior con hervores en sus volcánicas venas. A esta isla, en la que cayó un lejano día del siglo XV la flor marchita de la cara moza de un doncel español, la siente Felipe Lorenzo como una novia.

### **352. EL DÍA, EN LA PROVINCIA. «Contestación de María Rosa Alonso a don Esteban Coello», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 2 de julio de 1953.**

No me quedaba más que ver sino que, encima de la inquietud que a muchas personas nos produjo ver pasar en la Romería de San Benito un niño volteado en una cuna de forma tal, que la gente lo comentó de una manera pesimista, encima, repito, me vengan a «porfiar» que la anécdota estaba muy en su punto y que estoy «completamente equivocada». ¿De qué?

¿Ante qué personas sensatas querrá hacer este señor que lo blanco sea negro y lo negro blanco? Si el propio comunicante recoge los «incierto comentarios que en torno» a la criaturita surgieron, es porque hubo porción de personas que censuraron la gran magada: someter a un niño tan pequeño a un incesante volteo en una carreta o carroza, o lo que fuere, en la que dos señores viejos iban dándose mojicones y diciendo gracias para divertir al público que en los pueblos ríe siempre y azuza al pobre tonto del lugar. Nuestras costumbres campesinas, dignas de ser exaltadas un día en que La Laguna se ha convertido, sin pedirlo, casi en la capital de Archipiélago, no son las negativas o de ordinario chocarrera, la de «pelea de magos», que está bien para uno reírse en particular, para verlo en un sainete, o así, pero nunca en un día de exaltación limpia, alegre, positiva.

Insisto, por el mucho respeto que a los ancianos tengo, que la vejez es demasiado noble para servir de espectáculo público. Aquellos ancianos iban gesticulando y con sus botellas en las que bebían. Sí era agua o no, eso ya lo ignoro, pero que iban bebiendo, señor mío de Igueste, sí, porque los vi y todos los que tenemos ojos.

¿Qué representaban digno de la tierra? ¿Qué hacía allí aquella cuna? Iba allí una señora demasiado anciana para ello. Una bonita escena con una madre joven y una casa limpia, acaso habría exaltado la más pura misión femenina, pero las cosas, tal y como las vimos, casi suponían una caricatura. Y eso no, mi señor de Igueste.

Dios me libre de ofender a los buenos ancianos de Igueste, pero en este mundo no basta muchas veces serlo, sino parecerlo y, la verdad, lo mejor es no exponerse a servir de chacota a los demás. Nos va mucho a todos que la gran Romería de San Benito no se nos malogre con notas de ordinariéz, gran peligro de la magada en grande. Mi crítica, como siempre, es constructiva, y cuando censuro la falla es para que se corrija y no para sumarse a los burlones, o a los que se encogen de hombros porque se quieren llevar bien con todos, o porque tienen miedo. A mí me gusta decir siempre la verdad. ¿Está claro? Y que Dios me lo conserve bueno, mi señor de Igueste.

**353. «Carlos Rizo», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 3 de julio de 1953. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 164-166).**

Ya se le dobla a uno el alma, como rama quebrada por el vendaval, cuando es otro más, otros de nuestros pocos, escasos y entrañables como este noble Carlos Rizo, que también se nos ha ido.

Lo trajo a mi amistad la cordialidad generosa del inolvidable José Manuel Guimerá, de quien era tan íntimo. A los dos los supe amenazados, pero la angustia de una enfermedad implacable y lenta se detuvo, morosa, y sombreó la apretada vida de Carlos Rizo con frondas de pasionaria, que lo cercaron como un sudario. Sabíamos hace tiempo que Carlos Rizo se nos moría, se nos estaba muriendo, y una vez me habló de su enfermedad (que él conocía perfectamente) con la misma serenidad con que me hablaba de todo lo demás. Era un hombre noble, fino. Hablaba en voz baja; incapaz de un ademán torpe, poseía una nobleza que ya, si existe, resulta un arcaísmo. José Manuel Guimerá decía de él que era uno de esos hombres que le hacían a sus amigos creer en la vida.

Duros tiempos los nuestros en que están en quiebra los valores esenciales de la intimidad, aquellos que mi maestro Morente estudió; la amistad, el amor y la soledad. Ahora se celebran, y justo es, las dotes públicas de los hombres, sus obras de toda clase y sus méritos del orden que sean, pero muchas veces, si fuéramos sinceros, tendríamos que reconocer, al lado de los méritos del hombre público, las inmensas fallas de su vida íntima, esas manquedades de la vida privada, que ya sé lo escasamente que cuentan en una época en la que la palabra honestidad casi suena a gazmoñería.

Carlos Rizo, de modesta y bien cortada pluma a veces, pero escondida en el anonimato, gastó sus entusiasmos en muchas empresas públicas de su ciudad, cuyo progreso amaba y le entusiasmaba. Algunas veces lo hacíamos salir de su oficina unos instantes (en la calle antigua de la Marina con ese estupendo patio que Dios conserve) José Manuel y yo, y nos hablaba de proyectos urbanos que tenían o no su aprobación, pero siempre con viva querencia por Santa Cruz.

Cierto que no era lo que se llama un valor público y en épocas en las que el brillo externo tanto encandila, la vida sencilla e íntegra de un hombre parecerá a los demás parva levedad. Mas yo tengo fe en que cuando reviente la mediocridad petulante se han de imponer los valores finos, silenciosos, de los que era ejemplo el ademán, la actuación y conducta de Carlos Rizo. Preciso le es al hombre leer la obra del escritor, valorar las fundaciones sociales del conciudadano que lo beneficia, admirar el edificio o la gran plaza que el técnico les construye; todo ello es exigible, toda obra valiosa ha de necesitar el hombre, la criatura, de sus semejantes, pero si tiene vida íntima y como el magnífico Garcilaso, el de Toledo, «no le podrán quitar el dolorido sentir», necesitará la

hora de la confidencia, del aflojar el alma de su pesadumbre, del consejo anhelado, de la generosa mano amiga: para estos menesteres de la amistad no sirven todos; a veces nos estorba la sabiduría del sabio, la vanidad del escritor o del artista, la pedantería del profesor, las enormes latas del técnico, y lo que nos sirve es esa alma delgada, limpia, afable, generosa y comprensiva, dotes que adornaban con creces la noble vida de Carlos Rizo.

Un día ya lejano, en una sobremesa, una exquisita mujer nos leyó en ese dado con caras al mar y al monte que es el Taoro su Poema «Cyrina». Son unos versos dramáticos a una niña muerta:

*Por la ventana abierta entraba el sol  
y el olor de los campos sobre la niña muerta.  
Una caja tapizada parecía  
un estuche de esencia.*

Leía Dulce María Loynaz con esos acentos únicos que ella sólo puede dar a sus versos:

Murió de madrugada y era dulce  
como todas las niñas...  
El olor del campo  
se mezclaba al de la cera  
derretida; sobre el cristal zumbaba  
obstinada una abeja...  
En los ojos abiertos bajo el vidrio  
le cabía la Muerte... ¡Toda entera!

No he de olvidarlo nunca, porque una mujer jamás olvida el llanto de un hombre auténtico. De pronto, apretado por no sé qué recuerdos íntimos, Carlos Rizo hundió la cara entre sus manos y se nos echó a llorar. Quizás nadie habrá aquí que lo recuerde ya. Aquel instante emocional que conmovió el alma nobel de nuestro amigo era un rasgo de su espíritu transido por el final de una niña a quien la muerte dobló sobre las rosas. Sobre nuestro noble amigo: Carlos Rizo o la amistad, también se ha doblado ahora la muerte... «¡Toda entera!».

**354. «Sebastián Padrón Acosta», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 8 de julio de 1953.** (*Papeles tinerfeños*, 1972: 167-72. *Todos los que están fueron*. Tomo II, 2008: 263-267).

Lo escribió el propio Padrón Acosta y lo citaba en el periódico el padre Eguiraun como una explicación a la actitud de «aquella vida que se iba apagando». Padrón Acosta se había encerrado con sus libros en su casa; le molestaba salir a la calle, evitaba la luz, se iba replegando, ensimismado en su soledad, la tremenda compañera, y sólo pedía a Dios una buena muerte: «Ya lo humano para mí no tiene grandes entusiasmos», escribía en agosto de 1951.

A pesar de todo, a mí me quedó siempre una extraña inquietud por el drama lírico, personalísimo, de don Sebastián Padrón Acosta. Creo que hablé con él unas cuatro veces en mi vida, pero conservo un interesante epistolario suyo. La primera carta es de noviembre de 1949 y la última de enero de este año en que murió. Un epistolario es, muchas veces, florilegio de intimidad y tiene para mí respetos emocionales, suspendidos recatos ante la reserva de quien confía en la delicadeza del remitente; no

creo rebasar la indiscreción si afirmo cuanto vivo y enorme caudal de pasión literaria, de fervor por la obra creada día a día, se advertía en Padrón Acosta.

Acaso nuestro gran investigador desbravaba su drama íntimo en la continuada creación infatigable, desvelada, que cada día le iba saliendo mejor, más decantada, más precisa y pulcra. Muchas veces le escribí instándole para que saliera, para que admirara la luz, el paisaje, el gran escenario que Dios nos ha hecho aquí para que admiremos su grandeza, pero no era en la Naturaleza donde Sebastián Padrón Acosta buscaba a Dios, ni en las criaturas. Huía del paisaje, de los hombres, para sumirse en la intimidad y dialogar con Dios en su corazón.

Le entusiasmaba el acto de ir creando su obra y en todo el epistolario que de él conservo se advierte un vivo amor por la investigación regional. Yo admiraba mucho su entusiasmo y su trabajo y así se lo escribía. No esperé a que muriera para hacer de su obra el elogio y estudio que él merecía y en agosto de 1951 en un diario de Las Palmas le dediqué dos trabajos que analizaban sus publicaciones de entonces.

Fueron los doce últimos años de su vida, los años de la madurez, los que dieron casi toda la obra de Padrón Acosta. Dispersa, en gran parte, entre la revista y el periódico, eficaz servicio haría quien la recogiera en un buen volumen, sobre todo la publicada en los diarios, merecedora de quedar fijada y de aprovecharse mejor en la hoja del libro que en la volandera y huidiza del periódico.

Obra de carácter erudito en su mayor parte, fue hecha en el recinto apasionado de un gran amor por el país. Para una mejor visión de la misma podríamos distribuirla en estos apartados:

- 1) Trabajos de investigación artística.
- 2) Trabajos de investigación histórica.
- 3) Trabajos de investigación literaria.
- 4) Antologías.
- 5) Obras de creación literaria.

Excelentes y cuidadas monografías las que Padrón Acosta dedicó a escultores y pintores canarios: A José Rodríguez de la Oliva, escultor y pintor, en 1943 en *Revista de Historia*; al escultor orotavense Fernando Estévez, el mismo año, y al pintor Juan de Miranda en 1948, en la misma revista. Al pintor Valentín Sanz dedicó Padrón Acosta en *Revista de Historia*, titulado «La vida del pintor Valentín Sanz, a través de sus cartas», 1949; luego el libro de 161 páginas que se publicó en 1950, *Centenario de Valentín Sanz. El paisaje canario del siglo XIX*. De aparición casi reciente es su otro libro de 106 páginas aparecido en 1952 sobre *Don Luis de la Cruz, pintor de Cámara de Fernando VII*.

En el apartado segundo, referente a las publicaciones históricas, tiene lugar preferente el extenso trabajo «Apuntes históricos sobre la Parroquia Matriz», o sea la Concepción de Santa Cruz de Tenerife, que publicó casi todo en *La Tarde* desde agosto de 1943 hasta comienzos de 1945. Con material de primera mano, gran amor y paciencia escribió Padrón Acosta la historia de la parroquia santacrucera, siguiendo el ejemplo del venerable Rodríguez Moure con los templos de La Laguna y Candelaria. En este grupo cabría el trabajo dedicado a «Los héroes de la derrota de Nelson», aparecido en *Revista de Historia* en 1948, y dos estudios biográficos insertos en la misma revista: «El deán don Jerónimo de Roo», en 1950, y «El ingeniero don Agustín de Bethencourt Molina», en 1951, refundición y ampliación de unos cinco artículos que, sobre el mismo ingeniero, había publicado en *La Tarde* en 1944 y 1949.

La investigación literaria regional debe a Padrón Acosta impagables servicios. Desde 1940 la Biblioteca Canaria recogió cuatro trabajos suyos sobre Anchieta, los poetas románticos, las poetisas y el almendro de Estévanez en el folleto titulado «Poetas canarios». En *Revista de Historia* han aparecido cuatro hermosos estudios: «El niño poeta Heráclito Tabares», 1947; «La poesía de don José Tabares Bartlett», 1950; «El romanticismo de Lentini» y «El doncel de Mondragón», en 1952. Pero está pidiendo el volumen cuidado ese disperso «Retablo canario del siglo XIX», que publicó *La Tarde* desde diciembre de 1947 a mayo de 1951, unos 34 capítulos en los que estudia con amor y detalle las figuras más representativas de nuestro siglo XIX, que tan bien conocía Padrón Acosta. Mucho espacio nos llevaría la cita de numerosos artículos periodísticos que don Sebastián dedicó a diversas personalidades, obras y temas referentes a la literatura del país, no ya del siglo pasado, sino del presente y del actual momento. Padrón Acosta ha sido llamado el Alberto Lista de la última hornada poética, que lo tuvo por su mentor y generoso consejero.

Todavía como antólogo, recolector, y prologuista tiene en su haber: «Antología de La Laguna y su Santísimo Cristo», 1943; «La copla». Cuadernos de folklore *Drago*, número 1, 1946. Pero merecería una recolección el extenso y hermoso trabajo que en *La Tarde* dedicó Padrón al tema de la copla en unos quince capítulos publicados a fines de 1943 y en 1944; la «musa popular canaria» es estudiada en aspecto religioso, coplero, marino, de pueblos, Teide, novelistas, etc. Todavía la «Biblioteca Canaria» publicó en 1950 *Cien sonetos de autores canarios*, a los que puso prólogo y atinadas notas nuestro llorado investigador.

Que aún tuvo ancha el alma para escribir obra de pura creación personal: dos cuadernitos poéticos *Teide* y *El surco de las estrellas*, ambos de 1950, el mismo año en que publicó su novelita corta *La moza de Chimiche*, prosa bien urdida sobre el viejo tema del indiano y la moza que se casa con él por la coacción paterna ante el dinero, en tanto el enamorado un día correspondido regresará rico para morir solo en la tierra natal chimichera o de Santa Úrsula.

Los cuadernitos poéticos tienen dignidad creadora. En *El surco*, concebido, sin duda, con anterioridad, se advierte aún la impronta modernista y la agonía finisecular:

*Sin ráfagas de fe en las humanas cosas  
devoro mi tristeza, sentimental y esquivo.  
Muchas veces me halaga un perfume de rosas  
con que aroma la triste soledad en que vivo.*

*Ya tan sólo me resta como única fortuna  
de tristes desengaños el agudo puñal.  
Y por la vida paso sin ilusión ninguna  
bebiendo de mi cáliz el veneno mortal.*

Las diez composiciones de *Teide* están escritas ya desde unos supuestos poéticos distintos. Se cuenta con una lectura más al día. La imagen y el léxico son de cuño vigente. He aquí el volcán:

*Pabellón de luna fría  
biselado de la nieve;  
alba mineralogía  
que con la plata se atreve.*

Pero se nos murió demasiado pronto este ensimismado, metido en la región abismal de sus libros, donde apenas llegaba la luz o la voz del amigo que podía ser recibido, o la carta que él necesitaba. Una vez me escribió: «Mi soledad necesita del aliento de sus cartas». ¿Por qué se nos encerró aquella criatura entre sus libros? ¿Por qué aquella aversión a la luz, a esa maravillosa luz de Dios? Nadie puede llegar a la dramática hondura de un alma y el secreto, Dios y él se lo llevaron. A nosotros nos dejó su útil y afanada obra que, vuelvo a repetir, cada día le salía mejor; cada día superaba y la creaba con arreglo a métodos nuevos de investigación, que hacían de sus estudios, precisos y estimables capítulos, que su inteligencia libertaba de la inutilidad prolija del mero y empírico cronista de pueblo, gran peligro que acecha a veces al autodidacta. Padrón Acosta estaba al día en lecturas; nada se le escapaba y nunca descubrió el Mediterráneo, porque su vitalidad lo salvó de ingenuas sorpresas. Investigó con honradez y suficiencia y sabía hasta donde tenía que llegar en la precisión. Muchos trabajos le quedaron por hacer y de varios de ellos me dio epistolar cuenta. Pero se quedaron como proyectos, como personajes pirandellianos. Dura y desgraciada faena es la de escribir obra de investigación, pero en una isla, en una tierra tan pequeña, la dureza todavía es mayor. Un escribir que es un llorar, como en el Madrid romántico de Larra, un buscar voz sin encontrarla, un morirse entre cuatro paredes de libros, o un escapar hacia la luz y dejar atrás las sombras, la soledad...

**355. «La poesía de Julián Herráiz», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 17 de julio de 1953.**

Unas manos y un empeño femenino han salvado para la galería de poetas tinerfeños los versos de Julián Herráiz, muerto en 1948 a los veintitrés años. No lo conocí, no lo vi nunca, o al menos no soy consciente de ello. Cuando el entonces esforzado Reyes Darias timoneaba aquellos cuadernillos poéticos de sus ediciones «Mástil», allá por 1947 y 1948 (una media docena de cuadernillos tal vez), el adalid de la colección fue Julián Herráiz con los sonetos de «La mentira del agua». En aquella ocasión registré el trinar mañanero del poeta y separé el soneto al Teide para mi «Antología» del volcán. Va para doce años que, sin desmayar, he venido anotando en una publicación de carácter regional y de minorías mi lecturas. Ha sido y es una ingrata labor en la que sólo en la que sólo he recogido penas y escasa o ninguna gloria. Trance peliagudo es hermanar la verdad, la sinceridad, con la susceptibilidad y el resentimiento: sudores espirituales los que se pasan para decir lo que hay que decir sin lastimar demasiado, o fatigas las de párrafos y más párrafos que nada dicen, porque nada pueden decir, porque nada hay que decir, si bien es preciso decirlo. Máximas complicaciones las del mundillo literario aquí y en todas partes, pero lo más triste es advertir confundida independencia y benevolencia (mucho más de la que se supone) con intenciones agudas, negativas. Mas estas cuestiones son así y acaso no puedan ser de otra manera.

Entonces me pareció que Julián Herráiz tenía que esquivar el virtuosismo sonetil que amenazaba de participios en «ado» el poetizar de aquellas horas. Efectivamente, el pulcro y delicado libro *Alfabeto celoso*, editado en Madrid por la prestigiosa colección «Adonais» y prologado con gran decisión por Gerardo Diego, buena muestra es de una labor limpia, en la que el temblor y la emoción lírica sobrenadan sobre la técnica y la floritura metafórica, conceptual y de léxico. En el alma del mozo Herráiz sonó el sortilegio de Juan Ramón, la grácil poesía popularista, de albertiana frescura inicial, y el aleteo de la *Alondra de verdad*, de Gerardo. Leyó bien, asimiló y creo una poesía limpia, delicada y de estremecimiento, como en los dos sonetos últimos del libro, esos sonetos de la ausencia, presentida una y eterna otra. No se nombra («poesía es eludir el nombre cotidiano de las cosas») la muerte, pero el poeta

isleño en la tradición del manriqueño mar-morir expresa en el gran elemento el término, y con la orilla, donde estará la amada aún, la vida. Mar, orilla y agua, elementos de la sustancia isleña, cobran así misión dramática de poesía:

*Yo iré ya por el mar y tú en la orilla  
no sabrás de mi nave, ni a mi vela  
podrán llegar tus ojos ni en la estela  
encontrarás la forma de mi quilla.*

Verso enamorado es el de Julián Herráiz, que se prenda de la presencia de la voz, de las manos (¡las manos sobre todo!) de la amada en ocasiones con un arrebató de antiguo estilnouvista:

*Ya va en el aire, blanca, nueva, pura,  
y todo lo que toca su hermosura  
de la hermosura se contagia de ella.*

La identificación es total con la amada:

*Tú estarás en mí estarás ya siempre,  
te llevará mi voz a todas partes  
y allí serás la misma que ahora eres.*

Honda e íntima poesía que apenas si concede al paisaje un motivo, pero como pretexto siempre de lirismo subjetivo. La poesía del malogrado Herráiz nutría su fuerza lírica en el alma enamorada del poeta, en su ansia de amor a la amada de Dios, en cuyos temas hay que buscar las composiciones más estremecedoras. Todavía la gracia teje finura y encanto para las canciones y composiciones cortas destacadas justamente por Gerardo Diego:

*La niña sabe que el sol  
se le pone entre los dedos.  
De azahar tiene las manos  
y amarillitos los sueños.*

Julián Herráiz (1925-1948) era de esta última promoción de poetas, la de Castañeda González, Tovar Baute, Rodríguez Machado, Reyes Darías, Arozarena y otros muchachos más, que andan por ahora en la ronda de los treinta años: sobre casi todos ellos vertió su generosidad, su orientación y consejo el insustituible Padrón Acosta, que en más de una ocasión alzó su dolorido lamento por la temprana desaparición de una criatura destinada a haber sido tal vez el más lírico del grupo, si la muerte no se hubiera dado tanta prisa por quebrar una voz, que comenzaba a alzarse, limpia y vibrante, en el concierto de la poesía tinerfeña.

**356. «Escritores y críticos», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 14 de agosto de 1953.**

Se quejan nuestros escritores del escaso interés que la prensa diaria presta a sus obras, de que, para que los diarios digan algo de ellas tengan a veces los propios autores que hacer una breve nota de la aparición del libro. Espinoso problema este de la obra, su difusión y la actitud de la crítica. Yo he aguantado sobre mis hombros de lectora un

peso, que es el de leer casi todo lo que mis paisanos publican, y después, sin esperar a que me envíen o me dediquen el libro, ni me demanden una impresión sobre él, para cumplir una obligación, he publicado esa impresión mía de lectora. He procurado leer siempre de buena fe, con generosidad, y he señalado, cuando ha sido menester, las objeciones que la lectura me ofrecía, fundadas siempre en el dato concreto y en el aval serio. He estimado como una consecuencia natural que el escritor aludido en mis reparos, jamás caprichosos, siempre fundados (dejando aparte en cuestiones de gusto mis seguros errores de criatura humana), proteste y despotrique en la tertulia, en contra de mis apreciaciones.

Me viene como anillo al dedo una afirmación de la página de libros de *ABC* del 9 de julio que dice: «Son pocos los autores que reconocen al crítico el derecho de observación, a la salvedad o a la sentencia condenatoria; creen que toda reseña debe ser elogiosa y que la que no lo es está inspirada por la animadversión personal. Tal postura equivale a confundir al crítico con el agente de publicidad amistoso. Toda crítica que se mueve en la línea exclusiva de la alabanza se desautoriza a sí misma y a la larga se anula. En definitiva, el perjuicio no es sólo para el que la hace, sino para el que la pide. Y ello porque los inmerecidos elogios encastillan al autor al pozo de su vanidad, incapacitándolo para toda mejora, y porque, además, los lectores terminan pasando por alto unas reseñas que *a priori* saben exclusivamente laudatorias».

Yo tengo mi experiencia de aprendiz de escritora y de aprendiz de crítica. Las notas que más he estimado han sido las que me han hecho personas para mí desconocidas, aunque lo son, claro está, por sus méritos. Algunas veces me han hecho objeciones serias (recuerdo las de Fichter en «Hispanic Review» y no se me ha ocurrido despotricar contra el crítico y sus reproches. He procurado tenerlos en cuenta, mejorar mis trabajos (al menos intentarlo), no creerme infalible, seguir adelante con buenos modos y «aguantar el genio», como en frase feliz dice nuestro campesino. Me alegra acertar y que el crítico coincida con mi creencia de no haber hecho faltas graves, pero si las hago y me lo demuestran con ejemplos concretos y citas precisas, lo lamento, pero lo reconozco y me callo, siempre que la objeción sea seria y no caprichosa e infundada.

¿Qué logramos los escritores con que un amigo nos haga una nota de compromiso y nos diga que somos pero que muy listos y sabios ya que escribimos como los ángeles, si éstos escribieran? ¿Qué provecho obtenemos de una nota en la que se advierte que nuestro libro no ha sido no ya entendido, sino ni siquiera leído? El autor sabe perfectamente cuando su obra es leída, entendida o no; sin duda que le apena el no ser leído, claro está, y todos lo sentimos, pero lo que de verdad le produce bochorno, cuando su epidermis moral es fina, es leer unas columnas a él dedicadas llenas de adjetivos excelsos. Jamás he sentido más vergüenza e indignación que cuando alguien se ha atrevido a llamarme «ilustre». Ilustre es Menéndez Pidal, Gregorio Marañón, Ortega y unos cuantos más. Abusar de los adjetivos es deformarlos, dejarlos vacíos de sentido. En ciertas plumas, los adjetivos son cáscaras. Cáscaras que se prodigan a diestro y siniestro en una época en que cualquier modesto escritor se cree un estilista o un cronistilla cursi de pueblo un historiador, o un versificador ripioso un Juan Ramón Jiménez. Y, naturalmente, el periodista de oficio o el amigo benévolo, harto de las mimoserías del prosista, del cronista, o del versificador, para que lo dejen en paz y no le saquen las tiras en las tertulias, lo llama «ilustre» y le dice que tiene «un valor insobornable» o semejantes zarandajas que se tragan los papanatas. Lo importante es saber que no todo el campo es orégano y que hay personas modestas, que saben los límites de su valer, que conocen sus errores, que procuran actuar con dignidad y honradez. Tales criaturas, ante una inundación de adjetivos máximos sobre su sencilla obra y persona, sienten la vergüenza e injusticia de la desmesura. Porque si injusto



puede ser el ataque infundado, la envidiosa conjuración del silencio, no lo es menos la hipérbole jabonosa e insincera. Lo que uno sabe perfectamente es que no es «ilustre». ¡Pues no faltaba más!

Pero la sinceridad resulta inusitada y casi nunca somos creídos los que defendemos nuestra verdad. No importa. La mayoría se pierde por el elogio, porque lo llaman listo y valioso. Por eso la misión del pobre crítico o aprendiz de crítico es de lo más desagradable de la profesión de escritor. La advertencia de *ABC* recoge el unánime sentir: la mayoría de los escritores, aunque sus obras no pasen de una docena de artículos de periódico, exigen del crítico o del amigo el comentario elogioso, sin caer en la cuenta de que a la postre, a nadie engaña, pasada la hora de las indecisiones y las sorpresas. Profundo error el de creernos más listos que los demás. Si somos inteligentes, a lo más que podemos aspirar es a ser tan listos como los otros. Pero un punto más tiene sus riesgos.

Desde 1942 vengo dando mis impresión de lectora en una revista universitaria. Por demanda superior lo he hecho hasta ahora: pues bien, tengo un arsenal de anécdotas que darían lugar a comentarios más o menos divertidos, si la discreción no me vedara el contarlas. Autores que se creyeron perjudicados por mis notas me votaron en contra en determinada ocasión; un aprendiz de periodista resentido, con manejos ocultos, me indispuso con un antiguo amigo, modesto el periodista por no haber yo encontrado sus pinitos raquíuticos árboles frondosos...

Esto se gana con semejante menester profesional. Razón tienen los escritores y amigos del jabón y alabanza perpetuos, los que llaman sabio e «ilustre» a todo bicho escribiente. Quieren llevarse bien con todo el mundo y evitan sus disgustos. Pero la misión de la crítica se la lleva la trampa. Más molesto es leerse el libro, destacar aciertos y errores, si ha lugar, y aportar materiales positivos a la publicación, si es posible. Más sencillo es no leerlo, atraerse las iras, la murmuración o el resentimiento morboso. Más cómodo, la agradecida palmadita al coro de adjetivos recibidos. Pero la verdad es una y, pese al fraude, la conducta decente es defender la verdad.

**357. «Tradiciones canarias», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 22 de agosto de 1953.**

Con amable, quizás para mí, excesiva dedicatoria, recibo el libro de don Pedro Tarquis Rodríguez que lleva por título el de este artículo. Don Pedro Tarquis invierte sus aficiones de escritor entre la crítica de arte antiguo y el cultivo de la tradición.

El excelente Padrón Acosta en un útil trabajo sobre la leyenda canaria, aparecido el 29 de noviembre de 1950 en *La Tarde*, al referirse a don Pedro Tarquis y a muchas de las tradiciones que publicó en este mismo periódico (ahora recogidas en el volumen que reseñamos), decía que el título dado por don Pedro era «acaso surgido al calor de la lectura de *Tradiciones peruanas*, de Ricardo Palma». Cabría añadir, en efecto, que la actitud y el estilo de Palma, su campechanía, la inserción de versos en la prosa narrativa, habituales expresiones como «pasado el filo de la medianoche», etc., han influido (salvando las distancias) en la pluma de don Pedro Tarquis, que ha procurado narrar con sencillez, sin pretensiones literarias, a veces con demasiados vulgarismos (para mi gusto, y en gustos no hay nada escrito), y varios gerundios improprios, los sucesos de más interés anecdótico de nuestra historia regional.

En 1944, con el mismo título de *Tradiciones canarias*, publicó el anciano cronista de Las Palmas, don Carlos Navarro, un librito alusivo a la historia de su isla natal Gran Canaria, pero fue con él muy dadivosa la fortuna. La tradición ha venido a ser un cuadro histórico tratado literariamente; es decir, una actuación de la literatura sobre la materia histórica. Se diferencia (para mí) de la leyenda, en que advierto en ésta

una máxima intervención de la fantasía. En la leyenda lo histórico es un mero pretexto que se puede alterar, poetizar; en la tradición, la materia histórica, no obstante su animación literaria, exige el respeto a la verdad esencial, aunque sea una verdad... tradicional, es decir, adulterada a través del tiempo.

La leyenda es un género épico menor (si cabe la expresión), un género, pues narrativo, que tiene como fondo o materia la tradición. Las tradiciones de Ricardo Palma son cuadros históricos de gran animación y fuerza dramática a veces, que dan vida a un hecho histórico, del que hay casi siempre constancia escrita o verbal. Las leyendas de Bécquer son delicadas piezas de fina prosa que actúa sobre un hecho fantástico, la mayoría de las veces, y se pierde en una misteriosa vaguedad.

Fue la época del romanticismo la que creó la leyenda como género. Los románticos ingleses y franceses tenían una estupenda Edad Media que evocar, falsear y poetizar. La melancolía del tiempo medieval potenció el alma romántica de una manera literaria y hasta morbosa: un mundo de fantasmas, trastos, brujas y demás fauna literaria del clima del misterio y del miedo acudió a la pluma de los escritores románticos. En España escribieron bellas leyendas en verso Arolas, el duque de Rivas o Zorrilla, y en prosa, el sin par Gustavo Adolfo Bécquer, por no citar más que a los representativos. Las brumas del norte sustituían con el misterio árabe y orientalista de los románticos la claridad de los mármoles clásicos de las generaciones del XVIII.

Pero el romanticismo en Canarias, como en América, se encontró que no tenía una Edad Media sobre la que poetizar; el tiempo pasado de americanos y canarios no era el de unas catedrales o castillos inexistentes; el pasado que estaba detrás era el del aborigen, el del hombre precolombino, el «homo naturalis» que había cantado el Renacimiento y que en esta segunda vuelta de los románticos recibirá el exaltado trato que da el hombre romántico a todo lo que toca: nunca como en estos tiempos se falseó la verdad histórica con mayor irresponsabilidad.

Cuando nuestros románticos canarios quieren escribir leyendas acuden a los personajes interesantes del pueblo aborigen para ensalzar sus méritos sin regateos. Está en la isla de Lanzarote la atrayente historia o tradición oral de la bella Ico y la reina Faina. La princesa Ico tuvo que someterse a la prueba del fuego para probar la legitimidad de su estirpe, como a la prueba del fuego se tuvo que someter la fiel Sita, la heroína esposa de Rama en el gran poema indio. Graciliano Afonso, un prerromántico que fue neoclásico en su juventud, tiene una leyenda sobre Ico, y otra, Plácido Sansón. Sobre los indígenas de Gran Canaria se posaron los negros ojos de la hermosa Victoria Ventoso, que escribió su leyenda «Dos guanartemes»; Millares Torres escribirá «La muerte de Doramas», el caudillo grancanario; Desiré Dugour, su «Guadarfé, ojo de cuervo», un personaje fantástico, inventado en el marco de Acentejo, como inventada es la trama de «Un amor desgraciado», de don Felipe Poggi, sobre Guacimara y Arafo, personajes del *Poema* de Viana.

Ya tengo escrito en un librote que apareció el año pasado la influencia del *Poema* de Viana en nuestros poetas: el «Ensayo poético» de Ignacio de Negrín, 1847, falsea a su gusto la literatura vianesca (ya previamente aderezada por el mozo lagunero); Patricio Perera escribe su «Rosalba»; su hermano Guillermo, «La princesa Dácil» y «La fuente de la selva», totalmente de su invención. Tabares Bartlett y Leoncio Rodríguez escriben «Zebenzui» en verso y prosa respectivamente. De Leoncio son, además, «Zorahaya», «Los ojos de Isora», «Amarca», sobre la que poetizó Crosita, leyendas todas debidas a la imaginación de nuestro gran escritor, el director de la inolvidable *Prensa*. Nuestros poetas y prosistas, pues, han actuado, o sobre la literatura, o sobre su exclusiva fantasía y han hecho su literatura.

Pero alguna anécdota o hecho histórico de interés movilizó también la pluma de los escritores canarios. Claro que se trata de hechos de nuestra historia, que es de la Edad Moderna. Desiré Dugour escribió sobre Hernán Peraza su leyenda «Un drama de Montaña Clara»; Millares Torres su «Maynel», sobre una anécdota narrada por el historiador Castillo. Acerca de Botazo, aquel tinerfeño aficionado al vino que salvó una noche en Madrid la vida al rey Felipe IV, escribieron Poggi Borsotto y don Luis Maffiotte. No es mi intención hacer una completa mención de las numerosas leyendas canarias y sus cultivadores.

Cabía todavía tratar las Islas como criaturas alegóricas procedimiento tan del gusto renacentista y clásico. No sé si Patricio Perera con su leyenda «Los amores de Atlántida», puede ser un precedente de Verdugo y algún poeta posterior que ha trabajado sobre las Islas como tema centrado por los textos griegos y romanos, que soñaron con el ilusionado mundo de la Edad de Oro y un eterno paraíso en los Elíseos campos de las Islas de la Fortuna.

Temas tendrán, pues, nuestros poetas y prosistas para recrear de nuevo las leyendas del Archipiélago en el certamen que ha organizado el Ateneo de La Laguna. Quizás quepa en él leyenda y tradición. Bellísimos libros sobre tradiciones son los de García de Vegueta y Néstor Álamo, pero hay un deseo, un empeñado esfuerzo por escribir, ya prosa azoriniana, ya barroca y desgarrada prosa en tales escritores. Más modestos los propósitos de don Pedro Tarquis nuestro Ricardo Palma local y del siglo XX, que aporta algún dato de su cosecha investigadora, digno de estimación, como en «El combate naval de Anaga». De utilidad es la publicación de los Anexos al testamento de Viera y Clavijo que publica el señor Tarquis. Existen en la Biblioteca Municipal y de ellos dio cuenta Millares Carlo en su «Bio Bibliografía», 1932. Madrid, pág. 566.

Un pequeño detalle que en nada desvirtúa la tradición «El secreto de la monja». Se trata del impresionante drama de la decapitación del caballero Grimón, casado en Sevilla, que raptó del convento de las Catalinas en La Laguna a la monja profesora Úrsula de San Pedro. Luis Álvarez Cruz ha recogido este episodio en su Retablo isleño, y don Tomás Tabares de Nava, con rigor histórico, lo ha tratado en el número 76 de *Revista de Historia*, 1946. El Dr. Tabares rectifica a Moure en la fecha que ha seguido el señor Tarquis: el hecho del rapto y decapitación no fue en 1650, sino en 1651. Es un mero detalle, pero como se trata de historia en este caso, ¡y bien triste!, conviene precisarlo. En junio de 1650 estaba don Álvaro Gil de la Sirpe, el activo Oidor de la Audiencia que con presteza impidió embarcar a los prófugos en Sevilla. Estaba enfermo. Así lo afirmó un conocido nuestro, ya viejo: Antonio de Viana en un documento que he publicado.

Por cierto que tiene razón el doctor Tabares: los amores de don Jerónimo Grimón y de doña Úrsula merecen un detenido trato por parte de nuestros escritores. Tal vez un drama teatral, pero convendría que el futuro autor no nos presentara a una doña Úrsula descolgándose de unas anudadas sábanas que pendían del mirador del Convento como en alguna otra versión hemos leído: demasiada distancia y demasiado trabajo para llegar sin daño al suelo, claro que para la gran pasión no hay distancias, pero lo probable es que doña Úrsula saliera por la única puerta del convento, por la calle de la Caza; entonces no se vivía en comunidad absoluta como después, y las monjas Catalinas, que «eran muy señoras» y pagaban mil ducados de dote, vivían un tanto independientes y servidas por su criada, que, en el caso de doña Úrsula, pudo haber sido puente entre sus deseos y los de don Jerónimo. Tampoco le sería posible a la atribulada señora presenciar la ejecución de don Jerónimo desde su reja. La celda de castigo, que aún conserva la rejita, está sobre la puerta de la sacristía, dentro del templo, y desde allí no se puede ver nada que pase en la calle.

Otra cosa: en «Los paños de los aztecas», es posible que, dado el primor con que los mejicanos indígenas trabajaban el algodón y su parecido con los de Calicut o Calicut, los paños venidos en el XVI a Santa Cruz fueran mejicanos, pero que Calicut o Calcuta sean la misma población, no es posible aceptarlo: Calcuta, en las márgenes oeste de la India, en la costa Malabar.

Datos de utilidad histórica los consignados en «Los muelles viejos de Santa Cruz», con los que Tarquis rectifica a Desiré Dugour, y de sumo interés las noticias de «El primer sermón después de la victoria de Nelson», episodio del que todavía el señor Tarquis sabe cosas que calla. Y así, aunando el dato rigurosamente histórico, la pesquisa en el archivo, con la libre invención permitida siempre al autor de leyendas, don Pedro Tarquis ha escrito, desde 1920 hasta hace poco, unas leyendas y unas tradiciones que evocan con gran cariño el pasado canario.

**358. «San Borondón a la vista», *Gánigo*, n.º 4. (Tenerife), julio–agosto de 1953.** Publicado también en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 23 de agosto de 1953. (*Papeles tinerfeños*, 1972: 58-61).

La isla más isla de todas las islas es la inaccesible, la isla a la que nunca se puede llegar. Isla es parador y tregua en la inmensidad de las aguas pavorosas; es jalón y remedo de tierra firme. Tierra firme ha sido siempre tierra en serio, continente, y no esa angustia de trozos, fragmentos de verdad, que son las islas, nunca entrega, siempre engaño que acecha al hombre en alta mar.

Isla supone presa y embrujo, sabor femenino, dádiva y escape. El viejo Homero, o quien fuera, entendía bien de islas y las supo endiabladas, funestas como la de los cíclopes; de vinos embriagadores como la de los cícones; de lúbricos espejismos, como la de Circe, o de encantado ensueño como la de Calipso. O la definitiva y real, la del regazo: Ítaca, la de Penélope, la reina constante.

Pero todo esto es definición clásica; textos espigados de la clara matriz de la cultura, que es Grecia. Islas de misterio, de sortilegio, más todas en el mar Mediterráneo, un mar con orillas y término.

El mar Océano es otra cosa; es el mar tenebroso, sin límites, más «allá de la morada de la Noche». Maravilloso y enorme plinto para fijar la isla más isla de todas: la que nunca se puede pisar, la inaccesible, *Aprositus*, la encubierta.

La tuvieron en el extremo del punzón los escritores clásicos, pero la arrebataron para fijarla en el misterio medieval los héroes que en la Edad Media sustituyeron a los arquetipos mitológicos. Aquellos estupendos ejemplos que son los santos viajeros, los santos celtas y nórdicos como San Brandano y San Maclovio, que en un barco de mimbre arribaron a la isla de las siete ciudades.

Los santos, como los héroes, se enfrentan con la aventura, con el incierto devenir. La bajada de Ulises al mundo de ultratumba, el descenso de Eneas a los Infiernos y al Eliseo tiene su réplica en el Purgatorio de San Patricio, el gran irlandés, en relación con San Brandano, que para nuestro ensueño se llama San Borondón. Mahoma va a viajar por las ignotas regiones en el mismo siglo. La senda está iniciada para el viajero de la selva oscura, en «medio del camino de su vida».

San Borondón no fue tan lejos. San Borondón sustituyó los claros mitos clásicos, mediterráneos, de Hércules, las Hespérides, el Dragón, que se fijaron en una morada quieta, eternamente bella y serena por otro mito oscuro, impreciso, oceánico y celta de una isla brumosa, cubierta y arrebatada por las tempestades en cuanto sus orillas tentaban la codicia del misterio.

El maravilloso mito se gestó entre la santidad viajera de los monjes celtas, de los monjes de las islas Británicas, de las islas grandes, pero islas al fin y al cabo; es

decir, ensueño y aventura. Corrió por la saudadosa tierra portuguesa, jalón céltico del ensueño y del sentido del mar, posó su aleteo de mariposa en los Azores, y en el siglo XV allí nautas insulanos buscaron las frondas de San Borondón, en una angustia casi de Tántalo, porque la isla, a punto de ser presa, se escapaba entre las brumas, que era como irse de entre las manos.

¡Cómo no hablamos de buscarla en las Islas Afortunadas! Era la octava, la oveja descarriada del Archipiélago que hacía guiños desde Alajeró a un franciscano, que atraía con su prestigio de errabunda sirena a las gentes del Hierro y de La Palma. Estuvo en ella el portugués Pedro Velo y Marcos Verde cuando volvió de Berbería... Pero se marchaba, se encubría, se escapaba como una muchacha esquivada y tentadora y no había manera de prender su cintura.

Mas la capacidad de ilusión de las almas disparadas al ensueño no se achica por las ironías del Padre Feijóo, ni el racionalismo del siglo de las luces.

En el mismo siglo que iba a levantar un templo a la diosa Razón hay almas poéticas, estupendas, que lanzaban, tensas, las flechas del ensueño y de la fe, la creencia en un misterio que surgía del mar, cuyas formas palpaban, celosas, las brumas. En 1721 el capitán General don Juan de Mur y Aguirre ordenaba una expedición que fuera al encuentro de la isla esquivada, y don Juan Franco de Medina intentó ser el Jasón de un posible vellocino encantado.

No estarán jamás armados poetas los que hagan versos en Tenerife, si no van a rendir un tributo a la poesía en la preciosa iglesia de Santo Domingo de La Laguna, que el párroco, don José García Pérez, ha hecho a pulso con su gran voluntad y un celo digno de público homenaje. Inteligente es el párroco de Santo Domingo: al cubrir el viejo enlosado con piso nuevo dejó al descubierto, al lado de una tumba antigua, otra tumba, una tumba con losa barroca donde se lee el nombre de don Juan de Mur y Aguirre. Es la tumba de la ilusión.

A sus pies pueden los poetas tinerfeños recibir la paradójica lección que dio un hombre del siglo XVIII, el siglo de la poesía prosaica, pero que alimentaba, no obstante, almas ilusionadas. No importa que el general Mur fuera el del tremendo asunto del pobre intendente Ceballos; por encima de sus defectos era un alma ilusionada, capaz de embriagarse por la tentadora voz marina de San Borondón. ¡Quién sabe si todavía anda por esos mares el embrujo cautivador de esta isla eternamente perdida!

Como los buenos mitos, también se ha hecho San Borondón nuestro símbolo; se ha metido en algunas almas y las ha hecho borondonescas, escurridizas, un poco fantasmagóricas. San Borondón pasa sus blancas y enormes barbas por las cresterías de nuestras cumbres, se entrelaza con el alisio y el contralisio y juega esas malas pasadas al Patronato del Turismo. Le gusta enredarse en el Pico del Inglés para que los viajeros se fastidien, o pone biombo al Teide para que haya gente que se marche sin verlo. No sabemos jamás qué personas son gratas a San Borondón y cuales arrastran las barbas de sus iras. Se entera uno cuando lo irreparable ya ha ocurrido. Ese es el extraño secreto de este clima con ceño, de informalidades sorprendentes, esquivo, errabundo, versátil. El misterio y la explicación es ésta y parece mentira que ni las Guías del Turismo ni nuestros científicos nada hayan dicho. No se puede silenciar la presencia de nuestro gran mito céltico que, con el clásico, hacen la tradición del Archipiélago. Un voto para el ara de Hércules, conformes; pero sin olvidar la vela para el altar de San Borondón.

**359. «Libros nuevos. *La oscura fuerza entrañada*», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 23 de agosto de 1953. Reproducido de *Revista de Historia*.**

Con el presente libro de versos lleva ya Manuel Castañeda tres. Ahora ha escogido de sus creaciones de los últimos tiempos una décima, doce sonetos y una

composición en endecasílabos y las ha reunido en forma de cancionero petrarquista y garcilasiano para cantar esa «oscura fuerza entrañada» de la que habla Salinas para precisar como vivía el amor en él.

Casi todas las composiciones de este libro ya las había leído y coleccionado del diario *La Tarde*; algunas han sido retocadas por el autor y no con éxito siempre, como ocurre, por ejemplo, en el soneto que comienza «como viento en la noche levantado», cuyo último verso en el libro: «oh imagen pura/ nada más que todo/» es inferior al de la primitiva versión, que en el periódico dice así: «Cuando a ti misma sin presencia toco.».

Castañeda marcha ya seguro por la senda de un verso actual, de vigente léxico poético, incorporado al presente de la poesía española; claro que es muy conveniente ponerse en guardia frente a la corriente del neo-garcilacismo, ya superada, que componía bellísimos sonetos amatorios, de sonoros y pulidos versos, pero sin sentido ni verdadero contenido. Se puede caer en un nuevo preciosismo poético lleno de «clausuras» de «tactos», de «arquitecturas», etc.

La décima inicial es de suma belleza, y los sonetos, en los que Castañeda va para virtuoso, muy buenos algunos, como el que empieza: «sombreé tu nombre al surco de mi vena». En general, todos son finos, si bien en alguna ocasión el empleo de los gerundios afea la sintaxis y el sentido del verso, por ejemplo en:

«Me tienes toda el alma combatida/ y en un fuego ardentísimo quemando»

Pero estos lunares los rebasa la gallardía y el torrente apasionado del alma enamorada y vibrante del poeta, finísimo cantor —¡todavía!— del amor, de ese amor emocionado, de petrarquesco origen divino, que estremece la inspiración del seguro poeta que es Manuel Castañeda.

**360. EL DÍA, EN LA PROVINCIA. SIGNO Y PERFIL DE LA LAGUNA EN EL MES DE SUS FIESTAS Y DE SU CRISTO. «Pregón de las fiestas», *El Día, Santa Cruz de Tenerife, 6 de septiembre de 1953.* (*Papeles tinerfeños*, 1972: 216-224).**

Por el llano, sin duda, el cardón y la tabaiba deletrean el silencio de los atardeceres. Quizás en un rincón perdido algún tarajal; unos madroños trepados, tal vez, en pedregales; ciertas mocaneras que preñarán los vientres de los gánigos. De los gánigos unos dedos finos de mujer cogerán mocanes, un grande y tentador mocán, manzana edénica para el deseo del primer extranjero que acariciará con ternura y amor a esta mujer.

No hay casi nada en el llano todavía. Puede ser que algunas cabañas orillen las aguas donde el ganado bebe. Y la ciudad va a levantarse, se está levantando, se levanta para beber de esta agua, para vivir de esta agua, para mirarse en el espejo de esta agua de la laguna. De una laguna mayor que el tercio de la ciudad. Ha sido, como siempre, la llamada suave del agua.

El agua es canción y sirena que atrae a las ciudades; a esta ciudad no la ha llamado el borbotillo agitado de la serpiente de un río: la ha embrujado esta pupila brillante de cíclope enterrado en el gran llano, que vigilan, celosas, las montañas. Y la ciudad se acerca al agua de su llano, al agua quieta, dormida donde disputan sin voz los juncos y el cañaveral por recoger y guardarse los trinos de los capirotos, cuando ponen sus tildes al paisaje.

No es verdad que las calles de la ciudad están trazadas a cordel. No. Ha sido el llano quien impuso a las calles su ser y su perfil. Y la ciudad, que nació del sortilegio del agua, quebró su flexible adolescencia al final de la calle Real, hoy la calle de San Agustín, haciendo una pirueta de femenino capricho, o quebrándose al asomarse a la Plaza del Adelantado por la calle de la Carrera, o apretando la cintura de las transversales, sin querer acertar con una plaza, sin importarle mucho una plaza, porque

los señores van a tener jardines dentro de las casas y la gracia de la esquina lagunera es pregón, gaceta, galerada, altavoz del discurrir de los cinco siglos de la ciudad.

Se amengua lentamente la gran pupila de Tenerife; se desangra esta lámina viva en un desagüe lento, en una detenida muerte agónica, porque es la ciudad quien se la va tragando, chupando, embebiendo, y de ella no quedará más que su nombre; su nombre que flota en el aire y se prende sobre la ciudad para apellidarla. Las *eles* minúsculas se han convertido en mayúsculas: La Laguna.

Pero las nubes no han olvidado la amargura de esta inmensa lágrima sumergida que se tragó el llano y bebió la ciudad. Unas nubes redondas, enormes, negras a veces, y otras desflecadas, rastreras, insistentes asoman desde las estribaciones de San Diego para jugar a las esquinas con el barbado ejército que arranca desde Las Mercedes y sale al encuentro del escuadrón que se atrinchera en San Roque. Tenaces nubarrones que son los milanos agoreros de un agua sumergida. Milanos que el alisio y el sol dispersan para el milagro que ha transformado el limo en vega, la piedra en tapia, el agua en limonero, en álamo, en rosa. La tersura de la laguna edénica ha devenido en vergel encantado, en deliciosa vega.

No hay posibilidad (quienes me escuchan lo saben) de pronunciar ni una sola palabra nueva sobre la ciudad de La Laguna. Se ha rezado en su honor las excelencias de poéticos rosarios líricos. La tradición, que es el quehacer de las generaciones, ha tenido la ceremonia de un tópico ritual, que es la luz en torno a las que rebullen las asustadas alas de un pregón de fiestas.

A lo largo del extraordinario siglo XVI, con las dimensiones del imperio español, crece y aumenta el caserío de La Laguna. Las modestas construcciones de paja, que se incendiaban rápidamente, se sustituyen por las de piedra mampuesta. A fines de este mismo siglo, el ingeniero italiano Leonardo Torriani ya nos deja el clásico plano de La Laguna: el casco es el mismo de nuestros días, y, junto al núcleo primitivo, el agua quieta del enorme lago, a cuyas orillas, apiñada y graciosa, asoma sus casillas la Villa Vieja, la todavía popular y simpática Villa Arriba, donde está la gente que siembra, que trabaja y que canta.

La naciente ciudad posee en el siglo XVI el signo inquieto, dinámico, de combativa cimera que tienen los tiempos del emperador Carlos V, los tiempos de la novela caballeresca, de los hombres del soneto petrarquista en el alma y la espada en la mano, de las santas y los santos andariegos: los tiempos del maravilloso frenesí de la acción y del viaje, del camino y la canción, del subir al Cuzco, llegar a Chiloé, o disparar la saeta del alma por los inefables parajes de su noche oscura.

Y La Laguna lanza fuera de sí misma a sus mejores hijos para enquistarlos en altas empresas que rebasan las aguas del tranquilo y sereno lago, las onduladas cresterías de sus cumbres. En el primer tercio del siglo XVI, La Laguna da su santo al Brasil; en el último tercio del siglo, el poeta que crea el símbolo isleño, el médico heroico en una esforzada ancianidad sevillana. El santo, el taumaturgo, nació el mismo año que Alonso de Ercilla, el cantor y conquistador de Chile, gran caballero de la octava real y de la piedad con los indios: una inmensa caridad con los indios brasileños movió el encendido corazón de José de Anchieta, el cantor apasionado de la Virgen María. Para el santo, yo querría la confirmación de su santidad; yo querría saberlo en el quinto círculo del Areopagita, en el de las Virtudes, que correspondería a Marte astro, donde están los mártires de la Fe. Un sitio allí para nuestro José de Anchieta, sobre cuya figurilla menuda de adolescente cayó el mismo sol que nos alumbró en la Plaza de Abajo, la encopetada en la villa señorial. Para el poeta, para Antonio de Viana, que vio con sus apasionados ojos de creador el encuentro de la tierra virgen, simbolizada en la princesa indígena, con la simiente civilizadora española, representada en el gallardo

Castillo; para este mozo lagunero que vio el encuentro ahí, en la fuente de Las Negras, en las estribaciones de San Roque donde todavía, al atardecer, entre susurros de agua y armonías de isas cantan mujeres de la vega, mientras lavan sus ropas; para él quería yo en la vega una fuente de mármol que un artista con gusto levantara. Una fuente para que el agua corra. El agua donde podría mirarse, en mármol, la pareja Dácil y Castillo y una leyenda que perpetuara el nombre del autor del gran símbolo espiritual de Tenerife.

Todavía en los primeros años del siglo XVII el cielo lagunero hace levantar el ensueño de lejanía al futuro almirante Guillén, el de las grandes correrías marítimas, el alcalde y capitán de Manila que conquistó Joló, no conoció tregua en Mindanao y tuvo en un puño a los holandeses en las Malvinas. La Laguna, pequeña y perdida entre las paredes que almenan su recinto, lanzaba sus hijos a la empresa, a la acción y a la aventura y universalizaba su destino al común quehacer hispánico.

Cuando el sol que resbalaba sobre las bardas del poderío de los Austrias, con tan apretada melancolía señalado por Miguel de Cervantes, comenzaba a declinar, la Nación se hace cada vez más sedentaria: son los tiempos de la embriaguez genealógica al doblar la segunda mitad del siglo XVII, los brumosos tiempos de la poesía de las ruinas, de la caducidad de las rosas; los tiempos de las graves epístolas poéticas que ponen sordina a las livideces de Recroy. La Laguna da también sus hombres sedentarios; se enrosca y se ensimisma en su llanura, en los muros de las montañas, que no incitan ya a la lejanía, sino a la vida interior; no al camino sino a la posada. Aparece el nombre del primer ensimismado, del primer embriagado por el dato, por el linaje y humo de casta: don Juan Núñez de la Peña y al final del siglo, el de un escultor pintor: Rodríguez de la Oliva. Pero como si el volcán de la humana pasión quisiera alborotar la serenidad de la ciudad dormida, a la mitad del mismo siglo, un día de primavera cortan en la Plaza de Abajo la cabeza de un noble caballero que se había atrevido a hurtar al señor su esposa. ¡Cómo temblarían las aguas que aún había en el lago, cómo se erizarían las calles, las plazas, cuando don Jerónimo Grimón raptó a la monja sor Úrsula de San Pedro y cuando la cabeza del noble pendía, sin tallo, amarga negrura y podredumbre, velo para los ojos que encendió la pasión, para los labios que tanto había besado!

Al correr de estos dos siglos de existencia la ciudad ha ido afirmando su ser de capital. Capital tiene que ver con cabeza, gobierno, jefatura, pero en España nobleza ha obligado siempre. Ser noble supone ser mejor. Cuesta mucho mantener la excelencia y hay que ganarla día a día. Atraviesa la ciudad el tormentoso fin de siglo XVII y festeja el advenimiento de los Borbones, cuyo centralismo pondrá riesgos graves en lejanías de Ultramar. Pero La Laguna se incorpora a las corrientes del siglo de las luces y tiene sus caballeros enciclopedistas que beben los vientos por el pensamiento francés, comentan las «boutades» del caballero Voltaire y han leído de corrido el «Discurso preliminar» de monsieur Dalember. Aún hay hombres que dar a la Corte, que incorporar a la hora española: ahora va a la secretaría del Rey don Antonio Porlier y Soprani, primer marqués de Bajamar.

En la casa de Nava se dan cita los ingenios más esclarecidos de Tenerife, porque La Laguna está vigente aún como capital y tiene la suerte de reunir en las mismas personas la aristocracia de la sangre, del talento y del dinero. El esclarecido marqués de Villanueva del Prado es el mecenas de la Historia de las Islas y su tertulia discute tanto de humanidades, como de auroras boreales o filosofía, en los jardines y acoge a los viajeros de todas las tierras que se acercan a la ciudad para admirar tanto la riqueza de plata que hay en los templos, como la instrucción que poseen los finos señores de La Laguna. Y si hospitalarios son los Nava, generosos también los Guerra: don Lope, y el simpático don Fernando, a quien se le adivina el retozo de una risa taimada en la letra menuda de su epistolario. Y todavía la tertulia científica de don



Santiago Saviñón con el jardín que dio nombre a la calle, y la de don Luis Román, en la de San Agustín; y la de don Bartolomé Benítez de Lugo, donde se hacía tan buena música.

Vientos recios y atormentados los que agita Napoleón a principios del siglo XIX. Gentes de todas clases se alistan para matar franceses en la Guerra de la Independencia. El mismo don Alonso de Nava llevará a su hijo Antonio a la Península. La Laguna terminará por ensimismarse para morder la cola de un pasado esplendoroso. Ciudad fernandina hasta el extremo absolutista, acaso apretada por sus hijos los Bencomo, por el confesor de Fernando VII, don Cristóbal, cuyo absolutismo ataca los nervios liberales del combativo pecho de Ruiz de Padrón, aquel sacerdote gomero a quien debe Santa Cruz la capitalidad de Tenerife y de las Islas.

Se ha hundido ya el enorme imperio colonial: no queda más que Filipinas y Cuba, la perla, que cerrarán las tapas de la tumba, al morir aquel siglo que «vencido, sin gloria se alejaba», según lloraba el hondo verso de Antonio Machado. Los resplandores de las guerras civiles llegaban a la ciudad, ya sin vigencia oficial, ya vieja señora sin mando ni vida activa.

Mas la huella de una vida ejemplar y eficaz marca un estilo y un carácter. Hay miedo en mi voz al derramarse sobre tanto nombre lagunero del siglo XIX que dio lustre a los antiguos blasones y afianzó la vida espiritual, que jamás ha perdido La Laguna, porque cuando se posee, podrá perderse el mando o la riqueza, pero el espíritu, si se tiene, no se pierde jamás.

Don Manuel de Ossuna Saviñón, el científico progresista de la primera mitad de siglo; Domingo Bello Espinosa, el gran naturalista y viajero; Verdugo y Massieu, el político y poeta, gentilhomme de cámara, que se enamoró y atrevió a casarse con la espléndida Gertrudis Gómez de Avellaneda, una criatura de susto; el fino músico Domingo Guillén, malgrado por la tuberculosis, como era el rito en las generaciones románticas, viajero admirado en Italia; el pintor Lorenzo Bello, hermano de don Domingo; la delicada poetisa Fernanda Siliuto, muerta en plena juventud, todos adornaron los tiempos del romanticismo en La Laguna. A las generaciones de la segunda mitad del siglo XIX pertenecen Mateo Alonso del Castillo; el esclarecido prosista Francisco María Pinto (padre de la escritora Mercedes), una de las cabezas más ponderadas de su tiempo, y el inolvidable cronista de la ciudad, de venerada memoria, don José Rodríguez Moure. Y luego los poetas y escritores realistas y los primeros jóvenes del modernismo: Patricio y Guillermo Perera, en su casa de la bulliciosa plaza del Dr. Olivera, y más tarde Hernández Amador y el pobre Rafael Arocha, ambos de la misma edad. Y ese hijo incomparable hijo de la Villa Abajo, un «joven turco» de su tiempo y hoy gran escritor: Leoncio Rodríguez; el malgrado Lázaro Sánchez Pinto; el excelente periodista Víctor Zurita; el elegante orador y fino prosista y autor dramático, Domingo Cabrera Cruz; aquel airón centelleante que se llamó Joaquinito Estrada. Lindando ya en las riberas de nuestro siglo, en las que me detengo, el valioso Pedro Pinto de la Rosa y del sin par «Nijota»... ¿Cuántos laguneros ilustres no habré olvidado todavía? Nimbados de santidad, esclarecidos por la gloria militar, políticos, poetas, prosistas, historiadores, arquitectos, pintores, músicos: ellos son la nobleza y el blasón de la ciudad, porque la han justificado con la gloria de sus méritos y la ejecutoria de sus servicios.

Yo he preferido desempolvar los nombres de unas criaturas que tuvieron vida, porque del pasado me interesa entresacar la enseñanza para el presente y el paradigma que informa la conducta de las generaciones vivas.

El dato muerto, la ficha, el documento que no cante el latido del alma oculto en el inerte material no me ha interesado jamás. Si el museo del Arte o de la Historia no entraña una vibración de vida para estremecer a otra vida actualizada, el museo no sirve.

La Laguna alcanza su plenitud espiritual cuando pone en tensión de primavera, la solemnidad de su Semana Mayor; cuando desgrana plenitudes de espiga en la gran fiesta de la Romería de San Benito Abad; en la fragante finura de su fiesta del Corpus y en el compendio cimero de sus jornadas de Septiembre, cuando las vides se disponen a encender los toneles. La ciudad se esfuerza en dar la nota popular y colorista de la cabalgata, la vibración espiritual y culta en la solemne fiesta del Ateneo, a quien ella debe tantos días de gloria en esta primera mitad de siglo; muy en especial bajo la presidencia de Domingo Cabrera; intenta acertar cuando organiza exposiciones, veladas sacras, festivales deportivos, espectáculos de gran público que convergen todos en la máxima ofrenda: la tradicional entrada del Cristo, organizada para ese niño grande que es la multitud, que encoge la respiración como un gorrión apretado por la manecita de un niño, cuando el ensordecedor crepitar de los fuegos pone en temerosa lucha vista y oído, la noche del 14 de Septiembre.

Hay un rebullir conmovido de las almas cuando pasa el Señor por las calles laguneras. Tiene nuestro Cristo, concebido por un alma del gótico florido español, todas las elegancias de un cuerpo, que es la mejor hornacina que yo he visto para representar la materia que alojó la Divina Alma. Fino, delgado, porta una lividez irreal de aceituna, que la delicada cruz de plata aviva y la espiral salomónica de la enredada pasionaria remata y acentúa. Siempre he pensado que más que el cincel del escultor lo que ha adelgazado, lo que ha ennegrecido la divina faz donde la serena amargura hizo su nido ha sido ese continuado río de cinco siglos de miradas sobre él, de lágrimas, de angustias, de dudas, de esperanzas...

Ninguna palabra nueva es posible pronunciar para esta amada ciudad de La Laguna, La Laguna de mi soledad. Este año ha querido el digno alcalde, don Lupicino Arvelo Padrón, que fuera mi voz la que hiciera el pregón de las fiestas de Septiembre: quizás el alcalde no ha acertado de esta vez y yo no he logrado hacer el pregón que La Laguna necesita. La única novedad que tiene es que lo hace la voz de una mujer. Para que una voz haga pregón y homenaje a una ciudad precisa además haberla vivida. Vivir es convivir, es juntar amor y sufrimiento, alegría y llanto; cordialidad y ceño adusto. Yo he vivido en La Laguna horas jocosas de infantil alegría en un pisar menudo por la Villa Arriba, o por los claustros inolvidables del Instituto. Ha encantado mi juventud la rotunda fragancia de su vega. El argentino tintineo de los álamos de la Fuente de Cañizares, la armonía de los capirotos del Camino de San Diego. La Laguna: fragancia, color, sutiliza, ensueño; lluvia pertinaz, silbido del viento, nubes bajas. Silencio. Agonía. Soledad.

